MUSEO MILITAR

HISTORIA DEL EJÉRCITO ESPAÑOL


GUTENBERG
MANUEL SOLER
EDITOR
BARCELONA



HISTORIA
DEL
EJÉRCITO ESPAÑOL

ARMAS, UNIFORMES, SISTEMAS DE COMBATE, INSTITUCIONES
ORGANIZACIÓN DEL MISMO

DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA NUESTROS DÍAS

POR

FRANCISCO BARADO

Capitán de Infantería

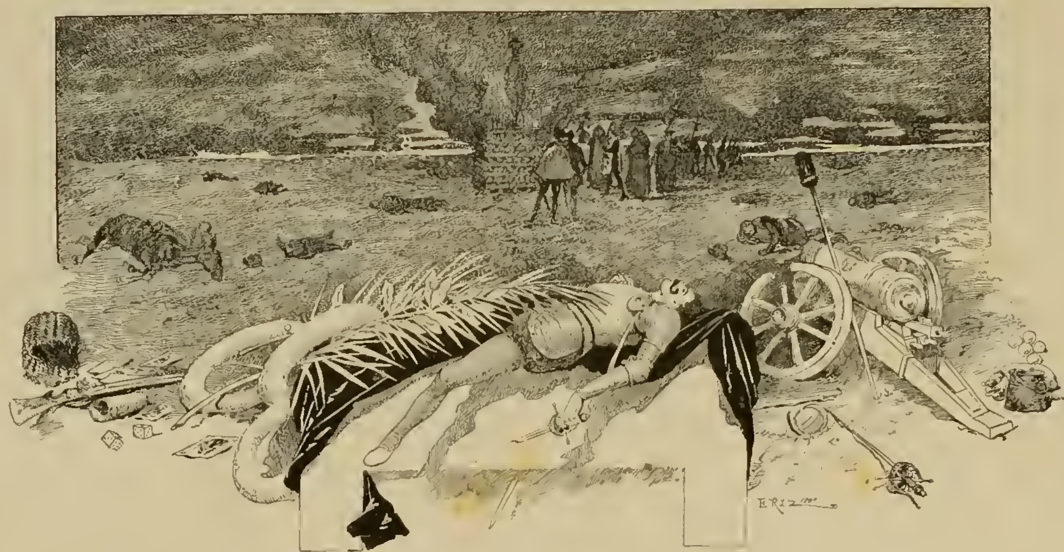
Obra premiada con MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de Barcelona
é informada con brillante dictamen en la JUNTA SUPERIOR CONSULTIVA DE GUERRA

La ilustran numerosos grabados intercalados en el texto y láminas sueltas representando Monumentos, Retratos, Relieves, Medallas y otros objetos históricos dibujados por distinguidos artistas españoles, y reproducciones directas de grabados de época debidos á los más célebres maestros Alemanes, Franceses, Españoles é Italianos



Tomo III

BARCELONA
Manuel Soler. — Editor
PASEO DE SAN JUAN, 152



ESTUDIO PRIMERO

LAS GUERRAS DE FLANDES DESDE LA MUERTE DE FELIPE II HASTA LA TREGUA DE LOS DOCE AÑOS

I. El cardenal Andrea, gobernador de Flandes durante la ausencia del archiduque Alberto.—Operaciones del Almirante de Aragón en Cleves y Westphalia.—Toma de Rhinberg.—Conquista de la isla de Bommel.—Primera campaña del archiduque Alberto.—Batalla de las Dunas.—Pérdida de Rhinberg.—**II.** Memorable sitio de Ostende.—Campaña durante el cerco.—Pérdida de Grave y la Esclusa.—Dificultades, gastos y duración del sitio de Ostende.—Ríndese esta ciudad al marqués de Espínola.—**III.** Campañas de 1605 y 1606.—Cansancio de la guerra por ambas partes y apurada situación de España.—Tratos de paz.—Conclúyese la tregua de los Doce años (9 de Abril de 1609).—**IV.** Empresas contra Inglaterra.—Expedición á Irlanda.—Paz entre Inglaterra y España.

I

Dios *que me ha concedido tantos Estados, me niega un hijo capaz de gobernarlos.* Estas frases del rey D. Felipe II manifiestan los temores que, con respecto á su heredero, abrigaba dicho monarca; y que estos temores no eran infundados, pruébalo el especial empeño que puso en concluir con Enrique IV la paz de Vervins, y en conceder á Isabel y á Alberto la soberanía de los Países Bajos, como si deseara aligerar la pesadísima carga que debía caer sobre los hombros débiles del príncipe. Dejóle así una herencia libre de guerras, aunque no de graves compromisos, más brillante que positiva; sobrado colosal para sostenerla en toda su integridad, cuando faltaban recursos para ello; difícil de administrar á un hombre de talento y laboriosidad, pero mucho más difícil á un rey indolente y devoto, supeditado á un favorito de escasa capacidad, no grande instrucción, falto de energía y más falto de desinterés.

No había el rey D. Felipe III dado en su mocedad pruebas de gran inteligencia y celo, y aunque más clemente y apacible que su padre, era, en cambio, reacio á las graves tareas de gobierno. Por añadidura, ya cuando príncipe, había abdicado su voluntad en un favorito, D. Francisco de

Sandoval y Rojas, marqués de Denia, quien, tan presto falleció D. Felipe II, fué el verdadero árbitro de los destinos de España, resultando de este modo ciertas las frases de este monarca: «Témome que le han de gobernar.» Le gobernó, en efecto, y gobernó á la nación este prócer elevado tan de improviso á la cumbre del poder, y lo hizo por tan funesto modo, que convirtió al pueblo español en tributario de su casa y de los devaneos de la corte, tanto más costosos, cuanto más esquilmado se hallaba el país. A la infeliz España, empobrecida por tantas guerras, sólo le faltaban algunos años de despilfarro y mal gobierno para concluir de sumirla en la miseria; y los tres inmediatos sucesores de Felipe II completaron dignamente esta obra. Brusca transición la del siglo XVI al XVII; disípase la aureola militar que rodeaba al primero, y queda en su lugar un pueblo famélico, abatido, sin industria, obligado á dejar la esteva por la escudilla del mendigo ó la daga del rufián; á llamar á la puerta del convento ó á emigrar vía de América ó camino de Flandes. Con gran dosis de talento y de perseverancia, apenas si hubiera podido sostenerse la aparente grandeza de nuestra patria; ¡calcúlese, pues, lo que podía prometerse ésta de un monarca apático y devoto, y de un favorito codicioso y de escasa talla!...

Si la cesión de los Países Bajos á que recurrió Felipe II en los últimos años de su vida hubiese producido el deseado resultado; esto es, si los holandeses hubiesen llegado á un buen acuerdo con el Archiduque, ya que no á la absoluta renuncia de sus pretensiones, España se hubiera aligerado de una ominosísima carga; pero ya hemos visto que la cesión no dió resultado alguno, pues, aunque bien recibido en las provincias sumisas, no influyó poco ni mucho en las rebeladas: lo que forzosamente debía suceder tratándose de gente victoriosa, amante de su patria y más amante aún de su libertad. Organizadas de algunos años para la guerra, contando con el auxilio de los enemigos de España en el exterior y teniendo á su frente un caudillo de gran valía, ¿qué otra cosa iban á hacer la Holanda y la Zelanda? Continuar la guerra para arrebatar el territorio posible á los españoles y hacer respetable la reciente obra de su nacionalidad. Esto fué lo que ocurrió, lo que siguió costando á nuestra patria nuevos sacrificios tan enormes como inútiles, lo que contribuyó no menos que los malos gobiernos á esquilmarnos, para que á la vuelta de once años pusiéramos en evidencia nuestra flaqueza con la famosa tregua de los *Doce años*. Pero como la soberanía de Alberto é Isabel hubiera sido un mito, si no contaran éstos con el auxilio de España, el doble compromiso de la sangre y de la honra nacional, obligó á Felipe III á continuar aquella lucha, abismo sin fondo, al que rodaron en el espacio de treinta años los tesoros y los soldados de España.

Dimos cuenta ya, al poner fin al ESTUDIO anterior, del movimiento operado por el ejército español sobre la orilla del Rhin en el otoño de 1598. Según las instrucciones dejadas por el archiduque Alberto al cardenal Andrea, que interinamente le sucedió en el mando, se trataba de alojar aquel invierno á la gente allende este río, con objeto de no vejar á las provincias flamencas y conjurar, al propio tiempo, la amenaza de nuevos motines. La cifra á que ascendía el ejército de operaciones, era 23,000 hombres, de éstos 21,000 infantes y 2,500 de caballería, siendo su general en jefe D. Francisco de Mendoza, Almirante de Aragón. Llegó á Namur á fines de Octubre y á los primeros de Septiembre de 1598 pasó el Mosa, junto Ruremunda, y tomó la vuelta de Orsoy, villa perteneciente al duque de Cleves, y que, según las instrucciones reservadas que tenía Mendoza, debía ocuparse, en lo posible, pacíficamente, para asegurar de este modo el paso del Rhin. Así se efectuó, y desde aquel instante obedeció al ejército católico toda aquella comarca. Mas, para tener completamente asegurado el paso de este río desde Colonia hasta el fuerte de Schenck y no carecer de bastimentos, era indispensable conquistar á Rhinberg, la célebre ciudad tantas veces perdida y reconquistada en estas guerras; y aunque al Almirante le estaba vedado emprender asedio alguno, no vaciló en acometerlo en los primeros días de Octubre. Custodiaban á Rhinberg 1,500 soldados, y por ser villa muy reducida y no escasear los bastimentos y municiones de guerra, era de presumir que el sitio sería largo; pero la fortuna acompañó á los españoles, y á mediados del mes, desembocadas al foso las trincheras, un acertado cañonazo pegó fuego al depósito de la pólvora, arruinó gran número de casas é indujo á los sitiados á la entrega. Púsose en la plaza presidio católico, ocu-

póse seguidamente á Burick, aceptóse el rescate de cincuenta mil ducados que, á trueque de no recibir guarnición, dió Vessel, y el 23 de Octubre se pasó el Rhin (1). Rees y Emmerich fueron ocupadas sin dificultad, Doetinchen se entregó después de plantada la batería, y el 19 de Noviembre rindióse á D. Luis de Velasco el castillo de Scolemburg. Pero en estas operaciones empleóse sobrado tiempo,



Don Felipe III, rey de España

y sobreviniendo las torrenciales lluvias de otoño, engrosaron las corrientes é imposibilitaron todo movimiento. Fué verdaderamente de sentir esta circunstancia, porque el ejército carecía de puentes y el que debía construirse en Rees no estaba comenzado; de no ocurrir así, contraviniendo las órdenes del Archiduque y siguiendo las que el 20 de Octubre dió el cardenal Andrea, para que se cruzara el Issel, acampándose en la región del Veluwe, hubiérase podido ganar el camino de Gro-

(1) Al hablar del paso del Rhin, dice Coloma, que el ejército cruzó este rio en barcas, por no haber dado resultado un puente que ideó un ingeniero, útil sólo para ríos de escasa corriente y moderado número de gente de á pie. He aquí la descripción del mismo:

«Era de dos gruesas telas de cañamazo fortalecidas con cinchas, y por los cantos unos varales ó listones de madera harto firmes que se encajaban en los bordes de ciertas barquillas, como cubiletes; seis de las cuales con todo su aparejo, no era sobrada carga para un carro de cuatro caballos; tal, que cuatro carros solos traían un puente para pasar el Rhin; por el cual gente de pie pasaba con tanta facilidad, que apenas hubo otra comunicación de la una parte del campo á la otra, lo que se estuvo junto á Orsoy, que por este puente; mas aunque el ofrecimiento de quien lo hizo llegó á que podría pasar la gente en hilera de cinco en cinco, mostró la experiencia después, que para ir uno á uno era menester tantear bien la mitad del puente; porque cargando más á una parte que á la otra, era conocido el peligro de caer; fuera de que, luego se rozaba el lienzo y era menester andar echando remiendos, y las barcas se henchian de agua, y una sola que se desbaratase hacía inútiles todas las demás.» Lib. XI.

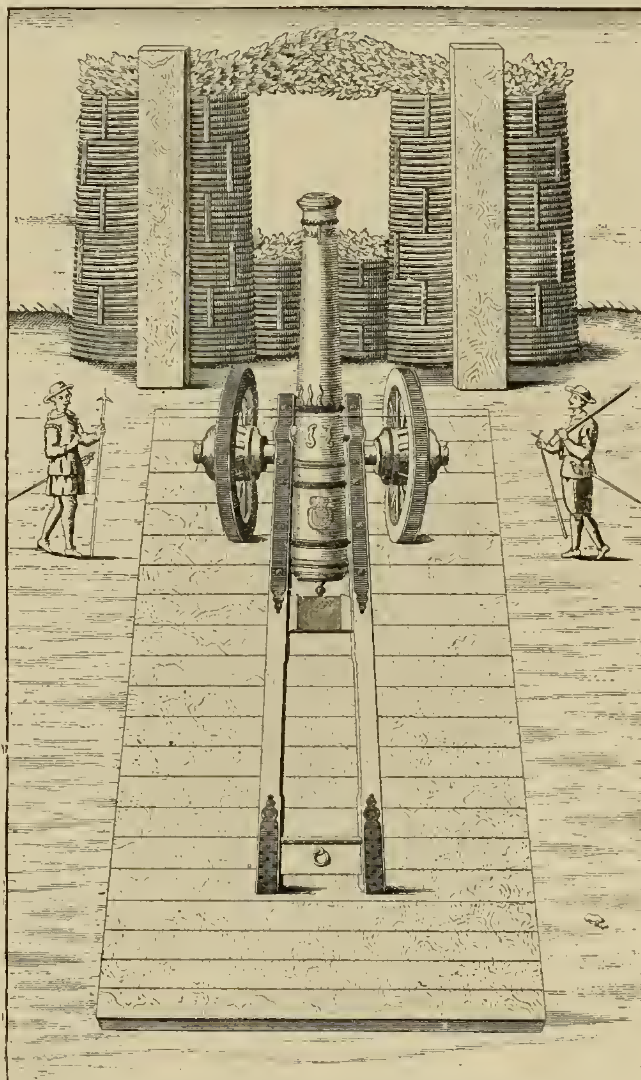
lla y caer sobre Zutphen y Deventer, precisamente cuando Mauricio sólo contaba unos 8,000 hombres. Pero el archiduque, más atento á conservar sus Estados que á conquistar los ajenos, había terminantemente ordenado que no se tratase, en su ausencia, de otra cosa que de conservar el ejército sin vejar el país; y no tanto fundado en estas órdenes como en aquellos contratiempos, Mendoza dió la vuelta hacia las tierras neutrales, para dar á su ejército los cuarteles de invierno. Distribuyóse aquél por las villas conquistadas y en las de Bucholt, Dorts, Rhinquelenscusen, Ulft y otros lugares del país de Westphalia y parte del Munster, ocupados no sin resistencia, y asentó el cuartel general en Rees, donde atendía Mendoza á la construcción del puente sobre el Rhin; empero, mientras esto se efectuaba, rehacíase el enemigo, desembarcaban en la Zelanda 6,000 franceses conducidos por La Noue y congregábanse los príncipes alemanes para resolver los medios que debían emplearse contra las tropas que invadieron los territorios neutrales. Así terminó el año 1598, célebre por las paces de Vervins, que, como se ve, ya comenzaban á infringir los franceses (1).

Mientras estos sucesos ocurrían en la frontera alemana, iba procurando el cardenal Andrea por todos los medios el pagamento de los amotinados de Amberes. El remate de éstos alcanzaba la suma de 300,000 ducados, «cantidad mayor de lo que permitía la estrechez de los tiempos y lo mucho que había á que acudir en otras partes»; pero tanto urgía la conclusión y castigo de aquella escandalosa rebeldía, que mediante gruesos intereses y saliendo garante el mismo Cardenal, pudo sacarse á fines de Enero de 1599 la cantidad necesaria. Hízose el pagamento el 10 de Febrero, reformáronse las compañías, é inmediato á esto fué el castigo, porque á los que no marcharon á incorporarse al ejército se les atajaba el paso en la frontera francesa, ahorcándose á cuanto que se prendía; los que tomaban por el Mosa para llegar á Italia, eran robados y muertos por los alemanes, y los que se acogieron al ejército, viéronse sorprendidos poco tiempo después, por un edicto en que se les expulsaba de éste y de los Estados, bajo pena de la vida. «Fué esto causa, dice Coloma, de que algunos de ellos, privados de todo refugio, con el último ejemplo de miseria y desventura, se pasasen al enemigo; muchos en grandes tropas tomaron el camino de Alemania y pasaron á salvamento; otros quedaron muertos ó desvalijados por los villanos; y los menos, pues no llegaban á sesenta, que, resolviéndose en someterse á las leyes del edicto, se entretuvieron en sus banderas, pasaron al fin en disimulación, sin ser castigados ni procesados por ello.» Lo mismo se hizo con los amotinados de Gante y Liera.

Desgraciadamente para las armas españolas, la ventajosa actitud en que se hallaba el Almirante y el término de estos motines, no produjo el efecto apetecido, á causa del poco concierto entre las órdenes que dejó el Archiduque y las presentes necesidades. Era de prever que, infringida la neutralidad, los alemanes no permanecerían en actitud pasiva; y desde el momento en que no se utilizaban las ventajas que procuraba la reunión de un ejército respetable para caer sobre el territorio enemigo y operar con rapidez y vigor, muy en breve tendría que lucharse con mayores y más graves inconvenientes. A primeros de Febrero el Almirante tenía ya terminado el puente y fuerte junto á Rees, aparejándose para cruzarlo y salir á campaña tan presto mejorara el tiempo; mas precisamente por entonces el cardenal Andrea recibía los diputados de los príncipes alemanes que acudieron á requerirle para que sacase la gente de aquellos territorios. Excusóse el Cardenal, prometió el remedio, y acto seguido dió conocimiento al Almirante de que en breve se incorporaría al ejército: inconveniente, grave, que echó de ver Mendoza, presumiendo cuanto entorpecería las operaciones. Y sucedió en efecto de este modo, porque llegando el 15 á Maestricht y reunido el Consejo, declaró el Cardenal que venía con intento de atacar al enemigo en sus tierras, cruzando para ello el Wahal. Las opiniones anduvieron discordes, pues mientras unos sustentaban ésta, otros estimaban más conveniente entrar en la región del Veluwe, pasando el

(1) Esta vez entraron los franceses, no en cortas partidas y á la deshilada, sino formando regimientos y con banderas tendidas; lo que indujo al Cardenal á enviar á París un gentilhombre de su cámara para manifestar á Enrique IV la infracción del tratado *cuya tinta estuba todavía fresca.* Hizo la misma representación nuestro embajador, y disculpándose el monarca francés, aseguró *que era sin su consentimiento*, mas no por eso mandó volver la gente que había ido en auxilio de los holandeses.

Issel y reconquistando de paso á Zutphen y á Deventer; tampoco se conformaban sobre el punto por donde debía cruzarse el primero de los citados ríos, si bien el Cardenal tenía ya resuelto comenzar por la conquista de Bommel, isla de triste recordación para los españoles. Fué un plan funestísimo, como lo acreditaron muy en breve los sucesos.



Emplazamiento de un cañón de batir. (Grabado de *El Perfecto Artillero*, de Julio César Firrufino)

La isla de Bommel está formada por el brazo inferior del Rhin, denominado Wahal, y la corriente del Mosa, ríos que confunden sus aguas en Harwarde (Heerewarden en los mapas modernos), formando allí un nuevo islote, que es como punta de la isla citada, según puede verse en los grabados con que ilustramos estas páginas. Para operar en ella y tener asegurada la corriente del Wahal hasta Rhinberg era necesario apoderarse del fuerte de Schenck, situado sobre el Wahal, en un islote, entre Enmerich y Nimega, empresa á que parecía inclinado el Cardenal; pero

como hombre poco experto, dejóse llevar del último consejo, desechando el acertado plan del Almirante. «El fuerte del Esquenck (Schenck), decía éste, es hoy la llave de las islas; si le tomamos nos hacemos señores del Wal y del Rhin, y atamos de pies y manos á toda Holanda, dejamos cortado el Issel, con sus cuatro plazas, Zutfen, Deventer, Zuol y Campen, hasta el brazo de mar á quien los de aquella tierra llaman Zuiderzee; con dos puentes que hagamos, uno en el Wal y otro en el Rhin, somos señores de todo cuanto hay entre estos dos ríos, pues las tierras cercadas no son fuertes ni los que las pueblan tan nuestros enemigos que no tenga yo secretas inteligencias con alguna villa de las más poderosas y nobles de las islas; si la dificultad está en quitarle el socorro, yo me obligo á hacerlo; si en pasar allá, haya barcas con que tentar el paso por ambas riberas, que valor hay harto para emprenderlo. Nuestra artillería es mucha, y nuestra infantería la mejor que han visto jamás estos Estados (1).» Y, en efecto, sumaba á la sazón el ejército 17,000 infantes y 2,000 caballos, toda esta gente veterana. Pero el Cardenal contentóse con trasladarse á Rees y de allí á los contornos del fuerte Schenck, después de haber hecho conducir el puente de barcas desde Res á Enmerich y despachado una parte del ejército hacia el Mosa que debía cruzar por Gennep. El Cardenal pensaba distraer de este modo al enemigo, con respecto al verdadero objetivo de las operaciones, dando lugar á que esta fracción de sus tropas pasara los ríos Mosa y Wahal, fortificándose más abajo de Nimega, á donde acudiría entonces el grueso del ejército para reconquistar esta ciudad. Si esto no podía realizarse, el cuerpo destacado debía dirigirse á la isla de Bommel, donde operaría en combinación con él. Este plan dió, como había previsto el Almirante, resultados funestos.

En Doesburg se hallaba Mauricio de Nassau con 10,000 infantes y 2,000 caballos, cuando tuvo noticia de este movimiento, y temiendo que los católicos tentasen el paso del Issel, trasladó su campo entre la aldea de Zevenaar y el Rhin, después de haber echado un puente hasta la isleta de Oud-Zevenaar, mientras esperaba la llegada de algunas barcas de Arnehim, para arrojar otro sobre el Tolvis. De este modo aseguraba sus comunicaciones y se mantenía apercibido para acudir á donde exigiera el peligro. Entre tanto, la vanguardia del ejército católico, compuesta de 7,000 infantes y doce compañías de caballos, acuartelábase frente al castillo de Schenck y plantaba contra él los nueve cañones que llevaba. El resto del ejército presentóse al día siguiente, y el Cardenal y su corte, que con él marchaban, se alojaron en Gritusen, lugarcillo del ducado de Cleves. Ocuparon aquellas tropas la opuesta ribera del Wahal, y pusieron en batería doce cañones; por manera que el fuerte vióse violentamente batido; pero este cañoneo fué poco fructuoso, en razón á que el ejército carecía de barcas para pasar á la isla en que el castillo asienta. De no ser así, aquel mismo día se tomara, porque su guarnición ascendía sólo á 500 soldados, y bajando el puente de Enmerich hasta tiro de cañón del fuerte, podían darse la mano los dos ejércitos é impedir el arribo de socorros por aquel costado del río. Pero como en la guerra es primera virtud la diligencia, la noche del día 28 de Abril, en que comenzó á batirse el fuerte, introdujeron en él los enemigos, sin que nadie lo notase, 800 ingleses y 1,000 gastadores, que antes del día comenzaron á construir una trinchera para impedir el paso del río. El cañoneo prosiguió los días siguientes, tan infructuoso como el primero; pero habiendo levantado el enemigo una plataforma á quinientos pasos del fuerte, causó desde ella grandísimo daño á los católicos. Ni de noche se suspendía el fuego, arrojando los de Schenck «granadas artificiales» como las empleadas en los sitios de Hults y Amiens. Esta vigorosa defensa obligó al Cardenal á trasladar el puente de Enmerich á las inmediaciones del fuerte, con objeto de que el ejército que había tomado posiciones en la ribera opuesta cruzara el río, y reuniéndose con el grueso, marchara á Cranembourg, en espera de avisos de las tropas que se dirigieron á tentar el paso del Wahal más abajo de Nimega.

Componíase este cuerpo de ejército, del tercio de Zapena, dos compañías de arcabuceros, los regimientos de Stanley y Barlotta y 400 caballos, mandados por el conde Enrique de Berghes; no se le dió jefe superior, contentándose el Cardenal con encargarles la buena correspondencia, y

(1) Coloma: *Guerras de los Estados Bajos*. Lib. XII.

esto, como dice un testigo, fué gran yerro y desconocimiento de la especial prerrogativa de la nación española. Sabido por estos capitanes que Andrea se hallaba acuartelado junto al fuerte Schenck, sin esperar la conclusión del puente de Gennep, tomaron con ocho piezas, treinta barcas y otros tantos carros la dirección de Tihel, dos leguas más arriba de cuyo punto debían cruzar el Wahal. Desgraciadamente esta operación, emprendida de noche y con el mayor sigilo, fué contrariada por la lluvia, y tres horas después de amanecer aun no habían llegado los expedicionarios al punto elegido, resultando de aquí, que avisado el gobernador de Nimega por sus espías, pudo enviar río abajo cuatro bajeles de guerra, y por el dique adelante 500 hombres, con objeto de impedir el desembarco. Frustróse á causa de aquel entorpecimiento el propósito de los católicos, pues si bien nuestra artillería echó á pique dos bajeles enemigos, y la gente comenzaba á embarcarse en diez barcas que Zapena pudo poner en el río, el enemigo, atrincherado en el dique, impidió con sus certeros fuegos la operación. Entonces resolvieron los nuestros dirigirse río abajo siguiendo la ladera izquierda; pero no con más fortuna, porque las tropas enemigas engrosaron y les fueron acompañando con sus disparos desde la ribera opuesta. Nada de esto se hizo sin mediar serios altercados entre los capitanes, lógica consecuencia de no llevar cabeza; y después de haber discutido si se cruzaría ó no el río, opinaron, ateniéndose á las instrucciones del Cardenal, que se pasara á la isla de Bommel. Aquella noche, recogidas las barcas, estas tropas tomaron la vuelta de Megen, cruzaron por este punto el Mosa, y después de haber andado un día y una noche por territorio brabantino, volvieron á pasar el río por Empel, y penetraron en la isla, ocupando sin resistencia el fuerte de Heel. Desde allí plantaron la artillería en el dique frontero al fuerte de Crevecœur, que se hallaba de esta parte del Mosa, y despacharon un correo al Cardenal para notificarle el suceso. Este aviso llegó á Cranemburg el mismo día que el cardenal Andrea levantaba su campo de las inmediaciones de Schenck; y prosiguiendo éste su marcha hasta Gennep, despachó algunas fuerzas hacia Crevecœur, que se rindió después de abierta la trinchera. Seguidamente penetraron las fuerzas católicas en la isla, y á poco se incorporó á ellas el Almirante, cruzando el grueso del ejército el Mosa, en las barcas que condujo Zapena. El Cardenal y su corte quedaron en Bois-le-Duc.

Reunidas ya todas las tropas destinadas á señorear la isla de Bommel, ordenó el Almirante emprender la marcha contra la ciudad de este nombre, tomando por camino el dique maestro que sujeta el Wahal. La vanguardia hubo de detenerse á barrer el río con sus cañones, pues guardaban su paso más de veinte bajeles de guerra; y alejados éstos, tomó el ejército posesiones á menos de tiro de cañón de la ciudad, entre ésta y la aldea de Herwenen. El enemigo no había permanecido ocioso, y siguiendo el movimiento desde la ribera opuesta, ocupó un puesto desde el que podía batir tan ventajosamente nuestro campo, que, según un testigo y actor, jamás le pudo desalojar nuestra artillería y apenas había instante ni lugar en que no estuviese la vida de todos en conocido y evidente peligro.

A 500 infantes y una compañía de caballos ascendía el presidio de la villa de Bommel cuando se presentó el ejército católico, y es de presumir que, de acometerse enérgicamente la ciudad, se habría entregado; pero en establecer los reales se emplearon nueve días; tiempo suficiente para que Mauricio de Nassau tuviera noticia de haberse levantado el asedio de Schenck, y conociendo los designios de los católicos, marchara con gran diligencia á incorporarse á los suyos é introdujera en la villa un refuerzo de 1,000 hombres. Su campo, compuesto de 14,000 combatientes, se alojaba en Tuil, y en los siguientes días al de su arribo ocupóse en levantar un fuerte frontero al dique del Wahal, que ocupaban los nuestros, y en ponerse en comunicación con la villa por medio de un puente suficiente ancho, para que sin peligro pudiesen cruzarlo dos carros á la par: por éste condujo Mauricio al otro lado del río y junto á la ciudad 1,000 infantes y 400 caballos que, á causa de la estrechura de Bommel, alojó fuera de ella, en cuarteles separados y protegidos por grandes trincheras. Eran éstas tales, dice Coloma, «que con ser Bommel una villa muy pequeña, representaban las fortificaciones, baluartes, reductos y estradas cubiertos, que levantaron en diez días, el ámbito y circuito de una gran ciudad; porque se afirma que trabajaron en ellas

más de diez mil villanos, aunque con muerte de muchos, á quien hacía pedazos nuestra artillería desde el dique, donde estaban plantadas catorce piezas, y seis enfrente de los tercios españoles, en tres reductos, sin otros cuatro que desde el cuartel de los borgoñones, irlandeses y alemanes, que hacían el cuerpo izquierdo del alojamiento, tenía á su cargo el coronel Estanley. Daño grande causaban nuestros cañones á la reducida villa, mas no era, según se ve, menor el que nos infligía la artillería enemiga desde la ribera opuesta. Por añadidura las fuerzas de Mauricio iban engrosando, y el 10 de Mayo, sumaban más de 16,000 infantes y 3,000 caballos, ocupando todos los arrabales y lugares más cercanos al río, espacio de cinco leguas desde Tuil á Gorinchem.

Era de presumir una vigorosa salida de la guarnición de Bommel, reforzada por la gente de Mauricio, y esto se efectuó á medio día del 11. Acometieron los enemigos el campo por el dique maestro y por las praderías que se extienden al Norte de la villa, favoreciendo el movimiento treinta bajeles provistos de cañones que se arrimaron á la ribera derecha; pero sin fruto, pues todo se redujo á un violento cañoneo, á causa de las zanjas, pantanos y cortaduras que impedían venir á la mano. El enemigo repitió la acometida á media noche, sorprendiendo y degollando un cuerpo de guardia de treinta valones, aunque sin lograr su intento; mas como buscase á toda costa medio de apoderarse de nuestras trincheras, organizó el 14 una nueva salida que dirigió La Noue al frente de 5,000 hombres. El dique se acometió simultáneamente por tres partes, arrebatáronse furiosamente los primeros puestos, y hubiera caído en poder del atacante el principal reducto, de no acudir con oportunidad dos tercios á quienes puso en arma los gritos que daba un espía preso por los enemigos. Trabóse encarnizada la pelea en el dique y su falda, perecieron á centenares los enemigos, y aunque no fueron escasas las bajas de los nuestros, pudo conservarse el único camino para acometer la villa. Sin embargo, el sitio no llevaba trazas de terminarse; la posición de los católicos era difícil; sus pérdidas en el transcurso de aquél, muy sensibles, y el consumo de municiones grande, á causa de la continua batería de ciento cincuenta piezas que desde ambas riberas barrían el Wahal, con infinitas muertes de nuestra parte, por hallarse los cuarteles españoles más sujetos al fuego que los del enemigo. Transcurrieron así diez y siete días más, y vacilante el Cardenal, que residía en Bois-le-Duc, acerca de lo que convendría hacer, pidió por escrito noticia del estado de cosas, y parecer respecto de ellas á D. Carlos Coloma, quien en 22 de Mayo contestó al Almirante lo siguiente:

«Como no cuido sino de mi tercio, no sabré decir á Vuestra Excelencia el estado en que están los demás; dél me faltan, entre muertos y heridos, desde que entramos en la isla, cuatrocientos y veinte y siete soldados; la esperanza que hay de salir en esta empresa digo que es ninguna mientras no se ocupare el dique de la otra parte; y con todo eso es necesario quitar el paso del río al enemigo, ó con la artillería ó de otra manera; porque estando el puente en pie y el conde Mauricio con diez y ocho mil infantes, que dicen tiene, no hay á quien no le parezca que será necesario gastar en ello mucho tiempo, todo él mal empleado. Y hay otro inconveniente, que cuando ganemos á Bommel, ha tenido y tendrá el enemigo tanto tiempo para fortificarse de la otra parte del Wahal, que no habremos hecho nada respecto á lo que más conviene y se desea, que es pasar allá. El fin que se les da á las cosas, suelen decir que corona y perfecciona las obras; y así, digo (suponiendo que si se deja esto se ha de ocupar el ejército en otra empresa), que si se escoge tal que se pueda esperar buen suceso de ella, se pondrá muy en seguro la reputación. No sería malo para esto el sitiar á Breda, que, aunque es fuerte, es sin duda que se le puede quitar el socorro, y muy fácil el acometerla, sin que le meta el enemigo más guarnición que la que tiene, acudiendo allá de golpe la caballería á tomar los puestos; pero si es así como me dijo ayer Moriensarte, que hay orden de no dejar por este verano la isla, y conviene, por consideraciones de Estado, el no cargar con ella á Brabante, yo me acuerdo haber oído decir al conde Carlos de Mansfelt, diez años ha, que si se hiciese un fuerte en la mayor estrechura de tierra entre el Wahal y el Mosa, se le pondría un freno á toda Holanda, y aun le vi después arrepentido de no haberlo hecho; otros muchos hay en el ejército que se acordaran de esto mismo, con quien lo podrán conferir Su Alteza y Vuestra Excelencia cuando fueren servidos. En lo del puesto donde conviene que esté Su



Sitio de Bommel por el ejército español, mandado por D. Juan de Mendoza en 1599. (Fragmento primero)



Sitio de Bommel por el ejército español, mandado por D. Juan de Mendoza en 1599. (Fragmento segundo)

Alteza, pasándose adelante el sitio ó emprendiendo otra cosa, digo que, aunque es sin duda que alegraría grandemente al ejército su presencia, para todo está mejor en Bolduque, y más teniendo en su lugar á Vuestra Excelencia aquí, que tanto nos honra, alegra y favorece á todos, á quien guarde nuestro Señor, etc. De las trincheras, á 22 de Mayo de 1599.»

Parece ser que el Cardenal no tenía gran deseo de empeñarse en la presa de Bommel; pues de otro modo, las operaciones hubiéranse efectuado con más calor, y, como dice Coloma, no se empleara en tomar la villa lo que en mantenerse junto á ella sin fruto, sobre todo tratárase de arrebatar al enemigo el dique de la orilla opuesta é interceptarle el paso por el puente. Pero Andrea era sabedor de la reunión del ejército de los príncipes alemanes y deseaba mantenerse en expectativa de los sucesos, especialmente cuando supo que el conde de Holack había marchado con 300 caballos á persuadir á los príncipes que, dejada otra empresa, se juntaran con Mauricio y concluyeran de una vez con el ejército católico. Limitóse, pues, éste á fortificar sus cuarteles y el dique con reductos cerrados y ramales de trinchera, hasta el día 3, en que se ordenó la retirada del campo á Herckwyck, para estar más á cubierto de la artillería. El Cardenal llegó entonces á este punto, y reunido consejo, tratóse de la edificación del fuerte en la confluencia de los dos ríos, y acordado que fué, el día 8 se echaron los cordeles para su construcción. Obligábase de este modo al enemigo á mantener en constante observación de cuatro á cinco mil hombres para proteger á Holanda, y asegurábanse al propio tiempo ambos pasos del río, y esto con poca guarnición. Un ingeniero alemán que por aquellos días se pasó á los nuestros, fué encargado de la construcción del fuerte, que se hizo de cinco baluartes; «es á saber, dos y la frente de una cortina sobre el Wahal, uno frontero al fuerte de Voorden, otro sobre el Mosa y otro que miraba á la villa de Bommel, de donde distaba el fuerte legua y media». El gobierno de esta fortaleza dióse á Nicolás Catriz, de nación valona, y la superintendencia de la obra á D. Luis de Velasco, hecho lo cual regresó Andrea á Bois-le-Duc.



Soldados holandeses. (Copia de un grabado de la época)

Alojóse Velasco para proteger la obra del fuerte junto al dique del Wahal, á un cuarto de legua del ejército, y pasó la caballería á la otra parte del Mosa, donde podía forrajear. El puente situóse una legua vía arriba, del costado de Rosem, para que aquélla pudiera comunicarse con la infantería, y el bagaje y tren colocáronse en el citado lugar de Rosem. Mas tan pronto se dió comienzo á la obra del fuerte y se hubo distribuído la gente, acudió Mauricio con todo su campo al lugar de Varick, frontero al fuerte en construcción, levantando en esta margen del río una gran plataforma desde la que veinticuatro cañones fulminaban constante fuego contra los nuestros. No anduvo menos cuidadoso Velasco en hacer lo mismo, y después de colocar seis cañones en el dique, para responder al enemigo, comenzó un trincherón con fagina y tepes para cubrir la cortina y baluartes que se construían por aquel costado, y por remate levantó una plataforma en la que se colocaron diez y ocho piezas. En junto eran veinticuatro piezas las que jugaban de nuestro lado y treinta desde el del enemigo, con tanto daño de ambas partes, que en el intervalo de quince días perecieron más de 1,500 hombres holandeses y españoles. Sin embargo, la diligencia y cuidado de los caudillos del ejército católico no acertó á descubrir el punto por donde podían ser amenazadas más de cerca sus posiciones, y de esta falta aprovechóse el sagaz Mauricio poniendo su planta en la isla.

Recomendamos á nuestros lectores que examinen atentamente los dos grabados de la página 13 para hacerse cargo del movimiento realizado por Nassau. En la confluencia de los ríos Mosa y Wahal fórmase un islote que señorea el fuerte de Voorden, ocupado por los holandeses, y á favor de los fuegos de este fuerte, ideó Mauricio echar un puente y trasladarse á la isla por aquella ribera que los nuestros tenían desguarnecida. Con este intento trasladó sigilosamente 3,000 ingleses, franceses y holandeses al otro lado del río, ocupó el lugar de Harwerde la noche del 28 de Junio y se fortificó en él, abriendo una trinchera de río á río, y quinientos pasos más atrás «hizo un reducto con dos medios caballeros, uno sobre cada río, de competente altura y con muy buenos fosos y palizadas». Cuando el Almirante recibió el primer aviso, decidió no moverse hasta la llegada del día, en que, reunido consejo, se optó por rebatir á los holandeses: salieron á las diez de la mañana en número de 3,000 infantes y 1,000 caballos mandados por Mendoza en persona, y tan presto la vanguardia que conducía Berghes se presentó frente á Harwerde, cuando los enemigos rompieron un violentísimo fuego desde las trincheras, el fuerte del islote y los bajeles armados. Engañáronse nuestros caudillos respecto á las fortificaciones del enemigo, y cerrando con gentil aliento sobre las primeras, no sin gran destrozo, las arrebataron, continuando el avance hasta dar con las fortificaciones de la segunda línea. Grande era el peligro de los católicos, críticos y angustiosos aquellos momentos; pero con su natural ardimiento llegaron muchos á lo alto de las trincheras, y porfiando en vano, hallaron allí gloriosa muerte. Más de 300 perecieron entre soldados y capitanes, y hubo de tocarse retirada después de una hora de combate. Los enemigos, aprovechando el buen suceso, arrojaron dos puentes, uno para enlazar el islote con la isla, y otro aquél con la ribera opuesta del Mosa (véase el primero de los citados grabados); pero advertido Landriano, que mandaba en jefe de la caballería, fortificó sus cuarteles con muy buenos reductos y rechazó á la caballería enemiga que el 3 de Julio pasó á reconocer aquellos puestos. Tampoco consiguió Mauricio arrebatarnos el fuerte que protegía nuestro puente sobre el Mosa, suceso que merece especial mención por la heroica defensa de su escaso presidio. Empeñado en atraer á nuestro ejército á la ribera izquierda de este río, para caer con el grueso de sus fuerzas sobre la isla, despachó á La Noue con 6,000 infantes y 3,000 caballos contra los cuarteles de Landriano; y después de sostener valiente escaramuza con nuestra caballería, ganó éste el dique y acometió el fuerte por sus cuatro costados. Casi á un tiempo se arrimaron á sus flacas murallas treinta escalas y comenzaron á trepar por ellas los enemigos; mas de tal manera se defendían los católicos, que á estocadas, hachazos y á empujones rodaban al foso los atacantes. Porfiaron éstos cerca de dos horas y se mantuvieron á cuerpo descubierto aquellos héroes entre una lluvia de hierro; á la postre, rendidos los ofensores, y viendo que llegaba á los españoles el socorro, retiráronse á sus cuarteles, antes que la noche ó la muerte les obligasen forzosamente á ello. Pocos días después, la obra del fuerte, que se denominó de *San Andrés*, en honor del Cardenal, se terminó; y el

Almirante dispuso que el grueso del ejército pasara á situarse al otro lado del Mosa, movimiento que puso en gran cuidado á Mauricio, por si fuera estratagema encaminada á preparar el paso del



D. Manuel Sueiro, escritor portugués

Wahal. Estos temores no se realizaron, así como tampoco las esperanzas que Nassau fundó en el ejército que reunieron los príncipes alemanes, y acerca del cual daremos algunas noticias.

Las tropas alemanas, en número de 35,000 infantes y 4,000 caballos, gobernados por los condes de Lipa y Holack, pusieron sitio á Rhinberg, que, si bien defendida por soldados en sedición, no

se entregó al enemigo; y éste hubo de levantar el campo después de algunos días de cerco. Pasaron á ponerlo a Rees, mas no tan á tiempo que dejaran de entrar en ella diez carros de municiones y algunas compañías de españoles y valones; con todo, la plaza fué estrechamente circunvalada, batida algunos días por la artillería, descortinados sus baluartes, y tan apurados sus defensores, que estuvieron próximos á rendirse. Pero avisado el Almirante y entrados en Rees unos 600 hombres escogidos, no se contentaron con permanecer á la defensiva, y en dos vigorosas salidas obligaron al sitiador á desalojar sus cuarteles, operación que efectuó éste tan apresuradamente, que en ella perdió la mayor parte del bagaje. Tomaron los alemanes la vuelta de Enmerick, desde donde pasaron á Doesburg y Doetinchem; y aunque deseaba Holack que aquellas fuerzas se incorporaran á las de Mauricio, los príncipes no se mostraban ganosos de correr aventuras, estalló entre ellos la discordia, y desengañados de recuperar á Rees é imposibilitados de mantener por más tiempo las tropas levantadas á su costa, desistieron de continuar las operaciones, concluyendo la empresa entre el motín de su gente falta de pagamento y el disgusto de los habitantes. Entonces ordenó el Cardenal que se restituyera á Rees, á su legítimo señor.

La llegada del invierno puso término á las operaciones. El cardenal Andrea, sabedor del próximo arribo del archiduque Alberto á los Países Bajos, se presentó en el campo español á despedirse de los soldados. Mauricio desalojó su ejército, distribuyéndolo por el territorio comarcano, y el Almirante, completamente terminada la obra del fuerte, dejólo guarnecido por los valones, lo propio que el de Crevecœur, y condujo el suyo al Brabante, distribuyéndolo entre Tirlemont, Liere, Namur, Diest, Herenthals y otros pueblos. El 3 de Septiembre llegaron á Flandes el Archiduque y la infanta Isabel, haciendo el 5 su entrada en Bruselas, y recorriendo los siguientes días las principales villas del territorio. Y con el juramento de fidelidad que recibieron de los diputados, quedó sellado el pacto entre las provincias sumisas y sus nuevos señores. Por desgracia el estado del ejército después de las operaciones efectuadas dejaba mucho que desear; en Rhinberg se había amotinado, según ya dijimos, la guarnición; y aunque tan feo acto se hizo más disimulable, por la buena defensa de esta plaza contra los alemanes, es lo cierto que sirvió de estímulo y acicate á los menos sufridos. Las tropas que guarnecían las aldeas de Bommel, en su mayoría españoles é irlandeses, faltas de paga hacía cinco meses, amotináronse y se dieron á correr y robar por el territorio comprendido entre Grave, Ruremunda y Maestricht, haciéndose luego fuertes en Haumont, lugar cercado del país de Lieja, y nombrando su electo, cuya circunstancia aprovechó Mauricio para sorprender á Wachtendonch, favorecido por hallarse helados los ríos. A la sedición de los de Bommel, siguió la de otros soldados que se alojaban en el Brabante, y lo que fué más triste, la de los que guarnecían el fuerte de Crevecœur y de San Andrés. Y en balde mandó el Archiduque á Haumont al maestre de campo Zapena para que los volviese á la obediencia, pues no quisieron escuchar sus proposiciones. Claudio Barlotta marchó poco después á Bommel con tropas recientemente levantadas y orden de sacar alguna gente y artillería de San Andrés para pasar el Wahal y tomar posición en la opuesta orilla; pero al llegar á Haumont supo la sedición de los de aquellos fuertes, y hubo de desistir de la jornada; con lo que se frustró el plan de Alberto, consistente en sacar á campaña parte de los amotinados y aprovechando los hielos de aquel invierno llevar la guerra al territorio situado allende el citado río.

Funestos presagios eran éstos para el nuevo señor de los Estados. La sedición era casi general, precisamente cuando el enemigo no se hallaba más pujante y cuando la estación facilitaba las operaciones; y, por añadidura, los fuertes á tanta costa mantenidos, iban á caer en su poder. A primeros de Marzo marchó Mauricio con toda su gente sobre Crevecœur, y después de haber destrozado un cuerpo de 400 borgoñones que de Haumont acudió en defensa de este fuerte, rindiólo sin dificultad; seguidamente trasladóse á las inmediaciones del de San Andrés, y para evitar todo socorro por la parte de Bois-le-Duc, rompió el dique del Mosa por cuatro partes y anegó la campaña; plan acertadísimo, pues D. Luis de Velasco, que se presentó á poco con 6,000 soldados, hubo de renunciar al avance. Empero, no se perdiera el fuerte, si los 1,000 valones y alemanes que lo defendían hubieran sido fieles; pero estos sediciosos lo vendieron á Nassau por 50,000 escudos,

pasando ellos á militar en las banderas de los holandeses, proceder tanto más infame en cuanto tenían comida para seis meses y más de cien toneles de pólvora (1), y golpe terrible para el Archiduque, á quien fué forzoso pactar con los amotinados de Haumont, lo que dió alas á la indisciplina. Dióse á estos 3,000 sediciosos, entre tanto no fuesen pagados, la villa de Diest, prometiéndose á los infantes, para su sustento, catorce plazas diarias y veintiocho al caballo ligero, y aun así y todo no se acalló su insolencia. Pero el peligro urgía, sublevábanse otros presidios y los dominios del Archiduque parecían, como dice un coetáneo, más amenazados de los suyos que de las armas enemigas.

En tan críticos momentos mandó reunir Alberto los Estados generales, y en su nombre solicitó el Presidente socorros en dinero para poder remediar aquel estado de cosas. No se negaron á ello los diputados; pero antes querían informarse del estado en que se hallaban los ánimos en Holanda para establecer la paz: propósito vano y que, como puede presumirse, no dió otro resultado que exigir los holandeses que saliesen los españoles de todos los Países y se entregara su gobierno á los naturales. Pero tales dilaciones sólo sirvieron para dar creces al mal, pues D. Luis de Velasco, que se hallaba con el grueso de las tropas entre Grave y Venloo, vióse abandonado por la mayor parte de sus soldados, que fueron á incorporarse á los sediciosos de Haumont; y Mauricio de Nassau, sabedor de estos motines, fué organizando cómodamente el ejército que debía llevar la guerra al corazón de las provincias flamencas.

El plan de Nassau no podía ser más acertado, porque no era fácil que Alberto pudiera rechazar una agresión efectuada con vigor y por el costado donde menos lo creyera. Casi todo el ejército se hallaba amotinado y era de presumir que el país sometido respondería á las excitaciones de los holandeses. Por otra parte, convenía á éstos destruir los fuertes que el Archiduque mandó levantar en las inmediaciones de Ostende, así como poner coto á las correrías que desde la Esclusa efectuaban las galeras mandadas por Federico Spínola. Por todas estas razones, determinóse hacer un desembarco en la costa de Flandes, prometiéndose, no sin fundamento, grandes ventajas de esta operación. Organizóse ésta á principios de Junio, y el 12 del mismo, la armada holandesa puso junto al Sas de Gante los 20,000 infantes y 2,600 caballos que la componían. El fuerte de Sas dista de Gante cinco leguas y asienta sobre un canal, cuyas esclusas permiten anegar toda la campaña: aseguran la guarda dos fuertes más reducidos, de los que se apoderó fácilmente el enemigo, no atreviéndose á emprender la conquista de aquél por no entretenerse demasiado. Tomó el ejército holandés la marcha de Neuport, quemando de paso algunos lugares, pero sin excitar entusiasmo en los naturales, y con objeto de interceptar el paso al Archiduque, caso de que acudiera en su demanda, dejó en el fuerte del paso Oudenburg, sobre el canal, seis compañías de infantes y 200 caballos; prosiguiendo su marcha, arrebató los fuertes de San Alberto y Saneskerque, fronteros á Ostende, y con objeto de reforzar la guarnición de esta plaza, temeroso de que el Archiduque la atacara, despachó para ella 2,000 soldados escoceses é irlandeses escogidos.

Diligente se manifestó en esta ocasión el Archiduque, porque tan presto tuvo noticia del desembarco, juntó cuanta gente halló á mano, hizo nuevas levas, convocó las guarniciones de plazas menos amenazadas, y habiendo conseguido que los amotinados de Diest le siguieran, juntó un ejército de 8,800 infantes y 900 caballos, con los que se dirigió á Gante. Allí pasó muestra á sus tropas acompañado de la infanta Isabel, que recorrió las filas á caballo, alentando á los soldados con frases entusiastas y prometiéndoles empeñar sus joyas para satisfacerles sus atrasos. Y la presencia de esta dama, saludada con atronadoras aclamaciones, pareció infundir nuevo brío á nuestros veteranos, ganosos de demostrar que eran dignos de la confianza que en ellos se ponía.

El Archiduque tomó inmediatamente la vuelta de Brujas, llevando todo su campo en perfecto orden; el 30 de Junio ocupó el paso de Aardemburg, que rindieron sin resistencia los holandeses, y seguidamente arrebató la vanguardia el fuerte de Saneskerque, cuya guarnición fué pasada á cuchillo. Estos felices comienzos se completaron al llegar á las Dunas, pues como encontraran á su

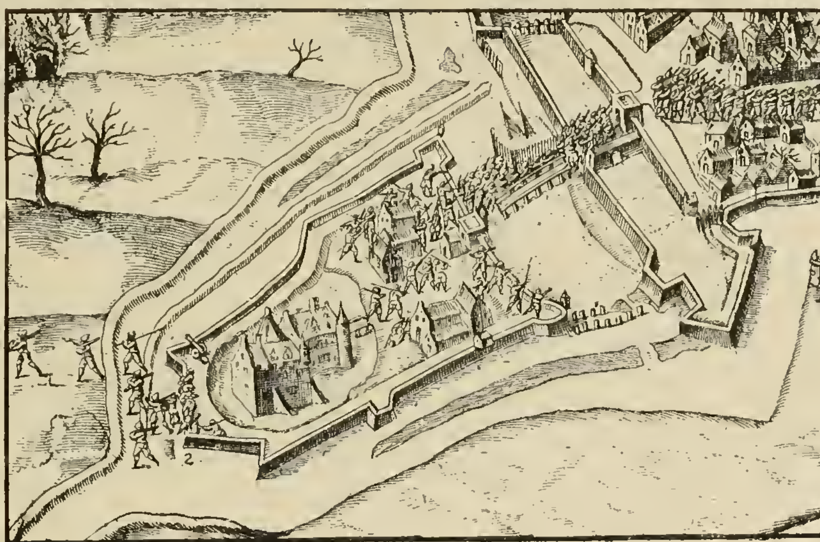
(1) Carnero: *Guerras civiles de Flandes*, p. 477.

paso los 2,000 escoceses é irlandeses que Mauricio mandaba á Ostende, cerró tan vigorosamente contra ellos la citada vanguardia, que en pocos momentos los rompieron y degollaron á todos.

Cuando Nassau supo este movimiento, quedó asombrado y perplejo: no creía que tan de im-



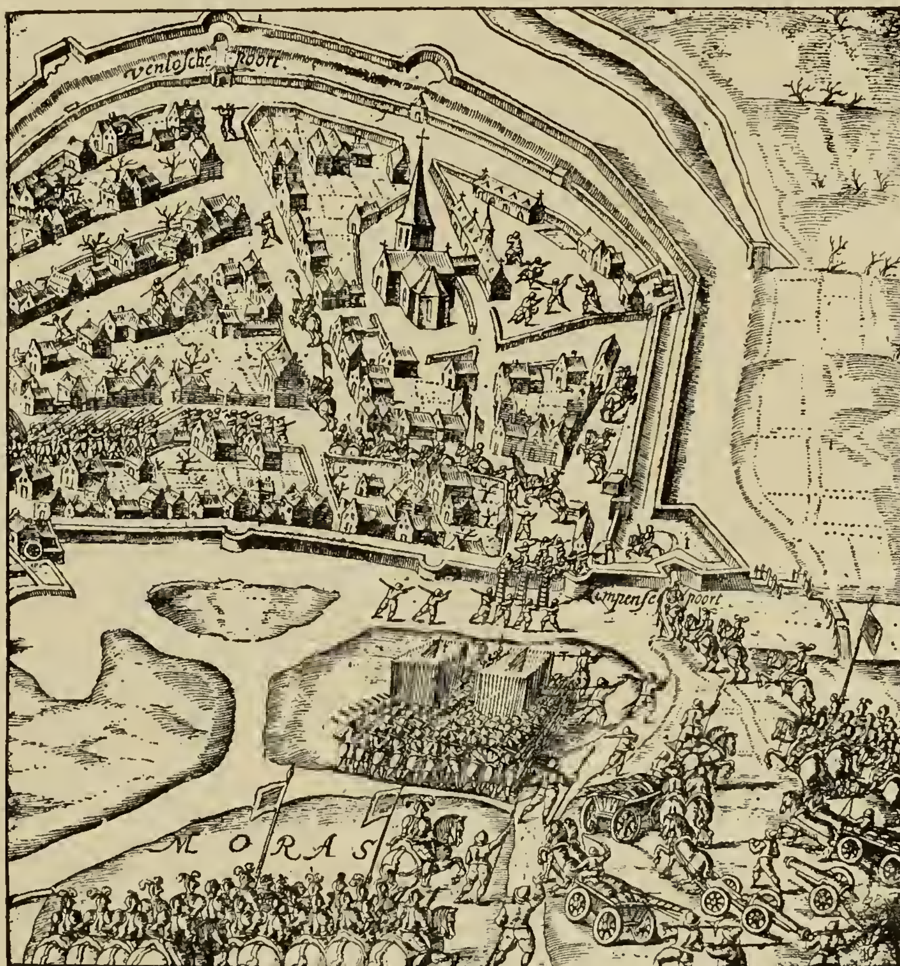
Toma de Wachtendonch por Mauricio de Nassau en 1600. (Primer Fragmento)



Toma de Wachtendonch por Mauricio de Nassau en 1600. (Segundo Fragmento)

proviso se le viniera encima el ejército católico, pues confiaba en que le sería difícil forzar el paso de Aardemburg. Por otra parte, de permanecer junto á Neuport, había de verse acorralado y falto de vituallas; y de embarcarse, corría el peligro de ser acuchillado al efectuarlo. Su natural resolución sacóle de estas dudas, y decidido encomendarlo todo al trance de las armas, parapetóse en las Dunas, entre Ostende y Neuport, ordenando á su armada que, sin perderle de vista, no se acercara tanto á la playa, que permitiera creer á los suyos en la retirada por mar: resolución

tan heróica como necesaria para el que la pone únicamente en la victoria; pues, como dice un coetáneo, no hay medio mejor de conquistarla que un trance de vida ó muerte. Pero si perplejo estuvo en un principio Mauricio, no menos vacilante se encontró el Archiduque. Los pareceres de los de su Consejo eran varios: decian unos que debía hacerse alto, refrescar la gente y ganarse al enemigo el castillo de San Alberto, dando lugar á que llegara la reta-



Toma de Wachtendonch por Mauricio de Nassau en 1600. (Tercer Fragmento)

guardia del ejército católico; opinaban otros que con detenerse se perdía la ocasión, procurándola al enemigo de reposar y fortificarse; algunos más exaltados añadian que los holandeses iban á escaparse de las manos, que estaban ya prontos á embarcarse, infiriéndonos con ello un ultraje; los más prudentes, manifestaban que debia atenderse al sitio en que se hallaban parapetados, arenoso, de acceso difícil, especialmente para gente fatigada, añadiendo que el enemigo, más numeroso, contaba muchos soldados viejos y capitanes experimentados; razones que los más rechazaban, aduciendo la necesidad de que no se enfriara el entusiasmo de los nuestros. Por último, se expuso una en apariencia no destituída de funda-

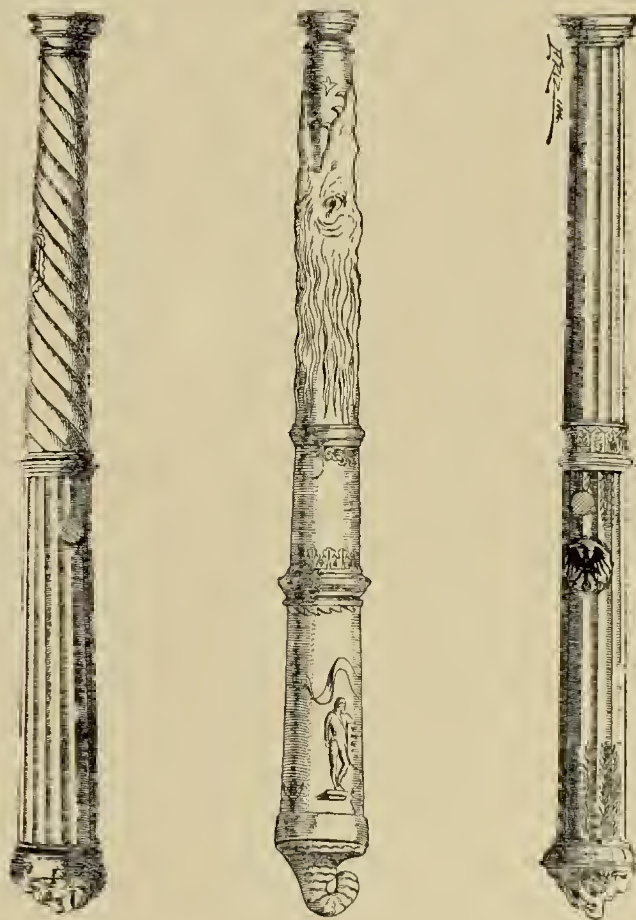
mento: que el enemigo podía ser reforzado con nuevas tropas por mar, mientras el Archiduque no podía ver aumentadas las suyas. Puesto Alberto entre tan opuestos pareceres, y recordando acaso los consejos de Amiens (1), quiso esta vez dejar mejor puesta su reputación, y, en consecuencia, ordenó á Pedro Gallego, que gobernaba la caballería de vanguardia, que con los 600 caballos que iban en este trozo se adelantase á reconocer los puestos enemigos y trabar la escaramuza.

El ejército de Mauricio se hallaba colocado en lo alto de siete dunas, dando frente al campo católico y las espaldas á su armada. En estas posiciones esperaba á los católicos, decidido á vender caro su puesto, y en caso de no ser acometido, irse embarcando con el orden posible. Tenía en la ala izquierda, apoyada entre las dunas y el mar, siete piezas de artillería y otras cinco en una duna situada en su centro. Sus escuadrones manteníanse á pié firme, y Mauricio, recorriendo las líneas, con pocas y eficaces razones les recordaba el deber. Avanzaron los nuestros en escuadrones cerrados, 6,000 infantes por el centro y la caballería, mandada por el Almirante de Aragón, por la derecha. Componían la infantería tres tercios españoles, uno italiano, dos valones, uno de irlandeses y 800 infantes de Diest. Pero el Archiduque había dejado á retaguardia para guardar el paso de Oudenbourg á D. Luis Velasco con 4,000 infantes alemanes. Cerró el Almirante por la derecha con su caballería, mientras la infantería acometía por el frente para ganar la primera duna. El terreno arenoso impedía el avance; el calor y el peso de las armas le hacía más fatigoso: hundíanse las piernas de los católicos hasta la rodilla, y, mientras trataban de ganar terreno, diezmaba su artillería nuestras filas casi á mansalva. Sin embargo, tales eran el ardor y osadía de los españoles, que llegaron hasta la duna, treparon por ella y la ganaron degollando á mucha gente enemiga. No tan afortunados en la ala derecha, al verse diezmados por los cañones enemigos, comenzaron á cejar los caballos y á retirarse en desorden hacia la parte donde peleaba la infantería sin ser poderoso el Almirante á detenerlos. Ya había ésta conquistado la primera duna y peleaba por señorear la que ocupaban las cinco piezas; la lucha era desigual, así por el número y posición del enemigo, cuanto por el cansancio de la subida, y por el número de los que defendían la posición. A la fatiga de la marcha se unía el calor, pues el sol hería con vivos rayos las arenas, causando sus rayos no menos bajas que el plomo. Casi señoreaban los nuestros la duna, ya habían arrebatado dos piezas de la batería, cuando Mauricio acudió con nuevos refuerzos, sosteniendo la dudosa pelea. Empero, en aquellos críticos instantes, la caballería que mandaba Gallego y marchaba en vanguardia del ala derecha, comprometió el éxito de la batalla. Acometida por 600 corazas que estaban á la vuelta de una duna, rota y puesta en fuga, metióse por las filas de la infantería católica que iba subiendo á la duna, y abriendo el escuadrón, sembró en ella el desconcierto y el pánico. Los infantes que habían ganado la cumbre, viéndose aislados, tuvieron que retirarse con gran desventaja, pues cargó sobre ellos todo el peso de los rebeldes, y en tales momentos todo fué confusión y desastres: llenos de sangre y sudor pugnaban unos en vano para hacer frente al enemigo; azorados y sin armas, arrollaban otros á sus camaradas; y engrosando por instantes el enemigo, daba con ellos en tierra, arrebatándoles el terreno tan penosamente conquistado. Acudió el Archiduque al punto de más peligro y puso á la vista de los que huían la honra de la nación española; pero pudo más en ellos el amor á la vida, y aunque á contener á las corazas francesas fueron dos compañías de su Guarda, arrollólas el enemigo, viéndose el mismo Alberto envuelto por los soldados de Mauricio y ligeramente herido. Desde aquel momento ya sólo fué posible pensar en la retirada, retirada desastrosa por el terreno en que se efectuó y que no fué total gracias á haber quedado D. Luis de Velasco á retaguardia del ejército con 4,000 infantes unidos y descansados. Murieron de nuestra parte 2,500 hombres, entre ellos algunos capitanes de mérito, hiciéronse centenares de prisioneros y perdimos 120

(1) «Acordábase de los consejos tan poco reputados de Amiens; y como de no mas que no verse de su enemigo acometido le hizo decir vencido hemos, quiso, pues, que en esta ocasión no se le dijese lo mismo y se le acumulase esta calumnia, sino hacer aquellas cosas debidas á un Príncipe y Gran Capitán, y de que tantos soldados pendían, y así, escogió por cosa más gloriosa acometer y aspirar á la victoria que consumirse en dudas y intermisiones.» *Memorias de Matías de Novoa*, Parte Primera, Lib. 1.

banderas y estandartes, tres piezas y parte del bagaje (1). El Archiduque estuvo á punto de caer prisionero, y corrió la voz de que lo había sido, salvándose gracias á la ligereza del caballo que le prestaron, y llegando á Brujas con algunos de su séquito.

Tal fué el triste resultado de la batalla de las Dunas, mucho más funesta á los católicos



Piezas de artillería menuda del siglo XVII

de no imponer respeto á Mauricio las fuerzas de retaguardia; las pérdidas de los holandeses no habían sido escasas, lo que unido al degüello de los escoceses, efectuado aquella mañana, les indujo á no empeñarse en la persecución; y de aquí que en realidad no fuese decisiva. Por el contrario, obligó á los Estados generales á salir de su irresolución y votar un subsidio, dió lugar á que se recogieran las reliquias del ejército y entraran á la deshilada en Neuport 1,600 hombres, para prevenir cualquier ataque del enemigo; y por último, permitió juntar

(1) Entre los prisioneros se contaron el Almirate de Aragón, general de la caballeria, el maestre de campo Luis del Villar, el gobernador Simón Antunez, veintiseis capitanes de infantería española, muchos alféreces y sargentos, no pocos reformados y algunas personas principales. Por su rescate dió el rey de España en 1602 la suma de 100.000 escudos. Entre los que perecieron, se cuentan un hermano del marqués de Bentivoglio, los condes de Prata, Lafria y Solm; el maestre de campo Zapena fué gravemente herido y llevado á Ostende. Más de 200 prisioneros conducidos á esta ciudad, fueron degollados en el camino, en venganza del destrozo causado á los escoceses aquella mañana.

y recoger nuevas armas, reducir á la obediencia á los amotinados de Haumont en número de 1,500 infantes y 1,000 caballos y organizar, con estos y las tropas de algunos presidios un nuevo ejército. Dudoso se hallaba Mauricio acerca del partido que más le convenía adoptar, pues su ejército se hallaba harto quebrantado para internarse en el país y sitiar plaza alguna; sin embargo, más por reputación que por confianza, lo puso á Neuport, alojando á sus tropas hacia la parte de Ostende, de suerte que estuviera constantemente en comunicación con la armada; pero viendo después de algunos días que D. Luis de Velasco, que se había adelantado hasta Dixmude, se mejoraba por momentos de gente, fuése retirando hacia Ostende, y después de tentar la presa del fuerte de Santa Catalina, resolvió embarcarse en aquella plaza, no sin dejar en ella 3,000 infantes y dos compañías de caballos. En su viaje al puerto de Flessinga, las galeras de Spínola causaron mucho daño á las enemigas que iban en la vanguardia; y aunque éstas intentaron darles caza al cambiar el viento, arrimáronse tanto éstas á la costa, que los bajeles holandeses, por su gran calado, no pudieron seguirlas.

No causó, esta campaña de Nassau, gran satisfacción á los de Holanda; pues de ella se prometían excelentes frutos; lamentábase el pueblo de los gastos que había ocasionado, criticábanle que no hubiera conquistado una sola plaza y roto por completo á los nuestros, especialmente el no haber quitado á Ostende la tutela de los fuertes circunvecinos; por último, deplorábase la pérdida de gente tan sin resultado. Sin embargo, el respeto que infundía Mauricio pudo más que todas estas críticas, sobre todo, por tratarse del único hombre de guerra que descollaba en Holanda. Con este importante suceso pusiéronse término á las operaciones militares de este año, pues apenas si merece mención el movimiento efectuado por Luis de Nassau para imponer tributos en las tierras del Limburgo y Luxemburgo, movimiento que no concluyó de realizarse, gracias á la presencia del conde Vandemberge, que con algunas compañías de caballos cruzó el Mosa y atajó el paso del enemigo.

El ejército católico distribuyóse aquel invierno, parte en los fuertes de San Alberto y Santa Catalina, que sujetaban las correrías de los de Ostende, parte entre Malinas y Liere, y el resto en Rhinberg, con objeto de vigilar desde allí la corriente del Lippe, por Vessel, y estorbar el transporte de municiones á Holanda.

II

Según el sistema observado en estas campañas, invernaron los ejércitos beligerantes en sus respectivos paises, durante el invierno de 1600-1, no sin que dejaran sus caudillos de apercibirse para proseguir la guerra, tan pronto amenguaran los rigores de aquella estación. Mauricio decidió entonces pasar á establecer el sitio de Rhinberg; el Archiduque, después de consultarlo con su Consejo, creyó más oportuno embestir á Ostende, proyecto que de antiguo acariciaba. Pareció á todos los capitanes esta empresa de más provecho que el socorro de aquella plaza, no tanto porque así se distraían las fuerzas del enemigo, cuanto por la conveniencia de quitar este padrastro á Flandes, impedir el merodeo de la guarnición enemiga, y apartar el enemigo de la costa; pero, en cambio, ofrecía el plan gravísimos inconvenientes, por tratarse de una ciudad fortísima por la naturaleza y el arte, y á la que no podían quitarse los socorros por mar.

Ostende, situada en la costa flamenca, entre la Esclusa y Neuport, era á la sazón una pequeña villa, circuida por dos canales ó brazos de mar, y asentada en terreno pantanoso y lleno de canales y cortaduras, con las que alternaban pequeñas dunas en la alta marea, el mar anegaba sus alrededores espacio de dos leguas y al descender las aguas quedaba al descubierto un dilatado lodazal. Hallábase dividida esta ciudad en dos partes: la *nueva* y la *vieja*; está situada al



Museo Militar

CÉLEBRE BATALLA DE LAS DUNAS (Junio 1600)

(Grabado de la época, debido al holandés Bartolomeo Dolendo)

E. Ullastres, Editor

Noreste, junto al Océano, separada de aquélla por un canal, sobre el que existian puentes, y fortificada por dos órdenes de murallas paralelas, formadas por vigas muy gruesas hábilmente trabadas: aquélla mucho más extensa, de forma poligonal, con ocho baluartes, ancho y profundo foso, grandes rebellines y buen camino cubierto, colocado en toda su extensión, bajo el fuego de la plaza: de este camino partía un dique que sujetaba las aguas del mar en su creciente, protegiendo así los campos inmediatos situados en nivel más bajo.

Reunía, pues, Ostende, excelentes condiciones para su defensa, y gobernada por un



Sitio de Rhinberg. Facsimile de un grabado de la época.

militar experto y leal, bien abastecida y presidiada, no era fácil presumir su rendición inmediata. Basta examinar con alguna detención la lámina que de este sitio ofrecemos, lámina grabada por el holandés Matham, poco antes de 1612, para convencerse de la importancia de esta plaza; y sin contar los graves inconvenientes que por su fortaleza presentaba, no podían descuidarse los que se originaban de la falta de metálico, inconvenientes éstos que impedían un asedio largo. Sin embargo, Alberto no vaciló ante tales dificultades: había hecho construir en 1598, á cierta distancia de la plaza, los fuertes de Blankenberghe, Oudenburg y Sneskerke, para sujetar las correrías de los de Ostende, y posteriormente los de San Alberto, Santa Isabel, Santa Clara, San Miguel y Bredene, más arrimados á ella, y después de haberles dotado de la necesaria guarnicion, decidió acometer la empresa. Púsose, pues, sobre la plaza á los 5 de Julio de 1601, con un ejército que no alcanzaría á 20,000 soldados, y distribuyó los cuarteles, colocando parte de ellos junto al fuerte de San Alberto, en que él alojó su persona y córte, y el resto en el fuerte de Bredene (aquel colocado al

Norte este al Sur de la ciudad, sobre el Océano): D. Agustín Mejía regía el primero, compuesto de los españoles, italianos y valones; el conde Federico de Berghes, el segundo, con los alemanes y borgoñones. Seguidamente comenzaron los trabajos de circunvalación.

Gobernaba la ciudad de Ostende, Carlos Vander Hoot, y tenía ordinariamente de presidio 2,000 soldados, que con los 3,000 que á ella mandó Nassau sumaban 5,000 combatientes: número suficiente á defender tan pequeño recinto; pero aquel capitán, tan pronto se dió cuenta del plan del Archiduque, despachó un aviso á Holanda con objeto de que sin perder momento se le proveyera de todo lo necesario para sostener un largo sitio. Difícil, pues, era soñar que Ostende se rindiera por bloqueo, cuando no debían faltarla socorros del costado de mar; y el único plan realizable parece que debía ser tomarla de rebato, lo que no dejaba de ofrecer graves inconvenientes: sin embargo, tratándose de gente veterana y dado el empeño que revelaba Alberto, no había otro camino que el de un vigoroso asalto. No eran las resoluciones osadas lo que distinguía el Archiduque: en Amiens se perdió por su indecisión; en las Dunas por su ligereza; y es, que, ansiando ardientemente concluir de una vez la guerra, no quería por eso arriesgar el ejército á sus hazares. Falto de talento militar, no era tampoco él hombre que debía ponerla digno término, y cuando careció de asesores de la valía de Rhone y Spínola, pocas operaciones realizó de provecho.

El ejército español se componía de los cuerpos siguientes: tres tercios de infantería española, seis de valones, cuatro de italianos, uno de borgoñones y tres regimientos de alemanes. Hé aquí el nombre de sus caudillos:

INFANTERÍA ESPAÑOLA

D. Gerónimo Monroy.
D. Juan de Bracamonte.
D. Diego Durango.

INFANTERÍA VALONA

Conde de Bouquoi.
Mr. de Grisen
Mr. de Archicourt.
Mr. de Latriche.
Mr. de Malaise.
Mr. de Arschot.

INFANTERÍA ITALIANA

Conde Teodoro Trivulci.
Marqués de Bella.
D. Tomás Spina.
D. Antonio Gamboloita.

INFANTERÍA BORGOÑONA

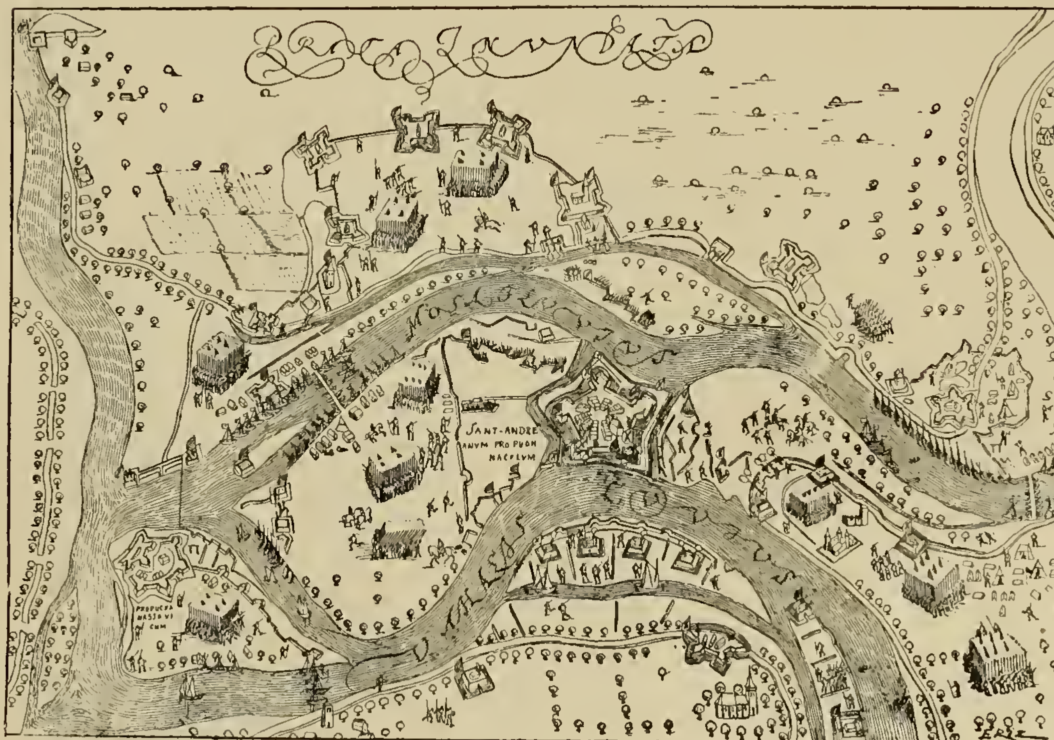
Marqués de Barambón.

INFANTERÍA ALEMANA

Conde Federico Barlaimont.
Mr. de Lievergen.
Mr. de Luxemburg.

Ofrecía la línea formada por los fuertes antes citados el inconveniente de hallarse á mucha distancia de Ostende, y á causa de esto, proyectóse ir arrimando las trincheras y establecer una paralela á la que se juzgase necesaria. Este cometido se confió al maestre de campo español Monroy, y al de los valones Nicolás Catriz, quienes avanzaron por el costado izquierdo de la marina, llegando á unas dunillas próximas á la ciudad, en las que levantaron un reducto y construyeron altas trincheras, emplazando algunas piezas de artillería, mientras el conde Federico hacía lo propio del costado de Bredene. Las dificultades que ofrecía el aproche eran grandes por el nutrido fuego que vomitaban sobre el sitiador desde las obras exteriores; pero, ocupadas las primeras posiciones, aumentaron, á causa de haber reforzado aquéllas los de Ostende, y acudido á fortificar con un gran trincherón el puesto frontero á Santa Clara, que era el más flaco. Y para dar prueba de su intrepidez, el 10 de Junio hicieron una vigorosísima salida contra el reducto de Monroy, en la que combatieron bravamente y halló éste la muerte. Dicha salida fué el preludio de la que efectuó pocos días después el coronel inglés Beer, que entró en la plaza con 4,000 infantes, pero ni aquélla, ni la segunda, mucho más sangrienta, produjo á los sitiados resultado alguno, adelantando los trabajos por una y otra parte, especialmente del costado de Santa Clara, donde sitiadores y sitiados se hacían fuertes con nuevos reductos y trincheras. Beer hizo construir tres reduc-

tos formidables en las inmediaciones de Santa Clara, reductos que se denominaron *los Polders*, á causa del terreno en que se levantaban, y que se coronaron con algunas piezas de artillería. Por la parte de mar, construyeron los de San Alberto un robusto dique, con objeto de cerrar la boca del canal é impedir por allí la entrada de bajeles: obra larga y penosa por haberse de construir á tiro del cañón enemigo y á descubierto. «Era nueva la fábrica, dice un coetáneo, y de nunca vista invención, haciánse unas faginas largas de veinticuatro pies, y en medio se ponian muchos ladrillos atados por muchas partes muy fuertemente,



Toma del fuerte de San Andrés por Mauricio de Nassau.

con cuerdas de la misma madera, y llamábanlo salchichones; y puestos unos sobre otros y clavados con fuertes estacas, los hacia estar firmes, si bien no tanto que muchas veces las resacas y crecientes de la mar no se los llevase; empero, aunque con mucho trabajo y muerte de alguna gente nuestra, se vino á poner en perfección, trabajando en la obra más de 250 carros que acarreaban las salchichas que se forjaban en el bosque, á dos leguas de Ostende, y en barcas, venian hasta el fuerte de San Alberto; con que al cabo del dique se levantó una cabeza ó fuerte, en que se pusieron algunas piezas de artillería con que se impedia la entrada de los bajeles por aquella parte (1).» A tal peligro, así como al que originó la construcción de un reducto muy próximo á las aguas, del costado de Bredene, acudieron los sitiados rompiendo el camino cubierto por la parte del mar, y haciendo entrar las aguas en el foso. La creciente de la marea destrozaba también la obra de este reducto y fué necesario reforzarle, lo que se efectuó labrando unos arcos grandes y gruesos de madera, como aros de pipas, y estos se embutian de salchichones bien apretados y clavados con gruesas esta-

(1) Novoa, *Hist. de Felipe III*, Primera Parte, lib. II.

cas (1). Llevábanse estos haces rodando por la arena, y en llegando al reducto se ponían unos sobre otros hasta alcanzar la altura necesaria, colocándose encima otros menores con los que se formaba el parapeto y con gruesos tablones hacíanse las explanadas para la artillería. Este sistema de construcción debióse á un preboste de un regimiento alemán y fué seguido por los demás ingenieros del ejército.

Las obras de circunvalación de Ostende quedaron completadas con una doble cadena de reductos que unía los dos bordes del Océano en San Alberto y Bredene, reforzados por los fuertes de Santa Isabel, Santa Clara y San Miguel; pero desde el instante en que el enemigo echó de ver la debilidad de la plaza por el costado de Santa Clara y construyó los reductos de los *Polders* tuvo que fortificarse también aquella parte del campo con nuevos reductos y obras avanzadas, según puede verse en el grabado. Sin embargo, inútiles eran todos estos trabajos, ineficaz el sistema de bloqueo mientras no pudiera cortarse al enemigo la comunicación por mar. Y cuantas tentativas y trabajos se habian ejecutado hasta entonces, el tiempo y la gente consumidos en construir los colosales diques y reductos que desde San Andrés y Bredene debían interceptar con el fuego de los cañones allí emplazados el paso á los bajeles, resultaban perdidos, desde el instante en que no podía obstruirse la boca del canal, impidiendo que de noche y desafiando las balas se introdujeran las vituallas. En la *ciudad vieja* se encontraba la puerta que debia forzar el sitiador, y allí habia concentrado el sitiado todos sus cuidados, construyendo nuevos baluartes, reforzando los antiguos, levantando robustos caballeros, haciendo ingeniosas retiradas, interiores atrincheramientos y nuevos fosos, apelando, en fin, á cuantos recursos le ofrecía el arte del ingeniero, como puede verse por el grabado de la página 31. Por esto fué célebre el sitio de Ostende, y ello acredita cuán errado anduvo el Archiduque al intentar someter por el bloqueo una ciudad constantemente proveída y cuyas defensas y recursos aumentaban á medida que transcurria el tiempo.

Mientras estos trabajos se efectuaban, Mauricio no había permanecido ocioso. Rindiósele la villa de Rhinberg después de un sitio de diez meses; y con ánimo de distraer al ejército de Ostende, dirigió sus armas á Bois-le-Duc. Esta ciudad se hallaba bastante guarnecida para que cayera en su poder fácilmente, y por lo mismo sostúvose con energía, dando lugar á que llegara de Ostende un socorro de 7,000 infantes y 1,500 caballos, lo que obligó á Nassau á desistir de su propósito. No contribuyó menos á ello la entrada del invierno, pues ocurrió el asedio de Bois-le-Duc á mediados de Setiembre; pero, si la estación de los fríos contrariaba los planes del general holandés, no debía ser más propicia para los sitiadores de Ostende. Próxima estuvo, sin embargo, la ocasión de ganar la plaza. La noche del 25 de Diciembre un terrible temporal inundó la *ciudad vieja* destruyendo la doble fortificación de vigas y reductos que la protegían, lo propio que las obras avanzadas que junto al mar construyeron los católicos; y con esto quedó abierto un camino por donde entrar en la ciudad. Asi lo apreciaron los sitiadores y ya formaban sus tropas para el asalto, cuando despacharon los de Ostende un parlamentario para tratar las condiciones de la rendición. Diéronse rehenes de una y otra parte; ganaron con esto los sitiados algunas horas, durante las que repararon sus defensas; pero al amanecer avisó el gobernador que no podia pasar adelante el concierto: proceder tan poco leal por parte del enemigo, como escasamente cauteloso por lo que atañe á los nuestros.

Despertó con este suceso la ira de generales y soldados; sobre todo, movió en tal grado la indignación del Archiduque, que desde aquel momento dispuso ganar la plaza por asalto. El 7 de Enero de 1602 comenzaron á batir á Ostende todas las baterias, especialmente las contiguas á la *ciudad vieja*; arrojáronse más de dos mil balas á las defensas recientemente restauradas del costado de mar, mandóse reconocerlas, y dióse la orden á todo el ejército de ponerse en armas aquella noche. Dos columnas, una de españoles mandada por Durango, otra de italianos dirigida por el maestre de campo Gamboloitia, debían acometer simultáneamente desde S. Andrés y Bre-

(1) Novoa, *Hist. de Felipe III*, Primera Parte, lib. II

M. Soler, Editor

CÉLEBRE SITIO DE OSTENDE POR EL ARCHIDUQUE ALBERTO

FACSÍMILE DE UN GRABADO DE LA ÉPOCA

dene á las brechas, secundadas aquélla por el Archiduque y ésta por el conde de Bouquoi. Por distintos puntos del circuito debía distraerse la atención de los sitiados, para engañarles respecto al punto del verdadero ataque.

Era muy entrada la noche cuando se dió la señal. El marcial sonido de los pífanos y las cajas, el estampido de los arcabuces, la vocería de los que por distintos puntos atacaban, formaban espantoso concierto, y á él se unieron en breve las doscientas piezas de la muralla,



Ambrosio Spinola, marqués de Spinola

iluminada de improviso con centares de hachones. Rielaban estos fuegos en las aguas y agrandaban los ecos el pavoroso rugir del cañón: en tanto los anillos de aquella serpiente formada por cuerpos humanos se extendían por las arenas y la estacada, y trepaban por los reductos estrellándose en las obras exteriores. Como en otras ocasiones, los españoles fueron los primeros en la escalada, siguiéndoles los italianos con no inferiores bríos; pero este movimiento que debía ser secundado en la derecha por Bouquoi, frustróse, á causa de no haber podido éste esguazar el canal exterior, por donde debía acometer. Concentróse, pues, la lucha en el costado de mar, acudieron allí la mayor parte de los defensores, y después de haber luchado por espacio de cinco horas, rechazaron á los católicos. La retirada de éstos fué más desastrosa, por haber abierto aquéllos una esclusa que sujetaba las aguas del canal, efecto de lo cual perecieron arrollados por las aguas muchos de los nuestros. Consideróse este asalto como

uno de los más famosos que se dieron en esta época y perecieron en él más de 1,000 soldados, entre ellos el maestre de campo Gamboloita; pero es digno de censura el Archiduque por no haber tomado mejor sus disposiciones. «Si se hubiesen establecido uno ó dos puentes, dice atinadamente Clonard, ó rellenado el foso con fagina; si á la vez se hubieran abierto sangrías en el canal exterior para impedir el efecto de la inundación por medio de las esclusas, el tercio de Buquoi hubiera podido realizar el paso, el ejército entero le hubiera sostenido inmediatamente, y los holandeses oprimidos por el número y no obstante su incontrastable intrepidez, habrían sido probablemente arrollados hasta las últimas extremidades de la ciudad vieja. Aun en el caso poco verosímil de fracasar el asalto, desplegando estos elementos, siempre se hubiera evitado el desastre de la retirada y la catrástrofe de aquellos heróicos soldados (1).» Pero, añadiremos nosotros, ¿qué podía esperar de operaciones militares dirigidas por hombre profano y de escaso talento? Cometió Alberto la primera falta al establecer el bloqueo, error no menos grave fué admitir los tratos en el crítico momento del asalto, y mucho mayor el ataque, sin tomar todo género de medidas y robustecer lo necesario las columnas asaltantes. Sin embargo, después de los meses empleados y los sacrificios hechos, no era posible que desistiera Alberto de tomar á Ostende, como algunos aconsejaban, y á causa de ello, á pesar de lo riguroso de aquel invierno y las grandes penalidades que por ende sufrían los soldados, insistió el Archiduque en su primera idea y prosiguió el célebre asedio.

Para hacer más riguroso el bloqueo, ordenó el Archiduque extender el ramal del dique que partía de Bredene hasta la entrada del canal mayor, y al mismo tiempo hizo levantar del costado de San Alberto una plataforma de tanta altura que sobrepujase los muros y tuviese la ciudad á caballero. Desde esta plataforma algunas piezas de artillería gruesa fulminaban sus fuegos sobre Ostende, causando en las casas gran destrozo, mientras que desde el dique impedían otras la entrada á los bajeles enemigos (2). Y en tanto se efectuaban tales obras, el Archiduque trasladábase á Gante con objeto de prevenir cuanto se consideraba oportuno para la próxima primavera. Quedó en este intervalo encargado del ejéroito sitiador el maestre de campo Juan de Rivas; y llegó durante estos días de Italia Federico Spínola con ocho galeras más de las que tenía por su cuenta para hacer la guerra en los Estados, y su hermano Ambrosio Spínola con dos tercios levantados á su costa. «Esta es la primera vez, dice Novoa refiriéndose al segundo, que metió los piés en Flandes, y los primeros pasos que dió en la guerra.»

A la verdad, muy necesario era al Archiduque el concurso de un militar de talento. Mauricio de Nassau, como era de presumir, salió aquella primavera á campear por el Brabante, con propósito de obligarle á levartar el sitio ó apoderarse de algunas plazas, y como su ejército no bajaba de 25,000 infantes y 5,000 caballos, era de temer algún nuevo desastre. De aquí los esfuerzos de Alberto, ya para reunir abastos, ya para pagar á los amotinados que se hallaban en Veert, ya para alistar otros soldados.

Rivas recibió la orden de entresacar de los cuarteles de Ostende el número posible de tropas y Spínola la de incorporarse también con las suyas, lo que efectuaron en Tillemont, sumando en junto el ejército que se reunió 14,000 infantes y 3,400 caballos. Con este ejército acampó el Almirante de Aragón no lejos de aquella villa, en espectativa de los movimientos de Nassau, quien pasando el Wahal por Nimega, y el Mosa por Mega, entró en el territorio

(1) *Hist. orgánica*, Tomo IV, p. 100.

(2) Hé aquí como describe el autor de la *Historia de Felipe III*, antes citado, la construcción de la plataforma y dique:

«Dieron todos manos á la obra de la plataforma y en breves días la pusieron en perfección, con mucha fagina y estacas, apretándola con arena, encaminando el dique de la misma manera por la ribera del mar con estacas muy altas, de quince á diez y seis pies, con sus traveses por arriba; poníanse las unas en baja mar, incadas en la arena, y otras echadas, no muy distantes unas de otras; poniendo entre todas, los salchichones que se llevaban rodando, ligándolos al pié de la obra con cuerdas de madera retorcida; en esta forma se hizo un suelo de setenta piés de largo y de ancho, lo que bastó para la resistencia de la artillería: levantando con estos fundamentos el dique con otros salchichones menores, que iban encrucijando y se ataban á las estacas, entre las cuales, poniendo unas sobre otras, se entremetía mucha arena para que las tuviese el peso incontrastables á las resacas y crecientes del mar; de esta manera, se fué alzando tanto, que sobrepujó á todo lo que podía henchir en el mayor punto de la marea; levantóse encima un parapeto de fagina y arena tan fuerte que pudiese resistir los golpes de la artillería, con sus cañones y explanadas para ponerla encima» Lib. II, Año 1602

liejés, como en demanda de los católicos, á los que creía en número escaso; pero cuando supo por sus exploradores las fuerzas reunidas, contentóse con escaramuzar y tomó la dirección de Grave. Claramente dió á comprender el enemigo su impotencia, y reconociéndola algunos capitanes del ejército español, aconsejaban al Almirante que le fuera picando la retaguardia, entre otras razones para evitar que sitiara plaza alguna y porque hallándose apartado de su base de operaciones no había de serle posible mantenerse por largo tiempo; pero no faltó quien adujera otros argumentos, siendo sin duda el menos fútil la diferencia numérica, pues el enemigo contaba 10,000 hombres más que los católicos. Empero, aun admitido esto,



Sitio de Ostende. Copia de un grabado de la época

el ejército no debió mantenerse estacionado y permitir á Nassau que campeara con entera libertad. Es cierto que se dió cuenta de lo que ocurría al Archiduque y que respondió éste al Almirante obrase según las circunstancias aconsejaran; no obstante, advirtióle que si Mauricio pasaba á Holanda le dejara marchar, porque fácil sería que embarcándose allí fuera con todas sus fuerzas sobre Ostende, lo que mantuvo en su perplejidad al Almirante hasta saber las resoluciones del enemigo. Pero éste, rápido como el rayo, diríjese sobre Grave, arrebata de paso el castillo que asienta en una eminencia próxima á ella, cierra todos los pasos y avenidas con fuertes, altas trincheras y reductos, traslada parte del ejército á la opuesta ribera, lanza un puente sobre el río para establecer la comunicación, fortifica los dos campos, circunvala estrechamente la ciudad, y protegido por el terreno bajo y pantanoso que la rodea, comienza los trabajos de aproche (14 de Junio de 1602). Gobernaba á Grave Antonio González, soldado viejo y leal, y la guarnecían 1,600 infantes y dos compañías de caballos; fuerza suficiente para sostenerse contra el enemigo, de haberse presentado el Almirante á tiempo de impedir las fortificaciones de Mauricio; pero aunque González organizó debidamente la defensa, vióse atacado con tal vigor, que no hizo posible confiar en prolongada resistencia; cayó un fuerte que guarnecía la ribera izquierda y con el que se aseguraba el paso á la plaza, en poder del enemigo; arrimóse Nassau por tres partes á Grave y lanzó contra ella centenares de bombas y fuegos artificiales, que en breves días arruinaron gran número de edificios y mataron á muchos defensores. El Almirante tuvo noticia de los propó-

sitos de Mauricio, cuando las fortificaciones estaban terminándose, y entonces se puso en movimiento, arrimándose al Mosa por Ruremunda, donde se proveyó de municiones y mandó construir un puente para cruzar este río si fuere menester, con lo que se perdió un tiempo precioso. Inútil es decir que cuando tomó la vuelta de Grave, ya había pasado la ocasión, pues el enemigo estaba tal y tan cubierto y cerrado, que por más que lo procuró, perdió la esperanza de poderla socorrer. Hallábase el ejército católico á cuatro leguas de Grave y allí tuvieron consejo sus capitanes para acordar la forma de socorro. Unos decían que se divirtiera al enemigo sitiando á Rhinberg ó Wachtendonch, otros que se tomara el castillo de Ravensteim para privarle de las vituallas, y que después se le acometiera en sus puestos; parecer á que se inclinaba el Almirante, pero que no se adoptó á causa del gran rodeo que tendría que dar el ejército, calculado en siete días de marcha. Reconocidas nuevamente las fortificaciones por el costado oriental, vióse que eran allí algo más bajas á causa de los pantanos que las protejen, lo que indujo al Almirante á efectuar por aquí el ataque. Formóse una columna de 1,000 infantes para dar el asalto é introducir el socorro, una segunda de otros tantos para protejer la retirada, y ordenóse al marqués de Spínola que con 2,000 soldados llamase por otro costado la atención del enemigo; pero llegada la noche en que se intentó la sorpresa, hallaron los atacantes los pantanos tan cubiertos de agua, que con grandísima pena y el agua hasta la cintura consiguieron ponerse al amanecer junto á las trincheras. La luz del día descubriólos al enemigo, y comenzándose á cruzar los mosquetazos, tuvieron los nuestros que renunciar al socorro. Dará idea de este ataque, así como de las obras de circunvalación de Grave y posición de los respectivos campos, la lámina suelta que acompaña la presente página. Era, como en ella se ve, imposible confiar en el socorro, hallándose tan estrechamente cercada; el enemigo había ocupado ya el arcén del foso y estaba próximo á desembocar en él y cegarlo, y por otra parte el cuartel de los católicos, puesto en paraje desacomodado, se hallaba falto de forrajes, dando esto lugar á desmanes y murmuraciones. Tales circunstancias, obligaron á Mendoza y á los suyos á desistir de la empresa, retirándose al día siguiente del frustrado ataque hacia Venloo. No influyó, sin embargo, la retirada de Mendoza en el ánimo de la guarnición, pues Grave fué defendida con heroismo, rechazaron González y los suyos varios asaltos, ganaron al enemigo la trinchera más próxima á la villa y sólo después de haber perdido más de la mitad de la gente y hallarse el atacante al pié del parapeto, se rindieron á Nassau con todos los honores de la guerra. Para que fuera más sensible esta pérdida, estalló una sedición en las tropas del Almirante, y los amotinados, siguiendo un ejemplo reciente, retiráronse á Haumont en respetable número; pasaron desde allí á Diest y luego á Veringen, con ánimo de apoderarse de ellas y últimamente se hicieron fuertes en Hochstrat, donde se les agregaron muchos otros sediciosos hasta alcanzar la cifra de 3,000. En balde se procuró reducirles el Almirante con promesas y persiguiéndoles hasta Haumont, en donde les desalojó á cañonazos; ni persuasiones ni amenazas, ni el bando en que les declaró traidores concluyó con aquel motín vergonzoso. Hubo de contentarse Mendoza con reforzar los presidios de Ruremunda, Güeldres y Maestricht, con despachar á Ostende un tercio de españoles y con distribuir las tropas que permanecieron fieles por las villas del Brabante. El almirante marchó luego á España, no sin sospecha, dice un coetáneo, de que se habían de residenciar sus acciones.

Tal fué el término que tuvieron las operaciones de este año; ni el Archiduque, ni Mendoza demostraron en ellas pericie militar, ni previsión alguna; y fácil era presumir por las realizadas durante el corto periodo que el primero llevaba de gobierno, un funesto resultado, de no haber aparecido en la escena un militar que debía eclipsar la estrella de Nassau, el italiano Marqués de Spínola. Sensible fué, sin embargo, que á los esfuerzos de este ilustre guerrero no pudiera coadyuvar en adelante su hermano Federico, el que mandaba las galeras españolas de Flandes, porque á fines de este año, tan fecundo en desastres, pereció en un combate naval.

El sitio de Ostende prosiguió el invierno de 1602-1603 con lentitud, pero en Abril de este año



B. Ullastres, Editor

Tip. La Academia

SITIO DE GRAVE, EN 1602

tuvo lugar un suceso de importancia que fué la toma de los tres reductos llamados *Polders*, situados al Oriente de la ciudad. Rivas los acometió y asaltó de noche, enseñoreóse de ellos con muy poca pérdida, y al siguiente día rechazó una vigorosa salida de la guarnición. Dueño de estas posiciones avanzadas, fortificólas con algunos cañones gruesos y sacó desde



Sitio de la Esclusa. De la obra *Expediciones y victorias de Mauricio de Nassau.*

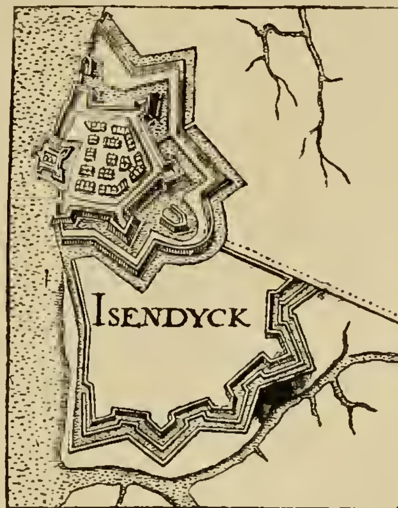
los reductos hasta la plataforma del costado de San Andrés una media luna fabricada de cestones, para asegurarse de los traveses y comunicarse más fácilmente con la primera: levantó junto á la plataforma una batería, prolongó el dique hacia el mar y desde él batió la *ciudad vieja*. Del costado de Bredene, Bouquoi, fué levantado y perfeccionando la plataforma allí construída hasta que tuvo seis picas de altura y con siete piezas de bronce barrió las

casas hasta los cimientos. Trabajábase asimismo en las restantes fortificaciones con gran brío, y no se mostraban menos cuidadosos que los sitiadores los sitiados; por manera que causaba verdadero asombro el gran número de ingenios, artificios, diques y fuertes fabricados por aquéllos y éstos: empeñados como se hallaban los de Ostende en defender á toda costa aquella plaza, por donde podían introducir la guerra en Flandes; mas empeñados aún los católicos en que no resultaran estériles los enormes sacrificios hechos, el tiempo invertido y los camaradas muertos. Sin embargo; la construcción del gran dique de Bredene, hecha á costa de mucha sangre, no impidió que los expertos marinos holandeses, envueltos en las sombras de la noche y desafiando el fuego de nuestros cañones condujeran socorros á la plaza; ni dejó el enemigo en una valiente salida de escalar el dique, sosteniéndose en él empeñada pelca. Levantó además una contra-batería para responder á los fuegos de la plataforma de Bredene, y el 13 de Junio hizo una nueva sali da en la que incendió la fagina del dique. Dice un coctáneo quc empleaban los de Ostendc fuegos y máquinas nunca vistos, y es fama que en este sitio fueron prodigiosas por una y otra parte las invenciones. Lo que puede asegurarse, cs que en tales empeños transcurría el tiempo, con notable desventaja para los españoles, quienes después de dos años de esfuerzos inauditos, apenas habían adelantado algunos pasos, mientras los de Ostende conservaban todas sus obras exteriores, excepción hecha de los *Polders*, y mantenian su comunicación por el mar. Por añadidura, continuaban las tropas amotinadas en Hochstrat ciegas á la voz del deber, y como marchara contra ellas el conde de Berghes con 7,000 hombres, entablaron tratos con Mauricio y consiguieron de él algunos socorros. Fué gran fortuna que gobernara entonces á Bois-lc-Duc un militar leal, porque Nassau se puso sobre ella, aprovechándose del motín; pero no hallando la villa dispuesta á rendirse y acudiendo al peligro el conde de Berghes, hubo de levantar el sitio y retirarse á Holanda.

El sitio de Ostende iba á sufrir por esta fecha una gran modificación. Ambrosio Spínola, que habia levantado por su cuenta y mediantc especial contrato con el monarca español un ejército de 20,000 infantes, 20,000 caballos y 20 piezas, iba á hacerse cargo de la dirección de las opcraciones. Era Spínola un hombre nuevo en la milicia, como que había pasado su mocedad entregado á mercantiles empresas y alejado del teatro de la guerra; pero estaba dotado de un talento profundo, poseía esta poderosa intuición que caracteriza las grandes capacidades militares, y manifestó de improviso tan fecundo y sagaz ingenio que superó al de su audaz y engreído competidor. Reunia grandes condiciones de carácter, nobleza de sentimientos y sumo tacto para apreciar las circunstancias y los hombres. No le deslumbraba la gloria, ni los honores; y no menos atento á los halagos de la fama, que á la voz de la humanidad, sabía apreciar en su justo valor las ventajas que consigue la espada. Cuando llegó al campo de Ostende rcconoció á primera vista el error cometido por el Archiduque y sus capitanes: la imposibilidad de ganar la plaza por el bloqueo. Su plan fué diamctralmente opuesto; arrimarse cuanto antes á las obras exteriores, robustccer las trincheras, aumentar las baterías, cegar los canales, dar un vigoroso asalto general. Un ingeniero llamado Pompeyo Targón, ideó por aquellos días un proyecto para cerrar la boca del canal consistente en una flota de toneles fuertemente trabados entre sí y sujetos por medio de anclas, invención que no dió el apetecido resultado; pero mientras esto se tentaba por la parte de la marina, trabajábase en todos los puntos de la línea, aunque con especial empeño junto al camino cubierto que defendía el brazo del canal. Por fin ganóse á los sitiados los dos rebellines inmediatos al dique de Bredene y con ellos el camino cubierto, estableciόse en ambos nuestra artillería y batió el gran caballero ó contra-batería, apercibiéndose los católicos á cruzar el foso. Pero los holandescs estaban ya avisados del peligro y resueltos á sostener á Ostende hasta el último trance: en la ciudad se construyeron importantes fortificaciones interiores; en Holanda los Estados gcnerales acordaron que Mauricio de Nassau efectuara una diversión por el Brabante. Enterado de este suceso dió el marqués dc Spínola oportuno aviso á los gobernadores de las plazas, recomendando especialmente al de la Esclusa y á los de los

fuertes de San Jorge y Blankenberghe que estuvieran muy vigilantes; vigilancia que burló, Mauricio presentándose de improviso frente á Maestricht, sobre la que disparó algunos cañonazos y tomando de improviso la dirección de las islas, donde se embarcó el 14 de Abril de 1604 con 14,000 infantes y 3,000 caballos. Pocos días después Spínola recibió la noticia de que el enemigo había afrontado con sus 600 bajeles el canal de la Esclusa y que del puerto de Flessinga iban incorporándosele nuevos barcos; empero la diligencia empleada por los católicos no bastó á impedir que Nassau tomara tierra en la isla de Cadzand, echara en ella toda su gente y ganara los fuertes que allí tenían los católicos.

Pompeyo Justiniani, encargado por Spínola de hacer frente á Mauricio, acudió á reforzar á la Esclusa y ocupó el reducto de Santa Ana y el fuerte de San Jorje, en los bordes de Cadzand; pero siendo muy inferior en fuerza no pudo evitar que el holandés sentara el pié en Cadzand y pasase al puerto de Coxsik, haciéndose fuerte en el canal, progresos que se hubieran evitado á no estallar graves diferencias entre Spínola y D. Luis de Velasco tocante al socorro. Estas diferencias, la necesidad de no distraer las fuerzas que rodeaban á Ostende y las tropelías que cometían los amotinados en el Brabante, quemando y talando casas y sembrados, y atreviéndose á presentar frente las murallas de Bruselas, dieron alas á Mauricio de Nassau, que dueño ya de un puerto sobre el islote de la Esclusa, arrojó un puente desde éste al de Cadzand, y trasladó al primero todo su ejército. Desde aquel momento fácil fué prever el destino de esta ciudad.



La plaza fuerte de Isendick

Es preciso que el lector tenga presente el gran cambio que sufrió el terreno en que asienta la Esclusa y toda la región comprendida entre ésta y la boca occidental del Escalda, para darse cuenta de las operaciones efectuadas en dicha comarca, quizás la más modificada en toda la Bélgica. La isla de Cadzand, tantas veces nombrada, estaba formada por las múltiples corrientes y canales que descendían hasta el mar á través de aquellas tierras bajas; hallábase frontera á la Esclusa, del que la separaba un ancho canal, y dominando á éste tenía dos reductos: el de San Felipe y el de Santa Catalina, y en su extremo occidental, del costado del Escalda, la defendía el fuerte de Isendick, que en esta página reproducimos. El facsímile que de la Esclusa y sus cercanías ofrecemos, como procedente de una obra militar holandesa de la época, puede contribuir á dar idea de sus defensas, así como de la configuración del terreno, en la fecha que ocurrieron estos sucesos.

Mauricio de Nassau, puesto el pié en la ribera de Cazand, sólo trató de asegurarse el paso del canal y arrebatar los puestos fuertes de la isla, y para ello lo primero que hizo fué acometer á Isendick y ocupar los dos reductos ya nombrados; pero en los diez días que Isendick tardó en rendirse, D. Luis de Velasco pudo introducir en la Esclusa 1,500 alemanes, reforzó las fortificaciones de Santa Ana, puesto situado frente á la ciudad, sobre uno de los brazos del canal; además levantó un fuerte sobre el que va de la Esclusa á Dame, con objeto de interceptar al enemigo el paso para Ostende. En Dame se reunieron D. Luis de Velasco con la caballería, los tercios de Branccacio, Archicourt, el regimiento de Barlaimont, y algunas compañías de españoles y valones mandados por Spínola; en junto 5.000 infantes y 1.500 caballos, número inferior á los que llevaba el enemigo. Allí acudió también Mauricio con el grueso de su ejército, y después de sostener una brava escaramuza, obligó á los católicos á retirarse al abrigo de la Esclusa, dejando por algunas horas abandonado este canal; y fuese poca diligencia de Velasco ó bien descuido, hijo de su emulación con el Marqués, el hecho es que de improviso cayó Nassau sobre el reducto de Santa Ana y lo arrebató á sus

defensores, y pasando después al islote en que asentaba el fuerte de San Jorge, puso á éste apretado cerco y le rindió antes de plantar la artillería, con lo que la Esclusa quedó desde aquel momento verdaderamente bloqueada, pues todos los puestos por donde podía ser socorrida se hallaban cerrados por trincheras, fuertes y reductos por espacio de cinco leguas, aprovechando el enemigo los pantanos y canales para incomunicar la plaza. Esta serie de contratiempos disgustó de tal modo al Archiduque, que llamó á su lado á D. Luis de Velasco; y bien se deja comprender que habiéndose empleado en el cerco de Ostende tantos meses, y consumido en él tanta gente y dinero, era de esperar un serio descalabro. Pudo compensarse la toma de Ostende con la pérdida de la Esclusa, pero no satisfacer los enormes sacrificios que originó la conquista de aquella ciudad. Obligado el Archiduque á mirar á la vez por dos plazas tan importantes, la una apretada y á punto de tomarse por los suyos, la otra en inminente peligro de perderse, hizo un supremo esfuerzo llamando á las tropas de las guarniciones de Güeldres y Bois-le-Duc, solicitando el concurso de los amotinados y levantando 1.500 liejeses. Gracias á esto logró que fueran introducidas en la Esclusa municiones y útiles para los gastadores, y de acuerdo con los sitiados dispuso que en un día dado serían conducidos al paso de Terverde, en la extremidad de la tierra anegada, 1.000 sacos de pólvora y otros tantos de harina, los que, al bajar la marea, pasarían á recoger gente de la guarnición. Este auxilio hubiera prolongado el sitio de la Esclusa lo suficiente para que Ostende se entregara y acudieran á salvar la ciudad sitiada las tropas católicas; mas por desgracia, los sitiados no acudieron con puntualidad á recoger las provisiones, y advertido Mauricio, salió de los cuarteles para apoderarse de ellas, obligando á los que las conducían á retirarse y á lanzar buen número de sacos de harina á los canales; contratiempo funestísimo para los de la Esclusa, como así lo advirtió su gobernador al Archiduque, quien desde aquel instante confió la dirección de las operaciones de socorro al marqués de Spínola.

Obediente á las órdenes de Alberto, aunque no sin gran repugnancia, abandonó el Marqués el campo de Ostende para trasladarse á Brujas, donde pasó muestra del ejército: 6,000 infantes, 2,000 caballos y 10 piezas de artillería. Con esta gente avanzó hasta Middelburg, donde dividió las tropas en dos grandes trozos, dando la vanguardia á D. Alvaro Suárez y siguiéndole él con el grueso del ejército, si bien confiando en que presto se le incorporarían los soldados amotinados; á quienes solicitaba con gran ahinco el Archiduque. Empero, halló los puestos enemigos muy bien fortificados, y vióse obligado á detenerse y fortificarse á la vista de Teverde, propósito algo atrevido, dada la superioridad del contrario. Desde allí tentó en vano el socorro por la parte de Santa Ana, muy fortificada y defendida, y últimamente, habiéndose incorporado las compañías de los sediciosos, trató de hacer un supremo esfuerzo arrojándose de noche, y aprovechando la baja marea, por entre los fuertes de Santa Catalina y San Felipe á través del canal: operación arriesgadísima y que tal vez surtiera efecto de no verificarse en una corta noche de verano y por caminos difíciles. En ella empleó la gente mayor tiempo del requerido; descubrióla el enemigo á las primeras luces, subió la marea, y aunque envueltos por las aguas y el plomo, ganaron los nuestros el fuerte de Santa Catalina y sentaron el pié en la isla de Cadzand, arrebatando al holandés las primeras trincheras, no pudieron cruzar el corto espacio que les separaba de la Esclusa, porque acudiendo allí Mauricio con el grueso de sus tropas, rechazó la acometida y obligó á los nuestros á retirarse. Pasaba el ejército enemigo de 20,000 hombres; no llegaban á 8,000 los soldados del Marqués, y de éstos se perdieron más de 800 en el asalto, entre ellos algunos personajes de cuenta, lo que da á comprender cuán sangrienta fué la acometida. Sin embargo, la retirada de Spínola verificóse sin desorden y deteniéndose el Marqués junto al fuerte de S. Felipe le sitió y rindió, en espera de nuevos auxilios. Desgraciadamente la situación de la Esclusa era insostenible y pocos días después de entregado S. Felipe, rindióse á los holandeses cuando sus defensores se hallaban reducidos á la última necesidad. Salieron el 20 Agosto con armas, banderas tendidas y bagaje, tocando cajas y cuerdas encendidas, pero tan macilentos y debilitados, que en el camino de la Esclusa á Dame murieron más de 60 soldados. Con la plaza



E. Ullastres, Editor

Lit. Miralles, Barcelona

MEDIA ARMADURA DE FELIPE III

se perdieron 11 galeras armadas y 1000 piezas de artillería. «Mauricio, dice Bentivoglio, se glorió de haber rendido en tres meses y con ligera pérdida, una nueva Ostende, siendo así que ésta hubo de costar más de tres años, y no escasos oro y sangre á los españoles, entregándose cuando ya no pudo recibir socorro alguno (1).»

Extiéndense los historiadores de la época en consideraciones diversas respecto á este suceso, achacándolo unos á descuido del gobernador en no reclamar á tiempo las vituallas, otros á la disidencia entre los caudillos; aunque más justa parece la opinión de un coetáneo



Orden de marcha del tren de artillería. Copiado del *Tratado de la Artillería y uso de ella*, por D. Diego de Ufano. 1613

que no vacila en atribuirla al que, debiendo cuidar si tenía las provisiones necesarias, ni lo preguntó ni las facilitó á tiempo: embozada crítica dirigida al poco previsor Alberto. Empero, tantas y tan grandes eran las atenciones que sobre él pesaban, que llegó á desconfiar hasta de la conquista de Ostende, sobre todo desde que Mauricio se desembarazó del sitio de la Esclusa; y es indudable que no se hubiera realizado, á no hallarse Spínola en el campo sitiador. La gente estaba disminuída y cansada; la caballería con ánimo de amotinarse; los sediciosos, de Ruremunda de regreso á sus alojamientos, sin querer esperar ni un día, antes amenazando que si no les pagaban abrirían los brazos á los que quisieran juntárseles, y parte de los enemigos campeando por las inmediaciones de Bois-le-Duc. Tales desafueros comenzaron á cometer los sediciosos, que el mismo marqués de Spínola se vió obligado á empeñar su crédito por grandes sumas, con las que pagó parte de los atrasos á la infantería

(1) *Storia della Guerra di Fiandra*, Parte terza, Lib. VII.

y dió dos mensualidades á la caballería, consiguiendo de este modo aplacar los ánimos y continuar el sitio de Ostende.

Si no quería comprometerse el éxito de la empresa de Ostende, urgía hacer un supremo esfuerzo para terminarla, antes que nuevos motines ó dificultades de otro género vinieran á frustrarla. Aprovechó, pues, el Marqués la buena disposición en que se hallaba por aquellos días el ejército, y después de distribuir convenientemente las fuerzas frente á la ciudad, con orden de apretar el sitio, apostó al conde de Bouquoi en Dama con parte de aquéllas, ordenando á este caudillo atender á la guarnición de Blankenberghe, caso de que por allí atacara el enemigo, y él en persona fué á dar impulso á los trabajos, alentando á los que en ellos tomaban parte, con palabras y con dinero. Despertó entre los sitiadores la emulación de las naciones, y fuéronse ganando algunas obras exteriores, aunque no sin combate, pues el enemigo rechazaba á los nuestros con frecuentes salidas, se les arrimaba con minas y hornillos, y sostenía enérgicamente los asaltos; mas no por eso logró impedir que de un día á otro se le arrebataran los puestos avanzados. De todas estas conquistas fué la más importante la de un baluarte inmediato al mar, por donde se podía llegar á otro mayor y penetrar en la *Ciudad Vieja*, quitando de este modo los socorros por mar al enemigo. Reconociéndolo así Spínola, dispuso que se juntara toda la gente española que se hallaba distribuída en distintos puntos para tentar la empresa. Proyectóse primero hacer una mina, pero no lo permitió la naturaleza del terreno, todo arena, y por lo mismo hubo de ordenarse el asalto, que llevó á cabo Simón Antúnez con sus españoles, siguiéndole de cerca gente de las naciones. Francisco de Medina, capitán español que iba en vanguardia, fué el primero que sentó la planta en el baluarte más avanzado de la *Ciudad Vieja* y se posesionó de él degollando á todos los defensores; los alemanes ganaron el segundo baluarte, y saltando en seguida al foso los italianos y arrimándose á otro baluarte recientemente construído por los sitiados, lo minaron arrojando de él á los ostendeses, señoreándole, aunque no pudieron proseguir el avance á causa de hallarle cortado y con una retirada en la gola con foso y traveses. Fué el asalto de los más empeñados que se vieron en estas guerras, no tanto por la sangre que se derramó, cuanto por la industria y esfuerzo de los sitiados. Detenidos los italianos por la cortadura, acudieron á reforzarles los españoles y valones, y arrebataron al enemigo la fortificación, dando por suya aquella parte de la ciudad; empero, los enemigos no cejaban un punto, hacían nuevas retiradas, fortificábanlas con fosos, traveses y atrincheramientos, y á compás del apuro, hacían alarde de nuevos bríos. Sin embargo; no era de presumir que la resistencia se prolongara, porque ya estaban tan cerca de ellos los católicos, que se podían hablar, causándoles sus arcabuces graves pérdidas. Una grande extensión de fortificaciones y edificios se hallaban en ruina, y era imposible continuar aquella lucha titánica entre montones de escombros. Alentaba sin embargo, á los defensores la esperanza de que acudiera en su socorro Mauricio de Nassau; y en efecto, avisado del peligro, sacó á sus tropas de la Esclusa y se presentó no lejos de Ostende, pero viendo ocupados los más importantes pasos, ceñida estrechamente la ciudad y resueltos á decidir allí la suerte de la guerra, retrogradó, á tiempo que los nuestros, dueños ya de media *Ciudad Vieja*, tenían á caballero la otra mitad, y próximo á ser obstruído el canal. Las noticias de la retirada del socorro, y á la estrechez á que se vieron reducidos, obligó entonces á los sitiados á entrar en tratos, y el 20 de Septiembre de 1604, por el cuartel de los españoles, llamaron para rendirse. Diéronse rehenes de una y otra parte, y discutidas las condiciones, se les concedió salir con armas, banderas, bagaje y dos piezas de artillería, lo que efectuaron el 22 en número de 4,000 hombres y camino de la Esclusa (1).

(1) «De este modo, dice Bentivoglio, terminó el sitio de Ostende, memorable por sí mismo: muchísimo más memorable por haberse empleado en su defensa y ataque, tanta sangre, tanto oro y tanto tiempo, que por las consecuencias que de la pérdida ó de la adquisición se siguieron. En tres años ó más que duró el asedio, fué opinión genera que faltaron, á consecuencia del plomo y de la enfermedad sobre 100,000 hombres de una y otra parte, pudiéndose por este dato juzgarse lo que costó en dinero. Rendida la plaza, tuvieron curiosidad el Archiduque y la Infanta de ir á visitarla, para lo cual trasladáronse á ella desde Gante. No encontraron en ella otra cosa que una masa informe de tierra, que esto era lo que restaba de las fortificaciones de Ostende. Fosos replenos, cortinas desmoronadas, baluartes cortados, medias lunas, flancos y reductos tan en ruinas que no se podían distinguir unos de otros, ni siquiera por donde se atacaron y defendieron

De este modo terminó el famoso cerco de Ostende, en el que perecieron de nuestra parte más de 40,000 soldados, y entre ellos 6,000 personas de cuenta, oficiales menores, mayores y entretenidos, calculándose en 50,000 la del enemigo (aunque este dato no pueda darse con verdadera exactitud). «Querer referir, dice un coetáneo, las máquinas, invenciones, las fábricas de puentes, diques, el número de la artillería que en tantas y en tan continuas partes se plantó, tanto que pasaban de 100 cañones; las municiones que se gastaron y la que se tiró de la villa; las trincheras, los fuegos artificiales, las bombas, de que es opinión que hubo día que al cuartel de los españoles se tiraron más de 80 y otras tantas balas de fuego; los fuertes, reductos y medias lunas, casamatas y otras fortificaciones que el enemigo hacía para su defensa; y las que los nuestros hicieron para ofenderlos, las minas que se volaron de ambas partes, que pasan de 60 sin otros tantos hornillos; es querer proceder en infinito y exceder de los límites que pide este discurso: fué la plaza, finalmente, que mejor se supo defender, y la que con más valor y fortaleza se ganó, y donde más municiones y pertrechos de guerra se gastaron.» El hecho de haberla encontrado los nuestros al ocuparla gran acopio de municiones de guerra y vituallas, prueba el error del sistema de bloqueo, seguido en los primeros tiempos de este sitio; la permanencia del ejército frente á los muros de Ostende por espacio de tres años dió ocasión á gastos enormes, á grandes compromisos y á la pérdida de ciudades tan importantes como Grave, la Esclusa, Rhinberg y Wachtendonch; el número de los que allí fallecieron contribuyó á debilitar nuestras fuerzas, no menos que los motines, el doble compromiso de sostener el sitio de Ostende y acudir á la Esclusa, fué otra de las dificultades del asedio; la competencia entre Velasco y Spínola y la poca diligencia en el socorro, origen de la pérdida de esta plaza; la escasa previsión de Alberto, causa eficaz de este y otros desastres, y por último, la poca energía del Almirante de Aragón, motivo de que nos fuera arrebatada Grave. ¿Compensó estas pérdidas, gastos y compromisos la presa de Ostende? Ciertamente que no, sobre todo desde el instante en que la guerra debía hacerse con tanta dificultad. El talento de Spínola consiguió neutralizar las ventajas de nuestros enemigos, pero la causa española caminaba en Flandes á la ruina. Es curioso comparar los famosos sitios de Amberes y de Ostende, á los que van asociados dos nombres ilustres: en ambos desempeñaba principal papel el arte del ingeniero, pero los procedimientos son bien opuestos entre sí: caracteriza al primero un sistema rigoroso de bloqueo, y lo decide un combate; el segundo ofrece lentos y complicados trabajos de aproche y vigorosos y repetidos asaltos; échase de ver en aquél la unidad de plan y dirección, en el segundo las incertidumbres é inexperiencia de quien primero lo dirige, y las contrariedades con que tropieza el que lo termina; simultáneamente que se sitia á Amberes se rinden cuatro importantes ciudades; el cerco de Ostende da lugar á la pérdida de otras cuatro. Pero la posición del enemigo ha variado; en aquél carece de un fuerte ejército; en éste dispone de un ejército aguerrido y un tren: también han variado las circunstancias políticas, porque con Amberes se completa la conquista del Brabante; mientras que, reduciendo á Ostende, los vencedores han de reconquistar las plazas perdidas en las fronteras del Mosa y el Rhin, y organizarse para hacer frente al enemigo. Ya no se trata tampoco de una ofensiva vigorosa; al contrario de Farnesio que aspiraba á cruzar el Wahal y dominar la Holanda, el Archiduque se ve obligado á disputar á Nassau el territorio flamenco, antes que concebir proyectos de conquista. Mas por desgracia los tiempos han cambiado, nuestra dominación en este país se sostiene penosamente, y con la decadencia de España va envuelta la pérdida de aquellos Estados que han sido en buena parte causa de nuestra ruina.

Quisieron saber, no obstante los pormenores del suceso, y Spínola se los refirió minuciosamente. Dióles éste á conocer las últimas disposiciones, mostróles los cuarteles de los españoles, italianos y otras naciones; refirió con cuanto valor habían unos y otros combatido; por qué costado fué mayor la resistencia, dónde más fatigoso el asalto, la retirada más peligrosa por falta de terreno, y el punto en que hicieron los sitiados el esfuerzo supremo y por donde se rindió la plaza. Contemplaron los Archiduques la gran plataforma, el dique colosal, el canal de socorro, y todo cuanto de más notable se puso en práctica y quedaba aún en pié; no sin gran compasión y lágrimas de la Infanta al considerar los horrores de este sitio, en que por manera tan terrible el hierro, el fuego, el mar y la tierra conjurados habían producido tan prolongados y espantosos estragos en los hombres.» *Storia della Guerra di Fiandria*, parte terza, Lib. VII.

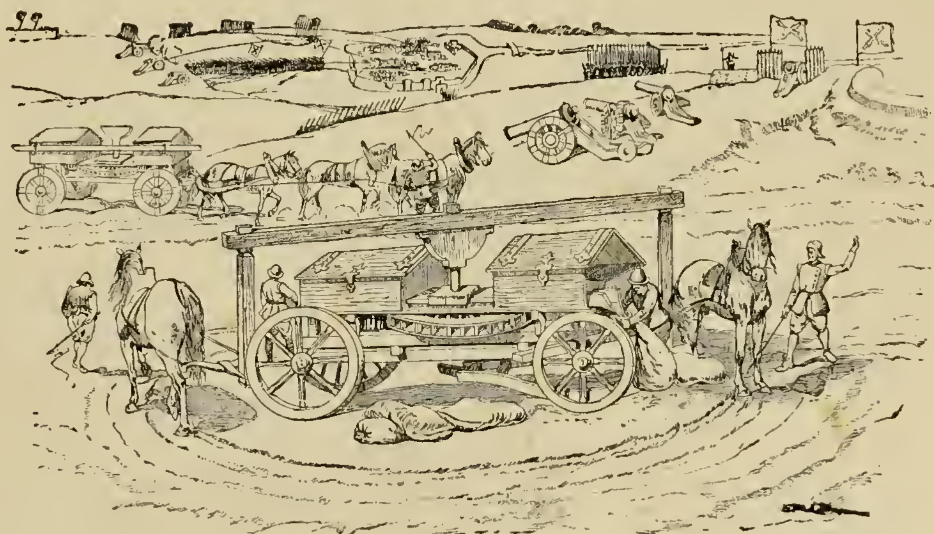
III

Terminada la empresa de Ostende y distribuídas las tropas en los cuarteles de invierno, juzgó Spínola necesario pasar á España con objeto de dar cuenta al Rey de sus nuevos planes de campaña y pedir nuevos recursos para realizarlos. Recibiéronlo en la córte de Felipe III con el agasajo que correspondía á sus méritos y fama; y trató con el monarca de cuanto convenía á los Países Bajos, fijándose muy especialmente en el achaque de los motines, amenaza constante de nuestra dominación. Expuso sus proyectos, encareció la necesidad de recursos, logró ser atendido, y regresó á Flandes honrado con el cargo de Maestre general y gobernador de aquellos ejércitos, el collar del Toisón de oro y una importante consignación para el pago de los sediciosos, y levantamiento de gente alemana, sin perjuicio de los tres tercios que de Lombardía y Nápoles se esperaban. No podía menos de halagar tales honores y atenciones al vencedor de Ostende, y así puso especial empeño en salir airosamente de su cometido. Católicos y protestantes apercibíanse á una campaña activa, unos buscando compensación á las pérdidas que tuvieron cabe el Rhin y el Mosa, otros á la de la famosa Ostende. Y justo es decir que al talento de Spínola se debió una serie de trascendentales sucesos que modificó la marcha de aquellas guerras.

Apercibíase también Mauricio á empresas de alguna monta y por de pronto puso sus ojos en la célebre Amberes. No bien espiró el invierno de 1604-1605, con un ejército de 15,000 infantes y 2,500 caballos, parte de los cuales encomendó á su hermano Ernesto de Nassau, dirigióse al importante fuerte de Lillo, que los enemigos poseían en la ribera derecha del Escalda. Ernesto conducía su gente en barcos y penetró por las bocas del río, mientras Mauricio se le incorporó desde la Esclusa con el resto de la fuerza. Una vez en las márgenes del caudaloso río, decidieron cortar los diques de uno y otro costado con objeto de inundar la campaña, impidiendo así el avance de los católicos, y caer sobre Amberes: plan no mal ideado, si por desgracia Spínola descuidara como merecía aquella importante porción del territorio flamenco. Pero como de antemano se dió orden para que se fortificaran en los diques principales los tercios españoles de Borja y Luna y el tercio borgoñón de Balanzón, no logró el enemigo su propósito. Del costado izquierdo, por donde amenazaba mayor peligro púsose mayor número de gente; y en efecto, no lejos de Calloo, dió Mauricio un infructuoso asalto á los diques; pues los españoles de Borja lo rechazaron con algunas pérdidas. Obligado á retirarse concentró su gente en Lillo, pero sin desistir de su propósito, que no era otro que apoderarse de una de las villas más importantes inmediatas al Escalda y no lejana de la Esclusa: Gante, Brujas ó Hults; pero comprendiéndolo así el general español, acudió á las márgenes de aquel caudaloso río, arrojó sobre él un puente para con más facilidad trasladar sus tropas de una á otra ribera y condujo al país de Waes parte del ejército, plan verdaderamente acertado, pues por aquellos días Mauricio puso el pié en las márgenes del canal junto al Sas de Gante, y desembarcando con gran golpe de gente se fortificó en sus inmediaciones. Estaba el fuerte guarnecido lo suficiente para no temer su próxima rendición; pero Spínola acudió sin perder momento al peligro con 13,000 infantes y 3,000 caballos, atrincheráudose á corta distancia de las posiciones de Mauricio. Gracias á este rápido movimiento, cortó el Marqués los vuelos al enemigo; y como á los breves días se presentaran en el campo español los tres tercios reclutados en Italia, disminuyeron para Nassau las probabilidades de éxito. No tan afortunados los españoles que de nuestra patria conducía por mar Pedro Sarmiento, después de un encarnizado combate con las naves holandesas, fueron apresados con los bajeles que montaban, escapando solamente algunos con el maestre de campo y ganando tierra en Dunkerque; pero en cambio termináronse las levas

de alemanes y extranjeros, que se estaban efectuando; cuyos refuerzos trajo al campo español el conde Federico de Berghes.

El marqués de Spínola conoció que era llegado el momento de tomar una ofensiva vigorosa, y dejando á Berghes al opósito de Nassau, con las tropas necesarias, marchó con el resto del ejército á la frontera alemana, dispuesto á llevar la guerra allende el Rhin. De antemano había despachado al conde de Bouquoi á construir dos fuertes y un puente sobre las riberas de este río, cerca de Kaiserwerth, en territorio de Colonia, y tan rápidamente efectuó este movimiento que desconcertó por completo al enemigo. Ni sus propios capitanes se dieron cuenta del proyecto, con gran sigilo mantenido hasta aquel instante por Spínola, quien se lo declaró una vez tuvo asegurado el paso del río. Reducíase el proyecto á entrar en el territorio frísico y arrebatar al enemigo la plaza de Lingen, importante por hallarse próxima á la frontera germana y ser llave de la Frisia: la circunstancia de estar á la sazón



Molinos portátiles usados por el ejército español. Copiado de un grabado de la época, que representa el sitio de Lochem. 1606.

mal provista y guarnecida, á causa de encontrarse muy distante de la base de operaciones de los católicos y de tener que atravesar, para llegar presto á ella, territorios neutrales, facilitaban su conquista; y encontrándose el ejército bien avituallado y asegurado el paso del Rhin,era de esperar un feliz resultado á esta empresa. Y en efecto, los 16,000 infantes y 3.000 caballos que componían las tropas católicas, cruzaron los territorios de Cleves y Westfalia sin cometer el menor exceso, penetraron en el de Over-Issel, tomaron de paso la villa de Oldenzeel, que se rindió al plantar las baterías y llegaron á Lingen, acampando en las inmediaciones de esta plaza. Lingen estaba fortificado á la moderna, con buenos terraplenes, sólidos baluartes y ancho y profundo foso; pero sitiada de improviso, hallóse falta de lo más indispensable: bastimentos, artillería y soldados, pues apenas llegaban á 600 los de su presidio. Construyéronse con facilidad las trincheras, plantóse la batería, ganóse el foso, y ya comenzaban los trabajos de mina cuando los de la plaza se entregaron, con los honores de guerra: noticia que obligó á Mauricio á levantar su campo y trasladarse con el ejército á la provincia invadida por los nuestros. Puso sin perder momento en Deventer su cuartel general y despachó la caballería á Covorden con objeto de asegurar el gran fuerte de este nombre que cerraba el paso al corazón de Frisia.

El plan de Spínola comenzaba á dar sus resultados, y aunque las reclamaciones de los señores de Cleves y Westfalia, hicieron que el Archiduque ordenara la destrucción de los fuertes de Kaisersweth, y que aquel hubiera de construir otros dos sobre el Rhin, en Ruhrort,

tierra del condado de Mœurs; no por eso, causaron retardo alguno en la campaña, pues mientras Spínola daba impulso á dicha fábrica, despachaba al conde de Bouquoi contra Wachtendonch, plaza de la provincia de Güeldres, recientemente arrebatada á los católicos. No prometía ser fácil su conquista; pero se hallaba con Spínola en Ruhrort, cabe el Rhin, y la que reunió Bouquoi, junto á Wachtendonch, plaza guarnecida por 1,300 infantes, muy bien artillada y fortificada, y dotada de un ancho foso. En su consecuencia comenzáronse los trabajos de aproche, sostuviéronse recios choques con los sitiados, y ganáronse lentamente y á costa de bastante sangre, las obras exteriores y el foso; dióse entonces un vigoroso asalto, alojáronse los nuestros en el terraplén del muro, y entonces parlamentaron los sitiados. Era ya á fines de Octubre y próxima, por consiguiente, la estación de las lluvias, circunstancia que obligó á los sitiadores á proceder con gran vigor en este asedio, pero gracias á su esfuerzo antes de finir la buena estación, la bandera católica flotaba en tres villas situadas en territorio enemigo, sin que pudiera estorbarlo el hábil Mauricio de Nassau. Lo único que éste se atrevió á tentar fué la sorpresa de los cuarteles de caballería que Spínola tenía junto al Roer, afluente del Rhin, y con escasa fortuna. Enrique de Nassau avanzó sigilosamente al favor de la oscuridad de la noche, hasta Bruck, situado á la derecha del río y acometió los puestos españoles, no tan vigilados como debieran, sembrando en ellos la confusión y la muerte, aprovechándose del desconcierto trató de ganar la orilla opuesta y hacer lo propio con los cuarteles situados en Mulem. Opúsosele Trivulcio que gobernaba el campo, con algunas compañías, aunque con notoria desventaja, pero dió lugar á que acudieran en su socorro Velasco y Spínola que con fuerzas de caballería é infantería regresaban de Lingen, Velasco llegó el primero con los caballos y detuvo los progresos del enemigo con valientes cargas; Spínola que le seguía, dispuso que algunos tambores puestos á caballo y batiendo marcha por distintos lados desconcertaran á los holandeses, haciéndoles presumir llegaba el grueso del ejército, y á pesar de hallarse empeñadas en el combate las tropas que condujo Mauricio en persona, decidió éste retirarse, no sin dejar en el campo más de quinientos muertos. La pérdida de los católicos tampoco fué escasa; y aunque poco importante por los resultados, debe considerarse este combate como uno de los más sangrientos de la campaña de 1605, que finió después de rendir los españoles un castillo inmediato á Wachtendonch.

En los últimos días de dicho año partió Spínola á España con objeto de exponer sus planes para el siguiente y solicitar recursos del monarca. El Marqués había proyectado operar con un ejército levantado de nuevo, al otro lado del Issel, mientras que el resto de las tropas se dirigiría á la isla de Betuvia ó de los Bátavos, formada por los ríos Wahal y Leck, para cruzar el primero, y llevar la guerra al corazón de Holanda. Era un plan arriesgado, pero importante y de resultados eficaces, desde el momento en que debía desarrollarle un militar de talla. Por otra parte, tomando la ofensiva por territorio enemigo, se evitaba el reducirse en el propio á una defensiva estéril. El Marqués había previsto todos los inconvenientes que podían ofrecerse y había calculado todos los elementos que para ello se necesitaban; por lo mismo, convenció fácilmente al Archiduque y al Rey de España de la bondad del proyecto. Desgraciadamente faltaba lo más indispensable, se carecía de dinero; el que daban los Países al Archiduque no bastaba para las ordinarias atenciones, y los 300,000 escudos mensuales asignados por la nación española, no se entregaban con la puntualidad debida; lo que no debe extrañarse si se tiene en cuenta las extraordinarias atenciones de España, la penuria del país, su ruinosa administración y el despilfarro de la córte. Tal era el estado del reino que cuando se demoraba un poco el arribo de las flotas de Indias, faltaba absolutamente el numerario para las más indispensables atenciones; y como no se contaba con otros recursos que los que de allá venían, y los galeones de la plata no habían llegado aquel año, á causa de un temporal que echó á pique algunos, fué imposible dar á Spínola los socorros que necesitaba y pedía. Las circunstancias apremiaban, y el Marqués manifestaba que abandonaría el mando. En tal conflicto no idearon los ministros otro recurso que acudir á los comerciantes de Cádiz y otras poblaciones, invitándoles á que hicieran un anticipo, de que se

les reintegraría con el dinero que trajeran los galeones; pero ni aún así aceptaron los comerciantes, desconfiando con razón de la formalidad del gobierno, y, para hacer el préstamo, exigieron que el marqués de Spínola les respondiera con los bienes de su patrimonio en Italia: condición que el generoso caudillo no vaciló en aceptar. No es de extrañar, por lo mismo, que se entretuviera á Spínola algunos meses hasta allegar los fondos necesarios, y como estando ya en camino le sobreviniera una indisposición, detúvose algún tiempo en Italia, llegando á Flandes en Junio de 1606: contratiempos que hubiera podido utilizar Mauricio, á no hallarse Holanda tan cansada de la guerra como la misma Flandes.

Llegado el Marqués á estas provincias, reorganizado el ejército con nueva gente alemana y valona, más 2,000 españoles que de Italia condujo el maestre de campo Juan Bravo, diéronse principio á las operaciones (1). Ascendían nuestras tropas á 12,000 infantes y 2,000



Julio César Firrufino. Copia de la portada de *El Perfecto artillero* teórico y práctico

caballos con 30,000 carros, hornos, molinos y otros pertrechos, é hicieron plaza de armas junto á los fuertes últimamente levantados sobre el Rhin, con ánimo de trasladarse por Oldenzeel y Lingen á las márgenes del Issel é introducirse en la región del Veluwe, país abierto y vecino á Utrecht, que era el objetivo de Spínola. Conquistada esta ciudad, se dislocaba la Frisia de la Holanda, y atacado vigorosamente el enemigo por el flanco derecho veríase acorralado entre el Wahal y las islas, mientras el conde de Bouquoi, introduciéndose en la isla de los Bátavos, le embestía por el frente. Bouquoi tenía á sus órdenes 10,000 infantes, 1,200 caballos y numerosos carros, y su primer objetivo era Nimega. A estas respetables fuerzas no podía por fortuna oponer Holanda el ejército necesario, pero atenta al peligro fortificó con sumo cuidado los principales puertos de la ribera del Wahal, que cubre la isla de los Bátavos, sobre la cual se presumía iban á caer los católicos. Una serie de reductos enlazados por robustas trincheras defendían los pasos y coronaban los diques. Las guarniciones de estos reductos tenían orden de protegerse entre sí acudiendo á la primer señal al punto comprometido. Al propio tiempo algunas barcas armadas surcaban el río y se había recomendado á las ciudades que despacharan auxilios y estuvieran atentas al peligro. Otro tanto se hizo en las márgenes del Issel; empero, sin perjuicio de estas defensas, Mauricio levantó

(1) No deja de ser curioso el bando que á esta sazón echó Spinola: «que todas las mujeres de los soldados se retirasen á las guarniciones, que á la del infante se le diese un pan de munición cada día y á la del de á caballo un escudo al mes.»

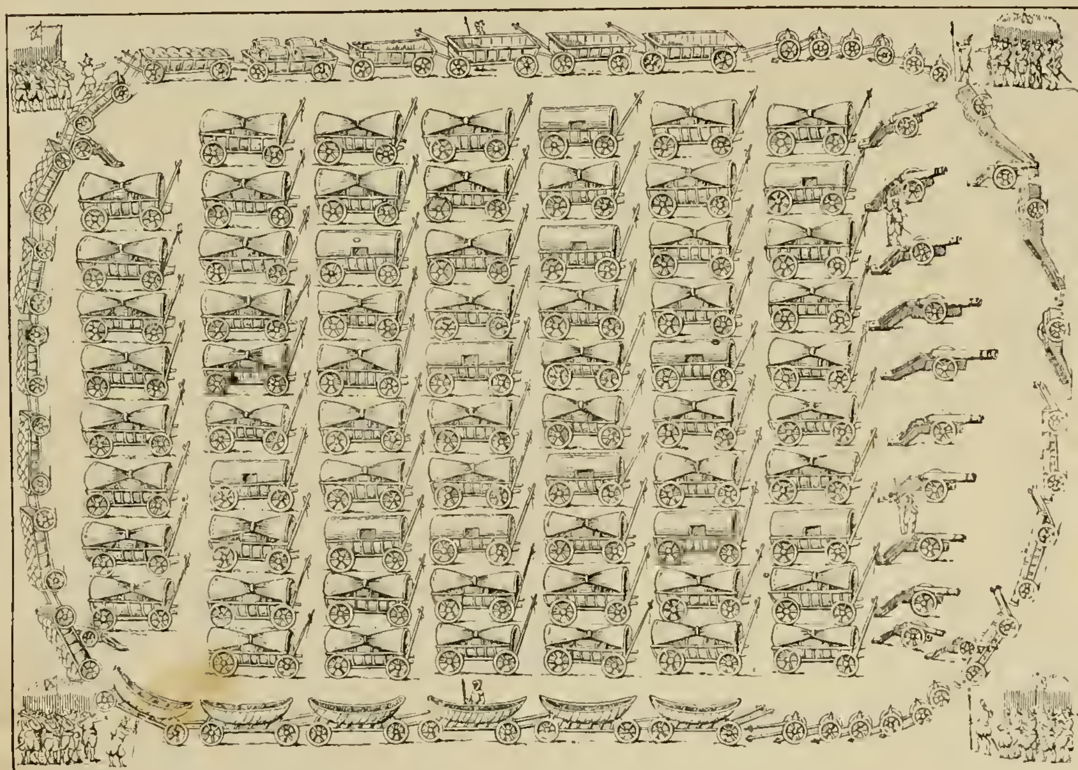
un ejército, aunque no respetable, por lo menos suficiente á sostener los puestos fortificados, y apostándose entre Zutphen y Deventer, dispúsose para acudir rápidamente allí donde le llamara el peligro (1).

A principios de Julio marchó el ejército católico en dirección al Issel acompañado de recios temporales. El clima de Flandes, húmedo y frío, dice un autor coetáneo que ofrece la particularidad de confundir el estío y el otoño, con incesantes lluvias, y en el verano de 1606 fueron éstas tales, que excedieron los límites ordinarios. Por otra parte, el ejército marchaba á través de una región baja y surcada de corrientes, de suyo pantanosa, pero en aquella ocasión convertida en dilatada laguna. Calcúlense, pues, las grandes penalidades que experimentaría el soldado, obligado á marchar con agua hasta la rodilla y á campar sobre lodazales, y considérese lo fatigoso del avance por lo que concierne á los carruajes y cañones. Así y todo, el ejército fué arrimándose al río en dirección á Zutphen y Deventer; pero no ignorando el Marqués que Nassau se encontraba en la opuesta orilla atento á sus movimientos, procuró entretenerle por aquel lado, mientras el conde de Sora, con algunas tropas y dando un largo rodeo, forzaba más abajo el paso del río. Entre tanto, quiso aprovechar la ocasión, apoderándose de Lochem, lugar reducido, pero fuerte y no distante del campo católico. Rindióla tras breve resistencia el maestre de campo Borgia, mas no consiguió el conde de Sora ganar la opuesta ribera del Issel, por haber engrosado las aguas del río y hallarse el enemigo muy bien fortificado en aquélla. No fué más afortunado Bouquoi en las márgenes del Wahal; pues habiendo conducido el ejército hasta Mook, allende el Mosa, con ánimo de pasar el primero de los citados ríos entre el fuerte de Schenck y Nimega, vióse detenido por la rapidez y anchura de la corriente, engrosada como la del Issel por las grandes lluvias. También halló al enemigo igualmente apercibido en la ribera opuesta. Noticioso Spínola de este suceso y persuadido de lo infructuoso de las tentativas que se hicieran, resolvió no dar por terminada la empresa, sin apoderarse de alguna plaza fuerte de aquel territorio, bien fuera Zutphen ó bien Deventer; empero este plan ofrecía pocas probabilidades de éxito, por encontrarse ambas defendidas de un costado por el río, de otro por excelentes fortificaciones, y hallarse además Mauricio acampado entre una y otra, en disposición de socorrerlas. Ni tenía Spínola suficientes fuerzas para tal empresa, ni podía perder algunos meses en un sitio; y comprendiéndolo así, resolvió acometer el de Groll, ciudad importante y no lejana, cuya posesión aseguraba las de Oldenzeel y Lingen.

Groll asienta en una llanura surcada por un afluente del Berkel, que le sirve de antemural por la derecha, mientras por el lado opuesto su recinto muy bien flanqueado ofrece excelente defensa, tenía doble foso é importantes obras exteriores. Comenzado el asedio y moviéndose con grande actividad los católicos, ganosos de terminarlo cuanto antes, al tercer día llevaron las trincheras hasta las inmediaciones del primer foso. Cruzóse éste á favor de las baterías con los puentes de tela ideados por Targón, mas para conquistar la segunda línea de defensa y cruzar el foso mayor, fué preciso emplear algunos días y perder no poca gente. Los defensores disputaron bravamente sus posiciones y sus baterías vomitaron constante fuego sobre los católicos; empero, establecidas las nuestras en los rebellines y en disposición de apoyar el asalto, conocieron los de Groll que sería vana la resistencia y se entregaron después de nueve días de asedio. La brevedad de éste, permitió á Spínola tentar otra empresa, que fué la toma de Rhinberg, aquella desdichada ciudad que por su estratégica posición, se vió constantemente perdida y recuperada por uno y otro contendiente. Mauricio, al enseñorearse últimamente de ella, había aumentado sus defensas, y tan presto tuvo

(1) «Ya había fortificado Mauricio toda la ribera del Isel, por la parte de la Belva, desde Harlem hasta Atem, término en que se ponen más de 14 horas de camino, con reductos, trincheras y gruesos cuerpos de guardia, dándose las manos unas centinelas á otras; navegando muchas barcas guarnecidas de artillería, que corrían la ribera de arriba abajo; con orden de avisar luego que sintiesen novedad alguna en los ejércitos católicos, desembocando hasta el mar; fortificaron por el consiguiente la ribera del Rhin de la otra parte de la Belva, desde el fuerte de Schenk hasta Harlem con las mismas trincheras y reductos, haciendo las mismas prevenciones y defensas en la ribera del Vaal, desde el fuerte hasta Tile, en que se incluyen ocho leguas...» Novoa. *Historia de Felipe III*, Lib. II. Año 1606.

noticia del movimiento de los católicos, despachó para ella á su hermano Enrique con 2,000 infantes y 200 caballos, fuerza más que suficiente para detener al ejército de Spínola, un tanto mermado por las enfermedades. A causa de esto, el Marqués hubo de llamar á Bouquoi, para acometer simultáneamente á Rhinberg, éste del costado del Brabante y el suyo por el de Frisia. El cerco se estableció á fines de Agosto, dirigiéndose los primeros ataques á un fuerte frontero á la villa y situado en la ribera opuesta del río; pero la enérgica defensa de los que le guarnecían, obligó á desistir del intento, pasando entonces los sitiadores á expugnar el segundo fuerte que señorea el islote que forma junto á Rhinberg el río, y conquistado el cual, se consideraba fácil la toma del primero. La conquista del fuerte de la isla fué muy



Alojamiento del tren. Copiado del *Tratado de la Artillería y uso de ella* por D. Diego de Ufano. 1617.

penosa, y una vez realizada, D. Luis de Velasco, que dirigió el ataque, cuidó de fortificarse del costado que ocupaba, que era el de Vessel á Recs, por donde se temía el ataque de Nassau. Spínola, entre tanto, cuidó de establecer la comunicación entre ambos campamentos, á cuyo efecto mandó descender hasta Rhinberg, el puente de barcas que se fabricó y echó en Rohrort; y como no ignoraba que Mauricio había arrojado un puente sobre el Rhin, con objeto de acudir en socorro de los sitiados, procuró atrincherar sólidamente sus cuarteles.

No presentaba trazas aquel sitio de terminar favorablemente para los católicos; en la plaza se encontraban más de 4,000 infantes y 300 caballos, con numerosas piezas de artillería y abundantes vituallas; habíanse reunido excelentes oficiales y no poca nobleza francesa. Lejos de mantenerse á la defensiva, efectuaban diarias salidas, atacaban con vigor nuestras trincheras y disputaban palmo á palmo el terreno á los sitiadores. Pero Spínola atendía

á todos los peligros; y sin dejar de dar impulso á los trabajos, seguía con gran atención los movimientos de Mauricio. La caballería católica recorría por las inmediaciones del campo; los cañones emplazados junto á las obras exteriores no dejaban de fulminar sus fuegos; repetíanse los asaltos, y por fin cayeron aquellas en poder de los nuestros. Si empeñado fué el combate en la primera línea de fortificaciones, no prometía ser menos sangrienta la conquista de la segunda. Al fuego de las baterías católicas, respondían los cañones que coronaban las contra-baterías, á la mina la contra-mina, el azadón al azadón, la espada y la pica á la pica y la espada; y cuanto más apretada la expugnación, más estrecha y terrible la defensa (1). Comprendían los sitiados que era indispensable prolongar la resistencia para dar tiempo á Mauricio de organizar el socorro, y animábanles los repetidos avisos de éste. Y en efecto, al frente de un ejército compuesto de 12,000 infantes y 3,000 caballos, pasó el Rhin, caminando hacia Alpen, villa del condado de Mœurs que dista de Rhinberg tres horas: llegado á ella destacó hacia Mœurs 2,000 infantes, con objeto de acometer vigorosamente por un costado los cuarteles católicos, mientras por el otro se divertía la atención de los sitiadores. Avisaron á Spínola sus espías y corredores, y cuidó de distribuir su gente por las trincheras de suerte que imposibilitaran los intentos del enemigo, entendido lo cual por Mauricio y considerando la dificultad que ofrecía un ataque á los puestos católicos, desistió de su propósito. No le cabía otro recurso, pues había dado sobrado tiempo á Spínola para fortificarse y apercibirse á recibirle: además, sabía por experiencia propia cuán aventurado es conseguir un triunfo en tales condiciones. Con su retirada creció el ardor de los atacantes, pero no amenguó la energía de los sitiados. Aproximáronse las baterías, arruináronse grandes trozos de la cortina, fué llenándose el foso, abriéronse minas al pié de los baluartes, y el enemigo vióse por momentos sumamente apretado. Empero, no se rindió sin efectuar algunas salidas y hacer heróicos esfuerzos, y sólo cuando ya no era dable prolongar la resistencia, pactó con el sitiador. Duró el sitio de Rhinberg un mes, terminándose en los primeros días de Octubre; perecieron en él más de 1,000 enemigos, pero fueron mayores las bajas de los católicos, en razón á tener que luchar á descubierto. La guarnición salió con los honores de guerra, convoyando gran número de heridos.

Este sitio y las anteriores penosísimas operaciones redujeron extraordinariamente el efectivo del ejército católico; pero á la merma ocasionada por las enfermedades, los combates y las deserciones, se añadió en breve otra causa no menos deplorable, el motín que estalló en el campo y que disgregó del mismo á 2,000 soldados, entre infantes y de á caballo. Los sediciosos abandonaron los cuarteles y se hicieron fuertes en las inmediaciones de Breda, sin que ni las súplicas ni las amenazas consiguieran reducirlos. Y no podía ser peor la ocasión para Spínola, porque Mauricio se encontraba todavía en armas, y al saber la ocurrencia, tomó con su ejército la vuelta de Frisia, recuperó á Lochem y cayó sobre Groll, firmemente persuadido de que la tomaría, antes que los nuestros pudieran impedirlo. En tan críticas circunstancias reunió el Marqués su consejo para resolver lo más oportuno. Las opiniones andaban discordes, pues con mucho fundamento se expuso que el invierno era ya entrado, grandes las fatigas que el ejército había sufrido allende el Rhin, escaso el dinero, mermada y mal dispuesta la gente, poderoso y mejor socorrido el enemigo; pero en cambio si Groll se perdía, Lingen y Oldenzeel caerían seguidamente en su poder, resultaban estériles las conquistas hechas, inútiles los sacrificios que impuso la toma de Rhinberg, y el dominio católico volvería á ceñirse á los límites del Rhin. Cierto que al volver á cruzar este río se arriesgaba el ejército entero, pero el resultado de aquella campaña dependía del socorro de Groll, y no era menos conveniente arriesgarse á esta empresa, antes de que inopinados contratiempos vinieran á disolver un ejército organizado tan penosamente. Así opinaba Spínola y así lo advirtió al archiduque Alberto, que sin perder momento acudió á Rhinberg con 8,000 infantes y 1,200 caballos. Reforzadas las tropas y aprobado el proyecto de Spínola, cruzóse el Rhin á mediados de Noviembre, tomando la dirección de Groll.

(1) Bentivoglio. *Storia della Guerra di Fiandra*, Parte terza, Lib. VIII.

Tan persuadido estaba Mauricio de que Spínola no podría auxiliarla, y tan rápidamente obró éste, que aun no estaban del todo fortificados los cuarteles enemigos, cuando el Marqués se presentó frente á Groll. Arrimóse el ejército católico á las trincheras holandesas, dando anticipado aviso á los de la plaza y reconociendo los lados flacos de aquéllas para proceder al ataque, que debían simultanear con la guarnición. El orden de batalla era como sigue: la infantería distribuída en gruesos escuadrones con intervalos y dos piezas de artillería al frente; la caballería en las alas y en reserva (en ésta los dos cuerpos más nutridos); y como el enemigo era superior en el número de caballos, dichas alas fueron cubiertas con una larga y doble hilera de carros, provistos de arcabuceros y protegida á su vez con algunas piezas (1).

Spínola cuidó de infundir á los suyos la seguridad de vencer. Hízoles presente que no se trataba de salvar á Groll, sino todo cuanto se había conquistado tan penosamente allende el Rhin; que el enemigo, aunque superior en número, no resistiría la acometida de los nuestros, puesto que hasta entonces sólo había aceptado el combate á cubierto de sus diques y trincheras, y la reciente tentativa de Rhinberg probaba su impotencia; y con esta seguridad avanzaron los católicos á las inmediaciones de la villa. Confirmáronse, en efecto, sus propósitos. Nassau, no se consideró suficiente fuerte para resistir el combate en las trincheras, ni para sostenerlo fuera de ellas, y fuese por orden de los Estados ó por razón de la guerra, renunció á la empresa, retirándose con el mayor orden. Spínola, como capitán prudente, no se empeñó en la persecución. Socorrió convenientemente la plaza, la proveyó de cuanto necesitaba para su defensa, y repasando el Rhin, distribuyó su ejército por las guarniciones, y marchó á Bruselas para cumplimentar al Archiduque. De este modo terminaron las campañas de 1605-6, de las que hubieran podido resultar mayores ventajas á no contrariar el plan de Spínola los terribles temporales del verano de 1606, y la falta de recursos que produjo el motín de Rhinberg (2); pero si han de medirse por las dificultades los

(1) Por lo que interesa al estudio de la parte táctica, reproducimos del historiador Novoa, los siguientes detalles:

«A la punta del alba (Spínola) sacó el ejército en campaña, y de lo más lucido y granado de todo él, escogió 1.200 infantes y formó un batallón ó escuadrón volante de 472 picas de 14 hileras de fondo y 33 por frente; ocupando la primera muchos señores de título, caballeros particulares, capitanes, entretenidos, y en la segunda alféreces reformados; y en esta manera pasando á los demás soldados de opinión y bien ejercitados, le guarneció con 4[illegible]o arcabuceros y le sacó las mangas con otros tantos mosqueteros; puso en la mano derecha 200 españoles y en la izquierda otros 200 de todas las naciones; encargó esta batalla al Maestre de campo Simón Antúnez, que iba de vanguardia á 2,[illegible]00 pasos de los demás escuadrones, puso á su costado derecho á D. Luis de Velasco con su compañía y dos de arcabuceros á caballo que reconocían é iban siguiendo á su general, todos los escuadrones de caballería, tras los cuales iban D. Alfonso Pimentel y D. Diego Mejía, Gentil-hombre de la Cámara del Archiduque; á estos dos caballeros seguia la compañía de D. Fernando de Guevara, que todos eran lanzas españolas, y luego las dos de corazas de D. Francisco de Irrazábal y Francisco de la Fuente; los demás cubrían el costado izquierdo del escuadrón volante, marchando en su lugar el caballero Melci con su compañía, Teniente general de la caballería, con otras dos de arcabuceros á caballo que llevaba delante, á quien seguían las compañías de lanzas de italianos. las de corazas, y las de todas las demás naciones, por su orden, cubriendo los batallones por la parte izquierda y derecha, Bartolomé Sánchez, Comisario general de la caballería; iban por de fuera de los caballos dos hileras de carros que la cubrían por estar el enemigo más pujante en caballería que nosotros; seguían asimismo por el lado derecho á este escuadrón, otros dos tercios, cuatro de españoles, uno de ingleses, otro de escoceses, que llevaban á su cargo los Maestres de campo, D. Juan de Meneses y D. Guillermo Semple; ocupaban el lado izquierdo, otro batallón de cinco tercios de italianos, cuyas cabezas eran, el Conde Guido de San Jorge, Lelio Brancacio y Pompeo Justiniano; tras estos pasaban dos tercios de walones y borgoñones con Mr. de la Motería y otros cuatro de alemanes y dos de walones del conde de Bosu y Mr. de Archicourt; seguia de retaguardia el conde Sora con la gente que habia traido de Frisia, con la artillería en sus puestos, guarnecidos ambos costados de los carros del bagaje. En esta manera y con esta disciplina, en que se incluían tan buenos y excelentes soldados, marchó el ejército católico la vuelta del enemigo...»

Son importantes estas noticias para apreciar la formación, número y composición de este ejército en el que figuraban españoles, alemanes, italianos, borgoñones, valones, ingleses y escoceses.

(2) El motín de 1606, terminado el año siguiente, fué el último de los que ocurrieron en estas tierras. Fraguóse en los cuarteles del ejército, junto á Rhinberg, y los sediciosos retiraronse á Therirden, cerca de Breda, donde se hicieron fuertes. La causa del motín, inútil es decirlá, fué el adeudárseles las pagas. Eran en su mayoría aque los italianos y su número, que en un principio alcanzaban á 500, llegó á 1,000 caballos y 1,[illegible]00 infantes al concluirse las operaciones. El Archiduque se valió del Maestre de campo Lucio Dentici para entrar en composición con los amotinados, y este oficial los condujo á Diest, quedando él en rehenes. Inútil es decir que Mauricio fomentó cuanto pudo la rebeldía, conocedor como se hallaba de las tentativas que se hacian en Flandes y Holanda para conseguir una tregua No tardaron por desgracia á unirse los de Diest, otros sediciosos walones y alemanes que en número de 400 acudieron de Frisia y pasando el Rhin y el Mosa, entraron en Therirden, lugar que antes ocuparon los de Diest. Tanta osadia obligó al Archiduque á desplegar grandisimo rigor. Dió un bando en que los declaraba traidores y ponla á talla sus cabezas y despachó contra ellos al gobernador de Bois-le-Duc, que tomó por asalto á Therirden y degolló y ahorcó á más de 150; sin embargo, los de Diest se mantenían en armas, y aunque habían llegado con Alberto á un acuerdo, según el cual recibiría el caballo 36 placas y 16 el infante, lo que montaba cada mes 30.000 escudos; por pequeños detalles resistían aún, corrían por el país vejando á sus moradores y amenazaban abrir las puertas de Diest á los de otras guarniciones. Con grandes dificultades reunieron Alberto y Spinola 4[illegible]0,000 escudos para proceder al pago, la que se efectuó el [illegible]6 de Octubre

resultados obtenidos, no puede negarse que el sitio de Rhinberg, y sobre todo el socorro de Grolla, son dos nuevos títulos que honran al esclarecido genovés.

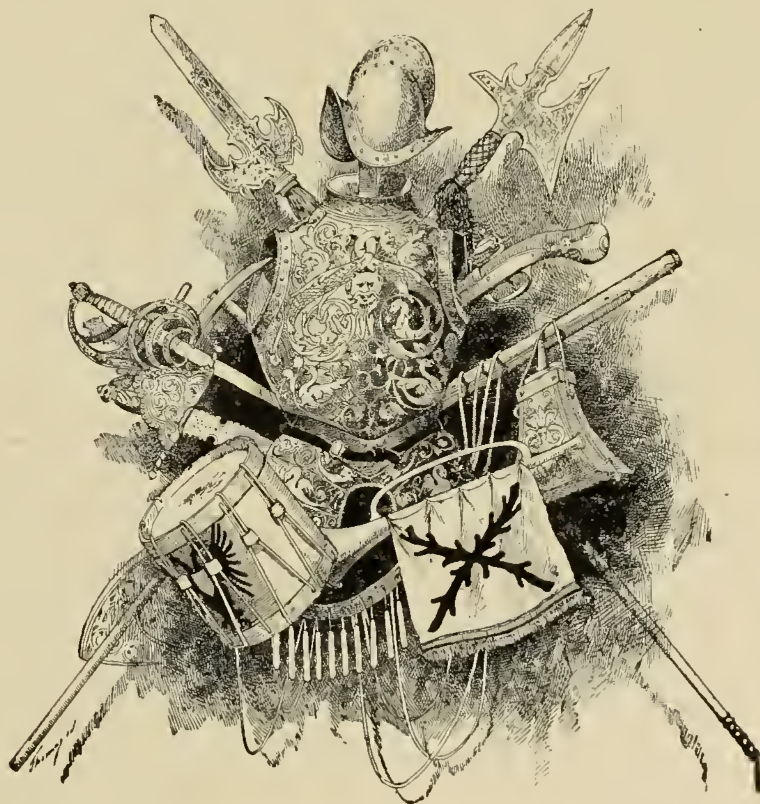
La guerra había llegado por este tiempo á un punto que por ambas partes comenzábase á experimentar el cansacio: cuarenta años de lucha si habían agotado nuestras fuerzas, y concluído con nuestro crédito, no podían menos de haber gravado á las provincias rebeladas, obligándolas á incesantes y penosos sacrificios. Ni los triunfos conseguidos por Spínola compensaban los desembolsos hechos, ni las victorias de Mauricio extinguían en los holandeses el ansia de paz. Nuestras tropas deslucían aquellos con los motines, y careciendo España de recursos para continuar la lucha, era de presumir un funesto desenlace á tales campañas. Las provincias sometidas, agobiadas por los tributos, poco habían mejorado con los nuevos señores, y la disciplina y la desmoralización de las tropas, cada día en aumento, concluían de sumirlas en la postración y la ruina. Y si el dinero de España escaseaba, llegaba, por añadidura, tardíamente, imposibilitando en ocasiones propicias las operaciones militares. De aquí el deseo de los flamencos por conseguir la paz á toda costa. Así lo comprendía también el experto Spínola contrariado en sus propósitos por la penuria de la corte española, por el abatimiento de las provincias, por la indisciplina de sus soldados; y no abundaba menos en tales propósitos el infeliz Alberto, á quien sólo produjo la soberanía de Flandes gran copia de sinsabores. Sin embargo, tratándose de un enemigo pujante no sólo por tierra, sino por mar, apoyado por naciones rivales, y fuerte en su territorio, era difícil emitir la idea de paz, sin que en ella salieran dañadas la reputación y el amor propio de los católicos. Discurrieron acerca de este particular el Archiduque y el Marqués, concertáronse luego con un comisario general de la Orden de San Francisco, llamado Ney, hombre muy hábil y bien relacionado en Holanda, y por último acordóse que por mediación de éste se entablaran los primeros tratos. Puede presumirse que la primera base de ellos debía ser para los holandeses el reconocimiento de su independencia; mas, este era el único remedio, y de acuerdo con el monarca español, hizo el citado comisario una propuesta formal en la Asamblea general de los Estados holandeses, cuyo resultado fué acceder éstos á una suspensión de armas por ocho meses, contaderos desde Mayo de 1607, tratado que ratificó Felipe III y que produjo en aquellas provincias y en las sumisas indecible alegría. Pero como en este intermedio una escuadra holandesa acometió y destrozo á otra española en la bahía de Gibraltar, perdiendo la nuestra más de 2,000 hombres en la refriega y pasando la enemiga á las islas Azores en espera de las naves de Indias, el Archiduque propuso á los Estados generales de las Provincias Unidas que el armisticio se extendiera á las hostilidades por mar; proposición apoyada con insistencia y á la que, no sin repugnancia, aquellos accedieron.

A pesar de las buenas disposiciones que por una y otra parte se mostraban, próximas estuvieron á romperse las negociaciones, porque la ratificación de Felipe III fué redactada en tan ambiguos términos que dió lugar á sospechas; y careciendo de la cláusula explícita del reconocimiento

de 1607, y realizado este se les repartió por distintas compañías. Desde el año 1590 en que comenzaron los motines hasta el 1607, cuenta un coetáneo 31 sediciones en los Países Bajos; y hablando de este achaque, *carne y sangre ya entre los más viles*, dice: «ahora á cada paso se cometía y ejecutaba, haciéndose pagar hasta lo que no se les debía, negando los mismos socorros que en el ínterin se les daban, moderando el precio de las vituallas y vestidos con fraude manifiesto de la Hacienda Real, resucitando muertos en las nóminas que habían servido mucho antes del motín causado; introduciendo viudas y herederos nunca habidos; llamando los soldados que se habían retirado á Italia muchos años antes y otras maldades nunca oídas.» El Archiduque procuró esta vez cortar el mal de raíz, y el 4 de Diciembre, publicó un bando en el que ordenaba licenciar y despedir del servicio á todos los amotinados, previniéndoles que en el término de 24 horas saliesen de los Estados Bajos, sin jamás volver á ellos, ni aun poner el pié en los del monarca español, bajo pena de la vida; y además mandaba á todos sus vasallos y soldados que pudieran matar y desbalijar á los desobedientes, prometiendo 20 escudos por cada uno que, muerto ó vivo, entregaran á la justicia. «Fué éste, dice el autor antes citado, un rayo del cielo que cayó sobre los amotinados, y más cuando les limitaron tan estrechamente el tiempo, en que con dificultad podían salir en plazo tan corto del país» Procuráronse poner en salvo en las tierras más cercanas, aunque muchos fueron víctimas del rencor de los pueblos y algunos rotos por las guarniciones. A los de Frisia les destrozó el gobernador de Bois-le Duc; los que se hallaban en las cercanías de Breda, ganaron la isla de los Bátavos; los de Holanda fuéronse á las inmediaciones del fuerte Schenck, donde en número de 600 se acuartelaron y mantuvieron hasta que se firmó la tregua de los Doce años (1609). Entonces los mismos holandeses les mandaron salir del país, deshaciéndose aquella turba de sediciosos.

Tal fué el fin que tuvieron los célebres *motines de Flandes*. El Sr. Llorens, que ha consagrado á él una larga nota en los *Comentarios de Villalobos*, se extiende poco al hablar de los motines del siglo XVII y por lo mismo hemos creído conveniente completar las noticias acerca de los mismos con el que puso fin á tan lamentables rebeldías.

de la independencia, á que se rechazara por inadmisible. Menester fué la promesa de que dentro de breve plazo llegaria de España una segunda rectificación, para que prosiguieran los tratos y aun así, exigieron los holandeses que este documento se redactara en tres idiomas para no dar lugar á dudas. Pero tampoco satisfizo el nuevo instrumento á los holandeses, ya que si bien se reconocía en él su independencia, contenía condiciones en materia de creencias, iba redactado en idioma español y firmado como el primero: *Yo el Rey*. Discutióse acerca de estos extremos con gran calor, rechazaban unos semejante pacto, aceptábanlo otros con restricciones, y los más enérgicos, entre ellos Mauricio, se declaraban por



Armas ofensivas y defensivas.

la guerra á todo trance. No eran menores las disidencias entre las diferentes naciones, afines unas á los holandeses, partidarias otras de la causa española. Cada cual trataba de intervenir é influir, según sus especiales intereses, en la paz que por tan diversos modos afectaba á todos.

Indudable es que ésta no hubiera sido un hecho, á no encontrar Mauricio de Nassau, un competidor á sus proyectos, el ilustre Olden Bernevelt de quien ya hemos hablado en otra ocasión y á quien tanto debia aquel astuto guerrero. Mauricio, aspirando, quizá como su padre, al principado, comprendía que la paz iba á extinguir su influencia en aquella república de comerciantes; y por lo mismo, se convirtió en campeón de los intransigentes; declamó con vehemencia contra la mala fe de España, y en un discurso pronunciado en la asamblea de los Estados expuso las miras de esta nación, según él, no otras que ganar tiempo, reponerse de los pasados descalabros y hacer luego la guerra con más vigor. Por eso los verdaderos patriotas debian, según él, oponerse á toda negociación con el monarca

español. A estas razones opuso Barnevelt otras de no menos peso, entre ellas la necesidad que experimentaban las Provincias de reponerse de los grandes sacrificios hechos, sin perjuicio de apercibirse á rechazar con la fuerza ulteriores agresiones. «Poco importaba, exclamaba refiriéndose á los católicos, que sean sinceros ó engañosos sus fines, como entonces no nos puedan oprimir con sus fuerzas. De este peligro es menester que sobre todo nos procuremos asegurar, y esto consiste en uno de dos remedios: ó continuar la guerra creciendo con ella nuestras necesidades, ó acabarla de algún acuerdo de que se pueda esperar ver siempre mejor aseguradas nuestras cosas.» Este razonamiento fué el que se impuso á la asamblea, determinándose en consecuencia aceptar la ratificación. Prorrogóse el plazo de la tregua hasta la conclusión del tratado, y se señaló para celebrar las conferencias la ciudad de la Haya. Representaron á los archiduques el marqués de Spínola, el presidente Richordotto, el padre Ney y dos secretarios; á las Provincias sus respectivos diputados y entre ellos el célebre Barnevelt (Febrero de 1608).

Los debates á que dió lugar el tratado de paz, ó por mejor decir, de tregua, fueron largos y complicados. Intervinieron en ellos eficazmente los embajadores de Inglaterra y Francia, originaron el viaje de Ney y del confesor del Archiduque á Madrid, consultas de los diputados holandeses á las Provincias, diferencias entre éstas y la Zelanda, repugnancias en la córte española, serios altercados entre los contratantes que estuvieron á punto de concluir bruscamente las conferencias, pero á la postre se llegó á un acuerdo. En Amberes, donde á principios de Febrero de 1609, había trasladado el asiento de aquellas, se ajustó definitivamente el trato, que se aprobó y firmó el 9 de Abril del mismo año por ambas partes, debiendo ratificarlo el monarca español, dentro del plazo de tres meses. Comprendía treinta y ocho artículos, de los cuales eran estos los principales: Los Archiduques en su nombre y en el del rey de España, pactaban con los Estados generales de las Provincias Unidas, como con provincias y estados libres, sobre los que nada tenian que pretender; se estipulaba entre unos y otros una tregua de doce años, cesando durante este plazo todas las hostilidades por mar y por tierra, en los respectivos dominios y sin excepción alguna; cada uno de los contratantes retendría las provincias, ciudades y plazas fuertes que á la sazón poseía; los habitantes de unos y otros países podrian entrar, salir y morar indistintamente en ellos, comerciar libremente por tierra y mar, pero por lo que respecta á España solamente en sus dominios europeos. Los restantes capítulos conciernen á intereses de menos monta y por lo tanto no merecen consignarse aquí (1).

«Tal fué, dice Lafuente, el célebre tratado de la tregua de doce años, que volvió á aquellos países el reposo, después de cerca de medio siglo de funestas alteraciones y costosísimas guerras, que aseguró la independencia de la república de las Provincias; pero en que España, descendiendo á pactar como de potencia á potencia con unos pocos súbditos rebeldes, dejándose imponer de ellos humillantes condiciones, dió por perdidos los sacrificios de hombres y tesoros de más de cuarenta años y puso de manifiesto á los ojos del mundo la flaqueza á que había venido y la impotencia en que iba cayendo.»

Con la tregua de los doce años termina el periodo de las famosas guerras llamadas propiamente de Flandes. Cerrada aquella fecunda y gloriosa escuela, el arte militar principia á decaer en nuestra patria. A esta causa obedece el que hayamos consagrado todo el volumen segundo de nuestra obra al estudio de aquellas guerras. En realidad con la citada tregua termina una grande y gloriosa época. La paz de Vervins en 1598, el tratado de Londres en 1604 y la tregua con Holanda en 1609, son acontecimientos culminantes que imprimen nueva dirección á la política y á la guerra. Los tres patentizan que el supremo esfuerzo efectuado por España ha extinguido su energía. Termina el periodo de su preponderancia, y llega el de su decadencia, decadencia rápida, y tanto más triste en cuanto se evidencia en un corto periodo de años.

(1) *Relazione dal cardinale Bentivoglio; Storia della guerra di Fiandria*, lib. III y último; *Historia de Felipe III*, por Novoa, lib. III. Este autor reproduce íntegro el texto del tratado. *Historia general de España*, por Lafuente, Parte tercera, lib. III, cap. III.



ENTREVISTA DEL CONDE MAURICIO DE NASAU CON EL MARQUÉS DE SPÍNOLA

LA HAYA (1608). — (Grabado de Hoogenbergh).

M. Soler, Editor

IV

La guerra con Inglaterra fué otro de los legados funestos que dejó á Felipe III su padre. Fomentado por la reina de aquella nación la marina, base de su preponderancia, estimulado el espíritu comercial de aquellos isleños con las pingües ganancias que las expediciones piráticas de los Drakes y los Hawkins produjeron á las compañías y hombres de negocios; alentados por sus recientes victorias, lanzáronse á través del Océano á dar caza á nuestras naves, y en unión de los holandeses, ya dispersos, ya formando escuadras respetables, acechaban desde las Azores ó las Canarias el regreso de nuestras flotas de Indias, saqueaban las costas de aquellas islas, insultaban las de la península ó devastaban las de América, robando é incendiando nuestras factorías. España se vió obligada á mantener escuadras de resguardo para sus naves mercantes de Indias, y los choques y combates entre estas flotas y las enemigas eran tan frecuentes, que se saludaba la feliz llegada de una escuadra, como acontecimiento extraordinario: la que basta á dar idea de la gran penuria que experimentaba nuestra patria. Armadas formidables, como la que en 1599 amenazó la Coruña y acometió la Gran Canaria, sembraban el pánico en los dominios españoles; y como la ventaja estaba por parte del atacante, en razón á lo que tardaba en organizarse el socorro, la dificultad de dar caza al corsario, y la inseguridad en la derrota, resultaba de aquí incesante malestar en las poblaciones del litoral, pérdidas repetidas é incertidumbre grande con respecto al recibo de caudales y mercancías de Ultramar. Felipe III intentó seguir las huellas de su padre llevando la guerra á las Islas Británicas, y en 1601 hizo equipar una escuadra de cincuenta navíos cuyo mando dió á D. Martín de Padilla; pero esta expedición no fué más afortunada que las anteriores, pues la dispersó una tormenta antes de que diera vista á las costas inglesas. Sin embargo, aunque semejante contratiempo entibiara el empeño del monarca español, ó por mejor decir, de su ministro, la circunstancia de haberse rebelado en Irlanda los católicos contra la reina Isabel deparó una ocasión para ofender de nuevo á esta soberana. Equipóse una armada, embarcáronse en ella 6,000 soldados y se dió el mando de la expedición al valeroso y experto D. Luis de Aguilar. Esta segunda expedición partió á fines de Agosto de 1602 y tocó la costa irlandesa el 8 de Octubre, poniendo en Kinsale (Munster) 4,000 hombres y pocos días después el resto de la fuerza en Baltimore. Aguilar y Ocampo quedaron gobernando estos dos cuerpos y el almirante Brochero regresó con la armada á Lisboa; lo que fué un gran desacierto, porque los españoles quedaron completamente aislados en Irlanda. Coincidió su arribo con la derrota de los católicos insulares, y si bien el conde de Tyrón que los acaudillaba, acudió á darse la mano con Ocampo, llevando á sus órdenes 400 hombres, no fueron suficientes estas fuerzas á sostener el choque del ejército realista que les derrotó en las inmediaciones de Baltimore. Eran las tropas reunidas por Tyrón poco aguerridas, las posiciones que eligieron no ventajosas. Desordenadas al primer ataque, los españoles hubieron de recibir todo el peso del ejército enemigo, y aunque pelearon con su natural arrojo, sucumbieron al número, salvándose las reliquias del cuerpo que mandaba Ocampo parte en Baltimore y parte en Kinsale, y quedando aquel caudillo y muchos oficiales prisioneros. Conoció D. Luis de Aguilar la imposibilidad de sostenerse en la isla por más tiempo, y no vaciló en ofrecer al virey de Irlanda aquellas dos plazas, á trueque de una capitulación honrosa y comprometiéndose el virey á trasladar á España en buques ingleses al ejército español y á otorgar indulto general á los habitantes de ambas ciudades; conseguido lo cual tomaron los expedicionarios la vuelta de la patria. El descalabro fué serio; pues muchos habían

perecido, sin embargo, tan acostumbrada estaba nuestra patria á semejantes pérdidas, que el rey dióse por satisfecho con que esta no fuera total.

Afortunadamente para España, su acérrima enemiga Isabel de Inglaterra murió poco después de este suceso (24 de Marzo de 1603), y como entrara á reinar en este país Jacobo VI de Escocia, hijo de la infeliz María Stuard, las relaciones de ambos pueblos variaron notablemente. Jacobo, aunque protestante, abrigaba deseos de paz, y esto animó á Felipe III á enviarle solemne embajada para preparar la confederación entre las dos naciones. La consecuencia de estos tratos, en los que también tomó parte el archiduque Alberto, fué el convenio firmado el 19 de Agosto de 1604 en Londres, y cuyas principales cláusulas eran: Buena, inviolable y perpetua paz entre ambos monarcas, los archiduques, sus herederos y sucesores; olvido de las ofensas y daños; cesación de toda hostilidad; renuncia de toda liga en perjuicio de cualquiera de los contratantes; no permitir piraterías y agresiones en los respectivos Estados; conservar Inglaterra las plazas que de los rebeldes tenía en las islas y obligarse á no darles socorro; libre comercio entre los súbditos de los tres príncipes; prohibición de traer á España los ingleses mercaderías de Indias; entrada libre de derecho á las de Inglaterra en la península; los súbditos ingleses no serán molestados en España por cosas de religión, mientras no dieran escándalo; libertad de prisioneros de una y otra parte; los archiduques se comprometían á oir á los holandeses, siempre que las proposiciones fueran equitativas, y Jacobo se obligaba á excitarlos á un acuerdo. Varias condiciones menos importantes figuraban en el tratado, instrumento que en otras ocasiones no hubiera firmado España, pero que en aquellas pareció altamente favorable. No faltó por eso quien protestara furiosamente contra él, asegurando á nuestra patria calamidades sin cuento por hacer amistad con gente hereje; empero, la córte española saludóle con gozo, como satisfecha de haber arrojado una penosa carga. Habían pasado, en realidad los tiempos en que España podía abrigar proyectos contra la isla; Inglaterra entraba con grandes bríos en la era moderna, y casi puede decirse que á compás de nuestra decadencia, marchaban la prosperidad y la grandeza de la patria de Isabel.



Media armadura de Felipe III. (*Armería real de Madrid*)

ILUSTRACIONES

Felipe III (pág. 7).—Nació este soberano en Madrid el año 1578, y fué hijo de D. Felipe II y D.ª Ana de Austria, cuarta mujer del célebre monarca. La naturaleza parecía haberse complacido en privar al príncipe de aquellas energías que caracterizaron á su padre y abuelo· triste representación de una prematura decadencia, este ser enfermizo en la infancia, apático é irresoluto en la mocedad, no llegó á poseer las condiciones necesarias á un rey, y sobre todo á un rey que debía regir dominios tan extensos y disputados. No puede decirse que reinó, pues por él gobernaron la nación con poco acierto dos ó tres favoritos tan intrigantes y codiciosos como torpes. Menos feliz que Luis XIII, dice con razón un historiador, no tuvo un Richelieu, que sustentara el poderío de su casa y de su pueblo. Lejos de ello, la privanza de Lerma, su primer ministro y favorito, está caracterizada por el agio, la expoliación, la debilidad y la violencia. Y otro tanto puede decirse del hijo y sucesor de aquel ministro. Indicios de la decadencia á que había llegado España, eran el triste estado de la agricultura, el escandaloso desarrollo de las instituciones religiosas, y sobre todo la tregua que se vió obligada á firmar con los holandeses en 1609. Nuestra patria podia en apariencias parecer fuerte; pero en realidad se hallaba completamente abatida. Y si algún golpe faltaba asestar á su decadente industria y abandonada agricultura, la expulsión de los moriscos que constituían una masa de población industriosa y útil, completó su ruina. Esta medida, dictada por el más brutal fanatismo, aunque no bien recibida por una parte de la nobleza, se llevó á efecto en todas las provincias con un rigor y una crueldad que aterran. Pero nuestra patria la pagó á precio muy alto, y si ciertos crímenes se expían por largos años, quizás España toca aún el resultado de aquel desacierto, ó, por mejor decir, de aquella iniquidad. Abandonaron nuestro país más de un millón de habitantes, á los que se obligó á dejar sus hijos menores de siete años; embarcáronse los más para el África, donde no todos ellos fueron hospitalariamente recibidos; y algunos pocos que prefirieron quedarse y mantenerse al abrigo de las sierras, fueron cazados como alimañas. Poblaciones enteras quedaron reducidas á muy pocos moradores; extensos y bien cultivados campos, en yermos; la plaga del bandolerismo vino á colmar los daños de la despoblación; y aunque se quiso acudir á remediarla con todo género de medidas, no pudo evitarse que la miseria cundiera por la península. Léase el precioso informe que el Consejo Supremo elevó al Rey, y donde se refleja la triste situación de nuestra patria, grande todavía por la extensión de sus dominios, pero flaca, empobrecida, próxima á hundirse de improviso en la más tremenda decadencia. Si razones poderosas tienen los que abogan contra la monarquía hereditaria, el ejemplo que la España de los Felipes ofrece es bastante elocuente.

Felipe III fué calificado por sus aficiones religiosas el *Piadoso*. Era, en efecto, muy dado á espectáculos y obras devotas, que compartía con las diversiones, especialmente la caza. Más humano y afable que su padre, aunque menos enérgico y laborioso, puede decirse que sólo le imitó en lo que toca á reunir Cortes, únicamente para pedir enormes sumas. El retrato de este Felipe indica alguna de sus cualidades morales; hállase pintada en él cierta gravedad estúpida, y en sus perfiles, especialmente la mandíbula, acusa perfectamente ser legítimo sucesor de los dos Austrias. Un detalle califica á este soberano: ordenó á los Consejos que la firma de su privado tuviese igual validez que la real para el despacho de los asuntos; por manera que bien puede borrarse á Felipe III de la serie de nuestros reyes, para trasladar á ella el que le corresponde en la serie de los privados.

Felipe III acabó sus días en 31 de Marzo de 1621, después de veintitrés años de reinado y hallándose en los cuarenta y tres de edad. Tuvo cuatro hijos y tres hijas, de los que cinco le sobrevivieron: Felipe, que le sucedió; el infante D. Carlos; D. Fernando, el cardenal; D.ª Ana, que fué reina de Francia, y D.ª María, que lo fué de Hungría.

Emplazamiento de un cañón de Batir (pág. 9).—Según hacemos constar al pie de la reproducción, ha sido copiado este grabado de la preciosa obra el *Perfecto artillero teórico y práctico* por Julio César Firrufino,

impreso en 1642. Representa un cañón de batir sobre una plataforma ó explanada con parapeto de cestones y ramaje. El tamaño del grabado permite formarse exacta idea de la pieza y del montaje, así como de la construcción de los cestones. Un arcabucero y un oficial figuran en los costados de la pieza.

Sitio de Bommel por D. Francisco de Mendoza en 1599 (pág. 13).—Los dos grabados de esta página constituyen una sola composición que debe unirse por el costado en que se halla representada la ciudad de Bommel. La isla de este nombre está formada por los ríos Wahal y Mosa, y el trozo que de la misma representa el grabado, es el de la confluencia de estos ríos en Harwarde (Harwerde en los modernos mapas). En la lengua de tierra formada por la isla, asienta el fuerte de San Andrés, situado ventajosamente si se tiene en cuenta que por ser la citada lengua en el punto en que éste se levantó, muy estrecha, domina la corriente de los dos ríos; mas para asegurar la cual era necesario que los católicos hubieran ocupado y fortificado al mismo tiempo á Harwerde, por donde entraron en la isla los holandeses. La situación de los dos ejércitos era ésta: penetraron los católicos en Bommel por el Brabante, junto al fuerte de Crevecœur (que no se ve en el grabado, por hallarse á gran distancia de Alem, caserío representando en la parte superior del primer fragmento, á la izquierda del Mosa); fueron avanzando por el dique maestro del Mosa hasta Harvinen (Herwenen), colocando su campo entre esta aldea y la ciudad, en Ossen, y plantando allí las baterías. Por su parte, los holandeses se situaron en el costado opuesto del Wahal, con el cuartel general en Tuil y ocupando todo el dique maestro del río hasta Varick, donde levantaron fuertes baterías, mirando á nuestro campo; luego echaron un puente del costado de la ciudad y trasladaron á ella sus fuerzas, quitando de este modo á los católicos la esperanza de ganarla y acometiéndoles en sus trincheras. El ejercito católico hubo de trasladar su campo á Herckwyck para librarse de los certeros fuegos que el enemigo lanzaba desde el dique maestro del Wahal, pero conservando los puestos y trasladando la caballería al otro lado del Mosa por el puente C, que está representado en la parte superior del primer fragmento; y persuadidos los caudillos de que no se rendiría fácilmente la ciudad de Bommel, decidieron señorear la corriente construyendo el fuerte de San Andrés, que con mayores detalles puede verse también en el grabado de la página 27. Mauricio de Nassau dueño de la isla de Woorden (Voren en el grabado), en la que tenían un fuerte, echó sigilosamente dos puentes (como en el primer fragmento puede verse) uno para trasladar su gente al otro lado del Mosa, contra los cuarteles que en el Brabante tenía nuestra caballería, otro para trasladarse a Harwarde y hacerse fuerte en esta parte de la isla con trincheras. Los movimientos efectuados por ambos ejércitos se han especificado en el texto, y sería ocioso repetirlos aquí. Sin embargo, la breve explicación que damos, contribuirá, si duda alguna, á esclarecer estas operaciones.

El autor de este grabado ha representado el teatro de las mismas desde el costado de Holanda.

Soldados holandeses (pág 15).—Siguiendo el plan que nos propusimos para la ilustración de esta obra, hemos entresacado de una lámina de la época, que representa el sitio de Lochem en 1606, estas tres figuras. Van vestidos los holandeses á usanza del país, con grandes chambergos, jubón con mangas perdidas y anchos calzones, y provistos de arcabuces y otras armas ofensivas propias de la infantería.

D. Manuel Sueiro (pág. 17).—Fué hijo de Francisco López Sueiro, natural de Algarve, antiguo cónsul portugués en Amberes. Nació en esta ciudad en 20 de Febrero de 1580 y estudió con los jesuítas. Dióles lauro, porque salió buen matemático. versado en lenguas, y profundo conocedor de la historia profana y sagrada. Fué Comendador de San Martinho do Bespo, de la Orden del Cristo y Señor de Voorden en los Países Bajos. Murió en Bruselas en 1629, y yace en el convento de los carmelitas de Amberes, donde tiene un mausoleo con estatua, que lo representa empuñando un bastón y con algunos libros en la mano izquierda.

Escribió Sueiro y dió á la estampa dos obras importantes, tituladas *Descripción breve del País Bajo* (1622) y *Anales de Flandes* (1624); tradujo la importante obra del padre Herman Hugo *Sitio de Breda* (1627), y además las obras de Tácito, Salustio y Valerio Patérculo, que dió á la estampa en los años 1613, 1615 y 1630. Dejó, además, algunas obras inéditas.

Ni en Salvá, que cita á Sueiro en el Tomo II, pág. 551 de su *Catálogo:* ni en la *Biblioteca nova* de Nicolás Antonio, que también lo menciona en el Tomo I, pág. 358 de la misma; ni en la *Bibliografía militar* de Almirante, pág. 829, hemos podido hallar los datos biográficos que deseáramos de este laborioso escritor, á quien Lope de Vega consagra en la portada de los *Anales de Flandes* esta lisonja.

> Divino Emanuel, gloria de Luso.
> Calle Tácito ya, calle Polibio,
> Con historia más grave y más ilustre;
> Que el cielo vivo ingenio le dispuso
> Para que fueras lusitano Livio
> Gloria de España, de Germania lustre.

Las escasas noticias que más arriba hemos consignado, debémoslas al erudito escritor portugués P. W. de Brito Aranha, comentador del *Diccionario bibliográfico portugués,* y persona de autoridad en la materia.

Sorpresa de Wachtendonch por Mauricio de Nassau (págs. 20 y 21). —Wachtendonch era una plaza fuerte de la provincia de Güeldres, que por su proximidad á la frontera alemana y sus buenas fortificaciones se vió con frecuencia tomada y perdida en estas guerras. Habíala ganado Mansfeld *el viejo* á los holandeses en tiempo de Alejandro Farnesio, y aprovechando Mauricio de Nassau, en el invierno de 1599-1600, el estado de sedición de las tropas católicas, y la circunstancia de haberse helado los ríos y pantanos que rodean y defienden aquella plaza, arrimóse sigilosamente á ella, cruzó con facilidad los fosos, en los que también las aguas se habían petrificado, y, aplicando al muro las escalas, apoderóse de los cuerpos de guardia, sin dar tiempo á la defensa. Wachtendonch estaba mal guarnecida, pues sólo en el castillo existían treinta soldados, á las órdenes del gobernador de la plaza Mr. de Guelain, desempeñando el servicio de guardia y vigilancia los burgeses; y esto contribuyó á favorecer la sorpresa; pero, así y todo, el gobernador procuró dar aviso á las plazas inmediatas y sostenerse en el castillo; y hubiera sido posible que éste no cayese en poder del enemigo, á no haberse introducido en la plaza Luis de Nassau con 1,000 caballos y 2,000 infantes, fuerza á la cual no podía oponer el conde Hermán de Berghes que intentó el socorro con gente de los presidios inmediatos, el número suficiente de soldados.

Los tres grabados de que hemos dado facsímiles, forman parte de una misma composición, si bien aparecen divididos en ella en otros tantos fragmentos, pues los de la página 20 representan la Ciudadela, el 1.º en el acto de resistir sus defensores el ataque; el 2.º en el momento de abandonarla. El grabado de la 21 puede unirse al 2.º grabado de la 20, del que es continuación, y en él aparece la ciudad en el momento de ser asaltada por los holandeses.

Piezas de artillería menuda (pág. 23).—Comprendíanse con esta denominación los ribadoquines, esmeriles, esmerilejos, tercios de culebrina, cerbatanas, medios sacres, bombardetas, áspides, basiliscos, etc., cuyo peso no excedía de ocho quintales y la bala de tres libras, de mucha longitud respecto á su calibre, y de formas muy variadas. A esto obedece el nombre que recibieron; pues algunas, como la segunda del grabado de referencia, tenían la forma de un animal imaginario. Todas ellas eran piezas de campo, y las había de hierro y bronce. Se cargaban con el medio peso de pólvora de su bala, y sus cucharas estaban cortadas en cinco diámetros y medio de largo, el uno para el zoquete, dos triángulos arriba de ancho y tres para la hembra de su boca (1). Sus montajes eran de los llamados de cureña; de madera de pino ó nogal, y con dos ruedas.

Las tres piezas en esta página reproducidas, son notables por su dibujo, especialmente la del centro, que es sin duda de las llamadas basiliscos.

Sitio de Rhinberg en 1601 (pág. 25).—Rhinberg, situada en la ribera derecha del Eder, á 2 kilómetros de la ribera izquierda del Rhin, fué una de las que más sufrieron los horrores de la guerra, en esta época de turbulencias. Pertenecía al arzobispado electoral de Colonia, y como por su posición facilitaba el paso de los convoyes de Alemania, y el transito por el río, de aquí el gran empeño con que se la disputaron católicos y protestantes, y las importantes obras de que unos y otros la dotaron. La habían conquistado los católicos en 1590, y á principio de 1601 resolvió Mauricio acometerla, para compensar con su toma el escaso resultado que la expedición del año anterior produjo á los Estados holandeses. No era fácil, sin embargo, que Rhinberg cayera en sus manos, de ser con oportunidad socorrida; pues aunque no contase con numeroso presidio, la gobernaba un soldado de conocido valor y experiencia militar, Luis Bernardo de Avila, quien despachó aviso de la presencia del enemigo; pero estaba el Archiduque resuelto á poner el sitio á Ostende, y persuadido que Mauricio acudiría á este peligro, no se dió prisa á organizar el socorro. La confianza de que esta plaza caería presto en su poder, y le permitiría dirigirse á Rhinberg, fué otra de las causas que influyó en su pérdida; y cuando aquélla desapareció y las tropas de socorro marcharon á Rhinberg, habían transcurrido ya algunos meses, y estaba la plaza tan cerrada, que estas tropas tuvieron que retirarse, y los sitiados que rendirse con los honores de guerra. El cerco de Rhinberg duró diez meses, y el sitiador hubo de emplear para rendirla todos los recursos de la poliorcética. Nuestro grabado, que es facsímil de una preciosa composición holandesa, da idea de las líneas de circunvalación y aproches de los enemigos, así como de la situación y defensas de esta importante plaza.

Toma del fuerte de San Andrés por Mauricio de Nassau (pág. 27).—Representa nuestro grabado el ejército de Mauricio de Nassau frente al fuerte de San Andrés, en la isla de Bommel; reproducción que puede servir para apreciar mejor las operaciones del año 1599. Mauricio, aprovechando la sedición de las tropas católicas, penetró en Marzo de 1600 en la isla de Bommel, rindiendo de paso el fuerte de Crevecœur, en el que, como en San Andrés, la guarnición estaba amotinada; y no hubo de emplear grandes esfuerzos para tomar á éste, pues los del presidio le vendieron á pocos días de haberse presentado junto á sus murallas. «Tenía el fuerte de presidio, dice un coetáneo, casi 1,000 soldados entre valones y alemanes, y con bastimentos para seis meses, y cien toneles de

(1) *Tratado de Artillería del capitán Gaspar González de San Millán, Artillero mayor de la Casa de Contratación de las Indias, de la ciudad de Sevilla.*

pólvora y otras municiones con que resistir y defenderse largo tiempo, aun cuando no fueran socorridos, no obstante, que lo habían de ser, á pesar de Mauricio; empero, esta golosina de amotinarse estaba tan usada é introducida en los ánimos de los que más obligaciones tenían de ser leales á sus príncipes, que no fué mucho que éstos lo dejasen de ser finalmente. En poco menos de ocho días, los alemanes y valones vendieron el fuerte de San Andrés al Mauricio, por cantidad de 50,000 escudos, debiendo antes estimar en más precio la fidelidad y reputación como joyas de más calidad... Los alemanes y valones, habiendo concluído traición tan enormísima en perjuicio de su nación, se alistaron debajo de las banderas de Holanda.»

Nuestro grabado es copia de una estampa holandesa de la época: en la parte superior, del costado de Brabante, se lee en caprichosos caracteres: *Prata inundata*, ó sea campos inundados por Mauricio para impedir los socorros por aquel costado. Con iguales caracteres están señalados los ríos Mosa y Wahal, y con letras latinas los fuertes de Voorden, que poseía Mauricio, y el de San Andrés, que le fué vendido.

Ambrosio Spínola (pág. 29).—El ilustre conquistador de Ostende y Breda nació en Génova el año 1571. Su familia, una de las más ricas é influyentes de esta república, le dió brillante instrucción, y le procuró diversos cargos públicos; pero como su hermano Federico, excelente marino, hubiese entrado con algunas galeras al servicio de España (1598), Ambrosio, atraído por la fama que aquél alcanzó, y por las recompensas que le otorgó Felipe III, consagróse con gran ardor al estudio del arte de la guerra, y aprovechando la circunstancia de haber visitado Federico la república, decidió unirse á él y pasar á Flandes. Para llevar á efecto su plan, levantó á su costa en el Milanesado un ejército de 9,000 hombres, al frente de los cuales se trasladó á los Países Bajos, donde los ofreció al Archiduque, ofreciendo pagarles por tres años, mediante contrata ó escritura de reembolso (1602). La presencia de Ambrosio en aquellas provincias, contribuyó más que el refuerzo que condujo á modificar la guerra, hasta entonces dirigida con escaso acierto por el Archiduque y el Almirante de Aragón. Spínola se hizo cargo en 1603 de la dirección del sitio de Ostende, y gracias á sus acertadas medidas consiguió al año siguiente rendir la ciudad. Felipe III nombróle entonces Maestre general de los ejércitos de Flandes, y le honró con el Toisón de oro. Auxiliado con algún dinero, hizo la campaña de 1505, y para realizar las operaciones de 1506 hubo de empeñar sus haciendas de Italia. Su generosidad, no menos que su tacto militar y su prudencia, granjeáronle la admiración de sus coetáneos, y aun la del mismo Mauricio, que le consideraba *el segundo capitán de su época*. Y reveló, en efecto, ser uno de los mejores de su tiempo, no sólo en aquellas campañas, sino en el famoso sitio de Breda, y en cuantas operaciones dirigió hasta su muerte.

Ajustada la tregua de los *Doce Años* (1609), Spínola dedicó algún tiempo á viajar por Europa, y después de haber visitado á su patria, donde le ofrecieron, en vano, el poder supremo, regresó á los Países Bajos. En 1620 se apoderó de una parte del Palatinado; conquistó luego á Juliers, puso sitio á Berghen-op Zoom, y obligado á retirarse ante un enemigo superior en número, supo desplegar una habilidad grandísima (1622). En 1625 rindió á Breda, después de un famosísimo cerco, y continuó mandando el ejército hasta 1627 en que fué llamado á Madrid. Felipe IV le nombró en 1629 capitán general del Estado de Milán, y con gran pesar suyo tuvo que trasladarse al Monferrato, donde dirigió contra el ejército de Luis XIII una campaña; pero al año siguiente la muerte cortó el vuelo á su espíritu, pues la noticia de que su hijo Federico no se había portado como debía en la defensa de un puente, dicen le acongojó de tal manera, que se le trastornó el juicio. Algunos autores consignan que fué atacado por la peste. El 25 de Septiembre de 1630 expiró el ilustre general que á tan alto punto condujo nuestras armas.

Digno competidor de Mauricio de Nassau, cuyas glorias militares eclipsó, reunía Spínola muchas de las cualidades que constituyen el estratego; pero además era profundo político, hombre humano, y por extremo generoso. Tales son las cualidades que enaltecen al célebre marqués de Spínola y de Balbases, una de las figuras que iluminan más brillantemente el ocaso de nuestra grandeza.

Sitio de Ostende (pág. 31).—Este grabado ha sido copiado de uno existente en la Sala de estampas de la Biblioteca nacional de París. Da perfecta idea de las importantes defensas de la ciudad, especialmente por la parte llamada *ciudad vieja*, estando indicadas en él las retiradas del sitiado y los avances de los católicos, y contribuye, por lo mismo, á esclarecer la relación que del mismo hemos hecho.

Sitio de la Esclusa (pág. 33).—Ya hemos dicho, al hablar del sitio que puso á esta plaza Alejandro Farnesio, y repetimos al narrar su conquista por Mauricio de Nassau, que el terreno en que asienta la Esclusa, ha sufrido grandes modificaciones. De ellas da idea el grabado que reproducimos, grabado coetáneo, pues está tomado de la obra *Expediciones y victorias de Mauricio de Nassau*, impresa en Leyden en 1612. La Esclusa, en holandés *Sluys*, presentaba, como se ve, una serie de islotes formados por canales y lagunas, de los cuales, el denominado *canal mayor*, que la ponía en comunicación con el Océano, es el que aparece en primer término del grabado, ó sea en su parte inferior. El grabado señala en este laberinto de islotes las posiciones ocupadas por Nassau con objeto de aislar la plaza, dominando los canales y diques. Frontero á la Esclusa, se halla el importante puerto de Santa Ana, que dominaba el canal de comunicación con el interior.

Isendick (pág. 35).—Este grabado es copia de la misma obra que el anterior, y representa la plaza fuerte de Isendick, en la isla de Cadzand, á la que nos hemos referido en la narración del sitio de la Esclusa. Da también idea de la fortificación permanente en este período.

Orden de marcha del tren de Artillería (pág. 37).—El grabado reproducido en la citada página, es copia de lo obra de D. Diego Ufano titulada *Tratado de la artillería y uso de ella*, impresa en Bruselas el año 1617. De la misma obra copiamos la explicación, si bien adoptando, al efectuarlo, para mayor claridad, la ortografía moderna. El autor pone en boca de un capitán experimentado, el siguiente razonamiento:

«Lo que puedo decir es que cuando integra y congregadamente en un solo cuerpo marcha todo el tumulto de dicho tren goza particular y generalmente de muchos privilegios; y el primer puesto de avanguardia toman los gastadores y gente de trabajo, y como en su concertado orden y cuadrillas con sus capitanes y sobrestantes van marchando, siguen así su viaje, sin que otro ningún impedimento les perturbe ni moleste, seguros de que nadie les ose pasar adelante, aunque sea carruaje, bagaje y recámara del Generalísimo y supremo cabo del ejército; la segunda preeminencia que goza incorporado el tren y entrado en el camino de la jornada que debe hacer, es que ningún carro ni bagaje se atreverá á entremezclarse en su orden, ni meterse entre medias, si no fuere el del tesorero que lleva el dinero para el pagamento del ejército, no obstante que su puesto es juntamente con los de la corte; pero, al fin, éste es entre todos privilegiado; y certifico á V.ª S.ª que he visto muchas veces el Generalísimo enviar su cocina y recámara en mulos y acémilas por no dar mala consecuencia en esto: y finalmente, viniendo á saber la orden que se requiere en ello es, que precisamente á los gastadores siguen algunos carros de palas y zapas cargados, y otros instrumentos aptos y propios al servicio de los dichos gastadores; á los cuales ordenadamente siguen las piezas artillería menuda, á saber, de campaña, que van montadas sobre sus afustes y cargadas y muy á apunto de guerra, á las cuales (asimismo encabalgadas sobre sus encabalgamientos y cargadas) siguen los cuartos de cañón, en pos de los cuales marchan los medios cañones, ora sea que vayan montados sobre sus afustes ó sobre sus bloques huaguens ó carros matos, á quien así mismo siguen los cañones de batir, y dos guindales con ellos, el uno al principio y el otro más en la medianía (y así mismo con las piezas que acaso fueren de retaguardia de todo el trahin irán sus guindales y todo servicio, como en la vanguardia con todos los demás arrequipes necesarios y convenientes al manejo y juego de la artillería); y á los cañones deben seguir todos los montajes y elementos que van de respeto con el artillería; y en pos de ellos los pontones y chalupas, con los que llevan las tiendas de campo; á saber, de la capilla é iglesia, con las de los cubrimientos de las municiones y General de la artillería; tras los cuales siguen todos los carros que llevan la pólvora y máquinas secretas de fuegos artificiales, con las escaleras y tablazón, encadenamientos, clavazón y apuntalaje, cestillos de á dos manos y saquillos de tela para el servicio de las trincheras y faena de los cubrimientos. Aunque algunas veces suelen ir las dichas tiendas en otro puesto más propio y conveniente que el susodicho, con todo su apercibimiento y cordaje, para que con tiempo los tendoleros tengan lugar de armarlas y empinarlas metiéndolas en perfección á los cuarteles del alojamiento, en especial en tiempo de pluvia, antes que los carros de la pólvora lleguen á su puesto y cuartel. Después se siguen los carros que llevan todos los instrumentos de gastadores, de minas y trincheas, y talamientos de bosques y malos pasos. A éstos siguen los carros cargados de mecha y balas de mosquete y arcabuz con el plomo de respeto; y los de las armas, á saber: lanzas, picas, coseletes, mosquetes y arcabuces con todo su servicio. A éstos siguen propiamente las balas del artillería, aunque verdaderamente debían de razón seguir á los de la pólvora, mas para evitar pegamiento de manos de la gente de guerra *(sic)* se llevan las menudencias en medio. En pos de las dichas cosas y en esta forma se marcha seguramente sin daño alguno: el cual orden está al albedrío del mayordomo de las municiones de guerra y á lo que la ocasión presentare. A todo lo cual seguirán los carros de bagaje; á saber, los del General y sus tenientes, ministros y oficiales de la Hacienda real, y gentiles-hombres, comisarios y conductores y los demás que forzosamente sirvan en el tren y estado de la artillería; con inteligencia, de que el mayordomo del artillería pueda tomar el puesto más seguro para sus municiones y custodia de ellas según y como mejor le pareciere y viniere á punto y cuento. A él seguirán los carros de la maestranza, á saber: herreros y carpinteros, armeroles y mariscales, y á los tales seguirán el Preboste del artillería con todo el carruaje y bagaje particular, vivanderos y mercaderes de la provisión del tren, los cuales finalmente son los últimos; pero en cuanto á lo que toca á los carros de municiones no se intermezcla con ellos ningún otro carro, ni bagaje, ni del General, ni de otra particular persona, por grave y preeminente que sea en el cargo de la artillería; no porque en tal caso el General libre y resolutamente no lo pueda todo, pues que lo manda y gobierna, pero por evitar escrúpulo y no abrir la puerta al rompimiento de la buena orden por secretos respetos que al arte se reservan, con el silencio de tal punto no lo hacen ni consienten que se haga, y también por depender de ellos el cuidado y vigilancia que en tal progreso se requiere. Y si marchando así se halla amplio y cómodo camino de campaña rasa y llana extendida, en tal caso se recoge la prolongada orden, según la capacidad y comodidad del camino. Si por dos vías ó por tres ó cuatro caminos ó carriles se pudiese igual y buenamente marchar, se cortarán trozos y tropas de carros de la larga ordenanza, comenzando por la vanguardia, el cual trozo toma la mano derecha, y hecho alto el dicho trozo, el que igualmente se cortare de la batalla de tal orden, por su siniestra parte del primer trozo, marchará el dicho trozo de la batalla donde van los carros de la pólvora y municiones de guerra con

los artificios de fuego, hasta que su frente iguale con la del primer trozo de la vanguardia y con la cola de la retaguardia, y así mismo marchará el trozo de la retaguardia, queda diviso por el siniestro fondo de la batalla, hasta con ella emparejar su frente y retaguardia: y así las tres frentes de los dichos tres trozos marcharán en forma de escuadrón unidos en sólo una prolongada orden tres veces igualmente trocada; corporadamente marchan unidos todos tres en uno, con una amplia é igual frente, con orden más recogida, más fornida y fuerte; y en tal caso la pólvora, balas de mosquete y de arcabuz, la cuerda y municiones de guerra marchan siempre de una y otra forma, en batalla de todo el tren y los demás pertrechos y máquinas del arte, cuya conformidad se muestra propia y naturalmente por las letras A B C y luego en acabándose la cómoda ampleza de la llana campaña ocurriendo la vía del camino muy más estrechamente, se departen consecutivamente el uno del otro trozo ó parte del tren, y volviendo cada uno al mismo puesto y parte de su prolongada ordenanza se compone fácilmente del amplio escuadrón su apiñado y unido cuerpo y bulto, y así el que antes marchaba de vanguardia, mesmamente va de vanguardia, el que iba en la batalla asimismo se va en el mismo puesto; y el que va de retaguardia propiamente sigue por suita de la misma retaguardia y puesto coniscido; y de este modo se apartan y conjuntan las unas y las otras cosas del tren, sin jamás romper su buena y debida orden...»

El grabado representa la marcha del tren en batalla, y las letras á que se refiere el texto, y que no figuran en nuestra reproducción, corresponden: la A á la línea del centro, donde van los cañones; y las B y C, á la segunda y sexta líneas, en que van los carros.

Molinos portátiles de campaña (pág. 41).—Este dibujo está copiado de un grabado de la época, en cuyo pie se lee en grandes caracteres esta inscripción *Le Moulin à charroy inventé par le gran ingenieur Pompée*. Este ingeniero sería, sin duda, el célebre Pompeyo Targón, que tantos y tan buenos servicios prestó al ilustre Spínola. Parece que en la campaña de 1606 acompañaron al ejército gran número de estos carros-molinos, pues en la explicación inmediata á dicho epígrafe, se dice que estos molinos portátiles procuraban pan á todo el ejército en los cuarteles establecidos frente á Lochem y Groll. El grabado original lleva las siguientes iniciales: *H. V. D. fecit Coloniæ.*

Julio César Firrufino (pág. 43).—Nació este personaje en España á fines del siglo XVI, y aunque se afirma que en Madrid, esto no puede darse como cierto. Su padre fué el ingeniero real, Doctor Julián Firrufino, que murió en los primeros años del XVII, probablemente en 1606. Ya había por entonces comenzado á distinguirse Julio César, pues en 1600 se le había otorgado por real cédula diez y ocho escudos de entretenimiento al mes, por su aplicación y competencia en materias de artillería y fortificación. Seis años después, tuvo en la facultad instalada en el real Palacio, cátedra de matemáticas, fortificación y artillería, leyendo esta facultad en reemplazo de su padre. Al advenimiento de Felipe IV aumentósele el sueldo hasta treinta ducados mensuales, y en 1626 se le subieron á cincuenta, en premio de su primera obra: poco después prosiguió el aumento hasta setenta, y en 1634 se le redujeron de nuevo á cincuenta; por último, según una real cédula de 1640, consta que recibía 600 escudos como entretenido de la artillería, y con obligación de leer matemáticas y fortificación en la academia establecida en Madrid. Alternando con estas tareas, hizo Firrufino algunos viajes á la costa cantábrica, adoctrinando á los artilleros de ella; y á las fábricas y fundiciones reales.

Estas son cuantas noticias nos facilitan acerca del insigne Firrufino D. Nicolás Antonio, D. Vicente de los Ríos, D. Ramón de Salas y D. Adolfo Carrasco.

Digamos ahora algo de sus obras. Escribió Firrufino unos *Fragmentos matemáticos*, una traducción comentada de los seis libros de la *Geometría de Euclides*, el *Perfecto artillero*, la *Práctica manual, y breve compendio, de artillería,* un *Epítome de fundición* y el *Examen teórico-práctico de artillería*, impreso con el título de el *Perfecto artillero.* El *Perfecto artillero* fué impreso en el año 1626, con licencia y privilegio por diez años; pero antes de ponerse á la venta fueron recogidos todos los ejemplares y láminas juntamente con el privilegio. La causa de esta determinación no fué otra que el mantener secretas las enseñanzas que contenía. Sin embargo, para no ocasionar perjuicios al autor, el Consejo le abonó los gastos de impresión, y aun le reservó un ejemplar para que pudiera enseñar con él. Firrufino, para que no se careciera de las prácticas de los conocimientos más indispensables, compuso y publicó aquel mismo año la *Práctica manual y breve compendio de artillería,* y con objeto de que permanecieran desconocidos del público los secretos relativos á la artillería, y al mismo tiempo pudiera servirse de él el monarca, escribió un *Epítome de fundición* que los contenía en mayor número que la obra recogida. Este epítome debía conservarse en el Real archivo. Habla de él su autor en un memorial que elevó al Rey en 1634, y hace también mención de un *Examen de artilleros,* que es el que en 1642 vió la luz con el título de *El perfecto artillero teórico y práctico,* que no debe confundirse con el que dió á la estampa, y fué recogido en 1626, pues en él no trata de fundición ni fabricación de piezas, materias que tal vez dieron ocasión á la recogida; y en cambio, afirma el autor que excede en método, claridad de documentos, demostraciones certísimas, propiedad y número de figuras á cuantas obras de estas materias vieron la luz en España y el extranjero; «doctrina importantísima, dice, no sólo al más fácil manejo de la artillería, pero también á la fortificación y otras cosas tocantes á la milicia por mar y tierra».

El marqués de Castrofuerte, que por acuerdo del Consejo examinó este libro, emitió informe favorable á su impresión, que se efectuó en Madrid el año 1642, llevando la obra al frente una dedicatoria á D. Diego Felipe de Guzmán, marqués de Leganés. Forma un volumen de 223 hojas, con portada alegórica y numerosos grabados, y de él ha sido copiado el retrato de Firrufino, que figura en la página 43. El autor da principio á su trabajo con operaciones geométricas, y advertimientos generales acerca de la fábrica y empleo de los instrumentos de la profesión; seguidamente facilita noticias de las piezas usadas en su tiempo, y de las que habían caído en desuso, reconoce las partes, estado, distribución y proporción de los tres géneros; da las formas, dimensiones y peso de los de fundición nacional, y señala las diferencias que presentan las piezas españolas de fundición alemana ó italiana, se ocupa de los calibres y cucharas de los distintos géneros; ofrece la nomenclatura de las cureñas, su forma y guarniciones, describe la cabria, martinete, escaleta y bancazo, y explica su manejo. Trata luego de los alcances, diferencias de tiros, distintos modos de tirar, y del modo de desclavar y desatorar las piezas. Entra en consideraciones balísticas, estudia la composición de las pólvoras, da reglas para el manejo y transporte de las piezas, consagra un capítulo á los fuegos artificiales para balas, bombas y alcancías, y dedica el último de la obra al examen de los artilleros. Como más adelante tendremos que volver á ocuparnos de este libro, no entramos en detalles técnicos.

He aquí cómo juzga esta obra el distinguido académico D. Vicente de los Ríos:

«En la parte teórica siguió principalmente á Nicolás Tartaglia; quien, según el destino de los hombres grandes que desenredan una materia nueva y difícil, erró muchas veces, y con él Firrufino, que sólo supo de especulativa lo que se sabía en su tiempo. Así desconfiando de las teorías, se gobernó siempre por la simple experiencia, como en las tablas de los alcances; pero con toda la circunspección y tiento de un hombre sabio y reflexivo.

»En la práctica fué más feliz. Combinó la doctrina de los autores anteriores, la manifestó de varios modos, é inventó para el uso de las operaciones precisas á un buen artillero algunos instrumentos de mucha certeza y exactitud, principalmente un compás para conocer por el diámetro de una bala de cualquier materia su correspondiente peso; y otro para saber con una sola operación el diámetro de una pieza, el de su bala y cuchara, y la cantidad de pólvora de su carga. El mérito de este autor en la práctica de Artillería es superior al de los que le antecedieron, y quizá en nada inferior al de los mejores teóricos. Las obras en que se enseña á fondo la práctica de las facultades útiles, son de un precio inestimable cuando tienen toda su perfección: pues, como dice el historiador de la Academia de las Ciencias, la parte práctica de las artes es la más atrasada. Dos ó tres grandes ingenios bastan para adelantar en poco tiempo considerablemente las teorías; pero la práctica procede con más lentitud, porque depende de un gran número de manos que por lo regular son inhábiles.

»Todos nuestros profesores han disfrutado de la obra de Firrufino para sus tratados de Artillería, singularmente el P. Vicente Tosca y D. Juan Sánchez Reciente. Este último, primer profesor de matemáticas del real seminario de San Telmo en Sevilla, confiesa en la introducción de su tratado, que lo principal de él lo había sacado del *Perfecto Artillero* de este insigne escritor (1).»

La Plática manual y breve compendio de Artillería que dió á la estampa Firrufino en 1626 es, como su título indica, una obra elemental, y contiene los conocimientos matemáticos indispensables á los artilleros, describe los instrumentos que han de emplear, así como las piezas, sus encabalgamientos, zoquetes y lanadas; estudia las pólvoras, tiros, cargas, alcances, calibres, composición de fuegos artificiales, fábrica de cestones, y termina también con las preguntas para el examen de artilleros.

Firrufino fué hombre de una superior instrucción, muy versado en los autores de la antigüedad, y aun en los de su tiempo. La consideración y ventajas de que gozó en la corte, prueba el buen concepto que mereció á sus coetáneos; y sus obras, hoy por desgracia rarísimas, serán siempre un excelente auxiliar para el estudio de la Artillería en su época.

Ignórase la fecha de su fallecimiento.

Alojamiento del tren (pág. 45) —He aquí cómo explica Ufano, en la obra de que ha sido reproducido este dibujo, el alojamiento del tren, llegado que era á la plaza de armas. «Débese, Señor, en todas maneras, procurar, cuanto fuese posible, siempre con el llegar temprano para tomar espaciosa y consideradamente el cuartel de su alojamiento, de forma que sea seguro y aventajado. Y si acaso se pudiere hacer el alojamiento eminentemente sobre la plaza de armas, será más propio y conveniente, aunque bien es verdad que la distribución de él preminentemente toca al maestre de campo general, y el mirarlo y tantearlo primero muy consideradamente, y dar la orden, al general de la artillería ó á sus tenientes ó cuartel-maestre del artillería, en alguna preminente altura y puesto de mucha importancia, cuya disposición al fin sea muy provechosa á nuestro ejército y ofensiva al enemigo, y así será cierto cosa muy decente según la mejor comodidad del sitio le conceda, porque al fin destar el artillería alojada, instituída y puesta en alto, se sacan dos provechos, la una es el señorear y descubrir mejor y más ampliamente toda la campaña y sus avenidas, y la otra principalmente guardar muy mejor y defender más bien y libremente todo el campo,

(1) *Discurso sobre los ilustres autores é inventores de Artillería que han florecido en España desde los Reyes Católicos hasta el presente.* Inserto en el Tomo IV de las *Memorias de la Real Academia de la Historia.*

y sobre todo más rasamente franquear la plaza de armas de todo el ejército; y estando de esta manera, si acaso instantemente fuese asaltado de los enemigos escuadrones, se hallaría en puesto más seguro y aventajado al combate, y para la defensa de él se ha de meter en la forma y orden que la presente figura muestra, dejando tanta plaza del círculo del caracol á los carros de la munición y pertrechos, cuanto baste el poder escaramuzar la infantería dentro del intervalo, alojando sus piezas gruesas sobre los carromatos á barba; y siendo de esta forma acometido del enemigo, los guardias para su buena defensa tomarán los puntos *a*, *b*, *c*, *d*, como se muestra en la figura (1). Advirtiendo, que siempre los carros de la pólvora se alojan y meten en el centro del medio y corazón del orden de todos los otros carros, como se muestra evidentemente por las letras *f*, *g*, *h*, *j*, y lo que ha de estar apartado el encadenamiento de los carros de la trinchera y circuito del caracol de la tropa de los carros de municiones y pertrechos, será la distancia de 20 á 25 pasos, y las piezas de aviso, que suelen ser tres, queden cargadas con su pólvora y balas, y así ellas como las demás estén con las bocas apuntadas á las avenidas, mirando hacia donde vienen los enemigos »

Armas ofensivas y defensivas (pág. 49).—Hemos reunido en este trofeo algunas de las usadas en esta época, así como instrumentos militares; en preferente lugar una coraza que se distingue por su hermosa ornamentación.

Media armadura de Felipe III (pág. 52).—*El Catálogo de la Real Armería*, donde existe esta armadura, la describe así: «Media armadura con peto á prueba de mosquete y con manopolas, del rey Felipe III, notable por su gran mérito artístico. Es pavonada, nielada con alambres de plata, afestonada y realzada en todas sus piezas, en cuyas márgenes hay grabados y dorados de bastante gusto. En el peto que tiene tres balazos para prueba, y cuyas señales están adornadas con estrellas, hay un medallón con una Virgen de plata sobredorada, y pendiente de una labor á modo de collar ó cadena. El morrión, con yugulares, es del mismo trabajo; y tiene en el cubillo del penacho un escudito con una cifra latina de *Felipe III rey*. El morrión pesa 20 y media libras, el coselete con brazales y manoplas 68 libras; y si á esto se unen las dos arrobas menos media libra que pesa la rodela perteneciente á esta media armadura, forman un total de 5 arrobas y 11 libras. En varios puntos de esta armadura había mucho niel de oro que ha desaparecido.»

Batalla de las Dunas (Lámina suelta, pág. 24).—El precioso facsímile que damos en la citada página, da perfecta idea de esta batalla. Es grabado coetáneo, y esta tan concienzudamente ejecutado, que permite apreciar en sus menores detalles el suceso. Nosotros, que al describir la batalla hemos seguido á los narradores españoles, podemos estimar doblemente su exactitud. El ejército enemigo tiene su izquierda apoyada en el mar, y su espalda protegida por éste y la ría de Neuport, y se halla parapetado en las Dunas con la artillería distribuída en su izquierda y centro. Las inscripciones colocadas junto á cada grupo dan á conocer los capitanes que en él figuran. El ejército católico avanza desplegado en batalla con la caballería en las alas, y en su derecha va el Almirante de Aragón don Francisco de Mendoza. También indican las respectivas inscripciones el nombre de los caudillos. Las Dunas están hábilmente representadas, y dan idea de las condiciones en que se entabló la batalla y las dificultades con que luchaban los católicos, cansados de la jornada hecha, agobiados por el sol, y fatigados por una marcha en terreno arenoso.

No diremos que en algunos detalles el grabado holandés sea muy exacto; pero en conjunto es un documento interesante y útil; y, sobre todo, tiene el valor que le dan su fecha y su procedencia, pues pertenece á una obra militar holandesa.

La batalla de las Dunas tuvo lugar el 2 de Julio del año 1600.

Sitio de Ostende (Lámina suelta, pág. 28).—Este facsímile tiene igual procedencia que el anterior. Con la misma exactitud están indicadas en él las posiciones de los contendientes, la situación y fortificaciones de la plaza, el terreno pantanoso que la circunda, el canal que se introduce por su costado derecho y que dividiéndose en dos brazos la defiende también por el costado de mar, las fortificaciones exteriores levantadas en los *Polders*, y por último la serie de reductos y fuertes que enlazaban las trincheras católicas desde San Alberto, en el costado izquierdo, hasta Bredene, en el derecho. El artista ha querido representar el ataque dado por los nuestros á la *Ciudad vieja* por la parte de mar, y la acometida á los *Polders* que defendía el coronel inglés Veer.

Es dicho grabado de un trabajo minucioso y todo lo fiel que puede desearse, tratándose de una obra ejecutada algún tiempo después que el sitio tuvo efecto.

Sitio de Grave (Lámina suelta, pág. 32).—Al igual que las dos láminas anteriormente descritas, representa ésta el importante asedio de Grave en 1602, con notable fidelidad. La ciudad se encuentra estrechamente cercada;

(1) Las letras *a*, *b*, *c*, *d*, que no figuran en nuestro grabado, hállanse situadas en el original en los ángulos del cuadro formado por los carros; las *g*, *f*, en el intervalo que existe entre la 2.ª y 3.ª hileras; las *h*, *i*, en el intervalo entre la 5.ª y 6.ª hileras.

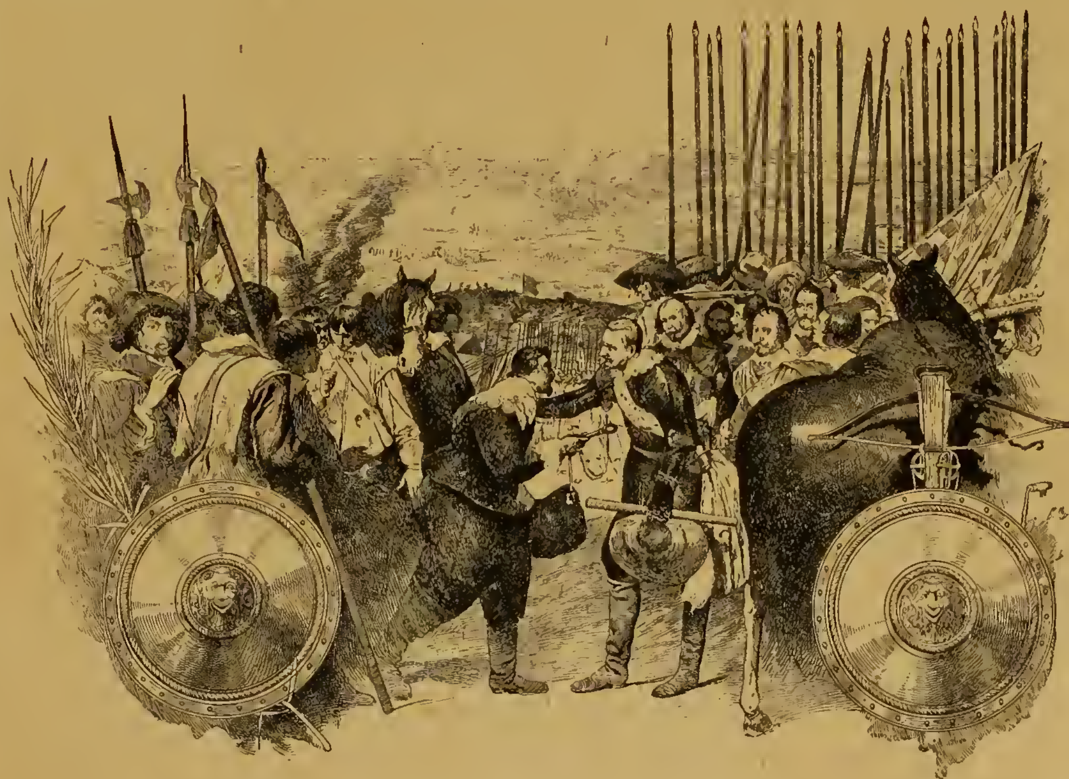
las líneas de circunvalación y contravalación abarcan ancho espacio y apoyan en el Mosa sus extremos, reforzadas en aquel punto y el centro por otros tantos campamentos: iguales fortificaciones á la otra parte del río que también dominan los holandeses, y un doble puente enlazando los cuarteles situados junto al Mosa. Difícil era que el Almirante de Aragón rompiese tan fuertes líneas, defendidas, además, por un terreno bajo y pantanoso. El paraje por donde parecía más fácil acometerlas era Revenstein; pero el ejército debía efectuar un gran rodeo y perder mucho tiempo para llegar allí, y además el enemigo tenía establecido no lejos uno de sus campos. La posición de los católicos se hallaba del costado de Cuyck, y era por todos conceptos desfavorable. Optóse por acometer las trincheras enemigas por donde se creyó estarían menos defendidas, que era en las inmediaciones del campo católico, cubiertas de pantanos, y ya hemos visto que los soldados de Mendoza no consiguieron su objeto, pues efectuada la operación al anochecer, empleóse en ella toda la noche á causa de lo encharcado del terreno, y á la luz del alba, descubiertos por el enemigo, viéronse precisados aquéllos á retirarse. En el costado izquierdo de la lámina y junto á los reductos enemigos, algunas escalas abandonadas, indican el sitio por donde se tentó romper las líneas de los sitiadores.

Por supuesto, que siendo ésta y las anteriores láminas de autor holandés, no es de extrañar ver en ellas á los nuestros fugitivos. El artista cuidó mucho de no reproducir episodios en que la oración se presentara por pasiva; y á fe que no fueron éstos escasos en el período que abarcan nuestras gloriosas guerras de Flandes.

Este grabado es obra del famoso Matham.

Media armadura de Felipe III (Lámina suelta, pag. 36).—Esta preciosa media armadura existe en la Armería Real de Madrid, y está compuesta de celada de encaje, gorjal, peto, espaldar, hombreras, brazaletes completos y escarcelas. Es de escuela florentina y admirable por la elegancia y gusto del trabajo, de figuras repujadas, lo mismo que sus labores, recovecos, forficiados, etc., todos de niel. En el centro del peto, dividido por listas de grotescos, figuras y festones, se ve una Palas. En la celada y por encima de la vista hay un gran mascarón. Así ésta, como el gorjal y brazaletes, ostentan bellísimas y caprichosas figuras, elegantes ramos y carátulas, que imprimen al conjunto una fisonomía por demás risueña. Esta armadura pesa catorce libras.





ESTUDIO SEGUNDO

GUERRAS DE ITALIA, ALEMANIA Y FLANDES

EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XVII

I. Planes de Enrique IV contra la casa de Austria.—Guerra del Monferrato.—Guerra de la Saboya.—Hostilidades con Venecia.—Comienza la guerra de los Treinta Años. — **II.** Expira la tregua de los Doce Años.—Sitio y toma de Breda. — **III.** Guerra de la Valtelina.—Guerra de Alemania.—Situación de España con respecto á las demás potencias.—Sucesos marítimos. — **IV.** Guerra de Italia.—Continúa la guerra de los Treinta Años.—Desastres en los Países Bajos.—El Cardenal Infante D. Fernando es nombrado gobernador de las Provincias.—Batalla de Nordlingen.—Campañas en los Paises Bajos.—Reincorpóranse éstos á España.

I



El período militar que entramos á examinar con este Estudio, bien puede calificarse de las guerras entre las casas de Austria y Borbón. Preponderante la primera en todo el siglo xvi, aspira á someter la Europa á su dominio, á imponer á los pueblos el absolutismo y la intolerancia religiosa; y esta idea se encarna más que en ningún monarca en Felipe II, que arruina á nuestro país, á trueque de conseguir la realización de sus proyectos autoritarios; pero contrariada por el talento y la astucia de sus rivales, falta de recursos para sostener una lucha costosísima y prolongada, entra en el siglo xvii con evidentes síntomas de decadencia. La Holanda ha sabido risistir los ataques y las asechanzas del *Prudente;* Inglaterra le ha usurpado el dominio del mar; Francia ha destruído sus maquinaciones y se ha constituído bajo la dirección experta de Enrique IV y Sully. De estas

tres naciones, Francia es la que en el siglo XVII desempeña en Europa papel más activo é importante. La coronación de Enrique IV como rey de este país es un hecho de suma trascendencia; porque Enrique, por sus secretas aficiones, por sus aptitudes, por su ambición, estaba llamado á modificar notablemente la política europea. Su plan magno era la humillación de la casa de Austria, la sustitución de la política que ésta seguía, por un sistema de equilibrio europeo, por una confederación de los pueblos cristianos que permitiera en adelante dirimir pacíficamente sus diferencias y les librara de la pesada opresión político-religiosa de los Austria. Francia era la nación que debía ponerse á la cabeza de este movimiento; los príncipes alemanes, los italianos, los holandeses eran otros tantos auxiliares; y atacando simultáneamente y por diversos puntos los dominios austriacos, debían desconcertar al común enemigo, reducirle á la impotencia, dejarle relegado á un secundario lugar. No se cumplieron estos planes, porque cortó el hilo de la existencia de Enrique el cuchillo de un asesino; pero la preponderancia de su patria y la decadencia rápida de la nuestra, no por eso dejó de ser un hecho.

En el desarrollo de las múltiples y complicadas guerras de este período, seremos algo más parcos que hasta aquí: de otro modo la narración de tales campañas ocuparía algunos volúmenes, dando á esta obra proporciones enormes. Nos hemos detenido á describir con alguna detención la época de pujanza; y aunque el interés que la materia despierta no decae en los siglos sucesivos, tenemos que manifestarnos mucho más breves en el de la decadencia.

No extinguido aún el fuego de la guerra en los Países Bajos, encendióle en Italia la ambición ardiente del duque de Saboya, que, profundamente resentido de España, deseaba aprovechar un motivo de manifestar sus odios. La cuestión del marquesado de Saluzzo, no resuelta en el tratado de Verbins, dió pie á sus propósitos; mas como en 1610 falleciera Enrique IV, con quien estaba en tratos, vióse completamente aislado y hubo de limitarse á hostilizar al duque de Mantua; mientras entretenía á la corte de Madrid con buenas palabras y dando en rehenes á su hijo Filiberto. De este modo ganó algún tiempo el astuto Duque, pero todas sus promesas se desvanecieron así que ocurrió la muerte del duque de Mantua (1614), dejando por sucesora una sobrina de menor edad, pues entonces trató de apoderarse del Monferrato, sin atender á las conveniencias ni á los compromisos de España. Auxiliado con el oro de Venecia y favorecido por la confianza de los españoles, fácil le fué al Duque hacerse dueño de todas las plazas de aquel Estado, excepción hecha de Casal. Y añadiendo la astucia á la fuerza, aun quiso desconcertar á Francia y á España con ardides diplomáticos, sumisiones fingidas y promesas falsas, que no surtieron el efecto apetecido, pues el gabinete de Madrid le hizo intimidar por medio de su embajador para que licenciase las tropas y devolviera las plazas usurpadas. Pero el saboyano, que ya se había titulado *libertador de Italia*, por toda respuesta hizo salir á éste de sus Estados. No obró en esta ocasión el gobernador de Milán, marqués de Hinojosa, con la celeridad y energía que el caso demandaba; pues conociendo las ambiciosas miras de Carlos Manuel de Saboya, dióle, sin embargo, tiempo para que preparase sus fuerzas y se le reunieran las mercenarias suizas y francesas. Las operaciones comenzaron penetrando los españoles en el Piamonte y Carlos Manuel en el Milanesado; pero prosiguieron con suma lentitud á causa de no querer el saboyano comprometer su ejército en una batalla. Así y todo, los nuestros consiguieron algunas ventajas, tomando á Oneglia, obligando á levantar el sitio de Bestagno, haciendo replegar al ejército de Carlos sobre Conelli y Asti, y destrozándole junto á esta ciudad, que no se tomó en el primer momento y con ella al Duque, por haber impedido Hinojosa la persecución. El Duque hízose entonces fuerte en Asti, y aunque el Marqués la puso sitio, el socorro que condujo á la ciudad el príncipe Tomás de Saboya dificultó la expugnación; sin embargo, Carlos no se hallaba en condiciones de prolongar la guerra, y habiendo entrado en negociaciones con el general español, éste no vaciló en aceptar la paz; paz vergonzosa y que no fué reconocida por España. A consecuencia de ello el marqués de la Hinojosa fué separado de su gobierno, residenciado y sujeto á un capítulo de severísimos y fundados cargos, de los que no salió muy bien puesta su reputación.

Reemplazó al depuesto gobernador, D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, hombre de

enérgico carácter y tan perito en los manejos diplomáticos como experto en la guerra. Toledo trató de acorralar al duque de Saboya al pie de los Alpes, y si bien éste, anticipándose á sus miras, se puso sobre las fronteras del Monferrato, dejando abandonado á los españoles el Piamonte, no pudo menos de acudir en defensa de la plaza de San Germano, plaza que cubría uno de los ca-



Carlos Manuel, duque de Saboya. (Grabado de Pedro Ruchölle, según un cuadro de Van Dyck)

minos de los Alpes. Los dos ejércitos vinieron á las manos en las inmediaciones de esta villa y después de un reñido combate quedó el saboyano completamente destrozado, debiendo su caudillo la vida á la oscuridad de la noche. Gran fortuna fué para Carlos que el mariscal Lesdigières, gobernador del Delfinado, le prestara un eficaz auxilio, porque San Germán se rindió á los españoles y el marqués de Villafranca atacó vigorosamente la importante plaza de Vercelli, al frente de 16,000 soldados, 3,000 caballos y 30 piezas, mientras un cuerpo destacado distraía la atención del enemigo en el Monferrato y la guarnición de Alejandría contribuía con sus repetidas salidas á tenerlo en jaque. A pesar de los auxilios de Lesdigières no pudo el saboyano hacer frente á Villa-

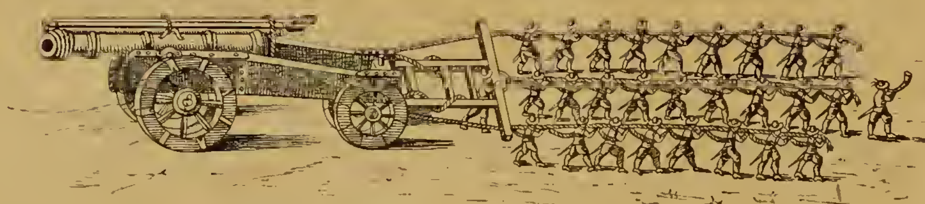
franca, y el príncipe Víctor Amadeo, hijo de Carlos, contentóse con atacar impetuosamente á Crevaleore y arrebatarla á costa de mucha sangre. Prosiguió, pues, el sitio de Vercelli, sin que pudieran evitarlo, ni aquel ataque, ni el socorro que se intentó introducir en la plaza; diéronse cuatro vigorosos asaltos, y desesperados los defensores de salvarla, capitularon con los honores de guerra. Annona y Fellizzano, plazas importantes colocadas sobre el Tanaro, entre Asti y Alejandría, cayeron sucesivamente en poder del marqués de Villafranca, que apoyado en las plazas fuertes de Vercelli y Alejandría iba á llevar la guerra hasta el pie mismo de los Alpes; pero la presencia de los franceses que á marchas forzadas descendían de aquella cordillera, detuvo el ejército español, inferior en número. Vióse obligado su caudillo á replegarse sobre el Milanés; y el duque de Saboya, nueva vez pujante, llegó hasta las márgenes de Tanaro, amenazando las plazas recientemente conquistadas. A tal estado habían llegado las cosas, que amenazaba tomar aquella guerra grandes proporciones, porque las fuerzas se iban equilibrando; sin embargo, Carlos recelaba de sus auxiliares, y temeroso de que la protección francesa no se tradujera en breve por tutela, entró en tratos de paz y la consiguió en iguales condiciones que la pactada con el marqués de la Hinojosa (Tratado de Pavía, 1617). De este modo volvieron las cosas á su anterior estado, no sin notable perjuicio para España, que había empleado miserablemente en esta guerra los recursos más indispensables á su propia vida.

Vencida Saboya, parecía llegado el momento de humillar á Venecia, su secreta aliada. Ya en su querella con el Papa había el conde de Fuentes puesto á raya á esta ambiciosa república, cuya conducta no fué nunca muy leal con España; pero como á este antagonismo se hermanara ahora la comunidad de miras entre el gobernador de Milán, poco gustoso en cumplir la paz, y el virrey de Nápoles D. Pedro Téllez de Girón, duque de Osuna, hombre de elevados pensamientos, fácil fué organizar un plan mortal para Venecia. Osuna, enemigo irreconciliable de ésta, había levantado, siendo virrey de Sicilia, nuestra marina; era el terror de los turcos, berberiscos y venecianos; y mientras nuestras armas se medían con las de Saboya, ganaban sus galeones en las aguas de Gravosa una importante victoria sobre la armada veneciana, en lo que puso de manifiesto que el poder de la señora del Adriático era más aparente que real. Convenido ahora con Villafranca y el embajador español en Venecia, pusieron en práctica un proyecto que debía concluir para siempre con la república, dando caza á sus naves, saqueando sus islas, amenazando sus posesiones y abatiendo en todas partes su bandera hasta reducirla á los canales de la capital, á cuyo efecto, no contento Osuna con destrozar sus naves, favoreció las atrevidas excursiones de los piratas uscoques, terribles enemigos del comercio veneciano. En tan críticos momentos, la república apeló á un recurso extremo: denunciar una supuesta conjuración, gracias á la cual los mercenarios de su ejército, de acuerdo con algunos centenares de aventureros, pagados por Osuna, debían entregarla á los españoles. Dióse color á esta trama ejecutando á centenares de extranjeros; insultó el pueblo al marqués de Bezmar; pero ni Venecia hizo llegar sus quejas á España, ni ésta le dió satisfacción alguna. Mejor resultado dieron al Senado las calumnias que difundió en la corte de Madrid contra el virrey de Nápoles, al que acusó de querer alzarse con este reino, pues tan hábilmente las difundió, apoyándolas con el testimonio de los enemigos de Osuna, que hallando fácil eco en el privado del rey, dieron con el espléndido magnate en una cárcel, donde murió hidrópico á los tres años, sin que se le oyera en defensa (1). Venecia había sido humillada, pero la salvó de una catástrofe el recelo de un favorito. De este modo el destino de los pueblos va enlazado en la historia á las miserables pasiones de los individuos.

Hemos dicho que en 1617 España puso fin á la guerra con Saboya firmando el tratado de Pavía; mas, por desgracia, la paz conquistada en Italia no debía poner término á sus sacrificios; y al siguiente año, mientras las escuadras españolas abatían el poder de Venecia, abríase en Alemania un vastísimo escenario, que iban á pisar los más importantes pueblos europeos.

(1) «Acusábanle de inobediencia al gobierno, de desprecio á la persona del rey, á quien llamaba el gran tambor de la monarquía; decían sus enemigos que nunca hacía ostentación de otras armas que las propias y afirmaban que quería alzarse con la soberanía de Nápoles. Perdióle más bien que la originalidad de su carácter, la causticidad de su lenguaje.» Ortiz de la Vega, *Anales de España*, 1620-1621.

La famosa guerra de los Treinta Años, llamada así porque duró desde 1618 á 1648, trajo á España, por los compromisos de familia, nuevas pérdidas en hombres y oro que no debían por ningún estilo compensarse. Fueron los pretextos para esta guerra, religiosos; los fines de los contendientes, políticos y puramente personales; complicáronse los intereses de tal suerte, que comenzada con motivo de la posesión del principado de Juliers, prosiguió más poderosamente, á causa de haberse levantado los protestantes bohemios contra el emperador Fernando, con voz de que violaba sus privilegios y destruía sus leyes para hacer el trono de aquel reino hereditario en su casa; y como ofrecieran la corona de Bohemia al Elector Federico palatino é hicieran alianza con el príncipe de Transilvania, acometido á la vez Fernando II de Alemania por las fuerzas de éstos y por los condes de Thorn y de Mansfeld (1), y con sólo un pequeño ejército para resistir, hubo de apelar al rey Felipe III de España, invocando los vínculos del parentesco y de la religión que unían á los Austrias. E inútil es decir que nuestro soberano no se hizo sordo al llamamiento, entrando con más bríos que medios en aquella guerra prolongada y sangrienta.



Conducción de una pieza de artillería gruesa. (Facsímile de la obra *Tratado de la artillería y uso de ella*, por el capitán Diego Ufano)

La dificultad que ofrece el reducir los antecedentes históricos á estrechos límites, nos impulsa á transcribir los siguientes párrafos en que se exponen aquéllos muy concretamente: «Desde la muerte de Felipe II la política europea recibió las modificaciones inherentes á la desaparición de aquella fría, terca é imponente personalidad. La rama tudesca de la casa de Austria nunca tuvo la intolerancia religiosa que caracterizó á la española. El mismo Fernando I, hermano de Carlos V, criado en España y sincero católico, mostró en las primeras alteraciones religiosas espíritu flexible y conciliador. Su hijo Maximiliano II ya lo llevó á tal extremo, que algunos casi le hacen partidario de las nuevas doctrinas. No sólo permitió su ejercicio privado, como lo permitían los convenios, sino que toleró su predicación en las mismas calles de Viena. Algo cambió la escena con Rodolfo II, educado por jesuítas españoles y dado, por otra parte, á extraños estudios de alquimia y astrología. Si se recuerda, además, que dentro de la nueva religión reformada había distintas sectas y comuniones que, como la luterana y calvinista, se odiaban entre sí más cordialmente que al enemigo común; si se atiende á los frecuentes y victoriosos rebatos de los turcos por Hungría, y á los empujes, por el Norte, de rudas naciones con civilización todavía imperfecta, se comprenderá que Alemania vivía en un estado de inquietud y de tirantez, manantial perpetuo de disgustos y colisiones, cuyo término todos deseaban, pero cada uno por diverso camino. Ya en 1608, los protestantes, queriendo aunar sus fuerzas, formaron la Unión evangélica, á la que inmediatamente siguió como contrapeso, la Liga católica, en 1609, cuyo centro estaba en

(1) Ernesto de Mansfeld, era hijo natural del conde Pedro Ernesto que tantos servicios prestó á Felipe II en Flandes Nació en Malinas el año 1585 é hizo sus primeras armas en Hungría con su hermano el Conde Carlos, primogénito de Pedro Ernesto. Resentido con el Emperador de Alemania, que no había querido legitimarle, abandonó su servicio y abrazó la religión protestante. Entró entonces á servir á Carlos Manuel de Saboya, y cuando supo la rebelión de los bohemios corrió á favorecerla con sus mercenarios. Ernesto se convirtió en un verdadero jefe de bandidos, con los que vivía sobre el país. Fué experto y valiente general, aunque deslució sus empresas con los excesos que toleró á sus bandas. Derrotado en 1626, por Tilly, se acoge á Hungría, de donde es rechazado y muere fugitivo en una aldea de la Bosnia.

Baviera. La Sucesión de Juliers (Jülich en alemán), es decir, la disputa por heredar este principadillo, al cual se unían el de Cleves y Berg, viene á embrollar la cuestión político-religiosa... Dos de los pretendientes á Juliers, Juan Segismundo, elector de Brandeburgo, y Wolfgang Guillermo, palatino de Neuburgo, toman el camino expedito de ocupar militarmente el territorio en litigio, á despecho de Sajonia y Austria, que pretendían el todo, y de otros principillos que aspiraban á ciertos trozos. La Unión Evangelica protege á los que ya se llamaban «Posesores», y firma alianza (11 Febrero 1609) con Enrique IV de Francia. Por consiguiente, tenemos riñendo entre sí á los dos «posesores» y terciando con las armas holandesas de Orange, franceses, hugonotes ó calvinistas, y austriacos y bávaros católicos. En 1614 el Wolfgang, palatino de Neuburgo, se aleja de la Unión y se hace católico para casarse con la hermana del duque de Baviera, aliándose con Spínola y sus españoles de Flandes. El otro, Segismundo de Brandeburgo, deja el luteranismo para hacerse calvinista y juntarse con los holandeses. Entra, pues, España, sin voluntad, sin medios y sin el menor interés ni provecho, en esta guerra, como en tantas otras...»



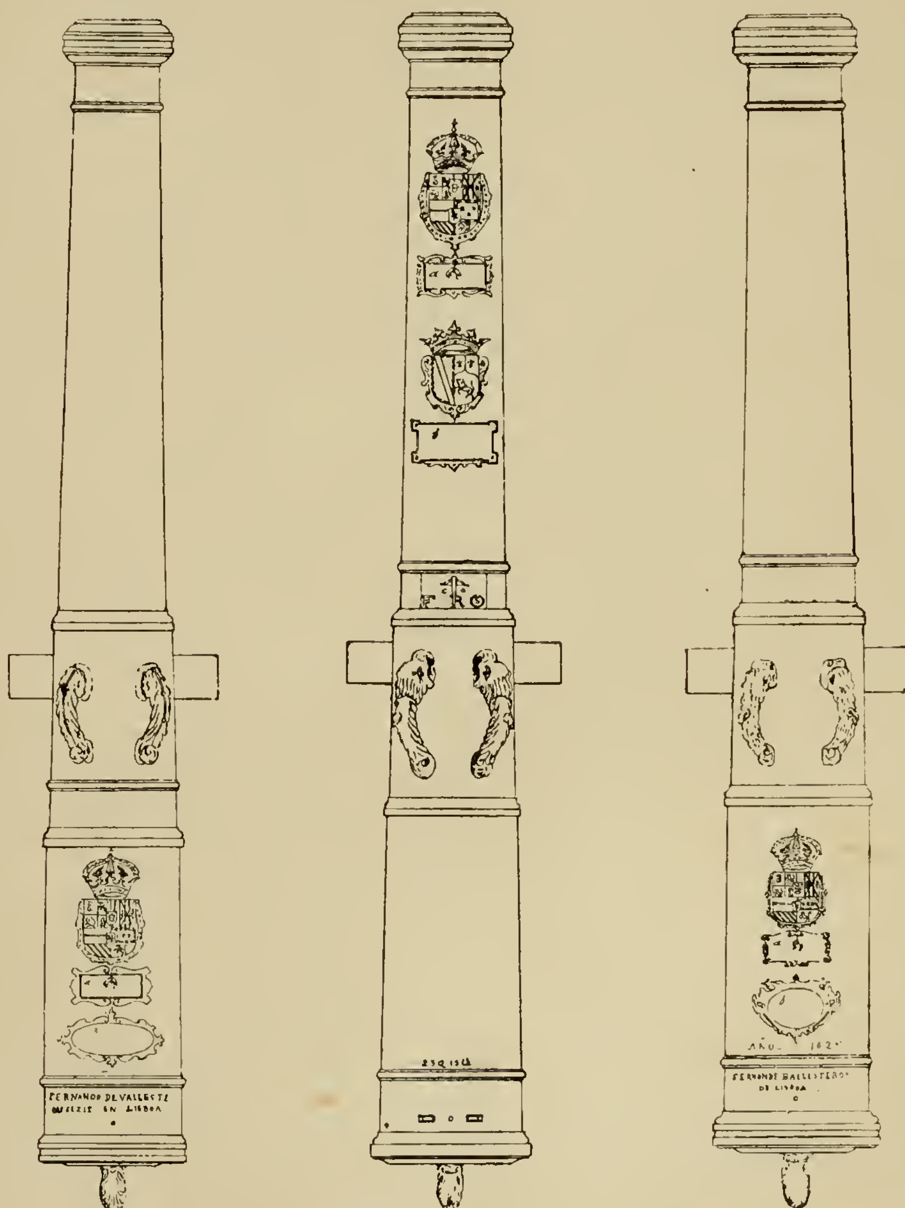
Nave de guerra del siglo XVII

«En el primer período, llamado palatino (1619-1625), de la guerra de los Treinta Años, y en el segundo, llamado danés (1625-1629), la manera de constituir y organizar los ejércitos y las guerras, no se apartan de la pauta general de fines del siglo anterior. Ejércitos allegadizos y, aunque pequeños, superiores siempre á los escasos recursos de los gobiernos; indisciplina espantosa; ferocidad en las leyes de la guerra y en las costumbres militares; descosido y lentitud en las operaciones; ausencia de un gran pensamiento y de un gran objetivo; atención extrema á los detalles y maniobras secundarias; necesidad constante de girar alrededor de las fortalezas, tanto por la inconsistencia y calidad deplorable de las tropas, como por la falta de administración; imposibilidad, en un dédalo de provincias, reinos, principadillos ó ciudades libres ó republicanas, de concertar un pensamiento, de unificar un proyecto, de marchar directamente á un fin. Por eso produce vértigo y mareo querer seguir en el mapa los movimientos desconcertados de aquellos cuerpos, regidos por hombres de guerra, sobresalientes algunos, pero que en general no tienen la conciencia de un gran hecho ni la fe de una causa abierta, franca y noble (1).»

Ofrece, pues, esta guerra, por lo que respecta á la historia militar de España, un interés secundario, y por lo mismo nos circunscribiremos á dar idea de las operaciones más importantes en ella realizadas, y de la parte que nuestros ejércitos tomaron en éstas. Spínola se adelanta desde el seno de los Países Bajos hasta el Rhin y cubre la frontera del Palatinado, poniéndose de parte del Elector Wolfgang, recientemente convertido, mientras Mauricio, que apoya al de Brandeburgo, dirígese también á Juliers con ánimo de apoderarse de la mejor parte del territorio, y sin

(1) Almirante, *Dic. Militar.*

PIEZ S DE ARTILLERÍA DE FUNDICIÓN PORTUOUESA, PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVII



a. Don Phelippe III, rey deEspaña.
b. Don Ivau de Acvna de Conselo de guerra y sv capitán general de 'artillería, ano 6° 0°°

a. Don Phelippe IIII, rei de Spaña.
b. LMARVSD Acve Lafventee cons de gverra, cap tan genoral de lartilleria.

a. Don Phelippe 4° rei de Spaña.
b. El maroves de la Hino josa capitan general de la artilleria.

(Dibujos remitidos por el señor Comandante de infanteria del ejército portugués, don Esteban Moraes Sarmento)

duda con la secreta mira de incorporárselo á Holanda. Pero dáse el curioso caso de que ni uno ni otro general tratan de hostilizarse, por no faltar á la tregua; y mientras el primero se apoderaba de determinadas plazas, el segundo hacía lo propio con otras, resultando, de este modo, repartido el país entre los dos. Spínola señorea las villas de Orsoy y Wesel, y aunque se trata de un acomodamiento basado en un reparto entre los co-poseedores, no accede nuestro general, quedando por lo tanto frente á frente holandeses y españoles.

El problema estaba, por decirlo así, sólo planteado; los combustibles para producir el voraz incendio que asoló la Alemania por espacio de largos años, hacinados ya; no faltando más que una chispa para que brotara el fuego; y esta chispa produjola la llamada *desfenestración de Praga*, esto es, el hecho de lanzar los bohemios rebeldes á los comisionados imperiales por las ventanas del castillo de la citada ciudad (23 Mayo 1618). Á este acto de hostilidad sigue un levantamiento general, la entrada del príncipe de Transilvania en Hungría, donde se corona rey, y la unión de su ejército con el del conde de Thorn, realizada la cual, los dos caudillos cruzan el Danubio y se encamina directamente al corazón del Austria. El peligro, como se ve, era inminente; pero le conjura la llegada de nuestros soldados. Spínola ha recibido la orden de invadir el Palatinado con 30,000 hombres; Bouquoi (1), que mandaba en jefe el ejército austriaco, recibe un refuerzo de 8,000 soldados que desde Flandes despacha el Archiduque; el Papa da socorros pecuniarios, la Polonia envía á Moravia 10,000 cosacos que refuerzan el contigente de Bouquoi; auxilian al emperador otros príncipes católicos, y algunos de los protestantes temerosos, decláranse en favor de Fernando. Pero los protestantes no por eso cejan; su ejército que suma la cifra de 24,000 hombres, pónenle á las órdenes del Marqués de Anspach, y unidos á éste el flamenco Enrique de Nassau y el inglés Horacio de Vere con 2,400 veteranos, es lo suficiente respetable para hacer frente á los católicos.

Spínola dió en esta ocasión nueva prueba de su talento militar. Pasa con su reducido ejército el Rhin, y desde Coblentza, donde se sitúa, proyecta arrebatar al enemigo la plaza de Oppenheim, en la que se halla el conde de Anspach. Al efecto, amaga á Francfort, logrando que los protestantes vayan en su auxilio, y entonces cruzan rápidamente el Rhin por Maguncia, toma á Kreuznach y Alzey, hace una demostración sobre Worns y cuando Anspach acude á socorrer esta ciudad, cae sobre Oppenheim y la rinde tras breve resistencia. Fué un movimiento tan oportuno como feliz que dejó burlado al caudillo prostestante. Desconcertado éste, no se atrevió á medir sus armas con Spínola, que ocupó algunas villas riberiñas y fué extendiéndose por la izquierda del Rhin desde Hundsrück hasta el Mosela. Al mismo tiempo los duques de Baviera y Sajonia sujetaban á la obediencia del Emperador la Lusacia, la Silesia y la Austria Baja y Alta. Conquistadas estas comarcas, los imperiales penetraron en la Bohemia, tomando la dirección de Praga, donde los rebeldes y Federico, su jefe, les esperaban en posición casi inexpugnable: una montaña convenientemente fortificada y artillada. Aquel ejército compuesto de elementos tan heterogéneos y allegadizos, cosacos, croatas, bávaros, valones, austriacos, españoles é italianos demostró en tal ocasión un valor sobrehumano. Tilly, que en este día la manda en jefe, por hallarse Bouquoi herido, le conduce al asalto de la posición, y con una serenidad maravillosa escalan imperiales y auxiliares los peñascos, llegan á las baterías; pero allí un violento fuego á quemaropa les obliga á retroceder, dejando el paso cubierto literalmente de cadáveres. Entonces, Bouquoi salta frenético de la cama, monta á caballo, reanima á los atacantes, y ayudado por el español Guillermo Verdugo, arremete con tal intrepidez la posición, que en corto tiempo se hace dueño de ella. Allí caen prisioneros los condes de Anhalt y Slich, los imperiales se cansan de matar, cañones y bagajes vienen á sus manos, y la montaña cubierta de cadáveres patentiza

(1) El conde de Bouquoi, Bucquoi ó de *Buque*, que con estos tres nombres le designan nuestros historiadores, se llamaba Juan Buenaventura de Longueval. Distinguióse en Flandes al frente de un regimiento de valones bajo las órdenes de Spínola, y al comenzar la guerra de los Treinta Años se le mandó en auxilio del Emperador á Bohemia, donde hizo una brillante campaña, debiéndose á su arrojo la victoria de Praga en 1620. Hizo en Hungría otra brillante campaña contra el príncipe Bethlem-Gabor y falleció después de poner sitio á Neuhasel, en 10 de Julio de 162 .

la magnitud de la victoria. El elector Federico salvóse con la fuga, y tan aturdido, que dejó olvidada en la fuga su corona (8 Noviembre 1620). Esta célebre batalla, conocida en la historia con el nombre de *la Montaña Blanca*, y en que tanta parte tuvieron las tropas del rey de España, restituyó á Fernando II de Alemania el reino de Bohemia y destruyó por un momento las esperanzas de los protestantes (1). Por un momento, decimos, porque los hechos vinieron á demostrar que no resolvió la grave cuestión que entonces se debatía. Sometidas la Silesia y la Moravia; dueño Spínola de todo el Palatinado, menos Kaiserlantern, Manheim, Heidelberg y Franckenthal, parecia, en efecto, que el enemigo habia acabado sus alientos para intentar cosa alguna de provecho.

II

El mismo año en que la tregua con los holandeses expiraba, falleció el rey D. Felipe III (31 de Marzo de 1621) y ocupó el trono su inmediato heredero, el cuarto Felipe, no dotado de más iniciativa ni talento que su padre, y en cuyo reinado es ya marcadamente ostensible la decadencia de España. El nuevo rey, siguiendo las tradiciones de su casa, aceptó los compromisos que ésta tenia con el Imperio y con los Archiduques; y arrastrado por la ambiciosa presunción de su favorito, engolfóse en una serie de guerras, para las que carecía de recursos. En consecuencia, continuaron aquéllas, complicándose luego con las de Italia, y España fué agotando en unas y otras la escasa sávia que le restaba. La conclusión de la tregua de 1609 llamó á Spínola á los Paises Bajos, y la campaña sostenida allende el Rhin, generalizóse ahora á esta otra banda del río. retoñando vigorosamente en aquellos paises que por espacio de doce años habian saboreado las delicias de la paz.

Las primeras operaciones de Spínola fueron la conquista de Gennep y Mœurs: seguidamente, proyectó apoderarse de Juliers que cubria Mauricio con numerosas fuerzas, y al efecto presentóse ante Burich, logrando de este modo que el enemigo, no obstante su reconocida pericia, abandonara á Juliers, desmembrando la guarnición de esta plaza, para reforzar su ejército, y acudiera en socorro de aquélla. Separado el enemigo de Juliers, hizo Spínola un admirable movimiento, y cayendo rápido como el rayo sobre ella, la arrebató á los holandeses. Si se tiene en cuenta que Juliers era la capital del principado que habia dado origen á la guerra de Alemania, y para los holandeses la llave de esta frontera, se comprenderá la importancia de tales operaciones. No fué tan feliz Spínola en las que seguidamente emprendió contra la Esclusa, pues esta plaza estaba suficientemente preparada para resistirle, como excelente base que era para cualquier movimiento de avance hacia el interior; ni tampoco logró hacerse dueño de Berghen-op-Zoom, defendida en persona por Mauricio de Nassau, pues á los tres meses de hallarse frente á ella y de agotar cuantos recursos le inspiró su fecundo talento, la presencia del bastardo de Mansfeld le obligó á levantar el sitio (Julio-Octubre de 1622). La habilísima retirada que entonces efectuó Nassau frente á un enemigo superior en número acredita una vez más su capacidad militar. Lástima que á pesar de sus heróicos esfuerzos no pudiera arrancar al enemigo aquellas dos plazas, pues sólo así hubieran podido redondearse los dominios católicos en el Brabante, y adelantar nuestras armas

(1) Ibarra, *Guerra del Palatinado*, Lib. II.

Este D. Francisco Ibarra, de cuya obra no hace mención la *Bibliografía militar de España*, según refiere él mismo en su memorial fechado en Madrid á 24 Abril de 1621, sirvió más de trece años en los Paises Bajos, siete de ellos como capitán de caballos lanzas; después pasó al Palatinado, en cuyas campañas tomó parte hasta la batalla de Fleurus, peleando con tanto valor que el Rey concedió á su hijo D. Diego la encomienda de Villahermosa que disfrutaba. Desempeñó distintas comisiones en la corte de España, de orden del Archiduque y del Marqués de Spínola. La obra que consagró á las guerras del Palatinado está dedicada á D. Baltasar de Zúñiga, ayo del príncipe y fechada en Kierberg el 20 de Enero de 1621. Se recomienda por su claridad aunque no por su estilo árido y fatigoso.

hasta la desembocadura del Escalda, que nuestros enemigos mantenían cerrada. No fué más importante la campaña del año siguiente, en la que tuvieron lugar operaciones de escaso interés: pues sólo parecía que uno y otro contendiente trataran de expiar las faltas recíprocas, sin tomar una ofensiva vigorosa. Pero en 1624 Spínola resolvió acometer una empresa de alguna trascendencia, y ésta fué la recuperación de la plaza de Breda, que cerrando el espacio entre Ambercs y Bois-le-Duc, evitaría las incursiones del enemigo por el Brabante.

Breda se hallaba enclavada en los límites del Brabante con la Holanda, sobre el Merka, al que se junta en el interior de sus fortificaciones el Aa. que alimentaba los fosos de la plaza. «Está situada, dice un coetánco, en un contorno de siempre verde amenidad y casi en medio de Bolduque, Ambers, Husden, Rosendal, Bergas-Obzon. Gertrudemberg y circundada de altas selvas, y bosques y hermosas praderías, y dos riberas Merk y Aa que la atraviesan y rodean. No es anchurosa, aunque una milla que la señalan de circuito no reconoce mejoría á los demás de sus Estados.» La comunicación del primero de aquellos ríos en el golfo ó delta intrincado que forman el Escalda, el Mosa y el Wahal, y cuya orilla meridional sólo distaba de Breda unas tres leguas, y el apoyo que le prestaban algunas plazas no distantes, entre ella la muy importante de Gertruidemberg, la procuraban socorros de mar, y constantes y eficaces auxilios. Y demás de este excelente concurso de circunstancias, contaba Breda el de sus excelentes fortificaciones, levantadas según el estilo holandés; sus anchos fosos y sus numerosas obras exteriores. Perdióse esta ciudad en 1590 y desde entonces habían sido considerablemente aumentadas sus defensas. El plano que acompaña á esta página dará idea de ellas: la figura de la plaza es un cuadrilátero irregular, defendido por trece baluartes, más los cuatro de su ciudadela, catorce rebellines y cinco hornabeques, y éstos á su vez otros rebellines más pequeños (1). Carecía de falsa braga y en su centro se elevaba una torre de 362 piés de altura que dominaba una vasta extensión de terreno y permitía comunicarse, valiéndose de señales con las vecinas villas. Si á esto se agrega la facilidad de procurarse vituallas, su excelente presidio que ascendía á diez y siete banderas y cinco compañías de caballos, los 1,800 vecinos que empuñaban armas, las cincuenta piezas que defendían sus murallas, y el acopio de municiones de guerra y boca, comprenderáse que Breda pudiera resistir con facilidad un prolongado asedio. Además la gobernaba un militar de confianza, Justino de Nassau, hermano de Mauricio, que muy cuidadoso de conservarla tan pronto adivinó los propósitos de Spínola apresuróse á reforzar las defensas, procuró se reforzara la guarnición con 28 compañías de holandeses y allegó cuantos elementos consideraba necesarios á la resistencia.

A mediados de Julio de 1624 el ejército español, compuesto de 18,000 combatientes. concentróse en Turnhout, donde fué revistado por Spínola, y desde allí marchó á Gilzen, distante de Breda dos leguas, fortificándose en la nueva posición sólidamente. El plan de sitiar á Breda, aunque era el objetivo de Spínola, no parecía haberse adoptado definitivamente, pues el Consejo se oponía á ello, fundado en los datos que acabamos de consignar, y el mismo general mostróse vacilante entre sitiar á Emmerich ó á Grave, habiendo destacado á este último fin algunas tropas de su campo: empero, las dificultades que el nuevo proyecto ofrecía eran tales, que á la postre determinóse acometer lo que se tenia más á mano, haciendo caso omiso de las reconocidas ventajas

(1) Joaquín de la Llave, *El Sitio de Breda*, publicado en la *Revista-Científico Militar*, Tomo I, núm. 8, Serie 3.ª

El plano á que el señor de la Llave se refiere en su notable estudio es el mismo que damos en el Museo y que nos ha sido facilitado por el Sr. Director de la citada *Revista:* «Debo prevenir, dice el autor de aquel estudio, que el plano de Breda y de los trabajos de su cerco que está reproducido de la obra del padre Hugo, no está orientado, antes bien la línea Norte-Sur es próximamente la determinada por el punto conocido con el nombre de Collado de los Conejos, marcado en el plano con la letra E, y la iglesia central de Breda. El plano expresado representa los trabajos del cerco cuando se rindió la plaza; de modo que en la relación del sitio deberá recordarse esta circunstancia, teniendo presente que en los nueve meses y medio que duró, no se dejó ni un momento de trabajar.»

Nuestros lectores recordarán que al redactar la biografía del escritor portugués Sueiro, hicimos mención de la obra del jesuita Hermán Hugo titulada: *Sitio de Breda, rendida á las armas del rey don Phelipe IV, á la virtud de la infanta doña Isabel, al valor del marqués Ambrosio Spínola*. Tradújola Sueiro del latín é hizo de ella una notable edición el célebre impresor Plantin de Amberes en 1627. Esta obra es sin duda alguna la más importante publicada acerca del famoso sitio, y el historiador de Felipe IV, D. Gonzalo de Céspedes la menciona con elogio. La narración de este escritor parece basada en la de Hermán Hugo.

del enemigo, de las malas condiciones que reunía el campamento y aún de la escasez de metálico. Por añadidura recibióse aquellos días un despacho de Madrid en que el rey Felipe IV decía á su general: *Marqués, tomad á Breda.* La tenacidad de Spínola triunfó de todos



Mosquetero holandés. Facsímile de un grabado de la obra *Manejo del arcabuz, la pica y el mosquete* dedicada á Mauricio de Nassau

aquellos obstáculos, y en consecuencia adoptáronse las medidas necesarias para el acordonamiento de la plaza (28 Agosto). Ocupó Francisco de Medina con 4,000 infantes y diez compañías de caballos el lugar de Ginneken (A), donde al siguiente día se le reunió Spínola, después de haber levantado el campo de Gilzen; pasaron á situarse en Terheiden (G) los

(1) «En el cuartel de Terheiden, dice el autor antes citado, ejercía el mando Baglioni, pero á propuesta del maestre de campo D. Juan de Medicis, persona de toda confianza del general y á quien encargaba de las comisiones más delicadas, se repartió el cuartel en dos campamentos, uno en el mismo pueblo *(a)* que se puso á cargo del sargento mayor italiano Carlos Roma, y otro en el Collado de los Conejos *(b)* más próximo á Breda, donde se alojó el mismo Baglioni. Sobre el Merka *(c)* se estableció un puente de barcas, fortificado con dos cabezas de puente.

(a) Representado en G. — *(b)* Representado en E. — *(c)* Representado en M.

italianos de Pablo Baglioni (1), los escoceses del conde de Arghil y algunas compañías de otros tercios; el barón de Balanzón se situó con sus borgoñeses en Dederigen (C) y el conde Isenbourg con los alemanes en Terhagen (D). El puesto avanzado que Medina ocupaba en las orillas de un arroyo próximo á la plaza, fortificóse con un reducto; y su comunicación con el campamento de Ginneken, donde se hallaba Spínola (A), se aseguró con otros tres, y un fuerte (1). Un puente establecía frente á este campo la comunicación entre ambas riberas del Merka. «Los atrincheramientos que se emplearon para cerrar los cuarteles, dice el señor La Llave, eran de perfil bastante reforzado, foso de 10 piés de anchura y 7 de profundidad, parapeto de 11 piés de grueso, cuya cresta se elevaba ocho piés sobre el terreno. Para cerrar los intervalos entre unos cuarteles y otros y asegurar sus comunicaciones mutuas, se enlazaron con líneas de circunvalación y contravalación, que vueltas respectivamente hacia el exterior y hacia la plaza, distaban entre sí unos 200 pasos. Las expesadas líneas no eran sencillas, sino que tenían intercalados reductos y fuertes de campaña para mejor sostenerlas. En la parte norte, desde la orilla derecha del Merka hasta cerca de Dederingen se extendió una inundación, á través de la cual se construyó un dique, que se llamó Dique Negro, defendido por cinco reductos (2), el cual sustituía aquí á las dos líneas de circunvalación y contravalación gracias al obstáculo que presentaba el agua. Se nos olvidaba decir que el perfil de las líneas era bastante más sencillo que el que encerraba los cuarteles... Los trabajos de atrincheramiento de las líneas de circunvalación y contravalación que se llevaron á cabo en el sitio de Breda, pueden servir de ejemplo de cómo se establecían los cercos durante las guerras de Flandes. Las precauciones que se tomaban eran de todo punto necesarias, pues en el largo período de tiempo que podía durar la defensa de la plaza, le era posible al enemigo organizar sus fuerzas y acudir al socorro, á veces con ejércitos que no existían cuando se acordonó la plaza. El sitiador, teniendo que defender un gran circuito con fuerzas reducidas, recurría á la concentración de las tropas en los cuarteles atrincherados, fuertes y reductos de campaña, entre los cuales las cortinas no eran más que simples cerramientos. Este sistema, que fué abandonado sin justificado motivo durante el siglo XVII, era perfectamente racional, y un autor moderno (3) ha pretendido resucitarlo.»

Expiraba el mes de Setiembre cuando terminaron los trabajos de la circunvalación, tan extensa que alcanzaba 30,600 pasos, sumando el número de fuertes y reductos la cifra de setenta. En ellos se emplearon los soldados; y de este modo el dinero que debía darse á los campesinos ó gastadores, les sirvió de ayuda y alivio, evitando, á la par que la miseria, las deserciones, muy frecuentes cuando las pagas escaseaban. De la actividad que desplegaron capitanes y soldados, puede juzgarse con decir que en sólo diez y siete días estuvieron cerrados en sus líneas; y no otra cosa requerían las circunstancias, porque Mauricio indudablemente acudiría en socorro de Breda. Y en efecto, desembarcó en Gertruidemberg, y avanzó hacia Breda en los primeros días de Octubre, acampando en el pueblo de Meede, situado á corta distancia del Dique Negro (L). Era cabalmente éste el punto más flaco de la circunvalación, pues ya se ha dicho que allí el dique suplía las dos líneas de circunvalación y contravalación, extendiéndose á través del terreno inundado; por manera que conquistando los cinco reductos que lo defendían y rompiendo el dique, podían introducirse socorros en la plaza. Y así lo comprendió Spínola, al que por aquellos días habían reforzado dos regimientos que pidió á los austriacos, y nuevas compañías reclutadas en Alemania. El caudillo católico pasó á situarse en el espacio situado entre la letras F y H, dispuesto á rechazar á los enemigos, y como Mauricio no se moviera de sus posiciones, los españoles protegieron la margen exterior de la inundación con cinco fuertes enlazados por sencillos atrincheramientos, cuyos extremos apoyaban Spínola y Baglioni. Veintidos días permanecie-

(1) Del cuartel que ocupa Spínola dice Céspedes: «Representaba una ciudad llena de calles y barracas, lonjas y varias oficinas, con la caballería en retaguardia y las municiones y pertrechos junto á la misma plaza de armas, detrás del frente de banderas y fortificada de hondos fosos y vigilantes guardadores.»

(2) Está representado el dique en L, la inundación en N.

(3) Roguet, *Des lignes de circonvallation et de contrevallation*. París, 1872.



M. Soler, Editor

EL CAMPO ESPAÑOL FRENTE Á BREDA

(Fragmento del célebre grabado de Callot: El Sitio de Breda)

ron los holandeses y españoles en sus respectivas posiciones. Mauricio no se consideró sobrado fuerte para arrojarse sobre la línea española; pero ideó un ardid para apoderarse de la ciudadela de Amberes, á cuya guarnición consideraba desprevenida. Al oscurecer de un tempestuoso día de Octubre, un destacamento holandés con banderas españolas, hizo alto á corta distancia de aquella fortaleza, y cerrada la noche, algunos soldados escogidos echaron un puente, que á prevención traían, y salvando el foso, llegaron hasta el revestimiento de



El Conde Duque de Olivares. Grabado de Iode

la cortina exterior. Ya iban á poner el pié en ella, cuando un centinela oyó ruido, y disparando su arcabuz puso en alarma á la guarnición. Acudieron rápidamente los soldados españoles, y después de un ligero choque, rechazaron fácilmente los asaltantes; pues no quiso Mauricio sacrificar estérilmente su gente, teniendo enemigo tan poderoso á sus espaldas. Persuadióle la actitud enérgica de Spínola que tampoco conseguiría forzar las líneas de Breda, y como el invierno se viniera encima, y su salud se hallara resentida, distribuyó el ejército holandés por las plazas de Gertruidemberg, Rosendal, Zevemberg y otras, y él se retiró á la Haya, con lo cual Spínola quedó en completa libertad para proseguir el sitio.

No favorecía mucho la llegada del invierno al ejército sitiador. Las plazas más próximas que podían procurarle bastimentos, eran Amberes y Bois-le-Duc, distantes de Breda diez y

media, y ocho y media leguas respectivamente, lo que exponía en gran manera á los convoyes, al ataque de las guarniciones de Rosendal y Berghen-op-Zoom. Hubo, pues, que establecer un itinerario que, dando un rodeo bastante grande, asegurara su llegada al campo, y á lo largo de este camino, desde Liera, por Herenthals, Turnhout y Baarle, escalonar varios fuertes para protejer la conducción. Liera, á tres leguas de Amberes, era el almacén de las tropas, y en el trayecto de esta ciudad á Ginneken hacían noche los convoyes en Turnhsut, cuyas defensas y presidio se mejoraron. En Baarle salían á recibirlos las fuerzas sitiadoras, y les acompañaban hasta el campo. De este modo pudo el ejército católico asegurar su subsistencia, pues con algunos intervalos en que los temporales ó el enemigo interceptaron los convoyes, este servicio no dejó de practicarse. En las líneas católicas proseguíanse activamente los trabajos, se construían algunos reductos, y al expirar el año, 30 cañones y 23 morteros rompían el fuego contra la plaza. El hambre comenzaba ya á dejarse sentir en ésta, y era fácil presumir que unida á las enfermedades y al fuego haría más breve la resistencia. Pero los holandeses no permanecían ociosos, y con objeto de introducir socorros trataron de desviar las aguas del Merka, en Zevemberg, arrojándolas por la llanura que se extiende hasta Breda, que se proponían cruzar en barcas (1). La construcción del dique destinado á retener las aguas, fué trabajosa por demás, y acredita la habilidad y la constancia de nuestros enemigos, no menos que la sagacidad de Spínola. Este mandó construir en Terheiden una esclusa para retener las aguas en la marea alta, y mandó cortar los diques del Merka, logrando de este modo que aquella invadiera los campos de ambas márgenes: asi que bajaban las aguas, abria Spinola la esclusa que retenía las de la marea, y éstas lanzábanse con gran violencia contra el dique holandés, arrastraban los materiales. Este hecho se repitió algunas veces, hasta que una gran tempestad arrebató al enemigo las escasas obras ejecutadas. No fueron más afortunados los de Breda al tratar de inundar el campo sitiador levantando la altura de las esclusas del Merka, porque Spínola hizo abrir un canal de derivación para conjurar este peligro, y además rompió el agua la esclusa de la ciudad. Sin embargo, ningún género de contratiempo les intimidaba, pues Mauricio les había dado aviso de que muy en breve el bastardo de Mansfeld acudiría en auxilio de Breda. Y en efecto; á mediados de Febrero reunió este caudillo en Gertruidemberg las fuerzas de socorro, 14,000 infantes que reclutó en Inglaterra, 2,000 alemanes y algunas compañías de gente de las provincias. Spinola á prevención habia reforzado su ejército con 15,000 infantes valones, y 3,000 caballos flamencos. Estas fuerzas las mandaba el insigne autor de las *Guerras de los Estados Bajos*, D. Carlos Coloma, y á ellas se agregaron 3,000 infantes y 2,200 caballos con que auxilió á la infanta Isabel el Emperador de Alemania, y otros 3,000 infantes y 1,000 caballos al mando del conde de Anholt, venidos de Baviera; en junto sumaba el esfuerzo la cifra de 21,000 infantes y 6,200 caballos. Spinola mejoró sus posiciones, construyendo una nueva línea de circunvalación, exterior á la primera, de unos 50,000 pasos de circuito y otra de contravalación de 16,000, según puede verse en el plano. De este modo quedó ceñida Breda por una red de puntos fortificados, pues además de los cuarteles, dice un autor, existían 96 reductos, 37 fuertes y 45 baluartes: trabajo verdaderamente asombroso que atestigua el gran desarrollo que á principios de este siglo alcanzó el arte del ingeniero, no menos que las dotes poliorcéticas del ilustre marqués de Spínola. El socorro de Breda por los holandeses fué una ilusión para los sitiados. Los temporales que se desencadenaron en el mes de Marzo por una parte, las grandes heladas y la carestía de víveres por otra, mermaron el ejército de Mansfeld hasta el punto de no considerar éste prudente aventurarse en tal empresa. Defirióle, de acuerdo con Mauricio, hasta la primavera, y este reposo no dejó de favorecer á Spínola, cuyo ejército sufrió á causa del temporal y de las inundaciones gran

(1) «Libraba el rebelde parte de su esperanza en el hazer retroceder el agua y curso de la Merke (rio que forma su novillo) para anegar á nuestro campo. Habia para esto en Levenberg dispuesto un dique artificioso y en que asistieron muchos barcos é infinidad de gastadores, y era su intento dirigido no solamente á aquel designio, mas sobre todo á entrar la plaza y abastecerla en barcos chatos.» Céspedes, *Hist. del rey D. Felipe IV.*



CERCO DE BREDA, 1624-1625

M. Soler, Editor.

carestía, y todo género de sufrimientos; pero el caudillo católico, en la seguridad de verse atacado, reforzó sus líneas, colocando los alemanes de Anholt en el costado derecho (H) del *Dique Negro*; puso entre el cuartel de Anholt y el de Baglione un regimiento alemán y un tercio borgoñón, y entre los de Ginneken y Dederinge al conde Juan de Nassau con otros regimientos alemanes: á espaldas de Ginneken apostáronse algunas compañías sueltas, y en Hochstrat ú Hoogstraeten fortificóse el conde de Berghas con la caballería, y 3,000 infantes. Estas últimas fuerzas podían darse la mano con las que entre Amberes, Malinas y



Conductor de un tren de artillería. Según un grabado del *Tratado de la artillería*, de D. Diego Ufano, 1617

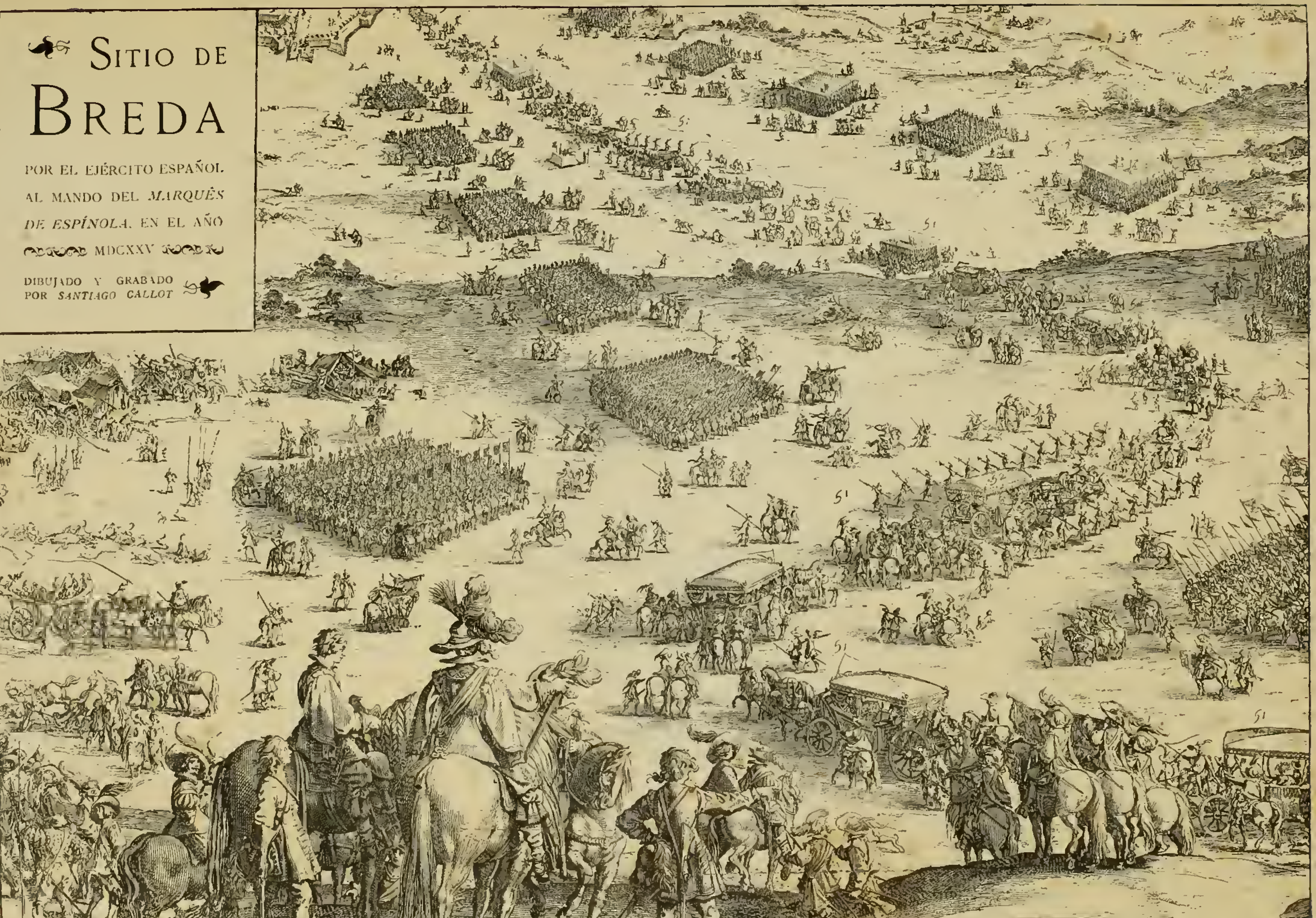
Liera tenían distribuídas Coloma y el príncipe de Barbanzón. La comunicación con las líneas quedaba de este modo bien asegurada.

En 23 de Abril de 1625 ocurrió la muerte de Mauricio de Nassau, táctico experto, hábil poliorceta y político ambicioso, á quien la Holanda debía en no escasa parte su independencia, pero al que no amaba á causa de sus desafueros. Dotado de más altas cualidades militares que el *Taciturno,* se le igualaba también en su inmoderado deseo de mando, y en sus pocos escrúpulos. La muerte que hizo dar al ilustre Barneveld, á quien debía su elevación, le enajenó el afecto de los mismos que antes le ensalzaron; más temido que amado, tuvo el disgusto de expirar precisamente cuando los españoles, mandados por Spínola, se hallaban próximos á arrebatarle una ciudad importante. Poco tiempo antes de que esto tuviera lugar, y no obstante hallarse enfermo, Mauricio había mandado reforzar las tropas que habían invernado en Rosendal y otros pueblos ribereños, con todas las guarniciones disponibles, proyectando tentar otra vez el socorro de Breda, á la llegada de la primavera; pero como precisamente entonces ocurrió su fallecimiento, retardóse á fines de Abril la operación, que emprendió Federico Enrique de Nassau, hermano de Mauricio, y su inmediato sucesor en el

mando de los ejércitos holandeses. Educado en la escuela de éste, Federico Enrique reunía á un claro talento una excelente práctica militar; y aunque no sobresalió como Mauricio, fué más afortunado que él en sus empresas. La primera que efectuó como generalísimo, fué el socorro de Breda, y para realizarlo, apostóse con su ejército en los mismos cuarteles en que antes se había colocado Mauricio, esto es. en las inmediaciones de Meede, tratando de forzar las líneas por Terheiden. El terreno estaba de aquella parte completamente inundado, y sólo podía cruzarse por dos angostísimos diques; sin embargo, creyóse que esto mismo daba lugar á que estuvieran por allí las líneas menos defendidas, y se ordenó á Veer que una hora antes de amanecer el día 15 de Mayo, las atacara por el dique llamado de Gertruidemberg, al frente de 200 picas escogidas y algunos mosqueteros; mientras esta fuerza caía sobre el cuartel de los italianos que mandaban el sargento mayor Roma, se daría arma contra el de los borgoñones de Balanzón, con objeto de distraer á los católicos: una reserva de 6,000 franceses y alemanes apoyaría el ataque, y el grueso de las fuerzas se arrimaría al dique para sostener si era preciso la retirada. Realizóse en esta forma la acometida; los soldados de Veer avanzaron por el dique llevando además de sus armas, dos granadas para arrojar en los reductos, y al llegar al primero de éstos, no muy bien guardados, cerraron intrépidamente contra él, coronaron el parapeto, lanzando las granadas, pusieron en huida á una parte de sus defensores, y pasaron á cuchillo á los que resistían. Dueños de esta posición, prosiguieron los piqueros su avance, arrebatando el rebellín que cubría la entrada del cuartel de los italianos, mientras los mosqueteros hacían nutrido fuego desde el dique; y ya comenzaban á cejar los que defendían el parapeto, cuando volando Roma al peligro animándoles y dándoles ejemplo, los obligó á retroceder. Acudieron al ruido de la pelea otros soldados, y el esforzado sargento mayor pudo rechazar al enemigo que, engrosando por momentos, amenazaba hacerse dueño del parapeto. Ya no quedó otro recurso á los ingleses que retroceder, pues la luz del día comenzaba á iluminar el campo, y la alarma cundía por las trincheras, pero la retirada por el angosto dique, y acosados de cerca por los católicos, fué, como puede presumirse, atropellada y desastrosa. Dejaron en ella los enemigos quinientos muertos, entre ellos ocho capitanes; perecieron muchos ahogados. y de los nuestros calculáronse las bajas en trescientos soldados, tres capitanes y cuatro alféreces. Este fracaso decidió la suerte de Breda. El príncipe Federico Enrique renunció al socorro y levantó su campo de Meede el 27: Justino de Nassau, habiendo recibido una carta de su primo el conde Enrique de Berghes, en la que le proponía la capitulación, pidió la venia á Federico para entregarla. El 29 de Mayo, según lo convenido con éste, once disparos hechos desde la torre de Breda le anunciaron los días que podía prolongarse la resistencia; el 31 tuvieron Berghes y Justino de Nassau una conferencia en un paraje situado entre la plaza y el campo, acordándose las condiciones de la entrega, que fueron estas: armas, banderas desplegadas. balas en boca, cuerdas encendidas, ropa, bajeles, tiendas, dos morteretes, barcas, todos los muebles de Mauricio, carros prestados, libertad recíproca á los prisioneros, perdón general á los burgeses, dos años en que deliberar de sus haciendas y personas.

Salió Justino de Nassau el 5 de Junio de 1625 por la puerta de Bois-le-Duc acompañado de trescientos hombres y dos cornetas de caballos. Esperábale Spínola en los cuarteles de Balanzón rodeado de lucido séquito, y al entregarle aquél las llaves de la plaza que tan esforzadamente había ganado, honróle Spínola elogiando su valor y constancia, así como el de sus oficiales y soldados. El conde de Berghes convoyó la guarnición holandesa hasta el territorio enemigo y el ejército vencedor ocupó después de un sitio de diez meses la importante plaza de Breda.

Este famoso cerco que tanta gloria dió al marqués de Spínola, ha sido inmortalizado por el pincel de Velázquez, por el buril de Callot y por la pluma de Calderón. El primero pintó aquel famosísimo cuadro, joya de nuestro Museo, que se conoce con el nombre de *las lanzas;* el segundo la grandiosa y magnífica composición titulada *El sitio de Breda;* el último la comedia de este mismo nombre, notable por la exactitud con que relata los episodios del sitio.



EL CAMPO ESPAÑOL FRENTE Á BREDA

Reproducción directa del sexto fragmento del grabado de Callot "Le Siège de Breda"

E. Ullastres, Editor.

Tip. Academia.

Del cuadro de Velázquez se da idea en la cabecera de este Estudio; de la obra de Callot el facsímil de un fragmento y la copia de otro. La magnitud de este grabado que ejecutó el artista francés de orden de la Infanta Isabel Clara, en el espacio de tres años, nos ha impedido reproducirle por entero. Otro facsímil tomado de la obra del jesuita Hermán Hugo, representando la ciudad y las líneas del sitiador, completa la ilustración de este importante acontecimiento.

III

Para que nuestras armas no tuvieran ocasión de permanecer ociosas en Italia, á la guerra de Saboya siguió, con breve intervalo, la de la Valtelina, guerra esta de poca importancia si se tiene en cuenta que se trataba de la posesión de un mísero valle alpino, de diez y ocho leguas de largo, por ocho de ancho, pero que, sin embargo, reviste gran trascendencia por el enlace que establecia dicho territorio entre nuestro vireinato de Milán y los dominios austricos. Habíanse apoderado de la Valtelina los grisones, fanáticos calvinistas, y tan oprimidos tenían á los naturales de religión católica, que éstos tomaron las armas, y ayudados por el gobernador de Milán, duque de Feria, arrojaron á sus dominadores (1620). Mas como para asegurarse de aquel país el español levantase en él distintas fortalezas, poniendo en todas ellas guarnición, esto dió origen á unas nuevas complicaciones, porque Francia, ganosa de recobrar en Italia su perdida influencia, apoyó la reclamación de los grisones y España no considerándose, bastante fuerte para oponer resistencia, aceptó un convenio que restablecía el antiguo estado de cosas (25 Abril 1621). No se mostraba por eso muy deseoso el gobierno español, ó, por mejor decir, el conde duque de Olivares, de llevar á su realización el citado acuerdo, mas tanto apremiaba el rey de Francia que negoció un nuevo tratado (1622) por el cual se convino que los fuertes levantados en la Valtelina, se pondrían en poder de un príncipe católico hasta tanto que se zanjaran las diferencias entre las dos naciones. Empero, mientras España procedía con tal lentitud y ajustaba con el Papa un nuevo asiento, en virtud del que pasaban á sus manos las fortalezas españolas, Luis XIII se confederaba con Venecia y Saboya, renovaba su alianza con la Holanda, y formaba una liga con el duque de Saboya y la república de Venecia obligándose estos dos con la Francia á sostener en campaña 44,000 combatientes y á no dejar las armas hasta que la Valtelina se hubiese restituído álos grisones. De este modo se encontró España rodeada de temibles enemigos, y para que á esta coalición no faltaran los más poderosos, unióse á ella Inglaterra, desairada en las pretensiones del príncipe Carlos á la mano de la infanta de España Doña María. Casi todas las potencias de Europa se conjuraban contra ella y sólo un soberano le era dicto, el Papa: en cambio, como si no tuviera sobrados apuros para defender sus dominios tenía que acudir á los de la rama austriaca, en Alemania. Y para resolver tamaño conflicto, para hacer frente al célebre cardenal Richelieu, político profundo y audaz, á cuyo nombre va asociada la pujanza de Francia y la ruina de los Austrias, Felipe IV de España tenía á su lado una de las mayores nulidades que hayan ocupado el poder, el inepto conde duque de Olivares, que ni pudo desbaratar las tramas del Cardenal, ni desviar á Inglaterra de sus alianzas con Francia y con Holanda. Así fué que el francés, después de haber levantado tropas en los cantones suizos los agregó al ejército de invasión y penetró en la Valtelina (1624), apoderándose con suma facilidad de los fuertes que ocupaban las tropas del Papa, sin atender á las reclamaciones de éste ni de España. Tardíamente se apercibió el ministro español para resistir á los invasores, pero así y todo consiguió oponerles fuerzas respetables. Confederóse con los príncipes de Parma, Módena y Toscana y con las repúblicas de Luca y Génova, que se obligaron á levantar 24,000 infantes y 6,000 caballos; hízose en España una cuestación general que procuró 104,000 soldados de infantería, 14,600 caballos, 72 navíos y 10 galeras, que unidos á los que tenían en Milán el duque de Feria y á las naves que

mandaba el marqués de Santa Cruz componían un ejército y armada bastante poderosos para no temer á los invasores. Para estimular al duque de Saboya, Richelieu le envió 10,000 hombres y 2,000 caballos, y acordó con él un reparto de Genóva entre Francia y el Piamonte. Consecuencia de este acuerdo fué la entrada del saboyano en el Monferrato, de cuyas plazas se apoderó sin dificultad. La guerra llevaba trazas de propagarse por todo el Norte de Italia, y por lo mismo eran grandes los empeños del Papa por que llegara á un arreglo; pero la invasión prosiguió, viéndose muy en breve la república de Génova reducida á esta capital y á la plaza de Savona; y ya se hallaba amenazada muy de cerca la segunda cuando apareció la armada española de Santa Cruz, cuyos certeros disparos obligaron á los franceses á levantar su campo. El duque de Feria acometió casi al propio tiempo el Monferrato, y recuperando varias plazas, se puso en condiciones de humillar á los enemigos, porque el país en masa se había levantado, y alentados los genoveses por ayuda tan eficaz hicieron grandes matanzas de piamonteses y francos. El resultado de estas operaciones, las instancias repetidas de Roma, ó quizás las luchas intestinas de Francia, inclinaron el ánimo de Richelieu á la paz, que deseaba España no menos que su rival; y sobre la base del reconocimiento de la libertad de la Valtelina, si bien quedando tributaria de los grisones, se firmó en Enero de 1625 el tratado de Monzón.

El resultado de esta guerra pudo halagar el orgullo del inepto Olivares, pero la verdad es que á pesar de los grandes dispendios ocasionados, el disputado valle no quedó del dominio de España. Las operaciones militares que hemos bosquejado no encierran lecciones de tanto interés, que merezcan se las consagre más extensos párrafos.

Proseguía entre tanto la guerra de Alemania, pues ni la sumisión que hizo el rebelde Palatino y otros pequeños príncipes, ni la que efectuó Silesia por medio del duque de Munster, evitaron que retoñase con vigor. Comenzó por el sitio de Franckenthal, que puso Gonzalo Fernández de Córdova, á cuyas órdenes dejó Spinola los tercios que allí combatían, pero la plaza hizo tan vigorosa resistencia, que dió lugar á que Mansfeld acudiera en su socorro y obligara al español á retirarse á Oppenheim. Ni Córdova, á pesar de su valor, alcanzaba la talla militar de su antecesor, ni Mansfeld, á pesar de su habilidad, era otra cosa que un bandido de alta escuela. Contentóse éste con rechazar á Gonzalo, y sin perder momento cayó sobre la Alsacia, que devastó y saqueó primero sólo y luego en competencia con el duque de Brunswick. Estas correrías permitieron á Tilly, general de los imperiales, y al caudillo español, organizarse convenientemente y acosar al enemigo, que atacado enérgicamente en Manheim fué derrotado por completo, viéndose obligado el Duque á refugiarse en Alsacia y rindiéndose á los católicos las plazas de Heidelberg y Manheim. Los restos del ejército rebelde ofrecieron inútilmente sus servicios al Emperador y á Francia, y después de haber sido rechazados de la frontera de este país, donde intentaron darse la mano con los calvinistas, tuvieron que acogerse á Holanda, no sin venir á las manos con las tropas de Gonzalo de Córdova, que en Fleurus, intentó cortarles el paso (9 Agosto de 1622). Tales matanzas no bastaban á extirpar de raíz aquella lucha de príncipes-bandidos; en 1624 Tilly derrota al de Brunswick y en 1626 Waldstein, que ha tomado el mando superior del ejército imperial, rompe el ejército de Mansfeld sobre el Elba, y aun así quedan todavía masas de foragidos dispuestas á secundar á los ambiciosos. Afortunadamente Mandsfeld y el de Brunswick fallecen en este último año, y con la victoria conseguida por los imperiales sobre el ejército del rey de Dinamarca, que interviene á su vez en la lucha, y el triunfo del conde de Oppenheim sobre las turbas de campesinos armados, el emperador Fernando puede respirar tranquilo por algún tiempo.

Hasta este momento puede decirse que España había podido sostener, aunque no sin trabajo, su dominación; y la Casa de Austria en sus dos ramas prevalecer de sus enemigos en el interior y de los ataques de Richelieu; resultando de aquí cierto envanecimiento por parte del Conde-duque de Olivares: pero en realidad, más era debido su aparente poder al talento de sus generales y al valor de sus tropas, que á la habilidad diplomática de aquel ministro. Y como el estado

económico de la nación era desastroso, y como á los desaciertos políticos y á la osadía de Olivares, se añadía la enemiga del sagaz Richelieu, muy en breve iba á ponerse de manifiesto nuestro estado de flaqueza. Difícil era ya conservar lo adquirido con gran prudencia ¡cuánto más difícil ir en busca de nuevos compromisos, cuya solución, aun siendo honrosa, tenía que ser forzosamente perjudicial! Las mismas empresas gloriosas para España en los



Fragmento copiado de la célebre composición de Santiago Callot, *Le Siege de Breda*

mares, contribuían á debilitarla, y todo evidenciaba la falta de un plan, la política aventurera á que nos impulsaba la ambición torpe de los favoritos.

Indicamos ya en otra ocasión, que los corsarios berberiscos infestaban de continuo nuestras costas, y eran el terror de las poblaciones del litoral. Para atajar sus correrías, organizáronse algunas expediciones, siendo entre ellas notables la que hizo en 1601 desde Sicilia el almirante genovés Juan Andrea Doria, con 70 galeras y 10,000 hombres con los que se arrimó á Argel, aunque sin resultado, por haber diferido un día el ataque y haber sobrevenido una tempestad que le obligó á zarpar para España. En 1603, el marqués de Santa Cruz acometió y saqueó las islas de Zante, Pathmos y algunas otras, apresó algunos bajeles, y regresó á Nápoles cargado de botín; dos años después castigaba el marqués de Villafranca á los piratas turcos que cruzaban por las aguas de Gibraltar, y en 1609, D. Luis de Fajardo hacía gran estrago en la armada de corsarios anclada en la Goleta, y volvía de allí con buena presa. Pero todas estas expediciones pasajeras, aunque gloriosas, eran insuficientes á quebrantar el poder otomano y á destruir la piratería. El único resultado positivo que produjeron fué la posesión de Larache en 1610, que facilitó á Felipe III el destronado rey de Marruecos Muley Xeque, en recompensa del socorro que le prestó el marqués de San Germán.

En 1612, el marqués de Santa Cruz, general de las galeras de Nápoles quemó en la Goleta una flota corsaria de once velas, y devastó la isla de Querques, y al año siguiente, el virey de Sicilia, duque de Osuna, dió principio á sus expediciones contra turcos y africanos, llevando con toda felicidad las armas españolas á las costas de Berbería. Poco después, D. Octavio de Aragón arrojaba á los turcos de Malta, causando gran destrozo á sus naves, y mientras estos sucesos ocurrían en el Mediterráneo, D. Luis de Fajardo realizaba una expedición á la costa occidental africana, plantaba la enseña española sobre las rocas de Salé, y tomaba por asalto á la Mámora (1644). A estas victorias hay que añadir la conseguida por el capitán toledano D. Francisco de Ribera en la costa de Caramania, donde venció con pocos galeones gran número de galeras turcas, degollando en tres batallas más de 3,000 enemigos, echando á pique la capitana y destrozando á los demás; la atrevida excursión del napolitano Costa á los Dardanelos donde apresó algunas naves turcas con rico cargamento; el triunfo de la armada de Nápoles mandada por Benavente y Manrique contra los piratas berberiscos, y por último, la victoria conseguida por D. García de Toledo sobre los corsarios africanos, en las aguas de Arcilla. Gracias á estas victorias, España pudo aún hacerse respetar del enemigo en el Mediterráneo; mas, por desgracia, no ocurría lo mismo en el Atlántico ni en las costas de Indias, donde los holandeses é ingleses continuaban sus correrías, causándonos inmensos daños en las posesiones de Asia y en el Brasil, y saqueando á San Salvador, Lima y el Callao. Llevaron los primeros su osadía hasta el extremo de insultar á Gibraltar, pero el general español D. Fadrique de Toledo destrozó en aquellas aguas sus naves, y más tarde consiguió nuevas victorias sobre ellos en la América Meridional, arrójandolos de Guayaquil, Puerto-Rico y otras islas. Los ingleses, para no quedarse cortos, presentáronse con una escuadra de noventa velas en la de Gibraltar, y pusieron en tierra 10,000 soldados que se apoderaron del Puntal, mas en esta ocasión no alcanzaron igual fortuna que en 1596, y fueron rechazados con serias pérdidas. Pero ingleses y holandeses, fieles á su antiguo sistema de dar caza á nuestras flotas de Indias, espiaban el arribo de aquéllas, y ponían en serios conflictos á nuestros gobernantes,como ocurrió el año 1627, en que cayó en su poder, cerca de las islas Terceras, el cargamento de la plata. Ciento veinte buques enemigos, divididos en varias escuadras de 60 á 80 naos expresamente armadas para el combate, cruzaban sobre estas islas para interceptar la flota de Garibay. La Compañía holandesa de las Indias enviaba al corso 800 bajeles que en trece años hicieron 545 presas, valuadas en 180 millones de libras esterlinas (1). No es, pues, de extrañar que la llegada de nuestras flotas se solemnizara con grandes festejos y funciones religiosas y su retardo originase públicas rogativas.

Tales desastres no impedían á la córte española mostrarse ufana de su aparente grandeza: porque en realidad, en los primeros años de este siglo, los ejércitos y las escuadras de España iban en boga en Italia y en Flandes, en Alemania y en Africa. En la América Meridional sometía D. Juan de Oñate la Nueva Méjico al rey de España, después de un terrible combate con 4,000 indios; en la del Sud eran subyugados los araucanos; en las posesiones de Asia, Rivero de Sousa y Felipe Brito ponían bajo la obediencia de España el reino de Pegú, y el gobernador de Filipinas D. Pedro Acuña destruía la factoría holandesa de Ternate y restituía las Molucas á Portugal, mientras Jerónimo de Acebedo conquistaba á Ceilán. Por último, los hermanos Nodales descubrían en 1619 el estrecho de San Vicente, y regresaban á España á dar cuenta de este feliz hallazgo.

Dados estos resultados, no es de extrañar el desvanecimiento del monarca y del favorito; aunque sí maravilla que, á pesar de sus grandes necesidades, tuviera aún el empobrecido reino recursos para tan múltiples empresas.

(1) Fernández Duro, *Disquisiciones Náuticas.* IX *Galeones y flotas de Indias.*

IV

La cuestión suscitada con motivo de la herencia del ducado de Mantua retoñó en 1627 con motivo de la muerte de su posesor. Disputábanse aquella el príncipe de Guastalla y el duque de Nevers; aspiraba Oliveras á sacar de aquel litigio gran provecho, y el ambicioso Carlos Manuel de Saboya, también codiciaba aquel Estado. Estos dos últimos llegaron á entenderse, sobre la partición del Monferrato, y en 1628, saboyanos y españoles trataban de llevarla á efecto ocupando varias plazas. El Gobernador de Milán se detuvo frente á la de Casal, una de las más importantes del Norte de Italia, y aunque resistió con energía, era de presumir su entrega, mayormente no habiendo logrado Nevers conducir las tropas que levantó, á este lado de los Alpes. Con objeto de que Francia no tuviera respiro para atender á los negocios de Italia, también fomentaba Oliveras las disensiones civiles de aquel país, y en el año citado la católica España mandaba sus flotas en auxilio de la Rochela, último baluarte del protestantismo francés, al que atacaba con valor Richelieu. Y dióse el caso por demás extraño de que mientras Felipe IV ayudaba á los herejes contra el cardenal romano; los holandeses contribuyeron al sitio de la Rochela, despachando sus naves en favor del católico Luis XIII. ¡Lamentables contrasentidos de la política!

Rindióse, sin embargo, la Rochela, y cayó sobre el Monferrato con todo el peso de sus armas, Richelieu. La noticia de su avance llena de confusión á la córte de España y al de Saboya; y mientras éste se pone en franquía declarándose neutral, Oliveras, viendo el sesgo que va tomando este negocio, recurre al expediente de llamar á Spínola para confiarle el ejército de Italia. En realidad hubiera sido un buen recurso, si Spínola no dejara á sus espaldas un enemigo respetable y engreído; pero este alejamiento, siquiera momentáneo, del ilustre genovés, trae á la mente la separación de Alejandro Farnesio de Flandes para llevar á Francia la guerra. Y cuenta que las circunstancias eran ahora más críticas, pues mientras el imperio alemán se veía rodeado de peligros graves, la Holanda y la Francia amenazaban por el Norte y el Mediodía nuestra dominación en los Países Bajos, viéndose la infanta Isabel, que los regía encerrada en un círculo de hierro. Por otra parte, faltaban recursos; la España de Felipe IV era más miserable que la de Felipe II; se hallaba más que emprobecida, hambrienta, verdaderamente arruinada. Contaba apenas con recursos propios y podía confiar menos que hasta entonces con los que procuraba América. Y en tales momentos ¿cómo podían sostenerse no una, sino dos guerras á un tiempo? De aquí la flojedad que en ellas se nota. Spínola llega á Madrid, donde se le dan muchas promesas y ningún recurso: los franceses, con Richelieu á la cabeza, fuerzan los pasos del desfiladero de Suza, y se apresuran á invadir el Monferrato; Saboya espía sus movimientos, dispuesto, á sacar el mejor partido de ellos, y Alemania, requerida como auxiliar por España, trata de hallar un acomodamiento no se logra y como casi á un mismo tiempo llegan al Monferrato los cuerpos axiliares de Collalto y Merode, que despachó el Emperador, y los soldados de Spínola, el duque de Saboya se coloca decididamente al lado de España.

Dueño de los pasos de Suza, Richelieu trata de ir en socorro de Casal, sitiada flojamente por el gobernador de Milán, Gonzalo de Córdoba; y en la noche del 17 al 18 de Marzo llega con 23,000 combatientes á la orilla del Dora-Riparia, cerca de Casaleta, con objeto de sorprender á Rívoli, donde se encuentra el duque de Saboya; pero advertido á tiempo, retírase éste con su pequeño ejército á Turín, donde espera darse la mano con Spínola y Collalto y

derrotar á Richelieu. Cálculo errado; porque el Cardenal, revelando tanta habilidad militar como política, retrocede bruscamente hacia los Alpes, enviste el 20 á Pignerol, lo rinde el 23; el 31 se apodera de su castillo; señorean sus destacamentos casi al propio tiempo los de la Perusa, Lucerna y Bagnols, ocupan luego y fortifican las alturas de los valles vaudenses, armán á los montañeses y en pocos días las principales desembocaduras de los Alpes delfineses en el Piamonte, pertenecen á los enemigos. Francia tuvo desde aquel momento una excelente base de operaciones.



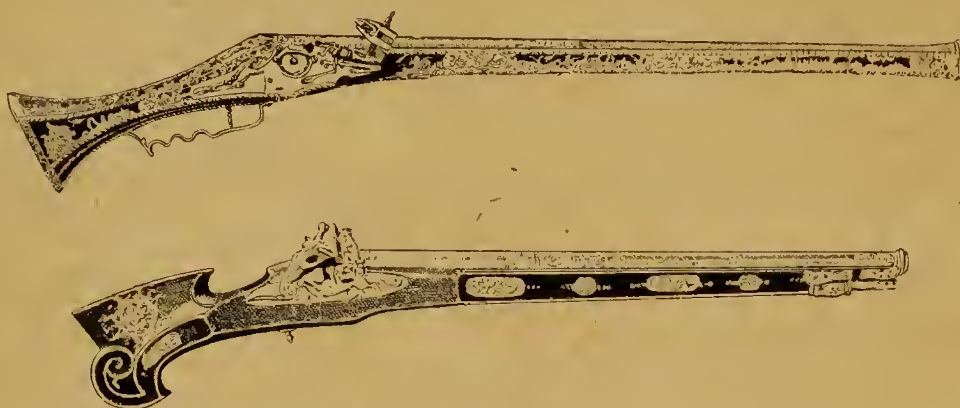
Soldado francés de la época de Luis XIII
Facsímile del famoso grabador Santiago Callot, autor de *Le Siege de Breda*

Es curioso leer en las *Memorias* de Puyssegur algunos pormenores de esta invasión. La figura del purpurado general cruzando los Alpes entre temporales de nieves; con la espada al cinto y las pistolas en el arzón, tiene dramático relieve; y no interesan menos aquellos mercenarios que dan al diablo al rey y á su ministro en las cumbres de la cordillera, y «brindan á la salud del gran cardenal» en las cocinas del Rívoli (1). Richelieu ha conquistado con ellos las llaves de Italia, y por el momento toda la ventaja está de parte de los franceses. Sin duda lo comprenden así los aliados, pues intentan entrar en negociaciones de paz, pero la guerra prosigue con vigor; Spínola sitia á Casal, Collalto á Mantua; 20,000 combatientes franceses y suizos penetran en Saboya conducidos por los mariscales Créqui, Bassompierre y Châtillon; Chambery cae en poder de Luis XIII y en breves días casi toda la Saboya se somete al vencedor. En balde trata de resistir á los invasores el príncipe Tomás de Saboya, pues ante la amenaza de ser envuelto Javennes,

(1) *Les Memoires de Messire Jacques de Chastenet, Chevalier, seigneur de Puigsegur*, Tome Premier, pág. 84 de la edición de 1 47.

retrogada y les abandona el principado (Junio de 1630). La derrota de las tropas saboyanas que en Vegliana querían impedir la unión de los 10,000 hombres que conducía Montmorency y el cuerpo de ejército francés destacado en Pignerol, concluyó de dar á Francia el dominio de las vertientes italianas de los Alpes y ocasionó la muerte del duque de Saboya. El perturbador de Europa expiró lleno de amargura, pues no dejaba de comprender el triste destino de su patria agobiada por dos potencias poderosas.

Entre tanto, la peste se cebaba en los beligerantes, entorpeciendo las operaciones. Mantua, asolada por este azote, y débilmente defendida por las tropas venecianas, cayó en poder de los tenientes de Collalto y sufrió un saqueo de tres dias; Spínola proseguía el sitio de Casal, confiando rendirla antes que la llegaran socorros; Luis XIII, retenido en Francia por el Cardenal, veíase acosado por los enemigos de éste é instado por el Emperador para hacer la paz, y el mismo



Mosquetes ornamentados. (Museo de Milán)

Richelieu, receloso, no se atrevía á separarse del soberano. Mandó, sin embargo, á Italia, al mariscal de Schomberg con un refuerzo de 11,000 combatientes, y estas tropas tomaron á Vegliana, y unidas á los diversos cuerpos avanzaron por las llanuras de Turín; pero no tuvieron ocasión de concluir este movimiento, porque en aquellos días se firmó una tregua de algunas semanas entre saboyanos, franceses y españoles. La villa de Casal quedó en poder de Spínola, la ciudadela en la del francés Toiras, quien se comprometió á entregarla á aquél, si no recibía socorros en el plazo de quince días; plazo en el que confiaba Richelieu atraer al nuevo príncipe de Saboya á su partido. Y como el astuto cardenal no dejaba de fomentar la discordia en Alemania, necesitado el Emperador de las tropas que tenía en Italia, hubo de pasar, mal de su agrado, por un acomodamiento. Mientras se acordaban en Ratisbona las condiciones de éste, expiraba la tregua, y las tropas francesas, reforzadas con nuevos socorros, poníanse sobre Casal, amenazando al propio tiempo á Turín. El 26 de Octubre los dos ejércitos se hallaban frente á frente, contando el francés 20,000 infantes y 3,000 caballos, y pocos menos el español, que les aventajaba en posiciones, pero al que faltaba el ilustre general que hasta entonces le había acaudillado, Ambrosio Spínola, fallecido algunos días antes,, no sabemos si de enfermedad ó de pesar. Retumbaba ya el cañón, comenzaba el tiroteo, apercibíanse unos y otros al combate, cuando salió de nuestras líneas un jinete agitando un papel blanco y gritando *¡paz, paz!* Era este personaje un gentil-hombre romano llamado Mazarini, sucesor un día del gran Richelieu en honores y poder. Mazarini trajo al campo un convenio, según el cual españoles é imperiales debían evacuar Casal y el Monferrato, á con-

dición que hicieran lo propio los franceses, quienes conservarían todas sus posiciones en los estados de Saboya, hasta que el Mantuano, el Monferrato y la Valtelina fueran evacuadas (26 de Octubre 1630). El marqués de Santa Cruz, que reemplazó á Spínola, firmó esta tregua, que fué duramente censurada en el campo español, especialmente por el jefe de la caballería D. Martín de Aragón; sin embargo, el tratado se ratificó en Casal en Marzo de 1631, y se amplió y aclaró en Querasco el 6 de Abril; pero Francia encontró medio de burlarlo por lo que atañía á la plaza de Pignerol, pues de acuerdo con el duque Víctor Amadeo de Saboya, y aparentando recelos respecto á la actitud de los aliados, se hizo entregar en depósito por seis meses á Pignerol y Santa Brígida. Los seis meses se convirtieron en una cesión, y por más que reclamaron españoles é imperiales, nada pudieron buenamente recabar, ni menos exigir con las armas, por hallarse unos y otros asaz atareados por las guerras que sostenían en Flandes y en Alemania. Buen cuidado había tenido Richelieu de enredar la madeja política y agobiar á sus rivales.

Densas eran, en efecto, las nubes que se cernían sobre el Norte de Europa. La guerra de Alemania, ha retoñado otra vez en 1630, entrando en el período llamado *sueco;* Waldstein, que ha sostenido hasta entonces el trono bamboleante de Fernando II al frente de 50,000 soldados, guerreando con éxito en Hungría, después de haber contribuído con Tilly á limpiar la Bohemia de enemigos, cae en desgracia del Emperador, y aparece en la escena histórica el gran Gutavo Adolfo, talento militar de primer orden, hombre de ideas levantadas, ambición extraordinaria y una entereza y austeridad verdaderamente espartanas. Poseía un ejército que por su moral, no menos que por su organización y su táctica, era superior á los allegadizos cuerpos alemanes, y con esta máquina, hábilmente dirigida, le fué fácil triunfar de Tilly, del rey de Dinamarca, de los príncipes alemanes, de Pappenheim y del mismo Waldstein, nuevamente encumbrado. La guerra comenzó en 1631 con muy malos auspicios para el emperador. Alemania estaba devastada; polacos, suecos, españoles, holandeses, alemanes altos y bajos, italianos, ingleses, escoceses, mercenarios de todas castas habían pisado su territorio, el erario imperial se hallaba tan agotado, que el mismo Fernando había tenido que dar á Waldstein la guerra por contrata; los príncipes revoltosos vacilaban; el duque de Sajonia se unía á Gustavo; Richelieu había tratado con éste el año anterior, obligándose á darle apoyo, y el ejército sueco, que al invadir la Pomerania, en Junio de 1830, sólo constaba de 15,000 combatientes, íbase engrosando con mercenarios, y apoderándose de las plazas alemanas que hallàba al paso. Maguncia no se atrevió á resistir y le abrió sus puertas; Tilly, que quiso oponérsele, fué derrotado en la sangrienta batalla de Leipzig (7 Septiembre de 1631) juntamenté con su teniente Pappenheim, que al retirarse por Halle dejó el Austria á descubierto. ¡Calcúlese el terror de la corte imperial, las angustias de Fernando y las zozobras de su pariente Felipe IV! Era preciso defender las barreras que protegían á la capital, y Tilly se parapeta sobre el Leck, dispuesto á parar el terrible golpe que amenazaba á Viena. Allí recibe combatiendo una mortal herida, y á causa del desorden que este suceso introduce en sus tropas, Gustavo fuerza el paso y prosigue su movimiento inicial. Entonces se acude, aunque no sin recelos, á Waldstein, y pasando por las ominosas condiciones que éste impone, se le vuelve á dar el mando del ejército bávaro-austriaco, fuerte de 60,000 hombres. Gustavo, debilitado por las pérdidas que le ocasionó el ataque de Ingolstadt, se recoge y hace fuerte en Nuremberg, donde acude Waldstein, y aquellos dos eminentes caudillos se acechan por espacio de seis semanas, sin atreverse á medir sus fuerzas: el primero espera que los fríos, el hambre y las deserciones diezmen las tropas de su rival; el segundo aguarda refuerzos, y entonces se lanza impaciente sobre su enemigo, que se encierra en una habilísima defensiva, obligándole, á causa de las constantes bajas, á evacuar á Nuremberg y emprender la retirada. Waldstein lo efectúa por Bamberg y Leipzig hacia la Sajonia; Gustavo acude á socorrerla, y aprovechando la separación de Pappenheim del grueso de las tropas imperiales, cae como un rayo sobre la llanura de Lutzen forzando á su caudillo á la batalla.

Toda esta campaña es muy digna de estudio; pero las condiciones de esta obra y el tratarse de operaciones en las que sólo cupo á los españoles papel de auxiliares, nos impiden extendernos más

de lo necesario. Memorable fué la batalla de Lutzen por lo empeñada (6 de Noviembre de 1632). Gustavo, que hermanaba el talento del general al valor del soldado, atacó al frente de su caballería, gritando: *¡Dios es con nosotros!* Pero á las primeras descargas enemigas cae en tierra mortalmente herido, y al querer retirarse, otro balazo concluye con su vida. No cejan por eso los suecos, antes encendidos de ira cargan con mayor ímpetu dirigidos por Bernardo de Weimar, y hubieran hecho trozos del enemigo, á no presentarse Pappenheim con la caballería pesada, restableciendo la batalla. Sucédense unos á otros los ataques y cae Pappenheim acribillado de balas, señoreando las posiciones austriacas los suecos, y quedando sobre el campo de batalla de 10 á 12,000 imperiales. La noche puso fin á la carnicería, y al favor de las sombras salváronse éstos de una total dispersión. En rigor pudo decirse que el cadáver de Gustavo había triunfado de Waldstein, porque



Conductor de municiones. (Copiado de la obra de Ufano)

si bien la derrota de éste no fué total, perdió su artillería y quebrantó extraordinariamente á su ejército. Sin embargo, aunque Austria y España hubiesen visto desaparecer con Gustavo un enemigo terrible, un rival que difícilmente podía ser reemplazado, queda en pie Richelieu para proseguir su obra demoledora. Por este tiempo ha conseguido reducir al rebelde y versátil duque de Lorena Carlos IV, obligándole á ceder sus Estados á su hermano; y el casamiento de una sobrina del ministro francés con el nuevo posesor, asegura á Francia un aliado de importancia, pues los príncipes loreneses inclinaban el éxito de la guerra del lado que más les convenía.

La muerte de Gustavo Adolfo, digna de su carrera brillante y fugaz, puso fin al período sueco de la guerra de los Treinta Años. Gustavo era un héroe digno de la pluma de Plutarco; era un tipo acabado del general, un modelo de reyes. Hombre forjado de una sola pieza, si se nos permite la expresión, reunía condiciones excepcionales de valor, capacidad, instrucción, entereza, sobriedad, sencillez, suavidad, y cierta exaltación religiosa que no sienta mal á su austera figura. No abrió, como dice atinadamente un crítico, horizontes nuevos al arte militar; pero dió la pauta para organizar un ejército disciplinado, sufrido, valiente y maniobrero. También modificó la táctica, ya simplificando las maniobras, ya interpolando las armas, acolando los regimientos, y aligerando la artillería. La infantería adelgazó sus líneas y los tiradores comenzaron á destacarse de las masas (1).

(1) La táctica de Gustavo Adolfo está basada en la movilidad impresa á los diferentes componentes del orden de batalla. Las modificaciones que introduce en las distintas armas son: en la infantería, reducción del número de las filas, subdivisión de las unidades, separación de éstas entre sí por un corto intervalo que facilita el paso á los arcabuceros; en la caballería, formación de los escuadrones en tres filas en vez de cuatro, supresión casi total de las armas de fuego; en la artillería, transformación del material y sistema de carga, reunión de las piezas de parque en fuertes baterías. Con aligerar el equipo del infante y del jinete, con reducir el peso del arcabuz, generalizar el uso de la llave de rueda, proveer á las tropas de cartuchos confeccionados de antemano, y prescribir á la caballería el uso del arma blanca, aumenta la movilidad y la energía de acción.

Su concepción estratégica demuestra un vasto plan político-militar encaminado á crear sobre las ruinas del Austria un nuevo imperio; y en la realización de aquélla, acredita tanta audacia como diligencia, y sobre todo rara habilidad para triunfar de las desleales intrigas de sus cooperadores. ¿Quién sabe hasta dónde habrían alcanzado sus proyectos? Para su gloria murió con gran oportunidad; porque aquella espantosa complicación gastaba rápidamente las reputaciones y no podía dominarla la espada, sino resolverla el tiempo, ó, por mejor decir, el cansancio de los contendientes. Por de pronto, mientras su cadáver era conducido á la patria, los diestros generales formados en su escuela, continuaban la guerra en unión de los protestantes, apoderábanse de Leipzick y Frankendal, y eran auxiliados pecuniariamente por la Francia, que en 1633 renovó la alianza con unos y otros. Waldstein, con su conducta ambigua, por no decir rebelde, infundió tales sospechas de deslealtad en la corte imperial, que no se vaciló en declararle traidor, y ganados sus favoritos, fué preso y asesinado en la ciudadela de Egra (15 Febrero 1634). Con esto pasó su ejército á las órdenes del rey de Hungría, hijo del Emperador, que inauguró su mando tomando á Ratisbona, después de algunos terribles asaltos (26 Julio 1634); pero debilitado por estos ataques, tuvo Fernando que reclamar auxilios eficaces de Felipe IV, cuyos soldados habían perecido en la lucha á centenares por el hierro y á causa del rigor del clima. Y de este modo continuó engolfándose nuestra patria en aquella guerra; abismo sin fondo que amenazaba consumir los tesoros y los soldados de los beligerantes.

Fuerza nos es al llegar aquí volver nuestras miradas á los Países Bajos, para establecer algún enlace en los sucesos.

A la muerte de Felipe III, siguió en 31 de Marzo de 1631 la del Archiduque Alberto, quedando, en consecuencia, aquellos Estados, regidos por la infanta de España Isabel Clara, quien tenía al frente del ejército al insigne marqués de Spínola. Logró éste, desde aquella fecha, algunas victorias; conquistó á Breda, y mantuvo con su espada la integridad del territorio belga; pero su marcha á Italia fué funestísima para las provincias y para Isabel; en primer lugar, porque el enemigo, dirigido por un general habilísimo, arrebató á los católicos importantes plazas; y en segundo, porque la cesión de aquellos Estados en favor de España, efectuada por la Infanta (hecho que de

«Gustavo Adolfo, dice Mr. Renard, admitía tres formaciones diferentes para la infantería; los órdenes: 1.° en doble brigada; 2.° en media brigada. y 3.° en cuarto de brigada.

»El orden en *doble brigada* se establecía en tres líneas: la primera presentaba una cabeza de 216 piqueros, sostenidos por 96 mosqueteros; la segunda estaba formada de pelotones alternados de piqueros y mosqueteros, separados por un pequeño intervalo; la tercera línea era doble que la primera, y la constituían 288 mosqueteros apoyados á retaguardia por una línea mixta de 216 piqueros flanqueados en las alas por 144 mosqueteros. La distancia entre las líneas era igual á su profundidad.

»El rey de Suecia no empleó nunca esta formación; la mencionamos, sin embargo, porque contiene en sí el germen de las otras dos. Los vicios de esta disposición aparecen á primera vista; pues aun cuando este orden reposa sobre el apoyo de las fracciones de línea y el apoyo de las líneas entre sí, ofrece grandísima densidad, permitiendo una movilidad escasa. Por eso suprimió Gustavo su tercera línea, conservando únicamente las dos primeras de su doble brigada, que formó luego en tres escalones, constituyendo la *media brigada*. Esta organización, mucho más manejable, se empleó en la batalla de Breitenfeld, ganada en 1631 á los imperiales mandados por Tilly.

»El orden en *cuarto de brigada* es más movible todavía; se compone del segundo escalón de la tercera línea de la doble brigada. Sin embargo, los dos pelotones de mosqueteros que flanquean á los 216 piqueros se establecen en potencia tras de las alas, en vez de extenderse sobre el mismo frente. Entonces se enlazan entre sí estos cuartos de brigada por una línea de batalla mixta compuesta de piqueros y mosqueteros.

»Semejante organización contiene, por consiguiente, tantas cabezas de columna como cuartos de brigada la componen.

»Esta fué la disposición adoptada por Gustavo en la batalla de Lutzen (1632) contra Vallenstein, aislado de antemano. Después de la muerte del rey, el duque Bernardo de Sajonia-Weimar continuó utilizándola durante la misma jornada para dividir las fuerzas reunidas de Vallenstein y de Pappenheim.

»El orden de batalla por cuartos de brigada sirvió para la ofensiva y la defensiva. Para la ofensiva, la línea avanzaba precedida de estas columnas. Llegadas al contacto con el enemigo, las cabezas de picas, verdaderos erizos, rompían la formación del adversario, la atravesaban formando la cuña y después se desdoblaban á derecha é izquierda: estos movimientos laterales dislocaban cada vez más el adversario dividido por la mitad, y dejaban entonces paso á las dos compañías de mosqueteros que se colocaban á retaguardia del enemigo, obligándole de este modo á hacer frente á un doble ataque de frente y de revés.

»Si era necesario resistir, ó si la ofensiva fracasaba, los cuartos de brigada hacían el oficio de verdaderos baluartes, y la línea opuesta que atacaban los entrantes, se encontraba en presencia de tres zonas de fuegos. Después, cuando los mosqueteros la habían quebrantado, avanzaban los piqueros, penetraban en aquella formación ya vacilante, y acentuaban la derrota.

»Por último, haremos observar que Gustavo Adolfo hizo sostener á sus tropas de infantería por medio de escuadrones de caballería situados entre las líneas, y que fué el primero que dispuso en Breitenfeld una reserva de artillería.» *Comp. de un Curso de Táctica general*, traduc. de Berenguer.

todos modos debía de verificarse según la cláusula de la transmisión de Felipe II), dió lugar á un extenso complot. No reunía el Conde de Berghes, que sucedió á Spínola en el mando, grandes dotes militares, ni tenía como él poderoso ascendiente en las tropas: tampoco disponia de los recursos indispensables para sostener la guerra. Por de pronto, Federico Enrique de Nassau, puso sitio á la importante ciudad de Bois-le-Duc y la arrebató sin que pudieran evitarlo ni el denuedo



El Cardenal Infante D. Fernando de Austria. (Grabado de Lommelin)

de su gobernador, ni los esfuerzos de la archiduquesa, ni los inciertos movimientos efectuados por Berghes. Cayó también Vessel en poder del enemigo, y de este modo se perdieron la cabeza del Brabante septentrional y una base de operaciones contra el Veluwe; y como se promoviera en Bélgica una gran agitación, con motivo de la no lejana entrega del gobierno al rey de España, los mismos que personalmente admiraban y respetaban las virtudes y dotes de la infanta viuda, y en este número se contaba Berghes, dominados por el triste cuadro que ofrecían las provincias y por la negra perspectiva que presentaba la guerra, dejáronse ganar por el enemigo y entraron en una conspiración para sacudir el dominio español. Próximo estuvo á concluir éste;

perdiéronse las plazas de Ruremunda y Venloo, fué sitiada Rhinberg, señoreó el enemigo buena parte del Mosa; y aunque se conjuró el peligro acudiendo de Alemania el conde de Oppenheim con 20,000 soldados, el caudillo austriaco fué derrotado por Federico Enrique junto á Maestricht, perdiéndose esta plaza y las de Limburgo, Orsoy, Vere y Rhinberg. El marqués de Santa Cruz, que fué destinado á reemplazar á Berghes, no reveló más talento militar que Oppenheim, aunque sí menos diligencia, pues se contentó, por decirlo así, con ser simple espectador de la derrota de éste. Todo fueron desde aquel momento descalabros y pérdidas. Cometióse el error de confiar las operaciones á cuatro generales que alternaban en el mando semanalmente, y originóse de aquí gran entorpecimiento. Quisiéronse obtener ventajas en la costa y se despachó contra Zelanda una armada de noventa velas, que fué completamente destrozada por los holandeses y apresadas algunas naves, con pérdida total de la gente. Por último, y cuando más engreído se hallaba el enemigo, hiciéronle por la corte española proposiciones de paz, tratos que deshizo Richelieu, no sólo sembrando la desconfianza, sino obligándose por medio de formal convenio á entregar á los holandeses, para sostener la guerra, trescientas mil libras, y á mantener un cuerpo de tropas al servicio de la república. Falleció á esta sazón la infanta Isabel Clara, y el único lazo que sujetaba á los belgas quedó roto. Desde aquel momento volvían á ser vasallos de España, quedando su patria en condiciones idénticas que á la muerte de Felipe II.

Dado el estado de perturbación y de ruina en que se hallaban los Países Bajos, era indispensable mandar á ellos una persona de prestigio, que reuniera á la calidad ó nobleza, la inteligencia del guerrero y el tino del político. Y en verdad que la elección del cardenal infante D. Fernando, hermano del monarca, fué acertada por demás. Influyó en ella, la conveniencia del favorito, que no sin placer veía alejarle de la corte; pero no es menos cierto que redundó en bien de la monarquía. Era el infante D. Fernando mozo de grandes alientos, ánimo sereno y prudente, condición generosa y exterior gallardo. Digno descendiente de Carlos I en lo varonil y político, y de D. Juan de Austria en lo esforzado y apuesto; caudillo de valía por intuición; soldado valeroso por aptitudes. Desde muy niño había tenido el título de cardenal, y, hombre ya, ceñía la ropa talar con la armadura, dejando las graves ocupaciones del gobierno por la vida desasosegada de los campamentos. Y he aquí por qué extraño capricho puso la fortuna cara á cara á dos cardenales de la Santa Iglesia romana en el ensangrentado palenque de los Países Bajos. Al frente de un ejército no excesivo en número, formado con las reliquias de los antiguos tercios, los restos del que combatió en Baviera como auxiliar y 12,000 hombres que le procuró el fugitivo duque de Lorena, toma el Cardenal Infante la vuelta de Flandes, en los momentos más críticos para la causa católica, así en las Provincias como en Alemania; y no bien traspasa los límites de Italia, recibe aviso del rey de Hungría, hijo del Emperador, para que corra en su auxilio. Nordlingen, atacada por éste, resiste vigorosamente los asaltos, en espera de inmediato socorro. La presa amenaza escaparse, y por lo tanto el esfuerzo de los nuestros puede asegurarla. El Infante no vacila. Cruza el Leck por las inmediaciones de Rain y el Danubio por Donanwert; saludan nuestros veteranos las aguas de este majestuoso río; y en los primeros días de Septiembre de 1634 las banderas de la cruz roja flotan frente á los aportillados muros de Nordlingen. Mas á poco se presentan también las tropas enemigas que acuden á socorrerla; los disciplinados suecos mandados por el valeroso Bernardo de Weimar y por Horn en número de 25,000. La superioridad estaba de parte de los austro-españoles, cuyo ejército ascendía á 40,000 combatientes, y por eso el sueco Horn aconsejaba esperar la llegada de refuerzos; pero el impetuoso Bernardo se empeña en atacar, no obstante aquella desventaja y la de tener los católicos numerosa artillería. Los suecos, que tienen la suya á retaguardia, maniobraron con lentitud, dando tiempo á los imperiales para señorear la llave de la posición, que era una altura desde la que se dominaba el campo de éstos. Ocupáronla los católicos á media noche y atrincheráronse en ella sólidamente, por manera que el enemigo les atacó con notable desventaja. Todo su esfuerzo se concentró en aquella posición; una y otra vez los valientes suecos treparon por su pendiente ensangrentada sin poder coronarla; regimiento hubo que cargó siete veces; Horn y Weimar hicieron prodigios de valor; las masas,

despedazadas por la metralla, nada podían contra los sólidos escuadrones imperiales; arrolladas luego por los vencedores, hechas piezas por la caballería, sembraban el campo de cadáveres y despojos. Fué aquella derrota de trascendencia suma, por lo completa; pues murieron en la acción 8,000 suecos, fueron hechos prisioneros 4,000 entre ellos Horn, y se recogieron 300 estandartes y 80 cañones. Weimar debió su salvación á la fuga, y Nordlingen se rindió al día siguiente (5 y 6 Septiembre de 1634). Pocos días después la Suabia se entregaba al invasor, cuyas avanzadas llegaban hasta las márgenes del Rhin; Carlos de Lorena destrozaba frente á Strasburgo las tropas del rhingrave Otto; la Franconia y el Palatinado veíanse en peligro; el elector de Sajonia entraba en negociaciones y toda el Alta Alemania se hallaba aterrada. Afortunadamente Richelieu se hallaba dispuesto á proteger los vencidos. Los jefes protestantes acuden en demanda de auxilio al Cardenal, que después de haber dado tropas y subsidios al sueco Oxentiern para hacer la guerra por su cuenta, ratifica la alianza con aquéllos, con promesa de mantener un grueso ejército á la izquierda del Rhin, pagar 12,000 mercenarios alemanes á la derecha, y aprontar medio millón (18 Diciembre 1634). Por otra parte anima á los holandeses, firmando un nuevo convenio que determina las fuerzas que cada uno de los contratantes ha de poner en pie, é instiga á los flamencos con proposiciones lisonjeras. Su plan magno es abatir al Emperador y á España, anexar la Alsacia, conquistar el Franco-Condado, redondear la Francia por el Norte hasta el Mosa y por el Este hasta el Rhin, establecerse en el Milanesado, combatiendo á la vez en Lorena, en Italia, en Alemania y los Países Bajos. Tal es el estado de cosas al comenzar el año 1635, año en que entra la guerra de Alemania en su cuarto período, ó sea en el llamado *francés*.

Para realizar sus planes en Alsacia y Lorena, en el Milanesado y la Valtelina, en Alemania y en los Países Bajos, Richelieu organizó cinco ejércitos:

1.° El ejército del Norte en Mezieres, fuerte de 25,000 infantes y 5,000 caballos, al mando de los mariscales de Chatillon y de Brezé. Debía invadir el territorio flamenco, dándose la mano en el Luxemburgo con Federico Enrique de Nassau, para conquistar las provincias leales á España.

2.° El ejército mandado por el mariscal de la Force; y

3.° El ejército mandado por el duque Bernardo de Weimar y pagado por la Francia.

Estos dos destinados á operar en el Rhin y conquistar esta frontera.

4.° El ejército de Italia á las órdenes del mariscal de Créqui, formado por 14,000 hombres y 2,000 caballos. Debía reunirse á los piamonteses para conquistar la Lombardía.

5.° El ejército de Rohan destinado á ocupar la Valtelina é impedir que los austriacos enviasen refuerzos á los españoles por la Engadina y alto Adigio.

Para realizar estos gigantescos proyectos era preciso que Francia se hiciera el campeón del partido derrotado en Nordlingen; que débil y sin alientos, venía obligado á cederla como premio á los servicios recibidos, los países que codiciaba. Empero, aunque Richelieu tenía gran conocimiento del teatro de la guerra, de los intereses puestos en juego, de los recursos de los beligerantes y del talento de los caudillos que los dirigían, no reunía la suma de conocimientos indispensables para dirigir una campaña. «No tuvo completamente en cuenta, dice un escritor alemán, el principio fundamental de la guerra, la importancia que tiene la concentración de las fuerzas en el tablero estratégico donde se quieren dar los golpes decisivos; abandonó también la unidad de mando al nombrar dos generales en jefe en cada uno de los ejércitos principales. De aquí los insignificantes resultados que produjo la guerra (1).» Y, en efecto, de aquellos cinco ejércitos, sólo uno, el del duque de Rohan, llenó su misión en la campaña de 1635, si bien fueron infecundas las ventajas conseguidas, á causa del imprevisto cambio que se operó en el ánimo de los grisones en 1637, con respecto á sus dominadores.

La declaración de guerra por parte de la Francia la firmó Luis XIII en 19 de Mayo de 1635, pero las hostilidades comenzaron mucho antes, pues en Octubre del año anterior, el ejército francés que La Force mandaba en Lorena, pasa el Rhin, ocupa, de acuerdo con los suecos,

(1) Kuhn, *La Guerra de Montañas.—Campaña de Rohan en la Valtelina en 1635.*

á Philipsburgo, á Colmar, Schelestadt y otras plazas que evacuó el rhingrave Otto; y socorre á Heidelberg, obligando á levantar el sitio á los imperiales. Estos atacan á su vez á Philipsburgo, la arrebatan en la noche del 23 de Enero de 1635, y ganan una excelente cabeza del puente allende el Rhin, mucho dinero, gran cantidad de vituallas y excelente artillería. Después toman y pierden á Spira en el intervalo de un mes. Mientras se efectuaban estas operaciones, el duque Carlos de Lorena había penetrado en la Alsacia con una división de imperiales y allí midió sus fuerzas con el duque de Rohan, furioso hugonote, convertido en teniente y auxiliar de Richelieu. Rohan arrojó por dos veces al duque Carlos á Suabia; luego cruzó el territorio neutral de la Suiza, y de acuerdo con los grisones fué á ocupar la Valtelina con 7,000 soldados, cortando así las comunicaciones del Milanesado con el Austria. La tempestad avanzaba amenazadora sobre la infeliz España; y era difícil que Olivares acertase á conjurarla. «Los primeros movimientos ofensivos de los franceses, dice un historiador, pusieron á los pueblos en expectación. Francia hacía preparativos militares que sobrepasaban todos los hasta entonces efectuados; sus diplomáticos recorrían incesantemente la Europa, desde Stokolmo hasta Turín y desde Londres á Varsovia; obreros inteligentes é infatigables de gigantesca trama cuyos hilos iban á juntarse en París. Mantener á los protestantes alemanes en la alianza de Francia y de Suecia; tratar, si era posible, de separar la Liga Católica de la Casa de Austria; evitar que los poloneses y daneses se aprovecharan del compromiso en que se hallaba Suecia; arrancar Bélgica á la España, de concierto con Holanda y sin que Inglaterra se opusiera; arrojar los españoles del Milanesado con ayuda de los Estados italianos; consolidar el protectorado de la orilla izquierda del Rhin por la promoción de Richelieu á la coadjutoría del arzobispado de Tréveris: tal era el plan que meditaba el Cardenal, para realizar, definitivamente, según frases de uno de sus confidentes, «los deseos que abrigaba Enrique el Grande al morir» (1).

La sorpresa de Tréveris por los españoles fué la mecha destinada á propagar el incendio; porque, como ya hemos dicho, hasta entonces no se había declarado oficialmente la guerra. Richelieu reclamó del Cardenal Infante, gobernador de los Países Bajos, que pusiera en libertad al Elector, á quien se condujo prisionero á la ciudadela de Amberes; el Cardenal repondió que nada podía hacer sin orden del monarca, y fundado en este pretexto, Richelieu hizo que Luis XIII efectuara la declaración solemne, en 19 de Mayo de 1635. El ejército francés, reunido en Mézières á las órdenes de Chatillon y de Brezé, no esperó que se le reunieran los holandeses, como se había convenido, y cruzando el Mosa el 7 y 8 de Mayo, entró por Bouillon en el Luxemburgo: el español, mandado por Tomás de Saboya, príncipe de Cariñán, salióle al encuentro en la aldea de Avein, situada en medio de las Ardennas. Imaginóse éste que, con los 13,000 hombres que conducía, podría desafiar los 30,000 del enemigo; trabóse la batalla y fué materialmente aniquilado (20 Mayo) (2). Algunos días después se efectuaba la unión de los vencedores con los holandeses, casi á las puertas de Maestricht, y 54,000 combatientes invadían el Brabante; Federico Enrique asumió el mando en jefe. A estas fuerzas sólo podía oponer el Cardenal Infante 23,000 infantes, y, por añadidura, el país

(1) Martin. *Hist. de Francia.* Tomo XI, pág. 423.

(2) Son altamente interesantes para el estudio de estas operaciones las *Memorias de Mr. de Puysegur*, á que antes nos hemos referido. El ejército francés llegó á la aldea de Avein, dividido en dos brigadas de infantería; fuerte de 11,000 hombres entre piqueros y mosqueteros, sin contar los oficiales, sargentos y criados. La caballería ascendía á 6,000 caballos, y todos los jinetes iban armados de buenas corazas, brazaletes y cascos. Iban en cada brigada 3,000 caballos. La artillería estaba compuesta de 24 piezas, 12 por brigada. Además seguían numerosos carros. De este modo llegó el ejército francés á una aldea puesta sobre el camino de Lieja y distante á Avein cuatro leguas. Cuando tuvo noticia de la presencia del príncipe Tomás de Saboya, se formó en batalla, operación que dirigió Puysegur en persona. «La llanura, dice este autor, no era sobrado grande para la brigada de Brezé, y por eso distribuí ésta en dos líneas; la primera de cinco batallones, la segunda de otros cinco, y en las alas siete escuadrones de 100 caballos cada uno.» A la izquierda de la brigada de Brezé formó la de Chatillon, y juntas marcharon sobre Avein.

El príncipe Tomás esperaba parapetado en esta aldea. Al aproximarse la caballería francesa hizo una descarga y la puso en fuga, rompiendo los caballos parte del ala derecha formada por los mosqueteros; mas la infantería prosiguió el avance, y á pesar de los cañonazos que á boca de jarro dispararon los españoles, se apoderó de los arrabales de Avein. Cargó entonces la caballería española; pero inferior en número, y envuelta por los franceses, fué rota, perdiéndose la mayor parte de ella. Las bajas del príncipe Tomás de Saboya fueron de consideración, contándose en el número de los prisioneros algunos oficiales de nota, y entre ellos D. Esteban de Gamarra. *Les Mémoires*, Année 1636.

vacilaba ya bajo la planta de los españoles. ¡Qué situación más triste! En el Norte de Italia un caudillo como Rohan; en Alemania generales tan hábiles como Bernardo de Weimar, Banner, y Torstenton, y en Flandes un Nassau y un Brezé; enemigos en tierra y en el mar; colonias saqueadas; flotas perdidas, y una nación falta de fuerzas y regida con absoluta falta de tino. Sobre este fondo oscurísimo destaca, sin embargo, con brillante perfil, la figura del joven cardenal, obligado á sostener la guerra con no más recursos y hombres que sus antecesores, y no inferior á ellos en



Soldados de infantería de la época de Felipe III

talento y en abnegación, en constancia y en esfuerzo. «Cortado casi por completo de España, dice el Sr. Almirante, pues á veces tardaron *cincuenta días* en llegar sus despachos á Madrid; pisando un suelo minado por perpetuas conspiraciones; rodeado por todas partes de enemigos declarados y encubiertos, comprendió que la defensiva, á la cual su superioridad le condenaba, nunca se mantiene con tanto brillo y resultado como cuando se interponen acciones defensivas.» Su táctica se reduce á defenderse atacando, á utilizar las faltas de su enemigo para herirle con violencia, sin perjuicio de apelar á cuantos recursos le facilite la política. Por de pronto, hallándose sin elementos para resistir con ventaja á los invasores, les deja que campeen por el Brabante y pierdan días sitiando á

Lovaina; la carestía les obligará á desistir de su propósito, y la indignación que han producido en el país los excesos de los franco-holandeses en la toma de Tillemont impedirá que los flamencos les auxilien. Además, el Emperador le ayuda momentáneamente con 20,000 combatientes que conduce Piccolomini á Namur. Esto obliga al enemigo á replegarse sobre el Mosa (4 de Julio) por la parte de Ruremunda, y la inacción á que se ve condenado procura á los católicos la conquista del fuerte de Schenk, situado, según ya sabemos, en el extremo oriental de la isla de Batavia y llave de las Provincias Unidas. Por manera que los franco-holandeses se ven obligados á trocar la ofensiva por la defensiva, reducidos á cubrir la Holanda con un ejército cada día más enflaquecido. Este resultado se debió, sin duda, á la poca actividad de Federico Enrique, cuya salud se hallaba muy resentida; pero es indudable que las múltiples empresas en que Richelieu se engolfó, debilitaron la ofensiva de los franceses en los diferentes teatros á donde se llevó la guerra. No ofrece ésta, por lo mismo, puntos muy salientes, por lo desligada y esparcida; y sólo puede citarse como modelo de guerra de montañas, la campaña del duque de Rohan en la Valtelina, digna de la atención del militar.

Rohan efectuó su marcha al frente de 8,000 hombres y 400 caballos desde Alsacia por Suiza, aprovechando las tendencias favorables á Francia de los cantones protestantes, y mandando por delante algunas tropas consiguió ganar por la mano á los austro-españoles, ocupando los importantes puntos de Bormio, Riva y Chiavena. Atravesó con el grueso de su ejército el Aar por Stilli, avanzó por Zurich y Saint-Gall á Coira, y el 25 de Abril pisó el territorio de la Valtelina. Rohan eligió y fortificó los puntos siguientes: en la Engadina, el fuerte de Süs en las faldas del Fluela, y en el valle de Tasna, otra importante posición: ambas servían para defender el paso á los austriacos; la cabeza de puente de Campogasco, que aseguraba las comunicaciones de la Engadina con el valle de Livigno y por el Albula con el cantón de los grisones; en Livigno destacó un cuerpo de 1,200 hombres para cerrar los caminos que conducen de Munster á Paschiava, y poder acudir en socorro de Bormio, ocupado por un regimiento grisón y 600 franceses. Riba estaba guarnecida por otros 500 hombres. En la orilla derecha del Adda ocupó la cabeza de puente de Mantello para cubrir su flanco, y por último el castillo de Chiavenna y el fuerte de Francia, que aseguraban las líneas de Chiavenna á Maloja y la comunicación con Alemania. Distribuído de este modo el ejército, quedóse Rohan solamente con 2,000 hombres en Troano.

El plan de Rohan era no encerrarse en una defensiva absoluta, pues los austriacos de Fernamond (8,000 infantes y 1,200 caballos), cayendo sobre el Worm-ser-Joch, y los españoles de Servelloni (en número próximamente igual) por la orilla del Como, le cercarían y le obligarían á deponer las armas. Decidió evitar esto arrojándose sobre el primer adversario que penetrase en el territorio, y revolviéndose luego contra el segundo, batiéndolos por separado; y por eso, creyendo que los españoles habían llegado ya á la salida de la Valtelina, se apostó en Troano, pero se equivocó lastimosamente, y al ser atacadas las fuerzas situadas del costado de Bormio, se halló demasiado lejos para socorrerlas, y se vió obligado á retirarse sobre Chiavenna, mientras aquéllas lo efectuaban sobre la alta Engadina. Felizmente el ataque de los imperiales no fué secundado por los españoles, pues de otro modo se hubiera visto acorralado; sin embargo, no es menos cierto que éstos y los imperiales se comunicaban ya, y esperaban refuerzos para concluir con él. Pero la torpeza de los austriacos, no prosiguiendo el movimiento ofensivo, permitió á Rohan concentrar sus fuerzas y tomar una ofensiva vigorosa. Firmemente persuadido de que en la montaña la defensiva no puede alcanzar éxito sino en combinación con una energía ofensiva, decidió sorprender el cuerpo avanzado que los austriacos despacharon á Livigno, y que se hallaba descansando con ciega seguridad. Hízolo así; arrojó á los austriacos del valle, obligándoles á retroceder á Bormio, y rápido como el rayo, ejecutó una marcha sobre el flanco derecho del enemigo y ocupó la posición central de Tirano, antes que llegara aquél á ella, separándole así de los españoles. El error que había cometido Rohan al comenzar estas operaciones no apostándose en Tirano, desde el que hubiera podido acudir fácilmente á Bormio, estaba remediado.

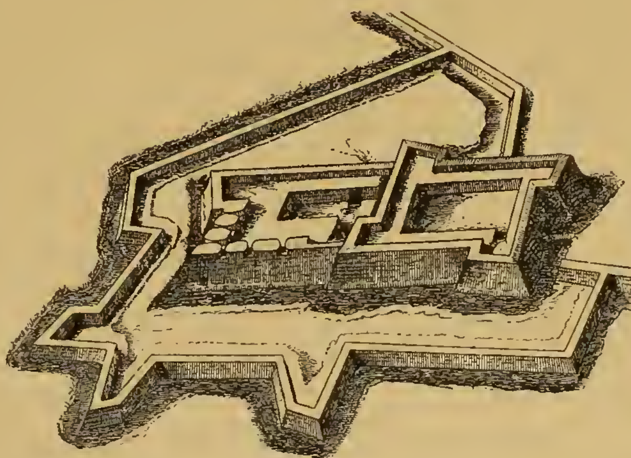
En esta ocasión fué cuando Rohan demostró su gran talento militar, aplicando del modo más

brillante el principio de la defensa activa de las montañas, no obstante la superioridad numérica del enemigo y la pérdida de los fuertes del Bormio que cubrían sus flancos y la cabeza del puente de Mantello. Para cubrirse de Bormio, Rohan marcha sobre Mazzo, y gracias á un hábil movimiento combinado, envuelve á los austriacos que guardaban el puente del Adda desde la orilla derecha. Fernamond, poco previsor, ni se parapetó en esta margen del río, ni ocupó los más importantes puntos inmediatos. No pudo verificarse á causa de tan imperdonable descuido la unión con los españoles, y después de acosar Rohan á los austriacos hasta Sondalo, revolviendo después contra aquéllos, que avanzaban por Ponte-Saint-Pietro, les obligó á replegarse sobre el Milanesado. Rohan no se empeñó en la persecución, temeroso de que los austriacos le arrebataran entre tanto á Tirano; mas sin perder un momento marchó sobre Bormio, ganó el puesto avanzado de Bagni, y asegurados los puntos más importantes de aquel lado, regresó á Tirano con objeto de dar aliento y reorganizar sus tropas. De este modo consiguió, no sólo mantenerse en campo raso con 4,000 hombres contra 6,000 austriacos y 5,000 españoles, sino reducir sus enemigos á la defensiva.

Rohan aprovechó el descanso para fortificar su posición por el frente y flanco; recibió tres regimientos franceses, tres compañías de caballos y 2,000 suizos, y temeroso de ser atacado por el San Gotardo, pactó con el cantón de Uri, para que sus habitantes se encargaran de la defensa de este paso. Él se apostó con 1,200 suizos en Tirano y obró con grandísimo tino, porque, en efecto, el enemigo atacó por el valle de Fraele con la esperanza de abrirse por allí camino para el Milanesado. Fernamond perdió un tiempo precioso deteniéndose en dicho valle para concentrar sus tropas, y vacilando acerca del camino que debía seguir; circunstancias de que se aprovechó Rohan para destacar dos regimientos á Puschivano y otros tres á Bormio mandados por Canisy. Y como Fernamond continuara indeciso, resolvió atacarle, ordenando á las fuerzas que guardaban la Engandina que avanzaran hasta el valle, y al marqués de Vandy que ejecutara un falso ataque sobre Bagni-Bormio para distraer al enemigo, mientras él en persona le embestía por el valle. El combate se entabló en estas condiciones; los austriacos fueron engañados por el ataque de Bagni, y mientras Canisy les amenazaba por el flanco, Rohan desembocaba por el valle con todas sus fuerzas y les obligaba á emprender la retirada, dejando las posiciones cubiertas de cadáveres (31 Octubre de 1635). Desgraciadamente para Rohan, por este tiempo, el ejército que mandaba Créqui, en la Lombardía, se había visto obligado á levantar el sitio de Valenza y á replegarse sobre el Monferrato, lo que dejaba en libertad al ejército español para cooperar á la conquista de la Valtelina; y, en efecto, Servelloni se dirigió con 4,000 hombres escogidos y 300 caballos hacia Morbengo, dispuesto á tomar la ofensiva, mientras las tropas austriacas se concentraban para penetrar de nuevo en la Valtelina. Desde aquel momento Rohan se vió obligado á desistir de la enérgica ofensiva que hasta entonces vino sosteniendo. Sin embargo, no renunció en absoluto á ella, pues una vez asegurada su retirada y flancos por Bormio y el Tirol, y ocupado el valle de Viola, embistió las posiciones de Servelloni en Morbengo, y tan hábilmente combinó el ataque que, después de tres horas de luchar, consiguió la victoria; murieron más de 1,500 españoles y todo el equipaje cayó en poder del enemigo (11 Octubre). Este combate puso término á la campaña, pues á causa de lo avanzado de la estación, los austriacos desistieron del ataque, y Rohan volvió á la posición central de Tirano.

No descansaba Richelieu en sus proyectos de conquista, y apenas expiró aquel invierno (1635-36), un ejército de 26,000 hombres, dirigido por el príncipe de Condé, penetró en territorio neutral del Franco-Condado, y puso sitio á Dole; pero la plaza estaba bien guarnecida y avituallada, por manera que los franceses se vieron sorprendidos por una resistencia enérgica. Entonces concibió el Cardenal Infante un plan atrevido y de gran trascendencia, si correspondieran al proyecto los elementos militares: lejos de adelantarse en socorro de Dole, lo que hubiera originado grandes dificultades, pensó contestar á una agresión con otra; y aprovechando el momento en que los holandeses se hallaban ocupados en el sitio del fuerte Schenck y los franceses con sus tropas diseminadas por tan distintos teatros, encomendó al príncipe Tomás de Saboya la invasión del

territorio francés. El príncipe Tomás, rompe en Julio de 1636 por la frontera de Picardía al frente de 15,000 infantes, 17,000 caballos y 30 piezas de artillería gruesa, precediéndole una nube de caballería ligera polonesa, húngara y croata. Embiste la Capelle y Catelet y los toma (10-25 Julio); cruza el Somme por Cerisi, entre Brai y Corbie (2 Agosto), y somete á Roie y Montdidier. Las bandas croatas y húngaras devastan el territorio comprendido entre el Somme y el Oise, y llegan hasta Saint-Denis, llenando de pánico á los moradores de la capital, mal fortificada para resistir un ataque (4 de Agosto). Pero el invasor, detenido junto á Corbie, con objeto de apoderarse de este importante puesto del Somme, aunque dispusiera de numeroso ejército, no contaba con suficiente infantería para sitiar la capital de Francia, ciudad ya entonces de muy extenso perímetro, y su caballería, en apariencia formidable, carecía de la consistencia y disciplina que requieren operaciones de guerra regulares. Por eso, aun rendida Corbie (15 de Agosto), no pudo proseguir más adelante. «¡Qué ocasión tan brillante para reconquistar nuestra supe-



Perspectiva de uno de los fuertes construidos en el sitio de Breda (1624-26)

rioridad!, exclama lleno de entusiasmo el historiador conde de Clonard. Pero el gobierno español, que en vez de fijar todas sus miras y aglomerar todos sus recursos en los Países Bajos, había debilitado aquí ese gran foco de acción y resistencia derramando sus fuerzas y sus recursos sobre toda la superficie de Europa, recogió entonces el acibarado fruto de su imprudente política. El Cardenal Infante no había podido realizar la invasión sino á medias, reservándose las tropas necesarias para preservar á Flandes de un golpe de mano por parte de Federico de Nassau. Richelieu, seriamente alarmado, hizo refluir sobre las márgenes del Soma las fuerzas de Condé, que abandonaron precipitadamente el sitio de Dole, y formó con ellas y las que dirigía á Soissons un ejército respetable, encomendándolo al duque de Orleans. Si el Cardenal Infante hubiese podido arrojar todas sus tropas sobre la balanza de la guerra, hubiera llegado el momento de provocar una batalla decisiva, teniendo como tenía aseguradas las bases de sus comunicaciones; mas su situación no le permitía hacer un esfuerzo extraordinario, ni él mismo, apreciando bien sus medios, se había propuesto otro que el hacer levantar el sitio de Dole.» La estrella de Richelieu, que había palidecido por un instante, brilló de nuevo con más intensidad que nunca. Agigantándose á compás del peligro, tuvo aquel hombre serenidad y energía para dominarle. En pocos días levantó el espíritu público, puso en armas á los habitantes, reunió nuevas tropas mercenarias, y al

comenzar Septiembre, 37,000 combatientes se hallaban en las márgenes del Oise. A mediados del mes estas tropas se encontraban ya dispuestas á marchar contra las nuestras (1).

No era esto óbice á que Richelieu prosiguiera sus trabajos en Holanda; y coincidiendo con la reunión de este ejército los movimientos de los holandeses, vióse obligado el Cardenal Infante á replegar sus tropas sobre la frontera flamenca, dejando solamente guarnecidas á Roie y Corbie, la última con 3,000 hombres. Estas fueron las únicas conquistas que procuró la expedición de los españoles; pero ya puede presumirse que alejadas de la base de operaciones, atacadas con vigor y sin esperanzas de auxilios, debían rendirse en breve. Ganaron los franceses fácilmente á Roie; pero Corbie resistió por tres meses el bloqueo de 40,000 franceses, á los que animaba la presencia del Rey, y el azote de la peste que diezmaba á los heroicos sitiados; por último, abierto ancho portillo en los muros, faltos de municiones y de víveres los defensores, y no confiando en el socorro, capitularon con honrosísimas condiciones. Banderas desplegadas y tambor batiente, aquel

(1) La relación de esta campaña ha sido escrita por Juan Antonio Vincart, Secretario de los avisos secretos de guerra, y la importancia de este documento y de otros de igual índole debidos al mismo autor es tal, que no ha vacilado uno de nuestros más autorizados críticos en considerarles como *mucho más imparciales y verídicos que los propios partes de los generales*. Ha sido publicada en el Tomo LIX de la *Colec. de Documentos inéditos*, y su título es: *Relación y Comentario de los sucesos de las armas de S. M. mandadas por el Sermo. D. Fernando, Infante d'España, Lugarthiniente, Gobernador y Capitán General de los Estados de Flandes y de Borgoña, d'esta campaña de 1636.*

Al final de la misma, da los siguientes datos concernientes al ejército con que entró en Francia el príncipe Tomás de Saboya.

Regimientos de Infantería

Dos tercios españoles de los maestres de campo, conde de Fuensaldaña y D. Francisco Zapata.
Dos italianos de los maestres de campo, D. Andrea Cantelmo y Carlos Guasco.
Tres valones del conde de Fresin, el conde de Villerval y el barón Besmal.
Tres regimientos alemanes del conde de Hoochstrate, D. Agustín Spínola y el Sr. de Cherfontaine.
Un tercio irlandés de D. Eugenio O'Neil.

Caballería

Cuarenta compañías de la caballería ordinaria del Rey.
Diez del regimiento de Buquoy.
Diez del regimiento del conde de Isembourg.
Diez del regimiento del barón de Zebach.
Doce del regimiento del barón de Vaugrenaud.
En junto, ochenta y dos compañías á cargo del conde Juan de Nassau, general de la caballería del Rey y de D. Juan de Vivero, Comisario general.

Ejército austriaco mandado por el conde Piccolomini

Infantería.	7 regimientos.
Caballería.	8 regimientos de á 10 compañías.
	1 » de á 8 »
	1 » de á 6 »
	1 compañía de polacos.

Ejército de la Liga católica a las órdenes del conde Juan de Veert

Infantería.	5 regimientos.
Caballería.	6 regimentos formando 71 compañías.

Ejército del príncipe Francisco de Lorena

Infantería.	9 regimientos.
Caballería.	5 regimientos de á 10 compañías.

Quedaron en el Brabante, á cargo del conde de Feria, para hacer frente á los holandeses:

Infantería

Tercios de infantería española.	3
Tercios italianos.	2
Tercios irlandeses.	1
Regimientos alemanes..	5

Caballería

Regimientos.	3
Compañías sueltas de caballería ordinaria del Rey.	50

En la citada noticia se relacionan los nombres de todos los príncipes y caballeros que formaron parte de estas fuerzas.

puñado de valientes tomó, el 14 de Noviembre de 1636, la vuelta de la frontera flamenca.

El gobierno español había tratado por este tiempo de aprovechar la invasión de Francia por el Norte para atacarla á su vez por Mediodía. Efectuáronlo simultáneamente por Irún y Roncesvalles el Marqués de Valparaíso y el Almirante de Castilla; pero tan sólo consiguieron apoderarse de algunos lugares de la Gascuña y hacer una demostración sobre Bayona, muy bien apercibida á la defensa. Sin embargo, no fué tan sin consecuencias esta invasión, pues la conquista de aquellos lugares, originó una nueva campaña con los franceses en el Rosellón y como secuela la rebelión de Cataluña. «Esta diversión impracticable, dice Melo, según después lo acusó la experiencia, podremos contar por el primer paso que dió España en su misma ruina, porque de ella tomaron motivo todos los sucesos y accidentes que poco tiempo después turbaron la serenidad del Estado (1).»

No fueron las campañas de los años 1635 y 36 más felices para los franceses en Alemania y en Alsacia, en Parma, en el Milanesado y en el Franco-Condado, que lo había sido en los Países Bajos. El tratado de Praga ajustado entre el elector de Sajonia y el Emperador, y la separación de otros príncipes protestantes de la liga, privó de apoyo al ejército invasor, y como por añadidura los suecos se hubieran retirado hacia las márgenes del Báltico, los austriacos pudieron tomar una ofensiva vigorosa, y obligaron al enemigo á repasar el Rhin, llevando la guerra hasta la frontera francesa. Carlos de Lorena habíase presentado por este tiempo en sus antiguos dominios, y contando con la adhesión de los loreneses, disputó el territorio al ejército de Luis XIII, tuvo en jaque á sus mariscales, y les ganó algunas plazas. El Emperador señoreó buena parte del Rhin, todo el curso del Necker, el bajo Mosela y el Sarre; y mientras apoyaba las maniobras de Carlos en la Lorena, caían en su poder Manheim, Frankenthal, Heidelberg y Maguncia. Los príncipes rebeldes lanzados de sus dominios se habían refugiado en Sedán. Por último, á la liga que intentó formar Richelieu en Italia contra los españoles, sólo se adhirieron los príncipes de Parma y Saboya; éste, con intento de indemnizarse de los gastos de la guerra de Génova y cobrar la suma que por la cesión de Pignerol le debían los franceses; aquél, resentido por la altivez del gobernador de Milán, duque de Feria. Si las maniobras efectuadas por el duque de Rohan en la Valtelina con pequeño ejército, acreditan, como hemos visto, suma habilidad, porque haciendo frente á fuerzas superiores, corriendo sin cesar de uno á otro lado del Adda, impidió toda comunicación entre el Milanesado y Austria; en cambio, las realizadas por el mariscal Créqui en la línea del Po y en combinación con el de Parma y el de Saboya, fueron conducidas con extrema lentitud y no produjeron positivas ventajas. Una mala inteligencia entre estos caudillos lo impedía; porque el saboyano, á la par que deseaba el apoyo de los franceses, temía su preponderancia, y así fué que, cuando rendida Fontaneto y cruzado el Tesino, Créqui quiso proseguir con actividad el movimiento ofensivo, negóse el Duque á marchar contra Milán, ni á incorporarse á Rohan, que dueño de la margen oriental del lago Como esperaba á los confederados en Lecco, y dió lugar á que los franceses sufrieran una seria derrota en las márgenes del Tesino. Acudió entonces el de Saboya en su socorro; pero temeroso de que nuestras tropas atacaran sus Estados, tomó la vuelta del Piamonte; y obligado Créqui á seguirle, desamparó las tierras de Parma, que inmediatamente fueron devastadas por los españoles.

Terminó la campaña de 1635 poco satisfactoriamente para los franceses, de los que dice muy atinadamente un escritor, que en el hecho de no vencer, podían estimarse vencidos. Nuestros ejércitos les habían tenido en jaque y nuestra escuadra se había apoderado de las islas de Lerins, en la costa de Provenza, dejando en ellas guarnición y galeras que interceptasen el comercio de dicha costa con Italia. Pero al expirar el invierno de 1635-36, quisieron los franceses tomar una vigorosa ofensiva, y al efecto, mientras el rey y Richelieu arrojaban al duque de Lorena hasta las márgenes de Sarre y reconquistaban las plazas de la Lorena oriental, el príncipe de Condé invadió el territorio neutral del Franco-Condado, y puso, como ya dijimos, sitio á Dole. Esta disgrega-

(1) *Hist. de los movimientos, guerra y separación de Cataluña*, Lib. I.

ción de fuerzas, unida al socorro que condujo La Valette á los rebeldes de Alemania, dió lugar á la brusca entrada del Cardenal Infante por el Norte de Francia, y desconcertó los planes de Richelieu. Es cierto que éste supo conjurar tan gravísimo peligro; pero al tomar la ofensiva el ejército que organizó con tan desusada rapidez, demostraron sus caudillos tan escaso tino como diligencia, pues todos sus esfuerzos se redujeron á recuperar las dos insignificantes plazas perdidas, regresando luego



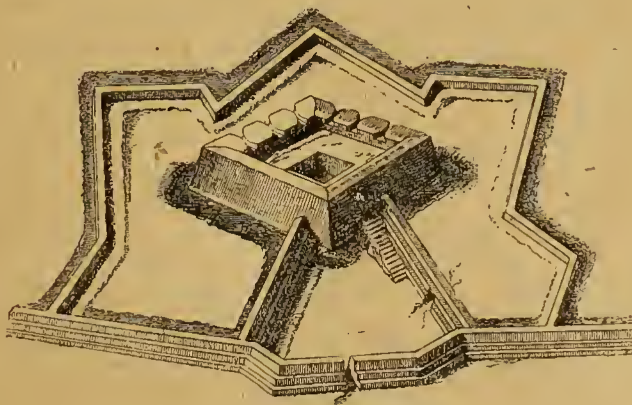
El Conde de Feria. (Grabado de P. Pontius)

á París. Aprovechóse, sin embargo, Richelieu, de la gente levantada, para reforzar á la que combatía en el Franco-Condado, y casi á un mismo tiempo acudieron contra la Borgoña el duque de Lorena y los austriacos; pero estos ejércitos no llegaron á las manos, y á poco viéronse obligados los austriacos á retirarse por falta de vituallas. De este modo se contrabalanceaban los sucesos prósperos y adversos, porque las fuerzas de ambos contendientes no bastaban á sostener la guerra en tan diversos teatros, y tan pronto dejaban un territorio á descubierto los austro-españoles, caían sobre él los franceses, los protestantes alemanes ó los suecos. Acudiendo los franceses al Este, dejaron el Norte á descubierto; presentándose los austro-españoles en la Borgoña, dieron lu-

gar á que el suecc Banner triunfara en Witstock de los imperiales, los arrojara del Brandeburgo, la Thuringia y el Hesse, y devastara la Sajonia. En cambio, en Italia, los grisones, descontentos de ver á los franceses erigidos en señores de su territorio, se aliaban secretamente con los españoles, se insurreccionaban, y acorralando al duque de Rohan en las cercanías de Coira, le obligaban á firmar un tratado de evacuación de la Valtelina (5 Mayo de 1637); y las operaciones de Lombardía, limitadas á los confines del Piamonte, Milanesado y el Monferrato, se arrastraban con suma lentitud, ya á causa de los recelos del saboyano, ya del miedo que se apoderó del duque de Parma, obligado á principios de 1637 á renunciar á la alianza con Francia. La elección del rey de Hungría como sucesor del emperador Fernando de Alemania, y el fallecimiento de éste en Febrero de 1637, contribuyeron no menos que aquellos sucesos á modificar las condiciones de la lucha, porque Francia y Suecia se negaron á reconocer al nuevo Emperador, continuando, en su consecuencia, la terrible guerra de Alemania.

La paz parecía imponerse por la fuerza de las circunstancias á los beligerantes. Alemania estaba convertida en un cementerio; regiones extensísimas de su territorio estaban incultas; el hierro y el hambre iban despoblando las más ricas provincias; turbas de forajidos invadían el país; ejércitos indisciplinados saqueaban lo poco que restaba ya: procesiones de mendigos y mutilados paseaban por campos y villas (1). El cuadro que ofrecía la Francia, con no ser tan lúgubre, era muy triste, pues los impuestos y la guerra tenían agobiado al país; el Norte de Italia también había sido devastado; Bélgica y las márgenes del Rhin ofrecían espectáculo no más halagüeño, y por último, la mísera España se hallaba por momentos más agotada. Sólo prosperaba y florecía la Holanda, cuyos bajeles acometían nuestras posesiones de Asia, y cuyos corsarios, instigando á los indígenas contra los portugueses y españoles, nos causaban incalculable daño. La reacción favorable á la paz era tan grande, que el mismo Richelieu se mostró dispuesto á negociarla, aceptando la mediación del Papa; pero llegada la hora de reunirse los plenipotenciarios, las dificultades que opusieron España y el Imperio á la admisión de los protestantes holandeses y alemanes, frustraron aquellas negociaciones con harto disgusto de Luis XIII y de Richelieu, y no menos sentimiento de los individuos de la Dieta imperial, que habían conjurado á Fernando III á que firmara la paz á toda costa.

La causa de esto consistía en que ni las ventajas ni las pérdidas habían sido todavía suficientemente decisivas para cada uno de los beligerantes; pues la partida entablada entre Francia y las dos ramas de la casa de Austria no era otra cosa que una guerra á muerte. Lo deplorable fué que España resultara víctima propiciatoria de los deslices de Olivares y del orgullo y de la intolerancia de los Austrias.



Perspectiva de uno de los fuertes construidos en el sitio de Breda (1624-25.)

(1) «En algunas partes de Alemania, escribía Vincart á Felipe IV, hará un hombre veinte leguas sin hallar veinte hombres.» *Relación y Comentario de la Campaña de 1636.*

ILUSTRACIONES

Carlos Manuel, duque de Saboya (pág. 65).—Fué hijo, este príncipe, de Filiberto de Saboya, el célebre vencedor de San Quintín, y nació en Rívoli, en 1562. En 1580 ascendió al trono, que ocupó hasta su muerte en 1630. Intimamente aliado á España, por su casamiento con Catalina de Austria, hija de Felipe II, secundó la política española hasta el tratado de Vervins, en que, resentido de España por no haberse consignado con él su derecho al marquesado de Saluzzo, colocóse en actitud hostil. Como nieto que era de Enrique II de Valois por su madre Margarita, Carlos aspiró á la corona de Francia, y durante las guerras de la liga, guerreó por los católicos en el Delfinado y en la Provenza. El general francés Lesdigières, derrotóle en el Franco Condado, y le obligó á retirarse á sus Estados, y Enrique IV, triunfante, le impuso el tratado de Lyón (1600) en virtud del cual Francia ocupó á Gex, Bugey y Val-Romey. Grandes eran las aspiraciones de Carlos de Saboya, cuyo natural inquieto no le permitía la ociosa vida de los príncipes; mas por desgracia carecía de recursos para realizarlas, y aunque buscó apoyo en las grandes potencias, el favor de éstas era no menos temible que sus odios; y de aquí el triste resultado que produjo á su patria. Las campañas á que nos hemos referido en el ESTUDIO anterior prueban que si Carlos no carecía de dotes militares, su astucia política se estrelló ante los ejércitos de España y de Francia. Fué juguete de sus propias ambiciones y murió abrumado por el pesar que le causó su impotencia (1630).

Su hijo mayor, Víctor Amadeo, le sucedió en el trono y no fué más feliz; pero la casa de Saboya contó con príncipes ilustres, que realizaron el gran pensamiento de Carlos, pensamiento expresado en una imagen harto vulgar, pero que se ha hecho célebre: «Italia es una alcachofa, que Saboya ha de ir deshojando».

Conducción de una pieza de artillería (pág. 67).—Representa este grabado el arrastre de una pieza á brazo por los gastadores, y ha sido copiado del *Tratado de artillería* de Diego Ufano.

Nave de guerra (pág. 68).—Este bajel ha sido copiado de un dibujo de la época, de colección inglesa. El tipo de esta nave permite colocarla entre las del primer tercio de este siglo, y, como se ve, no ofrece diferencias notables con los galeones pertenecientes á fines del siglo anterior que hemos descrito.

Piezas de artillería (pág. 69).—Estas tres piezas pertenecen al *Museo do Commando geral d'artilleria* de Lisboa, y son de la época de los Felipes III y IV de España y II y III de Portugal.

La primera es una pieza de bronce de sitio y plaza, fabricada en 1604 en Portugal, y de calibre 0m,10. Ostenta escudo de armas reales españolas, con escudete de armas reales portuguesas, y debajo estas inscripciones: DON PHELIPE III REY DE ESPAÑA—DON · IVAN · DE ACVNA DE CONSELO DE GVERA · Y · SV · CAPITAN GENERAL DE LARTILLARIA ANO 6ºOºº

La segunda pieza, de bronce, y de sitio y plaza, como la anterior, tiene de calibre 0m,11. Debajo del escudo, que es idéntico al de los dos descritos, se lee: DON PHELIPEE IIII REI DESPAÑA. Diferénciase, no obstante, de aquéllas, en el escudo de un titular de España, que también aparece en ella, con la siguiente inscripción: LMAROVS D ACVE LAFVENTEE CONS DE GVERA CAPITAN GENERAL.

Carece del año de la fabricación, y ostenta la marca del fundidor: una ballesta, y las iniciales F. R. S.

La tercera pieza es también de bronce, de sitio y plaza, fabricada en 1625 y de calibre 0m,140. Ostenta asimismo armas reales con escudete portugués, y las inscripciones siguientes: DON PHELIPPE 4.º REY DE SPAÑA.—EL MARQVES DE LA HINOJOSA SA CAPITAN GENERAL DE LA ARTILLERIA.—AÑO 1625. El nombre del fundidor también está marcado en ella: FERNANDEZ BALLESTEROS DE LISBOA.

Esta pieza fué conducida en 1866 desde Mozambique á Lisboa, en la barca *Novo Paquete*.
Pesa 1,524 kilogramos.

Mosquetero holandés (pág. 73).—Está representado en el momento de preparar el mecanismo de su arma, para colocar la mecha; pendientes de la bandolera, lleva las cargas y el frasco de la pólvora, y del siniestro costado la espada. Viste á la usanza del país. Este notable grabado es obra de Ghein.

El Conde-duque de Olivares (pág. 75).—El célebre favorito de Felipe IV nació en Roma, en cuya corte era embajador su padre, el año 1587. De la servidumbre de aquél, cuando era príncipe, ascendió á los más altos empleos, tan pronto como ocupó Felipe el trono. Fué sucesivamente rector de la Universidad de Salamanca, embajador extraordinario en Roma, gentilhombre, y primer ministro. Este cargo lo ejerció por espacio de veintidós años y con poquísimo acierto. No reunía Olivares grandes dotes de gobierno, pero sí mucha presunción y osadía; y como tuviera que luchar con un político de la talla de Richelieu y careciese de elementos para ello, arruinó á la nación con su política de aventuras, derrochó sus tesoros, se atrajo la enemistad de los catalanes, provocó la rebelión de este país, y dió lugar á que se perdieran para siempre Portugal y el Rosellón. Sus primeros actos fueron de venganza contra los favoritos anteriores; pero la administración no por eso mejoró, y si no ganó España en moralidad, fué perdiendo cada día en dominios. En Flandes como en Italia, en América como en Europa, decayó de tal modo nuestro poderío, que bien puede contarse este reinado como uno de los más funestos á España; Francia, cada día más vigorosa, nos atacaba con ímpetu en los Países Bajos y en Italia, en Cataluña y el Rosellón, insultaba nuestras costas, derrotaba nuestras naves; Holanda nos arrebataba posesiones en las dos Indias; Inglaterra se nos mostraba hostil; Portugal se disgregaba de nosotros. Dos guerras estallaban casi á un mismo tiempo, en la península, mientras combatíamos penosamente en el extranjero y defendíamos con no menos trabajo las colonias. Pero el ministro halagaba al indolente soberano con la esperanza de hacerle el más poderoso de Europa, y creciendo su engreimiento á compás del favor, llegó á convertirse en verdadera tiranía: tiranía tanto más repugnante, en cuanto estaba basada por igual en la ambición y en la mala fe. El retrato de Olivares parece que revela alguna de las cualidades morales de este personaje; sus actos demuestran que fué hombre de alma mezquina, ideas bajas, talento mediano y presunción extraordinaria. Fué político de los que figuran en épocas de decadencia; épocas aciagas en que las medianías pasan por talentos y en que la desfachatez hace oficios de ingenio. Olivares encontró una nación abatida y miserable; la hizo todavía más pobre y la privó de las escasas fuerzas que la restaban. ¿Puede servirles á estos políticos de disculpa la decadencia de la patria? En manera alguna, porque los hombres grandes, si no la rehabilitan, la sostienen; y los hombres nobles, si no pueden sostenerla ni rehabilitarla, deben renunciar á presidir sus destinos.

El favor de que Olivares gozó cerca del Rey, concluyó antes que la vida del monarca. Los desaciertos de su política por una parte, y el odio de la Reina por otra, produjeron su caída. El Rey le mandó salir de Madrid, y retirado en Toro falleció en 1645, no sin sospechas de haber sido envenenado. «Relegósele á Toro, dice el malogrado continuador de Melo, en donde sobrellevó con ánimo firme su desgracia, y escribió un libro contra la calumnia; pero á poco murió de muerte súbita, que dió mucho que hablar por lo inesperada. Pocos la creyeron natural; algunos, efecto de un dolor concentrado y escondido por la pérdida de la privanza; los más la achacaron á un veneno, administrado por los suyos, para poner término á sus días.» Reemplazóle en la privanza su sobrino D. Luis de Haro, ni más hábil ni menos ambicioso.

Conductor de un tren (pág. 77).—La figura en dicha página reproducida permite examinar los detalles del traje usado por estos oficiales, compuesto de coleto, gregüescos, botas altas de cuero y sombrero de fieltro á la valona; por única arma, llevan pendiente de la cintura la espada.

Fragmento del grabado «Siège de Breda» (pág. 81).—Sería ocioso detenerse á explicar este grabado, ya que en la lámina de la página 76 están señaladas las posiciones de los españoles y reproducidas en su totalidad las líneas de circunvalación y contravalación. Nos limitaremos á decir que es sólo un fragmento pequeño de aquella composición de Santiago Callot, cuyas extraordinarias dimensiones nos han impedido reproducir íntegra. El original nos ha sido facilitado por el Sr. D. Manuel de Bofarull, jefe del Archivo de la Corona de Aragón.

Santiago Callot, uno de los más famosos grabadores, nació en Nanci en 1593. Hijo de una familia noble, pero de posición modesta, partió en edad muy tierna para Italia, y estudió en Roma y en Florencia su arte y el de la pintura. Tales progresos hizo, que mereció la protección del Gran Duque de este Estado, y más tarde la de los príncipes de Lorena, á cuya corte pasó, y de los que fué pensionado. Su reputación como hábil grabador cundió por toda Europa, y cuando Spínola sitiaba á Breda, llamóle la infanta Isabel y le encargó que dibujara la disposición del sitio. Otro tanto hizo con el famoso de la Rochela, por encargo de Luis XIII, y del de la isla de Ré, que grabó en París. Regresó después á Nanci, su patria, y su laboriosidad fué tal, que en los breves años que contó de vida ejecutó hasta 1,600 grabados. Después de la toma de Nanci por los franceses en 1631, retiróse á Florencia, donde murió el 28 de Marzo de 1635 á la edad de 42 años.

Fué este grabador un verdadero prodigio por la precocidad de sus aptitudes y por su imaginación fecunda. A los ocho años dibujaba ya; á los doce se distinguía por la exactitud con que caricaturaba. Una vez impuesto en el grabado con buril, abandonó éste por el procedimiento al aguafuerte, procedimiento más pintoresco, más expeditivo, menos rebelde, y que por lo tanto se avenía más con el carácter de Callot. El buril era demasiado lento para seguir los vuelos de su fantasía, para acomodarse á su agilidad maravillosa; y en verdad que hasta entonces ningún grabador había producido obras tan fantásticas y á la par tan correctas. Su nombre merece brillar entre los de Van-Dyck y Rembrandt, aunque se aparte por igual de estos dos maestros en el arte de pintar y grabar; sus obras merecen colocarse entre las más hermosas concepciones del ingenio humano.

En ellas tuvieron gran cabida los asuntos militares, y la *Vida del soldado*, las *Miserias y desdichas de la guerra*, reflejan maravillosamente el estado social de su siglo, y el modo de ser de sus contemporáneos. En cuanto á los tres sitios ya citados, representan un talento de observación y una laboriosidad que en nuestros días nos parecería excepcional.

Soldado francés (pág. 84).—Este tipo militar ha sido reproducido de la soberbia serie de Callot, la *Vida del soldado* que acabamos de mencionar. Es una preciosa obra de arte, digna de alternar con las de Ghein, que en estas páginas hemos reproducido.

Mosquetes ornamentados (pág. 85).—Estas dos armas han sido copiadas de una fotografía, y pertenecen al Museo de Milán. No ofrecen particularidad digna de mención sobre los anteriormente descritos, por lo que atañe al mecanismo; pero se distinguen por la hechura de sus cajas y la belleza de su decoración.

Conductor de municiones (pág. 87).—Esta figura ha sido copiada del *Tratado de la artillería* de Diego *Ufano*, y permite apreciar en sus menores detalles el traje, bien sencillo por cierto, de los soldados de artillería.

El Cardenal Infante D. Fernando (pág. 89).—Equivocadamente se colocó al compaginar el tomo II el retrato de este personaje, en la pág. 372 y su biografía en la 421. El nuevo retrato que ofrecemos del mismo en el lugar que le corresponde, pertenece á la preciosa serie titulada *Iconografía de Van Dyck*, y ha sido grabado por Lommelin. Consideramos ocioso repetir las noticias biográficas y, por lo tanto, remitimos á nuestros lectores á la citada página del segundo Tomo.

Soldados de infantería (pág. 93).—Las tres figuras de la citada página representan un alférez, un tambor y un pífano, y han sido copiadas de un grabado de la época. Lleva el alférez, sombrero de fieltro blanco á la valona, con el ala levantada sujeta á la toquilla que ciñe la copa, y adornado con plumas; jubón, coleto de ante, coraza, gregüescos, medias calzas y zapatos. Sobre la coraza ostenta la banda roja, y pendiente del costado la espada. Los dos músicos se diferencian en el capotillo de dos aldas con mangas perdidas.

Perspectiva de los fuertes construídos en el sitio de Breda, en 1624-25 (págs. 96 y 100).—Las reproducciones que en dichas páginas ofrecemos, lo son de la obra de Herman Hugo *Sitio de Breda*, y dan perfecta idea de la disposición de los fuertes construídos en número de treinta y siete alrededor de esta ciudad, cuando en 1624 la cercó el marqués de Spínola, estos fuertes se construyeron abaluartados, semiabaluartados y estrellados.

El Conde de Feira (pág. 97).—El Sr Llorente ha escrito con muchísima razón, al trazar la biografía del escritor militar Villalobos y Benavides: «No es poco lo que se nota la falta de biografías en nuestra literatura histórica, y las pocas que se encuentran son apologías llenas de lagunas y de parcialidad, como las de nuestros genealogistas.» Con este obstáculo tropezamos nosotros repetidas veces, pues muchos de los personajes militares que han figurado en segundo lugar en estas campañas, no tienen otra historia que los hechos aislados que ejecutaron ó las operaciones en que han tomado parte. El Conde de Feira es otro de los dos caudillos españoles que guerrean en los Países Bajos y en el Milanesado más lucidamente. Distinguióse en las de la primera mitad del siglo XVII y mandó distintos cuerpos con los que hizo la guerra á los holandeses y franceses. En ausencia del Cardenal Infante D. Fernando, gobernó las tropas del Brabante, y gracias á sus acertadas medidas fué derrotado el conde Guillermo de Nassau que desembarcó cerca de Amberes por este tiempo y trató de apoderarse de la ciudad.

D. Alejandro Weil da los siguientes datos acerca de ese personaje en su notable estudio *Un soldado de España:*

«D. Manuel Pimentel, Conde de Feira (que se halla escrito Feria, Freira, la Feira y la Fera), castellano de Amberes desde 1631, nombrado á fines de 1635 Virrey de Aragón, sin que llegara á tomar posesión, murió de enfermedad en Flandes á 9 de Agosto de 1639... Debía ser portugués y heredero del título del Conde de Feira, lugar de Portugal, provincia de Beira, á cinco leguas al S. de Oporto; pues el último conde de Feira á principios del siglo XVII, llamabase D. Fernando Forjaz Pereyra y Pimentel (véase *Moreri español:* Feira), y al artículo *Portugal*, se en-

cuentra también que María de Portugal, hija de D. Francisco de Portugal y Faro, conde de Odemira (quien vivía á principios del siglo XVII), casó con D. N. Pereira Pimentel, conde de Feira, quien quizás sea este D. Manuel.»

El grabado que ofrecemos es copia de un cuadro de Van Dyck, grabado por Paul Pontius.

Cerco de Breda (Lámina suelta; pág. 76).—Esta lámina está copiada de la obra del jesuíta Herman Hugo impresa en Amberes en 1627 por el famoso Plantin con inusitado lujo. La circunstancia de estar marcadas en ella las posiciones del sitiador nos ahorran la explicación.

El campo español frente á Breda (Láminas sueltas; págs. 74 y 78).—Estas dos láminas son reproducción de otros tantos fragmentos de la célebre composición de Callot, á que aludimos más arriba. La de la página 74 es simple copia; la de la 78 facsímile. Una y otra completan perfectamente la ilustración de este memorable cerco.





ESTUDIO TERCERO

CAMPAÑAS DE FLANDES, ITALIA Y ROSELLÓN

REBELIÓN Y GUERRA DE CATALUÑA—(1637-1642).

I. Campaña de 1637.—Operaciones en la frontera flamenca, en el Luxemburgo, en el Franco Condado, en la Alsacia y en el Languedoc.—Ventajas conseguidas en el Monferrato.—Campaña de 1638.—Operaciones del príncipe Tomás de Saboya y el conde de Piccolomini.—Sitio de Fuenterrabía por Condé.—Campaña de 1639.—Operaciones del Cardenal Infante D. Fernando.—Triunfos de Leganés en el Monferrato y Lombardía.—Toma de Turín. — II. Los franceses invaden el Rosellón.—Sitio de Salces.—Derrota del ejército francés.—Es destruída nuestra escuadra en el Canal de la Mancha.—Triunfos de los holandeses en el Brasil.—Campañas de 1640.—El conde de Harcourt triunfa de Leganés y de Saboya en Turín.—Operaciones en los Países Bajos.—Famoso sitio de Arras.—Muerte del Cardenal Infante D. Fernando. — III. Causas que motivaron la rebelión de Cataluña.—Desacertadas medidas de la corte.—Rebelión del Principado.—Primeros encuentros.—Bombardeo y toma de Perpiñán.—Actitud de los catalanes.—Providencias reales.—El marqués de los Vélez se encarga del ejército.—Piden y obtienen los catalanes socorros de Francia.—Empieza la guerra en el Rosellón.—Operaciones del ejército real en las márgenes del Ebro.—Vélez en Tortosa.—Combate del Coll de Balaguer.—Toman los castellanos á Hospitalet y Cambrils.—El ejército francés abandona á Tarragona y entra en ella el de Vélez.—Desesperación de los catalanes.—Son arrollados en el paso de Martorel.—Proclaman á Luis XIII conde de Barcelona.—Batalla de Montjuich.—El ejército castellano se retira en derrota á Tarragona.—Entrada del general francés la Motte en Cataluña.—Sitio de Tarragona.—Ejército francés en el Rosellón.—El mariscal de Brezé es nombrado lugarteniente de Luis XIII en Cataluña.—Desastre de la Granada.—Consternación en Madrid.—Pérdida del Rosellón.—Formación de un grande ejército en Castilla.—Operaciones de Leganés.—Batalla de Lérida.—Retirada del ejército castellano.—Pérdida del Rosellón.—Los franceses dominan en Cataluña. — IV. Campaña de Flandes en 1642.—Conquistas de Lens y la Basée.—Batalla del Chatelet.—1643: Batalla de Rocroy.—Pérdida de Thionville.

I

POR el desfavorable resultado de la campaña de 1636, pudo conocer Richelieu cuán ineficaz era el sistema de fraccionar las fuerzas en distintos teatros; y como en el Norte de Italia era precisamente donde con menos provecho continuaba la guerra, avínose á que allí se suspendiera, limitándose á que la escuadra francesa mandada por Harcourt se apoderase de las islas de Lerins, y concretándose á continuar las operaciones en los Países Bajos, la Alsacia y el Franco-Condado. Cuatro ejércitos se organizaron á este objeto: el de Bernardo de Weimar destinado á la Alsacia, el de Chatillon a la Champaña, el del duque de Longeville al Franco-Condado, y el del cardenal la Valette á la Picardía. La atención del Cardenal se concentró en los Países Bajos, donde pensaba descargar los más vigorosos golpes; y al efecto, mientras de acuerdo con Federico Enrique de Nassau debía

una parte de sus tropas embestir á Dunkerque, Chatillon tenía que acudir al Luxemburgo y cerrar el paso á los socorros que de Alemania se despacharan á Flandes, y La Valette entrar en el Hainaut y señorear el curso del Mosa, abriendo las comunicaciones de Francia con Lieja.

Consiguiente á este concierto fué la marcha de La Valette hacia la frontera y el ataque á Landrecies (19 Junio 1637), que no obstante hallarse muy poco guarnecida resistió algunos días; mas como el Cardenal Infante necesitaba sus fuerzas para hacer frente á los holandeses, no le fué dado socorrerla, y hubo de rendirse en honradas condiciones. Pocos días después fué embestida Breda por el príncipe Federico Enrique, que hallando en las tempestades que azotaban la costa un pretexto para no asociarse al ataque de Dunkerque, puso sitio á aquella plaza. Y como á consecuencia de esta nueva resolución, La Valette pudo engrosar su ejército y adelantarse por la margen del Sambre, hasta Mauberge, que fué tomada sin resistencia, encontróse el Cardenal Infante atacado de cerca por dos poderosos enemigos y sin fuerzas para acudir á uno ni otro. En esta angustiosa situación acudió al emperador de Alemania, reclamando auxilios; pero su carta fué interceptada y sirvió de estímulo á Richelieu y al rey de Francia. Gran fortuna que La Valette careciera de dotes militares, pues habiéndose entretenido este caudillo en conquistar á la Chapelle, dió lugar á que D. Fernando, después de intentar romper las líneas de Breda y recuperar á Venloo y Ruremunda, pudiera darse la mano con los austriacos que en su socorro condujo por el Luxemburgo Piccolomini. Engrosadas las fuerzas españolas, intentaron vanamente apoderarse de Mauberge, que poco después abandonaron voluntariamente los franceses, y no bien levantaron su campo, recibióse la noticia de la pérdida de Breda (7 Octubre). En este intervalo Chatillon nos había arrebatado varias plazas del Luxemburgo; el duque de Longeville había hecho otro tanto en el Franco-Condado; Weimar derrotaba á Carlos de Lorena en Alsacia, rechazaba á los imperiales y tomaba cuarteles allende el Rhin; la Guyena era abandonada por los nuestros, y un ejército de 13,000 españoles que se había enviado al Langüedoc, fué derrotado con grandes pérdidas de hombres y material; por manera que, excepción de la de Italia, donde el marqués de Leganés se aventajó en el Monferrato, Francia salió gananciosa de estas campañas. La muerte de sus dos aliados los duques de Saboya y Mantua (13 Septiembre—7 Octubre) fué, sin embargo, un contratiempo para sus intereses en Italia.

La campaña de 1638 fué más afortunada. El Cardenal Infante no sin grandes esfuerzos consiguió reunir tres cuerpos de ejército: uno, para hacer frente á los holandeses, de 10,000 hombres y 3,000 caballos, á su inmediato mando y en el que figuraba como maestre de campo general D. Felipe Silva; otro, para resistir el ataque de los franceses, de 9,000 infantes y 3,000 caballos, regido por Tomás de Saboya y Piccolomini; y el tercero, destinado al Luxemburgo, de 4,000 infantes y 1,000 caballos, á las órdenes de Lamboy. Fontaine quedó encargado de la defensa del litoral, y penetrando el designio del mariscal de Chatillon que inauguró las operaciones entrando en el Artois y encaminándose por Bethune sobre la plaza de Aire, apostóse sobre el Aa, á pocas leguas NO. de Saint-Omer, cubriendo aquella región y apercibido á correr en auxilio de las plazas amenazadas. El enemigo no se vió con fuerzas para embestir á Saint-Omer, y efectuando un rápido movimiento hasta Cassel, trató de envolver á Fontaine, que, siempre diligente, se replegó sobre Berghes Saint-Winock, después de introducir gran cantidad de pólvora en Saint-Omer. Pero mientras las fuerzas francesas acometían por este lado, los holandeses, siguiendo el plan combinado con Chatillon, desembarcaba en la orilla izquierda del brazo occidental del Escalda y cruzando aquel territorio pantanoso y surcado de canales y ríos, entraban en el país de Waes y se hacían dueños del fuerte Caloo y del que se levantaba en Verrebroeck. Tuvo lugar este ataque el 14 de Junio, y el 15 los españoles conducidos por Fontaine, que por aquellos día había dejado el mando de las tropas del litoral, recuperaron á Caloo; empero los enemigos, fuertes en Verrebroeck, atacaron el 21 de Junio por la noche la posición de Beveren con tanta furia, que la lucha se prolongó hasta las doce de la siguiente mañana. Y esta batalla, de que hacen escasa mención los historiadores, fué por demás sangrienta, pues murieron de los nuestros 234 y fueron heridos 822, y de los holandeses perecieron 1,500, quedando en poder de Fontaine 25,000 prisioneros, 53 bande-

ras, 25 piezas, muchas barcazas y 2 fragatas. Coincidió este suceso con el sitio de Saint-Omer (Mayo 1638), conducido con extrema lentitud por parte del mariscal Chatillon, á quien obligó Tomás de Saboya con hábiles maniobras á levantar el campo, y cerróse la campaña de los Países Bajos con la pérdida de Chatelet. No se condujo imprósperamente en Alsacia y Lorena, mas



Retrato del rey Felipe IV. (Grabado de la época)

no así en Italia, donde fué muerto Créqui y ganaron los españoles á Bremo y á Vercelli, sin que bastara á impedirlo el cardenal La Valette, que acudió á reemplazar á Créqui. También cupo al territorio español alguna parte en esta lucha, pues el príncipe de Condé cruzó con fuerte ejército el Bidasoa, penetró en Irún, y después de ocupar el puente de Figuier y el puerto de Pasajes, reforzado por el marqués de la Force, puso en Julio sitio á Fuenterrabía. El cerco de esta plaza fué más estrecho desde el momento que una flota francesa impidió la entrada de socorros, y como intentaran los españoles continuar los auxilios, fué embestida su armada por la francesa en las aguas de Guetaria y echados á pique é incendiados casi todos sus galeones (22 Agosto). Afortunadamente Fuenterrabía hizo heroica

resistencia, y su valiente guarnición, no contenta con rebatir los asaltos, rompió en una salida las líneas enemigas, y tomando de revés uno de sus reductos, entróse por el campo francés degollando á cuantos encontrabán. En pocos momentos fué puesto en fuga el ejército sitiador, buscaron sus caudillos la salvación en la escuadra y tomando los más el camino de Bayona, no parando hasta acogerse en su recinto. Alcanzó este sitio, por lo imprevisto de su desenlace, merecidísima fama, y tanto como engrió á la corte de Madrid, produjo consternación y despecho en la de Francia. Así en la guerra los sucesos prósperos ó adversos, sirven por igual de acicate á vencidos como á vencedores, pues si estimula la ira para el desquite, arrastra la ambición para ganancia más crecida.

Compréndese, pues, que la guerra no cejara. En 1639 tres ejércitos franceses caen sobre los Países Bajos, mientras Weimar continúa guerreando en la frontera alemana; y España, acosada á la vez en Flandes y en Italia, se ve obligada á reclamar para el Cardenal Infante el concurso de Piccolomini, y á trasladar á Italia á Tomás de Saboya para que auxilie á Leganes. Aturden y confunden en verdad tan complicadas operaciones, no todas indignas de circunstanciada relación; mas ¿quién duda que esto exigiría volúmenes enteros? ¿Ni de qué utilidad sería para el lector aglomerar detalles más ó menos salientes, pues no siempre se trata de campañas modelos? La de este año presenta en embrollada madeja idénticas alternativas de triunfos y derrotas. El marqués de Feuquières sitia á Thionville, la socorre Piccolomini y gana una brillante victoria, pues rompe por completo á los franceses, se apodera de su artillería y prende á su caudillo (Mayo de 1639). En cambio, no consigue hacer levantar el sitio de Hesdín, á cuya plaza amaga en unión del Cardenal Infante. Hesdín se entrega, y D. Fernando hace pagar con la vida al gobernador la capitulación. Gracias al concurso de los holandeses que distraen las fuerzas españolas en Flandes, conquistan los franceses varias villas del Artois y consiguen una victoria sobre el conde de Fuentes. Chatillon se apodera de Iboir; Weimar muere en Alsacia, cuando mayores esperanzas infundían su juventud y su talento. Entre tanto, Tomás de Saboya y Leganés, obrando de concierto uno en el Monferrato, otro en el Piamonte, en breve tiempo señorean gran número de plazas y se apoderan de Turín; mientras en la parte marítima, Niza y Villafranca abren en sus puertas á los españoles, que de este modo se encuentran preponderantes en la Lombardía.

Tal era la fisonomía que ofrecía la guerra en los años 1637 y 38. Ni Francia ni España llevaban trazas de cejar en esta lucha; mas, por desgracia, las torpezas de Olivares precipitan nuestra ruina, y en los años siguientes descarga, por fin, sobre nuestra infeliz patria el terrible azote de la guerra civil, que, unido á nuestras guerras exteriores, la arrastra vertiginosamente por los abismos de la decadencia.

II

No parecía el odio de Richelieu contra la casa de Austria aplacarse con los reveses, ni satisfacerse con medianos triunfos. La afrenta recibida en 1638 en Fuenterrabía, quiso lavarla al año siguiente invadiendo á España por la frontera catalana, y el mismo príncipe de Condé, derrotado ante aquella plaza, encargóse ahora de las operaciones, auxiliado por el mariscal Hallouin-Schomberg. Por desgracia, no se hallaba Cataluña en buenas condiciones de defensa, la gente que la guarnecía era poca y bisoña, el que la gobernaba, viejo y achacoso; mas así y todo, ni al virrey y capitán general conde de Santa Coloma, ni á los catalanes pudo tacharse de descuidados. Avisó aquél oportunamente á la corte de Madrid, y acudieron éstos con socorros en apoyo del ejército real. Tan sólo el rencor que Olivares conservaba contra Cataluña, fué causa del abandono en que

dejó á esta hermosa provincia y al Rosellón. Nunca se hizo más patente que entonces hasta dónde rayaba la mezquindad y la mala fe del privado.

Por de pronto, al pisar los franceses el Rosellón, en Junio de 1639, los españoles hubieron de



Arrastre de un cañón. (Copiado de la obra de Ufano)

abandonar los puestos avanzados y replegarse á Perpiñán; diéronse los franceses á saquear y talar la provincia y pusieron sitio á Salces, llave del Langüedoc. Este peligro despertó en Cataluña patrióticos sentimientos, y en menos de un mes 10,000 ciudadanos, bisoños casi todos, acudieron en socorro de Salces. No pudieron evitar que Salces, flojamente defendida, se entregara sin darles

tiempo de socorrerla; pero tampoco consiguieron que el virrey Santa Coloma, que se hallaba en Perpiñán, operara movimiento alguno, excusándose con la orden de esperar el arribo del ejército de Cantabria. El resultado de esto fué el saqueo del territorio por los franceses, quienes, al tener noticia de que el ejército español había sido reforzado, retiráronse á Francia para engrosar el suyo (Septiembre 1639). Pocos días después el ejército español, fuerte de 3,000 caballos y dos cuerpos de 10,000 infantes, uno de ellos exclusivamente de catalanes, salió de Perpiñán y puso sitio á Salces, que gobernaba Mr. de Epernan, oficial de mucho mérito. El entusiasmo que anima á las tropas sitiadoras no parecía haberse comunicado á los caudillos, pues la expugnación se condujo con suma lentitud, dando sobrado tiempo al enemigo para que organizara el socorro y originando no pocas murmuraciones en el campo español. A las privaciones originadas por lo avanzado de la estación, añadióse una enfermedad contagiosa que hizo estragos en las filas, sin contar la merma originada por el fuego y la fatiga. Cuatro vigorosas salidas de los sitiados habían dado ocasión de mostrar el arrojo de nuestras tropas; pero el sitio no llevaba trazas de adelantar, y á mediados de Octubre súpose el próximo arribo de Condé al frente de 24,000 combatientes y 12 piezas. Con efecto, púsose el 24 á la vista de nuestro campo, azotado por copiosísima lluvia. La circunstancia de haber recibido los españoles por aquellos días muchos reclutas y de la escuadra surta en Rosas 2,300 veteranos, obligó á los caudillos á perseverar en la empresa, y en consecuencia acordaron esperar la acometida en las trincheras. Esta tuvo lugar el 1.° de Noviembre, siendo completamente derrotados los franceses, y aunque el gobernador de la plaza no quería entregarla, obligado por la falta de víveres, hubo de pedir capitulación á fines de Diciembre. Habían transcurrido en esto dos meses y el ejército mantenídose junto á Salces sin disparar un tiro; el desacuerdo entre los catalanes y las tropas del rey era ya grande; los desafueros de éstas en los alojamientos iban á prestarle creces, y la conquista de Salces á convertirse en tea de una lucha civil.

Esta conquista y las ventajas conseguidas por Leganés en Italia, fueron las únicas ventajas que España obtuvo en la campaña de 1639; ventajas más aparentes que positivas, como luego iremos viendo. En cambio, en este mismo año la flota francesa del Océano, acomete y saquea á Laredo, é incendia los arsenales de Santander (Agosto), y el almirante holandés Tromp destroza en el canal de la Mancha (Octubre) una escuadra española compuesta de 70,000 velas y 10,000 hombres de desembarco. Luchóse en esta ocasión por espacio de muchas horas, viéronse los nuestros completamente envueltos, perdimos casi todos nuestros bajeles, unos destruídos, otros apresados; perecieron 8,000 hombres, y el navío *Santa Teresa* de ochenta cañones, montado por lo más florido de la gente, fué echado á pique. Tan sólo siete naves, en una de las cuales iba el almirante Oquendo, pudieron refugiarse en Dunkerque. Este desastre recuerda el de la famosa armada *Invencible;* por las circunstancias en que tuvo lugar, por la magnitud de la pérdida y por haber intervenido en él holandeses é ingleses, no obstante la neutralidad que éstos debían observar. Fué un golpe más á nuestro poder marítimo cada día más abatido. Y no paraban aquí los descalabros; porque las flotas holandesas á las órdenes de otro Mauricio de Nassau, pariente de Federico Enrique, proseguían sus depredaciones y sus conquistas, auxiliada con incesantes refuerzos de la Compañía de las Indias. En las colonias también venían á los manos españoles y holandeses, era derrotada la gran flota que á costa de muchos sacrificios puso España á las órdenes de Mascareñas, perdiéndose casi todos sus bajeles y pereciendo casi toda su gente; por manera que en ambos hemisferios se veía humillado nuestro pabellón y aniquilado nuestro poder marítimo.

Ni en Italia ni en Flandes presentaban mejor cariz las cosas al comenzar la campaña de 1640. El conde de Harcourt, que reemplazó á La Valette en Saboya, reconquistó algunas plazas, y, reforzado por el ejército saboyano, hizo levantar á Leganés el sitio de Casal, derrotándole en sus mismas líneas. Engreído por esta victoria, marchó sobre Turín, donde se hallaba encerrado Tomás de Saboya; pero Leganés acudió en socorro de la plaza y Harcourt vióse encerrado entre los muros de Turín y el ejército de Leganés. Fueron muy notables estas operaciones por el singular caso de convertirse en sitiador el sitiado. Con efecto, Harcourt circunvaló con gran habilidad y cuidado

su campo de una y otra parte; reforzó sus líneas con gran número de reductos y las defendió con tanta energía y talento, que ni la pericia de Leganés ni el arrojo de los españoles lograron romperlas; antes al contrario, al tratar de efectuarlo, dejaron al pie de las trincheras francesas más de 4,000 cadáveres (Junio de 1640). Esta obstinada resistencia dió lugar á que llegaran al campo francés los socorros que conducían Turena y Villeroy; pero como también hubiesen recibido los nuestros algún auxilio del reino de Nápoles, continuó Leganés ciñendo las líneas francesas, y en espera de reducir por hambre al enemigo. El bloqueo surtió el efecto apatecido, pues á pesar de que Turena, burlando la vigilancia de los españoles, introdujo en los cuarteles franceses algún socorro, llegaron éstos á experimentar suma necesidad. Empero, la que sufría la plaza no era



Caballería y artillería de batir holandesas. (Copiado de una obra militar de la época)

menor, y aunque el príncipe Tomás efectuó varias impetuosas salidas para darse la mano con Leganés, resultaron éstas más sangrientas que fecundas, haciéndose por momentos más difícil el sostener á Turín. Obligado por la falta absoluta de víveres pactó el príncipe Tomás con el de Harcourt la entrega sobre las bases siguientes: Salida de la guarnición con todos los honores de guerra é incorporación de la misma á Leganés con cuatro piezas y veinticinco cartuchos para cada una; libre salida para los ciudadanos con sus armas y bagajes; entrega de la ciudad á las tropas del rey de Francia. Esta capitulación se firmó el 19 de Septiembre; las tropas sitiadas, 5,000 infantes y 2,000 caballos, salieron el 24. El príncipe tomó la vuelta de Ivrea con parte de su ejército y Harcourt entró en la disputada ciudad de Turín. Su triunfo sobre dos generales reputados por los más hábiles de su época acrecentó la fama de que gozaba, y mereció los elogios de sus mismos enemigos.

La campaña de Flandes tuvo un resultado no menos satisfactorio para Francia. Bélgica debía ser invadida por dos ejércitos franceses y dos holandeses. A este objeto Richelieu había elevado á 1.600,000 libras el subsidio que daba á los holandeses. Federico Enrique prometió atacar á Dame y Brujas, mientras el mariscal de la Meilleraie operaba en las márgenes del Mosa y los de Chatillon y Chaunes del costado del Artois. Afortunadamente el Cardenal Infante se adelantó al propósito de los holandeses y consiguió rechazarlos, y la Meilleraie, que avanzó por entre el Sambre y el Mosa, vió frustrados sus ataques á Charlemont y Marienbourg, perdiendo, á causa de los temporales y de la resistencia que presentaron aquellas plazas, tiempo y soldados. Richelieu, impaciente, hizo modificar el plan de operaciones con tanto acierto como oportunidad. Dió orden á la Meilleraie para que se reuniera en Arras con los mariscales Chatillon y Chaunes, y el 13 de Junio de 1640, los tres ejércitos formando un total de 2,300 infantes y 9,000 caballos embistieron inopinadamente la ciudad. Esta se hallaba á la sazón muy poco preparada y su guarnición reducida á 1,500 infantes y 400 caballos. Tampoco era de presumir que recibiera pronto socorro, y para reducirla en breves días y vengar pasados descalabros, se trabajó tan activamente en las líneas, que en veinte días la circunvalación se desarrollaba por espacio de cuatro ó cinco leguas y en otros quince días la contravalación estaba terminada. El general Lamboi, que mandaba en reemplazo de Piccolomini los valones, trató en vano de aproximarse á ellas; el Cardenal Infante, haciendo prodigios de energía, reunió un ejército para acudir en auxilio de la plaza, y en unión de Lamboi y de Carlos de Lorena avanzó hasta las líneas francesas el 9 de Julio.

Acampó el ejército de socorro fuerte de más de 20,000 combatientes á dos leguas noroeste de Arras, reanimando su aproximación el valor de los sitiados. El propósito de su caudillo era, más bien que forzar las líneas enemigas, bloquearlas, interceptando los convoyes de Picardía, á cuyo efecto distribuyó sus fuerzas entre Arras, Hesdin y Doullens. Colocado en esta posición iba allegando los posibles elementos, procurándose refuerzos y aumentando sus tropas. Llegó á reunir 20,000 infantes y 12,000 caballos, cifra respetable y de la que podía prometerse el logro de sus intentos. Pero Richelieu, que seguía paso á paso las operaciones, tan pronto se dió cuenta del peligro que corrían los mariscales franceses, por otra parte no muy bien avenidos, trasladóse á la villa de Amiens, en unión de Luis XIII, para estar más inmediato al teatro de la guerra (Julio 1640). Desde allí daba diariamente sus órdenes á los tres mariscales y procuraba la organización de un numeroso convoy que, escoltado por 18,000 soldados y precedido por 6,000 hombres á las órdenes de Meilleraie y de Chaunes, debía introducirse en la plaza. Coincidió el arribo de este convoy con el vigoroso ataque dado á las líneas francesas por el Cardenal Infante, y gracias á esto pudo arrimarse al campo sitiador sin ser molestado; porque el estampido del cañón indicaba el sitio donde se libraba la batalla (2 de Agosto). Con efecto: aquel día á la madrugada, el caudillo español, instigado por los de su consejo, resolvió acometer á los sitiadores, cuyo número había mermado extraordinariamente á consecuencia de enfermedades y deserciones. Entablado con furor el combate, bizarramente dirigido por el intrépido Carlos de Lorena, que marchaba en cabeza de los españoles, prolongase, sin embargo, hasta muy entrada la tarde, dando lugar á que el arribo del convoy animara á los franceses, quienes opusieron tan desesperada resistencia, que fué del todo inútil proseguirlo. La presencia de los escuadrones de socorro obligó á los españoles á retirarse, dejando las trincheras cubiertas de centenares de cadáveres. Afortunadamente, los recién llegados se encontraban fatigados con exceso y no pudieron empeñarse en la persecución; mas desde aquel momento ya no fué posible la salvación de Arras; el ejército del Cardenal carecía de fuerzas para tentar otro ataque; las obras exteriores de la ciudad se hallaban en poder del sitiador. Pero á las intimaciones de éste contestó el gobernador de la plaza que no pensaba entregarse hasta que fueran pasado tres meses (7 Agosto). Procedióse á fabricar algunas minas, y al exigirle por segunda vez la rendición, respondió que esperaba órdenes del Infante. Entonces se dió fuego á una de ellas, y persuadidos los de Arras de que el asalto no se haría esperar, accedieron á la entrega siempre que el día 9 no fueran socorridos. Bien intentó darles auxilio el Cardenal Infante; pero, después de haber reconocido en persona las líneas francesas, reconoció no ser esto posible. Firmóse la capitula-

ción de Arras á presencia de todo el ejército sitiador, desplegado en batalla; hízose á la guarnición los honores de guerra, diéronse garantías á los habitantes y entraron los enemigos en la ciudad.



D. Antonio de Oquendo

La conquista de Arras fué de gran trascendencia para Francia. Era esta ciudad cabeza de provincia y uno de los baluartes avanzados de Flandes, desde el que los españoles amenazaban aquel territorio. La inmediata consecuencia debía ser á no tardar la conquista del Artois; es decir, la expansión del dominio francés por el Norte; por eso, aunque costosa, Richelieu estimó la presa en

lo que realmente valía. Con el pie sentado en este territorio, siguiendo á intervalos con la mirada las diferentes piezas puestas en juego sobre el tablero de la guerra, y espiando á ratos los manejos de sus rivales en la corte, el Cardenal-ministro no por eso deja de proseguir en el desarrollo de sus pensamientos sobre Flandes. Y admira, en verdad, la extraordinaria energía de aquel hombre que, amenazado de cerca por una conspiración terrible; teniendo en el Norte á tres príncipes en abierta rebeldía y con un ejército respetable, próximo á caer sobre París; y allende todas las fronteras numerosos enemigos, así españoles como alemanes, loreneses como flamencos, grisones como lombardos; trata, sin embargo, de ir realizando su plan en todas partes. Mientras él hace frente á los príncipes rebeldes en su país, y atiende á los negocios de Italia, Cataluña y Alemania; la Meilleraie continúa en 1641 la conquista del Artois, pone sitio á la plaza de Aire y la señorea después de dos meses de resistencia (26 de Julio). Entre tanto, Nassau distrae las fuerzas españolas con sus correrías por el territorio de Hults, Güeldres y Cleves, aunque sin realizar empresa de provecho. Y como las fuerzas imperiales y las tropas del audaz Carlos de Lorena estaban empeñadas en el socorro de los príncipes rebelados en Francia, vióse reducido el Cardenal Infante á cubrir las plazas flamencas, permaneciendo en expectativa de los sucesos. El desastroso resultado que obtuvieron los rebeldes franceses al medir sus armas con las del ministro francés, obligando al de Lorena y á los alemanes á trasladarse á Flandes, engrosó las fuerzas de D. Fernando y le permitió tomar la ofensiva. Su primera operación fué acudir al campo de Aire, obligar á la Meilleraie á evacuarlo, y establecerse en las mismas líneas de circunvalación y contravalación que aun no habían destruído los franceses; y aunque á los pocos días recibieron éstos el refuerzo de Brezé, que acudió con el ejército de la Champaña, ni se atrevió el enemigo á forzar las líneas, ni consiguió sacar de ellas á los españoles, por más que lo intentó tomando aldeas y talando campos. Aire cayó de nuevo en poder de los españoles (7 Diciembre); pero este suceso no compensó la gran desdicha que ocasionó á nuestra patria la muerte del Cardenal Infante. Falleció este varón insigne dos días después de rendida la plaza, á los treinta y dos años de edad, y á causa de una fiebre maligna agravada sin duda por las fatigas de la guerra. Príncipe adornado de las más altas dotes militares y políticas, fué tanto más digno de ser llorado, en cuanto mayor falta hacían á la patria hombres de su valía. El contraste que ofrece este descendiente del gran Emperador con el que regía de derecho los destinos de España y el que de hecho los gobernaba, es por todo extremo lastimoso: privilegio de los hombres eminentes á quienes el destino hace brillar en épocas calamitosas. Como las altas cumbres se engrandecen y subliman al destacar sobre las nieblas del abismo.

III

Llegado es ya el momento de narrar la rebelión de Cataluña contra Felipe IV; suceso por demás trascendental, y que sin duda alguna fué el que más contribuyó á la decadencia de nuestra patria, no sólo por las ruinas que causó y las fuerzas que distrajo, sino porque concurriendo esta guerra con el levantamiento de Portugal, dió lugar á que más fácilmente rompiera éste los lazos que le tenían sujeto á España. Si estudiamos aquel acontecimiento desde el punto de vista militar, ciertamente que no ofrece ejemplos propios de grandes campañas, aunque abundan las lecciones y avisos útiles á la gente de guerra, sobre todo á los que la mandan y dirigen; si le consideramos desde el punto de vista político, es grande su importancia y se presta á muy serias y tristes reflexiones. Ha producido esta guerra una notable obra histórica y literaria, la narración del portugués D. Francisco Melo, testigo de los sucesos que relata, escritor veraz y elegante, al que seguimos en parte al dar cuenta de estos sucesos; mas por desgracia este autor, separado del teatro

de la guerra en 1641, suspendió su relación al llegar á esta fecha. La empresa de terminarla y de terminarla dignamente, honra al talento del escritor catalán D. Jaime Tio, que con tanta perseverancia como buen gusto coronó aquel bellísimo trabajo literario. De este modo quedará la *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*, como preciado ornamento de las letras patrias y notable monumento histórico (1).

Pudieron ser varias las causas que influyeron en el desarrollo de estos sucesos; pero el origen fué uno solo: el odio del conde-duque de Olivares á los catalanes, odio engendrado por la conducta que éstos siguieron en las Cortes de 1626 en la cuestión de subsidios, y exacerbado con motivo de la desavenencia entre el ministro y el almirante de Castilla sobre el modo de tratar á los catalanes. Engreído y jactancioso el favorito, acostumbrado á mandar con despotismo y á verse obedecido con bajeza, consideró como personal ofensa la actitud independiente y digna del pueblo catalán, el amor que profesaba á sus fueros, la franqueza con que manifestaba sus quejas, la valentía con que volvía por sus derechos. Y como la adulación, eterna compañera de los poderosos, fomentara este odio, fué en aumento el despego con que el ministro trataba á los catalanes, mayores las exigencias de la corte, y más duro el trato de sus ministos. No olvidaba por eso Cataluña lo que á su rey debía, y buena prueba de ello dió en ocasión de la guerra con los franceses que invadieron el Rosellón, ya levantando un ejército de 12,000 soldados y todo el tren de guerra, ya sosteniéndolo con nuevas levas, ya atendiendo á sus constantes necesidades. Por pago de estos servicios, el desatentado Olivares imponía nuevas exigencias (2), y el monarca trataba al Principado como lo hiciera con país vencido. Sin embargo, no despertara esta torpe conducta sentimientos abiertamente hostiles, de no añadirse á la ingratitud las vejaciones; porque terminada la campaña del Rosellón, dispuso el marqués de los Balbases que las tropas se retiraran á invernar en Cataluña, alojándose en sus pueblos, dando instrucciones á los jefes, más propias para cumplirse en país enemigo que en territorio propio. Si á un ejército falto de pagas, como con el nuestro acontecía, acostumbrado á la licencia de que se usa en guerras extranjeras, se le toleraban los desmanes, ¡calcúlese lo que debía suceder en Cataluña! Creía Balbases, y creía mal, que esta provincia sufriría callada los desafueros que se consentían en Italia y en Flandes; opinaba y equivo-

(1) Aconsejamos, sin embargo, para el estudio de estas operaciones, la lectura de la *Historia crítica de Cataluña*, por D. Antonio de Bofarull, Tomo VII, caps. 10 y 11, y Tomo VIII, caps. 1 y 2. Estos capítulos son un excelente comentario de la obra de Melo, arrojan nueva luz sobre las operaciones, y esclarecen y rectifican los puntos dudosos y apreciaciones y datos erróneos de este historiador. Obra escrita pasado algún tiempo de los sucesos y por autor poco conocedor de la tierra, no nos extraña que la de Melo tenga algunos lunares. Omite por lo común este historiador las fechas, lo que no deja de originar perturbación, comete alguna inexactitud geográfica, y no está en lo cierto al dar la etimología de determinadas palabras; pero en cambio hay que reconocer en él gran imparcialidad y buena fe, aparte de los méritos de que como escritor hace gala. Su afición á imitar á Tito Livio se da á conocer especialmente en las arengas en que sin alterar el fondo del asunto, da forma oratoria al razonamiento, engalanándole y puliéndole con retóricos adornos. Por eso dice el Sr. Bofarull que Melo pone en boca de los personajes lo que pudieron decir, mas que lo dijeron, y «nada prueba tanto la infundada sospecha nuestra, añade, como la frase empleada por el autor al ir á dar principio al discurso; á saber: *fué fama que dijo así.*»—«D. Jaime Tio, que es el digno continuador de Melo, dice más adelante el citado Sr. Bofarull, si en la dicción, por su conocimiento del idioma nacional, nada tiene que envidiar al escritor portugués, en el orden y exposición de los sucesos ofrece quizá más garantía que el otro, pues no dió de mano á su trabajo hasta haber investigado minuciosamente los archivos, y reunido todos los elementos necesarios para escribir una historia completa y verídica.» Nadie mejor que el Sr. Bofarull, amigo del malogrado Tio, puede afirmarlo, pues pudo apreciar por sí mismo los trabajos de este distinguido y laborioso escritor.

Es digna también de consultarse la biografía escrita en 1875 por el Sr. D. José Pella y Forgas, titulada *Un catalá il-lustre, D. Joseph de Morgarit y de Biure, Virrey, Gobernador general de Catalunya, Llochtinent general dels exércits de Fransa y baro de Aguilar*, no sólo por tratarse de uno de los principales caudillos catalanes en aquella guerra, sino por justificarse en ella la conducta de este hombre ilustre.

(2) «El agradecimiento que les demostró la corte de Madrid (á los catalanes), escribe Lafuente, se ve por las ásperas é inconsideradas razones que al virrey conde de Santa Coloma transmitía el ministro Olivares. «Si se puede salir bien de la empresa (le decía entre otras cosas) sin violar los »privilegios de la provincia, deben respetarse; pero si de observarlos se ha de retardar una hora sola el servicio del rey, el que se empeña en soste»nerlos se declara enemigo de Dios, de su Rey, de su sangre y de su patria. No sufra V. E. que haya un solo hombre en la provincia capaz de »trabajar que no vaya al campo, ni ninguna mujer que no sirva para llevar sobre sus hombros paja, heno y todo lo necesario para la caballería »y ejército. En esto consiste la salud de todos. No es tiempo de rogar, sino de mandar y hacerse obedecer. Los catalanes son naturalmente ligeros, »unas veces quieren, otras no quieren. Hágales entender V. E. que la salud del pueblo y del ejército deben preferirse á todas las leyes y privilegios. »Pondrá V. E. el mayor cuidado en que la tropa esté bien alojada, y que tenga buenas camas; y si no las hay, no debe repararse en tomarlas de »la gente más principal de la provincia, porque vale más que ellos duerman en el suelo que no que los soldados padezcan. Si faltan gastadores para »los trabajos del sitio y los paisanos no quieren ir á trabajar, oblígueles V. E. por la fuerza, llevándolos atados siendo necesario. No se debe »disimular la menor falta, por más que griten contra V. E., aunque quieran apedrearle. Se debe obligar á todo el mundo. Consiento que se me »impute á mí todo lo que se haga en esto, con tal que nuestras armas queden con honor y no seamos despreciados de los franceses.» Parte tercera, lib. IV, cap. 6.

cábase también, que el suelo era aquí tan rico como en Lombardía. Pero ni Cataluña estaba acostumbrada á resistir tal opresión, ni sus habitantes tenían mansedumbre para tanto. A los primeros desmanes, origináronse grandes quejas, y de las réplicas mal atendidas á los atropellos, medió corto intervalo. Defendían los patrones su hacienda de los atrevimientos de los soldados, acudían éstos á las armas para hacerse obedecer, cundía la alarma y el desorden por el país, y por único remedio, el de Balbases, extranjero, y habituado á tratar con gente extraña, como los flamencos y los italianos, no hallaba otra solución que dar órdenes, señalando el socorro que debían prestar los pueblos á las tropas, sin atender las representaciones de la Diputación y Universidades catalanas (1). Con esto se exacerbaba el odio de los naturales y aumentaban los desmanes de los soldados. Robábanse los frutos y ganados, saqueábanse las casas, atropellábanse las familias, y ni el honor era respetado, ni la religión servía de freno, porque así el hogar como el templo eran profanados por la soldadesca, convirtiéndose el Principado en teatro de todo género de excesos. No consideró Balbases conveniente su presencia al frente del ejército y se trasladó á Madrid, en donde, ya que no para providenciar remedios, sirvió para atizar el fuego de la discordia. Pero su alejamiento no mejoró el estado de cosas. Santa Coloma, que le reemplazó en el mando del ejército y que ejercía el virreinato, era un hombre falto de dotes de gobierno, temeroso de la tropa, y más temeroso de perder la gracia real. Con tal motivo se hizo odioso de los catalanes, y si algo faltaba para que le aborreciesen, fué la prohibición de llevar acusaciones á los tribunales. La irritación de los naturales, los escandalosos hechos de las tropas, llegaron á su último extremo. Unos y otros vinieron á las manos en Santa Coloma de Farnés y en Ríu de Arens; ardió esta población, incendiada por el tercio de D. Leonardo Molés, fué entrada al saco, y á los pocos días repitiéronse semejantes escenas en otros pueblos del Principado.

El conde de Santa Coloma no vió otra salida que proponer á la corte uno de estos medios: ó relevar á los habitantes de las cargas del ejército y alojamientos, ó aumentar las tropas del Principado. Olivares, no dispuesto á mejorar á los catalanes, entretenía al virrey con respuestas ambiguas, pero sin dejar de encargarle que castigara duramente á los delincuentes. Aprovechó Santa Coloma la ocasión de haberse presentado á exponerle sus agravios dos concelleres catalanes en representación de la ciudad; los puso presos y precipitó con tan desacertada medida la catástrofe.

(1) La forma de hacer los alojamientos, según consta en el proyecto que remitió el Rey junto con la contestación que dió á un enviado de los Concelleres, no era otra que la seguida en Lombardía. El Sr. Bofarull reproduce el citado proyecto, que es tal como va á continuación:

Forma en que se aloja el exército en Lombardía y lo que los del país dan á los soldados en los alojamientos

«A todos generalmente se les da todo servicio, que es cama, leña, luz, aceite, vinagre, sal y ollas y escudillas con que guisar y comer.

Danse á cada soldado de paga sencilla un real al día por cuenta del país, y el pan de munición por el de S. M.

Tolérase demás de esto los soldados reciban del patrón en comida *lo que buenamente les puedan dar y ellos sacarles graciosamente*, castigando qualquier exceso.

Al capitán se le dan á razón de cinco bocas.

Al alférez á razón de cuatro.

Al sargento á razón de tres.

Al cavo de esquadra á razón de dos.

Al maestre de campo á razón de diez y seis.

Caballería

Esta es medida de Milán y combendria saber á quál corresponde acá.

Dase á cada soldado de á cavallo dos tercios de estara de çevada.

Quince libras de feno,
y paja para camas de los cavallos.

Al capitán á razón de quatro porçiones (raçiones?).

Al teniente á razón de tres.

Al alférez á razón de dos.

Permítase que el soldado coma con el patrón sin señalarle qué, *sino lo que con su maña pueda sacar.*»

Fíjense nuestros lectores en las frases que hemos subrayado y verán claramente de dónde dimanaron los excesos y las catástrofes de que Cataluña fué teatro.

Esta tuvo lugar el 7 de Junio de 1640, en que concurriendo á Barcelona con motivo de la festividad del *Corpus* multitud de segadores, dió lugar la prisión de uno de ellos á que estallara la rebelión. Comenzó por los gritos de *¡Muera el mal gobierno de Felipe!*, concluyó con la matanza de cuantos castellanos se encontraban, el incendio de algunas casas, el saqueo de otras, y la acometida del palacio del virrey. Este se mantuvo indeciso en los primeros momentos, quiso luego buscar un refugio en las galeras; pero, no pudiendo conseguirlo, vagó algunos momentos por las peñas de San Beltrán, donde cayó desmayado, y fué muerto por el pueblo.

La noticia de la sublevación de Barcelona cundió por toda Cataluña y dió lugar á que todas



Andrea Cantelmo, duque de Pópuli

las ciudades siguieran su ejemplo. Las tropas reales fueron perseguidas en todas partes; algunas buscaron su salvación en tierra aragonesa, otros se hicieron fuertes en pueblos fronterizos, y las que se acercaron al Rosellón lo hicieron cometiendo terribles excesos. Desde aquel momento quedaron rotos los vínculos que unían á Cataluña con la corona de España. ¿Podía esperarse que esta ruptura sería larga? Por parte de los catalanes que atribuían sus daños exclusivamente al ministro, no era de presumir, si el Rey atendía sus reclamaciones y disculpas; y á este efecto, enviaron á la corte un comisionado, pidiendo se les aliviara del sostenimiento de las tropas y ofreciendo defender por sí solos el Principado; pero desechada esta proposición, prosiguió adelante la rebeldía, á la que sirvieron de estímulo las profanaciones de los templos y el saqueo de los pueblos. De esta suerte se hizo aquélla tanto popular como religiosa. Marcharon á Perpiñán parte de las

tropas que guarnecían el Principado, negóse la ciudad á recibirlas, asaltó la tropa una de sus puertas, y trabada la pelea, mandó el general conde de Xeli bombardear á Perpiñán, consiguiendo así vencerla y destruirla: linaje de victoria, dice un analista, en que lo fácil del triunfo, da al laurel un color repugnante. Allí tuvieron lugar horrorosas escenas, tratóse sin piedad á los vencidos, levantáronse horcas en las calles, y en breves días quedó reducida la población á muy pocos moradores, pues fueron muchos los que huyeron. Diéronse los soldados á saquear los campos, y tal sesgo tomaban los acontecimientos, que el duque de Cardona, sucesor de Santa Coloma en el virreinato, hubo de acudir á poner coto al desenfreno. Empero, no aprobadas sus medidas por la corte, causó el desaire la muerte de este varón dignísimo, y su fallecimiento cortó el freno á la revolución.

No pudo tacharse ciertamente á Cataluña de rebelde á su Rey. Aun después de lo ocurrido, despachó representantes de los tres estamentos á la corte para implorar la real clemencia; pero esta nueva comisión no salió más favorecida que las anteriores. Detuviéronla en Alcalá de Henares, y cuando se la recibió en Madrid se exigió de ella humillación incompatible con la altivez catalana. Entonces publicaron los del Principado el escrito titulado *Proclamación católica*, sentida manifestación de los pasados agravios, elocuente protesta de su amor al príncipe y á la patria común; á la que contestó Olivares con el papel *Justificación real y descargo de conciencia del rey*. Con esto y amenazar á los comisionados con emplear la fuerza, si no daba Cataluña pruebas de arrepentida, creyó Olivares imponer á los rebelados. Mas para dar apariencia de justicia á las medidas, reunió una junta de elevados personajes é individuos de los Consejos de Estado y Guerra, en la cual, siguiendo las destempladas razones del cardenal de Borja, se acordó la guerra. Opinó en contra el conde de Oñate y su discurso es digno de ser conocido por lo templado y por lo recto (1).

Tomado este funesto acuerdo, no dió Olivares paz á la mano hasta reunir todos los medios y recursos que antes no supiera hallar para arrojar de Salces á los franceses, y en su consecuencia trazó con sus consejeros el plan de organización de las tropas, que, segun Melo, fué el siguiente: «Resolvieron que el Rey debía salir de Madrid con pretexto de hacer Cortes á la corona aragonesa;

(1) «Sabed, señores, dijo al final de su razonamiento el Conde, que no hay miseria que se iguale á una guerra civil.»—«Y con más peligro en esta corona, que se compone de tantas naciones diversas y distantes, las más dellas desaficionadas á la fortuna castellana. Apartemos el temor de la suerte; no pienso sino que entramos victoriosos, que abrasamos, talamos y destruimos; ¿qué es lo que ganamos, sino montes desiertos, pueblos abrasados y plazas echadas por tierra? ¿Esto se puede llamar ganar Cataluña? ¿Qué es esto, sino cortarnos una mano con otra, y quedar España con una provincia menos? Y entre tanto que gastamos el tiempo en victorias (así quiero yo llamar todos nuestros acontecimientos), ¿cómo nos será posible acudir á Flandes con dineros, á Italia con socorros, á las conquistas con flotas y á todo el Océano con armadas? Pues si esto faltase, ¿qué tal podría quedar nuestro partido, expuesto á la furia, á la industria y á la fortuna de nuestros contrarios? Forzosa, ó por lo menos natural, cosa habría de ser el perder en las provincias externas cuanto en las nuestras ganásemos; y entonces, ¿cómo lo podríamos llamar triunfo, habiendo de ser contrapesado de pérdidas infalibles? Miserable por cierto seria aquella guerra en que nosotros mismos fuésemos los vencedores y los vencidos. No hay fatiga en el campo de que el labrador en su casa pacífica no se repare. Este era el consuelo de los trabajos que la monarquía padece en sus partes, gozar á nuestra España con quietud. Los Países-Bajos y Alemania (que también podemos llamar propia) oprimidos están de armas. Lombardía afligida con su peso, Nápoles y Sicilia amenazados, la Borgoña ni por desierta segura. Alsacia más que nunca fatigada, unas y otras Indias en continua infestación de enemigos, el Brasil en manos de una guerra desesperada, las costas de España visitadas de corsarios. ¿Qué otro lugar nos quedaba de descanso sino la España? Pues si ni este pequeño abrigo os queréis reservar entero á los ánimos cansados ó arrepentidos, ¿dónde habremos de hallar reposo y consuelo? ¿Dónde habrán nuestros hijos y descendientes de gozar el premio de lo que ahora trabajamos nosotros? ¡A gran cosa, á peligrosa cosa por cierto se ofrece aquel espíritu que se encargare de esta novedad! Costoso edificio es este á que pretendéis abrir los cimientos, y cuya ruina podrá sepultar nuestra república. No quisiera ahora que mi ponderación os llevara el pensamiento á otros casos miserables; empero, si la prudencia es lince, dadme licencia siquiera para pensarlo; no se cuente (norabuena como referido) qué habría de ser de nosotros si al ejemplar de Cataluña conspirasen ó se armasen otras naciones, dándoles esta guerra que apetecéis, no sólo ocasión, sino conveniencia. ¡Ah, señores! Lleno está el mundo de historias, y las historias llenas de sucesos que nos encaminan á la templanza; advertid que aquel que excesivamente sigue un afecto, necesita después de un exceso mayor para deshacer el primero ¡Oh! No sea así que vuestra impaciencia os traiga á tal desdicha, que vengáis á sufrir en algún tiempo mucho más de lo que no queréis tolerar ahora. Benigno Rey tenemos, y tan piadoso, que sólo extrañará los consejos de la ira, no los de la clemencia, sólo porque casi no los conoce. Ninguno subió tan presto á la inmortalidad por la venganza como por el perdón, porque siendo en los hombres lo más dificultoso, así debe ser lo más estimable. ¿Llora Cataluña? No la desesperemos. ¿Gimen los catalanes? Oigámosles. Este es el mayor artificio de los físicos, ayudar á la naturaleza con beneficios, por llevarla allí donde muestra inclinarse. Salga el Rey de su corte, acuda á los que le llaman y le han menester, ponga su autoridad y su persona en medio de los que le aman y le temen, y luego le amarán todos sin dejar de temerle ninguno. Infórmese y castigue, consuele y reprenda. Buen ejemplar hallará en su augusto bisabuelo, cuando por moderar la inquietud de Flandes, con pompa indigna de César, mas con corazón de César, pasó á los Países, y acompañado de su solo valor, entró en Gante amotinado y furioso, y lo redujo á obediencia sin otra fuerza que su vista. Salga su majestad, vuelvo á decir; llegue á Aragón, pise Cataluña, muéstrese á sus vasallos, satisfágalos, mírelos y consuélelos, que más acaban y más felizmente triunfan los ojos del Príncipe que los más poderosos ejércitos.» Melo, *Hist. de los movimientos, guerra y separación de Cataluña*, Lib. II.

que se publicase quería dar consuelo y satisfacción á aquellos vasallos, ayudando juntamente la restitución de la justicia y castigo de los perturbadores del bien de Cataluña; que como al Rey era indecente pedir lo que podía mandar, llevase delante su ejército, el más copioso que pudiese juntarse; que ajustadas las cosas del Principado por manos del temor, como esperaban, se podía después emplear en las fronteras de Francia, eogiendo la ocasión que en la primavera se había perdido; que si los catalanes se pusiesen en defensa, no faltaría qué hacer en su daño y castigo, acabando de una vez con el orgullo y libertad de aquella nación; que estando formado el ejército, se le ordenase al gobernador de las armas de Rosellón tentase á los paisanos hasta descubrir sus intentos; que para que el Rey pudiese salir la primera vez como convenía á su autoridad y al negocio que empezaba, llamase al punto las partes de ejército que se hallaban en las provincias de Guipúzcoa, Alava y tierra de Campos, reliquias de los soldados vencedores de Fuenterrabía; que se sacasen todos los tercios, compañías y capitanes de los presidios de España, particularmente de Portugal, Galicia y Aragón, con todos los oficiales entretenidos y personas de puesto; que se publicasen bandos para que los hombres que alguna vez hubiesen recibido sueldo real, acudiesen á servir; que se despachasen decretos á los eonsejos y tribunales, no admitiesen memorial ninguno de soldado; que se hiciese lista de los que se hallaban en la corte, y fuesen echados violentamente por las justicias en caso que ellos dudasen obedecer los bandos; que los seis mil hombres que se habían repartido á los señores de Portugal fuesen pedidos luego, y los trajesen indispensablemente; que de las milicias de Castilla, León, Andalucía, Extremadura, Granada y Murcia, se entresacasen las dos de cinco partes: que se llamasen de Navarra dos de los cuatro tercios en que se divide; que se pidiese gente voluntaria á Aragón y Valencia; que pasase á España el tercio de Mallorca con su virrey y nobleza; que las levas de asientos hechas por todos los distritos, tratasen de acabarlas con suma brevedad; que toda la caballería derrotada de Cataluña, y la que se hallaba en las provincias, se juntase luego; que los jinetes de la costa fuesen también á incorporarse con ella; que las guardias viejas de Castilla se remontasen, y marchasen las que se habían excusado los años antes; que se avisase al capitán de los continos estuviese pronto, y los suyos, para campear; que la caballería de las órdenes militares, pedida para la guerra de Francia, se obligase á salir, usando para ello de cualquier medio; que la otra repartida á los tribunales, se les pidiese eon vivísima instancia; que marchase alguna parte de la artillería que se hallaba en el castillo de Pamplona; que la que estaba en Segovia saliese también; que el marqués de las Navas diese las piezas que tenía en aquella villa, para juntarse con las de Segovia; que toda la gente de guerra, así infantes como caballos, entrasen en Aragón y parte de Valencia, haciendo frente á Cataluña, acuartelada por las riberas del Ebro hacia el mar; que se nombrase por plaza de armas general á Zaragoza; que las galeras de España acudiesen á Vinaroz para dar calor al ejército, y los bergantines de Mallorca para servir al manejo de los víveres; que el tren y los oficiales de sueldo, acudiesen á Aragón á esperar la formación del ejército; que allí podría ir á tomar su gobierno la persona á quien el Rey le encargase.»

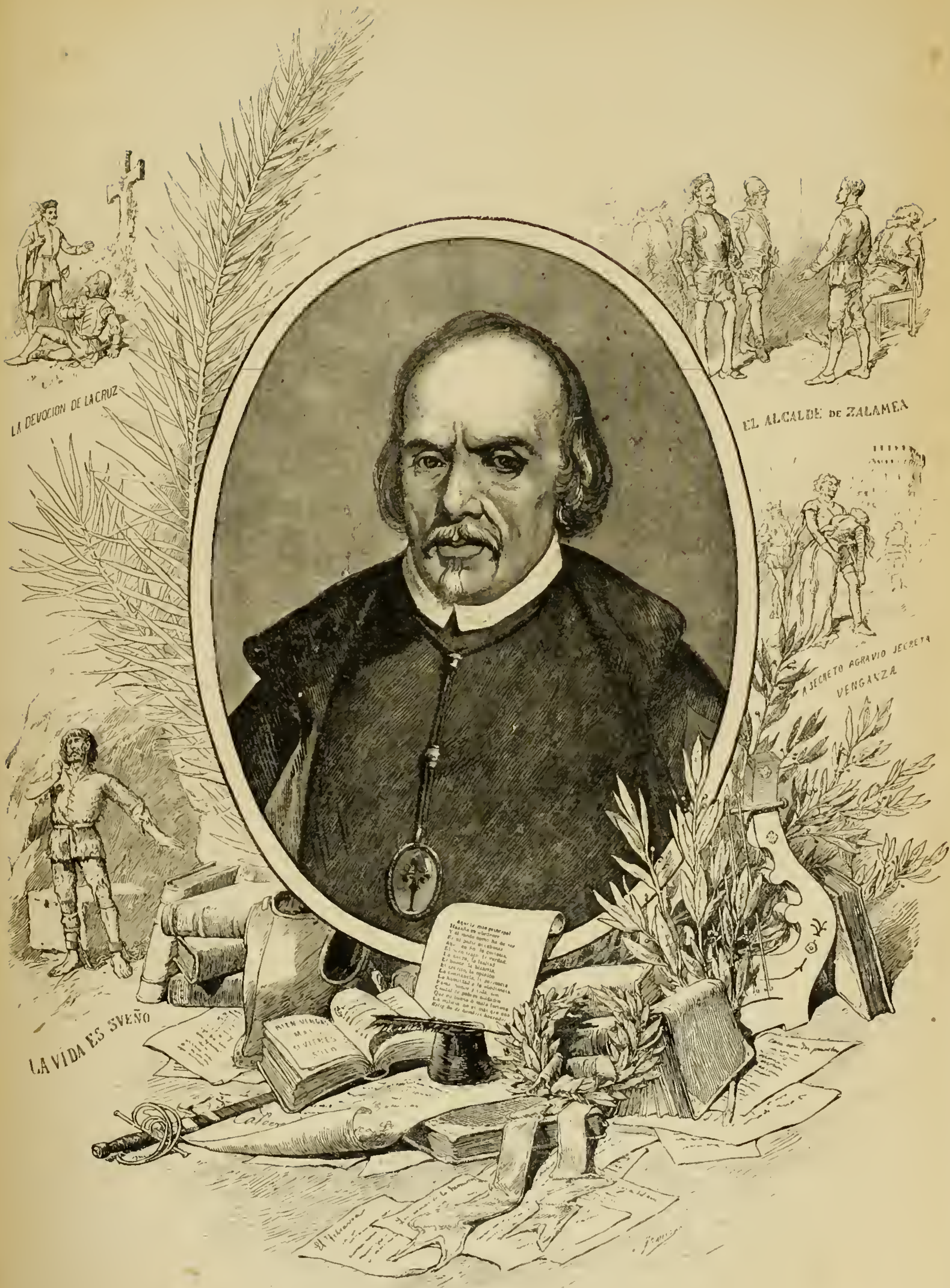
Originó la elección de generalísimo de este ejército algunas vacilaciones, mas por fin recayó en D. Pedro Fajardo, marqués de los Vélez, hombre apocado y de escasas aptitudes, aunque no falto de pretensiones. Tal lo dió á conocer al trazar el plan de operaciones y en el trascurso de las mismas. Al propio tiempo se ordenó que todas las galeras se acercaran á la eosta catalana, que Garay condujera á Cataluña el ejército del Rosellón y que Zaragoza fuera la plaza de armas. La proverbial lentitud eon que se procedía en la corte y el ejército, daba de antemano ventajas á los catalanes; y es que así Olivares como Vélez formáronse muy mala idea de los recursos del Principado. No hay enemigo despreciable, como impulsen su brazo el patriotismo y la desesperación: mucho menos podía serlo una provincia situada en la frontera, en una época que se mantenía guerra con gente vecina. Si los desastres son no pocas veces de elocuente enseñanza, esta guerra debiera servir de aviso á los negligentes y á los altivos: ni la política ni la guerra admiten prórrogas. Regidos por un virrey anciano y falto de energía, docto prelado y político de buena fe, los catalanes se fueron preparando manifiestamente para la lucha, la Diputación convocó

Cortes, y adheridos los diputados á la opinión del elocuente canónigo D. Pablo Clarís, resolvieron la resistencia armada. En su virtud señaláronse plazas de armas, hiciéronse alistamientos, se nombraron los cabos, y se pidieron socorros á los aragoneses y amparo al rey de Francia. ¡Calcúlese el placer con que recibiría Richelieu esta petición! Hallábase con Luis XIII en Amiens cuando se presentó el mensajero de Cataluña, y desde luego echó de ver la magnífica ocasión que se le ofrecía para tomar desquite de los descalabros de Salces y Fuenterrabía; así que, por de pronto, prometió al Principado un socorro de 2,000 caballos y 6,000 infantes que debía sostener la generalidad de Cataluña, exigiendo como garantía nueve rehenes, tres por cada Brazo.

Las hostilidades no tardaron en romperse, pero antes dió el de los Vélez un manifiesto declarando que sólo iba á poner paz y á castigar los sediciosos, manifiesto al que contestó la Diputación negándose á reconocerle y admitirle. Desgraciadamente para Cataluña, en aquellos días el gobernador castellano expulsado de Tortosa, con ayuda de los parientes y amigos que en ella tenía, pudo recuperar pacíficamente la plaza, cuya importancia estratégica no se ocultará á nuestros lectores. Ganado este importante puesto en las márgenes del Ebro, y ahorcados algunos sediciosos, presumió el general que no con más dificultad se someterían las demás villas. Empero, mientras esto ocurría en la frontera catalano-aragonesa, las armas castellanas sufrían un serio descalabro en el Rosellón. Un pueblo de escasa importancia, Illa, defendido por unas malas tapias, rechazó á la división que mandaba D. Juan de Garay y le ocasionó doscientas bajas. Fué necesario plantar la artillería y batirle en regla; pero al segundo asalto flojearon los soldados, y como acudiera un cuerpo francés mandado por el mariscal Schomberg y por Mr. d'Espernan, los castellanos hubieron de retirarse. Garay renunció á tentar otras empresas y se limitó á guarnecer y vigilar las plazas; los catalanes, engreídos por el triunfo, adquirieron nuevos bríos (Septiembre de 1640). Negáronse á la propuesta que les hizo Olivares de sacar las tropas, á trueque de que consintiesen la erección de dos fortalezas, una en Monjuich, otra en la ciudad; encarcelaron por sospechas al hijo del duque de Cardona llegado de Madrid para asistir á las Cortes, y tampoco aceptaron las proposiciones de acomodamiento que á instancias de los aragoneses les hizo un comisionado; y entretanto proseguían las levas, formaban sus tercios y fortificaban algunos puntos, especialmente el Coll de Portús, con objeto de interceptar el paso del Rosellón á Cataluña; y el de Balaguer para impedir el avance del de los Vélez. «Tres líneas de somatenes, dice el Sr. Pella y Forgas, esperaban la acometida del ejército castellano. D. José Margarit con los de Villafranca se colocó delante del Coll de Tivisa, en cabeza de la primera línea, formada al Norte del Ebro por los capitanes Cabanyas y Casellas, con el núcleo del somatent y las atrevidas primeras compañías de *miquelets* ó almogávares. La segunda línea, constituída por los ciudadanos de Barcelona y payeses del Vallés convocados á son de trompetas y tambores; y si de allí pasados victoriosos los escuadrones del rey Felipe, al otro lado del Montseny tendrían que batirse con la turba de payeses y gente tramontana levantada á toque de campana en las tierras altas de Santa Coloma, Olot, Banyolas y La Selva (1).»

El plan de invasión ideado por Vélez, de acuerdo con Olivares, era el siguiente: el ejército se dividiría en tres fracciones, de las que una entraría por los llanos de Urgel, dando frente á la ciudad de Lérida y caminando á Balaguer y Urgel, bajaría por Montserrat al llano de Barcelona; otra, cruzaría el Ebro por Tortosa y avanzaría por el campo de Tarragona á Barcelona. Esta división rendiría á Tarragona, forzaría el paso de Martorell y por las costas de Garraf entraría en el llano. En la frontera quedaría un cuerpo de reserva, que se designó con el nombre de *real*, pues se decía que el monarca en persona acudiría á Zaragoza y entraría con él en el territorio. Por último, Garay debía efectuar con el ejército del Rosellón un desembarco por la costa y atacar en combinación de los Vélez á Barcelona. ¿Era prudente este plan? El experto Melo lo critica y dice que Garay propuso como más práctico que el ejército atravesara á Cataluña, hasta el Rosellón, con objeto de impedir el socorro de Francia y caer luego con el grueso de las fuerzas sobre el

(1) *Un català il·lustre: Don Joseph de Margarit y de Viure.*



DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

Alegoría de J. Pahissa.

M. Soler, Editor.

Principado. Así parece que debió hacerse; porque, al fin y al cabo, aislada, Cataluña debía forzosamente sucumbir al número, ó ser víctima de las banderías que desgraciadamente frustran casi todos los movimientos populares. Las ventajas que lleva un ejército bien organizado contra un estado ó ciudad, cuyo gobierno esté expuesto á los vaivenes de la opinión, hemos tenido ocasión de apreciarlo en época no lejana por nuestros mismos ojos. La guerra se sostiene con las armas; las armas no se apoyan más que en la disciplina, es decir, en la cohesión, que es en la fuerza



La ronda nocturna. (Cuadro de Rembrandt)

esencial de los que combaten, vistan ó no el uniforme del soldado. Pero también, justo es decirlo, no es la disciplina la única condición de los ejércitos, porque ni suple el entusiasmo en los soldados, ni la capacidad en los jefes. De la falsa idea que tuvieron los castellanos del valor y de los recursos del Principado, nacieron en parte sus descalabros; del escaso tino del de los Vélez, la trascendental derrota sufrida en las faldas de Montjuich.

Hemos hablado de un ejército bien organizado, y por cierto que distaba mucho de serlo el castellano; en primer lugar por las muchas y contradictorias órdenes que se dieron á Vélez, en segundo por los elementos que componían el tal ejército. Garay, que debía incorporarse al ejército real en Tarragona, recibió orden de ceder el mando del ejército del Rosellón á D. Jerónimo Ro y de incorporarse solo á Vélez; dióse el gobierno de la división que debía entrar por Lérida á

Torrecusa, el de la caballería ligera á un hijo de éste, trasladóse á Cataluña el marqués de Xeli, y origináronse algunas competencias que dan muy pobre idea del ministro y de los hombres que le rodeaban. La composición de los distintos cuerpos de ejército era como sigue: «Era la mejor parte del ejército aquellos tercios viejos que habían bajado de la Cantabria, y sus maestres de campo, D. Fernando de Ribera, teniente coronel del regimiento de la guardia del Rey, D. Fernando Miguel, que ya se hallaba en Tortosa, y D. Diego de Toledo; los dos tercios de irlandeses y walones, sus maestres de campo Hugo Onelli, conde de Tirón, y Felipe de Gante y Merode, conde de Isinguien; y el tercio llamado de los hijosdalgo de Castilla, á cargo de D. Pedro Fernández Portocarrero, conde de Montijo y Fuentidueña; á quienes seguían algunas tropas de gente suelta para efecto de reclutar los otros tercios, según pidiese su necesidad.» La villa de Alcañiz era, á lo que parece, el punto designado para cuartel general ó punto de incorporación de los reclutas, y allí cuidó Torrecusa de dar forma militar á aquel trozo de ejército, y sobre todo de atajar el gran desorden que reinaba y las muchas deserciones que tenían lugar. Para apartar de sí á Montijo, cuya vanidad y prerrogativas de su regimiento daba origen á disgustos y competencias, le envió Vélez á Fraga, donde también fué á incorporarse la caballería remontada en Aragón. Transcurrieron en ordenar todo el ejército no pocos días, pues, según confiesa Melo, lo que más detenía al de los Vélez era «el despacho del tren y la artillería, para cuyo avío faltaban muchos géneros necesarios; porque, como en España se hallase ya tan olvidado (ó, por mejor decir, perdido) el modo de la guerra, no sirviese el antiguo, y del moderno no gozasen todavía la provechosa disciplina, costaba mucho más trabajo y precio hallar aquellas cosas pertenecientes al nuevo instituto militar, que en otras menores provincias acostumbradas á ejércitos. No había carros, y fué necesario fabricar unos y remediar otros; no había caballos, fué menester comprar mulas en gran cantidad; buscáronse en toda España, y aun de Francia fueron traídas algunas por Aragón y Navarra; faltaban condestables, minadores, petarderos y artilleros diestros; faltaba balería de todas suertes, tablazón, barcas, puentes, grúas, alquitrán, brea, salitre, cánfora, azufre, azogue, mazas y confecciones sulfúreas, granadas, lanzas, bombas, morteros, yunques, hierro, plomo, acero, cobre, clavos, barras, vigas, escalas, zapas, palas, espuertas; en fin, todo género de maestranza competente al gran manejo de la artillería. Lo uno se esperaba de Flandes, Holanda, Inglaterra y Hamburgo, donde se había contratado; lo otro se buscaba en lo más apartado de España, y había menester largo tiempo para llegar; salir sin ello no era conveniente: el invierno ya entrado, los enemigos cuidadosos, prontos los auxiliares, marchando los socorros; todo lo consideraba el Marqués, y todo lo sentía más que lo remediaba; porque lo uno era propio, lo otro ajeno. Llegó alguna parte de las cosas esperadas con la venida de Xeli; pero él, como extranjero ó poco activo, en todo procedía lentísimamente; con que al Vélez se le añadían cada día los cuidados de otros: hizo, en fin, marchar la artillería la vuelta de Valencia, por donde el camino era más llano, aunque poco acomodado, por su esterilidad: dividióla en dos trozos; el primero á cargo del teniente Arteaga, el segundo á orden de Ortelano, que ejercía el mismo oficio en el castillo de Pamplona; siguiólos el Xeli con los más oficiales de artillería. Sucedió que marchando por los páramos de Valencia, como la tierra estuviese ya humedecida de las primeras aguas, hallábase en partes pantanosa: faltaron tablones para explanar ciertos pasos; rindiéronse á la violencia del tirar algunos carromatos; no se hallaban entre ellos sobresalientes de pinas, llantas y ejes. Detúvose el tren mientras se acomodaron, y tardóse en remediarlo muchos días; perdióse el tiempo de la marcha, notable suma de dineros en los fletes y sueldos de los que servían en los bagajes: estimóse la pérdida en gran precio; la detención no fué de menor costa á los designios. Escribióse este suceso, casi indigno de historia, porque les sirva de enseñanza á ministros y cabos que tienen el mando de las armas; donde se reconocerá fácilmente de cuánta importancia sea en la guerra la prevención, aun de cosas tan pequeñas.»

Después de lo transcrito fácil es comprender que si los catalanes hubiesen sabido utilizar la falta de concierto de los castellanos, acometiéndoles antes de ser atacados, hubieran conseguido por lo pronto grandes ventajas sobre sus ofensores.

Salió el marqués de la ciudad de Zaragoza el 8 de Octubre, y dirigióse con el grueso del ejército á Tortosa, despachando el resto á su destino respectivo; hizo, al llegar á esta plaza, un simulacro de juramento de los fueros, y con objeto de poner coto á las correrías de los catalanes, que impedían la conducción de convoyes y de correos á la ciudad, por Aragón y Valencia, efectuó una salida el gobernador de Tortosa contra Cherta, de que se apoderó sin resistencia, y á la que incendió; pero cargando luego sobre sus conquistadores, los catalanes sostuvieron un corto y empeñado combate, en el que murió su caudillo Aguaviva. Tivenys fué ocupada no menos fácilmente, y los moradores de los lugares más vecinos, temerosos de correr la suerte de Cherta, solicitaron entrar en la obediencia real. Las ruinas sembradas por los castellanos daban idea de lo que significaba el edicto de perdón que por aquellos días hizo publicar el de los Vélez. Este llevaba ya dos meses en Tortosa, tiempo más que suficiente para entrar en operaciones; y en los primeros días de Diciembre pasó muestra general á su ejército en los campos inmediatos á Tortosa. «Se hallaron, dice el historiador Melo, 23,000 infantes de servicio, 3,100 caballos, 24 piezas, 800 carros del tren, 2,000 mulas que los tiraban y 150 oficiales pertenecientes al uso de la artillería.

He aquí cómo el mismo autor clasifica las fuerzas:

«La infantería constaba de nueve regimientos bisoños, encargados á los mayores señores de Castilla, cuatro tercios más de gente quintada, uno de portugueses, otro de irlandeses, otro de walones, el regimiento de la guardia del Rey, el tercio que llamaban de Castilla, el de la provincia de Guipúzcoa y el de los presidios de Portugal, con algunas compañías italianas en corto número. La caballería se repartía en dos partes: la de las órdenes militares de España (excepto las portuguesas) todas hacían un cuerpo, que gobernaba el Quiñones, su comisario general D. Rodrigo de Herrera, en número de mil y doscientos caballos, con oficios aparte, todos caballeros de diferentes órdenes. En las elecciones de capitanes no entró todo aquel respeto que parece se debía á cosa tan grande: eran mozos algunos, y otros inferiores á la grandeza del puesto; bien que algunos suficientes. Concurrían también con la caballería los estandartes de sus órdenes, llevados, no por los clavarios, á quienes tocaban, sino por caballeros particulares: D. Juan Pardo de Figueroa fué encargado del de Santiago; los dos no advertimos: después, por consideraciones justas, se dejaron venerablemente depositadas aquellas insignias en un convento de San Bernardo en Valencia, y los tres caballeros seguían la persona de su gobernador.

»La otra caballería mandaba el San Jorge y Filangieri: asistíale Juan de Terrasa, el año antes su comisario general, que entonces se hallaba sin ejercicio.

»La veeduría general del ejército ocupaba D. Juan de Benavides; la contaduría Martín de Velasco; la pagaduría D. Antonio Ortiz, y por tesorero general Pedro de León, secretario del Rey, en cuya mano se entregaba todo el dinero del ejército, y allí se separaba y salía dividido para los diferentes oficiales del sueldo que concurrían.»

Pasada muestra al ejército, Vélez se puso en marcha en dirección del Coll de Balaguer el día 7 de Diciembre de 1640. La disposición en que éste avanzó era, según el historiador y testigo don Francisco Melo, la siguiente: «Era el primero el duque de San Jorge, á quien tocó la vanguardia aquel día; llevaba delante, como es uso, sus tropas pequeñas, y éstas sus batidores; constaba su batallón de quinientos caballos, que se doblaban ó desfilaban, según se les ofrecía el camino; á poco trecho de esta caballería siguió el regimiento de la guardia, su teniente coronel D. Fernando Ribera; á éste el regimiento propio del marqués de los Vélez, su teniente coronel D. Gonzalo Fajardo (ahora conde de Castro); después el maestre de campo Martín de los Arcos, tras quien marchaba el regimiento del conde de Oropesa, su teniente coronel D. Bernabé de Salazar; al Salazar seguían dos tercios que olvidamos (cuéntese entre los más defectos de esta historia); y de retaguardia el tercio de irlandeses, su maestre de campo el conde de Tirón. De éstos se formaba la vanguardia del ejército, que propiamente gobernaba el Torrecusa.

»Seguía poco después, aunque en partes distintas, el segundo trozo, llamado batalla en estilo militar: era de la batalla el primer tercio el de Pedro de Lesaca; al de Lesaca seguía el regimiento

del duque de Medinaceli, su teniente coronel D. Martín de Azlor, y á éste el del duque de Infantado, su teniente coronel D. Iñigo de Mendoza; á D. Iñigo seguía el regimiento del gran Prior de Castilla, su teniente coronel D. Diego Guardiola; tras de éste el marqués de Morata, su teniente coronel D. Luis Jerónimo de Contreras; después del de Morata el del duque de Pastrana, su teniente coronel D. Pedro de Cañaveral, á quien seguían los maestres de campo D. Alonso de Calatayud y D. Diego de Toledo, que llevaba la retaguardia de la batalla; gobernábala por su persona el Vélez, y marchaba entre ella, según la parte conveniente, con cien caballos continos de la guarda de su persona, á cargo de D. Alonso Gaitán, capitán de lanzas españolas.

»El costado derecho de la batalla guarnecía D. Alvaro de Quiñones con hasta seiscientos caballos de las órdenes, puestos también en aquella forma que el terreno les permitía; el siniestro con otros tantos cubría el comisario general de la caballería ligera Filangieri.

»Seguía la retaguardia á la batalla en la propia distancia que ésta seguía á la vanguardia: en primer lugar marchaba el tercio de los presidios de Portugal, su maestre de campo D. Tomás Mesía de Acevedo; seguíale el de D. Fernando de Tejada; luego empezaba la artillería en este orden: de vanguardia, los mansfelts y algunas otras piezas pequeñas de campaña; á éstos seguían los cuartos, á los cuartos los medios cañones, en medio los morteros; desta suerte se deshacía hacia la retaguardia, acabándose otra vez en los mansfelts. Tras de la artillería los carromatos, y tras ellos las municiones, según el uso de ellas. Lo último era el hospital y bagajes de particulares. Las compañías sueltas de italianos guarnecían los costados del tren; luego el tercio de walones, su maestre de campo el de Isinguien, y de retaguardia el de portugueses, su maestre de campo don Simón Mascareñas.

»A los portugueses seguían otros quinientos caballos de las órdenes, mandados por D. Rodrigo de Herrera, su comisario general, y á los lados de la artillería marchaban algunas compañías de caballos, que le servían de batidores á una y otra parte.

»Y aunque el estilo común de los ejércitos de España hace que con todos se reparta igualmente del honor y del peligro, pasando los de adelante atrás, y éstos al lugar de aquéllos, todavía fué forzoso alterar este uso con atención á la angostura de los caminos y copia del ejército, porque se juzgaba impracticable, y lo era, que aquel tercio que un día llegase postrero, se adelantase á todos para marchar al siguiente de vanguardia. Así, por obviar este daño, fué determinado que los tercios se remudasen y sucediesen unos á otros, conforme aquel estilo, en sus mismos trozos, hasta que, haciendo frente de banderas, se alterase la forma de la marcha; y que desta suerte se podía repartir con todos de la confianza y del reposo. Sólo el regimiento de la guardia no se mudaba con ninguno.

»Así salió el ejército de Tortosa; y no sólo podemos contar por infeliz agüero la terribilidad del día, como algunos observaron entonces, sino también el haberse dispuesto las cosas en tal forma, que el Vélez, dueño de la acción, saliendo de noche á la campaña, fué tan grande la confusión y obscuridad, que sin advertir en los fuegos del ejército ni el camino anchísimo, le erraron las guías, y se perdió el Marqués con los que le seguían antes de llegar á su cuartel, que alcanzó tarde y trabajosamente. A veces con estas señales suele avisar la Providencia porque nos desviemos del daño.»

La pérdida del general en jefe no deja de ser cosa risible, y esto indica por sí solo el tino y previsión que adornaban á Vélez; pero, lo que supera á lo más ridículo, es la famosa conquista del Perelló, mísero pueblecillo rodeado de tapias, que fué batido *casi un día entero* por la artillería, y que al ser entrado resultó que encerraba solamente *trece hombres* (!). Entregóse, no obstante, á las llamas, y el ejército fué adelantado hacia el Coll de Balaguer, en cuyo punto se hallaban parapetados los catalanes. Fácil hubiera sido á éstos resistir allí con ventaja al ejército un tanto mermado por deserciones y enfermedades; pero los catalanes, poco expertos todavía en la guerra y mandados por jefes populares, no supieron disponer bien la defensa, carecían de suficiente artillería, eran en corto número, y fueron hábilmente arrollados por medio de un movimiento simultáneo de frente y flanco. Apenas sostuvieron media hora el fuego, y sin aguardar el choque

abandonaron el puesto, refugiándose en los montes: victoria fué ésta á la que dieron los castellanos desusadas proporciones. Dueños del paso, derramáronse como un torrente por el campo de Tarragona; pero, detenidos en el cerco de Cambrils, dieron lugar á que la Diputación catalana recibiera el auxilio de Mr. d'Espernan, quien se encerró en Tarragona con tres regimientos de infantería, 2,000 caballos, y el tercio de Santa Eulalia, organizado en Barcelona.

La vanguardia del ejército realista tomó de paso el pueblo de Hospitalet, donde ahorcó algu-



D. Francisco de Melo, General en jefe del ejército español en la batalla de Rocroy

nos infelices, y poco despues púsose todo el ejército sobre Cambrils, reducida población de la que no podía esperarse la brava resistencia que hizo. Dió, sin embargo, harto que hacer al ejército, y para reducirla hubo de emplearse la artillería; pero después de haber capitulado en regla, los sitiadores cometieron la felonía de no respetar los pactos, y no sólo despojaron y degollaron á los que huían, sino que el mismo Vélez ordenó ahorcar á los capitanes Rocafort, Vilosa y Metrola, que con tanta valentía se habían portado en la defensa, y condenó á galera á los demás. ¡Excelente modo de atraer á los indecisos y calmar á los exaltados! Tal política se informaba en las instrucciones del ministro; pero acredita en aquel caudillo inepto, igual servilismo que inhumanidad.

Sus consecuencias fueron el aumento de partidas y la creciente exaltación de los ánimos. Sin embargo, empeñado ya Vélez en llevarlo todo á sangre y fuego, prosiguió su avance hasta las inmediaciones de Reus, haciendo alto entre Salóu y Vilaseca, de que se apoderaron sus tenientes. No deja de llamar la atención que si los castellanos tenían siempre la mira de no dejar pueblos sin vencer á las espaldas, era esta mira incompleta si no se aseguraba con fuertes presidios lo vencido, «cosa que no les convenía á los que pensaban asaltar á Barcelona, pues á lo mejor, como se vió en Reus y otros puntos, los que admitieron por fuerza á los reales, volvían á admitir de grado á los naturales (1).» El ejército andaba escaso de víveres por no haber llegado las galeras, y como tampoco hubiera acudido Garay con su gente, considerábase arriesgada la empresa de Tarragona; pero en cambio, déjase de adivinar por la misma relación de Melo, que los castellanos tenían secretas inteligencias con gente de la ciudad, y está ya evidentemente probado que Mr. de Espernan no tuvo interés en defenderla, pues el día 20 despachó aviso á la Diputación pidiendo refuerzos, y sin esperar la contestación en un plazo prudencial, ya el 23 ajuntaba la entrega de la ciudad y la evacuaba el 24 con todos los honores de guerra, pero comprometiéndose á no entrar en ningún lugar fuerte del Principado y á retirár las tropas que tenía entre Tarragona y la capital (24 de Diciembre). Basta leer el párrafo en que Melo consigna la salida de las tropas francesas de Tarragona, para convencerse que no faltaban á Espernan fuerzas para resistir, y que si se entregó fué obedeciendo á órdenes secretas. Espernan tomó con sus tropas la vuelta de San Baudilio del Llobregat, en cuyo punto debía reunirse el somatén general. Vélez recibió casi al mismo tiempo algunas provisiones que condujo á Tarragona la escuadra del marqués de Villafranca. Vino con esta escuadra cumpliendo las órdenes de la corte, D. Juan de Garay, aunque sin tropas, por hallarse distribuídas en las villas del Rosellón.

La noticia de la ocupación de Tarragona por los castellanos cundió por todo el Principado, despertando en todas sus comarcas la ira. Lejos de amilanarse los catalanes con aquella pérdida, y con la seria amenaza que pesaba sobre la capital, apercibiéronse á disputar al de los Vélez el paso á Barcelona, y al efecto hicieron fortificar la villa de Martorell, por donde debía avanzar el ejército contrario. Hizo al mismo tiempo la Diputación grandes levas, y no descuidó el preparar la capital para resistir un sitio. Empero, ya puede presumirse que tropas bisoñas y no dirigidas por jefes expertos, era difícil contuvieran el empuje de un enemigo poderoso y avezado á la guerra. Y como por añadidura Mr. d'Espernan, en virtud de lo capitulado en Tarragona, se empeñara en partir para Francia, quedó Cataluña abandonada á sus propias fuerzas. El de los Vélez, que se había detenido más de lo conveniente en Tarragona, á causa de ciertas disidencias con Villafranca y Garay, aprovechó aquella circunstancia para emprender la marcha, en la que procedió con harta lentitud (2); bien es cierto que interceptaban sus convoyes y hostilizaban constantemente sus tropas los somatenes. Treinta días cuando menos puso en el camino de Tarragona á Barcelona; tomó sin resistencia á Villafranca del Panadés y por asalto á San Sadurní, cuyos defensores se retiraron á Martorell. Prosiguió su avance hasta ponerse sobre esta villa, y reunido el consejo, acordóse el plan de ataque. Pero en tanto, el diputado catalán Margarit, desprendiéndose de las montañas de Montserrat, caía por la espalda del enemigo sobre el campo de Tarragona, y á favor de una rápida marcha sorprendía de noche á Constantí, donde el Vélez tenía establecidos sus hospitales y en custodia los prisioneros. Libertó á 300 de éstos, mató y prendió á cincuenta castellanos y pasó á situarse en Montserrat (3). A este tiempo ya el de los Vélez emprendía el

(1) Bofarull, *Hist. de Cataluña*, Tomo VIII, cap. 1.°

(2) Pocos días después de ocupada Tarragona, que fué el 24 de Diciembre, se puso en marcha y llegó frente á Barcelona el 26 de Enero, lo que prueba que el avance no fué fácil.

(3) La matanza de beridos castellanos que, según dice Melo y repiten el historiador Lafuente y otros, ejecutó Margarit en Constantí, es un hecho completamente desmentido. «Si no constase, dice el Sr. Pella, que del combate resultaron *25 prisioneros vivos*, las creencias religiosas tan arraigadas en el corazón de D. Pedro de Margarit y que despuntan en cada frase de la carta transcrita (la inserta el autor y á continuación copiamos algunas líneas de ella), impedirían dar crédito á un degollamiento salvaje...» Y el autor citado inserta la carta que desde Montblanch dirigió el 13 de Enero de 1641 Margarit á la Diputación. «...Fou esta bona factió dissapte un quart lo sol alt que fou axi com obriren las portas del castell el qual per ser fortalesa apareixia inespugnable pero com nostre senyor obre per mi me inspirá en tot de manera que á demanar de boca no podia

ataque de las posiciones de Martorell. Estuvieran ó no éstas bien dispuestas, consta por los *Anales consulares* que los catalanes sostuviero allí por espacio de quince días los ataques del enemigo; y únicamente por haber dado entrada á los castellanos alguno de los que gobernaba el Coll del Portell, que flanqueaba las posiciones, pudieron éstas ser conquistadas por medio de un impetuoso ataque de frente y flanco. La retirada de los catalanes fué muy ordenada, pues mientras el Conceller que mandaba la caballería hacía frente á los realistas, la infantería pasó el río por debajo de la villa y tomó la vuelta de Tarrasa. Murieron, sin embargo, mucha gente de la villa que trataban de huir, y en el puente del Llobregat solamente, unos 800, entre mayores y niños. No hubo, pues, súbita acometida contra Martorell, porque los castellanos estuvieron detenidos allí algunos días, y á no ganar el Portell, hubiérase prolongado la interrupción que allí sufrió el avance. D. Carlos Caracciolo, marqués de Torrecusa, entró triunfante en Martorell, la dió á saco y pasó á cuchillo á todos sus moradores.

Expedito ya el camino que conducía á Barcelona, prosiguió el de los Vélez su avance hasta San Felío. «No se topaba de parte del contrario defensa alguna, dice Melo, ni había batidores ó centinelas que procurasen descubrir sus movimientos: toda la tierra parecía triste y llena de silencio (1).» Púsose luego sobre Sans, y desde allí remitió á la Diputación una carta del Rey prometiendo clemencia; carta que no produjo el resultado apetecido. Ni entregados, ni vencidos podían ellos esperar nada bueno de los castellanos; y además Barcelona se hallaba en buenas condiciones para resistir; pues en el ánimo de sus esforzados moradores, poca mella hicieron las recientes derrotas. ¿Podía, pues, considerarse oportuno el atacarl? Si se tiene en cuenta que se trataba de una ciudad populosa, amurallada y artillada, de fácil socorro por el mar, y defendida por gente resuelta, no eran pequeñas las dificultades; pero las órdenes que el de los Vélez tenía de Madrid eran apremiantes, el ejército se hallaba falto de vituallas, y vencida la rebelión en su foco, ahorrábanse nuevos trabajos. De este modo se consideraba en la corte, sin tener en cuenta lo mermado que se hallaba el ejército, y que de sufrir una derrota se vería aislado de su base de operaciones, cortado por las tropas populares, acosado y batido por los somatenes. Entendíase de muy diverso modo que en Madrid, en el campo; y aunque el de los Vélez parecía resuelto al ataque, todos lo consideraban como desacertado, aunque ninguno lo contradijera abiertamente. Variaban, sin embargo, los pareceres, pues algunos opinaban por el bloqueo, otros por trasladar la guerra al Rosellón, ó por devastar el territorio y reducir á sus habitantes á fuerza de vejaciones (2).

Barcelona realizaba en tales momentos un acto de trascendencia suma y que debía servir de severísima lección al favorito. Reunidos en asamblea extraordinaria sus Estamentos, acordaron

rehexir tot millor del que rehisqué, pues sens perdrer ningun soldat de nostra part donarem llibertat á 300 germans nostres que patian com á estar en poder de infels enemichs nostres y *matarem 22 soldats del enemich* retirantse los demes que restaban dalt al cim de una torra inespugnable del castell ahont estigueren penetrant desde del matí fins á una hora passat mitja nit per poderlos rendir que fundi reputació en no anarmen que nols tinguens rendits á tots que á no descubrirme Deu miraculosament un segret hera imposible poderlos rendir y fou lo rendiment á vista del socorro los arribá de Tarragona ab los mosqueters y cavallería de alli, que si be de principi nos apretaren demasiat luego nos refferem per trobarnos un poch descuidats hils retrasarem ab tanta furia quels obligarem á llansar moltas armas y ab perdua de alguns soldats dells, causant al retrasarlos tanta confusió á Tarragona quem han assegurat que alguns cabos del ques trobaren allí no tenintse per segurs se embarcaren y que tenit allí alguns trenta presoners germans nostres del rendiment de Vilaseca los donaren llibertad per temor no anasen á traurels, de modo senyor que ademes de haver donat llibertat ab esta facció á mes de 300 germans *y morts y presos á cincuenta soldats del enemich*, y entre ells un sargento viu, lo avem atemorisat valentísimament atribuinto tot á nostre senyor á qui y á V. senyorías offeresch est mínim servey ab desitg de poderlosne offerir de molts majors.»

(1) *Hist. de los movimientos, guerra y separación*, Lib. III.

El terror que semejante aspecto infundía en el ánimo de Vélez, lo descubre el historiador en estas frases: «los vivos pensamientos que no le dejaban afirmar en ninguna resolución, *porque á la verdad su espiritu jamás le dio esperanzas de la victoria.*»

(2) «Donde las empresas no ofrecían peligro alguno personal, dice Bofarull, como en la toma de Tarragona, parecía obrar el de Vélez por sí solo; mas donde el éxito era aventurado consultaba sus escrúpulos ó temores con los caudillos: así lo hizo antes de atacar á Martorell, y por consiguiente, ¡con cuánta más razón no lo probara ante las murallas de Barcelona!» Y después de reproducir el párrafo de Melo, relativo á este consejo, añade: «Nada prueba tanto lo superficial de su carácter, como perder el tiempo en tales juntas ó asambleas cuando se encontraba á la vista del punto más codiciado para completar el triunfo, y cuando al fin y al cabo no había de hacer más que obedecer ciegamente lo que le mandase el que ya en otras ocasiones, y en aquélla sobre todo, había desconfiado de él. Con las cartas del Conde-duque á la vista y con las instancias del que fiscalizaba sus actos, Alarcón, ¿qué podía hacer, sino arriesgar la empresa, lanzarse á la conquista de Barcelona, el que desde Tortosa había llegado á convencer

elegir por conde y señor de la ciudad al monarca francés Luis XIII. Levantóse acta de esta proclamación el 23 de Enero de 1641, la notificaron al nuevo príncipe, y dieron parte en la dirección de las armas y de los negocios á los cabos franceses que en Barcelona se encontraban, entregando á Mr. d'Aubigny el mando de las tropas destacadas en Monjuich. Domina esta montaña, perfectamente aislada, la ciudad y su puerto, y sobre ella levantábase un flaco castillejo cuyas obras mejoraron los catalanes, destinando á su defensa ocho compañías de artesanos y 300 veteranos franceses que organizó d'Aubigny. Ganado Monjuich, vese la ciudad necesariamente avasallada, y corre el peligro de ser destruída: por esto fué elegido tan importante punto para el ataque, ordenando el marqués de los Vélez que dos cuerpos escogidos, al mando uno de D. Ferdando de Ribera, otro al del conde de Tyron, subiesen la montaña por dos puntos distintos, colocándose el segundo entre Monjuich y la ciudad para interceptar las comunicaciones, y apostándose el duque de San Jorge, hijo de Torrecusa, con diez y ocho escuadrones de caballería y la de las Ordenes, entre las puertas de Santa Madrona y San Antonio. Torrecusa debía secundar el movimiento y Garay embestir por esta última puerta.

Conviene dar aquí algunos datos que explicarán en parte el gran desastre sufrido en este ataque por las tropas castellanas. Hallábase el castillejo de Monjuich mandado por D. José de Rocaberti, quien en unión del sargento mayor Ronis, se pasó á los castellanos, tan pronto éstos se presentaron en el llano, y les dió, sin duda, traza de la fortificación de aquél, bien sencilla en verdad, porque se reducía á una pared de piedras amontonadas *(pedra seca sens morter)* y no tenía una sola pieza de artillería; pero tan pronto se hizo cargo Aubigny del gobierno, como hombre práctico ideó un nuevo plan de defensa, que fué construir unos caballetes portátiles de madara y colocar en ellos cañones ó pedreros. Colocados en hilera, del costado por donde se espera el asalto y pudiendo variarse con facilidad la puntería; bien se comprenderá fueran sus disparos de instantáneo y terrible efecto. La unión patriótica de los barceloneses, dice el Sr. Bofarull, revelóse en la conservación de este importante secreto.

También en la ciudad se apercibían á la resistencia, que dirigían el diputado militar Francisco Tamarit, y los maestres de campo franceses Du Plesis y Seriñán. Distribuyéronse convenientemente los tercios catalanes por las murallas, destacóse á Montjuich nuevo refuerzo, y algunos centenares de caballos catalanes y franceses formaron en el llano situado entre el camino de Valldoncella y el de la Cruz Cubierta, esto es, á la derecha de la puerta de San Antonio. Al propio tiempo se despacharon avisos á la gente que estaba en Tarrasa con el Conceller y á la que mandaba Margarit, para que acudieran al llano para hostilizar al ejército é interceptar los convoyes. Y en la confianza del próximo arribo de tropas francesas, fortaleciose el ánimo de los barceloneses. Pero los castellanos no dilataron la acometida, y el 26 de Enero, al amanecer, conforme lo tenía ordenado Vélez, Tyron y Ribera treparon por las peñas de Montjuich al grito de *¡Viva el Rey!* Cargó primero Tyron por la parte que mira á Castelldefels y fué recibido por nutridas descargas que le derribaron exánime; secundóle Ribera por el costado de la ciudad, pero no consiguió adelantar mucho, porque los catalanes, muy bien parapetados, se defendían vigorosamente. No así los que cubrían el puesto de Santa Madrona, que por hallarse en el llano, les fué fácilmente arrebatado; pero en cambio, la caballería del de San Jorge, apostada en disposición de interceptar los

á los cortesanos madrileños de que la marcha del ejército había sido triunfal hasta el pie de las murallas de Barcelona, y que, por consiguiente, con la misma facilidad se aplastaría la cabeza de la hidra?» *Hist. crítica de Cataluña*, Tomo VIII, cap. 1.°

Melo, doliéndose del servilismo de los que compusieron el consejo de guerra, que, no obstante conocer las desventajas con que tenía que luchar el ejército castellano, se humillaban ante el dictamen del que los mandaba, dice: «Sabían que Barcelona estaba en defensa, terraplenada su muralla, capaz toda de artillería, y con más de cien cañones alojados en forma suficiente: llena de hombres desesperados, socorrida de soldados viejos, y no desamparada de cabos expertos; suya la mar, los puestos importantes ocupados y defendidos, los vasallos fieles al Rey pocos y encubiertos; abundantísima la plaza de bastimentos. De otra parte, miraban su ejército ya disminuído en infantería y caballería por la hambre, por la guerra y por la enfermedad, y principalmente por las muchas guarniciones que iban dejando atrás; el enemigo á las espaldas con poder considerable de gente y en su país, el paso de Martorell poco seguro para la retirada; mucha gente bisoña, toda hambrienta; el manejo de las provisiones casi imposible, el mar no defendido, pocas galeras y mal armadas; en los cabos alguna desconformidad; los socorros de Castilla, Aragón y Valencia, lentos y apartados: todo los ponía en gran desconfianza.»

socorros que se mandaran á Montjuich, sufrió terrible descalabro. Provocada á combate por los caballos catalanes y franceses, y enzarzada en una lucha aparentemente de escasa importancia, fingían los contrarios retirarse y la atraían hasta unas trincheras donde hacían fuego los arcabuceros. Volvían luego riendas, y repetíase una y otra vez la estratagema con varias pérdidas de los castellanos. Ciego de ira el de San Jorge al comprender el ardid, pidió á Garay 200 mosquete-



El Conde Pablo Bernardo de Fontaine
Muerto gloriosamente en Rocroy, el 19 de Mayo de 1643

ros para dar una nueva carga, y como éste se mostrara remiso (previendo la derrota), arremetió furioso con sus caballos y los del escuadrón de las Ordenes, y no paró hasta reducir al enemigo á la media luna que cubría la puerta de San Antonio. Allí la artillería y los mosqueteros, colocados en las murallas, causaron á sus escuadrones gran mortandad, y á los pocos momentos vióse el esforzado caudillo envuelto por los catalanes y con escasa gente para romperlos; mas continuó luchando como un héroe hasta que cayó mortalmente herido. Lo propio sucedió á otros valientes capitanes que á su lado combatieron, resultando de aquella refriega muy mermada la fuerza de caballería, hasta entonces muy superior en número á la contraria. Continuaba, entre tanto, el ataque á Monjuich, con mayor obstinación y bravura. Las tropas reales habían ya llegado al pie de los fosos, no sin dejar las cuestas sembradas de cadáveres, y un vigoroso asalto parecía próximo á

coronar su esfuerzo. Pero aquel ataque meditado y discutido de antemano, fracasó gracias á la bien entendida defensa que hizo Aubigny. Dice Melo que la causa fué el no haber llevado á prevención escalas; pero consigna el *acta* de la Diputación catalana que los castellanos, al atacar, llevaban buenas escalas *(bonas scalas)* y otros aparatos; además los *Anales Consulares* ofrecen un nuevo testimonio. Según este manuscrito, ordenó el gobernador que se dejase arrimar al enemigo con el mayor silencio, y que al ponerse á tiro se disparasen á un tiempo los 50 pedreros cargados con balas de mosquete, de lo que resultó gran estrago en los atacantes; mas esto no fué óbice á que repitieran el ataque, aunque tan desgraciadamente que dejaron en las dos veces 3,000 hombres derribados junto al muro. Pidieron entonces suspensión de armas para enterrar los muertos y les fué concedida; pero mientras esto tenía lugar, animados los de la ciudad por la derrota de la caballería, organizaban una columna de socorro, que trepando por la cortadura del costado de mar, avanzaba á cubierto del fuego de los castellanos. El ejército real intentó, en vano, desde Santa Madrona, impedir este refuerzo, pues fué rechazado por el fuego de la plaza; y los que acometían en la cumbre tuvieron noticia por el espantoso clamoreo que en el fuerte se levantaba del arribo de los refuerzos. Reanudóse, pues, la lucha con notoria desventaja; los del fuerte comenzaron á descolgarse por la muralla, y en unión de los recién llegados, cargaron con terrible ímpetu sobre las tropas castellanas; Torrecusa, que hasta entonces animaba á los atacantes, sabedor en aquel momento de la muerte de su hijo, renunció á la iniciativa; todo fueron muertos y destrozos; perdióse en breves momentos el terreno y los más valientes capitanes sucumbieron en el noble empeño de hacer frente al contrario. Seis horas hacía que se prolongaba la lucha, sin éxito alguno para los castellanos: á partir de aquel momento, lo que hubiera podido ser descalabro parcial, se convirtió en completa derrota. Nunca como entonces se hicieron notorias la incapacidad y la falta de energía del marqués de los Vélez. Las tropas se hallaban formadas al pie de la montaña, del costado de Sans, debieron recoger á los que huían y sostener el choque de sus perseguidores, si á tal extremo se aventuraran; reorganizarse en Sans, y renunciar al sitio de Barcelona. Pero la reserva demostró ser el cuerpo peor mandado, y el de los Vélez no ecertó á imponer con su presencia y acertadas órdenes á las tropas. ¿Cómo se comprende que la división encargada de tomar el castillo, al declararse en fuga arrollara á los que se hallaban en la falda de Monjuich? Y, sin embargo, sucedió de este modo: hombres y caballos descendieron en revuelto tropel por las faldas del monte, arrastrando cuanto encontraban al paso, arrojando las armas, pisoteando los estandartes, ciegos hasta el extremo de arrojarse muchos por despeñaderos y torrenteras. En este desorden, cobrando mayor audacia los catalanes, ya no con el acero y el mosquete, sino con piedras, hachas, chuzos y otras armas, acometía y destrozaba á los que huían. Hasta las mujeres se mezclaban con los ofensores, creciendo el brío á compás de la victoria. El marqués de los Vélez, impresionado por aquel descalabro, sólo acertó á confiar á Garay la dirección del ejército; y éste, como jefe prudente y experto, rehizo los escuadrones, dando cara á los fugitivos, y á medida que llegaban íbalos formando á retaguardia. «Así, dice sentenciosamente un historiador, salvóse el resto de las tropas, pero no el honor de las banderas, mancillado por el Conde-duque, que mandó llevar á cabo un ataque temerario; por Vélez que consintió en dirigirle, por unos jefes que consultaron más que á la prudencia á un valor arrogante, perdiendo la vida sin utilidad para la patria, y en fin, por el caudillo que en lo más vivo del trance se acordó de su sangre más que de los estandartes á su honor confiados.»

Reorganizado del mejor modo posible el ejército y reunido consejo de guerra, acordóse volver á Tarragona, antes que amaneciese el nuevo día. Emprendióse la marcha con escaso orden, aunque sin sufrir molestia de los catalanes, y en dos días se pusieron los castellanos en dicha ciudad. «Si entonces se les llega á acometer, cortándoles el paso de la ciudad, dice Bofarull, ni uno solo quedara para contarlo á los cortesanos de Olivares.» Vélez, que no intervino para nada en estos acuerdos, pidió entonces su retiro, y en su lugar se nombró al príncipe de Butera, virrey de Valencia. Quedó desde aquel momento casi reducido el dominio de los realistas á Tarragona, y aun ésta no tardó en ser sitiada por los enemigos; por manera que, después de algunos meses em-

pleados en preparativos, reunido el más florido ejército que por entonces se levantó, y vencidos los catalanes en todos los puntos en que habían hecho resistencia, la torpeza del caudillo castellano desbarató aquel ejército, originó la muerte de esclarecidos guerreros y el desprestigio de las armas del monarca. Y gran suerte fué que pudieran acogerse dentro de aquella plaza, porque á mediados del mismo mes comenzaron á entrar en Cataluña cuerpos franceses, y el 20 lo efectuó en Barcelona el conde de La Motte, generalísimo nombrado por Luis XIII. La escuadra francesa, mandada por el arzobispo de Burdeos, navegaba por la costa catalana, interceptando el avituallamiento de las plazas de Rosas y Tarragona, y La Motte, á principios de Abril, avanzó sobre Tarragona al frente de 9,000 infantes y 1,500 caballos, la mayor parte franceses.

Con facilidad asombrosa se hizo dueño el caudillo francés de casi todo el campo de Tarrago-



Soldados flamencos. (Copia de un grabado de Hooghe)

na, y teniendo el apoyo de la escuadra, creyó no le sería difícil reducirla; pero la falta de artillería le obligó á establecer un riguroso bloqueo, lo que no dejaba de ser muy censurable, porque la ciudad podía ser socorrida por mar con una flota superior á la francesa, y el ejército castellano tomar la ofensiva. Tampoco podía tomarse por asalto, pues el número de los sitiados era superior al de los sitiadores, circunstancia que no justifica la inactividad del príncipe de Butera. Una sola vez vinieron á las manos, sitiadores y sitiados, y fué con motivo de haber salido éstos á forrajear, resultando del choque muchos muertos y heridos realistas; pero el bloqueo no dió resultado alguno á los franceses, porque la flota española cruzó por entre las naves enemigas é introdujo en dos distintas ocasiones socorro, expulsando en la segunda á los fraceses de aquellas aguas. Avituallada la plaza, La Motte se convenció de la ineficacia del sistema adoptado, y levantó sus cuarteles (23 Agosto). Coincidió con estos sucesos la entrada en el Rosellón de otro ejército francés al mando de Condé, que rindió á Elna, interceptó las comunicaciones de Perpiñán con Colliure y dejó expedito el camino de Cataluña; por manera que, compensadas las desventajas por una y otra parte, no parecía la fortuna inclinarse declaradamente por uno de los contendientes.

Esto fué lo que movió á la Diputación catalana á despachar un emisario á Luis XIII para suplicarle refuerzos é invitarle pasara al Pincipado, á prestar el juramento como soberano del mismo; pero la guerra de los Países Bajos no permitió al monarca francés hacerlo así, y en su lugar mandó al mariscal de Brezé, ofreciendo efectuarlo más adelante. Organizóse un ejército destinado al Rosellón y del que se dió el mando á los mariscales Schomberg y la Meilleraie, dispúsose una nueva flota, y en Diciembre de 1641 penetraron en aquel condado las tropas de Luis XIII. Escasa era la gente castellana que en dicha frontera se encontraba, y por lo mismo su general, marqués de Mortara, hubo de concertarse con Torrecusa, que se hallaba en Tarragona, para que sacando algunos tercios de esta ciudad y otros de las galeras acudiera al territorio rosellonés. Torrecusa, obrando con tanta diligencia como energía, desembarcó en Rosas, esguazó el Tech, sorprendió á las tropas de Brezé que interceptaban en Argelés sus comunicaciones con Mortara y se dió la mano con éste que desde Perpiñán acudió á su encuentro. Ofendido Brezé marchó sobre los dos caudillos y entabló una batalla, en que no obstante la superioridad de sus fuerzas, fué derrotado con grandes pérdidas; y consecuencias de esta derrota fueron el avituallamiento de Perpiñán, la rendición de Argelés y de Santa María y la recuperación de gran parte de aquel territorio (Diciembre de 1641). El de Brezé no se detuvo por más tiempo en el Rosellón, y pocos días después entró en Barcelona, donde fué jurado como virrey.

¿Qué hacía entre tanto el ejército realista de Tarragona? Casi todo el año 41 permaneció en la inacción, y á fines del mismo encargóse del mando, por muerte del príncipe de Butera, el marqués de la Hinojosa. Hombre de resolución, el nuevo general, emprendió las operaciones al comenzar el año 42, y se enseñoreó de las villas de Reus, Altafulla, Vendrell, Tamarit y otras; hizo prisionero, en Alcóver, al tercio de Santa Eulalia, y así á estos soldados como á los de las guarniciones vencidas tratóles con una moderación á que no estaban habituados; pero cuando las cosas iban presentando más halagüeño aspecto, una nueva torpeza de Olivares comprometió á las armas de Castilla. Había nombrado el ministro, general de las galeras destinadas á la costa de Cataluña, á D. Vicente de Aragón, y jefe del ejército de Aragón al marqués de Pobar, ambos hijos del difunto duque de Cardona. La presencia de éste y de su ejército en el campo de Tarragona, dió lugar á serios altercados con Hinojosa, respecto á quién correspondía el mando superior. Entonces resolvió Olivares que el de Pobar con 6,000 infantes y 2,500 caballos pasara al Rosellón, sin tener en cuenta la distancia que éste debía recorrer, lo fragoso del territorio y la situación de los tres generales franceses que desde Montblanch, Barcelona y el Rosellón espiaban sus movimientos. No dejó de advertir Pobar la conveniencia de hacer el viaje embarcándose en Tarragona; pero el ministro insistió en sus primeras órdenes, y fuéle forzoso obedecer. Salió, pues, de esta ciudad, el día 24 de Marzo de 1642 al frente de 3,500 caballos, 1,000 infantes y una recua de 1,000 mulas, tomando la vuelta de Villafranca del Panadés; vadeó el Llobregat junto á Montserrat, y encaminóse tierra adentro por el Vallés, sin ser molestado en todo este trayecto por los franceses, pues el plan de éstos era dejarlo internar en el país, aislarle y destrozarle. Sin embargo, Pobar había convenido con Hinojosa, que para llamar la atención del enemigo y cubrir tan peligrosa marcha, éste acometería á Coll de Cabra, lo que Hinojosa no efectuó. Creíble es que la emulación influyera en esto, pues la conducta posterior de Hinojosa justificó tal idea, porque dice un historiador: «habiendo llegado después una contraorden mandando al de Pobar que se quedara en Tarragona, y prestándose á llevarla el general de la caballería de las Ordenes D. Rodrigo de Herrera, comprometiéndose á alcazarle en dos marchas con cien caballos, no lo consintió Hinojosa, y se la fió á uno que la llevó al enemigo, comprometiéndose alevosamente la suerte de todo un ejército». No tardó el ejército de Pobar en ser acometido. Margarit, que el mismo día 24 por la noche tuvo noticia del movimiento de éste, marchó sin perder momento á Barcelona, y, de acuerdo con los del Consejo de Guerra, hizo que se reunieran los regimientos franceses que debían arribar de Gerona y que se levantaran los somatenes de todo el Ampurdán, Selva y Vallés para disputar á los castellanos los pasos de Hostalrich. Doscientos mosqueteros de Gerona, la caballería de Mr. Terrail y los somatenes, en junto 6,000 infantes y 400 caballos, situáronse en los desfi-

laderos del Tordera, entre Hostalrich y San Celoni, á las órdenes de Margarit, quien se puso en la primera de estas villas el 26, y el 27 pasó á fortificar á Tordera, mientras La Motte, reforzado por 500 mosqueteros barceloneses, salía de Piera y se dirigía á picar la retaguardia de los castella-



El duque de Alburquerque
General de la Caballería ligera en la batalla de Rocroy

nos (1). A corta distancia del puente de San Celoni supo el de Pobar que el paso estaba ocupado y tomadas las alturas por los mosqueteros; el de La Motte, que se había adelantado á picar su retaguardia, le apretaba por momentos, y aunque por dos veces le rechazó con brío, viendo en

(1) Pella y Forgas, *Un catalá il·lustre*.—Tio, *Continuación de la Hist. de los movimientos, guerra y separación de Cataluña*, Lib. VII.

aumento el número de los enemigos, comprendió que no le sería fácil avanzar. Imponente era, en verdad, el espectáculo que ofrecía la comarca, y sólo el que ha presenciado un somatén general en Cataluña puede formarse idea de él. Coronados los montes de gente armada, cruzadas las veredas por abigarrados grupos, los cerros humeantes por las fogatas, y llevada en alas del viento la vibración de cien campanas, el grito de *¡Via fora!* llena el espacio, y es repetido de cumbre en cumbre por las sierras: la tierra parece palpitar bajo la planta que la oprime. Calculad el efecto que esto produce en un invasor desalentado y alejado de su base de operaciones. Pobar se encontraba en este caso, porque sus soldados estaban hambrientos y fatigados, extenuados los caballos, y el ejército colocado entre dos enemigos. No faltaba tino y energía al caudillo castellano, y al caer la noche, desde la Granada, ordenó retroceder en dirección de Villafranca. Para facilitar la marcha mandó quemar todo el bagaje y desjarretar las mulas y caballos cansados. Volviéndose el enemigo, retrocedió también La Motte, y *por la izquierda* se fué á poner en Martorell; Margarit *por la derecha* llegó á marchas dobles á la Beguda y Piera, y Mr. de Terrail dirigióse á Villafranca; por manera que Pobar quedó encerrado entre las fuerzas de estos tres caudillos. En San Celoni apostáronse 2,000 hombres para interceptar el camino de Igualada. La retirada del ejército castellano revistió fantástico carácter: en las cumbres ardían numerosas hogueras, un espantoso clamoreo al que se mezclaba el rumor de bélicos instrumentos, turbaba el silencio de la noche. Engañado por los guías el ejército, conducido por sendas extraviadas y quebradas, después de haber andado muchas horas entre las tinieblas, y tropezando á cada paso, al amanecer vino á encontrarse en el mismo punto de donde había salido. Formáronse, no obstante, los escuadrones para rehacerse; pero cayendo entonces La Motte sobre ellos y encontrándoles desfallecidos, hízolos á todos prisioneros, consiguiendo á poca costa una señalada victoria (Abril 1642). Todo el ejército, incluso su caudillo y tenientes, fué conducido á Barcelona, donde se celebró con grandes festejos la victoria. Gran culpabilidad fué la de Olivares, inmensa la responsabilidad de Hinojosa, y sin igual felonía la del traidor que vendió al enemigo la suerte de aquellas tropas.

Después de este suceso, se comprende que la guerra ofreciera pésimo aspecto para los castellanos. En el Rosellón, donde había mandado Richelieu 26,000 combatientes, España carecía de las tropas precisas para resistir. Colliure, después de una brillante defensa, hubo de rendirse; otras de menos importancia se entregaron, y Perpiñán, rigurosamente asediada, sumida en la más espantosa miseria; pues llegaron á comerse en ella los animales más inmundos, y á roerse los cueros, capituló después de cinco meses. Los 3,000 hombres que defendían esta ciudad quedaron reducidos á 500, y éstos salieron con todos los honores de guerra y seis piezas (9 de Septiembre). Debe advertirse que era Perpiñán el más importante arsenal que á la sazón tenía España, y así no será de extrañar que los franceses se proveyeran de 20,000 fusiles y 100 cañones de calibres diversos. Y rendida Perpiñán, consideróse excusado resistir en las demás plazas, pues los franceses fuéronlas ocupando una tras otra, y aquella hermosa provincia perdióla España para siempre. Ávido de recoger los frutos de su victoria sobre Pobar, trató La Motte de apoderarse de Tortosa; pero esta ciudad resistió tan heroicamente, que los franceses dejaron en sus fosos unos 800 hombres. La villa de Tamarite, en tierra aragonesa, hizo una resistencia no menos brava, y los franceses, después de entrarla, la redujeron á pavesas. Monzón y su castillo capitularon poco después; mas no creyó prudente el enemigo internarse por Aragón, temeroso de aislarse demasiado, y por de pronto se retiró á Lérida.

General era en España el disgusto causado por la lentitud de la guerra, cuyos descalabros se achacaban al poco tino del favorito; grande el deseo de que acudiera el Rey á dar impulso á las operaciones y á poner término á los desastres. No pudo, pues, Olivares, oponerse á la voluntad de las personas más significadas, y dispuso la jornada del monarca con gran aparato. Hiciéronse llamamientos, levas y requisas; se apeló al patriotismo de la nobleza para reunir dinero, y el 26 de Julio de 1642 salió Felipe IV de Madrid, más como quien va á celebrar un triunfo, que á presidir una empresa bélica. El ejército reunido ascendía á 18,000 infantes y unos 6,000 caballos, cifra no

despreciable, sobre todo si se tiene en cuenta lo difícil que era á España reunirla. En Cádiz se equipó una armada de 13 navíos de guerra y 40 buques menores, con 9,000 hombres de tripulación. El mando de las tropas se dió al marqués de Leganés, que estaba en gracia del Conde-duque; el de la armada al duque de Ciudad Real. Dados estos elementos, podían esperarse algunas ventajas de la nueva campaña, mayormente cuando el ejército ya no tenía que distraerse en el Rosellón, que se dió por perdido. Leganés gozaba de alguna fama militar por sus operaciones de Italia, y estaba asistido por oficiales de mérito, como Torrecusa, Hinojosa y Mortara. Sin embargo, no ocurrió así, y la primera batalla puede decirse que decidió de esta campaña.

A fines de Septiembre emprendió Leganés su marcha contra Lérida, y á primeros de Octubre, después de haber cruzado el Segre por Aytona, dió vistas á la ciudad. Pero La Motte conoció á tiempo los propósitos de los castellanos, y desde Santa Coloma, donde se encontraba, y mientras las fuerzas de Hinojosa y Mortara salían de Tarragona para incorporarse á Leganés en la frontera aragonesa, por Coll de Cabra, Rocafort y Sarreal, pasó á Cervera, desde donde envió algunas partidas á explorar los movimientos de los reales y un regimiento de infantería á Lérida. Poco después poníase sobre ésta con todo su ejército, que ascendía á 12,000 infantes y unos 1,000 caballos. El castellano, después de haber echado un puente sobre el Segre, para dar paso á los convoyes que venían de Fraga, avanzó en batalla por la izquierda del río, encontrándose los dos ejércitos en el llano de las Horcas, media legua al sur de Lérida. La batalla que se empeñó fué muy reñida, pero es difícil precisar los movimientos de cada uno de los contendientes. El cronista Felíu hace una pintura muy confusa de la batalla, consignando que duró diez horas con vario é igual Marte; Tio no es más explícito, pues dice que, «revueltos catalanes y franceses con españoles de todas las provincias, no retiraba un escuadrón sin que ocupase su lugar otro más alentado, y reemplazándose unas compañías con otras para refrescar el valor de los cansados, los que en la general fatiga la sentían menor». Y añade: «Duró el combate ocho horas, desde las diez de la mañana hasta el anochecer del día 7. Hubo de retirarse Leganés á Torres de Segre y de allí á Fraga por el puente que de antemano se había construído, sin bochorno ni mengua por su pérdida, que otra igual le costaba á su enemigo, pues fueron muy pocas las ventajas que el mariscal reportó de esta jornada (1).» Atendidas las aficiones realistas de Felíu, es muy importante su declaración de que las pérdidas de Leganés fueron muy superiores, y el párrafo en que dice: «Todos concuerdan en que el Marqués retiró su campo de la empresa de Lérida: rara fué la resolución de los franceses y catalanes, pues no teniendo otras fuerzas, se arriesgaron á esta batalla, que á perderla, quedaban sin remedio al arbitrio del vencedor. Cogió el de La Motte el fruto de esta victoria en la conquista y recuperación del castillo de Almenar (2). Lafuente manifiesta que La Motte esperaba á Leganés apostado en una colina llamada de los Cuatro Pilares, que atacó el primero D. Rodrigo de Herrera con 300 caballos y con tal brío que se apoderó de una batería colocada en un repecho; pero que acudiendo allí nuevas tropas fueron los nuestros rechazados. El combate se hizo entonces general, pero fué muy mal conducido por Leganés, pues cada uno peleaba por su cuenta, y nadie se subordinó á una voz y un plan. Llegada la noche se ordenó la retirada y el enemigo quedó dueño del campo; «y aunque se perdió poca gente (3) y no se puede decir que sufriésemos una derrota, es lo cierto que se renunció á tomar á Lérida, que el ejército perdió su fuerza moral, y que retirado á cuarteles, se fué menguando y disipando por las indisciplinas y las deserciones (4).» Tuvo lugar la batalla de Lérida el 6 de Octubre de 1642.

La separación de Leganés y su confinamiento á Ocaña, no obstante la amistad que le dispensaba Olivares, prueba que el Rey no se engañó respecto á este hecho de armas. Destruído el ejército, desilusionado el Rey y disgustada la corte, sólo se pensó en el regreso á Madrid; y una vez alejado el monarca, languidecieron las operaciones, y en mucho tiempo no ocurrió hecho alguno de

(1) *Continuación de la Historia del movimiento, separacion y guerra de Cataluña*, Lib. VII.
(2) *Anales de Cataluña.*—Año 1642.
(3) Más de 1,500 entre oficiales y soldados, asegura Felíu, testimonio nada sospechoso.
(4) Lafuente, *Hist. de España*, T. XVI, pág. 280.

armas notable en Cataluña. De este modo terminó el año 1642, año funesto para España, pues perdió una de sus más ricas provincias y sostuvo en su interior una noble guerra. Si alguna compensación pudo encontrar después de tantos desastres, sin duda fué la muerte del acérrimo enemigo de los Austrias, el ministro de Luis XIII, cardenal Richelieu. Este hombre extraordinario que por espacio de tantos años había dirigido con asombrosa actividad la política europea, falleció en París el 4 de Diciembre de 1642, y por rara coincidencia, el mismo día en que el mariscal La Motte juraba en Barcelona su cargo de virrey.

IV

Al Cardenal Infante D. Fernando, muerto, como ya dijimos, en el sitio de Aire, sucedió en el gobierno de las Provincias una junta de seis personas, y en el mando del ejército D. Francisco de Melo y Braganza, deudo de los duques de este título, virrey que había sido de Sicilia, jefe de nuestras armas en 1638 en la Lombardía y en distintas ocasiones embajador del Rey Católico, en cuyos cargos había probado sus buenas dotes diplomáticas y políticas. No era, como dice Clonard, un militar encanecido, ni mucho menos; y á la sazón, más se le conocía por lo bien que había probado en embajadas, que en campañas; sobre todo por su gran lealtad á España. Si estaba ó no á la altura de su nuevo cometido, los acontecimientos lo dirán; pero bueno será advertir que hacia los tiempos de que nos venimos ocupando, España no podía escoger entre los suyos un caudillo de mérito. «Italianos y portugueses, menos oprimidos siempre que los primitivos súbditos de la Corona, por lo mismo que no parecía tan segura su obediencia, ni su sumisión tan ciega, eran los que de ordinario mandaban aquellas reliquias de ejércitos; testigos Torrecusa y Cantelmo, D. Felipe de Silva y D. Francisco de Melo. Y cuando éstos no, teníanlos á su cargo extraños aventureros, como Isembourg, Beck y Fontaine (1), que tanto figuraron en las campañas de este tiempo (2).» Por de pronto, D. Francisco de Melo pudo inspirar algunas esperanzas á la corte española, porque acudió personalmente á continuar el asedio de Aire, y tuvo la fortuna de conseguir la rendición de esta plaza, en Septiembre de 1641. El gobierno de Flandes, que se le confirió al año siguiente en propiedad, halagaría sin duda su amor propio, y preciso es decir que tan pronto se hizo cargo de él, comenzó á trabajar con grandísima habilidad y celo para allegar recursos de toda especie, reparar las fortificaciones, proveer las plazas fuertes, ganarse la voluntad de los pueblos, reorganizar el ejército, harto disminuído y maltratado, hacer nuevas levas y prepararse para entrar en campaña en la primavera próxima. Tenía noticias de que el rey de Francia, antes de abandonar á París para la jornada de Cataluña, había entregado el gobierno del reino al príncipe de Condé y ordenado se situaran en la frontera Norte, dos ejércitos; uno al mando del conde de Harcourt, apostado en Perona, otro al del conde de Guiche, en Marles (Champagne), y quiso aprovechar la contingencia de hallarse aquella frontera desguarnecida todavía, para caer sobre ella de improviso (3). Favorecíale no menos el tiempo, que, cerrado en lluvias, no hacía presumible operación alguna, la inacción en que se mantenían los holandeses; así que, dejando en el Brabante tan sólo diez y nueve compañías de caballos y los situados allende el Mosa, más alguna

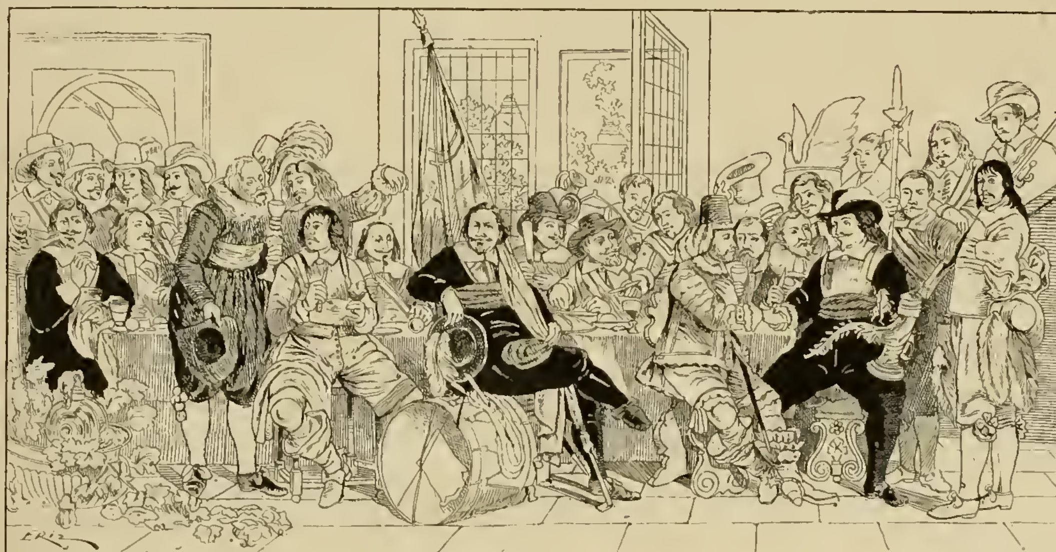
(1) Créese, no sin fundamento, que Fontaine era vasallo de España, como nacido en el Franco Condado. Weil: *Un soldado de España;* en la *Revista de España*, Año 1884.

(2) Cánovas del Castillo: *Del principio y fin que tuvo la supremacía militar de los españoles en Europa.*

(3) *Relacion de los progresos de las armas de S. M. Catholica el Rey D. Phelippe IV, gobernadas por el Ilmo. y Excmo. Señor D. Francisco de Mello, Marqués de Torde Laguna, etc., en los Estados de Flandes y de Borgoña, de la campaña del año 1642; dirigida á S. M. por Juan Antonio Vincart, Secretario de los avisos secretos de guerra.*

infantería á cargo de Villamor en Diest, juntó todo el ejército á principios de Abril de 1642 en Douay. La cifra á que ascendía aquél, eran 20,000 infantes y de 8 á 10,000 caballos; contábanse en sus filas y al frente de sus tercios y compañías, capitanes de mérito, y era maestre de campo general el conde de Fontaine, militar de muy honrosa historia.

El primer intento de Melo fué ganar un puesto sobre el río Somna, á corta distancia de Cambray, antes que el enemigo pudiera estorbarle el paso; pero desistió de ello en vista de hallarse devastada aquella región. Determinó entonces apoderarse de la Bassée, y para distraer la atención de estas plazas, amagó á la de Arras, desde donde pasó á Lens, rendida la cual se facilitaría grandemente el sitio de la Bassée. El grueso del ejército situóse dos leguas de la plaza, haciendo frente á los ejércitos enemigos; junto á Valenciennes apostóse el barón de Beck con otro cuerpo de



Banquete de la guardia cívica de Amsterdam en la gran sala de tiro. (Cuadro de Van Der Helts)

tropas, y D. Andrea Cantelmo se puso con 8,000 combatientes sobre Lens. La villa no resistió más de un día la furiosa embestida que le dieron nuestras tropas, y á pesar de hallarse bien fortificada y tener 600 hombres de guarnición, se entregó el 19 de Abril. El ejército español trasladóse sin perder momento á la Bassée.

Era esta plaza de más importancia que la de Lens, tenía excelentes fortificaciones abaluartadas, guarnecíanla 3,000 soldados; y, por lo tanto, creyóse difícil ganarla de rebato. Circunvalósela, pues, en toda regla y se la atacó por un dique que se internaba en el país, á través de pantanos. Establóse allí brava la lucha, porque los sitiados cortaron el dique por tres partes, y el ganar estas cortaduras costó no poca sangre; sin embargo, pudo ocuparse el dique y llegar los nuestros á pocos pasos de las fortificaciones enemigas. Animaba á los sitiados la esperanza de un próximo socorro, porque reunidos los dos ejércitos de Harcourt y Guiche en Perona, se adelantaban ya hacia la Bassée; pero tenían asimismo aviso de su arribo los sitiadores, y á prevención ordenaron su ejército en batalla: la infantería en una línea; detrás de los batallones y en las alas la caballería, y la artillería dispuesta de trecho en trecho, en las partes más convenientes de la línea (1). Hallándose en esta disposición divisaron el 26 de Abril al ejército francés, que fué ade-

(1) Vincart; *Relación* citada.

lantando con muestra de acometer la izquierda española; pero que hubo de hacer alto á causa de los certeros disparos de nuestras piezas; y sin insistir en el ataque, retirarse. Hicieron con este motivo los de la plaza una vigorosa salida, repitiéronlas en los siguientes días, pero no pudieron impedir que los sitiados ganasen el camino cubierto, desembocaron por ella al foso, lo comenzaron á cegar, y se alojaron al pie de uno de los baluartes ya quebrantado por la artillería (1). Los combates que hubieron de sostenerse fueron muy recios, y en ellos se lanzaron granadas y bombas de mano en gran cantidad; pero ya acabadas las minas y á punto de ser voladas, ganado el foso y próximo á darse un asalto, rindióse la plaza á los españoles (11 de Mayo), saliendo la guarnición, reducida á 2,400 hombres y siendo convoyada hasta Hesdin. El sitio costó diez y ocho días y no pocas bajas. Vincart, á quien seguimos en la narración de estos sucesos, elogia en extremo la conducta de la caballería en este cerco, pues al rebatir las salidas del enemigo, cargaba entre las trincheras y la explanada de la contraescarpa, desafiando el fuego de mosquete del camino cubierto, y la artillería de la muralla, y cortando la retirada al atacante ó persiguiéndole hasta la contraescarpa. Los mismos enemigos confesaron que nunca habían visto á la caballería adelantarse tanto, ni defender las trincheras, peleando, así contra caballería, como contra infantería.

Activo y hábil se manifestó en esta ocasión Melo; porque ganada la Bassée, tuvo noticia de que los holandeses reunían sus tropas en Nimega, para comenzar la campaña, y sin perder momento envió á Flandes al conde de Fontaine con un cuerpo de ejército; mientras despachaba á Beck al país del Hainaut, y hacía correr la voz y daba apariencias de invadir el territorio de Boulogne, con objeto de separar los cuerpos del ejército de Guiche y Harcourt. Consiguió tan feliz resultado la estratagema, que el primero fué á ponerle á una legua de Chatelet, en las márgenes del Escalda, y el segundo en los contornos de Hesdin. Pronto supo Melo la situación de ambos cuerpos, y habiendo resuelto atacar á Guiche, dió orden á Beck para que á marchas forzadas se le incorporara junto á Lens, desde cuyo punto partieron las fuerzas reunidas en demanda del enemigo, no obstante el desatado temporal de agua que se desencadenó. El 25 de Mayo cruzaba el ejército español el río Escalda, y el 26 al rayar el alba adelantábase Melo á reconocer las líneas enemigas. Iba el ejército en esta disposición: «La vanguardia, compuesta de siete batallones de infantería, cinco de españoles y dos de italianos, con ocho escuadrones de caballería al lado derecho, y otros ocho al izquierdo, y cinco piezas de artillería con algunas municiones, delante los batallones de la infantería; la batalla compuesta de cuatro escuadrones de walones, con otros ocho escuadrones de caballería al lado derecho y otros ocho al izquierdo, y á la retaguardia cinco batallones de alemanes con el resto de la caballería á los lados.» La marcha fué tan apresurada, que el enemigo tuvo noticia de españoles, cuando la vanguardia se hallaba ya á dos leguas de su campo.

Melo dió orden al barón de Beck para que fuese á reconocer las líneas enemigas, y éste volvió diciendo que el enemigo ocupaba una colina en forma semicircular, con su izquierda apoyada en la abadía de Honnecourt y un bosque, la derecha bien atrincherada y el Escalda á retaguardia, teniendo sobre el río un puente para asegurar la retirada. Frente á las posiciones enemigas se hallaba una colina que casi las dominaba, y entre ella y la que ocupaba el enemigo, se extendía un terreno cubierto de bosque. Esta colina fué elegida para emplazar la artillería y al abrigo de sus fuegos formó el ejército en batalla, situándose el marqués de Veleda en el ala derecha, el barón de Beck en la izquierda, el barón de Enquefort en reserva y Melo en el centro. El francés, cuyo ejército ascendía á 7,000 infantes, 3,000 caballos y 10 cañones, tenía, como hemos dicho, su infantería dispuesta en forma circular y el nervio de su caballería del costado de Honnecourt. Tal era la situación respectiva de los ejércitos. Trabóse la batalla á las dos de la tarde, acometiendo el ala derecha española por un claro que hacían varios bosquecillos, entre la abadía de Honne-

(1) Es muy curioso el siguiente dato que encontramos en la *Relación* de este sitio: «El Príncipe de Ligni, dice Vincart, todas las veces que entraba de guardia con su reximiento en las trincheras, y en este puesto tan peligroso (al pie de un baluarte) entrava *con violones y cornamusas* para alegrar á los soldados en medio de las salvas de los mosquetazos y de la artillería que los enemigos tiraban por los flancos.» En Amiens, Coloma nos dice que los sitiados hacían mofa de los franceses tocando violones y otros instrumentos, después que los hubieron rechazado del rebellín de Montreçu.

court y las espesuras que cubrían el frente de la línea enemiga, y trabándose en la extrema izquierda enemiga un empeñado combate fué rota su línea llegando los españoles al bagaje. Descompuesta por esta acometida nuestra ala y no debidamente sostenida, cargó de nuevo sobre ella la caballería francesa y arrolló á los nuestros; pero como acudiesen á sostenerlos nuevos batallones, restauróse el combate, y á la tercera carga, secundada por la caballería española de la derecha, señorearon los soldados de Melo la colina en que apoyaba su izquierda el enemigo. Empeñóse bravamente la pelea también en el ala derecha enemiga, porque ésta se hallaba bien atrincherada, y allí hizo el duque de Alburquerque prodigios de valor; pues «intentó por dos veces trepar por la fortificación, y no pudiendo conseguirlo, se quitó las armas, porque le pareció que le embarazaban, y logró su deseo (1)». Hízose entonces la batalla general. Los maestres de campo al frente de sus tercios, arrojáronse á cuerpo descubierto contra las trincheras, secundados por la caballería; pero el centro enemigo resistió algún tiempo, y hasta que la caballería francesa fué totalmente rota no se declaró en retirada, tomando entonces la dirección del puente. Pocos, sin embargo, pudieron salvarse, y de éstos fué uno Guiche, que se amparó en el castillo de Honnecourt, donde tenía guarnición de mosqueteros; los más perecieron en la fuga, unos acuchillados junto al puente, otros en las aguas del río. El número de los que murieron los calcula Vincart en más de 4,000; y el de los presos en unos 3,000, entre ellos el mariscal y no pocos caballeros. Perdió el enemigo toda su artillería, banderas y estandartes, incluso la *Cornette blanche*, ó sea el estandarte del primer regimiento de caballería de Francia, que era el del Delfín; su bagaje, muchísimos caballos y gran cantidad de dinero. «Tiénese esta victoria, dice la *Relación* coetánea, por una de las más importantes y de más raras circunstancias que han tenido las armas católicas.»

El ejército, después de haber pasado aquella noche sobre el campo de batalla, trasladóse á Chateau Cambresis, cuya plaza amagó, y habiendo recibido allí aviso del aprieto en que se encontraban los imperiales, cuyo general Lamboi había sido roto, dispuso Melo que el barón de Beck quedara con parte de las tropas, cubriendo el Hainaut y el Artois, y él se trastaló con el grueso á Maubeuge, desde donde tomó la vuelta de Tirlemont, y por Diest se adelantó hasta las márgenes del Mosa, en cuya orilla se dió la mano con los imperiales que mandaba Hatzelt, casi al mismo tiempo que Federico Enrique acudía en socorro de los protestantes acampados en la margen derecha del Rhin, en Ordhingen. Sólidamente atrincherados en una posición que defendía el río y apoyado por el Nassau, situado en Botberhge, entre Rinberg y Orsoy, los enemigos no admitieron la batalla, y reconocida su inferioridad, contentóso Melo con dejar á su vigilancia al conde de Fontaine, y regresó de nuevo á unirse con Beck en Valenciennes, para cerrar el paso al mariscal de Harcourt que intentaba darse la mano con los protestantes alemanes en Sedán (14 Julio). Este movimiento surtió el efecto apetecido, pues Harcourt no se atrevió á pasar de Montcornet, y los españoles, después de haber llegado hasta tres leguas de Rocroy, retrogradaron á Velenciennes. En balde trató el de Harcourt de llevar otra vez á efecto la incorporación de sus tropas con las de Hesse y Weimar, porque Melo siempre diligente, frustró todas sus tentativas, y después de transcurridos algunos meses en operaciones de detall poco importantes, los protestantes se retiraron de las márgenes del Rhin, Nassau volvió sus tropas á las guarniciones, y franceses y españoles tomaron cuarteles de invierno (Noviembre de 1642). Coincidió la conclusión de estas operaciones con la muerte del gran Richelieu.

El feliz resultado obtenido en ellas por D. Francisco de Melo, es preciso reconocer que tal vez ofuscó á nuestros capitanes hasta el punto de hacerlos poco cautos. Pudo Melo tener el buen sentido de no dejarse llevar por la vanidad y escribir al Rey que, no considerándose capaz para dirigir las armas, era su deseo le relevara otro general que pudiera recoger el fruto á la sazón sembrado (2). Pero aun reconociendo el general su impericia, ¿quién duda que por un lado la vic-

(1) *Relación verdadera de la victoria que han tenido las armas de S. M. contra el ejército de Francia, que venía á socorrer a la Base.* Impresa en Madrid en 1642.

(2) «Pruebe á V. M., escribía al Rey, cuanto quiera mi voluntad, pero no más mi fortuna, habiendo quedado con tal conocimiento de lo poco que valgo, en las horas que duró la batalla (*de Honnecourt*), que deseo por extremo y sobre todo, dejar estas victoriosas armas á otro general que pueda coger el fruto de lo que hemos sembrado.»

toria alcanzada venía á imponerle más estrecha obligación, si por otro no se la exigiera el mismo favor que el soberano le otorgaba? ¿Ni cómo podía relevar el monarca á quien acababa de orlar sus sienes con el laurel del vencedor? Los caudillos de más valer que España tenía estaban en Flandes, nuestros tercios invencibles acababan de manifestar una vez más su bizarría, y la fortuna parecía no mostrarse esquiva á las banderas españolas. Si, pues, dependía de las armas nuestro destino, no parecía en aquella ocasión amenazada nuestra dominación en Flandes; ni que una batalla pudiese arrebatarnos nuestra fama militar. Causas más trascendentales y que traían origen más profundo decidieron en esta campaña de nuestra fortuna: en Cataluña y en Portugal, en Alemania y en Italia, lo propio que en Flandes, se preparó nuestra ruina; y cuando un enemigo más fuerte, ó, por mejor decir, cuando una organización político-militar más poderosa se opuso á la nuestra, hubimos de reconocernos vencidos. Las pérdidas en hombres y en dineros pueden compensarse con mayor ó menor facilidad; pero lo que no se compensa de igual modo son los desaciertos de largos años, y, sobre todo, lo que no se evita es la fatal imposición del que más puede ó del que más progresa. ¡Desgraciado el poder que está á la merced de una sola hora de mala fortuna!, exclama con razón un escritor insigne.

La diligencia que puso Melo aquel invierno para arreglar los negocios administrativo-militares es digna de todo encomio. Pidió y obtuvo subsidios extraordinarios de las provincias sumisas, levantó nuevas tropas de infantería, invirtió no poco dinero en remontar la caballería, reparar y avituallar las plazas y organizar el tren. Hizo más aún: ajustó con unos negociantes portugeses de Amberes, sobre su palabra y crédito, hasta 300,000 escudos, y de este modo pudo suplir lo que de España no recibía. Lo apurado de las circunstancias exigía, en verdad, que no diera el general paz á la mano, y aun parecían aconsejarle la ofensiva con objeto de atraer sobre sí las fuerzas de Francia, para evitar, á su juicio, que la Borgoña y Cataluña se vieran oprimidas. Así es que al llegar la primavera ya tenía Melo su ejército presto á entrar en campaña. En el Brabante dejó á D. Andrea Cantelmo para vigilar á los holandeses, y antes de trasladarse á Lila cuidó de inspeccionar las plazas marítimas, para tener bien aseguradas las espaldas. El ejército con que debía entrar en Francia se hallaba organizado en la siguiente forma: Era maestre de campo general el conde de Fontaine, hombre valeroso y experto, y, aunque no viejo, sobrado achacoso para ejercer tal cargo; el mando de la caballería ligera lo tenía el duque de Alburquerque, joven y esforzado magnate que se había distinguido notablemente en Honnecourt; gobernaba la artillería D. Alvaro de Melo, hermano del caudillo; por último los tercios distribuídos en las tres plazas de armas del Artois, Hainaut, y entre el Sambre y Mosa, estaban mandados respectivamente por el antes citado duque de Alburquerque, Bucquoi y el conde de Isembourg, jefe del llamado ejército de Alsacia. Componíase la primera división de seis tercios españoles, tres tercios italianos y tres walones; la segunda de cuatro regimientos extranjeros y ochenta y dos compañías de caballos, y la gente de Isembourg formaba cinco regimientos de infantería, seis de caballería, uno de croatas y algunas compañías sueltas.

Ordenadas las cosas necesarias, y madurado el plan de campaña, resolvió D. Francisco de Melo embestir la plaza de Rocroy (1), cuyo sitio ofrecía la ventaja de poder procurarse el ejército los

(1) Para la descripción de la célebre batalla de Rocroy, aparte las historias generales y especiales, hemos tenido á la vista las siguientes relaciones y trabajos:

Relación de los sucesos de S. M. C. el rey D. Felipe IV nuestro señor, gobernadas por el Excmo. Sr. D. Francisco de Melo, marqués de Tordelaguna, conde de Assumar, del Consejo de Estado de S. M., gobernador, lugarteniente y capitán general de los Estados de Flandes y de Borgoña, en la campaña de 1634; dirigido á S. M. por Juan Antonio Vincart, secretario de los avisos secretos de guerra.

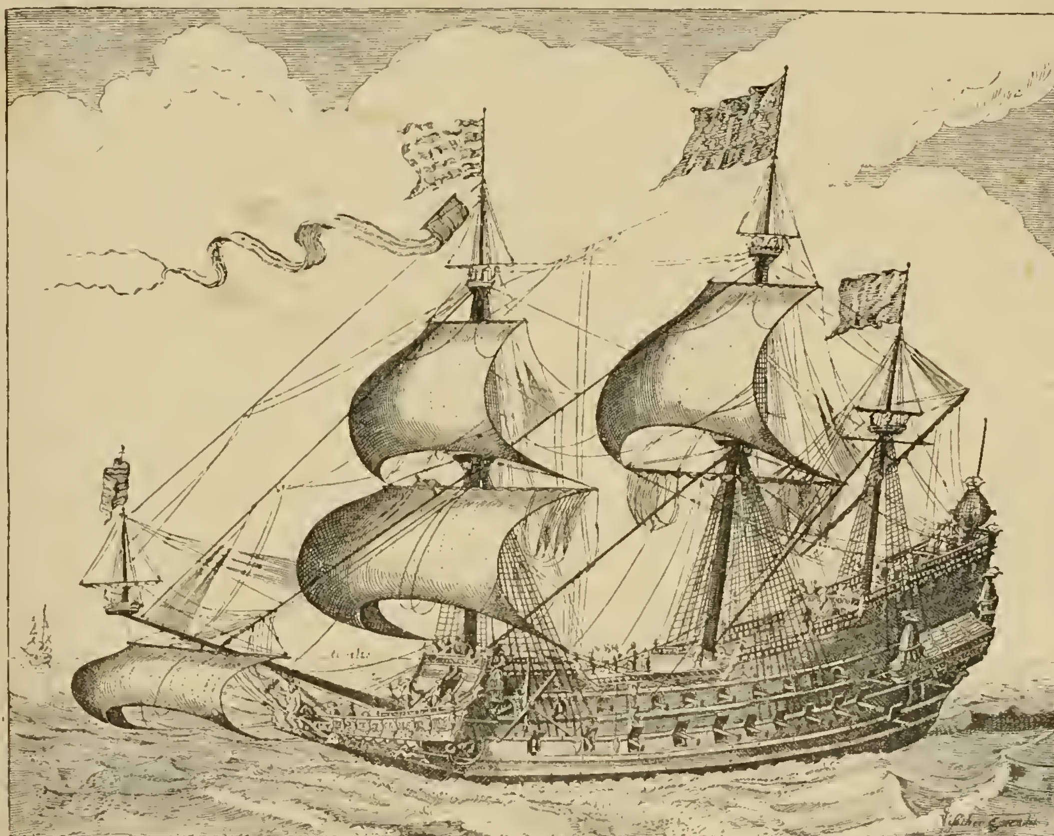
Del principio y fin que tuvo la supremacía militar de los españoles en Europa, con una relación y algunas particularidades de la batalla de Rocroy, por el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

El duque de Alburquerque en la batalla de Rocroy; impugnación á un artículo del duque de Aumale sobre esta batalla y noticia biográfica de aquel personaje, por D. Antonio Rodríguez Villa.

Un soldado de España. Carta al Excmo. Sr. Teniente general marqués de San Román, por D. Alfredo Weil. Inserta en los tomos XCVI y XCVII de la *Revista de España*. (Año 1884).

La relación del Sr. Cánovas es, sin duda alguna, el trabajo más importante que se ha publicado acerca de la batalla de Rocroy, no sólo por la claridad y arte en la exposición, sino por su estilo sobrio, noble y elevado lo atinado de sus consideraciones y los preciosos é interesantes datos que la enriquecen El trabajo del Sr. Weil es interesantísimo y rebosa erudición, siendo más de estimar en cuanto es obra de escritor extranjero.

recursos necesarios por medio del Mosa, junto al que se puso el campo. Para desorientar á la guarnición de esta plaza, Isembourg, que desde el 10 de Mayo se hallaba apostado entre Marienbourg y Phelippeville, hizo una marcha falsa hacia el Sambre, y de improviso tomó la vuelta de Rocroy, á donde llegó con sólo una noche de acelerada marcha; á la luz del alba estaban ya tomadas las avenidas de la villa (12 Mayo). Coincidió con esta operación la marcha del barón de Beck sobre Chateau-Renard, villa asentada sobre el Mosa, á cuatro leguas y media de Rocroy, y á la que



Buque de guerra holandés. (Grabado de Class Jans de Vischer)

Beck puso sitio para asegurar el paso de las vituallas por el río. Melo llegó al campo pocos días después con las divisiones de Alburquerque y Bucquoi, y en guarda de las fronteras del Artois dejó al conde de Fuensaldaña. Persuadido por los avisos que de Francia tenía, que el enemigo no podría intentar en muchos días el socorro de la plaza, cometió el error de no fortificar su campo y embistió resueltamente á Rocroy (15 Mayo). Indudable es que la hubiera tomado antes de cuatro días, pues los mismos franceses así lo reconocen; mas la inopinada presencia del ejército enemigo, mandado por el duque de Enghien, frustró aquel intento. Salió el duque de Amiens tan pronto tuvo noticia del asedio, reunió precipitadamente cuantas tropas halló á su paso, y el día 18 de mayo dió vista á nuestras líneas (1). Melo, sorprendido por esta aparición, concentró su ejército y despachó

(1) Desde Amiens, donde el duque de Enghien tenía establecido su cuartel general y se hallaba ocupado en reunir y organizar tropas para la próxima campaña, dirigióse á Guise, de Guise á Rumigni y Bossu, «dejando los grandes bosques de las Ardennes á su izquierda y aproximando su derecha á la Mouse, que pasa á corta distancia de Rocroy».

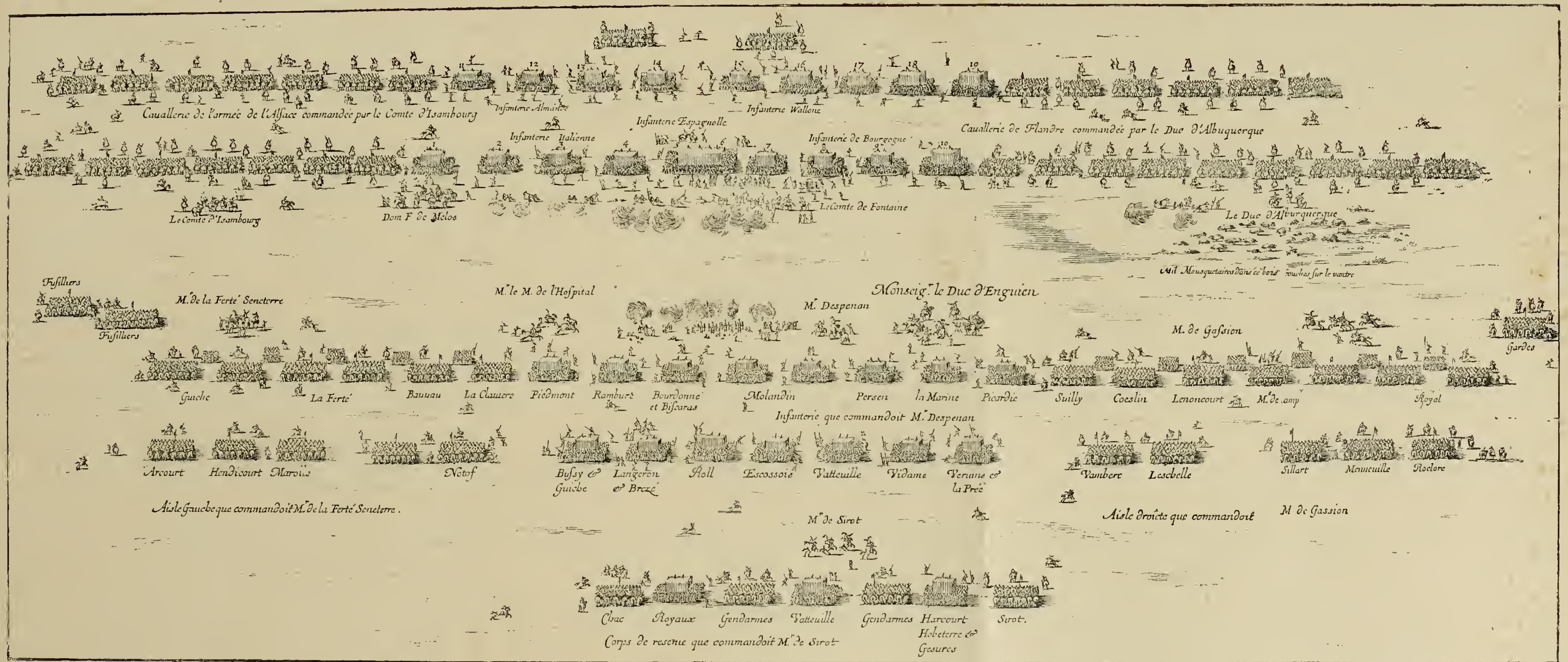
correos á Beck para que viniera á incorporársele. Creía, sin embargo, nuestro general que el enemigo sólo trataba de socorrer á la ciudad, y para evitarlo dejó algunos regimientos en observación de sus puertas. Tampoco pudo darse cuenta, por el momento, del número de las fuerzas contrarias hasta que las tuvo sobre sí; y sea que no le dieran tiempo de reunir su consejo, sea que obrara por sí y ante sí, lo cierto es que las medidas dictadas por el caudillo español acusan gran precipitación y falta de concierto. Para apreciar las faltas que Melo cometió, es necesario dar idea del terreno en que tuvo lugar la batalla de Rocroy (1). «Está esta ciudad, dice el Sr. Cánovas, situada en medio de una llanura, rodeaba al tiempo de la batalla de tan espesos bosques y tan pantanosa, que no se podía llegar á ella sin pasar por largos é incómodos desfiladeros. Sólo de la parte de la provincia de Champagne había un mediano paso, porque el bosque no tenía por allí más de un cuarto de legua de ancho, y el desfiladero mismo, entre el bosque y los pantanos, aunque estrecho á la entrada, comenzaba luego á ensancharse hacia la plaza. Cerca de Rocroy era ya donde, levantándose el terreno, quedaba en seco, y ofrecía un campo bastante espacioso para contener dos ejércitos. No explica Vincart ni se explicaron bien los mismos franceses entonces, por qué no defendió Melo el paso de los desfiladeros, y dejó entrar tranquilamente á los enemigos en la llanura. Lo cierto es que el afortunado Luis de Borbón penetró sin oposición en ella, con una gran parte de su caballería caminando hasta situarse en cierta pequeña eminencia, á medio tiro de cañón del ejército de España; y que sin preceder escaramuzas ó combates de guerrillas, se hallaron bien pronto los dos ejércitos formados en batalla. Fueron desplegando los franceses, conforme iban saliendo del desfiladero, una línea apoyada por la derecha en el bosque, y por la izquierda en un gran pantano, y situada en el terreno más elevado y seco. Hasta las seis de la tarde no acabó de entrar así en línea todo el ejército francés; pero desde las cinco la artillería española, hábilmente colocada por D. Alvaro de Melo, hacia los ángulos ó puntos salientes que ofrecía el terreno, al frente de nuestro ejército, comenzó á tronar sobre los franceses, causándoles en sólo aquellas horas más de trescientos hombres de pérdida.»

Como se ve, las faltas cometidas per Melo fueron hasta aquí varias; en primer lugar, no fortificar sus líneas; luego dejarse sorprender del enemigo, y, por último, no haber defendido el paso de los desfiladeros, cuando menos hasta tanto que Beck se le incorporara; Pudieron obedecer las dos primeras á inexactitud de los avisos ó á imprevisión, pero ¿puede atribuirse la última á jactancia? El autor que acabamos de citar opina con razón que fué debida á la sorpresa, pues aunque Melo se excusara después con decir que no habría podido estorbar en aquella posición el socorro de la plaza, es lo cierto que si él hubiera ganado la batalla, la plaza habría sucumbido. Pero fuese efecto de la sorpresa ó persuasión de la propia superioridad, ello es que Melo se contentó con observar los movimientos del enemigo, trasladar la artillería que tenía emplazada frente los muros de la villa delante de su ejército y dar orden á Fontaine para disponer las tropas, cargo que, como maestre general, incumbía á éste (2). Fontaine colocó la caballería en las alas y

(1) «Rocroy, dice Henri Martin, está situada a la entrada de las Ardennes, en una meseta que ofrece el aspecto de una gran explanada, rodeada por todas partes de bosques y pantanos, es un verdadero *palenque-cerrado* para dos ejércitos, siguiendo la expresión de uno de los actores del drama *(La Moussaie)*; pero del general enemigo dependía rehusar ese palenque-cerrado á los franceses; sólo se llega al terreno descubierto por desfiladeros de fácil defensa. D. Francisco de Melo hubiera podido simultáneamente continuar el sitio y cerrar el paso á los franceses: no lo hizo así. Dejó á los franceses desembocar en la llanura, sin tratar de aprovecharse de su peligroso desfile á través de los bosques, y levantó el sitio para esperar el choque.» *Hist. de France*, Tom. XII, pág. 163.

(2) Puso cuidado Vincart en dejar expresamente consignado que fué Fontaine el que, como maestre de campo general, dispuso el plan entero. Y Gualdo Priorato, que vió sin duda una relación exactísima de aquella infausta jornada, probablemente escrita por alguno de los italianos que allí se hallaron, y estudió bien todos sus detalles, dijo ya, poco después, que nuestro ejército se formó, «como si la disciplina de Flandes no hubiese conocido nunca el modo de regir un ejército, y el conde de Fontana, ó Fontaine, no hubiera aprendido en cincuenta años de experiencia militar á tomar posición». ¿A qué puede atribuirse hoy ya la principal culpa en ello? Nada más difícil que averiguar el autor de cualquier consejo ó disposición que ha ocasionado en la práctica funestos efectos. Gualdo Priorato afirma que Fontaine fué de opinión, con efecto, de no retirarse tanto de la plaza y estar á la defensiva á toda costa hasta que Beck llegase; atribuyendo á Melo solamente la resolución de salir al encuentro del enemigo, y no dilatar el combate. Añade que, de resultas de esto, formó ya el ejército con tristes presentimientos Fontaine; pero, al juzgar el plan de la batalla, dice, por otra parte, que el duque de Alburquerque aconsejó que se cambiase el ejército de disposición, y que por más que hizo halló inflexible á Fontaine, lo mismo que á Melo, en mantener lo que dió de sí tan mal fruto.» Cánovas. *Del principio y fin que tuvo la supremacía militar de los españoles en Europa.*

Orden de Batalla en Rocroy * Año 1643



Copia directa de una lámina dibujada por St. D. BELLA, grabado por Fr. COLIGNON, bajo la direccion de Mr. de BEAULIEU, ingeniero del Rey de Francia.

En la parte superior del grabado original se lee la inscripción siguiente: « Orden de Batalla de los dos ejércitos, los cuales permanecieron frente á frente desde las tres de la tarde hasta las cinco de la mañana siguiente, en cuya hora dió principio el combate. » — Tuvo lugar la batalla el día 19 de Mayo de 1643. — Ascendían las fuerzas españolas á 18,000 infantes y 1,000 caballos, mandados por D. Francisco de Melo, el conde de Fuentes y el duque de Alburquerque; y las de los franceses á 15,000 infantes y 7,000 caballos á las órdenes del duque de Enghien, que llevaba como tenientes los generales Gassion, d' Hôpital y Espenan. — El frente de los dos ejércitos ocupaba una media legua francesa, y poco más ó menos de una estaban separados de la plaza de Rocroy. — Duración del combate: seis horas. — Pérdidas del ejército español: 6,000 muertos, 2,000 prisioneros españoles y 3,000 de las demás naciones, 18 piezas de batir, 100 banderas y estandartes. — Salvados de la derrota: 10,000. — Pérdida de los franceses: 2,500. = Rocroy es una ciudad perteneciente al departamento de las Ardennas, situada á 4 y 1/2 leguas N. O. de Mezieres y á 5 y 1/4 S. de Philippeville, en el centro de las citadas Ardennas, y en medio de una vasta llanura, á 1 y 3/4 leguas de distancia de la margen izquierda del río Mosa. El rey Francisco I la mandó fortificar en el año 1537, á fin de cubrir esta parte del reino de Francia, y su inmediato sucesor Enrique II mandó concluír sus fortificaciones y elevó esta población a la categoría de ciudad.

Museo Militar.—E. Ullastres-Editor

Tipografía *La Academia*

la infantería en el centro, sobre cuatro líneas paralelas de cinco batallones cada una; ésta, dividida en tres cuerpos, de los que la vanguardia se componía de cinco batallones ó trozos españoles; la batalla de un batallón español, tres italianos, y uno borgoñón; la retaguardia de cinco batallones walones, y la reserva de otros cinco alemanes: la artillería se distribuyó delante de la línea de combate y se componía de diez y ocho piezas, dos en cada uno de los intervalos que mediaban entre los cuerpos de la primera línea. En el ala derecha estaba la caballería de Alsacia, al mando del conde de Isembourg; en la izquierda la de Flandes á las órdenes del duque de Alburquerque. Ocupaba el frente de los dos ejércitos una media legua francesa y estaban separados de la plaza próximamente por una (1). La cifra á que ascendía nuesto ejército no se sabe á punto fijo, aun-

(1) En esta misma página es adjunta la lámina *Orden de batalla en Rocroy*, según un grabado francés de la época. Alguna salvedad debemos hacer respecto á la inscripción, en la que se lee *Conde de Fuentes*, siendo así que debe decir *Conde de Fontaine*, y se señala la hora del ataque á las *cinco de la mañana*, y fué á las *tres*. Las cifras en ella señaladas, claro está que sólo pueden ser aproximadas, y basta leer lo que decimos en el cuerpo del ESTUDIO.

Cuanto á la composición y colocación, ú *orden de batalla*, de los ejércitos; desde luego la de los franceses representada en el grabado, puede darse como exacta; no así la de los españoles, que, como se verá, difiere mucho de la que señala Vincart en su *Relación*. Las observaciones que hace á este propósito el Sr. D. Alfredo Weil, en el precioso trabajo ya citado, merecen ser conocidas por la luz que arrojan sobre este famoso particular:

«Dice Vincart: «Dispuso el maestre de campo general conde de Fontana, la batalla en cinco batallones españoles á la vanguardia con dos piezas de artillería entre cada batallón; otros tres batallones, uno de italianos y uno de borgoñoneses, á la batalla; cinco de valones á la retaguardia y cinco de alemanes para la reserva.»

De allí nacen mis dudas.

Estos batallones ¿los formaban partes, ó trozos de tercios, ó tercios completos?

Sabemos, casi á punto fijo, que en Rocroy tomaron parte 5 regimientos ó tercios alemanes, 5 tercios valones, 1 tercio borgoñón, 3 tercios italianos, 1 tercio de sardos y 4 tercios españoles, de los cuales uno tenía dotación mayor que los otros tres, más unos 1,000 mosqueteros, que, como en la batalla de Honnecourt, formaron cuerpo aislado á las órdenes de D. Baltasar de Mercader, teniente de maestro de campo general.

Creo, pues, que la palabra *batallon*, usada por Vincart, debe entenderse por *tercio completo*, y creo también que, ó Vincart, ó quien copió su manuscrito, ha debido padecer una ligera equivocación, y que la frase: «Otros tres batallones (de españoles), uno de italianos y uno de borgoñoneses á la batalla», debe leerse: Otro batallón (de españoles), tres de italianos y uno de borgoñoneses á la batalla.

En efecto, de no adoptar esta explicación (y habiendo tomado parte en Rocroy 19 tercios, de los cuales, uno de españoles tenía mayor número de plazas que los otros, y, por lo tanto, pudo, como opino, dividirse en dos batallones), sería preciso reconocer que la infantería del ejército español en Rocroy excedía, y con mucho, de los 12,000 hombres prudencialmente calculados: lo que no parece cierto. Pues bien: divididos los 12,000 infantes del ejército de Melo en 20 batallones, resulta por cada batallón una fuerza media de unos 600 hombres: y admitiendo que cada batallón formaba sobre tres filas de á 200 hombres cada una, se ve (pues en cada línea había 5 batallones) que en el frente de la batalla había (200 × 5) 1,000 hombres; con lo cual, calculando á medio metro de terreno por hombre (lo que es poco) más, á razón de 50 metros cada uno de los intervalos de batallón á batallón, donde estaba situada la artillería, resulta aproximadamente comprobado que el frente de la infantería se desarrollaba sobre una extensión de 800 metros.

Además, poco probable parece que en víspera de la acción hubiese Fontaine dividido los tercios, unidades constituídas, completas y poderosas por su organización y cohesión, y formado agrupaciones efímeras, batallones sin lazo de compañerismo, sin vínculo de la autoridad del jefe, sin la fuerza del acostumbrado mando.

Planteado así el problema, queda otro por resolver: el de la colocación de los tercios en la *batalla*.

Aunque hasta ahora, si no incurro en un error, nadie haya tratado de averiguar cuáles eran los regimientos alemanes que formaban los cinco batallones de la reserva, me parece que no debe ser imposible comprobar, si acierto ó no, indicando que eran:

1.° Un regimiento imperial del coronel húngaro conde Frangipani.
2.° Otro regimiento imperial, al mando quizás del conde de Montecuculi, quien cayó prisionero este día.
3.° El regimiento de alemanes bajos del valeroso conde de Rhitberg, herido y prisionero en Rocroy.
4.° Otro de alemanes bajos del barón d'Ambise quien figura también en la lista de los muertos; y que el
5.° Debía ser un regimiento de alemanes bajos del príncipe de Ligne.

Por estas pocas palabras se ve que los alemanes (y bajo este nombre lo mismo se entendían los regimientos imperiales, viniesen del centro de Alemania ó de las más lejanas comarcas de los Estados de la casa de Austria, como los de los Principados y Ducados del valle del Rhin) se portaron con gran valor en Rocroy; por ser francés, me complazco en hacerlo reparar y observar.

En cuanto á los cinco batallones de la retaguardia, no cabe duda eran los tercios walones.

1.° Del maestre de campo Grange.
2.° Del conde de Bassignies.
3.° Del conde de Meghen.
4.° Del maestre de campo de Ribaucourt.
5.° Del príncipe de Ligne.

En segunda línea (la batalla) la formaban de derecha á izquierda.

1.° El tercio borgoñón del conde de Saint-Amour.
2.° } Los tercios italianos. { Alfonso Strozzi.
3.° } Los tercios italianos. { Visconti.
4.° } Los tercios italianos. { Juan degli Ponti.
5.° Un tercio español: el de D. Antonio de Veladia.

que se presume que faltando los cuerpos de Beck y el que se hallaba en las fronteras del Artois, no alcanzaría la del enemigo (23,000 combatientes), aunque distase poco de ella (1). La ausencia de Beck, ó, por mejor decir, el no haberse presentado éste con oportunidad en el campo de batalla, fué sin duda origen de la vacilación del caudillo español; pues no se comprende que aun después de no impedir el paso de los desfiladeros, permitiera que el enemigo formase tranquilamente en batalla. En cambio, el caudillo francés, duque de Enghien, dió en aquel día muestra de gran serenidad, no sólo introduciéndose en la llanura de Rocroy, donde una derrota tenía que ser para su ejército total, sino ordenando á su teniente, el mariscal L'Hopital, que desistiera de dar socorro á la plaza y permaneciera en sus líneas. En esta disposición se mantuvieron los dos ejércitos hasta la noche del 18 al 19 de Mayo: durmieron ambos en el mismo campo de batalla, y en cuanto á los caudillos, el español, creyendo ser atacado en la oscuridad, pasó toda la noche á caballo recorriendo los puestos y animando á la gente, y el francés lo pasó en tranquilo sueño. Contaba á la sazón el joven príncipe veintidós años de edad, y ya que no gran previsión, reveló en estas circunstancias mucha confianza en su fortuna (2).

Antes de romper el alba adelantóse á reconocer el campo español el mariscal francés Gassion, quien, observando que los regimientos de caballería destacados en observación de la plaza se iban recogiendo á nuestras líneas, dió inmediato aviso al general francés, ya noticioso, por un tránsfuga de nuestro campo, de que Melo esperaba á Beck en las primeras horas de la mañana. No tanto, pues, para aprovechar la separación de la caballería de Isembourg, como para anticiparse á la llegada de Beck, el Príncipe hizo mover sus dos alas, quedando el centro á la defensiva. Eran las tres de la mañana. Avanzó la derecha francesa conducida por Enghien en persona, llevando interpolados los escuadrones, mangas de mosqueteros y compañías de piqueros, además de su correspondiente artillería; mientras el ala izquierda, regida por L'Hopital, hacía lo propio. Pero no llegaron hasta los nuestros sin que el agudo sonido de los clarines y el ronco batir de las cajas diese á los españoles la señal de acometer. Melo, que había arengado calurosamente á las tropas, hallábase

Y en primera línea (vanguardia) de derecha á izquierda, también:

1.° El tercio de sardos de D. Jorge de Castellví.
2.° La mitad del tercio del conde de Garcíes.
3.° La otra mitad de este tercio.
4.° El tercio del duque de Alburquerque, á las órdenes en este día del sargento mayor D. Juan Pérez de Peralta.
5.° El tercio del conde de Villalba.

O sea para que esté más claro, en esta forma:

BATALLA (*segunda línea*)

Izquierda	5 Tercio español de Veladia	4—3—2 Tercios italianos de Strozzi, Visconti, degli Ponti	1 Tercio Borgoñón de Saint-Amour	Derecha

VANGUARDIA (*primera línea*)

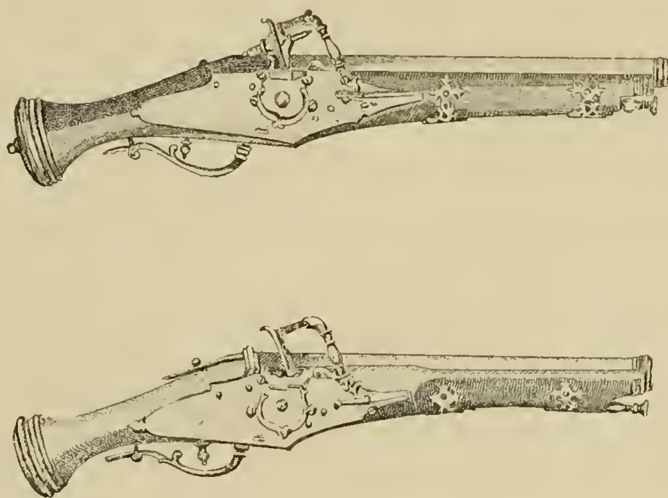
Caballería del duque de Alburquerque	5 Tercio del conde de Villalba	4 Tercio de Alburquerque	3 3 En dos batallones. Tercio del conde de Garcíes	1 Tercio de Castellví	Caballería del conde de Isembourg

Planteo, no resuelvo el problema; pero, dada esta distribución ó formación, se comprende, en mi sentir, que, rechazada la caballería del duque de Alburquerque, Fontaine tratara de hacer frente al duque de Anguien con los números 5 de la primera y de la segunda línea, que indudablemente eran los tercios de Villalba y de Veladia; pues consta que estos dos maestres de campo cayeron al propio tiempo que Fontaine, y si no de resultas de la misma descarga, á consecuencias del mismo ataque por lo menos.» *Un Soldado de España*, en la *Revista de España*, Tomo XCVI, número 384.

(1) El Sr. Weil fija la cifra del ejército español en 6,000 caballos y 12 á 14,000 infantes. «No se puede fijar con absoluta certeza, observa, por carencia de datos auténticos.» Opina el Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo que el ejército francés era superior al de Melo; y como aquél se componía de 23 á 25,000 hombres, parece lógico admitir que éste no bajase de los 20 á 22 000 indicados, «cuya tercera parte era de caballería».

(2) Luis de Borbón, duque de Enghien, conocido más tarde en la historia con el nombre de *Gran Condé*, tenía á la sazón 22 años, pues había nacido en París en 1621. Hizo sus primeras armas á los 17 años. En la sección de *Ilustraciones* damos la biografía de este célebre capitán del siglo XVII.

ya en su puesto de batalla; Alburquerque, que mandaba nuestra izquierda opuesta á Enghien, púsose al frente de la caballería, que componía esta ala, y diciendo: «*Agora es tiempo de hacer como quien somos*, cerró con tan grandísimo valor con la dicha caballería é infantería francesa, que rompió la vanguardia de la dicha caballería y también dos regimientos de infantería, que eran esguízaros, haciendo abertura en los escuadrones enemigos hasta llegar á su artillería y hacerse dueño de ella, dejándose muchísimos franceses caer por muertos y muchos de ellos pidiendo cuartel (1)». Mientras Alburquerque llegaba hasta la artillería enemiga, L'Hopital que se dirigía contra nuestra ala derecha, cometió el desacierto de dar la señal de carga desde muy lejos, y á causa de esto llegaron sus escuadrones muy descompuestos y fríos hasta los nuestros, que los recibieron á



Pistolas (Armería real)

pie firme, desbaratándolos al primer momento. «En este mismo tiempo, dice Vincart, llegó el conde de Isemburgue á todo galope con la caballería de Alsacia, y hallando ya la batalla comenzada y la caballería de S. M. al cuerno izquierdo peleando, cargó muy á propósito también con su caballería al cuerno derecho, y llevando él mismo sus regimientos de caballería á la carga, tomando primero el regimiento del conde de Bucquoi y luego los otros regimientos, cerró tan dichosamente con la caballería enemiga que estaba á su opósito, que la rompió y repuso también á su costado hasta muy adelante de la infantería y desbaratando otro regimiento de infantería y haciéndole abandonar sus piezas (2).» Resulta, pues, que nuestras dos alas, compuestas únicamente de caballería, habían arrollado á las dos enemigas, roto sus primeras líneas y apoderádose de sus piezas: únicamente los centros de ambos ejércitos se habían mantenido inmóviles. «Estando así los batallones y escuadrones de la manguardia del exército enemigo rompidos, la caballería repujada, la infantería hecha pedazos y ganada la artillería, *y los soldados de S. M. echando sus sombreros en lo alto, dando señal de victoria*, se adelantaron los escuadrones y batallones de la batalla que eran mucho más numerosos y fuertes que los de la manguardia, y embistieron la caballería de S. M.,

(1) *Relacion* de Vincart.
(2) Idem.

con muchas mayores fuerzas, cada batallón viniendo acompañado con dos escuadrones de caballería á sus alas; y los de la manguardia que habían estado rompidos, tomaron ánimo y rehicieron sus escuadrones tras de los de la batalla y juntamente doblaron la carga.» Esta acometida tuvo lugar por el costado derecho francés, apoyado, lo propio que el izquierdo español, en un bosque donde los nuestros destacaron algunas mangas de mosqueteros; pero ni las mangas debían ser muy nutridas, ni el bosque tan espeso, que impidiera el avance de una parte de la caballería francesa por aquel lado, mientras Enghien embestía por el frente los escuadrones de Alburquerque. De este modo se vió acometido simultáneamente éste, y tan cargado de gente enemiga que comenzó su tropa á descomponerse.

De la relación del secretario Vincart se desprende que la segunda línea francesa, ó cuerpo de batalla, apoyó y rehizo la caballería de Enghien, favoreciendo la carga ¿Cómo no hizo otro tanto el cuerpo de batalla español, secundando la embestida y parcial triunfo de Alburquerque? Sin duda alguna que á pesar de todas las faltas cometidas, á ésta se debió más que ninguna la pérdida de la batalla. La infantería española, esto es, el cuerpo de batalla, no salió de su inacción, y la caballería de su ala izquierda, envuelta y rota por Enghien, declaróse en fuga. Mas por rara coincidencia, Isembourg, que en la derecha había roto la caballería y primera línea francesas, proseguía su avance y derrotaba la segunda línea, conseguido lo cual, se lanzaron los nuestros descuidadamente el saqueo: en aquel momento, como se ve, oscilaba el éxito de la batalla entre uno y otro contendiente; dependía, por decirlo así, del que arrojase el peso de algunos batallones en la balanza de la fortuna. Los franceses daban por perdida la batalla porque el centro no podía resistir el fuego de nuestros cañones; y porque su izquierda veíase arrollada por los caballos españoles. El mariscal de batalla la Vallière, comprendiéndolo así, había mandado tocar retirada; y á ser apoyada nuestra caballería de la izquierda, envuelta por Enghien, sin duda alguna la derrota de éste hubiera sido un hecho. Pero en aquellos críticos momentos la serenidad del barón de Sirot, que mandaba la reserva francesa, conjuró el grave peligro que los suyos corrían. Sirot, desobedeciendo la orden de la Vallière, hizo frente á los escuadrones de Isembourg y logró sostenerse gracias al desorden que en éstos produjo el pillaje, mientras Enghien concluía de destrozar á nuestra izquierda, y se adelantaba á envolver el cuerpo de batalla. La infeliz inspiración de Enghien dió sin duda alguna la victoria á los franceses. Dejando á Gassion empeñado en acosar la ya desordenada caballería de Alburquerque, el Príncipe, «en vez de replegarse para socorrer á su ala batida, manda hacer media vuelta á la izquierda á sus tropas, y por este movimiento oblicuo pasa resuelto á atacar á la infantería española por el costado (1)». Probable es que en aquellos momentos muriera Fontaine, tal vez dando órdenes para acudir á este peligro; pero, de todos modos, no se explica que permaneciera el centro inactivo. Alburquerque y sus tenientes, haciendo desesperados esfuerzos y agobiados por numerosos enemigos de á pie y á caballo, conducían una y otra vez con escasa fortuna sus escuadrones á la carga. Si en aquel momento nuestra numerosa infantería hubiese embestido resueltamente por el costado izquierdo y apoyado á la caballería, los franceses, ya lo hemos dicho, hubieran sido derrotados. Melo se dió cuenta de esto cuando, arrollados totalmente nuestros escuadrones, llegó Enghien sobre los infantes españoles é italianos de la primera línea. Vincart, que así lo afirma, dice «que la infantería no se había adelantado por no estar allí el maestre de campo general, conde de Fontana (Fontaine), para mandarla avanzar; y que el dicho conde estaba muerto á la primera carga (2)».

(1) Weil, *Un soldado de España*

(2) El Sr. Cánovas se explica de este modo las palabras ya citadas de Vincart, relativas á la ausencia y muerte de Fontaine: «La infantería, escribe, no se había movido, á lo que él dice, por no estar allí el conde de Fontaine para dar orden: de resultas de esto habían roto la caballería nuestros enemigos y llegado á atacar en sus posiciones á la infantería; y en el ataque de estas posiciones murió el conde de Fontaine de los primeros. ¿A qué atribuir la falta esta de Fontaine, y el hallarse solo para morir en las filas de la infantería? Cuentan varios historiadores, y Vivanco entre otros, que por hallarse aquel día enfermo de gota, iba el viejo conde de Fontaine conducido en una silla de manos á la batalla; y si esto fué así, fácil es calcular cómo pudo no hacer las veces de maestre de campo general, en el punto y sitio que hacía falta. Si al maestre de campo general ó jefe de estado mayor, según la disciplina y reglas militares del tiempo, le tocaba, no sólo formar el plan anterior de la batalla, sino dar en ella todas las disposiciones indispensables, como Vincart indica á cada paso, mal podía cumplir con su oficio aquel honrado y valiente viejo desde una silla. Que la infantería con su inconcebible inercia dió lugar á la pérdida de la batalla, no ofrece duda; que no se movió por falta de órdenes, tampoco

Cerraron contra los cinco escuadrones de infantes españoles é italianos, otros tantos escuadrones de caballos, apoyados por batallones de infantería, y resistieron aquéllos á pie firme la embestida, rechazando con su nutrido fuego al enemigo; pero en este choque sucumbieron muchos capitanes y aventureros distinguidos, de los que ocupaban la primera fila, entre ellos el ya citado maestre de campo general. Despejado el espacio del humo y del polvo, vióse á nuestros heroicos infantes *firmes como una muralla*, con la terrible pica afianzada y el arcabuz sobre la horquilla, en disposición de rechazar un nuevo ataque. Parécenos que anduvo D. Francisco de Melo poco diligente en acudir á su izquierda, porque si bien tenía á su maestre de campo general Fontaine al cuidado de la batalla, pudo darse más á tiempo cuenta del verdadero estado de las cosas y apoyar oportunamente la caballería. Sorprendido por el audaz movimiento de Enghien, por aquella *flagrante infracción de las reglas de la táctica*, no supo idear una maniobra que atajara la marcha veloz del enemigo; y cuando se presentó en el lugar del peligro, no logró ya conjurarlo, á pesar de haberse rehecho algunos escuadrones y haberse dado brillantes cargas. Y es que, mientras el barón Sirot contenía los caballos de Isembourg desbandados por el pillaje, Enghien, destrozada nuestra ala izquierda, pasaba por retaguardia de nuestro ejército á embestir por las espaldas á Isembourg, rompiendo en breves momentos sus escuadrones. Rotas nuestras dos alas, quedó desde aquel instante aislada nuestra infantería; y en balde trataron Melo y Alburquerque de juntar los caballos y hacer grueso, pues aunque avanzaron contra el enemigo con algunas tropas de reserva, cargaron tantos escuadrones y batallones franceses, que los nuestros fueron rotos (1). Alburquerque, *con la espada en la mano*, amonestaba á los suyos para tentar otra acometida; pero sólo encontraba *capitanes sin soldados:* rechazados sus tenientes, muertos y heridos otros, *fué forzado á guarnecerse de la infantería española* (2).

la ofrece; que era Fontaine quien debía darlas, lo dice Vincart oficial y expresamente: con tanto mayor motivo, cuanto que no desempeñaba sólo el empleo de maestre de campo general, sino que tenía también á su cargo, según los más añaden, el mando inmediato de la infantería. Lo que parece cierto, por tanto, que Fontaine, recorriendo de acá para allá, pero más lentamente que requería la ocasión, el campo, en su silla, dejó pasar el momento oportuno de hacer avanzar á la infantería, recogiéndose á ella sólo cuando vió llegar triunfante al enemigo, y eso para morir entre sus filas á los primeros tiros. Soldado veterano y de honrosos servicios en nuestras armas, Fontaine cayó allí como caen los hombres de honor, y nunca será sobradamente respetada su memoria. Pero aparte de los cargos que como maestre de campo general contra él resultan, deber es de la historia esclarecer que se le ha atribuido con error la heroica defensa que allí ejecutó la infantería española; y que la falsa idea de que él era el mismo que con el nombre de Fuentes habia hecho cuarenta años antes tanto ruido en Italia y en Francia, contribuyó sin duda á que los historiadores franceses exageraran la importancia de su persona y de sus hechos. No era indigno Fontaine de los elogios que el gran Bossuet consagró en el púlpito á su memoria; pero no fué en Rocroy donde más los mereció sin duda.»

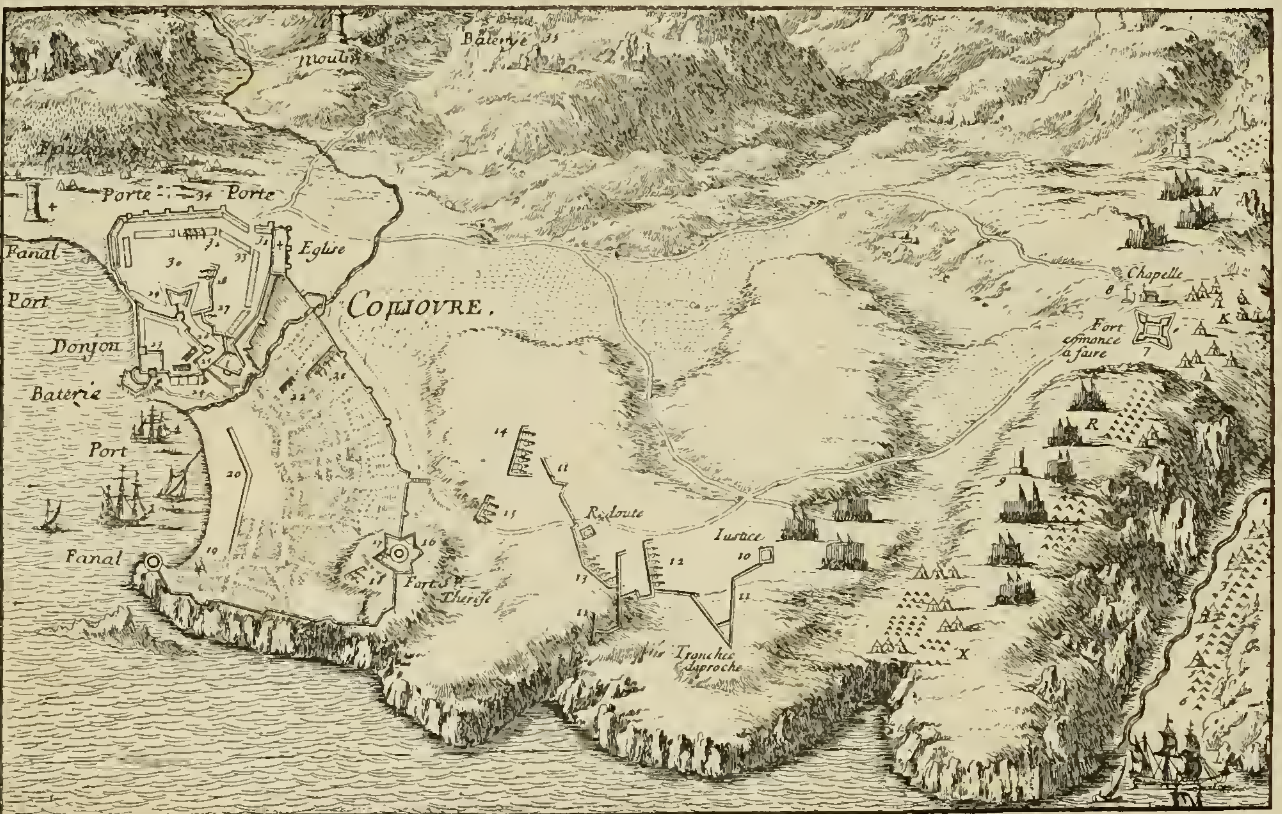
(1) «Asi como el número de los combatientes debió de ser de ambas partes casi igual, aunque algo menor probablemente, según he expuesto, el de los españoles, debió ser casi igual también el número de muertos y heridos; bien que Vincart, y el secretario de Melo en una carta del *Memorial historico*, pretendan que perdió más gente el enemigo, sin designar número. Gualdo Priorato calculó en 4 000 muertos los que hubo en nuestro ejército; y en 2,500 los que dejaron los franceses. De la infantería española dice el mismo, que capitularon 2,500, quedando el resto, hasta 6,000 que eran, en el campo. Pocos en este caso hubieron de ser los de las demás naciones que perecieran. Justo es ya añadir aquí que, según este historiador refiere, el mayor Strozzi y muchos oficiales italianos se recogieron también á los tercios españoles, y siguieron su fortuna: cosa que, como se ha visto en la relación de la batalla, fueron haciendo cuantos valientes no quisieron abandonar el campo, á pesar de la derrota de los cuerpos á que pertenecían. Cien banderas y estandartes, toda la artillería, todo el bagaje y hasta los papeles de la cancillería del gobierno de los Estados de Flandes, cayeron como trofeos en poder del enemigo. Los prisioneros españoles, según la carta antes citada del secretario de Melo, fueron unos 2,000 entre todos, menos de los que dice Gualdo Priorato que capitularon: lo cual hace creer, que estaban ya entonces reducidos á mucho menor número que el historiador italiano afirma, aquellos tenaces infantes españoles. Los muertos los calculó otra breve relación española publicada en el *Memorial historico*, en 4 ó 5,000; y en 5 000 los prisioneros de todas las naciones. «Aunque la pérdida de Rocroy ha dado gran estampido, ha sido mucho »menos de lo que se imaginaba», dice una de las relaciones españolas citadas; y otra añade: «la rota en todo caso fué grande; pero no nunca »vista ni representada». Creyóse en España en un principio, y así lo escribió Pellicer en sus *Avisos*, y lo dice una de las cartas de los jesuítas, en el *Memorial historico*, que los tercios españoles habian capitulado con la condición de que se les traería sanos y salvos á España, para seguir sirviendo. Nada se omitió en fin, para desconocer ó disminuir la verdad por nuestra parte, ocultándonos el mal como si dejara de existir con no mirarlo. Pero la vista sagaz de nuestros enemigos no se dejó deslumbrar por eso. Pasó desde entonces entre ellos como axioma, y era por desgracia tal, el aserto de que había acabado en Rocroy la infantería española, y con ella la superioridad de nuestras armas.» Cánovas: *Del Principio*, etc.

(2) Aparte de lo que consignan Vincart, Danvila y un anónimo que asistió á la batalla, en testimonio de la heroica conducta del duque de Alburquerque en esta jornada, pueden citarse la carta que le dirigió el Rey el 30 de Junio de este mismo año, y la representación que el mismo Duque elevó al Rey poco después de este acontecimiento. «Aunque el suceso de la batalla de Rocroy fué infeliz, le dice el monarca, habiéndoos señalado en ella tan conforme á las obligaciones de vuestra sangre (de que me avisa el marqués de Tordelaguna), he querido deciros la estimación en que quedo del valor y celo de mi servicio que mostrays en todas ocasiones.»—«Halléme en la batalla de Rocroy, y, Señor, no es faltar á la modestia informar á V. M. de la verdad. No hubo grueso nuestro que yo no llevase á la carga, ni peligro que yo no buscase para mejorar el estado de la batalla. Prisionero estuve dos veces y me libré con la espada. Ningún día me ha debido tanto el servicio de V. M., y ninguno me ha debido menos mi vida; pero ni el no perderla, ni el perderse la ocasión, dependió de mí ni de medios humanos.» Ambos documentos los inserta íntegros el Sr. Rodríguez Villa en su *Impugnación* al duque de Aumale, de donde los copiamos.

Corría en tanto Melo por la línea de batalla, tratando de rehacer su gente y socorrer los escuadrones de infantería walona y alemana de la segunda línea, á la que atacaba Enghien con todas sus fuerzas, después de haber roto los caballos de Isembourg é intentado destrozar la infantería española; pero, aunque los escuadrones se mantenían en su puesto, era grande la confusión que reinaba, á causa de sostenerse aún parciales combates aquí y allá, y de tener más arrimado el enemigo. Tanto es así, que el mismo Melo, yendo hacia un escuadrón que creyó ser de los suyos, estuvo á pique de caer prisionero. Llegó, sin embargo, hasta los alemanes, y aun tuvo tiempo de arengarlos; después continuó recorriendo la línea para juntar alguna caballería, con tanto riesgo que al ser acometida la infantería italiana, hallóse entre dos fuegos, siendo muerto á su lado un gentilhombre, y herido su secretario. De todo su acompañamiento sólo le quedó un caballerizo. Entre tanto, el duque de Enghien, por momentos robustecido con nuevas tropas y viendo que la infantería española resistía sus cargas, dejóla á su izquierda y fué á cargar á la infantería de walona y alemana de la segunda línea: rotos los walones, acometió á los alemanes, y, destrozados éstos, cayó sobre los italianos y borgoñones. No pudieron aquellas dos naciones sostener con solas las picas el empuje de la caballería francesa, sostenida por los mosqueteros, y fueron materialmente destruídos; y por lo que respecta á los italianos, mal dispuestos á la pelea á causa de haber tomado los españoles los principales puestos de la primera línea, que eran los cuernos, y amparados por la confusión general, emprendieron en buen orden la retirada. Si algunas compañías italianas resistieron, y si el tercio borgoñón se mantuvo en su puesto, fueron unas y otro totalmente rotos. A pesar de estos desastres, aun podía abrigar Melo alguna esperanza, viendo firmes á los famosos tercios españoles, y confiando en la llegada de Beck; pero el vencedor apretaba por momentos y Beck no parecía. Corría aquel caudillo brida abatida de uno á otro escuadrón, alentaba á los soldados con la palabra y el ejemplo, trataba de conducir á la línea las escasas compañías de caballos que estaban en reserva, de prolongar la lucha á toda costa, pues no sin razón pudo esperar, ya que no la victoria, quedar, con el auxilio que esperaba, dueño del campo, y salvar el honor de las armas; pero ni su esfuerzo, ni el heroísmo del conde de Isembourg, que fué herido y momentáneamente prisionero, ni la diligencia de Vivero y Vera lograron contener al enemigo. Melo, después de haber corrido grandes riesgos, tuvo que acogerse al abrigo de las picas españolas, y allí, en unión de los valientes capitanes que aun quedaban con vida, dispúsose á perecer honrosamente. ¡Calcúlese la situacion de nuestros soldados, faltos de artillería (1), y sin más defensa que el arcabuz, de engorroso manejo y lenta carga, contra un enemigo que embestía furiosamente sus cuadros con caballería é infantería primero, después con artillería! Atacado cada cuadro á la vez por tres de sus frentes, sostuvo impávidamente el choque, y aunque la lucha era desigual, como se prolongara algún tiempo, arrastró el enemigo algunas piezas y abrió ancho portillo en aquellas torres que, según el inmortal Bossuet, *tenían la virtud de reparar sus brechas.* Y ya no fué posible resistir más, porque si las luengas picas podían contrarrestar á la caballería, eran inútiles contra el fuego, cada vez más nutrido, del enemigo. Fueron, pues, deshaciéndose aquellas masas; y quedó tan sólo en pie un escuadrón del tercio que había sido de Alburquerque, fuerte como una roca y sin aparentar desmayo ni descompostura. Un testigo de vista, D. Francisco Dávila y Orejón, ha relatado los últimos momentos de aquella lucha, en narrar los cuales se detiene poco Vincart, y el párrafo que consagra á este episodio, si interesa por los detalles, deleita por la ingenuidad con que está escrito (2). Resulta que acogidos al citado escuadrón D. Francisco Melo y otros maestres de

(1) «Colocada, como dije al principio, delante de los intervalos de los batallones de infantería, contentóse la artillería con disparar sobre el centro de los franceses; no apoyó ni poco ni mucho á las alas, manteniéndose inerte como la infantería, mientras era deshecha nuestra caballería; y cuando fué aquélla al cabo circuída, debió de quedar abandonada y fuera de sus apretadas hileras de picas; porque ni sería fácil arrastrarla de aquí para allí, ni unos pocos cientos de hombres á pie, metidos dentro de un ejército entero, podian abrir y cerrar sus líneas á cada paso para dispararla, sin ofrecer fácil puerta al enemigo, tan osado, tan activo, tan numeroso y lleno de ardor que tenían encima, y que los cargaba á su placer por todas partes.» Cánovas: *Del Principio*, etc.

(2) «Habíanse recogido á este escuadrón, después de haber defendido los suyos, más de lo que parecía posible, los maestres de campo, el conde de Garcíes y D. Jorge de Castellví, quien á la sazón lo era mío, y otros muchos oficiales y soldados, á quienes, aunque la fortuna les venció, no les rindió el valor; pues con él, haciéndose lugar, llegaron descompuestos á componerse en este peñasco de forta-



Sitio de la Villa y Fuerte de Colibre por los Franceses, en Abril de 1642.

(Grabado francés de la época, según un dibujo de Beaulieu).

campo y caballeros particulares, y rechazados los vigorosos asaltos del enemigo, fué batido por la artillería, y por último, el duque de Enghien despachó hasta él un trompeta, cual si se tratara de una fortaleza, para brindarle con la capitulación. Aceptáronla en tan duro trance los españoles y rindiéronse, librando de este modo sus vidas y todo lo que tenían encima, hecha excepción de las armas; capitulación cumplida por el vencedor, que no pudo menos de admirar su heroismo. Oigamos sino á un coetáneo de nación francesa, y por añadidura dependiente de la



D. Fadrique de Toledo, marqués de Villanueva de Valdueza

casa de Condé: «Aquella brava infantería, dice, hizo tan bella y extraordinaria resistencia, que en los siglos por venir parecerá increible: atacada de todos lados á un tiempo, por toda la ca-

leza (corta ponderación á quienes se supieron merecer inmortal gloria), y en él, tomando puesto con buena orden, aguardaron como los demás el furor de los vencedores; los cuales para serlo enteramente de la batalla, sólo les faltaba romper este escuadrón. Y no habiéndolo podido conseguir con algunos de los suyos de la caballeria é infantería, obligó á los enemigos á que con el todo de su ejército se les arrimase, como lo hicieron, buscándole por todas partes alguna flaqueza que no pudieron hallar; pues haciendo cuatro frentes de las picas y los mosqueteros y arcabuceros, no mostraron flaqueza ni perdieron tiempo en representar que el valor y la destreza estaban unidos. Enfrenaron de tal forma los enemigos, que los obligaron á desviarse y valerse de su artillería; *con la cual le batieron como pudieran á una roca*, sin que se reconociese desmayo ni compostura. Lo cual, visto por los enemigos, con notable admiración, hizieron alto, lastimándose de los que no se dolían de sí mismos (tanto puede la fineza y el amor de buenos vasallos para con su principe; y esto debe S. M. á sus españoles de aquel tiempo, que no es justo lo obscurezcan las tinieblas de el olvido, para que en los siglos futuros sirva de emulación á los que le

ballería francesa victoriosa, rechazó uno y otro ataque, haciendo frente con sus picas por todas partes; el Duque, que la admiraba, no habría podido tan pronto rendirla, si no hubiera traído dos piezas para batirla.» Preguntado un prisionero á cuántos ascendía el número de sus camaradas, dijo: *Contad los muertos.* ¿Cómo extrañar que el elocuente Bossuet, al evocar aquella jornada memorable, junto á la tumba del gran Condé, diera á nuestros soldados el calificativo de *leones?* No merecen en verdad otro dictado los que perecieron sin abandonar la fila, aquellos *Señores soldados* que después de haber asombrado á Flandes con sus épicas hazañas, despedíanse de la historia fieles á la heróica tradición que simbolizaba su bandera. Y no es que pereciera allí de un golpe la fama de nuestra infantería; que una sola batalla no hubiera bastado á borrar su gloriosa historia, pero se dice que allí murieron los *viejos tercios*, porque este memorable acontecimiento, marca visiblemente nuestra irremediable decadencia militar (1). «En Lens, en las Dunas, en los reinados posteriores, tuvimos siempre tropas de á pié valerosas, y á veces bien organizadas, dice atinadamente el Sr. Cánovas; pero que no han vuelto á formar un tipo, una excepción, una especialidad en el mundo. El tercio viejo español, como la falanje macedónica y la legión romana, pertenece desde el día de Rocroy á la historia.»

Hemos dicho, siguiendo á Vincart, que Melo se recogió en el tercio que mandaba Peralta, el último que resistió; pero ni aquél ni Dávila, cuya interesante narración hemos reproducido, dan nuevos detalles respecto al generalisimo, siendo más de extrañar en Dávila esta omisión, precisamente cuando dice Vincart, que Melo estuvo en el campo hasta que el último tercio se rindió. Cánovas opina, no sin razón, que cuando vió este cuerpo acometido y en inevitable camino de ser deshecho, se salió por uno de los costados, y corrió en la dirección por donde precisamente

gozaren). Enviaron, pues, los enemigos un trompeta como pudieran á un castillo, preguntando (de parte del Príncipe Condé, general de Francia y primer Príncipe de la Sangre Real de aquel reino), quién mandaba aquel escuadrón, y siéndole respondido que el conde de Garcíes, D. Jorge Castellví y su sargento mayor; mandó replicar que cómo eran tan bárbaros que llegaban á extremos tales, y que en el mundo solo ellos (como es así) eran el primer ejemplar; que lo mirasen bien y el poco recurso humano que les quedaba, que él les ofrecia cuartel, que es las vidas; y en suma, la cosa se reduxo á capitular como plaça fuerte. Y lo que se les pidió (que no podía ser mas) fué que, cediendo las armas, se les conservasen las vidas y todo lo que tuviesen encima; y así lo concedieron y capitularon y cumplieron los franceses, de quienes no pondero los muchos agasajos y favores que á todos hicieron después de rendidos, pues nadie conoce más bien el valor que el vencedor.» D. Francisco Dávila y Orejón en su estimada y rarisima obra *Política y mecánica militar*, citada por Rodriguez Villa en la *Impugnación* antes mencionada.

(1) Al llegar á este punto, fuerza nos es hacernos cargo de la autorizada opinión del brigadier Almirante relativa á esta batalla, por lo que contrasta con la de los autores que más detenidamente se han ocupado de este importantisimo hecho de armas.

«Aunque el hecho táctico es indiscutible, dice el erudito autor citado; aunque en Rocroi efectivamente se marque el *primer escalón descendente* en la gloria de las armas españolas; ni la derrota causó por entonces grande impresión en España, ni en realidad tuvo las consecuencias estratégicas y politicas que suelen traer de suyo las grandes catástrofes. Todo se redujo á una rápida punta del vencedor hacia Bruselas y á la pérdida de Thionville, el 10 de Agosto, por incuria de Melo y de sus cabos, que á la sazón andaban conteniendo á los holandeses, contando con mayor resistencia de aquella plaza. Prueba de que nada, ó muy poco, influyó en la *marcha general* de la guerra de los Treinta Años, que por entonces tenía, como se ha dicho, carácter puramente francés; es que al poco tiempo, en 14 de Noviembre de 1643, Francia sufria un desastre parecido en Duttlinguen, y gran parte de la victoria que obtuvieron los imperiales se debió al oportuno refuerzo que Melo envió con el Comisario General de nuestra caballeria, Juan Vivero. Los franceses están en su perfecto derecho de ensalzar su victoria de Rocroi; pero ni allí murió nuestra vieja infanteria (que vive y vivirá eternamente mientras se la lleve con acierto al combate), ni en la historia general del arte de la guerra es, como ellos pretenden, final del capitulo que á España corresponde... Lo que Rocroi representa y sintetiza, no en la historia militar, sino en la politica y social de España, es, si valiera la expresión, un boquete ó rendija en la armazón voluminosa, hueca y puramente teatral de la vasta monarquia. Durante siglo y medio, el humo de la arcabuceria española no dejó penetrar las miradas de Europa en el vacio interior de su extenso territorio, despoblado y pobre, donde todo el mundo rezaba, y nadie pensaba, trabajaba ni producia: disipado aquel humo de gloria, se vió con asombro que el coloso que pretendia esclavizarlo todo, no tenia fuerzas, ni hombres, ni recursos para sujetar dos de sus propias provincias peninsulares. Encadenados, sin saber por qué, á la politica austriaca, siempre estrecha, angustiosa y necesitada; superándola todavia en ignorancia religiosa y en altivez sin fundamento; obstinados en tratar á la Francia de Richelieu y de Mazarini como á la de Francisco I y Enrique II, algún día habia de llegar el castigo de tanta imprevisión y desacierto. Si los franceses quieren que éste sea el 19 de Mayo de 1643, no hay inconveniente. En rigor vamos ganando; pues el *verdadero* Rocroi está en el año 1640 y aun algunos años antes, al prepararse la funesta sublevación que en él estalló, de Cataluña y Portugal.»

No estamos del todo conformes con el sabio autor del *Diccionario Militar*. Desde luego hemos señalado la guerra de Cataluña como uno de los hechos que más influyeron, ó tal vez el que determinó la rápida decadencia de nuestra patria. Los mismos autores que modernamente se han ocupado del suceso de Rocroy, convienen en que no basta *una batalla* á concluir con la preponderancia de un pueblo, y en especial el Sr. Cánovas cuando afirma que *poderes que caian de aquella suerte, era que no merecian el nombre de tales;* mas precisamente, encendida ya la guerra de Cataluña, lo que se buscaba en el Norte de Francia, y á toda costa, era una *compensación*, una victoria que distrajera las fuerzas francesas del Mediodia; y el golpe descargado á nuestras tropas en Rocroy, fué tanto ó más fuerte á nuestra politica que á nuestro ejército de Flandes. Claro está que en *absoluto* no murió allí nuestra infanteria; pero el clásico tipo del soldado español, del veterano de Flandes, desaparece por aquel tiempo de la historia, y nuestra infanteria cede la supremacia á la francesa. El golpe es rudo, y

acudía Beck. Porque éste llegaba al fin, pero en hora inoportuna; es decir, cuando el príncipe francés terminaba la capitulación con los españoles. Beck, *el Grouchy de este Vaterloo* (1), no podía con los 5,000 hombres que mandaba atacar al enemigo; y Enghien, procediendo con mucho tino, ordenó tocar retirada y recogió su gente, en la previsión de que Beck le atacase. Gracias, sin embargo, á la presencia de la nueva división española, pudieron no pocos fugitivos incorporarse á sus banderas, y hacer menos grande la derrota.

Así terminó la célebre batalla de Rocroy. Dejando á un lado la escasa previsión de Melo antes de entablarse la batalla, es fuerza reconocer que manifestó en ella menos serenidad de espíritu que valor personal. Falta grave cometió Fontaine al disponer las tropas de suerte que carecieran de enlace las fuerzas de la infantería y caballería; al no apostar algunas piezas á retaguardia de los caballos ó en los flancos, para hacer fuego en el caso de retirarse la caballería propia, acosada por la enemiga; al no guarnecer debidamente el bosque que se extendía por el flanco izquierdo español; pero más grave falta fué la que cometió Melo, esperando de Fontaine la iniciativa, sobre todo cuando éste se encontraba tan aquejado que había de ser conducido en silla de manos. Murió probablemente Fontaine cuando, viendo el designio de Enghien, fué á dar órdenes para que los tercios de Villaldia y Veladia (colocado



Luis de Borbón, duque de Enghien, príncipe de Condé

como descargado á tiempo, de gran trascendencia moral y material; vése también en Rocroy que España carece de generales; y cuenta que Melo sobrepujaba de muchos codos á Vélez. ¿Qué importa, pues, que le sobren cabos de valor, como Torrecusa, Velada, Alburquerque, Fuensaldaña, Garay, Castel-Rodrigo y otros? ¿Qué importa que tengamos héroes que se dejen batir como *murallas*? El valor individual no ha faltado, por fortuna, en este país. Lo que allí se imponen son caudillos de más genio, maniobras no esperadas, otra organización, un pueblo que se desarrolla y marcha alentado á conquistar con el laurel guerrero el cetro de la política europea. Hé aquí por qué se señala á Rocroy como jalón histórico que marca la decadencia de nuestra gloria militar. Sin exagerar el valor técnico é histórico de este hecho, debe reconocerse que fué así, desde el momento en que tratándose de herir á Francia en la cabeza, ésta paraba el golpe y nos infería una doble herida. Si allí se abrió un boquete en la armazon de nuestra monarquía, gran cosa fué para que los enemigos de España conocieran el punto vulnerable y dieran pronto al traste con todo el armazón. De todos modos, no es menos cierto que en Rocroy se traduce lamentablemente nuestra inferioridad en capacidades militares y en táctica. Y aunque en absoluto no fuera Rocroy el final del capítulo que á la vencedora España del siglo XVI corresponde, ¿quién duda que es digno remate de un periodo memorable, y hasta, si se quiere, obligado límite de una época gloriosa?

(1) Weil. art. citado.

en la extrema izquierda), cambiasen de frente; mas, ¿cómo se comprende que esperara el preciso momento de ver rota la caballería? Esta falta no tiene otra explicación que la lentitud con que era conducido el Maestre de campo general. Pero si no se precavió ó no pudo precaverse, destrozada que fué la caballería, sólo podía remediarse por medio de una de esas rápidas maniobras que, si no dan el triunfo, conjuran el peligro. Y en aquel crítico momento, la fortuna oscilaba entre los dos ejércitos, porque si el español tenía su ala izquierda destrozada, la tenía asimismo destrozada el ejército francés. Melo se preocupó de rehacer el ala rota, y dejó que Enghien cargara y destrozara la caballería de su ala derecha. Cuando se dió cuenta de la situación, el enemigo volvió sobre sus pasos, y cayó sobre su centro. Si pues á Fontaine incumbe mucha responsabilidad, sin duda mayor que á Melo; á éste alcanza no poca. La artillería estuvo mal dispuesta; convenía sin descuidar al frente, atender á las alas. Por último, si Melo fiaba tanto en el arribo de Beck, que sólo se hallaba á cuatro leguas y media de distancia y había sido avisado el día anterior, ¿por qué no se encerró en una defensiva rigurosa? ¿qué hacía recorriendo el campo espada en mano, arengando á los escuadrones y corriendo graves peligros, en vez de ordenar algún movimiento decisivo? A la verdad, parece que el general trataba sólo que su línea resistiera el choque, mientras llegaba el refuerzo, y por eso vemos que anima y exhorta á los soldados á mantenerse firmes. Y en efecto, sostienen el choque y perecen en el puesto. No podía él esperar más de los soldados, ni éstos menos de su general.

Pero ¿á qué obedeció la injustificada tardanza de Beck? Lo que parece más verosímil es que este general, aunque separado del grueso del ejercito por una corta distancia, no se atrevió á emprender la marcha de noche, por caminos poco practicables, á causa de hallarse cubiertos de bosques y pantanos, y no distante el enemigo. Esperó, sin duda, la llegada del día, y esto explica en parte su tardanza. Cuando apareció en el campo, sólo le cupo ser testigo del triste epílogo de la batalla. La presencia de Melo, cubierto de sangre y hecha jirones la ropa, le indicaría mejor que las palabras, hasta qué punto había prodigado su vida el caudillo español. Los montones de cadáveres que cubrían la llanura y el número de los fugitivos, toda la extensión del desastre. Difícil es precisar la cifra de los que perecieron ó fueron hechos prisioneros, pues por ambas partes habría empeño en ocultarla; aunque es de presumir que fuera mayor la de los nuestros. Cien banderas y estandartes, la artillería y el bagaje fueron los trofeos de que pudo envanecerse Enghien. De la derrota se salvaron 10,000 hombres, que unidos á los 10,000 que todavía quedaban á Melo en la frontera, á los 5,000 de Beck y á las tropas que se encontraban en Artois, sumaban un ejército respetable, con los que aún podía hacerse frente á los holandeses y franceses. Pero el caudillo español que había escapado con vida del desastre, no se atrevió á comprometer en nuevos combates el ejército de Flandes. Y á esto se debió la pérdida de la importante plaza de Thionville.

Enghien, que sólo descansó en Rocroy dos días, el tiempo preciso para reponer sus tropas del combate, fuése á acampar á Guisa, resuelto á poner sitio á Thionville, pero procurando disimular su intento, para distraer al español; á cuyo efecto entróse por el Hainaut, tomó algunos fuertes y despachó avanzadas hasta Bruselas, obligando á Melo á retrogradar para cubrir el Brabante. Entonces presentóse de improviso frente á Thionville, estratégica plaza que cubría á Metz y era la llave del ducado de Tréveris. Defendían á Thionville 1,200 españoles número insuficiente para resistir todo el peso del ejército francés, que ascendía á 20,000 combatientes y numerosa artillería, aumentada con diez y siete piezas que fueron conducidas desde Metz al campo sitiador. Así y todo, la plaza hizo una heróica resistencia, pues aunque estrechamente circunvalada, minada y asaltada, sostúvose por espacio de dos meses, hasta que muertas las dos terceras partes de sus defensores, incluso su gobernador, rindiéronse los restantes á los treinta días de abierta la trinchera, y con todos los honores de guerra (22 Agosto 1643). Sitio tan prolongado, originó, como es consiguiente, no escasas bajas al ejército francés, y por eso Enghien no se atrevió á tentar empresa alguna de importancia con tropas harto debilitadas. Contentóse con reparar las obras defensivas de Thion-

ville, ocupar algunos puntos fortificados del territorio comprendido entre aquella ciudad y Tréveris, y tomó la vuelta de Paris, donde entró aclamado por el pueblo, después de resignar el mando en manos del duque de Angulema.

La pérdida de Thionville fué triste consecuencia de la jornada de Rocroy, y no contribuyó menos que ésta á rebajar el prestigio de Melo, cuyo relevo solicitaron los Estados Generales de Flandes y acordó Felipe IV, así como el de otros cabos. Difícil era en verdad, empeñarse en torcer la fortuna, cuando las circunstancias no brindaban hombres para el caso. Antes, sin embargo, de que Melo regresara á España, deparósele una ocasión para reponer su crédito militar; y fué al año siguiente, enviando en auxilio de los generales imperiales que combatían en Alsacia un refuerzo de 2,000 infantes y otros tantos caballos, al mando de Don Juan de Vivero, pues engrosado de este modo el austriaco, pudo hacer frente al mariscal francés Rantzau que con 18,000 hombres cayó sobre dicha provincia. Vinieron á las manos franceses y austro-españoles en las cercanías de Tuttlingen, y ganaron estos una victoria tan completa, que resultaron prisioneros el general francés y sus tenientes; cogiéronse al enemigo 73 banderas y estandartes, 16 cañones y todo el bagaje. La caballería española, á la que se debió en gran parte, distinguióse notablemente y su jefe alcanzó reputación merecidísima.

Si los nuestros hubieran proseguido con actividad las operaciones, sacando partido de esta victoria, consiguieran, sin duda, una compensación de los pasados descalabros; pero la proximidad del invierno por una parte, el no lejano arribo de un nuevo jefe por otra, debieron influir no poco en la lentitud con que fueron conducidas. Melo regresó á España en este mismo año; Alburquerque fué también comprendido en la general mudanza de cabos; mas no parece que cayeran uno y otro en desgracia del soberano; antes al contrario, fueron honrados con importantes puestos en el ejército y en la armada. No quiere esto decir que ambos fueran indignos de ejercerlos; mas por lo que respecta á Melo, prueba que Felipe IV no tenía hombres de talla para escoger en lo que atañía al mando de las armas. Con decir hoy que Melo era quizás el mejor general que tuviese España en su época, con asegurar que á su poca disposición se debió la pérdida de la batalla de Rocroy, y con sacar en consecuencia que en ella se disipó la deleznable base del poder que nos quedaba, ha escrito el señor Cánovas que se pintaba de un golpe toda una nación y el régimen imperante en ella. Y con no menos fundamento ha podido añadir *Poderes que caen de esta suerte, es que no merecían ya tal nombre.*



Caja de un frasco de polvora del siglo XVII

ILUSTRACIONES

Felipe IV (pág. 107).—Nacido en 1605, sucedió á su padre en 1621 y murió en 1665. Desde 1611 á 1643 rigió la nación por él su favorito el conde-duque de Olivares, desde entonces hasta 1661 el sobrino de éste y su sucesor en la privanza D. Luis de Haro, marqués del Carpio. Poco tiempo vivió más el monarca, y en sus últimos años desempeñó los cargos que tuvo el del Carpio, una junta compuesta del cardenal de Sandoval, el duque de Medina de las Torres y el conde de Castrillo. Hecho el retrato del primer favorito, está pintada ya la desdichada suerte de nuestra patria durante los veinte y dos años que gozó de privanza; Haro, su inmediato sucesor, no fué más afortunado, aunque se hiciera menos odioso, porque el desmoronamiento de nuestro poderío prosiguió. Portugal se disgregó definitivamente de España, y el tratado de Munster, y sobre todo el de los Pirineos, patentizó nuestra terrible decadencia. Es cierto que ni Olivares, ni Haro alcanzaban la talla de Richelieu y de Mazarini; mas, por lo mismo, debió aquél no manifestarse tan jactancioso en lo que respecta á la política extranjera, ni tan tirano en lo que atañeá Cataluña. Haro, que no fué tan vengativo ni tan soberbio, ni tuvo más talento, ni más suerte que Olivares: encontróse con graves complicaciones que resolver y careció de habilidad para convertir en provecho de España la revolución de Inglaterra y explotar las luchas intestinas de Francia, no menos que para dar mayor impulso á la guerra de Portugal. Resultó de aquí que España se vió rodeada de enemigos y que los golpes que en pocos años recibió su dominación, fueron mortales, y vióse claramente que no son los favoritos los que hacen *grandes* á los monarcas (1). Pero Felipe IV, hombre afable, humano y generoso, era por extremo indolente, y ya que no supiera evitar los grandes descalabros que sufrían sus ejércitos y sus armadas, y las torpezas de sus ministros, consagróse con exceso á los placeres, y á los devaneos, empleando en ellos los recursos de sus miserables y abatidos pueblos. Reacio se mostró en acudir, como debiera, á sus necesidades y peligros, manifestándolo así al estallar las rebeliones de Cataluña y Portugal. Sólo brilló su iniciativa en la esfera de las letras, de las artes y de la religión; y de aquí que su desastroso reinado brille con los fulgores del ingenio, ofreciendo asociados los nombres de Murillo y de Velázquez, de Cano y Zurbarán, de Lope y Calderón, de Tirso y de Rioja, de Quevedo y de Góngora. Pero en cambio, ved la triste y magistral pintura que hace del mismo un contemporáneo: «Hallábanse, dice este profundo escritor, los reales erarios, sobre consumidos, empeñados; la real hacienda vendida; los hombres de caudal, unos apurados y no satisfechos, y otros que de muy satisfechos lo traían todo apurado; los mantenimientos al precio de quien vendía las necesidades; los vestuarios falsos, como exóticos; los puertos maritimos con el muelle para España y las mercaderías para fuera, sacando los extranjeros los géneros para volverlos á vender beneficiados; galera y flotas pagados á costa de España, pero alquilados para los tratos de Francia, Holanda é Inglaterra; el Mediterráneo sin galeras ni bajeles; las ciudades y lugares sin riquezas ni habitadores; los castillos fronterizos sin más defensa que su planta, ni más soldados que su buen terreno; los campos sin labradores; la labor pública olvidada; la moneda tan incurable, que era ruina si se bajaba, y era perdición si se conservaba; los tribunales achacosos; la justicia con pasiones; los jueces sin temor á la fama; los puestos como de quien los posee habiéndolos comprado; las dignidades hechas herencias ó compras; los honores tan vendidos en pública almoneda que sólo faltaba la voz del pregonero; letras y armas sin mérito y con desprecio; sin máscara los pecados y con honor los delitos; el real patrimonio sangrado á mercedes y desperdicios; los espíritus apegados á la vil tolerancia, ó á la violenta impaciencia; las campañas sin soldados ni medios para tenerlos; los cabos procurando vivir más que merecer; los soldados con la precisa tolerancia que pide

(1) A la caída del conde-duque de Olivares fijóse un pasquín en las puertas de palacio, que decía así: *Ahora serás Felipe el Grande, pues el Conde-duque no te hará pequeño.*

traerlos desnudos y mal pagados; el francés, como victorioso, atrevido; el Emperador defendiendo con nuestros tesoros sus dominios; y finalmente, sin reputación nuestras armas; sin crédito nuestros consejos; con desprecio los ejércitos y con desconfianza todos.»

La pérdida de la batalla de Villaviciosa en Junio de 1665, asegúrase que causó á Felipe IV tan profunda melancolia y le inspiró tan negros presentimientos, que precipitaron su muerte. Hizo testamento marcando el orden de sucesión, y en él consignó que la infanta D.ª Maria Teresa, casada con Luis XVI, rey de Francia, y todos sus hijos y descendientes, quedaban excluidos de ella; y como el príncipe Carlos que heredó el trono contaba sólo cuatro años, nombró tutora y gobernadora del reino, durante la menor edad de éste, á la reina D.ª María de Austria, asistida de un consejo de notables. Cuéntase que antes de morir dirigió á su tierno hijo estas palabras: *¡Quiera Dios, hijo mío, que seas más venturoso que yo!*

Felipe IV tuvo muchos hijos legítimos y bastardos; de los primeros, sólo le sobrevivieron los dos antes citados; entre los segundos figura D. Juan de Austria, habido con la aplaudida cómica María Calderona y del cual se nos ofrecerá bastante que decir en adelante.

Arrastre de un cañón (pág. 109).—El grabado que lleva este título es copia de uno de los que ilustran el *Tratado de la artillería y uso de ella*, por el capitán Diego Ufano, entre cuyas *lecciones* figura una destinada á enseñar al artillero el modo de subir y bajar artillería por ásperas montañas. Hé aquí cómo se expresa el citado autor:

«El más cómodo y fácil modo que se puede usar al subir una pieza de artillería por grave que sea, sobre una áspera montaña desde su pié, es el del órgano ó cabrestante, donde por exemplificar tal operación pongo que la cima y alteza de la montaña por la presente figura, sea en el punto A y su pié el punto F y que su flexuosa montada y camino siga la vía y viaje de la cuerda ó gumera F E D C B A, con todas las vueltas y recodos significados con sus poleas ó garruchas, y se entienda que en el punto A se pretende fabricar una fortaleza ó plantar una batería entre el punto G y el punto H, para batir la enemiga fortaleza y villa del punto Y, ó que verdaderamente se haya de plantar otra bateria entre los puntos B L, la cual haya de batir una y otra fortaleza que está en el punto M.

»Lo primero que sobre tal caso se debe hacer después de haber muy bien reconocido el sitio y puesto más ofensivo y de menos daño y ofensa, será firmemente plantar y armar el órgano y su torno en el punto A, de tal arte y forma como su figura representa, clavando fuertemente cuatro clavijas ó pernos de hierro con sus anchas cabezas y agudas puntas en cada una punta del pié por su agujero ó falcaje, la una que ceben muy bien en tierra y aferren y tengan bien firme el telar y maderos de la bassis y pié del dicho torno, por miedo que con la grande fuerza de la cuerda y pieza no pueda trabucar, el cual siendo totalmente armado, se engastará en el mastel ó pié del dicho torno la cuerda ó gumera; y en la vuelta del camino y ángulo B, se fijará con retenida de un tronco de árbol ó en un firme peñasco la polea B fuertemente ó de una fuerte estaca de hierro ó de madera, siendo cosa posible, haciendo que la cuerda ó gumera pase por la polea, y asimismo será hecha en las poleas de las vueltas y ángulos C D hasta ligar su cabo de la gumera y asirla fuertemente en el sortijón ó aldabón de la coda y contera del afuste de la pieza en el punto E y al dicho torno del órgano con sus manuelas ó travesinos andarán á la redonda cuatro hombres y de la otra parte del torno, en el punto P estará un hombre tirando en el cabo de la cuerda sentado en tierra ó sobre algún tablón ó cosa semejante que no sea alta para que no impida el paso de los hombres que andan al torno, ni sus palancas ó manuelas tampoco pueden topar en su cabeza, y de tal forma tirará atrás la cuerda y la tendrá fuertemente de que no vuelva á deslizar hacia la pieza, y si no bastase á tenerla uno, se asirá otro hombre ó más á la cuerda dicha, de modo que no impidan el andar del torno, y así irá poco á poco laborando y subiendo la pieza, asimismo en cada polea debe estar un hombre muy alerta por ver si se rompe la cuerda de retenida, la polea ó gumera, el cual tendrá consigo jabón, vinagre ó lexía por si acaso se encendiese fuego con la fuerza del trabajo, untándolas ó bañándolas con el dicho licor se metigue ó mate de forma que no dañefique la obra, ó la coda del afuste con sus levies y roldones, deben ir guiando la pieza dos ó tres artilleros, soliviando la coda cuando se ofrezca, porque no tope con algún escalocillo de piedra ó en otra cosa, de modo que haciendo presa impida el movimiento y andar del torno y sea causa quizás de romper la cuerda y abarrancar la pieza; el mesmo oficio irán haciendo otros artilleros arrimados á las ruedas con sus manuelas, y por la parte superior de la pieza irán otros tres ó cuatro artilleros asidos de una ó dos cuerdas de retenida que sean ligadas al cuello de la pieza y testerón del afuste, por miedo de que dé algún pequeño vaiven, de algún salto; embargo, no haga trabucar la pieza de una parte á otra, de modo que se abarranque y haga mil pedazos, ó cuando no, que con grandisima dificultad, se pueda sacar arriba, en especial habiendo poca gente para tirarla y sacarla fuera, y de tal forma, llegando á la primera polea D la pieza, afirmarla de modo que no rehuya atrás y desatar la cuerda del sortijón, habiendo primero avisado á los del torno que hagan alto en el inter; y desatada la cuerda del aldabón sacarla fuera de la dicha polea y volverla á atar y ligar como de primero al dicho aldabón de la contera del afuste y con las manuelas ó palancas, enderezar y volver la pieza derechamente su coda del afuste en la vuelta del camino hacia la polea C, de manera que avisando que vuelva á laborar el torno guien derechamente al dicho punto C y llegando allí la pieza hacer diligente y cautamente loque se hizo en la primera polea, y lo mesmo puntualmente que en ambas en la última polea B será hecho, y así vuelta la pieza y totalmente des-

embarazada la cuerda de todas las poleas ó polijas, con el dicho torno solamente, se acabará de tirar la pieza en llegando al punto A y sitio de órgano ó cabrestante, y de tal forma acabada de subir en lo más alto de la montaña la dicha pieza ó piezas cualesquiera que fueren, se ordenará las dichas baterías como se demuestran por figura »

Tropas holandesas (pág. 111).—Estos dos grupos, representando tropas de caballería y un cañón de batir, han sido copiados de unos frisos de un libro militar holandés y dan perfecta idea de las piezas de grueso calibre y armas usadas por aquel ejército.

D. Antonio de Oquendo (pág. 114).—De ilustre familia, cuyos individuos se distinguieron sirviendo en las armadas españolas; hijo del almirante D. Miguel que tan heróicamente se portó en el combate naval de las Terceras, D. Antonio de Oquendo nació en San Sebastián el año 1577. A los once años quedó huérfano, y sin duda alguna el recuerdo de los méritos de su padre, y el interés de algunos personajes amigos, influiría en alcanzarle una plaza de *entretenido* en las galeras de Nápoles, con sueldo mensual de veinte escudos. Su despejo y su afición al servicio, le procuraron el afecto de los generales á cuyas órdenes militó, y habiendo pasado á la armada del Océano, aumentósele el sueldo en diez escudos. Contaba 27 años cuando realizó el primer hecho de armas, como jefe de algunos bajeles, que fué el ataque á un corsario inglés que insultaba las costas portuguesas con dos fuertes naos. Oquendo las envistió intrépidamente, abordó una de ellas y la apresó después de encarnizado combate, obligando á la otra á huir. Y esta victoria dió tanta fama al joven marino que, el monarca le designó para el mando de la escuadra de Vizcaya, vacante por muerte del general D. Martín de Bretendona, mando que en breve hizo extensivo á las escuadras de Guipúzcoa y Cuatro Villas. Como general de las escuadras de Cantabria, tuvo también la comisión de proteger la llegada de la flota de Indias, constantemente amenazada por los corsarios ingleses y holandeses, y en este servicio hizo algunas presas, tuvo frecuentes combates y un naufragio de consideración. El Rey le concedió, en 1614, como recompensa de sus afanes, el hábito de la Orden de Santiago.

Nombrado Oquendo para reemplazar interinamente en el mando de la armada del Océano á D. Juan de Fajardo, hubo de hacer algunas observaciones respecto á esta orden, que le valieron algún tiempo de prisión en el castillo de Fuenterrabia; pero la necesidad que el Rey tenia de sus servicios, no menos que las instancias del príncipe Filiberto, á cuyas órdenes militaba, devolvieron á nuestro marino la libertad; y al advenimiento de Felipe IV al trono, vémosle en pleno favor del monarca y su ministro Olivares, que le escribia privadamente, consultándole asuntos relativos al servicio de mar y al comercio de Indias. Honrósele en 1626 con el cargo y título en propiedad de Almirante general de la Armada del Océano, y como á tal salvó la plaza de Mamora, sitiada por la morisma, y sostuvo más de cien combates, distinguiéndose su flota por la organización y disciplina. Dos hechos cita de este esforzado marino el Sr. Fernández Duro, en su *Almanaque náutico*, dignos de especiabilísima atención:

«Hallándose la nación en el plano inclinado de la decadencia, dice, los holandeses, señoreados de la mar, tenían bloqueada la costa del Brasil, y en jaque las plazas de Pernambuco y Todos Santos. Todo lo que en Lisboa pudo reunirse para socorrerlas, fué una escuadra de 16 naos apriesa y miserablemente preparadas; cinco de ellas, de la corona de Portugal, no llegaban á 300 toneladas, teniendo 40 hombres de guarnición; otras cinco de Castilla no llevaban mas de la mitad de infantería que les correspondía, siendo las seis restantes, de Vizcaya, las mejores, aunque también faltas de alguna gente. Esta escuadra habia de convoyar á la flota portuguesa del comercio del Brasil, y a doce carabelas en que iban 3,000 hombres al mando del conde de Bañolo, para las referidas plazas. Salió de Lisboa el 5 de Mayo de 1631 muy receloso Oquendo del riesgo en que iba á poner la reputación de la bandera y la suya propia: llegó, sin embargo, á la bahia de Todos-Santos á los sesenta y ocho días, poniendo en tierra el contingente de tropas sin oposición, aunque descubierto por cruceros enemigos, que dieron noticia del número y clase de sus bajeles. Continuando la navegación á Pernambuco, con agregación de veinte naos mercantes que buscaron su protección, el 12 de Septiembre avistó á barlovento la armada holandesa que venía de saquear la isla de Santa Marta. El general Adrián Hanspater, afectando desdén, no quiso valerse de las treinta y tres naves de que disponía, y eligió diez y siete, para que igualado el número con el de las españolas, no se tuviera por fácil el triunfo que anticipadamente presumía, atendiendo á que su capitana y almiranta eran barcos de 900 á 1,000 toneladas con cincuenta piezas de los calibres de 48 á 12, mientras los de Oquendo no pasaban de 600 toneladas, con artilleria de 22 á 8. Ambas escuadras reunieron su Consejo, y en el de la española propuso el conde de Bañolo que se sacase la tropa de los transportes y se distribuyera en los buques de guerra; mas como el objeto esencial de la expedición era llevar un refuerzo á Pernambuco, no quiso D. Antonio exponerlo á las contingencias de la acción; antes determinó que mientras ésta duraba, se pusieran en salvo las carabelas y naos mercantes.

»Formada la línea de combate en lugar que situaron por 18° de latitud S., 240 millas al E. de los Abrojos, los holandeses, que tenían el barlovento como queda dicho, cayeron sobre ella á las ocho de las mañana. La almiranta holandesa, con otro navio del mismo porte, abordaron á la española por ambos costados, matándola 60 hombres á la primera andanada, é hiriendo al general Vallecilla de dos mosquetazos. El galeoncete *Buenaventura*, que con mejor intención que maña se atravesó por la proa de los tres, sufrió un fuego tan horroroso, que quedó sin gente, y fué apresado, aunque á poco se hundió. Prendió la Santa Bárbara de uno de los navíos holandeses, volándose

juntamente con nuestra almiranta, y dejando á la de Holanda muy maltratada y con fuego, que le dió bastante que hacer. El general Vallecilla, con las dos heridas, quemada la cara y las manos por la explosión, se arrojó al agua y fué de los pocos que se salvaron.

»En otro grupo abordaron á la capitana de Oquendo la de Hanspater y otro auxiliar, también por ambos lados, y como los castillos dominaban su cubierta, con la mosquetería le hicieron muchas bajas; pero en el acto de embestirle les había enviado descargas de enfilada con tan buena suerte, que llegaron ya diezmados; además, acudieron á sostenerla la capitana de Masibradi y el navío *Placeres*, que en pelotón jugaron furiosamente todas las armas durante el espacio de ocho horas. Al fin prendió fuego en la capitana de Holanda, que ya había perdido su estandarte y muerto su general, y se voló, librándose la nuestra por haberle dado remolque galeón auxiliar; el enemigo que tenía por la otra banda también acabó incendiado, y entonces pudo Oquendo recorrer con la vista el horizonte é imponerse del estado en que se hallaba su escuadra, en persecución de los restos de la holandesa que huía. Fueron nuestras pérdidas, dos galeones á fondo, 585 muertos y 201 heridos; y las de los holandeses, los tres mayores galeones quemados, y 1,900 muertos, con su general. El parte que de la acción dirigió el victorioso al Rey, era modesto: elogia el valor y las condiciones de su enemigo, indica los capitanes que se distinguieron á sus órdenes, y refiere las ocurrencias del resto del viaje, en que sufrió un fuerte temporal, sin exageraciones ni vanagloria de su persona.»

El otro hecho ocurrió en 1639, año en que Oquendo libró sus últimas batallas. Urgía enviar á Flandes tropas que restablecieran el perdido equilibrio de nuestra dominación y sólo era posible conducirlas por mar y á través de las armadas francesa y holandesa. Tal empresa se confió á D. Antonio Oquendo, y para ella se reunieron cuantos bajeles se hallaban disponibles. «Dando la vela en Cádiz en el mes de Agosto, se le agregó en la Coruña la escuadra de D. Lope de Hoces, siguiendo en unión hacia el Norte. El día 16 de este mes, hallándose cerca de las Dunas, apareció la vanguardia holandesa, compuesta de 17 navíos; y como la capitana real marchase á la cabeza y se retrasaran los demás bajeles, se vió Oquendo solo entre tantos enemigos. Hubiera sido cosa natural que retrocediera hacia el cuerpo de la escuadra; pero al general no le pareció decoroso, ni qué otra determinación le cabía que recibir el fuego de todos los enemigos y dirigirse sobre su capitana, que mejor que aceptar el abordaje, juzgó continuar á distancia competente el fuego de su artillería, observando que el navío más próximo al español fué echado á fondo de una sola carga, sin que se salvaran más que dos hombres. Resultado de esta desigual contienda fué que, cuando se le incorporaron los de retaguardia, se hallaba la capitana con el aparejo acribillado, 43 muertos y muchos heridos, entre ellos cuatro capitanes. Durante la noche se unieron á los holandeses otros 16 navíos; de modo que al amanecer el día 18 se renovó el combate, sin gran orden en la armada española, que en parte se había sotaventado, llevando el mayor peso de la acción, prolongada hasta las cuatro de la tarde, la capitana, las almirantas y pocos galeones. La de Flandes, que mandaba Mateo Ulajani, viró bizarramente sobre los enemigos, con la desgracia de que una bala de cañón le llevara la cabeza antes de abordar, como lo intentaba; rodeada esta nave y un patache que la acompañaba por seis navíos, fueron apresados sin auxilio de los demás, incidente que inclinó á Oquendo á entrar en el puerto inglés de las Dunas. De aquí con los buques ligeros envió el socorro á Flandes, que desembarcó felizmente en Mardique, cumpliendo el objeto de la expedición. Trató en seguida de reparar las averías de los galeones, en cuya operación se hallaba cuando penetró en el mismo puerto la armada holandesa, mandada por el almirante Tromp, y reconociendo el inconveniente de la vecindad, ordenó el inglés que la española cambiase de fondeadero, situándose entre ambas para obligarlas á respetar la neutralidad en que se mantenía la Gran Bretaña. No era esto, sin embargo, de naturaleza para tranquilizar á Oquendo; las instrucciones que había recibido del gobierno y sus propias observaciones, le hacían sentir que de un momento á otro, y por cualquier evento, podía cambiarse en hostil la actitud amistosa del huésped, en cuyo concepto, á una pérdida segura en el puerto, era de preferir el azar de una batalla en el mar. Accidentes imprevistos embarazaron la salida de una parte de los galeones, viéndose, con 22, seguido por los holandeses, que contaban 114, y que en el combate de cinco contra uno emplearon los brulotes para destruir más pronto la osada fuerza que retaba á tan enorme superioridad. La capitana de D. Lope de Hoces luchó con ocho navíos y fué abrasada, que no rendida; la del almirante Feijó sucumbió quedándole 13 hombres vivos; lograron abrirse paso aisladamente otros, aunque maltratados, quedando la Real de Oquendo sola, como el jabalí acosado por la jauría. La gente, acobardada por el diluvio de hierro que despedazaba la arboladura, se abrigó bajo cubierta, en cuyo momento indicó al General el piloto que todavía podían ganar otra vez el puerto de las Dunas. «No permita Dios, le respondió, que menoscabe mi reputación con una mancha tan grande;» y bajando á las baterías, con enérgicas palabras enardeció á la gente y prosiguió todo el día la defensa, destrozando ó echando á pique á los que se acercaron demasiado. Con la noche cesó el admirable espectáculo de aquel combate sin ejemplar, entrando la Real en el puerto de Mardique, donde se le contaron 1,700 balazos de cañón. «Ya no me falta más que morir, dijo entonces el anciano General, pues que he traído á puerto con reputación la nao y el estandarte.»

Murió Oquendo pocos meses después de este suceso, y hallándose ya en la patria. En sus últimos momentos y presa de la fiebre, como oyera las descargas de la Armada anunciando religiosa festividad, incorporóse en el lecho dando voces de mando, cual si se hallara en un combate (7 de Junio de 1640). Dícese que abierto su cadáver se le encontraron en el corazón tres gruesas cerdas, que tuvieron los presentes por señal de grande aliento. Fué efectivamente muy esforzado y como criado desde joven en el mar, experto en el ejercicio de su profesión. Al entrar en los

combates jamás se puso piezas de armadura; su cuerpo era pequeño, su fisonomía enérgica y respetable; sus modales y su conversación revelaban la bondad de su alma y la hidalguía de sus sentimientos.

Andrea Cantelmo (pág. 117).—En el *Gran Diccionario histórico* de Moreri, (edición de París, 1759), hallamos las pocas noticias que hemos podido procurarnos de este personaje. La de los Cantelmi era una de las más ilustres familias del reino de Nápoles, á la que Carlos II, rey de Inglaterra, reconoció en 1683, en acto solemne, como descendiente de los monarcas de Escocia, y por lo tal, como parientes suyos á los que llevaban aquel apellido. En 1688 Carlos II de España aprobó la publicación del acta en que esto se consignaba. Parece ser que los descendientes de Everardo Kantelm ó Kanclam, último hijo de Duncan I, soberano de Escocia, se trasladaron á Francia, donde llegaron á poseer grandes bienes, y habiendo tomado parte en la expedición de Carlos de Anjou á Nápoles, en 1265, obtuvieron en recompensa la tierra de Pópuli que en el siglo XVI Felipe II erigió en ducado. Fué el décimocuarto de los señores de Pópuli y el sexto de los duques de este nombre Fabricio Cantelmi, de cuyo matrimonio con Laura de Eboli tuvo, entre otros hijos, á Andrea Cantelmi ó Cantelmo, según escriben nuestros historiadores españolizando el apellido. Este es el personaje cuyo retrato reproducimos en la citada página.

Andrea Cantelmi sirvió en los Países Bajos en el ejército español y consiguió la categoria de maestre de campo general, general de la artillería y gobernador de Flandes. Fué un hombre perito, diligente y valeroso, aunque no siempre afortunado, como lo justificaban los numerosos hechos de armas en que figuró. También rigió el ejército de Cataluña, donde tuvo la desgracia de ser derrotado por el conde de Harcourt en 22 de Junio de 1645 y verse sitiado en Balaguer, que fué tomada por los franceses, suceso que le apesadumbró en extremo, ocasionándole la muerte el 5 de Noviembre del citado año.

La ronda nocturna (pág. 121).—No representa esta composición del célebre Rembrandt, como parece indicar su título, una *ronda de noche*, sino una reunión de soldados-ciudadanos, que se dirigen á tirar al blanco. Un tambor toca llamada y todos ellos van colocándose detrás de su capitán y tenientes que aparecen en primer término. Las figuras se hallan representadas en variadas actitudes, vestidas con lujosos uniformes, de cuyos colores ha sabido el pintor obtener mágico resultado, y casi todas ellas son retratos. El principal efecto de esta composición nace, como muchas otras de este célebre artista, del claro oscuro, pero no admira menos por la exquisita belleza del color, del dibujo y sobre todo de la expresión. Todas las figuras acusan extraordinaria vida; todas ellas patentizan los profundos conocimientos que Rembrandt poseía del natural.

Después de los elogios que se han hecho de esta famosa composición, parece ocioso encarecer más detalladamente sus bellezas; empero, preciso es consignar que no ha faltado quien, alabándola, la tachase de enigmática y embrollada, á causa de haberse fijado únicamente en el título que lleva. Basta decir que no figuran en ella antorcha ni linterna alguna, que las sombras más enérgicas distan mucho de poseer el vigor que las de la noche, para convencerse del error. No se echan de ver en nuestro dibujo los efectos del claro oscuro, pues sólo hemos tratado de dar ligera idea de esta obra de arte, reproduciendo la composición por el valor que tiene en su parte indumentaria. Como el *Banquete de la Guardia cívica*, el cuadro de Rembrandt enriquece el Museo de Amsterdam, y uno y otro son fiel trasunto de la vida militar holandesa. La *Ronda nocturna* es un prodigio de ejecución, y, en sentir de eminentes críticos, una de las tres ó cuatro obras maestras de la escuela. Blanc la conceptúa la más excelente entre todas las de Rembrandt, y Bürger, que la ha descrito minuciosamente, como acabada expresión del arte pictórico. La *Ronda nocturna* fué compuesta entre los años 1637 á 1642, época á que se refiere nuestro anterior ESTUDIO.

D. Francisco de Melo de Braganza (pág. 125).—Fué este personaje de nación portugués, de regia estirpe y emparentando con la alta nobleza de aquel reino. «Se llamaba en realidad, dice el Sr. Weil en las notas que ilustran su trabajo: *Un soldado de España*, D. Francisco de Portugal-Braganza, de la rama apellidada Melo.—Su padre, D. Constantino de Portugal-Braganza-Melo, era hijo segundo del marqués de Ferreira, conde de Tentugal y de Olivenza, D. Constantino, quien había casado con D.ª Eugenia, hija del duque de Braganza, D. Diego, y hermana del duque D. Teodosio I, abuelo del duque D. Teodosio II.—La abuela del vencedor de Honnecourt era, pues, tía-abuela del duque de Braganza, D. Teodosio II, padre del que se llamó, como Rey, Juan IV.—Pero no era este el único parentesco que le ligaba á la ilustre casa de Braganza, á la cual pertenecía en línea recta por varones, como en línea indirecta por su abuela.

»El dicho D. Francisco, marqués de Ferreira, conde de Olivenza y de Tentugal, era, en efecto, biznieto de D. Fernando I, duque de Braganza, quien había tenido dos hijos.—El mayor heredó, como era consiguiente, el título de duque de Braganza, transmitiéndolo en línea recta hasta Juan IV.—El segundo, Alvaro de Portugal-Braganza, marqués de Ferreiras, casó con D.ª Felipa de *Melo*, hija y heredera del conde de Olivenza, y de resultas de este matrimonio esta rama de la casa de Braganza añadió á su apellido patronímico de Portugal-Braganza, el de Melo. Para demostrar con mayor copia de datos que D. Francisco de Melo era Portugal-Braganza, añadiré que el D. Alvaro, marido de D.ª Felipa de Melo, era nieto del duque de Braganza D. Alfonso de Portugal, hijo natural del rey de Portugal, Juan I.»

No es, pues, de extrañar, dados estos antecedentes, que descollara entre la juventud noble de su tiempo, y así lo prueba el hecho de haber sido nombrado gentil-hombre del rey Felipe IV, en ocasión de asistir Melo á la ceremonia de la coronación de dicho soberano. Ganó grandisimo favor cerca del Rey y de su favorito, hasta el extremo de hacerse odioso á sus compatriotas, quienes le acusaban de dañoso á su patria y traidor á su misma familia, y á compás que fué creciendo la estimación de la córte española aumentó el aborrecimiento de los portugueses. Desempeñó el D. Francisco de Melo sus primeros cargos políticos en la diplomacia, pasando en 1633 en calidad de embajador de Saboya á Italia, y mediando con tal ocasión en un tratado que debia ajustarse entre el Duque y la república de Génova. Cítase de Melo un rasgo que pinta su carácter astuto. «El tratado, con la firma del Duque (de Saboya), estaba ya en Géneva, pero los ministros de la República exigían, sin embargo, que se le añadiesen dos palabras importantes. Negáronse, más por orgullo, que con razones, los embajadores del Duque á semejante adición, la cual obligaba á devolver los pliegos á su soberano; y no tenía trazas de terminar bien aquella disputa, cuando Melo, que asistía á las conferencias, dió, como sin pensarlo, un golpe en el tintero y derribándolo sobre el protocolo, lo inutilizó de todo punto. Fué preciso enviar á Turin por otro; pero antes de que se hiciese, ya estaba allí Melo, y pudo conseguir, sin grande esfuerzo, que se incluyesen las palabras reclamadas en los nuevos pliegos (1).» Tres años después de este suceso y en premio de sus servicios diplomáticos recibió Melo el título de conde de Assumar; y parece que, ganoso de gloria militar, trató asimismo de ensayarse en las armas, pues vémosle figurar con posterioridad en las campañas de Italia, y no por cierto deslucidamente. Por breve temporada desempeña el gobierno politico de Milán, en ausencia del marqués de Leganés, ocupado en la guerra; luego se le ve en Colonia, Bruselas y Viena, consagrado á tareas diplomáticas; en 1638, con el mando militar en el ejército de Lombardia y título de maestre de campo general, y más tarde virey de Sicilia; harta recompensa á sus servicios militares y que por lo mismo despertó murmuraciones. Dió en su vireinato grandes muestras de celo, pero nombrado á poco para mandar el ejército del Milanesado y ser embajador de la Dieta de Ratisbona, hubo de trasladarse á Alemania, donde condujo la negociación encaminada á que el Emperador prendiera á D. Duarte, hermano del duque de Braganza, que se había rebelado y ceñido la corona de Portugal. Servia el D. Duarte voluntariamente en los ejércitos del Emperador, y esta circunstancia y el pertenecer Melo á una de las ramas de la casa de Braganza dieron mucho que hablar; pero como una de las disposiciones del nuevo gobierno portugués había sido confiscar á D. Francisco sus bienes y desterrarle del reino, bien se comprenderá que así el amor al soberano español, como el resentimiento contra sus compatriotas y deudos, movieran el ánimo de Melo; y se reconocerá también que el odio de los portugueses de una parte y el celo y habilidad de Melo de otra, le ganaran cada día mayor grado de favor, y por ende no escasas distinciones. Una de esas fué su nombramiento como individuo de la junta que sucedió en el gobierno de las provincias flamencas al Cardenal Infante D. Fernando, muerto en 1641 en el sitio de Aire. Hízose entonces cargo del ejército que cercaba esta plaza, tuvo la fortuna de asistir á su rendición, y tales pruebas dió de celo y habilidad en allegar recursos y reorganizar el ejército muy mermado por la anterior campaña, que mereció que el Rey le nombrara en propiedad gobernador y capitán general de las armas, á falta de persona de regia estirpe á quien encomendar aquellos Estados.

Afortunado fué D. Francisco Melo en su primera campaña, pues, según ya hemos visto en el anterior Estudio, las conquistas de Lens y la Bassée y la victoria de Honnecourt, fueron el justo premio de sus desvelos; pero el Rey no dejó de mostrársele agradecido y con tal motivo concedióle el título de marqués de Tordelaguna, la grandeza de España y una renta de diez mil ducados. «Aquella, dice un historiador, era la primera vez que Melo mandaba como jefe en una batalla campal;» y la prueba que hizo allí debió infundirle ciertos temores, cuando á raíz de este suceso escribía al Rey que había quedado con tal conocimiento de su escaso valer, que deseaba dejar el mando de las armas á quien fuera capaz de recoger el fruto de la victoria. Reconociendo en Melo, como no puede menos de reconocerse talento, sagacidad y gran dosis de valor ¿qué era lo que á su leal entender le faltaba? «Faltábale, dice atinadamente el Sr. Cánovas, la educación lenta y el hábito temprano de la guerra: faltábale la serenidad de espíritu indispensable en los contrastes varios de una batalla: la costumbre de ver y dominar el espectáculo sangriento: lo que no se aprende, en fin, sino rarísimas veces, en los gabinetes, ni en los salones en que él había consumido la mejor parte de su vida: lo que á la edad del vencedor de Honnecourt quizá no ha aprendido de veras ningún caudillo jamás.» Justo es reconocer que D. Francisco lo comprendía así al manifestarlo en lenguaje que respira lealtad al monarca español; y no menos justo reconocer también que por desgracia no alcanzaban nivel más alto los caudillos que España tuvo por este tiempo al frente de sus ejércitos; pues así lo acreditan las funestas campañas de Cataluña y Portugal. A Melo cupo ser actor y director de un drama ruidoso y esta fué la mayor de sus desgracias.

Tal es á grandes rasgos el boceto biográfico del caudillo del ejército español en Rocroy. De su conducta en esta batalla ocioso es emitir juicio, después de lo que llevamos dicho en el Estudio que antecede. Por desfavorable que este sea, no dejará de reconocerse que Melo, supeditado por el previsto arribo de Beck, hizo todos los esfuerzos imaginables para sostener la lucha y reveló gran heroismo. Salta á la vista que tal fué su preocupación, porque en realidad no debió contar más que con la gente que disponía para aceptar la batalla ó de lo contrario encerrarse en

(1) Cánovas del Castillo, *Del principio y fin que tuvo la supremacia de los españoles en Europa.*

la defensiva. Perdida que fué aquélla, Melo con los que se salvaron de la derrota, el ejército de Beck, el de Fuensaldaña y el de Cantelmo, sostúvose á la defensiva contra franceses y holandeses y perdió la plaza de Thionville. Su reputación quedó amenguada, cayó en el descrédito de los Estados de Flandes y se hizo necesario sacarle de aquel gobierno. Sin embargo, aunque Felipe IV acordó relevar á los principales cabos de aquel ejército, y aunque Melo regresó á nuestra patria con tilde de malversador, el monarca no debió dar gran crédito á las vagas acusaciones de que era blanco, como así lo demuestra el hecho de que, caido Olivares, amigo y protector de Melo, fué éste encargado del mando de las armas en Cataluña y Aragón por algún tiempo, y después ocupó un asiento en el Consejo de Estado.

Esto es todo lo que sabemos de D. Francisco de Melo de Braganza, la fecha de cuyo fallecimiento no hemos podido averiguar. Dicho personaje estuvo casado con D.ª Antonia de Souza y Villena, hija de D. Enrique de Souza, hecho conde de Miranda por Felipe II, y tuvo cuatro hijos, siendo el mayor D. Gaspar Constantino, el heredero de los titulos de conde de Assumar y marqués de Tordelaguna que aquel poseía, asi como de la dignidad de Grande de España.

El Conde de Fontaine (pág. 129) —En ocasión de redactar las noticias biográficas, relativas á D. Pedro Enrique de Acevedo, conde de Fuentes, hicimos observar la confusión que, hasta hace pocos años, reinó respecto á estos dos personajes. D. Pascual Gayangos, en un interesante trabajo publicado en el tomo I de la *Revista de España* (1868); D. Antonio Cánovas del Castillo, en su excelente estudio acerca de la batalla de Rocroy, y el Sr. D. Cesáreo Fernández Duro en su *Apología del Conde de Fuentes*, han devuelto al conde de Fontaine su estado civil, y hoy nosotros tenemos una verdadera satisfacción en dar su retrato, facsímile de un grabado de la época (1), que sin duda alguna ve por primera vez la luz en publicación militar.

La biografía de este personaje la encontramos hecha ya, y de un modo cumplido, siendo de notar que, si bien escrita en español, es debida á un autor extranjero, el Sr. D. Alfredo Weil, en los tomos XCVI y XCVII de la *Revista de España*. Gayangos y Cánovas habían dado algunos datos relativos á este personaje; pero Weil los ofrece lo más completos que pueden apetecerse. De este escritor los tomamos nosotros, no sin recomendar á los amantes de nuestra historia patria, la consulta de tan notable trabajo.

Ignórase el año que nació Pablo Bernardo de Fontaine; y por el retrato que tenemos á la vista, bien puede suponerse que rayaba, por los días que se efectuó la pintura original, en los sesenta años de edad; lo que hace suponer que vió la luz en el último tercio del siglo XVI. Fué probablemente su país natal el Franco-Condado, y en este caso Fontaine, por nacimiento, súbdito del rey de España. Si como supone el duque de Aumale, Fontaine nació en Fougerolles, y si como dice una inscripción latina puesta al pie de su retrato (en la colección de D. Valentín Carderera), fué señor feudal de aquel distrito, resulta que no era un *soldado de fortuna*, sino uno de tantos nobles que en aquella época agitada acudían á combatir bajo nuestras banderas, ya en clase de capitanes, ya elevándose á superiores jerarquías después de haber servido con una pica. Ignórase también cuándo hizo sus primeras armas, y cabe pensar que fué hacia el año 1595 y tal vez en la guerra del Franco-Condado, sostenida entre el gobernador de Milán y Enrique IV; después pasaría á Flandes, donde en 1616 le hallamos ya promovido á jefe de un tercio valón. Este mando, ejercido antes por ilustres señores, revela los méritos que concurririan en Fontaine, como militar y persona de linaje. ¿Tomó parte Fontaine en el socorro de Alemania y guerra de Bohemia? ¿Fué herido en la batalla de la Montaña? Esto es lo que se ignora, pues si bien el barón de Guillaume menciona un señor de Fontaine, al hablar de aquellas operaciones y este suceso, no puede asegurarse que fuera el mismo personaje. Lo que cabe afirmar es que el conde de Fontaine siguió al frente de su tercio hasta la tregua de los *Doce años*.

Al espirar la citada tregua, Fontaine tomó parte en las operaciones militares á las órdenes de Spinola. Asistió al ataque de la Esclusa, hallóse en el sitio de Berghen-op-Zoom, y en 1624, cuando el sitio de Breda, vémosle ejercer el cargo de superintendente de la gente de armas de Flandes. Por su actividad y celo le corresponde no pequeña parte en la rendición de esta célebre plaza; y sus servicios debieron de ser de mucha cuenta, pues al llegar Spínola á Madrid en 1628, pidió á Felipe IV concediese á Fontaine el título de conde. Desde esta fecha hasta 1631, se sabe poco de la vida de este personaje, aunque es de presumir que tomaría parte activa en las operaciones realizadas. El conde de Aytona le recomienda al Rey con otros capitanes en 28 de Diciembre de 1630, como capaz de gobernar un ejército; y en efecto, encargado al año siguiente de defender con 2,500 infantes y algunas piezas, una línea de 15 kilómetros de longitud, formada por el antiguo cauce del río Zwynn y paralela al litoral, revela allí tanta actividad como inteligencia, pues desbarata con una hábil maniobra el movimiento efectuado por el principe Federico Enrique de Nassau, desde la boca occidental del Escalda sobre Brujas y socorre oportunamente á esta villa, dispuesta á recibir al enemigo. Desde este año, 1631 hasta 1635, parece indudable que se halló en Flandes como gobernador de la ciudad y territorio franco de Brujas. Como á tal tomó parte muy activa en las operaciones de 1633 y 34, en cuyo último año se apoderó del importante fuerte de Santa Ana, situado al N. E. de Hults; dato este, entre otros no

(1) *Theatrum pontificum, imperatorum, regum, ducum, principum etc. pace et bello illustrium.—Serenissimo Archiduci Leopoldo Guilielmo dedicatum.—Antverpiæ.—Apud Petrum de Iode, Chalcographum.*—1651.

menos evidentes con que prueba el Sr. Weil que no fué el conde de Fontaine gobernador del Franco-Condado. Al inaugurarse la campaña del año siguiente, el Cardenal Infante, encomendó á Fontaine la toma del fuerte Filipina, llave del Saso de Gante; y aunque lo atacó con intrepidez, la enérgica resistencia de los holandeses impidió su conquista. Poco después, y á causa de la invasión de los franceses en Flandes, tras la jornada de Avein, Fontaine recibió el encargo de defender con 4,000 soldados el país de Waes, donde se mantuvo atento á los movimientos del ejército del Artois y no menos vigilante de los holandeses, cuyas maniobras desbarató; y al siguiente año cubrió y resguardó con 5,000 infantes y 2,000 caballos las plazas marítimas del condado de Flandes: Gravelines, Neuport, Dunkerque, Mardick y otras, mientras el ejército español de Flandes penetraba en Francia. Como en la anterior campaña, el Conde frustró con su actitud resuelta las intentonas de los holandeses en el país de Waes.

Abrióse la campaña de 1637 con la invasión de los holandeses por la parte de Hults, y Fontaine acudió á cerrarles el paso, estorbando con esto el movimiento que los franceses efectuaron desde Calais, y quedando luego en vigilancia del enemigo en el citado territorio de Waes, mientras el Cardenal Infante acudía en socorro de Breda, y frustrado su plan, se apoderaba de Venloo y Ruremunda. Este fué el último año de su gobierno en Brujas, pues en Abril de 1638, vémosle ascendido al importante empleo de general de la artillería, si bien permaneció en sustitución del marqués de Fuentes por algún tiempo al frente del ejército de defensa del litoral. Las hábiles maniobras que efectuó en esta ocasión Fontaine y el oportuno auxilio que dió á Saint-Omer, amenazado por el ejército de Chatillon, contribuyeron eficazmente al buen resultado de esta campaña; pero lo que más fama le dió fué la reconquista del fuerte Calloo, arrebatado por los holandeses, y la batalla librada en la posición de Leveren, en las márgenes del Escalda, donde los enemigos fueron derrotados con enormes pérdidas, entre ellas 53 banderas y 30 piezas. De esta victoria no han hecho hasta aquí justa mención los historiadores españoles, y no es de extrañar si se tiene en cuenta que la eclipsó la de Fuenterrabia. Novoa (1), que se ocupa de ella, nos da también cuenta de las siguientes operaciones en que Fontaine tomó parte en unión del Cardenal Infante, operaciones entre las que descuellan el ataque á las posiciones holandesas del fuerte de San Juan (en Straelen), dirigido por el Conde en persona, y al año siguiente la oportuna protección de Hults, sobre la que intentaba caer Federico Enrique. En los ejércitos que para la campaña de 1640 organizó D. Fernando, el destinado á la frontera holandesa se confió al conde de Fontaine, y con su habitual diligencia y pericia, hizo frente á dos divisiones enemigas de las que una amenazaba á Brujas y la otra á Danme, consiguiendo después de *ocho dias* de incesantes combates, que ambas se retiraran con pérdida de 1,000 hombres, entre muertos y heridos. Por desgracia su ejército se vió mermado con la separación de un tercio y seis compañías de caballos destinadas á engrosar el del Cardenal Infante, que hubo de acudir al peligro que corría la plaza de Arras; y aprovechando estas circunstancias, Federico Enrique se movió de nuevo sobre Hults, en cuyas cercanías se entabló un empeñado combate del que salió Fontaine victorioso. Gracia á este triunfo se salvaron Hults, el Sas, Gante, Terramunda, Amberes y todo el pais de Waes, y comprendiéndolo así esta última ciudad hizo al Conde gozoso recibimiento. Y no pararon aquí los triunfos de Fontaine en esta campaña. Noticioso de que el príncipe de Orange, intentaba atacar á Güeldres, Fontaine emprendió sin perder momento la marcha á esta frontera á grandes jornadas y no obstante el temporal de agua á la sazón reinante; y llegó á las márgenes del Mosa con tal rapidez que Federico Enrique levantó el sitio «por no osar pelear con un ejército determinado y victorioso.» En ocasión de este movimiento, cítase un rasgo que pinta al vivo, así al carácter de Fontaine, como la índole de sus subordinados. «Para dar estímulo á la actividad y diligencia, tan preciosos para el éxito de una marcha que de la rapidez dependía, no fueron honores, recompensas, ascensos, pagas ni pluses lo que prometió Fontaine. Sencillamente mandó «que el tercio que cada dia llegase primero á la plaza de armas llevaria la vanguardia (2),» y con noble y legitimo orgullo añade el alférez D. Lorenzo, que no hubo día «en que no lo *ganase* su maestre de campo el vizconde de Rivas.» ¡Con tales soldados y oficiales, según la frase de Napoleón, se podía ir hasta los últimos confines de la tierra (3)!»

A la muerte del Cardenal Infante quedó el gobierno de los Estados confiado á una junta compuesta de seis personas, una de las cuales fué el conde de Fontaine; pero esta junta existió corto tiempo, porque el monarca hizo recaer el gobierno político y militar en D. Francisco de Melo, conde de Assumar. A las órdenes de éste y como maestre de campo general del ejército español, vemos figurar á Fontaine en la toma de Lens y la Bassée, y si no se encuentra en la jornada de Honnecourt, débese á que las amenazas del príncipe de Orange, obligaron á Melo á trasladarle al territorio de Waes, donde al frente de 8,500 infantes y 1,500 caballos, desbarató los designios de aquel caudillo. En el citado territorio permaneció Fontaine hasta que fué llamado por Melo para acordar el plan de la nueva campaña, la última de su historia militar, y en la que también ejerció el cargo de maestre de campo general, ó, como hoy diriamos, jefe de Estado mayor del ejército. Tales son los antecedentes históricos del personaje que tan alta reputación alcanzó en Rocroy, sin duda alguna á causa de haberlo confundido los historiadores franceses con el célebre conde de Fuentes, aunque no indigno de ella ni de su historia, por su conducta en esta jornada. Murió en ella, á lo que parece, cuando trataba de atajar el movimiento envolvente de Enghien. Aquejado por la

(1) *Hist. de Felipe IV*, tomo II, p. 528 á 531.
(2) *Relación del alférez D. Lorenzo Ceballos y Arce*, pág. 293.
(3) Weil, *Un soldado de España*.

gota aquel día tristemente célebre, hízose conducir en una silla de manos, y esto quizás le quitó la oportunidad en dar las órdenes (1). Lo cierto es que al ir á efectuarlo recibió gloriosa muerte.

Los historiadores franceses consignan que cuando hubo capitulado el último tercio, Enghien hincó rodilla en tierra y dió gracias á Dios por el triunfo obtenido, y después fué á contemplar el cadáver de Fontaine y rindió justo homenaje á su valor, diciendo que, de no haber vencido, hubiera preferido concluir de igual modo. Hizo más aún el príncipe francés. «El 31 de Mayo —cuarenta y ocho horas después de la batalla que acababa de salvar á Francia de ruina quizás irremediable—fúnebre comitiva se encaminaba desde la iglesia de Rocroy hacia Fontaine l'Évêque; iba delante una carroza con el escudo de la casa de Bourbón Condé: en este coche se veia un ataúd: detrás marchaban rezando jesuítas y religiosos en traje talar. Este improvisado féretro conducia al cuartel general español el cadáver del maestre de campo general, conde de Fontaine, que Melo, en cuanto hubo juntado su gente en Fontalibeque (Fontaine l'Évêque) había mandado pedir al duque de Anguien. No sólo accedió el joven vencedor á tan natural deseo, sino quiso que, después de amortajado y colocado en el ataúd, fuese llevado, como acabo de indicar, en el coche suyo y acompañado de los capellanes del ejército español que habían caído prisioneros, y á quienes dejaba libres.»

La hoja de servicios del valeroso maestre de campo, la reconstituye el Sr. Weil en esta forma:

Maestre de campo de tercio, en 1616;

Superintendente de la gente de armas de Flandes, en 1625;

Creado Conde por merced del Rey D. Felipe IV á indicación de Spínola, en 1628;

Gobernador de la ciudad y del Franco de Brujas, en 1629 ó 1630;

General de la artillería, en 1638;

Gobernador de las armas de la frontera de Holanda, en 1640;

Individuo de la junta de gobierno de los Estados á la muerte del Cardenal Infante, en 1641;

Maestre de campo general del ejército, en las campañas de 1642 y 1643.

Muerto gloriosamente en el campo de honor, el 19 de Mayo de 1643, después de cincuenta años de servicios y de veintidós de campañas sucesivas.

Soldados flamencos (pág. 131)—Los que en dicha página figuran han sido copiados de un grabado de la época, y son dos arcabuceros y un piquero, vestidos á la usanza francovalona. Uno de los arcabuceros lleva sombrero de fieltro, adornado de plumas, anguarina con mangas perdidas, medias calzas ceñidas y zapato, con la espada pendiente de una bandolera; los otros dos soldados se diferencian de éste, por vestir, en vez de la anguarina, un jubón, distinguiéndose el piquero por las dos pistolas que lleva sujetas á la cintura.

El duque de Alburquerque (pág. 133).—D. Francisco Fernández de la Cueva, duque de Alburquerque, nació en Barcelona en 1619 y fué hijo del séptimo duque de igual titulo y nombre, virrey que fué de Sicilia y Cataluña, de los Consejos de Estado y Guerra de Felipe IV, presidente del de Aragón, y de D.ª Ana Enriquez de Mendoza. Pertenecía, pues, á una familia tan encumbrada por la nobleza, como influyente, y cuyos timbres debía hermosear con bélicos laureles el octavo duque. Muy joven aún, quedó D. Francisco huérfano de padre, y, dueño ya de su albedrío, vémosle á la edad de diez y nueve años en las filas del ejército destinado al socorro de Fuenterrabía (1638). Formó parte en esta ocasión del tercio del marqués de Mortara, combatiendo con gran ardimiento en el cuerno derecho de las picas, en la vanguardia y en la primera hilera de los escuadrones. Terminada aquella campaña, permaneció muy breve tiempo en la corte, y á pesar de que su posición brillante y su fortuna opulenta le brindaba con el regalo y los placeres, no vaciló en ofrecerse al Rey para *ir donde le mandase*, ofrecimiento que éste aceptó enviándole á Flandes, donde ardia la guerra más viva que nunca. Ocurrió esto el año 1640, y nuestro don Francisco comenzó su carrera *sirviendo con una pica*, y captándose por su celo y bravura el afecto de sus camaradas y jefes. Sin embargo, es preciso notar que su ascenso á la categoría de maestre de campo fué muy rápido, pues tuvo lugar en 1642, despertando algunas murmuraciones en el ejército; bien es cierto que Alburquerque vistió el tercio á su costa. Supúsose si éste y otros cargos los recibió el Duque de D. Francisco Melo, por querer éste casarle con una de sus hijas (2); mas por considerársele y haberse hecho digno de aquel puesto, debe estimarse aquélla, como dice Cánovas, una murmuración vana; aunque no abone la rectitud de Melo, posponiendo á militares más expertos y antiguos (3). Justificó muy en breve Alburquerque ser merecedor del empleo por su comportamiento heroico en

(1) «En el Museo de Artillería, en París, puede verse la silla que usó Fontaine en Rocroy. El duque de Anguien la regaló al Capitán Noel, comandante de la plaza de Rocroy, en recompensa de su defensa, y luego una biznieta de este oficial la ofreció como homenaje, corriendo el pasado siglo, á los príncipes de Condé. En Chantilly estuvo este trofeo hasta que, gracias á generoso desprendimiento, vino recientemente á ser propiedad del Estado.» Nota del Sr. Weil, en el trabajo antes citado.

(2) «Sospecha gratuita, dice el Sr. Rodríguez Villa, toda vez que el Duque se casó pocos años después, pero con una ilustre dama de la aristocracia española.»

(3) «El duque de Alburquerque, dice el Sr. Weil, á fines del año 1640, había llegado á Flandes en compañía de los condes de Garcíes y de Villalba, recibiendo á los pocos meses el mando del tercio de Saavedra, como luego recibieron sus compañeros el mando de los primeros tercios

la batalla de Chatelet, ganada á los franceses el 26 de Mayo de 1642, á propósito de la cual dice el Sr. Rodríguez Villa: «Subió por las fortificaciones del enemigo en pleno día, y rompiendo los regimientos de Bresse y del Piamonte, les ganó con su tercio siete piezas de artillería. Recogiendo después los soldados que se derramaban en el alcance, se formó y sustentó en la plaza de armas, abrigando á los que volvían rechazados, con lo que no poco se aseguró la buena fortuna de aquel día. Dando cuenta el capitán general del ejército D. Francisco de Melo á S. M. del suceso de tan ventajosa batalla, le decía: «Serían las tres de la tarde del lunes 26 de Mayo, cuando se empezó por todas partes furiosamente el ataque; ganó el barón de Beck el bosque con sumo valor de nuestra infantería; cargó el enemigo todo allá. Fué la caballería en escuadrones con espada en mano, al mismo tiempo que por el costado derecho avanzaron los dos tercios de D. Alfonso de Avila y duque de Alburquerque, también con la espada en la mano, cumpliendo con las obligaciones de su sangre. Subió el Duque y fué rechazado dos veces de la trinchera...» En otra carta sobre la misma batalla se lee: «Al duque de Alburquerque con su tercio le tocó el pelear con el de Piamonte; deshízole completamente y apoderóse de seis piezas de las diez que se tomaron (1).» Tan brillante comportamiento valió al Duque una carta del Rey, redactada en los mas lisonjeros términos.

Habíase hallado, pues, el Duque, en todos los sucesos de las campañas de 1640, 41 y 42, y sus importantes servicios constan así en el *Diario de lo que hizo D. Francisco de Melo, desde que salió á ganar la Bassea* (2), como en las *Relaciones* de Vincart (3); en los reales títulos de capitán general de las galeras de España, capitán general de la Armada del Océano y teniente general de la del mar, que se le otorgaron en 1650, 62 y 64 (4), y por último, en el *Memorial* que elevó al Rey pretendiendo el virreinato de Nueva España (5). En este documento se adelanta á rebatir la suposición de que su encumbramiento fuera debido á su nombre ó á su fortuna. «Ninguno de los puestos que he tenido, dice al Rey, me le ha granjeado la atención de lo que soy. A todos he subido por sus escalones, que para ser maestre de campo, serví dos campañas con una pica.» En 1643 se le nombró capitán general de la caballería de Milán, «como maestro de campo más antiguo de los tercios españoles», según sus mismas frases; á continuación de las que escribe: «El cargo de general de la caballería de Flandes, me halló ya general de la de Milán». Por manera que un mismo año pasó de Flandes á Milán con ascenso y luego de Milán á Flandes, haciendo notar el Sr. Rodríguez Villa que «el ascenso inmediato al cargo de general de la caballería del Estado de Milán, era á general de la misma arma en los Estados de Flandes». Convengamos, para ser imparciales, en que mucho y muy rápido ascender era éste; pero convengamos también en que el hombre que sacrificaba su comodidad y su fortuna por los trabajos de la guerra, que combatía como un héroe y que soportaba las miserias y las enfermedades, mostrándose igual á los más pobres soldados, era merecedor de grandes distinciones.

Al inaugurarse la campaña de 1643, el cargo que ejercía Alburquerque era, pues, de general de la caballería ligera. «Esta *caballería ligera*, dice el Sr. Weil, que no debe confundirse con los *caballos corazas*, tan resistentes como los propios tercios, era la que en Rocroy componía en su mayor parte el cuerpo á las órdenes del duque de Alburquerque. En general la formaba gente bisoña, y, por lo tanto, asequible al pánico. Lo propio sucedía en el ejército francés, y el duque de Aumale, tachado de parcialidad, hace constar que la caballería francesa la componían veintiún regimientos, en su mayor parte acusados de haber vuelto las espaldas sin batirse en Thionville y la Marfée...» Alburquerque formó con los caballos de Flandes en el costado izquierdo de la línea de batalla, «al opósito donde estaba el mayor número de la caballería francesa (6)», acompañado de sus tenientes Vivero y Villamor, y tan pronto oyó la señal de atacar, cargó con su caballería tan bizarramente, que rompió la contraria y llegó hasta la artillería francesa, de la que se hizo por breves momentos dueño; pero, rehecho el enemigo, renovada la embestida con mayores fuerzas, y no apoyada la caballería española por la infantería, comenzaron los escuadrones á descomponerse y concluyeron por desbandarse, no obstante los esfuerzos que para evitarlo hicieron Alburquerque y sus tenientes, quienes, dice Vincart, se *portaron valerosísimamente*. No *desapareció*, pues, el Duque *del campo de batalla*, como afirma el duque de Aumale, en su artículo *La première campagne de Condé* (7), antes al contrario, luchó como un héroe, procurando rehacer sus escuadrones, *formar grueso*, como entonces se decía; llevar al combate los caballos de reserva, amonestando á unos, animando á otros y dando á todos *con la espada en la mano* digno ejemplo. Por desgracia, el destrozo iba en aumento, la infantería permanecía inmóvil, y el Duque, que *no hallaba sino capitanes y oficiales sin soldados*, en estos críticos momentos fué herido de un mosquetazo en la pierna y por dos veces prisionero,

vacantes. Tan rápido ascenso, debió, como era natural, promover contra ellos cierto mal humor de parte de oficiales encanecidos que de golpe veíanse privados del premio de sus largos servicios en favor de jóvenes, valientes sí, pero casi bisoños, cuyo único merecimiento era pertenecer á la *juventud dorada* de la corte y á la íntima tertulia del Rey.»

(1) *El duque de Alburquerque en la batalla de Rocroy.—Impugnación á un artículo del duque de Aumale sobre esta batalla, y noticia biográfica de aquel personaje*, Madrid, 1884.

(2) *Memorial histórico español*, tomo XVI.

(3) *Relaciones de las campañas de 1642 y 1643*, antes citadas.

(4) Insertos al final del *Informe* titulado *D. Francisco Fernández de la Cueva, duque de Alburquerque*, por D. Cesáreo Fernández Duro, Tomo X de la *Colección de Memorias de la Academia de la Historia*, año 1884.

(5) Idem, ídem.

(6) Vincart, *Relación* citada.

(7) *Revue des Deux Mondes* (1.° y 15 de Abril de 1883).

librándose gracias á la espada. Aun así intentó sostenerse con los escuadrones de reserva que mandaba el barón de André, mas no lográndolo y viendo que no había más caballería en pie, fué forzado á guarnecerse en las filas de su antiguo tercio. Pudo, sin embargo, retirarse de él, antes que se rindiera, y, como Melo, ponerse en salvo con alguna gente. Esto es lo que testifican Vincart y Dávila, Melo al dar cuenta al Rey de la batalla, y el mismo monarca en la carta que dirigió al Duque el 30 de Junio de 1643, en la que le dice: «Aunque el suceso de la batalla de Rocroy fué infeliz, habiéndoos señalado en ella tan conforme á la obligación de vuestra sangre (de que me avisa el marqués de Tordelaguna), he querido deciros la estimación en que quedo del valor y celo de mi servicio que mostráis en todas ocasiones.»

Continuó Alburquerque después de la batalla desempeñando el cargo de capitán general de la caballeria ligera de Flandes y tomando parte muy activa en la campaña defensiva de 1643. Mandó en ausencia de D. Francisco Melo el ejército, y gracias àl hábil movimiento que efectuó sobre Landrey para oponerse al mariscal francés Manecamp, obligó al duque de Enghien á evacuar el Luxemburgo. Concluída la campaña de 1643, el Duque vino á España con el encargo de representar el estado de las provincias, pero á esta sazón Felipe IV había ya acordado el relevo de todos los cabos de Flandes, en cuyo número fué comprendido Melo; y aunque el Rey trató de paliar el mal efecto que esta medida causó al Duque, honrándole con el ejercicio de gentil-hombre, no con esto cerró la boca á la malicia (1). Así lo hacía constar Alburquerque al solicitar por este tiempo el virreinato de Nueva España, que no obtuvo á causa de su juventud. En cambio, en 1645 nombrósele general de la caballería en el ejército de Cataluña, y poco después capitán general de las galeras de España, con las que se halló en el sitio de Barcelona, y consiguió el 22 de Noviembre de 1650 una señalada victoria en la altura de Cambrils contra cuatro navíos franceses que acudían en socorro de Tortosa. Mereció por este hecho una honorífica carta del Rey, otra muy laudatoria del ministro; y, rendida que fué Tortosa, la merced de una encomienda de 4,000 reales. Y no paró aquí el favor que le dispensaba el soberano; porque teniendo en cuenta su antigua pretensión al virreinato de Nueva España, nombróle para desempeñarlo, y en este nuevo cargo pasó Alburquerque siete años, con entera satisfacción del monarca y de sus administrados. De regreso á la patria, recibió el título de capitán general de la armada real del Océano, más tarde el superior de teniente general de la mar, y posteriormente la elevada y honrosa dignidad de Consejero de Estado y el virreinato de Sicilia. Tres años desempeñó este gobierno, con tanta discreción, habilidad y celo como el de Nueva España; pero á causa de la muerte del monarca, la Reina gobernadora llamóle á desempeñar su plaza en el Consejo de Estado. De regreso á la corte, sus merecimientos y su antigüedad en el cargo de gentil-hombre, le llevaron á ocupar la vacante de mayordomo mayor del príncipe D. Carlos, y desempeñando este elevado puesto, falleció en Madrid el día 27 de Marzo de 1676.

El duque de Alburquerque casó, en Enero de 1645, con D.ª Juana Francisca de Armendariz, segunda marquesa de Cadreita, dama y camarera mayor que fué de tres reinas. Además de los títulos y cargos con que fué honrado, era el de Alburquerque marqués del Cuéllar y de Cadereyta, conde de Ledesma y Herrera, señor de las villas de Huelma, Mombeltrán y la Lodosera, y comendador de Guadalcanal en la Orden militar de Santiago, en la que también gozaba de la dignidad de Trece. En elogio de las victorias que consiguió sobre los franceses, compusieron los vates granadinos de su tiempo encomiásticos versos, de los que se conservan impresos un *Espejo poético* (1662) y un librillo, debido al capitán de corazas Ledesma, sin pie de imprenta ni año. Una y otra producciones son citadas por el Sr. Fernández Duro en el importante *Informe en desagravio de tan ilustre prócer* recientemente presentado á la Academia de la Historia. Y cumplimos gustosos con un deber al consignar aquí, que las noticias en que hemos basado esta biografía, han sido entresacadas principalmente de la interesante colección de documentos que ha dado á luz el citado escritor, y de la notable *Impugnación* del Sr. Rodríguez Villa, á quien tanto debe la historia militar de España.

Banquete de la guardia cívica holandesa (pág. 137).—«Frente al lienzo de la *Ronda nocturna* de Rembrandt, en el museo de Amsterdam, se halla colocada la obra maestra de Bartolomé Van der Helts, el *Banquete de la guardia cívica*, y no podia ser la colocación más oportuna para dar su debido valor á éste y á aquel cuadro, á causa del admirable contraste que forman entre sí. Ambos pintores se han encontrado frente á iguales modelos. En uno y en otro, son milicianos-burgeses, oficiales, soldados, un abanderado y un tambor. Pero de estas composiciones, una está velada por misteriosa poesía; otra escrita con la sencillez y claridad de la prosa. Rembrandt ha contemplado sus personajes á través del prisma de su genio; les ha visto iluminados por la luz, envueltos en la penumbra ó perdidos en la sombra. Van der Helts los ha copiado tales como la casualidad les colocó frente á sí, bajo un rayo de sol, con gran exactitud en actitudes y trajes, con todos los detalles de equipo y armadura, desde la pluma que adorna el sombrero, hasta la estrella de las espuelas. Rembrandt narra la escena con el calor que presta la elocuencia, arroja sobre ella el velo de su imaginación; Van der Helts la cuenta con toda franqueza, con estilo ingenuo y familiar, sin omitir detalle alguno de los que caracterizan á cada uno de sus personajes, sin dar á éstos otra colocación que la que tienen en la vida, sin prestarles más relieve que el que tienen en la realidad... Rembrandt de

(1) *Memorial del duque de Alburquerque representando sus servicios y pretendiendo el virreinato de Nueva España.*

todas sus figuras hace un solo cuadro. Van der Helts ha detallado su composición en una serie de figuras. Este ha formado una reunión interesante de retratos, sin poner cosa alguna de su parte; aquél, por el contrario, ha creado con ellos un conjunto armonioso, arbitrario y que lleva impreso el sello de su talento.

Así se expresa el eminente crítico Carlos Blanc en su *Histoire des peintres de toutes les écoles,* al hablar de los dos insignes artistas holandeses; y describiendo luego la obra maestra de Van der Helts, dice lo siguiente: «El banquete representado es el que tuvo lugar el 18 de Junio de 1648 en la gran sala de tiro *(doele)* de San Jorge del Singel, en Amsterdam, en ocasión de la paz de Munster. De las veintiséis figuras que componen este cuadro, siete aparecen en el primer término, si no más detalladas, por lo menos más aparentes que las restantes; y auque la disposición de estas figuras á primera vista parezca debida á la casualidad, créese notar en ello, después de examinadas, cierta simetría, una combinación tanto más hábil en cuanto está más oculta. De estas siete figuras, dos se encuentran de pie y cinco sentadas; tres se presentan aisladas por completo y sin mirar á las que están á su lado; las otras cuatro en conversación, dos á dos. A simple vista las siete figuras forman dos grupos, bastante simétricos cada uno, de tres personas, una de las cuales se halla de pie; pero esta ponderación está interrumpida felizmente por la séptima, sentada á la izquierda de la mesa y que carece de *pendant* Ninguno de dichos personajes ocupa el centro del lienzo, y esto da á la composición un carácter más sencillo y un efecto menos rebuscado. Sin embargo, el principal papel está reservado naturalmente al abanderado Jacobo Banning, que sostiene la enseña, símbolo de la compañía; al capitán Juan Cornelio Witzen, que estrecha la mano de su teniente Juan Waveren, y á los dos sargentos Dirck Thoveling y Tomás Hartoy, que hablan sin duda de comer y beber en albricias de la paz, porque uno hace trozos de un pedazo de jamón, mientras el otro, viejo camarada cargado de espaldas, brinda á su salud en enorme vaso preciosamente tallado y montado en oro. Estas figuras se hallan colocadas á este lado de la mesa, vuelta la espalda á los restantes convidados. Del otro lado, se hallan los arcabuceros del *doele* de San Jorge, unos sentados, otros en pie, todos con elegante traje español; unos descubiertos disfrutan del festín; otros puestos los sombreros adornados de plumas y el arcabuz al hombro, entran por la puerta del tiro situada á la izquierda. En el centro del fondo unas vidrieras permiten ver las casas de Amsterdam y algunos árboles; el resto lo forma una pared de tono neutro, suficientemente vigoroso para dar relieve á las testas, inclusas la del hostelero y su criada, que figuran en tercer término y se hallan casi perdidas en la penumbra. Tal es, brevemente descrito, el famoso cuadro.»

Permite la soberbia composición de Van der Helts apreciar debidamente los detalles del traje y armas de los holandeses, que, como dice Carlos Blanc, son de gusto español. Los oficiales llevan sombrero de fieltro con ricas plumas, ropas de terciopelo y seda, más ó menos adornadas de galones y encajes, coraza, ancha faja de seda y espada; los soldados, en trajes menos ricos, ostentan el arcabuz; destacando solamente á la derecha un alabardero, sargento sin duda de la compañía.

En un papel sujeto al parche del tambor, el artista reprodujo los siguientes versos del poeta holandés Vos:

Belona está saciada de sangre; Marte maldice el trueno
del bronce destructor. La espada desea envainarse;
Por esto el bravo Witts brinda al noble Van Waveren
la copa de la paz, para celebrar perpetua alianza.

Siendo como son, todas las figuras representadas en este cuadro, retratos, fué grande la fortuna de Van der Helts al reunir tantos modelos en un mismo lienzo y elevarse hasta la dignidad de la historia sin salir de las condiciones ordinarias del retrato. Pero es preciso reconocer que en esos tipos inmortalizados por su pincel, se retrata toda una época; todos ellos personifican dignamente la raza fuerte que luchó heroicamente contra España y contra Francia, y que gracias á su constancia, á su laboriosidad y á su patriotismo hizo de la reducida Holanda, una nación próspera y respetada, uno de los más grandes pueblos del Universo!

Van der Helts nació en 1612 y murió en 1670.

Buque de guerra holandés (pág. 141).—El precioso grabado de la citada página, facsímile de uno holandés de la época, permite formarse acabada idea de la construcción naval de aquel país á principios del siglo XVII. Representa una soberbia nave de tres palos y popa alterosa, agudo espolón y dos puentes, artillados cada uno con once piezas por banda. Bella es la decoración de este bajel que, como casi todas las galeras de su época, es notable por el gran lanzamiento de proa, formado por un tajamar muy pronunciado y bajo, del cual parte un bauprés-botalón que sirve de llave á los estáis del palo trinquete y es al mismo tiempo porta-cebadera. Es de notar también que el puntal de estos buques aumenta gradualmente hasta el alcázar, formado por diferentes pisos y coronado por un enorme fanal. Su mayor manga correspondía al último tercio de popa y la forma total del casco era de muchos llenos ó poca astilla-muerta. El aparejo lo constituían tres palos cruzados formados por palos machos y un solo mastelero con vergas mayores, gavias y juanetes, menos en el palo mesana, en que faltaba la última verga. Ostentaban en ellos grandes banderas y grímpolas. Lo muy detallado del dibujo permite hacerse exacto cargo de otras particularidades.

Pistolas de ruedas (pág. 145).—El *Catálogo de la Real Armería,* á cuyo Museo pertenecen, dice de ellas lo siguiente: Números 2044 y 2048. Un par de pistoletes de rueda: cañones y guarniciones todos grabados y dorados, y las letras C B FRANCI. Siglo XVI-XVII.

Sitio de Colibre (pág. 149).—Mientras las armas castellanas veíanse en 1641 reducidas á Tarragona, Luis XIII, empeñado en apoderarse del Rosellón, despachaba á principios de 1642 cuantas tropas tuvo disponibles con objeto de ganar sus más importantes plazas. Avisó el marqués de Mortara, que se hallaba encerrado en Colibre, la proximidad del ejército enemigo, mandado por el mariscal de la Meilleraie, y reclamó inmediato socorro, prometiendo sostenerse y conservar las eminencias vecinas un mes entero; pero se engañó lastimosamente; porque el francés las ganó en una tarde, poniendo 500 hombres fuera de combate y persiguiendo los restantes hasta Colibre, donde quedó sitiado Mortara con más de 3,500 hombres. Sin embargo, pudo éste abrigar confianza de un próximo socorro, puesto que, como ya dijimos en el precedente ESTUDIO, Olivares ordenó al marqués de Pobar que desde Tarragona, con 35,000 caballos y 1,000 infantes, se dirigiera por el interior del territorio en socorro de Colibre. Los resultados de esta desacertada expedición los conocemos ya, pues hemos relatado oportunamente la derrota del ejército castellano en la Granada el 28 de Marzo de 1642. Como era consiguiente, debían tocarlos muy en breve los castellanos que se mantenían en el Rosellón; y aunque Colibre y Perpiñán estrechamente cercadas se resistieron con heroísmo, hubieron de entregarse antes que les llegaran socorros.

Hace constar la inscripción puesta en el original de que es facsímile nuestro grabado, que fué «por carecer de agua y de leña», y que los defensores salieron de la plaza en número de 3,400, los que fueron convoyados hasta Fuenterrabía juntamente con dos cañones; y añade que Perpiñán fué vigorosamente atacada el mismo día. Esta ciudad no se rindió, sin embargo, hasta el 29 de Agosto, después de haberse defendido con valor verdaderamente heroico.

Para inteligencia del sitio de Colibre reproducimos los números marcados en dicho plano, que son: 1. Regimiento de Enghien.—2. Reg. de la Meilleraie.—3. Reg. de Boisac.—4. Reg. de Leran.—5. Reg. de la Champelle Palou.—6. Reg. de Magalotty.—7. Fuerte comenzado á construir por los españoles para impedir el avance y tomado en los primeros aproches.—8. Capilla inmediata al fuerte.—9. Molinos ganados á los españoles.—10. Reducto español ganado en los aproches.—11. Trinchera de aproche construída sobre rocas y terreno pedregoso por los mineros y soldados.—12. Primera batería compuesta de seis piezas y destinada á cañonear la torre y fuerte de Santa Teresa, que cubría la villa.—13. Segunda batería de cinco piezas, para cañonear dicho fuerte.—14. Tercera batería de seis piezas para cañonear la torre.—15 Cuarta batería de tres piezas.—16. Torre y fuerte de Santa Teresa, arruinadas por el cañón y ganadas por asalto.—17. Batería de tres piezas construída en el citado fuerte para cañonear el castillo y sus defensas.—18. Otra batería de tres piezas situada al pie del fuerte y con igual objeto.—19. Batería de dos piezas en la ciudad baja cuyos fuegos barren el puerto.—20. Trinchera á lo largo del puerto.—21. Batería de seis piezas en la ciudad baja que barre la parte alta de Colibre.—22. Batería de morteros y bombas.—23. Castillo, cuya torre principal domina el puerto y sus baterías.—24. Falsabraga de piedra con empalizada al pie del castillo, para defensa del puerto.—25. Pozo del castillo, que cegó la mina.—26. Mina fabricada en la cortina y que arruinó la cisterna.—27. Batería de tres piezas en el foso del castillo.—28. Atrincheramiento y batería española cubriendo la entrada del castillo.—29. Tenaza de madera frente á la puerta.—30. Ciudad alta.—31. Iglesia parroquial.—32. Batería de cuatro piezas destinadas á cañonear la puerta del castillo en la ciudad alta.—33. Otra batería de morteros en la ciudad alta, una de cuyas bombas cayó en la torre del castillo matando á 120 defensores.—34. Batería de dos piezas contra la torre del puerto.—35. Otra batería de tres piezas contra la torre de un molino, que gane por asalto el Regimiento de Champagne.

El grabado, de autor anónimo, lleva el siguiente título: «Plano del sitio de la villa y castillo de Colliovre, en el Condado de Rosellón, puesto por el ejército del Rey cristianísimo Luis XIII, á las órdenes del Mariscal de la Meilleraie, Gran maestre de la artillería de Francia el 17 de Marzo, y terminado con la entrega de la ciudad el 13 de Abril de 1642.»

D. Fadrique de Toledo (pág. 151).—Nació en Nápoles el año 1580, y fué hijo segundo de D. García de Toledo, marqués de Villafranca, cuyo retrato y biografía hemos dado en el Tomo II. La vocación de D. Fadrique para la carrera de las armas manifestóse siendo todavía muy joven, y habiendo entrado á servir en la marina como muchos de sus antecesores, halló repetidas ocasiones de probar su esfuerzo, conquistando, gracias á él y á su buen comportamiento, los ascensos sucesivos hasta el de capitán general del mar Océano en 1618. Tenía á la sazón treinta y dos años; los repetidos encuentros con turcos y berberiscos habíanle dado alguna experiencia en los combates, y su vida en las galeras, la experiencia necesaria á un general. En 1621 acreditó hasta qué punto era digno de tan elevado mando; porque habiéndose roto las treguas con Holanda, recibió orden del Rey para pasar al Estrecho y adelantarse á interceptar el convoy de las naos holandesas del comercio de Levante. Situóse D. Fadrique en Gibraltar y dió orden que se le incorporasen cuatro naves que se hallaban en Lisboa; pero cuando los vigías anunciaron el paso del enemigo, resultó que contra las treinta y una naves señaladas sólo tenía D. Fadrique nueve bajeles disponibles. Grave era el caso, porque las de Lisboa no habían tenido tiempo de incorporarse, y de tropezar con ellas

las holandesas, era de presumir un descalabro; en cambio corríase muy serio peligro en embestir á los enemigos, tan superiores en número. Resolvió, no obstante, el de Toledo, probar fortuna, y en muy buen orden se hizo á la mar. Avistáronse el día 9 las dos escuadras, y al amanecer del día 10 la holandesa destacó siete naves que á toda vela cruzaron el Estrecho, mientras las veinticuatro restantes embestían á la española disparando su artillería. Aferráronse todos los bajeles y combatióse al abordaje, y con tanta fortuna por parte de los nuestros, que la capitana española rindió á los dos que la atacaban, apresó á un tercero, y sólo á causa de haber perdido los palos cesó en la persecución.[1] Cinco naves enemigas quedaron destruídas y dos fueron llevadas á Cádiz como trofeo. Este sangriento y rudo combate dió gran reputación á D. Fadrique, al que honró el Rey con el título de Capitán general de la gente de guerra del reino de Portugal. Continuó los años siguientes impidiendo el paso de las expediciones enemigas y convoyando las flotas de Indias; mas como en 1624 se hubieran apoderado los holandeses de San Salvador del Brasil, recibió órdenes de acudir á dicho punto. Al efecto, hizo grandes levas, reunió las escuadras del Océano, Estrecho, Vizcaya, Cuatro Villas, Nápoles y Portugal; en junto 52 bajeles, todos con buena artillería y toda clase de pertrechos, y en los que se embarcaron cinco tercios. La gente de mar y los soldados sumaban 12,600 hombres, y entre ellos figuraban conocidos y muy expertos caudillos.

Era suma desgracia que, á la lentitud con que se organizaba una expedición marítima en aquellos tiempos, se agregaran otras contrariedades originadas por el atraso de la construcción naval y conocimientos náuticos, porque el enemigo tenía suficiente tiempo para descargar sus golpes y hacerse fuerte ó desaparecer de la escena de sus fechorías; y así no es de extrañar que la expedición española ordenada en el verano de 1624 no saliera de Cádiz hasta Enero de 1625, y llegara á San Salvador el 29 de Marzo. El viaje se hizo esta vez felizmente; nuestros bajeles se aproximaron sin contratiempo á la costa, desembarcaron la infantería, y se dió comienzo al sitio, que hubo de establecerse en regla, prolongóse un mes, y terminó con una capitulación, cuando ya las trincheras de los españoles llegaban hasta el foso (30 de Abril). En la ciudad se halló el cuantioso y rico botín que tenían dispuesto los enemigos para su transporte á Holanda, mucha artillería y vituallas. Algunos días después fueron apresados dos cruceros holandeses que precedían á una armada enemiga de socorro, y hubiera ésta sido destrozada por completo de seguirse los consejos de D. Fadrique, porque la dejó entrar en la bahía sin hostilizarla, y una vez en ella ordenó el ataque; pero efectuóse éste con poco calor por parte de los capitanes, gracias á lo cual pudo escapar el enemigo.

El 24 de Octubre, después de penosísimo viaje, regresó la expedición á Málaga, sin haber perdido más que una sola nave; y sin que el victorioso general tuviera el tiempo de descanso que las fatigas de tan largo viaje requerían, púsose otra vez, por orden del Rey, en campaña, pasando á socorrer á la Mamora, luego á las Terceras, en espera de los galeones de Indias, y finalmente en auxilio de los hugonotes de la Rochela. Después de reposar por breve tiempo en su casa el año 1629, pasó el mismo año á las Antillas, donde escarmentó á los filibusteros que asolaban aquellas costas, atacándoles en sus guaridas de las islas de Nieves y San Cristóbal, sorprendiendo y destrozando sus flotas, tomándoles sus fortalezas y sus armas y pertrechos de guerra, y haciéndoles 2,300 prisioneros. Fué ésta una campaña rápida y felicísima, terminada la cual, la armada española llegó convoyando la flota de la plata á Sanlúcar y Cádiz, pocos días antes de cumplirse el año de su salida de este puerto. Continuó D. Fadrique en el mando de la armada hasta 1633, en cuyo año, y á repetidas instancias suyas, se le otorgó licencia para retirarse á su casa en la corte, donde falleció el 11 de Diciembre de 1634. «Faltó, dice á este propósito el historiador Novoa, un excelente capitán, en quien consistió por algunos años la reputación de esta Monarquía; fué terror y freno de septentrionales y africanos; como sus predecesores, temido y respetado de holandeses; osaré decir que lo sintieron, porque era amado por su nobleza de condición, de amigos y enemigos, y todos querían militar debajo de su mano. Los portugueses, poco aficionados á las cosas de Castilla y que no reconocían soldado, no querían ir con otro al Brasil sino con él y llevarle por caudillo, y decían más: que si iba D. Fadrique de Toledo, habría victorias, y si no, que no habría nada. Los enemigos percibieron que les había faltado grande adversario y dejado gran desahogo á sus armadas. Era su nombre conocido en todo el orbe, hasta de los mayores piratas y corsarios más ignotos; donde iba D. Fadrique, se daba cualquier empresa por acabada, y así le sucedió en todas las que le tocaron.»

El historiador citado, en la segunda parte de sus *Memorias*, da algunas noticias acerca de las causas que motivaron el alejamiento de D. Fadrique de la armada y su oscura muerte, y exclama tristemente al concluir el Libro segundo de la citada parte: «¡Quién dijera que moriría D. Fadrique antes que de las balas y la pólvora de los enemigos, de los letrados, y de sus derechos, y de la envidia de un valido que emulaba las acciones y los grandes hombres!» Persiguióle, en efecto, en los últimos años de su vida la saña de Olivares, y no perdonó ni su honrada memoria. El origen de este odio fué, que habiéndosele ordenado en 6 de Mayo de 1634 que marchara á la costa de Portugal, y resistiéndose á efectuarlo, por la necesidad de arreglar sus intereses, á cuyo efecto elevó al soberano repetidos memoriales, se consideró esto como desobediencia, y fué preso y encausado, sin tener para nada en cuenta sus muchos y buenos servicios. La explicación de tal ensañamiento nos la da el Sr. Fernández Duro, que ha repasado los autos del proceso, y otros interesantes papeles de la época. «El hecho es, dice, que el éxito de la recuperación de San Salvador y la feliz campaña de las Antillas, que acabó trayendo á España un tesoro que algunos valúan en 19 millones de pesos, dió en el ánimo del Rey gran estimación á D. Fadrique de Toledo. Su venida á la corte en estas circunstancias, despertó la suspicacia y los celos del Conde-duque de Olivares, favorito omnipotente,

que se propuso alejar una influencia perjudicial á la suya. La ocupación de Pernambuco por los holandeses, que habían vuelto con mayores fuerzas al Brasil, le ofrecía pretexto para intimar al Capitán general de la armada del Océano que se dispusiera á desalojarlos de allí, preparando desde el momento nueva expedición. Con este motivo se cruzaron varias cartas entre el Ministro y el General, encareciendo el primero el apuro de la defensa, y alegando el segundo la equidad de concederle algún reposo, habiendo otros generales beneméritos que pudieran conducir la empresa. Agriáronse los términos de la correspondencia; el Conde duque, á vuelta de términos secos, escribió al General que recordase había ganado en el servicio del Rey caudal y honores, frase mortificante, que fué contestada por D. Fadrique, observando «que había servido á S. M. gastando su hacienda y su sangre, y no *hecho un poltrón*». Pareció al Ministro transparente la alusión, y de aquí el proceso, prisión y vejaciones de toda especie con que quiso doblegar al que se atravesaba en su camino. Los trámites se llevaron con toda celeridad, no obstante ser notoria la grave enfermedad de D. Fadrique, y aun hubo de emplear toda su influencia la mujer de éste, para conseguir que en este estado no se le notificase personalmente la sentencia que recayó, por desobediencia á las órdenes de S. M., de diez años de destierro de los reinos de Castilla, multa de 10,000 ducados, pago de costas y privación de todos los títulos, mercedes, encomiendas y rentas, é inhabilitación para todo cargo público.» ¡Así pagaba el desatentado favorito á uno de los pocos hombres de valer que á nuestra patria quedaban! ¡De esta suerte miraba el indolente monarca la vida y la honra de los que lealmente le servían!

Las incomodidades del alojamiento en que primeramente estuvo preso y el disgusto de las vejaciones sufridas, causaron á D. Fadrique, en Septiembre de 1634, la enfermedad de que murió á los cincuenta años de edad; y por suerte no llegó á conocer aquella inicua sentencia. El Conde-duque llevó su encono hasta «exonerarle de entierro público, honras y acompañamiento, y puerta principal de la iglesia; con dolor notable de la corte y de su mujer, que quedó preñada, y después parió un hijo, para que no se acabase la línea de tan grandes soldados (1).» No impidió aquella medida que el pueblo acompañara contristado el féretro; y derribado el favorito, la memoria del esforzado general fué rehabilitada, y devueltos á la familia los honores y dignidades. En la historia de la marina ocupa la figura de este caudillo magnánimo y valeroso el lugar reservado á los varones ilustres.

El duque de Enghien (pág. 153).—Perteneció este ilustre capitán á la encumbrada casa de Condé y familia de Borbón, ligada á la real de Francia con los vínculos de la sangre. Fué el cuarto de los príncipes de Condé y mereció por sus hechos que se le calificara de *Grande*. Su nombre era Luis de Bourbón ó Borbón, y en vida de su padre designósele con el título de *Duque de Enghien*, que es el que le dan los historiadores coetáneos al hablar de la jornada de Rocroy.

Luis de Borbón nació en París el año 1621, y en 1641, á instancias de su padre, Enrique de Condé, casó con una nieta del cardenal Richelieu, de quien era aquél sumiso cortesano. A los diez y siete años hizo sus primeras armas, á los veintidós se dió á conocer como hábil general en la memorable batalla de Rocroy (1643) El año siguiente tomó el mando del ejército de Alemania y consiguió brillantes triunfos contra los imperiales en Friburgo; ocupó el 45 parte del Palatinado, tomó á Maguncia, Laudau y otras plazas y ganó la célebre batalla de Nordlinga. En el año 1646 asistió á la capitulación de Dunkerque, cuya importante plaza aumentó el territorio francés. Menos afortunado en Cataluña, donde operó el 47, no consiguió tomar á Lérida, ni realizar movimientos de importancia; pero al año siguiente obtuvo brillantes triunfos en Flandes, distinguiéndose particularmente en la jornada de Lens. Las intrigas de la Fronda hiciéronle figurar en empresas menos lucidas, y le arrastraron hasta pactar con los enemigos de su misma patria. Avido de poder, después de haber encendido el fuego de la discordia en el Mediodía de Francia, reunido junto á sí los restos del antiguo feudalismo que Richelieu abatió, y ganado á París a mano armada, su mismo orgullo le precipitó, arrebatándole las simpatías de gran número de partidarios y obligándole á lanzarse en brazos de España, que le dió un mando en sus ejércitos de Flandes. El vencedor de Rocroy entró con éstos á sangre y fuego por las provincias francesas del Norte, pero hubo de luchar con Turena y fué poco afortunado en estas campañas. No obstante, era un enemigo demasiado poderoso para que se le despreciara, y Mazarini procuró, con motivo de la paz de los Pirineos, su regreso á Francia y su rehabilitación.

En 1668 se le confió el mando del ejército invasor del Franco Condado. Hizo en menos de un mes la conquista de este país; pasó luego á Holanda (1672), donde ganó á Wessel y otras plazas; derrotó en Senef (1674) al príncipe de Orange, y por último, defendió, en 1675, la Alsacia contra el general austriaco Montecuculli. Sus últimos años los pasó en el soberbio palacio de Chantilly consagrado á las letras y á las prácticas religiosas. El inmortal Bossuet, que dejó oir su elocuente voz en las exequias de este personaje, contribuyó, sin duda, á idealizar los rasgos de su carácter.

Murió el famoso caudillo en Fontainebleau el año 1686.

Distinguíase Condé como capitán por su fácil concepción, por su rapidez en las maniobras, por el poderoso empuje que imprimía á las masas; tenía inspiración y audacia. Era fogoso, violento, pero no muy cauto; y por eso no pocas de sus victorias costaron á los ejércitos que mandó numerosas víctimas. Como general demostró ser uno de

(1) Novoa, *Hist. de Felipe IV, Rey de España*, Lib. II.

los mejores de su tiempo. No puede decirse lo mismo examinándole como hombre privado, pues era altanero, irascible, ambicioso, avaro, sarcástico y depravado. De él se dijo que mejor sabía ganar batallas que corazones; y en verdad, que si atentamente se estudia la figura de Condé, habrá que reconocer, con un historiador francés, que su desprecio profundo por la humanidad y su olvido de toda ley, hacen de él uno de los hombres con los cuales ha de mostrarse la historia más severa.

D. Pedro Calderón de la Barca (Alegoría, pág. 120).—Nació este insigne dramaturgo en Madrid el 17 de Enero de 1600 y falleció en la misma coronada villa el 15 de Mayo de 1681; por manera que llenó su vida las cuatro quintas partes del siglo XVII, condensando en éste las fuerzas del ingenio dramático que en el anterior se habían tan brillantemente desplegado, y marcando, según dice atinadamente un crítico, con el punto más encumbrado de nuestra gloria, la inconmensurable altura de que más tarde se reprecipitó. Sus padres fueron D. Diego Calderón de la Barca, secretario de Cámara del Consejo de Hacienda en los reinados de Felipe II y III, y D.ª Ana María Henao, de ilustre familia. Eran señores de la casa Calderón del Sotillo y tuvieron además de D. Pedro otros tres hijos.

Hizo D. Pedro Calderón sus primeros estudios en el Colegio Imperial de Madrid, perteneciente á los jesuítas; después pasó á la Universidad de Salamanca, donde cursó con notable aprovechamiento Filosofía, Matemáticas, Historia sagrada y profana, y ambos derechos. Dejó á Salamanca en 1619 y fuése á Madrid, donde comenzó á distinguirse escribiendo algunas piezas y tomando parte en poéticas justas. Siguiendo las corrientes dominantes á la sazón en la juventud, en 1625 entró en la carrera de las armas, pasando á servir al Rey en el Milanesado y después en Flandes. No parece que se le mostrara propicia la fortuna en su nuevo estado, ni lograron las armas entibiar su amor á las bellas letras, pues Pellicer hace mención de él con motivo de una herida que recibió en riña suscitada á consecuencia de la representación de una de sus comedias. Felipe IV debía tener noticia de su mérito, cuando le llamó para el servicio de sus reales fiestas y le honró en 1636 con el hábito de Santiago. Salieron en 1640 las Ordenes militares á campaña, con motivo de la guerra de Cataluña, y Calderón sentó plaza en la compañía del Conde-duque de Olivares, permaneciendo algunos años en el Principado. Justifica el buen concepto en que se tenía á nuestro poeta, la comisión militar que le confió en 1641 para Madrid el marqués de la Hinojosa, y sus buenos servicios la merced de 30 escudos mensuales que se le hizo, al regresar definitivamente á la corte. Una orden firmada por el monarca en Julio de 1649, consigna que los 370 escudos que gozaba anualmente como entretenido de la artillería, habían de quedar reducidos á la mitad, haciéndole merced por otra parte. En este mismo año fué encargado Calderón de dirigir y hacer la reseña de los festejos que debían celebrarse en Madrid, con motivo de la entrada de la nueva reina D.ª Mariana de Austria, y desde dicha fecha fué ya compositor y árbitro en los teatros de la corte. Dos años más tarde, deseoso de mayor sosiego ó impulsado por religiosa vocación, vistió el hábito sacerdotal, recibiendo en 1653 una de las capellanías de los Reyes Nuevos de Toledo, en cuya ciudad permaneció hasta 1663, año en que le nombró el monarca su capellán de honor, señalándole una nueva pensión y dándole repetidas muestras de estima. Por último, en 20 de Mayo de 1663 entró en la congregación de presbíteros naturales de Madrid, de la que en 1666 fué elegido capellán mayor, en la cual concluyó sus días y á la que legó sus bienes (15 de Mayo de 1681). Costeóle ésta un soberbio sepulcro, y puso en su lápida un epitafio, cuya traducción es como sigue:

D. O. M.

DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA
NATURAL DE MADRID, CÉLEBRE EN TODO EL MUNDO,
CABALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO,
CAPELLÁN DE LA DE REYES NUEVOS DE TOLEDO
Y DE HONOR DE SS. MM. D. FELIPE IV Y D. CARLOS II,
FUÉ RÍO DE DELICIAS MUY AMADO DE LAS MUSAS.
DESPRECIÓ AL MORIR
LAS OBRAS QUE ESCRIBIERA CON EXTRAORDINARIO APLAUSO.
Á LA VENERABLE CONGREGACIÓN DE SACERDOTES NATURALES DE ESTA CORTE,
INSTITUYÓ HEREDERA, CON ESTA CONDICIÓN:
QUE SEPULTASE SIN POMPA AL QUE NO APETECÍA OTRA GLORIA QUE LA ETERNA.
LA CONGREGACIÓN, NO OBSTANTE, EN MUESTRA DE GRATITUD
Á TAN LIBERAL BIENHECHOR,
LE DIÓ SEPULTURA BAJO ESTE MÁRMOL.
VIVIÓ OCHENTA AÑOS.
AÑO DEL SEÑOR MDCLXXXII
NO EN REAL APLAUSO NI EN TALENTO FÍES.

«Era D. Pedro Calderón de la Barca, dice uno de sus biógrafos, de dulce y afable trato, de semblante grave y condición austera, enjuto de carnes, especialmente en sus últimos años, de bien dispuestas facciones, de frente espaciosa, de mirada viva y penetrante, y de natural bondadoso y caritativo. Murió, como ya hemos dicho, en Madrid, en su modestísima casa natal situada en la calle Mayor, más abajo del trozo conocido con el nombre de Platerías, 95, como lo atestigua la lápida conmemorativa que hay en ella. Su cadáver fué sepultado en la parroquia

del Salvador, hoy día demolida, á expensas de la Congregación de sacerdotes naturales de Madrid, y allí se conservaron sus restos hasta que en 1840 fueron trasladados con gran pompa al cementerio de la Sacramental de San Nicolás. Posteriormente, en 1869, cuando la tentativa frustrada de erigir un panteón á nuestros hombres célebres, fueron depositados en la iglesia de San Francisco el Grande, de la que, por último, en 1875 volvieron al mencionado cementerio de San Nicolás, donde subsisten» (1).

Tal fué la vida y tales las condiciones del hombre que elevó á una altura inconcebible la poesía dramática, y que en su tiempo reinó como soberano, no sólo en la escena española, sino en la de toda la Europa civilizada, como lo prueban las numerosas versiones é imitaciones de muchos de sus dramas y comedias. Menos fácil, menos abundante que el fecundísimo é inagotable Lope de Vega, menos cómico que Tirso de Molina y no tan conciso, atildado y filosófico como Alarcón, Calderón de la Barca les aventajó en la elegancia y colorido del lenguaje y en la grandeza de sus concepciones, hasta el punto de que sólo puede comparársele Shakspeare, y eso quedando inferior en muchos casos y bajo muchos aspectos el inmortal trágico inglés.

La fecundidad de este insigne poeta, se demuestra, citando los títulos de sus producciones, que según unos ascienden á ciento once comedias y dramas, según otros á ciento diez y seis, y á ciento veintiuno según el colector de la *Biblioteca de autores españoles* de Rivadeneira, sin incluir en este número setenta y tres autos sacramentales, ni las poesías sueltas. La primera de sus comedias fué *El Carro del Cielo*, compuesta á la edad de trece años; la última *Hado y Divisa*, ya octogenario. A los diez y nueve, dice Vera que «tenía ya ilustrados los teatros de España con sus comedias»; pero desde 1613 hasta 1622 no se tienen noticia de las que compuso. A partir de esta fecha, el Sr. Hartzenbusch, ha podido encontrar los datos necesarios para la clasificación de las comedias de Calderón (2), entre las que se estiman como de primer orden: *El alcalde de Zalamea*, *La vida es sueño*, *El médico de su honra*, *El mayor monstruo los celos*, *A secreto agravio secreta venganza*, *El pintor de su deshonra*, *La dama duende*, *No hay burlas con el amor*, *Casa con dos puertas*, *Mañanas de Abril y Mayo*, y *El escondido y la tapada*. Es aquí digna de mención, por el asunto, EL SITIO DE BREDA, notable por la exactitud con que reproduce el autor casi todos

(1) Posteriormente fueron conducidos á la iglesia del Hospital de Presbíteros, sita en la calle de la Torrecilla del Leal de Madrid, donde descansan en un mausoleo erigido junto á la sacristía de dicha iglesia.

(2) Opina este escritor que al período comprendido desde 1613 hasta 1622, corresponden, de entre todas las conocidas como de Calderón: *El alcaide de sí mismo*, *El astrólogo fingido*, *Hombre pobre todo es trazas* y *Amor, honor y poder*, bien que publicadas mucho después. A partir de 1622 el orden cronológico que á juicio del señor Hartzenbusch siguieron las comedias y dramas de Calderón, fué el siguiente: En 1622, *En esta vida todo es verdad y todo mentira*. En 1623, *La Virgen de los Remedios (ó Ntra. Señora de los Remedios)* y *El privilegio de las mujeres*. En 1625, **El sitio de Breda* y **S. Francisco de Borja*. En 1629, **El jardín de Falerina*, *Casa con dos puertas mala es de guardar* y *La dama duende*. En 1630 y 1631, *Peor está que estaba* y *Mejor está que estaba*. En 1632, *La banda y la flor*. En 1633, **Un castigo en tres venganzas*, **La devoción de la cruz*, *El médico de su honra* y *El monstruo de la fortuna*. En 1634, *Polifemo y Circe*, y el año siguiente 1635, **El mayor encanto amor*, *La vida es sueño*, **El mayor monstruo* (ó **El mayor monstruo los celos)*, *Bien vengas, mal*, *Para vencer á amor, querer vencerle*, *El galán fantasma*, *Basta callar*, **El purgatorio de S. Patricio*. **La gran Cenobia*, **La puente de Mantible*, *Saber del mal y del bien*, *Lances de amor y fortuna* y **El Príncipe constante*. En 1636, **Los tres mayores prodigios*, *El escondido y la tapada* y *La desdicha de la voz*. En 1637, **D. Quijote de la Mancha*, **Argenis y Poliarco*, **Judas Macabeo*, **Origen, pérdida y restauración de la Virgen del Sagrario*, *A secreto agravio, secreta venganza*, **El mágico prodigioso* y *No hay burlas con el amor*. En 1638 y 1639, *No hay cosa como callar*, **Apolo y Climene*, **El hijo del Sol*, *Con quien vengo vengo* y *Mañana será otro día*. En 1639 y 1640, *Los empeños de un acaso*, *Certamen de amor y celos*, *Las manos blancas no ofenden*, **Mujer, llora y vencerás*, **Ni amor se libra de amor*, *La Virgen de la Almudena*, **Desagravios de María* y *El maestro de danzar*. En 1643, **La Celestina* (comedia de Calderón, desconocida). En 1644, *La exaltación de la Cruz*, *Mañanas de Abril y Mayo* y *Enfermar con el remedio*. En 1649, *Guárdate del agua mansa*. En 1651, **El Alcalde de Zalamea* (ó *El garrote más bien dado)*. Anteriores á este mismo año de 1651, en que Calderón recibió las órdenes sacerdotales, desde el cual ya no compuso más que autos ó comedias y dramas para fiestas reales, han de ser todos los siguientes, ninguno de los que se representó ante la corte: **Amar después de la muerte*, *Amigo, amante y leal*, **La Aurora en Copacavana*, **Los cabellos de Absalón*, **Las cadenas del demonio*. **La cisma de Inglaterra*, **El conde Lucanor*, *¿Cuál es la mayor perfección?*, *De una causa dos efectos*, **Los dos amantes del Cielo*, *El encanto sin encanto*, *Fuego de Dios en el querer bien*, **El gran príncipe de Fez*, **Los hijos de la fortuna*, **El José de las mujeres*, **Luis Pérez el gallego*, **La Margarita preciosa*, *Nadie fíe su secreto*, **La niña de Gomez Arias*, *El pintor de su deshonra*, *Primero soy yo*, *La señora y la criada*, **La Sibila del Oriente*, *También hay duelo en las damas*, *Las tres justicias en una*. *La Virgen de Madrid*, **La fingida Arcadia* y *El acaso y el error*.

En el que podríamos llamar tercer y último período, ó sea desde 1651 basta su muerte, en 1681, el orden cronológico parece ser: En 1652, **Las armas de la hermosura*, *Cada uno para sí*, *No siempre lo peor es cierto* y **La fiera, el rayo y la piedra*. En 1653, *Agradecer y no amar*, **Fortunas de Andrómeda y Perseo* y **Darlo todo y no dar nada*. En 1656, **Gustos y disgustos son no más que imaginacion*, **Amado y aborrecido* y **El Pastor Fido*. En 1657, **El golfo de las Sirenas*. En 1658, **El laurel de Apolo*. En 1659, *Los tres defectos de amor, piedad, desmayo y valor*. En 1660, **La púrpura de la rosa*. En 1662, *Dar tiempo al tiempo*, *Antes que todo es mi dama*, *Dicha y desdicha del nombre*, *Auristela y Lisidante*, **Celos, aun del aire, matan*, **Céfalo y Pocris* y *El secreto á voces*. En 1664, *Afectos de odio y amor* y *La hija del aire* (dos partes). En 1667, **El postrer duelo de España*. En 1671, *San Francisco de Borja* y *El Fénix de España*. En 1672, **Eco y Narciso*, **El monstruo de los jardines* y *Fineza contra fineza*. En 1675, **Fieras afemina amor*. En 1677, **El segundo Escipión*. En 1678, **Duelos de amor y lealtad*. En 1679, **La estatua de Prometeo*, y finalmente, escritas ya en 3 de Marzo de 1680, *El Sacrificio de Ifigenia*, **El triunfo de la Cruz*, **El Condenado de amor*, **El Castillo de Lindabridis* y *Hado y Divisa*, estrenada dicbo día.

Todos los marcados con asterisco son dramas ó comedias de argumento no inventado por Calderón, y tomado, para la mayor parte, en la historia; para bastantes en la mitología; para algunos en los poemas y libros de caballería; para unos cuantos en novelas; para casi otros tantos en tradiciones y para dos en dramas clásicos. Los demás, que no llevan asterisco, son de argumento original de Calderón.

los accidentes del memorable cerco y da poética forma á técnicas descripciones. Por sus condiciones es, sin embargo, muy difícil ponerla en escena.

Brillan en el teatro de Calderón tres cualidades que dan perfecta idea de los sentimientos del autor: la religión, el honor y el respeto á la mujer. Podríamos citar no pocos versos en que palpitan tales sentimientos; mas para el caso bastan los siguientes de *El Alcalde de Zalamea:*

Al Rey la hacienda y la vida
Se ha de dar; pero el honor
Es patrimonio del alma,
Y el alma sólo es de Dios.

Los que pone en boca de Laura, en la comedia *Casa con dos puertas mala es de guardar:*

Mira por Dios lo que haces;
Pues en quien es caballero
El honor de las mujeres
Siempre ha de ser lo primero.

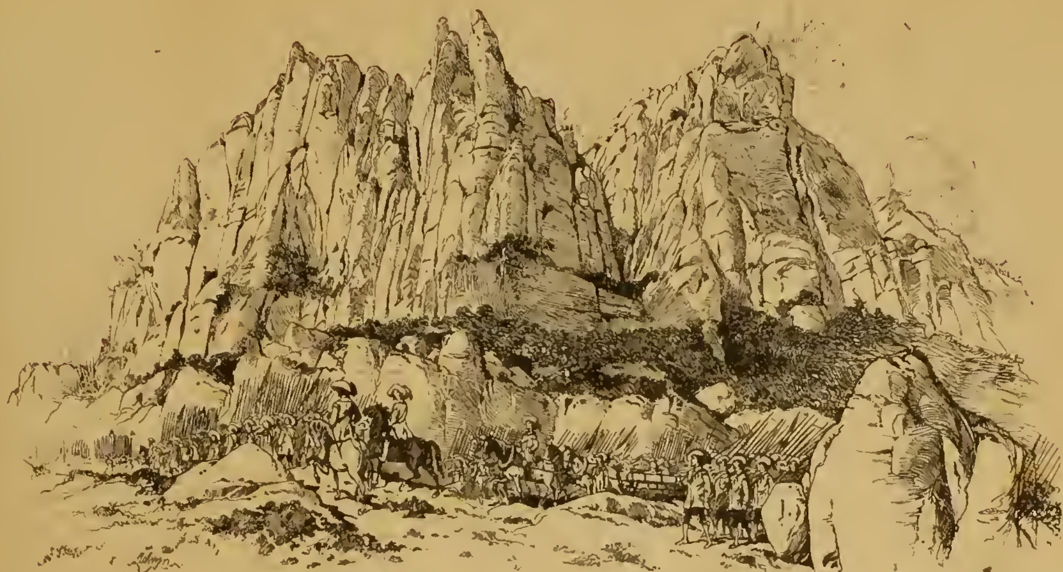
Y, por último, los bellísimos y elevados versos que hemos colocado al pie de la alegoría, y en los que Calderón pinta los graves deberes de la milicia, *religión*, según él, *de hombres honrados.*

Tal es, á grandes rasgos, la biografía del príncipe de los poetas dramáticos españoles, de aquel bajo cuyo imperio brilló á grande altura nuesta escena, y cuyo nombre dió lustre á una época de decadencia. Si como españoles nos envanecemos de contarle entre nuestros ingenios, como militares nos honramos de que haya figurado en las filas de nuestro ejército, y sobre todo de que haya enaltecido por tal extremo en sus versos la profesión de las armas.

Orden de batalla en Rocroy (pág. 142).—En la nota de la página 143 del ESTUDIO TERCERO se hacen, respecto de esta lámina, algunas observaciones que conviene examine el lector, para el exacto conocimiento de tan célebre suceso. Este grabado tiene el valor que le da la fecha en que se ejecutó, la firma de Ertinger, y el presentar con gran fidelidad la formación del ejército francés.

Fragmento de un frasco de pólvora (pág. 155).—Representa este grabado el cuerpo de un frasco pólvora, despojado de sus guarniciones y con hermosos relieves en marfil. Dicho objeto pertenece á una colección de particular y es obra del siglo XVII.





ESTUDIO CUARTO

GUERRAS DE PORTUGAL, CATALUÑA Y FLANDES. — PAZ DE WESTFALIA

I. Rebelión y emancipación de Portugal.—Causas que la produjeron.—Es proclamado rey el duque de Braganza.—Preparativos en España.—El conde de Monterey jefe del ejército.—Su desacertado mando.—Caudillos que le sucedieron.—Competencias de mando.—Indisciplina del ejército.—Lentitud de las operaciones.—Campaña de Torrecusa en 1644.—Batalla de Montijo.—Desgraciado sitio de Elvas.—Operaciones de Leganés.—Interrupción de las operaciones desde 1648 á 1656. — II. Guerra de Cataluña.—Derrota del ejército de La Motte.—Jornada del Rey.—Su entrada en Lérida.—Derrota de los franceses junto á Tarragona.—Regresa Felipe IV á Aragón.—Contratiempos sufridos por los castellanos.—Pérdida de Rosas.—Victoria de Leganés en Lérida.—Sitio de Lérida por el ejército francés.—Retirada del marqués de Aytona á Aragón.—Tortosa ganada por los franceses.—Descontento de los catalanes por la conducta de Francia.—Escasos socorros de ésta.—Conquistas de los castellanos en la provincia de Tarragona.—Síntomas de reconciliación del Principado con España. — III. Declinación de nuestra fortuna en Italia.—Defecciones.—Rebelión de Sicilia.—Revolución y sitio de Nápoles.—Operaciones en el Milanesado. — IV. Pérdidas y reveses de España en Flandes.—Campañas de 1644, 45 y 46.—Conducta de los generales españoles.—Campaña del archiduque Leopoldo de Austria en 1647.—Campaña de 1648.—Batalla de Lens.—Negociaciones de paz.—Paz de Westfalia (24 de Octubre de 1648).—España reconoce la independencia de la República holandesa.

I

La necesidad de establecer el debido enlace en la narración de los sucesos nos obliga á volver la mirada á los años 1640 á 43. Había muerto en Diciembre de 1642 el cardenal Richelieu, á quien tanto debía la unidad francesa, y en Mayo del siguiente año le siguió á la tumba Luis XIII, monarca que, si tuvo la fortuna de encontrar un Richelieu, no careció de talento para saber apreciar sus cualidades y conservarlo en el poder, no obstante las intrigas de la corte. En España también habían ocurrido mudanzas, siendo la de más trascendencia la caída del conde-duque de Olivares, que por veinte años gozó del favor real (17 Enero 1643). No tuvo, como se ve, éste la dicha de verse libre de enemigo tan poderoso como Richelieu, ni tuvo España la fortuna de ver á Olivares reemplazado por un hombre de talla. Mazarini, que sucedió á Richelieu, aunque de nación italiana, era discípulo del Cardenal y hechura suya; su política debía ser, y fué en realidad, igual; y por lo mismo, no experimentó nuestra patria influencia alguna benéfica de este suceso. En cam-

bio, el sucesor del Conde-duque, D. Luis de Haro, no demostró poseer más talento ni previsión que Olivares, é hizo frente á Mazarini papel idéntico que aquél frente á Richelieu. Consignemos, no obstante, que si distaban mucho los dos ministros españoles de poseer las dotes que los franceses, también distaba nuestra patria de tener el vigor que la nación que ellos regían. La decadencia de España era ya rápida y parecía aumentar á compás que transcurría el siglo.

Ya dijimos que una de las causas que más contribuyeron á ella fué el casi simultáneo levantamiento de Cataluña y Portugal, golpes mucho más funestos para España que los que recibiera en Flandes; pero añadiremos ahora que, si justas habían sido las causas de la rebelión de Cataluña, no menos lo eran las que dieron margen á la emancipación del reino lusitano. Nada habían hecho los indolentes monarcas españoles ni sus torpes favoritos para estrechar los lazos que unían Portugal á España, antes al contrario, cuantas medidas habían dictado parecían más bien encaminadas á romperlos. Víctima de la tiranía de los gobernantes españoles, agobiado por los impuestos, mermado su comercio, destruídas sus flotas (1), mal defendidas sus posesiones, Portugal, más que un reino agregado á la corona española, parecía una provincia conquistada. Sus costas indefensas, se veían impunemente insultadas por los piratas; su flota, ocupada en el servicio de España; descuidadas y saqueadas sus colonias por los holandeses (2); vacíos de armas y pertrechos sus arsenales, gravados enormemente los artículos de primera necesidad, distraídas las rentas que debían gastarse en beneficio del reino, desatendida la nobleza, obligados aquellos nacionales á ver sus litigios fallados por los tribunales de Castilla, á servir mal de su grado en nuestros ejércitos y á ver sus dignidades pasar á poder de los castellanos. Ya no les quedaba, como ha dicho con razón un historiador español, más que el espíritu nacional, y éste lo hubiera perdido pronto á no reconquistarlo por medio de una revolución (3); revolución justísima, añadiremos, pues los monarcas españoles habían comenzado por no cumplir los compromisos que contrajeran con aquel hermoso país. Sesenta años de dominación, convengamos eran más que suficientes para ligar dos naciones que la naturaleza hizo hermanas; para que así no fuera, debieron ser, como en realidad fueron, muy grandes y fundados los agravios que Portugal tuviera de España. Colmó la medida de estos resentimientos el propósito de Olivares, empeñado en formar de los dos reinos uno solo, y sus exigencias con los portugueses para que contribuyeran á la guerra de Cataluña; y desde aquel momento, manifestóse ya ostensiblemente en algunos puntos del reino el descontento. No tardaron los portugueses en elegir el personaje que debía ceñir la corona de su nación, y fué éste el duque de Braganza, nieto del que se presentó en el siglo anterior candidato al trono portugués en competencia con Felipe II. Hombre de mérito, y gran patriota, no mostró el de Braganza ambición inmoderada; y fué menester que los sufrimientos de su país llegaran al extremo y las instancias de los portugueses fueran en aumento, para obligarle á desempeñar el papel de protagonista en este drama. Bien pudiera Olivares conjurar aquel grave peligro; pero aquel hombre tocado del desacierto, demostró una vez más su falta de habilidad; y aunque noticioso por su hechura Vasconcellos del peligro, quedó no menos sorprendido que el monarca cuando á fines de 1640 supo que en Lisboa había triunfado la conjuración y sido proclamado rey el duque de Braganza. Este suceso, de que dió cuenta al Rey con ridícula bravata, fué presagio de su caída, ocurrida, como ya dijimos, dos años más tarde.

No pudo ocurrir la rebelión de Portugal en momentos más críticos para España, rodeada de

(1) Se calcula en doscientos galeones de gran porte, además de muchas otras embarcaciones menores, la pérdida que sufrió la marina portuguesa, durante la dominación española.

(2) «A despecho de las capitulaciones, se negó permiso á los portugueses para comerciar con América, sin embargo de haberse concedido á los españoles y flamencos que lo hiciesen en las posesiones portuguesas. A todos estos males y á los opresivos impuestos que se cargaron sobre los artículos de primera necesidad, se añadió el que en la tregua firmada en 1609 entre el gobierno español y la Holanda, no se comprendieron las vastas posesiones conquistadas en Oriente en tiempo de Manuel el *Afortunado*, y así fué que los buques portugueses eran perseguidos por los de Holanda y no podían traer á la metrópoli riqueza alguna de los establecimientos de Asia y Africa en que flotaba su bandera. Bien pronto fueron lanzados los portugueses de muchas de sus colonias, mientras por otra parte perdían á Ormuz, Malaca y grandes territorios del Brasil. Estas desgracias dieron hincapié á nuevos tributos, so pretexto de repararlas: de manera que una desventura traía la otra, y se acumulaban sobre Portugal todas las miserias.» Cortada, *Hist. de Portugal*.

(3) Id. id.

gravísimos apuros, sosteniendo con harta pena su extensa dominación en el exterior y perturbada en el interior por la guerra de Cataluña; pero como el daño no admitía dilaciones, tratóse de remediarlo enviando tropas contra los rebelados, de las cuales dió Olivares el mando á su pariente el duque de Medinasidonia. La elección no pudo ser más desacertada, puesto que el Duque era cuñado y amigo del de Braganza; y lo demostró en breve la traición descubierta, por la que intentaba aquél hacerse soberano de Andalucía. Pero semejante fracaso no hizo al Conde-duque más



Caballero armado de punta en blanco. Primera mitad del siglo XVII. (Grabado de la época)

avisado, y en reemplazo de Medinasidonia, nombró al conde de Monterey, hechura suya y hombre afeminado, extraño á los negocios militares y poco cuidadoso de la autoridad (1). Hízose este magnate cargo del ejército reunido en Badajoz, y cuya composición era la siguiente: siete tercios que ascendían á 12,000 infantes, y 3,000 caballos. Entre aquéllos se contaba un tercio de Flandes

(1) «Siendo virrey en Nápoles, no sólo desperdiciaba el tiempo y el caudal en procurarse continuas fiestas, espectáculos y banquetes, desatendiendo las graves obligaciones de su cargo, sino que con su ejemplo había introducido la misma disposición en el ejército. Porque, forzando al soldado á pagar la porción que en aquellas diversiones le tocaba, mandó que se le desquitara una parte del sueldo, destinándola á contribuir para las representaciones teatrales. Con esto el soldado había perdido de todo punto su brío y su disciplina.» Estébanez Calderón, *De la conquista y pérdida de Portugal*, Tomo I, cap. I.

y figuraban en las filas de este ejército mucha juventud noble del reino. Pero, en mano de caudillo tan inepto, pocos resultados debía procurar tan lucido contingente. Cometió, en efecto, la primera torpeza no acudiendo con oportunidad á recobrar la plaza de Elvas, que los vecinos, por enemistad con su gobernador, se brindaron á entregarle; y como se resolviera á medir sus fuerzas con el enemigo, después de haber quemado las mieses del territorio fronterizo, cerca de aquella ciudad tuvo lugar un sangriento choque, del que no se sacó más ventaja que el botín que recogieron los nuestros al retirarse el portugués. Olivenza no pudo ser conquistada por la flojedad con que la empresa se acometió, y Monterey, convencido de su nulidad y viendo que no podía remediar la indisciplina de su gente, hizo y obtuvo su dimisión. Le reemplazó en el mando D. Juan de Garay, que ya antes le había asistido, y por de pronto consiguió evitar que el enemigo se apoderara de Valverde, consiguiendo en esta función causarle hasta 2,000 muertos y número considerable de heridos. Con esto terminó la primera campaña, en la que se perdió de un modo lastimoso el tiempo y en la que se puso en evidencia la grave indisciplina del ejército y la incapacidad de sus dos primeros jefes.

No fué más afortunada la campaña de 1641. Las hostilidades rompiéronse en ella antes de tiempo, acometiendo los españoles la plaza de Elvas, donde se hallaban algunos de nuestros soldados prisioneros; pero todo se redujo á un encarnizado combate sostenido en la inmediata llanura con ventaja para los de España; en cambio, los enemigos acometieron á Valverde, ganáronlo por sorpresa, y gracias á la discordia que estalló entre Garay y Lancaster, jefe de la artillería, hiciéronse dueños de la plaza y castillo de Eljas. Trató el duque de Alba, que tenía el mando militar de Ciudad Rodrigo, de recobrarlos; y tal vez lo hubiera conseguido á no suscitarse competencia entre él y Garay: el resultado de tales disensiones fué que el enemigo pudo introducir en aquella plaza socorro y aun atreverse á embestir la plaza de San Martín, que no pudo ganar por la brava resistencia de la guarnición y la presencia de las tropas castellanas mandadas por Burgos. Comprendió el portugués que esta conquista no valía la pena de arrostrar el riesgo de una batalla, regresó á Eljas, quemó esta población, derribó su alcázar y arrasó los campos inmediatos. Otro tanto hicieron los españoles en territorio portugués, donde penetraron á sangre y fuego el duque de Alba y Viveros; y á esto se redujo por entonces la guerra: al pillaje y á la devastación. La marcha de D. Felipe IV desde Madrid á Cataluña, la necesidad de atender con preferencia á esta guerra, la falta de recursos de la nación, la flojedad é indisciplina de las tropas, las reyertas entre sus caudillos, no permitían otra cosa; y como tampoco Portugal tuviera elementos para tomar una ofensiva vigorosa, de aquí la paralización de esta guerra hasta el año 1644 en que el duque de Braganza, eficazmente socorrido por el rey de Francia, con gran número de soldados, pudo poner en pie un ejército de 10,000 infantes y 3,000 caballos, sin contar la gente voluntaria. El mando de este ejército confióse á Vasco de Mascareñas, dándole por teniente á Vasconcellos, y el mismo Braganza se trasladó á la frontera para dar calor á las operaciones. En el ejército castellano reemplazó á Garay el conde de Santisteban, hombre honrado, mas no perito en las armas.

La composición del ejército español era, según un extracto de la *Relación de la muestra de Mayo de 1643*, como sigue:

Oficiales mayores del ejército

	El señor Maestro de campo general	Conde de Santisteban.
	D. Juan de Pareja	Tenientes de Maestro de campo general.
	D. Pedro de Mendoza	
	D. Rafael de Médicis	
	D. Tomás de Vidaurre	
Capitanes	D. Agustín Carrasco	Ayudantes de Tenientes.
	Pedro de Montoya	
	D. Gabriel de Ateca	
	D. Lorenzo de Ceballos	
	Gregorio de Leguia	Veedor general.
	D. Jerónimo de la Haya	Proveedor general.
	Pedro de Aróstegui	Veedor y contador del ejército.
	Juan de Fuentes Viscarreta	Pagador general.

Domingo de Lezama.	Comisarios de muestras.
Francisco Mexía de Castro.	
Francisco de Silva.	Tenedor de bastimentos.
D. Gabriel Ortiz de Orbe.	Vicario y administrador general de los hospitales del ejército.
Blas de Mata.	Mayordomo de los hospitales.
Juan Coronado.	Cirujano.
Licenciado Juan Gragera.	Cirujano de los hospitales.
Licenciado Cristóbal Gatuno.	Criado médico.

Entretenidos y personas particulares

El maestre de campo D. Juan Fernández de Salinas.
D. Juan de Sotomayor Meneses.
Fr. Jorge de Meneses.
Agustín de Ontiveros, entretenido en los papeles.
Gaspar de Leiva Zamudio, íd.

	Oficiales	Soldados	Total
Tercio del maestro de campo D. José del Pulgar.	68	441	509
Tercio del maestro de campo D. Francisco de Luna.	63	447	510
Tercio del maestro de campo marqués de Espinar.	77	561	638
Tercio del maestro de campo conde de Torrejón.	119	279	398
Tercio del maestro de campo D. Francisco de Agüero.	46	295	341
Tercio del maestro de campo D. Guillermo del Burgo.	92	1,049	1,141
Tercio del maestro de campo D. Diego Gall.	101	1,390	1,491
Tercio viejo de Extremadura, que gobierna D. Rodrigo de Ayala.	50	547	597
Tercio del maestro de campo D. Francisco Xeoler.	82	592	674
Y en compañías sueltas de infantería española.	66	669	735
De naciones			
Tercio del maestro de campo D. Patricio Geraldino.	69	329	398
Tercio del maestro de campo D. Francisco Carrafa.	90	644	734
Tercio del maestro de campo D. Juan Bautista Peñatel.	99	565	664
TOTAL DE INFANTERÍA.	1,022	7,808	8,830

Caballería.—OFICIALES MAYORES

El conde de Montijo.	Gobernador general de la caballería.
D. Francisco de Velasco.	Comisario general de íd.
Tenientes.. Andrés del Arapaja.	Ayudantes de comisario general.
Tenientes.. Diego de Angulo.	
Licenciado D. Miguel de Agorreta.	Capellán mayor.
Licenciado Diego de la Vega.	Capellanes ordinarios.
Licenciado Tomás Obrens.	
Domingo Fernández.	Furrier mayor.
Juan de los Reyes Pizarro.	Ayudantes de Furrier mayor.
Miguel Martín.	
Lorenzo Montero.	
Licenciado Bartolomé de Cantillana.	Auditor. Acompañan á este empleo varios ministros.

Caballería italiana.—OFICIALES MAYORES

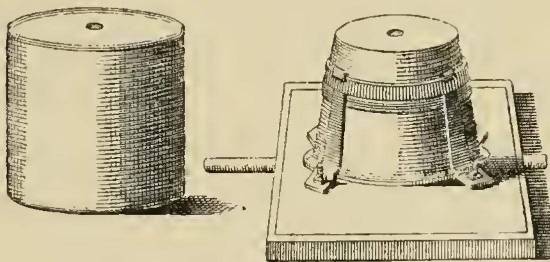
Marcelo Flomarino.	Comisario general.
Juan Bautista Basili y su hijo.	Ayudante del anterior.
D. Pedro de Arziero.	Capellán mayor.
El doctor D. Pedro de Pujiades.	Auditor, con ministros.
Juan Bautista de Xeraje.	Capitán de campaña.
Carlos Cocon.	Furrier mayor.
Francisco Brenri.	Alguacil de capitán de campaña.

Fuerza española

	Compañías	Oficiales	Soldados	Total
Guardias viejas de Castilla.	6	16	125	141
Caballería suelta de corazas.	23	86	905	991
Id. de arcabuceros.	6	18	279	297
Caballería napolitana				
Compañías sueltas.	9	52	328	380
TOTAL.	44	172	1,637	1 809

La importancia de este documento, cuyo original existe en el Archivo de Simancas, estriba no sólo en los datos que procura relativos á este ejército, sino en la idea que procura de la composición de los que por esta época España organizaba.

Los portugueses, después de haber entrado y arrasado á la infortunada Valverde, atreviéronse á poner sitio á Badajoz, y aunque hubieron de renunciar á su propósito, por carecer de medios para detenerse largo tiempo ante esta plaza, apoderáronse de las de Alconchel, Villanueva del Fresno y otras de aquella frontera; mientras por la de Galicia atacaban y ganaban la importante de Salvatierra. Atribuyóse esta pérdida en la corte á ineptitud del prior de Navarra, que mandaba en Galicia; y se nombró al cardenal arzobispo de Santiago para reemplazarle, encargándole eficazmente la recuperación de esta plaza. No era cosa nueva que un mitrado hiciera oficios de general; pero no siempre la sotana reemplazó con éxito á la espada; y así lo demostró aquel purpurado, pues reunidos con gran trabajo 8,000 infantes y 2,000 caballos, y puestos en campaña, hubo de volverse á Santiago, sin haber intentado cosa alguna provechosa. Reemplazáronse en los ejércitos de Portugal y España los caudillos; y en aquél, después del suceso de Badajoz, se confirió el mando á Matías de Alburquerque, en éste, al marqués de Torrecusa, de quien ya hemos hablado al ocuparnos de la guerra de Cataluña, y que era militar experto, valeroso, leal y amante de la disciplina. Fué el primer cuidado de este caudillo poner coto al desenfreno de los soldados



Bomba de hierro cilíndrica lanzada contra Lérida en 1647.—Petardo de hierro

españoles, restaurar la disciplina de que se mostraban olvidados los cabos; mas, aunque no sin trabajo, consiguió cierta mejora, el mal había echado raíces tan hondas, que al tratar de embestir al enemigo que se retiraba en desorden de la plaza de Alburquerque, á la que había puesto sitio, negáronse los soldados, movidos por las razones de sus capitanes, á obedecer. Llenóse de justa indignación Torrecusa y hubo necesidad de que interviniera el obispo de Badajoz para calmar al general y poner la obediencia en las tropas. ¡A tal extremo se había llegado! Pero aunque éstas se pusieran en marcha, no quiso ya aquél mandarlas en persona, y conducidas por su teniente, el flamenco Molingen, pasaron el Guadiana en número de 8,000 infantes y unos 3,000 caballos. El intento de Molingen era medir sus armas con Matías de Alburquerque, que se hallaba no lejos de Montijo. Ocupaba el enemigo un puesto tan fuerte por la naturaleza y por el arte, que consideró el caudillo de los españoles no era oportuno el ataque; pero Torrecusa no admitía dilaciones y le apremiaba con repetidas órdenes de combate. Atúvose á ellas Molingen y condujo sus tropas hasta una llanura que se extiende entre Montijo y Lobón, lo más próximo que pudo á las enemigas, provocándolas con repetidos cañonazos á la batalla. Y fuese que les impulsara la necesidad, ó les moviera el reto, descendieron por fin los portugueses á la llanura y formaron su ejército en orden de combate. «De su infantería, dice una *Relación* española coetánea, tenía hechos once batallones, con mayor fondo que los nuestros; cinco en la primera ordenanza de la frente, cuatro en la segunda, y dos de reserva en su retaguardia, y su costado derecho guarnecido con carros y todo su bagaje en medio de su batallón, y la caballería á sus costados con sus tropas de reserva y seis piezas de artillería, dos en cada cuerno y dos en la frente de su batallón, y en esta forma nos

aguardó con pie firme (1).» El ejército español, inferior en número al enemigo, vióse obligado á extenderse bastante en el frente, para no verse envuelto, y esto hizo que redujera su fondo. Formó con la infantería en el centro, la caballería en las alas, la artillería, reducida á cuatro piezas, en



Sitio de Tarragona (Octubre de 1644). (Dibujo de Beaulieu)

el frente de los escuadrones, en los claros que mediaban entre los trozos del cuerno derecho y el izquierdo, y dejó el bagaje á bastante distancia á retaguardia. Guiaba el cuerno derecho de la caballería el general en jefe barón de Molingen, el izquierdo el general de la caballería D. Francisco de Velasco.

(1) *Relación verdadera de lo que sucedió en veintiséis de Mayo pasado, en el reencuentro que tuvieron las armas de S. M. con las del rebelde portugués en la campaña de Montijo.* Arch. de Simancas.

Dada la señal de acometer, rompieron el fuego la artillería y mosquetería, y avanzó con las picas caladas el ala derecha castellana, desbaratando, al chocar con la izquierda enemiga, el cuerpo de caballería que la apoyaba. Generalizóse entonces el combate en todo el frente y con notoria desventaja para Alburquerque, quien parece anduvo algo remiso en ordenar su gente, en la confianza de que no partiría de los castellanos el ataque formal. Pero enzarzados unos y otros en la pelea, perturbada la ordenanza de los portugueses y descompuestas sus filas, viéronse arrollados por los nuestros, sin que Alburquerque pudiera evitarlo, no obstante los esfuerzos que hizo para formar grueso con sus escuadrones. Y completó su desastre el movimiento envolvente que efectuaron las dos alas del ejército español, extendiéndose y arqueándose hasta coger por la espalda á las dos alas enemigas. Cuando Molingen vió en derrota la mayor parte del enemigo, ordenó que la caballería cargara á los que aun resistían, y con esto quedó tan destrozado el portugués, que se declararon en huida cuantos pudieron hacerlo, dejando en nuestro poder gran número de prisioneros. Pero tan brillante victoria con facilidad hubiera podido comprometerse por un incidente inesperado y bastante común en las guerras de esta época. Ocurrió que los nuestros, cegados por el entusiasmo, diéronse á cautivar y despojar; vió Alburquerque el desorden en que se hallaban, desde unos cerros á donde se había recogido, y juntando cuantos fugitivos pudo, llegó con cuatro escuadrones de infantes y algunos caballos hasta el sitio donde tenía su bagaje, todavía guardado por un cuerpo de piqueros. Gracias á la diligencia de Molingen pudo evitarse que se malograra la victoria; porque, después de dar la vuelta al campo de batalla, hacer numerosos prisioneros, y reunir á los dispersos, reforzado por un grueso escuadrón, pudo hacer frente á los soldados de Alburquerque, aunque no evitar, mientras estaba enzarzado con él, que los portugueses recogiesen su bagaje y municiones. No otra cosa se había propuesto el caudillo enemigo, y entonces mandó tocar retirada, efectuándolo él con bastante orden á los cerros inmediatos. Sin embargo, los nuestros les causaron en aquellos momentos numerosas bajas y aun les obligaron á abandonar parte de sus armas y aparejo. Quedaron en el campo más de 2,000 muertos portugueses y gran número de heridos, hiciéronse sobre 500 prisioneros (1), y entre ellos algunos personajes de cuenta. Alburquerque, orgulloso de haber salvado sus cañones, atribuyóse la victoria; el monarca portugués, obrando como aconsejaba la política, hizo otro tanto. Si D. Dionisio Guzmán, jefe de la artillería española, hubiese cuidado de que volvieran oportunamente al campo las acémilas que con las piezas mandó pasar al otro lado del Guadiana, la artillería portuguesa hubiera podido ponerse con oportunidad á cobro, y así se lo manifestó Torrecusa á dicho jefe al reprenderle agriamente en Badajoz (26 Mayo 1644).

Quiso aprovecharse Torrecusa del entusiasmo producido por aquel suceso, y acometió y ganó, no sin pérdidas, la plaza fronteriza de Santalexio; pero en Madrid, cobrando alas el deseo de concluir con los enemigos, ya no se contentaban con menos que poseer la fuerte villa de Elvas, empresa arriesgada y difícil, según el mismo Torrecusa exponía á la corte. Dió ánimos, sin embargo, á este caudillo la ventaja conseguida en rudo combate sostenido con las tropas del portugués D. Francisco de Melo, entre Valverde y Talavera; y juntando un ejército de 13,000 infantes y 3,500 caballos próximamente, con el correspondiente tren de batir, asentó su real junto

(1) En el «Resumen» de la *Relación* antes citada, se leen los siguientes párrafos:

«Por fe consta haberse enterrado tres mil y doscientos; más de quinientos caballos; el bagaje, que consistía en muchas mulas, bueyes, municiones y víveres; perdió el General de la artillería, que le mataron; el coronel Tilde, holandés, que era quien los disciplinó en lo militar.

»Más de seiscientos prisioneros, y entre ellos cuarenta personas hidalgas y de puertos portugueses y extranjeros, y entre ellos once de casas ilustres y de puertos, que son: Jorge de Melo, hijo de Francisco, montero mayor y general de la caballería de aquellas fronteras, y mayorazgo de su casa; venía por capitán de infantería. D. Francisco de Almada, embajador que fué su padre de Inglaterra por el tirano, venía por capitán de infantería; ha sido prisionero otra vez, y se trocó por el marqués de Puebla. Manuel de Saldaña, caballero de casa calificada, capitán de infantería. D. Manuel Enriquez, hijo de Luis de Almeida, de casa calificada; venía por capitán de infantería. Esteban de Britto Mascareñas, venía por aventurero. Francisco Pereyra de Castro, del hábito de Cristo, venía por capitán de caballos. Francisco Correa, del hábito de Cristo, venía por aventurero. D. Manuel de Meneses, venía por capitán de caballos.»

Sigue luego una noticia de las *personas particulares* muertas, y de portugueses y extranjeros prisioneros. Las pérdidas de los nuestros las fija en 433 soldados, entre ellos dos maestres de campo y más cincuenta y cinco subalternos. Los heridos se aproximaban á cuatrocientos.

aquella plaza, resuelto á rendirla por bloqueo, ya que su eminente posición no permitía batirla con la artillería. Pero confirmáronse los temores que había manifestado en sus cartas á Madrid; pues sobreviniendo el invierno y cerrando el tiempo en lluvias, vió inundado su campo, deshechas por las aguas sus trincheras, é interceptadas sus comunicaciones. Desarrolláronse las enfermedades y poco después la peste, viéndose obligado el Marqués á retirarse con sus mermadas fuerzas á Badajoz, por no exponerse á perderlas todas en el terreno pantanoso donde tenía sus cuarteles. Resentido con la corte (1), dejó á poco el mando de aquel ejército, al que no puede negarse había mejorado.

Los pocos generales de que podía disponer España vémosles desfilar por sus distintos



Soldados españoles de la época de Felipe IV

ejércitos de Flandes, Italia, Portugal y Cataluña, ora depuestos y caídos, ya rehabilitados y en gracia. Garay, Mortara, Torrecusa, Leganés dan testimonio de ello. Y este último fué precisamente el que reemplazó á Torrecusa. Caudillo de valor y experiencia, aunque no de talento y fortuna, Leganés se propuso al año siguiente (1645) dar nuevo impulso á las operaciones, y al efecto salió de Badajoz con 5,000 infantes y 2,000 caballos, encaminándose contra el castillo que defendía el puente romano del Guadiana, el cual ganó antes que pudiese llegar socorro á sus defensores; y noticioso de que éste acudía por la parte de Elvas en número de 1,000 infantes y otros tantos caballos, salió á su encuentro y consiguió un brillante triunfo sobre el enemigo, pues le causó 1,600 muertos y le ganó cuatro banderas. Despachó luego al maestre de campo Monroy contra Jeromenha, que no pudo ser tomada, y dióse luego á devastar la tierra con el

(1) Parece ser que había pedido al Rey le concediera la grandeza de España, haciéndola extensiva á sus sucesores; y como el monarca sólo le otorgase tal gracia para él y su hijo, consideróse desairado y pidió y obtuvo su separación de aquel mando.

propósito de privar á sus moradores de mantenimientos y obligar al general portugués á combatir. Acudió, en efecto, Alburquerque á las cercanías de Villaviciosa, y fué derrotado nuevamente, siendo, como en Montijo, la caballería portuguesa, inferior en número á la nuestra, la que comprometió á su ejército. Tomó entonces Leganés la vuelta de Badajoz, y á poco de llegar á esta plaza, recibió un despacho del Rey, ordenándole pasar á Cataluña. A esto se redujo la cuarta campaña de Portugal.

Pocos y de escasa trascendencia eran, como se ve, los resultados conseguidos en los cuatro años que se prolongó la guerra; y no podían ser otros, si se tienen en cuenta los apuros de Felipe IV para dominar Cataluña. Si Torrecusa y Leganés consiguieron reponer el crédito de nuestras armas en las dos anteriores campañas, y si Molingen consiguió en la quinta ocasionar á Alburquerque un nuevo descalabro en las márgenes del Guadiana, no por eso adelantaron gran cosa las operaciones. A Molingen sucedió el marqués de Tavara, militar de poca talla; á éste Leganés, nuevamente elegido para aquel mando. Pero las dificultades con que se tropezaba para sostener aquel ejército eran tales, que dificultaban toda empresa, y daban lugar á que retoñara con más fuerza la indisciplina; por otra parte, las bajas ocasionadas por las deserciones, enfermedades y otros accidentes, no se cubrían; el ejército iba debilitándose, los ánimos languidecían; y de ahí la paralización que experimentó la guerra hasta la muerte del duque de Braganza (1656), tiempo suficiente para que los portugueses robustecieran sus instituciones é hicieran menos realizables los propósitos de la corte española.

II

Volvamos nuestras miradas á un nuevo teatro, al Principado catalán, donde la guerra continuaba con tanto perjuicio para España, como daño para los catalanes. Creyeron éstos de buena fe que al entregarse á Luis XIII hallarían en los franceses una protección tanto más eficaz, cuanto más merecida, si se tiene en cuenta los sacrificios hechos y las pruebas de afectos dadas á este monarca; pero engañáronse lastimosamente, porque los franceses victoriosos comenzaron á proceder con ellos como hicieran con un pueblo conquistado, y si quejas justísimas tuvieron algún día de los castellanos por sus inauditas tropelías, no menos fundadas fueron las que producían iguales hechos por parte de los franceses. Engreídos por la victoria, entraron éstos á saco algunos pueblos, diéronse á robar, saquear y quemar las granjas, á cometer todo género de violencia contra las personas, á escarnecer á las justicias, y á no respetar razón alguna. No correspondía tal proceder á la sinceridad y buen deseo de los pueblos; ni el celo de los jefes en poner coto á tales demasías era cual requerían la ocasión y la gravedad de los daños; y de aquí las sentidas reclamaciones de algunas villas importantes, entre ellas Martorell é Igualada, y la desconfianza que entre los naturales comenzó á cundir, presagio de verdadero antagonismo. Esto por una parte; por otra la caída de Olivares, y las mejores disposiciones de la corte española respecto al Principado, parecían señalar ya nuevo rumbo á los sucesos.

Suspendimos la relación de los ocurridos en 1642 con el regreso del monarca castellano á Madrid, y la de posición del marqués de Leganés, á consecuencia del mal resultado de su breve campaña. La desgraciada acción de las Horcas fué tan funesta á la moral del ejército castellano, que desde entonces no se atrevía á soportar la presencia del enemigo, y cuando la fuerza de las circunstancias le obligó á chocar con él en Flix, cuya plaza tenía sitiada, sufrió una seria derrota. Este fué el acontecimiento de mayor monta ocurrido en 1643, y la gravedad de la situación de Cataluña, no pudo ocultarse al Rey y á la nación, á pesar de las serias atenciones que distraían sus cui-

dados y fuerzas á otros teatros. Por de pronto las cortes concedieron al monarca un servicio de veinticuatro millones, pagaderos en seis años. El feliz arribo de la flota de la plata, permitió asistir á las tropas, reforzarlas y ponerlas en movimiento. Nombróse general en jefe al portugués don Felipe de Silva, Torrecusa condujo desde Nápoles 4,000 soldados, se reclutaron cosa de 1,000 en Cataluña, y levantáronse algunos más en Valencia, Aragón y Andalucía. Gracias á esto el ejército alcanzó la cifra de 20,000 combatientes. Además el Rey determinó dar calor á la guerra, mar-



El conde de Harcourt, virrey de Cataluña y general de las armas francesas en el Principado

chando á la frontera aragonesa-catalana. Pronto cambiaron de aspecto las cosas. Silva, después de haber consagrado algún tiempo á la organización de las tropas, púsose en campaña el mes de Marzo, y después de acometer y ganar la plaza de Monzón, amagó la de Balaguer y marchó contra la de Lérida, casi al mismo tiempo que La Motte se ponía en movimiento para acudir al peligro. Pasó Silva el Segre sin novedad alguna; mas á poco salió á su encuentro el ejército de Motte, y entablóse una porfiada lucha que decidió el arrojo de Silva y la superioridad numérica de nuestra caballería. El francés perdió cañones y bagajes, y unos dos mil soldados entre prisioneros y muertos (15 de Mayo 1644). No fueron pocas las bajas de los españoles; pero compensólas en gran modo la conquista de Lérida, que á fines de Julio se les entregó, y en la que entró Felipe IV dos días después de rendida. La Motte, que se había refugiado en Cervera con los restos de las tropas

derrotadas el 15 de Mayo, reforzóse en esta villa y en Balaguer, y como no pudiera acudir en auxilio de Lérida, encaminóse á poner sitio á Tarragona. Desgraciadamente para los franceses, era tan grande el odio que sus desmanes despertaron, que los moradores de esta ciudad, ganosos de medir sus armas en campo raso, comenzaron por romper las líneas en vigorosa salida; y cuando rehechos los enemigos y batida la muralla, marcharon al asalto, fueron rechazados por los tarraconenses, que hicieron verdaderas proezas. No obstante hallarse la ciudad sitiada por numeroso ejército, en el que figuraban excelentes oficiales, y la escuadra francesa que mandaba el marqués de Brezé, La Motte desistió de tomarla, y á fines de Octubre levantó el sitio. En mes y medio que éste duró, la artillería francesa había disparado más de siete mil cañonazos; y llegaron á darse trece asaltos, perdiendo en ellos La Motte más de 3,000 soldados (18 Agosto—3 Octubre). El grabado que damos en la pág. 181, copia de una estampa francesa debida á Beaulieu, permite formarse una idea de las disposiciones del ataque. Menguó con el levantamiento del sitio de Tarragona el crédito de La Motte, y las pérdidas de Balaguer, Ager y Agramunt menoscabaron igualmente la opinión de sus armas; pero lo que dió creces al disgusto popular, fué la conducta mezquina de la Francia, contestando á las representaciones de los catalanes con la cuenta de lo que en su favor decía tener gastado: «larga lista de desembolsos, dice Tio, que más como madrastra que como madre, presentaba al Principado». Replicó éste con asombrosa independencia, y sus justas razones despertaron en aquella corte tal sobresalto, que se apresuró á llamar al mariscal La Motte, y á encomendar el gobierno, en su ausencia, á Mr. de Terrail; pero no bastó esta medida á calmar el general descontento, no extinguido con el envío de un visitador, ni con las promesas de la corte de Francia. El invierno puso fin á la campaña de aquel año, y en la primavera del siguiente recobraron los catalanes alguna esperanza con el arribo del conde de Harcourt, á quien se confió el virreinato, y mando de las armas.

Comenzó Harcourt la campaña de 1645, dirigiéndose hacia Balaguer; tomó fácilmente la villa de Agramunt, rindió á Camarasa, sin que pudiera evitarlo el socorro que envió D. Andrés Cantelmo (que reemplazó á Silva en el mando del ejército castellano), por haber ocupado con anticipación los franceses el puente del Segre, y apercibióse á cruzar este río que defendía el castillo de Camarasa. Cantelmo apostóse en el llano que existe entre Llorens y Balaguer, dispuesto á la batalla, y Harcourt, con igual deseo, le embistió el 22 de Julio, derrotándole después de dos horas de combate, y haciéndole prisioneros cinco tercios, con ellos el marqués de Mortara y otros caballeros, y más de mil caballos. Quedaron los franceses, á consecuencia de este triunfo, dueños de las márgenes del Segre. Harcourt avanzó sin perder momento sobre Balaguer, donde Cantelmo se refugió con las reliquias del ejército vencido, y la rindió el 20 de Octubre. Inútilmente había intentado socorrerla el marqués de Toralto con un ejército de 5,000 infantes y 1,000 caballos, pues vióse obligado á desistir de este propósito, en vista de lo bien fortificado y dispuesto que se hallaba el enemigo. A este desastre, añadieron los castellanos una derrota sufrida en las márgenes del Ebro, no lejos de Mequinenza. No más afortunados en el Rosellón, perdieron aquella primavera la importante villa de Rosas, con cuya toma se obstruyó el paso á cualquier tentativa de los españoles. La mira principal de Mazarini estaba realizada; y aunque en el congreso de Munster, á la sazón congregado, los plenipotenciarios de Francia se negaron á restituirnos á Cataluña á trueque de los condados de Artois y Rosellón, no es de creer inspirara esta respuesta otra cosa que el buen parecer. Transcurrió el año 1646 casi en la inacción por parte de castellanos y catalanes, quienes alarmáronse justamente al saber el 5 de Septiembre que en Munster se procuraban arreglar treguas de algunos años, treguas que de cumplirse colocaban al Principado en la posición más crítica, «teniendo por padrastro al enemigo, siempre vecino, y por madrastra á la Francia». Y, en efecto, dueños los castellanos de Tarragona, Lérida, Ager y Tortosa, se hallaban en ventajosas condiciones para romper las treguas cuando así les conviniera, caer de improviso sobre Barcelona y ganarla. «La situación de estas plazas, decían en un *Memorial* al rey de Francia los catalanes, es de tal naturaleza, que careciendo Cataluña de fuerzas para oponerse por sí misma, podrían muy bien conservarse para vejar y oprimir los pueblos y tierras comarca-

nas; mientras que los castellanos, con la sola guarnición de las plazas retenidas, estarian seguros y sin recelo de nosotros, cuando no lo estaríamos de ellos sin tener un ejército entero que nos cubriese.» Razón de sobra tenian los catalanes para expresarse así, y luego veremos cómo no eran infundados estos temores.

Hemos dicho que las operaciones del año 1646 fueron insignificantes, y añadiremos que el conde de Harcourt, que había puesto su campo junto á Lérida en Mayo, atacado en dos vigorosas salidas por la guarnición de esta plaza, no se vió con aliento para ganarla de rebato y se limitó á



Batalla del llano de Llorens (22 de Junio de 1645). (Copia de un grabado de F. Ertinger, por E. Canibell)

bloquearla todo el verano. Mandaba en Lérida un militar distinguido, el portugués D. Gregorio de Brito, componían su presidio 3,000 veteranos, y la perseverancia de Harcourt hubo de estrellarse ante sus murallas, dando lugar á que el ejército castellano acudiera en socorro de la plaza. El cargo de general en jefe de este ejército dióse al marqués de Leganés, por muerte de Silva y de Cantelmo, lo que prueba hasta qué punto se hallaba España falta de generales. Más afortunado en esta campaña que en 1642, Leganés entró por Aragón, apoderándose de Arbeca, Bellpuig, Juaneda, Anglesola y Tárrega, dió vista al campo de Harcourt y llegó tan oportunamente que evitó la rendición de Lérida, desesperada ya por la penuria y muy apretada por los sitiadores. El 7 de Noviembre atacó con gran denuedo las trincheras francesas por el costado de Villanoveta, rompió-

las y puso al ejército francés en fuga. Lérida fué socorrida, y Harcourt, después de reponerse en Balaguer y dejarla bien guarnecida, se volvió á Barcelona. Otros encuentros menos importantes ocurrieron en distintos puntos, y en tal estado finió el año 46, reemplazando á principios del 47 al virrey Harcourt, el príncipe de Condé y duque de Enghien, el joven vencedor de Rocroy (1). Fué el primer cuidado del nuevo virrey la conquista de Lérida, para cuya empresa procuró reunir cuantas tropas pudo. En Mayo se puso frente á esta ciudad, y aprovechando las líneas que levantara Harcourt, no del todo inutilizadas, á los siete días tenía cerrada la ciudad y la batía con vivo fuego. Pero aun la gobernaba el intrépido Brito, quien, repitiendo las salidas, llegó en una de ellas á romper las líneas, y hubiérase apoderado del campo á no verse atacado por mayores fuerzas. «Mal dirigido el sitio, dice Tio, por haberse elegido para abrir la brecha la parte peor de la ciudad, eran casi inútiles los esfuerzos del príncipe de Condé. Durante las dos primeras semanas de Junio, casi todos los días hicieron salidas los sitiados con grave pérdida de los sitiadores, cuyas fuerzas se debilitaban poco á poco por las escaramuzas con la guarnición y las deserciones. Cuéntase por milagro, y la tradición lo ha respetado como á tal, la sorpresa que del campo francés hicieron los soldados de Brito. Unos dicen que la Virgen avisó en sueños al gobernador, señalando la hora de la embestida cuando yacía dormido el ejército enemigo: ¡impiedad insigne! Otros lo refieren de mil diferentes modos, pero atribuyéndolo siempre á celestial merced; pero es lo cierto que un soldado de Condé vendió traidor el santo y seña á sus contrarios, que por medio de tal secreto hicieron grande estrago al sitiador. Desesperado éste de rendir á Lérida hasta mejor ocasión, levantó el sitio el día 17, pasó el río el siguiente por la mañana por un puente de barcas, que destruyó así que hubo pasado, permaneció lo restante del mes en las inmediaciones de Lérida, sin alejarse mucho, y el 1.º de julio marchó hacia Tarragona, después de haber aumentado las fuerzas de Balaguer, fortificando á Arbeca y enviando á Flix alguna gente (2).» El resto de aquel mes y los dos siguientes pasólos el enemigo en la inacción á causa de los excesivos calores de aquel estío, teniendo Condé establecido en Borjas su cuartel general; y por parte de los españoles tampoco se dió señal de vida, pues el ejército se hallaba harto mermado para intentar operación alguna, y como fuera nombrado general el Marqués de Aytona, este caudillo no quiso salir á campaña, sin antes tener el ejército suficientemente organizado y abastecido, lo que no vió realizado hasta expirado el estío.

Era ya entrado el mes de Septiembre, cuando los franceses, noticiosos de que el ejército castellano, fuerte de 15,000 infantes y unos 3,500 caballos mandados por el marqués de Aytona, marchaba hacia Lérida, se pusieron en movimiento. Abrigaba Aytona el propósito de sorprender á Condé, y por eso, sin perder momento, dirigióse desde Lérida á las Borjas; empero ya el francés, conocedor de aquél, marchó hacia Bellpuig, y cuando Aytona creyó oportuno el regreso á Lérida, fué en su seguimiento, obligándole á repasar el Segre y entrar en Aragón. Los dos ejércitos permanecieron en expectativa todo el otoño, y, llegado el mes de Noviembre, Condé regresó á Barcelona, desde donde se trasladó á Francia, muy desacreditado. Los franceses le mortificaron con sátiras y versos, los españoles decían de él que quiso tomar á Lérida tocando el violín, por haber de estos instrumentos en su ejército.

Sustituyóle en Febrero de 1648 el arzobispo de Aix, y á éste, en Junio del mismo año, el mariscal de Schomberg, quien comenzó su gobierno conquistando el 13 del siguiente mes la importante plaza de Tortosa. Era la guarnición de esta plaza corta para resistir el numeroso ejército enemigo, no se la dió oportuno socorro, y, entrada por asalto, fué terriblemente vengada la heroica resistencia que hizo. Pero las ventajas materiales que consiguieran los franceses no bastaban á calmar la excitación producida por sus crecientes demasías. Los catalanes, que en un principio se mostra-

(1) Una narración coetánea de los sucesos de esta época, al dar cuenta de la entrada del joven Condé en Cataluña, dice que como éste vistiera traje negro, sucio por el polvo del camino, y le acompañaran muy pocas personas, formóse de él pobre idea; y que al pasar revista á las tropas, atrevióse á gritarle un soldado: *¡Eh, monsieur; bailanos el Argant!* osadía que castigó el príncipe francés mandándole arcabucear en el acto. Este sencillo hecho pinta claramente la disciplina de aquellas tropas.

En la Biblioteca universitaria de Barcelona existe el manuscrito anónimo relativo á estos sucesos, de gran importancia por los muchos datos que encierra, y que pueden consultar con fruto cuantos se propongan escribir acerca de esta guerra.

(2) *Continuación de la Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña en tiempos de Felipe IV*, Lib. VIII.

ban unánimes habíanse dividido ya en dos bandos, partidario uno de Francia, otro de Castilla, y el segundo iba engrosando á medida que los desengaños que de aquélla se recibían eran mayores. En más de un punto llegóse á volver armas contra los que tan mal cumplían sus deberes de amigos y protectores, y originaron estos hechos no pocas sangrientas represalias. Por otra parte, la guerra se conducía con gran lentitud, porque Francia, conmovida por las discordias civiles y satisfecha de la conquista del Rosellón, se mostraba poco solícita de la suerte de Cataluña, y Felipe IV tropezaba con grandes dificultades para organizar nuevos ejércitos y no quería arriesgarse demasiado en la lucha. Limitáronse los castellanos á ganar las villas de Montblanc, Constantí y Salóu (Septiembre de 1649), y á efectuar desde Tarragona una punta hasta Villafranca del Panadés, termi-



Sitio de Dunkerque. (Grabado de la época)

nando en la inacción el citado año. La peste que se desarrolló en Cataluña el año siguiente no contribuyó menos á entorpecer todo movimiento; empero, más que victorias siempre costosas, fueron propicias á la corte española, las medidas adoptadas por el nuevo virrey francés, duque de Vendome. Reducíanse á no respetar los privilegios del Principado en lo que tocaba á los alojamientos, causa esta misma de la guerra entre catalanes y castellanos. Multiplicáronse con tan desacertadas medidas los desafueros de los soldados franceses, colmóse el sufrimiento de los pueblos, y desde aquel punto comenzaron á mostrarse propicios á la antigua dominación (1). La presencia del ejército español á las órdenes del marqués de Mortara en las riberas del Ebro (Noviembre de 1650), la toma de las villas de Flix y Miravet, y el sitio de Tortosa, no contribuyeron menos al descrédito de los franceses, cuyo jefe y virrey de Cataluña, Vendome, salió para Francia á fines de Diciembre, después de haber intentado en vano el socorro de Tortosa. Esta plaza se rindió el 3 de Diciembre de 1650 al ejército de Mortara, secundado por la escuadra de Alburquerque, que situada

(1) En 1646 se dió á la estampa en Zaragoza un libro titulado *Presagios fatales del mando francés en Cataluña*, escrito por el catalán vizconde de Rocaberti, que es una fiel pintura de los excesos cometidos por los franceses en el Principado, y refleja perfectamente el estado de ánimo de los naturales.

en los Alfaques, impidió todo socorro y consiguió al mismo tiempo una importante victoria sobre cuatro navíos franceses, á la altura de Cambrils, apresándolos á todos y haciendo prisioneros á quinientos infantes que en ellos iban, seis piezas de artillería y gran cantidad de vituallas (1).

III

Si triste era el espectáculo que la península ofrecía, no era por cierto halagüeño el de sus posesiones; porque las de ultramar se hallaban devastadas por los piratas, y las situadas en Europa, próximas á perderse ó corriendo gravísimo riesgo. En Italia, el marqués de Siruela, que reemplazó á Leganés, no pudo evitar que los franceses nos arrebataran varias plazas; el príncipe Tomás de Saboya, nuestro fiel auxiliar, y el cardenal de Saboya, se unieron al enemigo, y juntos nos tomaron á Niza, Verua, Crescentino y Tornona. Y hasta el principillo de Mónaco, viendo nuestra causa decaída, abrió la puerta de dicha ciudad á los franceses. Cayeron en poder de éstos el Piombino y Portolongone; y para colmo de males, estallaron en 1647 las sangrientas revoluciones de Sicilia y Nápoles, que pusieron nuestra dominación en el borde del abismo. Las causas de éstas no fueron otras que el abuso en los impuestos; la duración de la primera muy breve; de mayores proporciones y cuidados la segunda, y ambas no remediadas con el tino político que requería el estado de cosas. Empero, la de Nápoles merece especialísima mención, no sólo por los meses que se prolongó, sino por las fuerzas que distrajo, pues el pueblo arrojó á las tropas, obligó á huir al virrey y eligió un caudillo, declarándose en abierta rebelión. Hubo de acudir allí, con una armada de veintidós galeras, doce naves gruesas y catorce buques menores, D. Juan de Austria, quien puso en tierra unos 4,000 hombres sacados de Cataluña, y empezar la lucha con el pueblo, secundándole en esta empresa la nobleza napolitana. No era posible que los rebelados resistieran largo tiempo dirigidos por caudillos populares, y aunque el marqués de Toralto tuvo la debilidad de aceptar el mando de sus armas, pagóla con la vida, que á mano armada injustamente le arrebataron. Engrosado el elemento contrarrevolucionario, á causa de los excesos que en la ciudad se cometían, faltos los napolitanos de un jefe experto é influyente, acudieron al duque de Guisa, Enrique de Lorena, quien indudablemente hubiera sido enemigo temible para España, si no inspirara recelos á la corte de Francia el engrandecimiento de los príncipes de Lorena; y á esto se debió la tibieza con que fué apoyado. Por un momento pudo creerse, sin embargo, que Nápoles iba á emanciparse de la corona de España; porque Guisa organizó debidamente la insurrección, declaráronse en su favor las provincias de Salerno y la Basilicata, y vióse entrar en la bahía de Nápoles una poderosa escuadra francesa que despachó Mazarini á las órdenes del duque de Richelieu;

(1) *Relacion de la gran victoria que han tenido las galeras de España, siendo general de ellas el Excmo. Sr. Duque de Alburquerque.*

Carta del Excmo. Sr. Duque de Alburquerque, Capitán general de las galeras de España, escrita al Excmo. Sr. D. Fr. Pedro de Urbina, arzobispo de Valencia, virrey y capitán general de este Reino, etc.

Cartas del duque de Alburquerque al Rey D. Felipe IV, dando cuenta de la rendición y apresamiento de cuatro navíos de Francia que traían el socorro al ejército del duque de Mercurio para intentar socorrer á Tortosa por tierra y mar.

Capitulación hecha en la mar, á la vista de Tarragona, entre D. Francisco Fernández de la Cueva, duque de Alburquerque, capitán general de las galeras de España, y el señor de Ligni, mariscal de batalla de Su Majestad Cristianísima, gobernador de cuatro bajeles que traían socorro para el ejército de Francia que ocupaba á Cataluña.

Todos estos interesantes documentos han sido copiados por el Sr. Fernández Duro, de las Colecciones de Navarrete, en la Biblioteca de Marina; Sala de Varios de la Biblioteca nacional y Biblioteca de S. M. El Sr. Rodríguez Villa, en el importante trabajo á que en el anterior estudio hicimos referencia, inserta la carta del Rey al duque de Alburquerque, dándole gracias por este suceso, cuya carta copia del Archivo de la Casa de Alburquerque.

pero la presencia de esta escuadra era una simple demostración, pues su almirante mostróse tan irresoluto que, después de haber venido á las manos con los españoles y peleado por espacio de seis horas, retiróse de aquellas aguas sin esperar un resultado decisivo: «testimonio evidente, dice un historiador, de que no quería dejar á Guisa el fruto de la victoria, caso que hubiese podido conseguirla.» La conducta desatentada de este personaje, el cansancio producido por los excesos y la lucha, las intrigas del virrey duque de Arcos, y más que todo las acertadas medidas de D. Juan de Austria, fueron dominando la revolución, á la que dió el conde de Oñate, sucesor de Arcos, el golpe de muerte. Aprovechóse la ocasión en que Guisa acudía á socorrer la isla de Nisida, de que se habían apoderado nuestras galeras, y acometiendo simultáneamente las tropas españolas por



Sitio de Dunkerque. (Grabado de la época)

diversos puntos á Nápoles, fué ésta fácilmente ganada, siguiendo desde aquel momento las provincias el ejemplo de la capital, y quedando en poco tiempo otra vez sometido á España aquel reino (1). D. Juan de Austria, enviado por el virrey á lanzar á los franceses de los puestos que tenían en la Toscana, recobró á Piombino, y, algún tiempo después, á Portolongone, en cuyo sitio empleó cuarenta y siete días.

Mientras estos sucesos tenían lugar en el centro y mediodía de Italia, un príncipe italiano, más temible por la posición que sus Estados ocupaban, que por su poder, el duque de Módena, abria su territorio á los franceses, para que éstos pudiesen acometer al Milanesado y envolver á nuestro ejército. Sus tropas, juntas con aquéllas, se lanzaron sobre el territorio de Cremona al finalizar el año 1647 y ocuparon á Casal-Maggione, sin que el marqués de Caracena, que mandaba en Mi-

(1) El que desee estudiar á fondo estos sucesos, puede consultar la obra del duque de Rivas *Masaniello ó la Revolución de Nápoles*, notabilísima, no sólo por los interesantes datos que contiene, sino por su magistral estilo.

lán, pudiera evitarlo. Para cubrir el corazón de la Lombardía, Caracena hizo levantar una línea atrincherada de unas tres leguas de desarrollo, protegida por hondos fosos, entre los ríos Po y Oglio, acertada medida si tuviera suficientes fuerzas para utilizarla, pero no sucedió así, y el atrincheramiento fué forzado por los franco-modeneses, tras un encarnizado combate, en el que perecieron muchos de los nuestros (Julio de 1648). Empero, el enemigo no pudo utilizarse de la victoria, á causa de carecer del tren de puentes, tan necesario en aquel país cortado por numerosos ríos y canales; y gracias á esto no logró penetrar en el corazón del Milanesado. Detúvose junto al caudaloso Adda, arrimóse luego á la plaza de Cremona, que no pudo ganar por carecer de vituallas y dinero, y tuvo que renunciar por fin á proseguir las operaciones (Octubre de 1648). Esta falta de apoyo al ejército de Italia por parte de Francia, se explica perfectamente por dos razones: la primera por los graves disturbios que traían agitada á la nación y la escasez de recursos; la segunda, porque la atención del ministro francés estaba fija en Flandes y allende el Rhin. Y á ello se debió la lentitud con que se condujeron las operaciones en la península italiana durante estos años, y la inacción con que transcurrió el siguiente.

IV

Expusimos al terminar el Estudio Tercero, que las reliquias del ejército derrotado en Rocroy junto con los restantes cuerpos que se hallaban en el Artois, Luxemburgo y Flandes, aun sumaban una cifra bastante respetable para contener al enemigo; sin embargo, como no todo el daño que pudiera recibirse era del costado de Francia, y como el holandés Federico Enrique se mostrara empeñado en sentar definitivamente el pie en la Flandes Occidental, vióse obligado Melo á marchar con parte del ejército al país de Waes, para cubrir las más importantes ciudades del territorio y á dejar en las fronteras francesas otro cuerpo que protegiera el país valón y se diera la mano con las fuerzas destacadas en el Luxemburgo. Gracias á esto pudo cerrarse en Flandes el paso á los holandeses que con superiores fuerzas habían desembarcado en el fuerte Filipina; pues Melo apostó su ejército en las riberas del Saso de Gante y Brujas, y ocupó los puertos y pasajes de manera que por cualquier costado que el enemigo intentase avanzar se encontrara al opósito la caballería y la infantería; plan acertado por demás y que impidió á Federico realizar sus propósitos. Y no menos oportuno fué en sus movimientos el ejército de la frontera francesa, pues el duque de Alburquerque, que lo mandaba interinamente, marchó sobre Landrey, y de allí, en busca del Mariscal francés Menacamp, resuelto á pelear con él, logrando con esta operación que el duque de Enghien evacuara el Luxemburgo (1). Desgraciadamente, mientras ambos caudillos maniobraban de esta suerte, perdióse la importante plaza de Thionville. La confianza de que resistiría por más tiempo, dió lugar á su pérdida, y éste fué el hecho de más monta ocurrido después de la jornada de Rocroy, en la guerra de Flandes. Pero el año 1644 no fué más favorable á las armas españolas que el anterior, pues como si á compás que faltaban en Flandes los alientos y los recursos materiales, creciesen en número y vigor los franceses, púsose en campaña el duque Gastón de Orleans, lugarteniente general del vecino reino, y ganoso de no quedar eclipsado por Condé, atacó la plaza de Gravelines, secundado por los mariscales la Meilleraie, Gassion y Rantzau. Cuatro cuerpos de ejército, reunidos en las márgenes del Somma, cruzan rápidamente el Artois y se concentran junto á Gravelines; la escuadra holandesa acude también, conforme á lo pactado, y co-

(1) Vincart, *Relación de la campaña de 1643.*

mienza el sitio. Piccolomini, recientemente llegado de España, y que tomó el mando del ejército español, sólo tuvo tiempo de mandar á dicha plaza un socorro de 500 soldados; después trató con Melo de acudir en su auxilio; pero como al propio tiempo los holandeses amenazaran al Saso de Gante, no les fué dable reunir las fuerzas necesarias para obligar al de Orleans á levantar el cerco. Y no obstante la brava defensa que hizo la guarnición de Gravelines, comparada por los franceses á la de Thionville, aquella plaza hubo de entregarse después de mes y medio próximamente de resistencia. Los quince primeros días empleáronlos los sitiadores en sangrar las inundaciones artificiales y ganar las fortalezas que la circuían; los restantes en apoderarse de la plaza, que se entregó con todos los honores, á tiempo que iba á darse el asalto. Durante este intervalo el holandés nos arrebató el Saso de Gante, pérdida no menos sensible que la de Gravelines. El duque de Orleans, satisfecho de esta conquista, regresó á París, y Gassion terminó la campaña apoderan-



El Vizconde de Turena. (Facsímile de un grabado de Simonneau

dose de los fuertes que señoreaban el curso del Aa, entre Gravelines y Saint-Omer, y el canal de Neuf-Fosse, que se extendía desde aquel río y Saint-Omer hasta la plaza de Aire. La perdida de esta línea de agua procuraba á los franceses el paso á la Flandes Occidental, mientras que la del Saso, que cubría á Gante, abría la puerta á todo el Brabante, y desde aquel importante fuerte, rompiendo los diques, se podía inundar muy fácilmente aquel territorio. Así terminó esta funestísima campaña, y con ella el poco crédito que á Melo quedaba, no restaurado ni por la buena defensa que hizo en la anterior, ni por el triunfo que en la Lorena consiguieron las tropas españolas en Tuttlingen. Melo fue relevado en este tiempo, y quedó gobernando á las provincias flamencas en lo político el marqués de Castel-Rodrigo y en lo militar el duque de Amalfi (1).

Las guerras de Flandes reflejan por estos años los desaciertos de la falta de unidad. Existen allí buenos oficiales subalternos, valientes y expertos maestres; pero falta un caudillo de talento, una inteligencia que dé unidad, cohesión, impulso vigoroso á las operaciones. Falta tambien lo que en todos tiempos ha sido el nervio de la guerra, el dinero. Redúcense por entonces las ope-

(1) Vincart, *Relacion de la campaña de 1645*.

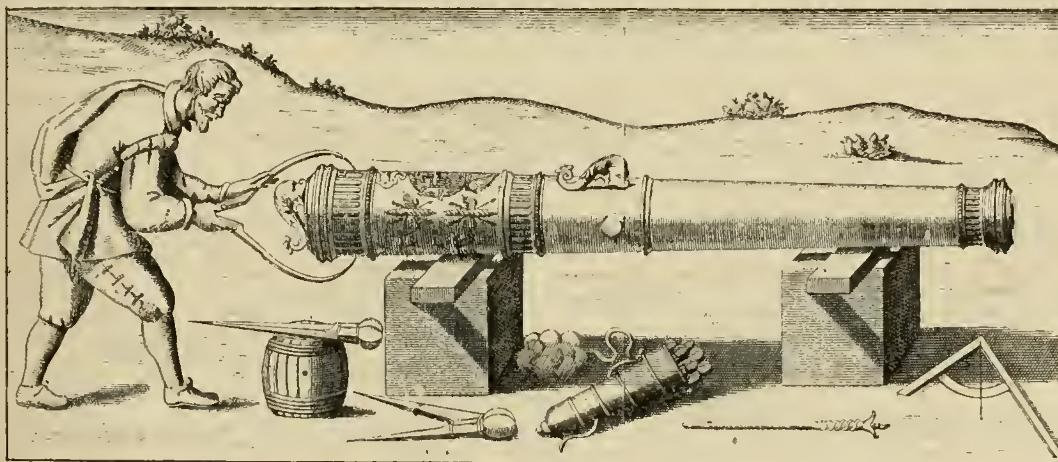
raciones á la toma y recuperación de plazas; Francia cuenta con la superioridad numérica, con mejores generales, con políticos más hábiles. Ha conseguido abrir un ancha brecha en el territorio flamenco, y todos sus esfuerzos van encaminados á llegar hasta el corazón del Brabante, á expansionarse hasta el Mosa y barrernos de aquellas provincias. Sus ejércitos en Alemania disputan á los austriacos la línea del Rhin, y la señorean después de la famosa batalla de Friburgo, con lo cual consiguen una excelente base de operaciones ofensivas contra Alemania, y una línea de defensa contra las posesiones españolas. Todo el territorio enclavado entre el Mosela y el codo maguncíés del Rhin podía ser fácilmente tomado de revés, ocupada como se hallaba la Alsacia. Así lo consigna Turena en su carta á Mazarini (1). La campaña de Turena y de Condé en este año, con la famosa batalla de Friburgo, pone ya de relieve la diferencia entre los caracteres de ambos capitanes ¿Qué generales podrá oponer España á éstos en las márgenes del Rhin, ni qué caudillos á Gassion y á Rantzau en las del Escalda? Piccolomini, que al comenzar la campaña de 1645 quiso cerrar el paso á los franceses, mandados también por el duque de Orleans y los dos citados mariscales, engañado por hábiles maniobras, no pudo evitar que forzaran el paso de Colma, embistieran á Mardick, y la ganaran en veinte días (10 de Julio). Señoreaba esta plaza fuerte la mejor rada de aquella costa para los barcos de algún porte; y, por lo mismo, fué más sensible su pérdida, á la que siguieron las de Linck, Bourbourg y Cassel. ¿A qué detenernos en repetir los detalles de cada sitio? Los nuestros se defendían con valor, hasta con obstinación; pero no había el necesario concierto en los jefes, ni presidía un buen plan defensivo á estas operaciones. Gran suerte fué que el duque de Lorena acudiera contra los holandeses y los rechazara hasta la costa; pero en cambio, no pudo evitarse que los franceses se dirigieran á las riberas del Lys, ocuparan á Saint-Venant y Bethune, y aislaran completamente las plazas de Aire y de Saint-Omer. Descendiendo por las márgenes de aquel río Gassion y Rantzau, pues el de Orleans se había dirigido por aquellos días á París, fuéronnos ganando á Armentières, Warneton, Comines y Menin, donde recibieron avisos del holandés, participándoles que se hallaba detenido por el duque de Lorena junto al canal que va de Gante á Brujas. Y no vacilaron ya en acometer de frente todos los peligros; pues, forzando el paso del citado canal, diéronse las manos con Federico Enrique, ayudáronle á franquear el Lys y á cruzar dos veces el Escalda. Dividiéronse luego, marchando los holandeses sobre Hults y cayendo de nuevo los franceses sobre el Artois y la Flandes valona, donde tomaron, entre otras plazas, á Lens y Orchies. Los españoles, entre tanto, á pesar de hallarse distraída su atención por el doble enemigo, recuperaron por sorpresa á Cassel y el fuerte de Mardick; y con este suceso terminó aquel funestísimo año.

Próximo parecía á realizarse el reparto convenido entre holandeses y franceses (2); y engreídos éstos por las repetidas victorias de 1644 y 45, trataron de dar en 1646 extraordinario impulso á la guerra, ó, por mejor decir, de concluir de una vez con nuestra dominación. Al efecto reclamaron de los holandeses vigoroso apoyo: pusieron al frente de sus ejércitos al héroe de Rocroy, Friburgo y Nordlinga, bien que subordinado al duque de Orleans, y formaron en Picardía y en Champagne dos cuerpos de ejercito, que á mediados de Junio de 1646 se reunieron frente á Courtray. El ejército francés ascendía á 35,000 combatientes, y en él figuraban, además de Enghien, Gassion y Rantzau. El español, juntas las fuerzas de los generales duque de Lorena, Piccolomini, Fuensaldaña, Beck y Lamboy, alcanzaba la cifra de 25,000; pero los franceses tenían, además de la ventaja del número, el auxilio de la flota holandesa que señoreaba el Canal. La situación de Courtray, enclavada en el corazón del territorio, exigía de parte de los españoles un supremo esfuerzo. Despacháronse de la corte de Madrid órdenes terminantes á nuestros generales, y juntas las fuerzas de Piccolomini y el duque de Lorena, unos 25,000 combatientes, dispusiéronse á socorrer dicha plaza. Empero, no atreviéndose á comprometer aquel ejército en una batalla, maniobraron para distraer la atención del enemigo, perdiendo así un tiempo precioso, y

(1) De fecha 29 Enero, 1644. Inserta en la *Hist. de Turenne* por L. Armagnac.

(2) Tratado firmado en Marzo de 1664 entre los Estados holandeses y la Regente de Francia.

dando lugar á que los franceses ganaran á su presencia tan importante villa. Desde aquel momento, todo el curso del Lys cayó en poder de éstos. Pero el príncipe holandés, que en este intervalo había reunido 25,000 soldados en el Saso, dióse la mano en el canal de Brujas con los franceses, sin que los españoles pudieran evitarlo. Críticos fueron aquellos momentos para los nuestros, replegados sobre esta última ciudad. Los enemigos habían concertado ya remontar el Escalda por sus dos márgenes y acometer vigorosamente á Amberes, antes que los españoles tuvieran lugar de oponérseles; mas, por ventura, este plan no llegó á realizarse; porque en el mismo instante de ir á ponerlo en planta, el príncipe Federico Enrique, cuya salud había decaecido en extremo, se vió acometido de un acceso de locura. Transcurrió inútilmente un tiempo precioso, y los nuestros, puestos sobre aviso, pudieron acudir precipitadamente á la populosa ciudad. No lograron otra cosa, los franco-holandeses, que tener en jaque á los españoles; y como éstos, al cubrir la plaza de Amberes, dejaron abandonada la Flandes Occidental, aprovecháronse de ello los



Reconocimiento de un cañón. (Grabado de la obra *El Perfecto Artillero*, por Julio César Firrufino: impresa en 1642

enemigos, arrebatándonos á Bergas-San-Vinoc y Mardick, esta última después de un sitio de veintidós días (4-25 Agosto). Para hacerlo más estrecho, impidiendo el arribo de socorros á la plaza, desde Dunkerque acudió frente á Mardick la escuadra del almirante holandés Tromp, y gracias á lo riguroso del bloqueo por mar y á lo estrecho del cerco, se consiguió la rendición. Casi al mismo tiempo le fueron arrebatadas al duque de Lorena las pocas plazas que conservaba en sus Estados, engrosando el ejército francés con el arribo de las tropas que operaban en aquéllos, lo que dió alientos al duque de Enghien, para acometer el sitio de Dunkerque.

No era fácil empresa la de acometer esta importante ciudad, á la que protegían así el arte, como la naturaleza; mas acometióla Condé con gran brío, y para asegurar su rendición comenzó por aislarla, ganando la de Furnes (7 Septiembre) y los fuertes que señoreaban los inmediatos canales; después trazó sus líneas de circunvalación, cerró las esclusas que habían abierto los sitidos, sujetó las arenas con una estacada y abrió la trinchera á fines de Septiembre: trabajo éste por demás penoso, á causa de lo movedizo del terreno. Al mismo tiempo, presentóse en aquellas aguas, como en Mardick, la escuadra del almirante Tromp, á la que se unieron algunos bajeles normandos. No se mostró en esta ocasión bastante activo Piccolomini, si bien hay que reconocer era el enemigo numeroso y fuerte; tampoco la corte de Madrid anduvo lo necesario solícita,

no obstante los pasos que hizo dar cerca de los revolucionarios ingleses; y de aquí que Dunkerque, á pesar de la brillante defensa que hizo, hubiera de entregarse á Enghien. Conquista fué ésta de grandísima trascendencia para Francia, funestísima para nuestra patria, cuya dominación parecía tener ya en Flandes contados sus días. Y como si el astro de la victoria quisiera brillar con luces cada vez más vivas para los franceses, allende el Rhin conseguía Turena laureles no menos hermosos que los de Enghien en Flandes. Dueño de toda la región comprendida entre el Mosela y aquel otro río, comprendió Turena que, apoyado en esta sólida base, debía operar de un modo decisivo contra Alemania; y al efecto, dejando un pequeño cuerpo en Maguncia, pasa el Rhin por territorio holandés, y en unión del sueco Wrangel presenta batalla al archiduque Leopoldo de Austria, que la rehusa. Cruzan entonces el Mein, y sin detenerse á sitiar plaza alguna, adelántanse hasta el Danubio y se pone junto á Ausburgo. Las hábiles maniobras de los dos generales obligan á los austro-bávaros á evacuar la Suabia, y el duque de Baviera, abandonado á sus propias fuerzas, se ve reducido á implorar la paz. Casi sin efusión de sangre, por la exclusiva superioridad de las maniobras, consiguieron Turena y Wrangel, resultado tan magnífico. ¡Honor á estos insignes caudillos! Si algo faltaba para sellar la reputación estratégica del primero, ahí está su campaña de 1646 en Alemania. Estúdiela atentamente el militar, porque, como ajena al plan de esta obra, no hacemos de ella más que una simple referencia.

Los serios descalabros sufridos en la campaña de 1646, el estado decadente de nuestra dominación en los Países Bajos, la poca confianza en una próxima paz y la necesidad de concentrar el mando supremo político y militar en unas solas manos, hicieron adoptar á la corte de España dos medidas, entrambas sumamente eficaces: el nombramiento del archiduque austriaco Leopoldo para el gobierno de los citados Países, y la tregua con Holanda. Sobresaltada esta república por las pretensiones que Francia reveló en el congreso de Munster, temerosa de que llegase á hacerse dueña de las provincias flamencas y reemplazase con su poder agresivo el decadente español, no vaciló en firmar, á principios de 1647, una tregua con nuestra patria, tregua que permitió á ésta dirigir el peso de sus armas contra Francia. Obligado el emperador Fernando III de Alemania á su primo Felipe IV por los auxilios que le prestó, y por el casamiento ajustado entre éste y su hija D.ª Mariana, tampoco pudo negarse á la oferta que el soberano español hizo al Archiduque, del gobierno político-militar de los Estados Bajos, con autoridad absoluta en la dirección de los negocios. Era Leopoldo hermano del Emperador, había dado en las guerras de Alemania notables pruebas de valentía y suficiencia, gozaba en Flandes de muy buena fama, y en realidad, pocos podían ser tan merecedores como el de cargo tan elevado, á la par que espinoso. Si se tienen en cuenta los funestos resultados que diera el año anterior el antagonismo entre los generales, comprenderáse cuán acertadamente se obró con esta elección, en lo que atañía al mando militar.

La primera carta del Archiduque á su arribo en Flandes, fué una triste pintura del estado de los negocios; su primera súplica, la de costumbre en aquel gobierno: que se le remitiese dinero á la brevedad posible; pero esto no fué óbice á que diera gran impulso á los preparativos de guerra, ya despachando á Amberes á un comisionado para solicitar de los banqueros algunos anticipos, ya procuranda haeer levas de gente. Cortos socorros podía esperar de España el Archiduque, pues nuestra patria tenía que atender á las dos rebeliones interiores, á las insurrecciones de Palermo y Nápoles, y á otros compromisos no menos graves; pero favorecíale la circunstancia de tener neutrales los holandeses, y hallarse la Francia perturbada por la lucha civil (1). El duque de Orleans, que con tanta fortuna había dirigido el ejército los años anteriores, rehusó mandarle éste, y como se eligiera para ello á los mariscales Gassion y Rantzau, no era de presumir que semejante división favoreciera á nuestros enemigos: por otra parte, Francia no podía descuidar la

(1) «Cuando llegó la mesada de Marzo, estaba ya anticipado la mayor parte de su importe, y á duras penas, y á costa de grandes esfuerzos pudieron obtenerse en Amberes algunas cantidades para comenzar las operaciones. El marqués de Caracena salió á la guerra con sólo doce mil escudos, debiéndosele más de veintidós mil, y por este estilo los demás generales. El mismo Archiduque no pudo conseguir lo preciso para su persona y familia... No dejó, sin embargo, de recordar á S. M. la penuria en que quedaba, «pues para levantar una trinchera, dar un escudo á un soldado herido, ó á un espía, no se sacó un real en campaña», y á no ser por algunas cantidades que dió á

guerra de Cataluña, y á esto se debió que con harto trabajo juntara á mediados de 1647, en Flandes, un ejército de 22,000 combatientes, entre infantería y caballería. El nuestro, según un documento de la época, ascendía á 35,000, pero tan atrasado de pagas, que no era fácil ponerlo en campaña. Sin embargo, las órdenes de España eran apremiantes, pues dependía de la importancia de las operaciones que en Flandes se realizaran el que los franceses amenguasen el empuje de la guerra en Cataluña, y el Archiduque no tuvo otro remedio que dar comienzo á las operaciones. A este efecto designóse á Tournay para plaza de armas, y reunido Consejo, se acordó atacar la plaza



D. Francisco Manuel de Melo
Autor de la *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*

de Armentières, y como operación preliminar acometer á Comines, villa situada sobre el Lys, y guarnecida por 400 franceses. Diez días se emplearon en este sitio: el 11 de Junio, después de ser batida la villa furiosamente y echado ya un puente de faginas sobre el foso, entregóse, quedando prisionera la guarnición. Impulsaba al Archiduque la mira de tomar á Armentières para dificultar el socorro de Courtray, y facilitar el de Saint-Omer, plaza que se tenía por seguro atacarían los franceses; por lo mismo, dió orden á sus generales para que pasaran á sitiar aquella pla-

los generales para empezar la guerra, «todos se encogían de hombros en el salir á campaña, aun con haber empezado el exército á marchar.» Rodríguez Villa, *Hist. de la campaña de 1647 en Flandes, siendo gobernador General de aquellos países por España, el archiduque Leopoldo.* —Madrid, 1884.

La escasez de noticias que hay acerca de esta campaña, realza el interés histórico del trabajo del Sr. Rodríguez Villa, basado en una relación manuscrita y anónima de la época, probablemente obra de Vincart, y en documentos y noticias, inéditos los más, existentes en el Archivo de Simancas y en otros particulares. A este estudio nos hemos atenido principalmente al bosquejar la citada campaña.

za, y el 13 de Junio fué en persona á incorporarse al ejército. La rapidez con que todo esto se verificó, causó á los franceses gran sorpresa, y aunque carecían de fuerzas para socorrer á la ciudad sitiada, Gassion, que se hallaba en Courtray, dió aviso á Rantzau, que gobernaba á Dunkerque, para que acudiese á su encuentro en Estaires, mientras él reunía el mayor número de tropas posibles en Bethune, y daba aviso al gobernador de Armentières para que á toda costa se sostuviese.

Trabajábase activamente en la línea de circunvalación y en fortificar los cuarteles de Armentières, y en breves días, abiertas las trincheras y hechas las aprochas, rompió el fuego la batería del marqués de Caracena, frontera á la Puerta de Arquinghem, fuego bravamente sostenido por los sitiados, quienes, de día y noche, no cesaban de disparar cañonazos. El Archiduque acudió entonces á visitar los cuarteles, y satisfecho de su disposición, regresó á Lille con objeto de ir disponiendo lo necesario para sustento del ejército. Confiaban los sitiados en la próxima llegada del socorro conducido por Gassion y Rantzau, y con esta esperanza hicieron valientes salidas que con no menos energía rechazaron los nuestros. Pero cuando el ejército de los dos mariscales se aproximó á las líneas, comprendieron éstos que no les sería fácil dar auxilio, y desistieron de su propósito. No se dió por eso la plaza á partido, y continuó el cerco, alentando al ejército la presencia del archiduque Leopoldo. El 27 de Mayo acometióse á cuerpo descubierto la punta del camino cubierto, sin otro resultado que alojarse á diez pasos de ella y perder alguna gente; el 28 rechazóse una nueva y desesperada salida de los sitiados, y el 29, adelantadas igualmente todas las aprochas hasta el pie de la contraescarpa, dióse el asalto general entre doce y una de la noche. Al toque de arma, acometió cada uno de los capitanes, desde su respectivo cuartel, con tal ánimo y valor, que consiguieron apoderarse de la punta de la contraescarpa, no sin grandes pérdidas. Fortificáronse en ella, y, al amanecer, los sitiados tocaron llamada pidiendo condiciones para entregarse. No quiso el Archiduque que éstas fueran otras que las otorgadas por los enemigos á los soldados españoles de Mardick el año anterior; y como el gobernador se negara á aceptarlas, continuó el fuego; pero empeñado el francés en su propósito, amenazó á los burgueses y eclesiásticos con incendiar la ciudad si no obtenían del Archiduque condiciones más moderadas, amenaza á que éste contestó prometiendo hacer otro tanto con él y con sus soldados una vez ganada. Du Plesis, que así se llamaba el gobernador, no insistió, y la plaza entregóse el 31 de Mayo, después de veinte días de sitio. Hiciéronse más de 2,000 prisioneros, incluso el gobernador y oficiales, y sólo quedaron libres los heridos.

Pocos días permaneció Leopoldo en Armentières, pues deseaba aprovecharse lo más posible de las ventajas de la estación; así, pues, reunido Consejo de guerra, acordóse el sitio de Bethune, plaza sobre el Lys, tomada la cual, Courtray veríase seriamente amenazada por nuestras armas. Dejóse la mitad de las tropas lorenesas en el país de Luxemburgo, para refrenar al vizconde de Turena, y el resto pasó á incorporarse al ejército español; á tiempo que, conociendo los dos mariscales franceses el propósito del Archiduque, dividieron sus tropas en dos cuerpos, uno de los que se apostó en Locon y otro en Gorge, con el intento de oponerse al sitio de Bethune. Súpolo el Archiduque, y determinó avanzar con el ejército cuidadosamente ordenado, hasta las inmediaciones de esta villa, sitio muy á propósito para una batalla. Los enemigos no se consideraron suficientemente fuertes para aceptarla, y fueron á colocarse entre las dos riberas, muy cerca de Bethune, recibiendo allí un socorro de 3,000 hombres, y orden de la Reina para que procurasen á toda costa conservar esta villa y la de Arras, y disputar á los españoles el paso de los ríos, pero sin empeñar combate formal. Hiciéronlo así, y en vano trató el Archiduque de distraerlos moviéndose en correcta formación hacia la plaza de Arras, pues ellos se mantuvieron en sus posiciones. Entonces resolvió atacar á Lens, y efectuólo con tal fortuna, que, no obstante hallarse bien fortificada, la ganó con sólo veinticuatro horas y después de un vigoroso ataque á pecho descubierto. No era de presumir triunfo tan rápido; y por lo mismo, creyendo los franceses que este sitio entretendría nuestro ejército siete ú ocho días, intentaron ganar á Saint-Omer, á cuyo efecto Rantzau, los marqueses de Villequière y la Ferté, los gobernadores de Gravelines y Berghes, y

las guarniciones de Dunkerque y Bourbourg debían operar un movimiento simultáneo contra esta plaza; pero la vigilancia del marqués de Tresigni, gobernador y capitán general del Artois, burló el intento de los franceses, y no habiendo podido Rantzau y Villequières forzar el paso del río, entre Back y Hautpont, retiráronse con su gente, haciendo otro tanto los demás.

El ejército victorioso en Lens, movióse entonces hacia Arras, y obligó al enemigo á cambiar de posición, bien que colocándose no menos ventajosamente entre esta plaza y Bethune. Demostraron Gassion y Rantzau sumo tacto militar, y, consecuentes á las órdenes que habían recibido de la corte, no se dejaron arrastrar á la batalla. Esto indujo al Archiduque á trasladarse á las cercanías de Douay (23 de Junio), para dar algún descanso á sus tropas y proveerse de víveres; mas viendo que ni aun así se alejaban aquéllos de Bethune, acordó con sus generales acometer á Landrecies, lo que se efectuó pasando el día 28 el Sambre un ala del ejército, avanzando ambas hasta dicha



Artillería de la primera mitad del siglo XVII

plaza, y comenzando el 30 los trabajos de circunvalación. No bien se habían terminado éstos, cuando Rantzau y Gassion se presentaron con sus tropas á una legua de las líneas. El intento de los franceses era distraer á los nuestros para introducir algún socorro; pero el Archiduque formó sus tropas en batalla al abrigo de sus trincheras, y el príncipe de Ligni cargó tan oportunamente contra la gente destacada para entrar en la ciudad, que la degolló é hizo prisionera en su totalidad. Al siguiente día los franceses repasaron el río, y después de hacer un alto de veinticuatro horas en el bosque de Mormal, fueron á colocarse entre Guisa y Cateau-Cambresis. Landrecies, atacada con vigor, se rindió el 18 de Julio, aunque no sin costar serias pérdidas á los sitiadores; pero la conquista de esta importante plaza se deslustró con la pérdida de la Bassée, debida á la torpeza del general español, D. Esteban de Gamarra.

Trataron los franceses de distraer nuestras fuerzas, ó de aprovechar la ocasión de aquel sitio para ganarnos una plaza de Flandes; y á este fin, Rantzau se dirigió con una parte de las tropas enemigas hacia este territorio. Para contenerle, mandó Leopoldo á Gamarra, encargándole que procurase ganar por la mano al enemigo, acudiendo á la plaza que éste intentara sitiar, y socorriéndola oportunamente. Engañado aquél por los avisos de que Rantzau iba á sitiar á Dixmunda, diri-

gióse á ella; pero en este intervalo Gassion, desde Cateau-Cambresis, marchó tan cautelosamente hacia la Bassée, que cuando lo advirtió Gamarra ya no le fué posible introducir socorro alguno. Esto fué lo que obligó al Archiduque á dar un vigoroso asalto á Landrecies, y aceptar las condiciones que su gobernador pidió; pero á pesar de la rapidez con que obró Leopoldo, y de su precipitada marcha hacia la Bassée, apenas llegó á Douay supo con profunda pena que acababa de rendirse (1).

Mucho contrarió al Archiduque esta pérdida, mas no por eso decayó su ánimo; por el contrario, empeñado en recobrar á la Bassée, pasó en Douay muestra de su ejército (2), y, satisfecho de su estado, dividiólo en dos cuerpos y se puso el 27 de Julio sobre aquella plaza, presentándose á las tres de la tarde frente á las líneas enemigas, que aun no habían sido deshechas; pero el francés, protegido por ellas, no aceptó la batalla con que se le invitaba, y la función redújose á un cañoneo. En consecuencia, Leopoldo determinó marchar hacia el Lys, donde tuvo aviso de que Rantzau había ganado á Dixmunda y se dirigía contra el fuerte de Nieuwendam, cercano á Neuport. Esta novedad obligóle á destacar de su ejército al marqués de Caracena, para que se opusiera á los movimientos de Rantzau, y gracias á ello pudo evitarse que Neuport cayera en poder de los franceses, dueños ya de Nieuwendam. También á la escasa diligencia de Gamarra debióse el que Rantzau no fuera totalmente destrozado al retirarse de sus posiciones, pues por falta de gente no pudo Caracena causarle mayores bajas cuando se dirigía á Scoorbacq. Entre tanto, el Archiduque tenía en jaque con su ejército á Gassion, y habiéndose trasladado á Ferlinghem, cubría las plazas de Lille, Menin, Armentières, Ipres y Audenarde. Gracias á su vigilancia, pudo estorbar que Gassion recuperara á Lens, y reforzado á mediados de Agosto con catorce regimientos que á su campo condujo el duque de Lorena, determinó acometer nuevamente á la Bassée. Para desconcertar al enemigo, efectuaron el Archiduque y el de Lorena diferentes movimientos desde Ferlinghem á Loo, de Loo á Enulin y Houplines, y, atravesando el Lys, á Warneton; pero no se consiguieron atraerle á un combate general, y reunido Consejo, opinó Leopoldo por dividir el ejército, dejando en oposición del mariscal Gassion á Beck, y dirigiéndose él con el resto á incorporarse á Caracena en Flandes, donde esperaba recuperar alguna de las plazas que cayeron en poder de los franceses. Opúsose á este plan la aparición de Turena con 6,000 hombres y 20 piezas en el Luxemburgo, pues hubo de mandarse á esta provincia el citado Beck con algunos regimientos, siendo tan acertada la medida, que evitó la pérdida de Arlon y Montmedy, sitiadas por aquel caudillo. Por otra parte, recibióse aviso de que un nuevo cuerpo francés, á las órdenes del duque de Orleans, iba á poner sitio á Saint-Omer.

La previsión del archiduque Leopoldo se anticipó á los designios de sus enemigos, que juzgándole débil, creyeron poder ganar la villa de Armentières, y aunque Rantzau y Gassion

(1) «Comunicó S. A. al Rey de España, á un mismo tiempo, la toma de Landrecies y la pérdida de la Bassée, en carta de 23 de Julio, manifestándole el profundo sentimiento que tan desgraciado suceso le había causado, principalmente por haberlo prevenido á tiempo con órdenes y gente que dió para ello á D. Esteban de Gamarra, encargándole verbalmente metiese gente en aquella plaza, por ser de las más expuestas, no habiéndolo podido hacer, según decía, por haber llegado tarde. A este propósito apunta las sospechas que se tenían sobre si hubo omisión en el socorro, ofreciendo que no lo tendría él en castigar á los culpables, si se llegase á averiguar la certeza del caso. En concepto del Archiduque, el designio del enemigo era atacar y tomar una plaza mientras el ejército de Su Majestad se hallase ocupado en sitiar otra.

»Exponía asimismo á S. M. lo necesitado que se encontraba de soldados y dinero, toda vez que habiéndose tratado de hacer algunas levas en Alemania, no se podían éstas ejecutar por la falta de recursos. Para enterar á S. M. de éstas y otras cosas tocantes á la guerra, así como también para solicitar que se enviasen al ejército españoles á trueque de valones, envió á la corte de España al marqués de Grana y á D. Miguel de Salamanca.» Rodríguez Villa, *Campaña de 1647 en Flandes.*

(2) «Salió, pues, fuera de Douay á las nueve de la mañana y halló ya toda la infantería y caballería formadas convenientemente en batallones y escuadrones, y dividido el ejército en dos cuerpos. El del marqués de Caracena estaba compuesto de seis batallones de infantería española de los tercios de los Maestres de campo D. Francisco Deza, D. Gabriel Toledo, D. Bernabé de Vargas, D. Baltasar Mercader, D. Gaspar Bonifacio y D. Fernando Solís; y de un batallón de infantería borgoñona del tercio del marqués de Diene y de tres batallones de infantería lorenesa, que formaban un total de diez batallones de infantería, dispuestos en dos alas, y á cada lado de éstas una ala de caballería escuadronada en sus gruesos, con el conde de Bucquoy al frente de toda ella.

»El otro cuerpo de ejército, mandado por el barón de Beck, contaha asimismo otros diez batallones de infantería, compuestos de catorce tercios de valones y alemanes, formados también en dos alas, y á cada lado de esta infantería un ala de caballería, así de la de S. M. como de la de los príncipes de Darmstadt y de Chimay, dispuesta en gruesos y escuadrones, estando respectivamente colocados, aquel Príncipe al frente de la caballería imperial, éste al de la alemana, y el de Ligne al de toda ella.» *Idem, id.*

juntando sus fuerzas, moviéronse con este objeto hacia ella; otro tanto hizo Leopoldo, que ya por momentos esperaba la incorporación de Caracena. El 11 de Septiembre acamparon los dos ejércitos muy cerca uno de otro en las cercanías de Nipkerque: el español se atrincheró en sus posiciones, y el francés permaneció en las suyas sin otras novedades que escaramuzas de mosqueteros y un constante cañoneo. No querían los enemigos empeñar una batalla en regla, y cuan-



El archiduque Leopoldo de Austria

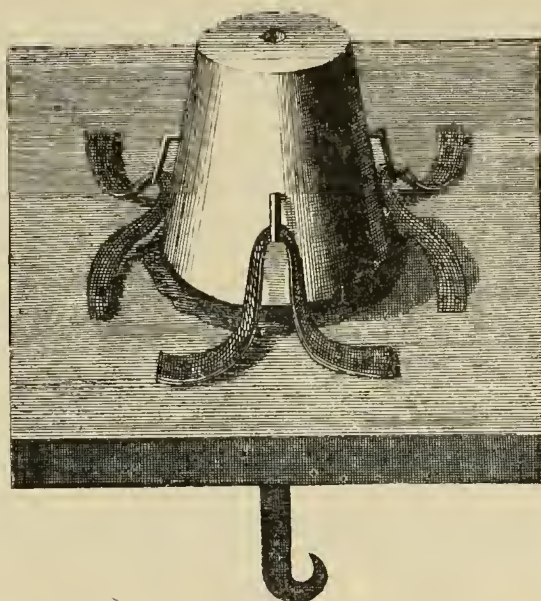
do vieron la dificultad de atacar la villa por hallarse el ejército español bien parapetado y dispuesto cerrándoles el paso, retiráronse la noche del 12 al 13, favorecidos por la oscuridad, á sus cuarteles de Estaires. En esta posición y en la de Armentières, permanecieron ambos ejércitos hasta el 19 de Septiembre en que salió de Estaires el francés, encaminándose de improviso á Ipres, con el propósito, que no realizó, de sitiar esta plaza; y por último, el 22, los dos mariscales separáronse de nuevo, regresando Rantzau á Dunkerque, y Gassion á la Bassée, bien que disimulando éste querer sitiar á una de las villas inmediatas. Detúvose, en efecto, en Lens, y Leopoldo creyó

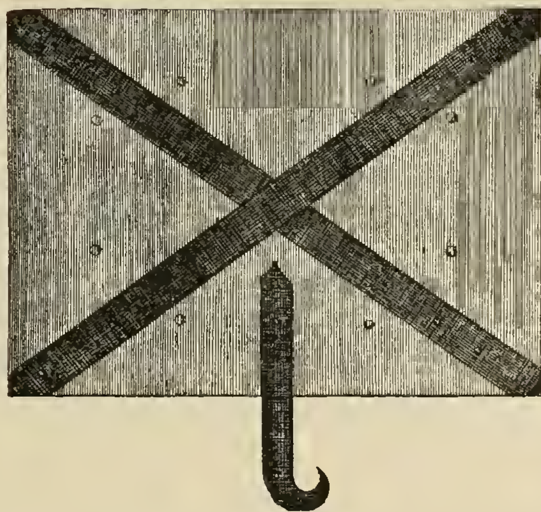
necesario aprovechar esta ocasión para ganar á Dixmunda, á cuyo fin dejó encargado al conde de Bucquoy la protección de las plazas españolas y la vigilancia de Gassion, mientras él acometía aquella empresa. Casi simultáneamente se ganaron y perdieron Dixmunda y Lens, porque á la segunda puso sitio Gassion el 21 de Septiembre y se rindió el 3 de Octubre, después de once días de sitio y diez de ataque, por haberse acabado las municiones de guerra; mientras que el cerco de Dixmunda, comenzado el 1.º de Octubre, terminó el 14, no obstante hallarse esta plaza muy bien fortificada, guarnecida y avituallada. La pérdida de Lens era prevista, pues nuestro ejército la conquistó en un solo día, pero la bravura de su gobernador la sostuvo lo suficiente para dilatar el socorro de Dixmunda y dar tiempo al Archiduque. Y si se tiene en cuenta que en Lens perecieron el mismo Gassion, muchos ilustres capitanes y más de 2,000 soldados, hay que reconocer que se vió con creces compensada.

La muerte de Gassion paralizó por de pronto al ejército francés, y la vigilancia de Beck frustró las tentativas que éste hizo luego para distraer á Leopoldo del sitio de Dixmunda; pero Rantzau quiso intentar un supremo esfuerzo al hacerse cargo del mando de aquellas tropas, y marchó en socorro de esta plaza. Adelantóse hasta media legua de las líneas de circunvalación, animado por las fogatas que los sitiados encendieron en las torres, á tiempo que los nuestros se apercibían para el ataque general; empero Beck le había ganado por la mano acudiendo á reforzar el ejército sitiador, y el caudillo francés hubo de reconocerse impotente para forzar líneas vigorosamente defendidas. Retiróse á Loo, y la villa se rindió antes que se diera el asalto. Salieron de ella 3,156 soldados que fueron convoyados hasta Furnes. Este feliz suceso se completó con la noticia de que Turena había abandonado el Luxemburgo, atraído por las hábiles maniobras que un cuerpo destacado de nuestras tropas efectuó allende el Rhin; y puede decirse que fué un digno coronamiento de la campaña de 1647, puesto que los beligerantes, después de permanecer algunos días en expectativa, retiráronse al interior de sus respectivos países: el francés en dirección de Estaires, sin que pudiera lograr su propósito de introducir un convoy en Courtray; el español por Deinse y Wareghem á las provincias de Flandes.

La campaña de 1647, si no fué decisiva ni de gran trascendencia, repuso un tanto nuestro crédito y dió nuevos alientos á nuestros soldados. Conquistáronse en ella cinco plazas fuertes: Armentières, Comines, Lens, Landrecies y Dixmunda; túvose en jaque á un enemigo poderoso, y si no pudo arrastrársele á batalla, ocasionáronsele grandes pérdidas. Si se tiene en cuenta que contra el ejército español, Francia mandó generales tan hábiles como Gassion y Turena, se hará cumplida justicia á la pericia del archiduque Leopoldo, que con tropas relativamente reducidas y venciendo la dificultad tradicional de la falta de recursos consiguió reanimar el abatido espíritu de los flamencos y dar á nuestras armas algunos días de gloria.

No fué afortunada la campaña del año siguiente. España, que en 1647 se había visto obligada á distraer sus fuerzas atendiendo á la gravísima insurrección de Nápoles, y que había sufrido en Cataluña algunos reveses, no pudo asistir como debía al Archiduque, cuya mira, según ya hemos visto, era ganar la importante plaza de Courtray, para lanzar á los franceses de las márgenes del Lys. En cambio Mazarini, de acuerdo con Enghien, resolvió que se embistiera á Ipres con objeto de agregar la conquista del Lys á las efectuadas en la costa. Las guarniciones de Courtray y de Dunkerque comenzaron el sitio, y á poco incorporóseles Condé con el grueso del ejército; pero Mazarini cometió entonces una grave falta con no reemplazar oportunamente á las tropas que salieron de Courtray; á causa de lo cual, el Archiduque, que acudió en balde á socorrer á Ipres, viendo que no podía romper las líneas francesas, dió un asalto general á Courtray y la ganó, lo propio que la ciudadela (18-20 de Mayo). Ipres se rindió el 29 de Mayo, después de diez y siete días de asedio; mas por importante y populosa que ella fuera, compensó con creces su pérdida, militarmente hablando, la conquista de Courtray. Afortunadamente para Leopoldo, no produjo resultado alguno el amago que Rantzau efectuó al mes siguiente contra la plaza marítima de Ostende: y como España se hubiera desembarazado ya de sus enemigos en Nápoles y volviera su atención y sus socorros al ejército de Flandes, el Archiduque, al que había pasado á asistir el conde de





Petardo.—Base del Petardo

Fuensaldaña, hallóse en el caso de poder tomar la ofensiva (1). Para apreciar debidamente los progresos realizados por las armas francesas en Flandes, bastará consignar que el enemigo tenía

(1) *Relacion de lo sucedido en Flandes desde 1648 hasta 1653, siendo general del ejército de Su Majestad Catolica el Conde de Fuensaldaña.* Inserta en el tomo LXXV de la *Colec. de Documentos inéditos.*

La primera noticia que da esta Relación, es el arribo del conde de Fuensaldaña á Ostende con objeto de gobernar las armas, bajo las órdenes del archiduque Leopoldo.

en la provincia de este nombre, es decir, en la Flandes propiamente dicha, á Gravelines, Bourbourg, Lingen, Mardick, Dunkerque, Berghes, Fournes y otros puestos de menos importancia; en el Artois, á Arras, Bethune, Baupam, Esdin y Lille; en la de Lila, á la Bassée, y en el Luxemburgo, á Thionville Danvillers (1).

Comenzaron las operaciones amagando Leopoldo la plaza de Perona, que no se atrevió á sitiar por temor al ejército de Condé; replegándose sobre Landrecies, y efectuando una serie de hábiles maniobras con objeto de desconcertar al enemigo y obligarle á salir del territorio. Al efecto, mientras el grueso de su ejército tomaba la dirección de Guisa, con tropas nuevas y guarniciones se organizó un nuevo trozo ó cuerpo que fué confiado al conde de Garcíes, gobernador de Cambray, ordenándole que tomase los puestos de Guisa, y al mismo tiempo dejóse al marqués de Sfondrato en guarda del litoral y al príncipe de Ligni del interior, con otros pequeños cuerpos. Logróse de este modo apartar de Flandes al enemigo, pues éste, al tener noticia que los españoles se movían contra Guisa, dirigióse á cubrir aquella frontera, en seguimiento de los nuestros; y entonces se ordenó á Sfondrato que pasase á Fournes, y tomando de improviso el ejército esta dirección, adelantóse Fuensaldaña á ponerla sitio, mientras Leopoldo deteníase á corta distancia, en observación del enemigo. La rapidez y buen concierto con que esta operación se efectuó, produjeron la conquista de Fournes, que no pudo evitar el príncipe de Condé (3 Agosto). Seguidamente trasladóse aquél á las márgenes del Lys y ganó á Estaires, uno de los mejores pasos de los franceses en dicho río. Favorecían estas operaciones los apuros en que por entonces se hallaba la corte francesa, en lucha con el Parlamento; apuros que, como es lógico, dejábanse sentir en el ejército. Pero no puede negarse á Condé gran talento militar. Contentóse con seguir de cerca al Archiduque hasta que le llegara algún refuerzo, y á mediados de Agosto, socorrido por 4,000 combatientes del ejército de Alsacia, decidió arriesgarse á un combate general. Mientras las tropas españolas se dirigían rápidamente á Lens, recobró á Estaires en pocos horas, y sin perder momento fué en busca del Archiduque. Ascendía el ejército francés á 14,000 hombres; el español á poco más. Este había recuperado ya á Lens, cuando el primero le avistó (19 de Agosto), y ocupaba una importante posición junto á dicha ciudad. Era, pues, imposible atacarle sin notoria desventaja; y por eso Condé, después de haber escaramuzado con los españoles y cañoneado la posición, retiróse á Mediodía camino de Bethune, con objeto de atraer á los nuestros. Esta maniobra, aunque se aplauda por hábil, pudo fácilmente comprometer al ejército francés, de obrar los españoles con menos precipitación. Beck, destacado del cuerpo de ejército del Archiduque, embistió con la caballería alemana y la del duque de Lorena al enemigo en marcha, y cargó con tal fortuna á la caballería francesa que iba en retaguardia y algo separada del grueso del ejército enemigo, que la destrozó y arrojó contra los inmediatos regimientos. Acudió Condé al peligro y no logró rehacer aquellos cuerpos; pero no se entretuvo mucho en ello. Como en Rocroy, tuvo una inspiración feliz. La caballería derrotada era la que componía la primera línea de su ala derecha y formaba el cuerpo de retaguardia; reemplazóla con la de segunda línea, colocó veinte piezas en una eminencia para detener el avance de los españoles, y mandó hacer doble derecha á su ejército, encontrándose, por consiguiente, éste, formado en batalla cuando llegó el grueso de las tropas del Archiduque. Entonces él en persona fué á ponerse al frente del ala derecha, mientras Grammont y el duque de Chatillon se colocaban en la izquierda y centro. Chocaron primero Condé y Beck, este último apoyado por Leopoldo; y, como en Rocroy, á la primera embestida fué rota nuestra izquierda; pero rehaciéndose los nuestros, al abrigo de su segunda línea, acometieron á su vez y rompieron al enemigo, rechazándole también hasta su segunda línea. Nueva carga de Condé reforzado por el cuerpo de réserva que mandaba el suizo Erlach; empeñada y sangrienta lucha en el ala izquierda española que termina con la rota y fuga de la caballería de Beck; falta de la reserva española no entrando oportunamente en acción. El combate se generaliza en toda la línea. Grammont, que ha sostenido á pie firme y sin descomponerse la embestida de la derecha españo-

(1) *Relacion de lo sucedido en Flandes desde 1648 hasta 1653.*

la, al ver á los nuestros desordenados, les ataca con energía y cae seguidamente sobre la reserva; el centro sigue el movimiento de las alas y completa la victoria. Como en Rocroy, la caballería comprometió el éxito al principio favorable, por haberse empeñado Beck con sobrado calor en la persecución, hallándose como se hallaba algo distante del cuerpo del Archiduque, y dando así lugar á que maniobrara el enemigo; como en Rocroy, también la infantería, al verse abandonada, forma un cuadro, una masa, y se deja hacer trozos por la artillería. El desastre fué completo; entre muertos, heridos y prisioneros, perdió el Archiduque sobre 8,000 combatientes; Beck y el príncipe de Ligni fueron gravemente heridos, y quedaron en poder del enemigo treinta y



El príncipe Tomás de Saboya

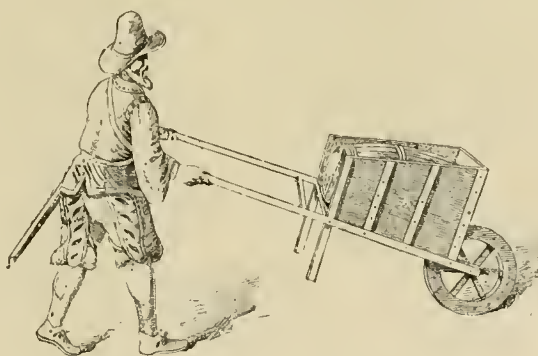
ocho cañones, muchas banderas y todo el bagaje. El cálculo de estas perdidas es, sin embargo, sólo aproximado, pues difieren mucho entre sí las cifras que dan españoles y franceses; pero casi pudo decirse, con éstos, que el ejército de Leopoldo quedó disuelto; no aniquilado como algunos historiadores suponen (1).

Después de tantos desastres, el de Lens vino á evidenciar tristemente que era ya imposible

(1) La *Relación* antes citada merece conocerse en lo concerniente á esta batalla, no obstante lo sumariamente que en ella se narra. Nosotros hemos completado estas noticias con las que procuran los historiadores franceses, y para fijar más la atención del lector subrayamos las palabras más importantes de la relación citada, que á la verdad no discrepa mucho de las francesas en lo esencial, y da idea aproximada de este importante hecho de armas:

«Tomóse á Furnos antes que el socorro llegase, el ejército hizo alto cerca de Lila, y el de los enemigos junto á Bethuna. Deseábase tomar el castillo de Eterre, situado sobre la Lisa, para ir cubriendo la provincia de Flandes, que es la que mas contribuye. El estar el ejército del príncipe de Condé una legua de este puesto, hacia difícil su expugnación, aunque su fortaleza es mucha; todavía se resolvió marchar una hora antes de la noche, con que al día nos hallamos sobre el castillo; comenzámosle á batir: al ruido de la artillería vino el Príncipe con su ejército, porque hasta

sostener la guerra en Flandes, á no cambiar de rumbo la política europea. La pérdida de Furnes siguió de cerca á dicha rota; y todo hacía presagiar el próximo fin de nuestra dominación. Las victorias de los franceses en Alemania no infundían menos dasaliento en la corte de Viena que en la de Madrid. Y era de prever que nuestros constantes aliados, los Austrias de Alemania, por quien tantos sacrificios habían hecho los de España, nos abandonarían al fin, como lo hicieron, á nuestro adverso destino. Todo, todo se volvía contra la nuestra pobre patria; esforzado adalid que caía exhausto en el sangriento palenque donde por tantos años había combatido lleno de fe; soldado generoso, hasta el punto de dar su sangre por su propia bandera y por las que en países extraños sostenían la supremacía de una idea. Pero la fuerza de los hechos se imponía ya de un modo sobrado evidente para persistir en lucha tan desigual. Era forzoso pactar con uno de los dos poderosos enemigos que nos atacaban, para restablecer el equilibrio en la lucha; y á esto obedecía el tratado que firmó á principios de 1648 con los holandeses, menos temerosos ahora de nuestra patria que de la ambiciosa Francia. Este tratado se efectuó independientemente de las



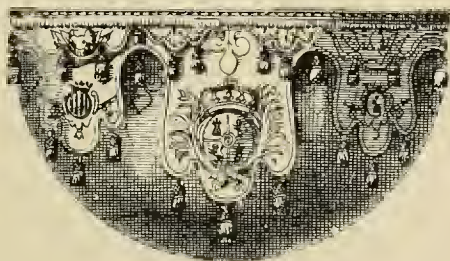
Soldado de artillería. (Copiado de la obra de Ufano)

negociaciones que en Osnabruck y Munster por estos años tuvieron lugar, y que dieron por resultado la célebre paz de Westfalia. Por él se avino España á reconocer como nación libre é independiente las Provincias Unidas de Holanda, quedando cada una de las dos potencias con lo que á la sazón poseía, y declarándose libre para entrambas la navegación y comercio de las Indias Orientales y Occidentales. Si se tiene en cuenta lo que los holandeses habían arrebatado á Portugal en Asia, los daños que nos causaban en América, y, sobre todo, los perjuicios que nos seguiría ocasionando en Flandes la clausura del Escalda y del gran canal del Saso de Gante, bien se comprenderá lo poco beneficiada que de él salía nuestra patria. Y, sin embargo, por amargo contraste, Espa-

entonces no había tenido nueva de nuestra marcha; halló los caminos cortados y defendidos, y no pudiendo marchar sino por ellos en aquella provincia, trató de forzar nuestras guardias; acudió el ejército á mantenerlas, con que se trabó una gruesa escaramuza que duró todo el día; pero habiendo continuado las baterías, antes de la noche se rindió el castillo, y el ejército enemigo se retiró, poniéndose entre Betuna y Mervila: el de Su Majestad se encaminó otra vez hacia Francia, tomando la marcha, y en el camino sitió á Lens: vino el príncipe de Condé á socorrerla, hallóla perdida, resolvió retirarse, cargósele la retaguardia con la mayor parte de la caballería, y con tan buena dicha que estuvo en desorden; *y viendo que el nuestro iba marchando á ocupar la colina que él había dejado*, y que entonces sólo habia en ella la caballería, considerando cuán difícilmente podría á nuestra vista retirarse, y que allí no podia parar por la falta de forrajes y víveres, *resolvió pelear, logrando la ocasion que le daba el no estar nuestro ejército en batalla, embistiéndole á tiempo que la caballería se abría hacia los dos costados para meter la infantería en el medio, y cogiéndola movida, la rompió fácilmente, cercó la infantería, y la que no pudo escaparse á Lens y de allá á Duay, que fué mucha, tomó prisionera.* Con esta victoria se temió que el Príncipe se aplicase á una gran empresa; pero contentóse con volver á sitiar á Furnos, y en el tiempo que se defendió, con la gente que se habia retirado, y con algunas levas que llegaron de Alemania, se volvió á formar el ejército, de suerte que no sacaron los enemigos de este suceso otro fruto que volver á tomar á Furnos. Retíranse los ejércitos al descanso del invierno.»

ña consideró este acuerdo como una victoria diplomática conseguida contra la Francia, su rival más temible; pues desde aquel momento fué un hecho la ruptura de ésta con Holanda. ¡A tal extremo habian llegado las cosas! Pero Francia logró con creces sus deseos, firmando este mismo año con el Imperio la paz de Munster, pues desde aquel instante quedaron separados los intereses de las dos dinastías austriacas (24 Octubre de 1648). Esta paz, cuyos primeros tratos comenzaron el año 1641 y cuyas negociaciones fueron en extremo laboriosas, á causa de los muchos intereses puestos en juego, se concluyó por fin en la fecha antes citada, recibiendo el nombre de Westfalia, por pertenecer esta ciudad y la de Osnabruck, donde también se reunieron los plenipotenciarios, al círculo de aquel nombre. Es famosa, porque terminó la guerra de los Treinta Años, fijó de un modo definitivo la constitución político-religiosa de Alemania y le dió su moderna organización. La religión reformada quedó, con arreglo al convenio de Passau, en perfecta igual con la católica. Baviera ganó el alto Palatinado, Francia quedó definitivamente dueña de la Alsacia, Suecia señoreó la Pomerania y otros territorios; fijóse el modo de ser de los diferentes Estados que componían el antiguo Imperio austriaco y se secularizaron buen número de obispados y abadías, no obstante las protestas de Roma. Por lo que hace á España, asocióse á ella por el reconocimiento de la nacionalidad holandesa, después de ochenta años de guerra, sin otro descanso que la tregua llamada de los *Doce*.

La paz de Westfalia es, por su gran trascendencia, obligado límite de un período histórico. Para Francia representa el fruto de los esfuerzos de Richelieu, de la perseverancia de Mazarino y de la capacidad de sus generales; para España, tan poco aventajada en ella, no representa otra cosa que la fatal imposición de las circunstancias, pues desde aquel momento se evidenció la impotencia á que había quedado reducida. Para Europa, á la que organizó bajo otras bases, el advenimiento de un período nuevo; y, por último, para Roma, el poder que hasta entonces había preponderado, un terrible desengaño; pues príncipes y repúblicas supieron prescindir de sus anatemas y llegar á un acuerdo. La política va á entrar en un nuevo período: Francia consigue con la supremacía diplomática, la militar; y España queda reducida al triste papel de imitadora.



Timbal de caballería

ILUSTRACIONES

Caballero armado de punta en blanco (pág. 177).—La primera mitad del siglo XVII es de verdadera transición en el indumento militar. Ya á fines del XVI comienza á aligerarse la armadura, á ser menor el número de sus piezas. Suprímense primero las grevas, luego las canilleras y rodilleras; redúcense después las musleras hasta convertirse en escarcelas, y queda por último concretada la armadura á la gola, coraza, brazaletes y escarcela. El casco aligérase también, y los oficiales superiores lo truecan por el sombrero á la valona, bien que bajo el fieltro de su copa lleven como defensa una pieza cóncava de hierro. Los retratos que el inmortal Velázquez pintó de los Felipes tercero y cuarto y del conde duque de Olivares, nos presentan poco más ó menos el traje de un general de aquella época. Los soberbios grabados franceses del reinado de Luis XIII y primeros años de su heredero, también dan perfecta idea de esta transformación. Sin embargo, en el primer tercio del siglo XVII, aun combate el jinete armado de punta en blanco, como el caballero de nuestro grabado, sobre todo si forma parte de la caballería pesada. No es, pues, de extrañar ver representada á esta figura con todas las piezas defensivas.

La circunstancia de ser facsímile de un grabado de la época da grande importancia á esta reproducción.

Bomba cilíndrica (pág. 180).—El general de artillería D. Pedro de Lallave publicó, en 1847, un interesante artículo relativo á dos bombas de la expresada clase existentes en 1836 en el castillo principal de Lérida. Manifestaba en él su creencia de que ambas fueron lanzadas por el gran Condé en 1647 contra la citada ciudad, y fundaba esta creencia en que en 1636 el mismo príncipe había usado ya dichas bombas en el sitio que puso á Dole (Franco-Condado). Notable es el texto en que apoyaba su autorizada opinión, y de él parece desprenderse que, en efecto, fueron empleadas en Lérida como en Dole. «Son máquinas de hierro fundido en forma de cilindro, dice un coetáneo y testigo del sitio de Dole en 1636 (1), dentro de las que se mete pólvora de cañón, y en el oído, que está en lo más alto, se pone una espoleta larga, que va ardiendo poco á poco. Esta máquina se dispara al aire con mortero de grueso calibre, y elevada hasta donde alcanza el fuego del mortero cae sobre el paraje á que se ha apuntado, y con su peso hunde techos, paredes de casas, rebaja el empedrado hasta tres y cuatro pies, y al llegar la espoleta á la pólvora, revienta el hierro por todas partes, despedaza los hombres y destruye las casas, cuando las bombas son grandes, como las que arrojaban entonces á los sitiados, llevando muchas de éstas en su hueco 50 libras de pólvora y más, y cerca de 2 á 300 libras de peso.» Y añade el Sr. Lallave: «...Me parece no debe quedar duda de que Condé usó dichas bombas cilíndricas en el sitio de Dole; y como desde el de esta plaza al de la de Lérida sólo transcurrieron once años, y no consta en ninguna obra histórica de artillería que fuesen empleadas dichas bombas en ninguna otra parte, parece debe inferirse que sólo se usaron en los ejércitos de Condé, y que los dos proyectiles de esta especie que existen (ó existían) en Lérida, fueron lanzados contra ella por aquel príncipe.»

Al testimonio de Girardot en que fundaba su opinión el Sr. Lallave, hay que añadir la autorizada opinión de Favé, autor de eruditos trabajos sobre la artillería antigua y moderna. Nuestro grabado da idea de un proyectil de este género. Difiere, sin embargo, de la bomba que procedente de Lérida existe en el Museo de Artillería y que se considera data de 1647, en que este proyectil no es enteramente cilíndrico. La bomba del Museo citado tiene 310 mm. en la base del oído y 295 en la opuesta. Su peso es de 85 kgs.

(1) Girardot de Noscroy, autor de la obra *Historia de los diez años del Franco-Condado, 1632 á 1642*, citado por Weis en su obra *España desde el reinado de Felipe II hasta el advenimiento de los Borbones*.

Petardo (págs 180 y 203).—Recordarán nuestros lectores que, al ocuparnos del sitio de Bonn por Martín Schenck, citamos un párrafo del historiador Estrada en el que este autor consigna que fué entonces cuando por primera vez se empleó tal artificio. Las opiniones no están, sin embargo, acordes. Tosca lo atribuye á los franceses, lo propio que Firrufino, Dávila y otros autores; D. Vicente de los Ríos quiere que sea Lechuga el inventor, y un autor italiano afirma que se debe á sus compatriotas. Lo que parece más probable es que á fines del siglo XVI se diera á conocer y que fuera perfeccionándose en el transcurso del XVII. A fines de este siglo, según Medrano, era muy poco usado.

Nuestros grabados son facsímile de otros de la época y dan acabada idea de este artificio. Consistía, como dice Almirante, en un tablón muy grueso, reforzado con herraje y un gancho para colgar, sobre el cual se colocaba una especie de campana (ó un tronco-cono) de bronce, sujeta con orejas y rellena de pólvora que se inflamaba por medio de espoleta.

Sitio de Tarragona (pág. 181).—Como el de Colibre, intercalado en el ESTUDIO TERCERO, este plano es obra de Beaulieu, ingeniero francés, que dibujó gran número de los de esta época. Representa la ciudad alta y baja, el puerto y la desembocadura del Francolí. En la parte superior, los franceses, mandados por Mr. de Castelan, rechazan una salida, y sus regimientos hállanse extendidos hasta el acueducto romano; al otro lado del río hállanse tendidos otros cuerpos hasta la costa, y en la parte baja se representa un ataque. Los aproches están señalados por la parte del muelle, en el que aparecen arrumbados algunos bajeles españoles. Vense también en él algunas barcazas desde las que hacen fuego los enemigos, y por último aparecen los navíos y galeras que cañonean á la plaza. No nos detendremos á dar detallada noticia del nombre de los cuerpos y naves representados en el citado grabado, por no ser cosa esencial. A unos y otros se refieren los números colocados junto á ellos. Las letras marcadas en el interior de la planta de la ciudad corresponden, desde la *A* á la *Q*, ambas inclusive, á la ciudad, la catedral, la puerta y torre de San Antonio, la ciudad nueva, la puerta de la ciudad nueva, la puerta del Colegio, otra puerta de la ciudad nueva, la ciudad nueva ó arrabal del puerto, la herradura, el reducto, la trinchera, el fuerte del muelle, la puerta de éste, la punta del mismo y la trinchera del muelle.

Soldados de infantería (Pág. 183).—Los representados de la citada página son un arcabucero y un tambor. Llevan ambos sombrero á la valona, gregüescos, medias de estambre y zapato de becerro; diferenciándose el primero del segundo, en que éste viste jubón con coleto de ante, y aquél, encima del jubón, un capotillo con mangas perdidas. El primero sostiene un tambor y sus palillos; el segundo el arcabuz y, á la bandolera, la sarta de cargas.

Ambas figuras tuvieron ocasión de verlas al natural cuantos asistieron al segundo centenario de Calderón celebrado en Madrid el 25 de Mayo de 1881; pues formaban parte del cortejo histórico organizado con tal motivo.

El conde de Harcourt (pág. 185).—Enrique de Lorena, conde de Harcourt, nació en 1601 y era segundón de la Casa de Lorena. Hizo sus primeras armas en 1620 en la célebre batalla de Praga, distinguióse en los sitios de Saint-Jean-d'Angély, de Montauban y en el célebre de la Rochela, y habiendo pasado á prestar sus servicios en los ejércitos del Piamonte, hallóse en los más importantes hechos de armas que tuvieron lugar en este disputado territorio en tiempo de Luis XIII. Tal fama llegó á ganar de entendido y valeroso, que este monarca le confió el mando de sus ejércitos en Cataluña, en el Milanesado y en Flandes, y en estos tres teatros reveló grandes aptitudes militares. En Italia consiguió un brillante triunfo sobre Leganés y Tomás de Saboya, ganando á Turín; en Cataluña, una victoria sobre el ejército de Cantelmo en el llano de Llorens, y en Flandes, la de Valenciennes y la toma de la plaza Condé en 1649. Experimentó asimismo algunos descalabros, y entre ellos la derrota de Lérida, en la que Leganés se hizo dueño de sus cañones y bagaje. Como tantos otros personajes franceses de su época, tomó parte activa en las guerras de la Fronda, primero á favor de la corte, luego, apoyando á los príncipes; pero, siguiendo el ejemplo que aquéllos le dieron, hizo también paces con la corte, y recibió en pago el gobierno de Anjou. Murió en 1666, en la abadía de Royaumont.

Nuestro grabado es facsímile, y le representa en los tiempos que ejerció el virreinato de Cataluña, es decir, por los años de 1645 á 1647.

Batalla de Llorens (pág. 187).—En la página 186 del anterior ESTUDIO hemos dado cuenta de este importante y funesto hecho de armas, ocurrido el 22 de Junio de 1645 en el llano de Llorens, entre el ejército español mandado por el general D. Andrés Cantelmo, duque de Pópuli, y el francés á las órdenes del conde de Harcourt. El grabado que lo representa es copia de una lámina de Ertinger, y la explicación que en ella figura es la siguiente:

A Ejército francés en marcha; *B* Pasaje del río Segre por los franceses; *C* Pasaje del Noguera Palleresa por 2,500 infantes franceses mandados por el duque Du Plessis Bezançon, efectuado sobre un puente de cuerdas; *D* Atrincheramientos construídos por los españoles con objeto de impedir el paso de los dos ríos; *E* Vado de Masana por el que cruzaron el Noguera Palleresa 1,200 caballos franceses y forzaron las trincheras españolas; *F* Des-

filaderos por los que marchó el ejército español contra los franceses; *G* Llanura entre Balaguer y Llorens, en la que se dió la batalla, *H* El ejército español deshecho, en retirada hacia Balaguer.

Dunkerque (págs. 189 y 191).—Los dos grabados relativos á esta importante plaza y puerto, pertenecen á un plano del sitio de Dunkerque, en 1646, debido al ingeniero francés Beaulieu. El de la página 189, representa la ciudad y su territorio; el otro, la ciudad y sus fortificaciones en mayor escala, los ataques, y una parte del campo francés. Los números indican en este último plano, como en otros debidos al mismo ingeniero que hemos reproducido, los diferentes regimientos franceses. Las letras tienen la siguiente referencia: *A* Ciudad vieja; *B* Castillo; *C* Puerta del mar; *D* Cadena que cierra la entrada del puerto; *E* Puerta de Neuport; *F* Puerta de Berghes; *G* Puerto de Gravelines; *H* Caballero y batería de cañones; *I* Ciudad nueva; *K* Esclusas del puerto; *L* Ataque de S. A. R. por los mariscales de Gassion y de Rantzau; *M* Ataque del Sr. Duque d'Anguien; *N* Batería Real; *O* Enlace de los dos ataques; *P* Batería de bombas; *Q* Baluarte minado por el duque d'Anguien; *R* Punto donde explotó la mina; *S* Atrincheramiento construído con sacos de paja por los sitiados.

La magnitud del grabado original nos ha impedido reproducirlo en su totalidad, y á esto se debe el que sólo aparezca una parte de la línea de circunvalación. En primer término se ve representada una escaramuza.

El vizconde de Turena (pág. 193).—Enrique de la Tour d'Auvergne, vizconde de Turena, nació en Sedán el año 1611 y era hijo del duque de Bouillon é Isabel de Nassau. Hizo en Holanda sus primeras armas y adiestróse en la excelente escuela de Mauricio y Enrique de Nassau, sus tíos maternos. De los ejércitos holandeses pasó á los franceses, con los que tomó parte en las campañas sostenidas allende el Rhin, aquende los Alpes y en las fronteras flamencas, ascendiendo paso á paso á las distintas jerarquías, y mereciendo en 1639, por sus hábiles maniobras en el Piamonte, que se le nombrara teniente general. Inspiraba, no obstante su lealtad, algún recelo á Richelieu, por pertenecer Turena á la religión protestante, y hasta que murió dicho ministro no fué elegido mariscal; lo que debió principalmente á Mazarini y á la reina, ganosos de atraerlo al partido de la corte por medio de esta gracia. Enviado entonces al ejército del Rhin, que acababa de ser derrotado en Tuttlingen, lo reorganizó, combatió con él en Friburgo, á las órdenes de Condé (1644), y al siguiente año fué vencido oor el austriaco Mercy en Mariendal. Con harta pena, á causa de lo mermado y desprovisto de su ejército, sostúvose después de esta derrota en Franconia, y reunido más tarde á Condé, ganó la famosa batalla de Nordlinga. Después llevó á cabo con el sueco Wrangel una serie de operaciones que le hicieron dueño de Franconia, Suabia y la Baviera, apresurando con sus esfuerzos la conclusión del célebre tratado de Westfalia (1648). Estas operaciones constituyen, por decirlo así, la primera parte de su historia militar.

La pasión que la señorita de Longeville le inspiró, si ya no los intereses de su casa, arrastráronle al partido de la Fronda, y le indujeron á pactar con España. Puesto al frente de uno de nuestros ejércitos, Turena rompió por la frontera norte, ganando las plazas de le Catelet, la Capelle y Rethel, y cruzando el Marne, intentó dar un golpe de mano á París y librar á los príncipes rebeldes presos en el castillo de Vincennes. Afortunadamente para la corte francesa, el ejército de Turena, compuesto de elementos allegadizos, carecía de consistencia y se desbandó antes de realizar aquel plan. La retirada no fué feliz, y en ella fué derrotado por el duque de Praslin. Entonces hizo un verdadero *cambio de frente* político. Unióse otra vez al partido de la corte, que lo recibió con los brazos abiertos y la defendió enérgicamente contra Condé. Sus campañas de 1652, 54, 58 y 59, contra este príncipe y los españoles, acreditan una vez más su talento militar y preparan el tratado de los Pirineos. Al siguiente año de firmado éste, Turena fué nombrado mariscal general, y en 1668, ganoso de mejora, hizo completa abjuración del protestantismo; segundo *cambio de frente* que, como el anterior, atestigua su ambición. Hasta 1673 no brilla con nuevos fulgores su estrella militar. Pero en este año y en los tres siguientes, sus operaciones contra el célebre táctico Montecuccoli, coronan su reputación militar; distinguiéndose en ellas la retirada que efectuó á través de la Alsacia en 1674, habilísima y digna de todo elogio. La campaña de 1675 es un nuevo modelo para los estudiosos, porque, colocados frente á frente aquellos dos talentos militares, despliega Turena en ella todos los recursos de su inteligencia y cuantos el arte le ofrece. Al venir á las manos los dos ejércitos en Salzbach, halló Turena la muerte en el mismo campo de batalla. derribólo un balazo en el vientre y halló muerte gloriosa en el calor del combate (27 Julio, 1675).

Fué la pérdida de tan ilustre capitán por extremo sentida; túvola Francia por duelo nacional y dió á las cenizas de Turena acogida en el panteón de los reyes, donde permanecieron hasta 1800 (1). Mascaron y Flechier hicieron su elogio. Imprimiéronse en su recuerdo algunos elogios, y los pintores y grabadores lo perpetuaron dignamente por medio del pincel y del buril. Es digno de notarse que turena inspiró, como el príncipe de Condé, una de las más hermosas oraciones fúnebres, pues si la de Bossuet se considera como una obra maestra, la de Flechier es un modelo de elocuencia, pureza y elegancia.

En 1782 publicó Grimoard las *Memorias* del célebre caudillo, obra medianamente escrita, y que, en sentir de los críticos, dista mucho de responder á lo que podía esperarse de tan eminente guerrero.

(1) Reposan hoy en los Inválidos.

He aquí el paralelo que traza uno de nuestros escritores militares entre el célebre Turena y el gran Condé:

«Cuanto el vencedor de Rocroi tiene de brillante, de espontáneo, de fogoso, otro tanto tiene el discípulo de Nassau de modesto, calculador y circunspecto. Condé rechaza y repugna por lo turbulento y lo irascible: Turena atrae con su mansa y apacible condición. Aquél nace príncipe y poderoso; manda ejército en sus primeros años; obra antes de tener edad para pensar; este otro, pobre segundón, sube gradualmente desde cadete; se educa en campos no siempre victoriosos ni afortunados; aprende á obedecer y á discurrir; y al llegar á los treinta y seis años al mando supremo, tiene larga cosecha de estudio, experiencia y observación. Derrochador de todo, de riquezas, de salud, de valor, de talentos, de actividad, Condé no repara en la vida, ni en el bienestar, ni en el afecto del soldado; en la primera y en la última de sus batallas, en Rocroi como en Seneffe, siempre ahoga sus laureles en un mar de sangre. Turena, más pensador, ó, como hoy decimos, más estratégico, economiza sus tropas, casi siempre escasas y heterogéneas, busca el éxito pacientemente, por largos y tortuosos circuitos; y sólo cuando lo tiene seguro, imprime á los resortes tácticos toda la fuerza de su vasta capacidad, que se desarrolla tranquila y sagaz con su imperturbable sangre fría. Pasado un breve momento de vértigo, disculpable acaso en revueltas civiles, que también le trae, aunque por poco tiempo, al campo español, Turena, dechado de lealtad, nunca tuerce el camino y sirve á su rey, despreciando las intrigas cortesanas, que no logran obscurecer su merecida popularidad. Condé, siempre revoltoso y despechado, rastrero unas veces, soberbio las más, «ridículo» también algunas, mancha su nombre y tuerce su espada, ofreciéndola á los enemigos de su patria, que en nada por cierto la aprovechan. Durante treinta años los nombres ilustres de Condé y Turena cubren de gloria los anales de la milicia francesa; y ya que no el respeto á la verdad, la hidalguía, como enemigos, nos veda cercenarles en lo más mínimo su legítima nombradía» (1).

Reconocimiento de un cañón (pág. 195).—El facsímile de la obra de Firrufino, *El perfecto artillero*, que en dicha página ofrecemos, representa el reconocimiento de un cañón, por medio de uno de los compases inventados por el ilustre autor. Estos compases eran dos: uno para saber con una sola operación el diámetro de una pieza, el de su bala y cuchara, y la cantidad de pólvora de su carga, y otro para conocer por el diámetro de una bala de cualquier materia su correspondiente peso. Junto al cañón objeto del reconocimiento, aparecen varios compases, balas, un portamecha, un barril de pólvora y una escuadra.

El grabado de que el nuestro es facsímile le pertenece á una edición de 1642.

D. Francisco Manuel de Melo (pág. 197).—Nació este insigne escritor en la ciudad de Lisboa el 23 de Noviembre de 1611, y tuvo por padres á D. Luis de Melo y á doña María de Toledo de Mallezuelos, ambos de ilustre familia y muy allegada la de D. Luis á la casa de Braganza. Reveló D. Francisco Manuel, desde muy niño, inteligencia altísima; consagrado desde edad temprana á los estudios, hizo en ellos grandes progresos, en términos que, á los catorce años, escribió un canto en octavas portuguesas imitando el estilo de Camoens, y á los diez y siete compuso una obra titulada *Concordancias matemáticas*. El fallecimiento de su padre, apenas cumplió D. Francisco esta edad, le dejó en completa libertad, ó, por mejor decir, le puso en la necesidad de elegir una profesión, y no teniendo, como escribía á Quevedo, quién le dispusiera á otros empleos, optó por la carrera de las armas, alistándose en uno de los tercios próximos á embarcarse para Flandes en la escuadra que mandaba D. Manuel de Meneses. Captóse el joven soldado, por sus dotes de inteligencia y su buen trato, las simpatías del general, y no se desdeñó éste de platicar con él y tenerle en su compañía. La desgracia puso ya entonces á prueba el alma de D. Francisco, y aquella escuadra, juguete de repetidos temporales, vióse dispersada junto á las costas de Galicia, yendo la Capitana á dar, después de diez y nueve días de borrascas, en las aguas de San Juan de Luz. Cortados los mástiles y obras muertas, dió fondo al cerrar la noche en una obra de este puerto, amenazados sus tripulantes de naufragio inevitable. Dícese que en aquellos críticos momentos, el general tomó la extraña resolución de adornarse de todas sus galas para esperar la muerte, imitándole cuantos le acompañaban, y que entre tanto sacó de entre sus papeles un soneto de Lope de Vega y se lo leyó á D. Francisco Manuel, emitiendo acerca de él su juicio, cual si se hallara en una academia. No puso la muerte término á esta disertación literaria, pues varias falúas condujeron á la costa la mayor parte de la tripulación, recibiendo entonces Melo el triste encargo de dar sepultura á los cadáveres que, en número de dos mil doscientos, flotaban sobre las aguas. Poco halagüeños fueron, como se ve, los primeros pasos que Melo dió en la senda de las armas.

Frustrada la expedición, regresó Melo á la península, trasladándose á la corte, donde permaneció algunas temporadas en clase de pretendiente, hasta que en 1637, con motivo de las alteraciones ocurridas en algunos pueblos de Portugal, donde cobraba grandes bríos el espíritu de independencia, fué comisionado por el duque de Braganza para enterar minuciosamente al Rey y al conde-duque de Olivares, de lo acaecido, y tranquilizarles respecto de su conducta. Olivares determinó entonces que fuese á sosegar los pueblos rebelados el conde de Linares y que llevase á Melo en su compañía; pero Linares no logró este objeto, y Melo regresó á Madrid para dar cuenta del estado de los negocios. Recibió el ministro las cartas que D. Francisco le presentó del de Braganza y le despidió por entonces, no sin prometerle aumentos.

(1) Almirante: *Dic. Militar*, art. *Guerra*.

La revolución de Portugal estalló, al fin, y el duque de Braganza ciñó la corona de aquel reino con el nombre de Juan IV. Olivares, resuelto á llevarlo todo á sangre y fuego, despachó para el territorio portugués dos ejércitos, y ordenó que se hicieran levas para formar cuatro regimientos y dos tercios, el mando de uno de los cuales se confió á D. Francisco Manuel, que había permanecido sin destino en Madrid. Afortunadamente para él, no llegó el caso de tener que hacer armas contra su patria, porque no habiendo podido completar en Portugal la recluta de la gente que debía componer su tercio, pasó á Castilla á mediados del año 1638, con objeto de procurarse los soldados necesarios, y cuando consiguió tenerlo formado, llegó á la corte aviso del cardenal infante D. Fernando, que desde Flandes pedía socorro con grande urgencia.

Uno de los tercios que se acordó pasaran á dichos Estados, fué el que mandaba Melo, y con él trasladóse á la Coruña para embarcarse en este puerto. Hallóse entonces en el ataque que dió la escuadra francesa á la citada plaza y recibió el encargo de guardar las trincheras de la costa y presidiar el fuerte de San Antón. El tercio que mandaba Melo constaba de 1,170 plazas, de las que 570 eran de portugueses y 600 de castellanos. Embarcóse en la escuadra que, al mando de Oquendo, debía conducir la expedición á Flandes, y D. Francisco Manuel, comisionado de ejecutar el embarque de toda la gente de guerra, en dos días puso á bordo de 9 á 10,000 soldados. El cansancio de esta tarea le produjo una dolencia de que, por espacio de tres años, se vió aquejado. La expedición llegó á Flandes sin otro contratiempo que verse nuestra escuadra obligada á sostener en el Canal de la Mancha un combate de seis horas con la del almirante Tromp; pero la suerte de dicha armada no fué mejor que la que mandaba Meneses; porque, una vez puestas á salvo las tropas en el puerto de Dunkerque, á donde las mandó Oquendo con algunas balandras y á favor de la noche, renovó el enemigo, reforzado con algunos bajeles, el combate, y fué nuestra escuadra destrozada, incendiándose algunas naves, yéndose otras á pique, y entrando la capitana en el puerto de Mardick con 1,700 balazos en el casco.

Prestó D. Francisco Manuel de Melo, desde su desembarco en los Países Bajos, el servicio de su clase, y parece que su genio pundonoroso dió lugar á rozamientos con cierto personaje, de los que hubieran resultado consecuencias graves, á no evitarlas el Cardenal Infante, confiándole una comisión para el ejército de Alsacia, comisión que no pudo desempeñar por haber caído enfermo. Restablecido que se halló, trasladóse á España, donde fué nombrado gobernador de Bayona de Galicia é individuo de la junta de Cantabria, reunida en Vitoria, con objeto de dirigir la guerra de Francia. Estos cargos tuvo que dejarlos para trasladarse á Zaragoza y asistir al marqués de los Vélez, encargado del ejército que allí se organizaba contra Cataluña. A lo que parece, Melo fué un consejero militar del marqués, y de tanta mano y autoridad, dice uno de sus biógrafos, «que igualaba á la de los mayores cabos, pues sin su parecer no daba un solo paso el general». Se conoce que le ligó á Vélez una gran amistad, pues las torpezas de este caudillo, más bien se desprenden de la misma narración de Melo, que se critican en ella como merecen; resultando el caudillo castellano, á pesar de esto, más bien como un hombre de buena fe, juguete de la corte, que como un general falto de capacidad, de carácter y de levantados sentimientos. Algo aventurado nos parece, sin embargo, el afirmar que los aciertos correspondiesen á sus consejos, como escribe el autor citado (1), pues no fueron aquéllos, hasta la fecha en que Melo hubo de dejar el ejército, tales que mereciesen las cartas que le escribieron sus compañeros de armas, «que desde que había faltado de allí, todo era desconcierto y perdición». De su cargo de cronista y de las causas que motivaron su separación, da el mismo biógrafo las siguientes noticias: «Era tan alta la idea que justamente se había granjeado, que habiendo Felipe IV mandado al general de la guerra en Cataluña que la hiciese escribir por la persona más hábil que hubiese en el ejército, fué elegido para ello nuestro autor, con general aplauso de todos, para cuyo efecto fué recogiendo, con la mayor pureza, las relaciones de todo lo que se obraba por las manos ó por los ojos. Mas como luego que sucedió el sábado 1.º de Diciembre de 1640 la separación de Portugal, á causa de haberse mandado que, para sujetar á los catalanes, se armase toda la nobleza portuguesa, so pena de perder sus feudos, fuese avisado el marqués de los Vélez por el Conde duque, para que procurase ocultárselo á los catalanes y al ejército, por hallarse sirviendo en él más de seis mil infantes portugueses y no pocos de caballería, empezó á notar Melo en el semblante del general algún disgusto y recelo, así de él como de otros oficiales de su nación. La pública confianza que siempre había merecido D. Francisco á la casa de Braganza, hizo que Diego Suárez, enemigo declarado de ella, procurase introducir en el ánimo del Conde-duque la mayor sospecha de él, alegando que desde el ejército de Cataluña, donde servía con tanta intervención, podría por mano de los castellanos hacer á Castilla muchos deservicios en provecho de Portugal. Y como ya de antemano se hallaba el Duque algo desconfiado de Melo, no fué necesario más para cebarse á la manera de un toro bravo en la capa del que procuró cegarle con ella para poder escaparse, mandando su prisión para vengarse del artífice y consejero de su descuido. El mismo correo que llevó esta noticia al ejército, llevó también la orden para que cuanto antes se prendiese, entre otras personas portuguesas, á nuestro autor, y fué conducido con hierros á Madrid, en donde mientras se le tuvo encarcelado por espacio de cuatro meses, expuesta su vida y su honra á la furia de un príncipe quejoso y á su parecer engañado, escribió en aquel año 1641, las memorias de su vida, que nunca fueron impresas, siendo de esta manera el primer portugués que padeció en Castilla por la fe de un reino tan suspirado por

(1) *Noticias de la vida de D. Francisco Manuel de Melo*, Edic. del *Tesoro de Autores ilustres*.

Melo. Pero queriendo Dios por su Providencia, que no se le pudiese justificar ninguna de las sospechas que habían recaído sobre su conducta, se le mandó poner en libertad como inocente, y para reparar los perjuicios que se le habían ocasionado se le dió una renta mayor que la hacienda que poseía en Portugal, con un puesto todavía más aventajado que lo que podía esperar de todos sus merecimientos. En seguida fué llevado á la presencia del Conde-duque, el que, al verle, se le anticipó á hablarle estas propias palabras: *Ea, caballero, ello ha sido un error, pero error con causa. Bien se acordará lo que me dijo en el Prado: pues ¿para qué pudo ser bueno acreditar tantas acciones contingentes? No se ve cuáles se nos volvieron su N. y su N. y su N.* (1).»

No se dió por satisfecho, y con razón, D. Francisco Manuel de estas palabras; y abandonando aquella degradada corte, fuése á Lisboa, donde prestó á Juan IV grandes servicios. Hallóse asistiendo á los embajadores portugueses en el congreso de la paz celebrado entre este país é Inglaterra; contribuyó también á la organización de una escuadra que en socorro de su patria se organizó en Holanda y la condujo en persona á Portugal. Repartió luego los soldados portugueses procedentes de los ejércitos de España en los distintos cuerpos levantados en su país y trasladóse á Alentejo para cuidar de la organización de las tropas y asistir á los consejos de defensa; después á Lisboa para discutir en junta de ministros cuanto atañía á las fortificaciones, y dirigir luego la construcción de las fortalezas de la Barra de Lisboa. También escribió acerca de la defensa de esta ciudad. Grandes fueron, según se ve, los servicios de Melo á su patria, y parece lógico que ésta no fuera avara en recompensárselos; mas cuando debiera recibir este premio, la vil envidia recurrió á la calumnia para arrebatarle en un mismo punto el galardón y la honra. Imputósele falsamente en 1644 un asesinato, fué preso en la Torre Vieja de Lisboa, y en esta cárcel y en otras dos fortalezas permaneció Melo por espacio de doce años, sin lograr, no obstante la deposición de cuarenta testigos y sus honrosos antecedentes y buenos servicios, que se le absolviera. Salió de la prisión para el Brasil, donde fué desterrado después de haberle sido enajenada la hacienda; permaneció seis años en este país, y por último, á instancias del rey de Francia y Mazarini, logró, á fines de 1648, que se le absolviera, permitiéndosele regresar á la patria. Una vez en ella, consagró sus afanes al estudio, y dió á la estampa las obras de historia, política, milicia, religión, moral y poesía que en el espacio de treinta y seis años compuso. Asegúrase que llegaron á cien volúmenes las impresas y á pocas menos las inéditas. El aplauso que ellas merecieron, su traducción á otros idiomas, la estimación que á Melo profesaron sabios como Kirker y Quevedo, prueban el mérito de este autor, hombre versado en distintas lenguas, gran conocedor de la oratoria y poesía, observador sagaz de los pueblos que había visitado y cuyo buen gusto literario atestigua la *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*, terminada durante su prisión en Lisboa.

Fijándonos en esta interesante obra, diremos que su autor, por no parecer sospechoso, mudó su nombre por el de Clemente Libertino, y la dedicó al pontífice Inocencio X, desde San Vicente de Rastello, a 10 de Octubre de 1645. «En este proceder, dice el Sr. Rosell, tuvo más parte la reflexión propia de su buen juicio que la modestia. Debía manifestar sin empacho la culpa que el gobierno español tenía en aquellos acontecimientos, y se hubiera creído que le censuraba por pasión y por ojeriza; gravísimo obstáculo á la suprema autoridad de la historia. En su dedicatoria al Papa quizás mediara una razón análoga: el dirigirse á cualquier príncipe se hubiera interpretado, ó como desquite, ó como lisonja, si ya al rendir tan respetuoso homenaje a la cabeza visible de la Iglesia, no pretendía desmentir alguna prevención ó calumnia contra sus opiniones religiosas (2).» Como quiera que sea, el hecho es que la dedicatoria fué aceptada por el Papa y el libro colocado en la Biblioteca vaticana. Tal fué el ruido que en Europa produjo su aparición, que en pocos años se reimprimió por tres veces en Portugal y fué traducida al francés. De su mérito literario, baste decir que es una de las monografías más bien escritas en idioma español, idioma que el autor reveló conocer muy á fondo. Imitó felizmente á Tucídides y á Tito Livio; tomó á éste por modelo en sus arengas, y compitió con él en la elegancia de la expresión y en la profundidad del concepto. «En inquirir y retratar afectos, nos dice él mismo, pocos han sido más cuidadosos.» Y si demostró ser sagaz observador, reveló además ser testigo imparcial, filósofo excelente, discreto político, narrador de buena fe, justificando lo que dice en su aviso al lector que: ni el arte, ni la lisonja guiaron su pluma. Conocedor profundo de los abusos de la corte, la hace responsable de la rebelión de Cataluña, aunque sin aprobarla; y no menos conocedor del estado político de Europa, descubre ya en su obra las tendencias políticas que por entonces comenzaban á vislumbrarse y que debían producir la decadencia rápida de España. En aquel caos de ambiciones, rencores y cábalas, Melo conservó una serenidad que no pocos le envidiarían en nuestros días. Recto es, pues, el criterio de este autor; claro, castizo y naturalmente elegante su estilo, atinadas sus apreciaciones. Y lo que más admira es verle hablar de aquellos á quienes trató de cerca, con la indiferencia de un extraño ó del que escribe transcurrido mucho tiempo del suceso. De aquí que su libro no parezca un libro contemporáneo y que, como dice un crítico, el relieve en que allí se ve todo, tenga la lejanía del tiempo y de la distancia. «Melo, dice el Sr. Rosell, es un autor que escribe á la manera de los antiguos clásicos y raciocina como un filósofo moderno. Era gran poeta lírico, y así es admirable en el uso de los epítetos y las metáforas; era pensador profundo, y lo

(1) El duque de Braganza, el marqués de Ferrara y el conde de Vimioso.

(2) Juicio crítico de D. Francisco Manuel de Melo, por D. Cayetano Rosell. Tomo XLIX de la *Biblioteca de Autores españoles*, de Rivadeneyra.

muestra bien en sus sublimes sentencias; comprendía la estética del arte, y sabe colocar las arengas natural y oportunamente, de modo que no parezca su ornato pueril y sistemático; era, por último, excelente hablista, y no se dejó corromper por el mal gusto que se introdujo en su época. Su libro, que debemos lamentar quedase tan á los principios, será siempre para los que se dediquen á la historia, el modelo más perfecto de aquel siglo; y Melo, aunque portugués, uno de los primeros escritores de nuestra patria.»

No carece libro tan perfecto de lunares (¿qué obra humana no los tiene acaso?); pero las inexactitudes geográficas y aun históricas que contiene, se disculpan sobradamente teniendo en cuenta el plazo transcurrido desde que el autor fué separado del ejército hasta su prisión en Lisboa y su escaso conocimiento del territorio en que operaba. En los discursos, pagó tributo á la imitación de los clásicos, pero justo es convenir que no desfiguró el carácter de los personajes, ni sacrificó el fondo á los efectos oratorios. Cuida, sin embargo, de anteponer á estas peroraciones, las siguientes frases: *Es fama que dijo así.* En cambio, supo emanciparse de esa prolijidad pueril con que no pocos historiadores de aquellos tiempos se complacían en describir trajes y ceremonias; y elevarse por la gravedad y lisura de su narración á la dignidad de la historia.

Falleció D. Francisco Manuel de Melo el 13 de Octubre de 1667, hallándose próximo á la edad de 55 años, y dejó un hijo natural llamado D. Jorge Manuel, que, siguiendo el ejemplo de su padre, ingresó en la carrera de las armas y murió en la batalla de Senef, el año 1674. El cuerpo del insigne escritor recibió sepultura en el convento de San José de la Ribera, perteneciente á los frailes descalzos de San Pedro de Alcántara.

El retrato que ofrecemos en estas páginas es copia del que adorna una de las ediciones españolas de su obra, y lleva el nombre del grabador Duchier. Melo viste á la moda francesa y aparenta la edad de 25 á 30 años.

Artillería del siglo XVII (pág. 199).—Representa nuestro grabado una pieza de batir arrastrada por un tiro de seis caballos y montada en un carromato. Es copia de un grabado de la época y pertenece á la primera mitad del citado siglo.

El archiduque Leopoldo de Austria (pág. 201).—Hijo del emperador de Austria, Fernado II, y hermano del tercer soberano de este nombre Distinguióse en la guerra de los Treinta Años; pasó á Flandes en 1646 á instancias de Felipe IV y tuvo este gobierno hasta 1655. Sus operaciones en 1647 fueron muy acertadas y consiguieron rehacer nuestro crédito militar; pero en 1648 sufrió en Lens una terrible derrota. Favorecido por las guerras civiles de Francia, pudo tomar al año siguiente la ofensiva y recobrar á Saint-Venant é Ipres, y amenazar de cerca á París, en unión de Turena y Condé, que se habían pasado á nuestro ejército (1650). Desgraciadamente, estos dos auxiliares fueron muy poco útiles á España; Turena nos abandonó en breve, y Condé, que permaneció fiel algunos años, fué poco feliz en sus empresas. Es cierto que, mediante su concurso, se ganaron algunas plazas, entre ellas Gravelines y Dunkerque; pero, en cambio, su carácter altanero produjo algunas excisiones en el ejército, que si por de pronto pudo dominar el archiduque Leopoldo, retoñaron luego con más fuerza y produjeron el rompimiento entre ambos caudillos. Para apreciar en su justo valor la conducta de Leopoldo, es preciso considerar la triste situación en que se hallaba por la escasez de recursos, las ambiciones de los principillos franceses, la veleidad del duque de Lorena, la indisciplina de las tropas auxiliares y la política vacilante de la corte de Madrid. Al poco acuerdo que existía entre los generales del ejércio español, debióse el desastre de Arras y las pérdidas de Quesnoy, Catelet, Landrecy y San Guillain, ocurridas en 1655; y como Leopoldo viera con malos ojos el título de generalísimo que se había dado á Condé, y las preferencias de que era objeto, por parte del favorito del rey D. Luis de Haro, el conde Fuensaldaña, resolvió dejar aquel gobierno, y en 1656 pidió y obtuvo su separación, regresando de nuevo á su patria, en la que falleció á fines del siglo.

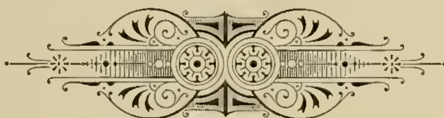
Ocioso sería entrar en mayores detalles relativos á sus campañas, puesto que más detenidamente nos ocupamos de ellas en dos ESTUDIOS; sólo diremos que durante su estancia en Flandes supo granjearse el amor de aquellos pueblos y que su separación fué en extremo sentida por los flamencos. Para sucederle nombró Felipe IV á su hijo natural, D. Juan de Austria.

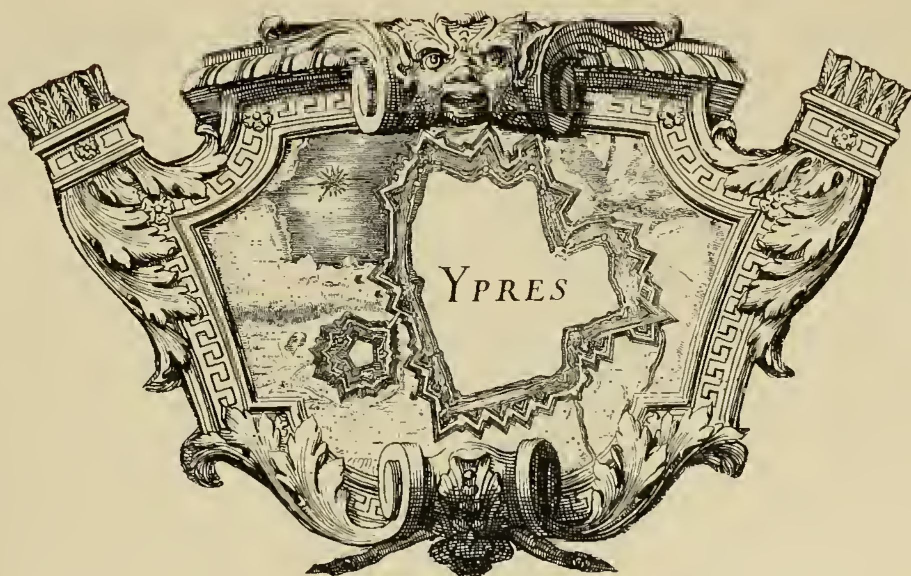
Tomás de Saboya (pág. 205).—Fué este príncipe el quinto hijo de Carlos Manuel de Saboya, y puede decirse que heredó su energía y su talento militar. Recibió el título de Príncipe de Cariñán por su señorío de la pequeña ciudad y tierras de este nombre, siendo el primero de los de la rama Saboya-Cariñán. Como muchos segundones de la nobleza, no se avino á llevar una vida ociosa en sus reducidas posesiones, y mal avenido con su hermano mayor, ofreció su espada á los españoles y militó en nuestros ejércitos de Flandes é Italia con gran lucimiento hasta 1642, en que pactó con los franceses en unión de su hermano el cardenal Mauricio y pasóse al servicio de nuestros enemigos (1). Los franceses le dieron el grado de teniente general en sus ejércitos y con ellos contribuyó á perturbar el Piamonte durante la menor edad de su sobrino el heredero de dicho Estado. Murió Tomás de Saboya en 1656 y se le considera, no sin razón, como uno de los capitanes distinguidos de su época.

(1) *Transactio inter regem Ludovicum XIII, ab una, et Mauritium cardinalem atque Thomas principes Sabundiæ ab altera parte inita Taurini, anno 1642, die 14 julii sequentis.—Pacta Galliæ.*

Soldado de artillería (pág. 206).—En la página 87 del ESTUDIO SEGUNDO de este Tomo, reproducimos, copiándolo también del *Tratado de la artillería* de Diego Ufano, un conductor de municiones, cuyo traje es idéntico al de esta figura. Redúcese á sombrero de fieltro, jubón de anchas mangas, gregüescos, medias de estambre y zapatos. Del cinturón lleva pendiente la espada.

Timbal (pág. 207).—Reproducimos en la citada página uno de estos instrumentos en uso ya á mediados del siglo XVII por nuestra caballería. La fecha de su introducción oficial, dice un autor que fué el año 1704; sin embargo, en las pinturas y grabados de la segunda mitad de aquel siglo los vemos empleados por la caballería española de corazas. Su hechura era semiesférica y de los bordes del parche pendía un recortado tafetán que ostentaba bordadas las armas reales.





ESTUDIO QUINTO

GUERRAS DE CATALUÑA, PORTUGAL Y FLANDES. — PAZ DE LOS PIRINEOS

I. Sitio y rendición de Barcelona.—Sumisión de otras poblaciones.—Sitio de Gerona.—Rosas.—Puigcerdá.—Prosigue con lentitud la guerra.—Los frenceses son arrojados del Ampurdán.—Batalla del Ter. — **II.** Guerra de Portugal.—Ataque de Olivenza.—El duque de San Germán va á Extremadura.—Conquista de Olivenza.—Badajoz sitiada por los portugueses.—Retirada de éstos.—Entra D. Luis de Haro en Portugal y sitia á Elvas.—Es derrotado por el conde de Castañeda.—Guerra por la frontera de Galicia.—Cesación temporal de bostilidades.—Paz de los Pirineos.—Portugal es excluido de este tratado. — **III.** Progresos de nuestras armas en Flandes.—Turena y Condé se pasan al servicio de España.—Campañas del Archiduque Leopoldo.—Disidencias entre los generales españoles.—Gobierno y campañas de D. Juan de Austria en Flandes. — **IV.** Influencia de la revolución inglesa en nuestras guerras con Francia.—Los ingleses nos arrebatan la Jamaica.—Operaciones de los anglo-franceses en Flandes.—Pérdidas de Mardick, Dunkerque, Gravelines y otras plazas.—Decadencia de nuestra dominación en Flandes. — **V.** Renuévase la guerra de Portugal.—Campaña de D. Juan de Austria favorable á las armas españolas.—Derrota de D. Juan en Evora.—Pérdida de Valencia de Alcántara.—Derrota del duque de Osuna en Beyra.—Política insensata de la corte. — **VI.** Campaña del marqués de Caracena.—Célebre y funesta batalla de Villaviciosa.—Dase por perdido Portugal.—Fallecimiento de Felipe IV.—Lentitud é ineficacia de las operaciones militares contra Portugal.—Paz de Lisboa.

I

Diez años habían transcurrido desde el arribo de los franceses á Cataluña; período fecundo en contratiempos y decepciones. La guerra no se había conducido por Francia ni por España con el necesario vigor para ponerla término en plazo breve, y librar al Principado de calamidad tan tremenda. Y con la guerra, habíase visto éste víctima de los desmanes de la soldadesca, y tan poco respetado por sus nuevos señores, como por su antiguo soberano. No era, sin embargo, que Francia ni España tuvieran interés alguno en prolongarla. Si aquélla se hubiera visto libre de las discordias civiles, y no tan comprometida en Alemania, Flandes é Italia, fácil es que atendiera como debía á Cataluña y perdiera España para siempre esta importante provincia, como perdió el Rosellón. Asimismo, de no tener España distraídas sus fuerzas en Portugal, Flandes é Italia, es de suponer que la campaña de Cataluña hubiera terminado antes. Pero lo que hasta cierto punto era disculpable en Francia, dueña ya del Rosellón, y ganosa de extender su soberanía por

el Norte y el Este, no tenía perdón en España, que sostenía flojamente cuatro guerras, y á trueque de mantenerse en los respectivos teatros, perdía en todos, porque en todos era débil. Grande, muy grande fué el desacierto de aquellos políticos. Si carecíamos de recursos y de hombres, si nos faltaban generales de talento y soldados expertos, si la guerra de Portugal evidenciaba de modo harto lastimoso la triste situación de nuestro ejército, ¿á qué no renunciar en definitiva problemáticas ventajas en uno ú otro teatro para concentrar fuerzas y caer con vigor sobre el que más importara? Sobre todo, desde que la casa de Austria nos abandonó á nuestras propias fuerzas, ¿qué podía esperarse ya en Flandes? Las dos guerras que en la península española ardían eran las que reclamaban preferentes cuidados; nuestras posesiones italianas no menos obligábannos á velar por ellas, ya porque su conservación nos era más fácil que la de Flandes, ya porque las insurrecciones del 1647 pudieron servirnos de saludables avisos. Importaba la conservación de los Países Bajos para gozar la supremacía política en Europa; pero desde el momento en que España la había perdido de hecho, y que con harta pena se defendía en aquellos países, ¿á qué persistir y derrochar allí sangre y oro?... Suerte grande fué para nuestra patria que Cataluña no se perdiera para siempre; con seguridad puede afirmarse hoy, dado el sesgo que los sucesos han tomado, que esta región jamás hubiera vuelto á poder de España; pero grandísimo infortunio que Portugal se apartara de nosotros y volviera á ser nación independiente. Falta de tacto político, falta de recursos, falta de patriotismo, indolencia, corrupción, venalidad, he aquí los graves males que aquejan á nuestro pobre país precipitándole en los abismos de la decadencia.

El cuadro que ofrecía Cataluña al comenzar el año 1651 era muy triste. Cebábase la peste en la capital y otras villas del llano; el ejército español, á las órdenes del marqués de Mortara, se adelantaba contra Barcelona, y Francia mostrábase poco cuidadosa en despachar socorros, como si previera el desenlace de esta guerra. Entrado el mes de Agosto, 11,000 hombres pusieron sitio á la ciudad condal, al mismo tiempo que una fuerte escuadra la bloqueaba por mar. Las líneas de circunvalación se alargaban hasta el mar por una parte, para estar en contacto con la escuadra; por otra la caballería cortaba el paso á toda comunicación. Reinaba la zozobra en los ánimos, porque Mortara no carecía de inteligencias con algunos de la plaza, y no eran pocos los desengañados; pero el gobernador general de Cataluña, D. José de Margarit y de Viure hallábase dispuesto á sostenerse á todo trance, pues era en su ánimo más poderoso el odio á Castilla que las decepciones causadas por el francés. De éstas ninguna pudo ser más funesta á Cataluña que la traición del mariscal francés Marsin, que mandaba las tropas auxiliares en el Principado. Este Marsin no era otra cosa que un instrumento del príncipe de Condé (á la sazón en guerra con la corte francesa); y hallándose Condé de acuerdo con la corte de Madrid, dice el Sr. Pella, «podría suponerse, si no constara en documentos, y hasta en autores castellanos (1), que Marsin dejó adrede aproximar con toda libertad al ejército enemigo hasta Barcelona, y que fortificado en San Martín, corriera el llano hasta el Hospitalet, donde una guarnición que allí existía, fué rendida mediante condición de pasarse al bando de Condé, cuando se rebeló en Burdeos contra Luis XIV; novedad que de sobra sabía Marsin, y que ocultó al Consejo de Ciento (2).» El hecho es que á mediados de Septiembre dió á entender á dicho Consejo su propósito de hacer una importante salida, acerca de la cual exigía el mayor secreto, y á las diez de la noche del 21 del citado mes, salió por la puerta Nueva con 1,000 infantes y otros tantos caballos. Escucharon en balde los de Barcelona toda aquella noche por si se oían rumores de combate; permanecieron muchos días en incertidumbre, hasta que por fin avisaron los jurados de Seo de Urgel, que Marsin había pasado por allí en dirección de Francia á juntarse con los revoltosos de la Fronda. Ultimo y terrible desengaño fué éste para los catalanes partidarios de Francia.

Todo el mes de Septiembre transcurrió sin tener lugar choque alguno de cuantía entre los de Barcelona y el ejército sitiador; pero el cerco fuése estrechando, y las trincheras castellanas se

(1) Las memorias del marqués de Mortara, *Conquista de Cataluña*, pág. 73.
(2) *Un catalá il lustre, D. Joseph de Margarit y de Viure.*

desarrollaron desde Sans hasta más abajo de las Corts de Sarriá, mientras del costado opuesto colocábase Mortara con el grueso de sus tropas en observación. A principios de Octubre fué ganado y arrasado por los castellanos un caballero, con el que trataban los sitiados de dominar las trincheras enemigas junto á Santa Madrona. El 11 ocuparon los sitiadores la iglesia y convento





D. Luis de Haro, primer ministro de Felipe IV

de este nombre, y emplazaron en ellas siete cañones, á cuyos fuegos respondió la ciudad con los de cuatro contrabaterías colocadas en sitio más elevado. Para que Mortara no cortase la comunicación con Montjuich, comenzóse á construir á mediados del mes un pequeño fuerte en las faldas de este monte, obra que duró dos meses. A esto se redujo el sitio por entonces, sin otra novedad que haber sido nombrado á mediados de Octubre generalísimo del ejército sitiador D. Juan de Austria, quien llegó á Barcelona el 19 con nueve galeras, cifra que aumentó las que bloqueaban por mar á Barcelona. Mortara quedó como segundo de D. Juan, y las operaciones prosiguieron hasta finir aquel mes sin otra novedad que salidas y ataques faltos de importancia, y haber en-

trado el 24 en Barcelona 300 caballos catalanes, y 1,000 soldados franceses recogidos de las guarniciones por Mr. Cresson. Cruzaron estas tropas por las líneas del Marqués, y entraron sin pérdida en la ciudad, lo que revela la poca vigilancia de los sitiadores. Pero cuál debía ser ésta, se evidencia, sobre todo, con la entrada de las tropas francesas en el mes de Febrero.

La corte de Francia, atendiendo las reclamaciones de Marguerit y haciendo un esfuerzo despachó á Cataluña al mariscal de La Motte con 4,000 infantes y 1,500 caballos, cuyas tropas llegaron á Perpiñán el 10 de Diciembre, y en los primeros días de Enero aproximáronse á Barcelona por los montes del Tibidabo, amagando un ataque por Sarriá; pero como hallasen á los sitiadores prevenidos, y el tiempo cerrara en lluvias, tuvieron que retroceder hasta el Hospitalet. Ya por este tiempo hacía el hambre estragos en la ciudad, y aunque la alivió un convoy de víveres que en Febrero pudo conducirse á su puerto, los ánimos mostrábanse abatidos; por lo que La Motte decidió forzar las líneas y abrirse paso hasta Barcelona, lo que efectuó el 23, después de batirse con los castellanos. Y su presencia conocióse muy pronto, ya por la mejor disposición de la gente, ya por la actividad que imprimió á los trabajos y salidas. Por desgracia, también el aumento de tropas dió creces á la penuria, y como el bloqueo se hiciera más riguroso, perdióse la esperanza de recibir provisiones. Dieron, sin embargo, los vecinos, pruebas de gran desinterés, ofreciendo sus joyas y vajillas, y fundiéronse con ellas unas monedas, cuya leyenda es *Barcino civitas obsessa*. La Motte, ganoso de librar á Barcelona de la peligrosa vecindad de los fuertes castellanos, embistió y ganó el 17 de Junio el de San Juan de los Reyes; pero lo recobraron en breve los sitiadores. Nada se hizo de importancia en todo el estío, y como á fines de Septiembre resultara frustrado el intento de introducir un convoy en la ciudad, perdieron sus moradores toda esperanza. En balde trataba Margarit de animar á los barceloneses con promesas, de alentarles con el ejemplo. La Diputación catalana, que se hallaba en Manresa, y veía más de cerca el espíritu hostil á Francia de los pueblos, optó por someterse á Felipe IV, y presentándose en el cuartel real, rindió homenaje á dicho soberano en la persona de D. Juan de Austria (10 Octubre de 1652); declaráronse entonces varias poblaciones á favor de España, y Mataró rindióse al marqués de Mortara el 25.

¿Qué podía esperar ya Barcelona de los franceses? Fiel á sus compromisos, había soportado todas las privaciones, hecho todos los sacrificios; el 7 de Septiembre rechazó heroicamente el asalto que por cuatro partes distintas dieron los castellanos; el 11 disputó al enemigo el convento de Valldoncella, que le fué arrebatado; los socorros que podía aguardar por la costa, no era fácil llegaran ya, por haberse sometido al monarca español muchas poblaciones de la marina; y por último, tampoco era dable confiar en las palabras de La Motte y Margarit, pues Francia dejaba transcurrir el tiempo sin mandar auxilio, tal como las necesidades requerían. Convino el caudillo francés con la ciudad en despachar un trompeta al príncipe D. Juan, proponiendo parlamento; admitiólo éste para el 4 de Octubre, y dados rehenes y discutidas las bases de la capitulación, firmóse ésta, conviniéndose en que no se alterarían las constituciones y fueros de la tierra, y en que se otorgaría un perdón general (1). Acto seguido prestaron el conceller en jefe y los caballeros y oficiales el juramento de fidelidad á D. Felipe IV en manos de D. Juan, que, según lo convenido, entró el día 13 en la capital. A la rendición de ésta siguió, como era de presumir, la de las restantes plazas del Principado. No faltó alguna que se mostró reacia, mas pagó cara su resistencia, y la de Rosas no pudo por de pronto ser tomada, á causa de la que hizo su guarnición, lo que se explica teniendo en cuenta que se hallaban interesados los franceses en retenerla para asegurar el territorio rosellonés. Durísima lección fué esta guerra para Felipe IV, y no menos triste para Cataluña, que al fin y al cabo no la provocó. Ella prueba una vez más, por gran desgracia, lo que pueden esperar los débiles de sus alianzas con los poderosos, y que la mejor garantía para las nacionalidades reducidas, es, cuando no su situación geográfica, las fuerzas que de su propia flaqueza logren sacar.

(1) Fué excluído de este perdón D. José de Margarit y de Viure, que huyó de Barcelona por mar en 1.° de Octubre. Asocióse este personaje á cuantas empresas efectuaron los franceses contra España los años posteriores, y murió en Perpiñán en 1685, y á los 83 años de edad.



El marqués de Leganés
(Grabado del célebre Paul Pontius, según un cuadro de Van Dyck)

Aunque parecía que con la rendición de Barcelona y muchas otras ciudades y villas podía darse por finida la guerra, no terminó, por desgracia, pues los franceses, ya que no lograran dominar en Cataluña, tenian interés en distraer nuestras fuerzas y en asegurarse en la posesión del Rosellón. Secundáronles, si es que no les excitaron á ello, los caudillos catalanes Margarit,

Dardena y otros de menos nombradía, y en Julio de 1653 entraron en el Principado por el Portús el mariscal Hocquincourt y D. José de Margarit, con 14,000 infantes y 4,000 caballos; pero el país no respondió á los invasores, antes al contrario, los mismos tercios que habían defendido á Barcelona fueron á ponerse á las órdenes de D. Juan de Austria, que había reemplazado a Mortara en el virreinato de Cataluña. Sin embargo, consiguieron aquéllos hacerse dueños de Castellón de Ampurias y Figueras, y se atrevieron á poner sitio á Gerona, cuya heroica resistencia dió lugar á que acudiera D. Juan y obligara al enemigo á levantar, no sin pérdidas, el sitio. Desgraciadamente, ya del ejército de Cataluña se habían disgregado algunas fuerzas para la guerra de Portugal, y esto y el haber relevado al activo marqués de Mortara, impidió dar á las operaciones mayor impulso y llevar, como solicitaban los catalanes, la guerra al Rosellón; por lo que terminó la campaña de 1653 sin otras novedades que las pérdidas de Ripoll, San Felíu y algunos otros lugares. Y tampoco fué la del año siguiente de más trascendencia. El príncipe de Conti, que sucedió á Hocquincourt, se puso en Julio de 1654 sobre Puigcerdá; D. Juan de Austria, para distraerle, embistió á Rosas; acudió á esta plaza el francés, hízole levantar el sitio y, regresando á Puigcerdá, la ganó, después de haberla acometido con vigor. A la rendición de esta heroica villa siguieron la de Villafranca, Urgel, y otras; lo que se comprende dada la falta de tropas que experimentaba D. Juan. Por gran suerte, Francia no se hallaba muy sobrada de recursos, y Cataluña hizo no pocos esfuerzos en provecho de España, ya formando cuerpos regulares, ya contribuyendo con compañías sueltas, de que tanto partido saben sacar sus naturales en la guerra de montañas; pues el grueso ejército castellano no se movió el resto del año de Barcelona y sus contornos, limitándose á observar al enemigo. No con más energía se condujeron las operaciones en los dos siguientes, reducidas á pérdidas recíprocas de algunas plazas y en cuyos hechos de armas distinguiéronse los caudillos catalanes: ni uno ni otro beligerante se atrevía á acometer empresa alguna de consideración, ni á distraer sus fuerzas de otros teatros. Pero como á fines de 1656 fuese destinado á Flandes D. Juan de Austria, aflojaron un tanto las operaciones y no volvieron á cobrar vigor hasta que nuevamente se nombró virrey al marqués de Mortara. Este ilustre caudillo dominó todo el Ampurdán, á excepción de Rosas, y logró atajar el avance del general francés Candale, y el catalán Margarit, que llegaron hasta el mismo llano de Barcelona, ganando de paso algunos lugares. Acometió Mortara á los franceses cuando esguazaban el rio Fluviá, y les causó grandes pérdidas; batiólos luego en las inmediaciones de Camprodón y consiguió recuperar esta villa; pero como el enemigo intentara recuperarla, acudió de nuevo á ella Mortara, y encontrándose con los enemigos en las márgenes del Ter, empeñó la batalla, en la que fueron aquéllos derrotados, gracias al hábil movimiento del maestre de Campo D. Diego Caballero, que vadeó el río á cierta distancia y acometió al enemigo por la espalda, acuchillándole y poniendo término á la acción.

Este hecho de armas fué el de más monta que registró por entonces la guerra de Cataluña. Francia, conmovida por las luchas civiles y desesperanzada ya de dominar el Principado, no mostraba gran empeño en ella; España, confiada en el favor de los naturales, miraba como de más interés la guerra de Portugal; y de aquí que todo se redujera á pequeños encuentros, á operaciones lentas y desprovistas de interés, cuyo término fué la célebre paz de los Pirineos.

II

La guerra de Portugal, que desde 1648 hasta la muerte del duque de Braganza casi puede decirse que se hallaba interrumpida, reanudóse en 1656, cuando menos era de pensar que cobrara alientos. Fué causa de ello el no querer la Regente que atribuyeran los castellanos al cambio acaecido flojedad ni desconcierto, antes mejores ánimos para combatirlos; pero avisados éstos por el reprimido ataque al castillo de Barcarrota, é informada la corte de Madrid, hiciéronse nuevos

preparativos, llamóse gente nueva, acopiáronse víveres y municiones, todo con tal presteza, que en breve tiempo el general de nuestro ejército en la frontera portuguesa, D. Francisco Tuttavilla, duque de San Germán, se halló al frente de un ejército compuesto de 13,000 infantes, 4,000 caballos y 20 piezas. La primera operación de este caudillo al abrir esta campaña, sexta de las de la guerra de Portugal, fué acometer Olivenza; pero como no pudiera ganarla al primer asalto, hubo de dilatar el cerco, dando así lugar á que acudiera en socorro de la plaza el portugués conde de San Lorenzo con 12,000 infantes y 3,500 caballos. Asentó este ejército su campo en una eminencia próxima al Guadiana; cañoneó algunas horas las trincheras españolas, y pasados algunos días, reconociendo vana su porfía, levantó los reales y cayó de repente sobre Badajoz, per-



Tipo militar catalán. (Copia de un grabado de la época)

suadido de que los nuestros, para socorrer esta plaza, abandonarían el cerco de Olivenza; pero no fué así, porque los portugueses, que en número de 4,000 acometieron y asaltaron á Badajoz, después de haber señoreado parte de sus muros, fueron rechazados con tal vigor, que en la retirada perdieron dos maestres de campo, muchos oficiales y hasta 300 soldados. Este no esperado revés, indujo al conde de San Lorenzo á emplear otros recursos, y después de haberse dado á talar y correr por la frontera, puso sitio á Valencia de Alcántara: antes, empero, de que lograse rendirla, ya se había entregado Olivenza, sin que pudiera evitarlo San Lorenzo. Y no sólo éste dejó de socorrer la plaza, sino que tampoco se atrevió á medir sus armas con San Germán, quien, dueño de dicha ciudad, taló y devastó todo el territorio, ganó á Morón y su castillo, y se retiró triunfante á Badajoz.

Poco trascendentales eran estos triunfos para Castilla, y no bastantes á causar desmayos en la

corte de Portugal, apoyada por Inglaterra y Francia. La reina viuda, ganosa de solidar la obra de la independencia, no cejó tampoco en allegar recursos para continuar la guerra, y alistando á sueldo en aquellos dos reinos numerosas compañías, y juntando un ejército de 16,000 infantes y 4,000 caballos, púsolo en campaña, confiándolo á Juan Méndez de Vasconcellos, con orden de acometer la plaza de Badajoz, donde, con escasa guarnición, se hallaba San Germán. Este, oportunamente enterado del movimiento, no perdió tiempo en avisar á Felipe IV y á su favorito don Luis de Haro, así como en avituallar, municionar y reparar la plaza; pero en Madrid no se atendió debidamente la reclamación, y cuando el ejército enemigo con formidable aparato de guerra se presentó ante la plaza, aun no había llegado socorro alguno. El enemigo comenzó por batir el fuerte de San Cristóbal, situado á alguna distancia de la ciudad y en la orilla opuesta del Guadiana; pero detenido un mes junto á este baluarte, después de haber intentado ganarlo por asalto y de reñir valentísimas escaramuzas, desistió de su intento y fué á colocarse frente á Badajoz. Trabóse por aquellos días una terrible pelea en los cerros del Viento y de Mayo, favorable á los portugueses, y perdióse el castillo de San Miguel, camino de Talavera; con lo que, señores los contrarios del llano y las alturas inmediatas, pudieron estrechar el cerco, ciñendo casi toda la plaza con sus líneas. Entonces fué cuando en Madrid sucedió á una confianza desmedida una alarma y alboroto extraordinarios. Preocupaban á la corte los aprestos militares que á la sazón se hacían en Inglaterra y Francia; inquietaban al pueblo los más estupendos rumores, y la gravedad de las circunstancias exigía, como aconsejaba un prócer, que el Rey en persona acudiera á la raya de Portugal para dar calor á las operaciones; pero si Felipe IV se manifestaba poco inclinado á determinación tan honrada, menos predispuesto se hallaba su ministro D. Luis de Haro, quien temía que si aquél marchaba á la frontera y quedaba el gobierno en manos de la Reina, grande enemiga del favorito, él perdería el poder y la gracia. Con lo que discurrió modo de persuadir al Rey que el delicado estado de su salud no le permitía soportar las fatigas del viaje, ni podía el erario soportar los gastos que éste exigiría. Pero á trueque de captarse la estimación del soberano, aunque con la firme seguridad de que su oferta no sería aceptada, brindóse para mandar los ejércitos destinados á la reconquista del país lusitano. Empero, contra lo que presumía el favorito, y muy mal de su grado, por el riesgo que corría su privanza, el monarca aceptó con satisfacción el voluntario ofrecimiento, dándose el caso de que un hombre totalmente profano en materia militar, marchara á ponerse á la cabeza de un ejército en guerra donde tantos expertos caudillos perdieron su prestigio. Pero era grande la vanidad de Haro; y como á servir bajo sus banderas acudieran mucha nobleza y gran número de capitanes y soldados, fiados unos en la buena asistencia, esperanzados otros en conseguir adelantos por medio del privado, reunióse ejército bastante á satisfacer la vanidad de éste, aunque harto flaco para lo alto de la ocasión y más lucido que numeroso. Este ejército hizo plaza de armas en Mérida, y desde allí envió Haro á Badajoz un mensajero, anunciando al duque de San Germán su llegada y el próximo socorro. Hizo entonces San Germán un supremo esfuerzo; rompió con gran trabajo y riesgo las líneas portuguesas, y después de un sangriento combate, el y el duque de Osuna con 1,000 caballos lograron ponerse en Mérida. Llegados á esta plaza, prestó San Germán acatamiento al *Lugarteniente del Rey*, título que había tomado D. Luis de Haro, y oyó de su boca las razones en que fundaba su mando, no otras que las de prestar ruido y autoridad á la empresa, pues en todo se allanaba á seguir sus consejos. Pasada muestra al ejército, halláronse en las filas unos 12,000 infantes y 1,500 caballos, sin contar los que condujo á Mérida San Germán: escasa gente para tentar empresa alguna de provecho, pero suficiente para conseguir el levantamiento del cerco de Badajoz, que había mermado bastante las fuerzas portuguesas. Este suceso realizóse cuando Haro y San Germán llegaron á la villa de Talavera, y causó tal júbilo á los castellanos, que resolvieron acometer á Elvas, y entrar á sangre y fuego por tierra portuguesa. No se hizo esperar el descalabro.

El sitio de Elvas ofrecía serias dificultades, y ya en otro tiempo y en igual estación había ocasionado un desastre á Torrecusa; razones que indujeron á San Germán á impugnar esta empresa;

mas en el Consejo prevaleció el dictamen de los aduladores, y el ejército pasó á circunvalar aquella plaza. Desde allí Haro escribió al Rey pidiéndole refuerzos mensuales, refuerzos que por negligencia ó falta de recursos no se le mandaron, y como la peste cundiera á la sazón en el territorio, la situación del ejército no tardó en ser crítica. Entretanto, en Lisboa hacíanse grandes aprestos para socorrer á Elvas, y en poco tiempo el general portugués, conde de Castañeda, hallóse al frente de un ejército de unos 16,000 combatientes, con los que se puso en marcha para



Caballero del siglo XVII (Epoca de Felipe IV.)

dicha plaza, no sin haber avisado antes al de Haro el día y la hora en que llegaría, y el punto por donde introduciría el socorro. A pesar del aviso, los caudillos castellanos manifestáronse poco diligentes; ni el comisario de la caballería acertó á impedir la salida de los sitiados, ni el duque de Osuna fué con bastantes caballos á cerrar el paso á los que embestían las trincheras, y aunque se trabó en ellas recia la pelea y se mantuvo con porfía, fueron rotas á la postre, diéronse las manos los de la plaza con los del socorro, envolviendo á los nuestros, y causaron en sus filas gran destrozo. Cayó de su caballo mortalmente herido el de San Germán, pero pudo ser retirado con vida, y D. Rodrigo Mogico, que se hizo cargo del mando, solamente logró recoger junto al Caya los dispersos y salvar parte de la artillería. No se empeñaron los portugueses en la persecución, y

gracias á esto la pérdida no fué mayor, calculándose, sin embargo, en 2,000 muertos, casi igual número de heridos y pocos prisioneros. Tal fué el término de esta sexta campaña, y tal la prueba que hizo D. Luis de Haro de sus aptitudes militares. Simple espectador de la batalla, cuando lo vió todo perdido retiróse á Badajoz, y desde allí dió cuenta al Rey de lo ocurrido. En tres meses de sitio se desvanecieron sus esperanzas, y es indudable que á esto se debió el empeño que puso luego en ajustar la paz con Francia. Temió, no sin razón, en aquel momento, que con la victoria iba á perder el favor; pero Felipe se lo conservó en el mismo grado, en la confianza de que si no mejores hombres, alcanzaría quizás mejores tiempos.

III

Después de haber guerreado por tantos años, y en tan diversos teatros, ya España estaba convencida de que no era posible mantener con ventaja la lucha contra su rival la Francia, por más que en Cataluña hubiera conseguido vencerla; y esto fué lo que movió al monarca y á su ministro á negociar la paz; pero engreído Mazarini, y en la creencia de que era grande nuestra postración, puso condiciones tales, que era imposible se aceptaran ni en Madrid, ni en corte alguna donde aun se abrigara el sentimiento de la dignidad patria. Y por cierto que muy caro hubiera pagado el ministro francés su osadía, de encontrarse al frente de nuestra política hombres más hábiles; porque Francia, trabajada por intestinas discordias, vióse poco tiempo después presa de la guerra conocida con el nombre de *la Fronda*.

El origen de esta guerra ha de buscarse así en el cansancio del pueblo, abrumado por los impuestos, como en las pretensiones de la nobleza, en la no muerta aspiración feudal, que aprovechaba ahora las circunstancias de ser el monarca de menor edad y muy odioso al pueblo su ministro. Colocáronse de un lado la corte y Mazarini; de otro el Parlamento y los príncipes de la sangre, y estalló la discordia. Excelente se brindaba á España la ocasión, para que dejara de aprovecharse de ella; y puso por lo mismo D. Luis de Haro particular empeño en fomentar tales disturbios, ayudando en secreto el partido de los príncipes. Este era el mejor modo para reducir dicha nación á precario estado, y para recuperar cuanto habíamos perdido en Flandes é Italia, en Portugal y en Cataluña; mas por desgracia no se procedió con gran habilidad, y España intervino en estas guerras civiles de la Fronda con tan poco tino como en las de la Liga.

La apurada situación en que se hallaba el Parlamento francés y los príncipes rebeldes, moviéronles á tratar con los españoles, y de acuerdo con un enviado que aquéllos despacharon á Bruselas, hizo el Archiduque avanzar el ejército á las órdenes del conde de Fuensaldaña hasta la ribera del Aisne, donde el marqués de Normantier, apoderado de los *frondeurs*, ajustó con el Conde un tratado. Esta noticia causó tal pánico en la corte francesa, que á su vez pactó con los rebeldes; pero como el ejército real se hallara asaz fatigado y mermado por el sitio de París, y el de Flandes se encontrara un tanto rehecho de la rota de Lens, pareció aquélla excelente ocasión de ganar alguna de las plazas perdidas en Flandes, y, en consecuencia, el Archiduque dió orden de embestir al mismo tiempo á Ipres y Saint-Venant, plaza ésta cuya conquista facilitaría la de la primera. Dspachóse al marqués de Sfondrato contra Ipres, fué contra Saint-Venant el de Fuensaldaña y el Archiduque Leopoldo apostóse en Comines, situada en la misma ribera del Lys, á tres leguas de Ipres y á seis de Saint-Venant. Esta se entregó después de ocho días de cerco, y cuando ya estaba abierta la trinchera, é incorporado el ejército de Sfondrato al de Fuensaldaña, redújose también á la primera, terminada ya la línea de circunvalación, y después de veinte días de trinchera. Expiraba á la sazón el mes de Abril de 1649.

No se movieron los enemigos á dar socorro á las dos citadas plazas, pues necesitando rehacer y engrosar su ejército, estimaron más conveniente aguardar á que se les incorporaran algunas tropas de las que tenían allende el Rhin; y entonces embistieron á Cambray, mandados por el conde de Harcourt; pero aunque no se dió por los nuestros el socorro con oportunidad, todavía consiguió el Archiduque juntar las suficientes tropas para acudir en auxilio de esta plaza. Favoreció la aproximación del ejército la espesa niebla que reinaba, y cuando ésta se desvaneció, el enemigo, sorprendido, no se atrevió á proseguir el asedio, y en muy buen orden retiróse á Chateau-Cambresis, y Condé, mientras los españoles hacían lo propio, hacia Valenciennes y Tournay. Reforzados pocos días después por la caballería alemana, que condujo el duque de Witemberg, ganaron éstos la reducida plaza de la Motte du Bois, sin que pudiera evitarlo Harcourt, situado en Chatillon.

La calma de los ánimos en Francia fué de corta duración, y estallando con gran brío la discordia, esperanzó, no sin fundamento, á la corte española y al Archiduque. Era llegado el momento del desquite, porque mientras la Reina y su ministro dictaban orden de prisión contra los príncipes de Lorena, pasábase á nuestro campo el mejor general de los enemigos, el célebre vizconde de Turena, después de haber dado en prenda de fidelidad la villa de Stenay, feudo de Condé, y haberle concedido Leopoldo 5,000 hombres y dinero para levantar 10,000. Formóse entonces en el Luxemburgo un cuerpo de ejército *para libertar á los príncipes*, y reunidos en la Chapelle, Turena y Fuensaldaña penetraron hasta Catelet, amagaron á San Quintín y pusieron sitio á Guisa. Esta plaza no se ganó por haber imposibilitado las lluvias el mantenimiento del ejército, pero ocuparon después de quince días de cerco á la Chapelle, y, sin perder momento, tomaron la vuelta de París, arrebatando de paso á Chateau y á Rethel. Empero, aunque la corte anduviera desconcertada por tener que acudir al propio tiempo á la capital y á Burdeos, rebelada también, procuró poner los príncipes á buen recaudo, trasladándolos al Havre, y de este modo frustró los propósitos de Turena, que después de haber intentado entrar en negociaciones con ella, hubo de retroceder hasta las riberas del Mosa, estableciéndose entre este río y el Aisne, mientras los españoles se detenían en el sitio de Mouzón, pequeña plaza fuerte de que se apoderaron mes y medio después. En este intervalo se apaciguaron los disturbios del Mediodía de Francia, los realistas ganaron á Burdeos, y Mazarini pudo dar al mariscal du Plessis, que mandaba en el Norte, un refuerzo que elevó el ejército del Rey á 8,000 infantes y unos 7,000 caballos.

Púsose el mariscal du Plessis con este ejército sobre la plaza de Rethel, el 9 de Diciembre, y la rindió cuatro días después, á tiempo que el vizconde de Turena llegaba en su socorro. Persuadido éste de que la resistencia sería más prolongada, retardó de propósito el arribo, con objeto de encontrar diseminado en las líneas al sitiador y toda la artillería distribuída en las baterías; pero al saber la rendición de Rethel, cuando se hallaba á una legua de la plaza, quedó desconcertado, pues sólo contaba con 2,500 infantes, 5,500 caballos y seis cañones, y le era forzoso batirse en retirada. Así lo efectuó al amanecer del siguiente día, retrocediendo por el mismo camino; pero ya los enemigos, advirtiéndolo, fueron en su seguimiento y le alcanzaron en la llanura de Blanchamp, junto á Sommepy, la mañana del 15 de Diciembre de 1650. Reinaba aquel día una espesa niebla que impedía ver los movimientos de ambos ejércitos, separados tan sólo por medio tiro de cañón, y Turena trataba de no empeñar la batalla; mas de improviso disipóse aquélla y ésta se hizo inevitable. Entonces dió sus disposiciones, y viendo que por momentos engrosaba el ejército enemigo, quiso anticipar la acometida. Obró, no obstante, con poco acierto, porque para atacar abandonó las alturas que ocupaba, y después de haber roto la derecha francesa, fué á su vez destrozado por la izquierda enemiga que mandaba Hocquincourt, y por un hábil movimiento, envuelto y totalmente derrotado. La infantería, que constituía el centro de su ejército, se rindió sin combatir, excepción hecha de un regimiento, y todos los bagajes, banderas y cañones, con 4,000 soldados, cayeron en poder del vencedor. A duras penas logró Turena ponerse en salvo, huyendo hasta Bar-le-Duc y desde aquí á Montmedy. Este fué el último hecho de armas en que figuró luchando contra la corte; pues poco tiempo después de acaecer, y con el pretexto de

que los príncipes habían sido puestos en libertad, Turena abandonó á Flandes, se adhirió al partido de la corte y fué nuestro más temible enemigo (1.º de Mayo de 1651).

Una tregua de algunos meses siguió á este suceso. Entabláronse negociaciones entre Francia y España, de las que no resultó acuerdo; Condé volvió á sus antiguas pugnas con la corte, se indispuso con la Reina, y, pactando con España, se declaró en abierta rebelión. Favorecía sus miras la Guyena sublevada, el Parlamento cada día más atrevido y la corte acobardada; pero tenía que luchar con un adversario de la talla de Turena. La campaña de 1652, que no podemos detenernos á explicar, es un verdadero duelo entre los dos caudillos. Condé bate en Blenau á Hocquincourt, se coloca en Saint-Cloud, y luego trasládase á Charenton, en la confluencia de los ríos Sena y Marne, donde espera la llegada del duque de Lorena, otro príncipe siempre descontento, y que si se distingue por su valor, singularízase por su versatilidad. Empero, Turena, después de rehacer el destrozado ejército de Hocquincourt, impide esta reunión. Incorporados á Condé los duques de Orleans y de Nemours, jefes ambos del ejército rebelde, avanzan desde Charenton hasta París, que cierra sus puertas á los revoltosos y á Turena, y les ve batirse en sus arrabales el 5 de Julio. Pero en aquellos momentos el cañón de la Bastilla truena contra los realistas, disparado por la blanca mano de la señorita de Montpensier, una de las *políticas* que intervienen en aquellos disturbios, y les obliga á dejar el campo. Turena opta entonces por el extremo más prudente, abandonar la capital á su enemigo, dejar que gaste en ella su popularidad; y al efecto, marcha por la orilla del Marne hasta Villeneuve, y desde aquí á Corbeil. En este intervalo el archiduque Leopoldo recobra después de prolongados y sangrientos sitios á Gravelines, Mardick y Dunkerque. Ocioso sería detenernos á narrarlos, pues en mayor ó menor escala ofrecen episodios idénticos á los de que hemos dado cuenta; y por añadidura, alguna de estas villas se ve perdida, recuperada y vuelta á perder en brevísimo plazo. No puede negarse que fueron éstas ventajas importantes, ni tampoco dejar de aplaudirse la conducta de Leopoldo, no empeñándose con calor en la guerra civil francesa y atento sólo á que se debilitara el enemigo. Al fin y á la postre, únicamente á costa de su debilidad podía reconquistar España algo de lo perdido en Flandes, porque el Archiduque y Fuensaldaña carecían de órdenes precisas, de gente y de dinero. Y ocurrió que cuando el pueblo de París, cansado de sufrir y fatigado de guerras y de intrigas, solicitó la vuelta del monarca, y Condé y el duque de Orleans se vieron obligados á retirarse de la capital, dejando, por decirlo así, de existir la Fronda, el aspecto de las cosas cambió totalmente. Como en otro tiempo Turena, el príncipe de Condé vino á echarse en brazos de los españoles, y si el concurso de aquél sólo nos produjo, como donosamente dice un autor, la bicoca de Setenay y alguna otra fronteriza, la llegada de Condé sólo contribuyó á complicar nuestro estado de cosas. Desde aquel momento Francia, libre de intestinas discordias, puede acometernos de frente; España, si bien cuenta con un general de la talla de Condé, y con las tropas de éste y de su hermano, se halla en condiciones harto desventajosas para sostener la lucha; y bien puede asegurarse que si por de pronto su ruina se aplaza, es para que luego sea más estrepitosa.

Comenzó la campaña de 1653 bastante tarde, á causa de haber los beligerantes tomado tardíamente también los cuarteles de invierno. Por otra parte, uno y otro se preparaban como para una lucha decisiva. Felipe IV y D. Luis de Haro, deseando sacar partido de los talentos militares de Condé, querían procurarle un ejército digno de su nombradía, y como el Emperador no pudiera prestarles manifiesto auxilio, á causa del tratado de Westfalia, permitió que fueran desfilando por grupos, al territorio de Flandes, algunos miles de mercenarios, gracias á lo cual pudieron formarse dos cuerpos de ejército, uno sobre el Sambre, detrás de la Capelle, y el otro en el Luxemburgo: en junto 20,000 infantes y 14,000 caballos. Rethel, apoyado por la Capelle y Stenay, y dominando el valle del Aisne, era sin duda alguna la mejor base de operaciones que podían elegir los españoles, porque á la par que aseguraba sus comunicaciones con el Luxemburgo, abría el paso á la Champagne é Isla de Francia. Pero Turena no esperó que los nuestros ocuparan tan ventajosa posición. Con maravillosa precisión calculó el tiempo que debían emplear en reunirse, y considerando que alcanzaría á unos ocho días, acometió á Rethel con la mitad de su ejército y la ganó á los cuatro

días (5-9 de Julio). Este contratiempo obligó á los españoles á modificar su plan de campaña. Dirigiéronse hacia la Picardía y penetraron entre el Oise y el Somma con 30,000 combatientes y 34 cañones, dejando bien guarnecido á Cambray para asegurar el avituallamiento. Si se tiene en cuenta que el ejército de Turena era muy inferior al de Fuensaldaña, comprenderáse el pánico que cundió en la capital de Francia. Opinaban no pocos oficiales del ejército enemigo que se cubriera el camino de París, siguiendo la ribera izquierda del Oise, pero Turena optó por cruzar este río y apostarse á dos horas de los nuestros, pues de este modo evitaríase que se detuvieran á sitiar plaza alguna, por temor de verse colocados entre ésta y el ejército. Los españoles se hallaban situados en Fonsommes, y los franceses se colocaron en Ribemont. El 1.º de Agosto, pusiéronse aquéllos en marcha, detuviéronse dos días en tomar á Roye (3-5 Agosto), que Turena no quiso disputarles por ser villa muy reducida; y mientras se hallaban junto á ella, éste efectuó un habilísimo movimiento, que fué bordear el Oise,



D. Francisco de Moncada, marqués de Aytona

ponerse el 5 en Noyon, y sabedor que desde Cambray partía un convoy hacia nuestro campo, pasar el Somma por Ham, y ponerse entre aquella plaza y los españoles. Privado de subsistencias, el conde de Fuensaldaña se vió obligado á evacuar á Roye y á repasar el 11 de Agosto el Somma, entre Perona y Corbie, resuelto á batirse con los franceses que se hallaban junto á la primera de estas plazas. Moviéronse los nuestros con tal rapidez sobre Perona, que Turena quedó sorprendido al contemplar sus avanzadas; mas por desgracia las vacilaciones de Fuensaldaña hicieron fracasar la diligencia y acertadas disposiciones de Condé. Este, que conducía la vanguardia, dió aviso al general español de que redoblara la marcha porque tenía á su frente al enemigo, pero el Conde se entretuvo en deliberar; Turena, con su acostumbrada habilidad, colocóse en mejor posición, la mejoró con trincheras, y cuando los dos ejércitos se hallaron á la vista, el conde de Fuensaldaña, ó tímido ó astuto, no quiso aventurarse á la lucha (1). Irritóse Condé, cruzáronse entre él y Fuensaldaña

(1) No admite duda que Fuensaldaña obró siguiendo instrucciones reservadas, pues con arreglo á lo pactado entre Condé y la córte de Madrid, cuantas plazas se conquistaran en Francia debian pasar a poder del citado principe; y en la posibilidad de que éste se acomodase algún día con la corte francesa, ni Fuensaldaña ni el Archiduque podrían tener interés alguno en que se derramara inútilmente al

violentos apóstrofes, y aquella función concluyó retirándose los nuestros el 18, después de haber permanecido los dos ejércitos en batalla por espacio de tres días. Pocos días después, el archiduque Leopoldo acudió al ejército español, y su presencia contribuyó á dar creces á las rivalidades que entre los jefes existian. Con tales discordias, y con enemigo tan hábil como Turena, no era posible esperar grandes ventajas, por más que se tuviera la superioridad numérica; y así fué que la campaña terminó sin hecho alguno de gran monta. Los españoles ascendieron por la ribera del Somma; trataron inútilmente de ganar á Guisa y abandonaron la Picardía. Después pusieron sitio á Rocroy, y Turena, que no se creyó suficientemente fuerte para socorrerla, se apoderó entre tanto de Vouzon. El 30 de Setiembre entraba Condé en aquella plaza, y con esto concluyeron las poco importantes operaciones de 1653 (1). La córte española que había hecho grandes esfuerzos para engrosar el ejército de Flandes, auxilió á los revoltosos de Burdeos con una escuadra de diez y siete naves y alguna gente; pero sin conseguir otro resultado que poner ésta en tierra, pues nuestras naves hubieron de retirarse de aquellas aguas tan pronto acudió la flota que mandaba el duque de Vendôme.

Señalóse el año siguiente de un modo harto lamentable para España. El acontecimiento principal fué el sitio de Arras, puesto por el Archiduque el 5 de Julio. Arras, importante plaza por su extensión, fortificaciones y habitantes, hállase asentada en ventajosa posición sobre el Scarpa. La guarnecian 2,600 hombres y la pusieron sitio unos 30,000. La circunvalación se desarrollaba en un circuito de seis leguas; las trincheras tenían doce piés de alto, por diez de grueso, y se hallaban defendidas del costado de la campiña por un foso ancho de nueve piés y profundo de seis; los reductos se levantaban á intervalos de cien pasos, y en el espacio que separaba el foso exterior de las líneas, habíanse abierto grandes hoyos para dificultar el avance de los caballos. Construyóse también línea de contravalación y empleáronse en todos estos trabajos, diez días y diez noches, el ejército entero y 12,000 gastadores. Turena no pudo impedirlos, porque sólo contaba 14,000 soldados, pero consiguió intro-

sangre de nuestros soldados. Por otra parte, aunque se hubiera dado á Condé el título de generalísimo, nada podía hacer sin aprobación del Consejo de Guerra, que, según las ordenanzas españolas, debía ser oido antes de tentar cualquier empresa.

Para apreciar estas particularidades conviene consultar la *Relación de lo sucedido en Flandes desde 1648 hasta 1653, siendo general del ejército de Su Majestad católica el conde de Fuensaldaña*, inserta en el tomo LXXV, de la *Colección de Documentos inéditos*. Esta relación tiene carácter oficial, pues la dictó el mismo conde de Fuensaldaña.

(1) Aunque sólo sea de paso, creemos necesario dar aquí algunas noticias relativas á un personaje que figuró mucho en todas estas campañas y que el 25 de Febrero de 1654 fué preso en el palacio de Bruselas, por orden del Archiduque Leopoldo. Nos referimos al duque Carlos de Lorena.

Este célebre caudillo del siglo XVII nació en 1604 y sucedió á su tio Enrique de Lorena, en 1624. Habiendo dado acogida en sus Estados al fugitivo príncipe Gastón de Orleans, que casó con Margarita de Lorena, se atrajo la enemiga de Richelieu y Luis XIII, que hicieron invadir la Lorena y tomaron á Nancy y otras plazas. Alióse á los imperiales y á los españoles, y tomó, como hemos visto, parte muy activa en las operaciones militares de las guerras de los Treinta años y Flandes. A su valor debióse el triunfo conseguido por los austro-españoles en Nordlinga, así como otros sucesos afortunados para nuestras armas; pero su carácter versátil y ambicioso, hizo de él más que un capitán ilustre, un audaz aventurero. Mezclado á las intrigas de la Fronda, dió harto que hacer, así á sus enemigos como á sus aliados; y en 1654, sospechando por la excesiva libertad que permitia á sus tropas, que andaba en inteligencia con la córte francesa, «porque, dice un autor, era fama que allí se iba donde le ofrecian más dinero.» fué preso en Bruselas, conducido á la ciudadela de Amberes, y de allí trasladado á España, donde se le encerró en el castillo de Toledo.

Esta prisión hizo en Europa gran ruido, y para manifestar sus causas, publicó Leopoldo un documento que llevó la fecha de 25 de Febrero de 1654, del que copiamos las siguientes líneas:

«...Porque además de las lágrimas y gemidos y clamores generales de los pueblos, que han dado público testimonio de los robos salteamientos, violación de templos, fuerzas de mujeres casadas y doncellas, y otros excesos abominables y detestables que se cometían debajo del gobierno de sus armas, recogiendo él las ruinas y despojos de las destrucciones y asolamientos, S. M. y sus lugartenientes generales han sido bien informados de tiempo en tiempo, de las inteligencias secretas del dicho señor Duque, de sus designios diversos y apartados del buen servicio común á que debía mirar y encaminarse la unión de las armas de sus inconstancias y variaciones simuladas en las resoluciones de guerra, y de las mudanzas ó dilaciones aceptadas que interponía en los casos ya determinados al punto mismo de las ejecuciones más importantes, de que se habría seguido la ruina y destrucción de diversas y grandes empresas, que según toda apariencia y providencia humana, debían tener favorables sucesos, y lo que es más, estas cosas por su largo curso y continuación, han venido á tal notoriedad y evidencia, que no solamente los lugartenientes generales, los gobernadores de las armas, los maestros de campo, y todos los otros oficiales tocaban con las manos sus artificios, y eran testigos oculares de ellos, sino también el menor soldado ordinario y todo el pueblo se mostraba maravillado de ver que aquello pasaba sin poner remedio... Y habiendo llegado (el de Lorena) con su condenado proceder á término tal, que no solamente todos los súbditos y vasallos de S. M. le tenian en horror y detestación, sino que también todos los principes y Estados vecinos habían concebido contra él tal aversión, que los efectos de la venganza que trataban de tomar era muy aparente que se replegarian sobre estos Países Bajos, para colmo de sus infelicidades; el Rey mi señor, etc...»

Este manifiesto y la orden general comunicada al ejército del lorenés, consignan al final que S. M. no obriga animosidad alguna contra la casa de Lorena, en fe de lo cual ordenaba que el gobierno de las armas y tropas del duque Carlos, pasaran á su hermano Francisco, de quien el monarca, decia, «tiene *infalibles seguridades*.» Desgraciadamente, en 1655, el duque Francisco nos hizo traición, pues como hubiera despachado á Madrid diputados para negociar la libertad de Carlos, y D. Luis de Haro conviniera en ello, mediante la condición

ducir en Arras, antes de que se terminaran, algunos caballos. Optó por esperar refuerzos y entonces fué á colocarse entre Arras y Douay, villa esta, de la que recibían los sitiadores provisiones. El 17 de Julio, púsose con 16,000 combatientes en Mouchy-le-Preux, á tiro de cañón de nuestras líneas, con su derecha apoyada en el Scarpa, su izquierda en el arroyo de Cogeul, y dominando el camino de Buchaim á Valenciennes. Si se tiene en cuenta que Arras se hallaba bien abastecida, que nada faltaba á los soldados de Turena, cuyas tropas y los destacamentos de las vecinas ciudades impedían el arribo de todo socorro á nuestro campo, comprenderáse fácilmente que la posición del Archiduque era en extremo crítica. Condé, transcurridos alguuos días y viendo la gran necesidad de los nuestros, aconsejaba que se levantara el sitio y con todo el ejército se hiciera un esfuerzo para destrozar á Turena, pero este parecer no fué aprobado por el Consejo de Guerra. Continuó, pues, el ataque de la plaza con gran vigor y continuaron los franceses inmóviles en sus posiciones; mas como á principios de Agosto el cuerpo de ejército con el que el mariscal de Hocquincourt tenía cercada la plaza de Stenay, hubiera conseguido ganarla, pudo éste engrosar el ejército de Turena, que al darse con él la mano, efectuó un reconocimiento de las líneas españolas (1). Entonces formó el plan audaz de acometerlas, contra el parecer de todos sus capitanes, y al efecto señaló la noche del 24 al 25 de Agosto para el ataque. Al oscurecer abandonó sus cuarteles de Mouchy-le-Preux y cruzaron sus tropas por cuatro puentes el Scarpa. Ascendía el número de éstas á 26,000 combatientes, y en sentir de los historiadores franceses, no llegaban á más los nuestros, debilitados por numerosas pérdidas; en cambio las trincheras habían sido reforzadas, especialmente del costado en que se encontraba D. Fernando de Solís, uno de los que señaló Turena para el ataque. Turena en persona se encargó de conducir las tropas contra los cuarteles de Fuensaldaña, y Hocquincourt de extenderse por su derecha. Verificóse el movimiento con tal sigilo, que los sitiadores no lo echaron de ver hasta tener á los franceses

de que las tropas lorenesas prestaran juramento de fidelidad á España, opúsose á ello Francisco, no obstante, haber accedido su hermano Carlos: intentó prenderle el conde de Fuensaldaña, y el general lorenés se pasó con sus tropas al servicio de Francia, mientras Carlos intentaba evadirse de su prisión. No pudo conseguirlo y continuó preso hasta que se negoció el tratado de los Pirineos, en el que fué incluído. Entonces marchó á Irún, y presentándose á D. Luis de Haro, le dijo que él no había dado poderes para que se arreglaran sus negocios, y que mientras ciñera la espada, trataría de recuperar sus Estados; pero ni el plenipotenciario español ni el francés hicieron caso alguno de sus bravatas, y el Duque, después de haber protestado, concluyó por echarse en brazos de Francia. Nada consiguió por entonces, á pesar de sus grandes ofrecimientos; pero más adelante logró que sus Estados le fueran restituídos (28 Febrero de 1661) y por el tratado de 6 de Febrero de 1662, cediólos al monarca francés. Consiguió, pues, poseerlos todavía algunos años, pues murió en 1675.

Imprimióse en 1690 una colección de versos relativos á este personaje, entre los que se encuentran los siguientes, á guisa de epitafio.

Ci-gît un pauvre duc sans terre
Qui fut jusqu à ses derniers jours
Peu fidèle en ses amours,
Et moins fidèle dans ses guerres.
Il donna librement sa foi
Tour à tour à chaque couronne,
Et se fit une étroite loi
De ne la garder à personne. .
. . . .
Il entreprit tout au hasard,
Il se fit blanc de son épée;
Il fut brave comme César,
Et malheureux comme Pompèe.

No se pudo hacer pintura más exacta del carácter veleidoso de Carlos de Lorena.

(1) Pasó el mariscal de Turena tan arrimado á nuestras trincheras, que, según el duque de York, no hubo escuadrón que no perdiese dos ó tres soldados, sin contar los caballos, lo que dió lugar á murmuraciones, pero pronto conocieron todos el tino de su caudillo, quien durante su marcha combinó el plan de ataque. Como los que en aquel instante se hallaban á su lado le hiciesen notar el riesgo que corrían, replicó Turena que no se hubiera atrevido á efectuar este movimiento por el lado de los cuarteles de Condé, pero que tratándose de cuarteles mandados por jefe español ya era distinto; *él lo sabía de sobra* (¡desgraciadamente era cierto!) «Fernando de Solís, que gobierna el cuartel que ahora reconozco, dijo, no se moverá sin orden de su jefe. Prevendrá á Fuensaldaña, y éste despachará un aviso al Archiduque. A su vez éste hará llamar á Condé y entonces se reunirá Consejo de guerra; durante cuyo intervalo, tendré yo tiempo de sobra para entrar en mi campo.» Así lo relata el duque de Yorck en sus *Memorias*.

como á doscientos pasos de las primeras líneas, y entonces tres cañonazos disparados en los cuarteles de Solís, dieron la alarma; pero los franceses, sin perder un momento, embistieron simultánea y vigorosamente por los puntos designados, y el cuerpo que mandaba Turena rompió las líneas en una extensión próximamente igual al frente de cinco batallones. Hubo gran desconcierto entre los nuestros y la resistencia no fué prolongada; la infantería enemiga, provista de faginas y zarzos, llenó rápidamente los fosos y pozos de lobo, la caballería pudo lanzarse en pos de ella; y como los dos restantes cuerpos enemigos hubieran sido rechazados de los cuarteles de Fuensaldaña y de la caballería lorenesa, desfilaron á lo largo de las trincheras y á su vez se introdujeron por el paso que les dejaron franco los soldados de Turena. A este tiempo ya el gobernador de Arras había sido advertido del suceso y preparábase á salir con la guarnición; por manera que el desastre de los españoles amenazaba ser completo. Y tal hubiera sido, á no hallarse allí Condé; porque éste, advertido oportunamente del peligro, reunió sin perder momento la caballería y corrió á salvar el ejército. Turena conoció muy pronto su presencia, pues como los franceses se hubiesen dispersado, saqueando los cuarteles, Condé, rápido como el rayo, cae sobre los desordenados escuadrones, los arrolla y destroza, empuja y derrota el cuerpo de la Ferté, apostado en una excelente posición, y salva al ejército. La gran serenidad de Turena restableció el combate. Opuso este caudillo á los caballos de Condé algunos cañones cargados de metralla y le obligó á detenerse, á rehacer sus tropas y á cubrir la retirada de los españoles hasta Mons. No fué esta, como se vé, una total derrota, pero ¿quién puede negar su trascendencia? Arras se vió salvada; las pérdidas de los nuestros fueron tan considerables como escasas las del enemigo; y de no haberse encontrado en nuestro campo Condé, seguramente perdiéramos todo el ejército. Después de este suceso el Archiduque se retiró á Douay, Condé con la caballería y la mayor parte del ejército á Cambray, y Fuensaldaña á Valenciennes, no sin haber perdido éste su artillería y bagajes.

Pero Turena se desvanecía con la victoria. Era tan diligente como modesto; y después de socorrida Arras y rechazado el enemigo, procuró sacar partido de una y otra ventaja. Cruzó el 1.° de Setiembre el río Escalda, entre Cambray y Buchaim, envió á su teniente Passage, contra Quesnoy, ganóla y avanzó hasta Binch, amenazando el Hainaut y parte del Brabante. En este intervalo Condé había rehecho el ejército, cuyo mando en jefe tenía, por hallarse Leopoldo en Bruselas, y colocándose á tres leguas del ejército de Turena, tuvo á éste en jaque por espacio de tres meses. A esto se redujeron las operaciones por aquel año pero al continuarse en 1655, Turena, aprovechando la ventaja de la toma de Quesnoy y mirándola como una puerta para entrar en el Hainaut, embistió y ganó á Landrecies (18 Junio-14 Julio) sin que pudieran evitarlo Condé y el Archiduque, que fueron á colocarse en las márgenes del Oise; maniobró luego entre el Sambre y el Aisne, y entró en Hainaut el 11 de Agosto. Los españoles replegáronse sobre el Escalda y el Aisne, entre Mons y Valenciennes, y Turena, ganoso de ahorrar la sangre de sus soldados, optó por no cruzar el Aisne, forzando las trincheras españolas, sino por esguazar el Escalda, más arriba de Buchaim, marchando sobre Condé (plaza) y dejando á Valenciennes á la derecha; cruzaríase por la plaza de Condé otra vez al río, y de este modo los franceses irían á ponerse á espaldas de los nuestros. Hábil por demás fué esta maniobra y dió el resultado que era de esperar, porque los españoles abandonaron sus trincheras y fueron á cubrir á Valenciennes, desde donde se retiraron al otro lado del Escalda, seguidos de cerca por Turena. Después de esta serie de movimientos, no ocurrieron más notables sucesos que la defección del duque Francisco de Lorena, que abandonando nuestro campo, entró en Picardía y se pasó al ejército enemigo; y el reemplazo del archiduque Leopoldo por D. Juan de Austria. Fuensaldaña también fué reemplazado por el marqués de Caracena: y con estos cambios creyó la córte española que se establecería la necesaria concordia entre los caudillos.

Las afortunadas operaciones de nuestros enemigos les habían abierto la frontera de los Países Bajos en casi toda su extensión, y Turena se propuso aprovechar esta ventaja, avanzando en

unión de la Ferté, por las márgenes del Escalda hasta el corazón de Flandes. Púsose á mediados de Junio del 56, sobre Valenciennes, con 19,000 combatientes, no sin haber antes amagado á Tournay, y en breves días construyó sus líneas. Empero Turena no había contado con un factor de gran eficacia para los sitiados. Hállase Valenciennes dividida por el Escalda y sobre un terreno bajo y pantanoso, fácil de inundar, abriendo las exclusas de Buchaim, que estaba por los españoles. Inundóse, en efecto, tan pronto éstos tuvieron noticia del cerco, y, poco después, D. Juan de Austria y Condé presentáronse frente á las líneas de circunvalación, y pusieron á Turena en gran apuro. El 16 de Julio, entrada ya la noche, efectuaron los españoles el ataque: un cuerpo de 3,500 hombres hizo por un costado de la línea una demostración, mientras el grueso del ejército, pasando el Escalda por seis puentes, acometía por otro lado las trincheras, las forzaba en una extensión de seis batallones y hacía prisioneros al mariscal de la Ferté, 400 oficiales y más de 4,000 soldados. Las relaciones españolas fijan en 7,000 el número de enemigos muertos (1). Valenciennes estaba salvada, y el ejército sitiador hubiérase visto anonadado, si Turena no hiciera en esta ocasión oficios idénticos que en Arras Condé; porque con sus fuerzas muy bien ordenadas, retiróse lentamente de las líneas hasta Quesnoy, donde tomó posiciones entre esta villa, y el bosque Mormeaux. Otro que Turena no se habría atrevido á esperar al enemigo, que desde Valenciennes se dirigía en su seguimiento; pero el insigne general, comprendiendo que no tanto se trataba de combatir, como de salvar la inmediata plaza de Condé, y evitar que el pánico cundiera en Francia, permaneció en sus posiciones y aun se atrevió á destacar ochocientos caballos con saquitos de trigo á la grupa, ordenando que á toda costa se introdujeran en dicha plaza. «Para obrar así, dice Bussy-Rabutin en sus *Memorias*, es necesario conocer la guerra, pues tales golpes *son de maestro.*»

Embistieron en efecto á la plaza de Condé los españoles, y no hallándose Turena con fuerzas suficientes y disciplinadas para acudir á ella, no obstante el refuerzo de 3,000 hombres que por aquellos días le llegaron de Landrecies, resolvió operar una diversión trasladándose desde el río Escalda al Lys. El 14 de Agosto tomó la vuelta de Chateau-Cambresis, prosiguió hasta Lens, y ocho días después á Saint-Venant, cuya plaza desistió de acometer, sabedor de que la de Condé se había rendido. Algo desconcertado quedó entonces Turena; pero los socorros y las promesas de Mazarini levantáronle de su momentáneo abatimiento. No obstante, creyóse poco seguro en Lens y, retrocediendo en dirección de Bethume, fué á ponerse en Houdain, punto excelente para mantener las comunicaciones con Arras, Bethume y la Bassée. Este movimiento hubiéranlo podido estorbar los españoles, pero su poca diligencia lo favoreció, y, viendo ocupado á Houdain, no se atrevieron á emprender el ataque. Discutieron acerca de su conveniencia en un Consejo de guerra, gracias á lo cual pudo Turena fortificar sus puestos, y al aproximarse á ellos, reconocieron era vano su propósito, y se retiraron, perseguidos por Turena. No sabemos qué admirar más, si el talento de Turena ó la negligencia y timidez de D. Juan de Austria; pero el general francés reservaba á éste y á Condé una nueva sorpresa. Libre de la presencia de los españoles, proyectó embestir á la Chapelle, pero como el camino más corto para llegar á esta plaza era por territorio enemigo, quiso desorientar á los nuestros, y á trueque de sorprenderlos, pasó por Francia, trasladándose el 18 de Setiembre á San Quintín, y á marchas forzadas á la Chapelle, que sitió el 22 y rindió el 26, en presencia del ejército español, que en este intervalo se había aproximado á una legua de circunvalación.

Hasta este momento España había luchado unicamente con Francia; pero muy en breve iba á encontrarse frente á frente con esta nación y la Inglaterra, mancomunadas en arrebatarla sus más importantes plazas, y, poco tiempo después, aislada totalmente del Austria, en virtud de una capitulación firmada por el emperador Leopoldo y el monarca francés. Sola ya en esta lucha gigantesca ¿cómo era posible que resistiera á tantos enemigos y á tantos contratiempos? Sus mismos aliados de Italia, aquellos ambiciosos principillos á los que

(1) A consecuencia de esta victoria vino á Madrid Mr. de Lionne, enviado por Luis XIV para ofrecer la paz, pero nada llegó á adelantarse.

únicamente podia imponerse por la superioridad militar, abandonaban ahora su compañía y atrevíanse á combatirla. Gracias que la debilidad de los franceses, por efecto de sus intestinas discordias, permitió durante algún tiempo tener á raya al duque de Saboya y al inconstante duque de Módena. Mientras fué así, el marqués de Caracena logró, no sólo conservar la integridad del Milanesado, sino arrebatar al de Saboya el Crescentino y Trino, y ganar en 1652 la importante plaza de Casal, fortísimo baluarte de Francia en la Italia del Norte. Pero reforzados poco después los piamonteses con algunas tropas francesas, entablaron con Caracena una sangrienta batalla que, si no fué decisiva, produjo grandes bajas á los beligerantes. Estas oscilaciones de la fortuna obedecian á la escasez de elementos que á todos aquejaba. Cuando el éxito de los franceses en los Países Bajos se manifestó ostensiblemente, las amenazas fueron en Italia más serias, y el Príncipe Tomás de Saboya, en unión del modenés, llegó hasta el corazón del Milanesado y puso sitio á Pavia (1655). Y entonces España, no menos apurada por la falta de metálico que por la carencia de caudillos que restauraran el brillo de sus armas, reemplazó al marqués de Caracena con el conde de Fuensaldaña, tan bravo y voluntario como aquél, pero menos afortunado, pues si Caracena pudo sostener las plazas atacadas por los francos-piamonteses, Fuensaldaña se vió obligado á retroceder ante el duque de Módena, quien penetró en algunas y amenazó seriamente á Milán (1658).

En estas circunstancias fué cuando Mazarini obligó al emperador Leopoldo á firmar la capitulación de que antes hemos hablado, capitulación en que figuraba un artículo, por el que Leopoldo obligábase «á no mezclarse en manera alguna á las guerras que entonces tenían lugar en Italia y en el círculo de la Borgoña y á no enviar socorro alguno en soldados, dinero y armas, ó de cualquier género que fuese, contra la corona de Francia.» Quedaba, pues, España entregada á sus propias fuerzas, y no era difícil prever cuál sería su triste destino.

IV

Mientras España y Francia se hacían guerra tan empeñada, habíase verificado en Inglaterra un suceso de suma trascendencia, la revolución que condujo al cadalso al rey Carlos I y erigió la república bajo el protectorado de Cronwell, hombre singular, en quien concurrían penetración extraordinaria, elocuencia espontánea y ardiente, y exaltada ambición. Conocedor profundo de los hombres y de la época, supo imprimir á su política una nueva dirección, y con no ser menos tirano que el rey decapitado, logró favorecer el movimiento expansivo de su pueblo, fomentar el desarrollo de su actividad y contribuir eficazmente al florecimiento de sus artes, industria y comercio. Esta revolución que, de realizarse en el centro de Europa, hubiera conmovido á los tronos, no causó, sin embargo, efecto alguno, y todas las córtes, España la primera, fueron reconociendo al Protector. Es más, necesitadas, tanto España como Francia, de la alianza de Inglaterra, sostuvieron diplomática competencia para ganarse la amistad de Cronwell. Empero, influyese en éste el hecho de haber sido asesinado en Madrid su embajador, ó las mejores garantías que Francia le ofreciera, ello es que al fin se decidió abiertamente por esta nación, lo que no puede parecer extraño si se tiene en cuenta que el Protector miraba nuestras colonias como una presa fácil á sus flotas. Ajustó, pues, un tratado con Francia en Marzo de 1657, y convino con ella en darla auxilio para ganar las plazas de Gravelines, Mardick y Dunkerque, quedando las dos últimas para los ingleses (1).

No tardaron las fuerzas navales de Inglaterra á ponerse en movimiento, y después de haber amenazado á México, de que no pudieron apoderarse por haber acudido oportunamente el virey á la defensa, dirigiéronse contra Jamáica, la perla de nuestras Antillas, y acometiéndola de improviso, fácilmente se hicieron dueños de ella. Esta pérdida fué de suma trascendencia, ya por la riqueza de aquella isla, ya por su aventajada posición, pues los ingle-

(1) «Noticioso Felipe IV de este tratado, mandó confiscar todos los buques y todas las m rc ncías inglesas que había en España, y prohibió todo comercio con aquella nación, como lo había hecho con Francia, Portugal y con tod s las po encias enemigas, medida fuerte y que nos aislaba mercantilmente de casi toda Europa.» Lafuente, *Hist. general de España*, Parte III, Lib. IV, ca. . 3.

ses establecieron allí su depósito para el comercio de contrabando con el Perú y México, y los españoles no consiguieron ya recuperarla. Por otra parte, las escuadras inglesas no cejaban en la persecución de nuestras flotas, y eran cada vez más numerosas las naves que salían á caza de los galeones de Indias, sorprendiendo á unos, destrozando ó apresando á otros. Y esta enemiga de los ingleses, no terminó con el poder de Cronwell, porque el hijo de Carlos I, que hallándose en el destierro, no fué atendido por España ni por Francia, cuando se discutía la paz de los Pirineos, guardó siempre rencor secreto á nuestra patria, y no obstante haberle devuelto Felipe IV los bajeles ingleses apresados y haberle reconocido la posesión de la Jamáica y Dunkerque, dió, como veremos luego, eficaz auxilio á los portugueses en sus guerras contra el monarca castellano.

Retrocedamos al mes de Marzo de 1657.

Las consecuencias de la liga de la Francia y de la Inglaterra, ó si se quiere de Cronwell y Mazarini, no tardaron en tocarse en Flandes. El 23 de Marzo, el coronel inglés Lockhart, firmó el tratado, en virtud del cual aquella nación facilitaría un cuerpo de 6,000 soldados, con el auxilio de los cuales debían emprenderse los sitios de Gravelines y Dunkerque. La primera de las plazas ganadas quedaría en depósito de Inglaterra, pero ésta entraría en posesión de Dunkerque, mientras Francia ocuparía definitivamente á Gravelines. A los españoles les llegó el refuerzo del duque de York, con algunos centenares de irlandeses, y apenas entrada la primavera, comenzaron las operaciones, adelantándose á ganar Condé la plaza de Saint-Gislain. No pudo decirse que el ataque á las plazas marítimas cogiera de improviso á los nuestros, porque cuando los franceses se pusieron en campaña en los primeros días de Mayo, Turena comenzó por efectuar una falsa marcha sobre Aire, y de improviso fué á ponerse frente á Cambray, plaza cuya guarnición estaba reducida á unos 3,000 hombres. Todas las medidas que tomó el francés en esta ocasión estaban muy bien calculadas; sin embargo, Condé, advertido á tiempo por el gobernador de la plaza, maniobró con tal habilidad, que se introdujo en ella por el camino principal, y pasando por entre los escuadrones diseminados del sitiador. Este desistió de su propósito y, sumamente apesadumbrado, retiróse á Vauchelles y Fonsommes, donde vino á incorporársele el rey de Francia (31 de Mayo).

Hasta el 8 de Junio permaneció Turena á la defensiva. En este día vió su ejército engrosado por los 6,000 auxiliares ingleses, todos veteranos; pero no creyó todavía prudente acometer las plazas marítimas. Limitóse á proteger el asedio de Montmedy, emprendido por la Ferté, mientras los españoles perdían el tiempo amagando á Calais y sitiando á Ardres; y ganado que fué Montmedy, lanzóse á través del Escalda y del Scarpa, por las llanuras del Artois, y en tres jornadas pisó las márgenes del Sambre, y fué á poner sitio á Saint-Venant. La precipitación de Turena fué tanta, que los españoles, que le seguían muy de cerca se hicieron dueños de su bagaje á dos leguas de su última plaza. Condé quería atacar á Turena en sus posiciones, y antes que se fortificara; pero D. Juan de Austria y el marqués de Caracena se opusieron: desacuerdo funesto porque el mismo Turena escribía á Le Tellier, que en aquel instante se hallaba sin víveres ni municiones de guerra, sin una cuarta parte de la línea hecha y con el frente desguarnecido. Resultó pues, que mientras nuestras tropas perdían un tiempo precioso, Turena procurábase pan y útiles de Bethume y de la Bassée, y abría el 24 de Agosto la trinchera, á la vista de los españoles, que desconcertados por la firmeza del general francés, fuéronse á embestir la plaza de Aire, con objeto de distraerle. No era que faltasen á Turena disgustos y temores; carecía de dinero y los auxiliares ingleses, faltos de pagas, amenazaban abandonarle. Además, las enfermedades y las deserciones había debilitado extraordinariamente su ejército. Tan crítica situación sólo podía conjurarla la audacia y el talento de Turena. Decidido arriesgarlo todo, acometió vigorosamente la contraescarpa de la plaza de Saint-Venant, «contra toda razón de guerra (1),» y habiéndola ganado el regimiento que llevaba su nombre, los sitiados perdieron la confianza de sostenerse y capitularon el 27 de Agosto de 1657. Rendida esta plaza, despachó en socorro

(1) Carta á su esposa, fechada el 31 Agosto de 1657.

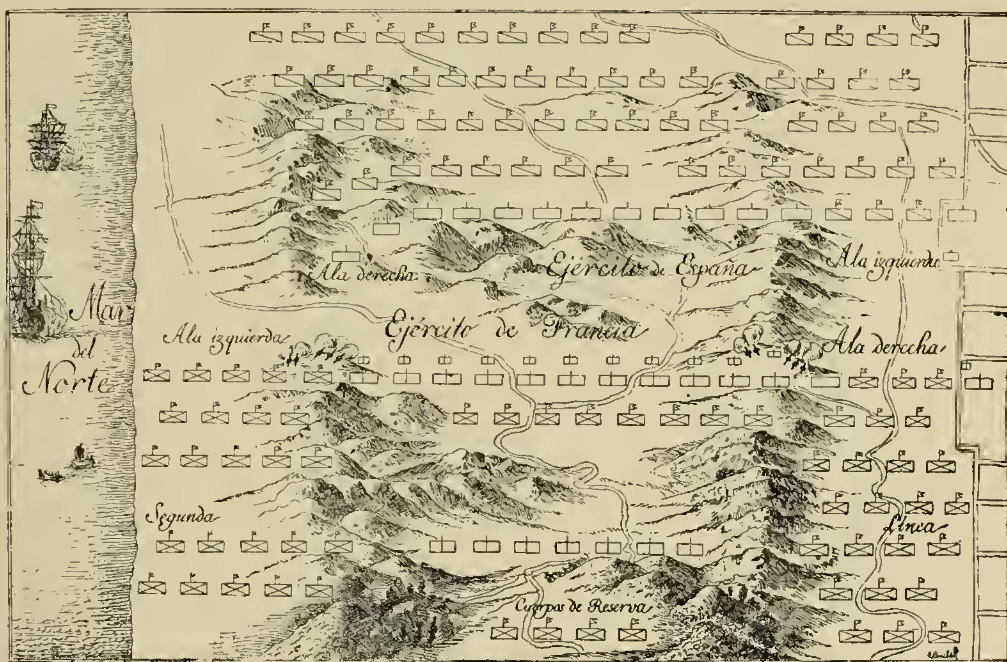
de Ardres la caballería y obligó á los nuestros, que ya habían ganado los fosos, á retirarse.

Poco afortnnados, como se vé, habían sido D. Juan de Austria y Caracena, en estas operaciones, y razones sobradas asistían á Condé para mostrarse resentido con aquellos caudillos, tímidos hasta el extremo de desaprovechar ventajas muy notorias; pero aún se sostenían las plazas marítimas; y nuestro ejército, cubriendo á Gravelines y Dunkerque, impedía un ataque formal de los enemigos. Tampoco pensaba Turena en embestirlas, pues aunque reforzado por aquellos días con 4,000 soldados en la ventajosa posición de Bourbourg, y con sus comunicaciones cuidadosamente aseguradas, carecía de elementos para acometer aquellas excelentes plazas. Sin embargo, Cronwell, por conducto de su representante, le manifestó el descontento con que les veía desistir del sitio de Dunkerque, sitio que de no ponerse, obligaba á un reembolso de todo lo gastado por los ingleses en aquella campaña; y Turena no tuvo otro remedio que dirigirse contra Mardick. No se podía llegar á esta plaza más qne por un dique, y este era el único camino para efectuar la retirada; no había alrededor de ella bosques ni maleza, y la caballería y los infantes hubieron de conducir las estacas y faginas. Tampoco podía prolongarse el sitio por la dificultad de avitualiar el ejército, y de aquí la perplejidad del mariscal francés cuando llegó junto á Mardick. El 30 de Septiembre la escuadra inglesa se presentó en aquellas aguas para facilitar la presa, pero el viento contrario impidió su aproximación, dando lugar á que nuestras naves de escaso porte circularan libremente desde Mardick á Dunkerqne. El 1.° de Octubre abrieron los sitiadores sus trincheras; el 2, puestas en batería cuatro piezas, consiguieron arruinar el castillo de Bois, que aquella misma noche se rindió, impidiendo así las comunicaciones de Dunkerque por mar. Desde aquel instante la plaza fué batida por el cañón enemigo, y sus defensores la entregaron el 3, quedando prisioneros de guerra. Esta fué la primera vez que así aconteció; pues era lo usual que las guarniciones ó presidios salieran con los honores militares, al objeto de acelerar la entrega. Turena dejó de observar en adelante tal costumbre. Quedó en Mardick un cuerpo inglés, guarneciése suficientemente á Bonrbourg, y el grueso del ejército fué á campar en Ruminghen, á tres horas de Bourbourg, desde donde pasó á los cuarteles de invierno.

Empeoraban, según vemos, nuestros negocios; pero no era muy halagüeña la situación de nuestros enemigos porque la conservación de Mardick, según escribía Turena, era más difícil que su conquista. Aquel invierno se pasaron á nuestro ejército el mariscal Hocquincourt y otros jefes de mérito, la plaza de Hesdin nos fué entregada en Marzo de 1658, y en una sorpresa qne en Abril intentó dar á Ostende el gobernador de Bonlogne con algunos regimientos, éstos fneron rotos y dispersos, quedando el citado gobernador prisionero con 600 hombres. Además, en algunas provincias habían ocurrido sublevaciones. Pero los franceses contaban con el concurso de Cronwell, ganoso de señorear á Dunkerque, y sobre todo, miraban á su frente un Turena y á sus espaldas un Mazarini, mientras nosotros teníamos al solapado y altanero Condé, que por este tiempo ya anduvo en tratos con la córte francesa; al inepto D. Juan de Austria y al poco hábil Caracena. El director de nuestra política, D. Luis de Haro, era tan pigmeo al lado de Mazarini, como Olivares al de Richelieu. Si contando con militares de talento hubiera sido difícil detener nuestra ruina, por la falta de dinero, de moralidad política y de concierto ¿qué había de suceder cuando todo esto y algo más faltaba? Cada derrota era una brecha en el que apellida un escritor, armazón teatral de la monarquía austriaca; y este armazón desplomábase ya falto de base, era reducido á polvo por el cañón enemigo, sin que nos valiera á los ojos del Altísimo el haber sido la víctima propiciatoria de la religiosidad austriaca.

En la primavera de 1658, los franceses hicieron plaza de armas no lejos de Hesdin, en el Norte del Somma, donde acudió Luis XIV y su ministro. Confiaban éstos reducir la plaza rebelde, pero contestaron los de Hesdin á cañonazos. Turena desistió de ganarla y con 8,000 combatientes fué á pasar el Lys por Saint-Venant, y tomó la vuelta de Dunkerque por Bergues. A este tiempo ya las esclusas de esta villa habían sido abiertas por los españoles, y las aguas se extendían por

los campos hasta las inmediaciones de Bergues, desde cuya villa se prolongaba hasta Dunkerque un dique, único camino para llegar á ésta. Es de advertir que rodean á Dunkerque cuatro ciudades importantes: Bergues, situada á una legua de distancia, Furnes á tres, Gravelines á cuatro y Neuport á cinco. Atacar, pues, á Dunkerque sin haberlas ganado antes, decía con razón Bussy, que «equivalía á verse sitiado mientras se practicaba el sitio, porque todas ellas circunvalan á Dunkerque. Atacarlas también una después de otra, era advertir á los enemigos á velar por Dunkerque y hacer á esta plaza inconquistable, ó, cuan-



PLANO DE LA BATALLA DE LAS DUNAS DE DUNKERQUE.—(JUNIO DE 1658.

Este plano es copia de un grabado de la época debido á F. Ertinger. Á causa de la magnitud del grabado original sólo hemos dado, en la lámina que va adjunta á la página 239, la parte superior del mismo, que corresponde á la formación del ejército español; y con objeto de dar á nuestros lectores idea del conjunto, hemos compuesto el presente croquis, reservando para la sección de *Ilustraciones* la explicación del orden de batalla del ejército francés.

do no, retardar mucho su entrega (1).» La situación era difícil, las vacilaciones peligrosas. Turena, obligado á arrostrar estas y otras dificultades relativas al avituallamiento del ejército, avanzó, sin embargo, por el país inundado, llevando por delante su artillería y bagajes, y habilitando los pasos con faginas y leños. El 23 de Mayo pasó junto á Bergues, que dejó á su derecha; ganó el reducto de Bentismuler, sobre el Colma y aseguró sus comunicaciones con Mardick, donde se hallaba su teniente Castelnau. Después, dirigióse hacia el canal de Bergues á Mardick, y sin disparar un solo tiro ocupó uno de los grandes fuertes que los españoles construyeron para señorearle, y que no estaba completamente terminado. La conquista de este fuerte ahorraba la de Bergues, y facilitaba la toma del dique. Ganóse en efecto éste, y acto seguido el segundo fuerte; gracias á lo cual el ejército enemigo encontróse al siguiente día, á las dos de la tarde, inmediato á las dunas, y con las comunicaciones ase-

(1) *Memoires de Bussy-Rabutin.*

guradas, por los puentes colocados sobre el Colma y los canales de Honds-Moote y de Furnes á Calais. Fué esta operación atrevida, pero diligente y hábilmente realizada.

¿Qué hacían entre tanto los generales españoles? Persuadidos de que Dunkerque estaba asegurada por sus buenas defensas y especialmente por la inundación, y temerosos de que Mazarini quisiera hacerse dueño de Cambray, concentraron en Cambray, Aire y Saint-Omer todos sus elementos defensivos; y quedaron en Dunkerque la guarnición ordinaria y las tropas diseminadas en las cercanias, como 2,200 infantes y 800 caballos. Gracias á esto pudo Turena establecer el sitio y señalar sus cuarteles á los diferentes cuerpos que conducía, poniendo el suyo en las dunas del costado de Neuport (25 de Mayo de 1658). La flota inglesa, en número de 18 á 20 velas, bloqueaba por mar la plaza.

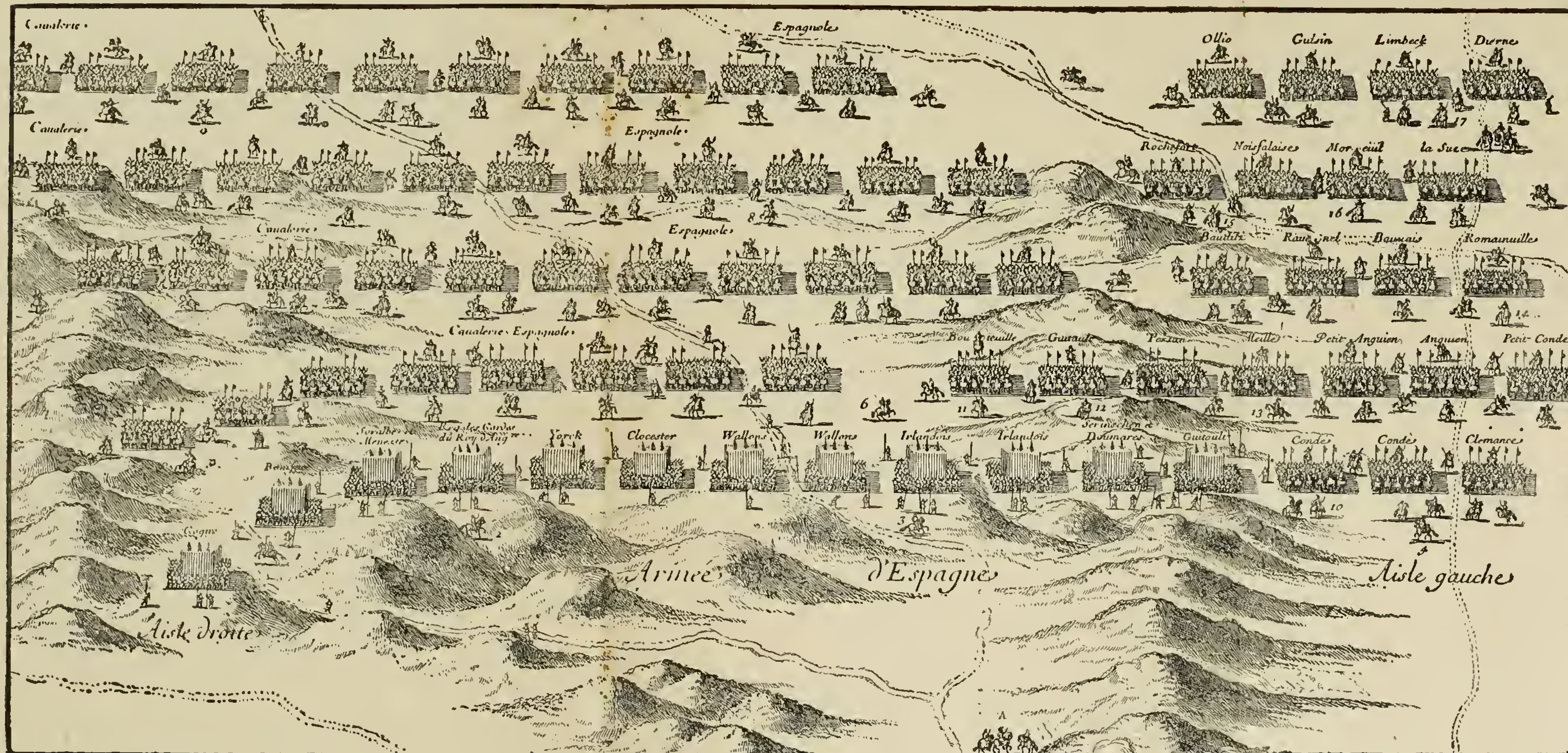
Comenzaron los trabajos de asedio por clavar una estacada en el *estran* (1), hacia Neuport; estacada que se introducía en el mar: seguidamente abrióse con grandes dificultades la trinchera. El trabajo era muy penoso, por hallarse encharcada la tierra; los víveres encaseaban y los ingleses no parecian interesados en procurarlos. Afortunadamente para nuestros enemigos, si Turena estaba dotado de perseverancia, Mazarini desplegó en esta ocasión tal actividad, que en pocos dias hizo conducir desde Calais á las líneas sitiadoras, gran cantidad de vituallas y municiones, y reforzó el ejército hasta elevar su cifra á 22,000 hombres. Pero no descuidaron á Dunkerque los españoles; y como resultaran inútiles cuantas tentativas hicieron para introducir fracciones sueltas, concentraron sus fuerzas para darla socorro, persuadido D. Juan de que lo realizaría sin grande esfuerzo. Tristísimos recuerdos evocaban estas dunas, en las que pocos años antes habia sido derrotado nuestro ejército, y ellos debieran estorbar la empresa. Contra esta opinaba Condé y otros caudillos; pero Don Juan de Austria, que no pecaba de diligente quiso dar en tal ocasión muestras de resuelto y originó un doble desastre: la pérdida de una batalla y la de una importante plaza.

El 12 de Junio, el mariscal de Hocquincourt, que según ya hemos dicho, militaba en nuestras filas, adelantóse á reconocer las líneas enemigas, recibió un balazo y murió á las pocas horas. El 13 el grueso del ejército español acampó en las dunas, á tres cuartos de legua de las líneas sitiadoras, debiendo advertirse que la artilleria y los carros de las municiones no se le habia incorporado aún, por efecto del intransitable estado de los caminos. Un puente lanzado sobre el canal de Furnes aseguraba su retirada. La disposición de nuestro ejército y su línea retirada, fueron examinadas por Turena desde una duna que dominaba el camino de Furnes. Resolvió dar la batalla al día siguiente, dió sus disposiciones, y envolviéndose en su capa, se acostó sobre la arena; pero una hora después se le despertó, advirtiéndole que un pajecillo, preso cuando el mariscal de Hocquincourt hacía el reconocimiento, había conseguido escapar del campo español y podia dar del mismo algún detalle. En efecto, la corta edad del muchacho no había inspirado desconfianza á los españoles, y gracias á esto pudo reconocer nuestro ejército y advertir que carecía de cañones. Aseguró que aquéllos decían que las piezas y algunas fuerzas de infantería aún tardarían tres días en incorporarse, efectuado lo cual, atacarían á los franceses. Estas noticias desde luego probarian que D. Juan de Austria obró con lamentable precipitación, mas á lo que parece el caudillo español se adelantó para dar con su presencia aliento á los sitiados. Turena se hizo repetir la noticia relativa á los cañones, y dijo á los que le rodeaban que «si no aun no estuviera resuelto á dar la batalla, esta circunstancia le hubiera movido á ello (2).» Tal era la actitud de los dos caudillos la víspera del memorable 14 de Junio de 1658. Turena, animado de la mayor confianza y dispuesto á presentar la batalla al siguiente día; D. Juan de Austria, más tranquilo de lo que requerian las circunstancias y esperando que se le incorporasen la artilleria y parte de los infantes, para atacar al enemigo. ¡Funesta preocupación la de confiar en la victoria á costa de la negligencia del contrario! Cuéntase que el duque de York,

(1) Playa que la marea deja en seco.

(2) *Memoires de Bussy-Rabutin.* Estas memorias, escritas por un coetáneo, y testigo de los sucesos que narra; las de Turena y las del duque de Yorck, publicadas á continuación de las de Turena, así como las antes citadas de Puységur, son de gran interés para el estudio de las campañas de Flandes en este período.

BATALLA DE LAS DUNAS



Museo Militar. M. Soler, Editor

ORDEN DE BATALLA DEL EJÉRCITO ESPAÑOL EN LAS DUNAS, EL 14 DE JUNIO DE 1658

GENERALÍSIMO DEL EJERCITO: D. JUAN DE AUSTRIA

1. D. Juan de Austria, jefe del ala derecha.
2. Duque de York.
3. Marqués de Caracena, jefe del cuerpo de batalla.
4. Principe de Condé, jefe del ala izquierda.
5. Principe de Ligné.
6. Principe de Risbourg d'Epinoy.
7. Principe de Robec de Montmorency.
8. Conde de Bergne.
9. Conde de Salazar.
10. Conde de Coligny.
11. Marqués de Bouteuille.
12. Mr. Guitault.
13. Mr. de Meille.
14. Mr. de Romainuille.
15. Marqués de Rochefort.
16. Conde de Moreuil.
17. Barón de Linbeck.

asombrado de la tranquilidad de Don Juan y los del Consejo, vaticinó que serían infaliblemente atacados á la madrugada siguiente. *Esto es lo que deseamos*, replicaron Caracena y Gamarra.—*Pues bien*, replicó el de Yorck, *conozco bastante á Turena, para aseguraros que os veréis satisfechos*. Añádese que asombrado Condé de la necia presunción de los nuestros, dijo al duque de Glocester:—*¿Habéis presenciado alguna batalla?* y habiéndole respondido negativamente, repuso: *Dentro de media hora veréis cómo se pierde una*. Fatídico y exacto pronóstico que se confirmó á las pocas horas en las dunas de Dunkerque.

A la vista tenemos el plano de esta célebre batalla, del que hemos reproducido la formación española. El ejército francés formó en tres líneas, con la infantería en el centro y la caballería en las alas. Su derecha, mandada por el marqués de Créqui, se apoyaba en el canal de Furnes; su izquierda, constituída por el cuerpo de Castelnau y los ingleses, y gobernada por Lockhart, en el mar. En reserva, se hallaban diez escuadrones de caballería regidos por el marqués de Richelieu. Tenía su frente una legua de extensión. Los bajeles ingleses colocados á escasa distancia de la costa podían proteger con sus cañones la maniobra y hostilizar el flanco derecho español. Por lo que respecta á nuestro ejército ascendía á 14,000 combatientes, de éstos 8,000 de caballería. Desplegó paralelamente al enemigo en las praderas que se extienden entre las dunas y el canal de Brujas á Dunkerque. Lo accidentado del terreno y las zanjas de riego *(watergans)*, impidieron el despliegue de la caballería. D. Juan de Austria colocóse al frente de la derecha, Condé en la izquierda. La caballería estaba formaba en cinco líneas á causa del terreno; la infantería, compuesta de doce batallones, en una sola línea. Extendíase entre los dos ejércitos el terreno accidentado que forman las dunas. A las ocho de la mañana comenzó la acción, tomando la iniciativa los franceses, á quien secundaba su artillería. Avanzaron con lentitud de duna en duna, disparando sus cañones á medida que iban ocupando las eminencias y secundados por el fuego de las naves inglesas; por manera que al venir á la mano con los nuestros, ya les habían quebrantado con sus disparos. Embistieron los primeros los feroces y aguerridos ingleses contra un regimiento apostado en elevada duna algo separada de nuestra frente; y aunque fueron rechazados con serias pérdidas, repitieron por dos veces la acometida, logrando hacerse dueños de aquel puesto avanzado, desde el cual se lanzaron contra el cuerpo que mandaba el duque de York, algo descompuesto por el atropellado arribo de los fugitivos. La lucha entablóse desde aquel momento en toda esta ala, donde hizo el Duque prodigios de valor para rechazar á los ingleses. Pero á este tiempo habíase empeñado en nuestra izquierda, que acometida y rota minutos después que la derecha, rehacíase con el apoyo de la caballería de Condé formada en muy buena orden algo á retaguardia de aquella ala. Cargó el príncipe de Condé al enemigo, rompió su ala derecha, y por un momento creyó que lograría atravesar el ejército francés y lanzarse en Dunkerque con sus caballos: atrevida idea cuya realización impidió Turena. Los guardias franceses y los suizos, colocados en los extremos de la línea enemiga, hicieron entonces un movimiento convergente, envolvieron á Condé y diezmaron á su escuadrón con un fuego terrible de frente y flancos. Seguidamente se lanzó Bussy al frente de los caballos de la reserva francesa y acuchilló y rechazó á nuestros jinetes. Por tres veces Condé los rehizo y los condujo á la carga, y otras tantas fueron diezmados y rotos. A la postre, deshechos y sin aliento, negáronse á embestir de nuevo, y el intrépido caudillo retiróse rodeado de muy pocos jinetes. Corrieron en aquel momento serio peligro su vida y su libertad, pues le mataron el caballo: pero la abnegación de un subalterno, le salvó. La batalla estaba perdida, porque á este tiempo la caballería francesa del ala izquierda, mandada por Castelnau, aprovechando el descenso de la marea, cargó por el entran, ó playa en seco, y secundada por el fuego de las naves inglesas, decidió por completo el combate. Nuestro ejército se había pronunciado en derrota, acosado de cerca por la caballería enemiga. Turena apresuróse á despachar su reserva frente á Dunkerque y persiguió á los nuestros hasta las cercanías de Furnes, donde se refugiaron las reliquias del ejército español, dejando en poder del francés 4,000 prisioneros. «En las Dunas, exclama melancólica

mente un autor español, quedó enterrado lo poco que restaba de Lens y de Rocroy.»

La batalla de las Dunas de Dunkerque fué una de las más brillantes victorias del ilustre Turena, y tuvo eco tan resonante en Francia, como lúgubre en la córte española. Dunkerque sostúvose hasta el 23 de Junio y se rindió á los diez y ocho días de abierta la trinchera. Su bizarro gobernador murió el mismo día que se capitulaba, y la heróica guarnición, reducida á 800 veteranos, al saber que quedaría prisionera, desbandóse, procurando cada soldado ponerse en salvo á través de los pantanos é incorporarse el ejército. Algunos lo consiguieron, pero la mayor parte fueron hechos prisioneros y conducidos á Saint-Omer. Napoleón I aplaude la conducta de estos soldados y añade: «Las llaves de una plaza siempre valen la libertad de su guarnición, cuando ésta se halla resuelta á no salir sino en libertad.»

La consecuencia inmediata de la derrota sufrida por los españoles y de la pérdida de Dunkerque, no podía ser otra que la conquista de alguna importante plaza por los franceses. Y en efecto, al siguiente día de ganar la ciudad de Dunkerque, entraron éstos, sin resistencia, en Furnes (26 Julio), y el 4 de Agosto se rindió Dixmuda. Tan desconcertados se hallaban los nuestros que abandonaron, sin combatir, las trincheras y reductos que habían levantado para asegurar los canales de Dixmuda é Ipres; pero afortunadamente una grave enfermedad, que puso en peligro la existencia de Luis XIV, interrumpió las operaciones y permitió que se rehicieran los españoles. Cuando se reanudaron, éstos habían adoptado un nuevo plan: diseminar la infantería en las plazas fuertes para entretener al ejército francés y hacer más lentas sus operaciones. D. Juan de Austria encerróse en Brujas, Condé en Ostende, Fuensaldaña en Neuport y el príncipe de Ligni en Ipres. Las tropas enemigas se concentraron en Bergues, donde Turena discutió con Mazarini el plan de campaña. Como Dunkerque se había entregado á los ingleses, según lo convenido, resolvieron acometer á Gravelines, que fué sitiada el 4 de Agosto y rendida veinte y seis días después. Ganáronse primero las obras avanzadas, después se atacó la plaza, muy importante por su posición marítima y defensas, aunque escasamente guarnecida. Gracias á ésto, los enemigos consiguieron adelantar sus ataques; y aunque D. Juan de Austria, reuniendo las fuerzas disponibles, se acercó á las líneas de circunvalación, no se atrevió á forzarlas y Gravelines capituló el 3 de Agosto de 1658.

Los desastres sucedíanse unos á otros con vertiginosa rapidez. Turena nos acosaba de cerca y por distintos puntos. Ganada Gravelines, cruzó el Lys por Deynsse y el Escalda por Gavre, amenazando al mismo tiempo á Gante, Brujas y Bruselas. Trató de cubrir á esta villa una parte de la guarnición de Oudenarda, y Turena se precipitó sobre ella, señoreándola á las cuarenta y ocho horas y haciendo prisioneros á dos regimientos (9 Setiembre). Rápido como el rayo dirígese luego contra Menin, y encontrándose en su camino con un cuerpo de 1,000 infantes y 500 caballos mandados por el príncipe de Ligni, les acomete y destruye, consiguiendo que Menin le abra sus puertas. El cuerpo de ejército derrotado era cabalmente el que guarnecía á Ipres, de cuya plaza salía para dirigirse á protejer la de Bruselas. Quedaba, por consiguiente, desguarnecida Ipres, y Turena, obrando con asombrosa celeridad, la noche misma que ocupó á Menin, marchó sobre Ipres y la ganó después de quince días de abierta la trinchera y no sin perder algunos miles de soldados. A la rendición de Ipres siguió la del castillo de Comines y la de la plaza de Varneton; y á estos sucesos, después de algunas semanas de reposo en Espierres, una atrevida punta de Turena hasta Alost, que obligó á D. Juan de Austria á encerrarse en Bruselas. Esta operación puso fin á la campaña ofensiva del gran Turena, campaña digna de su nombre y merecedora de sumo elogio. Es cierto que había triunfado á expensas de la torpeza de nuestros caudillos, pero no quita esto un ápice á su gloria, y no hemos de ser los españoles quien rebaje los méritos de aquel ilustre hombre de guerra. Acreditándose de previsor, cuidó Turena de que se repararan y mejoraran los defensas de las plazas conquistadas y de que se dotaran de escogido presidio; no cuidó menos de asegurar el avituallamiento de su ejército, que no podía vivir sobre un país esquilmado, así como de reorganizarle para la nueva campaña. Las cartas que por este tiempo dirigió á Mazarini

pintan con gran exactitud el desconcierto de los nuestros y las miserias del territorio flamenco, así como reflejan las esperanzas que animaban á Turena para la próxima campaña; empero, ésta no tuvo lugar á causa de haberse firmado el 8 de Mayo de 1659 los preliminares de la paz llamada de los Pirineos.

Años hacía que se habían tentado algunos tratos de paz, pero las condiciones exageradas que impuso Francia en 1648 y en 1656, impidieron que se llegara á un acuerdo, por más que las dos naciones lo desearan ardientemente y se hallaran fatigadísimas de la guerra. Las pretensiones de Francia, eran, en un principio, que se les cediera el Rosellón y el Franco-Condado; después que se diera en matrimonio á Luis XIV la infanta D.ª María Teresa, heredera á la sazón del trono español, cosa que ni España podía consentir, ni Europa tolerar; aquélla por su honor y ésta por evitar la reunión de las dos coronas en una misma cabeza. Además, Felipe IV acariciaba la idea de casar la infanta con el archiduque Leopoldo, más tarde emperador de Alemania. Pero estos inconvenientes desaparecieron en 1657 con el nacimiento del príncipe D. Felipe Próspero, y al año siguiente reanudáronse las negociaciones con Francia, negociaciones que dieron por resultado la tregua firmada en 8 de Mayo de 1659, hasta tanto que los ministros de ambos países, dieron la última mano al tratado. Señalóse, para celebrar las pláticas, la isla de los Faisanes, en el Bidasoa, y después de tres meses de discusiones, quedaron redactados los 124 artículos de la célebre *Paz de los Pirineos*.

No nos detendremos á hacer una circunstanciada relación de los mismos, pues debemos limitarnos á lo sustancial. Estipulóse que Luis XIV casaría con D.ª María Teresa, haciendo ésta renuncia á la sucesión de la monarquía española, mediante el dote de quinientos mil escudos. Convínose en reponer al príncipe de Condé en su gobierno de Borgoña, y á su hijo en el cargo de Gran Maestre de la casa real francesa, y España entregó á Luis XIV ricas provincias é importantes plazas fuertes, desmembrando así grandes porciones de sus dominios. Cediéronse á Francia los condados de Rosellón y Conflans, todo el Artois, excepción hecha de Aire, Saint-Omer; en las provincias de Flandes, las plazas de Gravelines, Bourbourg, Saint-Venant y los fuertes de la Esclusa; en el Hainaut, las de Landrecies y Quesnoy; en el Luxemburgo, á Thionville, Montmedy, Danvilliers, Mariembourg, Ivoy, Avesnes y Philippeville; abandonáronse las de Rocroy, Chatelet y Limchamp á los franceses y la de Dunkerque á los ingleses. A cambio de estas cesiones, Francia nos devolvió el Charolois, las plazas de Borgoña, y las de Oudenarde y Dixmuda. Obligábase á abandonar Cataluña, y en Italia nos dejaba á Mortara y Valencia del Pó; pero Mazarini obtuvo para sus aliados alemanes é italianos algunas ventajas, á costa, como es consiguiente, de España. El que salió peor librado de todos los principillos amigos y contrarios, fué el duque de Lorena, pues vino obligado á demoler sus fortalezas y ceder á Francia parte de sus Estados. Quedaron excluídos de este tratado el príncipe destronado de Inglaterra, Carlos, y el Rey de Portugal; no obstante el gran empeño que en favorecer á éste puso Mazarini. «Tal fué, dice un historiador español, la famosa paz de los Pirineos, que puso término á la sangrienta y asoladora guerra de veinte y cinco años entre España y Francia. Paz deseada por todos, paz de que tenía España una necesidad ya imprescindible, pero de la cual si recogió algún reposo, recogió también grande humillación y afrenta. Ella y todos sus aliados salieron tan desfavorecidos como aventajados quedaron Francia y los suyos. Cedimos las ciudades de más importancia, y nos dejaron, ó las que menos valían, ó las que menos podíamos y menos nos interesaba conservar. No había equivalencia á la pérdida del Rosellón y su agregación para siempre á Francia. Verdad es que no estábamos en situación de dar la ley, porque habíamos llegado á debilitarnos demasiado. Error fué, no del momento, sino de la política de todo el reinado de Felipe IV, ó mejor diremos, de la política de los dos funestos condes de Olivares, no haber aprovechado las muchas ocasiones que hubo para obtener una paz honrosa y útil, y no que aguardáramos á que nuestra impotencia nos forzara á no poder resistir las condiciones del que se había hecho más fuerte. Pero aun así, hay fundamentos para creer que otro negociador más hábil que el marqués del Carpio habría podido sacar, por lo menos, otra

repartición menos absurda, y que la ineptitud de aquel ministro, contrastando con la sagacidad de Mazarino, contribuyó no poco á dejarse envolver en las redes que éste le iba mañosamente tendiendo (1).»

Désde esta célebre paz, que marca otra etapa en la senda de nuestras decadencias, la cordillera pirenáica, señala el límite entre las dos naciones.

V

La paz de los Pirineos, permitiendo á España hacer un supremo esfuerzo para poner satisfactorio término á la guerra de Portugal, sólo vino á probar que nuestra decadencia era de todo punto inevitable. Hiciéronse al comenzar el año 1661 grandes levas, despacháronse á dicha frontera muchos tercios nutridos con gente veterana, nombróse generalísimo á don Juan de Austria, en quien se juntaban el prestigio de la sangre y el favor popular, y todo hacía presumir que, no faltando recursos y gente, la campaña tendría el feliz y deseado remate. Fácil es que hubiese sido de este modo con más cuidado en la córte, menos orgullo en el general y más disciplina en los soldados. Aunque D. Juan hubiese figurado en otras campañas, carecía de experiencia y de talento para mandar aquel ejército, y aunque le asistiera el conde de San Germán, tampoco bastaba su consejo á decidir ni á mejorar las cosas. Por otra parte, los componentes del ejército español eran sobrado heterogéneos, no siendo fácil esperar de ellos mejores efectos que los conseguidos en las pasadas campañas. Ya había desaparecido de la escena el tipo del viejo soldado de los antiguos tercios, y aunque quedara el nombre, no era fácil distinguir en nuestros batallones otro tipo que del soldado *necesidad (bisogno*, como se le llamó en Italia), ó el perteneciente á las milicias locales, poco ganoso de pelear. Tampoco España tenía recursos para levantar un ejército formal, y el que en esta ocasión reunió, sólo alcanzaba la cifra de 13,000 infantes y 6,000 caballos.

Las operaciones de la primera campaña fueron de poca importancia. D. Juan ganó á Onguela y Arronches, arrasó la primera y reparó las fortificaciones de la segunda, con el objeto de cortar las comunicaciones de campo Maior y Elvas con el resto del territorio, y conquistó la villa de Alconchel, asentada sobre el Guadiana y dotada de excelentes fortificaciones. Los calores, grandes en aquel país, dicen las relaciones que impidieron efectuar operación alguna, lo que no deja de parecer extraño tratándose de Portugal y de soldados españoles; pero no será infundado atribuirlo á indolencia de los caudillos, poco amigos de las incomodidades y menos amantes de la disciplina. Ello es que hasta el año siguiente nada ocurrió de notable, sino algunos serios altercados con los italianos sobre cuestiones de preeminencia (2). Entraron en la primavera de 1662 casi al mismo tiempo los beligerantes en campaña, engrosado el ejército portugués por numerosos soldados mercenarios y mandado por el conde de Castañeda, al que asistía como maestre de campo general el mariscal francés conde de Schomberg, caudillo de grandes dotes, como lo acreditó en estas operaciones (3). Casi

(1) Lafuente, *Hist. general de España*. Parte III, Lib. IV, cap. 16

(2) Originó estos altercados el que los españoles se reservaran en todas ocasiones los puestos preeminentes, que eran el escuadrón de vanguardia y el de retaguardia, relegando al centro á los italianos y llegó á tal extremo la discordia, que los jefes de esta nación hicieron renuncia de sus cargos. A pesar de que el Consejo Real de Madrid resolvió que españoles é italianos alternasen sin preferencia en el frente del escuadrón, eludíase su cumplimiento, y los oficiales italianos, llenos de indignación, llegaron á arrojar sus insignias, imitándoles los soldados. D. Juan de Austria no tuvo entonces más remedio que exigir el riguroso cumplimiento de la orden real, y desde aquel instante, en las marchas, llevaban siempre los italianos la retaguardia y en la batalla el ala izquierda.

(3) «Este Schomberg, dice Estébanez Calderón, francés de nacimiento, hugonote en la religión, por inclinación aventurero, y experto capitán entre los más experimentados de su tiempo, era el alma verdadera del ejército, y educado en la guerra, en las campañas de Flandes, soldado por afición y gran general por estudio y experiencia, introdujo tal disciplina en las tropas portuguesas y las endoctrinó de tal manera, que se puede confesar sin rubor, que llevaban gran ventaja á las tropas de no igual calidad que acaudillaba D. Juan.» *De la conquista y pérdida de Portugal*. Tomo II, pág. 9.

con igual número de gentes que el año anterior, se puso en movimiento el español (1), y enderezó su marcha á Estremoz, donde aun tuvo tiempo Castañeda de encerrarse. Entonces vióse reducido D. Juan á maniobrar para atraer á Castañeda, y, no consiguiéndolo, arrasó y taló los campos inmediatos. Era este el miserable recurso de aquellos caudillos, que, faltos de fuerzas, reducían la guerra á la devastación. Empero, el de Austria, logrado su objeto (porque Castañeda, saliendo de Estremoz, aunque sin desampararlo, vino á colocarse á poca distancia de los españoles), se apartó fingiendo tomar el camino de Lisboa, y después de continuar talando el territorio, asentó su campo en la Fuente de los Zapateros. Desde allí envió una parte de la caballería y dos tercios de infantería á ganar á Villa Boim, que arrasó por completo; y retrocediendo luego hacia Estremoz, retó á Castañeda, combatiendo su real con algunas piezas, pero sin lograr atraerle á campo raso. Esta inacción y recelo por parte del enemigo dió alientos á D. Juan para ganar á Borba y poner sitio á la importantísima plaza de Jeromenha.

El historiador amante de las glorias patrias, vése obligado á señalar con indignación la torpeza de los caudillos españoles, la desidia de nuestros políticos y la falta de plan y de concierto que en esta guerra se nota. El segundo D. Juan de Austria nos parece una gran nulidad militar, y cuantos caudillos gobernaron aquellos ejércitos verdaderas medianías, alguna de las cuales hubiera, sin embargo, resultado provechosa, de haber dado España con oportunidad y celo los socorros. Largo y empeñado fué el sitio de Estremoz; púsose de manifiesto en él el valor de algunos soldados y capitanes; pero también se evidenció la debilidad de los enemigos, cuyo ejército diez y siete días después de establecido aquél (2 de Junio), se presentó á razonable distancia de la plaza, maniobró alrededor de nuestras líneas, como dudoso de acometerlas, y el 6 retiróse, después de haber sostenido algunas escaramuzas. La consecuencia inmediata de su retirada, fué la conquista de Jeromenha, asegurada la cual, D. Juan tomó la vuelta de Villaviciosa, á cuyo abrigo estaba acampado el ejército portugués; pero éste no quiso arriesgarse á los trances de una batalla, con lo que, los españoles continuaron estragando la tierra y reduciendo algunas villas de escasa importancia, entre otras Veiros, Monforte, Assumar y Alter Pedroso. Como no era prudente dejar guarnición en cada una de ellas, el vencedor las hacía volar, y con esto concluía de poner el sello á su obra destructora. Asi perdía el tiempo el segundo D. Juan de Austria, y llegado que fué el 11 de Julio considerándose bastante aventajado, dió por terminada su campaña de dos meses, casi al punto que arribaban á su ejército algunos reclutas de Castilla y un tercio de soldados viejos. Faltábales año á nuestros generales, dice muy atinadamente un autor, alcanzado cualquier buen efecto, para pasar el tiempo en sus cuarteles, recibiendo los plácemes y enhorabuenas de sus apasionados y aduladores. Les faltaba también, añadiremos, patriotismo y dignidad, como faltaba á la degenerada córte que representaban; porque, aun saliendo vencedores en cada campaña, dejar al enemigo periodo tan largo para restaurar sus fuerzas, equivalía á la total anulación de las ventajas conseguidas; mucho más cuando se luchaba con un pueblo amante de su independencia y apoyado por dos naciones poderosas. «Los pretextos que se alegaban para autorizar el cerrar la campaña, dice el antes citado historiador, no pueden admitirse para los que en la guerra saben que la ocasión perdida es el eslabón primero de una serie de desgracias que no tienen fin, como sucedió en el caso presente. Y bien se echa de ver la comodidad que podía sacarse de tener el país amigo tan cercano, y con los recursos que ofrecían nuestras plazas y fortalezas avanzadas. Pues el decir que el rigor de los calores demandaba el dejar la campaña, era fútil fundamento, puesto que nuestros

(1) Según el *Plan del Ejército que con D. Juan de Austria entró en campaña en 1662*, componíase el ejército de las siguientes fuerzas:

INFANTERIA		CABALLERIA
Tercios españoles.	19	Guardias de D. Juan de Austria
Tercios italianos	3	Guardias del duque de San Germán.
Regimientos alemanes	4	Guardia del general de la caballería
		Trozos sueltos, 12

Total de infantería . . . . 8,886 soldados
Total de caballería. . . . . 5,374 —

14,260 —

soldados, como en Africa, país más caliente, habían en diversos tiempos mantenido la campaña en la misma estación. Desde luego echaríamos en cara á D. Juan de Austria graves cargos por esta prisa en tomar los cuarteles, si, atendiendo al descuido habitual de aquella córte, á la flojedad de Felipe IV y á la negligencia é ignorancia de aquellos ministros, no pudiera suponerse que no se proveía suficientemente y con puntualidad las atenciones del ejército, y en procurar los aumentos de éste con tropas, si no veteranas, ejercitados al menos. Pero los alientos habían descaecido tanto, aun en varones de grandes dotes, como indudablemente asistían en D. Juan, que contentaban la ambición con cualquiera ventaja, sin cuidarse de apurarlos y llevarlos al último punto... Muy caro costó, por cierto, á D. Juan este error, pues fué la primera causa, aunque remota, de la infelicidad que le cobijó en la campaña entrante, con la desastrosa rota de Estremoz. Y si por los resultados puede sacarse en claro la buena previsión de las medidas anteriores, no abogan mucho por la buena diligencia y cuidado que se tuviesen para preparar en ocho meses de cuarteles, los medios para abrir la campaña entrante con superioridad y auspicios de buena fortuna.—Los tercios castellanos, formados por la mayor parte de la gente de la milicia y de la llamada de socorro, distaban mucho de componerse de buenos soldados. Formados estos tercios por manera violenta y poco militar, era dejar descontentos á los pueblos y traer al ejército una muchedumbre no acostumbrada á los trabajos de la campaña; antes desordenada y espantada en el peligro, que constante en la pelea.—Los largos meses que mediaron desde Julio de 1662 hasta la campaña entrante, debieron emplearse sólo en ejercitar á estos bisoños, endurecerlos en la marcha y en los trabajos y hacerles adquirir los hábitos de la disciplina, lastimosamente olvidados en aquellas tropas. Muy por el contrario, de aquellos tercios, mucha parte de los soldados fué á invernar á sus casas, y no pocos, quedándose en ellas, ó por haber cumplido su tiempo de tres campañas, ó por otras causas más livianas, eran reemplazados por otros más nuevos todavía. Y hay que notar en este lugar que en los sitios de Jeromenha y de Olivenza, y en la defensa de los fuertes de Badajoz, habían perecido gran número de capitanes, alféreces y otros oficiales reformados, que para servir de maestros y endoctrinar aquella gente allegadiza, habían comenzado por morir valerosamente, sin formar la escuela de los buenos soldados, porque para ello se necesita del ejemplo continuado por el tiempo. Esto fué gastar la vida antes que el soplo de la vida prendiese y hallare alimento en aquellos soldados de mala recluta (1).»

Lo antes apuntado y transcrito, basta á dar idea de la flojedad con que se condujo esta guerra y de su término desastroso; al fin y á la postre, mientras España gastaba en ella hombres y recursos, enflaqueciéndose, no obstante su grandeza; Portugal, auxiliada eficazmente por dos naciones poderosas, impulsada por su patriotismo y alentada por las victorias, se encontraba en aptitud y condiciones para sostener la guerra. Indigno era de España contentarse con mandar uno y otro ejército á devastar el territorio enemigo; y si á más no alcanzaba en su postración, debió anticiparse á buscar en la paz solución más ó menos decorosa, ó hacer de una de vez extremo sacrificio para concluir aquella lucha que inútilmente la desangraba. Algo parecido á esto tenía indicios de efectuarse en 1663; porque decidió la córte comenzar la campaña cercando á Lisboa por mar y por tierra, á cuyo efecto diéronse órdenes para aparejar la armada, y el mando de ésta al duque de Aveiro, joven portugués, enemigo del duque de Braganza; pero tan atrevido pensamiento desechóse al fin por falta de recursos, y lo que es más triste, por la imposibilidad de exigir impuestos nuevos. Reforzóse, no obstante, el ejército de tierra, con los viejos tercios españoles é italianos que guarnecían á Nápoles, y llegó componer un total de 15,000 infantes y 6,000 caballos. En clase de tenientes de D. Juan, iban en él D. Melchor Portocarrero, Juan Jácome Mazacán y Alejandro Moreda. Gobernaba la caballería y desempeñaba el cargo de maestre de campo general D. Diego Caballero, mandaba la artillería el conde de Almenara, y era gobernador de las armas el duque de San Germán. A este ejército oponían los portugueses otro no menos fuerte y lucido, sobre todo mejor mandado, pues era alma de las tropas portugueses el conde de Schom-

(1) Estébanez Calderón, *De la conquista y pérdida de Portugal*, tomo I, cap. 13.

berg, maestre de campo general, puesto á las órdenes del conde de Villaflor, y hombre que por su educación militar, su práctica en las guerras de Flandes, su nacionalidad y religión, y su amor á la disciplina, ofrecía excelentes garantías á la casa de Braganza, y ejerció verdadera influencia en el ejército. Engrosado este ejército por multitud de aventureros de diversos países á los que



D. Juan de Austria, hijo de Felipe IV

atraía así el nombre de Schomberg, como los alicientes de la bondad y riqueza de Portugal, y con 2,000 infantes y 1,000 caballos escogidos que procuró el rey de Inglaterra, bien se comprenderá podía medir sus armas no sin ventaja con las nuestras, como en efecto no tardó en ponerlo de manifiesto.

Desacertado anduvo D. Juan de Austria al trazar el plan de esta campaña, porque internarse como lo hizo en el país enemigo sin contar con la seguridad absoluta de socorros, el concurso de la escuadra y apoyo alguno en el territorio, fué verdadera imprudencia. Y así lo comprendió el general portugués cuando vió á los españoles avanzar en dirección de Jeromenha,

dejar á esta plaza y la de Villaviciosa á sus espaldas, y proseguir su marcha al interior. Pero Villaflor tampoco se engañó respecto al objetivo del de Austria, que no podía ser otro que acometer á Evora, ciudad importante por su extensión y riqueza, aunque en mal estado de defensa. En efecto, acometióla D. Juan sin reparar en la numerosa guarnición que tenía, ni en la proximidad del enemigo, que no lejos de ella comenzó á escaramuzar con su retaguardia. Llegó el ejército español, después de una penosa marcha, junto á Evora, y comenzó á establecer el cerco, mientras el enemigo se colocaba en Extremoz; pero no se entretuvo D. Juan en alzar trincheras ni otros reparos contra aquella plaza, creyendo que por la flaqueza de sus murallas no podría resistir el cerco; y satisfecho con haber rechazado una salida y ganado unos monasterios inmediatos á los muros, en los que emplazó la artillería, batióla en regla y comenzó á minarla. Apurados sus defensores, hicieron el 20 de Mayo llamada para capitular, si bien pidiendo una tregua de ocho días, y como les fuera negada y continuara el ataque, rindiéronse dos días después. El cerco duró nueve días y terminó el 23 de Mayo de 1663, en cuyo día salió la guarnición con los honores de guerra.

Pudo lisonjear esta conquista el orgullo de D. Juan, pero no tardó en dar sus malos efectos tan desacertada empresa, pues el ejército, separado de su base de operaciones, se halló á poco falto de víveres, y sin medios de procurárselos en un país completamente hostil. Por otra parte, Villaflor había reforzado el suyo, y aunque no pudo evitar la pérdida de Evora, presentóse no lejos de esta plaza con 12,000 infantes y 4,000 caballos, cuando más apurado se hallaba D. Juan. Esto por una parte, y las instrucciones que en aquellos días recibió del Rey, ordenándole librar batalla á la primera ocasión favorable, movieron al austriaco á venir á las manos con el enemigo. Variaban respecto á este particular las opiniones de sus tenientes, pues el general de la caballería aconsejaba que se abandonase á Evora por ser difícil su conservación, mientras los demás, desechando por ignominioso tal pensamiento, se inclinaban á dejarla guarnecida y embestir con el resto de las tropas al de Villaflor. Mas ¿cómo era posible dividir al ejército en aquel crítico trance? Tal dificultad resolvióla D. Juan ciñéndose á las órdenes de Madrid, y desentendiéndose de lo que con más prudencia aconsejaba San Germán, y era «que nuestro ejército no se apartase de Evora, sino que mandando salir á los moradores, se emplease en sustento de las tropas el trigo y provisiones que allí había, y lo que la caballería pudiese recoger por aquellas inmediaciones, con lo que indudablemente tendrían socorro para muchos días, dando lugar á que llegasen de Castilla nuevos socorros de gente y de víveres». Sacó, pues, el de Austria el ejército de Evora, después de quince días de descanso, y fué en demanda del enemigo que se hallaba fortificado á media legua de distancia, en la opuesta ribera del Dejebe. Para facilitar el paso del río, D. Juan colocó en la orilla que ocupaba diez y siete cañones; mas como el enemigo se hallaba fuera de alcance, no produjo su fuego efecto alguno. Intentó, no obstante, el esguazo al siguiente día, dividido el ejército en dos grandes trozos, protegidos por la caballería y los cañones; pero ya se miraban en aquel momento los portugueses en la orilla opuesta, y tan pronto comenzaron los nuestros á entrar en la corriente, adelantáronse á su encuentro y trabóse la pelea con gran ardimiento en medio del río, aventajados los enemigos por el lugar, y por su artillería mejor asentada que la castellana.

Comprendió D. Juan que era porfía vana el esguazar el río, y dió orden de retirar, en lo que estuvo acertado; pero esta lección, que debió servirle de aviso, hízole adoptar un plan que acarreó la pérdida de sus tropas, y malogró cuantas ventajas había conseguido. Fué este plan dejar buena guarnición en Evora, y tomar la vuelta de la frontera castellana, para procurarse nuevos socorros; y al efecto, púsose en marcha por desviados y ásperos senderos para evitar el encuentro de los portugueses. Craso error que debía pagar bien caro; porque no bien éstos se dieron cuenta de tal movimiento, adelantáronse á cerrarle el paso en paraje donde la caballería castellana, superior en número, se hallaría imposibilitada de maniobrar. A la primera falta, añadió D. Juan otra torpeza, que fué no acelerar la marcha, para no perder la reputación si el enemigo la tomaba como fuga. Así es que el ejército descansó toda una noche, y dió tiempo suficiente al contrario para disponerse. Despuntó el día, y los españoles, advertidos de la presencia del enemigo, procu-

raron colocarse en paraje acomodado para combatir. La infantería, en número de 11,000 infantes, ocupó dos escarpados cerros situados á sus espaldas hacia Extremoz; la artillería en la cima de estos cerros; la caballería en cuatro trozos se distribuyó por el frente en una quebrada llanura, y á retaguardia el bagaje. En la falda de un collado inmediato, desplegó Villaflor su ejército, aventajándose en los accidentes del terreno, que recataba su ordenanza y movimientos. Uno y otro ejército fiaban en sus posiciones, y en ellas permanecieron gran parte del día sin venir á las manos. La mira del portugués era derrotar á D. Juan, aventurando lo menos posible; el deseo del de Austria, proseguir la marcha, y por esto, al declinar el día, ordenó que el ejército se recogiera para continuarla al siguiente día. Pero el caudillo lusitano, siguiendo los consejos de Schomberg, que temía se les escapara su contrario de las manos, sacó de improviso sus tropas del collado, y las desplegó con la caballería en las alas frente á los caballos españoles. En igual disposición se colocaron los castellanos, aunque sin abandonar los cerros, siendo la primera en chocar el ala izquierda enemiga, que era muy poderosa, contra nuestra derecha. Brava fué la pelea que allí se trabó, incierta aunque obstinada, pues ora avanzaban, ora cejaban unos y otros; pero cuando más enzarzados se hallaban aquéllos y éstos, el general de la caballería portuguesa tuvo el feliz pensamiento de acudir á su ala izquierda con algunos caballos de la derecha y acometer á los nuestros por el flanco. Desbaratáronse entonces los españoles, y llenos de pánico declaráronse en fuga, sin que pudieran evitarlo sus denonados capitanes; y no acudiendo con la oportunidad que debiera la reserva de caballería del ala derecha, fué ésta rota, por los que se miraban vencedores. Tampoco pudo trasladarse á tiempo al costado derecho, la caballería del izquierdo, pues, aunque recibió la orden, era tal la aspereza del terreno, que entorpeció la operación y la frustró, con rota de esta gente. Lucha no menos obstinada se empeñó entre nuestra infantería y la enemiga en la ladera del cerro que ocupaba aquélla; y por cierto que hace honor á los portugueses el ardimiento con que treparon por la escarpada falda, desafiando el nutrido fuego de la mosquetería, y las descargas de los cañones. Pero animados por Schomberg, avanzaron por aquellas breñas no sin gran trabajo y mortandad, y cargaron tan impetuosamente á los castellanos del primer escuadrón, que los desbarataron y pusieron en fuga en un instante. Atribúyese el desmayo á la calidad de nuestros infantes, en su mayoría recogidos en las nuevas levas, y, por lo mismo, faltos de disciplina, si ya no á las voces proferidas por un capitán medroso. Ello es que esta gente desalentada arrastró en su fuga al escuadrón de en medio, formado de veteranos alemanes, y al inmediato de los italianos. Y fué esto á tiempo que la caballería enemiga, vencedora de la castellana, cayó á su vez sobre la infantería ya desordenada, y completó la derrota. D. Juan de Austria intentaba en vano evitarla, pie á tierra y armado de una pica, pero sólo tropezaba á su paso con fugitivos ó gente caída; y en estos trances y con grave riesgo de perder la libertad ó la vida, sacóle de la pelea el duque de San Germán. La pérdida de nuestras tropas ascendió á más de 5,000 hombres, entre muertos y prisioneros. Las banderas, la artillería y muchas armas, el bagaje y todo el ajuar de D. Juan, también cayeron en poder del enemigo, cuyas bajas se calculan en unos 1,000 hombres. Las reliquias de nuestro ejército recogiéronse con el generalísimo en Arronches, donde, pasada muestra, contáronse 12,000 soldados (1).

Tan pronto tuvo el monarca portugués noticia de este hecho de armas, dispuso que sin per-

(1) *Carta de D. Juan de Austria al rey D. Felipe IV, dándole cuenta de la derrota que había sufrido en Extremoz.*
Noticia de la gente que se perdió en la batalla de Extremoz.
Carta de D. Juan de Austria, en que se dice el estado del ejército después de lo de Extremoz.

En este último documento, después de notificar D. Juan al Rey el estado del ejército enemigo, engrosado por nuevas tropas de infantería, le dice: «Yo no sé, Señor, el estado de la nuestra; pero terrible cosa es que no sirva á V. M. más que de gasto en todo el año. Si ahora se pusiese frente de Lisboa, es cierto que llamaría allá mucha parte de estas fuerzas (las portuguesas); y si no está para salir, mande V. M. que venga acá aquella gente, pues el estado en que nos hallamos obliga á cualquier esfuerzo, aunque todos los que fuesen de *estas levas y milicias de españoles, es comprar á dinero la deshonra de la nación y de las armas*. Esto queda en el desconcierto que V. M. puede considerar; y aunque en su reparo no se dejará diligencia por hacer, las de acá solas no es posible que basten á componerlo, si V. M. no manda que los esfuerzos correspondan al aprieto.»

Relación de lo sucedido á las armas católicas en Extremadura, desde 6 de Mayo hasta 10 de Junio de 1663.
Estos cuatro documentos figuran en los copiosos é importantes *Apéndices* á la obra del Sr. Estébanez.

der momento marchara á unirse el conde de Castañeda, con parte de la guarnición de Lisboa, á Villaflor para que juntos recuperasen á Evora. Pusiéronse en efecto sobre esta plaza, y al llegar á ella interceptaron unos pliegos que á su gobernador dirigía D. Juan, participándole la derrota sufrida y prometiendo acudir en breve á socorrerle. Ignoraba todavía aquél tan desgraciado suceso, y defendióse briosamente con los italianos que en su mayor parte componían la guarnición, mostrándose á la par que valiente soldado, varón sufrido y heroico; pero las bajas experimentadas en los días que transcurrió el sitio y el hallarse abiertas ya grandes brechas en los muros, hicieron difícil su prolongación. Por añadidura, cuando más confiaba en el socorro, los enemigos le mandaron los pliegos retenidos y una fingida carta de D. Juan en que participaba que aquél se dilataría. Todo ello causó al conde de Sartirana, que así se llamaba el gobernador, tal perturbación, que capituló con Villaflor y Castañeda á los once días de puesto el cerco. Nuestras tropas salieron formadas y con armas de Evora, pero sujetáronse á la condición de permanecer en Portugal hasta que pasase el estío. En el intervalo que ocurría este sitio, como D. Juan no se viera con fuerzas para hacerle levantar, probó de ganar por interpresa á Elvas; pero los nuestros, aunque la acometieron de noche y con gran sigilo, fueron recibidos con nutridas descargas y sufrieron terrible escarmiento. A cuyo desastre se unió el haberse volado el gran depósito de pólvora que los castellanos tenían en Arronches, quedando de resultas arruinado el castillo y parte de las fortificaciones de esta plaza, y muertas y heridas más de dos mil personas.

Despertó á lo que parece la conducta del de Austria murmuraciones en la corte, y aquel otoño se trasladó D. Juan á ella para justificarse con el Rey, no faltando quién asegurase que, para excusarse él, había hecho responsable al duque de San Germán. Pero el Rey, siempre benévolo y por añadidura amantísimo de D. Juan, contentóse con remitirle á los de su Consejo de Estado y Guerra para que se asesorara mejor. De la ausencia del generalísimo quiso aprovecharse el duque de Osuna, que mandaba en la frontera por el lado de Ciudad Rodrigo, para realizar algún hecho que, reponiendo el crédito de las armas castellanas, le diera á él lustre á los ojos de la corte, pero aunque en los primeros días de 1664 consiguió derrotar en las cercanías de Alcántara á un reducido cuerpo de tropas portugués con pérdidas iguales para entrambos, y escarmentar en sus correrías al enemigo, no alcanzó ventaja alguna de trascendencia; bien es cierto que tampoco disponía de grandes elementos para conseguirlo. Terminó de este modo el año, y habiendo por este tiempo marchado á Madrid el duque de San Germán, para responder á las acusaciones que por el hecho de Evora se le hacían, el gobierno, dándose por satisfecho con sus descargos, consideró necesario al real decoro privarle de su mando; como dando á entender así que no había sido D. Juan el causante de aquella derrota. Debilidades propias de una corte envilecida, bajezas de una época de decadencia.

Desgraciada fué la campaña de 1664, pero la que siguió puede calificarse de funesta. Comenzaron las operaciones en la primavera, tomó la ofensiva el portugués Castañeda y puso sitio á Valencia de Alcántara, que se perdió no obstante la heroica defensa que hizo su gobernador Fabricio Rosseo, por la falta de diligencia con que por dos veces se tentó el socorro. Si se tiene en cuenta la situación de esta plaza y su proximidad á las españolas de Badajoz y Cáceres, en la primera de las cuales se hallaba D. Juan, se comprenderá que fué su pérdida gran mengua para España. Es cierto que D. Juan, fuerte en caballería, carecía por este tiempo de infantes y aparejo de guerra; pero ¿cómo disculpar tal escasez por parte de la corte? Ya dijimos que el duque de Osuna, ganoso de reputación, había probado adelantar por Castel-Rodrigo. Joven y opulento, animoso y liberal, podía presentarse Osuna como un ejemplo á los señores que, retraídos en la corte ó en sus tierras, no mostraban interés alguno por el brillo de la patria; mas en cambio carecía de pericia, y en su afán de atraer sobre sí la atención pública, acometía empresas superiores á sus fuerzas. Nuevos alicientes para su ambición, era el ver la estrella de D. Juan de Austria eclipsada y los parciales descalabros que en 1663 ocasionó al enemigo. Osuna, pues, quiso realizar algún hecho de trascendencia y dió comienzo á sus operaciones por el territorio de Beira, país abierto hasta el corazón del reino lusitano y escasamente defendido, por no temer los portugueses que por

allí se condujera la guerra. Apostadas sus tropas en un castillo que frontero á Almeida hizo levantar, cayó de improviso sobre Ciudad Rodrigo, en la persuasión de ganarla de rebato. Y hubiéralo logrado, porque aunque escaso el número de aquéllas, no pudo evitar su aproximación el enemigo, ni que aportillara los muros nuestra artillería; pero flojearon los soldados al darse el asalto, cuando ya los oficiales coronaban las brechas, y con más vergüenza que daño hubo de tocarse á recoger. Y como las desdichas pocas veces llegan solas, ocurrió que, faltando á su obligación los corredores, más cuidaron del pillaje que de observar al enemigo, lo que dió lugar á que en el preciso



Tipos militares de la época de Felipe IV

momento de retirar la artillería de las trincheras, se presentara de improviso un cuerpo de tropas portuguesas, y no obstante haber logrado el de Osuna ordenar las suyas en paraje conveniente, la flojedad de su infantería causara su total derrota. Vióse entonces á los soldados arrojar las armas y abandonar á sus oficiales en ocasión y punto en que se hallaban aventajados por el puesto y sin aguardar al choque: pánico que sólo puede explicarse por la mala calidad de aquellas tropas allegadizas y faltas de espíritu militar. ¡Qué diferencia la que mediaba entre esta soldadesca y los vencedores de Otumba y San Quintín! La pérdida, como dicen relaciones coetáneas, afectó más á la honra que á la gente, porque el enemigo, entretenido en desvalijar el bagaje, no hizo gran destrozo en aquélla, aunque sí cuatrocientos prisioneros, entre ellos algunos oficiales (6 Julio de 1664).

Fué, sin embargo, harto sensible para el generoso aunque poco precavido Duque, aquella infamia, y se explica la desesperación que de él se apoderó, teniendo en cuenta que la corte se la echaría en cara. Y así fué, porque hasta treinta cargos se hicieron al de Osuna, unos meramente militares, otros concernientes al gobierno y administración de aquel ejército y frontera (1): fácil recurso el de calificar por el éxito los sucesos que no se quieren precaver; pero la corte de Madrid, sin tomar en cuenta la escasez de elementos y la mala calidad de los soldados, creyó salvar la reputación sujetando al Duque á un proceso. No evitó, sin embargo, que el descrédito de nuestras armas se extendiera por España, pues la trajeron á sus hogares los fugitivos y en mucho tiempo fué difícil traerlos á servir en el ejército. Así terminó la campaña de 1664, y con ella el mando de D. Juan de Austria, solicitado por carta del Rey su padre. Comenzaba á la sazón el caluroso mes de Agosto, y con poner término á las operaciones dióse al enemigo tiempo suficiente para gozar de su triunfo y organizarse para obtenerlos de mayor cuantía.

VI

Entramos ya en el último período de las guerras de Portugal. Después de las campañas de D. Juan de Austria, la historia de esta guerra no registra sucesos de más monta que una terrible derrota y operaciones muy poco afortunadas. Y no otra cosa podía esperarse ya, desde el momento

(1) *Memorial de los cargos que se dieron al duque de Osuna y Uceda, capitán general de las fronteras de Castilla la Vieja, del tiempo que ejerció dicho puesto. Por el licenciado D. José Beltrán de Arnedo, caballero de la Orden de Santiago, Alcalde de Corte.*

De estos cargos, unos eran militares, otros administrativos y de gobierno. Los relativos á campañas anteriores al hecho de Ciudad Rodrigo, son por extremo capciosos; los concernientes á este hecho, muy fundados, y sólo hubiera podido desvanecerlos el éxito, puesto que el Duque había recibido órdenes serias de no entrar en Portugal con pretexto de forrajeo, y no carecía su ejército de granos. Prolongaría excesivamente esta nota una copia de los cinco cargos comprendidos desde el diez al catorce, que son los más interesantes; pero creemos útil la reproducción del quince y diez y seis, por la idea que da del modo de ser de aquellos ejércitos.

Dicen así:

«Hácesele cargo, que siendo así que á los soldados añales que están disgustados para servir á la guarnición y defensa de las plazas y fronteras, se les admitían sustitutos que servían por ellos, depositando por cada sustituto ciento treinta reales, y los que más, quince reales de á ocho, habiendo ido el Duque á servir el puesto de capitán general, creció tanto estos depósitos, que los subió á trescientos reales, desde la muda que empezó por Octubre del año pasado de sesenta y uno, que con este crecimiento y lo que les llevaban los capitanes y oficiales que iban á sacar las compañías, le costaba á cada soldado á cuatrocientos cincuenta y quinientos reales en cada muda, y esto se ocasionaba de que en aquel gobierno nunca se admitió sustituto si no es en la misma plaza de armas, por decreto de los Generales, con que, pagando allí los dichos quince reales de á ocho, se volvían á sus casas sin otra costa; y por haber dado orden para que en las ciudades y lugares se admitiere dinero para sustitutos, se ha causado todo este exceso, y lo más gravoso para dichos soldados, que siendo así que hasta que fué el Duque, sólo servía á cada soldado añal dos mudas de á dos meses, el Duque lo creció desde el principio, a que sirviesen tres meses en cada una de las dichas dos mudas, con que para excusar este gravamen crecieron el dinero que queda dicho, y después en la ejecución, no tan solamente sirvieron las dos mudas de á tres meses, sino que los obligaba á servir y pagar tres mudas en cada uno de los tres años que el Duque sirvió en aquel puesto, de que ha sido la común queja de los pueblos de Castilla, y que en especial el año de seiscientos sesenta y cuatro, habiendo enviado al ayudante Gregorio Mateo, por la compañía del capitán D. Jerónimo Calderón, que la llevó en dinero y la entregó en 16 de Junio de dicho año, dentro de ocho días volvió á enviar por la misma compañía al capitán D. Jerónimo Calderón para que llevase los soldados en ser, sin embargo de que hubiesen pagado, como en efecto los llevó y entregó en trece de Julio del dicho año á los que no quisieron volver á depositar otra vez, y lo mismo sucedió en otras compañías, aunque con poca diferencia de tiempo, en especial en las diez y ocho compañías de tercio del partido de Ciudad Real.

»Hácesele cargo que enviando así capitanes, como otros diversos oficiales y personas, á sacar las compañías, estas órdenes las despachaba por cartas, sin que en los oficios se tuviese intervención ninguna, con que de vuelta no se les podía pedir cuenta, y sólo se pasaba por lo que ellos decían que traían, así en ser como en dinero para sustitutos, y de ordinario faltaba un tercio de gente, y en las ciudades cabezas de partido, tampoco se ha podido ajustar esto, porque aunque la forma antigua era juntarse las compañías en las cabezas de partido ó de cuartel, y allí hacer pie de lista ante escribano, con asistencia de la justicia, y del cabo que iba por la compañía, por donde constase la gente que se entregaba, y por el mismo pie de lista debían dar cuenta en los oficios; todo esto ha faltado en tiempo que ha gobernado, con que no ha sido posible averiguar qué gente ha ido en ser ó en dinero; con que ha sido grande el menoscabo, así en la gente como en el dinero, que consta de las compañías del tercio de las tres fronteras de más de cinco mil hombres, y de milicia de otros tantos, nunca se había juntado la mitad de la gente con las guarniciones que quedaban en el partido de Zamora y de la Puebla, con que es una gran suma lo que ha faltado, siendo así que contra los fugitivos se despachaba con gran puntualidad, y por poco tiempo que faltasen se cobraba de ellos enteramente como si no hubieran ido ni servido tiempo alguno.»

De ambos cargos fué absuelto Osuna, y al final de todos los capítulos se le hace apercibimiento por el cargo trigésimo, y por él y todo lo que resulta del proceso, se le condena en las costas de la visita, regulando la cantidad que le puede tocar en 300,000 maravedises.

en que la corte andaba distraída, la nobleza se mostraba poco interesada, el pueblo cansado, el erario exhausto, los soldados sin disciplina, los generales faltos de socorros y de honroso estímulo y el enemigo cada vez más pujante.

Tardó en ocupar la vacante de D. Juan de Austria, el nombrado para mandar aquel ejército, todo el tiempo que se empleó en los preparativos para la nueva campaña, en cuyo intervalo el conde de Marsin, que interinamente se hizo cargo de las tropas, concretóse á echar por tierra el fuerte de la Concepción y arrasar la plaza de Alconchel, con objeto de incorporar aquellos presidios al ejército. Este se concentró, como de costumbre, en Badajoz, donde tomó su mando el marqués de Caracena, soldado de alguna práctica que, por su valor en las campañas de Italia, había llegado á la categoría de general; pero falto de capacidad y no muy bien quisto entre los cabos, á quienes inspiraba poca confianza (1). Bien demostró en esta guerra que carecía de dotes militares. Sus primeras disposiciones fueron nombrar á D. Diego Caballero general de la caballería y á Diego Correa maestre de campo general. Después marchó con el ejército al otro lado del Guadiana y acampó frente á Campo Maior. Sumaban sus tropas las cifras de 12,000 infantes y 1,500 caballos.

Discutido en consejo de capitanes el plan de operaciones, se acordó embestir á Villaviciosa, cabeza del ducado de Braganza, y que por hallarse asentada en delicioso y fertilísimo territorio, brindaba con grandes alicientes á los invasores. No ofrecía, por otra parte, grandes dificultades su conquista, porque esta población hallábase encerrada entre viejos muros; pero la defendía un oficial experto, que se propuso entretener lo posible al invasor, para dar lugar á la llegada del ejército amigo. Por de pronto, los nuestros hubieron de ganar dos puestos de importancia, extramuros; luego los arrabales, en los que cometieron todo género de excesos; y por último, acometer los muros. Dióse un asalto vigorosísimo, hicieron en él prodigios de valor los italianos, combatióse de cerca y de lejos con todo género de artificios, pero los portugueses lucharon con arrojo tan heroico que hicieron fracasar la constancia de los nuestros. Ninguno de los defensores de Villaviciosa escapó de la muerte ó de graves heridas; Brito, su heroico gobernador, recibió tres, pero no cejó en la defensa, logrando que Caracena se viera obligado á retirarse á sus trincheras, y dando lugar á que el ejército lusitano avanzara por Extremoz. Hallóse entonces Caracena obligado á precaver un doble peligro, y ganoso de apoderarse cuanto antes de la plaza, cuyos muros estaban ya aportillados, lanzó á ellos sus columnas por distintos puntos, y después de un terrible asalto en que perecieron á centenares unos y otros contendientes, la compañía del italiano Manuel Carrafa consiguió señorear el muro, y los nuestros ocuparon la ciudad, huyendo sus esforzados defensores al castillo. Triunfo fué éste muy costoso y no completo, porque Brito, refugiado en dicha fortaleza, negóse á capitular, persuadido como estaba de que no tardaría en llegarle el socorro. Y ocurrió así, porque el general portugués, conde de Castañeda, dióle aviso de su pronto arribo, y el 17 de Junio de 1665 se puso con 15,000 infantes y 5,500 caballos á una legua de Villaviciosa, en el sitio de Montes Claros. Sus intentos eran distraer á los nuestros por dos puntos distintos, y avanzar protegido por las asperezas de la sierra de Vigaira hasta las inmediaciones de aquella plaza, confiando no sólo en la superioridad numérica de su infantería y en la protección que el terreno le prestaba, sino en los descuidos que pudiera tener Caracena.

(1) D. Luis de Benavides y Carrillo, marqués de Caracena, era un militar de mucha práctica y valor, pero de mediana inteligencia. Hizo de mancebo sus primeras armas á las órdenes del cardenal Albornoz y del marqués de Leganés, en Italia, y se distinguió por su arrojo en los sitios de Turin y de Casal, recibiendo en estas campañas dos gravísimas heridas. De general de la caballería que era en Italia, pasó á ejercer cargo igual en Flandes, y luego regresó otra vez á Milán á tomar el mando de aquel ejército. Consiguió, gracias á su diligencia y destreza diplomática, mantener en la alta Italia nuestra preponderancia, acreditando á la par que su valor, su lealtad; y por sus merecimientos se le puso al lado de D. Juan de Austria, cuando éste pasó á Flandes, reemplazando Caracena al conde de Fuensaldaña. Por último se le trasladó á Portugal, donde, como dice un autor, quizás saliera airoso en la empresa, á no tener al frente adversario de la talla de Schomberg; «porque, si entendido en la guerra, añade el mismo, y buen calificador en ella de las cuestiones y dificultades por una y otra haz, al resolverse no era tan determinado como pudiera, y la variedad de los medios dañaba la ejecución del propuesto y acometido; valiente y arriesgado, como se ha visto, desconocía el punto y trance en que le es útil á un general ponerlo todo al tablero y arriesgar su persona... En fin, sabiendo proveer, como práctico, á los preliminares de un día de batalla, no era nimio, exquisito y diligente lo bastante y cuanto la importancia de la ocasión lo requería, para ver cada cosa ejecutada como era razón, y llevada á cabo con la debida perfección».

La traza de la batalla dispúsola el conde de Schomberg, que, como ya hemos dicho, hacía en los ejércitos portugueses oficios de maestre de campo general, y era la siguiente:

Primera línea: diez tercios portugueses, el regimiento francés de Schomberg, en dos trozos, y un regimiento irlandés.

Segunda línea: siete tercios portugueses, un tercio francés y un regimiento de alemanes é italianos. A retaguardia de esta línea catorce piezas.

El bagaje.

Reserva: dos tercios de auxiliares, á los que debía reforzar, tan pronto llegara, el tercio de Valença.

Iban en vanguardia los gastadores y 500 infantes sacados de los tercios auxiliares, con palas y picos, para deshacer tapiales y desembarazar los pasos. La caballería, dividida en dos trozos, entre cuyas líneas se distribuyeron por partes iguales dos tercios para reforzarla, formaba en esta disposición: diez y ocho batallones á la derecha, y otros tantos á la izquierda: mandaba aquélla D. Dionís de Mello, ésta D. Luis de Costa. Seis piezas de artillería ligera.

El ejército enemigo salió de Extremoz la mañana del día 19 de Junio, y al llegar su vanguardia á la sierra de Vigaira halló ocupadas aquellas alturas por los caballos de la guardia del marqués de Caracena, quien, avisado de la presencia de Castañeda, reunió su consejo para deliberar. No era nuestra gente suficiente en número para atender al sitio de la fortaleza y salir al encuentro del enemigo; tampoco estaban terminadas las líneas, porque Caracena creyó en un principio que ganaría la plaza por asalto y no paró cuenta en esto: así es que, ni era fácil resistir con ventaja, ni acudir al mismo tiempo al sitio y al ejército contrario. Opinaban algunos que, sin dejar las estancias, se ocuparan los pasos por donde pudieran encaminar los portugueses el socorro; mas Caracena rechazó este dictamen, fundado en que la escasez de víveres impediría mantenerse en unas y otras posiciones, y que, por lo tanto, convenía más venir á las manos y fiar el resultado á la fortuna, sobre todo teniendo en cuenta las órdenes de Madrid, firmadas por el mismo Rey; órdenes que casi no le dejaban otro arbitrio que el de una batalla campal. «Temió menos, dice un historiador, correr los riesgos de la pelea, que correr el riesgo de caer en la desgracia de los cortesanos y ministros.» Y adoptada esta resolución, pasó á un cerro inmediato para dar sus disposiciones. Abarcábase desde este cerro la llanura de Villaviciosa, conocida también con el nombre de Montes Claros, llanura cubierta de arboledas y viñas, embarazada por cercas de piedra y quebradas, y limitada por collados escarpados. Y podía contemplarse ya el ejército portugués que avanzaba con buen orden y mejor ánimo por ella. Visto que fué por Caracena el enemigo y comprendiendo que cuando más cercano, se hallaría éste más aventajado, determinó salirle al encuentro, dejando en el cerco del castillo unos 1,500 infantes. Separó luego la infantería de la caballería y ordenó á ésta que se adelantara por la derecha á detener el avance del enemigo, mientras la infantería, marchando por la ladera de los collados que á la izquierda se levantaban, llegaría á tiempo de apoyar el ataque y completar la derrota de Castañeda. Este movimiento desconcertó al caudillo portugués, cuya vanguardia se hallaba un tanto separada del ejército y con dificultad podía desplegarse á causa de lo escabroso del terreno; mas con tal diligencia acudió en su apoyo Schomberg con la infantería y la artillería, que ganó á los nuestros por la mano y pudo desplegar antes de ser acometido.

Caracena, que seguía todos estos movimientos, formó también sus tropas, adoptando la siguiente disposición: la infantería en dos escuadrones, en el centro; la caballería en cinco trozos, en las alas. El ala izquierda la formaba la caballería extranjera, mandada por Alejandro Farnesio; el ala derecha la componía la caballería castellana. Jefe de esta ala era D. Diego Correa. La artillería se repartió en los costados y en la cumbre de algunos cerros que dominaban la llanura. A la estrechez del terreno por el frente, se debió que la caballería hubiera de colocar sus trozos unos detrás de otros; pero cometióse la falta de no reforzarla interpolando entre sus filas mangas de mosqueteros.

La desigualdad del terreno hizo que se modificara la ordenanza de los portugueses, quienes

colocaron toda su caballería en la derecha con frente muy dilatada y formada en tres líneas, interpolada á la primera de las cuales iban dos tercios. En el ala izquierda colocóse la infantería en dos escuadrones de mucho espesor y profundidad; y á la derecha de la vanguardia, en un caserío, emplazaron dos cañones ligeros y fueron á colocarse cien mosqueteros. El resto de las piezas de campaña colocáronse en los claros que dejaban entre sí los tercios; y en una altura que domi-





El marqués de Caracena

naba la retaguardia asentóse la artillería gruesa. Eran los portugueses superiores en infantería, inferiores en caballería.

La voz del cañón dió en uno y otro campo la señal de combate. Caracena ordenó á Farnesio que embistiera con el ala izquierda la derecha enemiga, y acto seguido fué á dar la misma orden á su derecha; y mientras Farnesio cerraba con gran ímpetu y rompía la primera línea del ala contraria, él fué á colocarse en un cerro inmediato, para seguir las peripecias de la batalla. Pero aunque la caballería de Farnesio logró arrollar á la enemiga, hubo de detenerse ante las picas de la infantería que la apoyaban: con esto dieron lugar los piqueros portugueses á que llegara nueva

caballería, y reuniendo los dispersos restableciera el combate. A cuyos contratiempos añadieron los españoles el de las terribles descargas que á cincuenta pasos hicieron los cañones enemigos cargados de balas menudas. Como en Rocroy y como en Lens, los vencedores se trocaron pronto en vencidos, pues cargando á su vez los portugueses, desbarataron á los nuestros. Pero rehiciéronse éstos, y en la nueva carga, Farnesio y el conde Rebat arrollaron al enemigo hasta la segunda línea de su infantería y la tercera de su caballería. Fué esta embestida muy brillante, y señaláronse en ella los jinetes alemanes. Sin embargo, volvióse á ladear la fortuna de parte de los portugueses, porque cuando los castellanos más enzarzados se hallaban en la pelea, acudió Schomberg con algunos tercios de la reserva y algunos trozos sacados de la izquierda, y otra vez restableció el combate. La batalla se había empeñado con gran ardor y varia suerte, ya avanzando con fatiga, ya retrocediendo unos y otros con gran pérdida. Pero los nuestros, fatigados después del supremo esfuerzo hecho, comenzaban á flojear. Violó Caracena desde el punto en que se hallaba y dió repetidas órdenes á Correa para que desde el ala derecha pasara á la izquierda á reforzar á Farnesio ó efectuara un movimiento envolvente contra el ala izquierda portuguesa; pero Correa, ó por flaqueza ó por imposibilidad material, no acudió como debía; con lo que, desamparado Farnesio, acosada y envuelta nuestra izquierda, que era la que sostenía el más grave peso del combate, no pudo mantenerse por más tiempo y fué hecha piezas. Allí perecieron como á buenos los valientes mercenarios alemanes é italianos y con ellos el esforzado conde de Rebat; y si hemos de dar crédito á relaciones coetáneas, gran mengua fué para los soldados españoles el no haber socorrido, como merecían, á estos fieles aliados.

Rota nuestra ala izquierda, cargó la derecha no sin gran trabajo entre montones de cadáveres, armas rotas y aparejos deshechos; pero la caballería no logró arrollar los cuadros enemigos erizados de picas, y cuando llegó nuestra infantería veterana, aunque rompió á los piqueros lusitanos, no pudo sostener las cargas del grueso del ejército portugués. La superioridad numérica de éstos triunfó entonces de la pericia y de la sangre fría de los castellanos, porque una sola ala sostenía ya el peso de las dos contrarias juntas. Fué, no obstante, porfiado y terrible el combate; como si uno y otro contendiente presintiera que allí se jugaba en definitiva la suerte de aquella guerra; y ha de consignarse, para honra de nuestros enemigos, que sus generales hicieron allí oficios de capitán y de soldado. Peleando al frente de los suyos, Schomberg estuvo á punto de perecer y escapó por milagro; hizo Mello actos de gran valor y Castañeda dió con su ejemplo ánimo y esfuerzo á sus compatriotas. En estos trances eran ya pasadas muchas horas, cuando la noticia de haber sido hecho prisionero el general de nuestra caballería, Correa, y la traición de los suizos auxiliares, que inesperadamente se pasaron al enemigo, hizo flaquear y cejar á nuestra caballería. Comprendió el enemigo que el pánico comenzaba á cundir entre los españoles y redobló sus cargas, poniendo á la caballería castellana fuera de combate. Desde aquel momento luchó nuestra infantería aislada, pues los cañones que hasta entonces habían apoyado la acción enmudecieron. Y no se hizo esperar la derrota total, porque, después de siete horas de lucha, desamparados, los pocos que hacían frente, era lógico esperar que se rindieran. Más que combate, lo que desde las tres de la tarde en adelante tuvo lugar, fué una matanza. No ponían coto al furor de los vencedores los cadáveres hacinados sobre el campo, ni el cansancio de la refriega; que á la sed de la venganza se unía el deseo de concluir de una vez con el invasor. Ni logró ponerse en salvo la gente que dispersa y escapada del campo se había reunido en crecido número á la otra parte del monte donde se alza el monasterio de la Virgen de la Luz, pues la caballería portuguesa, secundada por el grueso del ejército, la envolvió, cerró y degolló entre aquellas asperezas. Sólo lograron salvarse 4,000 extranjeros fortificados en una inmediata eminencia, lo que consiguieron entregándose á merced del vencedor con sus banderas y armas; y algunos otros que se hicieron prisioneros. Se calculó nuestra perdida en 4,000 muertos y unos 5,000 prisioneros, contándose en el número de éstos algunos oficiales superiores; y la del enemigo en más de 2,000 muertos.

Tal fué el resultado de la batalla de Villaviciosa ó de Montes Claros, suceso que se presta á grandes consideraciones. Desacertada anduvo la corte en sus órdenes, poco previsor Caracena,

falto de diligencia Correa, egoístas los veteranos españoles en no acudir con la celeridad que requería la ocasión en apoyo de los extranjeros. De notar son los puntos de contacto que se observa entre ésta y otras batallas de la época, y acusa en nuestro ejército no pocos defectos, entre ellos escasas condiciones maniobreras, así como en sus caudillos falta absoluta de intuición, imperdonables descuidos en lo que respecta á utilizar el terreno y al enlace de las armas. Y es coincidencia singular que el mismo recurso que dió á los españoles el triunfo de Pavía, la interpolación de infantes y caballos, produjera la rota de Villaviciosa (1).

Doblemos esta triste página histórica.

Tan presto como el marqués de Caracena comprendió que era inevitable la derrota, dirigióse con el duque de Osuna á Villaviciosa, cuyo castillo seguía sosteniéndose. Ocioso era soñar en continuar el cerco, y el Marqués dió orden de retirar la artillería y abandonar las estancias, á tiempo que los sitiados, no contentos con defenderse, hacían vigorosas salidas. La retirada se hizo sobre Jeromenha y de allí á Badajoz, donde se pasó muestra á la gente, y se repartió por las plazas

(1) Circularon á raíz de este suceso varios papeles censurando la conducta del marqués de Caracena en la campaña que terminó tan infelizmente, y en contestación á uno de ellos dióse á la estampa, por algún amigo ó allegado del Marqués, una *Respuesta de un soldado del ejército de Extremadura á una carta de un ministro de Madrid, en que le pide le diga lo que entiende sobre un papel de cargos que había salido en aquella Corte, contra el marqués de Caracena, sobre la campaña de este año de 1665*. Este opúsculo no es otra cosa que una embozada apología de Caracena, y el Sr. Estébanez Calderón consagra á su examen el último capítulo de su obra. Por la refutación se puede formar el lector idea de cuáles eran los cargos que se hacían al general español, cargos cuyo número se elevaba á treinta y cuatro; pero de todos ellos son los más importantes los relativos á la batalla de Villaviciosa. Lo que se pone en punto de evidencia es, ante todo, que no fueron cumplidas sus órdenes; pues el capitán Ardila, que con un trozo de caballos se hallaba apostado en Borba, no obstante los repetidos mandatos del Maestre de campo general para que se incorporase al grueso del ejército, no lo efectuó. Al salir Caracena de Villaviciosa con una parte del ejército, dió orden de que el resto se le incorporara y no lo hizo. También fué desobedecido por el Sargento mayor de batalla, Carrafa; pues habiendo escogido para ponerse en batalla un puesto entre el camino que de Extremoz se dirigía por Borba á Villaviciosa y el que partiendo de Extremoz se unía con el que iba á Redondo, con objeto de marchar sobre uno ú otro costado, según la dirección tomada por el enemigo, encargó á dicho Carrafa que abriera los pasos, lo que éste no hizo á tiempo, imposibilitándose á causa de ello la marcha del ejército y facilitando el avance del enemigo. Caracena había dado esta orden la mañana del día anterior al de la batalla.

Colígese de lo dicho, que por efecto del descuido de Carrafa, el ejército no pudo ocupar el puesto conveniente, y desplegar con desembarazo, por impedírselo los tapiales y cercados; pero también se deduce de la *réplica* que otro de los cargos que á Caracena se hicieron fué el haber marchado con sobrada lentitud la caballería, pues el enemigo señoreó antes que los nuestros el puesto señalado por el Marqués, que era por el costado izquierdo, hacia Redondo, en una colina distante dos cuartos de legua del citado costado, y desde la cual se extendía la llanura hasta las cercanías de Extremoz. Pero ya que así no fué, otro cargo se hacía á Caracena: el haber perdido tiempo en maniobrar entre aquellas asperezas, lo que acusaría falta de oportunas disposiciones, falta tanto mas grave, cuanto era cosa más de prever y más fácil de evitar. Se maniobró, en efecto, algún tiempo para ocupar un puesto ventajoso; y, lo que es más sensible, se maniobró con lentitud á causa de los cercados y tapias. Pero á este cargo sigue uno todavía más importante y no menos fundado. Se culpaba á Caracena de haber colocado en la ordenanza de batalla, por una parte toda la caballería, por otra toda la infantería, muy al contrario de los portugueses, que habían interpolado con sus caballos tres escuadrones de infantes. Cierto que á la estrechez del terreno hubo de acomodarse la ordenanza; no menos cierto también que el Marqués había dispuesto que reforzaran á la caballería algunos escuadrones de infantes; pero hubo mala distribución de órdenes, confusión; como si las vacilaciones del caudillo se transmitiesen á los subordinados. «Sólo unos cuantos infantes y mosqueteros acompañaron á nuestra caballería, y muy pocos caballos dieron abrigo al grueso de nuestra infantería.» No hubo el enlace indispensable de ambas armas. Y además, notóse en aquellos críticos momentos la falta de los caballos de Ardila, que quedaron en Borba, para cubrir el costado derecho de nuestra infantería, costado que se dejó casi desguarnecido. Esta falta la reconoce el mismo autor de la *Respuesta*, no obstante su apasionamiento por el Marqués.

Los restantes cargos no son de tanta monta. De la mala disposición de la ordenanza, se deduce el que la caballería se doblara en cinco cuerpos, presentando poco frente, así como el que no apoyara como debiera á la infantería, no obstante las repetidas órdenes de Caracena que bajó algunas veces de la colina en que se hallaba, acudiendo á dar ánimos á las últimas líneas de infantería del cuerpo derecho, inmediatas á la citada eminencia. Muy generales y vagas son las acusaciones que se hacen al Marqués respecto á su trato con la gente de guerra y á la asistencia y pago del ejército. Las últimas, sobre todo, más que al General, afectaban al Gobierno, que no ponía en sus manos el dinero ni los elementos necesarios. Por último, el cargo final acumula sobre el desdichado Caracena, tantas culpas como es posible idee quien lleva intención marcada de echar por los suelos la reputación de un militar. «...Ese caballero, dice, no tiene cabeza, no digo yo para mandar un ejército ni una provincia, pero *ni para mantener una aldea ni poner cuatro hombres en batalla, siendo totalmente nulo;* y sólo puede haberle mantenido su crédito acá, el haber servido fuera de España, donde no le veían, que los que hemos servido acá, bien le conocemos...» Acusaciones tan apasionadas, desde luego se hacen sospechosas; y el historiador imparcial, ni puede admitirlas después de un concienzudo examen de los hechos, ni aceptar tampoco los descargos dictados por la amistad ó el favor; porque hay que reconocer también, que si parcial se muestra el acusador, apasionado y parcial se revela el autor de la *Réplica*. Achaques y defectos existían de antiguo en aquel ejército, y de los cuales no podía hacerse un cargo á Caracena: poco celo en la corte, emulación en los cabos, falta de disciplina en los soldados, carencia de alta capacidad en el caudillo. Parecía que el mal ejemplo de los gobernantes alcanzaba á los ínfimos soldados. No fué, pues, toda la culpa de Caracena, por más que reveló falta de previsión, de energía, de actividad, prescindiendo ahora de su mayor ó menor inteligencia. Pero si el Gobierno hizo con él una mala elección, ó si no tuvo á mano general más apto, debió retirarlo de aquel ejército, después de la derrota, pues, como dice muy bien un historiador, «no hay cosa que más desaliente al soldado que el descrédito de su general».

fronterizas, y desde cuya ciudad mandó Caracena una extensa carta al monarca español (1). Ya habían llegado á Madrid noticias del suceso, y fué tanta la ira y la consternación que sembraron entre el pueblo, que casi amotinado acudió á las puertas del real alcázar, donde un magnate procuró calmarle apelando á indigno recurso (2). Pero no se engañó, no, el Rey, aun con darse exacta cuenta de la derrota, acerca del porvenir de aquella guerra, y asegúrase que, al leer la carta de Caracena, dejóla caer al suelo, exclamando con angustia: *Parece que Dios lo quiere;* y sin dar respuesta al mensajero fué á ocultar su dolor en retirado aposento.

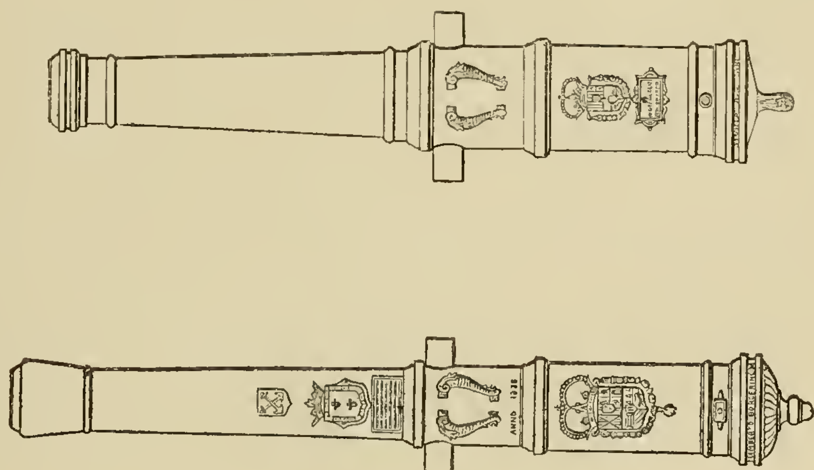
Podía darse, en efecto, por perdido el hermoso reino lusitano, podía mirarse como roto aquel bello florón de la corona de España; falta la nación de dinero, de soldados y de generales, cansada de la guerra y no esperanzado ya el Rey. Pero Felipe IV miró como punto de honra el continuarla, y en allegar recursos y en vencer dificultades para organizar nuevas tropas, sorprendióle la muerte el 7 de Septiembre del citado año 1665. Dos meses y medio sobrevivió el soberano á aquel desastre, y su muerte atribuyóse no sin fundamento al mismo. Lo que no había hecho Felipe IV con más elementos, lo que no la nobleza obligada con la persona del Rey, ¿cómo iba á hacerlo ahora la Reina regente sin más eficaces apoyos? De aquí que, si bien la guerra prosiguió, fué ya con poco calor, reducida por ambas partes á ligeras excursiones, en la que casi siempre llevaban los españoles la peor parte. Pero al expirar el mes de Octubre de 1665, los portugueses, en número de 12,000 infantes, 2,500 caballos y un escogido tren, entraron de improviso por la frontera de Galicia, mandados por el conde de Prado, gobernador que era de las provincias de Entre Duero y Miño. Los preparativos de esta expedición habíanse efectuado con tanto sigilo, que no dió tiempo á los españoles para detener el golpe, pues aunque el virrey de Galicia juntó algunas tropas y fué en demanda del enemigo, eran aquéllas sobrado inferiores para poder atajarle el paso. Avanzaron, pues, los portugueses, sin dificultad alguna, talando campos y saqueando poblaciones, y por último se detuvieron frente al castillo de la Guarda, al que pusieron cerco y ganaron después de ocho días y un vigoroso asalto, por capitulación. Bien hubiera podido el Virrey, mientras esto se ejecutó, atacar ó distraer al enemigo, pues las fuerzas de que aquél disponía habían engrosado; pero era ya tan grande en los nuestros el desaliento, que dejaron perder la fortaleza de la Guarda, y regresar tranquilamente á Portugal al invasor.

Ya éste tenía firme persuasión de nuestra debilidad, y por eso en Enero del año siguiente (1666), entró por la parte de Niebla talando el territorio, desmanteló el castillo de la Puebla, y puso guarnición en el de Paimogo; en Mayo enderezó su marcha á Sanlúcar del Guadiana, y tomó posesión de su castillo, y, poco tiempo después, efectuó otra correría por la parte de Gibraleón, que fué entrada á saco, repasando el enemigo cargado de despojos la frontera. Sobresaltáronse con esto los pueblos, cundió el pánico por Andalucía, y esto movió al gobierno á ordenar la salida de la armada que se encontraba aparejando en Cádiz el duque de Aveiro. Remedio tardío é ineficaz, pues las operaciones de esta armada redujéronse á la toma de dos pequeños fuertes en la costa portuguesa. No dejaba de hacer Caracena desde Badajoz cuanto podía para reorganizar su gente y procurarse nuevos soldados; pero los obstáculos con que tropezaba eran insuperables; y aunque efectuó, á su vez, algunas entradas por territorio enemigo, con pocas excepciones, no fué en ellas afortunado. Quedó la guerra reducida en 1667 á incursiones, escaramuzas y choques de poca importancia; á la conquista y pérdida de villas fronterizas, así por el lado de Extremadura como por el de Galicia, y como luz que se extingue, fué perdiendo cada día su importancia, haciendo lugar á las negociaciones que desde la muerte de Felipe IV venían preparándose en la corte.

(1) La primera carta del marqués de Caracena á Felipe IV, dándole cuenta de la derrota, es de fecha 18 de Junio, y escrita con precipitación, encierra escasos pormenores. La segunda es un parte detallado de la batalla, y no obstante el cuidado que pone Caracena en quedar favorecido, se evidencian ya las faltas de que en la nota anterior hicimos mención. Lleva la fecha de 10 de Julio y está escrita en Badajoz. Acompaña á esta carta una *Relacion* de los oficiales mayores y menores que quedaron presos en aquella jornada, que fueron en gran número y de los más significados. Otra carta fechada en Badajoz el 25 de Junio contiene también algunos pormenores de la batalla de Villaviciosa.

(2) Asomóse el duque de Pastrana á un balcón del alcázar real, y mostrando una carta que en las manos traía, aseguró que los españoles habían triunfado en Villaviciosa.

Veintiséis años habían transcurrido ya del levantamiento de Portugal, periodo más que suficiente para poner á prueba nuestras fuerzas. El pueblo estaba cansado de la guerra; la nobleza, aunque en apariencias inclinada á ella, tampoco deseaba su continuación; y menos la quería la Reina gobernadora, que por el buen parecer se mostraba enemiga de la paz. Dados tales elementos, fácil era que se llegara á un acuerdo. Y, en efecto, después de las acostumbradas consultas, dictámenes, peroraciones y reuniones, á que en el país clásico del expedienteo se da tanta importancia, todos los Consejos, excepción hecha del de Portugal, acordaron que se ajustara la paz. Y la Reina que, como hemos dicho, no deseaba otra cosa, y á la que hacía gran presión la actitud de D. Juan de Austria, negándose á marchar á Flandes, si antes no se terminaba la guerra de Portugal, apresuróse á firmar la paz, con intervención del monarca inglés. Representó á España en las conferencias que en Lisboa se efectuaron, el marqués del Carpio, y aquélla se firmó el 10 de Febrero de 1668.



Cañones del siglo XVII recientemente hallados en las aguas de Cabo Negrón

Sus principales artículos se concretaban al reconocimiento de la independencia de Portugal, á la devolución de lo que cada beligerante había conquistado, excepción hecha de la plaza de Ceuta, que debía quedar por España; á la restitución de bienes, herencias y derechos á los respectivos vasallos; á la libertad de los prisioneros, buena correspondencia y comercio entre unos y otros, y al libre paso de los ejércitos de aquéllos y éstos para perseguir piratas. Los restantes artículos son de menos importancia.

Hemos adelantado nuestra narración hasta el año 1668, con objeto de no interrumpir el relato de estos sucesos. En realidad el presente Estudio tiene obligado término con la paz de los Pirineos; pero como la guerra de Portugal va perdiendo en importancia á partir de la rota de Villaviciosa, y como constituye capítulo aparte en la historia militar de este reinado, hemos preferido darlo completo, aun á trueque de alejarnos un tanto de nuestro punto de descanso. La paz de Lisboa, completa, por otra parte, desgraciadamente, la de los Pirineos, y atestigua una vez más que España ha llegado ya muy adelante en el camino de su decadencia. Rocroy, Lens y las Dunas, patentizan en Francia y en Flandes nuestra flaqueza; el Rosellón perdido, nuestra impo-

tencia; pero la guerra de Portugal es la página más oscura de la historia de esta época; pues ella prueba que ni la inteligencia, ni la virilidad, ni los recursos, ni tan siquiera el recuerdo de nuestras pasadas glorias, infundían ánimos y calor al abatido cuerpo nacional. La paz con Holanda, la paz con Francia y la paz con Portugal, son para España otros tantos peldaños por los que descendió á secundaria categoria. Sueño son ya para ella los días de Mulberg y de Pavía, de San Quintín y de Amberes. El regio dosel de Carlos V cobija una mujer sin talento, un niño enteco y un jesuíta taimado, y la nación antes victoriosa en dos mundos, se adormece ahora al rumor de religiosas salmodias.



ILUSTRACIONES

D. Luis de Haro (pág. 219).—Nació este personaje en 1599, y ocupó desde muy joven puestos de confianza en el servicio de las reales personas, favorecido por su tío el conde-duque de Olivares, á quien sucedió en la privanza y cuyos títulos heredó. Ni reunió más dotes que éste, ni fué más afortunado; pero si no tan altanero, mostróse no menos ambicioso y más atento al favor que al bien de la nación. Los sucesos de más monta á que va unido su nombre fueron el definitivo reconocimiento de la independencia de las Provincias Unidas de Holanda (1648) y la paz de los Pirineos (1659). Antes de este último suceso debe consignarse su jornada á Portugal, donde dirigió una campaña infortunada. En esta ocasión dió á conocer, como en otra lo hiciera su tío, sus recelos respecto á la pérdida de la privanza; pues desaconsejó que el monarca en persona se trasladara á la frontera, cosa en alto grado conveniente, y hasta se atrevió á ofrecerse él para regir al ejército. Mal de su grado hizo el ofrecimiento y con disgusto vió que lo aceptaba el Rey, pues sabiendo que la Reina le odiaba, temió perder el favor del soberano. Pero éste se hallaba tan acostumbrado á que otros se ocuparan de los negocios del gobierno, que le mantuvo en su gracia y aun le otorgó erigir el marquesado del Carpio en ducado con la grandeza, y le hizo príncipe de la Paz, en recompensa de la de los Pirineos. En 1659 representó al mismo Rey en la ceremonia del casamiento de la infanta María Teresa en Fuenterrabía. Los historiadores franceses hablan de D. Luis de Haro como de un caballero cumplido, leal y hábil; el mismo Luis XIV (¿quién mejor que él?) lo ensalzaba, y en más de una ocasión manifestó que tenía la seguridad de que Haro no le había de engañar. Así fué, por desgracia.

Murió este privado en 1661 á los sesenta y dos años de edad, y el historiador Lafuente hace de él el siguiente juicio: «Fué D. Luis de Haro uno de los poquísimos validos á quienes ha faltado antes la vida que el favor del monarca. La Reina no sintió su muerte; el pueblo no se alegró de ella, porque el de Haro no era tirano, ni vengativo, ni soberbio, y el pueblo no le aborrecía. Sin faltarle algún talento, el gobierno y la guerra en manos del de Haro fueron una verdadera calamidad. Como en Francia el cardenal Mazarino continuó la obra de engrandecimiento comenzada por el cardenal Richelieu, en España el del Carpio no hizo sino continuar por la pendiente de la decadencia en que puso la nación su tío el de Olivares. Fué desgracia de nuestra monarquía y desgracia de los hombres de la capacidad del de Olivares y el de Haro haber tenido á su frente dos hombres de la capacidad de Richelieu y Mazarino»; y para que la coincidencia fuera mayor, «los dos favoritos del rey de España no sobrevivieron á los dos ministros cardenales de Francia sino lo necesario para conocer y llorar lo cara que al reino había costado su rivalidad con quienes tanto los habían aventajado en talento».

El marqués de Leganés (pág. 221).—D. Diego Felipe de Guzmán, marqués de Leganés, nació á fines del siglo XVI, y fué, sin duda, uno de los generales españoles que más se distinguieron en el XVII. No era un militar de profundo talento; pero entre las medianías que se hallaron al frente de nuestros ejércitos en esta época, descuella Leganés por su actividad, por su valor y por su celo. Sus principales operaciones militares se efectuaron en tres distintos teatros, que fueron el Piamonte y Milanesado, Cataluña y Portugal; y en los tres contó por igual triunfos y reveses. En 1642 fué derrotado por los franceses junto á Lérida y perdió el favor real, siendo confinado á Ocaña; pero en 1646 alcanzó junto á la misma plaza una brillante victoria sobre Harcourt. Otros triunfos consiguió en Italia y á sus esfuerzos debió España el sostenimiento de su dominación en el Norte de aquella península. Perteneció este personaje al Consejo de Estado del Rey y fué comendador de la Orden de Santiago.

Tipo militar catalán (pág. 223).—Es copia de un grabado de la época y va vestido á la usanza francesa.

Caballero del siglo XVII (pág. 225).—Hicimos notar en la descripción de la página 209 las transformaciones que á principios del siglo XVII sufrió el indumento militar. La figura reproducida en la 225 permite irlas apreciando en la segunda mitad de este siglo; pues presenta el armamento defensivo reducido á la cabeza, tronco, brazos y cujas. Sobre la gola aparece el cuello de tela con encajes, á la francesa; las piernas van cubiertas por la bota de cuero. Las piezas que cubren al caballo desaparecen. Sacrifícase la seguridad á la ligereza, y las condiciones del combate se van modificando á compás del perfeccionamiento de las armas.

El caballero que ofrecemos en la citada página va armado con las piezas todavía en uso en el último tercio de este siglo.

D. Francisco de Moncada (pág. 229).—Pertenecía este escritor á una de las más ilustres familias catalanas, y vió la luz en Valencia, el 27 de Diciembre de 1586. Fueron sus padres D. Gastón de Moncada, segundo marqués de Aytona, virrey que fué de Cerdeña y Aragón y embajador de España en Roma, y D.ª Catalina de Moncada, baronesa de Callosa. D. Francisco, como primogénito de esta casa, recibió el título de conde de Osona, con el que fué designado hasta morir su padre. Joven de natural despierto, amante del estudio, entusiasta por las grandes hazañas de sus antepasados y de sus compatricios, animado por bélicas aficiones, parecía el heredero de los marqueses de Aytona llamado á distinguirse por su capacidad á la par que por su valor. La senda de la guerra estaba abierta aún hacia aquellos campos de Flandes donde habían combatido con gloria Mendoza y Coloma, Vázquez y Villalobos; senda erizada de grandes dificultades, más penosa ya que en los buenos tiempos de Farnesio; pues luchábamos con enemigo más pujante contando con menos recursos. Empero, para escalar los altos puestos hacía la gente moza aquel aprendizaje, que por otra parte no sentaba mal en un hombre de alcurnia tan ilustre. Desempeñó, pues, nuestro D. Francisco en Flandes sus primeros cargos militares, cuyos cargos ignoramos cuáles fueron, así como los años que los sirvió, y llegó á ocupar un puesto en el Consejo de Estado y Guerra de Flandes, tuvo el mando interino de las armas desde la desastrosa campaña del conde Enrique de Berghes hasta la llegada del marqués de Santa Cruz, en unión del cual la desempeñó luego con carácter efectivo; y por último, al morir la infanta D.ª Isabel Clara Eugenia, Felipe IV le confió el gobierno de los Estados *ab interim* hasta la llegada de su hermano el cardenal infante D. Fernando.

No fué afortunado el marqués de Aytona en el mando del ejército de Flandes, y en honor suyo debe decirse que hizo cuanto pudo para sostener nuestra decadente dominación, sacrificando, según parece, hasta ochenta mil escudos de su patrimonio en el pago de perentorios gastos. Sin embargo, cubrió el corazón Brabante, en el que trataban de penetrar los holandeses por el territorio de Waes, y á su celo y á los buenos oficios del conde de Fontaine debióse la salvación de Brujas, seriamente amenazada en 1630 por el príncipe de Orange. Esta campaña defensiva tuvo por desgracia triste fin, pues habiendo intentado los nuestros un ataque á las islas de Zelanda, sufrieron el 13 de septiembre de dicho año una seria derrota en el estrecho de Koeten, entre Stavenisse y Vianen. «Embravecida la mar, dice un historiador, varó la armada española á consecuencia de una espesísima niebla, cayendo en poder del almirante Hollard setenta y seis buques ó barcos y cuatro mil ciento cuarenta hombres que, según reza la medalla acuñada con este motivo, fueron conducidos *gregatim*, es decir, á manera de rebaño, á Bergem-op Zoom.» Las campañas de 1632 y 33 fueron funestísimas; durante la primera perdimos la importante plaza de Maestrick y al año siguiente los fuertes de Filipina y la Estrella, inmediatos al Saso de Gante. Para mayor desgracia, á fines de 1633 expiró la infanta Isabel Clara, desde cuyo instante cargó sobre Moncada todo el peso del gobierno, porque si bien aquélla dejó encargado, hasta que el Rey dispusiera otra cosa, tan difícil cometido á una junta, ésta no llegó á tomar posesión.

Ganoso de acreditar Moncada su celo y aptitud, acometió la empresa de poner sitio á Maestrick; pero la vigorosa resistencia que hizo su guarnición dió lugar á que el príncipe de Orange se presentase frente á Breda con el grueso de sus fuerzas y obligara al caudillo español á desistir de su empresa. Consiguió Moncada que el enemigo levantara el cerco y se retirara; pero en cambio no pudo hacerse dueño de Maestrick, y aunque en extremo honrosa para él esta campaña, no tuvo trascendencia alguna. Al año siguiente fué reemplazado en el importante puesto que ocupaba por el cardenal infante.

Es verdaderamente de sentir que los más de los datos biograficos de éste y de muchos otros personajes tengan que entresacarse de historias generales ó relaciones de sucesos particulares. De este escritor hallamos que además de los cargos militares, los desempeñó diplomáticos, pues fué embajador en Viena, y en 1622 se le confió una comisión secreta en el Principado catalán. En 1647 le vemos al frente del ejército encargado de operar en Cataluña contra Condé, si bien aquella campaña infructífera no le da realce alguno. Por último, destinado á mandar las tropas españolas que operaban allende el Rhin, muere en 1635 en el campo de Gock (Ducado de Cleves) después de haber derrotado dos ejércitos enemigos (1).

Treinta y siete años contaba Moncada cuando compuso la obra titulada *Expedición de catalanes y aragoneses*

(1) Campmany, *Teatro histórico crítico de la elocuencia españolo*, Tomo V, página 14.—Rossell *Noticia* que precede á las obras y autores del tomo XXIV de la Biblioteca de Rivadeneyra.

contra turcos y griegos, que dedicó á su tío paterno D. Juan, arzobispo de Tarragona. Escrita en la soledad de una aldea, según frases de su autor, y en los ocios que le dejaban las armas, revela esta obra gran fondo de estudio y una facilidad de expresión que da á entender alguna práctica en este género de trabajos. Un historiador catalán la ha calificado de paráfrasis del libro de Muntaner (1); y, en efecto, á éste sigue principalmente Moncada, pero se ve que ha consultado también las pocas traducciones latinas de los griegos, y alguna que otra relación tal vez perdida para nosotros. Con la narración de Muntaner le bastaba para formar el poema de aquellos hechos, tan portentosos y extraordinarios que podían suplantar con ventaja los relatados en libros de caballería; pero Moncada quiso ser historiador é historiador verídico. Allegó cuantos materiales pudo, ordenólos y los realzó con su dicción pura y armoniosa; dióles interés con la pintura de los caracteres, realce con el relieve de las figuras, atractivo con una narración sostenida y clara. Falta á este historiador, como á muchos otros de su época, lo que hoy nos interesa en grado tan alto, el espíritu ó sentido crítico, mas no aquellas observaciones que engendran algunos sucesos de trascendencia y que son como la nota personal del autor. La influencia de los clásicos se echa de ver en él, y muy especialmente la de Mendoza, al que se esforzó en imitar. Sin embargo, si D. Diego Hurtado de Mendoza posee estilo más vigoroso, á trueque de ser conciso, peca de ambiguo, oscuro y afectado; y esta aridez y oscuridad no se nota, por cierto, en Moncada, quien más inclinado se manifiesta á Salustio y á Tito Livio que á Tácito y á César. Sobrio y sentencioso, á fuer de imitador de aquellos modelos, revélase á la par prosista fluído y bastante elegante, aunque no siempre correcto. «Ocasiones hay, sin duda alguna, dice el Sr. Rosell, en que la naturalidad en que está escrita la obra degenera en flaqueza y desaliño; pero bien se deja conocer que el autor no acabó de pulirla; además de que en aquellos tiempos no se reputaban como defectos muchos de los que ahora nos parecen tales, y lo son manifiestamente.» Estas incorrecciones que ofenden el buen gusto y que no son propias exclusivamente de este autor, no oscurecen, sin embargo, las bellezas que esmaltan la obra; porque las descripciones son animadas y brillantes, las arengas nobles y enérgicas, las sentencias elevadas y oportunas y los retratos muy bien modelados. «En su género, dice Campmany, ninguno le aventaja.»

Escribió Moncada además de la citada obra, la *Vida de Anicio Manlio Torcuato Severino Boecio*, que vió la luz en Francfort el año 1642. La *Expedición de catalanes y aragoneses* se imprimió por vez primera en 1623 en Barcelona. Lleva la dedicatoria de este libro la fecha de 1620. Del mismo autor se cita un trabajo titulado *Antigüedad del monasterio de Montserrat*, y existe una *Genealogía de la Casa de los Moncadas*.

D. Francisco de Moncada tuvo por esposa á D.ª Margarita de Castro y Alagón, baronesa de la Laguna y vizcondesa de la Isla. De este matrimonio nació D. Guillén Ramón de Moncada, virrey que fué de Galicia y gobernador de la Corona en la minoría de Carlos II.

Croquis de la batalla de las Dunas (pág. 237).—Como quiera que en otro lugar de este mismo ESTUDIO damos parte del grabado francés que ha servido para componer este croquis, réstanos ahora dar noticia de la formación del ejército enemigo, comenzando por la izquierda.

En el centro de la primera línea cuatro batallones ingleses, el de Baudebois, el de Turena, el de Picardía, dos de guardias suizas, uno de guardias franceses y uno de bretones, cuyos batallones tienen en vanguardia otros tantos pelotones, y la artillería colocada en los altozanos de Letancourt y San Hilario. Esta primera línea se halla mandada por el señor de Gadagne, y los ingleses de la misma por milord Lockart.

En las alas y á retaguardia de la primera línea se hallan los escuadrones de caballería: los de la derecha mandados por el marqués de Créqui; los de la izquierda por el marqués de Castelnault; los de retaguardia por el señor de la Salle.

La segunda línea, compuesta de cinco batallones franceses y dos ingleses, tiene también en las alas caballería. Manda la infantería el marqués de Bellefonds, la caballería de la derecha el marqués de Humières y la caballería de la izquierda el conde de Schomberg.

El cuerpo de reserva, compuesto de cuatro escuadrones franceses, lo gobierna el duque de Richelieu.

Junto á la costa se ven los buques ingleses que cañonearon á nuestro ejército, obligándole á retirarse detrás de las dunas y facilitando el paso por el *estran* á la caballería francesa del ala izquierda, mandada por Castelnault.

La batalla fué dirigida por el general francés vizconde de Turena, siendo el maestre de campo general del ejército enemigo el marqués de Bussy Rabutin, que la describió en sus *Memorias*.

Batalla de las Dunas (pág. 239).—Esta doble página reproduce la formación del ejército español en la batalla de las Dunas de Dunkerque, y es facsímile del grabado francés debido á Ertinger, de cuya composición nos hemos servido para formar el croquis de la página 237, que da idea del total de la gran lámina francesa.

D. Juan de Austria (pág. 245).—Fué hijo natural del rey D. Felipe IV y la famosa cómica María Calde-

(1) «Sin la crónica de Muntaner, Moncada no pudiera emprender su disimulada paráfrasis, cuyo fondo se conoce al punto de dónde procede, por más que diga que la sacaba «libre de dos terribles contrarios, *descuido de los naturales y propios hijos*, y malicia de los extranjeros.» *Biografía de Ramón Muntaner*, escrita en 1883 por D. Antonio de Bofarull.

rón, vulgarmente llamada la *Calderona*, una de las actrices más aplaudidas de aquellos tiempos. Nació en 1629, y su padre, queriendo imitar al emperador Carlos V, púsole el nombre que llevó el vencedor de Lepanto: imitación desgraciada, pues ni uno ni otro demostraron hallarse a la altura de aquellos á quienes quisieron remedar. Dióse á D. Juan educación esmerada y demostró el Rey por él especial cuidado y amor, no recatándose de darle en la corte un lugar que, como dice un coetáneo, hacía disonancia grande con la buena opinión de los príncipes. Hízole prior de la orden de San Juan, y en 1647 le nombró generalísimo de la mar. En calidad de tal, presentóse en 1.º de Octubre de dicho año con la escuadra española en las aguas de Nápoles, cañoneó esta población rebelada contra el virrey duque de Arcos y dirigió el ataque que infructuosamente se dió contra ella. Presentóse poco después en el golfo napolitano la escuadra francesa y sostuvo con ella un combate de seis horas, combate que, si no fué decisivo, dió ocasión, por lo menos, á que los enemigos abandonaran aquellas aguas; y gracias á esto y á las acertadas medidas que tomó el de Austria, así en lo político como en lo militar, consiguió ir dominando la insurrección, á la que puso término el nuevo virrey duque de Oñate con sus procedimientos enérgicos. Vencida la rebeldía, tratóse de asesinar á Oñate, odiado por su extremo rigor, y se ofreció la corona de aquel reino al bastardo; pero D. Juan, obrando con suma lealtad, negóse á tal oferta, y después de haberse consagrado á pacificar el país, trasladóse á la Toscana, de donde arrojó á los franceses, recobró luego á Piombino y, después de cuarenta días de sitio, se hizo dueño de Portolongone.

Este afortunado comienzo en la carrera de las armas hizo formar alta idea de los dotes de D. Juan, y no contribuyó menos á ella la feliz campaña de Cataluña en 1652. Nombrado generalísimo del ejército que sitiaba á Barcelona, D. Juan presentóse en sus aguas con las galeras de Nápoles y bloqueó la plaza por mar, consiguiendo reducirla en Octubre de dicho año. Las condiciones honrosas con que se hizo la entrega, la amnistía que dió a los rebeldes y el interés que manifestó por el Principado, captáronle grandes simpatías, como se demostró en los eficaces auxilios que los naturales le prestaron para continuar la guerra contra los franceses. Pero en esta campaña fué muy poco afortunado, lo que debe atribuirse á los escasos elementos que le dió la corte. No estaba lejano ya el momento de poner á prueba su valer, pues en 1656 se le destinó á Flandes, en reemplazo del archiduque Leopoldo. Pasó allí D. Juan, no sin haber corrido en la mar grave riesgo de caer en manos de unos corsarios que apresaron tres de los cuatro bajeles que llevaba, pudiendo salvarse él, gracias á la ligereza del suyo; encontró los negocios en no muy buen estado, gran número de plazas perdidas, los caudillos disgustadísimos, el país sentido de la separación del Archiduque, y los franceses amenazando el corazón de las Provincias. Por de pronto consiguió, en unión del príncipe de Condé, salvar la plaza de Valenciennes, sitiada por Turena; pero no supo utilizar este triunfo, acometiendo y destrozando á su enemigo, cuyas tropas se hallaban desmoralizadas por la derrota. El socorro de Dunkerque, realizado poco después, fué debido únicamente á Condé, quien, aunque revestido de la autoridad de general, estaba supeditado al de Austria, y á esto se debieron los desastres que en 1657 y 58 sufrieron nuestros ejércitos en Flandes. Acusan estas operaciones poco concierto, flojedad, grandes vacilaciones por parte de D. Juan, quien no sabe sostener una vigorosa defensiva y cuando en Junio de 1658 se decide á embestir al enemigo que sitia á Dunkerque, lo hace tan atropelladamente, que da lugar á que Turena le derrote en toda regla. Ocioso sería entrar en detalles, ya que en el precedente ESTUDIO se describe este suceso. A él siguen la pérdida de importantes plazas y á poco la separación de D. Juan, á quien encomienda Felipe IV la guerra de Portugal.

Fué esta determinación de la corte española muy poco acertada; empero, en los diferentes mandos que á D. Juan se dieron, parécenos ver especial empeño en alejarlo del monarca, lo que no es de extrañar, atendido á lo receloso que de su privanza se manifestaba D. Luis de Haro. Lento y perezoso se mostró en un principio D. Juan, pues detúvose tanto en Badajoz que dió lugar á que se murmurara en la corte y á que el Rey le dirigiera una desabrida carta. Sus primeras operaciones fueron de escasa importancia; ocupó algunas poblaciones, taló el territorio y no llegó á las manos con el enemigo; en cambio las de 1662 prometían resultados de gran trascendencia, pues en ellas ganó á Jeromenha y ocupó á Veiros, Monforte, Alter y Crato. Animado por estas ventajas, en 1663 proyectó llevar la guerra al corazón del reino lusitano, lo que hizo al frente de lucido ejército; mas, por desgracia, la zona de operaciones en que se movió era sobrado extensa y cometió el descuido de no asegurar sólidamente las comunicaciones con la frontera española; á causa de lo cual, hasta los mismos triunfos le fueron perjudiciales. Así fué que, rendida Evora, vióse en un serio compromiso, y como no consiguiera obligar al contrario á una batalla, no pudiendo sostenerse por más tiempo en el país, hubo de retirarse de nuevo, aunque con tan poco acierto, que dió lugar á la desastrosa jornada de Extremoz. Allí se portó como soldado heroico, pero no consiguió con su valor conjurar la desgracia que su poco tino le acarreó. La pérdida de Evora y otras plazas portuguesas, y, lo que fué más sensible, la de Valencia de Alcántara, en territorio español, fueron las consecuencias de la rota de Extremoz. D. Juan no consiguió evitar la vergüenza de que el enemigo arrebatara una villa castellana, y después de haber acudido a Madrid para disculparse, regresó de nuevo á Badajoz, donde no consiguió mejorar el estado de cosas. Es indudable que tropezaba con la seria dificultad de faltarle recursos y es indudable también que el odio que la reina D.ª María de Austria le profesaba, contribuyó en parte á este abandono. Digno de consignarse es también, que mientras los gobernantes españoles desatendían las guerras interiores, mandasen á instancias de la Reina auxilio de hombres al Emperador de Alemania, seriamente amenazado por los turcos. D. Juan de Austria fué relevado en 1664 y á partir

de este año deja de figurar en los campos de batalla. Desgraciadamente para España, tan pronto falleció Felipe IV, comenzó á figurar D. Juan como político, y el que había sido menos que mediano general, resultó un pretendiente vengativo y soberbio.

Tan grande como era el afecto que á D. Juan profesaba Felipe IV, puede decirse que fué el odio que por él experimentó la reina D.ª Mariana de Austria y más especialmente su favorito y confesor el P. Nithard. La elevación escandalosa de éste á la muerte del monarca, y el grande influjo que ejercía en la Reina, ocasionó en la corte gran disgusto y murmuración, y como D. Juan de Austria, altamente resentido de D.ª Mariana, se colocara á la cabeza de los enemigos del confesor, y como supiese que pensaban éste y aquélla mandarle desterrado, retiróse despechado á la villa de Consuegra, como protestando de la política imperante. Entonces la Reina ideó apartarle de España, nombrándole generalísimo de las tropas que se destinaban á Flandes; pero D. Juan, después de haberse encaminado á la Coruña para embarcar la gente, detúvose algunos meses en dicha ciudad, y por último se excusó de efectuar el viaje, fundándose en motivos de salud. Dió entonces á entender claramente el austriaco que era un ambicioso vulgar, y tuvo la Reina justísimo motivo para ordenarle que, sin llegar á distancia de veinte leguas de la corte, pasase luego á Consuegra. Obedeció el bastardo; mas no debió permanecer quieto en su retiro, cuando D.ª Mariana, enterada de lo que tramaba con los enemigos del jesuíta, dispuso que el marqués de Salinas pasara á Consuegra y redujera al de Austria á prisión. Sin embargo, D. Juan logró ponerse con oportunidad en salvo, no sin dejar escrita una carta á la Reina en la que consignaba haberlo hecho así para seguridad de su persona y concluía pidiendo la separación del jesuíta. Tal respuesta hirió en el corazón de D.ª Mariana; pero no la hizo desistir de su empeño, y ya que no pudiera prender al austriaco, pidió D.ª Mariana dictamen al Consejo de Castilla para proceder en este asunto. La respuesta del Consejo, aunque no favorable en la calificación de los actos del de Austria, tampoco fué lo severa que ella deseaba, pues se redujo a un consejo conciliador; y por esta razón la consulta no se resolvió; pero desde aquel momento comenzó una guerra encarnizada entre los partidarios del confesor Nithard y de D. Juan, circularon por la corte folletos, sátiras y libelos, y en el palacio y en las calles mantúvose ardiente la polémica. Entre tanto D. Juan de Austria pisaba el suelo aragonés y de allí pasaba á la capital de Cataluña, siendo festejado no sólo por el pueblo, sino por la nobleza y hasta por el virrey del Principado. Atrevióse á dirigir cartas al Consejo de Castilla, á las ciudades de Valencia y Zaragoza, y por último á la misma Reina, que, temerosa, trataba ya de que los diputados de Barcelona le hicieran desistir de sus propósitos. Pero D. Juan exigía el extrañamiento del P. Nithard, y como no lo consiguiera, pasó á Aragón con algunos caballos y de allí marchó sobre Madrid al frente de 500 soldados. Fueron entonces inútiles las súplicas de D.ª Mariana, pues el bastardo prometió que si el jesuíta no salía por la puerta él lo haría salir por la ventana. A todo esto se amotinó el pueblo y la Reina no tuvo otro remedio que acceder á la expulsión, aunque con lágrimas y suspiros, procurando consignar en el decreto que era á petición del interesado y nombrándole embajador extraordinario de España en Roma. La lectura del decreto da á conocer la gran influencia que aquel taimado ejercía sobre esta mujer adocenada.

Claro está que tal suceso sólo sirvió para exaltar el odio que la Regente profesaba á D. Juan; mas por de pronto no se atrevió á otra cosa que á negar su petición de regreso á la corte, á exigirle que despidiera su escolta y á que se retirase algunas leguas de Madrid. Retiróse, en efecto, á Guadalajara; pero, dejándose engañar por la Reina, perdió el tiempo en tratos de conciliación, y cuando aquélla se encontró bastante fuerte para hacerle frente, le envió el nombramiento de virrey de Aragón, pretexto honroso para alejarle de la corte. Con esto se calmó por entonces la tempestad que amenazaba al reino; y decimos por algún tiempo, ya que habiendo sucedido á Nithard en el real favor D. Fernando de Valenzuela, prosiguió la lucha entre D. Juan y la Regente, encubiertamente en un principio, declaradamente luego. Era, sin embargo, el partido de D. Juan más poderoso que el de D.ª Mariana, puesto que lo formaba la mayor parte de la nobleza, y además, tanto ésta como el pueblo se hallaban escandalizados por el encumbramiento del favorito, hombre de humilde condición y que había comenzado sus servicios en la casa del duque del Infantado; así fué que á la postre consiguió D. Juan ser nombrado primer ministro, desterrar á la Reina y reducir á Valenzuela á prisión (1675). Los pormenores de estos sucesos honran tan poco á D. Juan, como al infeliz príncipe que debía heredar la corona de España. Pintan asimismo el estado á que había llegado la altiva nobleza castellana. No tardó en dar á conocer el nuevo ministro que, si carecía de dotes de gobierno, tampoco valía más como hombre. Dueño absoluto del codiciado poder, cuidó ante todo de perseguir á sus enemigos y se distinguió por su espíritu altivo y mezquino. Por de contado que el estado de cosas varió poco, ó, más bien, empeoró; pues el pueblo siguió experimentando los efectos de una administración desordenada y de una política falta de principios fijos. En cambio, D. Juan cuidaba mucho de las cuestiones de etiqueta, dábase aires de príncipe, y cuando más seriamente debieran preocuparle las derrotas que sufrían en Flandes nuestras tropas y los estragos que en Cataluña hacían los franceses, entreteníase en abolir golillas y reformar calzones.

No tardó el pueblo en darse cuenta de la nulidad del de Austria y tampoco tardó la nobleza en resentirse de su orgullo. El odio de los desterrados y de sus familias contribuyó no menos á desacreditarle, y otra vez estuvo en alza el partido de la Reina madre que se hallaba desterrada en Toledo. Díjose que aquel bastardo, hijo de una cómica, aspiraba á hacerse dueño de la monarquía; supúsose si al concertar el matrimonio del Rey, joven de constitución endeble, trataba de acelerar su muerte; y como los sucesos militares nos eran contrarios en todos los teatros y

como el país se hallaba cada día más agobiado, la opinión se declaró hostil al ministro. Esta hostilidad, calmada un tanto al ajustarse la paz de Nimega, manifestóse muy pronto declaradamente en las salas del real alcázar, y consiguió imponerse al ánimo del débil Carlos II, quien, en un arrebato de entereza, replicó á los que ponían como obstáculo de una petición la voluntad de D. Juan, estas palabras: *Importa poco que se oponga; lo quiero yo y basta.* Dícese que estas frases produjeron al bastardo tal disgusto, que enfermó de resultas, y habiéndole sobrevenido una fiebre terciaria, falleció en 17 de Septiembre de 1679, á los cincuenta años de edad. Instituyó heredero de sus bienes al Rey y dejó una hija natural que tomó el hábito religioso.

No llegó D. Juan de Austria á verse separado de la privanza, y pasó á mejor vida con suma resignación. Caudillo inhábil, ministro inepto y hombre de espíritu pequeño, sólo puede ennoblecerse á los ojos de la posteridad su valor como soldado. Es una de las pobres figuras que desfilan á través de esta época de decadencia.

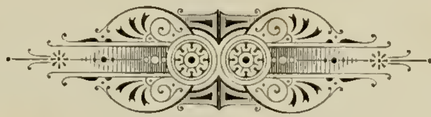
Tipos militares (pág. 249).—Los reproducidos en la citada página formaban parte del cortejo histórico con que la villa de Madrid honró en 1881 la memoria de Calderón.

El marqués de Caracena (pág. 253).—Poco más podemos añadir á lo que respecto ä este personaje llevamos dicho en las notas de las páginas 251 y 255. Como Fuensaldaña y como Leganés, Caracena guerreó en Italia, Flandes y Portugal. No alcanzó la talla del segundo y puede compararse al primero en lo poco afortunado. Como ambos perteneció al Consejo de Estado y Guerra y figuró en los principales acontecimientos militares de su época. Murió á fines del siglo XVII.

Cañones del siglo XVII (pág. 257).—En 1884, tratándose de sacar á la superficie de las aguas los restos de un buque sumergido junto á la costa de Berbería, en el sitio denominado Cabo Negrón, próximo á la plaza de Ceuta, halláronse los dos cañones que reproducimos en la citada página.

Los dos pertenecen al siglo XVII y son de calibre de 16. El primero ostenta el escudo de la casa real de España y debajo la siguiente inscripción: *Carlos II Rey de España;* en el aro de su recámara: *Sevilla, Anno 1680.* El segundo tiene en los dos primeros tercios otros tantos escudetes, uno con dos anclas cruzadas y otro rematado por una corona y con dos calderas en el centro: junto á éste se lee: *D. Juan Claros de Guzmán, marqués de Fuentes, Gentilhombre de Cámara de S. M. y su Capitán General de la Armada naval de Flandes.* En un aro inmediato el número 2,343; debajo de las asas la fecha: *Anno 1638,* y en el último tercio el escudo real de España y la siguiente inscripción: *Lamberto Borgernek me fecit Dunkerke.*

Aunque algún tanto deteriorados por la acción de las aguas, estos cañones están bastante bien conservados.





ESTUDIO SEXTO

ÚLTIMO TERCIO DEL SIGLO XVII

I. Guerra de Flandes movida por Luis XIV.—Conquistas de este monarca.—Alianza de Inglaterra, Holanda y Suecia para atajar sus progresos.—Actitud de España.—Preparativos de guerra.—Luis XIV se apodera del Franco-Condado—Paz de Aquisgrán.—Luis XIV disuelve la triple alianza y declara la guerra á Holanda.—Auxilio de España á los holandeses.—Operaciones militares en Flandes.—Confederación de Austria, Holanda y España.—Guerra en Flandes, en Alemania y en el Rosellón.—Invasión del Franco Condado por los franceses.—Batalla de Seneff.—Campaña de 1674 en el Rosellón.—Campañas de Cataluña en 1674 y 75.—Guerra en los Países Bajos.—Pérdidas y desastres en Cataluña.—Pujanza de Luis XIV.—Rebelión de Messina.—Paz de Nimega. — II. Pretensiones de Luis XIV.—Guerras de Cataluña y los Países Bajos.—La tregua de los veinte años.—Rómpense las hostilidades en Flandes á consecuencia de la liga de Augsbourg.—Batalla de Fleurus.—Sitio de Mons.—Los franceses en el Rhin.—Piérdese la Saboya.—Nuevos desastres en Cataluña.—Sitio de Barcelona.—Luis XIV en Flandes.—Pérdida de Namur.—Derrota de Steinkerque. Derrota de Neerwinden.—Recuperación de Namur.—Campañas de Italia y de Cataluña.—Pérdida de Rosas.—Derrota del Ter.—Pérdidas de Gerona, Hostalrich y otras plazas.—Derrota de Tordera.—Los franceses se apoderan de Barcelona.—Tratos de paz.—Paz de Riswick.—Muerte de Carlos II.—Consideraciones generales.

I

Quedó gobernando la nación, después de la muerte de Felipe IV, la reina D.ª Mariana de Austria, mujer de escaso talento, poco amante de su decoro, altanera, terca y más afecta á los intereses de la corte de Viena que á los de nuestra patria. Menos mal si á su lado hubiera puesto un hombre hábil y prudente; pero el que ocupó lugar tan eminente fué un jesuita que, si no la superaba en inteligencia, no la iba en zaga en terquedad. Elevóle á las primeras dignidades, dióle asiento en el Consejo de Regencia y originó con ello grandes murmuraciones y disgustos. Y ocioso es decir que la atribulada España hubo de contribuir desde aquel instante con sus mermados recursos al sostenimiento del Emperador de Austria, que, como de costumbre en los de su casa, no tenía un céntimo en su Erario. La situación por que atravesaba nuestra patria no podía, pues, ser más triste; porque carecía de

fuerzas, de recursos y de gobierno, precisamente cuando el ambicioso y falaz Luis XIV más pujante se encontraba. Amenazada en Flandes y en Italia, en guerra aún con Portugal; agitada por los partidos de *nithardistas* y *austriacos*, que ya comenzaban á formarse, y enemistada con Inglaterra; todo hacía presumir un reinado ruinoso, hasta la misma constitución del soberano, niño enteco y de tan torpe inteligencia, que bien podía calificársele de verdadero mentecato.

Pasaremos con la posible rapidez por esta época tristísima.

Conocía perfectamente Luis XIV el estado de postración á que llegó nuestra patria; y con la secreta mira de arrebatar lo que en Flandes nos restaba, había procurado fomentar la guerra de Portugal por cuantos medios encontró á mano; pero como por parte de uno y otro contendiente existían deseos de paz, ésta fué un hecho al fin, á pesar de los esfuerzos de aquel monarca. Aun así, España se encontraba sobrado débil para resistir una acometida del francés, que con ejército poderoso, excelente artillería, generales de talento y grandes recursos, amenazaba sus dominios. La amenaza fué un hecho en 1667; el pretexto una argucia de leguleyo (1). Por justificar un derecho que se apoyaba con el poderoso argumento de 50,000 soldados, era ociosa la publicación de un manifiesto dirigido á las naciones europeas. Aun hoy día la civilizada Europa reconoce la fuerza de tales razones, demostrando que igual valor tienen alegadas por Luis XIV que por el canciller de Bismarck.

En la primavera de 1667 cruzó el monarca francés la frontera flamenca para ir á colocarse al frente del ejército invasor. Este se dividió en tres cuerpos y acometió por otras tantas partes dicha frontera. Para hacer frente á los enemigos, el marqués de Castel-Rodrigo, que gobernaba las provincias flamencas, tenía sólo 6,000 españoles, tudescos y valones casi desorganizados y sin pagas. ¿Cómo era posible pensar en la resistencia? Sucedió, pues, lo que debe presumirse: una campaña rápida y poco gloriosa para el francés; plazas tomadas por desguarnecidas ó indefensas, y sólo por excepción alguna á muy escasa costa ganada. Cayeron en su poder Charleroy, Bergues, Furnes, Courtray, Oudenarde, Tournay, Alost, Lille y otras plazas menos importantes; desmanteláronse muchas y se recuperó y volvió á perder la de Alost. Esta serie de desastres llenó de consternación á la corte de Madrid, puso en serios cuidados á la de Viena, inquietó á la de Londres y alarmó justamente á la república de Holanda. ¡Raros contrastes de la fortuna! La nación acérrima enemiga de España, la república que por tantos años había luchado contra el poder absorbente de los Felipes, temerosa del engrandecimiento de Luis XIV, tenía que buscar ahora nuestro apoyo para garantir su territorio! Por de pronto Inglaterra, Holanda y Suecia constituyen una alianza para intervenir en las querellas de Francia y España, y obligar á la primera á que cese en sus hostilidades. Y, en efecto, comprométese Luis XIV á no proseguirlas; empero, con tales condiciones, que no es posible las acepte España (2). Desechadas éstas, en Febrero del año 1668, repite el monarca francés sus guapezas, y el gran Condé penetra en el Franco-Condado y lo sojuzga en menos de un mes: farsa indigna, según frases de uno de nuestros escritores militares, del monarca y de su general.

Cuando á España llegó la noticia de este suceso, exaltóse el sentimiento patrio; hiciéronse levas en Castilla, Galicia y Asturias; allegáronse recursos, gracias á los importantes donativos que hizo la nobleza, y dióse orden de armar los bajeles necesarios para el transporte de las tropas á Flandes: al propio tiempo se ordenó á D. Juan de Austria que marchara con estas tropas á dicho territorio. Pero el bastardo, si bien se trasladó á la Coruña, más ganoso del poder que de la honra, negóse á obedecer alegando una enfermedad, y se contentó con mandar los soldados en cortas partidas á las Provincias. No llegó, sin embargo, á estallar la guerra, porque los plenipotenciarios

(1) Fundó Luis XIV el pretexto en el derecho que alegaba su esposa María Teresa de Austria á poseer los Estados de Flandes, como hija del primer matrimonio de Felipe IV, con preferencia á Carlos II, que lo era de la última mujer de aquel monarca; y lo apoyaba además en una *ley de devolucion* que un letrado dijo haber hallado en los Archivos del Estado de Brebaña. Por si esto no bastaba, Luis XIV alegaba también que la corte de Madrid no había pagado la dote de su mujer estipulada en el tratado de los Pirineos.

(2) Eran éstas que España le cediera, á trueque de los pretendidos derechos de la Reina, las plazas conquistadas ú otras equivalentes que él designaría; que en otro caso se le diera el Franco-Condado, y, por último, que Holanda interviniera, influyendo en el gabinete español á este fin.

de las naciones que formaban la triple alianza, en unión de los de Francia y España, pusiéronse de acuerdo en Mayo de 1668. Convínose la restitución del Franco-Condado á España, quedando Francia en posesión de lo que había conquistado en Flandes (Paz de Aix-la-Chapelle); y como la conservación del Franco-Condado no le era posible á España, y como su reconquista le era muy fácil á Francia, bien se comprenderá la gran torpeza que entonces se cometió. Gran torpeza decimos, pero mejor podríamos escribir ansia de paz, deseo por parte de nuestros gobernantes de no distraer su atención del pugilato interior que venían sosteniendo; porque, triste es tener que confesarlo, mientras Luis XIV nos iba arrebatando nuestros dominios, mientras en las Antillas el filibustero Morgan saqueaba á Portobello y Panamá, se hacía señor de la isla de Santa Catalina y sem-



Caballos corazas

braba el terror por las costas americanas, efectuando en ella repetidos desembarcos y salvaje guerra; mientras se alborotaba la isla de Cerdeña y eran atacados nuestros galeones de Indias, D. Juan de Austria, ganoso de poder, fomentaba las rivalidades interiores, sin preocuparse de la triste situación del país que intentaba regenerar.

No se ocultaba á los hombres pensadores que la paz de Aquisgrán sería de corta duración. La Holanda había despertado la ira del monarca francés, deteniéndole á mitad de su carrera victoriosa, y la Holanda fué destinada á sufrir el azote de la guerra. Pero á Luis XIV érale preciso ante todo deshacer la triple alianza, y lo consiguió con sus habituales artificios; por manera que aquella república se vió en 1670 abandonada y sola ante enemigo tan poderoso. No podía contar en todo caso con otros auxilios que los que quisieran darle Austria y España, y Holanda

no vaciló en reclamarlos, ni dudaron España y Austria en procurárselos; que eran la amenaza y el peligro común á las tres naciones. Intentó, sin embargo, el francés impedir esta nueva alianza; pero no pudo conseguirlo, y otra vez se vió España comprometida en una guerra de problemático resultado. Nunca, sin embargo, en peores condiciones para ello, porque los escasos elementos que en la misma podía comprometer, apenas si bastaban para defender sus posesiones; á lo que se agregaba la ruina casi total de su marina y la situación comprometida de su hacienda.

Los enemigos con que Holanda, España y el Imperio tenían que luchar eran poderosos: Luis XIV y el rey de Inglaterra, Carlos II; los recursos que podían reunir, muy inferiores á los de éstos. Pero Holanda puso á la cabeza de sus Estados y de sus ejércitos un príncipe de singular talento, y confió sus flotas á un marino de extraordinario mérito. Guillermo III de Orange, contaba, á la sazón, veintidós años, y manifestó ser digno descendiente de Mauricio; Ruyter era un marino experimentado, intrépido y patriota, que había de sostener con gloria en los mares la bandera de la república. Ni uno ni otro desesperaron de salvar á su patria. Acusado el de Orange de que preparaba con la resistencia la ruina de Holanda, replica: *Para no verla caeré entre sus escombros;* y recordando las prácticas seguidas en otros días de idénticos peligros, hace romper los diques y anega parte del territorio, apercibiéndose á contener la invasión. Sin embargo, no era posible detener ejércitos tan poderosos y mandados por caudillos de la talla de Turena y Luzemburgo, auxiliados por hábiles ingenieros y provistos de magnífico tren. Las provincias de Over-Issel, Güeldres y Utrecht caen en pocos días en poder de los franceses, que llegan hasta las mismas puertas de Amsterdam, con estupefacción de toda Europa: cuarenta plazas pasan en veintidós días á manos del invasor. Pero tan terrible golpe no abate la energía de Orange. Comprende la necesidad de dividir las fuerzas enemigas, y aunque sin resultado, ataca la plaza de Vaerden; mas la oportuna llegada del conde de Monterrey, gobernador de Flandes, con 6,000 españoles, le permite reunir un ejército de 30,000 combatientes, con los que maniobra tan hábilmente, ya acometiendo una plaza, ya encaminándose hacia otra, que desconcierta á los franceses, y cuando por último embiste vigorosamente á Charleroy, llave de todas las conquistas hechas por Luis XIV en esta campaña, obliga á éste á presentarse con el grueso de sus fuerzas y logra salvar la Holanda, no obstante verse obligado á levantar el sitio. El ejército enemigo se hallaba ya muy mermado, y puede decirse que el monarca francés se encontró en breve tiempo sin conquista y sin tropas. Por añadidura Ruyter deshizo aquel mismo año las escuadras enemigas, introdujo un rico convoy de Indias en los puertos de la república y salvó las ciudades marítimas, completando así los admirables resultados alcanzados por Orange (1672).

Ardiendo en ira reclamó Luis XIV á la corte de Madrid, por lo que él consideraba como infracción del tratado de Aquisgrán; pero la corte española contestóle que ningún artículo de este tratado impedía á nuestra patria dar socorro á pueblos con los que estaba aliada. No omitió tampoco dar al Austria sus quejas, pero vió asimismo frustrado su intento de separar á ésta de la Holanda, y con aquélla se adhirieron á la república algunos príncipes y pequeños soberanos del imperio. Sólo se declararon en favor de Francia la Inglaterra, ganosa de humillar el poderío marítimo holandés, y el duque de Saboya, cuyas fuerzas debían distraer á las nuestras en Italia. Luis XIV vióse entonces obligado á acudir á las armas, y, después de haber aumentado sus tropas, tomado á sueldo buen número de suizos y reunido 8,000 ingleses que, mediante la pensión de 100,000 libras esterlinas, ofreció mantener el monarca de aquel país al servicio de Francia, cruzó la frontera flamenca con su ejército dividido en tres cuerpos, el más fuerte de los cuales mandaba en persona, y los dos restantes, destinados á operar en el alto y bajo Rhin, dirigían Turena y Condé. Fué su primera operación el sitio de la plaza de Maestrick, cuya importancia estratégica no hemos de encarecer, habiéndonos ya ocupado de los que sufrió en anteriores campañas. Maestrick se hallaba muy bien fortificada, y la guarnecían 6,000 soldados; además estaban armados sus habitantes y animaba á unos y otros el mejor espíritu; pero sobre contar Luis XIV con numeroso ejército, hábiles caudillos y excelente tren, tenía á su lado un ingeniero eminente,

el celebre Vauban, que por primera vez añadió en este sitio á las paralelas las plazas de armas, y no obstante la resistencia denodada de la plaza, consiguió rendirla á los trece días de trinchera abierta (29 de Junio de 1673). Tres mil franceses perecieron en este sitio; mil doscientos de los sitiados, lo que da idea del vigor que, por una y otra parte, se desplegó. El príncipe de Orange había intentado socorrer á la plaza, de acuerdo con los imperiales y españoles; pero no llegaron estos á incorporarse oportunamente, y debil para forzar por sí solo las líneas francesas, tuvo que desistir de su propósito. Rindióse, pues, la plaza, y la guarnición salió de ella con todos los honores de la guerra, siendo conducida á Bois-le-Duc.

La conquista de Maestrick hizo que se renovara con más ahinco la liga de los tres Estados ene-



D. Carlos II *el Hechizado*

migos de Francia (30 de Agosto de 1673) (1); y como esta potencia tuviera distraídas sus fuerzas aquende y allende el Rhin y diseminadas las de Flandes en la guarnición de las plazas recientemente conquistadas, los aliados pudieron tomar una ofensiva vigorosa, reconquistar la plaza de Naer y barrer al enemigo del territorio holandés. Las tres provincias de que Luis XIV se había apoderado, volvieron á poder de la República, cuya armada, al mando de los almirantes Tromp y Blankert, sostenía victoriosos combates con las escuadras anglo-francesas. El intrépido Ruyter

(1) «Por este tratado, que consta de diez y ocho artículos, se obligaba la España á hacer la guerra á la Francia con todas sus fuerzas, y los holandeses se comprometian á restituir á España, no solamente la plaza de Maestrick, cuando la reconquistaron, sino todas las que los franceses habían conquistado después de la paz de los Pirineos: el Emperador se obligaba á tener en la parte del Rhin un ejército de treinta mil hombres; y por uu articulo separado se comprometía también la España á declarar la guerra al rey de la Gran Bretaña, si por su parte se oponía á admitir las condiciones de una paz razonable y equitativa.» Lafuente, *Historia general de España*, Parte III, Libro V, cap. 3.º

evitaba que desembarcase en la costa una expedición que, al mando de Schomberg, se destinó á invadir aquella parte del territorio, y salvaba la flota holandesa de Indias, contribuyendo no menos eficazmente á frustrar los planes de Luis XIV. Quedó, pues, reducido éste en 1674, á la defensiva, así en las lineas del Mosa y del Wahal, como en sus fronteras de Flandes y Lorena; y por añadidura falto de su aliado Carlos II, pues el inglés firmó la paz con la Holanda, á trueque de 300,000 libras esterlinas. Entonces pudo creerse que Luis XIV desistiría de sus intentos, porque, en efecto, viéndose casi abandonado de casi todos los que abierta ó secretamente le apoyaban, se avino á entrar en negociaciones y mandó á la ciudad de Colonia, señalada como punto de reunión á los plenipotenciarios, sus embajadores. Pero como no le animaban buenos deseos, un pretexto fútil sirvióle para llamarles de nuevo á Francia y declarar la guerra á las potencias coaligadas. El orgulloso soberano no se intimidó ante el número y calidad de sus enemigos, y después de haber aumentado extraordinariamente su ejército y atendido á la defensa del litoral, despachó algunos cuerpos al Rosellón, contra el cual habían dirigido los españoles sus armas el año 73, y nuevas tropas á la frontera flamenca y territorio borgoñón, territorio por el que se temía un ataque de los austriacos. No ocurrió así. Los coaligados, atentos cada uno á sus particulares intereses, moviéronse con poco acierto, y el Emperador, que ambicionaba recuperar la Alsacia y el Rhin, para cerrar el portillo de Estrasburgo, prefirió atacar aquella provincia; error de que Luis XIV se aprovechó, haciendo que el duque de Noailles se apoderara de importantes plazas en la Borgoña y penetrara luego sin oposición en el Franco-Condado, ya predispuesto á sacudir el yugo español. Perma, Gray, Vesoul y otras plazas abrieron sus puertas casi sin resistencia á los franceses. Sólo las de Besanzón y Dole, de primera importancia militar, se mantuvieron é hicieron necesario un sitio en regla. Embistió á la primera el duque de Enghien, marchó á presenciar el cerco Luis XIV en persona, acompañado del famoso Vauban. Los tres mil españoles que la guarnecían defendiéronse con gran valor; pero el ingeniero francés redújola en quince días á tal aprieto, que el gobernador hubo de capitular, quedando la guarnición prisionera de guerra (2-14 de Mayo de 1674). Ocurrió en esta ocasión un hecho que pinta claramente los sentimientos que animaban á algunos de nuestros soldados. No bien salieron de la ciudad, y cuando todavía conservaban las armas en la mano, la idea de verse prisioneros los infundió tal ira, que, prefiriendo la muerte, lanzáronse contra los franceses, y en breve espacio de tiempo ejecutaron horrible carnicería en los enemigos. No escapó, como es de presumir, uno de los nuestros con vida; pero hicieron muy costosa la victoria al francés. Este suceso contribuyó á que los soldados que todavía se sostenían en la ciudadela, consiguieran la salida con todos los honores de guerra. Rindióse asimismo la guarnición de Dole, aunque su defensa fué muy mediana; sometiéronse las plazas de Salins, Fauconey, Lur y Luxeuil, y en poco más de un mes dejó de pertenecer el Franco-Condado á España. La torpeza que ésta había cometido al firmar la paz de Aquisgrán, podíanla apreciar ahora sus políticos, pues á trueque de sostenerse en este país, sacrificó entonces sus plazas de Flandes, siendo, como era de presumir, la pérdida del Franco-Condado casi segura, mayormente teniendo, como teníamos, por enemigos á los suizos.

Como todas las coaliciones, la de los holandéses, austriacos y españoles, pecó por falta de concierto y cohesión; y de aquí la flojedad y las vacilaciones que se notan al comenzar la campaña de 1674, campaña que no dejaba de presentarse con buenos auspicios para ellos. Lo de menos podía ser la pérdida del Franco-Condado, que España no podía sostener, sin descuidar el territorio flamenco; pero contrasta la inactividad de los coaligados en los Países Bajos con el proceder de Condé. Luis XIV ha encargado á éste las operaciones en Flandes y Lorena, mientras Turena defiende la Alsacia y el Rhin; y uno y otro general responden plenamente á la confianza que en ellos deposita aquel soberano. La primera operación de Condé es apoderarse de los castillos que impiden el avituallamiento de Maestrick; después, repliégase sobre el Hainaut y amaga á Mons. No es su propósito debilitar su ejército en un sitio, sino esperar refuerzos para tomar la ofensiva. Con 40,000 hombres á sus órdenes créese ya bastante fuerte para hacerlo, como en efecto lo hace. Pero casi al mismo tiempo que el ejército de Condé aumenta su efectivo, el de los aliados,

fuerte de 60,000 combatientes, toma la ofensiva. Después de largas discusiones acerca del plan de campaña, éstos avanzan contra los franceses apostados en fuerte posición á alguna distancia de Charleroy, entre el arroyo Pieton y el río Sambra. Cubría desde ella el príncipe de Condé el Hainaut francés y la Champaña, obligando á los enemigos á presentarle el flanco si marchaban hacia Flandes ó hacia Picardía; al propio tiempo observaba y protegía la plaza de Charleroy, de la que ansiaban hacerse dueños los españoles. A la vista del ejército enemigo, que después de haber destacado un cuerpo contra Grave, se dirigía á embestir la posición, Condé permaneció inmóvil, y esta vez su sangre fría le allanó el camino del triunfo; porque el cauteloso Orange, fiando sobradamente en la superioridad de su ejército, en lugar de replegarse sobre Nivela, efectuó una marcha de flanco á la vista del enemigo y en dirección de Mons. Fué una verdadera imprudencia, mayormente teniendo en cuenta que allí el territorio se ofrece llano y descubierto; el error que había previsto Condé y que ponía de improviso la palma de la victoria en sus manos. Tan pronto el francés echa de ver el movimiento de los coaligados, se apercibe á abandonar la formidable posición que cubre el Pieton y ordena á su ejército que cruce este arroyo. La vanguardia enemiga se halla ya á bastante distancia y muy separada de la retaguardia, que atraviesa á la sazón el desfiladero de Seneffe. Sobre ésta cae impetuosamente Condé, acuchillándola y lanzándola contra el cuerpo de batalla, que á las órdenes de Orange hace doble derecha tan pronto advierte el peligro. Posesionado de una altura, rehace Orange á los fugitivos y rechaza las repetidas acometidas de la caballería francesa, defendiendo palmo á palmo el terreno. Esta puede considerarse como la primera parte de la batalla; porque mientras la retaguardia y una parte del centro combatían con desesperado valor, hasta ser casi totalmente rotos; Guillermo de Orange, con una



Infantería española del último tercio del siglo XVII

serenidad impropia de sus años, detenía á las restantes tropas y las colocaba en la excelente posición de Fay, protegido de un lado por un barranco y de otro por bosques y pantanos. Una altura inmediata dominaba el campo de batalla y en ella emplazó la artillería.

Como se ve, la posición de Condé, dueño de casi todo el bagaje enemigo y más de cien banderas, era difícil; pues engreído por la victoria, encontrabase con un adversario fuerte aún para hacerle cara y aun para arrebatarle aquellos trofeos. Turena, con todo su talento militar, no hubiera querido comprometer su ejército en la lucha ó por lo menos sacrificar esterilmente algunos miles de hombres; Condé, ebrio de sangre y de gloria, no se detiene ante estas consideraciones. Hace alto á tiro del cañón enemigo, hasta que su infantería se ha incorporado, y sin perder momento conduce sus columnas al ataque. Esta vez los aliados no cejan. Los batallones, los escuadrones franceses sucédense unos a otros en el asalto y retroceden diezmados ó quedan materialmente deshechos. Por tres veces en el espacio de doce horas marchan las columnas al ataque, y otras tantas son rechazadas. Ni Condé, ni Orange economizan su vida. Diríase aquel un combate de gigantes; pues el valor no es posible alcance mayores límites. Transcurrieron las horas sin que ni unos ni otros consiguieran su objeto, íbanse hacinando cadaveres, y no cesaba la lucha, porque las masas francesas ni podían ganar de frente la posición ni envolverla. Sobrevino la noche y continuó el combate á la luz de la luna. Cayeron por fin las armas de las manos de ambos contendientes, agotados ya; impotentes para acometer y resistir; y entonces concluyó la batalla. Sobre 25,000 soldados yacían en el espacio de dos leguas; ¡holocausto horrible á lo que se llama gloria humana! Las pérdidas habían sido casi iguales; unos y otros se hallaban imposibilitados de reanudar el combate, y así no es de extrañar que franceses y coaligados abandonaran el campo de batalla (11 Agosto de 1674). Las tropas españolas que al mando del conde de Monterrey formaban la retaguardia del ejercito, lucharon allí con gran bizarría y dieron á la muerte respetable contingente. A fuer de imparciales hemos de consignar que el triunfo moral pertenece á Condé; empero, no puede negarse alguna gloria a Orange, que supo compensar la torpeza de su primer movimiento, con la serenidad y el valor de que dió pruebas en el transcurso de la acción. Ambos ejércitos se proclamaron, como es de suponer, victoriosos, y el *Te-Deum* cantóse casi á la par en París y en la Haya. Los franceses volvieron a su campo de Pieton; los aliados dirigiéronse á Mons.

Tan destrozados quedaron aquéllos y estos, que no les fue posible por de pronto otra cosa que cobrar aliento y reorganizarse; pero los aliados, que andaban ya poco acordes antes de la batalla de Seneffe, se encontraban más divididos ahora. culpabanse mutuamente, y el de Orange echaba en cara á los españoles no haberle facilitado los recursos indispensables, siendo así que aun quedaban guarniciones en las plazas. Para satisfacerle hubieron, pues, de retirarse estas, y engrosado el ejército llegó a contar hasta 50.000 combatientes. Entonces pidieron los españoles que se embistiera la plaza de Oudenarde, desde la que amenazaban seriamente los franceses las de Bruselas y Gante, y en efecto así lo hizo el 15 de Setiembre. Hallaron los campos inundados, rotos de antemano los diques del Escalda, y la guarnición dispuesta á seria defensa, animada por la presencia de Vauban y la esperanza de próximo socorro. Fueron rechazados con vigor los asaltos y Condé tuvo el tiempo necesario para reunir las tropas diseminadas por la Flandes francesa y presentarse el 20 ante las líneas de sitio. En aquel crítico momento tampoco estuvieron de acuerdo los caudillos. Orange y Monterrey eran de parecer que se atacara a Condé; el alemán conde de Souches se manifestó contrario a ello; pero como no era posible esperar el ataque en cuarteles separados por la inundación, fué indispensable levantar el sitio; lo que se hizo por la noche y con tan poco orden que se abandonaron las municiones y el bagaje. El ejercito coaligado trasladóse á Gante, desde la cual los tres cuerpos se separaron, marchando los alemanes y holandeses á sus respectivos países, no sin saquear los pueblos del Brabante y sembrar á su paso la desolación y el terror. Orange partió á continuar el sitio de Grave, que a fines de Julio había puesto uno de sus tenientes, y consiguió rendirla por capitulación el 28 de Octubre y después de haber efectuado su gobernador una brillantísima defensa. Esta fue la única ventaja obte-

nida por los coaligados, ventaja conseguida á costa de 6,000 holandeses que en el sitio de Grave perecieron. Aunque no sea de nuestra incumbencia dar cuenta de las operaciones que entre tanto realizó Turena en las márgenes del Rhin; no estará de más hacer constar que el célebre caudillo con sólo 20,000 soldados rechazó á los imperiales, muy superiores en fuerzas, sirviendo de escudo á la Alsacia, á la Lorena y al Franco-Condado, ya francés; y ganó contra aquéllos tres batallas consecutivas, no obstante hallarse mandados por generales de valía. La campaña de 1674 es un nuevo timbre de gloria para el ilustre Turena, y su estudio nunca será bastante recomendado al militar. No merece particular atención la efectuada en mes y medio por el mariscal de Luxemburgo para concluir de señorear el Franco-Condado, que España perdió para siempre.

La complicada lucha que Luis XIV sostenía contra las tres potencias nos obliga á volver al vista hacia nuevos teatros; el Rosellón y Cataluña, entre otros, donde ardía también la guerra.



Soldado de la caballería llamada *Dragones*

Hicieron los españoles una tentativa para recobrar la primera de aquellas provincias; pero, descubierto el complot por el general Bret, que allí mandaba, fué necesario acudir á las armas. Reunió, al efecto, el duque de San Germán cuantas tropas tuvo á mano, y con el apoyo de los catalanes púsose en campaña en 1674; casi á la par que Luis XIV mandaba al Rosellón un militar experto, el duque de Schomberg, de sobra conocido por las campañas de Portugal. No eran de presumir grandes ventajas para nuestras armas; pero San Germán se condujo con tal habilidad, que desconcertó por completo á su adversario, y después de haberse hecho dueño del castillo de Bellegarde, fingiendo una retirada, atrajo al general Bret á unos desfiladeros, y en ellos le hizo sufrir un serio descalabro. Despachó entonces Schomberg, en auxilio de Bret, algunas tropas, para que se reparase del desastre, y trabóse en las márgenes del Tech una batalla en la que tuvieron los franceses 3,000 muertos, entre ellos al hijo de Schomberg. Este triunfo, conocido con el nombre de batalla de Maurellas, no pudo utilizarlo el caudillo español porque el gobierno de Madrid, noti-

cioso de la sublevación de Messina, necesitó parte de las fuerzas que operaban en el Rosellón para acudir á Sicilia; lo que redujo á San Germán á mantenerse á la defensiva el resto del año. Desmenbradas en 1674 las fuerzas que operaban en el Rosellón y guarnecían á Cataluña, claro está que el enemigo se hallaba en las mejores condiciones para tomar la ofensiva y pisar el suelo del Principado; y así lo efectuó en 1675 Schomberg, penetrando en el Ampurdán por el Coll de Bañuls, entrando en Figueras sin resistencia y llegando hasta las inmediaciones de Gerona, á la que puso sitio. La constancia del duque de Medinasidonia, que gobernaba esta plaza; el valor de sus defensores, y sobre todo el excelente concurso de los *miquelets* catalanes, que en partidas sueltas acosaban al ejército francés, interceptaban sus convoyes y les causaban casi á mansalva parciales descalabros, obligaron á Schomberg á levantar muy á su pesar el cerco; pero ya que no consiguiera posesionarse de alguna villa importante aquende el Pirineo, logró recuperar en el Rosellón el castillo de Bellegarde (Julio de 1675).

Grave cariz presentaban por esta fecha nuestros negocios en la Sicilia. Como poco antes ocurriera en Nápoles, los desafueros del virrey produjeron, á mediados de 1674, una imponente sublevación en Messina y crearon á España otro compromiso. Los sediciosos acudieron á nuestro enemigo más poderoso, Luis XIV; y éste, que no deseaba otra cosa que intervenir en Italia, despachó para Messina una flota que en Enero de 1675 forzó el puerto después de un terrible combate con las galeras españolas y puso en tierra el socorro. La ciudad reconoció por su protector al monarca francés, y desde aquel momento comenzó la guerra en un nuevo teatro. No era éste, sin embargo, el más á propósito para sostenerse los franceses con ventaja; pues si por un lado España tenía á su favor todo el resto de la isla, por otro no tardó en recibir los socorros de Holanda, cuya república, en Setiembre de 1675, le mandó su almirante Ruyter con una escuadra de veinticuatro navíos de guerra. Esta escuadra zarpó primero en Cádiz, pasó luego á Barcelona, donde debía embarcar á D. Juan de Austria y algunas tropas, y desde allí se hizo á la vela para Sicilia, no habiendo efectuado su embarque D. Juan por hallarse empeñado en las intrigas políticas. Poca falta hacía, sin embargo, su persona; y cuantos conocían las dotes que realzaban al insigne almirante holandés, el valor de la gente que embarcó en sus naves y la pericia de su marinería, esperaban con razón una brillante victoria que, en verdad, sólo pudo malograr, como en efecto malogró, su gloriosísima muerte.

La lucha europea proseguía aún en los países del Norte. Luis XIV había conseguido á fines del año 1674 pactar con la Suecia, obligando así al emperador de Austria á distraer su atención hacia la Pomerania electoral, que invadió el monarca sueco; y como el elector solicitara entonces el apoyo de Holanda, Dinamarca y de la casa de Brunswich, tomó la lucha porporciones verdaderamente colosales. En los Países Bajos juntaron de nuevo sus fuerzas holandeses y españoles, aquéllos mandados por Orange, éstos por el conde de Monterrey, que había sucedido á Villahermosa; pero Orange no demostró en esta campaña más habilidad que en la anterior, y Monterrey, reducido á la categoría de auxiliar, tampoco dió á conocer superiores dotes. Los franceses, mandados por Condé, Créqui y Enghien, comenzaron la campaña con ventaja, pues se hicieron dueños de la ciudadela de Lieja y del fuerte de Maseyck. Luis XIV presentóse en Mayo al ejército, y por el valle del Sambra avanzó hasta Hui, que ganó casi al propio tiempo que Créqui ocupaba á Dinant. Seguidamente el monarca y Condé sitiaron á Limburgo, de la que se apoderaron el 22 de Junio, sin que pudiera evitarlo Orange, apostado en Lovaina. De este modo los franceses señorearon el curso medio del Mosa, y los españoles, que tenían en él á Namur y Charlemont, se hallaron rodeados por todas partes de guarniciones enemigas. Obligados á retroceder hasta el corazón del Brabante, su situación hubiera sido en extremo crítica, si Luis XIV no se viera obligado á disgregar parte de sus fuerzas para acudir á la guerra de Alemania. Esto dió algún respiro á los aliados é indujo al príncipe de Orange á tomar la ofensiva; pero ni Condé, ni Luxemburgo, que sucedió en el mando á éste, se dejaron arrastrar á una batalla, y en el extremo cuidado con que elegían sus posiciones daban claramente á entender que trataban solamente de tener en jaque á los hispano-holandeses y malgastar sus fuerzas. En la historia militar de Europa, este año 1675 es



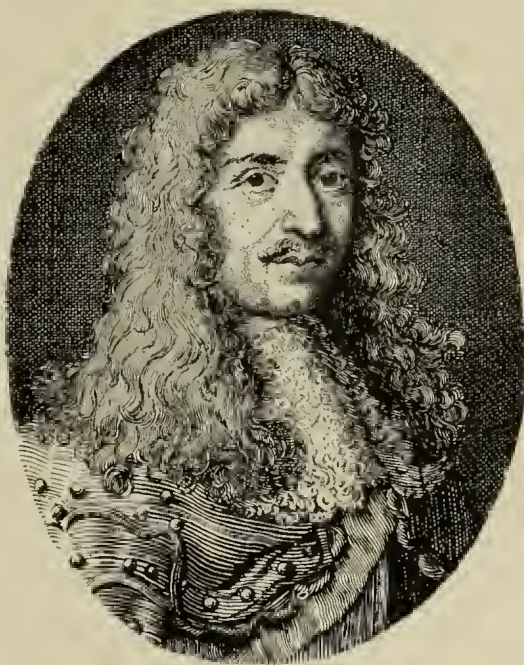
M. Soler, Editor.

SITIO DE BUCHAIM, EN MARZO DE 1676

GRABADO DE LECLERC

célebre por la campaña de Turena contra Montecuccoli: generales ambos de profundo talento, cuyo nombre brilla al lado de los más eminentes de este siglo. Admirables son las maniobras de uno y otro, y si con razón se ha dicho del primero que sabía retroceder, como Fabio, y avanzar, como Aníbal, ha podido con no menos exactitud afirmarse de Montecuccoli que ningún general logró imitarle en las marchas, cualquiera que fuera el país en que operara. Montecuccoli iba á caer en el lazo que Turena le tendía, no lejos de Estrasburgo, cuando una bala de cañón puso término á la existencia gloriosa del general francés y obligó á sus tenientes á la retirada (27 Julio 1675).

Dejábase ya sentir en casi todas las naciones el deseo de la paz; pero Luis XIV, que aparentemente se mostraba ganoso de ella, era quien más obstáculos ponía á que se llevara á efecto. Por



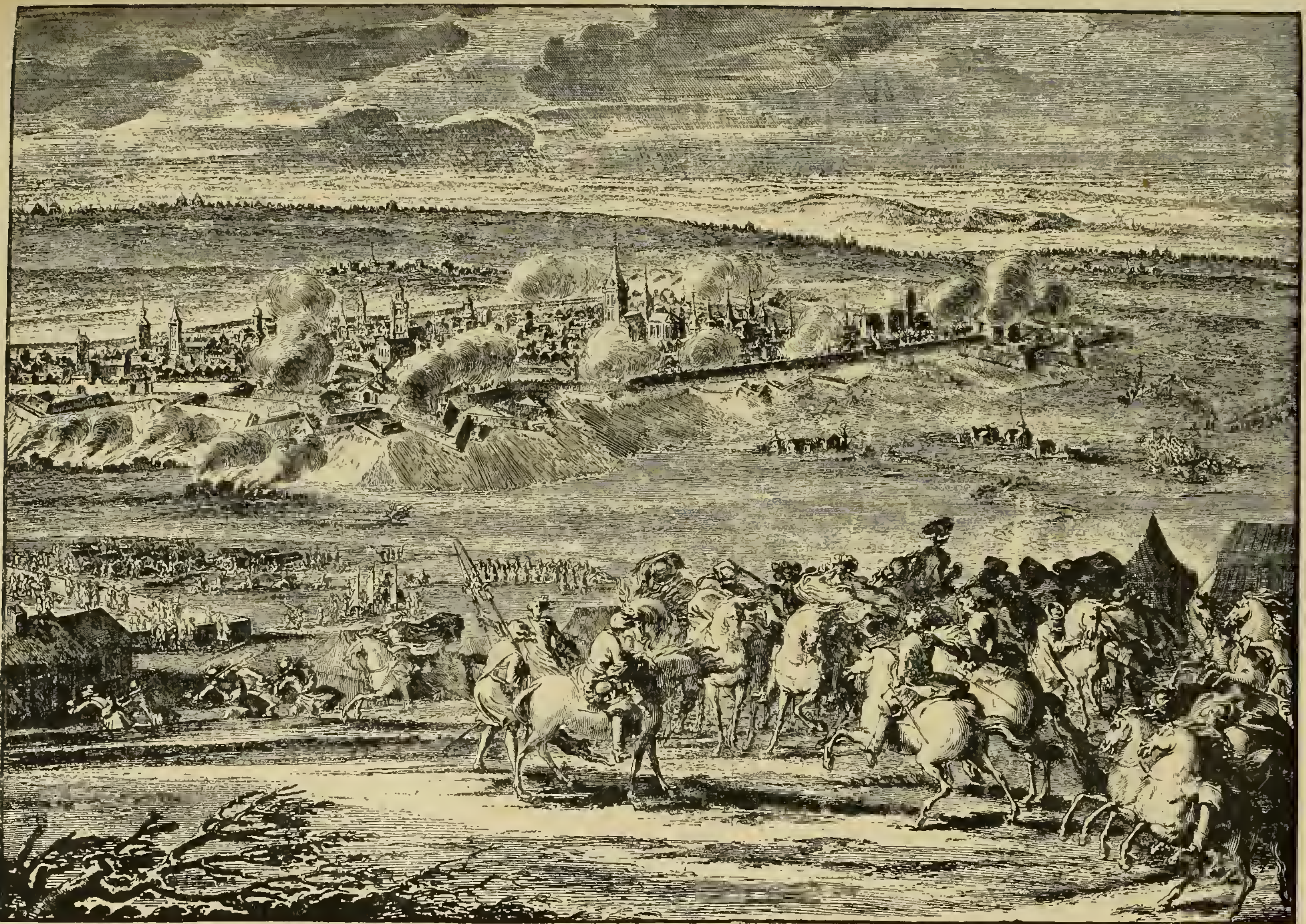
El duque de Vendôme

el buen parecer, sin duda, avínose á que en Diciembre de este año se reunieran en Nimega los plenipotenciarios de cada monarca; pero al propio tiempo, y con pretexto de garantir la seguridad de los conferenciantes, puso en 1676 cuatro ejércitos en campaña: el del Rhin, mandado por el duque de Luxemburgo; el del Sambre y Mosa, á las órdenes de Rochefort; el del Rosellón y Cataluña, regido por Noailles, y el que debía él mismo dirigir en persona, en el que figuraban como tenientes el duque de Orleans y los mariscales Schomberg, Créqui, Humières, Lorges y la Feuillade. Componían este último ejército unos 50,000 hombres, y su primera empresa fué la conquista de la plaza de Condé, plaza que rindieron antes que los aliados pudieran socorrerla (Abril 1676). Detúvose Luis XIV á contener el avance de Orange y Villahermosa, mientras uno de sus tenientes atacaba y rendía la de Buchaim (Mayo 1676); y luego se corrió á Valenciennes,

acampó en Quievrain y taló las cercanías de Mons. La conquista de Condé y Buchaim sólo tenía interés porque amenazaban de cerca dos ciudades tan importantes como Valenciennes y Cambray; pero no era posible atacar una ú otra teniendo tan cercano al enemigo, y Luis XIV, considerándolo así, resolvió regresar á París. Con esto debilitóse el ejército y el príncipe de Orange trató de llevar á efecto una empresa hasta entonces vanamente intentada: la conquista de Maestrick. Esta famosa plaza ponía á contribución todo el territorio llano hasta el río Wahal, su presidio elevábase tan sólo á 6,000 hombres y su gobernador hallábase ausente, haciendo sus veces un tal Calvo, cuñado del catalán don José de Margarit y de Viure. Orange y Villahermosa la pusieron sitio el 7 de Julio, y á su ejército fueron á unirse algunas tropas, mandadas por los príncipes alemanes: sumaban todas estas fuerzas un contingente respetable; pero los franceses, que se detuvieron á sitiar la plaza de Aire, en la presunclón de que Maestrick resistiría, más bien creyeron librarla con esta diversión que por medio de socorro. Equivocáronse grandemente, pues de no dárselo Schomberg, la famosa plaza hubiera caído en poder de los aliados. Fué este sitio, según testimonio de franceses y españoles, el más terrible y empeñado de aquella guerra. El 19 de Julio abrióse la trinchera; el 22 estableciése la batería, y á partir del 30 comenzaron los ataques, que se prolongaron durante todo el mes de Agosto. El terreno se disputó palmo á palmo; ganáronse y perdiéronse las obras exteriores repetidas veces; cubrióse de cadáveres el camino cubierto; hicieron las minas terribles estragos en las columnas de ataque; pero aunque á la postre se ganaron algunos puestos, las pérdidas habían sido tales, que no considerándose Orange bastante fuerte para hacer frente á Schomberg, que acudía en auxilio de la plaza, acordó, previa consulta de los generales, levantar el sitio (29 Agosto). La retirada del holandés honra su talento militar. Revolvió Orange por donde vino el enemigo y le puso en grave compromiso, cortándole sus comunicaciones con Francia; pero Schomberg salió de él dando un hábil y rápido rodeo, y salvando de esta suerte á su ejército. Con estas operaciones terminó la campaña, y al inventario de las pérdidas que sufrimos hubo que añadir la del fuerte de Liviek y la de los castillos de Bouillon y Link. Seguía, pues, en auge Luis XIV, cuyas armas, triunfantes en Flandes, sosteníanse con ventaja en Alemania y trastornaban la Europa, mientras sus diplomáticos discutían en Nimega las condiciones de una paz que en realidad dictaba con la espada.

Por desgracia, España, que continuaba haciendo en Flandes esfuerzos de flaqueza, tenía que defender con pena su propio suelo invadido por Cataluña y atender además á la guerra de Sicilia. En estos dos teatros también se anublaba su estrella. Sostuviéronse en las aguas de la isla recios combates entre la escuadra francesa mandada por Duquesne y la holandesa-hispana dirigida por Ruyter en uno de los cuales fué mortalmente herido este almirante y vióse obligada su escuadra á retirarse á Siracusa (29 Abril de 1676); luchóse con más ventaja por tierra, reducidos como se hallaban los franceses á la capital; pero cuando la armada francesa se halló lo suficientemente aventajada y embistió un mes más tarde á la aliada, sufrió ésta un terrible descalabro, pues incendiada nuestra almiranta, quemados los brulotes y sumergidos siete navíos y seis galeras, perdiéronse con ellos cinco mil hombres, entre holandeses y españoles, con setecientas piezas de artillería. Los mares de Sicilia quedaron á merced del vencedor, las fortalezas próximas á Messina también cayeron en poder de los franceses. Mas por fortuna á este descalabro se redujo lo que nos costó la insurrección de Sicilia, pues siendo odiados como lo eran, en el país, los enemigos, y teniendo interés, como tenían Inglaterra y Holanda, en que Luis XIV no ocupara aquel importante puesto en el Mediterráneo, no puso éste gran empeño en defenderlo, y por el tratado que firmó al año siguiente determinó abandonar la isla. La rebelión había durado cerca de cuatro años, y ya que no otra cosa, Luis XIV consiguió, gracias á ella, distraer nuestras fuerzas de Cataluña, donde el mariscal Noailles se hizo en 1676 cargo del ejército del Rosellón, entró en el Ampurdán por el Coll de Pertús, ganó á Figueras y avanzó sin dificultad hasta Gerona.

Carecía, por desgracia, el marqués de Cerralbo, que mandaba en el Principado, de elementos para hacer frente al francés, y aunque los migueletes catalanes no dejaron de hacer sus acostumbradas hazañas, fácil es que Noailles hubiese conquistado alguna importante plaza, á no haber



M. Soler, Editor.

SITIO DE CAMBRAY, EN ABRIL DE 1677

Grabado de Chatillon, según un cuadro de Leclerc

disminuído Luis XIV su ejército para despachar parte de él á Sicilia con objeto de distraer nuestras fuerzas y recursos. Retiróse, pues, Noailles al llegar el otoño, entre el Ampurdán y el Rosellón; pero entrada la siguiente primavera, púsose en campaña, comenzando por asolar el Ampurdán. La falta de concierto que reinaba en España, era tal, que impedía conseguir ventaja alguna, aun cuando se reunieran los elementos indispensables; y sucedió en esta ocasión que, si bien acordó el gobierno mandar á Cataluña las tropas destinadas á Sicilia, é hizo el Principado catalán grandes donativos para sostener la guerra, cuando el ejército español se puso en campaña, era ya á fines de Junio, con lo que se dió tiempo sobrado al enemigo para ejecutar sus fechorías. Componíase dicho ejército de 12,000 combatientes; era su caudillo el conde de Monterrey, y en clase de maestre de campo general, iba con él D. José Galcerán de Pinós. Los franceses, noticiosos de su arribo, le aguardaron al otro lado del río Orlina y en posición bien escogida; los españoles, llegados frente á ella, no se atrevieron á embestir; pero transcurridos algunos días vieron que el



Timbalero de caballería

francés levantaba su campo y se retiraba sigilosamente, y engreídos los nuestros, marcharon sobre él con tanto desorden, que depararon á Noailles la victoria. Acometió la vanguardia española en confuso tropel la retaguardia enemiga; mandó el general francés hacer alto á su centro y emplazar la artillería; empeñóse el combate, y después de seis horas de lucha, fué destrozado el ejército español y mortalmente herido Monterrey. No pudo calificarse este hecho de total derrota; pues el enemigo prosiguió su marcha al Rosellón cuando lo juzgó oportuno, y Monterrey pudo recoger su gente; pero las pérdidas que nos ocasionó fueron tan grandes por el número como por la significación de las personas. Esto no impidió que en Madrid y Barcelona se celebrara como un triunfo.

La invasión francesa se repitió al año siguiente. Sitiaron á Puigcerdá 20,000 enemigos; defendióla con heroísmo D. Sancho Miranda, acudió á socorrerla Monterrey con 13,000 soldados, mas contentóse con examinar las líneas retirándose luego y dejando abandonada aquella villa á su

destino. La capitulación no se hizo esperar (28 Mayo 1678). A partir de esta fecha el francés no efectuó operación alguna hasta Setiembre, en cuyo mes recorrió el Ampurdán y la Cerdaña, sin acometer empresa digna de mención; empero, como tuviera noticias de que estaba próximo á firmarse el tratado de la paz general, hizo destruir las fortificaciones de Puigcerdá y otros puntos fuertes, con la mira de que los españoles no pudieran aprovecharse de ellos en algún tiempo.

La paz se consideraba, en efecto, no lejana; y para sacar de ella la mejor parte, apresurábase Luis XIV á redondear sus conquistas en Flandes. En 1677 no esperó la primavera para ponerse en campaña. El célebre Luvois le procuró los recursos necesarios, y desde el mes de Febrero numerosas tropas se pusieron en movimiento, entre el Sambre y la costa. Era preciso arrebatar á España las tres plazas fuertes que en esta región todavía le quedaban: Cambray, Valenciennes y Saint-Omer, y sin perder momento, este plan se puso en ejecución. Mientras el mariscal de Humières amagaba á Mons con un cuerpo de ejército, Luxemburgo embestía á Valenciennes, á cuyas líneas acudieron Luis XIV y Vauban. Las formidables baterías de este ingeniero, su acertado plan de ataque, y, sobre todo, el hecho de haberse dado el asalto en pleno día, hacen de este sitio uno de los más señalados de la campaña. Los de Cambray y Saint-Omer se emprendieron simultáneamente, rindiéndose aquella plaza el 5 de Abril, y no entregándose ésta hasta el 22. En este intervalo de tiempo los bátavo-españoles habían reunido sus fuerzas para socorrer á Saint-Omer, y el duque de Orleans que la sitiaba y había recibido aviso de que avanzaban por Ipres y Poperingues, salió á su encuentro tomando posiciones á legua y media de Cassel. 30,000 hombres mandaba el príncipe de Orange, y si tan presto como avistó al francés hubiese acometido, fácil es que lo venciera, por la notable superioridad numérica de su ejército; pero detenido por la necesidad de echar puentes sobre el río Peene, dió lugar á que el mariscal Luxemburgo se incorporara á Orleans y restableciera el equilibrio. La batalla se dió al día siguiente, 11 de Abril, y desde el primer momento fué derrotada la izquierda de los aliados, sin que Orange pudiera rehacerla; en el centro fué rechazado por dos veces el enemigo, mas á la tercera embestida hubo de cejar; peleóse largo tiempo en la derecha, y á la postre también logró vencer el de Orleans. Dos mil muertos é igual número de heridos tuvo éste; tres mil muertos y dos mil quinientos prisioneros los bátavo-españoles, que perdieron además la artillería, bagaje y banderas. En el espacio de menos de dos meses habían ganado los franceses tres plazas fuertes y una batalla, y esto antes de que entrara el verano, es decir, en la mejor estación para proseguir las operaciones. Sin embargo, Luis XIV no prosiguió su triunfal campaña, ya sea porque considerara fatigado el ejército, ya porque se viera obligado á hacer frente á los alemanes en el Mosa y en Rhin, ó bien que le obligaran á ello las disposiciones hostiles de Inglaterra. El príncipe de Orange, por su parte, tras la derrota de Cassel, reunió sus tropas, las engrosó hasta la cifra de 50,000 combatientes, y después de maniobrar amagando á Maestrick, cayó sobre Charleroy, donde se dió cita con el duque de Lorena. El plan era por demás acertado, y se hubiera cumplido sin contratiempos, á no atender el insigne ministro Luvois al peligro, con la diligencia y oportunidad que le caracterizaban. En pocas horas el mariscal de Luxemburgo pudo disponer de un ejército y acudir á Charleroy, mientras su colega Crequi detenía la marcha del de Lorena. Charleroy se salvó con tan acertadas medidas, y Orange, contra el parecer de Villahermosa, retiróse sin aceptar la batalla con que le brindaba el enemigo. Ya no se efectuaron en toda aquella estación otras operaciones, pero á mediados de Diciembre, un cuerpo francés, cruzando de improviso la frontera, se hizo dueño de la plaza de Saint-Ghislain, sobre el Haisne, entre Condé y Mons. Luis XIV pudo darse por satisfecho, y el mármol, el lienzo y el bronce perpetuaron en grandiosas composiciones los triunfos conseguidos por el *gran rey*.

La pérdida de tan importantes ciudades, los apuros constantes de nuestra patria, la impotencia á que había quedado reducido el Emperador, y los sacrificios hechos por Holanda, hacían presentir nuevos descalabros y tras ellos la no lejana pérdida del territorio flamenco. Los aliados comprendían ya que la suspensión de hostilidades podía considerarse como un corto descanso, al que seguiría una campaña rápida y decisiva por parte del enemigo; y Orange quiso compensar las



M. Soler, Editor.

SITIO DE IPRES, EN MARZO DE 1678

GRABADO DE MAROT, SEGÚN UN CUADRO DE LECLERC

desventajas de su posición con un acto diplomático de verdadera trascendencia: tal fué su casamiento con la princesa María, sobrina del rey Carlos de Inglaterra. La alianza entre Holanda, España y aquella nación no tardó en ser un hecho: Carlos retiró las tropas inglesas que tenía al servicio del monarca francés, facilitó á Orange una escuadra de 90 bajeles y un ejército de 30,000 soldados, y además pidió á los españoles le permitieran desembarcar en Ostende las tropas auxiliares. Pero Luis XIV no se intimidó por tales amenazas; el activo Luvois había previsto las necesidades del ejército y su tesoro estaba repleto: de antemano había dado á sus mariscales instrucciones precisas y bien calculadas, y aquel invierno, con el propósito de obligar á los aliados á consumir los recursos del país, no había cesado de darles continuas alarmas. Contrasta tal actividad y previsión con la incertidumbre y el abandono en que se hallaban los españoles.

Desconcertados quedaron ante los primeros movimientos de los ejércitos franceses y por de pronto creyeron que el objetivo de éstos era poner sitio á Estrasburgo ó Filippeville; pero su asombro subió de punto cuando después de haber aquéllos maniobrado para desorientarles, embistieron casi á un mismo tiempo las plazas de Ipres, Namur, Luxemburgo y Mons. De uno á otro extremo de Bélgica resonaba la voz del cañón, las comunicaciones estaban cortadas, el duque de Villahermosa, que gobernaba los Estados Bajos, no acertaba á remediar tantos peligros. Envió á Ipres una parte de la guarnición de Gante y quedó la de esta importante plaza reducida á 500 soldados; 500 soldados con los que debía hacer frente á más de 40,000, que en 1.º de Marzo la pusieron sitio. Luis XIV acudió en persona á los cuarteles establecidos frente á ella; Vauban dirigió los trabajos del cerco. Se bombardeó la plaza, ganáronse las obras exteriores y la ciudad se entregó el 9 de Marzo, efectuándolo dos días después la ciudadela. Ipres se rindió el 18, después de abierta brecha y sin que los aliados intentaran socorrerla. «Rectificaba y fortificaba esta ciudad, dice un historiador extranjero, la frontera francesa entre el Lys y el mar; Gante aislaba á Brujas y Ostende, últimos restos de la Flandes española, de Amberes y Bruselas y colocaba los puestos avanzados franceses á la entrada de la Flandes holandesa.»

Causaron estas rápidas y sorprendentes conquistas el espanto en Holanda y en España, la indignación en Inglaterra, y el Parlamento de este país opinó por que se declarase la guerra á Luis XIV. No menos resuelto se mostraba Orange, á pesar de las tendencias que en su país y en la corte de Madrid se mostraban hacia la paz. Pero Luis XIV, que después de rendida la plaza de Gante había entrado en negociaciones con los Estados Generales holandeses y con España, consiguió intimidar de tal modo á aquéllos y á ésta, que unos y otra se avenían á firmar el tratado de Nimega. La circunstancia de exigir la Francia que la devolución de algunas plazas á España, se aplazara hasta que los alemanes devolvieran á Suecia todas sus posesiones, impidió que se llegara á un acuerdo; y como Orange y el Partamento inglés vencieran por fin las dificultades que hallaban en los Estados y en la corte, la guerra se renovó á fines de Julio de 1678, marchando Guillermo á la cabeza del ejército holandés reforzado por 9,000 ingleses y los españoles de Villahermosa en socorro de Mons, bloqueada por el mariscal de Luxemburgo. El 14 de Agosto acometieron los aliados las posiciones enemigas, y á causa de las asperezas del terreno, el ataque comenzado á medio día prolongóse hasta la noche con pérdida de 4,000 soldados por una y otra parte. Al día siguiente, apercibiéronse los franceses á renovar la lucha; pero Guillermo de Orange despachó á Luxemburgo un emisario participándole que había sido firmada la paz. En efecto, aquella tan suspirada paz era ya un hecho, pues la noche del 10 de Agosto de 1678 firmáronla los plenipotenciarios franceses y los de Holanda, sin conocimiento de los españoles, y ratificóse el 3 de Octubre por Luis XIV y Carlos II de España. «Treinta y dos artículos, dice el historiador Lafuente, componían el conjunto de esta estipulación; pero su parte fundamental era la que determinaba las cesiones recíprocas de territorios, á saber: el rey de Francia restituía á poder del rey católico las plazas de Charleroy, Binch, Ath, Oudenarde y Courtray: la ciudad y ducado de Limburg, Gante, Rodenhuys, el país de Weres, Saint-Ghislain y la plaza de Puigcerdá, en Cataluña: el monarca francés conservaba, reconociéndose como perteneciente en adelante á sus dominios, todo el Franco-Condado, con las ciudades y plazas de Valenciennes,

Buchaim, Condé, Cambray, Aire Saint-Omer, Ipres, Werwick, Warneton, Poperinge, Bailleul y Cassel.»

Tal fué el término de la prolongada guerra que conmovió á Europa desde el Báltico al Mediterráneo. Si en manos de nuestra patria no estuvo el poder conjurarla, sino á costa de su total renuncia de los Países-Bajos, fuerza es convenir en que obró con gran apatía y lentitud en enviar socorros á Flandes y procurar á nuestros generales elementos para resistir. Pero ya hemos indicado que la corte española, dividida en las parcialidades de la reina y D. Juan de Austria, ofrecía un triste espectáculo; que el país no podía mirar con buenos ojos la continuación de la lucha, y que D. Juan ansiaba terminarla para gozar sin dificultades del poder; y á esto debe atribuirse el gran júbilo con que en Madrid se recibió la paz. Todo lo que España podía esperar de esta guerra dependía, por decirlo así, de la habilidad militar de Orange; y Orange, con no carecer de talento, no supo hacer en muchas ocasiones buen uso de nuestros auxilios, atento como estaba, no tanto al problema militar, como al político. Perdimos, pues, y perdimos casi sin gloria muchos miles de soldados é importantes plazas; vímonos, á trueque de esto, mal pagados por la misma Holanda, que con notoria ingratitud firmó la paz con Francia sin ponerlo en conocimiento de nuestros plenipotenciarios y sin estipulaciones particulares en nuestro favor, y por último, dimos á conocer otra vez á Europa el triste estado á que nos hallábamos reducidos, precisamente cuando á nuestro lado se alzaba un enemigo tan poderoso como el dios de Versalles. Este estado de abatimiento se refleja perfectamente en las resignadas frases que pronunció uno de nuestros plenipotenciarios en Nimega: *Más vale arrojarse por la ventana que por el tejado.*

No era lo peor caer, sino caer tan vergonzosamente.

II

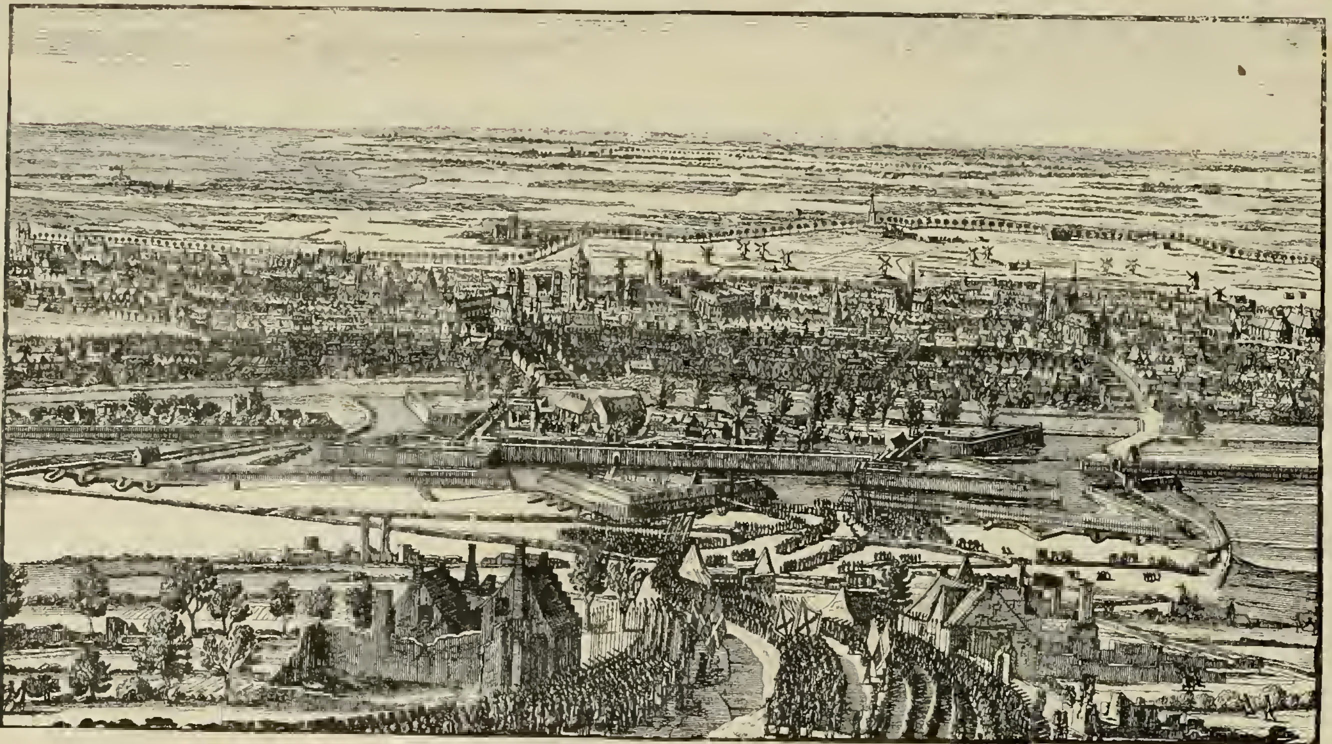
Para formarse idea del estado de envilecimiento á que había llegado así la nobleza como el pueblo español al expirar el siglo XVII, es preciso leer la *Relación histórica del auto general de fe que se celebró en Madrid este año de 1680, con asistencia del Rey N. S. Carlos II;* auto de fe de que da idea el conocido cuadro de Ricci que existe en el Museo del Prado. Doce horas duró esta imponente solemnidad, en la que se invirtieron grandes sumas. El Rey honró con su presencia el magnífico teatro en que ella tuvo efecto, y hasta ochenta y cinco títulos de Castilla y grandes de España se hicieron para esta función familiares del Santo Oficio. El inepto primer ministro de aquel monarca imbécil llevó el estandarte de la Inquisición; el Rey y la Reina recibieron y devolvieron la primera fagina que se echó en el fuego. ¡Qué ministros, qué nobleza y qué rey! Si nos faltaran otros datos para juzgar del triste estado moral de nuestra patria, éste bastara por sí solo. El espectáculo, se dirá, no era nuevo (es muy cierto); pero el contraste que ofrece con los serios peligros que corrían los dominios patrios y con las graves amenazas que pesaban sobre España, es digno de llamar nuestra atención. Muchos de los males que á nuestra patria agobiaban debíalos al fanatismo, y cuando á trueque de los sacrificios hechos á un nuevo Moloch, recibía escarmientos tan terribles, más degradada, cuanto más débil, ofrecía en sus aras nuevas víctimas. ¡Qué contraste el de nuestra decaída nación y la nación de Luis XIV! Si las guerras de religión causaron á ésta no pocas víctimas, ¿cuán diferentes resultados había producido en ella la propaganda de otras ideas y la influencia personal de sus propagadores? La pujanza político-militar de España, debida, como ha dicho un historiador no sospechoso, á la circunstancia fortuita de haber ceñido uno de sus monarcas la corona de Alemania y haber heredado otro la mejor parte de los dominios de Carlos de Austria, aumentada luego con el Portugal y sus posesiones ultramarinas, no puede atribuirse á las creencias religiosas de sus reyes; pero cuando



M. Soler, Editor.

SITIO DE GANTE, EN MARZO DE 1678

GRABADO DE LECLERC



La guarnición de Gante sale de esta plaza con los honores de guerra.—12 Marzo de 1678.
(Facsímil de un grabado francés de la época.)

careció de fuerza material para imponerse, una política estrecha, como inspirada por el fanatismo de secta y los intereses de familia, la hundió rápidamente en los abismos de la decadencia. La hora de la expiación era llegada, y el pueblo que no había sabido abandonar la barbarie de las quemas de herejes, no era digno de marchar á la cabeza de las naciones á fines del siglo XVII. Si la decadencia de un país puede explicarse por la torpeza de sus monarcas y de sus ministros, no se explica menos por la corrupción de sus costumbres, ó, si se quiere, por el extravío de sus aficiones. Menos que ninguno estaba el pueblo español llamado á dominar á Europa. Lo consiguió por una circunstancia fortuita, y esto fué lo que precisamente labró su ruina. Por grandes que fueran sus fuerzas, por inteligentes que fueran sus políticos, las ideas en él predominantes le hubieran conducido á una decadencia rápida.

Triste, muy triste era por estos años la situación de la antes poderosa monarquía. Sus colonias de América devastadas por los filibusteros; sus posesiones de Africa insultadas por los moros; sus Estados de Italia infestados de bandidos; sus Estados de Flandes amenazados de cerca por franceses; y á estas desgracias se unían otro género de calamidades, hambres, pestes, inundaciones tan terribles como la que en 1682 dejó envueltas entre las aguas poblaciones y comarcas enteras del Brabante; la pérdida de los bajeles de Indias, y con ellos veinte millones y más de mil cuatrocientas personas. Tal cúmulo de desgracias era como presagio de otras mayores, pues la nación, cada día más postrada, mirábase impotente para resistir las acometidas del ambicioso monarca francés. Es cierto que se hallaba garantizada por la paz que en 1678 se firmó en Nimega; pero bien conocía que esta paz no sería observada respecto á sus posesiones de Flandes, cuando Luis XIV, pasando por todo, se apoderó en 1681 de Cassal y Estrasburgo. A fuer de débil vióse, pues, obligada á solicitar ajeno apoyo, y con objeto de defender sus posesiones, ajustó en el año 1682 un tratado con la Suecia, el Imperio y Holanda. Este tratado se negoció con gran oportunidad, porque Luis XIV, ganoso de ocupar cuanto antes los dominios que en Flandes nos quedaban, manifestó á la corte española sus pretensiones al condado de Alost, territorio enclavado en el corazón del Brabante; y como España se negara á reconocerlas, invadiólo sin tardanza, hizo bombardear al mismo tiempo la ciudad de Luxemburgo y puso sitio á la de Courtray (2 Diciembre 1683), que rindió el 4. Pocos días después caía en su poder Dixmuda, con lo cual, satisfecho el francés, despachó un aviso dando á los españoles una tregua, que expiraba en Enero de 1684.

No era de presumir que España se doblegara á tales exigencias y, por de pronto, el gobernador de los Países Bajos contestóle con un manifiesto de guerra, al que siguió la tala y saqueo de todo el territorio hasta las puertas de Bruselas, un nuevo bombardeo de la plaza de Luxemburgo y todo género de violencias, á las que respondieron los españoles con sangrientas represalias. Y aunque parezca extraño que las demás potencias dejaran obrar tan arbitrariamente á Luis XIV, es lo cierto que ninguna de ellas se atrevió á volver por la mísera España: triste y repetido espectáculo de la eterna lucha entre el poderoso y el débil, en la que, así entre los individuos como entre las naciones, triunfa siempre el más fuerte, con grave ultraje de las leyes de la historia y de la moral. Luis XIV publicó un nuevo manifiesto en el que exponía sus pretensiones y se erigía en árbitro de su casa, concluyendo con serias amenazas; España, cediendo á las inspiraciones de su orgullo nacional, no obstante su impotencia, tuvo que hacer la solemne declaración de guerra á Francia el 26 de Octubre de 1683. Todo aquel invierno consagráronlo Luis XIV y Luvois á los preparativos de la campaña, y en los últimos días de Mayo de 1684 el mariscal Humières dió comienzo á las operaciones, lanzando sobre la plaza de Oudenarde una lluvia de bombas y balas rojas (23-25 Marzo), proceder inhumano que el célebre Vauban condenó siempre con energía. Poco después de este suceso pusiéronse los diversos cuerpos de ejército francés en movimiento. Luis XIV en persona fué á tomar el mando de los 40,000 soldados reunidos en el Hainaut; un segundo ejército de 32,000 combatientes se hallaba dispuesto entre el Mosa y el Mosela: el primero, amenazando á Mons y á Bruselas, impedía á los nuestros socorrer la plaza de Luxemburgo que, con el segundo, sitió Créqui el 28 de Abril. Tres semanas bastaron á Vauban para reducir esta famosa plaza, que, si bien dotada de buena defensa, tenía guarnición muy escasa. La falta de

socorro hizo difícil sostener el sitio por más tiempo y Luxemburgo fué entregada el 4 de Junio. Para hacerse cuenta de la notable defensa realizada por el príncipe de Chimay, baste decir que los sitiados dispararon contra el enemigo 50,000 balas y 7,000 bombas, y apuraron todos los recursos que dictan el valor y el arte. Tampoco este acontecimiento, ni el hecho de haber mandado Luis XIV desmantelar las fortificaciones de Tréveris movieron á los aliados de España. Ni el Emperador ni Suecia se hallaban en el caso de intervenir en la lucha; cuanto á la Holanda, no obstante el gran empeño que en auxiliarnos tenía Orange, manifestábase hostil á la guerra y hallábase de hecho supeditada á los manejos de la diplomacia francesa. ¿Cómo era, pues, posible que España sostuviera por sí sola el peso de la guerra que á la par le movía el francés en Flandes, Cataluña é Italia? Sucedió lo que era de esperar: otra humillación para nuestra patria, porque viendo el Emperador y la Holanda que con la toma de Luxemburgo el francés tenía abierta la entrada en los Países Bajos, apresuráronse á pactar con él y aun á ofrecer su mediación para que lo hiciera España; y á causa de esto, no menos que de la derrota sufrida por el ejército español de Cataluña junto al Ter, Carlos II no tuvo otro remedio que aceptar una tregua de veinte años con Francia, sobre la base de la cesión á esta potencia de la plaza de Luxemburgo y á trueque de las de Courtray y Dixmuda, que Luis XIV aveníase á devolverle, lo propio que todo lo conquistado desde Agosto del año anterior, excepción hecha de Beaumont, Bovines y Chimay. (Tratado de Ratisbona: 29 de Junio de 1684). Si grande fué esta humillación, no fué menor la indignidad cometida por el monarca francés bombardeando en Mayo de este mismo año la opulenta ciudad de Génova, so pretexto de agravios; pero no con otra mira que la de arrancarla á nuestro protectorado.

Al que conozca el triste espectáculo que ofrecían la córte y la nación española, cuyo rey, juguete de mujeres y de frailes, pasaba de la dirección de uno á otro favorito, á cual más torpe y ambicioso, no ha de causarle extrañeza la falta de vigor que se nota en nuestra política, el descuido en que se encuentran las provincias, la negligencia con que se mira, no ya la guerra en nuestras posesiones, sino en la misma España, invadida hasta el corazón de Cataluña. Esto y mucho más se comprende tratándose de una nación que ha diseminado sus riquezas, que ha perdido el hábito del trabajo y que desconoce hasta el medio de sacar algún partido de los pocos elementos de que dispone. El hambre da ocasión á serios motines en la misma córte: el ejército de Cataluña ha de acordonar la villa de Madrid, á causa de las subsistencias; no hay dinero para pagar las deudas; no se idea recurso alguno para salir de los más perentorios apuros, y el mismo Rey no ve otro más lucido que no recibir á sus deudores. Pero los gastos de la casa real, superfluos muchos de ellos hasta rayar en escandalosos, no se moderan, y cuando algún ministro indica la necesidad de ponerles coto, no hay abnegación para hacer un sacrificio en provecho de los infelices pecheros que perecen de hambre. Cuando se llega á tal estado no es posible que prolongue un pueblo dignamente su existencia; no es posible que mantenga posesiones y ejércitos, y mucho menos que luche por sostener las primeras sin los segundos. En tales casos, es sometido, es aherrojado por cualquier otro que sea más fuerte y más hábil, siempre que por su vecindad ó por otras especiales condiciones pueda hacerlo. No otra cosa sucedió á España al expirar este siglo: juguete de las ambiciones de Luis XIV concluyó por someterse á sus dictados.

Un conjunto especial de circunstancias unía, como hemos visto, los intereses del príncipe de Orange con los del Imperio y España contra Luis XIV; y aunque no lograra aquél vencer la repugnancia de Holanda, es indudable que contribuyó eficazmente á la organización de una nueva alianza de los eternos enemigos del francés. La liga tantas veces hecha y renovada entre España y el Imperio, llevaba ahora trazas de solidarse otra vez, agregándose á ella la Suecia y el Brandemburgo, poco tiempo antes rivales encarnizados. Y es que el monarca francés habíase enajenado, con la revocación del edicto de Nantes, la amistad de los protestantes suecos y alemanes; y éstos, de acuerdo con los Austrias tudescos y españoles, convinieron en secreto unirse para rechazar cualquier ataque de Luis XIV y poner en pié de guerra hasta 60,000 combatientes, de los que correspondían 6,000 á España. La liga se hizo por tres años y se firmó en Augsburgo el 29 de



LÍNEAS DE CIRCUNVALACIÓN Y CONTRAVALACIÓN, Y ATAQUE DE UNA PLAZA FUERTE Á FINES DEL SIGLO XVII.

(Facsimile de un grabado de la obra *El Ingeniero, Primera parte de la Architectura militar* de D. Sebastián Fernandez de Medrano.—Edicion de Bruselas.—Año 1687.) Ilustrada por el ingeniero Prospero Verboon.

A.—Línea de circunvalación.
B.—Hornabeques.
B. y C. Fuertecillos de campaña.
D.—Baluartillos.
Número 9 —Puentes de barcas.
E.—Línea de contravalación.
F.—Soldado provisto de un pellejo para pasar un río.
G.—Baluarte por donde se emprende el ataque

H. O.—Plazas de armas.
H. I.—Primer ramal.
K.—Parapeto.
H. M.—Línea que indica la inconveniencia de levantar en esta direccion el parapeto á causa de no cubrir la gente.
I. O —Segundo ramal.
O. R., R. S. y J. T.—Otros ramales.
T.—Plaza de armas.

TV. y TX.—Ramales con plazas de armas en sus extremos que abrazan el camino cubierto por todo su ángulo flanqueado y gran parte de las cortinas
Z —Ataque que simultanea el emprendido desde H.
Q.—Parapetos,
Za, ab. bc., cd. y dT.—Ramales.
e., c. y R.—Comunicación de los ramales de ambos ataques.

f.—Ataques que tienen por objeto ganar el camino cubierto.
h.—Brecha.
i.—Batería que abre la brecha.
J.—Otra batería.
L.—Parapeto hecho de ceston s y sacos de arena.
G.—Cortadura de un baluarte.
p.—Gola.
q.—Cortadura general.

Junio de 1686. Los principios en que se basaba este pacto eran puramente defensivos, pero el príncipe de Orange esperaba sacar de ellos consecuencias de distinto género. Y así sucedió en efecto. Luis XIV, que no se dió cuenta hasta pasado algún tiempo de la existencia de la liga, aquejado de una grave enfermedad, dejó transcurrir buena parte del año 86, sin cometer otro acto de violencia que la sorpresa de Cádiz hecha por una numerosa flota mandada por el mariscal d'Estrées (1), y puso en juego desde principios del 87 todos los recursos de su diplomacia para separar á los confederados; mas como no lograra su deseo, apercibióse para la lucha con toda la actividad de que era capaz, logrando que sus tropas estuvieran reunidas mucho antes que las aliadas, y poniéndolas en campaña entrado ya el otoño. En los primeros días de Setiembre, dos ejércitos franceses comenzaron á desfilar en dirección á la Lorena y Alsacia, y á mediados de Octubre 30,000 hombres sitiaban á Philipsburgo, mientras otro cuerpo de ejército ocupaba casi sin resistencia á Kaiserslautern, Neustadt, Kreutznach, Worms, Oppenheim, Bingen, Baccarach y otras plazas cis-renanas. Otro cuerpo destacado del que sitiaba á Philipsburgo iba á señorear la plaza de Heidelberg, invadía el Wurtembergés y penetraba en la Franconia, sometiendo á contribución el territorio hasta las mismas márgenes del Danubio, y rendida que fué aquella importantísima plaza, gracias á la pericia de Vauban, Manheim y Frankental siguieron suerte idéntica con breves días de intervalo; por manera que el 19 de Noviembre todo el Palatinado y ambas orillas del Rhin estaban en poder del enemigo. A todo esto, el cuerpo que hizo las rápidas conquistas indicadas en la región cis-renana, ocupaba á Spira y bombardeaba á Coblentza, mientras el que mandaba Humieres caía sobre el territorio liegés y ocupaba á Dinant, deteniéndose ganada que fué ésta.

La conquista de dichas plazas y comarcas fué el rudo golpe que atemorizó á la vacilante Holanda; pero Luis XIV que acababa de lograr con las armas este triunfo, sufrió casi al propio tiempo una terrible decepción viendo á su acérrimo rival el príncipe de Orange ceñir la corona de Inglaterra, de cuyo trono fué arrojado el rey Jacobo II, suegro de aquel príncipe. Esta revolución, á la par que privaba á Luis XIV de un aliado poderoso, ponía en manos de su enemigo los inmensos recursos de Inglaterra y Holanda; y como la República estuviera dispuesta á secundar la política agresiva del que había sido su *Statouder*, inútil es decir que Luis XIV vió desde aquel momento conjuradas contra él las principales potencias europeas. Ni el Papa se le mostraba propicio, disgustado como se hallaba por la ruidosa cuestión de las libertades de la Iglesia galicana, y á sus instancias el duque de Saboya unióse también á los confederados de Augsburgo. En balde trató Luis XIV de apartar á España de la liga y de sembrar la discordia entre los que la componían; todas las potencias parecían dispuestas á hacerle frente, y los grandes cuerpos que se formaban allende el Rhin daban idea de las proporciones que iba á revestir la lucha. Luis XIV no consideró posible sostenerse en los territorios últimamente ocupados, y dió una orden digna de un conquistador tártaro; el incendio de importantes poblaciones, la devastación de territorios enteros; hecho lo cual, las tropas francesas partieron dejando en pos de sí hogueras y ruinas. Spira, Worms, Oppenheim, Frankenthal, Bingen, fueron incendiadas; sus míseros habitantes vieron sus moradas abandonadas á la rapacidad del soldado, sus iglesias devastadas y destruidas por las llamas. Desaparecieron espléndidos monumentos, admirables tesoros artísticos, y aquel hermoso país ofreció por largo tiempo espantoso cuadro; pero el clamor de los cien mil desdichados que quedaron sin hogar llenó la Europa, y atrajo sobre el *gran rey* las maldiciones y el odio de todos los pueblos, y la confederación dictada por las exigencias políticas fué para Alemania pacto de guerra á muerte contra el monarca francés. No tardaron ya en agregarse á ella Holanda é Inglaterra, y el 30 de Diciembre de 1689 se ajustó entre las potencias signatarias de la liga de Augsburgo y estas dos la llamada *Gran Alianza*.

El ejército alemán, puesto ya sobre las armas en la primavera de aquel año, dividióse en dos

(1) Dándose el monarca francés por injuriado de que el gobierno de España hubiese castigado como merecían á los contrabandistas franceses, entabló reclamaciones que no produjeron efecto alguno, y entonces despachó á Cadiz la escuadra francesa mandada por d'Estrées, quien apresó dos galeones en la entrada del puerto y amenazó á la ciudad con el bombardeo si no le daban 500,000 escudos, cantidad que hubo de satisfacer la población.

grandes cuerpos: uno de ellos, mandado por el príncipe Luis de Baden, fué destinado á detener las acometidas del Turco por el costado de Servia; otro, á las órdenes del duque de Lorena y los electores de Baviera y Brandemburgo, avanzó por las provincias renanas. En Flandes se colocó el ejército hispano-holandés, cuyo mando recibieron el príncipe de Waldeck, asistido por el marqués de Gastañana y el príncipe de Vaudemont. Las fuerzas de estos ejércitos eran respetables; pero los franceses que eran inferiores en número á los confederados en el Rhin, se miraban iguales á ellos en el territorio flamenco. Mandábalo allí el mariscal de Duras, y en este país el de Humieres, uno y otro de escasa talla; así es que Luis XIV no consiguió en esta campaña ventaja alguna en Flandes, pero sí algunas pérdidas en el Rhin. Los confederados recobraron á Maguncia, Neuss, Rheinberg, Keyserswert y Bonn; en Flandes empeñaron algunos combates sin resultado, y llegado que fué el otoño entraron en sus cuarteles de invierno, no tanto para descansar como para rehacerse y prepararse. Este resultado, bien estéril por cierto, alcanzó una campaña por la que se hicieron tan grandes preparativos, pero que se llevó á cabo con una lentitud peculiar de los alemanes en aquellos tiempos. No fué más decisiva la campaña del año 1690, por más que en ella ocurriera un hecho de armas importante. El ejército bátavo-hispano debía ser reforzado por las tropas del elector de Brandemburgo y penetrar en Picardía ó en Champaña; el duque de Saboya comprometíase á llevar la guerra al Delfinado, y en Alemania, el Emperador proponíase continuarla con actividad. Luis XIV pudo, sin embargo, hacer frente á todos sus enemigos, y colocó á la cabeza de sus ejércitos dos generales de alguna talla: el mariscal de Luxemburgo, en Flandes; Catinat en Italia. El Delfín pasó al ejército de Alemania, que dirigió asistido por el mariscal de Lorges, y cuya campaña fué poco activa é infructuosa, pues los beligerantes, después de encontrarse frente á frente no llegaron á las manos, retirándose á mediados de Setiembre á los cuarteles de invierno. No ocurrió lo propio en Flandes. Luxemburgo contaba allí unos 30,000 soldados á sus inmediatas órdenes y una reserva de 15,000 apostada entre el Mosela y el Mosa. Las fuerzas de los coaligados, una vez reunidas, alcanzaban cifra muy superior; pero ya hemos dicho que la lentitud con que operaban malograba todas las combinaciones político-militares. Desde mediados de Mayo, el mariscal francés estaba vejando las provincias españolas de aquel territorio, y sin embargo, hasta mediados de Junio no se reunió en Nivela el ejército holandés, al que debían incorporarse los alemanes del Elector y los españoles, para atacar al enemigo siguiendo el valle del Mosa. Tan pronto supo Luxemburgo la llegada de los holandeses á Nivela, dejó 12,000 hombres al mariscal de Humieres, para tener en jaque á los españoles por el lado de Brujas y Gante, y marchando con gran celeridad fué á colocarse entre el Sambre y el Mosa, donde fué reforzado por el cuerpo que se hallaba en observación junto al Mosela. Allí supo que el príncipe de Waldeck se aproximaba al Sambre, y entonces por un habilísimo y rápido movimiento de flanco, volvió sobre el Sambre, que pasó el 29 de Junio por Froidmont, no obstante la oposición de las avanzadas enemigas, y el siguiente día al anochecer dió vista al ejército aliado y rechazó su caballería. La batalla se dió el 31 en la llanura de Fleurus, cuyo nombre, célebre por más de un concepto, lleva este hecho de armas. El príncipe de Waldeck tomó posiciones á espaldas de Fleurus, con su derecha cubierta por el bosque de Soleilmont, y su izquierda protegida por el castillo de Saint-Amand. (Véase el croquis). Corre por el frente de estas posiciones un arroyo de escarpadas márgenes que desciende del arrabal de Fleurus, y á causa de esto era imposible envolver la línea enemiga y sumamente arriesgado atacarla de frente, sobre todo teniendo en cuenta que el efectivo de ambos ejércitos podía considerarse igual. Sin embargo, Luxemburgo intentó efectuar la primera de esas operaciones maniobrando en una extensión de terreno por extremo dilatada. Al efecto, desplegó la infantería de su izquierda, mandada por Gournay y Rubantel, frente á las posiciones que ocupaba Waldeck, de las que se hallaba separado por el arroyo de Fleurus, y con ella constituyó su centro, y colocó la caballería de su izquierda á cierta distancia del flanco derecho enemigo, hacia Soleilmont, ocultando este movimiento á favor de los accidentes del terreno. Mientras esto se verificaba, él en persona condujo el resto del ejército á pasar el arroyo antes citado por Ligny, dió un gran rodeo por la derecha, cubriéndose también con el arbolado y las dobleces del terreno, y,

ganando la vía romana, desembocó en la llanura cayendo sobre la retaguardia enemiga. Es indudable que si Waldeck hubiese adivinado la operación, con facilidad triunfara de Luxemburgo. Le hubiera bastado arrojar el grueso de sus tropas contra el codo que la derecha francesa formó, dividiendo así el ejército francés y haciendo imposible su retirada, separado como se hallaba entonces de su tren de puentes y bagajes. Desgraciadamente sólo se dió cuenta de la maniobra de Luxemburgo, al encontrarse entre las dos fracciones del enemigo que apretaban el suyo á guisa de tenazas; y entonces, aunque luchó con brío y llegó á rechazar con grandes pérdidas la caballería de la izquierda francesa, no pudo sostener el recio choque de las masas que dirigía Luxemburgo, y fúé materialmente estrujado. El caudillo francés se dió otra vez la mano con su centro que franqueó el



Croquis para la inteligencia de la batalla de Fleurus

arroyo de Fleurus. Waldeck después de haber intentado rehacer sus escuadrones, consiguió con pocos batallones ganar el bosque de Soleilmont. Combatió la infantería aliada heróicamente; muchos de sus cuerpos, envueltos, ametrallados y acuchillados, quedaron reducidos á sangriento montón de carne humana. La resistencia fué heróica, y el contingente español, acorralado como en Rocroy y en Lens, después de haber resistido algunos asaltos, pagó también su tributo á la derrota. La pérdida de los aliados ascendió á 6,000 muertos y de 8 á 9,000 prisioneros, toda la artillería, banderas y bagajes; la de los franceses se calcula en 4,000 bajas por todos conceptos. Tan gran victoria fué de escasos resultados, porque el ejército de Luxemburgo no dió un paso adelante. El mariscal trasladóse á París, y el monarca ordenó que una parte del ejército que éste mandaba fuese á reforzar el de Alemania, con lo cual se dió tiempo á Waldeck para organizar nuevas tropas, y gracias á la incorporación de las que condujo á Flandes el elector de Brandemburgo, con-

siguióse tener en jaque al enemigo. Dice muy bien un historiador francés al ocuparse de estos hechos: en realidad no hubo campaña, hubo sólo una batalla, y sin otro resultado que el de equilibrar las fuerzas de los beligerantes.

Las ventajas que Luis XIV llevaba á los aliados, eran, como ya hemos tenido ocasión de notar, de bastante monta. En primer lugar se distinguía por su actividad y por su maña; además tenía á su lado un ministro de la guerra tan activo como él y de gran inteligencia, el ya citado Luvois, á cuyo talento y celo debió el monarca francés tantas ventajas, como á la capacidad militar de los Turenas, Luxemburgos y Catinats. Cuando á principios de 1691, Guillermo de Orange, ya rey de Inglaterra, se presentó en la Haya á discutir con los confederados el plan de campaña, y acordar los auxilios que respectivamente debían aportar para sostenerla, Luis XIV, ganándole por la mano, ya tenía 100,000 soldados sobre las armas con los cuales antes de la primavera se puso sobre la importante ciudad de Mons. El sitio de esta plaza habíanlo acordado el monarca francés y Luvois aquel invierno. El 15 de Mayo dos cuerpos organizados respectivamente en las márgenes del Escalda y en las del Sambre, acometieron la ciudad, y el 21, el rey, Luxemburgo y Vauban se presentaron en su campo. 70,000 hombres rodearon la ciudad: 22,000 gastadores ejecutaron los colosales trabajos de circunvalación y desvío de cauce del Trouille, uno de los dos ríos sobre los que Mons asienta. La trinchera abrióse el 24 de Marzo, y el 26 sesenta y seis cañones y veinte y cuatro morteros rompieron el fuego contra la plaza. Cayó tan grave noticia como el rayo entre los confederados, é hizo Guillermo grandes esfuerzos para socorrerla, pues no obstante las seguridades que le dió respecto á sus medios de defensa el marqués de Gastañana, no se ocultaba á Orange el serio peligro que corría. Sin embargo, transcurrieron quince días, y sólo pudo reunir de 35 á 40,000 soldados: ganaron en este intervalo los franceses la obras exteriores, dieron dos vigorosos asaltos, bravamente sostenidos por la guarnición, y como los habitantes aterrorizados por el bombardeo y los incendios pidieran con insistencia la entrega, y como el príncipe de Berghes que mandaba la plaza tampoco contara con fuerzas suficientes para sostenerse ni confiara en la llegada del socorro, hubo de capitular el 8 de Abril, saliendo de ella con los 4,000 hombres que le restaban de los 6,000 en que se hallaba al comenzar el sitio. Mons era la única plaza que nos quedaba en la provincia del Hainaut y tenía fama europea, por lo que se comprende que Luis XIV quedara satisfecho con sólo esta conquista durante aquella campaña, así como se comprende también la indignación que se apoderó del príncipe de Orange, quien no vaciló en achacar á Gastañana tal pérdida y en representarlo así á la córte de Madrid. Era, en efecto, el gobernador español de los Países-Bajos, un hombre sin talento ni actividad, y por añadidura más dado al lujo y los placeres que á la guerra y á los soldados; pero si á su falta de celo podían atribuirse tan imprósperos sucesos, con más razón podían achacarse á la córte de Madrid, que, agitada por bajas intrigas, ofrecía el tristísimo espectáculo de la ambición en pugna y la venalidad triunfante. Ministros, camareras y confesores, andaban mezclados en los enredos y chismes palaciegos, cuyo objeto era escalar la privanza ó perpetuarse en ella. El Rey, falto de capacidad y de salud, carecía también de energía para imponerse, y los cargos más elevados y espinosos de España, puestos á merced del más audaz, daban triste idea de su modo de ser, á la par que arrebataban la esperanza para lo porvenir. ¿Qué interés podían tener aquellos ambiciosos en que se conservara ó se perdiera Flandes?... Indigna que España se sacrificara para defender tan penosamente lo poco que allí nos quedaba de la extensa y rica herencia de Carlos V, pues mejor hubiera sido renunciar á ella de una vez; pero en verdad que si algo pinta el triste estado de nuestra patria es la falta absoluta de un hombre político ó de una capacidad militar. Todo había alcanzado igual nivel.

Terminó la campaña de 1691 sin otro suceso de importancia que la toma de Hall por el mariscal de Luxemburgo, quien amagó la ciudad de Bruselas. Guillermo, que había reunido hasta 80,000 combatientes entre la costa y el Mosela, pudo cubrir la Flandes española y socorrer las plazas amenazadas, pero no emprendió operación alguna de trascendencia, y, llegado el invierno, regresó á Londres, dejando el mando del ejército á Waldeck. Más activamente procedieron los franceses en el Rhin, donde repitieron los vandálicos hechos de anteriores años. Redujéronse pue-

blos enteros á cenizas, saqueáronse los templos, demoliéronse soberbios monumentos, dejáronse sin hogar millares de familias, y cuando el ejército alemán tomó la ofensiva, limitáronse los franceses á defenderse, sin haber conseguido otra cosa que sustentarse á costa del país. En cambio, en Italia dió á conocer el ilustre Catinat sus talentos militares, luchando ventajosamente contra el duque de Saboya y sus aliados los españoles y los austriacos. Apoderóse de Chambery, Annecy, Rumilli y otras ciudades, derrotó en Staffarde al ejército coaligado y ocupó á Saluzzo, Carignan y Carmagnole, que sin resistencia le abrieron las puertas. Al expirar el año 1690 toda la Saboya quedó en poder del francés, excepción hecha de Montmeillan, y al comenzar el 91 continuó aquél sus conquistas ganando á Pignerol, Savillano, Villafranca, Niza, Luzerna y otras poblaciones de los Estados sardos, y amenazando á la ciudad de Turín. El saboyano, aterrado, trató de pactar con el enemigo, pero éste, receloso del Duque, desentendióse de sus proposiciones y prosiguió la campaña; empero la llegada de un refuerzo de 13,000 alemanes mandados por el duque de Baviera y de otros cuerpos españoles, elevó el ejército del duque de Saboya á una cifra superior á la que el de Catinat alcanzaba, gracias á lo cual, en Setiembre de aquel mismo año pudieron los aliados recobrar las plazas de Saluzzo, Savillano y Carmagnole, si bien perdieron la de Montmeillan, reputada por la más fuerte de Europa. Así terminó aquella campaña. Los aliados no consiguieron recuperar la Saboya y en espera de la próxima temporada de estío, regresaron á sus respectivos cuarteles del Milanesado, Piamonte y Montferrato. Continuaba al propio tiempo la guerra en Cataluña. Noailles, que, como ya dijimos, fué destinado en 1689 á este país, tomó en pocos días á Camprodón (23 Mayo de 1689), favorecido en esta empresa por la disidencia que reinaba entre paisanos y soldados, á causa de las repetidas infracciones de los fueros; pero el virey del Principado, duque de Villahermosa, ayudado por la gente que levantó la Diputación y por los refuerzos que le mandó la córte, consiguió recobrarla en Agosto, no sin sostener un porfiado sitio y algunas sangrientas acciones con las tropas de Noailles, que acudió en socorro de la plaza. Por desgracia, no obstante tener Villahermosa un florido ejército, contentóse con la recuperación de Camprodón, y satisfecho de que no le molestara el francés, dejóle hacerse fuerte en sus posiciones, desde las que bajó más adelante á las márgenes del Ter y se hizo dueño de Ripoll y San Juan de las Abadesas, corriéndose después hasta el llano de Vich, en el que campeó algún tiempo, sustentando á su gente á costa del país. Las quejas de los catalanes por la inactividad de Villahermosa dieron lugar á que le sustituyera el duque de Medinaceli, no menos perezoso é inepto, pues dejó perder á Urgel (12 de Junio de 1691) y, no obstante los refuerzos que de Aragón recibió, permitió que los franceses efectuaran una diversión hasta el llano de Barcelona. Llegado el mes de Julio, una escuadra francesa, mandada por el conde de Estrées, se presentó en las aguas de esta ciudad y arrojó sobre ella 800 bombas; después zarpó para Alicante y lanzó contra ella 2,000. Presentóse entonces la escuadra española, mandada por el conde de Aguilar, pero de Estrées no quiso aceptar el combate y se internó en el mar, sin que los nuestros pudieran dar alcance á sus bajeles (29 Julio de 1692).

Apuntamos solamente esta serie de hechos que, en sí, poco campo ofrecen á profundos estudios, pero que bastan á que el lector aprecie el sesgo que ofrecía la guerra en los distintos teatros. Como se vé, nuestra fortuna declinaba muy rápidamente; atacados en casi todos nuestros dominios, carecíamos de fuerza, no ya para acudir á la vez á todos ellos, sino para hacer respetar la integridad del suelo patrio; y como en las horas tristes de la decadencia parece que todo se conjura contra las naciones que ruedan á la ruina, no ya los recursos ni la fuerza, sino la inteligencia echábase tambien de menos en España. Ni un hombre de gobierno, ni un capitán experto, ni un hacendista; pero, en cambio, no pocos intrigantes, magnates ganosos sólo de poder, reinas supeditadas á extranjeras influencias, confesores afectos á este ó aquel ministro y un rey juguete de mujeres, frailes y cortesanos.

La penuria del reino era, por estos tiempos, como puede presumirse, extrema; y se aumentó con la desgracia de haberse perdido, en 1692, la mitad de la flota que venía de Indias, con ocho millones. Las vejaciones de que eran víctimas los pueblos iban cada día en aumento, y ya no re-

cursos, sino ni soldados encontraba el gobierno para sostener la guerra en la península. El duque de Montalto, que en 1693 ocupó el puesto de primer ministro, no tanto para contentar á sus émulos, cuanto para aligerarse de la pesada carga del mando, ideó dividir el reino en cuatro distritos, creando así competencias lamentables y no resolviendo lo que más perentorio arreglo exigía; pero en cambio; acordó que se hicieran nuevos donativos, mientras que, por otra parte, exigíanse á todas las ciudades, villas y lugares del reino un soldado por cada diez vecinos, para acudir á la guerra de Cataluña. Tales medidas levantaron general clamoreo, y al ser puestas en ejecución, grandes dificultades; en primer lugar porque los soldados se fugaban, no llegando á su destino la mitad de los que debían reunirse, y, además, porque si se les reducía á prisión, no se podía mantenerlos. Averiguóse que los mismos oficiales facilitaban la deserción mediante cierta cantidad, y resultó que esta desdichada conscripción consumió el donativo general hecho por el reino y lo poco que existía en las arcas reales. El apuro en que se vieron el Ministro y sus auxiliares fué muy grande, porque, consumidos los productos del donativo, inútil era pensar en repetir la demanda y no se podían arbitrar recursos por nuevos conceptos. Llegaban cada día correos de Cataluña, de Flandes, de Milán, dando aviso de la perentoriedad de los auxilios, de los progresos del enemigo, de las crecientes miserias del ejército; y el Ministro, no sabiendo cómo remediarlos, ó se cruzaba de brazos, ó respondía con promesas, ó acudía á medias á la demanda. ¿Cómo era, pues, posible continuar la guerra con ventaja en tan distintos teatros? ¿Cómo podían sostenerse armadas y ejércitos, ganar auxiliares, mantener nuestra influencia en las córtes extranjeras, preservar nuestras colonias?... A Luis XIV menos que á nadie se ocultaba nuestra debilidad, y sobre todo el mal estado de salud del monarca, que si otros datos no tuviera, fuéranle suficientes los que pudo darle la reina María de Orláns, difunta esposa del monarca. Arrebatarnos lo poco que nos quedaba en Flandes, era para él simple cuestión de tiempo, y puede decirse que una campaña anual bastábale para ir ganando paulatinamente la Flandes española. El invierno consagrábalo el monarca, como ya hemos visto, á hacer los preparativos de guerra, y llegada la primavera, sus ejércitos poníanse en movimiento é iban adelantando hacia el Brabante, amagando el golpe mortal al corazón de los Estados Bajos. Cuál sería la situación de España al comenzar el año 1692, lo dice bien el hecho de haber ofrecido el gobierno de aquellos Estados, á Guillermo de Orange, oferta que no aceptó el holandés; y cuál el plan de Luis XIV, la organización de dos poderosas flotas, una destinada al Océano y otra al Mediterráneo, y de dos numerosos ejércitos con los que se proponía hacer una campaña activa en Flandes y Cataluña. Por esto presagiábase una guerra de resultados decisivos y todas las miradas fijábanse en el territorio flamenco, donde parecía que iba á resolverse el gran problema político-militar.

La campaña de 1692 comenzó por parte de los franceses con el sitio de Namur. Aunque los aliados habían reunido con el tiempo sus fuerzas, Luis XIV les ganó una vez más por la mano, y el 26 de Mayo se presentó ante aquella plaza con 50,000 soldados, de éstos 23,000 de caballería. Luxemburgo, apostado sobre el Mehaigne, protegía el sitio con un ejército superior en infantería y caballería al del monarca francés. Las cifras que arrojaban estos ejércitos eran enormes, y sobre todo es de notar el respetable efectivo que contaban en caballería. En Namur sólo existían 9,000 soldados de guarnición, y, como era de presumir, la ciudad no tardó en capitular; pero las dos fortalezas asentadas en las rocas que se levantan entre los ríos Sambre y Mosa y á las que separa de la ciudad el primero de aquéllos, hicieron seria resistencia, dirigida la de una de ellas por el célebre ingeniero holandés Coehorn. Inútilmente acudió á socorrerlas Orange con 60,000 combatientes, pues Luxemburgo cerróle el paso con buena parte de su caballería, y como para llegar á ellas, le hubiera sido fuerza colocarse, dando un rodeo, entre el ejército del Mariscal y el Rey, renunció á tan arriesgada operación. La bien emplazada artillería francesa, dirigida por Vauban, apresuró la rendición de uno de los fuertes, el otro fué ganado por asalto, y Luis XIV, rendida Namur y sus fortalezas, amenazó á un mismo tiempo á Bruselas, Lieja y Maestrick. Como en anteriores circunstancias, el monarca francés dióse entonces por satisfecho, y aunque contaba á sus órdenes unos cien mil combatientes y podía marchar contra el de Orange, obligándole á combatir ó á reti-

rarse al corazón del país, dejando Charleroy á descubierto, cuidó únicamente de asegurar la costa flamenca y reforzar el ejército del Rhin, regresando á Versalles, después de haber dejado á Luxemburgo el mando del ejército. Gracias á esto, Guillermo, engrosado el suyo con 8,000 combatientes hannoverianos, pudo tomar la ofensiva, lo que efectuó á fines de Julio, amagando á Namur con objeto de atraer al enemigo. Cayó Luxemburgo en el lazo que Orange le tendía, destacando hacia el lado de aquella plaza una parte de su ejército, mandada por Boufflers, y, el holandés, después de haber maniobrado para desorientarle, le embistió en el terreno accidentado que se extiende entre Enghien y Steenkerke. Allí no era dado á Luxemburgo desplegar su formidable caballería, circunstancia de que quiso aprovecharse Orange para empeñar el combate con sólo infantería. Desgraciadamente las asperezas del suelo impedían la maniobra, y aunque Gillermo consiguió romper la derecha francesa, no logró hacer adelantar su centro con la premura necesaria, gracias á lo cual Luxemburgo pudo apercibirse para recibirlo, haciendo echar pié á tierra á sus dragones y reforzando de este modo su línea de batalla. En la extensión de una media legua y con variadas alternativas trabóse entonces la batalla, reducida á una serie de parciales y sangrientos combates. Los aliados consiguieron destrozar el centro francés y apoderarse de algunos cañones; pero el enemigo cargó de nuevo con tal furia que no pudieron los holandeses sostenerse en la posición, y después de un terrible combate al arma blanca, en el que hizo prodigios de valor la infantería escocesa de Guillermo, los aliados fueron rechazados, primero del centro, después de la derecha y por último de la izquierda, donde el combate se mantenía fluctuante y que terminó con ventaja para los franceses, gracias á la presentación de Bouffleurs que acudía con el cuerpo destacado. La noche y lo accidentado del terreno favorecieron la retirada del holandés, pues los franceses, debilitados por las enormes pérdidas sufridas, no se atrevieron á molestarle. Calcúlase que aquellas fueron iguales en los dos campos y se estiman en 15 ó 16,000 hombres fuera de combate; pérdida tan enorme como inútil, pues aquella batalla no produjo resultado alguno. Redújose el resto de la campaña á encuentros parciales, á pequeñas acciones de éxito vario, y sólo es digno de notarse el hecho de haber arrojado el enemigo algunas bombas en la plaza de Bruselas. Luis XIV había dado, como ya hemos visto, un nuevo paso para conquistar el territorio flamenco, y aunque á mediados de este mismo año sufrió su escuadra, en las aguas de la Hogue, un terrible descalabro, pudo abrigar la esperanza de reponerse de aquel desastre, gracias á los inmensos recursos que le facilitaba su país. Sin embargo, preciso es consignar que la preponderancia de la marina inglesa data de esta fecha.

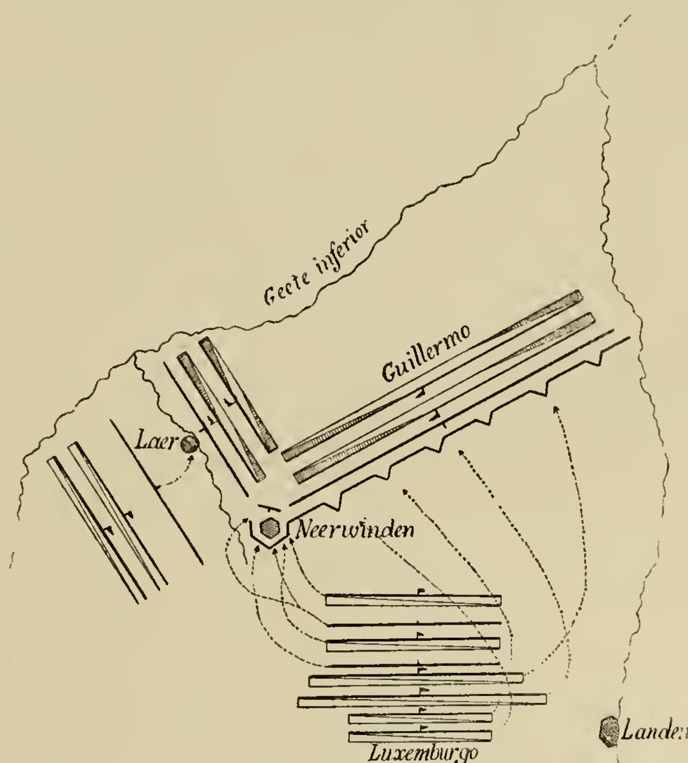
Como es de suponer, los preparativos que para la campaña de 1693 hicieron los beligerantes, fueron extraordinarios. Distribuyó el francés, por la frontera, hasta 80,000 hombres, que en menos de veinticuatro horas podía reunir en un punto dado; prepararon también los aliados sus fuerzas y acordaron mantenerse á la defensiva en los Países Bajos, insultar las costas francesas y cerrar á Luís XIV el camino de Italia. El Parlamento inglés votó un subsidio extraordinario para sustentar la guerra y se comprometió á mantener 54,000 soldados y marineros. Con tales elementos era de esperar una campaña muy activa, y, en efecto, antes de tiempo comenzáronla los franceses atacando la plaza de Furnes, de que dos meses antes se habían apoderado los soldados ingleses que desembarcaron en Ostende (Diciembre de 1692). Rindióse Furnes á los pocos días de sitio, evacuaron los aliados á Dixmuda, el ejército francés ya no intentó operación alguna hasta el mes de Mayo, en que las tropas, diseminadas por la frontera, reuniéronse en dos cuerpos para sitiar la plaza de Lieja (27 de Mayo). Luis XIV debía dirigir en persona este sitio, protegiendo á su ejército el cuerpo puesto á las órdenes de Luxemburgo; pero ocurrió que, llegado el monarca á Quesnoy, un fuerte catarro hizo detenerle en dicha villa con las tropas, y gracias á esto Guillermo de Orange, que tenía ya reunidas parte de sus fuerzas en el Brabante pudo introducir 20,000 soldados en Lieja y en los atrincheramientos que dominan esta plaza, con lo que su ataque se hizo muy difícil. Era, sin embargo, la posición del príncipe holandés altamente peligrosa. Una parte de su ejército, los mercenarios alemanes, se hallaba aún entre el Rhin y el Mosa, y los que tenía

á sus órdenes en el campo atrincherado de Parck, cerca de Lovaina, desde cuyo punto cubría á Bruselas, alcanzaban á lo más la cifra de 50,000 hombres, mientras que Luis XIV podía caer sobre él con 100,000; y como su derrota hubiera abierto al vencedor, no sólo las puertas de Bruselas, sino la senda para dominar el resto de la Flandes española, inútil es decir, los cuidados que tan grave situación inspiró á Guillermo. Tales temores parecieron confirmarse el 7 de Junio, en que Luis XIV presentóse con un ejército en Gembloux, villa equidistante de Mons, Lieja y Lovaina; mas, de improviso súpose, con no menos asombro en el ejército francés, que en el bátavo-inglés, que Luis XIV regresaba á Versalles, desmembraba su ejército para reforzar el de Alemania, y dejaba el mando del de Flandes á Luxemburgo.

Increible parece que el ambicioso Luis XIV desechara la magnífica ocasión que en aquellos momentos se le ofrecía; y sin embargo, tal conducta se explica perfectamente, teniendo en cuenta que el monarca francés, tan amigo de la guerra de sitio, como poco aficionado á correr los albures de una batalla, temía comprometer en un hecho de armas. no sólo su carrera de triunfos, sino su reputación personal. A lo que parece fué debida esta resolución á los consejos de madama de Maintenon, que con las señoras de la córte seguía el ejército y se hallaba en Namur. Luxemburgo se mostró contrario á esto, y Luis XIV, tal vez avergonzado del triste papel que á los ojos de su país desempeñó, no volvió ya á presentarse en los ejércitos. Luís XIV, cometió una grave falta, pero Guillermo también obró con poca habilidad, pues, reforzado por las tropas de Brandemburgo y de Juliers, que por aquellos días se le incorporaron, y echando mano de las que tenía diseminadas entre el río Mosa y el mar, se hubiera encontrado superior de algunos miles á los franceses; pero contúvole el temor de dejar desguarnecida á Lieja y á descubierto la ciudad de Bruselas, no menos que el recelo que le inspiraba Luxemburgo. Este, por su parte, tampoco se atrevió á embestir á Guillermo en su campo atrincherado, y trató de sacarle de él por medio de hábiles maniobras.

El mariscal francés hallábase colocado en Meldert, entre Tillemont y Lovaina, desde donde hostalizaba á su enemigo, si bien encontrábase bastante cohibido por la falta de víveres, á causa del mal servicio administrativo. Ganoso de apartar al enemigo de Lieja, lanzó entonces Guillermo 15,000 hombres contra la Flandes francesa, cuyas tropas, forzando las líneas defensivas que se desarrollaban desde el Escalda al Lys, pusieron á contribución el territorio desde Courtray hasta Arras. En este intervalo Luxemburgo atacó y ganó la plaza de Hui y sus dos fuertes (19-24 Julio), y seguidamente marchó contra Lieja con todo el ejército; movimiento que hizo levantar el campo al holandés, mover una parte de sus tropas en dirección al territorio liejés y destacar 5,000 hombres en refuerzo de las tropas que protegían á Lieja. Efectuado esto, Orange penetró de nuevo en el Brabante para volver á colocarse en el campo atrincherado de Park; pero Luxemburgo ganóle por la mano con habilísima maniobra; que fué, fingir que despachaba una parte de su ejército en socorro de la Flandes francesa, y por medio de una marcha tan rápida como felizmente concebida, presentarse ante el enemigo el 28 de Julio por la tarde, en Neerwinden, entre Saint-Tron y Tillemont. Guillermo tenía en aquel momento á sus órdenes 50,000 soldados, no obtante ascender el ejército aliado disponible á 85 ó 90,000 combatientes; pero todavía hubiera podido evitar una batalla con fuerzas muy superiores, retirándose aquella noche tras el río Geete. No lo hizo así, y, resuelto á aceptarla, empleó la noche en atrincherarse en sus posiciones, que por cierto eran ventajosas. Apoyaba su derecha en la aldea de Neerwinden y en el Geete, sobre el que tenía echados puentes; su izquierda en el lugarcillo de Neerlanden y riachuelo de Landen; tenía su centro protegido por un largo ribazo que se prolongaba desde una aldea á otra. y en el que había levantado una trinchera y abierto un foso. Detrás de esta trinchera y protegido por su artillería se hallaba el ejército aliado, fiado en lo inaccesible de su posición, sobre todo por el costado de Neerlanden. Así lo reconoció Luxemburgo al amanecer del memorable día 29 de Julio, en que se dió la batalla, y por eso amagó un ataque contra este lugarcillo, y trató de embestir formalmente el de Neerwinden, que es el que da nombre á este hecho de armas. Dividió sus tropas en dos gruesas columnas destinadas á atacar las

dos citadas aldeas; y después de llamar la atención de Guillermo hacia la izquierda, agrupó sus masas frente las posiciones de Laer Neerwiden, objetivo del ataque. Ganóse y perdióse Neerwinden dos veces, y ambas infanterías lucharon por espacio do cuatro horas, mientras el grueso de la caballería permanecía inmóvil, manteniendo en respeto al centro aliado y sufriendo el fuego de los cañones de Guillermo, que impunemente diezmaban sus filas. Esta actitud del centro francés causó en el holandés extraordinario asombro, pues no se dió cuenta de que á tal grado llevase el enemigo su valor pasivo. Sin embargo, mientras esto acontecía en el centro, luchábase con tal heroismo en la aldea de Neerwinden, que para decidir la acción lanzáronse los escuadrones por dos veces contra las trincheras. Las pérdidas de los franceses eran tan enormes, que los tenientes de Luxemburgo aconsejaban á éste la retirada; pero el mariscal francés negóse á ello y arrojó su reserva contra Neerwinden. Una hora y media duró este combate empeñado en la aldea y en el extremo de las trincheras por aquel



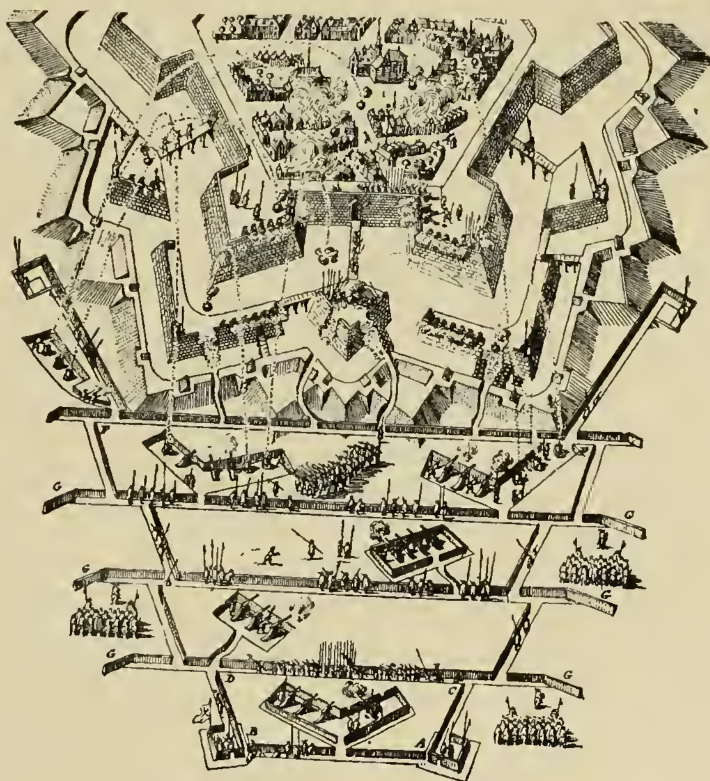
Croquis para la inteligencia de la batalla de Neerwinden

costado. Agotadas las municiones de los contendientes se luchó al arma blanca, y deshecha á la postre la trinchera por su extremo, á la derecha de Neerwinden, desembocó por aquella abertura la caballería enemiga y cargó á la holandesa, dirigida por Guillermo en persona. La aldea estaba en poder de los franceses, pero á costa de centenares de muertos y heridos. La caballería francesa, rota á la primera carga, rehízose gracias á la llegada de Luxemburgo con nuevos escuadrones y embistió de nuevo con extraordinario brío. En aquellos críticos momentos los generales hicieron oficios de soldado, y dudoso hubiera sido predecir aún de qué lado se inclinaría la victoria, cuando algunos escuadrones franceses, cruzando de improviso entre el Geete y la aldea, no obstante los obstáculos que el terreno ofrecía, acometieron por el flanco á la caballería aliada. En pocos momentos fué ésta rota y puesta en fuga con toda el ala derecha en dirección de Tillemont y Lovaina: el ala izquierda evacuó á Neerlanden y se retiró ordenadamente, aunque no sin pérdidas, sobre Leewe y Diest. Cal-

cúlase en más de 12,000 las pérdidas de los aliados, en 2,000 los prisioneros, y en poder del vencedor cayeron también banderas y cañones; no fueron, sin duda alguna, inferiores las bajas del enemigo; pero en cambio, la estupefacción y el pánico que esta derrota causó en los Países Bajos llegaron á tal punto, que en Bruselas creyóse que de un momento á otro se presentaría allí Luxemburgo con su ejército. No lo hizo así, y Guillermo de Orange pudo reunir en aquella ciudad las reliquias del suyo, unos 30,000 soldados, recibir socorros de Holanda y llamar el cuerpo destacado en la Flandes francesa. La inacción en que permaneció el mariscal de Luxemburgo no se explica por ningún concepto; dejó pasar todo un mes sin efectuar otra cosa que poner á contribución el territorio liejés y parte del Brabante, y, porfin, el 9 de Setiembre puso sitio á la plaza de Charleroy, que rindió el 11, retirándose luego á los cuarteles de invierno. Toda la región valona de los Países Bajos, exceptuada la villa de Ath, quedó, gracias á esta conquista, en poder de Luis XIV, quien consiguió, además, cerca de Lisboa y á catorce leguas de Lagos, una brillante victoria marítima sobre los anglo-holandeses. Dirigía la escuadra francesa el almirante Tourville, quien dispuso sus naves en semicírculo y acorraló á los enemigos contra la costa, logrando que una parte de sus bajeles se estrellara, se quemara otra, fuéranse á fondo algunos y muy pocos consiguieran escapar, pues apresó hasta 27 de ellos (Junio de 1693): acontecimiento que causó á los aliados la pérdida de 36.000,000 de libras esterlinas y á España un nuevo desengaño, porque cifraba en esta expedición grandes esperanzas.

Parecía que la fortuna se complaciera en acariciar al ambicioso monarca francés; pero como no en balde se abusa de ella en la guerra, ocurrióle lo que era de presumir, que si bien cada una de sus campañas señalóse, con pocas excepciones, por una importante conquista ó hecho de armas, prolongóse demasiado la guerra, dando lugar á que Francia agotara sus recursos, perdiera buena parte de su población, viera decaer su agricultura y arruinar su comercio. El pueblo perecía de miseria mientras se cantaban los *Te-Deums;* y como la cosecha de 1692 se malograra por las grandes lluvias y la del 1693 no fuera productiva, y como las medidas que aquel gobierno adoptó para remediar la general carestía no fueran atinadas y la peste aumentara los horrores del hambre, Luis XIV pudo comprender todo lo falso de su posición. Esto hubo de inspirarle ideas de paz, si bien otro motivo no menos poderoso le inclinaba á ella, y era el estado enfermizo y decrépito del rey de España, pues si Carlos llegaba á morir hallándose nuestro país en guerra con la Francia y coaligado con las primeras potencias europeas, indudable era que la sucesión á la corona de España perderíala irremediablemente la casa de Borbón. Movido, pues, por tales pensamientos, hizo, al expirar el año 1693, proposiciones de paz, que fueron desechadas por las naciones coaligadas, inclusa España, á quien ofrecía devolver las conquistas que acababa de efectuar en los Países-Bajos y Cataluña, si bien desmantelando á Charleroy; y entonces no tuvo otro recurso que mantenerse á la defensiva en los distintos teatros, excepto Cataluña, donde se propuso descargar rudos golpes para forzar á España á la paz. En cambio, los aliados se habían preparado para tomar una vigorosa ofensiva, y en la primavera de 1694 reunieron entre el Mosa y la costa más de 120,000 combatientes. Con tales elementos era de esperar una campaña activa y no escasa en ventajas para éstos; pero, contra lo que se presumía, redújose á una serie de operaciones que pusieron de relieve la habilidad de Luxemburgo, cuyo ejército ascendía á unos 80,000 soldados. Maniobróse por una y otra parte con gran habilidad, pero no se empeñó batalla alguna. El mariscal francés redujo á Guillermo de Orange á proteger Lieja y Lovaina, y cuando éste, ganando en rapidez á su adversario, quiso caer sobre la Flandes francesa y forzar las líneas construídas entre los ríos Escalda y Lys, tal vez para operar en la costa de acuerdo con la escuadra, Luxemburgo, con admirable celeridad se adelantó á los aliados, y cubrió con Espierre, pueblo de la ribera del Escalda, las líneas de Flandes. Guillermo supo sacar partido de este contratiempo, teniendo en jaque al enemigo junto á este río y despachando una parte de sus tropas á ganar la plaza de Hui, importante por su posición entre Lieja y Namur, pero desmantelada. A esta conquista y la de la plaza de Dixmuda, mal fortificada y guarnecida también, redujéronse las adqui-

siciones que hicieron los aliados; por manera, que la campaña fué poco ventajosa para ellos, aunque sea digna de encomio por la destreza con que ambos generales movieron sus grande ejércitos en país de tan corta extensión como la Flandes española. Pérdida muy sensible para Francia fué la del mariscal de Luxemburgo ocurrida el 4 de Enero de 1695 á consecuencia de una enfermedad, porque este general era uno de los pocos caudillos de mérito que á Luis XIV le quedaban. No era Luxemburgo un capitán



ATAQUE DE UNA PLAZA FUERTE Á FINES DEL SIGLO XVII

Facsimile de la obra *El Ingeniero. Primera parte de la Moderna Architectura militar.*—Edición de Bruselas, de 1687. Ilustrada por Próspero Verboom.

A. B. Linea de 400 á 600 piés que se une á dos plazas de armas construidas en forma de reductos.
D. C.: G. G. y E. F. Paralelas.
G. Parapetos que cubren las fuerzas de caballería
H. Galeria hecha de dos hileras de cestones, sacos y tablones, por donde pasa el minador á traves del foso.

perfecto, por más que se distinguiera por su habilidad en hacer maniobrar grandes masas con precisión extrema, pero tenía talento militar y gran energía, sabía captarse el amor de los soldados y era tan hábil como valeroso. Por desgracia sus costumbres licenciosas y el desarreglo en que vivía impedíanle sujetarse á las laboriosas combinaciones y cuidados que exigen las prácticas militares (1). Su muerte, inútil es decir que se supo con tanto júbilo en el campo aliado, como con tristeza en Versalles, de cuya córte había recibido no pocos disgustos, pues, como era de esperar, el general que le reemplazó en el mando dió á conocer el gran vacío que Luxemburgo dejaba en el ejército.

(1) Nació este general en 1628 y murió en 1695. Nombrado mariscal al morir Turena, tuvo la desgracia de disgustar á Luvois, que logró alejarle del mando hasta el 89, en que Luis XIV dióle la dirección del ejército de Flandes, dirección que tuvo hasta su muerte.

Obligado Luis XIV á mantenerse en defensiva, ya que no consiguiera imponer la paz á sus enemigos, reunió en 1695 el mayor número de fuerzas que le fué posible junto á la costa flamenca; empero inferiores en número á las que puso en pié Guillermo de Orange. Un cuerpo francés mandado por Boufflers tenía orden de cubrir á Namur; un campo volante protegía á Furnes y Dunkerque; el grueso del ejército á Ipres, Lilla y Tournay. «Desde las dunas de Furnes hasta Ipres, dice un historiador francés, la frontera estaba protegida por canales; desde Ipres hasta Espierre en el Escalda, atrincheramientos reforzados por reductos y protegidos por fosos defendían la entrada del territorio; desde Espierre á Condé el Escalda hacía las veces de foso. El Haine y el Sambre completaban esta prolongada línea defensiva (1).» Eligióse para dirigir el ejército enemigo en Flandes á Villeroy, hombre valiente pero de poco talento, y más experto en las maniobras de la córte que en las del campo de batalla, lo que dió á Guillermo nuevos alientos. Por de pronto se atrevió á ponerse á una legua de Ipres con 50,000 soldados y despachó un cuerpo de 15,000 contra el fuerte de Knock, llave de los canales entre aquella ciudad y la costa. El elector de Baviera recibió orden de avanzar con 30,000 hombres entre el Lys y el Escalda, por Oudenarda, mientras otro ejército de un efectivo aproximado se organizaba entre el Sambre y el Mosa para amenazar la plaza de Namur. En aquellos momentos Villeroy tenía reunidos entre Ipres y Comines unos 60,000 soldados, y Boufflers, que había mandado parte de su infantería á Namur, se hallaba en Courtray con la caballería y la artillería. Era, pues, la posición de Guillermo asaz crítica, de embestir Boufflers á su ejército, como podía hacerlo, por retaguardia, mayormente no habiendo tenido tiempo de reunir todas sus tropas al elector de Baviera; pero Villeroy, que tenía órden de permanecer á la defensiva, mandó aviso á la córte pidiendo órdenes para atacar; transcurrieron en la inacción unos diez días, y Guillermo, que con toda tranquilidad pudo estudiar su plan, concentrando sus tropas, tomó de improviso la vuelta del Mosa, dejando junto al Lys al príncipe de Vaudemont para tener en jaque á Villeroy, é incorporóse en las cercanías de Namur á su ejército del Mosa que se hallaba ya frente á esta plaza (1.° Julio). El mariscal Boufflers que había seguido atentamente los movimientos del holandés, aun tuvo tiempo de arrojarse en Namur, de manera que el sitio se estableció por un ejército de 80,000 hombres como una ciudad excelentemente fortificada por Vauban y defendida por 14,000 soldados y un general francés. Podían esperar los enemigos con razón que Namur resistiera largos días, pero urgíales evitar que cayera en manos de Guillermo.

Villeroy resolvió arrollar y destrozar á Vaudemont y bloquear á los sitiadores cortando las comunicaciones de Bruselas con Lieja: proyecto bien concebido, pero que fué muy mal ejecutado, porque si bien aquel caudillo se presentó frente las posiciones de Vaudemont, cuyo ejército era muy inferior al francés, procedió con tal flojedad, que este tuvo suficiente tiempo para retirarse y aun frustrar la tentativa que contra Neuport efectuó Villeroy, con introducir en esta importante plaza marítima un socorro. Entonces cayó el francés sobre las plazas de Dixmude y Deinse, casi desmanteladas, y las tomó sin resistencia, pero no consiguió distraer á los aliados del sitio de Namur, dirigido por el eminente ingeniero holandés Coëhorn. Abrióse la trinchera el 9 de Agosto por la noche, y, pocos días después, la brecha; conseguido lo cual, los sitiadores cruzaron el río Mosa y se introdujeron en la ciudad, de la que fueron rechazados con alguna pérdida. Sin embargo, no era posible que la resistencia se prolongara, sobre todo dejando de intentar Villeroy algún movimiento importante. Boufflers, comprendiólo así, capituló, pero retirándose al castillo y fuertes inmediatos, que Guillermo cañoneó con toda su artillería gruesa, y Villeroy, empujando á Vaudemont muy inferior en fuerzas, hasta Bruselas, arrojó sobre esta gran ciudad más de tres mil bombas en el espacio de tres días (13-15 Agosto). Las pérdidas que experimentó la capital de la Flandes española fueron incalculables, pues se hundieron y quemaron más de cuatro mil edificios, entre ellos hermosos palacios y soberbios templos; estrago inútil, porque no se consiguió otra cosa que exaltar la indignación de los naturales, sin privar á los aliados de ninguna

(1) Henri Martín, *Hist. de France*, Septième partie, Lib. LXXXVII.

de sus ventajas, incluso la conquista de Namur. Pero Villeroy dióse por satisfecho con esta venganza, y sin detenerse á atacar á Vaudemont, protegido por el Senne y reforzado ya por una parte de ejército que con Guillermo se hallaba en Namur, marchó contra éste, engrosado su ejército por algunos miles de combatientes que recibió del ejército de Alemania y de la frontera francesa. Aun no estaba rendido el castillo de Namur, y una victoria podía borrar la humillación que la pérdida de esta plaza causó á Luis XIV. Los dos ejércitos, cuya cifra era á poca diferencia la misma (100,000 combatientes), se encontraron frente á frente los últimos días de Agosto; el francés reconoció las posiciones que ocupaba Orange junto al Mehaigne y no se atrevió á embestir; Guillermo, por el contrario, tan pronto su artillería abrió una brecha en el castillo, dió la orden de asalto, asalto peligrosísimo, pues se efectuó en pleno día, contra la bien fortificada contraescarpa y los dos fuertes inmediatos (31 de Agosto). Fué la pérdida de los asaltantes enorme; pero no abrigando Boufflers la esperanza de poder resistir, capituló á condición de abandonar la plaza el 6 de Setiembre si antes no recibía socorro. Villeroy no lo dió y en este día efectuóse la entrega.

Fué la conquista de Namur una gran victoria para los coaligados, pero una victoria que les costó demasiado cara, pues en ella perdieron unos 20,000 hombres; sin embargo, el efecto moral que causó en Europa, compensaba hasta cierto punto tal descalabro; porque era aquella la vez primera que se arrebataba á Luis XIV una de sus conquistas personales más importantes. Empero, por dificultosa que fuera la posición del soberano francés, no era más aventajada la de Guillermo de Orange, al que amenazaba de continuo Luis XIV, favoreciendo, ya con las armas, ya con la intriga, á Jacobo de Inglaterra, desposeído por aquél del trono de la Gran Bretaña; y como las dos naciones que tomaban parte activa en la guerra, Holanda y España, sufrieran á causa de élla grandes quebrantos, era de presumir que la paz llegaría pronto á ser un hecho. Pero las cosas habían ya llegado á tal extremo, que, tanto Guillermo como el emperador de Austria, esperando ver hundirse de un momento á otro la monarquía francesa, creían necesario redoblar sus esfuerzos para precipitar su ruina; mientras que Luis XIV, más empeñado que nunca en la guerra, por la herida que á su orgullo infiriera la pérdida de Namur, no abrigaba propósito alguno de cejar. Por de pronto. trató de organizar una expedición contra Inglaterra, conduciendo á Jacobo con 16,000 soldados, proyecto que fracasó cuando estaba ya en vías de realizarse; pero que infundió serias alarmas á Guillermo, inclinándole hacia la paz. El tratado que hizo luego con el versátil duque de Saboya, apartando á este príncipe de la coalición, puso á cubierto una parte de la frontera francesa y dejó disponible un nuevo ejército; y resuelto á imponer á los aliados con la elevada cifra de combatientes que presentaría en Flandes, opuso á las tropas de Guillermo, cuerpos que sumaban un respetable total. No pasaba de ser esto un alarde por parte de franceses y coaligados, pues Guillermo se hallaba muy escaso de recursos y era de presumir que ante fuerzas enemigas tan superiores, no se atrevería á emprender sitio alguno; á la par que Luis XIV, tampoco más holgado, no era de esperar que acometiera empresa alguna de importancia. Unos y otros contendientes permanecieron, pues, en espectativa, y así transcurrió todo el año 1696, limitándose aquéllos y éstos á observarse y vivir sobre aquel desgraciado país, bastante esquilmado ya por tantos años de guerra.

Aquel fué el último esfuerzo de los beligerantes. Luis XIV, que á principios del citado año había ya propuesto al rey de Suecia como mediador para la paz, á condición de que se modificara lo pactado en Westfalia y Nimega, ya durante el verano del mismo 1696, significaba á los aliados, por medio de su agente en la Haya, que estaba dispuesto á restablecer las cosas en el estado en que debían hallarse según los tratados de Westfalia y Nimega. No otra cosa deseaban Guillermo, la Holanda y España, aunque el Imperio se mostrara muy contrario á ello, pero bastaba que el primero tuviera interés en que así fuera, para que el camino de las negociaciones quedara abierto; y en efecto, no obstante los esfuerzos que hizo el emperador de Alemania y las dificultades que opuso, el 4 de Febrero de 1694 los ministros de todas las potencias coaligadas, excepto España, aceptaron la mediación de Suecia, y en el mes

de Mayo siguiente, los plenipotenciarios de dichas naciones congregáronse en Riswick, pueblo de Holanda meridional, á una legua de la Haya, para discutir las condiciones de la paz.

Con esta célebre paz ponemos término á las guerras sostenidas en los Países-Bajos durante el siglo XVII; mas, antes de doblar las páginas de la historia militar de España en este siglo, fuerza nos es consagrar algunos párrafos á las campañas de Italia y Cataluña, sostenidas por nuestra patria con no mayor perseverancia y fortuna que las de Flandes.

Ya dijimos que Luis XIV había mandado á Italia al mariscal de Catinat, caudillo de tanto mérito como modestia, y cuyo talento militar se puso de manifiesto en la campaña de 1690. Catinat hubiera logrado los siguientes años grandes ventajas sobre los aliados, porque valía más que sus adversarios; pero Luis XIV, empeñado en la guerra de los Países-Bajos, vióse obligado á ordenarle la defensiva; y como al propio tiempo hubiera muerto el hábil y activo Luvois, que tan acertadamente aseguraba los servicios del ejército desde su gabinete de Versalles, la situación del mariscal francés se hizo muy crítica. Por de pronto la campaña de 1691, tan felizmente comenzada por él, terminó con la pérdida de una parte de las poblaciones que conquistara en los Estados sardos, y la de 1692 dió comienzo con muy halagüeños auspicios para los confederados, pues mientras Catinat se vió reducido á cubrir á Pignerol y Suza con un ejército de 38,000 soldados mal provistos y peor pagados, el duque de Saboya que disponía de 55,000 hombres, dejó dos cuerpos en observación del francés y penetró en el Delfinado con 30,000 piamonteses, alemanes y españoles. Podían prometerse de esta expedición algunos resultados, pero fué tan estéril como bárbara; pues se redujo al sitio de Embrun (5-19 de Agosto), en el que invirtió el saboyano catorce días; al incendio de Gap, y á la devastación de todo aquel territorio, como represalia de lo que hiciera el enemigo en el Piamonte y en el Palatinado. Una enfermedad detuvo al duque de Saboya algunos días en Embrun, y como los procedimientos del invasor despertaran la indignación de los naturales, así la patriótica conducta de éstos, como la aproximación del invierno, obligó al Saboyano á retirarse al Piamonte, dejando sólo algunas tropas en el valle de la Barcelonetta para asegurar la invasión del año siguiente. Llegada la primavera de éste, los aliados tomaron otra vez la ofensiva, y mientras los españoles ponían sitio á Cassal, el grueso del ejército mandado por Saboya, dirigióse contra Pignerol por el valle de la Barcelonetta. La diligencia de Catinat frustró el proyecto del Saboyano, pues cuando éste se aproximó al valle, los franceses eran ya señores de él, y como el Duque proyectara dar un rodeo y envolver al enemigo, replegóse Catinat sobre Fenestrelles y cubrió la frontera, pero dejando á descubierto la plaza de Pignerol, á la que puso sitio el de Saboya. Confiaba el francés en que los esfuerzos de su enemigo se estrellarían ante las excelentes fortificaciones de la plaza y su valerosa guarnición; y en efecto, cuatro meses se prolongó el sitio, más de cuatro mil balas y otras tantas bombas lanzáronse contra ella, repetidos y vigorosos ataques se la dieron, y muy entrado Setiembre aún permanecía el Duque frente á sus murallas. En este intervalo Catinat, inmóvil en su campo de Fenestrelles, iba reforzando su ejército, y cuando se creyó suficientemente vigorizado, condújole por las gargantas que separan el valle de Clusón del pequeño Doire, y por Bussolino y Avigliana descendió á las llanuras del Piamonte y llegó hasta el territorio de Turín, colocándose entre el ejército del duque de Saboya y esta capital. Vióse, pues, obligado éste, á levantar el sitio y aceptar una batalla con un ejército asaz mermado y sin quedarle el recurso de elegir el campo; pero no vaciló, y el 3 de Octubre, ambos ejércitos se hallaron en orden de combate en las cercanías de Marsaglia, entre las dos corrientes del Cisola y el Sangone. Saboya colocó el suyo en muy mala posición, sin apoyar sus flancos; falta de que se aprovechó Catinat para acometerle de frente y envolver simultáneamente su ala izquierda; y aunque el combate se sostuvo tenaz en la derecha, donde fué rota la primera línea francesa, concluyó por fin con victoria del enemigo, gracias á las terribles cargas que dió la caballería pesada de su segunda línea por el frente y flanco. Los aliados perdieron en Marsaglia 6,000 hombres, 24 cañones y más de 100 estandartes y banderas; pero este desastre, por lamentable que fuese,

no tuvo otra consecuencia que el abandono del sitio de Cassal; ya porque Catinat, falto de dinero y material de guerra, no pudo atacar á Turín y á Coni, ya porque los aliados que incesantemente recibían refuerzos, se recobraron fácilmente de aquel descalabro. Por lo que respecta á España, diremos que el marqués de Leganés, gobernador de Milán, llegó á mandar al duque de Saboya tan importantes auxilios, que alcanzaba á 16,000 el número de nuestros soldados que allí combatían.

Concentada la atención de los coaligados en las operaciones militares que tenían lugar en Flandes y Alemania, y más atento el Saboyano á sus particulares intereses que á los fines de la Gran Alianza, era de presumir que la guerra de Italia se prolongaría sin resultados



Mosquetero, arcabucero y piquero. Copiados de una pintura española del siglo XVII

inmediatos. No abonan ciertamente al Duque las operaciones llevadas á efecto el año 1694, precisamente cuando su ejército se elevaba á 45,000 soldados, y el de Catinat, muy corto en número, se hallaba reducido á la defensiva. Después de algunos meses empleados en inútiles marchas y contramarchas, sin atreverse á invadir el Delfinado, y viviendo á costa de su propio país, sólo hizo la conquista del castillo de San Jorge, y al siguiente año la de Cassal, cuyas fortificaciones se demolieron á tenor de lo exigido en la capitulación, y cuya plaza se entregó al duque de Mantua (9 de Julio de 1695). Tal proceder se explica por las secretas inteligencias en que Víctor Amadeo de Saboya se hallaba ya con Francia, y de aquí las desavenencias entre los generales coaligados y la falta de concierto en sus operaciones. Más ganoso de recobrar sus provincias invadidas, que, como supone uno de nuestros historiadores, desesperado por aquellas desavenencias, el Saboyano manifestó ya en 1694 sus secretos propósito al monarca francés, y al año siguiente representó admirablemente *la comedia* de Cassal, frente á cuya plaza escribía á Luis XIV que diera al gobernador orden de capitular á condición de que las fortificaciones se demolieran (hábil recurso para privar á esta plaza

de importancia), mientras que para disipar la menor sombra de sospecha, renovaba su adhesión á la Gran Alianza. Inútil es decir que, tanto el príncipe Eugenio, jefe de los imperiales, como el marqués de Leganés, desaprobaron su conducta en la capitulación de Cassal, pero el Duque, no sólo consiguió lo que deseaba, sino que entretuvo el desmantelamiento de Cassal con tal habilidad, que hizo imposible toda empresa en el resto de la estación. Prosiguieron aquel invierno las negociaciones del Duque con Luis XIV, y en 30 de Mayo de 1696, fué ya un hecho su alianza con este soberano. El Imperio y España convinieron entonces que se declarara á Italia país neutral, y en virtud de este acuerdo, alemanes y franceses abandonaron el teatro donde por tanto tiempo lucharon inútilmente.

Donde más se dejaban sentir los funestos resultados de la guerra era en el mismo territorio español, una de cuyas provincias fronterizas, venia siendo teatro de ella durante algunos años. Sobre las causas generales que influían de un modo perjudicial en todas las campañas, concurrían aqui algunas otras hijas de la nulidad y la poca energía de los vireyes que mandaba la córte, y de la apatía con que ésta miraba la guerra de Cataluña. La representación que los diputados y concelleres catalanes enviaron al monarca á fines de 1690 ó principios de 1691 pinta el tristísimo estado de aquel territorio, pues en ella expresan los temores que abrigaban de que el enemigo se atreviera contra la ciudad de Barcelona; el desamparo en que se tenia á los soldados, quienes *en cinco meses de campaña no habían recibido otro socorro que veintitres reales cada uno*, y el cansancio del país, vejado por las guarniciones, falto de fortalezas y defensas, y abierto, por lo mismo, al enemigo. Pero ya hemos dicho que la córte española se hallaba distraída por el pugilato de las ambiciones; y como si la causa de los males que pasaban sobre aquella región fuera exclusivamente el virey, creia hacer bastante con reemplazar á un Villahermosa, por un Medinasidonia y á éste por un Villena ó un Gastañana: todos ellos de ilustre casa, pero á cual más inepto para el gobierno político y el mando militar. En 1691, dijimos ya que fué Medinasidonia el encargado del vireinato, y debemos añadir que, si en la campaña de este año no se mostró ganoso de pelear, en la del año 1692, precisamente cuando el mariscal de Noailles contaba con más escasas fuerzas, después de haber llegado con un ejército de 3,000 caballos, 6,000 infantes y 8 cañones hasta las alturas que separan el Rosellón de Cataluña y haber descendido por la vertiente francesa, tan pronto divisó las fuerzas contrarias, apresuróse á retroceder, seguido de cerca por el enemigo, que le acompañó hasta las inmediaciones de Figueras. Los dos ejércitos permanecieron próximos uno á otro, el francés en Agullana, el español en Pont de Molins, y la campaña terminó sin suceso alguno de monta; pero llegado el verano siguiente y reforzado el ejército francés, el duque de Noailles embistió la plaza de Rosas, que por falta de suficiente ejército no pudo socorrer Medinasidonia y que se rindió el 15 de Junio, después de una regular defensa: á cuyo lamentable hecho siguió otro en alto grado ridículo, que fué la presentación de la escuadra francesa en las aguas de Barcelona y el capricho desvergonzado de su almirante, exigiendo de la ciudad un regalo. Cuatro generales españoles presididos por una mujer, la del ausente duque de Medinasidonia, acordaron que se satisficiese este capricho: ocurrencia que, si revela gran cinismo por parte del enemigo, manifiesta gran abyección por parte de nuestros capitanes; y hecho que da justa idea de los sentimientos que abrigaban aquellos militares. El analista Feliu no vacila en afirmar que la falta de actividad del Duque era efecto de no ver otro camino que el de la paz para remediar los males de Cataluña. «Todas las ocasiones que volvía de las antecedentes campañas, escribe, decía que *lo más acertado era tratar de paces*, que en esto se aseguraba el servicio del Rey y beneficio de la Provincia (1),» lo que deja suponer que nada de provecho podia intentar quien así opinaba.

Desgraciadamente á Medina reemplazó un virey y general ni más activo ni más capaz. El marqués de Villena, que así se llamaba, habia ya ocupado este puesto, y al hacerse cargo de él abrigó la ilusoria confianza de triunfar del francés con un ejército, aunque numeroso, compuesto de gente bisoña. El 17 de Mayo Noailles abría la campaña por el Ampurdán

(1) *Anales de Cataluña*, Lib. XX.

con 25,000 hombres veteranos, y el 19 salía de Barcelona el general español con aquellos reclutas, á quienes, según Feliu, tuvieron que enseñar el ejercicio la gente del pueblo y hasta los muchachos. Los dos ejércitos se encontraron en las márgenes del Ter, separados por este caudaloso río, hallándose el francés colocado á la otra parte del rio, cerca de Torruella de Montgrí, y el español en número de 20,000 en esta orilla. En la persuasión de que el río no era por allí vadeable y sin tomarse tan sólo la molestia de informarse de ello, hizo alto nuestro ejército y se quedó descansando sin fortificarse debidamente en sus posiciones «como si no tuviera el enemigo delante;» y éste, que á fuer de práctico, tomaría noticia del vado que allí existe y se conoce con el nombre de Gualta, acometió por él con su caballería é infantería por tres pasos distiutos, forzó las débiles trincheras levantadas sobre la ribera, y logró arrollar en pocos momentos la vanguardia y centro español. Desbandóse primeramente la caballería y quedó la infantería á merced del vencedor, que hizo en ella terrible estrago. Por el número de los cabos que allí perecieron puede calcularse el de la gente inferior, y del pánico que en ella se introdujo teniendo en cuenta que en cuatro leguas fué dando el enemigo alcance á los fugitivos. Sin embargo, debe hacerse una excepción honrosa por lo que respecta al tercio de la Diputación, mandado por el catalán D. José Boneu, el único del ejército que se puso en forma de batalla, con el de los morados, que estaba á cargo del mismo jefe, y retrogradando hasta una colina inmediata á Foxá, hizo la retirada hasta Gerona con el mayor orden, «sin perder un hombre, por más que le embistieron muchos escuadrones enemigos.» Estimáronse las bajas que el contrario nos ocasionó en esta batalla en 3,000 hombres; quedó en su poder todo el bagaje, y púsose de manifiesto la impericie y descuido del de Villena, á quien no en vano llamaban los franceses *l'écolier* «por ser, dice Feliu, muy matemático, pero muy poco soldado.»

No teniendo como no tenía el marqués de Villena medios de rehacerse, podía calcularse que los franceses apoderaríanse de cuantas plazas se les antojara; y en efecto, á los pocos días de la derrota del Ter fué atacada Palamós por tierra y por mar, pues la armada de Tourville llegó á tiempo para contribuir al sitio, y el gobernador de la plaza, D. Melchor de Avellaneda, tuvo que rendirla, quedando prisionero con la guarnición (30 Mayo-9 Junio); acometió Noailles seguidamente á Gerona, y, favorecido por la situación apurada en que se hallaba el Virey (el cual anduvo poco diligente en reunir los somatenes), consiguió hacerse dueño de la plaza, de cuya entrega se acusa á D. Juan Simón, que desamparó uno de los principales fuertes, y al maestre de campo D. Carlos Sucre, que la rindió con poco decorosas condiciones: «acusación, dice Bofarull, que podrá ser cierta, pero no justa; pues no sabemos lo que pasaría dentro de Gerona y qué alientos podrían tener los que allí quedaron, viendo que el Virey y todo el ejército se apartaban tanto de aquel territorio, arrimándose á las puertas de Barcelona» (29 de Junio). Lo que no admite duda, es el terror pánico que se apoderó de Villena y de su gente, porque, después de avanzar hasta Hostalrich, antes de que Gerona se rindiese, retiráronse hacia el Vallés; y los franceses, cuando hubieron ganado dicha plaza, acometieron y tomaron fácilmente la de Hostalrich y entraron en Corbera, llegando sus tropas hasta la Roca, en el Vallés, y Arenys, en la marina. Afortunadamente el enemigo no contaba con suficiente ejército para sitiar á Barcelona, y como sólo faltaba un mes para entrar en la época de tomar cuarteles de invierno, retiróse hacia la montaña, si bien atacando y ganando de paso á Castellfollit, (8 de Setiembre); después desapareció como de costumbre del suelo catalán. Luis XIV recompensó á Noailles los servicios que prestó en Cataluña con el nombramiento de virey del Principado; pero á causa de hallarse enfermo y achacoso, sustituyóle al siguiente año en el mando el duque de Vendome, general de nombradía, pues había hecho las campañas de Alemania, Italia y Flandes.

Causó en la córte de Madrid, como era de presumir, muy mal efecto la derrota del Ter y la falta de actividad del marqués de Villena, quien, cuando vió al enemigo en retirada, quiso tentar el recobro de Hostalrich con auxilio de los migueletes y tropas populares; aunque con tan pocos alientos, que como circulara la voz de que el francés volvía sobre sus

pasos, le faltó tiempo para dejar la empresa y regresar á Barcelona. Y en verdad que todo hacía presumir que la reconquista de Hostalrich sería un hecho; mas, frustrada esta empresa, aumentó el descrédito del Virey, y la córte, haciendo caso omiso de sus representaciones, quejas y demandas, reemplazóle con el marqués de Gastañana, no más apto ni más diligente. Logró este captarse en un principio las simpatías de los naturales, quienes al ver que, llegado el invierno, los soldados permanecían quietos en sus alojamientos, tomaron por su cuenta hacer la guerra, y molestando incesantemente á los franceses, interceptando y apresando sus convoyes, bloqueando las plazas que ocupaban, y matando á cuantos hallaban separados, les tuvieron en perpetua alarma. Distinguiéronse al frente de las partidas el veguer de Vich, Ramón Sala; el valiente Trinchería, José Más de Roda, Saleta y otros guerrilleros, y los alrededores de Hostalrich, Castellfollit y Gerona, la marina y el Ampurdán fueron durante los últimos meses del año 1695 teatro de atrevidas y gloriosas operaciones. ¿Quién duda después de leer los documentos y relaciones coetáneas que con un poco de celo por parte de la córte hubieran podido recobrarse las plazas perdidas en el Principado? Pero en Madrid no se miraba con buenos ojos la conducta del pueblo catalán, y el mismo Virey, que acariciaba y agasajaba á los paisanos por sus proezas, tan pronto vió reforzado su ejército con la llegada de numerosas tropas alemanas, irlandesas y valonas que mandó el emperador de Alemania, con el príncipe de Darmstad, y de los reclutas que le llegaron de Castilla, cambió de proceder con los paisanos, aunque no se mostrara más activo ni belicoso. Baste decir que habiendo puesto Gastañana sitio á la villa marítima de Palamós y contando con un ejército de cerca de 30,000 soldados y el concurso de la escuadra aliada, ni siquiera logró ganar esta villa, empresa malograda por *flojedad*, si ya no, como se consigna en los *Anales consulares*, por orden expresa de la córte.

La inmovilidad del ejército francés después de la retirada de Noailles obedeció sin duda alguna á dos causas, que fueron la enfermedad del duque de Vendome y la necesidad de prepararse convenientemente para acometer la empresa del sitio de Barcelona; así como el refuerzo de gente extranjera que recibió el ejército español de Cataluña, se explica más por el interés de los aliados que por impulso de la córte. No se abrió la campaña hasta el 31 de Mayo, en que salió Gastañana de Barcelona con su ejército, en demanda del de Vendome, que, fuerte de 20,000 combatientes, avanzaba por la parte baja é inmediata á la costa, inclinándose hacia Gerona. Chocaron en las orillas del Tordera las tropas fancesas con las que el general de la caballería, príncipe de Darmstad había colocado «formando cordón á orillas del Tordera, á parte del camino que va de Hostalrich á Gerona, *para defender á nuestro ejército*» y sufrieron un serio descalabro, debiéndose á las acertadas disposiciones de Darmstad que no fuera mayor; pero como el grueso del ejército permanecía intacto y el paisanaje se mostraba lleno de entusiasmo, eran de esperar algunas ventajas. Mas no sucedió así; porque, fuese, como suponen los *Anales consulares*, que *desagradara mucho al Virey y á la córte de Madrid* la popularidad que alcanzó Darmstad por su bravura, fuese que España se inclinara ya á la paz, Gastaña no se movió con el ejército de Hostalrich, y cuando las primeras autoridades del Principado le manifestaron su desagrado, quedaron *desconsoladas de oir* sus disculpas. «Lloramos, decía al Rey la Diputación, de ver campeando al enemigo á su arbitrio en nuestro país, obrando tales insultos y sacrilegios sin reserva de lo sagrado que ha ocasionado la desolación de muchos lugares que se hallan despoblados y todo á vista de nuestro ejército, que, *aunque superior*, ha perseverado siempre dentro de las líneas del cordón, sin poner el menor estorbo ni impedimento á sus designios ni embarazo alguno á sus destacamentos, y sin que esta inacción de las reales tropas de V. M. se pueda atribuir á poco número ni á falta de valor, pues en el día 1.° de Junio una porción sólo de caballería á cargo del príncipe Darmstad, supo, espada en mano, abrirse paso sobre la caballería enemiga, abrigada de fusileros, muy en gloria de las reales armas de V. M., é impensado escarmiento de los enemigos.» Estas y otras quejas dieron su resultado, que fué el relevo del virey Gastañana por D. Francisco de Velasco y el del maestre de



M. Soler, Editor.

BATALLA DEL TER (27 Mayo de 1694).

(GRABADO DE [illegible]TINGER).

A. Puente que cruzaron los franceses persiguiendo á los españoles. — B. Puente por donde el ejército francés pasó el canal. — C. Desfile del ejército en columna para marchar al ataque de las posesiones españolas. — D. Cabeza del ejército compuesta de los carabineros y granaderos atacando las posiciones españolas fronteras á Torroella de Mongri. — E. Tropas que cruzan el vado de Olla. — F. Tropas que pasan el vado del Molino. — G. Ataque de los atrincheramientos españoles. — H. Diversas líneas de caballería é infantería en persecución de los españoles.

campo general marqués de Villadarias, por el conde de Corzana. El ejército francés, apostado en el campamento de las Mallorquinas, no lejos de Gerona, no había dado un paso más en todo el año 96; pero al comenzar el 97 súpose en Barcelona que en la nación vecina se hacían grandes preparativos, así por mar como por tierra, para acometer la capital del Principado. No se mostraba inactivo el nuevo Virey, pues sin desamparar las líneas que el ejército ocupaba, atendía á las fortificaciones de Barcelona, aunque estaba firmemente persuadido, y así lo aseguraba, «que sólo se dejarían ver los franceses ante la plaza, para precisar al Rey á la paz ó neutralidad que se le pedía, y de tal manera creía esto el Virey, que llegó á decir á los Concelleres (quienes le instaban por efecto de las resoluciones del Consejo



Combate de caballería. Cuadro de Van der Meulen, según un grabado de la época

de Ciento): *Yo apuesto la cabeza que no se disparará ni una bomba en Barcelona* (1).» Era tal en efecto el designio del monarca francés, mas ¿quién duda que las condiciones de la paz podían modificarse notablemente según la situación más ó menos ventajosa en que se hallara España? Contra lo que manifestaba D. Francisco de Velasco, la ciudad fué sitiada por mar y tierra, bombardeada y ganada. «Era de sentir el príncipe de Darmstad, dicen los *Anales*, que se contuviera al enemigo en las líneas de Hostalrich, como en el año anterior, atendido el número de tropas de que se podía disponer, que llegaba á 17,000 infantes y 4,000 caballos, pero como el enemigo contaba de 25 á 30,000 hombres no prevaleció su opinión, porque *los generales querían que se perdiese Barcelona para que se hiciese la paz,* y en consecuencia resol-

(1) «Y esto se creía, añaden los *Anales consulares* de donde son aquellas líneas), por haber llegado la noticia de que los ingleses y holandeses firmaban las paces con Francia, cosa que, era de pensar, obligaría al Rey á lo mismo, y de este modo se libraría Barcelona del sitio que la amenazaba, pero fué todo lo contrario, porque viniendo de Alemania el conde Arlacha, embajador extraordinario á Madrid (desembarcando primero en esta ciudad), indujo al Rey á no firmar ni la neutralidad ni la paz, con lo que vinieron á cumplirse los temores del sitio de Barcelona, y de que era preciso que esta se perdiese para hacerse la paz.»

vióse dejar poca guarnición en Hostalrich é ir observando al enemigo hasta esta ciudad.» La noticia que dan los *Anales*, es desgraciadamente muy cierta, pues la justifican muchas otras en que se ve el empeño del Virey en no favorecer los heróicos acuerdos de los catalanes, dispuestos *primero á morir que rendirse*. Tan pronto como avanzó el ejército enemigo, el nuestro abandonó las líneas y fuése retirando hasta el Panadés, donde, en Martorell, se hallaba el grueso de las tropas con el virey Velasco. Darmstad fué á encerrarse en la ciudad, y al frente de ésta quedó Corzana, con 10,000 infantes y 1,300 caballos, pero á estas fuerzas añadió Barcelona las milicias de sus gremios, organizando con ellas un regimiento ó *Coronela*: esfuerzo inútil cuando existía el propósito decidido de rendirla.

Presentóse por fin el ejército enemigo el 5 de Junio á la vista de Barcelona. «Constaba de 18,000 infantes y 6,000 caballos, habiendo aparecido al mismo tiempo en las aguas la armada francesa, compuesta de 14 navíos, 30 galeras, 3 balandras para arrojar bombas, y 80 embarcaciones menores. Detúvose el ejército de tierra, hasta el 12, por las inmediaciones del Besós y después de haber desembarcado 56 cañones de batir y otras piezas menores, 18 morteros, 50,000 balas, 15,000 bombas y gran abundancia de aparejos de guerra y boca, avanzó, extendiéndose hácia Poniente, llegando con su ala derecha al lugar de Esplugas, y fijándose en San Martín el cuartel principal y almacen de víveres (1).» Pusiéronse el 13 los sitiadores á tiro de fusil de la plaza, sin que de ésta salieran á estorbarlo; alojóse el 14 Vendome en Gracia y el 15 comenzó el bombardeo y se abrieron trincheras con diferentes ramales. Al vivo fuego del enemigo comenzaron á contestar los sitiados, congregáronse las fuerzas disponibles é hicieron una salida contra las baterías más próximas á la Puerta Nueva, salida que no produjo otro resultado que disminuir la guarnición. Pero la animosa gente del país, organizada en somatén y conducida por los intrépidos ciudadanos Agulló, Boneu y otros, coronando las alturas vecinas, puso en cuidado á los franceses, «bien que, dicen los *Anales consulares*, ya estaban ciertos de que ni el Virey ni los cabos de nuestro ejército les harían daño alguno, *porque la voluntad de la córte era de que se perdiese la plaza, para obligar al Rey á la paz*.» Estas palabras podrían parecer más ó menos justificadas, si no viniera á corroborarla el testimonio del cronista Feliu y la conducta observada por el virey Velasco, que permanecía en Molins de Rey, con igual tranquilidad que si tuviera el enemigo á cien leguas de distancia. Dice Feliu que Vendome aseguró á los suyos, «que no recibirían daño de los paisanos de la montaña, ni tendrían ocasión de consecuencia.» y añade más adelante que tratando los sitiados de efectuar una salida «no permitió el Virey que se ejecutara, ni esta ni otras que se idearon.» Efectuóse no obstante una el día 19 y otra el 24 con gran desorden y sin fruto alguno, y prosiguió el bombardeo, sin que lograran impedirlo las débiles tentativas que hizo Velasco, por la parte de Nuestra Señora del Coll y Pedralbes; pero, aunque esta conducta era la más á propósito para entibiar á la ciudad, sus heróicos defensores no por eso cejaron, y conociendo que el enemigo trataba de abrir brecha por la muralla de San Pablo, improvisaron bajo la dirección de Darmstad, una cortadura. Empero, no lograron evitar que la brecha fuera abierta y que el enemigo, después de rudo combate, se fortificara en los ángulos salientes de San Pedro y la Puerta Nueva, de la que, sin embargo, fué rechazado á la madrugada siguiente con impetuosa salida (5-6 Julio).

Repetido por los franceses en este día con más vigor el ataque, lucharon la guarnición y vecinos tan heróicamente que fueron rebatidos con pérdida de 800 hombres (2); y como aumentaran sus baterías y fabricaran minas contra ambos baluartes, efectuó el príncipe Darmstad una salida por la parte de la marina, obedeciendo á

(1) Bofarrull, *Hist. de Cataluña*, Tomo VIII, cap VII.

(2) Con motivo de este ataque, hace mención el historiador Sr. Bofarrull de un ingenio debido á Luis Novas, del Hospitalet, *para disparar bombas en canal*, del que dice ya se hizo uso en el sitio de Castellfollit. Y más adelante, escribe: «Parece que con los fuegos de su invención, logró el ingenioso Luis Noves ó Novas romper las galerias que habia levantado el francés junto al baluarte de San Pedro; el mérito de este compatricio lo reconoció la ciudad, y acababa de recompensarlo, dándole el cuidado de la linterna del muelle, cuando sin tener apenas tiempo de gozar de su recompensa, en uno de los días inmediatos, murió, herido de un mosquetazo, al pasar por delante de la brecha.»

una orden que de los generales que estaban en el llano habia recibido, salida como la anterior inútil, pues aquéllos no acudieron. Este fracaso, asi como la conducta del Virey, despertaron en la ciudad grandes murmuraciones. Irritados sus vecinos resolvieron armarse para verificar salidas en mayor número; pero el marqués de Corzana, negóse á procurarles armas, y como se ofrecieran á proveerse de ellas por su cuenta, manifestó «que por falta de gente no se perderia Barcelona;» razones capciosas y que justificaban los temores de aquellos vecinos.

Desairado é indignado era el papel que desempeñaba el de Corzana, pero ridiculo é indecoroso era el que representaba Velasco. El 13 de Julio, y mientras los cañones enemigos derribaban gran parte del baluarte y muralla de San Pedro, y el francés decidia atacar al Virey en San Feliu, dice el analista Feliu que el Virey *estaba en sus cuarteles y dormia.* Dormia en efecto, y tan á pierna suelta, que á no ser por el aviso del general de su caballeria, Vendome le hubiera sorprendido en la cama. Tan sólo tuvo tiempo para ponerse en cobro al otro lado del Llobregat, en San Boy, dejando á sus espaldas dos tercios, que, peleando con gran bravura, le salvaron á él y á su séquito. Y huyendo para no verse cortado prosiguió luego hasta Martorell, donde le siguió sin orden todo el ejército, no parando tampoco en esta villa; porque á causa de una falsa alarma, salió escapado por una poterna y montado en el caballo de un soldado, dirigióse á Esparraguera. ¡Qué caudillos tenia España al frente de sus tropas! «En esta ignominiosa accion, dice Lafuente refiriéndose á la retirada de San Feliu, portáronse cobardemente los nuestros, desde el Virey, hasta el último soldado, á excepción de una parte de la caballería que hizo frente.» Este es el calificativo que en verdad se merece aquella sorpresa.

Voladas el dia 15 unas minas, junto al baluarte de San Pedro, y levantado un pedazo de muralla, quedó consistente tan sólo el terraplen, y el 20 alojáronse los franceses al pié de dicho baluarte y el de la Puerta Nueva, lo que indicaba que no estaba lejano ya el dia del asalto; y en efecto, el 22 á las 9 de la noche, disparó la escuadra francesa un cañonazo como señal, y secundadas por los cañones de todas las baterias avanzaron las columnas enemigas hasta los referidos baluartes; donde volaron con gran estrépito dos minas. Acometieron los franceses con gran ardimiento, pero rechazáronlos por tres veces los sitiados, consiguiendo á la postre aquéllos fortificarse en uno de los ángulos del de la Puerta Nueva. Más porfiado el combate en San Pedro, prolongóse hasta el amanecer, costando numerosas bajas á unos y otros, pero logrando su objeto el enemigo. Sin embargo, recobróse el primer baluarte en la madrugada del dia 23, é intentó reconquistar el segundo el maestre de campo catalán Marimón, saliendo de la cortadura y acometiendo al sitiador á pecho descubierto. Quizás consiguiera este héroe su intento á no volar una mina que causó en los nuestros gran destrozo; pero ocurrió allí un hecho infame, que así contribuyó á frustrar el propósito de Marimón, como á la pérdida de muchos valientes. Pidió aquél socorro al conde de Peñarrubia, y no sólo se negó éste á dárselo, sino que cerró el paso de la Puerta Nueva, no obstante ser tan angosto que sólo permitia desfilar un hombre de frente. Y lejos de escuchar los clamores de los que afuera se batían, dejólos abandonados á su destino, quedando á consecuencia de ello herido y prisionero el intrépido Marimón, que falleció pocos dias después.

Que por parte de Corzana y sus capitanes no habia el propósito de resistir seriamente, lo indican los hechos apuntados; y por lo que respecta á los intentos del Virey, sino bastara lo que llevamos dicho, podrian aducirse algunos hechos que prueban su escaso deseo de auxiliar á los sitiados. Del 19 al 20 de Julio entraron en la plaza algunos paisanos, que sin rodeos aseguraban que afuera no les dejaban obrar, lo que dió origen á un tumulto; y el 23, mientras los barceloneses se batian en la brecha, efectuaron los somatenes un impetuoso ataque contra las líneas sitiadoras, que de ser apoyado causara gran daño al enemigo. Este, prosiguiendo en sus ataques, habia levantado nuevas y formidables baterías y abierto una paralela entre la puerta de San Pedro y la de Junqueras, desde la que arrojó una lluvia de bombas y toda clase de proyectiles en aquella parte de la ciudad. Como si esto indicara ya

que no estaba lejano el momento de la rendición, y no obstante los refuerzos de heterogénea gente que entraron en la plaza, el de Corzana reunió consejo para tratar de la capitulación, contra la cual votaron Darmstad y tres capitanes españoles, opinando los más que se aguardara el efecto de las minas; pero abierta pocos días después la brecha, «capaz de cien hombres de frente,» el Virey escribió una carta á los Consistorios declarando «haber llegado la plaza al estado de capitular» (31 de Julio). Sin embargo, con sorpresa y admiración se lee en documentos oficiales que el 4 de Agosto y á la vista del enemigo, se introdujo por el costado de Monjuich un socorro, hecho que da lugar á preguntarse si los que no eran capaces de impedirlo, podían infundir miedo alguno en el ánimo de los sitiados (1). «¿No bastaba esto, exclama el Sr. Bofarull, para resolver definitivamente que no había llegado la hora de la rendición y que no se efectuara si los que mandaban dentro de Barcelona hubiesen participado del espíritu de todos sus habitantes y naturales (2)?» Sin duda alguna que Vendome hubiera puesto mayor empeño en evitar el paso del convoy, pues podía hacerlo, á no tener la absoluta certeza de que en breve sería dueño de la plaza; y lo prueba claramente el hecho de que, después de escaramuzar los suyos con los españoles, recibieron orden de volver á sus puestos. Tanta era, en efecto, la seguridad del general francés, que al siguiente día de introducirse el convoy (5 de Agosto) mandó hacer llamada para la entrega y el mismo día despachó Corzana con el propio objeto un comisionado al Virey y otro á Vendome.

Llenos de ira y dolor los barceloneses acudieron á ofrecerse para defender por sí solos la ciudad, y representaron al príncipe de Darmstad, el único militar que procedió con bizarría, que si él quería capitanearlos, pelearían á su lado hasta morir, antes que entregar la plaza; súplica á que contestó el príncipe extranjero asegurándoles, con lágrimas en los ojos, que no podía faltar á la obediencia, y como el mismo día se recibiera un correo de Madrid con el nombramiento de Virey para Corzana, en reemplazo de Velasco, la capitulación no tardó en ser un hecho. Firmóse el 10, y el 15 salió por la brecha una parte de la guarnición, otra por una puerta; en junto 10,000 hombres, conduciendo 30 cañones, 6 morteros y todo el material de guerra existente en Monjuich. Respetáronse los privilegios y los bienes de los habitantes, y el francés ocupó la ciudad, ante la cual había perdido más de 15,000 soldados (3).

Como una de las cláusulas de la capitulación fuese la de suspender las operaciones en todo lo que restaba de mes, nuestro ejército permaneció ocioso en Martorell hasta el 1.° de Setiembre, en cuya fecha dividióse en dos fracciones mandadas respectivamente por Corzana y Darmstad, marchando la primera á Igualada, la segunda, por Montserrat, á Manresa y Cardona; pero que no sería el ánimo de estos caudillos entablar acción alguna, lo prueba el hecho de haber huído Corzana á Montmaneu y después á Tárrega, tan pronto como Vendome se puso en movimiento por la par-

(1) Bofarull, *Hist. de Cataluña*, Tomo VIII, cap. VII.

(2) El autor antes citado hace al llegar á este punto las siguientes atinadas reflexiones: «Desde un principio, aunque los sitiadores parece que tienen el propósito, muy natural, de atacar á la ciudad por mar y por tierra, cesa luego el bombardeo seguido por las galeras, y el ataque por tierra se limita a un solo punto, como si los demás fuesen seguros, y por ellos no pudiesen atacar y socorrer las tropas y paisanos que militaban fuera. Aun más; Vendome no hace caso alguno de Monjuich, y ni la menor fuerza se destinaba para ocuparlo, como si la montaña y su fortaleza no pudiesen proteger á la ciudad por aquella parte. Los militares resolverán este punto mejor que nosotros, ó tal vez lo resolviéramos si pudiéramos estar en los *intríngulis* políticos de aquellos tiempos, y empleamos este nombre por creer que algo secreto é inexplicable hay en aquellos sucesos, pues aunque el día 4 de Agosto se sabe que los franceses dilataron el ala derecha de su ejército hasta Sans, *para impedir el forragear á nuestra caballería*, precisamente se consigna que el mismo día «quedó libre á la plaza el paso de Monjuich, por donde se introducían los socorros.» Ya veremos luego, como este paso quedó por mucho tiempo despejado para las fuerzas de la guarnición.»

(3) «Perdió el francés, dicen los *Anales Consulares*, más de 15,000 soldados, con muchos oficiales, y por nuestra parte se perdieron 4,000 y hubo 800 heridos, que quedaron, *siendo esta relación la más verídica del sitio de esta capital en este año*.»

El cronista Feliu especifica nuestras pérdidas, y da una lista de los oficiales y personas de cuenta, muertos y heridos, que fueron:

JEFES Y OFICIALES MUERTOS

Maestres de campo	4	Tenientes	1
Tenientes coroneles	2	Alféreces	1
Sargentos mayores	6	Reformados	20
Ayudantes de éstos	2	Ayudantes	2
Capitanes de caballería é infantería	21		

JEFES Y OFICIALES HERIDOS

Maestres de campo	4	Alféreces	1
Sargentos mayores	5	Sargentos	1
Capitanes	16	Ayudantes	1

te de Montserrat y en dirección á Manresa é Igualada. En Tarragona permaneció el Virrey y general castellano hasta que la paz se firmó; Darmstad guardó la montaña, y Vendome, sabedor de que Vich intentaba defenderse, apoderóse de ella sin efusión de sangre é hízola pagar un crecido tributo. Estas fueron las últimas operaciones militares, porque la paz de Riswick no tardó en ser un hecho (30 de Octubre). Á consecuencia de lo acordado en ella, evacuaron los franceses á Barcelona el 4 de Enero de 1698, no sin haber hecho pagar á la ciudad 30,000 libras por gastos de campaña; y á mediados del mes quedó libre de enemigos el territorio patrio. Luis XIV pagó con esplendidez á Vendome sus servicios; Carlos II desterró á D. Francisco de Velasco á sus tierras,



Episodio de una batalla. (Cuadro de Van der Meulen, según un grabado de la época)

culpándole de la pérdida de Barcelona, y el príncipe de Darmstad fué nombrado general en jefe del ejército de Cataluña.

Como se ve, el sitio de Barcelona había sido la palanca que movió al gobierno español á hacer la paz; y para adquirir la evidencia de que todo fué una farsa, basta leer el texto de la capitulación y las representaciones que hicieron las corporaciones catalanas al Rey en queja de la misma. Los que firmaron la primera no estaban oficialmente autorizados por el monarca, como lo prueba el analista Felíu; no se menciona en ella el cambio de dominio, ni se nombra una sola vez al rey de Francia, según observa atinadamente el Sr. Bofarull; y, por último, es digno de mención que el gobierno y corporaciones de la ciudad se mantienen en igual forma, respetándose todos los privilegios. Resulta, pues, de todo esto, que se cercó y bombardeó á Barcelona, no para ensanchar los dominios del soberano francés, sino para ocuparla antes de concluir los pactos de Riswick y devolverla luego: farsa que podría disculparse si no costara numerosas víctimas y si no fuera, sobre todo, una gran vergüenza para España. Este sitio es, en efecto, la última y la más triste página

del reinado de Carlos II y de la historia de la dominación austriaca. El lector español dobla esta página con pena y medita luego con tristeza la corta distancia que separa nuestra grandeza de nuestra decadencia.

Dediquemos breves momentos de atención á la célebre paz de Riswick.

Después de las diversas tentativas efectuadas en este sentido por Luis XIV, á guisa de avances ó tanteos, pues el vencedor quería dictar á las demás naciones su capricho, hubo de reconocer la imposibilidad de continuar la guerra, no tanto, como ya dijimos, porque la nación francesa se hallara postradísima, exhausto su tesoro, diezmada su población, arruinado el comercio y abandonada la agricultura, cuanto por la conveniencia de atender á la cuestión de sucesión, cuestión que con tiempo debía resolverse, por hallarse enfermo de sumo cuidado el rey D. Carlos II. Aceptada, pues, la mediación de la Suecia por todas las potencias y congregados los plenipotenciarios en Riswick, después de algunas conferencias y debates, Inglaterra, España y Holanda suscribieron la paz con Francia el 20 de Septiembre de 1697. No lo hizo por de pronto el Imperio; pero viendo Leopoldo que se quedaba aislado, dió orden á sus plenipotenciarios de adherirse al tratado, lo que efectuaron el 30 de Octubre del mismo año. Los principales extremos que abarcaba aquel tratado eran: Reconocimiento por parte de Luis XIV de la soberanía de Guillermo de Orange en Inglaterra; devolución de todas las conquistas hechas por aquél en Holanda y los Países Bajos españoles después de la paz de Nimega, excepción hecha de algunas plazas que alegaba pertenecerle por anteriores tratados; restitución á España de todo lo conquistado en Cataluña, en el mismo estado en que antes de la guerra se encontraba, y determinación de la frontera franco-alemana, señalando como divisoria la línea del Rhin.

Adivínase desde luego que tanta generosidad por parte del monarca francés ocultaba un pensamiento ó plan de trascendencia; y, en efecto, no tardaron en ponerse de manifiesto los secretos móviles que le impulsaron á obrar de esta manera. Aquejado el Rey de prematura decrepitud, enfermo de cuerpo y de espíritu, aumentaban cada día los temores de su próximo fin, y en expectativa de él, la cuestión de sucesión era la que ocupaba preferentemente á la corte de España y á todas las de Europa. Dos partidos se habían formado en la corte de Madrid: el austriaco capitaneado por la Reina, como alemana que era; y el francés que, limitado en un principio á corto número de magnates, fué hábilmente dirigido, después de la paz de Riswick, por el nuevo embajador de Luis XIV, conde de Harcourt. Los manejos é intrigas de que uno y otro se valieron no son para narrados en este lugar; pero baste decir que, juguete el Rey de una y otra influencia, luchó hasta el último momento por transmitir la corona á su familia, y tuvo la amargura de ver cómo disponían á su arbitrio de los destinos de la infeliz España otras naciones poderosas, sin contar para nada con él.

De todos los pretendientes al trono, tres eran los que más derechos reunían á la herencia de Carlos II el *Hechizado:* el delfín de Francia, hijo de la infanta D.ª María Teresa, el cual renunciaba en su hijo segundo, Felipe, duque de Anjou, sus derechos, con objeto de que no se reunieran en la misma cabeza dos coronas; el emperador Leopoldo, representante de la segunda línea de los Austrias, como descendiente de Fernando I, é hijo de una princesa española; y, por último, el príncipe de Baviera, que lo era de otra princesa de España, primera mujer del emperador Leopoldo. La lucha debía quedar reducida á los dos primeros, pues el príncipe bávaro murió en 1699; pero Luis XIV, sin perjuicio de las intrigas diplomáticas, acudió á medios de distinta índole, como fueron los famosos tratados de repartimiento de 11 de Octubre de 1698 y de 3 de Marzo de 1700. Proponíase el francés sembrar la cizaña entre el Austria y las potencias marítimas, separarla de España y atemorizar á los españoles con la desmembración del reino, para reducirles de este modo á aceptar el monarca Borbón; y hasta qué punto consiguió esto, lo ponen de manifiesto los acontecimientos que se desarrollaron en aquellos años. Con gran dosis de habilidad, no escatimando dádivas, ni promesas, logró el monarca francés hacer que su partido triunfara en la corte, y como el mismo Pontífice y el confesor del Rey se declararan por él, hasta hacer caso de conciencia para

el infeliz Carlos II la cuestión de sucesión, consiguió, por fin, la victoria en el mismo lecho de muerte del monarca español. El 3 de Octubre de 1700 firmó éste el testamento en que declaraba heredero de sus Estados al duque de Anjou; el 1.° de Noviembre expiró Carlos II, y pocos momentos después supo la corte por boca del duque de Abrantes que el nieto de Luis XIV era el llamado á ocupar el trono español; acontecimiento de suma trascendencia, pues vino á modificar esencialmente las condiciones de la monarquía. El problema quedaba, pues, resuelto; pero esta resolución debía confirmarse con las armas. Triste epílogo de un reinado funesto debía ser la guerra de Sucesión, como eran tristes los presagios que encerraban las frases de despedida que á su nieto dirigió Luis XIV; porque desde aquel momento *no hubo*, en efecto, *Pirineos.*

III

Reservamos para el Estudio titulado *Progresos del Arte militar durante los siglos XVII y XVIII* ocuparnos de la organización, táctica y armamento de nuestro ejército en esta época. El lector habrá tenido ocasión de ver que la narración de los sucesos militares acaecidos en el XVII se abrevia y condensa á medida que este siglo termina. No podía ser de otro modo, teniendo en cuenta que el arte militar decae entre nosotros, y al expirar el citado siglo, aparecemos en Flandes como á auxiliares de los Orange, de los Valdeck y de los Vaudemont. Un Villahermosa, un Monterrey y un Gastañana son los desdichados sucesores de los grandes capitanes que España tuvo en no lejanos días en aquellos países; el ejército no más pagado y atendido que en mejores tiempos, aun se bate con brío, y en Rocroy, en Lens y en las Dunas, mezclado con mercenarios irlandeses, alemanes, borgoñones, italianos y valones, demuestra que si no alcanza á vencer, sabe sucumbir honrosamente. Pero sin buenos capitanes, sin auxilios de la corte y en lucha con un enemigo más poderoso, más sagaz, más activo y más inteligente, es inútil esperar el desquite; y cada campaña señálase con serios reveses, y cada tratado marca un nuevo descenso en la escala de nuestra decadencia. La tregua de los Doce años acusa en 1609 la impotencia de España, la paz con Inglaterra en 1604 nuestro abatimiento marítimo, la paz de Querasco en 1631 nuestra debilidad en Italia, las paces de Westfalia y de los Pirineos una nueva humillación y la pérdida de importantes plazas y territorios, entre ellos el Rosellón, la parte meridional del Brabante, Artois y Hainaut, y la definitiva renuncia á la septentrional de los Países Bajos; la de Lisboa el disgregamiento de Portugal y las colonias de Asia; y las de Aquisgrán y Nimega, paces impuestas á España por el omnipotente Luis XIV, la definitiva pérdida del Franco-Condado y de catorce ciudades flamencas. La decadencia es rápida: á partir de la paz de los Pirineos se precipita y acelera de un modo extraordinario; y si no termina con la pérdida total de nuestras posesiones de Flandes y del Norte de Italia, débese, no tanto á la tenacidad de Orange y el emperador de Alemania, como á los apuros que rodean á Luis XIV y más que todo al negocio de la sucesión española. La heroica nación que un siglo antes asombrara al mundo con sus proezas, vese ahora, no solamente humillada por el déspota francés, sino abandonada á su capricho, objeto de un reparto en que los más poderosos quieren obtener lo mejor de sus dominios. Reinas ambiciosas, nobles indignos, frailes fanáticos, prelados ambiciosos, rodean á un fantasma de rey, mísera criatura castigada por las enfermedades y por los demonios, á quien ya en vida hablaban del que había de ser su heredero, los confesores, las reinas, los ministros y el Papa. «Jamás, monarca ni pueblo alguno, dice melancólicamente un escritor, se vieron en tan lastimosa situación y en tan mísero trance como se hallaron en este tiempo Carlos II y la España. El Rey tratado como endemoniado; la nación como presa que se disputan los más fuertes; el monarca siendo juguete miserable de mujerzuelas hechiceras y de frailes exorcistas; la monarquía objeto de partijas entre potencias enemigas y extrañas; el Rey

moribundo y creyéndose él mismo poseído de malos espíritus; la nación en otro tiempo señora del orbe siendo materia de partición y como deuda que se reparte en concurso de acreedores: Carlos sin saber á quién pasará su corona; España sin saber á quién pasarán los dominios españoles; monarca y monarquía sin saber quién y de dónde habrá de venir á heredarlos (1).» Triste es decirlo; pero aquel monarca mentecato y raquítico era la imagen viva de la infeliz España, arruinada por largos años de guerra, debilitada por el peso de su misma grandeza, comprometida por las obligaciones de familia y de religión, falta de gobierno, sin un hombre de talla ó de gran corazón, sin bríos y sin fuerza para rechazar las ofensas del déspota francés. Larga y terrible había sido para ella la guerra de los Países Bajos; pero quizás, de todas las que sostuvo, fué la más justificada; al fin y al cabo, de ésta pudiera decirse que fué un legado funesto, y nuestros monarcas hubieron de mirar su sostenimiento como punto de honra; pero ¿qué decir del loco



Entrada de la corte en una plaza. Medallón, por Van der Meulen

empeño de ir enviando socorros á los emperadores de Austria, así en oro como en hombres; empeño que tan caro debía ser á la nación española? Funestos fueron á nuestra patria sus monarcas austriacos, pero mucho más funestas fueron sus reinas, así doña Mariana, como la segunda mujer de Carlos II, una y otra tan faltas de talento como poco amigas de este país. Y como por otra parte los monarcas no quisieran hacer sacrificio alguno personal por el mísero pueblo, y como las dos reinas citadas, que á fines de este siglo tan grande influencia ejercieron en su gobernación, emplearan en intrigas palaciegas el cuidado que merecían los intereses patrios, al despilfarro y á la corrupción, agregóse el desconcierto político-administrativo.

Los resultados debían tocarse, como es de presumir, en el terreno económico; pues, por añadidura, lo que se recibía de América, ni bastaba á cubrir perentorias atenciones, ni cuando llegaba, era con oportunidad; ya por efecto de las tempestades ó ya á causa de los piratas. «En la segunda mitad del siglo XVI, dice un moderno escritor, las gentes moríanse material-

(1) Lafuente, *Hist. general de España*. Tomo XVII.

mente de hambre en las ciudades y en los pueblos. Los campesinos no querían ya vender sus frutos, pues preferían consumirlos á tener monedas y no poder comer. Entonces, por orden de las autoridades reales, salió de Madrid una siniestra comitiva, de la que formaba parte el verdugo y sus corchetes, para hacer á viva fuerza una requisa de víveres en los pueblos de ambas Castillas. El Rey y su corte no tenían ni provisiones, ni dinero, y debían de proporcionárselos aunque fuera salteando los poblados. En la lucha para la vida, la sacra majestad se comía á sus súbditos. Los infelices campesinos desposeídos fueron en número de 20,000 á mendigar á la corte, mientras los restantes andaban á bandadas, errantes por las poblaciones, pidiendo limosna, cuando no morían de inanición, ya sin fuerzas para andar, dentro de sus casas saqueadas, sin ajuar ni comestibles. Villas enteras quedaron desiertas. En sólo Andalucía contáronse 5,000 casas vacías. Un refrán de la época decía que la alondra, para atravesar las Castillas



Ataque de una plaza. Medallón, por Van der Meulen

debía de llevarse el grano en el pico. Los padres ya no podían darles á sus hijos más que las entrañas. Por fin Madrid llegó á sentir el hambre con todos sus horrores. Los pobres moríanse literalmente de necesidad en medio de la calle. Muchas eran las familias que no tenían más carne para echar en el puchero que un trozo de tocino metido en una jaula de alambre, que cada día sumergían en la olla para dar sustancia al caldo. Frecuentemente las gentes se acuchillaban á las puertas de las tahonas para alcanzar un pan. Quevedo, en vista de tanta miseria, exclamaba:

Perdieron su fuerza pechos españoles
Porque se alimentan de tronchos de coles.

. . . .

El anciano pobre y el buen caballero
Si enferman no alcanzan á pan y á carnero.

«En Madrid sobraban los caballeros de industria á falta de industrias con que vivir. Los estudiantes, más que á estudiar, se dedicaban á azuzar la astucia para hurtar con qué comer, y los

soldados, sin paga, lo hacían sin astucia, con sólo su arçabuz y su espada. En 1680 los alguaciles y corchetes, que hacía ya mucho tiempo que no cobraban, asaltaron varias casas de la capital á la luz del día, robando y asesinando á sus moradores. Tanta era el hambre de las provincias andaluzas, que el consulado de Sevilla envió una diputación á la corte para hacérselo presente. Pero la corte nada podía darles; vacío el Tesoro, nadie sabía cómo llenarlo. La corte era tan pobre ya como las provincias, y había llegado al extremo de no poder pagar ni á sus criados. Al mismo Rey le faltaba con qué poder pagar los gastos más precisos de su casa. Felipe III había tenido que confiscar varias veces el oro que los galeones traían de América para los particulares, dándoles en cambio un papel cuya renta no se pagó nunca; Felipe IV tenía que pedir, aun cuando prestado, para poder proteger exiguamente á los ingenios que le rodeaban, y con Carlos II llegó á tal extremo la miseria, que en cierta ocasión túvose que mudarle un par de mangas á un jubón de terciopelo negro por no tener con qué comprar otro. Se había creído que podíamos vivir del oro que nos venía de las Américas, y como nadie trabajaba y las fincas rurales estaban estancadas en las manos muertas del clero y la nobleza, el oro no entraba aquí más que de paso para las arcas de los holandeses y franceses que hacían el comercio. España era cual tamiz: por dinero que en él cayera, siempre quedaba en seco (1).» Tal era el cuadro que la España de los Austrias ofrecía al expirar el siglo XVII; cuadro lastimoso, al que daban color más subido la inmoralidad cortesana, la venalidad de los ministros y el escaso patriotismo de los grandes. El disgusto popular, cuando no en motines, manifestábase en sátiras amargas ó en coplas mordaces; pero tales desahogos no herían la epidermis de los poderosos (2). *Las Lágrimas del vulgo cuerdo en llorar los desaciertos del regir* no causaban congoja á los que debieran enjugarlas; y con razón podía decir el poeta á la atribulada España:

Ya de todo te ves desfigurada;
Sin providencia, sin valor, ni leyes;
Ni quien te mire como madre atento...

Y esta postración general que á todas las clases aquejaba, reflejábase asimismo en las letras y en las artes, que, florecientes aún á mediados de este siglo, perdieron, cuando finalizó, su vuelo: consecuencia lógica de lo cual fueron la carencia de originalidad y de buen gusto; la aparición de numerosas producciones desprovistas de elegante estilo y elevadas ideas, y el reemplazo de las obras de mérito, por composiciones superficiales, destinadas á flajelar los personajes políticos, ó bien por libros repletos de indigesta erudición. Excepcionalmente pueden citarse en la esfera literario-artística dos nombres gloriosos: el del historiador Solís y el del pintor Coello; pero esos dos nombres son como reminiscencia de mejores tiempos y hacen más notoria la decadencia intelectual de su época: decadencia que tiene natural explicación; porque las artes y las letras siguen siempre el movimiento general que contribuye á la prosperidad ó á la ruina de las naciones.

El interés con que se hojea nuestra historia militar para buscar ejemplos, decae también al llegar á este período. Al finalizar el siglo XVII son grandes los defectos que se notan en la organización y composición de los ejércitos. La guerra de campaña pierde toda su amplitud, reducida á las batallas de posición; nuestros soldados combaten á las órdenes de generales extranjeros, y la táctica se resiente, así del sistema seguido por Luis XIV, como de la falta de caudillos de talento. Redúcese la esfera de acción de los ejércitos; se hacen gastos enormes para reclutar, organizar y mantener numerosos efectivos; se desperdicia un tiempo precioso en los sitios; se dan batallas sin resulta-

(1) P. Gener, *La muerte y el Diablo*, Tom. I, cap. XI.
(2) Decía un cantar de la época, y decía bien:

Rey inocente,
Reina traidora,
Pueblo cobarde,
Grandes sin honra.

dos decisivos, y el ejército, después de efectuar penosamente algunas marchas, ingresa en los cuarteles de invierno. El arte militar, que á tan alto punto han elevado los Turenas, los Condé y los Luxemburgos, cae en la postración; los caudillos españoles, simples imitadores, no han de influir en su inmediato desarrollo. Otro tanto puede decirse de las instituciones militares. Y como digna conclusión de este período aciago, pueden colocarse las frases que uno de nuestros escritores profesionales consagra á la época que comienza: «Acabamos de ver á últimos del siglo XVI á España, tan católica, ir á remolque de las potencias más heréticas, Inglaterra, Holanda y Suecia; ahora la veremos, durante el siglo XVIII, no modesta, sino vergonzante auxiliar de Francia, su enemiga de dos siglos (1).»

Singular coincidencia que sea el primer año del XVIII la divisoria de dos épocas y de dos dinastías; y circunstancia no menos singular que lleve el nombre del gran Emperador-Rey, el último monarca austriaco. Esta particularidad hace del infeliz Carlos II, según el atinado calificativo de un historiador español, el *Rómulo-Augusto* de su dinastía; contraste que ha recordado el artista en la cabecera del presente Estudio. De un lado los nombres gloriosos de Otumba, Nápoles, Mulhberg y Pavía; de otro los de Fleurus, Nerwinden, Mons, Namur, Maestrick y Barcelona; allí los laureles; aquí las espinas; y sobre los dos bustos coronados, el águila imperial de dos cabezas, emblema que evoca en el corazón español tristísimos recuerdos.

(1) Almirante, *Dic. Militar.*



ILUSTRACIONES

Caballos-corazas (pág. 267).—Despojado el soldado del engorroso arnés, la caballería pesada, á mediados del siglo XVII, constitúyenla los caballos-corazas, cuyo armamento se reduce á la celada borgoñota, peto y espaldar, espada, martillo de armas y pistolas-tercerolas ó arcabuz corto y más tarde carabina. El traje se componía de jubón, gregüescos acuchillados, bota alta de cuero y guante de manopla. De éste y de aquél dan idea las figuras del citado grabado, copiadas del natural el año 1881, en que celebró Madrid la procesión histórica con motivo del centenario de Calderón de la Barca.

Carlos II (pág. 269).—Este infeliz monarca fué hijo y sucesor de Felipe IV, quien lo tuvo de su segunda esposa D.ª Ana de Austria. Nació en 1661, y tan raquítico, que daba pena verle. Hasta los diez años vivió en la falda de las mujeres; después recibió una instrucción escasa y mística, que si no desarrolló su inteligencia, llenó su alma de escrúpulos y le volvió tan apocado como supersticioso. Hasta el 6 de Noviembre de 1675 no entró en su mayor edad; y desde entonces comenzó á ser juguete de sus favoritos y ministros, de su madre y de sus consortes. Sometido en un principio á la reina D.ª Ana y á su privado Valenzuela, sujetóse, en 1677, á la dirección del bastardo D. Juan de Austria, que, más fuerte que aquéllos, se impuso al débil monarca; pero como, después de tres años de mal gobierno, el partido de la Reina se robusteciera, amenazaba ya á D. Juan la pérdida del favor real, cuando la muerte puso fin á la existencia del bastardo (1679). Aquel mismo año casó el monarca con la sobrina del Rey de Francia, María Luisa de Orleans, suceso que influyó poco en la suerte de la monarquía, pero que utilizó el astuto Luis XIV para formarse idea del estado de salud del Rey y de las intrigas de la corte española. No tuvo Carlos II, como era de presumir, sucesión de esta señora, ni tampoco de su segunda esposa D.ª María Ana de Neuburg, hermana de la emperatriz de Austria; pero si aquélla no tomó parte activa en las intrigas políticas, ésta, que era de carácter violento, caprichoso y avaro, y se hallaba rodeada de gente ruin y ambiciosa como ella, fué muy funesta á España. Pasaron por el gobierno, después del bastardo, hombres de escasa talla como Medinaceli y Oropesa, y con ellos, secretarios y dependientes tan venales como Eguía, Lira y Bustamante; y el país, harto agobiado y exhausto, vióse presa de la más espantosa miseria. La peste que asoló la península, y la pérdida de flotas con el cargamento de la plata, aumentaron la penuria; el tesoro estaba exhausto, los grandes vendían y empeñaban sus muebles, los banqueros cerraban sus casas, los comerciantes sus tiendas, los empleados renunciaban sus destinos, el pueblo, acosado por el hambre, promovía motines... Ya por más diligencias que se hacían no se encontraba dónde hallar dinero ni para las necesidades más apremiantes de la corte, ni para atender á los solemnes compromisos de los acreedores holandeses; lo que obligó á decir al Rey: «Jamás he visto más deudas y menos dinero para pagarlas: si esto sigue así me veré obligado á no dar audiencia á los acreedores.» Pero lo más grave era que ni el Rey, ni su consorte, ni su madre, querían reducir sus gastos: y como se hubiera de echar mano de todos los recursos, por vergonzosos que fueran, vendíanse empleos y honores al que mejor pagaba, y cobraban alas los que medraban á costa del país. Al propio tiempo la corte se hallaba convertida en un hervidero de intrigas, y el monarca, pobre juguete de ellas, veíase obligado á despedir á su ministro para reemplazarle con las hechuras de la Reina. Vióse entonces, con público escándalo, á gentecilla sin pudor en los más elevados cargos, y vióse con tristeza que el pueblo se moría de hambre, llegando á causar tal alarma en la corte la disminución de las rentas, que el Rey, por sugestión del corregidor de Madrid, mandó acordonar por 1,500 soldados la capital, para que nada pudiera entrar en ella sin escrupuloso registro.

No es de extrañar, dado el miserable estado de nuestra patria, que en el exterior sufriéramos derrota tras derrota

y que Luis XIV nos obligara á firmar paces tan humillantes como las de Aquisgrán y Nimega. Mucho menos que los moros insultaran nuestras posiciones de Africa, los piratas las de América, y los franceses las de Italia, donde se rebelaban un día Córcega y otro Sicilia. Lo que nos admira es que no concluyera de una vez, en este reinado, nuestra dominación en el exterior; y si no fué así, debióse, en primer lugar, á la Gran Alianza, y después á las conveniencias de Luis XIV, atento al negocio de la sucesión de la corona española. Presumía el monarca francés que Carlos II no viviría largo tiempo; y atento á este problema, interesóse en hacer la paz de Riswick y puso en juego toda su diplomacia en la corte de Madrid. Cómo consiguió este triunfo, lo hemos indicado ya al finalizar el anterior Estudio: por la habilidad de su embajador y agentes en Madrid, por la astucia con que redactó los tratados de repartición de nuestra patria y sus dominios, consiguiendo sembrar la cizaña entre los aliados, y por las promesas hechas á los hombres influyentes de la corte española. Carlos II, agobiado por prematura decrepitud, melancólico y postrado, juguete de sus mujeres y de sus ministros, tuvo aún que servir de *anima vili* á los demonios; y exaltado por los conjuros de frailes ignorantes y por las revelaciones de energúmenas, fué agotando la escasa energía que le animaba. Aquel infeliz epiléptico, quedó sin pelo en las cejas y casi sin carne. Vagaba melancólico y enfermo por el Escorial, entre enanos, jorobados, bestias raras y exorcistas. No le quedaba más que un resto de voluntad que se revelaba en el empeño de legar su corona á los Austria, y aun éste se lo arrebataron Portocarrero y el Papa. Casi en su lecho de muerte se resolvió la disputada cuestión; y allá, rodeado de troncos, pies y cabezas de santos, entre dos cardenales y cinco magnates, firmó el testamento que hizo dueño de España al duque de Anjou. «Dios solo, exclamó Carlos, es el que da los reinos, porque á él solo pertenecen.» Y añadió, suspirando: «Ya no soy nada.» Nada había sido el mísero durante su reinado; su corona, su cetro, su púrpura fueron para él como sombras; su misma vida una continuada melancolía; pero su cuerpo, ¡triste es decirlo!, aquel cuerpo caduco y ruin, era la imagen viva de la pobre España.

Infantería española (pág. 271). — Los soldados reproducidos en esta página van vestidos á la francesa, con chambergo, casaca de anchas mangas, corbata, gregüescos, calcetas y zapatos. La espada pende de un tahalí. La casaca del tambor y pífano que aparecen en segundo término, va guarnecida con franjas escaqueadas y mangas perdidas.

Dragón (pág. 273). — Ha sido reproducido de la colección de tipos militares que ilustran la obra de Clonard, quien da de esta figura la siguiente explicación: «Dragón con justa-cor ó casaca chamberga y gregüescos de paño amarillo, sombrero de fieltro blanco, guante de manopla y bota de campaña: lleva arcabuz largo y pistolas con mazo y piquete.»

El duque de Vendome (pág. 275). — El general designado con este título se llamaba Luis José y fué hijo primogénito del duque Luis. Hasta la muerte de su padre se le conoció con el título de duque de Penthièvre y desde entonces designósele con el de duque de Vendome. Nació en 1654, hizo sus primeras armas á las órdenes de Turena, fué herido en la batalla de Altenheim, y recibió el nombramiento de brigadier en 1677. Con este empleo hizo la guerra en Flandes, distinguiéndose en los sitios de Condé y Cambray; méritos que le valieron, al año siguiente, el empleo de mariscal de campo, y en 1681 el gobierno de Provenza. Nombrado, en 1688, teniente general y ayudante de órdenes de Luis XIV, hizo cuatro campañas sucesivas con fortuna, asistiendo á los célebres sitios de Mons y Namur y á las batallas de Steinkerque y Lens. Fué destinado luego á Italia (1693), y á las órdenes de Catinat tomó parte en la batalla de Marsaglia, en la que acreditó, como en las anteriores operaciones, gran dosis de valor personal. Esta fué la última campaña en que figuró como teniente, pues en 1695 recibió ya un mando en jefe, el del ejército de Cataluña, mando al que fué elevado por el Rey en atención á sus buenos servicios. Afortunadamente para él, no tenía que habérselas en el Principado con generales de talla, pues, aunque combatía en nuestras filas un militar tan activo é inteligente como el príncipe de Darmstad, nuestro ejército estaba dirigido por los Velascos y los Corzanas; gracias á lo cual, y al poco patriotismo de los gobernantes, pudo Vendome bombardear y hacerse fácilmente dueño de Barcelona. Concluída esta campaña con la paz de Riswick, Vendome regresó á su patria, donde fué espléndidamente recompensado por Luis XIV.

Hasta esta fecha no habían podido apreciarse debidamente las dotes militares de Vendome; pero cuando en 1702 fué destinado á Italia, demostró hallarse muy por debajo del príncipe Eugenio, que le sorprendió aquel año en Luzzara. Así en estas campañas como en las de Flandes (1708), á vuelta de algunos hechos brillantes, cometió grandes faltas, y entre otros sucesos desgraciados, contó la derrota de su ejército en la batalla de Oudenarde. Más feliz en la guerra de España, á cuyo país se le destinó en 1710, dió á Felipe V la victoria de Villaviciosa, con lo que, á la par que repuso la causa del nuevo Rey, restauró un tanto su crédito militar. Dos años después de este suceso murió de resultas de una indigestión, hallándose de operaciones en Cataluña. Militar valeroso, atrevido y sereno, carecía de profundidad, de previsión y de buen instinto para trazar sus planes y combinar las operaciones; hombre de conducta depravada y de carácter cínico, no es más acreedor á la admiración de la posteridad por la nobleza de sus sentimientos, que por la elevación de su talento.

Timbalero de caballería (pág. 277). —Es de igual procedencia que el de la página 273 y lleva idéntico vestuario, aunque no armas.

Salida de la guarnición de Gante (pág. 281).—Este grabado es facsímile de uno francés de la época y permite apreciar la extensión de la ciudad de Gante y una parte de sus fortificaciones. La guarnición española aparece, en primer término, desfilando con todos los honores de guerra ante el ejército enemigo.

Croquis (págs. 289 y 295). —Los de las citadas páginas han sido reproducidos de la notable obra belga *Curso de Táctica general* por Renard, vertida al castellano por D. Pedro A. Berenguer.

Tipos militares de la segunda mitad del siglo XVII (pág. 300). —Representan un arcabucero, un mosquetero y un piquero de la época de Carlos II; los dos primeros vestidos con sombrero de fieltro blanco, casaca forrada á la francesa, corbata, gregüescos, medias manchegas y zapatos, y su equipo y armamento reducido á la sarta de cargas, frasco, polvorín, espada y mosquete ó arcabuz, llevando el mosquetero horquilla. Cuanto al piquero, diferénciase tan sólo en el color del traje y en el armamento, que se compone de bacinete ó morrión, peto, espaldar y pica.

Combate de caballería (pág. 305).—Antonio Francisco Van der Meulen fué el pintor de batallas de Luis XIV. Nacido en Bruselas el año 1634, consagróse en un principio á la pintura de paisaje, y en esta especialidad demostró tales aptitudes, que el célebre pintor francés Lebrun, prendado de su mérito, recomendóle al rey Luis XIV, quien le colocó en su servidumbre. Por de pronto pintó los cantones que sirvieron para fabricar los tapices en los Gobelinos, pinturas cuyo principal asunto eran las victorias de aquel monarca, lo que dió á conocer las excelentes disposiciones que poseía para un nuevo género; y á contar del año 1636 siguió al soberano francés en todas sus campañas, con la misión de dibujar los campamentos, plazas. batallas, sitios, desfiles, escaramuzas y conquistas del ejército real, especialmente las dirigidas por el rey en persona. Luis XIV complacíase en verse representado en el primer término de tales composiciones, apareciendo en lontananza los combatientes ó la perspectiva de una plaza sitiada. Nótase por lo mismo en los cuadros de Van der Meulen, que los grupos principales, ó sean los de los personajes que rodean al monarca, en su mayoría son retratos de una semblanza perfecta. Pero si prescindimos de los lienzos que tienen por objeto, la apoteosis de Luis XIV, encontraremos algunas composiciones de asunto militar libre, en las que brillan las cualidades del artista; tales son los episodios militares del género á que pertenece nuestro grabado. Nótase en estos cuadros variedad sin confusión, grupos bien dispuestos, acción viva y tumultuosa, dibujo correcto y color muy justo. La perspectiva está muy bien entendida y revela sus dotes de pintor paisajista.

Constituye la colección de los cuadros del pintor flamenco la historia militar del reinado de Luis XIV, y si se tiene en cuenta la influencia que este monarca y sus generales ejercieron en España y la parte activa que tomaron en nuestras guerras, hasta el extremo de ser nuestros capitanes y soldados simples auxiliares de los franceses, comprenderáse que no está fuera de lugar la reproducción de tales cuadros, mucho más en cuanto dan idea del gusto dominante en esta época de fría imitación, ó, si se quiere, de escolástico pedantismo. Dícese que muchos de tales cuadros fueron trazados según las indicaciones verbales del monarca, quien no contento con esto, mandó que se sacaran copias por el grabado, con objeto de difundirlos por Europa. El Museo del Louvre posee la más importante colección de las obras de Van der Meulen y otros museos de Francia y Europa cuentan también algunos de este laborioso artista. Es célebre entre todos estos cuadros el que representa el Paso del Rhin en 1672, y merecen especial mención los que reproducen las más importantes conquistas hechas por Luis XIV en Flandes.

El combate de caballería de la página 305 y los episodios de las páginas 309, 312 y 313 darán al lector idea del estilo de Van der Meulen, cuya vida alcanzó el año 1673.

Episodio de un combate (pág. 309) —Poco podemos añadir aquí á lo que llevamos dicho en la anterior explicación, pues no la requiere este grabado. Consignaremos, sin embargo, que su composición da idea de aquellos cuadros en que el artista se propone dar el retrato de un caudillo, pues los grupos de soldados aparecen en ellas como cosa accesoria.

Medallones (pág. 312 y 313).—Estas pinturas son de índole decorativa, y fueron compuestas por Van der Meulen, con destino á los palacios de Versalles. Su tema diferénciase poco del que inspiró los cuadros reproducidos en las anteriores páginas.

Sitio de Buchaim (Lámina suelta, pág. 274). —La estampa francesa, de que es facsímile la citada lámina, ostenta la siguiente inscripción: «Buchaim. Ciudad célebre del Hainaut, situada sobre el Escalda, entre Valenciennes y Cambray. El Rey (Luis XIV), después de la toma de Condé, la hizo sitiar por el duque de Orleans, al que dió

una parte de su ejército, mientras con la otra detuvo al príncipe de Orange, que había avanzado á la cabeza de 40,000 hombres para socorrer la plaza. Los dos ejércitos estuvieron largo tiempo en presencia uno de otro; pero, á la postre, como el príncipe de Orange no se atreviera á tentar la empresa, la ciudad, apretada por todos lados, hubo de rendirse el 11 de Mayo de 1676.»

Sitio de Cambray (Lámina suelta, pág. 276). — He aquí la inscripción colocada al pie del grabado de que nuestra lámina es facsímile: «Cambray, capital del Cambresis, situada sobre el Escalda, á las puertas de la Picardía, de la que sacaba grandes tributos Esta ciudad había hecho por sí sola, mayor daño á los franceses, que todo el resto de los Países Bajos. Con frecuencia atacada, nunca tomada, los reyes de España demostraron especial celo en fortificarla; sin embargo, habiéndola el Rey en persona puesto sitio, su gobernador fué, en breve, obligado á encerrarse en la ciudadela, que pasaba á la sazón por obra maestra de la arquitectura militar: en ella hizo muy brava resistencia *y no quiso abandonarla hasta que vió abierta la brecha y todos los baluartes cañoneados.* Se rindió el 17 Abril de 1677.»

Sitio de Ipres (Lámina suelta, pág. 278). — Como la anterior, es facsímile esta lámina de un grabado francés, al pie del cual se lee esta explicación: «Ipres, ciudad populosa y mercantil, y una de las cuatro que componen el Condado de Flandes, situada junto al Iper. Había sido conquistada por el príncipe de Condé y más tarde por el vizconde de Turena; pero la recobraron los españoles por el tratado de los Pirineos y construyeron en ella una ciudadela en el terreno por donde los antedichos generales la habían embestido. El Rey no atacó, por de pronto, más que la ciudadela; pero seguidamente mandó dirigir la trinchera hacia la ciudad Componíase la guarnición de 2,500 hombres, que hicieron nutrido fuego los primeros días; empero, habiendo sido ganada la contraescarpa espada en mano, la ciudad y la ciudadela rindiéronse el 25 de Marzo de 1678.»

Sitio de Gante (Lámina suelta, pág. 280). — La siguiente inscripción figura, junto al grabado de que es facsímile la citada lámina suelta: «Gante, capital del Condado de Flandes y la más grande de las ciudades de los Países Bajos, famosa por las guerras que sostuvo contra muchos de sus príncipes y por los poderosos ejércitos que en otros tiempos puso en pie. Hállase situada sobre los ríos Escalda y Lys y otros dos de más corta corriente, sin contar los canales de Brujas y del Sas. Sólo existía en esta extensa ciudad y su ciudadela una guarnición de 700 hombres, porque el Rey (Luis XIV) había sabido engañar á los enemigos y ocultarles sus proyectos. Y parece increíble que, en dos días, hiciera arrojar puentes y levantar diques sobre estos ríos y canales, y á través de una inundación que cubría toda la campiña. La toma de la ciudad y la ciudadela entretuvieron al Rey sólo ocho días, y entró en aquélla el 12 de Marzo de 1678.»

Batalla del Ter (Doble página, correspondiente á la 303). — Es facsímile esta doble página de una lámina grabada por F. Ertinger, de la que reproducimos solamente un fragmento. En la parte superior, que representa la batalla, se lee la siguiente inscripción, encerrada en una cartela: *Batalla del Ter ganada por el ejército del Rey, mandado por el mariscal duque de Noailles, el 27 de Mayo de 1694 sobre el ejército español, mandado por el duque de Escalona.* En la parte inferior está representado el *Orden de batalla de ambos ejércitos antes del combate.* A la izquierda y parte superior de la lámina, en otra cartela, se lee la *Explicación de las letras*, y á la derecha aparece la inscripción siguiente:

«El ejército del Rey llegó junto al Ter el 26 de Mayo: el enemigo estaba acampado en la orilla opuesta, con atrincheramientos frente á los vados. El mariscal de Noailles reconoció las posiciones enemigas durante el resto del día é hizo marchar sus tropas toda la noche para tentar el paso del río por Torruella de Montgrí. Comenzó á efectuarse el esguazo á las cuatro de la mañana y sufrióse un vivo fuego al desplegar en batalla. La corriente, que tiene por lo menos 150 toesas de anchura, es muy peligrosa por la movilidad de las arenas de su lecho. Atacaron las tropas del Rey á las enemigas en sus atrincheramientos, y las arrojaron de ellos, obligándolas á replegarse con repetidas cargas de caballería é infantería, y persiguiéndolas, siempre en derrota, por espacio de cuatro leguas. Sin los puentes y desfiladeros que favorecieron su retirada, todo el ejército contrario, en número de 25,000 hombres, hubiera sido deshecho por el del Rey, que ascendía sólo á 21,000. Alcanzó á mas de 15,000 el número de los enemigos muertos, y á 3,500 el de los presos, entre los cuales se contaron 800 oficiales. Todo su bagaje y municiones fueron ganados. Del ejército del Rey, sólo hubo unos 500 hombres muertos y heridos.»

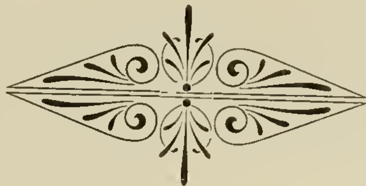
Con algunas variantes, esta relación se ajusta á la que da el diligente cronista Feliu en sus *Anales de Cataluña* (1); relación que dice así:

«Llegó á Gerona el marqués de Villena; partió con igual éxito en el número á encontrar á los enemigos, que estaban á la otra parte del Ter, cerca Torroella de Montgrí; asentó su real á orillas del río á esta parte de Gerona, enfrente del francés: fiado el de Villena en el río, *olvidó fortificar sus cuarteles*, juzgando no poder vadearse. Estaba

(1) Tomo III, lib XXI. cap. 13.

descansando nuestro ejército, como si no tuviera el enemigo delante... Esguazó el francés (el río) con parte de su caballería por el vado de Gualta, baxo de Torroella de Mongrí; embistió á los descuidados; rompió los troços de don Fernando de Toledo y de don Juan Colón; retiróse la demás caballería, dexando expuesta en el llano al ímpetu de la caballería francesa, la infantería, que quedó del todo derrotada, con muerte y prisión de muchos, librándose los que estaban en la retaguardia. Murieron del primer encuentro los comisarios generales Toledo y Colón, el maestre de campo don Alonso de Granada, el capitán don Julio Pignatelli y otros; fué herido y prisionero el conde de Peñarrubia. Quedaron prisioneros el general de la caballería y el marqués de Senmanat. En cuyo tiempo el maestre de campo José Bonéu fué el único del exército que puso en forma de batalla su tercio de la Deputación con el de los Morados, que estaba á su cargo, por estar don Tomás Tovar, maestre de campo de dicho tercio, enfermo en Madrid, y con ambos se formó á vista del enemigo sobre la zanja del Ultramont, donde se mantuvo hasta tener repetidas órdenes del marqués de Confláns para retirarse; lo que executó en forma de batalla, y viendo podia ocupar una colina sobre Foxá, hizo alto, abrigando desde allí muchas tropas que desordenadas iban huyendo del enemigo, desde cuyo paraje se retiró á Gerona sin perder un hombre, y, como experimentado soldado, por más que le embistieron muchos escuadrones enemigos, á los cuales obligó á retirar haciéndoles frente, salvando con esto muchas tropas que á no ser el arte deste valeroso é inteligente cabo hubieran perecido á manos del enemigo. Perdió el virrey los papeles de la Secretaría; retiróse á Barcelona con la caballería y la infantería que pudo librarse...»

Siguiendo su laudable costumbre, el concienzudo cronista pone al margen de esta relación la siguiente nota, relativa al hecho de Bonéu: «Consta todo de dos certificaciones, juradas en Barcelona en los días 16 y 19 de Agosto de 1708, de algunos cabos mayores que se hallaron en aquel exército, ante Ignacio Texedor, burgés de Perpiñán y escribano de mandamiento en la lugartenencia de Cataluña.»





ESTUDIO SÉPTIMO

SIGLO XVIII

Guerra de Sucesión.—Campañas del Milanesado.—Expedición de los aliados á Italia.—Catástrofe de la flota española en Vigo.—Guerra de Portugal.—Pérdida de Gibraltar.—Guerra civil.—El archiduque Carlos en España.—Operaciones militares en la península.—La guerra en los Países Bajos y en Italia.—Batalla de Almansa.—Guerra general.—Conferencias de la Haya.—Célebres campañas de 1709.—Derrota del ejército castellano en Zaragoza.—Acción de Brihuega.—Batalla de Villaviciosa.—Retirada de los aliados á Cataluña.—Paz de Utrecht.—Célebre sitio de Barcelona y pacificación de Cataluña.—Expedición á Sicilia.—Cuádruple Alianza.—Invasión francesa en España.—Expedición al Africa.—Congreso de Cambray.—Sitio de Gibraltar.—Tratado de Sevilla.—Reconquista de Orán.—Expedición á Nápoles.—Campaña de Montemar en Italia.—Guerra marítima con Inglaterra.—Campañas de Italia desde 1738 á 1746.—Paz de Aquisgrán.—Neutralidad.—Pacto de familia.—Guerra con Inglaterra.—Expedición á Argel.—Guerra con Portugal.—Alianza con Francia y guerra con la Gran Bretaña.—Neutralidad armada.—Reconquista de Menorca.—Famoso sitio de Gibraltar.—Paz de Versalles.—Sucesos de América.—Nueva expedición á Argel.—Guerra contra la República francesa.—Paz de Basilea.—Guerra con Inglaterra.—España se alía con la República francesa.—Tratado de San Ildefonso.—Paz de Luneville.—Guerra con Portugal.—Paz de Badajoz.—Paz de Amiens.—Expedición franco-española á Santo Domingo.—Guerra con la Gran Bretaña.—Trafalgar.—Las colonias españolas.—Estado lastimoso de España al comenzar el siglo XIX.—Tratado de Fontainebleau (1807).



Que la España del siglo XVIII no alcanzara á ser una nacion poderosa y temida, independiente y fuerte, no nos admira poco ni mucho. Despues de un siglo de decadencia y dos siglos de incesantes luchas, difícil es que un pueblo se restaure y vigorice, y más difícil aún que recobre sobre los demás el ascendiente que por causas fortuitas ejerció. Que Felipe V careciera de condiciones de talento y carácter para mejorar nuestra situación, y que, supeditado á extranjeras influencias, no enderezara por mejores derroteros la nave del Estado, tampoco nos causa extrañeza. Pero ocurre preguntar: ¿hubiera sido España más feliz uniendo sus destinos á los de la casa de Austria, que tan funesta nos había sido? Si lo que contribuyó, en no escasa parte, á nuestra ruina durante los siglos XVI y XVII, fueron las tendencias políticas y los compromisos religiosos y de familia de los Austrias, no es de extrañar que en el siglo XVIII contribuyera á nuestro empequeñecimiento los compromisos políticos y los vínculos de parentesco de los Borbones de España y Francia. Quedó ahora España convertida en una *subprefectura* de la nación vecina (según frases de un escritor militar)—

y ¿quién lo duda?—En el estado de postración á que nuestra patria había llegado, forzosamente tenía que suceder así. Después de ser juguetes de otras naciones, la más fuerte y la más astuta debía uncirnos á su carro; sólo que, cuando llegó este momento, la estrella de Luis XIV comenzó á nublarse, y España tocó más directamente que Francia las consecuencias de los desaciertos político-militares del *gran monarca*. Pero lo innegable es que nuestra patria se alegró, por lo pronto, del cambio de dinastía, lo que se explica perfectamente, teniendo en cuenta, no sólo los desdichados reinados de los últimos austriacos, sino la funesta influencia de las dos reinas, madre y esposa del difunto Carlos II. Creyó el pueblo, con más ó menos motivo, que, al cambio de dueño, mejoraría su modo de ser, y esto explica el regocijo de que dió muestras cuando Felipe V pisó el suelo español, así como los sacrificios que hizo para asegurar en sus sienes la corona. Sin embargo, el monarca que recibe España, es, por de pronto, un mero satélite del francés, cuyo embajador tiene asiento en el Real Consejo; la política del nuevo soberano se dicta en Versalles; el oro de España auxilia á Luis XIV; y cuando su embajador pierde la gracia real, una camarera sagaz influye en las decisiones de nuestro Rey, hombre que manifiesta gran *españolismo*, aunque no le impida esto conspirar más adelante por ceñir la corona de Francia. Este Felipe V, apático y acosado por extraña melancolía, en ciertas temporadas; inquieto y azuzado por la ambición en otras; conculcador de las leyes, vengativo y excéntrico, no es ciertamente el Rey que España pudo apetecer, pero es el que le cupo en suerte, el que colocó en su trono el más osado; aceptólo la nación, y con él todos los compromisos políticos y dinásticos, que no fueron pocos (1). No fueron, sin embargo, lo peor los compromisos políticos y dinásticos, sino las afecciones de familia, las satisfacciones del amor propio, las mismas flaquezas personales, que si en reducida esfera producen trastornos y quebrantos, en la política de las naciones engendran sangre y ruina. Tan cierto es que no son los reyes mejores ni peores que los demás mortales, y que los sentimientos de amor ó interés de un soberano, difieren poco de los que abriga el más vulgar de los seres; que si esto pudiera ponerse en duda, vendría á acreditarlo la historia del siglo XVIII. ¿No es por ventura el afecto entrañable de madre el que impulsó á Isabel de Farnesio á entrometer á España en distintas y funestas guerras? ¿No es el orgullo herido del que un día fué monarca del pequeño reino de Nápoles el que le hizo firmar el *Pacto de familia*? Estas dos citas, correspondientes al citado siglo, dan la medida de la política fundada en intereses ó aficiones personales, y explican los fracasos político-militares de nuestra patria en dicha época. Mas ya que á ella ceñimos los ejemplos, justo será decir que, la España del siglo XVIII, tiene un feliz paréntesis en el reinado de Fernando VI, paréntesis que prueba que, cuando reyes y gobiernos renuncian á la política de aventuras y emplean en vigorizar al pueblo los recursos que se derrochan en guerras, pueden las naciones conseguir días de prosperidad y de ventura. Breves fueron éstos para nuestra patria, y tan brusco el cambio, como lo indica sólo el nombre del sucesor de aquel Fernando. Y esto prueba una vez más la certeza de las opiniones más arriba expuestas; opiniones que, por de contado, tienen gran valor aplicadas al régimen político que en aquel siglo tuvo España.

Reconocemos, con un ilustre y poco apasionado autor, que es tarea difícil hacer la historia, ó si se quiere, trazar el bosquejo de este siglo XVIII, sobre todo el de la guerra de Sucesión. El interés que despiertan los movimientos de los ejércitos extranjeros en la patria es nulo; España, agobiada por esta guerra, carece de alientos para producir una figura de importancia; comprometida luego en empresas de éxito dudoso y trascendencia funesta, ofrece, durante cierto período, un triste cuadro; y cuando el país se rehace y prospera merced á una política prudente, basta un reinado desastroso para hundirle en la más vergonzosa postración. ¿Quiénes le dieron los días de prosperidad de que en este siglo gozó? Algunos hombres de mérito y probidad. ¿Quién hubiera podido sacarle del letargo en que yacía? Tan sólo un hecho en que el pueblo fuese verdadero actor, un acontecimiento que lo trastornara todo, que modificara sus condiciones sociales; pues por larga que fuera la crisis, por penosa que fuera la reorganización político-social de España, única-

(1) Es muy notable y digno de ser conocido el retrato que hace de este monarca el célebre Lord Macaulay en sus *Estudios históricos*, ya por su exactitud, ya por lo que difiere del que nos ofrecen los historiadores franceses y los más de los españoles.

mente á tal costa podía salir del claustral letargo en que yacía. La hora de que tal sucediera no había sonado aún; y España, con algunos intervalos de reposo, continuó por la pendiente de la decadencia.

Entremos en materia.

La proclamación del duque de Anjou, como rey de España, fué la tea que volvió á encender la hoguera apenas extinguida de la guerra. No encontró aquélla obstáculo por parte de los gobernadores de nuestras posesiones, que lo eran: en Flandes, el elector de Baviera; en Milán, el príncipe de Vaudemont, y en Nápoles, el duque de Pópuli; y por lo que respecta á las potencias extranjeras, Portugal y Saboya reconocieron al nuevo soberano, y Holanda é Inglaterra no se declararon abiertamente contra él. Sólo el emperador Leopoldo protestó del hecho y se apercibió á reivindicar para su casa los derechos que le correspondían, apelando á las armas. Es cierto que para luchar por sí solo contra el poder de Luis XIV carecía de fuerza, por más que la fortuna



Dragones, soldado de caballería de línea, tambor (1702)

hubiérale deparado un general de gran talento militar; aquel príncipe, Eugenio de Saboya (1), que, en sus campañas contra los turcos, había revelado sus extraordinarios méritos, y que iba á ilustrar los fastos militares de su época, como en otros días los Turenas y los Condés; pero el emperador Leopoldo confiaba en que, á no tardar, Inglaterra y Holanda le seguirían, que hallaría firme apoyo en los principillos alemanes, y que, en la misma Italia, contaría con eficaces

(1) Eugenio de Saboya Carignan, generalísimo de los ejércitos austriacos, conocido comúnmente con el nombre de *Príncipe Eugenio*, fué hijo de Eugenio Mauricio, conde de Soissons y de Olimpia Mancini, sobrina de Manzarino. Nació en París en 1663 y murió en Viena en 1736. Habiéndole negado Luis XIV el mando de un regimiento, entró al servicio del emperador Leopoldo, é hizo sus primeras armas en la batalla de Viena, á las órdenes del duque de Lorena y del príncipe Luis de Baden. Enviado á Italia cerca del duque de Saboya en 1690, perdió con él la batalla de Staffarda; recobró la ventaja en la campaña siguiente; penetró en el Delfinado en 1692; recibió el título de feld-mariscal, y venció á los turcos en Zenta. Durante la guerra de Sucesión fué nuevamente enviado á Italia; derrotó á Villeroy en Chiari en 1701, y le sorprendió é hizo prisionero en Cremona en 1702; dió á Vendome la sangrienta é indecisa batalla de Luzzara; se dirigió á Baviera en 1704, y reuniéndose con Marlborough ganaron juntos la batalla de Blenheim. Volvió á Italia, donde fué vencido por Vendome en Capana en 1705, y al año siguiente destrozó el ejército francés delante de Turín. Obtuvo nuevos triunfos al frente del ejército de Flandes en 1708; derrotó á los franceses en Oudenarde, cerca de Lila, dió á Villars la sangrienta batalla de Malplaquet; en 1709 fué encargado por el Emperador de varias negociaciones, en las que desplegó gran habilidad, y habiendo penetrado en Francia, fué derrotado en Denain por Villars, lo cual ocasionó la paz de Rastadt; derrotó á los turcos en Peterwardin, y en Belgrado en 1717. Habiéndose vuelto á encender la guerra entre Francia y Austria en 1733, fué encargado del mando del ejército; pero no pudo impedir la toma de Filipsburgo y aconsejó la paz, que se firmó en 1735, muriendo él pacíficamente un año después.

auxiliares. Y, en efecto, ocurrió, como no podía menos, que, alarmadas aquellas naciones ante la unión de los intereses de Francia y España, atemorizada Portugal, vacilante Saboya é indecisos los príncipes italianos, la guerra comenzada por el Austria fué generalizándose en toda Europa, sin que bastaran á calmar los recelos de Holanda é Inglaterra las declaraciones de Luis XIV. Esto dió origen á una alianza de los enemigos del francés, alianza en la que entraron las dos citadas naciones, el imperio y algunos príncipes alemanes; y aunque Luis XIV ganó al duque de Saboya, por medio del matrimonio de la hija de éste con Felipe V, y ajustó un tratado con el monarca portugués, no logró atraerse á los demás príncipes y repúblicas italianas, ni éstos quisieron encerrarse en una absoluta neutralidad, que era lo que, cuando menos, hubiera convenido á los Borbones. No tardó, pues, la guerra en ser un hecho, y aunque parecía que Flandes iba á ser su primer teatro, las operaciones comenzaron en el Norte de Italia. Sin embargo, la situación especial en que habían quedado los Países Bajos á la muerte de Carlos II, por el hecho de encontrarse los holandeses guarneciendo muchas de sus plazas (según lo pactado el año 1697 en Riswick), obligaron á Luis XIV á realizar un acto de fuerza que, en aquel estado de cosas, era, por otra parte, indispensable. Con la aquiescencia del gobernador de la Flandes española, adherido á Felipe V, invadió un ejército francés los Países Bajos, apoderóse de todas las plazas españolas que guarnecían los holandeses, y después de algunas contestaciones con los Estados generales de Holanda, logró que, de momento, reconocieran á su nieto como rey de España. Sin embargo, Holanda no abandonó sus planes, y mientras negociaba con el francés, poníase de acuerdo con Inglaterra, cuyo Rey Guillermo, á fines de Junio de 1701, despachó á aquel país un socorro de 10,000 soldados y 20 buques. La guerra, pues, iba á ser pronto un hecho en este territorio.

Ya por este tiempo habían comenzado en Italia las operaciones. El príncipe Eugenio de Saboya, al frente de un ejército no muy numeroso pero veterano y confiado en el talento de su general, cruzaba las fronteras de Italia por territorio veneciano, territorio abierto por efecto de la singular neutralidad de la República, que se limitó á cerrar sus plazas á los beligerantes; y Catinat, que previó la invasión del enemigo por el Adige y que proponía á Luis XIV avanzar hasta Trento y ocupar los pasos del Tirol alemán, evitando así que Eugenio pisara el Trentino, desaprobados sus planes por el Rey, veíase obligado á ceñirse á la defensiva ocupando la cabeza del Adige en país veneciano, con el objeto de impedir el avance de Eugenio por el Trentino. Las desventajas con que luchaba Catinat eran muchas, porque sobre tener que habérselas con un enemigo de talla, hallábase supeditado al duque de Saboya, como generalísimo del ejército, y á la defensa del Milanesado y de Mantua, cuyo duque se alió á los Borbones; pero, ateniéndose á los planes de Luis XIV, Catinat fué á ponerse en Rívoli y cerró los pasos del Trentino entre el lago Garda y el río Adige, plan que apoyó la resolución de los venecianos, resuelto á no permitir que los beligerantes ocuparan á Verona y su puente. Tenía, pues, Eugenio cerrados estos dos importantes caminos, y, sin embargo, no por eso se desconcertó. A costa de grandes penalidades condujo su ejército desde Revoredo, por los ásperos senderos de las montañas que separan el Trentino del Vicentino y Veronés, é inopinadamente lanzó á las llanuras del Verona 25,000 combatientes y el grueso de su caballería hacia el bajo Adige. La posición de Catinat fué desde aquel instante asaz crítica; pues aunque contaba con fuerzas superiores, le era fuerza dividirlas para guardar el alto Adige y los pasos del Tirol, y al propio tiempo para seguir los movimientos del enemigo: el arco trazado por aquel río era demasiado grande para ser defendido á la vez en distintos puntos, y por añadidura los venecianos mostrábanse demasiado propicios á Eugenio, le facilitaban víveres y le procuraban guías y noticias de los aliados. Es de admirar, sin embargo, la habilidad con que el príncipe Eugenio maniobró para cruzar dicho río, fingiendo arremeter por Rívoli, corriendo luego río abajo, desconcertando á Catinat con sus rápidas marchas, obligándole á prolongar su derecha con harta pena, y rompiendo de improviso el cordón francés por Carpi, destrozando el cuerpo apostado en esta plaza y Legnano, y arrojando al ejército francés sobre el Mincio y el Oglio (9 Julio). Pocos días después de este suceso, incorporábase á Catinat el duque de Saboya con el ejército piamontés; refuerzo éste importante por el número, pero perjudicial en atención á la

mala fe del duque Víctor Amadeo, ya de sobra conocida por España. Eugenio no se intimida; prosigue el avance, cruzando el 28 de Julio el Mincio, más arriba de Peschiera, y ganando luego la orilla izquierda del Oglio en Palazzuolo. Esta corriente separaba tan sólo los dos ejércitos, cuando llegó al campo aliado la orden del Rey en que se reemplazaba al modesto y experto Catinat, por el presuntuoso é inepto Villeroy.

Como era de presumir, el resultado de semejante cambio debía tocarse muy en breve. El pedante caudillo francés resuelve pasar el Oglio y acometer el enemigo, muy bien atrincherado entre unos canales y apoyado en la aldea de Chiari. El duque de Saboya, con particulares miras, aprueba el ataque, que se efectúa sin reconocer tan siquiera las posiciones enemigas y que, como es consiguiente, termina con un terrible descalabro (1.º de Septiembre). Más circunspecto desde entonces, Villeroy se coloca en Urago, no lejos de Chiari, donde permanece hasta entrado Noviembre; y aunque la posición del príncipe Eugenio era harto difícil, ello es que, al aproximarse la época de tomar cuarteles, los aliados son los que primero se retiran, pasando á situarse entre el Oglio y el Adda, y los imperiales á establecerse en Borgoforte, sobre el Po, entre Mantua, y los franceses, que cubren la plaza de Cremona. Tal fué el triste resultado de esta breve campaña; pero á estos desastres militares, preparados por la imprevisión y poco tacto de Luis XIV y de su ministro Chamillart, hay que añadir los desaciertos políticos del anciano monarca, quien, desconociendo ó aparentando desconocer la liga secreta efectuada en la Haya entre Inglaterra, Holanda y el Imperio, después de haber reconocido tácitamente en unas cartas patentes los eventuales derechos de Felipe á la corona de Francia, y lastimado los intereses mercantiles de aquellas dos potencias marítimas cerrando á sus buques los puertos españoles, cometió la imprudencia de reconocer como legítimo rey de la Gran Bretaña al hijo del desterrado Jacobo II, muerto á la sazón en Francia, con cuyo acto despertó en el pueblo inglés una profunda antipatía, dando alas al partido de la guerra. Guillermo III, robustecido entonces con el apoyo de la nación, iba ya á ponerse en campaña cuando la muerte puso fin á su existencia (8 Marzo 1702), pero su sucesora la reina Ana, fiel á la política del difunto Rey y de la nación, prosiguió los armamentos, dió el mando del ejército de los Países Bajos al célebre Marlborough (1), y la guerra no tardó en ser en ellos un hecho. En previsión de ella, había Luis XIV cuidado de reorganizar sus tropas; pero la Francia hallábase ya bastante agotada; tenía solamente 10,000 infantes sobre las armas y sus almacenes y depósitos de guerra hallábanse vacíos. No estaba, por desgracia, en mejor estado su aliada ó súbdita, la infeliz España, si hemos de dar crédito al marqués de San Felipe; quien, refiriéndose á la campaña del año 1701, dice: «Todas las fuerzas echó á la Italia el francés, donde tenía ya sesenta mil hombres, antes que pisasen los alemanes los límites de ella, sin que se atendiese á fortificar y presidiar las plazas marítimas de Andalucía, Valencia y Cataluña, que eran las llaves del reino; el cual, como si no se disputase de él, yacía sepultado en el ocio. Ruinosos los muros de sus fortalezas, aun tenía Barcelona abiertas las brechas que hizo el duque de Vendome, y desde Rosas hasta Cádiz, no había alcázar ni castillo, no sólo presidiado, pero ni montada su artillería. La misma negligencia se admiraba en los puertos de Vizcaya y Galicia: no tenían los almacenes sus provisiones; faltaban fundidores de armas y astilleros, se había olvidado el arte de construir naves, y no tenía el Rey más que las destinadas al comercio de Indias y algunos galeones; seis galeras, consumidas del tiempo y ocio se ancoraban en Cartagena.

»Estas eran las fuerzas de España; estos los preparativos de una guerra infalible, con eviden-

(1) Este célebre caudillo y hombre de Estado llamábase John Churchill, y fué hijo de una familia oscura. Nació el 24 de Junio de 1650 en Ash (Devonshire) y murió en 1722. Hizo sus primeras armas en el cuerpo de ejército inglés que Carlos II envió á Luis XIV para ayudarle en la guerra de Sucesión, la reina Ana le nombró generalísimo de los ejércitos ingleses y holandeses, al frente de los cuales dió á conocer sus altos dotes como general, y por sus victorias consiguió el título de duque de Marlborough, con que se le conoce, y otras recompensas honoríficas y pecuniarias. En 1704 derrotó al Elector de Baviera, devastó su territorio y ganó á los franceses las famosas batallas de Hochsttet, Ramillers y Malplaquet, que le dieron gran fama y popularidad; pero su mala fe política, su ambición y su afán de lucro, empañaron la reputación militar que había adquirido; y á pesar de sus brillantes triunfos, cayó en desgracia de la reina de Inglaterra, fué acusado de malversación de los caudales del ejército y reconvenido por el parlamento, que no le devolvió sus dignidades hasta el advenimiento de Jorge I, en 1714. Sin embargo, aunque volvió á presentarse en la corte, dejó ya de influir en la política á causa de sus achaques, y murió en el retiro.

cias de pertinaz y sangrienta. Ni los reinos que del continente dividía el mar estaban con más vigilancia tratados. No tenía todo el reino de Nápoles seis cabales compañías de soldados, y éstos ignorantes de la guerra y arte militar, ó de ella olvidados con la quietud de tantos siglos. A Sicilia guarnecían quinientos hombres, doscientos á Cerdeña, aun menos á Mallorca, pocos á Canarias y ninguno á Indias. Las milicias urbanas creían poder suplir en la ocasión, sin tener más disciplina militar que estar sus nombres por fuerza asentados en un libro y obligar á los labradores y á los rústicos guardas del ganado á tener un arcabuz. Ocho mil hombres había en Flandes, seis mil en Milán; y si se contasen todos los que estaban al sueldo de esta vasta monarquía, no pasaban de veinte mil. Las fuerzas marítimas de los reinos extranjeros eran trece galeras, y seis daba en asiento, en Génova, Juan Andrés Doria Carreto, duque de Tursis, y otra Esteban Doria. Así dejaron este reino los austriacos, y así le dejaban ahora los que gobernaban en España, si no hubiera sido erudición la desgracia (1).»

Eran, como se ve, escasos los elementos con que contaban *las dos Coronas*, tan escasos cuanto importantes y escogidos los que reunían los enemigos, al frente de los cuales se hallaban generales de tanta valía como el príncipe Eugenio y el conde de Marlborough. Sin embargo, Luis XIV hizo esfuerzos de flaqueza, y para la defensa de la Flandes española mandó construir una prolongada línea fortificada que corría desde el Mosa hasta la costa, desarrollándose en una extensión de setenta leguas; más allá de esta línea, por el territorio güeldrés ocupado por los franco españoles, dábase la mano con el elector de Colonia, con quien estaba aliado. Si Luis XIV hubiese conseguido que los príncipes alemanes permanecieran ajenos á la lucha, desembarazárase de graves cuidados por la parte del Rhin; pero no consiguió que prevaleciera entre ellos esta idea, y aunque llegó á formarse un grupo de neutrales, disolvióse luego, predominando con pocas excepciones la política antifrancesa.

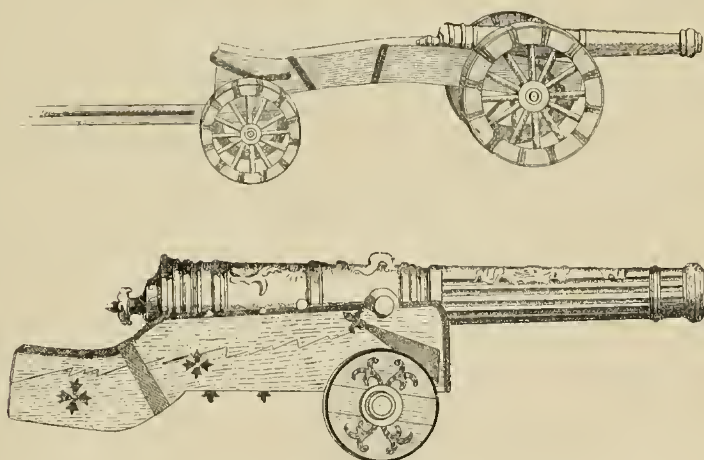
Hasta el 15 de mayo de 1702 no declararon la guerra á Francia y España las potencias aliadas; pero á principios de año comenzaron ya las operaciones en Italia. Quiso el príncipe Eugenio, por medio de un golpe audaz, decidir en una sola noche de la campaña, y favorecido por el duque de Módena, que se declaró por el Emperador y entregó á sus tropas el importante puerto de Brescello, concibió el proyecto de caer sobre el cuartel general francés, establecido en Cremona. Extendíase la línea de los imperiales por las dos orillas del Po, hasta la entrada del Parmesano; hallábanse acampados los franceses entre el Oglio, el Po y el Adda. Dos cuerpos imperiales avanzaron simultáneamente hacia Cremona, uno de ellos por el Oglio, el otro por la orilla Sud del Po. Eugenio, que dirigía el primero, de acuerdo con un habitante de la plaza y favorecido por las tinieblas de la noche, logró hacer entrar por un viejo acueducto algunas fuerzas que se hicieron dueñas de dos puertas, y las abrieron al resto de las tropas; Villeroy, sorprendido en la cama, apenas tuvo tiempo de salir á la calle cuando fué preso, los imperiales ya casi eran dueños de la ciudad y sus murallas, cuando un regimiento francés que en aquellos momentos hallábase formando, logró rehacer á la gente desbandada, constituyó un núcleo de resistencia y restableció el combate. Y como el cuerpo imperial que debía llegar por el lado del Po se retardara, fueron rechazados los asaltantes y, lo que fué peor para ellos, roto el puente del Po, con lo que se impidió la reunión de los dos cuerpos enemigos. Eugenio sólo tuvo tiempo para retirarse, pero llevó consigo prisionero al poco previsor Villeroy, «haciendo así, dice un historiador, un gran servicio al ejército francés» (1.° Febrero de 1702).

Para reemplazar el pedante Villeroy, nombró el Rey al audaz duque de Vendome, quien encontró al ejército algo desmoralizado, los puestos del bajo Oglio abandonados y el cuartel general recogido al otro lado del Adda: sólo se mantenían ocupados algunos puestos importantes en la media corriente del Oglio. Eugenio ocupaba la corriente inferior de este río, la parte ribereña de las campiñas parmesanas, y tenía bloqueado á Mantua. No era, pues, la situación de los franceses ventajosa, y como por añadidura tenía Vendome que perder un tiempo precioso para reorga-

(1) *Comentarios de la Guerra de España é historia de su rey Felipe V el Animoso, desde el principio de su reinado hasta la Paz general del año 1725*, por D. Vicente Bacallar y Sanna, marqués de San Felipe. Madrid, 1766.

nizar sus tropas, Luis XIV vióse obligado á socorrerle con un ejército de 30,000 soldados y el correspondiente material. Llegado el mes de Mayo, Vendome se puso en movimiento, tuvo en jaque por espacio de trece días al príncipe Eugenio, desorientándole con sus rápidas maniobras, y el 15 cruzó el Oglio y tomó de revés las posiciones imperiales. No tuvo Eugenio otro recurso que replegarse, y lo efectuó sobre la isla mantuana del Seraglio, si bien conservando los puestos y plazas que ocupaba al mediodía del Po. Mantua quedó libre del bloqueo, y los enemigos viéronse en peligro de ser á su vez bloqueados por los franceses. Por añadidura éstos eran superiores en número, y el ejército imperial se hallaba desatendido por la corte de Viena, á causa de los refuerzos que exigía el ejército del Rhin.

En estas circunstancias fué cuando apareció el nuevo rey de España en el ejército. Felipe V había entrado el 28 de Enero de 1701 en Madrid, donde su juventud (1) y buen aspecto captá-



Cañón de campaña.—Cañón de plaza
(Copiados de las *Mémoires d'Artillerie*, de Surirey de Saint-Remy.—Edic. de Amsterdam, 1702)

ronle las simpatías del pueblo; y después de jurar ante las Cortes reunidas en Madrid y efectuar una jornada á Cataluña y otra á Aragón, en cuyas dos provincias reunió Cortes, hubo de preocuparse ante la gravedad de las noticias que de Italia recibió, hasta el extremo de decidir trasladarse á esta península. No lo hizo sin pedir la venia á su abuelo; embarcóse el 2 de Abril de 1702 con veinte galeras para Nápoles, y después de haber perdido cerca dos meses en viaje y estancias, presentóse al ejército aliado el 1.° de Julio. Reunido Consejo de guerra en Cremona, dispuso el Rey mandar en persona un cuerpo de 30,000 soldados, asistido por Vendome, y el conde de Aguilar, y que el príncipe de Vaudemont, maestre de campo general, se hiciera cargo de otros 20,000. Estos dos cuerpos, de los cuales el de la izquierda era el del Rey, pasaron el 20 de Julio el Po, derrotando Vendome, con las fuerzas de vanguardia, una columna austriaca (suceso á que se dió proporciones desusadas), mientras Vaudemont se atrincheraba frente al islote en que se mantenía Eugenio. Y como á consecuencia de aquel choque Reggio y Mantua abrieran sus puertas á los franceses y Eugenio se viera rebasado y en situación comprometida, levantó su campo y pasó el

(1) Tenía sólo 18 años.

3 de Agosto al Sud del río Po, conservando sólo en la orilla del Norte la villa de Borgoforte. Si Vendome hubiera querido ó sabido aprovecharse de la superioridad que le daban el número y la posición, hubiera logrado decisivas ventajas; pero el temor de arriesgar demasiado la persona del Rey, le cohibieron; perdió algunos días en pedir y recibir un refuerzo del príncipe de Vaudemont y hasta el 15 de Agosto no marchó contra Eugenio, dejando á sus espaldas la aldea de Luzzara, que ocupaban algunas tropas imperiales. Ya había previsto el sagaz Eugenio la acometida, elegido cuidadosamente las posiciones, y aun anticipádose al ataque de los enemigos, pues mientras que éstos desfilaban penosamente por un terreno cortado y desigual, embistióles con furia, y les obligó á desplegarse bajo un nutrido fuego. Gracias á la serenidad de Vendome y á la veteranía de sus tropas, no sufrieron los franceses un terrible descalabro; pero cuando éstos terminaron el despliegue, sobrevino la noche, que Eugenio empleó en fortificar sus posiciones, y al siguiente día, tan bien apercibido se le halló, que Vendome consideró imposible la acometida.

Por de pronto se contentó Vendome con ganar á Luzzara; pero esta insignificante conquista á la vista de un enemigo inferior en número no le bastaba, y por otra parte era necesario ofrecer al Rey las primicias de una victoria. El plan de Vendome era, á lo que dicen los historiadores franceses, envolver á Eugenio con el concurso de Vaudemont; pero Felipe V se empeñó en que éste atacara á Borgoforte, en cuyo sitio perdiéronse unos diez días, sin resultado alguno (28 Agosto). Otro mes transcurrió en tomar á Guastalla (29 Septiembre); período de tiempo que aprovechó Eugenio en mejorar las defensas de su campo, colocado entre el Po, el Zero y la Secchia, y bien avituallado por los venecianos; gracias á lo cual pudo, con fuerzas inferiores de una mitad, tener en jaque á los franceses, ó, si se quiere, á los franco-españoles (1). Tal era la situación de ambos ejércitos cuando Felipe V, perdida, sin duda, la paciencia, recogióse á Milán, para desde allí trasladarse á España. Los historiadores franceses y españoles se deshacen en elogios al hablar de la conducta del joven rey de España, que ora acometía él mismo á la cabeza de los escuadrones, ora «intimaba las plazas y las rendía *(sic)*», ya recorría las líneas despreciando el fuego, ya pasaba noches enteras sin dormir. Admiramos, sin embargo, que los nuestros se entusiasmen más que los vecinos, pues sin dejar de reconocer el valor personal de Felipe V, debe convenirse en que tan sólo sirvió de estorbo al ejército. Fácil es que al pueblo español se le abultaran los sucesos de Italia, colocándolos á la altura de las más señaladas acciones, cuando las gacetas y papeles de la época, y el mismo Luis XIV, tanto las elogiaban. Pero vengamos á los resultados conseguidos: el 5 de Noviembre Vendome levantó su campo para avanzar contra la Secchia, sobre la que se replegó Eugenio de Saboya, el 15 de Noviembre cayó de improviso sobre Borgoforte y lo ganó; acantonó en seguida á sus tropas; reuniólas á mediados de Diciembre, tomó á Governolo y obligó á los austriacos á repasar el Mincio. Estos movimientos honran al caudillo francés; pero es lo cierto que ni el hecho de Luzzara había dado fruto alguno, ni las operaciones que siguieron dejaron libre de enemigos á Italia. La superioridad teníanla los franceses; pero Eugenio no estaba vencido.

Lamentable era el abandono en que se hallaba la nación española por este tiempo: su poco nutrido y mal organizado ejército apenas si bastaba para defender, no ya las posesiones que teníamos en el Extranjero, sino la misma Península, como así lo acredita la cita del marqués de San Felipe. No es, pues, de extrañar que los aliados, conocedores de esto, y queriendo aprovecharse de las simpatías que algunos demostraban por los de Austria, intentaran efectuar un desembarco en Cádiz, desembarco que en Julio de 1702 llevaron á efecto los anglo-holandeses dirigidos por el duque de Ormond, el príncipe de Darsmstad (2) y los almirantes Rooke y Allemond. Y gran suerte fué que estos caudillos anduvieran poco acordes, pues gracias á su dilación en atacar, el marqués

(1) Eran éstos en número de dos á tres mil hombres en el respetable ejército que mandaba Vendome. «El Rey, dice el historiador Lafuente, para unir más las tropas de ambas naciones, mandó que á la escarapela encarnada, que era la de los españoles, se añadiera la blanca, que era la francesa, y que los franceses, á su vez, juntaran á la escarapela blanca la encarnada de los españoles, quedando así confundidas las divisas de ambos reinos.»

(2) El mismo que sirvió años antes en Cataluña en los ejércitos de D. Carlos II.

de Villadarias que mandaba en Cádiz y que sólo tenía á sus órdenes 150 infantes y 30 caballos, pudo pedir refuerzos á las ciudades andaluzas, y sostenerse en los fuertes de Santa Catalina y Matagorda hasta que llegaron aquéllos. El invasor, más ganoso de botín que de combate, contentóse con saquear los pueblos vecinos y cometer toda suerte de tropelías, retirándose luego acobardado ante la imponente actitud del país. Pero sucedió que, habiendo llegado á Vigo la flota de la plata, noticiosos sus jefes de lo que ocurría en Cádiz (donde habitualmente se hacía el desembarco), y habiendo perdido un tiempo precioso en la formalidad del ajuste y entrega, tuvo lugar la armada anglo-holandesa de trasladarse á las aguas del Norte y de embestir y destrozar á la española (22 de Octubre), llevándose trece navíos y algunos millones de pesos, pues la mayor parte de ellos se perdieron con los galeones que se fueron á fondo.

La campaña de Flandes había sido para los franceses menos ventajosa que la de Italia. Pusiéronse en movimiento los beligerantes por el territorio que se extiende entre el Rhin y la costa; los franceses, mandados por Boufflers y los aliados por Marlborough. Por de pronto, pasó aquél el Mosa para socorrer la plaza de Kaysserswerth; pero como carecía de recursos y de tren para impedir las operaciones de un enemigo mejor socorrido y más numeroso, y como éste amenazara á la vez la Flandes occidental, tuvo que acudir el caudillo francés á este peligro y maniobrar junto al Wahal, ya amagando á Grave, ya atacando á un cuerpo enemigo apostado en Nimega. En este intervalo perdióse Kaisserswerth, y el enemigo, más fuerte cada día, franqueó el Mosa y avanzó con el grueso de sus tropas al Brabante, mientras el resto amenazaba la Alsacia. Los franceses perdían terreno, porque eran sobrado inferiores para entablar una batalla con Marlborough; Boufflers no podía cubrir el Brabante, sin dejar á descubierto el bajo Mosa, y así hubo de hacerlo, retirándose á Tongres y dejando que el enemigo se apoderara de Venloo. En vano trató de distraer al enemigo, despachando un cuerpo allende el Rhin. Marlborough no abandonó sus proyectos, y después de ganada Venloo (23 Septiembre), fuése apoderándose de las plazas de Stefaustewerst y Ruremunda (2-6 Octubre), corrióse río arriba hasta Lieja, que hubo de abrirle sus puertas el 13, sin que pudiera evitarlo Boufflers, que, puesto en el duro trance de optar por el socorro de esta plaza y la conservación del Brabante, desde Tongres se replegó sobre Hui, y desde Hui sobre las líneas que terminaban en el Meghaine. Tan malo era el estado de las plazas flamencas, que con dificultad podían sostenerse sin el apoyo del ejército, y el ejército francés, muy reducido ya por las enfermedades y las guarniciones, y por los cuerpos destacados allende el Rhin y en Alsacia, hallábase reducido á una defensiva harto peligrosa. Aunque la diversión efectuada en las márgenes del Rhin por el costado de Alemania dió por resultado la ocupación de una parte del bajo Mosela, no compensó esto la pérdida de las plazas antes citadas; y á esta pérdida añadióse, para completar los descalabros de los franceses, la de Landau en la Alsacia (9 de Septiembre).

Luis XIV comenzaba á tocar los resultados de esta guerra desastroza. Sin embargo, confiaba, y no sin razón, que su alianza con el príncipe elector de Baviera y la entrada en operaciones del ejército bávaro, compensaría aquellos descalabros. Los imperiales, después de la conquista de Landau, iban á incorporarse á otro cuerpo acampado en Friedlingen; el mariscal francés Villars maniobró tan hábilmente y les atacó con tal brío junto á Huminguen, que les causó serio descalabro. A todo esto el elector de Baviera, que había entrado en Suabia, apoderóse de Ulm y ocupó las márgenes del Iller. Si el bávaro se hubiese aproximado al Rhin, la unión de ambos ejércitos, que era el objetivo de Villars, hubiera sido un hecho. No lo hizo así, y como fuera imposible á éste el sostenerse tan alejado de su base de operaciones, replegóse aquende el Rhin sobre el Moder. Eran éstos los preliminares de una lucha gigantesca, para apreciar la cual en su conjunto, diremos que, al finalizar el año 1702, aparecían en el Norte las provincias flamencas amenazadas por la de Güeldres, Lieja perdida, la Alsacia expuesta á graves riesgos; en el centro de Europa, y como encerrado en un rincón de Alemania, el ejército bávaro, y en el Mediodía, Eugenio de Saboya, amenazando nuestras posesiones desde el extremo norte de Italia. ¿Cuál era, de todos estos teatros, el que convenía elegir á Luis XIV para aportar á él mayores refuerzos? Sin duda alguna que Alemania, donde radicaba la causa de la guerra. En Italia, la fortuna sonreía á los franceses, y

en los Paísess Bajos le bastaba al Rey mantenerse á la defensiva. Precisamente era hacia este último teatro donde pensaban conducir el núcleo de sus fuerzas los aliados; y entrada la primavera de 1703, pusieron en movimiento 100,000 combatientes entre el Bajo Rhin y el Mosa, y otros 100,000 no lejos de Maestrick, cubriendo el sitio que 50,000 hombres pusieron á Bonn, que rindieron el 15 de Mayo. A todo esto nada hicieron los franco-hispanos, pues, como la defensa de Bélgica era su objeto principal, concentráronse junto al Mosa, por donde Marlborough amenazaba. Sin embargo, las fuerzas con que Villeroy y Boufflers cubrían el Brabante, ascendían sólo á 50,000 soldados, sin contar las guarniciones, demasiado reducidas y diseminadas para defender las mal fortificadas plazas flamencas; y era difícil conservar estas plazas sin maniobrar con una habilidad á la que Villeroy era muy ajeno. Si los Estados de Holanda hubiesen aprobado el plan de Marlborough, éste se hubiera abierto, por Namur, el camino de Francia; pero el gobierno holandés, de acuerdo con Inglaterra, abrigaba el propósito de llevar la guerra al bajo Escalda y á la costa; y, en su consecuencia, mientras el caudillo inglés tenía en jaque á los generales franceses en la orilla izquierda del Mosa, una parte del ejército aliado marchó en dirección de Amberes, cruzó el Escalda, forzó las líneas que se extendían por el territorio de Waes, y se apercibió á embestir las que protegían á la gran ciudad comercial. Defendía á ésta y al corazón de Flandes, el español, marqués de Bedmar, con escasas fuerzas, y fuéle forzoso á Villeroy, mandar en su socorro á Boufflers. Reunidos los dos caudillos, atacaron á los holandeses en Eckeren, y los rechazaron hasta las inmediaciones del fuerte de Lillo (30 Julio), consiguiendo, contra lo que era de esperar, que el enemigo renunciara á esta empresa. En el intervalo que esto se intentó, Marlborough ganaba, en diez días, á Hui, sin que los franceses hicieran otra cosa que prolongar sus líneas defensivas desde el Mehaigue hasta el Mosa, con objeto de cubrir á Namur. Pero el caudillo inglés, firme en su antiguo propósito, no quería otra cosa que dar una batalla; atrevida resolución, que no aprobaron los representantes holandeses. A causa de tales trabas, el general inglés no consiguió los resultados que pudo prometerse, y los franceses, que perdieron en esta campaña las últimas posiciones que ocupaban entre el Rhin y el Mosa, evitáronse, sin duda alguna, un serio descalabro; pues Marlborough repasó el Mosa, ganó á Limburgo el 27 de Septiembre y entró luego en sus cuarteles de invierno. Más activamente que en los Países Bajos, habíase hecho la guerra en Alemania, donde los confederados atacaron al aliado de Luis XIV, duque de Baviera, y el activo y hábil mariscal Villars consiguió, por fin, unirse á él, burlando la vigilancia del príncipe Luis de Baden, por medio de una rápida y bien concebida marcha á través de la Selva Negra (Mayo de 1703). El monarca francés ordenó entonces á Vendome que desde Italia acudiera á unirse al Duque bávaro, que maniobraba ya en el Tirol y avanzaba por el ducado de Neuburg, teniendo á Villars á sus espaldas, junto al Danubio; y aunque la unión de las tropas de Italia con las bávaras no pudo efectuarse, los bávaros consiguieron derrotar á Luis de Baden, dos veces, y terminó la campaña con ventaja para los franceses, cuyo ejército del Rhin logró recobrar á Brissac y á Landau, y ganar cerca de Spira una importante batalla á los imperiales.

Apuntamos solamente lo acaecido allende el Rhin, por la relación que tiene con las guerras sostenidas en nuestras posesiones; y consignados ya los sucesos de Flandes, diremos que en Italia, Vendome, reveló poca oportunidad, puesto que, habiendo sido llamado el príncipe Eugenio á Alemania, y quedando el ejército aliado al mando de Staremberg, algo reducido, maniobró sin grande actividad junto al Po, hubo de trasladarse luego al Tirol, para unirse al de Baviera, según las órdenes de Luis XIV, y á su regreso á Italia se vió obligado á desarmar las tropas piamontesas, sabedor de que el duque Víctor Amadeo de Saboya andaba en tratos con los imperiales (29 Septiembre 1703). En Julio de este año, el corto ejército español había conseguido una victoria señalada, que fué la toma de Vercelli, dos años hacía bloqueada por los nuestros. Ganáronse á los imperiales 70 piezas, se les hicicieron 1,000 prisioneros y quedó libre la navegación del Po. Asti abrió en Noviembre sus puertas á los franceses, y Vendome amenazó desde este territorio la ciudad de Turín, mientras que el mariscal Tessé penetraba en territorio saboyano al frente de las tropas de la Provenza y el Delfinado, y ganaba á Chambery. Sin embargo, la lentitud con que procedió

el mariscal Vendome, dió lugar á que se incorporaran al duque de Saboya los refuerzos imperiales en el Tanaro (16 Enero de 1705), y desde aquel momento la guerra de Italia cambió de teatro: trasladóse desde el bajo Po al pie de los Alpes, lo que fué altamente contrario á los franceses, separados desde entonces de su país por aquellas abruptas cordilleras y una serie de importantes plazas fuertes.

¿Qué sucedía en este intervalo en España? Dijimos ya que regresó á ella Felipe V, á fines de 1702, y debemos añadir que, en previsión de grandes acontecimientos que generalizasen la guerra, ó, por mejor decir, á causa de lo que ya se anunciaba, comenzó á dictar disposiciones encaminadas á reorganizar la fuerza armada y á regularizar los negocios públicos. A esta época pertenecen una serie de reglamentos militares, de que más adelante daremos cuenta, la creación



Tambor, Pífano y Alférez (1704)

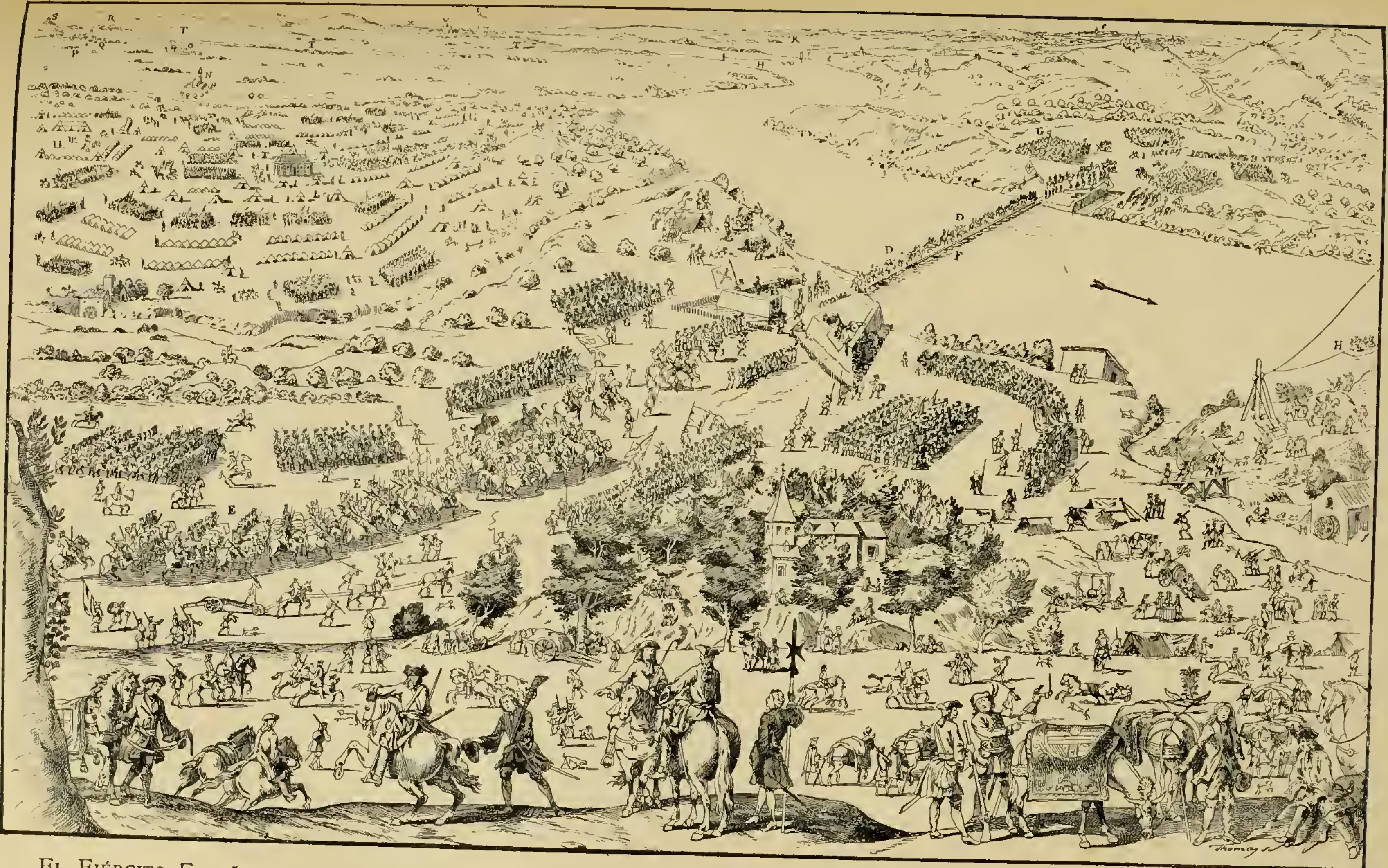
de cuerpos á la usanza francesa y las reformas en el armamento y trajes. Levantóse nueva gente para acudir en defensa de las fronteras, y con el concurso patriótico de las provincias y ciudades, formáronse, equipáronse y armáronse regimientos enteros. Madrid costeó un tercio de caballería; Medina de Rioseco, envió 4,000 pesos; Orihuela, igual cantidad; Guipúzcoa, presentó un tercio de 600 hombres: Granada, 1,000 infantes y 500 caballos; la provincia de Alava, 10,000 pesos, y así por este orden. Bien es cierto que esto y mucho más exigía el peligro que amenazaba á la nación. Sin contar la guerra en los dominios de Flandes é Italia, las escuadras enemigas atacaban de continuo nuestras posesiones; los soberanos de Marruecos y Mequinez, apoyados por aquellas potencias, tenían aisladas por tierra nuestras plazas de Africa; nuestras flotas de Indias eran constantemente acechadas por los cruceros anglo-holandeses, y el mismo territorio de la península iba á ser invadido por los confederados. Si el duque de Saboya, suegro de Felipe V, nos hacía traición, no debía sernos más fiel el Rey de Portugal, que, á su vez, pactaba también con el emperador de Alemania, y desde luego abría las puertas de sus Estados, para que por ellas fuera España invadida. Hizo más el portugués: ofreció auxiliar con tropas á los aliados, á trueque, por supuesto, de ciertas ventajas territoriales sobre España; pero manifestó que no declararía sus propósitos hasta que el pretendiente á la corona española desembarcara con su ejército

en Lisboa; hecho que tuvo lugar en Mayo de 1704 (1). Era este pretendiente el archiduque Carlos, hijo segundo del emperador de Alemania, en quien éste y su heredero hicieron la renuncia de sus derechos á la corona de España; tomó el nombre de *Carlos III*, y con este título fué reconocido por Portugal y encabezó sus manifiestos. Si hemos de juzgarle por sus hechos, no le adornaban altas prendas ni como político ni como militar.

A 8,000 ingleses y 6,000 holandeses ascendía el número de las tropas que el pretendiente condujo á Lisboa, mandadas aquéllas por el general Schomberg, y éstas por Faggel, corto número para tamaña empresa. Reclutáronse, además, unos 28,000 hombres; pero era gente sin instrucción ni disciplina, y por añadidura no hubo medio de montar más que una tercera parte de la caballería. Al trazar el plan de campaña, los jefes tampoco estuvieron de acuerdo, y unas y otras cosas contribuyeron á que se perdiera un tiempo precioso, tiempo que aprovecharon los españoles para adelantar hasta la frontera y tomar la ofensiva. Nuestro ejército, mucho más numeroso que el enemigo, había recibido un refuerzo de 12,000 soldados franceses que, al mando del duque de Berwick, envió Luis XIV; llegaron además fuerzas de Milán y de los Países Bajos, y con ellas oficiales veteranos, y el mismo Rey acudió á dar calor á las operaciones. Pasada revista á las tropas españolas en la frontera, contáronse unos 40,000 hombres; fuerzas suficientes para invadir el territorio, como así se efectuó á primeros de Mayo, siendo la primera plaza ganada Salvatierra (7 de Mayo), á cuya conquista siguieron las de Penha-García, Rosmarinhos, Idaña y Monsanto. Por la parte de Galicia, operó el corregidor Ronquillo; por la de Andalucía, el marqués de Villadarias; el francés Tilly, internóse quince leguas por Alburquerque, y Felipe V pasó sin dificultad el río Tajo por Villa-Velha. A todo esto, el Archiduque, colocado en Ebora, permanecía inactivo, y únicamente se opuso á la invasión el holandés Faggel, atrincherándose con dos regimientos allende el río; pero, arrollado por las tropas franco-hispanas, Berwick y Felipe V pudieron entrar, sin oposición, en la provincia de Alentejo (30 de Mayo), cruzar los desfiladeros que les separaban de Portalegre y ganar esta importante ciudad (9 de Junio), haciendo en ella más de 2,000 prisioneros. Rindióse el 25 Castel-Davide, tomóse luego á Montalván, Marsán y Fuente-Guinaldo, y suspendióse la campaña sin otro contratiempo que la pérdida de Monsanto, recobrado por el enemigo tras un rudo combate. Al cesar en Julio los movimientos, demoliéronse las fortificaciones de las plazas que no pudieron conservarse, y el Rey regresó á Madrid, quedando Berwick, con el grueso del ejército, en la provincia de Beyra. Fué ésta una campaña de escasas consecuencias; mas, por desgracia para nuestra patria, los aliados no se contentaron con la expedición despachada á Lisboa. El espíritu de las provincias españolas era, casi totalmente, favorable á Felipe V; pero no así el de las del Noreste, señaladamente Cataluña y Valencia; y como el príncipe de Darmstad contara en el Principado con muchas simpatías, arrimóse á sus costas con una escuadra, y se puso de acuerdo con gente de la ciudad para ganarla por sorpresa. No logró su intento, pues el Virrey descubrió, con oportunidad, la conspiración; pero tomando con su escuadra el rumbo hacia Mediodía, presentóse de improviso ante la descuidada y desguarnecida plaza de Gibraltar. El 2 de Agosto, puso Darmstad 2,000 hombres en tierra, y después de cortar todas las comunicaciones, intimó la rendición al gobernador, marqués de Villadarias, quien con los 100 hombres que á sus órdenes tenía, resistió, por espacio de dos días, las impetuosas embestidas del enemigo, y hubo de rendir al fin la plaza, mediante decorosas condiciones. Los ingleses se posesionaron de este pedazo de tierra española, y su bandera, flotando aún sobre aquellas rocas, pregona nuestra desidia y nuestra impotencia. Igual peligro que Gibraltar corrió Ceuta; pero ante la enérgica actitud de su gobernador, hubo de renunciar Darmstad á sus propósitos.

La noticia de la pérdida de Gibraltar causó igual alarma en la corte de España que en la de Francia. Villadarias quiso enmendar su descuido acudiendo á ponerla sitio. Luis XIV mandó la escuadra francesa, dirigida por el conde de Tolosa y reforzada por algunas galeras de España. Pero

(1) Según lo pactado entre el Austriaco y el monarca portugués, tan pronto como el pretendiente ocupara el trono español, debía ceder á éste las principales plazas fronterizas, extremeñas y gallegas, entre ellas Badajoz, Alcántara, Alburquerque, Vigo, Bayona, Tuy, La Guardia y otras, y las provincias americanas del otro lado del río la Plata.



El Ejército Español cruzando el Tajo, desde la provincia de Beyra á la de Alentejo, por un puente de barcas el 30 de Mayo de 1704

Facsímile de un grabado de la época, debido á Felipe Pallotta

M. Soler, Editor

A. Felipe V.
B. El duque de Medina Sidonia.
C. Séquito reel.
D. Guerdia de Ccrps.
E. Escolta.
F. Puente de Bercas sobre el Tejo.
G. Tropes de infentería y cabellería guardando les cebezas del puente.
H. Bercas pera cruzer el rio.
I. Ermita de Sen Simón.
K. Cemino que del puente de barcas ve á Villa-Vella.
L. Campo real de Ville-Vella.
M. Leucris.
N. Ermita.
O. Alfriude.
P. Macbeye.
Q. Ermita de San Martín.
R. Ermita de N. S. de Martre.
S. Cestel-Brenco.
T. Río Ponsul.
V. Malpica.
Y. Santo Domingo.
Z. Valdespós.
a. Corques.
b. Ermita de Sen Simón.
c. Vinogre.
d. San Miguel.
e. Campo real de Niza.
f. Nisa.
g. Saluesa.
h. Pedresera.
y. Monte de Pombo.
k. Montelbeón.

esta escuadra, cuando llegó á las aguas de Gibraltar, encontróse con la anglo-holandesa, que mandaba el almirante Rooke, y aunque entabló con ella una batalla larga y empeñada, no consiguió recuperar la plaza. Al terminar el combate, ambas escuadras habían sufrido iguales destrozos y pérdidas; pero, aunque no victoriosa, la francesa tenía al siguiente día la ventaja de un viento favorable, y se hallaba en condiciones para atacar y vencer á la enemiga. No lo hizo así, y ésta se internó en el Océano, quedando los franco-hispanos, no vencidos, pero sí harto descalabrados. Así y todo continuó el sitio de Gibraltar, emprendido, como hemos dicho, por Villadarias, al que reforzó el conde de Tolosa con 3,500 hombres, que llevaba en la armada, y con doce navíos que



El duque de Berwick

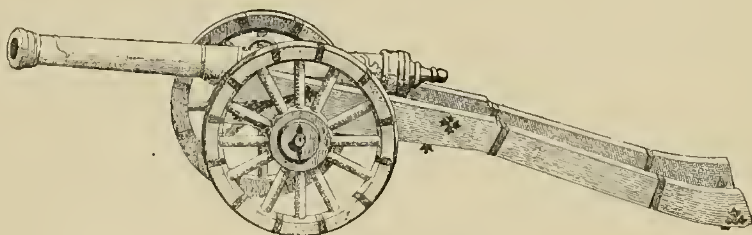
dejó en aquellas aguas. ¡Esfuerzos vanos! Ya los ingleses habían reparado las fortificaciones y recibido refuerzos, la estación de otoño vino á contrariar los trabajos de los nuestros, las enfermedades diezmaron el ejército español, las aguas deshicieron sus trincheras, y todos los generales allí reunidos, á excepción de Villadarias, convinieron en que era preciso renunciar á tal empresa. El mismo Felipe V hubo de reconocerlo así, después de examinar un plano de la plaza; pero antes quiso que fuera á reconocer el estado de las fortificaciones y de los trabajos el mariscal francés Tessé, que, en reemplazo de Berwick, vino en Noviembre á España. El recién llegado caudillo no dejó de comprender las dificultades con que luchaban los españoles y los eficaces auxilios que constantemente recibían los ingleses; pero, ó bien ganoso de acreditar su nuevo mando, ó bien persuadido de que, si tenía que levantarse el sitio, podía darse Gibraltar para siempre como perdido, ello

es que, después de reforzar el ejército sitiador con 4,000 soldados españoles, dió el 7 de Febrero de 1705, un furioso asalto al frente de diez y ocho compañías, asalto tan infructuoso como sangriento, y que arrebató la esperanza de ganar la plaza á viva fuerza. Aun quedaba á Tessé la esperanza del arribo de la escuadra francesa; mas para colmo de desgracias, ésta fué, en parte, dispersada por una tempestad, y en parte destruída por la armada inglesa. No quedó, pues, otro recurso que levantar aquel asedio tan infructuoso como costosísimo en hombres y en dinero; y frustrado este sitio, no pudo ya España abrigar grandes esperanzas de recobrar aquella llave del Estrecho.

Mientras nuestros soldados se batían en el campo y en las aguas de Gibraltar, no permanecían ociosos los del archiduque Carlos. Repuestos ya del aturdimiento que les produjo la anterior campaña y reforzados por un cuerpo de 4,000 ingleses, emprendieron las operaciones amagando la plaza de Castel-Rodrigo, en socorro de la cual acudió con tanta oportunidad Berwick, que el enemigo no se atrevió á pasar el río, á pesar de ascender á 30,000 hombres. Exito parecido tuvo otra tentativa por la parte de Salvatierra, y como el archiduque y su ejército se retiraran desesperanzados al interior del reino, quedó la guerra reducida por una y otra parte á incursiones y correrías. Si España hubiese contado con recursos suficientes para efectuar una invasión rápida y formal, tal vez se consiguiera imponer al enemigo por este lado de la península; pero ya hemos dicho que en el sitio de Gibraltar se habían consumido grandes caudales, perdido mucha gente é inutilizado buena parte del material, resultando de aquí, que no sólo carecía de fuerzas para tomar la ofensiva por aquella frontera, sino que debía sufrir la humillación de que el enemigo recobrara á Marban y Salvatierra, se apoderase de Valencia de Alcántara y Alburquerque (Mayo de 1705), y amagara simultáneamente á Badajoz y á Ciudad Rodrigo. Pena y vergüenza causa que mientras esto sucedía, que mientras el pretendiente amenazaba nuestro territorio por el Oeste y el enemigo sentaba su pie en el Mediodía y paseaba su pabellón frente á nuestras costas; mientras en algunas provincias comenzaban á manifestarse los síntomas de la rebeldía, el monarca y la corte se hallaban distraídos por palaciegas intrigas y la política española dirigida por una mujer; asombro y lástima que el soberano que desde Versalles había dictado la ley á Europa pusiera á nuestros reyes en el dilema de desterrar á la favorita ó perder su apoyo, que aquel mismo monarca ordenase la deposición de los ministros españoles y les llamara á París á rendir cuentas, y que el embajador francés viniera á mezclarse tan directamente en nuestra política. ¡Qué reyes y qué hombres! Increíble parece, pero es lo cierto que la Ursinos, desterrada por el rey de Francia, vuelve á ser repuesta por él pocos meses después; así como es cierto también que los reyes, la nobleza y el pueblo reciben á *la tenienta del capitán Maintenon* con el mayor júbilo. Con ella regresan los ministros caídos; pero como la gestión política depende en gran parte del estado económico, y como éste era desastroso; careciendo el gobierno de recursos y no atreviéndose á imponer nuevas gabelas, ocurre lo que ha de suceder: descontento en el pueblo y en el ejército, murmuraciones en la corte, y demanda de dinero á Francia, «porque los soldados se desertaban por falta de pan, los oficiales pedían su retiro, todo el mundo reconocía la falta de dinero y nadie se cuidaba de buscarlo». Como es natural, el descontento debía traducirse en hechos aislados, en conatos de rebeldía, en amenazas y en conspiraciones. El país comenzaba á entibiar su entusiasmo, los reyes se mostraban recelosos, y llegóse al extremo de proponer el embajador francés, y apoyar los reyes, que en las plazas de Sanlúcar, Santander, San Sebastián y otras de Guipúzcoa entrara guarnición francesa; proposición rechazada por los consejeros y que dió lugar á un acalorado debate. Tal era el cuadro que España ofrecía cuando estalló en sus provincias de Levante la guerra civil.

Para guardar el indispensable enlace en el desarrollo de este cuadro histórico, precisa que consignemos, aunque sea muy á la ligera, alguno de los hechos acaecidos en 1704 y 1705 en Alemania, en Flandes y en Italia; pero las operaciones en los dos primeros teatros se hallan tan íntimamente enlazadas, que se hace preciso aquí reseñarlas en conjunto, para no complicar excesivamente las líneas de este boceto. Por la claridad y el vigor con que dichos sucesos están apuntados merece ser conocido el siguiente extracto que de ellos hace Almirante: «La coalición, dice este profundo inves-

tigador, tenía (1704) en Flandes el ejército de Marlborough; en el Rhin, el del príncipe Eugenio; en Baviera el del príncipe de Baden: oponían los franceses al primero el mariscal Villeroy; al segundo, Tallard; al tercero, Marsin con los franco-bávaros. Temiendo Luis XIV el principal golpe por Flandes, allí acumuló fuerza; pero cabalmente Eugenio y Marlborough, que daban el extraño ejemplo de un perfecto acuerdo en las combinaciones, concertaron un esfuerzo decisivo en Alemania. Las disposiciones sencillas, como siempre lo son en buena estrategia, se llevaron á cabo con perfecta regularidad. El general inglés, dejando en Flandes un pequeño cuerpo de pantalla, marcha al Rhin: Villeroy, naturalmente le sigue; y temiendo por aquella comarca, se juntan á Tallard. Marlbourough amaga la Lorena y la Alsacia, y de repente cae sobre el Neckar, juntándose en Ulm con el príncipe de Baden. Los franceses, para compensar, deciden que Villeroy quede en Stollhofen, mientras que Tallard, pasando el Rhin, va á reforzar á Marsin y al elector de Baviera. La idea, buena en sí, no tiene cumplida ni oportuna ejecución por pasarse quince días esperando órdenes de la corte. Mientras tanto Marlborough y Baden juntos baten á Marsin; fuerzan el paso del Danubio en Donauwerth; cruzan el Leck, devastan la Baviera y ponen sitio á Ingolstadt. Cuando Tallard, al fin, con lenta y fatigosa marcha por la Selva Negra, logra reunirse en Ausburgo con el bávaro, Eugenio ya se había incorporado rápidamente con Marlborough en Hochstett.



Cañón de campaña

Ante la masa de los coaligados que habiendo asolado la Baviera dependían de sus almacenes de Nordlinga y Nuremberg, la prudencia aconsejaba maniobras hábiles, para ver de separarlos ó echarlos siquiera á la izquierda del Danubio; sin embargo, la petulancia, inseparable compañera de la ineptitud, llevó á los franceses á entablar un ataque que en sí llevaba implícitas todas las condiciones de un gran desastre. Lo fué, en efecto, esa memorable batalla del 13 de Agosto de 1704, que los franceses llaman de Hochstett, los ingleses de Blenheim, y los alemanes de Blindheim. A los desaciertos y lentitudes estratégicos se añadieron inconcebibles errores tácticos en el campo de batalla. Batirse con un río caudaloso á la espalda; amontonar la infantería de Tallard en la aldea de Blenheim y la bávara en la de Bolstat; quedarse la caballería en el centro de la línea de combate, no podía traer más que la derrota desde el principio de la acción. Aunque Marsin, en la izquierda, sostuviese, el centro y la derecha fueron hechos pedazos; 8,000 muertos, 10,000 heridos, 14,000 prisioneros, toda la artillería perdida fueron el resultado de la presunción y de la ignorancia. De tal catástrofe era inevitable consecuencia la invasión de Francia.»

No extrañe el lector que para dar idea de estos hechos hayamos abierto las páginas de un diccionario. Para nosotros tienen sólo relativo interés; se hallan enlazados á la guerra general; pero nos afectan sólo de un modo indirecto. Merece, sin embargo, que el lector se fije en la fecha de la célebre batalla de Hochstett por las consecuencias que tuvo en la guerra europea: para Francia fueron ellas peores que la derrota en sí; porque si la pérdida material fué grande, mayor fué el perjuicio moral. Su prestigio desapareció en un momento, el territorio alemán fué evacuado y el enemigo

apercibióse á invadir el suelo francés. La humillación de Luis XIV debe reconocerse que fué muy grande, porque, á excepción de Italia, sus armas y su influjo habían perdido mucho en todos los teatros. Y no es tampoco que pueda considerarse como definitivo el éxito conseguido por Vendome en la península italiana durante el año 1704; que si bien consiguió lanzar á los austriacos, inferiores en número, de la Lombardía y cerrar á los imperiales el paso del Piamonte por Suiza y Suabia, ganar la importante plaza de Verua, que cubría á Turín, y enlazar estratégicamente, gracias á las conquistas hechas en el Norte del Piamonte, el Milanesado con la Francia, nada pudo intentar contra la capital de la Saboya, encontrándose llegada la primavera de 1705, otra vez frente á frente del famoso príncipe Eugenio.

No comenzaron, sin embargo, las operaciones en este teatro hasta que abortó la tentativa de invasión concebida por el inglés Marlborough. Este caudillo, persuadido de la falta de recursos de los franceses, proyectó realizar aquella operación desde el Mosela, con 80,000 soldados que tomando de revés la Alsacia, debían desembocar en Lorena por el Sarre y correrse luego hasta la Champaña. A mediados de Mayo pasó una parte del ejército anglo-holandés el Mosa, y dejando dos cuerpos junto á Maestrich, en territorio flamenco, dirigióse hacia el Mosela, donde debían incorporarse á Marlborough las fuerzas del Emperador y de los electorados. Retardos y recelo del príncipe Luis de Baden, malas inteligencias y vacilaciones de la corte de Viena, hicieron fracasar el plan del general inglés; y como Luis XIV, haciendo esfuerzos de flaqueza, levantara nuevos ejércitos, cubriera el corazón de los Países y opusiera á los tres cuerpos enemigos otros tres regidos por Baviera y Villeroy en Flandes, por Marsin en Alsacia, y por Villars en el Mosela, Marlborough, aun cuando llegó á reunir más de 80,000 hombres, con los que cruzó el Sarre cerca de su confluencia con el Mosa, no se atrevió á embestir á Villeroy, que le esperaba atrincherado entre el Mosela y la plaza de Sierck, y hubo de retroceder hasta el Mosa. Luis XIV pudo respirar con más libertad, porque la amenaza había sido demasiado seria para no temerla; pero el peligro no había desaparecido por completo. Las líneas francesas que cubrían los Países Bajos eran demasiado extensas, y, como es consiguiente, sobrado débiles. Marlborough, que no tenía que habérselas aquí con un Villars, logró forzarlas entre Landen y Tillemont, arrojó al ejército francés contra Lovaina, después de haber destrozado su izquierda; franqueó el Dyle por Genappe, y amenazó á la ciudad de Bruselas. Aunque los franceses cubrieron esta capital, colocándose ventajosamente entre Lovaina y ella, Marlborough tenía la superioridad numérica y con facilidad los hubiera anonadado, de no oponerse los diputados holandeses al ataque (siempre será funesta á los ejércitos la intervención de agentes civiles). Nuevamente hubo de retirarse el caudillo inglés, y pasando el Demer dirigióse hacia los dos Nethes, justamente encolerizado de las trabas puestas á su acción. La suerte había favorecido una vez más al monarca francés, pues por añadidura Villars había conseguido mantenerse en Alsacia, donde Luis de Baden, en mala inteligencia con sus colegas, no efectuó operación alguna de importancia.

Muy diferente cariz presentaban las operaciones en Italia, en la que Vendome tenía ocupado el Norte del Piamonte y amenazaba caer sobre Turín, pues aunque el príncipe Eugenio maniobró con su acostumbrada habilidad, carecía de fuerzas para hacer frente á los dos ejércitos franceses, y no obstante las torpezas del hermano de Vendome, que mandaba uno de estos dos ejércitos, el caudillo de Luis XIV consiguió en Cassano una brillante victoria sobre el austriaco (16 de Agosto 1705); pero esta victoria fué de escasas consecuencias, pues el rey de Francia limitóse á ordenar el bloqueo de Turín; y aunque Vendome con sus hábiles maniobras consiguió rechazar á Eugenio de Saboya hasta el Trentino, y Berwick, llegado del Langüedoc, rindió á Niza, á poco de haber ganado la Feuillade á Montmelian, vinieron á destruir estas ventajas los descalabros de la siguiente primavera, descalabros que evidenciaron de un modo notorio la decadencia militar de Francia.

Nos hemos adelantado á narrar los hechos acaecidos en nuestras posesiones del extranjero hasta fines de 1705 para no mutilar el cuadro histórico; pero ya es tiempo de que retrocedamos hasta mediados del citado año para bosquejar las operaciones de la guerra civil en la península española.

La situación por que atravesaba nuestra patria á mediados del año 1705 la hemos indicado ya al ocuparnos del desgraciado sitio de Gibraltar y de las tentativas hechas por los aliados en la frontera de Portugal y en la costa de Levante; el estado de los ánimos en la corte, la falta de recursos, la división que ya comenzaba á notarse entre las provincias de la monarquía, también hemos tenido ocasión de indicarlas. Crítica era, como se ve, la situación de España, y no menos crítica la de su rey, que si contaba con el apoyo de Luis XIV, tenía en cambio que luchar con



Felipe V

enemigos muy poderosos, así en las costas y fronteras, como en el interior; pero esta situación vino á agravarse en Julio de 1705 con la presencia de la escuadra anglo-holandesa en las aguas de Cádiz. El cometido de esta escuadra era poner en tierra el pretendiente y sus tropas y dar comienzo á la guerra por las provincias del Mediodía ó de Levante. No consiguieron los aliados su objeto en la isla de León, ni en Alicante; pero lograron que Denia se declarara en favor del archiduque y que se comenzaran á organizar partidas en el reino de Valencia; y como el rey Felipe no tuviera suficientes fuerzas para atender á este peligro sin descuidar á los que le amenazaban en Aragón, envalentonados los valencianos rebeldes, y engrosados por un regimiento de la caballería real que se pasó á sus filas, atreviéronse á prender al mariscal español Zúñiga y á los que con él

iban á sofocar el alzamiento (12 Diciembre). Gandía cayó en poder de los sublevados, el 16 de Diciembre Valencia abrió sus puertas al caudillo popular Basset, elevado por el pretendiente á la categoría de mariscal; levantáronse Játiba, Orihuela, y aquel incendio amenazaba propagarse con suma rapidez, por todo el litoral, puesto que Cataluña respondía con júbilo al levantamiento. Mal gobernada esta región por el inepto D. Francisco de Velasco, aquel por cuya causa Barcelona se entregó á los franceses en 1697, y poco inclinados á los Borbones los catalanes, vieron gozosos éstos fondear en las aguas de Barcelona la gran armada anglo-holandesa, con la que acudían á encender la guerra el general inglés conde de Peterborough (1) y el príncipe de Darmstad, aquel militar que tan bien se portó en el citado sitio. A bandadas acudieron los catalanes de la montaña, y los aliados, una vez puestas en tierra sus tropas, viéronse eficazmente favorecidos, así por la gente comarcana, como por las inteligencias que tenían con los barceloneses. Acampados en línea recta desde el muelle hasta el lugarcillo de San Andrés del Palomar y desembarcado con toda ceremonia el Archiduque, comenzaron á disponerse para bombardear la ciudad, donde el Virrey tenía reunidas muy escasas fuerzas y contrario el espíritu de sus moradores.

El 14 de Diciembre Darmstad y Peterborough acometieron el fuerte de Monjuich, y á costa de grandes pérdidas posesionáronse de las obras exteriores y del foso; pero al saltar á éste, una bala arrebató la vida á Darmstad, y el oportuno socorro que dió el Virrey, salvó el castillo. Lo que no consiguió el valor personal, logrólo, sin embargo, el bombardeo, que por espacio de tres días causó grandes estragos en la ciudad, y al cuarto la voladura del repuesto de pólvora de la fortaleza. Derribada parte de la muralla que mira al mar, los aliados se apoderaron fácilmente de Monjuich (17 Septiembre), y dueños de éste, arrojaron sobre la ciudad tal lluvia de bombas, balas y granadas, que el Virrey tuvo que capitular el 3 de Octubre y á la tercera intimación del enemigo. Pero la capitulación, altamente honrosa para las tropas, no se cumplió; porque los habitantes, airados contra Velasco, lanzáronse sobre la guarnición y asaltaron la casa del Virrey á los gritos de *¡Viva Carlos III!*, con lo que dieron lugar á que los aliados entraran sin formalidad alguna. El Archiduque fué jurado Rey el 5 de Noviembre, y, casi simultáneamente al sitio, declaróse por él todo el llano de Urgel y cundió la insurrección por el Vallés, el Ampurdán y el campo de Tarragona. Lérida, no obstante la lealtad y el tesón de que dió pruebas su gobernador, capituló después de algunos días de sitio, y con ella cayó también, en manos de los aliados, su castillo. En Aragón se rebelaron Caspe, Monroy, Calaceite, mostrándose el espíritu público marcadamente hostil en Zaragoza; por manera que Felipe V encontróse, al finalizar el año 1705, rodeado de los más graves apuros.

Gran diligencia, oportunidad y recursos exigían tan múltiples peligros, y el Rey, por de pronto, atendió al que más de cerca le amenazaba. Mandó á Aragón al conde de San Esteban de Gormaz y á Tilly para que atajaran el incendio, y preparóse para marchar allí en persona; pero como no

(1) Es digno de ser conocido el retrato que de este caudillo hace el insigne Macaulay:

«Carlos Mordaunt, conde de Peterborough, dice, ha sido, si no la figura más grande de su siglo, la más extraordinaria al menos, sin exceptuar el rey de Suecia Carlos XII. Y, á la verdad, puédese llamar á Peterborough, un Carlos XII culto, instruído y apasionado. Su valor era impetuoso como el de los franceses y tenaz como el de los ingleses. La fecunda actividad de su ingenio era incomparable, y se echaba de ver en todos los casos: en sus campañas, en sus negociaciones, en su correspondencia familiar, en su conversación más frívola y menos preparada. Era buen amigo, enemigo generoso y cumplido caballero; pero su ligereza, su movilidad, su irritable humor, la enfermiza necesidad que sentía siempre de cambiar incesantemente de ocupación y de asunto, hicieron inútiles casi para su patria sus grandes facultades y sus virtudes. Sus debilidades le causaron en más de una ocasión graves inconvenientes y peligros, pues lo arrastraron hasta cometer acciones completamente indignas de su noble y generoso carácter. La tranquilidad y el reposo eran cosas para él insoportables. Le gustaba recorrer la Europa á manera de correo, y así se le veía un domingo en La Haya, y en Viena el domingo siguiente; luego, entrábale el deseo de ver Madrid, y apenas llegaba pedía sus caballos y regresaba á Copenhague. Nadie podía seguirlo, ninguna dolencia era parte á detenerlo; la vejez, las enfermedades, una muerte inminente, apenas hacía algún efecto en su alma intrépida. En los momentos mismos en que sufría la más horrible operación quirúrgica, era su conversación tan animada como la de un joven que goza de la más envidiable salud. Al día siguiente de aquella operación, y á pesar de los ruegos de los facultativos, quiso emprender un viaje; parecía un cadáver, pero la elasticidad de su temperamento, le permitía soportar fatigas y males que parecían capaces de matar al hombre más robusto. Necesitaba cambiar de ocupación como de lugar; gustábale dictar seis ó siete cartas á un tiempo; y los que trabajaban con él, decían que hablaba de todo con grande ingenio, pero apartándose á veces de su asunto...»

Este singular personaje partió de España antes de abrirse la campaña de 1707. No era posible el acuerdo entre caracteres tan diferentes como el suyo y el del indolente Carlos de Austria. Por otra parte, sus costumbres y sus ideas no eran las más á propósito, para que el gobierno inglés le creyera dotado de sólido juicio. «En consecuencia, dice Macaulay, confióse el mando del ejército á lord Galway, experto veterano que era en el arte militar lo que en medicina los doctores de Molière, y que reputaba mucho más honroso fracasar en regla, que alcanzar la victoria merced á cualquier innovación.» *Estudios históricos.—Guerra de Sucesión.*

eran suficientes las fuerzas de que disponían aquéllos para dominar el territorio, limitáronse á operar en las riberas del Cinca, recobró Tilly á Alcañiz, cubrió el Conde á Barbastro, mas no pudo impedir que el enemigo se apoderara de Monzón, ni sofocar la rebeldía de todo el Condado de Ribagorza. En Fraga capitularon dos regimientos, los valles inmediatos al Pirineo secundaron el alzamiento con grave riesgo de la plaza de Jaca; y la ciudad de Zaragoza tuvo la osadía de negar el paso á las tropas que desde la frontera portuguesa condujo el mariscal Tessé. Todo eran tumultos, encuentros, choques, pérdidas y conquistas de villas y castillos, odios y venganzas. En la capital de Aragón, no sólo tuvo que oir el Virey sediciosos gritos, sino que dejar impune el degollamiento de dos compañías que entraban en la plaza; en Valencia trató el conde de las Torres de recuperar lo perdido, y si bien ganó á Morella y á Villareal, el incendio y saco de esta villa, así como los de Cuarte y Paterna, abrió honda sima entre borbónicos y austriacos; en la frontera de Cataluña pelcábase con no menos furor; y estos comienzos anunciaban una obstinada lucha.

Pero ya Felipe V, dispuesto lo necesario á su jornada, poníase en marcha hacia Aragón y se incorporaba en Caspe al mariscal Tessé (14 Marzo 1706). El plan trazado en Consejo de Guerra se reducía á atacar la plaza de Barcelona con todas las fuerzas; el Rey por la parte de Lérida, el duque de Noailles con el ejército francés por la del Ampurdán, y por mar la escuadra del conde de Tolosa. El 10 salió Felipe V de Caspe; el 2 de Abril pasó el Llobregat, el 3 acampó frente á Barcelona, en cuyas cercanías ya se hallaba Noailles y en sus aguas el de Tolosa. Todo prometía un éxito feliz; pero el sitio fué mal dirigido por falta de ingenieros hábiles, perdióse un tiempo precioso en los trabajos, fué despertándose el entusiasmo del pais contra los franceses que, molestados por las tropas destacadas de la guarnición de Lérida, apenas podían moverse de su campo; y, por último, presentóse en el puerto la escuadra anglo-holandesa compuesta de 53 navíos, cuya escuadra, superior á la de Luis XIV, puso en tierra 8,000 hombres é hizo alejar á la francesa. Este acontecimiento y la infausta nueva de haber ganado los portugueses la plaza de Alcántara, obligaron á Felipe V á levantar el sitio y á retirarse por el Ampurdán y Rosellón, como camino más seguro para su ejército; pero no se efectuó la operación sin que lo observaran los sitiados, quienes picaron la retirada del ejército franco-español, y se apoderaron de todo su tren. El 23 de Mayo llegó Felipe V á Perpiñán, con 6,000 hombres menos de los que condujo contra Barcelona, y sin descansar más que dos días, regresó con su corto séquito á España, á lo que parece algo temeroso de ciertos proyectos de su abuelo y hasta de la buena fe de sus generales (1). No eran, pues, sólo los peligros de la guerra los que turbaban la tranquilidad de su ánimo, sino aquellos compromisos políticos ante los que bien sabía no paraba mientes su augusto abuelo.


Oficial superior francés

Examinando el estado que ofrecían las provincias españolas, notaráse que, á excepción de Cataluña, Aragón y Valencia, eran las demás afectas á Felipe V, y afectas de un modo

(1) Felipe V partió á la ligera de Perpiñán haciendo su viaje de regreso por Salces, Narbona, Carcasona, Tolosa, Pau, Roncesvalles y Pamplona, desde donde se dirigió á Madrid. «Deciase en esta ocasión, dice el historiador Belando, ser la intención del mariscal de Tessé que el rey D. Felipe V se quedara en Francia, y que para ello era su persuasión diciendo: que pues estaba S. M. en el reino que pasase á París á visitar al abuelo. Esto se dijo de Tessé y así mismo se creyó que las persuasiones del Rey cristianísimo hubieran sido para que el nieto consintiese en el nuevo proyecto de paz que había ideado y propuesto á los aliados. Esta propuesta se reducía á dar al rey D. Felipe los Estados que la España poseía en Italia, con las islas de Sicilia y Cerdeña y al señor archiduque Carlos la España con la América, dejando indeterminada para el de Baviera la Flandes, y para el Emperador los Estados de este Duque elector. Todo era en cierto modo efectuar la imaginada división de la monarquía de España, mas el monarca D. Felipe V, con su ya conocida constancia, respondía siempre: *«Que no habia de ver más á Paris, resuelto á morir en España.»* Bien conocía S. M. el traidor sistema, pero lo disimulaba su modestia, para no permitir jamás asiento ni entrada al espíritu tentador.» «Porque (los generales franceses), dice en sus *Memorias* Macanaz, tenía orden del duque de Borgoña de llevar al Rey á Paris, *de donde no se le dejaría volver:* lo que el Rey entendió y le fué fácil averiguar.» Citados por la Lafuente en el Tomo XVIII pág. 140 de su *Hist. general.*

entusiasta. Pueblos hubo, como el de Hellín, que hicieron una heróica resistencia antes de entregarse al ejército enemigo, provincias como las andaluzas y vascongadas que efectuaron cuantiosos donativos, y en la misma capital del reino autoridades y vecinos se dispusieron á sostener al joven Rey. En cambio las villas de Valencia se defendían esforzadamente contra el ejército de Felipe V, y el movimiento ofensivo del ejército aliado de Portugal daba nuevos ánimos á los rebelados de la Corona de Aragón. Este movimiento no se efectuó, sin embargo, con la celeridad debida. El ejército aliado de Portugal que mandaban el general inglés milord Galloway y el portugués marqués de las Minas, reunido en número de 30,000 soldados entre Badajoz y Alcántara se puso en marcha á mediados del mes de Abril, y en conquistar las plazas fronterizas empleó todavía algún tiempo, pues hasta fines de Junio no pudo verificar su entrada en la capital de España; pero el mariscal francés Berwick, que mandaba el ejército franco-español de la frontera, cometió el error de disgregar parte de sus fuerzas para la defensa de Alcántara, y si con esto no logró sostener la plaza, en cambio encontróse sobrado débil para resistir al enemigo, que, dueño de ella el 14 de Abril, cruzó el Tajo por Almaraz, fué ocupando sin gran dificultad á Plasencia, Salamanca y Ciudad-Rodrigo y empujando constantemente al ejército de Berwick, lo que suscitó grandes murmuraciones y sospechas en el campo español, contra este general (1). El 22 de Junio ocupó el marqués de las Minas el pueblo del Espinar con 8,000 hombres, y Berwick, obligado á desamparar á Castilla la Vieja, se encaminó por Guardarrama á Sopetrán, mientras los aliados, prosiguiendo su avance, cruzaban á su vez el puerto Guardarrama y el 24 de Junio acampaban á cuatro leguas de Madrid, que, como ciudad abierta, no pudo resistir, y el 25 le abrió sus puertas.

Felipe V obró con sumo acierto no deteniéndose en Perpiñán, porque llegó á la córte el 6 de Junio, dictó las disposiciones convenientes para que la Reina se retirara á Guadalajara (2), y el 20, cuando ya el ejército enemigo se hallaba en el Espinar, fué á incorporarse á sus tropas colocadas en Sopetrán. Los aliados entraron en Madrid, proclamaron al Archiduque y fueron fríamente recibidos por la población. Sin embargo, aunque conocieran que el país era abiertamente hostil á la casa de Austria, animábanles, no sin motivo, los progresos de la rebelión en la frontera valenciana, la defección del conde de Santa Cruz con las galeras de España, las pérdidas de Alicante y Cartagena, y la sublevación de Zaragoza y casi todo el reino aragonés, sino ya los extraños rumores que acerca de Felipe V corrían y que hicieron vacilar la voluntad de las tropas borbónicas (3). Por otra parte, el archiduque Carlos, resuelto á entrar solemnemente en la córte, partió de Barcelona el 23 de Junio, visitó á Tarragona, fué á Zaragoza, y el 24 de Julio marchó en dirección de Madrid para incorporarse á su ejército de Castilla. Era, pues, la situación de Felipe V asaz crítica, pues maniobrando de concierto los tres ejércitos del Pretendiente, ó sean: el de Valencia, mandado

(1) En las Ilustraciones (biografía de Berwick) tendremos ocasión de dar á conocer esta figura militar; pero por lo pronto es preciso consignar que aparte de su pericie, era todo un cumplido caballero y un militar honrado. El marqués de Santa Cruz de Marcenado dice de él, con motivo de las murmuraciones que su conducta suscitó, lo siguiente:

«El año de 1706 que milord el mariscal de Berwick, teniendo sólo cuatro mil caballos y tres mil infantes, fué retirándose del ejército portugués desde los confines de Portugal hasta cerca de los de Aragón, así por la suma desigualdad de 7,000 hombres suyos á 25,000 de los enemigos como porque aguardaba que se le incorporasen las tropas que venían de Francia no faltaron ignorantes que hablasen de su conducta con insolencia, y cuando reforzado después con razonable número nuestro ejército dió vista al de los enemigos en Iniesta, llegando el primero en extremo fatigado por una larga marcha del propio día, á cuya causa se atuvo de combatir el mariscal, entonces ya no se guardaron medidas en las conversaciones de los poco entendidos: acusábanle abiertamente de cobarde, y llegó la temeridad de algunos á sospecharle infiel: nada ignoraba aquel general igualmente valeroso que político y sabio; pero de todo hizo heróico desprecio hasta que presentándosele oportunidad de atacar al ejército de la Liga en Almansa lo ejecutó con el acierto, valor y felicidad que se sabe: de este modo se convirtieron en confusión y vergüenza de sus mal afectos, las murmuraciones pasadas» *Reflexiones militares*, Lib. XVII, § 9.

(2) Desde Guadalajara, á la aproximación del enemigo, trasladóse á Burgos.

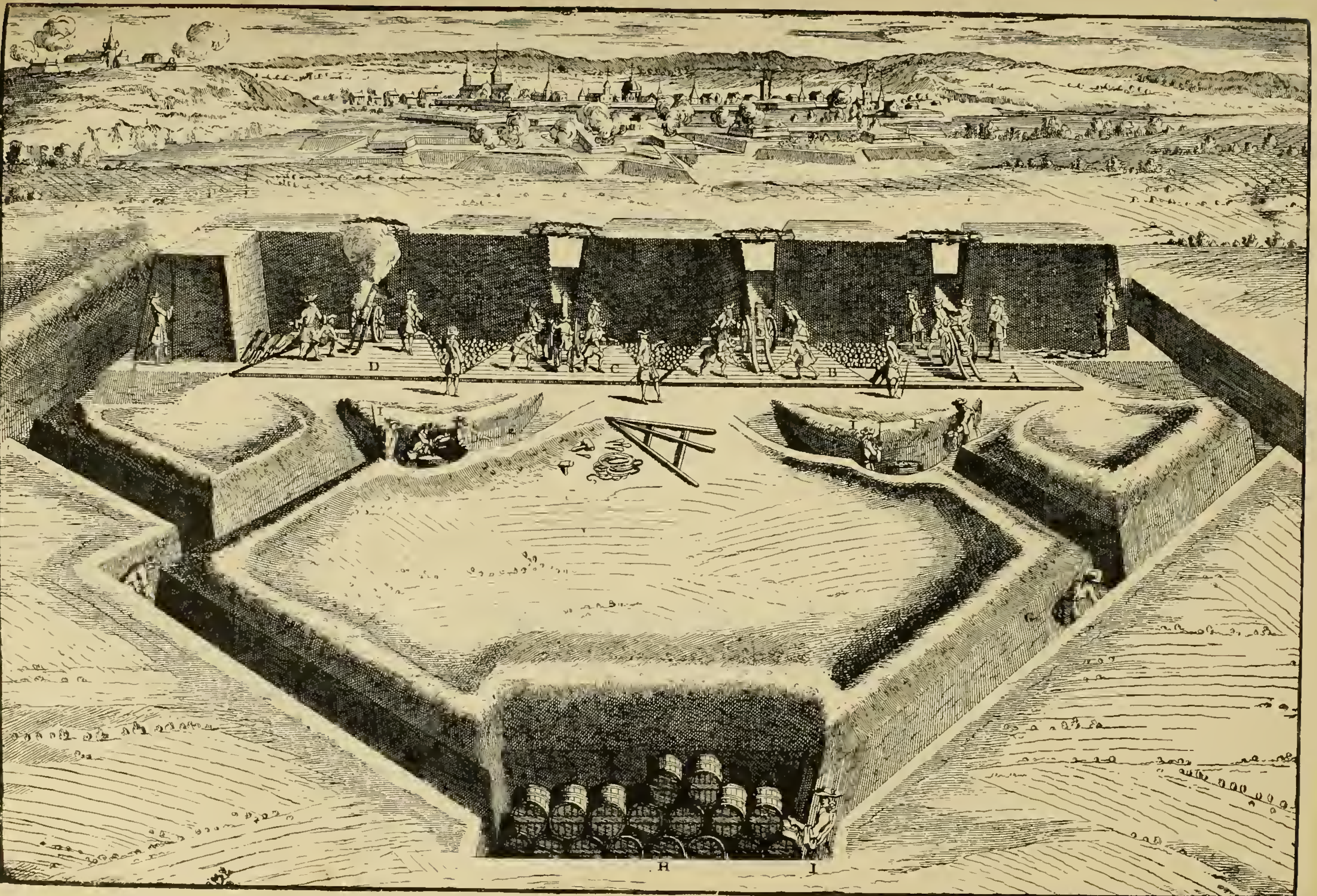
(3) «Las falsas noticias que se propalaban y hacian circular de que todo estaba perdido, de que el Rey sólo trataba de retirarse á Francia con cautela, y otras semejantes, desalentaron de tal modo á sus partidarios, que los mismos de su ejército le abandonaban, desbandábanse las tropas, y hasta el regimiento de caballería de las Órdenes militares se desertaba para volverse á la corte. Súpolo Felipe en el convento de Sopetrán, donde se detuvo unos días: reunió á los ministros, grandes y generales, á todos los de su comitiva, les hizo ver la falsedad de las noticias que los tenían alarmados: les aseguró que nunca jamás saldría de España *«si no me quedara, añadió, más tierra que la necesaria para poner los pies, allí moriría con la espada en la mano defendiéndola;»* y tales cosas les dijo y con tanta energía les habló y tal ánimo supo inspirarles, que todos, grandes, ministros, generales y oficiales, á una voz y con lágrimas en los ojos le ofrecieron morir en su servicio y no abandonarle nunca. Con esto montó á caballo, revistó las tropas y las arengó con tal fuego que los soldados prorumpieron en vivas, jurando todos perder la vida en su defensa, y nadie desertó ya jamás.» Lafuente, *Historia general de España*, tomo XVIII, pág. 151

por Peterborough; el de Portugal, que con Galloway y el marqués de las Minas se hallaba en Madrid, y el de Cataluña, que regía el Archiduque; y abiertas las comunicaciones entre ellos, muy en breve encontraríase Carlos entronizado en el corazón de España. Mas por fortuna el Archiduque era tan mediano político como inepto militar, como lo prueba su poca actividad en acudir á la córte. A fines de Mayo la ocuparon sus tropas, el 23 de Junio entra él en Tarragona y hasta el 24 de Junio no se dirige á Castilla; el intervalo es más que suficiente para que Felipe se recobre; y sucede lo que es de presumir: el espíritu nacional, aparentemente abatido, despierta ardiente é indomable; Castilla y León, Andalucía y Extremadura se sublevan; cada ciudadano empuña un mosquete, aparece el tipo del guerrillero y el enemigo sólo es dueño de la tierra que pisa. Y no es esto lo peor, sino que Galloway y el de las Minas experimentan en Madrid grandes bajas, porque á causa del desenfreno de sus soldados, los hospitales están llenos de enfermos, y Peterborough, que solicitó del Archiduque permiso para incorporarse al ejército de Castilla, contrariado en sus planes, vése obligado á permanecer en Valencia; de lo que resulta que si bien la unión de aquellos generales con el austriaco es un hecho, las fuerzas de los aliados reunidas son inferiores á las borbónicas. En efecto, el marqués de las Minas, que de Madrid pasó á Alcalá de Henares, fué á darse la mano con el Archiduque, por Guadalajara y Jadraque, y el mismo día que ocupó este último punto, tuvo noticia de que Felipe acababa de recibir un refuerzo de tropas que le mandó Luis XIV; y el Archiduque, una vez se hubo incorporado con el ejército de Cataluña al de Castilla, encontróse, no sólo con un enemigo superior en número, sino con buena parte de las comarcas que dejó á sus espaldas rebeladas contra él. Antes, empero, de que esto sucediera, es decir, cuando Galloway y las Minas se disponían á juntarse al ejército de Cataluña desde Jadraque, la caballería del ejército borbónico presentóse á su vista y les hostigó, mientras por la ribera del Henares se dirigían á Guadalajara. De este movimiento aprovechóse Felipe para dar un golpe de mano en Madrid, adonde despachó un cuerpo de caballería, entablándose con este motivo un combate entre el pueblo y las fuerzas del Borbón por una parte y los soldados del austriaco por otra; pero logrando aquéllos vencer á éstos y *desaclamar* solemnemente al Archiduque (4 Agosto).

Gran sorpresa causó á Carlos cuando llegó á Guadalajara la noticia de la ocupación de Madrid y los posiciones que el ejército borbónico ocupaba; y poco ganosa de entablar batalla, movióse la noche del 11 de Agosto hacia Toledo y acampó entre el Tajo y el Jarama, movimiento que indujo á Felipe á poner sus reales en Ciempozuelo, por Alcalá y San Martín de la Vega. Desde allí, prolongando su derecha hasta Aranjuez, se dió la mano con 6,000 hombres, que al mando del general Santa Cruz, llegaron de la Mancha. Otros 10,000, juntados en Toledo, iban á engrosar, pocos días después, su ejército; y como el territorio que pisaba el enemigo era resueltamente borbónico, la posición del Archiduque fué cada día más comprometida. Es más: á porfía enviaban á Felipe grandes socorros las restantes provincias, por manera que aunque el pretendiente recibiese algún socorro, corría peligro de verse aislado y sin retirada posible. En tal conflicto, propuso el marqués de las Minas á los aliados la retirada para Portugal; mas fueron de opinión los caudillos inglés y holandés con el Archiduque, que se retrocediera á Valencia, lo que efectuaron el 6 de Setiembre, repasando el Tajo y siendo hostigados hasta más allá del Júcar. Sin embargo, es positivo que á no trasladarse Felipe V, sin motivo poderoso, á la córte, y á proceder Berwick con más diligencia hubiérase cortado y hecho prisioneros á 10,000 ingleses que quedaron en Villanueva de Jara. La retirada de los aliados fué desordenadísima, dejaron en pos de sí heridos, enfermos, artillería, equipajes y municiones, y hubo momentos en que la confusión llegó á tal punto que el Archiduque tuvo que correr á toda brida más de diez y ocho horas. Berwick por Albacete, Chinchilla, Almansa, Caudete, Villena, Elda y Novelda atacó y rindió á Elche; una parte del ejército pasó á recobrar á Cartagena, y en esto pararon las operaciones; pues como avanzaba el invierno, nuestras tropas tomaron cuarteles en aquellas fronteras, ocupando desde Orihuela hasta las puertas de Alicante, y desde Jijona y Elche y Hoya de Castalla

hasta Elda, Novelda y Salinas, corriendo la línea á Villena, Fuente de la Higuera y Almansa.» Las pérdidas de los aliados habían sido extraordinarias, así en material y caudales, como en hombres, pues en su retirada quedaron unos 12,000 prisioneros; fueron lanzados de Cuenca, en la que entraron al avanzar á Madrid, y de Salamanca, que ganaron también poco antes; y aunque intentaron los portugueses recuperar en Setiembre esta plaza, hubieron de renunciar á su propósito. El país había dado muestras de una energía de que no se le pudo creer capaz; y cuando todo parecía perdido para el Borbón, gracias á los esfuerzos de las ciudades y provincias, logró asegurar su vacilante trono. Esfuerzos no menos dignos hicieron las provincias rebeladas; y al contemplar tantos sacrificios, tantos hechos heróicos, tanta sangre inútilmente vertida, duélenos, en verdad, que ellos se hicieran, para no mejorar la suerte de la patria. Verdadero dolor causa tanto heroísmo estéril y tanta ruina en el patrio suelo; pero da pena y vergüenza contemplar cómo se pierden los florones de la espléndida diadema española, cómo el hermoso manto de reina que cubrió á nuestra patria es hecho girones, cómo nos son arrebatados los extensos y ricos dominios de Italia y aquella opulenta Flandes, cuya posesión tan cara nos costó por espacio próximamente de dos siglos.

Para apreciar en conjunto los sucesos que precipitaron la pérdida de los Países Bajos, fuerza nos es retroceder á la primavera de 1706; que tan funesta fué para el ejército franco-español en aquel territorio. Luis XIV no concibió bien el plan de esta campaña, que consistía en ordenar á Villars la recuperación de las líneas del Moder y el Lauter, y á ponerse luego á la defensiva en Alsacia, mientras Villeroy y el Elector de Baviera tomaban la ofensiva en Flandes. La parte de este plan que afectaba á Villars fué oportunamente realizada, y los confederados fueron lanzados allende el Rhin; mas no así la que correspondía á Villeroy, quien, como ya sabemos, carecía de talento militar. En vez de aguardar que se le incorporase un cuerpo del ejército de Villars, mandado por Marsin, y sin tener idea de las fuerzas del enemigo, tomó la ofensiva precisamente cuando éste, noticioso de la llegada de Marsin, resolvía impedir la incorporación de los dos cuerpos franceses. Trabóse el combate en el estrecho espacio que media entre el valle del Mehaigue, afluente del Mosa, y los valles que surcan los dos Geetes, y los franco-españoles, cuya cifra ascendía á 74 batallones y 120 escuadrones, contra 80 batallones y 123 escuadrones aliados, fueron envueltos por su derecha y hubieron de pronunciarse en retirada, dejando en el campo 2,000 muertos; pero el descalabro no hubiera tenido más consecuencias, á no producirse un súbito pánico en la caballería que protegía la operación, pues, á causa de esto y de haberse roto los carros del bagaje, las columnas tuvieron que detenerse y el enemigo dispersó el ejército, hizo miles de prisioneros y se apoderó de todos los cañones (23 de Mayo 1706). Esta batalla, conocida con el nombre de Ramilliers, produjo desastrosos resultados; porque Villeroy, sin fuerzas para defender el paso de Dyle, retrogadó hasta el otro lado del canal que corre de Amberes á Bruselas, y Marlborough, que entró el 25 en Lovaina, fué adelantando contra la capital de Flandes. A medida que el enemigo avanzaba, íbanse retirando Villeroy y el duque de Baviera; Bruselas, Malinas y Lieja fueron evacuadas; el 26 de Mayo repasaron los franco-españoles el Dyle; el 27 el Escalda, por Gante, hasta ponerse entre el Escalda y el Lys, no sin romper las esclusas del primero. La desmoralización cundía entre las tropas, el país contemplaba con indiferencia estos sucesos. Sabedores los franceses de que Marlborough había cruzado el 30 el Dender, por Alost y marchaba hacia el Escalda, evacuaron á Gante, Brujas y Dam, replegándose hácia el Lys, sobre Courtray. Ya no se pensó en entablar acción alguna; y por orden del ministro francés Chamillart, distribuyóse la mayor parte del ejército en las plazas y se dividió en cuerpos poco numerosos la caballería. Marsin, que desde el Mosela había avanzado con su cuerpo de ejército á las márgenes del Sambre, organizaba la defensa de las plazas de Charleroy, Mons y Ath. Todo era pánico y confusión; y gracias á tal desconcierto, Marlborough no tardó en ser dueño de las plazas abandonadas. Abriéronle sus puertas Oudenarde y Amberes, y en quince días perdióse todo el Brabante y las dos terceras partes de la Flandes española.

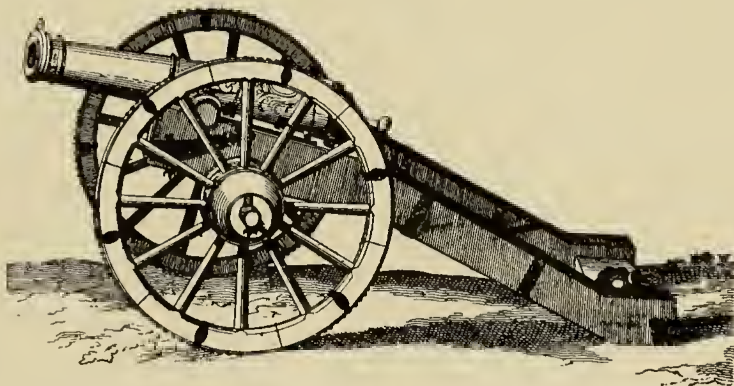


M. Soler, Editor.

Disposición de una Batería de Sitio — Primera mitad del Siglo XVIII

A. Artilleros cargando la pieza. — **B**. Artilleros colocándola en batería. — **C**. Apuntándola. — **D**. Haciendo fuego. — **E**. Midiendo la pólvora en un repuesto pequeño. — **F**. Yendo á proveerse de ella. **G**. Conduciendo los barriles desde el gran repuesto **H**, á los pequeños **E** y **F**. — **H**. Gran repuesto. — **I**. Centinelas.

Si buena parte de esos desastres se debían á la ineptitud militar de los caudillos que dirigieron esta campaña, es innegable que la mayor responsabilidad incumbe al ministro de la guerra francés Chamillart y á Luis XIV; pero lo peor de todo era que, más que como torpeza, debían considerarse como producto de la mala fe; pues en la mente de la Maintenon, del duque de Borgoña y del ministro, se abrigaba el designio de abandonar á un tiempo la Italia y Flandes; para favorecer cuyo funesto plan se llamó de Italia á Vendome, colocando en su lugar al poco experto Marsin. Los resultados de este cambio debían tocarse muy en breve en este teatro; porque precisamente se llamó á Vendome en un momento por demás crítico. «Cuando los mariscales Berwick y Vendome, dice un historiador, tomada Niza y cortados los caminos del Mincio, tenían ya reducido el príncipe Eugenio de Saboya á solas dos plazas, y aun de ellas amenazada de sitio la de Turín, el duque y la duquesa de Borgoña, y madama de Maintenon, los envidiosos de la fortuna de Felipe V de España, sacaron de allí aquellos dos grandes generales, haciendo que el de Vendome fuera llamado á Versalles y el de Berwick destinado á la Extremadura española. Al fin volvió el de Vendome, porque hizo comprender á Luis XIV lo que importaba acabar la guerra de Italia; derrotó un cuerpo de alemanes, echándoles del otro lado del Adige, y unido á La Feuillade, circunvalaron ambos la importante ciudad de Turín, obligando al duque de Saboya á retirar á Génova su familia para no exponerla á los peligros de un sitio. En tal estado, ó por mejor decir, cuando ya tenían apretado el cerco, tomadas las obras exteriores de la plaza, abierta trinchera, intimidada la guarnición y á punto de coronar sus esfuerzos con la ocupación de la capital de Lombardía, no obstante que llegaba el príncipe Eugenio con un nuevo refuerzo de tropas alemanas, entonces (Julio de 1706), con motivo de la derrota sufrida por Villeroy en Ramillers de Flandes, fué destinado el de Vendome á los Países Bajos, y reemplazado por Marsin, dejando el ejército sitiador al mando del duque de Orleans.—Dióse con esto lugar á que el príncipe Eugenio con sus alemanes, forzando sus marchas, se uniera al duque de Saboya, los cuales, desde luego, resolvieron atacar al ejército sitiador en sus mismas líneas. Dos veces fueron rechazados, pero á la tercera lograron forzarlas, desordenado de tal modo á los franceses, que, herido de muerte el mariscal de Marsin (de cuyas resultas murió de allí á poco), con dos heridas también el de Orleans, muertos cerca de cuatro mil hombres y hechos otros tantos prisioneros, el resto abandonó la artillería, tiendas, municiones y bagajes (Setiembre, 1706) y huyendo en el mayor desorden, en lugar de reti-



Cañón de á 12 (á la española) con cureña de campaña.—(De las *Memorias* de Saint Remy)

rarse por el Milanesado, donde había otro cuerpo de ejército, repasó los Alpes, dejando libres, no sólo á Turín, sino todo el Piamonte, cuyas plazas se rindieron sin resistencia alguna al de Saboya. Desembarazados de la guerra del Piamonte, pasaron el de Saboya y el príncipe Eugenio el Milanesado: entregóseles Novara; Milán les abrió las puertas; fué ocupada Lodi; las tropas francesas y españolas se recogieron á las plazas fuertes, y se proclamó á Carlos de Austria en el Milanesado. Si el duque de Borgoña y sus malos consejeros, á quienes muchos suponían autores de estas pérdidas, se proponían debilitar el poder de España, celosos ó envidiosos del engrandecimiento de Felipe, debieron conocer cuánto se estaban dañando á sí mismos, porque todo esto cedía visiblemente en mengua de la Francia, y sus fronteras quedaban expuestas á las invasiones de los aliados.—No se ocultaban estas y otras gravísimas consecuencias al claro entendimiento de Luis XIV; y aunque perdido ya su antiguo vigor, no tanto por la mucha edad, como por la poca salud, hubiera querido, y esta era su resolución, mantener la guerra de Italia. Pero, dominado por la Maintenon, por Chamillart y por los duques de Borgoña sus nietos, los cuales le persuadían de que, abandonada la Italia, mejoraría la guerra de España, en la Alsacia y en Flandes, y que Génova, Venecia y el Papa, tan pronto como vieran la Italia desamparada por los franceses, se unirían por su propio interés para sacudir el yugo de los alemanes, dejóse vencer de sus instigaciones. Y arreglado secretamente un tratado de neutralidad y con el duque de Saboya, se dieron las órdenes á los generales franceses y españoles para que evacuaran las plazas fuertes que se conservaban en Milán y en el Mantuano, como así se verificó (Marzo y Abril, 1707), concediendo el Emperador y el Saboyano, en virtud del convenio, el paso á Francia á los 20,000 hombres encerrados en aquellas ciudades, plazas y castillos. Los italianos no quisieron salir y la mayor parte tomaron partido con los enemigos, indignados de semejante conducta. Así se sacrificaron aquellas tropas, y así se privó España de unos dominios que sobraban fuerzas para conservar.»

La pérdida no debía quedar en esto, y con rubor y vergüenza se leen las páginas históricas que siguen á ésta. Si con la traslación del mariscal Vendome á Flandes se hubiera conseguido al menos algunas ventajas en este teatro, pudiérase amenguar el dolor que causara el abandono de las provincias italianas sujetas á España, provincias cuya conservación nos importaba mucho más que las flamencas, ya por su posición, ya por no sostenerlas á pura fuerza. Pero no sucedió ni podía suceder así, porque Vendome se halló en muy desventajosas condiciones ante un enemigo superior á él por varios conceptos. Marlborough, después de ocupadas Oudenarde y Amberes, bombardeó y rindió en pocos días á Ostende (6 de Julio), y si no se hizo dueño de Dunkerque, debióse á las terminantes órdenes que recibió de los Estados de Holanda, recelosos de que los ingleses ganaran dicha plaza y puerto. Separóse, pues, el citado caudillo del mar y fué á atacar á Menin, mientras Vendome, que acababa de incorporarse al ejército en Valenciennes reorganizaba sus tropas junto al Bajo Deule, cubriendo á Lille y protegiendo á Ipres y Tournay. Esta posición era bastante ventajosa, y á ella se añadía la circunstancia de haber sido por aquellos días reforzado el ejército francés; pero su caudillo se encontró cohibido por las órdenes que recibió de la corte. Marlborough sin moverse de las orillas del Lys, destacó un cuerpo contra la plaza de Dendermonde, que se rindió el 6 de Setiembre; desde allí fué en persona á sitiar la plaza de Ath, y consiguió ganarla el 2 de Octubre, por capitulación; gracias á la cual el enemigo señoreó la corriente del Dender, como lo hiciera con el bajo Escalda y bajo Lys. Una parte de la frontera francesa consintió en pagarle tributo, para evitar el saqueo y el incendio.

No pudo evitar Vendome estos progresos, puesto que el mismo Rey le impidió marchar en socorro de Ath; ni pudo Marlborough proseguir adelante, porque los Estados de Holanda, temerosos de sacrificar su ejército en tal campaña, opusiéronse á que el caudillo inglés emprendiera nuevos sitios; pero así el general francés como Marlborough preparándose para una campaña decisiva, acudieron respectivamente á París y á la Haya en demanda de refuerzos. Sin embargo, la posición de Francia, no sólo era difícil en lo que respecta á sus

guerras y su política exterior, sino crítica por lo flaca. Mientras el enemigo cobraba nuevos alientos, ocupaba aquella línea de fortalezas que Francia había formado contra Holanda y obligaba á las provincias francesas á rescatarse del saqueo; la nación vecina, agotada por las guerras, iba perdiendo sus alientos, y Luis XIV no desperdició la primera ocasión para negociar. Depaárronsela las ventajas que Felipe V consiguió en 1706 en España y la nueva guerra con que se veía amenazada Alemania por parte de Carlos XII; pero los aliados no se contentaban con menos que exigirle la cesión entera de la herencia de Carlos II al Archiduque, y eso cuando el orgulloso monarca se humillaba hasta el extremo de obligarse á sacrificar la Bélgica á los holandeses, los Estados italianos al de Austria; y, por último, hasta el mismo trono de Felipe, exceptuadas las Indias. Los aliados no transigieron y el francés evitóse la mayor de las bajezas, bajeza por la que tampoco debía pasar el rey de España.

Compréndese la actitud de los aliados, teniendo, como tenían, la superioridad en Flandes; en el litoral de España dos provincias é importantes plázas marítimas; en el Estrecho á Gibraltar; Portugal á su favor y todos los dominios de España en Italia, excepción de la Sicilia, ganados ya. Porque, faltando á la neutralidad acordada en Marzo de 1707, respecto á esta península, un cuerpo confederado marchó contra Nápoles y ocupó fácilmente la capital, obligando al Virey, marqués de Villena, á refugiarse en Gaeta. Tal resultado era el que podía esperarse de la política funesta seguida por el caduco rey de Francia, de las intrigas de los innobles principillos de su familia, del poco patriotismo é ineptitud de su ministro de la guerra, y del ascendiente funesto de la Maintenon. Por singular contraste de la fortuna, lo que fué un día origen de la guerra, ahora se convierte en obstáculo de la paz; esa liquidación de nuestra grandeza, en que el mejor postor es el más fuerte; esa corona que después de haber asombrado el mundo con su brillo, se ve disputada y rota por las potencias europeas; juguete de los poderosos, que un día la temieron; ludibrio de los que un día se humillaron ante ella. ¡Qué bruscos cambios produce el destino! ¡Cuán cercanas están la pujanza y la postración de las naciones!



Los primeros hechos de armas de la guerra europea en 1707, tuvieron lugar en España. Dispuestos los aliados á dar actividad á las operaciones, después de haber empleado el invierno en correr y talar el territorio fronterizo de Aragón, Valencia y Castilla, reforzados por algunas tropas que su escuadra desembarcó en Alicante, pusiéronse en movimiento en el mes de Febrero. El archiduque Carlos trasladóse, en Marzo, de Valencia á Barcelona; el general inglés Galloway y el portugués marqués de las Minas fueron encargados del mando del ejército en Valencia y el conde de Corzana colocado en el vireinato de esta región. Ascendían las fuerzas enemigas á 26,000 infantes y 7,000 caballos; las franco-españolas que mandaba Berwich eran algo inferiores en infantería, pero superiores en caballería y artillería; pero esperábase de un momento á otro los refuerzos que de Francia debía conducir el duque de Orleans, y que ya habían entrado por Navarra. Después de algunas semanas empleadas en maniobrar por las fronteras, los aliados, noticiosos del próximo arribo del duque de Orleans, trataron de atacar al ejército franco-español que, con Berwich se hallaba cubriendo la ciudad de Almansa; pero éste, que aguardaba de un momento á otro el arribo del Duque, no parecía dispuesto á entrar en combate, ya por la inferioridad numérica de sus tropas, ya por componerse éstas, en su mayoría, de soldados bisoños. Suscitó la conducta del caudillo grandes murmuraciones en el campo, y dió lugar á que la córte expidiera orden al duque de Orleans de trasladarse, sin perder momento, al ejército, cuyo mando debía tomar, lo que efectuó el día 21 de Abril. Pero los acontecimientos se precipitaron. El 24, sabedores los enemigos de esta novedad, levantaron apresuradamente el asedio del castillo de Villena y marcharon sobre Almansa, movimiento que supo Berwich á las once de la noche del mismo día; y á igual hora de la mañana siguiente vióse al ejército enemigo desplegado en orden de batalla. Era su formación, lo propio que en el ejército franco-hispano,

en dos líneas, sólo que mientras en aquél se veía interpolada en ambas la caballería, con la infantería; en éste se hallaba la caballería en las alas y la infantería en el centro. Nuestro ejército, fuerte de 34,000 hombres, formó en batalla, mandando la derecha de la *primera línea* el duque de Populi, la izquierda el marqués de Davaray y D. Francisco Medinilla, el centro los generales San Gil y Labadie; y la derecha de la *segunda línea* el caballero Dasfeldt, el centro los generales Hessy y Pons y la izquierda el duque de Havre y el brigadier Mahoni. El duque de Berwick no tomó puesto determinado. Por lo que respecta al ejército aliado, compuesto de 44 batallones y 57 escuadrones, distribuyóse en línea, rigiendo la derecha de la *primera* el general Villaverde, Galloway el centro, y las Minas la izquierda; y la *segunda*, respectivamente Atayde, el conde de la Atalaya y Frison, y Vasconcellos. Como se ve, los nombres españoles y portugueses aparecen mezclados con los extranjeros. Dirigían estas tropas, Galloway y las Minas. El campo de batalla se encontraba á tres leguas de Almansa, entre Oriente y Poniente; nuestro ejército esperó al enemigo (que avanzaba por el Mediodía), en la parte del Norte, teniendo á espaldas, hacia la derecha, el cerro de San Salvador, en el centro Almansa, y en la izquierda la ermita de San Cristóbal. Tal era la disposición de ambos ejércitos antes de la batalla.

Dada por los aliados la señal de combate, comenzó éste, embistiendo las tropas de su centro el franco-hispano, rompiendo la primera línea y empujando vigorosamente la segunda. Casi simultáneamente acometió la derecha de Berwick á la izquierda enemiga y rompió su primera línea, pero hubo de detenerse ante la enérgica resistencia de la segunda, resistencia que desordenó un tanto á los atacantes. En aquellos críticos momentos hubiera esta ala sido completamente rota, á no haber acudido con tanta oportunidad como valor Dasfeldt al frente de la caballería de la segunda línea. El intrépido caudillo francés acometió con tal furia que rehizo los descompuestos escuadrones de la derecha y destrozó totalmente á la izquierda contraria, obligando á sus restos á formar á retaguardia del centro (1). Éste, más fuerte y aventajado, rompió con vigoroso esfuerzo el nuestro, dividiendo así el ejército de Berwick y causando en él gran mortandad; pero la serenidad de los capitanes franceses y españoles logró, á pesar de todo, la victoria. Abrieron éstos sus tropas formando calle, presentaron al enemigo dos frentes y rompieron sobre él un nutrido fuego. Una hábil maniobra de la derecha, que vencedora ya revolvía contra el enemigo por la espalda completó el triunfo. Los austriacos, que ya se miraban vencedores, puestos en camino de Almansa, viéronse de improviso acosados y envueltos, desamparados de su caballería, diezmados y á merced del vencedor, que entrada ya la noche continuaba la matanza. Su ala derecha, compuesta de trece batallones, que á favor de la oscuridad habían logrado ganar las alturas de Caudete, fué obligada el siguiente día á rendirse, y 12,000 prisioneros, entre ellos 5 tenientes generales, 7 brigadieres, 825 jefes y oficiales, con toda la artillería y bagaje, dieron testimonio de la magnitud de esta victoria. Condujéronse á la basílica de Atocha las banderas ganadas en los memorables campos de Almansa, en los que dejaron los franco-hispanos 2,000 hombres, 5,000 los aliados (2). El valor que demostraron los reclutas españoles fué tal que mereció los mayores elogios del mismo Berwick.

(1) Elogian los historiadores la conducta del caballero Dasfeldt en la batalla de Almansa y en efecto, á él se debió en gran parte la victoria, no sólo por la bravura en acometer, sino por la oportunidad y serenidad con que procedió.

«En la batalla de Almansa, dice el marqués de Santa Cruz de Marcenado, comenzaron los enemigos á poner en desorden una de las alas de nuestra primera línea; querían entonces las tropas de segunda línea, correspondientes al mismo costado, avanzarse fuera de tiempo; pero el caballero D'Asfeld que las mandaba, les dijo que el movimiento de las de primera línea procedía de orden, y así contuvo las suyas hasta mejor ocasión de cargar: conducta que, según oficiales inteligentes, contribuyó mucho á la victoria que aquel día logró el ejército de las dos Coronas, mandado por el señor duque de Berwick.» *Reflexiones militares*, Lib XI, § 12.

(2) En el lugar donde esta famosa batalla se efectuó, erigióse más adelante un sencillo monumento que aun debe subsistir, consistente en una pirámide de cuarenta y ocho palmos de altura, con un león por remate. Cubren sus caras varias inscripciones, siendo ésta la más interesante:

Dei Omnipotentis misericordia

«Para eterno reconocimiento al gran Dios de los ejércitos y á su Santísima Madre; de la insigne victoria que con su protección consiguieron en este sitio en 25 de Abril de 1707 las armas del rey N. S. D. Felipe V, el Animoso, auxiliado del señor rey cristianísimo Luis XIV, el Grande, siendo general de todas el mariscal duque de Verbick, contra el ejército de rebeldes y sus aliados de cuatro grandes potencias, quedando enteramente derrotados; muertos en la campaña, heridos y prisioneros diez y seis mil; apresada toda su artillería, tren y bagaje, con un botín riquísimo.

Lilia fulxerunt fremitunque dedere Leones:
Hic Batabus Luctus Risus utriusque fuit.»

A la mañana siguiente de haberse dado la batalla llegó al campo franco-hispano el duque de Orleans, y sin perder momento dió órdenes para que las tropas que venían de Francia, en unión de las que se hallaban en la frontera Navarra, marchasen contra Zaragoza, y dispuso que Dasfeldt, con un cuerpo de ejército, cruzase el Júcar y fuera á dominar el territorio situado allende este río. Él y Berwick marcharon contra Requena, que rindieron sin combatir el 2 de Mayo, lo propio que Albuñol, y desde allí despacharon á Valencia un trompeta intimando la rendición. Huyó el virey Corzano á Tortosa y la ciudad les abrió sus puertas el 8 de Mayo. Entre tanto sometió el brigadier Mahoni á Alcira (1), y Dasfeldt entró en Játiva, bien que á costa de mucha sangre, pues fué preciso ir ganando casa por casa (2). Prosiguió luego la campaña por Aragón y el duque de Orleans sometió á Calatayud y entró el 26 de Mayo sin disparar un tiro en Zaragoza, mientras Berwick llegaba hasta los arrabales de Tortosa, rompía el puente de barcas y después de reducir á muchos lugares iba por Caspe á unirse con el de Orleans. Juntáronse ambos generales en Bujaraloz, ocuparon á Fraga y el castillo de Mequinenza, y llegados á las cercanías de Lérida, dieron á las tropas



Sargento, fusilero y granaderos (1707)

cuarteles de refresco, pues para sitiar dicha plaza era necesario reunir material y reforzar el ejército. Por otra parte, cercada la ciudad y puerto de Tolón por los aliados, hízose indispensable el mandar allí algún socorro, y debiéndole conducir Berwick, quedó el duque de Orleans con pocas tropas, por lo que se vió obligado á establecer el cuartel general en Bala-

(1) A propósito de la entrega de Alcira, hace mención en sus *Reflexiones militares* el marqués de Santa Cruz de Marcenado del siguiente ardid:

«Ochocientos franceses que el año de 1707 defendían á Alcira, capitularon con las tropas del Rey la entrega de la plaza, á condición de ser escoltados hasta Lérida, sin expresar *que debían hacer el viaje por el camino más corto* (cláusula que nunca es omitida por quien sabe capitular). Nuestros generales, conociendo el yerro de los enemigos, los hicieron efectivamente escoltar hasta Lérida; pero fué llevándolos por tales rodeos (aunque tratándolos muy bien en los tránsitos), que en más de tres meses no fenecieron el camino que por la vía recta podrían acabar en quince días, de lo cual nos ha resultado considerable utilidad; porque los 800 ingleses no tuvieron tiempo de entrar en Lérida antes que nuestro ejército atacase aquella plaza, que se hallaba menesterosa de infantería.»

(2) Puso sitio á esta ciudad el caballero Dasfeldt, que tanto se había distinguido en la batalla de Almansa, é hicieron sus moradores una resistencia tan obstinada, que merece figurar entre las más heróicas que en España han tenido lugar. Jóvenes y ancianos, mujeres y niños, contribuyeron á la defensa; fuéronse ganando una casa tras la otra, calle por calle y á costa de raudales de sangre, y los conquistadores entráronla á saco y degollaron sin piedad á cuantos encontraron á su paso. De orden del rey D. Felipe, y á propuesta de Dasfeldt, esta ciudad fué reducida á pavesas, y las mujeres y niños que aun quedaban en ella conducidos á Castilla. Se acordó que el nombre de la ciudad fuese borrado, y algunos meses después, sobre las ruinas de Játiva, se levantó una nueva ciudad á la que se dió el nombre de *San Felipe*. El documento en que este último se ordenó lleva la fecha de 27 de Noviembre de 1707 y fué expedido en Madrid.

guer, en espera de artillería gruesa y de soldados. No opinaban las córtes de Versalles y Madrid por que se sitiara á Lérida, sea por razones político-militares, sea por lo avanzado de la estación (25 de Setiembre); pero el Duque hizo caso omiso de esta circunstancia, formalizó el sitio en dicho día, rompió el fuego contra la plaza y el 2 de Octubre consiguió ver abierta la brecha. Los sitiados, no viéndose con fuerzas para resistir, retiráronse el 13 al castillo; y la feliz circunstancia de haber regresado de Tolón el mariscal Berwick, conseguido el propósito que determinó su marcha, permitió estrechar el ataque y obligar al enemigo á rendirse. Las penalidades que el ejército sufrió junto á Lérida fueron muchas, ya por efecto de continuadas lluvias, ya por el vigor de la defensa, que hizo indispensables los penosos trabajos de aproche, hasta el punto de que la guarnición del castillo no efectuó llamada á capitulación sino el mismo día en que debía darse el asalto, día en que precisamente se recibió de Versalles la orden terminante de levantar el sitio. Rendida Lérida, sometióse gran parte del llano de Urgel, Cervera, Tárrega, Morella y otras poblaciones de menos importancia; por manera que adelantó grandemente la pacificación de Cataluña, y en Valencia, donde quedaron reducidos los rebeldes á las plazas de Alicante, Denia y Alcoy, muy en breve se vieron despojados de ellas. Con estos favorables auspicios para una próxima campaña terminó el año 1707, célebre por la abolición de los fueros de Aragón y Valencia, que Felipe V decretó el 29 de Junio. Merece ser muy tenida en cuenta esta medida, que si parece justa tratándose de pueblos conquistados, no puede aplaudirse como política, pues dió lugar á la tenaz resistencia que hizo Barcelona y causó la muerte y la ruina de centenares de familias.

Las favorables noticias que de España llegaban á Versalles, y, sobre todo, la victoria conseguida en los campos de Almansa, produjo una favorable reacción en la córte francesa. Luis XIV concibió el plan de enviar á Vendome hacia el Mosa, con objeto de distraer las fuerzas enemigas de la frontera flamenco-francesa; quiso mantener la defensiva del costado de los Alpes y con el núcleo de las fuerzas diseminadas en dicha frontera atacar á Hui y á Lieja. Cuanto á los aliados, abrigaban el propósito, después de haber completado la conquista de la región española, de invadir la Flandes francesa. Simultáneamente debía atacar la Alsacia, el margrave de Bareuth, y poner sitio á Tolón, con el auxilio de la escuadra, el duque de Saboya, mientras un cuerpo de ejército destacado de la Lombardía iba á señorear el reino de Nápoles (operaciones estas dos últimas de que antes hemos hecho mención). La falta de forrajes dificultó la oportuna reunión del ejército francés de los Países Bajos, y cuando con harta pena Luis XIV pudo juntar 124 batallones y 183 escuadrones, cohibido por el recuerdo de la funesta jornada de Ramilliers, no se atrevió á comprometerlos en una empresa, seria y ordenó á Vendome la defensiva. Contra el deseo de este general y del ejército, vióse, pues, reducido á observar los movimientos de Marlboroug y estorbar sus planes, consiguiendo, sin embargo, hacerlo retroceder hasta Lovaina y ganar nuevamente las márgenes del Geete. Debilitado el ejército de los aliados por la disgregación de una parte de sus tropas, destinada á Provenza, no pudo tampoco emprender una operación formal, y después de algunas maniobras encaminadas á empujar el francés hacia el Escalda, terminó aquella ineficaz campaña en el mes de Setiembre. La de Alemania, más activa, porque Villars tenía libertad de acción, dió por resultado el destrozo de las famosas líneas de Stollhofen, el libre paso por la Suabia y Franconia y el cruce del Necker. Villars puso á contribución los territorios que invadió y se mantuvo en ellos hasta la estación de otoño. Cuanto á los sucesos de Italia, ya hemos indicado oportunamente, que los aliados, violando los pactos hechos cuando la evacuación de Saboya, invadieron y conquistaron fácilmente á Nápoles, cuyo Virey, marqués de Villena, hizo grandes esfuerzos para sostener nuestra dominación, pero abandonado de todos, así de los magistrados y empleados de España, como del pueblo, y viendo que no llegarían con oportunidad los refuerzos de España, refugióse, con algunas tropas y no sin trabajo, en la plaza de Gaeta, poco después bloqueada y más adelante ganada por el enemigo. Estos sucesos y el fracaso de los aliados frente á la plaza de Tolón completan la serie de los que en este año tuvieron lu-

gar. Vemos que Francia es derrotada en Italia, y que queda á la defensiva en los Países Bajos, mientras que aparece victoriosa en Alemania; que España pierde á Milán y á Nápoles, pérdidas que puede estimar compensadas su Rey con la victoria do Almansa y el recobro de Valencia y Zaragoza. Los auspicios no eran del todo desfavorables á los dos Borbones para la próxima campaña, sobre todo si producía el efecto que en Inglaterra se esperaba, la expedición que Luis XIV proyecta á Escocia; expedición que debía mandar el pretendiente Jacobo III.

Comienza en nuestra patria esta campaña (1708) con la toma de Alcoy (9 Enero), seguida del saqueo; prosigue con el sitio de Tortosa, puesto en Junio, siendo causa de dilación en estas operaciones, la lentitud con que debía efectuarse el avituallamiento y el traslado de la artillería. Construído un puente sobre el río para facilitar las comunicaciones y secundado el duque de Orleans por el duque de Noailles, que con el ejército del Rosellón distraía á los aliados por el Norte de Cataluña, y por Dasfeldt que ocupaba los desfiladeros que conducen de Valencia á Cataluña y facilitaba el arribo de víveres y municiones, pudo comenzar el ataque á 20 de Junio y ganarse la ciudad el 11 de Julio, no sin grandes pérdidas por una y otra parte, pues la resistencia fué muy vigorosa. De los 17 batallones que componían la guarnición, sólo 2,000 capitularon, y buena parte de éstos alistáronse luego en las banderas del vencedor. No habían permanecido ociosos en este tiempo los aliados, pues el conde de Staremberg acudió á las márgenes del Ebro con objeto de socorrer la plaza; pero, careciendo de fuerzas para ello, desistió de su propósito. A esto y á la ocupación de la Conca de Tremp se redujeron las operaciones militares en Cataluña; operaciones que no carecieron de importancia, dada la que tiene la plaza militar de Tortosa; pero en Valencia no se mantuvo inactivo Dasfeldt, pues recobró á Denia después de dos meses de sitio (17 de Noviembre); y al año siguiente completó con la rendición de Alicante (17 de Abril 1709) la sumisión del reino de Valencia (1). Una observación de importancia conviene hacer aquí; y es que el de Berwick, cuyo nombre no se menciona en la campaña de 1708, fué mandado á Francia al comenzar ésta, destinándosele el ejército del Delfinado.

Si Francia se había apercibido para la guerra al comenzar el año 1708, Inglaterra no le había ido en zaga, porque envió á España nueva gente, votó su Parlamento más de un millón de libras esterlinas, hizo embarcar para Cataluña parte de las tropas que en Italia operaban y dió el mando del ejército del Noreste al general Stanhope y el de Extremadura á lord Galloway, en reemplazo del portugués marqués de las Minas. También el Emperador hizo un esfuerzo, mandando á España otro cuerpo de ejército á las órdenes del conde de Staremberg, con parte de cuyas fuerzas se aumentaron las guarniciones. Desgraciadamente para los aliados, estos refuerzos llegaron á España con sobrada lentitud, y sus generales y soldados, como poco conocedores del país, no eran los más á propósito para pelear en él. Barcelona, amenazada ya de cerca, no cesaba de instar para que se comunicara más actividad á las operaciones, y tanto se exaltaron los ánimos en ella cuando se supo la pérdida de Tortosa, que Staremberg vióse obligado á intentar su recobro, lo que tal vez hubiera conseguido, pues se hallaba en inteligencias con un confidente del gobernador y la atacó cuando más descuidado se encontraba éste. No consiguió ganarla, pero la plaza corrió serio peligro, porque ya estaban los soldados de Staremberg apoderados de una parte del recinto,

(1) Obra de pocos días fué la rendición de Alicante, cuya ciudad, ganada las fortificaciones, capituló el 2 de Diciembre de 1708; mas no fué tan fácil la de su castillo, que asienta en una mole de rocas, dominando á la reducida ciudad. Su posición hacia muy difíciles los ataques á viva fuerza, y por lo mismo determinóse abrir una mina en la roca, trabajo, como puede presumirse, largo y duro, porque «desde la abertura de la mina hasta la superficie del castillo había más de cuatrocientas varas de altura.» Así y todo, realizáronlo los soldados de Dasfeldt, y se cargó la mina con mil doscientos quintales de pólvora, cuya operación, terminada, previnose á los sitiados del peligro que corrían. Este aviso del sitiador despreciólo el general Richard, que mandaba el castillo, bien fiado en la fortaleza de la roca, ó de las contraminas que en ella tenía, y por demostrar que no abrigaba temor alguno sentóse á la mesa con algunos oficiales, precisamente sobre el lugar en que caía la mina. Dada fuego á ésta por el sitiador, voló en pedazos una parte de la roca y con ella Richard, sus comensales y ciento cincuenta soldados de la guarnición (28 de Febrero 1709); pero esta horrorosa explosión, que sepultó entre las peñas desprendidas unas cuatrocientas casas de la ciudad, no aterró al coronel Albón, que tomó el mando de la gente, y durante mes y medio prolongó la defensa del castillo, consiguiendo que en su socorro acudiera la escuadra inglesa y con ella el general Stanhope. Este general fué quien ordenó la capitulación que se ajustó el 17 de Abril y en virtud de la cual los defensores del castillo de Alicante consiguieron poder embarcarse en la citada escuadra, y trasladarse á Barcelona. San Felipe, *Comentarios*, Tomo I, años 1708 y 1709.

cuando sus defensores acudieron al peligro rechazándoles con gran mortandad (Diciembre, 1708). Estos repetidos descalabros tuvieron para el Archiduque una compensación, con el arribo de nuevas tropas y la noticia de que el almirante inglés Loke se había apoderado con suma facilidad de las islas de Cerdeña y de Mallorca. Con tales novedades cobraron los catalanes nuevos alientos y apercibiéronse para resistir, despreciando el bando de perdón que desde el Buen Retiro expidió Felipe V.

Si la guerra de España había sido en 1708 desfavorable á los aliados, éstos habían logrado en cambio grandes ventajas en Italia y en los Países Bajos. El duque de Saboya se hizo dueño en Agosto del valle del pequeño Doire, penetró en el de Cluson y ganó á Perusa y á Fenestrelles, cerrando así á los franceses el paso del Piamonte; los Estados Pontificios fueron invadidos: el Papa, seriamente amenazado y reducido á Roma, hubo de acordar el licenciamiento de sus tropas y reconocer por rey de España al Archiduque; el desembarco de Jacobo III en Escocia fracasó, y la campaña de Flandes, comenzada bajo los más favorables auspicios para los franceses, tuvo para ellos un funesto desenlace. Distrajo la atención de los aliados al comenzar esta campaña la noticia de la expedición francesa á Escocia, pero el mal resultado que ésta tuvo, permitióles conservar intactas sus fuerzas, y como Luis XIV diera el mando del ejército de Flandes al duque de Borgoña, hombre de escasa actitud y limitadas miras, si bien con asistencia del duque de Vendome, las ventajas de los aliados fueron superiores por dos conceptos. El plan consistía en repetir la concentración de 1704 en Hochstett, y al efecto, Eugenio de Saboya parte de las márgenes del Mosela con 24,000 soldados para incorporarse á Marlborough en Flandes (30 Junio, 1708). Siguen sus movimientos las fuerzas francesas del Rhin y del Mosela, y Berwick, que ha sido colocado á las órdenes del elector de Baviera, pónese en marcha el 7 de Julio para acudir al territorio flamenco. El objetivo de los generales franceses debió ser evitar la reunión del príncipe Eugenio y Marlborough; mas no hicieron tal. Por sorpresa, sin disparar un solo tiro, hiciéronse dueños el del Borgoña y Vendome de Gante y Brujas, triunfos que intentaron completarse con la toma de Oudenarde; mas, como para realizar esta conquista debía hacerse frente á Marlborough, ya visible desde el 6 de Julio al otro lado del Dender, reunióse consejo de guerra, perdióse un tiempo precioso en discutir, maniobróse luego con vacilación y se dió tiempo á que se uniera al ejército del príncipe Eugenio el del caudillo inglés. Reinaba tan gran desacuerdo entre los generales franceses, como buena armonía entre los contrarios. La salvación de aquéllos era abandonar el Dender y repasar el Escalda. No lo hicieron así por obstinación ó despecho de Vendome, y los aliados, adelantándose á este movimiento, envolvieron al ejército francés en las cercanías de Oudenarde, ocasionándole un serio descalabro y obligándole á retirarse desordenadamente á espaldas de Gante (11 de Julio 1708). Entonces el caudillo inglés hace remontar por las márgenes del Escalda y del Lys dos cuerpos, establece un campo atrincherado entre Oudenarde y Tournay, destruye las líneas que van de Ipres á Comines y lanza sobre el Artois un grueso cuerpo de ejército; mientras Eugenio se traslada á Bruselas, donde organiza y conduce luego dos convoyes de víveres y artillería gruesa al campo atrincherado de Marlborough, con el propósito de atacar á Lille. No se explica bien la inacción de los franceses desde el 11 de Julio hasta el día 25, en que pasó el primer convoy enemigo desde Bruselas á Helchin; sobre todo teniendo en cuenta que el duque de Berwick ya se había incorporado al ejército. Las *Memorias* de este general y otras de la época dan á entender que mediaba desacuerdo, falta de buena voluntad y sobra de mala fe, si ya no traición. ¿Quién puede desenmarañar el enredado ovillo de quejas y recriminaciones mutuas? Lo que sí es positivo, que Berwick no impidió el paso al segundo convoy y que Lille fué atacada con más de 30,000 hombres y 80 morteros por el príncipe Eugenio, mientras Marlborough con 60,000 soldados cubría el sitio junto al Escalda, por el costado de Helchin.

La empresa de los aliados era por extremo audaz, porque en Lille se hallaba el mariscal Boufflers con 10,000 soldados, y aquellos se encontraban entre dos ejércitos y las plazas de Ipres

y Tournay, el avituallamiento se hacía con dificultad y el ejército sitiador podía encontrarse fácilmente cortado ó bloqueado. En cambio, favorecíales la discordia que entre los generales franceses reinaba, pues mientras unos proponían que se efectuara una diversión del costado de Bruselas, otros se empeñaban en que se socorriera á Lille; y acordado esto, Vendome dispuso que los dos ejércitos franceses que operaban en aquellas fronteras se reunieran, lo que efectuaron el 30 de Agosto con suma lentitud. Perdióse luego tiempo en maniobras



Sitio de Lérida en 1707 — Copia de una estampa de la época

para abrirse paso hasta Lille. que cubría Marlborough, y húbose de renunciar á este propósito. Tratóse después de impedir el avituallamiento de los aliados, colocándose entre ellos y Bruselas, lo que no se logró porque desde Inglaterra. por Ostende, les fueron enviadas las provisiones de boca; y cuando se quiso interceptar las comunicaciones con esta plaza marítima, rompiendo los diques que rodean á Ostende, el enemigo venció esta dificultad por medio de barcos chatos. En este intervalo se rindió Lille, después de dos meses y medio de sitio (22 de Octubre). La ciudadela continuó defendiéndose hasta el 8 de Diciembre, en que se entregó, saliendo la guarnición con los honores de guerra. Como Lille era la llave de los territorios que bañan el Lys y el Escalda, con su pérdida quedó completamente á descubierto la frontera francesa y abiertas las puertas del Artois y la Picardía. Pero los aliados no se contentaron con este triunfo. Siendo las plazas de Gante y Brujas centinelas de Lille, rendida ésta y su ciudadela, atacaron á la primera ocupándola por capitulación, y pocos dias después hiciéronse dueños de Brujas, evacuada por su presidio; con lo cual perdióse por completo á fines de 1708

toda la Flandes española. Inútilmente había tratado en los últimos días de Noviembre el Elector de Baviera distraer al enemigo y ganar la plaza de Bruselas, junto á la que se trasladó desde Mons con 15,000 soldados; porque Marlborough y el príncipe Eugenio, sin desatender á Lille, acudieron á las márgenes del Escalda y le obligaron á desistir de su intento; y como Luis XIV, cada vez más desacertado en sus planes, ordenara á Vendome distribuir su ejército en cuarteles de invierno por el Artois, el enemigo pudo señorear á Gante y Brujas antes que los franceses tuvieran tiempo de reunirse nuevamente en su socorro. Atribúyense los desastrosos resultados de esta campaña á los interesados consejos que á Luis XIV dió el de Borgoña, consejos cuyo móvil era obligarle á la paz y despojar á Felipe V de la corona de España, «y no en otro sentido, dice un autor, le habló (al monarca francés) el ministro de la Guerra, marqués de Chamillart, que ahora, como en otro tiempo, se presentó en el teatro de la guerra, y le aconsejó lo mismo que en otras ocasiones había aconsejado á los generales de Italia.» No paró en esto la desventura de Luis XIV, pues á los descalabros militares, agregáronse los horrores de la miseria en Francia. El terrible invierno de 1708, en el que llegó á helarse el mar junto á la costa y los ríos más caudalosos, produjo estragos de todo género en el territorio francés. Faltaba pan y el tesoro estaba agotado; moríase de hambre el campesino y no tenía qué comer ni con qué adquirirlo el soldado; el pueblo estaba en la desesperación, los regimientos disminuían á causa de las deserciones, el enemigo mostrábase más envalentonado que nunca y la córte murmuraba de la guerra y más que todo del loco empeño de sostener á Felipe V en el trono español. No pudo, pues, Luis XIV resistir tantas calamidades reunidas, cedió por fin á ellas y se avino á pactar secretamente con los holandeses, sus más odiados enemigos. Pero ¡oh colmo de las humillaciones! éstos hablaban como vencedores, exigiendo como base del tratado la cesión de España é Indias; y Luis XIV, el omnipotente monarca, aveníase ya á sacrificar su nieto, á trueque de la paz. Afortunadamente la energía de Felipe V le evitó una gran vergüenza, porque nuestro soberano no estaba dispuesto á ceder su corona. Reunidos á poco los plenipotenciarios de las naciones aliadas en la Haya, trató Luis XIV de eludir la condición que se le imponía y ceder respecto á otros puntos, pero los aliados tampoco aceptaban sus ofertas, y Felipe V, más resuelto que nunca en sus propósitos, había manifestado á su abuelo que *tan sólo con la vida separaríase de España.* Las instrucciones que Felipe dió á su plenipotenciario en la Haya era que no cedería parte alguna de España, de las Indias, ni el ducado de Milán, y que tan solo consentiría en la cesión de Nápoles al Archiduque y la Jamáica á los ingleses, pero con la condición de que éstos devolverían á Mallorca y Menorca (1); la respuesta de los aliados á estas instrucciones y á la oferta de Luis XIV fueron: ó el reconocimiento del Archiduque como soberano de toda esta monarquía, ó la guerra. Puesto entre este dilema, obligado á conquistar la paz con tal ignominia, el monarca francés declaró que para él no había vacilación y se apercibió á reanudar la lucha (2).

Prometía la campaña de 1709 ser famosa, y lo fué en efecto. Villars fué destinado á mandar el ejército de Flandes; Berwick debía reemplazarlo en los Alpes; Harcourt, fué destinado á Alsacia, y Bezons á España, quedando Noailles en el Rosellón. Como no nos incumbe examinar las operaciones que se verificaron en cada uno de estos teatros, diremos que opusie-

(1) «Las instrucciones que se dieron á los plenipotenciarios, duque de Alba y conde de Bergueick), dice el historiador Lafuente, no podían ser más terminantes y dignas. «Decidido está el Rey, decían, á no ceder parte alguna de España, de las Indias, ó del Ducado de »Milán; y conforme á esta resolución, protesta contra la desmembración del Milanesado hecha por el Emperador á favor del duque de Sa»boya, á quien se podrá indemnizar con la isla de Cerdeña. En este último caso, y á fin de conseguir la paz, consiente S. M. en ceder Ná»poles al Archiduque y la Jamaica á los ingleses, con la condición de que cederán éstos á Mallorca y Menorca». Si á pesar de estas concesiones no se podía lograr la paz, se encargaba á los plenipotenciarios trataran de decidir al rey de Francia á que cediera alguna de sus conquistas y procurara el restablecimiento de los electores de Baviera y Colonia, dejando al primero el Gobierno de los Paises Bajos hasta que volvieran estos Estados á la Corona de Castilla».

(2) De los manifiestos publicados por el monarca francés y el español, es digno de mención el último, del que copiamos el siguiente párrafo:

«No contentos los aliados con hacer alarde de sus exigencias desmedidas, se atrevieron á proponer como artículo fundamental que el Rey, mi abuelo, hubiera de reunir sus fuerzas á las de ellos á fin de obligarme por fuerza á salir de España, si en el término de dos meses no lo verificaba yo voluntariamente; exigencia escandalosa y temeraria, y sin embargo, la única en que mostraron, hasta cierto punto, que conocian y estimaban mi constancia, toda vez que ni con el auxilio de tan vasto poder se prometían un triunfo seguro».

ron los aliados á los cinco ejércitos franceses, otros tantos: el de los Países Bajos al mando del príncipe Eugenio y el duque de Marlborough; el del Rhin, dirigido por el duque de Hannover; el del Piamonte, por el conde de Thaun; el de España, que debía mandar el conde de Aremberg, y además el de Portugal. Unos y otros trataban de reunir en Flandes el mayor número posible de fuerzas; los aliados nada menos que 183 batallones y 315 escuadrones, Luis XIV 150 batallones y 220 escuadrones; pero ni aquéllos ni éste lograron reunir por de pronto tal efectivo, aunque más tarde se elevara la cifra de sus tropas. Aunque el proyecto de los aliados era invadir el territorio francés simultáneamente por el Norte y el Este; es decir, por el Artois y por el Franco-Condado, esta combinación fracasó por la lentitud con que se reunieron y movieron aquellos enormes cuerpos. En Alsacia el duque de Harcourt, haciendo verdaderos prodigios de energía y constancia, con un ejército hambriento y sin pagas, parte del cual tuvo que desmembrar para acudir á Flandes, sostúvose en las líneas de Lauter ante un enemigo superior en número, derrotóle en Rumerskein é impidió el avance de los imperiales reforzados por los hannoverianos; en los Alpes, el duque de Berwick, rodeado de idénticos inconvenientes, é igualmente desatendido por la córte y ante un enemigo también superior en número y en recursos, condújose con tal habilidad y acierto que preservó aquellas fronteras é impidió que los imperiales cruzaran el Ródano, quedando á salvo el Delfinado, Provenza y el Franco-Condado; Noailles en el Rosellón no se limitó á distraer á los aliados, sino que tomó la plaza de Figueras, y derrotó casi á las puertas de Gerona una columna aliada; Bezons, en España, no hizo otra cosa de particular que atenerse á las órdenes de Luis XIV y guardar la defensiva; gracias á lo cual el enemigo pudo embestir sin riesgo á Balaguer; y, por último, Villars en Flandes, el más desgraciado, aunque no el menos heróico y digno de aquellos generales, no pudo evitar que los aliados rindieran la plaza de Tournay y fué completamente derrotado en Malplaquet.

La corta campaña hecha por Villars merece ser conocida, siquiera muy ligeramente.

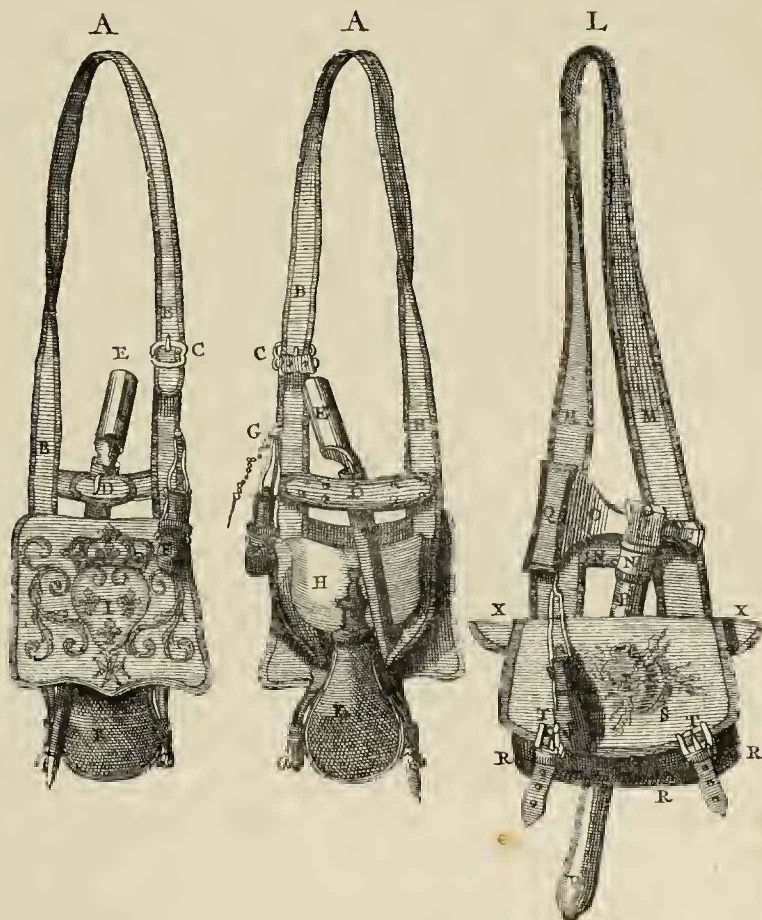
Ya hemos dicho que Luis XIV había resuelto poner en Flandes un colosal ejército; y añadiremos ahora que la nación francesa, agotada y exánime como se hallaba, hizo todavía un esfuerzo sobrehumano para acudir al peligro que la amenazaba por el Norte y el Este. Pero no obstante los sacrificios hechos por aquel monarca y su pueblo, y á pesar del talento militar de Villars, las dificultades con que luchaban los franceses eran de gran monta. Aunque el número de combatientes fuera respetable, faltaban los recursos, y si la miseria era grande en el país, tal se presentaba en el ejército, que llegó el caso de vender el soldado su fusil á trueque de un pedazo de pan. No era posible, dada tal situación, emprender sitio alguno ni maniobra de importancia, y Villars limitóse á cubrir el Artois, colocándose entre las plazas de Bethume y Douai, protegido por ligeros atrincheramientos y pantanos, mientras el príncipe Eugenio y Marlborough, reunidas sus fuerzas, que sumaban una cifra muy superior á las francesas, y se hallaban perfectamente avitualladas, avanzaban por Lille, con el propósito de aniquilar el ejército francés, arrebatar las plazas del Alto Lys, arrimarse luego á la costa, y, de concierto con la escuadra, señorear á Boulogne, descendiendo luego por las riberas del Somma. Este plan no se realizó á causa de haberse opuesto á él los diputados holandeses, y, entonces, los dos caudillos lanzáronse contra la plaza y ciudadela de Tournay, rindiéndolas el 29 de Julio y 3 de Setiembre respectivamente. Villars, que en este intervalo se había movido entre el Scarpa y el Escalpa, cubriendo á Douai, Condé y Valenciennes, tan pronto tuvo conocimiento de la entrega y de que el enemigo se dirigía contra Mons, trató de ganarle por la mano, despachando un cuerpo de ejército hacia las líneas del Trouille, que protegían dicha ciudad por el costado Sur; pero coincidió la llegada de la vanguardia francesa á las líneas, con la de la vanguardia aliada á las márgenes del Haisne, en Obourg, más arriba de Mons, por donde pasó aquel río, y Villars, persuadido de que todo el ejército aliado era el que había verificado el paso del Haisne y hallándose algo separado del grueso del ejército, desistió de la defensa de las líneas y se replegó sobre Quiévrain el 6 de Setiembre. Gracias á esta falsa apreciación del general francés, el enemigo cruzó sin di-

ficultad el Trouille, después de haber franqueado el Haisne y se colocó entre Mons y el ejército de Villars (7 de Setiembre). Este, en la noche del 8 al 9, desfiló con todo su ejército por el barranco de Malplaquet, que desemboca en la llanura de Mons, entre dos bosques, y se encontró frente al enemigo al amanecer del 9. Villars deseaba que los aliados le atacaran, con objeto de no exponer sus tropas de nueva recluta y mal armadas en las llanura, sobre todo teniendo en cuenta las enormes masas que el enemigo presentaba. El ejército aliado, fuerte de 120,000 combatientes y 120 cañones contra 90,000 franceses y 80 cañones, embistió el 11 las posiciones de Villars (protegidas á derecha é izquierda por el bosque y por el frente con trinchera y empalizada), avanzando, no obstante el nutrido fuego de los franceses, por la pendiente que forma la llanura y que iba elevándose hasta dichas posiciones. Villars tomó el mando del ala izquierda y dió el de la derecha á Boufflers y ambos viéronse acometidos respectivamente por los ingleses de Marlborough y por los holandeses del príncipe Nassau. Rechazados los holandeses por dos veces y cuando ya se habían apoderado de las primeras líneas, y detenidos Marlborough y el príncipe Eugenio, que le secundaba, en la derecha, éstos reconocieron que la posición de los franceses era por allí bastante débil, y haciendo dar un rodeo á parte de sus tropas, condujéronlas á través de un pantano, contra el flanco derecho francés, logrando desalojarle de sus líneas y empujarle á la llanura. En aquellos críticos momentos cargó Villars con treinta batallones á la bayoneta y consiguió recuperarlas, pero fué gravemente herido, á causa de lo cual quedaron el ala izquierda y centro abandonados. Y como Marlborough y Eugenio lanzaran contra el centro francés sus masas, las líneas no tardaron en ser rotas. Cuando Boufflers acudió desde la derecha con la caballería, aunque cargó con gran brío, no pudo conjurar el peligro, lo que tal vez consiguiera sacando de sus líneas á toda el ala derecha y lanzándola contra el flanco de las columnas que rompían el centro. Agobiado por el número, cada vez mayor, de atacantes; aislado por completo de la izquierda, no tuvo otro recurso que maniobrar en retirada, lo que efectuó en el mejor orden, lo propio que el ala izquierda. Una y otra fracción del ejército francés se reunieron al día siguiente entre Valenciennes y le Quesnoy, y este es el mayor elogio que puede hacerse de los vencidos. Pero las bajas habían sido grandes por una y otra parte, y aunque las relaciones coetáneas varían notablemente, puede admitirse que las pérdidas de los aliados no bajaron de 20,000 hombres y que sólo llegarían á la mitad de esta cifra las de los franco-españoles. El cotejo de las relaciones hechas en los dos campos prueba que recíprocamente se cogieron banderas y estandartes. «Jamás infortunio alguno, escribía el mariscal Boufflers al rey de Francia, desde le Quesnoy, ha sido acompañado de más gloria, todas las tropas de V. M. la han alcanzado grande por su distinguido valor, por su firmeza, por su constancia, no habiendo cedido sino á la superioridad del número y habiendo hecho todas ellas maravillas de valor.» Así fué en efecto; pero hay que convenir también en que el enemigo, y especialmente los holandeses, dieron grandes pruebas de heroismo, como lo atestigua el hecho de haber perdido el cuerpo de Nassau, en el asalto de las posiciones francesas, 11,000 hombres.

La inmediata consecuencia de la batalla de Malplaquet fue la pérdida de Mons (21 Octubre), de que tomaron posesión los holandeses, sin que bastara á impedirlo la llegada del duque de Berwick y de su ejército al campo francés; y con este importante suceso terminó la campaña, campaña comenzada con terribles auspicios para Francia, pero en la que, á trueque del descalabro de Malplaquet, consiguió mantener sus fronteras. Vencida y todo, no deja de honrar á Villars este hecho de armas, porque quebrantó el empuje de un enemigo muy superior en fuerzas y logró cerrarle la entrada del reino. A su buena ojeada militar para escoger la posición, debióse que el ejército francés no fuera anonadado, y sin la contrariedad de su grave herida, quizás consiguiera rechazar al enemigo, evitando la pérdida de Mons.

Conseguidos por los aliados tan grandes triunfos, podía presumirse que, en la confianza de imponer á Luis XIV y á su nieto, mostraríanse cada día menos propicios á transigir con ellos. Y sin embargo, contra lo que era de esperar, vemos al monarca francés solicitar por tercera vez la paz y llegar al extremo de ofrecer á Holanda, no ya el abandono de Felipe, su nieto; sino el

castigo del que le facilitare socorros; y caso de no admitir el monarca español las condiciones que se le impusieran, obligarle con la fuerza á ello. Exigían algo más humillante los holandeses, y era que Luis XIV contribuyera á expulsar de España á su nieto, y llegó á prometer el apurado monarca francés que si brindaban á Felipe con Sicilia y Cerdeña, de no aceptar éste, aprontaría



BANDOLERAS Y GRANADERA DE INFANTERÍA

A Bandolera de infantería vista por su parte anterior y posterior.
B Correa.
C Hebilla de la correa.
D Porta bayoneta.
E Bayoneta de cubo.
F Polvorín.
G Agujeta.
H Cacerina o bolsa de las municiones.
I Parte anterior de la cacerina.
K Frasco de polvora suspendido de la bandolera.
L Granadera.
M Correa o banda de la granadera.
N Porta-hacha.
O Hacha-martillo.
P Mango del hacha
Q Cubre-filo.
R Bolsa.
S Parte anterior de la granadera.
T Hebillas para cerrar la bolsa de municiones.
V Frasco de polvora.
X Orejas de la bolsa.

un millón mensual para hacerle la guerra (1). ¡Tan ardientes eran sus deseos de paz y tan tristísima y apurada la situación de Francia! Pero en la madeja diplomática quedaban otros cabos por atar, ciertas *reclamaciones ulteriores* que servían de pretexto para hacer caso omiso de las

(1) Henry Martin, *Hist de Francia*, Tom. XIV, p. 527.

concesiones de Luis XIV y continuar á todo trance la guerra. Para que se renunciara á estas *reclamaciones*, llegó éste á ofrecer la Alsacia y Valenciennes; y cuán distantes se hallaban los aliados de pensar en un acuerdo, lo prueba el hecho de exigir en definitiva al francés, no sólo lo que ya habían impuesto como base de negociación, sino que se encargara por sí solo y en el término de dos meses de expulsar de España á Felipe. Tal fué el resultado de la tercera tentativa hecha por el altivo soberano. Estos tratos, sostenidos en secreto con los Estados generales de Holanda, entretuvieron á los diplomáticos franceses desde Octubre de 1709 hasta Julio de 1710; es decir, cuando ya los ejércitos se habían vuelto á poner en movimiento en los distintos teatros; y como los años anteriores, las primeras operaciones de los aliados hacían augurar á Luis XIV y á su nieto nuevos desastres.

Cuáles fueron éstos y cuál su trascendencia, tendremos ocasión de apreciarlos después de estudiada la campaña de nuestra península en 1710.



Prometía ser la campaña de 1710 de suma trascendencia en todos los teatros, pues de sus efectos esperaban los beligerantes la paz en las condiciones que cada uno ambicionaba; y si Luis XIV hizo grandes esfuerzos para poner sobre las armas numeroso ejército, no le fué en zaga Felipe V, que al fin y á la postre iba á jugar su corona en este pleito. Respondieron á su demanda con singular entusiasmo las dos Castillas, Andalucía, la Mancha, Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, y como por ensalmo, organizáronse veintidós batallones de infantería y se crearon nuevos regimientos de artilleria y caballería; lo que unido al feliz arribo de la flota de Indias, permitió comenzar con algún desahogo la campaña; mas por desgracia el ejército español, aunque florido y bien dispuesto, carecía de un buen general. Disgustos con la corte, apartaron de las filas al conde de Aguilar, y Felipe V reemplazóle con el marqués de Villadarias, hombre valeroso, pero desconceptuado en el ejército, lo que dió lugar á justisimos recelos. Pero no quiso el Rey fiarlo todo al nuevo general, y el 3 de Mayo de 1710 fué á incorporarse á las tropas en Lérida. Reunido consejo, acordóse que el ejército pasara el Segre, con la mira de sitiar á Balaguer, acampando en la llanura de Termens. Era el objeto de esta operación abrirse un camino para atacar el Principado catalán; empresa ardua de sí, porque la plaza de Balaguer se hallaba bien abastecida, fortificada y guarnecida; pero dificultóla doblemente la presencia del ejército enemigo, que, mandado por Staremberg, acudió en socorro de dicha plaza; y como las aguas del Segre, saliendo de madre, inundaran la llanura, siendo muy difícil echar un puente y más difícil ganar el de Balaguer, redújose todo á aproximarse los españoles á tiro de cañón del enemigo (no sin graves pérdidas, porque estaban al descubierto), hasta tanto que, acrecidas las aguas, obligáronles á retirarse á Lérida. Suscitó lo ocurrido grandes murmuraciones y quejas por parte de los oficiales, pero el Rey no quiso destituir al General y se contentó con acampar entre Ibar y Barbenys, mientras el enemigo hacía lo propio entre Almenara y Portella. El Noguera separaba únicamente los dos ejércitos y en ambos eran iguales la carestia y las enfermedades: ni podia salir de sus trincheras el Archiduque, ni forzarlas Felipe; y en tan dificultosa situación permanecieron ambos desde mediados de Junio hasta el 26 de Julio, en que el rey de España, acosadas sus tropas por el hambre, hubo de tomar la vuelta de Lérida. Cabalmente por estos dias desembarcó la armada inglesa en Tarragona 6,000 alemanes veteranos, socorro oportunísimo para Carlos de Austria, y que no contribuyó menos á la retirada de los nuestros.

Reunidas en el campo aliado las tropas del Rosellón y Tarragona, salió el Archiduque de sus trincheras el 27 de Julio, cruzó el Segre por Balaguer y el Noguera por Alfarrás, sin que á impedirle el paso de este río se presentara con oportunidad el duque de Sarno, despachado á tiempo por Felipe; efecto de lo cual, éste que se había adelantado, en la seguridad de no chocar con el

enemigo, encontróselo formado en batalla sobre las alturas de Almenara. Era el terreno muy quebrado, venían los españoles harto desordenados y abatidos, ya á causa de la mala dirección é inteligencia de jefes y oficiales, ya de la carencia de víveres; por manera que la batalla iba á entablarse en las peores condiciones. El enemigo, ocultas una parte de sus fuerzas detrás de la cortadura de un collado, presentaba una sola línea de infantería, con la caballería en sus extremos, y á poca distancia de esta línea hallábase Staremberg con el grueso del ejército. El Archiduque con sus guardias y dos batallones, ocupaba una altura más distante. Muy diferente era la disposición del ejército español, que teniendo orden de marchar, lo efectuaba de un modo descompuesto, y sucedió que al ser acometida la caballería que con el Rey iba en vanguardia, púsose harto trabajosamente en batalla y entabló esta sola arma el combate, poco antes de ocultarse el sol. Así y todo, acometió con tal ímpetu á la caballería enemiga del ala derecha, que la destrozó y puso en fuga, obligando á la infantería inglesa á detener la persecución. Ya la primera línea de la infantería española había acudido á sostener la caballería, muy desordenada por haberse adelantado á perseguir los caballos enemigos, cuando nuevos regimientos ingleses mandados por Stanope, envolvieron al ejército borbónico por la izquierda, atacando vigorosamente á la segunda línea, que derrotaron y pusieron en fuga. Desde aquel momento reinó el mayor desorden en el ejército español. Los jefes no acertaban á dar nuevos mandatos, ni los oficiales á contener á los soldados, y como las tinieblas envolvieron el campo, resultó que, destrozada la izquierda, acometió el enemigo la derecha, formada por el grueso de las tropas, y entablóse allí obstinado y sangriento combate en el que perecieron de una y otra parte oficiales de alta graduación y mérito. «La pelea, dice un coetáneo, era ciega, y tan confusa, que se herían los de un mismo regimiento,» pero como el enemigo tenía mayores fuerzas, Staremberg, con los regimientos del centro, logró concluirla. Grave riesgo corrió en ella Felipe, y sin duda alguna debió su salvación á Villadarias, que, con resistir por breve tiempo, entretuvo á Staremberg; y como la noche era muy oscura, éste no se atrevió luego á empeñarse en la persecución. «Esta es, dice el marqués de San Felipe, la acción de Almenara, que no fué batalla en forma, porque no peleó toda la fuerza de ambos ejércitos en campaña abierta, ni duró dos horas, pero fué una acción sangrienta y ventajosa para el rey Carlos, aunque la pérdida de la gente fué igual: el mayor número de los heridos que hubo fué el de los españoles, de los cuales los coroneles de más valor estuvieron cuatro horas firmes en el término del campo, con sus regimientos, y algunos mariscales de campo y brigadieres; éstos marcharon sin fuga y muy despacio, no sólo por el honor propio, sino por la seguridad de las tropas, y llegaron á Lérida casi de día.»

Disgustado Felipe V del poco tacto militar de Villadarias, resolvió que el marqués de Bay, que mandaba el ejército de Extremadura, viniera á regir el de Cataluña, acampado entre Lérida y Alcaraz. Pero antes de que llegara, la falta de provisiones obligó al Rey á pasar el Cinca (13 de Agosto), seguido muy de cerca por Staremberg, que, muy conocedor de su estado, proponíase, sin trabar combate, ir empujando á los españoles hasta Castilla y señorear de nuevo los reinos de Aragón y Valencia, como así lo escribió el 14 de Agosto al Emperador.

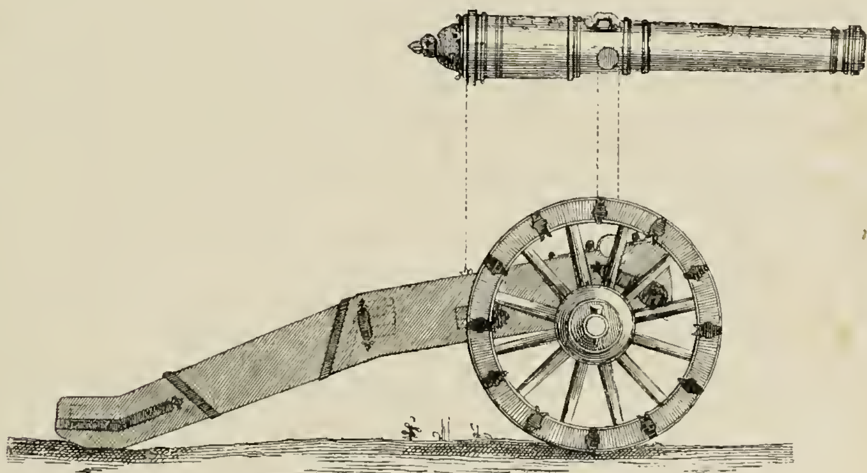
El ejército español, pasado el río, acampó en Peñalva, en sitio despejado y á propósito para que en él jugara la caballería; el enemigo trató en su marcha de destrozar su retaguardia; pero no habiéndolo conseguido, limitóse, según el plan de Staremberg, á vigilar á los nuestros, que faltos de víveres, tomaron el camino de Zaragoza, poniendo el campo el día 18 entre el Gállego y el Ebro, junto á la capital de Aragón. Siniestros rumores circulaban por el campo de Felipe, asegurando algunos que la batalla se daría con objeto de que, vencidas las tropas, Felipe V se viera reducido á salir de España, plan atribuído á Luis XIV; y, por lo mismo, no es de extrañar que así oficiales como soldados temieran ser sacrificados, opinión que, dice el marqués de San Felipe, se robusteció cuando vieron que el marqués de Bay (ya incorporado), contra el parecer de todos, mandó desplegar en batalla á tiempo que ya Pina había dejado pasar al enemigo el Ebro, el 19, «con afectado descuido.» Y añade el autor citado, que este mismo jefe, habiendo también pasado el río los españoles por los puentes de Zaragoza, «prohibió toda escaramuza y no mover lar ar-

mas, hasta que vió compuestas las tropas del enemigo» (1). Sucedió lo que casi era de presumir: una derrota para los nuestros. Desplegados en batalla en número de 19,000 hombres, con la izquierda apoyada en el Ebro y la derecha en el Monte Torrero, hallábanse separados del enemigo por un gran barranco, que hacía difícil á unos y otros el ataque, á causa de la facilidad con que podia verse cortado el que lo intentara. Y habida cuenta de esto, prohibió Staremberg á los suyos avanzar, limitándose á empeñar el cañoneo. Pero el marqués de Bay, haciendo caso omiso del peligro, así como de la superioridad del enemigo, fuerte de 25,000 combatientes, dispuso que acometiera la derecha, que sin dificultad venció á la izquierda enemiga, y que enzarzada en la pelea separóse del grueso del ejército. La maniobra que entonces tuvo lugar fué idéntica á la verificada en Almenara: un vigoroso ataque de los ingleses á la izquierda española y seguidamente una carga no menos vigorosa contra el flanco del centro, cuya primera línea había ya pasado el barranco, y de improviso se vió diezmada por el fuego de la infantería enemiga, que, con frente más dilatado, se oponia á este avance, obligando á los españoles á arrojarse al barranco y produciendo en el centro terrible confusión. En aquellos ribazos empeñáronse heroicas peleas individuales, en la llanura se combatió con no menos valor; pero envueltos por completo los españoles, no les fué dable resistir por más tiempo, y en número de 4,000 soldados y 600 oficiales, cayeron en poder del enemigo, con todas las banderas y cañones. Sólo alcanzaron ponerse en salvo 8,000 hombres, que, á las órdenes del marqués de Bay, se refugiaron en las montañas de Soria; y en el campo de batalla quedaron sobre 2,000 muertos. Felipe V, que había intervenido en el combate, retiróse con algunos caballos á Madrid.

La batalla de Zaragoza abrió al vencedor las puertas de esta ciudad y con ella volvió á su dominio todo el reino aragonés. Poco faltó en ella para que el Archiduque cayera prisionero de nuestra caballería, en la primera carga, pues se hallaba junto á la Cartuja; pero salvóle el desorden de los nuestros, y cuando Staremberg acudió á decirle *que le habia ganado la batalla y la monarquía* pudo persuadirse de que, en efecto, era un hecho la derrota y el alejamiento de su enemigo. A su campo llegaban á centenares los soldados de Felipe, la tierra de Aragón ofrecía despejado camino á sus tropas y todo parecia presagiar su triunfo; porque esta victoria era de grandisima transcendencia para obligar á Luis XIV á la paz, humillado y vencido como se veía en Flandes y en Italia. Desgraciadamente para los aliados, el archiduque Carlos no supo aprovecharse de la victoria, y en vez de perseguir el desordenado ejército español, entretúvose cinco días en Zaragoza discutiendo el plan de campaña y dió lugar á que el Rey se repusiera y reorganizara las tropas, enérgicamente secundado por el pueblo. Porque los madrileños no se descorazonaron al ver llegar derrotado á su monarca; antes mostráronsele si cabe más afectos, y Felipe V halló, así en el pueblo como en los personajes que reunió para exponerles sus planes de campaña, una adhesión y entusiasmo inexplicables. Cuando la corte salió de Madrid camino de Valladolid, más de treinta mil personas acompañaron al monarca; cuando Carlos de Austria hizo pocos dias después su entrada triunfal, pudo ver sus calles casi desiertas y gran frialdad en los que hallaba á su paso. ¿Cómo era posible que reinara el austriaco en una nación que tan manifiestamente le odiaba? ¿Ni cómo soñar que Felipe V renunciara á una corona que en sus sienes aseguraba el asentimiento popular? Es cierto que su causa amenazada en España veíase perdida en los dominios extranjeros, y sobre todo abandonada por su mismo abuelo, derrotado en todos los teatros, forza-

(1) «Este hecho, *que es cierto*, dice el marqués de San Felipe, parecerá á la posteridad apócrifo.» Y añade: «Nada hay más difícil de creer, que desease el marqués de Bay ser vencido; *y todas las disposiciones que daba lo persuadían á las tropas*, las cuales, vencidas antes de la batalla por la aprehensión, no estaban capaces de ella.» Más adelante, escribe: «La batalla de Zaragoza fué indecorosa á los vencidos, no por serlo, sino por haber peleado » Y por último, después de narrar este importante suceso, dice: «El rey Felipe vino forzado en ella Los poco afectos decían que había sido á persuasiones de la Reina y de la princesa Ursini, de acuerdo con el rey Cristianísimo, para poderse hacer la paz, vencido ya el ánimo del rey Felipe á contentarse de salir de la España y tomar los reinos que en Italia le daban. Lo contrario de esto no consta. No había en el exército víveres ni dinero. Desertaban á centenares los soldados; tanto, que de la acción de Almenara á la de Zaragoza se habían pasado al rey Carlos más de dos mil, con lo cual se iba perdiendo el exército; y ya que era infalible la ruina, era mejor probar la suerte. Estas razones obligaron al Rey á consentir en la batalla. Traíalas estudiadas desde Madrid el marqués de Bay: dicen que con siniestra intención le influyó la princesa, pero esto no nos atreveremos á asegurarlo.» ¡Cuántas intrigas y cuántas bajezas no dejan adivinar estas líneas!

do á humillarse y á sacrificarle á él; pero ¿qué podía importarle esto desde el momento en que tenía á su favor la mayoría de los españoles? Si se perdían nuestros dominios, no por eso dejaría de ser rey de la península, y por otra parte ¿qué interés podía tener España en conservar lo que en su mayor parte únicamente de agobio le servía? Inútiles fueron, pues, las indicaciones que por este tiempo vino á hacerle el duque de Noailles en nombre de su abuelo; es decir, el triste caso en que se miraba de no poderle mandar recursos ni soldados, y más inútiles aun las concernientes á la conveniencia de una abdicación. Felipe V, indignado, rechazó la oferta que de la soberanía de Sicilia, Cerdeña y de la misma Nápoles, se le hacía, á trueque de la corona española; y en lo que toca á los auxilios, manifestóse en el Consejo real la opinión de que se despidiera á todos los soldados extranjeros. No eran, en verdad, soldados los que faltaban á Felipe; pero en cambio carecía de generales expertos, y esto le indujo á pedir á su abuelo uno de talla para regir las tropas que le quedaban. Luis XIV le mandó al famoso Vendome, de quien ya hemos tenido ocasión de



Cañón alemán de 24. Facsímile de un grabado de las *Memoires* de Saint Remy

trazar el retrato: «Era el Duque, dice Macaulay, renombrado por la suciedad de su persona, la brutalidad de sus maneras, la grotesca bufonería de su conversación y la impudencia con que se abandonaba al más grosero é innoble de los vicios. Y era tan grande su pereza, que en medio de una ruda campaña y rodeado de peligros, se le vió pasar días enteros sin moverse de la cama. Había costado su apatía no pocos reveses á la casa de Borbón; pero cuando una circunstancia cualquiera determinaba en él una reacción y lo despertaba de su letargo, desplegaba tantos recursos y tanta energía y presencia de ánimo como después de Luxemburgo no había demostrado ningún general, y desquitaba con usura lo perdido.» Así ocurrió en la campaña de 1710, porque Vendome, algo desacreditado en los Países Bajos, demostró un celo, previsión y actividad bastante raras en él, mereciendo que se le considerase como *restaurador* de la monarquía.

Cuando Vendome se incorporó al ejército español pudo observar que el estado de cosas era muy otro del que en Versalles se creía. Existían en Valladolid 4,000 soldados de los guardias española y valona; había por el lado de la frontera portuguesa una división compuesta de 8 batallones y 12 escuadrones, otra de iguales cifras en Andalucía, en Extremadura un ejército de 32 ba-

tallones y 35 escuadrones, con su correspondiente artillería, y quedaban los restos del ejército de Aragón, que, reorganizados, ascendían á 8,000 infantes y 5,000 caballos. Por otra parte numerosas guerrillas infestaban el país, hostilizaban y espiaban al enemigo, y llegaban en sus correrías hasta las puertas de la capital, donde, como ya sabemos, tan ardientes partidarios contaba Felipe. Vendome apreció esta situación de una simple ojeada y trató de sacar de ella todo el partido posible. Comenzó por disponer que la reina y los tribunales se trasladaran á Navarra, y auxiliado por los duques de Valdecañas y Pópoli, y los condes de Aguilar y Torres, consiguió reunir y organizar en cuarenta días, y casi á la vista del enemigo victorioso, un ejército de 25,000 combatientes. Este ejército le bastaba para impedir la unión del que mandaba el Archiduque con el de Portugal, unión que hubiera sido funesta á Felipe por la gran superioridad que consiguieran los aliados; y por lo mismo, mientras Carlos de Austria se veía como bloqueado en Madrid, falto de comunicaciones con Aragón, porque casi ni un despacho podían enviar los aliados que no fuera interceptado, escaso de provisiones y mal mirado por los habitantes, Vendome, noticioso por los guerrilleros del movimiento que efectuaba el ejército de Portugal hacia la córte, trasladóse con suma rapidez al puente de Almaraz, desde cuyo estratégico punto lo mismo podía estorbar el avance del enemigo, como atraer á sí una parte del ejército del Mediodía. Y si se tiene en cuenta que para cooperar á su plan el mariscal francés Noailles, partiendo del Delfinado con 20,000 soldados, debía entrar en el territorio catalán, no tanto con el ánimo de apoderarse de alguna plaza fuerte, como distraer las fuerzas aliadas del Noreste, comprenderáse que la situación de Felipe V distaba mucho de ser desventajosa. En cambio la del Archiduque fué, á partir de estos sucesos, insostenible. Diezmado su ejército por las enfermedades que producían así el rigor de la estación, como los excesos del soldado; sin cesar acometido por los guerrilleros; falto del apoyo que confiaba le prestarían las tropas de Portugal, amenazado por la invasión de Cataluña; mal visto por los castellanos, vióse en el caso de pensar seriamente en abandonar la córte, como en efecto lo hizo en breve.

De acuerdo con Vendome, el monarca español partió de Valladolid el 3 de Octubre para Salamanca, y de allí tomó la vuelta de Extremadura, encaminándose por Plasencia á Casa-Tejada, donde fijó sus reales, mientras el general francés desde las riberas del Tajo se mantenía en observación de los aliados, é iba engrosando por momentos su ejército con los restos de las tropas que fueron derrotadas en Zaragoza y los reclutas que mandaban los pueblos de Extremadura, Andalucía y Castilla. Fuerte ya, no sólo para defenderse, sino para tomar la ofensiva, hábilmente secundado por los guerrilleros Vallejo y Bracamonte, hizo que se le incorporara el corto ejército del rey Felipe V en Almaraz, y se halló notoriamente superior á los enemigos, cuyos planes destruyeron estas acertadas disposiciones. Desde aquel momento, de tal modo cambió el estado de cosas, que el Archiduque resolvió abandonar definitivamente la capital. Al efecto dió órdenes para que la córte se trasladara á Toledo, hizo concentrar las tropas en Ciempozuelos; y mientras los generales Staremberg y Stanhope para distraer la atención pública se dirigían á Toledo con 6,000 hombres, él desde Ciempozuelos y escoltado por un cuerpo escogido de caballería, tomó la vuelta del reino de Aragón, á través de los montes que separan á éste de Castilla (20 Noviembre). Nueve días más tarde evacuó á Toledo el ejército enemigo, y el 3 de Diciembre Felipe V y Vendome hicieron su entrada solemne en Madrid.

En seguimiento del ejército aliado, que como hemos dicho abandonó el 29 á Toledo, adelantóse el ejército español mandado por el marqués de Valdecañas, y tres días después incorporáronsele Felipe y Vendome, camino de Guadalajara (6 Diciembre). La cooperación de los guerrilleros españoles fué muy útil al ejército en estos momentos, no tan sólo por las incesantes molestias que causaban al enemigo, sino por los avisos que procuraban á los generales de Felipe V; pero lo que verdaderamente contribuyó á la destrucción de las tropas aliadas, fué la acelerada marcha de Valdecañas, quien mientras la infantería pasaba el río Henares por un puente, cruzó á nado el rio con todos los caballos, no obstante hallarse engrosada la corriente á causa de grandes lluvias; y gracias á este rápido y hábil movimiento, logró alcanzar la vanguardia enemiga que mandaba el inglés Stanhope, en la noche del 6 de Diciembre. Hallábase este cuerpo de ejército en Brihuega,

á cuatro leguas de Guadalajara, con objeto de protejer el paso del ejército é impedimenta por los desfiladeros inmediatos, y tan descuidado, que el primer aviso que tuvo del avance de los nuestros, fué mirarlos ya sobre sí. Atacado por los escuadrones de caballería que habían avanzado á las órdenes de Valdecañas, replegóse dentro del pueblo y en breves momentos vióse rodeado de todo el ejército y amenazadas las murallas de ladrillo por la artillería de Felipe. No se amilanó por esto el inglés. Persuadido de que el tiempo que emplearía en resistir sería el indispensable para que acudiera en su socorro el grueso del ejército aliado, que al mando de Staremberg se encontraba no lejano, distribuyó sus fuerzas por el recinto, levantó parapetos, construyó barricadas en las calles y fortificó las principales casas; pero no consiguió su deseo, porque Staremberg, que se hallaba sólo á dos leguas de Brihuega, antes no hubo reunido sus tropas para presentarlas en buen orden, y vencido los obstáculos que ofrecía el terreno, dió lugar á que se rindiera su colega, no sin haberse defendido heróicamente todo el día y haber rechazado por dos veces el asalto de los españoles. 1,500 bajas tuvieron los 6,000 ingleses que defendían á Brihuega y 4,500 fueron los que se entregaron á discreción; de éstos Stanhope y todos sus tenientes y oficiales (9 de Diciembre 1710). Entre los que se condujeron honrosamente en este hecho, figura el conde de San Esteban de Gormaz, que conquistó espada en mano el rescate de su padre, prisionero de los aliados (1).

Aunque no llegó á tiempo Staremberg para socorrer á Stanhope, efectuólo, sin embargo, con precisa y triste oportunidad para ser derrotado; que ya el ejército de Felipe sabía por los guerrilleros su movimiento de avance y habíase colocado en batalla para recibirle, sobre una eminencia que en suave pendiente domina la llanura de Villaviciosa. Mandaban la derecha de la primera línea el marqués de Valdecañas, teniendo á sus órdenes el general D. José Armendáriz y los mariscales conde de Montemar y D. Pedro Ronquillo; regía la izquierda el conde de Aguilar, y á sus órdenes tenía el brigadier Mahoni y el mariscal D. José Amezaga; dirigía el centro el marqués de Toy, asistido de los generales marqués de Laver y conde de Harcelles. La derecha de la segunda línea la mandaba el conde de Merodi con el mariscal Idiazquez, el centro D. Pedro de Zúñiga y el mariscal Crafton, y la izquierda el marqués de Navalmorcuende con D. Diego de Cárdenas. Constaba el ejército de Felipe de 32 batallones y 80 escuadrones (2); ascendía el aliado á 29 batallones y 58 escuadrones, de éstos 20 portugueses, 12 holandeses, 12 palatinos, 8 imperiales, 4 españoles y 2 ingleses; y de aquéllos 14 austriacos, 6 españoles, 3 ingleses, 3 portugueses y 3 polacos (3). Calcúlase en 34,000 soldados de ambos ejércitos los que en esta batalla tomaron parte.

Staremberg, que ya sospechaba lo ocurrido pocos momentos antes de tener á la vista el ejército español, adquirió en breve el doloroso convencimiento de la derrota de Stanhope, y al mirar al ejército de Felipe en batalla, atribuyéndole una superioridad numérica que distaba de tener, hizo que el suyo suspendiera la marcha y le colocó en ventajosa posición, rompiendo su artillería el

(1) «Entre los hechos brillantes se cita el llevado á cabo por el conde de San Esteban de Gormaz, grande de España y capitán general de Andalucía, el cual se colocó á pié en la primera fila de los granaderos que marchaban por primera vez á la escalada, y tratando de apartarlo del peligro el capitán que los mandaba le manifestó que aquel puesto era inferior á su categoría. El general le contestó entonces «que el lugar más honroso para un militar era el que estaba más próximo á las balas» y continuó en aquel sitio. Luego se supo que su padre, el duque de Escalona, más conocido con el nombre de marqués de Villena, estaba hacía tiempo prisionero de los imperiales y tratado de un modo infame en Sizrigitone, á orillas del Adda, con esposas en los piés, sin admitir rescate alguno; y como dentro de Brihuega había generales austriacos é ingleses, estaba resuelto á morir ó apoderarse de ellos para canjearlos con su padre; batióse, en efecto, como un héroe, y con la fuerza que entró á sus órdenes hizo prodigios de valor, logrando que personalmente se le rindiesen varios oficiales de distinción, los cuales canjeó con su padre, que, estando de virey en Nápoles, había sido hecho prisionero en Gaeta, combatiendo por su patria y con las armas en la mano.» Díaz Rodríguez; *Guerra de Sucesión: Campaña de 1710.* Estudio inserto en el Tomo IX de la *Revista Científico-militar.*

(2) En junto unos 17 á 18,000 hombres.

Era la composición de estas fuerzas, todas ellas españolas y valonas, como sigue:

20 batallones procedentes del ejército derrotado en Zaragoza.

44 escuadrones id., id., id.

12 batallones procedentes del ejército de Extremadura.

36 escuadrones id., id., id.

(3) Constaba cada batallón de 400 á 500 soldados, y cada escuadrón de 60 á 80 jinetes; por manera que el ejército del Archiduque puede estimarse en 15 á 16,000 hombres.

fuego, con la mira de entretener á los borbónicos y retirarse entrada que fuese la noche. Pero Vendome, engreído por la victoria de Brihuega, no le permitió realizar este pensamiento, porque examinadas las posiciones enemigas, creyó que las tropas españolas podían aventurarse al ataque. Arriesgado era el plan, no tanto por hallarse las fuerzas de los contendientes equilibradas, cuanto por encontrarse al frente de los enemigos un general inteligente y al que favorecían las posiciones que ocupaba. Por otra parte, la persona del monarca iba á correr un serio peligro. Sin embargo, contra el parecer de algunos cortesanos, Vendome manifestó al Rey la conveniencia de que se arriesgase en este trance. *Señor,* le dijo, *si os ven vuestros soldados á su frente en el peligro, la victoria es nuestra, pues su entusiasmo será grande.* Y aceptó gustoso el monarca, y cuando se dió la señal de ataque, viósele cargar intrépidamente al frente del ala derecha, compuesta de la caballería. Esta carga, á través de la llanura y sufriendo una granizada de balas, dió por resultado arrollar por el flanco de Staremberg la primera línea de su caballería y empujar y descomponer á la segunda. Pero ya á este tiempo avanzaba por el llano la infantería española contra las posiciones de los aliados, movimiento este que pudo fracasar á causa de haberse separado un tanto del

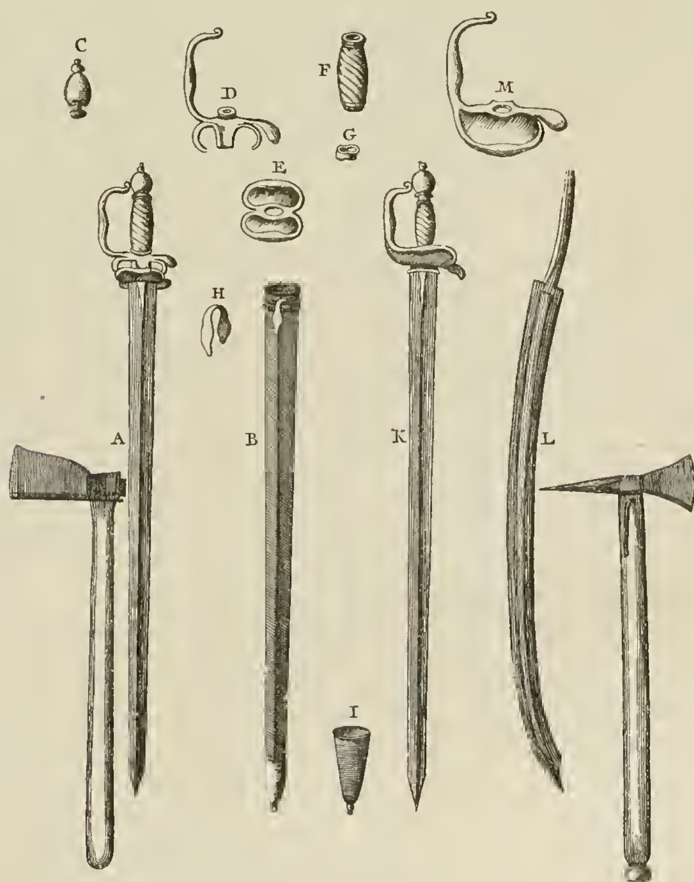


Medalla conmemorativa de la batalla de Villaviciosa

flanco derecho, la caballería del Rey, con grave riesgo de que la infantería fuera envuelta. Afortunadamente la reserva acudió á sostener el flanco descubierto, y en pocos momentos confundiéronse los dos ejércitos, luchándose por ambas partes con bizarría igual y dando los enemigos valentísimas cargas. Hubo, sin embargo, un instante de pánico en los españoles. Embestida con violencia su izquierda por los escuadrones aliados y descompuesto el centro, creyó Vendome que habían conseguido romperlo y llegó á darse la orden de retirar á Torija. Pero en breve se vió que el enemigo se hallaba no menos descompuesto que los españoles, y como los generales de Felipe V lograron contener á sus soldados y restablecer la formación, constituyóse un núcleo de resistencia, una masa en la que se confundieron oficiales y soldados, y que logró, á fuerza de heroismo, detener al enemigo, mientras el marqués de Valdecañas, con parte de las tropas del ala opuesta, que era la que menos bajas había sufrido, acudió á reforzar el centro y consiguió rechazar al enemigo, que, harto quebrantado ya, desordenado y lleno de fatiga, hubo de renunciar al ataque. Las sombras de la noche sorprendieron en esto á los combatientes: los españoles no pudieron perseguir á los aliados hasta sus posiciones; Staremberg, dueño de éstas, pidió y obtuvo una suspensión de armas por aquella noche; clavó, entre tanto, toda su artillería, y, aprovechando la oscuridad, emprendió la retirada, bien que para engañar á Vendome dejó encendidas numerosas hogueras. Pero aunque logró de este modo sustraerse á un ataque del ejército español, acosado en su reti-

rada por los guerrilleros y las tropas, perdió en ella únos 3,500 hombres. El ejército de Felipe V tuvo en la batalla 2,000 muertos y número casi igual de heridos (10 Diciembre 1710) (1).

Como puede presumirse atribuyéronse ambas partes el triunfo; pero es lo cierto que todas las ventajas de este hecho fueron para los españoles. Vencedores en Brihuega de parte de los aliados,



ESPADA, SABLE Y HACHAS

A Espada completa.
B Vaina.
C Pomo.
D E Guardas de la espada.
F Puño.
G Anillo.
H Gancho de la vaina.
I Contera.
K Sable de caballería, con doble filo.
L Sable de caballería, de hoja encovrada, con table filo.
M Guarda del sable.
Hacha de dragon y de granadero a caballo.
Hacha de marina.

consiguieron privarles de toda una división, que se entregó incondicionalmente; y aunque no hubieran triunfado en Villaviciosa, bastárales el hecho de haber obligado á Staremberg á la reti–

(1) El mariscal Berwick da á conocer en sus *Memorias* la carta que Felipe V escribió con este motivo á su abuelo, y en la que se hallan los siguientes párrafos:

«Pusiéronse en movimiento nuestras dos lineas, y á las tres y media empezó la caballeria el ataque, y después de arrollar al enemigo se abalanzó á varios batallones de infanteria, que destrozó, tomando de paso una bateria; al momento entró en combate la infanteria, que logró colocarse á retaguardia del enemigo, el que, habiéndose rehecho, consiguió rechazar nuestras fuerzas, á excepción de la guardia

rada y á inutilizar su artillería, para considerarse victoriosos, sin contar las pérdidas que ocasionaron á éste, así en el campo de batalla, como en su huida (1). Si esto no fuera suficiente, las ventajas que consiguió Felipe V en Castilla y su entrada triunfal en Zaragoza (4 Enero 1711), así como el sitio puesto á Gerona por el ejército de Noailles, sirviérales de tristísimo pronóstico. Desde aquel instante, dice un famoso historiador, Felipe se halló más seguro en Madrid que su abuelo en París.

Comenzó, pues, el año 1711 muy favorablemente para Felipe V. El ejército enemigo, que había abandonado á Zaragoza cuatro días antes de que el monarca llegara á ella, retirábase perseguido de cerca por los nuestros y no paraba hasta Balaguer; el mariscal Noailles, que á mediados de Diciembre de 1710 había puesto sitio en Gerona, no obstante las grandes contrariedades con que luchaba, proseguía apretando la ciudad; el marqués de Valdecañas apoderábase de Estadilla, Benabarre y Graus; sometía luego todo el país de Ribagorza, mientras por la parte de Valencia recuperaba D. Francisco Gaetano la plaza de Morella y á poco se rendia el castillo de Mirabet. Ya no se consideraron los aliados seguros en Balaguer, y la abandonaron á Valdecañas; ni Gerona pudo prolongar su defensa y á fines de Enero (1711) abrió sus puertas por capitulación. Con Gerona sometiéronse á Felipe V el territorio comarcano hasta el Ampurdán y la plaza de Vich. Ganadas Solsona y Calaf por Valdecañas, hizo lo propio esta otra región de Cataluña, abriéndose de este modo las comunicaciones con Castilla y quedando el enemigo reducido á las plazas fuertes de Cardona, Tarragona y Barcelona. Staremberg, que no tenia suficientes fuerzas para tomar la ofensiva, pidió entonces su licencia, y como le fuera negada, limitóse á establecer su campo entre Igualada y Martorell, atendiendo al propio tiempo á Tarragona y á Barcelona; mientras Valdecañas colocaba el suyo entre Cervera y Tárrega.

En tal situación se encontraban ambos ejércitos, cuando llegó á ellos la noticia del fallecimiento del Emperador de Alemania, suceso de gran trascendencia, puesto que, llamado á ocupar aquel trono el Archiduque, cambiaria completamente el aspecto de la guerra. Por de pronto Staremberg no se movió de su campo, y Vendome y Noailles, que habian juntado sus fuerzas, limitáronse á rendir algunos puntos fuertes en las montañas catalanas. Poco podía prometerse el primero de la campaña, porque Holanda y la Gran Bretaña dejaron de enviar refuerzos á sus tropas y el Archi-

valona, que, abriéndose paso por todas partes, restableció el combate; ya Vendome había ordenado la retirada á Torija, cuando vinieron á decirnos que el marqués de Valdecañas y el general Mahoni, con algunos batallones y 15 escuadrones, habían logrado rechazar el ejército contrario; en vista de tan buenas nuevas volvimos á ocupar algunas alturas, esperando á que llegase el día para continuar la lucha en posiciones escogidas.»

El marqués de San Felipe en sus *Comentarios*, después de enumerar la gente y caudillos de cada ejército, describe la batalla; y de su prolija descripción ofrecemos el siguiente extracto:

«Acometió con tanto ímpetu el marqués de Valdecañas (jefe del ala derecha en que iba el Rey), que no pudiéndole resistir la primera línea de la izquierda enemiga, padeció una entera derrota: cayó sobre la segunda, y aunque los jefes se esforzaron para juntarla en orden, ya se habian dividido en pelotones las líneas, rotas ambas del brío de la caballería española... Los vencedores persiguieron más de lo justo á los vencidos, hacian falta en el campo y se esforzaba en vano Valdecañas para que volviesen á él... En el centro estaba todo el peso y el mayor ardor de la guerra; y peleaba con tanto valor el de los enemigos, siempre sostenido de la caballeria que tenía á su derecha, que rompió adelantando algunos pasos, la primera linea del centro de los españoles, de los cuales la mitad volvieron la espalda... Algunos de los regimientos veteranos se apartaron por un lado á la derecha, mientras trabajaba el conde de las Torres en volver á juntar á los que huían. El duque de Vendome volvió á guiar la pelea, y con ellos atacó dando un breve giro al centro de los enemigos por un lado: hízole frente Bel-Castel y se trabó una cruel disputa. Habían (los guardias del Rey con algunos regimientos) retrocedido hasta la mitad del campo, donde el duque de Vendome se esforzaba en volver á formar la primera línea del centro... El conde de las Torres y otros españoles... persuadian á formar la segunda línea; y lo consiguieron en gran parte, viendo que los guardias habían restablecido la primera contra el centro.» Consigna luego que se logró arrebatar los cañones al enemigo y que españoles y valones mezclados avanzaron decididamente contra el enemigo, confundidos oficiales y soldados y unas banderas con otras, y que Vendome, viéndolos algo separados de la segunda línea, diólos por perdidos y aconsejó al monarca la retirada de Torija; y añade que Aguilar, rehecha su gente, volvió á acometer la derecha enemiga y á romper sus dos líneas, y engrosado luego con el arribo de Valdecañas y Bracamonte con la caballería embistió al centro, que después de una obstinada lucha, hubo de retirarse á las trincheras, siempre combatiendo. «Al fin, concluye, ya había más de media hora que reinaban las sombras de la noche, y aun duraba la batalla; de la cual y del campo se salió formado el alemán con seis mil infantes que le quedaban.. »

(1) En honor al caudillo alemán debe reconocerse que procedió, como dice el marqués San Felipe, con gran presencia de ánimo; pues sacó su gente vencida, pero no deshecha, del tropel de la pelea; y «si hubiera tenido tan fuerte caballería como infantes, añade el citado autor, hubiera obtenido la victoria: dos veces vió de ella la imagen, tres rechazó la infantería española; pero desamparado de sus alas, y cargado de ocho mil caballos resueltos á morir ó á vencer, cedió á la fortuna de Felipe y al valor de sus tropas.» *Comentarios*, Año 1710.

duque embarcóse el 27 de Setiembre de 1711, con objeto de tomar posesión del trono imperial; así es que, á pesar de haberse movido ambos ejércitos como para venir á las manos, no llegaron á chocar, y las operaciones redujéronse á un infructuoso ataque del austriaco contra Tortosa y sitio de la villa de Cardona por Vendome. La causa de la lentitud por parte de los franco-españoles no era otra que la rivalidad entre Noailles y Vendome, y sobre todo la mala organización del servicio de provisiones. Veíase el ejército apurado y falto de lo indispensable á causa de la codicia de asentistas y proveedores; consumíase sin provecho para la guerra lo que se sacaba de los pueblos; y á costa del soldado y abusando de Vendome, hacían pingües ganancias algunos especuladores. No más activamente que en Cataluña se conducía la guerra en la frontera portuguesa, donde el enemigo recobró en Marzo á Miranda de Duero y también presentó su ejército en batalla frente al nuestro sin venir á las manos. Permanecieron los ejércitos beligerantes á la defensiva y observándose recíprocamente, mientras algunos destacamentos hacían incursiones y tomaban algunos lugares y fuertes en los respectivos territorios; y en esta situación terminó la campaña de 1711.

Pero tiempo es ya de que retrocedamos á principios de 1710, con objeto de apreciar lo ocurrido en Flandes.

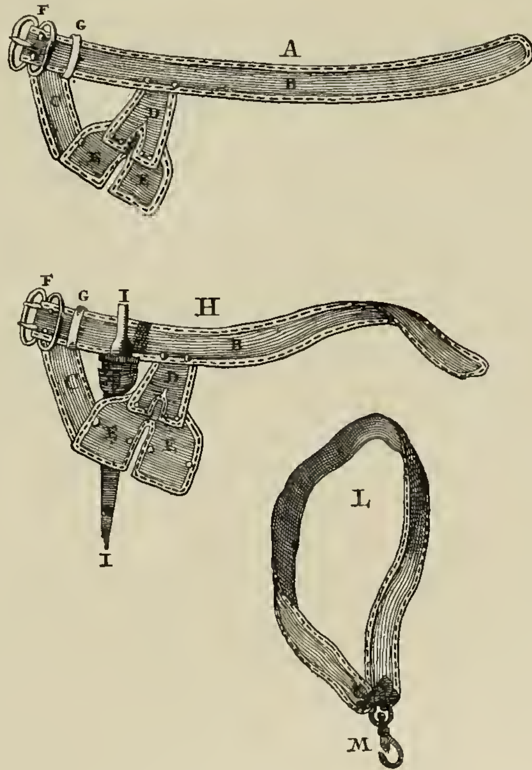
Ya dijimos las malas condiciones en que Luis XIV se encontraba al abrirse esta campaña y los esfuerzos que hizo para conseguir la paz. Para colmo de males, á la falta de dinero, de vituallas y de soldados, tenía que agregar la de Villars, aun no restablecido de la grave herida que en Malplaquet recibió. Ocupó el lugar de éste una medianía y, contra lo que esperaba Luis XIV, Eugenio y Marlborough, á mediados de Abril, es decir, antes del tiempo en que habitualmente se daba comienzo á las operaciones, cayeron sobre las líneas del Artois con 60,000 soldados. Sorprendido Montesquieu, que así se llamaba el mariscal francés, apenas tuvo tiempo de replegarse sobre Cambray, y los enemigos, rotas las líneas entre Douai y Lille, atacaron el 23 de Abril la primera de estas plazas, y la ganaron el 25 de Junio, sin que pudiera evitarlo la presencia de Villars y Berwick que á fin de Mayo intentaron socorrerla. Colocóse entonces Villars de manera que pudiese cubrir la plaza de Arras y las que nos quedaban en el Escalda, y los generales enemigos, que, rendidas Douai y Bethume, querían arrollarle, imposibilitados de hacerlo por mandato de los Estados holandeses, limitáronse á ganar á Saint-Venant y Aire. Con esto quedaba rota la frontera francesa y una nueva campaña podía allanar á los aliados el camino de París, para dictar en la misma capital las condiciones de la paz á Luis XIV; pero, cuando más abatido se hallaba éste, un imprevisto cambio político le puso á salvo de este gravísimo peligro. Hubo en Inglaterra una modificación ministerial, perdió el favor de la reina Marlborough y se hizo cargo de la dirección de los negocios un personaje inclinado á Francia; con lo que la inteligencia entre los políticos de ambas naciones no tardó en ser un hecho, y aunque no se logró un acuerdo hasta Octubre de 1711, lo cierto es que Inglaterra dejó de enviar socorros á los aliados en España y no prosiguió la ofensiva en Flandes. Los preliminares para la paz entre las dos naciones encerraban el reconocimiento de la reina Ana, la demolición de Dunkerque, la cesión de Gibraltar, Menorca y San Cristóbal á los ingleses, el pacto por treinta años para la trata de negros, ciertos privilegios para el comercio inglés en España y en las orillas del Río de la Plata. Respecto á las demás potencias, ofrecíase á Baviera la cesión de Flandes, así como ciertas plazas fronterizas al imperio, con objeto de constituir una *barrera*. Tales condiciones parecían á Felipe V sobrado duras, pero las instancias de Luis XIV y las influencias de la Ursinos, consiguieron vencer la resistencia del monarca español, quien se avino á no instar para que se admitieran en el Congreso de Utrecht sus plenipotenciarios y á dar plenos poderes á su abuelo para terminar la negociación.

Pero mientras las naciones cambiaban notas y los políticos consagraban sus cuidados á los preliminares de la paz, que por la elevación del archiduque Carlos al trono imperial se miraba no lejana, no habían cesado en absoluto las operaciones militares. A mediados de Abril, Eugenio y Marlborough pusiéronse en movimiento contra la ciudad de Arras, y Villars, que proyectaba atacarles en las llanuras próximas á dicha plaza, vióse reducido á la defensa de las líneas que se desarrollaban desde el Mosa á la costa y que estaban formadas por los ríos Canche, Escarpa, Sau-

zet, Escalda y Sambre, entre si enlazados por trincheras. Limitáronse á observarse ambos ejércitos, disgregaron luego parte de sus fuerzas, y después de haber intentado Marlborough romper las lineas francesas á través del Sauzet, peligro que logró conjurar Villars, cayó sobre Buchaim, de la que en 12 de Septiembre se hizo dueño. Con esto terminó la campaña, aunque no fecunda en resultados, más activa que allende el Rhin, donde los beligerantes limitáronse á observarse. Esta inacción, que así mismo se nota en 1711 aquende los Alpes y en España, ya hemos dicho que se explica por los propósitos que abrigaban Inglaterra y Francia. De todas las naciones que tomaron parte en la alianza, Austria era la única empeñada en sostener la lucha, y por eso, cuando á fines de este año Marlborough fué depuesto del mando militar, comisionó el Emperador al príncipe Eugenio para que en Londres inclinara los ánimos á la guerra; y él mismo apercibióse á continuarla y se dispuso á impedir, por todos los medios, las conferencias para la paz general; pero como Eugenio no consiguiera su objeto en la corte inglesa y como todas las potencias hubieran enviado sus plenipotenciarios á Utrecht, el Emperador vióse obligado á efectuarlo también, sin perjuicio de hacer un supremo esfuerzo en la siguiente campaña; porque, como era de presumir, la primavera de 1712 llegó antes que los diplomáticos se hubieran puesto de acuerdo, influyendo en esta dilación la circunstancia de haber muerto en Febrero los inmediatos herederos del trono de Francia. Esto dió lugar á nuevas exigencias por parte de Inglaterra, interesada, como es de suponer, en que Felipe V no reuniera las dos coronas. Empero, Felipe optó por la de España, y esta resolución influyó ya de un modo decisivo en la campaña de dicho año; porque el general inglés Ormond, que habia reemplazado en los Paises Bajos al célebre Marlborough, recibió orden de no tomar parte alguna en las operaciones, gracias á la cual el mariscal francés Villars, que fué á tomar el mando del ejército, encontróse en mejor disposición para hacer frente al enemigo.

Era el plan del príncipe Eugenio, al comenzar esta campaña, invadir el territorio francés por San Quintin; pero viéndose abandonado de los ingleses, concretóse, por de pronto, á sitiar la plaza de Quesnoy, que ganó el 4 de Julio, después de repetidos ataques. En este intervalo Francia é Inglaterra ajustaron una tregua de cuatro meses, y el general Ormond, á consecuencia de ella, pasó á ocupar, según lo convenido, la plaza marítima de Dunkerque; mas aun asi, Eugenio, dueño del territorio que se extiende entre el Escalda y el Sambre, era muy superior en fuerzas á Villars; y como por añadidura se agregaron á él los mercenarios alemanes que militaban con Ormond y algunas tropas llegadas de Hungria, no desistió de avanzar hacia la frontera francesa, marchando, tan presto ganó á Quesnoy, hacia el Selle, en cuya opuesta margen formó su ejército Villars. Corriéndose entonces por su izquierda, Eugenio fué á atacar la plaza de Landrecies, con el objeto de asegurar su base de operaciones, antes de proseguir la ofensiva. Era un plan por extremo audaz, plan cuyo único objeto se reducía á caer sobre París, sin más detención que la toma de Guisa. El ejército imperial dividióse en tres cuerpos, y mientras uno de ellos sitiaba á Landrecies, otro colocado junto al Escaillon protegia el sitio, y el tercero, situado en Denain, aseguraba la conducción de los convoyes, desde Marchies, donde se hallaban los almacenes, hasta Landrecies. Marchies se hallaba sobre el Escarpa y enlazada al campo atrincherado de Denain, sobre el Escalda, gracias á las viejas lineas francesas de 1709, reparadas y completadas por Eugenio; pero era excesiva la distancia que mediaba entre estos tres puntos, pues se estima tan prolongada base en doce á quince leguas. Esta falta de Eugenio, falta que se explica por el desprecio que le inspiraban los franceses, fué ocasión de su derrota; porque Villars, echándolo de ver, concibió el proyecto de cortar la base del enemigo y obligarle á levantar el sitio de Landrecies. Desplegóse al efecto entre esta plaza y Cambray, cruzó el rio Selle y amagó las lineas de circunvalación de Landrecies; pero mientras así distraia la atención de Eugenio, su caballeria repasaba el río é impedía la llegada de avisos, y un cuerpo de infantería tomaba la vuelta del Escalda y echaba algunos puentes sobre este río por Neville, entre Buchaim y Denain. No tardó en seguirle el grueso del ejército á favor de las sombras de la noche (23-24 de Julio), y al amanecer del 24, mientras un cuerpo de ejército del ala izquierda francesa atacaba á Marchies, el grueso con Villars, pasaba el Escalda, caía sobre las líneas enemigas, vigorosamente defendidas, y se daba la mano con la guarnición

francesa de Valenciennes. En aquel instante, advertido Eugenio, acudió á conjurar el peligro, pero el combate entablado en el campo de Denain, aunque obstinado y rudo, terminó victoriosamente para Villars, costando á Eugenio 8,000 soldados. Ganado el campo de Denain, llave de las posiciones enemigas, los días siguientes se apoderó Villars de casi todos los puntos ocupados por el general austriaco á lo largo del Escarpa, y el 30 rindió á Marchies. Engrosado después su ejército por las guarniciones de las ciudades marítimas, Villars se vió en poco tiempo superior al enemigo,



CINTURONES DE INFANTERÍA Y CABALLERÍA, Y PORTA-MOSQUETÓN

A Cinturon para la caballería
B Correa.
C Travesaño.
D Travesano
E Pendientes.
F Hebilla.
G Sujeta-cabos.

H Cinturones de infantería y dragones.
I Bayoneta de dragones y fusileros, con mango de madera.
K Porta-bayoneta.
L Bandolera de caballería ó porta-mosqueton
M Anillo con gancho para sostener el mosquetón.

muy debilitado por las grandes pérdidas que por aquellos días tuvo; y de esta circunstancia se aprovechó el francés para ganar las plazas de Douai, Quesnoy y Buchaim, sin que Eugenio pudiera evitarlo (Setiembre-Octubre). No fué, sin embargo, lo más sensible para éste la pérdida de dichas villas, sino la del material que alguna de ellas contenía, pues en Quesnoy, como en Marchies, se encontraron centenares de cañones y gran acopio de pólvora y balas.

La conquista de Buchaim es el último hecho de esta campaña y de esta guerra; porque en los

demás teatros apenas habíase verificado operación que merezca mencionarse. Ya en este tiempo se hallaban muy adelantadas las negociaciones, y si algún obstáculo insuperable opusiérase á ellas, los resultados alcanzados por las armas francesas hubiéranlo vencido. Felipe V anunció en Abril (1712), al Consejo de Castilla, su resolución de renunciar á la corona de Francia, cuya renuncia presentó á las Córtes el 9 de Noviembre. Luis XIV, viendo que los plenipotenciarios alemanes diferían la conclusión del tratado, acordó firmar por separado uno con Inglaterra, otro con Holanda, otro con Portugal, otro con Rusia y otro con Saboya. Respecto al Imperio, sólo consiguieron las potencias la promesa de que sus tropas evacuarían el principado de Cataluña y las islas de Mallorca é Ibiza.

Merecen ser conocidos, por lo que á España afecta, los más importantes artículos de los tratados que Francia celebró con Holanda y Saboya. Eran los del primero: «que Francia restituiría y haría restituir á los Estados Generales y á favor de la casa de Austria lo que el francés ó los otros príncipes ocupaban en la Flandes española que poseía Carlos II, y que se formaría una barrera en los Países, reservándose en el ducado de Luxemburgo y de Limburgo una población que rentara veinte mil escudos, y que se erigiera en principado para la princesa de los Ursinos; que los Países Bajos españoles cedidos por el rey D. Felipe al elector de Baviera, los cediese éste en el mejor modo á los Estados Generales á favor de la casa de Austria; que el Elector conservase los ducados de Namur, Luxemburgo y Charleroy con sus dependencias, hasta que le fuesen restituídos sus Estados; que el rey Cristianísimo cedería Menin, Tournay, Furnes y otras ciudades que se señalaban; que los Estados Generales restituirían al francés Lille y otras plazas de que se haría mérito, con sus rentas y subsidios y sus pertrechos de guerra; que en los Países Bajos católicos se mantendrían los mismos usos y costumbres que antes, iglesias, comunidades, tribunales y todo lo perteneciente al libre ejercicio de su religión; canje mutuo de prisioneros, etc., etc.» Eran los segundos: «Restitución al duque Víctor Amadeo de todos sus Estados de Saboya y Niza, sin reserva alguna; cesión por parte del rey Cristianísimo de todo lo que está de las vertientes de los Alpes á la parte del Piamonte, y del Duque al Rey de Francia del valle de Barcelonetta, de modo que la mayor altura de los Alpes sirviera en adelante de división entre Francia y Saboya; cesión del reino de Sicilia por parte del Rey de España al duque de Saboya; sucesión de la casa de Saboya á la corona de España en los términos de la renuncia del Rey católico; rectificación del tratado de 1703 con el Emperador, y de los de Munster, Pirineos, Nimega y Riswick, en lo perteneciente al Duque, etc. (1).» España, que hubo de aceptar estos dos tratados, por los que se vió despojada de los Países Bajos y la Sicilia, firmó á su vez otros dos con Inglaterra y Saboya; el primero haciendo á aquella potencia la cesión del *asiento* ó trata de negros en la América española, y el segundo ratificando la cesión de la Sicilia hecha á Víctor Amadeo (2).

Tal fué el resultado conseguido por el famoso congreso de Utrecht, cuya obra completó al siguiente año el de Rastadt. La paz se obtuvo, como se ve, á costa de España, y la gloria que algunos historiadores quieren dar al monarca francés es sólo digna de figurar en oficiales elogios.

(1) Lafuente, *Historia general de España*, Tomo XVIII, páginas 304 y 341.

(2) Los tratados de paz que Francia firmó separadamente con cada una de las potencias representadas en Utrecht, y de que acabamos de hacer mención, llevan la fecha de 14 Abril de 1713. El que España firmó con Inglaterra, la de 13 de Mayo, y el que ajustó con Saboya, la de 10 de Junio. El 13 de este mismo mes y año, España firmó un nuevo tratado particular de paz con Inglaterra, sobre las bases de los demás de Utrecht, y en el que, después de consignadas las renuncias mutuas de los príncipes de Francia y España, el reconocimiento de la reina de la Gran Bretaña y sus sucesores, el libre comercio y navegación, y la concesión del asiento de negros, se expresa la cesión de Gibraltar y Menorca á los ingleses, la del reino de Sicilia al duque de Saboya, con otros extremos menos importantes. El tratado especial de paz con Holanda no se firmó hasta el 26 de Junio de 1714 y basóse también sobre las condiciones ya estipuladas entre Francia, Inglaterra y aquella república. Referíase en su mayor parte á la fijación de los mutuos derechos de comercio entre españoles y holandeses. Por último, el 6 de Febrero de 1715, llevóse á feliz término el tratado particular de paz entre España y Portugal, de cuyo cumplimiento salió garante Inglaterra. Cedíase por el monarca español el territorio y colonia del Sacramento en el Río de la Plata, obligándose aquél á dar un equivalente «á satisfacción de S. M. Fidelísima.» Restituíanse las plazas de Alburquerque y Puebla de Extremadura y se estipulaba el pago de lo que se adeudaba desde 1696 á la Compañía portuguesa por el *asiento* de negros. El comercio entre portugueses y españoles se restablecía en las mismas condiciones que antes de la guerra. Todavía estuvo reunido el Congreso hasta otoño de 1716, y fué necesaria la diligencia y energía del mariscal Villars y del príncipe Eugenio de Saboya para zanjar diferencias y concluir la paz de Francia y el Imperio, que el 7 de Setiembre firmaron en Rastadt los representantes de ambas potencias.

«Por ir contra Luis XIV, dice atinadamente un escritor español, perdió España mucho; por ir en favor suyo pierde todo.» Así fué en efecto; pero si Luis XIV sacrificó á sus conveniencias y á sus apuros España, no le fué en zaga el emperador de Austria respecto á Cataluña; porque más olvidadizo, y sobre todo más ingrato, abandonó á la pobre Cataluña, qne heróicamente defendió su trono, al triste destino de los pueblos conquistados.

El Emperador ya hemos dicho que hizo los esfuerzos imaginables para estorbar la inteligencia de las potencias que se hallaban representadas en Utrecht. No pudo conseguirlo, y cuando se avino á pactar con ellas, su empeño en no renunciar á la soberanía de España, las Indias y Sicilia dió lugar á que continuara la guerra. Habíase, no obstante, obligado á que sus tropas evacuaran el principado de Cataluña, y esto fué lo que en Marzo de 1713 ordenó ejecutar; pero estaba resuelto á luchar en Alemania, donde contaba con el apoyo de los príncipes del imperio; y á fin de poder reunir todas sus fuerzas en las orillas del Rhin, celebró con los Estados del Norte de Italia un tratado de neutralidad. Fué cálculo errado, pues el experto Villars hizo una tan vigorosa y brillante campaña allende el Rhin que le puso en el triste caso de hacer la paz que tanto repugnaba. Spira, Landau, Friburgo, habían caído en manos de los franceses sin que el príncipe Eugenio lograra evitarlo, y este ilustre guerrero, al que tanto debían las armas imperiales, no vaciló ya en aconsejar que se pactara; sólo que en esta ocasión los caudillos de ambos ejércitos fueron quienes se encargaron del concierto. Entrado el año de 1714 y aprobados los preliminares de paz por la Dieta del Imperio y las respectivas córtes, firmáronse éstos; y en su virtud Austria quedó en posesión de los Países Bajos, el reino de Cerdeña y lo que ya ocupaba en Italia; los Electores de Colonia y Baviera fueron restablecidos en sus Estados, y Francia se obligó á restituir la ciudad de Friburgo, Vieux Brissach y el castillo de Kekl. En lo que atañe á las plazas alemanas fronterizas atuviéronse los contratantes al tratado de Riswick y no se hizo mención alguna del principado que para la Ursinos tratábase de erigir. Este tratado lleva el nombre de Rastadt y se firmó el 1.º de Marzo de 1714, ratificándose por las potencias en Baden á mediados de 1716.

Tal fin tuvo en Europa la célebre guerra de Sucesión, de la que sólo nos queda por describir el triste epilogo, ó sea el memorable sitio de Barcelona.

Al expirar el año 1711, dijimos que la dominación austriaca sólo tenía en el Principado tres plazas fuertes: Barcelona, Tarragona y Cardona. Vendome, que á fines de dicho año puso sitio al castillo de esta plaza, había tenido que retirarse de ella por la falta de recursos y con gran pérdida de gente; y su repentina muerte ocurrida en Vinaroz el 11 de Junio de 1712, dejó en el ejército un vacío difícil de llenar. Pero este contratiempo fué menos sensible desde el momento en que Inglaterra ordenó á sus tropas la evacuación de Cataluña; porque el príncipe de Tilly, á quien se dió el mando del ejército, hallóse con suficiente número de batallones para hacer frente al enemigo. Transcurrió todo el año sin otro acontecimiento de importancia que una tentativa frustrada de Staremberg contra Rosas; llegó la primavera del siguiente y el enemigo pasó el Ter, con bastantes tropas y con intento de bloquear á Gerona, oportunamente abastecida por nuestro ejército. Desde aquel momento las cercanías de la inmortal ciudad fueron teatro de escaramuzas y ataques en que por una y otra parte se vertía mucha sangre con éxito vario; pero el enemigo, oportunamente reforzado, consiguió, al fin, que el hambre cundiera entre los sitiados y les ocasionara numerosas bajas. Cuando se hallaban reducidos al último extremo, la presencia de Starembeg fué como señal inequívoca de una pronta rendición. La noche del 15 al 16 de Diciembre (1712) dióse un impetuoso asalto por distintos lados del recinto, siendo vigorosamente rechazados los imperiales, repitiéronse los ataques y alarmas lo restante del mes, animados los gerundenses por la noticia de que el duque de Berwick se aproximaba desde Perpiñán con el socorro, y ganosos los enemigos de apresurar la rendición antes de que aquél se arrimara á la plaza. Pero Berwich, haciendo marchar con gran celeridad á su gente, logró cruzar el 31 de Diciembre (1712) el Ter, y Staremberg levantó el 2 de Enero de 1713 su campo retirándose á Barcelona. El sitio de Gerona habíase prolongado nueve meses y es una de las muchas páginas gloriosas que ofrece la historia de esta esforzada ciudad.

Se aproximaba el momento de que los catalanes afectos al Archiduque, quedaran abandona-

dos á sus propias fuerzas; porque ya hemos indicado que, á consecuencia de las negociaciones de Utrecht, estipulóse que las tropas imperiales evacuarían á Cataluña el 14 de Marzo. Abandonó primero la ciudad la esposa del Archiduque, y el 15 de Marzo la escuadra inglesa ancló en las aguas de Barcelona para retirar las tropas alemanas. «Todo el afán de los catalanes, dice un historiador, era que se expresara en el convenio (celebrado en Hospitalet entre los generales alemán y español y los comisionados ingleses) la condición de que se les mantendrían sus privilegios y libertades. Repetidas veces, á instancia suya, intentó Staremberg recabar esta condición de los representantes español é inglés, sin poder alcanzar de ellos más respuesta sino que no les correspondía otra cosa que ejecutar el artículo primero del tratado, reservándose los demás á la conclusión de la paz general. Así, pues, acordóse, sin concesión alguna, y se firmó por todos el 22 de Junio, el convenio en que se arreglaba la manera y tiempo en que habían de evacuar las tropas extranjeras (1).» En tal estado quedaron los catalanes, al alejarse las tropas del que se había llamado su rey; abandonados á sus propias fuerzas y en la triste perspectiva de verse despojados de sus amadas libertades. Y llámese obstinación, terquedad, ceguera, fanatismo, la resistencia que se apercibieron á efectuar demuestra una entereza y una dignidad que muchos pueblos deben envidiar. Claro está que tal resistencia era de todo punto infructuosa; pero el heroismo no se estima por el resultado, y los más gloriosos hechos no han sido otra cosa que grandes sacrificios.

Tan pronto tuvieron noticia los Comunes de Barcelona de lo convenido entre los caudillos y representantes españoles y extranjeros, acordaron enviar á Staremberg una representación con objeto de que suspendiera el embarque de las tropas, hasta tanto que se hubieran reunido los *tres Brazos* en asamblea; pero el caudillo alemán, previendo lo que iba á acontecer, respondió que no podía detenerse y comenzó á embarcar sus tropas junto al Besós. La reunión de los tres Brazos tuvo lugar el 30 de Junio y dió por resultado la creación de una *Junta de guerra* y la declaración de guerra á España y Francia, hecha con todo ceremonial el día 9 de Julio, es decir, dos días después de haber abandonado Staremberg la ciudad (2). Nombróse generalísimo al esclarecido patriota D. Antonio Villarroel, diéronse importantes mandos á los caudillos Baset, Nebot, Ortega, Camprodón y otros, y eligióse para inspeccionar las fortificaciones á D. Francisco Santa Cruz (3).

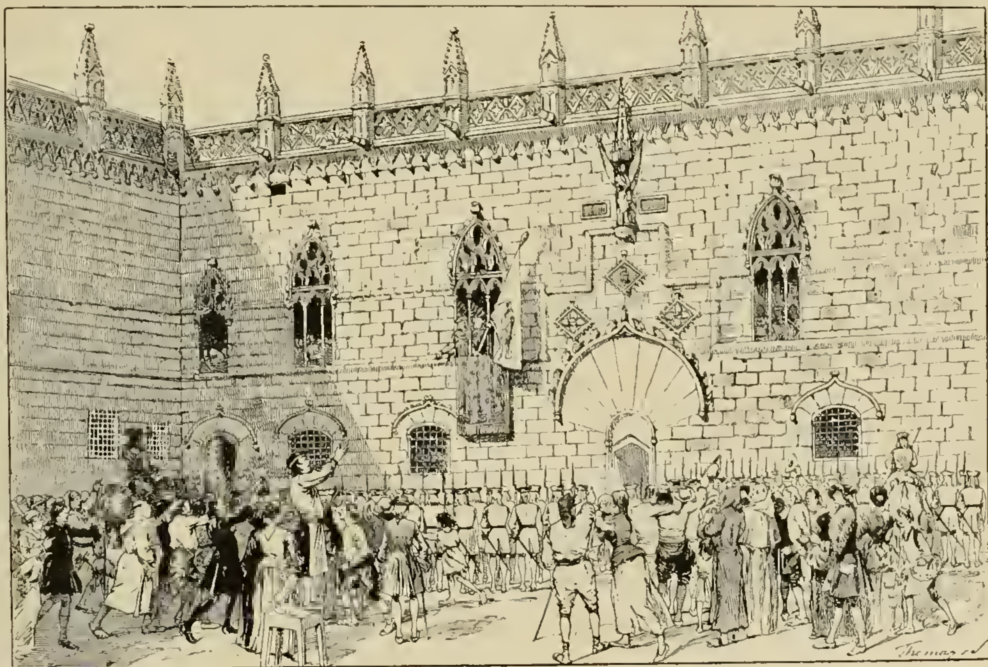
(1) Artículo 1.º de la Convención:—La cesación de las armas comenzará el día 1.º de Julio de este presente año, así por mar como por tierra.—Artículo 2.º—Quince días después, á saber, el 15 de Julio, se entregará á Barcelona, y retendrá á Tarragona la potencia que evacue... y en caso de intervenir alguna dificultad sobre la entrega de Barcelona, aunque no se supone, se entregará á Tarragona y se retendrá á Barcelona...—Artículo 3.º—Después de haberse evacuado una de dichas plazas, sea Barcelona, ó Tarragona, se ejecutará lo mismo con las demás, según expresa el tratado.—Artículo 4.º—Se evacuarán asimismo las islas de Mallorca é Ibiza . etc. Los demás artículos hasta diez se referían á otros pormenores de ejecución.

(2) «Desde el convenio del Hospitalet, manifestada por Staremberg la resolución de embarcar sus tropas, dice el Sr. Bofarull, no se había hablado más de éstas ni de su jefe, y es omisión esta que se nota así en la colección, como en los comentarios de Bruguera; mas por los *Anales consulares* venimos en conocimiento de que, por voluntad, ó por necesidad, el embarque sería lento, y que Staremberg permanecía en Barcelona todavía el 7 de Julio. La interpretación que se daba al retardo de este jefe, según la citada obra, era siniestra, pero quizá fundada (y así no extrañamos el odio que respiran varios escritos contra dicho general), pues tenía empeño en guarnecer á Monjuich con tropas alemanas, sin duda para hacer más fácilmente la entrega, y en el citado día, durante el cual ya hemos visto cuánta efervescencia reinaba en Barcelona, y cuánta actividad desplegaron los Brazos en sus sesiones, intentó nada menos que apoderarse de toda la pólvora y municiones y embarcarlas; mas, averiguado el plan, adelantáronse las autoridades naturales haciendo ocupar á Monjuich por la Coronela, y el Conceller en *cap*, apersonándose con el militar extranjero á quien tantos compromisos debía Cataluña, manifestóle que no permitiría por ningún estilo tal infamia, y tuviese entendido no lo conseguiría, por haberse dado ya orden á los capitanes y soldados de la Coronela, que, en esta parte, no obedeciesen á S. E. Y calcúlese qué efecto produciría en los ánimos esta diatriba, cuando «el Mariscal cesó en sus instancias, y se embarcó, saliendo ocultamente por la puerta falsa de la casa que habitaba, que era la del conde de La Roca, delante de San Francisco, para no ser visto de la guardia que tenía á la puerta principal, compuesta de soldados de la Coronela.» *Historia de Cataluña*, Tomo IX, páginas 83 y 84.

(3) «Las fortificaciones de Barcelona, dice el Sr. de la Llave, se reducían al recinto antiguo de la ciudad, cuya construcción databa del siglo XV y conservaba aún sus torreones; pero se le habían añadido sucesivamente varios baluartes para reforzar la defensa y proporcionar emplazamiento á la artillería; en 1538 se habían construído los baluartes de Levante y Mediodía, en 1552 el baluarte del Rey ó de Santa Madrona, en 1644 la obra exterior que después se transformó en baluarte de San Antonio, hacia 1670 se levantaron los de la Puerta Nueva, el Angel, Santa Clara y San Pedro; en 1693, el de Junqueras, y en 1697 el de Tallers, habiéndose dotado en el mismo año á todo el recinto de glacis y camino cubierto que antes no existía. En todos estos baluartes de trazado muy irregular, el recinto antiguo de torreones cerraba las golas, sirviendo de cortadura ó atrincheramiento interior, los revestimientos eran muy altos, especialmente en las cortinas, y no estaban suficientemente cubiertos por el macizo de tierras del glacis. Como dice el coronel Augoyat, esta fortificación era muy sencilla en apaiencia; pero su principal resistencia consistía en el sólido atrincheramiento que cerraba los baluartes.

»La altura de Monjuich á 205 metros sobre el nivel del mar y á 1,240 metros al SO. de la plaza, no estuvo ocupada hasta 1640 más

El conjunto de las fuerzas catalanas eran: 6 batallones de la *Coronela*, unas 6 compañías de artillería, otras tantas de ingenieros, 3 regimientos de caballería, el de San Jorge, el de San Miguel y el de la Fe; 11 de infantería, con vario efectivo: y varias compañías sueltas que llevaban el nombre de sus capitanes. Desplegóse en la ciudad gran actividad para organizar una buena defensa, y el 24 enarbolóse con gran pompa la bandera de Santa Eulalia en una de las ventanas de la casa del Concejo: hecho de que da idea nuestro grabado. Oportunas fueron las medidas que, decidida á luchar, tomó Barcelona, porque el 25 el duque de Pópuli, generalísimo del ejército



La bandera de Santa Eulalia es enarbolada en la casa del Consejo de Barcelona. (24 Julio 1713)

castellano y virrey, nombrado por Felipe V, de Cataluña, comenzó el sitio de la populosa ciudad.

La historia del célebre sitio de Barcelona en 1713 y 1714 ha sido concienzudamente escrita por

que por una torre de vigías; en este año los catalanes sublevados contra Felipe IV levantaron en 30 días un imperfectísimo fuerte revestido de piedras y barro con cuatro baluartillos en los ángulos, que, artillado sólo con pedreros, fué enérgicamente defendido en 26 de Enero de 1641 contra el asalto que á viva fuerza le dieron las tropas del marqués de los Vélez. Rechazado éste, los barceloneses perfeccionaron el fuerte, que estaba en mejor estado de defensa cuando la plaza fué sitiada por D. Juan de Austria. A fines del siglo XVII se aumentaron las fortificaciones de Montjuich, durante el mando del virrey D. Francisco Velasco, que dejó su nombre á uno de los nuevos baluartes con que se rodeó el antiguo recinto, que, algo transformado, subsistía aún en 1713, al presentarse ante la plaza el duque de Pópuli.

»Durante el sitio que el ejército mandado por el Duque puso á la plaza, ocuparon y atrincheraron los barceloneses varios puestos exteriores. El reducto de Santa Eulalia, á orillas del mar y reunido al baluarte de Levante por medio de un trincherón de barriles y tierra; el reducto de la Cruz de San Francisco, que ocupaba una pequeña altura, donde después estuvo el fuerte Pío, que ha subsistido hasta hace pocos años; el convento de capuchinos del Monte Calvario y el inmediato de Jesús; situados á la derecha del camino de Gracia; el convento de Santa Madrona, en la falda de Montjuich, en cuyas inmediaciones había también varias casas ocupadas por los defensores. El fuerte de Montjuich tenía la comunicación con la plaza asegurada y defendida por una línea de atrincheramientos de campaña que encerraba gran parte de las huertas de San Beltrán; utilísimo ensanche y desahogo de los defensores.» *El vizconde de Puerto en el sitio de Barcelona*, Tomo I, Serie 3.ª de la *Revista Científico-militar*.

el presbítero D. Mateo Bruguera, autor tan diligente en procurarse noticias fidedignas que no vaciló en trasladarse á Viena para inspeccionar los archivos imperiales, consiguiendo así descubrir lo que el terror triunfante tuvo empeño en que desapareciera, y enriqueciendo la historia general con una obra documentada y por lo mismo altamente importante (1). No es, como puede presumirse, una *historia militar;* y para conocer por este nuevo aspecto los sucesos, hay que consultar las *Memorias* de Berwick, los *Diarios del sitio*, por el Teniente general Verboom, y otros papeles sueltos y manuscritos de época que existen en los archivos oficiales; y en poder de algunos particulares (2); pero abrigamos la esperanza de que en breve nuestra literatura histórica se enriquecerá con una importante monografía debida á muy peritísima pluma, monografía de que ya el público conoce algún apunte y el nombre de su autor (3). Lo conocido hasta hoy respecto al célebre sitio, basta, sin embargo, para colocarle entre los más notables de los que en España han tenido lugar, si no militarmente considerado, pues cometiéronse en él grandes errores, por lo menos como causa de heroicos hechos y animosas resoluciones. Ello nos mueve á detenernos en su narración algo más de lo que exigen los obligados límites de esta obra.

Evacuada Tarragona por las tropas imperiales y señores de ella los castellanos, avanzaron en número de unos 20,000 á las órdenes del duque de Pópuli contra la capital del Principado, avistándola el 25 de Julio y comenzando á circunvalarla el 28. El 29 despachó el Duque un mensajero para intimar la rendición y excitar á sus moradores á *implorar la clemencia real;* mensaje á que contestó la ciudad diciendo que estaba dispuesta á defenderse sin que la amedrentara las amenazas; y desde aquel instante redoblaron los barceloneses sus esfuerzos, ya para mejorar las fortificaciones y hacer cortaduras, como para organizar una escuadrilla y secundar los esfuerzos de las partidas que comenzaban á vagar por el territorio. Desgraciadamente para ellos, no era unánime la opinión de los pueblos; y si existían migueletes de Carlos, habíalos también de Felipe; al sagaz y valeroso Nebot, oponían los castellanos el astuto y osado Bracamonte, y el territorio catalán, convertido en hervidero de guerrillas, era teatro de grandes estragos y escarmientos. La villa que daba abrigo á los del partido catalán veía quemadas sus casas y levantada la horca en sus plazuelas; el paisano á quien se encontraba un instrumento cortante era condenado á muerte. Tal sucedió en Manresa y tal en las montañas catalanas, donde aun hemos alcanzado á ver los cuchillos de uso casero sujetos á la mesa con férrea cadena.

No hizo el sitio progreso de importancia en todo el año 1713, y establecidos que fueron los cuarteles castellanos en el Hospitalet, Collblanch, Sarriá, Gracia, Manso Guinardó y San Martín de Provensals, limitóse Pópuli á disgregar de su ejército 3,000 hombres al objeto de oponerse á la organización de fuerzas catalanas en los pueblos del Principado, y se concretó á tener bloqueada la ciudad, sin duda alguna en espera de que le llegaran refuerzos y que las últimas tropas austriacas que en Cataluña quedaban se hubieran embarcado, como lo efectuaron á fines de Agosto los batallones que aun quedaban en la villa y castillo de Hostalrich. Sin embargo, el bloqueo que el duque de Pópuli tenía establecido por tierra y mantenían por mar seis galeras y tres navíos castellanos, no impidió que la ciudad recibiera por mar socorro de hombres y vituallas; y como el caudillo catalán Villarroel notara, el 21 de Agosto, algún movimiento, en el extremo del cordón enemigo, hacia Levante, rompió la plaza el fuego en dicho día é hicieron sus defensores una salida que causó numerosas bajas por ambas partes. El cañoneo fué respondido durante los días 23 y 24. El 25 intentaron los castellanos extender su línea por la derecha hasta el mar, interceptando el paso entre Montjuich y la ciudad, lo que no consiguieron. Dos navíos de la escuadrilla catalana fueron apresados el 1.° de Septiembre, y, reforzada ésta, consiguió, á su vez,

(1) *Historia del memorable sitio y bloqueo de Barcelona y heroica defensa de los fueros y privilegios de Cataluña en 1713 y 1714*, etc., escrita y acopilada por D. Mateo Bruguera, presbítero.—Barcelona, 1871.

(2) D. Conrado Roure, entre otros, á quien pertenece el original del plano de este sitio, y el Sr. García Martín, que posee un manuscrito de la época, en el que figuran los *Diarios* de Verboom.

(3) D. Jaoquin de la Llave consigna en el interesante trabajo «El Vizconde de Puerto en el sitio de Barcelona», *Revista Científico Militar*, Tomo I, Serie 3.ª, que tiene reunidos los materiales para escribir la historia militar de este famoso sitio.

apoderarse de un bajel enemigo. A todo esto, Barcelona prosiguió sus armamentos, se repetían las salidas, á causa del empeño de los sitiadores en dominar la falda de Montjuich, y los somatenes catalanes, bajando de las inmediatas montañas, hostigaban constantemente al sitiador. Pero ¿qué esperanzas podía abrigar la ciudad, desde el momento en que el Emperador la había abandonado á sus propias fuerzas y la reina de Inglaterra, en quien puso sus confianzas, como mediadora, hacía otro tanto? (1). A pesar de la constancia y el valor de sus defensores, acreditadas de nuevo en la vigorosa salida del 6 de Septiembre, y no obstante el tesón de Villarroel, la falta de recursos y ciertas desavenencias entre este caudillo y la Diputación, debían producir sus efectos, que pone de manifiesto el citado general en su carta al Emperador. «La milicia es poca, le dice, y sucede así por la reflexión antecedente; hay falta de oficiales y generales, y del que debe mandar en jefe, porque mis talentos y experiencia tienen conocida limitación...» Y por añadidura, frustrado el propósito de romper las líneas enemigas de concierto con los somatenes, ya no pudo confiar la ciudad en mejorar su situación.

En honor de la verdad nos parece increíble que por este tiempo aun Barcelona reconociera como soberano al olvidadizo emperador Carlos de Austria, que, más atento á la satisfacción de su orgullo que á los sacrificios de Cataluña, exigía por estos días condiciones de paz inaceptables, careciendo de medios para sostener en España tales exigencias. Cinco meses llevaba ya de bloqueo Barcelona; en Cataluña proseguía la guerra; la villa de Cardona había sufrido en Noviembre corto é infructuoso sitio de los franco-hispanos; en el llano y en las montañas de Vich, en Manresa y Cervera, en Puigcerdá y Solsona tenían lugar serios encuentros; de Mallorca y Cerdeña llegaban á la ciudad pequeñas y ligeras naves con vituallas y socorros; y si por una parte parecía que no había propósito de renunciar al cerco, la facilidad con que Barcelona recibía víveres contribuía á su prolongación. No deja, por otra parte, de ser curioso el hecho de haber sido la ciudad, la primera que lanzó bombas al campo enemigo (30 Noviembre); pero si esto demostraba grandes alientos por parte de los sitiados, la carta que á principios de año dirigió desde Cardona á los Concelleres de Barcelona D. Manuel Desvalls, encargado de levantar los somatenes, es triste y verídico cuadro del estado de Cataluña. Hasta el 3 de Abril de 1714 no empezó el bombardeo contra la ciudad, el cual bombardeo, efectuado desde el Clot (2) por una batería de seis morteros, fué contestado por otros tantos cañones situados en el reducto de la Cruz de San Francisco, y suspendido el 9, á causa de haber llegado un correo de Madrid, con orden de que no se continuara hasta conocerse las conclusiones de la paz de Rastadt, entre Luis XIV y el Emperador; é inútil es decir los ánimos que

(1) Firmóse, según ya hemos indicado, á mediados de este año (13 de Julio de 1713) el tratado particular de paz entre Felipe V y la reina de Inglaterra, tratado que se redactó sobre las bases de los demás de Utrecht, y de que conviene hacer aquí especial mención por un artículo relativo á Cataluña, que en sustancia era: «Por cuanto á la reina de la Gran Bretaña insta para que á los naturales del Principado de Cataluña se les conceda el perdón y la posesión y goce de sus privilegios y haciendas, no solamente lo concede S. M Católica, sino también que puedan gozar en adelante de aquellos privilegios que gozan los habitadores de las dos Castillas.» Basta fijarse en los términos en que está redactado el artículo para comprender que envolvía la cláusula de la abolición de los fueros de Cataluña; lo que en verdad no era aquello que prometieran los plenipotenciarios ingleses en Utrecht, ni la corte de Londres á los enviados catalanes; ni aun el mismo tratado de evacuación, cuyo artículo noveno decía: «Respecto de que los plenipotenciarios de la potencia que hace la evacuación insisten en obtener los privilegios de los catalanes, y habitadores de las islas de Mallorca é Ibiza, que por parte de la Francia se ha dejado para la conclusión de la paz, *ofrece S. M. Británica interponer sus oficios para lo que conduzca á este fin*». Esta mala fe con que obraron las potencias, y especialmente la Inglaterra, descorazonó á los enviados catalanes en la Haya y Londres, uno de los cuales, Ferrán, que se hallaba en la Haya, en 11 de Agosto escribía ya á los Concelleres estas frases: «Tengo suplicado á V. E. el permiso de poderme volver á mi patria, y hoy de nuevo lo solicito, pues aunque en todas partes soy inútil, me quedará el consuelo de acabar esta *desgraciada incumbencia*, y servir más de cerca á V. E.» ¡Qué desconsoladora lección encierran estas negociaciones! ¡Cuán grande la ingratitud del poderoso contra el débil! ¡Qué refinado egoísmo el que informa las decisiones diplomáticas!...

(2) «El 3 de Abril, dice el Sr. la Llave, se rompió el fuego con los seis morteros que se habían puesto en batería detrás de la línea de contravalación y cerca del Clot, á la distancia de 2,600 metros de la Puerta Nueva. Resultaba esta batería á unos 1,500 metros del centro de la ciudad antigua, ó sea de la Plaza de San Jaime, y á 3,500 metros del límite de la población por la parte que se denominaba entonces el Arrabal, ó sea la derecha de la Rambla; su fuego no podía ser muy eficaz, y así, lejos de conseguir gran resultado, los habitantes de la parte más expuesta se refugiaban en las huertas de San Beltrán al pie de Montjuich, donde estaban fuera del alcance de los morteros.»

«Es frecuente, añade á guisa de consideración el citado autor, que los sitiadores de una gran fortaleza para cuyo ataque dispongan de pocas fuerzas, recurran al bombardeo como medio de intimidación; á veces este medio da resultados, pero es necesario emplearlo con oportunidad y energía. Si á los pocos días de llegar las tropas reales frente á Barcelona hubiesen empezado á bombardear con veinte ó treinta morteros, tal vez, decaído con ello el entusiasmo de los barceloneses, se hubieran sometido; pero romper el fuego después de ocho meses de inacción con sólo seis morteros, á nada podía conducir.»

con esto cobraron los sitiados. Contribuyó á fortalecerles en su engaño, la ambigua carta que á fines de Marzo recibieron de Carlos, en que les decía haber pactado, *conservando sus derechos* (1), tanto es así, que nombraron comisionados para ir á felicitar al general francés por la conclusión de la paz. Pero esta ilusión hubo de desvanecerla el marqués de Guerchy (que en ausencia, sin duda, de Pópuli, mandaba por aquellos días), pues aseguróles que, de no someterse la ciudad, proseguiría el sitio; y, en efecto, el 2 de Mayo continuó el bombardeo.

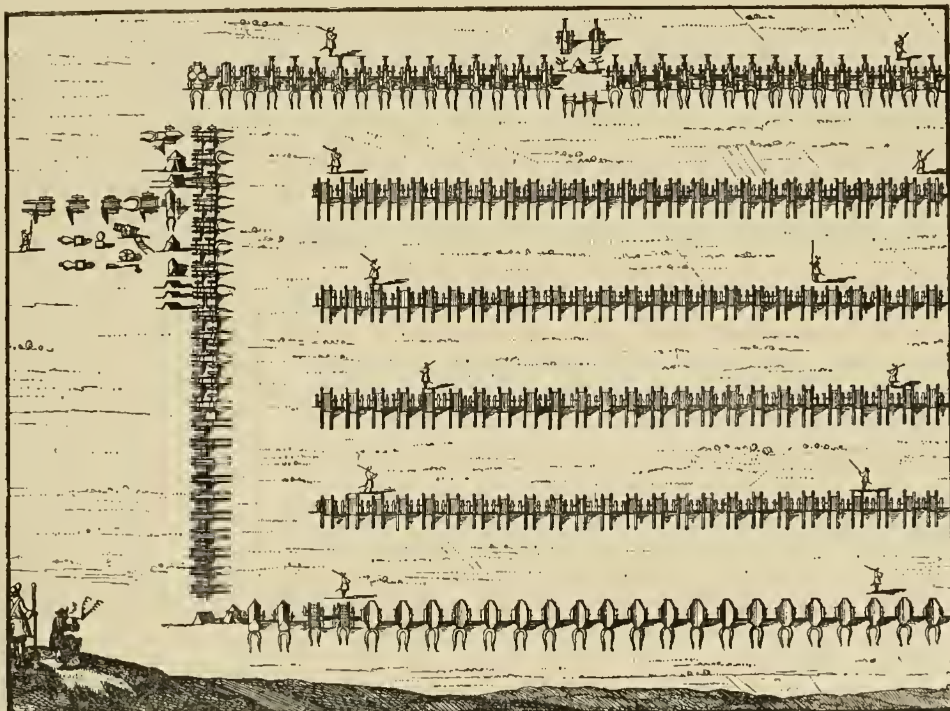
No había ya esperanza alguna para los barceloneses. Desde París avisaban á los Concelleres que se hacían grandes aprestos de gente y material para el sitio de Barcelona, que Felipe había solicitado de su abuelo la venida de Berwick á Cataluña, para dirigir el sitio; y así era en efecto, porque firmado el tratado de paz de Rastadt el 14 de Marzo, Luis XIV, el mismo que en unión con la reina de Inglaterra había ofrecido interceder por los catalanes, determinó enviar al monarca español 20,000 hombres, mandados por el duque de Berwick para someter á Barcelona. A esto obedeció la lentitud que se observa en el sitio desde fines del año 1713. Pero á últimos de Mayo fué cambiando el estado de cosas; las tropas francesas de Provenza, Gascuña y Auvernia iban reuniéndose ya en el Langüedoc; los castellanos dominaban la montaña con escarmiento de guerrilleros; y de las entrevistas celebradas entre el representante de la ciudad y los comisionados reales, no había resultado acuerdo alguno. Si hemos de creer á Bruguera, llegó aquél á prometer la obediencia, á trueque de la conservación de los privilegios; á lo que, como es de suponer, no accedieron los comisionados; y desde aquel momento, mientras se esperaba la llegada de las tropas francesas, trataron los sitiadores de aprovechar el tiempo emprendiendo un ataque formal al convento atrincherado de los Capuchinos. Era este convento el puesto avanzado de la ciudad más inmediato á los sitiadores, y, por lo mismo, habíanle fortificado convenientemente y tenían en él un fuerte destacamento. Desde el 11 de Mayo comenzaron los sitiadores los trabajos de aproche contra el convento, el 16 rompió el fuego contra él una batería de diez y seis piezas, el 17 se abrieron brechas en sus muros, y la noche del 17 al 18 se dió un impetuoso asalto por 1,800 hombres que mandaba el conde de Esterre. Hubo gran mortandad, y los barceloneses hubieron de retirarse al inmediato convento de Jesús, que volaron por medio de hornillos algunos días después. Desde los Capuchinos trazaron los sitiadores una paralela, y detrás del convento construyóse una batería para veinte morteros, que el 22 de Mayo por la noche rompió el fuego, continuándolo hasta el 7 y reanudándole el 13 de Junio hasta el 3 de Julio; pero aunque esta batería arrojó de 14 hasta 15,000 bombas sobre la ciudad, no amortiguó los bríos de la defensa. La población buscó un seguro en las huertas de San Pablo y San Beltrán, donde se construyeron barracas, y los Concelleres, Diputación y Brazo militar congregáronse en las bóvedas de las puertas. Era ya grande la destrucción de los edificios; pero animaban á los barceloneses las noticias que de Mallorca les traían ligeras embarcaciones, noticias referentes al socorro que el Emperador iba á darles, y esperanzas vanas, porque nada concreto ni categórico encerraban la correspondencia de los embajadores ni á lo que parece cuidaba de ordenarles el Emperador.

(1) Inserta Bruguera esta carta y la extracta Bofarull, mereciendo ser conocidas las siguientes líneas, en cuanto dan idea, así de la terquedad y mala fe del Emperador de Austria, como de la obcecación de sus partidarios, quienes no adivinaban en las ambiguas frases que les dirigía, el solapado proceder de su ídolo.

«...Superando otras dificultades, diferencias y sólidos puntos de mi servicio é interes de mi augusta casa, dice, tuve á bien acordar con absoluta deliberación, el pronto establecimiento de la paz con el rey de Francia, en cuyos capítulos ajustados y convenidos en Rastadt el 6 del presente, *conservando mi justicia, derechos, acción y títulos que como á legítimo rey de España me pertenecen*, vine demostrando el principal objeto de mi real consideración; y teniéndolo á las finísimas operaciones con que habéis granjeado siempre mi real agrado, *sin que por el silencio hayan tenido la más leve interrupción en mi memoria y paternal cariño*, debéis quedar asegurados que se desvelará mi cuidado *á dispensaros las asistencias que pueda arbitrar la posibilidad*, hasta que facilitándose en vuestra mayor satisfacción el correspondiente merecido alivio, sea más proporcionada la disposición á continuar el curso de la justicia, sobre la confianza que me anticipa vuestro valor, constancia y fidelidad.»

Los catalanes creyeron con la mayor buena fe que en Rastadt se habían reconocido los derechos de Carlos, y persuadidos de ello celebraron la paz con público regocijo y comisionaron á Sebastián Dalmáu para que, á nombre de la Diputación, fuese á decir á los generales franceses, que, en virtud del tratado celebrado entre el Emperador y Luis XIV, debían cesar entre catalanes y franceses las hostilidades. Gran trabajo costó persuadirles de que en el tratado de Rastadt no se había hecho mención de ellos, y sólo entonces pudieron reconocer su error, error que no extinguió, desgraciadamente, las esperanzas que aun conservaban.

Prosiguió, pues, el bombardeo, y para rechazarle reforzóse la batería de Tallers, y montáronse otras en el huerto de San Pedro, en la media luna de la Puerta Nueva, en la puerta del Angel y junto á San Francisco de Paula *(Hort den Fabá)* (5 de Junio); á las que el 11 se agregó otra de cinco morteros en la media luna de la Puerta Nueva. El historiador Bruguera da cuenta de una insignificante salida efectuada el 9, así como de los canjes que entre los de la ciudad y los sitiadores se verificaban. Consigna también que la ciudad, ya noticiosa de la llegada de Berwick, esperaba que éste, según costumbre militar, mandaría un trompeta ó delegado con proposiciones ó exi-



Parque de artillería, según la disposición adoptada en Flandes

gencias. Pero ni esto último se verificó ni los barceloneses lograron del austriaco otra cosa que algún socorro metálico.

Llegó, en efecto, el duque de Berwick al campo sitiador con 25 batallones (7 de Julio), resignó el de Pópuli su mando, y el ejército distribuyóse por los cuarteles (1). Pasada, al día siguiente, revista á todas las fuerzas sitiadoras, arrojaron éstas un total de 70 batallones, 51 escuadrones, 87 cañones de batir y 33 morteros, sin contar otras piezas de pequeño calibre. Reunido consejo, se acordó que el ataque se dividiera en derecha é izquierda, encargándose la primera á Verboom

(1) Acompañaban á Vendome, su hijo el conde de Tirmouth, su hijastro lord Lucar, los marqueses de Silly y de Geofreville, los generales Ilion y Dupuis Vauban (éste en clase de ingeniero general), el duque de Montemar, Firmaçon, el mariscal Dasfeldt, el marqués de Manlevrier y los brigadieres Sausay, Turpin y Balievres. Dupuis-Vauban era sobrino del célebre Vauban. Además, iban en el cuartel general gran número de ingenieros y artilleros. De Madrid fueron enviados al ejército de Berwick el príncipe de Robeck, el marqués de Crevecœur y el duque de Havre. Bruguera detalla los cuerpos que componían el ejército francés.

y la segunda á Vauban. El plan que se aprobó fué el de Verboom (1), y el 12 de Julio por la noche abrióse la primera paralela contra los baluartes de la Puerta Nueva, Santa Clara y Levante. La paralela se prolongaba por la izquierda hasta 300 metros de la orilla del mar, y por la derecha hasta la acequia Condal. Este trabajo, hecho bajo la protección de 10 batallones y 300 caballos, no se atrevieron por de pronto á estorbarle los sitiados; pero el día 13 efectuaron una salida divididos en tres columnas, y mientras una de ellas atacaba de frente la paralela, la caballería rebasaba la trinchera por la playa y acometía á los trabajadores, si bien con poca fortuna, porque, socorridos éstos por las tropas de guardia, fueron fácilmente rechazados. Lo que aconteció después de este hecho de armas, debió manifestar claramente á los sitiados el propósito de Berwick, porque habiendo Villarroel mandado á un trompeta á la trinchera, pidiendo nota de los muertos y prisioneros, fué despedido con la advertencia de que no volviese por allí, so pena de ser ahorcado. Prosiguieron los sitiadores con mayor celeridad sus trabajos, y la paralela prolongóse por la izquierda hasta el mar y enlazóse por la derecha, desde la acequia Condal, con los Capuchinos, reforzándose con reductos. Los sitiados construyeron, por su parte, atrincheramientos interiores y traveses por todo el frente amenazado, limpiaron los fosos é hicieron una cortadura junto á la Ribera.

Terminada la obra de la primera paralela, el 15 por la noche comenzóse la segunda, y dos días después las baterías. Sería tarea sobrado prolija enumerar los incesantes esfuerzos hechos por una y otra parte, para adelantar y atajar los progresos del sitio. El cañón de la plaza no dejaba de causar grandes bajas á los atacantes; pero el trabajo se llevaba á cabo con gran actividad, y el 25 de Julio, á las cinco y media de la mañana, todas las baterías del sitiador, que en junto se componían de 84 cañones y 24 morteros, rompieron el fuego contra Barcelona. Un año hacía precisamente que el ejército de Felipe V se había presentado ante la ciudad, tiempo suficiente para poner á prueba el interés de Carlos de Austria, y era de presumir que el sacrificio de Barcelona no tardaría en consumarse. Agotados los recursos pecuniarios, encontrando con dificultad artilleros para servir las piezas, arruinadas á centenares las casas, imposible parece que aun resistiera al sitiador, si no impulsara ya á sus defensores el móvil heroico de los desesperados; el terrible *nullam sperare salutem*. Ya se miraba el 31 de Julio arruinada parte de la cortina de muralla que miraba al baluarte de Santa Clara y media luna del Portal Nuevo, dejando un boquete de 50 pasos, porque durante la noche del 24 desembocaron algunos ramales á la zapa de la segunda paralela y extendiéndose en medias paralelas, permitieron que el sitiador avanzara en dirección de la estacada, que coronaba los salientes del camino cubierto, y que, dueños de él los atacantes, construyeran la tercera paralela y nuevas baterías al pie del glacis. Aunque la brecha era practicable, el sitiador proyectaba, antes de dar el asalto, romper los baluartes de la Puerta Nueva y Santa Clara con las minas, y mientras las nuevas baterías ensanchaban con sus fuegos las brechas abiertas en los días anteriores, hizo que prosiguiera el avance desde la tercera paralela por medio de zapa, hasta ganar las plazas de armas del camino cubierto. La inminencia del peligro, á la par que los grandes estragos que causaba el bombardeo, indujo á Villarroel, el día 3 de Agosto, á ordenar una salida, que llevó á cabo el general Bellver, con gran éxito, si hemos de creer á los de la ciudad; sin resultado alguno, en el mero hecho de que no rompió el cordón: que en casos tales, aun cuando se originen al sitiador algunas bajas, no se consigue otra cosa que acreditar heroísmo. Igual consecuencia produjo otra salida efectuada el día 15 contra las baterías del convento de Jesús; y como si el enemigo quisiera castigar tal osadía, redobló á partir del 6 su fuego.

(1) Este ilustre ingeniero, que había estado preso en Barcelona desde Agosto de 1710 á Marzo de 1712, conocía perfectamente las fortificaciones de la plaza, y cuando el duque de Pópuli proyectó á fines de Abril de 1713 atacarla, propuso que se efectuara el ataque por el frente de los baluartes de Santa Clara y Puerta Nueva. El Sr. de la Llave da las siguientes noticias biográficas de este personaje: «D. Jorge Próspero de Verboom, que fué después marqués de Verboom y capitán general de ejército, era natural de Amberes, donde había nacido en 1665, fué uno de los mejores discípulos del célebre Medrano, en cuya Academia militar, establecida en Bruselas, estudió la profesión de ingeniero, que ejerció al servicio de España desde el principio de la guerra de la liga de Augsburgo. En 1692 fué nombrado ingeniero mayor y cuartel maestre general de los ejércitos españoles en los Países Bajos, y en 1709 se le llamó á España, se le confió la organización del cuerpo de ingenieros, que efectivamente llevó á cabo, y en 13 de Enero de 1710 fué nombrado ingeniero general y cuartel maestre general de los reales dominios y ejércitos. En 1720 organizó la Academia militar de Barcelona, en cuya ciudad falleció el 19 de Enero de 1744. Además de ingeniero general era gobernador y castellano vitalicio de la Ciudadela de Barcelona, cuya fortaleza había sido proyectada por él y construída bajo su dirección.»

Ya no eran de esperar por este tiempo, ni socorros del exterior ni conmiseración del atacante. Berwick anunciaba por medio de un bando que ahorcaría á cuantos paisanos encontrara armados, y su conducta con los sitiadores hacía presumir terrible escarmiento; Villarroel, conociéndolo así, había jurado morir antes que entregarse, y el momento de cumplir esta palabra iba aproximándose. El 9 Barcelona tenía sus defensas dispuestas para recibir el ataque; el 11 observaron los sitiados que las galerías de la mina se extendían á través del foso; y el 12, puestas en movimiento las columnas atacantes, se dió fuego á los hornillos de la mina fabricada contra la Puerta Nueva y voló el ángulo flanqueado de su baluarte. Inmediatamente avanzaron dos columnas contra este baluarte y el de Santa Clara, regida la primera por el brigadier Resves y la segunda por el de igual clase vizconde de Puerto. Dos compañías de granaderos, apoyadas por otras dos, treparon á la brecha inmediata á la Puerta Nueva y consiguieron con gran esfuerzo desalojar á sus defensores; pero al llegar junto á la muralla interior de la gola del baluarte, el nutrido fuego de los sitiados obligóles á su vez á replegarse hasta la brecha. No pudiendo sostenerse allí, porque se hallaban á descubierto por el flanco, y siendo muy estrecha la brecha para acomodarse en ella, viéronse los granaderos en muy apurada situación, y como los barceloneses atacaran con mucho vigor el baluarte y desembocaran con gran brío en el foso, tuvieron los granaderos que retirarse de la brecha, dejando en ella la mitad de la gente. Idéntico fracaso tuvo el ataque dado contra la brecha del baluarte de Santa Clara, porque, alojados ya en ella los asaltantes, obligáronles también los sitiados á retirarse mediante un ataque secundado por el nutrido fuego de la muralla interior. Ocurrió en esta función, lo que era de presumir: grandes bajas por una y otra parte, redundando en mayor perjuicio de los de la ciudad, que no podían cubrirlas; y como el siguiente día se renovara el ataque con éxito idéntico para unos y otros, púsose de manifiesto que ni los barceloneses habían perdido su ardimiento, ni era prudente persistir en el asalto.

«La vigorosa resistencia de los enemigos, dice Berwick, me determinó á no aventurar nuevos asaltos; pero era difícil saber cómo se había de proceder para apoderarse de la plaza. Nuestros ingenieros, que no sabían más que las reglas ordinarias del arte, no veían más que un atolladero, y por todo curso, me propusieron dar un asalto general á una brecha de treinta toesas que había en la cortina, entre la Puerta Nueva y Santa Clara. Se veía que se les había ido la cabeza cuando hacían tal propuesta, porque los flancos estaban intactos, la brecha minada y además había detrás un buen atrincheramiento, aparte de las dos cortaduras en el adarve, á los dos lados de la brecha. Al fin, después de haberme paseado mucho reflexionando sobre lo que podía hacerse, me determiné á abrir de tal manera el frente de ataque, que se pudiese entrar desplegado en batalla. Así, sin exponerme á nuevos contratiempos, iba seguro á mi objeto: avancé algunas baterías y me armé de paciencia contra lo que murmuraban los oficiales de un sitio tan largo.»

A estas consideraciones obedeció la expectativa en que se mantuvieron ambas partes, limitándose el sitiador, durante el resto de aquel mes (Agosto), á construir y armar nuevas baterías y abrir nuevas minas bajo el baluarte de San Pedro, sin cesar el bombardeo; y los sitiados á levantar nuevos parapetos, reparar las brechas, é inhabilitar las obras avanzadas del enemigo. El toque de somatén que lúgubremente sonaba en Barcelona, también se dejaba oir en las montañas, donde el marqués de Poal hacía heroicos esfuerzos para reunir algunas fuerzas; pero el enemigo dominaba con sus columnas llano y monte, impidiendo la formación de partidas y castigando con la muerte al paisano que encontraba con armas. Todo era, pues, inútil, y la población, diezmada por el bombardeo, falta de pan, porque tan estrechada se hallaba ya por mar como por tierra, con siete brechas abiertas en las murallas, desde la Puerta Nueva hasta el baluarte de Levante, una de las cuales tenía 50 toesas de anchura y las restantes no menos de 10, iba á ofrecer en breve los últimos horrores del sitio. En el estado en que se hallaba, Berwick consideró que el mejor medio para concluir de una vez era el asalto; y, dispuesto á no diferirlo, el 3 de Septiembre hizo llamar á parlamento, por medio del caballero Dasfeldt, quien manifestó que la ciudad podía nombrar dos representantes para tratar de la entrega, so pena de sufrir todos los rigores de la guerra. En el acto se reunió la Junta de guerra y se convocaron los tres Brazos; pero, contra lo que era

de suponer, después de acaloradas discusiones, en las que se emplearon dos días, acordóse no admitir composición con el sitiador y defenderse hasta el último extremo; orden que fué comunicada á Dasfeldt, en la brecha, con estas lacónicas frases: *Retírese vuecencia.*

Para que la situación de Barcelona fuese más grave, en aquellos críticos momentos, rivalidades surgidas entre Villarroel y los Comunes, obligaron al caudillo catalán á dimitir su cargo, bien que continuó sirviendo á la ciudad; y encontróse ésta casi en un punto sin general, sin dinero y sin esperanzas de socorro. No era posible, pues, que su defensa se prolongara muchos días, barridas sus calles por una granizada de proyectiles, y reducida la gente disponible para cubrir las brechas á 8,000 hombres escasos. Por grande que su esfuerzo fuera, pronto debía sucumbir. Esperábase, pues, de un momento á otro, que el enemigo se adelantara contra la muralla, lo que retardó una persistente lluvia que en los primeros días de Septiembre inundó las galerías de las minas y frustró la operación de volar los hornillos; pero al amanecer del 11, una nutrida salva hecha en el campo sitiador, anunció que había llegado el momento del asalto. Eran las cuatro y media de la mañana del 11 de Septiembre de 1714; 30 batallones, 37 compañías de granaderos y 350 trabajadores divididos en tres columnas atacaron simultáneamente el baluarte de Levante y los muros inmediatos á Santa Clara y Puerta Nueva. En los tres puntos entablóse encarnizado y terrible combate, perdióse y se recuperó el terreno palmo á palmo, regándolo con preciosa sangre. Nobles y plebeyos, hombres y mujeres hicieron prodigios de heroísmo; combatióse en las murallas primero, en las cortaduras luego, en las bocacalles más tarde. El eco del cañón, alternando con la vibración de la campana, el ronco grito de los combatientes y el agudo sonido de las cornetas pregonaron los últimos esfuerzos de Cataluña antes de sucumbir al yugo de Felipe. Ya no se victoreaba en aquellos momentos al Emperador, sino á la patria catalana; y cuando el pregonero llamaba á la defensa, recordábase que no Cataluña, sino España entera, iba á caer en la esclavitud francesa. Pero atentos los magistrados barceloneses á la defensa, mientras el Conceller en *cap* acudía á rechazar el asalto de la Puerta Nueva, se conducían algunos cañones á las cortaduras, y Villarroel apercibíase á cargar con toda la caballería por el llano de Lluy y baluarte de Levante. Rechazóse el asalto dado cerca de Junqueras y se recobró aquel trozo de muralla; pero al embestir Villarroel á los que se retiraban por el llano de Lluy, fué atacado á su vez y gravemente herido con otros esforzados jefes y soldados. Igual suerte cupo al Conceller en *cap* Casanova en la Puerta Nueva, donde el marqués de Villadarias, que conducía el ataque (1), «debía correrse por la derecha á tomar el de San Pedro por su gola y abrir la Puerta del Angel para dar entrada á la caballería.» Combinado el avance de esta columna con el flanqueo que algunos granaderos efectuaron trepando por el parapeto, y atacados los defensores de costado y de espalda, hubieron éstos de abandonar la cortadura, recogiéndose á las defensas inmediatas; pero no fué tan fácil ganar los traveses del baluarte de San Pedro, porque sobre ser más enérgica la resistencia, apoyábales el fuego del inmediato convento. Mucha sangre costó á los atacantes el avance; cuando ya se atrincheraban en la gola del baluarte, voló un almacén de pólvora inmediato, causando pánico tal en ellos, que en breves instantes fueron desalojados de sus posiciones. Sería larga la tarea de reseñar los progresos que así en este trozo del recinto como en los dos restantes atacados se llevaron á efecto; y por lo mismo nos limitaremos á consignar que, después de algunas horas de lucha porfiada, la columna de la derecha ocupó desde la Puerta Nueva á Junqueras; la del centro, dominadas las brechas, posesionóse de la muralla de la Ribera hasta las inmediaciones de San Agustín; y la de la izquierda acabó de ocupar lo restante de la Ribera, posesionándose del convento de Santa Clara, reductos de Santa Eulalia y Santa Marta, Llano de Lluy y también del Baluarte de Levante. Fortificáronse los sitiadores en los puntos conquistados y entablóse luego el combate en las calles; pero el sitiado efectúa vigorosas reacciones ofensivas, y en San Pedro un corto número de valientes acometió once veces al enemigo y defendió luego la cortadura de Junqueras atacada por 13 batallones. Reforzó Berwick las fuerzas asaltantes con nuevos batallones y la lucha enta-

(1) A las órdenes de este jefe iba D. Alvaro de Navia Osorio, vizconde de Puerto y más tarde marqués de Santa Cruz de Marcenado.

blada ya en las bocacalles, vino á concentrarse en el trozo comprendido entre el baluarte de Levante y la Aduana, secundando los esfuerzos del sitiador algunas baterías colocadas en paraje más próximo. El ataque dado al baluarte y convento de San Pedro por Villadarias, ataque rechazado siete veces, triunfó, al fin, con la llegada de Verboom y nuevas tropas; y á las doce y

PLANO DEL SITIO DE BARCELONA EN 1714



COPIA DEL ORIGINAL QUE POSEE D. CONRADO ROURE

1 Castillo de Monjuich.
2 Baluarte del Rey.
3 Linea de comunicación.
4 Puerta de San Antonio.
5 Baluarte de Ostallers.
6 Puerta del Angel.
7, 8 y 9 Baluartes de Junqueras, San Pedro y Portal Nou.
10 Bastión de Santa Clara.
11 Baluarte de Levante
12 Reducto de Santa Eulalia.
13 Baluarte de Mediodia.
14 Puerta de Mar
15 Bonete de San Raimundo.
16 Explanada de San Francisco.
17 Cortaduras de la plaza.
18 Punta del muelle.
19 Muralla de la Rambla
20 Arrabal.
21 La Cruz Cubierta.
22 Casa de la Granota.
23 Estanque del Port.
24 Lugar de Sans.
25 Linea de Contravalación.
26 Bateria contra Sta. Madrona.
27 Batería de 12 morteros.
28 Ataque contra Capuchinos.
29 Bateria de 20 cañones.
30 Bateria de 22 morteros.
31 Abertura de la trinchera.
32 Bateria de 8 cañones y 6 morteros.
33 La cruz de San Francisco.
34 Corral de la Gran Guardia.
35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43 y 44 Baterias de 12 cañones de 24, de 20 de 24, de 8 de 36, de 16 de 24, de 8 de 36, de 10 de 24, de 4 de 24, de 8 de 24, de 8 de 40, y de 6 de 16
45, 46, 47 y 48 Dos Baterias de 8 morteros y 2 de 6.
49 y 50 Baterias de 4 morteros de piedras cada una.
51 Bateria de 4 cañones de 16.
52 Acequia de la ciudad.
53 Brecha producida por las minas.
54, 55, 56, 57, 58 y 59 Brechas abiertas de 50, 20, 8, 12, 13 y 12 toesas
60 Dragones de Ditre (sic).
61 Dragones de Marimón.
62 La Reyne.
63 Real artilleria.
64 Santiago.
65 Rosellón Nuevo.
66 Orribes
67 Guardias Valonas.
68 Guardias Españolas.
69 Santa guichi (sic).
70 Arduhine.
71 Guadalajara.
72 Murcia.
73 Castilla.
74 Saboya
75 Trujillo.
76 Castellar.
77 Macaholif.
78 Camelfort.
79 Almendarias (Armendaris?)
80 Asturias.
81 Guzmán.
82 Osuna.
83 La-Marche.
84 Dragones de Bourrille.
85 Tailleraud.
86 Odetoz.
87 Dragones Dodrille.
88 De Berri
89 De Averne (Auvergne?)
90 Danois.
91 Bombarderos.
92 La Corona.
93 La Flecha.
94 Artois.
95 Normandie.
96 Anjou.
97 Fusileros.
98 Milan.

media del día, eran ya más visibles los progresos alcanzados por las tropas de Berwick, siendo el fuego menos activo á partir de esta hora y cesando á las ocho de la noche, en que se enarboló una bandera blanca en la Diputación. En aquel crítico trance aun intentaron los comisionados de la ciudad que pasaron al campo sitiador solicitar la conservación de los fueros; pero, al empezar la lectura de las bases de la capitulación, interrumpiólos Berwick, diciendo lleno de cólera: *De*

Rey á vasallos no hay capitulación; y fijó el plazo de seis horas para que se rindiera la ciudad á discreción. No habiendo recibido respuesta en el plazo fijado, el día 12 mandó Berwick retirar los muertos y heridos que cegaban las calles y dió orden para que se previnieran los incendiarios; empero, antes de que éstos realizaran su terrible faena, envió á ofrecer á los barceloneses las vidas si entregaban con la ciudad los castillos de Montjuich y Cardona, y las haciendas si ordenaban que Mallorca se rindiera. Reunidos los Brazos y visto el estado desesperado de la ciudad, en la que había comenzado ya á propagarse el incendio (1), convínose la rendición basada en ciertas condiciones relativas á la seguridad de personas y haciendas. Esta capitulación que inserta Bruguera en su obra, lleva la fecha del 12 de Septiembre. Entró á tomar posesión de la plaza y el castillo de Montjuich el mariscal Guerchy aquel mismo día por la tarde, no verificándolo solemnemente Berwick hasta el 28. Cardona se rindió, según lo convenido entre los barceloneses y Berwick el 18 de Septiembre, y con esto y con haberse retirado á Portugal los guerrilleros que aun continuaban en armas, terminó la guerra de Cataluña (2) que tan fácilmente pudo evitar Felipe V y que tan cara le costó (3). Probable es que, sin la llegada de Berwick, ni consiguiera el Borbón concluirla, ni ganara Barcelona. Dos años de sitio y miles de hombres muertos y heridos, acreditan á qué precio conquistó Felipe V este florón de su corona. Cierto que se acumularon en esta empresa grandes errores militares; pero si desacierto hubo en los generales, mayor fué el cometido por la corte de Madrid, á cuya política insensata se debieron infructuosas pérdidas y la ruina de una ciudad rica y floreciente.

Como es de presumir, dueñas las tropas de la ciudad, cometiéronse algunas venganzas; presos los cabezas de la rebelión, fueron conducidos á distintas fortalezas del reino, infringióse el convenio hecho con los defensores de Cardona, quemáronse algunos privilegios de la ciudad (4), se derribó una parte de la muralla y del barrio de la Ribera para construir la Ciudadela, según el plan de Verboom, y el virrey que en 28 de Octubre sucedió á Berwick cuidó de hacer con sus arbitrariedades y castigos lo menos grato posible el dominio del nuevo señor. Un gobierno civil y económico acomodado en su mayor parte á las leyes de Castilla estableciósе en el Principado catalán y puso el sello á la obra de la conquista.



Dos novedades ocurrieron en el año 1714 que debían influir notablemente en la política española; fué una de ellas la muerte de la reina de España D.ª María Luisa de Saboya, y la segunda la

(1) Dice el marqués de San Felipe en sus *Comentarios* que sin saber de dónde se dieron las voces de *mata y quema*, lo que dió lugar al incendio de gran número de casas.

(2) La sumisión de las islas de Mallorca é Ibiza no se verificó hasta el 15 de Junio de 1715, capitulando el marqués de Rubí, que las ocupaba á nombre del Emperador, con los caudillos del ejército franco hispano que pasó á ocuparlas.

(3) Según el autor de la *Historia del memorable sitio de Barcelona*, al comenzar éste, entre el regimiento denominado Coronela, tropas regulares, caballería y artillería, contaba la ciudad 11,712 hombres, y el día del asalto no pasaban de 8,000, á pesar de haber aumentado las filas de la Coronela 3,000 ciudadanos. Fueron bajas, entre muertos y heridos, en el transcurso del sitio hasta el 11 de Septiembre, 2,127 hombres, entre ellos 202 jefes y oficiales, y en el asalto dado aquel día 5 962, inclusos 134 jefes y oficiales.

El ejército sitiador, según comprobación de distintas relaciones hecha por Bruguera, experimentó, entre muertos y heridos, desde el 25 de Julio de 1713 hasta el 11 de Septiembre de 1714, 3,350 bajas, de éstas 64 muertos y 236 heridos entre jefes y oficiales. Las bajas en el día del asalto ascendieron á 8,803. de éstas 140 jefes y oficiales muertos y 206 heridos.

El marqués de San Felipe consigna en sus *Comentarios* que el día del asalto los sitiadores tuvieron 4,000 muertos y 2,000 heridos. Como á dato interesante, debemos añadir que durante el sitio arrojáronse contra la ciudad 40,000 bombas y 100,000 balas, y que llegó á tener Barcelona siete brechas abiertas en su muralla y en una misma línea. No sin razón escribe un historiador, al que no puede tacharse de parcial (Lafuente), que la resistencia de Barcelona fué comparada á las de Sagunto y de Numancia, y muy atinadamente añade: «La suerte de Cataluña causó compasión, bien que compasión estéril, al rey y al pueblo ingles; y el Emperador, por cuya causa había sufrido aquel país tantas calamidades, se lamentaba de las desgracias *de sus pobres catalanes*, como él los llamaba, y cuyo ilimitado amor reconocía.»

(4) Aunque no nos incumbe el examen de hechos ajenos á la historia militar, nos interesa consignar aquí que no están en lo cierto los historiadores que mencionan la ocurrencia de la quema de los fueros. «Felipe V no derogó ni mandó echar al fuego las constituciones y libertades políticas de Cataluña y Mallorca, pues que sólo quiso modificarlas en una parte y no la fundamental, que ha sido destruída de hecho en nuestro siglo.» Lo que fué arrojado al fuego en el salón de San Jorge del Palacio de la Generalidad fueron ciertos privilegios, franquicias y títulos otorgados á corporaciones y particulares, de cuyos documentos da Bruguera la nota. Coroléu y Pella, *Los fueros de Cataluña*, Título V, *De las Universidades y Municipios*.

del duque de Berry, nieto de Luis XIV y hermano del rey Felipe, príncipe que debía heredar la corona de Francia. La muerte de la Reina dió momentánea preponderancia á la Ursinos, más que nunca dueña del ánimo del monarca; pero el casamiento de éste con la princesa Isabel de Farnesio, hija del difunto duque de Parma, concluyó de un modo brusco con el valimiento de la camarera y produjo grandes novedades en el gobierno del Estado. Era la nueva reina una italiana astuta, flexible, instruída y muy dada á la política; y el monarca, que siempre vivió sometido á las mujeres, dejóse fácilmente dominar por ésta y por su consejero privado Alberoni (1). Desgraciadamente, abrigaba la Reina una ambición excesiva, y propúsose Alberoni elevarse á sí mismo á la altura de los Richelieu y Mazarini, conjunción de propósitos que sacrificó la nación española á intereses de familia y planes de engran-

(1) «Julio Alberoni, hijo de un jardinero de Fiorenzuola, en el ducado de Parma, nació el 30 de Marzo de 1664. Su educación primera correspondió á la humilde condición de su cuna. En los primeros años ayudaba á su padre en las faenas de su oficio. A los doce entró á ejercer las funciones de monaguillo ó sacristán en una de las parroquias de Plasencia. Un clérigo, viendo su despejo y disposición, le enseñó á leer; después estudió en un colegio de religiosos regulares de San Pablo llamados *Barbaritas*, donde ya descubrió su extraordinaria capacidad, y en poco tiempo adquirió grandes conocimientos en las letras sagradas y profanas. Su talento, sus modales, su viveza y flexibilidad le fueron granjeando protectores.—Elevado á la silla arzobispal de Plasencia el conde de Barni, que fué uno de ellos, le nombró su mayordomo, para cuyo cargo Alberoni no servía. Entonces el prelado le ordenó de sacerdote, dándole un beneficio en la catedral, y más adelante le agració con una canongía. Habiendo acompañado al sobrino de su protector conde de Barni, á Roma, aprendió allí, entre otras cosas, el francés, á que debió en gran parte su fortuna. Entró ya en relaciones con personas distinguidas, especialmente con el conde Alejandro Roncoviere, encargado por el duque de Parma para conferenciar con el de Vendome, generalísimo entonces de las tropas francesas en Italia. La circunstancia de saber Alberoni el francés, la cual influyó mucho en que Roncovieri le llevara consigo y le presentara á Vendome, unido á su amena conversación, á su carácter insinuante y á su humor festivo, le proporcionó irse ganando las simpatías, el afecto y la confianza del príncipe francés, y aun de todos sus oficiales. Vendome le llamaba ya *mi querido abate*: en vista de lo cual, Roncovieri, á quien no gustaban los modales toscos del general, aconsejó al duque de Parma, su soberano, que transmitiera á Alberoni el cargo de agente que él tenía: hízole así el Duque, y además dió á Alberoni una canongía en Parma con una decente pensión.—Cobróle Vendome tanto cariño, que, cuando salió de Italia, se empeñó en llevarse consigo á su querido abate, y le presentó ya como un hombre de genio á Luis XIV, que le recibió con mucha amabilidad y consideración. Destinado Vendome á Flandes, fué también allí Alberoni, y era su compañero y su secretario íntimo. Terminada aquella campaña, el monarca francés, que vió ya en el clérigo italiano un hombre de superior capacidad y de gran consejo, le dispensó todo su favor y le agració con una pensión de mil seiscientas libras tornesas. Nombrado Vendome generalísimo de las tropas de España, no quiso venirse sin su querido abate, cuyo talento y habilidad le eran necesarios para entenderse con la princesa de los Ursinos; y en verdad no podía haberse elegido para ello un agente más á propósito; así fué que no tardó en captarse con su destreza y sus modales conciliadores el afecto de aquella princesa, confidente íntima de los reyes, y alma entonces de la política española. Hízose también amigo de Macanaz, y á todos los puso en relaciones estrechas de amistad con su protector, sin olvidarse al mismo tiempo de sus intereses personales, pues por medio de Vendome consiguió que el rey D. Felipe le signara una pensión de cuatro mil pesos sobre las rentas del arzobispado de Toledo.—Tuvo Alberoni el dolor de ver morir en sus brazos á Vendome; y la falta de su protector que creyó diera al traste con todos sus ambiciosos proyectos, vino á ser causa de su más rápida elevación y fortuna. Porque habiéndose presentado en Versalles á dar cuenta á Luis XIV del estado de España y de los planes y medidas que convenía adoptar, volvió á Madrid muy recomendado por el rey Cristianísimo. Supo granjearse la confianza del Rey, de la Reina y de la princesa de los Ursinos; y con su favor y sus manejos logró ser nombrado agente del duque de Parma en la corte española. Este cargo ejercía á la muerte de la reina María Luisa de Saboya, y eso mismo le dió ocasión para insinuar á la de los Ursinos la conveniencia del enlace del Rey con Isabel Farnesio de Parma. La gran parte que tuvo en este matrimonio, y la circunstancia de ser compatricio de la Princesa y agente del duque de Parma, le abrieron la puerta al favor de la nueva reina, con cuya llegada empezó el verdadero poder de Alberoni. Porque la caída de la princesa de los Ursinos le libertó de una rival terrible, y el aislamiento en que la nueva esposa de Felipe se encontró en Madrid, despedida toda su servidumbre italiana, convirtió naturalmente á Alberoni en el consejero áulico de Isabel. — Tuvo ya una gran parte en el cambio de gobierno, aunque sin otro carácter todavía que el de consejero privado de la Reina y el de ministro de Parma, que era lo que le daba cierto título para asistir á los consejos de gabinete. Pero no podía satisfacer el oscuro papel de consejero íntimo á un hombre de las aspiraciones, del fecundo talento, de la vasta comprensión, de las elevadas concepciones y de la grande ambición de Alberoni. Y conociendo el corazón, los deseos y las pasiones de ambos soberanos, la situación de la monarquía y sus vastos recursos, la energía del carácter español sabiendo excitarla, las buenas disposiciones del Rey á adoptar los planes y reformas que pudieran remediar los males del reino, y á levantar la nación á la altura de que en los últimos tiempos había descendido; comprendiendo, en fin, los elementos de que aun podía disponer, se propuso elevarse á sí mismo á la grandeza de un Richelieu, y volver á la nación española el engrandecimiento que había tenido en tiempo de Felipe II. «Si consiente V. M., le decía al Rey, en conservar su reino en paz por cinco años, tomo á mi cargo hacer de España la más poderosa monarquía de Europa.»

Tal es el retrato que del célebre privado hace el historiador Lafuente: Descartando de su vida la serie de hechos llevados á cabo por su gestión política, puesto que de ellos nos ocupamos en el cuerpo del presente Estudio, limitarémonos á consignar que, gracias á su astucia, consiguió en Junio de 1717 el capelo cardenalicio, que era uno de sus grandes deseos, y que en 1719, á causa del funesto resultado de sus planes, fué separado del poder y extrañado del reino. No ejerció Alberoni cargo alguno oficial durante su privanza, y era cosa anómala, dice un historiador, que los ministros y embajadores se entendieran con quien no tenía carácter de ministro, ni otra representación legal que la que le daba la privanza del monarca. El desterrado favorito dirigióse á Francia por Cataluña, y de allí á Génova, embarcándose en Antibes para Sestri, donde, perseguido por la saña de sus poderosos enemigos, vióse obligado á esconderse en desconocido paraje, de que no salió hasta la muerte del pontífice Clemente XI (1721), trasladándose entonces á Roma, donde fué encausado; pero el tiempo fué entibiando el rigor de sus enemigos, y la muerte de alguno de éstos fué causa de que recobrara sus dignidades y se le permitiera residir en su ciudad natal. Murió en Roma el 26 de Junio de 1752 y á los ochenta y ocho años de edad, «con la reputación de un ministro más intrigante que político, con fama de ser tan ambicioso como Richelieu y Mazarino, pero más imprevisor y menos profundo que el uno y el otro».

decimiento en que no podía soñar, pero que atrajeron sobre ella el odio de las cortes extranjeras y una guerra funesta.

Era indudable que, después de la prolongada lucha de Sucesión, nuestra patria, que en ella había perdido sus mejores dominios en Europa, se hallaba necesitaba de reposo; y probaron los hechos que, de haberlo conseguido, España hubiérase hallado á la vuelta de algunos años rica y fuerte para acometer empresas de éxito seguro; pero la muerte de Luis XIV por un lado (1.° Septiembre 1715), suceso que alarmó un tanto la ambición de Felipe (1), y por otro el no infundado temor que el Emperador abrigaba de que Felipe reclamase más adelante sus derechos á los ducados de Parma y Toscana, temor avivado por la falta de sucesión del que los regía, y el nacimiento de un nuevo príncipe (2), fueron los primeros escollos en que amenazaba estrellarse la nave de la paz. Concibió Alberoni proyectos gigantescos, propúsose elevar á España al rango de las primeras naciones, hacerla ocupar el puesto que en el siglo anterior perdiera; y lo que con gran dosis de talento y fortuna hubiera sido una locura, á pesar de su gran habilidad y perseverancia, resultó un fracaso. Por de pronto, y apoyado en el descontento que los napolitanos y milaneses experimentaban contra sus nuevos señores, quiso que Felipe V recobrara los Estados de Italia que por el tratado de Utrecht había perdido, y con una actividad y celo que le honran en extremo, comenzó á allegar fuerzas y recursos, y aprovechándose del pretexto que le ofrecía el haber tomado los turcos la Morea á los venecianos, hizo que España enviara sus galeras en auxilio de la República y obligó á los turcos á levantar el sitio de Corfú (Agosto, 1716), logrando así captarse el afecto del Pontífice y disimular el objeto de los armamentos que iba preparando. No se ocultaron al Emperador los propósitos de la corte española, y libre del peligro de los otomanos, que también amenazaban sus Estados, ordenó á su ejército que invadiera el territorio de Génova, entabló negociaciones con el duque de Saboya para que, á trueque de Milán, le cediera la Sicilia, y celebró un tratado de alianza ofensiva y defensiva con Inglaterra. Todo indicaba, en la primavera de 1717, que la guerra no tardaría á estallar, y para evitarla, Francia, Inglaterra y Holanda unidas, ofrecían á Felipe un arreglo con el Emperador, sobre la base de la reversión de Parma y Toscana á los hijos de Isabel de Farnesio; pero Felipe y su consejero no se avenían á esta oferta, y los armamentos de España se hacían con grande actividad, aunque nadie sabía concretamente su objeto, porque Alberoni procuraba desvanecer los recelos de las potencias signatarias del tratado de Utrecht. Llegó el mes de Julio, y en la armada que D. José Patiño reunió en las aguas de Barcelona, y que se componía de doce buques de guerra y ciento de transporte, embarcóse un cuerpo de 9,000 hombres mandados por el marqués de Lede (3). El marqués de San Felipe, nuestro embajador de Génova, recibió orden de trasladarse á Cerdeña para cooperar á la rendición de la isla, y el de Grimaldo, tan pronto zarpó la escuadra de Barcelona, dió conocimiento á todos los embajadores extranjeros de las razones por qué el rey de España continuaba la guerra con el Imperio.

La armada española enderezó su rumbo á Cerdeña dividida en dos escuadras, y como ambas no llegasen á un mismo tiempo, pues los vientos retardaron la llegada de la segunda, tuvo el gobernador de la isla ocasión de prevenir y reforzar las ciudades amenazadas, y á causa de esto el

(1) Dejó Luis XIV por heredero á su biznieto, último hijo del duque de Borgoña y sobrino de Felipe V, cuyo heredero tenía á la sazón cinco años; y el duque de Orleans, sin perder tiempo, apoderóse de la regencia, con el asentimiento del Parlamento, y comenzó á ejercer actos de verdadero soberano. No pudo contemplar Felipe V con impasibilidad este suceso (dado que el duque de Orleans, como recordarán nuestros lectores, había intrigado para arrojarle del trono de España), y llegó á reunir á sus consejeros íntimos para consultarles acerca de la conveniencia de reclamar la regencia. Desechó pronto esta idea, pero Alberoni la dió á conocer á la corte francesa, y esto fué una de las causas que más contribuyeron á la enemistad entre el Regente francés y el rey de España.

(2) El infante D. Carlos, nacido en 20 de Enero de 1716. De su anterior matrimonio le quedó á Felipe el príncipe Luis, que en 1724 ocupó el trono.

(3) «Las tropas, dice el marqués de San Felipe, eran 8,000 infantes y 600 caballos; iban los tenientes generales D. José Armendariz y el Sr. de Grafeton; los mariscales de campo conde de Montemar, marqués de San Vicente y el caballero de Lede. Habíanse embarcado 50 cañones de batir, 12 de campaña, gran cantidad de pertrechos, municiones y víveres para tres meses.» El marqués de Lede era comandante general de las tropas, las naves se pusieron á cargo del jefe de escuadra, marqués Esteban de Mari. *Comentarios*, Tomo II, año 1707.

ejército (desembarcado el 22 de Agosto) empleó algún tiempo en rendir las plazas de Cagliari, Castel Aragonese y Alghieri. Los rigores de la estación, el aire mal sano de la isla y las penalidades de la guerra, causaron grandes fatigas al ejército; pero, entrado el mes de Noviembre de 1717, quedó Cerdeña sometida y sus plazas con presidios españoles; logrado lo cual los expedicionarios



regresaron á España. Si ésta no fué una empresa de gran monta, cuando menos sirvió de mecha á la hoguera de la guerra; porque el Emperador reclamó el apoyo de las potencias aliadas, y Alberoni, puesto ya en la senda de las aventuras, mostróse más empeñado que nunca en proseguir la realización de sus planes. «La felicidad del éxito, dice San Felipe, estimuló al Cardenal á seguir (como decía) el favorable viento de la fortuna.» Y describiendo los preparativos que se

hacían: «Disponíanse naves en guerra, comprábanse otras sin intermisión, mandábase reclutar en toda España, en Génova y en Liorna; fundíanse gran número de piezas en Pamplona, de que había mucha falta en España; y desde la misma ciudad se conducían de continuo millares de bombas y balas á Cataluña; trabajábanse gran cantidad de vestuarios para tropas; labrábanse armas, municiones, y se tenían á sueldo número considerable de navíos extranjeros para transporte... Nunca se vieron en España preparativos tan grandes.» Y añade luego: «Verdaderamente, Alberoni dió á ver las fuerzas de la monarquía española, cuando sea bien administrado el Erario; siendo indubitable que gastos tan excesivos en tan breve tiempo, ningún rey católico ha podido hacerlos; y esto, no habiendo echado nuevas contribuciones al reino.»

Honrara mucho al cardenal Alberoni la habilidad y el celo con que supo sacar tantos recursos de una nación agotada como la nuestra; pero eso mismo resulta un cargo para el que pudiendo hacerla próspera y feliz, la comprometió, en su empeño por hacerla grande, cargo tanto más grave, en cuanto Francia é Inglaterra brindaban á Felipe con un arreglo, reconociendo los derechos de la Reina á los ducados de Parma y Toscana, á cambio de la cesión de Sicilia. Empero, los planes de Alberoni eran muy vastos; porque tratando de distraer á las potencias aliadas con notas y reclamaciones, tentando la ambición del duque de Saboya para indisponerle con el Emperador, pactando con Suecia para que hiciera la guerra al Austria, atizando las discordias interiores de Francia, donde el regente, duque de Orleans, tenía grandes enemigos, y halagando á los holandeses con la esperanza de otorgarles privilegios como los concedidos á la Gran Bretaña, proponíase ganar tiempo y suscitar grandes embarazos á las potencias que le eran contrarias. Pero Inglaterra fué la primera que comprendió la doblez de Alberoni, y después de haber exigido á Felipe el cumplimiento del tratado de Utrecht, equipó su escuadra para mandarla á las costas de Italia, mientras el Emperador, apercibido ya, iba á caer con poderoso ejército sobre la península italiana. Ocurría esto en la primavera de 1718, y en Junio de este mismo año, Alberoni, adelantándose á los aliados, ordenó que la armada española, ya dispuesta para una nueva expedición, se hiciera á la mar.

La relación de las naves, nombre de los jefes, número y clase de batallones que componían esta expedición, hállase en los *Comentarios*, tantas veces citados, del marqués de San Felipe, de los que tomamos los siguientes datos: 22 navíos de línea, 3 mercantes armados en guerra, 4 galeras, 2 balandras, 1 galeote y 340 barcos de transporte; 30,000 hombres, todos veteranos y escogidos, mandados por el marqués de Lede; de ellos 4 regimientos de dragones y 8 batallones de guardias españolas y valonas; 100 piezas de cañón de batir, 40 morteros, una cantidad inmensa de pólvora y municiones, con 1,500 mulos para el tren: 600 artilleros y hasta 1,500 sirvientes de artillería; 60 minadores y 50 ingenieros mandados por el ingeniero mayor D. Próspero Verboom. «Nunca se ha visto, dice el historiador citado, armada más bien abastecida; no faltaba la menudencia más despreciable, y ya escarmentados de lo que en Cerdeña había sucedido, traían 155,000 faginas y 500,000 piquetes para trincheras; se pusieron víveres para todo este armamento para cuatro meses.» Estos datos merecen conocerse en cuanto dan idea de los recursos militares de España, de los elementos allegados y de la composición de un ejército en dicha época.

De acuerdo con las órdenes del Rey, la armada española tocó primero en el puerto de Cagliari, desde donde continuó con rumbo hacia la isla de Sicilia, anclando el 30 de Junio en la bahía de San Víctor. Los sicilianos, más afectos á la dominación española que á su nuevo señor, acogieron con gran entusiasmo á nuestras tropas, que apenas desembarcadas fueron recibidas por una comisión de notables palermitanos; y este suceso, de tal modo desalentó al conde de Maffei, gobernador de Palermo por el duque de Saboya, que se apresuró á evacuarla, si bien dejando la ciudadela guarnecida. Era esto de augurio feliz para los españoles; y el marqués de Lede decidió emprender con vigor las operaciones; á cuyo efecto, mientras una parte de su ejército entraba en Palermo y ponía sitio á la ciudadela, otra atacaba á Castellamare, que fué preciso batir con artillería y que no capituló hasta que la brecha estuvo practicable. Rindióse casi al propio tiempo la ciudadela de Palermo, y el conde de Montemar con una división amenazó á Catanea, Termini y

Trápani, en tanto que Lede con el grueso de las tropas presentábase ante Messina. Estos movimientos favoreciólos grandemente el decidido apoyo de los sicilianos, quienes, sublevándose en Catanea, hicieron rendir la guarnición piamontesa, y lo propio hicieron los mesineses, obligando á los soldados de Saboya á retirarse á la ciudadela, reputada por una de las mejores de la isla, y fuertes inmediatos. El sitio de la ciudadela emprendiólo Lede el 28 de Junio; mas como el ataque formal de esta fortaleza lo embarazaran los castillos, hubo necesidad de cercarlos y ganarlos, lo que en pocos días se logró. Y desde aquel momento comenzaron á abrirse las trincheras contra la ciudadela, empresa no del todo difícil si España tuviera frente á sí un solo enemigo.

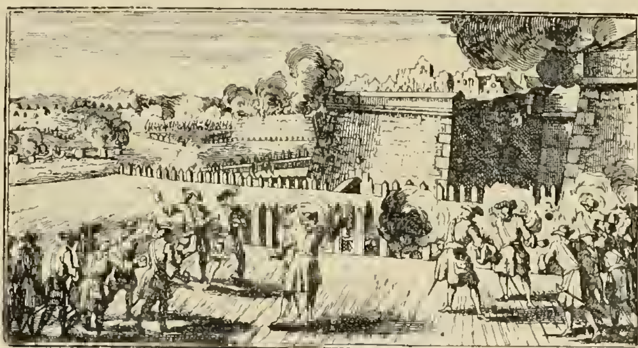
Ya por este tiempo la escuadra que Inglaterra mandó equipar y armar había penetrado en las aguas del Mediterráneo, y si numerosa y bien dispuesta, no era menos de temer por hallarse dirigida por un marino de pericia y energía, el almirante Bings. Tenía el almirante orden de proteger el paso de 3,000 soldados alemanes á la isla de Sicilia (cuya isla convinieron las potencias que se transmitiese al Emperador); y logró introducir este refuerzo en la ciudadela de Messina, aunque no pudo conseguir del marqués de Lede una suspensión de armas. Sin embargo, la permanencia de aquella escuadra en las aguas sicilianas, produjo por parte del general español reclamaciones, á las que contestó el inglés diciendo que la protección dada á las tropas austriacas, no era acto de hostilidad. Quizás esta ambigua conducta no infundió suficiente recelo á los jefes españoles, si ya no influyó en ellos las órdenes que de mantenerse junto á la isla tenían de la corte, pues no se comprende de otro modo que teniendo tan próximo el enemigo y disgregadas parte de las naves que componían la escuadra de Malta, el grueso de la armada, que ya había llevado á efecto el desembarco del ejército expedicionario en Messina, se mantuviera á la capa en Spartivento. Supo el almirante Gastañeta que el enemigo bordeaba ya las costas de la isla, y, sin embargo, no tomó disposición alguna para eludir la batalla, persuadido quizás de que los ingleses no romperían las hostilidades. De esta negligencia aprovechóse el almirante inglés, acometiendo de improviso la retaguardia de la escuadra española, puesta á las órdenes del marqués de Mari y un tanto separada del grueso de la escuadra, á la que no favorecía el viento. Envuelto Mari por mayor número de bajeles, fuése arrimando á la costa y varó junto á Albola, consiguiendo, ya que no otra cosa, salvar la tripulación. Esto le bastaba á Bings, que revolviendo sin perder momento contra el cuerpo principal de la escuadra, antes de que Gastañeta la formara en línea de batalla, atacó á cada uno de los bajeles de nuestro centro con cinco ó más de los suyos y fuélos cañoneando en detalle y arrojando contra el resto brulotes incendiarios. Gastañeta trató en vano desde la *Almiranta* de poner orden en el combate; pero, envuelto á su vez, acribillada de balazos su nave, rota la arboladura y despedazada la bandera, hubo de rendirse después de tres horas de encarnizada lucha contra siete navíos ingleses, habiendo perdido más de trescientos hombres y cayendo él mismo herido de gravedad. Entre los buques que se rindieron, merece especial mención la fragata *Volante*, cuyo capitán quiso irse á fondo antes que entregarse, lo que estorbó su gente, ganosa de entrar al abordaje; pero la superioridad de fuegos de las naves inglesas impidió que se realizara hecho tan heroico, y como sobreviniera la noche, aun pudo salvarse la vanguardia de nuestra escuadra y algunas galeras, á las que protegió la llegada de D. Baltasar de Guevara con dos navíos procedentes de Malta. Nuestra pérdida consistió en once buques incendiados y apresados, la del enemigo redújose á grandes averías; pero esto no le impidió presentarse, cuatro días después y como en triunfo, en las aguas de Siracusa. Muy atinadamente dice un historiador coetáneo al hablar de este suceso: «No fué batalla, sino un desarreglado combate, que redunda en mayor desdoro de la conducta de los españoles, aunque mostraron imponderable valor; más que los ingleses, que nunca quisieron abordar, por más que lo procuraron los españoles.» El almirante Bings dió libertad á los oficiales prisioneros y se excusó con el marqués de Lede, diciendo que la acción fué cosa accidental y no movida por ellos, pues los españoles fueron quienes dispararon el primer cañonazo; y, en efecto, la escuadra de Mari fué la que disparó primeramente, pero cuando ya las naves enemigas se le echaban encima en disposición de abordarla.

La derrota de nuestra escuadra en las aguas de Spartivento fué altamente perjudicial para la conquista de la ciudadela de Messina, porque, dueños los ingleses del mar, protegían la conducción de tropas austriacas á Messina, y aunque el marqués de Lede prolongó su línea de contravalación por el costado del mar, penetraron en la ciudadela hasta 1,500 imperiales. Continuó, á pesar de todo, el sitio, ganosos los españoles de compensar el pasado desastre; y el 12 de Julio, terminada ya la primera paralela, se batieron los muros con violento fuego; el 18 se ganó por asalto el camino cubierto y el 20 y 22 rechazáronse dos vigorosas salidas de los sitiados. Las baterías no cesaban de disparar, pero las líneas españolas veíanse azotadas, no sólo por los fuegos de la plaza, sino por el cañón de cuatro naves inglesas, que disparaban sobre su flanco. Por fin, los sitiadores consiguieron arruinar un rebellín y dispusiéronse á dar el asalto, operación arriesgadísima porque se hacía á pecho descubierto y á través de puentes apoyados en cubas vacías. Pero á costa de mucha sangre consiguióse ganar el foso y el rebellín, en el que se fortificaron los asaltantes. Más empeñado fué el ataque á las obras avanzadas inmediatas, simultáneamente verificado el día 29 por mar y tierra. Seiscientos granaderos imperiales acudieron á su defensa, y para ganarlas hubieron de hacer nuestros soldados prodigios de heroísmo; sin embargo, una vez posesionados de ellas, ya no consideró el gobernador de la fortaleza posible la defensa, y atendiendo únicamente á salvar el resto de la guarnición, capituló el 30 de Septiembre. «Son pocos, dice el marqués de Santa Cruz, los ejemplares que la historia suministra de plazas rendidas en las circunstancias con que el señor marqués de Lede tomó la ciudadela de Messina á vista de la armada inglesa, que de la sola distancia de tres leguas que hay hasta Ríjoles, transportaba las tropas que los defensores pedían; y no obstante los esfuerzos que el mundo sabe aplicaron los de España, no creo se lograra la empresa, si los sitiados no hubiesen tenido finalmente la desgracia de perder parte de su comunicación con el mar, á peligro de que totalmente se cerrase (1).»

Como era de presumir, la intervención de los alemanes y el apoyo de los ingleses, debía cambiar por completo la fisonomía de la guerra en Sicilia. Austria, Francia é Inglaterra aliadas habían acordado la adjudicación de Sicilia á la primera, y de Cerdeña á Víctor Amadeo, que reinaba en Sicilia; y las tres potencias mandaron su *ultimatum* a Felipe para que se adhiriera al tratado de la *Cuádruple alianza;* pero Felipe V y Alberoni se negaron resueltamente á ello, mandaron salir de España á los cónsules ingleses y continuaron en su empresa de organizar una contraalianza con Suecia y Rusia, cuyo objeto era colocar en el trono inglés al pretendiente Jacobo III y derribar al regente francés. Grandes eran los manejos de Alberoni para fomentar en la nación vecina el partido de la oposición, y se llegó al extremo de ofrecer ascensos y recompensas á los militares descontentos. Felipe V no vaciló ya en acudir al Rey y al Parlamento quejándose de la conducta del duque de Orleans, los Estados contestáronle satisfactoriamente, y todo inducía á esperar un brusco cambio en la nación francesa. Empero, los resultados del complicado plan de Alberoni iban á tocarse en breve de un modo lamentable. Mientras el Emperador, libre de enemigos, podía mandar á Sicilia constantes refuerzos, España, amenazada en sus costas y fronteras, encontrábase poco menos en igual estado que al finalizar la guerra de Sucesión. Sacrificios inútiles eran los que se hacían en Sicilia, sangre estérilmente vertida la que costaban las mismas victorias, porque á la postre Sicilia no debía ser nuestra. Mientras el ejército español sitiaba á la ciudadela de Messina, 6,000 imperiales mandados por el general Caraffa bloqueaban la plaza fuerte de Melazzo y establecían su campo en la lengua de tierra que desde la muralla se extiende hasta el Mediterráneo. Urgía socorrer á la guarnición española de Melazzo antes de que llegara la estación de invierno, y Lede marchó sin perder momento hacia dicha plaza con 6,000 soldados. La inferioridad numérica de los españoles indujo al enemigo á comenzar el combate, logrando en un principio empujar nuestras líneas; pero la victoria, que indudablemente iba á declararse por los imperiales, facilitóla una maniobra frustrada del enemigo. Quiso el general de la caballería piamontesa envolver nuestra derecha; pero la infantería de la Guardia opuso á los

(1) *Reflexiones militares*, Lib. XIV, § 7.º

caballos austriacos sus bayonetas, frustrando el ataque; y como los imperiales lanzaran sus mejores tropas contra el centro, nuestra izquierda, que era la que menos había sufrido, avanzando sostenida por la caballería, envolvió al enemigo, colocándolo entre dos fuegos y causando en sus filas terribles estragos. Un rápido movimiento de flanco ejecutado por los regimientos que componían la extrema izquierda española completó este triunfo, y los imperiales, cargados á la bayoneta, fueron perseguidos hasta las murallas de Melazzo, alcanzando no pocos su salvación



Granaderos atacando el camino cubierto. (Facsímile)

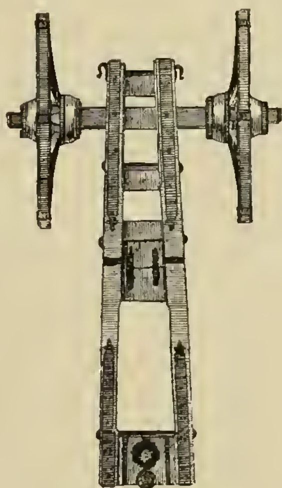


Conducción de la artillería gruesa á las baterías de sitio. (Facsímile)

en las naves inglesas ancladas en aquellas aguas. La batalla de Melazzo (15 de Octubre de 1718) duró tres horas, y en ella perdió el enemigo 4,300 soldados, de éstos 3,000 muertos; y el ejército español 1,700 hombres. Fué un brillantísimo triunfo, pero no tuvo consecuencia alguna, porque el marqués de Lede, al que reforzaron, en el punto que la batalla terminó, buen número de batallones, no acometió en el acto las trincheras enemigas, defendidas por corto número de soldados, á quienes la victoria debió desmoralizar. En un principio Lede desechó el consejo que le daban sus oficiales, vaciló después, y cuando se adhería al dictamen de atacar, ya la escuadra enemiga había desembarcado 12,000 imperiales, con lo que se hizo imposible el ataque. El barón de Zuminghen reemplazó en el mando del ejército enemigo al general Caraffa, y sus primeras disposi-

ciones, encaminadas á completar las líneas que cerraban á Melazzo y á reforzarlas hasta hacerlas inexpugnables, concluyeron de quitar la esperanza á nuestro caudillo.

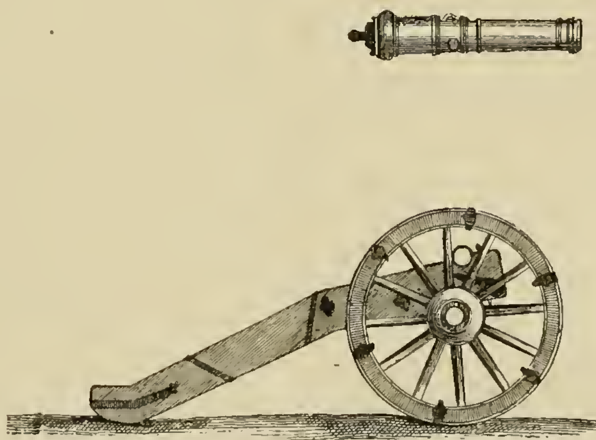
A decir verdad, era muy crítica la posición en que se halló desde aquel momento el marqués de Lede, porque al comenzar el año 1719, la fisonomía de la guerra había cambiado notablemente en la isla, en perjuicio de los españoles; y las órdenes que expedía desde Madrid el cardenal Alberoni, como dictadas sin tener en cuenta el sesgo de las operaciones militares ni el estado de cosas en Sicilia, resultaban contraproducentes. Obligado, pues, el de Lede á conservar el ejército, evitando en lo posible una acción general, mantúvose algunos días frente á Melazzo; pero viendo que el enemigo aumentaba por momentos, hubo de retirarse el 27 de Mayo buscando abrigo en las inmediatas montañas, pero cuidando de no perder la comunicación con el mar. No pudo, sin embargo, evitar que el ejército imperial le diera alcance, obligándole á combatir en las inmediaciones de Francavilla, y en condiciones por cierto no ventajosas, porque sumaban las fuerzas enemigas la cifra de 24,000 hombres, y se hallaban mandadas por cuatro de los mejores generales del imperio: el conde de Merci, el de Walis, el barón de Zuminghen y el de Sckendorff; mientras que las tropas españolas, aunque escogidas, hallábanse harto diezmadas por la victoria de Melazzo y las operaciones subsiguientes. Merci forzó la marcha de sus tropas y cruzando á mediados de Junio el Rofolino, tomó la dirección del Francavilla, al otro lado de cuyo río se hallaba el marqués de Lede con el ejército español. Era la posición de los nuestros ventajosa por lo fuerte, pues la defendían por el frente el río y un ligero atrincheramiento, hallándose apoyada por la izquierda en el pueblo de Francavilla, y por la derecha en un convento bien artillado. Sin embargo, adolecía de un defecto, y era ser demasiado accidentado el terreno para que jugara en él la caballería. En la mañana del día 20 el enemigo, que avanzaba en tres columnas, desplegó en la margen opuesta del río, cruzólo bajo nuestros fuegos y embistió con su derecha el pueblo, defendido por la brigada de Tancour. Entablóse muy viva la pelea, sostúvose con empeño, reforzando á la izquierda española el marqués de Lede, desde el centro, y perdiéndose y recobrándose alternativamente por tres veces el pueblo; pero el número de los atacantes iba en aumento, y nuestra izquierda sostenía con harta dificultad el puesto. Murieron en aquellos momentos el brigadier Tancour y el general Caracciolo, y fuéronse replegando sus tropas sobre el centro, aunque perdiendo gran número de jefes y soldados; no obstante, bien fortificada la derecha española y firme el centro en sus trincheras, aun podía sostenerse contra el enemigo, cuyo principal empeño era romperle por medio de un vigoroso ataque de frente. Fiados los imperiales en el número de sus tropas, no cuidaron de simultanear con este ataque otro contra el flanco derecho español, y resultó de aquí un terrible descalabro para ellos. Merci, que conducía las primeras columnas contra el centro, cayó gravemente herido á la primera acometida; mas todavía pudo dirigir las nuevas acometidas, acometidas en las que pereció la flor de sus tropas y que concluyeron por absorber en un solo punto el ejército enemigo. Todos los cuerpos imperiales llegaron, por fin, á concentrarse frente á la posición española brillantemente defendida por la infantería de las guardias que regían Armendariz y Villadarias; pero aquél debía ser el postrimer esfuerzo de los contrarios. Nuestros soldados renovaron allí la gloria de los viejos tercios de Flandes y defendieron las líneas con heroico ardimiento. Y ya comenzaban á cejar los imperiales, cuando una acertada orden del marqués de Lede completó el triunfo, que fué la carga dada por los dragones y granaderos á caballo en las márgenes del río. Esta carga puso término á la batalla; los imperiales, favorecidos por las primeras som-



Cureña de un cañón alemán de 4
Vista por su parte superior

bras de la noche, retiráronse en completa derrota, y Lede, que hubiera podido concluir con ellos y acorralarles hasta Melazzo, permaneció en sus posiciones, malográndose, como en la anterior batalla, los frutos de una victoria costosamente alcanzada (20 Junio 1719).

Extendíase en la ribera opuesta á las posiciones españolas una cordillera en forma de circunferencia, cuya cuerda era, por decirlo así, el río Francavilla; y en las gargantas de estas montañas atrincheráronse los imperiales y cobraron alientos hasta tanto que les llegaban refuerzos. Entonces volvieron á la ofensiva y tomaron á Taormina y la Mola, acometiendo seguidamente la expugnación de Messina. En este sitio puso toda su atención el enemigo, y con tanto acierto y diligencia trazó y fortificó sus líneas, que, cuando el marqués de Lede, después de efectuar inciertos movimientos, acudió á observar el campo imperial desde Rameta, consideró muy difícil el forzarlas. Era el Marqués un general valeroso y digno, pero carecía de aquella iniciativa y resolución que caracterizan á los generales merecedores de este nombre. Si luchaba con un enemigo superior, per-



Cañón alemán de 4 con su cureña

severante y dueño del mar, tenía á su favor las simpatías de los sicilianos, y á proceder con menos timidez, las victorias de Melazzo y Francavilla, que hubieran podido aniquilar dos ejércitos imperiales, diéranle ventajas de notoria trascendencia. O porque fiara en la llegada de refuerzos ó porque la conducta de Alberoni influyera en su conducta, ello es que procedió con tibieza y vacilación, contra lo que sus tenientes le aconsejaban. El marqués de Montemar era uno de éstos, y cuando el ejército se adelantó hasta Rameta, propuso á Lede un plan por extremo hábil para romper las líneas del sitiador; pero, según costumbre, el general en jefe perdió un tiempo precioso en deliberar, y aunque el gobernador D. Lucas Spínola defendió á Messina heroicamente, un nuevo cuerpo alemán de 8,000 hombres, desembarcado por aquellos días, contribuyó á estrechar el cerco y á que se rindiera la ciudad. Aun así, continuó el valeroso Spínola defendiéndose en la ciudadela y rechazando hasta nueve asaltos del enemigo; pero llegado el momento de estar las brechas practicables y los imperiales dispuestos para el asalto, pidió y obtuvo capitulación. El plazo de tres meses que emplearon los austriacos en ganar la ciudad y la fortaleza, indica hasta qué punto obró con negligencia el marqués de Lede, sobre todo habida cuenta de las grandes pérdidas que en este intervalo experimentó el sitiador y que se estiman en 10,000 hombres (18 de Octubre). Rendida la ciudadela de Messina, Lede se trasladó desde Rameta á Francavilla, terminando así las operaciones de aquel año.

El albur y la poca cautela del cardenal Alberoni fueron destruyendo uno tras otro sus ambiciosos planes. Fracasó del modo más lastimoso la expedición que mandó á Escocia para fomentar la rebeldía de los jacobitas (1); descubrió el duque de Orleans por singular casualidad (2) la trama formada para despojarle de la regencia; falleció el rey Carlos XII de Suecia, que debía distraer los ejércitos de Austria, y no sólo el Emperador quedó libre de enemigos por el Norte, sino que los turcos, no atreviéndose á medir sus fuerzas con el ilustre príncipe Eugenio, solicitaron la paz; y así quedaron los enemigos de España con graves resentimientos que vengar y con todas sus fuerzas disponibles para realizar la venganza. La nube que amenazaba á nuestra patria por el costado de Francia, descargó al fin sobre las provincias del Norte; donde aquel mismo duque de Berwick, al que Felipe V debió la victoria de Almansa, penetró con su ejército, después de haber ganado á Pasajes: Santoña, San Sebastián y Fuenterrabía fueron sitiadas seguidamente por el ejército francés, y, contra lo que era de esperar, pues tenían recursos bastantes para resistir, las dos últimas capitularon con pocos días de intervalo, efectuándolo Fuenterrabía cuando ya se hallaba poco distante el ejército español regido por Felipe V. Este ejército, reunido á costa de grandes sacrificios, no hubiera podido medir sus armas con el enemigo, porque era muy inferior á él en calidad y número: tampoco le mandaban caudillos de talento militar, pues carecían de él Felipe y el príncipe Pío, que lo conducían. Resultado de esto y del temor que Alberoni abrigaba respecto á los riesgos que corría el monarca, fué el abandono de esta empresa y la pérdida de toda la Guipúzcoa. Y para que esta desgracia no aconteciera sola, la escuadra inglesa, presentándose en las aguas de Vigo, puso en tierra 4,000 soldados, que entraron en la ciudad después de haberla bombardeado, hicieron una rica presa y destruyeron el material que no pudieron llevarse. Unida á esta pérdida la que los franceses nos causaron en Pasajes y Santoña, resultó quebranto enorme para el Erario real, harto mermado ya por las anteriores expediciones. Por gran suerte, las armas francesas no llevaron adelante sus conquistas; y Berwick, que sólo trataba de intimidar á Felipe V y mal de su grado aceptó el mando de la expedición, al trasladar por orden del Regente francés su ejército á Cataluña, sin duda en la creencia de que este país respondería á los invasores, malogró la campaña comenzada con tan buenos auspicios. Los enemigos cruzaron el Pirineo por Cataluña y en Octubre adelantáronse por el llano de Urgel; luego, tomando la dirección de la costa, fueron á poner sitio á Rosas. Pero la ciudad resistió los primeros ataques, y cuando hacía ya diez días que se hallaba sitiada, por mar y tierra, una furiosa borrasca destrozó las naves enemigas, y el ejército francés, falto de recursos, se vió en el caso de tomar la vuelta del Rosellón. Hízolo en tan miserable estado, que fué dejando en el camino gran número de enfermos, y al repasar la frontera sus mermados escuadrones apenas presentaban la mitad de su gente. El ejército español, que desde Pamplona había seguido los movimientos del francés, no estorbó su retirada; y con esto terminaron las operaciones de la guerra de España.

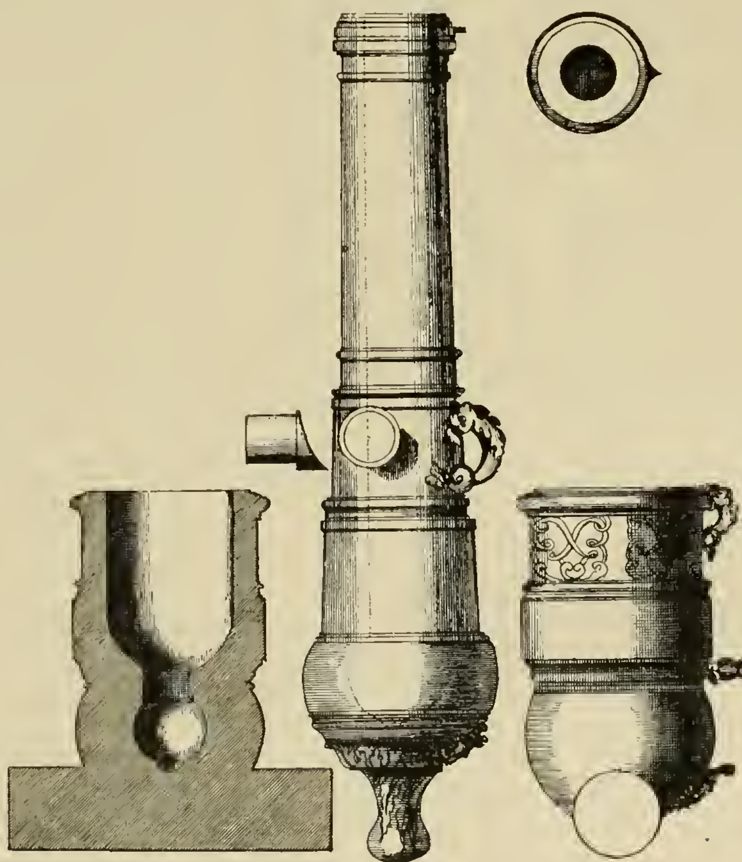
Mal concluyó el año 19 para los españoles. Dueños los imperiales de Messina, pasaron á Trápani, cuya ciudad no esperó verse atacada para abrirles sus puertas (30 Noviembre). Lo propio hizo Mazara, sin que pudiera evitarlo el marqués de Lede, reducido á la defensiva todo el resto

(1) Persuadido Alberoni de que el mejor medio de contener y distraer á los ingleses era llevarles la guerra á su propio territorio, llamó á Jacobo Stuardo á Madrid é hizo venir de Francia al duque de Ormond, partidario de aquél, para ponerlos al frente de una expedición dirigida contra las islas. La flota que debía conducir á estos personajes con 5,000 soldados, reunióse en Marzo en el puerto de la Coruña, y contra el parecer del almirante español D. Baltasar de Guevara, se hizo á la mar en dicho mes, sufriendo, junto al cabo de Finisterre, una borrasca que la deshizo, en términos de llegar sólo algunas naves y 1 000 soldados á Escocia (Abril 1719). Con esta gente no podía tentarse una empresa formal, y ocurrió, como era de presumir, un serio descalabro; pues sólo algunos paisanos se incorporaron al cuerpo expedicionario, de que muy pronto dieron cuenta las tropas inglesas.

No logró mejor resultado la tentativa que Alberoni mandó hacer en la costa de la Bretaña francesa, ya por el poco acierto que presidió á la expedición, como por los insignificantes elementos allegados y la actitud pasiva que guardaron los nobles franceses.

(2) Dirigía á los conspiradores franceses el embajador español en París, Cellamare, y á causa de la indiscreción de uno de sus secretarios en casa de una cortesana, pudo sorprenderse el conductor de ciertos importantes despachos que Cellamare mandaba á Madrid, y que pusieron al duque de Orleans muy al corriente de cuanto se tramaba. No perdió tiempo el Regente, y después de someter á un Consejo á los conspiradores, publicar el relato de la conspiración, despedir al embajador español y hacer prender á los personajes comprometidos, declaró solemnemente la guerra á España en 9 de Enero de 1719. Es preciso consignar que Felipe había despedido también, en Diciembre al embajador francés en Madrid, y atrevídose á publicar un llamamiento á los oficiales y soldados franceses, ofreciéndoles empleos y pagas, á trueque de su defección.

de invierno; y aunque no dejaron de entablarse parciales choques entre los dos ejércitos, ninguna acción ocurrió digna de especial mención. Veíase no lejano el momento de poner término á la guerra, y la suspensión de armas que el general español no tardó en proponer, indicó ya los propósitos de nuestio gobierno. No era posible que éste se empeñase en continuar la guerra, cuando tan tristemente palpaba sus malos resultados, y cuando para que el aislamiento en que



Cañón de 24. Morteros de 8 libras de pólvora

España se hallaba fuese mayor, Holanda se adhería por este tiempo al tratado de la *Cuádruple Alianza*.

Esta serie de adversos sucesos produjo la caída del famoso Alberoni y su destierro de España; y fué inmediata consecuencia de dicha caída la adhesión de Felipe al tratado de la *Cuádruple Alianza*, adhesión efectuada muy á su pesar, puesto que el monarca español pretendía quedarse con Cerdeña y Sicilia, y que le fueran restituídas Gibraltar y Menorca. Pero como las naciones hacían gran presión, ajustóse entre España y el Imperio un tratado por el que renunciaba Felipe á todos los Estados que el Empeiador poseía en Italia, incluso Sicilia; á los Países Bajos y á Cerdeña; á trueque de lo que el Emperador le reconocía como rey de España é Indias; y reconocía también como sucesores de los duques de Parma y Toscana á los hijos de la reina de

España, caso de que faltara al duque reinante sucesor varón. A consecuencia de este tratado evacuaron en la primavera de 1720 los españoles las islas de Sicilia y Córcega (pasando ésta á poder del duque de Saboya); y casi al mismo tiempo nuestras tropas del Principado concluyeron de arrojar de Urgel, la Conca de Tremp y otros lugares que en Cataluña ocupaban, á los franceses.

La adhesión de Felipe V á la *Cuádruple Alianza* dió lugar á que se reuniera este mismo año el Congreso de Cambray, en el que España ajustó la paz con las demás potencias, y es digno de especialísima mención el tratado que efectuó con la Gran Bretaña, porque el monarca inglés había prometido la devolución de Gibraltar y el gobierno británico se opuso, diciendo que no podía hacerse tal sin el consentimiento del Parlamento. Bajo la fe de la palabra empeñada por aquél, y prometiendo arreglar este asunto de acuerdo con el Parlamento, se hizo la paz; pero España no vió realizada esta promesa. Con Francia llegóse á mejor inteligencia, porque nos fueron devueltas las plazas de San Sebastián y Fuenterrabía, y se celebró un convenio matrimonial entre príncipes de ambas naciones, que las circunstancias desbarataron; pero las negociaciones más difíciles y lentas fueron con el Imperio, á causa del especial empeño que Felipe y el Emperador tenían en lo que respecta á la sucesión de los ducados de Parma y Plasencia, y esto fué motivo de que el Congreso prolongara sus sesiones hasta el año 1725, disolviéndose sin resolver nada (1).

En el intervalo que estos sucesos tuvieron lugar, y después de evacuadas Sicilia y Cerdeña, ocurrió un suceso de cierto interés, que fué la expedición del marqués de Lede á Marruecos con objeto de libertar la plaza de Ceuta, que por espacio de veinte y seis años tenían asediada los marroquíes. Indica este solo dato el abandono en que se hallaba tan importante posesión, posesión conservada gracias al celo de los gobernadores españoles y el atraso en que se hallaban las muchedumbres mahometanas que cercaban la plaza; mas cuando las escuadras inglesas y holandesa entraron en el Estrecho para llevar ejércitos imperiales á la península y ganaron el peñón de Gibraltar, intentaron también apoderarse de Ceuta, y hábiles ingenieros europeos cuidaron de dirigir con más acierto el sitio que tenían los marroquíes. El peligro era, pues, bastante serio en 1720 para que Felipe dejase de aprovechar en Africa el ejército que acababa de evacuar la Sicilia; y en efecto, partió á la vecina costa el marqués de Lede con 16,000 soldados y poderosa escuadra (fines de Octubre de 1720). Puestos en tierra aquéllos, efectuóse el ataque, combinado con los fuegos de la armada, y el enemigo, cuyas fuerzas se elevaban á 20,000 combatientes, fué lanzado de sus posiciones; pero aun tuvo que entablarse otro formidable combate para alejarle de las cercanías de la plaza; porque, parapetado en las últimas trincheras, hizo un esfuerzo supremo antes de alejarse de ellas, sacrificando en esta lucha lo más florido de su gente. No fué grande la pérdida de los españoles, por lo que fácilmente consiguióse el objeto de la expedición; pero los resultados de ella, quizás hubieran sido mayores á no excitar la presencia de aquellas brillantes y aguerridas tropas recelos de la Gran Bretaña, temerosa por los peligros que su vecindad podía traer á Gibraltar; y como no conviniera á Felipe V romper sus relaciones con el monarca inglés, dió orden para que se retirara el ejército de Africa, dejando bien guarnecida á Ceuta (Enero de 1721). Esta empresa fué la última de las verificadas en la primera época del reinado

(1) La paz entre España y el Imperio se ajustó, al fin, por un tratado particular, que negoció en Viena Riperdá sobre la base de los de Londres, Baden y Utrecht, cediendo Felipe V al Emperador la Sicilia, con todos sus derechos y pretensiones, renunciando éste á todos los que alegaba á la corona de España, y quedando en posesión de los Países Bajos y los Estados de Italia. Adheríase el Emperador á lo estipulado en Utrecht respecto á los derechos de los infantes de España á los Estados de Toscana, Parma y Plasencia; pero sin que el rey católico pudiera poseerlos, ni ser tutor de sus posesores.

A este tratado, ajustado el 30 de Abril de 1725, siguieron otros tres denominados de *Alianza defensiva*, de *Comercio* y de *Paz*. Por el primero comprometíanse ambos contratantes á socorrerse mutuamente caso de que fueran invadidos sus respectivos Estados, aprontando España 15 navíos de línea y 20,000 soldados, y el Emperador 20,000 infantes y 10,000 caballos. El alemán se comprometía á interceder con el monarca inglés para que se restituyera Gibraltar á España. El segundo tratado era todo relativo al modo con que los súbditos de ambos monarcas debían ejercer el comercio; y el tercero tenía por objeto, no sólo la renuncia de la tutela del monarca español sobre sus hijos, cuando ocuparan el trono de Toscana, sino la absoluta á todos los derechos y dominios de Italia.

Este tratado de paz, que no satisfizo á las demás naciones, fué, como se ve, harto ventajoso para el Imperio; pero España, acostumbrada á salir perdiendo siempre en tales componendas, lo celebró con júbilo... como era de costumbre.

de Felipe, pues en Enero de 1724 abdicó la corona española en su hijo Luis y en 4 de Septiembre del mismo año volvió á poseerla, por muerte del joven monarca.



El segundo período del reinado de Felipe V no es mucho más brillante que el primero. Comienza figurando como agente primero y director después de la política española el aventurero Riperdá, un ambicioso de menos talento y más audacia que Alberoni; hombre que, siguiendo las huellas de éste, trata de halagar el cariño maternal de la Reina, allanando por medio de inteligencias directas con el Austria, las dificultades que ofrece la sucesión de los ducados de Toscana y Parma, y consigue á la postre que España y el Imperio lleguen á un acuerdo sobre las bases indicadas ya en la nota de la pág. 394. El tratado no podía ser más vergonzoso; pero Riperdá, que para negociarlo había pasado á Viena, regresó á España, afirmando que el Emperador había prometido dar la mano de su primogénita al infante D. Carlos; y esto, que era de gran trascendencia para Felipe y su mujer, porque el austriaco no tenía hijos varones, hizo que el monarca español no reparara en las condiciones del mismo. No resultaron ciertas las promesas de Riperdá, pero en cambio la conclusión del tratado causó profundo descontento á las potencias signatarias de la *Cuádruple Alianza;* y como por añadidura hubiese corrido gran peligro de muerte el adolescente monarca francés, y quisiera evitar su primer ministro (1) que la corona de aquel país fuera á caer en la casa de Orleans, apresuróse á casarle con una princesa de Polonia y devolvió á España la infanta que se destinaba para esposa de Luis XV. A consecuencia de tales compromisos, España se halló otra vez frente á frente de las más importantes potencias europeas, y por caso singular al lado del Imperio, su más acérrimo enemigo, la eterna rémora de nuestra infeliz nación.

Inglaterra fué de todas las potencias la que más se alarmó por la citada alianza, pues su embajador en Madrid, advertido por las indiscreciones del ministro Riperdá de los planes que se fraguaban en Viena y en la corte española, notificólo á Londres; y el soberano de la Gran Bretaña mandó armar sin pérdida de tiempo dos escuadras, una destinada á operar en el Mediterráneo y otra en las Indias Occidentales (1726). Pero en España y en Austria hacíanse idénticos preparativos; y habiendo logrado ambas cortes atraerse la de Rusia, creció la confianza de Felipe V y su ministro, seguros como estaban de poder dictar en breve la ley á Europa. Era demasiado trascendental y ruidoso este convenio para que dejaran de alarmarse las demás naciones, y Francia la primera, resultado de lo cual fué la Alianza de Hannover entre Inglaterra, Francia y Prusia para oponerse á la de Viena. Con esto quedaron otra vez las naciones europeas divididas y próximas á venir á las manos. ¡Imposible parece que pudieran tanto el afecto de una mujer y la ligereza de un privado! ¡Vergüenza da que el bienestar de las naciones haya dependido de causas tan livianas! Empero, la experiencia, que es la piedra de toque de los hombres, dió á conocer en breve que el tal Riperdá era un intrigante sin talento: fracasaron sus pomposos proyectos de reforma, descubrióse luego que cuanto había prometido al regresar de Viena era una farsa, que los preparativos militares hechos por el imperio no eran tan inmediatos ni tan grandes como había prometido; y su ligero proceder y su necia arrogancia por un lado; por otro la dilapidación de fondos durante el período de las negociaciones, no menos que los ataques de sus émulos y las declaraciones del embajador austriaco, causaron su caída y destierro. Pero, ¡triste es decirlo!, quedó subsistente su obra, prevaleciente en la corte de Madrid la política alemana, que miraba la Reina como altamente beneficiosa para el porvenir de su hijo Carlos; y la desdichada España, que había sostenido tan continuada guerra con el Austria, vióse obligada á pagar fuertes impuestos para que sus reyes enviaran grandes sumas á Viena, cuya corte, como siempre, no andaba sobrada de dinero (2).

(1) Había muerto el 2 de Diciembre de 1723 el duque de Orleans y era primer ministro del Rey el duque de Borbón.

(2) «Felipe V, dice el historiador Lafuente, estrechó más los nudos de la alianza con la corte imperial; envió nuevo embajador á Viena y activó las remesas de dinero á aquella corte para tenerla más propicia. Todos los que habían seguido la casa de Austria en la guerra de sucesión volvieron á la posesión de sus bienes confiscados, y les fueron reconocidos los empleos, títulos y dignidades dadas por el Emperador como si les hubieran sido otorgados por el Rey de España...»

Al finalizar el año 26 todo eran aprestos y armamentos en Europa; Francia aumentaba su ejército en 25,000 hombres de tropas regulares y ordenaba el levantamiento de 60,000 de milicias; Inglaterra equipaba y armaba sus escuadras despachándolas para el Báltico, el Mediterráneo y las Indias; en España se reparaban y fortificaban las plazas de la costa, aumentábase la guarnición de Cádiz y se formó en León un campo militar. Los síntomas eran ya de un pronto rompimiento; y en efecto, Felipe V, alentado con el apoyo de Rusia y de completo acuerdo con el Austria, resolvió en 1727 acometer la empresa de la recuperación de Gibraltar, sin que lograran disuadirle de ello las prudentes consideraciones de algunos generales y del mismo embajador inglés (Enero de 1727). Las hostilidades habían comenzado ya á fines del año anterior, pues por orden del Rey habíase apresado en Veracruz un navío inglés de la Compañía del Sur, con rico cargamento, como en represalia del bloqueo que la escuadra británica tenía puesto á Porto-Bello; pero el ejército expedicionario reunido en Andalucía y fuerte de 25,000 hombres no se puso en movimiento hasta mediados de Enero, en cuyo tiempo ya el monarca inglés, secundado con entusiasmo por la nación, había enviado á Gibraltrar naves con regimientos y vituallas; mientras la Francia formaba sus ejércitos en la frontera alemana, dispuesta á rechazar por aquel lado cualquier acometida del imperio.

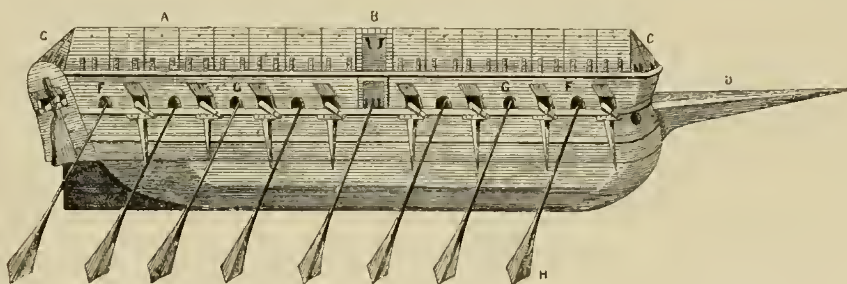
Los preparativos militares hechos en España no eran, ciertamente, despreciables; pero distaban de hallarse á la altura de tan ardua empresa; sobre todo, careciendo, como carecíamos, de una respetable escuadra para dominar en el Estrecho y coadyuvar á las operaciones por mar. Tampoco el caudillo que debía dirigir el sitio tenía aptitud para ello. Era el conde de las Torres, virrey á la sazón de Navarra, militar valeroso, rígido y de gran práctica, pero en extremo rutinario y por añadidura asaz presuntuoso para apreciar los consejos ajenos. Díjose que su elección obedeció al favor; y si fué realmente así, ella acreditó perfectamente el fracaso que sufrió el segundo sitio de Gibraltar. El 30 de Enero de 1727 se presentó el ejército sitiador á la vista de Gibraltar, cuya guarnición, apercibida ya, había sido engrosada con importantes refuerzos. Acto seguido procedióse á tirar las primeras paralelas, y el 22 rompióse el fuego por la plaza contra los trabajadores. El ataque, en opinión de los hombres entendidos, debía haberse dirigido por la punta de Europa; pero Torres resolvió empezarle por el lado opuesto, sin que de ello le disuadiera la consideración de que el sitio elegido era muy estrecho y no permitía extender los ramales de trinchera hasta cubrir suficientemente el flanco de los atacantes (1); porque es de advertir que éstos, no solamente se hallaban molestados por la artillería de la plaza, sino también por el de algunas naves inglesas ancladas en la bahía. Poco adelantaba el asedio, y esto con harta fatiga y mucha pérdida. La guarnición de Gibraltar aumentaba de día en día, la plaza se hallaba convenientemente avituallada y no era de esperar su próxima entrega, á menos de no sobrevenir algún accidente inesperado. Quizás hubiérase conseguido la rendición, de realizarse lo que propusieron algunos españoles que militaban en las filas enemigas y estaban de guardia en las puertas de Gibraltar. Asegúrase que éstos ofrecieron á los marqueses de Bay y Castelar su cooperación para sorprender la plaza, y que ambos generales, al transmitir á Torres la noticia, brindáronse á conducir las columnas al punto de peligro; pero que el conde de las Torres con su habitual presunción les respondió: «que no quería mancillar el honor de las armas españolas, alcanzando el triunfo á costa de una traición (2).»

Prosiguió, pues, el sitio de Gibraltar sin adelantar gran cosa los españoles; mientras que los ingleses, no concretándose á la defensa de los muros, construyeron en el cuerpo mismo del Peñón distintas plazas de armas, desde las que dirigían al campo español certero y nutrido fuego. A tales eminencias no alcanzaba el fuego de las numerosas baterías españolas, y aunque la plaza era bati-

(1) Las desventajas de quedar las trincheras enfiladas ó dominadas á causa de ser muy estrecho el terreno de ataque y guarnecida del enemigo una montaña que se avance al frente, dice el marqués de Santa Cruz de Marcenado que padecieron nuestras tropas en este sitio, «siempre enfiladas ó dominadas en el angosto ataque de aquella plaza, de la cual se adelanta por un costado la montaña de Europa, que los ingleses guarnecian». *Reflexiones militares*, Lib. XIV, § 4.°

(2) Clonard, *Hist orgánica*.

da con gran furia por nuestros cañones y morteros, resultaba este ataque infructuoso y hasta contraproducente, á causa del enorme consumo de municiones. Y no en balde había transcurrido el tiempo para nuestro ejército, presa de las enfermedades, diezmado por el plomo enemigo, disgustado de ver el sesgo que tomaba aquella empresa. Bien comprendían los oficiales españoles que eran inútiles ya las tentativas; pero su general, que abrigaba nuevas esperanzas, concibió la idea audaz de arruinar el Peñón minando su base. Este trabajo, tan colosal como estéril, no alarmó á los sitiados, porque consideráronle de todo punto irrealizable; y, en efecto, después de haber empleado en él gran número de trabajadores y no escaso tiempo, dióse fuego á la mina sin más resultado que abrir una profunda cavidad en el corazón de la roca. El marqués de San Felipe, después de narrar este hecho, dice con suma oportunidad que renovó el recuerdo de la cueva de Montesinos.



LA BARCAZA ESPÍN

BATERÍA FLOTANTE ACORAZADA, SEGÚN UN DISEÑO DE SU INVENTOR EL OFICIAL ESPAÑOL D. JUAN DE OCHOA (1727)

A — Cubierta de la *Barcaza*, la cual se compone de dos medias puertas que se cierran y unen al medio del buque con sus goznes de hierro desde el borde de ella, conforme demuestra la figura

B. — Demostración de las dos medias puertas con sus aldabones que cierran de la parte de adentro y aseguran, la una levantada y la otra caída. Y debeo de quedar descansando sobre el borde de la *barca*, y no sobre los goznes.

C. — Cubiertas de popa y proa que se componen de dos medias puertas unidas que ajusten con las de los costados, como se ve.

D. — Espolón de la *Barcaza*, como el de las galeras, de hierro para su defensa.

E. — Espolones de los costados, todos de hierro, puestos de modo que no embaracen los remos.

F. — Ventanas por donde se han de usar los remos, de los cuales estará siempre para función bien proveída.

G. — Cañoneras de la artillería, la cual ha de ser de batir de 24 para arriba, del calibre que se quisiere.

H. — Remos de la *Barcaza*, los cuales han de ser como los de las galeras, y manejados así mismo; y si entre cañón y cañón se pudiesen meter dos remos, será mejor, pudiéndose usar sin embarazo.

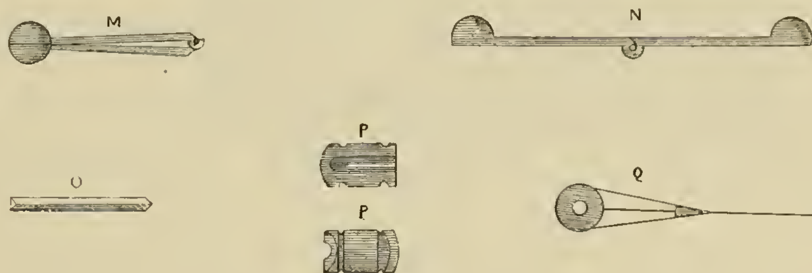
Al hablar del segundo sitio de Gibraltar, es ocasión oportuna de hacer mención del invento debido al oficial de la marina española D. Juan de Ochoa, con tanto mayor motivo, en cuanto no sabemos que hasta aquí ningún historiador general se haya ocupado de él. Dióle á conocer en 1862 el erudito y laborioso escritor D. José Ferrer de Couto (1), acompañando el diseño del inventor, que también ofrecemos en esta página, con otros documentos descriptivos que dan acabada idea de lo que era la batería flotante denominada *Barcaza Espin*. Ochoa proponíase utilizar esta batería flotante para la reconquista de Gibraltar y Mahón, y al propio tiempo dotar á los navíos de una *bala-tenaza*, maravillosa, según él, para desarbolar navíos (2); de cuyo doble invento hacía oferta

(1) *Museo Universal*. Año VI, 1862.

(2) «La *bala-tenaza*, dice Ferrer de Couto en el antes citado artículo, era un proyectil compuesto de cierta bala dividida en dos mitades, cada una adherida á un extremo de lo que llama *tenaza* el ingeniero inventor; era una barra triangular, separada en su mitad por un gozne para abrirse y cerrarse á manera de compás; de suerte que coincidiendo en sus extremidades, unidas por los oficios del gozne, la adherencia de las dos medias balas para introducirlas en el cañón, resultaba una sola, prolongada con una palanqueta, ó sea la *tenaza*; la cual se forraba entonces con los pedazos de madera que componían el taco, ligeramente atados, para que en el acto de disparar y salir el proyectil del cañón no impidiese la abertura de la barra ó palanqueta, llevándose media bala á cada una de sus extremidades.

»Muchos defectos se advierten á la simple vista en las circunstancias de este proyectil para su uso; mas no cabe duda que es ingenioso en realidad, y que á lo menos contra la jarcia y cabullería de los buques enemigos sería maravilloso, en especial cuando el disparo no fuese desde muy lejos; pudiéndose colegir también sin dificultad que con perseverante estudio y profunda meditación en el uso práctico de dicho proyectil, acaso podría haberse convertido entonces en un gran instrumento de combate, lo mismo que la *barcaza* ó batería, conforme al estado que tenía también entonces el arte de la guerra naval, en ambas cualidades de construcción y balística.»

á D. Felipe V, suplicándole por medio del marqués Scotty que sin omisión alguna se ejecutaran (1). La *Barcaza Espín* no era otra cosa que un casco de ordinaria capacidad, con ocho cañones por banda, otros tantos remos, cada uno entre porta y porta, y provisto de espolones de hierro, uno de superior tamaño en la proa y ocho á cada costado, precisamente debajo de los cañones. Tenía una especie de tinglado formado por grandes portas de que se componía la cubierta, completándose esta fortificación con otras portas que cerraban por la popa y por la proa dicha cubierta. El autor aconsejaba que, de hacerse el casco ex profeso, se fabricase lo suficiente fuerte para resistir el peso de los cañones y que se cubriera luego *con planchas de hierro de un dedo de grosura*, á partir de la misma quilla; y advertía, por último, que abriendo las cubiertas y arbolando el casco podía navegarse con la barcaza por donde conviniere. «No puede negarse, dice Ferrer de Couto, que el buque á que nos referimos, debe considerarse como fundamento de las *baterías flotantes* ensayadas contra Gibraltar cincuenta y dos años después con éxito muy desgraciado; el cual no habría



M. — *Bala tenaza*, la cual sirve para desarbolar los navíos. De mar ó de tierra, se mete en la pieza, como se demuestra en la figura; puédesele dar toda la largura que tiene el cañón, porque cuanto más larga sea es más segura en la obra.
N. — Demostración conforme sale del cañón; y con este género de bala no se ha de disparar segunda vez hasta que él esté frío.
O. — Ha de ser la barra triangular, como se demuestra, con el corte á la parte de el peso de la bala
P — Taco de madera en dos mitades, con sus cóncavos para atacarlas antes de acabar de meter la bala, y que ajuste al cañón.
Q. — Atacador, el cual ha de tener las tres varillas de hierro largas que no den en la bala y no estorbe el atacar, y el rodete de palo ó de hierro todo. si hallasen ser mejor, atacarán con él dos personas.

sido tan infeliz á no haberse prescindido en la construcción del forro ó planchas de hierro que el don Juan de Ochoa proponía para la defensa de su buque, y con las cuales no habría sido tan fácil el incendio que consumió nuestras trece cañoneras en la bahía de Gibraltar por las balas rojas que les enviaron las baterías de la plaza.» La paz ajustada con Inglaterra contrariaría, sin duda alguna, el proyecto de Ochoa, y aunque no le quitara oportunidad, ello es que pasó con otros expedientes á los archivos del Estado, conservándose hoy en el de Simancas. Es, sin embargo, muy digno de ser conocido, en cuanto el inventor español se anticipó á los constructores de otras naciones en el proyecto de baterías flotantes acorazadas.

A la magnitud del fracaso de la mina, correspondería, como es de suponer, la decepción. Ya no se emprendió en adelante operación alguna de importancia contra Gibraltar, y la actividad del conde de las Torres redújose á reparar los estragos que las baterías enemigas hacían en las trincheras, á contestar á sus fuegos con un estéril cañoneo y á sufrir las contrariedades que lleva consigo un sitio prolongado; y en tal estado se encontraba el sitio, cuando llegaron al campo de Gibraltar las órdenes de suspender las hostilidades, como así se ejecutó mediante convenio entre

(1) Carta de D. Juan de Ochoa al marqués de Scotty enviándole un diseño de la *Barcaza Espín*.
«Suplico á V. E., dice el inventor al final de esta carta, dé calor á Su Majestad para que mande poner luego esto por obra, sin omisión alguna, *que es el pecado que ordinariamente padecemos en España*, y estimaré que no me abandone en su protección...»
Esta carta lleva la fecha de 11 de Febrero de 1727 y está firmada en Lisboa.

el gobernador de la plaza y el conde de las Torres. Esta suspensión obedeció al hecho de haberse firmado el 21 de Marzo de 1727 los preliminares de la paz entre Inglaterra, Francia, Austria y Holanda; que todas estas naciones, temerosas ya del sesgo que comenzaba á tomar la política europea y no muy satisfecha el Austria de engolfarse en la guerra, pusiéronse de acuerdo y lograron que Felipe, aunque mal de su grado, se adhiriera á la paz (1), cuyos articulos debía discutir en Congreso reunido en Soissons (2). Vió entonces España con suma extrañeza que el imperio, obrando muy contra lo que era de presumir, suscitaba de nuevo obstáculos á la sucesión del infante D. Carlos en Parma, Plasencia y Toscana, notó también que los ministros ingleses estaban poco dispuestos á resarcir los daños que la escuadra británica nos hiciera en las Indias y menos todavía á la restitución de Gibraltar; y como el monarca español, enfermo y melancólico, abandonara casi por completo la dirección de la política, el giro que tomó ésta en el Congreso de Soissons obedeció á la influencia personal de la reina Isabel de Farnesio. Aquella asamblea de Soissons, ni abierta ni cerrada, parte de cuyos ministros no se hallaba siempre allí, y donde infructuosamente se negociaba, terminó trasladándose en Septiembre de 1730 á París: y las conferencias todavía se prolongaran algunos meses, por el empeño que Austria tenía en oponerse á la introducción de tropas españolas en Parma y en Toscana, si Francia, Inglaterra y España no hubieran concluído particularmente un tratado de paz, unión y amistad, por el que se anuló el de Viena y acordóse que desde luego pasaran á Italia 6,000 soldados españoles como guarnición de las plazas de Parma, Plasencia y Toscana, asegurando así la inmediata sucesión del infante D. Carlos, contra cualquiera que tratase de estorbarlo (Tratado de Sevilla, 9 Noviembre de 1729).

Con razón podía decirse que, á nuevo tratado, nuevo engaño. Isabel de Farnesio, á la que en apariencia tanto habían complacido Francia é Inglaterra, vió con extrañeza que el Emperador no se alarmaba por el ajuste de Sevilla, y que las dos potencias signatarias no mostraban gran calor por realizar lo estipulado; y como se organizara ya en Barcelona la escuadra que debía conducir la expedición á los Estados italianos, apresuróse á enviar al general D. Lucas Spínola á París con objeto de pedir explicaciones al primer ministro francés. Como era de presumir, en París entretúvose con dilaciones al general, y éste regresó á España cinco meses después, harto disgustado de su comisión. Empero, hechos ya enormes gastos para la empresa, no era posible dilatarla por más tiempo, so pena de perder las grandes sumas invertidas en víveres y concentración de gente; y por eso los Reyes, haciendo caso omiso de lo adelantado de la estación y del *ultimatum* que Francia (para ganar tiempo) mandó á Viena, entendiéronse con Inglaterra para que mediara con el Imperio. La muerte del duque de Parma, Antonio Farnesio, en Enero de 1731, y la ocupación de los ducados por el ejército imperial, precipitó los acontecimientos y dió lugar á que el monarca inglés se comprometiera á conducir en el plazo de cinco meses un cuerpo de 6,000 soldados españoles á Parma y Toscana, y á poner en posesión de estos ducados al infante D. Carlos; compromiso que unido á la reconciliación definitiva de Austria y España, dió lugar á un nuevo tratado entre las tres potencias (22 Julio 1731). Y consecuencia de esto fué la reunión de las escuadras inglesa y española, las cuales zarparon el 17 de Octubre del puerto de Barcelona, conduciendo las tropas destinadas á Italia. Anclaron las escuadras el 27 delante Liorna, reemplazaron los soldados españo-

(1) El 6 de Marzo de 1728, firmó el monarca español el acta de ratificación de los preliminares, designada con el nombre de *acta del Pardo*, á consecuencia de la cual retiróse el ejército español de Gibraltar.

Los artículos que contenía esta acta eran:

1.° Se levantará inmediatamente el bloqueo de Gibraltar; las tropas volverán á sus cuarteles; se retirará la artilleria; se demolerán las trincheras y demás obras de sitio; volverá todo por ambas partes al estado prescrito por el tratado de Utrecht.

2.° Se enviarán sin dilación órdenes claras y terminantes para entregar el navío *Príncipe Federico* y su carga á los agentes de la compañía del Sud, que le enviarán á Europa cuando juzguen oportuno; los ingleses seguirán disfrutando el libre comercio de las Indias Occidentales, conforme al tratado del Asiento, confirmado por los artículos 2.° y 3.° de los Preliminares.

3.° Se restituirá inmediatamente á los interesados los efectos de la flota y asimismo los de los galeones cuando hayan regresado á Europa, como en tiempo libre y de paz, conforme al artículo 5.° de los Preliminares

4.° S. M. C. se obliga, del mismo modo que S. M. B., á observar cuanto se arregle y establezca, etc.

Siguen las firmas.

(2) Representó á España en este congreso, juntamente con D. Joaquín de Barrenechea y el duque de Bournonville, D. Alvaro de Navia Osorio, marqués de Santa Cruz de Marcenado.

les á los alemanes de las guarniciones, y sin efusión de sangre viéronse, por lo pronto, realizados los deseos de la ambiciosa reina Isabel de Farnesio.



A los preparativos militares hechos para la expedición de Italia, siguieron otros en mayor escala y que dieron no poco que discurrir á las naciones. En Cádiz, en Alicante y en Barcelona reuníanse tropas, material de guerra, víveres; cuanto requería una empresa de gran monta: acudían á dichos puertos, no sólo las naves de guerra españolas, sino en gran número las mercantes, y nunca se había visto cubierto el Mediterráneo, según frases de un testigo, de tanta variedad de banderas juntas. No se supo hasta que la escuadra estuvo pronta, el objeto de la expedición (6 de Junio 1732). Entonces dió el monarca un manifiesto declarando que se dirigía á recobrar la plaza de Orán (1).

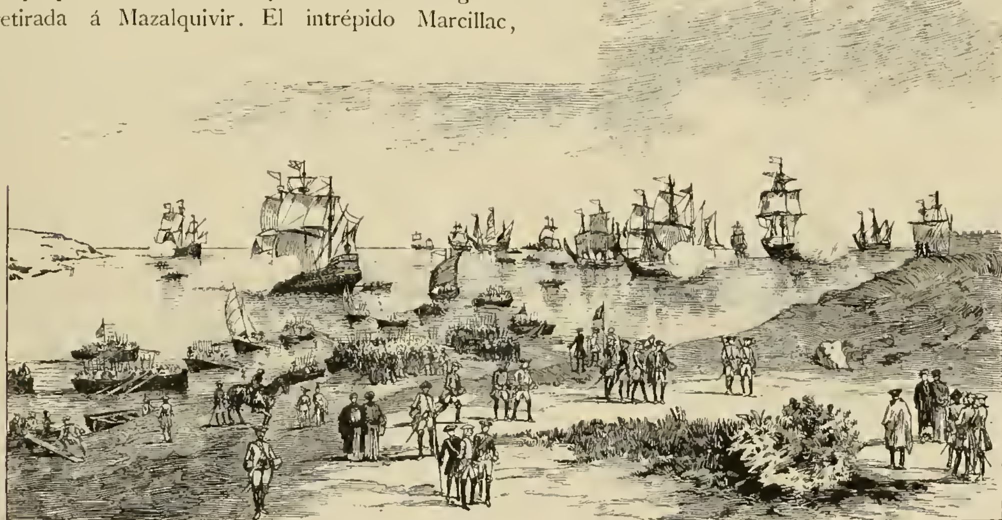
Los pormenores de esta expedición los da Belando en su *Historia Civil*, y son como siguen: «Componíase la escuadra de 12 navíos de guerra españoles, el que menos de 50 cañones, 2 bombardas; 7 galeras de España, mandadas por D. Miguel Regiso; 2 galeotas de Ibiza, 4 bergantines guardacostas, de Valencia, 109 naves de transporte, 50 fragatas, 97 saetías, 48 pingües, 20 balandras, 4 urcas, 161 tartanas, 2 polacras, 8 paquebotes, 2 gabarras, 26 galeotas, y otras 57 embarcaciones desocupadas. Se componía el ejército de 40 batallones y 24 escuadrones. Embarcáronse 12,400 quintales de pólvora, 16,420 bombas, 56,000 granadas de mano, 80,693 balas de cañón, 1,522 quintales de balas de fusil, 8,000 cajones de cartuchos, 3,300 tacos para la artillería, 1,200 fusiles de repuesto, 200 cureñas de todos calibres, 20 carros cubiertos, 240 avantrenes, 60 carromatos baleros, 60 galeras, 40,000 faginas de 12 pies, 20,000 de á 9, y 14,000 salchichones, 80,343 sacos de tierra, 20,500 instrumentos para gastadores, como son palas, picos y espuertas; 780 caballos de frisa, 150 acémilas, 422 barracas de madera, 81 hornos de campaña, 740 mulos para la artillería, 150 mulas de abasto y tiro, 36,000 fanegas de cebada, 220,000 arrobas de paja, 14,000 herraduras, 250,000 quintales de plomo, 400 vacas, 1,576 carneros, 4,000 gallinas, 1,000 camas de hospital, 2 millones de raciones de armada, 7,000 botas de vino, 190,000 arrobas de leña.»

Dióse el mando de esta importante armada al teniente general D. Francisco Cornejo; el del ejército al conde de Montemar, D. José Carrillo de Albornoz, y con él fueron, en clase de tenientes, expertos generales, entre los que se contaba D. Alvaro de Navia Osorio, vizconde de Puerto, y recientemente nombrado marqués de Santa Cruz y mariscal de campo.

El 3 de Junio de 1732 empezóse el embarque de las tropas y pertrechos en el puerto de Alicante, y el día 16, después de haberse incorporado los dos convoyes organizados en los de Barcelona y Cádiz, hízose la escuadra á la mar, navegando felizmente hasta Palos, donde la fuerza de los vientos contrarios la obligaron á mantenerse algún tiempo á la capa. Sosegado el viento, la escuadra prosiguió su rumbo á la costa africana y el 29 verificóse el desembarque en la cala de las Aguadas. Ya estaban los moros apercibidos, pues el renegado Riperdá, que ocupaba un puesto en la corte marroquí, no perdonó medio para destruir los proyectos de Felipe, y el Emperador, aconsejado por él, atendió con gran celo á las defensas de Orán y al armamento de los suyos. Pero al contemplar los marroquíes nuestra soberbia escuadra desplegada no lejos de la costa, y al experimentar los efectos que su artillería causaba en sus turbas, huyeron á la desbandada de la playa, y el ejército pudo desembarcar y emprender la marcha sin tropiezo alguno. El plan de Montemar no era otro que atacar sin pérdida de tiempo á Orán; pero quiso su buena estrella que un accidente imprevisto le abriera antes de lo que pudo presumir las puertas de la plaza. Impelida por el fuego del combate, una compañía de escopeteros españoles se alejó un tanto del grueso

(1) Recordarán nuestros lectores la defección del conde de Santa Cruz, almirante de la escuadra española del Mediterráneo, destinada en 1708 al socorro de Orán, cuyo almirante se pasó con las galeras al archiduque Carlos. Esta defección fué causa de que á principios de dicho año se perdiera la plaza de Orán, que ganaron los moros argelinos, auxiliados por ingenieros ingleses, holandeses y alemanes.

del ejército é hizo fuego sobre un grupo de moros á caballo. Estos, viendo que los escopeteros eran en corto número, volvieron grupas y les atacaron, obligándoles á agotar sus municiones y á retirarse con grave riesgo. Advertido Montemar del peligro que corrían, despachó en su socorro cincuenta dragones á caballo; pero como el número de enemigos fuera en aumento, se vió en el caso de empeñar todo el ejército en el combate, y lo que empezó por escaramuza ya llevaba trazas de convertirse en batalla. Eran, en efecto, imponentes las fuerzas que el enemigo presentaba, pues se calcularon en unos 22,000 moros y turcos; favorecíales además lo accidentado del terreno y la falta de manantiales, que añadía á la fatiga de la lucha, una devoradora sed; pero nuestros soldados lanzáronse al combate con sumo brío, y mientras el centro y la derecha embestían de frente á los moros, la izquierda, que mandaba el conde de Marcillac, por medio de un rodeo atacaba por el flanco las posiciones enemigas con el propósito de envolver y cortar al enemigo la retirada á Mazalquivir. El intrépido Marcillac,



Desembarco de una división del ejército expedicionario que mandaba el conde de Montemar, en la costa de Mazalquivir, en 1732
(Copia de un grabado de la época)

puesto en hombros de cuatro granaderos, porque á causa de su obesidad no podía dirigir á pie el ataque entre aquellas breñas, condújose con gran bizarría; y no obstante el nutrido y certero fuego que el enemigo le hacía á mansalva desde la maleza, consiguió señorear la montaña del Santo, que domina á Mazalquivir y poner á los moros en completa fuga hacia Orán. La guarnición de Mazalquivir era cabalmente la que había acudido á sostener la batalla, y como encontró cortado el camino á dicha plaza, ésta hubo de rendirse á las primeras intimaciones. Y no paró aquí la victoria; porque tan profundamente consternados quedaron los moros, que ni en Orán trataron de resistir. El 30 de Junio, sin esperar el refuerzo de tropas argelinas y sin entretenerse en clavar ciento treinta piezas de artillería, ni en inutilizar víveres, evacuaron la plaza; y el 1.º de Julio entró en ella el ejército español y flotaron otra vez sobre sus muros los pendones de Castilla.

Al llegar á este punto hace mención uno de nuestros historiadores del proyecto concebido por el conde de Montemar, proyecto de suma trascendencia para la dominación española en Africa. «Un gran pensamiento, dice el conde de Clonard, surgió entonces en la guerrera imaginación de Montemar, más útil, sin duda, para la verdadera grandeza de España, que cuantos se plantearon en la época de nuestra regeneración *(sic)*. Creyó que esta coyuntura era propicia para llevar el

fuego de la guerra hasta los muros de Argel, y aun introducirla en el seno de esta orgullosa república que tenía los mares infestados de piratas con mengua del comercio y vergüenza de la humanidad civilizada. Todos los elementos materiales y morales que tenía á su disposición Montemar convidaban á la realización de esta feliz idea: una escuadra bien equipada, un ejército valiente, disciplinado y entusiasta; víveres y municiones en abundancia, la estación oportuna para bogar sobre aquellas proclosas aguas; las comunicaciones con España fáciles, breves y bien aseguradas; el nervio de las fuerzas argelinas fuera de aquella plaza, con objeto de acudir al socorro de Orán, y la consternación de los moros tal y tan profunda, que muchos comerciantes se habían salido de Argel para no exponerse á los horrores de un asalto ó de un saqueo. ¿Qué mayores incentivos necesitaban el genio y el valor para lanzarse en un porvenir de gloria y de fortuna? Pero Montemar, retenido por sus limitadas instrucciones, no se atrevió á dar un paso de tanta trascendencia, y aunque se ignora si llegó su proyecto á noticia del gobierno, lo cierto es que no se resolvió á ponerlo en planta.»

La presencia de numerosas bandas de moros á caballo en las inmediaciones de Orán, dió á comprender á Montemar, que el enemigo con quien tenía que luchar era tenaz y atrevido; y, en efecto, muy en breve las tropas de la guarnición de Orán midieron en los alrededores de la plaza sus armas con las turbas enemigas. Urgía, sin embargo, tentar alguna empresa de fácil realización, pues no era caso de que en Orán se consumiera inútilmente el vigor de las tropas; deseaba Montemar expeler de Mostagán al bey Hassem-Mustafá; y el caudillo español dispuso que el marqués de Villadarias con el grueso del ejercito avanzara por la costa, mientras la escuadra se dirigía en combinación contra Mostagán. Vientos contrarios impidieron esta operación, y Villadarias, falto del apoyo de las galeras, hubo de retroceder á Orán (25-30 Julio). Pocos días después Montemar recibió órdenes terminantes del Rey, en las que, dando por finalizada su misión, se le mandaba reembarcar la gente, y el 1.º de Agosto, efectuólo con el grueso del ejército, dejando en la plaza de Orán 8,000 soldados á las órdenes del ilustre marqués de Santa Cruz de Marcenado.

Tan presto se alejó de las costas africanas la escuadra que conducía á Montemar, notóse en el campo moro singular movimiento, y á los pocos días súpose en la plaza de Orán que el bey Mustafá avanzaba contra ella al frente de 12,000 hombres, con el propósito de recuperarla. El ataque de esta gente dirigióse contra el castillo de San Andrés, uno de los que protegen la plaza; pero diezmada por el nutrido fuego de la guarnición, hubo de renunciar á tan atrevida empresa, dejando en el campo miles de cadáveres. Fué, sin embargo, aquélla la primera tentativa, porque al ataque dado por las irregulares tropas de Mustafá en Septiembre, siguió en Octubre el de las tropas argelinas, mejor organizadas y armadas, provistas de artillería, y sobre todo secundadas por el fuego de una escuadra. Objeto de sus acometidas fué el castillo de Santa Cruz, el más dominante de la ciudad (1) y que con el de San Felipe defendían á Orán por el costado de tierra; y aunque

(1) En el archivo del Sr. D. Joaquín Maldonado Macanaz, existe un croquis de la plaza de Orán en 1732, acompañado de una descripción de la ciudad, que ha dado á conocer la *Ilustración Nacional*, de Madrid, en su volumen quinto. De ella tomamos los siguientes datos: «Su forma es como se demuestra, ovalada, y en su recinto puede contener de tres á cuatro mil vecinos, aunque su ordinaria población sólo es de seiscientos, sin contar la soldadesca, que está de guarnición y presidio. Está toda circunvalada de murallas, con sus cubos y baluartes para una regular defensa, cerrándola fuertemente las tres puertas de Tremecén, Canastel y Mallorca. Los edificios más notables que la adornan son la iglesia de Santa María, el palacio ó casa fuerte de la Alcazaba, y los tres conventos de San Francisco, Santo Domingo y Nuestra Señora de la Merced.

»A la parte del Mediodía la domina una pelada montaña, llamada la Meceta para su defensa, y la de la ciudad tiene á los dos lados los castillos de San Felipe y Santa Cruz, cuya artillería barre á cuantos enemigos se le opongan en la planicie que hace la montaña, ó en su falda: estos dos castillos son la principal defensa de la ciudad. Al Occidente guarnece á la ciudad el castillo de San Gregorio, coronando una eminencia. Al Oriente el de San Andrés, la torre de Madrigal y el castillo de Rosaleázar, que señorea también á la marina. Y al Norte la baña el Mediterráneo, que se extiende como cuarenta leguas hacia Cartagena.

»Entre la Meceta y la muralla, y cercano á la ciudad, se ve el pequeño lugar de Ifre, habitado por los moros de paz. En la marina hay unos corrales, con sus fuertes parapetos, que sirven de guardar las barcas de noche, para que no se huyan en ellas los esclavos ó los presidarios. A la falda de la Meceta, que está á vista del castillo de San Felipe, nace la fuente nombrada de Arriba, tan copiosa, que forma un abundante arroyo, con fundadas pretensiones de río; porque después de regar con sus aguas cincuenta huertas que hermosean y deleitan con un medio círculo á la ciudad, pone en ejercicio diversos molinos harineros y batanes, pagando, por fin, su ordinario tributo al mar.

»Saliendo por la puerta de Mallorca se camina una legua á Poniente, dejando á la mano derecha la ermita de Nuestra Señora del Carmen, y á la izquierda el castillo de San Gregorio, y se llega á la bahía ó puerto de Mazarquivir, labrado sobre peña viva y sólo dominado de la montaña que llaman del Santo, en donde los mahometanos hicieron frente á nuestro ejército y fueron desalojados. Hay también en Mazarquivir su población, asistida en lo espiritual por la parroquia de San Miguel.»

la guarnición rechazó los repetidos ataques, con gran mortandad de los acometedores, no por esto cejaron ellos en su porfía. El marqués de Santa Cruz, que desde el primer momento dió aviso del peligro á España y solicitó refuerzos, no perdonó medio alguno para mejorar las defensas de la plaza, «ya construyendo obras que pusieran en comunicación el castillo de San Gregorio con el de Santa Cruz, para poder socorrerlos oportunamente, ya presentándose en los puntos de mayor peligro para animar á la tropa, ó ya inspeccionando los trabajos de contraminas, en una de cuyas visitas estuvo á punto de perecer, porque sólo hacía tres minutos que había salido de la galería, cuando, prendiendo fuego los moros al hornillo, causaron la muerte de los que en ella se encon-





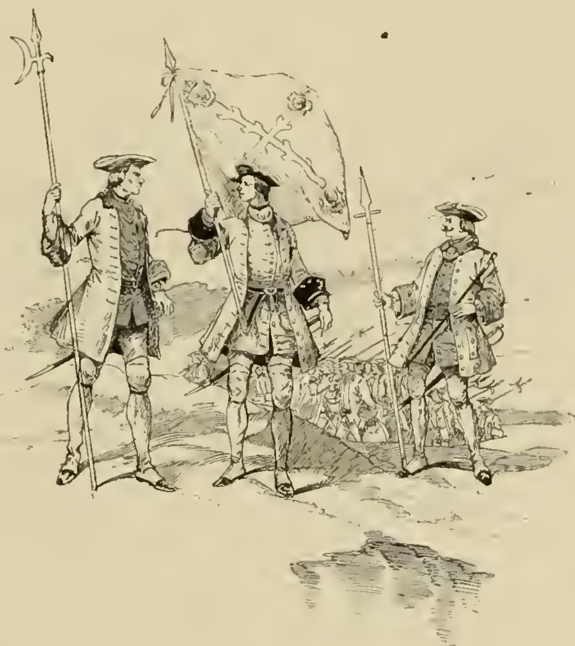
El Marques de Sta Cruz de Marcenado

Medalla conmemorativa del segundo centenario del Marqués de Santa Cruz de Marcenado, y facsímile de su firma y rúbrica en 1728

traban (1).» Difícil era que se prolongase la resistencia de la plaza, de no llegar prontamente socorros de España, y aunque éstos se organizaban ya en Barcelona á fines de Noviembre, antes de que la escuadra abandonase las costas de España, una armada argelina, compuesta de nueve navíos de 30 á 70 cañones, presentóse en las aguas de Orán, y, desafiando el fuego de sus castillos, penetró en el puerto. La situación del marqués de Santa Cruz hubiera sido entonces altamente crítica, si los moros, sabedores de la llegada del socorro, no retiraran sus naves; que eran sus propósitos no empeñar acción formal alguna con los españoles, persuadidos como estaban de que nuestra patria no sostendría en Orán un ejército permanente. Por eso, cuando la escuadra española ancló junto á las costas de Orán, vióseles retirar los cañones que tenían en sus puestos avanzados y replegar parte de sus fuerzas, disposiciones que indujeron al Marqués á efectuar una salida, á pesar de que todavía no habían podido desembarcar los 2,000 hombres que componían la expedición. Ascendían las fuerzas disponibles en Orán á 7,600 hombres y 360 caballos, y con ellas salió el marqués

(1) Altolaguirre, *Biografía del Marqués de Santa Cruz de Marcenado.*

de Santa Cruz al rayar el día 21 de Noviembre. El proyecto del Marqués era que una columna mandada por el marqués de Valdepeñas y D. Miguel de Zaldúa atacara las trincheras enemigas por la izquierda, otra dirigida por el marqués de Tayde hiciera lo propio por la derecha, mientras él con el resto de la fuerza y cuatro piezas de campaña quedaba en el centro, dispuesto á secundar el movimiento, y conteniendo por el frente al enemigo. Este plan de ataque realizóse tal como Santa Cruz lo concibiera. Envueltos los moros por ambos flancos, desalojaron las trincheras haciendo un vivo fuego, y fuéronse replegando ordenadamente ante las dos columnas, que, apoyadas por las tropas del general en jefe, formadas en cuadro, les fueron persiguiendo por espacio de



Sargento, abanderado y coronel. (Segundo reinado de Felipe V)

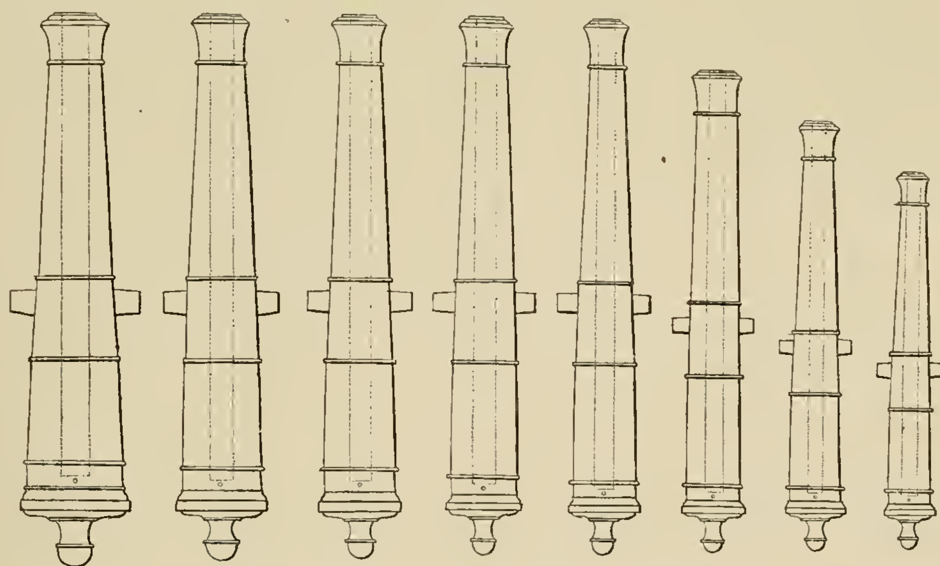
unos tres cuartos de legua. Este avance á tanta distancia, y en terreno poco conocido de los españoles, era por extremo peligroso; pues los moros trataban de conducir á nuestros soldados á un terreno en que pudieran diezmarlos y destruirlos impunemente. Llegados á unos barrancos próximos á su campamento y dominados por unas ásperas breñas, detuviéronse, en efecto, y rompieron un nutrido fuego contra nuestra infantería, causando en ella grandes bajas, y obligando al marqués de Santa Cruz, no sólo á desistir de todo ataque, sino á retirarse á Orán; pero esta retirada, como llevada á cabo en situación algo comprometida, ocasionó una pérdida altamente sensible para los nuestros. Replegábanse en buen orden las fuerzas del marqués de Tayde; mas como las de Valdecañas sufrieran mucho del fuego enemigo, dispuso Santa Cruz que fuera á reforzarlas el regimiento de Asturias. Desgraciadamente, prodújose en aquellos momentos una confusión en las tropas, confusión originada por haberse abierto los españoles en dos líneas para el juego de seis cañones que llevaban, dejando un vacío en el frente, por el cual se lanzó la caballería enemiga; y declarándose el pánico en los nuestros, descompusiéronse las filas, y una parte de las tropas



DON ÁLVARO DE NAVIA OSORIO

MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO

retrocedió atropelladamente (1). Ver el serio peligro que corrían y volar allí el Marqués con su caballería, fué obra de un momento. La caballería argelina, que se había desprendido de las peñas y cargaba con gran brío á los nuestros, mírase de improviso acometida por los dragones, al frente de los cuales descuella el heroico Santa Cruz, ganoso de salvar á la infantería. Lo consigue éste, mas á costa de su vida, porque, confundido en el torbellino del combate, cae exánime, coronando con gloriosa muerte su brillante carrera. Su sacrificio no es estéril; en pos del general en jefe, las fuerzas de la caballería española se arrojan intrépidamente contra los moros, y logran que la infantería prosiga con orden la retirada. Y en vano tratan los jinetes enemigos de cortar á los nuestros, lanzándose por la despejada llanura que se extiende hasta las inmediaciones de la



Artillería del siglo XVII. — Cañones de muralla de diferentes calibres

plaza; porque se encuentran con los regimientos de Ultonia y Aragón, y algunas compañías que habían desembarcado, y que, atraídas por el fragor del combate, acuden á reforzar á sus camaradas, atacan vigorosamente á la caballería enemiga y la dispersan con gran mortandad. No fué

(1) La siguiente carta fechada en Orán en la época en que era gobernador de la plaza el marqués de Santa Cruz, da noticia de la salida. Pertenece á la colección de manuscritos de D. Melchor Macanaz, y la insertó en su volumen quinto *La Ilustración nacional*, de que es director-propietario D. Arturo Zancada, con motivo del centenario celebrado en 1885 en Madrid, por iniciativa de D. Luis Vidart:

Orán, 21 de Noviembre de 1732.

Este día, al amanecer, salió de la plaza nuestro ejército, que constaba de 5,000 hombres con 400 caballos, y habiendo sido el primer empeño desalojar al enemigo de los ataques y batería que tenía formados contra los castillos, se logró con facilidad esta empresa, porque no tenían en esto los moros su ganancia, sino en sacar á los cristianos tierra adentro para ejecutar sus intentos; y yéndose retirando como de huída, y habiendo dicho los espías que no tenían los bárbaros más gente ni tren que el que parecía, brindados los católicos de estas noticias y su fe, fueron en su seguimiento hasta legua y media de la plaza, en donde habiendo llegado á donde pudo jugar la caballería que tenían emboscada, hicieron alto; y estando formada nuestra gente para la pelea, salieron de una celada 9,000 caballos de una parte y de otra 6,000 infantes, lo que, visto por los católicos, se abrieron en dos líneas para el juego de seis cañones que llevaban, y por el mismo vacío se introdujo la caballería enemiga, dando ocasión con este movimiento y con el embate de la infantería á que nuestra tropa cejara. Dos regimientos huyeron. Y todos quedaron descuadernados y cortados; cuya novedad, advertida por el marqués de Santa Cruz, que se hallaba sobre San Felipe registrando los movimientos con su anteojo, exclamó diciendo: «Me han engañado los espías y quien me los

aquélla una batalla en regla, pero murieron de los españoles 1,600 y de los moros 10,000, lo que da idea de lo empeñado del combate. Y no se limitó la pérdida de nuestro ejército al marqués de Santa Cruz; pues tuvo la desgracia de que el de Valdecañas cayera en manos de los argelinos. Sin embargo, la victoria conseguida fué tan costosa, como estéril; porque el enemigo se hallaba todavía en condiciones para volver á hostilizar la plaza, como lo prueba el hecho de haber acometido al propio tiempo, y no con mayor fortuna que á Orán, la plaza de Ceuta.

Ambos sucesos cierran la serie de los militares acaecidos durante el año 1732.



Fenómeno digno de llamar la atención del historiador es la repetición de las guerras en este siglo, que bien puede llamarse de los tratados. Fresca aún la tinta de un convenio, uno ú otro de los contratantes se disponía á fiar sus querellas á las armas; á entrar en combinaciones nuevas que dieran al traste con formales compromisos, haciendo buena la máxima de que los tratados no son otra cosa que obligaciones contraídas por la necesidad y destruídas por la fuerza. En 1733, por ejemplo, una cuestión tan ajena á España como era la elección de un soberano polaco, arma de nuevo á todas las grandes potencias, coloca de un lado á Francia y á Cerdeña, de otro la casa de Austria; y la guerra generalízase otra vez, entrando España en ella con la mira de recobrar los suspirados Estados de Italia y pactando con Luis XV de Francia y el monarca sardo; mientras Inglaterra, más prudente, adopta la neutralidad armada. La campaña comienza en 1733 por el Norte de Italia, donde los franco-sardos, dirigidos por Villars, se apoderan en menos de dos meses del Milanesado; Berwick, al mismo tiempo, se abre paso por la frontera alemana, atacando el fuerte de Kell, y la flota española apercíbese para trasladar á Italia un respetable ejército, cuyo

abonó»; y deseoso del socorro de aquellos pobres que infelizmente estaban sacrificando sus vidas, partió con 2,000 hombres, y habiendo llegado al sitio, se puso delante haciendo frente al enemigo con tal denuedo y valentía, que con un sangriento choque que emprendió dió lugar á la tropa descompuesta á juntarse, reformarse y abroquelarse en un cuadro que, mantenido con destreza, fué motivo para que se contuviera el enemigo. Debajo de esta forma se vino retirando nuestra gente seguida de los moros, hasta que, llegando á los ataques, hicieron alto unos y otros, en cuyo tiempo salieron de la plaza 8 000 hombres, y habiéndoles dado una carga cerrada, se retiraron los turcos, con lo que pudieron encerrarse en la plaza los cristianos. Al día siguiente salieron á demoler los ataques y hallaron siete piezas, cinco de ellas corrientes, y enterrados un mortero de bombas y dos piezas enclavadas, las que metieron en la plaza, con tres que pudieron traer de las seis que llevaba el ejército, á causa de haberles muerto muchas mulas y haber en el terreno mucho lodo de la lluvia del día anterior, con lo que fué más trabajosa la batalla. En esta función perdimos al marqués de Santa Cruz y al de Valdecañas, con cuyas desgracias se ha vestido de melancolía la salida y ha quebrantado los corazones, no tanto por la pérdida de la gente, que ha sido muy regular, sino por la falta de tales jefes. El número de los demás muertos y heridos se verá en la relación siguiente:

Lista de los muertos y heridos que hubo en la salida que se hizo en Orán el 21 de Noviembre de 1732

	Muertos	Heridos		Muertos	Heridos
Coroneles	2	4	Tenientes	8	46
Tenientes coroneles	1	7	Alféreces	19	50
Sargentos mayores	»	3	Sargentos	15	56
Ayudantes	»	4	Tambores	3	3
Capellán	1	»	Soldados	513	1,328
Capitanes	9	52	Total	571	1,553

Se avisa de Orán, con cartas de 30 del pasado, que el día 27 del mismo mes se hizo una salida de la plaza para allanar los trabajos que los moros tenían hechos en algunas partes de la meseta, de donde ofendían con más desembarazo al castillo de Santa Cruz, lo cual se consiguió sin oposición de los enemigos, que se mantuvieron en su campo legua y media distante de Orán; y también el barrenar las peñas más inmediatas al expresado castillo, dejándose sin el peligro de que le puedan ofender las minas como antes y reparada la brecha. Y por algunos espías del campo enemigo que entraron en Orán, se ha sabido que Bigotillos y otros dos parientes suyos salieron heridos de la función del día 21, que fué grande la mortandad de los turcos y moros, y que el hijo del bey de Argel se retiraba con sus tropas, dejando solamente á Bigotillos hasta 45 tiendas de turcos, que en todo compondrían de 800 á 900 hombres; por la misma parte se ha sabido que en el campo enemigo se hallan algunos oficiales de los nuestros, que quedaron heridos, y entre ellos *un cabo principal, á quien cuidan los moros con especial atencion*, sin embargo de que ignoran quién es; pero por lo mismo que esta noticia viene dando las esperanzas, que ya se habían perdido, de los oficiales principales, que dieron por muertos, se suspende darle entero crédito, hasta recibirla confirmada.

Nota. — El cabo era el marqués de Valdecañas, que después fué rescatado y prosiguió en el servicio. (Nota posterior de mano de D. Melchor de Macanaz.)

núcleo lo componen los veteranos de Africa, mandados por el conde de Montemar. Los imperiales no se hallan en ventajosas condiciones para resistir, y todo indica que aquella guerra les ha de ser funesta. De tales contingencias querían aprovecharse Felipe y su mujer, para recuperar sus estados de Italia y asegurar á sus hijos algunas coronas, y ninguna ocasión mejor que aquélla, pues disponían de escogidas tropas, oficiales expertos, y no debían soportar por sí solos todo el peso de la guerra; así que hicieron grandes esfuerzos para el logro de su idea.

Las tropas que á mediados de 1733 reunieron en Barcelona para esta empresa sumaban un total de 9,090 infantes y 4,000 caballos, todos ellos gente escogida, especialmente la caballería (1).



Soldados ligeros, fusileros y granadero. (Ultimos años del reinado de Felipe V)

Mandábanlos generales de experiencia, como Mina, Bay, Pozo-Blanco, Maqueda, Cecile y otros jefes de mérito; y á estas fuerzas habían de seguir otras llevando un tren de campaña y de batir, compuesto, entre ambos, de 100 piezas, que, unidas á los 8,000 hombres, que en Italia tenía el infante D. Carlos, duque de Parma y de Toscana, formaban un respetable ejército. De estas fuerzas, 25 escuadrones atravesaron el territorio francés por Perpiñán y el Langüedoc, hasta el puerto de Antibes, desde donde debían ser trasladados á la costa toscana, rodeo que produjo gran

(1) He aquí su composición:

INFANTERIA		CABALLERIA			
Regimientos	Batallones	Regimientos	Escuadrones	Dragones	Escuadrones
Guardias valonas	4	Milán	3	Suma anterior . .	23
» españolas	4	Malta	3	Pavía	3
Guadalajara	1	Extremadura	3	Tarragona	3
Sevilla	1	Andalucía	3	Francia	3
Africa	1	Flandes	3	Edimburgo	3
Amberes	1	Borbón	3		35
Suizos de Nedericbt	1	Granaderos á caballo	1		
	13	Carabineros reales	4		
			23		

Reconquista de Nápoles y Sicilia, por D. Eduardo Perrote, en la *Revista militar*, Tomo IX, Años 1851 y 52. De este notable estudio inspirado en las *Memorias* del marqués de la Mina, que no hemos podido hallar á mano, hemos tomado buena parte de los datos geográficos y numéricos que ofrecemos.

retraso en su arribo; mientras la infantería, desde Barcelona, era conducida con las naves á Spezzia y Leruchi (mediados de Noviembre). La reunión de estas tropas debía verificarse en Siena; mas como la estación se hallase muy adelantada, Montemar, una vez tomado el mando, limitóse á ocupar algunos puntos fuertes que aseguraban la comunicación entre Toscana y el Parmesano, destacó un cuerpo de ejército para que señoreara los ducados de la Mirandola y Piombino, y ordenó un reconocimiento hacia el Po, estableciendo luego sus cuarteles de invierno entre Pisa, Siena y Arezzo, en espera de nuevas tropas, que de Barcelona debían arribar á las órdenes del conde de Glimes (1).

No podían los franceses mirar con muy buenos ojos la segura presa que iban los nuestros á hacer en el reino de Nápoles, y esto dió lugar á un cambio de notas entre Montemar y Villars; pero las órdenes de la corte española eran terminantes, é incorporado al ejército el infante D. Carlos, con título de generalísimo, publicóse un manifiesto en el que Felipe V daba cuenta de la renuncia de sus derechos á los Estados de Italia en favor de su hijo, y de su voluntad de rescatarles de la opresión austriaca. Seguidamente, el ejército español se puso en marcha, y por Castiglione, Perugia, Spoleto, Atricoli, Castello-Novo, Tivoli, Belmonte y Alastri llegó á Fronsinone di Campo (2), último pueblo de los Estados Pontificios, mientras la escuadra española, mandada por el conde de Clavijo, navegaba hacia las aguas de Nápoles (Febrero-Marzo de 1734).

El entusiasmo que la proclama de Carlos despertó en los napolitanos fué extraordinario, y esto hacía augurar un feliz término á la conquista; pues nuestro ejército no era suficiente numeroso para atacar con ventaja plazas bien fortificadas; sin embargo, los generales del imperio favorecieron con sus torpezas las operaciones, pues ni supieron escoger buenas líneas de defensa, ni resistir en ellas hasta que les llegaran refuerzos. Componían el ejército austriaco 16,000 infantes y 2,500 caballos, en su mayor parte diseminados por las guarniciones. Estas fuerzas bastaban para estorbar el avance de las nuestras, y animado por tal idea propuso el general italiano Carraffa, que militaba en las filas enemigas, que se recogieran las tropas diseminadas para con ellas cubrir la ciudad de

(1) Componíanse éstas de los siguientes regimientos:

INFANTERÍA

Regimientos	Batallones
Guardias españolas	1
» valonas	1
Guadalajara 2.° bat.	1
Sevilla 2.° bat.	1
Africa 2.° bat.	1
Parma 1.er bat.	1
Sicilia	2
Henault	2
Namur 2.° bat.	1
Suizos de Nedericht	3
» de Lemerich	4
León	2
Flandes	2
	22

CABALLERÍA

Regimientos	Escuadrones
Alcántara	3
Ordenes	3
Farnesio	3
Barcelona	3
Rosellón	3
Santiago	3
Granada	3
Reina	3
Dragones de Frisia	3
	27

«Estos batallones completados al pie de 650 hombres cada uno, con algunas más fuerzas los de guardias y suizos, daban un total aproximado de 15,000 infantes. y la caballería, teniendo sobre 120 á 130 plazas montadas por escuadrón de cuatro compañías, representaban un efectivo de 3,400 caballos, de los cuales la mitad, á las órdenes del conde de Cecile. y siguiendo las órdenes de su predecesor, habían de marchar igualmente por Francia y la vía de Levante al Genovesado.» *Reconquista de Nápoles y Sicilia*, por Perrote.

(2) He aquí el itinerario:

Meses	Dias	Pueblos	Millas italianas	Meses	Dias	Pueblos	Millas italianas
Febrero	23	Castiglione	10	Marzo	7	Castello Novo	15
»	24	Passignano	15	»	9	Monte Rotondo	8
»	25	Perugia	15	»	11	Tivoli	12
»	27	Folino	18	»	13	Palestrina	12
»	28	Espoleto	14	»	15	Belmontone	5
»	29	Narni	14	»	17	Alatri	12
Marzo	5	Atricoli	15	»	19	Fronsinone del Campo	10
»	6	Civita Castellana	12				

Nápoles, á lo que se opuso el general en jefe, conde de Traun, sosteniendo que convenía más conservar las plazas fuertes y permanecer á la defensiva en la línea del Miñano. Entretenidos se hallaban los caudillos imperiales en estas discusiones, cuando Montemar, saliendo el 26 de Marzo de Fiorentino, por Ciprano, Aquino y San Germán, avanzó con tanta rapidez contra la línea del Miñano, que les obligó á abandonarla, á enterrar su artillería y á ponerse al abrigo de las murallas de Gaeta y Capua, casi al tiempo que abandonaba el virrey imperial, conde de Visconti, á



D. Jaime Miguel de Guzmán, Marqués de la Mina

Nápoles, huyendo con la infantería y un cuerpo de coraceros hacia Abellino y Barletta. Montemar prosiguió su avance, y en persecución del fugitivo virrey despachó al marqués de la Mina con un cuerpo de tropas, mientras él con el grueso del ejército se dirigía á Anversa (1). Detúvose aquí el tiempo preciso para que rindieran sus tenientes los castillos de San Telmo, Huovo y Nuevo,

(1) El itinerario seguido fué:

Meses	Días	Pueblos	Millas italianas	Meses	Días	Pueblos	Millas italianas
Abril	2	Vivensano	8	Abril	6	Posanto	10
»	3	Pietra de Vezano	8	»	7	Lambruzo	8
»	4	Santo Angelo	4	»	9	Maddaloni	12
»	5	Piedemontone	8	»	10	Aversa	15

que defienden la ciudad de Nápoles y entró con el infante D. Carlos triunfalmente en dicha ciudad (10 Mayo de 1734).

No quedó con este importante hecho asegurada la conquista del reino de Nápoles. El virrey Visconti, colocado en el territorio de Bari, podía recibir fácilmente los refuerzos que pidió á Sicilia y Alemania; Traun se mantenía en Capua con 4,000 soldados, distrayendo una parte de las fuerzas españolas, y el marqués de la Mina, destacado, como ya dijimos, en persecución del Virrey, deteníase en Barletta, observando los movimientos de éste y viendo cómo en pocos días el ejército enemigo se reforzaba con 6,000 hombres y 2,000 caballos, que de Sicilia se trasladaron á Tarento. En tales condiciones era difícil la situación de Montemar, obligado á sostener una parte de su ejército en el bloqueo de Capua y á no descuidar el peligro que le amenazaba del costado de Tarento. Y creyendo ser más ventajoso no abandonar el bloqueo, mandar retroceder á la división del marqués de la Mina, para ganar cuanto antes dicha plaza y la de Gaeta, y atacar luego al ejército del virrey Visconti, dió al Marqués orden terminante de replegarse, orden que, de haberse cumplido, sin duda alguna produjera funestos resultados. Porque el marqués de la Mina, comprendiéndolo así, escribió al duque de Montemar que retrocedería hasta el puente de Bovino, pero expúsole al propio tiempo los inconvenientes que traería el dejar rehacer al enemigo, siendo así que la plaza de Capua podría rendirse más ó menos tarde, sobre todo teniendo propicio al país.

A todo esto, ya Visconti, convenientemente reforzado, movió sus tropas en dirección á la Calabria, y repitió Mina sus avisos, exponiendo la conveniencia de atacarle antes de que por Trieste, como se decía, recibiera importantes auxilios. Notificaba que el ejército enemigo ascendía ya á 9,000 combatientes, cifra á cuya mitad no llegaba el mes anterior, y añadía que si se le estrechaba, no tendría éste otro recurso que retirarse por el Abruzzo al Ferrarés, ni más salida que á Sicilia por la Calabria, con exposición de verse cortado, si la escuadra española observaba la costa. El sitio de Capua no era obstáculo, según él, á este movimiento, porque Traun no podía recibir refuerzos, mientras que si iba engrosando el ejército de Visconti, era de presumir acudiera á socorrer la plaza, lo que constituía un nuevo peligro, por el mal efecto que esta operación causaría en Nápoles. Y entrando luego en el cálculo de la gente que para atacar á los imperiales se necesitaba, consignaba que éstos contaban á la sazón unos 6,500 infantes, 2,000 coraceros y 500 húsares.

Tales fueron las importantes noticias y observaciones que á Montemar hizo Mina; advertencias que, sin duda alguna, contribuyeron al triunfo que pocos días después consiguieron nuestros soldados en Bitonto. Contestó á ellas Montemar pidiendo otros detalles, como vacilante y perplejo; y mientras estos pliegos se cruzaban, los imperiales, desistiendo de su primera idea y persuadidos de que se contaban en número bastante para atacar al marqués de la Mina, retrocedían desde Torre de Mar, y por Millinico tomaban la dirección de Barletta, en cuyas inmediaciones se hallaban los primeros destacamentos españoles (3-10 Mayo). Por fortuna, á fines de Abril Montemar había resuelto seguir el plan de Mina, y el 4 de Mayo salían de Nápoles las tropas españolas divididas en dos columnas, avanzando por Morillano, Cardinali, Benticano, Savignano y Puente de Bovino (1), en cuyo pueblo y en Canastarelo habíase replegado el Marqués. Tan pronto supo éste la aproximación de las columnas españolas, avanzó de nuevo, colocando el grueso de sus escuadrones en Ardone, y 500 caballos en Torrelamala para observar los caminos de Espinarola, Acuartela y Chirinola; y así que Montemar se le reunió (12 Mayo), tomaron ambos la dirección de Bitonto por Chirinola, Minormino, Espinarola, Canosa,

(1) He aquí el itinerario:

Días	Pueblos	Millas	Días	Pueblos	Millas
4	Marillano	5	8	Grota Minarda	6
5	Cardinali	9	9	Ariano	6
6	Abellino	9	10	Savignano	8
7	Bendicano	9	11	Puente de Bovino	12

Corata y Tuliche (1), llegados á cuyo punto supieron que los austriacos ocupaban á Bitonto.

Sorprendidos quedaron éstos por la impensada aparición de los españoles; pero no pudiendo esquivar la batalla, fortificáronse á toda prisa en dicha pequeña ciudad, cuyo recinto, flanqueado por dos antiguos conventos, así como la aspereza del terreno que la circunda, ofrecían algunas ventajas para resistir. Abrigáronse, pues, en los dobleces del terreno; parapetáronse ligeramente; colocaron parte de sus tropas en los citados conventos, y presentaron á los españoles una línea poco extensa, protegida en parte por tapias, y cuyos puntos más resistentes eran las granjas y corrales. La caballería alemana se hallaba colocada en el extremo izquierdo de esta línea, de modo que pudiese fácilmente destacarse y maniobrar en las faldas de la eminencia. El grueso de la infantería se colocó en columna sobre el camino por donde los españoles debían desembocar. Poco tardaron las avanzadas de éstos en descubrir las posiciones enemigas; pero Montemar, á quien dieron aviso los marqueses de Pozo Blanco y Castelar, de la ventajosa situación en que se hallaba Visconti, no se intimidó lo más mínimo y continuó la marcha.

El 24 de Mayo ambos ejércitos estuvieron frente á frente, y como preludio de la batalla, entablóse aquel mismo día una escaramuza entre los granaderos reales de España y algunos húsares enemigos. Montemar dió una *Orden general*, en la que prescribía la formación de batalla (2). El ejército, dividido en siete columnas, cuatro de caballería y tres de infantería, precedidas cada una de 200 trabajadores para allanar caminos y vallados, debía acometer las posiciones enemigas al amanecer del siguiente día. Esta disposición es la que pone de manifiesto el siguiente cuadro, que ofrece en el estudio relativo á dicha campaña, el Sr. Perrote:

Orden del Ejército Español en la Batalla de Bitonto, 25 Mayo 1734

Séptima columna CABALLERÍA	Sexta columna INFANTERÍA	Quinta columna CABALLERÍA	Cuarta columna INFANTERÍA	Tercera columna CABALLERÍA	Segunda columna INFANTERIA	Primera columna CABALLERIA
Dragones de Francia » de Pavia. 4 compañías de Granaderos á caballo. 1 compañía de Granaderos Reales.	3 batallones de Guardias Walonas. 2 batallones de Suizos de Wesler 7 compañías de Granaderos.	Extremadura. Malta.	2 batallones de Lombardia. 2 batallones de la Corona. 7 compañías de Granaderos.	Borbón. Milan.	3 batallones de Guardias e pañolas. 1 batallón de Suizos de Wesler. 7 compañías de Granaderos	Brigada de Carabineros Reales
Teniente general marqués de la Mina. Mariscal de campo marqués de Castelar.	Teniente general conde de Maceda Mariscal de campo D. Juan de Gages·	Teniente general marques de Chatofort. Mariscal de campo marqués de Tay.	Mariscal de campo marques de Bay.	Teniente general duque de Castro Pignano. Mariscal de campo D. José Grimau	Teniente general duque de Veraguas y de Liria Mariscal de campo don Reinaldo Macdonel.	Teniente general marqués de Pozo Blanco Ms. de campo conde de Cecill y el caballero la Vieuville.

General en jefe, el capitán general conde de Montemar * Mayor general de la infanteria, marqués de Gracia Real.
Mariscal de Logis de la caballería, el coronel D. Alvaro Carrillo

Al amanecer el 25 de Mayo y con arreglo á la *Orden general*, las columnas españolas marcharon contra los enemigos, que en número de 6,000 infantes y 2,500 caballos, les esperaban en sus

(1)

Dias	Pueblos	Millas	Dias	Pueblos	Millas
13	Salamina	4	19	Minormino	10
14	Ardone	8	20	Canosa	7
15	Chirinola	14	21	Adria	10
16	Puente Canosa	10	22	Corata	7
17	Minormino	10	23	Tuliche	6
18	Espinarola	8			

(2) *Orden de batalla en que se ha de atacar á los enemigos en siete columnas, las cuatro de caballería y las tres de infantería.* El cuadro inserto en esta página nos ahorra el copiar este documento, debiendo únicamente advertir, que se dispone que á cada columna de infantería debían preceder 200 trabajadores y 50 á cada una de las de caballería. El equipaje debia seguir al ejército, precediéndole la artillería.

posiciones. Montemar, que había reconocido la línea austriaca, viendo que en la derecha era fuerte de caballería, reforzó y prolongó su izquierda para que en el momento del choque pudiera desbordar la enemiga. En este lado se entabló la acción; pero pocos instantes después la infantería de la izquierda empezó el ataque, que en breves momentos se generalizó en toda la línea, por lo que respecta á la infantería, pues la caballería, detenida por los accidentes del terreno, excepción hecha de la de ambas alas, no pudo secundar el movimiento. Sin embargo, con tal vigor acometieron los dragones de Francia y de Pavía á los austriacos que se mantenían en su frente, que lograron ponerlos en fuga, no obstante hallarse parapetados en un convento. El impulso con que cargaron las columnas, obligó á cejar al ejército enemigo, y mientras los nuestros avanzaban á la bayoneta, los caballos de la izquierda, prosiguiendo la persecución de los fugitivos, abriéronse paso por extraviadas sendas hasta el camino de Bari, á nueve millas del campo de batalla, donde cortaron el paso á los coraceros alemanes, y les acuchillaron y persiguieron hasta las murallas



Dragones y húsar (1744)

de esta ciudad. En el campo de batalla, derrotado ya el ejército enemigo y rendidos los soldados que guarnecían los conventos de Bitonto, se hicieron gran número de prisioneros, entre ellos los generales Pignatelli y Radotzki y más de cien entre jefes y oficiales. El virrey Visconti consiguió ponerse en salvo; 39 banderas y estandartes, todo el material y 23 piezas de cobre que se encontraron en el castillo de Bari fueron los trofeos de la victoria. La pérdida de los españoles alcanzó á 300 hombres; la del enemigo se estima en 1,200.

La batalla de Bitonto, aunque no merezca figurar con letras de oro en la historia militar, fué, sin embargo, de alguna trascendencia, pues de haberse retardado algunos días más el ataque, el ejército enemigo hubiérase visto reforzado con 6,000 hombres más que acababan de desembarcar en Trieste. Victoriosos de los imperiales, Montemar y sus tenientes sujetaron en pocos días á Cortona, Gallipoli, Brindis y Aquila; Pescara, que no quiso abrir sus puertas, fué rendida; Gaeta capituló á los siete días de abierta la trinchera, y Capua siguió su ejemplo. Y á la fácil y brillante conquista de Nápoles, siguió la de Sicilia, de que en dos meses se apoderaron los españoles, porque el virrey imperial tan sólo resistió por algún tiempo en la ciudadela de Messina y la plaza de Siracusa. El decidido apoyo de los naturales, y el entusiasmo de nuestras tropas, engreídas por la facilidad de las conquistas hechas, lograron en breve campaña que dos Estados tan importantes como Nápoles y Sicilia reconocieran al Infante-Duque. Con esto pudo quedar más que satisfecha la reina Isabel de Farnesio, que veía colocado á su hijo Carlos en un trono;

lo que, á decir verdad, muy poco podía impotarle á nuestra patria. La dinastía borbónica, dice un autor tan entusiasta como respetuoso, adquirió una nueva corona; pero España no ganó una pulgada de terreno.

Proseguía á todo esto la guerra en el Norte de Italia, en el Rhin y en Polonia, sostenida por ejércitos rusos, polacos, austriacos, franceses y sardos; y á causa de tener puesta su atención el Emperador de Austria en el Rhin y en Polonia, no pudo atender á Nápoles y Sicilia. Berwick, á la cabeza de un escogido ejército francés, pasó, en la primavera de 1734, el Rhin por Kelh y Manheim, tomó á Spira, Worms y Tréveris, y el príncipe Eugenio de Saboya, que había reunido 35,000 combatientes en las célebres líneas de Ettlingen, se vió obligado á retirarse á Heilbrom, mientras su enemigo ponía sitio á Philipsburg, en cuyas trincheras murió el caudillo francés. Este célebre sitio, el no menos famoso de Dantzick, que hizo perder la corona al rey de Polonia, y las sangrientas batallas dadas en el Norte de Italia, produjeron tal estupor en los beligerantes, que por de pronto



Soldados de caballería de línea y dragón (1752)

paralizaron las operaciones; y el monarca inglés, que, como encerrado en la neutralidad, podía con mayor libertad interpretar los deseos de paz de uno y otro, fué el que medió para que las potencias llegaran á un acuerdo. En esta situación llegó la primavera de 1735, y el duque de Montemar, que después de haber señoreado con sus tropas toda la isla de Sicilia, fué á invernar en Toscana, pasó á incorporarse á los franco-sardos para concluir de arrojar de Italia á los imperiales. Reunidas las fuerzas de los aliados, sumaban unos 130,000 hombres, de éstos 25,000 españoles; y como el ejército de los imperiales era inferior en número, tuvieron éstos que abandonar la Lombardía y retirarse á través del Adige para el Tirol. Desembarazados los aliados del enemigo, ganaron á la Mirandola y bloquearon á Mantua; pero este bloqueo prolongóse excesivamente con tanto daño para el ejército español como para nuestro tesoro, al que originaba grandes dispendios (Julio 1734). Tres meses se habían deslizado ya en esta situación, y nada habían adelantado los confederados. Quejábase con razón Montemar de la lentitud de sus colegas, increpábanse éstos unos á otros, y se veía claramente que el rey de Cerdeña, receloso de que el monarca español se apoderara de aquella importante plaza, antes estorbaba que favorecía la conquista. No menos obstáculos presentaba Francia, que ya en Septiembre andaba en tratos con el Imperio; y como Inglaterra y Holanda instaran para que se hiciera la paz y se prepararan con grandes armamentos para hacer respetar su proposición, súpose á primeros de Octubre, con no poca sorpresa de los españoles, que el monarca francés había ajustado con el Emperador los preliminares de la paz (3 Octubre 1735),

basada, por lo que respecta á España, en la renuncia del austriaco á los reinos de Nápoles y Cerdeña, hecha á favor de D. Carlos, á trueque de los ducados de Toscana, Parma y Plasencia, que éste debía ceder al Emperador (1).

Cuando el general francés Noailles participó tal noticia, y la suspensión de armas acordada á Montemar, negóse éste á cumplir la tregua, mientras no recibiera órdenes del Rey; pero, abandonado de las fuerzas confederadas, y amenazado seriamente por los imperiales, vióse en el triste caso de repasar el Po, y retirarse á Bolonia y á Toscana. Era en verdad loca porfía empeñarse en retener esos ducados, origen de tantos males, sobre todo no debiendo ellos aumentar el número de los dominios españoles; pero la reina de España, como dice donosamente un autor, en su inagotable amor de madre, ya que su D. Carlos, por la gracia de Dios, era rey, quería que su hijo segundo D. Felipe fuese siquiera duque de Parma y de Plasencia. Por esa bicoca se arruinaba nuestra infeliz patria, allá por los años 1735-45. La actitud enérgica de las potencias puso coto á la insaciable ambición de aquella mujer; y aunque hizo los esfuerzos imaginables antes de acceder á la paz, ya dirigiéndose á las naciones marítimas, ya á la Francia, tuvo al fin que acceder, y en Mayo de 1736 España firmó los preliminares de la paz, que se ajustó definitivamente en Diciembre, dejando al ducado de Parma en poder de la casa de Austria, y el de Toscana en el de la casa de Lorena.

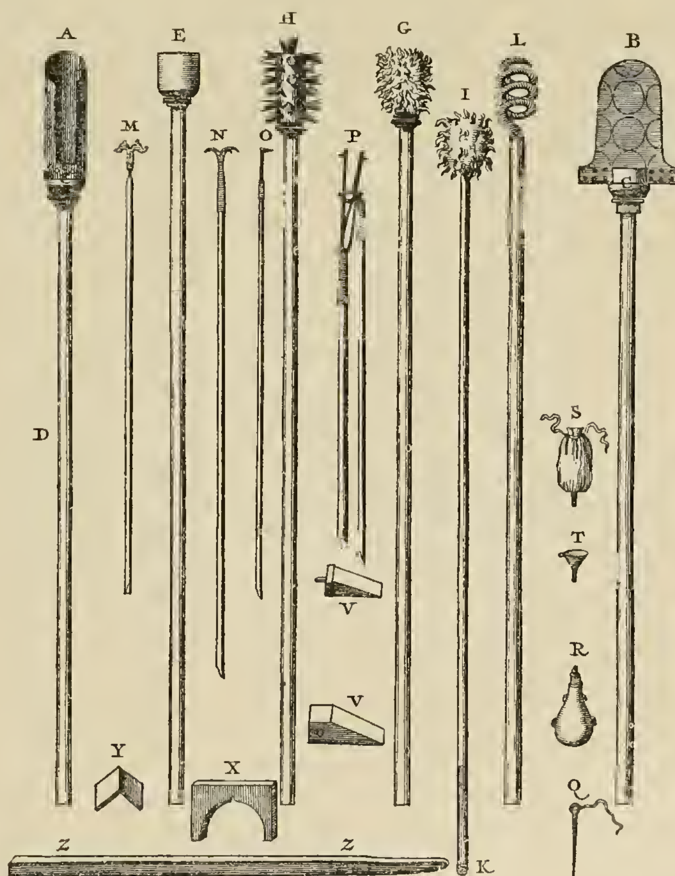
En Noviembre de este año ocurrió una novedad harto sensible para España: la muerte del ilustre D. José Patiño, que por muchos años fué primer ministro del monarca, y que con tanto acierto organizó las diversas expediciones militares. Ocupó su puesto el duque de Montemar.



Las conveniencias políticas que habían convertido á Inglaterra en mediadora entre España y Austria, no impidieron que una cuestión comercial produjera un rompimiento entre aquella nación y la nuestra. Altamente perjudicada España en sus colonias por las piraterías de los ingleses, miraba como parte esencial de su soberania el derecho de visita que los guardacostas ejercían sobre los buques ingleses; y éstos, que ansiaban dividir con los españoles las utilidades del comercio de América, y al abrigo del pabellón nacional cometían toda suerte de excesos, no se avenían á reconocer tal derecho; excepción hecha de las visitas verificadas en puertos españoles. Mediaron reclamaciones entre los gabinetes de Londres y Madrid, agriáronse los términos de la correspondencia, y exigió el inglés perentoriamente que España renunciara al derecho de visita; negóse España, y después de serias contestaciones, el gabinete de Madrid resolvió declarar la guerra (1739), declaración que el pueblo español recibió con singulares muestras de entusiasmo. Hiciéronse en España grandes preparativos, organizáronse tres ejércitos, construyéronse bajeles; pero Inglaterra no le fué en zaga, y lanzó al Océano dos poderosas escuadras, una de ellas mandada por el almirante Vernon, con tropas de desembarco para señorear el golfo mexicano, la otra por el comodoro Anson y destinada á penetrar en el Océano Pacífico, saquear las costas del Perú, y por el itsmo de Panamá darse la mano con Vernon. La codicia inglesa se exaltó con el incentivo de ricas presas, y no es de extrañar que en Londres, todavía más que en Madrid, se recibiera la noticia de la guerra con sumo júbilo. Pero, contra lo que era de esperar, esta vez no consiguieron los ingleses las ventajas que ansiaban en América. Vernon se hizo á la vela para el golfo mexicano, intentó

(1) Los artículos relativos á España, que en estos preliminares figuraban, eran: el 20, en que se decia que para resarcir á los futuros duque de Lorena, cuyos dominios se incorporaban definitivamente á la Francia, se les daría como compensación la Toscana, después de la muerte del gran duque Juan Gastón, y para seguridad de esta sucesión, evacuarían las plazas de Toscana los españoles, y entrarían á guarnecerlas seis mil imperiales; el 3.° en que constaba que el emperador renunciaria á los reinos de Nápoles y Sicilia á favor del infante español D. Carlos, renunciando á su vez éste á sus pretensiones á Toscana, Parma y Plasencia; el 4.° en que se consignaba que los ducados de Parma y Plasencia se cederían al Emperador para reunirlos con el de Milán, con la obligación de no pretender jamás del Papa la desmembración del Castro y Roucillón, y el 5.° que manifestaba se dejarían al rey de Cerdeña los dos distritos del Tesino y los feudos de Longha y del Novarés y Tortonés.

en vano apoderarse del puerto de Guaira, y acometió y ganó á Portobelo, abandonada por la mayoría de sus habitantes (22 Noviembre), y por consiguiente desprovista de riquezas. Esto fué causa de que se limitase á desmantelarla, retirándose luego á Jamaica para darse aquí la mano con el almirante Chaloner-Ugle, cuya escuadra escoltaba un cuerpo de 9,000 hombres destinados á desem-



A. — Linterna cerrada.
B. — Linterna abierta.
C. — Pieza de madera sobre que está montada aquélla.
D. — Bastón ó mango.
E. — Atacador.
F. — Cuello del atacador.
G. — Escobillón con pelo de carnero.
H. — Id. con cerdas de jabalí.
I. — Id. de viento cubierto de lana.
K. — Virola del anterior escobillón por donde se introduce el viento.
L. — Sacatrapos.
M. — Botafuego.
N — Gato de tres puntas.
O. — Gato de una punta.
P. — Gato de nueva invención.
Q. — Aguja para limpiar el oido.
R. — Frasco.
S — Saco para los cebos.
T. — Cazoleta para cebar.
V. — Pieza de mira
X — Frontón de la pieza.
Y. — Cubre-oido.
Z. — Palanca.

barcar en el centro de la América española. Por gran fortuna, las dilaciones que ocasionaron los vientos y el clima, dieron lugar á que se dilatara la operación; y que la plaza más seriamente amenazada, que era la de Cartagena de Indias, pudiese apercibirse á la defensa; mientras el gobierno español, por su parte, iba organizando refuerzos y enviaba á los mares una escuadra mandada por el general Pizarro.

Mandaba interinamente la plaza de Cartagena de Indias el general D. Blas de Lezo, quien había tomado todas las precauciones para resistir el ataque de los ingleses, colocando en el paso de

Boca-Chica, ó entrada del puerto, dos navíos; poniendo en estado de defensa los castillos inmediatos de San Luis y San José, y cerrando la entrada con gruesas cadenas; mas, por desgracia, los cañones de la plaza no podían disparar más de diez tiros, no había repuesto de balas, y escaseaba la pólvora. En tal disposición se hallaban, pues, los defensores de Cartagena, cuando la escuadra inglesa se presentó en aquellas aguas (13 de Marzo de 1740), y arrimando á la costa las bombardas, comenzaron éstas á disparar contra la ciudad. Pero este fuego, contestado con viveza por los castillos, no produjo resultado alguno, y el enemigo, después de dejar dos navíos bloqueando el puerto, retiróse á Jamaica, como para disponerse á más seria embestida. Volvió, en efecto, en Marzo de 1741, cuando ya la plaza había recibido algunos auxilios de España y tomado su gobierno D. Blas de Eslava, que, en unión de Lezo, no perdonó medio alguno para mejorar sus defensas. La guarnición de Cartagena se componía de 1,100 soldados españoles, 2 compañías de negros y mulatos libres y 300 milicianos; en el puerto se encontraban seis navíos de guerra con 400 soldados y 600



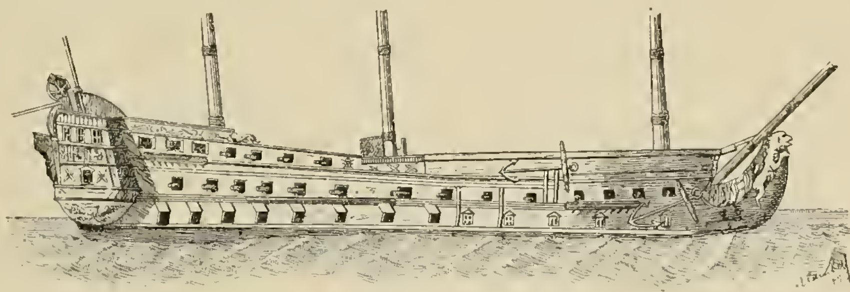
Medalla hecha acuñar por el almirante inglés Vernon, representando la pretendida conquista de Cartagena de Indias
En el anverso se lee: *La soberbia española abatida por el almirante Vernon;* y en el reverso: *Quien tomó á Portobello con sólo seis navíos, 22 Noviembre de 1739*

marineros, mandados por D. Blas Lezo. La escuadra inglesa consta de 8 navíos de tres puentes, 28 de línea, 12 fragatas y paquebotes de 20 hasta 50 cañones, 2 bombardas, algunos brulotes y 130 embarcaciones de transporte, conduciendo entre todas más de 9,000 hombres de desembarco (1). Tomaron los enemigos posiciones y el 20 rompieron el fuego contra los fuertes y baterías avanzadas, desembarcando al propio tiempo la gente para emprender el ataque por tierra. Era el empeño de los ingleses apoderarse del castillo de San Luis y forzar el puerto, y por esto le batieron simultáneamente cuatro navíos, mientras algunos más disparaban contra la escuadra, anclada junto á Boca-Chica, resultando de este vigoroso ataque arruinadas las defensas del castillo y heridos Lezo y Eslava. No fué posible prolongar la defensa de San Luis, y su guarnición retiróse á la plaza, siguiendo este ejemplo la gente de los navíos, sin que pudiera evitarlo el intrépido Lezo. La precipitación en retirarse de Boca-Chica y el incendio de un barco dió lugar á la pérdida de los navíos *San Felipe* y *Africa*, á los que se propagó el fuego, quedando desde aquel momento libre la entrada del puerto, que todavía fué heroicamente defendido desde Manzanillo. Por fin, el enemigo pudo atacar la plaza en regla. Bombardeóla primero del 12 al 19, y el 20 dirigióse al asalto por una quebrada; pero, rechazado con gran valentía por los españoles, huyó, abandonando fusiles, escalas y miles de heridos. Eslava se atrevió entonces á embestir á los ingleses, y tan oportunamente se condujo, que les causó extraordinarias bajas. Tales debieron

(1) Flores, *Clave historial.*

ser éstas, que aquel mismo día el enemigo pidió suspensión de armas para recoger sus heridos, y el 27 dió ya señales ciertas de retirada, abandonando el 28 los puntos que ocupaba, demoliendo los fuertes, incendiando como inútil un navío, y haciendo luego el canje de prisioneros. El almirante Vernón, que, poseído de orgullo, había hecho acuñar en Londres la medalla conmemorativa de que damos copia en la página anterior, abandonó el 17 de Marzo las aguas de Cartagena de Indias, con pérdida de 9,000 hombres, y con 17 navíos tan mal tratados, que hubieron de quemarse 6 y hacer en los demás grandes reparos. Los españoles, dice Flores que sólo perdieron 200 hombres, á pesar de las 9,000 bombas, ollas de fuego y flechas incendiarias que arrojó el enemigo.

«Si Cartagena hubiese caído en poder de los ingleses, dicen los autores de la *Historia de la Marina real española*, España hubiera perdido entonces el dominio de la América; porque el comodoro Anson, que había invernado en Santa Catalina, á principios del año pasó el mar Pacífico por el estrecho de Maire. El general Pizarro, que le seguía, sufrió una horrenda tempestad,



Navío de guerra español *Glorioso*, de 70 cañones. (Primera mitad del siglo XVIII)

queriendo doblar el cabo de Hornos, y se vió obligado á volverse á Buenos Aires, perdida toda su escuadra. Anson, aunque reducido por otra tempestad al navío *Centurión*, que él montaba, y á otros dos buques menores, tomó y saqueó á Paita y se dirigió á Panamá; mas sabedor, por los que allí hizo prisioneros, del mal éxito del ataque á Cartagena, atravesó el mar Pacífico para apoderarse del galeón nuestro que anualmente se despachaba de Filipinas para Acapulco; y cogió efectivamente esta presa, la más rica que había entrado en los puertos británicos, aunque débil indemnización de los gastos que Inglaterra había hecho en ambas expediciones.»

Hicieron los ingleses otras tentativas contra las costas del Nuevo Mundo sin resultado alguno lisonjero, ya por las contrariedades que originaba una larga navegación, como el rigor del clima; y entre estas tentativas merece citarse la del almirante Vernon contra la isla de Cuba. Al efecto formó en Jamaica un cuerpo de 1,000 negros, y después de haber reparado sus naves hízose á la vela contra la isla; pero ya en ésta se hallaban apercibidos, y aunque puso en tierra su gente y atacó á la Habana, fueron inútiles sus tentativas, y obligado por sus oficiales tuvo que retirarse con pérdida de 1,800 hombres. Con esto dió por frustrados todos sus planes, y enderezando el rumbo á Inglaterra, ofreció á sus compatriotas unas pocas naves y algunos centenares de hombres enfermos á trueque de los tesoros que ellos se habían prometido. Calcula un historiador inglés contemporáneo que en esta empresa perdió aquella nación 20,000 hombres; y habida cuenta de las naves que le fueron capturadas y destruídas, se comprenderá fácilmente que la práctica Inglaterra estuviera poco satisfecha de la guerra. Pero nuevas complicaciones políticas debían procurarla un desquite.

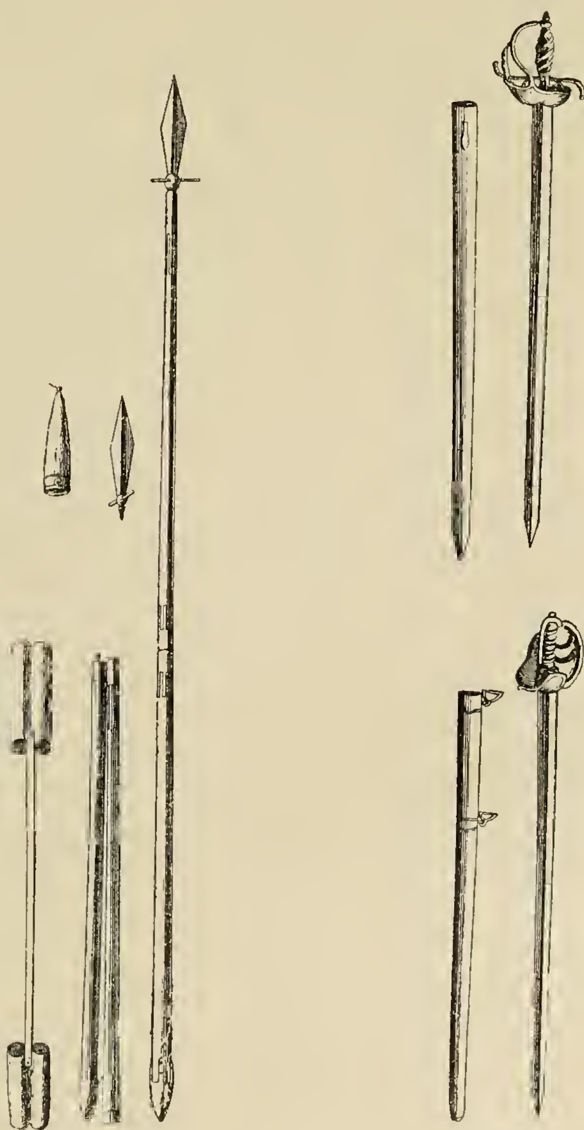
El acontecimiento que en 1740 puso de nuevo en alarma los intereses de Europa, fué la muerte del emperador de Austria, Carlos VI, en quien se extinguió la línea varonil de la Casa de Austria. Dejó este soberano una hija, cuya sucesión garantía las solemnes promesas de las naciones; pero no impidió esto que los príncipes que se creían con derecho á ocupar aquel trono resolvieran acudir á las armas. Pusiéronse de un lado Francia, España y Baviera; invadió Federico II de Prusia con 20,000 hombres la Silesia, y al comenzar el año 1741, María Teresa, que había ceñido la corona imperial, encontróse aislada, rodeada de enemigos y con su territorio invadido por el audaz monarca prusiano. ¿Qué interés podía tener España en mezclarse en esta guerra? Sin duda que ninguno, pues podía y debía guardar perfectamente la neutralidad; pero no le pareció mala á Isabel de Farnesio la ocasión de recobrar los suspirados ducados de Parma y Placencia y dar así una corona á su hijo Felipe: razón *poderosísima* para que España se engolfara en la contienda europea. Así, pues, lo primero que hizo fué entrar en la confederación organizada en Mayo de 1741 entre la Prusia triunfante, Francia, Baviera y Cerdeña; y luego encargar á Montemar el mando de la expedición destinada á Italia. Era ciertamente Montemar el general más apto para este cometido, ya por su experiencia en la guerra de Italia, como por las simpatías que contaba en el ejército, y su celo y pericia reconocidos; mas, por desgracia, dejó el elevado puesto que ocupaba á un ministro torpe y envidioso de su gloria, á lo que se debió, no sólo el fracaso de la expedición, sino el papel desairado y el obscuro fin de Montemar.

Ocurrió ya antes de embarcar la gente para Italia un hecho que permitió apreciar la funesta influencia de Campillo (que así se llamaba el nuevo primer ministro); y fué, que habiendo trazado Montemar el plan de la expedición, que aprobó el monarca, tan pronto hubo llegado á Barcelona, recibió órdenes para ejecutar un proyecto totalmente diferente y por extremo desacertado. Representó al monarca Montemar, pero no dió cuenta Campillo de esta representación; y el caudillo español hubo de partir el 4 de Noviembre de Barcelona, sin dinero y sin las provisiones necesarias para el ejército. Este hecho, coincidiendo con el de hallarse ya bastante desahogado el Erario, da la medida de la política del ministro y del celo é inteligencia de D. Felipe V.

Partió la escuadra de Barcelona, conduciendo 19 batallones y algunos escuadrones sueltos, y el 11 de Diciembre reunióse este pequeño ejército con el de Nápoles en Orbitello. La gente española, que había padecido mucho en el viaje, distribuyóse en malos alojamientos, y sus jefes, obligados á buscar dinero á préstamo, viéronla en pocos días diezmada por enfermedades y deserciones; por manera, que si bien la empresa se ofrecía con los auspicios más halagüeños, comenzó á verse contrariada por el grave obstáculo de la falta de recursos. Todo eran quejas é inculpaciones contra Campillo; pero como urgía salir de Orbitello, fué preciso que el general español escribiera á Roma, pidiendo particularmente algún dinero. Es positivo que con actividad se hubiera apoderado Montemar del Milanesado, porque el rey de Cerdeña no era hostil, Francia había prometido conducir al infante D. Felipe con un ejército á este teatro, y los austriacos, distraídas sus fuerzas en el Norte, apenas podían sostenerse en Italia. Pero transcurrió todo el año 1741 inútilmente, y aunque en Enero de 1742 partió de Barcelona para la península italiana un nuevo convoy de diez y ocho naves, no iba mejor abastecido que el primero, y las escasas tropas que conducía, detenidas en el puerto de Spezzia por falta de provisiones, no pudieron juntarse en el intervalo de un mes con las de Montemar, mal repuestas de sus privaciones pasadas. En este intervalo el aspecto de la política sufrió algunas alteraciones desfavorables á la empresa, porque el rey de Cerdeña, al que en vano trataba de engañar la corte de Madrid respecto á la ocupación del Milanesado, aprovechándose de la mediación de la Gran Bretaña en la guerra, pactó con María Teresa de Austria para frustrar el proyecto español y garantir sus propios Estados; y como los negocios de la austriaca mejoraran, España y las potencias coligadas vieron con sorpresa á la heroica emperatriz dueña de una parte del territorio imperial y restituída en triunfo á Viena por 40,000 alemanes; así como supieron con indignación el engaño de que habían sido víctimas por parte del monarca sardo.

Ambas noticias pusieron en alarma á la corte española, que, á la par que apresuraba el viaje

del infante D. Felipe á Italia, instó á la de Francia para que hiciera efectivos los 20,000 soldados que ofreció. ¡Nuevo y amargo desengaño! Cuando el infante llegó al puerto de Antibes, no sólo no se le juntaron las tropas prometidas, sino que ni el primer ministro francés permitió que la



Lanza de nueve pies (entera y dividida), y espadas de caballería

escuadra franco-hispana, anclada en Tolón, favoreciera el paso de D. Felipe á Italia. Y ¿qué hacía, entre tanto, el ejército español de este país? Falto de recursos, debilitado por las deserciones, altamente disgustado su caudillo, cuando el marqués de Castelar, que mandaba las tropas del segundo convoy, se le incorporó en Pésaro, no se encontraba en condiciones para entrar en campaña. Pero las órdenes del ministro Campillo eran de comenzar cuanto antes las operaciones,

y Montemar, mal de su grado, pero confiando en la promesa de que en breve se le incorporaría el infante D. Felipe con nuevas tropas, movió su campo en Mayo de 1742, dirigiéndose á los confines de Bolonia. El ejército borbónico se componía de las tropas españolas mandadas por Montemar y el marqués de Castelar, y de las napolitanas dirigidas por el marqués de Castropiñano, unas y otras desmoralizadas por la inacción y la falta de recursos; así no es de extrañar que tan pronto como se puso en marcha, la deserción adquiriera proporciones escandalosas, en términos que, por aquellos días, abandonaron las filas unos tres mil hombres. En cambio, el de los enemigos, mandado por Traun y reforzado por las tropas del rey de Cerdeña, ya aliado del Austria, ascendía á una cifra respetable; y para colmo de males, el duque de Módena, nuestro aliado, después de haberse comprometido á facilitar un cuerpo de ejército y una plaza fuerte para el almacén de guerra, eludió el compromiso, dejando á los caudillos hispano-napolitanos abandonados á sus propiãs fuerzas. No era posible que éstos emprendieran operación alguna, y Montemar, á quien no cesaba de reiterar sus órdenes Campillo, disgustado de representar tan deslucido papel, acordó que se reuniera consejo de guerra en Fuerte-Urbano, consejo que dió por resultado una representación por extremo enérgica al Rey contra las órdenes desdichadas del ministro. Seguidamente el ejército borbónico, al que ya observaban las avanzadas enemigas, retrogradó á Bendemo, donde se fortificó en espera de que el infante D. Felipe atacara las plazas de Lombardía.

Las terminantes órdenes que el ministro francés dió á la escuadra franco-hispana anclada en Tolón y bloqueada por los bajeles ingleses, y el no haber hecho efectiva la promesa de poner á disposición de D. Felipe un ejército para atacar el Milanesado, frustraron la expedición del infante; y éste, que había llegado ya á Antibes, tuvo que abandonar la costa genovesa é internarse por el Delfinado á Saboya. Los progresos de las armas imperiales en Alemania, la derrota de los franceses en Bohemia, los tratados de paz hechos por el Austria con Prusia y Polonia, no contribuyeron menos á destruir aquella empresa, porque el Imperio, libre de poderosos enemigos, pudo despachar un nuevo ejército contra las dos Sicilias; y el que mandaban Traun y el monarca sardo, seguros de destruir á los hispano-napolitanos, dirigióse hacia las márgenes del Pánaro con el intento de tomar á Rímini y cortar la retirada á Montemar. Pero levantó éste con gran oportunidad su campo, y cuando el ejército contrario le avistó, hallábase ya en marcha para Rímini, donde llegó seguido de cerca por los austro-sardos (Julio de 1742). En dicha villa permaneció algunos días, esperando que el enemigo le atacara; mas las graves noticias que se recibieron de Nápoles, obligáronle á trasladarse el 28 de Agosto á Foligno, desde donde cubría dicho reino; y á poco de haber llegado aquí, las tropas napolitanas tuvieron orden terminante de abandonar al ejército español. Esta orden dimanó de haberse presentado la escuadra inglesa frente á Nápoles y haber exigido su jefe, reloj en mano, que en el plazo de una hora el rey D. Carlos se declarase neutral; y el rey D. Carlos de Borbón, ante intimación tan brutal, hubo de ceder; comprometerse por escrito á la neutralidad exigida, y dejar abandonadas las tropas de su padre. El que desee averiguar dónde se engendró el odio á los ingleses, que más adelante produjo el célebre *Pacto de familia*, tenga presente la fecha de 20 de Agosto de 1742.

En desairada actitud quedaron Montemar y Castelar junto á las fronteras napolitanas; pero de ellas les sacó una orden de Madrid, relevándoles del mando, que fué conferido á Gages, teniente general el más antiguo del ejército. Gages era un militar de excelentes dotes, pero carecía de elementos para acometer empresa alguna seria; así es que limitóse á un amago contra Módena y hasta Febrero de 1743 no se puso otra vez en campaña. Las órdenes que recibía de la corte eran de empeñar una batalla al objeto de cortar la línea formada por los enemigos entre el Tánaro y el Po y darse la mano con el infante D. Felipe, que debía avanzar desde la falda de los Alpes; y obedeciendo á dichas órdenes, Gages pasó el día 3 el Tánaro y fué á colocarse en Campo-Santo. Allí se trabó el 8 de Febrero una batalla larga y sangrienta, en la que unos y otros perdieron gran número de soldados y á la que pusieron fin las sombras de la noche. Los españoles se proclamaron victoriosos, porque durmieron sobre el campo y cogieron gran

número de cañones al enemigo, pero sus bajas elevâronse á 4,000 hombres, y harto debilitados para acometer empresa alguna, al día siguiente tuvieron que retirarse á Bolonia; y como entrado el mes de Marzo llegaran socorros á Traun, Gages hubo de limitarse á continuar el resto del año en los Estados de Bolonia, Ferrara y Ancona, donde su ejército fuése mermando por las enfer-



El Conde-Duque de Montemar

medades y deserciones, hasta el extremo de quedar reducido á 6,000 hombres. En este estado se encontraba, cuando la llegada del general austriaco Lobkowitz, que reemplazó á Traun, obligóle á refugiarse en el reino de Nápoles.

Por fin, Francia abandonó la política incierta y ambigua que hasta entonces siguiera. La alianza ofensiva celebrada el 2 de Septiembre de 1743 en Worms entre Austria, Inglaterra y Cerdeña, y las promesas hechas por la primera á la última, originaron otra alianza perpetua ofensiva

y defensiva entre Francia y España; Luis XV se comprometió á sostener al rey D. Carlos en las Dos Sicilias, á contribuir á la conquista del Milanesado, con los ducados de Parma y Plasencia, para el infante D. Felipe; á emprender la guerra contra el monarca sardo, y á auxiliar á España en la reconquista de Gibraltar y Menorca. Primeras consecuencias de este pacto, fueron la tentativa hecha en Octubre de 1743 por el infante D. Felipe con 20,000 hombres para abrirse paso á la Lombardía por Castel-Delfino y el célebre combate naval dado en Marzo de 1744 en las aguas de Tolón, con el objeto de destruir la escuadra inglesa del Mediterráneo. El resultado de aquella tentativa fué avanzar el infante D. Felipe hasta Pont, y después de luchar con los obstáculos del terreno y de la estación, en perspectiva de un combate poco favorable con el ejército sardo apostado en Saluzzo, y de quedar aislado entre las nieves, la retirada al Delfinado, con ningún lucimiento y mucha pérdida. Tocante al combate naval, diremos que es digno de especialísima mención, no sólo por la victoria conseguida, sino porque, dejando libre el mar á los franco-hispanos, permitió que enviaran sin estorbo alguno socorros de toda clase á las tropas de Italia.

En el plan de campaña marítima, entraba el pensamiento de arrojar á los ingleses de los apostaderos de los golfos de Lyón y Génova, desde donde impedían el tránsito de tropas y vituallas para Italia; y á este efecto la escuadra española se trasladó al puerto de Tolón, donde se unió á la francesa, quedando, según ya indicamos, en aquellas aguas y sometida á la vigilancia de las naves inglesas, cuya estación era las islas de Hieres. En tal estado se encontraban las armadas francesa y española al comenzar el año 1744, cuando recibieron orden de hacerse á la mar en demanda de la enemiga. Zarparon el 20 de Febrero hacia las citadas islas, y á las nueve de la mañana del 21 la escuadra combinada y la inglesa se hallaron á la vista, y á distancia de dos leguas una de otra. Constaba la primera de doce navíos españoles bien armados, de que era jefe el teniente general D. José Navarro, y diez y siete navíos franceses y tres fragatas, que dirigía el almirante Court; componíase la inglesa de cuarenta y un buques, treinta y dos de ellos navíos de línea y trece de ochenta cañones para arriba (1). Después de algunas maniobras, el 22 de Febrero á las

(1) El adjunto estado, copia de uno de los Apéndices del tomo *Vida de D. Juan José Navarro*, por D. José de Vargas y Ponce, demuestra las fuerzas navales de que se componian las escuadras franco-hispana é inglesa.

LINEAS DE COMBATE EN LA FUNCION DE CABO SICIE

LÍNEA DE COMBATE DE LA ESCUADRA COMBINADA

Divisiones	Navíos	Cañones	Tripulaciones	Comandantes
	Franceses			
Vanguardia con divisa azul, al mando del jefe de escuadra Mr. de Gavaret.	Boree	64	650	Mr. de Marquen.
	Tolosa	60	600	Mr. d'Arton.
	Tigre	50	500	Mr. Saurin.
	Eolo	64	650	Mr. d'Alver.
	Alcion	56	500	Mr. Luncel.
	Duque de Orleans	68	800	Mr. Dornes.
	Esperanza, Comandante	74	800	D'Hericourt.
Cuerpo de batalla con divisa blanca, al mando del teniente general Mr. de Court.	Tridente	64	650	Mr. de Caylus.
	Dichoso	60	600	Mr. de Gramier.
	Aquilón	44	500	Mr. de Vaudrevil.
	Sólido	64	650	Mr. de Chatoneuf.
	Diamante	50	650	Mr. de Manak.
	Firme	70	800	Mr. de Gorgue.
	Terrible, Comandante	74	850	Mr. de la Jonquiere.
	Santi-Spiritus	68	850	Mr. de Poisin.
	Serio	64	600	Mr. de Chaylus.
	Españoles			
Retaguardia con divisa azul y blanca, al mando del jefe de escuadra D. Juan José Navarro.	Oriente	60	600	D. Joaquín Villena.
	América	60	600	D. Aníbal Petrucci.
	Neptuno	60	600	D. Enrique Olivares.
	Poder	60	650	D. Rodrigo Urrutia.
	Constante	70	750	D. Agustín Iturriaga.
	Real Felipe, Comandante	114	1,250	D. Nicolás Geraldino.
	Hércules	64	650	D. Cosme Alvarez.
	Brillante	60	600	D. Blas de la Barreda.
	Halcón	60	600	D. José Renteria.
	San Fernando	64	650	Conde Vegaflorida.
	Soberbio	60	600	D. Juan Valdés.
	Santa Isabel	80	900	D. Ignacio Dantevil.
		1,086	19,100	

Bajeles fuera de la línea: tres fragatas, dos brulotes y un buque hospital.

once de la mañana quedaron formadas en línea de combate, en la disposición que indica la nota de estas páginas y á distancia como de dos tiros de cañón. El enemigo adelantó á favor del viento todo su cuerpo de batalla y vanguardia, con objeto de separar la escuadra francesa de la hispana, y, habiéndolo conseguido, atacó cada uno de nuestros navíos con dos ó tres de las suyas, desde el *Oriente* al *Hércules*, pues los restantes se hallaban rezagados; la escuadra francesa prosiguió su marcha á fuerza de vela, limitándose la inglesa á disparar algunos cañonazos contra sus últimos navíos y á contestar éstos sin efecto alguno, por hallarse fuera de tiro. Quedóse aislada la escuadra española y hubo de sostener todo el peso del combate contra un enemigo superior y experto. El *Real Felipe* correspondió al ataque de cinco navíos con vigoroso fuego; y dicho navío y el *Hércules* quedaron desmantelados; pero destrozaron de tal modo á los bajeles enemigos, entre ellos el *Namur*, mandado por el almirante Mathews, que éste y los suyos tuvieron que retirarse. No fué inferior la defensa del *Constante* ni menos su destrozo, pues en un combate de tres horas perdió toda la arboladura y velamen, quedó acribillado su casco y muerto su intrépido capitán; y con igual heroísmo lucharon las tripulaciones de los restantes barcos, todos ellos quebrantados por el fuego enemigo, pero firmes en mantener el honor de la bandera. A las cinco de la tarde, terminado ya el primer ataque, renovólo el almirante Mathews con la nave que montaba y dos más de setenta, convoyando un brulote, llevando el propósito de incendiar el *Real Felipe;* pero el navío *Brillante*, situado en la popa del *Real*, batió al brulote y defendió á éste del grupo enemigo. Al propio tiempo botóse al agua una falúa, en la que un grupo de héroes, desafiando los fuegos cruzados de ambas escuadras, dirigióse al brulote, que echó á pique un cañonazo del *Real*, cuando ya se hallaba á medio tiro de pistola de esta nave. Desplegó en estos momentos el almirante inglés toda su habilidad y medios para rendir nuestra almiranta, y mientras Lestock embestía una parte de nuestras naves, iban acudiendo otras junto al *Real*, en términos que se halló atacado casi á la vez por siete. Herido por dos veces, su comandante, aun seguía dirigiendo á la gente y animándola con la palabra, después de haberlo hecho con el ejemplo; pero no á todos cupo suerte igual; el *Constante*, haciendo mucha agua, tuvo que retirarse del combate con serias averías;

LINEA DE COMGATE DE LA ARMADA BRITÁNICA

Divisiones	Navíos	Cañones	Tripulaciones	Comandantes
Vanguardia con la bandera roja al mando del contra-almirante Rowley.	Chatam	50	280	Ewards Strange.
	Nassau	70	480	James Lloyd 1
	Chichester	80	600	William Dilke 2.
	Boyne	80	600	Frogmore 3.
	Barfleur C. A.	90	765	De l'Angle.
	Princesa Carolina	80	600	Henry Osborne 4.
	Berwick	70	480	Lord Hawke 5.
	Sterling Castle	70	480	Thomas Cooper 6.
	Beedford	70	480	Townshend 7.
Cuerpo de batalla, con la bandera azul, al mando del almirante Mathews.	Dragón	60	400	Charles Watson
	Royal Vak	70	480	Edmund Williams 8.
	Princesa	70	480	Pett.
	Somerset	80	600	Slangter 9.
	Norfolk	80	600	John Torbes, 10.
	Marlborough	90	750	Jaime Cornwall, 11.
	Dorsetshire	80	600	Burrish, 12.
	Essex	70	480	Ricardo Norris, 13.
	Rupert	60	600	Ambrose, 14.
	Namur, Almirante	90	800	Russel, 15.
Retaguardia con la bandera de San Jorge, al mando del vicealmirante Leslok.	Salisbourg	50	280	Petter Osborne.
	Rumney	50	280	Godsalve.
	Dumkirk	60	400	Purvis, 16.
	Revenge	70	480	Berkeley.
	Cambridge	80	600	Drummond.
	Neptune, V. A.	90	750	Stepney.
	Torvay	80	600	Gascoigne.
	Russell	80	600	Long, 17.
	Buckingham	70	480	Towry.
	Elizabeth	70	480	Lingen, 18.
	Kinston	60	400	Lovet.
	Oxford	50	280	Pawlet Lord, 19.
	Warwick	60	400	West Temple, 20.
		2,280	16,585	

Bajeles fuera de la línea: tres fragatas, tres brulotes y tres bergantines.

NOTA.—Estas líneas de batalla, en que se dió la acción, son de orden inverso, por haber resultado así de una virada á un tiempo, que se hizo antes de empezarse el combate, para cambiar los cuerpos de la escuadra combinada, dejando á la española á la retaguardia.

el *Poder*, rota la arboladura y casi deshecho el casco, se rindió á Lord Howe, después de hacer una defensa sin ejemplo. Con la portería desbaratada y nueve balazos á flor de agua, hubo de hacer el *Neptuno* rumbo para Rosas. Y á todo esto no arriaba el *Real* su bandera, y, apoyado por el *Hércules* y otros navíos, sosteníase con tal brío, que el enemigo, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos y no lejana la escuadra francesa, que en buen orden se dirigía al sitio del combate, hizo señal de retirada, viéndose desde aquel momento nuestra escuadra dueña del mar de batalla. Eran las seis y media de la tarde.

Unidas ambas escuadras, navegaron en conserva toda la noche, y al amanecer halláronse todavía á vista de la inglesa, presta aparentemente á renovar el combate; pero aunque la circunstancia de haber quedado rezagado el *Hércules* dió lugar al ataque de esta nave por el enemigo, no se generalizó la lucha, y el 24 perdióse de vista la armada enemiga. Una mala inteligencia de los jefes aliados dió lugar á que la armada española se encontrara el 22 aislada junto á la costa catalana, y en el estado más deplorable vióse obligada á dirigirse á Cartagena, cerca de la cual uniósele la francesa. La inglesa hizo rumbo hacia la costa de Rosas, mientras sus buques más destrozados iban á repararse al puerto de Mahón; no logró descubrir á la combinada, y, no pudiendo mantenerse en el mar, después de haber intentado volver á las islas de Hieres, dirigióse también á Mahón. Rehabilitadas algunas naves, quiso el almirante enemigo adelantarse á impedir la entrada de los nuestros en Cartagena; pero hubo de renunciar á ello por el estado del mar.

Resultado del combate de cabo Sicie fueron serias recriminaciones por una y otra parte. Los españoles ofendiéronse, con razón, de la conducta de los franceses, que les abandonaron en el combate, y, sobre todo, que les obligaron á entrar en él, habiendo, según dijo Navarro, mil modos de evitarlo y esperar más favorable ocasión (1). Los ingleses no quedaron satisfechos de la conducta de su almirante, y tanto él como á siete capitanes fueron sentenciados como inhábiles á la expulsión del servicio, á pesar de lo cual quedó incólume la honra de Mathews y manchada la de Lestock, su acusador, que salió absuelto. Toda la gloria de aquel combate fué para Navarro, al que felicitaron, así los marinos enemigos, como los franceses; pero la equívoca conducta de éstos, excitó universal indignación y fué causa del recelo con que en adelante se miraron los marinos de ambas naciones. El total de muertos que tuvieron los españoles en tan memorable jornada fué de 150, entre ellos 9 oficiales, contándose en este número 3 de los 12 comandantes, y 141 individuos de todas clases; el de heridos fué de 477, á saber: 1 general, 1 comandante, 17 oficiales, y 448 individuos. Las pérdidas en toda la escuadra inglesa ascendieron á 300. «Jamás combate de mar tan desigual en número y calidad de navíos, dice Vargas Ponce, fué más vivo é inmediato, y casi al tiro de pistola. Los ingleses, con la superioridad del barlovento, número y calidad de sus navíos, creyeron con verosímil confianza destruir la escuadra española compuesta de navíos marchantes, y solamente seis del Rey, y mucho más viendo que la escuadra francesa se apartaba y excusaba del combate. Pero fueron con tanta constancia, valor y sosiego recibidos, que, perdida la esperanza de vencerlos, y sobre todo del fuego incesante y terrible del navío de 114 cañones del comandante español, se vieron obligados (después de haber usado la supercheria de quemar un brulote para incendiarlo), al cabo de cinco horas de combate y de un continuo fuego, á retirarse maltratados, dejando el mar de combate y la victoria á los solos navíos españoles.»

Mientras de tal manera se combatía en los mares, y á la par que en el Norte de Europa sosteníase con gran actividad la guerra, el reducido ejército español que mandaba el conde de Gages, acosado por el de Lobkowitz, se encontraba refugiado en territorio napolitano, con grave apuro para el rey Carlos, que, según ya hemos dicho, se había comprometido á guardar la neutralidad. Difícil era la situación de éste; mas no se le ocultaba el peligro que corría de verse en breve

(1) Así lo consigna en su *Diario;* pero cuanto pudiera decirse acerca de la conducta de los franceses en Cabo Sicie, se encuentra en uno de los apéndices á la *Vida de D. Juan José Navarro*, titulado: *Plano, historia y verdadera relacion del combate naval dado cerca de nueve leguas del cabo Sicie, en Provenza, en 22 de Febrero de 1744.* El Sr. Vargas Ponce tuvo á la vista para redactar su obra cuantos documentos y datos se conocian á la sazón, asi oficiales como particulares. Puede consultarse asimismo la biografía que del ilustre Navarro ha escrito el Sr. D. Cesáreo Fernández Duro, en el Almanaque de la *Ilustración Española y Americana* correspondiente al año 1881, y la *Hist. de la Marina Española*, por Ferrer de Couto y March.

atacado en su mismo territorio por los ejércitos del Austria; y esto fué lo que le indujo á mover sus tropas, so pretexto de hacer respetar la neutralidad. Cuando creyó que el enemigo iba á atacar su



D. José Patiño

reino, entonces no vaciló en ponerse á la cabeza de aquéllas é incorporarse á Gages, cubriendo todos los pasos de su reino y observando los movimientos del enemigo (Marzo de 1744). Este marchó de improviso hacia Roma, en cuyas inmediaciones acampó en Mayo, y Carlos, con los

hispano-napolitanos, fuéle siguiendo hasta Velletri, quedando colocados ambos ejércitos en las colinas de un angosto valle, y teniendo Carlos su cuartel en dicha villa. En esta disposición no era de presumir que el austriaco se atreviera á emprender un ataque descabellado á las trincheras españolas; así es que el buen Carlos dormía á pierna suelta en Velletri, cuando, una hora antes de amanecer el 11 de Agosto, despertáronle sobresaltado las descargas que los soldados alemanes hacían en las calles de la villa. Y, en efecto, atrevióse Lobkowitz á dar un audaz golpe de mano á Velletri, y con tanto acierto, que, después de entrar en ella y sembrar sus calles de cadáveres, estuvo á punto de hacer prisionero al Rey, que huyó poco menos que en camisa. Pero la codicia de sus soldados frustró este golpe. Rehechos del aturdimiento los hispano-napolitanos, cargaron al enemigo, rechazaron á Lobkowitz en las trincheras de las colinas, y hubo de retirarse el austriaco con graves pérdidas á su campo. Dice un autor que recuerda esta sorpresa la verificada en 1702 contra Cremona por el príncipe Eugenio, y así es en efecto, tanto si se atiende al resultado como á las bajas (1). Escarmentados unos y otros, permanecieron ambos contendientes en igual situación por espacio de dos meses; y en 1.° de Noviembre levantó su campo el austriaco, y pasando el Tíber dirigióse á Viterbo, seguido de cerca por los hispano-napolitanos, quienes de paso ganaron á Nocera por asalto. En Diciembre terminaron las operaciones, y á fin de año los beligerantes encontráronse en idéntica situación que al terminar el anterior.

Aunque esta corta é insignificante campaña no ofrezca sucesos dignos de mención, cuando menos evitóse con ella que el ejército austriaco condujera la guerra al reino de Nápoles; pero la emprendida en el Norte de Italia por el infante D. Felipe distó de producir resultado alguno, pues como la anterior redújose á un nuevo descalabro. 70,000 hombres, en su mayor parte franceses, condujo aquél á través de los Alpes, y este respetable ejército, forzando las gargantas de Tenda, ocupó á Niza, tomó los puestos atrincherados de Montalvano y Villafranca y empujó á los sardos hasta los profundos valles de los Alpes (Mayo-Junio 1744). Dividido el ejército invasor en varias columnas fué conquistando las fortalezas asentadas en aquellas rocas, no sin grandes pérdidas y fatigas; rindió á Demont y puso sitio á Coni, obligando al rey de Cerdeña á retirarse á Saluzzo. Ya no le faltaba más que rendir aquella plaza para bajar á las llanuras del Piamonte; pero la resistencia fué tenaz, el ejército sitiador fué acometido en las trincheras por las tropas sardas y austriacas, incesantemente hostilizados por los montañeses; y como lograran éstos introducir un refuerzo en la plaza con provisiones de boca y guerra, sobrevino el otoño sin que el infante D. Felipe hubiese conseguido su objeto. La perspectiva de los rigores del invierno, la amenaza de que las nieves le cerraran el paso á Francia, y la falta de víveres, obligóle á retroceder á Demont, cuyas fortificaciones destruyó, y á repasar los desfiladeros alpinos con su ejército diezmado y abatido.

Ocupándose de estas operaciones, emite el conde de Clonard el siguiente juicio: «Si el infante D. Felipe hubiese atraído enérgicamente hacia sí el cuerpo de Gages, la campaña hubiera podido terminarse de la manera más breve y más gloriosa para las armas españolas. En efecto: arrojándose sobre el rey de Cerdeña una masa de setenta mil hombres, y viéndose éste obligado á cubrir su extensa línea, sembrada de plazas más ó menos fuertes, se le hubiera aterrado con facilidad, cortando todas sus comunicaciones con los austriacos. Victoriosos los galo-hispanos en las frías regiones del Piamonte, podían haber descendido á paso de gigante hacia los fértiles llanos de la Lombardía, comprometiendo á los alemanes á sostener un combate desesperado sobre las líneas del Po, ó á estrellarse contra las bayonetas del rey de Nápoles, que debían asomar oportunamente por la frontera de este reino; pero nuestra corte prefirió á este plan otro diametralmente opuesto, disponiendo que D. Felipe y Gages maniobraran con absoluta independencia, el primero por la cima de los Alpes y el segundo por los Estados Pontificios. Era la causa móvil de esta medida

(1) La sorpresa de Velletri, á la que dieron tanta importancia los escritores borbónicos de la época, se halla narrada con excesiva minuciosidad en una obra titulada *Comentarios ó Memorias de Veletri y de la Guerra de Italia, año de 1744*, escritos en latín por el conde Castruccio Buonamici y traducidos al castellano por el P. Bernardo Avino. Madrid, 1788. Los artistas de la época se consagraron también á reproducirla como título honroso para Carlos; y en una táctica de caballería impresa en 1767, aparece la tal sorpresa como cabecera de tomo. Convengamos con Almirante que si bien los españoles se portaron allí con bizarría, lo mejor hubiera sido no dejarse sorprender.

el deseo de que Gages pudiera enlazarse, caso de necesidad, con los napolitanos, y proteger su reino contra una invasión austriaca; pero este deseo aparecía en sí mismo una imprudencia y una infracción de la antigua y eterna máxima que la llave militar de Italia debe buscarse siempre en el fondo de la Lombardía. Los sucesos pusieron de relieve todos los vicios de este plan.»

Gran fortuna tuvieron los franco-hispanos que combatían en Italia, de la campaña que en 1744 emprendió Federico II de Prusia contra el Austria; porque gracias á ella el Imperio no pudo intervenir activamente en Italia; y no menos favorecidos se hallaron el 45, gracias á los triunfos de que Francia consiguió en el Norte, para el logro de sus fines en la Lombardía. El plan concebido en este año, fué atrevido, pero ofrecía probabilidades de éxito. Convencidos los ministros de Francia y España de que cuantos esfuerzos hiciesen para conducir los ejércitos por las gargantas de los Alpes resultarían estériles, así como de la imposibilidad de atacar aisladamente los ejércitos sardo y austriaco, á causa de tener éstos seguridades de socorros por la parte de Alemania, dueños como eran de los pasos que comunican uno y otro país, y apoyados además por numerosas escuadras inglesas que vigilaban las costas de Italia, acordaron reunir en las cercanías de Génova el ejército francés y español, al que la república debía reforzar con 10,000 soldados auxiliares, y seguidamente penetrar en el Milanesado, separando á los sardos de los austriacos y cayendo luego desde los Apeninos al Tirol sobre los cuerpos aislados del enemigo. Destinóse al ejército del Norte, en que iba el infante D. Felipe, al conde de Gages, quien en la primavera de 1745 había ya dado comienzo á las operaciones, empujando á Lobkowitz hasta las cercanías de Módena, y al recibir la orden, disponíase á desalojarle de este ducado para invadir el Milanés. Además, tanto Francia como España prepararonse á sostener con gran empeño esta guerra, en la que luchaban con las flotas inglesas y con el poderoso ejército del Imperio, reforzado por 40,000 soldados que procuró el monarca de Polonia.

Franqueó Gages los Apeninos por el paso del San Pellegrino, y su ejército hubo de hacer esta penosa marcha sufriendo terribles borrascas de agua y nieve, y venciendo después de estos obstáculos los no menos difíciles del paso de los ríos y torrentes que se precipitan por aquellas faldas, engrosados en esta ocasión por las lluvias. Pero la marcha se efectuó sin otros contratiempos, porque el enemigo, aunque trabó escaramuza con la retaguardia, no se atrevió á entablar formal combate. Llegados al territorio genovés, Gages y el duque de Módena fueron á colocarse en el paso de la Rochetta, mientras el ejército que mandaba D. Felipe concluía sus aprestos en Provenza, desde donde debía trasladarse á Niza para incorporarse al francés. Sumadas las fuerzas de estos ejércitos, resultaba la cifra de 70,000 combatientes, cifra superior á la que por entonces alcanzaban los aliados. Esta superioridad y la circunstancia de haber reemplazado á Lobkowitz en el mando del ejército austriaco un general de inferior capacidad, dió momentáneos y sorprendentes triunfos á los franco-españoles. Empero, las operaciones fueron de más importancia por sus efectos, que por méritos de ejecución; y de aquí la conveniencia de hacer de ellas ligero sumario.

Para cerrar el paso á Gages, el austriaco Schulemburg ocupa á Novi y el valle de Luemmo, y para defender el Monferrato, amenazado por el infante D. Felipe y Millebois, el duque de Saboya se coloca en los Apeninos. Gages y el duque de Módena emprenden á principios de Julio de 1745 el movimiento ofensivo; se apoderan á viva fuerza de Rivalta, rechazan á los austriacos de Voltaggio, y ocupan á Novi. El infante español y el francés Millebois invaden el Monferrato, lanzando al saboyano más allá de la Bórmida y marchan contra Alejandría para darse la mano con Gages. Momento de expectación. Los austro-saboyanos se hacen fuertes en su campo atrincherado inmediato á Alejandría y que defienden los ríos Po y Tánaro. El ejército combinado desciende como un torrente de las faldas apeninas y se derrama por Vogliera, Serravale, Tortona, Placencia y Parma, de cuyas ciudades y territorios, á nombre de la reina Isabel Farnesio, toma posesión el marqués de Castelar (Agosto y Septiembre). Seguidamente Gages pasa el río Po con la vanguardia; y como el enemigo, cuidadoso de Milán, destaca una división para proteger esta plaza, el caudillo español toma de improviso la dirección de Pavía y entra en ella sin disparar un tiro (21

Septiembre). Entonces deciden los austro-sardos separarse, yéndose los primeros allende el Po; pero los nuestros vadean el Tánaro con tanta oportunidad, que sorprenden y arrollan una parte del ejército sardo el 23 y se hacen dueños de las orillas del Po. Los cuerpos del ejército sardo que no fueron destruídos lograron incorporarse al ejército austriaco; pero resultado de este combate fueron la ocupación de Alejandría el 12 de Octubre y de Valenza el 30. Antes de expirar el mes de Noviembre los franco-hispano-genoveses ocuparon las plazas de Casal y Asti, de que se tomó posesión a nombre de Luis XV, y al finalizar el mes de Diciembre, casi todo el ducado de Milán, pertenecía á estos ejércitos; el monarca de Cerdeña se refugiaba en Trino, y Gages contenía á los austriacos en la margen izquierda del Tesino. Para ser dueños de toda aquella región sólo faltaba á los confederados apoderarse de las ciudadelas de Asti, Alejandría y Milán, y conquistar la plaza de Mantua; por manera que en breve tiempo y con muy poca dificultad vió la reina de España satisfechos sus maternales deseos.

Desgraciadamente sus ilusiones iban á verse destruídas con igual facilidad que las fomentó esta serie de triunfos. El astuto Carlos Manuel, para no ser infiel á las tradiciones diplomáticas de su casa, muéstrase dispuesto á un arreglo con Francia, y negocia ya secretamente con ella, cuando el tratado de Dresde (25 Diciembre 1745) entre Austria, Prusia y Polonia, dejando desembarazada á la primera de sus guerras en el centro de Europa y permitiéndola enviar á la Lombardía 30,000 soldados, le hace modificar su pensamiento, si bien ocultándolo á la Francia. Y resulta de aquí, que esta se encuentra al llegar el año 1746 con poderosos ejércitos enemigos en Italia y miserablemente engañada por el saboyano, que arrojando la máscara se declara hostil. La decoración cambia entonces en el teatro de la guerra con igual facilidad que en comedia de magia; porque todo se reduce á desamparar las ciudades conquistadas y á deshacer con demasiada prisa el camino tan fácilmente recorrido en 1745. También es preciso apuntarlo á la ligera; es decir, trazar una especie de itinerario.

El 5 de Mayo de 1746 es fecha importante, porque señala la toma de Asti por el duque de Saboya. Ríndese a los tres días, quedando prisioneros 5 generales, 370 jefes y oficiales y 5,000 soldados. Millebois no llega á tiempo de evitar tamaño desastre. Los españoles retrogradan al Parmesano, los franceses evacuan la ciudad de Alejandría y levantan el sitio de su ciudadela (10 Marzo). D. Felipe y el duque de Módena huyen en la madrugada del 18 de Milán, noticiosos de que llegan los imperiales, y éstos ocupan la capital del ducado. El marqués de Castelar, bloqueado ya en Parma a mediados de Abril, ha logrado con harta pena y muchas pérdidas evacuar esta plaza y retirarse á Pontremoli; Valenza capitula el 2 de Mayo; las plazas de menos importancia en que se hallaban diseminados los confederados van cayendo en poder del enemigo, y el conde de Gages, que intentó distraerle hacia el Taro, es muy luego empujado hasta el Nura. Ligera compensación fué la sorpresa dada por el general Pignatelli á 5,000 austriacos en Codagno, porque los imperiales, por momentos más fuertes, prosiguieron en su avance, y al comenzar el mes de Junio bloquearon á Plasencia, donde se encerró el infante D. Felipe.

En la triste expectativa de perder su última esperanza, el infante llamó al general francés Millebois, que retirándose de una á otra plaza había ido á ponerse en lo más alto de los Apeninos, y á mediados de Junio, unidos ambos ejércitos en las orillas del Trebia, acordaron dar una batalla general. Esperóse para ello la noche del 15 al 16 de Junio, y, á favor de la sombra, los franco-españoles, divididos en tres columnas compuestas únicamente de tropas de infantería, cruzaron el río y acometieron á los austriacos, que ya se hallaban prevenidos, y los recibieron en sus posiciones con nutridísimo fuego. Mandaba estas fuerzas al general Lichtenstein, hombre experimentado y capaz, como lo demostró esta vez, aprovechándose del poco concierto de los atacantes. Porque los aliados acometieron con singular ardimiento y aun lograron en las alas alguna ventaja, mas no combinaron bien sus esfuerzos y estrelláronse contra la posición central del enemigo, después de largas horas de pelea. La reacción ofensiva de los imperiales puso término á un combate prolongado desde la media noche del 15 al 16 hasta caer la tarde de este día, lo que deja comprender cuántas serían las pérdidas de los atacantes. Cinco mil, dicen los historiadores, que perecie-

ron; dos mil que fueron hechos prisioneros; los restantes arrojados á la derecha del Po, contra los muros de Plasencia, quedaron totalmente aislados (1). «No se puede negar, escribe un historiador militar coetáneo, que en esta batalla fué grande y singular el valor de los soldados; mas, por descuido ó ignorancia de los jefes, sucedió que, habiendo quedado fuera del campo la caballería, que tan necesaria es en una batalla, quedaron los flancos en descubierto y sin quién los socorriese; también fué gran descuido é inadvertencia no haber observado la profundidad de los fosos llenos de agua (de que se amparaba el enemigo) y no haberlos cegado con fagina; lo cual fué causa de la confusión y desorden de la tropa y de la mortandad y fuga de los soldados.»

No habían llegado las cosas á tal extremo, cuando la corte francesa, deseosa de hacer la paz y comprendiendo que convenía vencer la repugnancia de Isabel Farnesio, despachó á Madrid al



Sargento, granadero y coronel. Fernando VI

duque de Noailles para que preparase los ánimos en este sentido. Todo se reducía á que Isabel renunciase á sus locas pretensiones sobre el ducado de Milán y se conformase con los de Plasencia y Parma, para el asendereado D. Felipe. Pero no cupo ya á la reina de España decidir en este

(1) En las *Memorias de la Guerra de Italia*, de Buonamici, Lib. III, pags. 226 á 230, se lee la siguiente relación circunstanciada de la batalla de Plasencia:

«Llegó el día señalado para la batalla, que fué el diez y seis de Junio. El orden y disposición del ejército era el siguiente: los franceses, que tenían su campo fuera de la puerta Antoniana de Plasencia, distribuídos en tres partes, debían apostarse en el flanco diestro de los nuestros, para atacar el flanco izquierdo de los austriacos, auxiliados por diez y seis batallones españoles á las órdenes del teniente general Aramburo; con nueve batallones más de españoles que debían ocupar el centro: en nuestro flanco izquierdo debían apostarse todos los demás regimientos de españoles, napolitanos y genoveses, divididos en tres diferentes partes. Dada la señal, debía comenzar el ataque por todas partes. Dióse también orden para que de los muros de la ciudad y de las fortificaciones que los nuestros habían hecho cerca del camino que va á Lazariano, jugase incesantemente la artillería, con el fin de defender á los nuestros al tiempo de avanzar para el ataque y espantar á los enemigos cuando saliesen á recibirlos. Túvose por inútil (aunque con mal acuerdo y poca prudencia) la ayuda de la caballería, por estar el terreno de los campos muy interrumpido con acequias y zanjas para despedir las aguas; y así quedó á las órdenes del teniente general Vilielia, separada del campo de batalla, y en observación, para acudir á donde la necesidad lo pidiese. Llegado que fué el día y distribuidas las tropas según el orden que habemos dicho, al poner del sol, fueron avanzando hacia el campo de los austriacos, el cual estaba muy pertrechado, con artillería, baluartes, fosos profundos y llenos de agua; y según se supo por relación de espías y desertores, noticiosos de que los borbónicos querían atacar su campo, estaban prevenidos, habían juntado sus tropas y habían hecho nue-

pleito, porque el 9 de Julio, y cuando en peor estado se hallaban las cosas de Italia, murió el rey D. Felipe V, atacado de fulminante apoplejía que, según dicen, le causó la noticia de tales desastres. Su inmediato sucesor estaba animado de otras miras, y aunque de momento se viera obligado á respetar compromisos adquiridos, mostróse inclinado á negociar y despachó á Italia al marqués de la Mina con orden terminante de abandonar el teatro de la guerra.

Más que apurados se hallaban por este tiempo los franco-hispanos; porque después de la batalla que en Junio de 1746 perdieron en las márgenes del Trebia, reunidos los ejércitos sardo y austriaco apoderáronse de Plasencia, derrotáronles en San Giovanni y Rottofreddo y les obligaron á retirarse con grandes pérdidas á Voghera. Allí se presentó el marqués de la Mina y notificó á Gages su separación y orden de regreso á España. Luego dispuso que el ejército emprendiera la retirada de Provenza, disposición á que hubo de resignarse el Infante, no obstante hallarse aún en posesión del mando en jefe; y como el francés Millebois no pudiera mantenerse aislado contra los austriacos, siguió también el ejemplo de los españoles. Consecuencia de estos movimientos fué la ocupación de Génova por los imperiales (Septiembre de 1746), y la de Niza por los sardos, quienes se atrevieron á marchar en seguimiento de las tropas borbónicas por la Provenza; pero estorbó estos planes la rebelión de Génova (5 de Diciembre); en apoyo y contra la cual despacharon al comenzar el año 47 sus tropas los beligerantes. Esto dió lugar á que los franco-hispanos tomaran la ofensiva por el Var y el Valle de Demont, y á que se levantara el bloqueo de Génova (Junio y Julio 1747); pero reforzados los austriacos, derrotaron á su vez en Septiembre el ejército que trataba de introducir Bellisle en el Piamonte por el Colle d'Assietta, y con la pérdida y recobro de Ventimiglia terminaron las operaciones del año. Nada se efectuó digno de mención durante el invierno de 1747-48, porque ya se negociaba la paz. Los imperiales se hallaban bien establecidos en la Lombardía, los franco-hispanos no tan seguros en el Plasentino, y en esta disposición les encontró el armisticio ajustado entre las potencias en Abril de 1748, armisticio al que siguió el tratado de Aquisgrán, en 18 de Octubre de este mismo año (1). La mayor parte de las tropas espa-

vas fortificaciones, y hasta el mismo Liechtenstein, que por su corta salud, muchos días hacía que se había retirado del campo, volvió á él para hallarse presente en la batalla; durante la noche tomaron los nuestros por combate algunos fortines que los enemigos habían levantado en lugares oportunos, quedando muchos muertos y heridos de la una y de la otra parte. Al amanecer atacaron las fortificaciones contrarias; y, ganadas las trincheras, llegaron hasta los fosos, y aunque nuestros jefes no sabían cuánta era su profundidad y con sumo descuido no habían mandado que la caballería llevase gavillas de sarmiento para llenarlos, sin embargo un paso tan difícil y peligroso, no fué bastante para contener á los soldados, deseosos de pelear en tanto grado, que se arrojaron en los fosos con increíble rapidez, pereciendo muchos atravesados por las balas que desde lo alto del foso disparaba la artillería enemiga, y otros murieron ahogados. Mas los nuestros, sin perder por eso el ánimo, pasando por los amontonados cadáveres de los suyos, llegaron hasta las fortificaciones del enemigo, y el teniente general Aramburo, apoderándose de una batería, les tomó veintiséis piezas de artillería, de las cuales, si bien aconsejado hubiera hecho uso, para hacer daño al enemigo, quizás los nuestros hubieran tenido tiempo para rehacerse, mientras llegaba la caballería para socorrer á los que se hallaban en peligro, lo que hubiera sido muy importante para la victoria; y tal vez el mismo Aramburo no hubiera caído en manos de los austriacos acribillado de heridas. Al mismo tiempo, los batallones españoles apostados en la división del centro, intentaron ganar un fuerte que los enemigos tenían muy pertrechado y defendido, y aunque fueron muchas veces rechazados, finalmente, haciendo un grande esfuerzo, lo tomaron.

»Con igual esfuerzo, aunque con mucho daño de los nuestros y de los enemigos, acometió Gages por el flanco izquierdo y faltó poco para que los austriacos abandonasen el campo; pero como llegasen de refresco ciento cincuenta dragones del regimiento del Príncipe Eugenio, atacaron con tanto vigor á los franceses, que habiendo manifestado al principio un increíble valor, con la impensada venida de los dragones quedaron tan aturdidos, que rompiendo filas é implorando en vano el socorro de la caballería, preocupados de un terror pánico volvieron las espaldas sin oir los ruegos y exhortaciones de sus jefes; y aunque su general Maillebois, corriendo con su caballo los reprendió, y espada en mano procuró detenerlos, arrebatado de la confusión y tumulto de los que huían, no pudo contenerlos.

»Alegres con este suceso y más animosos los austriacos, quisieron aprovecharse de la ocasión; y derrotados los franceses atacaron todos á un tiempo á los españoles. Pero Gages, cuando vió que los franceses huían y los suyos temblaban, que le atacaban por el frente y su flanco diestro quedaba sin gente, y que al mismo tiempo los batallones de reales guardias españolas y valonas, en quienes tenía su mayor confianza, no podían sostenerse más tiempo, á causa de haber sido heridos ó muertos la mayor parte de sus gefes, temiendo que si le cogían todos los pasos, no pereciese todo el ejército, cediendo poco á poco, pudo contener el furor del enemigo y se retiró á Plasencia del mejor modo que pudo. Pasados dos días se tomó razón de la gente que faltaba en nuestro ejército, y se halló que los prisioneros eran 915, los heridos 4.460, los muertos 3 220, en cuyo número entraban el mariscal de campo Brostelli y Mr. de Tessé, franceses, y los tenientes generales Uzeda y Romero, españoles, soldados valerosos. Virt, suizo, mariscal de campo del ejército de Nápoles, fué cogido prisionero y hecho pedazos su cuerpo.»

(1) Los principales artículos de la paz de Aquisgrán fueron: La restitución mutua de las conquistas hechas desde el principio de la guerra; la cesión de Parma, Plasencia y Guastalla al infante D. Felipe, con cláusula de reversión al Austria si moría sin hijos varones ó heredaba el reino de España ó el de Nápoles; la ratificación de la elevación del gran duque de Toscana, Francisco, al Imperio; ídem de la cesión indivisible de los Estados de la Casa de Austria, excepto lo que se había cedido al rey de Prusia, al de Cerdeña y al infante de España; ídem de la agregación á Francia de los ducados de Lorena y Var.

ñolas que existían en Italia embarcáronse para España, y sólo quedaron las precisas para dar posesión al infante D. Felipe de los Estados de Parma, Plasencia y Guastalla, que por el tratado de Aquisgrán se le adjudicaron. Comienza en este año un paréntesis feliz y corto para nuestra patria el reinado de D. Fernando VI, uno de los pocos monarcas de que España puede guardar buen recuerdo.





Pífano, tambor y fusilero. (Fernando VI)

Para apreciar debidamente la situación en que se hallaba España respecto á las demás potencias europeas, al ocupar en 1759 D. Carlos III el trono (1), fuerza nos será dar ligera idea de la guerra general que desde 1756 ardía en Europa y América. Esta guerra, conocida en la historia con el calificativo de *los Siete Años*, tuvo por origen una ligera disputa entre Francia é Inglaterra, relativa á los límites de un territorio americano. Prusia supo aprovechar esta coyuntura para engrandecerse, y muy en breve el centro de Europa y las costas de América fueron teatro

(1) Carlos III era hermano paterno de Fernando VI y el mayor de los hijos de Felipe V y de Isabel Farnesio. Ocupaba, según ya hemos dicho, el trono de Nápoles; y habiéndose estipulado en Aquisgrán que si por muerte del rey Fernando heredaba Carlos el trono español, pasaría su hermano D. Felipe á ocupar el de las Dos Sicilias, volviendo los ducados de Parma y de Guastalla al Austria, y pasando el de Plasencia al rey de Cerdeña. Carlos consiguió dar una indemnizacion metálica á estas dos potencias y colocar en el trono de Nápoles su hijo tercero D. Fernando. Su segundo hijo fué disignado como futuro sucesor á la corona de España, porque el primogénito, Felipe, se hallaba reducido al estado de imbecilidad.

de una nueva lucha, lucha en que de una parte se colocaron la reducida nación de Federico II, Inglaterra, Hannover y Hesse-Cassel; y de otra Francia, Austria, Suecia y Rusia: España, solicitada por unos y otros, se mantuvo neutral, no obstante las tentadoras ofertas de Inglaterra (1) y las reiteradas instancias de Francia para que se firmara un pacto de familia; pero esta neutralidad que tan bien supieron guardar Fernando VI y sus ministros, no era de esperar que Carlos III la respetase. Y así fué, en efecto; porque era tan grande la ojeriza de este monarca á los ingleses por el ultraje que le infirieron en Nápoles, como el amor que profesaba á los Borbones de Francia. Otras causas pudieron influir también en su ánimo, como eran el extraordinario predominio de la marina inglesa y el peligro que corrían nuestras posesiones de América; pero éstas eran ya secundarias. Así fué, que sin tener en cuenta la situación ventajosa en que la guerra colocó á Inglaterra y Prusia en 1759, y el grave desacierto cometido por la Francia al negociarse la paz general á principios de 1761, comenzó á entenderse secretamente con el gabinete de Versalles para el ajuste del famoso pacto de familia, pacto así llamado porque ligó estrechamente los intereses de los Borbones de aquella nación, de España y de Italia. Hiciéronse al mismo tiempo grandes aprestos militares en el puerto de Cartagena, so pretexto de escarmentar á los piratas argelinos; y para disimular la secreta alianza, acordóse que el plenipotenciario que Luis XV mandó á Inglaterra, para negociar un ajuste, exigiera como base de todo arreglo entre Francia y la Gran Bretaña, que ésta diera satisfacción á nuestra patria sobre el derecho de pesca en los bancos de Terranova, sobre presas marítimas y acerca de las fortificaciones construídas en Honduras. Conoció el ministro inglés Pitt lo que se trataba de ocultar, y por toda contestación manifestó que no consentiría su rey que Francia se mezclara en asuntos ajenos, y al propio tiempo exigió de Francia condiciones tan onerosas, que equivalían á un reto. Hubo serias réplicas entre los respectivos ministros; difirióse por algún tiempo el rompimiento, á causa de la caída de Pitt; pero, á la postre, Inglaterra hubo de declarar la guerra (2 Enero 1762), declaración á que contestó España con análogo documento el 16 del mismo mes.

Pero la declaración, ó, si se quiere, contradeclaración del monarca español, iba á envolver en la querella á la nación portuguesa, donde tenía sentado el pie Inglaterra. Después de hacer grandes é inútiles esfuerzos para que Portugal entrara en el pacto, Francia y España no se contentaban con una promesa de estricta neutralidad, sino que exigían que cerrara sus puertas al comercio inglés; y como resistiera Portugal, Carlos III declaró la guerra á la nación vecina. Descabellado fué este proyecto y poco atinada su realización. El Marqués de Casa-Sarriá, condujo el ejército desde Zamora (Mayo) por Miranda, Braga y Mancorvo hasta Almeida (Agosto); y dada la lentitud del avance y el desacertado plan de invasión, se comprende que los portugueses tuvieron sobrado tiempo para recibir auxilios de Inglaterra, auxilios que condujo el general Tirawley: unos 9,000 soldados que á mediados de Julio fueron á colocarse en Abrantes. También recibió refuerzos el ejército español, consistentes en una división francesa, en unión de la cual el marqués de Casa-Sarriá sitió á principios de Agosto la plaza de Almeida y la rindió el 25, después de bombardeada. Celebróse este suceso en Madrid con gran júbilo, y al caudillo español se le concedió el Toisón de oro; harta recompensa para tan insignificantes operaciones; pero los acontecimientos posteriores vinieron á demostrar que España hubiera obrado con más acierto aprovechando las elocuentes lecciones con que le brindaba la historia de las campañas verificadas durante los reinados de los Felipes II y IV de Austria. No valían la pena de encender candilejas en la coronada villa las empresas del sistemático Marqués, y en lo que éste procedió cuerdamente fué en abandonar aquel teatro, alegando su falta de salud. Ni más afortunado que él, su inmediato sucesor, el conde de Aranda logró imprimir dirección acertada á las operaciones, siquiera le adornasen otras prendas de carácter é instrucción; porque todo se redujo á ligeras escaramuzas con avanza-

(1) Nos referimos á la devolución de Gibraltar y evacuación de los establecimientos ingleses en el golfo de México, oferta hecha en 1757 por el ministerio Pitt á trueque de que España se uniera á la Inglaterra y la ayudara en la recuperación de la isla de Menorca, de que en Junio de 1756 se apoderaron los franceses. A este ofrecimiento contestó el ministro Wall con una evasiva, y el embajador inglés Keene, vista la actitud reservada de la corte española, hubo de desistir de su propósito.

das inglesas, á cruzar en Octubre el río Tajo, y á retirarse luego á cuarteles de invierno en la frontera hispano-portuguesa, dejando guarnecidas las plazas conquistadas. Con lo que se dió por terminada la campaña terrestre.

Muy distinto aspecto ofrecía la marítima, pues Inglaterra, en previsión de los acontecimientos, hizo con tal actividad sus aprestos que, habiéndose declarado la guerra el 2 de Enero de 1762, ya en 2 de Junio atravesaba una respetable escuadra británica, mandada por lord Albermale, el canal de Bahama. Pero el gobierno español no había dejado de atender á este peligro. En previsión de que fuera la isla de Cuba el objetivo de los planes de Inglaterra, dió oportuno aviso al gobernador de esta colonia, cuidó de aumentar la guarnición de la Habana y de que se mantu-



Carlos III. Copia de un cuadro al óleo

viera en su puerto una escuadra de doce navíos y cuatro fragatas. El gobernador D. Juan de Prado tenía orden de reunir á la menor sospecha consejo de guerra, para prevenir oportunamente el peligro; y el monarca, en sus reiteradas órdenes, manifestóle el especial empeño que tenía en conservar aquel importante establecimiento mercantil del Nuevo Mundo. Mas, por desgracia, Prado no estuvo á la altura de su cometido; antes del peligro por la jactancia de que dió pruebas, en el peligro por su ineptitud y falta de energía. Sorprendióle el 6 de Junio la aparición de una escuadra inglesa no distante de la isla, sorpresa que pudo evitar con mayor vigilancia; y entonces trocó su habitual presunción por no justificado aturdimiento. A treinta navíos y cien buques de transporte, con 14,000 hombres de desembarco, elevábase la cifra de bajeles y soldados enemigos; á 4,000 soldados, 800 marineros y 14,000 hombres de las milicias del país la gente disponible en la Habana; y á pesar de esto, no acertó Prado á evitar el desembarque de las tropas inglesas, que, divididas en tres columnas, avanzaron el 7 de Junio contra la capital, sin otro estorbo que rechazar algunos destacamentos de caballería. La llave de la Habana era el castillo de la Cabaña, y júzguese de la torpeza del gobernador con decir que, en el momento del

peligro, acordó artillarlo, operación verificada con harta pena y premura, pero de todo punto infructuosa, pues la junta de guerra acordó á los cuatro días su abandono. Tratóse entonces de cerrar la boca del puerto con maderos, cables y naves echadas á pique; y resultó de todas estas medidas, realizadas con tanta precipitación como poco acierto, que el enemigo se hizo el día 11 fácilmente dueño de la Cabaña y la Chorrera, y la escuadra española se inutilizó lastimosamente.

Favorecía á los españoles el apoyo de los isleños, cuyo ánimo era totalmente hostil á los ingleses; no cesaban de recibir socorros de distintos puntos del territorio, y á causa de esto no era empresa fácil la toma de la Habana, ni lo hubiera sido á no gobernarla el apático Prado. Testimonio de ello es la heroica defensa del castillo del Morro, que inmortaliza el nombre del marino español D. Luis de Velasco, y que merece por lo mismo mención especialísima en nuestra historia militar. Contra el Morro tenían asestados los ingleses sus baterías de tierra y los cañones de sus navíos, y eran los disparos tan repetidos y certeros, que diezmaban á las mismas tropas de relevo que subían al castillo. Una lluvia de bombas y balas caía constantemente sobre la fortaleza, densas nubes de humo la envolvían; y contestando sus defensores con gran brío al fuego del enemigo, y efectuando vigorosas y no siempre afortunadas salidas, hicieron concentrar en este punto toda la atención y recursos de los atacantes. Ya muy entrado el mes de Julio y no siendo posible continuar defendiendo al Morro, por hallarse en ruinas buena parte de sus defensas, proponía Velasco una arremetida brusca á favor de la noche contra las baterías inglesas, como último recurso y único medio de salvación; pero este movimiento, que debía ejecutarse de concierto con la plaza, no fué secundado por Prado, y habiendo recibido Velasco una herida, produjo únicamente algunas víctimas. Así y todo, prosiguió la defensa, sin abandonar á Velasco su habitual serenidad; y únicamente cuando los ingleses adelantaron sus minas hasta el punto de resonar los golpes de la piqueta en las paredes del fuerte y hallarse por encima de tierra á seis varas de la estacada, pidió á Prado órdenes por escrito de lo que debía hacerse (29 de Julio). Treinta y ocho días llevaba el Morro de sitio; 16,000 bombas y granadas habían caído sobre el castillo. Respondió á Velasco la junta de guerra dejando el caso á su discreción, y replicó Velasco que se le diera orden terminante de evacuar, resistir ó capitular; mas no por eso dejó de prepararse para hacer frente al asalto. Y el asalto fué un hecho la tarde del siguiente día, reventando primero una mina, marchando seguidamente una columna de 2,000 ingleses hacia la brecha. En ella se hallaba el heroico Velasco, rodeado de los más animosos; allí cayó mortalmente herido y á su lado otros oficiales y soldados no menos intrépidos, acuchillados unos, derribados otros por el plomo, siendo de este número el marqués González. La bandera inglesa flotó desde aquel momento en el Morro y los cañones de este fuerte vomitaron su fuego contra la plaza. Pero todavía podía resistir la Habana; intactos estaban sus fuertes y murallas, no escaseaban los víveres, la gente mostrábase dispuesta á luchar, y, como estímulo, á la vista tenían el heroico ejemplo que Velasco acababa de ofrecerles. ¿Qué podía obligar á la capitulación? La debilidad de Prado y el poco carácter y talento de sus tenientes. Por de pronto el coronel Caro no supo defender el Castillo de Punta y el enemigo se corrió hacia Jesús del Monte; intimó entonces la rendición, y oída la negativa, al siguiente día rompieron el fuego nueve baterías colocadas al Este y Oeste del puerto, siendo tan horroroso el bombardeo, que atemorizado el gobernador y de acuerdo con la junta, mandó izar banderas blancas en distintas partes de la muralla, no obstante los buenos ánimos de la guarnición y vecindario. Los pretextos que dió Prado para entregar la Habana fueron infundados, porque no carecía de pólvora, ni eran aún accesibles las brechas. Estipulóse la entrega, y después de dos meses de sitio, tomaron los ingleses posesión de la plaza, de la escuadra, de gran cantidad de municiones y pertrechos navales, de quince millones de duros, y de aquella rica isla (13 de Agosto). Conforme lo estipulado, los españoles fueron embarcados para la península (1).

(1) Ordenó el monarca español que los culpables de la rendición de la Habana fueran sometidos á un consejo de guerra, y este consejo, después de dos años de procedimiento, condenó á varias penas á los jefes de la plaza, según su graduación, y á D. Juan Prado á la de muerte. El Rey se la conmutó con la de prisión perpetua que sufrió en Vitigudino. La memoria de los defensores del Morro, Velasco y González, fué honrada, otorgándose al primogénito de éste el título de conde del Asalto y una pensión. La Academia de Nobles Artes abrió

Para que este infortunio no viniera solo, España se vió casi simultáneamente atacada en sus posesiones oceánicas. El general inglés Draper, que había organizado en Madrás un cuerpo expedicionario de 2,300 hombres, sabedor de la insignificante guarnición que tenía Manila, embarcólos en trece naves y se presentó el 22 de Septiembre de 1762 á la vista de la capital del archipiélago, con gran sorpresa de autoridades y habitantes, porque el gobierno español no se había



Coronel, granadero y fusilero. (Primeros años del reinado de Carlos III)

tomado el trabajo de comunicar á Filipinas la noticia de la declaración de guerra hecha el 3 de Enero anterior. Estaba, pues, desprevenida la plaza, sin artillería y con una guarnición de 556 soldados y 85 artilleros indios. Pero el heroísmo de españoles y de isleños supo atender á todo.

un certamen para erigirles un monumento, y los ingleses mismos, dice un historiador, con laudable grandeza y generosidad les erigieron otro en la abadía de Westminster.

He aquí las ligeras noticias que del heroico D. Luis de Velasco dan los autores de la *Historia de la Marina Real Española*:

«D. Luis Vicente de Velasco, hijo de una ilustre familia, nació en la villa de Noja, en la provincia de Santander. Empezó su carrera de guardia marina. En diferentes expediciones y combates navales en que se encontró se distinguió como buen marino y militar; pero la página más resplandeciente de su vida, la que más le ensalzó, la que inmortalizó su nombre, es la gloriosa defensa que hizo del castillo del Morro de la Habana, contra los ingleses; defensa tanto más heroica y asombrosa, en cuanto el castillo carecía de buena fortificación, según las reglas del arte, aun en el estado que el arte mismo se encontraba en aquel tiempo. Tal fué el mérito y la bien merecida fama que en aquel sitio adquirió D. Luis Vicente de Velasco, que para perpetuar en su familia el recuerdo de aquellos gloriosos hechos, de eterna

Improvisáronse compañías para defender la plaza, y ésta se sostuvo durante quince días sufriendo un diluvio de bombas y balas rasas. Próxima á ser tomada por asalto, el gobernador general, arzobispo D. Manuel Rojo, expuso en consejo la idea de que el oidor D. Simón Anda saliera á organizar la resistencia en el resto de las islas; y al siguiente día, 5 de Octubre, atacó el enemigo por tres puntos, y por algunas horas se defendió el terreno palmo á palmo hasta que no quedó otro remedio que capitular los fuertes en honrosas condiciones, siendo la ciudad entrada á saco. Cayó en poder de los ingleses el arzobispo gobernador, y entonces el oidor Anda no vaciló en tomar aquel título para dar mayor prestigio á su mando. Este patriota, secundado por un hombre del pueblo llamado Busto y algunos valientes, organizó un reducido ejército en las provincias de Pampanga y Bucalán, y desde ellas hizo activa guerra al invasor, despreciando las antipatrióticas órdenes del arzobispo prisionero. Grandes y heroicos esfuerzos hubo de hacer el esforzado Anda, porque los ingleses, pusieron á tasa su cabeza, y una parte de los indígenas se declararon en favor del extranjero; pero Anda logró sofocar la rebelión de los isleños, tuvo á raya durante todo el año 1763 á los ingleses, derrotándoles en tres batallas, y les acorraló hasta Manila. A principios de 1764 bloqueó por tierra la capital, formó un campo atrincherado, y reunió un ejército de 10,000 hombres, llegando á ser la posición de los ingleses en Manila tan desesperada, que sabedores de que en breve Anda atacaría la plaza, mostraron ya deseos de capitular. Salvóles de esta mengua la noticia de que se había ajustado la paz, comprometiéndose Inglaterra á evacuar las islas Filipinas; y el valeroso D. Simón de Anda tuvo la dicha de entrar de nuevo en Manila el 31 de Mayo del año 64 con todos los honores de gobernador, título en que aun no estaba legalmente confirmado. Este heroico ejemplo es digno de ser recordado por los gobernadores que España mande á sus colonias, y merecedor de que la historia lo consigne con letras de oro; porque Anda pertenecía á aquella raza de héroes que anima el abatido cuerpo nacional en momentos de crisis, y le empuja á las grandes resistencias. La traslación de sus cenizas desde la Iglesia de San Francisco á la catedral de Manila hecha en 15 de Octubre de 1885, trae al magín comparaciones vergonzosas que sin duda hicieron cuantos presenciaron esta solemnidad en las calles de dicha ciudad (1).

Con la paz ajustada en Fontainebleau el 10 de Febrero de 1763, terminó la guerra provocada por el Pacto de familia, guerra en la que España sufrió dos terribles escarmientos en sus más importantes posesiones. La única compensación á tales desastres, fué la conquista de la colonia del Sacramento, hecha por el capitán general de Buenos Aires, D. Pedro Ceballos, en Octubre de 1762; y esta conquista y el apresamiento de 27 buques portugueses con rico cargamento, distaban de atenuar aquellos descalabros. Ajustado el tratado de paz definitivo, Inglaterra devolvió á España Manila, la Habana y todo lo conquistado en Cuba, cediendo en cambio nuestra patria la Florida con los territorios al Este y Sudeste del Mississipí, abandonando el derecho de pesca en las Honduras y dando á los ingleses el de la corta del palo de tinte en esta colonia. Francia, á su vez, dió por un arreglo particular, y también como compensación á España, lo que poseía en la Luisiana, que «en verdad, dice un autor, más era para Carlos III una carga y un cuidado que una indemnización ó una recompensa». Hacemos gracia al lector de lo pactado entre las demás potencias, limitándonos á consignar que la colonia del Sacramento fué devuelta á Portugal. Tal fué el triste resultado que produjo el célebre Pacto de familia, resultado humillante para Francia, que hubo de someterse á condiciones harto vergonzosas, pero más vergonzoso aún para España,

remembranza y gloria para España, el magnánimo Carlos III se dignó conceder á D. Iñigo de Velasco, hermano de aquel héroe, título de Castilla bajo el de marqués de Velasco, por Real Cédula de 8 de Julio de 1763, con mil pesos de pensión asignados en la Habana para él y sus descendientes.

»Durante el sitio perecieron en el castillo del Morro, además de su gobernador Velasco y el segundo comandante González, un capitán teniente de navío, dos capitanes y cinco oficiales de infantería y caballería, los tenientes de navío D. Andrés Fonegra, D. Bernardo de la Cuadra y D. Domingo de Larrañaga y más de 400 soldados. Los heridos excedieron de 1,200, entre éstos 3 tenientes de fragata y 8 alféreces de marina.»

(1) Es verdaderamente sensible que los más de los historiadores, al hacer mención del sitio de Manila y resistencia hecha por los isleños, lo atribuyan al gobernador arzobispo y ni siquiera estampen el nombre del heroico Anda. Por esto redactamos con gran satisfacción las anteriores líneas.

que recibió terribles escarmientos, y en aras de los resentimientos y aficiones de su rey, sacrificó hombres y tesoros para ver á la postre triunfante y engrandecida á su enemiga la Gran Bretaña.



Desde 1763 á 1764 en que el Emperador de Marruecos tuvo el atrevimiento de quebrantar los tratados hechos con España, no registra nuestra historia militar hecho alguno de importancia. Parecía que el gobierno español, aleccionado por la desdichada guerra recientemente concluída, no



Coronel y granadero (1767).

se atrevía á engolfarse en aventuras bélicas, y así lo demostró en la cuestión relativa á la pertenencia de las islas Malvinas, cuestión en que hicieron nuestros hombres de Estado desairadísimo papel. Pero llegado el año 44 exigió el Sultán la devolución de las plazas de Mazalquivir y Orán, y á poco con un ejército de 30,000 hombres y respetable tren atacó la plaza de Melilla. Supúsose con este motivo y por la pericie con que fueron dirigidos los ataques, que no era ajena á ellos la Gran Bretaña; pero no obstante el concurso de sus oficiales, la defensa que de Melilla hizo el gobernador español D. Juan Sherlock fué tan vigorosa, que el enemigo se vió obligado á retirarse. Y otro tanto le aconteció en el ataque al Peñón de los Vélez, cuya fortaleza mandaba D. Francisco Moreno. Dos meses duró el cerco de ambas plazas, y junto á ellas perdió el marroquí 8,000 soldados. Escarmentado con esto, y viendo hostilizadas sus costas por nuestras naves, é interrumpido su comercio, pidió y obtuvo en 1775 la paz.

Pero en este mismo año, Carlos III intentó á su vez acometer la plaza de Argel, capital y asilo de los piratas que infestaban las costas mediterráneas. Este desacertado pensamiento, que tan fu–

nesto fué á Carlos I, se llevó á cabo con admirable presteza, pues á fines de Junio salió del puerto de Cartagena la escuadra española compuesta de 8 navios de linea, 8 fragatas, 24 jabeques y algunas galeotas bombarderas, llevando á bordo 22,000 hombres mandado por el general O' Reille. Llegó la escuadra frente á Argel el dia 1.° de Julio, y hasta el 6 no empezó á desembarcar el ejército; primera torpeza, porque el buen éxito de la empresa dependia de la celeridad y beneficio consiguiente á una sorpresa. Desembarcada la primera división entre el rio Arraz y la ciudad, fingieron los moros retirarse para alucinar á los españoles, y consiguieron perfectamente sus propósitos, porque la primera división desembarcada avanzó sin esperar el resto del ejército hasta las posiciones que el enemigo de antemano tenía dispuestas y contrariando las órdenes del general en jefe: segunda falta, que produjo en breve la retirada desordenado de aquella división á la playa, y el desconcierto consiguiente en la tropa que acababa de desembarcar. En aquel crítico momento cargó el enemigo con todas sus fuerzas, é inútilmente trataron los jefes de cubrir las



Soldado de caballería de linea. De una *Táctica* de 1767

tropas con improvisadas trincheras; tal era el pánico que se apoderó de los expedicionarios, que hubieron de reembarcarse más que á prisa, después de sufrir grandes bajas y perder algunos cañones. Y gran fortuna fué la pericie con que Mazarredo, uno de los jefes de la escuadra, dirigió la operación de embarque, pues de no ser así, fácil hubiera sido el exterminio total de los nuestros por las numerosas y bien apercibidas tropas enemigas. Si bochornoso fué este acontecimiento para el general en jefe, no dejó de ser humillante para España, que en él veía la mano de su eterna enemiga la Inglaterra; y buena prueba de cuanto amenguaba esto su crédito, le dió Portugal en sus reclamaciones acerca de los limites del Paraguay y Brasil. Hicieron con este motivo grandes preparativos ambas naciones, una escuadra portuguesa se apoderó en América del Sud de Montevideo y otras plazas; otra española salida de Cádiz se hizo dueña de la isla de Santa Catalina, en la costa del Brasil, y de la colonia del Sacramento é isla de San Gabriel; pero á esto se limitaron las operaciones, terminando en Octubre de 1777 con el tratado de San Ildefonso, mediante el cual, España quedó en posesión de la colonia del Sacramento con derecho de navegar por los grandes ríos de la América portuguesa, á trueque de insignificantes cesiones territoriales, y de la isla de Santa Catalina. Fué este un tratado altamente beneficioso para nuestra patria, así en lo político, como en lo mercantil.

Por desgracia la diplomacia española pocas veces procedia con igual acierto. Víctima de Fran-

cia en casi todo el transcurso de este siglo, no acertaba á emanciparse de las influencias interesadas y nocivas de esta nación. Es verdad que la clave de no pocos desaciertos era la adversión de Carlos III á la Gran Bretaña; pero debió nuestro monarca hacerse superior á sus odios, para saber medir, no tanto sus fuerzas, como el alcance de los consejos de la córte de Versalles. El gran movimiento de emancipación de los Estados-Unidos, su ruptura con la metrópoli y el tratado que aquéllos celebraron con la Francia, puso de nuevo en lucha esta nación con Inglaterra. La trascendencia y resultado de aquella lucha era difícil averiguar, sobre todo sosteniéndose principalmente en los mares, donde el albur decidía á la sazón en gran parte de los hechos; y sin embargo, Carlos III, que había comenzado por intervenir en estos sucesos como mediador, tuvo la debilidad de dejarse arrastrar por el partido de la guerra, y unirse á los franceses y americanos. Supónese si los planes del conde de Aranda, nuestro embajador en París, influyeron poderosamente en su ánimo; é indudable es que la ocasión de recuperar á Gibraltar, alucionóle hasta el punto de en-



Soldado de caballería de línea. De una *Táctica* de 1767

trar en una nueva lucha. Mas por desgracia, en ella se repitieron antiguos escarmientos. Si la tentativa de Argel trae á las mientes lo ocurrido al gran emperador Carlos V, la expedición á Inglaterra, primera empresa de los franco-españoles, por la identidad de algunas circunstancias, recuerda la de la *Grande Armada* de Felipe II. Juntáronse en las aguas del mar Cantábrico á mediados de Agosto de 1779 las escuadras de ambas naciones en número de 68 navíos de línea, en ocasión que se hallaban las costas inglesas mal defendidas, y no podían oponerse á tan respetable escuadra más allá de 38 navíos. El almirante inglés Hardy, obrando como en otro tiempo Lord Essingam, no quiso disputar el paso del canal de la Mancha, contentándose con evitar el combate; y después de haber retardado la fuerza de los vientos la entrada en el Canal á los aliados, perdieron éstos lastimosamente parte del mes de Setiembre y del de Octubre en provocar al enemigo con el combate, empeñado el almirante francés en no desembarcar antes de destruirle. Así transcurrió un mes; los aliados casi siempre á vista de las Sorlingas, el inglés colocado en la parte más estrecha del Canal, y hubiera naufragado en aquellas alturas la escuadra franco-hispana, á no haber decidido el almirante francés tomar la vuelta del puerto de Brest. Pueril satisfacción fué navegar á la vista de Plimouth; mísero resultado la presa de un navío inglés de 64 cañones, pero con esto y con no perder bajel alguno, hubieron de contentarse los aliados.

Por este tiempo, Carlos III había establecido ya el bloqueo de Gibraltar, dispuesto á acome-

ter formalmente esta plaza y á no omitir sacrificio alguno para ganarla. Presentáronse las tropas en el campo de Gibraltar á fines de Julio de 1779, siendo su jefe el teniente general D. Martín Álvarez y Sotomayor, y púsose en aquellas aguas una escuadra española á las órdenes de D. Juan de Lángara; lo que, unido á la expedición contra las Islas Británicas, hacía suponer que la plaza de Gibraltar rendiríase en breve tiempo. Tal vez hubiera así ocurrido, de haber obrado los franceses con más buen deseo; porque la situación de la plaza al comenzar el mes de Octubre de 1779 no era halagüeña. Componíase la guarnición de 4,904 soldados hábiles, mas no todos dispuestos á la defensa; y las provisiones, si no escaseaban, tampoco eran suficientes para más allá de cinco meses. La armada de bloqueo ocupaba con el mayor número de sus embarcaciones grandes la bahía, desde Puente Mayorga á la Punta del Carnero, y las pequeñas navegaban por el Estrecho para practicar avisos y registros (1). El ejército sitiador ascendía á unos 14,000 hombres y recibía constantes convoyes de víveres y pertrechos de guerra de Cartagena, Málaga y Cádiz. Pero el fracaso de la expedición á Inglaterra, que vino á alterar la armonía entre los marinos de ambas naciones, efecto de las competencias de mando, y, sobre todo, el deterioro en que la escuadra franco-hispana llegó á Brest y que impidió se hiciera en algunos meses á la mar, dió ocasión al almirantazgo inglés para suministrar al almirante Rodney más de veinte navíos, con los cuales en los últimos días de 1779 cruzó por delante de Brest antes que la escuadra combinada se hallara en estado de servicio. Algo hubiera podido intentarse para impedir el socorro de Gibraltar, pero nada hizo la escuadra anclada en aquel puerto, á pesar de ser superior en número, resultando de esta inacción que, llegado Rodney á la altura del Cabo Finisterre, apresó un convoy español de 15 buques salido de San Sebastián con pertrechos de guerra para Cádiz; y que, cuando el gobierno español mandó á las naves de nuestra escuadra, surtas en Brest, que pasaran á incorporarse con las de Lángara en la boca del Estrecho, vientos contrarios retardaron la salida de Brest, alejaron de la citada boca los bajeles reunidos á las órdenes de D. Luis de Córdova, quien se retiró con ellos á Cádiz, y quedó aislado D. Juan de Lángara con sólo 8 navios de linea y algunas fragatas, pues la fuerza del temporal separó de su escuadra 3 navíos, y le arrastró hasta los cabos de San Vicente y Santa Marta, donde se hallaba á mediados de Enero. Allí le sorprendió, el 16, Rodney, con su numerosa escuadra y á favor de una espesa niebla; viéndose obligado Lángara á formar su linea de combate, sin poder darse cuenta de las fuerzas que le acometían; maniobrar en retirada, y sostener el choque por espacio de algunas horas, choque del que



Sargento de fusileros, (1767)

(1) El Sr. Garcia Martin, en la interesante serie de articulos relativos á Gibraltar, á que en la página 443 nos referimos, da á conocer los dos siguientes documentos:

Estado en que se halla la plaza de Gibraltar en 4 de Octubre de 1779, según noticias verídicas que se han adquirido

Guarnición	
Ingleses	3,026
Hannoverianos	1,184
Artilleros	404
Genoveses con oficiales y cabos elegidos por ellos	200
Judios » » » » » »	500
	5,314
Enfermos en los hospitales	410
Liquidos	4,904

Artilleria	Cañones	Morteros
En la puerta de Tierra y sus avenidas	120	22
En la montaña	84	18
En los lienzos de muralla y Punta de Europa, todo marinas	203	6
	407	46

resultaron un navío español volado, 6 buques apresados y 2 arrojados á la costa (1). Es digno de notarse que 2 de los navíos apresados por el enemigo hallábanse desarbolados y hacían agua, y habiendo los ingleses exigido á los prisioneros españoles que les ayudasen á salvarlos, contestaron éstos que estaban dispuestos á morir, pero que sólo les prestarian auxilio á condición de conducir las naves á puerto español y declararse sus prisioneros, como así lo verificaron, entrando en la bahía de Cádiz con ambos navíos y más de 70 ingleses presos (2). Después de este suceso el convoy inglés entró sin novedad alguna en Gibraltar, con lo que se malograron las esperanzas que para dentro breve plazo se fundaban en el bloqueo.

Afectó á Carlos III el desastre sufrido por nuestra armada, y después de haber honrado con distintas recompensas á los que se habian distinguido en aquella función, dió orden á la escuadra española, que se hallaba en Brest, de presentarse en Cádiz, y despachó al Nuevo Mundo doce navíos de linea mandados por D. José Solano, en escolta de un convoy aprestado en dicho puerto (28 Abril 1780). Solano consiguió llegar á su destino burlando la vigilancia de los cruceros británicos, y en Agosto D. Luis de Córdova consiguió dar caza á un convoy de más de cincuenta embarcaciones inglesas que se dirigian á las Indias, presa que se estimó en un millón de duros y com-

ALMACENES

«Número competente de cañones, morteros, cureñas y afustes para respeto y abundantísimas municiones y armas de todas especies. Harina para 5 meses, aunque alguna de ésta con gusanos empezada á dañarse.

»Legumbre de todas especies para 8 meses, vino, aguardiente, licores, la mayor parte procedente de las presas que hicieron por igual tiempo.

»Agua abundantísima, aun antes de las lluvias que se han experimentado.

»Leña suficiente para 6 meses y con la mira de economizarla, se han deshecho varios barcos inútiles y se distribuyen al común.

»Cebada y paja para los caballos de los Gefes, la precisa y el poco ganado de tiro que se ha reservado.

»Se distribuyen 10 onzas diarias de pan, 8 de carne salada, 12 de menestras por plaza, y no hay carne fresca ni aún para los enfermos, exceptuando la poca que facilita alguna entrada extraordinaria. Desde el bloqueo no ha entrado más que una embarcación holandesa que dejó arroz y menestras y lo poco que ha llevado de Tetuán y Tánger.

»Los ingleses permanecen muy alentados y en ánimos de sostener al Gobernador hasta el último extremo y al contrario los hannoverianos no cesan de manifestar su disgusto.

»Los judíos imitan á los ingleses y los genoveses ofrecen poca esperanza. Parece furor el empeño con que trabajan en las avenidas de la puerta de Tierra y muralla que sigue al muelle viejo para colocar nuevas baterías.

»Desde que principiaron el fuego hasta el presente dia, han construído una porción considerable de barracas en la *Punta de Europa*, con las cuales forman una especie de población que se deja inferir que es para abrigarse en el caso de ser correspondidos y atacados.»

ESTADO DE LA ARMADA DEL BLOQUEO DE LA PLAZA DE GIBRALTAR EN 4 DE OCTUBRE DE 1779

«Consiste en 2 navíos de guerra de 70 cañones, 2 fragatas, 5 jabeques, otras tantas goletas y 16 embarcaciones pequeñas armadas en guerra. El mayor número de las grandes, ocupa la bahía desde *Puente Mayorga* á la *Punta del Carnero*, y las pequeñas navegan por el Estrecho para practicar avisos y registros.

»Dentro de la ría de *Tánger* se han puesto, con consentimiento del Rey de Marruecos, 2 jebeques que hacen centinela á las embarcaciones que puedan intentar recibir y conducir víveres á la plaza, para perseguirlas durante su tránsito; y con mucha frecuencia pasar avisos de cuanto observen, por medio de los buques pequeños, a Barceló. Este Gefe de Escuadra está haciendo un corte de madera bastante considerable en los montes inmediatos y ha formado un pequeño astillero en el *Rio Palmoner* para la reparación de los buques que manda, y para construir los *barcos chatos de su invención*. De éstos solamente tiene dos en maniobra, y se dificulta pueda concluirlos en el espacio de dos meses. Parece son limitados los auxilios que disfruta, y así por esta razón como por el tiempo que se requiere para que pueda obrar, si conviniese, con el debido vigor contra la plaza, se duda que pueda conseguirlo por lo menos hasta Enero ó Febrero. En el entretanto practica cuanto le es dable para cortar la comunicación, y lo conseguirá, sin duda, no viniendo fuerzas superiores en lo concerniente á socorros formales, pero sin arbitrio de evitarlo en las noches de invierno con baxeles sueltos que se conduzcan á todo riesgo.»

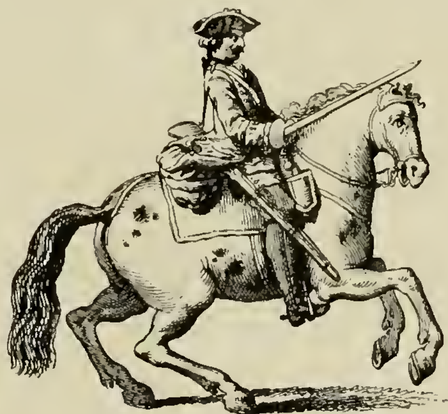
(1) El Sr. García Martín, en la interesante serie de artículos relativos á Gibraltar antes citados, da á conocer el parte oficial de este combate, fechado en Gibraltar á 21 de Enero de 1780, y dirigido por D. Juan de Lángara al Comandante General del Departamento marítimo de Cádiz y Director general de la Real Armada, D. Andrés Reggio. A él remitimos cuantos quieran conocer en todos sus detalles este importante hecho de armas.

(2) De este curioso hecho hacen mención algunos papeles de la época, y el historiador Lafuente lo narra así: «Los oficiales y marineros del *Real Jorge* que se apoderaron del *San Julián* (último que se rindió, herido su jefe el marqués de Medina, no menos lastimosamente que Lángara), se vieron tan perdidos en aquella noche terrible, sin conocimiento de la costa, que tuvieron que apelar al experimentado marino español para que los sacara á salvo de situación tan apurada. El marqués puso por condición que se habian de hacer sus prisioneros, á lo cual ellos accedieron, á trueque de salvar sus naves y sus propias vidas. De esta manera entraron en Cádiz los navíos *San Julian* y *San Eugenio*, llevando los vencidos prisioneros á sus mismos vencedores.»

La *Gaceta de Madrid*, al dar cuenta del combate, dijo lo siguiente:

«Por el mismo motivo no se ha hecho hasta ahora mención de que los navíos *San Julian* y *San Eugenio*, que entraron en Cádiz enteramente desarbolados, habian sido apresados en esta infeliz situación por los ingleses; pero que no atreviéndose los oficiales y marinería de aquella nación á conservar y gobernar ambos buques, por el riesgo de dar en la costa, abandonaron el uno y, sin embargo, lo conduxo á Cádiz la tripulación española: como también conduxo al otro por igual razón, trayéndose prisioneros 70 marineros y algunos oficiales ingleses. Se esperan noticias más circunstanciadas de ésta y otras acciones.»

pensó un tanto los recientes descalabros. Por otra parte, con tal oportunidad se comunicaron á los gobernadores de las posesiones americanas los avisos de haber sido declarada la guerra, que el gobernador interino de Campeche D. Roberto Rivas sorprendió y destruyó en Setiembre de 1779 los establecimientos ingleses de Río-Hondo y Río-Nuevo; el de la Luisiana, D. Bernardo Gálvez, invadió la Florida occidental, y ascendiendo por el Misissipí se apoderó de los fuertes de Iberbille, Baton-Rouge y Paumure, guarneciéndolos con tropas españolas. Repitió Gálvez su expedición al comenzar el año 1780, y en Marzo rindió el importante fuerte de Mobile, haciendo prisionera á la guarnición. Secundado luego por Solano (que en Setiembre había llegado al puerto de la Habana), dirigióse al puerto de Panzacola, y con la capitulación de esta plaza en Mayo, quedó dueño de toda la Florida. La acertada defensa que de las posesiones de Guatemala hizo D. Matías Gálvez, padre de D. Bernardo, no contribuyó menos á mantener las ventajas con que luchábamos en América; y como Inglaterra no fuera más afortunada en la guerra que venía soste-



Soldado de caballería de línea. De una *Táctica* de 1767

niendo con norte-americanos y franceses; y como Holanda se declarara también su enemiga, la poderosa nación comenzó á mostrarse propicia á la paz. Principio de los tratos que tuvo con España fué una comunicación que en Madrid se recibió del comodoro Johnstone, jefe de la estación inglesa de Lisboa, indicando que el ministerio británico no tendría inconveniente en ceder Gibraltar, á trueque de restablecer la amistad con España. Hizo Floridablanca que un agente tanteara el ánimo de los ministros ingleses, y después de haber discutido con éstos las bases de la probable cesión y haber mediado algunas pláticas, el curso de los sucesos vino á frustrar las negociaciones, porque, derrotada en Enero de 1780 la escuadra de Lángara y convenientemente socorrida la plaza de Gibraltar, modificáronse las disposiciones del gobierno inglés y la guerra prosiguió con igual ardor y encarnizamiento que antes.

El prolongado bloqueo de Gibraltar, convertido en sitio á mediados de 1781, no ofrece grandes enseñanzas militares, y por lo mismo nos limitaremos á decir que las obras defensivas de esta plaza habían sido mejoradas considerablemente desde el segundo sitio, que se hallaba en ella muy escogida guarnición y que era gobernador un militar de probadas dotes, lord Elliot, cuyo nombre hizo famoso este sitio. Para hacerse los españoles dueños de esta plaza no bastaban los ataques por tierra, que debían hacerse en muy malas condiciones, ni el bombardeo que resultaba ineficaz, ni aun la presencia de las flotillas de Lángara y D. Antonio Barceló; porque los temporales con frecuencia estorbaban el crucero; resultando de aquí inútiles cuantas tentativas se fun-

daran sobre distinta base que los grandes descalabros de la Inglaterra en otros teatros. Y no fueron pequeños los que sufrió; pero superior á todo fué su audacia y mayor su tenacidad en retener la llave del Estrecho: basta seguir las peripecias de la guerra general y las del bloqueo y sitio durante estos años, cuya narración encontrarán nuestros lectores por lo que atañe á Gibraltar en una serie de curiosos documentos y diarios publicados recientemente por el Sr. García Martín (1) y que, en breve, constituirán, en unión de otros no menos interesantes datos, la historia del célebre sitio. Obligados nosotros á bosquejar los hechos, con gusto indicamos á nuestra rápida marcha por el campo histórico, los labrados sillares que han de componer el magnífico monumento de nuestra historia nacional. Y al hacerlo así, duélenos, en verdad, que estos sillares no sean mayores en número.

El sitio de Gibraltar, objeto de preferente atención por parte del Rey y su ministro Floridablanca, no impidió que al comenzar el año 1781, idearan otra empresa de importancia, á la que



Soldado de caballería de línea. De una *Táctica* de 1767

les brindaba, no sólo los deseos de la nación, sino los secretos ofrecimientos hechos por Inglaterra á Rusia. Era esta empresa la reconquista de la isla de Menorca, que desde 1763 (2) había pasado á poder de los ingleses y con la que, como prenda de alianza, habian brindado éstos á la emperatriz de Rusia, Catalina.

Con gran sigilo preparó Floridablanca la expedición contra Menorca, tanto es así que ni el mismo gobierno francés que había de contribuir á ella con naves y soldados, llegó á conocerla hasta pocos dias antes de que la anunciasen las gacetas. Y aun cuando notáranse grandes preparativos militares, la circunstancia de hacerlos en Cádiz, daba lugar á la suposición de que se destinaban á América ó bien á convertir en sitio el bloqueo de Gibraltar. Pero terminados ya los preparativos y asegurado Floridablanca de la disposición de los habitantes de la isla, las escuadras española y francesa en número de 52 naves de transporte, 2 navíos de línea, 2 fragatas y otros varios buques,

(1) En la *Revista científico-militar*. Años 1883 y 84.

(2) «Habiéndose apoderado el general Sthanope y el almirante Loke en Setiembre de 1708 de la isla de Menorca, hechas las paces de Utrech, guardaron los ingleses aquella preciosa conquista. Al romperse las hostilidades el año 1756, quitáronsela con no poca dicha los franceses, á las órdenes del mariscal de Richelieu y protegidos por el almirante M. de la Gallisionière, que batió á la escuadra inglesa destinada al socorro y mandada por el almirante Bhing, quien sometido á consejo de guerra, fué arcabuceado sobre la cubierta del mismo navío que montaba cuando padeció la derrota. Entre los fatales efectos de la paz de París de 1763, contóse el que los ingleses tornaran á señorear el castillo de San Felipe, y por consiguiente el puerto de Mahon y la isla toda.» Ferrer del Rio, *Hist. de Carlos III*, Tomo III.

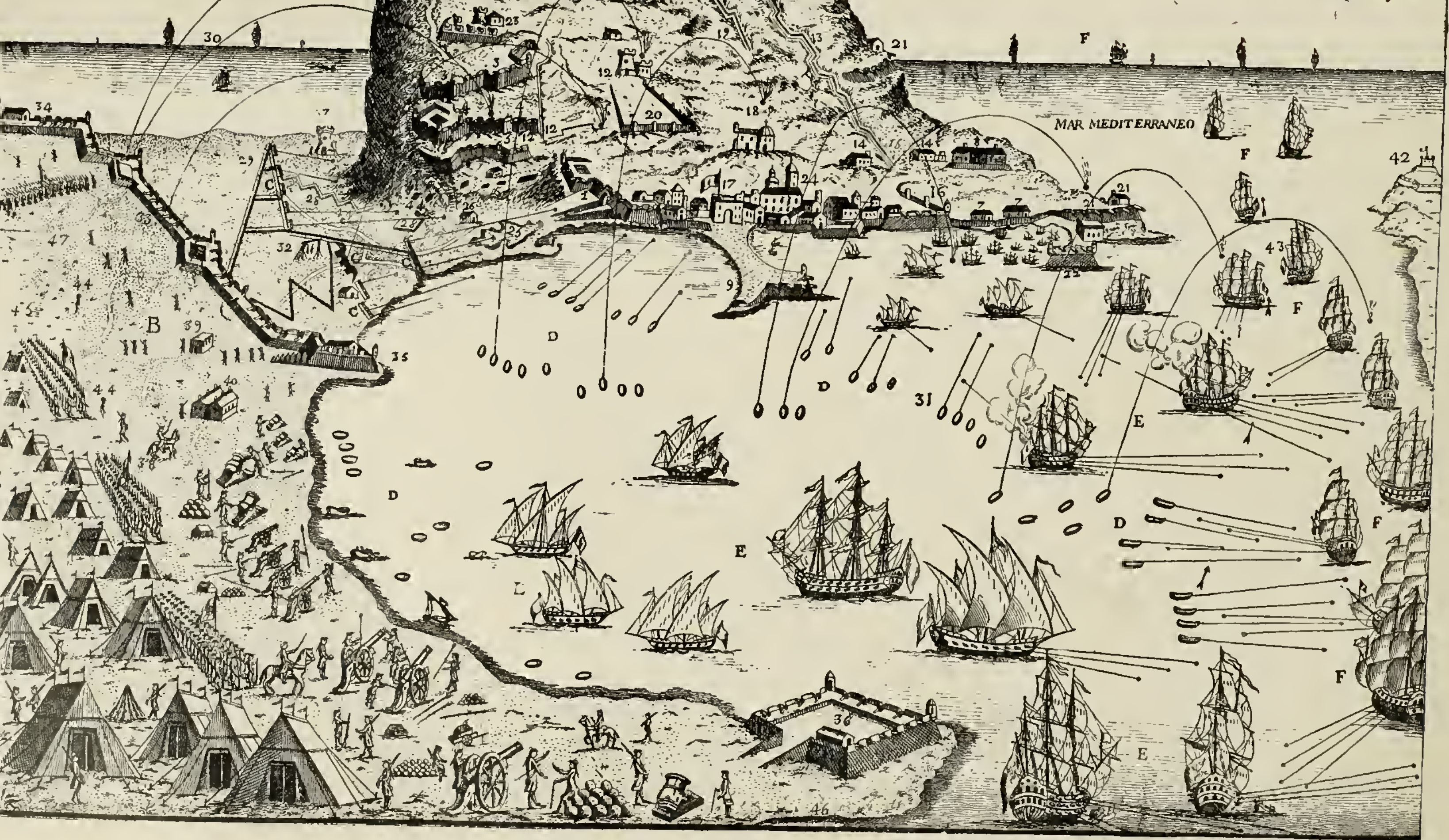
conduciendo 8,000 hombres de desembarco se hicieron á la mar el 23 de Julio de 1781. El mando de esta expedición dióse al general D. Luis des Balbes de Bertón, duque de Crillon, militar francés que se había distinguido en las campañas de Italia y que vino á ponerse al servicio de España «ganoso de gloria y como en despique de haberle privado el duque de Choiseul de nuevas ocasiones de adquirirla, no dándole el mando de los franceses que el año de 1762 pasaron á la campaña contra Portugal y en auxilio de los españoles.» Era Crillon un militar reputado por su valor,



Granadero, coronel y fusileros (1775).

práctico en la guerra, pues con lucimiento figuró en la de los Siete años, y prometíase el ministro felices resultados de su iniciativa. El plan que ideó reducíase á desembarcar en la isla de noche, saltando en tierra él en persona con 5,000 hombres en la playa de la Mezquita, y efectuando lo propio otros cuerpos en la cala de Alcofa y en las cercanías de Ciudadela, para dejar, de este modo, aislada á Mahon y quitar á su presidio la retirada al castillo de San Felipe. No se lo permitieron los vientos, y empujada por ellos, en la mañana del día 18 de Agosto, la escuadra pasó á la vista del castillo de San Felipe y el 19 ancló junto á la playa de la Mezquita.

Sorprendidos quedaron los ingleses con la impensada aparición de la armada franco-hispana, y no pudiendo estorbar el desembarco que aquel día y el siguiente se efectuó en los puntos designados, encerráronse en el castillo de San Felipe, dispuestos á resistir en él y en Mahon, y aban-

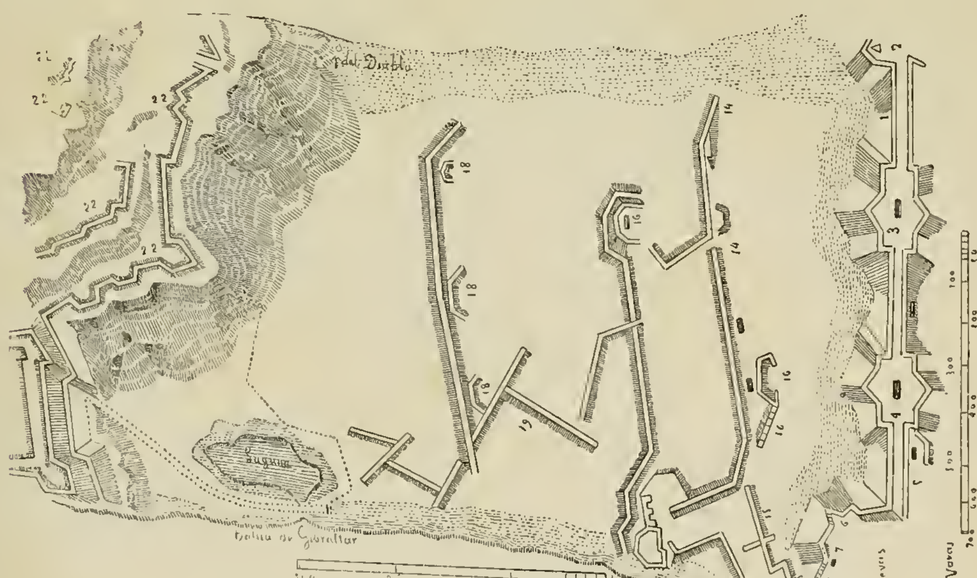


1 Parte más eminente del monte; su altura 4,000 varas de elevación.
2 Puerta de Tierra.
3 Baluarte de la reina Ana.
4 Dos del Peregil.
5 Los del Pastel.
6 Minas y contraminas de dichos fuertes.
7 Almacenes de pólvora y pertrechos de guerra.
8 Cuarteles nuevos capaces para 6,000 hombres.
9 Muelle viejo.
10 El Acho.
11 Batería de 6 cañones.
12 Comunicación de los fuertes.
13 Línea de Carlos V.
14 Hospital para la tropa.
15 Tierra colorada donde entierran los ingleses.
16 Baluarte del Sur.
17 Fuerte donde baten bandera británica.
18 Casa del gobernador.
19 Barranco de San Miguel.
20 Castillo antiguo de los Moros.
21 Fuerte y comunicaciones que se dirigen á punta de Europa.
22 Muelle nuevo.
23 Batería de 6 morteros.
24 La ciudad.
25 Aguas muertas.
26 Casa de los ingleses para contener la deserción.
27 Torre del Diablo.
28 Pastro de los ataques del año 27.
29 División de términos entre España y dicha plaza.
30 Mar de Levante.
31 Bahía, Mar de Poniente.
32 Puesto y guardia de la horca, donde se castiga á los desertores.
33 Línea hecha por Felipe V.
34 Fuerte de Levante.
35 Fuerte de Poniente.
36 Fuerte de Punta de Mala.
37 Fuerte de Santa Mariana.
38 Campo de los españoles en la Pedrera.
39 Almacén de pertrechos y repuesto de pólvora.
40 Casa de Tese, donde se alojan los generales.
41 Bocaminas de cuando el último sitio.
42 Ceuta.
43 Entrada del Estrecho.
44 Pozos y fuertes.
45 Huertos.
46 Río Guadarranque.
47 Camino de San Roque.

B. *Campo español.*
C. *Trincheras y baterías nuevas*
D. *Lanchas bombarderas y cañoneras.*
E. *Bajeles españoles.*
F. *Navíos ingleses que pasan el Mediterráneo.*

M. Soler, Editor.

donando al atacante sus bien provistos almacenes, así como las demás poblaciones de la isla. Excepción, pues, de estos dos puntos fuertes, donde quedaron en número de 3,000, muy mal abastecidos, el 27 de Agosto toda la isla se había sometido al soberano español. Corta habría sido también la resistencia de uno y otro, de no hallarse los españoles faltos de artillería de batir y otros pertrechos, y en tanto llegaban de Cartagena, Barcelona y Tolón, perdióse un tiempo precioso, pues hasta Octubre no mandó Francia un socorro de 4,000 soldados y hasta entrado Diciembre no se empezaron á levantar baterías; pero facilitó este trabajo lo accidentado del terreno cu-



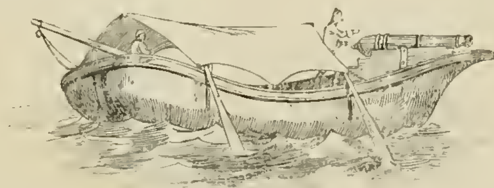
PLANO DE LOS ATAQUES DIRIGIDOS POR TIERRA CONTRA GIBRALTAR

1 Principio de la linea.
2. Fuerte de Santa Barbara.
3. Id. de San Benito.
4. Id. de Santa Mariana.
5. Principal.
6. Bateria de la Princesa.
7. Id. de San Fernando.
8. Id. del Principe.
9. Bateria del Infante.
10. Id. de San Carlos.
11. Baterías de morteros.
12. Fuerte de San Felipe.
13. Foso que circunda los ataques.
14. Espaldòn.
15. Ramales de comunicaciòn.
16. Baterias.
17. Nuevo ataque formado por el duque de Crillòn.
18. Baterias.
19. Ramales de comunicaciòn.
20. Estacada de los ingleses.
21. Puerta de Tierra.
22. Fortificaciones de Gibraltar.

bierto de tapias, de las que se aprovechó el general para formar trinchera con sacos de tierra, y sin más que establecer una paralela, rompió el fuego con cinco baterías de cañones, á los que se interpolaron otras de morteros. Mandaba en el castillo el general inglés Jorge Murray, hombre valeroso y leal que supo resistir así los ofrecimientos de Crillón (1) como el fuego de sus cañones,

(1) Cuéntase que el duque de Crillón prometió á Murray por la entrega de la plaza la suma de quinientos mil pesos y un alto puesto en el ejército español ó francés, á cuya oferta dió el general inglés la siguiente noble respuesta: «Cuando vuestro valiente abuelo recibió orden de su soberano para asesinar al duque de Guisa, dióle la contestación que vos hubierais dado si el rey de España os hubiera encargado asesinar á un hombre cuyo nacimiento es tan ilustre como el vuestro ó como el del duque de Guisa. Con vos no puedo yo tener tratos sino con las armas en la mano. Si abrigáis sentimientos de humanidad, enviad vestidos para los miserables prisioneros que tengo en mi poder; que los dejen en punto apartado, y yo enviaré á buscarlos, porque en lo sucesivo no consentiré más relaciones con vos que las más estrictas que imponen los deberes de la guerra.» A cuya carta contestó Crillón en los siguiente términos: «Vuestra carta nos deja á cada uno en su lugar, y fortifica la estimación con que siempre os he mirado; acepto gozoso vuestra proposición.»

y aunque reducido al último extremo por las enfermedades y la miseria, propúsose resistir á todo trance, dando á los suyos ejemplo de abnegación. A partir del 6 de Enero de 1782 sostuvo por tres semanas y con gente desfallecida el terrible diluvio de plomo que caía sobe la reducida fortaleza de San Felipe; mas, tal estrago causó el fuego en las defensas y en la gente, que, falto de soldados para cubrir los puestos, hubo de pedir capitulación (15 Febrero), capitulación que le fué otorgada en las más honrosas condiciones. «Tal vez no se haya visto jamás, escribia el mismo Murray á su gobierno, escena más noble y al mismo tiempo más trágica que el desfile de la guarnición del fuerte de San Felipe por entre los ejércitos francés y español: componíase tan sólo de 600 veteranos quebrantados por la edad y las fatigas, 200 marineros, 120 artilleros, 20 hijos de Córcega y 25 de Grecia, turcos, moros, judíos, etc. Los dos ejércitos estaban en dos filas, una frente á la otra, formando un callejón por donde pasamos nosotros. Ascendían á 14,000 hombres que se extendían desde el glasis hasta Jorge Tolón, en donde nuestros batallones entregaban sus armas, declarando que no las entregarían más que á Dios solo, y con el consuelo de que los vencedores no podían estar muy ufanos con la toma de un hospital. Nuestros soldados estaban, á tal



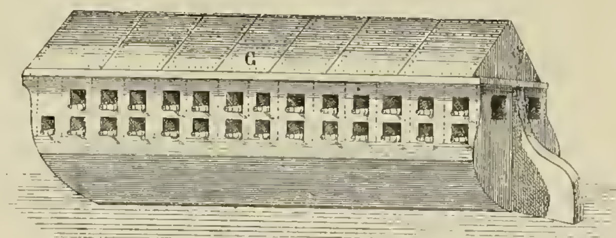
Barca cañonera

punto desfigurados y desconocidos, que á muchos españoles y franceses se les escapaban las lágrimas al verlos pasar.» Esta heróica defensa no impidió que el caudillo inglés fuera sometido á consejo de guerra, del que obtuvo absolutorio fallo. Rendida Mahón, la bandera española flotó sin obstáculo en toda la isla.

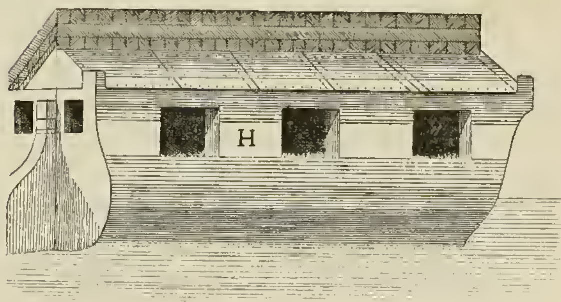
Parecía llegado el momento de intentar algo serio contra Gibraltar, cuyo bloqueo continuaba sin resultado alguno; y en efecto, acordó el gobierno destinar á tal empresa los mayores elementos disponibles y poner al frente del ejército al mismo conquistador de Mahón, recientemente elevado á la categoría de capitán general. Grandes eran, sin embargo, las dificultades que ofrecía este sitio; porque los ingleses, en tres años de bloqueo, habían tenido tiempo suficiente para mejorar las defensas de Gibraltar. «De más arriba del salto del Lobo, dice un historiador, establecieron baterías en descenso gradual hasta buscar la Puerta de Tierra, y hacia los arenales, cortaduras y mesetas, las más bajas á 20 y las más altas á 52 toesas, guarnecidas todas de cañones. Con gruesas murallas, macizos, baluartes y baterías bien artilladas por cara y flancos, aprovechando siempre los escarpes de roca viva, rodearon cuanta extensión hay desde Puerta de Tierra por aquel lado de la bahía y las caletas hasta la punta de Europa, defendida, además, con emplazamientos situados á conveniente altura, concentrándose las defensas en las puertas de Mar y de Mediodía; siendo obras avanzadas de tan fuerte linea los muelles Viejo y Nuevo, y no dejando consiguientemente recurso para penetrar en el recinto de la plaza sino por las troneras de los innumerables cañones, ó por encima de los muros, que era forzoso escalar desde los bajeles, si antes no abrían suficiente brecha que facilitara el asalto. De las cumbres del Peñón á las aguas del Mediterráneo, donde naturalmente no lo estaba, tajaron á pico el descenso con el arbitrio de bajar colgados á los trabaja-

dores hasta una profundidad inmensa, y del «camino del Pastor» borraron hasta la más mínima huella...»

Infructuoso había sido el bloqueo que por espacio de tres años venía sosteniéndose, porque, aunque riguroso por tierra, no podía serlo por mar á causa de los vientos, que con frecuencia estorbaban el crucero de nuestras naves, y de la osadia de algunos patrones, que desde las costas africana y portuguesa conducian, á favor de la noche ó de las tempestades, viveres y pertrechos á



Bateria flotante vista por delante. G: techumbre á prueba de bomba



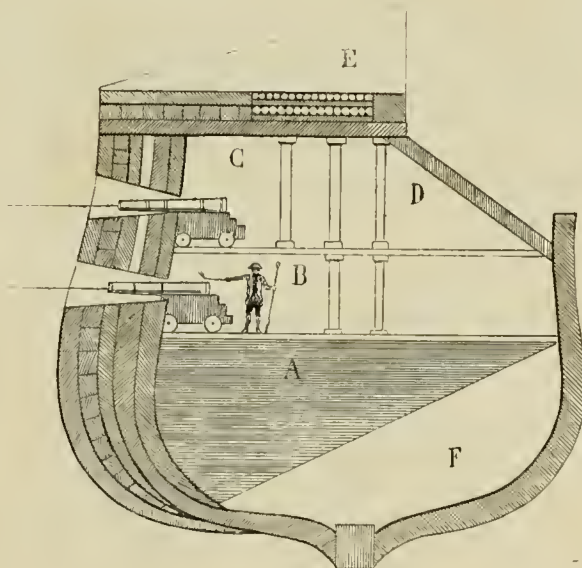
Bateria flotante vista por la espalda. H troneras para recibir víveres y pertrechos

la plaza. Dificultoso era, además, el ataque, por las obras incesantemente ejecutadas, y gravosísimo al Erario el mantenimiento de naves y tropas en aquella costa y aguas. Esto había dado lugar á diferentes proyectos, encaminados á lograr, con rara industria, la rendición, y, entre los tales, merecen citarse los que presentaron el conde de Aranda, D. Antonio Barceló, el conde d'Estaing y D. Silvestre Abarca. Proponía, el primero, que se colocaran á la entrada de los fondeaderos escollos subácueos artificiales, donde tropezaran los buques aventureros que conducían vituallas en la plaza; aseguraba el segundo, que, batiendo la plaza un día y otro con lanchas cañoneras, cada una con un mortero á placa, conseguiríase rendirla (1); aconsejaba el almirante francés que

(1) Barceló hizo construir un lanchón cañonero de su invención, que el autor del Diario de este sitio describe así:

«Su quilla es de 56 piés, 18 de manga en su mayor anchura y 6 de puntal, de 14 remos por banda con caxonesa una y otra, donde van armas y fuegos de mano. En la proa tiene montado 1 cañón de 24, en su cureña de marina, con un parapeto que levantará 2 piés sobre el

se construyera á orillas del mar y costeando todo lo posible el Peñón, «una línea de aproches con baterías de morteros para disparar bombas, cuya parábola pasara por encima de la montaña, sin dejar ninguna de sus partes, ni la ciudad ni el puerto, al abrigo de estragos; con lo cual, y con el espaldón construído muy al alcance de la plaza, y con soltar en tiempo oportuno brulotes contra los navíos y las barcas cañoneras, bombas y bala roja, se verían obligados los ingleses á acampar al raso y entre peñas, se les aumentarían las fatigas y vendría á ser Gibraltar la fortaleza más molestada del mundo;» y por último, el jefe superior de ingenieros D. Silvestre Abarca, conside-



PERFIL DE UNA BATERÍA FLOTANTE

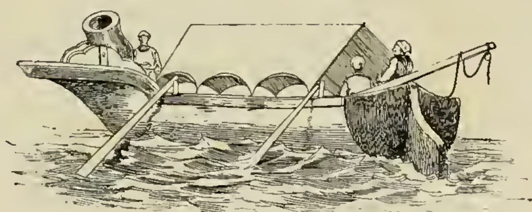
A.—Casco de un navio viejo.
B —Primer cuerpo de la batería con catorce cañones.
C.—Segundo cuerpo con catorce cañones.
D.—Techumbre de la batería por la espalda á prueba de bomba.
E.—Id. id. por delante.
F —Lastre.

rando á Gibraltar inconquistable por tierra, creía más oportuno prolongar el bloqueo hasta el próximo verano, llegado el cual, las baterías avanzadas dispararían incesantemente sobre las partes de la ciudad y monte que estaban á su alcance, mientras D. Antonio Barceló, jefe de las fuerzas navales, con 6 navíos, 8 bombardas y algunas lanchas cañoneras se aproximaría cuanto pudiese y batiría el torreón que protegía al muelle Viejo. Con esto sembraríase el terror en la plaza, y con cerrar la boca del Estrecho á las naves inglesas que pudieran acudir en su socorro, la rendición no se dilataría. Otros dictámenes y proyectos expusieron personas menos autorizadas, y el historiador Ferrer del Río, que tuvo á mano una obra en que aquéllos figuran, menciona el de

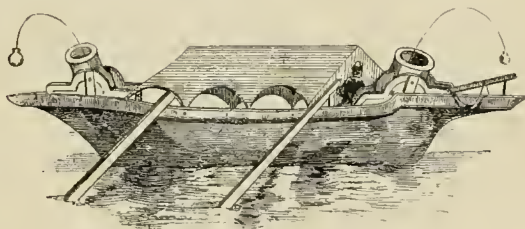
borde, forjado por ambas partes de corcho y con movimiento por la mitad para doblarlo ó levantarlo según convenga. Se disparó el 1.er cañonazo sin bala y otros dos con ella. No se notó hiciese el menor sentimiento ni se percibió calase más agua de la regular con el empuje del reculo y disparo. Su andar es tanto ó más que el de la misma falúa que tiene *San Juan Bautista*, pues con trabajo la seguía ésta, por lo que se considera de mucha utilidad, y sería muy conveniente la multiplicación de estos barcos, pues juntos y separados, sería siempre un fuego respetable por su alcance y con mucha facilidad para batir á cualquier navio, por su aleta y flancos y echarlo á pique, como asimismo cualquiera muralla de la parte de mar por su pie.»

levantar en la línea una fortificación enorme, desde cuya eminencia fuera posible batir la plaza de alto á bajo, y el de rellenar las bombas de una materia tan horriblemente mefítica, que al reventar empezoñaran con sus exhalaciones ó pusieran en fuga á los sitiados; pero desechéronse todos ó por difíciles ó por impracticables (1).

Proseguía, pues, el bloqueo, alentados los ingleses con los refuerzos que constantemente recibían, ganoso el gobierno español de reducir cuanto antes á los sitiados; porque las pláticas de paz entre córte y córte adelantaban mucho; pero al expirar el año 1781, aun continuaban las cosas en igual estado. El intrépido lord Elliot, vigorizado en Noviembre con un importante socorro, atrevióse á efectuar una salida contra las obras avanzadas, y en la noche del 26 al 27 sorprendió á los



Bombardera de un mortero



Bombardera de dos morteros

puestos españoles y en cosa de media hora les arruinó tres baterías. Repitió esta acometida á fines de Febrero, pero fué vigorosamente rechazado (2); y ya que no pudiera alejar á los nuestros, demostró por lo menos, cuán distante se encontraba de pensar en la rendición. En tal estado se encontraba el bloqueo de Gibraltar cuando ocurrió la reconquista de Menorca, suceso que, unido á los triunfos obtenidos á la sazón en América, permitían al gobierno español intentar un supremo esfuerzo para señorear aquel pedazo de territorio, donde con harta mengua sentaba su pié el extranjero.

Hemos dicho ya que el duque de Crillón fué nombrado para mandar el ejército sitiador, y debemos añadir que el gobierno acumuló en el campo y en las aguas de Gibraltar los mayores elementos. A 40,000 soldados ascendía aquel ejército, al que auxiliaba la flota franco-hispana; y estos miles de soldados ocupáronse en los primeros días de la primavera, en construir importan-

(1) *Hist. de Carlos III*, Tomo III, pág. 375.

(2) En este hecho de armas murió el coronel D. José Cadalso, ilustre poeta cuyo nombre va unido al de los ingenios que descollaron en su siglo.

tes obras de ataque y defensa. Para combinar las operaciones de tierra con las de mar, construyéronse, según el plan del ingeniero francés d'Arzón, unas baterías flotantes, en número de diez; baterías que Crillón y los marinos miraron con desconfianza, pero que, prohijadas por el monarca y su ministro, se botaron al agua con general espectación. «Consistian estas baterias en unos enormes buques de tal construcción y solidez, que fuesen invulnerables á las bombas y á las balas rasas, y que al mismo tiempo no pudieran irse á fondo. Construyéronse diez de estos gigantescos buques, y se emplearon en ellos doscientos mil piés cúbicos de madera. Sus costados tenian vara y media de espesor, y estaban defendidos por sacos de lana encajonados entre corcho; la cubierta forrada de planchas de hierro, de modo que rodaran al mar las bombas que sobre ellas cayeran; para preservarlos del incendio de las balas rojas que pudieran entrar por las troneras, se hizo un ingenioso aparato de tubos interiores, por los cuales, con el auxilio de las bombas, circulaba incesantemente el agua, como la sangre por las arterias y venas del cuerpo humano, conservando la madera en un estado de permanente saturación. Entre todas las baterías llevaban 220 cañones en una sola banda, y á la otra la correspondiente cantidad de plomo para nivelar el peso. No tenia cada una más que una vela, pero si bastantes anclas y cables para retirarlas y detenerlas cuando fuese necesario. Todas estas ciudadelas flotantes, que nos traen á la memoria los navios monstruosos de Amberes, invención del italiano Gianibelli en el siglo XVI, habian de vomitar por sus bocas balas y metralla á distancia de cuatrocientas varas entre el Muelle Viejo y el Baluarte Real, en tanto que los navios de linea y las lanchas cañoneras y las baterias de tierra, arrojarian también una incesante lluvia de balas y bombas contra la plaza, y que el resto detendria á la entrada del Estrecho la expedición que vendria de Inglaterra, y tropas embarcadas en balsas estarian esperando á que se derribara la muralla para dar el asalto. El equipo de las baterias flotantes se hizo en Algeciras con prodigiosa actividad y diligencia (1).»

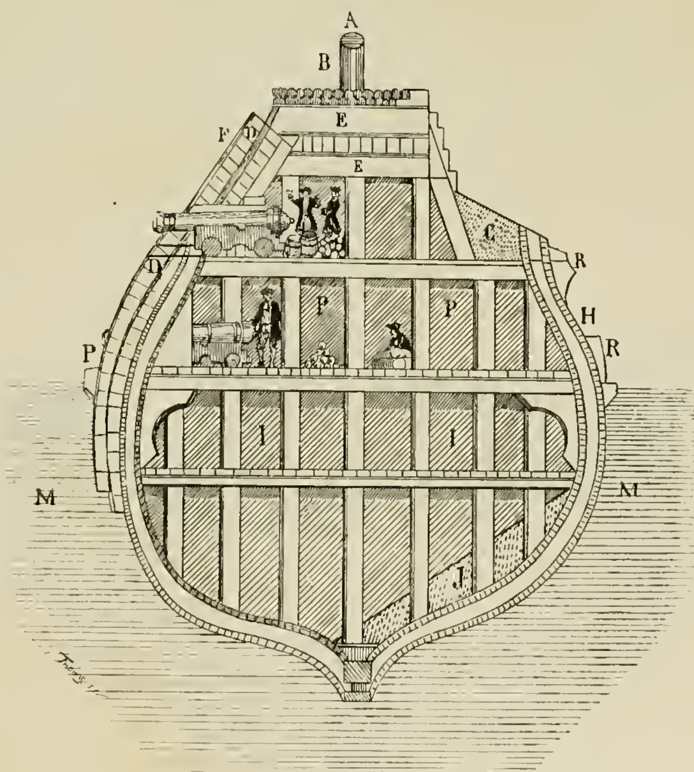
Si nuestros lectores recuerdan la descripción y figura de la batería flotante inventada en 1727 por Ochoa, tal vez noten entre aquélla y las de Arzón cierta semblanza; empero justo nos parece advertir, que con ser aquélla menos complicada, el espesor de su blindaje quizás hubiera impedido que fuera incendiada. Crillón opinó contra éstas (2); Floridablanca, deslumbrado por el atrevido plan de un desembarco y un asalto, no dudó del éxito; y en estas obras y en aumentar las fortificaciones, transcurrió parte del verano, siendo digno de notarse que la noche del 14 al 15 de Agosto y en sólo cinco horas, 10,000 hombres, construyeron un espaldón de treinta toesas de longitud, diez piés de espesor y nueve de altura; obra que asombró á los sitiados como si fuera de encantamiento. Con razón se dijo que toda Europa tenia fija la vista en Gibraltar; á su campo acudian españoles y extranjeros ansiosos de contemplar espectáculo tan extraordinario, y sitiadores y sitiados esperaban con recelosa ansia el momento de poner á prueba su fortuna.

La plaza rompió el fuego el 8 de Setiembre contra las baterias sitiadoras, y al siguiente dia comenzó el bombardeo general por éstas y por la linea, jugando á un tiempo noventa y tres bocas de fuego de todas clases. El 13 se pusieron en movimiento desde Puente Mayorga las baterias flotantes por este orden: delante la *Pastora*, mandada por el jefe de escuadra D. Ventura Moreno; seguia á ésta la *Talla Piedra*, en la que iba d'Arzón y que mandaba el principe de Nassau, llegado para presenciar el ataque, pero que solicitó intervenir en él; y en pos de la *Talla Piedra*, navegaban la *Paula Primera, Rosario, San Cristóbal*, *Príncipe Carlos*, *San Juan, Paula Segunda*, *Santa Ana* y *Dolores*, dirigidas por otros capitanes, entre los que figuraba D. Federico Gravina. Todas ellas llevaban vela, por la dificultad de conducirlas á remolque, y á causa de esto hubo de desistirse de que anclaran ante el muro contrario á la espia, ó con cables dobles, por los cuales se colocaran fuera de tiro si sobrevenia accidente alguno. Notóse en esta ocasión, los inconvenientes de no haberse sometido estas naves á prueba, lo que nada hubiera costado hacer en Algeciras ú otro puerto,

(1) Lafuente, *Hist. general de España*, tomo XX. Los adjuntos grabados, copia de originales de la época, darán idea de estas baterias.

(2) En las *Memorias de Crillón* constan los reparos que hizo el Duque contra los flotantes y los recursos de que se valió para salvar su opinión antes de partir para el sitio, «rehusando la gloria del triunfo si se conseguía por este medio, y la responsabilidad del descalabro.»

y si no se llevó á cabo porque cualquier contratiempo originara desconfianzas (1), ello fué que en sazón harto crítica, comenzaron á verse aquel inconveniente y el de que la circulación de agua por los tubos perjudicaba á los cañones, obligando á renunciar al preservativo. ¿A qué quedaba, pues, reducida la tan decantada ventaja de la incombustibilidad? Admira en verdad que tan á la



PERFIL DE OTRA BATERÍA FLOTANTE

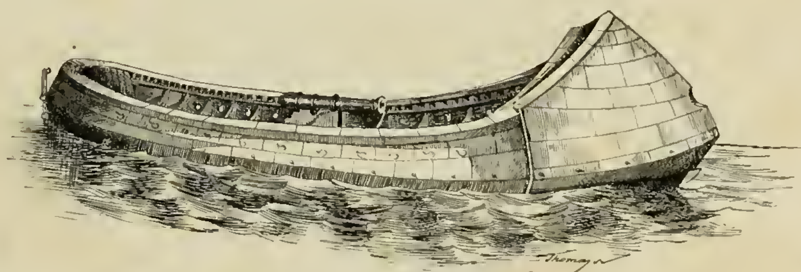
A.—Palos para velas.
B.—Porción de jarcia mojada sobre el cubichete con el fin de resistir las bombas y tener en él el agua que habia de correr por toda la periferia interior de las maderas.
C.—Materias elásticas y esponjosas que cubren la periferia exterior.
D.—Conducto por donde circula el agua.
F.—Cubichete que cubre la bateria.
F.—Refuerzo para resistir las balas.
G.—Banqueta para reparar los daños.
H.—Compuertas para que saliera el humo.
I.—Entrepuente para la tropa.
J.—Lastre.
P.—Baterías de 12 cañones de á 24.
R.—Refuerzos por la parte opuesta de la batería.

ventura se lanzaran con ellas á la mar 5,000 hombres, sobre todo con tan fuerte viento y marejada que las lanchas cañoneras no podían cooperar debidamente al ataque; y sin embargo, desprovistos de la mejor garantía, aquellos hombres iban á afrontar el certero fuego de la plaza.

Tan pronto hubieron anclado á proporcionada distancia, hacia el lado del muelle Nuevo, comenzaron á disparar su artillería de concierto con la de las trincheras. Contestó la plaza con gran vigor, y en breve el campo y las aguas estremeciéronse al estampido de cuatrocientas piezas

(1) «... No habiéndose efectuado antes por temor de que, incendiándose en la prueba, cundiera la desconfianza entre los destinados á mandar el ataque, y se anticipara por efecto de las dilaciones el arribo de los socorros de Inglaterra.»

de grueso calibre disparadas casi á un tiempo. Transcurrieron algunas horas sin que aflojara por una y otra parte el fuego, llovían balas rojas sobre las baterías flotantes, contestaban éstas con repetidas descargas, y al caer el día densas columnas de humo envolvían la plaza, las baterías y la bahía, sin que el combate llevara trazas de cejar. Pero cerró la noche, y de improviso, entre aquella tupida niebla, surgió del costado de mar una colosal hoguera, á la que siguió otra, y dos y tres más, con asombro y pánico de los espectadores. Era que las baterías flotantes se incendiaban. Comenzó el fuego por la *Pastora* y la *Talla Piedra*, sin que pudiera evitarse, por la falta de los tubos preservativos; y como el enemigo no cesara de disparar balas rojas y no pudieran apartarse las demás baterías, unas tras otras fueron presas de las llamas, y no sobreviviera ni uno sólo de sus tripulantes y combatientes, á no acudir con oportunidad las chalupas de la escuadra surta en Algeciras. «En este conflicto, dice el parte oficial, y el de no poderse usar de las velas ni del remolque, se trató de extraer la gente, de retirar ó arrojar al mar la pólvora para precaver que se volasen y dejarlas arder, de modo que el enemigo no pudiese aprovecharse de ellas: en cuyo caso se fueron hallando los demás buques por iguales motivos y circunstancias inevitables; tanto mas, que



Cañonera acorazada de las empleadas en el tercer sitio de Gibraltar

las baterías enemigas tiraban ya sin riesgo ni contradicción á puntos determinados muy visibles. Informados de esta situación, así el general del ejército duque de Crillón, como el de la armada D. Luis de Córdova, dieron las más oportunas providencias para que pasasen todas las lanchas, faluchos, esquifes y todas las demás pequeñas embarcaciones que hubiese, á recoger toda la gente de las flotantes, y auxiliar en cuanto se pudiese ejecutar con ellas; en cuya brillante y arriesgada maniobra, se hicieron prodigios de valor, despreciando el intensísimo fuego de metralla que hacían todas las baterías enemigas con el acierto que les permitía la claridad de la noche. Logróse en efecto, retirar la mayor parte de la gente de aquellas embarcaciones, y poner en algunas el fuego bien extendido para que se consumiesen, y dejar en otros competente repuesto de pólvora para que volasen. A pesar de toda la actividad y diligencia con que se procedió por nuestra parte, consiguió el enemigo con su fuego echar á pique algunos de estos barcos, bien que mucha gente de ellos se salvó á nado ó fué recogida por otros botes.—Luego que los ingleses se aseguraron de que ya no podían hacer fuego las flotantes, echaron al agua algunas de sus cañoneras y barcos armados, con los cuales se apoderaron de varias de nuestros yentes y vinientes, haciéndose dueños en los mismos términos de los últimos restos de tropa y marineria que quedaban todavía en las flotantes para esperar su turno de ser socorridos: de suerte que por este medio; al amanecer del día siguiente, hicieron prisioneras trescientas treinta y cinco personas (inclusos varios heridos), á quienes se sabe que el general Elliot trataba con la mayor humanidad y agasajo. Las flotantes se fueron volando de allí á poco, á excepción de tres que quedaron consumidas del todo hasta las

planchas de la superficie del agua...» Fué, como puede suponerse, grande la pérdida que sufrieron los nuestros, y según el estado que figuraba al pie del parte antedicho y otras relaciones, elevóse á más de 1,000 muertos, 500 prisioneros y gran número de heridos. Veinticuatro horas uno después de otro, dice un historiador, llegaron á la corte española, el correo despachado al punto de atacar las baterías flotantes y el que trajo la infausta nueva de su exterminio.

No se abatió por tal descalabro el ánimo de los nuestros, y las operaciones de sitio prosiguieron su curso con vigor, sin cesar los cañones de hacer fuego y de trabajar la gente en nuevas obras; pero asimismo continuaban los de la plaza defendiéndose, no obstante la gran carestía que sufrían. Así se llegó á principios de Octubre, á cuyo tiempo súpose que estaba próxima á llegar la escuadra inglesa de socorro, compuesta de considerable número de bajeles de transporte, escoltados por 30 navíos de línea. Mucho más numerosa era la hispano-francesa, pues constaba de 50 navíos, 11 fragatas, y gran número de jabeques, escampavías, balandras y otras embarcaciones. Acordóse, por lo mismo, que mientras D. Luis de Córdoba con los primeros, atacaría á la escolta del convoy, las restantes embarcaciones apresarían los bajeles de transporte. Pero la fortuna, que parecía empeñada en volvernos la espalda, también deshizo este bien trazado plan. Un terrible temporal que en la noche del 10 se desencadenó, separó á las naves, destrozando parte de ellas, lanzando á una contra la costa enemiga, donde la apresaron los sitiados; arrastrando á otras bajo los fuegos de la plaza: y obligando á las más á salir al mar para salvarse. La misma fuerza del viento y de las corrientes, empujó á la armada enemiga que mandaba lord Howe, engolfándola el 11 en el Mediterráneo, sin que tampoco lograran fondear más que cuatro transportes; y aunque los nuestros se repusieron con harta presteza y aunque podían cerrar el paso al convoy, poniéndose á la capa en la embocadura del Estrecho, los vientos y las nieblas, y los dictámenes hicieron tomar otro partido (1); que fué salir el 13 en demanda de los ingleses, pero con tan mala fortuna, que arrastrados primero por la fuerza del viento hasta Vélez-Málaga y luego hacia Berbería, y contrariados luego por tiempo recio y oscuro, se dió lugar á que los contrarios introdujeran sin estorbo sus bajeles en la bahía de Gibraltar el 17 de Octubre por la tarde. Cuando introducidos en la plaza los socorros, navegaba la escuadra inglesa la vuelta del Océano, entonces lograron avistarla los franco-hispanos, y aunque empeñaron el combate con la retaguardia y centro, redújose el combate á un infructuoso cañoneo, pues la armada enemiga fuése retirando con vela desigual y buen orden, y la combinada, ciñó el viento y tomó la vuelta de Cádiz (20 de Octubre). Súpose por los partes que en esta función sufrió esta escuadra la pérdida de 385 hombres, entre muertos y heridos; y como puede suponerse, engrandecido este hecho por los ingleses y unido al desastre de las flotantes, tan reciente aún, hizo decaer en gran manera el ánimo de los españoles (2). Tal vez para destruir este mal efecto, se quiso dar trazas de victoria á esta función, pues con motivo de ella, hizo el rey algunas mercedes.



El duque de Crillón

Bien surtida la plaza de Gibraltar y reforzada su guarnición con 1,400 hombres, imposible era

(1) *Memorial*, de Floridablanca.

(2) «Inglaterra, decía Córdova en su parte oficial, se gloriará de haber esperado con 34 navíos á 46, pero quien conozca el oficio sabe que la calidad de tanta ventaja de vela suple el mayor número, en grado que nunca pudieron entrar en fuego 13 ó 14 navíos de la retaguardia, en que había 2 de 3 puentes, y 2 de á 80 cañones, y 3 generales comandantes del cuerpo de la armada. Así no podrá decir el almirante inglés que combatió con más de 32 á 33 navíos, y diremos nosotros que éstos batieron á 34 navíos con toda la desventaja de una situación accidental, etc.» Lo positivo es, que la armada española no consiguió su objeto; y como eran grandes las esperanzas que se tenían en ver destruída la inglesa, resultó de esto un verdadero triunfo para el enemigo.

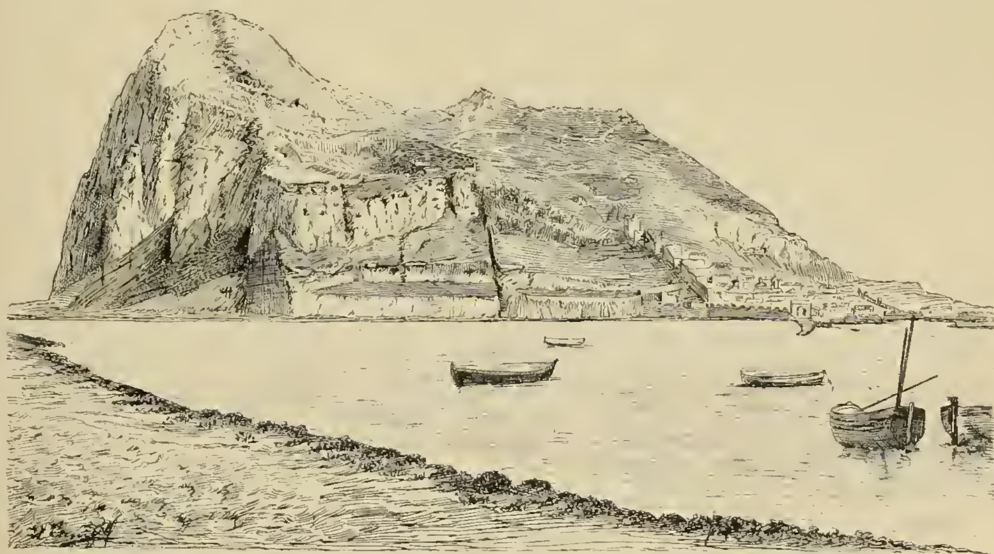
esperar en corto plazo su conquista; mas tampoco podía creerse que la corte renunciara en un punto á los grandes sacrificios hechos, á las confianzas abrigadas durante tantos meses. Crillón no cesaba de dar esperanzas, fundándolas, sobre todo, en los efectos de una mina hecha á más de doscientos pies de profundidad; construíanse nuevos espaldones, adelantaban las trincheras y no cesaban de jugar las baterías; pero transcurrían los meses sin conseguirse ventaja alguna de consideración, y consumíanse el vigor y las esperanzas de aquel ejército detenido tan largo tiempo en las inmediaciones del célebre monte. Justo es, sin embargo, decir, que el interés del gobierno español tanto era político como militar; y si ponía grandes confianzas en los inventos d' Arzón, y en la famosa mina y las *dos ó tres ideas* de Crillón (1), esperaba no poco de las negociaciones entabladas á fines de 1782 para la paz. Las ventajas conseguidas sobre los ingleses en Gibraltar, claro está que debían influir en ello, y de aquí el empeño que se tenía en mantener el sitio, aun después de los descalabros que en los meses de Octubre y Noviembre acontecieron. Ganosa estaba asimismo de paz la Inglaterra, pues sus armas habían sufrido serios descalabros en la campaña del Norte de América, y sus escuadras en la Florida, en el golfo de Honduras y en las islas de Bahama; pero aunque se avenía á negociar sobre la base del reconocimiento de la independencia de los Estados Unidos de América, lo difícil era que accediese á las condiciones de España, sobre todo de no ser ésta eficazmente apoyada por los aliados. Nuestro gobierno pedía la cesión de Gibraltar, la conservación de Menorca, la Florida y las islas de Bahama, y que los ingleses evacuaran sus establecimientos en el golfo mejicano, ofreciéndoles á trueque las plazas de Orán y Mazalquivir, con ciertas ventajas comerciales. Francia ofrecía, á su vez, indemnizar á Inglaterra con la Martinica y Guadalupe, dando en equivalente á España Santo Domingo; y una y otra proposición discutíanse precisamente cuando ocurrió la catástrofe de las flotantes, á lo que siguió el socorro de Gibraltar por Howe. Claro está que ambos sucesos hubieron de hacer exigente á Inglaterra; y como por desgracia esta vez se repitió el tristísimo hecho de ser España inicuamente abandonada por Francia su aliada; resultó que cuando en Diciembre de 1782 llegó á la corte el correo de Londres, súpose con asombro que el proyecto de la cesión de Gibraltar, aceptado en principio, había sido aplazado. Sin perjuicio de continuar negociando, Floridablanca propúsose continuar la guerra, y de acuerdo las cortes de Versalles y Madrid, dispusieron en el puerto de Cádiz una expedición contra las posesiones inglesas de América, especialmente la Jamaica. El plan de esta nueva campaña trazólo el conde de Estaing, y de él hace Floridablanca grandes elogios en su *Memorial*. «Baste decir, escribía, que jamás habían visto las Indias 70 navíos de línea juntos en una expedición, con cerca de 40,000 hombres de desembarco, y con todos los aprestos y municiones de guerra y boca, y demás necesario para dar sin resistencia los golpes que se habían meditado.» Pero esta expedición no llegó á realizarse. Reunidos estaban ya en Cádiz los navíos, dispuestas las tropas expedicionarias, cuando llegó la noticia de que se habían firmado los preliminares de la paz entre Inglaterra y Francia (30 de Enero de 1783), preliminares según los que Inglaterra se avenía á cedernos Menorca y la Florida Oriental, se relevaba á Francia y España de las ofertas hechas como compensación, y se otorgaba á la primera la facultad de pescar en Terranova. La conducta de Francia vióse claramente que no era otra que sacrificar España á sus conveniencias, como así lo reconocen los mismos historiadores ingleses, y entre ellos William Coxe; el proceder de Carlos III acusa nuestra debilidad y nuestra *buena fe*, por más que insistiera Floridablanca en que la expedición se llevara á cabo. «Consideraciones *que no es justo decir*», escribe el ministro, obligaron al Rey á firmar la paz (2), «en que el celo del conde de Aranda sacó todo el partido posible». Y añade más adelante: «De dos siglos á esta parte, no se ha concluído un tratado tan ventajoso á España. La reintegración de Menorca, la de las dos Floridas, la de toda la gran costa de Honduras y Campeche, son

(1) Carta de Floridablanca á Aranda, 18 de Diciembre de 1782.

(2) Los preliminares se firmaron el 30 de Enero de 1783. Se sustituía en ellos la cesión de Menorca á la de Gibraltar, pudiendo ésta ser objeto de ulteriores negociaciones. España recibía la Florida Oriental y se otorgaba á Francia el derecho de pescar en Terranova, sobre la misma base que en la paz de Utrecht. El tratado definitivo se concluyó en Versalles el 3 de Septiembre de 1783. Distaba, como se ve, esta paz, de ser la que un historiador inglés califica de «transacción la más honorífica y ventajosa de cuantas ajustó la corona de España desde la paz de San Quintín»; y, sobre todo, algo caras habíamos comprado tales ventajas.

objetos tan grandes y de tales consecuencias, que á nadie se pueden ocultar...» Esto fué, en efecto, lo único que pudo obtener España, á trueque de los sacrificios hechos durante los cinco años que duró aquella guerra; pero la reconquista de Gibraltar, uno de los objetos primordiales del Rey, según confiesa el mismo ministro, frustróse por tercera vez, y para no verse repetida en más de un siglo.

Durante los años 1780 á 1782 y cuando la atención de la corte española más absorbida estaba por los sucesos de la guerra con la Gran Bretaña, estalló en la América del Sud una terrible insurrección que puso en grave riesgo al poderío español en aquellos dominios. Comenzó en 1780 en el Perú, propagóse luego á otras provincias y tomó gran incremento en Buenos Aires; pero las enérgicas medidas de las autoridades españolas consiguieron atajarla, no sin que corrieran ríos



Vista del Peñón y de la plaza de Gibraltar. (Según un grabado de la época)

de sangre, pues entre rebeldes y leales calcúlase que perecieron unas cien mil personas. Provocada por la abominable codicia de los corregidores, esta insurrección evidenció los graves defectos de que nuestra dominación en aquellos países adolecía; y si en aquellas circunstancias hubiesen llegado á contar los peruanos con un jefe de la talla de Washington ó el apoyo de una nación poderosa, anticipárase la pérdida de aquellas ricas posesiones. A remediar tales abusos, á limpiar los mares de piratas y á firmar paces con el emperador de Turquía y las regencias de Argel, Túnez y Trípoli, para asegurar nuestras costas y nuestro comercio, tendieron los desvelos de Floridablanca; y sus propósitos viéronse felizmente realizados, porque la regencia de Argel, que fué la única que se negó á entrar en tratos, fué obligada á ello á viva fuerza. En Julio de 1783 la escuadra española, dirigida por el general D. Antonio Barceló, bombardeó la ciudad de Argel; al siguiente año repitióse el bombardeo, y estaban muy adelantados los aprestos para igual expedición en 1785, cuando se recibieron los avisos de que la regencia se avenía á hacer el ajuste.

Este fué el último acontecimiento militar del reinado de Carlos III, monarca que pasó á mejor vida el 14 de Diciembre de 1788, á los 73 años de edad y 29 de reinado. No fué este soberano un rey modelo, pero tuvo cualidades que le honraron como monarca y como hombre. Rodeóse de personas de mérito y supo apreciarlas y mantenerlas. A su nombre va unida una época de flore-

cimiento en los diversos ramos de la cultura pública, de la administración, de la industria y del comercio, y durante su reinado alcanzó la marina nacional un desarrollo por extremo asombroso. Militarmente hablando, no registra la historia en esta época hechos dignos de estudio: en la esfera especulativa, ideas rutinarias; en la prática, carencia de inteligencias elevadas. Sin embargo, el ejército y la marina ofrecen algunos hombres de mérito, y, considerado en su conjunto, el cuadro que ofrece la España militar de Carlos III, si no brillante, es, por lo menos, digno de algún aprecio.



Cuando Carlos IV ascendió al trono, todo parecía augurar un pacífico reinado, pues transcurrieron los tres primeros años sin suceso alguno militar y sin otro político digno de mención que haberse cedido en 1791 á la Regencia de Argel, las plazas de Orán y Mazalquivir, so pretexto del crecido gasto que importaba su conservación y de lo rigoroso de su clima; concluyeron aquel mismo año las desavenencias entre Inglaterra, mediante una transacción, por lo que los buques de ambos países podían libremente navegar por el Océano Pacífico; y libre España de cuidados en lo que atañía á dos naciones con las que tan frecuentes guerras había sostenido, brindábanle con felices días los beneficios de la paz. Pero otra suerte le reservaba el destino. Los graves acontecimientos de 1792 en Francia, aquella imponente revolución que debía trastornar el estado de cosas europeo, modificar la situación política del continente y engendrar movimientos de que aun hoy ignoramos la consecuencia, poniendo en alarma los intereses monárquicos aquende los Pirineos y allende el Rhin, en el Norte, como en el Mediodía de Europa, iba a encender la hoguera de una guerra empeñada y sangrienta. De todas las naciones europeas, tal vez España era la que en mejores condiciones se hallaba para mantenerse neutral y hacer respetar su neutralidad; pero ligados nuestros monarcas á los de Francia con los lazos de familia, siendo uno mismo el interés de los reyes, no podían mirar fríamente que la cabeza de un Borbón, de un monarca de derecho divino hubiese rodado por el cadalso; y contra lo que proponía el experto y hábil conde de Aranda, conocedor de la fuerza expansiva de la revolución y del mal resultado de una pugna con la nación vecina, el monarca optó por declarar la guerra á Francia, declaración que apareció el 23 de Marzo de 1793, con general alborozo del monárquico y católico pueblo español. Desgraciadamente, España carecía de un hombre de talla para dirigir la ejecución del plan político-militar que debía desarrollarse. Un favorito no desprovisto de talento, pero falto de tacto y de conocimientos; más ganoso del favor, que del engrandecimiento patrio, dirigía la política española; y su influjo, dióse á conocer de un modo tan funesto, que á partir de su encumbramiento, España sucumbió á las más dolorosas humillaciones, perdió sus fuerzas, quedó sin marina y á merced del Capitán del siglo. D. Manuel Godoy se llamó este hombre nefasto (1); su elevación se debió á torpes pasiones, su favor duró más que el reinado de Carlos IV, porque éste y su mujer le mantuvieron a su lado aun después de haber abdicado.

Declarada la guerra, preciso era poner en práctica el plan acordado en la corte, reducido a que tres cuerpos de ejército avanzaran hasta la frontera, y mientras dos de ellos protegían á Navarra y Aragón, maniobrando para distraer al enemigo, otro debía invadir el territorio francés por el Rosellón. La accidentada línea en que iban a operar, ofrecía ancho campo á las combinaciones militares, y ya veremos hasta qué punto supieron sacar partido de ella nuestros generales. Por de pronto diremos que D. Ventura Caro, á quien se confió el mando del cuerpo destinado á los Pirineos Occidentales, no podía con sólo 8,000 hombres, mantenerse ni maniobrar en una línea extensa; flaco eslabón para unir este cuerpo al que avanzaba por los Orientales eran los 4 ó 5,000 hombres derramados por territorio aragonés á las órdenes del príncipe de Castelfranco, y sólo podía

(1) Tenía á la sazón veinticinco años. Desde los diez y siete se hallaba sirviendo en Guardias Corps, y habiendo obtenido la predilección de la reina por su exterior apuesto y su conversación amena, no tardó en verse elevado á los primeros puestos, hasta el extremo de que el soberano le llamara á reemplazar al experto conde de Aranda.

esperarse algún resultado del ejército destinado al Rosellón, ejército mandado por D. Antonio Ricardós y que ascendía hasta 20,000 hombres ó poco menos. Ricardós era un general de talento y energía, observador, activo y sin duda el único que tenía España en condiciones de dirigir la guerra; pero sobre tener el plan de campaña defectos capitales, el caudillo español no fué debidamente secundado por el ministro. En primer lugar, el número de sus soldados era insignificante para emprender con actividad y vigor operación alguna de importancia, pues no era posible atacar y asegurar las comunicaciones, proteger la base y ganar terreno. Aun obteniendo triunfos no podían conseguirse resultados positivos. Pero el príncipe de la Paz dice en sus *Memorias* que el móvil principal de esta invasión fué sorprender al enemigo, cuyas fronteras, acometidas al mismo tiempo por los ejércitos alemanes, no podían ser debidamente defendidas en el Mediodía, sobre todo por la



Caballeria de línea en 1780

parte del Rosellón, donde la entrada del ejército español producirían gran sorpresa. Lo de fiar el plan de una campaña á este simple accidente, acredita el poco tino de Godoy, como lo evidenciaron en breve los hechos. Porque sucedió lo que podía presumirse. Los franceses, diseminados en las guarniciones de las plazas enclavadas en los valles del Tech y Tet, presentaban una línea sábrado débil, que Ricardós se propuso romper por el primero de aquellos ríos. Para desorientar al enemigo, amenazó á la vez las fortalezas de Bellegarde y Baños; y cuando el general francés Billot acudía á proteger á Bellegarde, replegando Ricardós sus fuerzas, envolvió á los enemigos y se apercibió á marchar contra Perpiñán. Pero las ventajas conseguidas en este primer combate esterilizáronse por falta de soldados. Deflers, que había tomado el mando del ejercito francés de los Pirineos Orientales, incorporó los fugitivos del de Billot á las tropas de refresco que él condujo y los colocó frente á Perpiñán, en el campo atrincherado de Masdéu, desde el que podía acudir así á los fuertes de Bellegarde y Baños, como á las plazas de Elna y Argelés. Para forzar las posiciones francesas defendidas por 16,000 hombres se necesitaba gran audacia y habilidad, y de ambas dió prueba Ricardós, marchando hasta ellas durante la noche del 18 al 19 de Mayo y formando al amanecer de este día á sus tropas frente á las líneas enemigas. Atento Deflers á los movimientos de los

españoles, parecía dispuesto á embestir por la izquierda, que era el punto más débil de la línea de batalla; pero Ricardós le ganó por la mano, y con una inversión completa de toda la línea, perfectamente realizada, logró asegurar su frente. La batalla comenzó entonces con un vivo cañoneo. No era posible atacar de frente y flanco las posiciones enemigas, y Ricardós ordena que la izquierda, á las órdenes de Osuna, acometa el flanco derecho francés apoyado en Masdéu, mientras él carga al frente de la caballería sobre el izquierdo, maniobra que retarda un momento el fuego de la artillería francesa por la derecha, pero que produce admirable resultado, pues rotas ambas alas enemigas, Deflers ha de retirarse con el centro al abrigo de los bosques inmediatos, dejando en poder de los españoles artillería, bagajes y municiones. La línea del Tech quedó desde aquel momento abierta á los españoles, rindiéronse el fuerte de Baños y el de la Guardia, y las villas de Argelés, Prats de Molló y Cornellas; fueron desamparadas las posiciones atrincheradas, y Ricardós llegó victorioso hasta dos leguas más allá de Masdéu. ¿Por qué no aprovechó esta conyuctura para apoderarse de Perpiñán? Fácil es comprenderlo. «Ricardós, dice Clonard, replicando á Thiers, no debía salir de la esfera á que le tenían reducidas sus escasas fuerzas. Con 20,000 hombres le era imposible formalizar á un mismo tiempo el sitio de Perpiñán y de Bellegarde, sin debilitarse con esfuerzos parciales en presencia de un enemigo que podía fácilmente reconcentrar su ejército, apoyándole en la excelente línea del Tet. Ni debía tampoco consagrar toda su atención y medios á la conquista de la primera plaza, despreciando la segunda, porque ésta, además de su importancia, era cabeza de toda una línea y permitía á los franceses dirigir un vigoroso movimiento de flanco contra Ricardós, cebado en Perpiñán, y aun en el caso poco verosímil de que Ricardós arrebatara á Perpiñán por un golpe de mano, ¿podría sostenerse en flecha sobre el territorio enemigo, teniendo sobre su flanco á los franceses, colocados bajo la protección de Bellegarde? Ricardós, pues, escuchando los consejos de una prudencia oportuna, puso sitio á Bellegarde.»

Perfecta idea de lo que era en 1793 la plaza de Bellegarde dará al lector el grabado que ofrecemos en la página 463, grabado que tiene el mérito de pertenecer á la época y ser obra de autor español. El castillo de Bellegarde asienta sobre una eminencia y se halla rodeado de ásperas montañas, de que le separan anchas gargantas. Tenía á la sazón muros robustos y elevados, y una batería ó fuerte avanzado para defender el acceso del monte, con más un torreón á su pie; su guarnición se elevaría á unos 900 hombres, gente bien dispuesta, como alentada por las ideas de patria y libertad. Ofrecía, pues, grandes dificultades la conquista de Bellegarde, no sólo por la posición del castillo, si que también por lo áspero del terreno y la escasa facilidad de conducir los trenes; pero á copia de constancia logróse levantar dos baterías, una en el Coll del Portell y otra en la Junquera, y romper el fuego contra el castillo. El bombardeo, comenzado en 23 de Mayo, fué en aumento al comenzar Junio con nueva batería levantada á 300 toesas del castillo, en el mismo Coll del Portell, y con otra construída el 22 en el collado opuesto, consiguiendo abrir brecha en las obras exteriores y viéndose obligados los franceses á retirarse al castillo. Dueños de estas obras los españoles, mandó Ricardós trazar una paralela á corta distancia de la fortaleza, y rompió contra ella un fuego tan intenso, que por espacio de cuarenta días elevóse á 2,363 el número de balas, á 4,021 el de bombas y 3,251 el de granadas arrojadas. Con igual energía contestó la plaza, y sus defensores demostraron tal entereza, que sólo al ver la brecha practicable, cegado el foso por muchos parajes, desmontadas las baterías y dispuestos los nuestros al asalto, acordaron la entrega, entrega en virtud de la cual quedó prisionera la guarnición. Ricardós dió entonces en breve y expresivo documento testimonio de sus levantados sentimientos (1).

(1) He aquí la proclama, que es un modelo de sencillez y buen sentido:

«Soldados:

»¡Debéis respetar la desgracia! Este principio que dicta la humanidad, es propio de la generosidad española; espera, pues, el general, que no habrá persona alguna que insulte con el gesto, el ademán, la palabra, ó de otro modo á los prisioneros franceses, en su salida, tránsito ó estancia, y que no reflexione que las contingencias de la guerra puede conducirlos á igual estado; pero si contra toda esperanza hubiese algun soldado, paisano, arriero ú otro individuo que se propase en lo más leve, será inmediatamente preso y sufrirá sin dilación seis carreras de baquetas.

»No puede presumir jamás el general que incurra en semejante falta de generosidad y educación, ningún oficial ni otra clase de sujetos condecorados; pero en el remotísimo caso que sucediera, tomará el partido correspondiente y severo, según el hecho y las personas.»



Defensa de los Pirineos Orientales por el general D. Antonio Ricardós

Con la toma de Bellegarde, Ricardós hallóse desembarazado por tomar de nuevo la ofensiva y conquistar la línea del Tech; pero no tan feliz en el ataque de Colliure, de que quiso apoderarse por sorpresa, como lo fuera en Bellegarde, vió fracasada esta operación por el intempestivo ardor de sus tropas. Y mientras el caudillo español se hallaba detenido en tales empresas, la nación francesa, haciendo esfuerzos de salvadora energía ponía en pie nuevos ejércitos y apercibíase á disputarnos palmo á palmo el terreno. El ejército que mandaba Deflers se reforzó considerablemente en las márgenes del Tet, y tomando de nuevo la ofensiva, encontróse el 7 de Julio con la vanguardia española entre Canoes y Pontellas. Prevenidos los nuestros, fuéronse retirando con celeridad; cegado el enemigo, empeñóse en imprudente persecución; y cuando quiso replegarse, la caballería española acuchillando su retaguardia, y la infantería haciendo frente, causóle terrible destrozo, obligándole luego á retirarse de las posiciones que tenía en Canoes. Después de este choque los franceses renunciaron al pensamiento de recobrar la línea del Tech y se replegaron sobre el Tet, cubriendo al propio tiempo á Perpiñán, mientras los españoles continuaban el sitio de Colliure. Las tropas enemigas estaban distribuídas en tres campos atrincherados: el de Ortés, el Cabestany y otro en la carretera de España; por manera, que conservando la línea del Tet, y expeditas sus comunicaciones con el interior, podían impedir con ventaja cualquier movimiento ofensivo de los españoles. No era posible á Ricardós realizar sus atrevidos proyectos, dada la escasez de sus fuerzas, y bien se evidenció en ocasión de la tentativa hecha por el general Cagigal para cortar las comunicaciones del campo francés con Perpiñán; pero tampoco Deflers se atrevía á embestir á los nuestros, reduciéndose á causa de esto la guerra á encuentros y choques más ó menos violentos.



El general D. Antonio Ricardós. (Según un cuadro del célebre Goya)

Pero el carácter de Ricardós no se avenía al quietismo, y empeñado en la idea de señorear la línea del Tech y dominar totalmente el Rosellón, decidió tender su línea por la izquierda sobre las márgenes del río y desbaratar á los franceses por medio de un movimiento combinado de frente y flanco. El general marqués de las Amarillas debía cruzar el Tech entre Soler y San Felices, acometiendo á los franceses fortificados en Cornellá, mientras el general Crespo forzaba el paso de Montalbá y atacaba á los franceses desde la montaña de Monferrall. La caballería española debía colocarse, entre tanto, sobre la izquierda enemiga para cortar la retirada, y el enemigo quedaría encerrado en un círculo de hierro. Tan acertado plan destruyéronlo adversas circunstancias. Crespo lo realizó en la parte que le correspondía, arrojando á los franceses de la Cerdaña; Amarillas, aunque no logró aniquilar á Lemoine, obligóle á retirarse de Cornellá; y Deflers se hubiera visto en la situación más crítica, á no haber acertado á salir de ella por medio de un golpe de audacia que honra su talento. Ordenó á Dagobert que distrajera las fuerzas españolas atacando la plaza de Puigcerdá, llave del Principado; y el anciano general francés hízolo con tal rapidez y bríos, que rompió el reducido cuerpo español que protegía á Puigcerdá y empujó á sus reliquias hacia el llano de Urgel, donde en balde quiso contenerle Velasco con algunas tropas destacadas del ejército de Ricardós, pues también fué arrollado por los franceses. El caudillo español vió que el enemigo le amenazaba por la espalda; pero lejos de abandonar su primer objetivo, y comprendiendo que si lograba ahuyentar á Deflers, Dagobert quedaría cortado, decidió acometer las posiciones del primero por dos puntos, movimiento efectuado á los primeros días de Septiembre desde Thuir, por Trullas y Masdéu. El marqués de las Amarillas recibió el cometido de ocultar la marcha de un cuerpo de ejército contra Peirestorte, rompiendo el fuego desde la posición de Rivesaltes; mientras otro cuerpo acometía la derecha y centro de los atrincheramientos franceses que apoyaban en Ortés y Cabestany. El día 3 tuvo lugar este ataque, con brillante resultado en estos dos últimos puntos, mas no así en el primero, retardado hasta el 8; pues el enemigo, después de haberse defendido bizarramente, empujó á los nuestros hasta la posición de Masdéu. Por siete horas sostúvose la lucha, y durante ella se perdieron y recuperaron respectivamente las posiciones; retrocedieron por último los españoles á Trullás, perdieron luego los puestos avanzados de Vasca y Oleta, que enlazaban la derecha con el centro é izquierda y, dislocado el ejército, encontróse Ricardós en situación tan crítica como poco antes Deflers. Dagobert, que en aquellos días reemplazó á éste en el mando superior, quiso sacar partido de ella envolviendo con una división á nuestra retaguardia, y corriéndose por territorio catalán, mientras él conducía el grueso de las fuerzas contra la posición de Thuir (22 de Septiembre); atrevida maniobra que frustró el talento de Ricardós. Porque éste no se intimidó por la idea de verse cortado; antes comprendiendo que el éxito de la acometida dependía de la resistencia que se hiciera en Thuir, robusteció esta posición y encargó á Osuna, á quien la tenía encomendada, que no rompiera el fuego hasta tener el enemigo á tiro de pistola. Cumpliólo así éste, mientras Ricardós contenía al enemigo en la derecha, con brillante carga de caballería; y Dagobert, que, destrozado en las dos alas, se empeñó en atacar el centro apoyado en la aldea de Trullás, sacrificó aquí estérilmente sus tropas, porque las alas del ejército español, efectuando un movimiento convergente, le obligaron á retroceder con grandes pérdidas. Tres batallones de la izquierda francesa hubieron de rendir las armas, el resto retiróse en buen orden cargado por la caballería, y hubiera sido totalmente destrozado á haber procedido con más acierto en la persecución. Tal fué la batalla de Trullás (22 Septiembre), batalla más brillante que trascendental, puesto que en ella se sacrificaron estérilmente algunos centenares de hombres. Ricardós carecía de fuerzas para aprovecharse de su triunfo, pues nuestro gobierno no se acordaba de la guerra, y mientras el enemigo iba robusteciendo de día en día su efectivo para recobrar en breve la ofensiva y agobiar á los españoles, éstos veíanse obligados á permanecer arma al brazo y á retroceder luego á sus posiciones de Boulou y Bellegarde. La retirada de Ricardós desde el campo de Thuir á la vista de un enemigo, hecha con numeroso convoy de municiones y artillería, es otra de las operaciones que honra al caudillo español. Colocado en la posición de Boulou, Ricardós no sólo tenía aseguradas sus comunicaciones con Cataluña, sino que protegía el bloqueo

de Colliure y Port-Vendres, lo propio que el castillo de Bellegarde. Ofrecía también la situación topográfica de Boulou excelentes condiciones para la defensa, por hallarse protegida en su frente por un barranco que encajonaba las aguas del riachuelo Vallmaná, por la izquierda en unas alturas que dominaban la carretera de España y por la derecha en las orillas del Tech (1). Mas para cubrir esta línea y los puestos avanzados situados más allá del Tech, eran necesario mayor número de tropas ó bien abandonar por completo aquellos puntos y ceñirse á la defensa de este río, hasta que llegaran



BOMBARDEO DEL GASTILLO DE BELLEGARDE EN 1793

(Copiado de una lamina suelta española que vió la luz en dicho año, á la que pertenece también la siguiente explicación)

A. — Fuerte del castillo.
C. — Batería ó fuerte avanzado de dicho castillo, que se introducen por el camino cubierto
D. — Casa del horno del vidrio.
E. — Torreón avanzado de dicho castillo.
H — Rio Laubragat.
Y. — Campamento.
K. — Carretera de España que va al Portús.
L. — Casa de Mr. Le Cle, que era en la que se examinaban los pasaportes.
M. — Villa del Portus.
O — La Junquera
P. — Monte de Requeséns.
Q. — Carretera por donde pasaban los cañones á Francia, pasando por el monte del Coll del Portell.
R. — Puente que sólo sirve para comunicarse los del pueblo de la Junquera á sus labores en tiempos que el rio Laubragat por sus avenidas no permite vadearlo
G — Batería llamada del Coll del Portell, la que se consideraba inútil por su distancia. Disparó su fuego en 23 de Mayo de 1793.
F. — Batería que se aproximó 300 toesas hacia el castillo enemigo; pero no producía el mayor efecto. Disparó su fuego en 2 de Junio de dicho año.
N. — Batería llamada de la Junquera, la cual, por lo arrimada al pie del monte, sólo podía esperarse el efecto que producían las bombas por su buena dirección y proporcionada distancia. Abrio su fuego el 15 de Junio del mismo.
B. — Batería ultimamente construida por el dictamen del mayor General de Ingenieros el teniente general D. Juan Escofet. Disparó su fuego en 22 de Junio del año referido.

refuerzos. Ricardós no quiso renunciar á posiciones que tan costosamente defendiera y hubo de sostenerse en ella con harta pena, si bien con gloria.

(1) El barón Franz de Kuhn, en su excelente obra titulada *La Guerra de Montañas*, traducida con sumo acierto al castellano por el coronel capitán de E. M. D. José Ignacio Chacón, dedica un capitulo á la *Defensa de los Pirineos Orientales por el general Ricardos en 1793*, y de él copiamos los siguientes párrafos relativos al campamento de Boulou:

«Entre el nacimiento del Tech y los afluentes de la derecha del curso superior del Tet, se destaca el Canigou de la cordillera principal de los Pirineos Orientales. Su pico más elevado alcanza una altura de 8,800 pies; pero el de Batere, en que termina, sólo cuenta 4.500, pudiéndose considerar, por lo tanto, como una montaña de mediana elevación. A partir de este punto, el estribo desprendido de la cordillera desciende rápidamente hacia la meseta que separa el arroyo de Boulés, del Cantarrana y del Reant, y se extiende más allá de esta meseta, formando colinas de 600 á 800 pies de altura hasta la carretera del Boulou á Perpiñán, formando alguuas pequeñas ramificaciones que van á morir en el camino de Perpiñán á Port-Vendres.

»Los Bajos Aspres, colinas que forman el último escalón de las estribaciones del Canigou, limitan, por el Norte, la pequeña llanura del Boulou, por lo que es muy importante ocuparlos y fortificarlos, si se establece un campo atrincherado en este punto. La divisoria de aguas del Reant y Tech, desde Saint-Luc á Banyuls des Aspres, pasando por Tressere, forma, por consiguiente, la línea sobre la cual debian construirse las obras avanzadas: esta línea no está, en efecto, dominada por ninguna altura próxima á ella, y como, además, se encuentra á 4,300 pasos del punto central

El plan de Dagobert consistía en ganar las cumbres de los Pirineos Orientales y arrojar á Ricardós al territorio catalán, ó bien cortarle la retirada y empujarle contra el río Tet. Casi á un mismo tiempo acometieron sin fruto los franceses las posiciones de Boulou y la villa de Camprodón; molestaron luego incesantemente á los españoles, y la noche del 14 de Octubre efectuaron un ataque general contra el campo español, consiguiendo forzar nuestra izquierda y hacerse dueños de las llanuras de Pla del Rey. La serenidad de Ricardós salvó en aquellas circunstancias el ejército, pues el caudillo español, sin desatender al centro y derecha, logró despachar tan oportunamente refuerzos á la izquierda, que impidió al enemigo coger al centro por retaguardia, y Kraywickel, que mandaba dichos refuerzos, logró recuperar con singular bizarría las posiciones perdidas pocos momentos antes. Entonces Dagobert adoptó un nuevo plan: flanquear por las imediatas sierras de Albarés la derecha española para cortar á Ricardós su línea de retirada; pensamiento audaz, pero que tenía el defecto de dejar á descubierto la plaza de Perpiñán, y quedar, por lo mismo, aislado de su base de operaciones, es decir, colocado entre el ejército español y Cataluña. Porque, de no ser así, esto es, de querer mantener comunicaciones con Perpiñán y efectuar la diversión con poca gente, la empresa resultaba infructuosa, si ya no funesta. «Ningún plan de invasión en nuestro territorio, dice un historiador, podía llevarse á cabo mientras no se arrollase al ejército español, desalojándole de sus posiciones de Boulou.» Por este extremo optó el caudillo francés, y después de haber despachado un cuerpo por entre Bellegarde y el Ampurdán, cuerpo que fué desbaratado en las inmediaciones de Espollá por la columna española de Arias, intentó un nuevo ataque contra las posiciones españolas por Ceret, cuyo puente facilitaba las comunicaciones del ejército español con el interior; pero tampoco fué esta vez afortunado: y aunque logró señorear el reducto que protegía á Ceret, fué rechazado de allí con terribles pérdidas, entre ellas 44 cañones, dos banderas y material de guerra. Ricardós efectuó este ataque con fuerzas inferiores al enemigo, y rechazado que fué éste, dilató su línea por la derecha, ocupando á Villalongue, La Roque y Saint Ferreol, desde donde los franceses podían inquietar el centro de la línea española, y dejando libres las comunicaciones con Colliure. Los refuerzos que por aquellos días recibió permitiéronle derrotar al enemigo en la última de aquellas posiciones y obligarle á retroceder con grandes pérdidas de hombres y material; y no contribuyeron menos á favorecer sus miras los recelos de la Convención, que destituyó al experto Dagobert; la poca confianza del ejército y la torpeza de los generales que tomaron el mando. Ello es que el 7 de Diciembre quedó dueño de la línea del Tech, y la derrota de los franceses, diseminados en una extensa y débil línea, hubiera sido completa si la caballería

de Boulou, pone á esta posición completamente á cubierto de un bombardeo. El ala izquierda de la posición debía ser retrasada un poco á lo largo del arroyo de Vives é ir á unirse con el Tech en Saint-Pla-de-Cors.

»Las obras y cabeza de puente de Ceret, debían ser consideradas como un puesto destacado, que sirviera de punto de apoyo y permitiera impedir fácilmente la ejecución de un movimiento envolvente, intentado sobre el flanco izquierdo del Boulou por las laderas poco practicables de la cordillera principal de los Pirineos, que por consiguiente no había necesidad de fortificar. Por el Este sucedía lo contrario: era indispensable proteger el campo contra un movimiento envolvente apoyado en Colliure y Port Vendres, y para lograrlo era necesario fortificar el contrafuerte que se desprende del pico de Trois Termes, en la cadena principal de los Pirineos Orientales, y termina en Montesquieu, en el valle del Tech.

»La parte de montaña que se halla entre este contrafuerte y la carretera de Bellegarde, es muy cortada y casi impracticable para grandes masas de tropas, favoreciendo mucho á la defensa los profundos y estrechos barrancos que la surcan. Los puntos más importantes de la derecha de esta línea son el pico de Saint Christhophe y la aldea de Montesquieu: esta última formaba el ala derecha de las fortificaciones españolas que, pasando por Trompette-Basse, se extendía hasta el Tech. Pero se cometió el grave é imperdonable error de no construir ningún atrincheramiento en toda la parte comprendida entre Montesquieu y Saint Christhophe, cuando se hubiera conseguido sin gran trabajo defender este sector con talas de árboles y construyendo un reducto en el monte Saint-Christhophe En la izquierda del Tech, las obras de defensa sólo se extendían hasta la línea de los Bajos Aspres, de que ya hemos hablado

»No contando con bastantes fuerzas, los españoles se limitaron á fortificar el estribo de Puig Scingli que se desprende de los Aspres al Sur del valle de Valmagne, situado al Este de Vives. En el ala derecha de esta meseta los trabajos de defensa pasaban del valle de Valmagne y se unían al Tech, enfrente del campo de la Trompette. Los españoles descuidaron quebrar la dirección del flanco izquierdo de la primera línea para apoyarla en el Tech; así es que esa línea podía ser envuelta entre Vives y Saint-Ferreol; por último, como el campo atrincherado no tenía ninguna obra central, ningún núcleo, quedaba destruído todo el sistema defensivo si efectuaba el enemigo un ataque con todas sus fuerzas, entre Saint-Ferreol y Vives. Sin embargo, á pesar de las faltas que acabamos de señalar, el campo atrincherado de Boulou, sólidamente apoyado en los Pirineos, dió al general español la posibilidad de tener sus tropas reunidas bajo su inmediato mando, y le permitió defender los Pirineos contra los ataques de los franceses, por medio de una posición elegida á vanguardia de la cadena de montañas.»

Copiamos estas líneas, porque en ellas se encuentra la clave de las operaciones de esta campaña.

española acudiera con oportunidad á cortarles la línea de retirada. Treinta y cuatro cañones, 38 furgones y 800 prisioneros quedaron en poder del vencedor.

Desde aquel momento el general Ricardós quedó en situación de recobrar la ofensiva, y para realizar su plan de campaña sólo le faltaba hacerse dueño de Colliure, Port-Vendres y Saint-Elme, situadas las dos primeras al pie del anfiteatro formado por las estribaciones que nacen del pico de Taille-Fer, y la tercera en el punto más avanzado de la que separa los dos valles que forman dicho anfiteatro. El caudillo español debía ganar ante todo las alturas que lo componen, empresa bastante difícil de haber el enemigo sacado partido de la defensa; pero con empeño injustificable, en atención al corto número de sus tropas, los franceses formaron una línea extensa y flaca en toda la zona fronteriza comprendida entre el pico de Sailfort y Cerbera, con el centro fuertemente apoyado en el Coll de Banyuls y el de Tourn. No había el necesario enlace entre las



Húsar y soldado de caballería de línea (1793)

fuerzas de esta línea, careciase de reserva y de punto central de reunión, y el ala izquierda y centro corrían peligro de ser cortados y empujados hasta el mar. Sólo la derecha estaba en directo enlace con Colliure y Port-Vendres. Así, pues, bastaba que Ricardós rompiera con vigor el acordonamiento, y el ejército enemigo quedaba dislocado, no siendo menos fácil separar luego á los cuerpos franceses de las ciudades marítimas (1). El general español lo comprendió de este modo, y ordenó á Courten que desde Villalongue pasara con 6,000 hombres por las sierras de Albera y fuera á darse en Espollá la mano con las tropas de Arias. Despachó 1,400 hombres hacia la torre de Carome, con objeto de envolver la izquierda francesa, y el 15 de Diciembre empeñóse el combate en toda la línea. Courten consiguió su objeto envolviendo por la derecha el Coll de Banyuls y ocupando el pico de Eres y el Puig-Barret; pero cometió la grave falta de no empeñarse en el ataque del ala derecha, la cual hubiera fácilmente envuelto, y el enemigo pudo retirarse y

(1) «Para oponer una enérgica resistencia, dice el autor antes citado, hubiera sido preciso poner en estado de defensa toda la llave de la posición, el pico de Taille-Fer, los pasos que conducen á él en dirección del pico de Oriol, el Coll de Mouillon, el pico de Lagrange, los pasos que conducen á Banyuls-sur-Mer, asi como los que abren camino hacia Argelés, es decir, los que están en la parte Oeste del anfiteatro, y situar una fuerte reserva entre el pico de Daines y el fuerte de Saint-Elme.

»De este modo se hubiera adoptado una disposición más concentrada y se hubiera podido emplear parte de las guarniciones de las plazas para ejecutar movimientos ofensivos. Unicamente por medio de una defensa activa, bien organizada y bien desarrollada, podían conseguirse probabilidades de trastornar los proyectos enemigos.»

hacerse fuerte en las alturas que se extienden desde Pic Lagrange al faro de Bear. Sin embargo, Ricardós venció esta falta, porque habiendo descubierto el punto vulnerable de la posición enemiga, el pico de Taille-Fer, encargó al general Cuesta su ataque el 20 de Diciembre, lo que efectuó éste entreteniendo con una parte de sus tropas al enemigo por el frente y atacando con las restante su flanco derecho por el Coll de Mouillon. Los franceses huyeron entonces en desorden hacia Port-Vendres, y esta plaza abierta, evacuada poco después, ocupáronla los soldados de Cuesta, que iban picando la retaguardia enemiga. Continuó la persecución hasta las puertas de Colliure, abrió sus puertas el castillo de Saint-Elme, que protegía con sus fuerzas el inmediato valle y esta plaza, y Colliure entregóse á su vez el día siguiente. En ella encontraron 88 cañones, numerosos efectos de guerra y algunos barcos. Todavía quiso Ricardós dar un terrible golpe al enemigo atacando su centro y ala derecha y tratando de cortar su retirada por el puente de Reart; pero sólo logró en parte su plan, porque los franceses de la derecha defendiéronse tan enérgicamente en Saint-Luc, que Ricardós se vió obligado á detener su movimiento ofensivo, y aquéllos tuvieron tiempo de retirarse con orden sobre Perpiñán. Con esto terminó la campaña de 1793, digna de ser estudiada por el militar, por ser «uno de los más instructivos ejemplos de la manera cómo debe comprenderse y dirigirse la defensa de una cadena de montañas por medio de una posición elegida á vanguardia de ella y apoyándose en un campo atrincherado». Así lo escribe el barón de Khun en su notable y reciente obra *La guerra de montañas.*


Granadero (1798)

Mientras tenían lugar estas operaciones en los Pirineos Orientales, el general español Caro, traspasando los límites de su cometido, cruzaba el río Bidasoa y provocaba á los franceses en su mismo territorio, estableciéndose con tal motivo empeñados y estériles combates en la derecha de este río, en las gargantas del Baztán y valles del Roncal, y en el puente de Biriatu, que Caro estableció sobre el Bidasoa; pero estas operaciones, efectuadas sin plan de trascendencia, no tuvieron otro objeto que demostrar el arrojo de nuestros soldados y verter inútil sangre. El empeño del enemigo reducíase á conservar íntegro el territorio francés hasta el Bidasoa; el del general español no podía ser otro que hacer alarde de su valor y de su tenacidad; ni otra cosa le permitían sus medios, ni eran éstas las órdenes que había recibido; porque el gobierno español, distraído en otras empresas, no daba á la guerra de los Pirineos su merecida importancia. El sitio de Tolón, donde se sostenían los realistas franceses contra el ejército republicano, era otra de las atenciones de España, porque en socorro de la plaza mandó la escuadra española que dirigía el general Lángara, y aunque esta escuadra y la inglesa no evitaran la pérdida de esta plaza, prolongaron su rendición por algunos meses, contribuyendo eficazmente la nuestra con un cuerpo de desembarco. Acreditóse en esta operación el general D. Federico Gravina, y dióse á conocer en el ejército republicano un oficial de artillería, que más tarde debía asombrar al mundo con sus hechos, el corso Napoleón Bonaparte.



Todas las ventajas conseguidas por nuestras armas en el Rosellón, puede decirse que desaparecieron en 1794 con la muerte de Ricardós. El marqués de las Amarillas, que tomó el mando de aquel ejército, era un buen general de división, pero no tenía capacidad para dirigir en jefe. Co-

menzó por ceñirse estrictamente á la defensa de su línea, sin tener para nada en cuenta que la defensiva no puede de ningún modo ser pasiva, y en aquel caso era lo peor que podía hacer: aprovechóse Dagobert de esta inacción, y para comprometer nuestra retaguardia destacó dos cuerpos que se apoderaron de Montellá, Llers y Seo de Urgel, arrebatándonos la línea del Segre; se hizo luego dueño de Paláu del Vidre, en que apoyaba nuestra derecha, y quedó desde aquel momento en disposición de romper el centro de nuestra línea y cortar nuestras comunicaciones. El ministro, disgustado por estos contratiempos, reemplazó al marqués de las Amarillas con el conde de la Unión, hombre valeroso como pocos, pero no más capaz que su antecesor; y sucedió que, á pesar de los buenos deseos de este general, no consiguió recuperar la línea primitiva. En cambio, Dagobert, prosiguiendo su plan, se hizo á la postre dueño de las alturas de Montesquieu y la Trompeta, interceptando las comunicaciones con Bellegarde é infundiendo tal desaliento en el ánimo de los españoles, que su caudillo ordenó abandonar la estratégica posición de Boulou. Pero este movimiento, hecho á la vista del enemigo, que amenazaba nuestra derecha y tenía cortado el paso á Bellegarde, efectuóse con tan espantoso desorden, que fueron abandonadas las piezas, y sólo una parte de las tropas se replegó concertadamente. La nueva línea elegida por el caudillo español se extendía desde Espollá y Rabos á Figueras, ceñía las posiciones de San Clemente, Masarach y Vilarnadal, y apoyábase á la izquierda en el monte de la Magdalena; por manera que el enemigo quedaba dueño de toda la cumbre del Pirineo, excepto el Coll del Portell. No tardó en desalojar Dugommier á los españoles de los puestos avanzados de esta segunda línea, y viéronse éstos obligados á ocupar la de Llers á Espollá; ni tardaron tampoco los franceses en recuperar á Colliure, Port-Vendres, Saint-Elme, el Portell y Bellgarde; después de lo cual, el ejército español trató en vano de sostenerse cubriendo á Figueras; porque, atacado vigorosamente el 17 de Noviembre por el enemigo, muerto su jefe, el conde de la Unión, luchó en vano por sostenerse y se vió á la postre obligado á retirarse, no sobre el Fluviá, según era de presumir, sino hasta Gerona. Esta retirada injustificable y la repentina capitulación de Figueras, dentro de cuyos muros se encerraban 9,000 hombres, puso término á los desastres de la campaña de los Pirineos Orientales.



Fusilero (1798)

No fué ni podía ser ventajosa la de los Pirineos Occidentales, dado el desgraciado sistema seguido en esta región de cubrir una extensa línea, en vez de tener, como aconsejaban las circunstancias, distribuídas fuertes divisiones en puntos estratégicos. Sostuviéronse en un principio parciales y no desventajosos combates en las márgenes del Bidasoa; pero el enemigo, superior en número, se apoderó el 10 de Julio de la posición de Arquinzum, en que apoyaba nuestra izquierda, y entrando por el Baztán, que quedó á descubierto, señoreó á Vera, Comisary y Oyarzum, y poco después á Fuenterrabía, San Sebastián y Tolosa. En situación tan crítica, conjuróse el peligro, gracias al patriotismo de vascongados y navarros; unos y otros se brindaron á empuñar las armas, hiciéronse levas, y en breve tiempo el conde de Colomera, que mandaba el ejército, pudo disponerse de 70,000 hombres, si no disciplinados, valientes y conocedores del terreno. Empero, este caudillo encontrábase á la altura de su colega, el marqués de las Amarillas; y en vez de disputar al enemigo los pasos de Roncesvalles, limitóse á cubrir á Pamplona, frente á la que se atrevieron á ponerse los franceses. El general Moncey, que mandaba las fuerzas enemigas, triunfó en el ataque dado á la izquierda española, fué rechazado en la derecha, y después de haber maniobrado por el flanco, ocupó á Vergara, de cuyo punto le arrojaron pocos días después los

vizcaínos. Comprendiendo entonces la difícil situación en que se hallaba, evacuó á Navarra y se replegó sobre el Bidasoa, al abrigo de las plazas de San Sebastián y Fuenterrabía. Esta campaña adoleció por ambas partes de graves defectos. Los generales españoles demostraron irresolución, poco conocimiento de las ventajas del terreno, escaso acierto en distribuir las tropas, diseminadas en extensas y flacas líneas, y sobre todo ninguna oportunidad en aprovecharse de la irreflexiva audacia del enemigo, al que pudieron cortar más de una vez: los franceses, si no demostraron mucho tacto, tuvieron la suerte de que aquéllos no oprovecharan sus errores, del propio modo que ellos habían utilizado los suyos.



Soldado ligero (1798)

En tal situación quedaron, pues, los españoles en los dos teatros del Pirineo al terminar el año 94; en el Occidental, con la falda de los Alduines recobrada, y cubriendo á Orbaceita, Eugui y Lecumberri; en el Oriental, recogidos bajo los muros de la plaza de Gerona. A mandar este ejército fué destinado en 1795 el general D. José de Urrutia, que en el de Navarra había dirigido una división, y este general, que hasta entonces no se había distinguido por otras cualidades que su apego escrupuloso á las órdenes superiores, demostró en esta ocasión un tacto y una energía dignos de encomio. Comenzó por restablecer la disciplina del ejército; escogió luego como línea de defensa el río Fluviá, colocando el centro en San Esteban, con la vanguardia en Oriols; la derecha apoyada en el mar, y la izquierda en Olot y Castellfullit; y por último, trató de efectuar algunos movimientos ofensivos con objeto de arrancar al enemigo del sitio de Rosas. Perpendicular á la línea española era casi la francesa, cuyo centro apoyaba en Figueras y cuyas avanzadas llegaban hasta el río Manol; por manera que ambos ejércitos tenían sus respectivas líneas cubiertas por dos corrientes. Los franceses, que desde Noviembre del año anterior sitiaban la plaza de Rosas, abocaron á ella todas sus fuerzas, y sólidamente aseguradas sus comunicaciones con Figueras, la expugnaron con soberbio tren de batir y cuantos elementos requería tan importante plaza. Los españoles tenían en Rosas una guarnición reducida, á la que, á fines del 1794, logró reforzar un cuerpo destacado de la línea de Gerona; alcanzando, gracias á esto, los defensores, un total de 4,000 hombres; y la escuadra española mandada por Gravina, anclada en las aguas de Rosas, protegía el sitio; pero éste fué conducido con tal energía y medios, que al comenzar el año 1795 todas las baterías del fuerte de la Trinidad, que protegía la plaza, fueron desmontadas por los cañones franceses colocados en la eminencia de Puig-Romp. Recio temporal alejó de la costa nuestras lanchas cañoneras, facilitando el trabajo de las paralelas; y el enemigo, después de haber arrojado contra el citado fuerte 700 balas de cañón, consiguió al fin abrir brecha en los muros de la Trinidad, cuyos defensores, reducidos á 150 hombres, no todos útiles, evacuaron el fuerte. Dueños de éste, los franceses atacaron con gran brío la plaza, abriendo nuevas paralelas y colocando otras baterías. Favoreciales la inclemencia del tiempo, que no permitía acercarse á los bajeles, la peste que se había declarado en la plaza y los estragos hechos en sus murallas por el plomo. Pero aun así resistieron los nuestros algunos días, y sólo al verse reducidos á más de la tercera parte, agobiados por la fatiga y las privaciones, y con la brecha practicable, resolvió el gobernador Izquierdo embarcarse con el grueso de la guarnición, mientras 300 soldados entretenían, desde la muralla, al enemigo. Con esto puso á salvo, no sólo la mayor parte de la gente, sino los efectos militares. Los 300 soldados que no pudieron embarcarse obtuvieron el 4 de Febrero una capitulación honrosa.

No pudo el general Urrutia, dado el escaso número de sus fuerzas, evitar la pérdida de Rosas; no obstante, hizo algunas tentativas para conseguirlo, y sostuvo parciales choques con el ene-

migo. Reducido después á la defensiva, limitóse á rechazar los ataques que el francés efectuó en Marzo contra su centro é izquierda, rectificó su línea apoyándose en Oriols, de manera que los enemigos no pudieron atravesar el río sin exponerse á nuestros fuegos, y consiguió el 6 y el 25 de Abril rechazarlos nuevamente y con gran destrozo. Esta vigorosa actitud de Urrutia inspiró serios cuidados al general francés, temeroso de que los nuestros fueran reforzados y recobraran la ofensiva. Decidió, pues, renunciar á los ataques parciales contra el centro y reemplazarlos con un ataque vigoroso á las dos alas. El 13 de Julio salió con 25,000 hombres del campo situado entre



El marqués de la Romana

Rosas y Figueras, coronó las alturas de Pontós y Armadás, y ocupó los bosques inmediatos, mientras dos fuertes divisiones, desplegándose por derecha é izquierda, dirigíanse sobre nuestras alas. El general Urrutia dictó entonces acertadísimas órdenes. Cubrió con una batería la cabeza de puente de Esponella, dispuso que nuestras alas cruzaran el río para contener el ataque, y comprendiendo que el centro enemigo se había debilitado por reforzar las alas, dispuso que el nuestro, dirigido por el marqués de la Romana, cargase con mayores fuerzas contra el francés. Y estas órdenes, cumplidas con gran inteligencia, procuran la victoria, pues mientras Vives é Iturrigaray, que rigen las alas, se baten denodadamente con ellas, el marqués de la Romana se apodera del castillo de Pontós, ínterin el general Cuesta, apoyándole, se interpone entre Pontós y Armadás. Intentan los franceses recuperar el primer punto con un furioso ataque, pero la situación de Cuesta les inspira el temor de ser cortados y se apresuran á replegarse. Cuesta les acomete entonces con vigor, mientras la Romana les empuja á su vez, y perseguidos muy de cerca, retíranse á su línea, después de un combate de muchas horas. Pero en el preciso momento en que los nues-

tros se recogían sobre Báscara, el general Augereau trató de sorprenderlos acometiendo de improviso por la parte de Pontós y Armadás, y este combate, entablado al oscurecer, hubiera sido funesto, de no haberse presentado á sostenerles la división del general Taranco. Porque el francés, en vez de recibir de frente el choque de las columnas españolas que dirigía Cuesta, evolucionó con singular rapidez y les atacó por el flanco, y ya estaba próximo éste á ser roto, cuando Taranco cayó á su vez de improviso contra la izquierda enemiga y rechazó la división de Augereau con una brillante carga á la bayoneta. Las sombras de la noche favorecieron la retirada de los franceses, y gracias á esto no fué total su derrota; pero las pérdidas que experimentaron fueron considerables.

Dada la situación en que ambos ejércitos quedaron, el concurso que la escuadra prestaba al español, y el entusiasta apoyo del país, compréndese que el general Urrutia sacara algún partido de estas ventajas. Era, en efecto, su plan recobrar el territorio español, y llevar sus armas allende el Pirineo, y lo cumplió en parte limpiando de enemigos toda la baja Cerdaña, y haciéndose dueño del castillo de Puigcerdá; pero vino á poner término á las operaciones la paz de Basilea, ajustada el 22 de Julio de 1795, oneroso tratado que nos privó de la parte española de la isla de Santo Domingo. El terror difundido por los progresos del ejército republicano que mandaba Moncey en los Pirineos Occidentales, y que avanzó hasta Miranda de Ebro, amenazando á las Castillas, había sido tal, que nuestra corte pensó ya refugiarse en América, y el arzobispo de Toledo publicó una pastoral exhortando al clero á recoger sus tesoros para abandonar á España. Mas por bochornoso que fuera el tratado de Basilea, lo era más todavía el de San Ildefonso, concluído el 18 de Agosto de 1796; pues la España monárquica renovó el antiguo pacto de familia con el Directorio francés y quedó sujeta al yugo de la república vecina (1). No debía ser éste más ligero que los lazos de familia, porque España, para fomentar la guerra que el primer cónsul francés sostenía con la Europa, quedó obligada á facilitar quince navíos de línea, y 24,000 hombres de tropas regulares.

La inmediata consecuencia de este pacto fué la guerra marítima, guerra en la que debía hundirse nuestra armada, y debíamos sufrir serios quebrantos en nuestras colonias. Comenzó ésta con la expedición del marqués del Socorro á América, donde su escuadra destruyó los establecimientos británicos en las ensenadas de Bulle y Chateaux, é islas de Miquelón y San Pedro, sin perdonar cuantos buques ingleses navegaban por aquellos mares; pero el primer choque entre la armada española y la británica no tuvo lugar hasta Febrero de 1797. La escuadra española, que mandaba el general D. José de Córdova, avistó á la altura del cabo de San Vicente la inglesa, que dirigía el almirante Jerwis, y la acometió sin tener en cuenta que el viento favorecía al enemigo. Era nuestra la superioridad del número, pero advirtiendo el inglés que en la línea española quedaban algunos navíos sotaventados, cayó perpendicularmente sobre una de nuestras alas, logró aislarla, y después de un combate empeñadísimo, apoderóse de cuatro navíos y dejó harto mal parados á los restantes, que se retiraron á la bahía de Cádiz. Allí acudió en breve el enemigo,

(1) Para que el lector se forme idea de lo que era este onerosísimo tratado, citaremos solamente algunos de sus artículos:

El 2.° consigna que las dos potencias contratantes se garantizarán sus dominios, y si una de las dos se viese amenazada, la otra vendrá obligada á socorrerla, luego que fuere requerida. El 3.° dice textualmente: «En el término de tres meses, contados desde el momento de la requisición, la potencia requerida tendrá prontos y á la disposición de la potencia demandante, 15 navíos de líneas, 3 de ellos de 3 puentes ó de 80 cañones, y 12 de 70 á 72; 6 fragatas de una fuerza correspondiente, y 4 corbetas ó buques ligeros, todos equipados, armados, provistos de víveres para seis meses, y de aparejos para un año. La potencia requerida reunirá estas fuerzas navales en el puerto de sus dominios que hubiere señalado la potencia demandante.» El 5.° dice: «La potencia requerida aprontará igualmente, en virtud de la potencia demandante, en el mismo término de tres meses, contados desde el momento de dicha requisición, 18,000 hombres de infantería, y 6,000 de caballería con un tren de artillería proporcionado...» Por último, en el 7.° léese: «Estos socorros *se ponen enteramente a la disposicion de la potencia demandante*»; y en el 8.° «la requisición de los socorros basta para probar la necesidad que tiene de ello la potencia que los pida». ¿Se quiere mayor muestra de debilidad? Pero no bastaba esta abdicación; después de sacrificar nuestros buques y nuestros soldados, debía sacrificarse nuestro comercio. Dice el artículo 13 que «en breve se ajustaría un tratado de comercio que asegurara á cada una de las potencias contratantes en el país de su aliada una preferencia especial á los productos de su suelo y á sus manufacturas». Y para que no quedase duda acerca del verdadero objeto de este tratado, el artículo 18 era como sigue: «Siendo la Inglaterra la única potencia de quien la España ha recibido agravios directos, la presente alianza sólo tendrá efecto contra ella en la guerra actual, y la España permanecerá neutral respecto á las demás potencias que están en guerra con la república.»

A este tratado seguían seis artículos adicionales secretos, el primero de los cuales consignaba que el Directorio ejecutivo se obligaba á hacer entrar á la república bátava, inmediatamente después de firmado, en la alianza y en la garantía; y el segundo decía: «que el Rey de España se valdría de su influjo y poder *para empeñar y obligar á Portugal á que cerrara sus puertos á los ingleses*, una vez declarada la guerra».

llegando su audacia al extremo de arrojar algunas bombas á la ciudad y á la escuadra; y no paró en esto la desgracia, porque habiendo acometido los ingleses la isla de la Trinidad, se hicieron dueños de ella, dando lugar al incendio de cuatro navíos y una fragata, ordenado por el jefe de las fuerzas españolas.

El éxito funesto del combate de San Vicente contribuyó á la ruina del comercio español, por la falta de comunicaciones con América; agregóse á esto que la Francia, vencedora en el continente, había perdido en su lucha con Inglaterra escuadras y colonias, y más que darnos apoyo por mar, necesitaba de nuestras naves. El contraalmirante Nelson, insigne jefe de la marina inglesa, había triunfado de la escuadra francesa en Aboukir, y era de esperar que de un momento á otro veríanse nuestras plazas marítimas atacadas. No tardó en presentarse Nelson frente á Cádiz, precisamente cuando toda la escuadra española se hallaba en su bahía; pero su intento de concluir con ella salió frustrado; hubo de limitarse á cañonear nuestras naves, y retiróse, al fin, con rumbo á Canarias, donde puso en tierra las tropas de desembarco, y combatiendo con los españoles perdió un brazo. El acierto y bizarría del gobernador de las islas obligó al enemigo á reembarcar sus fuerzas, pero con promesa de no acometer las islas Canarias en todo el transcurso de la guerra. Resultado idéntico tuvo otro desembarco efectuado en las costas de Guatemala, y no más fortuna la acometida á la isla de Puerto Rico. Pero España arruinábase con esta lucha; el déficit de su presupuesto era espantoso, y entrado el año 1799 el gobierno apeló en último recurso al medio de imponer una contribución extraordinaria de trescientos millones, contribución cuyo reparto, por defecto de la estadística, se hizo tan arbitrariamente, que á causa de las reclamaciones no pudo cobrarse. Para mayor desgracia, la fiebre amarilla hizo aquel año terribles estragos en Andalucía; por manera que el último año del siglo XVIII terminó del modo más sombrío.

No comenzó prósperamente el XIX. En Mayo del año 1801, el torpe Godoy entregó á Francia seis navíos de línea; y en Julio del mismo año, hallándose navegando la escuadra española en unión de la francesa, no lejos del Estrecho, una hábil estratagema del almirante británico Saumarez dió lugar á que se batiesen entre sí dos de nuestras naves, y se volasen con los dos mil hombres que las tripulaban (1); el naufragio y pérdida de algunas otras en América contribuyó á mermar nuestra armada, que, á partir de esta fecha hasta 1806, en batallas, tempestades y otras

(1) Aunque este horrible suceso carezca de importancia militar, es digna de ser conocida la detallada relación que de él ha hecho el Sr. Pavía en la antigua *Revista militar;* pues fué redactada en presencia de las declaraciones hechas por los pocos que se salvaron de las dos citadas naves: «Una escuadra francesa, compuesta de los navíos *Formidable, Indomptable* y *Desaix* y fragata *Muiron*, á las órdenes del contraalmirante Linois, había salido de Tolón y recorrido varios puertos del Mediterráneo; trataba de tomar el de Cádiz; pero perseguida por los ingleses, se refugió en la abierta ensenada de Algeciras. Siguiéronla los enemigos, y con temeraria imprudencia trataron de apresarla, estando anclada y protegida por los fuegos de la costa, y por una división de cañoneras españolas, al mando del capitán de navío D. Juan Pablo Lodares. Los franceses se defendieron con denuedo; y los soberbios marinos británicos, irritados de tan inesperada resistencia, llevando casi á locura su empeño, hubieron de aproximarse demasiado á la costa, de que resultó varar un navío de línea que arrió bandera, y tener que retirarse los demás bastante maltratados. El almirante inglés Saumarez, que mandaba la escuadra de su nación en el combate de Algeciras, después de intentar en vano recuperar el navío *Aníbal*, que así se llamaba el rendido, se retiró con el resto de sus fuerzas á Gibraltar, procurando aumentarlas para operaciones ulteriores.

»Pedido por Linois auxilio á Cádiz, mandó el capitán general del departamento, D. José de Mazarredo, consecuente á las órdenes con que se hallaba del gobierno, saliese para Algeciras la escuadra que estaba en la bahía, y al efecto dió la vela el 9 de Julio, compuesta de cinco navíos y una fragata, á las órdenes del teniente general D. Juan Joaquín Moreno, á que se agregó una división francesa de un navío, dos fragatas y un bergantín, bajo el mando del contraalmirante Dumanoir, y llegó en un día sin novedad al fondeadero de Algeciras.

»Rehabilitados en lo posible los buques franceses, la escuadra combinada franco-española dió la vela de Algeciras á las doce del dia 12 de Julio de 1801, y la componían los buques siguientes:

ESCUADRA ESPAÑOLA

Buques	Cañones	Jefes	
Navío *Real Carlos*.	112	Comandante,	el capitán de navío D. José Ezquerra.
Id. *San Hermenegildo*. .	112	Id.	el capitán de navío D. Manuel Emparán.
Id. *San Fernando*. . . .	90	Id.	el capitán de navío D. Joaquín de Molina.
Id. *Argonauta*.	80	Id.	el capitán de navío D. Juan Herrera Dávila.
Id. *San Agustín*.	74	Id.	el capitán de navío D. Ramón Topete.
Fragata *Sabina*.	40	Id.	el capitán de fragata D. Miguel Gastón, conduciendo á su bordo al general Moreno y al contraalmirante Linois (a).

(a) El general Moreno había trasbordado á la *Sabina* del navío de su insignia, porque así lo prevenían las instrucciones del general Mazarredo.

desdichadas empresas, fué paulatinamente destruída. Tal resultado nos dió la funesta alianza con Francia; y por querer seguir uncidos al carro de Bonaparte, aun nos esperaban mayores desastres. Porque ansiando Napoleón poner en práctica su plan de bloqueo continental, y no pudiendo lograr que la nación portuguesa rompiera sus relaciones con la Gran Bretaña, consiguió de Godoy que España entrara en la guerra, invadiendo la reducida nación vecina. Nada parecía más fácil que avanzar en triunfo hasta Lisboa, porque el gobierno portugués no se hallaba en disposición de contener el poderoso ejército que amenazaba desde las márgenes del Tajo y del Miño las fronteras de su reino; y resultó, en efecto, que el ejército español, fuerte de 70,000 hombres, y apoyado por un cuerpo francés de 15,000, cruzó sin obstáculo la frontera portuguesa, empujó á las tropas que intentaban disputar el paso hasta las plazas de Olivenza y Jeromenha, ocupó luego á ésta, puso sitio á Campo Mayor, y entró en Olaya, Barbacena y San Vicente. El grueso

Escuadra francesa

Buques	Cañones	Jefes
Navío *Formidable*	74	Capitán, Mr. Fronde.
Id. *Indomptable*	74	Id. Mr. Moncourte.
Id. *Desaix*	74	Id. Mr. Pellière.
Fragata *Muiron*	40	Id. Mr. de Martineng.

División francesa á las órdenes del contraalmirante Dumanoir

Buques	Cañones	Jefes
Navío *San Antonio*	74	Capitán, Mr. Roy.
Fragata *Indiana*	40	Id. Mr. Proteau.
Id. *Libre*	34	Id. Mr. Bourdet.
Bergantín *Vautour*	14	Id. Mr. Reniel.

«A la vela la escuadra combinada, lo flojo y contrario del viento retardaron su derrota, y también el empeño de los franceses de conducir á Cádiz el navío apresado; pero al fin, éste y la fragata *Indiana* que lo remolcaba, tuvieron que arribar á Algeciras. La escuadra, sin este estorbo, anocheció algo más avante de Punta Carnero, haciendo rumbo para desembocar al Océano, con el viento cerrado en popa, y navegando en el siguiente orden de marcha:



«El almirante inglés Saumarez, dió la vela de Gibraltar, poco después que nuestra escuadra de Algeciras, y componían la suya cinco navíos y varias fragatas y buques menores: en la anochecida seguía la retaguardia de la escuadra combinada á una ó dos leguas de distancia; en esta situación, y con la oscuridad que proporcionaba la noche muy lóbrega, el almirante Saumarez ordenó al *Soberbio*, navío sumamente velero, que atacase la retaguardia de la escuadra franco-española; así lo verificó y apagadas las luces para no ser visto, se situó entre los navíos de tres puentes españoles, poco después de las diez de la noche, y en esta situación descargó las baterías de los dos costados, dando una fuerte orzada para atravesar y no sufrir la contestación: en el momento se notó fuego en el navío *Real Carlos*, que cubría el centro de la retaguardia: ignórase á la presente si el fuego provino de haberle arrojado el navío inglés materias incendiarias, ó haberse incendiado algún repuesto en el mismo buque: el *Real Carlos* descargó sus cañones de las baterías de estribor para contestar á su enemigo; pero como éste había desaparecido de la escena, sus balas ofendieron al *San Hermenegildo*: el comandante de este buque, D. Manuel Emparán, nacido en la patria del célebre navegante Juan Sebastián de Elcano, y con la osadía, aunque no con la fortuna de su ilustre compatriota, no sólo contestó á los fuegos del que tuvo por contrario, entablando con él un combate vigoroso, sino que metió sobre babor para decidir la acción al abordaje: á su vez, D. José Ezquerra, comandante del *Real Carlos*, lleno del mismo ardor que su compañero de infortunio, metió sobre estribor, y al poco tiempo se abordaron ambos bajeles, conociéndose entonces la fatal equivocación que había armado á aquellos denodados españoles unos contra otros. El fuego del *Real Carlos*, que no había podido sofocarse, se comunicó al *San Hermenegildo*, y uno en pos del otro se volaron, pereciendo más de 2,000 hombres que los tripulaban, de aquellos valientes que el año anterior, á las órdenes del mismo bizarro Moreno, rechazaron del Ferrol gloriosamente á los ingleses. Así concluyeron sus días los bravos capitanes de navío D. Manuel Emparán y D. José Ezquerra, merecedores de mejor suerte, y de un fin más glorioso... El general Moreno y el almirante francés, observaban desde la *Sabina* aquella catástrofe, sin saber quiénes eran los amigos ó enemigos, y sólo la claridad del día puso de manifiesto el rigor de tanta desdicha.»

del ejército portugués, colocado entre Arronches y Portó-alegre, no pudo sostenerse contra los respetables cuerpos atacantes, y deshecha su vanguardia, repasó el Tajo, dejando á descubierto Castel-da-vide y Ouguela, que capitularon. Campo Mayor, plaza de las más reputadas, rindióse también, y sólo Yelves sosteníase con harta pena. En tan críticas circunstancias, el gobierno portugués solicitó y obtuvo la paz, firmándose el tratado en Badajoz el 6 de Junio de 1801; pero este tratado hecho por Godoy sin consultar á Napoleón, aunque obligaba á Portugal á cerrar sus puertos á los ingleses, fué mirado por el francés con gran disgusto; y aunque por entonces lo disimuló, vengóse al ajustarse el 25 dé Marzo de 1802 la paz de Amiens, por la que cedió á Inglaterra la isla española de la Trinidad: cláusula ésta altamente humillante para la nación que le



EL GENERAL BONAPARTE
Dibujo hecho en presencia de un notabilísimo grabado de J. Vockerodt

había regalado naves, apoyado con ejércitos y subvencionado con fortísimas sumas. Pero el torpe favorito y el apocado monarca no se dieron por entendidos; y cuando en 1804 volvió á estallar la guerra, y la Gran Bretaña requirió á nuestra patria respecto de su conducta, nuevamente se puso el gobierno español al lado del francés. Es cierto que Inglaterra cometió la vileza de arrebatarnos aquel mismo año, y á la sombra de la paz, cuatro fragatas que venían de América con rico cargamento; pero no es menos cierto tambien que España daba á Francia un subsidio anual de 288 millones de reales, lo que no abonaba ciertamente la neutralidad (1). El hecho es que, desde aquel instante, el gobierno español puso á disposición del francés sus naves, sus tropas y sus tesoros, y abdicó hasta su iniciativa.

(1) Por el tratado de San Ildefonsó, el primer cónsul francés había obtenido de España hombres, caballos y armas; en Mayo de 1801 consiguió la entrega de seis navios de línea; mas como lo que necesitaba para ir realizando sus planes era dinero, en 15 de Octubre de 1803 firmó en París un convenio, mediante el cual se reducían á dinero ó subsidio anual las obligaciones que había contraido el monarca español con la República francesa. El art. 2.° de este convenio dice que «el primer cónsul consiente que se conviertan las obligaciones *impuestas* á España por los tratados que *unen* á ambas potencias en subsidio pecuniario de seis millones mensuales (24 millones de reales), que entregará España á su aliado desde que se renueven las hostilidades hasta el fin de la guerra presente». ¡Obligaciones *impuestas* que unen

Era la idea de Napoleón tentar un formidable desembarco en Inglaterra, y para apartar de sus costas la escuadra británica, mandó que la española y francesa, combinadas, se dirigieran contra la Martinica, desde la cual debían de improviso regresar á Europa y presentarse en el canal de la Mancha. Al efecto exigió del gobierno español grandes sacrificios, y en 30 de Marzo de 1805 consiguió que la escuadra francesa partiera de Tolón para incorporarse en Cádiz á la hispana, cuyo mando tenía D. Federico de Gravina. Ambas partieron para las Antillas, mandadas por el almirante Villeneuve, á cuyas órdenes fué Gravina colocado; pero el almirante Nelson, á quien se trataba de burlar, en los veinte días que Villeneuve perdió en el fondeadero de la Martinica, trasladóse á la isla de Barbada, y tal terror infundió su arribo en el ánimo de Villeneuve, á la sazón en marcha hacia la isla de Guadalupe, que, no obstante la superioridad de sus naves, resolvió dar la vuelta á Europa para no comprometerse en un combate. Era Villeneuve un hombre valiente, experto en las maniobras, amante de la disciplina, mas por desgracia estas cualidades no constituyen un buen jefe; carecía de capacidad, y sobre todo de serenidad: el nombre de Nelson le hacia perder la calma, y el temor de desagradar á su amo era otro sentimiento no menos poderoso en su espíritu. La antítesis de este carácter era el de Gravina, *todo genio y decisión en el combate*, segun frases del general Lauriston, pues reunía grandes dotes de entendimiento y tanta energía como sagacidad. Mas, por desgracia, Gravina estaba supeditado á Villeneuve, y ésta fué la mayor torpeza que pudo cometer Napoleón y la mayor fatalidad para las dos escuadras. Tan azorado anduvo el almirante francés, que ni siquiera procuró volver á las Antillas francesas para desembarcar las tropas que allí había embarcado, y despachó con cuatro fragatas las que en ellas cupieron, para que las llevasen á la Martinica, quedando las demás á bordo; con lo cual privó á las citadas Antillas de una fuerza útil, y recargó la escuadra con otras no convenientes. Al rico convoy apresado pocos días antes le prendió fuego, y efectuado esto, Villeneuve emprendió su viaje á Europa, sin otra idea que la de encerrarse en el primer puerto militar que hallara, que era el de Cádiz. A duras penas se logró disuadirle de este propósito y hacer que se decidiera á entrar en el del Ferrol, no obstante las órdenes terminantes que de Napoleón tenía de pasar á la costa francesa. Pero he aquí que, al hallarse la escuadra combinada á la altura del cabo Finisterre, salióle al encuentro la inglesa que mandaba Calder, y que para ello había abandonado el bloqueo del Ferrol. Ya no cupo duda á Villeneuve de que iba á empeñarse el combate; pero sus perplejidades y vacilaciones fueron causa que éste no produjera una victoria decisiva. Después de emplear dos horas en formar la línea de batalla, mura á babor, quedó en vanguardia la escuadra española y Villeneuve en el centro. La inglesa maniobró con intento de doblar la retaguardia, lo que Villeneuve procuró evitar, ordenando que se virara en redondo. Fué el primero en romper el fuego el *Argonauta*, que montaba Gravina; trabóse el combate como á medio tiro de cañón entre nuestra vanguardia y toda la línea inglesa, y fué extendiéndose hasta el centro de la línea española; pero una espesa niebla ocultaba por intervalos los buques enemigos. Así y todo, hicieron los nuestros tan nutrido y acertado fuego, que desarbolaron dos navíos ingleses, y después de algunas horas de violento cañoneo hicieron alejar á los contrarios (22 de Julio 1805). En el transcurso del combate no intervinieron los navíos franceses,

á dos potencias!—exclama un autor;—no es mal maridaje. Verdadera mofa es el art. 6.º, por el que Francia reconoce la *neutralidad* de España. Si nuestra patria compraba á tal precio el derecho de vivir en paz con la República, con igual razón podía exigir Inglaterra el estipendio para respetar esta neutralidad *sui generis*.

He aquí cómo se expresaba con respecto al tratado de subsidios nuestro representante en París, D. Nicolás de Azara, en su despacho de fecha 16 de Octubre de 1803:

«Veo que el Príncipe de la Paz ha firmado cuantos artículos le ha presentado *ferozmente* Beurnonville, que son los mismos que yo había rehusado firmar, porque en ellos se comprende evidentemente el envilecimiento de la Corona, la ruina y disolución total de la monarquía, cosa á que yo no me prestaré nunca, mientras respire un aliento de vida; pues creo, ademas, que si un enemigo victorioso capitulase con Madrid en la puerta de Alcalá no dictaría condiciones más duras ni más humillantes: ese convenio es absurdo, inejecutable; la neutralidad no es posible; mas Bonaparte dice, que pues el Príncipe de la Paz ha firmado el convenio, autorizado por el Rey, quiere que se lleve á efecto sin quitar ni poner una sílaba.» Y en otro oficio de la misma fecha añadía: «La guerra más desastrosa del mundo no podría reducir á España á condiciones más humillantes que el tratado de subsidios.»

Firmó, sin embargo, el digno Azara el convenio, obedeciendo las órdenes del monarca español; pero renunció, aunque pobre, su embajada.

colocados á retaguardia; pero terminado que fué, y así que se disipó la niebla, encontráronse á faltar dos navíos españoles, que, envueltos por el enemigo, hubieron de rendirse. El honor de este combate pertenece á los españoles que, según Napoleón, *se batían como leones*; el enemigo no trató de repetirlo, y Villeneuve, después de haber tratado de darle alcance, fué á meterse en Vigo, desde cuyo puerto se trasladó al del Ferrol. Allí recibió órdenes terminantes del emperador francés para que se trasladara á Brest, pues Bonaparte lo tenía todo dispuesto para operar en el Canal; pero tan perdido el juicio tenía Villeneuve, que, en vez de cumplir las órdenes del Emperador, se dirigió á Cádiz. Gravina, que por estos días había recibido de Napoleón un testimonio altamente honroso (1), así que llegó á Cádiz trasladóse á Madrid para representar al inhábil ministro las torpezas del almirante francés, y el descontento que reinaba en la escuadra de seguir á sus órdenes. Godoy se contentó con manifestar que le constaba que de un momento á otro sería relevado. Desgraciadamente en este intervalo sobrevino una nueva y terrible catástrofe.

Era realmente cierto que Napoleón había acordado el relevo de Villeneuve, reemplazándole con Rosilly, y esto hizo que el inepto almirante, después de permanecer cerca de tres meses en Cádiz desobedeciendo al Emperador, tratara de salvar su reputación comprometiendo las escuadras que tenía á sus órdenes al albur de una batalla. Mandó, al efecto, reunir en consejo de guerra todos los oficiales franceses y españoles para que emitiesen dictamen acerca de la conveniencia de salir del puerto de Cádiz. Los españoles manifestáronse contrarios á este plan, ya por lo avanzado de la estación, ya por el temporal que amenazaba, ya por el mal estado de algunos navíos; además ninguna razón imperiosa exigía la salida del puerto. Los franceses no todos estuvieron de acuerdo, pues ganosos algunos de desquitarse del mal papel que el 22 de Julio hicieron, opinaron por marchar en busca del enemigo, si bien la mayoría declaró que la salida era una imprudencia en el estado en que se hallaba la mayor parte de los buques. Hizo atinadas observaciones Churruca, indignóse Villeneuve, y pronunció palabras malsonantes; lo que obligó á Gravina á replicarle en estos términos: «Señor almirante: siempre que los españoles han operado con escuadras combinadas, han sido los primeros en entrar en fuego, y esto lo hemos demostrado recientemente en Finisterre.» Por último, llegóse al extremo de cruzarse agrias palabras, y concertarse un duelo entre el brigadier Galiano y el contraalmirante Magón, duelo que no llegó á verificarse por haber perecido ambos en la próxima batalla.

Lo que en definitiva se resolvió en el consejo fué, que se saldría en busca de la escuadra inglesa, «cuando se supiera que el enemigo había dividido sus fuerzas»; pero Villeneuve, sabedor de que Rosilly acababa de llegar á Madrid y de un momento á otro se haría cargo de la armada, dió al general D. Federico Gravina, que mandaba la escuadra española, inmediato aviso de levar anclas (19 de Octubre). A este tiempo la escuadra inglesa, que á las órdenes de Nelson cruzaba á la altura de Cádiz, como en acecho de la española, habíase robustecido con diferentes cruceros y se hallaba concentrada y en disposición de entablar el combate. El almirante Nelson tenía á sus órdenes á Collingwood, marino menos célebre, pero que le cedía en poco, tocante á prendas militares. Era el primero un hombre de inteligencia profunda y creadora, de carácter estoico y de actividad extraordinaria; conocedor profundo del mar, de las cualidades de su gente y de las de sus enemigos: era Collingwood más metódico, igualmente sereno y tal vez mejor maniobrero; como Nelson ambicionaba la gloria, pero sin que empañara su brillo la emulación; porque amaba á su compañero entrañablemente y quería á su patria tanto como Nelson. «Seremos dos en uno», le escribía pocos días antes éste; y, en efecto, por igual cupo la gloria á los dos en Trafalgar. Pero si la escuadra inglesa contaba excelentes jefes, tenía asimismo escogidas tripulaciones, compuestas de veteranos educados en los peligros del mar y de los combates; y de distinguidos oficiales, en los que, dice un historiador, estaba profundamente grabada la máxima de que en un día de batalla, el único puesto conveniente á todo capitán de navío, es el que se

(1) El ministro de Marina francés le escribió en estos términos:

«S. M. I. ha visto con una viva satisfacción la brillante conducta que vos, Sr. Almirante, y toda la escuadra española, habéis tenido en el combate del 22 de Julio.»

halla bajo el fuego de los cañones enemigos. A la luz de este principio, en muchas circunstancias podian suplir los subalternos las omisiones de su jefe superior. Pero debe advertirse que, antes de empeñarse en el combate de Trafalgar, Nelson hizo presente á todos los comandantes que siendo su objeto entablar batalla decisiva, en el caso de que las señales de mando no se dejaran ver, ninguno contraería responsabilidad si con prontitud y brío se colocaba al costado de cualquier barco enemigo hasta hacerle arriar bandera (1). ¡Cuán diferente la disposición de los ánimos y las condiciones de la marinería en la escuadra aliada! Los jefes no se miraban bien unos á otros, los marineros eran más valientes que disciplinados; los contramaestres y guardianes, poco aptos; la oficialidad en general y especialmente la española, excelente, contra lo que afirma con suma ligereza

(1) Las instrucciones dadas por el almirante inglés antes del combate son un modelo de previsión y precisión que honran su gran talento militar. Basta compararlos con los que redactó Villeneuve á su salida del puerto de Tolón, para apreciar la inmensa superioridad de aquél sobre éste. Dichas instrucciones se insertan aquí, no sólo como ejemplo, sino porque casi ofrecen la narración anticipada del combate:

»A bordo del *Victory* y frente á Cádiz, 10 de Octubre de 1805.

»A la par que es menos que imposible conducir al combate una escuadra de 40 navíos con vientos variables y una atmósfera nebulosa, ó en otras circunstancias que pueden presentarse, sin una pérdida de tiempo que dejaría probablemente que se malograse la ocasión de empeñar al enemigo en términos que hiciesen decisivo el combate, he resuelto que la escuadra, exceptuando el navío del comandante en jefe y del segundo comandante, ocupe una posición tal, que el orden de batalla sea el de marcha: esto se conseguirá formando la escuadra dos columnas de á 16 navíos cada una, y teniendo una división de vanguardia compuesta de ocho de los navíos de dos puentes los más veleros. Así podrá siempre formarse, si es necesario, una línea de 24 navíos, uniéndose á una de las columnas que el comandante en jefe quiera. El segundo comandante, en cuanto yo le haya dado mis instrucciones, tendrá la dirección absoluta de su columna para comenzar el ataque de los buques enemigos, y les seguirá hasta que queden apresados ó destruidos.

»Si se descubre la escuadra enemiga al viento en línea de batalla, y que las dos columnas y la división de vanguardia puedan alcanzar esa línea, *ésta probablemente tendrá tal extension, que la cabeza no podrá acudir en socorro de la cola.* Por tanto, es verosímil que haré la señal al segundo comandante de cortarla hacia el duodécimo navío, contando desde la cola, ó por donde pueda, si no puede llegar á esa altura. Yo, con mi columna, atacaré hacia el centro, y la división de vanguardia atacará dos, tres ó cuatro navíos más arriba del centro, de manera á tener la seguridad de atacar el navío del comandante en jefe de la escuadra enemiga, buque que es preciso atacar á todo trance. El plan general de la escuadra británica debe ser el de estrechar todos los buques enemigos desde el segundo ó el tercero más allá del comandante en jefe (suponiendo á éste en el centro) hasta la cola de la línea. Quiero suponer que 20 bajeles de la línea enemiga no hayan sido atacados; mas pasará mucho tiempo antes que puedan hacer un movimiento que les traiga á poder atacar una parte de la escuadra británica ó á socorrer sus compañeros, lo que hasta imposible sería sin confundirse con los buques empeñados. También quiero suponer que la escuadra enemiga cuente con 46 navíos y que la nuestra no tenga más que 40. Si tiene menos, un número proporcionado de su línea quedará cortado; pero nuestros buques deben ser más numerosos en una cuarta parte que los bajeles cortados.

»Hay que dar algo á la fortuna; nada es seguro en un combate naval; es su ley más que en cualquier otro trance: las balas se llevan nuestros palos y nuestras vergas, lo mismo que las del enemigo; mas tengo confianza que conseguiremos la victoria antes de que la vanguardia del enemigo pueda acudir en socorro de la retaguardia, y en este caso, la escuadra británica se hallará en disposición de recibir los 20 navíos intactos que vengan de refuerzo, ó de perseguirlos si intentan escaparse. Si la vanguardia vira viento adelante, los navíos capturados deberán pasar á sotavento de la escuadra británica. Si el enemigo vira viento atrás, la escuadra británica deberá situarse entre el enemigo y los navíos que habrá apresado y sus propios buques desamparados. Si el enemigo se acerca, en este caso ningún recelo hay del resultado.

»En todos los casos posibles, el segundo comandante dirigirá los movimientos de su columna en un orden tan ceñido como las circunstancias lo permitan. Los capitanes deberán mirar su columna respectiva como el centro de reunión; mas en el caso que las señales no puedan verse ni entenderse claramente, todo capitán habrá cumplido si barlovea su buque con uno enemigo.

ORDEN DE MARCHA Y DE BATALLA DE LA ESCUADRA BRITÁNICA

Divisiones

Vanguardia	8 buques.
Columna al viento	16 »
Columna á sotavento	16 »
	40 »
Línea enemiga	40 *(a)* »

»Las divisiones nuestras serán dirigidas juntas hasta tiro de cañón de la línea enemiga; entonces haré probablemente la señal á la columna de sotavento de arribar y de ir con todo el aparejo fuera hasta las bonetas, con el fin de alcanzar lo más pronto posible la línea enemiga y de cortarla por el duodécimo navío, empezando desde la cola. Es posible que algunos bajeles no consigan cortar por el punto que es de desear que lo hagan, mas estarán siempre en disposicion de ayudar á sus compañeros. Si algunos hay que se encuentren echados hacia la cola de la línea, completarán la derrota de los 12 navíos enemigos. Si la escuadra enemiga vira viento atrás, todos á un tiempo, ó deja arribar para correr largo, los 12 navíos que formarán en la primera posición la retaguardia del enemigo, deberán ser siempre el punto de mira de los ataques de la columna de sotavento, á menos que otra cosa mande el comandante en jefe, lo que no es de creer, porque la dirección absoluta de su columna de sotavento, después que las instrucciones del general en jefe hayan sido bien entendidas, debe quedar al almirante que manda la columna. Lo demás de la escuadra quedará á las órdenes del comandante en jefe, quien cuidará que los movimientos del comandante, su segundo, tengan toda la libertad posible.

NELSON.»

(a) Nelson suponía la escuadra combinada más fuerte de lo que era.



COMBATE NAVAL DE TRAFALGAR

21 Octubre 1805

Explicación del plano inglés que representa la posición de las escuadras antes de empezar el combate

(11 y media de la mañana)

ESCUADRAS FRANCESA Y ESPAÑOLA

	Cañones
1 — Neptuno	74
2 — Scipion	74
3 — Intrépide	74
4 — Rayo	100
5 — Cornelie, fragata	40
6 — Formidable	80
7 — Duguay-Trouin	74
8 — Rhin, fragata	40
9 — Mont-Blanch	74
10 — San Francisco d'Assisi	74
11 — Héros	74
12 — San Agustin	74
13 — Furet, brig.	18
14 — L'Observatoire, bergantin	16
15 — Santisima Trinidad	130
16 — Bucentaure	80
17 — Redoutable	74
18 — Neptune	80
19 — Hortense, fragata	40
20 — San Leandro	64
21 — San Justo	74
22 — Indomptable	80
23 — Santa Ana	112
24 — Fogueux	74
25 — Pluton	74
26 — Monarca	74
27 — Flora, fragata	44
28 — Mercurio, fragata	40
29 — Algesiras	74
30 — Aigle	74
31 — Bahama	74
32 — Swiftsure	74
33 — Montañes	74
34 — Argonaute	74
35 — Berwick	74
36 — San Ildefonso	74
37 — San Juan Nepomuceno	74
38 — Hermione, fragata	40
39 — Thémis, fragata	40
40 — Argonauta	80
41 — Achille	74
42 — Principe de Asturias	112
43 — Argus, bergantin	16

ESCUADRA BRITÁNICA

	Cañones
A — Victory, Nelson	100
B — Téméraire	98
C — Neptune	98
D — Africa	64
E — Conqueror	74
F — Leviathan	74
G — Britannia, Northesk	100
H — Euryalus, fragata	38
I — Orion	74
J — Ajax	74
K — Agamemnon	64
L — Naiad, fragata	36
M — Entreprenaote, fragata	
N — Phœbe, fragata	38
O — Minotaur	74
P — Spartiate	74
Q — Sirius, fragata	38
R — Pickle, goleta	
S — Royal Soverign, Collingwood	100
T — Belleiste	74
U — Mars	74
V — Tonnant	80
W — Bellerophon	74
X — Colossus	74
Y — Achille	74
Z — Polyphemus	64
AA — Revenge	74
BB — Dreadnought	90
CC — Swiftsure	74
DD — Defence	74
EE — Defiance	74
FF — Thunderer	74
GG — Prince	98

Según James, concienzudo autor de la *Historia de la Marina*, á cuya obra pertenece el plano copiado, no estuvieron presentes en la batalla ni la *Flora*, ni el *Mercurio*, ni el *Observatoire*.

RELACIÓN DE LA ESCUADRA COMBINADA QUE EMPEZÓ Á SALIR DE ESTA BAHIA DE CÁDIZ EL DIA 19 DEL CORRIENTE Y CONCLUYÓ EL 20

Suplemento al DIARIO MERCANTIL de Cádiz, del Lunes 21 de Octubre de 1805

CUERPO FUERTE: SEGUNDA ESCUADRA Ó VANGUARDIA

Buques	Nación	Cañones	Nombres	Comandantes
Navio	Francés	74	Pluton	M. Cosmao.
»	Español	74	Monarca	D. Teodoro Argumosa, capitán de navio.
»	Francés	74	Fougueux	M. Baudouin.
»	Español	112	Santa Ana	El teniente general D. Ignacio Maria de Alava, y capitán de bandera, D. Jose Gardoqui, cap. de navio.
»	Francés	80	Indomptable	M. Hubert.
»	Español	74	San Justo	D. Miguel Gastón, capitán de navio.
»	Francés	74	Intrepide	M. Infernet.
Fragata	Francesa	40	Rhin	M. Hénaux.

PRIMERA ESCUADRA Ó CENTRO

Buques	Nación	Cañones	Nombres	Comandantes
Navio	Francés	74	Redoutable	M. Lucas.
»	Español	64	San Leandro	D. José de Quevedo, capitán de navio.
»	Francés	80	Neptune	M. Maistral.
»	Francés	80	Bucentaure	Comandante general, M. l'almiral Villeneuve; jefe de Estado Mayor, M. Rigny, y capitán de bandera, M. Magendie.
»	Español	136	Santisima Trinidad	El jefe de escuadra D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, y cap. de bandera, D. Francisco Uriarte, brigadier.
»	Francés	74	Héros	M. Poulain.
»	Español	74	San Agustin	D. Felipe Xado Cagigal, brigadier.
Fragata	Francesa	40	Hortense	M. La Meilleraie.
Bergantin	Francés	18	Furet	M. Dumay.

TERCERA ESCUADRA Ó RETAGUARDIA

Buques	Nación	Cañones	Nombres	Comandantes
Navio	Francés	74	Montblanch	M. Le Villegris.
»	Español	74	San Francisco de Asis	D. Luis de Flores, capitán de navio.
»	Francés	74	Duguay Trouin	M. Touffet.
»	Francés	80	Formidable	El contralmirante Dumanoir, y capitán de bandera, M. Leteiller.
»	Español	100	Rayo	D. Enrique Macdonell, brigadier.
»	Francés	74	Scipion	M. Bérenge.
»	Español	80	Neptuno	D. Cayetano Valdés, brigadier.
Fragata	Francesa	40	Cornélie	M. Martineng.

ESCUADRA DE OBSERVACIÓN: PRIMERA DIVISIÓN

Buques	Nación	Cañones	Nombres	Comandantes
Navio	Español	74	San Juan Nepomuceno	D. Cosme Churruca, brigadier.
»	Francés	74	Berwich	M. Camas.
»	Español	112	Principe de Asturias	Comandaote general, el teniente general D. Federico Gravina; mayor general, el jefe de escuadra don Antonio Escaño, y capitán de bandera, D. Rafael Hore, brigadier.

ESCUADRA DE OBSERVACIÓN: Continuación de la PRIMERA DIVISIÓN

Buques	Nación	Cañones	Nombres	Comandantes
Navio	Francés	74	Achille	M. D'Nieuport.
»	Español	74	San Ildefonso	D. José de Vargas, brigadier.
»	Francés	74	Argonaute	M. Epron.
Fragata	Francesa	40	Themis	M. Jugan.
Bergantin	Francés	16	Argus	M. Taillar.

SEGUNDA DIVISIÓN

Buques	Nación	Cañones	Nombres	Comandantes
Navio	Francés	74	Swiftsure	M. Villemadrin.
»	Español	80	Argonauta	D. Antonio Pareja, capitán de navio.
»	Francés	74	Algésiras	El contraalmirante M. Magon, y capitan de bandera, M. Brouard.
»	Español	74	Montañés	D. Francisco Alcedo, capitán de navio.
»	Francés	74	Aigle	M. Courrége.
»	Español	74	Bahama	D. Dionisio Alcala Galiano, brigadier.
Fragata	Francesa	40	Hermione	M. Mahé.

Navíos españoles	15
Navios franceses	18
Fragatas francesas	5
Bergantines franceses	2
Total general de buques	40
Total de cañones	2,870

ESCUADRA INGLESA

consignada al Lord Nelson, vice-almirante de la Bandera Blanca, teniendo á sus órdenes á los de igual clase Collingwood y Colder y á los contra-almirantes Rickerton, Knigth y Louis.

Navíos	Cañones	Navíos	Cañones	Navíos	Cañones	Observaciones
Victory	100	Tiger	80	Revenge	74	Además otros dos navíos de 80 cañones, cuyo nombre no se conoce, y varias fragatas, corbetas y buques menores.
Britannia	100	Tounant	80	Achilles	74	
Prince of Wales	98	Spencer	74	Minotaur	74	
Deradnought	98	Spartiate	74	Colossus	74	
Neptune	98	Defence	74	Mars	74	
Prince	98	Swiftsure	74	Bellerophon	74	
Queen	98	Orion	74	Poliphemus	64	
Canopus	98	Leviatan	74	Temeraire	98	Total navios . . 29
Donegal	80	Zeolous	74	Conqueror	74	Total cañones. 2,368

Museo Militar

Tip. La Academia



Los Héroes de Trafalgar * Plano de la Batalla, según un original inglés * Monumento erigido á Churruca, en Motrico

Composición de E. Canibell)

M. Soler, Editor.

Mr. Thiers, los buques bien dispuestos y artillados, descollando algunos españoles por su magnitud y solidez, entre ellos la *Santísima Trinidad*, navío de 140 cañones, montado por 1,200 hombres; pero faltaba á la escuadra aliada un almirante, porque Villeneuve, ni por su capacidad, ni por sus conocimientos, ni por su carácter estaba á la altura de su misión; es más: demostró su pusilanimidad y su egoísmo en el hecho de sacrificar su escuadra y la española en un combate de problemático resultado; y aun cuando luchó en él valientemente, comprometió con sus torpezas la suerte de las escuadras que tenía á sus órdenes, y acarreó la muerte de ilustres oficiales y de centenares de soldados.

Descrita la fisonomía de ambos almirantes y las condiciones de las tripulaciones, pasemos á referir la célebre batalla de Trafalgar.



El día 19 de Octubre empezó á salir del puerto de Cádiz la escuadra combinada, y el 20 concluyó de efectuarlo, marchando por el orden que se indica en la *Relación* tomada del *Diario Mercantil* de Cádiz del 21 (1). Componía un total de 15 navíos españoles; 18 navíos, 5 fragatas y 2 bergantines franceses; en junto 33 navíos, de los cuales 4 de tres puentes, con 2,870 cañones. La escuadra franco-hispana hizo rumbo hacia el Estrecho, algo nublado el cielo y con viento del S. O., que cambió á las dos de la tarde al O. N. O.; y á esta hora mandó Villeneuve que formaran las cinco columnas de la escuadra dos líneas, una de ellas el *cuerpo fuerte*, compuesta, como indica el estado á que aludimos de: la segunda escuadra ó vanguardia, la primera ó centro, y la tercera ó retaguardia; y la otra, la *escuadra de observación*, compuesta de dos divisiones. La línea de batalla constaba de 21 navíos, correspondiendo 7 á cada una de las escuadras del cuerpo fuerte: el nombre de los navíos que en cada una de ellas y en la escuadra de reserva llevaban insignia,

(1) Véase la cubierta de la adjunta lámina, en la que asimismo figura la relación de los bajeles ingleses, según la inserta en su *Hist. naval*, el concienzudo escritor inglés Wilian James.

así como el de los jefes de cada escuadra, figura también en el estado, lo que nos ahorra repetirlo aquí.

Veamos ahora en qué disposición se hallaba la escuadra inglesa. Hasta el momento de salir del puerto de Cádiz la combinada, Nelson había mantenido 22 de sus navíos á la vista de Cádiz, con objeto de que le dieran conocimiento de cualquier novedad que notaran en el puerto, y al propio tiempo para ocultar el verdadero número de sus fuerzas. El almirante inglés con los restantes navíos se mantenía al pairo á 16 leguas al Poniente del puerto. Recibido aviso de la salida de la escuadra combinada y á favor de la brisa, hízose á la vela en dirección S. O. Componíase la inglesa de 27 navíos de línea, 4 fragatas, 1 goleta y 1 balandra, estas últimas destinadas al servicio de avisos. Al amanecer del 20 navegaba ya cerca del Estrecho, y aprovechando del viento S. O. siguió la marcha con rumbo al N. O. Hasta las siete de aquella mañana no dió aviso una de las naves avanzadas de la aparición de la escuadra franco-hispana, que navegaba con rumbo al Norte; á la una de la tarde encontróse á unas ocho leguas de Cádiz, y á las cinco nuevo aviso puso en conocimiento de Nelson que 33 velas enemigas hacían rumbo al N. E. Toda aquella noche marchó la escuadra inglesa con rumbo al S. O., y al amanecer el 21, disipada la neblina, distinguióse claramente á la escuadra franco-hispana á unas diez ó doce millas de distancia. Entonces en la armada británica redobló el tambor y cada barco tomó posición, conforme á las instrucciones de su almirante, que consistían en dividirla en dos columnas, una de 14 navíos á las inmediatas órdenes de Nelson y otra de 13 á las órdenes de Collingwood. En esta disposición hizo rumbo hacía el E. (1).

Hemos dicho que la aliada formó entre dos y tres de la tarde del 20 su línea de combate, y quedó aguantando al mal tiempo que en dicha hora comenzó á levantarse. En tal situación, una de las fragatas puestas de avanzada distinguió algunas velas inglesas, lo que hizo presumir á Villeneuve que iba á comenzar el combate; pero no ocurrió así, y la escuadra aliada dirigió al caer la tarde sus proas hacia el Estrecho, divisando, entrada ya la noche, al grueso de las fuerzas enemigas por la parte del Sur. Toda la noche se navegó con rumbo al N. O., y al amanecer encontráronse, según ya hemos indicado, ambas escuadras frente á frente. El combate iba, pues, á entablarse de un momento á otro, y en aquel crítico instante que mayor serenidad exigía, desconcertado Villeneuve, cometió la gravísima imprudencia de cambiar la formación. Mandó el almirante francés virar en redondo á un tiempo y quedó la escuadra en prolongada línea de batalla, amurada á estribor, sobre la división de reserva que mandaba Gravina; el centro confundido con lo que debía ser reserva, la vanguardia formando la retaguardia, y viceversa. Para ejecutar dicha maniobra fué necesario mucho tiempo, pues lo estorbaban la fuerza del viento y gruesa mar. Gravina, al ver aquel trastorno y comprendiendo que la línea de batalla quedaría sobrado débil, pidió á Villeneuve que le dejase obrar como reserva; pero el almirante francés se negó á ello, gracias á lo cual el enemigo pudo realizar perfectamente su plan de ataque, embistiendo con sus dos columnas por dos puntos la línea formada por los franco-hispanos, separando de este modo los buques y batiéndoles en detall (2). La intención del almirante inglés fué conocida

(1) *Relación* del teniente coronel de la Marina Real inglesa Fynmore, en aquellos días grumete del *Africa*.

(2) Para facilitar la explicación de la forma en que atacaron los enemigos, y poder reflexionar sobre las causas á que debe atribuirse su ventaja, reproducimos aquí la descripción de los movimientos efectuados por la escuadra combinada antes del combate, copiando un trozo del parte que en 17 de Diciembre de 1805 redactó el general Escaño; documento que inserta el Sr. Marliani en su preciosa obra *Combate de Trafalgar*.

Cuatro fueron las posiciones que tuvo la escuadra combinada.

«En la primera posición, dice el general Escaño, estaban los enemigos en línea de vuelta encontrada y á barlovento de la escuadra combinada: ésta, navegando en otra línea sin sujeción á puestos, ciñendo el viento por estribor, según se había formado en la noche, cuando se vieron y oyeron señales de estar inmediata la escuadra enemiga. El general Villeneuve hizo señal, desde su navío el *Bucentaure*, de formar la línea de batalla natural de la misma amura, lo que se ejecutó. Los enemigos en este tiempo empezaron á arribar en dos columnas, dirigiéndose la una á atacar la retaguardia y la de barlovento al centro.

»La segunda posición la produjo el movimiento que hizo la escuadra de virar por redondo á un tiempo, ciñendo el viento por babor el navío que quedase de cabeza, y los demás le siguieron orzando en sus aguas sucesivamente. Las cabezas de los enemigos, observando que los combinados cambiaban de mura, variaron el rumbo de corte á que navegaban, para dar caza al centro y la nueva retaguardia que resultaba del movimiento de la escuadra combinada.

»La tercera posición se tomó para restablecer el orden en la escuadra combinada: con este fin era preciso que navegase casi toda á un largo, la marcha estaba del O., y el viento por aquella parte muy flojo, lo que causó que los navíos que iban ciñendo el viento anduvieron poco, y los que iban

de Churruca, quien dijo estas palabras: «Los enemigos van á cortar nuestra línea por el centro y atacarnos por retaguardia; por consiguiente, vamos á quedar envueltos y en inacción la mitad de nuestra línea si el general francés no pone pronto la señal de virar por avante á un tiempo, y doblar á retaguardia para coger al enemigo entre dos fuegos, destruyéndoles antes de que lleguen aquellos nueve navíos que están muy atrasados.» Pero el obcecado Villeneuve no dió la señal que Churruca apetecía; y la desacertada maniobra vino á destruir las confianzas de los oficiales españoles. «Fueron tantas las dificultades de esta maniobra, dice Marliani, que algunos navíos, no pudiendo vencerlas, cayeron á sotavento, sin poder, por más esfuerzos que hicieron, ganar el puesto que debían ocupar. Impaciente entonces el malogrado Churruca al ver el resultado de la falta de conocimientos del almirante Villeneuve, exclamó sobre la toldilla, dirigiéndose á su segundo: «El general francés no conoce su obligación y nos compromete... ¡Qué funesta ha sido siempre para España la unión de sus

con largo, aun con las gavias en facha, se apelotonaron: en tales circunstancias fué necesario que arribasen todos á un tiempo para restablecer el orden, como si el viento se hubiese alargado, cuyo movimiento, hecho sin uniformidad, produjo una línea curva é imperfecta. Notaron los enemigos que esta evolución les alejaba la retaguardia de los combinados, y dividieron sus columnas para poder atacar por muchos puntos y no exponer su escuadra á que fuese batida parcialmente si conservaba su primera formación: la columna que dirigía el almirante Nelson, en el rumbo que se estableció, se propasaba del navío *Trinidad*, á quien se proponía atacar (a), y esto al parecer dió lugar para que, arribando sobre el centro, navegasen sus columnas con el viento abierto por estribor, y que la mayor parte de la vanguardia de la escuadra combinada recibiera el fuego y lo hiciera á la columna de barlovento de dicho almirante.

»La cuarta posición fué que la escuadra combinada, sin haber podido concluir el restablecimiento del orden, tuvo que orzar para recibir al enemigo, y á pesar de que las fragatas señalaban que la línea tomaba demasiada extensión, el resultado fué que los navíos tuvieron que ponerse en facha para evitar abordarse, y muchos salieron de sus puestos y doblaron á sotavento por faltar un lugar en que colocarse. En esta forma estaba la escuadra combinada cuando empezó el ataque.»

La primera formación de la armada franco-hispana, es la que figura en la cubierta de la lámina que va adjunta á la pág. 476.

Habiendo mandado el almirante Villeneuve, al aproximarse el enemigo, una virada en redondo, quedó cambiado el orden de batalla, quedando la retaguardia en vanguardia y viceversa. La alineación se efectuó con trabajo é imperfectamente; el enemigo estaba ya encima. Algunos navíos quedaron fuera de puesto y dejaban un espacio vacío favorable al enemigo. De toda la línea, la retaguardia, desde el navío *Santa Ana* hasta el *Príncipe de Asturias*, fué la que mejor formó. He aquí la disposición en que quedó formada la nueva línea:

Navíos	Fragatas	Bergantines
Neptuno, E.		
Scipioni, F.		
Rayo, E.		
Formidable, F.	Cornelie, F.	
Duguay-Trouin, F.		
San Francisco de Asís, E.		
Mont-Blanc, F.		
San Agustín, E.		
Héros, F.		
Trinidad, E.		
Bucentaure, F.	Hortense, F.	Furet, F.
Neptune, F.		
Leandro, E.		
Redontable, F.		
Intrépide, F.		
San Justo, E.		
Indomptable, F.		
Santa Ana, E.	Rhin, F.	
Fougueux, F.		
Monarca, E.		
Plutón, F.		
Bahama, E.		
Aigle, F.		
Montañés, E.		
Algeciras, F.	Hermione, F.	
Argonauta E.		
Swift-Sure, F.		
Argonaute, F.		
Ildefonso, E.		
Achile, F.		
Príncipe de Asturias, E.	Thémis, F.	Argus, F.
Berwick, F.		
San Juan Nepomuceno, E.		

(a) Esto es un error del general Escaño. Véanse las instrucciones de Nelson, página 476, en que dice: «La división de vanguardia (la suya) atacará dos, tres ó cuatro navíos más arriba del centro, de manera á tener la seguridad de atacar al navío del comandante en jefe de la escuadra enemiga, buque que es preciso apresar á todo trance.» Y lo apresó.

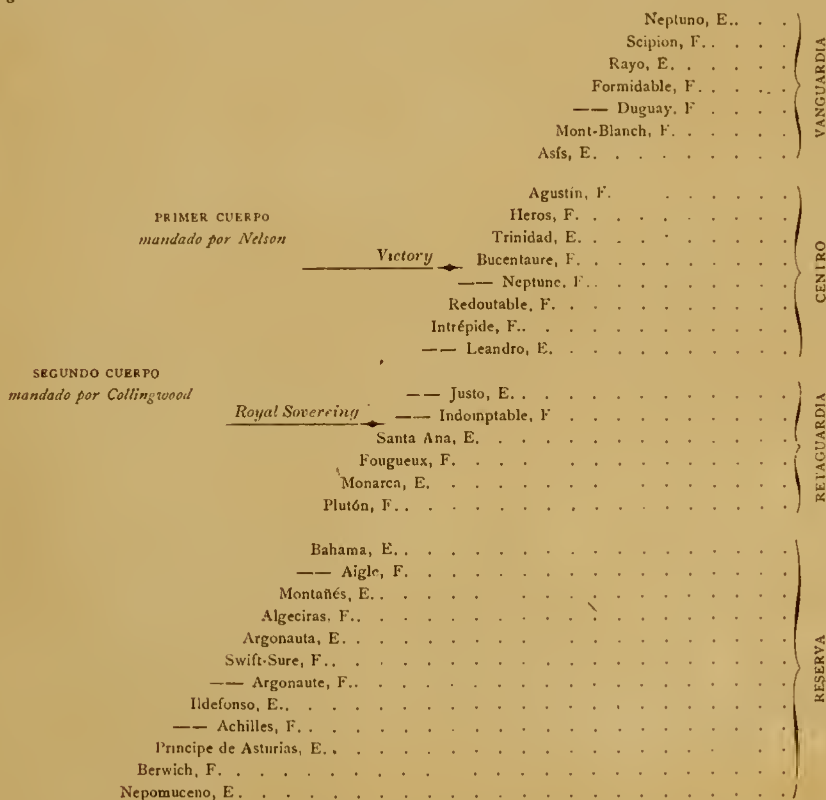
escuadras con las francesas! ¿Recuerda V. lo que decía días pasados del cabo Sicié y del combate de Finisterre, en que fuimos abandonados?»

Hasta las diez de la mañana no terminó su maniobra la escuadra combinada; la inglesa, empujada por la brisa, avanzaba ya á esta hora á todo trapo, y desde lo alto del palo mayor del *Victory*

La escuadra inglesa avanzó en dos columnas en esta disposición:

VANGUARDIA *al mando del almirante Nelson*	RETAGUARDIA *al mando del vicealmirante Collingwood*
Victory.	Royal Sovereign.
Temeraire.	Mors.
Neptune.	Belle Isle.
Conquerer.	Tonnant.
Sewiutheim.	Bellerophon.
Ajax.	Colossus.
Orión.	Achille.
Agamenón.	Polyfhemus.
Minotaur.	Revenge.
Spartiat.	Swift-Sure.
Britannia.	Defence.
Africa.	Thunderer.
Eurygalus.	Defiance.
Sergus.	Prince.
Fhœbe.	Dreadnougth.
Nayard.	
Piclkle.	
Entrepenante.	

Y para que el lector se acabe de formar más clara idea de la disposición de las dos armadas, creemos conveniente copiarla tal como la presenta el Sr. Pérez Galdós en su episodio histórico *Trafalgar;* pues en ella se marcan los navíos desviados que dejaban claro en la línea combinada. Es como sigue:



El dia 19 de Octubre de 1805, recibió aviso la escuadra inglesa que mandaba el almirante Nelson de que la combinada, surta en el puerto de Cadiz, se aprestaba á salir a la mar. Nelson, que habia dado ya sus instrucciones precisas y terminantes para el combate, y que hasta entonces se habia mantenido al pairo á unas diez y seis leguas al Poniente de Cádiz, con el doble intento de ocultar á los enemigos la verdadera fuerza de que se componia, y al mismo tiempo escoger una buena estación en que no hubiese necesidad de entrar en el Mediterráneo, aunque reinasen vientos del Este, como con frecuencia alli sucede, al primer cambio de viento comenzó á hacerse á la vela en dirección al Sudoeste.

Componian su escuadra veintiseis navios, cinco fragatas y una goleta con un total de dos mil ciento noventa cañones. Nelson, según ya hemos dicho, tenia su insignia en el navio *Victory*, de 100 cañones, y Collingwood, su segundo, en el *Royal Sovereign*, también de 100.

Siguió su marcha la escuadra inglesa todo el dia 19, y al rayar el alba del 20 encontróse cerca de la embocadura del Estrecho de Gibraltar, pero sin haber todavia distinguido buque alguno de la escuadra combinada, por cuya razón continuó su marcha con rumbo al Noroeste para aprovechar una ligera brisa que soplaba del Sudoeste. A las siete de la mañana avisó la *Phœbe*, una de las fragatas avanzadas, que la escuadra franco-hispana se distinguia haciendo rumbo hacia el Norte, y á la una de la tarde, ya se encontraba la escuadra inglesa á ocho ó nueve leguas al Sudoeste de Cádiz. Siguió su rumbo hacia el Norte, y á las cinco, cuando la *Eurygalus*, una de las avanzadas, acababa de anunciar que el enemigo parecia estar determinado á navegar con rumbo al Oeste, y Nelson habia contestado diciendo que confiaba en que el comandante Blackenwood distinguiria al enemigo durante la noche, la *Naiade*, otra de las fragatas destacadas, hizo señal de haber avistado 33 velas enemigas que hacian rumbo al Nordeste, continuó su marcha la escuadra inglesa, y á las nueve de la noche, empezó á poner la proa al Sudoeste, en cuya dirección navegó toda la noche. A las seis de la mañana del 21 el navio *Victory* y la mayor parte de los buques ingleses pudieron distinguir ya claramente la escuadra combinada á una distancia como de doce millas. Nelson mandó entonces que la escuadra se formase en dos divisiones (segun lo tenia prescrito en su *Instrucción*), una de catorce navios, que quedaria á sus órdenes y la otra de trece, cuyo mando confiaba al vice-almirante Collingwood. En esta forma se hizo rumbo hacia el Este, y al rayar el dia, ambas escuadras se encontraron frente á frente á una distancia de 10 á 12 millas.

El momento supremo, en que se avistaron las dos escuadras y en que se creía inminente la batalla, fué saludado con efusión y alegria por cuantos componian la escuadra de Nelson, pues miraban como señal de feliz augurio entrar en combate en el mismo dia en que años pasados habia conseguido el célebre y esforzado marino una de sus más brillantes victorias. Al mismo Nelson parecia como que le animaba entrar en acción en un dia que era ya para él de agradable recuerdo, y no sin fundamento esperaba salir airoso de la contienda. Sin embargo, aunque abrigaba esperanzas de ganar el combate, presentia también que no sobreviviria para disfrutar el placer de la victoria. Tenia noticias de que la escuadra enemiga traia un gran numero de hábiles tiradores tiroleses, destinados á ocupar las cofas de los buques, y desde luego conocia que ellos dirigirian la punteria con preferencia á su cuerpo; pero lejos de intimidarle tal idea, manifestó que el mayor deseo de su alma seria morir en el alcázar de su buque en el momento de una segura victoria.

Así fué que, á pesar de los ruegos y de las súplicas de sus amigos, persistió en presentarse vestido con el uniforme de almirante, y llevando sobre su pecho sinnúmero de placas y condecoraciones, que eran, por cierto, otras tantas justas y merecidas recompensas por sus muchos hechos brillantes en defensa de la causa de su pais. Y era tal su deseo y su ansia de venir á las manos con el enemigo, que aún despues de haber convenido con Hardy, uno de los jefes que estaban á sus órdenes, en que serian otros buques los que marchasen á vanguardia en el momento del ataque, soltó toda la vela al *Victory*, y á no ser por el viento, que no le favoreció, hubiera sido el primero en cortar la linea enemiga.

El viento refrescaba á medida que el sol se levantaba sobre el horizonte, y la escuadra inglesa, marchando á todo trapo, se dejaba empujar con suavidad por la brisa, cabeceando majestuosamente los buques á los embates de la gruesa mar de fondo que marchando en dirección de Cadiz, azotaba de continuo sus costados. No menos magnifico, era el aspecto de la escuadra franco-española, que en actitud imponente esperaba la acometida del enemigo, reflejando las corpulentas naves de ambas naciones en sus mojados costados el sol brillante que de lleno las heria. ¡Sublimes fueron estos momentos antes del combate! ¡Cuán tristes habian de ser poco después!

Nelson, que, inspirado, preveia ya segura la victoria, preguntó al comandante Blackenwood, en el momento en que éste marchaba á trasladarse á su buque: «¿En cuánto apreciariais, comandante, la victoria?» —«Atendida la manera con que se nos presenta el combate, contestó el marino, nos podemos dar por satisfechos con la rendición de catorce navios.» —«Pues, yo no me contento con menos de veinte,» respondió Nelson.—Blackenwood le manifestó que quizás viese cumplidos sus deseos, y entonces Nelson, apretándole cariñosamente la mano, le dijo:—«Dios os bendiga, Blackenwood, quizás sea esta la última vez que nos veamos.»—Apenas hubieron soltado sus manos los dos marinos, cuando en lo alto del palo mayor del *Victory*, se hizo aquella elocuente señal. *Inglaterra espera que cada uno cumplirá con su deber.*

Emprendió el ataque la escuadra inglesa formada en las lineas que dejamos dichas, marchando en cabeza de la izquierda Nelson, con el *Victory*, y en cabeza de la linea de la derecha, Collingwood con el *Royal Sovereign*. Aunque Nelson ansiaba ser el primero en romper la linea enemiga, la columna de Collingwood, que marchaba mas fuera de la acción del viento, fué, sin embargo, la primera en llegar á ella. Atravesóla valiente el *Royal Sovereign* por la popa del *Santa Ana*, largando al pasar sus andanadas de fuego de ambos costados, y dejó al navio español á sotavento, quedando expuesto al fuego de sus cañones. Instantáneamente tres ó cuatro de los navios aliados se echaron encima del *Royal Sovereign* y empezaron á fulminar sobre él un horroroso fuego. «Mirad, gritaba Nelson en su buque, como nuestro valiente compañero Collingwood entra ya en acción.» Y á su vez Collingwood exclamaba en medio del estruendo y de la carniceria: «Rotherham, ¡qué no hubiera dado Nelson por encontrarse aqui!» El Almirante, que habia entrado en combate muy poco despues que Collingwood, se encontró acosado de



MUERTE DE NELSON EN EL COMBATE DE TRAFALGAR — COPIA DEL FAMOSO CUADRO DE DANIEL MACLISE

tal manera, que habia quedado sin poder obrar, expuesto á un fuego horroroso de los buques que tenia á sotavento, sin poder presentar ningún costado. En gran peligro se encontró en estos momentos la vida de Nelson; su Ayudante de órdenes habia caido muerto á sus piés; al poco tiempo, dos atinados disparos de uno de los buques enemigos, siembran el terror y el espanto en un pelotón de soldados de marina que ocupaban puestos en la popa, muy próximos al del Almirante, resultando muertos ocho de ellos; un minuto después una bala que pasa entre Nelson y el comandante Hardy, hace creer á ambos al mismo tiempo, que uno de los dos habia sido muerto; desgraciada iba á ser la suerte del *Victory*. Por fin, después de algún tiempo, puede Nelson escapar de aquel grupo de buques que tan terriblemente hostilizaban el suyo, lanza entonces sus andanadas con espantoso efecto y corre á echarse encima del navio francés *Redoutable*, que empezaba ya á ceder á los fuegos del navio inglés *Temeraire*; apenas es observado este movimiento por otro de los buques franceses, cuando va á dejarse caer sobre el *Temeraire*, viniendo á encontrarse, por consiguiente, estos cuatro buques en una encarnizada lucha, pues los costados de uno dan contra los de otro.

El *Victory*, mientras que por la izquierda intentaba apagar con sus fuegos el horroroso que le hacian el *Bucentaure* y el *Santisima Trinidad*, por la derecha tenia que bajar la punteria de sus cañones, á fin de que sus fuegos no fuesen á parar al navio inglés *Temeraire*, que estaba del otro lado del *Redoutable*. Este, que habia tenido que cerrar las portas de su último puente, á fin de impedir por ellas un abordaje, siguió sosteniendo un vivo fuego con las baterias más altas y con los tiradores situados en las cofas. Nelson, á pesar de su nunca desmentida autoridad é inteligencia, tuvo en esta ocasión el descuido de no haber colocado tiradores en las cofas de sus buques, que hubieran aclarado de gente la cubierta de los buques enemigos y hubieran dirigido con especialidad su punteria á los oficiales, ó por lo menos servido para acallar los fuegos de los tiradores, situados en las cofas de los buques contrarios. Caro pagó el insigne Almirante inglés esta falta, pues á una bala de los citados tiradores debió la muerte.

Habia mandado ya por dos veces cesar el fuego contra el *Redoutable*, á causa del triste estado en que se encontraba este buque, cuando una bala disparada desde la cofa del mesana del navio francés, que venia encima del *Victory*, la última de las que el *Redoutable* disparó contra este navio, le arrancó la charretera del hombro izquierdo y fué á penetrar en la espalda. Cayó Nelson de cara sobre la cubierta, y cuando lo estaban levantando unos marineros y vió a Hardy, le dijo: «Me dejaron para el último, Hardy.» Cuando lo conducian hacia la escalera para bajar á la cámara, hizo notar que los guardianes del timón habian sido cortados, y mandó que se renovasen cuanto antes. En seguida, sacando el pañuelo del bolsillo, se tapó con él la herida y las condecoraciones, deseoso de ocultar entonces á su tripulación, por temor de desanimarla, lo que momentos antes no habia querido ocultar de la punteria del fuego enemigo.

Al poco tiempo se supo que la herida era mortal, y Nelson, que ya lo habia conocido, instaba sin cesar al cirujano que le abandonase y acudiese á asistir á los que todavia podian salvarse. Encontrabase muy inquieto y con deseos de saber cómo seguia el combate. «¿No puede nadie traerme á Hardy?» preguntaba, ansioso de saber también si habia muerto.

Vino Hardy; los dos amigos se estrecharon silenciosamente las manos, y despues de una pausa de algunos minutos, dijo Nelson, sin poder ya casi hablar: «Y bien, Hardy, ¿cómo se presenta la acción?»—«Muy bien, diez buques han arriado ya bandera.»—Entonces Nelson, viendo que todo marchaba bien y que ninguno de los buques ingleses se habia rendido, dijo hablando de si mismo: «Soy hombre muerto; me siento acabar muy de prisa; pronto concluiré.» Hardy, que todavia esperaba la salvación de su amigo y jefe, le respondió: «No, es imposible; yo siento algo en mi pecho que me lo dice asi;» y con esta esperanza volvió á subir sobre la cubierta á dirigir el combate, que si decayó algo por parte del *Victory* al saber la tripulación la herida del Almirante, se hizo después más reñido y encarnizado.

Volvió Hardy, después de una hora, á ver á Nelson, ya casi expirante, y aunque en la natural confusión del combate no se habia podido hacer cargo de los buques aliados que ya se habian rendido, le manifestó que por lo menos serian quince, pues todos los navios ingleses, á imitación de los dos que llevaban las insignias de Nelson y Collingwood, se habian empeñado en acción después de romper la linea enemiga, con la misma valentía con que la habian roto el *Victory* y el *Royal Sovereign*. El almirante Nelson contestó á la noticia del capitán Hardy, con estas palabras: «Está bien, pero yo no hubiera querido menos de veinte navios;» deseo que puede decirse que fue una profecia, pues veinte fueron, en efecto, los navios que de ambas naciones arriaron bandera ante el enemigo inglés.

Concluida que fué la acción, dió el Almirante, á quien ya poca vida restaba, la orden de anclar la escuadra, y dijo á Hardy: «Os encargo que no me arrojen al agua después de muerto; ahora besadme.» Hardy se arrodilló y obedeció en silencio la orden de su Almirante, que le dijo: «Estoy satisfecho y tranquilo; muero cumpliendo con mi deber.» Hardy le volvió á besar, recibió su bendición y se despidió de él para siempre.

A los pocos minutos, las siete de la tarde, era ya cadáver.

Hé aqui la *órden general* dada á la escuadra inglesa por el almirante Collingwood al siguiente dia del combate:

ORDEN GENERAL DE LA ESCUADRA. — *A bordo de la fragata «Eurygalus,» 22 de Octubre de 1806.*

«Al muy honorable contra-almirante el conde de Northesk, y á los respectivos capitanes y comandantes de todos los buques de la escuadra: — La muerte para siempre lamentable del lord vizconde Nelson, duque de Bronte, nuestro general en jefe, que perdió la vida en el combate del dia 21, en brazos de la victoria y cubierto de honor, dejará un recuerdo siempre glorioso á la marina y a la nación británica: su celo por el honor del rey y su acendrado patriotismo servirán á los marinos británicos de esclarecido ejemplo en lo venidero. Este lamentable suceso me impone la triste, pero necesaria obligación, de tributar las gracias al muy honorable contra-almirante, á los capitanes, oficiales, tripulaciones y guarniciones que servian á bordo de la escuadra de S. M., que está ahora á mis órdenes, por su conducta en aquel dia; no obstante la imposibilidad que tengo de hallar palabras que expresen mi aprecio por el valor y la emulación con que á porfía se esmeraron los oficiales, las tripulaciones y las guarniciones en el combate con el enemigo, durante el cual cada individuo se portó como un héroe. El ataque fué irresistible, y sus resultas, añadiendo á las páginas de los anales maritimos un nuevo laurel, demuestra lo que pueden alcanzar los hijos de Bretaña, cuando su rey y su patria requieran sus servicios. El muy honorable contra-almirante conde de Northesk, los oficiales y tripulaciones, los oficiales, sargentos, cabos y soldados de infanteria de marina, se servirán aceptar mis más sinceras y cordiales gracias por su meritoria conducta, tanto en el discurso de la acción, como por sus esfuerzos y empeño para salvar á los buques enemigos apresados de la peligrosa situación en que despues de rendidos se encontraban sobre los bajos del cabo Trafalgar. Los respectivos capitanes harán asi entender á los oficiales, tripulaciones y guarniciones este público testimonio del alto aprecio que me merece su conducta, dando á todos mis más cumplidas gracias. — C. COLLINGWOOD.» = *(Extractado de un estudio de D. G. Lobo)*

Evaristo Ullastres
Editor
Barcelona
Tip. La Academia

se hizo la elocuente y célebre señal: *Inglaterra espera que cada uno cumpla su deber* (1). Al medio día comenzó la batalla, siendo la primera en embestir la línea aliada, la división de Collingwood, ó sea la de la derecha. El *Royal Sovereing*, que iba á la cabeza, fué el primer navío que la atravesó, pasando por la popa del *Santa Ana* y largando al mismo tiempo las andanadas de sus dos costados. Tres ó cuatro navíos aliados se lanzaron entonces contra el *Royal Sovereing*, y como pocos minutos después la escuadra de Nelson, ó sea la de la izquierda, hubiera embestido á su vez la línea aliada para cortarla por la popa del *Santísima Trinidad* y la proa del *Bucentaure*, disparando unas tras otras sus andanadas, muy pronto ambas escuadras se hallaron envueltas por densas nubes de humo y tan próximos unos á otros los buques, que, según un testigo, los de tres puentes disparaban por encima de los más pequeños. Rodeado Nelsol por un grupo de buques, que le hacían horroroso fuego, hallóse por breves momentos en situación altamente crítica; pero habiendo conseguido desembarazarse de ellos á fuerza de andanadas, embistió al *Bucentaure*, vigorosamente atacado por el navío inglés *Temeraire*, pero no menos vigorosamente defendido por el *Trinidad*; y como en socorro de aquél acudiera el *Redoutable*, entablóse entre los cuatro buques encarnizada lucha, en que tanto efecto hacía el cañón como el fusil, pues los costados de un buque chocaban con los de otro. Desgraciadamente, al defenderse el *Redoutable* de los buques que le atacaban, arrastrado bajo el viento, dejó abierto paso al enemigo por la popa del *Bucentaure*. Por este vacío penetró la mitad de la columna que mandaba Nelson, y atacó á los demás navíos del centro; la otra mitad tenía en respeto á la vanguardia, y cayó también luego sobre el centro. Rota estaba ya la línea aliada, cogido el centro entre dos fuegos, tan mezclados los bajeles, que franceses y españoles se hacían fuego unos á otros sin saberlo. Fué tan terrible el choque del *Royal Sovereing* y el *Santa Ana*, que quedaron desmantelados, y Alava, que mandaba el segundo, herido sobre la cubierta. La lucha entre el *Victory* y el *Bucentaure* tomó proporciones tales y era tan empeñada, que el *Redoutable*, que en ella tomó parte, tuvo que cerrar las portas de su último puente para impedir por ellas el abordaje. Favorecía á los aliados la ventaja de haber colocado diestros tiradores en las cofas de sus buques, y un disparo hecho desde la cofa del mesana del *Redoutable*, hirió mortalmente á Nelson. Hardy ocupó su puesto, y el combate prosiguió, rindiéndose primero el *Bucentaure*, y atacando luego el *Victory* y otros navíos ingleses al *Santísima Trinidad*, en apoyo del que acudieron el *San Agustín*, el *Neptuno*, mandado por Valdés, y el navío francés *Rayo*. Estos dos últimos, el *Héros*, el *Intrépide* y el *Neptuno*, lanzáronse á la pelea desatendiendo las órdenes del jefe de escuadra Dumanoir, quien, desobedeciendo las órdenes de Villeneuve, separóse á las tres de la tarde con el *Formidable* y algunos otros navíos del combate (2). D. Cayetano Valdés, que había respondido á la orden de retirada hecha por Dumanoir, diciendo que poco le importaba encontrar la muerte en medio del fuego, no bien entró en acción, cayó herido de un

(1) Momentos antes dió Nelson á Collingwood, por medio del telégrafo, el siguiente aviso *Mi intención es atravesar la vanguardia para cortarle el paso hacia Cádiz; corte usted la retaguardia por el undécimo navío.*

(2) Villeneuve, que tantas torpezas cometió antes del combate, batióse cuando llegó la hora con suma bizarría; pero el contraalmirante francés Dumanoir, que mandaba la división de vanguardia, cometió una falta gravísima al retirarse del combate. He aquí cómo le juzga un marino francés, el almirante Jurien de la Gravière en los Estudios marítimos que en 1847 publicó en la *Revue des deux Mondes*:

«Villeneuve extraña que Dumanoir titubee en acudir á su socorro. Desde el principio del combate, la vanguardia no ha tenido al frente más que un miserable navío de 64, el *Africa*, el que, separado durante la noche de la armada inglesa, ha tenido, para llegar hasta el *Trinidad*, que pasar á tiro de cañón por el frente de la división de Dumanoir. Villeneuve, mientras le queda un palo desde donde hacer señales, manda á la vanguardia virar por redondo todos á un tiempo; Dumanoir repite la señal. Si hubiese hecho este movimiento antes, hubiera podido restablecer la igualdad de la lucha; pero un tiempo precioso había transcurrido, los fuegos del *Bucentaure* y del *Trinidad* iban apagándose, y muy pronto se ven caer sus palos. ¡Deplorable resultado de un momento de tergiversación! Dumanoir tiene que asistir á las últimas convulsiones de estos soberbios navíos; cuenta con ansiedad los momentos de vida que les quedan. La vanguardia llegará tarde. Son las tres, antes que la flojedad del viento le haya permitido hacer su movimiento, los diez navíos de vanguardia se separan en dos grupos: el *Scipion*, el *Duguay-Trouin*, el *Mont-blanch* y el *Neptuno*, siguen al *Formidable*, que monta Dumanoir; el *San Francisco*, el *San Agustín*, el *Rayo*, el *Héros* y el *Intrépide* se dirigen hacia el *Bucentaure*. Dumanoir ha escrito que llegar en aquel momento fuera un acto de desesperación, que no hubiera tenido más resultado que aumentar las pérdidas; mas este acto hubiera salvado la memoria del comandante de la vanguardia.»

Dumanoir, sin embargo, no pudo evitar que su división fuera destrozada, pues tomado rumbo para el Norte, salióle al encuentro frente al cabo Ortegal la escuadra que mandaba el contraalmirante Strachan, y después de un empeñado combate, le obligó á rendir sus naves. Al infortunado Villeneuve no le cupo tan siquiera la suerte de perecer en el combate. Abrumado por la desgracia y el remordimiento, suicidóse poco después en Rennes.

metrallazo; el *San Agustín*, después de sostener recia lucha, se fué á pique; Gravina, firme en su puesto en el *Príncipe de Asturias*, y atacado por cinco navíos á la vez durante cuatro horas, cayó á su vez herido, lo propio que el brigadier Escaño; Cisneros peleó con no menos heroísmo desde el *Santísima Trinidad*, pero desarbolada esta nave, sin municiones y sin gente, hubo de rendirla; Alcalá Galiano mandó en lo más reñido del combate clavar la bandera del *Bahama*, y, herido por dos veces, sucumbió, al fin, á un nuevo balazo; y, por último, el valiente Churruca halló muerte igualmente gloriosa en la cubierta del *San Juan Nepomuceno*. Pero no impunemente triunfaba el enemigo de nuestros navíos: el *Royal Sovereing* que, como hemos dicho, rompió el primero la línea española, sufrió tal destrozo, que el almirante Collingwood vióse en la precisión de abandonarlo y trasladarse á la fragata *Eurygalus*; el *Victory*, en el que expiraba Nelson, quedó desarbolado, fuése á pique el *Britannia* y algunos otros á fondo ó vararon junto á las costas inmediatas. En lo más recio de la pelea no dejaba el almirante inglés de pedir noticia de la acción; á las tres, cuando empezó á disminuir el fuego, preguntó el número de buques rendidos. Poco después de terminada, encargó que no le arrojasen al mar, y dijo á Hardy que le besara. A las siete de la tarde expiró. La acción que había comenzado al medio día, llegó á su apogeo á la una y media de la tarde; comenzó á menguar á las tres, y terminó á las cuatro (1). De la armada combinada sólo

(1) G. Lobo, *Combate de Trafalgar*, articulos publicados por el citado capitán de fragata en el *Mundo militar*, año II, 1860.

Hemos seguido para la relación de este combate las relaciones redactadas por marinos, excepción hecha de la debida á Marliani. Respecto á su crítica, nada nos ha parecido mejor que transcribir las reflexiones que acerca de las causas de este desastre escribió el general Escaño, y en Diciembre de 1805 dirigió al gobierno. Helas aquí:

Cuando se medita, después de haber visto las malas consecuencias de una maniobra que antes de ejecutarse se consideró útil, es fácil conocer las faltas de previsión. La escuadra combinada debió esperar al enemigo en una línea bien formada, cerrada y un andar regular en proporción del viento, y prevenido el general que no fuese atacado, de maniobrar sin retardo para doblar bien á los enemigos; pero el general en jefe dió importancia á que la línea fuese la natural y no la accidental, y en lugar de virar al amanecer la vuelta del N. N. O., para que se diese el combate más inmediato á la bahía de Cádiz y restablecer el orden en su línea de batalla de babor, no haciendo más alteraciones que la colocación de jefes en los puntos convenientes, se empleó mucho tiempo en colocar los navíos en unos puestos que aun no se conocían; pues, después de la salida del puerto no hubo lugar de notar el andar respectivo de cada buque, ni de hacer las enmiendas de estiva y aparejo que conviene para que anden y gobiernen bien, circunstancias que, conocidas, hacen preferible el orden natural; tiempo que se necesitaba para formar bien la línea, para ponerla en andar regular, de modo que, teniendo movimiento de rotación, pudiese usar de sus fuegos, y no en facha, como se hallaron casi todos los navíos, para no apelotonarse, lo que fué causa de que aquellos á quienes se dirigieron los enemigos para cortar la línea, no pudieron batirlos hasta que estuvieron por sus costados; tiempo necesario para poder hacer á los generales y capitanes las prevenciones que parecían oportunas para el buen éxito de la acción, pues ningunas se habían hecho como parece regular, á la salida de la mar, con conocimiento de la proximidad de los enemigos.

»Cometido el primer yerro de no tomar la mura á babor y restablecer el orden luego que amaneció; cuando se viró, debió restablecerse la línea, arribar todos los navíos como está prevenido en los restablecimientos; alargándose el viento, las fragatas debieron señalar los pelotones para que los buques inmediatos maniobrasen para alinearlos, y en el acto del combate debían haber estado más próximos para facilitar remolques y comunicar órdenes y noticias.

»Al fin el enemigo cae sobre esta línea mal formada, en facha y toda inmóvil, y ataca muy de cerca, atravesando por los parajes que se les proporciona, maniobrando los unos en sostén de los otros con el mayor acierto y prontitud, manifestando su facilidad de maniobrar, en cuya clase de ataque debían tener la superioridad que les proporcionaba su ejercitada y práctica marinería contra unos buques que no la tenían, y mareada parte de la tripulación.

»Nada es más marinero y más militar que el que una escuadra que está muy de barlovento de otra para cazar sobre ella, forme columnas que despleguen al tiro de los enemigos, formando una línea que entre en el fuego, haciendo tanto ó más daño como pueden causarle aquéllos; pero el almirante Nelson no desplegó sus columnas al tiro de la línea, cayó sobre ella para batir á tiro de pistola, y atravesando para reducir la batalla á combates particulares. Esta maniobra creo que no tendrá muchos imitadores. En dos escuadras igualmente marineras, la que ataque en esta forma debe ser derrotada. Para que no haya sucedido así el día 21 de Octubre, ha sido preciso que la combinada estuviese mal formada, y en facha, como queda dicho, y que en ella hubiese, además de lo referido, otras faltas esenciales relativas, á la maniobra y marinería.

»Los oficiales de guerra, tanto de marina como de ejército, los oficiales mayores, toda la tropa de infantería y la de artillería se han portado bien; las baterías han estado bien servidas; los fuegos se han hecho con orden; la cartuchería fué conducida con método. Sólo cabe servirse mejor la artillería, cuando su montaje y útiles están en el estado de perfección en que la tienen los enemigos. Pero no podemos decir lo mismo de las maniobras ni de los marineros: la de combate, como brazas y otros cabos de mucha importancia en estos casos, es necesario que sea según los modelos que hay en los arsenales, y que aun no son de reglamento en los buques, y la marinería que sea más militar y ejercitada.

»Esta se debe considerar dividida en tres clases: matriculados, voluntarios y gente de leva ó presidio. Los matriculados es gente honrada, pero la mayor parte de ellos son pescadores que no han navegado en los buques de la cruz. Entre los voluntarios hay buenos marinos, pero en general es gente que no conoce disciplina, sin hogar conocido, sin amor al servicio, y sin el entusiasmo que tienen los cuerpos organizados. La mayor parte de la gente de leva es perjudicial á bordo por falta de sargentos y cabos; es difícil que pueda disciplinarse como la tropa; se exime cuanto puede de todo trabajo; y particularmente el de por alto, que no puede hacer sin riesgo de caerse; de modo que no se puede decir que han cumplido bien, pues cuando menos se puede asegurar que han maniobrado con mucho retardo, y que han reparado muy pocas averías, como es preciso en combate. La clase de contramaestres y guardianes, también se debe considerar endeble; la falta de navegar y la repugnancia que tienen muchos buenos hombres de mar á entrar en aquel servicio, la han hecho decaer de algunos años á esta parte, cuando es la más necesaria á bordo de los navíos. Sin embargo, la que estaba embarcada en la escuadra, ha cumplido con la

habían conseguido retirarse con harto destrozo el *Príncipe de Asturias*, el *Santa Ana*, el *San Leandro*, el *San Justo*, el *Montañés*, el *Neptuno* y el *Argonauta*, españoles; y el *Plutón* y el *Indomptable*, franceses. El *Santísima Trinidad*, que había sido hecho prisionero, se hundió en el mar con mucha gente; el *Rayo* y el *Monarca* fueron abandonados en la costa; el *Bucentaure*, el *Fogueux* y el *Berwick* perdiéronse ó fueron abandonados; los que arriba citamos pudieron llegar á la bahía de Cádiz convertidos en boyas, y el *Neptuno* y el *San Francisco*, aunque entraron en ella, perdieron sus anclas y fueron á estrellarse en la costa vecina. «Veintidós mil muertos y mil trescientos ochenta y tres heridos españoles fueron la espantosa hecatombe inmolada á la alianza de la Francia. El estruendo de mil trescientas bocas de fuego de nuestros navíos, de mil quinientas noventa y cuatro de los navíos franceses, á que contestaban las dos mil ciento sésenta y cuatro de la escuadra inglesa, fué el horrible saludo de despedida de una fatal alianza que tanta sangre española costaba en la mar, y como el anuncio de la gloriosa y todavía más sangrienta guerra que en tierra debíamos sostener de allí á poco contra esa misma Francia, que, en premio de la lealtad castellana, intentó arrebatar á nuestra noble patria su independencia y su nacionalidad.»

Con tales consideraciones termina el Sr. Marliani la importante obra que dedicó á refutar la inexacta relación del celebre combate, hecha por Mr. Thiers en su *Historia del Consulado y del Imperio*. El que desee conocer hasta dónde raya el apasionamiento del historiador francés y su ojeriza contra España, repase las páginas de la obra tantas veces citada; y sobre todo estúdienla bien esos ilusos que creen en alianzas imposibles, alianzás que tan funestas nos han sido con la Francia monárquica como con la Francia republicana. La mejor salvaguardia y garantía para un pueblo es su propia fuerza, los alientos que su entusiasmo nacional le inspire; y eso bien lo patentiza nuestra historia antes de 1808 y de 1808 á 1814.

No será inoportuno que aquí reproduzcamos algunas líneas relativas á los últimos momentos de uno de los héroes españoles, el ilustre y malogrado Churruca. «Cuando el 19 de Octubre de 1805, dice su biógrafo, se enteró de la salida de la escuadra combinada, dijo á su cuñado D. José Ruiz Apodaca, guardia marina entonces del *San Juan*: «Escribe á tus padres que vas á entrar en un combate sangriento; despídete de ellos, pues mi suerte será la tuya, y antes de rendir mi navío, lo he de volar ó echar á pique: éste es el deber del que sirve al Rey y á su patria.» A un amigo escribió Churruca el mismo día: «Si llegas á saber que mi navío ha sido hecho prisionero, di que he muerto.» Cuando se aproximaba la hora de la acción, hizo subir al alcázar á toda la guarnición y tripulantes del navío, y haciéndoles arrodillar, dijo al capellán: «Cumpla V. con su ministerio absuelva á esos valientes que no saben lo que en la batalla les espera.» Después de esta ceremonia religiosa, haciéndoles poner de pie, les dijo en voz estentórea: «Hijos míos, en nombre del Dios de los Ejércitos, prometo la bienaventuranza al que cumpla con sus deberes; el que á ellos falte será fusilado; y si escapa á mis miradas ó á las de los valientes oficiales que tengo el honor de mandar, sus remordimientos le seguirán mientras arrastre el resto de sus días miserable y desgraciado.» Tres gritos de *¡viva el rey!* finalizaron este acto imponente. Con seis navíos á la vez se batió el *San Juan*: el valeroso y entendido Churruca acudía á todo, haciendo él mismo las punterías, mandando la maniobra con una bocina en medio de una lluvia de plomo y el terrible tronar de más de 500 cañones: al volver este inolvidable heroe de apuntar un cañón en la proa, cuyo disparo desarboló uno de los navíos enemigos, una bala de cañón le llevó una pierna por la ingle,

obligación de mantener sus puestos, pero sin la energía que dan la inteligencia y la práctica de haberse visto en otros combates y descalabros por temporales.

»Los navíos no pueden ser mejores, tal vez un sistema de arboladuras más pequeñas los haría menos expuestos á averías en malos tiempos y en combates, y alguna más abertura en portas haría más útil el uso de la artillería, pero en lo que están muy mal es en bombas: los navíos *Trinidad*, *Argonauta*, *San Agustín* y otros franceses se han ido á pique por falta de tenerlas buenas. Yo estoy persuadido de que si los ingleses no hubieran adoptado en su armada las de doble émbolo, inventadas el año 1793, muchos de sus buques se hubieran ido a pique en el combate, con el temporal que se siguió á él. El navío *Santa Ana* quedó seguramente más destrozado que el *Argonauta*, y por llevar una bomba de las perfeccionadas en este arsenal, juzga el general Alava que no se fué a pique dicho navío, y lo mismo opina el jefe de escuadra D. Cayetano Valdés, porque tenía el *Neptuno* dos bombas de doble émbolo que para prueba se le pusieron en el Ferrol...»

cayendo en tierra el héroe del *San Juan*, mas apoyado en el brazo izquierdo y blandiendo su espada con la mano derecha, exclamó: «*Esto no es nada; siga el fuego.*» Bien demostraba este hombre que el alma es inmortal, pues sólo su espíritu le mantuvo un rato, hasta que, casi desangrado, cayó para no levantarse. Resignó entonces el mando, no sin pedir que se amarrase la bandera, y no se entregase el buque mientras viviese: sus últimas palabras fueron para su cuñado Apodaca, en esta forma: «Di á tu hermana que muero con honor, queriéndola y amando á Dios sobre todo.»

Tales fueron los últimos momentos del ilustre Churruca. Apresado el *San Juan*, los oficiales ingleses que se reunieron á bordo para marinarlo, preguntaron á D. Joaquín Núñez Falcón á qué navío se había rendido, pues todos se disputaban dicha honra; á lo que contestó el oficial español que había sufrido el fuego de seis navios, mas que al total de la escuadra había sucumbido; que á un navío sólo, jamás se hubiera rendido el *San Juan.*» En consecuencia, el oficial más antiguo se hizo cargo de este buque. «Este oficial, dice Marliani, enterado de que se hallaba á bordo un cuñado del malogrado Churruca, llamó al Sr. D. José Ruiz de Apodaca para decirle que el acto de la defunción en el mar se haría formando su gente y la española. «A valientes como este capitán, le dijo, son debidos toda clase de distinciones. Su navío se ha batido de una manera desesperada y con mucho orden.» Y conociendo de reputación que el desgraciado Churruca era un sabio, añadió: «Varones ilustres como éste no debían estar expuestos á los azares de un combate, y sí conservados para los progresos de la ciencia y de la navegación (1).»

Gran pesadumbre causó á Napoleón el desastre de Trafalgar; pero procuró disimularla y distraer la atención pública de su país con la brillante victoria que sus armas acababan de conseguir en Ulma; hizo que se hablara poco en los periódicos de aquel suceso, y como los acontecimientos que tenían lugar en el centro de Europa preocuparan hondamente la opinión, ésta tuvo muy en breve asuntos no menos graves á que consagrarse. Derrotado el ejército austriaco, concertáronse los tres soberanos de Rusia, Prusia y Austria, para hacer frente al Emperador; y Napoleón llevó á cabo en Noviembre una corta y habilísima campaña que terminó con la célebre victoria de Austerlitz (2 Diciembre 1805), victoria que afirmó sobre sus sienes la corona imperial. Los dos emperadores vencidos pidieron una tregua, Prusia se vió obligada á aceptar la desmembración de sus dominios que Napoleón le impuso, Austria dejó á Francia dueña completa de Italia y se avino á pagar una indemnización de 40 millones; y el tratado de Presburgo, ajustado el 26 de Diciembre de 1805, correspondiendo á la habilidad desplegada y al éxito conseguido, fué, juntamente con la nueva amistad de Rusia, digno remate de aquella corta campaña. Francia, ebria de júbilo, recibió al vencedor con grandes demostraciones de entusiasmo; el príncipe de la Paz envió al vencedor ampulosa felicitación.

Pero la paz impuesta por el César francés no podía ser duradera. Aun estaba dictando Napoleón órdenes para que el grande ejército fuese á París con objeto de recibir las ovaciones del pueblo, cuando la corte de Prusia, avergonzada de las condiciones que aquél exigió, acordaba no admitir el tratado sin ciertas modificaciones; y Napoleón, que abrigaba nada menos que el atrevido pensamiento de resucitar el imperio de Occidente como en otros tiempos lo constituyera Carlomagno, es decir, con porción de reinos feudatarios y dependientes de Francia, distribuídos todos en individuos de su familia ó entre sus más adictos servidores; Napoleón, que en Febrero de 1806 mandaba sus tropas á Nápoles, ahuyentando de este reino á los Borbones, conocedor de la flaqueza de Prusia, por toda respuesta impuso condiciones aun más onerosas, y entre ellas la de garantizar el resultado de la ocupación de Nápoles, condición que ponía en mal lugar al prusiano con respecto al Czar, pero que hubo de aceptar aquél con rubor en la frente. El reparto de Estados se

(1) *Combate de Trafalgar:*

«Los ingleses, dice Marliani, honraron la memoria de Churruca con singular demostración de respeto. El casco del navio *San Juan* se conservó por muchos años en la bahía de Gibraltar, con su cámara cerrada y una lápida sobre la puerta con el nombre de *Churruca* en letras de oro. Si alguna vez se abría esta cámara para satisfacer la curiosidad de alguna persona de distinción, se advertía entrase en ella descubierto, como si se hallase presente el mismo comandante que con tanta gloria defendió el navío.»

hizo del modo siguiente: el general Murat, fue proclamado gran duque de Cleves y de Berg; José, hermano de Napoleón, rey de Nápoles y de Sicilia; Luis, rey de Holanda; Paulina Borghese, duquesa de Guastalla; Elisa lo era de Luca; el general Berthier, príncipe de Neufchatel; Talleyrand, príncipe de Benevento, y el general Bernadotte, príncipe de Ponte-Corvo.

La situación en que España se encontró á consecuencia del destronamiento de los Borbones de Nápoles era difícil; ¿no parecía indicar esto que con igual facilidad podrían sus tropas expulsar á los Borbones de España? Pero el que disponía á su antojo de los Estados, hizo más aún; porque al ajustar el 20 de Julio de 1806 la paz con Rusia, estipuló entre otras cosas, en los artículos secretos del tratado, la cesion de las Islas Baleares al príncipe real de Nápoles. No podía cometerse mayor ignominia con la infeliz nación que tanto se había sacrificado por la Francia, y que en aquel mismo año defendía con harta pena sus dominios americanos de los ataques y asechanzas del inglés. Mas al que atentamente estudie esta serie de sucesos, tal vez le indigne menos esta infamia, que los tratos seguidos por Godoy con Napoleón, ya Junio de 1806, para el reparto de Portugal en dos porciones, una de las cuales se destinaba al rey de Etruria y otra al mismo Godoy. Si esta negociación se paralizó, fue porque Napoleón tuvo que consagrarse a más perentorias atenciones; y como en tal estado transcurrieran algunos meses, ofendido el favorito, cambió de política, intentando que España entrara en la coalicion contra el imperio frances, que hiciera la paz con Inglaterra, y atreviéndose á publicar, en Octubre de 1806 una ruidosa proclama llamando á todos los españoles á las armas contra su enemigo que no nombraba, pero que todos creían conocer. La ocasión de dar á luz tal documento no podía ser menos oportuna, porque llegó á manos del Emperador, precisamente cuando, respondiendo al inutil esfuerzo de los prusianos, les derrotaba en los campos de Jena y derribaba la corona de las sienes de Federico Guillermo (14 de Octubre de 1806), en quien fundaba Godoy sus esperanzas. Leyó Napoleón este documento y reservóse contestarlo mas adelante como el solía hacerlo: aterróse Godoy y mandó a su agente Izquierdo para que desagraviara al Emperador y le felicitara por sus triunfos. Pero Napoleón, aparentando creer estas explicaciones, aprovechóse de aquel acto de debilidad para exigir de la corte española un cuerpo auxiliar de 15,000 hombres, con los que pensaba aumentar su ejercito para la campaña de 1807, a la par que desmembrar á la nación de aquella fuerza; y el torpe ministro ordenó que el marques de la Romana, condujera á orillas del Elba los 15,000 soldados.

La campaña de 1807 puso en movimiento mas de 600,000 soldados imperiales, siendo de notar que en el ejército de Napoleón figuraban franceses, polacos, españoles, holandeses, alemanes é italianos. Los mejores generales se hallaban al frente de estas tropas. Napoleón combinó las operaciones y movimientos con aquella profundidad y acierto que le distinguían. Su ejército señoreó la margen izquierda del Vistula desde Varsovia á Thorn, y aunque hubo de maniobrar en medio de lluvias y nieves, cruzar ríos y pantanos, soportar todo genero de fatigas, consiguió la victoria de Pultusk, la famosa de Eylau, sitió y ganó á Dantzick, derrotó otra vez a los enemigos en Friedland y se apoderó de Kœnigsberg. Los rusos fueron arrojados allende el Niemen y el Czar no vaciló en entablar tratos de paz. Esta paz, que fue hecha el 8 de Julio de 1807, contenia un artículo secreto, según el cual José Bonaparte, reconocido ya por rey de Napoles, lo sería también de las Dos Sicilias, cuando los Borbones de Nápoles hubiesen sido indemnizados con las islas Baleares ó la de Candía; y este artículo, por el que se disponía de los dominios de la nación que había contribuido á las victorias del Emperador, no fue, sin embargo, obstaculo alguno para alterar las relaciones de España y Francia. Por de pronto la corte española envió un embajador extraordinario á felicitar á Napoleón, quien no vaciló ya en significar que lo que importaba era llevar á efecto el bloqueo continental, obligando á la nación portuguesa á separarse de la alianza britanica. Era llegado el momento de realizar sus secretos propósitos tocante a Portugal y España; de lanzar del trono español á sus monarcas, como lo hiciera con los de Napoles; de llevar á cumplimiento los proyectos suspendidos á causa de la guerra del Norte, y ¿qué mejor ocasión que aquella? Dividida la corte española por los partidos del príncipe y del privado, adulado Napoleón por uno y otro, patentes á sus ojos las miserias de la familia real, la ineptitud y la ambición de Godoy, creyó

que el pueblo se hallaba tan degradado como los reyes, la corte y el ministro; y, algunas vacilaciones le asaltaron, el escandaloso proceso del Escorial, en que se puso de relieve el alma baja de Fernando, no sólo pudo disuadirle, sino servirle de acicate. Podían ser en aquella sazón dudosos sus designios; pues en el hecho de aparecer España como aliada suya para la empresa de Portugal, no los dió todavía claramente á comprender. Lo que parece increíble es la torpeza del príncipe de la Paz y la buena fe de Carlos IV.

El 27 de Octubre de 1807 se firmó el famoso tratado de Fontainebleau (1); nueve días antes entró en España el cuerpo de ejército que mandaba Junot, sin que lo estorbaran las notas y reclamaciones de nuestro agente en París; el 22 llegó á Irún Dupont con un nuevo cuerpo de ejército; el 27 de Noviembre las tropas franco-hispanas eran dueñas de Lisboa, de la que se alejaban los monarcas portugueses, y á principios de Febrero de 1808 hizo Junot solemne publicación del decreto imperial, según el que dejaba de reinar la casa de Braganza y quedaba Portugal bajo la protección del soberano francés. En tal situación, cuando los franceses avanzaban insidiosamente á través del territorio, cuando la reina de Etruria era despojada de sus Estados y los soldados de Napoleón iban ocupando con notoria alevosía la ciudadela de Pamplona, el castillo de Montjuich y el de Figueras, demostrando bien á las claras cuáles eran las ideas del Emperador (Febrero y Marzo de 1808), estalló el motín de Aranjuez que puso en peligro la vida de Godoy y la corona en las sienes de Fernando. El decreto de abdicación del soberano español llevaba la fecha de 19 de Marzo. Catorce días despues entraba Murat en Madrid con su brillante ejército; y el ruin Fernando no tuvo mejor idea que enviar un grande de España á cumplimentar al general en jefe de las tropas francesas en la península.

Comienza, al llegar á este punto, aquella serie de vergonzosos sucesos que la historia designa con el nombre de *vistas de Bayona* y que arrojan la más negra mancha sobre los personajes que en ellos intervinieron; miserias de familia, ruindades y bajezas de todo género, y, por último, la abdicación de Fernando en su padre y la de éste en Napoleón. No puede darse cuadro más repugnante. Mas, por fortuna, si á tal estado de vileza había llegado la familia real española, el pueblo, abatido sí, pero no degradado, amante de su dignidad y de su independencia, demostró que

(1) Contenía este célebre tratado las estipulaciones siguientes:

1.ª La provincia de Entre Duero y Miño con la ciudad de Oporto, se dará en toda propiedad y soberanía á S. M. el rey de Etruria con el título de rey de la Lusitania Septentrional.

2.ª La provincia del Alentejo y el reino de los Algarbes, se darán en toda propiedad y soberanía al príncipe de la Paz, para que las disfrute con el título de príncipe de los Algarbes.

3.ª Las provincias de Beira, Tras-los-Montes y la Extremadura portuguesa, quedarán en depósito hasta la paz general, para disponer de ellas según las circunstancias, y conforme á lo que se convenga entre las dos altas partes contratantes.

4.ª El reino de la Lusitania Septentrional será poseído por los descendientes de S. M. el rey de Etruria hereditariamente, y siguiendo las leyes que están en uso en la familia reinante de S. M. el rey de España.

5.ª El principado de los Algarbes será poseído por los descendientes del príncipe de la Paz hereditariamente, siguiendo las reglas del artículo anterior.

6.ª En defecto de descendientes ó herederos legítimos del rey de la Lusitania Septentrional, ó del príncipe de los Algarbes, estos países se darán por investidura por S. M. el rey de España, sin que jamás puedan ser reunidos bajo una misma cabeza, ó á la corona de España.

7.ª El reino de la Lusitania Septentrional y el principado de los Algarbes, reconocerán por protector á S. M. el rey de España, y en ningun caso los soberanos de estos países podrán hacer ni la paz ni la guerra sin su consentimiento.

8.ª En el caso de que las provincias de Beira, Tras-los-Montes y la Extremadura portuguesa, tenidas en secuestro, fuesen devueltas á la paz general á la casa de Braganza, en cambio de Gibraltar, la Trinidad y otras colonias que los ingleses han conquistado sobre la España y sus aliados, el nuevo soberano de estas provincias tendría con respecto á S. M. el rey de España los mismos vínculos que el rey de la Lusitania Septentrional y el príncipe de los Algarbes, y serán poseídos por aquél bajo las mismas condiciones.

9.ª S. M. el rey de Etruria cede en toda propiedad y soberanía el reino de Etruria á S. M. el Emperador de los franceses.

10. Cuando se efectúe la ocupación definitiva de las provincias de Portugal, los diferentes príncipes que deben paseerlas nombrarán de acuerdo comisarios para fijar sus límites naturales.

11. S. M. el emperador de los franceses, sale garante á S. M. el rey de España de la posesión de sus Estados del continente de Europa situados al Mediodía de los Pirineos.

12. S. M. el emperador de los franceses se obliga á reconocer á S. M. el rey de España como emperador de las dos Américas, cuando todo esté preparado para que S. M. pueda tomar este título, lo que podrá ser, ó bien á la paz general, ó á más tardar dentro de tres años.

13. Las dos altas partes contratantes se entenderán para hacer un repartimiento igual de las islas, colonias y otras propiedades ultramarinas de Portugal.

14. El presente tratado quedará secreto, sera ratificado, y las ratificaciones serán canjeadas en Madrid, veinte días, á más tardar, después del día en que se ha firmado.

Fecho en Fontainebleau á 27 de Octubre de 1807.—*Duroc.—Izquierdo.*

no se avenía á seguir la línea de conducta que le trazaban sus reyes, y que España era todavía digna de llevar el nombre de nación. Fué, en efecto, la España de 1808, un pueblo de heroes; á sus esfuerzos se debió en no escasa parte la ruina de Napoleón; Zaragoza, Gerona, Bailén, la Albuera, los Arapiles, Talavera y San Marcial, proclaman su bizarría; escrita está con sangre en los arruinados muros de algunas villas y én las peñas de algunas montañas; parecen pregonarlo los enhiestos riscos del Bruch, las márgenes del Ebro caudaloso, los fragosos montes de Aragón, las nevadas cumbres del Pirineo. El tipo del guerrillero trae á las mientes el almogávar y el miquelete, y el sistema de guerra, la lucha sostenida en otros siglos por la libertad del suelo patrio. Cien nombres gloriosos llenan la historia Cada soldado es un héroe y cada español se convierte en un soldado. Desde las cumbres de Montserrat á las playas andaluzas, déjase oir potente grito de guerra, despertar de un pueblo aletargado que da cuenta de su existencia con extraordinarios hechos. España entra en una nueva época; su historia militar también ofrece un nuevo capítulo: la revolución es un hecho en todas las esferas.



ILUSTRACIONES

Uniformes militares (págs. 323 á 468).—Con objeto de que nuestros lectores puedan abarcar de una simple ojeada las modificaciones que sufrieron los uniformes militares en el siglo XVIII, consignaremos en una sola explicación cuáles fueron ellos, y la época respectiva en que se vistieron.

Los que figuran en la página 333 representan á un abanderado, un tambor y un pífano, y pertenecen al año 1704. El primero lleva casaca, chupa, corbata, guantes de manopla, calzón, medias, zapatos con hebilla, sombrero acandilado con galón de plata, y pendiente del hombro derecho un lazo con flequillo de oro. La bandera ostenta la cruz roja de Borgoña, entre cuyas aspas alternan castillos y leones. El tambor y el pífano llevan igual vestuario: su casaca está adornada con franja de la casa real, y las medias son de lana roja. El abanderado lleva peluca de tiros largos, los dos soldados el pelo en crecha y recogido en una bolsa de cuero sujeta con cinta.

Representan las figuras de la página 349 un fusilero, un sargento y un granadero en 1707; los tres con la igual casaca de manga vuelta que los anteriores, pero llevando el nuevo armamento y correaje: el fusilero ostenta sombrero acandilado y una cartuchera de piel, en la que campea el escudo real; el granadero una birretina de piel de oso con frontalera de paño negro ribeteada de badanilla· el sargento va armado de alabarda.

Las variaciones que en los últimos años del reinado de Felipe V se introdujeron en el uniforme, están representadas en el grabado de la pág. 404, en que figuran un coronel, un abanderado y un sargento. «Se había dispuesto, dice Clonard, que se llevara la casaca abierta con collarín vuelto, chupa abotonada y sombrero acandilado, cuyo galón era de oro y plata en los jefes y oficiales, y de estambre amarillo ó blanco en los soldados, según los cabos del regimiento. La corbata, cuyos extremos pendían hasta la mitad del pecho, fué sustituída con un corbatín de cinta y lazada de seda negra; y en lugar de las medias encarnadas, se adoptó el botín alto de lienzo con *jarretiera* de cuero negro que se aseguraba con una hebilla dorada. Los jefes ú oficiales llevaban gola; el coronel tenía por distintivo una bengala con puño de oro, y por armas el espontón, con el espadín pendiente del bredicú. La bandera era de tafetán blanco, con la cruz de Borgoña bordada de seda encarnada, figurando en los extremos de dicha cruz las armas particulares de cada regimiento.

»Posteriormente volvióse á la costumbre de llevar abrochado el uniforme y recogidas las puntas de ambos faldones por medio de un corchete. El fusilero tenía la cartuchera al costado derecho, pendiente del hombro izquierdo, y se ceñía con un cinturón, del que colgaba el espadín ó sable, y el frasco cebador. La casaca del granadero no se diferenciaba casi de la del fusilero, pero su birretina con frontalera de piel de oso y manga vivoteada, llegó á adquirir proporciones más elegantes que las que tenía esta prenda la primera vez que se adoptó.

»A la infantería ligera se le había detallado un uniforme especial y muy á propósito para la clase de servicio á que estaba destinada. Tenía, en vez de casaca, una chupa con mangas, y vestía calzón ancho con calcetas y alpargata. Llevaba un pañuelo en el cuello y el capote llamado *gambeto*, pendiente del hombro izquierdo. Sus armas eran la escopeta y bayoneta, y tenía una bocina de metal para comunicarse con sus compañeros y jefes, en los movimientos que aisladamente había de practicar, como lo requería la índole especial de su instituto.»

De estos uniformes da idea el grabado de la pág. 407. El de la pág. 429 pertenece al reinado de Fernando VI y representa un coronel, un sargento y un granadero. No ofrece grandes modificaciones comparado con los del reinado anterior, pues las únicas que se notan son en el peinado, y otro tanto puede decirse del grabado de la pág. 431.

Tres tipos pertenecientes al reinado de Carlos III figuran en la pág. 435: un coronel, un fusilero y un granade-

ro. Comparados con los del reinado anterior, sólo ofrecen ligeras particularidades en el vestuario, pues su armamento es totalmente igual. Por razones de limpieza se dispuso que el soldado se cortara el pelo por la parte superior de la cabeza; pero continuó el uso de la coleta y bucles. Otras modificaciones se introdujeron en el uniforme en 1767; pero afectaron sólo al collarín y vueltas de la casaca, según puede verse en el grabado de la pág. 437. Dióse otra forma y colocación á la cartuchera, y se suprimió el espontón del coronel y la alabarda del sargento (véase el grabado de la pág. 440), dejando á éste por arma el fusil y por distintivo las charreteras de estambre. No fueron más importantes las reformas ordenadas en 1775, pues todo se redujo á la introducción del correaje de ante amarillo, á la supresión de la solapa y al reemplazo del sombrero acandilado por un casco de fieltro negro con cerquillo de felpa y una frontalera y cimera de latón (grabado de la pág. 444).

Al reinado de Carlos IV pertenecen los tipos reproducidos en la cabecera del presente ESTUDIO (pág. 323), en los que sólo se nota diferencia tocante al cubre-cabezas, pues el casco de fieltro se reemplazó por el sombrero de dos picos. Pertenecen estos uniformes al año 1780, y con los que ofrecemos en las págs. 466, 467 y 468, completan los de la infantería en este siglo. Las tres figuras á que nos referimos, representan un granadero, un fusilero y un soldado ligero. La casaca de los dos primeros es más corta; la polaina negra y con rodillera. Diferénciase de ambos el soldado ligero, por llevar la casaca verde con vuelta roja, botín de cuero, gambeto y canana.

Digamos algo tocante á la caballería.

El grabado de la pág. 325 representa un soldado de caballería de línea y dos dragones (1702). Va vestido aquél con casaca blanca, calzas azules, bota alta de cuero y lleva sombrero acandilado. Su correaje es de ante; su armamento consiste en una espada de dos filos con gavilanes, pendiente del cinturón; carabina rayada y dos pistolas; un frasco cebador y cacerina. Por lo que respecta al dragón, reproduciremos las siguientes líneas que á este instituto consagra el autor de la *Historia orgánica:* «Los tercios de dragones se vistieron y armaron á la francesa en esta forma: Casaca verde, chupa y calzón, según la divisa señalada á cada uno; un gorro de paño que consistía en cierto casquete en figura de media esfera, de paño verde, y en su parte superior una borla blanca de seda floja; desde la frente subía una frontalera de cartón ó de paño fuerte, revestida de paño del color de la divisa, y guarnecida de un galón de seda blanca: el pelo recogido en una bolsa de cuero; en lugar de botas, botín de cuero flexible con trabillas; bandolera de ante amarillo, cruzada del hombro izquierdo al costado derecho, de dos tercios de palmo de ancha con su correspondiente gancho para asegurar el fusil; corbata blanca, y en el hombro derecho una dragona de cordón de estambre amarillo con cabetes de metal. Componíase la montura de silla de borrenes, cubierta de una piel de carnero, que era negra en todas las compañías, excepto la de granaderos, que la usaba blanca, sirviendo esta piel para cubrir las pistoleras y dormir en los campos; mantilla y tapafundas del color de la divisa, con galón de paño, del color de la casaca, y maleta. El armamento constaba del fusil, que se acomodaba al lado derecho, la boca arriba, y apoyado por la culata en una zapatilla de cuero, asegurándole una correa por la segunda abrazadera en el borrén trasero; bayoneta de dos cortes, parecida al cuchillo de monte, con mango de madera, y vaina adherida al cinturón, en el que se hallaba asimismo el *cartucho* ó cacerina, un poco inclinado hacia la cadera derecha: frasco de asta para cebar, pendiente de un cordón; sable corvo, con la vaina guarnecida, y una pistola en la funda izquierda. Los tambores y pífanos usaron el color del vestuario trocado, con la cruz de Borgoña en el pecho y espalda, colgándoles de las mangas de la casaca otras perdidas y vueltas. Distinguíanse los capitanes con una faja de hilo de plata ceñida en la cintura, cayendo sus extremos sobre los pliegues de la casaca; los adornos y cabos de la oficialidad eran también de plata, menos las dragonas del hombro, que estaban construídas de hilo de oro. Cada tercio sólo llevaba un guión.»

En 1728 sufrió el vestuario de la caballería ligeras modificaciones; pero el traje en su esencia fué el mismo ya descrito. Dióse á cada escuadrón un estandarte rojo con las armas reales, y en los cuerpos de dragones, tanto el alférez como el teniente y sargentos llevaron en lo sucesivo fusil, bayoneta, frasco y cartuchera. En 1742 aparecieron en la peninsula los húsares, cuyo uniforme consistía en dolmán, pelliza, pantalón ceñido, gorra cónica y borceguí de ante amarillo. De este uniforme da idea el grabado de la pág. 412, así como del que los granaderos usaron por estos años (1742-48). Consistía el de los granaderos en una gorra de piel de oso con manga del color de la divisa y frontalera de paño galoneada de estambre blanco, ostentando en el centro una granada. Distinguíanse estos soldados por un galón de plata colocado en las vueltas de la manga; en lugar de cartucheras, usaban para llevar las granadas, unas bolsas de cuero, y unida al cinturón la cacerina. Los oficiales y sargentos estaban próvistos de igual armamento que la tropa. Este uniforme continuó sin notables variaciones hasta 1780, en que se dió á los dragones, en lugar del sombrero, la gorra de parada, consistente en una copa de fieltro negro con frontalera de metal ostentando el escudo real y dístico de cada cuerpo (véase el grabado de la pág. 413). La caballería de línea continuó usando el sombrero acandilado, la casaca de solaoas vueltas, é iguales botas y armamento. Exactísima idea de este vestuario darán al lector las figuras de las págs. 438 y 439, 442 y 443, facsímiles de las láminas de una *Instrucción metódica y elemental para la táctica, manejo y disciplina de la caballería y dragones,* dada á luz en Madrid en 1767, con el examen y aprobación de la Junta de Ordenanzas, por el coronel D. García Ramírez de Arellano. De los uniformes usados en 1780 por esta clase de caballería, dará idea el grabado de la pág. 457, y de las modificaciones que sufrió en 1792-93, el soldado que figura en la 465. En esta misma página se halla representado un húsar con las si-

guientes prendas de uniforme: gorra de pelo con plumero y manga; dolmán amarillo, pantalón azul ceñido, capota y sable corbo El soldado de caballería de línea, lleva casaca roja con vueltas azules y pantalón amarillo. Uno y otro han sido dibujados teniendo a la vista el notable *Album* de Clonard.

Hecha esta ligera descripción de los uniformes usados por la infantería y caballería en el siglo XVIII, reservamos para el siguiente ESTUDIO dar idea de los de la artillería.

Cañones (págs. 329 á 405).—Todos los grabados representando piezas de artillería que figuran en dichas páginas, son facsímiles de obras militares de la época, y principalmente, francesas de principios del siglo. Respecto al de la pág. 405, diremos que, designándose oficialmente los cañones por el peso en libras francesas de la bala sólida de hierro, están marcadas al pie de cada pieza, en el original, las siguientes cifras: cañón de 36, 24, 18, 16, 12, 8, 6 y 4. En el texto del siguiente ESTUDIO podrán nuestros lectores seguir los progresos de este ramo tan importante del material de guerra, pues completaremos los grabados con algunos otros concernientes á la artillería á fines del siglo XVIII, con objeto de ofrecer un cuadro completo de los progresos militares en él realizados.

El duque de Berwick (pág. 335).—Jacobo Fitz James, duque de Berwick, nació en 1670, y fué hijo natural del duque de Yorck, más tarde rey de Inglaterra con el nombre de Jacobo II, y de Arabella Churchill. La revolución que derribó á su padre del trono le redujo a la condición de emigrado, y desde Francia, adonde pasó á residir, tomó parte muy activa en todas las tentativas efectuadas para colocar á su padre en el trono, después de la muerte de Guillermo de Orange. Hizo sus primeras armas en la guerra de Hungría, y militó luego honrosamente á las órdenes del mariscal de Luxemburgo, el duque de Borgoña y Villeroi. Su valor y su talento le abrieron el camino del mando superior. En 1705, Luis XIV le mandó contra los revoltosos del Languedoc. Elevado en 1706 á la categoría de mariscal, pasó á España, donde tomó el mando del ejército borbónico y ganó la batalla de Almansa, en recompensa de lo que fué honrado con el toisón de oro y el ducado de Liria. Pero en los años 1718 y 19, las contingencias político-militares le pusieron al frente del ejército destinado á operar en territorio español contra Felipe V. No fué afortunado en esta campaña, que dirigió con viva repugnancia; pues Berwick era un caudillo de ideas elevadas y condición generosa. Pasó mas tarde a hacer la guerra en Alemania, y murió gloriosamente en el sitio de Philippsburg derribado por una bala de cañón.

Berwick escribió unas *Memorias* que en 1778 publicó el duque de Fitz-James, su nieto, y que merecen ser estudiadas para historiar el periodo de la guerra de Sucesión. Del general Berwick habla con sumo elogio el marqués de Santa Cruz de Marcenado en las *Reflexiones militares*, refutando á los que criticaron su conducta en la campaña de 1706. El eminente Macaulay le consagra este honroso testimonio: «Reducido á la condición de emigrado, tuvo que renunciar a Inglaterra; mas desde aquel dia el campamento fué su patria y el honor militar su patriotismo. Al ennoblecer de esta suerte su triste situación y al cumplir, como cumplió, sus deberes de soldado aventurero, demostró algo de la antigua grandeza; y su fría y austera virtud recordó siempre los tiempos de Bruto. Las más críticas ocasiones no pudieron conmover siquiera su fidelidad militar, y fué inflexible en todas las circunstancias de su vida. Así es que, á pesar de haber combatido contra su tio y contra su hermano, nunca se sospechó por nadie que fuera capaz de cometer una traición, ni siquiera un acto de debilidad.»

Berwick no fué un talento militar de primer orden, pero sí una de las más aventajadas medianías de su tiempo.

Felipe V (pág. 339). — La verdad es que la historia del siglo XVIII en España está todavia por escribir, pues la que ahora corre, complaciente y servilona, segun frase oportuna de un escritor profesional, dista mucho de ser espejo fiel de los hombres y de las cosas de aquella centuria. No hay más que examinar, en prueba de ello, el retrato que de Felipe V hacen casi todos los historiadores españoles, retrato tan desfigurado, que bien vale la pena de arrinconarle en el almacén de trastos viejos é impropios oropeles de la historia oficial. Y cuenta que no tenemos la pretensión de pintarle con colores exactos, bastandonos en el caso presente trazar con el carbón algunas líneas á guisa de bosquejo.

Educado en la corte fría y rígida de Versalles, bajo la vigilancia de su despótico abuelo, fué D. Felipe, como todos aquellos príncipes, taciturno y sin energía, indolente y supersticioso. Dominábale en grado sumo la afición á las mujeres, y cuando no tuvo á su lado las faldas de sus dos esposas, retuvo las de la Ursinos. Su inteligencia era corta, su carácter nulo. Llegó á España abonado por su juventud y aguijoneado por su abuelo, y fué para el punto de honra la conquista de este trono. Algunas ráfagas de energía despertó en su ánimo la conducta solapada de Luis XIV, el ejemplo de la nación que le aclamaba, y el estímulo de los que le rodeaban. Secundóle el pueblo y el ejército, y la corona se afirmó en sus sienes; mas si no fué la gratitud la primera de sus virtudes, la venganza fué, en cambio, el primero de sus vicios. No heredó el talento de su abuelo, pero le imitó en lo despotico y en su debilidad por las mujeres. «Mientras no tuvo esposa,—dice Macaulay,—nada hizo por sí; cuando la tuvo, sólo hizo la voluntad de su mujer...» y de su confesor y su nodriza, debe añadirse. Su segundo reinado, que comienza con una infracción de las leyes, es el reinado de Isabel Farnesio, y se distingue por las aventuras en que naufraga el crédito de la nación y por los fracasos. Todo alcanza un bajo nivel, todo se presta á lo ridículo. Hipocondríaco y desesperanzado, muere al

fin, dejando al ejército español engolfado en la guerra de Italia y á España libre de las intrigas de su mujer. Ni uno ni otra, á decir verdad, valían gran cosa.

Refresquemos la memoria con las siguientes apuntaciones, que traen á las mientes no pocas torpezas:

«Primer Rey de España perteneciente á la casa de Borbón, hijo del Delfín de Francia y de Ana de Baviera, y nieto de Luis XIV, llamado á la corona de Carlos II, nació en Versalles en 1683. Fué proclamado Rey en Madrid en 1700; disputóle durante doce años el trono el archiduque Carlos en guerra terminada por el tratado de Utrecht: cediendo Gibraltar y Menorca á los ingleses, Nápoles, Cerdeña, el Milanesado y Toscana, al emperador de Austria, y la Sicilia al duque de Saboya. Cataluña y toda la coronilla de Aragón, que había tomado partido por el archiduque, fueron reducidas á la obediencia y perdieron sus privilegios en 1714. Los proyectos de Alberoni, ministro protegido por la reina Isabel Farnesio, dieron motivo á una guerra con Francia, que se concluyó por el tratado de 1720 y el destierro del favorito. Cansado Felipe de reinar, abdicó en favor del príncipe de Asturias, Luis, en 1724; pero la muerte de este príncipe le obligó á encargarse de nuevo del gobierno. El tratado de paz general en 1727; otro celebrado con Inglaterra, Francia y Holanda, en que se aseguraba la soberanía de los ducados de Toscana, Parma y Plasencia al infante D. Carlos (después rey con el nombre de Carlos III); la toma de Oran y de otras ciudades en 1732; la conquista de las Dos Sicilias contra el Emperador, en 1734; la sangrienta campaña marítima con Inglaterra á causa de la cuestión de límites de la Florida y de la Carolina, y el combate naval en que vencieron los españoles á una escuadra inglesa de 45 buques de alto bordo, fueron los acontecimientos más notables del reinado de Felipe V, que murió en el año 1746.»

Oficial superior francés (pág. 341).—Esta figura ha sido copiada del natural en el Museo de Artillería de París por nuestro dibujante D. Pedro Eriz. Viste el uniforme que llevaron algunos jefes de la infantería francesa en la época de Luis XIV, uniforme compuesto de casaca galoneada, sobre de la que va ceñida la coraza y cruzado el tahalí de la espada; sujeta á la cintura una faja de seda; lazo de cintas pendiente del hombro derecho, sombrero de fieltro redondo adornado de plumas y botas de cañón. El cuello y puños de la casaca son de encaje, y las vueltas de paño ó terciopelo de color. Con este traje está representado el célebre Vauban en algunos retratos, y no pocos generales de la época de Luis XIV y de Felipe V, su nieto, según puede verse en las láminas y grabado que ilustran el presente ESTUDIO.

Sitio de Lérida (pág. 353).—El precioso grabado de dicha página ha sido copiado con suma fidelidad por el hábil dibujante D. Pedro Eriz, de una lámina suelta coetánea de gran tamaño, en la parte superior de la cual, encerrada en elegante cartela, se lee la siguiente inscripción: «Toma de la ciudad y castillo de Lérida y del fuerte de Gardeny por el ejército real, mandado por el señor duque de Orleans, en 12 de Noviembre de 1707». Descrito ya en el cuerpo del ESTUDIO este suceso, sólo nos resta recomendar á los inteligentes este grabado por las particularidades de indumentaria y detalles militares que ofrece.

La bandera de Santa Eulalia (pág. 373).—El curioso artículo publicado en una revista barcelonesa por D. Conrado Roure, relativamente á esta bandera, nos ahorra más detallada explicación. Dice así: «Noticias hay de que á mediados del siglo XIII los barceloneses tenían por enseña la *Bandera de la Ciudad*, y se sabe que en distintas ocasiones salió contra los enemigos de la paz, cuyas noticias coinciden con las primeras que se tienen de la institución popular del Consejo de Ciento, fundada por D. Jaime *el Conquistador*. En la célebre batalla del Coll de Panisars (1285), en la que tan terrible derrota sufrieron las huestes de Felipe *el Atrevido*, es positivo que asistió la milicia ciudadana barcelonesa con señera alzada.

»Durante el siglo XIV salió 18 veces á campaña la *Bandera de la Ciudad*, y si bien se ignora la forma de ésta en el siglo anterior, no así en éste, por constar en las ordenanzas que los concelleres y Consejo de 100 jurados hicieron en 1309, que para casos de somatén y guerra «se haga un pendón largo con señal de San Jorge, esto es, la cruz roja »y el campo blanco, que es la enseña de la ciudad». *(Sia fet un Penó larch ab senyal de Sant Jordi, so es, la creu vermella, é lo cam blanch, que es senyal de la ciutat.)*

»Muchas veces salió también á campaña en el siglo XV la *Bandera* de los barceloneses, que aun era llamada *de la Ciudad*, ya en defensa de las fronteras amenazadas por los franceses, ya para vengar agravios que á los ciudadanos de Barcelona hacían algunos nobles, ya para mantener incólumes las libertades patrias, como sucedió en las guerras de los catalanes contra D. Juan II cuando éste fué declarado, por público pregón, *enemigo de la tierra*.

»Hasta mediados de este siglo, el encargado de sacar y alzar la Bandera fué el Veguer, y á veces el Baile; pero desde 1460, los encargados de esta honra fueron los concelleres; de manera que, como acertadamente observa un moderno historiador, el sacar la Bandera los concelleres data de la época primera en que se vieron amenazadas seriamente las libertades catalanas, porque sin duda estos legítimos representantes del pueblo comprendieron que no debían ceder á ningún representante de la autoridad regia la honra de alzar la Bandera del pueblo.

»En el siglo XVI tomó ésta el nombre de *Bandera de Santa Eulalia*, con el cual parece que antes era ya conocida, pues aun cuando no tenía en sus pliegues pintada la imagen de la mártir barcelonesa, supónese que llevaba un busto

de la misma labrado en plata, en el remate del asta. En los dietarios de este siglo se consigna el ceremonial en uso cuando se sacaba la gloriosa enseña.

»Siempre que un caso grave ocurría, los concelleres reunían el Consejo de los 100 jurados á son de campana ó por el pregonero. Acordado alzar la Bandera, los concelleres quedaban con el encargo de llevarlo á cumplimiento con el consejo llamado de los 36 *(trentenari)* y el de los 24 *(veinticuatrena de guerra)*. A son de trompetas publicábase por las calles el somatén, se convocaba la nobleza á la casa consistorial para presenciar el solemne acto y la *veinticuatrena*, á propuesta de los concelleres, designaba el alférez *(ganfaloner)* que debía encargarse de llevar la insignia ciudadana.

»Dirigíase la comitiva á la sala del *Trentenari*, el conceller primero tomaba la Bandera, la entregaba á cuatro individuos de la nobleza que debían conducirla rollada y tendida sobre sus hombros hasta debajo de la ventana en donde había de colocarse, marchando detrás el conceller *en cap* con la mano derecha puesta en el asta en señal de ser él quien la sacaba. Venían detrás los demás concelleres, con sus gramallas de grana, presidiendo á la comitiva los ministriles, trompetas y timbales.

»Subíase la Bandera a la ventana, en donde debía permanecer expuesta durante tres días, por medio de unos cordones de seda y oro, teniendo cuidado de no introducirla en la casa, pues una vez salida de ella no podía entrar mientras existiera la causa del somatén. La ventana debía estar adornada con dosel y colgaduras de terciopelo carmesí, y la custodia de la Bandera, mientras estaba enarbolada, no podía abandonarse un solo instante. La guardia la daban por turno las compañías de la *Coronela*, milicia barcelonesa de la que cada clase ó gremio formaba una compañía, y cuyo jefe ó *coronel* era el conceller *en cap*. En unión de las compañías de la Coronela, uno de los concelleres y varios individuos de la nobleza velaban junto al estandarte de día y de noche. Cumplidos los tres dias se trasladaba la Bandera á la puerta de la ciudad por donde debía salir á campaña, y se enarbolaba en la torre hasta el momento de la salida.»

Parque de Artilleria (pág. 377).—Segun hemos ya consignado en la citada página, este parque presenta la disposición adoptada en Flandes á fines del siglo XVII y primeros años del XVIII. La circunstancia de ser el citado grabado facsimile de uno de la época, da gran valor al mismo, y su buena ejecución permite apreciar los menores detalles.

El Marqués de Santa Cruz de Marcenado (pág. 385).—Diferentes y bien escritas biografías se han publicado del ilustre marqués con motivo del segundo centenario de su nacimiento, que el ejército celebró en 1884; y, por lo mismo, facil tarea será la de redactar un bosquejo de su vida. Fué este varón ilustre hijo de D. Antonio de Navia Osorio, caballero de Santiago, y de D.ª Jacinta Antonio Vigil de la Rúa, hija del primer marqués de Santa Cruz de Marcenado, vizconde de Puerto y caballero de Calatrava. Nació el dia 19 de Diciembre de 1684, en la casa de la Atalaya, subsistente aún en Santa Marina de Vega, pueblo del Concejo de Navia de Luarca (Asturias), y recibió en la pila bautismal el nombre de Álvaro. Nada sabemos de sus primeros años, pues hasta 1702, en que hallándose estudiando en la Universidad de Oviedo, sobrevino el alzamiento de los partidarios del archiduque de Austria, que produjo la guerra de Sucesión, no vemos figurar su nombre. Contaba á la sazón diez y ocho; y no fué óbice su escasa edad, para que sus compatriotas le eligieran para mandar el tercio que el Principado de Asturias armó y organizó a sus expensas para sostener la causa de Felipe V. Fué, pues, el adolescente en 1702, *Maestre de campo*, título que en 1707 se convirtió en el de *Coronel*, por Real orden. su tercio, más tarde regimiento, se denominó de *Asturias*, y tuvo el sobrenombre del *Cangrejo*. Reunido en 1703, fué destinado a guarnecer la línea fronteriza del río Miño, donde sostuvo algunas escaramuzas y choques con los guerrilleros portugueses; en 1704, pasó á la plaza de Ciudad Rodrigo, desde la que efectuó varias salidas y tuvo ocasión de medir sus armas con los portugueses en distintos combates; pero como éstos, en unión de los ingleses y favorecidos por la rebelión de las provincias españolas de Levante, invadieran al año siguiente el territorio español y pusieran sitio á dicha plaza, D. Álvaro siguió la suerte de la guarnición, que cinco dias sostuvo la plaza y la entregó el 25 de Mayo de 1705, saliendo de ella con los honores de guerra. Marchó entonces con su tercio á Navarra, y á las órdenes del general Marqués de Saluzzo operó en los distritos de Tudela, Cascante y Tarazona; asistió á la toma de Magallón y cubrió con su regimiento la línea de Sádaba á Sangüesa. Algunos de sus biógrafos, no infundadamente si se tiene en cuenta lo que permiten suponer ciertas frases de las *Reflexiones militares*, afirman que el coronel de *Asturias*, deseoso de acreditar su valor, estuvo durante una parte del año 1705 y 1706, en comisión en los ejércitos de Valencia y Castilla. Bien pudo ser. Pero en 1707, le vemos al frente de su regimiento en el asalto de la villa de Egea de los Caballeros, poco después conduciendo un convoy á la plaza de Jaca, bloqueada por los migueletes del Archiduque, y para entrar en la cual hubo de empeñar un rudo combate en las márgenes del río Javierre. Con agua á la cintura dirigió á sus soldados al ataque de las posiciones enemigas y á su *valor* y *atrevimiento* debióse el socorro de la plaza bloqueada y seguidamente la toma de la villa de Ainsa, en la que hizo gran numero de prisioneros. En estos combates debió recibir las dos heridas, á que hace referencia en un Memorial que en 1725 dirigió al Rey desde Turín; y á consecuencia de sus servicios se le otorgó en Septiembre de 1707 el empleo de brigadier. Tenía á la sazón el Marqués 23 años.

Continuó Navia Osorio mandando el regimiento de Asturias y en operaciones por las provincias del Norte. Pasó luego á formar parte del ejército de Cataluña y figuró distinguidamente en el sitio de Tortosa, donde su regimiento quedó hasta 1709, en que fué trasladado al reino de Valencia, embarcándose en el mes de Mayo en Alicante, en dirección á las costas de Italia. Los sucesos en que tomó parte, así en esta península como en las islas inmediatas, son de escasa monta. Hecha la paz de Utrecht, pasó el regimiento de Asturias desde la isla de Sicilia á Cataluña (1713), donde aún continuaba la guerra, y allí tuvo nueva ocasión Navia Osorio de acreditar su valor en el célebre sitio de Barcelona. Nuestros lectores recordarán que D. Alvaro, al que se designaba entonces con el título de Vizconde de Puerto, condujo una de las columnas de asalto á las órdenes del marqués de Villadarias; que fué la dirigida contra la brecha de la Puerta Nueva, donde más recia se sostuvo la pelea. Y no sólo se distinguió en el momento de la lucha, porque es de advertir, dice uno de sus biógrafos, «que además de los cuidados y trabajos anejos al mando de su regimiento, desempeñó comisiones como general, y como brigadier prestaba el servicio según consta por los datos oficiales, alternando con los de su clase (1)»

Permaneció el Vizconde de Puerto acantonado con su regimiento en Cataluña hasta los primeros meses de 1716, en que pasó á reforzar la guarnición de Ceuta, y desempeñó por entonces el cargo de inspector de las tropas de Andalucía y Presidios de Africa. En Noviembre de 1717, pasó con el mismo cuerpo á Cádiz, y un año después á Barcelona, donde en Junio embarcó para la expedición á Sicilia. Pero en este mismo año (1718) dejó D. Alvaro de mandar el regimiento de Asturias, por haber ascendido á mariscal de campo. Con fecha 1.° de Septiembre se le nombró gobernador de Cagliari, en la isla de Cerdeña, y luego interinamente Inspector general de la infantería y caballería de la isla. Todo parece indicar que no tomó parte en la expedición de Sicilia, y que permaneció por este tiempo en su gobierno de Cagliari. En las biografías del Marqués no resulta clara la parte que le cupo en una expedición á Cerdeña, que unos creen fué la verificada en 1717, otros suponen, con más fundamento, ser la frustrada en 1710. Evacuada por los españoles la isla de Sicilia y adherido Felipe V á la Cuádruple alianza, se le encargaron algunos asuntos relativos á la artillería que debía sacarse de Cerdeña. Su estancia en la corte de Turín fué con este motivo altamente beneficiosa á España, y afirman con insistencia sus biógrafos, que, gracias á las simpatías que inspiró su trato al rey Victor Amadeo II, logró evitar la adhesión de este variable monarca á la liga de Hannover. No le ocupaban, sin embargo, únicamente los servicios diplomáticos, pues entregado con ardor al estudio, consagrábase á la publicación de la obra que debía inmortalizar su nombre; y en activa correspondencia con los primeros literatos de España é Italia, daba á conocer proyectos é ideas que honran su elevada inteligencia. «Convirtió su palacio, dice uno de los dichos biógrafos, en una verdadera Universidad, donde concurría, no sólo la juventud más florida de aquella ciudad y donde se trazaron los primeros trabajos para el *Diccionario universal*, sino que el mismo rey D. Victor Amadeo de Saboya, ilustradísimo en las letras y en la política, se dignaba concurrir á oir y dejarse oir en los asuntos literarios (2).»

En 1727, y debiendo reunirse en Soissons el congreso destinado á tratar de la paz definitiva, el marqués de Santa Cruz fué elegido para asistir á él, como segundo plenipotenciario, con grado de embajador extraordinario, destino que sirvió desde el 26 de Octubre de dicho año hasta el 26 de Enero de 1731, en que regresó á España; habiendo adquirido, mientras duraron las conferencias, fama de experto y prudente, y que su parecer fuera muy estimado. Cuando los plenipotenciarios se trasladaron á París, continuó en esta ciudad sus estudios y escritos, y mantuvo trato con literatos y militares distinguidos. Fuese en realidad hostil á D. Alvaro el partido llamado de la Reina, ó bien obedeciera la orden á otras miras, ello es que en 23 de Julio de 1731 se le destinó de gobernador á Ceuta: destino que ciertamente no correspondía á sus méritos. D. Melchor de Macanaz asegura que se trató de nombrarle ministro de la Guerra, en reemplazo del marqués de Castelar; pero que sus émulos consiguieron alejarle de la corte confiándole el mando de la plaza africana. Pero ejercióle escaso tiempo, porque, decidida en 1732 la expedición á Orán, el conde de Montemar, que debía mandarla, le nombró su segundo ó su jefe de Estado Mayor, lo que se colige del hecho de no mandar fuerza determinada. Antes de salir de España fué ascendido á teniente general.

Los pormenores de esta expedición, sus resultados, el regreso de Montemar á España, dejando confiada la plaza de Orán al marqués de Santa Cruz, en calidad de gobernador, los hemos narrado en las páginas 400 á 403. Sitiada la plaza por los argelinos, dispuso el marqués de Santa Cruz una salida, en la que, habiéndose adelantado excesivamente las tropas españolas hasta un terreno donde los enemigos se habían parapetado con esmero, la confusión introducida en dichas tropas causó la muerte del ilustre Marqués; porque, volando á remediar el daño al frente de algunos caballos, halló gloriosa muerte en el mismo campo de batalla (3). Herido en un muslo y derribado del caballo, aun continuó dando alientos á los que le rodeaban; pero todo fué inútil: los enemigos, cada vez más numerosos, hiciéronle pedazos, y su cabeza fué paseada en triunfo por las calles de Argel. Un autor anónimo extranjero ha dicho con razón, al ocuparse de este suceso, las siguientes frases: «Aunque el Marqués sabía mejor que nadie que el gobernador de una plaza no debe salir de la que está confiada á su cuidado, le determinaron á ello tres cosas: la

(1) El teniente coronel de artillería D. Javier de Salas, en la biografía que encabeza la edición de las *Reflexiones militares*, dada á luz por la *Revista Científico-Militar* en 1885.

(2) El catedrático D. Máximo Fuertes Acevedo, en la biografía del Marqués, publicada en Junio de 1884 en la *Crónica* de Badajoz.

(3) Véanse las páginas 403 á 406 del presente Estudio.

primera las órdenes de S. M., que le dejaba dueño de su conducta en la guerra; la segunda su calidad de capitán general de provincia, que le obligaba á defenderla en persona igualmente que la plaza; la tercera y más fuerte que todas, el peligro en que se hallaba una guarnición numerosa y una plaza importante que quería mantener á costa de su propia vida. Así, pues, como otro Codro, no se detuvo para sacrificarse por la patria.»

Causó en España grandísimo sentimiento la muerte del Marqués; premió el Rey en su viuda é hijo el heroísmo de este leal servidor, y los ingenios de su tiempo encomiáronle como se merecía. Perpetuóse su nombre por medio de la estampa y del buril, y la poesía y las artes lo ensalzaron en distintas composiciones. En aquel mismo siglo halló digna cabida en la galería titulada *Españoles ilustres*, de la que es copia el que ofrecemos en la página 385; y en el nuestro, gracias a la patriótica iniciativa del Sr. D. Luis Vidart, el ejército ha honrado dignamente el segundo centenario de su nacimiento. Aunque sólo sea por referencia, la gran masa del público indiferente ha sabido que España contó entre los militares del siglo XVIII un tratadista insigne en cuyas obras estudiaba el gran Federico II (1). Acevedo, Salas, Altolaguirre, Lallave, Hernández, Villalba, Vidart mismo, y otros y otros escritores le han consagrado interesantes biografías y estudios (2); hase publicado una edición compendiada de sus obras, grabado una medalla conmemorativa (véase la pag. 403), otorgado premios á los que concurrieron al certamen literario con tal motivo abierto; y nuestros compañeros de armas pueden estar orgullosos de la celebración de este centenario, cuyo iniciador, con una perseverancia que le honra, comenzó por allanar el terreno á los que debían tomar parte en él dando á luz un interesante estudio sobre los biógrafos del Marqués y otro relativo á las autoridades que declaraban su mérito y coronó su trabajo con la notable *Biografía* del mismo.

Si era digno de tales honras el Marqnés de Santa Cruz, lo acreditan las obras que dejó impresas, y son las siguientes: *Reflexiones militares*, en 11 tomos, verdadero monumento que constituye su principal timbre de gloria; *Rapsodia político económico-monárquica*, en un tomo; *Memorial dirigido á S. M.* en 1715, en queja del ministro Cepeda; *Proyecto para un Diccionario universal á los eruditos de España*. Dejó buen número de manuscritos y algunas obras en proyecto, así militares como políticas. En la *Historia de la Academia Española*, se lee que remitió desde Turín dos proyectos de un *Diccionario universal de las lenguas española, francesa y latina*, y en la obra *Retratos de españoles ilustres* se habla de un *Diccionario Enciclopédico* ideado por el Marqués. No nos detendremos á examinar cada una de estas obras, y reservaremos sólo para el siguiente ESTUDIO el analisis de las *Reflexiones militares*, por ser la que más nos interesa. Mas para terminar la enumeración de los méritos literarios de Navia Osorio, diremos que le cabe la honra de haber sido el iniciador de la Academia de la Historia, ya que la idea que se descubre en alguno de sus proyectos, de asociarse algunos sabios para el estudio de la historia, es precursora de la que presidió á la creación de aquel centro literario

De las *Reflexiones militares* se han hecho traducciones al francés, por Mr. Vergy (1738); al italiano por Frezza (1756); y al alemán, por Von Bohn (1753); se han hecho también varios compendios, uno en alemán en 1775, y los españoles, de D. Juan Senén Contreras en 1787 y de la *Biblioteca militar portátil* (1850), que dirigía el brigadier Rubín. Por último, en 1884, con motivo del segundo Centenario, ha publicado la *Revista científico-militar*, un nuevo y concienzudo compendio, que por el buen método en que las materias están presentadas, permite formarse exacta idea de la obra del Marques. Va precedido este compendio de una notable biografía escrita por D. Javier de Salas, y de un concienzudo estudio bibliográfico del profesor de la academia de Ingenieros D. Joaquín de la Llave. «El hecho de haberse traducido tan pronto las *Reflexiones* a varios idiomas, dice el citado Sr. Salas, bastaría seguramente a probar la fama que obtuvo esta obra en Europa y el aplauso general que mereció a cuantos la conocieron, si no la comprobasen aún mucho mas las alabanzas que tantas y tantas eminencias la han prodigado, reconociendo con una casi unanimidad su mérito eminente. Los dos grandes capitanes que marcan el movimiento progresivo del arte militar desde que se escribieron las *Reflexiones militares*, Federico II y Napoleón I, apreciaban el libro del Marqués

(1) He aquí el interesante párrafo que D. Antonio Vallecillo dedicó en su *Apología de Villamartín*, relativo al juicio que de Santa Cruz tenía formado el Gran Federico

«...El marqués de Santa Cruz de Marcenado escribió en la segunda década de su vida, su grandiosa obra en once tomos titulada *Reflexiones militares*, obra que sólo sirvió para utilidad y gloria de Federico II de Prusia, y no para provecho de España, donde no fué conocida, ni bajo ningún concepto apreciada, como lo prueba la bochornosa escena ocurrida en Berlín entre dicho monarca y nuestro general D. Juan Martín Álvarez de Solomayor, más adelante conde de la Colomera, y capitán general de ejército. El caso fué como sigue: A la fama de la táctica inventada por Federico, con la que consiguió tan señaladas ventajas en sus gloriosas campañas de mediados del pasado siglo, se apresuró toda Europa á mandar á Prusia sus comisionados, para que, del mejor modo que les fuese posible, se enteraran de ella en sus principios y en sus aplicaciones, y con los que se manifestó siempre fácil y propicio aquel ilustrado soberano. Al presentarse el general español con la manifestación de su deseo, le contestó el Rey que extrañaba mucho su viaje á Prusia para aprender la táctica que él había aprendido en España. Confuso Alvarez de Sotomayor con esta réplica, ó misteriosa ó sarcástica, se apresuró á preguntarle el monarca si conocía las *Reflexiones militares* del marqués de Santa Cruz de Marcenado, á lo que, mordiéndose los labios, replicó el general español que, aunque tenía idea de la obra, *no la había leído*. El Rey le dijo entonces, con la modestia de su elevado mérito, que la táctica de la que toda Europa le creía autor, la había él deducido de la expresada obra, y que por eso decía haberla aprendido en España; pues si bien nunca había estado en la Península, debía su conocimiento a un autor español.»

(2) Es notable por todos conceptos el número extraordinario publicado por la *Ilustración Nacional*, que dirige D. Arturo Zancada, con motivo de dicho centenario, pues en el citado número aparecen buen número de estimadas firmas y notabilísimos trabajos relativos al Marqués.

de Santa Cruz en lo que valía, y supieron aprovecharse de sus máximas, considerándolas como selectas y excelentes: el primero, al decir de un historiador, siempre tenía aquella obra encima de su mesa, repitiendo en cuantas ocasiones se le presentaban, que era una de las dos únicas obras clásicas conocidas de *Re militari*, y confesando le había servido de mucho para sus combinaciones tácticas, lo cual puede verse comprobado en un estudio concienzudo de ellas. En cuanto á Napoleón I, son diferentes los pasajes de sus obras en que se citan varias máximas y fragmentos contenidos en las *Reflexiones militares*, lo cual indica el mucho aprecio que de ellas hacía el genio militar del siglo, y lo muy dignas que las creía de tenerse en cuenta.»

Pondremos fin á estos renglones con el siguiente retrato que del Marqués de Santa Cruz hizo D. Melchor Macanaz: «Era, dice, de mediana estatura, pero muy proporcionada; más gordo que flaco, de hermoso rostro, de gran prontitud en discurrir; sus dichos, célebres en las conversaciones y aun en los negocios más arduos, podrían llenar un volumen; su cólera era grande, pero aun era mayor su prudencia y su bondad, pues aun con su doméstico, el último de su casa, á quien en la cólera le hubiese dicho una palabra descompuesta, de allí á un instante le pedía perdón, con un aire tan noble, que hacía ver á todos que no era capaz de ofender á ninguno ni darle materia para dudar de su buen corazón.» Estos sentimientos se reflejan en sus obras, acreditando una vez más que *el estilo es el hombre*.

Tales fueron la vida, obras y fisonomía del insigne tratadista militar del siglo XVIII, D. Alvaro de Navia Osorio (1).

Desembarco en la costa de Orán (pág. 401).—Representa el grabado que en dicha página figura, el desembarco de la expedición que mandaba el conde de Montemar en la costa de Orán (1732). Es copia de una de la época y da clara idea de los elementos allegados para aquella empresa, elementos con tanta minuciosidad detallados por Belando en su *Historia civil* (2).

El Marqués de la Mina (pág. 409).—«Al juzgar á un personaje en el tribunal de la historia, es deber de equidad el trasladarse con la imaginación al tiempo en que vivió y obró. Por eso nosotros, que lo hemos estudiado con el rubor en la frente y el hastío en la conciencia, al juzgar el Marqués de la Mina como general y como escritor, tenemos forzosamente que ser ligeros y benévolos. Por mucha energía de carácter, por mucha independencia de juicio que un hombre tenga, no puede sustraerse del todo á la acción tiránica que sobre él ejercen los hombres y las cosas, las ideas y las costumbres, las doctrinas y los hechos que le rodean. Cabalmente eso que se llama sentido común, sentido práctico, que tan necesario es para navegar con fortuna entre las borrascas de la vida, obra como lastre, como ancla, en las organizaciones bien equilibradas, para impedir vuelos extravagantes y atrevidos ó sumersiones peligrosas. El marqués de la Mina es el hombre de su tiempo. Trasplantado al siglo XVI, probablemente hubiera dado más fuerza y actividad á sus resortes; hubiera respirado otra atmósfera, y, positivamente, hubiera mantenido su primacía entre los primeros. Destinado, por su desdicha, á corifeo ó comparsa de una ridícula y tristísima bufonada, bastante hizo con sobrenadar un poco en aquel doloroso naufragio de todo lo varonil, lo grande, lo serio.

»En este concepto, pues, su carrera es respetable. Nace en 1689; tiene por maestro algún tiempo al célebre jesuíta Joseph Casani, autor de Fortificación (no hay que reirse) en 1705, y maestro de Mathemáticas (no es broma) en San Isidro. Principió á servir, como era de rúbrica en su clase, de capitán de caballos: asciende en cuatro años á coronel y brigadier en dragones de Lusitania; pero aquí se atrasa nada menos que 24 años (1709 1733). El atraso, sin embargo, se compensó con rápida escalada hasta la suprema dignidad de capitán general de ejército, con aditamentos de gentilhombría de cámara, principado, encomienda y toisón. Habiendo entrado á servir en 1705, naturalmente asistió á varias funciones de guerra: á la batalla de Almansa (1707), á la de Campo Mayor (1712), al sitio de Barcelona (1714). También narra, como testigo presencial, las guerras de Sicilia y Cerdeña, y en 1736 ya como general divisionario, en Italia, á las órdenes de Montemar, que le distinguía. Poco después reside cuatro años en París como embajador. Ajusta bodas del famoso infante D Felipe con la hija mayor de Luis XV: gana por ende el Toisón, envuelto en un chaparrón de grandes cruces, San Jenaro, Sancti-Spiritus, etc. Vuelve á España y obtiene el alto cargo de Director general de Dragones. Este diluvio de mercedes revela lógicamente grandes merecimientos de satisfacción y confianza. Se le nombra, en efecto, para el mando del ejército que con el de D. Felipe debía entrar en Saboya; pero al llegar á Barcelona se encuentra con que el conde de Glimes, capitán general á la sazón del Principado, es el que va á campear, quedándose él en el destino del otro. Por fin se resuelve este enredo (1742), y hace en Italia las campañas de 1743 y 44, cuya descripción nos llevaría muy lejos. Vuelve á España, y sin saber por qué, se encuentra desterrado á Galicia. A pretexto de enfermedad, se le permite residir en su encomienda de Bene-

(1) El Sr. Fuertes Acevedo dice en su ya citada biografía, que D. Alvaro de Navia Osorio dejó nueve hijos, y fué tres veces casado: la primera vez con la Srá D.ª Francisca de Navia, hija de los marqueses de Ferrera; la segunda con D.ª Isabel de la Rocha, ilustre señora catalana, y la tercera con D.ª María Antonia Bellet, hija del teniente general de este apellido. El hijo primogénito del marqués D. Juan, le sucedió en sus estados, y su séptimo hijo D. Victorio llegó á la jerarquía de teniente general, y ejerció el cargo de capitán general de Valencia.

(2) Véase la página 400 del presente ESTUDIO.

sal, reteniendo,—esto es chusco,—la Dirección de Dragones. Resuelto á concluir sus días filosóficamente en el ostracismo, en 9 de Junio de 1746, muere, por fortuna suya y de España, Felipe V, el Animoso. Mutación á la vista, como en comedia de magia. Fernando VI, ó Ensenada, le llama, le somete el lamentable expediente del desastre de Plasencia; acepta su informe y le envía, ganando horas, á que remedie aquel desaguisado. Revela á Gages en Boghera Sigue una campaña en 1748, más ridícula, si cabe, que las anteriores, pero que le vale la grandeza de España y, para bien de todos, ajusta paces en Niza en 1749. Capitán general de Cataluña en 1754, por muerte de aquel mismo Glimes, se dedica a escribir, y sobre todo á mejorar el puerto de Barcelona, á construir la Barceloneta y otras obras de utilidad y ornato. Allí murió á 25 de Enero de 1767 y descansa en bello sarcófago en la Barceloneta (1) que fundó.

«D. José Lamor, tiene un Epitome de su vida entre los M. SS. de la Academia de la Historia, formando dos volúmenes 4.º mayor, pero con los planos y laminas arrancados. En la misma Academia hay también otros M. SS. singularmente sobre la retirada de Cúneo y cartas á Eslaba sobre Cataluña, que forman un cuaderno de 87 hojas en 8.º (2).»

Las obras más importantes del marqués de la Mina no han llegado á ver la luz. Titúlanse: *Guerra de Cerdeña y Sicilia de 1717-20* y *Guerra de Lombardia de 1734-36*, y según los que han tenido ocasión de examinarlas no son otra cosa que unas Memorias en las que se refieren con gran suma de detalles los sucesos, interpolando en la narración máximas, reglas y juicios. Inutilmente hemos tratado de saber el paradero de los M. SS. originales, que, según el Sr. Almirante, conocía el Dr. Rubió y Ors. La circunstancia de redactarse estas páginas en Barcelona y haber sido el citado doctor, catedratico del que estas líneas escribe, nos impulsaron a dirigirnos á él; pero los años transcurridos han borrado fechas y recuerdos, lo que sentimos, tanto más en cuanto se trataba de una edición enriquecida, según tenemos entendido, con multitud de laminas primorosamente grabadas. Aquellos a quienes interese este género de estudios, la época ó el personaje, pueden acudir á lo copia que existe en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid, copia que, según el autor de la *Bibliografía militar de España*, es muy notable.

Se han dado á la estampa las dos siguientes: *Máximas para la guerra, sacadas de las obras del Excmo. Sr. Marqués de la Mina* y un *Dictamen sobre la reforma del Exército de España en la retirada de Italia;* la primera probablemente hacia 1756, la segunda en el Tomo XII del *Semanario Erudito.*

El navío Glorioso (pag. 417).—En un cuaderno titulado *Mapa puntual que manifiesta las armadas de mar y tierra que tiene la Magestad Católica del Rey nuestro señor hasta principios de 1762*, y que vió la luz en este mismo año, figura entre otros el navío *Glorioso*, de 70 cañones, cuyo dibujo ejecutado en presencia de otro coetáneo damos en la citada pagina; y en una *Relación de los buques de guerra de que se componía la Armada en 1790* hallamos los siguientes datos: «Se construyó en el Ferrol y se botó al agua en 1755; en la actualidad se halla desarmado en la dársena del Ferrol». Contó, pues, este navío, probablemente, unos treinta años de servicio.

Careciendo de datos para hacer una detallada descripción de este buque, supliremos esta omisión con los siguientes relativos á la arquitectura naval en España durante el siglo XVIII:

«El rasgo más característico (perdónesenos la frase) de los buques del siglo XVIII, era la convexidad que se daba á sus obras muertas; habiendo navío de tres puentes que la tenía de siete pies por banda, y siendo de cinco á cinco y medio en los de 70 a 80. Las razones que para ello se tenían a la vista, eran las siguientes:

1.ª Presentar al golpe de mar una superficie de forma redondeada, porque así su efecto sobre el casco era menor que siendo plana.

2.ª Aproximar todo lo posible al eje longitudinal del buque los pocos que se hallan sobre la línea de flotación; de modo que mientras mayor es la convexidad menos haría trabajar la artillería al casco.

3.ª Que siendo menor el angulo de las jarcias muertas con el palo respectivo, se podía orientar mejor la vela mayor.

4.ª Disminuir el peso, puesto que los baos de la segunda batería y los de la cubierta alta eran más cortos, y siendo más cortos podían ser más delgados, al mismo tiempo que, como las cubiertas eran mas estrechas, llevaban menos tablones.

Al lado de estas razones favorables a la convexidad, militaron otras que acabaron de sobreponerse á las primeras. Helas aquí:

1.ª Cuando era mucha esa convexidad, quedaba muy estrecha la cubierta de la segunda batería y no había suficiente espacio para la artillería, aun cuando los bragueros de las piezas fuesen más cortos de lo que debían ser.

2.ª La arboladura no tenía completa seguridad por el corto ángulo que con ella formaban las jarcias.

3.ª Poco espacio para maniobrar sobre cubierta.

A consecuencia de estos inconvenientes, se modificó la convexidad de las obras muertas, siendo más razonable la de los navíos y fragatas de fines del mismo siglo (3).»

En tiempos de Fernando VI construyéronse en España los buques siguiendo el sistema francés y algunos de

(1) Iglesia de San Miguel

(2) Almirante, *Bibliografía militar.*

(3) *Historia del origen y progresos de la Arquitectura naval.*

ellos fueron dirigidos por ingenieros del país vecino. Según Charnock, los buques franceses y españoles eran entonces superiores en andar á los ingleses y se distinguían por sus grandes dimensiones, tanto es así, que mientras los navíos de 74 de las dos primeras naciones tenian entre 173 y 180 pies ingleses de eslora total y de 49 á 50 de manga, con 830 á 850 toneladas inglesas, los de la última sólo tenían de 165 á 170 pies de eslora, y de 45 á 48 de manga, con 550 á 620 toneladas.

Sirvan estos datos para formarse idea del navío español *Glorioso.*

El conde-duque de Montemar (pág. 421).—No basta nacer con aptitudes y condiciones de inteligencia y de carácter, para conquistar en la esfera político-militar un eminente puesto. El estado de la opinión, las circunstancias por que un país atraviesa, los elementos de que dispone, los ideales en que se inspira, contribuyen en gran parte á formar los hombres; que no todo se debe al talento y á la buena voluntad. Sirva de testimonio este siglo XVIII, en que figuraron algunos varones de mérito así en las armas como en la administración. Montemar y Mina fueron de esta clase, y uno y otro hubieran brillado mucho más á nacer un siglo antes. El destino les condujo á realizar proyectos desatinados, con medios insuficientes; y resultó de aquí, que ni salieron airosos ni pudieron lucir debidamente las aptitudes de que estaban dotados.

La biografía del conde-duque de Montemar figura en la colección, por decirlo así, oficial, publicada en tiempo de Carlos IV con el título de *Retratos de españoles ilustres, con un epítome de sus vidas,* de la que hemos copiado el retrato de la página citada. Otra biografía conocemos dada á luz por D. Manuel Juan Diana en sus *Capitanes ilustres;* pero á ésta y aquélla preferimos la siguiente, brevísima, que da el general Almirante en su *Bibliografía militar de España,* por el interés que su lectura despertará en el lector:

«Nació en Sevilla el 19 de Octubre de 1671. A los doce años, por derecho propio y natural, capitán de coraceros. Hace la guerra de Sucesión, asistiendo á sus principales jornadas ya de coronel. Sus panegiristas lamentan que se le postergue á Berwick, Vendome y Orleans. Elevado más adelante (1718) en jerarquía, reconquistó á Orán; empresa feliz, pero que tampoco admite, por la desigualdad de medios y condiciones, la menor asimilación y paralelo con la de Cisneros y Pedro Navarro. Sin embargo, no hubo sonido épico que no agotase la trompa de la fama. Con ella ya asentada, marchó en 1733 á poner por obra el gran proyecto de Isabel Farnesio: crear un trono en Nápoles para su hijo Carlos (luego 3.º) de España. La guerra, pésimamente constituída, como las anteriores de Cerdeña y Sicilia, marchó bien al principio, porque la escasa guarnición austriaca nos superaba en desorden y flojedad. D. Carlos fué rey á consecuencia del copo, más que batalla, de Bitonto. La Farnesio enloqueció. Montemar fué doblemente duque. Pero luego sucedió, como en casi todas las aventuras fáciles y prósperas al comienzo, que se van enzarzando los accidentes, engrescándose los sucesos, embrollándose las diplomacias, y el resultado fué que, por espacio de quince años, anduvieron aquellas tropas como liebres, y el nombre español por los suelos [en Italia], en aquella misma Italia de Gonzalo y Leiva. Sangra el corazón al ver aquel asendereado ejército, unas veces maltratado, otras abandonado por su aliado el francés; corriendo de aquí para allá, sin base, sin líneas, sin almacenes, sin *objetivo,* sin dinero, sin nada. La retirada de 1785 no fué más que un prólogo de este extraño *via-crucis.* Y, sin embargo, tanto puede la ceguedad ó la gratitud, puesto que el marqués de la Mina era hechura de Montemar, que al narrarla en sus *Memorias,* lo hace en estas palabras: «La retirada del conde duque de Montemar en Italia, »año de 1735, desde las orillas del Adige, frontera de los venecianos, hasta la Toscana; sin perder un hombre, ni »un saco de trigo, cargado de toda la fuerza alemana, porque la de Francia se separó, dejándonos en campaña »frente de ellos, ajustada su paz particular con el Emperador sin noticia del Rey, es de las admirables que han »acaecido y quizás no vista con idénticas circunstancias; fuí testigo de ella, y sólo por la desidia española no está »vinculada en bronces.» Y tanto como debe estarlo: para escarmiento y lección de generales irreflexivos, de gobiernos imbéciles y de pueblos aletargados.

»Visto el sesgo trágico que iba tomando aquella zarzuela, la corte se amoscó. La *negra envidia* le preparó nuevos reveses en la triste expedición á Milan, y el antiguo Guardia de Corps, tan querido de su Rey, aquel coloso de la fortuna, vino estrepitosamente al suelo, como entonces se venía, depuesto, suspenso de empleo y sueldo, desterrado á su encomienda de Valencia en 1742.

»El atribulado magnate hizo súplica, como también era costumbre de la época, á la piedad real, pidiendo siquiera «su antigua carabina de Guardia de Corps»; pero el Rey, ó la Reina, ó, por encargo de entrambos, su acérrimo enemigo, el ministro D. Joseph Campillo, le largó la siguiente rociada, en que si la dignidad de un Duque y Grande no queda bien parada, tampoco son muy bien atendidas la sintaxis y prosodia: «S. M. ha oído con poco »agrado su petición, mirándola como que V. E. ha querido por medio della sondar su real ánimo, abusando de la »clemencia con que S. M. se abstuvo de usar en la novedad hecha con V. E. de expresiones que no dejasen á »V. E. duda, pero que pudieran serle muy sensibles, y espera que V. E. se hará cargo dello para resignarse y »excusar á S. M. nueva demostración de poca satisfacción ó indignación.» Mal sonarían al caído estas tres *ones.*

»Por fin, en 1746 tuvo Felipe V la oportunidad de pasar á mejor vida: con lo que España pudo respirar y Montemar ser repuesto en sus cargos, titulos y honores, que disfrutó poco, pues murió en 1747.»

La nota bibliográfica de las obras del Conde-Duque es como sigue:

Ejercicios que se deben practicar en Caballería y Carabineros. Madrid, 1729. Un vol. en 8.º

Avisos militares sobre el servicio de la caballería y dragones en guarnición y en campaña. Segunda edición. Palermo, 1773. Un vol. 8.º mayor.

Manifiesto que ofrece la verdad sobre las operaciones y conducta del Excmo. Sr. duque de Montemar, en el tiempo que estuvo á su cargo el exército de Italia en la campaña de 1742. Inserto en el *Semanario erudito* de Valladares. Tomo último.

Exposición de las causas que concurrieron á que las armas del Rey en Lombardia en el año 1742 hasta 8 de Septiembre del mismo no hicieran los progresos que era de esperar.

Satisfacción á diferentes dudas que se han divulgado sobre las operaciones del Exército del Rey en Lombardia en la campaña de 1742 debaxo de las órdenes del duque de Montemar.

Estas tres últimas exposiciones son otros tantos descargos del caido general. Literariamente son de escaso mérito, lo propio que las antes citadas obras; pero acreditan aquéllas, así la práctica como las aficiones del Conde-Duque de Montemar.

D. José Patiño (pág. 425).—Nació en Milán á 11 de Abril de 1666 y fueron sus padres D. Lucas Patiño Ibarra, señor de Castelar y del Imperial de Velveder, del Consejo de S. M. en Milán y Veedor de sus Ejércitos, y D.ª María Beatriz de Rosales, hija del conde de Bailá. Tuvo una educación esmerada; entró en la Compañía de Jesús, pero no pudo avenirse con aquel género de vida, y dejó el claustro en 1699. El marqués de Leganés le envió á Madrid como agente particular de sus negocios, y á su regreso le dió empleo de capitán de justicia de Final. A la conclusión de la guerra con la casa de Austria tuvo que pasar de nuevo á Madrid, donde fué nombrado ministro del Consejo real de las Ordenes y se cruzó en la de Alcantara. Después fué nombrado intendente de Extremadura, cargo en que dejó bien sentada su reputación por haber puesto coto á las demasías de las tropas, y salvado aquella provincia de muchos excesos y vejaciones. De allí pasó al ejército de Cataluña: trabajó para que reinase la abundancia en las tropas de Felipe V, y se dedicó después al establecimiento de la contribución llamada de *catastro*.

Afirmada la casa de Borbón en el trono español, fué uno de los primeros cuidados del soberano el restablecimiento de la marina de guerra, y utilizando los extraordinarios conocimientos de Patiño, nombróle Intendente general de marina y Presidente del Tribunal de Contratación de Cádiz (1717), en cuya plaza comenzó á trabajar en la organización y desarrollo de nuestras fuerzas navales. Patiño hizo un completo arreglo en la Armada, uniformó las galeras del Mediterráneo, los navios de Oriente y los galeones de Indias: fundó el arsenal de la Carraca; promovió la fábrica de muchos buques en el astillero de Puntales y en los de Cantabria y Cataluña; formó la compañía de caballeros guardias marinas; creó los cuatro batallones de infantería y las cuatro brigadas de artillería para la guarnición de los bajeles, y un reglamento general de sueldos de todas clases. En el antes citado año 1717 pasó Patiño á Barcelona á preparar la expedición marítima que salió para Cerdeña y después otra más considerable; en 1719 se le confió la Intendencia general de marina; en 1720 dispuso el armamento de la expedición destinada al socorro de Ceuta. No bastaron estos hechos para que la emulación dejase de perseguirle hasta el extremo de intentar separarle de su puesto y destinarle á Bruselas; pero pudo más el favor y estimación del Rey, quien le nombró Secretario del Despacho de Indias y de Marina. Ocurrió esto en 1726, á la caída del duque de Riperdá, y en aquel mismo año encargóse también Patiño de la Secretaría general de Hacienda, la Superintendencia general de Rentas y el gobierno de consejos y tribunales. Desde tan elevados puestos, y gracias á su actividad y acierto, empezó á crecer el valimiento de Patiño; pero también creció el número de nuestros bajeles; viéronse los mares surcados de continuo por naves españolas, sostenidos con vigor los ejércitos y fomentadas las escuelas. La nueva creación de los departamentos del Ferrol y Cartagena, como asimismo el proyecto de formación de sus arsenales, fueron por estos años objeto de sus desvelos. En 1732 formó la matrícula de la gente de mar y estableció la compañía de Filipinas para el comercio de Asia, después de haber creado en Guipúzcoa la de Caracas para impedir el ilícito tráfico de los extranjeros en nuestras costas.

La actividad de Patiño tuvo poderosos estímulos, con la agregación de nuevos cargos, a los que ya desempeñaba. Sobre sus secretarías de Hacienda, Marina é Indias, reunió en 1730 interinamente la de Guerra por muerte de su hermano, el marqués de Castelar, y el cargo de primer ministro por fallecimiento del marqués de Paz, á fines de 1734. Con esto quedaron los cuatro principales ramos del Estado en manos de Patiño, quien halló desde aquel momento en sí los recursos con que dió vigor a la guerra, mejora a la Hacienda pública, gran vuelo á la marina, provecho a la milicia y alguna seguridad a las colonias. Mas, para que no todo sean elogios, debemos consignar que Patiño, si procedió con tino al desaconsejar a la reina de España, Isabel Farnesio, el proyecto de poner la corona de Polonia en las sienes de su hijo Carlos, cometió gravísima imprudencia en halagar su ambición de madre, engolfando á España en una guerra de fáciles y halagüeños principios, pero de resultados problemáticos, por no decir funestos á la patria. Patiño fué el alma de aquella guerra, que nada tiene de gloriosa y cuyas consecuencias no pudo él mismo apreciar, pues falleció el 3 de Noviembre de 1736, en San Ildefonso, á los 70 años de edad y á consecuencia de una fiebre maligna. El Rey, que le había dado señaladas pruebas de aprecio, visitóle durante su enfermedad, y pocos dias antes de morir le confirió la grandeza de España, recompensa que inspiró al

enfermo estas palabras: *S. M. me envía el sombrero cuando ya no tengo cabeza.* A pesar de los elevados cargos que ejerció, Patiño murió pobre y el monarca hubo de costear su entierro.

No tuvo Patiño un sucesor digno de él en los difíciles puestos que ocupó; y su falta pronto se dejó sentir en la dirección de los negocios. La capacidad y el tino que había revelado en el período de su gobierno, reconociéronla sus mismos coetáneos, y un célebre economista del reinado de Carlos III, la ensalza en los siguientes términos: «Cuando se considera la estrechez de medios con que Patiño restauró la marina, facilitó las costosisimas expediciones que multiplicaba el genio emprendedor de Alberoni; cómo restableció la confianza, cómo por su actividad y su eficacia suplió á cuanto le faltaba, ciertamente no se puede dejar de confesar el acierto de su elección al ministerio. Desde entonces se le ve rodeado de las mayores dificultades dentro y fuera, teniendo que seguir planes que no eran suyos, que contemporizar con la política tímida y pequeña del cardenal Fleury, que sostener gastos que serían excesivos en la abundancia de la paz; y, á pesar de tantos contratiempos, ocurriendo á todo, nada faltó mientras vivió. El crédito público se mantuvo con su destreza y su tino, y, sobre todo, con el esmero con que protegió el comercio y la navegación de Indias, según los principios de aquel tiempo » A estos elogios hay que añadir el concepto que mereció á Walpole y otros extranjeros, y los que han hecho de él los historiadores de nuestros días. Uno de ellos lo ha calificado de Colbert español, y otro lo ha retratado en las siguientes líneas: «Su política era callada y perseverante, su penetración viva, su inteligencia en los negocios y su conocimiento de los hombres admirable.»

Aunque hombre civil, Patiño merece figurar en una galería militar, como administrador y como fundador de importantes instituciones, entre las que figura el Colegio naval, que tantos oficiales de mérito dió á la Marina española.

Carlos III (pág. 433).—No es de nuestra incumbencia hacer una detallada biografía de los monarcas que han reinado en España. Aspiramos sólo á dar á conocer los rasgos salientes de su carácter, para apreciarlos mejor como reyes y como hombres. Y esta tarea difícil, es tanto más enojosa, en cuanto hasta hoy se ha dado poca importancia á los estudios biográficos. De Carlos III, por ejemplo, nos vienen á la mano no pocos panegíricos; y en verdad debe reconocerse que aunque la lisonja tenga en muchos de ellos buena parte, no es pequeña la que cabe á la justicia, tratándose de un rey amigo de las mejoras de su pueblo y apreciador de los hombres de mérito. Fué, en efecto, Carlos III, un hombre modesto, sobrio, piadoso, amigo de su palabra, morigerado, amante de la justicia y no menos amante de sus vasallos. Tenía recta penetración, inteligencia clara é instrucción no escasa; pero no rayaba en el más alto punto su talento, y como todo mortal pagó su tributo á las flaquezas humanas en sus actos políticos. Desmerecen ciertamente este reinado el Pacto de familia, que produjo la ridícula guerra de Portugal y la toma de la Habana y de Manila por los ingleses, y las desgraciadas empresas de Argel y Gibraltar; pero á pesar de ser estos hechos de alguna monta, España no olvida al monarca que fomentó su agricultura, su industria y su marina; que limpió los mares de piratas, pobló á Sierra Morena, fundó academias, escuelas, y bancos; dió impulso á las artes y estímulo á los hombres de valía. Tampoco debe olvidar el historiador ó biógrafo sesudo, que en tiempo de Carlos III el despotismo ministerial (aunque *ilustrado)* rayó en el punto más alto; porque desgraciadamente este despotismo es y fué luego excelente base para la arbitrariedad. Recobró España en este reinado algunas posesiones de América y el puerto de Mahón, con la isla de Mallorca; pero pudo dar por totalmente perdida á Gibraltar, objeto tan ansiado por el monarca como por el país. Las esperanzas de uno y otro se disiparon con el humo de las baterías de d'Arzón.

Carlos III fué el tercer hijo de Felipe V y de Isabel de Farnesio. Nació en 1716, murió en 1788. Reinó quince años en Nápoles, hasta que por muerte de su hermano Fernando VI entró á reinar en España en 1759. Fueron sus ministros Vall, Grimaldi, Esquilache, Aranda y Floridablanca, al que conservó hasta el momento de su muerte. Su retrato físico lo hace un historiador en los siguientes términos: «Era hombre de mediana estatura, no obeso, pero de fuerte complexión; formaba contraste, dicen las personas que estaban á su servicio, la blancura natural de su cuerpo con el color tostado y curtido de su rostro y manos, como expuestos siempre á la intemperie por el ejercicio de la caza; caracterizaban su fisonomía, la larga nariz y largas pestañas, pero el conjunto de sus facciones daba á su semblante una expresión agradable, que unida á su natural afabilidad, le hacía simpático é inspiraba un afectuoso respeto.» Tal se nos ofrece en el retrato de la página antes citada.

Para concluir estos apuntes, debemos consignar que en 1773 expulsó á los jesuitas de España, medida que juzgan unos como borrón y otros como timbre de su reinado. Júzguelo el lector (1).

Plano Gibraltar (pág. 445).—Junto á la misma lámina suelta que representa el bombardeo, ofrecemos este plano que permite formarse idea de los ataques. Uno y otro se completan y permiten formarse concepto exacto del tercer sitio.

(1) Con Carlos III cerramos la galería de los monarcas españoles; el lector no extrañará que en ella dejen de figurar los reyes Fernando VI y Carlos IV, ya que no intervinieron personalmente en los sucesos militares.

Cañonera (pág. 446).—La de la citada página consiste en una barca en cuya proa, dispuesta al efecto, se encuentra un cañón sobre montaje, fijo al parecer. Esta cubierta por un toldo, y el palo que sostiene su vela descansa á lo largo del casco, sobresaliendo por encima de la popa.

Baterías flotantes (págs. 447, 448 y 451).—Descritas estas baterías en la página 450 y dada al pie de sus perfiles una explicación detallada, solo resta decir que han sido copiadas de obras coetaneas y que el conde de Clonard los dió tambien en su *Historia orgánica*.

Bombarderas (pág. 449).—Las dos de la citada página permiten formarse exacta idea de estos bajeles. Presentan en la proa y en la popa dos plataformas, en las que se halla colocado el mortero: ambas tienen, como las cañoneras, un toldo, y el mástil recogido.

Cañonera acorazada (pág. 452).—Es copia de un modelo perteneciente al Museo Naval de Madrid. Su blindaje de hierro forjado alcanza poco mas de la línea de flotación, y las placas están sujetas por fuertes clavijas. Un cañón de grueso calibre, con montaje giratorio, se halla situado en el centro, pero puede también moverse hasta el boquete que se ve en la proa, rodando sobre una especie de rails de madera. El palo de esta embarcación en el que iba vela latina, durante el combate se colocaba en el fondo de la misma; la maniobra efectuábase entonces por medio de quince pares de remos; pero terminado aquél, ó bien cuando las circunstancias lo exigían, el mastil era colocado en su sitio y sólidamente asegurado en él por medio de estais y obenques móviles. Por último, el timón se movia por medio de un sistema de poleas y cuerdas, y el timonero, lo propio que la tripulación, se hallaban totalmente a cubierto de los proyectiles.

El duque de Crillón (pag. 453).—Luis de Berton, duque de aquel titulo, nació en el año 1718, entró á servir en la milicia en 1731, en la compañia de mosqueteros grises de Francia, y en 1733 pasó de teniente á un regimiento de infanteria, con el cual, a las órdenes del mariscal de Villars, se halló en la campaña de Italia en aquel año. Contrajo entonces tales méritos y servicios, que el rey de Cerdeña pidió para el joven guerrero la cruz de San Luis, cruz que no le fué concedida hasta 1744, cuando ya se había hallado en la batalla de Parma y era coronel del regimiento de Bretaña. Estuvo al año siguiente en la batalla de Fontenoy, donde se portó bizarramente y se apoderó de gran número de cañones enemigos. En clase de brigadier mandaba el 10 de Julio del mismo año los cuatro batallones que sostuvieron el grueso de las fuerzas enemigas en la acción de Mesle. En esta ocasión presentó Crillón al rey de Francia las dos primeras filas de los batallones que mandaba, con las gorras de los granaderos ingleses cogidos en el campo de batalla, y el monarca le pensionó con tres mil libras francesas, anejas á la banda roja. Después de la toma de Namur, en la que se distinguió notablemente, fué nombrado mariscal de campo y acompaño al mariscal Belle-Isle á Italia en 1747. Mandaba en Weissensfels, cuando el gran Federico se presentó allí. «En aquella ocasion, dice el monarca prusiano, fui detenido al frente de mi ejército por el valor de diez y siete compañías de granaderos franceses.» En la batalla de Rosbach (1753), perdida por los franceses, salió Grillón herido. Fué nombrado á poco teniente general, tomó á Gottinga, se halló al frente de la reserva en la batalla de Lutzelberg (1758) y tuvo la comisión de perseguir al enemigo. Tratabase entonces de hacer un desembarco en Inglaterra y se confió á Crillón el mando de las provincias de Artois, Picardia y Boulogne. Formó el proyecto de construir lanchas cañoneras que navegaran á remo y vela, llevando cada una un cañón de 24 en la popa y otro en la proa; pero este proyecto, aunque admitido por los ministros franceses y el Delfin, fué desechado por pluralidad de votos. El conde de Fuentes, embajador de España en Londres, dejó esta ciudad en 1762, y, pasando por Francia, fué á visitar á Crillón, quien, disgustado de que no se aprobara su proyecto, y sabiendo por nuestro embajador que España iba á emprender la guerra contra Portugal, decidió pasar á nuestro servicio, y con arreglo al Pacto de Familia concediósele el mismo grado que tenia en el ejército francés. Llegó á tiempo de presenciar la capitulación de Almeida, y quedó en nuestra peninsula. En 1782 se le dió el mando del ejército destinado á la conquista de Menorca, y á consecuencia del éxito conseguido se le otorgó título de capitan general, grandeza de España y el ducado de Mahón. Confiósele luego el mando del ejército sitiador de Gibraltar, contra cuya plaza se estrellaron todos sus esfuerzos. Después fué nombrado capitan general de los reinos de Valencia y Murcia y no tomó parte alguna en las guerras contra Francia en 1793 Murió en Madrid en 1796 y dejó unas *Memorias militares* que fueron impresas en 1791. Es obra poco interesante y en la que el autor hace su apología.

Vista del Peñón de Gibraltar (pag. 455).—Este dibujo ha sido hecho en presencia de una fotografía y de un grabado de la época. La fotografía ha permitido reproducir el monte con toda exactitud, el grabado la plaza, tal como se encontraba por los años en que tuvo lugar el tercer sitio.

El general Ricardós (pag. 461). D Antonio Ramón Ricardós, hijo de D. Felipe Nicolás y de D.ª Leonor Carrillo de Albornoz, nació en Cádiz en 28 de Junio de 1727. Su educación fué bastante descuidada, pues

sólo aprendió de sus padres prácticas devotas, y á los frailes de un convento de Cádiz debió el conocimiento de la gramática latina; pero tuvo la dicha que un criado le inspirara el buen gusto para la lectura y le diera lecciones de italiano. Niño aún, empezó la carrera militar como paje del Rey, y entró en el ejército en clase de capitán en el regimiento de caballería de Malta, del cual era su padre coronel. Pasó á Italia con su cuerpo; allí alternó los trabajos de la guerra con los estudios, y manifestó al propio tiempo su valor en las batallas de Parma y Tidone y en las demás de aquellas campañas. Dióse á conocer también por una reflexión impropia de su edad. Premiáronse sus méritos nombrándole coronel á los diez y seis años por ascenso de su padre á mariscal de campo, habiéndose, no obstante, expuesto al Rey que tenia veintiuno Terminada la guerra, posó con su regimiento á cuarteles de invierno, donde se perfeccionó en la teórica. En 1760 fué ascendido á brigadier, y al siguiente año marchó á formar parte del ejército que invadió á Portugal; luego fué destinado á Orán de guarnición, y en una salida recibió una grave herida que le valió el nombramiento de mariscal de campo (Abril 1763). Se le destinó á Nueva España con objeto de que organizara un sistema de defensa, y antes de que terminara su cometido, trasladósele á España para que fijara los límites fronterizos de los Pirineos. Promoviósele á teniente general en 1770, y desde 1773 á 1778 estuvo encargado de la inspección de la caballería, destino que le suscitó muchas envidias. Más espléndido de lo que debía, y gastando más de lo que alcanzaban sus sueldos y encomiendas, no tardó en verse agobiado por las deudas; en cambio, parco en grado sumo cuando se trataba del dinero del Erario, constituyó la caballería bajo un pie de orden y economía. Por estos años echó los primeros cimientos del colegio militar de Ocaña, institución que duró poco, y cuya muerte ocasionóle tal disgusto, que se alejó de la corte tomado el mando militar de Guipúzcoa. Mientras desempeñaba este cargo estalló la guerra con la república francesa, y el gobierno, persuadido de su mérito, confióle el mando del ejército destinado á invadir el Rosellón. A la organización de este ejército consagró cuidados especiales; á vencer la falta de tiempo, de un buen servicio de transportes y la escasez de provisiones, todos los recursos de su talento. La habilidad y los conocimientos militares de que en esta campaña dió pruebas, consignados quedan en las páginas del anterior ESTUDIO (1). Thuir, Masdéu, Trullas, la defensa del campo de Boulou, la toma de las ciudades marítimas y la ocupación de la línea del Tech, son otros tantos timbres de su gloria. Cuéntase que en la batalla de Masdéu, avisado por sus ayudantes del grave peligro que corría exponiéndose al fuego enemigo, contestó: «El general no debe llegar á las manos como el soldado ni aventurarse ligeramente al fuego del fusil: pero al del cañón es indispensable; de lo contrario, nada vería, ni podría tomar su partido.» En testimonio de su esfuerzo hablan los partes de los enemigos y los escritos de historiadores extranjeros. Aquella campaña demostró una vez más que los españoles son los mejores soldados del mundo cuando están dirigidos por buenos generales.

La corte española llamó á Ricardós con objeto de concertar los planes para la inmediata campaña, y en Madrid le sorprendió la muerte el 13 de Marzo de 1794. Su pompa fúnebre y la generosidad con que el monarca honró sus despojos, merecieron el aplauso de todos los españoles. Dióse á su esposa el título de condesa de Trullas, y la *Gaceta* y *Mercurio* de Madrid, al dar cuenta del fallecimiento del ilustre general, dijeron entre otras cosas: «Llenó la confianza del soberano; mereció singulares elogios de los generales de las potencias beligerantes, y aun de los mismos enemigos; suavizó los horrores de la guerra, cuanto lo permitía la irresistible fuerza de las circunstancias, y acreditó, en la serie de sucesos de una campaña gloriosa, que reuniendo las cualidades que constituyen los grandes capitanes, era tan bizarro en el momento de la acción como generoso y humano en la victoria.»

Escribió Ricardós las siguientes obras, que no vieron la luz:

Preceptos, máximas y sentencias para instrucción de los alumnos del colegio de Ocaña.

Diario militar de la primera campaña del Rosellón.

Los datos biográficos que de este general hemos podido reunir, están tomados del *Diccionario de personas célebres de Cádiz*, escrito por D. Nicolás María de Cambíaso.

El marqués de la Romana (pág. 469). — D. Pedro Caro y Sureda, marqués de la Romana, nació en 3 de Octubre de 1761, en Palma, capital de Mallorca. Su padre era general y mandaba la vanguardia española en la expedición contra Argel, donde fué muerto al frente del regimiento de dragones de Almansa. La Romana, siendo muchacho, fué llevado á Francia en 1771, y entró de alumno en el colegio del Oratorio de Lyón, donde recibió una educación esmerada. Continuó después sus estudios en el Seminario de Nobles de Madrid, é hizo rápidos progresos en las ciencias y en las artes. En 1775 fué nombrado guardia marina, y en 1778 empezó á prestar servicio, pasando al colegio de aquel cuerpo, establecido en Cartagena. En premio de su buena conducta y los talentos que descubrió, otorgósele el grado de oficial en 1779, y á poco tiempo el general D. Ventura Moreno le eligió por ayudante suyo. En 1782 sirvió con distinción en las lanchas cañoneras y baterías flotantes en el sitio de Gibraltar; cuando la paz de 1783, se retiró á Valencia, consagrándose al cultivo de las letras, muy especialmente al estudio de idiomas, y gastando parte de sus rentas en formar colecciones de libros y antigüedades, y en estimular á los artistas españoles. Hizo en 1784 un viaje al extranjero para ensanchar la esfera de sus conocimientos, y se detuvo en Berlín y Viena á estudiar

(1) Véanse las páginas 456 á 466.

la organización de aquellos ejércitos. De regreso á España, navegó bajo las órdenes de D. Federico Gravina, y en 1790 fué ascendido al grado de capitán de fragata. Declaróse la guerra entre España y Francia en 1793, y la Romana pasó al ejército terrestre, sirviendo primero á las órdenes de D. Ventura Caro, general en jefe del ejército de Guipuzcoa; quien, apreciando su valor é inteligencia, le dió el mando de un cuerpo de cazadores, mando que conservó durante toda la campaña de 1793 y parte de la de 1794 y al frente del cual contrajo singulares méritos en los combates de Monte Diamante y Monte Verde, de los que desalojó a los franceses.

Después del descalabro sufrido por nuestras tropas junto al Bidasoa y la pérdida de Fuenterrabia (Agosto de 1794), fué reemplazado el general Caro por el conde de Colomera, y pasó la Romana al ejército de Cataluña, que mandaba el conde de la Unión. Distinguióse en la reñida batalla de Montnegre (Noviembre de 1794), en que perecieron el general francés y el conde de la Unión y fueron derrotadas nuestras tropas, y en honor suyo debe consignarse que su cuerpo fué el único que se retiró en buen orden y conteniendo al enemigo. Por este tiempo ya había ascendido la Romana a mariscal de campo.

La guerra tomó en Cataluña nuevo sesgo al hacerse cargo del ejército derrotado en Montnegre el general Urrutia. Trató este caudillo de salvar a Rosas, distrayendo á los franceses por la parte de Figueras, y encomendóse á la Romana al cometido de atacar la izquierda enemiga desde Besalu, mientras el general Arias con otra columna lo efectuaba junto al Fluvia; pero este movimiento, que no surtió efecto alguno, acreditó la sangre fria del Marqués, quien se mantuvo contra fuerzas superiores y perdió dos caballos en la refriega. Hallóse después en los combates de los dias 28 de Marzo y 5 de Mayo de 1795; y poco después del segundo, recibió la difícil comisión de ir á colocarse á retaguardia de los enemigos é invadir la Cerdaña francesa, arriesgado plan que no llegó á realizarse, porque, cuando ya estaba en vias de ejecución, firmose la paz de Basilea (22 Julio de 1795). Urrutia hizo dimisión del mando del ejército, y el marqués de la Romana, ascendido á teniente general, se retiró á Alicante para consagrarse nuevamente al estudio. En 1800 fué nombrado capitan general interino de Cataluña y á poco consejero del Supremo de Guerra. En Enero de 1807, logró el emperador Napoleón I que España pusiera á su disposición 5,000 hombres escogidos, para formar el cuerpo de observación de Hannover, destinado á cerrar á los ingleses las bocas del Weser y del Elba. La Romana recibió el mando de estas tropas, que en número de 11,000 atravesaron en Mayo el territorio francés, reuniéndose en Alemania con una division de 6,000, salida de Toscana. Estas tropas, en combinación con las imperiales, operaron contra la Pomerania sueca, distinguiéndose por su valor y disciplina; pasaron después de la paz de Tilsit á las islas dinamarquesas de Jutlandia y Fionia, donde quedaron acantonadas, y allí se encontraban en Mayo de 1808 cuando se intimó a la Romana la orden de prestar juramento de fidelidad á José Bonaparte como rey de España. En la crítica situación en que se hallaba el general español, casi rodeado de fuerzas francesas, infinitamente superiores á las suyas, teniendo que recelar igualmente de las dinamarquesas, y privado de noticias directas de su patria, creyó que debía ceder por de pronto al torrente, para no comprometer un gran número de individuos que estaban a sus órdenes; pero el juramento que prestó era condicional y sujeto al voto unanime de la nación española. Enterole poco después del verdadero estado de los asuntos de España un eclesiástico que llegó á avistarse con él, arrostrando mil peligros; supo después con más exactitud lo ocurrido por el oficial español D. Vicente Lobo, enviado por la Junta Central para comunicarle instrucciones; púsose sin perder momento en comunicación con el contraalmirante inglés Keats, que mandaba como segundo la escuadra del Báltico; y mientras entretenía con promesas de un mas explicito juramento a los franceses, dirigió a los jefes de los diversos cuerpos del ejército español enérgicas y secretas órdenes para que todos á un tiempo se reunieran en las islas de Fionia y Langeland. «Soy español, les decia en aquella circular, y estoy resuelto a ser partícipe de la gloriosa suerte de la patria. Todo es preferible a vivir en la vil dependencia en que estamos, y estoy decidido á embarcarme con las tropas que quieran seguirme.»

Fueron tan bien ejecutadas las órdenes del marqués de la Romana y, sobre todo, tan escrupulosamente reservadas, que las tropas españolas, partiendo de diferentes puntos, llegaron casi todas en su mismo dia al lugar de la cita. Tan sólo faltaron á ella los cuerpos estacionados en Zelandia, que fueron desarmados por los franceses y declarados prisioneros de guerra, lo propio que dos escuadrones acantonados en Jutlandia Unos y otros fueron encerrados en el arsenal de Copenhague.

La Romana ocupó sin pérdida de tiempo a Niburg (Fionia), sorprendiendo á las tropas dinamarquesas que la guarnecían, y en esta plaza embarcó sus soldados en numero de 10,000, conduciéndoles en bajeles costaneros hasta Gottembourg, y desde allí, a bordo de la escuadra inglesa, a la Coruña y Santander (9 de Octubre). Con este cuerpo de ejército, reunido al de Galicia, se formo el llamado del *Norte*, cuyo mando tuvo la Romana. Sus primeros cuidados fueron rehacer el que acababan de destrozar los franceses en la batalla de Espinosa (11 de Noviembre), y levantar el ánimo de los naturales. Gracias a su energia consiguio al año siguiente algunos triunfos sobre el enemigo; y aunque las tropas que mandaba quedaron reducidas a 6,000 hombres, privados de recursos, sus rápidas y audaces maniobras desconcertaron a los mariscales Ney y Soult, obligandoles a evacuar aquella región. Separado del mando por intrigas, volvió a ser llamado a él en 1810, recibiendo el del ejército llamado *de la izquierda*, con el que se incorporó en las Castillas, al de Ballesteros. Temeroso de que Badajoz fuera estrechado, marchó hacia Extremadura, y en combinación con Wellington, operó contra los franceses, que mandaba Masena. Estos fueron los últimos

hechos en que tomó parte, porque á primeros de Enero de 1811 cayó enfermo en Cartagena, donde acababa de llegar, y en 23 del mismo mes y año murió, á la edad de 52 años. Sus entrañas, encerradas en una rica caja, fueron depositadas con gran pompa en el monasterio de Belén, y su cuerpo embalsamado y llevado en un navío inglés á Lisboa; desde allí fué trasladado á Palma de Mallorca y depositado en un magnífico sepulcro en la iglesia de los Padres Dominicos, sepulcro costeado por la Nación y erigido en la capilla llamada de los Valeros. Las Cortes de Cádiz acordaron que en la lápida sepulcral se gravara la siguiente inscripción:

AL GENERAL
MARQUÉS DE LA ROMANA
LA PATRIA RECONOCIDA.
ASÍ LO DECRETARON
LAS CORTES GENERALES Y EXTRAORDINARIAS
EN CÁDIZ A VII DE MARZO DE MDCCCXII

Cuando se demolió el convento de San Francisco fué este magnífico sepulcro trasladado á una capilla de la Catedral, próxima al presbiterio, al lado del Evangelio, donde se halla (1).

El más brillante elogio que puede hacerse de este ilustre general, se encuentra en el siguiente oficio que Lord Wellington dirigió en 26 de Enero de 1811 al conde de Liverpool: «Sus virtudes, dice, sus talentos y su patriotismo eran muy conocidos de S. M. Británica. En él ha perdido el ejército español su más bello adorno: su país el patriota más puro, y el mundo el más valiente defensor de la causa por la que peleamos. Reconoceré siempre con gratitud los auxilios que de él recibí, tanto por sus operaciones, como por sus consejos, desde el momento en que se reunió al ejército de mi mando.» Uno de sus biógrafos hace de él el siguiente juicio: «Tenía gran valor personal y mucha serenidad de ánimo en medio de la acción; pero estaba falto de aquel carácter que se requiere para el mando, mostraba muy comúnmente cierta indolencia y adoptaba alternativamente pareceres y opiniones contradictorias. Era generoso, benéfico y afable, singularmente con el soldado; pero tenía ciertas rarezas que hacían poco favor á su carácter. Apasionado por los libros y dotado de una memoria prodigiosa, le eran familiares los mejores autores y varios idiomas, así de la antigüedad como modernos. Discutía con gran lucidez las más intrincadas materias filosóficas; tenía gran amor á la física y no menos afición á las bellas artes (2).»

El general Bonaparte (pág. 473).—No trataremos de redactar la biografía de este hombre célebre, por sobrado conocida, y por ser ajena al objeto de esta serie de bocetos. Limitarémonos sólo á ofrecer algunos rasgos fisionómicos del general republicano, más tarde emperador de los franceses. Pertenece nuestro retrato á la época, y es copia de uno de los numerosísimos publicados á principios del presente siglo. Tiene el gran mérito de revelarnos el carácter de aquel famoso guerrero, cuyas cualidades parecen retratadas en lo acentuado de sus facciones. Bonaparte era un hombre de baja estatura, á la sazón delgado, de cuello corto, anchas espaldas, piernas y brazos perfectos, pie y manos pequeños. Su frente, alta y noble, ocultábanla los cabellos, según la moda de la época; sus ojos, de color gris, reflejaban la sagacidad de su espíritu; su nariz, recta y afilada, lo propio que sus pómulos salientes, acusaban suma energía; el arco de sus labios, tenacidad. Eran sus dientes blancos y hermosos; su barba prominente, y sus cabellos castaños y finos; su color, el de los grandes ambiciosos: pálido. El conjunto de las facciones de Bonaparte, como puede juzgarse por el retrato, tenia una regularidad irreprochable, y su cabeza y busto no eran inferiores en nobleza á los más bellos que de la antigüedad conservamos.

La constitución del general republicano fué robusta, pero sufrió, con los años, un notable cambio, como puede verse comparando los retratos que lo representan cónsul y emperador. En aquella época llevaba los cabellos recogidos sobre la nuca, con coleta; posteriormente se los cortó enteramente. Dicen sus biógrafos que habitualmente su rostro reflejaba tranquilidad y seriedad afable, y que se iluminaba con graciosa sonrisa en momentos de expansión; pero añaden que cuando agitaba su alma una pasión violenta, tomaba una expresión terrible y severa; sus ojos despedían rayos, contraíanse su frente y cejas, y dilatábanse las alas de su nariz. Sin embargo, estas ráfagas de cólera no alteraban en nada su juicio, del que era dueño absoluto. La cabeza dominaba al corazón.

Tal como lo ha representado Wockarct, nos hacemos perfecta idea del temperamento del joven general que al finalizar el siglo XVIII hablaba en son de amenaza á monarcas y gobiernos; del político ambicioso que tanta parte tuvo en la decadencia de España. Basta contemplar ese retrato para reconocer en él á un hombre extraordinario.

Los héroes de Trafalgar (Véase la lámina suelta de la pág. 476 y el retrato de la 477).—A continuación damos á conocer las biografías de los ínclitos marinos Churruca, Gravina, Alava, Valdés y Alcalá Galiano,

(1) Fernández Duro, *Disquisiciones Náuticas*, Tomo VI.
(2) *Dic. Hist. biográfico*. Barcelona, 1831.

copiadas de la interesante obra de Marliani *Combate de Trafalgar.—Vindicación de la Armada española*, y de la titulada *España Marítima*, y adicionados con algunas curiosas noticias de autores modernos.

D. COSME DAMIÁN DE CHURRUCA.—Nació en Motrico (Guipúzcoa) en 27 de Septiembre de 1761. Sus padres fueron D. Francisco de Churruca y D.ª María Teresa de Elorza. La primer aula de estudios del joven D. Cosme fué un claustro, el seminario conciliar de Burgos; los bramidos de las olas, que inspiran la vocación del marino, no interrumpían el silencio monacal de una vida de cenobitas; el majestuoso espectáculo del navío cubierto de velas, desafiando á la vez todos los elementos, no exaltaba la imaginación del seminarista acorralado detrás de las tapias de un encierro monótono. Mas en esa comunidad, escuela de teología y de ascética, hallábase casualmente un joven oficial de Marina, sobrino del arzobispo de Burgos. Bastó este contacto indirecto con el elemento de atracción para Churruca, y éste, sin ser ingrato con el prelado, que le manifestaba un cariño paternal, sintió que su vocación no era la vida contemplativa; la expansión de su grande alma requería el infinito por espacio donde pudiera respirar libremente. Concluyó sus estudios, y desalado corrió a casa de sus padres en solicitud de su venia para lanzarse en el borrascoso Océano en busca de los peligros, fatigas y escaseces de la vida de marino, apenas compensadas con la gloria que alcanzan pocos. Inmensa debía ser la que por excepción recabara Churruca en su brillante carrera, tronzada por la muerte en una hora menguada.

En 15 de Junio de 1776 vistió Churruca, a la edad de 15 años, la toga viril con el honroso uniforme de guardia marina, y su primer ascenso á alférez de fragata fué el premio de los brillantes estudios que había hecho en las escuelas navales de Cádiz y del Ferrol, durante dos años, sobresaliendo entre todos sus compañeros. En Octubre de 1778 pone Churruca el pie por primera vez sobre la cubierta de un navío. El *San Vicente*, al mando del bailío D. Francisco Gil y Lemus, es quien recibe al joven alférez de fragata, que desde los primeros pasos en su carrera dió á conocer sus admirables disposiciones para ser un ilustre marino. Esta primera campaña, muy borrascosa, puso en evidencia el arrojo de Churruca para arrostrar peligros, y su aptitud a disminuir sus azares con el estudio de maniobras. Reemplazado el general Arce en el mando de la escuadra por el teniente general Ponce de León, éste tomó a Churruca á sus inmediatas órdenes en calidad de ayudante. En 13 de Diciembre de 1781 pasó á la fragata *Santa Bárbara*, mandada por D. Ignacio de Alava. En el sitio de Gibraltar, Churruca se distinguió del modo más brillante, acudiendo intrépido a apagar el incendio de las baterías flotantes, y en llevar socorro con el bote de su fragata a las tripulaciones de los buques incendiados entre un diluvio de metralla que despedían las baterías de la plaza, y las explosiones no menos peligrosas de las flotantes que ardían. Cuando la paz firmada en 1783 suspendió la lucha guerrera, acudió D. Cosme de Churruca al estudio que forma el marino. Solicitó y obtuvo que se le abriese la Academia del Ferrol. A su admisión en la Academia, a pesar de no haber vacante, se le añadió el cargo de ayudante de guardias marinas. Al año siguiente sustituía Churruca á los profesores de varias clases, y siguiendo en esa vida laboriosa, en 1787 dió el primer ejemplo de un examen público en las aulas de la Academia sobre matemáticas, mecánica y astronomía, y se granjeó la admiración de un numeroso auditorio.

Su fama tenía ecos que no provocaba. Habiendo determinado el Gobierno que volviese el capitán de navío D. Antonio de Córdova á nuevas exploraciones del estrecho de Magallanes, pidió éste á D. Cosme de Churruca, ya teniente de navío, á quien cupo la parte astronómica y geográfica de aquella expedición científica. Grandes fueron los peligros, incesantes las penalidades de aquellas investigaciones en mares en que asienta casi de continuo el vendaval; mayor era la fortaleza de alma de Churruca, y más constante su amor á la ciencia. En unión de su digno compañero de armas y de estudios, D. Ciriaco Ceballos, hizo un trabajo completo de reconocimiento del estrecho hacia el mar Pacífico. Como la modestia va siempre unida al verdadero saber, es de notar con qué sencillez cuenta Churruca en su diario las fatigas y los inauditos padecimientos de su peligrosa misión. Publicó su escrito en el apéndice del primer viaje de Magallanes, dado á luz en Madrid, en 1793. Los aplausos que arrancó á la opinión pública, y que le tributaron con entusiasmo sus compañeros de la Armada, no le sugirieron más orgullo que el que arroja de sí la nota que puso en su trabajo: «Si se atiende á las circunstancias en que se escribió este diario, no se extrañarán los yerros ó equivocaciones que se encuentran en él». Esas circunstancias eran las penalidades de su exploración, que acabaron con su salud. Cayó Churruca gravemente enfermo, y sintió amagos de escorbuto, que felizmente no pasaron adelante: a pesar de sus dolencias, en la travesía hasta Cádiz, fué cuando redactó su precioso diario, que otros descubridores de menos acerado temple apenas hubieran escrito en completa salud.

El mérito de Churruca creaba para el trabajos continuos en su laboriosa existencia; en 1789 es agregado al Observatorio, y si bien aun convaleciente, se entrega á estudios que no contribuían de seguro a su restablecimiento; al año, es llamado á ser ayudante del Mayor General de la escuadra al mando del marqués del Socorro; hace la campaña y vuelve a su Observatorio.

La continua tensión de sus incansables facultades intelectuales acababa con una salud nunca bien restablecida. Hubo, por último, que pensar seriamente en un descanso indispensable. Pasó Churruca a respirar el aire balsámico de las montañas de Guipúzcoa, y consiguió el completo restablecimiento de su quebrantada salud. Allí descansaba y recobraba fuerzas como caudal en beneficio de la ciencia; no se tardó en exigirle que las empleara todas en un viaje de importantes estudios. El ministro de Marina determinó que saliera de la península una expedición

científica formada en dos divisiones, una de las cuales debia recorrer las islas y costas del seno mejicano, y la otra el resto de las del continente, con el fin de formar el Atlas marítimo de la América Septentrional. Ardua, difícil y de sumo interés era esta delicada comisión, y por lo mismo hubo entre tantos oficiales, hábiles marinos y ardorosos exploradores, una vivísima emulación para conseguir un lugar preferente en esa expedición. Muchos eran los llamados, más aún los licitadores, pocos debían ser los elegidos.

Vivía Churruca en su pueblo, ajeno del bullicio de la corte y de la competencia porfiada de los solicitadores. Consultó el ministro la elección del oficial que debía mandar la interesante expedición. Se dirigió á un ilustre marino, D. José de Mazarredo, buen juez del mérito individual del Cuerpo de oficiales de la Armada. Sin titubear propuso el general Mazarredo que á D. Cosme Damián de Churruca se diese el mando en jefe de la expedicion, y el mérito modesto, mas reconocido é incontestable, recibió el galardón que pocas veces se alcanza hasta en el mundo científico. Una real orden de 10 de Noviembre de 1791 puso término al descanso del hábil marino, sin que fueran obstáculo ni su graduación de capitán de fragata, ni su edad, aun muy joven, de treinta años, cuando tantos oficiales de más alta graduación y de más años podían reclamar el honor que se departía al modesto Churruca, que nada solicitaba en su agreste retiro. Nadie murmuró, nadie puso en duda la acertada elección. Vino á Madrid el elegido, y desde luego dedicó exclusivamente su tiempo á conferenciar con el ministro y con el general Mazarredo para penetrarse cabalmente de las miras del Gobierno. Cumplida esta primera parte de su comisión, fué á desempeñarla brioso y confiado en su buen deseo y su afan por la ciencia: se embarcó en Cádiz en 17 de Junio de 1792, y dióse á la vela en ese día con su división, compuesta de los bergantines *Descubridor* y *Vigilante*. La otra division, al mando del capitán de fragata D. Francisco Fidalgo, había ya salido el día 4 para reunirse en la Trinidad. Dos años y cuatro meses duró esa campaña científica, contrariada por todos los incidentes ordinarios, á los cuales vino á adicionarse la guerra marítima con la Francia. Pudieron más el glorioso empeño de Churruca y su constancia, y cumplió tan completamente su misión, que sus trabajos, sometidos al examen de los observatorios más célebres de Europa, merecieron el aplauso universal, y adquirieron á su autor una nombradía general: publicadas sus Memorias, la celebridad de Churruca no halló un opositor, y su nombre se asentó entre los más afamados en el mundo científico. Mas tan dura como gloriosa campaña no se realizó sin grave menoscabo de la salud de Churruca, de suyo poco robusta. Se embarcó en la Habana, y regresó á Europa en el navío *Conquistador*, de segundo comandante. De Cádiz, donde arribó, pasó á Madrid, donde recibió en premio de sus servicios el ascenso á capitán de navío con fecha anterior de casi dos años. Su mala salud no le permitió concluir la historia de su campaña, y esta misma causa hizo postergar la publicación de las treinta y cuatro cartas esféricas y mapas geométricos, y hasta el presente que no se ha publicado más que una pequeña parte de ellas. En 1802 dió al público la carta esférica de las Antillas; la particular geométrica de Puerto Rico salió poco después: así en los años sucesivos fué publicando otros trabajos que forman una colección riquísima de cuanto puede interesar la ciencia náutica en sus diferentes ramos.

En Febrero de 1797 fué nombrado Mayor General de la escuadra al mando del general Mazarredo. En 1798 obtuvo el mando del navío *Conquistador:* halló el navío en el más lastimoso estado, tanto con respecto al armamento como á su tripulación. Severo militar, á la par que entendido marino, en poco tiempo hizo del navío *Conquistador* un modelo en todos sentidos.

En el mando de su navío tuvo Churruca ocasión de dar pruebas de su mucha habilidad marinera.

Hallábase la escuadra al mando del general Mazarredo sobre las costas de Orán, cuando en la noche del día 16 de Mayo de 1709 y siguientes le acometió un fuerte temporal; duraba aún. cuando en la tarde del mismo día 16 daba caza á vanguardia por orden del general, y tratando después de anochecido de ocupar su puesto, que era de matalote de popa del navío general, forzó excesivamente de vela para conseguirlo; cuando ya ocupaba su puesto, arreciando el tiempo furiosamente, le faltó, por querer mantenerse á toda costa, el estáis mayor, é instantáneamente desarboló del palo mayor, y á pocos instantes del mesana; éste, quedando y permaneciendo por mucho tiempo pendiente de su jarcia y barloado contra el timón, le daba furiosos golpes, lo que no le era posible evitar, manteniéndose de orza por no separarse de la escuadra; ocupábase el mismo Churruca personalmente con toda la tripulación y oficialidad en picar las jarcias del palo mayor y mesana, tanto para desembarazarse de ellos, como para libertar el timón de la pérdida consiguiente si continuaba sufriendo tales embates; mas el resultado de esta maniobra no se conseguia tan pronto como lo exigía el inminente riesgo de sufrir dicha avería, y en este lance, consultando Churruca con sus oficiales, tomó el partido de arribar para ver si lograba salvar su timón; mas apenas el navío cayó por sotavento, que el palo trinquete se vino abajo, y en su caída, la mar, habiéndose llevado el bauprés, la verga de aquél desfondó la antepenúltima porta de la banda de estribor. La mar era horrible; el viento un huracán; el navío daba trece balances por minuto; cuando caía sobre el costado en que le faltaba la porta indicada, se introducía por ella la enorme cantidad de agua que es de presumir, y sólo á la presencia de ánimo de Churruca, y al que supo infundir en la oficialidad y tripulación, se debió el tapar la porta indicada, haciendo uso de todos los colchones existentes á bordo, y clavando las tablas necesarias para impedir que el agua continuase introduciéndose; pero ya tenía el navío la bodega anegada. Por fortuna, las bombas aguantaron, y el trabajo de la tripulación entera, desde capitán á paje, pudo conseguir echar el agua fuera. Amaneció el *Conquistador* hecho una boya; la mar era tan gruesa. que, habiendo pasado á menos de un tercio de cable del navío de tres puentes *Santa Ana* por sus traveses, en la orzada

se le vió la quilla, y al caer apenas se le veía el tope: en tan terrible situación nunca olvidaron los que estaban á bordo del *Conquistador* la serenidad y diestra maniobra que hizo ejecutar Churruca para ganar tiempo hasta que la mar se fuese calmando, armando bandolas, y con su ayuda ganar el puerto de Cartagena, á donde toda la escuadra, á excepción de tres ó cuatro buques, entró desarbolada, debiendo hacer mención aquí, en comprobación de lo provistos que en aquella época se encontraban nuestros arsenales, que á los cuarenta días volvió á salir al mar toda la escuadra perfectamente reparada.

Las combinaciones marítimas de nuestra alianza con la Francia llevaron una escuadra española á incorporarse á otra francesa en el puerto de Brest. Pasó D. Cosme de Churruca con el navío de su mando y la escuadra de que hacía parte, de Cádiz á Brest, donde fondeó en 9 de Agosto de 1799. Allí escribió una instrucción militar, que imprimió y repartió a sus compañeros, sirviendo admirablemente su propósito de establecer en la Armada una más completa y severa disciplina. Hablando de Brest y del *Conquistador*, hemos de recordar diferentes pormenores de la estancia de Churruca en aquel puerto, que interesan, como todo lo que atañe á la vida de un varón ilustre que tanto honra el nombre español y la marina.

El navío *Conquistador*, fondeado en el puerto de Brest con la escuadra española allí surta, necesitaba recorrer sus fondos; el general de la escuadra mandó que el *Conquistador* entrase en uno de los diques de Recouvrances, situado en aquel famoso arsenal. Cuando un navío de guerra va á entrar en dique para recorrer, tiene el jefe de ingenieros que prepararle la cama, ó sean los piques en que han de ajustar su quilla en la forma conveniente á que el quebranto del navío no se aumente cuando, quedando en seco y apuntalado, descansa toda su mole sobre dichos piques: para formar la línea de éstos en relación con el referido quebranto, pidió el ingeniero, Mr. Guinard, al comandante del *Conquistador* los calados de popa y de proa de éste, y también de su batería. Curioso D. Cosme de Churruca de saber cómo empleaba Guinard aquellos datos para conseguir su objeto, con la sencillez de un hombre de ciencia se lo preguntó al ingeniero; mas el francés se negó á satisfacer la curiosidad de Churruca, diciéndole que era un *secreto*. Picado el comandante del *Conquistador* con esta necia negativa, se encerró en su cámara durante dos días enteros, haciendo cálculos que le diesen por resultado el famoso secreto de Mr. Guinard. Lo halló, y radiante de alegría salió Churruca al alcazar, exclamando: *¡lo encontré! ¡lo encontré!* Efectivamente, había penetrado ese secreto por una fórmula matemática, hoy ya muy conocida, mediante la cual se preparó la línea de piques para que el *Conquistador* entrase á carenar sobre ellos. Pero Churruca, más amante de la ciencia que el ingeniero francés, se dió prisa en vulgarizar esta fórmula, publicando una Memoria sobre ella, y destruyendo así el misterio de que tan ufano se mostraba Guinard.

Siempre ocupado en mejorar cuanto era relativo á la Marina, objeto de una especie de culto, D. Cosme de Churruca empleaba su estancia en Brest mejorando y simplificando las maniobras, cuando recibió del Gobierno el encargo de pasar á París con una misión científica. El primer cónsul, Bonaparte, para quien todo mérito sobresaliente era un atractivo, conocía por fama al sabio é ilustre Churruca; quiso verle, y le acogió con las demostraciones de aprecio que tan bien merecía el comandante del *Conquistador*. En París, ese vasto imperio del saber y de las ciencias, halló Churruca la recepción que el mérito halla por doquiera en la república de las letras. Su estancia en la capital de Francia debía dejar en el alma de Churruca recuerdos muy gratos de los testimonios de alta consideración que le fueron prodigados, y para que nada le faltase, como brillo de su bien merecida fama, habiéndose publicado en Madrid por aquellos tiempos su carta esférica de las Antillas, adoptada por el Gobierno francés, que la publicó también, mandó el Gobierno presentar á Churruca un ejemplar por conducto del prefecto marítimo, como un regalo y un homenaje rendido á su saber, y un tributo honroso dado al preclaro erudito; añadió el primer cónsul un sable de honor, la prenda más estimable para un valiente, dada por el primer hombre de guerra que cuentan los anales del mundo.

Si á estas demostraciones tan honoríficas añadimos la distinción pública que le dispensó el general Gravina, comandante de la escuadra, saliendo a recibir al comandante del *Conquistador* cuando regresó desde París á Brest, acto público que decía á toda la población el alto aprecio en que el general en jefe tenía á uno de sus subordinados, parecía que nada faltaba para la completa satisfacción de éste: mas hecha la paz, el Gobierno español, preparando involuntaria, aunque torpemente, el desquicio de la Armada, cedió a la Francia seis navíos de línea. La fama del navío *Conquistador* era tanta, que considerandolo los marinos franceses como un modelo, le pidieron nominativamente entre los seis navíos que se les había de entregar. Churruca, a quien todos los halagos del primer cónsul no alucinaban ni poco ni mucho sobre los inconvenientes de la alianza francesa, desaprobaba sin rebozo la malhadada cesión que de seis navíos se hacía á la Francia. Mas su dolor no tuvo límites cuando hubo de separarse de su amado navío, que había en cierto modo creado a la vuelta de tres años de esfuerzos constantes. Este sacrificio no le olvidó nunca Churruca, y su antipatía á la alianza francesa recibió con este hecho nuevo incremento.

Volvió D. Cosme de Churruca á Cadiz de pasajero en el navío *Concepción*, y llegó en 25 de Mayo de 1802. Obtuvo una licencia para descansar de sus laboriosas tareas. Aprovechó Churruca esta licencia repartiendo su tiempo entre dar una vuelta á su pueblo y un viaje al Mediodía de Francia. En su retiro hubo de ocuparse útilmente el célebre marino, y no rehuyó la vara de alcalde de Motrico; desde Madrid le pedía el Gobierno informes y dictámenes relativos á la Armada, en cuyos trabajos se complacía Churruca.

En Noviembre de 1803 se le dió el mando del navío *Príncipe de Asturias*, y á muy poco de estar á las órdenes de su nuevo comandante, fué este navío otro modelo como el *Conquistador*. Todo lo que dirigía Churruca llevaba el sello de su inagotable sabiduría. Los cuidados del mando y de la organización de su navío no eran obstáculo á que revisase en compañía de D. Antonio Escaño el *Diccionario de Marina*. Muy luego le dió el Gobierno el encargo de hacer experiencias de puntería, y Churruca, no solamente cumplió con el hecho material, sino que por resultado de sus experiencias redactó un tratado de puntería para la artillería de Marina, que es en España el único que aun sirve de guía (1), y los extranjeros lo tienen en la mayor estimación. Daba D. Cosme de Churruca la última mano de perfección á la organización del navío *Príncipe de Asturias*, cuando, prefiriendo pasar á otro mando, pidió el del navío *San Juan Nepomuceno*, carenado de nuevo. El Gobierno accedió á la demanda de Churruca, añadiendo á la concesión la facultad de arreglar el repartimiento interior y su armamento sin sujeción á reglamento alguno. Bien sabía el Gobierno á quién otorgaba semejante privilegio, y que de ello resultaría perfeccionado el reglamento.

En medio de estas multiplicadas faenas de su carrera, un día pensó D. Cosme Damián de Churruca en su propia felicidad, buscando en una digna compañera de su gloriosa vida la dicha que tan bien cumplía á esa alma pura y elevada. El himno de la concordia conyugal ante los altares del Dios Todopoderoso fué el canto del cisne, preludio de un fin próximo. D. Cosme de Churruca efectuó su enlace con D.ª María de los Dolores Ruiz de Apodaca, hija de D. Vicente, brigadier que fué de la Armada, y sobrina carnal del capitán general conde del Venadito. Contados eran los cortos días del afortunado esposo...

En el mando del *San Juan Nepomuceno* continuó Churruca hasta el memorable combate de Trafalgar. Antes de la célebre batalla, dió su dictamen contrario á la salida del puerto de Cádiz, y redactado en los siguientes términos: «No apruebo la salida de la escuadra combinada, porque está muy avanzada la estación y los barómetros anuncian mal tiempo; no tardaremos en tener vendaval duro, y por mi parte, creo que la escuadra combinada haría mejor la guerra á los ingleses fondeada en Cádiz que presentando la batalla decisiva. Ellos tienen con qué reponer las naves que les destrocemos en un combate; pero ni España ni Francia cuentan con los recursos marítimos de guerra que posee Inglaterra. Además, el reciente combate sobre Cabo Finisterre ha hecho ver que la escuadra francesa es espectadora pasiva de las desgracias de la nuestra: sus buques han visto que nos apresaron los navíos *San Rafael* y *Firme*, y no hicieron ni un movimiento para represarlos, no pudiendo hacerlo los nuestros por las muchas averías que sufrieron de resultas del encuentro, y me temo mucho que en la acción que vamos á tener suceda otro tanto... ¿Por qué salir el almirante francés de la bahía de Cádiz? Aquí obligaríamos á los ingleses á sostener un estrecho bloqueo; otro en Cartagena, donde hay armadas fuerzas navales, y otro también en Tolón. Para estos blonqueos tendrían que hacer grandes sacrificios: con el sostenimiento de tres escuadras en un invierno que está próximo, y con las averías que forzosamente han de tener, conseguiríamos ventajas equivalentes á un combate. Pero no hay remedio; *es preciso obedecer y ser víctimas de la política y de los planes de Napoleón.* Todo esto lo conoce el almirante francés; pero quiere á toda costa empeñar una acción, porque sabe que está mal con su gobierno, y quiere reparar su crédito antes de la llegada de su relevo, que sabe ha de estar en Cádiz de un día á otro.» Los vaticinios del sabio y valiente Churruca se realizaron con dolorosa exactitud.

Amaneció el infausto día 21 de Octubre de 1805 y la muerte más sublime vino á coronar esa vida, gloria de España, honra de la humanidad.

Digamos la parte esclarecida que tuvo en el combate. Cinco navíos enemigos, uno de ellos de tres puentes, cayó sobre el *San Juan*, recibiendo sucesivamente el fuego de todos por la mura de babor; dos de éstos pasaron adelante; los otros tres quedaron batiendo al navío español, dos por babor y uno de tres puentes por la mura de estribor. El fuego de estos tres navíos continuó hasta las dos de la tarde, aproximándose, según lo permitía la flojedad del viento; pero á dicha hora estaba ya el navío inglés *Dreadnough* al costado del *San Juan*, á medio tiro de pistola por la aleta y popa, habiendo vuelto á agregarse los dos navíos que al principio del combate se habían adelantado. Ni esto bastó; todavía otro navío quiso participar de esa desigual batalla, y el *San Juan* tuvo la gloria de batirse contra seis navíos á la vez. El valeroso comandante que dirigía una defensa tan heroica, desplegando talento y denuedo á proporción de los riesgos, acudía á todo con una serenidad y firmeza inalterables; hacía él mismo la puntería, mandando las maniobras con la bocina de combate. Ni la lluvia de metralla que cubría el navío, ni la imposibilidad del socorro, conmovía su ánimo intrépido, superior á los reveses de la fortuna; y si no podía batir á cada uno de sus enemigos por su número, con una sabia economía de sus tiros y una actividad proporcionada tuvo siempre en respeto fuerzas tan considerablemente superiores, sin que los ingleses pensaran un momento en intentar el abordaje. Así se sostenía Churruca, cuando, al volver de proa, donde acababa de apuntar un cañón, cuyo tiro desarboló á un navío enemigo que le batía por aquel punto impunemente, le alcanzó una bala de cañón, en la pierna derecha, dejándosela casi desprendida á corta distancia de la ingle. Cayó el héroe del *San Juan:* había cumplido con su patria.»

He aquí el retrato que del insigne Churruca hace el Sr. Pérez Galdós, en el episodio histórico-nacional titulado *Trafalgar:* «Era, dice, un hombre como de cuarenta y cinco años, de semblante hermoso y afable, con tal expresión de tristeza, que era imposible verle sin sentir irresistible inclinación á amarle. No usaba peluca, y sus abun-

(1) Téngase presente que esta biografía se redactó en 1850.

dantes cabellos rubios, no martirizados por las tenazas del peluquero para tomar la forma de ala de pichón, se recogían con cierto abandono en una gran coleta, y estaban inundados de polvos con menos arte del que la presunción propia de la época exigía. Eran grandes y azules sus ojos, su nariz muy fina, de perfecta forma y un poco larga, sin que esto le afeara, antes bien parecía ennoblecer su expresivo semblante. Su barba, afeitada con esmero, era algo puntiaguda, aumentando así el conjunto melancólico de su rostro oval, que indicaba más bien delicadeza que energía... Mas que guerrero aparentaba ser hombre de estudio, y su frente, que sin duda encerraba altos y delicados pensamientos, no parecía la mas propia para arrostrar los horrores de una batalla... y, sin embargo, aquel hombre tenía tanto corazón como inteligencia.»

D. Federico Gravina.—Nació en Palermo en 12 de Agosto de 1756. Sus padres fueron D. Juan Gravina y Moncada, duque de San Miguel, grande de España de primera clase, y D.ª Leonor Napoli y Montesporto, hija del príncipe de Resetana, igualmente grande de España. Un tío de D. Federico, embajador de Nápoles en Madrid, solicitó y obtuvo para su sobrino la entrada en la Armada. En 18 de Diciembre de 1775 sentó plaza de guardia marina, previo un riguroso examen, del que salió con mucha honra, fruto de la sobresaliente educación que había recibido en el colegio clementino de Roma. Su primer embarcó fué en el navío *San José*. Al año siguiente, en 2 de Marzo de 1776, fué ascendido á alférez de fragata, y embarco en la fragata *Clara*, de la escuadra al mando del marqués de Casa-Tilly, que llevaba á las costas del Brasil el ejército á las órdenes del general Ceballos. Tomada la isla de Santa Catalina, tuvo Gravina el honroso cargo de intimar la rendición al castillo de la Ascensión, situado en un islote inmediato, y desempeñó su comisión con tal acierto, que el castillo abrió sus puertas sin la menor resistencia. Fondeado en la embocadura del río de la Plata, en 27 de Febrero de 1777, la escuadra dió la vela; la oscuridad de la noche ocultó a la *Clara* las señales de la escuadra, equivocó el rumbo, y se internó tanto río arriba, que acabó por varar. De este desastre, en que pereció gran parte de la tripulación, se salvaron algunos oficiales y entre ellos Gravina, y llegaron en una lancha a Montevideo. Allí se embarcó Gravina como ayudante de la mayoría general en el navío *San José*, y luego en el *San Dámaso*, regresando con éste á Cadiz.

Ascendido á alférez de navío en 23 de Mayo de 1778, se embarcó Gravina sucesivamente en los jabeques *Pilar* y *Gamo*, destinados contra los argelinos. En un encuentro contra cuatro de sus jabeques, quedaron éstos completamente destruidos. Ascendido a teniente de fragata, obtuvo el mando del jabeque *San Luis* y concurrió al bloqueo de Gibraltar. Su brillante comportamiento le hizo ascender á teniente de navío distinguiéndose con nuevos servicios; se le confirió en Mayo de 1780 el mando superior del Apostadero de Algeciras. Formó parte de la expedición de Menorca, á las órdenes de D. Ventura Moreno, y se distinguió en el sitio del fuerte de San Felipe. Terminada esta campaña, volvió al bloqueo de Gibraltar y al mando del apostadero. En el descabellado plan de las célebres flotantes, Gravina, ya ascendido a capitan de fragata, obtuvo el mando de la batería llamada *San Cristóbal*, rehusando por modestia el honor que le quiso dispensar el duque de Crillón que mandaba en jefe, dándole el mando de todas las baterías flotantes. Estas, en número de diez, a las órdenes del general Moreno, emprendieron el ataque el 13 de Septiembre de 1782. Las balas rojas que lanzaban los ingleses no tardaron en incendiar el *San Cristóbal*. Gravina contuvo el fuego algún tiempo, hasta que las llamas le obligaron á abandonar la flotante desarbolada, saliendo el ultimo: á los pocos minutos se voló el *San Cristobal*.

Ascendido a capitán de navío, Gravina solicitó y obtuvo el embarcarse á bordo del *Trinidad*, que llevaba la insignia del general D. Luis de Córdoba; salió la escuadra de Algeciras en busca de la inglesa del almirante Howe; un temporal furioso había puesto a éste en la precisión de penetrar en el Mediterráneo. No tuvo D. Luis de Córduba la suerte de impedir que el almirante inglés penetrase en Gibraltar, dejando allí el convoy que protegia. A su vuelta al Océano tuvo un combate de cortos resultados, y regresó nuestra escuadra a Algeciras. Volvió Gravina á tomar el mando del jabeque *San Luis*, hecha la paz, y pasó á desarmar a Cartagena. De este puerto salió á principios de Julio de 1783, mandando la fragata *Juno* en la escuadra que á las órdenes del general Barceló fué dirigida contra Argel, y obtuvo el mando de todas las lanchas encargadas del ataque; la estación obligo a la escuadra á regresar á Cartagena. En esta campaña, como en la del año siguiente de 1784, en que fué Gravina mandando toda la división de Poniente, embarcado en el jabeque *Catalán*, se distinguió por su incansable actividad; mantuvo el bloqueo más riguroso, y rechazó las fuerzas navales argelinas, mejor dirigidas que el año anterior. Los vientos contrarios no permitieron estar más tiempo al frente de Argel, y regresó la escuadra á Cartagena; de allí á poco, hecha la paz con aquella potencia berberisca, nuestros buques desarmaron.

Hallándose en Madrid por el año 1787, recibió el mando de la fragata *Rosa*, que debía formar parte de la escuadra de evoluciones del Mediterráneo á las órdenes de D. Juan de Lángara; en seguida tuvo el encargo de llevar á Constantinopla al enviado de la Puerta Otomana, Jussuf Effendi: llegó con la *Rosa* á su destino el 12 de Mayo de 1788; allí aprovechó el tiempo haciendo importantes observaciones astronómicas, y escribió una Memoria, buen testimonio de su saber y su laboriosidad. La peste que sobrevino le hizo abandonar los trabajos científicos que le ocupaban. Dió la vela en 22 de Junio a la vuelta de Cadiz.

Ascendido á brigadier, pasó á mandar la fragata *Paz*; destinada á conducir á Cartagena de Indias al gobernador D. Joaquín Cañaveral, llevando a aquellos parajes la noticia de la muerte de Carlos III; merece este viaje particu-

lar mención por la rapidez de su ejecución. El año 1790 tuvo el mando del navío *Paula* en la escuadra que se reunió en Cádiz á las órdenes del marqués del Socorro. En ese mismo año salió Gravina de Cartagena mandando las fuerzas sutiles y la tropa de Marina de desembarco para socorrer á Orán, y protegió la retirada del ejército, que vino á embarcarse en la ensenada de Mazalquivir para Cartagena. El gobierno abandonó aquellas posesiones de Africa, triste preludio de la pérdida de las que sucesivamente se han ido desmembrando de la corona de España.

Promovido á jefe de escuadra, pidió Gravina licencia para viajar, y se dirigió al punto donde mejor pudiera aumentar el caudal, ya muy aventajado, de sus conocimientos como general de armada. Fué en derechura á Inglaterra; allí fué recibido con las mayores distinciones; el almirantazgo le franqueó las puertas del arsenal de Portsmouth, el más importante de Inglaterra. La noticia de un rompimiento de esta potencia con la Francia, le obligó á regresar á España en vista de los sucesos que previó con sumo tino. Se embarcó Gravina en Spitead, á bordo de la fragata de guerra inglesa *Juno*, que le llevó al Ferrol á principios de 1793.

El gobierno, justo apreciador del mérito de Gravina, le dió, en cuanto llegó, el mando de cuatro navíos con orden de pasar con su división al Mediterráneo. Así lo ejecutó Gravina, enarbolando su insignia en el *San Hermenegildo,* de 112 cañones, y se reunió á la escuadra al mando de D. Juan de Lángara, que cruzaba en el golfo de Rosas. Allí permanecieron hasta que en 26 de Agosto se recibió por una fragata de la escuadra del almirante Hood, que bloqueaba las costas de Francia, un inesperado mensaje; pedía seis navíos que le auxiliasen á tomar posesión del puerto y arsenal de Tolón, cuyos habitantes, por librarse de los excesos revolucionarios, se echaron en brazos de los extranjeros. D. Juan de Lángara, en vez de enviar los seis navíos que le pedía el almirante inglés, se presentó con toda la escuadra, y ésta fué acogida con entusiasmo: Gravina fué nombrado comandante de armas. Los ingleses se apoderaron del arsenal, dando sus soldados y los nuestros la guardia de los fuertes, pero cabiendo á nuestras tropas los puntos de más peligro y menos interés.

No tardaron en romperse las hostilidades. El primer ataque de los republicanos fué por la carretera de Marsella, en Ollioules. Allí dejaron algunos prisioneros, cuyas vidas salvó Gravina del furor de los toloneses. De ambas partes acudían refuerzos que debían hacer la lucha más sangrienta; llegaron á nuestros reales los regimientos de Hibernia y de Mallorca, y para proteger más eficazmente la escuadra se fortificaron los puntos de Balaguer y de L'Eguillete. Acudieron también refuerzos de Cerdeña y de Nápoles; los republicanos no andaban menos solícitos en sus aprestos, y en 1.º de Octubre dieron una arremetida contra el fuerte de Lamalgue, y ocuparon las alturas de Faraón. Adelantóse brioso el general Gravina, mandando en jefe las fuerzas combinadas, que marchaban en tres columnas. Empeñóse la lucha y Gravina recibió una herida grave en la pierna derecha; mas no cedió por eso en su valeroso empeño hasta arrojar á los enemigos de los puestos que ocupaban, por despeñaderos donde perecieron los más, quedando prisioneros unos trescientos. El esforzado general, llevado en una parihuela, hizo su entrada triunfal en Tolón á la cabeza de sus tropas, y la municipalidad le presentó una corona de laurel, premio de la victoria.

Los cuidados del mando á que atendía Gravina con incansable actividad, eran un estorbo á su pronta curación, y aunque postrado en cama con graves dolencias, ordenó otra salida que, por sus acertadas disposiciones y el bizarro comportamiento de los jefes y de las tropas, fué tan feliz como la primera, siendo rechazados los republicanos. Mas por una de esas desacertadas disposiciones tan sobradamente repetidas entre aliados, vino el general inglés O'Hara á ser nombrado gobernador de Tolón por su gobierno, y aunque quedó Gravina mandando las armas, hubo desavenencias entre ambos jefes, sin que bastaran los caballerosos modales del general español á evitar choques y sinsabores con el desabrido general inglés. Menos afortunado que Gravina, tuvo una acción muy reñida en 30 de Noviembre, en que llevó lo peor del combate, con una pérdida de seiscientos hombres y quedando él prisionero. Tomó el mando el general Dundas, quien, de mejor temple que O'Hara, se avino perfectamente con Gravina. La llegada de un ejército á las órdenes del general Dugommier cambió la faz de las cosas. Se abrieron las hostilidades, y los republicanos se apoderaron del fuerte de Balaguer y de otros puntos. Estos sucesos exigieron consejo de guerra. Gravina quiso asistir á sus deliberaciones y propuso el recobro, encargándose él de dirigir la operación, aunque fuese atado á un caballo. No fué admitido su atrevido plan, y se determinó evacuar cuanto antes la plaza. A esta retirada siguió una horrible reacción de venganzas á que se expuso el vecindario de Tolón por haber llamado á los extranjeros. Gravina no perdonó fatiga ni desvelo para mostrarse humano y protector de las personas y de las propiedades, sin perder de vista el cuidado de la retirada. El incendio casual ó ejecutado adrede del arsenal, precipitó la de los aliados, evacuando la plaza por una poterna que daba salida al camino del fuerte de Lamalgue. Cubrieron la retirada los españoles, y embarcadas las tropas, dió la vela la escuadra; con graves riesgos de abordajes, entre sí, pudieron los navíos ponerse en salvo. La escuadra combinada dirigióse á fondear á las islas de Hyeres, de donde regresó la española á Cartagena á fines de Diciembre.

Fué ascendido Gravina á teniente general, y para restablecer su quebrantada salud pasó á Murcia; mas no estaba aún cerrada su herida, cuando de nuevo se embarcó en el *San Hermenegildo* con el encargo de socorrer las plazas de Colliure y de Port-Vendres, sitiadas por los republicanos. Salió á principios de Mayo de 1794 de Cartagena; pero aquellas plazas habían ya capitulado cuando llegó la escuadra. Esta se retiró á Rosas. Allí prestó Gravina señalados servicios, protegiendo la retirada de nuestras tropas después de los combates en que perecieron

los dos generales en jefe, Dugommier y conde de la Unión. Embarcó Gravina las tropas que allí se presentaron, llevándolas á donde pudieran incorporarse con el ejército á las órdenes del marqués de las Amarillas y dejando en Rosas las necesarias para defensa de la plaza. Gracias al tesón de Gravina, Rosas se defendió hasta el 1.º de Diciembre, y así se contuvieron por dos meses los progresos del enemigo. Además, en la evacuación de Rosas desplegó suma pericia, formando con botes, lanchones y jabeques tres líneas por donde iban las tropas acercándose á los navíos. En premio de tan relevantes servicios, recibió Gravina la llave de gentilhombre de cámara: quedó de general en jefe de la escuadra, reunida á la de D. Juan de Lángara, llamado éste al ministerio de Marina. Hallábase en Cartagena, cuando, hecha la paz con Francia, se desembarcó, pasando a Valencia á restablecer su salud. Poco descanso le cupo. Comprometido nuestro incauto gobierno á guerrear con los ingleses, en fuerza del tratado de San Ildefonso, recibió Gravina en 1797 el mando de la escuadra del Océano. Modesto, cuanto valiente, solicitó y obtuvo estar á las órdenes de D. José Mazarredo, cuya superioridad se complacía en reconocer. Quedó de segundo comandante en la escuadra.

Ya en otro lugar hemos hecho mención de los servicios que prestó este ilustre marino durante la primera guerra marítima. Hecha la paz, se ausentó Gravina de España para ver á sus padres. Permaneció en el seno de su familia hasta Junio de 1804, en que fué nombrado embajador de España en París; mas al admitir tan elevado cargo, puso la salvedad que en el caso de guerra, había de volver á la carrera de las armas. Desempeñó su misión diplomática con el tino, laboriosidad y afanosa actividad que le distinguieron, y mereció granjearse el alto aprecio de Napoleón, buen juez del mérito de los hombres. Cumpliósele el gobierno la palabra empeñada; y rotas las hostilidades con los ingleses, entrando nosotros en esas sangrientas luchas en que ningún interés español se ventilaba, pasó Gravina á Cádiz á tomar el mando de la escuadra El 15 de Febrero de 1805 enarboló su insignia en el navío *Argonauta*, de 80 cañones.

Digamos algo de la parte que le cupo en la batalla de Trafalgar. Gobernaba en jefe la escuadra de reserva é iba á bordo del *Príncipe de Asturias*, de 112 cañones, que mandaba el brigadier Hore Dicha escuadra, compuesta de 12 navíos, debía marchar independiente de la principal, y se colocó en posición hábil para coger al enemigo entre dos fuegos. Próxima á reñirse la batalla, Gravina hizo señales á Villeneuve para que le dejase obrar con independencia; negóse éste, ordenándole colocarse en línea y prolongando la ya excesivamente larga formada. El único motivo que tuvo Villeneuve fué una torpe envidia; el resultado de esta negativa fué el desastre. Gravina sostuvo bizarramente la lucha, primero con dos navíos enemigos, después con cuatro: herido gravemente en el codo izquierdo, entregó el mando y la continuación del combate en el mayor general D. Antonio Escaño, que á poco fué también herido de no menos gravedad. El *Príncipe de Asturias* regresó después del combate á Cádiz, desarbolado y con infinitas averías, y tuvo tres oficiales y cincuenta individuos muertos, dos oficiales y ciento diez individuos heridos. Mortal era la herida que vino á arrebatar á su patria el insigne guerrero que hubiera sido vencedor en Finisterre si allí mandara en jefe, y evitado la catástrofe de Trafalgar, si no hubiese estado á las órdenes de un jefe inexperto. Se trató de amputarle el brazo; los facultativos concibieron esperanza de evitar esta dolorosa operación, mas se fueron desvaneciendo estas esperanzas; agravóse el mal, y en 9 de Marzo de 1806 falleció D. Federico Gravina á los cuarenta y nueve años, seis meses y diez y ocho días de edad. Alcanzó la más alta dignidad militar, promovido á capitán general de la Armada, cuyas insignias, premio de su noble sangre vertida, formaron la corona que la España agradecida depositó sobre la tumba del general en jefe de la escuadra española en Trafalgar.

Un modesto nicho de la iglesia del Carmen, de Cádiz, conservó los restos mortales de D. Federico Gravina. Allí permanecieron hasta que el Gobierno provisional determinó en 1869 que los restos del ilustre almirante fueran trasladados al Panteón Nacional, que se pensaba establecer en la iglesia de San Francisco el Grande de Madrid. El capitán general del Departamento, en nombre de la oficialidad, suplicó en balde que la orden fuera revocada. Procedióse, pues, á desmontar el sepulcro, que ya se había trasladado de la citada iglesia del Carmen al Panteón de Marinos ilustres (San Carlos); y como resultase que los restos se hallaban todavía en la iglesia del Carmen y allí sólo figuraran algunas prendas del uniforme, extrajéronse del citado templo y con gran solemnidad fueron trasladados á la Carraca, y de allí á Madrid. Figuró el féretro que encerraba las cenizas de Gravina en la procesión cívica organizada el 20 de Junio de 1869 en Madrid; mas como otras reliquias tan pomposamente trasladadas, fué á parar al sótano de San Francisco el Grande, donde permanece. Conducido poco después á Madrid el mausoleo, se armó y adosó á una de las capillas de la referida iglesia.

D. Ignacio María de Alava.—Nació en Vitoria, de ilustre familia riojana; salió del Seminario de Vergara llamado por una decidida vocación á la noble profesión de las armas, que debía abrirle paso hasta la más alta dignidad de la Armada, siendo la marina objeto de su particular predilección. Entró en la Armada el 23 de Junio de 1766 como guardia-marina; embarcó el 5 de Febrero de 1768 en el navío *Terrible*, y sucesivamente en el *San Pedro*, *Perruno*, *Astuto* y fragata *Venus*, formándose en la mejor escuela en diferentes cruceros, como táctico, y como valiente en varios encuentros con buques de las potencias berberiscas. Ascendido á teniente de navío en 5 de Agosto de 1778, obtuvo Álava el mando del jabeque *San Luis*, destinado al corso de moros; en este mando, que conservó hasta el 8 de Diciembre de 1779, dió pruebas de haber navegado con fruto á las órdenes de esclarecidos jefes. Embarcado sucesi-

vamente en el *Trinidad, Santa Isabel, Rayo* y fragata *Gertrudis*, hizo Álava la campaña de 1781 mandando la fragata *Rosa*, de la escuadra á las órdenes de D. Luis de Córdoba. Con la *Rosa*, cuyo mando obtuvo en 24 de Enero de 1781, asistió al ataque de Gibraltar por las flotantes y al combate que nuestra escuadra sostuvo con la inglesa en 20 de Octubre de 1782. Allí fué herido Álava. Por su brillante comportamiento como entendido y valeroso, fué ascendido á capitán de navío en 21 de Diciembre de 1782, y obtuvo el mando de la fragata *Sabina*. En 1787 fué elegido Alava para el cargo de mayor general de la escuadra de evoluciones mandada por D. Juan de Lángara, que arboló su insignia en la fragata *Rosa*. Concluida esta campaña de instrucción, pasó Álava á Cartagena como mayor general de aquel departamento, y con igual cargo en 1.º de Junio de 1790 á la escuadra del mando del marqués del Socorro, que fué á Liorna en busca del serenísimo príncipe de Parma. En 8 de febrero de 1791 obtuvo Álava el mando del navío *San Francisco de Paula*, con el cual acudió en socorro de la plaza de Orán, atacada por los moros. Ascendido á brigadier en 1.º de Marzo de 1792, fué nombrado mayor general de la escuadra á las órdenes de D. Juan de Lángara. Asistió á toda la campaña que en las costas de Francia hicieron las escuadras combinadas de España é Inglaterra á principios de 1793; se distinguió en el mando de las fuerzas sutiles que tuvo á su cargo, además de la mayoría general, y sobre todo en el reembarco de las tropas cuando éstas se retiraron de Tolón. Merecieron los señalados servicios que prestó en esta ocasión el brigadier Álava, su ascenso á jefe de escuadra, que obtuvo en 25 de Enero de 1794. En 7 de Septiembre de 1795 se le confirió el mando de una escuadra destinada á dar la vuelta al mundo. Salió de Cádiz para Lima en 30 de Noviembre siguiente; pasó á Manila; salvó aquellas posesiones de un ataque que meditaban los ingleses; organizó fuerzas sutiles; desempeñó otros encargos, y regresó á Cádiz con su escuadra, desembarcando el día 1.º de Junio de 1803 del navío *Montañés*, donde tenía arbolada su insignia.

Durante esta larga navegación, había sido ascendido Álava á teniente general en 5 de Noviembre de 1802. Declarada la guerra con Inglaterra, pidió Álava, y obtuvo, ser empleado en la armada que iba á sostener la honra del pabellón de España. En 15 de Febrero de 1805 fué nombrado segundo jefe de la escuadra á las órdenes del general Gravina. A la salida de éste, en combinación de la escuadra francesa para la Martinica, en 10 de Abril, quedó Álava mandando las fuerzas que permanecían en bahía, hasta el regreso del general en 20 de Agosto, quedando de segundo jefe.

En el combate de Trafalgar, el *Santa Ana*, navío de 112 cañones, al mando del capitán Gardoqui, llevaba á su bordo el teniente general Álava. Mandaba éste la vanguardia de la escuadra combinada, mas habiéndose trocado el orden de batalla, vino á quedar á retaguardia, teniendo por su popa la escuadra de observación. Le tocó al *Santa Ana* sostener el ímpetu de la columna inglesa que mandaba Collingwood, que montaba el *Royal Sovereign*, navío de tres puentes. Trabó el *Santa Ana* un terrible combate, no sólo con el *Royal Sovereign*, sino contra cuatro navíos más que siguieron las aguas del almirante inglés y atacaron al *Santa Ana* y al *Fogueux*, navío francés. Seis horas de sangrienta pelea sostuvieron estos dos buques contra muchos refuerzos de navíos ingleses. Cayó el general Álava con tres heridas graves; cayó también el comandante Gardoqui; estaba desarbolado el *Santa Ana* de todos sus palos y sin timón; hubo de rendirse. Mas ocurrió un furioso temporal en las noches del 21, 22 y 23; se sublevaron los pocos españoles que habían quedado sanos, intimaron la rendición á sus guardadores, y favorecidos por la fragata francesa *Themis*, rescataron el navío, y arbolando la bandera española, entró el *Santa Ana* en Cádiz, remolcado por dicha fragata. En el combate que trabó con el *Royal Sovereign*, quedó éste tan destrozado como su adversario. El *Santa Ana* tuvo 5 oficiales y 97 individuos muertos; el general Álava, el comandante Gardoqui, 4 oficiales y 141 hombres de la tripulación heridos (1).

(1) El rescate del *Santa Ana* dió lugar á una reclamación del Almirante Collingwood, hecha al pundonor del general Alava, á la cual contestó cumplidamente.

He aquí las dos cartas que mediaron:

CARTA DEL ALMIRANTE COLLINGWOOD

«*Eurygalus*, al frente de Cádiz, 30 de Octubre de 1805.

Muy señor mío: He sabido con el mayor gusto, que la herida que recibió V. en el combate, da las más lisonjeras esperanzas de curación, y, por lo tanto, que España puede aún contar con sus esclarecidos servicios; mas tengo que hacerle presente que rindió V. su buque al mío, y que en consideración á la gravedad de su herida no fué V. traído á mi bordo: no pude permitir que se molestase á una persona que se consideró expirando; mas la espada de V., digno símbolo de sus servicios, me fué entregada por el capitán de su buque. Espero, pues, que se considerará V. como prisionero de guerra, hasta que pueda V. ser canjeado por Cartel.

Soy, etc.

Firmado, *Collingwood*.

CONTESTACIÓN DEL GENERAL ALAVA

«Cádiz, 23 de Diciembre de 1805.

Excmo. Sr.: El mismo día que me es posible firmar mi nombre, me apresuro á cumplir con los deberes de la gratitud, dando á V. E. las más sentidas gracias por la fina benevolencia y cuidado que le he merecido, cuyo recuerdo quedará para siempre grabado en mi corazón. Tengo además la mayor satisfacción en recordar la generosidad y la urbanidad que usaron conmigo el teniente Maker y un oficial del *Thuderer* á bordo del *Santa Ana*, y tengo el honor de recomendar esos oficiales á V. E.

Quisiera poder acabar aquí mi carta; mas me veo en la necesidad de contestar á un punto que V. E. trata en la suya del 30 de Octubre.

Quedando sin sentido en medio del combate del 21 de Octubre, ignoro lo que pasó después é ignoraba hasta ahora que mi espada

El general Alava recibió en premio de su conducta en el infausto día 21 de Octubre, la gran cruz de Carlos III. En 9 de Abril de 1806 obtuvo el mando en jefe de la escuadra, como el más digno de reemplazar al general Gravina, muerto de resultas de su herida en 9 de Marzo anterior. Se esmeró entonces en dar pruebas manifiestas de la acertada elección que se hacía de su persona para tan elevado puesto, y arboló su insignia en el *Príncipe de Asturias*, teatro de la gloria y del funesto fin de Gravina. Superando obstáculos y llenando dificultades, consiguió alistar ocho navíos, varias fragatas y buques menores para hacer frente á las fuerzas navales que tenían los ingleses en aquellas costas. Nombrado vocal del Almirantazgo, creado en 20 de Enero de 1806, entregó el mando de la escuadra al general Apodaca el 27 de Febrero de 1807.

Sobrevinieron los acontecimientos de 1808. Se adhirió el general Alava, cual leal español, á la causa nacional; pasó á Sevilla y á Cádiz, donde tomó el mando de la escuadra destinada á repeler los diferentes ataques de los franceses que sitiaban á la isla gaditana. Fué en 26 de Febrero de 1810 nombrado comandante general del apostadero de la Habana, con el título de capitán general honorario de departamento. Llegó á su destino en el navío *San Lorenzo* é hizo su entrada pública en aquella ciudad el 7 de Julio. Alava se ocupó con incansable actividad en mejorar aquel apostadero, y extendió sus desvelos á la conservación de las demás posesiones españolas que pudieran necesitar protección. Nombrado capitán general del departamento de Cádiz en 5 de Febrero de 1812, regresó á Cádiz en el navío *Miño*, dejando en la Habana justa y honradísima memoria de su excelente administración.

En 11 de Agosto de 1814 fué el general Alava nombrado ministro del Consejo supremo del Almirantazgo, que presidía el infante D. Antonio. Elevado á la dignidad de capitán general de la Armada en 24 de Febrero de 1817, fué electo decano de aquel Consejo. Este fué el término de su laboriosa carrera. Colmado de honores, justo premio de sus señalados servicios; elevado á las más altas dignidades del Estado por sus méritos y virtudes, su quebrantada salud no le permitió más tiempo consagrar á su patria una vida gastada en servirla gloriosamente: pidió licencia para trasladarse al clima benigno de Andalucía, que no bastó á prolongar sus días, y falleció en Chiclana el 26 de Mayo de 1817. Las cenizas de D. Ignacio María de Alava se conservan en bello monumento, en el panteón de Marinos ilustres, al que fueron trasladados en 1870, desde Chiclana.

D. Cayetano Valdés. — Pertenecía este ínclito patricio á esa raza de hombres que apareció en España al despuntar la aurora de la libertad. El marino que brillaba por el saber, como por el más arrojado valor, hubo de ser también un ilustre ciudadano entre tantos que honran la primera época constitucional, más feliz que otros muchos, D. Cayetano Valdés se presentaba en el campo político precedido de la fama de sus esclarecidos servicios y cubierto de gloriosas cicatrices. La primera parte de su vida la empleó en peligrosas navegaciones de circunvalación, en combates terribles, en acciones heroicas; vino á gastar la otra mitad en las luchas políticas, arena las más veces fatal á los que entran en ella llevados de un acendrado patriotismo y del entusiasmo por el bien público. Diez años de ostracismo fué el galardón que alcanzó en el último tercio de su vida el honrado, el virtuoso, el patriota sin tacha, D. Cayetano Valdés. Si la fortuna le halló modesto, la desgracia le enalteció; sufrió el martirio, y fué siempre sencillo y admirable de españolismo.

De guardia marina á capitán general de la Armada, D. Cayetano Valdés corrió toda la escala de la carrera del

hubiese sido entregada á V. E. por el oficial que quedó mandando el *Santa Ana* hasta el fin del combate. Con todo á consecuencia de la indicación de V. E., en cuanto me ha sido posible ocuparme, he llamado á D. Francisco Riquelme, y he sabido de este oficial que la espada que presentó á V. E. fué la suya, y que respecto á mí, lo único que pudo pedir á V. E. que no se me moviese, atendido mi estado, no dejando mi herida esperanza de sobrevivir algunas horas. A esto puedo añadir que el sable que llevaba en la acción y que las espadas que suelo usar se hallan en mi poder. Este oficial supone que la dificultad de expresarse en inglés pudo inducir á V. E. á creer que mi espada era la que se le entregaba.

Lo expuesto me parece que contesta cumplidamente al hecho sentado por V. E., en la suposición de tener en su poder el símbolo de mis servicios, que me hallo imposibilitado de prestar nuevos servicios á mi patria durante la guerra, mientras no haya un canje. Aunque el hecho que he demostrado no existir fuese efectivo, es evidente que he de seguir la suerte que ha tenido el buque en que estuve embarcado; y en las circunstancias que sobrevinieron, es más que probable que hubiera sido rescatado por los buques de la escuadra combinada, como ha sucedido de hecho con otros. Lo mismo pudo haber sucedido al *Royal Sovereign* si se me hubiese trasbordado, puesto que el buque de V. E. se hallaba tan desarbolado y destrozado como el *Santa Ana*, y no hay ningún motivo racional de suponer que yo corría mayor riesgo en uno que en otro buque.

Me es muy sensible que en la primera ocasión que se me presenta de tener la honra de entrar en correspondencia con V. E., y cuando antes de recibir su apreciable carta tenía el sentimiento de que se pasase el tiempo sin poder expresar á V. E. mi gratitud, me vea en la necesidad de disentir de su opinión. Desearía que esta divergencia recayese en cuestión cuya solución dependiese de mi libre arbitrio, para dar á V. E. una prueba de la deferencia que tengo y tendré siempre para con V. E., á cuyas bondades me tendré por dichoso demostrarle en toda otra materia mi profunda gratitud.

Me ofrezco, etc.

Firmado, *Ignacio María de Alava.*

Dice el autor de las *Memorias de Collingwood*, que á pesar de esta carta, el almirante inglés siguió durante la guerra en una frecuente correspondencia de finezas con el general Álava, prueba evidente que su contestación fué la más cumplida satisfacción á los escrúpulos de Collingwood. En efecto, el general Álava siguió la suerte de los prisioneros heridos en una plaza que el enemigo tiene que evacuar. La humanidad y las leyes de la guerra mandan que permanezcan en los hospitales y queden libres.

marino sin deber nada al favor que pudo ayudarle, siendo el bailío Valdés, su deudo, ministro del ramo; mas don Cayetano Valdés no pedía grados; los conquistaba con la punta de su espada ó con afanosos estudios. Embarcado por primera vez en el navío *San Justo*, se halla en un combate de la escuadra combinada, y luego en otro y en otro, y cuenta, muy joven aún, nueve acciones de guerra. La Armada, orgullosa del mérito de Valdés, le cita como símbolo de valor entre los valientes. Cesa de combatir, y emprende otra lucha más difícil de sostener. Va, intérprete de la ciencia, á un viaje de exploración que dirige Malespina; también Malespina halló al término de su viaje la cárcel por albergue. En este memorable viaje, D. Cayetano Valdés se distinguió tanto por sus conocimientos y saber, que Malespina le propuso para el encargo de explorar el estrecho de Juan de Fuca. Obtuvo D. Cayetano Valdés esta comisión de consuno con su digno compañero D. Dionisio Alcalá Galiano, otro de los más ilustres nombres de la Armada; y ambos cumplieron su misión científica con aplauso general, y dejaron trabajos preciosos que se conservan con sumo aprecio.

Llegó la hora de nuevas lides: en ellas debía Valdés inmortalizar su nombre hasta en los días de menos ventura para nuestras armas. Uno de estos días fué el 14 de Febrero de 1797, en que tuvieron lugar el combate del cabo de San Vicente y la heroica hazaña del comandante de *Pelayo;* lo era D. Cayetano Valdés de este navío y se hallaba á barlovento dando caza á gran distancia de la escuadra, cuando el estampido del cañón le avisó que se trataba de un combate que una densa niebla le ocultaba, y sin titubear se dirige al fuego; halla, en efecto, la escuadra española empeñado en una terrible refriega con la británica, á las órdenes del almirante Jerwis. Se lanza el *Pelayo* á lo mas recio de la pelea y halla al *Trinidad* desarbolado, su tripulación la mayor parte muerta ó herida, sin poder utilizar su artillería contra tres navíos ingleses que le acribillaban á balazos, en términos de verse en el duro trance de arriar bandera. Al ver bajar la gloriosa insignia, el heroico Valdés halla en su noble pecho voces de entusiasmo que han de electrizar su gente. *Salvemos al Trinidad*, exclama Valdés, *ó perezcamos todos.* Sus valientes le contestan con el grito de guerra *¡viva el rey!* Llama Valdés al navío rendido y le manda que enarbole la bandera nacional, ó que lo ha de considerar como enemigo; arremete á los navíos ingleses, hace prodigios de valor, y tiene la gloria de rescatar al *Trinidad.*

En el combate de Trafalgar mandaba D. Cayetano Valdés el navío *Neptuno,* de 74 cañones; rompió el fuego sobre otro enemigo de 74; pero no creyendo que esto fuese bastante, viró de bordo para venir á sostener el *Trinidad* y el *Bucentaure*, que se hallaban ya desarbolados y próximos á ser apresados por el enemigo. Cuando se separó la división de Dumanoir para acudir al combate, le hizo este almirante francés señales, preguntándole á dónde iba: *Al fuego*, contestó el intrépido Valdés; y voló al peligro. Traba entonces un sangriento combate con cuatro navíos ingleses; en medio de aquella escena de desastres, asesta sus mortíferos tiros á la escuadra británica; no cesa en tan desigual pelea ni abandona su puesto hasta que cae gravemente herido, y lo mismo el segundo comandante, cuatro oficiales y ciento cuarenta y dos individuos de tripulación. Dos oficiales y noventa y seis individuos quedaron muertos; mas el buque no quedó en poder de los ingleses: se perdió en la costa del Puerto de Santa María.

La guerra de la Independencia, por su naturaleza, no debía ofrecer á la Armada muchas ocasiones de servir la causa nacional. Valdés desembarca de su alcázar, abandona la mar, y va á pelear en tierra. Había regado con su sangre la cubierta del *Neptuno;* también regó con ella los campos de Espinosa, donde recibió un balazo en el pecho; allí una bala inglesa, aquí una francesa hieren al intrépido defensor del honor nacional, doquiera es atacado. Repuesto de su herida en la batalla de Espinosa, siguió guerreando de nuevo, hasta que en 1812, promulgada la Constitución, los adalides de la libertad quisieron tener por guardián de la ciudad inmaculada al ilustre marino, al denodado soldado que era también insigne patriota, y fué nombrado D. Cayetano Valdés capitán general y jefe político de Cádiz. Pero el año 1814 vió la España libre de enemigos y esclava de malos españoles; los defensores de la libertad fueron los supliciados de la época, y D. Cayetano Valdés, uno de aquéllos, confinado al castillo de Alicante. El Gobierno mismo de esta época, llegó á ruborizarse de perseguir tan ilustre servidor del Estado; quiso que Valdés implorase un perdón de sus culpas por medio del bailío Valdés, ministro que había sido de Marina; pero el encastillado de Alicante contestó que «el perdón suponía delito, y que para obtener la gracia de S. M. jamás había empleado otros medios que el cumplimiento de sus deberes como soldado y como ciudadano». El Gobierno, vencido por la energía de su víctima, le abrió las puertas de su encierro; y como para echar al olvido la injusticia cometida, comisionó á D. Cayetano Valdés para que pasase una revista de inspección al departamento de Cartagena. Cumplio su mision con la mayor actividad, volvió á su encierro, y desde el castillo de Alicante remitió al Gobierno el informe de su inspección.

El año 1820 le volvió á la libertad, que alcanzó á todos los españoles. Hízose cargo otra vez del gobierno de Cádiz, donde fué recibido por una población de amigos: pero pronto fué llamado á más elevadas funciones, y se le confió el ministerio de la Guerra, en cuyo puesto permaneció pocos meses. Nombrado diputado en la legislatura de 1822 á 23, trasladóse á Sevilla y luego á Cádiz con las Cortes y el Gobierno, siendo á poco nombrado uno de los tres regentes interinos. Ya en Cádiz, ejerció el cargo de gobernador político militar de la plaza, hasta que sobrevinieron los sucesos de 1823.

La persecución era el resultado lógico de lo acontecido en aquellos últimos años. El general francés que mandaba la guarnición de Cádiz, á fuer de generoso enemigo, previno á Valdés de la tormenta que le amenazaba, instán-

dole para que pasase al extranjero, y proporcionándole medios de efectuarlo. Se negó D. Cayetano, y el caballeroso extranjero, usando de un ardid, mandóle, con apariencias de arresto preventivo, á un buque francés que le condujo á Gibraltar, donde permaneció diez años. La amnistía publicada por la reina gobernadora doña María Cristina, abrióle las puertas de la patria: un decreto firmado por dicha señora elevándole á la categoría de capitán general del Departamento de Cadiz y capitán general de Armada, canceló, hasta cierto punto, las pasadas injusticias. Mas hay en las persecuciones un mal que no está al alcance de nadie subsanar. Volvió D. Cayetano Valdés de la emigración gastado por tanto padecer, y antes de que la edad senil hubiese marcado el término de su gloriosa vida, falleció en Cadiz, en 6 de Febrero de 1835.

El día en que la gratitud publica, las Cortes y el Gobierno de consuno levanten un panteón a la memoria de los hombres ilustres que cuenta España, templo que recuerde a la juventud las glorias de nuestros antepasados, allá tendrá D. Cayetano Valdés su ultima morada entre los grandes hombres de mar que tan alto renombre han dado á la Armada española. Las cenizas de D. Cayetano Valdes reposan hoy en el Panteón de Marinos Ilustres (San Carlos).

D. Dionisio Alcalá Galiano. Nació en la villa de Cabra (Andalucía), en 1760, y entró de guardia marina á los once años de edad, en 1771. Estudioso y aplicado, su amor a las ciencias le granjeó luego un puesto aventajado allí donde el saber no admite dudas; muy joven fué destinado á cooperar á la formación de las cartas marítimas, trabajos para los cuales tuvo desde entonces particular afición, y en los que se distinguió con sumo provecho de la ciencia. La primera aplicacion que hizo Galiano de su profundo saber fué en el reconocimiento del estrecho de Magallanes. Vuelto de esta expedición, emprendió otra siguiendo a Malespina en su viaje de circunvalación. Fué ésta ocasión para Galiano de publicar una Memoria sobre el modo de calcular la latitud por dos alturas de sol. Llegada la expedición de Malespina á Lima, se separó de ella Galiano para descubrir el paso del Atlántico al Pacífico por la parte septentrional del continente americano. Dos jóvenes entonces, que mas tarde fueron gloria de la marina española, iban mandando las goletas *Sutil* y *Mejicana*, que componían la expedición; D. Dionisio Alcala Galiano y D. Cayetano Valdés desempeñaron su comisión con el más brillante éxito, y la relación de su viaje, impresa de orden del gobierno, figura, con la honra que merece, en el Depósito Hidrografico.

Dada fin a esta comisión, pasó Galiano á San Blas de California, á Acapulco, y por tierra vino á Méjico, embarcándose en Veracruz para regresar a España Como su jefe Malespina, halló Galiano, á su vuelta a la península, el desagrado del gobierno por premio de sus servicios; pero más afortunado que aquél, solo tuvo por castigo el regresar a Cadiz desde Madrid, adonde había ido.

Rota la primera guerra marítima con Inglaterra, obtuvo el mando del navío *Vencedor*. En el bombardeo que Nelson dirigió contra Cádiz, en la defensa de la entrada de la bahía, se distinguieron las fuerzas sutiles, en las cuales tuvo parte de mando Galiano. No bastaron estos esfuerzos para acabar con el bloqueo que rigurosamente sostenían los ingleses. El tesoro público exhausto, como cosa tradicional, necesitaba los caudales que existían en América. Ir en busca de ellos era operación que exigía todas las cualidades de un hábil marino y de un valiente militar; entre tantos oficiales de sumo mérito como contaba la marina, fué escogido Galiano para esa ardua empresa. Correspondió dignamente a tal confianza, llegó felizmente a Veracruz, cargó los caudales que allí encontró, y pasó a la Habana, donde recibió órdenes para regresar a la Península. A todo trance quiso Galiano llevar a buen término su comisión, y sin arredrarle la responsabilidad que asumía separandose de sus instrucciones, allá tomó un derrotero diferente del que se le prescribía, y llegó a Santoña. El éxito todo lo legitima. Se aplaudió la osadía del ilustre marino, que confió más en su propio saber que en el ajeno. Con otro resultado, por casual que hubiera sido, no habría alcanzado más que censura; el buen resultado de sus acertadas disposiciones le mereció una segunda comisión de igual naturaleza, y se le mandó ir de nuevo á América en busca de caudales; para esta segunda empresa se le dió el mando de una escuadra compuesta de dos navíos, tres fragatas y algunos buques menores. Llegó a Veracruz, y burlando los cruceros ingleses, paso á Cuba con los caudales que había recogido. Dada la vela para la Península, hubo de arribar á la Habana. Allí le cogio la paz de Amiens; volvió á Cadiz y fué destinado, con el navío *Bahama*, á formar parte de la escuadra que se dirigía a Napoles en busca de una princesa de Asturias. Hallándose la escuadra á la vista de Argel, tuvo encargo Galiano de ir con la fragata *Sabina* a este puerto, para arreglar algunos puntos en litigio con esta potencia berberisca. Cumplió con su encargo político; mas el sabio marino no podía navegar sin llevar su espíritu indagador y observador a todo lo que podía ser un progreso en la ciencia; así fué que, en su derrotero, notó que en una de las cartas recientemente publicadas por el Depósito había una equivocación esencial respecto á la isla Galitia, error que puso en conocimiento del Gobierno. Regresó á Cartagena, y de allí pasó á Napoles. De vuelta a Barcelona con la escuadra, hizo parte de la que de nuevo fué a Napoles; mas tuvo Galiano orden de pasar, con la fragata *Soledad*, á levantar la carta núm. 3 del Mediterraneo, que comprende el archipiélago de Grecia, y de cuyos parajes no había entonces en Europa mas que una mala carta inglesa con errores capitales hasta en las latitudes de las islas y escollos que las forman. Entre ellos navegó Galiano en el mes de Diciembre sin haber tenido una avería, y marcando y situando astronómicamente todos aquellos islotes, y continuando su camino hasta Buyukderé y embocadura del mar Negro, y, después, de toda la costa del Asia Menor hasta el monte Carmelo y Alejandría, regresando por la costa de Africa hasta situarse en Cabo Bru, á la entrada de Tunez. Durante esta memorable campaña, me-

reció Galiano el respeto y la consideración, así de las autoridades turcas de los países que recorrió, como de los representantes y comandantes extranjeros con quienes se encontró, así en Constantinopla como en Atenas, que también visitó, y en todos los puertos del fondo del Mediterráneo donde estuvo; de regreso á España, formó la carta de aquellos parajes con suma maestría, viniendo al efecto á Madrid de real orden. Otra real orden le desterró de la corte con destino á Cádiz, donde fué á dar remate á sus trabajos, sin que le hubieran dado las gracias, ni aun á la prensa la parte hidrográfica de su expedición, como ya había sucedido por iguales causas con el célebre Malespina.

Declarada la segunda guerra marítima, volvió Galiano á tomar el mando del *Bahama;* hizo la campaña á las islas de Barlovento con la escuadra en combinación de otra francesa, y con ella regresó á Europa.

Ya hemos dicho, hablando del combate de Trafalgar (1), cómo opinó Galiano en el consejo en que se trató de la salida de la escuadra combinada para atacar á la inglesa. Prudente, se opuso á esta desacertada salida; héroe, dió su noble vida en defensa de esa bandera que, al entrar en el combate, anunció quedaría clavada, pues un Galiano sabía morir y no rendirse. Formaba el *Bahama* parte de la división llamada de reserva, sobre la cual, trocado el orden de batalla, vino á caer lo más recio del combate, Por la formación de la línea quedó la retaguardia á la cabeza, el centro en su lugar, la vanguardia en seguida, y la reserva á la cola. Trabóse la pelea y tocó al *Bahama* ser combatido por dos y luego por tres navíos enemigos. Recibió Galiano una contusión en una pierna, y después fué mal herido en la cara de un astillazo, sin que quisiera ir á curarse, á pesar de la mucha sangre que perdía. En esto se había situado un navío inglés por el aleta de sotavento del *Bahama* y le acribillaba á balazos sin ser casi ofendido. Mandó Galiano arribar un poco á fin de dar un tanto de costado á su contrario y devolverle el daño que de él recibía; pero en la arribada declinaba el navío de la línea, á punto de llevar trazas de separarse ó de huir, y esto no lo pudo tolerar el pundonoroso Galiano. Ordenó, pues, orzar, para entrar bien en la línea, sujetándose al inconveniente de esta maniobra. Menudeaban tanto las balas, que el aire de una de ellas arrebató el anteojo de las manos del esforzado marino. Cubierto de sangre propia y ajena, entre ésta la del querido patrón de su bote, muerto á su lado de un cañonazo que le partió por medio, seguía Galiano impávido, entusiasmando y alentando á los que le rodeaban, cuando una bala de mediano calibre le dió en medio de la cabeza, llevándose la parte superior de ésta y dejándole muerto en el sitio. Su cadáver fué recogido al instante para encubrir tamaña desgracia á la tripulación que no estaba á las inmediaciones. Al cuerpo del heroico comandante del *Bahama* se le dió por sepultura la mar, y el buque que mandaba le siguió en los abismos del Océano, para que no quedase como trofeo en manos de los enemigos, cuando acribillado y destrozado tuvo que arriar bandera.

Fué D. Dionisio Alcalá Galiano un modelo del marino, como subalterno, como jefe, como valiente y como sabio.

Plano de la batalla.—Ofrecemos en esta misma lámina un plano inglés de la batalla de Trafalgar, que seguramente llamará la atención de los lectores. Representa la posición de las escuadras á las once y media de la mañana del memorable día 21 de Octubre de 1805. La situación y dirección de los buques, así como los vientos, están marcados en el mismo plano En la parte superior se lee: *Hacia el Cabo de Trafalgar: 7 leguas.* El nombre de los barcos se halla en la cubierta de la lámina, correspondiéndose con los números y letras del plano, que figura en la notable obra de William James *Historia naval.*

Monumento erigido á Churruca en Motrico.—El monumento que en la misma lámina reproducimos, ha sido terminado y solemnemente descubierto el 28 de Junio de 1885 en la plaza mayor de la villa de Motrico (Guipúzcoa). Se proyectó por el malogrado arquitecto guipuzcoano D Nicomedes de Mendívil. La estatua, de mármol de Carrara, es obra del artista vascongado D. Marcial de Aguirre: mide dos metros y medio próximamente, y en las cuatro caras de su pedestal tiene esculpidas las siguientes inscripciones:

Á D. COSME DAMIÁN DE CHURRUCA
VIVIÓ PARA LA HUMANIDAD
MURIÓ POR LA PATRIA

—

LA PROVINCIA DE GUIPUZCOA ACORDÓ EN SUS JUNTAS GENERALES DE VILLAFRANCA, EL AÑO 1865, ERIGIR ESTE MONUMENTO

—

NACIÓ EN ESTA VILLA EN 27 DE SEPTIEMBRE DE 1761

—

MURIÓ GLORIOSAMENTE EN EL COMBATE DE TRAFALGAR, MANDANDO EL NAVÍO SAN JUAN NEPOMUCENO, EL 21 DE OCTUBRE DE 1805

El arquitecto Sr. D. Nicomedes de Mendívil, presentó al Ayuntamiento de Motrico el proyecto del monumento en 1860 y se brindó á continuar ejecutando gratuitamente cuantos trabajos dependieran de él para este objeto.

(1) El Sr. Marliani se refiere á la pág. 284 de su obra en la que se leen estas frases: «Los oficiales españoles que, por más que diga Mr. Thiers, no estaban inflamados del ardor que les supone en secundar los proyectos de Napoleón, como lo reconocen otros historiadores franceses que hemos citado, estaban más patrióticamente preocupados de los intereses de su país, y se opusieron al proyecto de salida, fundando su opinión en razones que provocaron una discusión tan viva entre el contraalmirante Magón y el brigadier Galiano, que pudo temerse un lance de honor, que felizmente llegó á cortarse. Estos dos valientes pagaron con su vida pocos días después la fatal resolución que el consejo de guerra no pudo evitar.»

Asciende próximamente el coste total del monumento á unas 28,000 pesetas; la estatua 20,000, y la diferencia, por el pedestal, enverjado, traslación de aquélla desde San Sebastián á Motrico, etc. La suscripción ha alcanzado 10,777'26 pesetas, habiéndose abonado lo restante por las cajas de la provincia hermana.

Láminas sueltas.—Las láminas sueltas tituladas: *El ejército español cruzando el Tajo* (pagina 334); *Disposicion de una batería de sitio* (pagina 344); *D. Álvaro de Navia Osorio* (página 404); *Bombardeo de Gibraltar* (página 444) y *Combate naval de Trafalgar* (página 476), no necesitan explicación, por llevarla al pie, y la última en la cubierta. La de la página 404 es una alegoría publicada con motivo del segundo centenario del Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

Muerte de Nelson (Doble lámina, pág. 482).—La soberbia composición aneja á la citada página es obra del célebre pintor Daniel Maclise, uno de los más eminentes de que se envanece Inglaterra. Representa la cubierta del *Victory* en el instante en que Nelson cae mortalmente herido, y es un admirable modelo de composición decorativa. La naturalidad y acierto con que están dispuestas las figuras; lo bien compuesto de los grupos, la verdad en las actitudes, la expresión que anima los rostros, el conjunto grandioso y patético de la escena, produce sensación extraordinaria en el espectador. La mente se traslada con facilidad al teatro del combate, se da cuenta de su terrible magnificencia, é interpreta todas las peripecias de aquella memorable lucha.

Esta lámina no necesita aquí explicación particular; la hemos dado en la cabecera y pie de la misma, y ella sirve de complemento a la narración que del combate hacemos en el cuerpo del Estudio. Hemos entresacado la relación de la muerte del célebre almirante inglés de un trabajo publicado en 1860 por el capitán de fragata D. E. Lobo, y añadimos á él la *Orden general* dada á la escuadra inglesa después del combate. De este modo creemos que la descripción de este importante hecho de armas resultará tan completa tomo interesante.





ESTUDIO OCTAVO Y ÚLTIMO

EL ARTE MILITAR DURANTE LOS SIGLOS XVII Y XVIII

Decadencia de España.—Cómo se manifestó en la milicia.—Organización de la Infantería, Caballería, Artillería é Ingenieros en los siglos XVII y XVIII.—Cuerpos auxiliares.—Armamento, Táctica, Disciplina.—Sistemas de guerra.—Batallas.—Ataque y defensa de plazas.—Marina militar.—Literatura militar.

I

Dijimos al hacer el resumen general de los adelantos del Arte militar en la segunda mitad del siglo XVI, que existían ya en el cuerpo de la monarquía española los gérmenes de rápida descomposición; hicimos ver que si esta se manifestó tan bruscamente en los primeros años del siglo XVII, era porque venía preparada de algún tiempo, y sobre los errores político-económicos, pusimos empeño en hacer resaltar que la causa principal fué el sostenimiento de una dominación colosal, careciendo de medios. A trueque de chocar con respetables opiniones, no vacilamos en considerar á Felipe II como un monarca funesto; en afirmar que á los grandes hombres que le sirvieron en la guerra y en la diplomacia, y á los no escasos medios de que dispuso, debió las glorias que realzaron los días de su reinado; pero ¿quién negará que en él resaltan tres grandes hechos: la corrupción diplomática, el desprecio á las antiguas y venerables constituciones, y una terquedad á toda prueba? Con menos talla que su padre, rodeado de mayores apuros y obligado por iguales compromisos, Felipe III sostuvo con harta pena el peso enorme de la monarquía. Era un monarca indolente, que, según frase atinada, *reinó y no gobernó*, pues por él lo hicieron un duque de Lerma y un D. Rodrigo Calderón: si la nación se hallaba en la mayor miseria, aun conseguían los tercios españoles y los soldados alquilados grandes victorias en los Países Bajos; Spínola conquistaba á Ostende, Rhimberg y Groll; el gran duque de Osuna hacía respetar el pabellón español en el Mediterráneo, y afamados literatos y artistas contribuían á la gloria de la patria. Pero la corte era ya un centro de

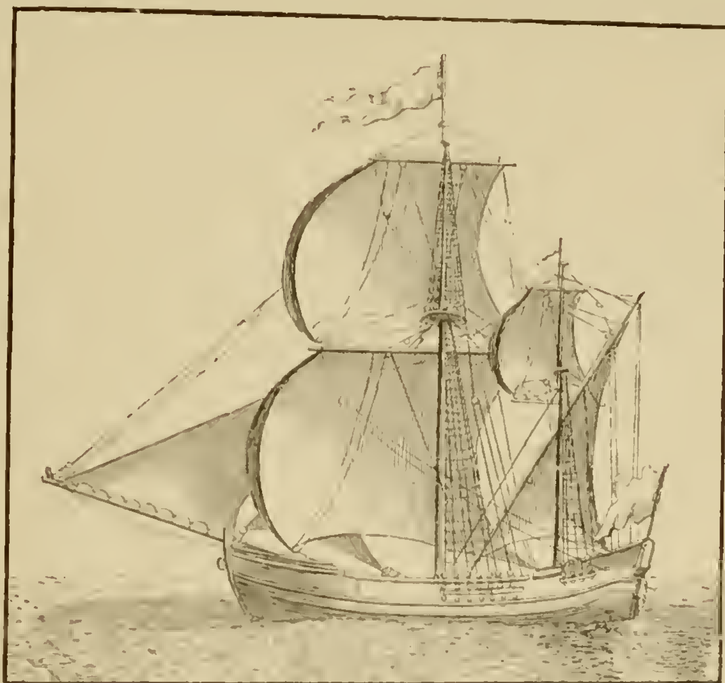
intrigantes, la hacienda se malbarataba, los representantes del pueblo, nombrados por los mismos favoritos, se dejaban sobornar. Una centralización escandalosa dejaba inerte las extremidades del cuerpo nacional; continuaba la despoblación; Flandes ocasionaba gastos, pero no producía; las remesas de América cuando llegaban, apenas si remediaban apremiantes necesidades; abandonada se hallaba la industria, poco floreciente la agricultura y sólo una clase parecía nadar en la abundancia: el clero y las personas adheridas á él. Esto cuanto al interior, porque en lo que atañe á la política exterior, carecíase de concierto y todo dependía de las veleidades de un ministro. «Extraña máquina aquélla, que se había organizado para el gobierno de la monarquía, exclama un escritor; todo era en ella desorden y confusión espantosa. Sin que la dominara ningún pensamiento de unidad nacional, producía, sin embargo, todos los estragos de una centralización sin freno.»

Hay tres órdenes de hechos que marcan de un modo muy saliente la decadencia de España: en la esfera de la política exterior, la serie de tratados ajustados en este funesto siglo; en el terreno económico, los *empréstitos* y *servicios*, y en la vida nacional, las rebeliones. Hagamos caso omiso de la despoblación originada por la guerra, la emigración, el apego á la vida conventual y la expatriación forzosa de los moriscos. Si en el reinado de Felipe III sólo deben apuntarse algunas de estas causas, en el del cuarto Felipe, pregonan los nombres de Cataluña y Portugal la desacertada conducta del monarca y de su favorito. La unidad nacional vióse entonces seriamente comprometida, precisamente cuando España se hallaba en más apurada situación; y mientras en la Península se acudía con harta pena á remediar el daño, en Flandes los viejos tercios sufrían la rota memorable de Rocroy, de triste augurio para nuestro predominio militar. Pero ¡qué monarca aquél, distraído de los cuidados del gobierno por constantes diversiones, falto de carácter y más falto aún de abnegación! Y ¡qué ministro torpe, que á su amor propio sacrificaba, no ya toda una provincia, sino todo un reino! Los nombres de Valenzuela, Oropesa y Portocarreo; los de Ana de Austria, de Carlos II y su mujer, sintetizan la degradación á que llegó nuestra patria á fines del siglo. «No presenta la historia, ni aun la de aquellos siglos que vieron la ruina del coloso romano, dice con razón un autor, cuadro de decadencia más terrible y rápida que la nuestra. Aun no había corrido completo un siglo desde que bajó al sepulcro Felipe II, y la nación que había sido el terror de Europa se veía ya convertida en un cuerpo vil, objeto de todas las afrentas. El manto de púrpura con que cubría sus miserias se lo estaban arrancando á jirones los extraños. El enfermizo Carlos II, llamado al trono tras de la más desastrosa de las minorías, era el retrato fiel de la monarquía; su postración era igual á la postración de sus reinos. En la larga agonía de aquel reinado, mientras agonizaba el enfermizo é impotente monarca, en quien se extinguía la casa de Austria, agonizaba también la monarquía» (1).

¿Qué había de suceder, dada la postración en que se hallaba España, y dada la extensión y riqueza de sus envidiados dominios? Pasar de dominadora á dominada; sufrir el yugo de la nación más fuerte, que era precisamente su vecina Francia. Y ocurrió, en efecto, así; atacándola primero ésta con las armas, envolviéndola luego en las redes de la diplomacia, y más tarde imponiéndola un rey, convirtiéndola en una provincia de aquella monarquía. Mas, para realizar todo esto, corrieron arroyos de sangre; y á la triste página de los repartos realizados hallándose Carlos II moribundo, hay que agregar las no menos tristes de la guerra de Sucesión en Valencia y en Cataluña. Por desgracia, la Francia de Luis XIV estaba próxima á sufrir terribles escarmientos, y no le tocaron escasa parte de ellos á la España de Felipe V. Ni la protección del poderoso monarca francés, ni el carácter del nuevo soberano español, contribuyeron á realzar á nuestra desgraciada patria; ni la buena fe de algunos de los sucesores de éste, ni el mérito de los contados hombres políticos que en España brillaban en este siglo, evitaron que llegara á decadencia más vergonzosa. Una serie de príncipes, en su mayor parte vulgares y pequeños, por indolentes, por livianos ó por débiles, es todo lo que ofrece la nueva dinastía en el siglo XVIII; figuran, también, privados intrigantes y

(1) Sánchez Toca, *Cómo vino la decadencia de España*. En la *Revista Contemporánea*, Tomo XVI.

pervertidos; y la España que tasca el duro freno del despotismo, pierde su caracter y olvida sus tradiciones de libertad, copiando servilmente, primero á la Francia de Luis XIV y luego á la Francia de la revolución. Las afrentas diplomáticas que sufrió nuestra patria al finalizar el reinado de Carlos II, ni comparar se pueden á las humillaciones que experimentó en los días de Carlos IV. Mucho perdió en dominios durante el reinado de los dos últimos Austrias, pero bajo la nueva dinastía sufrio enormísima desmembración de territorio. En cambio, si no contó en la serie de príncipes de la nueva dinastía un Carlos I ó un Felipe, tuvo un monarca tan perverso como Fernan-



Galeota-bombardera de principios del siglo XVIII. (Facsímile

do VII, «de muchos siglos a esta parte, dice un escritor conservador, no igualado en perversidad por ningún monarca de nuestra historia». No falta, sin embargo, quien ha considerado al siglo XVIII como un período de regeneracion, y a Felipe V, rey sin caracter y sin dotes de inteligencia, poco menos que como un modelo. Entendemos que pudo escribirse así la historia oficial, pero estamos persuadidos de que ha llegado la hora de despojar á los retratos que forman esta galería histórica de su dorado marco y examinar sin preocupación la verdad de la pintura.

Y consignado esto, entremos a estudiar el cuadro que la España militar del siglo XVII ofrece.

Desde luego, échase en ella de ver, que el desconcierto político se traduce en la esfera militar por el desconcierto administrativo, con sus secuelas de defraudación y agios, que la pobreza de hombres se une á la escasez de recursos, y que la decadencia general reflejase también en la falta de capitanes de talla. Todo va alcanzando igual nivel. Y como el ejemplo parte de elevada esfera, la corrupción cortesana y el poco tino político contribuyen eficazmente á la decadencia político-militar. Termina en el reinado de Felipe III, segun ya hemos visto, el período de las rebeliones, tras

duros escarmientos; pero el ejército mal pagado y hambriento, no es modelo de disciplina, aunque sí de constancia y de valor; porque en Rocroy, en Lens y en las Dunas, aun demuestran nuestros soldados ser dignos sucesores de los héroes de Otumba, Nápoles y Amberes. Fáltales, sin embargo, jefes de mérito; y después de Spínola y del Cardenal-Infante carecen de cabeza digna de este nombre; fáltales después hasta el indispensable refuerzo que llene los vacíos de sus filas, y poco á poco se enflaquecen sus cuadros hasta el extremo de verse reducido el ejército de Flandes, al expirar el siglo, á formar una escasa parte del que dirige el príncipe Guillermo de Nassau. Los españoles parecen entonces ser los auxiliares de los holandeses; sus jefes se ven eclipsados por expertos generales extranjeros. Es que ha sonado la hora última de su poderío; muy en breve el glorioso palenque de los Países Bajos se cerrará para ellos y sólo quedará el recuerdo de sus hechos portentosos en la historia ó en las tradiciones populares de aquel trabajado país.

II

La relajación que en el organismo militar se había introducido, y que dimos ya á conocer en el Estudio final del reinado de Felipe II, inspiró á este monarca algunas reformas, que su inmediato sucesor trató de poner en planta. Tales fueron las ordenanzas que llevan la fecha de 8 de Junio de 1603, en que se prescriben las circunstancias que deben reunir los capitanes, alféreces, sargentos y soldados; el número de años de servicio que para el primer empleo debían contarse, la organización de los tercios, leyes penales y otras disposiciones no menos importantes. Pero tal debía ser la desmoralización que cundió entre los soldados de Flandes, que al recibir el archiduque Alberto estas ordenanzas, contestó á Felipe III que eran «no sólo difíciles de cumplirse, pero inconveniente el ordenarlo»; porque, añadía, «con la larga guerra, trabajos y calamidades de ella, han salido de su camino ordinario muchas de aquellas costumbres antiguas de la milicia que sería imposible ejecutarse acá en la era presente». Y, en efecto, quien recuerde los escandalosos motines que en los últimos años del anterior reinado y primeros del de Felipe III empañaron el lustre de nuestras armas en los Países Bajos; quien tenga presente el tristísimo cuadro que de la milicia, á fines del siglo XVI, trazó Marcos de Isaba, y los curiosos y abundantes datos que ofrecimos en el antes citado Estudio, no podrá extrañar la dolorosa confesión del Archiduque. La inmoralidad manifestábase, así en el juego como en el vestir, así en la poca disciplina como en la venalidad. Por una parte el favoritismo había socavado la reputación, por otra el abandono en que se tenía á nuestras tropas había dado alas á la licencia. Especulaban con los empleos los patronos ó altos abogados de la corte, explotaban la miseria del soldado los proveedores, asentistas y vivanderos; y el grave mal que aquejaba á la milicia era común á Flandes y á Italia, donde sólo sentaba plaza el vendido ó cargado de deudas, el hombre de mala conducta ó el vagamundo presumido. «Gente de más poco servicio, escribía desde Milán al Rey D. Carlos de Coloma, no la encuentra V. M. en cuanta milicia tiene.»

Tales abusos que, como se ve, no se habían únicamente engendrado en las filas, sino que tenían origen más hondo, pusieron al monarca español en el caso de restablecer la disciplina «relajada y corrompida» (según frases del preámbulo de la ordenanza), y Felipe III, oído el dictamen de sus Consejos, dispuso que se reprodujera la citada ordenanza de 1603. Fijábase en ella en 15 ó 20 el número de compañías de cada tercio, y la fuerza de éstas en 150 plazas en las destinadas á la Península, y en 100 en las que debían prestar servicio en sus dominios: la mitad de las plazas, piqueros, y la otra mitad arcabuceros. Consignábase tambien que si el número de las banderas ó compañías de cada tercio se elevaba á 15, podía haber 2 de arcabuceros, y si á 20, 3 (1). La

(1) Clonard, *Hist. organic.*, Tomo IV, pág. 35.

plana mayor de un tercio de doce compañías, era en Flandes, según documento oficial, de 1602, como sigue:

1 Maestre de campo, capitán de una de las doce compañías, dotado con..	80	escudos
1 Sargento mayor, con..	65	»
2 Ayudantes, con 25 escudos cada uno.	50	»
1 Auditor, con.	30	»
1 Escribano y dos alguaciles, con.	18	»
1 Capitán de campaña, con.	25	»
1 Cirujano mayor.	15	»
1 Médico.	20	escudos
1 Capellán mayor.	15	»
1 Predicador.	15	»
1 Furriel mayor.	15	»
1 Atambor mayor.	12	»
8 Alabarderos..	32	»
1 Verdugo y 4 hombres á caballo, dependientes del capitán de campaña, con.	20	»

Componíase cada bandera ó compañía de:

1 Capitán, con su paje, dotado con.	44	escudos
1 Alférez, con.	12	»
1 Sargento, con..	5	»
1 Capellán, con..	12	»
2 Atambores, con.	12	escudos
1 Pífano, con..	12	»
8 Cabos de escuadra, con.	24	»
199 Soldados ordinarios á 3 escudos (1).	597	»

La fuerza de un regimiento de infantería valona, compuesto de 12 compañías, era:

1 Coronel, capitán de una de las compañías, dotado con.	300	florines
1 Teniente coronel.	100	»
1 Sargento mayor.	25	»
1 Furriel mayor.	30	»
1 Atambor mayor.	5	»
1 Pífano mayor.	5	»
1 Preboste..	25	florines
1 Teniente.	5	»
1 Escribano.	2	»
2 Alguaciles.	10	»
1 Capellán..	7	»
1 Verdugo..	15	»
10 Alabarderos..	25	»

La fuerza de la compañía

1 Capitán, con su paje, dotado con.	38	escudos
1 Alférez..	15	»
2 Sargentos, con siete escudos.	14	»
1 Furriel, barbero y abanderado.	9	»
1 Capellán.	4	»
2 Atambores y pífanos.	12	escudos
8 Cabos de escuadra..	16	»
189 Soldados, con 3 escudos de paga sencilla cada uno.	567	»

Estos regimientos organizáronse en 6 de Abril de 1602 por tercios, como la infantería española é italiana, y el número de los que por este tiempo se crearon, especifícalos Clonard por años y nombres de sus jefes, pudiendo reasumirse así:

En 1601, un tercio español, uno alemán, uno valón y tres italianos.
En 1602, tres alemanes y dos italianos.
En 1603, dos españoles y uno italiano.
En 1604, uno español, dos alemanes, seis italianos.
En 1605, dos italianos.
En 1606, uno español.
En 1607, uno italiano.
En 1615, tres italianos.

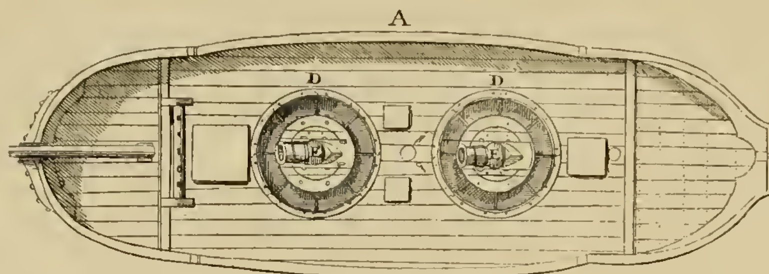
Existían á la muerte de Felipe III:

Tercios españoles.	7
» italianos.	13
» valones.	11
» borgoñones.	2
» irlandeses..	2
Regimientos alemanes.	9

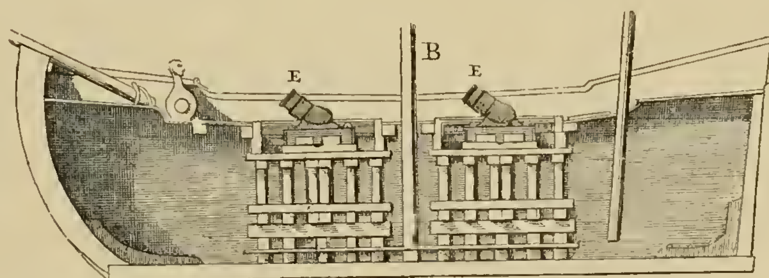
En este mismo reinado se organizaron las milicias provinciales (3 Octubre de 1609) y se publicó el reglamento en que se prescriben los deberes de los sargentos mayores de ellas. Se encarga á

(1) Esta era la paga sencilla, pues los coseletes, mosqueteros y arcabuceros recibían además un escudo de ventaja.

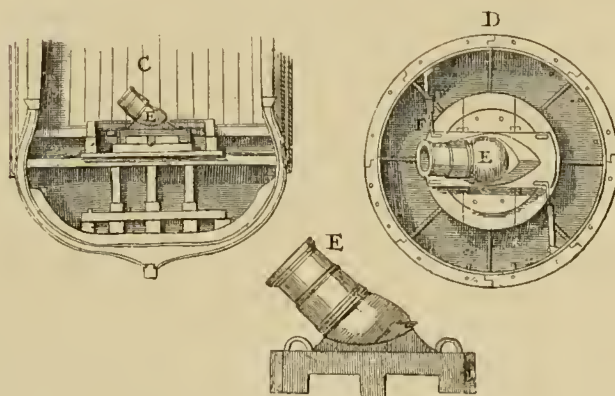
éstos que en los distritos se tomen, de cada diez hombres, uno para servir en la milicia; se fija el número de plazas efectivas de cada compañía en 200, pudiendo admitirse voluntarios naturales de la localidad, dentro dicho número; se previene que los ejercicios militares se efectúen en los



A. Plano de la Galeota-bombardera.
D. Id. del espacio circular, en el centro del cual está colocado el mortero. — E. Morteros.



B. Perfil ó corte de la Galeota bombardera vista de costado. — E. Morteros

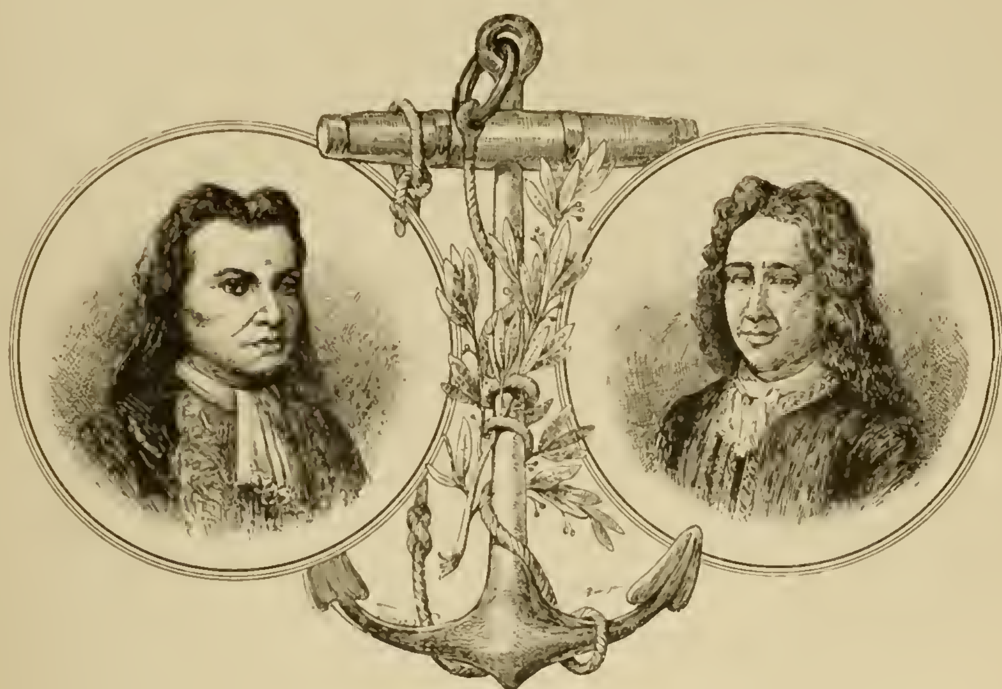


C. Corte transversal de la Galeota-bombardera. — D. Plano del espacio circular, en el centro del cual está colocado el mortero. — E. Mortero de la Galeota-bombardera

días festivos, y que la bandera no se arbole sino el día que se juntaren las compañías; y, por último, contiene dicho reglamento otras disposiciones conducentes al buen cumplimiento de las órdenes reales.

No mejoró el estado á que había llegado la infantería española cuando advino al trono el cuarto Felipe, como lo acredita el informe dado á este monarca por D. Francisco de Moncada, desde

Bruselas, en Diciembre de 1627. «V. M., decía el marqués de Aytona entre otras cosas, tiene estos Estados sin que haya plaza proveída medianamente; porque españoles hay poco más de mil, italianos no llegan a dos mil, alemanes es cosa perdida, porque vale más un regimiento de la liga católica ó del emperador, que once de V. M. Los borgoñones están todos deshechos; los valones son pocos, porque los mejores soldados se van á servir á los otros príncipes, siendo imposible sustentarse en el servicio de V. M. Además de esto, no hay pólvora, ni balas, ni cuerda, ni palas, ni zapas. Los ministros inferiores unos se quejan de otros; y ocupados en hacerse cargos, que sería razón de dejarse para otro tiempo, se olvidan de tratar de lo sustancial de V. M.» Los



D. Blas de Lezo — D. Antonio de Gaztañeta

MARINOS DEL SIGLO XVIII

males provenían de la falta de dinero, puerta de la licencia, de la venalidad de la administracion, y del poco rigor de la justicia; pero, más que todo, de la primera causa, porque no es fácil mantener la disciplina de un ejército hambriento y mal vestido, dañado por los abusos y estimulado con los malos ejemplos. El remedio quiso ponerlo Felipe IV, decretando la reforma de la Ordenanza, y en 28 de Junio de 1632 dió cuenta su real consejo de la guerra del nuevo código militar, cuyas principales disposiciones eran las siguientes. Prevenciones para la eleccion y nombramiento de maestres de campo, sargentos mayores, capitanes, alféreces y sargentos; condiciones que cada uno de los elegidos debía reunir; composición de los tercios de España y Flandes; recompensas, disciplina, administración, contabilidad, etc.; manifestando cada una de estas disposiciones profundo conocimiento del asunto. No nos detendremos á especificar los artículos que componían la nueva ordenanza, pero sí consignaremos la composición de los tercios y el sueldo de cada clase.

Los tercios de España constaban de 12 compañías, de 250 individuos cada una, inclusos el

capitan, alférez, abanderado, sargento, dos tambores, un pífano, furriel y barbero y capellán. Los tercios que militaban en las posesiones españolas constaban de 15 compañías de 200 plazas, á saber: 60 piqueros, 90 arcabuceros y 40 mosqueteros. Los tercios de Flandes redujéronse á tres, previniéndose que en adelante, cuantos soldados se incorporasen á dicho ejército, lo efectuaran en los tercios lombardo y napolitano, únicos que se dejaron subsistentes.

Una Real disposición, que lleva la fecha de 30 Abril de 1633, fijaba el sueldo mensual de las compañías de infantería española del siguiente modo:

	Escudos de vellón
Por sueldo de capitán y paje	44
Alférez y abanderado	18
Sargento	8
Furriel y barbero	6
Dos atambores y pífano	18
Capellán	12
Por las ventajas de 10 cabos de escuadra	30
Por paga sencilla de 239 plazas á 3 escudos	717
Por la ventaja de 90 coseletes	90
Por la de 60 mosqueteros á 3 escudos	180
Por la de 89 arcabuceros	89
Por 30 escudos de las ventajas ordinarias	30
Por las ventajas de 4 soldados particulares que hubiesen servido 12 años efectivos, aunque fuese interpoladamente, ú 8 continuos, á 6 escudos cada uno	24
Por las de 4 soldados á 4 escudos cada uno	16
Por la de 2 alféreces reformados, á 8 escudos	16
Por la de 2 sargentos reformados, á 6 escudos	12
Monta el sueldo de un mes en la forma referida	1310

A estas disposiciones, todas ellas importantes, porque abarcaban, así la contabilidad como la disciplina, la administración de justicia como la organización, acompañaba una instrucción relativa al abono de haberes, en la que, entre otras cosas, se encargaba que el soldado fuera pagado en tabla y mano propia, comenzando por él la paga, «de manera que si viniese á faltar, sea á las cabezas, que tendrán modo para socorrer sus necesidades».

Del traje usado por la infantería española en esta época, habrán podido formarse idea nuestros lectores por los grabados. Difundióse entre los nuestros la moda valona, y sustituyó al morrión el sombrero de fieltro de anchas alas; á las calzas acuchilladas, los gregüescos, y desapareció la armadura de cuerpo en los mosqueteros y arcabuceros. Unicamente conservaron los piqueros el coselete, con su gola y faldón, los guardabrazos y hombreras, cañones y manoplas. Siguió siendo distintivo de los jefes y oficiales la banda roja, y la espada llevóse suspendida al talabarte. Igual distintivo se usó también durante este reinado en las banderas: la cruz roja de Borgoña sobre fondo de color uniforme ó con escaques.

En 1632 se dispuso la organización de un ejército de operaciones; aprobóse en Cortes la medida, y creáronse once *regimientos* (1), compuestos cada uno de 1,375 plazas, inclusa la plana mayor. Dos años más tarde se trató de organizar cinco regimientos para cubrir la frontera Norte de la Península; pero desistióse de ello, y en su lugar creáronse seis tercios al mando de otros tantos maestres de campo, ordenándose poner sobre las armas los cuerpos vascongados y catalanes, con los que ambas provincias debían contribuir al servicio del rey. Ni estas medidas, ni cuantas hasta entonces se pusieron en práctica, remediaban los defectos de que adolecía aquel sistema de organización; y, por lo tanto, fué preciso buscar un medio para sostener cuerpos permanentes. Al efecto, en 1637 se sacaron del personal de milicias correspondientes á la Corona de Castilla, 6,055 hombres, número equivalente á las dos quintas partes de los alistados, y con ellos se organizaron cinco tercios *fijos* ó *provinciales*. Cada uno de estos tercios constaba de 1,211 plazas distribuídas en doce compañías, y su sostenimiento debía correr á cargo de las juntas de milicia. Dió buenos resultados el sistema, y se crearon nuevos tercios provinciales; tercios que, según Clonard, en las campañas de 1637 y 39 constituyeron el núcleo de los ejércitos peninsulares.

(1) Denominación nueva en España.

Fuerza es, sin embargo, decir que el espíritu militar había decaido ya notablemente por este tiempo; y bastará recordar las desdichadas campañas de Portugal para hacerse cargo de lo que era á la sazon el ejercito español. Las comunicaciones de D. Juan de Austria al monarca pintan el triste cuadro que aquel ejercito ofrecía, y hechos de armas tan desgraciado como la derrota del duque de Osuna, la indisciplina y flaqueza de la gente de las milicias. Urgía poner eficaz remedio, y uno de nuestros oficiales proponía en 1639 varias medidas encaminadas todas al restablecimiento de la disciplina, al perfeccionamiento de la instrucción militar y á probar la aptitud de los jefes. Desgraciadamente, el gobierno español, no solo descuidaba lo esencial para el buen sostenimiento del ejercito, como lo conveniente á los intereses de la monarquía, y asombro causa y lastima ver que cuando España se veia simultaneamente atacada en Cataluña y en Portugal, guerreando en Italia y en los Paises Bajos, y con sus costas amenazadas, sólo tuviera sobre las armas 77,000 soldados (1). Seria inútil tarea dar cuenta de los tercios levantados en el intervalo de las guerras de Cataluña y Portugal, porque, siendo *temporarios*, se deshacían y formaban con suma facilidad, pero si debemos advertir que la manera de reclutar era tan viciosa, que solamente venian a las filas gente sobradamente moza o inutil para la fatiga. Curiosa es la memoria que elevo a D. Felipe IV el sargento mayor D. Lope de los Rios, pues ella pinta con suma fidelidad la triste situacion de la milicia española, y que eran fundadas sus razones, lo prueba el dictamen que en 1663 elevo al monarca su Consejo de la guerra, dictamen en el que se manifiesta la conveniencia de formar en adelante los tercios fijos, a cuyo efecto se indican las provincias en que se pueden organizar, y eran las de Sevilla, Cordoba, Jaen, Toledo, Castilla la Vieja, León, Valladolid y Segovia. D. Felipe IV dispuso en 1644 que se formasen cuatro de á 2,000 hombres denominados de Madrid, Toledo, Sevilla y Andalucia. Mando tambien que en Aragon é Italia se levantara y mantuviera un tercio en identica forma.

Segun una de las instrucciones otorgadas para la formacion de estos tercios, el computo de lo que importaba su socorro por entero cada mes y cada año, era en un tercio español de 16 compañias y 1,000 soldados (incluso 150 reformados), como sigue

	Al mes		Al año
El sueldo del maestre de campo.	116	escudos.	1,392
El del sargento mayor.	65	—	780
El de dos ayudantes a 20 escudos cada uno.	40	—	480
El de capellan mayor	25	—	300
El del capitan de campaña	25	—	300
El de furriel mayor	15	—	180
El de tambor mayor.	12	—	144
El de 15 capitanes (excluida la compañia del maestre de campo), con sus pajes, á 44 escudos.	660	—	1,920
El de 16 alfereces con los abanderados, á 18 escudos cada uno	288	—	3,456
El de 16 sargentos á 8 escudos cada uno.	128	—	1,536
El de 32 atambores á 6 escudos cada uno.	192	—	2,304
De los 1,000 soldados bajando los 150 reformados que se suponen, quedan 850 a razón de 4 escudos	3 400	—	40,800
El de 150 reformados computados uno con otro á 20 escudos.	3,000	—	36,000
El precio de 850 vestidos para estos soldados, con espadas y demas piezas, a razón de 14 escudos cada uno, asciende á.	991	—	11,892
Supónese que para mantener siempre el tercio en este numero de gente, será necesario que las provincias ó ciudades que le tuvieran á cargo, hayan de recrutar al principio de la campaña 300 soldados cuyo gasto computado á ocho meses, á razón de dos tercios, y repartido en los doce, sale.	800	—	9 600
Otros treinta vestidos de la gente de recluta, á la razón dicha montan á.	350	—	4,200
	10,107	—	121,284

Muy lejos de corresponder a las esperanzas que hicieron concebir, los nuevos tercios, cuya organización decretó Felipe IV en 1664, y que en 1660 se hallaban formando parte del ejército de

(1) He aquí su distribución

Provincias	Generales	Fuerzas
Paises Bajos.	D. Juan de Austria, el principe de Condé y el marqués de Caracena.	19 000
Italia.	El conde de Fuensaldaña.	16,000
Cataluña.	D. Francisco de Orozco, marqués de Mortara, y D. Rodrigo de Illescas.	4 000
Extremadura	El duque de San Germán y el duque de Osuna	16 000
Galicia.	D. Vicente Gomaya y el marqués de Peñalba.	11 000
Castilla.	D. Fernando Miguel de Tejada.	11 000
	Total.	77 000

Extremadura, ofrecían un aspecto muy poco halagüeño, ya por su falta de disciplina, ya por el mal estado de su equipo. La causa de uno y otro era faltarles sueldo, pan y ropa; falta que no podía achacarse á las provincias, sino á los vicios y á la corrupción de la administración. Pero debe tenerse en cuenta que el mal era ya antiguo en aquel ejército, y ya en 1663, siendo su general en jefe D. Juan de Austria, escribía al Rey que «todos los que fuesen de *estas levas y milicias de españoles* era comprar á dinero la deshonra de la nación y de las armas» (1). Terminóse la guerra en 1667, y al siguiente año tuvo lugar una reforma en el ejército sin otra novedad digna de monta que haberse declarado al tercio de la guardia real, ordinario con el nombre de Sevilla.

Data de 1685 la creación de las *compañías de granaderos*, cuyo decreto expedido por el rey don Carlos II, previa consulta al Consejo de guerra, inserta el historiador conde de Clonard, y es como sigue:

Teniendo, no sólo por útil sino necesaria la introducción de compañías de granaderos en mis ejércitos, como se estilan en los de otros príncipes, á que da justo motivo la forma con que se sirven de ellas los enemigos, para poderlos hacer oposición y ofensa con igualdad de armas en las operaciones, he resuelto que en cada uno de los ejércitos de Cataluña, Flandes y Milán se formen cuatro compañías de á cincuenta hombres cada una, soldados y reformados, con sus oficiales, escogiéndose los que fueren más á propósito para este manejo, y armándoles con *fusiles* (escopetas largas) y bayonetas que se pueden fijar en ellos, de manera que después de haber disparado les sirvan como chuzos ó medias picas, y cuando se ofrezca, empleen estas compañías en partidas interpresas y en ocupar pasos y desfiladeros como lo pidiese la ocasión y la necesidad; y que en los puestos, guardias y puertas de las plazas, haya siempre granadas para lo que ocurriese, entregándolas como las demás armas, al capitán y sargento que mudaren, los que salen.

Y para alentarlos á este servicio, en lugar de ventaja se les podría doblar la ración del pan, por remuneración y alivio de la fatiga que tuvieren en las correrías y otras facciones que se les recrescen, como en salir mezclados en mangas ó con caballería ó con tropillas pequeñas cuando sea menester, para lo cual son más de propósito los *fusilieros* (escopeteros de chispas) (sea con el saquillo de las granadas ó sin ellas), que los que llevan armas más pesadas y de cuerda, de manera que en estas operaciones se logre la conveniencia de observarse lo mismo que usaren los enemigos, y hallen siempre con iguales prevenciones, ó la oposición ó la ofensa.

Y respecto de que no sólo conviene que los granaderos estén armados de *fusiles* (escopetas), sino que como se ha estilado en otros tiempos, los usen también los cabos de escuadra y algunos soldados reformados, con llaves de chispa y cuerda, respecto de que en ataques, en partidas y otras faenas, con días de mucha agua suelen ser inútiles las mechas, será bien se vuelva á introducir esta disposición en la forma que pareciere más propia y conveniente al servicio.

También pide muy particular providencia el punto que toca á los minadores, que son igualmente necesarios en la defensa como en la expugnación de las plazas. Y así he resuelto que también se forme compañía de ellos en cada uno de los tres ejércitos referidos.

Sobre cuyos presupuestos os mando y encargo muy particularmente procuréis ir disponiendo cuanto antes en ejecución deste despacho, dándome cuenta de su observancia, y de todo lo que obiere en su cumplimiento como lo fío de vuestras aplicaciones. De Madrid á 26 de Abril de 1685.

Ocurría con las reformas efectuadas en la organización del ejercito, no corresponder de mucho á las esperanzas; efecto del desorden administrativo, tanto ó más que de la escasez de medios; y esto que ya se había hecho patente al crearse los tercios fijos, púsose otra vez de manifiesto en la reforma intentada en 1686. Tratóse en este año de reclutar para los Estados de Flandes un contingente de 40,000 hombres, á cuyo sostenimiento debían destinarse las rentas reales de aquellos Estados (millón y medio de florines), los tributos del Brabante (800,000 florines) y los Güeldres, Hainaut, Limburgo y Namur (600,000), con más los derechos de entradas y salidas, no inferiores á 1.500,000 florines; pero aunque llegó á ponerse en práctica este plan, y se distribuyó la gente en 25 tercios, el nuevo ejercito distó de hallarse á la altura de las necesidades, y sus soldados ofrecieron igual aspecto miserable que los de años anteriores. Inútil es decir que con tales elementos no era posible contener los progresos de las armas francesas en Flandes, y aun parece increí-

(1) Carta fechada en Badajoz al 14 Junio 1663. Inserta por Estébanez en los apéndices de su obra *Conquista y pérdida de Portugal*, T. I.

ble que en las Dunas y en Lens vendieran aquellos heroicos infantes á tanta costa sus vidas. No podían exigir más de ellos sus generales, ni ellos menos de su rey y señor.

Tal era el triste espectáculo que ofrecía nuestro ejército al expirar el siglo. Siguiendo las huellas de Felipe IV, los ministros del rey que le sucedió llevaron adelante sus proyectos relativos á los tercios provinciales ó fijos, de los que en 1690 existían cinco, con un total de 4,405 hombres.



El Marqués de la Ensenada

En 1692 se efectuó un nuevo alistamiento que arrojó un total de 465,307 hombres, para los que no se disponía más que de 59,015 armas (1). En 1693 decretó el Rey que se llevara á efecto el alistamiento voluntario; y, en caso de no dar resultado, por sorteo de vecinos, desde los 20 á los 50 años, exceptuando de entrar en el á cierto número de personas en las respectivas clases. Y habiéndose examinado este mismo año la manera más equitativa de repartir la contribución llamada de sangre, después de haber manifestado la junta nombrada para estudiar este asunto, que los únicos medios de resolver el problema eran: quintar, hacer el reparto de gente por vecindades y llevar á cabo levas voluntarias, acudióse á otro sistema que produjo mayor inconveniente. Un

(1) 57,302 mosquetes
1,250 picas.
402 alabardas.
61 partesanas.

real decreto de 1694 elevó á diez el número de tercios provinciales, á la sazón reducidos á cinco.

Componían el cuadro de la infantería, al morir el rey D. Carlos II (1700), los siguientes cuerpos:

ESPAÑA

Tercios provinciales de antigua creación	5	
Idem íd. de creación nueva	8	
Idem auxiliares del reino de Granada	2	
Idem ordinarios de Extremadura	2	
Idem de la Armada	4	
Tercios italianos	5	
Idem irlandeses	1	
Idem valones	2	
Idem alemanes	1	
		30

PAÍSES BAJOS

Tercios departamentales españoles de antigua creación	3	
Idem auxiliares de moderna creación	2	
Idem italianos	3	
Idem valones	6	
Idem alemanes	3	
		17

LOMBARDÍA

Tercios departamentales españoles de antigua creación	4	
Idem italianos	3	
Idem alemanes	2	
Idem grisones	1	
		10

NÁPOLES

Tercios españoles	1	
Idem italianos	3	
Idem alemanes	1	
Idem grisones	1	
		6

SICILIA

Tercio departamental español llamado *Fijo de Sicilia*	1	
Total general de las tropas de infantería. . . Tercios.		63

Con esta fuerza sostenía España la integridad de su territorio propio y de sus disputados dominios exteriores; con ella había de guarnecer considerable número de plazas y acudir á los campos. No es, pues, extraño que figuraran los soldados españoles en número tan escaso en los ejércitos que el príncipe de Nassau y el elector de Baviera dirigían en los Países Bajos. Escasa en número, mal asistida y peor dirigida, aquella infantería no podía recobrar el brillante lugar que ocupara un siglo antes y en los primeros años del que nos venimos ocupando. La miseria del soldado, la dilapidación y la usura, dice un historiador, era ya tanta, que hubo necesidad de reformar los reglamentos y ordenar se abonasen mensualmente los haberes, haberes que en Marzo de 1694 eran al tenor de la siguiente plantilla:

PLANA MAYOR

	Reales de plata
Maestre de campo	773 1/3
Sargento mayor	433 1/3
Ayudante	133 1/3
Capellán mayor	166 2/3
Furriel y cirujano mayor	75
Capitán barrichel de campaña	125
Tambor mayor	60

COMPAÑÍA

	Reales de plata
Capitán y paje	217 15 mrs
Alférez y abanderado	88 12 »
Sargento	40
Tambor y Pífano	21 28 »
Cabo de escuadra	26 7 »
Soldado mosquetero	21 28 »
Soldado de plaza sencilla	17 15 »

Digamos ahora algo respecto á los uniformes. En 1652 uniformóse á la infantería peninsular con las siguientes prendas, cuyo coste es como sigue:

Una camisa de lienzo Brabante.	11 Reales
Un jubón de lo mismo.	15 »
Una hungarina de paño pardo catorceno.	18 »
Unos calzones de lo mismo.	15 »
Unas medias de paño con pies de lo mismo	4 ½ »
Un par de zapatos de Córdoba	13 »
Coleto de badana.	8 »
Sombrero de color.	6 »
Pañuelo para valona.	2 »
Espada y tahalí	12 »
	104 ½ »

En 1693 se aprobó por la Junta de Tenientes generales el siguiente vestuario.

Casaca forrada con bayeta de Palencia.
Calzón de paño de las Navas forrado con lienzo de Pontarea.
Chupa de jerguilla de Toledo, forrada con el mismo lienzo.
Dos camisas de lienzo gallego ó extremeño.
Dos corbatas de bocadillo.
Un par de medias manchegas.
Un *bredicu* de Valladolid.
Sombrero blanco.
Un par de zapatos de baqueta de Moscovia, de tres suelas.
Un par de alpargatas.
Tres varas de Colonia para sombreros y corbata.

Acordóse también por dicha Junta que se armase al ejército por terceras partes, es á saber: una de mosqueteros, otra de arcabuceros y otra de piqueros. En el ejército de Cataluña se dió á los arcabuceros bayonetas, y cada tercio se dividió en dos escuadrones. Otras modificaciones se adoptaron y obtuvieron la real aprobacion, pero no llegaron a realizarse.

En 1669 dispuso la Reina Gobernadora que se organizara en Madrid un regimiento ó *coronelia* para guarda de su persona, cuyo cuerpo tomó el nombre de *Guardias de la Reina*, y como el vestuario de estos soldados era a la francesa, por estilo de los que mandaba el mariscal Schomberg, se les denominó vulgarmente *Chambergos* y guardia *Chamberga* (1). Obedeció la creacion de este regimiento a miras políticas, y fue tan mal visto por la nobleza como por el pueblo de Madrid, que representó enérgicamente contra ella, pero, aprobado el proyecto por el Consejo de la Guerra, llevóse á cabo, dándose el mando como coronel al marqués de Aytona, con un teniente coronel y un sargento mayor. Constaba de 14 compañías, cada una de 150 mosqueteros, e igual número de coseletes. «La existencia de esta guardia, dice un historiador, no fue muy larga. El 28 de Enero de 1677 salió de Getafe para Alicante, en cuyo puerto se embarcó para Sicilia, reducida a tercio ordinario de infantería, y poco después se dictó la orden de su extincion y amalgama en los cuerpos del ejército de Italia.» La voz de *coronel* se empleó por vez primera en España al organizarse este regimiento.

Por lo que respecta a los empleos militares, diremos que a las categorías ya conocidas al finalizar el siglo XVI, se añadieron las de sargento general de batalla, teniente coronel y teniente. La creación del primer empleo, dotado con 300 escudos mensuales, tuvo lugar en los ejércitos del exterior en 1648 y en 1663 en el de la Península. En los nombramientos reales se previene que

(1) «El vestuario que se dió a este regimiento, dice Clonard, consistia en el justa cor que ya hemos descrito (a), de paño amarillo, llamado comúnmente *casaca*, guarnecida por sus costuras con franja de la Real Casa, escaqueada de blanco y rojo; un calzón greguesco, media encarnada, zapato de becerro blanco con lazos rojos, corbata y sombrero denominado *chambergo* (b), con un tahalí, sarta de cargas, frascos y el armamento correspondiente.»

(a) En este tiempo, dice el mismo autor algunas líneas antes, llevaba [illegible], en lugar del capotillo de dos haldas, la casaca francesa llamada *justa-cor*, cuyas mangas anchas se doblaban por su extremo hasta el codo, así como ambos delanteros, resultando de este modo una especie de solapa que bajaba hasta el cuello. El justa-cor tenía en sus dos costados bolsillos con tres ojales y botones, la corbata de lienzo [illegible] había reemplazado la golilla, continuando los greguescos, calcetas y zapatos enlazados como en el reinado anterior. En lugar del talabarte se adoptó el tahalí para la espada.

(b) Llamábase así por haberlo introducido el mariscal Schomberg, cuando vino a auxiliar á los portugueses.

manden la infantería por trozos y quede establecido el pie de este puesto para adelante... advirtiendo (se les dice) que con él no habéis de tener tercio, ni regimiento, ni habéis de hacer las funciones que competen á los tenientes de maestres de campo general, como sucedió en Flandes, porque es mi voluntad que se excluyan estas dos cosas, y que en todo lo demás tengáis el mismo empleo que en aquellos Estados han tenido los sargentos generales de batalla, y que podáis mandar y mandéis.» Dice Clonard, á quien pertenece la cita, que este sargento general de batalla era lo que hoy el mariscal de campo; por consiguiente, más que el maestro de campo y menos que el maestro de campo general, desempeñando las funciones de general de división y á veces[1] de jefe de Estado mayor general. La denominación de *teniente coronel* provino de la costumbre de conservar el coronel el mando de una compañía, mando que delegaba en un capitán ó lugarteniente, vocablo que por abreviación produjo aquél. Muy entrada ya la segunda mitad del siglo XVII, se introdujo en las compañías un nuevo empleo, que fué el de otro alférez con mayor sueldo, designado con el nombre de *teniente*.

Examinemos ahora las variaciones que experimentó la caballería.

Por Real cédula de 13 de Noviembre de 1603, creóse una compañía de arcabuceros de 60 plazas, destinada á la guardia del capitán general del Arma. En 1618 se disolvió la compañía de *Continos*, que servía de escolta á las reales personas desde tiempos de D. Juan II. En 1633 se expidió una cédula en la que se ordena que las compañías de caballos de la división peninsular se redujeran á diez y nueve, y que se dieran diez pagas anuales, ajustándose la cuenta en escudos. El armamento y traje de la caballería modificóse en 1632, dándose á cada hombre de armas dos pistolas-tercerolas en lugar del lanzón y una á los caballos ligeros; fueron desapareciendo las piezas que componían el arnés y quedaron reducidas las defensivas á peto, espaldar y celada. Dispensóse á los soldados de la caballería pesada de mantener el caballo dobladura, y á consecuencia de esta orden quedó reducido el número de caballos á 5,540. Cuanto á la organización, diremos que en 1635 dispuso el infante D. Fernando de Austria, gobernador de los Países Bajos, agrupar las compañías sueltas de caballos en *trozos*, nuevas unidades orgánicas, cuyo mando se confió á capitanes acreditados con el título de *cabos;* pero este mando era sólo temporal; es decir, por todo el tiempo que duraba la campaña. Diéronse en 1648 órdenes al gobernador de Flandes pàra reformar esta organización, origen de rencillas y reclamaciones, y al año siguiente se organizó la caballería por *tercios*, en número de 24 de 6 compañías cada uno. Figuraba al frente de esta Arma un Capitán general, asistido de un teniente general, un comisario de guerra, un furriel mayor y dos ayudantes, un cirujano mayor, auditor, capellán y capitán barrichel.

La plana mayor de cada tercio y el haber mensual de cada uno de sus individuos era:

1 Maestre de campo	160 escudos	1 Capitán barrichel de campaña	45 escudos
1 Sargento mayor	135 »	1 Capellán mayor	25 »
1 Ayudante de ídem	25 »	1 Cirujano	15 »
1 Auditor	48 »		

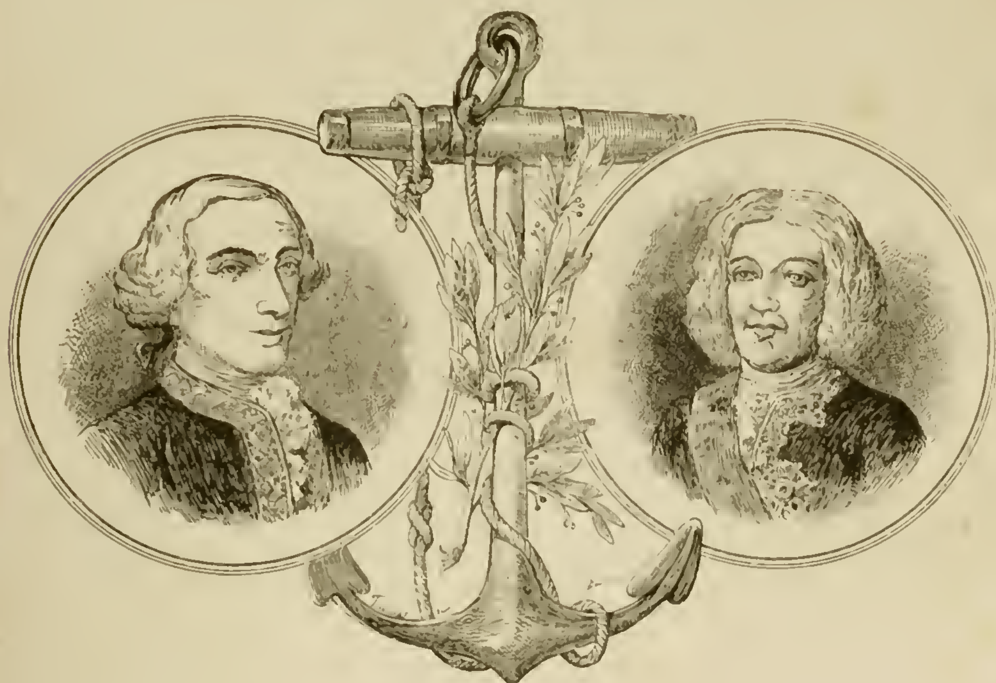
La compañía constaba de:

1 Capitán de corazas-lanzas	110 escudos	2 Trompetas, furriel y herrador	31 escudos
1 Id. de arcabuceros	90 »	1 Capellán	25 »
1 Teniente de corazas-lanzas	50 »	88 Soldados, inclusos 5 cabos de escuadra y 5 entretenidos á una plaza diaria	660 »
1 Id. de arcabuceros	48 »		
1 Alférez de corazas lanzas	38 »		

La cifra de caballos que España sostenía en los Países Bajos llegó por este tiempo á un total de 11,500, sin contar los siete regimientos alemanes; en España se ordenó que las compañías no excedieran de 70 caballos; y así en nuestra patria como en Italia, la organización en *trozos* de 12 compañías con 50 plazas, estuvo vigente desde 1656. El equipo y armamento continuaron los mismos, é igual el sistema de recluta, que se hacía aún *arbolando estandartes;* esto es, estableciendo cada cuerpo su bandera. Cuanto al sistema de remonta, diremos que en muchas ocasio-

nes la falta de caballos que reuniesen condiciones para el servicio, obligó á efectuar requisas, lo que originaba no pocas reclamaciones y no escasos gastos.

Al morir Felipe IV existian 40 tercios y trozos de caballería en la península, y en Flandes 8 tercios españoles, 13 valones y 7 alemanes. En este ejército ordenó el conde de Monterrey que se dividiera en brigadas, dándose á los jefes que las mandaban despacho de *brigadier*. Organizáronse 9 brigadas, cada una de 3 tercios ó regimientos, formando un total de 118 compañias en 39 escuadrones. Un estado demostrativo de los cuerpos de las naciones alemana, valona y de los españoles que constituian la división de caballeria existente en los Países-Bajos en Setiembre



D. Jorge Juan — MARINOS DEL SIGLO XVIII — D. Juan José Navarro

de 1677, arroja las siguientes cifras: 8 trozos españoles, 1,182 caballos; 15 tercios valones, 1,976; 9 regimientos alemanes, 1,324. En junto, 4,482 caballos. En España, la caballeria organizada como en Flandes, en *trozos*, tuvo vario efectivo, aumentándose ó reduciéndose según las exigencias de la guerra. Un reglamento de 1697, relativo al sueldo de la caballeria, da á conocer la composición, que en este tiempo tenían los trozos y era:

Plana Mayor	Compañía
1 Comisario general	1 Capitán vivo de caballos
1 Ayudante	1 Capitán de infantería que servia en la caballería
1 Capellán mayor	1 Teniente vivo de caballería
1 Furriel mayor	1 Alférez vivo
1 Ayudante de Furriel mayor	1 Trompeta
1 Cirujano mayor	1 Furriel
1 Capitán barrichel de campaña	1 Herrador
	1 Soldado montado

Además de estas clases, figuraban en la compañia como *reformados*, esto es, *excedentes* ó de *reemplazo*, agregados á la compañia; 2 capitanes de caballeria, 1 Ayudante de idem, 1 Teniente de idem, 1 Alférez de idem y 1 Alférez de infanteria. No se acierta á comprender tal exceso en el personal de oficiales, sino es por las constantes reducciones y reformas que sufria el efectivo de aquellos ejércitos. Una de estas reformas, la introducida á consecuencia de la paz de Riswick (1698), produjo la división en 9 trozos de 8 compañías con 50 caballos; y, en esta división, es de notar que los tres cuerpos de caballería que servian respectivamente en la península, Paises Bajos y Lombardia, llevan nombres fijos, remontándose la creación del más antiguo á 1640. Hé aqui la denominación de los de España: *Rosellón Viejo*, *Ordenes Viejo, Extremadura*, *Badajoz*, *Milán*, *Brabante*, *Flandes*, *Regimiento de la Guardia*, *Cuantiosos de Andalucia*.

En el segundo tercio del siglo XVII figuran en el ejército español los soldados de caballería conocidos con el nombre de *dragones*. Según Clonard, el primer cuerpo lo organizó entre nosotros D. Pedro de la Fuente, en la ciudad de Inspruck, el año 1635, y constaba de 800 plazas. Era un arma mixta, pues participaba asi de las condiciones de la infantería como de la caballeria. Su origen se atribuye á los alemanes, y un autor de la época denominales también mosqueteros á caballo. En un principio organizáronse algunas compañias sueltas; y en 1640 se aumentó el número de los que existian en la peninsula hasta 1,000 plazas, formando con ellos coronelia ó tercio. Figuraron los dragones en la guerra de Portugal, y según carta dirigida en 1647 por el Veedor y Contador de este ejército al Secretario de la Guerra (1), venimos en conocimiento que las compañias formadas por el marqués de Leganés, cuando salió á campaña eran de ningún servicio, siendo su coste igual al de las compañias de corazas: «El poco tiempo que alli han asistido, dice el Veedor Hunzueta, se ha conocido del poco fruto que son.» En los Paises-Bajos no se conocieron los dragones hasta 1673, en que el conde de Monterrey, por orden real, organizó una compañía de *arcabuceros dragones*, compañia que prestó tan buenos servicios, que en 1674 se ordenó la formación de un tercio, y en 1676 la de otro. Del informe que en Agosto de 1790 dió el marqués de Conflans á una Real orden, relativa á la formación y marcha de la caballeria destinada al ejército de Cataluña, se deducen la clase de servicio y prerogativas de los dragones. Estos debian ocupar el puesto de los antiguos arcabuceros, porque, dice el Marqués, *van armados como tales*. Las utilidades que el nuevo instituto reportaba, demuéstranse en el hecho de figurar á la muerte de Carlos II, tres tercios de dragones en España, otros tres en el Milanesado é igual número en los Paises-Bajos. El número de compañias de cada tercio varió de 8 á 22, y el de plazas de cada compañia de 50 á 100.

Hemos dicho antes que el rey Felipe IV reformó el armamento de la caballeria pesada, dotándola con pistolas-tercerolas en lugar de los lanzones. A mediados de este siglo, dice un autor que éstos se hallaban casi relegados al olvido, y que á los caballos-corazas se dieron martillo de armas, y á los arcabuceros carabina. Los carabinas llevaban la vanguardia; los corazas, con sus armas y espadas, obraban luego; los dragones prestaban el servicio armados de arcabuz y espada, y así como jinetes que como infantes. Añadiremos ahora, por lo que respecta á los empleos, que el de *Comisario general* se instituyó en España en 1603, siendo este cargo tan importante, que figuraba en las listas de plana mayor después del teniente general de la caballeria. Tenia á sus órdenes una compañia de arcabuceros, y era su sueldo, á mediados del siglo, 210 escudos mensuales.

Respecto al uniforme usado por la caballería, poco debemos añadir después de lo que se dice en las *Ilustraciones* del ESTUDIO SEXTO, y por lo tanto, consignaremos solamente que los caballos-corazas usaban á fines del siglo, coselete sencillo y borgoñota, jubón y calzas acuchilladas; y los dragones, igual vestido, coleto, bota alta y sombrero de fieltro; unos y otros iban armados de espada de cazoleta y arcabuz corto. Asi los representa el conde de Clonard en su notable *Album*, consignando que son copia de pinturas de la época. Nuestros dibujos y facsimiles podrán contri-

(1) Inserta también por Estébanez en los apéndices del tomo II de la *Conquista de Portugal*.

buir á que se forme idea de las modificaciones que sufrió el traje y armamento de la caballeria en el transcurso del siglo XVII.

Tócanos ahora ocuparnos de la artilleria. En el ESTUDIO DÉCIMO del tomo II indicamos que la gran variedad de piezas que constituia la artilleria española, fundidas sin otra regla que el criterio de los fundidores, inspiró la idea de una reforma, ajustando las dimensiones y calibres de todas ellas. A estas reformas contribuyeron en gran manera los célebres artilleros Lechuga, Ufano, y probablemente el fundidor Sumarriba. El primero redujo á seis las piezas de artilleria, «en que reguló y comprendió todos los efectos que se buscan en estas armas» é hizo construir cañones según este sistema; el segundo las dividió en tres géneros: de culebrinas, cañones y pedreros; el tercero, de que ya hicimos mención en el reinado de Felipe II por haber recibido de éste el encargo de fundir cañones sin la *diestra de hierro* (1), altamente perjudicial para la restauración de la pieza, propuso una reforma basada en los principios que siguen. Al comenzar el siglo, las piezas generalmente usadas eran *cañones* de 40, 35, 32 y 30 libras, *medios cañones* de 20, 18, 16 y 15 libras, y *tercios de cañón* de 10, 8 y 7 (á cuyas piezas se daban 11 diámetros de *calibos* de largo); *culebrinas* de 24, 20, 18 y 16; *medias* de 12, 10, 8 y 7; *tercias* de 5, 4, 3 y 2 (á cuyo género se daban 11 diámetros ó *calibos* más de largo). Y la misma variedad se notaba en las municiones, juegos de armas, etc. Señalaba Sumarriba, en 10 párrafos de su relación, los inconvenientes que presentaba esta artilleria, y para remediarlos, proponia los mismos dos géneros de cañones y culebrinas, en esta forma:

Cañón con 40 libras de bala.
Medio cañón con 20 libras de bala.
Tercio con 10 libras de bala.
Culebrina con 20 libras de bala.
Media culebrina con 10 libras de bala.
Tercio con 5 libras de bala.

Para estas seis piezas recomendaba cuatro generos de balas, á saber: de 40, 20, 10 y 5 libras, «con lo cual, decia, los artilleros con más facilidad conocerán cada una de las seis piezas sin usar del compás, sino á ojo, y por el consiguiente, los pertrechos de ellos.» Finalmente, suprimia los pedreros, esmeriles y otras piezas extraordinarias, considerándolas como objetos de lujo (2).

Pasados á informes el *Memorial* y *Relación* de Sumarriba, al capitán general de la artilleria, marqués de San Germán, consignó éste, que haciendo ya muchos años que en España no se fundian otras piezas que medios cañones de 16 libras, medias culebrinas de 12 y 7, y sacres y falconetes de 4 y 5, nada habia que innovar, con lo cual se conformó el Consejo. Sin embargo, fijáronse definitivamente, en el mismo año en que se dió este informe, los diferentes géneros ó clases, que fueron:

El *Cañon de bateria*, de 40 libras de bala y 63 á 64 quintales de peso.
El *Medio cañón*, de 24 libras y 41 á 42 quintales.
El *Cuarto de cañon*, de 10 libras y 25 quintales.
La *Pieza de campaña*, de 5 libras y 21 á 25 quintales.

Aunque las condiciones de la guerra exigieran en la artilleria gran movilidad, y adquiriese por ende suma importancia la artilleria de campaña, España no siguió el ejemplo de Suecia y Francia adoptando cañones de calibre muy reducido y que, por lo mismo, pudieran acompañar á las tropas en todos sus movimientos. Por el contrario, continuó llevando á la guerra su artilleria de grandes calibres, concentrada en un sólo Parque. Empleábanse, sin embargo, en Flandes, desde el primer tercio del siglo, unos cañones de 5 á 8 libras de bala de hierro, 16 á 17 calibres de longitud y un grueso de metales por el fogón de [illegible] de su calibre, con los que se disparaba metralla de balas

(1) Argolla de tres brazos que se ponia entre el fogón y el lugar de la bala.
(2) Figuran integro el *Memorial* de Sumarriba y *Relacion* anexa en el numero extraordinario del *Memorial de Artilleria* publicado en Mayo de 1881, articulo titulado *D. Pedro Calderon de la Barca y su tiempo*, por D. Arturo de Oliver Copons.

de mosquete; pero estas piezas, conocidas con el nombre de *Mansfelts*, y que desde 1638 se fundieron en España, eran las de más reducido calibre que se usaban. Hasta fines del siglo no se fundieron piezas de menor calibre, lo que se efectuó gracias al celo y constancia de D. Juan Bayarte. Este teniente de maestre de campo general, hallándose sirviendo en la artillería, tuvo ocasión de examinar los defectos de que la nuestra adolecía, y presentó en 1666 un proyecto, que fué desatendido. En 1670 hizo más aún, pues fundió una pieza y promovió nueva instancia, como la anterior desestimada; y por último, á fuerza de representaciones y mediante pruebas verificadas á la vista de importantes personajes, logró que se fundieran los cañones aligerados en Nápoles, cuyas piezas se condujeron en número de 10 á Barcelona y fueron aprobadas. Eran estos cañones de á 24, 12, 8 y 2.

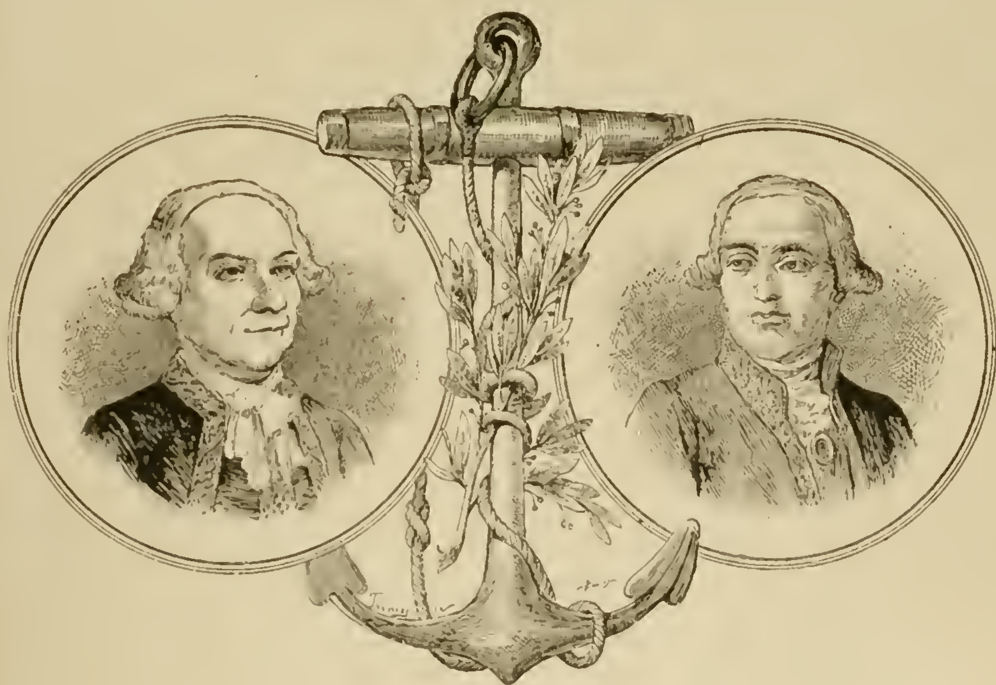
La invención de los morteros que, como ya dijimos en el Tomo anterior, se remontaba el siglo XVI, sufrió en el XVII importantes modificaciones, así por lo que respecta á la forma y disposición de la pieza como al proyectil. En un principio construyéronse forjados y lanzaban, por grandes ángulos de tiro, pelotas de piedra y otros proyectiles sólidos: entrado el siglo XVII, los holandeses idearon sustituir estos proyectiles con las *bombas*, inventaron la espoleta, fundieron los morteros é hicieron su ánima y recámara cilíndricas por regla general: disparaban también con ellos por grandes ángulos de proyección. Firrufino, ocupándose en su *Perfecto Artillero* (1642) de estos morteros, dice que «España no ha usado todavía de ellos en sus fundiciones, á pesar de su gran efecto, que son de bronce, con releje, de grandes calibres, hasta 180 libras y más, que tiran balas huecas *impropiamente llamadas bombas*,» llenas de pólvora y dados para que revienten, y arrojan también guijaros y piedras artificiales. Así se emplearon hasta 1681, si hemos de creer al Doctor Tosca: en este año usábanse ya en España, y Antonio González, que figura entre los tratadistas de la época, los modificó inventando las recámaras elípticas. «Inventó, dice, otro género de morteros, cuya cámara de la pólvora es esférica ó esferoide, con lo cual se aseguraba encenderse dentro de ella con más prontitud toda la pólvora, salir con más ímpetu y arrojar más lejos la bomba, aunque sea su peso mayor que el de las antiguas; y para arrojarlas á las plazas estando fuera del alcance de la artillería, inventó el mortero cuyo perfil se ve... (lo reproducimos en una de las siguientes páginas), pero porque pesaba 370 arrobas y los afustes, por pertrechados y fuertes que fuesen, no podían resistir su furioso ímpetu al dispararse, se juzgaron por inútiles para tierra; y así se aplicaron á la mar, usando de ellos unas galeotas que se llaman *Palandras*. Después el mismo González discurrió otro mortero con la cámara esférica (también la reproducimos más adelante), el cual era muy manejable, por pesar dos tercios menos que el antecedente, *y para su mayor refuerzo situó los muñones en la culata*: según esta moda, con poca diferencia, se han fundido muchos, de los cuales el que se juzga comunmente por mejor, y el que al presente se estila es aquel cuya simetría damos en... (reprodúcese más adelante) (1).»

En su obra *El Perfecto bombardero y práctico artillero*, impresa en 1691 también D. Sebastian Fernández de Medrano trata de las bombas, granadas de mano y morteros. El autor dice haber inventado unas granadas de mano consistentes en unas cajas cúbicas rellenas de balas de pólvora con su espoleta; consigna también que ha inventado una nueva forma para el fondo de la recámara, y es la de pera, y da reglas para conseguir que la bomba reviente al llegar al suelo, lo que puede considerarse como embrión de la espoleta de tiempo. Merecen ser muy tenidos en cuenta tales datos para apreciar lo que pertenece á España en la serie de progresos realizados en la época de que nos venimos ocupando (2). «Los franceses, dice el general Salas, seguían entonces nuestras huellas, y conformaban sus prácticas con las nuestras, tomando hasta los nombres. Así se ve, que á los últimos del siglo XVII y á principios del siglo XVIII, aun llamaban *chambres à l'espagnole* las de los morteros que la tenían cóncava, esférica ó elíptica; y *demi-canon d'Espagne* y *quart de canon d'Espagne* á los cañones de 24 y 12; así como *biscaien* á una bala pequeña de hie-

(1) *Compendio Mathemático*. Madrid 1727.
(2) Vicente de los Ríos, *Discurso sobre los ilustres autores é inventores de artillería*.

rro, y también á un fusil de más alcance que los comunes, cuyo nombre sin duda le dieron, por haberle tomado de los vizcainos (1).»

Para formarse idea del estado de la artillería en España en este siglo XVII, es fuerza recurrir á las obras de Lechuga, Firrufino, Ufano, Barra, Medrano, Tosca y otros autores menos importantes. Unos y otros dan algunas noticias sumamente curiosas relativas á algunos inventos, acerca de cuya prioridad no cabe discusión. Lechuga, por ejemplo, en su obra publicada á fines del siglo XVI, diseña y describe con el nombre de *morteros* los obuses, cuya invención se atribuye á otras naciones; la cureña llamada de *cola de pato* también la diseña y describe Firrufino en su *Perfecto*



D. Antonio Barceló — D. Joséde Mazarredo

MARINOS DEL SIGLO XVIII

artillero (1626), si bien aconseja su empleo únicamente para plazas. Notable es la invención de los *puentes de tela* de que habla Coloma en sus *Guerras de los Estados Baxos*, y que describe Ufano diciendo que eran muy largos, hechos de trozos de tela muy fuerte sobre una jareta de cordame embastado, y sus tirantes de madera ligera muy bien faccionada; los cuales se armaban sobre barquillas cortas, anchas y chatas. En extremo curiosas son las noticias que da Medrano acerca de las carcasas, el mortero y su cureña, las granadas de mano, las bombas y el tiro con bala roja, no tanto por la idea que nos hace formar de los progresos realizados en su epoca, como por la parte que en ellos nos cupo; y no menos interesantes las que hallamos, no sólo en documentos españoles, sino en obras extranjeras de la epoca. De España tomaron los franceses la colocación de los muñones en la culata de los morteros, que se llamaron *a lo Gonzalez*, y la aplicación hecha por este inventor de las recámaras esféricas á los cañones, que se llamaron *a la española*: así mismo lo hicieron las demás na-

(1) Salas, *Memorial hist. de la Artillería española.*

ciones con el invento de Roca, que sirviendo en Milán á fines del siglo XVII, dió mayor alcance á las piezas poniendo las recámaras peroides, invento que Medrano concibió también para el mortero. Por último, consignaremos aquí la curiosa noticia hallada por Clonard en unos papeles de la Biblioteca Real relativos al sitio de Cassal (1630). Se dice en el diario de este sitio que «el ingeniero mayor Tarragona, persona de grandes partes y experiencia, hizo un género de cañones que, con una libra de pólvora, tiraban cuatro de bala y eran portátiles: que una caballería llevaba la pieza y al artillero, y se volvían á cualquier parte sin dificultad».

Muy desatendido y descuidado se hallaba todo el material de guerra por falta de numerario, y, como el material, las fundiciones y maestranzas que existían en San Sebastián, la Coruña, Lisboa, Málaga, Burgos y Barcelona. Para verificar la fundición y enseñar el oficio á los naturales, fué preciso que de Flandes vinieran maestros fundidores contratados, con su *casa formada;* esto es, con el personal de auxiliares necesario, y estos maestros fueron destinados á Lisboa, la Coruña, Guipúzcoa y Vizcaya; pero las dificultades con que se tropezó para fundir las piezas de hierro colado, dieron lugar á que se les despidiera. Hubo en España, además de las fundiciones antes citadas, una muy importante en Sevilla, y en ésta distinguióse Francisco Ballesteros y su hermano. Los Ballesteros comenzaron á servir á un maestro alemán, quien tenía gran empeño en que no se descubriera su procedimiento; pero el Francisco, no sólo aprendió lo que sabía el alemán, sino que salió aventajadísimo maestro, como lo probó con ciertas *piezas de alcance* de su invención, una nueva traza de cureñas más duraderas y manejables que las en uso y la fundición de cañones sin diestra. El Rey ordenó que se le diesen ayudantes y señalóle sueldo de maestro.

También existió una fundición de artillería en Liérganes, así como de municiones de hierro colado. Esta fundición hallábase establecida, como la de Sevilla, por asiento, teniendo de consignación anual 14,000 ducados. La contrata era, según un escritor del Arma, á los precios siguientes:

	Reales vn.
El quintal de artillería de hierro.	35
El quintal de balería	15
El de balas enramadas, angelotes municiones huecas, petardos y trabucos.	48

El precio de las municiones de hierro colado en la fábrica existente en Molina de Aragón, era:

	Reales vn.	Mrs
El quintal de balerío.	36	»
El de bombas, desde las de 30 libras hasta la mayor..	35	10
El quintal de íd. del calibre de 30 libras abajo.	58	28
Cada granada de 5 libras.	3	20
De suerte, que el quintal de estas granadas costaba.	71	26

En Plasencia (Guipúzcoa) se construían las armas de fuego portátiles y blancas bajo la dirección de oficiales de artillería, y el precio de éstas era como sigue:

	Reales vn.
Un arcabuz con sus adereces..	33
Un mosquete con id.	53
Una carabina con su bandolera.	55
Una pistola con su funda.	55
Una pica con sus fierros y tachuelas.	8
Un chuzo..	6
Una alabarda.	16
Los instrumentos de gastadores con cabos, uno con otro.	4
Una guarnición de espada con tahalí.	15

La fabricación de armas portátiles en general se hacía en distintos puntos del reino, y en Barcelona, como en Madrid, vemos agrupados por gremios arcabuceros y espaderos. Toledo, Sevilla, Córdoba, Zaragoza, Tolosa y otras ciudades, distinguíanse por este concepto, y eran, entre las armas blancas, muy estimadas las espadas de la marca del *perrillo*, las de Ayala y las de Hernández.

El precio de las piezas de armadura que se construían bajo la dirección de oficiales de artillería en la fábrica de Tolosa, era:

	Reales vn.
Un arnés de á caballo negro y de color de fuego, que se componía de celada, borgoñota, peto, espaldar, guardarrenes y brazaletes.	198
Un arnes de á caballo, blanco, liso, con las mismas piezas	220
Un peto fuerte a prueba de mosquete, negro, aforrado y guarnecido.	100
Un morrión fuerte á prueba de arcabuz.	26
Una gola negra para armarse de infante, con los petos.	20

Tambien la pólvora se fabricó en algunos puntos por asiento, existiendo por contrata cinco fabricas. las de la Mancha, Navarra, Aragón, Orihuela y Navarra. Por asiento se elaboraba también la cuerda-mecha y el plomo.

Digamos algo respecto al personal afecto al servicio de artillería.

En el primer tercio del siglo XVII continuó este personal organizado como a fines del XVI. Dependía el nombramiento de los artilleros y oficiales del Capitan general de la artillería, excepción hecha de los tenientes de capitan general, contador de la razón general y contadores, *capitan de trincheras*, pagador, entretenidos, ingenieros, mayordomos y alguaciles, cuya provisión quedaba por el Rey. El duque de Lerma tuvo privilegio especial para ciertos nombramientos concernientes al personal que existia en Burgos, cuyo privilegio otorgosele en 1607 y fue derogado en 1621. Para dar una idea del personal de artillería asignado a algunos territorios de los en que se dividia la peninsula, da el Sr. D. Arturo Oliver, en el interesante trabajo del que reproducimos estas noticias, la copia de una cedula de 17 de Marzo de 1609, que detalla el de Cataluña, y era

1 Teniente de capitán general con 275 reales y 25 maravedises de sueldo al mes
1 Mayordomo con 137 reales y 7 maravedises.
1 Ayudante.
1 Ingeniero con 55 reales.
1 Herrero con 30.
14 Artilleros, incluso el cabo con su ventaja ordinaria, los cuales tenían 52 reales mensuales, con la obligación de ir cada dos meses, uno por su turno, á asistir á la Torre de San Juan de los Alfaques.
10 Ayudantes con 26 reales y la obligación de ir por su turno uno cada dos meses á asistir a la Torre de Codonol juntamente con el artillero que iba á la de San Juan.

No menos curiosos son los siguientes datos relativos a los castillos del Rosellon y Cerdaña.

Debian quedar en el castillo mayor de Perpiñan

1 Mayordomo con 147 reales.
1 Cabo con 92.
40 Artilleros con 52.
20 Ayudantes con 11.
1 Armero con el mismo sueldo que los artilleros.
1 Encargado de limpiar los arcabuces con 26 reales de sueldo.
1 Polvorista y un Rodero con igual sueldo que el anterior.

En la villa de Rosas habia

1 Mayordomo con 125 reales de sueldo.
1 Cabo.
20 Artilleros.
10 Ayudantes.

con los sueldos arriba indicados.

En los castillos de Colibre, San Telmo y Trinidad, habia tambien algunos artilleros y ayudantes, y el nombramiento de todos ellos haciálo el capitan general de la artillería.

En 1612 existían, según calculo probable, fundado en instrucciones oficiales, 12 tenientes de capitan general residentes respectivamente en Burgos, Pamplona, Cartagena, Cataluña, Lisboa,

Aragón, Galicia, isla Tercera, Mallorca, Málaga, Cádiz y Larache. En la corte se hallaba la veeduría general y contaduría de la razón general, con el siguiente personal:

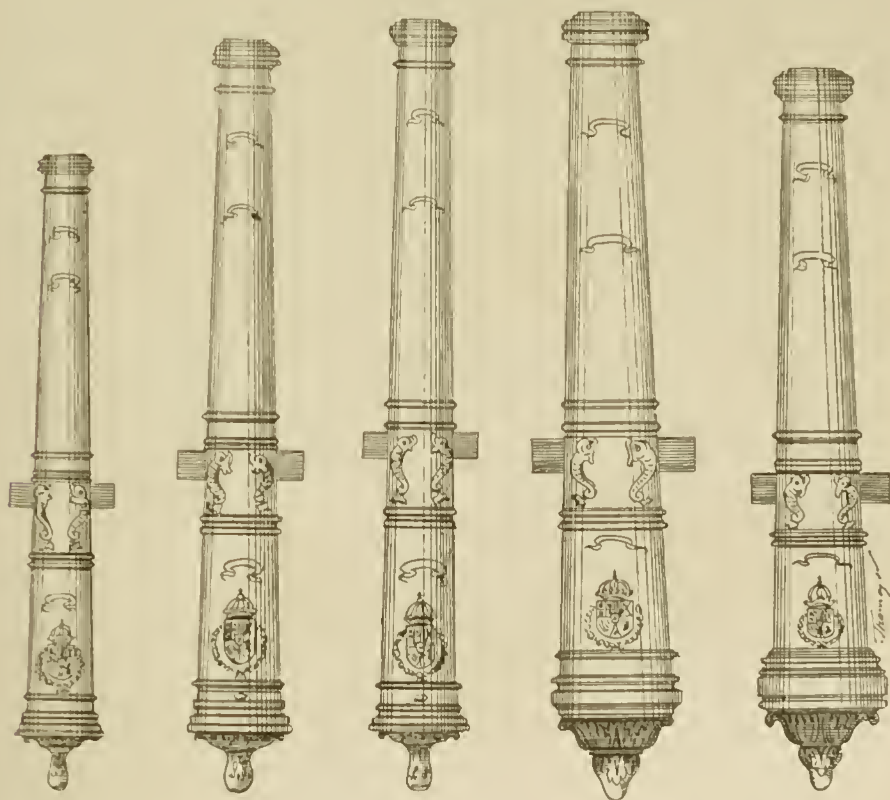
1 Veedor general.
1 Contador de la razón general.
1 Pagador.
2 Oficiales de Veedor general.
2 íd. del Contador.
1 Oficial del Pagador.
1 Agente de Artillería.
1 Alguacil.
4 Entretenidos en las oficinas.

La gente de artillería estaba constituída en compañías sueltas de mayor ó menor efectivo, distribuídas en guarniciones y ejércitos. Consta oficialmente que en 1658 el personal del cuerpo componía un total de 15 oficiales superiores, 13 veedores, 13 contadores, 8 pagadores, 10 mayordomos, 8 gentiles-hombres, 23 cabos, 511 artilleros, 100 ayudantes de éstos y 34 artilleros supernumerarios, los cuales estaban distribuídos en las plazas de Sevilla, Cádiz, Málaga, Gibraltar, Cartagena, Larache, La Mámora, Mallorca, Coruña, Santander y las cuatro villas de la costa, San Sebastián, Fuenterrabía, Pamplona, Zaragoza, Burgos y Armada del Océano. Para el servicio de un cañón se consideraban necesarios cuatro artilleros y ocho ayudantes; para el de un cuarto de cañón dos de los primeros y cinco de los segundos. A cada tren acompañaba su correspondiente dotación de carpinteros, herreros, maestros petarderos y fundidor; y cada artillero debía tener de su propiedad los utensilios indispensables para el servicio de la pieza. Del uniforme de estos soldados dan idea las láminas que ilustran la obra de Firrufino, á quien tales noticias se deben, así como las composiciones militares de la época. De los privilegios que gozaban diremos que Felipe IV confirmó los que Felipe II les confiriera, recopilándolos en sus reales cédulas de 1649 y 1612.

Tocante á las Escuelas de Artillería, diremos que en 1600 se fundó la Academia de Valladolid, ocho años después fué trasladada á Madrid, donde Julio César Firrufino y el jesuíta P. Falla leyeron matemáticas y fortificación; y que á principios de este siglo era famosa la escuela de Burgos, cuyos estatutos da en su obra el célebre Collado, y se estableció la de Milán con iguales reglamentos. El examinando para la artillería, dice un escritor técnico, debía tener de su cuenta dos compases, el uno recto y el otro curvo, para tomar las dimensiones de las piezas, un pie milanés ó castellano según la parte donde servía, un chifle para pólvora, un botafuego y unos avíos de encender.—Como entonces no corrían las fundiciones por cuenta del cuerpo, y eran tantas las especies de cañones que había, diferentes en sus espesores y figura de las recámaras, era la principal enseñanza en las escuelas la de saber *terciar una pieza*, esto es, averiguar su calibre y dimensiones, lo cual daba grande ocupación á los artilleros; pues aunque las piezas fuesen de un mismo calibre, ó tenían diferentes gruesos, ó estaban fundidas con diferente aligación de metales. De esto resultaba la dificultad de determinar la cantidad de pólvora con que debían ser cargadas, porque es claro que una pieza de doce libras de bala, por ejemplo, que tenía hacia el fondo de la recámara un espesor igual á la mitad ó tres cuartas partes de su calibre, no se la podía cargar con tanta pólvora como la que tenía un espesor igual; y como en este caso no podía fijarse determinado peso ó medida de pólvora para todas las de igual número de libras de bala, era preciso buscar una medida proporcional al grueso. Esta era la cuchara... La cuchara, además de tener que servir de medida para la carga, había de llenar otra condición, que era entrar en la recámara; y como aun en los mismos calibres las había cilíndricas y seguidas, cónicas y recamaradas ó de relege, esto es, cilíndricas, pero de menor diámetro que el ánima, se originaba una multitud de circunstancias, ninguna despreciable; y así es que el *cortar las cucharas* era otro de los puntos de instrucción más necesarios; y, en efecto, se ve en todos los autores antiguos un largo tratado para esto solo.—El estudio de las matemáticas siempre fué mirado por nuestros artilleros como muy principal para la inteligencia de su arte; pero no se consideraban como circunstancia indispensable para ejercerle, más que los conocimientos de geometría necesarios para entender la figura de los perfiles y plano de las piezas (1).»

(1) Oliver Copons, artículo citado.

A las copiosas noticias relativas á los ingenieros y al personal de otros cuerpos y servicios especiales que en el resumen del siglo XVI hemos dado, poco importante podemos añadir. A fines del citado siglo escribia, Juan Bautista Antonelli, ingeniero del Rey, que *los ingenieros se iban acabando y habia esterilidad de ellos*, y esta escasez fué mayor en el siglo XVII, como lo prueba la Real cédula expedida por Felipe IV en 20 de Agosto de 1637, en la que después de encarecer *la importancia de criar sujetos y oficiales practicos de fortificación, por ser de tanto provecho en la*



Cañones de 8, 16, 12, 24 y 16 libras de bala (fines del siglo XVII y principios del XVIII)

guerra ofensiva y defensiva, concede distinciones honoríficas á cuantos se dediquen á esta profesión. Esta falta de hombres de la facultad en España, fué la causa principal de admitir en nuestras filas, durante la guerra de Sucesión, ingenieros franceses de gran fama, algunos de ellos discípulos de Vauban; pero justo es reconocer que, aunque en corto número, también existieron ingenieros españoles, teóricos y prácticos; en el siglo XVII pueden citarse Rojas y Medrano, el maestre de campo Pérez de Egea y el capitán Diego Butrón; y en el XVIII, Arias, Tortosa, López, Montejo, Cermeño, Abarca y otros. Como á principios de este siglo se organizó el cuerpo de ingenieros del Ejército, daremos más adelante otras noticias concernientes á él. Sin embargo, no dejaremos de consignar que durante el siglo XVII se trató de fomentar el estudio de las ciencias matemáticas y de la fortificación, y que se contribuyó eficazmente á ello con el establecimiento de una *Academia militar* en Bruselas El erudito escritor del cuerpo de ingenieros y pro-

fesor de la Academia de Guadalajara D. Joaquin de la Llave, hizo algunas investigaciones acerca de esta fundación, y en su interesante estudio titulado *Don Sebastián Fernández de Medrano* (1878), da las siguientes curiosas noticias: «Siendo Gobernador general (de los Estados de Flandes) el conde de Monterrey, en 1671, transformó la Casa de pajes (1) en una verdadera Academia militar. «Considerando, dice Gerardo Van Loon, la importancia que tenia para el Estado, que las gentes de guerra estuviesen suficientemente instruidas en las matemáticas y la fortificación, (el conde de Monterrey) habia establecido en Bruselas una Academia para la nobleza, al principio del año 1671. Mandó que, no solamente los oficiales de la guarnición y los ingenieros al servicio de España, sino toda clase de personas indistintamente pudiesen tomar lecciones. La Casa de pajes de los antiguos duques de Brabante fué apropiada para esta fundación, cuyo primer director fué D. Francisco Parán de Ceccati, que habia ejercido el mismo empleo en Besanzon con mucha reputación. Todos los criados, lo mismo que los pensionistas fueron puestos bajo la protección del gobernador general y sometidos inmediatamente á la jurisdicción de la córte. En fin, se dispuso que cada caballero pagase á su entrada 10 pistolas, y 1,200 florines por año, tanto por su pensión y la de su criado, como para el pago de los maestros de ejercicios.» (Van Loon, *Histoire métallique des Pays-Bas.* 1786. Tomo IV, pág. 168). En efecto, parece que en esta época figura D. Francisco Parán de Ceccati como jefe y gobernador de la Academia en los libros de cuentas.

«Después de haber llegado á tener verdadera importancia en su principio, decayó la Academia algo durante el gobierno del duque de Villahermosa; en cuya época (1675) fué cuando entró Fernández de Medrano á regentar una de sus cátedras. El duque de Parma, nuevo gobernador general, reorganizó la Academia, dándole nuevo impulso en 1680. Púsola bajo la dirección de Mateo Garcia y de Antonio Florati, sobrino de Ceccati; pero habiendo sido llamado Florati á otro destino, por patente de 4 de Junio de 1682, fué de nuevo nombrado gobernador de la Academia el mismo Ceccati... Habiendo sido nombrado en 1692 gobernador general el elector de Baviera José Fernando, fué su primer cuidado fomentar la Academia, de la que nombró director á D. Sebastián Fernández de Medrano, ya por entonces maestre de campo... D. Jorge Próspero de Verboom, luego ingeniero general, que habia sido discípulo de Medrano, escribia en un informe que dió desempeñando ya aquel cargo, que iban los alumnos *por las tardes á la Academia y llevaban las liciones para la mañana*, para que, hallándose en sus casas más recogidos, pudieran dedicarse más al estudio y también para que pudieran asistir á trabajos prácticos por la tarde. Según dicho ingeniero, Medrano elegia él mismo sus ayudantes entre los discípulos que salian más aprovechados, y los veinte ó treinta oficiales de diferentes cuerpos que iban á la Academia, daban un curso de un año, y los aprovechados otro, al final del cual recibian el diploma de ingenieros. No existen ó no hemos podido encontrar más noticias sobre esta Academia, que tuvo por lo menos treinta años de próspera vida.»

La organización del personal destinado al servicio administrativo del ejército, no sufrió alteración alguna de importancia en este siglo; merecen citarse, sin embargo, las ordenanzas de 1632 que, al ocuparse de los veedores, contadores, oficiales del sueldo y comisarios de infanteria, previenen muy especialmente que no se consienta figurar en el ejército aquellos soldados que no reunan las condiciones exigidas; las de 1608 en que se fijan los derechos de los contadores del sueldo, y algunas otras de menos importancia. Las contadurías y proveedurías de los ejércitos dependieron en este siglo del Consejo de Hacienda (2).

Réstanos ahora para concluir esta serie de noticias relativas al ejército español en el siglo XVII, consagrar algunos párrafos al *servicio ó asistencia de los soldados heridos y enfermos.* En este siglo desempeñaron este servicio los hermanos de San Juan de Dios, y no sólo asistiendo á los enfer-

(1) En un párrafo anterior á este dice el Sr. de la Llave que «en 1611 parece que los jóvenes nobles aprendían la equitación y la esgrima en la *Casa de pajes* de Bruselas, bajo la dirección de un maestro llamado Danicy; pero no hay datos sobre la organización de esta escuela, que no parece que tuviese un carácter verdaderamente militar.»

(2) Blázquez, *Bosquejo histórico de la Administración militar española.* Segundo periodo.

mos en los hospitales, sino acompañando á los ejércitos en operaciones, y trabajando mucho en su campaña. Distinguiéronse los que en 1638 estuvieron al frente de los hospitales del ejército sitiador de Fuenterrabia, los que en 1628 fueron á la Mamora, y los que en 1644 acompañaron á las tropas reales a Tarragona. En 1673 se destinaron al ejército de Cataluña, doce de ellos, á los cuales S. M. dió mil ducados por ayuda de costa del viaje y compra de instrumentos de cirujia. Desde luego fueron nombrados administradores de todos los hospitales, tanto fijos como de campaña, y en ellos sirvieron celosamente á los enfermos. Y lo propio sucedió en 1677 en los hospitales de Flandes, á donde fueron llamados por el duque de Villahermosa. Estos datos entresacados de una obra oficial (1), prueban que ya en el siglo XVII se atendió muy especialmente á servicio tan importante. El establecimiento de cuarteles, tablados y utensilios, corresponde también á esta centuria, y á la época del conde duque de Olivares (2).

II

Al advenimiento de Felipe V al trono no sufrió la organización militar modificación alguna seria. Creóse en 1701 una división de 6,000 infantes sobre la base de los tercios morados, y se les destinó á guardias de la real persona; acordóse la formación de un tercio de infanteria ligero, de otro tercio para el servicio de la artilleria con el nombre de fusileros reales, y en Flandes, Lombardia y Nápoles levantáronse respectivamente, cinco, uno y dos tercios. Al propio tiempo completóse el número de los que en Cataluña se hallaban, y se puso al pié de guerra todos los existentes. Cuanto á las tropas afectas á la armada, redujéronse á cinco los tercios de mar y tierra. Todas estas medidas respondian á la necesidad de hacer frente á las contingencias militares; pero no afectaban poco ni mucho á la organización, que con algunas reformas continuó la misma en su esencia al comenzar el año 1702. Las dispuestas á fines del año anterior, reducianse á simplificar los procedimientos, estableciendo en cada cuerpo un consejo de guerra ordinario, á mejorar la disciplina, á la creación de los comisarios de guerra y á otras reglas tocante al servicio. Llegado el año 1702 aumentáronse los tercios valones de Flandes con doce cuerpos, y con dos más los de Nápoles, numeráronse los tercios y regimientos de los Paises-Bajos (3), y se convirtió cada tercio en un batallón de trece compañias, inclusa la de granaderos (4). El armamento quedó reducido al arcabuz del calibre de diez á doce balas en libra; el mosquete fué suprimido, y dióse á las fábricas reales un modelo para que se sujetasen á él en la construcción. Importante fué el acuerdo de haber fijado por escala la sucesión del mando, desde maestre de campo á capitán (5); y no menos útiles los que fijaban las atribuciones de cada empleo, asi como el modo de prestar el servicio, sistema de instrucción, toques, etc.

Las atenciones de la guerra, apremiando por momentos, exigieron al finir dicho año que se aumentara hasta mil el número de plazas de los tercios de infanteria peninsular, y que se pidiera muy poco después nuevos reclutas. Nombróse comisario general de la infanteria á D. Francisco Fernández de Córdoba, y este activo funcionario cooperó eficazmente á la creación de doce nuevos tercios de 600 plazas, distribuidas en doce compañias (1703). A él se debió la sustitución del mosquete, pica y arcabuz por el fusil y bayoneta; modificación importantisima y realizada ya en otros ejércitos.

(1) *Breves apuntaciones referentes a la historia orgánica del cuerpo de sanidad militar*, en cabeza del *Escalafon del cuerpo*.

(2) Aparici y García, *Informe sobre los adelantos de la Comision de historia en el Archivo de Simancas*.

(3) Consistian éstos en 6 tercios de infanteria española, 3 antiguos de infantería italiana, 9 viejos de infanteria valona y 3 regimientos antiguos de alemanes, a los que en 1701 y 1702 se agregaron 18 regimientos de infanteria valona.

(4) Cada compañia constaba de 1 capitan, 1 primer teniente, 1 segundo teniente, 2 sargentos, 3 caporales, 3 *lanspasadas*, 57 arcabuceros, 10 piqueros y 1 tambor mayor. La P. M. se componia de 1 maestre de campo, 1 sargento mayor, 1 ayudante, 1 furriel, 1 capellan y 1 cirujano.

(5) Entraba en esta escala el sargento mayor, cuyo cometido quedó limitado a dar conocimiento del estado del cuerpo al maestre de campo general y al inspector, distribución de haberes á los sargentos y furrieles para las compañias, ajuste de sueldos, vigilancia, policia del cuerpo e instrucción de sus clases de tropa. El sargento no tenia compañia

Entrado el año 1704, creáronse 16 regimientos de linea, y se organizaron las milicias en batallones de 600 plazas; se extinguió definitivamente el nombre de *tercio* y se organizó toda la infantería en regimientos de doce compañías (inclusa la de granaderos) constando cada una de capitán, teniente, lugar-teniente, dos sargentos, tres cabos de escuadra, tres segundos, dos carabineros *con fusil rayado*, un tambor y treinta y nueve soldados, y, la plana mayor, de coronel, teniente coronel, sargento mayor y cirujano.

Hé aquí los haberes:

PLANA MAYOR

	Escudos		
Coronel, además de la paga que como á capitán disfrutaba de cuarenta escudos mensuales. . . .	92	5 reales	
Teniente coronel id.	40		
Sargento mayor, sin compañia.	65		

	Escudos		
Ayudante.	30		
Capellán.	17	10	—
Cirujano	15		
Tambor mayor.	5	21	—

COMPAÑÍA DE GRANADEROS

	Escudos		
Capitán.	40		
Teniente.	33	7 1/2 rs.	
Subteniente.	22	5	—
	Cuartos	Rac. pan	
Sargento.	17	1	—
Cabo 1.º.	12	1	—
Cabo 2.º.	10	1	—
Carabinero.	9	1	—
Tambor.	9	1	—
Granadero.	8	1	—

COMPAÑÍA DE FUSILEROS

	Escudos		
Capitán.	40		
Gratificación para mantener la compañía al pié de cincuenta plazas.	17	5 reales	
Teniente.	22	10	—
Lugar-teniente.	15		
	Cuartos	Rac. pan	
Sargento.	14	1	—
Cabo 1.º.	10	1	—
Cabo 2.º.	8	1	—
Carabinero.	7	1	—
Tambor.	7	1	—
Soldado.	6	1	—

En este mismo año sustituyóse el empleo de Comisario general de infanteria por el de Director general, se ordenó que los oficiales usaran espontón y espada, y los sargentos espada y alabarda; y estableciόse en Madrid un almacén general central de equipo, armamento y vestuario para surtir á los cuerpos (1). Creáronse nuevos regimientos, dispúsose que las doce compañias de que éstos constaban, formaran un solo batallón, para poder hacer el servicio de brigada con los franceses, y se aumentaron los sueldos. También data de este año el establecimiento de los segundos batallones, y de un descuento obligatorio para entretener *cajas ó depósitos de inválidos*. Más á pesar de cuantos esfuerzos se hacian para organizar sobre un pié respetable el ejército, la situación precaria de la monarquia no permitia elevar su efectivo á la cifra necesaria; y gracias al entusiasmo de las provincias conjuróse el serio peligro que aquélla corrió el citado año. El ejército aumentado con nuevos regimientos, y secundado por las guerrillas, aseguró la corona en las sienes de Felipe; y si el pueblo hizo grandes sacrificios, algunos señores de la nobleza sostu-

(1) Hé aquí una nota de las prendas de vestuario y equipo, con su valor:

	Reales
Casaca.	80
Chupa.	25
Calzón.	20
Medias.	11
Sombrero.	11
Zapatos.	15
Camisa.	10
Corbata.	4
Cinturón.	12

	Reales
Porta-fusil.	3
Cartuchera.	8
Caja.	6
Cordón.	1
Espadin.	15
Fusil sencillo.	75
Fusil rayado.	150
Bayoneta.	10

vieron también por su cuenta cuerpos de infantería y de caballería. El monarca, para recompensar los servicios de las tropas, aumentó los sueldos, estableciendo la siguiente regla:

PLANA MAYOR

	Escudos mensuales	Rs.	Mrs.
Coronel, además del sueldo, recluta, gratificación, utensilio y todo lo demás que como capitán le corrresponde.	140	6	16
Teniente coronel id.	124	2	12
Sargento mayor, sin compañía.	94	2	12
Ayudante.	46	4	4
Capellán.	37	4	1
Cirujano mayor.	46	4	4
Tambor mayor	7	"	.

COMPAÑÍAS	DE GRANADEROS			DE FUSILEROS		
	Escudos	Rs.	Mrs.	Escudos	Rs	Mrs
Capitan, haber mensual.	64	2	12	55	2	12
Teniente.	38	8	8	32	8	8
Subteniente.	31	4	4	25	4	4
Sargento, prest diario sin retención.	16 cuartos 1 ración pan			15 cuartos 1 ración pan		
Cabo de escuadra.	10	—	1 —	9	—	1 —
Carabinero.	9	—	1 —	7	—	1 —
Tambor	9	—	1 —	8	—	1 —
Granadero ó fusilero.	8	—	1 —	6	—	1

No incluimos en el presente estado las gratificaciones, recluta, utensilio y descuento.

Un real decreto expedido en 28 de Febrero de 1707, dió nombre á los distintos regimientos de infantería, y algunas otras disposiciones, entre las que merece citarse la que atañe á las banderas; cada cuerpo debia tener una bandera coronela, además de las que llevaban los batallones; aquella debia ser blanca con la cruz roja de San Andrés en el centro, dos castillos y leones distribuidos en los cuatro blancos, y dos coronas cerrando las puntas de las aspas; éstas de tafetán, con los colores que tuviesen las armas de las provincias ó ciudades de que tomaba nombre el regimiento. La coronela la llevaba el primer batallón. El distintivo de mando en los gefes y oficiales, era desde 1706, además de las insignias puestas en el uniforme, el bastón con puño de oro, plata, ó de madera. El vestuario «componíase de una camisa, un par de medias blancas de estambre, dos corbatas, sombrero con galón de estambre, presilla y *pedrada*, esto es, escarapela; casaca, chupa y calzón. Consistia el correaje en un cinturón de piel de buey curtida, llamada *bredicu*, una cartuchera con tapa de baqueta de Moscovia, y cierto embudo para colgar la bayoneta y el espadin, cosido en el lado izquierdo del cinturón; además estaba provisto el soldado de un frasco ó cebador de *madera del aire* ó de asta, con el cuello de cobre, para cebar la cazoleta, colgado de una correa que iba del hombro izquierdo al costado derecho; los granaderos llevaban la bolsa de cuero para resguardo de las granadas de mano, enganchada en la correa portadora, y cierta mechera de latón para la cuerda-mecha, completando el equipo del infante el saco de lienzo ó mochila para llevar la ropa colocada á la espalda. El pelo largo en crecha que aun conservaba el soldado, se mandó recoger en una bolsa de cuero negro, y por último, su armamento se redujo al fusil, bayoneta y espadín. En los granaderos, reemplazó al sombrero la *birretina*, ó gorro con manga larga de paño, guarnecida por delante de una frontalera de piel de oso, cuyo centro ocupaba un escudete de metal con las armas reales. Dejóse á los coroneles la facultad de vestir la banda de tambores con la librea de sus criados, permitiéndoles colocar en la banda del tambor mayor y en las cajas de guerra, las armas particulares de sus familias (1).»

Terminada la guerra de Sucesión, abandonada Flandes y retiradas las tropas de Nápoles,

(1) Clonard, *Hist. Orgánica*.

reorganizáronse y reformáronse los cuerpos de infantería. El Rey decretó un nuevo empadronamiento en todas las ciudades, villas y lugares de Castilla para el alistamiento de milicias, y confirmó á éstas en las prerrogativas que durante el siglo anterior disfrutaron (1708). Al siguiente año ordenó el aumento de diez hombres por compañía en el ejército activo, y dispuso que se levantaran veintidos nuevos batallones, fomentó la recluta y contrató algunos cuerpos irlandeses que servían en Francia.

Hé aquí el número de cuerpos de infantería que en 1714 existían en España, según resulta de la revista general pasada á dicha arma:

INFANTERIA ESPAÑOLA

2 Regimientos de Reales guardias, uno español y otro de valones.
87 Id. de infanteria española.

INFANTERIA EXTRANJERA

4 Regimientos de irlandeses.
11 Id. de italianos.
27 Id. de valones.

De estos regimientos se reformaron los que se hallaban en peor estado; y al siguiente año (1715) un real decreto redujo la fuerza de infantería á cien batallones, inclusos los de guardias, y los tres de real artilleria. El primer batallón de cada regimiento ó el regimiento de un solo batallón, debia tener trece compañías (incluso la de granaderos, la coronela y la tenienta-coronela); la compañía, cuarenta hombres, distribuidos en dos sargentos, tambor, tres cabos, dos segundos y treinta y seis soldados. La P. M. constaba de un coronel, un teniente coronel, un sargento mayor, un ayudante, un capellán, un cirujano y un tambor mayor. El segundo batallón constaba de igual número de compañias; su P. M., de un comandante, un ayudante, un capellán y un cirujano. Cada dos años debía darse á los individuos de tropa un vestuario completo, y cada año un medio vestuario, ó sea ropa interior, sombrero, zapatos y corbata. El precio del vestuario y armamento de la infantería, era en el almacén como sigue:

	Rs vn.
Casaca	80
Chupa	25
Calzones	20
Medias	11
Sombrero	11
Zapatos	15
Dos camisas á 10	20
Dos corbatas á 4	8

	Rs. vn.
Un cinturón	12
Porta-fusil	3
Cartucho	8
Frasco	6
Cordón	1
Espada	15
Fusil	75
Fusil rayado	150
Bayoneta	10

Los sueldos mensuales y socorro diario (sin las retenciones de masita y masa), eran como especifican los siguientes estados:

COMPAÑÍA DE GRANADEROS

Capitán	50 escudos mensuales.
Teniente	30 » »
Subteniente	25 » »
Tambor	9 cuartos diarios.
Sargento	16 » »
Cabo de escuadra	10 » »
Cabo segundo	9 » »
Granadero ó fusilero	8 » »

COMPAÑÍA ORDINARIA

Capitán	40 escudos mensuales.
Teniente	26 » »
Subteniente	20 » »
Tambor	8 cuartos diarios.
Sargento	15 » »
Cabo de escuadra	9 » »
Cabo segundo	7 » »
Granadero ó fusilero	6 » »

Con ración diaria de pan los individuos de tropa y 15 escudos de gratificación mensual los capitanes.

PLANA MAYOR

Batallones	Escudos
Coronel	110
Teniente coronel	80
Sargento mayor (1.er batallón)	75
Ayudante id.	35
Capellán id.	30
Cirujano id.	30
Tambor mayor	9
Comandante (2.º batallón)	50
Ayudante id.	35
Capellán id.	30
Cirujano id.	30

Oficiales reformados	Escudos
Coronel	60
Teniente coronel	54
Sargento mayor	35
Capitán	30
Ayudante	20
Teniente	18
Subteniente	12
Sargento	6

A consecuencia de esta reforma, efectuada por real decreto de 20 de Abril de 1715, quedaron en España 2 regimientos de guardias, española y valona; 37 de infantería española, 5 italianos,





MEDALLA ACUÑADA EN HONOR DE LOS HERÓICOS DEFENSORES DEL CASTILLO DEL MORRO EN 1763
(Pertenece á la colección del historiador D. Antonio de Bofarull)

4 irlandeses y 14 valones. Según otro decreto de 1717 se otorgó á los cuerpos valones iguales privilegios que á los españoles; y en este mismo año se organizaron 4 batallones de inválidos de seis compañías cada uno, con residencia en Játiva, Sanlúcar de Barrameda, Palencia y Coruña. Estableciéronse cajas de inválidos y dictáronse otras disposiciones de gran provecho para la disciplina.

Muy pronto exigió la guerra de Italia que se hicieran nuevas levas y que se organizaran nuevos cuerpos. Dióse gran impulso á la fabricación y fundición de armas, á la construcción de navios; y á la par que activamente se trabajaba en la organización de la infanteria; estableciéronse las reglas á que debia someterse el acuartelamiento, prescribiendo se dispusieran locales cómodos para habitación de las tropas. Estas fueron distribuidas en guarniciones fijas en la peninsula, Ceuta, Cerdeña y Porto-longone, y según el estado oficial, componian á la sazon Abril de 1718) 102 batallones de infanteria.

Ya en el anterior Estudio hemos ofrecido algunos datos relativos á la composición de las tropas que Lede y Montemar condujeron á Italia. El marqués de Lede partió en Junio de 1718 con 36 batallones y levantó en Italia 7 más; en España organizáronse seguidamente otros 2 con reclutas italianos. En 1694, Lede condujo al Africa 25 batallones de infanteria, y de regreso esta expedición á la península y relevada la guarnición de Porto-longone, reformáronse algunos cuerpos de infanteria, cuya arma quedó reducida en 1725 á 83 batallones. El número de los que acudió á poner sitio á Gibraltar 1727), ascendia á 36, y el de los que formaron la expedición á Orán en 1732, á 32.

Es digno de consignarse que en 1733 quedó el regimiento de Cuenca permanente en esta plaza, con el nombre de *Fijo de Orán*. En este mismo año Felipe V mandó á Italia 23 batallones al mando de Montemar, para operar en combinación con los franco-sardos, mandados por Villars.

Las milicias provinciales asimiláronse en 1734 al ejército cuanto fué posible. Verificóse con proporción el reparto personal y se organizaron 33 regimientos de 700 plazas, con obligación de reunirse trimestralmente en las capitales respectivas para ser revistados y adiestrarse en el manejo del arma y en las evoluciones. Clonard da en su obra los nombres y divisas de dichos cuerpos, y añade que montaba esta reserva á 23,100 hombres. Sin embargo, esta cifra no llegó á ser efectiva por las numerosas y constantes deserciones, que obligaron al monarca á dictar serias medidas. Los años siguientes ocupóse el gobierno de mejorar la organización de las milicias, y en 28 de Febrero de 1736, adicionáronse sus ordenanzas con artículos relativos al orden de antigüedad de los regimientos, que debía ser por rigoroso sorteo. Objeto de los desvelos del duque de Montemar, que en 1737 ocupó el ministerio de la Guerra, fueron así estas tropas como las del ejército activo, que mejoró en todos sus ramos, y muy especialmente en los de reclutamiento y disciplina; pero no merecen consignarse aquí las reformas, supresiones, restauraciones, refundiciones y cambios de nombre efectuados en algunos regimientos; sólo sí, debe manifestarse que cuando se firmó el tratado de 1739, constituían la infantería los siguientes cuerpos, que sumaban en total 67,424 soldados:

2	Regimientos	de Guardias (española y valona), con 6 batallones cada uno.
30	id.	de infantería española, incluso el Fijo de Ceuta, con 2 batallones cada uno.
3	id.	irlandeses, con dos batallones cada uno.
3	id.	valones, con dos batallones cada uno.
4	id.	suizos, con dos batallones cada uno.

En 1741 fijóse por real decreto la antigüedad y preferencia de los regimientos.

Para concluir con las noticias relativas á la infantería en este reinado, diremos que á partir de 1721 el vestuario de las tropas, que desde los primeros años de este siglo se construía en Francia, se confeccionó en nuestra patria y con paños españoles. De un documento oficial relativo á esta mejora, extractamos los siguientes datos concernientes al vestuario de la infanteria:

Prendas del vestuario	Coste del paño y hechura	
	Reales	Maravedis
Casaca de paño blanco	47	31
Vueltas de paño azul, verde ó pajizo	6	91 3/4
Jerguilla para forro:	18	11
Hechura de la casaca	9	25 1/2
Chupa de paño blanco	27	25 1/2
Lienzo cerrón, para forro	9	»
Dos docenas de botones de estaño	1	»
Hechura de la chupa	3	»
Paño blanco para calzones	13	29 3/4
Lienzo para id.	5	»
Hechura.	2	8 2/4
Lienzo para camisas	23	17
Dos corbatas de lienzo de bocadillo ó Morlés.	6	24
Un par de medias blancas de estambre	10	»
Un par de zapatos	16	17
Un sombrero con su ribete y cordoncillo	13	»
Un cinturón	7	25 1/2
Un cartucho	4	30
Un frasco	2	25 1/2
Una correa para el frasco	2	»
Otra id. para el fusil	2	25 1/2

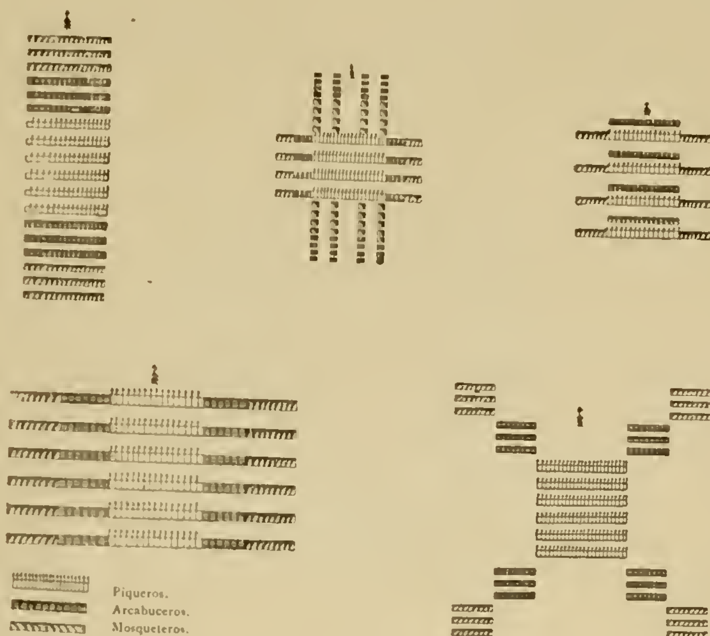
Costaba un uniforme de soldado de infantería unos 220 reales y 2 maravedises y las hechuras 17 reales.

Los inválidos fueron durante este reinado objeto del cuidado del soberano, quién, después de haber declarado en 1706 obligatorio el descuento para entretener las *cajas* ó *depósitos* que contenían el fondo destinado á tan noble objeto, organizólos en 1717 en cuatro batallones de seis compañías, con residencia en Játiva, Sanlúcar de Barrameda, Palencia y la Coruña; en 1732 dió nueva forma y residencia á estos cuerpos y los clasificó en inválidos útiles é inútiles, debiendo los primeros prestar cierto servicio.

Por último, data de 6 de Agosto de 1735 la creación de un regimiento de miqueletes catalanes, con la denominación de *Fusileros de Montaña* y bajo el mando de D. José Antonio de Sury.

Tales fueron las modificaciones que durante este reinado experimentó la infantería. El armamento definitivamente adoptado fué el fusil de calibre de 16, con baqueta de madera y bayoneta; el equipo, cartuchera, frasco para pólvora de cebo y saco-mochila.

Terminadas las hostilidades en Italia por el tratado de Aquisgrán (18 Octubre 1739) y de regreso á España las tropas que allí operaban, quedó nuestra infantería organizada en 28 regimientos españoles de á 2 batallones, y 3 irlandeses, 2 italianos y 4 valones con igual número de batallones: entre aquellos cuerpos figuraban los titulados *Fijo de Ceuta* y *Fijo de Orán*. Ordenóse la liquida-

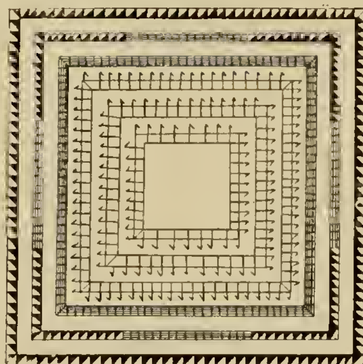


1. Escuadrón marchando por el flanco en el orden profundo. — 2. Escuadrón guarnecido con mangas perfiladas. — 3. Escuadrón guarnecido con mangas dobladas en hilera. — 4 Escuadrón en batalla. — 5. Escuadrón guarnecido con mangas destacadas.

ción de todos los creditos anteriores al advenimiento de Fernando VI y el celo del monarca y de su primer ministro por el ejército manifestóse en una serie de reales disposiciones concernientes al vestuario, alojamiento, haberes, instruccion, etc. Es verdaderamente digno de estudiarse el dictamen que dió el marqués de la Ensenada relativamente á la organización militar, pues pinta cuál era el estado militar de España comparado al de otras potencias. la idea del Marques era poner sobre las armas un contingente respetable; pero el soberano no realizó el proyecto en todas sus partes. El uniforme y armamento sufrieron, lo propio que la organización, algunas reformas; dotóse al fusil de baqueta de hierro y dióscle una cazoleta convexa; publicóse el nuevo manejo del fusil y declaróse que la bayoneta no debía considerarse como arma prohibida en los soldados de infantería, por ser propia de su instituto; volvieron los batallones á ponerse bajo el pie de trece compañías, incluso la de granaderos, con 50 plazas cada una y se restablecieron los cinco inspectores de distrito para revistar las tropas en los respectivos. Al propio tiempo se decretó la consignación de 50,000 reales mensuales para satisfacer créditos liquidados.

Sumaban las tropas de infantería en este reinado 54,000 hombres, distribuídos en 2 regimientos de Guardias con 6 batallones cada uno; 27 de infantería española, con 2 batallones; 2 de infantería italiana, con 2; 3 de infantería irlandesa, con 2; 3 valones, con 2, y 3 suizos, también con 2 batallones cada uno.

Al advenimiento de Carlos III reorganizóse la infantería, y, entre otras medidas, suprimiéronse de cada regimiento cuatro compañías de fusileros; redujéronse á dos los inspectores de distrito y desapareció el empleo de comandante. Al año siguiente se redujo la fuerza de cada batallón á siete compañías de fusileros y una de granaderos, y en 1762 se formaron dos regimientos ligeros titulados Voluntarios de Aragón y de Cataluña, en estas provincias. Constaban estos regimientos de 2 batallones y cada uno de éstos de 6 compañías. Armáronse con escopeta de calibre de 20 balas en libra, bayoneta, pistola y canana. El vestuario consistía en la chupa, que reemplazaba á la casaca, y en el gabán denominado en Cataluña *gambetu*. La plana mayor y de compañía eran idén-



Escuadrón cuadrado

ticas á las de otros regimientos. Fijaba el decreto la residencia de estos cuerpos, y era: el de *Aragón*, en la plaza de Jaca cubriendo los pasos principales de la raya de Francia, desde la raya de Navarra á la de Cataluña; el de *Cataluña* distribuído entre la Seo de Urgel, Cardona, una plaza de la costa próxima á la frontera, Pamplona, Fuenterrabía y San Sebastián.

Dos modificaciones se hicieron en estos años que merecen también consignarse aquí, y fueron que el coronel y teniente coronel dejasen de tener compañía, y que hubiese en cada cuerpo dos subtenientes de banderas. El orden y sucesión de mando se fijó en 1765 al objeto de evitar las frecuentes dificultades y reclamaciones que originaba; se formó un cuadro sinóptico de las divisas y se establecieron reglas de uniformidad.

Los cuerpos que formaban la reserva eran 42 regimientos, de un batallón cada uno, con 8 compañías, inclusas las de granaderos y cazadores: la fuerza de éstas, 840 plazas; el vestuario, azul con vueltas encarnadas y botonadura dorada.

En 22 de Octubre de 1768 se dió al arma de infantería una nueva ordenanza. La organización no sufrió grandes modificaciones, ni tampoco el armamento. Redújose el de los tres primeros jefes á la espada y el de los demás oficiales á fusil y espadín; el sargento conservó su alabarda y el gastador su hacha. El distintivo del coronel fué tres galones paralelos en la bocamanga; los capitanes y demás subalternos, alamares de un galón en los hombros. Los coroneles de ejército que

fuesen brigadieres debían llevar encima de los tres galones un entorchado de plata. Limitóse á los jefes el uso del bastón y se fijaron los haberes mensuales, prest y gratificaciones de cada plaza. La reproducción de los estados en que figuran los haberes de los distintos regimientos, haría sobrado extenso este ESTUDIO, y por lo mismo limitarémonos á copiar el correspondiente á un regimiento de línea

Haber del Regimiento Inmemorial del Rey, uno de los 27 españoles de infantería sencilla compuesto de dos batallones de á 9 compañías y la plana mayor

PRIMER BATALLÓN

Compañía de Granaderos

		Reales			
	Capitán	600		1,280	
	Teniente	380			
	Subteniente	300			

Plazas de gratificación

63	1 Primer sargento	100		3 056	19
	1 Segundo	90			
	1 Tambor	50			
	3 Cabos primeros á 78 rs. y 13 ms.	236	19		
	3 Segundos, á 50 rs.	150			
	54 Granaderos, á 45 rs.	2 430			
				4,336	19

Compañía de fusileros

	Capitán	500		1,070	
	Teniente	320			
	Subteniente	250			
77	1 Sargento de primera clase	94		3 336	4
	2 Sargentos de segunda clase	158			
	2 Tambores, á 45 rs.	90			
	4 Cabos primeros, á 63 rs. y 18 mrs.	254			
	4 Cabos segundos, á 45 rs.	180			
	64 Soldados, á 40 rs.	2 560			
539	El haber mensual de las otras siete compañías de fusileros, iguales en todo á la antecedente			30,982	28
679				39.705	17

Plana mayor del primer batallón

	Coronel sin compañía	2 000		3 800	
	Sargento mayor	850			
	Ayudante mayor	450			
	2 Subtenientes de bandera, á 250 rs.	500		1,265	
	Capellán	300			
	Cirujano	300			
	Armero	120			
10	6 Gastadores, á 45	270			
	1 Primer pífano	75			
	1 Segundo pífano	60			
	1 Tambor mayor	90			
	1 Cabo de gastadores	50			
689	Importa el primer batallón			44.770	17

SEGUNDO BATALLÓN

679	El haber mensual del segundo batallón, igual en su todo al antecedente, importa		39,705 17

Plana mayor del segundo batallón

	Teniente coronel sin compañía	1,350	3,020
	Ayudante mayor	450	
	2 Subtenientes de bandera, á 250 rs.	500	
	Capellán	300	
	Cirujano	300	
	Armero	120	
9	1 Cabo de gastadores	50	464
	6 Gastadores, á 45 rs.	270	
	1 Primer pífano	75	
	1 Segundo pífano	69	
1,577	Importan los dos batallones		87,960
	Para entretenimiento y conservación de armas se consideran mensualmente á todo el regimiento		832

Auxilio á los oficiales para manutención de criados

Al coronel, por dos criados	90	2,025
Al teniente coronel, ídem	90	
Al sargento mayor, por un criado	45	
A los dos ayudantes mayores, á uno	90	
A diez y ocho capitanes, ídem	810	
A diez y ocho tenientes, á uno para dos subalternos	405	
A diez y ocho subtenientes de compañía, ídem	405	
A cuatro subalternos de bandera, ídem	45	
Haber con descuento		90,817

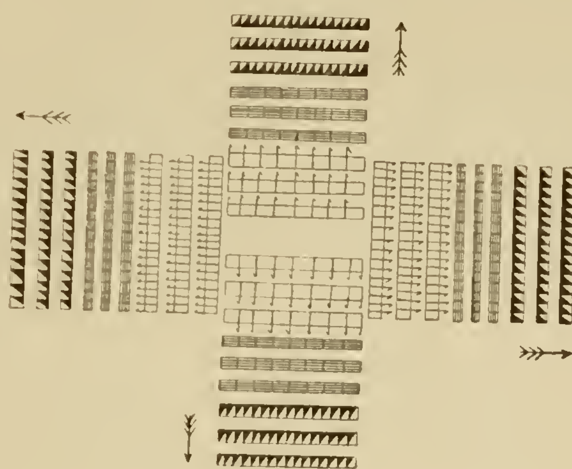
Baja

Por el descuento de 8 mrs. en un escudo, para inválidos, se rebajan	1 668
Total legítimo haber de este regimiento	89 149

El resumen general de fuerza y haberes de los cuerpos que componían el arma de infantería, era como sigue:

Fuerzas	Cuerpos		Rs. vn. al mes	
8 534	2	Regimientos de guardia españolas y valonas	934,778	16
31,179	27	Regimientos de infantería sencilla	2.407,023	
11 016	8	Regimientos extranjeros	713.192	
1,634	2	Regimientos de tropa ligera de Cataluña	145.313	18
409	1	Batallón de voluntarios de Aragón	36,886	12
3 156	2	Regimientos fijos de Ceuta y Orán	162 383	14
32,298	42	Regimientos de milicias provinciales	526 440	12
1,539	1	Regimiento provincial de Mallorca	9.949	1
5,300	4	Regimientos de tropa suiza	602.572	
101,065		Importe total del ejército de España	5 538 538	05

El poco satisfactorio estado del Tesoro obligó en 1771 á dar cuatro meses de licencia temporal á los soldados y á reducir luego las plazas de las compañías, así en los cuerpos activos como en los de reserva. Cuatro años después se modificó la plantilla de las compañías é introdujéronse algunas modificaciones en el uniforme y equipo. Tales fueron la adopción del correaje cruzado, la supresión de la cacerina y cartucho y la introducción de un casco de fieltro. Nueva reducción sufrieron las compañías de línea en 1783 al hacerse la paz con los ingleses y también modificaciones el vestuario, compuesto de casaca, chupa, dos pares de calzones, dos camisas de lienzo, un sombrero de lana con galón de estambre y escarapela roja, dos corbatines de suela, un par de medias de hilo y un gorro de cuartel de paño blanco. La botonadura era en la tropa, de estaño, y el galón de estambre. Dictáronse tambien algunas reglas relativas á la uniformidad, y por lo que



Escuadrón de cuatro frentes

en ellas se consigna, se ve que el lujo de los jefes y oficiales era excesivo. Las medidas adoptadas por los dos inspectores generales creados en el año 1786 no fueron menos eficaces para la corrección de abusos y mejora de la organización del arma de infantería. De esta época data la orden de creación de los terceros batallones en los regimientos y la distribución y orden de guarniciones y relevos.

Hasta 1791 no sufrio la organizacion de la infantería innovacion alguna. En este año, y en la previsión de que estallara la guerra con Francia, se intentó dar una organización que así fuera útil en tiempo de paz, como oportuna para entrar en campaña. Publicóse, en 21 de Junio, un reglamento por el que se reducía á 14 las 18 compañías de cada regimiento, y se distribuían aquéllas en 3 batallones, los dos primeros denominados *de campaña* y el tercero *de depósito;* pero este reglamento sólo estuvo vigente en cuatro regimientos, y á la verdad da muy pobre idea de su inventor y de los recursos de la nación. Y se comprende que esta no se hallaba sobrada de ellos, en el hecho de no poder mantener en pie los regimientos extranjeros por falta de reclutas. Pero sobrevino la guerra, y el gobierno hubo de apelar á la organización de regimientos ligeros, para el buen régimen de los cuales se expidió el 3 de Junio de 1792 un importante reglamento. Compo-

nían estos cuerpos ligeros, batallones sueltos de cuatro compañías de 200 hombres. Sus clases y haberes eran como sigue:

PLANA MAYOR

	Reales
Comandante	1,800
Sargento mayor	1,000
Primer ayudante	530
Segundo ayudante	420
Capellán	300
Cirujano	300
Maestro armero	120
Tambor mayor	120

COMPAÑÍA

	Reales
Primer capitán	700
Segundo capitán	500
Primer teniente	400
Segundo teniente	320
Primer subteniente	280
Segundo subteniente	250
Sargento primero	120
Sargento segundo	112
Tambor	70
Cabo primero	80
Cabo segundo	70
Soldado	56 16

En 2 de Septiembre de 1792 se fijó la fuerza y haberes de todos los regimientos de línea nacionales y extranjeros, exceptuados los suizos, por tener contrata particular. No reproduciremos íntegro el reglamento, limitándonos sólo á consignar las plazas y haberes de la plana mayor de un primer batallón, la de una compañía de granaderos y la de una de fusileros. Tocante á las planas mayores de los batallones restantes y compañía de fusileros del tercero, diremos sólo que ofrecían muy poca diferencia, si bien el número de individuos era inferior:

COMPAÑÍAS

Compañía de granaderos	Rs. mensuales
Capitán	800
Primer teniente graduado de capitán	440
Segundo teniente	140
Subteniente	300
1 Sargento primero	540
2 Idem segundos, á	90
2 Tambores, á	50
5 Cabos primeros, á	70
5 Idem segundos, á	50
86 Granaderos, á	40

Compañía de fusileros	Rs. mensuales
Capitán	709
Primer teniente graduado de capitán	400
Segundo teniente	320
Primer subteniente	280
Segundo Subteniente	25
1 Sargento primero	94
4 Sargentos segundos, á	79
3 Tambores, á	45
8 Cabos primeros, á	45
8 Cabos segundos, á	35
136 Soldados, á	40

PLANA MAYOR DEL PRIMER BATALLÓN

	Rs. mensuales
Coronel	2 000
Sargento mayor	850
Ayudante graduado de capitán	450
Capellán	300
Cirujano	300
Maestro armero	120

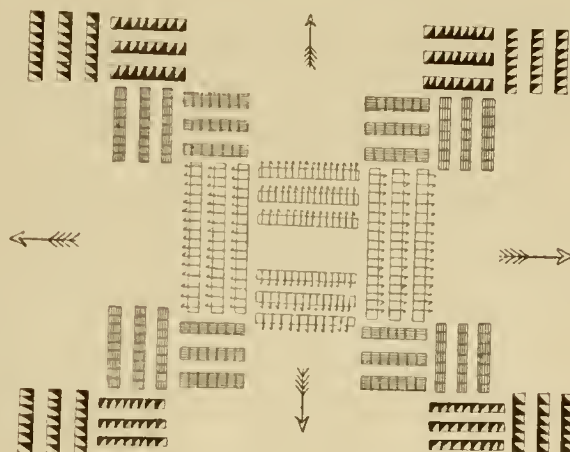
	Rs. mensuales
1 Cabo de gastadores	50
6 Gastadores, á	45
1 Tambor mayor	90
1 Pífano primero	75
1 Pífano segundo	60

A la declaración de guerra hecha en 1793 á Francia, contestó nuestra patria con singularísimo entusiasmo. Las corporaciones y los particulares, las provincias y la nobleza, ofrecieron grandes donativos y brazos; así es que el ejército de operaciones pudo nutrirse suficientemente. La distribución de la infantería se hizo del modo siguiente: en Guipúzcoa, 13 batallones (8,489 hombres);

en Navarra, 15 batallones (10,328); en Aragón, 8 batallones (5,363) y en Cataluña el grueso del ejército, 45 batallones (32,603 hombres). El resumen de estas fuerzas era.

Infantería de línea y ligera	37,547
Granaderos y cazadores de la reserva	6,300
Infantería de la reserva	12,936
TOTAL	56,783

La fuerza de un regimiento, según una real orden de 1794, se elevaba á 2,251 plazas. El vestuario, de que se dispuso entonces una construcción extraordinaria, era de paño pardo y consistía en casaca corta con la divisa especial de cada regimiento, botín de paño negro, sombrero redondo de ala levantada y escarapela. Añadióse para abrigo del soldado el poncho y se ordenó la su-



Escuadrón de cuatro frentes

presión del peinado de bucles (que únicamente conservaron los húsares), llevándose el cabello cortado á cepillo. Por estos años adoptóse tambien la mochila de piel de cabra con forro de lienzo.

Terminada la guerra en 1795, reformaronse y suprimiéronse algunos cuerpos y dióse un nuevo reglamento de sueldos (1). Dos años después se hicieron ligeras modificaciones en el uniforme, y en Agosto de 1800, previéndose graves acontecimientos, se formaron tres campos volantes: uno en Mérida (Extremadura) con 23 batallones, otro en Malaga con 15, y otro en Ares (Galicia) con 27. Al año siguiente publicóse un nuevo *Reglamento* organizando la infantería, que debía componerse de 38 regimientos de línea, 12 batallones ligeros y los cuerpos suizos. Cada uno de los regi-

(1) Este reglamento de sueldos lleva la fecha de 8 de Marzo de 1796, y los fija en la siguiente forma:

	Reales
Coronel, aunque fuese brigadier	1,500
Teniente coronel	1,000
Comandante del tercer batallón	900
Sargento mayor	750
Capitán de granaderos	600
Idem de fusileros	500

mientos de línea debía componerse de 3 batallones, el primero de éstos de 2 compañías de granaderos y 2 de fusileros; y el segundo y tercero de 4 compañías de esta última clase cada uno, todas de igual número de oficiales y tropa. La fuerza total de ambas clases, comprendidas las planas mayores, era como sigue:

PLANAS MAYORES DE LOS BATALLONES

1.er *Batallón*	2.° *Batallon*	3.er *Batallón*
Coronel.	Teniente coronel.	Comandante.
Sargento mayor.	Ayudante (Teniente).	Ayudante (Teniente).
Ayudante (Teniente).	Abanderado (Subteniente).	Abanderado (Subteniente).
Capellán.	Capellán.	Capellán.
Cirujano.	Cirujano	Cirujano.
Tambor mayor.	Armero.	Armero.
Armero.		

EN LAS DOCE COMPAÑÍAS

12 Capitanes.	36 Tambores (tres por compañía).
24 Tenientes (primeros y segundos).	96 Cabos primeros (ocho por compañía).
24 Subtenientes (ídem)	96 Cabos segundos (ocho por compañía).
12 Sargentos primeros (uno por compañía).	720 Soldados (sesenta por compañía).
48 Sargentos segundos (cuatro por compañía).	

Lo que arroja un total de 70 oficiales y 1,008 soldados y clases de tropa.

En este reglamento se reducen á una las dos banderas de cada batallón, se unifican los sueldos de oficiales en las compañías de granaderos y fusileros, y se previene que al reunirse los regimientos formen brigada los más antiguos con los más modernos y para el solo efecto de formar línea de batalla que unan sus primeros batallones; mas concluída la formación campen en el lugar que tengan señalado en su propio regimiento; con lo que, dice: «cada brigada se compondrá de 6 batallones, uno de granaderos y los 6 restantes de fusileros, con la fuerza de 2,016 plazas. El brigadier, ó en su defecto el coronel más antiguo de cada 2 regimientos, mandará la brigada.» Otras disposiciones contiene el citado reglamento, y entre ellas la de que la fuerza de infantería de línea en tiempo de paz se admita de recluta, según las reglas establecidas. La organización de los batallones ligeros también figura en él, y es como sigue:

PLANA MAYOR	EN SEIS COMPAÑÍAS
1 Comandante.	6 Capitanes primeros.
1 Sargento mayor.	6 Idem segundos.
1 primer Ayudante (Capitán).	12 Tenientes.
1 segundo ídem (Teniente).	12 Subtenientes.
1 Abanderado (Subteniente).	6 Sargentos primeros.
Capellán.	30 Segundos (uno por compañía).
Cirujano.	18 Tambores (tres por compañía).
Maestro armero.	48 Cabos primeros (ocho por compañía).
Tambor mayor.	48 Segundos (ocho por compañía).
	630 Soldados (105 por compañía).

Además de estas tropas ligeras, previene el reglamento que cada compañía de los regimientos de línea tenga 8 soldados, escogidos tiradores. Puestos al pie de guerra los regimientos de línea, aumentarán sus soldados hasta el número de 164 por compañía; de forma que cada regimiento elevará sus plazas á la cifra de 2,256 y cada batallón á la de 752; cada brigada á 4,512 plazas. Los batallones ligeros constarán de 1,200 plazas y de 200 cada compañía. Al pasar al pie de guerra cualquier regimiento de infantería, daban el referido aumento las milicias provinciales. Para sostener la fuerza de los cuerpos ligeros que pasaban á campaña, venían obligados á hacer reemplazo de

su aumento las provincias exentas de milicias; habitualmente manteníase bandera de recluta. Esta constitución, que lleva la fecha de 26 de Agosto de 1802, fué aprobada por Carlos IV, á propuesta del Príncipe de la Paz.

A consecuencia de este reglamento, aumentáronse también los sueldos, y en 7 de Octubre de 1802 se fijaron por la siguiente plantilla:

INFANTERÍA DE LÍNEA

	Reales		Reales
Coronel.	2.500	Armeros.	120
Teniente coronel.	1.500	Sargentos primeros de granaderos, cada uno.	125
Comandante del tercer batallón.	1.200	Idem de fusileros.	120
Sargento mayor.	1,100	Sargentos segundos de granaderos ó fusileros.	112
Los tres capitanes más antiguos, cada uno.	1.000	Tambor mayor.	120
Los demás capitanes, cada uno.	900	Idem de granaderos.	75
El ayudante más antiguo	500	Cabos primeros de granaderos.	70
Los otros dos, cada uno.	500	Idem de fusileros.	85
Tenientes.	450	Cabos segundos de granaderos.	80
Subtenientes y abanderados.	350	Idem de fusileros.	75
Capellanes.	340	Granaderos.	70
Cirujanos.	340	Fusileros.	61

Gratificaciones.	De recluta por cada plaza P. y C. P. en revista	56'16
	De armas por cada plaza de las armadas, según la fuerza de reglamento.	3'18
	De gran masa por cada plaza P. y C. P. en revista.	15 00

INFANTERÍA LIGERA

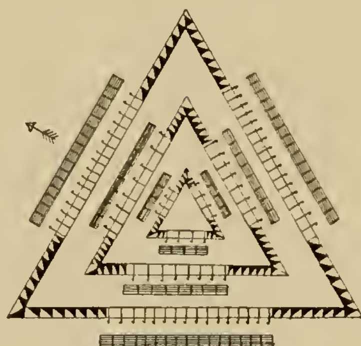
	Reales		Reales
Comandante.	2.000	Cirujanos.	340
Sargento mayor.	1,100	Armeros.	120
El capitán primero más antiguo de cada batallón.	1.000	Sargentos primeros.	130
Los demás capitanes primeros, cada uno.	900	Idem segundos.	112
Los primeros ayudantes	600	Tambor mayor.	130
Los segundos capitanes.	550	Tambores.	75
Los segundos ayudantes.	480	Cabos primeros.	90
Tenientes.	450	Idem segundos.	75
Subtenientes y abanderados.	350	Soldados.	64
Capellanes.	340		

Gratificaciones.	De reclutas por cada plaza P. y C. P.	3'18
	De armas por cada plaza de las armadas, según la fuerza de reglamento.	0'32
	De gran masa por cada plaza P. y C. P. en revista.	16'17

Pongamos término á las noticias relativas á la organización de la infantería en este siglo con los siguientes párrafos de la *Historia orgánica*, en los que se refleja cual era la situación del ejército español á fines del mismo, es decir, en una de las épocas mas aciagas y vergonzosas por que ha pasado nuestra patria:

«Al principio del presente siglo, dice Clonard, nuestra infantería se componía de cuarenta y tres regimientos de línea y once cuerpos de tropas ligeras. Estos, y treinta y dos de los primeros eran nacionales; tres irlandeses; el de Borbón y Nápoles mixtos, y los tres restantes suizos. La fuerza ascendía á sesenta y un mil setenta y nueve hombres.—Las tropas de los cuerpos nacionales y parte de los extranjeros, no suizos, provenía de quintos, reclutas voluntarios, y aplicados al servicio por diferentes tribunales y justicia del reino. Los primeros ascendían á 21,660. los segundos á 34,540 y los últimos á 4,771. Estos tres medios de reclutamiento adolecían de vicios tan capitales, que por lo regular no suministraban al ejército más que elementos de escasísimo valor. —La gente que con el nombre de quintos acudía á nutrir las filas del ejército, venía mezclada con gran número de individuos viciosos por varias razones é incidentes entonces irremediables. Pue-

blo había en que no se llevaba á cabo el alistamiento, cubriendo el cupo que le correspondía con hombres llenos de vicios, y en aquellos en que se realizaba, el resultado era casi idéntico, porque á la sombra del derecho de sustitución, se cometían las mayores ilegalidades, admitiéndose por sustitutos hasta extranjeros y desertores, consentidos ó buscados de la matrícula de marina. No faltaron tampoco casados, hombres de escasa talla y defectuosos, que los facultativos daban por sanos, al propio tiempo que declaraban inhábiles á muchos con males ficticios.—No era más aventajada la clase de voluntarios. Los que se resolvían por sí mismos á tomar las armas, no eran por lo regular, personas de muy buenas circunstancias. El vicio era el principal móvil á que cedían, al tomar esta determinación.—En cuanto á los que procedían de levas, excusado es que nos ocupemos de ellos. Los más desaparecían á poco de ingresar en las filas, haciéndose viles enemigos de su patria ó volviendo al corazón del Estado con las mismas enfermedades de su perversidad; los que en ellas permanecían no hacían más que inficionar á los honrados con su mal ejemplo y ejercitar de mil modos la justicia y paciencia de sus jefes y de las leyes militares.—Constituída



Escuadrón triangular

con tales elementos no podía estar seguramente nuestra infantería á la altura de aquellos célebres tercios que tantas veces excitaron la admiración del mundo entero. A esto hay que agregar también la calidad é instrucción de los oficiales del tiempo á que nos referimos. La masa general de estos oficiales en los cuerpos nacionales y extranjeros, procedía de la clase de cadetes ó de la de sargentos. Los de la primera, que constituían las dos terceras partes de la oficialidad, solían tener una educación más esmerada, mayores conocimientos en el arte de la guerra; pero, en cambio, adolecían de vicios comunes entonces en la esfera social en que habían nacido; no siempre se manifestaban dóciles á las exigencias de la disciplina. Los segundos, que componían el otro tercio, solían ser más puntuales en el cumplimiento de la parte económica de sus obligaciones, pero salían por lo regular de la clase de sargentos en edad demasiado avanzada para que pudiesen adquirir la instrucción militar que exigía su nueva posición; y bien sea por esta razón, ó por una costumbre que llega á formar una segunda naturaleza, varios de ellos vivían aislados del resto de la oficialidad, careciendo, por lo mismo, este cuerpo, de la unión que siempre debe reinar entre los individuos que le componen. Esto no quita que hubiese en dicha clase muy honrosas excepciones, pues figuraron en ella muy dignamente jóvenes de mucha disposición y procedentes de buenas familias que por falta de recursos para entrar á servir como cadetes, abríanse paso por este decoroso camino á los más encumbrados puestos de la milicia, con gran provecho del servicio.—En cuanto á la instrucción de los oficiales de una y otra procedencia, si bien existían algunos dotados de conocimientos sólidos y variados, palpábase un vacío grande; vacío que dejaba

declinar sensiblemente el lustre de la siempre distinguida oficialidad española. Pero estamos muy distantes de culpar en esta parte á los individuos de esta numerosa clase, ni á los jefes que los mandaban. Carecían por lo regular de medios para elevar sus conocimientos á la altura de su posición.—Las academias de Avila, Puerto de Santa María de Ocaña, que compuestas, de individuos escogidos en los cuerpos, hubieran podido remediar el mal de que nos ocupamos, apenas tuvieron tiempo de organizarse, y de demostrar los felices resultados que de ellas podían esperarse, mejorando el pie de su instituto; porque á muy pocos años fueron extinguidas. Las de Barcelona, Cádiz y Zamora, tampoco llegaron á llenar el objeto propuesto al crearlas, porque cesaron en sus funciones al estallar la guerra contra Francia, y al establecerse la paz, sólo volvió á abrirse la de Zamora, cuya existencia no fué de larga duración. No quedaba, pues, a los oficiales de los cuerpos otro medio de instrucción, que las lecciones que podían recibir de sus jefes en sus respectivos



Fortificación poligonal regular. (Facsímile de un grabado de *El Ingeniero*) (1687)

cuerpos; y estas lecciones, además de ser interrumpidas frecuentemente, á causa del movimiento casi continuo de los regimientos, nunca podían cumplir el fin de la unidad ó igualdad de principios, que es tan importante. De consiguiente, nuestra oficialidad en el tiempo de que se trata, tuvo que permanecer encerrada en el estrecho y estéril círculo de una rutina mal aprendida.—Estos defectos de la instrucción militar debían naturalmente ejercer su influencia en la esfera de la disciplina, pero no fueron las únicas causas que contribuyeron á su relajacion. Los vicios que traía mucha parte de la tropa en su origen; los que adquirieron algunos de los que estuvieron prisioneros en Francia, y el natural influjo ó contagio de las costumbres públicas tan dolorosamente alteradas á fines del siglo XVIII, eran otros tantos elementos de desmoralizacion que debían debilitar considerablemente los principios de obediencia y subordinación. Así es que desde el año 1794 al de 1801, pasaban de cincuenta los oficiales depuestos de sus empleos y destinados al regimiento Fijo de Ceuta y compañías de los presidios menores, por causas de indisciplina, y en la clase de tropa, ascendió hasta diez y seis mil quinientos cuarenta, el numero de los desertores, desde 1797 hasta el referido año 1801. Estos hechos, de cuya autenticidad no se puede dudar un momento, porque los hemos visto confirmados por documentos oficiales, explican suficientemente los quebrantos que pudieron sufrir nuestras armas al finalizar el siglo XVIII.

Reasumiendo todo lo dicho, resulta, que, si la organización era mala, la disciplina y la instrucción no le iban en zaga.

He aquí los nombres de los 39 regimientos de línea y 12 batallones ligeros que existían en España en 15 de Abril de 1805:

REGIMIENTOS DE LÍNEA

Rey	Zaragoza	Ultonia
Reina	España	Aragón
Príncipe	Toledo	América
Saboya	Mallorca	Princesa
Corona	Burgos	Extremadura
Africa	Murcia	Málaga
Zamora	León	Jaén
Soria	Irlanda	Ordenes militares
Córdoba	Cantabria	Voluntarios de Castilla
Guadalajara	Asturias	Id. del Estado
Sevilla	Fijo de Ceuta	Id. de la Corona
Granada	Navarra	Borbón
Valencia	Hibernia	Nápoles

BATALLONES DE TROPA LIGERA

1.º de Aragón	Gerona	Barbastro
1.º de Cataluña	2.º de Barcelona	Voluntarios de Valencia
2.º de íd.	2.º de Aragón	Campo Mayor
Tarragona	1.º de Barcelona	Voluntarios de Navarra

Las prendas de vestuario de todos estos cuerpos eran: casaca con vueltas, solapa, cuello y vivos de color; botonadura metálica; chaleco y calzón. La casaca era blanca, pero el color de las vueltas, solapa, cuello y vivos variaba en cada cuerpo, la botonadura era en unos dorada, en otros plateada. Los extranjeros llevaban la casaca de color anteado; pero de igual hechura. Cuanto al armamento, el fusil que se usaba en tiempos de Carlos IV difería muy poco del empleado en el anterior reinado. Llevaba dicha arma la *llave española*, más segura y cierta que la francesa para el fuego, y que teniendo el muelle á descubierto, permitía su limpieza sin necesidad de desarmarla; en cambio ofrecía el inconveniente de estar más expuesta á la acción del agua ó á los golpes. Con posterioridad se reemplazó esta llave por la francesa, en la que el mecanismo se hallaba cubierto. Una ordenanza de 1768 dispone que los oficiales fuesen armados de fusil más corto que el de la tropa; pero esta disposición fué abolida en 23 de Junio de 1796. La práctica de la última campaña hizo ver que el fusil no debe ser el arma del que ha de dirigir á un grupo más ó menos numeroso de combatientes.

Consignadas las reformas introducidas en el arma de infantería, pasemos á exponer las que tuvieron lugar en el arma de caballería durante el siglo XVIII.

Al advenimiento de Felipe V al trono encontrábase esta arma en el más deplorable estado; pero las exigencias de la guerra obligaron á organizarla bajo un nuevo pie, y el monarca inspiróse para ello en los reglamentos vigentes en Francia. Comenzó por constituirse así la caballería existente en Flandes y creáronse en estas provincias y en Italia nuevos regimientos. Varióse el armamento, adoptándose el mosquete, dos pistolas, espada larga y ancha, porta-mosquetón, cartuchera ceñida á la cintura, bandolera de ante y un frasco de asta para cebar. Modificóse también el vestuario y se señaló á cada soldado las siguientes prendas: casaca, chupa, calzón, medias botas con espuelas, bocabotín, corbata, dos camisas, maleta, guantes de ante, sombrero apuntado y escarapela, en la que los colores españoles se combinaban con los franceses. El reglamento formado por el Gobernador general de los Países Bajos en 1701, ordenaba que cada regimiento se subdividiera en 4 escuadrones de 4 compañías, con 33 soldados cada una, pero que si llegaba á

elevarse la cifra de los individuos, redujérase la de los escuadrones. He aquí la composición de uno de estos regimientos y los haberes de las clases respectivas:

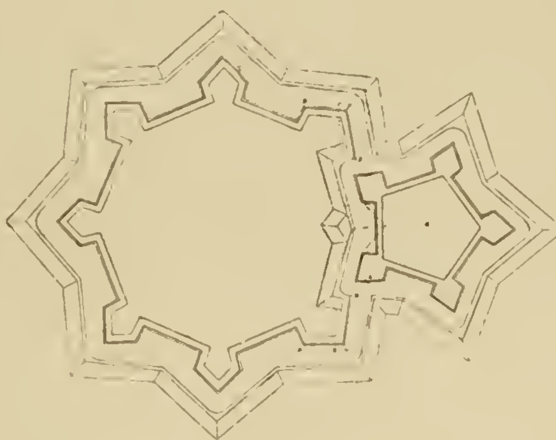
PLANA MAYOR

	Florines	Placas
Coronel	53	»
Su gratificación	100	»
Teniente coronel	40	»
Su gratificación	20	»
Sargento Mayor	144	»
Su gratificación	33	»
Ayudante	72	»
Capellán Mayor	36	»
Cirujano mayor	16	12

COMPAÑÍA

	Florines	Placas
Capitán	120	»
Teniente	60	»
Alférez	15	»
Mariscal de logis, furriel	32	»
Dos brigadieres, cabos de escuadra á 9 florines, 12 placas	19	4
Treinta y tres soldados, con un trompe a, á 8 florines 8 placas	277	4

En España decretóse por real decreto de Diciembre de 1701 que los ocho trozos existentes de caballos corazas tuvieran un efectivo de 500 caballos; crearonse en 1703 diez cuerpos de caballe-



Planta de la fortificación de una plaza con ciudadela. (Facsímile de una estampa de la obra de Medrano)

ría y se extinguió el llamado *Cuantiosos de Andalucía*. Los dragones se pusieron sobre el mismo pie que los de Francia y fueron declarados segundos cuerpos de la caballería é infantería, para la alternativa con estas armas. Dotóseles de arcabuces de diez a doce balas en libra, con llave de picura, y de espada ancha de dos filos. Su efectivo ascendió en la Península hasta diez compañías, de cincuenta plazas, y el tercio se compuso de cinco escuadrones de dos compañías. En 1703 se aumentó su número con dos tercios españoles y uno irlandés. Hemos dado en la pág. 534, párrafo cuarto, noticia del vestuario y equipo de los dragones, y esto nos ahorra el detallarlo aquí. Otro tanto diremos de la caballería de línea.

En Febrero de 1703 elevóse á doce el número de compañías de cada regimiento de caballería de línea, constando cada una de veintiocho soldados, incluso *tres carabineros*. El prest de estos soldados era 14 cuartos y una ración de pan (el carabinero 14 cuartos y la ración), con retención de dos para entretenimiento de la montura y equipo. El capitán venía obligado á tener con su paga, completa de hombres y caballos la compañía.

Prosiguiendo por la senda de la imitación, creóse en Junio de 1704 el real cuerpo de *Guardias de Corps*. Al año siguiente organizáronse tres regimientos, y en 1706 once mas; con estos cuerpos y

los levantados por las provincias, la fuerza del arma, al comenzar la campaña de 1707 elevábase á 46 regimientos, que en junto arrojaban un total de 17,664 caballos, á cuyos regimientos hay que agregar los cuatro creados de 1707 á 1710, los que vinieron de los Países Bajos, al evacuarse definitivamente éstos (1713), y los procedentes de la isla de Sicilia; en junto 18 regimientos y 4 compañías.

En 1704 sufrió algunas alteraciones la organización de los dragones, cuya arma recibió los años sucesivos varios aumentos, en términos que en 1707 existían 17 regimientos de esta clase; 8 en España, 4 en Italia y 5 en los Países Bajos. Después de haberse evacuado estos países, formóse una relación general de los cuerpos del arma y resultaron existir: 48 regimientos y 8 compañías sueltas; entre aquéllos figuraba la de *Guardia de Corps*, y entre éstas dos compañías de *húsares*. Los cuarenta y ocho regimientos, excluído el de *Guardias*, arrojaban una cifra de 18,528 caballos. Constituían el regimiento doce compañías; formaban el escuadrón, según real orden de 20 de Abril de 1715, cuatro. En este mismo año se redujo el número de regimientos á 24 y el de compañía á 4. Quedaron en pie 9,416 caballos. Nueva reducción en 1716 limitó el número de regimientos á 19 con 200 plazas montadas, y quedaron 3,800 caballos, sin contar los dragones. Reformóse en este mismo año el reglamento de haberes, rebajando el de cada soldado y también se rebajó el número de hombres por compañía (1).

En 1718 dióse nombres fijos á los regimientos de caballería de línea existentes, que eran 23 con 3 escuadrones de á 4 compañías cada uno. Constaban éstas de capitán, teniente, alférez, sargento, dos cabos, tres carabineros, diez y ocho soldados y un trompeta para dos compañías. No sufrió alteración la plana mayor. Cada dos ó tres regimientos debía formar una brigada. Los dragones que habían quedado al pie de diez regimientos, se aumentaron el citado año al emprenderse la reconquista de Cerdeña y Sicilia con otros diez regimientos, á los que se dió nombre fijo. Trocóse el color de su uniforme, reemplazando el verde con el amarillo, sustituyéronse los gorros hasta entonces usados por sombrero apuntado, y prohibióse el uso de la bota, siendo reglamentario el botín. Hecha la paz, quedaron extinguidos siete cuerpos (1722).

Por R. O. de 12 de Mayo de 1722 se estableció en la caballería la clase de cadetes. Otra R. O. de 15 de Agosto del mismo año prevenía que cada regimiento se considerase como los dragones sobre un pie de 3 escuadrones de 4 compañías, excepción hecha de los carabineros. Quedaron las compañías con 29 soldados y un sargento. En 1728 dióse á cada escuadrón un estandarte de paño encarnado con las armas reales. El vestuario y equipo sufrieron algunas modificaciones; sustituyóse la cacerina por la cartuchera, y en los cuerpos de dragones, tanto el alférez, como el teniente y sargentos, llevaron en lo sucesivo fusil, bayoneta, frasco y cartuchera. El gobierno quedó en suministrar á la tropa el vestuario completo, pero descontándolo, según estaba prevenido. Suprimióse desde 1728 el descuento de la gran masa.

El primer cuerpo de *húsares* se creó en la Península en 1742; la brigada de *carabineros reales* en 1730; la de *granaderos reales*, poco después.

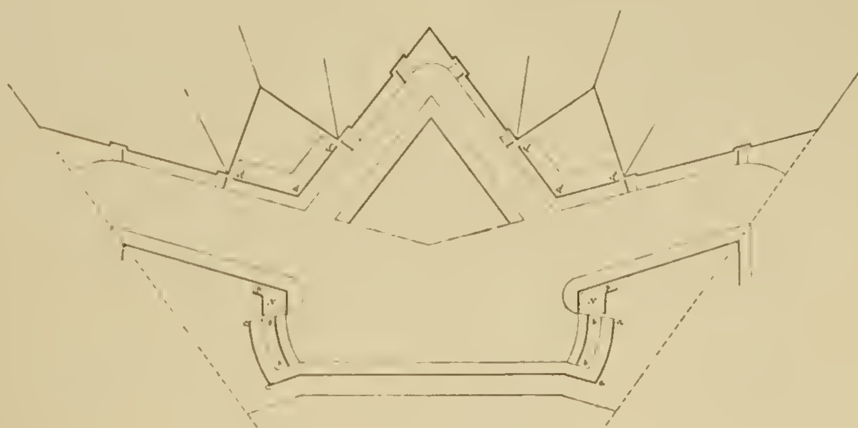
No haremos aquí mención de los aumentos y reducciones que por estos años sufrieron las compañías, limitándonos á consignar que, terminada la guerra de Italia, constaba nuestra caballería de 25 regimientos y 3 compañías sueltas (10,345 caballos), y que en los últimos años del reinado de Fernando VI no pasaba nuestra caballería de 42 escuadrones. En este reinado sufrió el vestuario y equipo de los dragones alguna variación. «Se suprimió la bandolera, y el cartucho ó cacerina fué sustituído por la cartuchera de correa de ante amarillo con tapa de baqueta de Moscovia en que figuraban las armas reales. En lugar del cordón para colgar el frasco de pólvora, se adoptó otra co-

(1) «Tenía cada soldado sencillo, dice Clonard, diez y ocho cuartos, tres maravedís y tres cuartos diarios: el carabinero veintiún cuartos, tres maravedís y tres cuartos: el cabo veintitrés cuartos, tres maravedís y tres cuartos; reteniéndose á todos por masa seis cuartos, tres maravedís y tres cuartos; y por cuenta de masita, dos cuartos destinados á la reparación de la silla, equipo del caballo, etc. Gozaba el trompeta, veinticinco cuartos, tres y medio maravedís, y se le retenían ocho cuartos, tres y medio maravedís y dos cuartos por masita. Disfrutaba el sargento cuarenta escudos al mes, una ración de pan y otra de cebada diaria si estaba montado, con la obligación de tener caballo propio y equiparse de todo.»

rrea de ante; conservóse el sable en la misma forma, esto es, algo corvo, desde el último tercio de la hoja; y el resto del armamento, á saber: fusil, bayoneta y pistolas, no tuvo variación alguna. Las prendas que constituían el vestuario no se alteraron en su corte; pero añadióse en el canto á la chupa un galón de estambre blanco; el botín se hizo en adelante de piel de becerro negro; la dragona de la tropa era de galón de estambre listado de amarillo; lo mismo las mantillas y tapafundas de la silla y el lazo ó cucarda que llevaba el caballo . De este uniforme dará idea el grabado de la pág. 412 y la completará la explicación de la pág. 490.

En 1762 se organizaron las compañías de *voluntarios*, ó sea de caballería ligera, creándose 4 en Castilla, 4 en Extremadura, 4 en Andalucía y 2 en Aragón. Estas compañías se reorganizaron al siguiente año en 4 escuadrones que tomaron el nombre de *Voluntarios a caballo*, y en 1766 constituyeron un regimiento con la denominación de *Voluntarios de España*.

En 1763 los regimientos de caballería de línea, que ascendían á 19, se redujeron á 12, divi-



FRENTE FORTIFICADO SEGÚN EL METODO DE MEDRANO

aa Flancos altos.—*bb* Flancos bajos.—*pp* Traveses.—*ddd* Parapetos atenazados.—*NN* Parapeto en forma de glacis.

diéndose cada uno de estos en 4 escuadrones de otras tantas compañías, organizadas, así como la P. M., del modo siguiente:

COMPAÑÍA	PLANA MAYOR
Capitan.	Coronel.
Teniente.	Teniente coronel.
Alférez.	Sargento Mayor.
2 sargentos.	2 Ayudantes.
4 cabos.	4 Porta-estandartes (uno por escuadrón).
4 carabineros.	Capellan.
32 soldados.	Cirujano.
	Mariscal Mayor.
	Timbalero.
	12 trompetas (uno por compañía).

Al fallecimiento de Carlos III existían en España estos 12 regimientos de línea con nombre fijo; 8 de dragones, y 2 regimientos de voluntarios: el de *España* y el de la *Costa de Granada*. De los uniformes usados por este tiempo darán idea los grabados de las pags. 438 á 457 y la respectiva explicación. Constaba cada uno de los 12 regimientos de línea de á 9 compañías, divididos desde 1787 en 3 escuadrones, cuyos regimientos formaban un total de 3,240 caballos; el regimiento *Cos-*

ta de Granada, de 12 compañías y 4 escuadrones, que tenían 370, y el de *Voluntarios de España*, de 12 compañías y 4 escuadrones, que alcanzaban la cifra de 480 caballos. La fuerza total de la caballería española, sin contar los dragones, era de 4,080 caballos.

En previsión de la guerra que iba á estallar con Francia, Carlos IV resolvió aumentar este efectivo, y en 1789 ordenó el aumento de 5 regimientos y el de las compañías al pie de cuarenta plazas montadas. Declaróse la guerra (1793), y se aumentó de nuevo la caballería con 20 plazas más por compañía, creándose además un regimiento de carabineros con el nombre de María Luisa; fueron complicándose los sucesos, y prosiguió el aumento de plazas con 10 más (1794). Aumentóse también la oficialidad con un primer teniente, dotado con 500 reales, y dióse nuevo vestuario al arma. Este se componía de casaca y capa amarillas; cuello, vueltas y vivos de distinto color, según los regimientos; chupa y calzón blancos, y botonadura blanca. El vestuario corrió de cuenta de los cuerpos, abonándoseles mensualmente 14 reales por plaza y otros tantos por gran masa. La fornitura de ante de los dragones, sustituyóse con la bandolera y cinturón de cuero negro. Las mantillas y tapafundas eran en todos los cuerpos amarillas con galón de estambre.

Al terminarse la guerra con Francia (1795) componían el arma 16 regimientos de á 12 compañías con 4 escuadrones, formando un total de 6,440 plazas montadas. En 1803 reformóse la caballería y cada regimiento se compuso de 5 escuadrones de á 2 compañías. La composición de éstas y la de la plana mayor, era como sigue:

Compañía	Plana Mayor
Capitán.	Coronel.
Teniente.	Teniente coronel.
Alférez.	Sargento Mayor.
1 Sargento primero.	5 Ayudantes.
2 Sargentos segundos.	4 Porta-estandartes.
1 Trompeta.	Capellán.
4 Cabos primeros.	Cirujano.
4 Segundos.	Mariscal mayor, montado.
4 Carabineros.	Trompeta de órdenes, íd.
38 soldados montados.	Picador.
13 ídem desmontados (incluso el herrador).	Sillero.
	Armero.

Quedó, pues, cada regimiento con 670 hombres y 540 caballos, cada escuadrón con 134 hombres y 108 caballos, y cada compañía con 67 hombres y 54 caballos. En este mismo año 1803 se suprimieron los dragones y quedó el arma con 12 regimientos de línea, 6 de cazadores á caballo y 6 de húsares; pero en 1805 volvióse sobre aquel acuerdo, y por decreto de 30 de Enero se restablecieron los dragones, dándoles por vestuario un sombrero apuntado, una casaca, un chaleco, un calzón y un capote amarillos, con vueltas y vivos de distintos colores, según los regimientos, y botonadura de metal blanco. Esta disposición dió lugar á una nueva reforma del arma, quedando la caballería propiamente dicha reducida á los siguientes cuerpos:

CABALLERÍA DE LÍNEA

Rey, 1.°	Alcántara, 7.°
Reina, 2.°	España, 8.°
Príncipe, 3.°	Algarbe, 9.°
Infante, 4.°	Cataluña, 10.
Borbón, 5.°	Santiago, 11.
Farnesio, 6.°	Montesa, 12.

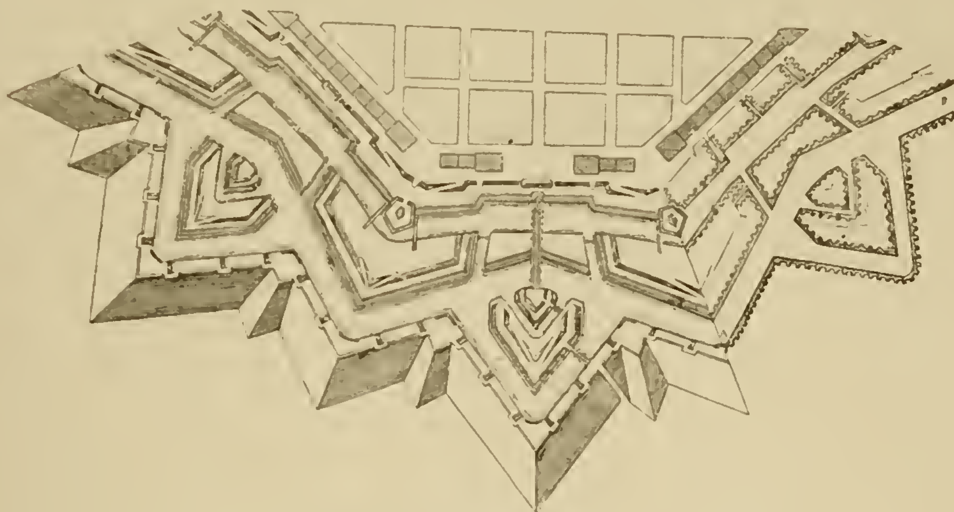
CABALLERÍA LIGERA

Cazadores de Olivenza.	Húsares de María Luisa.
Voluntarios de España.	Húsares españoles.

Esta organización tenía el arma cuando estalló la gloriosa guerra de la Independencia.

Pasemos á estudiar las modificaciones realizadas en el arma de artillería.

En 1701 se creó un tercio de fusileros reales para el servicio de la artillería; el 1702, un batallón de arcabuceros, del que fué coronel el general de la artillería, con el título de *Coronel general*. Este general de la artillería real mandaba las fuerzas existentes del arma, excepción hecha de las de Navarra, que dependían del virrey. Los nombres de los oficiales de artillería cambiáronse en 1709 y los empleos se asimilaron á los de infantería; aparecieron los *tenientes* (asimilados á coroneles) los *comisarios provinciales* (tenientes coroneles), los *comisarios ordinarios* (capitanes), los *comisarios extraordinarios* (tenientes) y los *apuntadores* (subtenientes). En 2 de Mayo de 1710 se creó una plana mayor para los ejércitos y plazas, y un regimiento de real artillería para la guardia y servicio de los trenes que el arma poseía. Este regimiento constó de 3 batallones á 12 compañías, siendo 3 de éstas de artilleros, 1 de minadores y 8 de fusileros; cada compañía de artille-



Frente fortificado según el sistema de Vauban.
El trozo *A. B.* representa la planta de los subterráneos, mampostería de los revestimientos, contrafuertes, etc.

ros tenía 101 plazas, la de minadores 43 y la de fusileros 53. Los 3 batallones de artillería se repartieron uno entre los ejercitos de Valencia, Cataluña, Navarra y Guipúzcoa; otro entre los de Extremadura, Castilla y Galicia, y el tercero entre Andalucía y presidios de Africa; á cada uno de estos ejércitos se les dió también una seccion de pontoneros. «Para que se vea la separación entre la plana mayor y el regimiento, dice un autor, mientras á éste se le concedió la antigüedad de 2 de Mayo de 1710, á aquélla se la reputó inmemorial, y para acumular diferencias se sometió el regimiento á la inspección de los inspectores de infantería hasta 1732, en que se creó para la artillería uno especial (1).»

En 1715 se creó una compañía de artilleros y otra de minadores con destino á la plaza de Ceuta. En 1717 redujéronse á dos los tres batallones del regimiento real, y fueron distribuídos en 13 compañías de artilleros, 1 de bombarderos y 1 de minadores, el primero; 14 de artilleros, 1 de bombarderos y 1 de minadores, el segundo; los obreros desaparecieron. En 1718 volvió el regimiento á constar de 3 batallones y en 1721 otra vez de 2; en el citado año 1718 se organizó en Cataluña una compañía de obreros. En 1727 una Real orden resolvió las competencias que se

(1) Banús, *Estudios de Arte é Historia militar*, Parte III.

suscitaban entre los oficiales de este regimiento y los de la plana mayor; se previno que en el servicio de baterías, parques y marchas alternaran los oficiales de uno y otro cuerpo con arreglo á su respectiva antigüedad; pero que los peculiares del regimiento fueran de la exclusiva incumbencia de los oficiales á él pertenecientes. En 1748 cada batallón del mismo fué aumentado con una compañía de artilleros; en 1762 se organizaron 4 batallones con 7 compañías, incluyendo las de Orán y Ceuta: la fuerza de cada compañía se elevó á 100 hombres. En este mismo año los oficiales de la plana mayor formaron con los del regimiento un solo cuerpo. En 1777 se formaron 4 compañías de artilleros voluntarios en Segovia; en 1781 se organizó un quinto batallón, y cuatro años después, un sexto, éste y aquél con 7 compañías. A esta fuerza agregábanse las dos compañías fijas de Ceuta, la provincial de San Sebastián y la de cadetes de Segovia. En 1795, para entrar en la tercera campaña contra Francia, se ensayó el empleo de la artillería volante ó de á caballo, supliendo los caballos con las mulas (1). Esta empresa la dirigió el comandante general de artillería del ejército de Cataluña D. José Autrán, con autorización del general Urrutia, y aunque el ensayo resultó imperfecto, «fueron muy conocidos los buenos efectos que produjo; pero sin embargo, hecha la paz, no quedó admitida la artillería de á caballo (2).» Es cierto que se formó una brigada de esta clase de artillería, anexa al regimiento de Guardias de Corps; pero no bastaba á llenar el vacío que se notaba en la organización. «Fué preciso, dice el autor de la *Colección de ejercicios facultativos*, en el acantonamiento de Extremadura, el año 1797, volver á tratar este asunto como de nuevo, formando una brigada de ocho cañones de á 4, que, mediante las activas providencias del comandante general de artillería el mariscal de campo D. Francisco Vallejo, se organizó y llegó á maniobrar con la mayor rapidez y destreza. El general en jefe y demás generales de aquel ejército presenciaron los ensayos, y mirándolos con la mayor satisfacción, manifestaron quedar convencidos de la utilidad que produciría su establecimiento permanente. La Real orden con que después del acantonamiento se destinó esta brigada por mitad á los departamentos de Sevilla y Segovia pareció asegurarlo; pero como no se la dotó de caballos con que continuar y fomentar la instrucción, no se ha podido ejercitar la tropa, ni se ha vuelto á tratar del asunto.» A esto quedó reducido por entonces el ensayo de la artillería volante.

En 1802 existían ya 5 regimientos de artillería de á 12 compañías, distribuídas en 3 brigadas, dos de éstas llamadas *de división* compuestas de 3 compañías de á pie, una de *á caballo*, y una *de parque* con 4 compañías de á pie. Cada brigada de división tenía 6 piezas por compañía. El ganado para arrastre obteníase por contrata. Los conductores, creados en este mismo año, procedían de la clase de sargentos segundos. Además de estos regimientos existían las dos compañías fijas de Ceuta y la de Mallorca. Por último, también data de 1802 la organización de la primera artillería de campaña. Los regimientos de artillería existentes en 1806 eran 4 con 2 batallones de 4 compañías á pie y una á caballo; las brigadas de parque quedaron suprimidas.

Consagremos algunos párrafos á la instrucción que recibían los artilleros.

En el primer tercio del siglo XVIII se establecieron cuatro *escuelas prácticas de artillería* y *bombas* en Aragón, Extremadura, Andalucía y Galicia, con el material y municiones suficientes para la construcción de baterías y tiro al blanco, y otras tres en Andalucía, Aragón y Extremadura para la enseñanza de las matemáticas, fortificación, castramentación, geografía y táctica, dirigidas por profesores de ingenieros. En Octubre de 1751 se redujeron á dos, estableciéndolas en Barcelona y Cádiz, y en ellas ingresaban durante el reinado de Fernando VI los hijos de los oficiales subalternos á los catorce años de edad, en clase de cadetes del *regimiento real*, siempre que justificaran nobleza heredera; pues en otro caso sólo eran admitidos como soldados. Pero todas estas acade-

(1) El general Salas dice en su *Memorial histórico* que la primera artilleria á caballo se formó en America en 1777. «Nuestra primera artillería á caballo se formó el año 1777 por el joven oficial de artillería D. Vicente Maturana, hallándose de ayudante de órdenes del virrey de Buenos Aires. El objeto de emprenderlo en aquellos países, fué el de poder acudir prontamente á defender los varios puntos de su dilatada frontera, amenazados por las violentas incursiones de los indios pampas, que, montados sobre vigorosos y ligeros caballos, se sustraían de los *blandengues*, única tropa destinada á contenerlos. Por el pronto esta artillería no fueron sino cañones de á dos, de bronce.»

(2) *Colección de exercicios facultativos para la uniforme instrucción de la tropa del Real cuerpo de Artillería.* 1801.

mias desaparecieron en 1764 con la fundación del colegio establecido en el alcázar de Segovia, en el que recibieron educación profesional los cadetes que formaban la compañía allí organizada dos años antes, comprendiendo el programa de estudios la geometría, cálculo, mecánica, fortificación, artillería, dibujo, idiomas, esgrima, ordenanzas y táctica; cuya enseñanza se distribuía en cuatro años, terminados los cuales los alumnos que conseguían la aprobación eran declarados subtenientes del Arma. Así continuó la Academia en lo que restó de siglo. Para la enseñanza práctica se dió en 1752 una *Ordenanza de ejercicio de cañón, mortero y cabria*; pero la experiencia hizo conocer su complicación por la multitud de sus voces de mando, movimientos embarazosos é infinidad de giros que los artilleros debían dar, y en 1777 se reformó aquella ordenanza, simplificando los ejercicios, cuyo trabajo hicieron el teniente general D. Jose Autrán y el mariscal de campo D. Jose Vallejo: esta instrucción se declaró vigente por orden circulada en 21 de Septiembre de 1786. Pero en 1792, con motivo de la introducción de los montajes de batalla, cuya construcción dirigió en Barcelona el general D. Tomas de Morla, fue preciso dar nueva instrucción ó reglamento de ejercicios á la tropa. Esta novedad, la introducción de la astillería volante y la arbitrariedad que se notaba en la maniobra, según las ideas particulares de cada jefe, indujo al general D. José de Urrutia, que en 1802 era Inspector general y Comandante general del Cuerpo, a formar la *Colección de ejercicios facultativos* dada a la estampa en Madrid el año 1801.

Respecto á material y fábricas, consignaremos que a principios del siglo se establecieron las fundiciones de Sevilla y Valencia, sustituyendose luego la segunda por la de Barcelona: fundíanse piezas, que competían ventajosamente con las extranjeras; llegando á tal extremo su perfección, que por termino medio solo se desechaban 4 cañones por 100; cuando en otros países solían desecharse 12 por 100. Posteriormente, sustituido el cobre de Suecia por el de Cuba y de Rio Tinto, se dió el caso de no poner a prueba mas que una pieza de cada fundición (1). Además de las citadas fábricas, establecieronse en este siglo la de Armas de Toledo, la de fundición de hierro de Trubia, la de armas de Oviedo, las de pólvora de Murcia y Granada, y la de municiones de Orbaceita.

He aquí las fechas de su respectiva fundacion (2).

Fabrica de Armas de Toledo 1777. El gobierno de Carlos III comisionó al ingeniero Sabatini para que dirigiera la construcción del edificio que hoy existe en las márgenes del Tajo.

Fábrica de fundición de hierro de Trubia 1794. Con motivo de hallarse casi en la frontera las fábricas de Orbaceita y Egui, y temerse una invasion francesa, se estableció por el año 1794 en Trubia un fabrica de fundición, comisionando para elegir el sitio en que debía situarse, al capitán de navío D. Fernando Casado de Torres, quien escogio, por ser á su juicio el mejor, la confluencia de los ríos Nalón y Trubia en el valle de este mismo nombre en la provincia de Oviedo. En 1795 y 96 el teniente coronel de artillería D. Ignacio Muñoz de San Clemente dirigió la construcción de dos hornos altos, y la fabrica continuo funcionando hasta que en 1812, á causa de la guerra, se suspendieron los trabajos y se abandono del todo la fabrica. En 1844 se volvió á reanudar los trabajos, y en 1849 se fundió el primer cañon de hierro para el servicio de costa y plaza.

Fábrica de armas de Oviedo 1794. Instalada en dicho año esta fábrica, trasladóse a ella el personal que había en la de Plasencia, abandonada a causa de su proximidad a la frontera. Los operarios allí establecidos se constituyeron en gremio de cañonistas, llaveros y bayoneteros; establecieronse á la par que en Oviedo, en Grado y Mieres. En 1865 se les suprimió, introduciendo en la fábrica de Oviedo los procedimientos puramente mecanicos y estableciendola en el ex convento de la Vega.

Fábrica de pólvora de Murcia: hacia 1747. En un principio estuvo a cargo de la Hacienda civil, pero sometida á la vigilancia de oficiales de artillería. Desde 1802 paso á este cuerpo, por ordenanza de 22 de Julio.

(1) «Nuestras fundiciones siempre excelentes, dice el general D. Ramón de Salas, salieron tambien más baratas desde que la abundancia de cobres de América y de Rio Tinto nos ahorró el tener que comprarlos de Suecia, y tal bondad llegó á obtenerse que, según se dice en la última edición del Morla, en más de siete mil piezas no se habia reprobado una, por lo cual en los últimos tiempos no se ponían a prueba más que una de cada fundición.» *Memorial hist. de la artillería Española.*

(2) Los datos que continuamos están copiados de la interesante obra titulada *Hist. de las Armas generales é institutos militares del ejército español* por el oficial de Administración militar D. Antonio del Campo.

Fábrica de pólvora de Granada. Existía en 1770 en una alquería á 5 kilómetros de esta ciudad, sosteniéndola el Estado. En 1802 pasó, como la de Murcia, al cuerpo de artillería.

Fábrica de municiones de Orbaceita: 1784. Se instaló este año; en 1789 construyéronse en ella dos hornos altos; en 1791 se verificaron algunas obras para alojar el destacamento de la fábrica; al expirar el siglo fué incendiada por los franceses y de 1800 á 1804 reedificada.

Fábrica de armas de Sevilla: 1757. El gobierno adquirió en este año los edificios que hoy ocupa, y veinte años después comenzó á fundir cañones, industria que antes ejercía en dicha ciudad un particular.

Aunque la Maestranza de Sevilla no deba continuarse aquí, por ser la fecha de su fundación mucho más antigua y datar su destino á maestranza de artillería de 1587, en 1763 fué cuando se le dió un aumento notable y en 1782 cobró gran importancia por quedar reunidas en ella las maestranzas de Cádiz y Sevilla. En 1783 hiciéronse en ella importantes obras de ensanche.

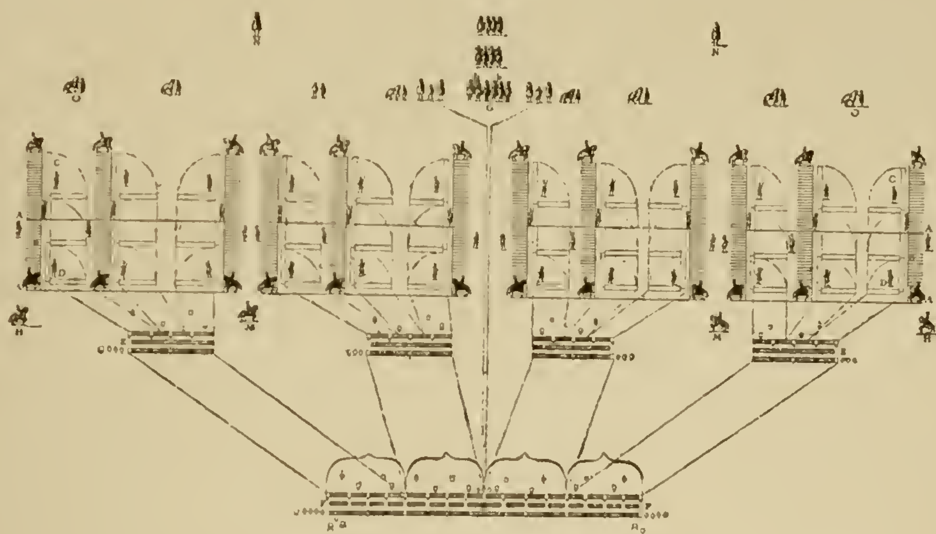
El personal pericial y obrero del cuerpo de artillería aparece ya en el regimiento real organizado en 1710. Como á la sazón los dos institutos de artillería é ingenieros constituían uno solo, la ordenanza de 1710 asignó á cada cuerpo de artillería en los ejércitos, un capitán y un teniente de puentes nombrado por el Rey, quien debía emplear el número de calafates, herreros y armeros que servían en la sección de obreros de cada compañía. Este personal obrero desapareció en 1717, y en su lugar creóse en Barcelona una compañía, en la que figuraban, además de los individuos de los citados oficios, los torneros, cuberos, aserradores y fundidores: la mandaba un capitán, asistido de teniente y subteniente, prácticos en la profesión. Compañías iguales se crearon, según ya hemos visto, en Orán y en Ceuta; pero con la creación de los arsenales, sufrió modificaciones el personal obrero. Cinco de éstos se crearon en 1756, á saber: en Madrid, Barcelona, Zaragoza, Sevilla y Coruña, y al frente de ellos púsose un teniente general; las compañías quedaron afectas á los establecimientos, y en 1802, al constituirse éstos en maestranzas, organizáronse cinco compañías de obreros para las mismas, dándose su dirección á un coronel del Arma.

El cuerpo llamado de *Cuenta y razón* también sufrió en este siglo algunas modificaciones. En 1710 se crearon los empleos de contralores, guardaparques y sus ayudantes; en 1742 se fijó el número de empleados y el personal del cuerpo, estableciéndose las clases de veedor general contralor de la artillería, contralor de provincia, contralor ordinario, ayudantes de contralor, guarda-almacenes y ayudantes. Creáronse también nuevos empleos en otro ramo afecto también al cuerpo, el perteneciente al *fuero especial*; pues con motivo de constituirse los juzgados para entender en los delitos cometidos por individuos del cuerpo, se nombraron inspectores, asesores generales, abogados y escribanos.

El mando superior de la artillería, que á principios del siglo ejercía, según hemos indicado, un general, teniendo á sus órdenes un teniente general en clase de inspector, centralizóse en 1737 en la Secretaría de guerra, y así continuó hasta 1756 en que se creó el empleo de Director general de este cuerpo y del de ingenieros. Posteriormente esta Dirección se incorporó al Ministerio de la Guerra (1761), y el Rey se reservó el mando del arma, teniendo á sus inmediatas órdenes dos inspectores generales; pero en 1802 desempeñóse nuevamente este cometido por un Director general. Organizada nuevamente el arma de Artillería en 1762, todo el personal existente en España constituyó un cuerpo con la denominación *Real* y considerado como de la casa real. Aumentóse dicho personal en 1769, y en 1802, tratando el primer ministro de mejorar la organización, publicó en 22 de Junio una ordenanza que señala nueva era en la historia de la artillería. Consta de catorce reglamentos y trata cada uno de ellos de las siguientes materias:

1.° Composición y fuerza del Real Cuerpo de Artillería.
2.° Composición del cuerpo de Cuenta y Razón de Artillería.
3.° Obligaciones y servicios de los oficiales y tropa del Cuerpo.
4.° Gobierno económico de los regimientos y compañías.
5.° Instrucción.
6.° Servicio del Cuerpo en tiempo de guerra.
7.° De las fábricas de pólvora dependientes del Cuerpo, talleres, almacenes y demás edificios de que habían de constar.
8.° De la fundición de artillería de bronce.
9.° De las maestranzas.
10. De las fabricas de municiones de hierro colado.
11. De las fábricas de fusiles.
12. De las fábricas de piedras de chispa.
13. De la fábrica de armas blancas.
14. Del juzgado privativo del Real Cuerpo de Artillería.

Aunque basada esta ordenanza en la de 1752, es notable por las trascendentales reformas que introdujo: no la reproducimos, sin embargo, aquí, porque esto nos obligaría á traspasar los límites del presente ESTUDIO; consignaremos solamente que en muchas de sus partes se encuentra todavía en vigor. Y antes de entrar en el examen del material de guerra usado en este siglo, añadiremos, como complemento á las anteriores noticias, que la artillería se estableció en Ultramar de modo análogo que en la Península, y que los reglamentos á que obedeció durante muchos años fueron redactados por los gobernadores ó virreyes de quien, así como del Inspector general de infantería, dependía en aquellos dominios el arma.



CUATRO ESCUADRONES DE DRAGONES DE CIENTO CINCUENTA CABALLOS CADA UNO, COMPUESTOS DE TRES COMPAÑÍAS, QUE DESMONTAN, ENCADENAN SUS CABALLOS Y SALEN Á FORMAR EL BATALLÓN

A Los cuatro escuadrones en batalla, en dos filas á distancia de mitad de compañía, con el intervalo entre escuadrones de veinticuatro pies.—B. Los caballos encadenados por compañías en formacion de piquete, y á cada costado un dragón montado que los sujeta: las dos lineas punteadas C son las compañías pie á tierra formadas en ala, dando la espalda a los caballos: las dos rectas D son las compañías después de haber dado por tercios un cuarto de conversión á el frente, formando tres filas de fondo.—E. Son los cuatro trozos, cada uno formado por un escuadrón, que marchan sus oficiales al paso oblicuo á unirse al centro y formar el batallón F en batalla, en el orden que lo practica la infantería.—G. Estandartes y escoltas.—H. Capitanes al cuidado y mando de los piquetes.—M. Tenientes, idem.—N. Sargentos, idem.—O. Caballos de los capitanes que salieron al frente. (Facsímile de una *Táctica* de 1767.)

(Los signos convencionales representan los individuos de la P. M., oficiales y clases en la nueva formación)

La reseña histórica que acabamos de hacer, nos lleva como por la mano al estudio del material empleado por la artillería en este siglo.

Dijimos ya que en la segunda mitad del siglo XVI se habían empleado balas huecas rellenas de pólvora; pero hasta el XVII no recibió la idea aplicaciones prácticas, lo que efectuaron los holandeses. Emplearon á este objeto los antiguos morteros, haciendo cilíndricas sus ánimas y dotándoles de recámara: con estos morteros, que eran ya de fundición, disparaban bombas *a dos fuegos;* es decir, comunicaban el fuego á la espoleta y al fogón, que lo transmitía á la carga. La bomba se envolvía en tierra apisonada, para que el fuego de la espoleta no se transmitiese á la carga; pero el tiro, sobre ser lento, era muy peligroso. Colocábase sobre la pólvora del mortero un disco de madera de igual diámetro que el *ánima*, encima musgo, luego tierra, y por último la bomba enterrada en ella, dejando libre la espoleta (1). La bomba es un proyectil esférico, relleno de pólvora,

(1) En la interesantísima y notable obra del P. Tosca titulada *Compendio mathematico*, hallamos los siguientes datos relativos al modo de cargar y dar fuego al mortero:

«La cantidad competente con que se han de cargar estos morteros, es, por cada quince libras del peso de la bomba, una libra de pólvora

con un taladro para colocar la espoleta, cuyo taladro ó *boquilla* tiene un *resalto* para facilitar el manejo de la bomba y en la parte opuesta un *culote* ó segmento esférico que sirve para reforzar el proyectil y que se creía le obligaba á caer con la boquilla hacia arriba. El mortero era una pieza corta, de calibre á calibre y medio, ó menos, la longitud de su ánima; se apuntaba por ángulo constante, variando solamente la carga para obtener alcances distintos. En un principio se fabricaron morteros fundidos con una plancha, que, cuando era horizontal al eje del mortero, apuntaba á éste por un ángulo de 45°; más tarde construyóse el montaje independientemente y de bastante solidez para aguantar la violenta reacción de la pieza. Nuestros antiguos morteros tenían la recámara esférica; sustituyósela luego por la cilíndrica, y á fines del siglo XVIII por la tronco-cónica. Un mortero cilíndrico ó cónico consta de: *culote; primer cuerpo*, que lleva el fogón ó la *cazoleta; segundo cuerpo*, que lleva el *asa*, y *brocal*. En la primera clase de morteros los *muñones* van en el *primer cuerpo*, en los cónicos en el *segundo*. Los *estribos* tienen por objeto impedir que se tuerza el eje de los muñones. «Al tiro curvo de los morteros, dice un autor, se le daba tal importancia que formaba una rama separada del servicio de la artillería, con el nombre de *bombarderos*. Esta importancia era en parte debida á la complicación del tiro á dos fuegos que entonces se hacía; cuando á mediados del siglo XVIII se comprendió que podían servirse los morteros á *un solo fuego*, inflamándose la espoleta por los gases de la carga, desapareció la complicación y se reunió este servicio al de los cañones.»

Los holandeses no se limitaron a perfeccionar el tiro de los morteros, sino que emplearon en el mismo siglo los *obuses*, piezas más ligeras, con las que disparaban *granadas*, ó sean bombas de menores dimensiones, apuntadas por ángulos menores. Tenían estas nuevas piezas ánima y recámara cilíndricas y era su longitud de unos cuatro calibres. También adoptaron el *mortero de mano*, inventado por el célebre Coehoorn, pieza de 13^{cm} de calibre y 35 kilogramos de peso, que arrojaba granadas de 10 libras. Mucho más at asada que la artillería holandesa y aun que la misma española, la francesa conservaba, muy entrado ya el siglo XVII, las culebrinas; hasta 1634 no adoptó los morteros holandeses y hasta mediados del siglo no procedió á simplificar las piezas, si bien conservando diez calibres para los cañones; esta simplificación continuó á fines del siglo XVII. Pero aunque la mayor parte de las artillerías poseyeran piezas de pequeños calibres, eran todas éstas sobrado largas y pesadas para servir bien en las maniobras; y este inconveniente fué el que reme-

ordinaria; y si fuere fina, se quitará el tercio ó el cuarto de dicha carga. Las bombas se hacen esféricas, de hierro colado, y no han de ser de dos piezas unidas, sino enteramente de una pieza: dentro están cóncavas, y el grueso del metal es de un dedo y quarto: algunos las dan uniforme é igual crasicie por todas partes; pero lo más acertado es que tengan mayor espesura en la parte opuesta al agujero donde han de llevar la pipa, lo qual sirve para que cuando caiga venga siempre bajo la parte más pesada, y la pipa quede bacia arriba sin riesgo de apagarse antes de dar fuego á la bomba; y así se le dará de espesura, donde menos, un dedo y un cuarto, y en aquella parte dos dedos y medio con poca diferencia.

»El agujero por donde ha de entrar la pipa tendrá de ancho un dedo y un sexto, por el qual se llenará de pólvora toda la bomba: y allí cerca ha de tener dos asas para que con facilidad se pueda mover y poner dentro del mortero.

»Luego se tendrá hecha al torno una pipa de madera que esté por dentro vacía á lo largo, el qual vacío ha de ser angosto para que la bomba no pierda su fuerza: haráse la pieza más delgada por la parte que ha de entrar dentro, para que quede más ajustada; su longitud ba de ser tal, que llegando al centro de la bomba, sobre por defuera de su superficie convexa dos ó tres dedos, según se quisiere sea mayor ó menor su duración. Esta pipa se llenará de una materia semejante á la de los cohetes, apretándola á golpes, según en éstos se acostumbra. El P. Decbales da la mixtura siguiente: 8 libras de pólvora molida, 2 libras de salitre, 1 de azufre, media de borace y media de alcánfora, desleída con espíritu de vino segunda vez rectificado: todo lo qual ha de estar bien molido y pasado por tamiz; otras mixturas sabrán los prácticos, aptas para el intento.

»Dispuesto lo sobredicho, se cargará el mortero de esta suerte:

»Póngase en su cámara la cantidad competente de pólvora, y sobre ella el bocado de materia ordinaria, sobre el cual se ajustará un taco de madera dulce, que tenga su disminución y se ajuste á la garganta del mortero, apretándole muy bien contra la pólvora: en su extremidad superior se ha de hacer á torno un hueco ajustado á la convexidad de la bomba; ésta se pondrá sobre el dicho taco de forma que no se arrime más á una que á otra parte del mortero; y para asegurar esto se meterá á su rededor tierra, céspedes, ú otra cosa semejante; y aun toda la bomba se ha de cubrir de la materia sobredicha, de modo que sólo se descubra la pipa, que sobrepuja cosa de un dedo á la materia sobredicha.

»El modo de darle fuego es, encendiendo primero la pipa de la bomba, y luego el fogón del mortero; para lo cual tendrá el bombardero dos botafuegos: uno en la mano derecha, y otra en la izquierda; y con el derecho encenderá primero la pipa de la bomba y con el izquierdo dará fuego al fogón del mortero. Otros para mayor seguridad ponen otra pipa de cartón en el fogón, que sea mucho más corta que la de la bomba, y otra en el botafuego; y encendida ésta, dan fuego con ella primeramente á la de la bomba y después á la del fogón, y tiene bastante tiempo el bombardero para retirarse; pero todo esto lo saben mejor los prácticos.»

dió Gustavo Adolfo de Suecia con la adopción de una pieza de hierro colado de sólo 16 calibres de longitud y cuyo peso no excedía de 300 kilogramos. Con esto se inició un notable progreso, pues tanto en Suecia como en Francia se emplearon estas piezas para acompañar á los ejércitos en campaña. «Parecía justificada la presencia de estos cañones pequeños, dice Brunet, por el cambio que sufría el empleo de la artillería en el campo de batalla. Las unidades orgánicas combatientes tenían mayor movilidad; no eran tan numerosas y principiaban á acostumbrarse á maniobrar siempre acompañadas de artillería. La movilidad se hizo, por consiguiente, indispensable para esta arma, á lo que contribuía mucho su poco calibre, unido á la ligereza que llegaron á tener adoptando el sistema de Sally de piezas cortas. Ya hemos dicho que España no siguió este impulso, y añadiremos ahora que en el siglo XVIII no hizo otra que imitar á Francia. Esta nación estableció en 1732 el sistema de artillería que se conoce con el nombre de Vallière, cuyo general determinó de un modo definitivo los calibres y dimensiones de las piezas. quedaron reducidas éstas á *cañones* de 24, 16, 12, 8 y 4, *morteros* de 12 y 8 pulgadas, y *pedreros* de 15. La longitud de los cañones era de 20 á 25 calibres, su peso de 11 á 54 quintales. La artillería española adoptó el sistema de Vallière en 1743 sin modificación alguna. Desapareció con este sistema la separación que, más ó menos marcada, había existido hasta entonces entre las piezas de campaña y las de batería; pero los desastres experimentados por la nación vecina en la guerra llamada de los Siete Años, hizo ver la necesidad de la separación de las piezas para los diferentes servicios. Esta reforma, ya realizada en Alemania, fué puesta en práctica en Francia por el teniente general Gribeauval en 1765. Dividió este el material y las tropas de artillería en cuatro servicios diferentes; es á saber. de campaña, sitio, plaza y costa las piezas, las cureñas, los carros, los atalajes, todo fué en cada uno de estos géneros sabia y distintamente combinado, segun los efectos que se apetecían. Este sistema ha estado en uso en aquel país hasta 1825. Las *piezas de campaña* eran los cañones de 12, 8 y 4 cortos y el obus de 6 pulgadas; las de *sitio* y *plaza* consistian en cañones de 24, 16 y 12 y en un obus de 8 pulgadas; los *morteros* eran de 12, 10 y 8 pulgadas (1). Para el tiro de metralla empleóse el *bote* con envuelta de hoja de lata. Tambien perfeccionó Gribeauval los montajes, con lo que se facilitaron mucho las maniobras. Todas estas mejoras no influyeron por de pronto en la artillería española; pues hasta 1780 no se empezaron á discutir las ventajas del citado sistema y hasta 1792 no se adoptaron las nuevas piezas cortas de 4, 8 y 12 para el servicio de campaña, lo propio que los montajes de Gribeauval. «Con este material, dice un autor, sostuvimos la guerra de la Independencia, mas no sin que durante ella se hiciesen varios ensayos, entre los que debe llamar nuestra atención el de los *cañones maniobreros* de D. Vicente Maturana, que no eran más que cañones de 4 cortos, barrenados al calibre de 8, que tiraban bala y granada, pudiendo, por tanto, considerarse como los primeros obuses largos que se han empleado en campaña (2).»



Campamento de un escuadrón de caballería

Consagremos breves líneas a la fabricación de los cañones. Desde que se desecharon las piezas de hierro forjado, la materia de que se construían era el bronce ó el hierro fundido, distinguiéndose los de bronce españoles por su mucha resistencia. La fundición que antes se hacía en *hueco*, es decir, teniendo el molde, además de la envuelta exterior, una pieza central, mas tarde

(1) En 1785 estos morteros de recámara cilíndrica se sustituyeron por los de recámara tronco cónica propuesta por el general Gomer. Los calibres de los *morteros cónicos* fueron los mismos que los de los cilíndricos. 12, 10 y 8 pulgadas.

(2) Joaquin de la Llave, *Breve reseña histórico-descriptiva de la artillería lisa*, en el tomo IV (Primera serie), de la *Revista científico militar*.

se hizo en sólido, á saber, barrenándolos con máquinas especiales, y torneando exteriormente los de bronce. Las formas que adoptaron las recámaras fueron esféricas, cilíndricas, tronco-cónicas: las primeras designadas también con el nombre de *recámaras á la española*, se abandonaron porque en los morteros rompían las bombas, y se deterioraban con frecuencia; las cilíndricas usadas por mucho tiempo, tienen el inconveniente de romper á veces el proyectil, inconveniente que se remedió con las tronco-cónicas. La forma exterior se simplificó mucho en el sistema de Gribeauval. Antiguamente se adornaban las piezas con muchos detalles de ornamento; en el siglo XVIII, á excepción de ligeras molduras y el escudo real, no ofrecían las piezas otros adornos. De la hechura de las ánimas y de la forma de las piezas, darán idea al lector los grabados que ilustran las páginas del presente y del anterior Estudio. Los cañones lisos á que aquí nos referimos, eran de ánima seguida; los proyectiles que disparaban, sólidos, de forma esférica, como la *bala rasa*, ó bien *botes de metralla*. Designábanse oficialmente los cañones por el peso en libras de su bala sólida, y la correspondencia en centímetros del diámetro al calibre en libras, es como sigue:

Cañón	de	80:	su diámetro	21	centímetros.
—	de	68	—	20	—
—	de	48	—	18	—
—	de	32	—	16	—
—	de	24	—	15	—
—	de	16	—	13	—
—	de	12	—	12	—
—	de	8	—	10	—
—	de	4	—	8	—

Un cañón sistema Gribeauval, imitado en España á fines del siglo XVIII, constaba de las partes siguientes: la *culata*, que comprende el *cascabel* y la *lámpara;* la *faja alta de la culata* que separa á esta última del *primer cuerpo;* el *segundo cuerpo*, separado del anterior por un grupo de molduras, y en el que se encuentran las *asas* y los *muñones;* el *tercer cuerpo*, unido también al anterior por otras molduras; y el *brocal*, separado de aquél por el *collarín*. En el primer cuerpo está abierto el fogón; en la cara circular del muñón de la derecha llevaba grabado el peso, en el de la izquierda el número de fabricación, en la faja alta de la culata, el nombre de la fábrica y la fecha, y en la caña inmediata al brocal el nombre con que se designaba á la pieza. El escudo de armas reales figuraba en el primer cuerpo.

Hemos dicho ya que los obuses tuvieron su origen en Holanda, y fué su objeto utilizar las ventajas del tiro curvo con piezas más ligeras que los morteros. El calibre de los obuses se designaba como el de los morteros, por el diámetro de su ánima en pulgadas; siendo como era menor que el de éstos, pudo modificarse la forma del proyectil, resultando de aquí la granada; esto es, una bomba sin boquilla, resalto ni culote. La forma de la pieza es la de un cañón corto, de recámara cilíndrica, y cuya ánima tiene tres á cuatro calibres de longitud. Consta como los cañones de tres cuerpos; tiene brocal con una moldura, asas, muñones y cascabel. Su montaje fué desde un principio una cureña muy semejante á la del cañón, y los primeros obuses tuvieron ya desde un principio los muñones más adelantados que los morteros. En España no se introdujeron los obuses hasta poco después de haberse adoptado en Francia el sistema de Gribeauval; y como la idea de alargar las ánimas de los obuses para hacerlos menos tormentosos por su mayor peso, y obtener mayores velocidades iniciales, diera lugar á diversas modificaciones en Rusia, Inglaterra, y Alemania, también en nuestra patria se ensayaron unos obuses largos para disparar proyectiles explosivos con trayectorias tendidas contra los buques, invención del comisario general de artillería D. Francisco Javier Rovira. Efectuáronse estos ensayos con obuses de 36, 48 y 60 (libras de la bala de pólvora), siendo la longitud de éstos, poco mayor de siete calibres (1783). Decidióse algunos años más tarde su adopción en los buques, pero como sobreviniera la catástrofe de Trafalgar, no llegó á generalizarse. A esto se redujeron los inventos ó reformas efectuados en la artillería española durante el siglo XVIII. Como se ve, lo característico fué la reforma de Vallière (1732

en Francia y 1743 en España), y la de Gribeauval, ó sea las piezas ligeras de campaña, y la introducción de los obuses (1780 en Francia, 1790 en España). Aquí fué campeón de las nuevas ideas el ilustre general y tratadista D. Tomás de Morla, y defensor de la artillería larga y pesada el erudito escritor de la misma arma D. Vicente de los Ríos.

Los grabados que ilustran las siguientes páginas darán idea de las piezas á que nos referimos.

Hemos visto ya que los ingenieros no existieron antes del siglo XVIII como institución especial ó independiente; pues en el siglo anterior continuaron como á fines del XVI, figurando entre la gente de artillería, y cobrando sueldos por esta nómina. La separación entre ambos institutos se desprende ya de los artículos 159 y 160 de la Ordenanza de Flandes, expedida en 10 de Abril de 1702, y que dicen como sigue:

Artículo 159. El general de artillería nos informará del estado de toda la artillería que está bajo su comandamiento, del número de municiones, de la que puede haber en cada plaza, de las cosas y géneros que fuere necesario aumentar, de los servicios de los oficiales que están á sus órdenes y de su capacidad.

Artículo 160. El ingeniero en jefe nos dará cuenta del estado de las fortificaciones de cada plaza, de las reparaciones que faltan por hacer, de las obras que fuese necesario aumentar, y del dinero que podrán costar.

Y en la misma Ordenanza consígnase que los oficiales de ingenieros deben ser propuestos por el *ingeniero general* «con expresión de sus servicios y procedimientos, y de la teórica y práctica que tuvieren en la profesión». Cuyos oficiales no son ya incluídos en la minuciosa enumeración que se hace del personal de artillería, y sólo van asignados á la Plana Mayor. Además, el título de *Ingeniero general*, indica, como dice muy fundadamente un escritor, un cuerpo á sus órdenes. Pero cuando éste llegó á constituirse de un modo formal, fué en 1711, debido al proyecto que el año anterior elevó al monarca el teniente general D. Jorge Próspero Verboom, ilustre militar que después de haber servido con brillantez las funciones de Cuartelmaestre general y de Ingeniero mayor en nuestros ejércitos de Flandes desde el año 1692, vino á prestar sus servicios en España á raíz de la guerra de Sucesión (1). Verboom encontró en el monarca y en el gobierno un apoyo decidido para su proyecto, y la reorganización del cuerpo de ingenieros, se planteó rápida y desembarazadamente. Refundiéronse los jefes y oficiales que había en España con los que vinieron de Italia y Flandes, y los extranjeros que servían en nuestros ejércitos ó fueron á la sazon admitidos; venciéronse las dificultades que ofrecía reunir un escogido personal, y tan cumplidamente quedó organizado el cuerpo, que á los siete años pudieron ya destinarse á la expedición de Sicilia una compañía de 60 minaderos, y 50 ingenieros, á las órdenes del inge-

(1) Del ingeniero D. Jorge Próspero Verboom, se han dado en la nota de la página 378 algunos datos biográficos; pero merece ser conocido, por lo que respecta á la historia del cuerpo, el documento por el que se le nombró Ingeniero general. Dice así:

«D. Felipe, etc. Por cuanto atendiendo á los méritos y largos servicios de vos el Teniente general de mis ejércitos D. Jorge Próspero Verboom, á la satisfacción y crédito con que habéis obrado en diferentes empleos militares que habéis obtenido, y particularmente en el de Cuartel Maestre general de los ejércitos de los Países Bajos y con el de Ingeniero Mayor, cuyos empleos habéis ejercido de diez y siete años á esta parte y los ocho de ellos de Ingeniero general de dichos ejércitos y fortificaciones de aquellos Estados, con especiales pruebas de vuestra capacidad, experiencias, valor y prudente conducta, no sólo en todas las batallas, encuentros, sitios, defensas y otras funciones en que os habéis hallado, sino también en las fortificaciones de mis plazas y otras obras grandes que habéis hecho construir en muy poco tiempo antes de que se declarase esta guerra para cubrir las provincias de Flandes que se hallaban abiertas de la parte de la frontera de los enemigos, lo que contribuyó mucho á la conservación de aquellos países He resuelto elegiros y nombraros por Ingeniero general de mis ejércitos, plazas y fortificaciones de todos mis reinos, provincias y Estados en qualesquier parte que sean y os hallareis dándoos y concediéndoos todas las honras y exacciones que os pertenecen por razón de dicho puesto, el cual os he conferido para que atendáis á todas las funciones que se ofrecieren de este cargo, tanto en mis ejércitos como en los sitios de plazas, ciudades, villas, puertos de mar y de tierra, presidios, castillos y otros cualesquier puestos ocupados por los enemigos, donde os emplearéis en dirigir los ataques, bombardeos, formar líneas de circunvalación y contravalación cuando fuere necesario, señalar y ordenar las trincheras, baterías y demás obras que hallareis convenir para reducirlos á nuestra obediencia, como asimismo hacer y ordenar las disposiciones para las defensas cuando el caso lo requiera, corriendo por vuestra dirección todas las fortificaciones que se hicieren en sus plantas y proyectos para hacer nuevas plazas, mandar ó añadir fortificaciones á las antiguas, extinguir y deshacer las inútiles para que yo pueda hacer juicio de ellas y daros las órdenes que convinieren á mi servicio, y para que en su consecuencia, hagáis ó mandéis hacer los ajustes y precios de ellas para mayor bien y ventaja de mi servicio; y á este fin os encargo y mando hagáis examen de los Ingenieros que se presentaren para entrar en mi servicio y ejercer este empleo, dándoles los testimonios según su mérito é inteligencia en este arte, para que sepan ejecutar las obras en la forma y realidad que requiere dicho arte y fábrica de ellas. Por tanto, etc.—Dado en Madrid á 13 de Enero de 1710.»

niero general en persona (1718). Según el decreto de organización de 17 de Abril de 1711 se establecieron, además del ingeniero general, las siguientes clases:

Un ingeniero en jefe ó de provincia, dotado con 130 escudos de vellón al mes, y 6 raciones de pan, é igual número de cebada para sus caballos.

Un ingeniero segundo con 100 escudos y 4 raciones.

Un ingeniero tercero con 65 escudos y 2 raciones.

Dos designadores (1), cada uno con 30 escudos, 2 raciones de pan y una de cebada.

Dióse en 1718 un nuevo paso en provecho de la organización con la *Real Ordenanza é instrucción* de 4 de Julio, en la que se señalan reglas para la *formación de mapas ó cartas geográficas de provincias y otros trabajos topográficos* y el método que debía observarse en la formación de proyectos, *obras nuevas, reparo de las fortificaciones, almacenes, cuarteles, fábricas reales y conservación de las plazas y puertos de mar;* pues en ella se especifican las importantes funciones propias del cuerpo. Este se hallaba constituído en 1724 en las clases de: Ingenieros directores en jefe, en segundo, ordinarios y extraordinarios, gozando los primeros de un sueldo de 160 escudos mensuales, con 8 raciones de pan y otras tantas de cebada al día, y además 30 escudos al mes y dos raciones de pan con una de cebada diarias para un delineador que debían de tener de *pie fijo*: «los sueldos y raciones de las demás clases eran iguales á los asignados en 1711, á los de Ingenieros en jefe, en segundo y en tercero, sin más diferencia que la de señalar al nuevo empleo de Ingeniero extraordinario 45 escudos al mes y las mismas raciones que al Ingeniero ordinario.» Como se ve, los sueldos que los ingenieros disfrutaban eran considerables, comparados con los que tenían los oficiales del ejército; y tanto es así, que en 1741, al mejorar los de la artillería, decíase en el preámbulo del decreto que los jefes y oficiales de esta arma «no podían subsistir con los sueldos que tenían señalados, respecto al que gozaban los ingenieros».

El personal de jefes y oficiales y su distribución en 1728, era como sigue:

	Directores	Ingenieros en jefe	Ingenieros en segundo	Ingenieros ordinarios	Ingenieros extraordinarios	TOTAL
Ingeniero general	»	»	»	»	»	1
Madrid	»	3	2	2	4	11
Andalucía	1	»	1	4	6	12
Extremadura	1	»	1	1	3	6
Castilla y Asturias	1	»	4	»	2	7
Galicia	1	»	»	3	3	7
Navarra, Guipúzcoa y Vizcaya	1	1	3	7	3	15
Aragón	1	1	»	3	3	8
Valencia y Murcia	1	1	2	3	3	10
Granada y presidios de Africa	1	»	1	8	4	14
En la plaza de Longron	»	1	»	1	2	4
Cataluña	1	1	11	10	5	28
Mallorca é Ibiza	»	1	2	»	2	5
SUMAS GENERALES	9	9	27	42	40	128

Desde 1711 habíase fijado á los ingenieros las categorías de Teniente Coronel, Capitán, Teniente y Subteniente en las respectivas clases que aquella organización determinaba; poco después obtenían ya la consideración de Coroneles los ingenieros en jefe; Tenientes Coroneles los en segundo, Capitanes los ordinarios, Tenientes los extraordinarios, y Subtenientes los delineadores. Estos *grados* fueron declarados *efectividades* en Octubre de 1756, como sucedió en el arma de Artillería. Pocos meses antes, estos dos cuerpos se habían refundido en uno solo, por real decreto de 8 de Agosto (2); pero esta fusión, originada por las rencillas y controversias suscitadas entre

(1) Del francés *dessiner*.

(2) Para realizar este plan se expidió en 8 de Agosto de 1756 un Real título de *Director general de Artillería é Ingenieros* en favor del Teniente general Conde de Aranda, cuyo encabezamiento es como sigue: «D. Fernando etc. Por cuanto habiendo resuelto suprimir el empleo de

colectividades que tan continuo roce tenían, no produciría muy buenos resultados, cuando dos años más tarde volvieron los cuerpos á separarse (1758). Vuelto á su anterior estado, fué el cuerpo objeto de reformas, y en 22 de Octubre de 1768 se le dió una nueva Ordenanza, según la cual el número de sus individuos se fijaba en 150, á saber: 10 Ingenieros directores, 10 en jefe, 20 en segundo, 30 ordinarios, 40 extraordinarios y 40 ayudantes de Ingenieros. Dábase á los Directores el empleo de General, Brigadier ó Coronel, según el despacho que tuvieren, y se establecían las reglas para el ingreso en el cuerpo, pudiendo optar á él, previo examen, los cadetes ú oficiales de infantería, caballería, dragones, artillería y marina. También se determinó el orden de ascensos y las reglas para el servicio.

En 1774 se varió la organización, dividiendo el cuerpo en cuatro secciones, sobre la base de los diferentes servicios, á saber: Para obras militares en plaza y campaña y para geografía; para edificios civiles y caminos; para hidráulica; para maestros de academia. El cuerpo tuvo tres jefes superiores: D. Pedro Lacuce, Director y Comandante del ramo de Academias; D. Silvestre Abar-



Artillería volante organizada por D. Vicente de Maturana y afecta á los *Guardias de Corps*, 1795. (Copia de un grabado de Besanzón)

ca, Director y Comandante del ramo de Fortificaciones del reino, y D. Francisco Sabatini, nombrado en 1780 Director y Comandante del ramo de caminos, puentes, edificios de arquitectura civil y canales de riego y navegación. Conserváronse estos tres mandos hasta 1791, en que los reasumió D. Francisco Sabatini, agregando al título que ya tenía, el de Inspector general de los ramos de Academias y fortificación; y, por fin, en 1797 desapareció esta nomenclatura, creándose el antiguo cargo de Ingeniero general, que se confirió al capitán general D. José de Urrutia.

Tales fueron la organizacion y vicisitudes por que pasó el Cuerpo durante el siglo XVIII. En los primeros años del XIX, a que alcanza el reinado de Carlos IV, experimentó algunas mejoras, cuales fueron la redacción de una extensa ordenanza, publicada el 11 de Julio de 1803, la institución de una escuela especial en Alcalá de Henares y la creación del regimiento de Zapadores-Minadores--Pontoneros. Creóse este regimiento por Real decreto de 5 de Septiembre de 1802 y se compuso de 2 batallones de á 5 compañías con una fuerza total de 1,275 plazas; confirmó su

Capitán general de la Artillería, que se halla vacante desde el año 1713 por fallecimiento del Marqués de Canales, he considerado conveniente unir al Cuerpo Real de Artillería el de Ingenieros, para que desde ahora en adelante sirvan unidamente formando un solo Cuerpo al cargo de un Director general que he resuelto crear; y hallando en vos el Conde de Aranda, Teniente general de mis ejércitos, la suficiencia, calidades y distinguidas circunstancias que requiere este nuevo empleo, he tenido á bien de elegiros y nombraros (como en virtud del presente os elijo y nombro) por Director general del Cuerpo de Real Artillería é Ingenieros, etc.» *Resumen histórico del Arma de Ingenieros.*

existencia la ordenanza de 1803, lo reglamentó de un modo cumplido, y desde un principio llamó la atención de todos los militares por su brillante instrucción y excelente espíritu. Digna de especialísima mención es la circunstancia de haber sido los Zapadores *los primeros que se declararon por la causa nacional en 1808, y uno de sus jefes quien publicó la primera alocución patriótica que circuló por la Península* (1). Alentados sus jefes, oficiales y soldados por el amor á la patria, abandonaron á principios de Mayo de 1808 la villa de Alcalá, y arrostrando no pequeños riesgos se fueron á Valencia. También abandonaron sus aulas los profesores, alumnos de la Academia abierta en 1.° de Septiembre de 1803 y marcharon casi todos guiados por el inmortal Sangenís á la heroica Zaragoza. Esta Academia funcionó, pues, sólo unos cinco años, durante los cuales el plan de estudios seguidos era ya muy vasto y bien entendido. Como no es de este lugar la narración de las vicisitudes por que pasó la Academia de Ingenieros durante el agitado período de 1814 hasta 1815, nos limitaremos á decir, que después de haberse establecido en 1810 en Cádiz, terminada la guerra fué vuelta á su antigua residencia.

La extensa Ordenanza publicada el 11 de Julio de 1803, hallándose á la cabeza del cuerpo en calidad de Generalísimo el Príncipe de la Paz, fijó en 196 el número de jefes y oficiales de ingenieros, clasificados del siguiente modo: 8 Directores Subinspectores, de los cuales, los tres más antiguos se declararon Mariscales de Campo á lo menos, y los cinco restantes brigadieres con goce de letras de servicio; 12 Coroneles, 15 Tenientes Coroneles, 15 Sargentos mayores de brigada, 40 Capitanes primeros, 12 Capitanes segundos, 40 Tenientes y 54 Subtenientes. Las denominaciones antiguas quedaron abolidas, á excepción del ejército de Ultramar, donde continuó observándose el antiguo sistema. Determinóse asimismo el orden de ascenso, las obligaciones de cada clase, reglas para el servicio, dirección y administración de las obras, ingreso en el cuerpo, etc... «La Ordenanza de 1803, dice Varela y Limia, constituyó sólida y definitivamente el *Arma de Ingenieros*, borrando todos los vestigios de la diferencia que en títulos, derechos y recompensas habían existido hasta entonces entre sus individuos y los de las otras armas del ejército.»

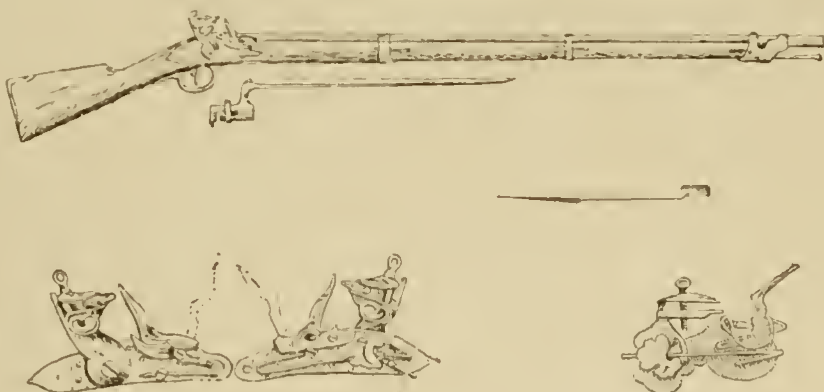
Al comenzar el siglo XVIII sustituyéronse en España los antiguos funcionarios encargados de la administración de las tropas, por otros que al mismo tiempo tenían á su cargo la administración de las provincias y los intereses públicos, reforma de origen francés y que señala un retroceso en este importante ramo de la milicia. Pero, terminada la guerra de Sucesión, mejoróse también este servicio como tantos otros militares. El personal administrativo existente se componía de Intendentes, Contadores y Tesoreros, con funciones civiles y militares, y de Comisarios ordenadores y de guerra para el servicio del Ejército, verificándose los acopios y sumistros las más de las veces por asentistas y contratistas, cuando no directamente por la administración. En 1705 dióse una ordenanza para la formalidad de las revistas, así como para régimen de los tesoreros y asentistas, encaminada ésta á cortar abusos; en 1718 dictáronse las ordenanzas de Intendentes, suspendidas poco después y vueltas á poner en vigor en 1748. Inicióse entonces el sistema directo en la gestión del servicio de subsistencias, y el Intendente fué en lo relativo á este servicio la autoridad superior. En el Intendente se acumulaban cargos tan múltiples como variados: él nombraba el personal destinado al servicio de subsistencias, disponía la instalación de almacenes, dictaba las instrucciones que habían de observarse en las compras, daba las órdenes para su distribución, fijaba itinerarios, etc. Era también el Intendente ordenador de pagos, y tenía encomendado cuanto se relacionaba con el servicio de transportes, así como el fallar en las quejas promovidas por los pueblos denunciando abusos de las tropas. Por último, asistía á los consejos ocupando el primer lugar después del Comandante general y proponía al General en jefe en asuntos de su competencia. A sus inmediatas órdenes se hallaban los Comisarios ordenadores y de guerra, nombrados por el monarca, pero distribuídos en su demarcación por el Intendente.

«Por lo que se refiere al servicio de subsistencias, y en general á los servicios administrativo-

(1) Varela y Limia, *Resumen histórico del Arma de Ingenieros.*

militares, la legislación del siglo pasado marcaba de un modo bastante claro la separación de funciones; así es que vemos á los Comisarios encargados de la Dirección é Inspección; á los Contadores, de la fiscalización, y á los contratistas ó personal subalterno, de la gestión. Sin embargo, á veces parecía llevar la representación de los intereses del Estado el Comisario, v. gr. en las revistas y en la construcción de obras y edificios, donde era obligatoria su asistencia, correspondiéndole por su carácter de representante de la Hacienda el segundo lugar en las Juntas de Obras, cualquiera que fuese la categoría de los demás vocales.

»En cada provincia existía una Contaduría con carácter civil, y en las capitales, una denominada de Ejército, que ejercía la fiscalización y llevaba la contabilidad, funcionando de una manera análoga á una Sección de Intervención en la actualidad, pero con más independencia y sin que se consideraran como pertenecientes á una misma corporación, los Contadores y los Comisarios é Intendentes; antes por el contrario, siendo el inmediato en autoridad al Intendente, el Contador



Fusil de munición (1752).—Bayoneta de cubo (1689 1691).—Llave de chispa (1685).—Llave de miguelete. (Siglos XVI y XVII)

no era sustituído por éste, en caso de necesidad, y sí por el Comisario ordenador más antiguo.

»Por último, las Pagadurías dependientes de la Tesorería General, de la Intendencia y de la Contaduría, se ocupaban, como su nombre lo indica, en conservar los caudales, distribuirlos y rendir las oportunas cuentas.

»Escasas son las disposiciones relativas al servicio de campaña, como puede verse en el tratado 18, título 7.° de las Ordenanzas militares de 1768, ocupándose principalmente de la organización de los Cuerpos y de la composición de la plana mayor general. En ésta figuran el Intendente general del Ejército, el Contador, el Tesorero, los Comisarios ordenadores y de guerra, y el Director ó Proveedor general de víveres, que auxiliado del personal de cuenta y razón necesario, debía calcular en vista de la fuerza del Ejército y marchas que hubieran de hacerse desde los almacenes, el número de acémilas y carros necesarios para atender al suministro de las tropas. El parque de víveres era el sitio designado para acampar, haciéndolo en la misma forma que la caballería, bajo la inmediata inspección y dirección del encargado del mismo, el cual debía dar parte diario de las novedades que ocurrieran y de las tandas existentes y convoyes formados, al General en Jefe é Intendente del Ejército. (1)

Al comenzar el siglo XIX, los antiguos Intendentes encargados de la asistencia de las tropas y al propio tiempo de la administración civil, fueron sustituídos por los Intendentes modernos, que

(1) Blazquez, *Bosquejo histórico de la Administración militar española*.

funcionando independientemente de toda autoridad que no sea los Jefes militares, y desde aquel momento los Ordenadores, Contadores y sus Oficiales, pasaron á constituir el cuerpo que hoy se conoce con el nombre de *Administrativo del Ejército.*

Como en el siglo XVII, continuaron en el XVIII prestando su servicio á los soldados enfermos ó heridos los hermanos de la caritativa orden religiosa de San Juan de Dios. En la guerra de Sucesión, en la declarada en 1762 á España por Inglaterra y Portugal, en la Habana el año 1779, en las islas Lucayas, en la conquista de Menorca, frente á Gibraltar, en los hospitales de Cartagena y de la Habana, en las costas y en los campos de España como en América, vemos figurar honrosamente á los Hermanos. Corona y remate de esta serie de servicios sanitario-militares es la diligente y sufrida asistencia de heridos y enfermos en las campañas de 1793 á 95 con la república francesa, asistencia que desempeñaron 49 Hermanos afectos á las siete divisiones que paulatinamente entraron en campaña. Desempeñaban 3 Hermanos plaza de Médicos de número del ejército, 2 la de Ayudantes de cirugía, 2 las de Cirujanos latinos, 4 la de Cirujanos romancistas, 1 la de practicante mayor de Medicina, 2 la de practicantes de cirugía y 35 la de enfermeros mayores. Este personal prestó servicios que sería difícil estimar, tratándose del crecido número de enfermos que hubo en los tres ejércitos del Norte; asistió á los combates, recogiendo á los heridos en las avanzadas; curó en los hospitales y legó á su institución y á la historia patria un nobilísimo recuerdo.

Hasta aquí hemos visto cómo se prestaba el servicio sanitario antes de la creación de hospitales militares permanentes dotados del correspondiente personal. Veamos ahora cuándo y en qué forma tuvo lugar esta mejora.

El documento que puede considerarse de hecho como la plantilla de un establecimiento de esta clase y en que se dibuja ya la colectividad sanitaria, con sus diversas jerarquías, es la *Real Ordenanza sobre la fuerza de los Regimientos de Infantería, Caballería y Dragones, sus sueldos, los de la Plana Mayor de los Regimientos y del Ejército, hospital de él, mando que han de tener los oficiales de todos grados,* etc. Lleva la fecha de 28 de Septiembre de 1704 y en sus artículos 124 á 129, concernientes al *Hospital del Ejército,* dice que existirán en él:

124. Un Doctor, que gozará duscientos escudos al mes.
125. El Cirujano mayor, ciento y cincuenta escudos.
126. El Boticario, cien escudos.
127. Dos Ayudantes del Cirujano mayor, cien escudos cada uno.
128. Doce Practicantes de Cirujano, cincuenta escudos cada uno.
129. Treinta acémilas para el Hospital.

Diez y siete años más tarde Felipe V confirmó implícitamente la existencia de esta colectividad en un *Reglamento y Ordenanza sobre las horas en que manda el Rey se haga el servicio en sus Reales Hospitales de Exércitos y Plazas; y en las que se harán las visitas y la administración de los remedios, medicinas y alimentos, las cuales manda Su Majestad á los Intendentes, Comisarios Ordenadores y Ordinarios hagan observar y guardar por todos los Oficiales dependientes de los Reales Hospitales,* fechado en Madrid á 20 de Diciembre de 1721. Este reglamento, en que ya figuran escalas de antigüedad, derechos y obligaciones, sirvió probablemente de base al que es conocido con el inexacto título de *Ordenanzas de Hospitales de 1739,* debido á un experto Comisario Ordenador, cuyo nombre se ignora. En este reglamento se clasifican detalladamente todos los servicios, tanto los permanentes de plaza, guarnición ó reino, como los transitorios ó de campaña, se trata de poner coto á los muchos abusos que se cometían y se organiza sabiamente el personal; sin embargo, las dilapidaciones que se cometían y el exceso de empleados dieron lugar á la supresión de los hospitales militares en tiempo de Fernando VI, dejando sólo el de Cádiz, que propiamente era de Marina. Extinguióse también en 1748 el personal de médicos y cirujanos procedentes de los suprimidos hospitales, y se dispuso que los militares en guarnición ó en cuarteles fuesen asistidos en los hospitales civiles. El marqués de la Ensenada, autor de estas medidas, propuso á Carlos III, y ordenó éste, la fundación en el Hospital Real de Barcelona de un colegio de Cirugía médica para que fueran asistidos los regimientos por profesores aptos. Aprobáronse los

Estatutos de este Colegio en 1764, y desde este año figuró oficialmente el Colegio de Cirugía de Barcelona en el Estado Mayor del ejército (1). Creóse en 1780 otro en Madrid, idéntico en un todo al de Barcelona, y diéronse en Febrero de 1787 unas Ordenanzas (2). Ocho años después (1795) fueron aprobadas en Aranjuez las *Ordenanzas que debian observarse por el Real Colegio de Cirugía de Barcelona, Cuerpo de Cirugía militar, Colegios subalternos y Cirujanos del Principado de Cataluña*, con la mira de dar mas completa la enseñanza y de formar perfectos profesores para socorrer á los pueblos, *regimientos, hospitales militares y de campaña*. La significación y alcance de las frases *Cuerpo de Cirugía militar* se declara expresamente en el Capítulo XIX, párrafo 12 de las citadas Ordenanzas, en que se lee: «La Plana ó Estado Mayor de los Cirujanos del Exército, formara con los de los regimientos un Cuerpo de Cirugía del Exército con el nombre de *Cuerpo de Cirugía militar*. La dirección de este cuerpo la tuvo una Junta Superior Gubernativa, que figura ya en el Estado militar de España de 1798 y 1799. Pero en los de 1800 á 1805 no se hace mencion de ella, y en 30 de Julio del último año Carlos IV aprobó un *Reglamento para el gobierno del Cuerpo de Cirugía militar del Exército*, que fué el código donde quedó consagrada la existencia independiente del instituto medico-militar. Este figuró ya en las *Guias de Forasteros* de 1806, 1707 y 1808, con los siguientes terminos: «*Cuerpo de Cirugía Militar*. Se compone de la Junta Gubernativa, de un Cirujano mayor con honores de Cirujano de Cámara, de dos Consultores de número y de dos supernumerarios con residencia en Madrid, de ciento veinte primeros

(1) «En los referidos Estatutos y Ordenanzas se estableció que los dos Ayudantes Consultores del Cirujano mayor del Ejército sustituyesen á éste en ausencias y enfermedades, ocupando el más antiguo, ó el más inteligente de los dos, el asiento que á aquél le correspondiera, y teniendo las mismas prerrogativas y obligaciones que el Cirujano mayor del Ejército á quien sustituyese; se preceptuó que en lo sucesivo habían de ser de nombramiento Real todos los maestros del Colegio, recayendo la elección sobre propuesta de los más hábiles é idóneos, que al efecto formaría el primer Cirujano de Cámara *en quien concurría el cargo de Proto-Cirujano de los Ejércitos*; se mandó que todos los sábados se celebrasen academias para la lectura y examen de historias clínicas que ilustrasen y completasen la enseñanza, aclarando puntos dudosos ú oscuros de la ciencia, haciendo obligatoria la asistencia para todos los maestros del Colegio, Cirujanos de la Armada ó de Regimientos de guarnición en Barcelona y Cádiz, y principalmente para los discípulos de la Escuela se dispuso que todos los Cirujanos de Regimientos y Hospitales militares que residiesen en el Principado catalán estuviesen sujetos en lo económico de la Facultad y estudio al Cirujano mayor del Ejército, así en tiempo de guerra como de paz, mandando expresamente S. M. le considerasen como á tal jefe, obedeciendo sus órdenes sin la menor resistencia, é imponiendo severos castigos y aun suspensión de empleo á los que faltasen á este mandato. A este fin se previno (art. II del tít. XV) á los Inspectores generales, Coroneles y demás á quienes correspondiera, celasen y ayudasen por su parte á que esta Real disposición tuviera cumplido efecto, obligando á los Cirujanos que estuviesen bajo su mando á tener subordinación á dicho Cirujano mayor del Ejército, por convenir así al Real servicio y á la salud de sus vasallos: se les otorgó el derecho de recurrir al Rey, por conducto del Proto-Cirujano, en demanda de reparación de cualquier agravio ó queja que pudieran tener del Cirujano mayor por el ejercicio de su autoridad; se encargó al Cirujano mayor que obligase á los Cirujanos de los Batallones á que asistiesen, siempre que sus ocupaciones lo permitieran, á los Hospitales de campaña donde hubiera muchos enfermos, porque esta asistencia redundaba en utilidad de lo demás del Ejército; á cuyo fin daría parte á los Coroneles ó Comandantes de los Regimientos, los cuales, sin causa justa, no pondrían dificultad alguna á que los Cirujanos de sus respectivos cuerpos prestasen este servicio temporal: se consignó que los Coroneles ó Comandantes, siempre que sus respectivos cuerpos carecieran de Cirujano, pidiesen al Cirujano mayor propuesta de tres sujetos capaces é idóneos para aquel empleo, los cuales habian de ser de los más adelantados discípulos de los Reales Colegios de Barcelona y de Cádiz, ó de otra parte donde se enseñase la Cirugía con el mismo método, bien entendido que debían los propuestos haber completado sus estudios, y estar examinados y aprobados antes de que recibiesen su nombramiento: se obligó á todos los Cirujanos de Regimiento á que tuvieran los instrumentos de amputación y trépano, con todos los demás usuales y necesarios á un facultativo, los cuales serian presentados al Cirujano mayor del Ejército, sin cuya previa diligencia no podrían aquellos cirujanos ser puestos en posesión de su plaza, se autorizó al Cirujano mayor para expedir á los Cirujanos de los Regimientos certificaciones de los años que hubiesen servido, á fin de que les valieran para su jubilación ú otros fines, prohibiendo á dicho Cirujano mayor la expedición de estos certificados, sin que previamente hubiesen dado los que les correspondian los respectivos Jefes militares. Por justo derecho de reprocidad se admitió que pudiesen ingresar en el Ejército los que hubiesen hecho sus estudios en el Colegio de Cádiz, del propio modo que los que hubieran estudiado en Barcelona podrían servir en la marina: se autorizó al Proto-Cirujano para expedir títulos de cirujanos latinos á los que hubiesen cursado en seis años y obtenido aprobación en los nueve exámenes que se marcan, de todas las materias que habían de enseñarse en el Colegio, reputándoseles por tanto, libres para ejercer su profesión en todo el Reino, como si hubiesen sido recibidos en el Proto-medicato, ó graduados en alguna de las universidades. Por último, se mandó que para cualquiera enmienda, aumento ó supresión que se juzgasen necesarios en estos Estatutos y Ordenanzas, se diese cuenta á S. M. por el primer Cirujano de Cámara y Proto Cirujano de los Ejércitos, con el oportuno dictamen del Director y maestros de la escuela, lo cual y todo lo que concerniera á estos asuntos *se entendería por la via reservada de Guerra, como asunto privativo de ella, mediante á que el principal fin á que se dirigió la Real atencion de S. M. en el establecimiento de estas nuevas escuelas, había sido el que la tropa, así de mar como de tierra, no careciese del importante alivio de profesores acreditados en la Cirugía.» Breves apuntamientos* ant. citados.

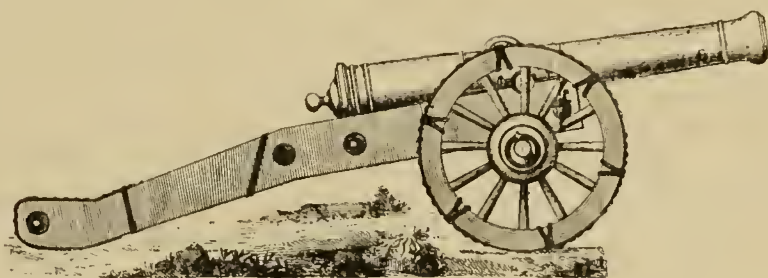
(2) «Se preceptuó en ellas (párrafo IV, cap. VII, de la parte III) que de cada tres ternas de propuestas hechas por el Cirujano mayor del Ejército para los Coroneles de Regimiento, á fin de cubrir las plazas de Cirujanos vacantes, las dos primeras fuesen de discípulos del Colegio de Barcelona, y la tercera del de Madrid, y muy especialmente se encargó á dicho Cirujano mayor vigilase para que en ninguno de los regimientos ó cuerpos del Ejército, sin exceptuar las Compañías de Guardias de Corps, Brigada de Carabineros Reales, Batallones de Reales Guardias Españolas y Walonas, fuese recibido cirujano que no hubiera aprendido en los mencionados Colegios.» *Ibidem*

Ayudantes y noventa y cuatro segundos para los Cuerpos del Exército y Hospitales militares, y de setenta y seis colegiales, que se instruirán en los Reales Colegios de Madrid, Barcelona, Burgos y Santiago.» Y á continuación detalla el personal que constituye la Plana Mayor.

Por último, en las *Reales Ordenanzas para el régimen y gobierno de la Facultad de Farmacia*, aprobadas en 1800, figura un capítulo en que se trata del *Régimen que deberá observarse en las Boticas de los Exércitos y Armadas de S. M.* Resultó, pues, este ramo del servicio sanitario, amalgamado con las Escuelas de Farmacia, por no reconocerse aún su necesaria y justa independencia.

III

Consignados ya los datos indispensables para el conocimiento de la organización de las Armas de infantería, caballería, artillería, y de los cuerpos de ingenieros, administración y sanidad,



Cañón de fines del siglo XVIII

pasemos ahora á dar cuenta de la especial que en los siglos XVII y XVIII tuvieron los centros militares de que dependía el ejército y algunos otros cuerpos auxiliares, para entrar luego en el estudio del armamento y táctica que tuvieron nuestras tropas en el transcurso de los expresados siglos.

Hemos dicho ya al ocuparnos de la milicia española en la segunda mitad del siglo XVI, que los asuntos de *Guerra* los despachaba un Consejo especial al que se daba este calificativo. Las órdenes relativas al ejército dábanse con el nombre y la firma del monarca y la del secretario de Estado, ó bien sólo con la de éste, *por su mandato*. Las encabezaba, como ya sabemos, la cláusula: *Estado.—Mar y Tierra*, porque el negociado de Guerra dependía de aquél, y el secretario de Estado que despachaba con el monarca tenía á sus órdenes al secretario de la Guerra. Pero en 1585 se estableció una separación en la secretaría de la Guerra, creándose una de *Tierra* y otra de *Mar*, separación que cesó en 1600 sólo por seis años; se restableció de nuevo, y así continuó hasta el advenimiento de Felipe V al trono. Este monarca resolvió, con fecha 11 de Julio de 1705, que las secretarías del despacho universal, en el que estaban comprendidas las antes citadas, se dividieran en dos, despachándose por la una todo lo que tocare á *Guerra* y *Hacienda*, y por la otra todo lo demás. El personal de aquélla se compuso de nueve secretarios y dos oficiales; y al frente de este personal se puso al marqués de Grimaldo. En 1714 se separaron estas dos secretarías, suprimióse la de *Indias* y *Marina*, y agregóse lo concerniente á la segunda á *Guerra*, y en 1717 se redujeron las secretarías de Estado, Guerra, Justicia, Indias y Hacienda á tres, quedando subsis-

tente la de Guerra y Marina. Aunque el título de Secretario sea de los que figura en segundo término, era entonces de los más elevados; y á los que le tuvieron, otorgáronseles varias é importantes prerrogativas y exenciones; entre ellas la de ocupar el mismo puesto que la nobleza en todos los actos. A principios del presente siglo el personal á sus órdenes se modificó, constituyéndolo dos oficiales mayores y diez y seis clasificados de primero á octavo. Un archivero y dos oficiales estaban encargados del Archivo. La secretaría de Guerra y Marina., tal como se constituyó en 1717, permaneció hasta 1808, desempeñándola los señores siguientes:

Alta			Excmos. Sres. Ministros de la Guerra	Baja			Observaciones
Día	Mes	Año		Día	Mes	Año	
11	Julio.. . . .	1705	D. José Grimaldo.	13	Noviemb .	1714	
13	Noviemb. .	1714	D. Miguel Fernandez Durán, Marqués de Tolosa. . .	5	Mayo. . .	1721	
5	Mayo. . . .	1721	D. Baltasar Patiño, Marqués de Castelar.	3	Noviemb. .	1736	
18	Marzo. . . .	1737	D. José Carrillo de Albornoz, Duque de Montemar. .	»	»	1741	
13	Noviemb. .	1741	D. José del Campillo.	14	Mayo. . . .	1743	
14	Mayo. . . .	1743	D. Cenón de Somodevilla, Marques de la Ensenada. .	21	Julio.. . . .	1754	Título siendo ministro.
21	Julio.. . . .	1754	D. Sebastián Eslaba	25	Junio. . . .	1759	
25	Junio. . . .	1759	D. Ricardo Wall	4	Octubre. .	1763	Interinamente.
4	Octubre. . .	1763	D. Leopoldo de Gregoria, Marqués de Squilache. . .	24	Marzo. . .	1766	
5	Abril	1766	D. Juan Gregorio de Muniain.	»	»	1780	
4	Febrero. . .	1772	D. Antonio Funes de Villalpando, Conde de Ricla. .	15	Julio.. . . .	1785	Interinamente. Tituló siendo ministro.
15	Julio	1780	D. Miguel de Muzquiz, Conde de Gausa.	6	Febrero. . .	1785	Idem ídem.
6	Febrero. . .	1785	D. Pedro López Lerena	24	Junio. . . .	1787	Interinamente.
24	Junio . . .	1787	D. Jerónimo Caballero.	25	Abril . . .	1790	Idem.
25	Abril	1790	Conde del Campo de Alange.	12	Diciembre .	1795	
12	Diciembre .	1795	D. Miguel José de Asauza.	21	Octubre. . .	1796	
21	Octubre. . .	1796	D. Juan Manuel Alvarez.	4	Septiembre	1799	
4	Septiembre	1799	D. Antonio Cornel.	14	Febrero. . .	1801	Idem.
14	Febrero. . .	1801	D. José Antonio Caballero, Marques de Caballero . .	24	Noviemb.	1807	Idem. Tituló siendo ministro.
3	Julio.. . . .	1805	El bailío Frey D. Francisco Gil.	7	Agosto . . .	1805	Idem durante la enfermedad del anterior.
7	Agosto . . .	1805	D. Pedro Ceballos.	»	»	»	Idem, idem y la del bailío Gil.
25	Noviemb. .	1807	D. Antonio Olaguer Feliu.	6	Abril . . .	1808	
6	Abril	1808	D. Gonzalo O Farril.	»	»	1808	

El Consejo Supremo de la Guerra continuó subsistiendo en el siglo XVII, teniendo sus individuos iguales preeminencias, distinciones y categorías que los de igual clase del de Justicia. Hasta mediados de este siglo no se fijó el número de consejeros, que fueron por entonces cuatro y en 1691 asistían también á él el Capitan general de la Artillería y el Comisario general de la Infantería y Caballería. Entre las reformas que introdujo Felipe V en el ejército y en la administración se cuenta también la de este Cuerpo. Dióle 16 consejeros de planta, y competencia en cuanto se relacionaba con el Ejército y la Marina. Hasta 1715 se compuso de magistrados militares y civiles; en este año figuraron entre los primeros, generales de la armada. Modificóse en 1717 la Constitución del Consejo, y volvióse á modificar en 1724, quedando tal como se encontraba antes. Dióse en 1766 los honores de mariscal de campo á sus individuos, y al expirar el siglo sufrió nueva reforma, en virtud de la cual se establecieron 10 consejeros natos y otros de continua asistencia (1).

(1) «Eran los primeros el ministro de la Guerra, el capitán más antiguo de Reales Guardias de Corps, el coronel más antiguo de los dos regimientos de Reales Guardias de infantería, los cinco inspectores genemles de infantería, caballería, dragones, marina y milicias y los comandantes generales de artillería y de ingenieros; eran los segundos dos generales del Ejército, dos de la Armada, dos intendentes, uno para cada ramo, y cuatro letrados.

»Además de estos consejeros formaban parte del Supremo, como empezó entonces á denominarse el Consejo, un fiscal militar, otro togado y un secretario.

»Las Juntas eran presididas por el monarca, y en ausencia suya, por el ministro de la Guerra, á quien se daba el título de Decano, así como al consejero militar más antiguo el del subdecano, quien presidía la sala de Justicia.

»Los consejeros natos asistían por obligación á los plenos, y cuando les parecia bien, á la sala de gobierno, formada por los consejeros militares de continua asistencia; pero no el subdecano, por los intendentes, fiscales y secretario y el ministro togado más antiguo.

»Los asuntos sometidos al Consejo se repartian para su despacho al tenor siguiente: á la sala de Gobierno los consultivos y expedientes civiles y criminales, cuya determinación tenía lugar por las ordenanzas del Ejército, y á la de Justicia las causas referentes al fuero militar y de carácter contencioso, para cuya resolución habían de aplicarse las leyes civiles.» Campo, *Hist. de las Armas generales*, etc.

Además de estos consejeros formaban parte del Consejo supremo un fiscal militar, otro togado y un secretario.

Al ocuparnos de los cuerpos de Artillería é Ingenieros hemos hablado de sus respectivas Direcciones y parece oportuno el consagrar aquí algunas líneas á los de Infantería y Caballería, para completar las que venimos dando respecto á los institutos del Ejército. El Comisario general de guerra creado en 1587 por D. Felipe II para que entendiera en todo lo relativo á la organización del Arma, fué en realidad el primer jefe superior que tuvo la infantería. Este funcionario tenía á sus órdenes cierto número de tenientes que en el siglo XVII se convirtieron en inspectores, inspectores que revisaban los regimientos, cuidaban de su disciplina y policía, y entregaban trimestralmente al Rey, al Ministro de la guerra, á la autoridad militar en cuya demarcación se hallaban y al maestre de campo general el estado de fuerza de los cuerpos inspeccionados. En 1704 comenzó la separación en Direcciones independientes; se dió á la infantería un solo Director, sin otro mando en la guerra que el que por su graduación le correspondía; y lo propio se hizo en el arma de caballería, donde existían, como en infantería, varios inspectores; éstos, quedaron reducidos á dos, uno para la caballería y otro para los dragones. En una y otra arma se suprimió el empleo de Director general en tiempos de Carlos III, siendo reemplazado el de infantería por un inspector de infantería y milicias, y quedando unida la Dirección de caballería al Ministerio de la guerra. Al comenzar el siglo XIX existían al frente de aquélla dos inspectores, que en 1842 se redujeron á uno y en 1847 convirtióse en Director General. El inspector que permaneció al frente de la caballería, se convirtió en Director el mismo año.

Ya hemos dicho cuándo comenzó á sonar en España el título de *Capitán General* (1): hacia 1696 era el más elevado que existía en la milicia; en 1702, creáronse las categorías de teniente general, mariscal de campo y brigadier (2). La ordenanza en que esto se menciona, promulgada el 10 de Abril y conocida con el nombre de Ordenanza de Flandes, consigna que existían como jefes superiores en la infantería, los generales de batalla, en la caballería los tenientes generales y en la artillería el general; ascendíase á estos empleos, pasando por los de maestres de campo ó coroneles, siendo el jefe superior de todos estos el maestre de campo general. Pero esta organización, dice un autor militar, entrañaba un defecto que no se corrigió hasta entonces: «Consistía en que no había gradación armónica en los grados ó empleos de la milicia, y al subir los maestres de campo á generales, adquirían una autoridad demasiado grande con relación á la gozada en la anterior jerarquía. En su virtud, aquel monarca dispuso se estableciera la clase intermedia de brigadier, por el artículo 135 de la ordenanza, para mandar hasta su inmediato ascenso cierto número de regimientos en una sola agrupación, adquiriendo así experiencia y acierto para dirigir después los ejércitos, y estos brigadieres se elegían entre los maestres que por sus relevantes méritos y adhesión al Rey se mostraban dignos de una recompensa. Por el siguiente artículo 186 se confirió á la dignidad de mariscal de campo, empleo creado al mismo tiempo, títulos que desaparecieron ya para siempre, y sobre la indicada jerarquía se puso la de teniente general, reservada exclusivamente para los generales de artillería y caballería, y maestre de campo general, quedando de esta manera uniformados los ascensos. Estos dos últimos jefes tenían bajo sus órdenes á los directores é inspectores, y por ellos eran sustituídos en ausencias y enfermedades, y al de artillería reemplazaba el general que le estaba subordinado.»

En 1728 suprimiéronse los destinos de general de la caballería y maestre de campo general, y en 1756 el de capitán general de artillería, creándose en su lugar el empleo de Director general de Artillería é Ingenieros, que fué conferido al Teniente general de ejército conde de Aranda.

En 1676 fueron suprimidos los tenientes de maestre de campo general y reemplazados por

(1) Véase la página 609 del tomo II.

(2) Aunque el nombre de *brigadier* suene ya en la primera mitad del siglo XVII, en que á consecuencia de haberse distribuído la caballería en brigadas, se dió el mando de ésta á unos cabos denominados *brigadieres;* este cargo era solo eventual y no constituía una jerarquía fija y con atribuciones determinadas. Tampoco merece reconocerse la filiación entre los modernos mariscales de campo y los creados en le siglo XV.

los sargentos generales de batalla, ó, como se les llamó para abreviar, generales de batalla.

El nombre de Estado Mayor aparece en las ordenanzas de 1702. Lo componen un mariscal de logis (tal como suena) para la caballería, y un mayor general para la infantería, ambos de la clase de brigadieres y coroneles. El más antiguo sargento mayor de los cuerpos, pasó á serlo de la brigada, a las órdenes de aquéllos. Era de la incumbencia del cuartel maestre ó mariscal de logis lo relativo a las marchas, campamentos, posiciones, avituallamiento; correspondía al sargento mayor la parte material del servicio, para cumplir lo que, tenía á sus órdenes dos ayudantes, el capitán de guías y el *waguemaestre general* (encargado de la buena conducción de las equipajes). Duró hasta 1768 el cargo de mariscal de logis; pues en este año fué reemplazado por el mayor general de caballería y dragones.

Tal como estaba constituido este personal, tenía un carácter transitorio, pues disolvíase termi-



General en jefe y sus ayudantes (reinado de Carlos IV) según una estampa de la época

nada la campaña; pero en la plantilla aprobaba en 1796 para el ejército de observación de Extremadura y en la de 1801 para los de Portugal, comienza á vislumbrarse la independencia del cuerpo de E. M.; en ésta sobre todo, pues el personal destinado al referido servicio, se organiza en secciones, a cuyo frente se pone un *Jefe de Estado mayor general*. Y no podemos adelantar ya más noticias relativas á este cuerpo porque traspasaríamos los obligados límites de esta reseña.

Data también del siglo XVIII el origen del cuerpo de Estado Mayor de Plazas, cuyo personal, según la Ordenanza de 1706, se componía de gobernadores, tenientes de rey, sargentos mayores, ayudantes primeros y segundos, capitanes de puertas, veedores, contadores y un oficial dependiente de cada uno de ellos. Estas plazas se adjudicaban á militares achacosos ó heridos. Las funciones del personal las determinan las Ordenanzas de 1768 con toda exactitud; y son, con algunas modificaciones, de índole idéntica á las actuales. Desde esta fecha hasta 1842, en que se reorganizó el cuerpo, sólo sufrió muy ligeras reformas el citado reglamento.

Reformáronse también en tiempos de Felipe V las compañías destinadas á guardia de la real persona, que antes de 1707 lo componían tres: en este año refundiéronse en una sola de infantería denominada de alabarderos, y en unión de los *Guardia de Corps*, creados en 1704 y di-

vididos en 4 compañías de á caballo, compusieron las tropas de la Casa real, hasta 1821, en que se extinguieron los *Guardias de Corps*. Los alabarderos han continuado hasta nuestros días.

En el siglo XVII no funcionó cuerpo alguno armado para garantir la seguridad de las personas en despoblado; pero en el siglo XVIII organizáronse varios, entre ellos las escuadras de Valls, las compañías del reino de Aragón y la de fusileros de Valencia, los escopeteros de Getares, los fusileros guarda-bosques, los escopeteros de Andalucía, la compañía suelta de Castilla la Nueva, las rondas volantes de Cataluña, y otros. Algunas de estas compañías sueltas tuvieron por cometido perseguir el contrabando.

Las Ordenanzas de Flandes de 1587, dadas por el célebre Alejandro Farnesio no sufrieron alteración en lo que respecta á la justicia militar; sólo que á fines del siglo XVII, además del auditor general de ejército y de los particulares de tercio, creáronse uno por Capitanía general y otros dos para las Comandancias de Ceuta (1668); número que en el inmediato siglo se aumentó con otros dos para Gibraltar (1779). Eran designados por el Rey, á propuesta del Consejo de Guerra y ejercían según un título en que ya se marcaba su jurisdicción y funciones cerca de la autoridad militar á quien asesoraban. Las atribuciones de los auditores experimentaron gran desarrollo con la institución del fuero militar en tiempo de Felipe V, de esos derechos que algunos llaman ilegislables é imprescriptibles, por no haber necesidad de consignarlos en código alguno, pero que fijaron las relaciones que debían existir entre la sociedad militar y la civil, no obstante que entrañaban un gran defecto á juicio del que esto escribe, defecto no en su esencia, sino en la forma de aplicarlos, por no haberse establecido un solo fuero en el Ejército, habiendo tantos cuantos eran los cuerpos del mismo. Las tropas de la Casa real, la artillería, los ingenieros, la marina, la hacienda militar, los capellanes, todos los institutos tenían su fuero privativo, diferente de los demás. El propio cuerpo jurídico obtuvo también sus privilegios especiales (1).»

Es curiosa la relación que hace el escritor militar D. Tomás de Puga y Rojas en la obra que dió á la estampa en 1707, de los trámites que seguía una causa militar «breve y sumariamente, dice, sin estrépito y segura de juicio.» Puesto en prisión el delincuente, el sargento mayor ó Ayudante daba parte al coronel ó gobernador de la plaza, dentro del plazo de veinticuatro horas, y solicitaba autorización para tomar declaración al acusado y presentarle en consejo de guerra. Obtenida, examinaba á los testigos, luego al reo y hacía ratificar á aquellos en sus declaraciones, después los careaba y solicitaba la reunión del consejo de guerra. Reunidos los capitanes que debían componerlo en casa del gobernador ó del coronel, leídas las piezas de la causa y platicada la conclusión, hacíase presentar al reo para que diera su descargo, concluído cuyo acto se procedía á la votación, teniendo entendido que para condenar á muerte no podían ser los votos menos de siete y siempre debía haber dos votos más para conceder la vida. Puga da otros curiosos detalles respecto á este particular, y concluye diciendo que en el caso de ser el delincuente condenado á muerte, se ejecutaba el mismo día, leyéndole la sentencia y confesándole. Formaban las tropas en batalla, se volvía á leer la sentencia á la cabeza del batallón, se hacía la descarga contra el reo y desfilaba la tropa junto al cadáver (2).

Carlos III se dedicó á mejorar la constitución del cuerpo jurídico, y á este fin dictó la ordenanza de 22 de Octubre de 1768, en la que minuciosamente se detallan las atribuciones del auditor general en campaña y de los auditores de provincia. Los elevados sueldos que se le señalan, prueba la importancia que se daba á este servicio. Hasta 1852 no tuvo, sin embargo, verdadera forma el cuerpo jurídico militar.

No estará de más que continuemos aquí algunas noticias relativas á otro instituto afecto al ejército: el clero castrense.

En los últimos años del siglo XVI cuidó Felipe II de que existiese un capellán por compañía; Felipe IV determinó lo mismo respecto cada una de las que constituían el tercio (Junio de 1632),

(1) Campo, op. citada.
(2) *Compendio militar.*

y á fines del siglo figura en la plana mayor de cada tercio un capellán mayor, vicario de los que existían en las compañías. Estos capellanes mayores se hallaban sujetos á los respectivos diocesanos, lo que producía serios inconvenientes, dada la movilidad de los ejércitos, y, para remediarlos,



D. Antonio de Ulloa

Felipe IV impetró y obtuvo del Papa que la jurisdicción eclesiástica castrense fuera ejercida por un sacerdote propio del ejército (1644). Hasta el reinado de Carlos III, la capellanía mayor de cada ejército fué desempeñada por un prelado. En 1762 el vicariato general del ejército y el de la armada constituyeron uno sólo. Los capellanes nombrados antes de 1783 por los maestres de campo, fueron elegidos desde dicho año por la autoridad superior castrense, previa propuesta al Ministro de la

Guerra. Cuidaban estos capellanes de la asistencia espiritual de los soldados y llevaban un libro de registro donde anotaban las partidas de bautizos, casamientos y defunciones, arreglándose para esto á las filiaciones que constaban en el libro maestro de las mayorías de cada cuerpo. También se nombraron capellanes para el servicio de los hospitales, fortalezas y cuerpos de inválidos. Su categoría, era, en 1804, equivalente á la de capitán, para el goce de alojamiento y otros beneficios. Los años de servicio les servían para optar á una canongía.

Pongamos fin á esta breve reseña con algunos datos relativos á los inválidos.

Muy efímera fué la protección dispensada antes del siglo XVIII á los inutilizados en campaña; el soldado que quedaba en tan triste situación iba á pasear su desgracia por las calles y los caminos implorando el mísero sustento, ó acudía á la bazofia conventual. No le quedaban otros recursos que ser un mendigo ó un fullero, salvo los casos en que por excepción rara obtenía algún *goce* ó *ayuda*, no siempre pagado con puntualidad. Felipe V, como ya hicimos constar al ocuparnos de la organización de la infantería, ordenó en 1706 el descuento de dos cuartos por escudo á los individuos del ejército activo, con destino á las Cajas de Inválidos, y en 1717 organizó cuerpos de los mismos, distribuyéndolos en 4 batallones con sus correspondientes cuadros de jefes y oficiales (1) y residencias fijas. En 1732 estos batallones formaron regimientos y se les destinó á prestar servicio alternando con los cuerpos activos, á cuyo efecto se les clasificó en *útiles* é *inútiles*. Fernando VI determinó en 1753 que se estableciera en la villa de Toro al cuerpo denominado de *inválidos inhábiles*, constituído por seis compañías, y Carlos III reglamentó en 1761 los cuerpos existentes, dividiendo los llamados de *hábiles* en 30 compañías que se repartieron en Madrid, Castilla, Galicia, Andalucía y Guipúzcoa, y los *inhábiles* en dos cuerpos de 800 plazas cada uno, y destinados á Sevilla y San Felipe. Los inválidos hábiles residentes en Madrid, prestaron desde aquella fecha hasta 1804, el servicio de vigilancia pública. En este último año se les destinó á Toro y á Lugo, con parte de los que residían en Játiva y Sevilla; y hasta la conclusión de la gloriosa guerra de la Independencia no fueron nuevamente organizados. Las vicisitudes que desde entonces ha sufrido este Cuerpo, no cumple narrarlas en este ESTUDIO, cuyos obligados límites son los primeros años de la presente centuria.

IV

Terminada ya la reseña orgánica de los distintos cuerpos que constituían el ejército español durante los siglos XVII y XVIII, parece oportuno dedicar algunos párrafos al armamento empleado en los citados siglos.

Ya se puso de manifiesto en el ESTUDIO DÉCIMO del Tomo II, las diferencias que existían entre el arcabuz y el mosquete, usados por una parte de la infantería en la segunda mitad del siglo XVI, y ya se dijo también que existieron á la par los mosquetes de *mecha*, y los de *rueda*, explicándose de paso los motivos á que se debió el empleo de la *cuerda-mecha*, cuando ya se había inventado la llave de rueda; asimismo se dió cuenta de la aparición del *pistolete* y de la *pistola*, mosquetes de pequeño calibre que constituyeron el armamento de la caballería; y de la existencia de arcabuces de parapeto y mosquetes de muralla, cuyo peso y mayor alcance colocaba á estas armas entre las propiamente manuales y las piezas de artillería. En el siglo XVII todos los esfuerzos se encaminaron á perfeccionar las llaves y á proteger su mecanismo, que estaba á descubierto, reduciendo el volumen de las piezas y colocándolas en el interior del cuerpo de la llave. Tal hicieron los alemanes y franceses; mas aunque parezca extraño, en 1674 todavía el mosquete de mecha estaba en uso en Francia, y, según las Ordenanzas reales, debía tener su cañón 3 pies y 8 pulgadas, y con su caja ó montura 5 pies, siendo aquélla de nogal. Saint-Remy dice en sus cé-

(1) Véase la página 547.

lebres *Memorias de Artillería*, que era el alcance de este mosquete de 120 á 150 toesas (1). En España se usó la llave de *miguelete*, en la que la chispa no se obtenía por el roce de una rueda de acero, como en la llave de rueda, sino por medio del choque de una piedra silícea ó pedernal contra una pieza de acero llamada *batería*, fija en la cazoleta por medio de un gozne con resorte. En esta batería hay que distinguir dos partes: la *tabla* que servía para cerrar la cazoleta y la superficie destinada á recibir el choque de la piedra. En el momento del choque la cazoleta quedaba descubierta, y la chispa producida inflamaba el cebo, comunicándose el fuego al cañón. Excelente al comenzar á hacer uso de ella, esta llave ofrecía el inconveniente de deteriorarse muy pronto, á causa de tener el mecanismo colocado en su parte exterior, es decir, á descubierto; y ya se puede comprender que el día en que las piezas tuvieran menor tamaño y todo el mecanismo quedara cubierto, se poseería un arma mucho más ventajosa que las precedentes. En efecto, después de algunas modificaciones y ensayos, apareció el *fusil*, llamado así del italiano *focile*, con que se designaba la piedra de chispa. No discutiremos la fecha de su aparición, que unos fijan en 1630, otros en 1670, ó en fechas más ó menos diversas, y que, á nuestro entender, puede admitirse entre el primero y segundo tercio del siglo XVII; pero sí debemos advertir que probablemente la palabra *fusil* debió designar en un principio, no el todo de la llave, sino el arma entera, admitiéndose ya, tal como hoy la venimos usando, á mediados del citado siglo. La llave del fusil era de chispa y constaba de diez piezas, las más importantes el percutor, el pie de gato con las quijadas, en las que se sujetaba la piedra, y el motor ó muelle real con la nuez.

Tropezó la adopción del fusil con los serios obstáculos que le opuso la rutina, y anduvo desairado hasta el último tercio del siglo XVII, adoptándose definitivamente en los primeros años del siguiente. Los generales de Luis XIV, que tenían por bueno el mosquete, quisieron á toda costa conservar el mecanismo de rueda; así es que dictaron las más severas penas contra los que usaran fusil; severidad engendrada por la idea de que siendo el fusil más ligero que el mosquete, debía tener menos alcance, y por lo tanto producir efectos menos temibles, cuando precisamente lo contrario era lo cierto. Sin embargo, en 1670, y como á extraordinaria concesión, el rey de Francia permitió cuatro fusiles por compañía y en 1687 seis. Creóse luego una compañía de fusileros para el servicio de las plazas fuertes, después un regimiento, hasta que, por fin, en 1692 cada compañía de infantería francesa tenía tantos mosquetes como fusiles, reduciéndose en consecuencia el número de los piqueros, que hasta entonces constituyó su núcleo. Es de notar que la introducción del fusil de chispa se debió á Vauban, quien concibió esta reforma inspirándose en el armamento empleado por los miqueletes catalanes. Se habla de este fusil en las páginas 116 y 133 de una *Relación de lo acaecido en Cataluña*, impresa en París sin nombre de autor, el año 1678, y se le denomina de *gispe* ó *gippe*, pareciendo indudable que el arma que Vauban recomendó en 1669 con tal denominación, no es otra que la de que hacen mención documentos oficiales de la época, entre otros el *Llibre de las armas que los oficials reals aportan en lo present offici del Mestre Racional*, existente en el Archivo de la Corona de Aragón, en cuyo libro consta la venta de ca-

(1) El Padre Tosca da en su *Compendio Mathemático*, la siguiente tabla del alcance del mosquete, según algunos autores de su tiempo:

Alcance del mosquete en pies geométricos, según diferentes autores

	Pies geométricos
Padre Miliet	730 hasta 852
Conde de Pagán	917
Padre Fournier y Vila	1,032
D. Sebastián Fernández de Medrano	786
Padre Zaragoza	850 hasta 1,000
D. José Chafrión	900 hasta 1,000
Ingeniero francés	650 hasta 850

El último autor citado por Tosca, es el anónimo cuya obra se publicó en Holanda con el título de *Le parfait ingenieur françaîse*, á principios del siglo XVIII y de la que se hicieron varias ediciones.

rabinas de desecho. Vauban supo apreciar la superioridad que los fusiles de chispa tenían sobre el arcabuz y el mosquete de mecha, y la destreza que en su manejo tenían los voluntarios catalanes; y de aquí el interés que manifestó en introducirlo en su patria (1). Sin embargo, el arma de fuego que hizo luego construir Vauban llevó juntos el sílex y la mecha, y se llamó *fusil-mosquete:* su duración fué escasa, concluyendo con él los perfeccionamientos del fusil y en especial el de la bayoneta.

Agitábase precisamente por entonces, entre los militares más distinguidos de Europa, la controversia relativa al armamento de la infantería, se aspiraba á convertir el arma de fuego en arma de asta, lo que no tardó á conseguirse con la invención de la bayoneta, y uno de nuestros escritores profesionales, el marqués de Buscayolo, escribía en el mismo año que acabamos de citar los siguientes párrafos: «Propusieron (Turena y otros mariscales franceses) de armar algunas compañías de escopeteros y de dar á cada soldado un hierro de partesana para llevar á la pretina, dispuesto con dos hierros y un muelle, de tal suerte, que disparando la escopeta pudiera encajar dichos hierros en la boca del cañón y afirmarlos con el muelle, sirviendo después la escopeta como de partesana. Admitió y mandó que se ejecutase esta invención la Señora Reina D.ª Ana de Austria, Regenta de Francia, y lo comprobó después la experiencia con sucesos siempre favorables contra la caballería é infantería. Mucho conviniera ampliar el uso de esta arma. La práctica que da el postrero lustre á las especulaciones, ha enseñado que, siendo escopetas y no arcabuces á cuerda, se suelen descomponer las llaves y no estar prevenidas las piedras, con que faltan muchos tiros; los hierros de partesana se pierden y se aflojan los muelles sin tenerse en los cañones; no se puede al mismo tiempo disparar y usar de la partesana; al ejecutar el golpe contra la caballería se hallan cortas, y no retirándolas para herir con más fuerza al caballo, puede recibirse algún daño... Mi parecer es, que á nuestros arcabuces ordinarios se añada una espada, en el lugar á donde suele ponerse la baqueta, á la cual se dará lugar á un costado. Esta (se refiere á la espada) será fuerte y robusta, y larga de 7 palmos, otro tanto que el arcabuz, y podrá sacarse hasta el regazo; el cual, quedando entre dos abrazaderas, se afirmará con facilidad y firmeza con uno ó dos tornillos, por lo que quedará largo el espada-arcabuz 13 palmos, quitando de los 14 el uno, que se le ha de embeber en la unión de estas dos armas. Con esto se evitarán los referidos inconvenientes; se formará una arma fuerte y que resista al poco cuidado de los soldados, y se ganarán además muchas ventajas, porque de lejos ofenderemos con balas, y volviendo á cargar los arcabuces sacaremos dicha espada, con que estrechándonos en firmes y bien ordenados escuadrones contra los arcabuceros enemigos, desarmados y desordenados, hiriéndolos con plomo y con acero, sin poder por ellos ser ofendidos, conseguiremos certísimo triunfo. Y aunque los franceses nos opongan sus pocas escopetas, no sólo tendremos la ventaja de ser superiores de número, pero con nuestras más largas espadas-arcabuces los alcanzaremos sin que puedan herirnos, y en el mismo tiempo á quema ropa dispararemos, mientras ellos tendrán tapado con la partesana el cañón de las escopetas (2).»

Este pasaje pinta con bastante exactitud el armamento que usaba la infantería en los ejércitos español y francés, muy entrado ya el último tercio del siglo XVII, así como las mejoras de que se creía susceptible; pero los adelantos en esta materia, sucediéronse con tal rapidez, que apenas entrado el siglo XVIII, ya las armas manuales de tiro, estaban en ambas naciones reemplazadas con el fusil provisto de *bayoneta*, conocido también con el nombre de *bis-arma*. La invención de la bayoneta ha dado lugar á diferentes versiones: quién la atribuye á un combate habido en 1641,

(1) Los catalanes fueron, según datos fidedignos, quienes primero emplearon estas armas de fuego cortas, y muy particularmente los montañeses, generalizándose luego en las tropas ligeras y cuerpos voluntarios; sólo que mientras en Castilla recibieron la denominación de *pedreñales*, en Cataluña se les dió el nombre de *xispas*. Comenzaron probablemente á usarlos los *somatenes* y *miguele tes* á principios del siglo XVII.

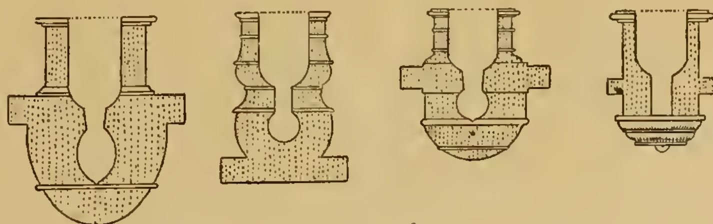
No debe confundirse el nombre de *pedreñal* con el petrinal (del francés *poitrine*, pecho); con éste se distinguían las armas de fuego cortas que se disparaban apoyadas en el *ristre* que llevaba el soldado en el peto de la coraza. La culata de dichas armas tenía forma á propósito para encajar en él, y de esta manera la mano izquierda dirigía la puntería, mientras con la derecha se aplicaba el *bota-fuego*.

(2) *Opúsculos*.

entre vascongados y contrabandistas, en el cual aquéllos hicieron uso de sus dagas, colocándolas en la boca de sus mosquetes; quién asegura que apareció en Flandes en 1642, quién en Holanda por el año 1647; lo cierto es que en el año 1671 se fabricaron en Bayona, y su uso se propagó bien pronto entre los ejércitos. En 1691 (según Meyer en 1689), un notable perfeccionamiento vino á aumentar su importancia: el general inglés Mackay inventó la bayoneta de codillo, que se fijaba en el cañón por su parte exterior, sin que el fusil perdiera su propiedad esencial de arma de tiro, y desde aquel instante tuvo para el soldado un doble valor, pues le convirtió en piquero y fusilero (1). Dejó la caballería de ser el terror de los peones, el fuego de las líneas no constituyó el único medio de combate, y vino á ser la infantería la principal base de los ejércitos.

El lector permitirá que reproduzcamos aquí los párrafos que, relativos al armamento de la infantería, escribíamos en una obra publicada en 1880 (2):

En el siglo XVII vemos usar las bayonetas á los dragones de la milicia austriaca, y al crearse en España, en el último tercio del expresado siglo, las primeras compañías de granaderos, fueron



SIGLO XVII.—Mortero con recámara elíptica.—Mortero con recámara esférica y muñones en la culata, invención del español D. Antonio González.—Mortero con recámara esférica, invención del mismo.—Mortero primitivo.

armadas con fusiles y bayonetas, para servirse de ellas después de haber disparado, á manera de medias picas. Por último, á fines de aquel siglo y principios del XVIII, la importante transformación de la bayoneta ideada por Mackay, entroniza esta arma, y con ella ya definitivamente el fusil. Por más que este último hubiese realizado un gran progreso sobre el mosquete, no dejaba, sin embargo, de tener sus defectos. En primer lugar la carga no estaba suficientemente protegida de la influencia del viento y de la lluvia, el oído se obstruía fácilmente después de un excesivo número de disparos, la batería y la piedra se inutilizaban en muchas ocasiones, tardando en producirse la chispa. En todo el siglo XVIII se puso especial cuidado en hacer desaparecer estos inconvenientes, concluyéndose por obtener los fusiles de *silex* en gran modo perfeccionados. Adoptamos en España el fusil en 1703, pero ya un real decreto de Abril de 1685, creando cuatro compañías de granaderos, disponía que fueran armadas con el de llave de *chispa* y *mecha* para evitar los inconvenientes que acabamos de mencionar, pues «en días de mucha agua, dice el decreto, suelen ser inútiles las mechas».

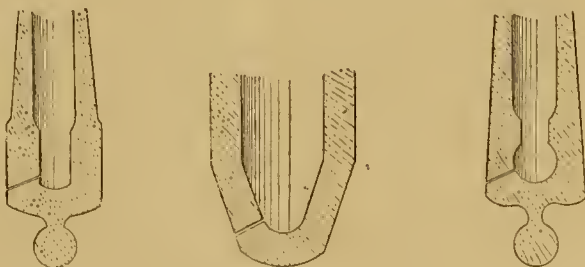
Al rayar el siglo XVIII eran los fusiles del calibre de á 16, con *baqueta* de madera. En un prin-

(1) Merecen conocerse las siguientes noticias relativas á la bayoneta. La primitiva era una larga hoja de acero fijada á un mango de madera del diámetro del cañón del mosquete, que se introducía en éste, y, como es consiguiente, al convertirle en arma de asta le anulaba para el fuego. La invención de la bayoneta de *cubo* y *codillo*, debía dar al fusil la doble propiedad de arma de tiro y asta; pero lo propio que la de la bayoneta, también se ha puesto en tela de juicio la fecha y nombre de su inventor, pues mientras unos dicen que fué Mackay, otros creen que fué Vauban ó que fué Lamartinière. Por último, el Sr. D. Manuel Asas, en una monografía titulada *Arcabuz ó escopeta de rueda del siglo* XVII, publicada en el *Museo Español de Antigüedades*, niega á todos éstos la primacía: «El Sr. Culemann, de Hannover, dice, posee un arcabuz de rueda de fines del siglo XVI, en el cual hay una larga bayoneta de cubo, cuya hoja sirve al mismo tiempo como raspador del cañón.»

(2) *Armas portátiles de fuego.—El moderno armamento de la infantería, y su influencia en el combate*, obra escrita por el autor de estas líneas, y el profesor de la Escuela de Tiro, D. Juan Génova.

cipio, y careciéndose de ésta, los arcabuces y mosquetes se cargaban colocando en el cañón la pólvora y balas; más tarde se construyó una baqueta de fresno rodeada de alambre, empleando por último, y cuando la longitud del arma fué mayor, la baqueta de madera. La sustitución por la de hierro, que según algunos autores se efectuó en Prusia por el año 1730, tuvo lugar en España hacia 1755, mejorando también las condiciones de la bayoneta, hasta entonces pendiente de un gancho colocado en la cintura.

Aunque, como de paso, preciso es que consignemos aquí la circunstancia de haber proyectado el ilustre marqués de Santa Cruz de Marcenado, aligerar el fusil y reducir á uno todos los calibres, para que no hubiera más que dos clases de bala: una gruesa para cargar con cartucho, y otra pequeña para tenerla encartuchada con la pólvora, y cargar más aprisa. No explica el Marqués su proyecto, pues quería que antes lo viese el Rey; pero se supone que trataba de cargar los fusiles de los granaderos por la recámara. Los tres que proponía eran: El de fusileros, como el ordinario de chispa, pero que alcanzaba 1,200 pies de punto en blanco, y era más ligero que el que se usaba; el de granaderos y dragones, un poco más pesado, con alcances de 1,500 pies; pero de



Recámaras cilíndrica, tronco-cónica y esférica

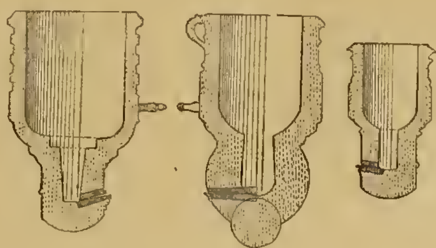
tiro más rápido, pues podía disparar veinte tiros, mientras un fusil ordinario disparaba cinco (éste sería el de retrocarga, aunque nada diga el Marqués, usando los cartuchos sin romperlos y cargados unidos á la bala); y la carabina (tercerola), destinada á las picas secas, de dos pies y medio de cañón, y bayoneta de igual longitud. En el prólogo del tomo XI de las *Reflexiones militares*, tomo en el que figuran estos datos, da las siguientes noticias: «No hay fusil de munición que con un real de plata de coste, no pueda servir para los fusileros de mi planta; alcanzará por lo menos un tanto más, y no *serán precisos los cartuchos*, *ni el tiempo de atacar la pólvora*, ni bala, y de estos fusiles no habla el cuerpo del presente libro. Los fusiles de mis granaderos, carabineros y dragones, será menester hacerlos de nuevo, y costarían cerca del doble de los fusiles ordinarios de hoy; pero también alcanzarían casi triple, y se dispararían cuatro tiros por uno, con que, tantas ventajas de mi fusil en la *presteza de cargarle, y en su alcance*, bien valdrán la pena de pagarle algo más caro que los otros, y no reventará tan fácilmente como éstos (1).»

(1) Dice más adelante:

«D. Lucas Spínola, dignísimo Capitán General de los Ejércitos de S. M., ha visto que una ligera pistola de arzón, sin recular mucho ni poco, alcanzó de punto en blanco 1.750 pies haciéndose la bala una plancha contra la piedra, en que dió; yo prometo á V. M. *que mi fusil* alcanzará de punta en blanco tanto como el ordinario cañón de á 24 libras de bala... El mismo D. Lucas Spínola vió probar una pieza totalmente de mi invención, que, pesando 12 libras, arrojó á 800 pies de punta en blanco una bala de libra y media de peso. La pólvora de su carga fué una onza, porque la pieza es para tirar á hombro: V. M. podrá considerar cuál será el alcance cuando la pieza hecha para disparar desde su afuste se cargue con una libra de pólvora.» El Marqués no quiere dar al público conocimiento de otros detalles, hasta que S. M. presencie la prueba de esta arma, y se contenta con decir que el cañón del fusil puede ser de 3 pies y 3 pulgadas de largo, y tirar bala rasa de á onza de peso y seis á siete octavos cuando esté envuelta en el papel del cartucho. La coz dice que será de un pie y dos pulgadas, con poca diferencia. *Reflexiones militares*. Tomo XI.

El cartucho de papel adoptado á fines del siglo XVII, á mediados del XVIII se rompió para cebar, vertiendo la pólvora en la cazoleta, pues su destino anterior era para la carga. La cartuchera inventada por Gustavo Adolfo, generalizóse también á fines del primero de los citados siglos. El fusil de chispa ó de munición adoptado oficialmente en Francia el año 1717, fué también reglamentario en España, y en 24 Mayo de 1752 se dieron las instrucciones para los ejercicios de fuego *(Reglamento del fusil)*. Generalizóse en todos los cuerpos del ejército el sistema de chispa, adaptándolo á las distintas armas que por sus diferentes servicios debían usar las manuales de fuego. Desde esta última fecha, y por el largo espacio de un siglo próximamente, el fusil, como arma de guerra, no sufre grandes modificaciones, si no son las que introduce el lento perfeccionamiento que acompaña á todo estudio perseverante. Obligados nosotros en el presente ESTUDIO á no salvar los límites del siglo XVIII, diremos que, al expirar éste, el ejército español estaba armado con la llave de chispa, y que en el último tercio del citado siglo, descubriéronse las pólvoras fulminantes, cuya propiedad de estallar al choque, utilizada convenientemente, remedió los defectos anejos á las armas de chispa, permitiendo un fuego más constante y rápido.

Las armas de fuego cortas denominadas en su origen *pistoletes*, sufrieron diversas alteraciones



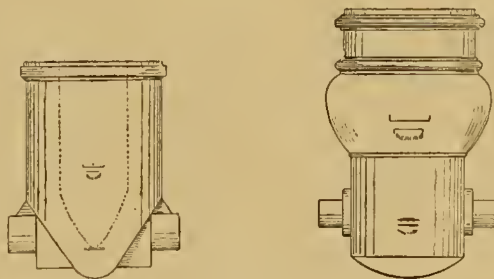
Morteros con recámara tronco-cónica, hemisférica y cilíndrica, empleados en el último tercio del siglo XVIII

en forma y calibres en el transcurso del siglo XVIII, cambiando su nombre con el de *pistones*, *carabinas*, *bracamartes*, *pedreñales* y *trabucos*: la denominación genérica de todas ellas fueron armas de chispa, por las *chispas* que salían del pedernal, y así vemos que en Cataluña á las pistolas de arzón y pistoletes se les llame xispas de dos palmos, ó dos palmos y medio. La pistola de arzón, y luego la carabina, fueron las armas empleadas con preferencia por la caballería; el pedreñal, menos usados por las tropas regulares, y el trabuco, eligióle la gente suelta, y fué muy empleado por los malhechores. La carabina de que en el siglo XVIII estuvieron armados algunos soldados escogidos, y luego un regimiento, era una arma de fuego más corta y ligera que el fusil. Las llaves empleadas en todas ellas, fueron las usadas en éste, y por consiguiente, excepción hecha del calibre y forma, siguieron al fusil en su perfeccionamiento.

Pero á compás que se perfeccionaron las armas ofensivas, modificóse también el armamento defensivo, cuyas piezas se redujeron en proporciones primero, y luego en número; suprimiéronse al comenzar el siglo XVII las que cubrían las piernas (canilleras), luego las que protegían los muslos (musleras), quedando limitadas al peto, espaldar, brazaletes completos, manoplas, escarcelas y morrión ó casco; desaparecieron después los brazaletes, luego el morrión y las escarcelas, y á fines del siglo quedó sólo la coraza, relegada en el siguiente á la caballería pesada que se denominó coraceros, y que aun hoy, por excepción, figura en los ejércitos de Europa. El cubre-cabeza que sustituyó al casco, fué un sombrero de fieltro con casquete interior de hierro; la gola, de que aun es hoy reminiscencia la placa de metal que se usa en los actos de servicio, fué reduciéndose también, hasta desaparecer. Basta examinar la serie de tipos militares que en las páginas del Tomo III

reproducimos, para apreciar todas estas modificaciones. Con la desaparición de las piezas de armadura, á medida que el siglo XVII transcurría, tuvo lugar la de aquel ramo del arte que tan maravillosas obras había producido en el ornamento de petos, rodelas y morriones, como lo atestiguan los Museos de Europa, y en España la Armería de Madrid y algunas otras particulares (1). Allí pueden apreciarse los primores de que hizo gala el arte en la decoración del arnés y la panoplia, primores que no enumeramos, por haber ya dado cuenta detallada de ellos al ocuparnos de las armas del siglo XVI. De la primera mitad del XVII ofrece nuestra Armería preciosos ejemplares pertenecientes á los Felipes III y IV, á los infantes sus hermanos, á los príncipes y á otros personajes.

La espada toledana continuó gozando en el siglo XVII de justísima reputación. Las guarniciones de ella fueron tan diversas como las hojas, siendo las más en boga durante el citado siglo las de taza ó cazoleta, cuya taza era objeto de primorosa decoración en las armas de lujo. Usáronse dagas, estoques ó verdugos, verduguillos, espadas de ceñir, espadas roperas y espadines; de hojas lisas ó caladas, de uno, dos, tres y cuatro filos; anchas ó afloretadas, apuñaladas y con ó sin rompepuntas en el borde de la taza. También era diversa la longitud de la hoja, larga en las es-



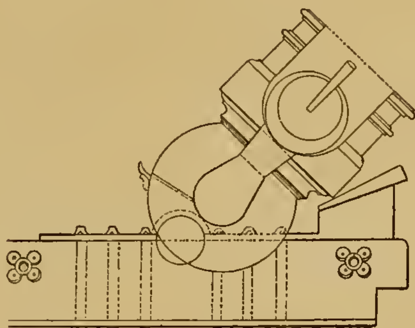
Mortero cónico.—Mortero cilíndrico (último tercio del siglo XVIII)

padas de una vara y pulgadas, y reducida á un pie y pulgadas en la daga guardamano. Si la fabricación de estas armas dió justa nombradía a los maestros toledanos, la de los arcabuces en el siglo XVII y la de escopetas en el XVIII la dió merecida á los maestros madrileños. Distinguiéronse como arcabuceros Simón Marcuate *el Mozo*, Pedro Palacios, Juan Belén y Nicolás Bis en el primero de los citados siglos; en el segundo, el mismo Nicolás Bis, Diego Esquivel, Manuel Sutil, Salvador Cerrano, Isidro Soler, Gabriel Algora, Francisco López, José Cano, Juan Fernández, y algún otro: de ellos existen armas en los museos de Artillería y Armería Real (2). Mas no era sólo en Castilla donde se fabricaban armas primorosas; en Ripoll (Cataluña), se ejercía esta industria con suma perfección, como lo atestiguan los hermosos ejemplares que el Sr. Estruch posee en su notable museo particular (Barcelona), y en Sevilla, Tolosa y Plasencia, construíanse también armas dignas de estima. En el archivo del Ayuntamiento de Toledo se conservan todavía los cuños originales de las marcas empleadas por sus acreditados espaderos hasta los primeros años del siglo XVIII, y entre ellas figuran las célebres de Hortuño de Aguirre, Sebastián Hernández *el Viejo*, y Tomás de Ayala; en el Museo de Artillería existen copias de los cuños ó marcas de los maestros arcabuceros Marcuate, Palacios, Belén y Bis.

(1) En Barcelona la del Sr. Estruch (calle de Ases, n.º 7), notable por la rica y completa colección de espadas y armas manuales de fuego, en las que se puede seguir paso á paso las modificaciones que estas armas han experimentado hasta fines del siglo XVIII.

(2) El Sr. D. Manuel de Asas, en la monografía que con el título de *Arcabuz o escopeta de rueda del siglo* XVII publicó en el *Museo Español de Antigüedades*, da una lista, acompañada de curiosos datos, de los citados maestros arcabuceros.

La espada sufrió en el siglo XVIII algunas modificaciones; pues las del siglo anterior eran sobrado largas, muy pesadas y engorrosas por la anchura de su cazoleta; acortóse, pues, la hoja, aligeróse la guarnición y sustituyó á la cazoleta el guarda-mano con gavilanes. La empuñadura se cubrió de baqueta, con entorchado de metal embutido, la hoja consideróse lo suficiente prolongada y ancha con que tuviera 36 pulgadas de longitud y 11 líneas de ancho en su primer tercio, con la disminución correspondiente hasta la punta que debía quedar en 7. La vaina y sobrevaina hiciéronse de cuero. Costaba la espada de 36 á 37 reales y se llevaba pendiente de un cinturón de cuero ceñido encima de la chupa. De cuero eran la vaina y sobrevaina, con contera y gancho de metal. A la espada del dragón se le dió otra figura que á la del soldado de caballería de línea, para que no impidiese el manejo del fusil: no se puso á la guarnición más que una concha sostenida con montantes, que cubriendo la empuñadura no ofendiese el pecho; la hoja se fabricó corva y más corta, y por consiguiente la vaina herrada, «distinguiéndola por su construcción con el nombre de *sable*, que es el que al presente (1767), usan los dragones». Estas líneas pertenecen á una *Instrucción metódica para la caballería*, escrita por el coronel Ramírez de Arellano. La calidad



Mortero de fines del siglo XVII con su montaje y bomba
(Facsímile de la obra del Padre Tosca *Compendio Mathemático*)

de las armas blancas y fusiles parece ser que era en esta fecha no muy superior, pues dice el citado coronel: «No hay duda que si á la caballería é infantería se la armara con espadas y fusiles de la calidad que las hacían Tomás Ayala las primeras, y los segundos Esquibel y Nicolás Vis, ó los que hacen los maestros del Rey, serían más duraderos y manejables, de más fuego, y sin comparación mejores que los que al presente tienen.»

El establecimiento de la fábrica de armas de Toledo, fundada pocos años después (1777), por Carlos III, contribuyó en adelante á dotar al ejército de excelentes armas, y la honrosa fama adquirida por los maestros españoles de los siglos XVI y XVII, hase visto confirmada en nuestros días con los premios obtenidos por la citada fábrica en las últimas Exposiciones universales y las soberbias armas que producen sus talleres.

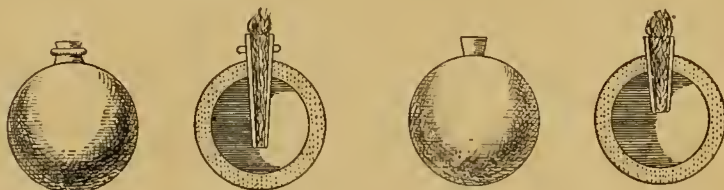
Continuó usándose en todo el siglo XVII la pica, en combinación con el arcabuz y el mosquete; ciñendo los mosqueteros y arcabuceros los escuadrones de picas, según puede verse en los facsímiles que hemos intercalado en anteriores páginas. Pero en el último tercio del citado siglo comenzó á perder su importancia; y aunque no faltaban autoridades que la patrocinasen, ello es que apenas entrado el siglo XVIII se suprime en Francia, y seguidamente en todos los ejércitos europeos. La innovación tuvo sus detractores, entre ellos Montecuccolli, que opinaba que la infantería debía estar dotada de más de una clase de armamento y proclamaba la pica reina de las batallas, buscando en ingeniosas combinaciones de picas y mosquetes el medio de obtener de

éstos el máximum efecto táctico y devolver á aquéllas su antigua importancia; Folard, Lloid, el mariscal de Sajonia, Guignar, Maizeroy y el Marqués de Santa Cruz de Marcenado, también se manifestaron partidarios de ella, como imbuídos por las ideas de los clásicos y persuadidos además de que el arma de fuego era más bien defensiva que ofensiva, y de que, prolongándose el frente á consecuencia de la adopción del fusil, se debilitaría el orden de combate.

Pero la transformación se hizo, desapareciendo en corto intervalo picas, arcabuces y mosquetes.

Interesantes son para conocimiento del manejo de estas armas, las noticias que nos da un escritor militar español de principios del siglo XVII, el capitán y sargento mayor Antonio Gallo en su obra *Destierro de ignorancias de todo género de soldados de infantería* (1639); y no hemos vacilado en reproducirlas, así por la claridad con que están manifestadas, como por la idea que permiten formarse del estilo de este autor. Helas aquí:

Los piques son la mayor firmeza de los escuadrones; y así los coseletes han de estimarse y preciarse de traer sus armas muy limpias y bien aderezadas, y que no les falte ninguna pieza, á saber: morrión, gola, peto, espaldar, espaldarcetes, brazaletes, cañones, escarcelas y manoplas, para poder mejor sufrir un golpe, y que tenga muy gran dificultad el ser vencidos; y la espada ha de ser corta y ancha, de buen corte, y para que la puedan sacar de la cinta



Bomba y granada

con una sola mano estando armados. Es bien que lleve daga para ayudarse della en algunas ocasiones. El pique ha de ser largo, y el hierro muy agudo y limpio como un espejo, y ha de ir tan bien armado, que se entienda dél que va á pelear, y si fuera mal armado y á la ligera, se sospechara que es para huir más que para pelear.

Todo coselete ha de asistir en el puesto que sus oficiales le pusieren y guardar orden en su hilera, porque no hay menor desorden y flaqueza en el soldado, que quebrar la orden en que va puesto. No ha de desamparar el lugar en que fuere puesto, por cualquier modo que le pusieren; porque cuanto más arriscado, mayor honra alcanza, y más presto pondrán sus oficiales los ojos en él para acrecentarle.

El pique se ha de traer sobre el hombro sustentado con la mano con buen donaire y la mano con que le sustenta ha de estar arrimada al hombro, y el codo levantado un poco para fuera, y la mano que queda libre atrás sobre la daga. Yendo marchando en orden, el que fuere en el cuerno derecho, ha de llevar en el hombro derecho el pique, que es la banda de fuera, y el que fuere en el cuerno izquierdo, la ha de llevar en el hombro izquierdo, que es la banda de fuera.

La distancia que ha de haber de soldado á soldado marchando de hombro á hombro cuatro pies, y de pecho á espalda pique y medio, y en escuadrón para pelear ocupará cada coselete de pecho á espalda siete pies, uno que ocupa con su persona, y tres de su pecho á la espalda del soldado que va en la hilera de delante y otros tres pies de su espalda al pecho del soldado que va en la hilera de detrás, y de costado á costado, ocupará tres pies geométricos, uno que ocupa con su persona y otro que ha de haber entre él y el soldado que va á su mano derecha, y otro que ha de haber entre él y el que va á su mano izquierda.

Yendo marchando, si su capitán hiciere señal que arbolen los piques, arbolará la primera hilera toda junta á un punto, y yendo marchando en el propio lugar, arbolarán las demás hileras como fueren llegando, toda la hilera á un tiempo; y la misma orden se guardará en el calar los piques; donde la primera hilera derribare, allí han de calar y derribar su pique sobre el hombro todos los soldados de la hilera á un punto; y para arbolar el pique, ha de rodear un poco el rostro sobre el pique, con un poco de movimiento del cuerpo, mirando la punta del hierro al desguice, y para arbolarle, ha de correr la mano izquierda desde la mitad del pique hacia el cuento, y sustentarlo

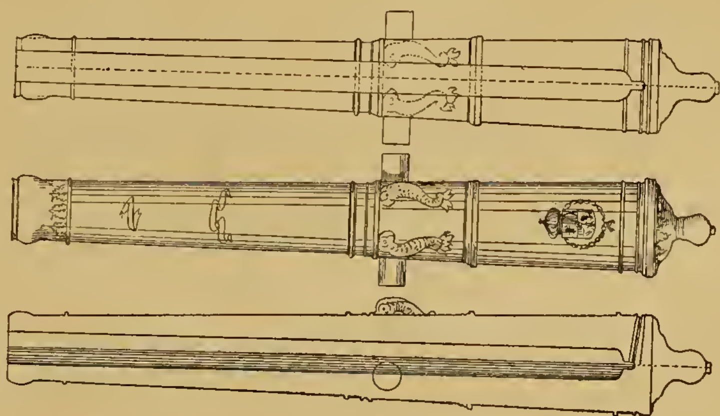
para levantar, extendiendo la mano derecha para el hierro, para con más facilidad y gracia le levantar, pegando siempre con toda la mano en el pique.

Acostumbrarse há en todas las ocasiones que tomará el pique á dar tres pasos con él arbolado, para apartarse de la hilera de atrás, para no hacer daño con su pique.

Yendo marchando, cada hilera ha de llevar el cuento de su pique en derecha de la corva de los soldados de adelante.

Entrando de guardia no ha de arrimar el pique de la mano hasta que el alférez haya arrimado la bandera en su lugar, y luego arrimarán los piques junto á ella; lo cual se debe hacer sin ruido, que se debe á la bandera grandísimo respeto. Y cuando la compañía quiera salir de guardia, no han de tomar los piques en la mano hasta que el alférez hazga de la bandera; y así en arrimar los piques, como en tomar los coseletes, han de hacer los movimientos que hiciere su alférez, sin adelantarse ninguna vez.

En metiendo la guardia, los coseletes no se han de quitar más que los morriones y brazaletes, por cuanto tienen obligación á estar con peto y espaldar hasta que se haya dado el nombre, y entonces, desarmándose su alférez, que también le toca estar armado, les dará licencia que se desarmen, y en todo este tiempo que están armados con peto y espaldar, se pasearán en el cuerpo de guardia; que parecen feos, sentados y armados; y cuando se desarmen,



Cañón de fines del siglo XVIII

traerán la gola cerrada; y guárdense de traella abierta, que es de soldados descuidados, y sus oficiales no deben dejarlo pasar así, antes lo deben castigar. Y los soldados honrados no es bien hacer por donde les pongan la alabarda encima los hombros.

Y para comer el día de guardia no se han de quitar la gola, espada ni daga, y el que lo contrario hiciere, merece castigo. Y no pondrán capacete ceñido, y si lloviere ó hiciere frío, lo traerán suelto para largarle depriesa en cualquier acaecimiento, como si el enemigo estuviere á la cara. Y no digan que no es menester, que estamos en paz; que lo que aprendieren, esso harán en el tiempo de la ocasión, y Dios nos libre de malas costumbres.

Estando el escuadrón para ser acometido de la caballería, para no ser desbaratados han de asestar el cuento del pique en el pie derecho; y el pie izquierdo largo adelante firme, y ambas manos en la mitad del pique, con el hierro y la cara al enemigo, haciéndole rostro, y el hierro del pique ha de estar derecho á los pechos de los caballos, que cayendo los caballos, los de encima luego son muertos. Y si los caballos hicieren fuerza para romper el escuadrón, meter mano á la espada por encima del brazo izquierdo y del pique, teniendo el pique fuerte con la mano izquierda, arrimado siempre al pie derecho, donde se ve bien que la espada ha de ser corta y ancha, y cortadora, para que, guareciéndose debajo de su mismo pique, pueda dejarretar el caballo y herir á su enemigo.

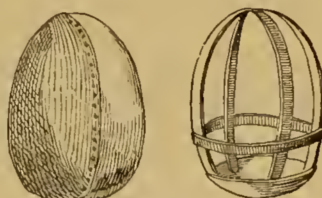
Y cuando se haya de combatir con otro escuadrón, llevarán los piques muy juntos, que entre pique y pique no quepa un soldado; y para dar golpe en el enemigo con más fuerza, han de llevar los piques arrimados á los petos con la mano izquierda delante, en la mitad del pique, y con la derecha correrá el pique hasta llegar con ella al brazo izquierdo, y llegar á la mano por donde el pique ha de correr, y en el mismo tiempo juntar el pie derecho al izquierdo con movimiento de cuerpo, que dé gran bote al enemigo, con que le romperá las armas, quedando atrás de la mano derecha cuatro ó cinco palmos de asta del pique, para contrapesar el peso que fuere adelante, y tornar

con gran fuerza, ánimo y ligereza, á recoger el pique para asegundar otro bote, y los demás que pudiere, sin dar lugar á que el enemigo le hazga del pique, sino que vaya y venga con tan grande fuerza y ligereza, que siempre sea señor dél.

Pasa luego á ocuparse de los arcabuceros, y se expresa en estos términos:

Los arcabuceros han de servir con buenos arcabuces, limpios y que la culata tenga buenas roscas, seguras, y que el serpentin juegue bien. Ha de traer una pretina de armar buena, que pueda sufrir la espada, frasco y frasquillo con pólvora y polvorín enjuto, bolsa con balas, sacatrapos, sacabalas, rascador, eslabón y pedernal, y mechas de alcrevite, y con buena baqueta segura, y mire que la muelle del frasco cierre bien, porque si no cerrase puede caer tanta pólvora que reviente el arcabuz, de que se puede seguir gran daño. Ha de traer la espada segura; en buen talabarte fuerte para poder correr, saltar trincheras y vallados sin caérsele de la cinta, y la traerá de manera que por cima de su arcabuz y brazo izquierdo, la pueda sacar sólo con su mano derecha. Ha de traer su morrión muy limpio, porque parece bien y da terror al enemigo.

El frasco se ha de traer atrás en la pretina de armar, para más seguro de alguna chispa de fuego, para poder mejor correr, caminar y saltar trincheras y vallados. La cuerda se ha de traer en la mano izquierda, por ambos cabos encendida en tiempo de escaramuza, y estando de posta á la cara del enemigo. No han de usar de porta frasco, que es peligroso, y no es buen estilo en nuestro excelente arte militar, y en todo género de ejercicio militar son peligrosos, y todo soldado los debe aborrecer, y todo oficial no los consentir.



Carcasas

La bolsa con todo lo necesario la ha de traer en la pretina de armar, sobre el muslo de la pierna derecha, y el frasquillo encima, y la cuerda de modo que tape el frasquillo, para que le defienda de alguna chispa de fuego, en que se ha de traer gran sentido.

El arcabuz se ha de traer en el hombro con gran donaire, algún tanto atravesado, y han de procurar todos los de una hilera de ir muy iguales, assí sus personas, como el modo de llevar los arcabuces. Y el arcabucero que fuere en el cuerno derecho ha de llevar el arcabuz en el hombro derecho, que es la banda de afuera; y el que fuere en el cuerno izquierdo, ha de llevar el arcabuz en el hombro izquierdo, que es la banda de afuera.

Yendo marchando todos los de una hilera, han de disparar juntos todos, á un punto y á un movimiento, y ha de ser tanto assí, que los que más breve se aprestaren, irán aguardando á los otros, y en la misma parte irán disparando todas las demás hileras, en la misma forma, y todos han de disparar alto; y llevando el arcabuz á la cara ha de afirmar la coz del arcabuz muy bien á la delantera del hombro derecho, y arrimar bien el rostro á la mira, y hacer la puntería como si tirara al enemigo, que es buena costumbre, y luego derribará el arcabuz hacia su lado derecho, y tapará la cazueleta, y tirará la cuerda del serpentín y la pondrá en la mano izquierda entre los dos dedos, y luego con la mano derecha sacará el frasco de la cinta y cargará, porque el soldado ha de traer siempre el arcabuz cargado de pólvora sin bala; y si estuviere á la cara del enemigo, ó fuere tiempo de alguna sospecha, ó estuviere de posta, ó fuere de escolta, ó á correr la campaña, en tal tiempo estará cargando con bala, y no de otro modo, porque puede suceder descuidarse, de lo cual nacen grandes daños.

Yendo marchando no se ha de parar para disparar, sino muy espacio irá andando y derribando su arcabuz, soplando su cuerda y calándola, y abriendo la cazueleta levantará el arcabuz, como está dicho, llevándole al rostro y poniendo la coz en el encuentro del hombro derecho, tomando el punto, lo cual ha de hacer aunque tire al aire, que es buena costumbre. Y avísese, que no ponga el dedo pulgar de la mano izquierda sobre el caño del arcabuz cuando disparare, que es feo, y el oficial que lo viere, le ha de dar sobre él con su insignia, y suele doler muy bien por darle entre la insignia y el caño del arcabuz; y como está dicho, en disparando tomará la cuerda con la mano derecha y hará lo atrás declarado y cargará.

Ha de traer la pretina de armar con su bolsa, cuerda, frasco y frasquillo encima de la ropeta descubierto, sino

fuere que lloviere; y si alguno se despreciare de traerlos descubiertos, aunque sea muy hidalgo, no merece gozar de sus libertades. Los arcabuceros y mosqueteros diestros, y que se precian deste excelente arte, son de grande importancia, como se ha experimentado en muchas ocasiones, por ser, como son, los primeros que acometen al enemigo y le desbaratan.

Tocante á los mosqueteros, dice lo que sigue:

Los mosqueteros han de hacer lo mismo que está dicho para los arcabuceros, por ser todo un ejercicio de fuego y pólvora, y habiendo de disparar en la hilera, sea todos juntos en un lugar, derribando á un tiempo y levantando la mano izquierda con la horquilla para recibir en ella el mosquete, y puesto en la horquilla, calará la cuerda y alargará para adelante un poco la horquilla, y quedando en ella firme, arrimará la coz de su mosquete en el hombro



Artillería aparcada. (Copia de un grabado de Enguídanos)

derecho y tomará el punto á lo alto como si estuviese con el enemigo; y habiendo disparado dará un passo con el pie derecho, y con la mano derecha irá tirando la cuerda del serpentín y llevando alrededor el mosquete hacia el brazo izquierdo, y mudará la cuerda á la mano izquierda, dando el mosquete aquella vuelta le derribará para cargar, y quedará la horquilla rastrando de un fiador que siempre ha de traer en ella asido á la muñeca del brazo izquierdo, y tornará á cargar yendo marchando; y si disparare un mosquetero, ó dos de la hilera solos, al tiempo que quieran disparar darán tres pasos delante de los soldados que van en la hilera, para que cuando ellos emparejaren con los que disparan, vayan cargando juntos todos, y no han de quedar atrás, que es muy fea y mala costumbre. Y avísense que la borquilla no ande sin fiador asido al brazo, que si cae, demás de ser muy fea para tomarlo, se ha de quedar atrás.

Los mosquetes son de grandíssima defensa y tanto qué, queriéndose formar un escuadrón en parte que convenga mucho, y se teme de que el enemigo no ha de dar lugar, se assegura con mangas de mosquetería de mampuesto, delante de do se ha de formar el escuadrón, cien passos, ó lo que el sitio demandare.

Los mosquetes, por ser armas tan ofensivas, se han de dar á los soldados honrados de fuerza y valor, y que los sepan muy bien disparar, y que se precien de traellos muy limpios; y no es bien se den á personas de pocas fuerzas y poco brío, que son dos daños, uno perder las armas por estar en soldado que no la puede mandar, y otro perder el mismo soldado, que con un arcabuz podrá pelear; por lo cual, los capitanes tomen cuenta á los sargentos de qué modo los reparten...»

Picas, arcabuces y mosquetes desaparecieron, como ya hemos dicho, con el siglo XVII, pues á principios del siguiente, la generalización del fusil y el invento de la bayoneta de cubo, resolvieron la cuestión de la mezcla de las armas blancas con las de fuego. No hubo más que una clase de armamentos para la infantería; y como la caballería dejó también á mediados del siglo XVII de emplear la lanza, una y otra arma, no manejaron en adelante otras que el fusil, la carabina y la pistola, la espada y el sable. Las modificaciones que esto produjo en la táctica las examinaremos oportunamente; pero es digno de especialísima mención el hecho de que en la batalla de Hochstedt (1704), en que luchó la infantería de ocho naciones, no se menciona un batallón de piqueros.

Consignados ya los datos relativos á las armas portátiles de fuego y blancas, digamos algo acerca de las banderas y distintivos usados por nuestras tropas durante los siglos XVII y XVIII.

Hasta el advenimiento de Felipe V al trono usáronse las banderas que hemos descrito en el ESTUDIO DÉCIMO del anterior volumen; Felipe V dispuso en 1707 que cada cuerpo tuviera, además de las banderas de las compañías, una coronela de tafetán blanco con castillos y leones interpolados entre las aspas de la cruz roja de Borgoña que campeaba en el centro; las otras debían ser del color de la provincia ó ciudad cuyo nombre llevara el regimiento. Estas banderas de las compañías desaparecieron en 1768, quedando reducidas á dos por batallón; ambas de tafetán blanco y de siete cuartas en cuadro. La primera del primer batallón llevaba bordadas en su centro las armas reales, y las demás la cruz de Borgoña, figurando en sus cuatro ángulos las armas de la provincia ó ciudad que diera nombre al regimiento, con el distintivo particular que el Rey le hubiese concedido. El asta era de ocho pies de longitud, las corbatas del color del tafetán (1). No se usaron otras banderas en la infantería española durante el siglo XVIII. Cuanto á la caballería, usaba á principios de este siglo estandartes de tafetán rojo con las armas reales bordadas en una cara y en otra una imagen ó el emblema del regimiento. En 1748 se mandaron quitar las imágenes, y quedaron sólo las armas y distintivos. La bandera bicolor que hoy ostenta el ejército y que algunos han supuesto que tenía ya en la segunda mitad del siglo XVIII, *únicamente se arboló en los buques españoles en los últimos años de Carlos III* (Real Decreto de 28 de Mayo de 1785).

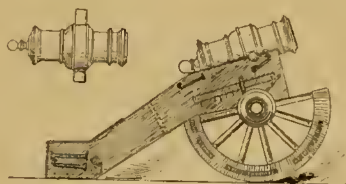
Los distintivos ó divisas también se cambiaron en el transcurso de los siglos XVII y XVIII. Como á tales pueden considerarse en el primero la banda roja, que se usó hasta su último tercio; y luego la faja roja también, que se llevó en tiempos de Felipe IV y Carlos II simultáneamente con la banda, y se mantiene hasta nuestros días, siendo hoy distintivo del generalato; pero al comenzar el siglo XVIII generalizóse en los ejércitos europeos la *escarapela* ó *cocarde*, que reemplazó como divisa á la banda. Felipe V dispuso que su ejército llevara la escarapela blanca y roja, colores de las casas reales de Francia y España, en atención á que los ejércitos de ambas naciones peleaban unidos. Posteriormente quedó en uso la roja. Dió también Felipe como distintivo de mando al coronel, jefes y oficiales, el bastón, con puño de oro el primero, de plata los segundos, y liso el sargento y al tambor mayor; ordenó que el coronel usara tres galones en la bocamanga, dos el teniente coronel, uno el sargento mayor, y los subalternos alamares de oro con flequillo en las mangas. También dotó al comenzar su reinado á los jefes de un espontón (2) y á los oficiales y sargentos de alabarda, armas que en 1768 fueron suprimidas con muy buen acuerdo, debiendo llevar los oficiales, fusil con su correaje y espadín. La gola quedó subsistente en todo el siglo, para jefes y oficiales, pero reducida á una pequeña pieza; el uso del fusil para los oficiales cesó en 1796. Por último, según una real orden de 11 de Marzo de 1769, los coroneles de ejército con mando que fueren brigadieres, usaron en la bocamanga, sobre los tres galones, un entorchado de plata. No damos más minuciosos detalles, porque la serie de uniformes que hemos reproducido y las descripciones que de los mismos hemos hecho, suple sobradamente cuanto acerca de este particular pudiéramos decir.

(1) Cánovas, *De la escarapela roja y de las banderas y divisas usadas en España.*
Clonard, *Hist. orgánica*, Tomo V.
Fernández Duro, Apéndice á las *Disquisiciones Náuticas: Banderas.*

(2) El espontón era una especie de lanza de poco más de dos varas de largo, con remate de hierro en forma de corazón.

V

La formación de la infantería en escuadrones ceñidos por mangas de arcabuceros que vemos en su auge desde la mitad del siglo XVI se mantuvo hasta mediados del siglo XVII casi sin modificación alguna. Examínense los planos de las más importantes batallas dadas en este largo período, y se notará que los ejércitos se presentan en líneas paralelas, con la caballería en las alas (rara vez interpolada) y la artillería colocada en el frente, generalmente en los intervalos ó claros que dejan los escuadrones. Opónense escuadrones de infantería á escuadrones de infantería y gruesos de caballería á gruesos de caballería; se ataca una de las alas, para caer luego contra el centro, ó se simultanea el ataque contra los dos; rara vez se acomete en toda la línea; y como la artillería carece de movilidad, la acción comienza por un cañonazo que cesa tan pronto los contendientes vienen á las manos. Estas batallas en que raras veces aparecen las maniobras, han sido agrupadas entre la serie que se llama *primer tipo*. Pero dentro de la limitada esfera á que por entonces parecía ceñida la táctica, el talento de Mauricio de Nassau y de Gustavo Adolfo, de Turena y de



Obús. Obús con su montaje

Condé, de Montecuccoulli y de Marlborough, debía modificar el mecanismo táctico. Con efecto, mientras el primero trata de reducir el efectivo de las diversas unidades, de disminuir el número de filas y la profundidad, de dar dos líneas al orden de batalla, con otra de reserva, de adoptar la disposición escaqueada que facilita los giros, y de que tengan independencia las armas; el segundo, dando movilidad á las diferentes partes del orden de batalla, aligerando el equipo de los soldados, reduciendo el número de filas, subdividiendo las unidades tácticas, perfeccionando el armamento y reuniendo sus piezas de parque en fuertes baterías, en vez de esparcirlas por el frente de la línea, contribuye grandemente á perfeccionar el arte. Aparece Turena, y rompe abiertamente con los métodos simétricos; adopta al terreno la formación; pone la caballería en el centro de la línea, en vez de colocarla en las alas; hace que las armas se sostengan mutuamente y por medio de hábiles marchas consigue admirables victorias. Turena hizo excelente aplicación del *orden oblicuo*, y su línea de batalla subdividida en fracciones de 5 á 8 batallones, tenía tal elasticidad, que con razón ha dicho un táctico moderno, no se encontraba en los ejércitos de las demás naciones y la garantía la victoria casi por todas partes. Simultáneamente que Turena, ó por mejor decir, en segunda fila, aparecen Montecuccoulli, Luxemburgo, Guillermo de Nassau, Sajonia-Veimar, el príncipe Eugenio de Saboya, Marlborough y otros generales de menos talla alemanes, suecos, italianos y franceses. El príncipe de Condé y Guillermo de Nassau nos interesan especialmente por haber dirigido á nuestras tropas en los Países Bajos; y uno y otro brillan ciertamente por bien distintas cualidades: el primero por su arrojo y su inspiración, el segundo por su sangre fría y su reflexión. Se admirará siempre la maniobra de Condé en Rocroy, pasando por retaguardia de la línea española, después de haber roto el ala izquierda; se leerá con asombro aquella célebre batalla de Seneffe en que el ejército confederado que mandaba Guiller-

mo de Nassau, rota su retaguardia se detiene, atrinchera y sostiene una terrible lucha que no se decide. Pero después de citados estos caudillos, para que no se nos tache de pretenciosos, debemos los españoles saludar con respeto la memoria del Cardenal-Infante D. Fernando, muerto frente Aire en lo más florido de sus años, y que es sin duda alguna una de las nobles figuras militares de su siglo. D. Fernando reveló gran talento maniobrero, capacidad no común sobre el campo de batalla y energía superior y no creíble en su mocedad. ¡Lastima que una muerte prematura malograra las ventajas conseguidas por las tropas españolas durante su corto mando! Si no vivió lo suficiente para prolongar nuestra dominación en aquellos países, hizo lo bastante para ganarse un puesto que nadie con justicia puede disputarle.

Ninguno de los capitanes ilustres que acaban de citarse hicieron innovación de importancia en logística, en castrametación, ni en el conjunto del sistema de guerrear. Nótase que los franceses copian ó imitan previamente el nuestro; una ó dos líneas de escuadrones, flanqueados por arcabuceros, con la caballería en las alas ó interpolada; y que luego Sajonia-Veimar, discípulo de Gustavo Adolfo, y Turena, educado en la escuela de los Nassau, hacen prevalecer en sus ejércitos la táctica *sueco-holandesa*. Esta impera en la segunda mitad del siglo XVII, así como prevalece la guerra campal sobre la de sitios; pero el abuso de la fortificación de campaña tiende á inmovilizar á los ejércitos; en los teatros de la guerra cunde el sistema de encerrarse en líneas, y obsérvase que las batallas que se entablan son *batallas de posición*. El arte decae visiblemente al finalizar el siglo XVII; se vuelve al antiguo sistema de campañas de primavera y de verano, de cantones de invierno en plazas fuertes á cubierto de buenas líneas; la defensiva prevalece sobre la ofensiva, la acción estratégica queda supeditada á la situación de los almacenes de campaña; se construyen extensas líneas *continuas* de defensa, entre la que deben citarse la establecida en Flandes entre los ríos Mosa y Escalda, línea flanqueada por baluartes y redientes, y protegida á modo de foso por las corrientes fluviales en que el país abunda, y á principios del siguiente siglo las célebres de Ettlingen, Sotollhofen, Lautemburgo y Wisemburgo. A este sistema queda reducida la guerra, sistema vicioso, acerca el que decía el mariscal de Sajonia que cuando lo imponía la configuración del terreno era sólo aceptable, porque de otro modo, esto es, tratándose de líneas artificiales, podían ser rotas con facilidad por cualquier punto y prestamente, si se llamaba la atención del enemigo por distintos lados á la vez. Con la aparición del célebre Vauban y con la feliz aplicación de su sistema de ataque contra las mal guarnecidas y no muy bien fortificadas plazas de Flandes, el sistema de guerra cambia totalmente y reemplaza á la campal, la sistemática de sitio.

¿Qué papel desempeñó España en este cuadro, con sus deslucidas guerras de Portugal y Cataluña, y con sus mermados tercios aliados á los regimientos extranjeros en Flandes? El siglo ha comenzado por ella funestamente con la batalla de las Dunas; pero aun sus soldados revelan frente á Ostende y frente á Breda que no carece la nación de alientos. Empero, en esto se va gastando la savia del cuerpo nacional; allí se pierde la sangre y el oro; y aunque la tregua de los Doce años le permita algún aliento, cuando vuelve á requerir el acero para entrar en lucha, la desacertada política de sus reyes, ó por mejor decir, de los que reinan á nombre de frívolos soberanos, apresura su caída. Como si no bastara el disputar la supremacía á naciones poderosas, tiene que atajar el fuego de dos guerras, una de las que concluye con la pérdida del reino portugués, y á la vuelta de un siglo, la temida y odiada, se ve rendida y escarnecida. No estaba, no, tal vez en manos de Olivares, ni de Haro, torcer su adverso destino; pero ellos lo precipitaron. Lo que ocurrió fué simplemente que con la España de los Austria se hundió un sistema vicioso, rutinario, funesto. No tuvo fuerza España para luchar con pueblos más vigorosos, porque se hallaba débil y envejecida, y porque sus propósitos no respondían á los ideales hacia que tendía el progreso de los pueblos europeos. Hagámonos cargo que en la guerra no todo se reduce á maniobras, á marchas y á choques; reconozcamos que ella es la expresión de todo un sistema social y muy especialmente del administrativo político; y España carecía de dirección y concierto político y administrativo. Puestos en armas numerosos efectivos, importaba atender á su mantenimiento, asegurar su refuerzo, prevenir

cuantas contingencias deparara la guerra. A todo esto atendía en Francia un Luvois, sin que dejara de olvidarlo el Rey; á nada de esto atendían ni el frívolo Felipe IV, ni el imbécil Carlos II, ni los torpes ministros de uno y otro. Y cuenta que el efectivo de los ejércitos iba en aumento, en términos de alcanzar los que combatían en Flandes á mediados del siglo XVII de 40 á 60,000 hombres, y á principios del XVIII á 100,000 ó más. Nos vimos obligados á tomar lecciones, en vez de darlas; mohinos y acribillados de heridas, hubimos de retirarnos de aquellos campos de Flandes que un día fueron teatro de las grandes campañas de Alba y de Farnesio, y en los que ya no se oían otros nombres que los de caudillos ingleses, holandeses y franceses. ¿Qué enseñanza arroja, pues, para nosotros, este siglo? La elocuente y dolorosa de la desgracia; si queremos aprender y estudiar la técnica, la del oficio, á partir del segundo tercio hemos de abrir, sensible es el decirlo, las páginas de libros extranjeros.

Por triste y penoso que esto sea, no lo es menos hojear la historia de la guerra de Suce-



Artillería volante marchando cubierta por un escuadrón de *Guardia Corps*. (Copia de un grabado de Esteve)

sión, ó para no quedarnos cortos, la historia toda del siglo XVIII, que si comienza mal, concluye peor. Hétenos ya auxiliares, súbditos casi del gran monarca francés, sirviendo á las órdenes de sus generales en Flandes primero, en España después, con la escarapela roja y blanca en el sombrero; conquistando para su nieto un trono que nos cuesta reinos; y, conseguido esto, vuelta la espada á la diestra para asegurar una corona á los hijos de Felipe y renovar la realización en Africa de antiguos proyectos. Aliados primero con Francia contra Inglaterra y Alemania, luego con Alemania contra Inglaterra y Francia, después con Inglaterra para hacer cumplir al imperio sus compromisos, salimos siempre perdiendo en amistades y no ganando en antagonismos. El Austria es nuestra rémora, Francia no olvida que nuestra preponderancia eclipsaría en todo caso la suya, Inglaterra atisba nuestras colonias; y resultan de aquí deslucidas guerras en Italia, el territorio español invadido y nuestras colonias constantemente insultadas. Gibraltar pregona nuestra impotencia; Portugal nos sirve de ridículo en tres guerras conducidas con poco acierto; nada conseguimos en Africa y vamos perdiendo cada día en América. Y en el mar como en la tierra más desastres que victorias, desastres que terminan con el lúgubre hecho de Trafalgar. No, no era posible resistir cúmulo tal de calamidades, mientras el país no sufriera una transformación político-social, que llegó por fin al comenzar el siglo XVIII. Pero dadas tales circunstancias, ¿qué podía producir en España el arte militar? Poca cosa, por no decir una mala imitación. Seguir servilmente

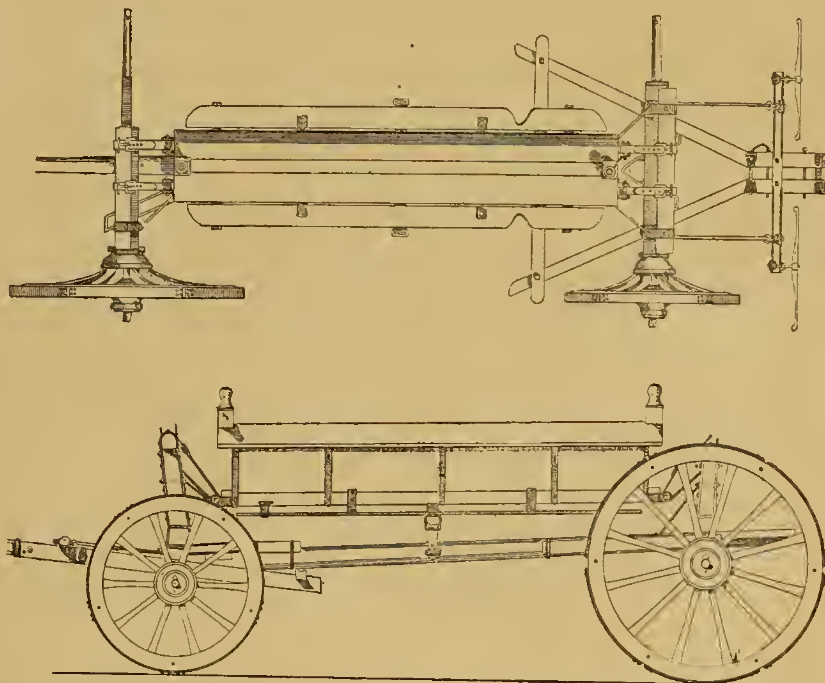
las huellas de los doctrinarios franceses en organización, vestuario y táctica, traducir sus libros, imitar sus instituciones y alcanzar sin novedad alguna los últimos y tristes días de aquel tristísimo siglo. Lede, Montemar, Mina, O'Reilli, las Amarillas, Caro, la Unión, Ricardós, Courten, la Romana, Aranda y Urrutia, representan en primera fila esta época, tocante á la milicia; Macanaz, Alberoni, Patiño, Ensenada, y... también Campillo (suprimimos á Riperdá) la administración. No carecían la mayor parte de ellos de valer; eran algunos hombres dignos de haber nacido en otra época: colocados en ésta, brillaron poco por lo deslucido del teatro.

Nada, pues, de grandes concepciones estratégicas, nada de innovaciones dignas de memoria. El nombre del marqués de Santa Cruz destácase luminoso en la primera mitad del siglo, rodeado por la aureola que le prestan su profundo talento y su erudición sólida; el de Montemar no es para olvidado, aunque no deba golpearse el teclado de la fama. Ricardós y Urrutia merecen un recuerdo honroso, lo propio que Patiño y Ensenada; y ¿cómo olvidarlos? esa serie de ilustres marinos formada por Navarro, Jorge Juan, Ulloa, Gravina, Churruca, Alava, Valdés y Alcalá, en cuyas sienes la historia entreteje con la palma del sabio el roble del fuerte. Una nación que cuenta con tales elementos puede decaer, pero recupera un día su perdida grandeza; y ¡qué admirable despertar el de la España de 1808! ¡Quién sabe si la crisis por que hace tantos años atraviesa, con sus intervalos de fiebre y atonía, ha de conducirnos á un no soñado período de bienestar!...

Obligados á circunscribirnos al estudio de las modificaciones que sufrió todo el sistema militar, oportuno será que hagamos mención de las que experimentó la táctica.

La formación escuadronada hemos dicho ya que subsistió hasta fines del siglo XVII. Entonces la instrucción táctica se dividía en dos partes, equivalente una de ellas, por decirlo así, á las modernas del recluta y compañía, y la otra á la del batallón. El escuadrón, compuesto regularmente de unos 8,000 á 1,000 hombres, y subdividido en 6 compañías, dos de mosqueteros á la cabeza, dos de piqueros en el centro y dos de arcabuceros á retaguardia, considerábase dividido en filas, cuerno y costado, centro, vanguardia y retaguardia. Formaban la manga un conjunto de hileras, formaban los trozos un conjunto de mangas. La hilera estaba compuesta de 4, 6 ú 8 hombres; la fila no era otra cosa que la serie de hileras que resultaba al doblarse la manga. Cuerno era el extremo de una fila, y la primera y última filas se denominaban respectivamente vanguardia y retaguardia. Las distancias entre los individuos estaban matemáticamente calculadas: cada soldado ocupaba tres pies geométricos, dos ocupados por su cuerpo, uno existente entre él y su compañero de la izquierda, seis entre su pecho y la espalda del que tenía al frente. Reducíanse los movimientos del escuadrón á marchar, doblar, encajar, arbolar, volver las caras, perfilarse, abrir, cerrar, rehacerse, contramarchar, marchar de costado, reducir, embeber, aclararse, estrecharse, guarnecer, encajonar y separarse; y adaptábanse por medio de ellas las formaciones al terreno. Su explicación no sería breve y por lo mismo resultaría engorrosa, como lo eran aquellas maniobras, á las que podrían añadirse las secundarias de aumentar y disminuir el fondo de los escuadrones, formarlos con tres, cuatro, ocho ó más frentes; reducirlos, hacerlos circulares, etc. Todas estas formaciones respondían á las exigencias del combate; la normal era la del *escuadrón de cuatro frentes*, constituído del siguiente modo: Colocado en doble fondo del que se pretendía dar á cada uno de sus lados, la mitad de las bocas de fuego del costado derecho, daba media vuelta hacia la vanguardia, y la otra mitad del costado izquierdo hacia la retaguardia, yendo á guarnecer aquéllas la primera y éstas la segunda: las otras mitades que quedaban en sus puestos, se *incorporaban;* es decir, estrechaban sus filas. Acto continuo se dividían las filas de los piqueros en cuatro partes; dos conservaban una completa inmovilidad, y las otras dos del centro se perfilaban para subdividirse por el que había de tener cada lado, rehaciéndose al punto y cerrando el cuadro. Esta maniobra recibía algunas alteraciones, mas todas reposaban en el mismo principio. Merece mencionarse la formación de *baluartes*, que eran cuadros pequeños, constituídos por filas de mosqueteros, destinados á debilitar la primera embestida de los caballos, y adheridos al vértice de los cuatro ángulos, sobre los cuales se replegaban con facilidad, después de haber cumplido su misión, ó cuando eran arrolladoras las fuerzas enemi-

gas... El escuadrón de cuatro frentes era también susceptible de otra modificación interesante y muy útil cuando se quería hacer jugar con desahogo y seguridad la artillería. En este caso el escuadrón formaba en cruz. Los mosqueteros tomaban la iniciativa en esta maniobra, salían los de las primeras filas de la vanguardia y pasaban á guarnecer las picas: los de los costados simultáneamente, aunque en sentido inverso; daban media vuelta al centro y marchaban á ponerse en contacto con los cuernos de las cuartas filas de picas (1).» Pero no se limitan los ejercicios del escuadrón á los puramente tácticos; habíase introducido al finalizar el siglo XVII y en los comienzos del XVIII la moda de adiestrar á los infantes en maniobras de parada, y á las ma-



Carro de municiones llamado *Wurts*, visto por su parte superior y de costado (fines del siglo XVIII, principios del XIX)

niobras *militares*, hay que añadir las que podríamos llamar *recreativas*, consistentes en formar con el escuadrón, estrellas, letras, cruces, pájaros, baluartes y otras cosas por el estilo. Aquel lujo de combinaciones que respondía á la superficialidad de la época, desapareció con las picas, arcabuces y mosquetes (2).

Adoptóse el fusil al comenzar el siglo XVIII y se hizo necesaria una nueva instrucción. Por de pronto subsistieron los cuadros, pero se simplificaron las maniobras y formaciones. Eran las principales: Formar en columna. — Fuego avanzando ó retrocediendo.—Conversiones. — Aumentar ó disminuir el frente.—Girar á la derecha ó á la izquierda. A la instrucción general, se añadió la especial para los granaderos. Pero no tardaron en conocerse las desventajas del orden profundo,

(1) Clonard, *Hist. Orgánica.*

(2) Pero todavía «en 1740 se citaba con elogio un coronel austriaco que se ingenió como un artífice chino para hacer con sus tropas en la parada una M. y una T, iniciales de María Teresa; el mayor francés Chevert no quiso ser menos, y escribió en una evolución la frase *Vive le roi*». Almirante, *Dic. militar*, pág. 1044.

y en Julio de 1728 publicóse una nueva ordenanza, en la que se copiaba la formación en tres filas adoptada ya por los franceses, formación que tenía por objeto librar á los cuadros de infantería de los estragos que en ellos hacía la artillería y dar mayor elasticidad á las líneas. En 1737 se dió un corto paso en la instrucción táctica, formando las tropas de la real casa un campo de asamblea en Pellejeros, entre San Ildefonso y Segovia; en 1750 creóse otro en Ocaña al que enviaba cada cuerpo algunos oficiales é individuos. Con estos grupos ó piquetes se formó un batallón-escuela que aprendió el manejo de fusil según se practicaba en las naciones más adelantadas y se adiestró en las maniobras que pensaban introducirse. Trasladado luego al real sitio de Aranjuez, continuó adiestrándose en el nuevo manejo del arma y puso en práctica el reglamento táctico propuesto por la Junta de guerra. Este consistía en el: Fuego por divisiones á pie firme. — Por trozos ganando terreno. —Por pelotones perdiéndolo.—Alto.—Frente á vanguardia y fuego. — Columna por pelotones.—Cuadro.—Columna por mitad de piquetes.—Despliegue en batalla.—Doblar el fondo por hileras.—Idem á vanguardia por trozos.—Idem á retaguardia por trozos.—Columna.—Cuadro por trozos.—Desplegar en batalla.—Marcha oblicua, ganando terreno por ambos costados.—Columnas de batalla. Este reglamento táctico lleva la fecha de 1752 y subsistió hasta 1760, en que se declaró vigente el propuesto á Carlos III por el ayudante de Guardias D. Martín Alvarez; pero en 1761 mandó el rey á Berlín una comisión de oficiales para estudiar la táctica prusiana; ensayóse ésta, y en 1766 comenzó á estar en vigor. Casi ninguna modificación sufrió hasta fin del siglo la táctica: hiciéronse varias tentativas para organizar nuevos *campos*, diéronse órdenes y decretos que no produjeron resultado alguno práctico, y como la táctica se resintiera de falta de uniformidad, á causa de los ensayos hechos por algunos jefes, y los diferentes reglamentos no oficiales que se observaban, según los caprichos y aficiones de los coroneles, en 1798 acordóse dar á la infantería, como texto reglamentario, el reglamento que regía en 1760, debido á D. Martín Alvarez.

El arma de caballería que no había tomado gran incremento en las guerras de Flandes, á causa de las condiciones topográficas de aquel país, lo adquirió en las guerras de Sucesión y de Italia, sobre todo al aparecer los dragones. Las evoluciones que practicaba á mediados del siglo XVIII eran muy sencillas, pues se reducían á cambios de frente, desfiles, y aumentar ó disminuir el frente. Los dragones tenían su táctica especial y en la pág. 569 damos idea de una de las formaciones adoptada por ellos: cuatro escuadrones de dragones de 150 caballos cada uno, compuestos de tres compañías, que desmontan, encadenan sus caballos y salen á formar el batallón. El grabado que representa esta maniobra es copia de una *Instrucción metódica y elemental* para la caballería de línea y dragones presentada al Rey por el coronel Ramírez de Arellano y aprobada por Carlos III (1767). Las maniobras que en ella se consignan son: Formación de regimientos, compañías y escuadrones, y movimientos particulares de ellos.—Pasar del orden de batalla al de parada y volver á rehacerse.—Movimientos de conversión. —Volver caras, ó medias-vueltas.—Marcha en batalla.—Marcha en columna.—Pasar de la columna á la batalla y viceversa.—Doblar y disminuir el frente.—Formar en batalla de dos filas y de tres, y deshacer este movimiento.—Formar el piquete para revistas y campamento. La explicación de cada uno de estos movimientos, lo repetimos, nos apartaría demasiado de nuestro punto de partida y ocuparía un espacio destinado á datos de mayor interés. Abundamos, por otra parte, en la idea de que, las reseñas históricas, sólo deben ofrecer aquellos rasgos salientes que sirven para caracterizar una época, un sistema ó una institución.

Hemos dicho que los dragones usaban fusil ó carabina y espada, y que combatían á pie como á caballo, participando de las condiciones del infante y del jinete. Cuando un escuadrón de dragones echaba pie á tierra para maniobrar como infantería, doblaba primero el frente, se encadenaban los caballos y dejaba encomendados los de cada fila á un soldado. Los dragones desmontados avanzaban sobre el frente con el fusil en la mano y se disponían á ejecutar la maniobra que se les ordenaba. Terminada ésta, montaban de nuevo los dragones y volvían á su anterior formación. Estos soldados con frecuencia hacían las funciones de gastadores.

A fines del siglo XVIII aparecieron los húsares, cuerpos organizados á imitación del extranjero; éstos y los voluntarios á caballo constituyeron, como hemos visto, la caballería ligera y respondían

á la necesidad de ensanchar la esfera de acción de los ejércitos. Los dragones desaparecieron á fines del citado siglo; los húsares subsisten aún, aunque en corto número, en nuestro ejército.

Viniendo ya á tratar de los ejercicios tácticos de la artillería, diremos que se dió una ordenanza en 1752 algo complicada en sentir de los inteligentes, que en 1777 se reformó, simplificóse en 1792 y á fines del siglo comenzó á redactarse la *Colección de ejercicios facultativos*, formada por el general Urrutia. Haremos caso omiso del método empleado en la instrucción elemental ó servicio de los distintos géneros de piezas; y nos limitaremos á transcribir los *principios generales sobre el movimiento, posición y buen uso de la artillería* que en ella figuran. Es un interesante artículo, porque da perfecta idea de la táctica de combate seguida al finalizar el siglo XVIII y á comienzos del actual:

Marchas.—En las marchas que puedan ser insultadas por los enemigos, la artillería irá distribuída en las columnas de infantería y caballería, y provista de artilleros, municiones y de todos sus juegos de armas para hacer fuego siempre que ocurra. Según el objeto de la marcha y plan que se haya propuesto por el General, se dividirá la



Artillería volante haciendo fuego, protegida por los escuadrones de Guardias. (Copia de un grabado de Fernández Noseret)

artillería por brigadas en la cabeza, centro y cola de las colunas; sus calibres se destinarán según la misma consideración; pero generalmente en las cabezas podrán ser útiles los más gruesos para batir los obstáculos que se encuentren. La artillería más ligera, ó de á caballo si la hubiere, convendrá en ocasiones que marche con la caballería; en fin, tanto las divisiones de infantería y caballería como las de artillería han de estar combinadas en el orden de marcha en términos que puedan auxiliarse mutuamente y en la disposición más oportuna, para ocupar los puestos que les estén destinados en el orden de batalla que el General se haya propuesto tomar. La división de artillería de reserva marchará en el punto que se juzgue más distante del enemigo, y las brigadas de las cabezas de las colunas serán precedidas de un carro de instrumentos de gastadores para facilitar los caminos y malos pasos. La vanguardia llevará también quatro piezas de á 12 regularmente para señales. Si la marcha del exército no se hiciere á la inmediación del enemigo, convendrá que la artillería forme una sola coluna que siga el camino más cómodo, y no resultará el trabajo de tener que recomponer ó ensanchar dos ó tres. Quando los caminos lo permitan, los carruages de artillería marcharán á dos ó más de frente para no alargar las colunas. Los carros de municiones provistos de todas las que puedan contener, no han de marchar interpolados con las piezas, sin detrás de cada brigada los que la corresponden: así estarán aquéllas más prontas para tomar la posición que convenga si ocurre de pronto hacer fuego, particularmente en las primeras marchas, de que se ha tratado, á las inmediaciones, ó que puedan recelarse enemigos.

Maniobras.—Desde que se esté á vista del enemigo, y que la artillería haya de maniobrar, lo executará á la prolonga, debiéndose proceder en igual conformidad en todos los movimientos que no se executen al alcance cierto, ó que estándolo sean largos, ó que, aunque cortos, el terreno sea quebrado ó pendiente: con este medio las piezas no presentan tanto objeto al enemigo, hallándose sus cureñas separadas de los armones: se facilita el paso de la ar-

tillería por zanjas y barrancos; se logra que vaya en estado de hacer fuego, que se hagan los movimientos en menos tiempo que si fuese tirada á brazo, y que los artilleros lleguen en disposición de servirlas inmediatamente y con agilidad. Quando el movimiento que se haya de hacer fuese corto y el terreno regular, se executará á brazo por medio de los tirantes; así se evitará el inconveniente de retardarlo, bien sea por no poderse tener el ganado tan pronto como se necesita, ó porque el fuego enemigo mate algunos caballos ó mulas quando se esté practicando la evolución.

En las maniobras á vista del enemigo jamás marcharán las municiones inmediatas á las piezas de las brigadas ó divisiones, porque complicarían y embarazarían sus evoluciones. Si el movimiento de la artillería es de frente, los carros de municiones deberán marchar ciento ó más toesas detrás, pues que los caxones de los armones llevan suficiente número de cartuchos para principiar el fuego; y si la marcha es de costado ó flanco, las municiones deben ir al costado opuesto al enemigo, á igual distancia de sus respectivas piezas: así se conseguirá que éstas maniobren con más libertad, y que aquéllas estén resguardadas del fuego.

La artillería deberá maniobrar con más ó menos fondo, según los movimientos de la tropa á que vaya anexa, y baxo este principio quando las colunas aumenten su frente, y estrechen las distancias para facilitar su formación de batalla, executarán lo mismo las brigadas ó divisiones de artillería, é igualmente desplegará en batalla, y formará colunas según lo exigieren las circunstancias. De todas estas evoluciones y maniobras se ha dado idea en artículos anteriores.

Para que los efectos de artillería sean decisivos es necesario que sus baterías sean fuertes, y sus fuegos se protejan ó crucen: baxo este principio las piezas anexas á las divisiones del exército se emplearán en las acciones generales y particulares, estableciendo baterías de posición en los puntos determinados por el General en xefe.

Artillería en posición.—La artillería esparcida en linea al frente de un exército siempre embarazará los movimientos de las tropas; y aunque sus efectos puedan ser igualmente destructivos que distribuida en baterías situadas en disposición de protegerse, nunca serán decisivos, esto es, capaces de desordenar y arrollar una coluna, ó abrir un claro en el frente enemigo; para esto es necesario que se reunan los fuegos de varias baterías de posición que no sean muy crecidas, y sí poco distantes unas de otras, para que se sirvan sin confusión, y protejan mutuamente reuniendo y cruzando sus fuegos.

Las baterías en el centro de los frentes de batalla embarazarán también las maniobras, y se atraen naturalmente el fuego contrario. Es evidente que el enemigo, dirigiendo sus tiros á la tropa, ofenderá al mismo tiempo á la artillería que tiene á su frente, lo que no sucederá si las baterías se sitúan lateralmente en los costados. En esta disposición se consigue además poder enfilar en quanto sea posible las lineas enemigas.

No son, pues, convenientes las baterías de posición delante del centro de un exército, sino quando el frente de batalla es demasiado extendido, de modo que las baterías de la derecha y de la izquierda no puedan cruzar sus fuegos: entonces, suponiendo dividido el frente del exército en dos partes, la de la derecha apoyará su izquierda, y su derecha la de la izquierda á las baterías del centro, debiendo seguirse la misma regla, bien sea con respecto al todo del exército en acciones generales, ó en las particulares de sus divisiones ó destacamentos. Si en los tres puntos indicados resultasen muy numerosas las baterías, ofrecerían mucho objeto al enemigo; circunstancia que deberá tenerse presente para colocar la artillería á derecha é izquierda de la división ó divisiones de tropas que formen el centro en el orden de batalla primitivo ó habitual, con lo que se conseguirá cruzar los fuegos sobre el centro enemigo.

La máxima general que sirve de base á la fortificación, en quanto á que todas las partes de su recinto deben estar flanqueadas, y defendidas por otras del mismo recinto que no disten entre sí más que el alcance del fusil, es la que debe servir igualmente de fundamento para fortificar ó disponer las baterías en los diferentes órdenes de batalla de un exército, considerando que las tropas son las cortinas de un frente de fortificación, y las baterías sus baluartes. Baxo la protección del fuego de estas baterías, situadas á competente distancia unas de otras, según la extensión del frente que han de proteger, se verificará que las tropas ó cortinas del frente de fortificación ideal maniobren con libertad, y tomen rápidamente quantas posiciones sean convenientes. En fin, así como todo orden de batalla debe adaptarse al terreno, así también la situación de la artillería en él debe ser tal, que ocupe los puntos en que reuna más bien las ventajas naturales de aquél con los objetos de las anteriores reflexiones.

Para elegir las situaciones más ventajosas de la artillería respecto al terreno, debe tenerse por regla general que las baterías no se han de situar en eminencias considerables, y si en alturas poco elevadas, desde donde rasen ó barran la campaña. Las mejores para el cañón y fusil son colinas de quince á veinte pies de elevación sobre un declivio de quatrocientas toesas; desde ellas se descubre muy bien la campaña inmediata, que se supone en falda, y los tiros son rasantes. La colocación de la artillería en grandes alturas hace que sus tiros sean fixantes, y, por consiguiente de más corto efecto; á que se agrega que el enemigo se substrae de sus fuegos á medida que se aproxima más; circunstancia que llega á hacerlos inútiles en la ocasión única de ser decisivos.

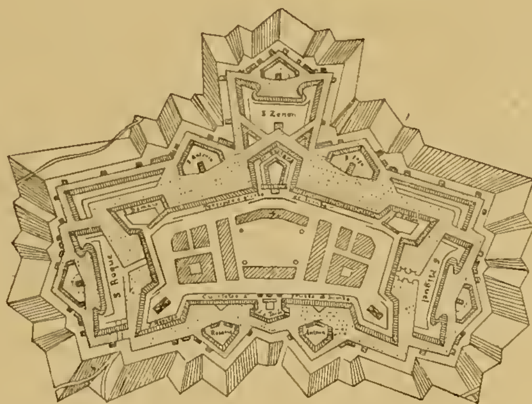
Se ha de procurar con toda diligencia que las baterías enfilen las posiciones del enemigo, ó al menos que las batan obliquamente: este principio ya indicado se funda en la naturaleza de los objetos que bate la artillería de batalla. Una línea de tropas tiene mucho frente, corta altura y poco fondo; circunstancias precisamente contrarias

para conseguir el mayor efecto de una bala disparada directamente. Siendo pequeña la altura y el fondo del objeto, es muy casual el herirlo, pues que la dificultad de acertar los tiros consiste en la elevación de la pieza más bien que en su dirección. Del poco fondo resulta también que el tiro más feliz sólo podrá llevarse tres hombres ó dos caballos; al contrario, si se enfila la línea enemiga, su frente se convierte en fondo, y éste equivale á aumentar la altura, y entonces una bala arrojada con mucha velocidad, y quando más á dos ó tres grados de elevación, recorre de primer golpe y de rebote una gran parte de la línea, causando los estragos que dexa conocerse. En la metralla sucede lo contrario: para producir los mayores efectos debe tirarse contra objetos de mucho frente, aunque sean de poco fondo, y así resulta de estas reflexiones:

Que la bala rasa contra líneas se disparará de modo que las enfile, ó con la mayor obliqüidad; contra colunas se tirará directamente, y que la metralla contra líneas ó colunas deberá arrojarse de frente.

En los tiros de bala rasa se ha de tener presente que si las distancias son de las mayores á que puede tirarse, no convendrá obliquar las direcciones de las piezas porque se aumentarán aquéllas, y como se tire con la mayor elevación, los rebotes más altos y menos fuertes no pueden producir las ventajas de que son capaces á menores distancias, y los tiros son más erróneos.

Nunca se colocarán las baterías delante de las tropas, ni detrás en las alturas poco elevadas, pues en una y otra



Castillo de San Fernando de Figueras (*a*)

posición la artillería aumenta el blanco al enemigo: estando al frente impide ó rompe los movimientos de la tropa, según se ha dicho; y situada detrás en alturas la aturde con el ruido, y puede ofenderla con los saleros de los cartuchos.

La artillería se situará en los puntos determinados antes que las tropas, y éstas formarán seguidamente en los intervalos de unas baterías á otras. Es evidente que el arma que ha de proteger debe tomar posición primero que la protegida, y ésta colocarse baxo la protección de la que ha de defender; idea que conviene también con la fortificación material, en que la posición de las cortinas la determinan los baluartes.

Se ha de procurar no situar ó manifestar las posiciones de las baterías hasta el tiempo en que se principie á hacer uso de ellas. Quando el enemigo conoce anticipadamente la situación de la artillería, procura evitar sus efectos, sea variando el orden de batalla, ó sea oponiendo baterías más fuertes.

La precaución de cubrir las baterías sólo podrá tener lugar en algún caso quando el exército esté sobre la defensiva: en cualquiera otra ocasión será siempre sujetar y limitar las maniobras de la artillería; y esta circunstancia perjudicial á su buen uso se ha de procurar evitar por todos medios.

Si alguno de los costados del exército estuviere apoyado de un barranco, acequia ó río, se harán pasar de la otra parte algunas piezas del mayor calibre y alcance para batir al enemigo de revés; y si esta batería no se manifiesta hasta el preciso tiempo de servir, de manera que no se dé lugar á tomar las precauciones correspondientes contra ella, es evidente que podrá enfilar las tropas enemigas, y causarles igualmente que á su artillería el mayor estrago y

(*a*) Este grabado ha visto la luz en otras publicaciones españolas, y por esta causa aparece en este lugar, pues no se nos oculta la inconveniencia de dar á conocer los planos de fortificaciones

desorden: por esta razón, y siempre que se pueda, será conveniente en las acciones de consideración y batallas decisivas emplear en posición algunas de las expresadas piezas, y tenerlas en el parque principal del exército ataladas y completas de todo lo necesario para su servicio, no sólo con este objeto, sino también con el de romper puentes, batir y demoler los puestos fortificados del enemigo, y apoderarse de algunos fuertes que, aunque de corta consideración, pueden incomodar ó detener á un exército: para todos estos casos será suficiente marchen con el parque seis cañones del calibre de á 16 y dos obuses de á 8 pulgadas.

La artillería, singularmente la de las alas, se situará en quanto sea posible, de modo que pueda hacer fuego aun quando las tropas lleguen al arma blanca. Situadas así las baterías es cómo pueden ofender al enemigo más tiempo y de más cerca, y es cómo de consiguiente pueden hacer el mayor daño; pero, para conseguirlo, es preciso variar de posiciones, porque las tropas propias y las enemigas varían las suyas según las ocurrencias: no será pues posible proteger las unas y batir las otras con ventaja sin tomar posiciones proporcionadas. Esta es una de las primeras atenciones de los Comandantes de baterías, y les sería del más grave cargo permanecer en su primera posición, mientras que tomando otras á derecha ó izquierda podrían sacar de su artillería un partido más ventajoso, y tal vez decisivo. Esta exposición manifiesta, que aunque llamamos de posición las baterías de un orden de batalla, no por eso son baterías estables, porque, al contrario, han de maniobrar con las tropas que se han de avanzar ó retirar según lo executen éstas, y han de variar de situación siempre que se presente otra mejor que la primera. Los jefes deben advertirlo si alguna batería ha de ser estable, porque tengan algún objeto determinado, como sería guardar un paso preciso, etc.

Antes de conocerse la artillería de á caballo, se solían destinar cañones de á 4 y obuses de á 6 para proteger la caballería: para esto se reforzaba de ganado, y se procuraba buscar las mejores situaciones para ofender la caballería enemiga, y estar precavido de sus ataques á favor de los obstáculos naturales del terreno, porque no había medio de avanzarse ni de retirarse con igual celeridad, pues aunque las piezas lo executasen, no podían los artilleros seguirlas: de aquí la necesidad de montarlos, y el establecimiento de la artillería de á caballo en todas las Potencias de Europa.

Quando todo el terreno ó campo de batalla es igual por su frente, y su extensión exigiese baterías en el centro y costados, se dividirá la artillería en partes iguales, dexando la de menor calibre, ó mejor la de á caballo, en las alas, ó inmediata á la caballería, y la de reserva estará pronta para marchar con diligencia, si fuere necesario, á reforzar las baterías de los puntos en que esté más empeñada la acción, reemplazar las piezas y efectos que se pierdan ó inutilicen, así como las municiones que se consuman. En el orden de batalla paralelo se hará esta división por iguales partes; pero si fuese obliquo deberán ser de mayor número de piezas, y más ligeras las baterías destinadas á la parte del exército más próxima al enemigo, y que ha de empeñar la acción.

En el caso de ser ventajoso avanzar alguna artillería, ó separarla de las tropas para mejorar de posición, es necesario marche con el único fin de sostenerla el competente número de tropas de infantería ó caballería: los Comandantes de las baterías que hayan de moverse pedirán este auxilio á los jefes que manden las divisiones á que pertenecen.

La posición de las piezas de cada batería ha de ser tal que de una á otra haya de diez á doce pasos, con el fin de que se puedan servir con desembarazo y comodidad; y quando se tema que el enemigo pueda enfilarlas, se pondrán unas más avanzadas que otras para evitarlo.

En las posiciones ú órdenes de batalla meramente defensivos se deben situar las piezas de mayor calibre y de movimiento menos executivo en los parages más oportunos para ofender los de más fácil acceso, y por los quales se presuma pueda dirigir sus ataques el enemigo; y la mas ligera, ó la de á caballo, se reservará para acudir adonde se necesite. Este principio se funda en que las piezas de grueso calibre tienen mayor alcance, y sus efectos son más decisivos á corta distancia, porque sus cartuchos de metralla contienen más balas: añádese á esto que no se pueden mover y manejar con toda prontitud como las otras de menor calibre, y de consiguiente deben destinarse éstas para las maniobras executivas, y á aquéllas se les proporcionará posiciones en que sus movimientos no hayan de ser á largas distancias, ni requieran mucha velocidad y prontitud.

Por las mismas razones en los órdenes de batalla obliquos la mayor parte de la artillería gruesa se destinará á proteger las tropas que se apartan del enemigo, y singularmente á los lados colaterales del verdadero ataque, y la de á caballo acompañará á la que ha de atacar: no obstante, si la parte del exército enemigo adonde se hayan de dirigir los ataques está protegida de alguna batería muy fuerte, será necesario oponerle otras que la destruyan.

Siempre que haya algún lugar fortificado, ú otro puesto que cubra una ala ó el centro del enemigo, se destinarán para batirlo las piezas de artillería gruesa: es evidente que la fuerza de los proyectiles militares debe ser proporcionada á los efectos que se apetecen;, y mientras que una bala de á 4 por exemplo, es suficiente para matar muchos hombres y caballos, no lo es para batir ningún obstáculo. Para este objeto son preferibles los calibres gruesos, como el de á 12 ó el de á 16 según las circunstancias, pues que sus balas abren agujeros de un diámetro y profundidad mayor que las de menor calibre arrojadas con cargas proporcionadas á sus pesos, en tales términos que el abierto por una bala de á 24 es más de ocho veces mayor que el producido por una de á 3; es decir, que los agujeros abiertos por balas de diferentes calibres con las cargas expuestas están en mayor razón que las de sus pesos. Conviene

hacer aquí una advertencia, y es que quando la artillería se emplee en demoler y destruir, las cargas se han de proporcionar á la resistencia de los objetos que se batan, usando de las cortas quando es débil el objeto; y al contrario, de las más fuertes quando lo es la resistencia de éste; pues que una bala arrojada contra una barrera débil, ú otro obstáculo semejante, lo atraviesa, formando sólo un agujero aun de menor diámetro que el suyo si la velocidad es grande; pero si ésta es corta, astílla la barrera y la destruye; efecto mucho más apetecible: de suerte que las cargas fuertes no sólo son costosas por su valor real, por lo que padecen las piezas y montajes con ellas; no sólo hacen el fuego más lento, sino que tampoco producen siempre los mejores efectos; aun para batir en brecha muros fuertes y de resistencia, conviene sólo emplear cargas del tercio del peso de la bala en lugar de otras mayores; pues aunque con éstas cada tiro produciría mayor efecto si la batería no estuviese muy distante, con las otras menores puede tirarse en cada día mayor número de tiros; método que, siendo más económico, porque conserva las piezas y cureñaje, produce más bien el efecto á que se dirige.

Cargas.—Las cargas que usamos para los cañones de á 12, 8 y 4 con bala rasa son 4, $2\,^{1}/_{3}$ y $1\,^{1}/_{3}$ libras de pólvora, y con metralla en botes de hoja de lata $4\,^{1}/_{4}$, $2\,^{3}/_{4}$ y $1\,^{3}/_{4}$ libras, porque éstos pesan más que la bala de su calibre



Escuadrón del regimiento de *Guardia Corps.* (Copia de un grabado de Esteve)

respectivo. En los obuses de á 6 pulgadas se emplean regularmente de 20 á 24 onzas de pólvora para disparar la granada, y de 26 á 28 para la metralla, siendo únicamente 30 onzas las que caben en la recámara de esta pieza.

Enlace de las armas.—La artillería no debe jamás abandonar las tropas á que está destinada, ni éstas á la artillería. De la puntual observancia de esta máxima, derivada de que la tropa y la artillería han de sostenerse siempre mutuamente, resulta hacerse irresistible un exército ó parte de él en el ataque, é impenetrable en su defensa. Es necesario, pues, que las tropas de infantería, caballería y artillería tengan una recíproca confianza de que no se abandonarán en las acciones en que se hallan combinadas sus armas para ofender ó defenderse, en la inteligencia de que de separarse qualquiera de ellas en los momentos decisivos, resultará indispensablemente atraerse la derrota. El temor de perder gente ó las piezas no debe servir nunca de disculpa para retirar éstas antes de tiempo: los últimos disparos á boca de cañón son los verdaderamente sangrientos, y detienen por lo común al enemigo; así, quando convenga, ó las órdenes prevengan que se defienda el puesto ó batería hasta el extremo, no se dexará de hacer fuego mientras no esté el enemigo á tal distancia que no se pueda volver á cargar ínterin llega. En este caso ya se abandonarán las piezas llevándose los artilleros sus juegos de armas, que es lo único que puede hacerse para evitar el que los enemigos usen de ellas en el momento, porque no hay lugar de clavarlas estando ya aquéllos en el puesto ó batería.

Municiones.—Las municiones necesitan una particular atención no sólo para precaverlas de la humedad y voladuras, sino también de que se maltraten los cartuchos con el continuado movimiento de los caxones en las marchas; se deben, pues, reconocer continuamente, y zelar su existencia y buen estado de servicio, reemplazando sucesivamente las que se deterioren, así como los consumos, para tener siempre completas las dotaciones.

En las acciones deberán situarse los carros de municiones á competente distancia, y si puede ser, resguardados, para surtir de ellos los caxones anexos á las piezas; de modo que nunca pueda interrumpirse el fuego por falta de ellas.

Servicio de las piezas.—La principal atención en el servicio de la artillería ha de ser la de economizar las municiones, conservándolas para los instantes esenciales y decisivos. Esta máxima, á pesar de su importancia, es, no obstante, difícil de observar, por el clamor general del ejército para que se tire con precipitación: se suele creer que los efectos son proporcionados al ruido; pero de hacer fuego antes de tiempo y con celeridad, resulta consumir las municiones inútilmente, hacer que el enemigo desprecie el riesgo perdiendo el temor, calentar y aun inutilizar las piezas para quando sus efectos serían los más funestos y decisivos; y sobre todo que en estos críticos instantes falten las municiones, y de consiguiente los medios de asegurar la victoria, ó impedir una completa derrota protegiendo la retirada. Baxo este concepto, deberá observarse, como regla general, no valerse de los máximos alcances para ofender al enemigo, ni preferir la celeridad del fuego á la certeza de los tiros, procurando que la puntería sea más exacta á proporción que la distancia sea mayor, asi como la viveza del fuego ha de aumentarse en razón de lo que aquélla disminuya ó se aproxime el objeto.

Fuegos.—No se puede romper el fuego de la artillería á más de quatrocientas toesas del enemigo: á esta distancia todavía son de consideración los rebotes de las balas, pues alcanzan á ella las piezas de batalla con dos ó tres grados de elevación; y aunque aumentando ésta alcanzarían mucho más, disminuirían los rebotes, se acercarían á fixantes los tiros, serían éstos muy inciertos, y de consiguiente se emplearían así inútilmente las municiones.

Desde quatrocientas toesas hasta doscientas se tirará con bala; y desde esta última distancia hasta la de cien toesas se usará de la metralla gruesa de fierro tirando de frente; pero si se puede enfilar al enemigo, ó dirigirle los tiros con notable obliqüidad ó contra colunas, se empleará siempre la bala rasa.

Quando el enemigo diste menos de cien toesas se dexará de tirar con metralla gruesa, y se usará de la menuda, á menos de enfilar exactamente las líneas enemigas, ó de estar éstas muy próximas á las tropas propias, pues en estos casos se deberá tirar con bala, y hacer el fuego vivo. En el caso de no haber metralla de balas de fierro, se tirará con bala rasa hasta que el enemigo esté de setenta á ochenta toesas de distancia, entonces se usará la metralla de balas de fusil en saquillos; á muy corta distancia ó á quema ropa, será el fuego muy sangriento siempre que se tire con la mayor viveza, y con menos pólvora que la de la carga regular, pues con cargas fuertes se apelotan las balas de plomo, y todas las de metralla se esparcen más.

El objeto de los tiros ha de ser siempre las tropas enemigas, á menos que no pueda tirarse con ventaja contra ellas, ó que su artillería haga considerable daño, ó impida algún movimiento que se mande executar, pues en tal caso deberá tirarse contra las baterías que molesten, á fin de obligarlas á callar ó mudar de posición.

Todo cañoneo que no tenga más objeto que el de algunos soldados que se presenten á tiro, será siempre reprehensible, por no ser de ningún modo útil, y resultar un desperdicio de municiones perjudicial: no debe entenderse así quando se trate de impedir algún reconocimiento.

No se han de disparar nunca todas las piezas á un tiempo, sino una después de otra: alternando así los tiros, y siendo continuados no se dexa reposar al enemigo, y se impide principalmente quando está cerca que se arroje á la batería, aprovechando el tiempo que mientras se cargasen las piezas quedarían sin poder hacer fuego habiéndolas disparado todas á la vez.

Con los obuses se puede romper el fuego á seiscientas toesas, y aunque á estas distancias sus tiros no sean los más certeros, no obstante siempre serán útiles, porque quando no ofendan con los rebotes de las granadas, lo executarán sus cascos: la metralla sólo se usará con el obús quando esté el enemigo distante de ciento á ciento y veinte toesas; y reservando estos tiros para menores distancias pueden producir el mayor efecto, desordenando y trastornando las tropas que los sufran, por el número de las balas de metralla gruesa que contienen sus cartuchos.

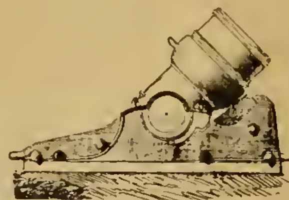
En las batallas á campo raso nunca conviene tirar de rebote, y sí de modo que los tiros sean rasantes: los rebotes sólo servirían de hacer menos fuerte y cierto el tiro contra tropas que se descubren enteramente; pero no por esto se ha de suponer que se reprueban los rebotes absolutamente, por los quales terminan sus efectos los tiros directos; antes bien es preciso proporcionarlos según las circunstancias, y tener presente que los tiros vale más que pequen por baxos que por altos, pues los primeros pueden herir en sus rebotes, y los segundos son perdidos, particularmente quando no se tira de enfilada, ó los objetos tienen poco fondo.

Los ligeros datos que antes apuntamos y los párrafos que hemos transcrito pueden contribuir á que se forme el lector exacta idea de las modificaciones que sufrió la táctica: dedúcese de ellos que la infantería aumenta en proporción é importancia; que el cañón alcanza la supremacía en los combates; y como el tiro de fusil no es todavía bastante eficaz y rápido, de aquí el brillante papel que la caballería ejerce en las guerras de los primeros años del siglo XIX. Pero la acción del fuego tiende á engrandecerse, los efectivos aumentan, las guerras de la primera república francesa señalan nuevos derroteros al Arte, y no han de transcurrir muchos años sin que sufra éste radical mudanza.

Como las armas, también sufrió importantes cambios la fortificación.

Ya dijimos en el ESTUDIO DÉCIMO del Tomo II, á que tantas veces nos hemos referido, que la importancia adquirida por las armas de fuego dió gran valor á los obstáculos y á la defensa, contribuyendo, así al desarrollo de la fortificación pasajera, como al de la permanente. Hicimos también conocer el estado en que esta rama del arte militar se hallaba al finalizar aquel período; y al enumerar los diversos sistemas empleados en los Países Bajos, dimos á conocer los ingenieros que más habían descollado en nuestros ejércitos, algunos de los cuales, como Rojas, alcanzaron los primeros años del siglo XVII. En este siglo, España dejó de ser innovadora, y sólo á fines del mismo presenta un ingeniero cuyo nombre, vida y obras merecen ser conocidos: D. Sebastián Fernández de Medrano, al que más adelante consagraremos algunos párrafos.

Francia, que había entrado ya en el período de su preponderancia, también descolló en esta especialidad, y Errard-le-Duc á fines del siglo XVI y De Ville á principios del siguiente, comienzan por introducir nuevos métodos producto de la reunión de los italiano-holandés é italiano-español, mientras los holandeses perfeccionan los suyos, á impulso de los estudios de Marolois, Volker, Melder, Scheiter, Neubauer, Heidemann, Heer y otros autores ilustres. Pero hasta la aparición del conde de Pagán la fortificación no da en Francia un formal paso. Este hábil ingeniero, testigo de las guerras de Luis XIII y de la floja resistencia hecha por las fortalezas, trató por medio de nuevas y acertadas combinaciones de mejorar las condiciones de la defensa. Tomó para ello de los holandeses la planta de las obras, cuya disposición estaba basada sobre principios tácticos, y de los italianos el perfil, que mejoró notablemente (1); supo apreciar con exactitud el alcance del fuego directo, por medio del cual se defienden recíprocamente las diferentes partes de una fortaleza; fué el primero que reconoció el inconveniente de los flancos perpendiculares á la cortina, y de los pequeños baluartes, y encontró medios eficaces y sencillos para defender la brecha y foso. En la construcción de Pagán, fácil y aplicable así á los polígonos regulares como irregulares, los flancos de los baluartes son mayores y perpendiculares á la línea de defensa; el baluarte interior ideado por él es un excelente atrincheramiento y las casamatas aventajan en grado sumo á las que se construyeron hasta su tiempo (2).



Mortero de fines del siglo XVIII

No nos detenemos á dar mayor explicación sobre el sistema del conde de Pagán, en cuyos es-

(1) Zastrow, *Hist. de la fortificación permanente*, 1766.

(2) Le Blond, *Element. de fortification*. París.

«Todos los autores que precedieron á Pagán, habían conocido la importancia de aumentar el fuego del flanco, haciéndole capaz de contener un número suficiente de cañones para proporcionar al foso y brecha la más vigorosa defensa, á cuyo efecto idearon las casamatas ó plazas bajas, pero, según advierte el autor de los *Trabajos de Marte*, como para dar lugar al retroceso de los afustes largos de sus cañones, era necesario que las casamatas se extendiesen dentro del baluarte, quedaban muy reducidas las semigolas y sin bastante terreno para construir en ellas atrincheramientos ú otras obras de defensa. El conde de Pagán corrigió este defecto aumentando la capacidad de sus baluartes y semigolas, á fin de poder construir el retrincheramiento interior y los tres flancos en anfiteatro capaces de contener quince piezas de cañón, de las cuales la más próxima á la espalda, en cada uno de ellos, está cubierta de las baterías enemigas, y las tres son muy importantes para defender el paso del foso y batir de revés la brecha. Por otra parte, estas plazas bajas están construídas con mucha más inteligencia que las de los ingenieros precedentes. El caballero de Ville y Errard forman el orejón prolongando la cara del baluarte, y así disminuyen notablemente la capacidad del flanco; pero el conde de Pagán, haciendo entrar las plazas bajas en el baluarte, las deja bastante espaciosas, mayormente alargando la cortina, siguiendo la dirección de la línea de defensa, en lo que ha sido imitado por Vauban, aunque éste forma el flanco en línea curva; y así tiene algunos pies mas de longitud, resultando de mayor resistencia los merlones.

»Como la mayor parte de los descubrimientos que al principio parecen ventajosos, pero que puestos á prueba presentan inconvenientes que dificultan su empleo, se ha reconocido posteriormente que las plazas bajas del conde de Pagán no tenian el desahogo necesario y quedaban muy expuestas al cañón y bombas de los enemigos; y aunque en el tiempo de su invención pudieran haber servido útilmente, siendo menor el riesgo por la poca destreza de los bombarderos; sin embargo, habiéndose perfeccionado después la artilleria y el arte de arrojar bombas, resultaron estas obras de poca resistencia y muy incómodas á los defensores. Juzgándolo así Vauban, y atendiendo al numeroso tren de artilleria con que se hacían en su tiempo los sitios, no construyó sino un solo flanco de capacidad bastante, cubriéndole con el orejón, detras del cual se conservaba un cañón para defender la brecha. Pero este mismo ingeniero conoció después la importancia de cubrir muchas piezas de cañón para libertarlas del estrago que ocasionaba el bombardeo, y así lo ejecutó en las torres abaluartadas de Landau y Neuf Brissac.» Id. íd., traduc. española de la época.

critos se inspiró el célebre Vauban, para no prolongar excesivamente este no corto ESTUDIO. A Vauban cabe la gloria de haber dado impulso poderoso á la fortificación, lo propio que al ataque y defensa de las plazas. Este ilustre ingeniero nació en 1633 de humilde familia; huérfano á los diez años, fué educado é instruído por el cura de su pueblo, que abandonó á los diez y seis para sentar plaza de soldado. A su conocimiento de la geometría debió que se le empleara en el servicio de ingenieros, y su aplicación, su aptitud y su despejo, abriéronle ancho camino, por el que llegó á las más elevadas categorías militares. Su vida fué muy laboriosa, pues dirigió nada menos que 48 sitios, construyó 33 plazas nuevas y modificó más de 300. Su sistema de fortificación se distingue por adaptar ésta al terreno y por saber referirla á la estrategia. «Vauban, dice Zastrow, no era partidario exclusivo de una determinada manera ó sistema; dejóse guiar por las disposiciones del terreno y por otras circunstancias locales. Su objeto fué, ante todo, perfeccionar el sistema *abaluartado*, hacerle adaptable á toda clase de terrenos, mejorar la defensa, acortando sus líneas,



Combate en las inmediaciones del castillo de Bellegarde y muerte del general francés Mirabal (13 Agosto 1794)

Curiosísimo facsímile de un dibujo á la pluma hecho por el general Championnet (*a*)

adosando caballeros interiores al cuerpo de la plaza, empleando la tenaza para cubrir en parte por el exterior la cortina, y proporcionar algo de flanqueo bajo, usando y aplicando las medias lunas reforzadas con reductos interiores y las plazas de armas externas, todo con el objeto de extremar la resistencia. Generalmente se ha clasificado en tres sistemas, los principios seguidos por Vauban en la fortificación permanente. El primero tiene mucha semejanza con el de Pagán y no merece que nos detengamos á explicarlo, pues ofrece escasas novedades: el segundo y tercero difieren poco entre sí y por lo mismo nos limitaremos á consignar lo más saliente de éste: consiste en un frente compuesto de dos baluartes unidos por una cortina, con sus correspondientes caballeros; tenaza delante de la cortina, y relacionada con ella por medio de una caponera, una media luna más exterior, con su reducto interior; camino cubierto con cubre-caras y plazas de armas para cubrir del fuego el cuerpo de la plaza y poder organizar las salidas. Las contraguardias, tenazones y rebellines tienen revestimiento de mampostería y tepes; el parapeto de las torres abaluartadas ó pequeños baluartes es de mampostería de ocho pies de grueso; debajo del piso de su terraplén se construyen subterráneos á prueba de bomba, así como en los flancos de las cortinas,

(*a*) El dibujo original forma parte de la serie que ilustra los dos volúmenes manuscritos que con el título de *Recueil des actions heroïques, ó Livre du Soldat français*, compuso y dibujó dicho general, volúmenes que se encuentran en la biblioteca del Palacio de los Diputados de París. Estos manuscritos habían formado parte, hasta 1831, de la biblioteca de Gohier, antiguo presidente del Directorio.

habiendo una cañonera en cada uno para tener dos fuegos. La plaza se comunica con los tenazones por las poternas que se hacen en medio de las cortinas y al mismo fin se construyen subterráneos en los flancos de las contraguardias. En la sección A. B. del frente que figura en la pág. 565 se representa el plano de estos subterráneos.

El método de Vauban se generalizó en el transcurso del siglo XVIII, y fué seguido, como es consiguiente, en España; por eso merecía una explicación, siquiera muy brevísima. Como en este siglo se tradujeron no pocas obras francesas á nuestro idioma para la enseñanza militar, reproduciremos la crítica que de dicho método se hace en una de ellas. Las ventajas que ofrece, son: «1.º Pueden defenderse las contraguardias ó baluartes destacados hasta el extremo, sin exponer la plaza á un asalto: la construcción de alojamientos sobre estas obras, es muy peligrosa por el fuego de las torres, las cuales descubren el frente y costado del enemigo, de suerte que el primer re-



El conde de Aranda

cinto es susceptible de más larga y vigorosa defensa que las fortalezas ordinarias. 2.º Establecido ya el enemigo sobre las contra-guardias, les será muy difícil construir baterías contra los flancos de las torres, y abrir brecha en sus caras, porque el fuego de estas obras puede dirigirse hacia cualquier punto de la contra-guardia: el paso del foso de las torres, está defendido por los flancos superiores é inferiores de las colaterales, sin que el enemigo pueda desmontar el cañón de los subterráneos antes de haber arruinado del todo los flancos. También se defiende este paso por mucha parte de los fuegos de la cortina y sus flancos; y así encontrará allí el enemigo graves riesgos y dificultades. 3.º Los subterráneos á prueba de las torres abaluartadas, son muy útiles para conservar las municiones, y para la seguridad y descanso de las tropas. 4.º Estas torres pueden procurar muchas ventajas á cualquier fortaleza, pero especialmente á las que estuviesen dominadas, porque es más fácil cubrirse en ellas con traveses que en los baluartes ordinarios. 5.º La construcción de las torres hace manifiesta su recíproca defensa, el enemigo no puede batirlas hasta después de haber ganado las contra-guardias que las cubren. 6.º La poca extensión que en ellas puede tener la brecha, y las ventajas de sus subterráneos para defenderlas, proporcionan á los sitiados mucha prosperidad contra los ataques del enemigo, y medio para inutilizar el efecto de sus mi-

nas, de suerte que un gobernador que sepa aprovechar todos los recursos que ofrece la buena disposición de estas torres, puede adquirir mucha gloria en la defensa.» Los inconvenientes del sistema consistían: «1.° En el costo doble de la fortificación. 2.° En que las retiradas de la contraguardia eran difíciles, de atacar el enemigo con vigor, y sólo podían verificarse pór los puentes á flor de agua construídos junto á los flancos de las torres, los que podían romperse con el peso de la tropa; y 3.° En que los subterráneos de las torres se hacían inhabitables por el humo de las primeras descargas.» Para remediar este defecto, se hizo uso de un ventilador inventado por el inglés Hales.

Contemporáneo de Vauban fué el célebre barón de Coehoorn, general de la artillería holandesa, y director de las fortificaciones de las Provincias-Unidas; quien como Vauban dió á conocer tres sistemas de ataques. Todas sus obras tienen galería debajo del terraplén; las comunicaciones son seguras, y colocados con discernimiento; la latitud del terraplén en las obras exteriores no es más que la precisa para el uso de las tropas que las defienden, á fin de que el enemigo no pueda alojarse en ellas, sino con mucha dificultad y peligro; los caminos cubiertos son mucho más anchos que los ordinarios, y para su defensa, en lugar de traveses, construyó espaciosas plazas de armas en los ángulos entrantes con reductos de mampostería atronerados. He aquí cómo se expresa, hablando de este ingeniero, el Sr. de Saint Julien, ingeniero como él, y coetáneo suyo: «Muy poco conocimiento tengo del sistema de Coehoorn, fuera del que he adquirido, reconociendo sus mismas obras de Nimega y Berg-op-zoom; pues aunque él haya querido explicarlo en el tratado que ha dado á luz sobre esta materia; sin embargo, es diferente lo que allí dice de lo que ejecuta cada día por medio de planos muy sencillos. Su principal objeto, según he podido comprender, es tener al enemigo á la mayor distancia posible de la plaza, y obligarle á practicar operaciones difíciles y costosas antes de llegar al glacis, á cuyo efecto le opone varios rebellines pequeños, que hoy llaman lunetas, en aquellos puntos más favorables á la defensa. Fuera de esto, también se ve en Berg-op-zoom una galería de su invención, detrás de la contraescarpa, desde la cual puede ofenderse por la espalda á los que asalten la brecha. En orden á lo demás, sigue Coehoorn las mejores máximas de fortificación, aumentando la magnitud de las golas, y haciendo muy espaciosos los flancos, á los cuales cubre con orejón más sólido que los ordinarios, y capaz de contener algunos soldados, sin detenerse en que resulte algo mayor la línea de defensa, ni hacerla más corta con el tenazón que establece delante de la cortina (1).»

Vauban y Coehoorn fueron los dos ingenieros que más influencia ejercieron en la fortificación del siglo XVIII; á fines de éste comenzó á ejercerla Montalambert, con métodos distintos; pero la influencia de éste en nuestra patria fué muy escasa en la época en que nos venimos ocupando, por no haberse difundido bastante sus sistemas. Y con este párrafo cerraríamos los destinados á dar idea de los progresos de la fortificación permanente, si no consideráramos indispensable consagrar merecido recuerdo del ingeniero español y tratadista militar D. Sebastián Fernández de Medrano y á sus obras.

Medrano nació en 1646; entró en la milicia el año 1661; el año 1667 pasó á Flandes de alférez; en 1680 era capitán; en 1689 maestre de campo; en 1694 graduado de general de batalla, y en 1695, general de batalla efectivo. Siendo alférez, compuso su primera obra, y se le nombró *maestro de matemáticas* de la Academia militar; después publicó otras varias obras y tratados sobre geografía, artillería y fortificación, y desde 1692 estuvo al frente de la citada Academia (2). En la nota de esta

(1) *Architecture militaire* cit. en el *Parfait ingenieur français*. Ed. de Amsterdam, 1714.

(2) En el volumen XXXVII de la *Revista contemporánea*, de Madrid, número correspondiente á Enero de 1882, ha publicado el señor Rodriguez Villa una curiosa *Autobiografía* de Medrano, que por su extensión no copiamos aquí, pero de la que extractamos los siguientes datos:

Nació D. Sebastián Fernández de Medrano en la villa de Mora, arzobispado de Toledo, en 1646; á la edad de 15 años hizo cuatro campáñas de *plaza sencilla* en Castilla la Vieja, á las órdenes del duque de Osuna, y llevado de su amor al estudio, aplicóse á la lectura de obras militares y matemáticas, *sin más director que la propia manía* que se le había puesto en la cabeza. Pasó á Madrid, según es presumible, en 1662, y en la corte permaneció hasta 1667, pues habiendo conseguido que se le diese una bandera en la compañía de D. Juan de Meneses y tercio de Augusto, fué destinado á Flandes en 1668. Aquí mereció la gracia del marqués de Gastañana, muy amigo de los hom-

página enumeramos sus obras, limitándonos aquí á dar á conocer su método de fortificación, que puede parecer á simple vista un plagio de Vauban, pero que si se tiene en cuenta la circunstancia de no haber dado á luz éste tratado alguno sobre la materia y el profundo estudio que Medrano revela de Pagán, desde luego se rechaza tal suposición. La figura que en la página 563 reproducimos precisamente lo demuestra así, porque si bien presenta alguna semejanza de forma con la empleada por Vauban en su primer sistema, se notará, á poco que se examine, que la retirada de los flancos es mayor, para dejar espacio á una batería baja; que detrás del orejón existe un parapeto; que el rebellín es sencillo, el camino cubierto tiene traveses, y las plazas de armas parapetos atenazados. El trazado lo hace partiendo del polígono interior; es complicado y varía para cada polígono regular. En el frente de Medrano no existe la tenaza frente á la cortina, particularidad que se nota también en los fuertes abaluartados construidos por los ingenieros españoles en este siglo (1). Medrano se mostró en su obra titulada *El Ingeniero* muy partidario de los flancos bajos

bres estudiosos, y en su compañía asistió á las campañas que tuvieron lugar hasta la paz de Aquisgran, *siempre continuando en lo que había emprendido de adquirir la Mathematica valiéndome de una y otro libro.* Por cierto que este empeño le valió entre los oficiales de su tercio el dictado de loco, pero Medrano consiguió su deseo, adquiriendo *mediana teorica en la fortificación y vso de la artilleria.* A causa de esto el gobernador general, conde de Monterrey, le empleó en las obras de fortificacióo y en la asistencia de la artillería, encontrándose durante las campañas de 1673 y 74 entre otros importantes hechos, en la batalla de Senef y sitio de Oudenarda. Concluída la última campaña, hallóse Medrano de alférez reformado y decidió regresar á España; pero como á la sazón se hubieran organizado en Flandes 4 ó 5 000 hombres en regimientos, soldados á quienes llamaron *cadetes* (que eran *hijosdalgos* ó hijos de oficiales), y como los maestres de campo encarecieran al virrey, duque de Villa hermosa, la necesidad de que Medrano se encargara de su enseñanza en la Academia militar que se dispuso establecer, aceptó Medrano, no sin excusarse, el encargo, y publicó con tal motivo sus *Rudimentos ó principios geométricos y militares* (Bruselas, 1677, un vol. 4.°). Cobró fama la Academia, y el Duque honró á Medrano con una compañía de infanteria; mas no por eso dejó de ejercer su cargo, aunque cobró entero su sueldo de *capitán vivo* Las comunicaciones que dirigió al monarca el gobernador general son altamente honrosas para Medrano y prueban el copioso fruto que su buen método de enseñanza producía en el ejército. Los testimonios por extremo satisfactorios que recibió, sirviéronle de acicate para dar á la estampa nuevas obras, *a costa*, dice, *del pobre patrimonio de mi esposa;* pero gracias á ella *se crearon tanto numero de ingenieros que S. M. los pedía y pidio para emplearlos en las franteras de sus dominios* y aun en los de sus aliados. Fueron aquellas obras:

El práctico artillero, Bruselas, 1680. Se reimprimió varias veces y se refundió en:

El perfecto bombardero y practico artificial, Bruselas, 1691.

El ingeniero practico, Bruselas, 1696. Reimprimióla el autor en francés por ser el idioma de la oficialidad.

El arquitecto perfecto en el arte militar, Bruselas, 1700.

Elementos de Euclides amplificados, Bruselas, s. a.

Relacion de un país que nuevamente se ha descubierto en la América septentrional de más extendida que es la Eurapa, Bruselas, 1699.

Breve tratado de Geagrafía dividido en tres partes, Bruselas, 1700.

Geografía o moderna descripcion del mundo y sus partes, dividida en dos tomos, Amberes, 1709.

Fundación y reglas de la Academia llamada la Peregrina. Manuscrito de la Biblioteca nacional.

Hizo Medrano por los aõos 1689 un viaje á Alemania en compañía del maestre de campo general Augusto, y presentado en Tréveris, al príncipe-elector, pidióle éste su parecer respecto de las fortificaciones de Coblentza y le hizo nuestro ingeniero un proyecto para su reparo. Solicitó que le enviara algunos de sus alumnos, complacióle Medrano, y en carta que más tarde le dirigió el Elector, hace grandes elogios de sus discípulos y de su sistema de enseñanza. Respecto á cuyo particular dice Medrano: «El salir todos tan diestros, consistió en haberme yo hallado en todas las campañas que hubo hasta la paz de Nimega y podido especular, adquirir y demostrar personalmente cuanto pertenecía al arte y ciencia que profesaba.» Medrano perdió, á causa del mucho estudio y trabajo, la vista; pero continuó al frente de la Academia, desempeñando su cometido con igual perseverancia y celo que en otros días. En Mayo de 1689 el Rey le nombró Maestre de campo de la infanteria española; en 1692, á petición del marqués de Gastañana, concedióle cuarenta escudos mensuales de sobresueldo, y poco después hizo merced á su mujer é hijos, por partes iguales, de la mitad de sueldo de 140 escudos que Medrano gozaba, *con las circunstancias de que se heredasen unas a otras hasta la ultima:* no otra cosa merecía quien habia gastado su vista y caudal en provecho del Estado pues, según confiesa él mismo, empleó de su escaso patrimonio más de 8,000 escudos en la impresión de sus obras. Aquellas honras y mercedes se acrecentaron con los testimonios de príncipes y generales y con el grado de *general de batalla*, que en 1694 le confirió el Rey, y sueldo de 300 escudos al mes, que le fué concedido al siguiente año.

A la muerte del rey Carlos II todavia se hallaba Medrano al frente de la Academia militar, honrado y considerado de sus superiores, camaradas y discípulos; pero el nuevo orden de cosas contrarió la solicitud que hizo del grado de general de artilleria. Las noticias que él nos da alcanzan sólo hasta 1702; y completan cuantas encierra su interesante *Autobiografía*, las que el Sr. Rodríguez Villa continúa en el artículo citado. Dice este erudito escritor, que Medrano tuvo en 1704 un ataque de aplopejía que casi le privó del habla y de la memoria, con cuyo fatal accidente y la ceguera, quedó en estado por extremo lastimoso; añade que murió en Bruselas el 18 de Febrero de 1705 y que fué enterrado en la iglesia de Carmelitas descalzas; y concluye diciendo que su familia se trasladó á España, donde con varias alternativas, continuó cobrando la pensión que tenia asignada.

Digno de consignarse aquí es el hecho de haberse abierto en 1729 una información judicial para legitimar la persona de Medrano, quien consta usó de un apellido que no era suyo, según lo acreditan documentos y declaraciones que no admiten duda. Fué nuestro ingeniero hijo legítimo de Don Sebastián Férnández de Mora y de Isabel de Medina, vecinos ambos de la villa de Mora; quedó, á lo que parece, huérfano de padre y madre muy mozo; sin patrimonio y recursos, y salió de su pueblo en compañía de un caballero de autoridad que le llevó á Madrid y le protegió hasta conseguirle una plaza de alférez de infantería. Este caballero se llamaba Medrano, y le encomendó que cuando escribiese se firmase así «para entrar en cabal conocimiento de quién le escribia.» Conociósele en la compañía y tercio con este apellido y no usó otro en toda su vida.

Extractamos con el mayor placer estas noticias, precisamente porque esta es la primera obra militar en que indudablemente tienen cabida.

(1) La Llave, *D. Sebastián Fernández de Medrano.*

ó plazas bajas, cuyos inconvenientes no quería reconocer; pero al publicar en 1700 el *Architecto perfecto*, propuso cubrirlas á prueba de bomba. Ocupó el espacio destinado á plaza baja con siete bóvedas á prueba de bomba, destinadas á otras tantas piezas, y puso en comunicación estas bóvedas por medio de una galería. La anchura de las troneras y las puertas de comunicación daba salida al humo; el grueso de la bóveda (12 pies), seguridad á los defensores (1).

Poco más podríamos añadir, dentro del plan que nos hemos trazado, á cuanto llevamos dicho respecto á la fortificación permanente; pero no estará de más el consignar, por lo que respecta al famoso Vauban, que éste supo referir su sistema de fortificación á la estrategia, como lo prueba la triple línea de plazas fuertes con que protegía las fronteras de su patria, plan admirable que se informaba en el principio de que las plazas fuertes de primera línea sirven para prevenir una sorpresa, y contener al enemigo, hasta reunir fuerzas que oponerle; y la segunda y la tercera para sostener las campañas á que dé lugar la invasión.

Digamos ahora cómo se procedió durante este período en el ataque y defensa de las plazas.

La guerra de sitios que en la segunda mitad del siglo XVI tal desarrollo había adquirido, continuó en todo el XVII en mayor escala si cabe todavía; pero el ataque y defensa de las plazas sufrió durante él serias modificaciones, pues durante la segunda mitad de él Vauban y Coehoorn cambiaron notablemente los procedimientos de ataque. El estudio de la serie de sitios que en el siglo XVII tuvieron lugar, sitios de que hemos dado cuenta en este volumen, comenzando por aquel celebérrimo de Ostende, donde, según frases de un escritor eminente «se agotaron todos los primores del arte de destruir», nos lleva como por la mano á la sencilla enumeración de los principios seguidos por las escuelas que en el prevalecieron. Ya dimos cuenta en el ESTUDIO DÉCIMO del Tomo anterior de los procedimientos seguidos por los hispano-italianos y los holandeses; diremos ahora con la posible brevedad en qué consistía el método llamado de los príncipes de Orange que fué el que prevaleció á principios del siglo XVII. Reducíase á cerrar herméticamente la plaza con una doble línea de circunvalación (contra el exterior) y contravalación (contra la plaza); esta doble línea estaba constituída por campos fortificados, enlazados por líneas continuas en los que se intercalaban reductos y cuerpos de guardia; éstos eran los encargados de mantener los centinelas, mientras el grueso de las tropas colocadas en los campamentos podía salir á atacar al enemigo por el flanco si se atrevía á embestir las líneas; y como ellas, también estaban los campamentos defendidos por trincheras.

Claro está que el cerrar completamente el cerco, requería inmensos trabajos; pero el sitiador se encontraba, gracias á ellos, en disposición de rechazar la doble acometida de los de la plaza y de un ejército de socorro, sin perjuicio de proseguir con regularidad los trabajos de aproche. Y en aquellos tiempos en que los sitios duraban años, como sucedió en Ostende (1601-1604), tales precauciones eran muy justas, ya que resistiendo con energía la guarnición, siempre numerosa en plazas de importancia, se daba lugar á que el enemigo organizara y equipara ejércitos con que acudir en socorro de la plaza, como ocurrió en el famosísimo cerco de Breda. Cuando la plaza ó fortaleza no se rendía por medio del bloqueo, como sucedía no pocas veces, combinábase el asedio con el bombardeo, reciente y acreditado sistema, pues la invención de las bombas databa de fines del siglo anterior; cuando no se apelaba á estos procedimientos, se emprendía el ataque industrial consistente en situar á distancia de 800 á 900 metros (lo que permitía el alcance ó la disposición del terreno) baterías de artillería gruesa, colocadas para toda seguridad en obras cerradas. Bajo la protección de sus fuegos se avanzaba en zig-zag, sistema que tenía por objeto desenfilarlas del fuego que hacía la plaza. Como estas trincheras eran muy profundas, carecían de condiciones de defensa, y, por lo mismo, se adoptó el medio de protegerlas intercalando en alguno de sus ángulos sencillos reductos, á los que se dió el nombre de *plaza de armas:* servían para albergar á la guardia de la trinchera y permitían así el libre tránsito de los trabajadores, protegidos por los centinelas:

(1) El *Ingeniero* (Bruselas, 1696) y el *Perfecto Architecto militar* (Bruselas, 1700), á cuyas dos obras pertenecen los facsímiles de las páginas 285, 297, 559 y 561.

cuando los de plaza efectuaban salidas, estas tropas podían sostener el combate y defender los trabajos. Por último, cuando se simultaneaban los ataques, es decir, cuando se avanzaba á la vez por varios caminos, enlazábanse éstos entre sí por medio de ramales, resultando una verdadera red de trincheras, que envolvía en sus hilos la plaza objeto del ataque. Aprovechando entonces la ventaja de la proximidad, se plantaban nuevas baterías, para que el fuego de los cañones de batir fuera más eficaz, eligiendo para esto, ya los reductos de las citadas plazas de armas, ya otros construídos exprofeso. El número de las baterías aumentaba, según los elementos de que disponía el atacante; y conseguido su objeto, desmontada la artillería de la plaza, llegadas las trincheras al pie del glacis, ganábase á viva fuerza el camino cubierto, donde se alojaba el sitiador; emprendíase el descenso al foso, se trataba de abrir brecha con la mina, cuando no con el cañón, y practicada ésta, uno ó varios asaltos ponían fin al sitio, en el caso de que los de la plaza, como sucedía generalmente, al ver abierto uno ó más portillos en el muro, ó ganados uno ó más baluartes, no creyeran conveniente la entrega. Pero á veces la defensa se prolongaba hasta después de ganada la muralla, y por medio de cortaduras, atrincheramientos interiores, barricadas, etc., los sitiados manteníanse hasta el último momento. Examínense en prueba de ello las relaciones, y sobre todo, las perspectivas que de algunos sitios célebres hemos dado en el presente volumen del MUSEO MILITAR.



Húsares (1793)

Durante la primera mitad del siglo XVII se observó en las guerras de Flandes y de otros territorios este método; pero las defensas que tan activas y vigorosas se habían mantenido al comenzar este siglo, fueron decayendo hasta convertirse en puramente pasivas; á mediados de él, los gobernadores contentábanse con hacer lo preciso para que su honor quedara á salvo; y después de ir abandonando el terreno al atacante, una vez abierta la brecha, capitulaban y salía la guarnición con armas y banderas. Tal proceder, aumentó la audacia del sitiador, que ya no se detuvo en adelante á construir reductos, sino que, para abreviar, estableció la guardia en la misma trinchera, sin cuidarse de los peligros que esto podía originar en las salidas; y gracias á tal precipitación, se dió lugar á que la resistencia volviera á ser más prolongada. Mas el eminente ingeniero francés Vauban modificó en el último tercio del siglo las condiciones del ataque. Vauban, inspirándose en el sistema seguido por los turcos en el sitio de Candía, adoptó las paralelas; pero modificándolas y perfeccionándolas, dándolas carácter de verdaderas plazas de armas; también imitó de los turcos los caballeros de trinchera, pero empleándolos para dominar y enfilar de cerca con la fusilería el camino cubierto. A partir del sitio de Maestricht (1673) en que por primera vez adoptó aquéllas, Vauban empleó un método de ataque regular en el que la contravalación y circunvalación con líneas de reductos se reemplazó con *líneas de redientes*; en lugar de una sola paralela, utilizó tres, avanzando de la primera á las dos restantes por ramales de trincheras en zig-zag, construídos á la zapa, y usó el caballero de trinchera (1684), con lo que reforzó las plazas de armas contra las salidas de los sitiados; empleó en las obras la tierra suelta ó en sacos, las faginas, cestones, gabiones, etc.; estableció una separación total entre las baterías de aproche y de brecha; y con la aplicación del tiro de rebote (1), usado por vez primera en el sitio de Philipsburgo (1688), consiguió de nuevo la

(1) «Se da este nombre, dice un anónimo español coetáneo, á las baterías cuyos cañones se disparan con corta cantidad de pólvora, para que la bala, dando saltos y rebotes, destruya quanto encuentre en toda la longitud de las obras enfiladas, sin permitir sosiego alguno á los defensores. Esta invención se debe al mariscal Vauban, quien hizo uso de ella la primera vez en el sitio de Philisburgo, año de 1688, y no en el de Atb, año de 1697, como se cree comúnmente. Véase la colección de cartas escritas para la historia militar de Luis XIV.»

superioridad marcada del ataque sobre la defensa. Su procedimiento de ataque consistía en abrir desde luego la trinchera, y después de establecida á 500 ó 600 metros de la plaza la primera paralela, y á veces también después de construída la segunda á 300, construía las baterías y comenzaba el fuego contra la plaza: los aproches se efectuaban paso á paso, procurando evitar las acciones empeñadas, es decir, el derramamiento de sangre; las paralelas, enlazadas por ramales, avanzaban hasta el pie del glacis; ganábase el camino cubierto, se bajaba al foso, cruzábase éste, y la zapa, ocupando la brecha, allanaba el paso al asalto.

El método de Vauban alcanzó grandísima fama en toda Europa, debido, no tanto á la novedad y á la importancia que le dieron sus compatriotas, como á la mala defensa que hicieron las plazas atacadas, mal guarnecidas como estaban las de Flandes en el último tercio del siglo XVII, peor artilladas y avitualladas. Luis XIV, á quien entusiasmaba la rendición de villas y fortalezas en un plazo fijo, ó sea, á tantos días de *trinchera abierta*, contribuyó no menos á la fama de Vauban; y su pintor favorito Van-der-Meulen cuidó de propagar la gloria alcanzada por el gran-rey y su ingeniero en la rendición de las más célebres plazas, según puede juzgarse por los numerosos cuadros que compuso, algunos de ellos reproducidos por el grabado en esta obra. Pero el método de Vauban, dice fundadamente un escritor técnico, «hubiera dado indudablemente resultados muy diversos contra plazas bien artilladas, cuyos adarves estuviesen sustraídos al rebote, provistas de casamatas y abrigos, y buenas guarniciones bien mandadas. Entonces no hubiera sido posible abrir trincheras sin debilitar el fuego de la plaza, las baterías no hubieran conseguido tan pronto apagarlo, y tampoco habrían marchado tan tranquilamente los trabajos paso á paso, cuando hubieran sido contrariados por fuegos eficaces y vigorosas salidas, y, por último, el período final del sitio se hubiera complicado considerablemente con una defensa próxima, sostenida con energía y grandes medios. Tales aseveraciones se han confirmado modernamente en algunas ocasiones.»

El método de ataque del célebre ingeniero francés, aunque conservado con gran secreto en Francia, fué conocido en breve en Flandes y Holanda, donde se dieron á la estampa varios libros de fortificación, y todos los ingenieros de la época apresuráronse á imitarlo; así es que á principios del siglo XVIII, tanto los franceses como sus enemigos, atacaban las plazas con paralelas. Un ingeniero holandés célebre, Coehoorn le modificó en algunos detalles, dando preferencia al empleo de gran número de morteros, cañones y morteretes, y no excluyendo los ataques á viva fuerza. Los famosos sitios de Namur en 1695 y de Bonn en 1703 dan idea de su sistema: en el primero preparó, como ya hemos dicho, el asalto con el fuego de 167 cañones de grueso calibre y 60 morteros; en el segundo con el de 140 cañones, 40 morteros y 40 morteretes.

Siguióse durante todo el siglo XVIII el método de Vauban, sin otras modificaciones que las muy ligeras que introdujo el ingeniero francés Cormontaigne y la escuela de Mezières, así como el ingeniero prusiano Lefebvre, autor de un método por el que el desarrollo lineal de las paralelas y ramales, quedaba reducido casi á la mitad, modificación que no se generalizó, á causa de que las paralelas, desembocando unas en otras, servían á la vez de plazas de armas y de comunicaciones, originándose no poca confusión, y los aproches avanzaban sin el apoyo necesario; pero que merece citarse aquí, por haber sido aceptada y seguida por el general español D. Tomás de Morla en su *Tratado de artillería*. Las célebres defensas de las plazas de Turín en 1706, la de Lila en 1708, la de Barcelona en 1714 y la de Gibraltar en 1782, probaron que una defensa acertadamente dirigida podía entorpecer considerablemente y aun anular las ventajas del ataque. Por último, diremos que al finalizar el siglo XVIII, obtuvo la preferencia sobre el ataque industrial, el bombardeo; pero esta preferencia fué solamente temporal y cesó entrado el siglo XIX.

Después de haber hablado de Vauban, como inventor de un nuevo método de ataque, conveniente será hacer mención de él, en lo que atañe á los campamentos atrincherados. También los inventó Vauban, en la acepción moderna de la palabra. Su objeto no era otro que prolongar la guerra y evitar que un ejército, inferior en número al enemigo, fuera derrotado, sin perjuicio de impedir al enemigo el sitio de las plazas: lo que á la sazón era de grande importancia, pues las

guerras eran metódicas y dirigidas principalmente contra plazas fronterizas. Con un campo atrincherado adosado á ellas, el enemigo se veía obligado á no distraer parte de sus fuerzas, á construir importantes obras, á avanzar con lentitud, á cuidar de su línea de retirada y á proceder con suma cautela, para no verse comprometido. Vauban fundaba las ventajas de estos campos en que por su situación y enlace con la plaza no pudiesen ser tomados á viva fuerza. Si se dirigía contra ellos un ataque regular,—dice un autor,—éste podría ser tan largo y más mortífero que el de la plaza á causa de las fuertes salidas que podrían hacer las tropas del campo, y aun cuando los atrincheramientos hubieran caído en poder del enemigo, quedaba aún que tomar la plaza, que habría tenido tiempo de preparar su defensa y que serviría de refugio á las tropas del campo. Servían los campos atrincherados, por lo tanto, para impedir el sitio de las plazas, y si el enemigo se decidía á emprenderlo, para que le costase mucho tiempo y muchas pérdidas. También servían para que la plaza molestase é hiciese peligrosas las comunicaciones del enemigo en el caso de que éste la dejase á un lado sin sitiarla. Esta propiedad era la que se consideraba más valiosa para la defensa de los Estados, porque, en efecto, á las plazas pequeñas, no había que hacerles casi nunca los honores de un sitio en regla, bastaba que el invasor las dejase á retaguardia, cortadas é incomunicadas con su ejército, bloqueadas ó cuando menos observadas por fuerzas casi iguales á las de sus guarniciones; pero no sucedía lo mismo en una plaza bajo cuyos muros acampase un cuerpo de tropas de alguna consideración. A menos que se la cercase formalmente, se corría el peligro de que sus destacamentos de alguna consideración hiciesen expediciones en todos sentidos, produciendo alarmas y desórdenes, unas veces en un punto, otras en otro de las comunicaciones del ejército invasor, apresando convoyes, sorprendiendo puestos, haciendo prisioneros, y tal vez obligasen al ejército á retroceder; y si llegara este caso, la retirada se vería muy comprometida por los ataques de flanco que las tropas del campo podrían emprender contra él. Se concibe además fácilmente que el cerco de una plaza con campo atrincherado, exigía tantas fuerzas como su ataque regular, aunque no tanto material (1).» Un campo atrincherado de Vauban no era otra cosa que un recinto cubierto por atrincheramientos de campaña, cuyos parapetos pudieran resistir el fuego de cañones de grueso calibre; se disponía de modo que la plaza á que estaba adosado, le protegiese eficazmente, que los obstáculos naturales limitasen los frentes de ataque y que estuvieran aseguradas las comunicaciones con el interior, y la retirada. Claro está que las disposiciones podían variar hasta lo infinito, pues el terreno indicaba el mejor modo de adoptarlas, lo propio que las fortificaciones de la plaza. Después de muerto Vauban, sufrieron los campos atrincherados modificaciones que contribuyeron á su mejora, y Montalambert, entre otros, aumentó con sus *reductos de flecha* las propiedades defensivas de los campos; pero á fines del siglo XVIII éstos cayeron en descrédito, á lo que contribuyó principalmente el haberlos considerado algunos generales como fortalezas, es decir, el haberles dado importancia en absoluto. Tenían, pues, entonces muchos detractores, lo que no es extraño, dados los ejemplos que podían citarse de ejércitos acorralados y rendidos. Sin embargo, en esta misma época podemos citar los españoles la excelente defensa de un campo atrincherado: el de Boulou, en 1793, por el general D. Antonio Ricardós.

Para concluir en cuanto atañe á la fortificación permanente y pasajera en los siglos XVII y XVIII diremos que á Vauban se debió una modificación en la forma y perfil del atrincheramiento de campaña, consistente en dejar el talud exterior sin revestir y con la inclinación natural de las tierras, en dar á la cresta interior 2 metros ó 2 y 1/2 de altura, á la exterior 1'60 á 2 metros, al foso 2'40 de profundidad por 4 y 1'20 de anchura, según se mida en la parte superior ó en el fondo, y á la banqueta 0'80 ó 1'20 de altura por otro tanto de anchura, según que fuera para una ó dos filas y tuviera la cresta interior 2 ó 2'50 metros de alta, dejando también entre el pie del talud exterior y el arranque del foso, una pequeña berma.

No extrañe el lector que nos hayamos detenido un tanto en la reseña del sistema seguido por Vauban, pues en el siglo XVIII se practicó con algunas modificaciones en España.

(1) La llave, *Los campos atrincherados de maniobra*, en la *Revista Científico-Militar*. Año 1884.

VI

A pesar del rudo golpe sufrido por la marina española en 1588, gozó en el reinado del tercer Felipe de alguna importancia y conservó su preponderancia en las aguas del Mediterráneo, gracias á la audacia y habilidad de un duque de Osuna y de un D. Fabrique de Toledo. Pero todo se redujo á triunfar de los piratas y á tener á raya á los venecianos, porque de hecho los ingleses y holandeses nos habían arrebatado la supremacía. Por otra parte, descuidada la construcción de bajeles y desatendidas las obligaciones militares, desiertos nuestros astilleros, no era fácil que nuestra marina alcanzara á competir con las de aquellos países; así fué que en tiempos de Felipe IV casi puede decirse que concluyó el poder naval de España. La derrota de la Armada de Oquendo en las aguas del Canal de la Mancha (1639) por el almirante Tromp, y, poco después, de la que mandaba Mascareñas en las costas del Brasil por Huighens, patentizó nuestra flaqueza. La pérdida de nuestros galeones, cazados por los corsarios, y la devastación de nuestros establecimientos de Ultramar, hicieron ver los peligros que con la ruina de nuestro poder marítimo corrían nuestras colonias y nuestro comercio. Increíble parece que se desatendiera tanto el fomento de la marina, cuando Inglaterra, Holanda, Francia misma tanto impulso daban á la suya; y sin embargo es desgraciadamente un hecho que á fines del siglo XVIII España casi no tenía marina.

De la construcción naval durante el siglo XVII, mantenida con actividad é inteligencia en Vizcaya y en Portugal, dan idea diversos tratados escritos en el transcurso del mismo, mereciendo citarse en primer lugar el de Tomé Cano, impreso en Sevilla el año 1622. Su título es *Arte para fabricar, fortificar* y *aparejar naos de guerra merchante*, etc. (1), y para que el lector aprecie su estilo y el sistema seguido entonces en este género de arquitectura, transcribiremos de ella los siguientes párrafos, en los que habla del armazón ó esqueleto del casco:

«...Todos los maestros españoles, italianos y de otras naciones que manejan esta fabrica de Naos, an tenido vso de les de dar á un Codo de Manga, dos de quilla á otro de Manga tres de Eslora; y á tres Codos de Manga, vno de Plan; y el Puntal á tres quartos de la Manga; sin tener cuenta con las demás Medidas; Por lo qual la mayor parte de las Naos sacan y salen, y an salido hasta aora con muchas imperfecciones, faltas y defectos, por ser hechas y fabricadas sin aquella cuenta y medida que les pertenece, no se la sabiendo dar en los tamaños que han de llevar conforme á los de la Manga: de lo qual nace que muchas salgan mal formadas y mal proporcionadas, mas gruesas ó angostas de Popa ó Proa, de lo que conviene, mas altas ó baxas de puntal de lo necesario; mas cortas ó largas de Quilla de lo importante; mas cerradas ó abiertas de Manga de lo conveniente, y con mas ó menos Plan de lo que han menester. Con que unas vienen á ser malas de Mar en través, otras malas de susten de vela y de gobierno; otras á demandar mucha agua, en que se corre tanto riesgo y peligro al entrar por las Barras de los Puertos y otras malas de mar al anca, y tener otras semejantes faltas bien experimentadas de los Marineros, teniendo también faltas en los árboles y en las bergas, por ignorar asimismo el largo y el grueso que han de tener conforme á la Manga, que es la que da el susten á la Nao, y de donde, como he dicho, salen las principales medidas della. Descuydándose muchas veces los Maestros, Pilotos y Contramaestres, en dexarle hacer el carpintero los tales árboles y vergas, de que algunos ignoran muchas vezes las medidas, haciéndolas no con otra, ni con mas cuenta, ni razon de lo que es su parecer y antojo ó haciendo semejante cuenta: la Nao de fulano, que es del porte de esta, tiene tantos Codos de Arbol y tantos de Verga, démosle otro tanto como á ella, sin reparar en lo que su Nao podrá sustentar conforme á la Manga.»

Habla luego el autor de las influencias que obran en la estructura de la nave para su andar y demás cualidades, en estos términos:

«...Porque el buen Marinero procure remediar en su Nao la falta que sacó del Astillero de mal gobernar, haziéndole contra codaste; encomendándole el timon y compasándole á popa y á proa, los árboles, carga y lastre:

(1) Estas y las demás obras aquí citadas relativas á construcción naval, las inserta íntegras en sus preciosas *Disquisiciones náuticas* el señor D. Cesáreo Fernández Duro.

el qual como de quien comienza el buen compás de las Naos conviene que el que para ellas fuere necesario sea de piedra, ó de arena en falta de piedra... Y porque el buen compás de las Naos procede de los árboles, será necesario compasarlos á Popa, ó Proa, ó al contrario: los quales como son los que llevan velas; y ellas las que mueven las Naos, no estando en su compás por haberlos puesto por cabeza á popa ó á proa, no pueden andar: y llamándolos por el contrario á proa ó á popa, luego se ponen en compás, gobiernan mejor y andan más que solían antes andar; lo qual más de ordinario suele suceder en unas Naos, que por el defecto de su fábrica salen delgadas de Popa y llenas de Proa, á los quales es menester traelles los árboles por cabeza á popa, porque las velas sobre popa las levanten con la fuerza del viento, aliviándoles así lo que por ser delgado llevaban muy metido debajo el agua, con que quedando más ligeras y iendo las aguas al timón con más fuerza gobiernan y andan mejor. Y por el contrario ay otras Naos regruesas á Popa y delgadas á Proa, para que viniéndoles á ellas las velas les suspendan del agua, lo que por ser muy delgado va muy metido debaxo de ellas, para que assi vayan mas ligeras de la vela y gobiernen y tengan mejor y más igual compás: el qual, como he dicho, consiste en el lastre, carga y árboles proporcionadamente dispuestos y acomodados; todo lo qual el que es buen marino lo echa de ver con facilidad y con la mesma lo remedia, sabiendo de qué procede y el reparo que tiene.

Notables son las noticias que nos da el autor de un manuscrito anónimo, que se cree de mediados del siglo XVII, y cuyo título es: *Diálogo entre un vizcaíno y un montañés sobre construcción de Naves, su arboladura, aparejos*, etc., porque ofrecen una descripción, sin duda de las más acabadas, de los bajeles denominados galeones. Dice este autor que antes de 1609 en España se fabricaban los navíos sin reglas fijas, con lo que resultaban unos cortos de quilla ó con mucho puntal, y á causa de éstos y otros defectos, se perdían muchos; para remedio de lo cual el almirante D. Diego Brochero de Anaya representó á D. Felipe III estos inconvenientes, y el Rey, previa consulta de personas entendidas, dió el año 1611 unas ordenanzas en las que se fijaban las medidas á que debía ajustarse la fabricación de naves de 100 hasta 1,200 toneladas. Mas parece que ni estas reglas, ni las fijadas en 1613 eran muy perfectas, lo que dió lugar á la promulgación de otras en 1618, á tenor de las cuales se fabricaron en 1619, 1621 y 1623 muchos galeones. Los de mayor porte, ó sea los de veintidós codos de manga, reunían, según el citado autor, las siguientes condiciones:

De quilla 66 codos, que es tres veces el ancho de la manga, con que será descansado y no cabeceará. — De eslora 80 codos y 2/3, tiene de lanzamiento 14 codos 2/5 que es las dos tercias partes de la manga, y se le parten las 3/4 partes á la roda de proa que serán 11 codos, y la otra cuarta parte al codaste de popa, sácanse 3 codos y 2/3.—Por la parte de popa del codaste ha de llevar un contra-codaste que llegue desde el zapato de la quilla hasta la caña del timón, será de un codo de ancho por bajo, y por arriba de un sesmo, para que haga más pala el rasel y gobierne mejor.—De plan 11, y cuando lleve más no dañará, porque pescará menos agua y será más ligero por no tener tanto que arrastrar, y no penderá mediante la artillería que se le ha de dar como abajo se declara. — De puntal 12 codos, y en 10 lo más ancho de la manga, y este ancho ha de llegar á 11 codos sin disminuir y luego irá recogiendo 3 codos y 2/3 al portalo *(portalón)* á bordo del galeón, que es la sexta parte de la manga dél; de yugo 11 codos que es la mitad de la manga; hánsele de poner 1 codo debajo de la puente, por donde se le abrirá para meter la caña del timón, y las portas de la artillería por debajo dél, con que saldrá la popa muy hermosa, y sutil debajo y no tendrá embarazo para correr. - De rasel ha de tener de popa 8 codos y 1/3 que es la tercia parte de la manga, y un codo más, el cual ha de ser anchuroso para que se pueda fortificar por dentro con bularcamas y pueda llevar en él la pólvora como lo hacen los navíos de S. M. de la Armada de Flandes y los olandeses. — El rasel de proa ha de tener la cuarta parte del de popa, que conforme á nuestra cuenta ha de ser la tercia parte de la manga, sin hacer de un dedo que se le ha de dar de más para que gobierne mejor, y así tocará á este galeón dos codos menos de dozabos. - Las cintas han de ser de dos tercios de codo de ancho, y han de salir fuera de la tabla del costado el grueso de un dozabo de codo, y no más, porque saliendo más, bate mucho el mar en ellas, y atormenta el galeón, y arranca las estopas, que es causa de hacer mucha agua, y tendrán de arrufadura en proa un codo, y en popa codo y medio, y en la cubierta medio codo en la proa y otro tanto en la popa.— Ha de llevar dos andadas de baos con sus curbatones, los unos á 4 codos y 1/2 del granel, distantes unos de otros 2 codos y 3/4, y la otra andana de ellos otros 4 codos y 1/2 más arriba, y de uno á otro 5 codos y 1/2, y todos con sus curbas en los baos debajo de una curba en cada cabeza por la parte de arriba con sus entremiches, y dientes, y 8 cavillas de fierro en cada curba, 4 que claven en el costado y otras cuatro en el bao, y en cada entremiche 4 cavillas, todas con sus anillos y chavetas, y en la última andada de baos se han de echar dos curbas en cada cabeza, una por proa de bao, que su pernada cruce con la curba del bao de abajo, y el otro de popa á proa á luego del durmiente por la parte de popa, y todos ellos con sus cavillas de fierro

quatro en cada brazo que va al costado del galeón, y quatro en la que va en el bao. En esta última andada de baos se han de echar por encima quatro curbas de popa á proa endentadas en los baos, distantes una de otra la quarta parte de la manga, y de una cuerda á otra unos varrotes delgados, y entablados todos de popa á proa con tablas de doce en codo para que sirva de alojamiento á la infantería y gente de mar, donde tengan sus catres, arcas, botijas y otros embarazos que llevan, con que se excusarán traerlo entre la artillería, y quedará el galeón con menos valumen, por estar debajo del agua, esta cubierta tiene de grueso hasta la de la artillería tres codos, que es bastante para estar en comodidad...

Los baos han de ir apuntados desde el granel hasta el puente, con puntales gruesos, para que si se ofreciere quedar en seco, fortifiquen el plan del galeón.

La cubierta principal ha de ir en 12 codos de alto del granel se ha de fundar sobre 26 baos que ha de tener, de grueso cada uno un codo de alto, y dos tercios de codo de ancho, y con dos curbas en cada cabeza, una de alto á bajo y otra de proa á popa, bien endentadas en cada seis cavillas de fierro, y en la dicha cubierta se han de abrir 26 portas y 2 en proa y otras 2 en popa, que son 30 portas para otras tantas piezas, de manera que caigan las portas encima de las cabezas de los baos, y habrá de la mitad de la una porta á la mitad de la otra 5 codos, excepto las dos de proa que ha menester 10 codos, y las de popa 8 para su retirada; hanse de echar por encima de estos 26 baos quatro curbas gruesas endentadas en ellos con sus quartones como la cubierta de arriba, y para fortificarlos se echará en la mitad del hueco que hay desde una curba á otra, y al costado del galeón en cada un travesaño de madera de popa á proa, endentando en los baos sobre que cargen los quartones por el medio, con que quedará más fuerte cuando pasare la artillería por ella, y lo mismo se hará en la cubierta de abajo, donde vaya infantería, y se entablará con tabla de siete en codo; las portas se abriran un codo de alto sobre la cubierta hasta el batiporte de la parte de abajo, y las que cubrieren de la amura para la cuadra tendrán un codo y $^1/_3$ de alto abajo, y un codo y $^1/_4$ de popa; pero las de la proa, mura y contramura han de tener un codo y $^1/_3$ de su alto, y un codo y $^1/_3$ de popa á proa que se pueda hacer la puntería para proa, y lo mismo militará en dos portas de cada vanda de la quadra para que miren á popa; en las ocasiones de pelea, estas portas irán levantadas encima de la mar más de 3 codos, con que jugará la artillería con todo tiempo, que es el mayor defecto que tiene la fábrica que se hace por las órdenes, pues mediante el poco puntual no la pueden jugar, y la artillería que había de ir en esta cubierta, la pasan á la parte tres codos y medio más arriba de lo que debía estar, con que es necesario meter más lastre, y en ocasiones de tormenta este volumen y peso abre los navíos, y el demasiado lastre los hace pesados á la vela.

La puente se echará de tres codos y medio de la cubierta de arriba sobre otros tantos baos, aunque más delgados con sus curbas, cuerdas y quartones como las de arriba, y se entablará con tabla de ocho en codo, aquí ha de llevar 20 piezas, y así será necesario abrirle 20 portas con la conformidad que las de arriba, y llevará en todas 50 piezas.

No ha de llevar castillo ni alcázar, sino su puente liso desde la cámara á proa, supuesto á que la gente de mar tiene su alojamiento en la cubierta de la infantería de popa del árbol mayor, y así se harán las faenas con más facilidad, y no tendrá tantas valumes que abren los galeones en ocasiones de tormenta, y está la gente más guardada en las de pelea. La cámara ha de llevar encima de la puente, y se ha de atajar por la mezana, y cuatro codos más á proa ha de tener otro atajo; y en medio de los dos ha de ir el pinzote del timón; y la bitácora, donde va la aguja de marear, ha de tener de alto tres codos y medio, y se ha de fundar sobre 6 baos con sus cuerdas y quartones con las cubiertas; arriba de la cámara ha de ir un camarote de tres codos y cuarto de alto, con sus baos, quartones y cuerdas. Ha de subir el borde del galeón encima de la puente dos codos para guardar la gente en ocasión de pelea, ha de tener quatro escobenes, dos en la cubierta principal, dos en la puente, y subirá en la cubierta de abajo desviada de la roda de proa 10 codos, con dos colunas, y de una á otra cuatro codos, con su travesaño y cuatro curbas, dos en cada coluna...»

He aquí el número y longitud de los palos:

El mayor 58 codos 2/3 de largo, ó sea dos veces y dos tercios la manga, y de grueso 4 codos 5/12 que es el quinto de la manga.

El trinquete: 48 codos 16/18 de largo, ó sea la sexta parte menos que el mayor; de grueso también 1/6 menos.

El bauprés de igual longitud que el trinquete y dos dozavos de grueso más. La coz se metía por debajo de la bita principal de la primera cubierta, con un zuncho de hierro y dos cavillas.

Tales eran los famosos galeones que en el siglo XVII conducían á España los tesoros de América. Su magnitud y la numerosa artillería de que estaban dotados contrastaba ciertamente con los bajeles de la marina inglesa y holandesa, la mitad inferiores en porte y mucho menos en artillería. Mientras España tenía buques de guerra hasta de 2,000 toneladas, dice Charnock, y algunos

con 90 cañones, en la marina inglesa de aquella época sólo existía uno que alcanzase 1,400 toneladas y llevase 74 piezas; el mayor de los holandeses no pasaba de 1,000 toneladas; y montaba 60 cañones; los de primer rango daneses sólo medían 900 toneladas y llevaban 50 piezas; y los suecos sólo los poseían de 800 toneladas y 40 cañones.

La decadencia de nuestra patria, que tan lastimosamente se manifestó en la milicia, se evidenció muy especialmente en la marina de guerra, reducida al comenzar la guerra de Sucesión á siete galeones y tres navíos de 70 y 24 cañones y seis buques pequeños. Transcurrieron, pues, por decirlo así, los primeros años del siglo XVIII casi sin marina, y cuando estalló la guerra, la falta de escuadras españolas fué causa de que los aliados se apoderaran con facilidad de Menorca, Ibiza, Mallorca y Cerdeña; pero hecha la paz, la actividad de Alberoni y el celo de Patiño crearon respetables armadas, siendo la primera digna de este nombre que cruzó las aguas del Mediterráneo, la que en 1716 salió del puerto de Barcelona para la isla de Cerdeña. Veintidós navíos de línea, otros de menos porte y 340 mercantes, componían la expedición que en 1718 se organizó para la conquista de Sicilia; y á pesar del descalabro que sufrió nuestra Armada en las aguas de esta isla, al firmarse en 1719 la paz de Viena constaba la marina española de 18 navíos de línea y 12 fragatas, hallándose á punto de botar al agua 6 navíos más de línea. Su número fué en aumento en el transcurso de este siglo, gracias á las acertadas disposiciones de Patiño, Ensenada, Navarro y Castejón, quienes no se limitaron sólo á aumentar el número de bajeles, sino que cuidaron de fundar arsenales y colegios, y de fomentar cuanto se relacionaba con la marina. Llamáronse también del extranjero ingenieros eminentes y entraron en nuestro servicio el francés D. Honorato Bonillon, quien construyó en la Habana algunos de los mejores navíos de aquellos tiempos, y los ingleses Bryant, Muller y Ronth. Ninguno, empero, alcanzó la fama que Gauthier, al que dice un autor pertenecen casi todos los planos de los buenos buques que entonces construimos.

Inútil es decir que la construcción naval española no fué otra cosa que la francesa, indudablemente la más aventajada que se conocía, según testimonio de los ingleses mismos. Las embarcaciones españolas y francesas se distinguían por la superioridad en andar, así como por sus grandes dimensiones; caracterizábalas la convexidad de sus obras muertas, habiendo navío de tres puentes que la tenía de siete pies por banda, y siendo de cinco á cinco y medio en los de 74 y 80; pero esta convexidad que tenía por objeto presentar al golpe de mar una superficie redondeada, aproximar al eje longitudinal de los buques los pocos que se hallaban sobre la linea de flotación y disminuir el peso, ofrecía los inconvenientes de dejar muy estrecha la cubierta de la segunda batería; del corto ángulo que con la arboladura formaban las jarcias, y del escaso espacio que existía para maniobrar en la cubierta; á consecuencia de la cual se modificó en el último tercio del siglo XVIII. El capitán de fragata D. Miguel Lobo, dice que el fundamento de la construcción naval á fines de este siglo, consistía por lo regular, en lo siguiente:

1.º Que la mayor manga está comprendida entre el tercio y el cuarto de la eslora.
2.º Que la mayor manga se halla un poco á proa del centro del casco.
3.º Que la astilla muerta de popa, es mayor que la de proa.
4.º Que el codaste y la roda tienen lanzamiento.
5.º Que el calado es poco más ó menos la mitad de la manga.
6.º Que el centro de gravedad se halla un poco á proa de la medianía del buque.
7.º Que el centro vélico está siempre por la parte de proa del de gravedad del casco (1).

Una *Tarifa general de precios para gobierno de las Contadurías principales de Marina* (1795), da noticias del coste de los buques y sus pertrechos á fines del siglo XVIII. Variaba según los arse-

(1) «Estos principios, dice á continuación, han subsistido en España hasta nuestros días; es decir, hasta que perdida la memoria de haber construido buques de guerra, y careciendo de elementos de toda clase para construirlos desde luego, empezamos á encargarlos á Inglaterra. No entraremos en esta nueva era de la construcción naval de guerra en España. Nos bastará decir, para reseñarla exactamente, aunque de paso, que carece por completo de todo principio, y que es un verdadero galimatías, pues se adopta lo de otros países, sobre todo lo de Inglaterra, reformándolo por lo regular de una manera tal, que bien pudieron ser buenos los modelos, pero las copias, con alguna que otra excepción son malas y no pocas malísimas.» *Historia del origen y progresos de la Arquitectura naval*, publicada en 1860 por el capitán de fragata D. Miguel Lobo.

nales, á causa de las distintas maderas empleadas, y era en los de Cádiz, el Ferrol, la Carraca y Cartagena, como expresa la nota de esta página (1).

Pasemos ahora á ocuparnos del sistema de recluta ó alistamiento de la gente de mar.

La primera ordenanza publicada en el siglo XVII relativa al personal de las armadas del Océano,

(1) EL CASCO, SIN PALOS, JARCIAS NI PERTRECHO ALGUNO

Navíos del porte de 70 á 74 cañones, con 170 $\frac{1}{6}$ pies de quilla, 52 de manga y 190 de eslora, construído con todas sus piezas firmes, bombas, escalas interiores, faroles, astas de las banderas de popa y timón, pintado según estilo, fabricado con 23,330 codos cúbicos de madera, no hallándose aforrado:

Costo en Cádiz.	2.625 000	reales vellón.
Idem en el Ferrol.	2.612,365 28	» »

Navío forrado sobre zulaque con 1,455 planchas de cobre de media libra de espesor, 26 $\frac{1}{6}$ pulgadas de ancho, y 72 $\frac{3}{4}$ de largo, que pesaron 25,407 libras castellanas y además 3,700 libras de clavos de bronce, 12,000 de grasa y noventa fanegas de cal en polvo:

Costo en Cádiz.	2.839 000	reales vellón.
Idem en el Ferrol.	2.824,355 15	» »

Navío de 70 á 74 cañones, de 167 $\frac{3}{4}$ pies de quilla, 52 de manga y 190 de eslora, construído en los mismos términos del antecedente, con 13,207 codos cúbicos de madera sin aforrarse:

Costo en Cartagena..	3.471.095 18	reales vellón.

Fragata de 34 á 36 cañones y 142 $\frac{1}{6}$ pies de quilla, 42 de manga y 158 de eslora, en cuya fábrica se consumieron 8,477 codos cúbicos de madera, pintada y con las piezas del navío, sin escala real ni forro:

Costo en Cádiz.	1,069,698	reales vellón.
Idem en el Ferrol.	1,054,698	» »

Idem del mismo porte y de 131 $\frac{1}{2}$ pies de quilla, 42 de manga y 148 de eslora, construída con 11,005 codos cúbicos de madera, pintada, como la antecedente:

Costo en Cartagena..	1.409,972 27	reales vellón.

La misma fragata aforrada ídem con 878 planchas de cobre de una línea de espesor, 20 pulgadas de ancho y 70 de largo, que pesaron 14.926 libras castellanas, y además 1,600 en clavos de bronce, 7,150 de grasa y 60 fanegas de cal:

Costo en Cartagena..	1.549.275 12	reales vellón.

(Es de advertir que no se incluye en estos precios, así como en los de los pertrechos, que van á continuación, la mano de obra).

ARBOLADURAS

Palo mayor de navío de 70 á 74 cañones, hecho con pino del Norte y gimelgas de lo mismo; cacholas de roble en Cádiz y en el Ferrol, y de álamo negro en Cartagena, con zunchos, pernos y piezas firmes, aumentándole 2 por 100 de su valor por almacenaje, manejo y desmedros:

En Cádiz..	76,310 32	reales vellón.
Ferrol..	75.480 12	» »
Cartagena.	71,148 22	» »

Palo trinquete, del propio buque, ídem, ídem:

En Cádiz..	72,363 20	reales vellón.
Ferrol..	71,873 2	» »
Cartagena.	66,451 15	» »

Palo mesana para el mismo navío:

En Cádiz..	13,821 12	reales vellón.
Ferrol..	13.671 13	» »
Cartagena.	16,191 1	» »

Palo bauprés, con cacholas de pino de Soria y en Cartagena, de álamo negro, ídem en los demás que los otros:

En Cádiz..	39,743 14	reales vellón.
Ferrol..	39,911 8	» »
Cartagena.	43,195 28	» »

Palo mayor de fragata de 34 á 36 cañones, en lo demás ídem como el mayor de navío:

En Cádiz..	29 193 21	reales vellón.
Ferrol..	28,876 5	» »
Cartagena.	35,123 31	» »

Palo trinquete para la misma fragata:

En Cádiz..	28,695 7	reales vellón.
Ferrol..	28.383 30	» »
Cartagena.	32,209 12	» »

Palo mesana para la propia fragata:

En Cádiz..	6,361 7	reales vellón.
Ferrol..	6,292 26	» »
Cartagena.	11.219 5	» »

Palo bauprés para el mismo buque:

En Cádiz..	16,030 11	reales vellón.
Ferrol..	15,856 16	» »
Cartagena.	21,120 11	» »

CABLES

Cables de cáñamo de 28 pulgadas de grueso, propios para navíos:

En Cádiz, primera calidad.	60 057	reales vellón.
Ferrol, ídem.	48 077	» »
Cartagena, ídem	69 010	» »

VELAMEN

Un juego de velamen completo para navíos de 70 á 74 cañones:

En Cádiz.	122.520	reales vellón.
Ferrol..	121,382	» »
Cartagena	111,829	» »

flotas de Indias, etc., lleva la fecha de 4 de Noviembre de 1606 y se ocupa de los siguientes puntos: Considera que es de justicia honrar y premiar á los marineros; que sea la gente bien pagada y con puntualidad; que se guarde la invernada y al licenciar á la gente se le abonen dietas á razón de dos reales diarios; medio sueldo durante la invernada; permiso para navegar por cuenta propia á la marinería, cuando no sea necesaria en la Armada; cinco pagas adelantadas al reclutarla en las levas; buenas vituallas en la navegación; embarque en los navíos de las respectivas provincias; un cosmógrafo para enseñar en Guipúzcoa á los que quisiesen; requisitos de las personas para los cargos superiores; buen trato de la marinería; exención de los cargos concejiles y de los alojados á los marineros; preferencia en carga á los navíos de los que hubieren servido seis años en las flotas reales; preferencia de bandera; subvención á los constructores; prohibición de servir personalmente en buques extranjeros; prohibición de admitir extranjeros en las flotas cuando se dirijan á las Indias; fuero criminal.

En 8 Diciembre del mismo año, Felipe III expidió una cédula fechada en Madrid, en la que ordenaba se estableciera una especie de seminario para que se educasen los jóvenes destinados á las reales flotas, y en Enero de 1707 dió una cédula adicional á la Ordenanza antes citada en la que se tocaban los extremos siguientes: Uso de armas permitidas y ampliación de las leyes suntuarias; que lejos de servir de tacha en la nobleza el servicio en la armada, fuera motivo de honra; que el goce del sueldo comenzase el día en que se diera principio al servicio.



Fusilero (1798)

Estas providencias, aunque acertadas en apariencia, no mejoraron la situación de los marineros; porque más que preeminencias y privilegios importaba atender al sostenimiento de aquéllos; y en España, la nación que más necesidad tenía de la gente de mar, ésta se moría de hambre precisamente en las provincias que daban contingente más escogido. De aquí las quejas de las villas marítimas y los medios puestos en juego para evadirse del alistamiento que para las flotas reales se hacía; y de aquí también la real orden de 5 de Octubre de 1607 para que, comenzando por los pueblos de la costa de Guipúzcoa, «se formase una matrícula de todos los marineros efectivos que en ella hubiere, sin exceptuar ninguno». Protestó de tal medida la Junta de Guipúzcoa, en nombre de los pueblos, y el monarca, por carta real de 18 de Diciembre de 1607, se vió en el triste caso de abolir la orden citada: dato que pinta por sí solo la debilidad del poder real y la mala dirección político-administrativa del ministro.

Reapareció en Octubre de 1625 la matrícula de mar, y para poner en vigor lo prescrito en la nueva real cédula comisionóse al marqués de los Vélez, á quienes se dieron detalladas instrucciones. Estas prevenían que se formaran dos listas de matrícula, una *particular*, para los alistados voluntarios, en favor de los que se hicieron importantes exenciones, y otra *general*, para inscribirse los que á ello venían obligados. Pero también en esta ocasión reclamó la Junta de Guipúzcoa, y no sólo reclamó, sino que entorpeció los trabajos de alistamiento hasta oponerse por fin terminantemente á ellos. Consecuencia de tal oposición fué continuar sacándose la dotación de los bajeles españoles del alistamiento voluntario, de la gente de leva, y, en defecto de ésta, de los presidios. Inútilmente D. Felipe V mandó armar 68 buques de gran porte para constituir la armada del Océano, porque la tripulación, sobre ser mala, era escasa, tan es-

casa que al expirar este reinado las galeras se pudrían en los astilleros por falta de tripulantes.

Ya hemos indicado el extremo á que la marina de guerra llegó en los últimos años del siglo XVII; ya hemos manifestado también los esfuerzos que para restaurarla se hicieron en los primeros años del siglo XVIII; por consiguiente, limitaremos á ir consignando el sistema que en este siglo se observó tocante á la recluta de la tripulación. En 1607 el general Gastañeta, facultado por R. O. de 5 de Noviembre, propuso á la provincia de Vizcaya que se abriera registro de matriculación por cofradías, los voluntarios en primer lugar; que la Diputación dispusiera el repartimiento de la recluta entre los pueblos marítimos y que los ministros fijaran los plazos; que la tercera parte de la recluta pudiera admitirse de gente nueva, contándoles el tiempo de servicio *á voluntad del rey;* que no pidieran los marineros más pagas de las señaladas y que al despedirles *se les daría un papel de resguardo,* dietas para viaje de despedida y servicio de invernada; que cada marinero presentase al inscribirse un fiador, por las pagas que se le adelantaban, con otros artículos menos importantes. Este reglamento se modificó el 20 de Agosto de 1718, siendo notables en la modificación los artículos 3.º, 4.º y 6.º, en que se consigna que, caso de faltar marinería, se sorteen los mozos de 16 años, y en su defecto los casados; que se admitan voluntarios de aquella edad y que los armadores no reciban en los buques á ningún marinero inscrito en la matrícula.

Animado Felipe V por el deseo de fomentar el servicio de la marina, en 1726 y en 1732 expidió órdenes en las que concedía franquicias y exenciones á los que se inscribiesen en la matrícula, entre otras la del servicio en el ejército; pero, como se comprenderá, no era este suficiente estímulo para atraer á la juventud; y como la estadística fuera imperfectísima y el retraimiento grande, hubo necesidad en 1737 de dictar una ordenanza por la cual se concedían mayor exenciones, aumentábase la paga y se brindaba con recompensas á los que entrasen á servir en la Armada. Ni esto bastó á nutrir la marinería de los bajeles reales, pues el gobierno vióse en el duro trance de autorizar el enganche de la gente extranjera á precios onerosos (1), y tales debieron ser los abusos y la relajación que existían en la matrícula, que el 16 de Agosto de 1737 ordenó el monarca que se pasara una revista, la cual produjo resultados muy lisonjeros, puesto que en adelante aumentó la cifra de los matriculados. Esta cifra en 1786 alcanzó á 51,381 y en 1787 á 60,407. Sin embargo, distaba de ser la necesaria para tripular los 280 bajeles de distintos portes que en el último de los años citados componían la armada española.

El Sr. D. Javier de Salas, en su notable obra *Historia de la Matrícula de mar,* hace el siguiente cálculo fundado en los datos oficiales que proporcionan los *Estados de la Armada* y la *Colección de Estadística:*

CUADRO SINÓPTICO DE UN GRAN ERROR

AÑO 1798

Número de buques de la Real Armada	Gente indispensable para tripularlos y para arsenales, pontones y otras necesidades de la Marina	Población de España	Gasto anual aproximado de la Marina
76 navios. . . . . 51 fragatas. . . . . 184 buques menores	111,000 hombres	8.000,000	365.000,000

«¿Se sabe, dice el escritor antes citado, la enorme suma á que asciende el mantenimiento de una marina de 220 buques y de ellos 100 de gran porte, aun cuando algunos estuviesen desarma-

(1) *Noticia de los sueldos y condiciones que se guardarán con los marineros que entren al servicio de España:*

El que por su habilidad y buena conducta mereciese la plaza de artillero de mar de preferencia, tendrá al mes 10 escudos, que son de medio peso duro cada uno. El artillero de mar ordinario, 9 escudos. El marinero, 7. El grumete, 4 y medio. No se les despedirá del servicio, con lo cual aseguran su subsistencia; se les ascenderá á las clases superiores, cuando se lo merezcan. Tendrán opción á los viajes de América después de tres campañas de Europa. Se les suministrará diariamente la ración de armada, con vino, como á los marineros españoles. Gozarán los mismos privilegios que éstos y todas sus exenciones. Podrán dejar á sus familias la mitad de su sueldo, que cobrarán mensualmente del Ministerio por medio del sujeto que destinaren.

Navío *Triunfante*, en Malta, 16 de Febrero de 1785.—Gabriel de Aristizábal.

dos? ¿Puede concebirse que una nación despoblada proporcionase 111,000 hombres solamente para uno de los ramos de la milicia? Si los monstruosos armamentos hubieran tan sólo exigido recursos materiales, podría la nación haberlos soportado á costa de su ruina; pero era personal lo que se reclamaba, es decir, sangre... ¡Qué error tan funesto! ¡Qué triste afán de sostener á todo trance un boato que necesariamente era ficticio!»

Resulta, pues, que no había proporción alguna entre los ornamentos marítimos y el número de tripulantes; á lo que puede añadirse, por triste que sea decirlo, que la nación que sostenía una magnífica escuadra, no pagaba con puntualidad los sueldos de los marineros y tenía en el mayor atraso, en la miseria, á los oficiales de la armada (1). La falta á lo estipulado en los pagamentos, claro está que contribuyó á disminuir el número de matriculados, y á esto se debió que si en 1790 los hubo suficientes para 104 buques de gran porte y 100 más pequeños; en 1793, siendo menor el número de los bajeles, faltasen tripulantes y hubiese de completarse la cifra necesaria con gente de leva. No debe, pues, sorprendernos que los buques estuviesen, por regla general, mal tripulados (2); á ello contribuía no solamente el hecho de faltar el Estado á sus compromisos, sino la precipitación con que se hacían los armamentos y que obligaba á echar mano de los vagabundos y criminales: *se vaciaban los presidios por las escotillas de los navíos* (son frases gráficas de un ilustre marino). Y dados tales antecedentes, no es tampoco extraño que la marina española concluyera por arruinarse. Las torpezas de nuestros políticos, aliándose á la Francia; desastres tales como el del cabo de San Vicente y el de Trafalgar, el abandono de los gobiernos, la lucha de la Independencia, todo contribuyó á tan funesto resultado. Quien desee apreciar de una simple ojeada el progreso y la decadencia de nuestra marina militar durante el siglo XVIII y primer tercio del XIX, examine los dos estados que siguen y se formará exacta idea de ello:

Estado en que se manifiesta el número de buques que tuvo la marina moderna de España en cada uno de los años que se enumeran como correspondientes á las épocas de su mayor incremento, en los reinados de los señores Felipe V, Fernando VI, Carlos III y Carlos IV

	Navios de 50 á 120	Fragatas	Corbetas	Jabeques	Urcas	Paquebots	Berganlines	Balandras	Goletas	Bombardas	Galeras	Brulotes	TOTAL
Quedaban á la muerte de Carlos II, en 1700	4	21	»	»	»	»	»	1	»	»	»	4	30
En el año de 1772 babia	22	28	7	»	»	2	»	1	»	4	»	3	67
En el de 1740	46	3	»	7	»	2	»	»	»	»	»	»	51
En el de 1760	52	23	»	7	»	3	1	»	»	»	»	»	86
En el de 1788	70	43	3	16	12	8	28	13	9	3	8	2	216
En el de 1797	76	52	10	9	16	5	43	12	10	»	6	»	239
Perdidos desde 1759 á 1782	32	24	2	8	4	»	2	1	2	»	2	»	76
Existentes en 1759, según va manifestado	52	23	»	7	»	3	1	»	»	»	»	»	86
Diferencias en más ó en menos, ó efectivo resto que debía resultar en 1788	20	1	2	1	4	3	1	1	2	»	2	»	»
Pero entonces había, como ya se dijo	70	43	3	16	12	8	28	13	9	3	8	2	»
Luego resulta que en el reinado de Carlos III se hicieron	50	44	5	17	16	5	29	14	11	3	10	2	206

Aunque sea traspasando los límites cronológicos, para que el lector aprecie la terrible decadencia de nuestra marina, continuamos el siguiente *Estado*, que hemos compuesto en presencia de un documento oficial, y que completa el anterior:

(1) Basta leer la correspondencia que Churruca sostuvo con su familia desde 1781 á 1805. El Sr. Salas en su *Hist. de la Matrícula de mar*, inserta, con autorización de aquélla, dos cartas fechadas en los dos citados años que pintan con los más negros colores el triste estado de los oficiales de la armada.

(2) Véase el parte dado por el general Escaño poco después del combate de Trafalgar, en la nota de la página 482 de este Tomo.

Estado compuesto en presencia de los datos que ofrece la Exposición dirigida á S. M. en 22 de Enero de 1844 por el Ministerio de Marina, Comercio y Gobernación de Ultramar sobre el estado decadente de la Armada española

	NAVIOS		FRAGATAS		Corbetas	Urcas	Bergantines	Goletas	Vapores	Embarcaciones de fuerzas sutiles
	Armados	Desarmados	Armadas	Desarmadas						
Quedaban en 1805.	42	»	20	»	»	15	»	»	»	»
Al hacerse la paz en 1814. . . .	6	18	11	8	9	»	(1)	»	»	»
Existían en 1823..	4	4 (2)	9	1	9	»	10	17(3)	»	»
Id. en 1830..	3	»	2	2	»	»	10	5	»	»
Id. en 1844..	1	2	4	2	2	»	9	15(4)	3(5)	9

(1) No se fija el número. — (2) En muy mal estado. — (3) De éstos sólo siete en estado de servicio. — (4) De mediano porte. — (5) De guerra y tres de poca importancia

Con este ligero bosquejo ponemos punto final á este apartado. Léanse las cartas del insigne Churruca en 1805 casi en vísperas de sacrificar su vida por la patria (1); léase la exposición elevada á la Regencia en 1812 por el ministro Vázquez Figueroa (2); léase por último la dirigida á la Reina en 1844 por el ministro de Marina (3); léanse, repetimos, estos documentos, y dígase luego qué porvenir podía augurarse á una marina cuyos oficiales perecían de hambre, y á una nación que después de haber dominado los mares, poseyendo todavía extensos territorios, riquísimas colonias, contaba al promediar el siglo XIX, un navío en estado de servicio, cuatro fragatas y treinta y ocho buques menores!.....

VII

La decadencia de la nación española, durante los siglos XVII y XVIII, tan notoria en la esfera político-militar, forzosamente tenía que trascender á la artístico-literaria. Como aquélla no se manifestó visiblemente en la primera mitad del primero, pues si en la esfera de las artes Murillo y Velázquez, Zurbarán y Ribera produjeron obras dignas de admiración eterna, en la literaria Saavedra, Quevedo, Melo, Moncada, Márquez, Calderón, Villegas, Espinel, Alarcón, Moreto, Jáuregui y otros eminentes ingenios, dieron lustre al idioma y propagaron la cultura en producciones históricas, filosóficas, dramáticas y recreativas dignas de estudio; pero llegado el último tercio del siglo XVII es ya la decadencia harto notoria, y entrado el XVIII se manifiesta con los más tristes caracteres. No fueron Coloma, Mendoza, Hurtado, ni Mármol superiores á Melo, Moncada y Solís en el género histórico-narrativo; ni los tratadistas Gallo, Dávila y Ventura de la Sala inferiores á los que ilustraron la anterior centuria. Sostuvieron aquéllos el brillo de la prosa castellana, fomentaron éstas las prácticas militares ilustrándolas con provechosa doctrina y útiles ejemplos; y unos y

(1) «Desde que salimos del Ferrol, escribe Churruca á su familia, no pagan á nadie, ni aun las asignaciones, á pesar de estar declaradas en la clase del prest del soldado; de manera que les deben ya cuatro meses, y no tienen ni esperanza de ver un real en mucho tiempo: aquí nos deben también 4 meses de sueldo y no nos dan un ochavo, sin embargo de que nos hacen echar los bofes trabajando... Estos son los trabajos de los que servimos al Rey, *que en ningún grado podemos contar sobre nuestros sueldos.*» Citada por el Sr. Salas en la *Hist. de la Matrícula del mar.*

(2) «No hay un solo individuo, dice, cuyo semblante no manifieste el hambre que le devora.» Añadía que á los generales de la Armada se les debían 33 meses de sueldo; á cuyos datos podemos agregar el hecho tristísimo de haber perecido de hambre en el Ferrol por aquellos años algunos oficiales.

(3) Inserto en los *Apéndices* de la obra de Marliani, *Combate de Trafalgar.*

otros correspondieron á los sentimientos que daban calor al cuerpo nacional, ya narrando las proezas de los guerreros de otras centurias, ya describiendo los sucesos militares de su tiempo. Coloma fué en el siglo XVI y parte del XVII, quien más acertado anduvo en el modo de ver, juzgar y escribir; Melo, en este último siglo, el que á tales cualidades unió grandes méritos de estilo, que le recomiendan como modelo de escritores militares. Su *Historia de los movimientos, revolución y guerra de Cataluña* es dechado de buen lenguaje castellano; acredita asimismo la madurez y rectitud de juicio de su autor, sus dotes de filósofo y sus aptitudes de artista. Hay en sus cuadros colorido y movimiento, en sus arengas calor y elocuencia, en sus descripciones animación y singular belleza. Es cierto que hoy deben rectificarse algunos hechos y apreciaciones que la obra de Melo encierra, pero ya dijimos que estos errores eran harto disculpables en quien escribió sobre país que no conocía, falto de documentos y transcurrido algún tiempo de los sucesos. Otro militar, del que hemos dado noticias biográficas en este mismo volumen, es D. Francisco de Moncada, marqués de Aytona. La prioridad en tratar el asunto que sirvió de tema á su obra, corresponde á Muntaner; pero no puede negarse á Moncada el mérito de haber difundido en su *Expedición de catalanes y aragoneses contra griegos y turcos* las épicas hazañas de Roger de Flor, Entenza, Rocafort y otros bravos. En su género le aventaja Melo, aunque sea otro y más simpático el asunto; pero Moncada es digno de leerse por su estilo fácil, sus elegantes giros, sus cláusulas llenas y redondas y sus vivas descripciones: nótase, sin embargo, en él algún desaliño; pero tal defecto no debe extrañarnos; porque, poco limados y peor impresos, no es la corrección la primera cualidad de alguno de estos autores. Lo que importa consignar es que sus obras tuvieron poca circulación y cayeron en inconcebible olvido (1). Abundan, sin embargo, en este siglo las relaciones y comentarios de sucesos particulares; pero después de los antes citados, ya no se encuentra en el resto del mismo otro historiador de talla que D. Antonio de Solís, autor de la *Historia de la conquista de México*. No fué Solís militar, pero es digno de figurar entre nuestros especiales historiadores, por el asunto de su obra, así como es digno de estudiarse su estilo por lo castizo, vigoroso y grandilocuente. Solís no pagó tributo á la imitación de los clásicos latinos, imitación que hizo sobrado artificiosos á algunos de nuestros escritores, encerrando el idioma en moldes sobrado estrechos: por el contrario, demostró todas las riquezas que atesora, la armonía y la sonoridad que le distinguen, la amplitud y variedad de que es capaz.

Los tres historiadores que acabamos de citar son los que ocupan puesto señalado entre los del siglo XVII; pero algunos figuraron en él que no deben quedar desconocidos. Tal fué, entre otros, D. Francisco Ibarra, autor de la *Guerra del Palatinado*, militar distinguido y autor más recomendable por las noticias que procura, que por su estilo, fatigoso y árido; tal Matías de Novoa, que escribió las *Memorias históricas* concernientes á los reinados de los Felipes tercero y cuarto, memorias notables en cuanto su autor las ha nutrido con el caudal de noticias, relaciones y partes oficiales de las guerras de su época, especialmente de las de Flandes. Y al hablar de estas relaciones, fuerza nos es mencionar las del secretario Vincart, la del alférez D. Lorenzo de Ceballos Arce, la dictada por el conde de Fuensaldaña, y las de Herrera, Aedo y Gallard, Ocampo, Ormaechea, Palafox, Gaspar Sala, Suárez de Alarcón, Iñigo de la Mota, Aguiar y Acuña, Corral y Rojas, y otros escritores. Si las más de ellas no se distinguen por su estilo, ¿quién negará que aportan preciados materiales al caudal de la literatura histórica? En la importante colección de *Documentos inéditos para escribir la Historia de España* han aparecido varias, otras en la serie de volúmenes de bibliotecas raras, ó extractadas en algunas revistas, perteneciendo á este número la que recientemente dió á conocer el Sr. Rodríguez-Villa en la *Revista Contemporánea*. Y citado este nombre, añadiremos que muy de apreciar sería que el ejemplo de investigador tan celoso tuviera

(1) La de Melo se imprimió en Portugal por tres veces, la última en 1696, pero quedó tan completamente oscurecida que al escribir su *Teatro histórico-crítico de la Elocuencia española*, el erudito Capmany, ni siquiera hizo mención de ella. Este mismo autor fué el que la reimprimió en 1808, lo que se debió á la fortuna de haber caído en su poder un viejo ejemplar. La obra de Moncada impresa por vez primera en 1623 tuvo idéntica suerte, pues no se volvió á hacer de ella otra edición hasta 1805, es decir, transcurridos casi dos siglos. Estos datos son, como se vé, importantísimos para el estudio de la cultura patria, y ellos indican la conveniencia de escribir una obra en que se demostrase la influencia de la imprenta en el progreso literario.

imitadores, porque la historia militar de España en el siglo XVII es mucho menos conocida que la del siglo XVI, no tanto por ser menos gloriosa, cuanto por ser más escaso el caudal bibliográfico.

Conjunto más nutrido ofrece la literatura didáctica, en la que descuellan, durante el siglo XVII, en primer término Lechuga, Gallo, Firrufino, Muñoz, Bayarte, González, Dávila y Orejón, Fernández de Medrano, Fernández de Gamboa, Rojas, Barros, Heredia, Osorio, Buscayolo, Vargas Machuca, Dávila y Heredia, Barra, Cano, Céspedes, Fernández de Eyaguirre, Lorente, Pozuelo y Espinosa, Dávalos, Aytona, Menéndez Valdés, Rebolledo, Melo, Lanario de Aragón, Ayala, Enríquez de Villegas, Osorio de Cervantes, el marqués de Gastañana, Sala y Abarca, y algunos otros, como son los jesuitas ingenieros y artilleros Camasa, Zaragoza, Lafaille, Isidro de Monzón, Tosca y varios anóminos. De las obras de Lechuga, Firrufino, Rojas y Fernández de Medrano hemos hablado ya en anteriores ESTUDIOS (1); de las de los restantes escritores que citamos, en la imposibilidad material de irlas juzgando una por una, diremos que no todas se hallan á igual altura como á lenguaje; conciso, castizo y hasta elegante en algunas, claro y sobrio, fácil y atractivo en otras, árido y fatigoso en las más. La pureza del idioma se resiente en muchas de la prolongada estancia del escritor en países extranjeros; no son tampoco la elegancia ni la concisión cualidades que distingan al mayor número de estas obras; pero ha de tenerse en cuenta que todo se ha sacrificado en ellas á la claridad de los conceptos, y que sus autores han atendido menos al deleite que á la utilidad. Resulta, pues, el cuadro de la literatura didáctico-militar en el siglo XVII bastante acabado para estudiar en sus menores detalles la organización de las diversas armas é institutos, los progresos del material de guerra y de las instituciones militares.

Muy inferior á éste es el que ofrece la literatura militar del siglo XVIII. La miseria intelectual de España en la primera mitad de esta centuria, forzosamente había de dejarse sentirse en la milicia. ¿Incluiremos en el número de los historiadores serios al marqués de San Felipe? Su obra *Comentarios de la Guerra de Sucesión*, escrita con gusto escaso, repugna por el servilismo que respira; pero interesa por los numerosos datos que encierra, y más que por lo que dice el autor, por lo que permite suponer: á causa de esto y del modo con que están referidos los hechos, su lectura es entretenida y si se quiere amena, y los *Comentarios* figuran entre las primeras historias particulares de este siglo. Igualmente útil por los datos que encierra, si no superior en méritos, es la obra de Belando *Crónica civil;* y por extremo recomendables las *Memorias* de D. Melchor de Macanaz. Estos tres autores ilustran la historia del reinado de Felipe V, historia que puede completarse por lo que atañe á la Guerra de Sucesión, leyendo las memorias de los generales extranjeros que en ella intervinieron y las *Relaciones* particulares publicadas en nuestra península y en Italia. Después de esto hay que estudiar la historia militar en las *Memorias* de Campo Raso, continuador de San Felipe, al que no supera; y en los tomos manuscritos del marqués de la Mina, historiador que tiene la ventaja de haber sido testigo y actor de los sucesos que narra, muy afecto á Montemar y mejor soldado que crítico. Con él llegamos á la mitad de este siglo por muchos conceptos infecundo; y con él ponemos término á la serie de historiadores de sucesos particulares dignos de especial mención: no la merecen algunas memorias y relaciones de sucesos ocurridos en la península y en América, como tampoco las campañas que en el resto del siglo tuvieron lugar, excepción hecha de la del Rosellón en 1793, acerca de la cual escribió Ricardós algunas páginas.

A la cabeza de los tratadistas militares del siglo XVIII debe colocarse Roja y Pugas, cuyo *Compendio militar* reasume las más importantes doctrinas tocante al arte de escuadronar y fortificar, al ataque y defensa de las plazas, servicio de campaña, obligaciones y atribuciones de cada empleo, y ofrece curiosísimas noticias, así tocante al ejército como á la marina de su tiempo. Esta obra refleja un gran fondo de erudición sobriamente manifestado. Al lado, y á continuación de aquél

(1) Véase la biografía de Firrufino en la página 43 de este volúmen; la autobiografía de Medrano en la página 614, y véase además el Tomo II, en donde figuran las biografías de Lechuga y de Rojas.

pueden colocarse Alcázar y Zúñiga, Arrieta, Montemar, Mina, Ramírez de Arellano, Márquez Barreda, Liaño, Aguierre, Rodriguez y otros; y por encima de todos el insigne tratadista militar D. ALVARO DE NAVIA OSORIO, MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO, de quien nos ocuparemos por separado. Los escritores de artillería y fortificación López, Labairu, Ibáñez, Díaz Infante, Pintado, Cerda, Lucuze, Lemaur, Cermeño, el célebre D. Tomás de Morla, D. Vicente de los Ríos y otros, deben también continuarse aquí; y por último, digno de especialísima mención y loa es D. Vicente García de la Huerta, bibliotecario y oficial de la Secretaría de Estado, quien en 1760 acometió la publicación de la *Biblioteca militar española*, para oponerse «al necio prurito de aquellos malos patricios que solamente saben citar autores peregrinos, no conociendo, ni aun por el nombre, los de su nación.» En aquella época en que todo era francés, desde el gobierno hasta el ejército, ideas y libros, costumbres y modas, uniformes y organización, no dejaba de ser este esfuerzo digno de grandísima estima; sobre todo, fué aquella excelente base para la historia de este ramo especial de literatura. Tampoco debe relegarse al olvido el *Ensayo de una historia de la milicia española*, hecho en 1776 por otro hombre civil, el Sr. Marín. Si agregamos á esta serie de autores, los que cuenta la marina, no escasos en número, en la segunda mitad de este siglo; los Navarro, Jorge Juan, Vargas Ponce, Mazarredo, Churruca y otros igualmente ilustres, podremos formarnos una idea de lo que fué el siglo XVIII literaria y científicamente considerado por lo que atañe al ejército y la marina.

Lo hemos dicho ya en anteriores párrafos, este siglo lo domina la figura del marqués de Santa Cruz, el ilustre autor de las *Reflexiones militares* y de otras tantas obras que con razón le señalan un lugar entre los didácticos españoles; si no por su estilo, por su erudición, por su profundidad de miras, por sus atrevidos proyectos. Encierran las *Reflexiones militares* la suma de los conocimientos, no de un siglo, sino de muchos siglos; está en ellos puesta á contribución la historia de los más famosos pueblos y de los más célebres hombres; distribuída con admirable método la doctrina, confirmada oportunamente con no escaso número de ejemplos; revélase en ellos el talento y la madurez de juicio de su autor, una variedad asombrosa de conocimientos en los ramos diversos de la milicia y un profundo análisis de los clásicos y de los más eminentes tratadistas de su época. Obras en que se revela suma tal de estudio y de fatiga, hay que aceptarlas tales como su autor las hizo; no debe entrar en ellas, según oportuna frase de un escritor moderno, el escalpelo de la crítica; mucho menos si se tiene en cuenta la educación literaria poco tranquila del autor y su vida consagrada por mitad á las letras y al servicio de la patria. Las *Reflexiones militares* constan de once tomos, diez publicados en Turín de 1724 á 1727 y uno en París en 1730. Los diez primeros divídense en veinte libros y los títulos de éstos son:

I Virtudes morales, políticas y militares de un jefe de país y ejército.
II Motivos de paz y de guerra, y precauciones sobre alianzas y socorros.
III Disposiciones para una premediata guerra.
IV Primeros pasos de una guerra nuevamente declarada.
V Del campar.
VI De las marchas.
VII De los espías amigos y enemigos.
VIII Contra las rebeliones.
IX De la guerra ofensiva.
X Ocasiones para solicitar un combate, y medios para que los enemigos no le eviten.
XI Disposiciones para una batalla ya resuelta.
XII Para durante la batalla.
XIII De las diligencias sucesivas á una batalla ganada.
XIV Ataques y bloqueos de plazas, avisos para después de su rendición.
XV De las sorpresas de plazas y de tropas.
XVI De las emboscadas y de los pasajes de ríos, á vado, á nado, con barcas y con puentes.
XVII De la guerra defensiva, en que se incluyen los socorros de plazas, la defensa del país abierto, y las direcciones militares y políticas, que se pueden hacer en el ajeno.
XVIII De los motivos que deben resolverte á no pelear, y de los medios para no ser obligado á combatir.
XIX Para después de ser derrotado, y para levantar el ánimo ó asegurar la obediencia de tropas abatidas ó descontentas.
XXX De las retiradas de tropas que no fueron batidas.

Según puede verse por este índice, los libros en que se divide la obra están racionalmente ordenados y abarcan todos los conocimientos necesarios á la ciencia de la guerra. Cada libro está dividido en capítulos y éstos en párrafos; sistema el más á propósito para que se graven con más

profundidad en la mente las máximas que el autor consigna y luego corrobora con ejemplos. Respecto del estilo, diremos que el marqués de Santa Cruz, clásico por sus ideas, no lo es por la forma, pues á causa de su larga estancia en el extranjero, de la lectura de obras francesas é italianas y de otros motivos que él mismo aduce, incurre en galicismos y ofrece construcciones difíciles é impropias. Esto es cuanto cabe decir de esta obra portentosa en los reducidos límites impuestos al presente Estudio. Libro inmortal consultado por los grandes capitanes, vertido á idiomas diferentes, no estimado por los coetáneos españoles en su justo valor, ha encontrado por fin en nuestros días y en nuestro suelo quien le ensalce como se merece. Era un acto de justicia. La figura del ilustre Marqués parece tanto más grande, cuanto mas pequeños fueron los hombres y las cosas de su época; tanto más noble, cuanto más mezquinos los móviles que empujaron á sus coetáneos. Marcenado será en todos tiempos modelo digno de imitarse, leal maestro y consejero que seguirse; norte en que guiarse cuando el espíritu militar vacile. Como el viajero que se aleja de las ruinas saluda con respeto la solitaria columna que aun desafía las tempestades, así nosotros al doblar las últimas páginas de este libro, no podemos menos de consagrar un recuerdo al más ilustre tratadista del siglo XVIII, al buen patriota, al escritor erudito y al bizarro soldado.



ILUSTRACIONES (1)

Galeota bombardera (pág. 521 y 524).—A fines del siglo XVII y durante el XVIII, para el bombardeo de las plazas marítimas, ideóse colocar los morteros en embarcaciones de escaso porte, con objeto de que pudieran aproximarse todo lo posible á la costa. Tales fueron las galeotas bombarderas ó las bombarderas, que con frecuencia vemos citadas en los sitios de las plazas de las costas flamenca y francesa. De la disposición de una de estas bombarderas, dará perfecta idea la perspectiva y plantas que reproducimos en las citadas páginas, y que son facsímil, de un grabado de la época. No necesitan particular explicación, pues la tienen detallada en los epígrafes puestos á los cinco grabados de la pág. 524.

D. Blas de Lezo (pág. 525).—Nació este ilustre marino en Pasajes el año 1687; educóse en un colegio de Francia, y de allí salió para ingresar en la armada el año 1701. En clase de guardia marino se halló en varios combates navales, y en el que nuestra escuadra tuvo con las combinadas de Inglaterra y Holanda en las aguas de Vélez Málaga el año 1704, se distinguió el joven Lezo por su intrepidez y valor: una bala de cañón le llevó la pierna izquierda, y continuó en el combate con tal serenidad y valor, que mereció los elogios del almirante, conde de Tolosa. De grado en grado ascendió al de capitán de fragata en 1710, y mandando una de las de la armada real, logró hacer once presas, la menor de veinte cañones, entre ellas el navío de guerra inglés *Stanhope*, en cuyo combate recibió varias heridas. Fué ascendido á capitán de navío en 1712, y continuó prestando los más importantes servicios, ya impidiendo que los enemigos se apoderasen de los galeones que con grandes sumas de dinero venían de América, ya persiguiendo á los piratas. Elevado al grado de jefe de escuadra en 1730, al año siguiente se le confirió el mando de la destinada al Mediterráneo. Se halló en 1732 en la empresa de la reconquista de Orán, mandando siete navíos; en 1734 fué promovido á teniente general de la real armada; desde entonces desempeñó la comandancia general del Departamento de Cádiz hasta 1736, en que fué nombrado comandante general de los galeones que, con los navíos *Conquistador* y *Fuerte*, habían de despacharse á las costas de Tierra firme. A consecuencia salio de Cádiz el 3 de Febrero de 1737 y fué á Cartagena de Indias, cuya gloriosa defensa hemos referido en otro lugar (2).

El mérito que entonces contrajo D. Blas de Lezo fué tan relevante, que el monarca le dirigió una real orden en 8 de Octubre de 1740, declarando que la defensa de Cartagena de Indias y su puerto se debió á su conducta y celo; y por otra real orden de 16 del mismo mes le recomendó que continuase haciendo todos sus esfuerzos para repeler los intentos de los ingleses, añadiendo que si Cartagena no había experimentado la misma suerte que Portobelo se debia á su vigilancia y disposición. No dejó de corresponder D. Blas de Lezo á tan señalada honra, como lo prueba la segunda defensa que hizo de aquella plaza (1741); pero tan prolongadas fatigas y desvelos menoscabaron su salud, y de resultas falleció en la misma el 7 de Septiembre de 1741. A los pocos años de su muerte el Rey concedió á la familia de Lezo el título de marqués de Ovieco, para perpetuar la memoria de uno de los acontecimientos más heroicos que ilustran la historia militar del siglo XVIII (3).

(1) Los grabados que tienen marcada referencia en el cuerpo del anterior ESTUDIO, no se describen aquí, por no aumentar excesivamente el volumen de este tomo: tal sucede con los planos de las páginas 559, 561, 563 y 565; con los cañones y morteros de las páginas 541, 580, 589, 590, 591, 592, 593, 594, 595, 596, 599 y 611; con las armas portátiles de la página 571, y con las figuras tácticas de las páginas 549, 550, 553, 555, 558 y 571.

(2) Véase la pág. 416 de este tomo.

(3) Esta biografía ha sido transcrita de la *Historia de la Marina Real española*; las de Jorge Juan, Ulloa y Ensenada, extractadas de la citada obra y adicionadas con algunos datos nuevos que ofrecen las del Sr. Fernández Duro.

D. Antonio de Gastañeta (pág. 525).—Nació en Motrico el año 1656. A los doce años embarcó acompañando á su padre, capitán de navío, y á sus órdenes adquirió, así la enseñanza práctica, como los conocimientos técnicos de su profesión, en la que sobresalió muy temprano. Habiendo fallecido su dicho padre en Veracruz, encargóse de la derrota del navío que aquél había mandado y le condujo felizmente al puerto de Pasajes. Continuó haciendo viajes á las costas de América, ya en buques sueltos, ya en flotas y galeones. En 1684 obtuvo nombramiento de piloto en la Armada Real del Océano; en 1686 el grado de capitán mayor y el cargo de piloto mayor de la misma armada real. Justificó que era digno de ejercerlo, no sólo con el buen desempeño de tan difícil cometido, sino con el estudio que hizo de su profesión, fruto del cual fué la obra *Norte de navegación hallado por el cuadrante de reducción*, que en 1692 dió á la estampa. Este libro es el primero de los españoles en el que se trató de la corredera y de las cartas esféricas, siglo y medio antes inventadas por Alonso de Santa Cruz, corrigiendo en los elementos del pilotaje, sistemas anteriores erróneos (1).

Los servicios y la habilidad de Gastañeta en la conducción de las flotas de Indias á España, fueron recompensados sucesivamente con los empleos de capitan de mar y guerra de la Capitana real y los honores de almirante; conservando, empero, el cargo de piloto mayor, aun después de tener empleo de almirante real. Pero bien presto iba á darse á su actividad é inteligencia un nuevo empleo. Felipe V, ganoso de restaurar nuestra marina, dispuso que Gastañeta se encargara de la construcción naval; y aunque nuestro marino era profano en este ramo, no obstante, á fuerza de estudio y de observación, no sólo acometió la empresa de habilitar el viejo material, sino que introdujo en la construcción un sistema nuevo (2). Resultado de sus experiencias y trabajos fué la obra titulada: *Proporciones más esenciales para la fábrica de navios y fragatas de guerra, que puedan montar desde ochenta cañones hasta diez, con aplicación de la construcción de la barenga maestra, plano y perfil particular de un navío de setenta cañones, con los largos, gruesos y anchos de los materiales*, impresa en 1720, y que se mandó observar por Real cédula de 13 de Mayo de 1721.

Ya hemos visto la parte que cupo á Gastañeta en la guerra de 1718. Salió en Julio de dicho año del puerto de Barcelona, convoyando los bajeles de transporte que conducían tropas y material á Sicilia; sorprendido por la aparición de la escuadra inglesa en las aguas de aquella isla, y no creyendo que hallándose en paz con esta nación, pudiera ser objeto su armada de hostilidad alguna, dejó de dar las oportunas disposiciones para conjurar el peligro, y al verse atacado y envuelto, sólo hizo ver que, lo que le faltaba de experiencia política, sobrábale de valor. Después de pelear heroicamente, herido de una bala de fusil en una pierna y contuso en el pecho, hubo de rendir su pabellón. Esta función, ya descrita en el anterior estudio (3), tuvo lugar junto al cabo Pasaro, y Gastañeta, puesto en tierra con otros prisioneros del inglés, en Augusta, pasó algún tiempo reponiéndose de sus heridas, y regresó luego á España, donde fué empleado en distintos mandos y comisiones. Condujo en 1726 la escuadra de Indias, y después de dejar en la Habana 3,000 soldados, embarcó la plata en Veracruz y la transportó á España, burlando las asechanzas de los cruceros enemigos. Dos años después, el 8 de Febrero de 1728, murió de accidente aplopético en Madrid.

Además de las dos ya citadas obras, escribió y publicó, D. Antonio de Gastañeta, las siguientes:

Cuadrante geométrico universal para la conversión esférica á lo plano, aplicado al arte de navegar (1693).

Reglamento para organizar la recluta de marinería (1617).

El marqués de la Ensenada (página 529).—D. Zenón de Somodevilla, marqués que fué de la Ensenada, nació en Hervías, pueblo de la Rioja, en 25 de Abril de 1702. Fué educado en aquella ciudad, y de allí pasó á una casa de comercio de Cádiz, en que se dió á conocer muy luego por su talento natural, su despejo, instrucción y conocimientos. Allí debió tener noticia de él y conocerle el célebre Patiño, cuando pasó á Cádiz para acelerar el armamento para el socorro de Ceuta (1720); y en atención á la habilidad que advirtió en el joven Somodevilla, expidióle nombramiento de oficial supernumerario del ministerio de Marina. Sus ascensos, aunque por escala, fueron tales, que en 14 de Abril de 1730 tuvo el nombramiento de contador principal del nuevo Departamento que empezaba á formarse en Cartagena, y sin llegar á tomar posesión de este empleo, recibió en 1732 el de ministro de la escuadra que, á cargo del general Cornejo, se destinó á la reconquista de Orán, bajo las órdenes del duque de

(1) Duro *Almanaque marítimo* publicado por *La Ilustración Española y Americana*, en 1881.

(2) «Más avisado que los constructores ingleses de su tiempo que se fijaban en las obras muertas y en la arboladura, Gastañeta meditó la reforma de la parte sumergida de los bajeles, que era la raíz del mal que había que remediar, y tanteó una variación en la superficie de las amuras, haciéndolas arrancar desde una de las líneas de aguas bajas, para que las resistencias del fluido en la proa fuesen progresivas con un exponente de la razón, si no igual, á lo menos próxima. Esta medida envolvía un aumento discreto de desplazamiento en el cuerpo de proa, el avance del centro de volumen hacia aquel punto, dejando más quilla ó brazo de palanca en el cuerpo de popa, para acrecer las resistencias laterales de la carena, y con ellas la propensión á mantenerse á barlovento y á que se sujetase y obedeciese mejor la acción de la potencia bélica. Sometido el proyecto al Consejo de Guerra y juntas de armadas, con exposición de los fundamentos, con la aprobación obtuvo nombramiento de superintendente general de los astilleros de Cantabria, y amplias facultades para organización de la maestranza y de la contabilidad é intervención de materiales y jornales.» Fernández Duro. *Almanaque marítimo*.

(3) Véase la pág. 387 de este tomo.

Montemar. Entre las gracias que por feliz resultado de esta expedición se otorgaron, le cupo á Somodevilla el ascenso á comisario ordenador, y en esta clase fué destinado á intendente del ejército de operaciones de Italia, que también dirigió Montemar. Desempeñó en esta ocasión muy buenos servicios, y el monarca de Nápoles, más tarde rey de España, concedióle el título de *Marqués de la Ensenada.* Ya era, pues, entonces Somodevilla un hombre notable, y ya se le consideraba apto para figurar en la esfera de la administración gubernativa, en la que no tardó en ser admitido. En efecto, muerto Patiño, su protector, el año 1736, fué nombrado secretario del almirantazgo, que acababa de crearse, y honrado con la graduación de intendente de marina. Entonces comenzó á trabajar en la reorganización de todos los cuerpos de la Armada. Obras suyas se consideran la cédula de formación de matrículas de mar; sus alistamientos, privilegios, etc., expedida en 1737; la ordenanza general de arsenales de 17 de Diciembre del mismo año; el reglamento de sueldos, gratificaciones, etc., en 1738; la formación del arsenal de Cartagena, creado ya en departamento desde 1730; la institución de los inválidos; el fomento de la construcción naval en América, y el plan y preparativos de ordenanzas generales para el régimen de los diversos cuerpos de la Armada.

Encendida otra vez la guerra entre Austria y España á fines de 1740, partió el infante D. Felipe para Italia en Febrero de 1741, llevando consigo al duque de Montemar con 15,000 hombres, y por secretario de Estado y Guerra al marqués de la Ensenada. Al lado del infante se halló Ensenada en toda la campaña, promoviósele entonces á Consejero de Guerra, y en atención á *su acreditada conducta y experiencia*, Felipe V le nombró en 1743 su secretario de Estado y del despacho de Guerra, Marina, Indias y Hacienda, confiriéndole además el cargo de lugarteniente general del Almirantazgo. En tan elevados y difíciles empleos le continuó Fernando VI al subir al trono, y en ellos supo demostrar su diligencia y su capacidad. Bajo su ministerio se mejoró la infeliz constitución de las provincias, se abolieron los impuestos que se exigían por el transporte de granos, se estableció un banco para el giro de letras con los países extranjeros, se dieron providencias benéficas para la agricultura y se estableció la contribución única. A estas y otras sabias disposiciones se debió en 1750 un aumento de siete millones de escudos en las rentas reales. Mejoró las vías de comunicación interiores, promovió el comercio, aumentó la marina hasta el número de sesenta navíos de línea y sesenta y cinco fragatas y buques de menor porte; construyó los arsenales de Cartagena y el Ferrol, mandó traer de Inglaterra hábiles constructores y maestros para las fabricas de jarcia, lona y otras; y así como impulsó la marina, el comercio y la agricultura, favoreció á las ciencias y á las artes, en los hombres que las cultivaban. Ayudado por D. Jorge Juan, fundó en Cádiz el observatorio astronómico de marina (1753) y creó el colegio de Medicina. Ganoso de que nuestras posesiones ultramarinas mejoraran, cuidó de corregir los abusos que de tiempo antiguo existían en su administración, y lo consiguiera tal vez, á no ser más poderosos los enemigos que tenía en las cortes extranjeras. Envidioso el gabinete británico del engrandecimiento de nuestra marina y del estado de prosperidad de nuestra patria, propúsose desacreditar al ministro español y alejarle del gobierno; lo que por fin alcanzó, no obstante al gran favor que la reina le dispensaba. La noche del 21 de Julio de 1754, Ensenada fué exonerado de todos sus ministerios y cargos y desterrado á Granada; acusósele luego de dilapidador é impuro en el manejo de los caudales públicos; se le confiscaron sus bienes y se trató de formarle causa criminal; pero esto último no llegó á realizarse, y Ensenada permaneció en su retiro, hasta que Carlos III ocupó el trono. El nuevo monarca le alzó el destierro en 1760 y le permitió presentarse en la corte; pero aunque fué en ésta bien recibido y se le reconoció el título de Consejero de Estado, como su presencia estorbaba á los que se hallaban en el poder, procuraron alejarle de allí. Aprovechóse para esto el motin llamado de Esquilache, ocasionado por los tributos que pesaban sobre el pueblo; y suponiendo sus enemigos que Ensenada no era ajeno a este suceso, lograron que se le confinara á Medina de Campo, donde falleció en 2 de Diciembre de 1781, á la edad de ochenta años.

Tal es á breves rasgos la historia de este hombre célebre, en el que se patentizan las veleidades de la fortuna y la ingratitud humana. Achacósele su amor al lujo, y cuéntase que en cierta ocasión, admirado el Rey del subido precio de sus adornos, manifestóle su sorpresa; pero Ensenada contestóle con oportunidad y lisura: *Señor, por la librea del criado se conoce al amo.* El inventario hecho cuando se secuestraron sus propiedades y muebles, prueba que, en efecto, era grande su amor al fausto. Mas justo es consignar que no pudieron achacársele con fundamento agios, ni fraudes de ningún género, y Carlos III, al honrar poco después su memoria con las prerrogativas concedidas á su familia, consignó que lo hacía atendiendo á los particulares servicios, celo, acierto, pureza y fidelidad del marqués de la Ensenada.

D. Jorge Juan (pág. 533). – D. Jorge Juan y Santacilia, nació en 1712 en Novelda (Alicante). A los quince años entró en el colegio de Reales Guardias marinas de Cartagena, é hizo tan asombrosos progresos en el estudio de las matemáticas, la astronomía y otras ciencias propias de su carrera, que era la admiración de sus maestros y de sus condiscípulos, quienes le llamaron *Euclides.* Veintitrés años tenía cuando fué nombrado con D. Antonio Ulloa para la famosa y científica comisión de medir en el Ecuador el grado del meridiano, que desempeñó lucidamente en compañía del citado marino. Ascendido en 1748 á jefe de escuadra, fué nombrado comandante de los Guardias marinas en 1753, y atendida su alta reputación por sus obras y trabajos científicos, fué enviado á Londres en comisión del Gobierno relativa á varios asuntos concernientes á la marina y particularmente para que se instruyese en la construcción de navíos, observando detenidamente lo que en esta parte habían adelantado los ingleses. Con

este objeto se detuvo allí diez y ocho meses. Restituído á España, le encargó el Rey la dirección de la construcción de navíos, de los arsenales y sus obras; y á sus conocimientos extraordinarios y á su gran talento se debió el invento de un sistema de construcción español, mucho mejor que los hasta entonces conocidos; sistema que se mandó observar por Real orden en todos los departamentos. Contribuyó eficazmente á poner la Academia de marina de Cádiz en el ventajoso estado en que ha llegado á verse, formando proporcionados modelos de navíos, dirigiendo la fábrica del Observatorio astronómico, y haciendo traer de Londres los mejores instrumentos. Con su actividad, su genio laborioso y su celo en el pronto y exacto cumplimiento de las sabias medidas dictadas por el gobierno de Carlos III, llegó á ponerse la marina española en pocos años en un estado el más respetable; de modo que anualmente se votaban al agua navíos y otros buques de guerra tan sólidamente construídos como excelentes veleros. Formó en medio de estas tareas, en su propia casa, una academia de ciencias titulada: *Asamblea amistosa literaria*, en que cada jueves se reunían varios de nuestros sabios residentes en aquel punto, y en la que leyó D. Jorge Juan diez memorias sobre distintos puntos de artillería, astronomía, navegación, construcción y matemáticas. Una de ellas dió motivo para la grande obra que inmortalizó su nombre, el *Examen náutico*. A los muchos honores y empleos con que fué distinguido en su noble y gloriosa carrera, se agregaron los de Direcctor del Seminario de Nobles, del Consejo de S. M. en la Junta de comercio y moneda, embajador en la corte de Marruecos, y académico en las reales sociedades de Londres y Berlín. Murió en Madrid el 21 de Julio de 1773, á los sesenta años de edad, dejando escritas las siguientes obras: *Observaciones astronómicas y físicas en los reinos del Perú, de las cuales se deduce la magnitud de la tierra, y que se aplica á la navegación; Disertación histórica-geográfico sobre el meridiano de demarcación entre los dominios de España y Portugal y los parajes por donde pasa en la América meridional, etc.; Compendio de navegación, para el uso de los caballeros guardias marinas; Examen marítimo teórico práctico, ó tratado de mecánina aplicado á la construcción, conocimiento y manejo de los navíos y demás embarcaciones*. Del *Examen marítimo* se hizo en París el año 1786 una traducción al francés, que fué recomendada por el ministro de marina Mr. Sartine y el traductor premiado por el Almirantazgo inglés. Ya de antemano había sido vertida á este idioma; mereciendo D. Jorge Juan cumplido elogio del conde de Stanhope.

Fué D. Jorge Juan, no sólo uno de los marinos mas distinguidos de su época, sino de los hombres más sabios de su tiempo. Reunió á su ciencia y capacidad, extremada modestia, y tuvo un carácter tan honrado y bondadoso, como independiente y recto.

D. Juan José Navarro (pág. 533).—Nació en Mesina el 20 de Noviembre de 1687. Su padre D. Ignacio, capitán del Tercio viejo del Mar de Nápoles, dióle plaza á los once años en el mismo tercio, como aventajado, sin perjuicio de que concurriera á las aulas, donde reveló D. Juan José gran capacidad y aplicación. Bien pronto hubo de hacer efectivo su servicio, á causa de haber estallado la guerra de Sucesión. En Italia primero, en España después tomó parte activa en las operaciones; en 1708 pasó desde Cartagena á Orán, en cuya expedición tuvo la desgracia de perder á su padre y hermano; y al regresar á España continuó en operaciones hasta la terminación de la guerra. Navarro había asistido á cuatro batallas campales, cuarenta acciones y siete sitios, cayendo prisionero tres veces y consiguiendo el empleo de capitán por sus buenos servicios. Grande debía ser la aplicación de Navarro, cuando habiéndose á la sazón reformado los tercios viejos de la Armada y creado la compañía de Guardias marinas, se le nombró alférez de ella y se le encargó la enseñanza de Matemáticas; superiores sus conocimientos para redactar las obras *Táctica naval, Teórica y práctica de la maniobra* y *El capitán de navío instruído en las ciencias y obligaciones de su empleo*. Estos escritos y su celo por la enseñanza le valieron en 1728 el empleo de capitán de fragata y en 1730 el de capitán de navío. Visitaron en dicho año los reyes el departamento de Cádiz, y tan complacidos quedaron del despejo y habilidad de Navarro, que le invitaron á su mesa y le hicieron expresivas demostraciones de agrado; pero el ministro Patiño, que no lo pudo ver con buenos ojos, aprovechóse del ascenso á capitán de navío que entonces confirió á Navarro el monarca y le alejó de la corte dándole el mando del *San Fernando*. Tan grande fué la ojeriza de Patiño, que dió á nuestro marino constantes comisiones para evitar su roce con los monarcas y hasta interceptó los diarios, memorias y otros trabajos técnicos que recibió para presentarlos al Rey. Muerto el ministro y creado en 1737 el Almirantazgo, ascendió Navarro á jefe de escuadra, y entonces dedicóse con ardor al estudio y á la redacción de obras profesionales, entre ellas la del *Diccionario marítimo*: que tuvo que suspender en 1739. Ideó también el sistema de señales, que, perfeccionado por Mazarredo, ha regido casi todo un siglo en la marina. La Real Academia española le admitió por estos años en su seno.

Pero bien pronto hubo de abandonar estas pacíficas tareas, para trasladarse á las escuadras, pues la declaración de guerra hecha en Londres el 23 de Octubre de 1739, fué motivo de que se le diese el mando de la armada, organizada en Cádiz. Con esta armada hizo algunos cruceros y varias presas, entre ellas la del navío *Non Pareil*; con ella pasó á unirse á la francesa en el puerto de Tolón, y tomó parte en aquel gloriosísimo combate de cabo Sicie, que hemos descrito en la página 422 de este volumen, por el que mereció ser elevado á la categoría de teniente general y honrado con el título de *Marqués de la Victoria*. Hizo luego un crucero y se ocupó seguidamente de las obras del arsenal de Cartagena, para cuyo progreso se le dió en 1748 el mando superior de aquel Departamento. Entonces acabó su monumental obra: *Diccionario demostrativo, con la configuración y anatomía de toda la arquitectura naval*

moderna, obra en la que empleó treinta y siete años en pintar á la acuarela todas las piezas que componen un navío, su armamento, arboladura, jarcia, etc , debiendo advertirse que alguna de las láminas que componen este *Diccionario* tienen dos metros de longitud por medio de anchura.

Muerto el rey D. Fernando VI, recibió Navarro el mando de la escuadra que en 1759 trasladó á España á Carlos III, quien le nombró capitán general de la Armada. Prosiguió luego sus estudios, tuvo en 1765 el mando de la escuadra que condujo á Italia á la infanta María Luisa y murió en 5 de Febrero de 1772 en la isla de León.

La relación de sus escritos es muy larga para insertarla aquí, pues ocupa algunas páginas en la *Biblioteca Marítima*, de Fernández Navarrete. No dispuso Navarro de fondos para la impresión, ni consiguió que el Estado la hiciera por su cuenta, y á causa de esto únicamente vieron la luz el *Tratado de señales* y un opúsculo jocoso titulado: *Carta que escribe el Padre Juan del Olvido, mínimo piloto y matemático, al Reverendísimo Padre Fray José Arias de Miravete* (un fraile pedante que, sin conocimiento alguno serio, quería reformar las prácticas de la navegación). La mejor prueba de que no era dable á Navarro acometer la empresa de publicar sus obras, es el hecho de no haberse encontrado, cuando murió, en su gaveta, la cantidad necesaria para costear su entierro, entierro que se hizo de orden del monarca con toda esplendidez. Del carácter de tan ilustre marino, júzguese por las siguientes líneas de Vargas Ponce: «Notábase mucho en su avanzada edad, que jamás recibiese sentado ni á un joven guardia marina; que el último marinero le merecía visible aprecio; jactándose más que de la máquina invento suyo para arbolar los buques, de las dos odres dispuestas con artificio para socorrer los que cayesen en el agua; benéfica invención que denominó *salva-nos*.» Los marinos españoles le erigieron un monumento en mármol, donde se trasladaron sus cenizas. Hoy reposan en hermoso mausoleo, construído por suscripción en el Panteón de Marinos ilustres.

D. Antonio Barceló (pág. 537).—Humilde fué el origen de este ilustre marino; escasa la instrucción que recibió en su infancia; pero su natural despejo, su ardimiento y su buena voluntad eleváronle desde simple marinero á la jerarquía de teniente general. Barceló nació en Palma de Mallorca en 1717, de una familia de mareantes; en las playas y en los barcos adquirió las dotes del marinero; pero las adquirió prontamente, puesto que á los diez y seis años patroneaba ya como tercer piloto, y gracias á su crédito obtenía, cuando apenas contaba diez y ocho, el mando de un jabeque que servía de correo entre la costa catalana y las islas Baleares, jabeque que llevaba artillería. Con esta embarcación sostuvo valientes encuentros con los piratas y consiguió ganar fama de bravo apresando en un combate dos galeotas; acción que recompensó el gobierno otorgándole el grado de alférez de fragata (1738). Esta recompensa le sirvió de estímulo para ejecutar nuevas proezas, y desde entonces menudearon los encuentros, cargas, abordajes con los piratas, en términos que las autoridades de marina recabaron para él un merecido premio. Ascendiósele á teniente de fragata, y luego á teniente de navío (1756), diósele ingreso en el Cuerpo general de la armada, á consecuencia de un abordaje en que recibió dos heridas, y se le confió la dirección de los jabeques que se hicieron construir en Mallorca. Puesto al frente de estas embarcaciones Barceló hizo prodigios; y aunque muchos miraron con malos ojos su ingreso en el cuerpo general de la armada, el sentimiento público se mostró altamente entusiasta con el infatigable marino que aseguraba nuestras costas y nuestro comercio. Ascendido á capitán de fragata en 1769, continuó dando caza á los piratas y sosteniendo con ellos terribles choques, en uno de los cuales fué herido á quema ropa en la mejilla izquierda; hizo importantes presas, entre ellas dos fragatas argelinas, y su nombre fué pronunciado con tanto terror por turcos, tunecinos y moros, como bendecido por los españoles del litoral. «Mil seiscientos moros prisioneros, que trabajaban en el arsenal de Cartagena, y los cascos argelinos que á remolque habían entrado en la dársena, dice un escritor, eran trofeos bastantes para que el Gobierno compartiera el aplauso y estimación general conquistados por D. Antonio, que no por ello amenguaba la actividad de los cruceros.»

Nuestros lectores recordarán la desdichada expedición contra Argel en 1775 y la honrosa parte que cupo á Mazarredo y Barceló en el reembarque del ejército: los jabeques de Barceló, situados muy próximos á la costa, tuvieron en respeto á los argelinos con sus cañones y facilitaron aquella arriesgada operación; servicio que premió el monarca ascendiendo al marino mallorquín al empleo de brigadier. Esta graduación la conservó hasta 1779, en que fué elevado á la categoría de jefe de escuadra y recibió el mando de las fuerzas navales destinadas al bloqueo de Gibraltar; y basta que recordemos lo que acerca de este acontecimiento llevamos referido, para apreciar los buenos servicios que allí prestó Barceló, ya interceptando los socorros al enemigo, ya tomando parte en los ataques, en uno de los que recibió dos heridas, ya inventando las cañoneras acorazadas de que hemos dado el diseño (1). Pinta muy al vivo el carácter de Barceló, el hecho de que, habiéndose tratado en Consejo de guerra, acerca del mejor medio de rendir la plaza, propuso bombardearla algunos días y luego tomarla *al abordaje*. En este intervalo, los argelinos, viéndose libres de su hábil enemigo, habían vuelto á sus antiguas correrías; pero muy presto Barceló les puso á raya bombardeando en 1783 á Argel con cuatro navíos, cuatro fragatas, doce jabeques, diez y seis brulotes y cincuenta cañoneras y bombarderas. Fué ascendido entonces á Teniente general, y al año siguiente, repetida la expedición y bombardeo, sin resultado alguno, premióle el Rey con la cruz de Carlos III y la comandancia de las fuerzas del Mediterráneo. Firmada la paz con Argel, volvió al bloqueo de Gibraltar, donde dió nuevas pruebas de

(1) Consérvase el modelo de estas cañoneras en el *Museo Naval*.

su arrojo; pero las competencias y disgustos que experimentó obligáronle á retirarse á Mallorca, donde murió el 30 de Enero de 1797 á los ochenta años de edad.

He aquí el retrato que hace de este esforzado marino uno de sus biógrafos: «Fué D. Antonio, dice, tosco en el hablar, brusco en los modales, reservado en el trato, y como su figura nada tenía de simpática, particularmente después de la cicatriz que le desfiguró la cara, y de la expresión suspicaz que adquirió por consecuencia de haber quedado sordo con el estruendo de los cañones, tenía pocos amigos entre los jefes de la Armada y contaba numerosos émulos. En cambio, era ídolo de los marineros, con los que se mostraba familiar y cariñoso, sin perjuicio de exigirles imposibles cuando llegaba la ocasión. En todo el litoral gozaba de un aprecio y de una popularidad que pocos alcanzan, y en el extranjero se hacía justicia al incontestable mérito de sus triunfos. Su instrucción literaria se limitaba á escribir su nombre bastante mal; pero su clarísimo despejo y la percepción natural de que estaba dotado, suplían á los cimientos que proporciona una educación esmerada para las relaciones sociales. En el ejercicio de su carrera, una bravura sin paralelo, la vigilancia, la actividad, la reserva, el ojo marinero, la serenidad y la completa pericia en la maniobra hacían de él un tipo ejemplar, uniéndose á estas condiciones, como de ordinario sucede, un corazón bondadoso y noble.»

D. José de Mazarredo (pág. 537).—Nació en Bilbao el 5 de Marzo de 1745, de distinguida familia; recibió esmeradísima educación, ingresando de muy joven en la armada, donde á los 16 años y en ocasión de un temporal dió á conocer su gran presencia de ánimo. En la carrera de Mazarredo no sabemos qué admirar más, si su perseverancia como hombre de estudio, ó su aptitud como marino: una y otra le colocan entre los hombres más distinguidos de su tiempo y de su profesión. A Mazarredo se debe el invento del aparato que da al anteojo movimiento paralelo al plano del sextante; las obras *Rudimentos de Táctica* y las *Instrucciones y señales*, que redactó en 1779 siendo mayor general de escuadra, el *Informe sobre construcción de navíos y fragatas*, que se conserva inédito, y algunos cálculos dignos de estima, y que prueban una capacidad y paciencia á toda prueba. En otra esfera reveló sus aptitudes, ya organizando escuadras, ya en el apresamiento de convoyes enemigos, ya salvando en 1780 la escuadra combinada franco-española cerca de las Sorlingas Pero el gran servicio prestado por Mazarredo fué el salvamento de la escuadra combinada que mandaba el conde de Estaing compuesta de 28 navíos y 4 fragatas españolas, y 38 navíos y 20 fragatas francesas, y un rico convoy. En esta ocasión y en otras parecidas se puso de manifiesto su consumada inteligencia, singular, como dice un autor, en el acierto y en la seguridad de sus cálculos y observaciones.

Como militar intrépido distinguióse en el bloqueo de Gibraltar y ataque de las *flotantes*, como jefe inteligente enla bien dirigida operación del reembarque de las tropas que O'Reille puso en las costas de Argel. Premió el Rey éstos y aquellos servicios ascendiendo á Mazarredo á la categoría de jefe de escuadra; confióle en 1785 la negociación de la paz con la regencia de Argel, llamólo luego á Madrid para redactar las Ordenanzas generales de la Armada, y en 1789, ascendido ya á la categoría de Teniente general, confióle el mando de la escuadra destinada á cruzar las costas de Galicia y Portugal. Durante la guerra con Francia, iniciada en 1795, mandó una escuadra en el Mediterráneo, unida en un principio á la de Lángara y á la inglesa de Hood: posteriormente tomó el mando en jefe de la española; pero el abandono en que el gobierno tenia á la armada, hízole formular justas quejas y presentar la dimisión del mando; acto á que se dió interpretación hostil y á causa del cual se le desterró al Ferrol. Las consecuencias de esta impolítica separación no tardaron en tocarse; pero cuando el torpe ministro que la ordenó, hubo desaparecido del gobierno, Mazarredo, repuesto en el mando, supo reorganizar con tal presteza los restos de la escuadra, destrozada por el combate del Cabo de San Vicente, que libró á Cádiz del bombardeo de los ingleses.

Nombrado Capitán general del Departamento de Cádiz, consagróse nuevamente al estudio, fomentó el arsenal y trasladó á San Fernando el observatorio astronómico. En 1799 tomó el mando de la escuadra española del Mediterráneo que debía incorporarse á la francesa en Cartagena, desde donde ambas se trasladaron á Cádiz y Brest. Aquí recibió orden de dejar el mando á Gravina y trasladarse á París, como embajador extraordinario. Era Mazarredo un hombre perspicaz, tan perspicaz como leal é independiente. Desde que llegó á París apreció las miras del Directorio, ó, por mejor decir, de Bonaparte; comprendió el triste papel que iban á desempeñar nuestros marinos, la traición que amenazaba á nuestra patria. Así lo participó á la corte, y al mismo tiempo se opuso á las exigencias de aquél; pero Mazarredo fué sacrificado, se le hizo saber que su misión estaba terminada y se le ordenó que se restituyera á Cádiz. Siguió á esta manifestación de desagrado, marcada desatención á sus reclamaciones tocante á las necesidades de aquel departamento; y nuestro marino solicitó y obtuvo el pase á situación de cuartel para Bilbao; pero el gobierno no perdonó su entereza, y aprovechando un fútil pretexto le residenció primero en Santoña, después en Pamplona. Vuelto á Bilbao en 1807, hallóle allí el alzamiento nacional, al que no se adhirió, pues fué de los pocos que creyeron que nuestra patria reportaría beneficios de un nuevo régimen. E inútil es decir, que su conducta fué muy censurada, mayormente habiendo ocupado un puesto oficial en la corte del monarca intruso. Pero esta circunstancia no pudo borrar á los ojos de la marina, los grandes servicios que este hombre ilustre prestó, los adelantos que le fueron debidos y las sabias reformas que introdujo. Fué sin duda para él una gran fortuna que la muerte le sorprendiera en 1812, pues le libró, ya que no de las críticas, de la emigración y de las pesadumbres que

padecieron los *afrancesados*. La marina perdió en él uno de los varones que más la ilustraron; la humanidad un hombre ingenioso y benéfico; la ciencia un cultivador asiduo y profundo Si Mazarredo no contara con otros títulos, dice el Sr. Fernández Duro, que el de autor de las *Ordenanzas de la Armada*, éste le daría por sí solo puesto preeminente entre los hombres ilustres del siglo XVIII, por más que no fuera de aquellos con que él se envanecía, conceptuando el trabajo muy inferior al de las observaciones astronómicas en que tanto se recreaba.

D. Antonio de Ulloa (pág 585) —Nació este ilustre español en Sevilla, en 12 de Enero de 1716; sus padres le inclinaron al estudio de las matemáticas y de la náutica. Hizo su primera navegación como aventurero en compañía del comandante de escuadra D. Manuel López de Pintado en 1730; y á su vuelta á España, por concesión de Felipe V, entró de guardia marina en Noviembre de 1733. Se halló con el navío *Santa Teresa* en la expedición á Nápoles para ir á reforzar el ejército del infante D. Carlos, y concluída aquella campaña fué nombrado con D. Jorge Juan para la comisión científica de medición de grados del Ecuador, donde experimentó no pocos trabajos y contrajo singulares méritos. Cuando en 1762 pasó la Luisiana a nuestro dominio, mediante la paz celebrada entonces, fué enviado Ulloa para tomar posesión de aquel hermoso país y organizar su administración, y ya que no fuese en esta comisión muy feliz, á causa de la oposición constante de aquellos colonos, siempre adictos á Francia, recogió los preciosos datos con que redactó las *Noticias americanas*. Ascendido á Teniente general de la Armada, mandó diferentes escuadras, aunque sin gloria. De otra clase de servicios le es, sin duda, deudora su patria, pues fué uno de los hombres que más la honraron, tanto como viajero y marino, como por sus tareas científicas. Fué el primero que dió á España conocimientos de la electricidad y el magnetismo, conocimientos que él adquirió durante su estancia en Londres; de las aplicaciones del microscopio solar de reflexión y de las propiedades de la platina; promovió el arte de grabar en piedras, la relojería y la cirugía; instruyó á diferentes personas en las operaciones necesarias para formar mapas geográficos, estableció el primer gabinete de historia natural que hubo en Madrid y el primer laboratorio metalúrgico, dió instrucciones para facilitar el comercio de frutos entre España y las Indias y á él se debe el proyecto del canal de navegación y riego de Castilla la Vieja.

D. Antonio de Ulloa falleció en la isla de León en 1795. Son sus obras las siguientes: *Relación histórica del viaje á la América Meridional para medir algunos grados del meridiano terrestre*, etc.: *Noticias americanas: Entretenimientos físico históricos sobre la América meridional, la septentrional y la oriental*: *Comparación general de los territorios, climas y producciones de las tres especies, vegetales, animales y minerales con relación particular de las petrificaciones de cuerpos marinos; de los indios naturales de aquellos países, sus costumbres y usos; de las antigüedades; discursos sobre la lengua y sobre el modo con que pasaron sus primeros pobladores*, etc.: *La Marina y las fuerzas navales de la Europa y del África*, presentaba al ministerio de Marina en 1773 y que revela sus grandes conocimientos técnicos.

El viajero inglés Townsend que visitó á Ulloa en Cádiz, poco antes de su muerte, hace de él el siguiente retrato: «D. Antonio de Ulloa es el español cuya conversación más me ha interesado... he hallado en él un verdadero filósofo, perspicaz é instruído, vivo en la conversación, libre y desembarazado en sus modales... Es pequeño de estatura, sumamente flaco y encorvado por los años. Por lo regular viste de paisano y siempre está rodeado de sus hijos. En la sala donde recibe las visitas se ven revueltas sillas, mesas, baúles, cajas, libros, papeles, una cama, una prensa, vestidos, útiles de carpintero, instrumentos de matemáticas, armas, cuadros, fósiles, minerales, antigüedades americanas, monedas, y, por fin, una curiosa momia de las islas Canarias.»

Uniformes (págs. 575, 597, 601, 605, 609, 921 y 625).—En las *Ilustraciones* correspondientes al anterior ESTUDIO hemos reproducido una serie de uniformes de infantería y caballería correspondientes al siglo XVIII, y para completar en lo posible la parte indumentaria de esta obra, en este ESTUDIO hemos intercalado algunos dibujos representando uniformes de artillería, todos ellos copiados de láminas de la época, grabados por Noseret, Besanzón, Esteve y Enguídanos. Como se ve, estos uniformes difieren poco de los usados por el resto del ejército, pues se componen de sombrero apuntado, casaca con solapas abotonadas, pantalón ajustado y polaina ó botín alto. El dibujo permite formarse exacta idea de ellos.

Otro tanto puede decirse del uniforme usado por el regimiento de *Guardias de Corps*, á cuyos escuadrones se hallaba afecta la brigada de artillería volante. En la página 609 se reproduce uno de dichos escuadrones en marcha, precedido de sus batidores, trompeteros y timbalero; y en la 583 un general en jefe y sus ayudantes, dibujo hecho, como los anteriores, con aquella minuciosidad que permite apreciar el uniforme en sus menores detalles. Por último, en las páginas 621 y 625, reproducimos respectivamente un grupo de húsares y un fusilero: el grupo está copiado de una estampa de Esteve, y la exactitud con que ha sido dibujado permite formarse exacta idea del uniforme vestido por estos soldados, uniforme de que también hemos dado idea en la pág. 465 y descrito en la 491. Otro tanto diremos del fusilero, cuyo armamento y traje puede apreciarse así en este grabado como en el de la página 467.

No es, como se comprenderá, fácil tarea reunir estos datos, diseminados en cuadros, estampas y libros, máxime cuando hasta mediados del siglo XVIII tan atrasado se hallaba el grabado en España; sin embargo, creemos que

con los dibujos y facsímiles dados en este volumen podrá haber adquirido el lector perfecta idea de las modificaciones que durante los siglos XVII y XVIII experimentó el indumento militar.

El conde de Aranda (pág. 613).—D. Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda, nació en Sieteamo Huesca) en 1719. Hizo con aprovechamiento sus primeros estudios en Parma, y en 1740 entró en la milicia con el grado de capitán, en el regimiento de Castilla que mandaba su padre. Tomó parte con su regimiento en la guerra de Italia y ascendió con tal rapidez, que en 1741, en que murió aquél, se le concedió el mando del citado cuerpo. Hallóse en varios sitios y batallas, distinguiéndose siempre por su arrojo, y fué gravemente herido en Campo-Santo; en el paso del Tanaro cubrióse de gloria vadeando el río á la cabeza de una columna, y así mismo en la sorpresa de Pavía y en otros importantes combates. Fué ascendido á brigadier por el mérito contraído en Campo-Santo; en 1747 nombrado gentilhombre y en 1755 promovido á teniente general. Desempeñó luego la embajada de Lisboa y la Dirección general de ingenieros y artillería, hallándose al frente de la cual presentó importantes planes de organización militar (1758); pero no se aprobaron éstos y presentó su dimisión. Subió al trono Carlos III y volvió Aranda al ejército; pasó en 1760 de embajador á Polonia, hízose en 1762 cargo del mando superior del ejército que operaba en Portugal, con el que tomó la plaza de Almeida, y en 1763 recibió el empleo de capitán general. No tardó en ocupar el ministerio, que desempeñó con general beneplácito por espacio de siete años y que dejó para trasladarse á París como embajador (1773). Regresó á España en 1784 y hasta 1792 no volvió á figurar en la política. Nombrado ministro interino de Estado en 1793, se opuso á la guerra con Francia y fué separado de su puesto y confinado después á Granada, desde cuyo punto se trasladó á Aragón y en su retiro de Epila pasó los últimos días de su vida. Murió en Enero de 1798 á los 78 años de edad. Buen soldado, integro magistrado, patriota independiente, gran erudito y excelente organizador, el conde de Aranda merece con justicia figurar entre los hombres eminentes que ilustraron el siglo XVIII. El ejército español sobre todo, no debe olvidar la importante parte que le cupo en la formación de la valiosa obra de las Ordenanzas militares de 1768, hoy en parte vigentes; puesto que Aranda presidió la comisión redactora y sin duda alguna transmitió á dicho Código sus levantadas ideas.

Castillo de Figueras (pág. 607).—«Es fama, dice el Sr. Varela y Limia, que la idea de edificar el castillo de Figueras sugirióla el marqués de la Mina, capitán general del Principado de Cataluña, de resultas de haber construído los franceses con mucha proximidad á nuestro territorio, la fortaleza de Belle-Garde; pero como quiera que esto sea, por una fatalidad demasiadas veces repetida en daño de nuestro país, cuando se trató de señalar la posición que debía ocupar la nueva plaza, prevalecieron sobre el dictamen de nuestros celosos é ilustrados ingenieros, ciertas intrigas diplomáticas diestramente manejadas en la corte. A tan deplorable condescendencia debe atribuirse, según muchos y muy fidedignos datos, la inutilidad casi absoluta en el sistema general defensivo que hoy se reconoce en esa plaza, que por el acierto y superior inteligencia de su traza, y por la habilidad y magnificencia que se observa hasta en los menores detalles de su construcción, es un verdadero modelo en su género y honra la memoria del general de ingenieros, D. Juan Martín Cermeño, que formó su proyecto en 1743, y del gran número de jefes y oficiales del cuerpo que tuvieron parte en la dirección de los trabajos.»

Construyóse el castillo de Figueras sobre una meseta de no mucha elevación denominada los Capuchinos y situada al N. de la villa; duraron las obras catorce años y se invirtieron en ellas 28 millones y medio de reales. «Su figura, dice Madoz, de quien son estas noticias, es un pentágono irregular, dispuesto con tal maestría, que de la desigualdad de sus cinco frentes, desniveles de éstos y abertura de sus ángulos, pende la enfilada de sus avenidas, dominación de la campaña, aumento de la defensa y reserva de sus fuegos. El perímetro del cordón de esta plaza es de 2,460 varas, el circuito de su camino cubierto de 6,740; su long. N. S. 1,030 y su lat. E. O. 646. Consta de 5 capaces baluartes y una plataforma, hornabeques con sus cortaduras, flancos curvos y orejones, 2 contraguardias, 1 caballero y 7 rebellines, todo simétricamente dispuesto con la robustez, anchura y desahogo que previenen los mejores autores. Todas estas obras están rodeadas de fosos capaces, contraescarpa, camino cubierto y glacis, comunicándose por medio de surtidas, caponeras, puentes, escaleras y caracoles, para comodidad del servicio y facilidad de la defensa, teniendo además 5 galerías de minas con sus correspondientes hornillos que ocupan el glacis por la parte del O.»

La planta de esta fortaleza, que en la citada página reproducimos, dará al lector idea de la misma. El Sr. Madoz da en el Tomo III, págs. 409 á 411 de su *Diccionario geográfico*, muchos é interesantes detalles de ella, que, en gracia de la brevedad, omitimos aquí.

FIN DE LAS ILUSTRACIONES

A los lectores

Llegado casi al término de mi tarea, considero oportuno hacer una declaración y aceptar una responsabilidad.

Al finalizar el año 1882, la razón social Agustí y Compañía proyectó una publicación de carácter descriptivo titulada Museo Militar; y, trazado su plan, confióme la serie de *Estudios* que forman su volumen primero, de los cuales vieron la luz los *Primero*, *Segundo* y *Tercero* (con sus correspondientes explicaciones de grabados) antes del mes de Junio de 1883, en que se hizo cargo de la obra el editor D. Evaristo Ullastres. Encarecióme este señor la conveniencia de que prosiguiera mis trabajos, con objeto de que reinara en esta obra unidad de criterio y estilo; alentóme la aprobación de personas autorizadas, y, sobre todo, el concurso desinteresado de mis compañeros, y proseguí mi tarea, no seguro de que mis fuerzas alcanzaran á ponerla el obligado término. A esto obedeció que el Museo Militar continuara viendo la luz como redactado *por escritores profesionales*. Y no me duele en verdad que mi declaración sea tardía, pues entiendo que la obra, tal como ella se ofrece, con sus lunares ó sus méritos, pudiera prejuzgarse superior á mis fuerzas. Que el trabajo ha sido ímprobo, lo justifican, ya que no otra cosa, las simples referencias que en él figuran, los numerosos datos que encierra y la ilustración cuidadosamente escogida y en su mayoría formada con facsímiles. Estos son los méritos que yo puedo alegar: en lo que atañe al criterio y al estilo, otros juzgarán con menos pasión.

Que el Museo Militar es un nuevo, aunque corto paso dado en la senda de los estudios histórico-militares, tampoco creo que se ponga en duda. Desde que en 1850, publicó el conde de Clonard su *Historia orgánica de las Armas de Infantería y Caballería*, no ha visto luz obra alguna más completa. Aquella, con ser apreciabilísima, envejeció á la vuelta de treinta y tantos años que hace vió la luz; pues otro es el espíritu crítico de nuestros tiempos, y en plazo relativamente corto han aparecido interesantes monografías que arrojan nueva luz sobre los hechos. Por otra parte, limitábase su autor á historiar los progresos de dos armas. Mas ¿quién duda de su mérito y quién la niega el caudal de conocimientos y los grandes desvelos que su trabajo acredita? ¡Ojalá pudiera el mío, emprendido con menos elementos, realizado con dificultades mayores, mucho más vasto por el plan á que obedece, obtener tan benévola acogida!; porque en obras tan extensas, fácil es encontrar algún que otro lunar en los detalles, aunque no lo sea tanto abarcar épocas enteras y poner á contribución los materiales que ellas procuran. Yo hice cuanto me fué posible para trazar un cuadro histórico de las operaciones y los progresos militares de cada época; y tuve especialísimo empeño en ocuparme de lo menos conocido, así como del período más brillante de nuestra historia. Detúveme particularmente en dar á conocer el arte militar de los catalanes y aragoneses, sus instituciones y su marina poderosa; consagré todo un *Estudio* á los descubrimientos de los catalanes, portugueses y castellanos durante los siglos XIV, XV y XVI, y dediqué al reinado de Felipe II todo un volumen. Esta es la época de la preponderancia político-militar de España; y, por lo tanto, merecía ser narrada con algún detenimiento; algunos de los *Estudios* que componen el segundo volumen tienen carácter de monografías, y, sobre todo, ofrecen los datos más recientes, como lo atestiguan las referencias bibliográficas que nutren las páginas del citado tomo. En el tercero, aunque encerrada la narración en más estrechos límites, también presenta novedad en los datos, así relativos á las guerras de Cataluña, como á las de Flandes, pudiendo decir sin faltar á la verdad, que éstas poco conocidas campañas de los Países Bajos no habían sido en España narradas con mayor suma de detalles. Y cuenta que no me expreso así por ofrecer mi narración como acabado trabajo; antes, por el contrario, entiendo que mi bosquejo inspirará el deseo de trazar un cuadro de las soberbias proposiciones que el asunto requiere.

Termínase la parte esencial de esta obra al comenzar el siglo XIX, del que ofrezco un ligero bosquejo; y esta novedad me obliga á dar una ligera explicación. Aun tratados con la mayor minuciosidad los acontecimientos en él ocurridos (lo que hubiera dado proporciones excesivas á la obra), era difícil acometer la empresa por lo que atañe á la crítica. No es cobardía parapetarse en la opinión de otro autor, cuando éste tiene tan bien sentada su autoridad como Almirante: «Parece, dice este ilustre escritor, que los períodos de 1808, 1822 y 1833 están ya bastantes lejanos, y presentan suficiente enfriamiento para ser manoseados sin peligro: no es de aconsejar, sin embargo, la empresa de trasladarlos á la historia formal y definitiva. Del último singularmente viven algunos de los principales actores; y mientras el hombre vive, no hay medio de sujetarle al tribunal de la historia. La más ligera mortificación de amor propio, la contradicción más inocente, la revelación más discreta irrita, y exaspera; y si el hombre ofendido es poderoso, inútil es la entereza para afrontar su cólera.» Y añade más adelante: «¿Cómo saldrá la pluma inocente que pretenda escabar entre los tizones de una hoguera siempre humeante, reavivada con furia cada decenio, y aun es corta esta tregua para nuestras lamentables discordias?»

Son palabras que no necesitan comentario.

No entienda por eso el lector que se haya tratado de escatimar el material, ni de privarle de noticias útiles. El plan adoptado responde perfectamente al general de la obra, separando la parte esencialmente retrospectiva, si así puede decirse, de la contemporánea; parte ésta que figurará como apéndice, con tipo de letra mucho más pequeño é ilustrada, como la anterior, con interesantes grabados intercalados y láminas sueltas.

Hecha esta explicación, por lo que atañe al complemento del Museo Militar, sólo me toca ofrecer el testimonio de mi gratitud á cuantos me han honrado con su apoyo y encomendarme á la benevolencia de mis compañeros

Francisco Barado


SIGLO XIX
ZARAGOZA
GERONA
ARAPILES
BAILEN
ALBUERA
TETUAN
CASTILLEJOS
COCHINCHINA
CALLAO
LAS TUNAS

DAOIZ
VELARDE
RUIZ
CASTAÑOS
LA ROMANA
SAN JUAN
REDING
PALAFOX
SANTOCILDES
COPONS
ALVAREZ
CONTRERAS
ALBURQUERQUE
ESPOZ Y MINA
MAHSO
O'DONELL
EMPECINADO
BALLESTEROS
LACY
MENACHO



EL BRUCH
BAILÉN
ZARAGOZA
GERONA
CADIZ
TARRAGONA
TALAVERA
ALBUERA
ARAPILES
TAMAMES
CHICLANA
LLINÁS
HOSTALRICH
ASTORGA
CIUDAD - RODRIGO
BADAJOZ
TARIFA
VITORIA
SAN MARCIAL
TOLOSA

Guerra de la Independencia



El tratado de Fontainebleau fué el último acto de debilidad que el torpe ministro de Carlos IV realizó en provecho del ambicioso y soberbio emperador de Francia. Firmóse en 27 Octubre de 1807 y estipulóse en él el reparto de Portugal (1), consignándose que para llevarlo á efecto, un cuerpo de tropas francesas de 25,000 hombres entraría en España dirigiéndose á Lisboa, cuerpo al que se unirían 8,000 infantes españoles, 3.000 caballos y 30 piezas. Añadíase que otro cuerpo francés de 40,000 hombres se reuniría en Bayona en el mes de Noviembre, para estar dispuesto á reforzar el primero, caso de que los ingleses enviasen tropas á Portugal. Pero la mala fe de Napoleón se patentizó en el hecho de ordenar la entrada de sus tropas en la península nueve días antes de firmarse el antedicho tratado. Junot fué el caudillo que condujo el primer cuerpo francés al territorio lusitano, habiéndosele unido en Alcántara, según lo estipulado, las tropas españolas que mandaba el general Carafía; Dupont, jefe del segundo cuerpo francés, siguiendo las instrucciones del Emperador, cruzó á su vez la frontera con 24,000 infantes y 3,500 caballos, y fué á situarse en Valladolid en los primeros días de Enero de 1808; el 17 de Febrero apoderáronse tres batallones franceses de la ciudadela de Pamplona y en el mismo mes ocuparon la ciudadela de Barcelona, el castillo de San Fernando de Figueras y el de San Sebastián en Guipúzcoa. Nada hizo la córte para destruir los planes del Emperador; bien es cierto que el espectáculo que ella ofrecía era el más propio para estimular la ambición de éste. Pero la entrada de nuevas tropas francesas al mando de Murat evidenciaron los propósitos de Napoleón, y lo que llenó de alarma á los españoles fué el viaje de la familia real dispuesto por Murat para satisfacer los deseos de aquél. Había ocurrido el 18 de Marzo el motín de Aranjuez, favorecido por el cual ciñó la corona el príncipe Fernando, y aparecían los franceses como grandes amigos del nuevo monarca; sin embargo, no dejó el pueblo de entrar en sospechas al ver partir a sus reyes, y cuando iban a ponerse en marcha los últimos individuos de la familia real que ya quedaban en España, opusiéronse los madrileños á su salida, cruzaron sus armas con franceses y lucharon bravamente con ellos algunas horas. Daoiz y Velarde fueron los héroes del 2 de Mayo, día de gloriosa recordación, porque España dió á conocer que aún era digna de su pasado; y los memorables sucesos de Madrid, sirviendo de cañonazo de alarma, despertaron pavoroso eco en la península. El alzamiento nacional fué un hecho: nombráronse juntas de armamento y defensa en cada provincia, organizáronse tropas, formáronse partidas. Asturias primero, Galicia después, Santander y todas las provincias del Norte; Sevilla luego y todas las del Mediodía respondieron al grito dado en Madrid. Instituyóse en Sevilla una Junta Suprema, creáronse otras dependientes de ella en todos los pueblos importantes, procedióse con actividad á la recluta y armamento del ejército voluntario; y este ejército aumentóse con 3 000 hombres de tropas regulares que puso á las órdenes de la Junta el general Castaños, que mandaba en el campo de Gibraltar.

La Junta de Sevilla declaró la guerra á Francia el 6 de Junio y las autoridades de Cádiz apoderáronse el mismo mes de la escuadra francesa surta en este puerto. Así contestó España á la traición del poderoso monarca y temido capitán que imponía su capricho á las naciones europeas.

El plan de Napoleón se reducía á colocar en el trono español un príncipe de su familia, y en Julio de 1808, expedito el camino de la capital, á consecuencia de la desgraciada batalla de Rioseco, que ganó á los nuestros el general Bessières entró en Madrid José Bonaparte y ciñó aquella corona que los indignos monarcas españoles pusieron en manos del César francés. Pero muy corto tiempo debía permanecer José en la capital de España, porque el 21 de Julio tuvo lugar la célebre batalla de Bailén que le obligó a retirarse allende el Ebro. Sofocado por Murat el levantamiento de Madrid y noticioso de las medidas que tomaba la Junta de Sevilla, acordó que marchara á dominar la insurrección de Andalucía el general Dupont, mientras Moncey se dirigía á Valencia, rebelada también; conseguido lo cual, ambos

(1) Véase la nota de la pág. 486, en que dicho tratado figura íntegro.

generales unidos debian pacificar el resto de la península. Dupont salió el 13 de Mayo para Andalucía al frente de 11,000 infantes y 1,400 jinetes, tropas á los que apoyaban las divisiones Vedel y Tessé, cubriendo á su retaguardia las comunicaciones con Madrid. El 2 de Junio pasó Sierra Morena, el 7 entró en Córdoba después de haber vencido la resistencia que en Alcolea le opusieron los partidarios, y en castigo de la actitud hostil que guardó la ciudad en los primeros momentos, fué saqueada por los franceses, lo que contribuyó en alto grado á exacerbar los ánimos. La Mancha se levantó en masa, el ejército reunido por Castaños en Utrera recibió considerables refuerzos, lo propio que el que organizó Reding en Granada; en Valdepeñas hubo un sangriento choque entre el pueblo y una brigada enemiga; y tal estado presentaba el país, que Dupont, temeroso de perder su línea de comunicaciones por Despeñaperros, ordenó á sus tropas la marcha á Andújar, donde se replegó el 19 de Junio, saqueando el 20 á Jaén. Estimaba Dupont la posición de Andújar como punto ventajoso para no ser envuelto y conservar su actitud de amenaza sobre Andalucía; pero esta determinación fué poco acertada, como no tardaron en demostrarlo los hechos. El 05 se unió Vedel á Dupont en Santa Elena, hizole presente la conveniencia de retirar el ejército á Castilla, pero Dupont le ordenó que continuara hasta Bailén. Llegó á rennir entonces Dupont un ejército de 20 á 22,000 hombress. La división Gobert (5,000 hombres), marchó á Madridejos para apoyar en caso necesario á Dupont, y desde allí pasó á la Carolina, en espectativa de los sucesos.

Durante este tiempo las tropas españolas concluyeron de organizarse y el 1.º de Julio Castaños y Reding se dieron la mano en Porcuna. Reunían un total de 25,000 hombres de infantería, 2,000 de caballería y 60 piezas, no incluyendo en este número 2,000 hombres de cuerpos volantes. En la citada población se organizarón del siguiente modo:

Plana Mayor

General en jefe.—Teniente general D. Francisco X. Castaños
Primer ayudante general. — Mariscal de campo D. Tomás Moreno

Primera División (1)

Comandante general. — Mariscal de campo D. Teodoro Reding
Jefe de Estado mayor.—Brigadier D. Federico Abadía

Armas	Cuerpos	Tropa	Caballos
Infantería	Guardias walonas, 3.er batallón	832	
	Reina	793	
	Corona	8[illegible]4	
	Jaén	922	
	Irlanda	1,824	
	Suizos de Reding n.º 3	1,100	
	Provincial de Jaén	[illegible]00	
	Voluntarios de Barbastro	[illegible]31	
	Idem de Granada (1.er batallón)	526	
	Cazadores de Antequera	[illegible]4[illegible]	
	Tercio de Tejas	436	
Caballería	Montesa	120	120
	Farnesio	213	21[illegible]
	Dragones de la Reina	10	00
	Numancia	140	140
	Olivencia	130	130
	Lanceros de Utrera	51	54
	Idem de Jerez	60	60
Artillería	Una compañía de á caballo con seis piezas	»	
	Una idem de á pie con cuatro piezas	»	
Zapadores	Dos compañías	166	
	Total	9,430	817

(1) Figuraba en esta división la partida del alcalde mayor de Granada, cuya fuerza se ignora.

Segunda División

Comandante general.—Mariscal de campo Marqués de Coupigny
Segundo idem id.—Brigadier D. Pedro Grimarest

Armas	Cuerpos	Tropa	Caballos
Infantería	Ceuta	1,208	
	Ordenes militares	1,[illegible]09	
	Provincial de Granada	400	
	Idem de Trujillo	[illegible]90	
	Idem de Bujalance	[illegible]03	
	Idem de Cuenca	501	
	Idem de Ciudad-Real	4[illegible]0	
	Voluntarios de Granada (2.º batallón)	4[illegible]0	
	Idem de idem (3.er batallón)	470	
	Idem de Cataluña	1,[illegible]73	
Caballería	Borbón	401	333
	España	120	120
Artillería	Una compañía de á caballo con seis piezas	»	
Zapadores	Una compañía	1[illegible]0	
	Total	7,850	453

Tercera División

Comandante general.—Mariscal de Campo D. Félix Jones

Armas	Cuerpos	Tropa	Caballos
Infantería	Córdoba	1,106	
	Batallón de Valencia	359	
	Idem de Campo mayor	800	
	Provincial de Burgos	415	
	Idem de Alcázar de San Juan	400	
	Idem de Plasencia	410	
	Idem de Guadix	4[illegible]	
	Idem de Sevilla	267	
	Idem de Lorca	49[illegible]	
Caballería	Calatrava	2[illegible]	192
	Santiago	[illegible]6	49
	Sagunto	101	101
	Príncipe	300	240
	Total	5,415	582

División de Reserva

Comandante general—Teniente general D. Manuel de Lapeña

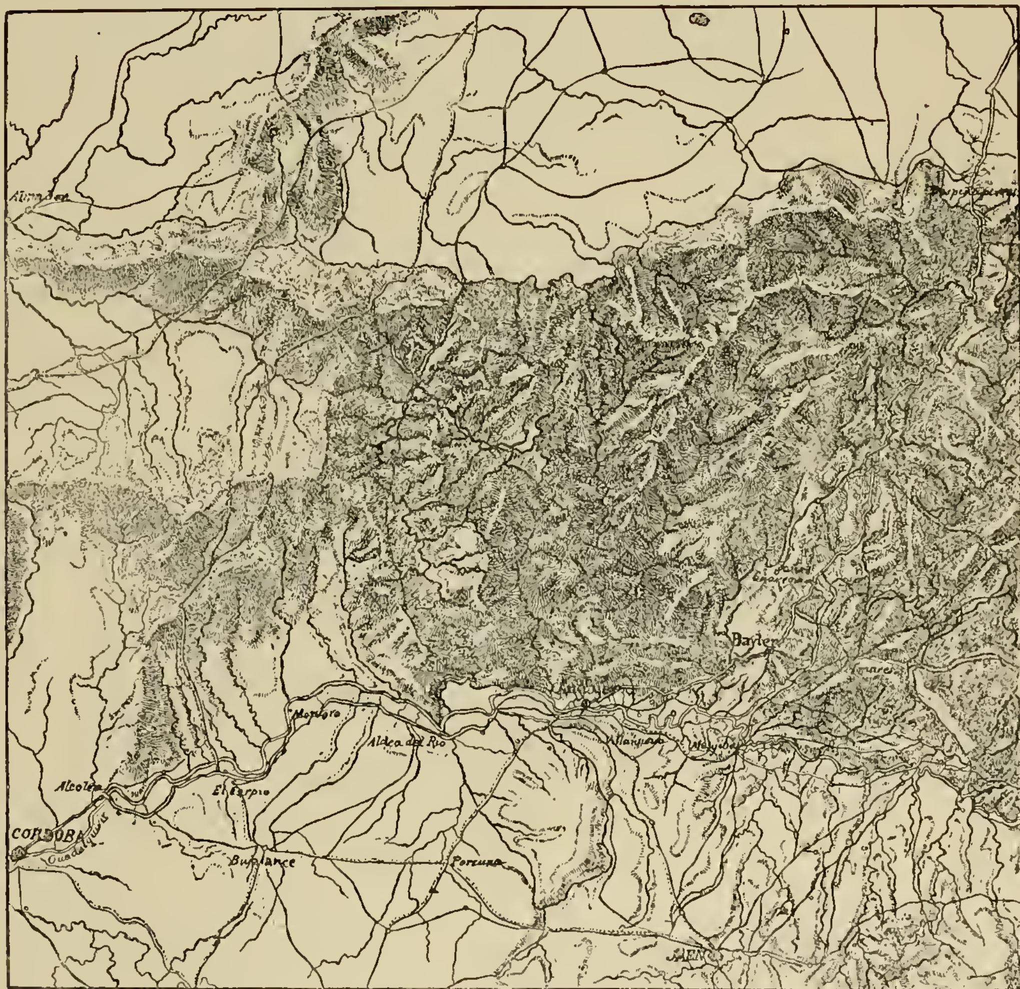
Armas	Cuerpos	Tropa	Caballos
Infantería	Granaderos provinciales	[illegible]12	
	Africa	525	
	Burgos	2 089	
	Suizos de Reding	24[illegible]	
	Batallón de Zaragoza	8[illegible]	
	Murcia (3.er batallón)	120	
	Provincial de Sigüenza	502	
	Compañía de Granaderos de marina	50	
Caballería	Dragones de Pavía	541	408
Artillería	Dos compañías de á caballo con doce piezas	502	
Zapadores	Una compañía	100	
	Total	[illegible],[illegible]67	408
	Total de las cuatro divisiones	2[illegible],377	2,200
	Tropas al mando del coronel Mourgeon		
	Tiradores de Cádiz		
	Idem de España		
	Idem de Montoro	150	
	Escuadrón de Carmona		
	Compañías de la costa de Granada		
	Columna del conde de Valdecañas	1 080	400

En Porcuna se tuvo consejo y acordóse atacar á los franceses que continuaban en Andújar, Bailén y la Coralina, teniendo ocupado y fortificado el puente de Andújar y guardada la barca de Menjíbar por dos batallones, un escuadrón y dos piezas, dirigidos por Liger-Belair. Al efecto, la división Reding rompió la marcha hacia Menjíbar la tarde de 14 de Julio, la división Coupigny se dirigió sobre Villanueva de la Reina para forzar el paso y reunirse después á Reding; las divisiones Jones y Lapeña siguieron con Castaños hacia Andújar y las tropas volantes destináronse á maniobrar por el flanco de Dupont, amenazando sus comunicaciones. Reding llegó á Menjíbar el 14 de Julio por la tarde, maniobró para distraer á Liger-Belair, preocupado por la defensa de la barca, y á media noche cruzó el río un cuarto de legua mas arriba y cayó sobre el flanco derecho de Liger-Belair. Al mismo tiempo Castaños con su ejército se apoderaba de las colinas situadas frente la villa de Andújar y desde las cuales podía hostilizarla. Moviéronse también los enemigos al amanecer del día 15. Vedel recibió la orden de mantener el paso de Menjíbar, y Gobert, de bajar a Bailén. Atacó el primero á Reding, pero no pudo conseguir hacerle desplegar sus fuerzas y engañado acerca de las mismas, marchó á Andújar, donde creyó empeñada la batalla, á causa del fuerte cañoneo que se dejaba oir, y dejó en observación á Belair: al propio tiempo Coupigny hacia repasar el río Guadalquivir á los franceses causándoles bastantas bajas.

El 16 Reding lanzó su división al otro lado del citado río; Belair emprendió entonces su retirada hacia Bailén, y para contener á los nuestros, Gobert, que había ocupado ya este pueblo, salió en apoyo de Belair, entablándose un encarnizado combate en el que Gobert perdió la vida. Tomó el mando Dufur, que retiró las tropas á Bailén, mientras Reding, para no verse cortado, se retiró á Menjíbar. Supo Dupont estas novedades y ordenó á Vedel que volviese á Bailén, para desde aquí juntamente con Dufur recoperar á Menjíbar; pero Dufur, teniendo noticias (que luego resultaron inexactas) de que un cuerpo español trataba de ocupar los desfiladeros de Sierra Morena, marchó sin esperar

órdenes á Guarromán, y Videl, engañado también, fuese por la carretera en pos de Dufur, quedando ambos en la Carolina y Santa Elena, y noticiándoselo así á Dupont. Pudieron, pues, reunirse sin grandes dificultades Reding y Coupigny el 17 y marchar el 18 á Bailén, con objeto de llamar la atención de Dupont, sabiendo al llegar al pueblo el movimiento de Vedel y Dufur. Entre tanto Castaños cañoneaba á Andújar y movía sus divisiones como amagando un ataque al puente de esta villa, con lo que Dupont creyó que allí estaba el peligro, pero temeroso de verse totalmente aislado, ordenó aquella misma noche la retirada á Bailén por la carretera: Esta marcha no se llevó á efecto con las debidas precauciones y orden, y á las tres de la mañana del 19, la vanguardia de las tropas de Dupont encontróse inopinadamente con las avanzadas de Reding, apostadas junto al puente del Rumblar, por el que pasa la carretera. Entonces comenzó el fuego.

Para formarse exacta idea de la batalla de Bailén, y de los



Plano de la batalla de Bailén.

combates que la precedieron, es preciso arrojar una mirada á un mapa ó plano del terreno que se extiende entre Andújar, Menjíbar y Bailén. Desde el puente del Rumblar á esta última población, la carretera asciende por entre las alturas del Cerrajon y Haza Wallona situadas á la derecha, y los Zumacares á la izquierda; desemboca después en un llano ligeramente ondulado y rodeado de unas alturas, que á manera de anfiteatro rodean á Bailén; pasada la cual, la carretera se desliza entre los cerros del Ahorcado y de las Nieves, que se unen con el San Cristóbal, y éste con el Valentín, ligados por una serie de eminencias á la sierra. La vanguardia francesa embistió con gran ímpetu, y desembocó en la llanura antes citada, pero allí vióse detenida por el nutrido fuego de la línea española, formada sobre la pequeña loma que a la salida de Bailén forman las estribaciones del cerro Valentín. Retrocedió entonces á las alturas inmediatas, y el general Barbou que la mandaba, pidió á Dupont refuerzos.

La distribución de las tropas de Reding y Coupigny, colocadas en la loma que atraviesa la carretera, antes de entrar en el pueblo, era en tres líneas, á ambos lados de la carretera, formando las de Reding el ala derecha, las de Coupigny la izquierda. La primera línea apoyaba su flanco derecho en el cerro Valentín, y su izquierdo en unas ondulaciones del terreno, teniendo destacado en el Haza-Wallona un batallón; la segunda línea formada en línea de columnas, cubierta en parte por la loma, y servía de apoyo á la primera, colocada en la cresta; la tercera componíase de la caballería, destinada á maniobrar en los flancos del ejército, y á cubrir la entrada del pueblo. En la ermita de San Cristóbal se destacaron dos batallones y medio; en el cerro del Ahorcado tres, cubriéndose con la caballería de

Montesa. Mourgeon, encargado por Castaños de seguir á Dupont, aparece también molestando á los franceses por la izquierda durante la batalla.

Cuando la vanguardia francesa se replegó á las alturas que dominan la carretera, había ya amanecido. Los generales Barbou y Chavert impacientes por darse la mano con Vedel, renovaron el ataque, apoyándolo con algunas piezas colocadas á los dos lados del desfiladero; pero las nuestras, mejor colocadas y dirigidas, desmontaron dos cañones enemigos, y causaron grandes bajas á las columnas de infantería, lo que, unido al fuego que las tropas españolas colocadas en Haza-Wallona hacían sobre el flanco derecho enemigo, frustró por segunda vez el ataque. A las seis de la mañana llegó Dupont, reforzó las tropas con los regimientos suizos, formólas en línea paralela, y otra vez embistió aunque no con más fortuna. La firmeza de nuestra derecha, y el certero fuego de nuestras piezas de la batería del centro, malograron esta acometida; pero en la izquierda, los dragones y coraceros que mandaba el general Privé, desprendiéndose á manera de avalancha de las alturas inmediatas, arrollaron á nuestra caballería y á la infantería de Coupigny, y aunque fueron rechazados luego, y aun cargados por nuestros dragones, otra vez volvieron al combate, llegando éste á entablarse entre los cañones españoles que defendieron nuestros artilleros al arma blanca. Rehízose en este intervalo la infantería, acudió á defender las piezas, y obligó á los coraceros á abandonarlas, dejando tendidos multitud de ellos sobre el campo. Pero Reding que temía verse envuelto por la derecha, trató de distraer la atención del enemigo, ordenando un movimiento de avance contra el Zumacar grande. El regimiento de las Ordenes lo llevó a cabo arrojando á los franceses hacia el Zumacar chico, y retrocediendo luego á su primera línea cargado por los dragones enemigos. El ataque de los nuestros a la boyoneta fué admirable; el movimiento retrógado, ordenado, y en uno y otro sufrieron los franceses grandes pérdidas, teniendo que retirarse asímismo á sus líneas.


General D. Francisco Javier Castaños

Había llegado en aquel momento el cansancio de las tropas á su colmo á causa del calor, las llamas de un campo á trechos cubierto de trigos secos é incendiados, y la falta de agua. La impaciencia de los generales era grande, porque Reding esperaba que Castaños acudiera á decidir del éxito, y Dupont tenía á su vez puesta toda su confianza en la presencia de Vedel. Para reanimar á los suyos, Dupont hace correr la voz de que éste se hallaba ya cercano, forma de nuevo sus batallones, refuérzalos con la brigada Parmentier, y les conduce nuevamente al ataque, pero otra vez nuestra artillería les detiene á fuerza de metrallazos. Entonces llama Dupont al batallón de marinos de la Guardia, situado en el Rumblar, le arenga, se coloca á su cabeza, y acomete por quinta vez y con igual fortuna. Era á la sazón medio día, las fuerzas francesas se hallaban tan quebrantadas, que inútilmente trató su valiente general de conducirlas al combate, y para colmo de desventuras, dos regimientos suizos se pasaron á los nuestros. Además olase el tiroteo de la vanguardia de Castaños por el lado de Rumblar; la división española de reserva estaba á la vista, y Vedel no aparecía. Dupont no tuvo otro recurso que pedir suspensión de hostilidades, que Reding le concedió hasta tanto que llegara Castaños, pero á condición de incluir en el convenio las divisiones de Vedel y Dufur. Avisóse á Lapeña, y éste fué á colocarse en el Rumblar, cerrando por completo el paso á los franceses.

Veamos ahora lo que habían ejecutado Castaños por una parte; Vedel y Dufur por otra. El primero desde los Visos de Andújar, apenas tuvo noticia de la marcha de Dupont á Bailén, que supo á las dos de la mañana del 19, emprendió la marcha llevando la división de Lapeña en vanguardia, pero hubo de emplear algún tiempo en desembarazar el puente de Andújar obstruído por el enemigo; una vez en marcha Lapeña, aún perdió Castaños algún tiempo en Andújar, según parece para tomar la distancia, tiempo de que hubieran podido aprovecharse Vedel y Dufur para caer sobre Reding. Pero estos dos generales franceses procedieron con poca diligencia. Vedel y Dufur emprendieron, el mismo día su movimiento desde la Carolina y Santa Elena, llegaron á las once de la mañana á Guarromán, y allí dieron descanso y rancho á sus tropas, no creyendo que se hubiera empeñado un combate formal. Continuaron luego su marcha, y á las cinco de la tarde, al avistar las primeras fuerzas españolas colocadas en los cerros del Ahorcado y San Cristóbal, un ayudante de Reding les notificó la suspensión acordada. No le dieron crédito, atacaron los cerros y se apoderaron fácilmente del primero, porque sus defensores quisieron respetar las órdenes que tenían; pero el segundo fué bizarramente defendido, y al retirarse los franceses, recibieron aviso de Dupont para que cesaran las hostilidades. Entonces Vedel, tratando de evadirse, emprendió la marcha á Santa Elena, donde llegó el 21, pero advertido Dupont de que se pasaría a cuchillo la división Barbou si no se cumplía lo convenido, obligó á Vedel á retroceder hasta la inmediaciones de Bailén, donde el 22 de Julio se firmó la célebre capitulación. Las tropas del general Dupont quedaron prisioneras, las de Vedel y Dufur obligadas á evacuar la Andalucía después de entregar las armas. Las depusieron en efecto aquel día y el siguiente 22,475 hombres, y por primera vez las águilas francesas sufrieron la humillación de una derrota, derrota tanto más sensible para el enemigo, en cuanto fué debida á un ejército recién organizado, y compuesto en su mayoría de gente bisoña (1).

«De este modo, dice un escritor español, terminó aquel memorable hecho de armas resultado satisfactorio y completo del

(1) El general Córdoba refiere en sus *Memorias íntimas* recientemente publicadas, el siguiente curioso hecho que honra en alto grado al general en jefe del ejército español:

«Desfilaban los vencidos por delante de Castaños, vertiendo lágrimas de vergüenza y de despecho, mientras que los vencedores, con generoso silencio, respetaban la desgracia de sus contrarios. Dupont, á quien Napoleón apellidaba el *Rayo del Norte* por las victorias que sus armas habían alcanzado en toda Europa, al desfilar delante de Castaños con visible emoción y turba la voz le dijo:—*General, os entrego esta espada con que he vencido en cien batallas.*—*Pues, general,*—le contestó nuestro caudillo devolviéndole el arma gloriosa,—*mi primera victoria es esta,*—hermosa frase que podía dar á conocer á los franceses la grandeza de la guerra que iban á sostener contra la independencia española.»



La Capitulación de Bailén

Copia del célebre cuadro de Casado, por P. Eriz

M.ª Soler, Editor

plan ideado por el general Castaños, y admirablemente ejecutado por sus generales, sobre todo por Reding; plan que si bien fué algo expuesto desde el momento que obligaba á diseminar las fuerzas que por su débil organización convenía tener reunidas, prometía en cambio la completa destrucción del ejército francés. A ello indudablemente coadyuvó la desacertada colocación de Dupont en Andújar, teniendo á sus espaldas tantos pasos el río: las sucesivas equivocaciones de Vedel sobre el plan y número de los españoles; el inmenso bagaje con que emprendió su retirada el ejército francés; el horroroso calor del verano en aquel país, y por fin, la presuntuosa confianza de los generales franceses que, despreciando las tropas que tenían delante, se empeñaron en dar ataques sucesivos, y aislados con pocas fuerzas, consiguiendo cansar y desmoralizar éstas.» Y un escritor militar francés dice: «La Europa oprimida se volvió hacia España, y todos los pueblos fijaron sus miradas en el punto de donde saltaba de manera tan imprevista un destello de luz que había de alumbrar al mundo.»

Tales fueron los resultados conseguidos por la victoria de Bailén; pero á ellos debe agregarse el levantamiento del sitio de Zaragoza, que fué otra de sus consecuencias. Había penetrado á principios de Junio el general francés Lefevre en Aragón y había salido á detenerle con 5,000 soldados el general D. José de Palafox, gobernador de Zaragoza. No pudo conseguirlo, ya por



Acción del Vallés (Octubre de 1808). Según un grabado de Foló

la superioridad del enemigo, ya por ser las tropas españolas más bisoñas, y hubo de replegarse derrotado á Zaragoza, ciudad, cuyas murallas consistían en endebles tapias aspilleradas y cuya artillería era escasa y estaba mal dotada; pero cuyos habitantes reunían en el grado más alto las prendas que sobresalen en el carácter español. Lefevre prosiguió su marcha contra la capital de Aragón; Palafox, después de haber reorganizado su gente, salió de nuevo á su encuentro, y después de algunas maniobras infructuosas, fué á situarse en Calatayud para darse la mano con el barón de Versages y en unión de éste atacar al francés. Entre tanto Lefevre presentóse frente á los muros de Zaragoza y al medio día del 15 de Junio ordenó que tres columnas dieran un asalto simultáneo por otros tantos puntos de la parte occidental de la ciudad; asalto vigorosamente rechazado las distintas veces que se repitió, y que produjo al enemigo la pérdida de seis águilas, seis cañones y más de 600 soldados. En ausencia de Palafox los zaragozanos eligieron para el gobierno de la plaza al insigne Calvo de Rozas, quien, auxiliado por el ilustre ingeniero militar San Genis, organizó activamente la defensa; y dispuestos á resistir hasta sepultarse entre ruinas, sin que les inmutase la derrota que Palafox y Versages sufrieron en Épila, ni la llegada de Verdier con un refuerzo de 3,800 hombres al campo enemigo, hicieron el 25 de Junio solemne juramento de defender la plaza á todo trance. Palafox entró en ella el 2 de Julio con los restos de su mermado ejército, y los franceses, que ya á fines de Junio habían adoptado un nuevo plan de ataque, posesionáronse el día 27 del monte Torrero, en el cual colocaron dos baterías y comenzaron á bombardear la plaza desde dicho punto y desde la Bernardona y el Conejar. Verdier, que había tomado el mando en jefe, creyó oportuno preparar de este modo el asalto; pero, no obstante las ruinas y las víctimas producidas, no obstante tener reunidos los franceses 12,000 hombres y 50 piezas, lucharon los zaragozanos con singular heroismo, distinguiéndose en la defensa una mujer del pueblo lla-

mada Agustina Zaragoza. Las columnas de asalto avanzaron decididas hasta la muralla, y en el Portillo y en la Aljafería sufrieron terrible descalabro. Palafox contribuyó con su presencia á comunicar nuevo brio á los defensores. En balde Verdier ordena el día 3 de Julio nuevos asaltos, en balde lanza sus columnas por la brecha abierta en la Aljafería: porque los nuestros se sostienen á fuerza de bayoneta, y los imperiales han de retirarse al abrigo de sus baterías. Estas aumentan en número y Zaragoza sufre un violentísimo fuego. Pero también crece el valor de sus moradores y guarnición, también aumenta la energia de Palafox que defiende en persona la muralla del Portillo, viéndose obligado Verdier á modificar su plan de ataque.

A últimos de Julio el ejército sitiador recibió refuerzos que elevaron su total a la cifra de 18,000 hombres. Se resolvió atacar por el costado del Mediodía, y para efectuarlo con más seguridad construyóse un camino cubierto desde San José á las inmediaciones del convento de Santa Engracia. Se devastó la campiña que rodea la ciudad, destruyóse la fábrica de pólvora de Villafeliche, y el 3 de Agosto, la artillería francesa rompió un violento fuego contra la plaza, cuyos cañones hizo callar, logrando abrir dos brechas, por las que se lanzaron los enemigos al asalto, apoderandose del convento de Santa Engracia después de dos horas de combate. Dueño Verdier de este importante puesto que le abria el camino hasta el corazón de la ciudad, propuso la capitulación á Palafox, á lo que contestó el caudillo español con espartano laconismo: *Guerra á cuchillo* El 4 se atacó al Coso, que es la calle principal de la población; y allí entablóse una serie de combates que hicieron perder al enemigo más de 2 000 hombres, recibiendo grave herida el mismo Verdier. La noche puso fin á esta encarnizada lucha, y al siguiente dia, imposibilitados los franceses de continuarla, limitáronse á proseguir el cañoneo. Del 5 al 11 no se emprendió ataque alguno formal, reduciéndose las hostilidades al fuego de fusileria. Palafox y el marqués de Lazán, burlando la vigilancia de Lefevre, salieron de la plaza y lograron volver á ella con víveres y refuerzos; inflamado el entusiasmo de sus defensores acordaron defender la ciudad calle por calle y casa por casa; mas por entonces no hubo necesidad de llegar á este trance, porque el dia 13 los imperiales, á cuyo conocimiento habia llegado la noticia del desastre de Bailén y la retirada del rey José, levantaron el sitio y la emprendieron á su vez en dirección á los lindes de Aragón y Navarra. «Así había terminado aquel primer sitio de Zaragoza, que costó á los franceses más de 3,000 hombres y cerca de 2 000 á los españoles. Célebre y sin ejemplo, mas bien que sitio pudiera considerarsele como una continuada lucha ó defensa de posiciones diversas, en la que el entusiasmo y personal denuedo llevaban ventaja al calculado valor y disciplina de tropas aguerridas, pues aquellos triunfos eran tanto más asombrosos cuanto en un principio y los más señalados fueron conseguidos, no por el brazo de hombres acostumbrados á la pelea y estrépito marciales, sino por pacíficos labriegos que, ignorando el terrible arte de la guerra, tan solamente habían encallecido sus manos con el áspero y penoso manejo de la azada y de la podadera (1).» «La defensa de Zaragoza, dice el general Foy, dió un gran ejemplo á España y sera célebre en los siglos venideros... Las brechas de Zaragoza han enseñado á sostener asaltos.»

Mientras tenían lugar estos brillantes hechos de armas en Aragón y en las provincias andaluzas, no permanecían ociosas las demás, y los ejércitos invasores sufrian serios reveses en Cataluña y en Valencia; mas para apreciar debidamente éstos, será fuerza que retrocedamos a mediados de Mayo de 1808. Hallábase á la sazón el ejército francés escalonado desde Bayona á Madrid dominando el Norte Bessières, Verdier y Lefevre, y el Centro Moncey y Dupont; por manera que sólo quedaban libres las provincias andaluzas, contra las que se dirigió, como hemos visto, Dupont. Tan presto se dió el grito de guerra, los dos primeros viéronse hostigados por los naturales en distintos puntos á la vez; y como se fueran sublevando importantes poblaciones hubieron de maniobrar con rapidez extraordinaria para sofocar el fuego que cundía por ambas márgenes del Ebro. Al propio tiempo insurreccionábanse en Segovia los artilleros y rebelábase Valencia, obligando al enemigo á diseminar sus fuerzas por una región y á concentrarlas en otra para conjurar el serio peligro con que les amenazaba el levantamiento nacional. Moncey, destinado á operar contra Valencia, no pudo reunir número suficiente de soldados, á causa de haber cerrado los somatenes catalanes el paso del Bruch a las tropas del general Schwartz que marchaban á incorporársele, y a causa tambien de no habérsele reunido la división española que se hallaba en Cuenca; y aunque persistió, no obstante, en su propósito, estrellóse ante el inquebrantable muro que le opuso el patriotismo de los valencianos, y después de haber lanzado miles de proyectiles contra la ciudad del Turia, hubo de retirarse a Albacete, acosado por los guerrilleros. Duhesme, casi bloqueado en Barcelona por los catalanes, cuyo centro de resistencia se hallaba en Monserrat, despachó al general Schwartz contra los pueblos de la marina y del llano, donde cometieron los suyos grandes tropelias; pero menos feliz su teniente al internarse en las asperezas del Bruch, fué totalmente derrotado por los somatenes, quienes diezmaron sus regimientos casi a mansalva y le persiguieron con brio hasta más allá de Esparraguera. Este combate del Bruch, celebre en nuestros anales militares, es digno de ser conocido, porque prueba los grandes recursos con que cuenta nuestro pais para una guerra defensiva. Hizo que Duhesme llamara á la capital las fuerzas que Chabran tenía en Tarragona y comunicó nuevos alientos para la resistencia, que fué vigorosisima asi en el campo de Tarragona como en toda la marina. Pero reunidas por Duhesme en la capital del Principado las fuerzas necesarias para tomar una vigorosa ofensiva, destacó el dia 17 de Junio al general Lecchi para Gerona, donde se presentó éste el 20, después de sostener un sangriento combate en Mongat y entrar en Mataró á sangre y fuego. Ya estaba prevenida la inmortal ciudad, y aunque Lecchi dió el ataque favorecido por las tinieblas de la noche, fué vigorosamente rechazado y se vió en la precisión de retirarse, retirada desastrosa para él, pues perdió en ella algunos centenares de hombres. Chabran, que con parte del ejército se había quedado en Mataró al dirigirse al Vallés vióse detenido por los somatenes en el Congost, y después de experimentar grandes bajas también hubo de renunciar á sus intentos; por último, los imperiales que guarnecían el castillo de Figueras sufrían un bloqueo riguroso. No era, pues, como se ve, muy halagüeña la perspectiva que la guerra ofrecia á los franceses en el Mediodia y Litoral de España; por otra parte la insurrección cundia por la costa del Cantábrico, donde podian los ingleses desembarcar sus tropas; y en el corazón de Castilla la Vieja el general D. Gregorio Cuesta que habia asumido el mando superior, no se daba punto de reposo en organizar la resistencia. Esta luchaba con las dificultades producidas por la falta de tiempo, de gente veterana y de material; y así no era extraño que en los primeros combates alcanzaran la superioridad los franceses, siempre que aquéllos se entablaran en campo raso, como sucedió en el puente de Cabezón, donde fué derrotado Cuesta (12 de Junio), y como ocurrió en Medina de Rioseco, donde el mariscal francés Bessières derrotó al ejército de Cuesta y Blake fuerte de 25,000 infantes, 500 caballos y 40 piezas, pero que carecía de consistencia, pues en su mayor parte se componia de paisanos. La desgraciada batalla de Rioseco, que allanó á José Bonaparte el camino de Madrid, distó, sin embargo, de tener las consecuencias que Napoleón creyera, puesto que con igual facilidad se pierden que se organizan ejércitos allegadizos, siempre que el patriotismo inspire la resistencia; y por otra parte, tal revés se vió compensado con la victoria conseguida en Bailén. Lo cierto es que el rey José, hombre dotado de muy buen sentido, no dejó de comprender hasta dónde podía llegar el heroísmo español, pues en carta dirigida el 24 de Julio a Napoleón le decía: «Si Francia puso sobre las armas un millón de hombres en los primeros años de la revolución ¿por qué España, aún más unánime en su furor y en su odio, no podra poner 500,000 que serán aguerridos y muy aguerridos en tres meses? Necesito, pues, antes de tres meses 50,000 hombres y 50 millones. Los hombres honrados no me son más afectos que los pícaros. No, señor, estáis en un error; *vuestra gloria se hundirá en España.*» No tardó la victoria de Bailén en desgarrar la venda que el orgullo pusiera sobre los ojos del Emperador.

Retirado el rey José con su corte y ejército junto á la ribera del Ebro, derrotadas en Cataluña las columnas francesas que allí operaban, vencido el mismo Duhesme en su primera expedición contra Gerona, bloqueado el castillo de Figueras, distaba, como se ve, de ser halagüeño el estado de cosas para el enemigo. Pero como faltaba concierto y plan á los nuestros, el francés pudo aprovecharse de las vacilaciones originadas por la carencia de unidad en el mando y en el plan, y llevar de nuevo sus aguilas al corazón de la peninsula. Por de pronto, el 17 de Julio Duhesme marchó contra Gerona, á la que puso sitio el 24, ocupando al mismo tiempo los pueblos que dominan la comarca. Era gobernador de la plaza D. Julián Bolivar, quien compartía el mando con una Junta; y aquél y ésta, eficazmente secundados por la población y los somatenes, que no cesaban de hostilizar al enemigo, dieron en esta ocasión nuevo ejemplo de valor y perseverancia. En la ciudad se habian reparado con sumo esmero las fortificaciones; los moradores acudieron en masa a ponerse al lado del ejército, y como por aquellos días se tuviera noticia de la llegada á Tarragona de 3,500 hombres procedentes de las Ba-

(1) Toreno, *Hist. del levantamiento, guerra y revolución de España.*

leares, al mando del marqués del Palacio, aumentaron los bríos de los gerundenses. Estas fuerzas reunidas á las que ya existían en Cataluña, presentaronse á mediados de Julio en Hostalrich, y los franceses, que proseguían con gran lentitud sus trabajos de sitio, se hallaron colocados entre la plaza y un cuerpo de 7,000 hombres.

El 12 de Agosto comenzó el bombardeo de Gerona, bombardeo que sufrieron impertérritos sus habitantes y que se prolongó los días 13, 14 y 15; empero el 16, Duhesme, que no tenía noticia de la proximidad de las tropas españolas, vióse de improviso acometido por las tropas de la ciudad y las de socorro, puestas préviamente de acuerdo, y engañado respecto al número de éstas, después de sostener sangrienta lucha en sus líneas, hallóse obligado a abandonar sus trincheras y baterías, y á poner las aguas del Ter entre sus soldados y los españoles. La noche del 16 de Agosto, después de inutilizar gran parte de su artillería, emprendió Duhesme con el mayor sigilo la marcha para Barcelona. El general francés Reille regresó con su división á la plaza de Figueras, y el enemigo, reducido á estos dos puntos, vió frustrados los proyectos que le hiciera concebir la guerra en el Principado.

Estos desastres, unidos á los experimentados por las tropas francesas en Andalucía y en Portugal, ciertamente que hacian augurar decisivas victorias; porque es de advertir que mientras nuestras armas conseguían los triunfos de Bailén y de Gerona, un ejército inglés al mando de sir Arturo Wellesley, (después lord Wellington), desembarcó en Leyra el 30 de Julio, derrotó á Junot en Vimeira y le obligó á retirarse a Lisboa y a capitular; gracias á lo cual, quedó todo el Mediodia de la península libre de enemigos. Ocasión era, pues, aquella oportunísima para atacar al enemigo que retrogradaba desalentado hacia el Pirineo, y si en vez de permanecer inactivos nuestros ejércitos de Andalucia, Valencia y Extremadura, hubiesen, después de un corto descanso, seguido sus pasos, ó concluyeran de derrotarle, ó por lo menos hicieran prisioneras ó destrozaran las tropas que, mandadas por Grouchy, quedaban á retaguardia. No se hizo de este modo, y los caudillos españoles, bien fuese, como aseguran unos, por el alucinamiento de la victoria, bien, como dicen otros, obedeciendo á órdenes de las juntas, permanecieron en Madrid discutiendo con sobrada lentitud planes de campaña, planes cuya resolución precipitó la infausta nueva de la entrada de los franceses en Bilbao (16 de Agosto).


General D. José de Palafox

El plan de operaciones, sin embargo, no se acordó definitivamente hasta el 5 de Septiembre, y consistia en comprimir a los franceses, por medio de un movimiento envolvente de nuestras tropas, sobre sus posiciones de Vitoria, interceptar sus comunicaciones con Francia y con el mar, y arrojarlos sobre la margen derecha del Ebro, quedando de este modo cercadas. Para llevarlo á cabo, proponianse los caudillos españoles formar con sus tropas un ángulo agudo cuyo vértice serian los Pirineos orientales, y sus extremos el Ebro y el golfo de Gascuña: en este ángulo quedaban comprendidas las plazas de Vitoria, Pamplona y Bilbao.

He aquí la distribución de las fuerzas: el general Blake, con el ejército de la izquierda, debia caer sobre el flanco izquierdo enemigo por la parte de Burgos, arrollando á Bessières y repeliéndolo hacia los Pirineos; Castaños, con el ejército del Centro, debia operar sobre el Ebro desde Logroño hasta Tudela, dirigiendo en jefe las operaciones; Palafox, con el ejército llamado de reserva, debía moverse por la derecha de Castaños; y el general Vives, con otro ejército denominado de la derecha, tenia que operar en el principado catalán. Sumaban todos estos ejércitos un total de 130,000 hombres, de los cuales 6,000 eran de caballeria y 2,.00 artilleros. El número de piezas se elevaba á 140.

Todos estos elementos fueron los que llegó á reunir la *Junta Suprema Central*, que se estableció en Madrid el 25 de Septiembre; y como se ve, ni por el número, ni por la magnitud del plan, correspondían á los propósitos que abrigaban los generales españoles. «Para forzar el paso de Bilbao á Mondragón y el de Pamplona á Tolosa, dice Thiers, era preciso empujar y atravesar por un lado los cuerpos del ejército francés de los mariscales Victor y Lefevre, y por el otro los de los mariscales Ney y Lannes, así como también los de generales Mouton, Lasalle y Lefevre Desnoutes, que marchaban á la cabeza de las tropas aguerridas del grande ejército, problemática empresa de que todavia en Europa ningún soldado habia descubierto el secreto.

De manera que sin tener probabilidad alguna de poder rodear á los franceses, se les dejaba á éstos, por el contrario, la posibilidad de desembocar de Vitoria, como de un centro, para lanzarse en masa, ora fuese á la derecha, ora a la izquierda; ya sobre uno, ya sobre otro de los ejércitos españoles, los cuales estaban tan separados que no podían socorrerse, y causarles un descalabro por los mismos medios que ellos querían emplear contra el ejército francés.»

En armonía con el plan acordado, mientras Blake se situaba en Zornoza, los valencianos y murcianos apoyáronse en Tudela, formando los dos extremos de una larga cadena de posiciones, ocupada por un número de soldados muy inferior al que se necesitaba para cubrirla. Es verdad que a primeros de Octubre se incorporaron al ejército de la izquierda las tropas que vinieron de Dinamarca á las órdenes del marqués de la Romana, quien desembarcó con ellas en Santoña; pero no es menos cierto que la línea constituída por las tropas españolas resultaba sobrado débil, y por lo tanto podia con poco esfuerzo ser rota; sobre todo, desde el momento en que Napoleón decidiera aumentar el número de sus fuerzas y tomar una ofensiva vigorosa. Pero antes de que esto sucediese, la impaciencia de Castaños precipitó los acontecimientos y el poco concierto de los generales produjo el descalabro de Lerín, donde el coronel Cruz Mourgeon hubo de capitular con 1,000 soldados, después de un reñido combate, el retroceso de Pignatelli á Logroño y la pérdida de esta plaza; y la retirada de Blake á Balmaseda y Orrantia, después de sostener en Zornoza desigual batalla. Blake, sin embargo, no quiso abandonar las últimas posiciones que ocupó, replegándose, como la prudencia aconsejaba, sobre el Norte de Castilla, lo cual le ocasionó la derrota de Espinosa de los Monteros, tan glorioso como triste para los nuestros: las reliquias del ejército de la izquierda no tardaron en caer en brazos de Soult, quien las arrojó dispersas en el valle de Cabuérniga; y de este modo el ejército francés hallóse en disposición de caer sobre los restantes cuerpos españoles y concluir de destrozarles. Pocos dias después, el ejército de la derecha, dislocado en la posición de Burgos, era batido a su vez, y Castaños, sin acertar á adoptar un plan determinado, en desacuerdo con la Junta Suprema, permaneció hasta el día 23 de Noviembre en sus posiciones desenlazadas, y de las que no debia tardar en ser arrojado.

Por esta fecha ya Napoleón había pisado el suelo español. El 25 de Octubre participó al Cuerpo legislativo francés que iba á ponerse al frente del ejército para coronar al rey de España en Madrid y colocar sus águilas sobre las fortalezas de Lisboa; el 4 de Noviembre cruzó el Bidasoa, el 5 llegó a las cercanías de Vitoria, cuartel general de su hermano, trazó en Vitoria el plan de operaciones, y el 11 entró en Burgos y comenzó á dictar las disposiciones para completar sus proyectos político-militares.

La llegada de Napoleón y la serie de operaciones que precedieron á su entrada en Madrid, describelas a grandes rasgos Rocquancourt, en los siguientes párrafos:

«Llega á saber Napoleón en París la doble afrenta que han sufrido sus armas (1), no puede desconocer que él mismo se ha creado dificultades, equivocándose acerca del carácter de la gue-

(1) La batalla de Bailén y la derrota de Junot en Portugal.

rra de España, y comprende cuán inmenso partido sacará Inglaterra de semejante error. No hay momento que perder, el único remedio es oponer la fuerza á la fuerza si se quiere detener el mal en su principio. Sin embargo, como ya el eco de estos reveses había llegado á Alemania y al Norte, procura primero consolidar con una entrevista su alianza con el emperador de Rusia. Confiado en las protestas y disposiciones amistosas del Czar, sale para España al frente de 100,000 hombres (1), formados de la guardia y de los tres cuerpos de Mortier, Ney y Víctor. Con este refuerzo y en una guerra ordinaria, no hay duda que el Emperador no hubiese encontrado mucha resistencia; pero es difícil prever hasta donde puede llegar la sublime desesperación de una nación armada por su independencia, y sobre todo, cuando á su patriotismo se agrega el móvil no menos poderoso del fanatismo religioso. Los españoles han aprovechado el tiempo durante tres meses; en la ausencia de Fernando, cautivo en Valencey, han centralizado el poder en manos de una Junta Suprema; han creado un Consejo de guerra donde figuran los generales más experimentados; han efectuado levas, organizado ejércitos, levantado antiguos muros y lanzado guarniciones en todas partes.

»En esta guerra, que no es susceptible de ser analizada, y que, por lo tanto, no intentamos relatar, Napoleón va á seguir su sistema ordinario: dar los golpes decisivos á las masas organizadas, dejando para después de la derrota de éstas, la destrucción de las resistencias parciales, que primero serán desatendidas. Estas resistencias parciales consisten en España en un considerable número de puestos fortificados, y en la tenacidad de las guerrillas ó partidas armadas, de que se infestan las provincias del Norte.

»La cooperación de los ingleses, favorecida por un gran desarrollo de costas, y la posición de los portugueses en el flanco de la línea de operaciones, era también un perenne manantial de obstáculos y dificultades. Tenía este sistema otro y mayor inconveniente, y era que, necesitando alimentarse la guerra con la guerra, no dejaría de dar lugar diariamente á vejaciones y excesos de todo género, que agravarían y prolongarían el mal. En Alemania y en Italia estos excesos no eran tan marcados, por la intervención de las autoridades locales, la abundancia de recursos y la solicitud de las poblaciones en suministrar lo que se pedía; pero en España debía contarse con terribles represalias, y tal vez con morir de hambre; porque la guerra iba á dejar inculta la mayor parte del territorio. Tenía que renunciarse á los abastecimientos por mar, y no existe corriente alguna de agua de la cual pueda servirse un ejército francés, para sacar de su base municiones y víveres.

»Como nos extralimitaríamos de nuestra tarea extendiéndonos en consideraciones más extensas, vamos á seguir el hilo de los acontecimientos, asistiendo á las primeras operaciones de Napoleón en España.

»Antes de llegar a Vitoria ya tiene trazados sus planes y dadas las órdenes para ejecutarlos. Acercábase el invierno, pero hacía mucho tiempo, y en España sobre todo, que los franceses hacían caso omiso de las estaciones. Las tropas que seguían al Emperador ó le precedían en esta dirección, ocupaban en la margen izquierda del Ebro los últimos contrafuertes de los Pirineos desde Durango al Aragón en el centro; la vanguardia y los cuerpos de Ney y de Víctor, se hallaban en Vitoria, cubiertos por el de Soult, extendido como vanguardia hasta Miranda de Ebro. Moncey formaba la izquierda y Lefevre la derecha. El cuerpo de Mortier y las tropas conducidas por Junot no debían llegar sino algunos días después. El cuerpo de Saint-Cyr reunido en Perpiñan, iba á penetrar en Cataluña para despejar esta provincia y dejar á Duhesme, que estaba bloqueado en Barcelona, en plena libertad de acción.

»Los españoles se desplegaban alrededor de Vitoria en inmenso semicírculo: su centro, formado por la reserva y el ejército de Extremadura, cubría por delante de Pancorbo el camino de Madrid.

»Blake, con su ala izquierda, ocupaba á Bilbao, amenazando desde esta posición el camino de Bayona; Castaños y Palafox formaban la derecha hacia Tudela, sobre el Ebro. Los ingleses procedentes, unos de Vigo y otros de Portugal, se reunían en las inmediaciones de Valladolid.

»El plan de Napoleón se había trazado naturalmente, por la posición defectuosa de sus adversarios. El centro de éstos, muy débil para oponer una resistencia seria, debía ser infaliblemente arrollado, y sus alas, quedando separadas y rebasadas, tenían que verse en una posición crítica. El ejército de Blake, sobre todo, aventurado más allá de Bilbao, podía verse enteramente envuelto y acorralado hacia el mar.



D. Francisco Espo y Mina

»En la ejecución de este plan era preciso no darse prisa en atacar las alas y dejar primero obrar al centro.

»Esta precaución, por desgracia, sólo se observó á medias, y el ejército español, aunque muy maltratado, sólo sufrió una parte de la ruina que le amenazaba. En efecto, varios días antes de haber dado el golpe al centro, Lefevre, sostenido por Víctor, había batido y rechazado á Blake sobre Espinosa. Entre tanto, la orden enviada á Soult de pasar el Ebro, se había ejecutado, y en el primer choque la división del general Mouton había derrotado al ejército de Extremadura.

»Doce banderas, 25 piezas y 3,000 prisioneros eran los trofeos de la victoria.

»El Emperador marcha al siguiente día en dirección á Burgos. La esperanza que abriga de adelantarse á Blake en el Carrión, le decide á mandar á Soult, quien no llegó á Reinosa sino veinticuatro horas después de haber pasado por allí los restos de aquél en dirección del reino de León.

»Soult, en vez de perseguirlos por la horrible región de las fuentes del Ebro, siguió la carretera de Santander, desde donde, después de haber pacificado esta provincia, tomó la dirección de León.

»Faltaba desembarazarse de Castaños y Palafox que se hallaban en Tudela.

»Lannes se encargó de atacarlos por el frente con el cuerpo de Moncey, mientras que Ney marchaba de Aranda, por Soria, sobre Agreda para cortarlos. El 21 de Noviembre, Lannes pasa el Ebro por Lodosa, y prosiguiendo su marcha por Calahorra, reconoce al enemigo el 23 por la mañana. El día anterior había llegado á Soria su colega. El ejército enemigo no tenía menos de 45,000 hombres: compuesto de los vencedores de Bailén y de los defensores de Valencia y Zaragoza, era la esperanza de los castellanos. El impetuoso Lannes no vacila, y aunque sólo con la mitad de fuerzas que sus contrarios, se decide á atacar.

»Aprovechándose de la grande extensión de la línea enemiga, lanza contra su centro la división de Mauricio Mathieu y contra su izquierda la del general Lagrange, protegiendo estos ataques con 60 piezas de artillería. La línea española es desbaratada, la caballería de Lefevre-Desnouettes se arroja por el boquete, y girando sobre la infantería aragonesa del ala derecha, la derrota completamente.

»Los vencedores de Bailén no se sostienen mejor ante Lagrange, y huyen desordenados por el camino de Tarazona, tomando Palafox el de Zaragoza.

»Los frutos de la victoria, aunque inmensos, no parecieron sino en parte satisfactorios al Emperador. Esperaba destruir entera-

(1) Según historiadores de nota españoles y extranjeros fueron 200.000 hombres; por manera que el ejército que Napoleón concentró en España formó una masa de 250,000 hombres, con 50,000 caballos.

mente dicho ejército, y la detención de Ney en Soria impidió este resultado. Pero es indudable que no se hubiera terminado la guerra, aunque hubiesen sido más decisivas estas dos primeras operaciones de la campaña, si bien habríanse allanado muchas dificultades que más adelante se encontraron. Los cuadros que habían escapado á la derrota se derramaron por las provincias, donde dieron un nuevo y más terrible impulso á los movimientos insurreccionales.

»Tranquilizado ya Napoleón acerca de sus flancos, va á conducir al rey su hermano á Madrid. El 29 pasa el Duero por Aranda, seguido de la guardia, de los cuerpos de Víctor y de la caballería. Diez mil hombres de la reserva española defendían en el camino el desfiladero de Somosierra: la posición apenas era accesible sino por el camino, que estaba enfilado por algunas baterías. Se encarga á los lanceros polacos que la tomen: el primer escuadrón queda diezmado por la metralla; pero llegan los otros en su apoyo, trepan al galope con la montaña, se arrojan sobre las piezas, se apoderan de ellas y se lanzan sobre la infantería española, que, asombrada de tanto valor, toma en desorden el camino de Madrid... El 2 de Diciembre Napoleón estableció sus vivaques en las alturas de la capital, que abrió sus puertas al día siguiente después de algunos disparos (1).»

Ya hemos indicado que el fracaso que experimentó nuestro ejército en esta campaña, se debió en primer lugar á la inacción en que permaneció después de la batalla de Bailén, así como al plan de operaciones adoptado; pero á esto hay que añadir la discordia que reinaba entre nuestros generales, discordia que contribuyó en alto grado al desastre de Tudela. Las órdenes de Castaños no fueron obedecidas, cada división del ejército parecía un cuerpo autónomo, y si poco concierto reinaba entre los caudillos, no existía tampoco entre Castaños y la Junta. Cuando Napoleón emprendió su marcha hacia Madrid, preocupóse seriamente la Junta de la defensa de la capital, y encargó al general San Juan la defensa de los pasos de Somosierra; pero este general, sobre no contar con suficiente número de tropas para resistir las masas francesas mandadas por Napoleón en persona, no tuvo tiempo de fortificar aquella sierra, y como las tropas españolas que se hallaban en Segovia no acudieran á cooperar á la defensa, no pudo San Juan resistir en aquellas posiciones, y envuelto por el enemigo, lleno de heridas y cubierto de sangre, con harta pena logró retirarse á Segovia. Poco tardaron las avanzadas francesas en presentarse en Madrid, ya dispuesto para la defensa.

El Emperador llegó el 2 de Diciembre á Chamartín, el 3 cañoneó la capital y aquel mismo día por la noche capitularon sus defensores; lo que no es de extrañar dados los escasos medios de resistencia que podían oponer al poderoso invasor.

La Junta Suprema, que oportunamente se había retirado de la capital, fuése á Sevilla; y José Bonaparte pasó á ocupar el palacio del Pardo.

Tales fueron, trazados á grandes rasgos, los acontecimientos que precedieron á la entrada de Napoleón en la capital de España.

El Emperador creyó que con este golpe había herido de muerte el levantamiento nacional, pero muy en breve hubo de reconocer su error. Es cierto que el ejército del centro se hallaba asaz mermado, que el de la derecha había tenido que retirarse al abrigo de Zaragoza, y que, por añadidura, la desmoralización cundía en nuestras filas; sin embargo, la presencia del cuerpo inglés, que en Noviembre condujo á Asturias el general John Moore, cuerpo que se componía de 24,000 infantes y 2,500 caballos, con su correspondiente artillería y que fué á colocarse en Salamanca, y la resistencia que oponían en todas partes los españoles, inquietaban seriamente al Emperador. Los ingleses, habiendo interceptado un pliego que éste dirigía á Ney, desconcertaron sus proyectos, se unieron con oportunidad al ejército de la izquierda, reorganizado ya por el marqués de la Romana, y avanzaron á las llanuras de Castilla la Vieja con objeto de cortar las comunicaciones del invasor con Francia; mas las tropas aliadas carecían de consistencia y sus caudillos acreditaron escaso talento en estas operaciones. Napoleón les empuja hacia el Noroeste, manda luego contra ellos á Soult, y mientras su ejército se derramaba por el ámbito de las Castillas, y fuerzas respetables regidas por el mariscal Lefevre avanzan hacia Extremadura, él, que sólo desea permanecer en España el tiempo necesario para dominar el levantamiento, recibe el 2 de Enero en Astorga un correo en que le participan los armamentos del Austria y los planes de sus enemigos, regresa sin pérdida de tiempo á Valladolid, y el 17 de Enero parte precipitadamente para Francia. Precisamente en este día embarcábase el ejército inglés en las costas de Galicia, después de haber sostenido sangriento choque con las tropas de Soult que trataba de evitar la operación. Galicia entera quedó en poder de los franceses, pues la división de la Romana hubo de ir retirándose hacia Portugal; en Extremadura el general Cuesta, también en retirada, se replegó bajo las baterías de Badajoz; Palafox estaba sitiado por Lannes en Zaragoza, y sólo en Cataluña la guerra presentaba para los españoles buen cariz; pues el general Duhesme hallábase rigurosamente bloqueado en Barcelona, y los catalanes habían conseguido parciales ventajas sobre el enemigo.


El general D. José Manso

Para variar la fisonomía de la guerra en el Principado, el Emperador mandó al mariscal Gouvion Saint-Cyr, quien entró en Rosas el 5 de Diciembre, se hizo cargo de la situación general y acudió á levantar el bloqueo de Barcelona, derrotando las tropas de Vives y Reding en Llinás, y concluyendo de aniquilar al ejército español en Molins de Rey, donde perdieron la vida los generales Caldaqués y La Serna. Cataluña quedó casi á merced del vencedor, dueño desde aquel momento de los almacenes de provisiones; sólo las ciudades Tarragona, Gerona y Lérida, continuaron desafiando su poderío, y lo propio que en Aragón, donde resistía denodadamente Zaragoza, las dos primeras ciudades ya citadas, iban a acreditar en breve su heroismo. Tristes fueron las postrimerías del año 1808, funestos los primeros días del año 1809, pues el ejército del centro que tanto había sufrido en la batalla de Tudela experimentaba nueva y sangrienta derrota en Uclés. El 13 de Enero de 1809 tuvo lugar esta batalla que decidió al rey José á regresar á Madrid; todo este mes de Enero prosiguió el sitio de Zaragoza, comenzado el 19 de Diciembre anterior, por los cuerpos de Moncey y de Mortier, y el 21 de Febrero capituló la plaza después de una defensa que inmortalizará su nombre á través de las edades. Palafox y San Genís habían procurado allegar en Zaragoza gran cantidad de provisiones, reforzar los muros y adiestrar la gente; así es que, cuando el enemigo se aproximó á la plaza, halló á los zaragozanos dispuestos á resistir con igual entusiasmo que antes. La primera empresa de los enemigos fué la toma del monte Torrero, ventaja que les animó en tal manera que se aproximaron al arrabal, de donde fueron rechazados.

Intimaron luego la rendición á la plaza, que fué desechada, y, construída la trinchera, procedieron á perfeccionar la primera paralela, é inmediatamente después la segunda, á fin de atacar simultáneamente el puente de San José y el puente del Huerva.

Los zaragozanos en briosa salida realizada la noche del 31 de Diciembre, arrollaron cuanto encontraron á su paso y llegaron hasta el pié de los cañones, pero sin conseguir otro resultado que el destrozo de una columna enemiga. Los franceses, prosiguiendo sus trabajos, perfeccionaron la segunda y tercera paralela, y en la mañana del 10 de Enero, ocho baterías rompieron el fuego, abrieron brecha en el convento de San José y prepararon el asalto, que dieron seguidamente los enemigos. Trabóse rudo combate en esta brecha, pero aunque la defendieron bizarramente los sitiados, no pudieron impedir que el número

(1) *Cours d'art et d'histoire militaires.*

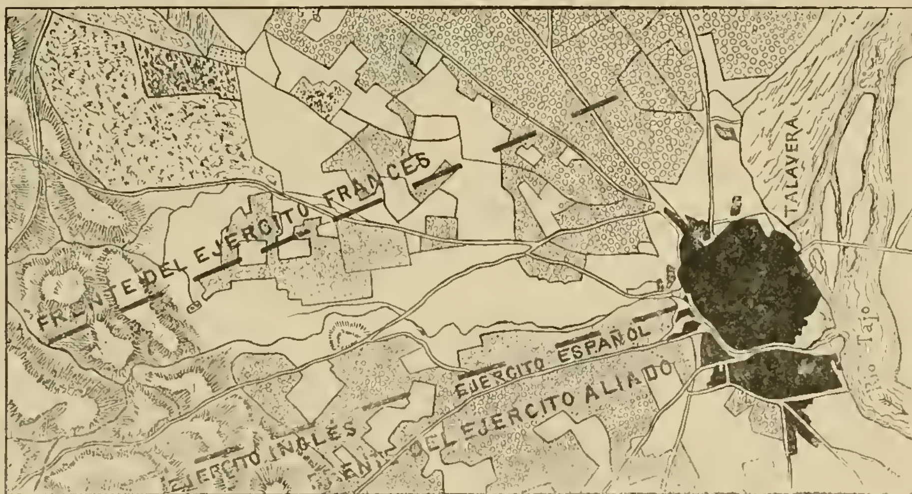
triunfara del valor y que los franceses ganaran aquella y las demás posiciones que estaban apoyadas por el Huerva. Desde aquel momento los zaragozanos quedaron reducidos al recinto de la ciudad, esto es, á las paredes de sus casas.

No era creíble que los franceses se vieran esta vez obligados á levantar el sitio, dado el aspecto general que ofrecía la guerra, sobre todo desde el momento en que tomó el mando en jefe del ejército sitiador el general Lannes, duque de Montebello; pues cesaron con su llegada las rivalidades que existían en el campo sitiador. Su presencia dejóse desde luego conocer en las disposiciones que adoptó para hacer frente á los ejércitos de socorro y apretar el asedio. Con rapidez fabulosa erigiéronse ocho nuevas baterías, y el 26 de Enero otra vez rompióse el fuego con tal violencia, que bastaron treinta horas para apagar el de nuestras baterías, convertir en escombros el convento de Santa Engracia y abrir tres brechas en el muro. El 27 se lanzaron las columnas al asalto. Señorea la primera una brecha, pero se estrella la segunda ante un atrincheramiento interior coronado por algunas piezas, y no más afortunada la tercera, ha de buscar un abrigo en la rampa de la misma brecha. Mientras esto sucede en la parte de San José, los imperiales se hacen dueños de las Descalzas y Capuchinos, y empiezan á correrse á lo largo de la cortina. Allí se entablan furiosos combates, á que pone fin la noche, y en aquellos lugares quedan 1,000 franceses fuera de combate. Entre tanto proseguia el bombardeo, y Lannes, deseoso de ahorrar la sangre de los suyos, ordenó á los ingenieros que minaran el terreno; pero los sitiados no cejaban un punto, y no solo defendían palmo á palmo el terreno, sino que se atrevían á intentar la recuperacion del convento de Trinitarios, perdido pocos días antes. El 1.º de Febrero los franceses avanzaron en dirección del Coso, pero la lucha entablada casa por casa, les produjo terribles bajas; el 7 de Febrero se atacó el arrabal, y la ciudad combatida por distintas partes, vió desembocar al enemigo en el Coso. La defensa habia llegado á su límite extremo. Se disputaban las boca-calles, los pisos, las bodegas, las azoteas; cuando la mina abría paso, todavía hallaban medio los zaragozanos de sostenerse en las ruinas; 14,000 de ellos yacían en los hospitales, agobiados por la epidemia, heridos ó extenuados; el mismo Palafox se hallaba postrado por la enfermedad reinante; pero los que aun se mantenian en pié, cualesquiera que fuese su edad, hombres, mujeres y niños se defendian con desesperada energía. Era una guerra que, según testimonio del mismo Lannes, horrorizaba. El general francés decidió abreviar esta lucha arruinando la ciudad con nuevas minas y colocando en batería cincuenta cañones, lo que ciertamente hubiera convertido Zaragoza en un cementerio; pero la plaza capituló el 20 de Febrero, y los enemigos pudieron enorgullecerse de pisar sus calles ensangrentadas. No se mostraron ciertamente dignos de la victoria por los excesos que seguidamente cometieron, ni supo apreciar Lannes el valor de Palafox, que arrancado de su lecho fué trasladado á Francia y encarcelado en Vincennes. «Así terminó, dice un historiador francés, uno de los sitios más memorables que registra la historia antigua y moderna; cerca de cincuenta y dos dias de trinchera abierta, de los cuales veintinueve empleáronse para entrar en la plaza y veintitrés para ir ganando casa por casa.» Y dice Mr. Thiers, el escritor que más injustamente ha hablado de España: «Ningún sitio puede presentar la historia moderna que se parezca al de Zaragoza; para encontrar en la antigua escenas semejantes á las que allí ocurrieron, es preciso remontarse á ejemplos como los de Numancia, Sagunto ó Jerusalén. Y á decir verdad, aún sobrepujaba el horror del acontecimiento moderno, al de aquellos famosos sucesos, á causa de los poderosos medios destructivos inventados por la ciencia.»

Los triunfos conseguidos por los ejércitos franceses al expirar el año 1808 y comenzar el 1809, no habian modificado esencialmente la guerra; porque la situación del enemigo casi puede decirse era la misma que en los primeros días de la invasión, y el ánimo del pueblo continuaba exaltado y dispuesto á repeler a sus dominadores; así es que la guerra llevaba trazas de eternizarse. Pero ya hemos visto que en esta guerra los españoles llevaban por regla general la ventaja siempre que se concretaban á sorprender y batir en detall al enemigo; el cual, superior por el número, calidad de la gente y talento de sus caudillos, arrollaba fácilmente en campo raso batallones improvisados y nutridos de soldados bisoños. Tal ocurrió en Cataluña, donde el general Reding, confiando más de lo que podia en la bondad de sus tropas, arriesgó contra las de Saint-Cyr la batalla de Valls, funesta para los nuestros (25 de Febrero de 1809), pues perdieron en ella unos 2,000 hombres y Reding, gravemente herido, fué á morir en Tarragona. Y no mas afortunados que Reding fueron Cortaojal, á quien la Junta confió el mando del ejército de la Mancha, ni Cuesta jefe del ejército de Extremadura. Ni aquél ni éste se distinguían por sus talentos militares, así es que después de algunas maniobras de escasa importancia, uno y otro fueron derrotados en Ciudad-Real (27 y 28 de Marzo de 1809), y en Medellín (27 de Marzo); el primero por las tropas del general Sebastiani, y el segundo por las del mariscal Victor. Estas últimas derrotas abrian á los franceses el camino de Andalucía, pero el rey José, obedeciendo las órdenes de su hermano, dispuso que el mariscal Soult, en combinación con Victor y apoyado por Ney, se trasladara desde el Ferrol á Portugal, llevando para verificar la invasión 26,000 soldados. Púsose Soult en marcha, mas reconociendo los peligros que ofrecían los pasos del Miño, pues el país en masa se había levantado, subió por la orilla de aquel río, obligó á retirarse al marqués de la Romana que con 9,000 hombres trataba de cerrarle el paso, destrozó las tropas del general portugués Freire, entró en Chaves y en Braga, y aunque la ciudad de Oporto trataba de oponerle resistencia, también hubo de abrirle sus puertas, después de perder algunos centenares de hombres en la lucha contra el invasor. Empero, la posición de Soult, muy ventajosa para caer sobre la capital, se volvió embarazosa y crítica, por la falta de víveres y por los incesantes ataques de las partidas y de los cuerpos que acosaban á los franceses. El general portugués Silveira, corta sus líneas de comunicaciones, que logra recuperar aquél con harto trabajo. Sir Arturo Wallesley, mandado por Inglaterra á Portugal con nuevas tropas, va a colocarse el 2 de Mayo en Coimbra, y su presencia infunde gran desaliento al enemigo, en el que se notan síntomas de desmoralización. Traza el caudillo inglés su plan, consistente en envolver al imperial y postrarle sobre las márgenes del Tajo, mientras Beresford, su teniente, junto con Silveira, amaga la línea del Duero; descubre Soult este pensamiento y se replega detras de este rio, pero no tan á tiempo que los ingleses, cruzandole á su vez, empiecen á despedazar su frente y su flanco izquierdo, y viéndose en el triste caso de abandonar en Oporto 1,200 enfermos, casi toda su artilleria y bagajes. Precisado á retroceder, gracias á su talento, no se convierte la retirada en deshecha fuga. Lo ejecuta sobre Lugo, dispersa de paso a las partidas que se le oponen y va a darse la mano con Ney, después de haber perdido en la retirada la tercera parte de su ejército. Favorecidos los españoles por la retirada del enemigo, ponen sitio formal á las plazas de Vigo y de Tuy, logrando apoderarse de la primera con toda su guarnición, aunque menos afortunados frente á la segunda, sufren en sus cercanías serio descalabro. Tampoco logran recobrar á Lugo, pues Soult y Ney, obrando de concierto, hacen retirar á las fuerzas de la Romana que allí habían acudido en unión del general español Mahy. Sin embargo, al empeñarse Ney en la persecución de las tropas españolas, es rechazado con gran brío en las posiciones de Noroña, entre los ríos Miño y Caldelos, y para no empeñar su ejército en una lucha desventajosa é infecunda, evacúa á Galicia y se dirige á Salamanca, mientras Soult, en desacuerdo con él, marcha á la provincia de Zamora. Si se exceptúa, pues, el descalabro sufrido por Ballesteros en Santander, de cuya plaza le arrojó la misma guarnición á la que habia poco antes sorprendido, en esta parte de la Península, los españoles consiguieron un admirable triunfo, triunfo debido ciertamente a su perseverancia y su arrojo, pero que abonaba el sistema de guerra, con tanto éxito seguido en el resto del país. Buena prueba de esto nos lo ofrecen las operaciones que tuvieron lugar en Aragón. Mandaba en este reino el general Suchet, militar entendido y diligente, y era jefe de las tropas españolas Blake. La situación en que se hallaba el ejército francés que ocupaba las provincias aragonesas, y sobre todo la circunstancia de hallarse Zaragoza guarnecida por tropas bisoñas, indujo a Blake á tomar la ofensiva, saliendo de Tortosa en Mayo de 1809 con una división y tomando la vuelta de Alcañiz. No juzgo prudente esperarle en esta ciudad el francés Laval y se fué replegando hacia Zaragoza, en espera del apoyo de Suchet. Reunido con éste en Hijar avanzaron al frente de 8,000 infantes y 1,400 caballos al encuentro de los españoles y sufrieron en los campos de Alcañiz un serio descalabro que les obligó a retroceder con grandes pérdidas hacia Zaragoza (23 Marzo). Cometió entonces Blake la falta de no perseguir á los desalentados enemigos; y éstos lograron entrar en la capital de Aragón, donde se reorganizaron. Pero el error de Blake fué mas grave, desde el momento en que sin tener en cuenta los elementos de que disponía, y después de haber perdido un tiempo precioso, dirigióse hacia Zaragoza en demanda del enemigo. «Blake, dice un historiador militar, habria debido circunscribirse a aumentar su ejército, á colocarse en posiciones ventajosas y evidente-

mente estratégicas, á impedir los progresos del enemigo en el territorio aragonés y á cerrarle siempre con el filo de su espada el camino de Valencia. Pero nuestros generales valientes hasta la temeridad en los campos de combate, no tenían, como hemos dicho, ese valor pasivo que se necesita para resistir las exigencias de una opinión exaltada é inflamable: una victoria, por insignificante que fuera, les precipitaba en los más arduos empeños y engolfándose cada vez más en este funesto juego de azares, acababan por perder en un día lo que habían ganado en muchos meses, desplegando ellos grandes talentos tácticos y sus tropas una intrepidez admirable.» Reunió Blake un ejército de 17,000 hombres y con ellos se puso á dos leguas de Zaragoza, pero cometiendo el error de dejar en Botorita una división. Presentóse entonces á su vista el Suchet y después de varias evoluciones, dióse en las orillas del Huerva una batalla en la que sufrió el ejército español un serio descalabro. Blake retiróse destrozado hacia Botorita, donde se incorporó a la división de Areizaga, prosiguió luego su marcha á Belchite, y todavía quiso probar fortuna haciendo frente á las tropas de Suchet, pero experimentó una nueva derrota y desde aquel momento el ejército de que disponía, se descompuso, pues los aragoneses se retiraron á Tortosa y los valencianos á Morella. El enemigo coronó sus triunfos apoderándose de Monzón, y Suchet pudo considerarse dueño absoluto del territorio aragonés.

Veamos qué había sucedido entre tanto en el resto de la península. Batido en Medellín el ejército de Extremadura que mandaba Cuesta, retiróse á Monasterio, villa situada en la sierra que da acceso al territorio andaluz. El vencedor, mariscal Victor, estableció su cuartel en Mérida y desde allí intimó la rendición á Badajoz; pero no habiendo conseguido su intento, mantúvose en Mérida hasta los últimos de Julio, en que empezaron las operaciones cuyo desenlace tuvo lugar en la batalla



Plano de la batalla de Talavera

de Talavera, que más adelante describiremos. Entre tanto, el general Venegas, que tomó el mando del ejército de la Mancha, había conseguido reorganizarle, y abandonando las fragosidades de Sierra Morena, desde Santa Elena, había invadido el llano. Esta noticia y la de que Wellesley, saliendo de Portugal, por el valle del Tajo se habia reunido con el general Cuesta, produjo grande alarma en la córte de José. El rey ordenó á Soult y á Ney que marchara hacia el Mediodía, sobre Plasencia y Almaraz, donde se encaminaba también Mortier; él mismo en persona se dispuso á salir de Madrid, al frente de la división Victor, y en dirección de la Mancha. Pero el poco concierto y las vacilaciones con que habian obrado los generales franceses en el Norte y en el Oeste, debía producirles funestos resultados. Wellesley y Cuesta habían ya trazado su plan en la conferencia que celebraron en Casas de Priego el 10 de Julio, y este plan consistía en remontar el ejército anglo-hispano el río Tajo por su derecha, mientras que el general Venegas, que estaba en la Mancha con 14 000 hombres, avanzaba sobre Toledo, amenazando á Madrid, y el inglés Beresford quedaba en Almeida con una división, vigilando los pasos de Perales y Baños para cortar las comunicaciones entre los ejércitos imperiales del Norte y del Sur. Una brigada lusitana mandada por sir Roberto Wilson debía operar sobre los flancos del enemigo por las montañas de la derecha del Tajo. Sumaban los dos ejércitos 56,000 hombres, á saber: 22,000 ingleses y 34,000 españoles. Estas fuerzas se reunieron el 20 de Julio y el 22 se pusieron en movimiento hacia Talavera.

Perplejos estuvieron los franceses al saber la reunión de ingleses y españoles, pues su situación no era muy favorable para tomar un partido vigoroso. Los cuerpos 1.°, 2.° y 4.° de su ejército á las órdenes de Soult y Ney permanecían inactivos en las provincias de Valladolid y Zamora; los 5.° y 6.° operaban independientemente, parte á las órdenes de Victor en la línea del Guadarrama al Tajo; parte á las de Lapisse, sirviendo de enlace entre Victor y Soult, y parte encontrábanse en la Mancha con Sebastiani haciendo frente á Venegas. Todos estos cuerpos reunidos no formaban un conjunto superior al que Wellesley y Cuesta podían oponerles sobre el Tajo. En tales circunstancias propuso Soult retirar todas las tropas francesas sobre la línea del Duero y maniobrar entre este rio y el Tajo para caer perpendicularmente sobre los aliados, ya en Talavera, ya en el linde del territorio portugués; pero José, preocupado por la idea de proteger á Madrid, lanzó á Victor sobre Talavera, atrajo á Sebastiani por Toledo, dió orden a Soult de caer sobre Valencia y agregó á las tropas que le rodeaban, las de Lapisse y la guardia.

El 22 de Julio púsose en movimiento el ejército aliado, marchó hacia Talavera y obligó á Victor á replegarse sobre el río Alberche. Wellesley queria atacar á los franceses antes de que se les incorporaran otras fuerzas, Cuesta se opuso, y gracias á esta falta de armonia el enemigo pudo darse la mano con el 4.° cuerpo, y repasar el Alberche, obligando á Cuesta á retroceder hasta Talavera. Allí se encontraron los aliados y formaron su ejército en línea de batalla, linea que se extendía cerca de

una legua por el lomo de una serie de colinas que se levantan desde Talavera hasta el cerro de Medellín. Ocupaban las posiciones siguientes: la derecha, constituida por los españoles, se dilataba por delante de Talavera; la izquierda y el centro, en que se hallaban los ingleses con algunos batallones españoles, el cerro de Medellín y la ermita de la Virgen del Prado. Era llave de estas posiciones el citado cerro, que defendía la división británica de Hill. En el centro de la linea se fortificó una pequeña altura que servía de unión á los dos ejércitos. El terreno que se extendía al frente se halla cubierto de árboles y era muy áspero al alejarse del río; separábale de la planicie en que formó el enemigo una cañada bastante ancha y de difícil acceso, á causa de lo cual es preciso dar un rodeo para envolver la posición. La cifra del ejército aliado elevábase en aquel momento á 60,000 hombres, la del ejército francés á 50,000, mandados por el mismo rey José al que asistían los generales Jourdan, Victor y Sebastiani.

El 27 de Julio á la una de la tarde presentóse el enemigo en las alturas de la margen izquierda del Alberche, pasó el río cargando sobre la división Mackenzie que lo defendía y situóse en la planicie que domina la izquierda de aquél, observando desde allí como tomaban posiciones los anglo-hispanos. Sin esperar á que se le incorporaran los cuerpos de Ney y Mortier, que conducía Soult por el Puerto de Baños, y despreciando las fuerzas enemigas, José Bonaparte dió orden de atacar por la derecha la altura en que apoyaban los aliados su izquierda. Hizo, pues, avanzar sobre las nueve de la noche una brigada que con singular arrojo ocupó aquella posición, pero que á su vez fué lanzada de ella, viéndose obligada á retroceder á su linea, en la que el enemigo desplegó ya el resto de sus fuerzas. Aquella noche la pasaron ambos ejércitos acampados en el terreno que ocupaban al caer el dia, al amanecer del 28 reanudóse el combate, atacando de nuevo la derecha francesa la posición antes citada, mientras la izquierda amagaba un movimiento contra el centro. Rechazados los franceses por el frente y flanco en la posición de la izquierda aliada, dejaron más de 1,500 hombres tendidos en su falda. Esta terrible pérdida produjo serias vacilaciones en los enemigos; opinaba Jourdan que el ejército francés se mantuviera á la defensiva hasta esperar la llegada de Soult, quien caería sobre la retaguardia aliada; quería Victor que sin perder tiempo se volviese al ataque de las posiciones, y este parecer fué el que se impuso. A las diez de la mañana se reunió el consejo; á las dos y media de la tarde se acordó comenzar el ataque, en esta forma: por la derecha, una división bajaría al valle y envolvería el cerro de Medellín, mientras otra división atacaba por el frente; el 4.° cuerpo y una división embestiría el centro aliado para dislocar las alas; la caballería ligera y los dragones por la derecha opondríanse á las maniobras de la caballería anglo-hispana, y la extrema izquierda contendría á los españoles junto al Tajo. Estos movimientos debía secundarlos el fuego de artillería.

El combate comenzó rudo y empeñado y fué desarrollándose hasta caer la tarde con terribles alternativas. Atacado por dos veces el centro sin lograr romperlo y pereciendo en esta lucha la flor de las tropas imperiales; en lucha la derecha francesa con la caballería inglesa, que se opone al movimiento envolvente y es destrozada, la batalla se mantiene indecisa, pues el enemigo, después de haber hecho sobrehumanos esfuerzos para romper al ejército por el centro y para señorear el cerro de Medellín, aún trata de destrozar la derecha aliada. Pero las pérdidas han sido enormes, pues á cada retroceso del francés, se han repetido las cargas de la caballería aliada; miles de cadáveres cubren el campo, han muerto dos generales, otro ha caido gravemente herido, y la noche, envolviendo á los combatientes con su manto, arrebata á José la esperanza del triunfo. La batalla se suspende; el monarca recibe aviso de la aparición de Venegas junto á Aranjuez y de la situación de la brigada Wilson á su espalda, y aquella misma noche da orden de repasar el Alberche, deja á Victor al otro lado de este río y él marcha con la reserva

Plano del Sitio de Gerona en 1809



M. Soler, Editor. Museo Militar.

D. MARIANO ÁLVAREZ DE CASTRO

Composición alegórica por J. Pahissa.

camino de Santa Olalla, confiondo á Sebastiani la misión de oponerse á Venegas. Tal es el resultado que dió la batalla de Talavera en la que perdieron los franceses 7,389 hombres, con 17 cañones; los ingleses 6,268, y los españoles 1,200. Terminada que fué, los aliados mantuviéronse en Talavera sin perseguir á las tropas del rey José, y no obstante haber recibido el 29 un refuerzo de 3,000 hombres mandados por el inglés Crawford. Resultó, pues, este importante hecho de armas infructuoso para los anglo-hispanos, que tuvieron en ella numerosas bajas; y pudo decirse que ejército francés más bien que vencido había sido rechazado (1). Sin embargo, es lo cierto que pudieron sacarse de ella grandes resultados, si en vez de permanecer los anglo-hispanos inactivos, hubiesen atraído á ellos el ejército de Venegas y se hubiesen empeñado en la persecución del ejército francés, y marchado todos sobre Madrid, que José habríase apresurado á evacuar. No se hizo así, bien fuera por cansancio, carencia de municiones, temor de que Soult se incorporara al enemigo, ó, lo que es mas probable, falta de armonía entre los generales; y como el 1.º de Agosto, Sault se presentara con 50,000 hombres en Plasencia, después de haber arrollado las fuerzas que en el Puerto de Baños se le oponian, Cuesta y Wellington dividieron sus fuerzas, marchando el primero á Talavera de la Reina para observar á Victor, y el último, á situarse sobre el Tajo y luego á ponerse en Oropesa, donde se le incorporó en breve Cuesta. Los franceses por medio de una hábil y rápida maniobra lograron apoderarse del puente del Arzobispo, una de las llaves del Tajo, y sin proseguir adelante, contentáronse en señorear la margen derecha del río y se acantonaron: Soult en Plasencia y Mortier en Talavera, mientras Ney tomaba el camino de Salamanca. Es de suponer que si Venegas hubiese desplegado á raiz de la batalla de Talavera la actividad y energía necesaria, la campaña habria terminado de otro modo; pero Venegas limitóse á escalonarse á lo largo de la Mancha, amenazando á Aranjuez, donde, atacado el 5 de Agosto por el enemigo, le cerró el paso del Tajo, causándole 500 bajas; y como éste tratara de hacer lo propio por Toledo, Venegas cometió la imprudencia de arriesgarse al trance de una batalla que le fué funesta. Al alborear el 11 de Agosto encontráronse franceses y españoles en Almonacid, con fuerzas próximamente iguales; empero, la superior táctica y disciplina de los franceses mandados por José y Sebastiani triunfaron del entusiasmo de los nuestros, ocasionándoles 4,000 bajas. La retirada de Venegas fué desordenada, y el punto de reunión de los dispersos las asperezas de Sierra Morena. De este modo se deshizo aquél ejército. Quedaron los franceses señoreando la Mancha, abriéronse paso por Sierra de Bejar á Extremadura, cuyo territorio devastaron en una grande extensión, y en corto intervalo vióse neutralizada la ventaja conseguida en Talavera. Mas no por eso el enemigo había conseguido positivos resultados. Los franceses, como los aliados, no se hallaban entre sí muy acordes, y el Emperador, que se habia prometido ocupar en Julio a Lisboa, Sevilla, Cádiz y Vitoria, no había conseguido su propósito, á pesar de contar en España con 300,000 soldados veteranos.

Llegados á este punto de nuestro bosquejo, fuerza nos es volver la mirada á otra región de la península donde la guerra ofrecia uno de los cuadros más tristes y admirables. Nos referimos al Principado, y particularmente, á la heróica defensa de Gerona, desde Mayo á Diciembre de 1809. La pusieron sitio los franceses mandados Verdier en número de 18,000 hombres; defendiola el brigadier D. Mariano Alvarez de Castro con 5,673 soldados, y encerraba la plaza 14,000 habitantes. No se distinguía la ciudad por sus buenas defensas, consistentes en un antiguo muro, derruido en parte, algunas torres y siete baluartes, en el castillo de Montjuich, edificado en una altura á la derecha de la ciudad, y en varios reductos que se marcan en el plano; pero, como Zaragoza, Gerona, estaba dispuesta á una resistencia tenaz, resolución que Alvarez interpretó en esta orden: *Será pasado por las armas el que profiera la voz de capitular ó rendirse.* Después de invertir algunos dias en el bloqueo, Verdier, compelido por las órdenes de Saint-Cyr, formalizó el sitio, que dirigió como ingeniero el general Sanson, y seguidamente comenzaron las escaramuzas y pequeños combates entre franceses y gerundenses. El número de sitiadores aumentó con la llegada de nuevas tropas; los trabajos prosiguieron adelante durante todo el mes de Junio; recibiéronse los cañones y morteros para bombardear la plaza, y en la noche del 13 al 14 de Junio rompieron los enemigos el fuego contra los fuertes y la ciudad. Acudió la gente á las murallas con el mayor entusiasmo y sostuvo el choque de las columnas francesas, que sólo lograron apoderarse de las torres de San Narciso, San Luis y San Daniel, que apoyaban al fuerte de Montjuich. No eran estas grandes ventajas; pero envalentonó grandemente al enemigo la llegada de Saint-Cyr á San Feliu de Guixols, desde donde se puso en comunicación con Verdier y le envió refuerzos que elevaron la cifra de los sitiadores á 30,000. Con estas fuerzas consideró Verdier oportuno repetir entrado el mes de Julio los ataques, pero antes dirigió una intimación al gobernador de la plaza, intimación que fué contestada del siguiente modo:

Exmo Señor

Nada tengo q tratar con V.E: conozco sobrada mte. sus intencion; y para lo sucesibo, sepa V.E. q no admitiré, ni tendré consideracion à parlamentario ni trompeta alguno de su Exto.

Esto digo à V.E. en contestacion à su papl. de hoy Dios &c. Gerona 2 de Julio de 1809.

Exmo. Sor. General Comandante de Ingenieros del Exto. francès

Verdier eligió como objetivo el castillo de Montjuich, llave de la plaza, contra el que rompió el fuego el dia 3 una batería de veintidós piezas. Abriéronse varias brechas el mismo dia y dióse la noche del siguiente un infructuoso asalto, asalto que se repitió el 8 tres veces con igual fortuna, perdiendo en ambos los franceses 2,000 soldados. Este triunfo de los gerundenses, amargólo la voladura de la torre de San Juan, situada entre Montjuich y la plaza; pero los sitiadores, aleccionados por el escarmiento que en Montjuich sufrieron, emplazaron nuevas

(1) A consecuencia de la batalla de Talavera, la Junta central nombró capitán general del ejército español á Sir Arturo Wellesley, y el gobierno inglés le hizo duque de Wellington, título con que en adelante se le nombra.

baterías y arrojaron sobre la ciudad y sus defensas verdadera lluvia de plomo. No dejaban los caudillos españoles ni la junta de Cataluña de arbitrar medios para socorrer a Gerona, pero Saint-Cyr desbarató sus intentos apoderándose de Palamós y destrozando las tropas españolas que lo ocupaban, así como derrotando poco después al irlandés Marshall que trataba de introducir un convoy en la plaza. El sitio, pues, prosiguió con gran energía.

La noche del 3 de Agosto el enemigo volvió á atacar el castillo de Montjuich y ganó á gran costa su rebellín; pero la guarnición continuó la defensa hasta el 12, y sólo cuando quedó reducida a una tercera parte evacuó el castillo, después de haber clavado la artillería, y se retiró á Gerona. «Ocuparon los franceses aquellos escombros, dice Toreno, al cabo de dos meses de expugnación y después de haber levantado 19 baterías, abierto varias brechas y perdido más de 3,000 hombres De los 700 que componían la guarnición española murieron 18 oficiales y 511 soldados, sin quedar apenas quien no estuviere herido.»

Ganado Montjuich y persuadidos los imperiales de que la toma de Gerona sería obra de pocos días, emplazaron nuevas baterías, y desde Montjuich, el monte Denroca y el arrabal de San Pedro vomitaron terrible fuego contra l ciudad. Recrudeció la lucha y se sostuvo con igual brio de una y otra parte; sólo que en Gerona comenzábase á experimentar la carestía, carestía cuyos efectos se atenuaron gracias á la presencia de Blake en Vich, quien con algunos hábiles movimientos distrajo las fuerzas del enemigo y logró hacer entrar en la plaza un convoy de 2,000 acémilas y un refuerzo de 3,300 hombres. Con esto cobraron gran aliento los sitiados y tomaron con mayor empeño los sitiadores la rendición de Gerona. Los fuegos adquirieron mayor intensidad; abriéronse brechas practicables en Santa Lucía, los Alemanes y San Cristóbal; fué rechazada una salida que el 15 de Setiembre organizó Alvarez, y, Verdier, después de intimar nuevamente la rendición á éste, se dispuso para dar el asalto. Día eternamente memorable será para Gerona el 19 de Setiembre.

Al toque lúgubre de las campanas y al ronco redoblar del parche, todos sus moradores acudieron á la muralla y á su cabeza el intrépido Alvarez. Allí entre el humo producido por 200 cañones y las descargas de la fusilería disputaron las brechas a cuatro columnas de 2,000 hombres cada una; allí murió gloriosamente el irlandés Marshall defendiendo Santa Lucía; allí dieron su vida por la patria centenares de héroes. Y, sin embargo de los brios del atacante y á pesar de la postración de los defensores, azotados por el hambre y abatidos por las enfermedades, hubo de retirarse el francés dejando las brechas cubiertas de cadáveres.

Tan terrible escarmiento hizo variar los planes de Verdier; suspendiéronse los ataques, convirtióse el sitio en bloqueo, y se dejó que el hambre y las enfermedades hicieran sus terribles oficios. Quiso Blake socorrer á los gerundenses preparando un convoy en Hostalrich y moviéndose el 16 de Setiembre sobre Gerona para introducirlo; pero Saint-Cyr desbarató sus proyectos; y Blake perdió en esta operación unos 2,000 hombres, sin que lograran entrar en la plaza más que 170 cargas.

El hambre hizo desde entonces terribles estragos en Gerona, pero así y todo continuó resistiendo; y su gobernador, decidido á morir antes que capitular, redactó por aquellos días el famoso bando: «Sepan las tropas que guarnecen los primeros puestos que las que ocupan los segundos tienen orden de hacer fuego en caso de ataque contra cualesquiera que contra ellas venga, sea español ó francés, pues todo el que huye hace más daño con su ejemplo que el mismo enemigo.» Pero era ya entrado el mes de Noviembre, la miseria y las enfermedades producían grandes bajas; el ejército sitiador había aumentado en número con la llegada de Augereau, que tomó el mando en jefe; no se confiaba en el arribo de socorros y todo hacía augurar un funesto desenlace. El 2 de Diciembre los franceses atacaron de nuevo y se hicieron dueños de importantes puestos, dejando incomunicados los fuertes entre sí; el 7 repitieron el ataque, que sostuvieron con energía los gerundenses, reducidos ya al número de 1,100 hombres. ¿Qué podían hacer más? Alvarez se hallaba postrado en el lecho del dolor, y un nuevo asalto iba probablemente á coronar los esfuerzos del enemigo.

Se pidió y obtuvo capitulación (11 de Diciembre) y los franceses, después re siete meses de asedio en el que perecieron 20,000 de los suyos y 10,000 de los nuestros ocuparon aquellas gloriosas ruinas.

Consignemos para mengua de los vencedorea que la capitulación fué infringida, y que el ilustre Alvarez, arrancado de su lecho y trasladado como un vulgar criminal al castillo de Figueras, murió allí, según es fama, á manos de sus enemigos.

Para completar la narración de la campaña de 1809 es fuerza consagrar algunas líneas á los ejércitos de Galicia y Portugal. Ya dijimos que Ney había tomado en Agosto el camino de Salamanca, y, debemos añadir, que, llegado a esta ciudad, por no servir á las órdenes de Soult, con quien se hallaba enemistado, resignó el mando en Marchand y tomó la vuelta de Francia.

Siguiendo éste los planes de Ney, proponíase observar los movimientos del ejército de Asturias y Galicia que, al mando del duque del Parque, avanzaba hacia el Tajo por Ciudad-Rodrigo; pero el Duque, burlando la vigilancia del francés, pasó sobre su ala derecha y fué á colocarse en las posiciones de Tamames, donde brindó á Marchand con la batalla. Esta tuvo lugar el 18 de Octubre, y, aunque propicia al comenzar para los franceses, terminó con su derrota, derrota que hubiera sido total si la división de Ballesteros, que ocupaba las montañas de Liébana, llega á presentarse aquel día en el campo. Pero el duque del Parque que consiguió, gracias á esta victoria, entrar en Salamanca, fué batido á su vez en Alba de Tormes por el general francés Kellermann, que acudía en socorro de Marchand. De este modo presentaba la guerra una serie de alternativas favorables y desdichadas, que prueban la falta de unidad y de concierto que presidía á las operaciones militares. Realizábase entre tanto por nuestros guerrilleros grandes proezas, y distinguíanse por sus hechos Mina, Porlier, Manso, el Empecinado, Merino, Romeu y otros; pero no se conseguían decisivas ventajas, y las parciales obtenidas más bien servían para alucinar que para hacer más precabidos á los caudillos españoles. Por otra parte Wellington no daba muestras de interesarse mucho por nuestra causa, y aferrado á los lindes portugueses, mas que otra cosa, parecía un espectador de los sucesos. No era, pues, posible tentar, como soñó la Junta Central, la recuperación de Madrid, empresa de más ruido que provecho, y para realizar la cual se arriesgaba la seguridad de las provincias andaluzas; y, sin embargo, el general Areizaga, á quien se dió el mando de los ejércitos de Extremadura y la Mancha, obedeciendo las órdenes de la Junta, trató ee realizarla al frente de 50,000 soldados. En los primeros días de Noviembre Areizaga se puso en marcha desde Sierra Morena, camino de Valdepeñas y Manzanares; arrolló a la vanguardia enemiga situada en Dos Barrios, hizo adelantar parte de sus fuerzas hacia Ocaña, y él, con el resto, púsose en Tembleque. Este movimiento realizado felizmente, y que hizo dueños á los españoles de Ocaña, después de un ventejoso combate, se frustró, sin embargo, gracias á las vacilaciones de Areizaga, quien en vez de intentar resueltamente el paso del Tajo por Aranjuez, emprendió un movimiento de flanco hacia Villamanrique, después de haber destacado una división al otro lado del río. El mariscal Soult, que observaba esta operación, mandó al cuerpo de Victor contra el grueso del ejército, y Areizaga, que hubiera podido destrozar á aquél, perdió un tiempo precioso desde el 11 al 16, en que, engrosado Victor, decidió el español retirarse á Ocaña.

Allí resolvió Areizaga presentar batalla al enemigo y allí sufrió el día 19 una terrible derrota; pues el ejército español perdió 5,000 hombres muertos y heridos y dejó 13,000 en poder del enemigo con toda la artillería y bagajes. El inepto Areizaga dispuso con escaso tino las fuerzas y no acertó á dar durante el combate orden alguna. Las tropas combatieron con gran bizarría, distinguiéndose mucho el general Lacy; pero hubieron de ceder el terreno después de algunas horas de desigual combate.

Tuvo la batalla de Ocaña tristísima resonancia en toda la Península, no sólo por la sangre que costó sino porque dejaba libre al invasor el paso á las Andalucías. El duque de Alburquerque, que había avanzado desde Trujillo a Talavera con 12,000 hombres para auxiliar á Areizaga en su operación de avance, retrocedió á Trujillo; los demás cuerpos de ejército viéronse obligados por prudencia á retirarse al apoyo de sólidas bases.

Wellington, que durante estos sucesos había permanecido en territorio extremeño sin hacer demostración alguna, retiróse á Partugal, poniéndose al abrigo de las líneas de Torres-Vedras, y de este modo termino la campaña de 1809, campaña que inspira a un escritor francés las siguientes consideraciones: «Entre las varias consecuencias que de ella pueden sacarse, señalaremos como faltas: primero, el haber dejado el mando á un rey débil y desprovisto de talentos militares; se-

gundo, el haber conservado ocho ó diez cuerpos aislados, que por la rivalidad de los jefes no se entendian; tercero, el haber entrado en Portugal prematuramente. Hubiera sido preferible que las fuerzas no se hubiesen dividido más que en tres ejércitos activos, del Ebro, de Portugal y del Tajo, sostenidos por una reserva á retaguardia. Los de Portugal y del Tajo hubieran podido reunirse contra los ingleses. No obstante, debemos convenir en que la tarea, en todos los casos, era de dificil desempeño.»

Funesto para las armas españolas fué el año 1810. Batido en Ocaña, como ya hemos dicho, el ejército más respetable que la nación pusiera en pié y obligado su general á recogerse en las asperezas de Sierra Morena, era llegado para los franceses el instante de caer sobre las provincias andaluzas. Favorecíales las victorias conseguidas por Napoleón en Alemania, que permitieron reforzar su ejército de operaciones en la península hasta formar un total de 300,000 soldados, ayudabales también la inacción en que permanecían las ingleses, no menos que el triste estado en que se hallaban nuestras tropas, desmoralizados por los desastres de Ocaña, Medina del Campo y Alba de Tormes; y la invasión no se hizo esperar. Entrado el mes de Enero, se puso en movimiento el rey José con los cuerpos primero, cuarto y quinto (55,000 soldados), y en compañía de Soult dirigiose hacia Sierra Morena, cuyo paso trataba de impedirle Areizaga con 25.000 hombres, reliquias de los últimos combates. Los franceses, sin embargo cruzaron la sierra, Victor por la derecha, José por el centro, y Sebastiani por la izquierda, arrollando las fuerzas que se les oponian; fuerzas encasas en número, y no aventajas con algunas obras de fortificación pasajera. En su consecuencia, todo el ejército español que ocupaba aquellas asperezas, después de haber sostenido rudos y parciales choques, hubo de retirarse desalentado al corazón de Andalucía, y quedar reducido á vagar por el pais en batallones sueltos. Los enemigos entraron en Jaén, Córdoba, Málaga y Granada; Sevilla capituló el 1.° de Febrero, y la Junta Central, que en los últimos dias del mes se habia retirado de esta ciudad, buscó un refugio en Cádiz. Censuran los historiadores militares franceses la poca rapidez con que se movió el ejército enemigo, para obtener la total conquista de Andalucía antes que la Junta Suprema pudiera organizar la defensa de Cádiz, y elogian con motivo los españoles, la conducta del duque de Alburquerque que, enterado del movimiento de los imperiales sobre Andalucía, desde Don Benito, donde tenía su cuartel, movióse para auxiliar á Areizaga, y, no habiendo logrado su intento, marchó apresuradamente á la isla de León, para proteger á la Junta, ganando por la mano al enemigo. A causa de la diligencia de Alburquerque, reuniéronse en Cádiz grandes elementos de resistencia, y cuando el ejército francés llegó a sus inmediaciones, pudo convencerse de que no seria facil la rendición de esta plaza. Presentáronse en Cádiz, además de las tropas de Alburquerque, las inglesas que mandaba el general Graham, la escuadra mandada por los almirantes Purvis y Alava, y las tropas que Blake condujo por mar, después de haber reorganizado en Murcia las reliquias del ejército del Centro; por manera que llegaron á reunirse 20,000 hombres entre nacionales y extranjeros, decididos á defender la plaza a todo trance. El enemigo imitó la rendición el 6 de Febrero y, despreciada por la Junta, empleó lo restante del mes en preparativos, rompiendo en Marzo las hostilidades; pero hubo de detenerse frente á las murallas de Cádiz largo tiempo, en el transcurso del cual modificóse la fisonomía de la guerra.


El general D. José Ramón Rodil

Ya hemos dicho que Napoleón, vencida el Austria, pudo mandar á la Península respetables fuerzas que engrosaron los distintos cuerpos que en ella operaban. Recibió, gracias á esto, la guerra un impulso formidable, así en el Norte como en el Mediodia de España. En Cataluña Augereau quiso restablecer la comunicación de Barcelona con la frontera y lo consiguió á costa de varios combates sangrientos, en uno de los cuales fué vencido por los generales Porta y O'Donnell; ganó la villa de Hostalrich y puso sitio á su castillo, que se rindió dos meses después. Algunas ventajas consiguieron por este tienpo los somatenes; pero no bastaron á compensar la pérdida de Hostalrich, á la que siguió la de Lérida. El 12 de Abril el mariscal Sachet sitió con 20,000 hombres esta plaza, que, sobre carecer de buenas fortificaciones, habia recibido en su recinto multitud de fugitivos del campo; la resistencia fué dirigida con gran energia por García Conde; practicáronse salidas, rechazáronse asaltos, hízose enmudecer la artillería enemiga; pero Suchet, que en este intervalo habia derrotado en las llanuras de Margalet al general O'Donnell que acudía en socorro de Lérida, una vez reconoció las brechas practicables, lanzó sus columnas contra ella (13 de Mayo), y consiguió que penetraran en la plaza. La guarnición retiróse al castillo y con ella una gran parte de los habitantes, lo que imposibilitó su buena defensa por la aglomeración de bocas inútiles. Influyeron aquéllos en el gobernador, para que capitulase, recibió idéntica excitación de la Junta de Lérida, y García Conde hubo de efectuar la entrega del Castillo el 14 de Mayo, dejando en poder del enemigo Lérida y sus fuertes.

Si la conquista de Lérida fué de gran importancia por la posicion que ocupa esta plaza, y por ser cabeza de una provincia, la de Tortosa, emprendida poco después por el mismo Suchet, no debia ser menos ventajosa, en cuanto aseguraba á los franceses la excelente linea del Ebro, quedando el enemigo en actitud de amenazar las provincias de Aragón y Valencia, ó de darse la mano con los cuerpos franceses que operaban en Cataluña. Tortosa fué defendida con escaso acierto y brio, y su gobernador, conde de Alache, contra la voluntad de las tropas, pidió capitulación asi que vió abierta la brecha (29 de Diciembre). Entre tanto el general O'Donnell, que había tomado el mando en jefe del Principado, supo con sus atinadas disposiciones molestar constantemente á Macdonald, que reemplazó á Augereau, y como el caudillo francés tuviera escalonadas parte de sus fuerzas en las inmediaciones de Cervera, realizando una marcha rápida, cayó de improviso sobre La Bisbal, y sorprendió y destruyó al general Schwartz (14 de Setiembre); pero este triunfo, así como la recuperación de San Felíu de Guixols y Palamós, no bastaron á compensar la pérdida de las dos importantes plazas catalanas. En Aragón también se perdió la de Mequinenza, y en Valencia la de Morella.

Continuaba por este tiempo el sitio de Cádiz, donde la Junta Central habia sido reemplazada por una Regencia; y, como en Cataluña, también las partidas hacían importantes servicios á la causa nacional. La modificación del gobierno influyó poderosamente en la defensa, el ejército del centro se organizó á las órdenes de Blake y expulsó á Sebastiani de Murcia; Mortier, que operaba por el costado de Extremadura, vióse constantemente atormentado por nuestras tropas, Tarifa rechazó al enemigo, los serranos de Ronda expulsaron de esta ciudad á los imqeriales; en cambio el mismo Blake, tratando de avanzar hacia la provincia de Granada, vino á las manos con el general francés Rey y sufrió terrible derrota (2 de Noviembre), y Sebas-

tiani envolvió é hizo prisioneras, sin grande elusión de sangre, las tropas que atacaron el castillo de Fuengirola. No se conseguían, pues, ni era fácil que se consiguieran, ventajas positivas sobre el enemigo. Lo único que se lograba era prolongar la guerra, y esto por si sólo era ya bastante, dada la situación del país y la falta de cohesión de los elementos de resistencia. En Asturias, donde entró el general Bonnet con 12,000 hombres, perdióse y se recuperó varias veces á Oviedo, de la que por fin se hicieron dueños los franceses; en Galicia, la ciudad de Astorga defendióse heróicamente dirigida por el ilustre Santocildes; pero, rodeada por un ejército de 26,000 infantes y 8,000 caballos, que mandaba Junot, no era de presumir que resistiese largo tiempo, y después de sostenerse treinta y dos dias y rechazar algunos asaltos, capituló falta de municiones de guerra.

El enemigo dejó al pié de las flacas murallas de esta plaza 3,000 soldados y este es el mejor título que acredita la bizarría de sus defensores. Parciales ventajas y reveses registra la campaña de Asturias y Galicia en este año; pero las derrotas que sufrieron los nuestros en Moscoso de Luarca y en Navia destruyeron el equilibrio que hasta entonces nuestras armas habían conservado en aquella región de la península. Intimamente ligadas las operaciones que en ella tuvieron lugar con el plan de invasión en Portugal, es fuerza dedicar algunos párrafos á las célebres líneas de Torres-Vedras, que constituyen bello timbre para Wellington. Hé aquí cómo se ocupa de ellas un eminente tratadista francés:

«Era Portugal, ocupado por el ejército inglés, como fortaleza inexpugnable colocada en el flanco derecho y en el centro de la línea de operaciones del ejército francés, extendido desde Bayona hasta Cádiz; las plazas de Ciudad-Rodrigo y de Badajoz formaban como las obras avanzadas de este baluarte. Massena fué el designado por Napoleón para rechazar aquel ejército hasta el mar y para entrar en Lisboa. Este general tenía consigo el segundo y sexto cuerpo, á los cuales se unió el octavo que Junot traía de Alemania. Ney recibió orden de sitiar á Ciudad-Rodrigo y Almeida, cuyas poblaciones podían servir de puntos de partida y de apoyo al ejército invasor. La primera de estas plazas capituló a los veinticinco días de trinchera abierta; un acontecimiento casual produjo la rendición de la segunda: á los doce dias de ataque se incendió un almacén de pólvora que destruyó la ciudadela y á la mayor parte de la guarnición.

»El general inglés (Wellington) no se opuso á estos sitios: había escogido por linea de retirada el valle de Mondego, cuyos afluentes presentan excelentes posiciones; pero el movimiento de Massena sobre Viseu le obligó á concentrar sus tropas en un punto intermedio que cubría á Coimbra y á Lisboa á la vez.

»La reunión de los cuerpos enemigos (ingleses), tuvo lugar el 26 de Setiembre de 1810, en la meseta de Busaco. Si el ejército francés hubiese atacado inmediatamente después que llegó á esta posición, no hubiera tenido que combatir más que á las tropas que Wellington había traído con él; pero perdió un día, y tuvo que luchar contra todas las divisiones enemigas, y contra las dificultades de una posición formidable. El ataque impetuoso de los cuerpos sexto y octavo se estrelló contra la obstinada resistencia de las tropas inglesas; al día siguiente Massena, mejor aconsejado, resolvió envolver la posicion y lo consiguió: Wellington no intentó aprovecharse del movimiento de flanco bastante extenso de sus adversarios, y se replegó sobre las lineas de Torres-Vedras, devastando el país que abandonaba y llevando delante toda la población. La batalla de Busaco costó siete mil hombres al ejército francés.

»Adoptaron en esta ocasión los ingleses un género de combate que siguieron constantemente en las últimas guerras y casi siempre con buen éxito. Consistía en una defensiva incesantemente agresora; en las alturas de un acceso difícil se replegaban en dos lineas, la primera algunas veces á la mitad de la cuesta, y la segunda detrás de la cima. Cuando el agresor, después de haber rechazado esta primera linea, coronaba la altura, descargaban sobre él un fuego mortífero de fusilería y de metralla, á tiro de pistola antes que pudiese ordenar sus filas. Si resistía é intentaba desplegar, la segunda línea inglesa, apoyada por la reserva y la caballería, operaba un movimiento en masa y lo destrozaba; después volvía á su puesto, donde se mantenía en actitud de rechazar del mismo modo un nuevo ataque. Este método de combate era muy apropiado al carácter del soldado inglés, cuyas cualidades son la sangre fría y la obstinación. Los portugueses eran los especialmente encargados de las operaciones de las guerrillas; atendían también á la subsistencia de los destacamentos y cubrían el frente de las tropas inglesas con numerosos tiradores.

»Tan pronto llegó Massena frente á las líneas de Torres-Vedras, reconoció que eran inexpugnables; pero pensó que cuando menos podria contener al enemigo, y que, ocupando de esta manera, con fuerzas inferiores, al ejército más fuerte que hubo en la Península, daría al rey José la posibilidad de afirmar su autoridad en el Mediodía de España. Cinco meses se pasaron en observación en medio de las privaciones más crueles por estar completamente arruinado el país; por último, la falta absoluta de víveres obligó al mariscal á replegarse á Santarem. Para que la expedición á Portugal hubiese dado el apetecido resultado, era indispensable la cooperación de Soult en tiempo oportuno; el cual, si hubiese podido obrar por la orilla izquierda del Tajo, al mismo tiempo que Massena estrechaba á los ingleses en la orilla derecha, hubiera obligado á éstos, según todas las probabilidades, á embarcarse. Los embarazos de la expedición de Andalucía no permitieron esta combinación; sin embargo. después de la batalla de Ocaña debieron dirigirse todas las fuerzas del ejército contra Wellington.»

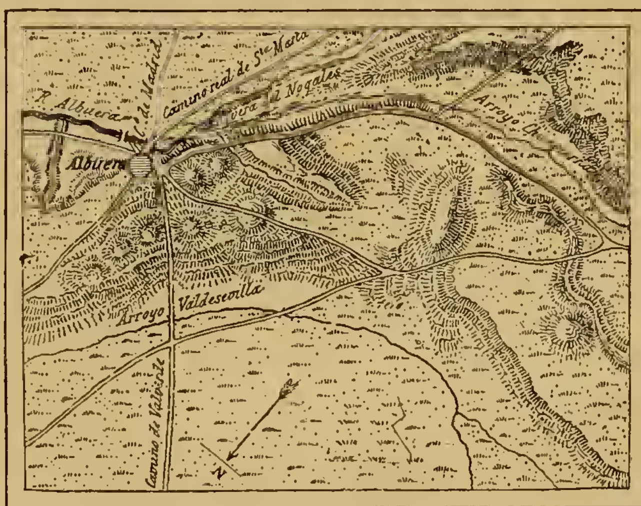
A principios de 1811 Soult, que mandaba en jefe los ejércitos del Mediodía, después de haber ordenado á Sebastiani que contuviera al ejército de Murcia, y á Victor que continuara frente á Cádiz y Gibraltar, marchó sobre Olivenza, que ganó después de doce días de asedio, y fué a sitiar la plaza de Badajóz, cuya guarnición se compooia de 9,000 hombres puestos á las órdenes del general Menacho. No se hallaban las fortificaciones de la plaza extremeña en estado de sostener un cerco en regla; pero sus defensores, como los de otras muchas ciudades españolas, tenían grandes alientos. El 28 de Enero el enemigo empezó á levantar trincheras; el 1.° de Febrero intimó la rendición que fué rechazada, y el 9 el general Mendizábal se puso con 8,000 infantes y 1,200 caballos en la margen derecha del Guadiana, y campo de Santa Engracia. Mendizábal cometió la falta de no fortificar aquel río y el Gévora, como le aconsejaba Wellington, y Soult, persuadido de que nada adelantaría frente a Badajoz, mientras no derrotase a Mendizábal, forzó las posiciones españolas en las márgenes del Gévora y derrotó por completo á los nuestros, causándoles terribles bajas. El sitio prosiguio con actividad, sosteniéndose continuos combates y no disminuyendo el aliento de los cercados; pero el 4 de Mayo murió el gobernador Menacho, y el que le reemplazó, menos enérgico y valeroso, desoyendo los avisos que desde Yelves se le dieron, prometiéndole socorro (puesto que el ejército de Massena se retiraba acosado por los anglo-portugueses) capituló el 10 de Marzo. Quedaron prisioneros 7 235 españoles y en poder del enemigo 170 piezas con numeroso material de guerra.

La rendición de Badajoz dió lugar á un decreto de la Regencia, en el que se prevenía que llegado el caso de capitular, previo consejo de guerra, el militar de mayor graduación que opinara por la resistencia, se hiciese cargo del mando, quedándole subordinados los demás.

Interin el mariscal Soult llevaba á cabo la toma de Badajoz, los generales Lapeña y el inglés Graham, con el ejército que mandaban proyectaron desde Cádiz una expedición á Tarifa, sitiada por los franceses. Esta expedición compuesta de 11,200 infantes (de estos 4,300 ingleses), y de 8,000 caballos (200 británicos), con 24 piezas, se embarcó en Cádiz el 27 de Febrero y el mismo día llegó á Tarifa, desde donde Lapeña se dirigió hacia Chiclana, con objeto de darse la mano con las fuerzas que el general Zayas tenía en la isla de León, al otro lado del canal de Sancti-Petri. Pero Zayas, advirtido de la llegada de la expedición y avisado de que el ejército se presentaría no por Sancti-Petri sino por Medina Sidonia, no se movió en demanda de Lapeña y el mariscal Victor, que interpretó el pensamiento de éste, fué á colocarse en los pinares de Chiclana para cerrarle el paso. Allí se entabló la batalla, que hubiera sido funesta a nuestras armas, de no haberse desentendido Graham de las órdenes de Lapeña, recobrando las posiciones que aquél le hizo abandonar y destrozando en ellas á la división Ruffin. Pero este triunfo no fué de trascendencia alguna, porque Lapeña no cooperó á la destrucción del ejército francés, permaneciendo inactivo junto al canal de Sancti-Petri, como temeroso de que le cerrasen el paso á la isla de León. Con tal proceder y dejando escapar al enemigo sobre Puerto-Real, se esterilizó el triunfo conseguido en Chiclana; y de aquí se originaron entre los aliados disentimientos tales, que dieron lugar a que se separara á los dos generales del mando, cuando ya se habian abandonado las

posiciones de Sancti-Petri y Chiclana, que los enemigos volvieron á ocupar. Los franceses llegaron por aquellos días á lanzar sobre Cádiz algunos proyectiles que sembraron en la población la consiguiente alarma.

La retirada de Massena á Salamanca y Zamora fué seguida del movimiento de Wellington á Yelves, y del mariscal inglés Beresford, que militaba á las órdenes de aquél, contra las plazas de Campo Mayor, Olivenza y Badajoz. Esta quedó bloqueada el 23 de Abril, y en los primeros días de Mayo, consiguióse adelantar las obras ofensivas á corta distancia de las fortificaciones exteriores; pero el general Filippon, que mandaba la plaza, rechazó vigorosamente los ataques, y el mariscal Soult, que se hallaba en Sevilla, noticioso del asedio, marchó en socorro de Badajoz, dejando frente á Cádiz y en Sevilla tropas suficientes para contener á los españoles. Soult logró reunir un ejército fuerte de 20,000 infantes, 4,500 caballos y 40 cañones. Wellington, que había previsto su llegada, se puso de acuerdo con el general Castaños, que mandaba el 5.º cuerpo español, al objeto de presentar batalla al ejército francés en los campos de Albuera, pueblo situado entre la carretera de Sevilla á Badajoz y centro de otras comunicaciones con Andalucía y Extremadura. El 15 de Mayo juntáronse en el Almendral Castaños, Blake, con un cuerpo de ejército procedente de Cádiz, y Beresford, que al saber la aproximación de los imperiales levantó el sitio de Badajoz y con los anglo-lusitanos, acudió, según lo convenido, al punto de reunión. Sumaban todas estas tropas 30,000 hombres, de los cuales 27,000 eran de infantería y los restantes de caballería. Ascendían las fuerzas españolas á 14,000 hombres. Beresford tomó el mando en jefe, por ser el que conducía más fuerzas, y el mismo día, 15 de Mayo, se hicieron los preparativos para la batalla, pues ya se distinguían las avanzadas de ambos ejércitos. El 16 uno y otros empezaron á tomar posiciones.



Plano de la batalla de Albuera

Hállase situada Albuera en la carretera de Sevilla á Badajoz y á cuatro leguas de ésta, al pie de una pequeña altura, eslabón de una serie de lomas cuya vertiente riega el riachuelo Valdesevilla. En estas lomas tomaron posición los aliados. Por el lado opuesto á dicha altura, corren los arroyos Chicapuerca y Nogales, cuyas aguas van á aumentar las del río Albuera, cerca del pueblo de este nombre. Un tosco puente de piedra situado más arriba del pueblo, sobre el río, abre paso á la carretera de Santa Marta. Por esta parte se presentaron los franceses teniendo delante á los arroyos Nogales y Chicapuerca, que, como hemos dicho, van á desaguar en el Albuera y cuyo paso podía efectuarse por dos puentes, uno frontero al pueblo, otro situado á la izquierda. Los aliados ocuparon las posiciones siguientes: «el ala derecha, sobre el camino de Valverde á Leganés, formaba dos líneas cubiertas por tropas españolas al mando de los generales Lardizábal y Zayas, que eran apoyadas por la caballería también española, del conde Penne Villemur; el centro, compuesto por las tropas anglo-lusitanas, se hallaba entre los españoles y el pueblo de Albuera, en el cual se apoyaba el ala izquierda de los aliados que estaba á su vez defendida por la división portuguesa del general Hamilton; y el pueblo propiamente dicho lo ocupaban las tropas británicas al mando del general Alten. Los aliados, además, formaron una segunda línea paralela á la primera, como de reserva, con tropas procedentes de Badajoz á las órdenes del general Cole.» A las ocho de la mañana del 16 de Mayo de 1811, las guerrillas de ambos ejércitos rompieron el fuego; Soult, entre tanto, colocó un regimiento y una batería de grueso calibre frente al pueblo para llamar la atención de los aliados sobre la izquierda de su línea, y atacar vigorosamente su derecha, por cuyo lado comunicábanse éstos con Badajoz. A este fin ordenó á los generales Godinot y Gazan que avanzasen sobre el puente de Albuera, cañoneado largo rato por la artillería: su objeto no era otro que entretener á los aliados y ganar tiempo para salvar los arroyos Nogales y Chicapuerca, desplegar el grueso de sus fuerzas perpendicularmente á la línea aliada; destrozar la derecha de ésta y batir á los anglo-hispanos, arrojando sus reliquias sobre Badajoz y el Guadiana, donde concluiría de destruirlos con el auxilio de Marmont, que había sucedido á Massena en el mando del ejército francés de Portugal. Pero Beresford se hizo cargo del pensamiento de Soult, y sin perder momento mandó grandes refuerzos á su derecha y formó con las tropas que la constituían un ángulo recto, reforzando esta parte de la línea con otra de reserva. El orden de batalla quedó cambiado, y los aliados vinieron á ocupar una línea casi perpendicular á la que antes tenía (1). Aun no había terminado esta maniobra, cuando el 5.º cuerpo francés mandado por Girard y secundado por fuerzas de caballería y de artillería atravesaba los arroyos Chicapuerca y Nogales arrojándose sobre los soldados de Zayas y Lardizábal. Los españoles sostienen el choque, y una carga á la bayoneta dada por el flanco hace retroceder al ene-

(1) A propósito de la batalla de Albuera, merece consignarse en este lugar el siguiente párrafo que copiamos de las *Memorias íntimas* del general D. Fernando Fernández de Córdova. Refiérese éste á los discursos familiares que en las tertulias improvisadas durante la primera guerra civil, dirigía á los jóvenes oficiales el general Zarco del Valle, y dice:

«El mariscal Beresford mandaba en 1811 el ejército aliado de ingleses, portugueses y españoles, fuerte de 31.000 infantes y 3 600 caballos. Una parte sitiaba la plaza de Badajoz. El mariscal Soult recibió la orden de Napoleón para socorrerla, y con este objeto marchaba desde Sevilla por el camino real, con fuerte y aguerrido ejército, mientras Beresford, levantando momentáneamente el sitio, formó en batalla delante de Albuera, á cuatro leguas de la plaza, para recibir á su contrario. Los aliados, establecidos en dos líneas, formaban en orden de batalla con los españoles, bajo el mando de Blake, Castaños Ballesteros y de otros primeros generales de gran fama. Todo el ejército lo acaudillaba su jefe el ilustre general inglés. Mandó éste á Zarco al amanecer del día de la batalla, que se adelantara al encuentro de los franceses para avisarle con tiempo de su aproximación. Corrió, en efecto, éste por el camino de Sevilla con toda la diligencia que, como su saber, tenía acreditado, y divisó al ejército enemigo que llegaba desplegado en tres grandes columnas dispuestas para el combate con fuertes reservas. Volvió sin perder minuto el oficial Zarco á dar cuenta del desempeño de su comisión; mas, al avistar á los nuestros desplegados para recibir al enemigo, pudo observar el defecto de la dirección en que nos encontrábamos. Según su formación, una de las alas resultaba retrasada. Consiguientemente, el orden con que iban á recibir los aliados á su contrario era oblicuo, ofreciendo á los franceses la ventaja de poder envolverlos, tomando de flanco á los españoles, que recibirían así el empuje de todo el ejército francés. Blake, Castaños y otros generales, reunidos con Beresford, comprendieron al momento todo lo falso de la posición que mantenían y Zarco les denunciaba, apresurándose á rectificar la línea por medio de un gran cambio de frente y por simultáneos movimientos, bien y prontamente ejecutados. La batalla se dió según esta nueva disposición, en un orden paralelo. Los esfuerzos y la tenacidad de Soult resultaron vanos. Las tropas de las tres naciones aliadas, combatiendo á la defensiva, rechazaron en todas partes al ejército francés, y es indudable, y así lo reconocieron los generales aliados, que á Zarco se debió el éxito victorioso, que casi siempre depende de las primeras disposiciones del combate.

migo. Renuévase el combate, reforzando Soult sus columnas con caballería y algunas piezas; pero Beresford, que ha hecho reforzar los diezmados regimientos españoles de la primera línea, con dos brigadas inglesas y algunos escuadrones, logra sostener el empuje de los enemigos, situados ya en la falda de las lomas, y de nuevo les arroja hasta el Chicapuerca. Entonces tuvo lugar un lamentable suceso que los historiadores refieren así: en el ardor de la pelea, un corto número de lanceros polacos rebasaron la línea española, colocándose entre ésta y la inglesa, y corriendo de uno á otro lado en el intervalo que las separaba. Persuadidos los ingleses de que la primera línea había sido rota, rompen un nutrido fuego contra los jinetes y los españoles, y gracias á la serenidad de éstos, consigue deshacerse la equivocación cuando ya todos los lanceros enemigos habían perecido.

Derrotados los imperiales en la derecha, impotentes para vencer la izquierda aliada, puesto que Godinot ha sido también rechazado frente Albuera, trata en balde Soult de renovar los ataques en toda la línea, pues nuevamente ha de repasar con grandes pérdidas los dos arroyos, y tomar posiciones en el bosque del camino de Santa Marta. La batalla puede darse por terminada en aquel momento (medio día): 7,000 franceses y 5,000 aliados yacen sobre el campo. No se ha hecho prisionero alguno, lo que prueba la saña de los combatientes. Pero Beresford, bien sea por la superioridad de la caballería imperial, ó bien por el cansancio de sus soldados, no persigue al enemigo, y Soult, después de haber permanecido hasta el 18 en sus posiciones, retírase lentamente hacia Llerena. Los historiadores franceses, después de reconocer la derrota de Soult, afirman que éste realizó su plan de librar á Badajoz del asedio: lo que positivamente puede deducirse de esta batalla, fué que aseguró la posición que Wellington ocupaba en Portugal.

Mientras ocurrían estos sucesos en Andalucía, continuaba la guerra con fortuna varia en el resto de la Península. En Cataluña, donde el marqués de Campoverde había reemplazado al general Iranzo, la sorpresa del castillo de Figueras, la reconquista de los fuertes de Olot y Castellfollit y algunas otras ventajas conseguidas sobre las armas imperiales, había mantenido el vigor de los naturales. Pero los franceses, más afectos á los lauros conquistados en la guerra regular, que en los combates que origina la de pequeña escala, propusiéronse ganar la plaza de Tarragona, medianamente fortificada y defendida únicamente por 7,400 hombres, bien es cierto que sus moradores se hallaban muy bien dispuestos, y que su gobernador D. Senén de Contreras era tan excelente patriota como digno militar. Suchet tomó á Reus como base de operaciones, practicó un hábil movimiento antes que Campoverde pudiera oponérsele, y el 4 Mayo de 1811 acordonó con 20,000 hombres la plaza. Pero como Tarragona podía comunicarse por mar con el resto del país, logró recibir un socorro de 2,000 hombres. Los imperiales apoderáronse por sorpresa, aunque no sin lucha, del fuerte del Olivo, que asienta en una colina próxima á la plaza. Intimaron la rendición á ésta, y rechazada que fué, comenzaron á construir las obras de ataque Nada hizo de provecho el marqués de Campoverde para estorbarlas, y sus disidencias con el gobernador de Tarragona contribuyeron, sin duda alguna, á la pérdida de esta importante ciudad. Favorecido Suchet por la inacción de Campoverde, pudo avanzar sus paralelas y comenzó á batir con gran furia los fuertes de Orleans y Francolí, que después de una brillante defensa hubieron de abandonar los sitiados. No pudieron éstos impedir tampoco que el enemigo se apoderara del baluarte de San Carlos y del Fuerte Real, y en breve quedaron reducidos al recinto. Mas ni los tarraconenses ni Senén Contreras dieron por eso oídos á las nuevas proposiciones de Suchet. Animóles el día 26 de Agosto la presencia de algunos barcos con tropas inglesas procedentes de Cádiz, pero al ver los recién llegados el triste estado de la plaza, mostráronse tan tibios, que Contreras no impidió su reembarque; y á consecuencia de esto, quedaron los sitiados reducidos á sus propias fuerzas, y no tardaron en demostrar su abnegación y su heroísmo. El 28, después de abierta brecha en el baluarte de San Juan, Suchet dispuso un falso ataque por otro punto, con objeto de distraer á los tarraconenses, y al mismo tiempo precipitó sus columnas al portillo. Allí los recibió Contreras con dos batallones de granaderos y uno de Almería; allí abocó Suchet todas sus fuerzas, y al frente de ellas un batallón de honor organizado de improviso con oficiales. Ya no fué posible prolongar la resistencia; el número venció al valor, y el enemigo, precipitándose por la brecha al interior de la plaza, cometió los más terribles desafueros. Cuarenta y cuatro días duró el sitio; perdieron en él los imperiales unos 7,000 hombres, pero aseguraron su preponderancia en la región oriental de la Península. Campoverde, perseguido por Suchet y censurado por la opinión, emprendió una marcha retrógrada por Agramunt y Arenys de Mar á Vich, donde entregó el mando á Lacy. Contreras, hecho prisionero, fué conducido al castillo de Bouillon, en los Países Bajos, de donde más adelante consiguió evadirse.

Para extender su influencia y redondear sus conquistas en el Principado, Suchet condujo sus tropas á la provincia de Barcelona y se apoderó del Santuario de Montserrat, donde se hallaba el barón de Eroles con 2,000 hombres de fuerzas irregulares (25 de Julio); luego trasladóse á Valencia, donde Blake había organizado su ejército y se disponía á resistirle con vigor. Inauguróse la campaña funestamente para los españoles, pues los cuerpos de Freire y O'Donnell, que intentaban darse la mano con Blake, fueron respectivamente derrotados en Baul y en Barbate. Blake concentró todos los elementos de defensa en Valencia. Suchet, con un ejército de 22,000 soldados y cuidando de asegurar sus comunicaciones, avanzó á esta ciudad por Murviedro, cuya plaza, resistiendo el ataque de los imperiales, dió tiempo á Blake para acudir en su auxilio con 22,000 hombres. No maniobró, sin embargo, éste con la necesaria rapidez, pues habiéndose detenido en las cercanías de Murviedro, dió lugar á que Suchet concentrara sus fuerzas y las desplegara con oportunidad el 25 de Septiembre. Blake adivinó cuál era la llave de las posiciones enemigas, una pequeña loma situada en su centro, y mandó contra ellas el grueso de sus tropas; pero el combate allí empeñado, que hubiera podido ser decisivo, comprometiólo el movimiento de las alas, y más que todo una falsa maniobra ejecutada en la izquierda, resultando una derrota para el ejército español, que se retiró sobre el Guadalaviar. Seguidamente capituló Murviedro.

Abierto al enemigo el camino de Valencia, objetivo de la campaña y presa codiciada por el Emperador; Suchet avanzó hasta las inmediaciones de aquella ciudad, y en los primeros días de Noviembre colocóse en la izquierda del Turia, estableciendo un cuartel general en Paterna, donde esperó la llegada de refuerzos. Blake distribuyó sus fuerzas por la derecha del río y cercanías de la capital, organizando en ésta activamente la defensa; mas, por desgracia, á los socorros que pidió á la Regencia, sólo pudo responder ésta con el envío de 4,000 hombres mandados por Freire, y el enemigo, engrosadas sus fuerzas por cuatro divisiones del ejército que operaban en Portugal, llegó á ser muy superior en número, pues reunió 34,000 soldados, y de éstos 3,000 de caballería (13 16 Diciembre de 1811). Con estas fuerzas creyó Suchet que podría atacar ventajosamente las posiciones españolas, y, en efecto, hízolo así el 25 por la noche y empujó á los varios cuerpos que formaban la línea de defensa, logrando, después de parciales y rudos combates, cercar por completo al ejército de Blake y cortar sus comunicaciones. No tardó en quedar completamente aislada la ciudad y el caudillo español reducido á la defensa de sus murallas. Entonces trató de conjurar el peligro que le amenazaba, dejando á O'Donnell en Valencia y forzando él con el grueso del ejército las líneas enemigas; operación realizada la noche del 28 y que ciertamente hubiera producido resultado, de haberse emprendido con mayores precauciones y efectuado con más arrojo; pero detenida una división junto á una acequia, dióse lugar á que el enemigo se pusiera en armas, y Blake, que se hallaba presenciando el desfile de las tropas, dispuso suspenderla, en espera de mejor ocasión. Tan sólo logró ponerse en salvo la vanguardia del ejército, compuesta de la división de Lardizábal; los demás cuerpos regresaron á la ciudad.

No debía tardar Valencia en abrir sus puertas al enemigo. El 3 de Enero de 1812, construídos los reductos y parapetos contra la ciudad y abiertas las primeras paralelas, rompieron el fuego los imperiales; ganaron el mismo día y á costa de sensibles pérdidas al monte Olivete y el hornabeque del arrabal de San Vicente, y los siguientes emplazaron nuevas baterías. El 5 ocuparon la línea exterior abandonada por los nuestros, y al medio día comenzaron á bombardear la ciudad; el 6 intimaron la rendición, que fué rechazada, y prosiguió el bombardeo. No se equivocaba Suchet respecto á los efectos que éste había de producir, y, por lo mismo, hizo que en los días 7 y 8 arreciara el fuego, produciendo tantas desgracias en la población, que los vecinos acudieron en súplica al general para que capitulase. Crítica fué entonces la situación de Blake, porque si es verdad

que capitulando ahorraba á la ciudad los desastres que siguen á un asalto, en cambio su ejército quedaba prisionero del enemigo. Pero como era imposible ya pensar en la retirada, reunió consejo y decidió con su voto la entrega. El 9 de Enero de 1812 se firmaron las bases de la capitulación, y en virtud de ella salió de Valencia el ejército español con los honores de la guerra, quedando prisionero. El 14 hizo su entrada en la ciudad el caudillo francés.

«La conducta del general Blake durante las operaciones de Valencia, dice un escritor, se presta indudablemente á algunas censuras. Debió, una vez perdida la batalla de Sagunto, ya que no retirarse de Valencia, pues una orden de la Regencia le prescribía defender á todo trance esta capital, haber obrado con más previsión, aumentando considerablemente los elementos reunidos en aquella población, dando á sus habitantes la mayor participación posible en la defensa. Así hubieran logrado imitar á Zaragoza y Gerona, confundiendo en un solo haz á soldados y paisanos, decididos todos á defender la ciudad, y entonces hubiese conseguido, por lo menos, alargar la defensa de Valencia, amenguando su responsabilidad en el caso de verse obligado á capitular. El 28 de Diciembre de 1811, al tratar de retirarse, adoleció Blake de falta de resolución. Con más energía y decisión, el ejército se hubiera salvado atravesando la línea enemiga, como lo hizo el intrépido coronel Michelena. Culpable fué del mal éxito de nuestras armas el general Mahy, por su débil defensa de las posiciones que le estaban confiadas en la línea exterior de la ciudad de Valencia, las cuales abandonó prematuramente, retirándose sobre el Júcar, quedando así, por lo tanto, separado del ejército de Blake. Este general, aun cuando, como decimos, estuvo desacertado en sus disposiciones, es digno, sin embargo, del mayor respeto, por sus constantes servicios á la causa de la patria, para servir á la cual dejó por dos veces la presidencia de la Regencia, ó sea del gobierno supremo de España, para ir á sufrir las privaciones y peligros anejos al mando de un ejército en campaña. Conducido á Francia, Blake fué encerrado en el castillo de Vincennes, donde permaneció hasta que la primera caída de Napoleón le abrió las puertas de España (1814).»



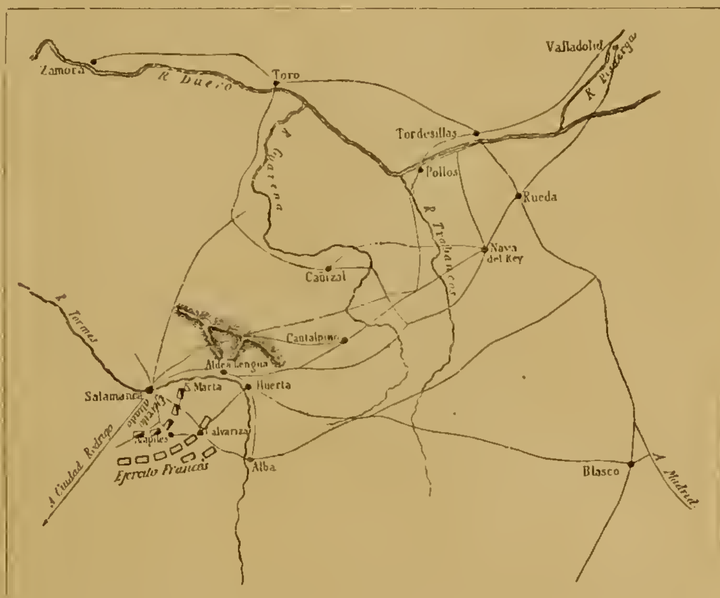
Lord Arturo Wellesley, duque de Wellington

La campaña de 1812, que comenzó para los españoles con tan malos auspicios, registra, además de la pérdida de Valencia, los siguientes sucesos de importancia: la reconquista de Ciudad Rodrigo y Badajoz, la batalla de Salamanca, el sitio del castillo de Burgos por los aliados y el levantamiento del cerco que los imperiales tenían puesto á Cádiz.

Después de la batalla de Albuera, ya hemos dicho que los aliados dejaron alejarse al enemigo sin perseguirle. Tampoco Wellington efectuó movimiento alguno para enlazarse á los vencedores, caer sobre Soult y oprimirle en el fondo de Andalucía. Permaneció, pues, junto á Badajoz, resuelto á apoderarse de ella, y dió tiempo para que Soult rehiciera sus tropas, y, de concierto con Marmont y Drouet, acudieran con respetables cuerpos á las márgenes del Guadalquivir, obligándole á levantar el cerco, después de haber dado á la plaza dos impetuosos y estériles asaltos. Entonces Wellington, repasando el río, fué á colocarse entre Campo Mayor y Yelves, las tropas españolas se separaron de las británicas, Blake con su gente, después de una excursión poco feliz por el condado de Niebla, trasladóse á Valencia, según ya hemos visto, y Castaños, con el 5.º cuerpo, se situó en Valencia de Alcántara. Dividiéronse también los franceses, y mientras Soult tomaba presuroso la vuelta de Sevilla, Marmont, falto de subsistencias, tomó la dirección de Almaraz, y Drouet, después de varias evoluciones, cayó sobre Andalucía. A esto se redujeron las operaciones en la parte meridional de la Península. En el Noroeste no habían revestido gran importancia, pues la guerra, reducida á operaciones en pequeña escala, en las que tanto descollaban nuestros guerrilleros, registra como hecho de monta, el triunfo conseguido en Cogorderos, por el general Santocildes sobre el francés Valleteaux.

Rendida Valencia el 9 de Enero de 1812, aseguró Suchet sus comunicaciones con el Principado por el litoral, ocupando el castillo de la Peñíscola, que se le sometió por deslealtad de su gobernador, y en 26 de Enero, también los franceses se apoderaron de Murcia, donde trató de sorprenderlos el bizarro general don Martín de la Carrera, con más arrojo que prudencia, puesto que pereció con los cien jinetes que le acompañaban en las calles de dicha ciudad. Quedó, pues, casi todo el litoral en poder del enemigo, parte de cuyas tropas se hallaban aún detenidas frente a Cádiz, mientras que las mandadas en Diciembre de 1811 contra Tarifa, sufrían tan serio descalabro en el sitio y asalto de esta ciudad, que á principios del siguiente Enero retirabanse dejando en poder el general Copons, heroico defensor de la misma, la mayor parte de su artillería y centenares de prisioneros. Pero el ejército francés de España, entrado el año 12, sufrió alguna merma á consecuencia de los preparativos de la campaña que Napoleón proyectaba contra Rusia, y esta circunstancia vino á favorecer la causa de la independencia, porque los imperiales quedaron reducidos á la cifra de 239,000 hombres próximamente, de estos 58,000 en el Mediodía, 14,000 en el Centro, 55,000 en Portugal y la frontera española, 62,000 en Aragón, Valencia y Cataluña, y 50,000 en el Norte. Eran estas tropas insuficientes para atajar el fuego de la guerra, y diseminadas como se hallaban, no ofrecían en parte alguna una masa importante. Wellington creyó que era llegado el momento de tomar la ofensiva, y desde las posiciones que ocupaba en Fuente-Guinaldo, en el Agueda, trató de caer sobre la plaza de Ciudad Rodrigo, plaza importante por su situación y cuyas fortificaciones había mejorado el enemigo. Preparó con gran sigilo el tren de sitio que transportó en barcazas por el Duero hasta la embocadura del Agueda, atrajo á sí las divisiones de los generales España y Sanchez, y el 8 de Enero presentóse frente á la citada plaza, en medio de un espantoso temporal de nieve. Trece días después de abiertas las paralelas, ordenó el asalto, cuando aun las brechas no estaban practicables; pero esto no fué óbice á que los aliados se apoderaran con admirable bizarría de la ciudad, antes de que Marmont acudiera en su auxilio. Wellington no se detuvo en Ciudad Rodrigo más tiempo que el preciso para reparar las fortificaciones y trasladar todo el material de sitio a Lisboa, desde donde fué conducido en barcas á Alcácer de Sal, y de allí transportado al Guadiana. El ejército aliado pasó el 15 de Marzo el Tajo, fué á colocarse frente á Badajoz, y se apoderó de ella después de 20 días de cerco y abiertas tres brechas, por las que se lanzaron con gran ardimiento los sitiadores. La lucha fué recia y tenaz, pero los franceses, oprimidos por el número, viéronse obligados á rendir las armas. En cambio, los ingleses perdieron 4,000 hombres en el asalto, sacrificio que Wellington hubo de imponerse para que Marmont y Soult no esterilizaran sus esfuerzos, presentándose frente a Badajoz. Y, en efecto, acudía el primero desde Salamanca y el segundo poníase en movimiento desde el Puerto de Santa María; pero uno y otro hubieron de retroceder, Marmont, obedeciendo á las órdenes del Emperador que le imponía la defensiva, Soult, sabedor de la rendición, cuando se hallaba á dos leguas de Badajoz, y del peligro que corría Sevilla, bloqueada por el conde Penne de Villemur. Los aliados, dejando reparadas las murallas de Badajoz y guarnecida la plaza, volviéronse á sus acantonamientos de Fuente Guinaldo, donde Wellington empleó los meses de Abril y Mayo en reponer sus tropas, y, observando atentamente la marcha de la

guerra, preparó su plan ofensivo. En este intervalo el general inglés Hill destruyó por medio de atrevido golpe de mano el puente de Almaraz, única comunicación de los ejércitos franceses de Portugal y Andalucía, lo que sobresaltó de tal manera á Soult, que se apresuró á fortificar su línea de Bornos. Quedaron, pues, unos y otros en las posiciones que respectivamente ocupaban al comenzar el año, hasta que á mediados de Junio Wellington decidió tomar la ofensiva. El caudillo inglés remontó el Duero, pasó el Agueda y el 17 presentóse frente á Salamanca, que Marmont había fortificado y dejado guarnecida, retirándose después al otro lado del Tormes con cuantas tropas pudo reunir. La toma de la plaza fué obra de once días, pero húbose de abrir brecha con la mina y de ganar dos fuertes por asalto; conseguido lo cual, Wellington, dejando guarnecida á Salamanca, marchó en demanda de Marmont, que se retiraba hacia Tordesillas. Esperaba el caudillo francés que se le incorporaran algunas tropas con que hacer frente á los aliados; y, en efecto, la división Bonnet, que se hallaba en el Principado de Asturias, y la división Foy, desde los limites de Extremadura, acudieron en auxilio de Marmont, y éste pudo prolongar la derecha de su ejército hasta Toro, obligando á Wellington á situar su izquierda sobre el Guarena (véase el plano). El ejército francés se elevó entonces á 47,000 soldados con escasa caballería y un centenar de piezas. Mandaban estas tropas los generales Foy, Ferey, Bonnet, Thomieres, Sarrut, Maucune, Clausel y Brenier. El ejército de los aliados se elevaba á la cifra de 50,000 hombres, de los que 5,000 eran de excelente caballería. Componíase de siete divisiones inglesas, una española, mandada por don Carlos de España, y otra portuguesa, mandada por el general Beresford. En la posición que respectivamente ocupaban uno y otro ejército tenían cubiertas sus líneas de comunicaciones y paralelos sus frentes de batalla, separándoles el Duero, cuyo único paso favorable de la ribera izquierda á la derecha, desde Valladolid á la frontera, está á dos leguas de Toro.



Batalla de los Arapiles

Marmont, cuya posición, como se ve, era muy ventajosa, cometió un grave error al empeñar la batalla hasta tanto que el rey José no le enviara los refuerzos que le tenía prometidos. Su pensamiento no fué otro que obligar á Wellington á un cambio de frente y comprometer su retirada; y obedeciendo á él, el día 15 de Julio dirigió sus tropas sobre Toro y cruzó el río amenazando la izquierda aliada. Wellington concentró entonces sus tropas en el Cañizal y dispuso su frente paralelamente al camino de Salamanca á Toro; pero Marmont, contramarchando rápidamente, se trasladó el 17 á Tordesillas, por donde pasó el río y fué á reunir sus tropas después de una marcha de diez leguas en Nava del Rey. Por de pronto no se dieron cuenta los ingleses de este movimiento; mas cuando Marmont amenazó inesperadamente la división inglesa que se hallaba sobre Alaejos, Wellington, acudiendo con oportunidad á la izquierda del Guareña, detuvo el movimiento del francés. Otra vez Marmont maniobró para caer sobre el flanco de los aliados. Remontando el río, lo cruzó por Cantalapiedra, presentándose sobre el flanco derecho de Wellington y amenazando su línea de retirada por Salamanca y Ciudad Rodrigo. Los aliados, observando el movimiento de Marmont, limitáronse á seguirle en dirección paralela, para evitar el ser rebasados. Cambiáronse algunos cañonazos, y unos y otros hicieron gala de una regularidad tal en las maniobras, que ninguno pudo encontrar un punto débil para atacar al contrario con ventaja. Por fin los franceses lograron rebasar á los aliados en Cantalpino, y éstos tomaron entonces posiciones en las alturas que cubren a Salamanca. Los franceses, prosiguiendo su movimiento, pasaron el río por Alba y por Huerta, y en la noche del 20 tomaron posiciones frente al pueblo de Arapiles; los aliados cruzaron, a su vez, el río por Santa Marta y Aldea Lengua, dejando una división en la orilla derecha, y formaron su línea de batalla cubriendo sus comunicaciones con Ciudad Rodrigo. La disposición del ejército francés durante la noche del 21 al 22 de Julio era como sigue: el ala derecha ocupando el pueblo de Calbariza, la izquierda apoyada en espesos bosques; el ejército aliado ocupó el Arapil chico, extendiéndose por su izquierda hasta el río. Separaba á los dos ejércitos una especie de cañada formada por colinas de declive suave, á excepción de las abruptas denominadas Arapil grande y Arapil chico, entre las cuales estaba el pueblo. Dicha cañada muere en el Tormes, cerca de Salamanca, y por el lado opuesto se une con una planicie, por donde pasa el camino de Ciudad Rodrigo, cuya posesión ambicionaba el francés.

El 22 de Julio una división francesa marchó á posesionarse del Arapil grande, que Wellington descuidó ocupar con suficientes tropas. Marmont quería que el ejército desfilase apoyado por la batería que estableció en esta altura, en dirección de la carretera de Ciudad Rodrigo; pero persuadido de que los aliados se retirarían, no pensaba empeñar un combate formal, esperando que la llegada de refuerzos de un momento á otro, le permitiría dar el golpe decisivo. Wellington comprendió el serio riesgo que corría y se decidió á presentar batalla. Hizo análogo movimiento que el enemigo, extendió su ala derecha para contrarrestar la izquierda de Marmont y dejó inmóvil su izquierda. El movimiento de los franceses realizábase con gran precisión, pero siguiendo un arco de círculo mayor en un tercio que el de su línea de batalla; su ala izquierda se extendía demasiado, debilitando la citada línea. Así lo echó de ver Wellington, y, aprovechándose de esta falta para envolver y derrotar al enemigo, reforzó su ala derecha con una división y la caballería de Urban, y comenzó el ataque por el centro y derecha, quedando en reserva algunos cuerpos. A la primera embestida quedó desordenada la izquierda francesa y muerto el general Maucune; Marmont, que acudió á restablecer la lucha, fué gravemente herido de un cañonazo; Bonnet, que tomó el mando, herido también, hubo de resignarle en Clausel. En el centro sostúvose el combate con tenacidad sobre el Arapil grande, en cuyo ataque quedó diezmada la cuarta división británica y del que á gran costa pudo hacerse dueña la sexta división. La lucha prosiguió hasta la caída del día, en que Clausel, herido también, decidió la retirada al otro lado del Tormes, para evitar un total desastre. Todas las divisiones francesas desfilaron por el mismo camino que aquella mañana habían seguido, pasando por detrás de la división Foy encargada de cubrir la retirada. La caballería aliada dió entonces impetuosas cargas y continuó á la mañana siguiente la persecución de los imperiales, causándoles gran destrozo; por manera que éstos, después de dos días de pe-

nosa marcha, atravesaron el Duero, dejando más de 900 prisioneros en poder de los dragones ingleses: 5,000 muertos y heridos, 4,000 prisioneros y 500 cañones costó á los franceses esta batalla; 5,000 hombres fuera de combate tuvieron los aliados; pero mayor que el resultado material, fué el efecto moral, porque, perseguidos los franceses hasta Valladolid, donde Wellington entró el 30 de Julio, el rey José hubo de evacuar á Madrid y ordenar á Soult que abandonara á Extremadura, replegándose sobre Murcia y Valencia. Sin embargo, el caudillo inglés, cometió entonces gravísima falta; porque, enterado al llegar á Valladolid de que el rey José había salido de Madrid con 10,000 infantes y 2,000 caballos para unirse á Marmont, en lugar de continuar la persecución de éste, destrozarle y señorear luego las provincias del Norte, para caer más tarde sobre Madrid, y limpiar de enemigos la península, avanzó sobre la capital de España, hacia la que también se retiró José cuando en Blasco-Nuño supo la derrota de Marmont. De este modo dió tiempo á Clausel para reponerse, como lo hizo; fué la ocupación de Madrid por los aliados poco duradera, y Wellington tuvo que retirarse otra vez á sus líneas en la frontera portuguesa, acosado por los ejércitos franceses de la península.

Wellington salió de Valladolid el 1.º de Agosto, y después de destacar contra las tropas de Clausel alguna de sus divisiones, por el Cuellar, Segovia y San Ildefonso, dirigióse á Madrid donde entró el 12. El rey José había evacuado la capital el dia anterior y sólo dejó en el palacio del Retiro, donde tenía sus efectos de guerra y respetable cifra de enfermos y heridos, 2,000 hombres á las órdenes del coronel Lafont. Esta posición cayó en poder de los aliados en la mañana del 14, y Wellington quedó completamente dueño de la capital. Empero, allí dejó transcurrir un tiempo precioso. Las huestes francesas, tan pronto evacuaron Madrid, retiráronse por Aranjuez á Valencia, donde entró el rey José el 31 de Agosto, es decir, veintidós dias después, sin ser molestado por otras fuerzas que las partidas; Clausel, libre de la presencia de Wellington, al retirarse sobre Burgos, revolvió sobre Valladolid y se hizo dueño de ella; mientras que una división destacada de su ejército, la de Foy, entraba en Toro. Súpolo Wellington, y entonces comprendió, que si Clausel conseguía ponerse en comunicación con José, Suchet y Soult, que, según noticias iban á reunirse para atacarle, veríase seriamente comprometido; así, pues, dispuso la concentración de las fuerzas aliadas en Arévalo, y al frente de cuatro divisiones avanzó sobre Valladolid que evacuaron los franceses, tan pronto Clausel advirtió que Wellington se aproximaba. Clausel se retiró á Burgos, y de allí el 17 de Septiembre sobre Bribiesca y Pancorbo, no sin dejar en el castillo de aquella ciudad al general Daubretón con 1,000 soldados y 20 cañones. En las inmediaciones de Burgos, Wellington con 40,000 soldados y Castaños con el sexto cuerpo español, fuerte de 16,000 hombres, se dieron la mano, y juntos emprendieron el cerco del castillo de Burgos. No creían los ingleses, acostumbrados á ganar importantes plazas por asalto, que el castillo resistiera un vigoroso ataque, pero equivocáronse grandemente; y perdiendo en Burgos un tiempo precioso, dieron lugar á que el enemigo reorganizara sus fuerzas y recobrara la ofensiva; así es, que, después de un mes de sitio en que fueron rechazados cuantos asaltos se dieron, Wellington, noticioso de la concentración de las tropas enemigas, se retiró de Burgos temeroso de ser envuelto, y seguido de cerca por el general Souham (que reemplazó á Clausel), dirigióse por Palencia en busca de la frontera portuguesa y cortando los puentes de cuantos ríos hallaba á su paso. Los papeles se habían trocado y con una rapidez que ciertamente honra poco á la capacidad de Wellington, por aquellos dias nombrado generalísimo de nuestro ejército (1). José con el ejército del centro y Soult con el de Andalucía, dejando á Suchet en Valencia, avanzaron por Cuenca y Albacete á Madrid; Hill, que observaba sus movimientos desde el Tajo, avisó á Wellington y recibió orden de abandonar sus posiciones é incorporarse al grueso del ejército inglés, que con harto desorden y cometiendo grandes tropelías tomaba la vuelta de la frontera portuguesa. Consecuencia de esta orden fué la evacuación de Madrid (31 de Octubre), donde entró José el 2 de Noviembre. Reunidas las tropas de Wellington con las de Hill y las de Castaños, sumaban 75,000 hombres; incorporados á las tropas de Souham en las márgenes del Duero los cuerpos de José y Soult, ascendían todas ellas á 80,000 infantes, 12,000 caballos y 120 cañones. Los ingleses empujados por estas fuerzas, fueron retirándose por Salamanca, Tamames y Ciudad Rodrigo á la frontera, que repasaron el 20, estableciendo sus cuarteles en territorio portugués desde Lamego hasta la sierra de Baños, en la Extremadura española, en espera de la nueva campaña, para la que hicieron preparativos; Hill volvió á sus antiguas posiciones de Cáceres; nuestras tropas se diseminaron por las provincias de Asturias, Galicia y Extremadura, y los franceses condujeron las suyas á los respectivos distritos, distribuyendo Souham las de su mando entre Salamanca, Avila, Valladolid y Palencia, y trasladándose de nuevo el rey José á Madrid (3 de Diciembre de 1812).


El vizconde de Beresford

Antes de efectuarse la concentración de las tropas enemigas y cuando el rey José, después de la batalla de los Arapiles, se retiraba á Valencia, el mariscal Soult, por orden del soberano, dispuso la evacuación de las provincias andaluzas, con lo que tuvo fin el sitio de Cádiz. El 25 de Agosto, esta ciudad, asiento de las Cortes españolas, quedó libre del enemigo que la cercaba desde 1810. También Sevilla vióse libre de franceses, y Málaga, Granada, Jaén y Córdoba volvieron á poder de los nuestros. En las provincias de Levante gobernadas por Suchet, ocurrieron en Julio algunos sucesos dignos de mención, entre ellos la acción de Castalla, en la que fué derrotado el general O'Donnell; el arribo á la costa de Alicante de 6,000 hombres procedentes de Sicilia para guerrear á nuestro favor, y el desembarco en la misma costa de la división Witingham, fuerte de 4,000 hombres. Las operaciones ocurridas en Cataluña y Aragón por este tiempo no son de tal importancia que merezcan mención en este sumario.

Al terminar el año 1812, la Regencia dió nueva organización á los ejércitos españoles. Redujo los siete cuerpos de que se componían, á cuatro de operaciones y dos de reserva. Wellington, que á fines de dicho año se había trasladado á Cádiz para ponerse de acuerdo con la Regencia respecto al plan de campaña, comprendiendo las ventajas que podia sacarse de la triste situación en que se encontraba Napoleón I á consecuencia de sus desastres de Rusia, trataba de que las operaciones comenzaran en la primavera del año 1813, prometiéndose de ella grandes resultados. Favorecía ciertamente á los nuestros la circunstancia de tener que retirar Napoleón buen golpe de su gente, entre ella dos regimientos de dragones con el mariscal Soult. La totalidad de las tropas francesas en el Norte, desde el Duero á Toledo, formaba apenas 80,000 soldados repartidos en cuatro cuerpos, que eran: el de Portugal al mando de Reille, el del Centro al de Drouet, el del Mediodía al de Gazan, y el del Norte á las órdenes de Clausel. Algunas tropas de la guardia formaban una reserva de 10,000 hombres.

Comprendieron los beligerantes que las operaciones iban á ser decisivas, y, por lo mismo, procuraron reconcentrar los elementos disponibles para darles más vigor; pero, desgraciadamente para el rey José, nuevas órdenes del Emperador francés mermaron su ejército. Comenzó el año con parciales operacio-

(1) Las Cortes españolas confiriéronle por decreto de 22 de Septiembre de 1812 el mando supremo de todos los ejércitos españoles, con el carácter de generalísimo, no sin que protestaran del acuerdo algunos diputados, y en el ejército de Andalucía el general Ballesteros, que fué separado y residenciado en Ceuta.

nes y combates en las provincias de Levante y del Noroeste. Mina en Asturias y Galicia; el Empecinado, Durán y Villacampa en Castilla y Aragón; Rovira, Copons, Eroles y Llauder en Cataluña, distrajeron la atención de los franceses y les causaron algunas derrotas; pero también el enemigo nos produjo descalabros, pues apoderóse del puerto de Castro Urdiales; Harispe derrotó el segundo cuerpo español en Alcoy, y la expedición del inglés Murray á Tarragona fracasó, sufriendo casi al mismo tiempo la escuadra británica en los Alfaques la pérdida de cien buques, que en aquellas aguas quedaron encallados.

La atención se concentra, como es natural, en las operaciones del ejército de Wellington y en los movimientos del que manda José. Este ha recibido en Marzo órdenes del Emperador que le previenen se establezca en Valladolid para correrse si es preciso al Norte, vigilar la frontera y mantener expeditas las comunicaciones. José obedece, abandona el 17 de Marzo á Madrid, dejando en ella al general Leval, y entra en Valladolid el 23. Esta traslación no era una imprudencia; pero lo que no se explica, es el descuido de los cuerpos que se hallaban en condiciones de observar los movimientos de Wellington, cuyas fuerzas, distribuídas por los cantones, no se encontraban en disposición de hacer frente al serio peligro que corrían. Y, sin embargo, Wellington, no moviéndose hasta el mes de Mayo, dió lugar á que el enemigo se previniera. El 22, terminados ya todos sus preparativos, el caudillo inglés empezó la ejecución de su plan, tomando el camino de Salamanca. Quería avanzar contra la línea de retirada de los franceses, obligarles á evacuar la capital, y, en combinación con los ejércitos de Galicia y Asturias, cortarles sus comunicaciones. José, apenas tiene noticia del avance de Wellington, empieza á reunir sus fuerzas, aunque con sobrada parsimonia; Madrid es evacuada el 27 de Mayo, y todo el ejército francés, siguiendo á su rey, se replega sobre las márgenes del Ebro. Entre tanto el ejército aliado avanza de las márgenes del Tormes á las del Duero, por diferentes puntos; se concentra en Toro, después de sostener insignificantes choques, y continúa su marcha hacia Palencia. Por esta ciudad había pasado también el rey José al dirigirse á Burgos y Vitoria. Llegó José á Miranda de Ebro el 16 de Junio y, mirándose seguro en esta línea de operaciones, dispuso que el general Reille con el ejército de Portugal se dirigiese sobre Balmaseda y Bilbao, á fin de mantener las comunicaciones con Francia; que el general Foy, que se hallaba en Tolosa de Guipúzcoa, avanzase para unirse con Reille, y que el general Gazan marchase sobre Espejo, al objeto de contener por aquel costado á los aliados. Creyó así contener á éstos en su avance, dar tiempo á que el general Clausel con los 15,000 hombres que á sus órdenes tenía en Navarra se le incorporase, y concentrar todas sus fuerzas para hacer frente á Wellington. Pero no sucedió así. Las tropas aliadas continuaron avanzando, y rebasaron la línea imperial, pasando el Ebro el 14 y 15 por Palientes, San Martín de Linés y Puente de Arenas; y José, temeroso de verse envuelto, evacuó á Miranda, dejando en los fuertes de Pancorbo 800 hombres, y dando órdenes de retrogradar á Vitoria, con intento de defenderse en la línea del Zadorra. Al llegar á Vitoria, contaba José á sus órdenes 40,000 hombres, 10,000 caballos y 250 piezas de cañón, á cuyas tropas seguía un convoy inmenso, compuesto de los carros que conducían el equipaje del Rey y de su séquito, y las familias y equipajes de los afrancesados. Este convoy, que necesariamente tenía que coartar los movimientos del ejército, debió ser expedido para Francia sin pérdida de un solo día, tan pronto llegó el ejército á Vitoria; pero se dejaron transcurrir cinco días sin pensar en ello, á pesar de tener expedito el camino, gracias á las fuerzas superiores empleadas con dicho objeto. Toda la llanura que se extiende á los dos costados de la puerta de Vitoria, que abre sobre la carretera de Francia, dice un testigo, se hallaba cubierta en una extensión de sobre dos leguas en cuadro de carruajes, baterías, repuestos de Administración y de equipajes del sinnúmero de agregados que seguían á los franceses. A esta falta se agregó la poca celeridad con que se movió Clausel para incorporarse á José, quien se halló privado de un respetable número de fuerzas al llegar el instante de la lucha. Y á la verdad, siendo la resolución del Rey no entrar en Francia, sino después de haber presentado batalla, su primer cuidado y el de Jourdan, jefe del E. M., debió ser el de reconcentrar el grueso del ejército de que disponían, escoger una base de operaciones menos dilatada que lo que se extendía desde Pamplona á Vitoria, y, sobre todo, desembarazarse de la impedimenta, enfermos y familias que le seguían. Pero José, confiando en que los ingleses no le atacarían tan pronto y en que Clausel se le incorporaría con oportunidad, persistió en esperar al enemigo en Vitoria, aunque sin tomar las activas disposiciones que requería la ocasión. Entre tanto, Wellington, después de cruzar el Ebro y amenazar á la extrema derecha francesa, supo cuando se hallaba en las alturas de Nanclares de Oca, irresoluto aún respecto al plan de ataque, que Clausel se había puesto en movimiento para incorporarse á José, y, entonces, apresuróse á ganarle por la mano y dió orden de avanzar contra la línea enemiga. Disponía el caudillo inglés de 70 á 80,000 hombres y tenía además destacados á algunas leguas de 6 á 8,000. Las tropas de José, reunidas en este intervalo con las de Reille, Gazan y Drouet, se colocaron á derecha é izquierda de Vitoria, apoyando la derecha en las alturas inmediatas á Abechuco, el centro sobre la izquierda del Zadorra, en un cerro que domina el valle de este nombre, y la izquierda, en las Cochas, al otro lado del río Formaban estas tropas una línea oblicua de cerca de tres leguas, con la cual abarcaban los caminos de Bilbao, Francia, Logroño y Madrid; tenían sus reservas correspondientes, pero eran inferiores á las aliadas, por tener José separados de él á Clausel con su ejército, y á Foy y Maucune con sus divisiones. José supo el 19 que Clausel se ponía en movimiento, expidióle un aviso, y confiando más de lo que debiera en su llegada, no tomó las providencias que la celeridad del caso requería y quedó desconcertado cuando el 21 vió ante sí el ejército aliado. Habíase limitado el 20 á ordenar la marcha á Francia de dos grandes convoyes.

Al despuntar el día 21 los aliados se pusieron en movimiento. Hill con la derecha debía atacar á Gazan, Cole con el centro á Drouet, Graham con la izquierda á Reille. Wellington dirigía la batalla Embistió el primero el general español Morillo, destacado de la derecha; entablóse la acción en las alturas denominadas las Cochas, que ocupaban los imperiales, de las que fueron rechazados en un principio los nuestros, pero que conquistaron á la postre apoyados por nuevos batallones que envió Hill. El enemigo repasó el Zadorra, y los aliados, prosiguiendo el avance, ganaron á Subijana de Morillos, pueblo que cubría la izquierda francesa. Entonces movióse el centro inglés por Nanclares y Tres Puentes (que el enemigo cometió la falta de no destruir), y embistió el cerro fortificado y artillado con 18 piezas que dominaba la línea francesa en aquel punto. Para desalojar de él á los imperiales, Wellington ordenó á Hill que empujase á la izquierda contraria sobre el centro, y que coadyuvase al ataque del cerro que emprendería de frente Cole. Este ataque simultáneo fué empeñadísimo, y en él jugaron dos brigadas de artillería aliada, cuyo nutrido fuego consiguió hacer desalojar la posición. Replegados sobre Vitoria el centro y la izquierda, fuéronse los aliados en pos de ellos distribuídos en tres líneas; pero los imperiales, replegándose ordenadamente y sosteniendo el combate, causaron á los atacantes numerosas bajas. Titánicos combates tenían lugar al propio tiempo en la derecha francesa, atacada de frente y flanco por Graham, Girón, Pack y Robinson. Los franceses defendieron con desesperada energía sus posiciones durante algunas horas, perdiéronlas y recobráronlas en Abechuco, y solo á las seis de la tarde, cuando ya la izquierda y centro imperiales habían sido repelidos, pudieron los aliados cruzar el Zadorra y ganar sin oposición el camino de Vitoria á Bayona. José, que contemplaba desde una altura las peripecias de la lucha, y que conservó hasta el último instante la esperanza del arribo de Clausel, no dudó más, y, seguido de su Estado Mayor, huyó á caballo abandonando su coche y equipaje. Entonces sobrevino un desorden y confusión espantosos; todos los cuerpos se retiraban precipitadamente, dejando en la llanura de Vitoria, furgones, cajas, cañones, toda la impedimenta. La carretera de Francia, ocupada ya por los ingleses, no era posible ganarla, y el general Gazán, para proteger su infantería de las cargas de la caballería contraria, tuvo que dejar Vitoria á descubierto, gracias á lo cual los jinetes enemigos desembocaron sable en mano en la llanura, donde se encontraba todo el bagaje, pertrechos y cañones. Momento fué aquel de suprema angustia para las familias que seguían al ejército imperial. No había otro camino abierto que el de Salvatierra á Pamplona, pero no estaba transitable para la artillería, y el general Turlet ordenó que se abandonara, y que se cortaran los tiros de las caballerías que arrastraban los carruajes y furgones, cuyas caballerías se disputaron á porfía hombres y mujeres. Y allí quedaron por los suelos alhajas, dinero, ricos trajes y bellas preseas, costosa vajilla y otros objetos preciosos; y allí acudieron como moscas á la miel, el paisanaje de las aldeas y caseríos inmediatos, el vulgo de Vitoria, que se confun-

dió con los vencedores y con los merodeadores rezagados del ejército enemigo. Triste asunto para un cuadro de las miserias que la guerra engendra.

Retiróse el ejército imperial por Salvatierra para ampararse en Pamplona, fueron siguiéndole los aliados; pero apoyó el general Reille la operación con gran pericia y vino á favorecerle una lluvia pertinaz que impidió á los perseguidores conseguir su propósito. Habían perdido los franceses en la batalla 7,000 hombres entre muertos y heridos y 1,000 prisioneros; los aliados entre heridos y muertos 3,000 ingleses y 2,000 españoles y portugueses. José y Jourdan, llegados á Pamplona el 23 y 24 con el ejército, acordaron en consejo dejar 4,000 hombres en esta ciudad y dirigirse con el resto á la frontera; á consecuencia de lo cual marchó parte de aquél á San Juan de Pío de Puerto, otra á cubrir el Bidasoa, y otra con el Rey y Jourdan á San Juan de Luz. El general Foy, que había acudido á proteger la entrada de los convoyes expedidos los días 20 y 21 para Francia, logró su intento conteniendo á las tropas de la izquierda aliada que se dirigieron sobre Irún en persecución de aquéllos. Por último, Clausel, que no se incorporó oportunamente al rey José, por traición de los emisarios que éste le expidió el día 19, después de avanzar desde Logroño á Vitoria retrocedió á Logroño, y llevándose la guarnición francesa de esta plaza, dirigióse á Tudela y Zaragoza perseguido por las divisiones de Mina y Sánchez, y de allí á Francia por Jaca y Canfranc. La rendición de los fuertes de Pasajes, la toma de los formidables desfiladeros de Pancorbo y la retirada de Foy á Andoain después de haber resistido valientemente á los aliados, completaron el éxito que se alcanzara en las llanuras de Vitoria, llanuras que sirvieron de tumba á la dominación francesa. Pero no fué sólo en el Noroeste donde se dejaron sentir los efectos de la victoria. A principios de Julio el reino de Valencia había sido evacuado, quedando sólo guarniciones francesas en Denia, la Peñíscola, Sagunto y Tortosa: el 2 de Agosto, Mina y Durán recobraron á Zaragoza con poca efusión de sangre, y el territorio aragonés, excepto Jaca y Monzón, quedó libre de enemigos; Suchet evacuó á Zaragoza no sin destruir sus fortificaciones, y reunió los restos del ejército de Cataluña junto al Llobregat, en cuya línea hubo de sostener vigorosos ataques de los aliados; por manera que en todo el Norte de España pronunciábanse en retirada los imperiales


El general D. Luis Lacy

No podía resignarse Napoleón á perder tan fácilmente la Península. Revolviendo en su magín los medios de recuperarla, y comprendiendo los desaciertos militares en que José y Jourdan habían incurrido, dió el mando superior del ejército á Soult, quien, tan pronto se hizo cargo de él y le hubo reorganizado, condújole de nuevo por los puertos de Maya y Roncesvalles, dispuesto á darse la mano con la guarnición de Pamplona y acometer desde una base sólida la retaguardia de Wellington, cuyas tropas sitiaban simultáneamente á Pamplona y San Sebastián. Pero Soult no logró su propósito, porque Wellington tenía bien guarnecidos los puntos vulnerables de su línea, de los que no pudieron arrancarles los imperiales, á pesar de haber empeñado mortíferos combates; así es que hubo de retirarse á Francia después de haber sacrificado ocho mil hombres. Limitóse en este intervalo Wellington en convertir el sitio de San Sebastián en bloqueo; pero, rechazado que fué Soult, prosiguió el sitio, abrióse brecha el 31 de Agosto, y después de un combate tenaz y glorioso penetraron los ingleses en la plaza, que fué incendiada. El castillo se sostuvo hasta el 8 de Septiembre, en cuyo día capituló. Pero los ingleses conquistaron estos triunfos perdiendo cerca de 4,000 hombres.

Impaciente Soult por socorrer á San Sebantián, hizo á fines de Agosto una vigorosa tentativa que, si le resultó funesta, procuró á las tropas españolas brillante lauro. Hallábase el cuarto ejército español acantonado frente á la frontera, ocupando las posiciones de Sorueta y Enacoleta, San Marcial, Irún y Fuenterrabía, apoyándole una segunda línea desde las sierras de Aya y las alturas situadas entre Vera y Lesaca. En tal situación le atacaron 18,000 franceses, que, dirigidos por Soult, cruzaron el Bidasoa, arrollaron los puestos avanzados y cayeron sobre las posiciones de San Marcial y Soraya. Fueron rechazados de aquéllos, pero en San Marcial, donde mandaba Porlier, entablóse un combate de los más terribles que por aquellos días se vieron, combate al arma blanca y que fué decidido por el vigor personal. Retiróse el enemigo con terribles pérdidas, pero intentó todavía abrirse paso por Portó, donde Mendizábal y Ezpeleta acudieron á cerrarle el paso. Batido en estos dos puntos y en Soraya, no tuvo Soult otro recurso que repasar el Bidasoa y volver á sus líneas. Pocos días después, rendida la plaza de San Sebastián é incorporadas las tropas sitiadoras al grueso del ejército aliado, éste tomó la ofensiva, cruzó el Bidasoa y arrebató á los imperiales esta línea, apoderándose de la posición avanzada de Rhune y del inmediato campo atrincherado. La guarnición de Pamplona, viéndose cortada, hizo entonces una furiosa salida; pero, rechazada por las tropas que la sitiaban, volvió á la ciudad y capituló á los pocos días; no les quedó, pues, á los imperiales otra plaza en aquellas provincias que la de Santoña, rigurosamente asediada y que tampoco podía tardar en entregarse.

El plan de Wellington no era otro que empujar á los franceses hasta el interior de su país. Avanzó el 10 de Noviembre sobre la nueva línea defensiva de aquéllos, situada á orillas del Nivelle, ganó las posiciones más importantes de la misma é hizo retirar á Soult hasta Bayona, perdiendo éste 51 cañones, 1,500 prisioneros y 400 heridos. Después dió descanso á sus tropas, y el 9 de Diciembre prosiguió el avance ganando el Nive y sosteniendo una serie de sangrientos combates, en los que de una y otra parte perecieron respectivamente cerca de 6,000 hombres. Soult, que había defendido palmo á palmo el terreno, desalentado ya por las noticias que del Norte se recibían y por la defección de algunos cuerpos alemanes, que se pasaron á los aliados, fortificóse en la línea de Bayona; Wellington, por los mismos motivos, se fortificó en los puestos conquistados, en la confianza de que no tardaría en llegar el desenlace de la campaña. De este modo terminó el año 1813. En Cataluña, en Valencia y en Aragón no tuvieron lugar durante los últimos meses del mismo sucesos de monta, pues el éxito de la guerra estaba subordinado á las operaciones de los dos ejércitos en las provincias occidentales y en Francia. Se había luchado, sí, y con energía y confianza en el principado catalán, donde mandaba en jefe Copons; se habían recuperado las villas de Denia y de Morella, y en Aragón las plazas fuertes que poseía el enemigo veíanse estrechamente bloqueadas; por manera que la guerra presentaba, al expirar dicho año, fisonomía muy halagüeña para nuestra patria. Iba ya el suelo quedando libre de enemigos, las Cortes de Cádiz reanudaban en Enero de 1814 sus tareas en Madrid; y todo inducía á creer que no tardaría la nación en recobrar su integridad. En cambio, la estrella de Napoleón I se eclipsaba por momentos; sus desastres obligábanle á llamar á territorio francés parte de las tropas que Suchet mandaba, y éste, que aun se defendía con vigor en la izquierda del Llobregat, vióse obligado á colocarse en Gerona, no sin dejar asegurada la capital, para trasladarse á Francia á la primera orden. Un ardid de D. Juan Van Halen, dueño de la clave y sello de Suchet, abre entonces á los españoles las puertas de Lérida, Mequinenza y Monzón; las guarniciones

que se retiran á Barcelona son hechas prisioneras; Jaca cae en poder de Espoz y Mina, y Suchet mira comprometidas las tropas que ocupan á Tortosa y la capital del Principado. Pero las circunstancias se precipitan; nuevas derrotas de los ejércitos imperiales en el propio territorio francés, obligan al ministro de la guerra de Napoleón á ordenar al mariscal Suchet que entregue las plazas que aun ocupa en Cataluña y en Valencia, nuevas reclamaciones del Emperador merman su ejército. Suchet no cumple lo primero, pero se ve en el duro trance de replegarse al amparo del castillo de Figueras, después de haber desmantelado á Gerona y otras plazas menos importantes. Así termina el mes de Marzo. Entrado Abril, recibe orden de retirarse á Francia por Narbona para darse la mano con Soult; destruye las fortificaciones de Rosas, y cruza la frontera dejando ocupadas las plazas de Figueras, Hostalrich, Tortosa, Barcelona, Murviedro, Benasque y Peñíscola. La guerra puede decirse que termina en Cataluña.

En el territorio francés las operaciones han proseguido su curso, funesto también para los imperiales. Los aliados, dueños de la izquierda del Adour, en cuya derecha se halla Soult apoyado en las fortificaciones de Bayona, Gave de Pau y Orthez, se ponen en movimiento; cruzan el 25 el Adour, después de vencer cuantos obstaculos opone el enemigo, y el 25, Bayona es cercada y rechazados los imperiales al otro lado del río de Pau. El ejército francés concéntrase en Orthez dispuesto á presentar batalla; Wellington le ataca en sus posiciones cuidadosamente elegidas el 27 de Febrero de 1814, y después de desordenar el centro, cae tan vigorosamente sobre la izquierda, que la descompone y con repetidas cargas la hace piezas. Soult, que tan pronto vió el centro en desorden, habia mandado concentrar sobre él las alas, no pudo evitar el desconcierto primero, el pánico después, y en breve tiempo vió derrotado su ejército, compuesto en su mayoría de gente bisoña. Murió allí el general Bechaud, fué herido el general Foy, se ganaron 12 cañones y el enemigo sufrió 10,000 bajas, los aliados 2,500. Todo cedió entonces al empuje de los aliados, los franceses retiráronse primero sobre Agen, después sobre Tarbes, y aquéllos por Sault de Navailles y Mont de Marsan dirigiéronse á Burdeos.



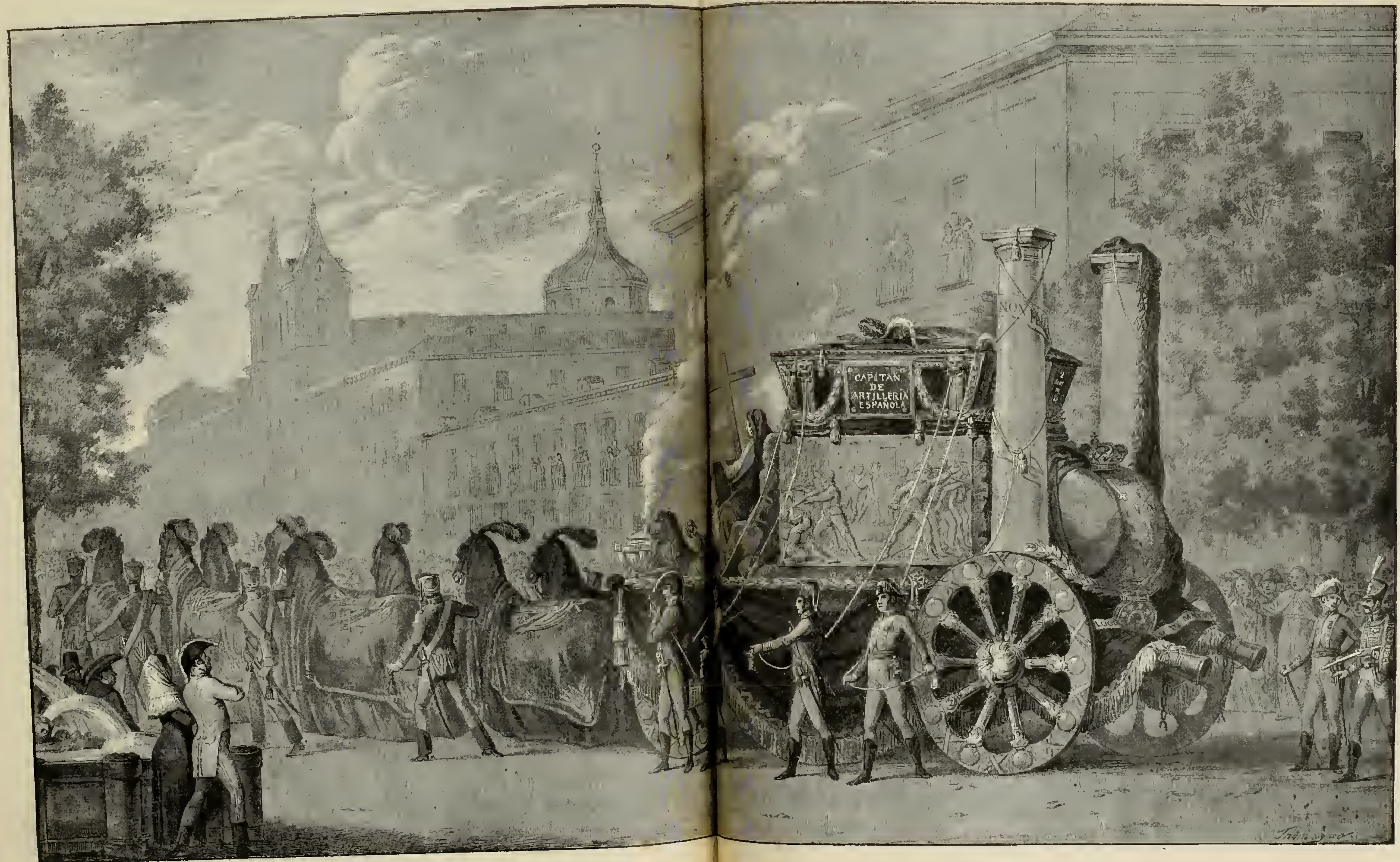
El general D. Miguel Ricardo de Alava

Nunca creyó el mariscal francés que Wellington se internara tanto, y á causa de ello dejó esta ciudad á descubierto. Advertido del peligro, quiso tomar otra vez la ofensiva; pero ante las numerosas fuerzas aliadas, replegóse camino de Vic Bigorre, luego sobre Tarbes, y por último sobre Tolouse (24 Marzo): 30,000 hombres próximamente tenía Soult bajo su mando y con ellos ocupó la parte extramuros de la ciudad y las posiciones inmediatas á ella. El 10 de Abril, Wellington se presentó ante las posiciones con su ejército formando en batalla; lanzó las tropas españolas contra el centro é izquierda francés é hizo retirarles á los inmediatos reductos; al propio tiempo las divisiones inglesas trataban de envolver la derecha enemiga. Pero rechazadas éstas y defendidos con vigor los reductos, la batalla prosiguió ruda é indecisa. No obstante, el movimiento de los ingleses por la izquierda y las repetidas cargas de los españoles concluyeron, por fin, de vencer la resistencia del enemigo, y después de unas diez horas de lucha, terminó la batalla, señoreando los aliados las colinas inmediatas á la plaza. Esta fué evacuada en la noche del 11 al 12 por los franceses, que se retiraron á Carcasona, dejando parte de su tren, equipajes y los heridos. Perdieron en esta batalla los vencedores 4,714 hombres, los franceses no tuvieron tantas bajas, á causa de haber combatido al abrigo de las posiciones. El 12 se alojaron aquéllos en Tolosa, y en la tarde del mismo día llegó á su noticia la entrada de los ejércitos ruso, austriaco y prusiano en París y la abdicación de Napoleón. Estos acontecimientos pusieron término á la guerra. Firmóse entre Soult y Suchet, de una parte, y Wellington de otra, un convenio de suspensión de hostilidades, y los franceses evacuaron en Abril, Mayo y los primeros días de Junio, las plazas que aun ocupaban en la Península, regresando seguidamente á España los generales y soldados cautivos, y volviendo los anglo-lusitanos á su país. El emperador francés, como si previera estos tristes acontecimientos, en Marzo de aquel año resolvió devolver la libertad y la corona á Fernando VII, cautivo en Valencey. Dióle pasaporte para España, y el 13 de Marzo dirigióse este monarca á Perpiñán, y de allí á las márgenes del Fluviá, donde le recibieron las tropas españolas mandadas por Copons. Desde aquel momento puede decirse que comienza el infausto reinado de Fernando VII.

El 20 de Julio España se adhirió el tratado de paz general que lleva la fecha de 30 de Mayo de 1814.

La guerra de la Independencia, que á grandes rasgos acabamos de describir, es un acontecimiento extraordinario que marca época en la historia militar y social de nuestro pueblo. Esta guerra no ha sido preparada, se emprende con escasos elementos, todo es espontáneo en ella, porque representa la explosión del sentimiento nacional. La nación no puede oponer generales de renombre á los caudillos enemigos, ni ejércitos veteranos y bien armados, á los famosos del imperio francés. A costa de grandes sacrificios organiza tropas y cuerpos en las provincias, cuerpos de heterogénea composición y compuesto en su mayor parte de gente bisoña, en la que el amor patrio suple otras cualidades indispensables á la guerra. Pero estos ejércitos sin consistencia sufren serias derrotas; y como reina gran desconcierto en las operaciones, como falta una exclusiva dirección, como existe poca armonía entre los caudillos, y entre éstos y la Junta suprema, y entre la Junta suprema y las provinciales, resultan de aquí funciones desgraciadas, sacrificios estériles y mucha sangre inútilmente derramada. Descuella, sin embargo, en esta guerra el tipo tradicional del guerrillero, que merece particular estudio, porque él simboliza la resistencia llevada á su grado máximo. Las hazañas de D. Juan Martín Díez, el célebre *Empecinado;* los heroicos hechos de D. Francisco Espoz y Mina, el reyezuelo de Navarra, como le llamaban los franceses; las atrevidas correrías y sorpresas de D. Jerónimo Merino, merecen ciertamente particular estudio. Pero al lado de estos personajes figuran otros guerrilleros y cabecillas no inferiores en valor y mérito. Apenas quedó provincia que no tuviera el suyo. Zamora sola tuvo ocho ó diez, otros tantos la Mancha y no pocos Cataluña y Andalucía. La historia de sus hazañas forma el tejido de la historia de esta guerra, es la de la resistencia nacional; el retrato de estos caudillos nos representa al legendario guerrillero, almogávar en la Edad Media, miguelete más tarde, terror de los romanos en la Edad Antigua, sombra de los franceses en casi todas las invasiones que éstos han verificado. Ese guerrillero sale de la masa popular, pero también de los claustros, y España en la guerra de la Independencia y en las dos civiles renueva el espectaculo de los frailes-soldados propios de la Edad Media. Por cierto que no fueron éstos ni los menos valerosos ni los más humanos. Pero en una guerra donde el sentimiento patriótico parecía aguijoneado por la exaltación religiosa, nada de extraño tenía este espectáculo, por más que fuera perjudicialísimo tal ejemplo. El pueblo miró en unos y otros guerrilleros la personificación de la independencia, propaló, abultándolas, sus hazañas, y mientras censuraba por cautos ó inhábiles á los generales, entusiasmábase por los atrevidos hechos de los cabecillas. Los mismos franceses aprendieron á respetarles.

La aparición de Lord Wellington al frente de nuestro ejército,



M. Soler, Editor

Copia de un grabado de Ametller.

Dibujo de Manuel Moliné.

SOLEMNE TRASLACIÓN DE LAS CENIZAS DE DAOIZ Y VELARDE
DESDE EL PARQUE DE ARTILLERÍA DE MADRID Á LA IGLESIA DE SAN ISIDRO, EL 2 DE MAYO DE 1814

sus campañas y las operaciones realizadas por Beresford, merecen también señalado lugar en la historia de esta guerra. Reunía el generalísimo inglés altas cualidades militares, y sobre todo una serenidad á toda prueba. Si la defensa que hizo de las líneas de Torres-Vedras había acreditado su gran talento estratégico, las maniobras que precedieron á la batalla de los Arapiles, y sobre todo la oportunidad con que se aprovechó de la falta cometida por Marmont en el orden de batalla, patentizan su talento táctico. Con razón puede, pues, decirse que esta campaña de 1812 por la previsión, buen orden y sigilo con que se organizó; por el vigor y la oportunidad con que se llevó á cabo, merece ser estudiada con particular detenimiento. Beresford en Albuera y Graham en Chiclana demostraron asimismo sus altas dotes.

No se revelaron en esta guerra grandes talentos militares; aunque descollaron figuras dignas de eterna recordación. Alvarez ocupa el primer lugar; él, Palafox, Contreras y Santocildes, enseñaron cómo se defiende una plaza. Castaños y Blake merecen señalado puesto; Ballesteros, Lacy, Manso, Alava, Alburquerque, Copons, y otros y otros generales no menos ilustres, honran los anales de esta época gloriosa. Inferiores los más como capacidad á los generales del Imperio, demostraron una abnegación, una energía y una perseverancia que les hace acreedores al aplauso y á la consideración de los que desapasionadamente juzguen sus hechos. Hase de tener en cuenta para ello los elementos de que dispusieron, las exigencias de la opinión, los estímulos y rivalidades que influyeron en su ánimo, las órdenes á que estuvieron supeditados, sin que esto absuelva los graves errores que al frente de los ejércitos cometieron.

Por último, ese oscuro soldado de fila que formó el núcleo de los ejércitos nacionales, mal vestido, escasamente pagado, batiéndose constantemente, héroe anónimo de Bailén y Zaragoza, de Gerona y Talavera, bien merece el tributo que la posteridad agradecida consagra á los héroes de nuestra Independencia. Sus hazañas, los heroicos hechos de los guerrilleros, la abnegación de las poblaciones sitiadas, forman la trama de esta guerra. Aquellas hazañas y estos hechos constituyen un ejemplo en que han de inspirarse los pueblos cuya independencia se vea pisoteada, y cuyo suelo profane un ejército invasor.





Tipos Militares de la primera Guerra Civil.

Guerra Civil — (1833-1839)

Por sabidas se omiten aquí las causas que produjeron la guerra civil. Fueron ellas, no sólo la cuestión dinástica, sino la más trascendental de los principios, que ya había originado serios disturbios en vida de Fernando VII. Cuando este monarca bajó al sepulcro, devorado por los vicios, maldecido por cuantos españoles amaban el decoro nacional, la semilla de la discordia había fructificado lo suficiente, é iba á dar sus amarguísimos frutos. Y sin embargo, puede asegurarse que esta semilla hubiera podido destruirse con alguna más energía y previsión por parte del gobierno. Acertado estuvo el ministro Zea cuando exigió de los generales y jefes que se hallaban en la corte juramento de fidelidad al nuevo orden de cosas, porque es indudable que obligó á no pocos comprometidos; pero tímido é irresoluto en no robustecer los elementos liberales, ordenando poner sobre las armas la gente necesaria y ocupando militarmente las provincias del Norte. Bien es cierto que aquel gobierno recelaba tanto de los carlistas, como de los liberales, y tímido é irresoluto, combatido por los partidos extremos, no acertó á excogitar los medios que debían extirpar de raíz la rebeldía. Si en la guerra es condición primera é indispensable la diligencia, muy especialmente lo es en las luchas civiles, luchas que dan á los gobiernos con anticipación tristes avisos y que requieren ser ahogadas por medios vigorosos y eficaces. El *salus populi* debe tener en este caso terrible aplicación; porque únicamente de este modo se logra ahogar el mal en su cuna, se conjuran la incertidumbre pública que tan penosamente afecta á la moral, y se ahorran raudales de sangre. Torpes y flacos los primeros gobiernos de Isabel, faltos de recursos, apremiados por la opinión, teniendo que hacer frente al enemigo levantado en armas y á las exigencias de los partidos; cometieron faltas graves que desde luego influyeron en la marcha de la guerra. Mal dirigido y asistido el ejército, relevados con frecuencia los generales, no todos de suficiente talla para mandarle, dióse lugar á que el país recelase, y á que el enemigo engrosara terriblemente sus fuerzas, hasta el punto de que en los primeros meses de 1835, es decir, á los dos años de estallar la guerra, retirado el ejército hasta las márgenes del Ebro, rendida Vergara, Durango, Ochandiano y otras plazas, sitiada Bilbao por Zumalacárregui y descubierto el camino de Madrid, creyóse por la opinión liberal como inevitable el triunfo del carlismo. E indudablemente, los carlistas hubiéranse hecho dueños de la capital de España, á no hallarse dirigidos por un monarca imbécil, é influídos por una camarilla de ambiciosos é ineptos, que al destruir los planes de Zumalacárregui, arrebató seguros triunfos á la causa del Pretendiente. ¡A tal extremo llegaron las cosas! Pero la muerte de este general cambió por completo la marcha de la guerra, y aunque sostenida con vigor, hizo augurar que su terminación sería funesta para el partido carlista. Declaróse con más energía la opinión, dióse más eficaz auxilio al ejército, ilustres caudillos le condujeron á la victoria, y el cansancio y el desaliento del enemigo allanó el camino de la paz de Vergara.

No trazaremos un cuadro acabado de esta guerra; el bosquejo que haremos de ella será ligero por extremo; pero el lector podrá formarse idea de lo que fué. Hasta la aparición de Zumalacárregui, ó, por mejor decir, hasta que este caudillo organizó y disciplinó las masas carlistas y las llevó al combate contra los nuestros, redújose á una guerra de partidas, en la que la habilidad de los cabecillas, el superior conocimiento del terreno y el apoyo que á los rebeldes daban las provincias vasco-navarras, favoreció el sostenimiento de la lucha. A principios de 1835 ya los carlistas formaban un ejército y comenzaban á sostener combates en regla con el nuestro. Desde mediados de este año hasta la conclusión de la guerra, presenta ésta operaciones regulares y dignas de estudio. Apuntaremos, pues, únicamente, los sucesos que precedieron al citado año, y nos ocuparemos con más detención de los que siguieron á la muerte del célebre caudillo carlista.

El primero que dió el grito de guerra á favor del infante Don Carlos, fué un tal D. Manuel González, antiguo francmasón convertido á las ideas teocráticas y que era administrador de correos en Talavera. Salió al campo con una pequeña partida el 30 de Septiembre de 1833; es decir, al siguiente día de haber fallecido Fernando VII, y fué hecho prisionero y fusilado pocos días después; otro tanto sucedió á D. Santos Ladrón, caudillo ya conocido y de gran prestigio en las Provincias Vascongadas. Brotaron á un tiempo llamaradas en ambas Castillas, en Cataluña, Galicia, Asturias, Aragón y Valencia; pero el torpe gobierno no acertaba á tomar las enérgicas medidas que requería la gravedad del caso. Es cierto que la insurrección no presentó por de pronto temible carácter, pues las primeras partidas, sin disciplina, sin hábitos militares, faltas de jefes de prestigio y sin cohesión alguna, cedieron á la superioridad de las tropas, así en Cataluña como en el Maestrazgo, en Castilla como en Navarra; cierto también que Sarsfield logró arrollar el respetable cuerpo que obstruía las gargantas de Peñacerrada, y que la villa de Bilbao, donde se había aclamado al Pretendiente, fué evacuada por los carlistas; pero ¡desgraciado el beligerante, dice atinadamente un autor, que, estando organizado, deja tiempo para aprender á vencer con la experiencia de sus mismas derrotas! Cuando se creía que el partido carlista iba á sucumbir, vino á sostenerle y galvanizarle con su talento

militar un hombre hasta entonces poco apreciado, un antiguo oficial del ejército, D. Tomás Zumalacárregui, figura que sobresale entre la turba que rodeaba al torpe Pretendiente. Zumalacárregui estaba dotado de un profundo talento, un alma enérgica y un carácter severo hasta rayar en lo cruel. Abarcaba con mirada de águila las situaciones más complicadas, tenía suma sagacidad, valor impasible, gran entusiasmo por la causa; conocía á fondo las condiciones topográficas del país vasco-navarro, sus costumbres y sus aficiones; sabía herir la fibra del corazón de sus soldados por la persuasión y estimularles por el ejemplo. Era un hombre de hierro, hombre nacido para dominar, y que colocado en otro teatro, sin duda alguna, conquistara una reputación gloriosísima. Cuando se presentó á los carlistas en el Valle de Araquil, se impuso á los soldados como á los jefes; Eraso, Latorre, Zavala, Uranga, Valdespina y otros, reconociendo sus dotes, le acataron como superior; y él, comprendiendo la necesidad de convertir aquellas partidas en un ejército, comienza por disciplinar aquellas masas de labradores y artesanos, les adiestra en la táctica, les equipa, les arma, y en ocho meses organiza doce batallones ligeros, uno de guías, tres castellanos y tres regimientos de lanceros con ocho cañones y dos morteros en Navarra; nueve batallones de infantería y un escuadrón de lanceros en Vizcaya; seis batallones y cuatro compañías de guías, con otro escuadrón de lanceros en Alava; y tres batallones con tres compañías de guías en Guipúzcoa. Sumaban en junto estas fuerzas 35 batallones, 5 escuadrones y 8 cañones y 2 morteros. Este núcleo armado fué el principal elemento de vida para el partido carlista; porque si bien las partidas que vagaban por el territorio de las provincias vasco-navarras, atreviéronse á medir sus armas con los liberales; como es de presumir, sufrieron rudos descalabros; en su campo reinaba gran desconcierto; Bilbao y Vitoria cayeron en poder de los liberales; y la disolución de las fuerzas reunidas en Oñate por los cabecillas fué completa, gracias al vigoroso ataque dado por el general Lorenzo. Mas cuando el gobierno debió aprovecharse de estas ventajas para sofocar la insurrección con mano fuerte, un indulto publicado por el virrey de Navarra, Sarsfield, produjo, por lo lato, efecto contraproducente; y como quedara en pie Zumalacárregui, á él debió D. Carlos que la catástrofe de Oñate no fuera la muerte de su parcialidad. Zumalacárregui recogió en la Borunda los fugitivos, les consoló y alentó, les reorganizó y les condujo de nuevo á campaña. Por de pronto hubo de hacer frente á las tropas de Valdés y de Sarsfield, que trataban de envolverle entre dos fuegos y cortarle sus comunicaciones con las Provincias Vascongadas; pero el sagaz carlista, avisado por sus espías y caminando día y noche, movióse con tal habilidad, que Sarsfield, transcurridos algunos días, encontróse á igual distancia de Zumalacárregui que el primero de la persecución. Perdida la esperanza de exterminar enemigo tan astuto, Sarsfield resignó el mando y se retiró á Pamplona. No por esto cesaron los liberales en la persecución de Zumalacárregui. La prosiguieron el general Lorenzo y el general Oráa, venido éste de Aragón con una fuerte columna; esperóles Zumalacárregui en las formidables posiciones de Nazar y Asarta, y allí trabóse el 29 de Diciembre un terrible combate en que se pusieron á prueba las condiciones del heterogéneo ejército carlista. «Al disponerse para este combate célebre, dice un autor, porque fué el primero que empeñaron en regla los beligerantes, ocupaban los carlistas una línea de mil varas, con el centro apoyado en el pueblo de Asarta, su derecha sostenida sobre un peñasco colosal que tiene la misma denominación que el pueblo, y la izquierda reclinada sobre un monte casi en contacto por su extremidad con unas ruinas llamadas de Estemblo. La caballería carlista, poco importante por su número y calidad, tomó posesión cerca de Asarta, cubriéndose con las ondulaciones del terreno. Las fuerzas que en aquel punto obedecían la voz de Zumalacárregui no pasaban de siete batallones, formando, sin excluir los jinetes, un total de 2,600 hombres. Todo era imperfecto y aun heterogénco en aquellos voluntarios: armas, equipo, organización y hasta hábitos marciales; de ellos algunos habían peleado desde el principio de la guerra en las provincias vascas, otros se habían presentado en las filas, abandonando sus faenas agrícolas ó fabriles pocos días antes. Tres batallones alaveses, mandados por Villareal, eran los más avanzados en instrucción y aun los mejor disciplinados; los demás sólo tenían para suplir su casi absoluta carencia de cualidades guerreras, valor característico y un entusiasmo férvido y general. Las posiciones de los carlistas, aunque muy culminantes, y con una retirada fácil y segura sobre Santa Cruz de Campezu, no eran inabordables y presentaban un frente demasiado extenso para ceñirle bien con tan escasas fuerzas. La juventud y la inexperiencia producen una confianza ilimitada y por lo regular funesta. Aquellos bisoños soldados, al verse reunidos y en posiciones al parecer formidables, se creyeron invencibles, y saludaron con gritos de júbilo la aparición de sus enemigos. Lorenzo y Oráa avanzaban rapidamente á la cabeza de sus columnas. Los isabelinos eran numéricamente superiores á sus contrarios, sobre todo en caballería y artillería, los carlistas no habían adquirido todavía cañones, y Lorenzo llevaba dos de montaña. El movimiento había sido concebido por Oráa, que, aunque inferior en categoría á Lorenzo, le aventajaba grandemente en conocimientos topográficos. La luna que arrojaba sus plateados rayos sobre una atmósfera serena, permitió a los beligerantes reconocer sus posiciones á las dos de la mañana del 29 de Diciembre. Los alaveses, mandados por Villareal, Uranga y Lardizábal, se extendían en correcta formación, y en el orden que hemos indicado delante de Nazar; Zumalacárreguí, con cuatro batallones navarros, se apoyaba enérgicamente en Asarta. Los jefes isabelinos dispusiéronse al punto para combatir: Oráa, que tenía el pensamiento dominante de esta operación, tuvo también el honor de la iniciativa; dividió sus tropas en dos columnas enlazadas por un escuadrón que iba en medio, y marchó contra los alaveses, procurando envolver al mismo tiempo á la caballería carlista. El choque fué terrible, y los alaveses le sostuvieron con una firmeza digna de soldados veteranos; todos los recursos tácticos de Oráa, todo el brío de su gente y las hábiles maniobras de su caballería fueron necesarios para repeler á los carlistas. Al retirarse éstos, lo hicieron con tanto aplomo, que Oráa llegó á temer por la victoria, si Lorenzo no lograba arrollar vigorosamente la otra extremidad de la línea enemiga. La caballería carlista, incapaz, por su falta de condiciones militares, de prestar una cooperación activa en este trance crítico, fué cubriéndose con los accidentes del terreno é inclinándose hacia la posición de Asarta. Allí se encontraba Zumalacárregui, teniendo su gente formada en cuatro columnas. En el mismo orden le atacó Lorenzo, desplegando aquella sobresaliente intrepidez que causaba la admiración y el terror de sus amigos y enemigos. Las dos piezas de montaña que llevaba Lorenzo fueron puestas en batería, y rompieron un fuego certero sobre la cabeza de una columna carlista. Pero Zumalacárregui no se desconcertó con este fuego, ni con el impetuoso ataque de los isabelinos: dejó que los coroneles Hoyos y Barrera, que arrojaron sus columnas en masa sobre el frente de la posición carlista, se engolfasen en lo más áspero del terreno, y cuando ya los vió bien comprometidos, arrancó la columna que tenía en el bosque y cargó con ella decididamente y á la bayoneta el flanco derecho de Barrera. Detuvo este jefe su movimiento progresivo, hizo con suma rapidez un cuarto de conversión, y procuró sostener con honra aquel impensado combate; pero sus tropas, después de una lucha porfiada, empezaban ya á flaquear, cuando corrieron en su auxilio los carabineros de costas. Estos jinetes,



El general D. Marcelino Oráa

que desde el principio de la acción habían dado pruebas de un ardimiento igual á su pericia, amenazaron los costados de Zumalacárregui, y hubieran podido envolverlos, porque la caballería carlista no se hallaba en disposición, como hemos dicho ya, de repeler á aquellos adversarios formidables. Comprendiólo así el general, y emprendió su retirada concertadamente sobre Santa Cruz de Campezu. Persiguiéronle débilmente los vencedores, ya porque la fisonomía del terreno presentaba á cada paso posiciones nuevas y defendibles, ya porque habían sufrido grave quebranto en el combate. En efecto, quedaron sobre el campo trescientos cincuenta y nueve cadáveres, en su mayor parte de las tropas de la reina (1).»

La acción de Nazar y Asarta con que terminó el año 1833, considerada moralmente fué un triunfo para los carlistas, porque se mostraron capaces de resistir el choque de tropas superiores por la organización y aumento. Así es, que Zumalacarregui, pudo decir con orgullo legítimo: «Renace como de nuevo el espíritu...; pronto hemos de combatir y dar á conocer á nuestros enemigos que cada batalla es una lección.» Entusiasmados los carlistas, acudieron en mayor número á las armas é hicieron nuevos donativos; y como el fuego cundiera ya por Cataluña, todo hacía presumir que la nueva campaña sería ruda. Para dirigirla nombró el gobierno al general Quesada, quien comenzó por entrar en negociaciones con Zumalacárregui; pero engañado por éste, dejóse entretener el tiempo que convino al enemigo, recogiendo un amargo desengaño. Nació de aquí terrible antipatía entre los dos caudillos, la guerra estalló ruda y sanguinaria, cometiéronse terribles excesos, púsose en vigor el terrible sistema de represalias; y los carlistas, si no lograron vencer en combates formales, acreditaron su audacia en las sorpresas de Muez y de Vitoria. Tal se presentaba ya la guerra, que el gobierno creyó necesario reforzar el ejército del Norte y poner á su frente á un general de gran reputación, eligiendo para este cargo á D. José Ramón Rodil, que recientemente había entrado en Portugal al frente del ejército de Extremadura, obligando á D. Carlos á buscar un refugio en un bajel inglés. Con los 10,000 hombres que mandaba Rodil y las divisiones de Lorenzo y Oráa, reunióse un ejército de 25 á 30,000 soldados, con numeroso y excelente tren de guerra; ejército suficiente para emprender una activa campaña; pero Rodil no estaba dotado de alta capacidad, y su plan de campaña, consistente en guarnecer y fortificar casi todos los puntos que fueran susceptibles de ello, formando líneas parciales que estrechasen el círculo en que se movían los carlistas, adolecía del defecto de debilitar las fuerzas de operaciones y no completar el aislamiento del enemigo, por ser las líneas parciales y poco consistentes Por de pronto, Zumalacárregui, lejos de arredrarse por la llegada de Rodil, propúsose disputarle el paso entre Logroño y Pamplona, propósito que no tenía otro objeto que demostrar á Rodil que no le temía La llegada de D. Carlos á Navarra desconcertó en parte este plan; pero Zumalacárregui, cruzando á marchas forzadas la sierra de Andía, situóse en la cumbre de Bacaicoa, y desde allí lanzó un batallón contra las tropas que Rodil mandaba, no con otro objeto que retar á los liberales, pues este batallón, rechazado por fuerzas superiores, volvió á acogerse á sus posiciones, y Zumalacárregui retrocedió luego hasta Lezaun. Lance más empeñado y formal fué el que ocurrió el 30 de Julio en las Amézcoas, pues Zumalacárregui sorprendió y atacó con sólo tres batallones los puestos avanzados de las tropas de Rodil, y gracias al arrojo de Espartero no causó á los liberales un serio descalabro. Sin embargo, Rodil no supo apreciar la índole de aquella guerra. Persuadido de que apoderándose de D. Carlos la pondría término, empleó un tiempo precioso en batir montes y flanquear desfiladeros en busca de este personaje; sin tener en cuenta que el apoyo y lealtad de los naturales le ponían á resguardo; y, entre tanto, Zumalacárregui se limitaba á espiar los movimientos de sus enemigos, maniobraba con suma rapidez, sorprendía en las Peñas de San Fausto á la columna de Carandolet, derrotaba luego la retaguardia del ejército junto á las montañas de Eraul, nuevamente á Carandolet en Viana, y tomaba una vigorosa ofensiva atacando, aunque sin fruto, distintas poblaciones. Entonces el gobierno reemplazó á Rodil con el general Espoz y Mina, cuyo mando empeoró el estado de la guerra; pero antes que éste se hiciese cargo de la jefatura del ejército, Zumalacárregui llevó su atrevimiento hasta pisar las márgenes del Ebro, derrotando y haciendo prisionero en Navarra al general O-Doyle y triunfando de la división que mandaba Osma (4 de Noviembre). No bien Mina tomó el mando, el caudillo carlista se apoderó de Villafranca; y aunque Lorenzo en Uzuc y Córdova en Mendaza consiguieron sobre él brillantes triunfos, quedaron en breve neutralizados por el que Zumalacárregui obtuvo en Arquijas (16 Diciembre). En estas acciones ya ambos ejércitos presentaron fuerzas respetables, elevándose las de los carlistas á 9 ó 10,000 hombres.


D. Ramón María Narváez

Terminó, pues, el año 1834, sin que los liberales hubiesen conseguido dominar, ya que no extinguir el fuego de la guerra, fuego que se extendía por Aragón, Cataluña, Valencia, las Castillas y las llanuras de la Mancha, si bien el foco hallábase en las provincias vasconavarras; y no se descubría medio alguno de atajarle, porque requeríanse para ellos ejércitos más numerosos y un caudillo de gran talento; sobre todo, eran indispensables mayores sacrificios por parte del gobierno y del país. Pero estos sacrificios que no se hicieron cuando más eficaces hubieran sido, tuviéronse que realizar desde el momento en que el enemigo amenazó seriamente y más de cerca. La acción del puente de Arquijas, la de Donnamaría, en que fué herido el general Espoz y Mina, la evacuación de los fuertes de Olozagoitia y Maestu, pusieron de manifiesto el vigor y la consistencia de los carlistas. Mina, que sólo consiguió pasajeras ventajas sobre el enemigo, y que no había puesto en práctica un plan de campaña, hubo de dejar el mando, vencido por la desgracia y maldecido de los naturales por su crueldad; y Valdés, que le sucedió y al que se dieron nuevos refuerzos, tuvo la desdicha de sufrir al dar comienzo á la nueva campaña la derrota de Artazu, de terrible efecto moral para el ejército. Desde aquel momento hasta su muerte junto á los muros de Bilbao, la fortuna de Zumalacarregui se elevó al mayor grado de apogeo. El caudillo carlista, extendiendo sus miradas mas allá del territorio navarro, resuelve la toma de Treviño, que consigue fácilmente, y en alas de la victoria trasládase á la provincia de Guipúzcoa, donde gana á Villafranca, Eibar, Ochandiano, Durango y Estella. En balde intentan detenerle nuestros generales, porque sus esfuerzos se estrellan en Guérnica, en Ebzalburu y en Descarga, perdiendo en desgraciados ataques la flor de su gente. Valdés, desesperanzado, dispone entonces la evacuación del valle del Baztan, y va á cubrirse con la línea del Ebro. Zumalacarregui, dueño de una excelente y fuerte base de operaciones, no se recata de decir que quiere apoderarse de Vitoria, aterrar con nuevo golpe al ejército liberal y avanzar hasta el corazón de Castilla; proyecto de suma trascendencia y que sin duda alguna hubiera abierto á D. Carlos las puertas de Madrid. Pero en la corte del Pretendiente no hallaron favorable acogida los planes del caudillo. D. Carlos deseaba que se ganara antes á Bilbao, para encontrar en ella más cómoda residencia; y esta operación, en la que se debía gastar un tiempo precioso y que daba lugar á que se

(1) Clonard, *Hist. orgánica.*

repusieran los liberales, fué funestísima para el partido carlista. Zumalacárregui, vivamente contrariado, obedeció la orden del torpe D. Carlos y emprendió el ataque de la plaza, contra la que rompió el fuego el día 10 de Junio; el 14 abrió en sus muros una brecha y lanzó al asalto dos batallones navarros, que fueron destrozados casi totalmente; el 15, hallándose observando los disparos de sus baterías, recibió un balazo que pocos días después le produjo la muerte. La causa carlista sufrió un rudo golpe, la fisonomía de la guerra un notable cambio. Esta muerte marca un período en la historia de la primera guerra civil.

Críticas por demás fueron las circunstancias en que se halló el ejército liberal después de evacuado el Baztán. Valdés, abrumado por ellas y falto de salud, entregó el mando á Espartero, y éste como Latre y otros generales se dieron de baja por enfermos, pues ninguno se sentía con fuerzas para sobrellevar el peso de la guerra y la responsabilidad de aquel estado de cosas. De sucesión en sucesión pasó el mando al brigadier Tello, reclamólo luego el capitán general de Burgos, conde de Balmaseda, y por último recayó en la Hera. Mas á todo esto, Bilbao seguía sitiado por Zumalacárregui, y se consideraba ya como seguro que, dueño de aquella ciudad, caería sobre Madrid, guarnecido sólo por algunos batallones de la milicia, sin encontrar obstáculo ni fuerza capaz de resistirlo; previsión que parecía confirmar la circunstancia de haber dejado á descubierto el camino de Madrid el ejército que se movió para socorrer la plaza. En tales momentos el gobierno decidióse á confiar el mando del ejército al joven y distinguido general D. Luis Fernández de Córdova, que se dirigió sin perder momento á Portugalete, supo allí la muerte de Zumalacárregui y la entrada del ejército liberal en Bilbao, y marchó á esta plaza á tomar el mando de las tropas (3 Julio 1835). Era D. Luis Fernández de Córdova, no sólo un verdadero hombre de guerra, sino uno de los que más al corriente se hallaba de los negocios europeos. Tenía talento flexible, mucha instrucción, amplitud de miras y amor á la gloria. Joven y entusiasta, tan valeroso como elocuente, tan audaz como sufrido, debía acreditar sus altas dotes de capacidad y de carácter combatiendo, estudiando y escribiendo, mientras terrible enfermedad consumía su florida existencia. Como subalterno se había distinguido por su arrojo y por sus ideas marcadamente absolutistas. Dejó la carrera militar por los cargos diplomáticos, y al iniciarse la guerra civil acudió á colocarse entre los defensores de Isabel II, pretendiendo un puesto en el ejército y presentándose en él mandando una corta división. Era, pues, un general improvisado, porque el gobierno recompensó sus servicios diplomáticos con la faja de mariscal de campo, faja que obtuvo sin haber pasado por los grados inferiores. No importa. Córdova había nacido para el mando. Tenía las aptitudes que éste requiere, y desde los primeros días lo acreditó colocándose al nivel de los más veteranos y de los más bravos. No debía tardar en demostrar que si como general de división era hábil y entendido, como general en jefe sabía manejar perfectamente un ejército. Su primer cuidado, una vez tomó la jefatura del ejército, fué reorganizar las tropas. Dirígelas una calurosa alocución y les dice: «He creído que seguiréis con noble brio al que, conduciéndoos por el camino del honor, fué siempre el primero en vuestras fatigas y nunca el último en vuestros peligros... En el momento en que os hablo, veinticinco mil hombres extranjeros, al servicio de nuestra reina, han empezado ya á desembarcar en nuestros puertos: cien mil hombres más no tardarían en seguirlos si fuesen precisos. El principal caudillo enemigo ha sucumbido ante los muros de esta heroica ciudad, todas las facciones concentradas sobre ellos no han osado asaltar una sola vez la brecha que defendían, y á que les provocaban la benemérita guarnición y los valientes urbanos. A vuestra aproximación han huído á sus montañas. Este es, pues, el momento de la crisis; que todo el que abrigue un corazón noble y libre, una á los míos sus esfuerzos»; y después de recomendar el orden y la disciplina, termina con estas palabras: «¡Compañeros, empieza una nueva campaña; nuevo es también nuestro ardor y mayor nuestra experiencia. La guerra, variando de proporciones, se ha hecho más militar y menos penosa. Si los rebeldes engreídos se atreven á combatirnos, yo cuento demasiado con vuestro valor para no ofreceros la victoria.» Estos párrafos pintan cuál era la situación militar en el país vasconavarro. Las predicciones del general no tardaron en cumplirse. Sus buenas disposiciones produjeron un resultado admirable. Todos los cuerpos fueron inmediatamente revistados. El general dió una orden en la que anunciaba el camino que el ejército tomaría, y, poco después, éste salió en una sola columna camino de Orduña, no sin haber aquél mandado con suma previsión ocho batallones á posesionarse de las formidables posiciones de la Peña, que dominaban el paso, y á las que acudieron tarde los carlistas. Gracias á esto las tropas liberales entraron sin derramamiento de sangre en Vitoria; de allí marcharon á Logroño por la dirección más peligrosa, pero la más breve, atravesando Peñacerrada y la Rioja alavesa. El entusiasmo de los patriotas al ver recobrada la ofensiva, el buen espíritu de los soldados, el aliento que en ellos infundía el general en jefe, eran como presagios de la victoria. Entre tanto, los carlistas sitiaban á Puente de la Reina; pero calculando el general Moreno (sucesor de Zumalacárregui en la jefatura del ejército carlista) que Córdova se dirigía en socorro de aquella plaza, decidióse á presentarle batalla, á cuyo efecto reunió las tropas en Cirauqui, Mañeru y otros puntos de las cercanías. Las tropas liberales se detuvieron dos días en la Rioja, pasaron el Ebro por el puente de Lodosa y marcharon por Lerín y Larraga á Artajona y pueblos contiguos. Los carlistas levantaron el sitio de Puente la Reina, y fueron á tomar posiciones para combatir á nuestras tropas. He aquí la descripción de la batalla de Mendigorría, hecha por un testigo y actor, que por lo nueva, lo exacta y lo interesante, creemos que leerán con gusto nuestros lectores. Ha sido copiado de las *Memorias íntimas* del marqués de Mendigorría (1), y dice como sigue:


D. Antonio Remón Zarco del Valle

(1) *Mis Memorias íntimas*, por el Teniente general D. Fernando Fernández de Córdova, marqués de Mendigorría. Madrid, 1886.

En la noche del 15 de Julio la situación de los ejércitos beligerantes era la siguiente: el grueso principal se encontraba en Mendigorría, centro de una línea en la que Moreno se proponía librar la batalla, apoyándose en la misma población situada en una altura de duro acceso. Detrás de esta posición corre el río Arga, bastante caudaloso, aunque vadeable por diferentes puntos, con comunicación las dos orillas por un puente no muy ancho, como la mayor parte de los de España. Al otro lado del puente, es decir, en la orilla derecha y defendiendo este paso, colocábanse en posición y sirviendo de reserva seis batallones, la mayor parte alaveses, mandados por Villarreal, que era uno de los más bravos y entendidos generales de D. Carlos. Éste, con Simón la Torre, Mazarrasa, Zariátegui, Sopelana y otros caudillos carlistas, se hallaban en el pueblo distribuídos en posiciones que daban vista al camino de Artajona, por donde podía verificarse la marcha del ejército cristiano si atacaba al carlista, el cual, como se ve, debía recibir al nuestro en la defensiva. Eran, pues, varios los defectos de la posición carlista. Por cualquiera de ellos podía recibir la humillación de la derrota.

Daba el ejército del Pretendiente la espalda á un río, y no cuidaba de comunicarse con su reserva situada en la margen opuesta más que por un angosto puente que unía las dos orillas. Separada por aquel río esta fuerza, era estrecho el terreno donde podía desplegar sus guerrillas y desenvolver el cuadro de tantos batallones. Las masas carlistas situadas delante del pueblo hallábanse embarazadas para maniobrar, y si no conseguían desplegarse, quedaban al alcance del fuego de nuestra artillería y de nuestros numerosos tiradores, apenas éstos se presentaran. En tanto, el ejército cristiano mantuvo el mismo día 15 reconcentrados en Artajona su centro y la derecha, que al siguiente debía avanzar sobre este costado, marchando sobre Mendigorría. Formaba su centro la división de la Guardia, mandada por D. Santiago Méndez Vigo, oficial entendido y valiente, y una brigada de línea. La derecha componíase de tres batallones y 300 caballos, capitaneada por Gurrea, que animaba, como he dicho, el espíritu y la memoria de Mina; otra brigada dirigía D. Froilán Méndez Vigo, hermano de D. Santiago, y como éste gran soldado. La izquierda en Larraga gobernábala Espartero, y la componían su división y otra, cuyo jefe era el barón del Solar de Espinosa. En estas fuerzas se encontraban: Narváez, mandando el regimiento del Infante como teniente coronel; Barrenechea, con el Provincial de Toro, de honrados castellanos; el brigadier Bernuy, con sus cazadores de la Guardia Provincial, una de las mejores infanterías que jamás tuvo el ejército, y Tello, tan valiente como festivo en el peligro, que dió la orden á su tropa en aquella jornada *de mojar las cazoletas* (1). De las fuerzas mencionadas, el regimiento del Infante componíase de andaluces; el 2.° de Ligeros de cordobeses, y el inmortal de Gerona, así como el valeroso de Córdoba, de catalanes. La caballería, con D. Narciso López, entonces brigadier, el que más tarde había de encontrar tan desastroso fin en Cuba, debía mantener á retaguardia entre la izquierda y el centro una posición, para acudir sobre el punto en que su acción se hiciese más necesaria y conveniente, enlazando de este modo la izquierda de Espartero con la derecha y el centro. Nuestra línea era oblicua, y nuestro orden de batalla, por lo tanto, el de rebasar la derecha, que estaba en un terreno donde el general no creyó que el enemigo se aventurara á todos los peligros que debía ofrecerle la superioridad y calidad de nuestra caballería, en la que figuraban los valientes cazadores de la Guardia. Dormimos en Artajona y Larraga, y bien aprovisionada nuestra tropa se entregó al descanso segura de vencer. Hallábanse los generales confiados, y mi hermano radiante de ardor y de alegría. Así amaneció el 16 de Julio de 1835, día de la Virgen del Carmen, y como se verá, de doble fiesta para el ejército.

Las tropas tomaron las armas al amanecer, después de los ranchos, y el general en jefe practicó un reconocimiento con la brigada de Gurrea, que tomó posición sobre nuestra derecha, sosteniendo combates parciales con la izquierda enemiga, cuyos puntos avanzados arrolló en todas partes. Inmediatamente á Espartero, que con cuatro brigadas había pernoctado en Larraga, dió orden de atacar con tres la derecha enemiga, que se apoyaba sobre la posición de la Corona, á la margen izquierda del Arga, sirviéndole la cuarta de reserva; y á Gurrea, la de envolver la izquierda por el lado de Ovanos. Para contener á Eraso sobre este punto, mandó el general tomar posición á la brigada de D. Froilán Méndez Vigo, debiendo cubrir así, al mismo tiempo que nuestra extrema derecha, al pueblo de Artajona, en donde quedaron situadas las ambulancias, los equipajes y los caballos de los oficiales, que debían este día marchar y combatir á pie. Un batallón quedó á la guarda de aquel interesante punto, que servía de base á las tropas. La caballería reunida dominaba los caminos de Artajona á Larraga, y desde este punto á Mendigorría. El país, poco accidentado, estaba cubierto por un tupido, verde y alegre viñedo. Apenas si alguno que otro árbol marcaba las lindes de las propiedades.

El enemigo, siempre delante de Mendigorría, ocupaba las mismas posiciones que la tarde anterior, y como antes dije, no tenía espacio para maniobrar ni desplegar, que fué el gran error del orden en que Moreno había formado las fuerzas para el combate. Como en una parada, el ejército de la reina Isabel se puso en movimiento contra el del Pretendiente antes de que el día mediara, emprendiendo el camino de Artajona á Mendigorría. Una pequeña vanguardia de cazadores marchaba en cabeza, seguida por el general en jefe, que con su brillante Estado Mayor se presentó al ejército. Éste lo recibió en medio del mayor entusiasmo. Al general Córdova ya lo conocen mis lectores: era joven, su edad no pasaba de treinta y cinco años alto, de figura tan distinguida como simpática y de expresivo semblante, su mirada viva penetraba hasta el fondo del alma. Montaba brioso caballo extremeño, que dominaba sin ocuparse de él, y vestía, aun en el campo, con extrema elegancia. El atractivo de su fácil y elocuente palabra le prestaba el don de arrastrar al soldado en el entusiasmo de su propia inspiración, y así á todos lo comunicaba con su presencia. Los oficiales y jefes saludaron conmovidos al general con sus espadas y banderas; las músicas y tambores batieron marcha, haciendo llegar al opuesto campo los honores que le tributaban; recibiendo el general con viva emoción las aclamaciones del soldado, que parecía querer romper la disciplina rompiendo las filas para saludarle. Tuvo palabras para cada cuerpo: al acercarse al 4.° de la Guardia, compuesto de viejos y honrados castellanos y gallegos, les dijo con vibrante voz: *¡Granaderos, el terreno es fácil: hoy es día de emplear la bayoneta!* Y al divisar la bandera de Gerona, bajo la que sólo servían veteranos catalanes: *¡Soldados*, exclamó, *esta tarde beberemos juntos en Mendigorría!* Las tropas contestaban, y el diálogo entre el soldado que iba quizá á recibir la muerte, y el general que á la gloria lo conducía, impresionaba ardientemente todos los corazones. Así marchaba á ponerse á la cabeza de la vanguardia, más inmediato al enemigo que debe estarlo el jefe de un ejército; pero estos ejemplos de valor tiene que darlos todo general que manda soldados españoles.



D. Luis Fernández de Córdova

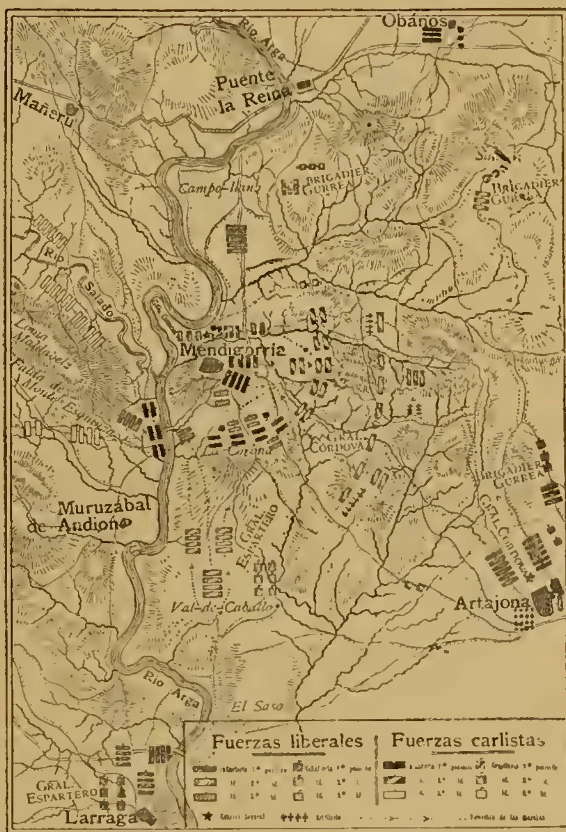
Como jefe de Estado Mayor, el veterano general D. Marcelino Oráa transmitía con seguridad y firmeza las órdenes superiores, y á su lado se distinguía ya por su juventud y bravura su hijo único, que, sirviendo en el Estado Mayor, había de recibir más tarde en Arlabán gloriosa muerte. El barón de Meer, de imperecedera memoria para aquellos que tuvieron la honra de servir bajo su inteligente y vigoroso mando, marchaba á la cabeza de sus valientes batallones de la Guardia Real, y á su lado el joven Pavía, que ya se había distinguido en anteriores combates como buen soldado. En las filas de la Guardia formaban muchos jóvenes oficiales. que sucesivas batallas han diezmado y que contribuyeron todos á enaltecer el valor y fama del ejército de la Reina, y no olvidaré en el regimiento de Castilla al teniente D. José de Reina y Frías, hoy veterano general, tan distinguido en las armas por su bravura como por su inteligencia. La Guardia y la Línea con oficiales de este temple, y cuyos nombres todos me es sensible no poder recordar, marchaba en columnas cerradas de dos batallones con el frente de compañía. A retaguardia de la primera iba la artillería de batalla, mientras que la de montaña subía las colinas, cubiertas de viñas, para tomar posiciones ventajosas. El fuego, roto por las guerrillas carlistas, fué en el primer cuarto de hora poco contestado por nuestros soldados, que, avanzando sin detenerse, parecían anunciar su resuelto propósito de combatir sólo con el arma blanca. Ya estaban los cazadores á medio tiro de fusil, cuando sobrevino una terrible tempestad. El huracán y el aguacero fueron tan violentos, que azotando las caras de nuestros soldados, les obligaban á volverlas. Mas nuestras guerrillas del centro adelantaban, si lentamente por esta contrariedad, muy confiadas, y sus fuegos ya casi alcanzaban las masas contrarias, cuando fueron carga-

(1) Y digo *mojar*, por respeto á mis lectores; pero la frase fué otra, que adivinarán seguramente todos y especialmente los militares.

das por dos escuadrones de lanceros enemigos mandados por el bravo don Tomás Reina, que, habiendo servido en la Guardia de caballería, tenía en nuestro campo más amigos que en las filas cuya causa abrazó. Esta carga no esperada produjo algún desorden en nuestros tiradores; pero las reservas avanzaron, y yo formé martillo con una compañía de granaderos de la Guardia, mandada por Boulanger, que en el estrecho camino contuvo al enemigo rechazándolo con un fuego sostenido. Todo esto se ejecutó en poco tiempo, y, ya las masas muy adelante, desplegaron en batalla alguno de los regimientos de la Guardia. El fuego de la artillería, el de las guerrillas y el de los últimos batallones en posición, dirigidos contra el centro carlista, imposibilitado de maniobrar, púsole en gran conflicto, que se pronunció más desde el momento en que comenzaron su despliegue. A la vista de aquel desorden, que á tan corta distancia observábamos, los batallones de la Guardia cargaron la posición á la bayoneta, arrollando con una rapidez pasmosa cuanto se les puso delante. Quedaba, pues, el centro derrotado.

Al mismo tiempo Espartero avanzaba envolviendo la derecha de la línea carlista y amenazaba cortarla de sus reservas. Las fuerzas enemigas que se le presentaron delante de la altura de la Corona fueron desalojadas por sus tiradores, y por las columnas que hizo avanzar á la bayoneta después de un sangriento combate. Ya al frente de esta posición formidable, ocupada por numerosos batallones en masa, Espartero hízola cargar por el barón del Solar de Espinosa y por el general Tello, á quienes ningún obstáculo contuvo, y el enemigo, empujado desde la Corona, descendió al río pasando el puente, sin que bastara á detenerle la actitud firme de Villarreal, que con la reserva de Simón Torre y Sopelana lo defendía. Por este punto se retiraron desorganizados muchos batallones carlistas. Mi hermano mandó entonces á Narváez que atacase y tomara el puente y su temible altura. Aquella operación la verificó el noble soldado con singular intrepidez.

La batalla estaba ganada; pero quedaban retrasados en Mendigorría 4 ó 5,000 carlistas, que salieron por retaguardia del pueblo á pasar por un vado el río, empujados por una carga de la Guardia y del regimiento de Extremadura, los cuales penetraron en la villa en varias columnas, arrollando á cuantos enemigos pretendieron hacerles frente. Verificábanlo en desorden sin formación alguna, cuando se presentó en el flanco el brigadier cubano López para cargarles con la caballería. Esta carga no se ejecutó: López pudo hacerlo, pero lo difirió con fútiles pretextos, y dejamos de coger miles de prisioneros. Era la segunda vez (la primera en Mendaza) que mi hermano, por faltas de López—y no diré por cobardía, porque aquel desgraciado era valiente, y valiente como pocos—dejaba de coger prisionero la mitad del ejército contrario y con él el fruto de la victoria. Entonces me ordenó pasara con su escolta el río, y lo verifiqué por el vado, cogiendo sin pérdida alguna un centenar de carlistas de los muchos que corrían á alcanzar Cirauqui, donde entraban ya en país seguro de montaña. No se puede dudar que si nuestra caballería, muy numerosa, se hubiese interpuesto entre el Arga y Mendigorría, habríamos hecho cinco ó más miles de prisioneros en aquella jornada, poniendo quizá término á la guerra... Sufrió el enemigo pérdidas que ascendieron á 1,500 hombres, entre muertos y heridos, dejando en nuestro poder como 400 prisioneros. En el conciso parte de esta batalla que el general en jefe dió al Gobierno, dijo que se abstenía *de recomendar á ninguno, por el temor de ofender á todos.*



Plano de la batalla de Mendigorría

La batalla de Mendigorría marcó un nuevo periodo en la historia de la guerra civil. Desde aquel momento afirmóse la superioridad de las armas liberales y pudo conjeturarse que el triunfo no sería en definitiva dudoso para ellas. El general en jefe supo aprovecharse del entusiasmo que aquella victoria produjo, para la obra de organización que había emprendido, y de la que consiguió eficacísimos resultados. Trazó su plan de operaciones tomando por base el Ebro y por campo de ejecución la ribera de Navarra á la derecha, y la llamada de Alava á la izquierda, sin excluir las que debieran practicarse sobre los mismos valles, realizando, mediante diversas combinaciones, la invasión ó excursiones en el país contrario, cuando así conviniere, en vez de ir adonde el enemigo quisiera atraer las tropas para destrozarlas á mansalva. Abandonó toda inútil operación en las Amézcoas, en la Borunda y en otras montañas igualmente fragosas, y propúsose empezarlas estableciendo en Logroño el cuartel general. Desde Logroño, posición central, podía atender á las provincias vascas y conservar sus comunicaciones con Madrid y con todo su campo de acción. Allí se consagró, no sólo á organizar la guerra, sino el ejército. Mandó fortificar diferentes puntos, estableció almacenes y hospitales, puso orden en todos los servicios é hizo un profundo estudio de la guerra. No eran suficientes á terminarla parciales y no decisivos combates, combates que si algún resultado producían, eran guerrear al soldado carlista y mejorar las condiciones militares del ejército contrario. La experiencia había demostrado que persiguiendo al enemigo y atacándole de frente, sin otra diferencia que el empleo de la fuerza por la derecha ó por la izquierda, á nada práctico conducía. Era preciso adoptar un método, y esto fué lo que se propuso Córdova, estudiando las reglas para cambiar las condiciones de aquella campaña, fortificando y dominando pueblos, privando al enemigo de sus comunicaciones, bloqueando los territorios, haciéndose dueño del curso de los ríos y de las ventajas de los caminos abiertos; apropiando las armas al terreno, combinando la política con enérgicas medidas militares; en una palabra, atendiendo al desenvolvimiento científico de la guerra. Al sistema de persecución incesante, que sólo procuraba sorpresas, cansancio, frecuentes descalabros, pérdidas no escasas, opuso líneas que mantuvieran descansado y con buena salud al combatiente, que aseguraran la dominación del territorio cubierto por ellas, que retiraran las subsistencias de primera necesidad del país ocupado por los carlistas, porque estas líneas, á la par que garantizaban nuestro propio territorio, servían para bloquear al enemigo y eran excelente base para cualquier operación ofensiva. El plan de campaña trazado por Córdova se halla expuesto en su *Memoria justificativa*, y es curioso consignar que, sin tenerse presente, fué adoptado por el primer gobierno de D. Alfonso XII en la dirección de la segunda guerra civil, con resultados que comprobaron el indudable talento estratégico del ilustre general D. Luis Fernández de Córdova (1).

Diremos algunas palabras relativamente á este plan, comenzando antes por exponer la situación y estado de ambos ejércitos.

El carlista ocupaba una extensión de terreno que, partiendo de la frontera francesa, se extendía por Irurzun, Estella, Los Arcos, Villareal, Peña de Orduña, y pasando por cerca de Balma-

(1) Cánovas del Castillo; *El solitario y su tiempo*, Tomo II, pág. 289.

seda, iba á morir en el Cantábrico, junto á Somorrostro, hallándose enclavadas en esta porción de territorio las plazas de Bilbao y San Sebastián, que ocupaban los liberales; por manera que la línea enemiga contaba 90 leguas, teniendo además los carlistas libre la comunicación con Francia, de donde le llegaba toda clase de socorros. El número de sus tropas ascendía á 30,000 hombres, mucho mejor abastecidos que el ejército liberal, y apoyados con energía por el país. Los soldados liberales en cambio, hallábanse sujetos á las mayores privaciones, mal vestidos y peor pagados, si bien superiores al enemigo por su organización, así como por la elevada cifra á que ascendía su caballería é infantería. Constaba a la sazón este ejército de 130,000 hombres, pero las muchas fuerzas empleadas en guarniciones y destacamentos, reducían el número de las tropas que operaban á 40,000. El general Córdova trató de poner en planta el sistema que había ideado, consistente en bloquear el territorio carlista, aislar al enemigo en las montañas, y cortar sus comunicaciones con las llanuras, estableciendo las seis líneas siguiente:

La formada por el Arga conservando sólo en él algunos pasos fortificados, de los que el más principal era el de Larraga.

La constituída por el río Zadorra y los pueblos fortificados de Arminón, Nanclares y Ariñez.

La del Ebro, con fortificaciones en los pasos de Puente Larrá, Miranda, Haro y Logroño.

La de la Rioja alavesa con La Guardia y San Vicente.

La del Condado de Treviño, apoyada en la villa de este nombre y Peñacerrada.

Tres cuerpos, cada uno de 20,000 hombres, y apoyados uno en Vitoria, otro en Pamplona y otro en San Sebastián, debían maniobrar por direcciones convergentes desde la circunferencia al centro.

Este sistema de líneas fortificadas, muy útiles en todas las guerras, es una ilusión desde el momento en que se carece de suficiente número de soldados para cubrirlas, puesto que el enemigo puede presentarse con fuerzas superiores en cualquier punto y romper la línea. El de Córdova no surtió en parte al efecto apetecido por la falta de hombres y recursos, por su derecha pasó la fuerza de Batanero y se introdujeron víveres y municiones. El restablecimiento del tráfico que los carlistas mantenían con Francia, fué un golpe rudo. La división en tres cuerpos de ejército tenía el inconveniente de privar de unidad de acción á las operaciones, sin perjuicio de que los carlistas, superiores á cada uno de estos tres cuerpos en número, podían batirlos sucesivamente. Y, sin embargo, la máxima de Córdova de que *el único medio de hacer la guerra era no hacerla*, tenía verdadero fundamento. Aceptar el combate que el enemigo ofrecía en sus montañas inaccesibles era destruir el ejército y eternizar la lucha. Que la necesidad le obligara á salir del corazón del país y le trajese á terreno propio para luchar con ventaja; entonces se decidiría ésta tal vez rápidamente. Sin embargo, falto de los recursos que exigían la realización de su plan, y apremiado por la opinión, que pedía el pronto término de la guerra, Córdova hubo de convencerse al fin de que ni aquel sistema ni otro alguno alcanzarían éxito; porque no sólo era indispensable cerrar herméticamente á los carlistas en su territorio, sino esperar por muy largo tiempo los resultados del bloqueo; y mientras el enemigo se habría mantenido con estrechez dentro de su círculo, los liberales necesitaban un presupuesto inmenso que la nación no podía soportar. Sin embargo, cualesquiera que fuese el plan que se adoptase, es preciso reconocer que la causa de la prolongación de la guerra no tanto estaba en los medios morales y políticos, como en los militares. Para que el sistema de líneas de Córdova fuera eficaz, se necesitaban, dice muy atinadamente Cánovas, «hombres y recursos en proporción á la empresa, y completa seguridad á las espaldas; un verdadero gobierno, en fin, que en 1836 faltaba.»



D. Serafín Estébanez Calderón

A pesar de la derrota sufrida en Mendigorría y de la desunión que la muerte de Zumalacárregui y la jefatura de Moreno produjeron, los carlistas conservaban las posiciones centrales de Salvatierra, entrada de la Borunda y pueblos inmediatos, y la cordillera de Arlabán, desde las cuales amenazaban constantemente los puntos más importantes de la circunferencia que los liberales defendían. Ellos podían caer sobre los nuestros sobre uno determinado de éstos con todas sus fuerzas, mientras que los liberales no se encontraban en ninguno con las necesarias para rechazarlos. Era, pues, harto dificultoso defender una extensa línea y menos invadir el territorio enemigo con las escasas fuerzas que constituían el ejército liberal; así es que, Córdova, pudiendo haber localizado y concluído la guerra, hubo de limitarse, por de pronto, á contener al enemigo; pero á costa de grandes fatigas, haciéndose superior á la terrible enfermedad que ya minaba su existencia, combatiendo victoriosamente con los carlistas, atendiendo al socorro de Bilbao, villa constantemente amenazada por el enemigo, y refrenando los actos de indisciplina de su propio ejército. Recibió este ejército, meses después, algunos miles de quintos, hombres sin desarrollo, por haber rebajado el gobierno la edad, y que, por lo mismo, no podían resistir las fatigas de la campaña. Sin embargo, nutridas las filas, Córdova decidió marchar en socorro de Puente la Reina, otra vez sitiada por los carlistas. El 14 de Octubre entró en Pamplona, voló luego los puentes del Arga en Mendigorría y Belascoaín, y se hizo dueño del curso de este río y de todo el territorio desde su margen izquierda hasta el Alagón, gracias á lo cual quedó aquel territorio dominado, Pamplona libre del bloqueo, y Puente la Reina en comunicación libre con dicha ciudad y con el Ebro. Esta operación demostró las ventajas de las líneas proyectadas por Córdova. La cuestión de terminar la guerra, una vez localizada, era ya de recursos. Sin embargo, Córdova, sin descuidar la fortificación de la línea del Arga, atendía á los movimientos del enemigo, y aprovechándose de la falta cometida por éste al retirarse del desfiladero de la Puebla, ocupó el Puente de Nanclares y aseguró las comunicaciones entre Miranda y Victoria. Para apoyar la marcha de la legión inglesa de Evans desde Bilbao á Vitoria, marchó á esta ciudad sosteniendo los días 27 y 28 de Setiembre dos combates sangrientos y prolongados; y para dirigir las futuras operaciones eligió á Vitoria por cuartel general, ordenando al barón de Meer la formación de las líneas de Zubiri y al general Aldamar las del Arga y la guarda de la ribera de Navarra por la parte que cubre la Rioja castellana, desde la orilla izquierda del Ebro. Sin embargo, la penuria del ejército era tanta, tan disminuídos se hallaban los contingentes por las bajas y las enfermedades, que la misma línea del Ebro en Navarra corría serio peligro. Eguía, que había sucedido en la jefatura del ejército carlista á Moreno, hizo en los primeros días de Noviembre grandes demostraciones sobre Bilbao, seguro de que el ejército libe-

ral no podría acudir á ella sin desguarnecer los territorios que ocupaba; pero Córdova tuvo una idea feliz y atrevida, consistente en el empleo del mismo procedimiento que el enemigo, y fué caer el 14 sobre Estella, donde derrotó á las tropas de Elío. Cuando Eguia llegó á Estella para defenderla, era ya tarde; sin embargo, como las tropas liberales no podían permanecer en aquel puesto islado, al retirarse entabló con ellas el combate en el camino de Monte Jurra, combate que sostuvieron los nuestros por escalones, después de haber ganado las dos faldas opuesta del monte, realizando prodigios de valor. El ejército llegó á Lerín casi agotadas las municiones, y es digno de admiración, no sólo el orden de retirada, sino, cuando después de ocho horas de combate, entre Allo y Lerín, se dispuso como en orden de parada y retó al enemigo á nueva batalla. Elogiando á sus tropas, les decia al dia siguiente el general en jefe estas palabras:

Soldados: el enemigo se jactaba de que no volveríais nunca á penetrar en la córte de la rebelión, y antes de ayer entrasteis en ella á viva fuerza. El caudillo rebelde corrió mucho para llegar á tiempo de huir de sus muros y de nuestra vista, y pasó la noche construyendo parapetos con que defender las avenidas de las Amézcoas. Desconcertados sus planes sobre Aragón y Bilbao, vino á recoger el fruto: una humillación más en Estella.

Ayer trató de vengarla con más cólera y violencia que inteligencia y denuedo, en la marcha que, con nuestros compañeros de la Solana, hacíamos á esta villa. ¡El Monte-Jurra! ¿Qué terreno más ventajoso para los que se titulan reyes de las montañas, con menos confianza en sus armas que en la protección del país, que han fanatizado con sus arrogantes y desacreditados embustes? Vosotros habéis visto las consecuencias, y les habéis por segunda vez demostrado que los soldados de Isabel II se baten en todos frentes, terrenos y situaciones. Nuestra marcha fué lenta y firme, terrible y gloriosa. Todos los cuerpos han tomado parte en este combate, todos han rivalizado en firmeza, á todos he oido con orgullo y emoción aclamar á nuestras augustas Reinas y á la libertad, al cargar ó rechazar al enemigo. La caballería hizo los prodigios de valor con que ya se ha familiarizado, llevando á su colmo el terror que inspira á nuestros contrarios. ¡Honor á sus invencibles lanzas, y que los que tan dignamente las empuñan para honra de este ejército reciban, soldados, el justo tributo que les debe vuestra amistad y admiración!

Al llegar á Allo se nos presentó un terreno abierto; y aunque sabía que la mayor parte de los cuerpos habian apurado sus municiones en ocho horas de tan fatigoso combate, conocí también de todo lo que era aún capaz vuestro valor. En esta confianza, reconcentrando nuestras fuerzas mientras cuatro compañías contenían al enemigo formé y ofrecí la batalla á todas las de los rebeldes reunidos. No olvidaré jamás soldados, el orden admirable, el ardor extremo con que, después de diez horas de fatiga, os presentasteis á desafiar, como en una parada, la jactancia de esos soldados montaraces, que sólo se atreven a combatir entre breñas y bosques; sus jefes obraron con prudencia tocando á retirada en Dicastillo. ¡Ojalá que, alucinados por la arrogancia hubieran recogido el guantel Soria, Extremadura, Castilla, Navarra, Mallorca, Infante, Borbón y Gerona; vosotros les habriais dado una lección de prudencia, que por desgracia rara vez olvidan ellos. La artillería y caballería del enemigo vieron frustrarse vanamente sus esperanzas; pero Bilbao, libre de sus impotentes amenazas; la expedición de Aragón regresando cobardemente á sus guaridas; los granaderos de la Solana aligerados; la capital inexpugnable humillada; el nuevo caudillo prevenido en todas partes y desacreditados: 600 de los suyos tendidos en el campo, en los hospitales ó en nuestro poder; ahí tenéis, compañeros, lo que el ejército, lo que el ejército no, lo que sólo 15 batallones habéis ejecutado en treinta y seis horas. Que los pueblos alucinados comparen la seguridad que les prometen sus seductores, con el recuerdo de la presencia de nuestras armas en Ochandiano, Durango, Salvatierra, Estella y la Solana durante las dos últimas semanas

La segunda división, al mando del brigadier Vigo, ha merecido la gratitud del ejército y de la patria, por la rapidez de sus marchas y oportunidad de sus movimientos para cubrir el Aragón ó perseguir á sus invasores.

No es posible hablar de las operaciones del general Córdova y de sus famosas lineas, sin hacer mención del general Zarco del Valle, que tanto contribuyó á secundar los planes de aquél. A un profundo conocimiento de la política y de la guerra, reunia Zarco el de todas las particularidades y detalles del país; y su actividad y su previsión corrían parejas con su entereza y su modestia. Zarco del Valle es una de las figuras más distinguidas que rodearon al general Córdova, quien tuvo en él un auxiliar celoso y un consejero de valía. Otro tanto podría decirse de algunos jóvenes oficiales y agregados que se distinguieron por muy diversos conceptos, Escosura entre ellos, Estébanez Calderón (1) y Ros de Olano, nombres que debian ser en adelante ilustres en la historia de la patria literatura. El mismo general Córdova, si se distinguia como militar, demostró gran talento como orador y como escritor, y así lo justifican las proclamas que dirigió al ejército y las arengas que pronunció en críticas ocasiones, arengas y proclamas que por cierto son modelos acabados de literatura militar.

Es verdaderamente la figura de Córdova una de las más nobles de este periodo, y es también el ejército que mandaba digno en verdad de que no se le escatimen los elogios: aquel caudillo joven, lleno de talento, y que abrigaba la muerte en las entrañas; aquellos soldados faltos de ropa y mal alimentados, acampando con pantalones blancos en los estribos del Pirineo, y en las ásperas sierras del país navarro: sin mantas, sin ropa de paño, con malísimas raciones de etapa, sin dinero, y animados sólo por el amor á la libertad y por el afecto hacia su ilustre y heróico jefe, inspiran profunda admiración. Divisiones enteras se quedaban dias seguidos sin recibir pan, empero marchando combatiendo, prestando el servicio sin quejarse. Era un espectáculo sublime que arrancaba lágrimas al mismo Córdova, y que le inspiró uno de los párrafos más brillantes que se hayan escrito en honor del soldado español (1).

Córdova, que había tenido especial empeño en que el ministro de la Guerra visitara el ejército, consiguió que el conde de Almodóvar, jefe de este departamento, pasara á fines de 1835 una minuciosa revista de inspección á las tropas, se enterase de su tristísimo estado, se pusiera de acuerdo con el general en jefe y al trasladarse á Madrid hiciera á los ministros la lúgubre pintura de la guerra. Mendizábal, jefe del gabinete, decidió entonces apelar al país, reunir recursos cuantiosos en plazo no lejano y llamar 100,000 hombres á las armas: mas aunque parecía oportuno suspender temporalmente las operaciones, y aunque el invierno, cruelísimo por cierto al comenzar el año 1836, se oponía á ellos, los amagos que los carlistas hicieron contra San Sebastián, quizás para forzar al ejército á penetrar en el interior del país, alejándole de su base de operaciones, obligaron á Córdova á emprender el ataque de las formidables líneas de Arlabán. El ejército salió de Vitoria en tres columnas el 13 al amanecer; y para distraer la atención del enemigo, mientras Espartero se dirigía á ocupar Villarreal, camino de Vizcaya, Rivero y Bernell avanzaban por la carretera de Francia, y Evans observaba á Guevara, teniendo el encargo de interceptar las fuerzas enemigas que desde Salvatierra y la Borunda quisieran reunirse con las de Eguia en Arlabán. El tiempo era riguroso, la nieve coronaba las alturas, los caminos estaban convertidos en lodazales, pero esto no fué óbice para que el movimiento se efectuara concertadamente. Espartero comenzó la batalla apoderándose de Villarreal; y, seguidamente, una parte de las tropas del centro, mandadas por Bernell, se posesionó de las primeras obras defensivas levantadas por el enemigo al pié de las empinadas posiciones de Arlabán. Aunque la tarde declinaba, el general en jefe creyó oportuno proseguir el combate y dió orden á la división Rivero de escalar aquellas posiciones, movimiento que se efectuó marchando el primero el regimiento de la Princesa,

---

(1) D. Serafín Estébanez Calderón, de quien en la página anterior ofrecemos el retrato, es uno de los más ilustres escritores militares españoles. Nació en Málaga en 1799 y murió en Madrid en 1867. Desde 1834 á 1836 desempeñó el cargo de auditor general del ejército del Norte, y en 1849 el de auditor general en comisión de las tropas enviadas á Italia. En 1841 dió a la estampa un *Manual del Oficial en Marruecos*, digno de figurar entre las más escogidas obras de nuestra literatura. En 1847 dió comienzo á sus trabajos relativos á la historia de la infantería española, que de Real orden se le confiaron. No llegó á terminar esta obra por falta del apoyo que venía dispensándosele, pero presentó en el Ministerio de la Guerra legajos como para dos tomos, quedando el resto de los manuscritos en poder del autor. Los fragmentos que de la *Historia de la infantería* aparecieron en la antigua *Revista militar* y la obra *Conquista y pérdida de Portugal* (publicada recientemente en la *Colección de escritores castellanos*), colocan á Estébanez en el número de nuestros más ilustres prosistas, y, sin pecar de exagerados, diremos que entre los clásicos. Su lenguaje es castizo, fluído y armonioso; su estilo tiene el corte de los autores del siglo de oro; su narración revela un arte exquisito, conocimiento profundo de las cosas militares y erudición asombrosa. Estos méritos justifican sobradamente que aparezca su retrato entre los de ilustres militares de su época. El Sr. Cánovas del Castillo ha puesto de relieve la personalidad literaria de Estébanez Calderón en una interesante obra publicada hace tres años con el título de *El Solitario y su tiempo*.

(1) En cierta ocasión preguntaba Córdova á los soldados: *¿Cómo va, muchachos?—Muy mal, mi general, muy mal*, respondiéronle á coro.—*Pero qué*, prosiguió el general *¿os faltará constancia para sufrir todo eso por la patria?*—y contestaron con espartana abnegación: *¡Oh, eso no, mi general; por la patria hasta la muerte*. Y, sin embargo, la patria les adeudaba dos meses de haber, y en su pobreza, dice el mismo Córdova, «no podía ni asegurar el sustento á sus mutilados defensores, ni regalarles al despedirlos, en memoria siquiera de la mucha sangre con que las empaparon, las destrozadas prendas del escaso vestuario con que vivieron y durmieron tres años.» *Memoria justificativa*.

mandado por Narváez, quien, secundado por Espartero, logró señorear las formidables líneas. La lucha fué encarnizada. Narváez fué herido en ella, los demás jefes hicieron prodigios. Evans, cumpliendo exactamente las órdenes recibidas, dominó el camino de Salvatierra, rechazando algunos cuerpos enemigos. Los ingleses se batieron brillantemente. Terminó aquel día memorable vivaqueando el ejército sobre las alturas conquistadas, y durmiendo los soldados en confuso montón para comunicarse mutuamente, dice un testigo, algún calor. Al día siguiente, el ejército retrogradó á Vitoria. Con esta operación á la verdad, tan brillante como ineficaz, se logró satisfacer las exigencias del país y del gobierno; pero no alterar la fisonomía de la guerra, respecto de la cual Córdova había ya emitido su parecer, insistiendo una y otra vez en la conveniencia del sistema de líneas.

Transcurrió el mes de Marzo de 1836 sin operación alguna de importancia: el ejército, distribuido en las líneas, hizo algunos reconocimientos sobre Guevara, no pudiendo establecerse el sitio por la falta de material de guerra para atacar el castillo; movióse á mediados de mes sobre Villareal y Guevara, y logró arrancar al enemigo de sus posiciones, consiguiendo señalados triunfos en la ria de Bilbao, en Villareal, en Murguia, Amurrio, Zubiri, Orduña y otros puntos; pero los carlistas, para evitar el bloqueo, hicieron repetidas expediciones con batallones castellanos al objeto de desmembrar la fuerza de las líneas, y, aprovechándose de los terribles temporales reinantes, apoderándose en dicho mes de Plencia y Valmaseda, por la imposibilidad en que estuvo el ejército de socorrerlas. A principios de Mayo comenzó á mejorar el tiempo, y los carlistas, que tenian sitiado á San Sebastián, estrecharon el cerco, dirigidos por Sagastibelza. Mas como la plaza podía recibir socorros por mar y como acudiera á ella el bizarro general inglés Evans, no les fué posible conseguir su objeto; antes por el contrario, el 5 de Mayo hizo la guarnición una vigorosa salida, rechazó al enemigo de sus líneas, ocupó sus posiciones y algunas piezas de batir y causóle, entre otras bajas, la del valeroso Sagastibelza. Este fué un contratiempo gravísimo para la causa carlista, pues su plan de operaciones se fundaba en tomar á San Sebastián, que aseguraría sus comunicaciones marítimas con la costa francesa, proporcionándoles en adelante las vituallas, armas y municiones que comenzaban á faltarles desde que, establecidas las líneas del Arga y de Zubiri, hízose dificilísima para ellos toda comunicación con el resto de la península. No puede decirse que dejara el enemigo de asegurar la toma de San Sebastián, pues para impedir el socorro desde las líneas, consagróse durante aquel crudo invierno en fortificar todos los pasos y avenidas que podian facilitar el paso de las tropas al Norte de Guipúzcoa, pero muy especialmente aquellas posiciones de Arlabán ocupadas y abandonadas á principios de año. Sin embargo, Córdova desbarató todos sus planes, ya mandando con oportunidad á San Sebastián á la legión inglesa de Evans, ya atacando á mediados del mes las mismas líneas de Arlabán, operación realizada en la siguiente forma: con mucha anticipación reunió las provisiones necesarias; el 20 dió sus órdenes al ejército que se hallaba acantonado en las líneas, sobre los caminos de Pamplona por la Borunda, de Francia por Salinas, atravesando la posición de Arlabán, y de Vizcaya por Villareal y Ochandiano. Espartero ocupaba este camino y Rivero el de Pamplona. El 21 al amanecer todo el ejército se puso en movimiento sobre los caminos de Francia, Vizcaya y otros secundarios, en dirección de Arlabán. Ignoraba el ejército cuál era el plan del general en jefe; descubrieron los carlistas el movimiento y corrieron á ocupar sus puestos, en la creencia de que aquel atacaría de frente las posiciones de Arlabán, reforzadas ahora con varias líneas de parapetos con plazas de armas para sus reservas y con caminos cubiertos; mas, cuando nadie la esperaba, cerca ya los liberales de Arlabán y como á tres cuartos de legua del enemigo, variaron súbitamente de dirección á la derecha las cabezas de las columnas, y dejando á la izquierda las posiciones contrarias, dirigiéronse en línea recta hacia el castillo de Guevara. El general carlista Villareal, que había sucedido á Eguía en el mando, creyó que los nuestros iban á sitiar el castillo, y destacó algunas fuerzas en aquella dirección; los liberales, sin detenerse, continuaron su marcha en otra dirección, penetrando en el valle de la Borunda y oponiendo á su izquierda una división como flanqueo de todo el ejército. Engañado el enemigo, abandonó todas sus posiciones de Arlabán y emprendió su marcha por las crestas vecinas, paralelamente á los liberales. Llegó la noche, entraron éstos de Salvatierra, y, Córdova, después de destacar una fuerte columna como vanguardia en dirección de la Borunda, dió orden de que el grueso del ejército pernoctara en Salvatierra é inmediatos pueblos, y, á las diez, él y uno de sus ayudantes pusiéronse en camino en dirección perpendicular á la seguida por el ejército, ganaron después de tres horas de marcha una altura, y á la luz de la luna pudieron observar el movimiento de concentración que los carlistas efectuaban del lado de la boca del Borunda, es decir, hacia su izquierda, con arreglo al frente de Arlabán. Córdova había conseguido su objeto. Regresó á las cuatro de la mañana á su alojamiento y el 22 dió orden de emprender la marcha sobre Alsasua.



El General D. Baldomero Espartero

Con esto se marcó todavía más á los ojos de los carlistas el movimiento, y persuadidos de que los nuestros se dirigían á Navarra, dividiéronse en brigadas para dirigirse con más rapidez á ocupar las posiciones de la Borunda. Tan presto se hizo cargo de todo el general en jefe, ordenó á Espartero, Rivero y Oráa que con sus divisiones variasen rápidamente de dirección sobre la izquierda, y que en tres columnas distintas y en una misma línea atacasen cuantas posiciones hallaran ocupadas en dirección á la sierra de San Adrián, objeto de este movimiento. Ejecutáronlo así estos generales, Rivero colocado á la derecha, Espartero á la izquierda, Oráa, jefe de E. M., en el centro. Estos tres cuerpos, fuertes cada uno de 12 á 14 batallones, cayeron sobre el flanco carlista, desconcertaron sus fuerzas y las dispersaron. La sorpresa que experimentó el enemigo no es decible. Todo el grueso de sus fuerzas había marchado la noche anterior sobre la derecha de Córdova y se hallaba muy distante del punto donde se combatía para acudir á tiempo; cuando se dió cuenta del peligro, es decir, cuando el eco de los cañonazos y fusilería le llamó al combate, halló interpuesta la division Rivero, y hubo de renunciar á su propósito. La retaguardia carlista

quedó totalmente derrotada, el ejército liberal dueño de las cumbres de San Adrián y con el camino expedito á su izquierda para posesionarse de Arlabán sin disparar un tiro, con el enemigo distanciado en dirección á Alsasua y obligado á contramarchar para recobrar á costa de empeñados combates sus posiciones. El desconcierto que reinó en el campo carlista fué, como puede suponerse, grande.

Corrian los generales y jefes á todo el escape de sus caballos sin conseguir la reunión de fuerzas cercanas á las liberales, para disputarles todavia la posesión de las alturas; pero toda resistencia se hizo imposible, y no obstante el arrojo de que hicieron gala algunos batallones, fueron ocupadas las cumbres, no sin que algunos cuerpos tuvieran que dar brillantes cargas á la bayoneta.

Entrada la noche, cesó el fuego en toda la línea y el ejército vivaqueó otra vez sobre aquellas famosas alturas, formando tres líneas, y dando frente á Guipúzcoa, en el fondo de uno de cuyos valles dibujabase Oñate, la antigua corte del Pretendiente.

¡Espectáculo admirable en verdad el que ofrecían aquellos soldados y el que á su vista se desarrollaba! El inspiró sin duda á Córdova aquellas frases sublimes con que les saludaba en su proclama, diciendo que *habían subido más alto que las nieves de Mayo y veían volar las águilas bajo sus plantas.*

Al amanecer del siguiente día, el ejército liberal se puso en marcha en dirección de Arlaban, sin abandonar la divisoria de las aguas y observando las precauciones necesarias para evitar una sorpresa; ocupó aquel mismo dia la citada sierra, sostuvo un vigoroso ataque del enemigo, y el 25 la abandonó, reconcentrándose en Villarreal, camino de Vitoria, y regresando el 26 á sus cantones y líneas generales. Poco después el general en jefe se dirigió á Madrid.

Estas operaciones de Arlabán, cuyos detalles no figuran en la *Memoria justificativa* de Córdova, y sí en las *Memorias íntimas* de su hermano, fueron y han sido objeto de muy encontradas opiniones.

«A decir verdad, dice un historiador, parece que no merecia tanto el ocupar aquellas posiciones para ser inmediatamente abandonadas.

Si tamaña importancia tenían las cumbres de Arlabán ¿por qué no quedó en ellas Córdova? ¿Por qué tanto apresuramiento en volver á Vitoria? ¿Cuánto más no habria podido estrechar desde ellas el territorio enemigo? A menor distancia de Evans, con más facilidad de poseer á Guevara ó dominarle, y casi á las puertas de Vitoria, que podía continuar siendo el cuartel general, se habría preparado así una invasión simultánea de toda la línea.»

A esta opinión de Pirala, robustecida por los temores que existieron en el cuartel real carlista, y por las opiniones de los jefes caracterizados de D. Carlos, oponen las *Memorias íntimas* la dificultad de subsistir el ejército en los valles guipuzcoanos, la falta de hospitales, el carecer de suficientes tropas para asegurar las comunicaciones, etc.

Pero entonces ¿qué objeto tuvo la operación contra Arlabán? Sin duda alguna satisfacer la opinión y mantener el buen espíritu de las tropas; porque la verdad es que no produjo resultado práctico alguno, y que el ejército, abrumado por la fatiga y falto de subsistencias, hubo de volver á sus líneas, donde continuó rodeado de todo género de penurias.

Una vez en Madrid, el general Córdova expuso al gobierno el estado de la guerra y la situación del ejército, y manifestó que eran indispensables la formación de un cuerpo de ejército en Alava, otro en Navarra, y otro de reserva en Burgos; que se facilitasen recursos á las tropas; que se las reforzara; que se pidiesen á Francia é Inglaterra, para las legiones auxiliares, algunos miles de soldados, y que el gobierno no tratara de ocultar al público la verdad completa de todos los movimientos. El Consejo de ministros aprobó estas peticiones y Córdova volvió al ejército del Norte, cuya jefatura interinamente desempeñó Espartero.

Este ejército se hallaba distribuído de la manera siguiente: 2,000 hombres mandados por Tello á la extrema izquierda de la línea; 8 batallones, con Espartero, en movimiento y combinación desde Vitoria con la brigada Das Antas, y con el asiento en Vitoria; 2 protegían la caballería de Iribarren; 9 á las órdenes de Rivero se hallaban acantonados en Puente la Reina, y finalmente, otros 9 guarnecían las líneas de Zubiri. Córdova echó de ver que el general en jefe carlista, Villareal, trataba de tomar la ofensiva; creyó que intentaba atacar los dos extremos de su línea y mantenerse á la defensiva en el centro; pero el nuevo general en jefe del ejército carlista proponíase salir del estrecho círculo en que se hallaba encerrado, estudiando y enlazando las operaciones por su derecha, desde las montañas de Santander á las de Galicia, y por la izquierda, desde el alto Aragón á Cataluña; y la salida del general carlista D. Miguel Gómez con 2,700 infantes y 180 caballos, y el desastre del general Tello, que trató de impedirla, desconcertaron los planes de Córdova, obligándole á desmembrar sus fuerzas, lo que imposibilitó las operaciones defensivas que proyectaba.


El barón de Meer

En seguimiento de Gómez marchó Rivero, al que se incorporó luego Espartero; pero los carlistas, que trataban de aprovecharse de la debilidad del ejército isabelino, lanzaron una nueva expedición a través del Ebro, cuyo paso efectuó el caudillo D. Basilio García por Argoncillo, sin que acertara á impedirlo el brigadier Briones que cubría aquellos vados; Villareal, después de haber intentado ganar á Peñacerrada, retiró sus fuerzas á la llamada de Alava, y amagó con nuevas expediciones á la Rioja.

A todo esto la situación del ejército liberal empeoraba, conspirábase en todas partes, la división portuguesa recibia orden de su gobierno para retirarse á la frontera de su país, y Córdova, atento al doble peligro que le amenazaba por el frente y por la espalda, sin perder de vista á los expedicionarios y sin desatender a Villareal, vese obligado á efectuar grandes marchas y contramarchas, aunque sin conseguir derrotar al enemigo.

Cansado de exponer en balde al gobierno su situación, profundamente disgustado del giro que tomaba la política, Córdova presenta la dimisión, y á fines de Agosto de 1836 resigna el mando, que interinamente queda desempeñando el general D. Marcelino Oráa.

¿Qué resultados había producido en este intervalo la expedición del general carlista Gómez?

Vamos á verlo. «Si los talentos de un jefe pudieran salvar los defectos esenciales de una idea, dice un ilustre historiador militar, sin duda alguna Gómez habría realizado las lisonjeras esperanzas de los carlistas. A la cabeza de 2,600 infantes y 100 caballos parte Gómez del territorio vasco (26 de Junio), derrota á su paso la división de reserva que mandaba el general Tello, y recorriendo rápidamente el principado de Asturias, entra en la ciudad de Oviedo sin quemar el cebo de un fusil (5 de Julio).

Una larga serie de marchas y contramarchas para evitar el encuentro de Espartero que le perseguía con superiores fuerzas, le lleva á Galicia, cuya capital, Santiago, le abrió sus puertas á las primeras intimaciones. Precedíale la reputación de hombre enérgico, pero humanitario y severo observador de la disciplina; y esta fama, más que el aparato de sus fuerzas, contribuyó á que se le franquease la entrada en puntos tan principales. Contemplándose inseguro en Galicia, revuelve sobre Asturias con la celeridad de un relámpago, y entra en León el 1.° de Agosto; pero la sorprendente actividad de sus movimientos no pudo evitarle el venir á las manos con Espartero en el puerto de Tarna. La acción ni fué larga ni sangrienta, porque Gómez, que no po-

día desmembrar sus reducidas fuerzas, las dispersó al poco tiempo, fijándolas previamente un punto de concentración. Re puesto en breve, se precipita sobre los fértiles llanos de Castilla la Vieja, y remontando á paso de gigante hacia la entraña de Castilla la Nueva, llega á dos jornadas de Madrid. Estos movimientos tan rápidos, sin que los expedicionarios llevaran el aire de fugitivos, pues entraban en las grandes poblaciones que hallaban en su via, revelaban en el jefe la audacia del genio protegido por la fortuna. Pero la fortuna mayor de Gómez fué el pelear entre Matillas y Jadraque con D. Narciso López, que conducía una columna de la guardia real. Era López inferior en fuerzas al carlista, mas aceptó el combate impelido por la fogosidad de su carácter y fiado en la cooperación incierta de otras columnas isabelinas.

La guardia sostuvo al principio su antigua reputación, y acaso su misma resistencia fué causa de su ruina, porque envuelta y despedazada por la caballeria carlista, vino á sucumbir completamente. Casi todos los isabelinos que no quedaron tendidos en el campo de batalla, cayeron prisioneros con López, su general; los pocos fugitivos que se derramaron en el interior, hicieron lúgubres relaciones de aquella infausta jornada, realzando un suceso ya de por si tan triste con la hipérbole que el temor presta á todos los acontecimientos. No se sabe si fascinado Gómez con los esplendores de esta victoria concibió entonces el pensamiento de amenazar á Madrid, ó si este plan atrevido brotó en las conferencias que tuvo con Cabrera y otros jefes carlistas que hacían la guerra en Aragón, adonde aquél se dirigió para poner á buen recaudo sus prisioneros. Gómez y Cabrera rompieron su marcha desde Cantavieja, y se encaminaron resueltamente á Madrid.

La sorpresa grata de Villarrobledo (17 de Setiembre), debidas á la pericia de Alaix y al valor del jefe de la caballería isabelina, D. Diego de León, desvanecieron sus lisonjeras esperanzas. El poder analitico de la desgracia, y aun más, la divergencia de caracteres entre los dos jefes expedicionarios, acabaron por separarles: Cabrera se volvió al Maestrazgo, teatro de sus hazañas, y Gómez, recogiendo los dispersos y reinfundiéndoles el perdido aliento, se lanza en las Andalucias y se apodera de la ciudad de Córdoba. Como ni el plan que se habia prescrito, ni sus recursos militares le permitian formar un establecimiento sólido en parte alguna, abandona muy luegn esta fácil conquista, traspone las lindes andaluzas, y se presenta en la Mancha, fijando principalmente su atención y sus esfuerzos en las ricas minas de Almaden. Breve en número la guarnición y la ciudad poco susceptible de defensa, se rindió el 24 de Octubre, con lo que Gómez se halló dueño de cuantiosos caudales. No obstante, previendo que acudirian á envolverle en el territorio manchego las varias columnas destacadas en su persecución, fué describiendo un gran arco de circulo sobre su anterior punto de partida, hasta parar en la Serranía de Ronda. Desde aquí, movido más bien por las sugestiones del amor propio, que por un pensamiento militar, descendió á las playas de Algeciras, en la parte meridional de la Península; ¡él que había salido cinco meses antes de las regiones del Norte con un puñado de hombres! Al fin se vió envuelto por cuatro columnas isabelinas que le amenazaban en bien trazada combinación con un completo exterminio. Salió de este apuro rozándose violentamente con la división de Narváez en Alcalá de los Gazules; pero fué á caer más adelante en brazos de Alaix que le esperaba decidido en Alcaudete. No fué notable el choque por la efusión de sangre; sin embargo, Goméz perdió parte de su rico botin y la palma poco disputada de la victoria. Por último, la columna expedicionaria, más fuerte que al salir de las Provincias y con el noble orgullo de haber cruzado de un lado á otro el corazón del reino, repasó el Ebro el 20 de Diciembre, llenando de asombro hasta sus mismos enemigos. Poco tiempo después Gómez fué encausado y preso. Habia hecho, sin embargo, cuanto podía esperarse de un general consumado, y más de lo que esperaban de él sus émulos. Si la expedición fué estéril en resultados para la causa carlista, esta esterilidad se hallaba en el pensamiento que había presidido á ella. Para conquistar provincias era demasiado débil; para hacer prosélitos tenia una organización militar superior á la de las guerrillas (1).»

Mientras éstas y otras expediciones tenían lugar, proseguía en Navarra la campaña, aunque sin conseguirse resultados decisivos. Las acciones de Arroyaba, Tolosa, Arroniz, Gorbea, Gopegui y otras adversas á los carlistas, forman el lazo de unión de los sucesos ocurridos entre la marcha de Gómez y el sitio de Bilbao. Estas acciones fueron dirigidas por Oráa que, como hemos dicho, desempeñaba interinamente el mando del ejército isabelino. Espartero, que había emprendido la persecución de Gómez, no pudo proseguirla á causa de una enfermedad que le sobrevino en Agosto; pero apenas convaleciente de ella, la reina le confirió el mando en jefe del ejército del Norte, resolución que fué muy bien acogida por las tropas y por el país.



D. Francisco Javier de Giron, duque de Ahumada

Primer Director y Organizador del Instituto de la Guardia civil

Las verdaderas causas que determinaron el nombramiento de Espartero para general en jefe fueron, sin duda alguna, el informe del general Córdova, quien, preguntado por el gobierno respecto á la persona más idónea para sucederle en el mando, respondió: «que el general Espartero, por su alta experiencia de la guerra, perfecto conocimiento del pais, crédito entre las tropas, y por las demás ventajosas circunstancias que en él concurrían, le parecía reunir las mejores condiciones.» El gobierno aprecióla asimismo, y con fecha 17 de Setiembre nombró á D. Baldomero Espartero general en jefe del ejército de operaciones del Norte, virey de Navarra y capitán general de las Provincias Vascongadas; y Espartero tomó el mando en jefe dirigiendo á sus tropas una proclama que pinta con vivisimos colores cuál era el estado de aquel ejército. «El encargo, decia en ella, es superior á mis fuerzas; vosotros experimentaréis la que más me aflige, la falta de recursos para cubrir las estaciones...

Pero, añadia, soldados del ejército del Norte, ¿creéis que basta para conseguir el triunfo, vuestra constancia, el sufrimiento y el valor que tenéis acreditado?... Ni basta ni es suficiente mientras que el orden y la más rigida disciplina no acompañen á los demás títulos que constituyen el honroso nombre y reputación que habéis adquirido.» Muy relajada se hallaba en verdad la disciplina, porque la falta de recursos amenazaba, no sólo la existencia material sino la moral del ejército, altamente resentida por las últimas perturbaciones. Y á causa de esto, Espartero no juzgó prudente emprender vigorosamente las operaciones hasta reorganizar las tropas, en cuya tarea empleó el general dos meses, quedando, como es consiguiente, en suspenso los movimientos militares.

Entre tanto, los carlistas aprestaban fuerzas, vituallas, artilleria y municiones para sitiar la villa de Bilbao, plaza más importante por la tenacidad que los beligerantes demostraron en sitiarla y defenderla, que por su consideración estratégica. Hallábase Espartero en Haro el 22 de Octubre, cuando supo que el enemigo habia formalizado el sitio, y era la situación del general por extremo critica, pues no tenía á sus inmediatas órdenes suficientes fuerzas, y además, para reunirlas, había de desguarnecer parte de la linea (apoyada de un lado en las márgenes del Ebro, al frente en los estribos del Pirineo y de otro en las lindes francesas), dejando á descubierto la frontera francesa y flanqueado el paso del Ebro, por donde se podía lanzar el enemigo

(1) Clonard, *Hist. orgánica*, Tomo VII, págs. 224 á 287.

sobre Castilla. Colocada Bilbao en la extremidad izquierda de esta línea, para protegerla y conservarla, requería sacrificios que no compensaban los serios peligros que corriera el ejército. Así lo manifestó Espartero al gobierno; pero éste contestóle en 1.º de Diciembre, prescribiéndole «por consideraciones de alta política» conservar á toda costa dicha plaza. Sin embargo, Espartero luchaba con otras muy serias dificultades. Sus soldados arrastraban una existencia angustiosa, mal ropados, descalzos y poco proveídos: á los rigores de un cruel invierno, uníanse copiosos aguaceros; á los obstáculos que oponía la naturaleza, los que oponía el enemigo, volando puentes, abriendo zanjas, cortando las comunicaciones.

Pero el general en jefe no por eso se arredró. Antes de recibir la orden del gobierno, propúsose hacer un esfuerzo para obligar á los carlistas á levantar el sitio, y al expirar Octubre movióse con 14 batallones y 300 caballos hacia Villarcayo y de allí a Balmaseda (1.º de Noviembre), tomando luego la vuelta del valle de Mena, desde donde podía en una sola marcha avanzar sobre Bilbao y proteger con el movimiento inverso de una de sus alas la margen izquierda del Ebro. Empero, el ejército, aquejado allí por terrible penuria, se hallaba en un estado altamente crítico; los carlistas, que por de pronto habían retirado su artillería, atacaron el 7 de Noviembre con tal vigor á Bilbao, que se apoderaron de sus obras exteriores, y el camino de Somorrostro, único que antes tenia abierto el ejército liberal, fué interceptado por el enemigo: 23 batallones tenia éste en el sitio: 15 batallones y 2 escuadrones eran la única fuerza de que podía disponer Espartero para el socorro. Firme, sin embargo, en su propósito, avanzó lentamente hasta el valle de Losa (11 de Noviembre), donde permaneció hasta el 17, detenido por la falta de provisiones, por los temporales y por los obstáculos del camino; marchó luego á Barnes y llegó el 20 á Castro-Urdiales, sufriendo siempre terrible aguacero.

En Castro acordó el Consejo de generales y jefes que se embarcara el ejército, lo que efectuó parte de él el 23, dirigiéndose á Portugalete y Santoña; el resto el 27, atravesó la ria del Galindo por un puente de barcas, y seguidamente forzó las posiciones carlistas colocadas en las eminencias inmediatas. Más empeñado combate hubieron de sostener las tropas al intentar el paso del Cadagua por el puente de Castrejana, que hallaron inaccesible; de resultas de lo cual, los batallones liberales retrogradaron en direccion á Santoña y Portugalete, y el general en jefe, de acuerdo con el consejo de guerra, dispuso no insistir mas en el paso de Castrejana, eligiendo para el socorro el camino de Azúa.

El ejército cruzó el día 1.º de Diciembre la ría de Gobela, dividido en tres columnas y avanzó sobre el Eradio, pero no pudo alcanzar el pié de las posiciones enemigas por estar cortado el puente de Azúa, que enlaza las comunicaciones del valle con el monte de Cabras y cerro de las Banderas: nuevo obstáculo que destruía toda la combinación, quedando las tropas en situación sumamente crítica con una ria á la espalda, otra insuperable al frente, sufriendo el fuego de una batería enemiga colocada en el monte de Cabras, y siendo muy difícil el abastecimiento. No quedó, pues, otro recurso que la retirada á Portugalete, retirada que se ejecutó con orden, pero con harto trabajo y á costa de preciosa sangre; é inútil es decir cuán quebrantada quedó con esto la moral del ejército.

La junta de generales opinaba por que se desistiera del socorrro; no así el general en jefe, tan firme en su propósito que en una patriótica alocución decía á sus tropas: «Quiero saber quiénes son los que están decididos á morir antes que retroceder, y mando que los jefes de los cuerpos, formando los suyos respectivos, lean esta orden general y alisten en el acto los oficiales é individuos que quieran ser los primeros para la gloria del combate.» Esta calurosa excitación produjo su efecto. Nadie dudó que Bilbao sería libertada.

La fortuna, que tan avara se había mostrado hasta entonces á los liberales, deparóles recursos en metálico. Comenzóse á construir un puente de barcas bajo las canteras de Aspe, se habilitaron tres grandes balsas, cruzándose con ellas el Galindo; trasladó la artillería á las inmediaciones del puente de Luchana, y tanto las baterías emplazadas en este punto, como las del Desierto, desmontaron á las dos horas de fuego todas las enemigas.

Entonces decidió Espartero forzar el formidable paso de Luchana. Al despuntar el día 23, tres batallones del cuerpo de reserva en otros tantos pontones cruzan la ria; veinte lanchas desafiando el temporal, conducen una columna de cazadores y un batallón de línea al litoral opuesto del Galindo, entre el puente de Luchana, y el almacén de pólvora. Las baterías del Desierto y Luchana apagan los fuegos contrarios, excepto los que salen del pié del monte de Cabras; pero arrimándose los buques y lanchas a medio tiro de cañón, obligan á retirar las piezas enemigas. El temporal de lluvia y nieve que azotaba al ejército era en aquellos instantes horroroso. Espartero, aquejado de crónica dolencia, yacía en cama; y en este penoso estado trazó el plan del combate, plan reducido á amenazar primero, ó herir el ala izquierda del enemigo, obligándole á acudir á sostenerla, y debilitando las fuerzas con que cubria el puente de Luchana; reconstruir luego el puente, y lanzar al otro lado, para proteger operación tan atrevida, fuerzas bastantes considerables á contener el ímpetu de los batallones carlistas que guarnecían la falda del monte de las Cabras. Habilitado el puente de Luchana, uno de cuyos arcos habían roto los carlistas en la longitud de cuarenta piés, debía pasarlo el grueso del ejército con toda la artillería, y lanzar al enemigo de las imponentes posiciones que ocupaba.

Hé aquí cómo se realizó esta operación: El 24 por la mañana la brigada Mayals, encargada de maniobrar sobre la izquierda, atravesó el Galindo por un puente de pontones, apoderóse de la torre de Luchana situada á la izquierda del Nervión, y de una casa de campo existente en la confluencia de este río y el Salcedón; prosiguió su avance combatiendo siempre, y logró señorar las alturas que dominan ambos ríos. Entre tanto, habilitábase el puente de Luchana, y á las cuatro menos cuarto de la tarde, treinta lanchas y trincaduras comenzaban á conducir las compañías á la orilla opuesta del río, operación favorecida por la espesa capa de nieve que caía, y realizada entre torbellinos de fuego.

Nuestras tropas logran ganar la orilla opuesta del río; la batería colocada al pié del monte de Cabras cae en su poder; y á la par que se habilita el puente de Luchana, constrúyese otro de pontones inmediato á él. Pero sobreviene la noche, y encuentra á los soldados liberales empeñados en el ataque de la altura de San Pablo, otra eminencia que como la de Cabras domina la ría de Azúa y que se hallaba asímismo defendida por la artillería y algunos batallones enemigos. La acción, lejos de terminar, generalízase entre las sombras, y nuevos batallones enemigos atacan á los nuestros en el arrecife de Luchana y desprendiéndose del cerro de Banderas. Momentos terribles fueron aquellos.

«Allí, en las inmediaciones de Bilbao, dice un historiador, sobre un terreno bordeado de escollos, y abierto por profundas grietas, apenas daban un paso los combatientes sin peligro de quedar sumergidos en abismos ignorados, ó cubiertos por una capa de nieve, porque no tenían mas luz que la de los fogonazos de los fusiles, ni más guía que el valor llevado á la temeridad.

Las voces de mando, los lamentos de los heridos, el último grito del moribundo, quedaban apagados por las detonaciones del cañón y del fusil y por el acento más poderoso aun del huracán que desgarraba las nubes. Hubo instantes en que fué tanta la inclemencia del temporal, que los combatientes se vieron obligados á suspender la marcha, guareciéndose en las casas inmediatas, y buscando muchos soldados hasta el abrigo de los cadáveres de sus compañeros. Pero esta interrupción, lejos de disminuir, parecía haber encendido con doble fuerza su ardor marcial; porque el combate se hizo bien pronto mortífero; unos y otros disparaban á quema ropa, pero no abandonaban ni retrocedían un palmo de terreno. La segunda división había experimentado pérdidas enormes; el general barón de Meer quedó herido, y le reemplazó en el mando el brigadier D. Froilan Méndez Vigo; muchos jefes habían tenido igual adversa suerte; las filas de los batallones del Rey, y 2.º de Gerona, estaban tan mermadas, que fué preciso colocar en la vanguardia los granaderos de la Guardia Real, el batallón de Soria y el 2.º de Borbón. Pero como el fuego era cada vez más vivo, intenso é inmediato, estos cuerpos experimentaron al cabo de poco tiempo grande quebranto: el brigadier Vigo fué herido también, y le sustituyó el comandante de la Guardia, Valderrama. Habían sostenido el fuego durante nueve horas, le habían sostenido en toda la extensión de la línea; ni un solo cuerpo quedaba en la margen derecha de la ria que no hubiese entrado en acción.»

El peligro del ejército liberal era tan eminente, que de no avanzar, podía darse como segura su derrota tan presto alboreara el día. A los carlistas, en cambio, les bastaba sólo mantenerse en sus posiciones para triunfar. Estas consideraciones, la impaciencia que le dominaba, los ecos del combate que llegaban hasta él, impulsan á Espartero, le arrancan del lecho en que yace, y, devorado por la fiebre, el ilustre caudillo monta á caballo, llega al sitio de la pelea, pregunta por la Guardia, y oye que se halla en cuadro; manda suspender el fuego, y forma las columnas de ataque. Más de dos horas se invirtió en esta operación; pero poco después de media noche se oye el toque de

ataque; Espartero electriza á los soldados con algunas frases elocuentes, y se pone á la cabeza de una de las columnas; la otra sigue á Oráa, y ambas se lanzan contra las posiciones enemigas, desafiando la metralla. Entáblase terrible combate; y al amanecer, los nuestros señorean el cerro de las Banderas; los carlistas se declaran en fuga, y el paso para Bilbao queda abierto. A las nueve de la mañana entró en Bilbao el ejército libertador. Mil bajas había costado la gloriosa jornada de Luchana.

El general en jefe dirigió al ejército y á los habitantes de Bilbao patrióticas y entusiastas alocuciones, una de las cuales dice como sigue:

«Soldados: cuanto pudiera decir en vuestro elogio, lo dirá el mundo entero cuando se divulgue la batalla que habéis ganado, las líneas que habéis vencido y el pueblo que habéis libertado.

»Mi corazón, enajenado de placer, viendo cumplidas mis esperanzas, fijas sólo en el valor que os ha hecho inmortales, no permite desenvolver las ideas, ni encontrar palabras suficientes para describir el maldito triunfo que mi gratitud desea bosquejar.

»El memorable día 24 amaneció tempestuoso. El silbo del huracán, la copiosa nieve, el interpolado granizo, en vez de amilanaros, aumentó vuestro ardimiento y el ansia de volar por el laurel que ya os corona. En el campamento oí vuestras conversaciones, vuestro deseo de hacer la Noche-Buena en la plaza de Bilbao. Con soldados poseídos de tal espíritu, ¿qué empresa podía dudar acometer el general que había prometido conduciros á la victoria? Era preciso esperar la marea para que la expedición flotante, salvase por la ría el puente cortado de Luchana. Llegó la hora de las cuatro de la tarde: las compañías de cazadores mandadas por el bizarro comandante Uribarrena, ejecutaron su embarque, las trincaduras de nuestra marina protegían el convoy, y las baterías inglesas y españolas, con las fuerzas colocadas de antemano en la torre de Luchana, favorecían el desembarco.

»En aquel momento una nube de copiosa nieve y densa niebla, no permitía distinguir los objetos. Sin embargo, las tropas, entusiasmadas con el eco del cañón, con los toques de corneta, hacían percibirse con sus no interrumpidas aclamaciones de vivas á la reina y á la libertad. Saltar en tierra, tomar la batería del camino, arrollar al enemigo, trepar el monte de Cabras, y tomar también su batería, fué obra de un cuarto de hora. Pero estas compañías eran fuerza insignificante para romper las fuertes líneas enemigas. El puente de Luchana debía establecerse para facilitar el paso de las tropas. Los materiales dispuestos permitieron á la actividad de nuestros ingenieros hacerlo rápidamente con solidez; mas el enemigo acudió á disputar las formidables alturas. Lloremos, soldados, la pérdida de tanto valiente de la bizarra segunda división, que cumplió la promesa de morir antes que retroceder.

»Era preciso reforzarla. El momento después de tantas horas de mortífero fuego, llegó á ser bien crítico: la presencia de vuestro general en jefe debía ser necesaria. Yo volé al sitio del encarnizado combate, y á la cabeza de los batallones de la brigada del valiente Minuisir, dirigí la carga que debía decidir la victoria. Ella me fué presagiada desde que os hablé, y fui correspondido por vosotros con entusiasmo y prolongados vivas á la reina y á la libertad. Encomiemos el mérito de esta columna, que sin disparar un tiro arrolló á la bayoneta las fuerzas rebeldes de la culminante cordillera de Banderas, apoderándose de la batería que había causado tantos estragos, y de las sucesivas posiciones hasta entrar en Bilbao. Despreciemos algún cobarde entre tanto héroe que no supo imitaros, y cuyo castigo me reservo, por exigirlo la justicia.

»Soldados: El orgullo de treinta batallones ha sido hollado y abatido por vuestra bravura. Muchos prisioneros; veinticinco piezas de artillería, la mayor parte de grueso calibre; sus cuantiosas municiones, inmenso parque, brigadas, almacenes, hospitales, en fin, todo fué presa de vuestro valor. La heróica Bilbao, su guarnición belicosa y sufrida, no creyó que los libertadores eran los que al amanecer del 25 coronaban el alto de Banderas y arrojaban de Olaveaga á las hordas liberticidas.

»Al dirigiros mi voz en Portugalete, prometí conduciros á la victoria; vosotros ofrecisteis pródiga vuestra sangre. He cumplido y llenasteis la promesa. Resta dar la recompensa á los que han tenido más ocasión de distinguirse, y estos premios los veréis en la orden general de mañana.

»Compañeros: grandes, de suma trascendencia son las ventajas conseguidas: recibid mi gratitud y preparáos a sacar todo el fruto de la memorable batalla que habéis conseguido después de tanta acción marcial y de cuarenta días de operaciones penosas. Preparáos para los nuevos triunfos que os aguardan. Envanecido de conduciros á ellos, sabrá tributar el premio que honra á los valientes vuestro general.—ESPARTERO.»



El conde de Clonard (1)

Tal fué la batalla de Luchana, batalla que si no aniquiló el partido carlista, le desmoralizó y privó de las probabilidades de triunfo. Es cierto que el ejército no pudo recoger otro resultado inmediato que la liberación de Bilbao, puesto que el rigor de la estación, y las muchas bajas que sufrió, se oponían a todo movimiento decisivo; pero Espartero proponíase un plan encaminado á cortar perpendicularmente la línea de los carlistas, y estrechar uno de los flancos del enemigo, plan supeditado luego a otro que oficialmente tuvo el carácter

(1) Creemos realizar un acto de justicia colocando entre la serie de retratos de los hombres que en esta época brillaron, el de D. Serafín María de Sotto, Conde de Clonard, personaje tan ilustre en las armas como en las letras. Su nombre, bastante conocido, deben pronuciarlo con respeto los militares amantes de la profesión.

Existe una biografía del Conde de Clonard en la obra publicada por el señor Chamorro Baqueriza con el título de *Estado mayor general del ejército español*, pero sus dimensiones nos impiden reproducirla aquí. Elegiremos, en cambio, por lo breve y exacta, la que ofrece el general Almirante en su *Bibliografía militar*, y que dice como sigue:

«El respetable general y laborioso escritor empezó su honrosa carrera en 12 Octubre 1805 á los 12 años de edad; entrando de Cadete en Guardias Españolas. Alférez en 8 Febrero 1808; Teniente, en 1810; asistió con fama de valeroso y caballeresco, á toda la guerra de la Independencia, recibiendo gloriosas heridas en Aranjuez, en Almonacid, en San Marcial. En 1815 obtuvo el grado de Coronel por gracia general; y hasta 15 Abril 1821 no ascendió á Capitán de la Guardia Real. La casual circunstancia de estar en baños le impidió encontrarse en la colisión del 7 de Julio de 1822. Purificado en 1826 y Comandante efectivo en el tercer regimiento; Teniente Coronel del segundo en 1829; Coronel-Brigadier del mismo en Enero de 1833, tomó parte en la campaña, mereciendo el ascenso á General en 1836 por la batalla de Arlabán. Desde 1867 en que desempeñó la Capitanía general de Andalucía, se acentuó en política llegando al sillón ministerial por pocos meses en 1840, y sufriendo por el pronunciamiento de Septiembre larga emigración hasta Agosto de 1843. De 1844 á 1849 fué Director del Colegio de Infantería, y en 18 de Octubre de aquel año formó parte del Ministerio que se llamó *relámpago*, por su corta duración. En 1854 fué nombrado Vice-presidente de la Sección de Guerra del Consejo Real y en 23 Febrero 1862 terminó su gloriosa carrera.»

Hé aquí las obras debidas á la pluma del Conde de Clonard:

Memorias para la historia de las tropas de la Casa Real de España, escritas por un Oficial de la antigua Guardia Real.—Madrid, 1828.—*Memoria histórica de los Academias y Escuelas militares de España, con la creación y estado presente del Colegio general establecido en Toledo.*—Madrid, 1847.—*Discurso histórico sobre el traje de los españoles, desde los tiempos más remotos hasta el reinado de los Reyes Católicos.* Inserto en la colección de *Memorias de la Academia de la Historia.*—*Album de la Infantería española, desde sus primeros tiempos hasta el día.*—Madrid, 1861.—*Album de la Caballería.*—Madrid, 1861.—*Historia orgánica de las armas de Infantería y Caballería.*—Madrid, 1850. (16 vol.) Varios artículos publicados en la *Revista Militar* y algún opúsculo de carácter histórico.

de dictamen de la Junta auxiliar militar. Consistía éste en tomar la ofensiva en el corazón del país vasco-navarro, estrechando á los carlistas con fuerzas superiores, y cerrándoles la comunicación principal con Francia. Los tres cuerpos de ejército que había en Bilbao, San Sebastián y Pamplona debían avanzar hasta ponerse en contacto, en Lecumberri, para caer después sobre los carlistas.

Mas para llevar el plan á su realización, «era preciso que los carlistas no se movieran;» y los carlistas que podían caer en masa sobre cualquiera de los tres ejércitos, desde la posición central que ocupaban, y batirlo parcial y separadamente, arrojándose luego sobre la margen casi descubierta del Ebro; podían también, dueños como se hallaban de posiciones escogidas, y al amparo de algunas plazas fuertes, oponer una resistencia tenaz, y consumir en sitios y expugnaciones largas, el nervio de los ejércitos liberales. Para todo el que comprenda la naturaleza de las guerras de invasión, dice un autor, será siempre un absurdo pretender aniquilar en una sola batalla un ejército de treinta y tantos mil hombres, con otro de cincuenta mil, contando como contaban ambos contendientes con casi los mismos elementos, y habiéndose recíprocamente neutralizado la ofensiva durante algunos años. Además, los carlistas, rechazados del país vasco-navarro, todavía podían encontrar un auxilio en Aragón y Cataluña.

Espartero no quiso en un principio asociarse á la responsabilidad de un fracaso, y sólo obedeciendo á terminantes órdenes del gobierno, se dicidió á continuar en el mando. Reforzó las tropas de Sarsfield y Evans, que se hallaban en Pamplona y San Sebastián, y él dirigióse á Durango, donde debían acudir aquéllos.

Empero, sucedió lo que había previsto; las tropas anglo-hispanas de Evans lucharon estérilmente en Oriamendi y Hernani, y hubieron de retroceder á San Sebastián.

Sarsfielo, que había avanzado con gran trabajo hasta Lizaso, supo aquí la derrota de Evans, y á su vez retrogradó á Pamplona.

Sólo Espartero después de sostener empeñados combates, logró ganar á Durango, desde cuyo punto se retiró á Zornoza, siempre combatiendo y en lucha el ejército con los temporales, el frio y el tifus, y desde Zornoza á Bilbao. Esta retirada honra la pericia militar de Espartero, y es otro timbre de gloria para el sufrido ejército del Norte. Desgraciadamente cuando este ejército llegó á Bilbao, desarrollóse en él con tal intensidad la epidemia, que con razón se temió quedase reducido á insignificante cifra.

Espartero ideó entonces un nuevo plan ofensivo, consistente en trasladar al ejército desde Bilbao á San Sebastián, reunirle en esta ciudad con las tropas franco británicas de Jáuregui y Evans, cerrar la frontera francesa á los carlistas y adelantarse después, dejando sólidamente establecidas las bases de operaciones hacia el centro del país, donde debería ofrecerse al enemigo una batalla decisiva. Faltos entonces los carlistas de recursos, se verían en la precisión de abandonar sus más importantes posiciones, replegándose, bien sobre el litoral del Océano ó las márgenes del Ebro, ó bien dispersándose por el interior. Espartero, dispuesto á realizar este plan, antes de trasladar su ejército á San Sebastián, supo que el enemigo pensaba llevar á cabo una expedición á Castilla, y para distraerle y suscitarle embarazos, dispuso que el general Iribarren amagase á los carlistas, bien por el Baztán, ó bien por Estella, mientras el general Buerens tomaba por la vía de Arlabán ó Salvatierra, amenazando á Oñate. De este modo se obligaba al enemigo á proteger el corazón de sus dominios, debilitando sus líneas de operaciones, y en el caso de que intentara atravesar el Ebro, bastaba que Buerens le entretuviera junto á este río, para que Espartero, descendiendo del territorio guipuzcoano por la línea de Lecumberri, se arrojase sobre los expedicionarios y en combinación con aquellos generales, les hiciera caer postrados sobre las lindes aragonesas. Ante todo, el héroe de Luchana aseguróse de que Bilbao podría resistir por espacio de algunos dias; seguidamente púsose en marcha y el 9 de Mayo entró en San Sebastián. Sin perder momento quiso emprender el combate por uno de los puntos más difíciles de la línea enemiga, pero que era la llave de ella; la izquierda del Urumea, que se extendía por la cordillera de Oriamendi. Favorecióle el brillante resultado de la operación realizada por Iribarren, pues los carlistas, temiendo perder sus posiciones centrales, se dirigieron hacia el interior de las provincias, dejando sólo 12 batallones para cubrir la frontera francesa. Espartero emprendió el 13 la operación ofensiva sobre Hernani, y asegurando convenientemente su flanco y retaguardia, atacó las posiciones de Oriamendi y el pueblo de Hernani, ganando aquéllas y éste después de diez horas de combate. Los carlistas se retiraron vía de Andoain; los liberales quedaron dueños, con muy escasas bajas, de la importante línea de Hernani; y la ocupación á viva fuerza de Irún el día 16, y la rendición de Fuenterrabía el 18, alcanzadas una y otra por el general inglés Evans, completaron el éxito de una operación tan temida, como realizada á costa de pequeños sacrificios (Mayo de 1837).

Peroen el cuartel de D. Carlos había madurado ya el proyecto de una expedición al interior de la peninsulay se había dispuesto que la compusieran 16 batallones, 8 escuadrones y 60 artilleros, dejando en las provincias vasco-navarras 30 batallones y 40 piezas, para distraer las fuerzas liberales. D. Carlos en persona quería dirigir la expedición, y sus tropas debían enlazarse con las que operaban en Aragón y Cataluña para caer reunidas sobre la capital de España.

Trazas llevaba de conseguir su objeto. El 18 de Mayo atravesaron los expedicionarios el Arga y se adelantaron hacia el Ebro, cruzaron este río, apoderáronse sin dificultad de Huesca, en cuyas inmediaciones se presentó Iribarren el 24, y donde fueron derrotados los nuestros á causa del intempestivo arrojo del brigadier León. Otra derrota que pocos días después sufrió el general Oráa, facilitó á D. Carlos el paso del Cinca, y el que pudiera darse la mano con Cabrera. A estos primeros triunfos sucedieron los desastres de Grá y de Chiva; pero los carlistas lograron rehabilitarse en Herrera de los Navarros y avanzaron resueltamente sobre Madrid, á quince leguas de la cual se puso el cabecilla Zariátegui, jefe de otra expedición que por el mismo tiempo señoreó los llanos de Castilla y logró penetrar en Segovia. Difícil por demás fué la posición de Espartero, que después de haber realizado la toma de Hernani, había efectuado una atrevida y hábil marcha á través del territorio enemigo hasta Pamplona, y que al trasladarse en los primeros dias de Julio á Haro, supo el peligro que amenazaba á la capital de la nación. El gobierno creía que el caudillo liberal, teniendo menos enemigos que combatir, podía tomar una ofensiva vigorosa; pero olvidaba que Espartero había destacado en seguimiento de D. Carlos, 15 batallones y 9 escuadrones y medio.

Quedaba, pues, uno y otro contendiente en idéntica proporción; y era una temeridad ordenar á Espartero que destacara del grueso de sus tropas 8 batallones para Tudela y con el resto sostuviera la guerra. Con razón se indignó Espartero del plan funesto que se le imponía, y en el acto presentó su dimisión; pero el gobierno, sin aceptarla, prevínole el 3 de Julio que avanzara con 16 batallones hasta Calatayud y le confirió el mando superior de las tropas que iban en persecución de D. Carlos. No insistió entonces en su dimisión, pero sí respecto al estado crítico en que se dejaba al ejército del Norte, ejército del que sólo disgregó 8 batallones, esperando que con los que operaban ya al otro lado del Ebro, contaría él con suficientes fuerzas. El día 7 de Julio emprendió Espartero la marcha desde Haro por el bajo Aragón y el 12 llegó á Madrid. Allí le esperaban nuevos compromisos, porque la actitud de los oficiales de la Guardia contra el gabinete Mendizábal y las diatribas de los políticos por su conducta con los citados oficiales, pudieron acarrear funestas consecuencias.

Sin embargo, lo que más le afectó, fué la noticia de la indisciplina que de espantoso modo cundía en el ejército del Norte, y cuya primer centella había brotado á últimos de Julio en la línea de Hernani. En Miranda de Ebro, en Vitoria, en Pamplona los soldados cometieron terribles excesos; murieron á sus manos el general Ceballos Escalera, el gobernador de Vitoria, el presidente de la Diputación provincial de ésta, el jefe de Estado Mayor López, el conde de Sarsfield y el coronel Mendívil.

La excitación era grande, porque mirábanse frustrados los sacrificios hechos y el enemigo campeando por el centro de la península.

Y en efecto, D. Carlos avanzaba hacia la serranía de Cuenca, después de haber recorrido los territorios aragonés y valenciano; y atravesando el Tajo por Fuentidueña, amenazaba caer sobre Madrid. Espartero que había abandonado la córte para oponerse á los movimientos de Zariátegui, supo en Cogolludo, donde se hallaba á fines de Agosto, aquellos desmanes, y la atrevida operación realizada por D. Carlos. Púsose sin pérdida de tiempo en marcha para unirse á Oráa en Daroca. Llegó á ésta el 1.º de Setiembre y allí supo que D. Carlos se hallaba en Calamocha y pueblos inmediatos; pero al incorporarse con las tropas de Oráa pudo hacerse también cargo del tristísimo estado del ejército, mal vestido, descalzo y falto de recursos. Esto no fué óbice á que marchara en persecución de D. Carlos picándole la retirada hacia Orihuela, replegándose luego á Albarracín, y de allí á la extremidad de la provincia de Valencia; pero convencido entonces de que el enemigo se proponía distraer su atención para caer sobre Madrid, ganóle por la mano con una marcha

rapidísima, volvió sobre Aragón, entró el 8 en Cuenca y en dos días púsose á las puertas de la capital de España con 20 batallones y 800 caballos. No se atrevió D. Carlos á empeñar una batalla á la vista de Madrid, levantó su campo y movióse con el propósito de acogerse otra vez al seno de las Provincias Vascongadas. Si el Pretendiente hubiese logrado mantenerse dos días tan solo en las inmediaciones de Madrid, Zariátegui hubiera podido articular la división que mandaba con el ejército expedicionario; pero la retirada de D. Carlos frustró el proyecto de reunión, y Zariátegui, no pudiendo penetrar el cuerpo de tropas que le opuso en las Rozas el general Méndez Vigo, pronunció su retirada hacia Castilla la Viaje, ocupó á Valladolid, y después de sostener un sangriento choque en las inmediaciones de esta ciudad con las tropas que mandaba el barón Carandolet, perdida la esperanza, sólo pensó en incorporarse á D. Carlos, como lo consignó sin aventurar un nuevo empeño.

Cuatro días permaneció Espartero en Madrid con objeto de que sus tropas se repusieran de las pasadas fatigas. El 17 de Octubre tomó la ofensiva y avanzó hasta la margen derecha del Henares, separándole esta corriente de las posiciones carlistas; el 19 comprometió al enemigo en una acción formal junto al puente de Aranzueque, acción favorable, pero no decisiva, á causa de haber contravenido las órdenes que se le dieron el brigadier León. Sin embargo, los carlistas pronunciáronse ya en retirada; Cabrera, no queriendo asociarse á los desaciertos de los expedicionarios, separóse de ellos, y fué á poco desbaratado y roto por Oráa en los campos de Pastrana; y D. Carlos, después de sostener rudos combates en Retuerta y en Huertas del Rey, hubo de dirigirse por Soria y las Encartaciones á la provincia de Navarra.

El enemigo pasó el Ebro sin ser molestado. Espartero avanzó hasta Miranda y allí, ante todo el ejército, hizo fusilar á los asesinos del general Escalera, que formaban parte del Provincial de Segovia. Otro tanto hizo en Pamplona con los que habían dado muerte á Sarsfield, con cuyo terrible castigo impuso la disciplina, tan relajada en aquel ejército

Otra vez volvían á encontrarse liberales y carlistas en el antiguo y principal teatro de la guerra; pero si la moral de éstos se hallaba muy quebrantada, la penuria de aquellos era tanta, que su general en jefe, con fecha 16 de Noviembre, manifestaba al gobierno que apenas tenían la ración diaria, que los hospitales no podían prestar á los enfermos auxilios, que faltaban pantalones de paño y que los zapatos eran tan malos que no podían resistir una marcha. «Si el gobierno no procura por todos los medios hacer la guerra con ventaja, decía, es deber mío solicitar un general que me sustituya en el mando.» La contestación que dió el gobierno á esta súplica fué remitir al general las bases de un nuevo plan de campaña, plan que fué rechazado por Espartero con tono poco comedido y que produjo la dimisión del Ministro de la Guerra. Es indudable que no se podía intentar movimiento alguno ofensivo, sin recursos; y por satisfecho debía darse el gobierno con mantener en respeto al enemigo dados los elementos de que disponía Espartero. Sin embargo, los carlistas no renunciaron á sus expediciones al interior de la península; á su propósito de enlazar sus operaciones con las que efectuaban los suyos en Aragón, Valencia y Cataluña; á distraer la atención de las tropas é imprimir nueva fisonomía á la guerra.

El 29 de Diciembre una expedición fuerte de 5 batallones y 100 caballos, acaudillados por D. Basilio García, pasó el Ebro por las inmediaciones de Mendavia, adelantóse por el país comprendido entre aquel río y la sierra del Moncayo, y marchando al abrigo de los pinares de Soria y Cuenca, logró darse la mano con los jefes carlistas Tallada y Palillos, formando una masa de 8,000 hombres que se lanzó por las gargantas de Sierra-Morena al corazón de las provincias andaluzas. Una división del ejército del Norte fué en seguimiento de los expedicionarios, les alcanzó entre Ubeda y Baeza, ocasionándoles serio descalabro, y de nuevo los batió en los campos de Castril. Empero, D. Basilio ganó otra vez el territorio manchego y allí obtuvo muy señaladas ventajas. Mas ni esta expedición, ni la que llevó á cabo más adelante Negri, satisfacían el pensamiento culminante del enemigo; esto es, la invasión de las provincias castellanas.

Inútilmente lo intentó D. Carlos con los trece batallones, 500 caballos y 13 piezas de artillería de montaña que revistó en Elodio; porque la vigilancia y diligencia de los liberales burló sus planes. Y como Espartero tratara de conjurar el peligro que le amenazaba por su izquierda, donde Latre no podía oponer al enemigo suficientes fuerzas, dirigióse á Balmaseda y sostuvo en este punto dos importantes acciones, con lo que el proyecto de los carlistas se vió desbaratado, pues sólo la división de Negri logró cruzar el Ebro á mediados de Marzo, y ésta, perseguida por Latre, Ulibarri y Espartero, fué derrotada totalmente en Robledo (Enero á Marzo de 1838).

Conseguido este triunfo, el general en jefe volvió su atención á Navarra, amenazada por la masa principal del ejército enemigo. Reforzó con cuatro batallones la división que cubría la ribera, ejecutó un hábil movimiento sobre el puente de Nanclares, apoderóse de él y lo fortificó; hizo repasar el Arga á los carlistas entre Tafalla y Pamplona, y logró concentrar todas sus fuerzas en los valles de Alhama, Esterivar y Aezcoa, llaves las mas importantes de aquel río. Organizó después las tropas, guarneció competentemente las plazas y volvió á la derecha del Ebro.


D. Diego de León

Aseguradas de este modo las posiciones que aquéllas ocupaban, Espartero creyó llegado el caso de expugnar la importante plaza de Peñacerrada, y el 18 de Junio con buen tren de sitio dirigióse contra ella, ganando las inmediatas alturas después de un sangriento combate y tomando el castillo por asalto á presencia de las masas enemigas.

Pero antes de que pudiera ganar la plaza, hubo de sostener una batalla formal contra el ejército carlista que, á las órdenes de Guergué, se hallaba vigilándole. Espartero formó en batalla por masas siete batallones, cubriendo su frente por los cazadores en guerrilla; situó á retaguardia del centro la artillería de carril estrecho y la de lomo, y cubrió los flancos con la caballería. Ordenada la batalla, arengó á las tropas, mandó armar la bayoneta y dió con voz enérgica la orden de marchar.

Aquella masa formidable se puso en movimiento sin detenerse á contestar al fuego carlista. El enemigo, sorprendido al principio, le suspendió hasta el momento en que los liberales se hallaron á corta distancia; entonces rompió un fuego mortífero y lanzó su caballería contra las columnas de ataque.

El intrépido Espartero colocándose á la cabeza de los escuadrones de húsares, se arroja al galope sobre las posiciones carlistas; la caballería enemiga vuelve grupas, los defensores de las posiciones sin hacer más que una descarga huyen, dejando en poder de los liberales, artillería, bagajes, centenares de prisioneros.

Algunos momentos más de resistencia hubieran aniquilado el ejército de Espartero; el arrojo de éste conjuró el peligro. La guarnición de Peñacerrada, evacuó sigilosamente la plaza, que fué ocupada horas después. Se ha censurado á Espartero el haber emprendido el sitio de Peñacerrada sin suficientes municiones; y, en efecto, á no haberse librado y ganado la batalla, hubiera sido altamente crítica su situación; pues tuvo que suspender el fuego contra la plaza por falta de bombas y balas. Empero, su tacto y su arrojo en el combate, el partido que supo sacar de aquellas circunstancias críticas, le absuelven de aquella falta. Peñacerrada es una de los más brillantes timbres de su historia. Cuando terminó la batalla los escuadrones de húsares, imitando lo acontecido en la célebre batalla de Lodi, le proclamaron su coronel.

Era Peñacerrada llave del Ebro por la parte de la Rioja, fué su conquista verdadero origen de la decadencia que sufrió la causa del Pretendiente. A consecuencia de este suceso, Guergué fué separado del mando en jefe de las tropas carlistas, mando

que se confió á D. Rafael Maroto. Espartero, animado por el triunfo, decidió dar un golpe de muerte al carlismo apoderándose de Estella, y para que este golpe fuera más seguro, dispuso que los ejércitos de Aragón y Cataluña se movieran á un tiempo, aquél contra Morella, éste contra Berga, dos importantes focos de la rebelión en uno y otro teatro. Púsose en marcha Oráa contra Morella y el barón de Meer sobre Berga, mientras Espartero, después de haber reunido en Logroño y Puente la Reina numeroso parque, dirigíase hacia Estella. Empero, las órdenes que recibió en su camino le obligaron á retroceder; porque derrotado Oráa frente á Morella, no era prudente que Espartero comprometiese su ejército en una empresa difícil, mayormente hallándose Estella provista de abundantes recursos, y protegida por un campo atrincherado. Regresó, pues, el ejército del Norte á sus líneas, y de este modo terminó el año 38.

El 39 debia ser fecundo en importantes acontecimientos. Espartero, establecido sobre el Ebro, conocía perfectamente el estado de descomposición del partido carlista, los antagonismos que reinaban en aquel campo y las intrigas de la córte del imbécil pretendiente. Sabía que Maroto era mirado con malos ojos, y decidió explotar este antagonismo no emprendiendo operación formal alguna, á fin de no exponerse á que los carlistas sacrificasen sus rencillas personales en aras del bien común, y depusiesen sus odios particulares para combatir y rechazar á las tropas liberales.

Por este motivo pasó Espartero los meses de Enero, Febrero y Marzo sin hacer otra cosa que observar á las facciones y entablar negociaciones de paz con el general en jefe de las tropas de D. Carlos. Estas negociaciones presentaban mas ó menos probabilidades de éxito, según que Maroto conseguia más ó menos ventajas en la lucha que sostenia con el partido apostólico, y, por lo mismo, fueron muy lentas. Mas de improviso, dominado por Maroto el partido que le era contrario, creyóse mas fuerte que Espartero, redobló sus exigencias y dificultó el arreglo. Espartero comprendió que habia llegado el caso de obligar á Maroto á la transacción propuesta, escarmentando á los carlistas en alguna operación de importancia, y sin pérdida de tiempo tomó la iniciativa con la expugnación de Ramales y Guardamino, fuertes que contituian la llave de las posiciones carlistas en la provincia de Santander. y á cuyo amparo podian aquellos lanzar expediciones sobre toda la costa cantábrica. Maroto fué a su encuentro. disputóle el paso del desfiladero que forman las peñas del Moro y Mazo, formidable boquete que conduce a Ramales, y en aquellas posiciones sostuviéronse terribles combates, aunque no una batalla formal, que parecia evitar Maroto.

Renovóse al llegar á Ramales la lucha, y por fin el dia 11 de Mayo, resolvióse en definitiva la gran cuestión que tantas vidas y recursos habia costado. Hé aquí cómo refiere una obra de carácter oficial, los sucesos de este dia:

«Amaneció por fin el día 11, célebre en los anales de nuestra guerra civil, por haberse resuelto en definitiva la gran cuestión que habia absorbido un caudal inmenso de vidas, reputaciones y recursos, agitando tan violentamente la entraña de nuestra desgraciada patria. A las seis de la mañana empezó á tronar el cañón de la Reina contra los fuertes de Ramales y Guardamino, y las tropas se apresuraron á emprender el combate general. Iban á acometer una empresa tan fecunda en sus resultados, como arriesgada en su ejecución; el fuerte de Guardamino es la corona de un espacioso anfiteatro formado por diferentes colinas, fuertemente ligadas entre sí, con robustos atrincheramientos y defendidos por una poderosa artillería, cuyos fuegos enfilaban el frente y los costados de la linea que debian seguir las tropas de la reina.

»El ancho y profundo foso que circuia el fuerte estaba protegido por una eminencia y era preciso, ante todo, investigar los medios de descender hasta su borde, sin gran peligro; para lograrlo dispuso el conde de Luchana que el comandante general de ingenieros reconociera detenidamente la situación del foso, y obrara en virtud de este reconocimiento.

»Verificólo en efecto el comandante con mucha serenidad y circunspección, en medio de una lluvia de balas, y aunque quedó herido en esta arriesgada operación, pudo comprender que la bajada al foso era muy difícil sin el auxilio de una mina. Trabajaron los ingenieros con singular tesón, empezando la mina desde el pié del glasis; pero cuando ya creían próximo el fin de sus esfuerzos, saltaron las piquetas de sus manos al chocar contra una roca oculta en el corazón de la tierra; por otra parte, el foso estaba flanqueado por caponeras, lo que contribuía poderosamente á dificultar el progreso de los minadores.

»Entre tanto avanza un batallón isabelino hasta la primera posición carlista y se da principio al combate con mucho encarnizamiento; nuevas fuerzas acuden de uno y otro lado á sostenerle y hacerle más mortífero y decisivo. El general Castañeda, que se hallaba ocupando una posición culminante próxima á las peñas del Moro y Mazo. recibe orden para descender velozmente y atacar la izquierda enemiga; los carlistas la robustecen con mayores fuerzas, y bien pronto se generaliza la acción. Los fuegos directos y oblicuos de los carlistas esparcen la muerte entre las tropas de la Reina; los cañones de Guardamino vomitan metralla incesantemente, y la aspereza del terreno ofrece nuevos obstáculos y peligros al ejército isabelino. Sin embargo, éste continúa avanzando, pero hubo un momento en que, entorpecido por las sinuosidades del suelo, empieza á vacilar; los carlistas se aperciben de ello y arrojan un buen cuerpo de tropas sobre su enemigo.

»Las guerrillas de la Reina se replegan aceleradamente sobre sus masas respectivas, y éstas sienten la conmoción y comienzan á titubear; un nuevo esfuerzo del enemigo, y quizás se hubiera introducido la confusión entre aquellas tropas cansadas de combatir contra el fuego nutrido de los carlistas, y contra las dificultades siempre en aumento del terreno. En tan crítico momento el conde de Luchana se pone á la cabeza de su escolta, y a toda brida se precipita sobre las posiciones enemigas, las cuales fulminan un fuego mas terrible y destructor; el coronel Urbina, jefe de la escolta que marchaba al lado de Espartero, cae atravesado por una bala; el comandante D. Ventura Barcáiztegui pierde el caballo y marcha á pié al lado de general en jefe; otros ayudantes quedan heridos ó contusos. Aquel tremendo choque pone fuera de combate a más de cuarenta hombres, pero el arrojo de éstos, decide el éxito de la acción; los carlistas son arrollados y retroceden á las últimas líneas de parapeto construídas en elevadas cumbres, cuyas vertientes descienden hasta el valle de Gibara.

»Por su parte el general jefe de Estado Mayor D. Leopoldo O'Donnell, olvidando en el calor de la refriega los dolores de una fuerte contusión que habia recibido, se adelanta á la cabeza de algunos batallones, y sostiene valerosamente la acción, conquistando las últimas posiciones sobre que se sitúa el fuerte de Guardamino.

»Dos batallones de la cuarta división flanquean al propio tiempo la izquierda enemiga, de modo que los carlistas viéndose acometidos por todas partes, no se atreven por más tiempo á sostener el nervio de la resistencia, y abandonando sus privilegiadas posiciones, se pronuncian en completa retirada, que fué para ellos muy funesta, pues sufrieron durante largo rato los fuegos de la infantería isabelina y de una batería de montaña, siendo mayor su conflicto y más terrible su mortandad al pasar el puente de Gibara, pues agolpándose allí gran número de fugitivos, y huyendo de la muerte que lanzaban las armas de la Reina, fueron á buscarla entre las agitadas ondas del Riodoba. Los que lograron salvarse se incorporaron al cuerpo de su ejército, que bajo las órdenes de Maroto, había permanecido en Carranza pasivo espectador de este desastre.

»Obtenida victoria tan insigne y sangrienta, limitó Espartero todos sus cuidados á circunvalar el fuerte de Guardamino, y, luego que lo hubo conseguido, intimó la rendición á su gobernador; pero este militar, fiel á la voz de sus deberes, rechazó la propuesta, y el victorioso conde de Luchana dió orden para que durante la noche se erigieran nuevas baterías sobre el terreno conquistado.

»Antes de construir las de brecha y cuando apenas rayaba el sol en el horizonte, recibió Espartero una comunicación de Maroto, manifestándole que daria orden al gobernador del fuerte para que capitulara, siempre que la guarnición prisionera pudiera dirigirse desde luego al campo carlista, á cange de igual número de isabelinos. Esta humilde proposición debió halagar mucho al conde de Luchana, porque el fuerte de Guardamino tenia poderosos elementos defensivos que no podrían dominarse á viva fuerza, sin bastante efusión de sangre, y se economizaba, por otra parte, el tiempo, cuyo valor en las guerras es de alto precio, cuando corre en beneficio del enemigo; así es que, previas algunas modificaciones poco esenciales, admitió la propuesta de Maroto y se la comunicó al gobernador del fuerte; pero este oficial, más pundonoroso ó más resuelto que su general en jefe, se negó á franquear las puertas de Guardamino mientras no se le hiciera constar la orden de una manera más auténtica.

»Fué preciso por consiguiente, que se presentara un ayudante de Maroto, repitiéndole de palabra la misma orden, y entonces. obedeciendo más que á sus propios sentimientos, á la idea de la disciplina, entregó el fuerte de Guardamino, que podia considerarse como el último baluarte de la dominación carlista en las provincias del Norte, pues desde su rendición comienza

á declinar tan sensiblemente la enseña del infante, que sin tener un momento de rehabilitación viene á caer en los célebres campos de Vergara

»Fué, en efecto, la conquista de Ramales y Guardamino de una importancia decisiva; el general Espartero adquirió allí laureles inmarcesibles, y sus tropas se condujeron con aquella intrepidez impetuosa, que, cuando está regularizada por la disciplina, es la prenda mas cierta de la victoria. A cerca de mil hombres ascendió la pérdida de los isabelinos en esta serie de operaciones, y muy más considerable hubiera sido, y aun necesario un combate gigantesco para arrojar á los carlistas de las excelentes posiciones que ocupaban, si Maroto, comprendiendo mejor sus ventajas, hubiera intentado sacar de ellas todo el partido posible para su auje, cuando menos, de su interés personal. Los carlistas quedaron, no sólo rotos, si que también desmoralizados; y la deserción, síntoma el más claro de la decadencia de una bandera, debilitó notablemente aquel nervio de ejército que permaneció inactivo en Carranza, y que perdió mas con tal inacción, que con la más sangrienta derrota.»

El mismo dia en que se entregó el fuerte de Guardamino, mandó el general en jefe carlista un ayudante para proseguir las negociaciones de paz; empero, el caudillo liberal sin abandonar éstas, prosiguió las operaciones militares, moviéndose sobre Orduña y Amurrio y asegurando así todo el país conquistado.

Los carlistas abandonaron á Orduña, Amurrio y Balmaseda; Espartero se fortificó en estos puestos, aseguró la nueva línea conquistada, y maniobrando en combinación con los generales Castañeda y León, propúsose señorear las cumbres de Arlabán, y lo consiguió, no obstante los esfuerzos que hizo Maroto para evitarlo.

El caudillo carlista se vió obligado á evacuar la Navarra, y como los naturales del antiguo reino comenzaran á recelarse de él y á mostrársele hostiles, y como algunos cuerpos se le rebelaran, hubo de activar las negociaciones, que por fin quedaron definitivamente terminadas el 29 de Agosto de 1840. Estas negociaciones, conocidas en la historia con el título de *Convenio de Vergara*, tenian por bases principales el reconocimiento de grados y la sumisión completa de las tropas carlistas. Maroto, La Torre y Urbiztondo, condujeron el dia 31 á los campos de Vergara las divisiones de su mando, y allí ambos ejércitos depusieron las armas para abrazarse, como lo hicieron sus caudillos.

De este modo terminó la primera guerra civil en el Norte

Para completar el ligerísimo bosquejo que de la citada guerra civil hemos trazado, parece oportuno hacer algunas indicaciones respecto á la guerra en Cataluña, Aragón y Valencia. No tuvo en ninguno de estos teatros la importancia militar que en el primero; pero enlazadas las operaciones de los ejércitos que en el Norte combatian, con las de los que operaban en el Centro; por efecto de las distintas expediciones que partieron de las provincias vasco-navarras; dirigidas las facciones que recorrian dichos territorios por un caudillo valeroso y tenaz, don Ramón Cabrera, hubo un momento en que la lucha presentó un alarmante cariz, en 1837, cuando, aunados los esfuerzos de Zariátegui, Cabrera y D. Carlos, el carlismo amenazó el corazón de España.

En Cataluña la guerra de partidas habíase organizado muy penosamente; y el celoso y activo general Llauder frustró con su vigilancia los planes del enemigo; en el Maestrazgo, donde los carlistas habian comenzado la campaña apoderándose por sorpresa de Morella, fueron rudamente escarmentados, se recuperó esta plaza, y las subsiguientes operaciones dirigidas por D. Jerónimo Valdés produjeron la extinción de las partidas á fines del año 34. Mas por desgracia el gobierno obró con tan poco acierto, que en Cataluña y en el centro inutilizó los esfuerzos de Llauder y Valdés.

Nombrado el primero ministro de la Guerra á fines de 1834, tuvo que dejar el mando del Principado, y las facciones envalentonáronse otra vez; elegido Valdés para igual cargo en 1835 ocurrió lo propio en el centro, donde se mandó un jefe poco conocedor del terreno; y la guerra, que presentaba malísimo cariz para los carlistas al expirar el año 34, retoñó con más vigor y fuerza. Entonces apareció el cabecilla D. Ramón Cabrera, al frente de las facciones del bajo Aragón, y su tenacidad y su osadía dieron á las operaciones activo impulso. Cabrera, hijo de una familia humilde, de condición perversa, de carácter duro, no era, dice un escritor militar, un sér excepcional pero tampoco una medianía en su clase. Alcanzó en el verdor de sus años el principio de una lucha fratricida, supo apreciar los elementos que le rodeaban y se impuso á ellos por su carácter arrojado, iracundo y cruel; porque bien sabido es que en las guerras civiles el más brutal es el más respetado.

Comenzó por mandar algunos hombres mal armados, concluyó por tener á sus órdenes todas las tropas que operaban en el Centro, pero «nunca mereció el título de general, escribe uno de los historiadores de esta guerra, ni fué digno de mandar tropas regulares... Borso, que era un diestro general, le despreciaba; Oraa le aturdia en el campo de batalla, le obligaba siempre á ceder y llegó á imponerle temor y respeto. Jamás venció á estos generales. Las victorias de Herrera y de Maella sobre Buerens y Pardiñas no son más que lúgubres padrones del arrojo y presunción de aquellos dos desgraciados y valientes caudillos.

No se le vió en combate alguno manejar sus fuerzas con arte y brio; no observó en sus empresas y combinaciones más plan ni otro fin que apoderarse de lo que no estaba guardado, y atacar cuando no habia un general experto ó una resistencia temible. Cuando forzado por la necesidad sostenía un choque en la defensiva, que constantemente abandonaba para huir, colocábase siempre en posiciones favorables para la retirada. Hízose dueño de Cantavieja y otros puntos seduciendo á traidores; en la defensa que opuso al sitio de Morella no comprendió que el sitiado era el general Oráa. Una sola línea de operaciones llegó a establecer, que fué la del Guadalaviar, ya que no habia quien se lo estorbara cuando estaba más potente, y por que su importancia y utilidad se hallaban al alcance de la más vulgar inteligencia.

Fué siempre desgraciado en sus expediciones, no hizo en ellas marcha digna de recordación y generalmente volvió castigado. Tuvo Cabrera en su campo desde el año 27 varios jefes entendidos, y cabe sospechar que alguna, aunque escasas y aparentes reformas en el mecanismo de su ejército, no le fueron debidas. Cabrera á pesar de su fama de temerario, no se atrevió á molestar los cuarteles de los generales Espartero y O Donnell en el invierno del año 39 al 40, ni sus tenientes, cuando estaba enfermo, acudieron á socorrer un solo punto fortificado de los muchos que fueron atacados y tomados. Jefes y secuaces permanecieron en la más pasmosa inacción, sin intentar una mera diversión con sus 12 000 hombres en todo el tiempo que medió, más de ocho meses, hasta el 30 de Mayo de 1840, que, acosados, cruzaron el Ebro y se refugiaron en Cataluña. Tal campeón militar fué Cabrera en el concepto artístico de la palabra; tal guerrillero, el tan célebre personaje que ante la crítica y la historia sólo puede aparecer como un afortunado y furioso *condottieri*. La ocasión y la buena suerte le elevaron a un rango fabuloso; pero con mayor asistencia y recursos de los gobiernos de la Reina y con menos desaciertos de nuestra parte, ¿quién duda que el nombre de Ramón Cabrera no hubiera salido nunca de la oscuridad (1)?»

No tanto se dieron en verdad á la diligencia, al valor y á la tenacidad de este caudillo, los triunfos que alcanzó la causa rebelde en Cataluña, Aragón y Valencia, cuanto al abandono en que tuvieron los gobiernos á los ejércitos que operaban en estos territorios; á la circunstancia de supeditar las atenciones de estos ejércitos al que operaba en el Norte, al prurito de dirigir la guerra desde la córte, sin considerar la continua é incansable movilidad de los enemigos; á la mala distribución territorial militar, y á la presión que las agitaciones politicas ejercían en los gobernantes.

Así se malograron los proyectos y las ventajas conseguidas por generales ilustres, se gastaron reputaciones, y se amortiguó en algunos periodos el entusiasmo del país y de las tropas. Lucharon Llauder, Valdés, Mina, San Miguel, Oráa, Meer, no tanto con el enemigo, como contra la escasez de recursos y los desaciertos de los ministerios; y tal fué haciéndose la situación creada por una serie lamentable de ocurrencias que quizá á no llegarse al convenio de Vergara, Cabrera hubiese puesto en jaque el trono de Isabel. El militar estudioso que quiera formarse idea de esta guerra, hallará entre otras obras dignas de consulta la muy notable recientemente escrita por el general Marqués de San Román con el título de *Campañas del general Oráa*.

Algo más encierra este libro que una metódica descripción de las operaciones; y es una aplicación exacta de la topografía á los principios fundamentales del arte militar, un análisis profundo de las operaciones á la luz de una crítica sana y levantada. En el enmarañado conjunto de estas campañas, destácanse operaciones notables, pero la síntesis de todos estos movimien-

(1) El Marqués de San Román: *Campañas del general Oráa*, 1837-38. Madrid, 1884

tos, redúcese á «marchas inacabables tras el fantasma del carlismo; combates en que el vencido casi siempre triunfaba, huyendo y todo; batallas campales de resultados efímeros, aun ganadas al parecer ejecutivamente; sitios de bicocas ó no, más gloriosos, por lo general, que importantes; y todo esto sin un punto de reposo, en medio de las privaciones mayores, de los sacrificios más dignos de admiración.» Estas palabras de un escritor ilustre retratan perfectamente la guerra en los teatros de Aragón, Cataluña y Valencia.

Seguir, pues, no ya paso á paso estas operaciones, sino empeñarse en bosquejarlas, sería tarea sobrado extensa, dadas las dimensiones de este *Apéndice*. Bastará, pues, que consignemos que adquirieron verdadera importancia militar en 1837, cuando por efecto de haberse dado la mano D Carlos y Cabrera, las operaciones se desarrollaron en escala más vasta; riñéronse las batallas de Huesca, Barbastro y Chiva, se concentraron en las montañas del Maestrazgo las tropas del Norte y del Centro, á la par que las de la expedición carlista y se movieron ambos hacia Castilla la Nueva; y añadiremos que merecen particular estudio en 1838 las que constituyen el sitio de Morella, y muy especialmente la retirada del ejército sitiador, página brillante de la vida militar de Oráa y suceso que por otra parte envalentonó en alto grado á los carlistas.

La guerra al expirar este año no presentaba en Cataluña y en Valencia halagüeña fisonomía; y gran fortuna fué que nuestras armas hallaran brillantes compensaciones en el Norte. A las operaciones de este teatro puede decirse que se hallaban supeditadas las que ocurrían en los demas; y los triunfos conseguidos por las armas de Espartero no menos que las intrigas que minaban el poderio carlista, y las disensiones de Maroto con los apostólicos precipitaron los acontecimientos y dieron lugar al convenio de Vergara; convenio que permitió al gobierno disponer de un respetable ejército para concluir la guerra en las restantes provincias.

No de otro modo se hubiera terminado en estas una lucha penosamente conducida, lucha irregular, limitada á incursiones y correrías, á pérdida y conquista de plazas, á movimientos victoriosos algunas veces, pero casi siempre malogrados y no pocas veces estériles. Terminada la guerra del Norte en los campos de Vergara, era de presumir el feliz desenlace que tuvo la del Centro y Cataluña, y la paz general no tardó ya en ser un hecho.

He aquí en ligero extracto los sucesos militares más importantes que siguieron al célebre convenio.

Tan pronto se extinguió la guerra en las provincias vasconavarras, el gobierno dispuso que Espartero se trasladara con el grueso del ejército al bajo Aragón, para dominar aquel territorio y apagar el fuego que ardia en Cataluña y Valencia. El caudillo liberal cruzó el Ebro á fines de Septiembre de 1839 al frente de 44 000 infantes, 3,000 caballos y excelente tren de artilleria; pero encontró á los carlistas muy envalentonados todavia, y como el ánimo de Espartero era concluir la guerra con la menor efusión de sangre, y como sobreviniera muy riguroso el invierno, Espartero limitó sus operaciones á formar una extensa línea que abrazara las dilatadas provincias de Aragón y Valencia, protegiendo de un golpe de mano á Castilla la Nueva y cerrando la comunicación con la provincia de Cuenca, adoptando al propio tiempo las medidas necesarias para abastecer el ejército y estableciendo el bloqueo de los principales puntos fortificados que el enemigo poseia. Para ponerse en actitud de maniobrar vigorosamente cuando declinara un tanto el frío, trasladó su cuartel general al Mas de las Matas, como punto céntrico desde donde podía dirigirse por una linea corta á Segura y Castellote.

El 18 de Marzo marchó contra el primero de estos puntos, habiendo dispuesto preventinamente fortificar la linea de Alcoiisa y Castellsera, y trasladar los trenes á Minuesa, cuya operación protegió la vanguardia del ejército que mandaba D. Manuel de Concha, mientras el general Puig Samper con una fuerte división aseguraba la línea de Alcorisa para mantener expeditas las comunicaciones entre los diferentes cuerpos del ejército y con el interior del pais. Espartero dirigióse por Andorra y Minuesa hacia Segura, las demás tropas efectuaron un movimiento convergente sobre esta fortaleza, y trasladada á sus inmediaciones no sin grandes dificultades la artillería, y concentradas todas las fuerzas, rompióse el día 24 el fuego que fué contestado vigorosamente por los de Segura. Asienta este castillo sobre empinada roca y se compone de cuatro recintos de mamposteria formando anfiteatro, anfiteatro que domina la torre del homenaje.

Era la llave de una extensa línea fortificada y cerraba el paso al interior del territorio rebelde; así es que Cabrera tenía gran empeño en su conservación, para lo cual había encerrado en Segura unos 300 hombres con abundante provisión de pólvora y vituallas. Desgraciadamente para el enemigo, el cabecilla carlista se hallaba á la sazón gravemente enfermo, y sus tenientes no acertaron á tomar las medidas necesarias á dilatar la ruina de su causa. Los de Segura, después de sostener algunos días el fuego, rebeláronse contra su gobernador, al que acusaban de sospechoso y le dieron muerte.

Espartero redobló el fuego de sus baterías y no tardó en recibir proposiciones de capitulación; pero rechazadas éstas, hubieron los sitiados de entregarse, y el 28 la bandera liberal flotó sobre el homenaje de la fortaleza. Entonces Espartero puso sus miras en el fuerte de Castellote, y para emprender esta nueva operación, combinó sus movimientos con los del general O'Donnell, quien simultáneamente debía sitiar el de Aliaga. La expugnación de Castellote fué, sin embargo, más ardua que la de Segura, ya por hallarse mejor fortificado, ya por la desesperada defensa que hicieron los carlistas. Asentada sobre un escarpado y colosal peñasco inaccesible por todos lados, esta fortaleza tiene bajo sus fuegos el pueblo, que habia de ganarse á viva fuerza y que tuvo que batirse en regla, trazando paralelas, recurriendo á los trabajos de zapa y emplazando fuertes baterías; y aun así, destrozados sus muros y derribada la corona de su homenaje, prolongóse la defensa hasta el último extremo, rindiéndose sólo la guarnición cuando los liberales, dispuestos á minar la torre, llegaban al pié de sus muros y entablaban junto á ellos un terrible combate.

Desde aquel momento Espartero quedó árbitro de la campaña; porque Cabrera, convaleciente de su larga enfermedad, no podía desplegar aquella energía que en otros días le proporcionó tantos triunfos; sus tropas se hallaban reducidas á una cuarta parte de las liberales; y como nada habían intentado sus tenientes para oponerse á los movimientos del ejército de la Reina, los descalabros que sufrieron en Segura, Castellote, Pitarque, Villaluenga, Peñarroya y Aliaga, en cuyo último punto brillaron muy altos la inteligencia y el denuedo de O'Donnell, habianles causado gran desaliento. Resolvió, pues, Cabrera limitarse á la defensiva, dió orden de evacuar á Cantavieja y dispuso hacer seria resistencia en Morella, plaza que conservaba las mismas ventajas estratégicas que la hicieron tan apreciable durante el curso de la guerra, y que después del malogrado asedio que la puso Oráa, había sido fortificada con gran solidez y esmero.

«Si entonces simbolizaba el apogeo de la dominación carlista, dice un autor, ahora sostenia su última esperanza.» Así lo consideró Cabrera, y después de abastecerla suficientemente, aumentó su guarnición hasta 1,3000 hombres, gente toda valerosa y dirigida por expertos jefes. Espartero salió de Pobleta el 19 de Mayo y tomó la vuelta de Morella, sobre la que se puso el 23. Para emprender el ataque de la plaza era preciso apoderarse antes de los reductos, y esta fué la primera operación efectuada por los isabelinos y que coronó el éxito. Seguidamente construyéronse baterías y se rompió un violento fuego contra Morella, en términos que el día 29 habían caído en la villa mas de siete mil proyectiles. Pero ni este terrible fuego, ni la espantosa voladura del depósito de la pólvora, ni los destrozos que causaban los certeros disparos de la artillería sitiadora, ni la deserción de dos coroneles carlistas, hicieron mella en el ánimo de los sitiados.

Cuando consideraron dificil prolongar la defensa, intentaron abrirse paso acero en mano á través del ejército liberal; empero, aunque este pensamiento se quiso realizar á favor de las sombras, prevenido Espartero por sus *escuchas* y por un tránsfuga, dispuso sus tropas de manera que envolvieran con sus fuegos á los fugitivos. Lo que entonces ocurrió resistese la pluma á describirlo. Cuando la columna carlista al abrigo de la cual iban ancianos, mujeres y niños, llegó á la altura del camposanto, las descargas de los isabelinos le advirtieron el peligro: contestó la vanguardia, pero fué arrollada; desbandáronse las mujeres y los pacíficos vecinos y fueron diezmados por el fuego de los liberales y por el que hacían desde las murallas de la plaza. No pocos consiguieron buscar un asilo en el puente levadizo, pero éste se hundió y el foso quedó cubierto de cadáveres; todo era confusión y muerte, aterradores gritos llenaban los aires, y en estos momentos críticos sólo los batallones carlistas que componían la vanguardia lograron salvarse.

Al dia siguiente (30 de Mayo) se rindió Morella, y los inmediatos ocuparon los liberales muchos fuertes subalternos que formaban la linea defensiva de los carlistas; por manera que en el Centro no tenían éstos punto alguno sólido en que apoyar sus operaciones. O'Donnell derrotó por aquellos días á Cabrera en la Cenia; Zurbano sorprendió al cabecilla Forcadell en el pueblo Béjar; Van-Halen y el conde de España combatieron poco después denodadamente en los memorables campos de

Peracamps; y á la vuelta de tantas derrotas, ninguno de los demás cabecillas se halló ya en disposición de oponer una resistencia seria. En balde, pues, trató el caudillo carlista de prolongar la guerra, trasladándose al territorio catalán. Los elementos militares de que en adelante podia disponer se hallaban muy debilitados, y sólo podian favorecerle lo áspero del terreno en que iba á operar, el carácter de sus moradores y la facilidad de salvarse á Francia, después de sostenerse al abrigo de los Pirineos. Dominado por tales pensamientos dirigióse á las márgenes del Ebro, que cruzó por Flix y Rivarroya durante los dias 1 y 2 de Junio; enderezó después sus pasos hacia Berga, cuyo gobernador Sagarra no tardó en abandonarla, y después de haber asegurado esta plaza con algún refuerzo, procuró establecer una base de retirada, fortificando las culminantes alturas de Hort cerca de la frontera. Espartero marchó al alcance del ejército carlista y entró en Cataluña, tomando la dirección de Lérida. Luego que organizó competentemente las fuerzas de su ejército, situándolas en los puntos más á propósito para realizar un movimiento combinado, pronunció el suyo contra Berga, decidido á apoderarse del último baluarte del carlismo. En las inmediaciones de esta plaza midieron sus fuerzas el 5 de Junio isabelinos y carlistas. Coronaban éstos las alturas inmediatas á Berga. Espartero les retó lanzando hacia ellos fuerte golpe de caballería; y el enemigo, aceptando el combate al apoyo de las fuertes posiciones que ocupaba, hizo un supremo esfuerzo alentado por el mismo Cabrera. El choque fué recio; se combatió cuerpo á cuerpo sobre un terreno áspero y difícil para las maniobras de la caballería; pero el intrépido general León que dirigía el ataque, superior en fuerzas, arrolló al enemigo en todas partes y le obligó a replegarse precipitadamente. La ocupación de Berga completó este triunfo. Los carlistas no se atrevieron ya á mantenerse á la defensiva en ningún punto, evacuaron aceleradamente el santuario de Hort, y buscaron un refugio al otro lado del Pirineo (Julio 1840).

Hemos terminado ya el boceto que nos propusimos tratar de la primera guerra civil; pero antes de doblar esta triste página, creemos oportuno reproducir unos interesantes párrafos que, relativos al estado del ejército en aquella época, redactó un escritor militar anónimo:

«Bien porque los hombres que constituyeron el gobierno de la reina y dirigieron la marcha económica y administrativa del país, hubieran sido elevados al poder en brazos de los partidos políticos, sin tener todas aquellas prendas y circunstancias necesarias para desempeñar tan importante misión; bien porque la misma instabilidad de sus cargos les impidiera descubrir las grandes fuentes de riqueza que encierra la nación española, ó ya finalmente porque atormentados con el ardor de la revolución, olvidaran la atención preferente de abastecer al ejército, lo cierto es que éste se vió sumido en los mayores extremos de miseria. En medio de terribles peligros, batiéndose á pecho descubierto con los enemigos y con el rigor de las estaciones, los infelices soldados pasaban muchos dias sin ración alguna, y meses enteros á media ración. Hacían largas marchas con malos zapatos por un terreno agrio y singularmente escabroso, y ocasiones hubo, como en el sitio de Bilbao, en que, apoyaron su aterido pié sobre la afilada punta de las rocas, dejando estampada una mancha de sangre en la huella de sus pasos En el corazón del invierno y bajo un clima muy riguroso, llevaban pantalones de lienzo hechos pedazos, y el resto de su vestido no se hallaba en mejor estado ni era de mejor calidad. Cuando después de una larga penuria tenían medios de satisfacer el apetito, sus estómagos debilitados no podían digerir los alientos, de modo que el hambre y las enfermedades hacían más estragos en ellos que las balas de los carlistas. Sucedió en el asedio de varias plazas que los sitiadores, teniendo abiertas y expeditas todas las comunicaciones, sentían con más fuerza los efectos de la miseria que los mismos sitiados. Cuando caían enfermos ó heridos se les trasladaba pocas veces á los hospitales de campaña, porque no los habia ó se daba este nombre á un edificio frio y desmueblado, donde faltaban camas, ropas y medicinas, y donde los desgraciados que acababan de derramar generosamente su sangre, no tenían para aliviar sus dolores más que un poco de paja tendida sobre un suelo húmedo. En vano los generales reclamaban incesantemente del gobierno prontos y eficaces remedios, porque el gobierno los suministraba siempre con mano estrecha y llegaban al ejército por mano de ávidos contratistas que no se avergonzaban en especular con la corta y sagrada asignación de las tropas. Así se esquilmaba á la nación sin evitar los males del ejército. El soldado español tiene justa y fundada reputación de sobrio y sufrido, pero acaso nunca ha dado más reiteradas pruebas de estas virtudes militares que en la guerra dinástica... A las pérdidas que experimentó la infantería de línea y que se elevaron á 1,015 jefes y oficiales y 20,769 soldados muertos en el campo, á consecuencia de heridas ó de enfermedad, deben agregarse las que sufrieron los demás cuerpos que tomaron parte en la citada guerra, tal como resulta de los estados oficiales. La Guardia Real tuvo una baja de 11,894 muertos; los cuerpos facultativos 2,126, y las milicias provinciales 15,981; los cuerpos francos 9,782, y la caballería de todas las armas la de 4,592. Si á estas bajas de muertos se agregan las de los inútiles y extraviados, tomando por tipo de evaluación el guarismo que represente las de infantería, se comprenderá que la pérdida efectiva del ejército de la reina en el transcurso de siete años, ascendió á más de 140,000 hombres, número equivalente á las tropas que estaban en pié cuando falleció Fernando VII, y al de una tercera parte más que después fueron llamadas á las armas.»



COLOCACIÓN DE LAS CORBATAS DE LA ORDEN DE SAN FERNANDO EN LAS BANDERAS DEL REGIMIENTO DE INGENIEROS

(COPIA DEL CUADRO DE M. ESQUIVEL)

M. Soler, Editor.



La Batalla de Tetuán. (Apuntación tomada del cuadro de Sanz)

Guerra de Africa



El comandante Sugrañes

No entraremos á discutir la razón ni la conveniencia de la guerra de Africa, tan brillante como infecunda; pero debemos consignar que esta guerra pudo evitarse y que se declaró sin que se hubieran apurado todos los medios políticos, y sin el debido examen y discusión en las Cámaras de los documentos diplomáticos (1). También consignaremos que el pueblo la acogió con júbilo, y que la situación política presidida por el general O'Donnell adquirió cierta robustez; mas cuando á la vuelta de algunos años vemos el incumplimiento de los tratados que hicimos firmar al enemigo después de la jornada de Wad-Ras, claro está que no hemos de calificar pomposamente aquella empresa.

En Agosto de 1859 la construcción de una casa fuerte que el gobernador de Ceuta hizo levantar á muy corta distancia de la plaza, pero en terreno neutral, dió lugar á que los moros de Anghera hostilizasen á las tropas encargadas de proteger los trabajos y destruyesen por la noche las obras ejecutadas durante el día, llegando hasta el extremo de derribar el escudo de armas que señala la línea divisoria de ambos campos. Con este motivo el gobierno español hizo enérgicas reclamaciones al de Marruecos y al propio tiempo reforzó la guarnición de Ceuta, cuya guarnición efectuó en los dias 9 y 13 de Setiembre impetuosas salidas, rechazando al enemigo hasta dos kilómetros y talando el terreno; pero como el gobierno marroquí, sin negarse al castigo de los culpables, pidiera una tregua muy justificada en razón á encontrarse gravemente enfermo el Emperador (que falleció días después), el nuestro, sin esperar el nuevo plazo con que le brindaba aquél y desentendiéndose de otras muy fundadas razones, hízole saber el 24 de Octubre que la guerra estaba declarada. O'Donnell la consideraba ya á mediados de Setiembre como un hecho, puesto que habia ordenado hacer grandes preparativos, encontrándose ya reunido en Algeciras un cuerpo de observación á las órdenes del general Echagüe, cuerpo formado por 15 batallones, 3 escuadrones y 3 compañías de artillería de montaña, y en Cádiz, organizándose una división de reserva á las órdenes del general Orozco. Tan pronto se hubo declarado la guerra, distribuyóse el ejército de operaciones, en la forma siguiente:

1.er Cuerpo. . . .	General	Echagüe.	en	Algeciras.
2.º »	»	Zabala.	»	Cádiz.
3.er »	»	Ros de Olano. . .	»	Málaga.
División de Reserva.	»	Prim.	»	Antequera.
Id. de Caballería. .	»	Marqués de S. Juan de Piedras-Alvas.	»	Puerto de Santa María.

Estos cuerpos formaban un total de 35,000 hombres y 2,950 caballos y mulos.

La escuadra se componía de cuatro buques de vela, siete vapores de rueda y tres de hélice, montando 233 cañones y más de 3,000 tripulantes. La mandaba en jefe D. Segundo Diaz de Herrera, que enarboló su insignia en el navío *Isabel II*. Varios vapores de transportes estaban destinados á la conducción de tropas y efectos.

El general en jefe, después de revistar el 18 de Noviembre las tropas acantonadas en el Puerto de Santa María, les dirigió la siguiente alocución:

Soldados: Vamos á cumplir una noble y gloriosa misión. El pabellón español ha sido ultrajado por los marroquíes; y la Reina y la patria confían á vuestro valor el hacer conocer á ese pueblo semi-bárbaro que no se ofende impunemente á la nación española.

La campaña que vamos á emprender será dura y penosa: el enemigo contra quien vamos á combatir es valiente y fanático, pero vosotros sois tan valientes como él, y tenéis la ventaja que os dan la disciplina y la instrucción sobre masas desorganizadas, que son tanto más fáciles de vencer, cuanto más numerosas se presentan sobre el campo de batalla.

Que vuestro valor é impetuosidad no os lleven nunca más allá del punto que se os señala por vuestros jefes: esto os evitará caer en las emboscadas que pueda prepararos un enemigo conocedor del terreno. En las alarmas, tan comunes en la guerra que vamos á hacer, particularmente de noche, tened seguridad y completa confianza en vuestros jefes y oficiales; la confusión, el desorden, es el único enemigo á quien podéis temer.

Soldados: mostraos dignos de la confianza de la Reina y de la patria, haciendo ver á la Europa que nos mira, que el soldado español es hoy lo que ha sido siempre cuando ha tenido que defender el trono de sus reyes, la independencia de su patria ó vengar las injurias hechas á la honra nacional.

Nuestra causa es la de la justicia y la civilización contra la barbarie: el Dios de los Ejércitos bendecirá nuestros esfuerzos y nos dará la victoria.

Cuartel general de Cádiz, 18 de Noviembre de 1859.

Leopoldo O'Donnell.

(1) Sobre este particular puede consultarse el tomo II de la *Historia contemporánea*, escrita por D. Antonio Pirala.

La tarde del mismo día en que se dió esta alocución se trasladaron desde España á Ceuta las fuerzas del primer cuerpo, que en la mañana del 19 ocupó el Serrallo é hizo un reconocimiento hasta cinco kilómetros de la plaza, empezando al siguiente día la construcción de los fuertes que trazaban la línea avanzada de la misma. Hasta el 27 que desembarcó en Africa el General en jefe con una división del segundo cuerpo y la de reserva, los moros atacaron varias veces los reductos en construcción, siendo siempre rechazados. Continuaron desembarcando hasta fines de aquel mes nuestras tropas, y la división de reserva encargada de la construcción del camino desde el campamento á los Castillejos sostuvo brillantes combates; la escuadra situada en la embocadura de la ría de Tetuán, bombardeó los fuertes y mantuvo el bloqueo de Tánger y Larache, establecido el 28 de Octubre.

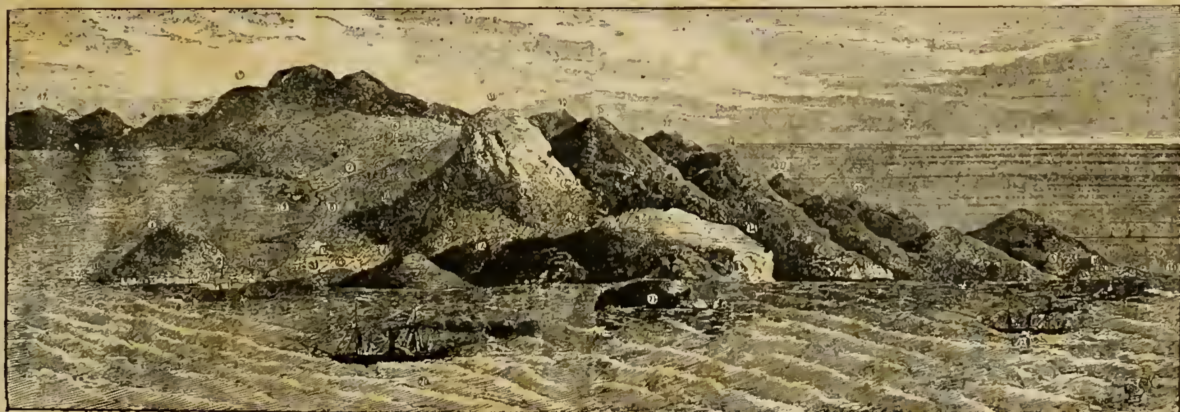
Oportuno parece consagrar algunas líneas á enumerar las fuerzas del enemigo, así como el plan de campaña adoptado por el general en jefe del ejército español.

El ejército marroquí, ó por mejor decir, las tropas permanentes del Sultán se componía de 15 000 hombres destinados á escolta real; 25,000 moros de rey, y una escasa fuerza de infantería llamada *Nizam*; en junto unos 42,000 hombres, á los que deben agregarse 2,000 artilleros, y las tribus armadas. Ascendían, pues, el total de dicho ejército á unos 300,000 combatientes, con 600 piezas de artillería de plaza y 150 de batalla. Le mandaba en jefe Muley-el-Abbas, hermano del Emperador. Contra estas fuerzas, aventajadas por un terreno áspero y quebrado, iban á luchar nuestros soldados; pero en esta lucha, el clima, el hambre, los temporales y el cólera iban á ser también sus enemigos. Por de pronto, es preciso consignar, que á causa de la variación que sufrió el plan de campaña, cuyo primer objetivo era Tánger, y de no haberse hecho un reconocimiento de la costa en debida forma, el ejército reunido en Ceuta, ciudad elegida como base de operaciones, sufrió grandes privaciones y perdió un tiempo precioso, que pudo haberse ganado con el desembarco en Torre Martin; luego es preciso añadir que no tenía todo el material necesario para entrar en campaña. Para marchar á Tetuán, distante solamente siete leguas, eran éstas de muy mal camino, y debían recorrerse riñéndose rudos combates y luchando con la falta de provisiones, pues en el mes de Diciembre, en qué tuvo lugar el avance, la mar con frecuencia alborotada no permitía el abastecimiento. Además, Ceuta no se encontraba suficientemente aprovisionada para recibir como recibió en los primeros días tantas fuerzas. Cometiéronse, pues, algunos errores, y sobre todo fué grande el del reconocimiento, como más tarde lo patentizó la escasa resistencia que opuso Torre Martín. Basta examinar atentamente un mapa del teatro de la guerra, y estudiar luego las operaciones para comprenderlo así.



El general D. Rafael-Echagüe.

El día primero de Enero de 1860, nuestro ejército, excepto el primer cuerpo que quedó guarneciendo el Serrallo, emprendió la marcha hacia Tetuán, siguiendo la costa y en este mismo día tuvo lugar la batalla de los Castillejos. El general Prim con la división de reserva, dos escuadrones de húsares de la Princesa y dos baterías, recibió el encargo de tomar posición en las alturas que dominan los Castillejos por la parte de la costa y echar un puente en la desembocadura de una regata en el mar, para que pudiese pasar la artillería rodada; detrás de Prim, emprendió la marcha el General en jefe, siguiéndole Zavala con el segundo cuerpo. Verificóse el avance ganando Prim sin gran dificultad las posiciones indicadas y acudiendo á favorecerle la brigada Serrano, del segundo cuerpo, colocándose en terreno que flanqueaba los puestos enemigos. Al propio tiempo los húsares despejaron de moros el valle. Pero éstos, que habían ido replegándose á una posición que á tiro de fusil domina el valle de los Castillejos, reconcentrándose allí y aumentando progresivamente con las fuerzas que por la cañada de Anghera acudían en su auxilio, tomaron la ofensiva é invadieron otra vez el valle. Fué preciso dar órdenes de desalojar la citada cañada, y mientras Prim con cuatro batallones de infantería en primera línea y los de ingenieros y artillería en reserva, se dirigía hacia ella, los húsares cargaban otra vez por el llano, llegando arrastrados por el entusiasmo hasta el interior del campamento marroquí, establecido en lo más hondo del valle y encerrado entre escarpadas alturas. En aquellos momentos fué cuando el cabo Pedro Mur se apoderó de un estandarte enemigo; pero nuestrus heróicos húsares,



PANORAMA OEL ESTRECHO DE GIBRALTAR, OESOE CEUTA Á TÁNGER

(Copiado de una publicación militar de la época).

1 El Hacho de Ceuta.
2 Ceuta.
3 Serrallo.
4 Posiciones ocupadas por los marroquíes.
5 Campamento marroquí defensor de Tánger.
6 Tetuán.
7 Rio Guad-el-Jelú.
8 Torre Martin.
9 Escuadra.
10 Tánger.
11 Cabo Espartel.
12 Cabo Negro.
13 Sierra-Bullones.
14 Bosques.
15 Puerto de Ceuta.
16 Glacis de Ceuta.
17 Montañas del Riff.
18 Faro de Couta.
19 Telégrafo de Ceuta.
20 Transportes.
21 Isla del Perejil.
22 Pequeño Atlas.
23 Fuertes del Serrallo.
24 Casa del Renegado.



Cuadro de Regnault

Copia de Pahissa

EL GENERAL D. JUAN PRIM

M. Soler, Editor.

pocos en número, corrían peligro serio, pues la infantería, que á la carrera acudía en su apoyo, todavía se hallaba muy distante, así es que hubieron de retroceder con graves pérdidas. Prim que desde la altura de que estaba posesionado distinguía perfectamente el fondo del valle y el campamento enemigo, creyó posible atacarle y dió aviso al general en jefe; pero, O'Donnell, cuyo propósito era sólo ocupar el puesto denominado *Casa del morabito*, para proseguir al día siguiente el movimiento de avance, no creyó prudente efectuar el ataque por las grandes pérdidas que podría ocasionar; y viendo que Prim, cargado por numerosas fuerzas enemigas, perdía terreno, dispuso que Zavala acudiera en su apoyo con algunos batallones. Desgraciadamente no se pudo evitar que los escuadrones de húsares fueran diezmados, y asimismo los batallones de artillería de á pié desplegados en guerrilla. Entonces fué cuando Prim, tremolando la bandera española, se lanzó sobre la morisma que como raudal impetuoso descendía de los cercanos montes; y á su arrojo y á la oportuna llegada de Zavala debióse la victoria. El general en jefe dispuso que las tropas del cuerpo de reserva fueran relevadas en las posiciones que ocupaban por las del segundo cuerpo. El enemigo, refugiado en los bosques y rocas, hizo fuego con bastante intensidad hasta cerrar la noche, y al amanecer del siguiente día se alejó en dirección de Tetuán. Consistieron nuestras pérdidas en unos 700 hombres.



D. LEOPOLDO O'DONNELL
General en jefe del ejército de África

El día 3 abatiéronse las tiendas y el ejército continuó su marcha, posesionándose Prim, que iba en vanguardia, del punto llamado *Los tres cantos*, sobre las playas, y Zavala de una posición colocada algo más atrás. El general Ros, cruzando por los Castillejos, colocóse á retaguardia de la línea por el lado de la derecha. El 4 se puso en movimiento el grueso del ejército, y fué á campar á la vista del río Mnuel, en las alturas llamadas *de la Condesa*. En el lado opuesto del valle se eleva el monte Negrón, y en el fondo del mismo, á la derecha, como á dos leguas de la costa y sobre unas colinas, veíase el campamento enemigo. Sostúvose al caer la tarde del 4 un ligero tiroteo, y efectuóse un reconocimiento armado entre la costa y las lagunas del valle Mnuel, hasta las colinas que lo limitan al pié del monte Negrón. Hecho el reconocimiento, trazóse el plan de ataque, con arreglo al cual, el día 6, el general García, con tres baterías y dos escuadrones de lanceros, se puso en movimiento para apoderarse de las posiciones que forman el límite derecho de la desembocadura al mar del valle citado, al pié del monte Negrón; movimiento arriesgado y difícil que tenía por objeto asegurar el paso del ejército por el estrecho istmo de arena que cierra el valle, entre el mar y las lagunas, donde se pierde y filtra el río. Realizóse felizmente, y ganadas las primeras colinas, el segundo cuerpo ocupó sin perder momento un cerro importantísimo que forma un resalto

PLANO DEL TERRENO OCUPADO POR LAS TROPAS DEL 1.°, 2.° Y 4.° CUERPO DE EJÉRCITO EL 1.° DE DICIEMBRE DE 1859

del monte Negrón, con lo cual quedó asegurado el paso de las tropas.

En una hora abrieron los ingenieros un cómodo camino para la artillería, desde la playa á las colinas, y el ejército, sin obstáculo alguno, acampó aquella noche al pié del monte, en la fuerte posición de *las Lagunas*, que el enemigo no acertó á defender.

El 7 de Enero á las seis y media de la mañana el ejército levantó el campamento que ocupaba al pié del monte Negrón, sobre el valle del río Manuel y se puso en marcha, entre dicho monte y la plaza, en dirección á Tetuán.



El campamento español visto desde la azotea de la Aduana 3 febrero 1860

1 Torre Martin. 2 Cuartel general. | 3 Zavala. 4 Ros de Olano. | 5 Rios. 6 Prim. | 7 Artilleria. 8 Caballeria

Al anochecer del citado dia acampó sobre el río Capitanes en las colinas que cierran por el N. el pantanoso valle del Azmir y que forma las últimas estribaciones del monte Negrón. Desencadenóse al caer la tarde tan terrible temporal, que las cañoneras y los buques que protegian la marcha del ejército, asi como las que conducian las vituallas, tuvieron que buscar abrigo en Ceuta y Algeciras, donde permanecieron hasta el 10, á causa de lo cual comenzó á reinar la carestia en nuestras tropas. El enemigo quiso aprovecharse del alejamiento de la escuadra y atacó por dos veces el campamento, pero fué rechazado y perseguido. Difícil fué la situación por que atravesaron en aquellos días nuestros soldados, pero hicieron frente con su proverbial abnegación á las penalidades y fatigas de la guerra y á las inclemencias del tiempo, consignando ver coronados tantos esfuerzos con el arribo de provisiones durante los días 10, 11, 12 y 13. El 14 tuvo lugar la gloriosa y sangrienta batalla de Cabo Negro que hizo á los españoles dueños del valle de Tetuán, y que una publicación militar coetánea describe asi:

El General en Jefe designó el segundo cuerpo de Ejército, al mando del general Prim, para que tomase la vanguardia el dia 14 al emprender el paso de las gargantas de Cabo Negro. Antes de amanecer se puso en marcha el segundo cuerpo y de noche pasó el puente construido por los marinos sobre la boca del río Azmir. La división Orozco, primera del segundo



Croquis del terreno comprendido entre la Casa del Renegado y los Castillejos, y colocación del ejército el día 1.° de Enero de 1860.

1 Mar Mediterráneo.
2 Los Castillejos y su cañada.
3 Tropas del 2.° cuerpo de ejército y alturas donde acampó después de la batalla.
4 Cordillera pequeña del Atlas.
5 Posiciones de los moros.
6 Segundo y cuarto cuerpos de ejército.
7 Nuevo camino de Tetuán.
8 Cuarto cuerpo y parte del tercero. Caballeria y cuartel general en jefe.
9 Punto donde se sostuvo lo más recio del combate, ganándose y perdiéndose el cerro por tres veces, y quedando dueñas de él nuestras tropas después de repetidas cargas á la bayoneta.
10 Bosque lleno de moros.
11 Fuegos curvos del reducto que causaron gran destrozo á los moros del bosque.
12 Reducto del Principe Alfonso.
13 Estribos de Sierra Bullones.
14 Tercer cuerpo.
15 Campamento atrincherado del tercer cuerpo.
16 Cañada de Anghera.
17 Sierra Bullones.
18 Serrallo.
19 Campamento del primer cuerpo.
20 Mezquita.
21 Boca del infierno.
22 Boquete de Anghera.
23 Campamento de los moros
24 Reducto Francisco de Asis
25 Nuevos caminos que conducen á los reductos.
26 Reducto Isabel II.
27 Casa del Renegado.
28 Cerro del Otero.
29 Camino de Ceuta al Serrallo.
30 Antiguo camino de Tetuán.

cuerpo, á la cual se habian agregado una compañía de ingenieros y una bateria de montaña, formada en ordenadas columnas, avanzó hasta posesionarse de las primeras alturas de la continuada serie de asperezas que constituyen las montañas de Cabo Negro. La división O'Donnell, segunda del segundo cuerpo pasaba entre tanto el desfiladero, se organizaba también en columnas y seguia los movimientos de la primera para protegerla en caso necesario.

Posesionada la división Orozco, como hemos dicho, de las alturas de la primera serie de asperezas, logró penetrar felizmente en la primera profunda cañada rodeada de elevadísimos montes de muy difícil acceso por la frondosa y agreste vegetación de que están cubiertos. Ni la imponente y extensa barrera que la naturaleza presenta en aquellos agrestes parajes cortados por profundisimos barrancos y revestidos de malezas de grande altura, ni la tenaz resistencia que desde entonces comenzó á oponer el enemigo, fueron bastantes á detener la marcha decidida de los batallones de la primera división, y vencidas tantas dificultades por aquellos bravos soldados, quedó asegurada la primera línea. Habiendo penetrado en la cañada el segundo cuerpo, continuó avanzando, trabando una serie no interrumpida de combates, arrollando al enemigo en todas sus posiciones, escalando con admirable agilidad é incansable perseverancia las crestas más elevadas de la sierra hasta dar vista al extenso valle de Tetuán, en las cuales los batallones de Castilla y cazadores de Simancas fueron los primeros en ondear sus banderas cubiertas de gloria. La primera división del segundo cuerpo quedó dominando la cordillera, cubriendo sus batallones los altos vericuetos que se extienden de izquierda á derecha, situados del modo siguiente: cazadores de Figueras en el extremo izquierdo; después el segundo batallón de Castilla; y á continuación de éste se extendía el primero de Córdoba y la batería de montaña del primer regimiento, que, como queda dicho al principio, se había agregado á la primera división. Esta bateria colocó sus cañones en la cresta de la posición, y con sus certeros fuegos batia y molestaba un reducto que los moros habian construido sobre un mogote, y que tenían muy bien guarnecido de gente para defender y cubrir la salida de las gargantas al valle. Por la derecha ocupaban las pendientes y cimas elevadas el primer batallón de Saboya, el segundo de Córdoba, y por las cimas y pendientes de este costado los batallones de cazadores de Simancas y Arapiles, y el primer batallón de Castilla. La toma de estas últimas posiciones fue muy costosa, y entre otros mu-



El batallón de Cantabria se defiende formado el cuadro (Acción del 23 Enero 1860)

chos heridos lo fueron también el teniente coronel Crespo y el comandante Villegas, pertenecientes á los últimos batallones citados.

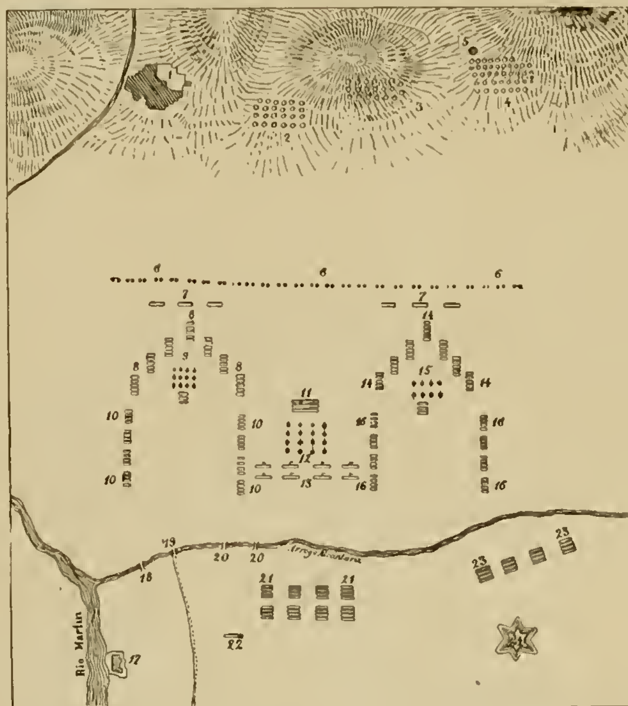
Entre tanto el General en Jefe se adelantaba con su cuartel general; al paso previno á la brigada Cervino, del tercer cuerpo, que toda la noche había estado protegiendo el paso de la artillería por el puente construído por los Ingenieros, y cuya marcha iba cubriendo, que se adelantase hasta la primera posición para cubrir la marcha de las tropas, y dejar todo el segundo Cuerpo dispuesto y desembarazado para las operaciones que el General en Jefe meditaba, y para emplearla en apoyo de dicho cuerpo si la necesidad lo exigía.

Reconociendo el General en Jefe las posiciones del enemigo, al ver las fuerzas que en ellas tenía y las que iban apareciendo por su derecha, que supuso serían las del campamento de las Lagunas, comprendió que trataba de defender con vigor dichas posiciones; y teniendo ya á cubierto la retaguardia de todo ataque, previno al Jefe de Estado Mayor general que se quedara para hacer pasar el resto del ejército por el desfiladero, y que desde luego hiciera avanzar el resto del tercer cuerpo, verificándolo cada brigada por separado, para evitar así el retraso que de otro modo podría experimentarse en dicho movimiento.

El General en Jefe dispuso entonces que el general Ros avanzase con el tercer cuerpo para cubrir todas las posiciones que había ganado y ocupaba el segundo á fin de que los soldados de éste, fatigados por el comb te que todo el día habían estado sosteniendo, y agotadas sus municiones, pudieran proveerse de ellas y tomar algún reposo y alimento, pues en veinticuatro horas nada habían comido.

Nuestras pérdidas en esta gloriosa jornada consistieron en un oficial y veinticuatro individuos de tropa muertos; 4 jefes, 26 oficiales y 363 individuos de tropa heridos; un jefe, 18 oficiales y 141 individuos de tropa contusos y ocho caballos heridos.

Las del enemigo fueron también muy considerables, como fácilmente puede comprenderse considerando lo larga y porfiada que fué la batalla y las fuertes posiciones de que fué desalojado.



PLANO DEL ORDEN DE FORMACIÓN Y MARCHA DEL EJÉCITO EL DÍA 1 DE FEBRERO DE 1891

1 Tetuán.
2, 3 y 4 Campamento de los moros.
5 Torre de Geleli.
6 Guerrillas.
7 Reservas.
8 Una división del tercer cuerpo (Ros).
9 Doce piezas del regimiento montado.
10 Una división del tercer cuerpo.
11 Ingenieros.
12 Tres baterías montadas de reserva y una rayada de á 12.
13 División de caballería.
14 Una división del segundo cuerpo (Prim).
15 Dos baterías montadas y dos rayadas de montaña: total 20 piezas.
16 División del segundo cuerpo.
17 Aduana.
18 Puente de madera para la artillería y ferrocarril.
19 Puente de mamposterías.
20 Puentes de madera para facilitar el paso de la infantería.
21 Segunda división de reserva (Ríos), con una batería de montaña.
22 Un escuadrón.
23 Primera división de reserva (Rubín), con una batería montada y rayada.
24 Fuerte estrellado de seis salientes.

NOTAS.—El total de piezas fué de 60: 54 rayadas y 6 lisas.—El terreno que siguió el tercer cuerpo es de prado y pantanoso en algunos puntos.—El que recorrió el segundo cuerpo, cubierto en algunos puntos de bosque bajo, en otros de prado y en otros de pantanos.

Dadas estas órdenes, el General en Jefe se trasladó al centro de nuestra línea, donde el combate se mantenía con vigor y el enemigo reconcentraba sus fuerzas. Los batallones de la segunda división del segundo cuerpo, que ocupaban dicho puesto, lo sostenían con bizarría, y apoyados por la brigada Cervino, adelantaban terreno. El General en Jefe dispuso al mismo tiempo que la tercera batería de montaña del primer regimiento se adelantase, y situadas sus piezas convenientemente, rompió el fuego con viveza y acierto.

El enemigo viéndose lanzado en el segundo estribo, se rehizo y volvió al ataque con nuevo vigor; los batallones de cazadores Simancas, Chiclana, Arapiles y Alba de Tormes primeramente lo contuvieron y cargando después seguidos de los batallones de Córdoba, Saboya, Toledo y Princesa, lo desalojaron de aquella segunda y más fuerte posición que definitivamente quedó en poder de nuestras tropas.

La extrema derecha, mientras esto sucedía en el centro, se veía seriamente amenazada por numerosas fuerzas enemigas, así de infantería como de caballería, que por momentos se aumentaban. El general don Enrique O'Donnell, que se hallaba en ella, poniéndose al frente del segundo batallón de la Princesa, del de cazadores de Simancas y cuatro compañías del de Chiclana, cargó con valentía al enemigo, lo arrolló y desalojó de las posiciones que ocupaba, quedando dueño de ellas.

Ya sólo quedaba al enemigo la última línea de colinas; en ella trató de hacerse firme, reuniendo sobre las cimas y pendientes sus fuerzas de infantería, y al pié su numerosa caballería. Nuestros soldados necesitaban indispensablemente apoderarse de ellas para asegurar su posición y dominar el valle de Tetuán.

Para ejecutar esta operación, el General en Jefe dispuso que el general Ros de Olano, con dos brigadas de su cuerpo de ejército, avanzase apresuradamente, y previno al general Prim que preparase sus batallones para un ataque general. Cumplidas estas disposiciones se verificó el ataque. El general Prim, puesto al frente de sus tropas, dirigiéndolas con el brillante valor que tanto le caracteriza, marchó resueltamente contra el enemigo; hizo cargar un escuadrón de lanceros del regimiento caballería de Villaviciosa, y dos secciones del mismo cuerpo sostenidas por un escuadrón de húsares de la Princesa, apoyado por un batallón de Navarra: el batallón cazadores de Figueras y cuatro compañías del de Córdoba, precedidos de la escolta de carabineros del General en Jefe, se apoderaron y ocuparon el reducto anteriormente citado.

Con este ataque, que fué llevado á cabo con el mismo arrojo, y que tuvo el mismo feliz éxito que los anteriores, los deseos del General en Jefe quedaban cumplidos; nuestras tropas, posesionadas de unas posiciones fortísimas dominaban el valle de Tetuán, veían huir á sus piés en todas direcciones consternado al enemigo y podían asentar su campo en los parajes más convenientes.

El día 16 á las ocho de la mañana la escuadra española, que mandaba el general Bustillo, presentóse frente la boca de la ría de Tetuán.

Cien hombres de tropa y marinería se hicieron dueños sin dificultad alguna de los dos fuertes y torre que defienden la boca de la ría, y seguidamente desembarcó la división del general Ríos, que el 14 se había embarcado en Algeciras, y que tomó las posiciones de la citada boca. El 17 el ejército trasladó su campo por el flanco izquierdo de las posiciones del Guald-el Jelú, reuniéndose á la división Ríos, y ocupando el edificio de la Aduana de Tetuán.

Desde el 17 al 20 el General en jefe fué disponiendo todo lo necesario para el ataque de esta plaza.

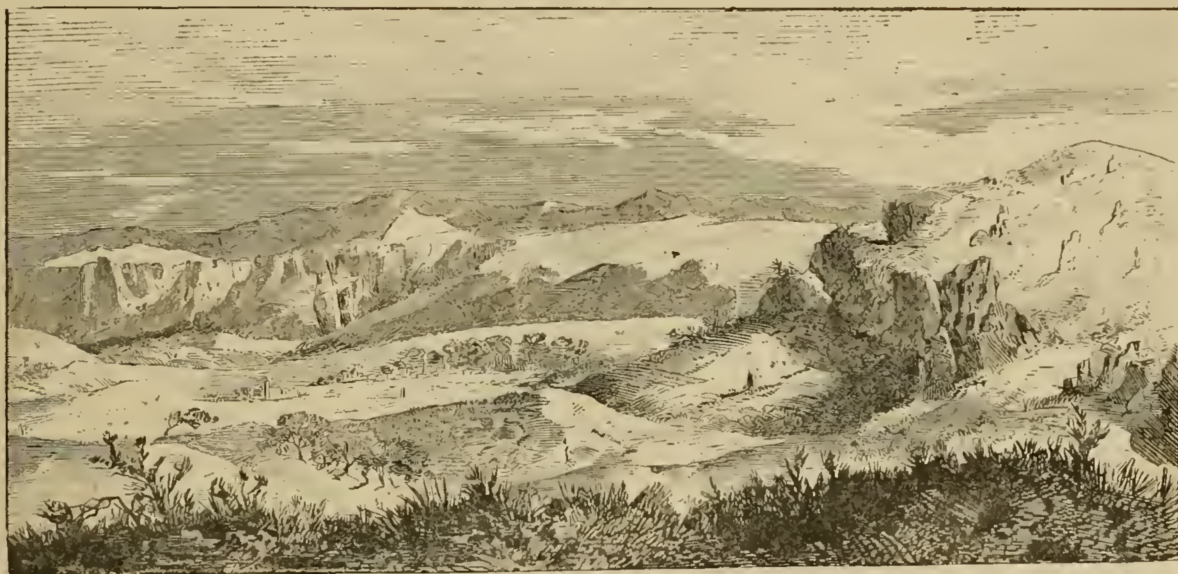
Lo primero de que se ocupó fué en establecer firmemente la base de operaciones, asegurar completamente la comunicación del ejército con el mar y desembarcar víveres y municiones para muchos días, por si los temporales obligaban de nuevo á la escuadra á separarse de aquella costa.

En los fuertes de la desembocadura de la ría se hicieron las obras convenientes para aumentar sus defensas; la Aduana se convirtió en un vasto parque y almacén fortificado, y para proteger convenientemente la comunicación entre Tetuán y la desembocadura de la ría, se dispuso la construcción de un fuerte en figura de estrella sobre el flanco derecho del campamento del ejército y media legua más adelante de la Aduana. El 18 se declararon puertos francos los ocupados por el ejército. El 23 el enemigo atacó á la brigada Villate, que protegía la construcción del fuerte, extendiéndose en imponentes masas por la derecha de nuestra línea y el llano, al otro lado del riachuelo Alcántara, que, descendiendo de Sierra Bermeja, va á morir en el Guad-el-Jelú.

El General en jefe mandó al general García que contuviera al enemigo por la derecha, con dos escuadrones y una compañía, mientras llegaba la división Ríos, pero tan pronto entró ésta en fuego, al ardor de las guerrillas del regimiento de Cantabria, arrastró á este batallón al otro lado de las lagunas que á trechos cubren la llanura, y el citado batallón encontróse en breve algo separado de la línea y envuelto por los ene-

migos. Cantabria, formó entonces el cuadro y cuando tuvo á los moros á doce pasos de distancia rompió el fuego. El General en jefe, viendo el peligro, ordenó que fueran en auxilio del batallón comprometido 2 escuadrones de lanceros y 4 batallones de infantería, lo que efectuaron cruzando con agua a la cintura aquel terreno cenagoso. Seguidamente cargó la división de caballería mandada por Galiano y arrolló al enemigo. Ros de Olano llegó con las fuerzas de su mando y puso fin al combate. Eran las cuatro de la tarde. Tan rudo fué el escarmiento, que el enemigo no se atrevió hasta el 31 á renovar el ataque. Establecido nuestro ejército en el valle de Tetuán, á la izquierda del Guad-el-Jelú, los deseos de los moros dirigíanse á impedir que avanzara contra la plaza, y á empujarlo hasta el mar, como así lo demostraron en la acción del 23, extendiendo por su ala izquierda la caballería con objeto de envolver la derecha de nuestra línea y arrollar á ésta. No pudieron conseguirlo, por carecer de fuerzas, y limitáronse por el momento á establecer y atrincherar sólidamente su campo en las inmediaciones de Tetuán; pero habiéndoles llegado posteriormente importantes refuerzos, con el príncipe Sidi-Hamet y otros personajes, decidieron renovar el ataque con arreglo al plan iniciado el antes citado día. La nueva acción tuvo lugar el 31 y fué por cierto una de las más reñidas que en esta campaña tuvieron lugar.

A las nueve de la mañana del citado día, observóse en el campamento enemigo situado en la torre Geleli, inusitado movimiento; poco después viéronse descender al llano numerosas fuerzas de infantería y caballería que fueron extendiéndose por la derecha de nuestras posiciones, amenazando envolverlas. Nuestro ejército se hallaba acampado de la manera siguiente: el cuerpo de reserva á las órdenes del general Ríos, cubría la vanguardia, apoyando su izquierda en la Aduana y su extremo izquierdo en el reducto de la Estrella, en construcción; entre los dos expresados puntos, y en segunda línea, acampaba el tercer cuerpo, mandado por Ros de Olano, cuyo tercer cuerpo cubría á la caballería y artillería. El segundo cuerpo, á las órdenes de Prim, se entendía hasta la playa, protegiendo una de sus brigadas el flanco derecho de la caballería y artillería. El ejército marroquí hallábase dividido en dos cuerpos, el primero, mandado por el príncipe Muley-Abbas componíase de unos 12,000 infantes y 3,000 caballos y campaba junto á la torre Gelelí, sobre los cerros que forman el estribo avanzado de la Sierra Bermeja, el segundo, á las órdenes del príncipe Muley Ahmet, lo formaban unos 4,000 infantes y 500 caballos y tenía su campamento á las puertas de Tetuán, en un terreno de escasa elevación. Separaba á entrambos ejércitos una llanura cubierta de pantanos y lodazales.



Samsa y sus inmediaciones, donde tuvo lugar la acción del 11 de Marzo de 1860

Copia de una publicacion de la época

Tan pronto como el general O'Donnell tuvo aviso del movimiento, ordenó que todas las tropas se pusieran sobre las armas.

La línea de batalla se formó de este modo: el cuerpo de reserva á la izquierda, con un batallón, un escuadrón y una batería apoyados en el puente por donde la calzada de Tetuán corta la acequia de Alcántara; una brigada y parte de los batallones de guerrillas rompieron el fuego. La división de caballería que mandaba Galiano, avanzó formada en dos líneas y en dirección oblicua sobre el flanco de nuestra línea para oponerse al movimiento envolvente del enemigo, que varió entonces su plan, limitándose á amagar el ala derecha española, y concentrando sus fuerzas hacia el centro. Maniobró inmediatamente nuestra caballería, yendo á colocarse á la derecha del reducto de la Estrella, mientras el tercer cuerpo avanzaba á tomar posiciones sobre la derecha, y la artillería, colocada junto al reducto y en el centro de la línea, rompió un certero y vigoroso fuego. Pero el enemigo manteníase al frente de nuestra línea, con toda su caballería reunida, como desafiando á nuestras tropas, y esto indujo al General en jefe á ordenar una carga. El general Galiano, el brigadier Villate y el conde de la Cimera con las brigadas de coraceros y lanceros, recibieron la orden de cargar á los moros, atravesando los pantanos; y esta operación arriesgadísima realizóse con tal arrojo, que el enemigo se vió empujado y arrollado hasta la hondanada que existe al pié de una estribación de colinas, paralelas á las de Torre Geleli. Mas en aquella hondanada se hallaban ocultos 1,500 caballos marroquíes y en las vertientes opuestas de las colinas gran muchedumbre de infantes. «Entonces, dice un escritor, sucedió un momento terrible; aquella muchedumbre de enemigos sale de repente de los puntos donde se halla emboscada, atronando el espacio con su terrible vocerío, y rompiendo un fuego mortífero y espantoso sobre nuestros coraceros. En aquella situación, y expuestos nuestros escuadrones á ser envueltos por las superiores fuerzas de caballería enemiga, era indispensable que se replegaban sobre la línea principal de batalla; operación arriesgadísima y difícil, luchando con un enemigo valiente y cuya táctica principal consistía en aprovechar para acometer los movimientos de retroceso de sus contrarios. No obstante, gracias á los esfuerzos del brigadier Villate, del Jefe de E. M. y de los que personalmente hizo el general Galiano, los escuadrones pudieron permanecer

reunidos y verificar el repliegue, si bien teniendo que dar al hacer este movimiento tres cargas sobre la muchedumbre mora que los acosaba, causando en ella numerosas bajas.» Afortunadamente pudo acudirse para remediar el daño, avanzando en apoyo de la caballeria, que se retiraba por la llanura, cinco batallones y una bateria á caballo, los que contuvieron al enemigo por el frente, mientras otra batería, protegida por los batallones de la primera brigada, cañoneaba por la izquierda á los moros. Rehecha la caballeria, el combate prosiguió, avanzando por la derecha la segunda división para envolver la izquierda enemiga; atacando Ros de Olano las posiciones intermedias entre Geleli y la llanura, y maniobrando Quesada para completar el movimiento de la derecha. No tardaron en coronar los españoles las posiciones, y el ala izquierda marroquí fué completamente destrozada; batido y disperso el enemigo en la extrema derecha por el general Prim, mantenido en respeto en la derecha por Ríos y rechazado por Rubín, cuando trató de interponerse entre el cuerpo de reserva y nuestro campamento. A la caida del dia terminó el combate, en el que tuvimos 48 jefes y oficiales heridos, 42 soldados muertos y 364 heridos. A las cinco de la tarde O'Donnell ordenó la retirada, que se hizo rechazando dos cargas del enemigo, y á las ocho de la noche, todo el ejército se hallaba en el campamento.

Cuatro días después, el 4 de Febrero, tuvo lugar la batalla de Tetuan.

El ejército español, que se hallaba detenido desde el 16 de Enero, en que descendió al valle, junto á la desembocadura del rio Martín, no pudo ponerse en movimiento hasta los primeros dias de Febrero, porque el temporal reinante impidió desembarcar los víveres necesarios y el tren de sitio. Invirtióse este periodo en asegurar los puntos fortificados de la nueva base de operaciones; pusiéronse luego en tierra las vituallas y el material; desembarcó el 3 el batallón de voluntarios catalanes, que mandaba D. Victoriano Sugrañes, y se dispuso la marcha para el dia siguiente 4 de Febrero.


El general D. Antonio Ros de Olano

El orden en que debia avanzar el ejército español por la llanura de Tetuán, era tal como se ve en el plano de la página 695, plano interesantísimo, pues fué compuesto por un testigo de la batalla y apareció en las páginas de la notable publicación *El Mundo militar*, que veía la luz por aquella fecha. Daremos sin embargo, aqui más detalladas noticias.

El segundo cuerpo, al mando del general Prim, debia formar a la derecha de la línea de batalla, llevando dos brigadas, ó sea una división, formadas por batallones en escalones, y á retaguardia las dos brigadas de la segunda división en columnas cerradas, conduciendo en su centro dos baterias del 2.° regimiento montado y otras dos de montaña.

El tercer cuerpo, á las órdenes del general Ros de Olano, debía formar á la izquierda, en orden igual al segundo, y en su centro tres baterias del regimiento de artillería á caballo. Entre ambos cuerpos iba el regimiento de artilleria de reserva, compuesto de cuatro baterias, con diez y seis piezas, precedidas del regimiento de ingenieros, y detrás la división de caballeria formada en dos líneas.

El cuerpo de reserva, mandado por el general Ríos con una bateria del segundo regimiento montado y otra de montaña, debia avanzar por la derecha, y apoyándose en el fuerte de la Estrella, amenazar constantemente el campamento de Muley-Abbas, sin empeñar combate á menos que el enemigo atacase.

Oportuno será indicar, que durante la forzada inacción de nuestro ejército junto á la desembocadura del rio Martín, las fuerzas del ejército marroquí habían engrosado considerablemente, calculándose que no bajarían de 35,000 hombres. Esta gente dedicóse á fortificar su campo, y el fuego de cañón que hizo desde sus trincheras demostró que también lo habia artillado.

Amaneció el dia de la batalla lluvioso y frío, lo que hizo suspender la marcha hasta las ocho y media, en que la atmósfera comenzó á serenarse. Entonces se dió la señal de partir, y las tropas atravesaron el río Alcántara por cuatro puentes, que el cuerpo de ingenieros habia cuidado de establecer la noche anterior. El ejército quedó en linea al otro lado del rio, y en la forma ya indicada prosiguió su avance con mucho orden y gran silencio. A un kilómetro escaso del río Alcántara, el enemigo rompió desde las trincheras un vivo cañoneo, cañoneo que secundó la torre de Geleli. El ejército español continuó avanzando sin contestar al fuego, hasta colocarse á 1,700 metros de las baterias contrarias. Entonces la artilleria de reserva rompió el suyo con diez y seis piezas, y lo prosiguieron ganando terreno los cañones rayados del tercer regimiento, mientras el de á caballo hostilizaba por la izquierda la derecha enemiga. Pero mientras esto sucedía, la numerosa caballeria marroquí corríase sobre el cuerpo de reserva, como si tratara de amenazar la retaguardia del ejército, por lo cual se ordenó á la brigada de lanceros que cubriese á ésta. Nuestras tropas siguieron avanzando hasta 600 metros de las trincheras enemigas, sin haber disparado todavia un tiro de fusil. Llegadas á tal distancia, comenzó el fuego de guerrillas, á causa de haberse presentado algunos grupos de infanteria y caballería por el flanco izquierdo, grupos que retrocedieron sin dificultar el avance. Dos batallones de infanteria, mandados por el general Makenna y la brigada de lanceros, que á las órdenes del general Galiano se trasladó al costado izquierdo, interpusiéronse entre los citados grupos enemigos y la plaza de Tetuán; y como en este intervalo el regimiento de artilleria de á caballo y el tercer cuerpo, habian ido ganando terreno, nuestras tropas estaban ya próximas á coger al enemigo completamente por su flanco derecho, rebasando el extremo de la trinchera. El general en jefe dió orden de completar este movimiento, y nuestros soldados llegaron á 400 metros del enemigo. A esta distancia rompieron 40 piezas de montaña el fuego, luego que hizo grandes estragos en el campo marroquí, pero que no consiguió desmontar sus piezas. Imponente era entonces la batalla, porque si de un lado se hallaba un ejército aguerrido, entusiasta y bien armado, éste tenia que ganar á pecho descubierto los robustos y bien construidos parapetos, tras de los cuales se hallaba un enemigo valeroso y fanático. La lucha debía decidirse ya en breves momentos, y se decidió por fin en favor de los nuestros. Prim con el segundo cuerpo habia llegado frente á las trincheras, Ros de Olano con el tercer cuerpo en el extremo derecho de ellas, se apercibía también al asalto. Dió el general en jefe sus últimas órdenes, m aquellas masas erizadas de bayonetas, lanzáronse como formidable avalancha contra los parapetos marroquíes. Iba D. Jean Prim á caballo, empuñando en la diestra el brillante acero y señalando con él la posición enemiga. Seguianle los batallones de Alba de Tormes, Voluntarios catalanes, primero de la Princesa, primero de León y

los dos de Córdoba, en el orden escalonado. En esta disposición y cuando sólo faltaban veinte pasos para llegar á la artillada trinchera, encontráronse las tropas cortadas por una zanja pantanosa, que altas hierbas acuáticas ocultaban. Arrójanse á la zanja los de Alba de Tormes y los catalanes, mas, entonces, los moros pónense en pié y los fusilan sin piedad. Los que seguían quedan perplejos. Prim comprende que ha llegado el momento supremo, y gritando á los catalanes *¡Adelante!* corre á todo el escape de su caballo hacia un portillo de la trinchera y se mete por él.

Los voluntarios catalanes se arrojan á la zanja y le siguen, perdiendo en este ataque la cuarta parte de su gente y á su comandante Sugrañes. Los demás soldados hacen iguales prodigios. Y mientras se toma de este modo el frente de la trinchera, el cuerpo de ejército del general Ros de Olano, penetra como un torbellino por el flanco izquierdo del campamento moro. ¡Honor á los batallones de Ciudad-Rodrigo, Zamora, Asturias y Albuera! ¡Gloria eterna á los que allí sucumbieron peleando! El enemigo, atacado de frente y flanco, acuchillado y envuelto, no resistió por más tiempo tan vigoroso impulso.

Dió el grito de *¡Sálvese el que pueda!* y abandonó el campo, cuando ya iba á ser materialmente encerrado en él, puesto que por la izquierda los batallones del tercer cuerpo se colocaban á su retaguardia. Poco más de media hora había durado aquella lucha y se le veía huir despavorido por las escabrosas vertientes de Sierra Bermeja, dejando en poder de nuestros soldados, artillería, municiones, tiendas y bagajes. Las escasas fuerzas que permanecían todavía en la torre de Gelelí y alturas inmediatas, no tardaron en ser desalojadas por la división del general D. Enrique O'Donnell, y el ejército quedó en completa posesión del terreno que antes señoreaba el enemigo: 10 oficiales y 57 soldados muertos en el campo; 3 jefes y 707 individuos de tropa, heridos, 7 jefes, 13 oficiales y 259 soldados contusos, fueron las bajas de los españoles en esta jornada. El campo enemigo quedó cubierto de cadáveres; como trofeos de la victoria cayeron en poder de los nuestros 2 banderas, 8 cañones, 800 tiendas, gran número de bestias de carga y no pocas municiones.


El general D. Juan Zabala

Al siguiente dia de la batalla O'Donnell intimó la rendición á Tetuán; el 6, á las ocho de la mañana, una comisión de vecinos se presentó en el campo solicitando la entrada del ejército en ella, pues los árabes y moros fugitivos al retirarse la habían entrado á saco.

El General en jefe dispuso que el cuerpo de ejército que mandaba el general Ríos pasara á ocuparla, y aquel mismo día, á las diez de la mañana, la bandera española tremoló en la Alcazaba de Tetuán. Uno de nuestros grabados representa la puerta por donde entró el ejército español en Tetuán. El 8 de Febrero se practicó un reconocimiento por el camino de Tánger, sin descubrir enemigo alguno. El 11 presentáronse parlamentarios marroquíes en el campamento español; el 17 pidió el príncipe Muley-Abbas una entrevista, que tuvo lugar el 23 sin resultado alguno. El 25 y el 26 fueron bombardeados por nuestra escuadra Larache y Arcilla. Todo el mes de Febrero el furioso temporal que constantemente reinó en el Estrecho, hizo muy difíciles las comunicaciones, y al expirar el mismo, desembarcaron en Africa los tercios vascongados, en número de 2,872 hombres.

Un mes había transcurrido de la ocupación de Tetuán y nada decisivo se había realizado. La opinión preguntábase el por qué de esta inmovilidad y comenzaba á criticarla. El enemigo, en este intervalo, se había rehecho, y se apercibía á defender enérgicamente sus posiciones, pero al mismo tiempo trataba de reanudar las interrumpidas negociaciones de paz, á las que el caudillo español se mostraba propicio. Era, sin embargo, forzoso el emprender de nuevo las operaciones; y á mediados de Marzo, abastecida suficientemente la plaza de Tetuán y racionado el ejército por seis días, éste se puso en movimiento hacia Tánger, dirigiéndose parte de él por la derecha á señorear los montes de Samsa y avanzar de posición en posición hasta colocarse sobre los montes que dominan la izquierda del valle de Vad-Ras, y el resto por el camino que, remontando el curso del río Jelú, conduce por el puente de Buceja á la formidable posición de la sierra del Fondak, ocupada por los enemigos y situada á mitad de distancia entre Tánger y Tetuán. Este es el paso preciso para llegar á la primera. Creía O'Donnell que los moros limitaríanse á la defensa del Fondak, pero muy pronto aparecieron en extraordinario número, cubriendo los montes inmediatos, y, no bien el ejército había recorrido una legua, cuando las guerrillas rompieron el fuego. Hé aquí la disposición en que desfilaban nuestras tropas:

En cabeza el primer cuerpo al mando de Echagüe, con dos baterías de montaña; luego el segundo cuerpo á las órdenes de Prim, con una batería de montaña, la de cohetes y el segundo regimiento montado de artillería; detrás la brigada de coraceros, dos escuadrones de lanceros y uno de húsares al mando de Galiano; el bagaje del cuartel general y de los cuerpos primero y segundo; después el tercer cuerpo, mandado por Ros de Olano, con una batería de montaña; el bagaje de la Administración militar, y cubriendo la retaguardia la primera división del cuerpo de reserva, á las órdenes de Makenna, con una batería de montaña y un escuadrón de coraceros. Al romperse el fuego, los ocho batallones que componían el primer cuerpo formaron una línea de masas apoyando á las guerrillas, y avanzaron lentamente para dar lugar á que los ingenieros hiciesen pasos en los muchos y hondos regatos que cruzan el camino.

Entre tanto, el general Ríos seguia avanzando con cinco batallones de la segunda división de reserva, tres de los vascongados y dos escuadrones de lanceros por los montes de Samsa.

Hé aquí la descripción de la batalla hecha por un testigo:

Según de antemano se había prevenido, á las dos de la madrugada se disparó un cañonazo en la torre de la *Alcazaba* que era la señal acordada para que el ejército batiera tiendas, cargase los bagajes y se preparara á emprender el movimiento en dirección al *Fondac*.

A las cuatro y media las tropas se hallaban ya formadas en columnas sobre el terreno de sus respectivos campamentos; pero una densa niebla, que no permitia ver á corta distancia, obligó al General en jefe á suspender la marcha.

A cosa de las ocho se despejó la atmósfera, y el sol reflejó su lumbre sobre el mar que íbamos á perder de vista por la primera vez después de cinco meses. .

Entonces se dió la orden de partir, ejecutándose desde luego el movimiento en la forma siguiente:

El general Ríos con cinco batallones de la segunda división de Reserva, tres de la Vascongada, mandados por el general Latorre, y dos escuadrones de lanceros, se dirigió por la derecha con objeto de apoderarse de los montes de Samsa y seguir avanzando de una en otra posición hasta colocarse sobre los montes que dominan la izquierda del valle de Gualdrás, que atraviesa el río Buceja.

El Primer Cuerpo, al mando del general Echagüe, con dos baterías de montaña, toda la fuerza de ingenieros y un escuadrón de la *Albuera*, formando la vanguardia del resto del ejército, emprendió su marcha por el camino que conduce al puente de Buceja siguiendo por la derecha del río Jelú.

El Segundo Cuerpo, á las órdenes del general Prim, siguió detrás del Primero con una batería de montaña, la de cohetes y el segundo regimiento montado de artillería.

Detrás iban la brigada de coraceros, dos escuadrones de lanceros y uno de húsares, al mando del general Galiano.

En pos de éstos caminaba el bagaje del cuartel general y todo el perteneciente á los Cuerpos Primero y Segundo.

Seguia después el Tercer Cuerpo mandado por el general Ros de Olano, con una batería de montaña y un escuadrón de *Albuera*, llevando detrás su correspondiente bagaje.

Por último, cerraba la marcha, cubriendo la retaguardia, la primera divi-

sión del Cuerpo de Reserva, á las órdenes del general Makenna, con una batería de montaña y un escuadrón de coraceros.

La disposición de esta marcha, hábilmente adaptada á los accidentes del terreno, prevenía cualquier caso de ataque serio por el flanco derecho ó por retaguardia, mientras que por la izquierda, un suelo más despejado, con dos ríos y diferentes arroyos que bañan el valle, hacían imposible para el enemigo la concentración y movimiento de masas capaces de interrumpir el paso de nuestras tropas.

Tampoco era de esperar que por el frente se intentase una acción de empeño hasta la llegada del ejército á las cercanías del *Fondac*, desde cuyas formidables posiciones se creía que las fuerzas enemigas opondrían una tenaz resistencia; pero, contra este cálculo natural, á la media legua de marcha se vió empeñada la vanguardia en un vigoroso ataque por su frente, mientras que muchos tiros sueltos de señal, resonando por toda la prolongación del flanco izquierdo del ejército, aunque á larga distancia, nos indicaban que los kábilas y las fuerzas regulares moras, dispersas por entre los aduares y alturas próximas, trataban de reunirse para hacer más ruda y general la acometida.

Y á la verdad que era de ver, cómo de todas partes, sin orden ni concierto pero incesantemente, salían grupos numerosísimos de árabes, ora de infantería, ora de caballería, atronando el aire con sus feroces aullidos, no tanto para amedrentarnos á nosotros, como para animarse ellos, corriendo diligentes y presurosos, unos hacia la vanguardia y otros á la orilla opuesta del río Jelú. Su fuego, cada vez más vigoroso, hacía ya algún daño á nuestras tropas, por cuyo motivo el General en jefe dió orden de que los diferentes cuerpos de ejército desplegasen sus guerrillas y protegiesen el flanco izquierdo en toda su extensa prolongación.

Esta medida no contuvo, sin embargo, á los moros, que se presentaban fieros y osados como nunca é intentaban pasar el río para redoblar sus ataques con los refuerzos que incesantemente recibían.—Entonces se destacaron dos batallones del Segundo Cuerpo, al mando del brigadier Quirós, dispuestos á rechazarlos, si no bastaba con el fuego, recurriendo á la bayoneta.

A la altura del Tercer Cuerpo, el enemigo no se mostraba menos tenaz y temerario; pues habiendo logrado vadear el río por diferentes puntos, intentaba, sin duda, dar un golpe atrevido sobre nuestra *impedimenta*.—En vista de esto, el general Ros de Olano dispuso que todo el bagaje se separara del camino y marchara por la derecha, protegido por algunas tropas, mientras que el general Cervino, con dos compañías, y el brigadier Mogrovejo, seguido de otras dos, cargaban á los moros á la bayoneta con el mayor denuedo, obligándoles á repasar el río y causándoles muchas pérdidas.

Entre tanto, el grueso de nuestro ejército, á cuya cabeza iba el general en jefe con su Estado Mayor y cuartel general, llegaba á la confluencia del río



Entrevista del general O'Donnell con Muley-Abbas el 23 de Febrero de 1860. (De un grabado coetáneo)

Jelú con el Buceja, donde el fuego estaba empeñado por el frente y la izquierda, sostenido vigorosamente por las fuerzas enemigas, que se habían acumulado en número considerable.

El duque de Tetuán dispuso en aquel momento que el segundo batallón del regimiento de *Granada*, á las órdenes del ya brigadier Trillo, y un escuadrón de la *Albuera*, vadeasen el Jelú, que estaba á nuestra izquierda; operación que ejecutaron con la mayor bizarría, rechazando al enemigo á larga distancia, después de una segunda carga del escuadrón de la *Albuera*, en que alcanzó á los moros, mezclándose entre ellos y acuchillándolos de una manera espantosa. Al mismo tiempo, los restantes batallones del Primer Cuerpo formaban en línea de columna con una batería de montaña, y atacaban por el frente con el objeto de tomar una altura que podía servir de situación dominante en la lucha.—Comprendiéronlo así también los moros (que en este día se habían batido con tanta bizarría como inteligencia) y destacaron numerosísimas fuerzas para tomar el flanco izquierdo de esta posición.

Ignorando su respectivo intento cristianos y marroquíes, pero coincidiendo en igual propósito, el batallón *Cazadores de Cataluña* subió á coronar la cumbre de dicha posición, al mismo tiempo que por la opuesta ladera subían fuerzas enemigas muy superiores; pero los bravos cazadores no cejaron un paso, y un ataque de toda la línea á la bayoneta, que ordenaron con gran de oportunidad los generales García y Echagüe, y que fué secundado á la derecha por el batallón *Cazadores de Madrid* á las órdenes del ya general Lasaussaye y del brigadier Berruezo, dejó en nuestro poder la posición, siendo horrorosos los estragos que el enemigo sufrió en su tenaz resistencia.

Puestos al fin en precipitada fuga, los moros se dirigieron á un barranco cercano, desde el cual, apoyados con nuevos refuerzos, intentaron todavía cerrar el paso á nuestras tropas; pero avanzando entonces el Segundo Cuerpo por mandato del general en jefe, para secundar los esfuerzos del Primero, se destacaron á la bayoneta los dos batallones del regimiento de *Castilla*, contribuyendo con su poderosa carga á que el enemigo abandonara sus nuevas posiciones y quedara despejado el terreno para la continuación de la marcha.

Los moros, sin embargo, reforzándose con otras reservas, y aprovechándose de todos los accidentes del terreno que podían ofrecerles alguna ventaja, volvieron pronto á la pelea con desesperado ardimiento, siendo necesario que una brigada del Segundo Cuerpo vadeara el río Jelú para sostener las guerrillas del Primer Cuerpo, y que el general Prim hiciese avanzar los *Tercios catalanes* en ayuda del ala izquierda para contener el ímpetu del enemigo. Los catalanes, que tan brillante muestra dieron de su valor el día 4, aumentaron todavía más su reputación en este memorable día; pues, como un solo hombre y á la carrera, rebasaron la línea de nuestros tiradores y penetraron por entre los moros, sembrando en sus filas la confusión, el espanto y la muerte. Allí hubo luchas individuales; allí se torcieron las bayonetas ó se quebraron las gumías en el choque violentísimo del terror y de la desesperación, hasta que la pronta llegada de la otra brigada del Segundo Cuerpo, al mando del brigadier Hediger, aseguró la victoria por aquel lado. Al mismo tiempo, una nueva brigada del propio Cuerpo, capitaneada por el ya general Serrano con una batería de montaña y la sección de cohetes, avanzó á reforzar las tropas del frente por orden del conde de Reus, quien, en virtud de las instrucciones que le había dado el general en jefe, hizo adelantar toda esta línea á fin de proteger los batallones de la izquierda, romper el centro enemigo y precipitar sus huestes sobre el puente de Buceja.

Esta heróica operación fué coronada del éxito más brillante. El esfuerzo del batallón de *Navarra* mandado por el brigadier Lacy y los felicísimos disparos de la artillería y cohetes, contribuyeron á este nuevo y glorioso triunfo del bravo general Prim, al cual se reunieron también en aquel instante los coraceros y las baterías que mandaba el general Galiano.

Pasó, pues, el puente el Segundo Cuerpo sobre montones de cadáveres, así nuestros como marroquíes. Al otro lado de él existe otra llanura en que los moros trataron de reorganizarse; pero acosados rudamente en todas direcciones por nuestras tres armas, viéronse en la precisión de retirarse á las formidables alturas de Gualdrás.

Comprendiendo el general Prim á la primera ojeada que esta ventajosa posición permitiría al enemigo rehacer sus desordenadas huestes, si se le daba tiempo para ello, prosiguió denodadamente al ataque y ocupó el primer estribo de la montaña.—Los moros, por su parte, conocieron también la importancia de aquel movimiento, y se opusieron á él con indecible furia

estableciéndose desde entonces una larga serie de encarnizados combates, en que nuestras fuerzas tuvieron que ceder algunas veces al mayor número, si bien para volver á cargar con renovado brio, ganando siempre terreno y vengando hasta la saciedad las numerosas pérdidas que sufrian.

Gracias á tan porfiada lucha, el conde de Reus llegó á la proximidad de un fragoso bosque que el enemigo acababa de abandonar con el intento de rehacerse en un aduar cercano que se hallaba situado en el extremo opuesto; y apreciando debidamente la importancia de esta posición resolvió apoderarse también de ella. Dejó, pues, al brigadier conde de la Cimera con dos escuadrones al cuidado de la artilleria y en observación de la llanura á fin de impedir todo ataque por retaguardia, y sólo con su escolta de infanteria, el batallón de *Navarra* y la compañía de minadores, avanzó de frente: cargó repetidas veces al enemigo; lanzóle del aduar; apoderóse de éste, y entrególo á las llamas. Rechazados los moros de tal manera, volvieron á organizarse en un segundo aduar, mucho más elevado y de difícil acceso, desde el cual cayeron sobre nuestras tropas, conteniendo á veces nuestro movimiento de avance con feroces cargas de frente y tratando de envolvernos por los flancos. Así es que el conde de Reus, para tomar el segundo aduar vióse obligado á abandonar algunas veces el terreno conquistado; pero, al fin, su soberano esfuerzo, su presencia en todas partes, sus arengas á la tropa, y el auxilio que mutuamente se prestaban los batallones de *Chiclana*, *Navarra*, *León* y *Toledo*, y los escuadrones de coraceros mandados por el brigadier Villate, lograron, no sólo sostener las posiciones adquiridas, sino apoderarse del aduar, exterminando á cuantos lo defendian, quienes, por esta vez, se anticiparon á pegarle fuego.

Eran las dos de la tarde y la batalla habia principiado á las nueve. Las tropas del Segundo Cuerpo estaban fatigadas. Hasta entonces, ellas solas habian sostenido lo más recio de la pelea, atravesando rios, cruzando bosques, salvando desfiladerns, coronando alturas casi inaccesibles, tomando á la bayoneta riscos y aduares, peleando muchas veces entre las llamas y el humo del incendio, soportando un fuego incesante durante horas enteras y llevando siempre encima todo su equipaje y repuesto para seis dias... Y sin embargo, el combate estaba todavia muy lejos de concluir. Sólo se hallaba á punto de regularizarse.—Allá por la derecha combatia el general Rios, con la segunda división de Reserva, guardando nuestra retaguardia y pugnando por rebasar el flanco izquierdo del enemigo.—En el centro el Segundo Cuerpo luchaba, como he dicho, con el grueso de las huestes moras, y entre tanto el Tercer Cuerpo, á las órdenes del general Ros de Olano que habia rechazado completamente al enemigo por la izquierda en muchos y muy señalados encuentros, adelantábase hacia el puente de Buceja en busca de nuevos adversarios.—En la vanguardia se hallaba el Primer Cuerpo combatiendo todavia y esperando el momento del ataque general. Por todas partes habia fuego: tronaba el cañón: el incendio abrasaba los aduares de las alturas; las cargas á la bayoneta se repetian; embestian los jinetes moros en anchos remolinos; cargaban los nuestros en masas apretadas y divisábase ya el campamento enemigo en una retorcida garganta, donde estaba, sin duda, aquel temeroso paso erizado de dificultades, que debian ser hoy sepulcro, según los moros, de todo nuestro ejército; ¡*El Fondac*!... Todos estaban impacientes de precipitarse por aquella horrible y misteriosa hendidura, pero este momento no habia llegado. El ejército estaba desparramado á fin de concentrar al enemigo, siempre deseoso de envolvernos, y que ocupaba por su parte una extensión de cuatro leguas; pues se habia corrido al otro lado de Tetuán y combatia también en la Aduana!...

Dejo dicho que el Tercer Cuerpo llegaba á la altura del puente de Buceja en el momento en que las tropas del conde de Reus estaban más reciamente empeñadas en el combate.—El general Ros de Olano atravesó el puente con tres batallones de la primera división, una brigada de la segunda, una bateria de montaña, y otra rodada.—Entre tanto, el resto de sus tropas, á las órdenes de los generales Turón y Quesada, ocupaba las posiciones dominantes de la derecha, por disposición del General en jefe, que se hallaba situado en aquel punto con su cuartel general y escolta, observando los movimientos de la extensa linea del enemigo y dictando sus órdenes á todo nuestro ejército.

En el instante en que las tropas del general Ros llegaban á la altura que se encuentra al pasar el puente, una masa considerable de caballería enemiga descendia de un cerro poco distante con el intento, al parecer, de atacar por la espalda á las tropas del Segundo Cuerpo, empeñadas, como se ha dicho, en las alturas de *Gualdrás*.—Comprendiólo así el general Ros de Olano, y á fin de prevenir aquel riesgo, cubrió todo el llano con sus batallones en columna y la artilleria á los costados, rompiendo desde luego un vivo y certero fuego de cañón, secundado por el de las guerrillas, que hizo avanzar á la altura conveniente. En esta disposición, se preparaba á atacar de frente á la caballeria enemiga con el objeto de coger por retaguardia á los moros y decidir la lucha que sostenian con las fuerzas del general Prim en aquellas importantes posiciones, cuando recibió orden de enviar tres de sus batallones en auxilio de las tropas del Segundo Cuerpo.

En cumplimiento de esta orden, destacóse el ya general Cervino con los batallones de *Ciudad-Rodrigo*, *Baza* y el segundo de *Albuera*, al paso ligero y por el camino más recto hacia las alturas de *Gualdrás*, sirviéndole de punto de dirección el fuego nutridisimo que se sostenia á las inmediaciones del segundo aduar.—Llegado al primer estribo, recibió las instrucciones de los generales Prim y García para seguir adelante, y pocos momentos después, observando que grandes masas enemigas descendian á su encuentro, las acometió sin vacilar. El trance era supremo, porque los marroquies habían logrado rebasar la linea del Segundo Cuerpo, extenuado de fatiga con tantas horas de desigual pelea. El general Cervino encargó al brigadier Pino que, con el batallón de *Ciudad-Rodrigo*, operase sobre el flanco izquierdo moro; y que el brigadier Alaminos, con el de *Albuera*, dirigiese su movimiento por el lado opuesto, mientras que el mismo general atacaria el centro con el de *Baza*. Inició en primer término esta operación el batallón de *Ciudad-Rodrigo*. —Apenas el enemigo le vió adelantarse, se arrojó sobre él como un rio que sale de madre. De todas partes brotaban moros de á pie y á caballo. El fuego se hacia á quema-ropa. Después no se empleó ya sino el arma blanca. Los moros apelaban á las piedras. Nuestros soldados convertían en mazas sus carabinas... —¡Heróica lucha!—El batallón de *Ciudad-Rodrigo* se cubrió allí de tanta gloria, que ningún otro podrá eclipsar sus resplandores.



Puerta por donde entró el ejército en Tetuán.

El ha sido el protagonista de la batalla de *Gualdrás*... Su coronel, el bizarro señor Cos-Gayóndiez y seis oficiales, y más de la tercera parte de los individuos de tropa quedaron, ó muertos ó heridos en el primer encuentro.....—Mas ¿qué importaba? ¡Hubiérase dicho que el aliento del que caia se comunicaba centuplicado al que quedaba de pie encargado de vengarle! —Sólo así se concibe que aquel puñado de valientes, capitaneados en el último momento por un denodado Comandante de Estado Mayor (el Sr. D. Pedro Esteban), no cediesen nunca un palmo de terreno; cargaran siempre con redoblado furor, y lograran hacer huir precipitadamente á la feroz muchedumbre, que poco antes habia rechazado á todo un regimiento!

Rehecho, sin embargo, el enemigo algunos instantes después con las innumerables fuerzas que volaron en su socorro desde otras posiciones más elevadas, intentó un segundo ataque sobre el invicto batallón.—Entonces el general Cervino acudió por su parte en auxilio de aquel monton de heridos y cadáveres que aun conservaban su bandera y se llamaba el *batallón de Ciudad-Rodrigo*... Púsose, pues, al frente de los *Cazadores de Baza*, mandados por el coronel Novella; desplególos en batalla; y enlazándolos con los de *Ciudad-Rodrigo*, formados ya una exigua columna, se lanzó con ambos batallones al encuentro de los moros, contuvo el impetu con que bajaban; batiólos primero á tiros; cargóles después á la bayoneta; hartó á sus soldados de sangre y de matanza, y vió, por último, huir otra vez á los pertinaces marroquies en la más completa y atribulada dispersión.

Pero aun la terquedad del enemigo encontró manera de rehacerse más adelante y probar fortuna en la resistencia, ya que no en la acometida. Para ello, se parapetó en ocultos aduares y en otras ventajosas posiciones que le ofrecia el terreno; pero los de *Baza* y *Ciudad-Rodrigo*, los arrojaron también de allí, mientras que Alaminos con los de *Albuera*, habiendo logrado coronar la altura más dominante del flanco izquierdo, estrechaba al enemigo por este lado, ligando y generalizando el ataque..., de tal modo, que los marroquies abandonaron aquellas alturas, y, precipitándose por las laderas opuestas de los montes, tomaron el camino del *Fondac*.

Mientras esto ocurría en uno de los puntos más importantes de la batalla, el General en jefe, situado con el general Ros á la inmediación del puente de Buceja, esperaba la ocasión oportuna para adelantar por el valle las fuerzas del centro, ó sea, el instante en que el general Rios (ejecutando, como ya se le habia prevenido, un cambio á la izquierda acabase de envolver el flanco del enemigo y de rechazarlo hacia el centro. Este general habia marchado al principio sin encontrar resistencia, avanzando por la derecha del ejército de una en otra posición, siempre dispuesto á contener los ataques que el enemigo pudiera intentar sobre este flanco. Los moros, en efecto, desarrollaron numerosas fuerzas en la misma dirección, siguiendo su idea constante de envolver al ejército por ambas alas; pero las tropas del general Rios se habian anticipado á su movimiento, apoderándose de los montes de *Samsa*, y entonces aquellos se decidieron al combate.

Nuestras tropas, movidas por el mismo deseo, no se hicieron esperar: el batallón *Cazadores de Tarifa* con los *Tercios de Guipúzcoa* y de *Vizcaya*, al mando del general Latorre, cargaron resueltamente sobre el enemigo en el alto aduar de *Saddina*, hasta arrojarlo al valle de *Gualdrás*.—Mas he aqui que los moros volvieron poco después con nuevos refuerzos y atacaron por el frente y derecha, aprovechándose de las estribaciones de Sierra Ber-

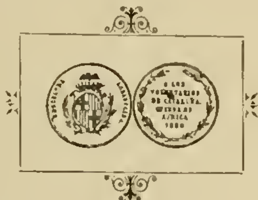
meja, con el intento de envolver todas las tropas del general Ríos y venir á colocarse á retaguardia del ejército...—Entonces el general Ríos mandó al brigadier Lesca que c rgase á la derecha con el batallón de *Bailén* y el *Sexto de Marina*, apoyado por el resto de su brigada, consiguiendo bizarramente contener al enemigo por este lado, mientras que el general Latorre verificaba igual operación por la izquierda, rechazando al enemigo que quería interponerse entre aquellas tropas y las de la derecha del Primer Cuerpo.

De nuevo se obstinaron los moros en su temerario objeto, volviendo á probar fortuna con mayores fuerzas; pero un ataque general y arrojadísimo los desconcertó al fin y les obligó á huir á la desbandada, con lo que pudo ya el general Ríos cumplir las instrucciones del General en jefe, y dirigir el movimiento de sus tropas hácia las alturas que dominan el puente de Buceja, formando la *segunda línea*, y cubriendo la comunicación del ejército con Tetuán, línea que completaba el general Mackenna con la división de su mando, establecida entre el puente y la plaza, y que prestó servicios muy importantes, pues rechazó con bravura muchos ataques al retirar el crecido número de heridos que tuvimos en la batalla...

Llegaba ya el momento solemne que había indicado en el principio de la batalla, el General en jefe. Antes de empezar esta importante y decisiva operación, el Duque de Tetuán señaló á todos los generales de los diferentes cuerpos de ejército el puesto que habian de ocupar; los movimientos que habian de hacer; las relaciones con que debian comunicarse y la concentración final en que debían coincidir para caer como una inundación irresistible sobre el campamento y ejército enemigos. . Como el dia 4 de Febrero, los movimientos se verificaron con armonia, con precisión, con regularidad; pero el terreno no era llanura como el valle de Tetuán: era, por el contrario, el más vario, el más revuelto, el más accidentado de cuantos habia visto el ejército en toda su peregrinación. Cortado por bruscos arrumbaderos, por el Jelú, por el Buceja y por otros arroyos no siempre vadeables; sembrado de bosques, erizado de agrias montañas; poblado, en fin, de aduares, á cada paso ofrecía un escollo, una dificultad, un obstáculo que no podia estar previsto. Pero á Dios gracias, todavía quedaba sol y los cuatro cuerpos de ejército estaban ya concentrados.—Todo el mundo presentía ya que se llegaba al trance final, y nadie dudaba de la victoria.

En efecto el General en jefe, puesto á la cabeza de las tropas que respectivamente tenian más cerca los generales Ros de Olano, O'Donnell y Quesada, penetró atrevidamente por el centro, dominando el valle, y las orillas del rio Jelú en dirección del Fondac...—¡Bello, solemne, arrebatador era el espectáculo! Las músicas de todos los cuerpos tocaban paso de ataque, y nuestras tropas avanzaban como á una fiesta. El enemigo conoció que no podia resistir su empuje...—Así fué que, mientras por el frente sostenía un vivísimo fuego, levantó á toda prisa su campamento.—Recordaba el día de la batalla de Tetuán y no quería sufrir de nuevo la deshonra que sufrió entonces.—Dábase por vencido, pero trataba de salvar sus reales.

Sin temor ya de perder su campamento, hicieron los marroquíes un nuevo y supremo esfuerzo de resistencia...—¡En vano!—Aquella masa densa, compacta irresistible, que formaban nuestros batallones, seguía su movimiento sin inmutarse, como si el enemigo no existiese... Y á la verdad, ya no existia. Los marroquíes tornaron á huir, y los gritos de júbilo y de victoria fueron de valle en valle, de monte en monte, de posición en posición, anunciando el magnífico resultado á todo el ejército (1)!



Tal fué la batalla conocida en la historia con el nombre de Wad-Ras ó Gual-drás, por el valle donde terminó, que toma dicho nombre del río que lo riega; batalla sin duda la más empeñada y sangrienta que tuvo lugar en esta campaña. El ejército enemigo, cuya cifra se calculó en más de 40,000 hombres, se batió desesperadamente desde sus excelentes posiciones; el nuestro perdió en conquistarlas 1,268 hombres, y en esta lucha que hubo de sostener agobiado por el enorme peso de la mochila, tienda, manta, cartuchos y raciones para seis días, se portó con verdadero heroísmo. Aquella noche durmió en las posiciones donde pocas horas antes acampaba el enemigo, y al día siguiente, aunque debía continuarse la marcha, no fué posible verificarlo, por el cansancio que abrumaba á las tropas, y los muchos heridos que se hallaban en el campo de batalla. Hízose únicamente un reconocimiento hacia el Fondak, con objeto de preparar el movimiento de avance, pero mientras aquél se verificaba, llegaron al campo español los comisionados de Muley-el-Abbas para tratar de la paz. La conferencia fué breve, pues, O'Donnell les manifestó que si el día siguiente á la salida del sol no se le presentaban proposiciones formales, proseguiría el avance, y en efecto, al rayar el día 25, las tropas se disponían ya á marchar, cuando llegó un nuevo parlamentario, manifestando que Muley-el-Abbas deseaba tener una entrevista con el general en jefe español. Verificóse esta conferencia á las nueve de la mañana en el valle situado á la entrada del Fondak y firmáronse en ella las bases preliminares de paz, con gran alegría de las tropas.

He aquí el texto de las citadas bases:

Bases preliminares para la celebración de un tratado de paz, que ha de poner término á la guerra hoy existente entre España y Marruecos, convenidas entre D. Leopoldo O'Donell, Duque de Tetuán, Conde de Lucena, Capitán general en jefe del Ejército español en Africa, y Muley-el-Abbas, Califa del Imperio de Marruecos y Príncipe del Algarbe.

D. Leopoldo O'Donnell, Duque de Tetuán, Conde de Lucena, Capitán general en Jefe del ejército español en Africa y Muley-el-Abbas, Califa del Imperio de Marruecos y Príncipe del Algarbe, autorizados debidamente por S. M. la Reina de las Españas, y por S. M. el Rey de Marruecos, han convenido en las siguientes bases preliminares para la celebración del tratado de paz que ha de poner término á la guerra existente entre España y Marruecos.

Artículo 1.° S. M. el Rey de Marruecos cede á S. M. la Reina de las Españas, á perpetuidad y en pleno dominio y soberanía, todo el territorio comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra Bullones hasta el barranco de Anghera.

Art. 2.° Del mismo modo S. M. el Rey de Marruecos se obliga á conceder á perpetuidad en la costa del Océano, en Santa Cruz la Pequeña, el territorio suficiente para la formación de un establecimiento como el que España tuvo allí anteriormente.

Art. 3.° S. M. el Rey de Marruecos, ratificará á la mayor brevedad posible el convenio relativo á las plazas de Melilla, el Peñón y Alhucemas, que los Plenipotenciarios de España y Marruecos firmaron en Tetuán el 24 de Agosto de 1859.

Art. 4.° Como justa indemnización por los gastos de guerra, S. M. el Rey de Marruecos se obliga á pagar á S. M. la Reina de las Españas la suma de 20,000,000 de duros.

La forma del pago de esta suma se estipulará en el tratado de paz.

Art. 5.° La ciudad de Tetuán, con todo el territorio que formaba el antiguo bajalato del mismo nombre, quedará en poder de S. M. la Reina de las Españas como garantía del cumplimiento de la obligación consignada en el artículo anterior, hasta el completo pago de la indemnización de guerra.

Verificado que sea éste en su totalidad, las tropas españolas evacuarán seguidamente dicha ciudad y su territorio.

Art. 6.° Se celebrará un tratado de comercio en el cual se estipularán en favor de España todas las ventajas que se hayan concedido ó se concedan á la nación más favorecida.

Art. 7.° Para evitar en adelante sucesos como los que ocasionaron la guerra actual, el representante de España en Marruecos podrá residir en Fez ó en el punto que más convenga para la protección de los intereses españoles y mantenimiento de las buenas relaciones entre ambos Estados.

Art. 8.° S. M. el Rey de Marruecos autorizará el establecimiento en Fez de una casa de misioneros españoles como la que existe en Tánger.

Art. 9.° S. M. la Reina de las Españas nombrará desde luego dos Plenipotenciarios, para que con otros dos que designe S. M. el Rey de Marruecos extiendan las capitulaciones definitivas de paz.

Dichos Plenipotenciarios se reunirán en Tetuán, y deberán dar por terminados sus trabajos en el plazo más breve posible, que en ningún caso excederá de treinta días, á contar desde el de la fecha.

En 25 de Marzo de 1860.—Firmado.—Leopoldo O'Donnell.—Firmado.—Muley-el-Abbas.

Armisticio

Habiéndose convenido y firmado las bases preliminares para el tratado de paz entre España y Marruecos por D. Leopoldo O'Donnell, Duque de Tetuán y Muley-el-Abbas, Califa del Imperio de Marruecos y Príncipe del Algarbe, desde este dia cesará toda hostilidad entre los dos ejércitos, siendo la línea divisoria de ambos, el rio Buceja.

Los infrascritos darán las órdenes más terminantes á sus respectivos ejércitos, castigando severamente á los contraventores.

Muley-el-Abbas se compromete á impedir las hostilidades de las kábilas y si en algún caso lo verificasen, á pesar suyo, autoriza al ejército español á castigarlas, sin que por esto se entienda que se altera la paz.

En 25 de Marzo de 1860.—Firmado.—Leopoldo O'Donnell.—Firmado.—Muley-el-Abbas.

Seguidamente de firmadas estas bases, se suspendieron las hostilidades.

El 25 el general en jefe dió á las tropas la siguiente orden, fechada en el campamento de Benisider:

(1) Alarcón: *Diario de un testigo de la guerra de Africa*, Epílogo, *La batalla de Gualdrás ó de Vad-Rás.*

Soldados: La campaña de Africa, que tanto ha elevado la gloria y el renombre del ejército español, ha terminado hoy; los resultados de la batalla del 23 han hecho conocer á los marroquíes que la lucha ya no era posible. Han pedido la paz, aceptando las condiciones antes rechazadas. Muley-el-Abbas, Príncipe imperial y Generalísimo, ha venido á nuestro campo á firmar las bases preliminares de ella.

Todas las dificultades que nos ha opuesto un país inhospitalario, sin caminos, sin población, sin recursos de ninguna especie, en medio de uno de los más duros inviernos, y cuando el terrible azote del cólera venía á aumentar las penalidades y á disminuir vuestras filas, no han abatido vuestra constancia, y os he encontrado siempre contentos y dispuestos á llenar la noble misión que la Reina y la patria os habían confiado.

Esta queda cumplida. Dos batallas y veintitrés combates, en los que siempre habéis sido vencedores de un enemigo numeroso, valiente y fanático, tomándole su artillería, tiendas, municiones y bagajes, han vengado el ultraje hecho al pabellón español.

Las indemnizaciones que en terreno y en dinero se obliga á darnos el Gobierno marroquí, compensan los sacrificios que la patria ha hecho para vengar la ofensa recibida.

Soldados: Siempre recordaré con noble orgullo los rasgos de valor y heroísmo de que he sido testigo, y en todos tiempos contad con el sincero afecto de vuestro general en jefe.—LEOPOLDO O'DONNELL.

Fué recibida la noticia de la paz con tanto entusiasmo por parte de las tropas, como frialdad en España; lo que se comprende fácilmente en razón á los rudos contratiempos sufridos por aquéllas y á las esperanzas abrigadas en ésta. La verdad es que la señalada victoria conseguida en Wad-Ras, no podía producir consecuencia más favorable que la paz, pues el ejército encontrábase en situación asaz crítica; hasta la llegada á la bahía de Malabatah, cerca de Tánger, no podía esperar recurso alguno de subsistencia; el soldado marchaba agobiado por el peso de raciones y cartuchos bajo un sol abrasador, escaseaba el agua, eran muchos los heridos, y el terreno que había de recorrerse, áspero y quebrado, probable es que fuera tenazmente defendido por los marroquíes. Inútil es decir á lo que se exponía el ejército caso de tener que retirarse. Pero en España, donde no se conocía tal estado de cosas, era natural que se apreciase la situación de muy distinto modo. Creíase tan fácil ganar á Tánger, como á Tetuán, y no se consideraba que, aun siendo posible llegar á Tánger, no podía conservarse esta ciudad, lo que hacía estériles los sacrificios que para ocuparla se realizaran. Por esto fueron tan diversas las críticas que se hicieron de la conducta del General en jefe.

El 26 de Marzo retrocedió el ejército español á ocupar sus anteriores campamentos frente á Tetuán, y empezó el regreso á España, quedando aquella plaza guarnecida por veinte batallones con su correspondiente caballería. El 21 de Abril se reunieron en Tetuán los plenipotenciarios españoles y marroquíes. El 25 celebraron O'Donnell y Muley-Abbas una nueva conferencia y el 26 se ajustó el tratado de paz, canjeado en Tetuán al mes siguiente y modificado el 30 de Octubre de 1861 en algunos detalles, modificación que á decir verdad honró poco á nuestros diplomáticos. Una *Memoria administrativa de la campaña de Africa*, publicada en 1862, expresa las pérdidas y gastos que nos ocasionó la guerra, que fueron: 236 millones de reales y 7.777 hombres. Aquellos millones se indemnizaron con los que entregó el enemigo, pero el tratado de paz no llegó á cumplirse á la letra, y en 1885 aún se buscaba el territorio de Santa Cruz de Mar Pequeña (1).

Tal fué el resultado de la guerra de Africa, gloriosa para nuestro ejército y para su caudillo. Si no produjo grandes ventajas, ha de reconocerse que nos rehabilitó á los ojos de las naciones extranjeras, que levantó el espíritu público de nuestro pueblo y que patentizó una vez más que no habían decaído las altas cualidades que realzan al soldado español. Desgraciadamente no consiguió O'Donnell ver realizados algunos de los propósitos que abrigara al emprender la campaña, y pocos años después sorprendíale la muerte en extranjera tierra, alejado de antiguos amigos y agobiado por terribles desengaños. El hermoso sarcófago que encierra sus cenizas en el templo de Atocha, sarcófago cobijado por rotas banderas, recuerda al visitante los esfuerzos de aquel caudillo ilustre y la gloriosa campaña que acabamos de bosquejar.

(1) Son altamente curiosos los párrafos que D. Antonio Pirala consagra al estudio de los *Gastos y pérdidas* de esta guerra, en la pág. 479, tomo II de su *Historia contemporánea*.





Méndez Núñez herido á bordo de la fragata *Numancia* (Cuadro de Muñoz Degrain)

Guerra del Pacífico

Los asesinatos cometidos en el Perú el año 1863 en las personas de inocentes españoles, avivaron los resentimientos que de antiguo existían entre esta república y España, dieron lugar á colisiones entre peruanos y marineros españoles, á quejas y reclamaciones por parte de ambos gobiernos, y á la ocupación por nuestra escuadra de las islas Chinchas, cuyo guano constituye uno de los más importantes ramos de riqueza de aquel Estado. Entabláronse negociaciones, hizo Chile causa común con el Perú, y para perjudicar á nuestra marina se llegó hasta declarar el carbón de piedra contrabando de guerra. Esto por una parte, el lenguaje violento de la prensa de ambas repúblicas, las demostraciones ofensivas del pueblo por otra; y lo mal conducidas que fueron las negociaciones, dieron lugar en Noviembre de 1865 al rompimiento de hostilidades, rompimiento acaecido el 24 á consecuencia de una comunicación del comandante de la escuadra, D. José María Pareja, en la que se exigía explicaciones satisfactorias y un saludo de 21 cañonazos al pabellón español. Contestó Chile que no compraría nunca la paz á tal costa, y Pareja estableció el bloqueo continental que luego declaró era solo efectivo.

El general español bloqueaba con las fragatas *Villa de Madrid* y las goletas *Vencedora* y *Covadonga* el puerto de Valparaíso; al Sur se encontraba la *Resolución* bloqueando el puerto de Concepción, al Norte la *Berenguela* el de Coquimbo, y la *Blanca* el de Caldera. Era excesivo el desarrollo de esta línea, pues alcanzaba más de doscientas leguas, distando el centro de los extremos más de cien.

Por otra parte la *Blanca* y la *Berenguela* corrían serio peligro ante los buques peruanos y chilenos, peligro de que daba aviso á Pareja el brigadier Méndez Nuñez que mandaba la *Numancia*, surta en aguas del Callao. A consecuencia de este aviso despachóse la goleta *Covadonga* á reforzar las dos fragatas citadas; y este buque, navegando el 26 de Noviembre en demanda de ellas, fué atacado y apresado por la fragata peruana *Esmeralda*, que se aproximó á la goleta con pabellón inglés, disparó sus andanadas, y aprovechando la superioridad de su andar, triunfó fácilmente de la *Covadonga*.

El general Pareja, al tener noticia de esta pérdida, se suicidó en el camarote de su barco, dejando escrito que no se arrojara su cadáver en aguas de Chile; y el brigadier D. Casto Méndez Núñez, que le sucedió en el mando, arboló su insignia en la *Villa de Madrid* y se dispuso á vengar el apresamiento de la *Covadonga*. La escuadra española efectuó entonces algunas diversiones de guerra, de las que no salió muy bien parada la chilena; sostuvieron el 7 de Febrero de 1866 la *Villa de Madrid* y la *Blanca* en el canal de la isla de Abtao un combate ventajoso, aunque no decisivo, contra la armada chileno-peruana protegida por las baterías que cerraban la entrada de aquel fondeadero, y bombardeó nuestra escuadra la plaza de Valparaíso, sin que arredraran al brigadier Méndez Núñez las reclamaciones de los representantes y marinos extranjeros. *Más vale honra sin barcos, que barcos sin honra*: esta fué la contestación del ilustre marino español.



D. Juan Bautista Topete

Las comunicaciones que nuestro gobierno le dirigió eran á la verdad enérgicas y dignas; ordenaba éste al jefe de la escuadra que procediese á vengar la honra del pabellón, y que, si era preciso, bombardeara los principales puntos del litoral de Chile y el Perú; prometíale refuerzos, entre ellos el arribo de la *Almansa;* lamentaba que el 31 de Diciembre no hubiera podido perseguirse á los buques peruanos *Unión* y *América*, á causa de un desperfecto que sufrió la *Numancia*, y, por último, censuraba que, después del combate de Abtao, la escuadra no se hubiese dirigido hacia el estrecho de Magallanes á esperar el paso de los buques blindados chilenos *Huascar* é *Independencia*, echando á pique el primero y abordando al segundo. Las instrucciones eran terminantes y muy belicosas. Cuando se recibieron, la escuadra acababa de bombardear á Valparaíso. Reunidos todos los buques, á los que se incorporó pocos días después la *Almansa*,

componíase de la fragata blindada *Numancia*, las de hélice *Villa de Madrid*, *Resolución*, *Berenguela* y *Blanca*, la goleta *Vencedora*, algún vapor transporte y varios buques mercantes destinados á depósito y otros servicios.

La instrucción de la marinería era excelente, la oficialidad brillante; mas, por desgracia, las grandes privaciones originadas por la falta de alimentos frescos por espacio de largos meses, dió lugar á que enfermase mucha gente del escorbuto.

La escuadra española navegó desde la rada de Valparaiso hasta el Callao de Lima, haciendo incesantes ejercicios de combate; al dar vista á esta ciudad, el comandante en jefe efectuó varios reconocimientos con la *Vencedora* para estudiar el plan de ataque, y el 25 de Abril bloqueó el puerto anunciando su decisión de bombardearle y concediendo el 27 seis días de plazo.

Los buques chileno-peruanos mantuviéronse en Abtao, impidiendo así que los nuestros les batieran. En esta situación expiró el plazo otorgado para el bombardeo y nuestras fragatas de madera colocáronse en línea de combate ante las imponentes fortificaciones del Callao, fortificaciones dotadas de cañones monstruosos, reforzadas con torres blindadas y defendidas además por numerosos torpedos sumergidos en la bahía. La lucha, como se vé, era desigual; tal vez no conforme con lo que aconsejaban los principios militares; pero los valientes jefes y oficiales de nuestra escuadra entraron en combate con la unánime convicción de obtener la victoria.

Oigamos la narración que hace de ella un distinguido escritor de la armada, el autor de la *Historia de la Guerra de España en el Pacífico* (1):

Amaneció el dia 2 de Mayo de 1866 Una espesa neblina envolvía aquella costa americana, pero los rayos solares la disiparon lentamente y fué apareciendo cada vez menos confuso, y al fin limpido y claro, un hermoso paisaje de tierra y de mar, de cielo y nubes, de barcos y caseríos. Veíase al frente la ciudad del Callao, rodeada de fortalezas que se extendian á lo largo de la costa. Hacia el S. O., y separada por seis millas del Océano la isla de San Lorenzo y á su abrigo fondeada la Escuadra española y su convoy. Algo más hacia el Norte hallábanse buques de guerra ingleses, americanos y franceses, dispuestos á presenciar la lucha que se preparaba. Ya había vencido el plazo fijado en el manifiesto que dirigió Méndez Núñez al cuerpo diplomático residente en Lima; ya aquel insigne jefe había reconocido con la goleta *Vencedora* los fuertes y baterías contrarios acercándose hasta medio tiro de cañón, y adquirido el conocimiento exacto de su número y poder. Ya todos nuestros marinos sabían que iban á abordar una empresa ardua, atrevida y temeraria (2); ya se había leído á todas las tripulaciones la proclama con ardiente entusiasmo, y ya, en fin, se habian preparado los buques al rudo trance, calando sus masteleros y despojándose de toda la arboladura y jarcia posible.

A las once y media, hora en que la niebla lo permitió, hizo señales la *Capitana de ponerse en movimiento* y de tocar á *zafarrancho de combate*. Pocos minutos después la escuadra dejó su fondeadero y emprendió la marcha hacia el Callao. A bordo reinaba un silencio imponente, ese silencio precursor de las grandes tempestades. Sólo se oian las trepidaciones de las hélices y las voces de mando. En primer término avanzaban con lentitud las fragatas *Numancia, Blanca* y *Resolución*, que iban á atacar las formidables baterías del Sur de la población compuestas de una torre blindada con dos cañones giratorios, sistema Armstrong, de 300 libras; otros dos de 500, sistema Blakely; veinte de 68 y otros treinta de diversos calibres. Componían la segunda división la *Berenguela* y *Villa de Madrid*, que se dirigieron hacia las baterías del Norte; éstas constaban de otra torre blindada, igualmente artillada que la del Sur; otra batería de diez cañones, otra de cuatro, de los cuales dos eran de 500 libras y dos de á 30), y veinte cañones de á 68. La fragata *Almansa* y goleta *Vencedora*, ocupaban el centro, y su misión era batir á los monitores *Loa* y *Victoria*, vapor *Tumbez* y demás buques de guerra enemigos que estaban inmediatos á los muelles. Detengámonos un momento á considerar friamente la empresa que se acometía. La escuadra española, compuesta de buques de madera, á excepción de la *Numancia*, estaba artillada en gran parte con cañones de 32 libras y los mayores de á 68. Las fortificaciones peruanas tenian entre sus 90 piezas, 12 de calibre monstruoso y extraordinario alcance, de las que un solo proyectil era suficiente para echar á pique una fragata. Los defensores del Callao podrían renovarse continuamente y tener siempre servidas sus baterías con hombres de refresco y descansados. Las tripulaciones españolas no contaban con reserva alguna ni aun para reponer sus bajas. De los peruanos era el territorio, y hallaban en él toda clase de socorros y recursos. La escuadra no disponía sino de sus propios y escasos medios, y para reparar grandes averías ó buscar refugio, no contaba con un puerto amigo en una extensión de costa de 1 200 leguas. Además, las consecuencias de la lucha eran de una manifiesta desigualdad, pues los españoles sólo podian cifrar la victoria en apagar los fuegos del Callao y retirarse después; mientras que los peruanos podian llevar su triunfo hasta conseguir la completa destrucción de la escuadra y el apresamiento de los buques que quedaran imposibilitados de retirarse ó defenderse. Creemos dudoso que muchos marinos hubieran afrontado la tremenda responsabildad de semejante situación. Así se explica el que, á riesgo de parecer poco neutrales los tripulantes de los buques de guerra extranjeros no pudieron reprimir hurras de admiración, al ver pasar majestuosa nuestra escuadra y aventurarse por entre los sumergidos torpedos. Afortunadamente estas terribles máquinas resultaron inofensivas, merced al arrojo de los buques que transpasaron la zona en que se hallaban, para aproximarse más á las fortificaciones. Los peruanos no pudieron suponer que aquéllos avanzarían hasta remover el fondo con sus hélices y rascarlo con sus quillas. Así lo hicieron para acortar la distancia todo lo posible, única manera de lograr que proyectiles tan pequeños como eran los suyos, pudieran ofender con alguna eficacia. No hay duda, que, en cambio, las grandes dimensiones de las naves presentaban al enemigo blancos fáciles y enormes... Mas si todo esto es cierto, (se preguntará el lector) ¿en qué base fundaban una remota esperanza de triunfo que viniese á disculpar acto tan temerario? ¿No tenían alguna escondida ventaja, algún misterioso recurso que les infundiera confianza y sangre fria? ¡Oh, sí! preciso es confesarlo; la escuadra atesoraba en su seno una asombrosa disciplina, á prueba de terribles penalidades, y una perfecta instrucción militar y marinera adquirida en largos años de soledad y de esperada lucha. Si; poseia tan excelente disciplina, que no obstante haber cumplido su tiempo reglamentario de servicio la mayor parte de las tripulaciones, y de carecer de todo recreo, incluso el tabaco, jamás resonó á bordo un murmullo de queja; y su instrucción militar era tan admirable que en los ejercicios de fuego se señalaba por torpe el cabo de cañón que no derribaba una asta de bandera colocada á mil metros. Estos eran los poderosos auxiliares, éstas eran las *escondidas ventajas* que infundian fe y esperanza á aquellos pechos españoles...



D. Casto Méndez Núñez.

Una vez colocados los buques en sus puestos respectivos, hubo un instante de espectación general. Desde abordo se veia claramente á los artilleros peruanos que rodeaban sus piezas, y éstas bien enfiladas. No lejos, pero fuera de las enfilaciones, se hallaban para ser testigos del terrible duelo, buques de las tres marinas más poderosas del mundo.

(1) Con el mayor gusto sustituimos á la narración que de este combate podríamos hacer, la del Sr. Novo y Colson; no sólo atendiendo á la competencia del autor, sino al mérito literario que avalora el fragmento reproducido.
(2) Palabras de Méndez Núñez.

A las once y cincuenta una blanca nube se desprendió del costado de la *Numancia* un fuerte estampido conmovió la atmósfera, y hendiendo el espacio, un proyectil fué á estallar entre las banderas peruanas. A este primer disparo contestaron dos nutridísimas descargas, y espesas lluvias de hierro cayeron sobre los buques y sobre el Callao. Roto el fuego por todas las baterías de tierra y por todas las flotantes, trocóse de súbito el tranquilo paisaje en imponente y magnífico. Interminables truenos, rojas llamaradas, vibrantes y metálicos silbidos, choques sonoros de hierro contra granitos y sobre maderas, y ruidosas explosiones de incendiados proyectiles: todo envuelto en un denso humo que, al ascender, parecía modelar al genio de la guerra, aspirando sonriente el olor de la pólvora, y las emanaciones de la sangre. La lucha comenzó terrible: antes de que la fragata *Villa de Madrid*, mandada por Alvargonzález, pudiera romper el fuego, recibió una granada de 500 libras, que abriéndole enorme brecha, puso 40 hombres fuera de combate, matándole la mitad, entre ellos el guardia marina Godinez, á quien arrancó la cabeza. El proyectil rompió además un tubo de vapor, é inutilizó la máquina, por lo que la fragata, privada de todo movimiento, tomó remolque de la *Vencedora* para retirarse: mientras lo efectuaba pudo enviar doscientos proyectiles sobre el enemigo. Entre tanto la *Numancia*, blanco predilecto, había recibido una lluvia de balas que hicieron poco daño en su blindaje. Una de ellas, rompiendo la baranda del puente y la bitácora, produjo á Méndez Núñez ocho heridas en todo el cuerpo; éste quiso permanecer tranquilo, pero á los pocos minutos, la pérdida de sangre le hizo caer desmayado en los brazos de Antequera. Ocultóse á la escuadra este suceso, y Lobo continuó mandando el combate. La *Blanca* había dirigido sus certeros tiros principalmente hacia la torre del Sur, cuyos cañones monstruosos causaban horrible estrago, y después de una hora de fuego, logró meter en su recinto una granada, que al estallar produjo la explosión de la torre blindada, viéndose indistintamente volar á toda su guarnición y bandera. Después de este hecho, al que contribuyó no poco la *Resolución*, ambas fragatas ayudaron á la *Numancia* en la difícil empresa de destruir la formidable batería de Santa Rosa. Mientras, la *Almansa* había hostilizado á la población y á los monitores *Loa* y *Victoria*, recibiendo en su casco numerosos proyectiles. A las dos y treinta, una granada de 300 reventó en su batería, le mató 13 hombres, é inflamó la pólvora de los guarda-cartuchos, propagándose el fuego al sollado. A pesar de todos los esfuerzos, el incendio alcanzó el antepañol de pólvora, y la prudencia aconsejaba abrir los grifos, pero el comandante Sánchez Barcáiztegui se negó á ello, y al fin púdose extinguir el fuego sin mojar la pólvora. Es de admirar que la artillería de este buque no disminuyera un punto sus nutridos disparos durante esta situación.

Entre tanto la *Berenguela*, se batía sola contra las torres blindadas y baterías del Norte. No tardó en recibir un proyectil de 300 líneas, bajo la línea de flotación que le abrió una brecha de 56 pies de área, por la que el agua se precipitó á torrentes. No obstante, la fragata continuó batiéndose, pues, como decía en su parte oficial con sublime sencillez el comandante Pezuela, *V. S. me tenía prevenido que persistiese en mi puesto hasta el último extremo*; pero pocos minutos después, otra granada de 500 libras reventó en el sollado, é incendió la carbonera inmediata al pañol de pólvora; al mismo tiempo el buque se anegaba rápidamente tumbado sobre babor. No era dudoso que había llegado el último extremo, y la *Berenguela* efectuó la retirada marchando hacia atrás con lentitud, y disparando los cañones que le quedaban disponibles (1). Sólo cuando se halló fuera de las enfilaciones, se ocupó en apagar el fuego, y después de conseguirlo con grandes dificultades, se dió al buque el mayor pendol posible para descubrir la brecha y remediarla. La *Berenguela* antes de retirarse había hecho enmudecer los cañones monstruos de la torre del Norte. Así, pues, dos fragatas quedaron fuera de combate en las primeras horas de la terrible lucha, y los peruanos perdieron sus mayores fuerzas con la destrucción de las dos torres blindadas. Además, los certeros disparos de la escuadra habían desmontado varios cañones é introducido el desorden en algunas baterías, donde la lluvia de proyectiles no daba treguas á los artilleros para hacerlas resonar; las bajas del enemigo eran muy numerosas. Sin embargo, aun comenzaba el combate. Este continuó una hora más y otra y otra, sin que las tripulaciones dieran muestra ostensible del cansacio que las postraba. Cuando se recalentaban mucho los cañones de una banda, los buques viraban en redondo utilizando la batería del otro costado, y ya por babor, ya por estribor, se sostenía el fuego tan nutrido como en los primeros momentos.

La *Resolución* mandada por Valcárcel, había logrado incendiar diversos puntos de la población, y hecho enmudecer algunos cañones de la batería de Santa Rosa. Este buque estaba dotado de una tripulación veterana y aguerrida, que secundaba admirablemente las acertadas disposiciones de su digno comandante, y no dejó de batirse con heroismo hasta la completa terminación del bombardeo. La fragata *Blanca*, inquieta siempre y afanosa de gloria y peligros, como mandada por el bizarro Topete; podría compararse á un brioso corcel que tascaba el freno, pugnando por salvar obstáculos y correr al encuentro de la ambicionada meta; así procuró avanzar sobre los fuertes tanteando distintos rumbos, hasta que pudo colocarse en cuatro brazas de fondo, exponiéndose á varar de firme multitud de veces. Desde allí mantuvo un vivo cañoneo contra el enemigo, y recibió numerosos proyectiles, uno de los cuales le mató ocho hombres, é hirió al mismo Topete. Este se hizo la primera cura rápidamente, volvió á ocupar su puesto y continuó batiéndose hasta las cuatro de la tarde, hora en que había agotado casi por completo sus municiones, después de disparar cerca de 2,000 proyectiles. Ya se había logrado apagar los fuegos de casi todos los fuertes del Callao, y sólo respondían al vivísimo de la escuadra doce ó catorce piezas de la batería de Santa Rosa. También se habían hecho retroceder é internarse entre los muelles á casi todos los buques enemigos.

Continuó el combate sostenido por la *Numancia*, *Almansa*, *Resolución* y *Vencedora*, que sólo tenían que atender á los doce cañones mencionados. La goleta *Vencedora* se batió desde el principio hasta el fin con temerario valor, y prestó también auxilios á las fragatas que lo necesitaron.

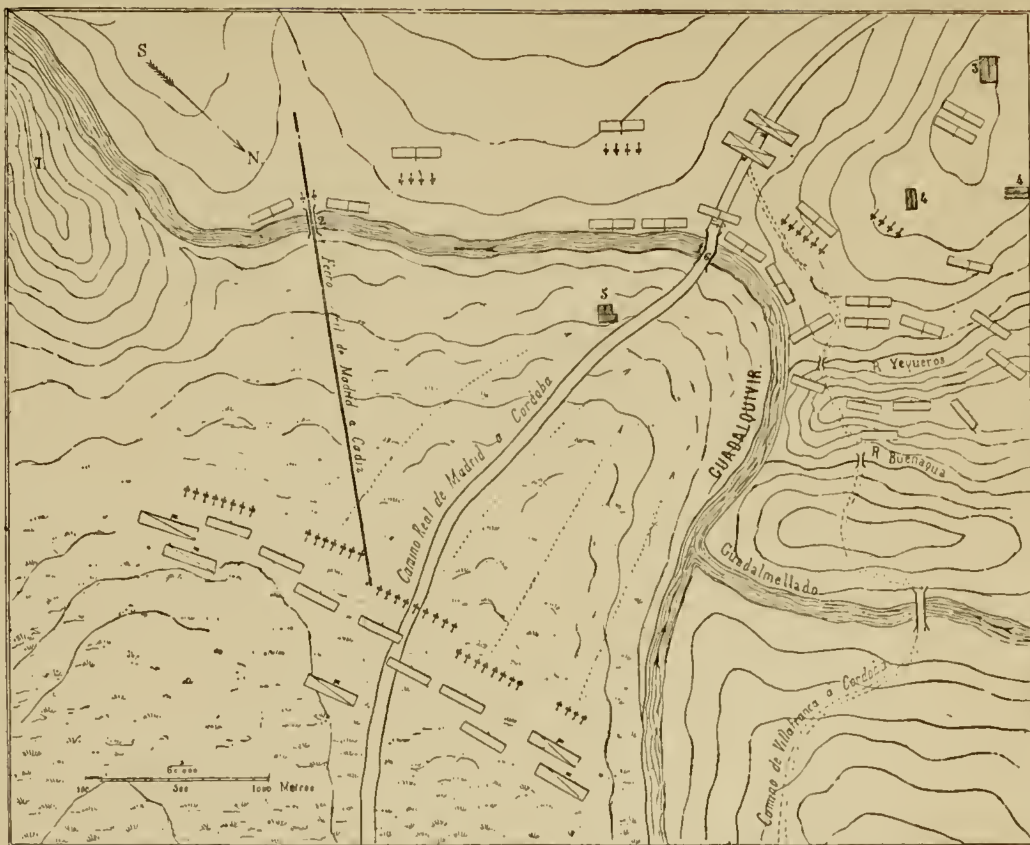
A las cinco de la tarde ya no contestaban á los buques más que tres cañones pertenecientes á una batería enterrada, por lo que era casi imposible desmontarlos; y comenzando entonces la neblina y próximo á ponerse el sol, hizo señal la *Capitana* de *retirarse del combate*. Suspendido el fuego, las tripulaciones cubrieron las jarcias y dieron entusiastas vivas á la Reina, encaminándose luego hacia el fondeadero de San Lorenzo, donde llegaron ya entrada la noche. Las pérdidas de la escuadra consistieron en cerca de trescientos hombres, pero las del enemigo pasaron de mil.

Se había logrado la victoria más completa á que se podía aspirar, y debemos concluir diciendo con el insigne Méndez Núñez: «No es extraño que, confiados en el conjunto formidable de esas fortificaciones, tanto la creencia del gobierno del Perú, como la general de sus adictos, y de muchos que no lo son, fuese la de que los buques de esta Escuadra perecerían irremisiblemente si se atrevían á atacarlos. El ataque se verificó: el fuego de esas fortificaciones quedó reducido á tres cañones; y sin embargo, además de la honra nacional ilesa, mejor dicho, en muy alto puesto, las dotaciones de la Escuadra del Pacífico, han sacado todas sus naves lastimadas, sí, acribilladas, pero con su pabellón ondeante en sus mástiles, y listas para poder cubrirlo de nuevo de gloria si necesario fuese, después de haber conseguido el fin que se propusieron.

Tal fué el célebre bombardeo del Callao de Lima, suceso que demostró al mundo entero el valor y la sangre fría de nuestros marinos. El haberse retirado los buques de la acción antes de apagar *totalmente* los fuegos enemigos, dió lugar á que los peruanos consideraran dicho combate como una victoria, hasta el punto de celebrarlo desde entonces como fiesta nacional. Fué pues de lamentar que el día siguiente no repitieran el ataque las fragatas que salieran incólumes, ó con ligeras averías como eran la *Numancia*, *Almansa*, *Blanca*, y *Resolución*; porque este segundo ataque hubiera evidenciado el triunfo completo por nuestra parte. Sin embargo, justo es decir que España, dejó colocado en muy alto puesto su glorioso pabellón en las aguas americanas.

Era difícil que la escuadra continuara las hostilidades, porque las dotaciones estaban atacadas por el escorbuto de alarmante modo; y considerándose realizado el plan propuesto, ó la parte esencial de él, se destinó á los buques *Numancia*, *Berenguela*, *Vencedora* y *Marqués de la Victoria*, á continuar la navegación al Oeste por el Océano Pacífico, haciendo escala en Otahiti, para proseguir luego hasta el archipiélago filipino; y dióse orden á la *Villa de Madrid*, *Almansa*, *Blanca* y *Resolución*, de dirigirse á Río Janeiro, doblando el cabo de Hornos. En Otahiti y en Río Janeiro hallaron aquellos valientes, un remedio á sus males, y el descanso de sus largas fatigas. No pocos habían fallecido en la travesía; pero los que lograron pisar aquellas tierras, pudieron sentirse orgullosos de la empresa que acababan de realizar. Así lo comprendió la patria al recompensar los servicios de aquellos esforzados españoles; y de hoy más, el memorable día 2 de Mayo, efeméride por tantos conceptos famosa, cuenta en nuestros anales militares otro acontecimiento digno de eterna recordación.

(1) Al pasar la *Berenguela* incendiada y yéndose á pique, cerca de la corbeta de guerra inglesa *Shearwater*, su comandante Mr. Douglas, viendo el estado en que iba, hizo levar inmediatamente el ancla, gritándole al mismo tiempo desde su popa al capitán Pezuela, que no tuviese cuidado, que él estaba allí y salvaría su gente. (*De la comunicación oficial del combate del Callao.*)



1 Puente de Alcolea
2 idm del Ferro-carril
3 Cuartel general del Duque de la Torre.
4 Sitios ocupados por tropas Liberales
5 Cortijo incendiado
6. Sitio donde cayo herido el Marques de Novaliches y General Sartorius.
7. Alturas de la izquierda que dominaban el Puente
Infanteria Liberal
Caballeria id
Infanteria de la Reina
Caballeria id id
Lineas de marcha.

FACSÍMILE DE UN PLANO QUE ACOMPAÑA AL *Diario de operaciones* PUBLICADO EN 1869 POR LOS OFICIALES DE INFANTERÍA D. RAMON GONZÁLEZ TABLAS Y D. JOSE TORAL Y VÁZQUEZ

No es de nuestra incumbencia exponer las causas que dieron lugar á la revolución de Setiembre, y por lo mismo, nos limitaremos á narrar desde el punto de vista militar las operaciones que siguieron al pronunciamiento de la marina en la bahía de Cádiz. Varios documentos y relaciones tenemos á la vista, no escasas publicaciones de la época, pero seguiremos preferentemente un *Diario* de aquellas operaciones, publicado á raíz de las mismas por dos oficiales del ejército; *Diario* escrito con gran exactitud y mucha imparcialidad.

En la mañana del 18 de Setiembre de 1868, dióse en Cádiz el grito de Libertad, por la oficialidad y marinería de seis buques de guerra surtos en aquel puerto, y al frente de los cuales se puso el brigadier D. Juan Topete. El gobernador militar de Cádiz participó tan grave noticia por telégrafo al gobierno de Madrid, y éste le ordenó que resistiera el movimiento, mientras se le enviaban refuerzos. Pero casi simultáneamente las guarniciones de Malaga, Algeciras y Ceuta, negaron su obediencia al gobierno, la de Sevilla dió señales de simpatía por los revolucionarios, y el gabinete de González Brabo no considerándose bastante fuerte para sofocar el alzamiento, presentó el 20 su dimisión que le fué aceptada. Ocupó el ministerio el general don José de la Concha, quien tomó por primera medida dividir España en cuatro circunscripciones militares, confiando la que comprendía las provincias de Andalucía y Extremadura al general D. Manuel Pavía, marqués de Novaliches. El mismo día 20 salió éste de Madrid con su E. M. y dos batallones del regimiento del Príncipe, el 21 llegó á Bailén, el 23 á Andújar, donde se le incorporaron fuerzas de infantería, caballería y artillería, y el 25 á Montoro, en cuyo punto y en el Carpio, se concentraron las tropas llegadas de Extremadura y las enviadas de Castilla la Nueva. El 27 aumentó el número de batallones, y se alojaron en San Pedro Abad, Villa del Rio y Villafranca, quedando el ejército de la Reina distribuido del siguiente modo:

En Montoro, con el general en jefe marqués de Novaliches: tres batallones y medio de infantería, un regimiento de húsares, dos escuadrones y una batería.

En el Carpio, á las órdenes del general D. Miguel de la Vega: cinco batallones de infantería, dos compañías de ingenieros, tres regimientos de caballería, uno montado de artillería y una batería montada.

En Pedro Abad: cuatro batallones.

En Villa del Rio: un batallón de cazadores.

En Villafranca: otro batallón.

El total de las fuerzas diseminadas en los puntos citados, era como sigue:

14 y medio batallones de infantería.
14 escuadrones de caballería.
32 piezas de artillería, de ellas 24 de acero sistema Krupp, y 8 de ocho centímetros rayadas.
Dos compañías de ingenieros.
Destacamentos de Guardia Civil y Rural.

La organización que se dió al ejército fué la siguiente:

PRIMERA DIVISIÓN DE INFANTERÍA

GENERAL ECHEVARRÍA, MARQUÉS DE FUENTE FIEL

Brigada de vanguardia.—BRIGADIER LACY

- Siete batallones y medio.
  - Cuatro batallones.
    - Cazadores de Madrid.
    - Id. de Barcelona.
    - Id. de Barbastro.
    - Primer batallón del Regimiento de Gerona.

Segunda brigada.—BRIGADIER TRILLO

  - Tres batallones y medio.
    - Regimiento del Príncipe.
    - Cazadores de Alba de Tormes.
    - Medio batallón cazadores de Alcántara.

SEGUNDA DIVISIÓN DE INFANTERÍA

GENERAL PAREDES, CAPITÁN GENERAL DE GRANADA

Primera brigada.—BRIGADIER MOGROVEJO

- Ocho batallones y dos compañías.
  - Tres batallones.
    - Un batallón del Regimiento del Rey.
    - Uno id. del de Iberia.
    - Segundo id. del de Gerona.

Segunda brigada.—CORONEL DEL REGIMIENTO DE MÁLAGA

  - Cuatro batallones y dos compañías.
    - Regimiento de Mallorca.
    - Uno id. del de Gerona.
    - Uno id. del de Málaga.
    - Dos compañías de Ingenieros.

DIVISIÓN DE CABALLERÍA

GENERAL VEGA. CON LOS BRIGADIERES ARCE Y VELA

Componían esta división las fuerzas de caballería arriba citadas.

DIVISIÓN DE ARTILLERÍA

BRIGADIER CAMÚS. CON EL CORONEL ALCALÁ

La componía 32 piezas.

La organización del ejército de la Reina, no se publicó en la orden general. Mientras se concentraban las tropas y se procedía al reconocimiento de los vados del Guadalquivir, el duque de la Torre había avanzado hasta Córdoba, con las tropas sublevadas de Andalucía, cuatro batallones de voluntarios armados y otros cuatro de soldados de la reserva y Guardia Rural. La organización que el general Serrano dió á su ejército, era como sigue:

PRIMERA DIVISIÓN DE INFANTERÍA

GENERAL CABALLERO DE RODAS

Primera brigada.—BRIGADIER SALAZAR

- Diez batallones
  - Tres batallones.
    - Cazadores de Tarifa.
    - Id. de Simancas.
    - Id. de Segorbe.

Segunda brigada.—BRIGADIER ALAMINOS

  - Cuatro batallones.
    - Regimiento de Cantabria.
    - Id. de Borbón.

Tercera brigada.—CORONEL ENRILE

  - Tres batallones.
    - Regimiento de Bailén.
    - Primer batallón del regimiento de Cuenca.

SEGUNDA DIVISIÓN DE INFANTERÍA

GENERAL REY Y CABALLERO

Primera brigada.—CORONEL ALEMANY

- Diez batallones
  - Tres batallones.
    - Regimiento de Valencia.
    - Un batallón de carabineros.

Segunda brigada.—CORONEL TABOADA

  - Cuatro batallones.
    - Regimiento de Aragón.
    - Dos batallones de la Guardia Rural.

Tercera brigada.—CORONEL PAZOS

  - Tres batallones.
    - Tercer Regimiento Artillería á pié.
    - Un batallón de Guardia Civil.

BRIGADA DE CABALLERÍA

CORONEL BLANCO VALDERRAMA

Regimiento de lanceros de Santiago.
Id. id. de Villaviciosa.
Dos escuadrones de carabineros.

BRIGADA DE ARTILLERÍA

Segundo Regimiento montado, á las órdenes del coronel Blengua.

El resumen de las fuerzas revolucionarias que mandaba el general Serrano, duque de la Torre, teniendo como jefe de E. M. G. al general Izquierdo, era como sigue:

20 batallones de infantería
8 escuadrones de caballería.
24 piezas de 8 centímetros rayadas (1).

Era, como se ve, el ejército que mandaba Novaliches superior al de Serrano; pero en cambio éste se hallaba eficazmente secundado por el país y estimulado por las noticias de nuevos alzamientos en el Norte de España, mientras que Novaliches se hallaba rodeado de peligros á su frente y á su espalda. No es posible ahondar mucho en cierto género de sucesos; pero es de presumir que las circunstancias de que se halló rodeado, hicieron gran presión en su ánimo levantado y caballeroso. El 27 de Setiembre recibió del general Serrano una carta cuyo párrafo más saliente es el que copiamos: «En nombre de la humanidad y la conciencia invito á V. á que, dejándome expedito el paso en la marcha que tengo resuelta, se agregue á las tropas de mi mando y no prive á las que le acompañan de la gloria de contribuir con todas sus fuerzas á asegurar la honra y la libertad de su patria.» Contestó en el acto rechazando la proposición (2), y

(1) No se incluyen en estas fuerzas los voluntarios armados, los batallones de infantería de marina ni un batallón del regimiento Disciplinario.

(2) En la magnífica edición de las *Obras selectas de D. Francisco Villamartín*, hecha en 1883 á expensas del ministerio de la Guerra, figura una biografía del ilustre tratadista, redactada por el Sr. D. Luis Vidart y en ella hallamos la siguiente curiosa nota:

«Se dice que la carta que dirigió el duque de la Torre al marqués de Novaliches poco antes de la batalla de Alcolea estaba redactada por el insigne poeta D. Adelardo López de Ayala, y que la contestación á esta carta estaba escrita conforme con las indicaciones y órdenes del general marqués de Novaliches, por su ayudante de campo D. Francisco Villamartín. Y es coincidencia notable que el sepulcro monumental del autor de *El Tejado de Vidrio* se halle en el mismo patio del cementerio de San Justo, donde se está erigiendo el sepulcro monumental del autor de las *Nociones del Arte Militar*.

Hé aquí el contenido de la carta á que el Sr. Vidart hace referencia y á la que también aludimos nosotros en el texto:

Excmo. Sr. Duque de la Torre, Capitán general de los ejércitos nacionales.

Muy Sr. mio: Tengo en mi poder el escrito que se ha servido V. dirigirme por su enviado D. Adelardo López de Ayala en el dia de hoy 27, aunque por equivocación haya puesto en él la fecha del 28.

Profundo es mi dolor al saber es V. quien se halla al frente del movimiento de esa ciudad, y estoy seguro que en el acto de escribir el documento, y antes de recibir mi contestación habrá V. adivinado cuál debía ser ésta.

El gobierno constitucional de S. M. la reina Doña Isabel II (Q. D. G.) me ha confiado el mando de este ejército, que estoy seguro cumplirá con sus deberes, por muy sensible que le sea cruzar las bayonetas con los que ayer eran sus camaradas; esto sólo puede evitarse reconociendo todos la legalidad existente, para apartar de nuestra desventurada patria mayores desgracias. La reina y su gobierno constitucional lo celebrarían, y el pueblo, que sólo anhela paz, libertad y justicia, abriría su pecho á la esperanza, librándose de la pena que hoy le agobia.

Si, lo que es de todo punto imposible, la suerte no favoreciese este resultado, siempre nos acompañaría á estas brillantes tropas y á mi el justo orgullo de no haber provocado la lucha; y la historia, severa siempre con los que dan el grito de guerra civil, guardaría para nosotros una página gloriosa.

El mismo enviado lleva encargo de entregar á V. esta respuesta, que debe mirar como la expresión unánime del sentimiento de todas las clases del ejército que tengo la honra de mandar, sin que por esto deje de dudar de la alta consideración y no interrumpida amistad con que es de V. afectísimo

S. S. Q. B. S. M.

NOVALICHES

Cuartel general de Montoro, 27 de Setiembre de 1868

Ocasión oportuna nos parece la presente para consagrar un recuerdo al ilustre tratadista militar cuyo retrato ofrecemos unido á esta página; y nada más justo que dar algunas noticias de su vida. A este objeto elegimos los notables *Apuntamientos* escritos por el Sr. Vidart, y que preceden á la edición antes citada; y de ellos copiamos los siguientes interesantes párrafos:

«Nació D. Francisco Villamartín en Cartagena el dia 23 de Julio de 1833. Fueron sus padres el capitán de infantería D. Bruno Villamartín y la Sra. D.ª Segunda Ruiz. Ingresó de cadete en el colegio general militar en 24 de Enero de 1848, y después de aprobado en los exámenes reglamentarios, ascendió á subteniente de infantería en 4 de Julio de 1850.—Fué destinado el subteniente Villamartín al regimiento de Gerona, que se hallaba de guarnición de Vitoria; después pasó al de Saboya, al poco tiempo volvió al de Gerona, donde se hallaba cuando tuvo lugar el alzamiento nacional de 1854, prestando el servicio de guarnición en Madrid, y al ascender á teniente por la gracia general en aquella ocasión concedida, continuó en el mismo regimiento. Destinado este regimiento de guarnición á Barcelona, se halló Villamartín en los hechos de armas que tuvieron lugar en dicha ciudad desde el 18 al 22 de Julio de 1856; y después de haber defendido valerosamente el

MUSEO MILITAR



Nació en 1833 ✽ *Murió en 1872*

Dió á la estampa su obra NOCIONES DEL ARTE MILITAR en 1862

M. Soler, Editor.

seguidamente, *ateniéndose á las órdenes que se le daban de Madrid*, dispuso emprender la ofensiva. A lo que parece, el plan de Novaliches era atacar al siguiente dia las posiciones contrarias por el puente de Alcolea y por el costado del ferro-carril, atrayendo las fuerzas liberales hacia aquel lado, mientras el brigadier Lacy, pasando el Guadalquivir por el puente de Montoro, iba á situarse en Villafranca, dos leguas más arriba del puente de Alcolea, para caer desde las vertientes de Sierra-Morena sobre el ala izquierda enemiga.

Es preciso arrojar una mirada sobre el croquis para hacerse cargo del movimiento: el grueso del ejército de la Reina iba á marchar por una llanura, limitada á la izquierda por unas colinas que dominan el puente de Alcolea; su ala derecha debía maniobrar al otro lado del Guadalquivir, es decir, en las vertientes de la sierra que limitan el Guadalmellado y aquel río.

Era, pues, conveniente que en esta operacion se procurara guardar estrecho enlace y concierto entre ambas fracciones del ejército; pero ya veremos hasta qué punto se observó. Las fuerzas liberales que observaban la derecha del río, eran, en la mañana del 28, todavía en corto número: su grueso lo componía una brigada de la primera división enemiga que mandaba Caballero de Rodas, situada entre el puente de Alcolea y las márgenes del arroyo Yegüeros: el objeto de los liberales parece que consistía en posesionarse de la altura de la orilla derecha del Guadalquivir. Estas fuerzas ocupaban también el puente de Alcolea, cuyo eje afectaba la forma de un ángulo obtuso, por manera que no era posible enfilarle con la artillería. El 27 por la noche avanzó un batallón contra el puente, pero el ataque no fué posible, á causa de hallarse éste ocupado por fuerzas superiores. Algunas horas antes, el brigadier Lacy había cruzado el Guadalquivir y al amanecer del 28 avanzaba por las alturas de las vertientes, desde las que pudo observar cómo el ejército de Novaliches marchaba por la llanura hacia el puente de Alcolea. Prosiguió su camino atravesando el Guadalmellado, el Buenagua y el Yegüeros, y encontróse de improviso con un batallón destacado del ejército liberal. Informado de que le cerraban el paso las tropas de la primera brigada de la división Caballero de Rodas, repasó el arroyo Yegüeros, y, tomando posición en las alturas opuestas, despachó un ayudante á informar al general en jefe y permaneció cinco horas en espera: cinco horas durante las cuales, dice un testigo, no tuvo el puente otra defensa que la ya indicada. Mientras esto sucedía en la derecha, Novaliches, creyendo que la brigada Lacy no era bastante fuerte para desempeñar su cometido, ordenó al general Echevarría que fuese á encargarse de ella y le dió cuatro compañías de cazadores de Alcántara. Modificado el plan, Novaliches, para dar lugar á que Echevarría llegase á su destino, dió alto al grueso de su ejército. Mientras así se perdía un tiempo precioso, Serrano tuvo noticia de los movimientos del ejército isabelino, y desde Córdoba despachó por el camino de hierro, el resto de la primera división y toda la segunda al campo de batalla. El mismo acudió en persona; y, á la una de la tarde del 28, el movimiento extraordinario que se observaba en el campo liberal y la detención de Novaliches causó gran inquietud á Lacy. Pocos momentos después, solicitado por Serrano, tuvo una breve entrevista con él sobre el puente de los Yegüeros (1), y al regresar de ella en-



El marqués de Novaliches

cuartel de San Pablo con 20 soldados que á sus órdenes tenía, recibió una herida de bala en la pierna derecha, por todo lo cual fué recompensado con el empleo de capitán. El capitán Villamartin solicitó y obtuvo el pase al ejército de la isla de Cuba; se embarcó en la fragata española *Margarita*, que salió de Barcelona el 19 de Abril de 1857, y desembarcó en la Habana el 21 de Mayo del dicho año. Tres años residió Villamartin en la isla de Cuba, prestando el servicio de guarnición en la ciudad de Santiago de las Vegas, hasta que regresó á Esañpa, y fué destinado al ejército de la Península, á causa de serle dañoso para su salud el clima de la gran Antilla. En los primeros meses del año 1861 fué destinado el capitán Villamartín al regimiento infantería de Toledo, número 35, que se hallaba de guarnición en Madrid y en medio de las fatigas del servicio de tropa, fué cuando halló tiempo de escribir y publicar las *Nociones del Arte Militar*. Poco después de la publicación de este libro, en Marzo de 1863, fué destinado Villamartin al batallón cazadores de Arapiles, y en Enero de 1864 pasó á desempeñar la plaza de oficial de negociado en el Consejo de Redenciones y Enganches. Por este tiempo creemos que fué cuando Villamartin estuvo á las órdenes, aunque sin carácter oficial, del marqués del Duero, empleado en los trabajos militares que tanto renombre han dado al ilustre tratadista de la táctica de las tres armas.—Durante el tiempo que desempeñó el destino antes mencionado en el Consejo de Redenciones y Enganches, publicó Villamartin su notable folleto *Napoleón III y la Academia de Ciencias*, y *la Historia de la Orden militar de San Fernando*, que vió la luz pública formando parte de la lujosa *Historia de las Ordenes de Caballería*, que dió á la estampa, por los años 1864, el editor señor Dorregaray.—Hasta el mes de Mayo de 1865 la única recompensa que había obtenido el capitán Villamartin, por virtud de sus merecimientos como escritor militar, había sido el nombramiento de caballero de la Orden de Carlos III. En el dicho mes y año se le concedió el ascenso á comandante, como premio al autor de las *Nociones del Arte militar*, quedando en situación de reemplazo, en la cual permaneció hasta el mes de Febrero de 1866, en que fué nombrado jefe del detall de la Escuela de Tiro, cuyo cargo desempeñó hasta Mayo de 1868, en que fué destinado de ayudante de órdenes del capitán general D. Manuel Pavía, marqués de Novaliches.—Al llegar los acontecimientos del mes de Setiembre de 1868, sabido es que el marqués de Novaliches fué nombrado general en jefe del ejército destinado á combatir á las tropas que habían levantado la bandera de la revolución, y á cuya cabeza se hallaba el capitán general duque de la Torre. Libróse entre los dos ejércitos la famosa batalla de Alcolea, cuyo éxito decidió el inmediato triunfo de la revolución, y en la cual quedó gravemente herido el general marqués de Novaliches.—El comportamiento del comandante Villamartin en este hecho de armas sin duda alguna debió ser tan notable, que el general en jefe le concedió el empleo de teniente coronel sobre el campo de batalla; empleo que no llegó á ser revalidado por el partido que había obtenido la victoria...—Durante los largos meses en que el marqués de Novaliches estuvo retirado en un pueblo y ocupándose del cuidado que exigía la curación de su grave herida, Villamartin permaneció constantemente al lado suyo, continuando en el desempeño de su destino de ayudante, hasta que, privado el marqués de Novaliches de su categoría de capitán general por haberse negado á prestar el juramento político que decretaron las Cortes Constituyentes, quedó en situación de reemplazo, en la cual permaneció hasta el día de su muerte, acaecida en Madrid, en la casa número 47 de la calle de San Vicente Alta, á las ocho de la mañana del 16 de Julio de 1872.»

(1) «A las dos de la tarde, dice el Sr. González Tablas, el brigadier Lacy fué advertido por un ayudante que el capitán general Serrano deseaba tener una entrevista con él en el pequeño puente de los Yegüeros. El brigadier Lacy accedió á esta invitación, acompañado por el autor de este folleto. El duque de la Torre, después de saludar amigablemente al brigadier Lacy, se expresó poco más ó menos en los siguientes términos:

—«Brigadier, V. me ha dado mi plan de batalla. Ocupa V. una posición »muy difícil entre dos ríos y mi ejército. Podría, á la cabeza de mis diez y »ocho batallones, mis veinticuatro piezas y mis ochocientos caballos, lanzar»me sobre V. y sin duda alguna hacerle prisionero y á sus fuerzas; pero »como me repugna verter sangre española, vengo á invitar á V. se una con »nosotros, que representamos los derechos del pueblo. La nación entera está »en armas contra el gobierno de la reina Isabel, que todos los heróicos es»fuerzos de Vds. serán impotentes á salvar. Por eso invito á V. á que se una »con nosotros.»

»El brigadier Lacy respondió que no creía tener derecho para tomar semejante partido, pero que se apresuraría á enviar un oficial al marqués de Novaliches para hacerle conocer aquella comunicación. Después de esto se separaron los dos interlocutores, manifestando siempre el general Serrano que creía haber hecho todo lo posible para evitar el derramamiento de sangre

contróse con Echevarría que llegaba á escape de caballo. El general Echevarría apreció de una simple ojeada la difícil situación en que se hallaba Lacy, y apesadumbrado por ello, colocó en posiciones un poco más cubiertas los batallones de la brigada Lacy y el de Barbastro que acababa de llegar; avisó á Serrano que iba á dar comienzo el ataque, y á las tres de la tarde, en efecto, formó á este objeto sus batallones junto al puente del Yegüeros, mientras Serrano ordenaba á la primera división de su ejército que atacara la posición del general Echevarría. Chocaron seguidamente liberales y realistas, y la lucha, aunque corta, fué vigorosa y sangrienta. Echevarría la sostenía persuadido de que le llegarian refuerzos; pero aunque Novaliches había dado orden de que dos batallones cruzaran el Guadalquivir y fuesen a reforzar á Echevarría, la lucha proseguia con gran desventaja para los isabelinos y el refuerzo no llegaba. En balde Echevarría carga con heroismo seguido de sus valientes soldados; un nutrido fuego le obliga á abandonar el Yegüeros y el Buenagua, fuego que continúa sosteniéndose en las alturas inmediatas, y que acrece á causa de haber desplegado Novaliches en batalla 14 piezas Krupp al otro lado del Guadalquivir con objeto de barrer las filas liberales á través del río. ¡Esfuerzo vano! «Siete cuartos de hora hacia, dice un testigo, que el marqués de Novaliches podia haber comenzado la batalla contra el grueso del ejército revolucionario, y durante este tiempo los batallones de la brigada que se batia á las órdenes de Echevarría perdieron entre muertos y heridos 45 oficiales, 270 individuos de tropa y medio batallón que fué hecho prisionero.» Añade este testigo y, narrador, el Sr. González Tablas que cuando Echevarría ordenó elcombate, Novaliches no quería ya empeñar la acción hasta el dia siguiente; mas que asi que oyó el fuego, se apresuró á ganar la distancia que le separaba del puente y dió orden de que pasara el Guadalquivir por su vado el regimiento del Príncipe para reforzar á Echevarría. Eran las cuatro menos cuarto de la tarde cuando Novaliches llegó al puente, y sus fuerzas se hallaban dispuestas en la forma que marca el croquis.



El duque de la Torre

A las cinco y media llegó el brigadier Trillo con las tropas de su mando á reforzar las de Echevarria; precisamente cuando éste, agobiado por la superioridad del contrario, se disponía á repasar el Guadalmellado. Entró seguidamente en fuego la brigada Trillo y se recuperó el terreno hasta el barranco de Buenagua. La batalla llevaba trazas de generalizarse al caer el día, pues dos batallones del ala izquierda destacábanse hacia el puente del ferrocarril, empeñando el fuego; y, al combate de artillería sostenido desde las cuatro menos cuarto, siguió á las seis, cuando la oscuridad comenzaba, el ataque del puente. Las columnas avanzaron iluminadas por el incendio de un cortijo que Novaliches había hecho cañonear, y, llegadas al puente, sufrieron la primera descarga á distancia de cuarenta metros. Los gritos de *¡viva la Libertad!* y *¡viva la Reina!* se confundieron bien pronto con un nutrido fuego; la primera compañia que atacó, replegóse sobre la segunda; pero Novaliches, puesto á su cabeza, la condujo otra vez al combate. Nuevas descargas detuvieron el avance, y el general en jefe fué gravemente herido en la mandíbula, percance que decidió de la batalla; porque de lanzarse con decisión las demás columnas, quizás se hubiera forzado el paso. Nadie mandó ejecutarlo y el ejército quedó sin jefe batiéndose la primera columna amparada en el pretil del puente y sosteniendo los liberales el fuego. El combate, continuado ya sin vigor por una y otra parte, cesó á las ocho. El general Paredes tomó entonces el mando y ordenó la retirada al Carpio.

El silencio en que quedó el campo real dió entonces á comprender al general Echevarría el resultado de la lucha. Este bizarro militar había repasado, en el intervalo que ocurrió el ataque de Novaliches, el puente de Buenagua, y tal vez consiguiera mayores ventajas á habérsele incorporado con oportunidad el coronel Andía con las fuerzas del Príncipe. Pero Andia no llegó á tiempo. El general Echevarria organizó entonces sus fuerzas, acampó entre el Yegüeros y el Buenagua, y esperó al siguiente día: el terreno estaba sembrado de muertos y heridos, y como la brigada no llevaba material sanitario, éstos no pudieron recibir la necesaria asistencia.

A media noche recibió Echevarría la orden de seguir el movimiento retrógrado del grueso del ejército. Se repasó el Guadalmellado y se hizo alto en una posición ventajosa hasta la llegada del dia; entonces se destacaron algunas fuerzas para recoger los muertos y heridos, cuyas fuerzas se unieron luego á las tropas liberales. Por ellas supieron éstas lo ocurrido al anochecer del dia anterior, pues ignoraban la herida de Novaliches y la retirada del ejército isabelino. Este la prosiguió, por orden del gobierno, los días 29 y 30 hacia Madrid, llevando á retaguardia la división Echevarría, que capituló, en la noche del 30, con el general Serrano, en Villa del Rio. El general Paredes hizo saber al ejército lo ocurrido en la orden general del 2 de Octubre, y aquel mismo día Caballero de Rodas tomó el mando de las fuerzas.

Las pérdidas en muertos y heridos de una y otra parte fueron: en el ejército de la Reina: 2 generales, 4 jefes, 61 oficiales y 690 soldados; en el ejército liberal: poco más de 800 hombres, comprendidos los oficiales. Se dispararon por una y otra parte sobre 3,600 granadas.

Tal fué, trazada á grandes rasgos, la batalla de Alcolea, célebre por la gran trascendencia que tuvo en la vida politico-social de España, y acerca de la cual podriamos extendernos en importantes consideraciones. Para apreciar con justicia la conducta de vencidos y vencedores, tal vez fuera necesario rasgar los velos de la politica, y eso no es de nuestra incumbencia. En el ánimo del caballeroso Novaliches pesaron, sin duda alguna, las circunstancias que le rodeaban, asi como en su voluntad las órdenes que recibiera. Y era en verdad harto difícil que el conflicto tuviera otra solución por razones muy poderosas. Tal vez en estas ideas abundaban los mismos hombres del gobierno; quizás también algunos de los que seguian á Novaliches.

Son secretos estos que no pueden trascender á las páginas de la historia.



española, y dejando al brigadier Lacy en toda libertad de quedarse ó retirarse con sus tropas, porque en ningún caso él emprendería las hostilidades.

»Vuelto á su campo el brigadier Lacy, expidió uno de sus ayudantes al general en jefe para informarle de lo que hemos relatado. En aquel momento llegó el general Echevarria, y pudo observar la critica posición en que se hallaba Lacy con su brigada, posición que hacía más grave aún lo que el duque de la Torre acababa de indicar.» *Diario de las operaciones militares de la Revolución española.* Madrid, 1869.



El parte de la batalla.—Cuadro de E. Esteban

GUERRA CIVIL DE 1872 Á 1876



Zapador

Si algunos puntos de contacto ofrece esta guerra civil con la anterior, en sus primeros tiempos, ciertamente que el principal es la inercia y poca energía del gobierno, ya en sofocar el alzamiento, ya en organizar el ejército para hacer frente á futuras contingencias. Es cierto que las circunstancias por que España atravesaba eran difíciles, que la efervescencia política era grande y que la pasión de partido parecía cegar á gobernantes y gobernados; pero no es menos cierto que importaba mirar menos al presente que al porvenir, sobre todo cuando éste aparecía preñado de peligros. Tal aconsejaba el patriotismo, tal enseñaba la historia, tal la más rutinaria previsión. Pero las primeras partidas que recorrieron el territorio vasco-navarro y catalán se consideraron insignificantes, y con despachar en su seguimiento algunas pequeñas columnas, creyó el gobierno garantida la tranquilidad del país. Algo más le preocupaban sin duda alguna los manejos de aquellos que de cerca amenazaban á la situación poniendo su existencia política en serios compromisos. Estalló al fin la sublevación carlista en Mayo de 1872, y nuestro ejército, ni por su número ni por su organización para entrar en campaña, se encontró en condiciones para sofocar el incendio, incendio que en el mes de Abril siguiente lanzaba sus primeras llamaradas en Cataluña, favorecido teatro de las luchas civiles. Entonces fué preciso empezar las operaciones y organizar á toda prisa las brigadas y divisiones, ir distribuyendo el escaso material de que se disponía, cambiar el armamento de algunos cuerpos, y dilatar y entorpecer á causa de estas medidas las operaciones militares. Por gran fortuna la dirección que los carlistas dieron á las suyas fué muy poco acertada; porque lo que convenía al enemigo era hostigar constantemente á las columnas por medio de partidas ó guerrillas, acosarlas, fatigarlas con largas marchas y causar en sus filas gran número de bajas por el cansancio y las enfermedades. Esto ocurrió en parte en Cataluña, donde por añadidura algunos jefes, no dando á los principios del arte el valor que en todas ocasiones tienen, despreciando al enemigo ó haciendo alarde de censurable arrojo, conducían las columnas á estrellarse contra una cortadura inexpugnable ó las metían en alguna hondonada donde el enemigo las fusilaba impunemente (1); funestísimo sistema que ocasionó el aumento de las facciones hasta el punto de que á fines de Mayo (1872) sumaran una fuerza de 3,000 hombres no desorganizados y repartidos en las partidas de Castells, Savalls, Vall, Quico, Tristany y otros cabecillas; en Junio sostuvieron con nuestras tropas la acción de Vallcebre, donde fueron derrotados los carlistas mandados por el Cadiraire, y ya desde este período empezaron á sorprender poblaciones de importancia, á desarmar voluntarios y á entablar acciones como las de la Sellera y de Vidrá (1.° y 18 de Agosto), desgraciadas para las tropas. Ya por esta época las facciones habían ido engrosando; sus individuos se habían fogueado, atrevíanse á hacer frente á las columnas en buenas posiciones y sabían sacar de ellas excelente partido, cuando los jefes liberales olvidaban las reglas de arte. Pero en el Norte no sucedía de este modo; allí la entrada de D. Carlos fué un grave mal para la insurrección; porque el Pretendiente quiso tener un ejército y solo logró reunir algunos miles de hombres mal organizados y peor armados, con los cuales sufrió el desastre de Oroquieta. Esta acción que obligó al Pretendiente á refugiarse en Francia, no fué todo lo decisiva que pudo esperarse, por no haber las tropas liberales envuelto por completo al citado pueblo, logrando así apoderarse de Don Carlos. El general Moriones, que las mandaba, dejó entonces algunos batallones en Navarra para concluir con las escasas partidas que quedaban y se trasladó á Vizcaya, derrotando en Mañaria á los vizcaínos y guipuzcoanos, con lo que el alzamiento llegó á ser dominado. El convenio de Amoravieta puso fin al levantamiento; porque si bien en Navarra continuaban en armas las partidas y habían engrosado en número en los meses de

(1) D. Joaquín de la Llave: *Apuntes sobre la última guerra en Cataluña.*—César de Villar: *Guerra de partidas en Cataluña.*

verano, se fué concluyendo con todas ellas y en Octubre no quedaba en las provincias vasco-navarras un solo carlista armado. Entonces se mandaron algunos batallones á Cataluña, donde las facciones, activamente perseguidas, estaban próximas á desaparecer, y el ejército del Norte fué disuelto. Tal se presentaba la guerra á fines de 1872 y principios de 1873. Si no podía darse por extinguida, sí puede afirmarse que estaba dominada y ninguna ocasión más oportuna que aquella para extirparla de raíz. Pero los acontecimientos políticos cambiaron por completo el aspecto de la lucha. El 11 de Febrero de 1873 proclamóse la república en Madrid, el 21 de Febrero tuvo lugar la saturnal armada de Barcelona, el 9 de Marzo la Diputación de esta provincia disolvió el ejército y organizó batallones de voluntarios para acabar la guerra *en ocho días*. Inútil es decir que las facciones camparon por sus respetos, y que la guerra empeoró de día en día. Los carlistas tomaron á Pobla de Segur el 17 de Marzo, á Ripoll el 23 y á Berga el 26. El general Contreras, que tomó el mando del ejército de Cataluña, nada hizo en beneficio de la disciplina ni consiguió mejorar el estado de la guerra. Velarde, que le sucedió, habilmente secundado por Martínez Campos y Cabrinety emprendió la persecución activa de las facciones, pero las medidas adoptadas respecto al cierre de las *masías* y al levantamiento del *somatent*, no pudieron tener efecto; la insubordinación continuó haciendo estragos, y á causa de los escandalosos sucesos de Igualada, hubo de presentar la dimisión. No tardaron las tropas en sufrir las consecuencias de la indisciplina, porque cuatro días después de aquellos sucesos, al atacar á la desbandada, según costumbre, las alturas de Oristá, fueron rechazados por el enemigo y se pronunciaron en vergonzosa fuga, abandonando los cañones. La resistencia de una compañía de ingenieros, mandada por el capitán Lorente, dió tiempo á que llegara el general Martínez Campos y recuperara los cañodes. Pero no era posible la guerra con soldados tan desmoralizados. Como Velarde, Martinez Campos hubo de presentar la dimisión; y Cabrinety, que recogió los restos de las fuerzas que Velarde había mandado, creyendo con ellos organizar una columna, á pesar de su buena voluntad y del ascendiente moral que le había dado la prensa republicana, tuvo que sufrir grannes mortificaciones de sus mismos subordinados y por último pagó con la vida su arrojo. Atrajole Savalls á la emboscada de Alpens y fuè muerto al entrar en este pueblo el dia 9 de Julio de 1873. El enemigo hizo 800 prisioneros y se apoderó de dos piezas, 50 caballos, 42 mulos, dinero, armamento, equipo, etcétera; inútil es decir cuánto le envalentonó este triunfo, al que siguieron la pérdida de Igualada, la retirada de los pequeños destacamentos que cubrían algunos pueblos, el bloqueo de Vich, Berga y Olot, y el abandono de la ofensiva, pues las columnas limitábanse á recorrer las comarcas menos montuosas y más abrigadas por puntos fortificados. La conducción de un convoy á Berga en Agosto estuvo á punto de producir un desastre grave; la acción de la Gironella ocurrida el 16 del mismo mes puso en evidencia el triste estado de las tropas; y si se exceptúa la feliz conducción de un convoy á Berga efectuada por el brigadier Cañás, los repetidos desastres que sufrieron aquéllas, y la pérdida de algunas poblaciones de importancia, no registra la historia suceso de monta favorable á nuestras armas. Las facciones habían engrosado en Cataluña considerablemente. D. Alfonso, hermano de D. Carlos, ejercia el mando superior de ellas, y á sus órdenes se hallaban D. Rafael Tristany, como Comandante general del Principado; Francisco Savalls, como jefe de la primera división; D. Francisco Tristany, como jefe de la segunda, y los cabecillas Miret, Huguet, Moore, Vilageliu y Segarra mandando brigada. El total de las fuerzas carlistas entrado el año 1874 era de 21 batallones, 5 escuadrones, 3 baterías y 15 compañías, ó sean 11,394 hombres, 400 caballos y 22 cañones. Las fuerzas del gobierno que existian á fines de 1873 en Cataluña eran 18,000 hombres, 1,200 caballos, 20 piezas de montaña y 12 de batalla. De estas tropas 8 ó 9,000 hombres se hallaban en operaciones, las restantes de guarnición en las ciudades y villas más importantes.

¿Qué había sucedido durante el año 1873 en las provincias vasco-navarras? En los primeros días de dicho año volvieron á insurreccionarse estas provincias, formáronse varias partidas, y el gobierno dispuso otra vez la organización del ejército del Norte, pero con fuerzas tan escasas que ni aun á la ocupación de los puntos más importantes se podia atender; sin embargo, emprendióse activamente la persecución del enemigo y á mediados de Febrero los guipuzcoanos habían sido deshechos y batidos en Aya, y los navarros, encerrados en las Amezcoas y reducidos á unos 2,000 hombres, hallábanse en estado poco satisfactorio para su causa (1). Pero en el Norte como en Cataluña la indisciplina cundió por las filas del ejército, y aunque no hizo en ella tan grande estrago, no dejó de producir sus funestos frutos.

Esta causa por un lado, por otro el plan erróneo de operaciones, produjo las derrotas de Ubade y Eraul, en las que perdieron los nuestros la artillería, y la rendición de Estella, donde también se hizo dueño el enemigo de importante material.

Sin embargo, ya hemos dicho que en el Norte las tropas no estaban tan desmoralizadas como en Cataluña, y aunque por de pronto experimentó la causa liberal serios reveses, la eleción de Castelar para la presidencia de la república y las medidas político-militares adoptadas por este tiempo cambiaron un tanto el estado general de cosas. Este era muy grave á mediados de 1873, sublevados como se hallaban Cartagena, Sevilla, Valencia, la Carraca y otras poblaciones, lo que obligó al gobierno á distraer sus fuerzas y á proceder al ataque de estas plazas. El sitio de Cartagena, que comenzó el mes de Julio, no terminó hasta los primeros dias del año 1874 y distrajo numerosas fuerzas y material; fué preciso bombardear á Valencia, á Sevilla, á la Carraca, y por último á Cartagena, bombardeo este que ciertamente no aprueban algunos militares distinguidos. Se pasó por la humillación de declarar piratas á nuestras naves, y en cambio hubieron de hacerse vergonzosas concesiones que no es del caso mentar aqui. Fortuna fué para la causa liberal que los carlistas en sus operaciones no obedecieran á ningún buen principio, y de aquí que no pudieran aprovecharse de la flaqueza de aquella situación. Elegido general en jefe del ejército del Norte el bravo y activo general Moriones, y jefe de E. M. el experto general Ruiz Dana, propúsose aquel recuperar á Estella, y el 6 de Octubre consiguió un notable triunfo en Santa Barbara de Mañeru; prosiguió el 7 su avance por la carretera de Estella, mientras los carlistas se parapetaban en los desfiladeros que dan paso á esta villa, y después de reñidísima lucha en que supo obtener excelente partido de su artilleria y caballeria, ocupó á Barbarín, Luquin y Urbiola, pueblos asentados en las faldas del Monte Jurra. No pudo adelantar más. El dia 8 amaneció lloviendo, y las tropas, faltas de municiones y vituallas, rotrogradaron á los Arcos y Viana.

El combate del 7 dió á conocer el buen estado de disciplina de las tropas. Los triunfos conseguidos por los carlistas y lo que aumentaba su gente, indújoles á establecer su línea en el Ebro y pensar en apoderarse de la Guardia, plaza que domina la Rioja, lo que consiguieron por industria el 29 de Noviembre. Tolosa se hallaba por este tiempo sitiada por Lizagarra, y el general Loma, que se ocupaba en abastecerla, falto de auxilios hacía sobrehumanos esfuerzos para salvarla. Con este objeto marchó Moriones de Tafalla á Pamplona, y cruzando luego por el Baztán fué á unirse con Loma en Lesaca, prosiguiendo juntos por el valle de Urumea. Favoreció este movimiento las disenciones que reinaban en el campo carlista, pero, sofocadas éstas, el enemigo se apercibió á resistir en las alturas de Velabieta, que los liberales tuvieron que ganar á costa de preciosa sangre. La línea carlista, sobrado extensa, pecaba de débil; pero costó grandes esfuerzos el romperla; y una vez rota, tampoco el ejército pudo proseguir su avance, con arreglo al plan trazado, y hubo que embarcarle para Santoña y Castro Urdiales, donde seguidamente se presentaron los carlistas. Estos tenían la ventaja de obrar del centro á la circunferencia; el apoyo del país que, abandonaba los pueblos á la aproximación de las tropas; aumentaban cada dia en número, y fundian ya cañones y construían fusiles en Azpeitia, Eibar y Plasencia. Si se agrega á la situación que ofrecia la guerra en el Norte, la que presentaba en Cataluña y en el Maestrazgo y toda la parte oriental de España, merced á la insubordinación del ejército, la rebelión aún amenazadora en Cartagena y la efervescencia política que se notaba en el pais hondamente trabajado por los partidos, bien se comprenderá que no era por entonces muy halagüeña la situación politico-militar de España. Afortunadamente el partido carlista estaba minado por honda división, las expediciones que intentaron algunos de sus cabecillas al interior de la Peninsula no dieron resultado, y en las operaciones del Norte no descolló un general de gran talla. Sobrevino el acontecimiento del 3 de Enero y la consecuencia de este hecho fué, no sólo la modificación de la marcha política, sino del desarrollo de la guerra. Frente al ejército del Norte reunido entre Castro y Santoña presentáronse los carlistas, formando en los primeros días de Enero desde Zornoza á la vista de Somorrostro cerca de 20 batallones con D. Carlos al frente. Contempláronse unos á otros por algunos dias y, á mediados de Enero, Moriones trasladó el ejército á Miranda de Ebro, apoderóse luego de la Guardia (1.° Febrero 1874), mientras los carlistas, dueños de Portugalete desde fines del anterior Diciembre, ganaban á Luchana el

(1) Ruiz Dana, *Estudios sobre la Guerra civil en el Norte 1873-76.*



E. Ullastres, Editor
Tip. La Academia

Ejército Español en 1886

Soldado de Ingenieros en traje de campaña

Desierto, Olaveaga y Deusto, y estrechaban á la invicta Bilbao. Esta ciudad quedó rigurosamente sitiada al entrar el año, y Moriones obligado á darla pronto socorro, como lo verificó enviando por delante á Primo de Rivera, desde Miranda de Ebro. Apercibidos los carlistas corrieron de Navarra á Vizcaya, ocuparon las formidables posiciones de Somorrostro y trazaron la línea de defensa que tan memorable se hizo, principiándose en el acto la construcción de los parapetos que después de los combates de Marzo se convirtieron en trincheras (1). Las tropas liberales por su parte ganaron las alturas que desde Onton corren a la derecha hasta los montes de Triano, y apoyando la izquierda en el mar, que era parte de su base de operaciones, quedaron en situación de extender su derecha hasta donde les conviniese. El 16 de Febrero conquistaron á costa de preciosa sangre las posiciones que hay hasta Somorrostro; Moriones llegó el 19 á Somorrostro y este pueblo quedó convertido en su centro, la ria fué el frente, el mar su extrema izquierda y el monte de Gorvea su derecha. Los carlistas, concentraron sus fuerzas en las imponentes cumbres que partiendo de Galdames van por las minas de Ortuella á la carretera que desde Bilbao conduce á Santander. Defendia su espalda la ria de Bilbao, interceptada por ellos y la de Somorrostro enfrente, siendo el punto culminante de aquella serie de posiciones el monte Serantes. Ambos combatientes se contemplaron por algunos dias, mientras Bilbao sufria desde el 21 el bombardeo. El 24 el brigadier Blanco tomó el puente de Somorrostro y el 25 el ejército atravesó la ria



MAPA DE LAS PROVINCIAS VASCONGADAS

por el citado puente y por uno de barcas colocado provisionalmente y paralelo á aquél. La artillería favoreció el paso con un nutrido fuego, pero, ya en la opuesta orilla, encontróse el ejército frente á las formidables posiciones enemigas, que eran en la izquierda las naturales del Montaño, en el frente una serie de reductos muy bien construídos y en la derecha las inaccesi-

(1) Son interesantisimos los siguientes párrafos que el general Ruiz Dana consagra en su ya citada obra al sistema defensivo seguido por los carlistas: «Al empezar en el Norte en 1873 la guerra regular, los carlistas carecían de artillería, sólo tenían dos ó tres piezas de montaña de escaso alcance que nos habian cogido en algunos encuentros desgraciados; en el combate de Puente la Reina, ocurrido en el mes de Octubre, primero en que ellos habian presentado sus batallones en línea, desconociendo sin duda la la fuerza inmensa que el armamento moderno presta á la defensiva táctica, aunque no sintieron los efectos de la artilleria, que jugó poco por las especiales condiciones topográficas de los altos del Guirguillano, campo de batalla de aquel combate, pudieron apreciar los de la fusilería cuando en la retirada atacaron los escalones con sus masas en columna cerrada de batallón. No fué para ellos perdida la lección: en Montejurra el 7 de Noviembre ya combatieron en orden disperso, siempre en la defensiva táctica, y sus masas aprovechando los pliegues del terreno á cubierto de los fuegos de nuestra artilleria. En este combate por primera vez habian construído algunos atrincheramientos en la falda de Montejurra y Montjardin, valiéndose de los setos y valla los que separan las heredades y formando en ellas parapetos ordinarios con tierra y piedras. Como tenian bastante relieve presentaban blanco á nuestra artillería, que les causó gran destrozo. En la retirada que efectuó el ejército el día o para volver á la línea del Ebro ya no fueron nuestros escalones atacados por masas, sino por una nube de tiradores que avanzaban en orden disperso, cubriéndose con todos los pliegues y accidentes del terreno. Comprendiendo que los efectos de nuestra artillería habían de serles fatales, con el fin de inutilizarnos á y ponerse á cubierto de sus fuegos dedicaron toda su atención á perfeccionar las trincheras y obras de campaña. Las condiciones especiales de sus tropas, poco aguerridas y consistentes, les hacía por necesidad adoptar aquel género de combate y nosotros, sin estudiar detenidamente el efecto de las nuevas armas de fuego, seguíamos, creyendo que en la ofensiva táctica y en el ataque á la bayoneta estribaba, como en otros tiempos, el éxito del combate y daba la victoria. Los crueles escarmientos no eran bastantes á hacer desistir de tan errado proceder y modificarlo convenientemente.

En Diciembre del mismo año, en el combate de Velabieta, los enemigos, siempre por necesidad en la defensiva, han mejorado ya sus atrincheramientos; construyen una zanja, pero no para que sirva de foso, sino para ocultar en ella á los defensores; con la tierra forman delante un pequeño parapeto. La zanja es bastante ancha, un metro y medio, y el parapeto presenta un blanco á nuestra artillería que les hace gran daño. Sitian á Bilbao, y para oponerse al ejército, que desde Santander acuden á su socorro, llenan de trincheras todo el valle de Somorrostro, de la misma anchura que las de Velabieta, pero ya no ponen delante, formando parapeto, la tierra extraída de la zanja, sino que le forman con tepes de muy pequeña altura para que presente el menor relieve posible, y por lo tanto el menor blanco á la artillería.

Extienden sus trincheras desde el monte Lucero, en la costa, hasta los de

bles montañas que se levantan junto á la carretera que conduce á Valmaseda. Esta batalla, denominada de San Pedro Abanto y que fué una de las más rudas que se dieron en la segunda guerra civil, describela el Sr. Pirala en los siguientes términos:

Apenas había pasado una compañía el puente de barcas, cuando un diluvio de balas anunció que el enemigo, oculto en los parapetos y por ellos favorecido, esperaba el ataque, para el cual, con mucha antelación, se había prevenido de tal modo, que el terreno, de suyo quebradizo, estaba erizado de defensas formadas en anfiteatro. A las diez de la mañana los soldados trepaban las empinadas laderas del Montaño, dando prueba de increíble arrojo, mientras por el centro y la derecha sostenían el empuje de las huestes enemigas. Creyeron los carlistas al principio que sería atacada su izquierda, como la tarde anterior, y pronto vieron la preferencia dada á su derecha, pues aunque más difícil de vencer, daba, una vez dominada, la posición mas importante, coronando las alturas de Lucero y Serantes. Al Montaño fueron las fuerzas liberales por el lado más suave; en el que á una tercera parte de su elevación había un bosque y una casa; situóse la gente de Andía (el general) al pié del castillo de San Martín, que está en el llano, según se le había ordenado, destacó fuerzas para tantear las del enemigo, y obrar en consecuencia; avanzaron éstas sin disparar un tiro, y al llegar al camino que debian seguir á la izquierda, recibiéronles los carlistas con vivísimo fuego; parapetóse la compañía de guerrilla en las desigualdades del terreno, formando martillo, contestando bien al fuego enemigo, y fué reforzada,

El coronel Posada, en tanto con el primero de Cantabria, que salió de vanguardia, había marchado por la izquierda desde el puente, ordenándole el general en jefe dirigirse al Montaño mayor; apoderándose de la casa y del primer parapeto, y seguido su movimiento de avance, sosteniendo, no solamente el fuego que le hacían de frente, sino el de numerosas fuerzas enemigas emboscadas á su izquierda. Pero cuando vió que toda la fuerza que había avanzado por su derecha sobre el Montaño empezaba á retirarse á la carrera, sin que por más que gritara el alto lo verificasen, comprendió su posición y concluidas las municiones á dos compañías, teniendo las dos restantes unos diez cartuchos por plaza, se retiró a la parte inferior de la ria á reorganizar el batallón y municionarle, no pudiendo hacer lo segundo por recibir sólo dos cajones de cartuchos. Volvió, sin embargo, á emprender la subida hasta la misma casa, donde colocó dos compañías al mando del comandante Melero, que, en unión con otra fuerza de Tetuán, guiada por el comandante Duro, contuvieron á los carlistas por el flanco izquierdo, y corrióse González Posada con el resto del batallón por la derecha. Entre los heridos en este ataque lo fueron el teniente coronel Castelló y el comandante Gobar al frente de sus tropas.

Viendo Andia que entre las posiciones del primero y segundo batallón de Cantabria quedaba una gran distancia, porque el Montaño y sus estribaciones se prolongaban por la derecha liberal en cordillera en una extensión de más de dos kilómetros hasta terminar en el reducto, avanzó un batallón de Sevilla por el centro hasta darse la mano por la izquierda con Posada y por la derecha con Lapuente. Este batallón de Sevilla, que marchó detrás del de Cantabria, llegó al torreón de San Martín sin novedad alguna, y en este punto, que fué el de su partida para el ataque de Montaño, se formó el regimiento en dos columnas á los respectivos mandos de los señores Pareja y Martínez, y ambas al del brigadier Minguella. Con tres batallones ya en fuego de la brigada Minguella, tomó éste el mando y dirigió el movimiento, avanzando sobre el enemigo en la dirección que tenía á su frente, que era el Montaño mayor, apoyando su costado izquierdo en el derecho de Cantabria, llegando á colocarse á unos treinta pasos de los parapetos enemigos, sin arredrarles el fuego de éstos, ni lo accidentado del terreno.

Llegó en este instante Moriones al castillo donde se encontraba Andia, al que advirtió que las guerrillas del segundo de Cantabria se hablan ido muy á derecha, y era necesario procurasen envolver el Montaño más á la izquierda; se enviaron las órdenes al efecto, *pero no se pudieron cumplir, porque más á la izquierda no habla posibilidad de envolvimiento, toda vez que se dejaría á retaguardia el reducto enemigo, y que impedía el paso una barranca que separaba en parte el Montaño principal de su derivación, donde estaba situado el reducto defendido por otro del camino á media ladera.* Conocida por Moriones la posición de las tropas de la división Andia, ordenó á los tres batallones de la brigada Castro fuesen por la izquierda á apoyar á Posada. Emprendióse la marcha, que tuvo que ser lenta por el gran número de zanjas que había que atravesar en el llano, ocupándose Castro en la subida de ir empujando hacia sus cuerpos respectivos toda la fuerza rezagada que obstruia el único sendero practicable en la dirección que debia seguir, llegando sin disparar un tiro á bastante altura para serle preciso antes de continuar el ascenso romper el fuego contra la cúspide del monte, ya fuertemente guarnecido. «En la situación descrita me hallaba (dice el citado coronel Castro), cuando, sin conocer la causa, observé que los más avanzados retrocedian en la mayor confusión, descendiendo el enemigo á ocupar la casa que tenia sobre la trinchera, para de allí volver sin duda á las primeras posiciones. Comprendiendo las fatales consecuencias que podia tener la retirada desordenada iniciada en la derecha, y que se propagaba á la izquierda con la rapidez propia del descenso de una pendiente casi inaccesible, contuve las fuerzas de varios regimientos; mandé con una compañía,

---

Erezu, en el valle del Cadagua siguiendo la divisoria entre las rias de Somorrostro y Galindo por los picos de Triano y sierra de la Magdalena: los atrincheramientos son líneas continuas enlazadas por reductos; los sangrientos combates sostenidos en Febrero y Marzo les enseña que las trincheras tienen mucha anchura y algún relieve, defectos que les ocasionan muchas bajas hechas por la artillería. Desde los combates del mes de Febrero á los de Marzo no habían descansado ni un momento en la construcción de nuevas trincheras, y aun seguian haciéndolas después de los del segundo de aquellos meses, pero con importantes modificaciones La zanja era más profunda, lo necesario para cubrir á un hombre; con la tierra extraida no formaban parapeto alguno, sino que, al contrario, la esparcian; de este modo, aleccionados por la experiencia, hacian ineficaces los fuegos y los efectos de nuestra artillería; no sólo no presentaban estas trincheras blanco alguno, sino que se ignoraba su existencia, hasta que el día de combate nos sorprendia el fuego que hacian desde ellas. Era tal su número que no era posible que las tropas marchasen á su asalto sin que sintiesen los terribles efectos de los fuegos de ambos flancos y algunas veces los de retaguardia Los mejores soldados retroceden ante un ataque en semejantes condiciones: los nuestros marcharon al asalto de las trincheras siempre que se les mandó. ¡Cuánto heroismo ignorado y quizá calumniado!

En el tercer ataque á sus lineas se pudieron romper por un extenso movimiento táctico para rebasar su izquierda, y efectivamente la victoria coronó nuestros esfuerzos, huyendo los carlistas una vez muerto su jefe D. Cástor Andéchaga.

En la batalla de Estella, ocurrida en el mes de Junio de 1874, toda la divisoria de aguas entre el rio Ega y su afluente el Iranzu estaba cubierto de trincheras de las adoptadas en Somorrostro; pero aquí no formaban ya lineas continuas, sino que sólo tenían 15 ó [illegible]o metros de longitud y sus extremos en forma de corchete: todas las alturas, laderas y puntos culminantes los tenian literalmente cubierto de trincheras; ocupaban y defendian aquellas que les convenia, según por donde marchasen las tropas al asalto; los efectos de la artilleria son completamente nulos contra semejantes defensas; es materialmente imposible poder meter las granadas en una zanja de medio metro de anchura; sus defensores, al verlas caer de cerca, se ocultan en el fondo de la zanja y al estallar el proyectil sus cascos pasan por encima sin ofenderlos; prontamente se incorporan y continúan haciendo fuego. El efecto de la artillería sobre este género de trincheras es tan ineficaz, se ha anulado de tal modo, que una bateria de 40 piezas emplazada para batir las de Montemuro no logró los efectos que se esperaban.

Al poner sitio á Irún en el mes de Noviembre, el ejército no hubiera podido abrirse paso á través de las innumerables trincheras que habian construido en la formidable posición que marca la divisoria de aguas entre los ríos Bidasoa y Oyarzun, si un movimiento estratégico ejecutado sobre su izquierda no les hubiera llamado á aquel lado y les hubiera hecho abandonar la posición de Jaizquivel que permitió enfilar y envolver las defensas carlistas y hacérselas abandonar con un ligero combate.

Bloqueada Pamplona, los carlistas habian formado el proyecto de rendir la plaza por hambre; y como el ejército que hubiese de marchar en su socorro tenia que cruzar el Carrascal, habian acumulado todo género de defensas abriendo innumerables trincheras, no sólo en esta posición, sino en las sierras del Perdón y de Alaix, extendiendo su linea hasta Estella. Contando ya con una regular artillería, habian construido baterias que cruzaban sus fuegos sobre todos los caminos por donde habian de marchar las tropas; por medio de un ataque de frente la posición no podia ser abordada; sólo por medio de un movimiento estratégico que doblaba su ala izquierda pudo ser rebasada y envuelta la linea enemiga, y como consecuencia abandonada por sus defensores.

Con los buenos resultados producidos por semejante género de atrincheramientos, los carlistas los construyeron en todas las avenidas por donde las tropas podian penetrar en el interior del pais A partir de la llanada de Alava las tenian para impedir que se llegase á Vizcaya por la parte de Murguia; desde Villareal de Alava, cubriendo los valles de Arratia, Aramayona y Altos de San Antonio de Urquiola; en el puerto de Arlabán, cubriendo la carretera de Guipúzcoa; en Salvatierra, cerrando el paso de la Burunda; en los altos y puerto de Azaceta, oponiéndose al paso de Navarra; en los montes de Vitoria y puerto de San Vicente, para defender el condado de Trevino. En todas sus lineas defensivas las han construido para cubrir á Vizcaya desde los valles de Mena, por la sierra Salvada, y entrada en el valle del Nervión. En la Rioja alavesa los puertos de Herrera, boquete de la Población y puertos de Bernedo, y en Navarra todas las entradas á Estella, por la sierra de San Gregorio faldas del Montejurra, divisoria de aguas entre los riachuelos Iranzu y Salado, montes del Guirguillano, altos de Belascoain, peña de Echauri, hasta el valle de Goñi, las Dos Hermanas y puerto de Velate. Gran número de baterias ayudaban á la defensa de las trincheras, y hay que confesar que unas y otras estaban construidas con inteligencia y perfección.

Especial estudio merece esta guerra, por la aplicación que puede tener en el porvenir el sistema de trincheras. En una guerra extranjera nuestro pais puede ser invadido por un enemigo fuerte y poderoso: la topografía de nuestro suelo presenta excelentes lineas defensivas que oponer al invasor que hoy, merced á las nuevas armas de fuego, resuelven por completo el problema de semejante género de guerra; oponerse pocos á muchos, restablecer el equilibrio en el combate y anular la superioridad numérica del invasor, valiéndose para ello de la topografía del terreno Si en las excelentes lineas defensivas que presenta la accidentada topografía de nuestro suelo, por cualquier lado donde se verifique la invasión, construimos este género de defensas que anulan el terrible efecto de la artilleria y el de la ofensiva táctica en la infantería, si á los movimientros estratégicos de un enemigo más iobrero é inteligente siempre le oponemos nuestras lineas defensivas cubiertas de trincheras y baterias que las protegen, la invasión será difícil y el agresor podrá encontrar el escarmiento que nosotros hemos hallado, siempre que con sobra de valor y falta de prudencia y estudio nos hemos arrojado sobre tales defensas. Aquí sólo presento la cuestión, planteo el problema, cuya resolución es asunto de un detenido estudio, en el que no es momento de entrar.

Los carlistas le han hecho completo; como es inmenso el número de trincheras que construyeron, no ocuparon sino aquellas que se oponían directamente á la marcha del atacante para hacerle sentir los fuegos de frente y de flanco; si una poderosa artillería hacia fuego sin cesar sobre una ó sobre algunas las abandonaban y ocupaban las inmediatas, que no sufrian los efectos de tan terrible arma, y lo hacían de una manera tal que sólo conociendo el sistema y prestando gran cuidado podia percibirse la evolución; á la desfilada, y deslizándose á cubierto con las peñas y matorral, salen de la trinchera que desalojan y ocupan la que les ofrece seguridad, ya sea á retaguardia ya en los flancos, y cuando perciben que las tropas se preparan á asaltarlas, por creer apagados sus fuegos y sin defensores, la ocupan prontamente de la misma manera que la desocuparon y no hacen fuego ni dan señales de existencia hasta que las guerrillas se encuentran á 200 ó 400 metros, que las reciben con una descarga. Otras veces no las desalojaban, sino que suspendian el fuego para hacer creer que se habia apagado, y lo rompian nutrido y por descargas cuando avanzaba nuestra infantería.

Siempre tenian tiempo suficiente para hacer aquel cambio de trincheras, pues que las tropas atacantes no pueden encontrarse para no sufrir los fuegos de las trincheras á menor distancia de 1,000 á 1,500 metros, y en tanto que recorren este trayecto los enemigos ocupan las que les son convenientes.

No solían municionar sus tropas estando en las trincheras, sino que las relevaban con intervalos de tiempo más ó menos largo, según el fuego que sostenian, y el relevo lo hacían siempre á la desfilada y deslizándose por las peñas ó matorrales que los cubriese; en algunos casos construían caminos cubiertos. Los carlistas han desplegado en esta guerra un lujo de atrincheramientos de campaña que merece estudiarse detenidamente; tal es su importancia y tales los efectos que con semejante clase de obras pueden obtenerse.»

para que avanzase, al intrépido comandante Ferrer del Couto; situé otra más á la izquierda para evitar ser envueltos; formé auxiliado por la actividad del teniente coronel Hurtado y de los oficiales que me rodeaban, un fuerte pelotón de los dispersos de Tetuán, Cantabria y Sevilla, que mande á reforzar la compañía más avanzada, y agrupé, por fin, las fuerzas restantes del batallón, mandándoles armar bayoneta, resuelto á defender aquel puesto como la ordenanza marca.» Recibió á poco orden para contener el ascenso y correrse á la derecha, y apenas empezaba á cumplimentarla, comunicóle otra el capitán de E. M. D. Julio Suárez Inclán, para que con su batallón bajara á ocupar el castillo de los Salazares, del barrio de San Martín. Así lo verificó; presentóse al general en jefe, que le mandó subir de nuevo al reducto y pico de San Fuentes y ponerse á las órdenes del general Catalán.

En la anterior operación cayeron heridos el coronel Sierra, de Tetuán, y el comandante Ferrer del Couto, de la Constitución; quedóse Andia con un batallón de Sevilla y una sección de ingenieros de reserva, avanzando hasta el grupo de casas que hay en el centro del vallecillo más próximo al pie del punto céntrico de su línea, y donde sufrió algunas bajas.

Al medio día recibió orden de Andia para efectuar, con todas sus tropas, el movimiento envolvente por la cañada de la derecha; mandó al coronel Dabán con el batallón de Sevilla á reforzar el segundo de Cantabria, para que ambos cumplimentasen lo ordenado, y Andia se dirigió con los ingenieros al centro de la línea para vigilarlo.

Empezado el avance, y al llegar á la altura de las primeras guerrillas, hubo el movimiento de retirada por la derecha, que se prolongó hasta la extrema izquierda; la cual y el centro, con el brigadier Minguella, estaban á 50 metros de la cima de la montaña, sufriendo, no solamente el nutridísimo fuego del enemigo, sino hasta el choque de enormes piedras que arrojaba. En aquel momento colocó Andia en posición á los ingenieros mandados por San Gil, que, apoyados por Lapuente, contuvieron el movimiento de avance iniciado por los carlistas del reducto, y el general, con todo su E. M., oficiales á las órdenes y otros, se lanzaron á contener la retirada y formando grupos, no solamente de los cuerpos de su división, sino de otros que estaban á su extrema derecha se rehicieron las tropas y volvieron á tomar sus antiguas posiciones.

El primero de Navarra, carlista, que defendía el Montaño, pedía refuerzo con mucha urgencia; envióle Ollo; retardándose el que dispuso, acudió solícito Segura, que pudo llegar cuando los liberales empezaban á ceder; relevó con sus compañías las del primero que estaban en fuego; llegó enseguida Boet con el batallón de aragoneses, se colocó á la derecha de Segura é hicieron frente á su enemigo por aquel lado, batiéndose con sin igual bizarría.

El liberal trepaba impetuoso, sin que el horrible fuego que por el frente y flanco se le hacía le detuviera; é iba avanzando y venciendo las dificultades del terreno, y subiendo á la cumbre de Mantres sobre los cadáveres que dejaba. Aquel ataque era heróico, titánico, temerario; pero nadie retrocedía y mútuamente se animaban para ascender, y ya en la cumbre, hacían fuego á tan corta distancia, que se confundían unos con otros los combatientes.

Un pequeño esfuerzo, á ser posible por parte de los liberales ó un momento de vacilación por la de los carlistas, y la cumbre era de aquellos, y una vez en Mantres se barría á los carlistas, se les obligaba á levantar la línea y á retirarse precipitadamente. El triunfo hubiera sido de gran valor é insigne victoria hubiera conseguido Moriones; pero, envían refuerzos los carlistas, se dan cargas á la bayoneta, y herido el brigadier Minguella, y queriendo Andia dar otro avance, corrió con tres compañías a apoyar a Posada, que se había corrido á la derecha de su primera posición; unióse á él, y entonces recibió orden del general en jefe para que Constitución y Tetuán bajaran al castillo de San Martín, haciéndolo cinco Compañías del primero y una del segundo, y no pudiéndolo hacer el resto porque, empeñado un vivísimo fuego con el enemigo, situado en el bosque de Montaño menor, retirándose ponía en grave riesgo toda la izquierda.

Debilitada ésta por el repliegue de dichas fuerzas, se vió Andia imposibilitado de continuar el movimiento de avance, limitándose á sostener aquellas posiciones hasta que, después de muy anochecido, recibió la orden de replegarse al citado castillo de San Martín. La artillería afecta á la división Andía, después de permanecer dos horas inactivas en Musques por orden del general en jefe y á disposición de éste, se mandó más tarde á la segunda casa de la subida del Montaño, á batir el reducto situado á la izquierda; «pero el camino que conducía á dicha casa estaba tan lleno de acequias, y el fuego enemigo era tan vivo, que sólo fué posible llegar á una pieza, la compañía de la Constitución de la escolta y la sección de ingenieros á la primera casa de la subida del Montaño, con las otras tres piezas; y ya dejada una en la primera casa marchó á buscar camino practicable que le permitiese cumplir las órdenes del general en jefe.» No tuvo esto lugar por la retirada de las tropas, retirándose también la pieza.

En algunos puntos, los soldados, que casi se hallaban ya en la cumbre del Montaño, tuvieron que descender desde sus posiciones, cebándose en ellos los carlistas. Este momento es verdaderamente indescriptible por lo horroroso.

Primo de Rivera, con las brigadas Blanco y Tello, había pasado el puente de Somorrostro, avanzando batiéndose hasta las Carreras, sufriendo una contusión de bala que le hizo dejar el mando por el momento, del que se encargó el brigadier Tello, quien, siguiendo las instrucciones del general en jefe, se limitó á conservar las posiciones conquistadas. Entre tanto, el fuego de la trinchera de San Pedro era horrible; las descargas cerradas se sucedían con una rapidez vertiginosa, que producía bastantes bajas. Llegó la noche, y con ella la evidencia del fracaso; las tropas ocupaban á San Martín y unas casas próximas á San Pedro; pero no estaban en buena posición, y fué peor cuando D. Rafael Alvarez, poniéndose á la cabeza de una compañía del cuarto, cargó hasta las Carreras. Poco después el coronel Dabán solicitaba atacar con su batallón de cazadores á San Pedro Abanto, cuyos defensores estaban sin cartuchos; pero el brigadier Tello, comprendiendo la responsabilidad en que incurría, no concedió el permiso, aun contrariando su propio deseo. Se retiraron por completo los liberales de aquel punto, y hasta recuperaron los enemigos la torre de San Martín. El carlista se envalentonó de tal manera, que ya á pecho descubierto, favorecido por el número, atacó los puestos liberales produciéndose un instante de confusión, en el que ocurrieron grandes desgracias. Los soldados, no obstante, se rehicieron casi instantaneamente, volvieron á ocupar las posiciones anteriores, y el apuro para los carlistas fué grande, porque, en fuego su reserva, no les quedaba gente disponible. Aun hicieron un supremo esfuerzo; se peleó de nuevo; se rechazó á los liberales, y la llegada de la noche y el toque de retirada puso fin á tan sangrienta brega.

En otro ataque que no el de frente al Montaño, hubiera obtenido otro resultado la bizarría con que pelearon los liberales, contribuyendo también lo escarpado y accidentado del monte por aquella ladera, á que la artillería no pudiese jugar debidamente. Como se cubría una línea extensa de operaciones, y no se contaba para el ataque sino con unos 11,000 hombres, no se pudieron dejar á retaguardia tropas bastantes para que, llegando oportunamente de refresco, hubieran dado nuevo carácter á la lucha, impidiéndolo el desorden con que se retiraron algunas fuerzas. Los carlistas cometieron una gran falta, manteniendo en inacción las tropas que tenían destinadas para cortar la línea de comunicación de los liberales. Si hubieran interceptado esta línea, que además de comunicación lo era de retirada, hubieran privado al ejército de su base de Castro, dejándole sólo la del mar; base bien débil tratándose de un mar como el Cantábrico, y de un ejército quebrantado y abatido, que todo tenía que llevarlo de lejos.»



Soldado de cazadores

Esta jornada, que costó á entrambos combatientes más de 2,000 bajas, si no fué un triunfo completo para los carlistas, no resultó ventajosa para los liberales. Moriones, apesadumbrado, manifestó al gobierno que no había podido forzar los reductos y trincheras de San Pedro Abanto; solicitó nuevos refuerzos y su relevo.

«Conservo, decía, las posiciones de Somorrostro y la comunicación con Castro.» El gobierno, accediendo á su petición, dió el mando del ejército al duque de la Torre, y éste, después de haber discutido en consejo de guerra el plan de ataque, reconocida que fué la dificultad de un ataque de frente, dispuso que Loma, libre ya del cuidado de Tolosa, que se había evacuado, y puesto al frente de 9,000 hombres reunidos en Santoña desembarcara en Algorta y Plasencia, cayera sobre Bilbao y atacara por retaguardia las posiciones enemigas. Pero esta operación, muy bien ideada, frustróse á causa de las contrariedades que sufrió la escuadra, y, entonces, otra vez se resolvió el ataque

ataque de frente, según el plan expuesto en Consejo por el general Primo de Rivera. Este general tomó el mando de las tropas que debían atacar la izquierda enemiga, Loma encargóse de embestir el centro y Letona la derecha, apoyando la escuadrilla desde la desembocadura de la ría. El ataque se prolongó tres días, los memorabilísimos días 25, 26 y 27 de Marzo. Las tropas se apoderaron el 25 del barrio de las Carreras y de San Martín, ganando las primeras alturas de la derecha; pero al caer el día, los carlistas consiguieron en este punto trazar una nueva línea y al amanecer del 26 la lucha se renovó sin desventaja para ellos. Ruda y sangrienta fué la jornada de este día. Loma y Letona desde las Carreras y San Martín diéronse la mano y Primo ocupó después de tres cargas á la bayoneta el pueblo de Pucheta que luego hubo de abandonarse por mal situado. La escuadra cañoneó también á los carlistas; pero no se consiguió envolver la izquierda enemiga; ni aún se extendió la izquierda liberal por este lado, á pesar de haberse luchado catorce horas.

El 27, emplazadas nuevas baterías y adelantadas algunas piezas, otra vez se rompió el fuego y avanzaron las tropas. Combinóse el ataque á San Pedro Abanto y Montaño, ganáronse Pucheta y Murrieta; pero los carlistas resistían desesperadamente hasta el punto de saltar del parapeto y luchar al arma blanca; perfectamente atrincherados hacían un terrible fuego á quema ropa que causaba enormes bajas á los liberales. En el infructuoso ataque de estas posiciones, como en Montaño y junto á las Carreras, cayeron centenares de soldados; Primo y Loma fueron heridos, é inútilmente el general en jefe acudió á dar impulso á las columnas. No pudo pasarse de Murrieta, ni de las Carreras, y llegada la noche aquellos campos y barrancos cubiertos de heridos y de muertos, de proyectiles y de armas ofrecían el más terrible cuadro. Quedaron ambos contendientes en las posiciones que ocupaban y desde las cuales casi podían darse la mano. A unos 2,500 se elevaron las bajas de los liberales, á 2,000 las de los carlistas. Algunos batallones liberales quedaron reducidos á menos de la tercera parte. El resultado fué que fracasó la operación; porque aunque el 28 se repitió el fuego por ambas partes, una espesa niebla obligó á suspenderlo.

Entre tanto Bilbao continuaba sufriendo las penalidades del sitio y los horrores del bombardeo, pero á las intimaciones de los sitiadores contestaron los bilbaínos con espartana entereza.

Confiaban éstos en el socorro, y, en caso de no llegar, estaban decididos á sucumbir gloriosamente. La guerra, estaba, pues, á la sazón, reconcentrada en aquella plaza y sus inmediaciones. Como en 1836 era cuestión de vida ó muerte la liberación de la famosa villa. El ministro de la Guerra comprendió que era preciso efectuar un movimiento envolvente sobre la izquierda carlista, y con suma actividad organizó un nuevo cuerpo de ejército que no bajaría de 15,000 hombres, cuerpo que el 29 de Marzo estaba ya formado; dió el mando de él al marqués del Duero, y éste, de acuerdo con Serrano, dispuso mover las tropas de su mando por la formidable posición de las Muñecaz para conducirlo á retaguardia del enemigo, mientras Serrano desde Somorrostro simularía un ataque de frente, extendiendo al mismo tiempo su ala derecha hasta enlazarla con la izquierda del cuerpo de Concha, para flanquearlo y apoyar el ataque. El ejército liberal sumaba en junto 33,000 hombres de todas armas. Comenzó el movimiento Concha el 26 de Abril, y, el 28, después de haber apreciado por sí mismo el terreno, simuló el combate por Carranza para efectuarle por las Muñecaz. Ya estaban prevenidos los carlistas, porque habían interceptado un parte de López Domínguez al Gobernador del Bilbao; así es que opusieron una resistencia enérgica y para ganar las alturas de las Muñecaz fué preciso rudos y vigorosos ataques, repetidas cargas á la bayoneta y grandes actos de heroismo. Concha en persona hubo de acudir por último á exaltar con su presencia á los soldados.

Empero, las alturas ocupáronse; los carlistas quedaron rechazados. Lizárraga, encargado de dirigir la retirada de éstos, bajó á Sopuerta; Elio fuése á Galdames. Concha vivaqueó aquella noche sobre las posiciones tan rudamente conquistadas y al siguiente día preparó el ataque por el estribo que domina la cordillera principal del Valle de Galdames, y en medio de un terrible temporal de agua, realizando una operación tan bien concebida como dificultosa. Elio abandonó entonces á Sopuerta y se concentró en Güeñes como punto céntrico para mejor defensa de Galdames; pero quedó desconcertado al ver que Concha mandaba fuerzas en distintas direcciones, pues no supo el camino que éste se proponía seguir. Cuando se hizo cargo del propósito que abrigaba Concha, era tarde ya para remediar el descuido.

El marqués del Duero iba á dividir al ejército carlista interponiéndose entre Dorregaray y Elio; y, corriéndose hacia Castrejana, antes que los enemigos se retirasen de la línea de San Pedro Abanto, iba á encerrarles entre el mar y la ría y á coparles allí (1). Peleábase entre tanto en la línea de Somorrostro y con fortuna; por la izquierda como por la derecha avanzaba victorioso el ejército; el tercer cuerpo hallábase ya á retaguardia de la línea carlista y Bilbao podía considerarse libre. No quedó á los carlistas otro recurso que emprender la retirada. Levantaron el sitio el 1.º de Mayo, y abandonaron la línea del Cadagua y las posiciones de Castrejana. El 2 de Mayo entró el ilustre marqués del Duero al frente del ejército libertador en la invicta villa de Bilbao. Concha quedó desde aquel momento al frente de las tropas y Serrano regresó á Madrid. «Al general Zabala se debe todo,» contestó el duque de la Torre á cuantos le felicitaban. Estas palabras y la delicada conducta que observó al tratarse de la entrada en Bilbao, honran en verdad la memoria del duque de la Torre.

Los carlistas al abandonar sus líneas tomaron posiciones entre Durango y Galdácano, trazando una extensa línea. Dorregaray tomó el mando y no hizo movimiento alguno hasta el 15 de Mayo en que supo que Concha se movía hacia Vitoria. Entonces destacó á Mendiry para Villarreal. Concha, por su parte, resuelto á batir al enemigo en Navarra, propúsose trasladar su base de operaciones á la línea del Ebro, entre Miranda y Tudela, para penetrar en Navarra por la Ribera y caer sobre Estella. Movió su ejército por Valmaseda, Valle de Mena, Medina de Pomar, valle de Losa, Orduña, Espejo, Subijana y Vitoria.

Efectuó desde aquí varios reconocimientos y se trasladó luego á Logroño. Entre tanto, los carlistas que no dudaban acerca del peligro que corría Estella, acumularon en esta ciudad y posiciones inmediatas todos los elementos de defensa; atrincheraron los montes desde Abarzuza á Erezala y desde Muru á Eraul; lo propio efectuaron desde la falda de Monte-Jurra hasta Estella, prolongando estos atrincheramientos hasta la falda de Monjardín y otros puntos á la derecha del Ega, cuyos puentes volaron, y aun del Arga. Y no se limitaron a defender á Estella, sino que dieron comienzo al bombardeo de Hernani, para distraer á Concha, y despacharon á Lizárraga con algunas fuerzas para Aragón. El marqués del Duero hizo frente á las contrariedades que se le opusieron, trató de cubrir las más perentorias atenciones, trazó el plan de ataque á Estella, redactó sus instrucciones y se trasladó á Lodosa. El 25 de Junio el ejército liberal concentrado en Larraga y Lerín se movió hacia Estella en tres columnas, que llegaron felizmente á las alturas del monte Esquinza.

Formaban nuestras tropas un semicírculo frente á Estella, de la que distaban tres kilómetros, y quedaban á sus espaldas Ciuraqui y Mañeru. Los carlistas, comprendiendo la imposibilidad de comenzar la defensa á larga distancia de Estella, limitaron su línea dispuestos á hacer todos frente si Concha atacaba por un solo lado y á caer sobre la división que se presentara en peores condiciones si dividía sus fuerzas. Al amanecer del día 26 iniciaron ellos el combate que secundó el primer cuerpo.

El resto del ejército no se empeñó por de pronto, esperando la llegada del convoy para racionar al soldado (2). Pero los momentos eran preciosos; el convoy no llegaba, y, ya tarde, en medio de un deshecho temporal y privados de alimentos, tuvieron los liberales que emprender el ataque de Zurucuain, faldas de Montalbán, y Abarzuza. El terreno se conquistaba á fuerza de sangre, porque estaba cubierto de trincheras. Desgraciadamente la demora del convoy dió tiempo para que los carlistas se apercibieran del verdadero punto de ataque elegido por Concha y llamaron á él sus batallones. Al amanecer del 27 el convoy aun no había llegado, y, cuando horas después entró en Montalbán, sólo conducía 10,000 raciones de pan, porque muchos carros quedaron atascados en los lodazales. No se pudo comenzar el combate hasta las dos de la tarde. Entonces, apoyada por el fuego de la artillería, lanzóse la infantería hacia Monte Muru y ermita de San Pedro. La subida por aquellas asperezas, bajo un nutrido fuego de frente y flanco, con un terrible agua-

---

(1) Pirala: *Historia contemporánea*, tomo V.

(2) Este convoy debía haber salido la noche del 25 de Oteiza; pero, mal dirigido por los guías, perdió el camino y fué causa de que el día 26 no se reanudaran las operaciones hasta las cuatro de la mañana. Concha, que se había trasladado hasta Murillo en su espera, exclamaba lleno de impaciencia: «¡Qué dirán en Madrid!» «¿Qué creerán los carlistas al ver que no les atacamos? y sin embargo, no es posible obligar á estos soldados á hacerlo sin tomar alimento »



MARQUÉS DEL DUERO

M. Soler, Editor.

cero acompañado de furioso vendabal, fué muy ruda. El humo de los incendios de Abarzuza, el de la fusilería y la lluvia, impedían ver las posiciones contrarias; lo accidentado del terreno descomponía la formación; á cada paso que se ganaba eran mayores los obstáculos, y aunque se peleaba con brío en todas partes, y aunque se ocupaban algunas posiciones, las reacciones ofensivas de los carlistas hacían retroceder á los nuestros con grandes pérdidas. Concha acometió entonces la empresa de apoderarse del Monte Muru, á pesar de que Echagüe quiso impedírselo. Bajó de caballo y apoyado en el brazo de un ayudante comenzó á ganar la accidentada eminencia. Ya en la altura de la posición púsose á inspeccionar las fuerzas carlistas, y entonces tomó á su pesar la resolución de diferir para el siguiente día el ataque, lisonjeándose de alcanzar un triunfo decisivo. En aquellos momentos una bala le arrebató la vida. Eran las siete y media de la tarde... La batalla cesó. El ejército falto de raciones y privado de su jefe, retrocedió con poco orden y se reconcentró en Oteiza y seguidamente marchó á Talalla. Hasta la mañana siguiente no supieron los carlistas la muerte de Concha. Gracias á esto se evitó un terrible descalabro.

Era el plan del ilustre marqués del Duero muy extenso y decisivo. Su realización podía considerarse segura, pues el ejército se hallaba ya á cincuenta pasos de distancia del enemigo. Sus resultados no se limitaban á la toma de Estella, porque Concha, si hubiese dispuesto de otro cuerpo que por la Solana y los Arcos se diera la mano con la derecha liberal, sin duda alguna que lograra encerrar al enemigo en un verdadero círculo de hierro. El contratiempo del convoy le perjudicó bastante, pero la batalla según confesión de los mismos generales enemigos, dirigióla con admirable inteligencia, y sin duda alguna que á no morir en aquellos críticos momentos, las tropas liberales habrían entrado en la célebre plaza. Cerca de 2,000 bajas sufrió el ejército en este día memorable, mientras los carlistas, protejidos por sus trincheras, apenas perdieron 300 hombres.



Guardia civil

Los sucesos políticos del 3 de Enero de 1874 en Madrid, que de tal modo influyeron en el desarrollo de las operaciones militares en el Norte, produjeron en Cataluña, ó por mejor decir en Barcelona, derramamiento de sangre. Dispuesta por el Capitán general el día 7 la reorganización de la milicia y entrega de las armas, negáronse á esto los republicanos y en número de 2 á 3,000 hombres hiciéronse fuertes el 10 en Sarriá, donde resistieron hasta la una de la tarde del 11 el ataque de las fuerzas del ejército. De la concentración de estas en Barcelona se aprovecharon los carlistas, cayendo la noche del 3 sobre Vich, tomándola á viva fuerza é imponiendo una contribución de 50,000 duros. Pero dominada ya la insurrección republicana, reforzado el ejército de Cataluña con individuos del llamamiento de 1873, el general Martínez Campos emprendió las operaciones ofensivas el 19, marchando con una fuerte columna á Vich, mientras que el coronel Mola se dirigía con otra á Manresa. Pocos días después, aquel general fué reemplazado por el de igual clase D. Rafael Izquierdo. La organización dada á las fuerzas de operación fué la siguiente: en la provincia de Barcelona dos brigadas; en las restantes una brigada en cada una, y en el llano varias columnas sueltas. Como se vé estas fuerzas eran insuficientes; puesto que la facción se presentaba respetable y amenazadora en las cuatro provincias. El 4 de Febrero Tristany se apoderó de Manresa, que poco después recuperó la brigada Mola; el 3 de Marzo los carlistas entraron en Vendrell y á los pocos días abriéronles sus puertas Villanueva, San Sadurní, Villafranca y otras importantes villas. «Con el Panadés abandonado dice un historiador, Igualada en poder de los carlistas, el desfiladero de Martorell no ocupado y Vich también abandonada, aquellos se paseaban impunemente por el llano, ponían en alarma á Barcelona, y las brigadas Medeviela y Cirlot tenían que multiplicarse para proteger á Manresa, Mataró, San Celoni, Granollers, Sabadell y Tarrasa: Berga se sostenía milagrosamente.» No tardó en caer Olot, villa constantemente amenazada por el cabecilla Savalls. El enemigo fué apoderándose de los fuertes exteriores, la milicia atemorizada entregó las armas, el batallón de Manila se concentró en el Hospicio para defenderse, y en esta situación se encontraba, cuando recibió la noticia del desastre sufrido por la columna de Nouvilas en Castellfullit. En este formidable desfiladero habían esperado los carlistas á la citada columna que se dirigía en socorro de Olot. Nouvilas consideró imposible el ataque de frente y trató de envolver las posiciones por las alturas de Oix; pero este movimiento se efectuó con lentitud y las fuerzas liberales viéronse envueltas quedando prisioneras con su general y perdiendo cuatro cañones, las cajas de fondos, y las armas y los caballos. Este suceso produjo gran pánico en todos los pueblos de le provincia de Gerona; se abandonaron muchos, y sólo se conservó á Gerona, Figueras, Puigcerdá y la villa marítima de San Feliu de Guixols. El batallón de Manila capituló en Olot con los honores de guerra y bajo la condición de ir á Barcelona. Como se ve, era muy poco satisfactorio el estado de la guerra en Cataluña al expirar el año 1874. La provincia de Gerona se hallaba casi abandonada, las fuerzas del ejército existentes no bastaban á hacer frente á las facciones, ni podían hacer otra cosa que proteger las plazas del llano.

Savalls, Huguet y Miret en la provincia de Gerona y Barcelona; los Tristanys y Moore en las de Lérida y Tarragona sostenían la guerra con actividad, si bien en las dos últimas no se mostraba el carlismo tan audaz.

El 3 de Abril se hizo cargo del mando superior militar del Principado el general Serrano Bedoya. Dió nueva organización á las fuerzas, trató de restablecer las fortificaciones del llano y de la marina, dispuso que fueran á Berga las brigadas Estéban y Cirlot, y con este motivo las tropas sostuvieron en Prats de Llusanés una acción muy empeñada y ruda, que aunque no de resultados materiales, indudablemente los produjo morales. Sabedor el citado general de que el 12 de Julio Savalls había atacado Puigcerdá, dió orden á Cañás y Cirlot para que acudieran en socorro de esta plaza. Estos dos jefes debían reunirse en Olot, pero Cañás fué rechazado en Castellfullit, y Cirlot que logró penetrar en Olot se vió encerrado y bloqueado en ella por los carlistas y el somatén de los pueblos inmediatos. En socorro de Cirlot salió de Barcelona Merelo, pero fué rechazado, como Cañás, en Castellfullit. Entonces se pensó en acudir con mayores fuerzas á Olot, y el general Serrano Bedoya y López Domin-

guez, que por aquellos días había sido elegido para reemplazarle, dirigiéronse con las brigadas de Arrando, Mola y Sáenz por el Grau de Olot, mientras Merelo de nuevo avanzaba por Castellfullit, logrando esta vez darse la mano con Cirlot (2 de Agosto). Las facciones se retiraron de los puntos que ocupaban haciendo escasa resistencia, y mientras las tropas se hallaban en Olot, efectuaron una algarada por el llano, hasta ponerse en las orillas de Besós. El 17 de Julio es una fecha de tristísima recordación, pues el infame cabecilla Savalls, fusiló en las inmediaciones de Vallfogona 205 prisioneros hechos en Castellfullit.

Hé aquí el número y composición de las brigadas que operaban por este tiempo en Cataluña:

Brigada Sáenz de Tejada:	3	batallones.	4	piezas.	81	caballos	Provincia de Barcelona.
Brigada Araoz:	4	»	1	»	80	»	
Brigada Esteban:	5	»	1	»	80	»	Gerona.
Brigada Macías.	4	»	4	»	50	»	Alta montaña de Barcelona.
Brigada Arrando:	5	»	1	»	100	»	Lérida.
Brigada Salamanca:	2	»	4	»	80	»	Tarragona.

La noche del 15 al 16 de Agosto fué sorprendida la ciudadela de la Seo de Urgel por los carlistas, y al siguiente día Tristany rindió el castillo y la ciudad, haciendo prisionera á la guarnición. Dueños los carlistas de la Seo, se dirigieron á atacar á Puigcerdá, con el objeto de ocupar toda la frontera, lo que les procuraba indisputables ventajas. El 21 dieron comienzo al sitio de la citada villa, construyendo varias baterías desde las que lanzaron más de 900 proyectiles, y al propio intentaron ganarla por asalto, asalto tres veces repetido y por tres veces rechazado con energía por la guarnición y habitantes. El general López Domínguez, decidido á socorrerla, reunió en Vich á las órdenes del general Merelo las brigadas de Araoz y Macías, agregó luego á ellas la de Esteban y tomó el mando superior de la operación, que, por lo importante y bien dirigida, merece conocerse sus detalles. He aquí como la describe el Sr. La Llave en su antes citada obra:

El general López Domínguez llegó á Cataluña al tiempo preciso para acompañar á su antecesor, el general Serrano Bedoya, á la expedición que emprendió á Olot con objeto de libertar á la brigada Cirlot, allí cercada por el grueso de las fuerzas enemigas. De regreso aquel general en Barcelona y cuando se ocupaba de la reorganización de las brigadas de operaciones, recibió la funesta noticia de la toma por los carlistas de la plaza de Seo de Urgel.

La importancia de la pérdida de esta plaza era grande, y á ella se agregaba la aflictiva situación en que quedaba Puigcerdá, villa fortificada, capital de la Cerdeña y situada en la frontera, cuya pequeña guarnición y escasos medios de defensa, así como su situación aislada en medio puede decirse del territorio enemigo, con un terreno muy difícil en todos los caminos que allí conducen, hacían temer seriamente por su seguridad.

En efecto, el 21 de Agosto de 1874, emprendieron los carlistas el sitio de Puigcerdá, rompiendo el fuego contra la plaza con tres cañones de montaña. Avanzáronlos en los días siguientes, construyendo baterías de piedra seca para cubrirlos, y colocaron, además, dos obuses de 16 centímetros, un cañón de 13 centímetros, que era el llamado Deu de Olot, y por último, un mortero de la Seo de Urgel, que no llegó á hacer más que un disparo. Alguna de las baterías era blindada ó mejor dicho, cubierta.

Los carlistas intentaron tres asaltos, pero todos infructuosos. El ensayo que hicieron de cohetes incendiarios tampoco surtió buen efecto.

Las fortificaciones de Puigcerdá eran muy débiles y formadas principalmente por un recinto de tapias con banqueta de madera adosada, pero las inflexiones de aquél sólo proporcionaban un flanqueo incompleto: la plaza estaba artillada con dos cañones rayados de bronce de 8 centímetros largos, otros dos del mismo calibre corto, otro liso de 8 centímetros largo y un obús de 16 centímetros: algunas de las baterías en que estaban emplazadas estas piezas eran de buena mampostería.

El edificio denominado *Casa Fabra*, constituía un fuerte avanzado con dos torreones, y la tapia del jardín aspillerada, conservando sus comunicaciones con el resto de la plaza por una doble caponera de tapial. El ataque se dirigió precipitadamente á este fuerte; uno de los torreones quedó completamente demolido á cañonazos.

El capitán de artillería Correa, consiguió desmontar algunas piezas carlistas, entre ellas el cañón Deu.

En vista de la situación de Puigcerdá, dispuso el general en jefe, que el general segundo cabo, general Merelo, fuese á encargarse del mando de la división que debía ir en socorro de la plaza sitiada, compuesta de las brigadas Macías y Araoz, que se reunieron en Vich.

El general Merelo encontró en Vich grandes dificultades para reunir los medios de transporte, y además, recibió noticias de que el enemigo escalonaba sus fuerzas desde Ripoll á Vich, y se atrincheraba en San Quirse y sus desfiladeros; dió al general en jefe, y éste le ordenó detenerse, averiguar todo lo que pudiese sobre el sitio de Puigcerdá y situación de los enemigos, y esperar los refuerzos que habían de reunírsele.

Para allegar éstos, recibió orden el brigadier Esteban de abandonar la provincia de Gerona, limitándose en ella á la defensa de las plazas y puntos fortificados, y marchar con su brigada á Vich. Al mismo tiempo salía de Barcelona el general López Domínguez, con dos batallones y fuerzas de caballería é ingenieros; reuniéndose en Vich el 30 de Agosto un cuerpo, cuya composición y distribución era la siguiente:

BRIGADA		Batallones...	Secciones de caballería..	Compañía de ingenieros.	Compañía de marina....	Secciones de artillería...	Hombres...	Caballos...	Cañones....	Mulos......	Observaciones.
Cuartel general.		1	4	2	1	»	600	100	»	210	Comprendidos los 144 mulos del convoy de municiones.
Vanguardia..		5	3	»	»	2	2,680	80	4	80	
División.	1.ª	4	3	»	»	2	2,480	80	4	80	
	2.ª	3	4	»	»	2	2,100	100	4	80	
TOTAL....		15	14	2	1	6	7,860	360	12	450	

Tomó la dirección de todas estas fuerzas el mismo general en jefe, como antes indicamos.

La brigada de vanguardia iba mandada por el brigadier Esteban; la división, por el general Merelo y los brigadieres Macías y Araoz, y las fuerzas del cuartel general con el convoy de municiones, por el brigadier Martín López. Era jefe de Estado Mayor general el brigadier Cavada, y el de igual clase Mola y Martínez iba á las órdenes del general en jefe, que deseaba utilizar sus especiales conocimientos del país que se había de recorrer y de la guerra de montaña peculiar que en él se hace.

No estando fortificado Vich para poder dejar allí los enfermos, resolvió el general marchar á Berga, siendo, además, su objeto no atacar por el valle del Ter, donde los carlistas tenían acumuladas sus fuerzas y defensas.

El 31 salía el ejército de Vich y con ligeros tiroteos llegó á Prats de Llusanés, desde cuyo punto el día siguiente se trasladó á Berga, sosteniendo la brigada Esteban un combate de retaguardia con un batallón carlista. El ejército atravesó, pues, el Llusanés sin serias dificultades, lo cual fué debido á la concentración en San Quirse de las fuerzas enemigas, que se trasladaron luego paralelamente al ejército, con ánimo de cerrarle el paso por el alto Llobregat. En Berga se dejaron los enfermos, se racionó el ejército, se le incorporó la compañía de ingenieros que en aquel punto había y emprendieron todas las fuerzas la marcha en la madrugada del 2 de Setiembre. La brigada Esteban, dejando su caballería, marchó hacia Vallsebre por la elevada cordillera que forma la derecha del valle de Llobregat, izquierda por lo tanto de nuestra marcha. El resto de las fuerzas con el general en jefe marchó hacia Pont de Reventí. Sobre esta marcha, dice el general López Domínguez en su parte oficial: «Como V. E. sabe, la marcha de tropa numerosa con repuesto de municiones y por consiguiente con gran convoy de acémilas, por las veredas que se llaman caminos en las escabrosas montañas de este país, es en extremo lenta á causa de marchar precisamente á la desfilada de á uno y de las continuas detenciones de acémilas y caballos, siendo los flanqueos en extremo difíciles y prestándose cada altura, cada desfiladero y cada revuelta del camino á una defensa tenaz, aún por un corto número de hombres apostados con el sólo objeto de causar bajas á las tropas que por tales veredas marchen.

La columna principal llegó sin novedad y sin resistencia á Pont de Reventí. No así la de la izquierda, pues el batallón primero de Barcelona y algunas compañías de otras facciones, al mando de Ramonet, disputaron el paso á las fuerzas del general Esteban en el Coll de Orelle y altos de Corbera y más tarde en los de Paguera; pero atacados resueltamente por dos batallones protegidos por el fuego de la artillería, tuvieron que retirarse, abandonando cajas de municiones y otros efectos.

Entre tanto la columna principal subía la cuesta de Capdevila, no sin ser atacada en retaguardia por pequeñas fuerzas carlistas, que fueron rechazadas, y se concentraba en los altos de Visa, donde descansó la división, mientras hacía lo mismo la brigada Esteban en los altos de la izquierda.

El enemigo en número de 2.000 hombres estaba en posición en las alturas de Serdañola, dominando el paso y desfiladero del puente de Guardiola, que había que atravesar.

Las disposiciones de ataque fueron las siguientes: la brigada Macías debía avanzar en dos columnas de á dos batallones cada una, para atacar las alturas de derecha é izquierda del desfiladero, y la artillería de esta brigada debía romper el fuego al mismo tiempo que la de Esteban, que avanzó con un batallón á una altura más próxima.

Principiado el ataque, el enemigo sostenía un fuego muy vivo de fusilería, presentando seria resistencia á pesar del enérgico ataque de nuestros soldados. Aproximándose la noche, acudió la brigada Araoz en refuerzo de la de Macías, y al anochecer el enemigo se retiraba de todas las posiciones, que fueron ocupadas por las fuerzas del ejército. El cuartel general avanzó hasta San Llorens de Bagá, ermita donde pernoctó con dos batallones y una batería. El resto de las brigadas Macías y Araoz acamparon en las posiciones conquistadas, la de Esteban en las de la izquierda y las de Martín López, en la retaguardia. Las fuerzas que defendieron las posiciones de Guardiola, estaban mandadas por Huguet, y constaba de los cuatro batallones carlistas de la brigada de Gerona. Sabido es lo formidable de la posición, de la que dice Madoz, que pocos hombres pueden detener en ella á todo un ejército.

El día 3 se concentraron las fuerzas en la llanura que hay frente á Bagá, entre el río Llobregat y la sierra de Bascareny ó de Bagá; la brigada Macías



S. Soler, Editor.

GENERALES ESPAÑOLES

continuó ocupando la sierra de Serdañola y algunas guerrillas servian de avanzada en las alturas de la ermita de San Llorens.

La brigada carlista de Tarragona, compuesta de cinco batallones mandados por Moore, ocupaba las formidables alturas y desfiladeros desde Bagá al Coll de Pendix, que es el camino más corto para penetrar en la Cerdeña, y por lo tanto para llegar á Puigcerdá: un combate en aquellos desfiladeros, era muy expuesto á un descalabro por nuestra parte, pues acudirian al poco rato las fuerzas de la primera division, que con su general Savalls estaban en las inmediaciones en la espectativa de nuestros movimientos. Decidió, pues, el general López Dominguez marchar á la Pobla de Lillet, para desde allí forzar el paso de los Pirineos por Castellar de Nuch. Tenía, además, esta marcha las ventajas de poderse proporcionar en la Pobla algunos víveres y bagajes, que hacían suma falta. A la una de la tarde se emprendió el movimiento, marchando la brigada Macías, sin la caballería, por la sierra de Falgás, situada á la derecha de la marcha, y la de Araoz por la sierra de la izquierda, en las mismas condiciones. El cuartel general, la caballería, la brigada Esteban, el convoy y las fuerzas afectas al cuartel general, marchaban por el camino de herradura á orillas del Llobregat.

En este orden de marcha se llegó á las cinco de la tarde á la Pobla de Lillet, villa de unos 550 vecinos, que habia sido abandonada por el enemigo, llevándose todas las caballerías y recursos que habia podido; se alojaron en el pueblo las fuerzas, vivaqueando en las alturas tres batallones de las brigadas Esteban y Macías, para evitar una sorpresa.

Desde la Pobla de Lillet, hay una vereda que conduce directamente al Coll ó Plá de la Anyella, en cuyo camino nos esperaban los carlistas. Decidió, por lo tanto el general López Dominguez, seguir la marcha por el valle del Llobregat, y torciendo de pronto sorprender á Castellar de Nuch de donde con facilidad podia tomarse el paso de los Pirineos, que era la principal dificultad.

Emprendióse la marcha el 4 de Setiembre, saliendo de la Pobla de Lillet, en el orden siguiente: dos batallones de la brigada Esteban, que habian acampado en las alturas de la izquierda de la Pobla, flanqueaban la marcha por las crestas del lado; marchaba en vanguardia la brigada Araoz, seguía el cuartel general, la brigada Esteban, el convoy, con las fuerzas del cuartel general, y cerraba la retaguardia la brigada Macías.

Al llegar á Coll de Cabra torcieron de rumbo las fuerzas, internándose en el valle de Puignés. La marcha era muy lenta á causa de lo escabroso y estrecho del camino, y cuando ya habia pasado toda la columna principal, fué atacada la retaguardia por su flanco derecho por dos batallones carlistas que, estando en espectativa de nuestros movimientos, acudian apresuradamente al ver que en vez de seguir hacia Plá de Anyella, penetrábamos por el Coll de Cabra, en dirección á Castellar de Nuch.

El brigadier Macías hizo que los batallones de Cádiz y reserva de Albacete atacasen la posición que ocupaba el enemigo, que con los disparos de la artillería y un amago de carga á la caballería, se retiró á la hora y media, pudiendo penetrar la brigada en el Coll de Cabra, cuyas alturas ocupó.



Gastador de infantería

Entre tanto, en la vanguardia, la descubierta de la brigada de Araoz, al desembocar por el desfiladero frente al Puig de Castellar, fué recibida con un nutrido fuego, por las fuerzas enemigas que ocupaban la posición. El brigadier Araoz hizo ocupar con tres batallones las alturas de Puignés, que estaban frente al pueblo y las alturas de Castellar de Nuch, lo que se consiguió sin gran dificultad. Situada también la artillería, se rompió el fuego de cañón y fusil contra las posiciones carlistas de enfrente.

Llegado el general en jefe á la altura de Puignés y hecho cargo de la fuerte posición que ocupaba el enemigo, mandó completar la ocupación de las alturas, prolongando nuestra linea por la izquierda y derecha, para evitar los ataques de flanco del enemigo. Seis batallones ocupaban las crestas de la sierra de Puignés y su ladera del lado del enemigo. La brigada Macías ocupó con cuatro batallones las alturas del Coll de Cabra y las intermedias á retaguardia de nuestro campamento, que situado en el valle de Puignés en unos bancales de patatas, fué ocupado por cinco batallones, la caballería, acémilas, hospital de sangre, cuartel general y compañías de ingenieros.

Estas construyeron aquella tarde una batería de piedra seca para dos piezas de montaña, en una estribación de la sierra que adelantaba hácia Castellar, para poder batir mejor el pueblo. Las otras diez piezas se situaron en puntos á propósito, numerosos en nuestra posición, que era muy fuerte.

Los combates de vanguardia y retaguardia retardaron la concentración del ejército. El único alimento de la tropa consistió en algunas patatas asadas. La noche fué fría y húmeda, con niebla y lluvia menuda y como los soldados iban en traje de verano, sin manta y con chaquetilla, fué muy penosa para el ejército; durante toda ella se cambiaron disparos entre los dos campos. El enemigo, que habia reunido casi todas las fuerzas de Cataluña, pues sólo faltaba la brigada de Lérida, que se mantenía con Tristany en las inmediaciones de la Seo de Urgel, tenía en Castellar de Nuch y alturas inmediatas, que formaban su posición, 6,700 hombres, tres piezas de montaña y 140 caballos mandados por Savalls, que había abandonado el sitio de Puigcerdá para acudir á esta batalla decisiva. Con dichas fuerzas ocupaban los carlistas dos líneas de defensa, de las que la primera apoyaba su derecha en el pueblo de Castellar de Nuch, atrincherado con barricadas.

La situación del ejército era bastante comprometida. La victoria para forzar el paso y llegar á Puigcerdá se hacia para él indispensable, no sólo va para libertar á aquel heróico pueblo, sino para evitarse un desastre y tal vez su completa destrucción En efecto, internadas las fuerzas en la montaña, en país enemigo y sumamente escabroso, una retirada era una derrota, pues los pueblos se levantarían en somatén; el repasar los desfiladeros de la Pobla, Guardiola y Vallsebre, era imposible con un ejército derrotado y la llegada á Berga venia á ser muy problemática. Estas consideraciones las hacian todos, pero en vez de abatirse por ellas el admirable soldado español, hambriento y tiritando de frio, pero alegre y confiado, cobraba nuevas fuerzas, se afirmaba en su decisión de vencer al enemigo, por fuertes que fuesen sus posiciones y valientes y numerosas las fuerzas que presentase.

Al amanecer del 5 se concentraron las brigadas. Los cinco batallones de la de Esteban se reunieron en la derecha de nuestra posición, ocultos por la cresta de la vista del enemigo; tres batallones de la de Macías, lo hicieron en el centro, y el batallón de Navarra, de las fuerzas afectas al cuartel general, por la izquierda. Cuatro batallones de la brigada Araoz formaban como reserva, y los dos batallones restantes de las brigadas Macías y Araoz con las compañías de ingenieros y artillería de á pie, debian mantener las alturas de retaguardia y servir de segunda reserva: Las doce piezas de montaña en batería en la sierra de Puignés esperaban el momento de romper el fuego.

El plan consistía en iniciar un ataque en la extrema izquierda, sobre el pueblo de Castellar de Nuch y luego, bajo el fuego de toda la artillería, lanzar de frente los ocho batallones disponibles á apoderarse de todas las alturas, conseguido lo cual, se continuaría la marcha hasta las mesetas despejadas del Pirineo, que una vez coronadas darian el paso á Puigcerdá.

A las siete y media de la mañana estaban las fuerzas dispuestas. La niebla cubría los dos campos y se despejaba sólo por intervalos. La artillería rompió un vivo fuego, y el batallón de Navarra amagó el ataque que se había prevenido, al cual contestó el enemigo con un vivo fuego de fusilería. Un cuarto de hora después al toque de ataque, se lanzaban los ocho batallones de Esteban y Macías, descendiendo al barranco de Castellar como un alud. Una espesa niebla cubría este movimiento.

A la media hora de un fuego vivísimo de fusilería, se despejaba la niebla y se veia á nuertros soldados ir ocupando los caseríos y alturas enemigas y sin detenerse seguir el ataque á las siguientes. Las tropas carlistas, sorprendidas ante aquel violento empuje, se desbandaban arrastrando en la huida á sus reservas; el pueblo y la mayor parte de los caseríos estaban ardiendo. El batallón de la extrema izquierda se reunió en el pueblo á los de la brigada Macías. Disperso el enemigo y libre por completo el campo, que quedaba cubierto por 111 cadáveres carlistas, continuó la marcha en esta disposición La brigada Esteban y el brigadier Macías con dos batallones de la suya, siguieron la marcha ascendente por la derecha hacia el Coll de Tossas. El general en jefe con el resto de la brigada Macías continuó hasta el Pla de la Anyella, donde se le reunieron la caballería, el convoy, las fuerzas del cuartel general y la brigada Araoz. Después de un descanso se continuó la marcha á Puig-

cerdá, á donde se llegó á las nueve de la noche y se tomó algún alimento, pues todo este día lo pasaron las tropas sin haber probado un bocado.

El domingo 6 de Setiembre descansó el ejército en Puigcerdá, donde por la vía francesa pudo comunicar telegráficamente con el gobierno. Se relevó la guarnición, aumentándola y municionándola abundantemente, y se instalaron los heridos y enfermos en los hospitales improvisados.

Las pérdidas totales de los combates del 2, 4 y 5 ascendieron por nuestra parte á unas 250 bajas. En la acción de Castellar de Nuch hubo un comandante, un capitán, un teniente, un alférez y 8 soldados muertos y 179 heridos. El 7 de Setiembre emprendió el ejército la marcha de regreso, salvando el Pirineo por el Plá de la Anyella, y marchando directamente á la Pobla de Lillet. La extensión de la columna hizo que la brigada Esteban, que marchaba en retaguardia, no llegase hasta las doce de la noche.

El 8 salió el ejército de la Pobla, tomando el camino alto de la sierra de Falgás, y siguiendo por las de Malañeu y la Nou, fué á pasar el Llobregat por el puente de Miralles, á 4 kilómetros de Berga.

Pero cuando la brigada Esteban, que iba en la vanguardia, acababa de pasar dicho puente, y la retaguardia, se encontraba aún en las inmediaciones de la Nou, una horrorosa tormenta de piedra y agua descargó sobre el ejército, convirtiendo los caminos y veredas en torrentes. La lluvia no cesaba ni un instante, los relámpagos se sucedían, y habiendo entrado la vanguardia en Berga á las seis de la tarde, era la una de la madrugada cuando llegaban los últimos soldados de la brigada Araoz. Hubo que lamentar muchas caídas, el extravío de tres ó cuatro soldados, varias acémilas muertas y algunos equipajes y efectos perdidos, en los varios tropiezos de los mulos. Se rompieron muchos armamentos y se destrozaron varias cajas de municiones. Al amanecer del 9 salieron 400 hombres de la guarnición de Berga, con el jefe de día, para reconocer el terreno y recoger soldados rezagados, caballos y efectos. La operación que acabamos de describir es á no dudar una de las más notables que se llevaron a cabo en esta guerra. El valor y abnegación del soldado rayaron á gran altura y demostraron sus condiciones especiales, superiores al de otros ejércitos, para la guerra de montaña. Haciendo marchas larguísimas y penosas por el país más escabroso de la península, sin raciones y sin poderse separar un momento de la columna por cansado y enfermo que estuviese, so pena de ser asesinado por los enconados payeses; teniendo que dormir al raso y sin abrigo; combatiendo contra fuerzas superiores situadas en inexpugnables posiciones, escogidas de antemano con gran acierto, para infundir á sus defensores el convencimiento de la victoria y sufriendo el rigor de los elementos desencadenados, supo el soldado hacerse superior á todo, y elevarse á una altura admirable. El general en jefe y sus consejeros demostraron gran inteligencia en la guerra de montaña, perfecto conocimiento del país y sangreíria notables, no arredrándose ante los mayores obstáculos, no desanimándose en las situaciones más comprometidas, y marchando adelante con la constancia y seguridad que dan el saber y la energía. El general en jefe, encontrándose en Berga, que es centro de la alta montaña, decidió aprovechar la ocasión para abastecer dicha plaza y la de Cardona abundantemente. Con este objeto ordenó por telégrafo desde Puigcerdá para que á toda prisa se organizase en Barcelona un gran convoy, que debía ser conducido hasta Manresa por la brigada Sáenz de Tejada.

El 10 salió de Berga la brigada Esteban, marchando á Sallent y Valsareny para proteger la subida del convoy; después tuvo orden de dirigirse á Manresa y de allí á Granollers, desde donde, reforzada, había de volver á la provincia de Gerona. El mismo día subió también la brigada Macías hacia Gironella, donde debía pernoctar, para el 11 ocupar con sus batallones las alturas del desfiladero de Puigreig á Gironella.

El 11 recibió el general en jefe un parte, comunicándole el retraso del convoy, y que una facción de 2,000 con caballería y artillería se encontraba en Moncada, amenazando la capital del Principado. Dispuso, por lo tanto, que la brigada Sáenz volviese al llano desde Manresa, y que la de Esteban marchase por el camino más corto sobre la facción de Moncada.

El 12 llegó el convoy, custodiado por un batallón, que quedó de guarnición en Berga; y el 11 se ocupó la ermita de Queralt, en la sierra que domina á Berga. Durante estos días de descanso, los batallones de la brigada Araoz salieron en pequeñas columnas á los pueblos inmediatos á cobrar contribuciones.

El 13 de Setiembre, salió el cuartel general y la brigada Araoz hacia Cardona. La brigada Macías desde Caserras, donde había pernoctado, envió dos batallones á Suriá y los otros dos marcharon á Cardona.

El 14 de Setiembre marchó la división reunida á Manresa. El 18 llegó el general en jefe á Barcelona, dejando restablecido el espíritu del ejército, relevadas las guarniciones de Puigcerdá, Berga, Cardona y Manresa y ocupada de nuevo á Igualada.

Durante los meses de Setiembre, Octubre y Noviembre las operaciones militares casi puede decirse que estuvieron reducidas á la conducción de convoyes á Igualada y Vich, á la fortificación de algunas villas, al ataque de algunas plazas por parte del enemigo y á algunos movimientos sin importancia. A fines de Octubre se concentraron los carlistas en la provincia de Tarragona, para protejer el paso de Alfonso de Borbón, el hermano de don Carlos, por el Ebro. El 4 de Noviembre fué derrotada una columna en Castellón de Ampurias. A principios de Diciembre los carlistas bloquearon nuevamente á Berga, que fué socorrida por Weyler. El capitán general ordenó en este mismo mes la creación del somatén armado obligatorio en los pueblos del bajo Llobregat, llano de Barcelona y costa de Levante. Se marcó la línea exterior de la zona de somatén que empezaba en Mataró y pasaba por Alella, Premiá, Montmeló, Mollet, Sabadell, Tarrasa, Rubí, Molins de Rey y Prat de Llobregat. También se organizaron milicias locales en muchos pueblos del llano, milicias que en Igualada se elevaron á la cifra de 1,200 individuos. Estas disposiciones cuyo objeto era evitar sorpresas y levantar el espíritu del país, no puede negarse que eran por todos conceptos excelentes, como lo probaron luego los hechos. De este modo terminó el año en Cataluña y en sus últimos días supo el ejército que en ella operaba la noticia de la proclamación de D. Alfonso XII en Sagunto, á la que se adhirió, como las demás tropas.

Las operaciones militares presentaban al finalizar el año 1874 peor cariz en el centro que en Cataluña. Albacete cayó en poder de los carlistas mandados por Santés; Caspe fué entrada por Vallés, y Liria por Cucala. Castellón de la Plana fué estrechamente bloqueada, y Vinaroz cayó en poder del enemigo, lo propio que Sueca y otras poblaciones menos importantes. Sufrió éste á su vez serios descalabros, siendo de los más rudos el que el general D. Eulogio Despujol causó á Marco, pues dió por resultado la disolución de los batallones aragoneses; sin embargo, el estado de la guerra no mejoraba para los liberales en esta parte de España, porque los carlistas, si bien carecían de organización y armamento, ascendían ya á la cifra de 10,000 combatientes. A organizar la guerra en el Maestrazgo y Valencia fué destinado D. Alfonso, hermano de D. Carlos, quien dictó algunas medidas no todas acertadas, sostuvo algunos combates desventajosos y no demostró talento militar en sus correrías. Los carlistas fueron vencidos en Gandesa y en la Pobleta, y fracasaron en el ataque de Teruel; pero en cambio apoderáronse de Cuenca, donde recogieron importante botín y cometieron terribles excesos. De nuevo repitieron sus ataques á Teruel, mas con escasa fortuna, porque el ejército del centro nuevamente organizado y puesto á las órdenes del general Pavía, les obligó á desistir de su propósito, así como de la conquista de Alcañiz. La correrría del ex-oficial del ejército Lozano desde Chelva á Lorca al frente de 500 infantes carlistas y 40 caballos, es un suceso digno de particular atención, pues en un mes recorrió cuatro provincias, hizo frente á las tropas que le perseguían peleando con extraordinaria bravura, entró en villas importantes y recaudó respetables sumas. Cucala efectuó otra de cuatro días, menos aventurada y más lucrativa, por Onteniente, Alcoy y Almansa. Sin embargo, nada estable conseguían los carlistas. La guerra hallábase reducida á estériles combates, continuas marchas, saqueos y sorpresas. D. Alfonso dejó el mando sin haber cambiado aquel estado de cosas. Velasco, que le reemplazó, ni pudo dominar la insubordinación de su gente, ni evitar que el general Jovellar, jefe del ejército del Centro, invadiera el Maestrazgo llegando con sus tropas á puntos considerados inaccesibles. Ni Lizárraga, que sucedió á Velasco, logró dar otro giro á la guerra, porque si bien la división de las partidas produjo gran actividad y complicados movimientos, los resultados no fueron los que se prometía el caudillo carlista.

Poco preocupaba á los que de este bando combatían en el Norte, la situación de los carlistas del Centro. Engreídos por la muerte de Concha y la retirada del ejército, atrevíanse á bombardear á Hernani y Guetaria; satisfechos del triunfo no quisieron seguir el lastimado ejército liberal, prefiriendo fortificarse en su territorio, establecer líneas militares y aislar á las capitales enclavadas en ellas. Sumaba su ejército la elevada cifra de 2,0000 hombres, sin contar los que se hallaban en Vizcaya y Guipúzcoa, y su artillería era ya respetable, por el número de piezas y por el escogido personal que las tenía á su cargo. Sin embargo, cometieron un grave error, que fué permitir la rebaja del servicio para la recolección de cereales y encerrarse en una inmovilidad enervante. Mientras perdían un tiempo y una ocasión preciosa, el marqués de Sierra Bullones, puesto al frente del ejército del Norte, le reorganizaba, le infundía nuevo aliento, avanzaba otra vez, haciendo entrar en línea al primer cuerpo, situado en Artajona, Larraga y Lerín; marchaba con el segundo hacia Logroño y constituía otra vez la guerra, asegurando su base de operaciones y estableciendo almacenes. Ya que el número de sus tropas no le permitiera tomar la ofensiva, atendía al abastecimiento y seguridad de las plazas y dominaba el terreno desde Pamplona á Vitoria, asegurando también á Bilbao. «Para saber estimar lo que el ejército del Norte hizo en cuarenta días, dice un historiador, débese tener en cuenta que el general Concha levantó todas las guarniciones, y fiando á un solo golpe el resultado que se proponía, no se ocupó de establecer ni consolidar su base de operaciones.» Desgraciadamente, motivos políticos obligaron á Zabala á dejar el mando. No fué muy afortunado su inmediato sucesor el general Laserna. La conducción de un convoy á Pamplona, dió lugar á reñidos combates en Biurrum y Mendivil; el socorro



M. Soler, Editor.

GENERALES ESPAÑOLES



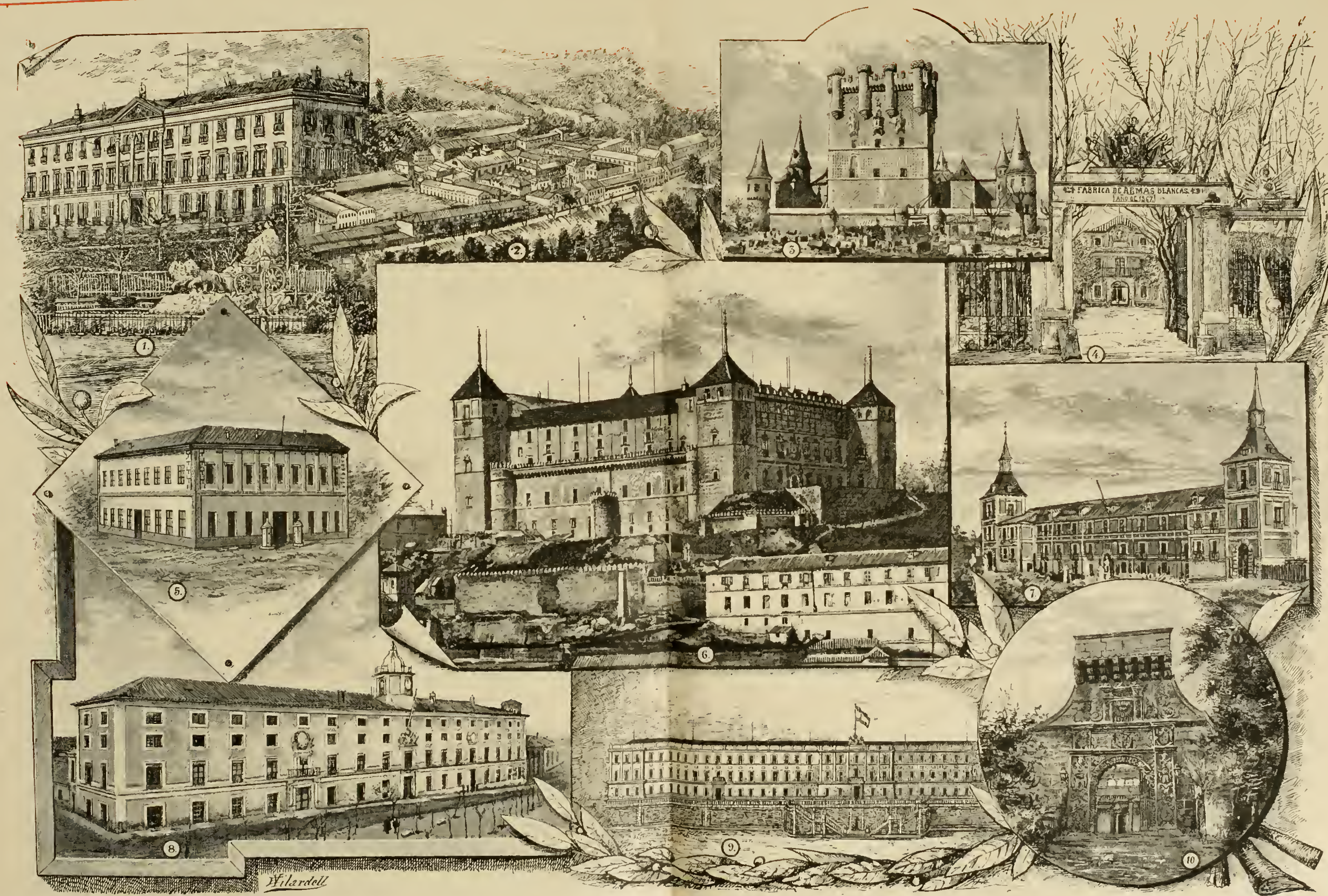




GUERRA CIVIL DEL NORTE EN 1872-76

En marcha.—Tirador de caballería.—Somorrostro (24 Marzo 1874).—En Elgueta. (Apunte del natural.)—A la vista de Tolosa

(Facsímile de una página del Album de D. José Luis Pellicer.)



ESTABLECIMIENTOS MILITARES

1 — Ministerio de la Guerra ✣ 2 — Fábrica de Trubia ✣ 3 — Alcázar de Segovia (antiguo Colegio de Artillería) ✣ 4 — Fábrica de armas de Toledo ✣ 5 — Academia de Caballería (Valladolid) ✣ 6 — Alcázar de Toledo (incendiado en Enero de 1887) ✣ 7 — Museo de Artillería (Madrid) ✣ 8 — Academia de Ingenieros (Guadalajara) ✣ 9 — Cuartel de la Montaña (Madrid) ✣ 10 — Academia del Cuerpo Administrativo del Ejército (Avila)

M. Soler, Editor.

de Irún proporcionó un brillante triunfo al ejército liberal; mas por desgracia éste no pudo ser decisivo á causa del terrible temporal de agua y nieve que impidió ir al alcance de los vencidos, y de la total carencia de víveres que aquejaba al ejército. Fué preciso la retirada á Santander y luego á la línea del Ebro. Peleóse en Guipúzcoa, en San Marcial, en Vizcaya, en Ubedamburo y en Santa Marina; empero, el gobierno preocupábase por terminar la guerra en el Centro y Cataluña, para caer después con la masa del ejército sobre las provincias vasco-navarras, y el ministro de la Guerra Sr. Serrano Bedoya tenía ya trazado un plan de campaña envolvente, cuyo objetivo obligado era el levantamiento del sitio de Pamplona. Para ello esperábase la terminación del invierno y tratábase de ir allegando elementos. No se vieron realizados estos planes por aquel gobierno; pues el 29 de Diciembre de 1874 fué proclamado rey D. Alfonso XII por las tropas de la brigaba Dabán en las afueras de Sagunto. Adhirióse al pensamiento el General en jefe del ejército del Centro y seguidamente las tropas que operaban en el Norte y Cataluña; modificóse la situación política y entró D. Alfonso en Madrid. Como es consiguiente hubo un cambio en los mandos militares. Quesada, que por algunos días se puso al frente del ejército del Centro, pasó al del Norte; Echagüe, que reemplazó en el Centro á Quesada, fué á su vez reemplazado por Jovellar. Las operaciones recibieron grande impulso. Jovellar obligó á los carlistas á concentrarse en el Maestrazgo; Martínez Campos acudió desde Cataluña y se hizo dueño de los castillos de Flix y Miravet; Cantavieja capituló después de siete días de cerco, y Dorregaray, que había medido sus fuerzas en Villafranca del Cid con Jovellar, decidió en consejo la marcha al Norte por el Alto Aragón, con objeto de cambiar el armamento y regresar de nuevo al Centro, quedando solo en Valencia y en el Maestrazgo algunas partidas Con la retirada de Dorregaray á Cataluña y Navarra, y la conquista del fuerte del Collado, se pacificó totalmente el Centro.

Destinado el general Martínez Campos á la Capitanía general de Cataluña y jefatura de este ejército, tomó algunas disposiciones político-militares que hicieron muy buen efecto en el país. La primera operación militar que emprendió fué en dirección de Olot con las brigradas Sáenz y Cirlot.

Entró en esta villa después de una marcha rapidísima y feliz, dejó escalonadas en las eminencias inmediatas las fuerzas por medios batallones, para proteger el regreso; hizo que acto seguido se emprendiesen los atrincheramientos de las alturas y pasos que podían defenderlas y regresó á Barcelona en la madrugada del 18.

La noche de este día los carlistas entraron en Granollers, donde cometieron sus habituales tropelías. No fueron tan felices en Cervera, donde les rechazaron el 16 de Febrero.

En Prades la pequeña columna que mandaba Picazo se batió perfectamente contra las fuerzas triplicadas que mandaba Tristany é hizo una honrosa retirada. Estorbáronse, gracias á la presencia de las columnas, los planes de este cabecilla, y sus fuerzas, que se elevaban á 3,000 hombres, 200 caballos y 2 cañones, hubieron de subdividirse activamente perseguidos por los liberales.

Decidido el general Martínez Campos á realizar su operación sobre Olot, emprendióla el 16 de Marzo partiendo de Gerona con las brigadas Cirlot y Sáenz de Tejada, de concierto con la de Esteban, que á su vez salió de Vich. El general simuló una marcha á Besalú y dirigióse por la sierra de San Clemente á pernoctar en Amer. Esteban se apoderó del Esquirol y quedó frente las posesiones del Grau, que ocupó gracias a un hábil movimiento envolvente, yendo á darse la mano con Campos en el valle de Bas. Esta reunión se ejecutó en San Esteban de Bas con toda felicidad. Seguidamente Martínez Campos avanzó hacia Olot llevando á Cirlot por el valle de Bas, apoyada la izquierda en el Fluviá, mientras que las fuerzas de la derecha iban por las alturas, y en reserva por la carretera marchaba Sáenz. Decíase que Savalls y Lizárraga se disponían á defender la villa; pero tan acertadamente se combinó el movimiento, que Savalls desconcertado por el amago que á Castellfullit hizo la columna de Camprubí, llegada á Argelaguer el 17, quedó indeciso sobre el verdadero punto del ataque, y las tropas liberales casi sorprendieron á los defensores de las posiciones de Santa Cecilia y Nuestra Señora de la Salud, dueñas de cuyo punto dominante, pudo protegerse el movimiento del general Esteban por el Centro, y ocupar sin resistencia á Montalivet y San Francesch. Los carlistas evacuaron á Olot el 18 al medio día y seguidamente entraron las tropas en la villa. Un mes sólo dos más tarde esta operación no hubiese sido posible, á causa de las fortificaciones que en sus alrededores hubiera hecho construir Savalls. Ganada Olot, quedaba el ejército dueño de la alta montaña en la provincia de Gerona, y por consiguiente podía operar con mayor desembarazo; pero, Martínez Campos, conseguido este proyecto, lo completó con la ocupación del desfiladero de Castellfullit, necesario para asegurar la comunicación con Gerona. Fortificáronse la villa y el citado desfiladero, y en el siguiente mes de Abril se emprendió la tarea de dar estabilidad y permanencia á estas fortificaciones que quedaron terminadas en Setiembre y Agosto. Inútil es decir que la operación militar realizada, es merecedora de los mayores elogios.



Sargento de lanceros

Hasta el 30 de Marzo permaneció Martínez Campos en Olot, y hasta el 5 de Abril se mantuvieron en las inmediaciones de ésta Savalls y Lizárraga con la primera división carlista. El 6 de Abril entró el caudillo liberal en Ripoll á viva fuerza. De allí marchó á Prats de Llusanés, Barneda y Berga, desde donde cruzando la sierra del Cadí, dirigióse á Bellver y avanzó hacia la Seo de Urgel para efectuar un reconocimiento, regresando por Puigcerdá y Berga á Manresa, y desde aquí á Barcelona. A fin de mes hizo una nueva expedición á la alta montaña. Sostuviéronse en Abril y Mayo algunas reñidas acciones, desfavorables en su mayor parte al enemigo, y el 7 de Junio, las facciones de la provincia de Gerona reunidas intentaron inútilmente recobrar á Olot.

Era indudable que la causa carlista entraba en el período de su decadencia.

El general en jefe del ejército de Cataluña proyectaba darla

un golpe de muerte apoderándose de la Seo de Urgel; hacía con ardor los preparativos para esta empresa, y de acuerdo con el gobierno, íbase á efectuar una campaña activa y vigorosa para concluir con el carlismo de Cataluña, llevar luego al Norte el mayor número de batallones. A las operaciones del Centro, según el plan del gobierno, debía cooperar el citado general, tomando los fuertes carlistas del Ebro y pasando después este rio para continuar las operaciones en el Maestrazgo con 6 batallones. Este plan, felizmente realizado, produjo la conquista del castillo de Miravet y de las plazas de Cantavieja, Chelva y el Collado de Alpuente. Dorregaray tuvo que abandonar el Maestrazgo y trasladarse con su gente á Cataluña, atravesando el Ebro cerca de Caspe, y Savalls, previendo lo que iba á suceder en Cataluña, y ganoso de apoderarse de Puigcerdá por estorbar el sitio que se proyectaba de la Seo, atacó, el 15 de Julio, esta plaza, con gran brío. La rápida marcha de Martínez Campos, desde Monzón á Lérida y Puigcerdá, estorbó su propósito. La conquista de la Seo de Urgel y de sus fuertes completó la ruina del carlismo. Mientras este sitio tuvo lugar, ocurrieron algunas operaciones y combates poco importantes con las fuerzas de Dorregaray, Savalls, Castells, Gamundi y otros cabecillas; pero como el ejército de Cataluña había sido engrusado con tres divisiones del Centro, y se habia confiado al general Jovellar el cuidado de la guerra, la incesante persecución y la ocupación de importantes puntos, unida á la desmoralización que ya cundia en el campo contrario, mermó las partidas y dejó limpias las provincias de Gerona y Tarragona. Castells hizo esfuerzos supremos, pero se vió acosado por numerosas columnas. Una parte de las facciones del Centro logró pasar á Navarra; el resto se presentó á indulto. El 18 de Noviembre tuvo lugar en todo el Principado el levantamiento general de somatén, medida más bien política que militar y que concluyó definitivamente con las facciones de Cataluña. La rápida campaña de la pacificación del Principado, llevada á cabo en tres meses, es muy notable y digna de ser estudiada como modelo de guerra de montaña.

Volvamos ahora la vista á los sucesos que, á partir del mes de Enero del año 1875, tuvieron lugar en las provincias vasco-navarras:

Las primeras disposiciones que tomó el ministerio presidido por el Sr. Cánovas fueron la reorganización del ejército del Norte, su refuerzo y su puntual asistencia. El joven monarca fué á ponerse al frente de él, y en los llanos de Peralta revistó 40,000 hombres de todas armas. Estas tropas, reforzadas por nuevos batallones, constituían un ejército el más numeroso y brillante hasta entonces organizado. El 24 de Enero, reunido consejo de generales, el jefe de E. M., general Ruiz Dana, explicó sobre el mapa el plan acordado anteriormente y redactó las instrucciones que debian observarse para operar contra las líneas del Carrascal. Estas operaciones emprendiéronse seguidamente marchando Moriones desde Tafalla á San Martín de Unx para envolver la izquierda carlista, y ocupando el 1.° de Febrero los montes de Avinzaco é Izo; Primo de Rivera á la ermita de San Cristóbal, monte Esquinza, Oteiza, Lacar y Lorca; y Despujol á las posiciones de Añorbe y Tirapu, en las que no le fué posible sostenerse, á pesar de la bizarría con que luchó, por las muchas fuerzas enemigas que cayeron sobre las suyas. El movimiento de avance sufrió, el día 2, terrible contrariedad, porque el primer cuerpo, en vez de dirigirse á Astrain, como se habia ordenado, marchó desde Noain a Pamplona, efecto de lo cual quedó á los carlistas expedito el paso del Arga, y pudieron por él retirar su artillería. El 3 se paralizó el avance; Moriones ocupó á Astrain, pero dejó de ponerse en comunicación con el tercer cuerpo; retrasáronse las operaciones de los demás; y los carlistas, bien parapetados en Arandigoyen, dispararon su artillería hacia el frente liberal. Esta falta de concierto dió lugar á la sorpresa de Lácar, sobre cuyos pueblos cayeron de improviso los carlistas, y después de media hora de terrible combate hiciéronse dueños de 2,000 fusiles, las cajas de los regimientos y 3 piezas de artillería, causando 800 muertos y llevándose sobre 300 prisioneros. La sorpresa pudo ser de grandes consecuencias si el enemigo hubiese lanzado hacia Oteiza los nueve batallones que mandaba Argonz. Afortunadamente, Fajardo desde Lorca, Mediavilla y Alday, desde el Esquinza, y otros valientes, como el capitán de ingenieros Hernández, conjuraron el peligro; pero el choque fué espantoso, por favorecerle la oscuridad de la noche, y regáronse los puestos con abundante sangre. Por una y otra parte se cometieron grandes faltas; sin embargo, aunque los carlistas celebran este hecho como un triunfo, no compensaba ciertamente el abandono de las líneas del Carrascal. Los liberales acordaron suspender las operaciones y fortificar los puntos ocupados. El Rey marchó á Pamplona, y por Tafalla y Logroño regresó á Madrid.

No puede negarse que el resultado de las operaciones sobre el Carrascal mejoró notablemente la situación del ejército. La quinta produjo un ingreso de 40,000 hombres en las filas, con lo que se elevó la cifra de aquél próximamente á 230,000,000 hombres. Continuaron, sin embargo, unos y otros contendientes á la defensiva, limitándose á efectuar sorpresas y operaciones rápidas las guerrillas y partidas sueltas, hechos aislados que á nada conducían. Se concibieron algunas esperanzas de paz cuando Cabrera firmó en Marzo el acta de Londres en la cual reconoció á D. Alfonso XII; pero como los jefes que imitaron la conducta de aquél no tenían mando de armas, el resultado de este hecho fué de mayor importancia moral que material. Las fuerzas liberales abandonaron la línea del Oria, los carlistas avanzaron la suya contra San Sebastián, que sufrió los horrores del bombardeo, el incendio y la destrucción de sus edificios.

El 13 de Mayo de 1875 comenzó el sitio de esta plaza y los carlistas arrojaron sobre ella 4,616 bombas y granadas. Para imponerles acordó el gobierno el bombardeo de los puertos de la costa situados entre el abra de Bilbao y Fuenterrabía, pero á este bombardeo, que produjo los consiguientes daños, contestaron los carlistas desde algunos puntos, y el 26 de Mayo una bala enemiga causó la muerte al brigadier de la armada Barcaiztegui.

Era insostenible la inmovilidad en que se hallaba el ejército del Norte y peligrosa su situación, dado el extenso frente que ocupaba; á causa de lo cual acordó el gobierno dar nuevo impulso á las operaciones. Comenzó por atender á Vitoria, y, al efecto, dispúsose que el general Tello condujera desde Miranda un importante convoy. Ocuparon los nuestros á San Formerio, y, no pudiendo avanzar por la carretera, desembocaron en el condado de Treviño, y desplegaron entre siete y ocho de la mañana del 7 de Julio con admirable exactitud, según el plan del general Quesada, consistente en efectuar un cambio de frente, sirviendo de eje la izquierda, y avanzar el ala derecha, atravesar los montes de Vitoria é introducir el convoy en esta ciudad. Los generales Loma, Pino y Tello, conduciendo respectivamente la derecha, centro é izquierda, avanzaron con gran denuedo, conquistando palmo á palmo el terreno. Tello, que sostenía lo más rudo de la lucha, vióse en muy crítica situación por haber agotado las municiones los cuerpos á sus órdenes. Era imposible relevarlos y la línea comenzaba á ceder. En tan terrible trance envió por la caballería, y, ésta, reducida á 98 jinetes mandados por el bizarro Contreras, metióse por las guerrillas enemigas, sembrando la destrucción a su paso, y arrolló á los carlistas, dando lugar á que se rehiciera y reforzara la infantería, y quedara la victoria para los nuestros. ¡Honor eterno á los valientes lanceros del Rey que sellaron con su sangre los campos de Treviño! Sobre 800 bajas experimentaron ambos combatientes. Vitoria fué socorrida, y, aunque los carlistas celebraron el hecho como un triunfo, la verdad es que esta batalla fué para ellos un verdadero descalabro.

Pero el gobierno de Madrid, á la par que atendia á las operaciones militares, no dejaba de dictar medidas conducentes á imponer la paz; tales fueron los destierros de carlistas caracterizados, el incendio de las mieses, la confiscación de bienes, la imposición de tributos, etc., etc. Por su parte, los carlistas tomaban también sus represalias, bombardeaban á Guetaria y á Hernani, interceptaban las comunicaciones de esta plaza con San Sebastián y efectuaban destructoras algaradas. D. Carlos efectuó una excursión por Alava y Guipúzcoa, reanimando la esperanza de los suyos. Movió su ejército sobre Logroño, y Quesada avanzó hasta Villareal y le cañoneó algunas horas. Para asegurar las comunicaciones con San Sebastián, Blanco se apoderó de Montevideo, y Trillo, de Urcabe, Zubelzu y Glaceta. El bombardeo de San Sebastián proseguía haciendo estragos, pues los carlistas habian avanzado más su línea. Para romper ésta ó vencer al enemigo, Trillo necesitaba mayor fuerza y la pedia con urgencia á Quesada, así como éste al gobierno. No fué óbice esto á que los liberales efectuaran algunos movimientos importantes, apoderándose en la sierra de Toloño, de las alturas de San León, Peñacerrada y Bernedo, cuya defensa tenía encomendada á Pérula don Carlos; lo que, unido á la pérdida que el enemigo experimentó de la línea de Alzuza á San Cristóbal, indemnizó al ejército del fracaso experimentado en el ataque de la ermita de la Trinidad. D. Carlos, comprendiendo que su causa iba á experimentar una grave crisis, á la par que dirigió calurosa alocución á los suyos, pidió á Pérula un verdadero plan de campaña. Pérula dimitió poco después y el conde de Caserta tomó el mando del ejército carlista. Componíase éste de 32,976 hombres, 1,769 caballos y 680 mulos, no incluyendo las fuerzas de la Rioja, Cantabria, Asturias y Aragón; la artillería constaba de 80 piezas de campaña y 29 de plaza. El ejército liberal del Norte, reforzado ya con las tropas de los disueltos del Centro y Cataluña, constaba de 121 batallo-



M. Soler, Editor.

EJÉRCITO ESPAÑOL EN 1886

BATIDOR DE CAZADORES DE CABALLERÍA



GUERRA CIVIL DEL NORTE EN 1872-76

El cuartel general antes de avanzar á Oteiza. — Un alto. — Monte Esquinza: En la trinchera. — Campamento de San Cristóbal: La choza del capellán y oficiales de Castilla. — Cañón de batir. — El desayuno. — Tirador del Rey

(Facsimile de una página del Album de D. José Luis Pellicer)



MARINA DE GUERRA ESPAÑOLA

A — Arsenal de la Carraca ✣ B — Colegio de Guardias Marinas (Cartagena) ✣ C — Arsenal de Cartagena ✣ D — Dique de la Campana en el Arsenal del Ferrol ✣ E — Arsenal del Ferrol ✣ F — Armada española.

M. Soler, Editor.

nes, 64 escuadrones, 24 compañías de ingenieros y 37 baterías. Se dividió en dos grandes fracciones: el ejército de la derecha, mandado por el general Martínez Campos y destinado á Navarra; el de la izquierda, dirigido por Quesada y destinado á operar en las Provincias Vascongadas y distrito militar de Burgos. Estos dos ejércitos reunidos eran cinco veces superiores al carlista. Podía presumirse, pues, que la campaña sería decisiva.

Comenzaron las operaciones tomando por base la provincia de Vizcaya y estableciendo la línea del Cadagua á Bilbao Loma concertó con Villegas esta última operación, que surtió el efecto deseado, mientras Quesada estableció sólidamente la línea del Nervión y se abrió el camino de Zornoza á Durango, á donde se retiraron los carlistas dejando libre la entrada á Guipúzcoa y Vizcaya. Pero una vez en Guipúzcoa, el ejército liberal debia romper una línea formidable, pues constaba de más de 100 fuertes ó reductos, baterías y trincheras, hallándose las posiciones muy bien elegidas. Moriones reconoció esta línea, desde la que ofendía el enemigo á Guetaria, Hernani, San Sebastián, Rentería, Pasajes é Irun; comprendió los sacrificios que exigía su conquista, y creyó más conveniente tomar las posiciones de Garate, con lo cual quedó Guetaria libre del asedio. A este punto se trasladó Moriones con 14 batallones, mientras otra división ganaba con sumo esfuerzo las posiciones y reducto de Vidarte. Las posiciones de Mendizorrotz y Arratsain, atacadas con igual vigor, no pudieron dominarse; perdióse mucha gente en su ataque; hubo recriminaciones y quejas, y los carlistas, aunque no pudieron ya abrigar confianzas, celebraron el hecho con repique de campanas. A todo esto, San Sebastián y Hernani seguían sufriendo el bombardeo.

Pero ya Martínez Campos habia emprendido la ofensiva. Después de dictar las órdenes necesarias, dejar á Primo de Rivera instrucciones para atacar á Santa Barbara de Oteiza, y enviar una brigada á amagar á Monte-Jurra, tomó aquel general la dirección del Baztan, y el 29 de Enero ganó las posiciones de Abarzuza y Elcano. Prosiguió su marcha por los altos de Zay y de Zubiri, pernoctó en Saigós, y por el puerto de Egui llegó á Elizondo; pero allí encontróse falto de raciones, lo que le obligó á acercarse á la frontera para procurarse éstas y calzado. Entre tanto, Primo de Rivera se apoderó de Santa Barbara de Oteiza, conquista que produjo mucha sangre, pero que fué excelente para el ejército liberal. Los carlistas, con la entrada de Martínez Campos en el Baztán, tuvieron, desde aquel momento, el enemigo á retaguardia, y su situación agravóse desde el momento en que el general citado se fortificó en Elizondo y apoderó de Dancharinea. Inútilmente trataron de atacar á Campos, Pérula y Caserta unidos, pues una fuerte nevada impidió efectuarlo, y cuando se pusieron sobre Nabarte, las malas inteligencias y disensiones vinieron á empeorar su estado. El ejército de la izquierda avanzó el 4 de Febrero á Durango y á Guernica; los carlistas de Elgueta, á pesar de comprender que en breve se verian envueltos, se defendieron denodadamente en esta posición; pero ocupada que fué, Vizcaya pudo darse por perdida para ellos. Quesada les empujaba con triplicadas fuerzas; Loma les envolvía por completo por Marquina y Elgoibar. De nada les servía parapetarse en los altos de Descarga, Elosua y otras eminencias. Por frente, flancos y retaguardia iban á verse atacados simultáneamente, y en tales condiciones no era posible resistir. Por otra parte, las diputaciones negábanles su asistencia; la idea de la paz se abria camino. Quesada avanzó por Guipúzcoa, ocupando á Vergara; Moriones fué á darse la mano con Loma y Villegas en Azcoitia; la línea liberal se extendió desde Oñate y Mondragón hasta Deva y Zarauz. Las deserciones comenzaban ya en el campo enemigo; los pueblos recibían con júbilo á las tropas.

La noche del 16 de Febrero marchó el rey D. Alfonso XII á Vitoria; el 18 trasladóse a Vergara y el 19 dió una proclama condenando aquella injustificada guerra. D. Carlos, cuyas tropas habian retrocedido a Ormaiztegui para cubrir la linea del Segura, convocó consejo en Beasain y en él acordóse caer de improviso con todas aquéllas, unos 10,000 hombres y 14 piezas de montaña, sobre el flanco derecho liberal que se apoyaba en Mondragón y Oñate. Para realizar este plan se llamó á dos batallones que estaban en el Baztán, cuya ausencia aprovechó Martínez Campos para romper por el punto que ocupaban. Cuando se quiso remediar esta falta era ya tarde. A pesar de todo, marcharon Caserta y otros jefes con algunos batallones á Vera, para cerrar el paso á los liberales; mas no consiguieron su objeto á pesar de las dificultades con que lucharon éstos. Martínez Campos se movió con tanto acierto que consiguió ocupar las formidables posiciones que dominan el camino de Vera; el paso de los Pirineos quedó libre para los liberales, dueños del alto del Centinela; Blanco ganó á la bayoneta á Peñaplata y se estableció en ella; Campos avanzó hasta Vera, y el ejército de Navarra se dió la mano con las tropas procedentes de Guipúzcoa. Peleóse bravamente casi al mismo tiempo en las faldas del Monte Jurra, que ganó Primo de Rivera á costa de 400 bajas; y perdidas estas posiciones acordaron Lizárraga y Caserta abandonar á Estella, en la que entró seguidamente el citado general. Ya no era posible prolongar la resistencia. En un consejo celebrado por los jefes carlistas el 23 en Leiza se planteó francamente la cuestión de finalizar la guerra. Sublevaronse, al saberlo, algunas tropas; pidieron otras el regreso á sus casas; desertaron muchos soldados; la descomposición y el tumulto fueron en aumento. En balde trató Lizarraga, que tomó el mando superior, de conservar la disciplina. Si bien manteníanse algunas brigadas leales, otras desertaban; ni el rigor ni la persecución bastaban á contener á la gente. Decidió entonces aquel general aconsejar á D. Carlos la retirada á la frontera con objeto de ganar el territorio francés si era preciso; hízolo así el Pretendiente, y el 27 abandonó el territorio español regado tan abundantemente en sangre por los suyos. Las tropas liberales fueron ocupando el país; el general Blanco empujó á los que emigraban y recogió no pocos rezagados é importante material de guerra. Pérula y otros jefes se dirigieron a Francia por San Juan de Luz, y el castillo de Población, que fué el ultimo baluarte del carlismo, sostúvose hasta el 2 de Marzo de 1876. Una buena parte del ejército quedó ocupando las provincias que fueron teatro de la guerra; el resto regresó con el monarca á Madrid, por Valladolid, é hizo su entrada en la corte en medio de las mas grandes demostraciones de entusiasmo.

He aquí la alocución dirigida á las tropas por el Rey, cuando dejó el mando del ejército del Norte:

Soldados: No puedo alejarme de vuestra presencia sin manifestaros la profunda gratitud de mi alma. Merced á vuestro esfuerzo ha sucedido á la proclamación de mi nombre, primero, el predominio de nuestras armas, y después la terminación de la guerra civil. Vuestras virtudes militares han restablecido la paz, y me han alcanzado el título más glorioso á que puede aspirar un Monarca.

Cuando ayer, en tierra extranjera, contemplaba lleno de angustia la discordia y ruina de España, sólo me consolaba el considerarme de todo punto ajeno á tanta desventura. Hoy aquel triste consuelo lo habéis convertido en inmenso júbilo, dándome ocasión de remediar desgracias, acontecidas en mi ausencia, y de enjugar lágrimas que, gracias al cielo, no han corrido por causa mía. Debo á la Providencia el haber permanecido lejos del mal, y á vosotros la pura satisfacción de haber contribuído á su remedio.

Gracias, soldados. Grabados quedan en el corazón de vuestro Rey los rudos sacrificios de que habéis dado tan constante ejemplo en la presente guerra. Dios hará que no sean estériles para el bien. Su recuerdo no se apartа nunca de mi memoria: él me estimulará constantemente á cumplir como bueno los altos deberes que la Providencia me ha confiado, y mantendrá viva mi fe en el porvenir de la patria, que bien merece y puede alcanzar un poco siquiera de bienestar y sosiego la que es madre de tan honrados hijos: y harto demuestran los recientes sucesos que las enconadas pasiones, contrarias á la salud de la patria, no han inficionado el corazón del pueblo español, que afortunadamente en los grandes conflictos aparece siempre, como hoy en vosotros, valeroso y sencillo, lleno de abnegación y de bravura, sensible á los estímulos del pundonor y de la gloria, y enriquecido, en fin, de todas las cualidades que forman soldados dignos de este nombre, y capaces de garantizar el progreso y la prosperidad de las naciones

Mejor asunto merecían vuestras proezas que el funesto que os ha dado la guerra civil. Horrible guerra, en que el golpe que se da y el que se recibe, todos causan dolor: desgracia superior á todas; y para mayor amargura de nuestros corazones, sólo España le ofrece ya en el mundo frecuentado teatro.

Espero en Dios que no ha de repetirse, y si común ha sido la pena, los beneficios de la paz que habéis conseguido, alcanzan en cambio á todos los españoles, y á ninguno debe humillarle su derrota, que al fin hermano del vencedor es el vencido.

Soldados: Los ásperos trabajos que habéis soportado, las continuas lágrimas que vuestras honradas madres han vertido; el triste espectáculo de tantos compañeros que gimen en el lecho del dolor ó descansan en el seno de la muerte; todos estos males, aunque espantosos y por todo extremo lamentables, quedan reducidos al espacio de una sola generación; pero fundada por vuestro heroismo la unidad constitucional de España hasta las más remotas generaciones llegará el fruto y la bendición de vuestras victorias.

Pocos ejércitos han tenido ocasión de prestar un servicio de tal importancia. Tanta sangre, tantas fatigas, merecían este premio.

Soldados. Con pena me separo de vosotros. Jamás olvidaré vuestros hechos: no olvidéis vosotros en cambio que siempre me hallaréis dispuesto á dejar el Palacio de mis mayores para ocupar una tienda en vuestros campamentos; á ponerme al frente de vosotros, y á que en servicio de la patria, corra, si es preciso, mezclada con la vuestra, la sangre de vuestro Rey

ALFONSO.

Cuartel Real en Somorrostro, á 13 de Marzo de 1876.»

He aquí ahora la curiosa estadística que en 1877 publicó un importante diario de Madrid:

«En los regimientos hubo los muertos siguientes: 5 coroneles, 11 tenientes coroneles, 11 comandantes, 51 capitanes, 66 tenientes, 50 alféreces, 31 sargentos primeros, 74 segundos, 85 cabos primeros, 79 segundos y 2,070 soldados. Total, 2,553 bajas.

»En los mismos regimientos resultaron 87 jefes heridos, 22 contusos y 10 entre prisioneros y extraviados; 680 oficiales heridos, 217 contusos y 58 prisioneros y extraviados; 10,345 individuos de tropa heridos, 2,222 contusos y 1,953 prisioneros y extraviados. Total general de bajas en los regimientos, 18,127.

»Batallones de cazadores.—En esta arma hubo los muertos siguientes: 3 tenientes coroneles, 4 comandantes, 26 capitanes, 31 tenientes, 32 alféreces, 18 sargentos primeros, 53 segundos, 50 cabos primeros, 35 segundos y 1,020 soldados. Total, 1,272. En estos batallones resultaron ademas 43 jefes heridos, 7 contusos y un prisionero ó extraviado; 324 oficiales heridos, 79 contusos y 22 prisioneros ó extraviados; 5,319 soldados heridos, 1,334 contusos y 1,033 prisioneros ó extraviados. Total general de bajas en los cazadores, 9,434.

»En los batallones de reserva, hubo por muerte estas bajas: 2 tenientes coroneles, 4 comandantes, 7 capitanes, 8 tenientes, 5 alféreces, 3 sargentos primeros, 7 segundos, 15 cabos primeros, 9 segundos y 318 soldados. Total, 379. En el cuadro de la reserva figuran además 11 jefes heridos y 4 contusos, 68 oficiales heridos, 29 contusos y 4 prisioneros ó extraviados y 1,177 soldados heridos, 239 contusos y 283 prisioneros ó extraviados. Total general de bajas en la reserva, 2,194.

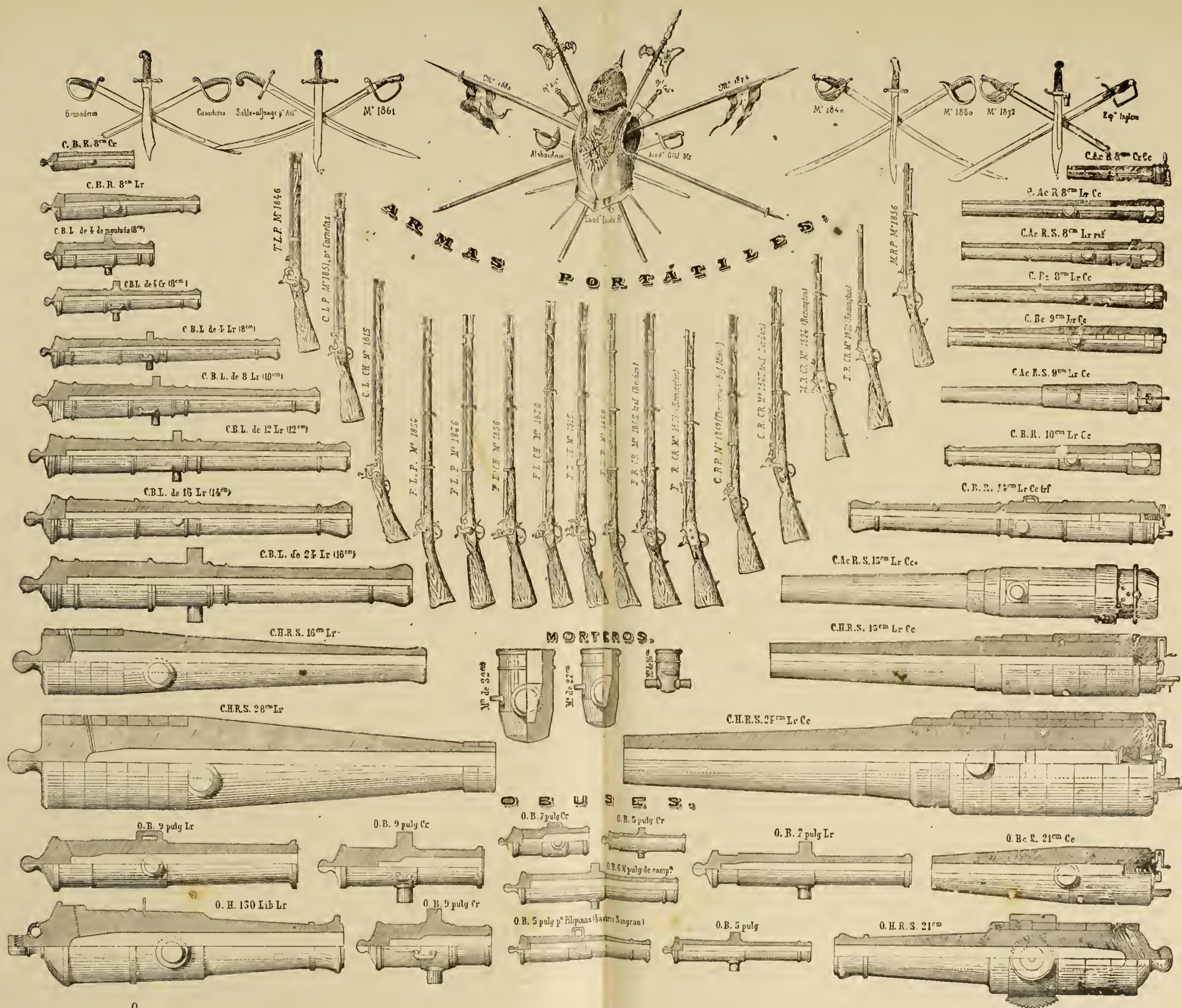
»En los batallones provinciales resultan los muertos siguientes: 1 comandante, 3 capitanes, 1 teniente, 3 alféreces, 1 sargento primero, 3 segundos, 7 cabos primeros, 4 segundos, y 195 soldados. Total, 128 muertos. Ademas, hay que añadir 1 jefe herido, 15 oficiales íd., 11 contusos y 4 prisioneros ó extraviados y 312 soldados heridos, 129 contusos y 147 extraviados ó prisioneros. Total general de bajas en provinciales, 747.

»Sumadas todas estas bajas que hemos clasificado, dan el total siguiente: muertos, 5 coroneles, 16 tenientes coroneles, 20 comandantes, 87 capitanes, 106 tenientes, 90 alféreces, 53 sargentos primeros, 137 segundos, 157 cabos primeros, 127 segundos, 3,514 soldados; total, 4,312 Además fueron heridos 142 jefes, 33 contusos y 11 prisioneros ó extraviados; 1,087 oficiales heridos, 336 contusos y 88 prisioneros; 17,153 soldados heridos, 3,924 contusos y 3,416 prisioneros ó extraviados. Lo que arroja un total general de bajas por todos conceptos, de 30,502 individuos.»

Cuando se reflexiona sobre las aterradoras cifras que arroja esta estadística; cuando se considera que agregadas á ellas las bajas que produjo en uno y otro campo la guerra civil de 1833-40, forman un total de más de un millón de hombres, se entristece y aturde el ánimo; y á la par que se maldicen los horrores de la guerra, se condenan con dureza la ambición y la mala fe de los partidos, la torpeza é imprevisión de los gobiernos, el fanatismo y la saña de los sectarios. Víctimas de aquellos desaciertos y estos fanatismos, han sido los heroicos militares que hallaron la muerte en los helados campos del Norte y en las montañas catalanas, los que cayeron en Somorrostro, en San Pedro Abanto, en Treviño, en las Muñecaz, en Puigcerda y en Seo de Urgel; víctimas no menos ilustres, verdaderos mártires los que sucumbieron atravesados por el plomo asesino en Estella, en Llayers y en Vallfogona. ¡Loor eterno á los que triunfaron! ¡Recuerdo no perecedero á los que perecieron en el campo de batalla ó fusilados por las hordas enemigas! Una vez más ha triunfado la causa de la libertad á costa de preciosa sangre; pero ¡ojalá este triunfo haga más previsores á los gobiernos! ¡ojalá sirva para que se mire con menos indiferencia el estado militar de España! De otro modo, los nombres de aquellas víctimas ilustres no serian, por desgracia, los últimos que la historia de nuestras guerras civiles registrará en sus páginas.



La Paz
Alegoría dibujada por el malogrado artista D. Tomás Padró
(Copia de Moliné)



FUSILES 0 9 8 7 6 5 4 3 2 1 0 METROS

Escala 0 9 8 7 6 5 4 3 2 1 0 1 2 3 4 5 METROS

Artillería

Dibujada por D. J. Génova.

MUSEO MILITAR — M. Soler, Editor



¡Paz entre hermanos!
Alegoría de la pacificación de Cuba en 1878, dibujada por Balaca; copia de Eriz

Breves noticias relativas á las guerras de Ultramar



Voluntario catalán. 1869

Si difícil y ardua es la empresa de trazar un cuadro ó, por mejor decir, un boceto de nuestras guerras de la Península, no es menos arriesgada la de ofrecer, siquiera sea á grandes rasgos, el bosquejo de las guerras sostenidas en nuestras posesiones ultramarinas; porque estas guerras ofrecen todavía puntos oscuros, hechos poco controvertidos, aspectos algo complicados, y no es fácil que puedan narrarse todavía con la apetecida exactitud, ni que pueda emitirse con sosiego la opinión. No han sido, por otra parte, todas estas guerras debidamente estudiadas, ni es posible que se juzgue de ellas con entero conocimiento sin acudir al examen de algunos documentos oficiales y privados, que, razones de conveniencia, vedan dar á luz en tanto vivan los que han intervenido en ellas. Y estas salvedades que en nada afectan a nuestra gloria militar, conviene hacerlas tratándose de un estudio que no siempre deja bien parados el patriotismo, el tino y la energía de nuestros hombres políticos. Basta abrir las páginas de la historia de España en el siglo XIX, recorrer una tras otra las tristes fechas que marcan la pérdida de los imperios que poseíamos allende el mar, y, entrado el último tercio de este siglo, ver nuestra dominación en América reducida á las Antillas y tenazmente disputada aquí. Torrentes de sangre, arroyos de oro representa la conservación de estas hermosas islas; pero nuestras armas no se han movido solamente en las costas americanas; también han combatido gloriosamente en Oceanía y en Cochinchina, pudiendo decirse que, en esta centuria, la bandera española ha flotado en las cinco partes del mundo. Claro está que para sostener guerras tan lejanas se requiere una marina poderosa, la tranquilidad en el país, recursos sobrados, moral y bien organizada administración y gran tino político; y lógico parece, que, faltando todo esto, no podían las guerras de América, terminar favorablemente para España. Al finalizar el siglo XVIII ya hemos visto que Inglaterra intentaba arrebatarnos nuestras colonias, y las tentativas que hizo hasta 1805, creyó que se verían realizadas, después de la pérdida de nuestros bajeles en Trafalgar. Dos expediciones mandó al Río de la Plata en los años 1807 y 1808 y en las dos recibió duro escarmiento gracias al heroísmo y á la pericia del oficial de la armada D. Santiago de Liniers, bizarro defensor de Buenos Aires; empero, nunca el pueblo conoce en balde el secreto de su fuerza. Pasada la embriaguez del triunfo, creyeron los americanos posible sacudir la dominación española, y mirándose en el espejo de sus hermanos del Norte, recientemente emancipados de Inglaterra, y considerando luego la flaqueza del poderío español, no tardaron en lanzar el grito de independencia. Notáronse los primeros síntomas de agitación en Chuquisaca (Mayo de 1809), donde la Audiencia se impuso al presidente Pizarro y asumió al poder supremo; saltó como chispa eléctrica el fuego de la rebeldía desde Chuquisaca á la Paz y á Buenos Aires, cuyo virrey Cisneros, débil ó falto de recursos, no pudo contrarrestar las medidas de la Junta patriótica que se puso al frente del movimiento; y hubiérase propagado á Chile y al Perú, de no haberse encontrado como virrey en Lima D. José Fernando Abascal. Más enérgico que Cisneros, Abascal dispuso una expedición contra Buenos Aires; pero la expedición se vió frustrada por el mal espíritu de las tropas, las que abandonaron á sus oficiales y no tardaron en dar triste muestra de su indisciplina fusilando en la cabeza del Tigre al gobernador intendente Concha, al bizarro Liniers, al obispo Orellana y á otros dos militares españoles. Estas tristes ocurrencias dieron grande osadía á los insurrectos, quienes, dirigidos por el doctor Castelli, representante de la Junta de Buenos Aires, avanzaron por las provincias de Córdoba, Tucumán, Salto y Jujuy, vinieron á las manos con los españoles en Santiago de Cotagaita y en Suipacha, y habiendo sido completamente derrotados éstos en la última acción, no sólo el Potosí, sino las provincias de Charcas y la Paz cayeron en poder de aquéllos. Su triunfo engrandeciólo la circunstancia de haberse rebelado Quito y Chile; y aunque los españoles, mandados por el general Goyeneche, derrotaron á Castelli en Guagui el año 1811, recobraron á Arequipa, Tacua y la Paz, á costa de algunos combates, y pacificó Monteverde en 1812 á Venezuela, estas ventajas fueron efímeras, ya que nuestros caudillos no recibían oportunos socorros de la Península. Lucharon vigorosamente desde 1810 á 1814, Goyeneche, Vigodet, Monteverde, Ramírez, Pezuela y otros generales; consiguieron sobre los rebeldes algunas brillantes victorias; pero hasta la llegada de la expedición española que mandaba D. Pablo Morillo en 1815 no pudo emprenderse una vigorosa ofensiva. La célebre batalla de Viluma (Perú) ganada el 28 de Septiembre de este mis-

mo año por el general Pezuela, dió grandes alientos á los nuestros; pero pronto se vió neutralizada por la derrota que nuestras tropas sufrieron en Cachabuco (Chile), derrota que obligó á retirarse al ejército de Pezuela, en marcha hacia Salto. Prolongóse la guerra sin conseguir los españoles ni los americanos ventajas decisivas, reducida á combates en detall y circunscrita á una esfera muy reducida; empero, la independencia de Chile debía influir de un modo lamentable en ella, y á partir de 1820 la causa española aparece en notoria decadencia. Mas, poderoso por momento el enemigo, se atreve á bombardear nuestros puertos, organiza fuertes columnas, destrozando nuestras heterogéneas tropas y obliga á Pezuela á negociar. ¡Triste manifestación de nuestra flaqueza! Y sucedía esto cuando la mísera España, víctima de las banderías políticas y regida por un monarca pérfido y ruin, ofrecía el cuadro mas deplorable y desdichado...

A semejanza del Perú y de Chile, México había lanzado también el grito de independencia en 1810, y aunque los rebeldes no se presentaron por de pronto con el número y recursos que aquellos dos países, el movimiento de México cundió á Caracas, Nueva Granada y el dilatado virreinato de Santa Fe. La suerte de los combates mostróse en 1810, 11 y 1812 favorable á nuestras armas; pero el desacertado pensamiento del gobierno de Madrid al dirigir la expedición de Morillo en 1815 á Costa Firme, en vez de tomar como base á Buenos Aires, donde su presencia hubiera sofocado la revolución, produjo resultados desastrosísimos. Sometido Buenos Aires y enlazado el ejército expedicionario con el del Perú, podía extinguirse, según todas las probabilidades, el fuego de la rebeldía en la América Meridional; pero no lo consideró de este modo el gobierno de Madrid, y preocupado con la idea de asegurar el istmo de Panamá, llave de entrambas Américas, dispuso que el desembarco de Morillo tuviera lugar en Costa Firme. La primera operación del recién llegado general fué la conquista de la isla Margarita, nido de piratas. Dueño de ésta, se dirigió Morillo á Caracas y Puerto Cabello, y de aquí á Santa Marta para idear y reunir los medios con que reconquistar á Cartagena, de la que se hizo dueño después de algún tiempo de bloqueo. Esta plaza fué elegida como base de operaciones para someter el virreinato de Santa Fe; pero no bien las tropas españolas ocupaban este extenso y rico territorio, la insurrección retoñó á sus espaldas, en Salto, donde se presentó Bolívar y consiguió decisivo triunfo sobre los españoles que mandaba Morales. Todo el territorio venezolano cayó en poder del enemigo (1813).

Las dificultades con que luchaban nuestros generales teniendo que acudir á la vez á los distintos é importantes puntos amenazados, la audacia de los rebeldes, el descuido del gobierno, el antagonismo existente entre españoles y americanos, ciertas medidas más generosas que prudentes dictadas por Morillo, y mil otras circunstancias engendradas por la guerra, hacían que ésta se prolongara con éxito vario, y resultados no decisivos. En México, donde hasta 1818 se había dominado la insurrección, estalló otra dirigida por el joven español Espoz y Mina, que fué en breve sofocada; en Venezuela fué derrotado Bolívar por las tropas de Morales y Morillo combinadas, y en la isla de Santa Margarita, en Portobelo y en Santa Marta también consiguieron nuestras armas señalados triunfos; pero á la vuelta de tales ventajas, la derrota de Bocaya nos hizo perder todo el reino de Santa Fe. Ocurrió por este tiempo en la península española el trascendental cambio político de 1820, y el eco y fama que alcanzó en las regiones americanas, la dificultad de recibir refuerzos de la metrópoli y las tendencias de nuestro gobierno á extinguir con negociaciones el fuego de la guerra, fueron causas que influyeron en las operaciones militares, haciéndolas menos activas é importantes. Redujéronse éstas á correrías, choques y refriegas en las provincias de Cumaná, Barcelona y llanos de Aporre, hasta que el armisticio firmado en Trujillo el 25 de Noviembre de dicho año por Morillo y Bolívar puso término á las hostilidades. Todo aquel territorio pudo considerarse perdido para siempre.

Pero la obra desmoronadora de nuestra dominación prosiguió los años inmediatos. La discordia, inseparable compañera de la desgracia, trabajaba el ánimo de los españoles; el éxito alcanzado en la resistencia envalentonaba á los americanos. Bolívar, aprovechando las discordias que reinaban entre los nuestros, se apoderó de Santa Marta, extendió sus correrías desde Santa Fe hasta Cartagena, puso sitio á esta plaza, rindióla el 24 de Diciembre de 1821 y con ella señoreó el virreinato de Santa Fe. Ya no respetaron entonces los rebeldes el tratado de Trujillo, y cada día mayores en número, concluyeron por anular nuestra preponderancia. Pero mientras nuestras armas se sostenían con harta pena en la provincia de Coro, y Morales y Latorre luchaban con verdadero heroísmo contra duplicados enemigos, el coronel español Itúrbide, con el especioso pretexto de constituir á México en reinado independiente que ofrecía á Fernando VII ó aquel de los príncipes españoles que éste designase, se rebelaba, atraía á sí buena parte de las tropas españolas, y sin reñir combate alguno, empleando sólo frases halagadoras, hacía estériles los esfuerzos de los jefes que intentaron resistir. Cuando llegó á México el general O'Donuju con una nueva expedición, concretóse á ajustar con Itúrbide la capitulación de Córdoba, en la que se consignaba el reconocimiento del nuevo imperio de México, el derecho á la corona de un príncipe de la familia real española y el reembarque de las tropas expedicionarias. Estas, creyéndose, con razón, víctimas de una inicua superchería, trataron de protestar con las armas en la mano; mas oprimidas por el número viéronse obligadas á cejar y á tomar la vuelta de la patria, embarcándose en el puerto de Veracruz (1822). Inútil es decir que el ilusorio derecho reconocido al monarca español en Córdoba, fué un pretexto de que se valió Itúrbide para arrojar de México á sus compatriotas Tan pronto éstos se alejaron, declaróse aquél emperador, y aunque á poco fué precipitado del trono, el imperio no volvió á poder de nuestra patria.

Continuaba, entre tanto, el intrépido Morales luchando por el sostenimiento del dominio español en Venezuela, y a costa de repetidos combates lograba recuperar la provincia de Coro. Pero no obstante el talento, la audacia, la actividad que desplegó en la campaña de 1822, los resultados de sus victorias no pudieron ser fecundos; porque los españoles sólo eran dueños del territorio que pisaban y sus fuerzas extenuadas les permitían apenas sostenerse, cuando menos conquistar. Maracaibo, recobrada en dicho año, fué perdida al siguiente; Santa Fe hubo de ser desamparada, y Morales, falto de comunicaciones marítimas y estrechado por un enjambre de enemigos, tuvo que capitular, si bien en condiciones honrosas, y embarcarse con armas y tren para la isla de Cuba. El pabellón español flotó aún por corto tiempo en Porto-Cabello, plaza que, al verse sin esperanzas de socorro, abrió sus puertas á los independientes (1823).

Engreídos los americanos por las ventajas alcanzadas en los distintos territorios que abarcaba la dominación española, cobraron mayor orgullo desde el momento en que el gobierno de la metrópoli, debilitado por las convulsiones intestinas, se decidió á entrar en negociaciones con ellos. Esta era la mejor prueba de la impotencia a que nos encontrábamos reducidos; é inútil es decir que acogieron gozosos la idea de la negociación, en la seguridad, cuando menos, de ganar tiempo. Marchó al Perú, con objeto de ajustar la paz, el comisario regio Abréu, y tan dócil se manifestó ante las exigencias del independiente San Martín, que hubiera concluído el arreglo de un modo indecoroso, á no haber mediado en las conferencias el general Laserna. Este supo adivinar la astucia del caudillo americano, deshizo sus maquinaciones, y, rotos los tratos, de nuevo se recurrió á las armas. La primera operación de Laserna fué abandonar á Lima, capital del virreinato, y reconcentrar sus tropas en el valle de Jauja, después de dejar bien guarnecido al Callao, única llave de aquellos países que todavía conservaban los españoles. Fué entonces digno de admirar la conducta de aquellas heroicas tropas españolas que, diezmadas por la fiebre, exhaustas y quebrantadas, cruzaban los gigantescos Andes y se abrían al camino del valle de Jauja. Allí consideraba Laserna que se repondrían los 4,000 soldados que tenía á sus órdenes y que en breve podría tomar con ventaja la ofensiva, mientras Ramírez distraía parte de las fuerzas contrarias en el Alto Perú. Desgraciadamente la superioridad numérica de éstas y el talento de algunos de sus jefes, entre ellos el coronel inglés Miller, iba á descargar rudos golpes sobre el ejército de Ramírez. La ocupación de Lima dió grandes alientos á los peruanos, y su ejército, engrosado por momentos, permitióles ir acorralando á los españoles. Para aquéllos era de un interés inmediato la conquista del Callao, plaza marítima que guarnecían 2,000 hombres mandados por el general La Mar; para éstos cuestión de vida ó muerte el conservar esta importante llave del territorio peruano. Pero ¿cómo podía atreverse Laserna á provocar á 12,000 hombres con los 4,000 de que disponía? Hizo, sin embargo, un supremo esfuerzo y organizó una expedición de 2,500 infantes, 900 caballos y 9 cañones que, á las órdenes de Canterac, tomó el 25 de Agosto la dirección de Tuna, cruzó los Andes por senderos horribles y fué á situarse entre Lima y el Callao, después de haber retado

CONDECORACIONES MILITARES ESPAÑOLAS













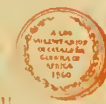











A. Placa de S. Hermenegildo. —**B**. Orden de S. Fernando (venera de la cruz de 1.ª clase). —**C**. Orden de S. Fernando (venera de la cruz de 2.ª clase).—**D**. Medalla de Joló (Filipinas).—**E**. Medalla de Puigcerdá.—**F**. Cruz de S. Fernando.—**G**. Cruz de S. Hermenegildo.—**H**. Medalla del sitio de Bilbao. —**I**. Medalla de las Tunas (Cuba).—**J**. Medalla de sufrimientos por la patria.—**K**. Medalla de Alfonso XII.—**L** Orden de S. Fernando (venera de la cruz de 4.ª clase).—**M**. Medalla de la campaña de Cuba.—**N**. Cruz del Mérito Naval.—**O**. Orden de S Fernando (venera de la cruz de 3.ª clase).—**P**. Cruz blanca del Mérito Militar.—**Q**. Cruz laureada de S. Fernando de 2.ª clase.—**R**. Cruz roja del Mérito Militar.—**S**. Cruz del Mérito Militar roja de 3.ª clase.—**T**. Medalla de la guerra de Africa.—**U**. Medalla acuñada en honor de los voluntarios catalanes en 1860. —**V**. Cruz del Mérito Militar blanca de 2.ª clase.—**X**. Cruz roja del Mérito Naval de 3.ª clase. —**Z**. Cruz blanca del Mérito Naval de 2.ª clase.

M. Soler, Editor.

en balde en Pampagrande al ejército de San Martín. Canterac tenía orden, caso de que el enemigo no aceptara la batalla, de desmantelar las fortificaciones del Callao, retirar la guarnición, armamento y municiones, y volver a incorporarse a Laserna; pero el gobernador del Callao se opuso á este acuerdo, y Canterac se vió en situación por extremo comprometida, obligado á emprender otra vez el camino de Jauja y expuesto á perecer de miseria ó aconchado contra las murallas del Callao. Si admirable fué su marcha hasta las cercanías de esta plaza, no menos asombroso, aunque sí más triste, fué su regreso; porque acosado de enemigos por todos lados, aunque logró incorporarse á Laserna, perdió en el camino lo más florido de su gente. Aquella operación sólo sirvió, como se ve, para mermar el ejército español. El Callao, falta de bastimentos, no tardó en capitular, y Laserna sólo conservó en el Bajo Perú el valle de Jauja y la ciudad de Cuzco. Los desastres que experimentaron por este tiempo los españoles en Chile, la sublevación de la villa del Potosí, la infausta batalla de Pichincha, que puso el reino de Quito en poder de Bolívar, y la pérdida de las fragatas españolas *Prueba* y *Venganza*, fueron muy rudos golpes para nuestra causa. Fué también de triste augurio el regreso á la Península del general Ramírez, que tan hábilmente había procedido en el Alto Perú. Sin embargo, el ánimo de Laserna no se abatió por tan repetidas contrariedades. Fiaba todavía en las ventajas que tienen la instrucción y la disciplina sobre el número, y gracias á ellas no tardó en conseguir las brillantes victorias de Ica, Torata y Maquehua, en la última de cuyas batallas fué completamente deshecho el ejército peruano. Allí combatieron con heroísmo Canterac, Valdés, Atmeller y Espartero, joven coronel que más tarde debía alcanzar señalada gloria en los campos de Navarra; allí hicieron prodigios de valor nuestros soldados. Pocos días después de esta victoria, la ciudad de Lima fué momentáneamente ocupada por Canterac.

La situación en que se halló entonces Laserna, si políticamente ventajosa, no lo era tanto militarmente considerada; porque para considerarse pacífico poseedor de Lima, érale preciso apoderarse del Callao. Dió orden á Canterac para que bloqueara esta plaza; mas como no era presumible se rindiera pronto, encontróse con la base de su línea muy debilitada, á causa del movimiento progresivo de Canterac, y por lo mismo muy fácil de ser rota por el enemigo. Este había decidido, en efecto, atacar aquella base, contando con el auxilio de las tropas de Chile y de Colombia, y su plan de operaciones, consistente en interponer un escogido cuerpo entre Laserna y Canterac, y descargar sobre uno y otro un golpe decisivo, mientras otras divisiones contribuían á hostigar y batir en detall á los españoles, no podía ser más acertado. Para inutilizarlo se requería gran talento militar, y bien puede asegurarse que la campaña de 1823 en el Perú, puede presentarse como modelo entre las notables acaecidas durante el primer tercio de este siglo. Novecientas veinte leguas recorrieron las tropas hispano-peruanas á las órdenes de Laserna, y con sus acertadas maniobras, su denuedo y su entusiasmo lograron vencer á sus contrarios, en repetidos y desiguales combates. Al año siguiente la plaza del Callao cayó otra vez en poder de los españoles, á quienes abrió las puertas la guarnición sublevada; Lima volvió á ser ocupada; las poblaciones se sometían voluntariamente al vencedor, y todo auguraba la recuperación pacífica del territorio. Sin embargo, poco duraderas debían ser tales ventajas. La rebelión del general español Olañeta encendió la guerra entre los españoles y destruyó el fruto de sus victorias. Bolívar se aprovechó de ella para tomar nuevamente la ofensiva; derrotó á Canterac en Junín y avanzó victorioso contra el virrey Laserna, quien puesto entre la alternativa de atacar á Olañeta ó librar una batalla con los peruanos, reunió cuantas tropas tuvo á mano, y fué al encuentro del enemigo, que á las órdenes del general Sucre se hallaba entre Andahuailas y Albancay. Rehuyó éste el combate, y Laserna maniobró hábilmente por su flanco para comprimirle, como lo consiguió por fin, con el concurso de algunas tribus indias. Pero cuando Sucre se hallaba en la más crítica situación, próximo sin duda alguna á rendirse por la falta de víveres, cometieron los españoles la grave falta de atacarle en las ventajosas posiciones que ocupaba. El día 7 de Diciembre de 1824, fueron teatro los campos de Ayacucho de la memorable batalla a la que debió el Perú su independencia Combatieron las tropas españolas con valor, pero con arreglo á un plan poco acertado, consistente en ataques sucesivos, lo que ocasionó su derrota después de algunas horas de lucha. El brillante y disciplinado ejército que mandaba Laserna fué deshecho del modo más completo y ni aun pudo reunirse un núcleo de tropas con el que efectuar una retirada formal. Fué preciso firmar una capitulación; capitulación que, según frases de un historiador militar, hubiera parecido honrosa, de no perderse por ella un rico y dilatado imperio; y en balde trataron algunos heroicos españoles, como el gobernador de Cuzco, de rechazar la capitulación y continuar resistiendo; en vano el mismo Olañeta, tardíamente desengañado, quiso hacer frente á los independientes. Cuzco cayó en poder de éstos; Olañeta recibió la muerte en un infausto combate dado en la quebrada de Tumusla, y la plaza del Callao, que resistió brillantemente por espacio de un año el asedio del enemigo, hubo de rendirse al fin el 11 de Mayo de 1826. El héroe del sitio del Callao fué D. José Ramón Rodil; pues supo arrostrar con espartana entereza todos los peligros y calamidades de un asedio prolongado, calamidades que aumentó un terrible bombardeo, el hambre, la peste y la rendición. Cerca de 8,000 personas perecieron en este sitio; 74,000 balas de cañón, obus y mortero, y 34,700 tiros de metralla se dispararon contra el Callao. La capitulación fué de las más honoríficas que pueden concederse á los defensores de una plaza.

No podía menos de ejercer el desastre de Ayacucho, como puede suponerse, funesta influencia en las demás provincias en que todavía dominábamos. La de Chiloe, distinguida por su fidelidad, puesto que había facilitado grandes recursos á Pezuela y desbaratado una expedición dirigida en 1822 por el independiente Freire, se vió entrada nuevamente en 1826, y el pequeño ejército que pudo levantar el gobernador español Quintanilla, arrollado por tropas superiores, hubo de capitular después de haber defendido palmo á palmo el terreno. Como en Ayacucho, se aseguraron la vida y propiedades de los vencidos y se brindó con el pasaje á la Península á cuantos quisieran regresar á ella; pero con la única diferencia de que los vencidos de Chiloe no se sujetaron al compromiso de no mover sus armas á favor del monarca español. Epílogo de la heroica resistencia hecha por los españoles en América, fueron las campañas de los comandantes Senosiain y Arizabala en Arauco y en la Guaira. Sostúvose el primero hasta principios de 1828, y el segundo hasta entrado el año 1829: uno y otro son dignos de un honroso recuerdo, y sin duda alguna que la historia puntal de sus asombrosos hechos, es una de las más interesantes y terribles que registran las guerras de América en el presente siglo. Aquellos dos hombres abandonados á su destino, sin esperanza de socorro ni de recompensa, tremolaron los últimos el pabellón español en las regiones de la América meridional; riñeron encarnizados combates, realizaron hechos homéricos, y merecen que la posteridad grabe su nombre casi al lado de los héroes que pusieron los primeros la planta en aquellos países. Algo mas de tres siglos se había prolongado nuestra dominación en el continente americano.

Reducidos los dominios ultramarinos de España en América á las islas de Cuba y Puerto Rico; en Oceanía el archipiélago filipino, y en el golfo de Guinea á las islas de Fernando Póo, Annobón y Corisco, aun podía considerarse nuestra patria poseedora de alguno de los más espléndidos florones de su destrozada corona; porque tanto la gran Antilla como el Archipiélago filipino por su especial situación geográfica, por su riqueza y por la hermosura de su suelo, podían contribuir en alto grado al desarrollo de la riqueza nacional, á la prosperidad de su comercio y al fomento de los intereses mercantiles. Pero la desacertada gestión político administrativa de nuestros gobiernos por un lado, por otro la semilla del separatismo que germinaba como en terreno abonado en las islas americanas, debían producir tristísimos resultados. Las expediciones filibusteras organizadas en los Estados Unidos á partir de mediados de este siglo, comenzaron á amenazar la tranquilidad publica en las Antillas; los agios, los fraudes, la inmoralidad administrativa, mal crónico «que iba creciendo en la isla de Cuba como la sombra de Edipo,» a perturbar los ánimos; y ciertas manifestaciones mal rebozadas de la opinión pudieron considerarse como presagios de días de lucha. Mostráronse enérgicos algunos capitanes generales en sofocar las tentativas de rebelión, procedieron con vigor fusilando a los filibusteros y deportando á gran número de ellos; trataron otros de acometer la obra de una sana y radical reforma; pero sus esfuerzos hubicron de estrellarse ante las

exigencias y los compromisos de la política; y gracias á ello, el partido llamado reformista en el que figuraban los mayores enemigos de la integridad española, fué adquiriendo gran vuelo. De las debilidades del gobierno, de los desaciertos é inmoralidades de la administración, debía ser fruto, en días no lejanos, una guerra larga y penosa como ninguna.

En las islas Filipinas, donde se luchaba con la hostilidad del elemento indígena, la piratería exigía de las autoridades militares grandes cuidados, y para atajarla, organizáronse expediciones á la costa meridional de la isla de Mindanao, se castigó á los moros de Joló, y se fundó no sin grandes contrariedades, vicisitudes y combates, el establecimiento de Pollok que enlaza á Davao con Zamboanga. Establecióse en Mindanao un gobierno general, y desde esta isla extendióse la influencia española á las islas vecinas y costas inmediatas por medio de las misiones. El martirio del obispo Sampedro, el de Díaz y otros misioneros, cuyas exhortaciones producían grandes frutos en los poblados dominios de Annam, produjo en 1859 la famosa expedición franco-española á Cochinchina, con objeto de castigar aquellas crueldades y establecer la libertad del culto cristiano. ¡Gloriosa página aquélla para los militares españoles, pero triste y poco honrosa para nuestros diplomáticos! Allí marchó un florido cuerpo de tropas á las órdenes del bizarro coronel Palanca, y aquel puñado de héroes que en todos los combates llevó la mejor parte hasta ser presentado en una orden del día *como modelo de valientes*, no pudieron recabar para su patria otra cosa que la honra de haber figurado en vanguardia de las tropas. España obró en esta expedición con toda sinceridad; Francia, á la que confió cándidamente el mando de la expedición, declaró terminada la guerra que nuestra patria debía buscar en otro punto del imperio annamita, la compensación de los sacrificios que había hecho; pues Saigón y lo conquistado le pertenecían. Ajustóse la paz á fines de 1862, estipulándose la protección á los misioneros y una indemnización de los gastos de guerra; y Francia quedó dueña de tres provincias. Renováronse las hostilidades, por no cumplir los annamitas la primera condición del tratado; otra vez salieron triunfantes las armas aliadas; se ratificó el tratado, y los españoles regresaron á Manila orgullosos de su proceder, aunque poco satisfechos de las ventajas obtenidas. A esto se redujo la famosa expedición, cuyo recuerdo trae á la memoria el grabado de la página 729. Su autor, D. Serafín Olave, digno oficial del ejército que tomó parte en ella, remitió el dibujo original á la ilustración *El Mundo Militar*, que aparecía en Madrid por esta época; y al reproducirlo en nuestra obra, consagramos un doble tributo al soldado y al escritor.

¿Qué decir aquí de la no menos célebre expedición á México en 1861? Ahora que los hechos han podido apreciarse friamente; ahora que han transcurrido algunos años desde aquel suceso: ahora que ha muerto el ilustre general español que en él intervino, sólo nos cumple ensalzar la conducta habil y enérgica y patriótica de D. Juan Prim, quien demostró en aquellas circunstancias una sagacidad digna del más consumado diplomático. ¡Ojalá en todas ocasiones se inspirase la política española en tales ejemplos!; porque si el acierto con que procedió el general Prim en México evitó á nuestra patria serios compromisos, la desgraciada anexión de la isla de Santo Domingo (Marzo de 1861) acarreó una guerra empeñada y estéril, ya que a la postre hubo de abandonarse aquella isla (Mayo de 1865). No se avino el gobierno de Haiti á la anexión, por más que la solicitara la mayor parte de los habitantes de la isla; y con el apoyo de los elementas contrarios á España comenzó la lucha Mandáronse á Santo Domingo tropas españolas de la isla de Cuba, pero, contra lo que era de presumir, sostúvose aquélla; y aunque los insurrectos fueron derrotados distintas veces, el resultado no correspondió á las esperanzas del gobierno, ya por lo mortífero del clima, ya por el número de tropas que se destinaron á la isla, ya porque no siempre se emplearon éstas con acierto. Cupo al general Gándara nombrado en 1864 capitán general de la isla, la gloria de vencer al enemigo en Montecristy, en cuyo pueblo fortificóse y artillóse, presentando reunidas sus fuerzas en número de 3,000 hombres (11 de Mayo); y la de arrollarlos otra vez en Peña Plata, causando tal pánico en sus filas que se avino á negociar, y aun algunos jefes se entregaron condicionalmente. Sin embargo, la guerra prosiguió con nuevo furor, y aunque nuestros soldados se portaron como buenos, el gobierno de la Metrópoli, disgustado del sesgo que tomaban los sucesos, ordenó la evacuación de la isla, que comenzó en 28 de Mayo 1865 y terminó el 13 de Junio del mismo año. El militar que quiera estudiar esta campaña, debe acudir á las *Memorias* publicadas por el general D. José de la Gándara y á varios escritos de época, entre otros al notable estudio publicado por el Sr. González Tablas. Costó á España aquella guerra unos 392 millones y 30,000 soldados.

Desgraciadamente, para los intereses españoles en América, no consagraban nuestros políticos al gobierno interior y á la administración de las colonias los serios cuidados que ellas requerían. Continuaba germinando en las Antillas la semilla del separatismo, favorecida por las torpezas é ineptitud de las autoridades, y el desasosiego y turbación que reinaba en la metrópoli; y, en 1868, tremoló por fin la bandera roja de la insurrección en Puerto Rico. El peligro se presenta con toda su gravedad, pero el gobierno español y las autoridades no supieron apreciarlo así; y la insurrección en apariencias sofocada en Puerto Rico, no tardó en retoñar potente en la isla de Cuba, donde se puso al frente de ella D. Carlos Manuel de Céspedes. Céspedes se levantó nueve días después de la batalla de Alcolea, sostuvo en Yara, al siguiente de haberse alzado en armas, el primer choque con las tropas, y desde aquel instante comenzó á formalizarse la guerra. Los rebeldes, dispersos por el momento, reuniéronse al siguiente día; levantáronse nuevas partidas en las jurisdicciones de Jiguani, Holguin, las Tunas y Bayamo, donde entró Céspedes con 5,000 hombres, y allí dió este cabecilla una proclama en que anunciaba claramente sus miras. Entonces salieron de su letargo las autoridades superiores, entonces hubo que estudiarse el plan de campaña, allegar elementos y dictar medidas enérgicas para emprender la persecución. Por desgracia, había departamentos casi desguarnecidos, los gobernadores militares cometieron graves faltas que dieron mayores alas á los insurrectos, y, para colmo de males, el mismo capitán general apresuróse á presentar como insignificante el gravísimo movimiento que se estaba realizando. Tales fueron los comienzos de la rudísima y terrible guerra sostenida desde 1868 hasta 1878, guerra potente casi desde un principio hasta mediados del año 1870, decadente desde 1870 hasta fines 1871, muy abatida desde fines de este año á mediados de 1872, reanimada y progresivamente poderosa hasta 1874, activa y vigorosísima hasta fines de 1876, y otra vez en decadencia hasta 1878, en que al hacerse en Junio la paz, se hallaba ya completamente desorganizada. Algo se ha escrito sobre esta guerra, aunque no lo suficiente para poder, en vista de lo publicado, redactar su historia; muy contradictorios juicios se han emitido también acerca de la misma; consideraciones opuestas se han hecho por los que en ella han tomado parte acerca del sistema de operar, apreciaciones distintas sobre la organización; y esto dificulta bastante aquel trabajo definitivo. Por otra parte, no es fácil escribir sin pasión acerca de algunos sucesos (1). No trataremos, pues, tan siquiera de hacer un resumen histórico de esta guerra, y sí sólo de bosquejar su fisonomía y dar cuenta de algunos hechos de armas que la caracterizan. El levantamiento de Yara, contra lo que es de suponer, sorprendió al gobierno español, que contaba en Cuba con escasas fuerzas, pues aunque el ejército de la isla constaba de veinte batallones de infantería, dos regimientos de caballería, dos de artillería, uno de ingenieros y algunas fuerzas de guardia civil, estos cuerpos tenían poca fuerza efectiva, hasta el punto de que apenas podían presentar en campaña de 6 á 8,000 combatientes. La autoridad militar de Bayamo (que era la más cercana), al saber lo ocurrido en Yara, como no tuviera a sus órdenes más que un batallón de infantería y un escuadrón, dispuso que salieran algunas compañías y algunos jinetes á sofocar la rebeldía; pero mientras estas tropas se dirigían á Yara, las partidas insurrectas entraron en Bayamo y se apoderaron de esta plaza. Apenas llegó esta noticia á oídos de los jefes militares de Manzanillo y Cuba, dispusieron ambos que una columna saliera de los respectivos puntos á recuperar á Bayamo; mas como la fuerza de cada columna no llegaba á 500 hombres, después de sostener varios combates en los trayectos de Manzanillo á Bayamo, y de Bayamo á Santiago de Cuba, tuvieron ambas que retirarse sin haber conseguido su objeto. Los insurrectos atacaron seguidamente á Manzanillo, Holguín y Tunas, cuyos pueblos se defendieron tenazmente, y el gobernador militar de Puerto Príncipe despachó en socorro del último 50 infantes y 60 caballos, que por distintos caminos entraron

(1) Tal sucede con algunos Documentos justificativos y Memorias relativas á dicha guerra, y con casi todos los folletos publicados por individuos del partido separatista.



PRENSA MILITAR ESPAÑOLA

REVISTA MILITAR ESPAÑOLA
Fundada en 1879 (Depósito de la Guerra.)

MEMORIAL Y REVISTA DE CABALLERÍA. MEMORIAL DE SANIDAD DEL EJÉRCITO Y ARMADA. BOLETÍN OFICIAL DE LA GUARDIA CIVIL. BOLETÍN DE LA ADMINISTRACIÓN MILITAR. REVISTA DE ADMINISTRACIÓN DE MARINA. MEMORIAL DE CABALLERÍA. REVISTA GENERAL DE MARINA. MEMORIAL DE INFANTERÍA. MEMORIAL DE INGENIEROS.

REVISTA CIENTÍFICO MILITAR
Fundada en Barcelona, por D. A. del Castillo, en 1876.

ESTUDIOS MILITARES
Fundada en Toledo, por D. Casto Barbasán, en 1882.

BOLETÍN DE LA ADMINISTRACIÓN DE LA ARMADA. BOLETÍN DE MEDICINA NAVAL. BOLETÍN OFICIAL DEL CUERPO DE INFANTERÍA DE MARINA. MEMORIAL DE ARTILLERÍA.

DIARIO MILITAR. LA ACADEMIA MILITAR. EL AMIGO DEL SOLDADO. EL PROPAGADOR DEL ARTE MILITAR. EL ECO DEL EJÉRCITO. EL ÁNCORA DEL EJÉRCITO. ARCHIVO DEL EJÉRCITO. ARCHIVO DE LOS MILITARES. ARCHIVO DE LA MILICIA ESPAÑOLA. EL ARCHIVO MILITAR. LA ASAMBLEA DEL EJÉRCITO. LA BANDERA ESPAÑOLA. BOLETÍN DEL EJÉRCITO. BOLETÍN DE LA GUERRA. BOLETÍN DE SANIDAD MILITAR. BOLETÍN MILITAR. BOLETÍN OFICIAL DEL EJÉRCITO. CENTINELA DEL EJÉRCITO. LA CORONA. LA CRÓNICA. CRÓNICA PROFESIONAL MILITAR. ECO DEL EJÉRCITO Y DE LA ARMADA. EL DEFENSOR DEL EJÉRCITO. EL GUERRERO. CRÓNICA DE GUERRA Y MARINA. LA ÉGIDA. EL EJÉRCITO Y LA ARMADA. LA ESPAÑA MILITAR. EL ESTANDARTE. LA FUERZA PÚBLICA. GACETA DEL EJÉRCITO Y DE LA ARMADA. GACETA DE SANIDAD MILITAR. GACETA MILITAR. EL GRITO DEL EJÉRCITO. GUÍA DEL ARTILLERO. LA INSTRUCCIÓN MILITAR. GUÍA MILITAR. GUÍA DEL GUARDIA CIVIL. LA IBERIA MILITAR. BOLETÍN DE ADMINISTRACIÓN MILITAR. EL HONOR. LA MILICIA. MEMORIAL CIENTÍFICO Y LITERARIO DEL EJÉRCITO Y DE LA ARMADA. MENTOR DE LA GUARDIA CIVIL. EL MILITAR ESPAÑOL. LA MINERVA MILITAR. EL GUERRERO DE MANTUA. EL NOTICIERO DE TETUÁN. EL OBSERVADOR MILITAR. PROPAGADOR DEL ARTE MILITAR. REVISTA DE ADMINISTRACIÓN MILITAR. REVISTA DEL ATENEO MILITAR. REVISTA DE SANIDAD MILITAR ESPAÑOLA Y EXTRANJERA. REVISTA MILITAR. SEMANARIO MILITAR. EL VETERANO. LA VOZ DEL EJÉRCITO. LAS CLASES DE TROPA. EL HERALDO DE LA CABALLERÍA. EL SOLDADO ESPAÑOL. EL ECO DE LA GUERRA. EL EJÉRCITO. MEMORIAL MILITAR Y PATRIÓTICO. LA ESPAÑA MARÍTIMA. EL MARINO ESPAÑOL. EL FANAL. CRÓNICA NAVAL DE ESPAÑA. LA MARINA. GACETA DE LA MARINA. GACETA MARÍTIMA. EL DEPARTAMENTO. REVISTA MILITAR CONTEMPORÁNEA.


EL MUNDO MILITAR
Panorama Universal



Fundado en 1859, por D. Mariano Pérez de Castro.

EL CORREO MILITAR
DIARIO DE LA TARDE

Comentarios

Fundado en 1869, por D. Melchor Pardo.

LA CORRESPONDENCIA MILITAR
DIARIO DEL EJÉRCITO Y DE LA ARMADA

Fundada en 1877, por D. Emilio Prieto.

LA ILUSTRACIÓN MILITAR



REVISTA
LITERARIA, CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA

SUMARIO



Fundada en 1880, por D. Arturo Zancada.

M. Soler, Editor

en las Tunas arrollando al enemigo y lograron salvar este pueblo. Tan graves sucesos obligaron al capitán general á organizar una columna de las tres armas, que al mando del general conde de Balmaseda se dirigió á Manzanillo. Esta columna, que no pasaba de 800 hombres, no pudo marchar directamente á Bayamo por las dificultades del camino; pero sabedor su jefe de que Puerto Príncipe estaba bloqueado por el enemigo, marchó por mar á Vertientes, desembarcó en este punto y llegó sin obstáculo á dicha plaza. De allí siguió á Nuevitas, y en el trayecto sostuvo una reñida acción en la finca denominada Bonilla, y algunas otras al recorrer la distancia que media entre la finca citada y San Miguel de Nuevitas. Poco después de haber salido de la Habana aquella fuerza, embarcáronse en esta ciudad para Manatí dos batallones, los cuales se dirigieron á las Tunas, sosteniendo algunos choques; otro batallón fué mandado á levantar el sitio de Holguín; dos batallones más engrosaron las tropas que mandaba Balmaseda y éste dirigióse á las Tunas, donde llegó después de varias acciones y sosteniendo en el camino constante fuego con los insurrectos. El enemigo se presentaba ya decidido, tenaz y cada vez mayor en número. Al dirigirse la columna española desde las Tunas á Bayamo, hizo aquél frente en el *Salado*, y aunque sufrió una derrota, parapetóse tan perfectamente en las márgenes del río Cauto, que el jefe de nuestras tropas, no creyendo conveniente cruzarlo, simuló un ataque y se dirigió á Cauto del Embarcadero, por cuyo punto atravesó el rio á viva fuerza. Entonces, convencidos los insurrectos que no podrían resistir, incendiaron á Bayamo, cuya ciudad encontraron los nuestros destruída. Las tropas se instalaron en ella, comenzaron á reedificarla y limitáronse á operar en el territorio de su provincia. «Esta marcha de más de cincuenta leguas, sin encontrar en su trayecto más punto de apoyo que las Tunas en que dejar los heridos, dice un distinguido escritor militar y actor en



LOS ESPAÑOLES EN COCHINCHINA. — COMBATE SOSTENIDO POR LAS TROPAS ESPAÑOLAS EL 15 SEPTIEMBRE 1859 CONTRA LOS ANNAMITAS

(Copia de un dibujo debido á D. Serafín Olave)

dicha guerra; marcha efectuada por un territorio que era muy poco conocido entonces, con casi todas las fuerzas que tenía la insurrección dispuestas á oponerse al movimiento de nuestras tropas, tuvo mucho mérito, y es digna por todos conceptos de consignarse en las páginas de la historia de la guerra civil de Cuba... El enemigo, aunque á vanguardia hacía una débil defensa, era casi constante, pues se retiraba de una posición á otra, y éstas abundan mucho en los campos de Cuba; por los flancos, oculto en los bosques que se sucedían casi sin interrupción, hacía mucho fuego, y lo mismo por retaguardia, pues alguna fuerza suya iba detrás de las columnas; y como los insurrectos tenían tropas suficientes para relevarla, el fuego era casi constante. Ocurría también con frecuencia, que una misma gente, después de batirse en la vanguardia, se corría á los flancos al ser rechazada, y después á la retaguardia, siguiendo bastante tiempo á la columna; y como quiera que entonces casi todos los insurrectos tenían caballos que dejaban ocultos ínterin se batían, al día siguiente, montados en ellos, aunque necesitasen dar algún rodeo, volvían á colocarse delante de nuestras tropas.»

Oportuno parece consignar algunos ligeros datos relativos á la organización del enemigo. En un principio éste careció de las armas necesarias y por lo tanto se contentó con atacar los pueblos escasamente guarnecidos, bloquear las villas y plazas, y dominar en los campos, atrayéndose prosélitos por lo propagado ó por la fuerza. Constituyó un gobierno del que dependieron los comités fundados en las provincias, formó una Cámara y estableció Juntas en las repúblicas vecinas, desde las cuales los emigrados fomentaban la guerra y organizaban expediciones. Las partidas que en un principio se levantaron no tenían organización ni jefes expertos, pero poco á poco fueron adquiriendo aquélla y éstos. Dividióse luego la isla militarmente en cinco distritos, cada distrito en varias secciones, y distribuyéronse en cada sección un regimiento, batallón ó escuadrón que subsistía de los recursos que producía la comarca. Desde allí partían á operaciones y de allí regresaban; si había alguna concentración, concluído el objeto por que se hacía, regresaban las fuerzas á su respectivo territorio (1). El servicio de exploración y espionaje

(1) El coronel Jiménez Castellanos: *Sistema para combatir la guerra de Cuba* (Madrid-1883). Notabilísima obra que hemos seguido al hacer esta reseña, pues constituye un estudio muy concienzudo é imparcial de las operaciones militares.

El autor, al ocuparse de la organización de los insurrectos, observa lo siguiente «La infantería no se movía de los distritos más que lo indispensable: de unos á otros sólo iban las tropas, cuando había que realizar alguna operación, ó para evitar la persecución activa de las columnas, regresando cuanto antes á los suyos. De esto hay que exceptuar la expedición á las Vi-

estaba muy bien montado. En los distritos militares habían talleres y fraguas para la confección de calzado, montura y fabricación de armas. Estas, así como la pólvora y balas, las recibían también de los Estados Unidos, repúblicas del Centro y parte septentrional de la América del Sud, Jamaica, Santo Domingo y Cayo Hueso: y como dada la extensión de las costas de Cuba y la escasez de buques españoles no era posible vigilar el desembarco, los insurrectos podían estar en buena comunicación con aquellos centros. Las tropas insurrectas no cobraban sueldo y vivían á costa del país. Tal fué la organización que dieron á la guerra desde Octubre de 1868 hasta los primeros meses de 1870, en los departamentos Central y Oriental; pues en el de las Villas no pudieron efectuarlo tan sólidamente á causa de haber sido destinadas á él las tropas que se mandaron de la Península en 1869, lo que contribuyó mucho á que se dominara aquí la insurrección. Sin embargo, al apoderarse los insurrectos de Bayamo, en el departamento de las Villas se levantaron también partidas, y el Capitán general hubo de despachar en su persecución una columna mandada por el general Morales de los Ríos, quien logró batir á las partidas en el punto llamado el *Potrerillo*. Incendiada Bayamo y ocupadas en su reedificación las tropas que mandaba el general conde de Balmaseda, el Capitán general, que no tenía noticias de Puerto Príncipe, dispuso que desde Sancti-Spíritus y por Ciego de Avila avanzase una columna á esta plaza. Dicha columna sostuvo una acción en los montes de *El Consuelo*, arrolló á los insurrectos y entró en la ciudad regresando después al punto de su procedencia. Pero tan presto se alejó de la plaza volvió á quedar bloqueada, y tan estrechamente que hubo necesidad á los tres meses de organizar una nueva expedición que desembarcó en la bahía de Guanaja, siguió por tierra á Puerto Príncipe, y al pasar la sierra de Cubitas por un desfiladero de más de media legua de largo con posiciones á derecha é izquierda, sostuvo un reñidísimo combate y logró á fuerza de heroísmo salir de aquel paso, si bien á costa de 200 bajas y causando muy pocas al enemigo. Esta operación ha sido censurada, porque existían muchos y buenos caminos para dirigirse desde Nuevitas ó Guanaja á Puerto Príncipe. No se efectuaron otras de mayor importancia en los primeros meses de la insurrección y quedaron aquéllas reducidas, como hemos visto, á la recuperación de Bayamo, al levantamiento de algunos bloqueos y á varios choques sangrientos en los que el enemigo dió á conocer su astucia y su pericia.

Hemos hablado de la organización que los insurrectos dieron á la guerra en los años 1868, 69 y primeros meses del 70, y parece oportuno transcribir una interesantísima reseña acerca de su sistema de combatir. He aquí cómo lo describe el Coronel Jiménez Castellanos en su importante obra sobre la guerra de Cuba á que antes nos hemos referido:

Como se tenían muy pocos conocimientos del terreno, de las fuerzas del enemigo y de su situación, puede decirse que nuestras tropas andaban á ciegas, pues casi se carecía de espionaje, y las columnas, al salir al campo, no encontraban á quién preguntar, porque los habitantes de los campos se ocultaban en los bosques al tener noticia de la aproximación de aquéllas.

Antes de estallar la insurrección, carecía el ejército de Cuba de medios de transporte para conducir víveres, municiones, etc., y como en los primeros momentos no se organizó bien este servicio, las columnas sólo podían llevar seis ú ocho raciones, por lo cual tenían que regresar á las poblaciones al concluirse éstas, pues no habiendo puntos de apoyo en que dejar enfermos y heridos y proveerse de calzado, ropa y demás pertrechos, las operaciones se reducían á ir de un pueblo á otro ó recorrer los campos por espacio de seis ú ocho días, regresando generalmente al punto de partida.

En la elección de guías no se empleó al principio el mejor acierto, atendiendo principalmente á su fidelidad. Se les hacían además grandes exigencias, queriendo que supiesen hasta los menores detalles y que uno ó muy pocos fuesen conocedores de grandes extensiones de terreno, é influídos por el mismo temor que les embargaba de ser castigados, no se atrevían á llevar las columnas más que por los llamados caminos reales, y en su consecuencia, podía el enemigo calcular con exactitud por dónde marchaban sus contrarios.

Nuestras tropas estaban acostumbradas, antes de la insurrección, á comer el mismo rancho que en la Península, y al empezar la guerra, la ración de etapa que se señaló al soldado fué la misma que se da á los ejércitos en Europa; por lo cual los artículos que la componían, como los empleados en mejorarla, eran casi todos ultramarinos y se recibían por las costas, siendo preciso enviarlos al interior por medio de convoyes. Así fué que, aun cuando había una gran abundancia de víveres en los campos de Cuba, para mantener el ejército fué preciso emplear mucha fuerza en escoltar convoyes, para que llegasen con seguridad á su destino.

Como los caminos de la Isla son bastante malos y con las acémilas y carretas de que se podía disponer no se conseguía transportar con rapidez gran número de raciones, resultó que con frecuencia escascaron en el interior, con especialidad en las poblaciones de Guaimaro, Tunas, Bayamo, Baire, Jiguaní y otras.

Al principiar el año 1869, en todo el territorio de la Isla que estaba insurreccionado había poca fuerza, y como de ella se empleaba el todo ó una gran parte en conducir convoyes, sólo se disponía en cada población de una ó dos columnas para operar.

Durante todo este año fueron viniendo sucesivamente de España refuerzos que se mandaron con preferencia á Cinco Villas y Bayamo. En el primero de estos puntos se principió á operar con fuerzas suficientes, por lo cual la insurrección decayó en esta parte del territorio á los pocos meses de iniciarse.

En las jurisdicciones de Bayamo, Manzanillo y Jiguaní se estableció por primera vez á mediados del mismo año un sistema de operaciones, de que más adelante trataremos, llevándolas á cabo con mucha inteligencia y actividad, y si no dió desde luego los resultados que eran de esperarse, fué porque estando las jurisdicciones limítrofes de Cuba y las Tunas sin fuerza, el enemigo, perseguido en la de Bayamo, se retiraba á aquéllas, donde se organizaba y descansaba, volviendo después á invadir las comarcas que había abandonado.

Aunque se mandaron fuerzas el año 69 al Departamento Central y á la jurisdicción de Santiago de Cuba, en el primero se emplearon casi todas en guardar la línea férrea del Príncipe á Nuevitas, y en el segundo en guarnecer los muchos y valiosos ingenios que tiene aquella hermosa región.

Con las tropas que se destinaron á la de Holguín, aunque se operó con actividad, el continuo cambio de autoridades contribuyó á que las operaciones no diesen el resultado que debieran.

En las Tunas, todas las fuerza que allí se enviaron en esta época fueron pocas para conducir convoyes. Los combates y encuentros que hubo que librar para defenderlos, fueron los más difíciles y sangrientos de cuantos se hicieron en esta guerra, y el pueblo de las Tunas durante ella siempre estuvo escaso de víveres, medicinas, calzado y demás recursos, siendo su guarnición la que en general sufrió más privaciones, casi todas inútiles, pues cuando no se tienen elementos para defender un pueblo insignificante, se abandona para recuperarlo cuando convenga.

Como quiera que á principios de 1869 la base de operaciones de las tropas adictas eran los pueblos de importancia, y de éstos hay en Cuba un número muy reducido, los insurrectos tenían á la inmediación de cada uno un corto número de exploradores, los que generalmente estaban en connivencia con algunos paisanos. La salida de un convoy ó columna es muy difícil de ocultar sus preparativos, máxime cuando sus espías en esta fecha estaban en todas partes (1), solían con frecuencia tener previo conocimiento, y aun no siendo así, al apercibirse sus exploradores, como tenían buenos caballos, avisaban á los suyos con anticipación.

No pudiendo ir los convoyes más que por ciertos caminos y yendo también las columnas sólo por los reales, y existiendo en Cuba muchos bosques con madera á propósito para construir atrincheramientos, los insurrectos resolvieron al principio batirse cubiertos por ellos.

Estas obras de defensa las solían hacer con más frecuencia en los montes, bien paralelas á los caminos ó atravesándolos: todas eran abiertas, en forma de rediente, tenaza, línea recta, circular ó formando figuras irregulares.

Las obras de defensa paralelas á los caminos no les dieron resultado, pues haciéndolas regularmente muy inmediatas á ellos, eran envueltas por nuestros flanqueos: con las otras nos hicieron muchas bajas, teniendo ellos muy pocas pérdidas. Esto consistía, unas veces, en que no se llevaban flanqueos; otras porque iban retrasados; algunas porque, siendo muy grandes dichas obras, no se daba el rodeo suficiente para envolverlas, y muchas por nuestra falta de calma; pues muchos jefes no daban tiempo á que los flanqueos efectuasen el movimiento envolvente en el que tardaban, por tener que hacerlo por el interior de los bosques, sucediendo también que con frecuencia se perdían al efectuarlo.

En las trincheras no hicieron los insurrectos al principio una gran resistencia; pero en las dos ó tres descargas que hacían, teníamos algunas pérdidas, y como de estas trincheras había muchas, sucedía que en cuatro ó seis días de operaciones tenía una columna cuarenta ó cincuenta bajas, y aunque hubiera tomado cuatro ó cinco de ellas, puede decirse que no había causado pérdidas á los enemigos. Esto les fué alentando, de manera que cada vez las defendían mejor, y aunque nosotros fuimos teniendo más precauciones y dejando de atacarlas de frente, sin embargo, para desterrar por completo sistema tan pernicioso, sobre todo con los modernos fusiles de que ellos estaban provistos, fué preciso que nos dieran una ruda lección.

El 1.º de Enero del año 1870 tenían los insurrectos en el punto llamado Minas de Juan Rodríguez (provincia de Puerto Príncipe) una trinchera en forma de tenaza, cuyos lados tendrían unos 1,500 á 2,000 metros de desarrollo y el vértice estaba en el camino que va de Guáimaro á Cascorro. En esta dirección marchaba una columna española, compuesta de unos 1,300 hombres, cuyos flanqueos iban muy inmediatos al camino, el derecho pegado á la cerca del potrero que había en este costado, y el izquierdo, aunque internado en el bosque que estaba á dicho flanco, sólo distaba del camino diez ó quince metros.

La citada trinchera estaba guarnecida por unos 1,000 á 1,500 hombres, en su totalidad con armas de tiro rápido.

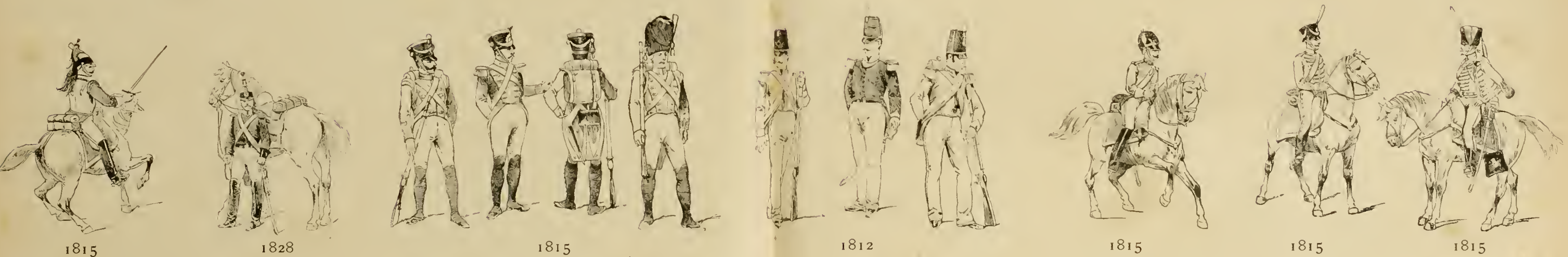
Al divisar la columna el atrincheramiento, el flanqueo derecho siguió en la misma forma que iba, el izquierdo se salió al camino y la vanguardia se arrojó sobre él en la formación que iba, que era de á cuatro en fondo. En la misma forma atacaron las fuerzas que se mandaron para apoyarla, y fué tan nutrido aquel día el fuego que hizo el enemigo, el cual se cruzaba en el camino, que las fuerzas que atacaron perdieron en unos doce minutos, la mitad de su gente, siendo mayores éstas en jefes y oficiales. El centro y retaguardia de la columna avanzaron en la misma forma, y al estar á menos de medio tiro de fusil de la posición, se dirigieron por la derecha para envolverla; pero como lo hicieron bajo el fuego de la misma, resultó que tam-

llas el año 1875, á la que concurrieron contingentes de los demás distritos, pero esto dió mal resultado, pues al poco tiempo de dicha expedición se insurreccionaron las tropas y hubo necesidad de volverlas á los puntos de su procedencia.» Capítulo I, pág. 11.

(1) Una persona que ocupaba un cargo de confianza al lado del Gobernador militar que había en Puerto Príncipe al estallar la insurrección, fué sumariada y castigada por infidente.









EJÉRCITO ESPAÑOL EN EL SIGLO XIX. — INFANTERÍA Y CABALLERÍA

M. Soler, Editor.

bién tuvieron muchas bajas, sin conseguir tomarla. Entonces se reunieron como se pudo unos 200 á 300 hombres de todos los cuerpos que componían la columna, y dando un rodeo mayor, se logró tomar la fortificación por medio de este ataque envolvente.

Concluída la acción, se vió que nos había costado más de 300 bajas el tomar unos cuantos palos y que el enemigo sólo había tenido cuatro ó seis, y aunque quedamos dueños del campo, como al día siguiente se vió que necesitándose cuatro hombres para llevar cada herido en camilla (éstos pasaban de 200) y había que emplear casi toda la fuerza en este servicio, quedando muy poca para defender tan gran convoy, fué indispensable atrincherarse en una casa de campo, donde se permaneció diez y seis días, sufriendo los heridos todo género de privaciones. Transcurrido este tiempo, como habían muerto muchos de ellos y se habían podido reunir cuatro carretas y algunos caballos para conducirlos, se pudo emprender la marcha para Nuevitas, donde se llegó después de seis días de un constante fuego, en los cuales los jefes que mandaron aquella fuerza demostraron tanto heroísmo y habilidad como imprudencia al atacar, en la forma en que lo hicieron, la trinchera de referencia.

Este desgraciado suceso, unido á que en el tiempo que se llevaba de campaña siempre habían dado buenos resultados los ataques envolventes por uno ó ambos flancos, hizo que en lo sucesivo no se atacase de frente las trincheras, por lo cual casi puede decirse dejaron los insurrectos de hacerlas en vista de que con ellas no conseguían ventajas.

Además de las trincheras, solían defender los rebeldes, con preferencia á otras posiciones, los pasos de los ríos y arroyos, que en Cuba abundan mucho, habiendo casi siempre en sus márgenes espesos bosques.

También se colocan en los linderos de ellos, teniendo su línea de fuegos esta dirección, por la cual podían estar cubiertos con los árboles, mientras los nuestros estaban al descubierto.

Estas posiciones estaban unas veces al flanco y otras al frente del camino que llevaban nuestras tropas, costándonos muchas bajas desalojarlos de ellas.

Cuando los bosques y maniguas estaban pegados al camino, se emboscaban en ellos, sucediendo con mucha frecuencia que atacaban la retaguardia de las columnas en marcha con un constante fuego, en cuyos ataques adquirieron al poco tiempo bastante práctica en llevarlos á cabo, reduciéndose éstos á un constante tiroteo, huyendo al perseguirlos y volviendo sobre nuestros pasos así que dejábamos de hacerlo, teniendo bastante astucia para evitar las emboscadas que se dejaban para rechazarlos.

Como había tantos caballos en Cuba al principio de la guerra, casi todos los insurrectos iban montados; pero los dejaban ocultos cuando se batían, sirviéndose de ellos para hacer las marchas, por lo cual se trasladan con rapidez de un punto á otro, y como entonces teníamos muy poca caballería y nuestras guerrillas montadas no habían adquirido la importancia que tomaron después, podían hacer esto con facilidad.

Toda su táctica se reducía á hacer fuego, ocultos con los árboles y desigualdades del terreno, colocándose dispersos para poderlo efectuar mejor. En esta época ni tomaban la ofensiva al arma blanca ni esperaban nuestros ataques á la bayoneta; y como eran muchos, estaban entusiasmados y tenían gran confianza en que por este sistema conseguirían la victoria, siendo muy pocas las columnas españolas que operaban; tanto éstas como los convoyes, estaban siempre rodeados por dichas bandas, que, lo mismo en marcha que en campamento, les hacían un fuego casi constante.

La gravedad que iba tomando la guerra obligó al gobierno español entrado el año 1869, á enviar refuerzos á la isla de Cuba; sorteáronse algunos batallones, organizáronse otros de voluntarios, entre ellos el de Catalanes, y con esto se engrosó el ejército de la isla. Por otra parte, la creación de cuerpos voluntarios, formados por los peninsulares residentes en Cuba, permitió destinar todas las fuerzas del ejército á operaciones. En la Habana sólo, se pusieron sobre las armas de 15 á 20,000 españoles, y en toda la isla reuniéronse de 40 a 50,000. Estas fuerzas prestaron importantes servicios, y en algunas ocasiones salieron á campaña, pero generalmente se les empleaba en las guarniciones. No tanto, pues, al vigoroso apoyo de la Metrópoli, como al concurso de sus hijos en Cuba, se debió que las operaciones tomaran á fines de 1869 y principios de 1870 actividad. El mayor conocimiento que se tenía del terreno y del sistema de guerra, dió lugar á que ésta se constituyese mejor, á que se organizaran mejor las columnas, se observasen mayores precauciones en las marchas, movimiento y ataques, y que se diera justa importancia al servicio de las guerrillas montadas. La infantería adquirió aquella práctica de que carece el soldado europeo, y en distintos encuentros y combates supo sacar excelente partido de esta ventaja. Fecha memorable en los anales de esta guerra será la del 16 de Agosto de 1869, en que el rebelde Céspedes atacó á las Tunas, porque allí se encerraban unos 400 hombres enfermizos y debilitados, 400 héroes que triunfaron de 5,000 enemigos. Los mandaba el intrépido D. Enrique Boniche y no tenían otras defensas que unas tapias de ladrillo. Pero el esfuerzo español se puso á la altura del peligro. Aquellos soldados enflaquecidos y debilitados lucharon desde las cuatro de la mañana á las tres de la tarde animados por la voz de sus valientes jefes; y el enemigo, que por su excesivo número se había casi posesionado de la población, hubo de ganar casa por casa, perforándolas, para llegar hasta la iglesia, mientras los nuestros hacían lo propio en sentido contrario para salirle de frente. Allí murió Latorre cargando al enemigo, allí cayeron otros héroes; pero Céspedes y los suyos tuvieron que cejar, y diezmados por el fuego y el arma blanca, tocaron retirada, dejando sembradas de cadáveres las calles de las Tunas. Desde entonces se llamó este pueblo *Victoria de las Tunas*, y una medalla de bronce otorgada á sus bizarros defensores perpetuó la memoria de este brillante hecho de armas.

En Abril de 1870 la guerra presentaba ya nueva fisonomía, porque teniendo el gobierno español bastantes fuerzas en Cuba, comenzaba á dominar el país; así es que se adoptó el sistema de establecer en cada departamento cierto número de centros militares, dividiendo al efecto al territorio en varias secciones en las que estaban aquéllos enclavados. Estas secciones fueron de corta extensión y se destinó á cada una de ellas de uno á tres batallones, y uno ó dos escuadrones con igual número de piezas. En cada centro establecióse un fuerte capaz de ser defendido por la corta guarnición, y junto á estos centros se formaron pequeños pueblos. Desde estos centros se efectuaban reconocimientos, y operando las tropas con actividad en un pequeño radio, los insurrectos sufrieron golpes rudos, perdieron su organización y quedaron reducidos á mediados de 1872 á una cuarta ó quinta parte de su efectivo. Desgraciadamente, este sistema, que tan buenos resultados dió, exageróse en el segundo semestre de 1872, y se establecieron tantos centros que se ocupó demasiada fuerza en guarnecerlos y aprovisionarlos; y si á esto se agrega la que se hallaba empleada en guarnecer las *trochas* (1) construídas y en construcción, se comprenderá que quedasen muy pocas fuerzas para operaciones y que éstas no pudiesen moverse en una extensa zona. Resultó de aquí que el enemigo, libre de la persecución, comenzó á organizarse al abrigo de los bosques y á operar en pequeñas partidas, aterrorizando a los paisanos y manteniendo con ellos confidencias y tratos. Dada la situación de las tropas, no era posible que evitasen la aproximación de los insurrectos á los poblados y zonas de cultivo, y los campesinos viéronse en situación altamente crítica, amenazados á la par por el enemigo y por las autoridades españolas, por lo cual muchos se pasaron á las filas de aquéllos. Desde este momento atreviéronse los rebeldes á atacar los convoyes y los pequeños puestos; y convencida al fin la autoridad superior de la gravedad del caso, ordenó la concentración de la fuerza y la reducción de los poblados. La mayor parte de los moradores de los antiguos fuéronse con el enemigo; las guarniciones de los nuevos pobla-

(1) Las *trochas* eran líneas continuas de defensa formadas por obras de fortificación cerrada, colocadas á cierta distancia unas de otras y enlazadas por una estacada de madera. Se construyeron para evitar que el enemigo pasara de un departamento a otro. La primera que se estableció fué la del Júcaro; tenía por objeto la defensa de las Villas y se dirigía desde Morón al Júcaro, desarrollándose unas 17 leguas cubanas. Como el terreno ofrecía madera en abundancia, se pudo construir la estacada y á vanguardia cierto número de fuertes que sirvieran de apoyo á las guerrillas montadas. Desgraciadamente esta línea se construyó en poco tiempo y mal, duró menos tiempo aun, y no se guarneció debidamente. «Puede asegurarse que nunca estuvo concluída, dice un testigo, pues siendo de madera mala, se pudría por una parte antes de haberse terminado por otra, sucediendo lo mismo con los fuertes que estaban hechos del propio modo.» La precipitación con que se construyó originó muchas bajas por enfermedades; el trazado ó proyecto, si lo hubo, lo alteró cada jefe, los fortines eran de planta diversa; en unas partes había estacada, en otras no, y hubo época en que tanto se descuidó ésta, que al quemarse las sábanas y potreros en la época de la seca, también se quemó la estacada. Aunque se había dispuesto la construcción de una línea férrea á retaguardia de la trocha, hasta dos años después de concluída la guerra no se terminó.

Se comprende que esta línea de defensa no debía ser un obstáculo serio para el enemigo, que, favorecido además por la circunstancia de que el fuego de los fuertes no se cruzaba, cuando quería vencer la dificultad del paso, cortaba la yerba ó maleza de la inmediación, la arrojaba sobre las estacas y cruzaba por encima de ellas. En 1873, cuando creyó conveniente pasar á las Villas, pasó por donde le convino y cuantas veces quiso con escasas ó ninguna baja.

La segunda trocha que se construyó en la isla, fué en el límite oriental del Camagüey, y su objeto era impedir el paso de los insurrectos de este territorio al de las Tunas. Se denominó trocha del Bagá y se extendía desde el puerto de este nombre hasta el estero de la Zanja. Fué mejor dirigida que la anterior y debía tener un desarrollo de 22 leguas cubanas; pero sólo se hizo la mitad y la cuarta parte de la vía férrea á retaguardia. En 1874 se abandonó, porque á consecuencia de los descalabros sufridos por nuestras tropas á fines del año 73, los rebeldes se batían en terrenos descubiertos con fuerzas que ascendían á 2 y 3,000 hombres.

El resultado que dieron estas dos trochas fué casi idéntico, si bien la del Júcaro á Morón produjo, cuando menos, una línea férrea. Sin embargo, bien estudiadas las condiciones de tales líneas militares, es innegable que puede sacarse excelente partido de ellas y servir de base para un sistema defensivo. Lo conveniente es no dejar olvidadas las lecciones de la experiencia, pues el día en que por desgracia llega el caso de utilizarlas, ocurre que por falta de previsión, de tiempo y de elementos, han de resultar forzosamente del todo estériles.

dos, viéronse pronto bloqueados, resultando de aquí que, al expirar el año 1873, se encontraba la insurrección mejor organizada y más potente que en 1869, dueña absoluta de los departamentos Central y Oriente, con tropas ya aguerridas y con una organización igual a la que se explicó, aunque más perfeccionada.

Seis años llevaban ya los soldados españoles de campaña en Cuba, y en este tiempo habían conseguido los que allí operaban aclimatarse y conocer la guerra; en cambio, los que de la península llegaban á la isla, demasiado jóvenes aún, enfermaban y se inutilizaban con facilidad; y como se mandaban á campaña sin la suficiente instrucción, no podía esperarse mucho de ellos. La organización de nuestras fuerzas adolecía de graves defectos, el sistema de combatir no respondía á principios fijos, por creer algunos que la guerra de Cuba no admitía término de comparación con otras; y de aqui resultaron algunas serias derrotas (1). Estas derrotas consistieron, al batirse la infantería con la caballería insurrecta, en su falta de instrucción, que la hacía adoptar formaciones muy compactas, ofreciendo así excelente blanco á los tiradores de la caballería camagüeyana; mientras que si se desplegaba en guerrilla, al cargar los jinetes enemigos, no se agrupaba con la necesaria rapidez y á veces era acuchillada; y al batirse con la infantería, en la desventaja del número y de las posiciones, á lo que debe añadirse la necesidad de emplear en la conducción de los heridos demasiada gente. Por otra parte, las operaciones, resentíanse de falta de unidad. «Cada uno de los jefes á quienes se les había señalado una extensión de territorio, obraba con independencia absoluta, y cada cual se creaba un objetivo á su capricho, y que en la mayor parte de los casos estaba reducido á encontrar y tener fuego con el enemigo, para acreditar así su valor, su celo y su pericia, viendo colmados sus deseos si lograba lanzarle sobre su colindante territorio (1).» Se comprende, pues, que la guerra se prolongara un año y otro año, dado lo mortífero del clima, la mala alimentación del soldado, su edad, sus privaciones y el enemigo tenaz y astuto á quien tenía que combatir. «En Cuba, dice el general Riquelme, no hay para el soldado más hogar ni más lecho que el húmedo y mortífero suelo de la manigua, ni hay más techo que un cielo estrellado, sí, pero del que desciende el germen de infinitas y mortíferas enfermedades. El clima abrasador abre los poros y, con el sudor á torrentes, el pobre soldado tiene que vadear cada media hora, y casi á nado, ríos más ó menos caudalosos. El vómito, las calenturas, las úlceras, los infartos del hígado, la anemia, morir en una guerra sin cuartel de una bala traidora que le asesina hasta en las horas de descanso, éste es el porvenir que le aguarda en aquellos impenetrables bosques, en los que jamás se tropieza con una marca ni el más ligero sello de la existencia hamana; allí no hay alojamiento en que albergarse, ni patrones que le distraigan en sus ocios, le consuelen en sus dolencias, ó le socorran en sus necesidades, ni nada que venga á distraerle de sus penalidades y fatigas. Es menester haber visto á las tropas, en el momento de una marcha, atravesar por veredas imposibles é impracticables, con el barro á las rodillas, trepando precipicios vertiginosos, ó quedando enterrados en lodo, y cruzar por los bosques y por los países montañosos, perdiendo su calzado y destrozando su vestuario, que tienen que pagar de su haber; es indispensable haber admirado á esos bravos oficiales y soldados llenos de fatiga, pasar veinte veces, en el transcurso de horas, ríos y arroyos con el agua fría de las sierras, hasta el cuello, con el grave riesgo de ser arrastrados por la corriente, como ha sucedido muchas veces; es menester haberlos visto atravesar por la manigua descalzos y pisando sobre un pavimento lleno de abrojos y espinas, cubiertos de llagas y de úlceras, saliendo ensangrentados en un estado lastimoso, y haberles contemplado en esas marchas forzadas, abrumados por los rayos de un sol abrasador, llegar á un campamento cuyo suelo es á veces una laguna; teniendo que acampar sin más abrigo que el espacio, ni mas lecho que el húmedo suelo, ni más alimento que una ración de arroz y tocino mermada por la pérdida sufrida en las marchas; sin galletas, por habérseles inutilizado en el paso de los ríos, y mojados hasta los huesos por los espantosos aguaceros que han empapado, asimismo, sus desgarradas ropas; es menester, repito, haber presenciado estos sufrimientos y otros mil que omito, para formar un juicio aproximado de esas horribles penalidades (2).»

Por lúgubre que resulte el cuadro trazado por el general Riquelme, no por eso deja de ser menos verídico y elocuente. Tristes, tristísimas consideraciones inspira aquella guerra; elocuentísimos ejemplos ofrece; pero en Cuba como en la Península, en América como en Europa, se demuestra palpablemente que en ningún caso debe prescindir el militar de los principios inmutables en que reposa el arte de la guerra; principios que deben adaptarse á la situación especial en que cada uno se encuentre, pero que en todas circunstancias deben servirle de

(1) «Había columnas ó brigadas en que el soldado no llevaba sobre sí la menor ración, la impedimenta se hacía inmensa y los oficiales y sargentos marchaban á caballo, y operaban con tiendas, maletas, facturas, provistos de todo, no careciendo de nada; en otras se prohibía algo de este exceso, y en absoluto en otras; había cuerpos que llevaban aumento de rancho, y á otros les era imposible; soldados con 50 cartuchos, otros con 100, y reserva en acémilas: no había dos batallones en una brigada con el mismo vestuario; quién, acampaba en el orden más regular en el terreno mas limpio y despejado; quién, haciendo alarde de conocer la campaña, escogía el monte más cerrado dispersando las compañías (este sistema decían los que lo empleaban era á lo *mambí*); marchas sin causa legítima que duraban todo el día sin detenerse á hacer el primer rancho y á sestear, y marchas divididas entre la mañana y la tarde; jefes que operaban con flanqueos constantes y penosísimos, y jefes que los consideraban inútiles; prohibían los unos, por mal sano, que los soldados bebieran en las marchas, y opinaban los otros que en aquel país no causa daño alguno. En la defensiva y ofensiva había, como en todo, un desconcierto completo y la misma falta de principios sólidos y demostrados; se cubría de fuertes (ocupación militar) toda la jurisdicción, ó bien se hacía el vacío en absoluto; algunos jefes seguían el rastro de un hombre con fe ciega, creyendo era la única manera de obrar para destruir al enemigo, y otros dejaban el de mayor número y se dedicaban á destruir sus medios de subsistencia para conseguir igual fin; á veces, dos auras tenían que indicar presencia de enemigo, y otras, un número de auras mayor no podía ser más que algún caballo ú otro animal muerto, y aunque ningún dato anterior había para confirmar aquélla y esta opinión, se reconocía en el primer caso y nada se hacía en el segundo; se quemaban por unos cuantos campamentos y estancias se encontraban, y se respetaban por otros para utilizarnos de ellas; era necesario marchar con el mayor silencio para encontrar al enemigo, y las cornetas avisando constantemente á los flanqueadores le indicaban á aquél nuestra presencia; se empezaba el combate lanzando á la carga las guerrillas montadas, ante un enemigo cuya fuerza se ignoraba, ó bien nos deteníamos largo tiempo bajo su fuego esperando reconcentrar las fuerzas y tomar posiciones. Notábase falta de igualdad hasta en las recompensas; de aquí la preferencia que se daba á los cuerpos, brigadas ó divisiones: entre estas últimas se creía que en la de Cuba se sabía batirse y hacer la guerra mejor que en la del Centro, y en ésta mejor que en la de las Villas: se pensaba que todo el rigor y sufrimiento estaba en la primera, un término medio para la segunda y gran número de concesiones y ventajas para la tercera.

»Hubo una época en que difícil sería encontrar nada más heterogéneo que nuestro ejército, y más falta de armonía en el conjunto... Hasta la responsabilidad de los jefes era varia, grande ésta muchas veces cuando delante de un enemigo muy superior y en posiciones ventajosas, se veían obligados á retirarse para conducir á un centro habitado sus heridos, que carecían de todo, ó proveerse de raciones que se habían concluído, y ninguna aquellas otras en que una excesiva prudencia del que mandaba la columna hacía dudosa su conducta. Pero cuando todo este mal llegaba al extremo, cuando no tenía límites, era en el relevo de la autoridad del departamento, que por desgracia, sucedía con extraordinaria frecuencia. La última nombrada se presentaba con ideas nuevas, enteramente suyas, y como apremiaba el plantearlas, en poco tiempo había sufrido la provincia una variación radical; cambiaban la situación de las zonas: el que estaba en la sierra de Najasa, era probable fuera á la de Cuvitas, se quitaban y aumentaban destacamentos, las trochas aumentaban ó disminuían en soldados, se dictabao instrucciones para la destrucción del enemigo, se había de escribir y dictar circulares sobre todos los servicios, aunque quince días antes se hubiera hecho ya, propagándose este deseo de escribir á tal punto, que lo primero que pedía un oficial que se le comunicaba una orden de palabra, era si se le podía dar aquella por escrito.» García Navarro: *La guerra y las instituciones militares en Cuba*, estudio publicado en la *Revista militar española*.

(1) Riquelme: *Memoria contestación á la publicada por el Excmo. Señor Marqués de la Habana.*

«¿Cuál ha sido el sistema seguido por nuestro ejército en los pasados años de esta ruda campaña?

»Difícil sería satisfacer cumplidamente la forma interrogativa de esta frase.

»No hay una serie de hechos, más ó menos ordenados, que puedan encontrar en mis apreciaciones cargos y censuras que ni se han cruzado por mi imaginación..

»Las operaciones llevadas á cabo por muchos generales, brigadieres, coroneles y jefes de nuestro ejército, que no enumero por no hacer demasiado extensos los límites de este escrito, prueban que ha habido muchas veces inteligencia en el pensamiento militar, actividad y arrojo en la ejecución, y éxito brillante en el resultado parcial que han obtenido. Cuando tantos discretos esfuerzos no han alcanzado en cuatro años un completo resultado, debe haber una causa determinante, y esa causa no es otra, á mi parecer, que *la falta de unidad en el conjunto de las operaciones.*»

Véanse también la *Memoria sobre la guerra en la Isla de Cuba*, publicada por el general Marqués de la Habana, la obra *La Isla de Cuba desde mediados de Abril á fines de Octubre de 1873*, por el general Pieltain, y el *Compendio histórico del pasado y presente de Cuba y de su guerra insurreccional hasta el 11 de Marzo de 1885, con algunas apreciaciones relativas á su porvenir*, escrito por el brigadier Acosta y Alvear.

(2) Para estudiar este particular recomendamos á nuestros lectores la obra titulada *La guerra separatista de Cuba, en el concepto de la higiene militar*, escrita por D. Ramón Hernández Poggio y publicada en la *Revista Científico-militar*.



1840 — 1845 — 1845 — 1845 — 1848 — 1840



1833-39 — 1833-39 — 1850 — 1833-39 — 1850



1865 — 1865 — 1848 — 1850 — 1868 — 1848 — 1860



1858 — 1860 — 1868 — 1868 — 1868 — 1860 — 1860

EJÉRCITO ESPAÑOL EN EL SIGLO XIX. — INFANTERÍA Y CABALLERÍA

M. Soler, Editor

guía. Buena prueba de ello son los combates sostenidos en la isla á fines de 1873 y en 1874, combates empeñados y que causaron enormes bajas en las filas españolas.

Hemos dicho ya, que al comenzar el primero de los dos citados años, la insurrección presentábase otra vez imponente; y añadiremos ahora que la campaña del verano de 1873 fué desastrosa para nuestras armas, pues el enemigo volvió de nuevo á la ofensiva. En estas críticas circunstancias tomó el mando militar de la isla el general Jovellar, y coincidió tal suceso con la captura del *Virginius*, que hizo temer una guerra con los Estados Unidos, lo que aumenta la gravedad de la situación. Reclamó el citado general con urgencia refuerzos del gobierno español; procuró levantar el espíritu del soldado y tranquilizar la excitación que reinaba en la Habana; pero no pudo conseguir grandes ventajas, careciendo como carecía de poderosos elementos, y hallándose rodeado de apremiantes atenciones y serios compromisos. Cuando llegó á la isla su inmediato sucesor, el Marqués de la Habana, encontróse con el enemigo pujante y aguerrido, bien armado y engreído por las ventajas que el año 73 alcanzara. Tenía sus campamentos junto á Holguín, Cuba, Bayamo, Manzanillo y otros puntos no menos importantes, efectuaba atrevidas correrías, sorprendía convoyes y puestos fortificados, y llegó á penetrar en Sancti-Spíritus sin derramamiento de sangre

Continuó la lucha con encarnizamiento el año de 1874, y libráronse en él algunas acciones consideradas como las más importantes que en toda la guerra tuvieron lugar. Las de Naranjo y de las Guásimas son merecedoras de estudio, y por lo mismo transcribimos aquí la descripción que de ellas hace un escritor militar que tomó parte en la citada campaña:

El *Potrero de Naranjo*, en que tuvo lugar la primera, está rodeado de bosque en su mayor parte; en él se hallaba situada la infantería enemiga y la caballería en el limpio, y como en aquella época, por nuestra parte se le daba la importancia á esta última arma, nuestras fuerzas, que constaban de seis batallones de infantería, cuatro piezas de montaña, tres escuadrones de caballería y unos 350 guerrilleros, con un total de 3.000 hombres, según fueron saliendo del camino estrecho que conducía á él, se fueron colocando en medio del potrero con los batallones, los unos en columna y los otros en cuadro, formando una línea que, no siendo recta, podía decirse que éstos estaban en orden escalonado. A retaguardia de esta línea estaba la impedimenta, custodiada por los guerrilleros, la caballería y un batallón.

Las cuatro piezas se situaron inmediatas á los cuadros y rompieron el fuego al monte que tenían en frente y á los grupos de caballos que se presentaban, y aunque las granadas iban bien dirigidas, como la infantería estaba en guerrilla y oculta con los árboles, y los jinetes no permanecía quietos, causaron éstas poco daño.

La caballería insurrecta, en las tres ó cuatro horas que duró la acción, no hizo otra cosa que tener una línea de tiradores frente á la nuestra, que disparaba constantemente sobre las masas, y la restante, en grupos de 100 á 150, amagaba cargas que las más próximas llegarían á unos 60 metros de nuestras fuerzas, pero como la hierba del potrero los cubría, unido á su agilidad en manejar los caballos y la ligereza de éstos, hacía estuviesen muy poco tiempo bajo la acción de los proyectiles; su infantería, viendo que la española no avanzaba, salió del monte, aunque no toda, y oculta con la hierba se aproximó en orden abierto, situándose el mayor número en un palmar que había en nuestra derecha y rompieron un fuego certero sobre los cuadros.

Estos lo hicieron de filas de hileras, y algunas veces un corto número de soldados que se señalaba de los mejores tiradores.

A los guerrilleros no se les hizo cargar, y la caballería lo efectuó contra unos pequeños grupos de jinetes, que se retiraron; pero llegando nuestros caballos en su carga inmediatos al palmar de referencia, les hizo la infantería contraria un mortífero fuego, y como no podían entrar en él por impedirlo el terreno, volvieron grupas, y algunos soldados que por hallarse heridos ellos ó sus caballos se quedaron detrás, fueron acuchillados por un grupo de jinetes contrarios.

Como la hierba del *Potrero de Naranjo* estaba seca, la incendiaron los disparos de los cañones ó el enemigo, y siendo el viento fuerte y viniendo hacia los españoles se retiraron al otro lado de un arroyo que tenían detrás y á su inmediación, lo que efectuado cesó el fuego en el frente, pues también desapareció la caballería enemiga; pero como la infantería situada en el mencionado palmar, molestaba mucho con sus fuegos, se mandaron á él dos batallones, los que en batalla y haciendo descargas, desalojaron al enemigo que se retiró al monte de enfrente A todo esto, que sería la una del día, continuaba ardiendo el potrero, cuyas llamas separaban á ambos combatientes, y aunque durante el resto de él se cambiaron algunos disparos, éstos no tuvieron importancia.

Al siguiente se emprendió la marcha para Puerto-Príncipe, pues no había municiones suficientes para volver á atacar al enemigo en las posiciones que tenía, efectuándose ésta por un camino estrecho con monte á un lado y manigua á otro, y con un convoy de cerca de 200 heridos: y aunque en tan difícil situación atacó la infantería contraria la retaguardia en la forma dicha en los capítulos anteriores, y la caballería, dando un rodeo, se presentó al frente en el potrero llamado *Mojacasabe*, ésta fué rechazada por dos compañías del batallón de vanguardia, formadas en círculo, y en vista de ello el enemigo se retiró por completo sin volver á hostilizar la columna.

En la acción de Naranjo, tuvimos entre muertos y heridos unas 300 bajas, y el enemigo de 80 á 100, lo que consistió: primero, en haber estado durante toda ella en el limpio en vez de apoyar el todo ó una parte en los bosques; segundo, en haber formado cuadros de batallón, los que, con las armas actuales, no se necesitan para resistir caballería de la clase y número de la de que se trata; tercero, en que los cuadros no estuvieron cubiertos con guerrillas que rechazasen las enemigas; y cuarto, en que la impedimenta y su escolta, que formaban una gran mole, estuvieron durante la acción expuestas al fuego enemigo.

El 3 de Marzo del mismo año, una columna compuesta de una fuerza próximamente igual á la anterior, pues aunque la superaba en caballos eran menos los infantes, combatió con los insurrectos en el potrero de *Jimaguayu;* en él se adoptó una formación parecida á la del combate anterior, pues estando la infantería enemiga en el linde del bosque y la caballería en el llano, también se formó línea de batallones en columna, aunque uno quedó apoyado en un monte que había á retaguardia. Esta acción, puede decirse fué un reconocimiento, pues nuestra infantería no atacó el bosque en que estaba la contraria, ni ésta se atrevió á separarse del lindero. Como teníamos caballería numerosa, el empeño de la contraria fué incitarla á que cargase en dirección de la infantería que tenían emboscada en el monte; pero advertida del ardid, no cayó en él, y en su consecuencia, desde las tres de la tarde en que llegaron las tropas españolas al mencionado potrero, hasta el anochecer, todo se redujo á tiroteos entre guerrillas de ambas caballerías, y que disparasen nuestras piezas sobre los lindes del bosque y á los grupos de jinetes.

Aquella noche hubo fuego constante en las avanzadas, y á la mañana siguiente el enemigo se había retirado dejando algunos caballos, que después de hacer pocos disparos, ya en marcha los nuestros, desaparecieron.

Las bajas en esta acción, fueron insignificantes é iguales por ambas partes, y aunque se adoptó, según se dijo, una formación parecida á la de Naranjo, como delante de la línea había una de tiradores que impedía hiciesen fuego los contrarios sobre las masas, y además el bosque que había á retaguardia de ella, estaba ocupado por un batallón que rechazó á los insurrectos, que desde él querían ofender: y como la impedimenta no estuvo expuesta al fuego, no se sufrieron grandes pérdidas.



D. José de la Gándara
General de las tropas españolas que operaron en 1863-65 en la isla de Santo Domingo

El 15 del referido mes, esta columna, que entonces constaría de unos 500 guerrilleros, cinco escuadrones de caballería, cuatro piezas y cinco batallones, con un total algo menor de 3,000 hombres, se dirigía de la finca llamada Rincón de San Pedro, á la denominada Guásima de Machado. Llevaba en vanguardia como 100 guerrilleros, después un batallón, seguidamente otro y dos piezas, después dos escuadrones de caballería y algunas guerrillas; á continuación dos batallones y la impedimenta, componiéndose la retaguardia de un batallón de infantería, tres escuadrones de escasa fuerza, dos piezas y algunos guerrilleros, y como al poco tiempo de emprender la marcha se cambiaron algunos tiros con exploradores enemigos, se dispuso entrasen flanqueos de infantería por el bosque que había á ambos costados del camino que se llevaba.

Al llegar á la finca nombrada *las Guásimas*, se presentaron en vanguardia unos 50 jinetes enemigos que empezaron á tirotearse con los nuestros, y como esto se prolongaba y había á la inmediación una sábana que, aunque algo enmaniguada, permitía combatir á caballo, se dispuso que los guerrilleros que iban en cabeza, aumentados hasta unos 300 y dos escuadrones de caballería, avanzasen sobre el enemigo, lo que, efectuado, éste retrocedió, y los nuestros, con el afán de alcanzarlos, rebasaron la sábana de referencia, entrando en un camino estrecho con monte á ambos lados, por el cual sólo podían marchar de á uno ó dos de frente. A los flancos de él, había emboscada infantería insurrecta que hizo fuego sobre ellos, y aunque iban al aire de carga, como eran muchos, tuvieron bastantes pérdidas.

Al terminar el camino de referencia, que tendría un cuarto de legua, desembocaron en el potrero de la finca mencionada, y al dirigirse sobre la izquierda, encontraron un arroyo cenagoso, el cual sólo podía pasarse por una represa que no permitía lo hiciesen más que uno ó dos á la vez: frente de este desfiladero, y como á medio tiro de fusil, había un bosque continuando el potrero á la derecha de él.

Los guerrilleros, en la forma que iban, que era en columna de á uno, pasaron los primeros por la represa; pero unos se volvieron y otros no lo efec

tuaron, al ver que les hacían fuego del monte. Al llegar á la misma uno de los dos escuadrones de caballería, la pasó en unión de algunos guerrilleros, lo que, efectuado, recibieron un nutrido fuego del bosque que estaba frente de ella, y al divisar sobre la derecha un grupo de unos 350 caballos enemigos, le cargó, y como los contrarios también avanzaron, se trabó un encarnizado combate; el otro escuadrón que iba más á retaguardia, pasó la represa algunos minutos después, lanzándose á la refriega en auxilio del primero, y aunque hicieron volver grupas á los rebeldes, no pudieron sostenerse en el sitio del combate por el mucho fuego que recibían del bosque en que estaba oculta la infantería insurrecta, y en su consecuencia tuvieron que repasar el arroyo mencionado, habiendo perdido más de la mitad de su gente.

Al emprender la caballería la referida carga, aunque siguió la columna, no llegaron los primeros al sitio de la acción hasta después de terminarse ésta, y como se tenían unos 60 heridos, se procedió á recogerlos y curarlos, interin se reconcentraba, pues tenía que atravesar de á dos en fondo por el camino expresado.

Esto se efectuó colocándose tres batallones en línea de columnas en la dirección del arroyo mencionado, teniendo en uno de los intervalos dos piezas de artillería y la caballería detrás del centro: otro batallón se colocó á unos 200 metros más á retaguardia, pero á la altura del costado derecho y dando frente á este flanco: la impedimenta, según iba llegando, se situaba á retaguardia de la línea de columnas en el lindero de un bosque que había á su izquierda.

Aun no se había reconcentrado la retaguardia, cuando avisaron los exploradores la presencia del enemigo en el frente, flanco derecho y retaguardia, y entonces los batallones que estaban en el centro é izquierda de la línea de columnas desplegaron en batalla: el que estaba á la derecha de la misma, variando á este costado, desplegó en igual forma: el que hemos dicho, se hallaba detrás de dicha línea, formó dos compañías en guerrilla al flanco derecho, dos á retaguardia de la misma manera formando martillo con las anteriores, y otras dos en reserva ocultas en una cañada.

Las fuerzas que componían la retaguardia, atacadas vigorosamente por la espalda durante atravesaban el camino estrecho citado, según fueron llegando al sitio en que se encontraban las demás, se colocaron á la izquierda en el linde del bosque que, según hemos dicho, había en este costado, en batalla con unas compañías en una fila y otras en dos: las guerrillas ocuparon los claros entre los batallones, y las dos piezas de artillería restantes estuvieron, primero en la derecha, y al final de la acción en la izquierda.

En esta situación tenía nuestra línea la forma de un gran polígono irregular, con la impedimenta en el centro: la enemiga la misma figura circunscribiendo la formada por la española.

El combate se redujo á un nutrido fuego que, aunque en algunos frentes arreciaba más que en otros, en todos lo era bastante.

Los rebeldes estaban en guerrilla, y ocultos con los accidentes del terreno, y lo mismo sus reservas; los nuestros estuvieron en batalla y á cuerpo descubierto, excepto el batallón que se dijo formó en orden abierto, y otro al que el bosque reservaba algo del fuego. El enemigo sólo lo hizo á discreción; de los españoles, hubo batallones que hicieron descargas por filas. En un periodo del combate avanzó la caballería contraria al paso y en tiradores tan espesos, que casi iban en una fila, aproximándose á menos de medio tiro de fusil, y aunque el batallón que estaba en esta cara los rechazó con sus descargas, los soldados tiraban tan mal, que no les causaron casi bajas.

Transcurridas unas tres horas, el enemigo se retiró á mayor distancia del alcance de los fuegos, y nuestras tropas, en la situación que estaban, procedieron á trincherar cada batallón su frente, lo que se hizo en unas dos horas aprovechando los maderos de una cerca que había inmediata, trayéndose otros del bosque. Apenas se había concluido esto, los insurrectos volvieron á aproximarse en la misma forma que antes, rompiendo el fuego que fué contestado por algunos hombres por compañía ó batallón, según la fuerza enemiga que había que repeler, continuando estos ataques sin cesar ni de día ni de noche por espacio de cuatro días.

Los resultados de la acción del primer día, estuvieron en consonancia con las formaciones adoptadas, pues batiéndose nuestra infantería en batalla y descubierto, y al enemigo en orden disperso y oculto, tuvimos unas 400 bajas, y él de 100 á 150, no habiendo duda que consistió en la forma de batirse, pues el batallón que hemos dicho combatió en guerrilla, sólo tuvo en este día unas 25, sin embargo de que su fuerza era casi doble á la de los demás, que tuvieron cada uno más de 50. En los días restantes tuvimos 150 más, y el enemigo unos 100, pues aunque al batirnos detrás de las trincheras (1) sufrimos menos, al salir de ellas con el objeto que se expresa á continuación, y en el combate sostenido á retaguardia al marchar al Príncipe, hubo el exceso.

Al día siguiente, aunque se pensó en emprender la marcha, como fué preciso arreglar camillas para cerca de 300 heridos, se empezó por mandar fuerzas á que cortasen madera al bosque para construirlas, y estando éste ocupado por el enemigo, tuvieron tantas bajas, que se ordenó se replegasen, pues como se tenían muchos heridos, esta operación se hubiera terminado con dificultad.

Además, cada herido en camilla necesita cuatro hombres para llevarlo, y otros tantos para el relevo, y siendo los caminos en Cuba tan estrechos, que sólo permiten que una camilla vaya tras de otra, se necesitaba mucha fuerza para flanquear tan gran convoy, en cuya forma hubiera sido difícil la situación de esta columna, hallándose á más de dos jornadas del primer punto de apoyo, teniendo además que vencer las trincheras y toda clase de obstáculos que el enemigo hubiese puesto en el camino.

En vista de esto, se ordenó saliese aquella noche la caballería á avisar á Puerto Príncipe, verificándolo unos 300 caballos, que arrollando al enemigo que había en el camino por el que se dirigieron, desempeñaron bien su cometido. En su consecuencia, tres días después, venciendo la tenaz resistencia de los rebeldes que se interpusieron, llegaron á las Guásimas 2,000 hombres, que en unión de los que había en ellas, avanzaron sobre el enemigo, rechazándolo completamente; pero al día siguiente, al emprender la marcha, éste retacó la retaguardia de nuestras fuerzas durante un trayecto de unas tres leguas.

Como pudiera ser que algunos de los que no hayan asistido á estos combates hicieran suposiciones nada ventajosas acerca de los jefes que los mandaron, debemos manifestar que el resultado de ellos hay que atribuirlo á la falta de instrucción de las tropas para batirse en orden abierto, y á lo aferrada que estaba en la generalidad la creencia que para batir caballería, se necesitaban cuadros y en general formaciones compactas, por lo cual, vemos en Naranjo á nuestros batallones formados en cuadros, en Jimaguayú en columnas, y en las Guasimas en batalla. Posteriormente, según se fueron fijando las ideas, adoptáronse sucesivamente para resistir á los jinetes, y combatir su infantería, formaciones menos compactas; pero las tropas que lo efectuaron, tenían más sólida instrucción, y tiraban mejor al blanco, por lo cual, los que mandaron en las referidas acciones, estuvieron acertados en adoptar la formación más conveniente, dada la instrucción de las tropas de que disponían.

(1) Estaban muy mal hechas.

Las bajas tenidas en las acciones del Naranjo y de las Guásimas, y el consumo de municiones hechó en ellas, dieron lugar á que se suspendiera el proyecto que abrigaban los rebeldes de forzar la trocha del Júcaro a Morón, é invadir las Villas, no sólo con el objeto de llevar la guerra á ellas, sino á la parte occidental de la isla; pues aunque á fines de 1874 cruzaron dicha trocha unos 200 insurrectos, hasta Enero de 1875 no lo verificó una fuerza respetable al mando del jefe mas entendido de los que entonces tenían. En los primeros momentos, como las Villas estaban poco guarnecidas y los puntos mal defendidos, sólo pudo reunirse una columna para perseguirlos, y los expedicionarios hicieron felices correrías, atacaron algunos poblados, tomaron muchos fuertes, y recogieron abundante botín, armas y municiones, engrosando al propio tiempo sus filas. Esto obligó al capitán general á sacar tropas de los departamentos Central y Oriental con destino á las Villas; pero como las órdenes partían de la Habana, y no existían comunicaciones rápidas, interin llegaban aquéllas y se concentraban las tropas, hubo el retraso consiguiente, al que debieron los enemigos el poder ocupar las jurisdicciones de Sancti-Spíritus, Remedios, Villaclara, Trinidad y Cienfuegos. Tratábase á toda costa de evitar que el enemigo penetrase en las de Colón y Cárdenas, y vino en apoyo de esta mira la disensión que comenzó á reinar entre los insurrectos, descontentos de que les mandaran algunos jefes, los cuales eran por cierto hombres de valía. Ello es que la guerra, no obstante haberse propagado á una nueva jurisdicción, resintióse, por lo que atañe al enemigo, de la falta de unidad de mando. Sin embargo, manteníase vigorosa, y sólo podía hacerla menos terrible la circunstancia de terminar la civil que ardia en España, circunstancia que hacía esperar la próxima llegada de importantísimos refuerzos, y la consiguiente pacificación de la isla de Cuba.

En efecto, el gobierno español, hecha la paz en la Península, mandó un refuerzo de 15,000 hombres á la isla y dió el mando de aquel ejército al general Martínez Campos, mando independiente del gobierno general, que fué confiado al general Jovellar. Llegó el primero á la Gran Antilla en Noviembre de 1876, y su primer pensamiento fué exterminar la insurrección en las Villas, antes de adoptar un plan general que diese como resultado la pacificación de Cuba. A las Villas llevó, pues, casi todos los refuerzos que trajo de España, y con ellos ocupó militarmente el país. El sistema que observó entonces, fué el que siguió después en los demás departamentos, y como podía disponer de bastantes tropas y existían recursos en la localidad, á partir de Noviembre de 1876 á Marzo de 1877, puede decirse que ahogó la insurrección en aquéllas. No quiere decir esto que la guerra se dominara á causa de la fuerza numérica. La unidad de dirección, dirección acertada y enérgica, la gran actividad desplegada por el general en jefe, y las medidas político-militares que adoptó, fueron las que le dieron el triunfo. «Sin esto, dice un escritor perito, á pesar de los recursos de todas clases en hombres y en dinero, á pesar de cuanto se exprese, pienso, como quiera que se juzgue mi idea, que la isla de Cuba no se habría pacificado.» Terminada la campaña en las Villas, se dividió el territorio que aun quedaba insurreccionado en cuatro comandancias generales, y en dos el que se acababa de pacificar, y cada una de éstas en cierto número de polígonos irregulares á los que se dió el nombre de *zonas militares*, zonas que fueron tantas en número, como batallones se pudo colocar en ellas, guarnecidas que fueron las poblaciones. En el centro de cada zona se construyó un fuerte capaz de ser defendido por 30 hombres, y de contener una enfermería, y un depósito de raciones para dos ó tres meses. Se atendió con especial cuidado al racionamiento de las tropas y al servicio sanitario; y una vez establecidas las tropas, empezaron con gran actividad las operaciones (1). En las primeras que

(1) El plan de campaña tuvo, sin embargo, algunos inconvenientes que no pudieron remediarse, siendo los principales la escasez que hubo de me-


1870


Cuba


Cuba—1869


Filipinas


1870


Tagalo—1859


África—1860


África—1860


Conchinchina—1859


Tagalo—1859


1876


África—1860


Cuba—1869


África—1860


1870

EJÉRCITO ESPAÑOL EN EL SIGLO XIX. — INFANTERÍA, CABALLERÍA Y TROPAS VOLUNTARIAS

M. Soler, Editor.

se efectuaron, las columnas encargadas de limpiar las respectivas zonas, se componían de dos batallones con algunos caballos y dos ó tres piezas; después de uno; y más tarde, á medida que se sofocaba la rebelión, se fueron fraccionando las fuerzas hasta quedar reducidas á pelotones. De este modo, gracias á una persecución incesante, bien dirigida y combinada, consiguióse que el enemigo no tuviera descanso en ningún punto; pues así los llanos como los bosques y maniguas, se hallaban constantemente recorridos, gracias a lo cual llegó á tal extremo la dispersión de aquél, que, al capitular, los generales insurrectos se vieron ya casi abandonados de su gente. Por otra parte, á las medidas dictadas para operar con más acierto, uniéronse otras de índole política, relativas á prisioneros y presentados; y unas y otras contribuyeron á mermar las filas de los insurrectos. Tales medidas dieron por resultado, que á los catorce meses de operaciones fueren aprehendidos ó muertos en combate, más de las cuatro quintas partes de aquéllos, capitulando el resto en el Zanjón el 28 de Junio de 1878. No terminó, sin embargo, definitivamente la guerra. El fuego que alumbró la isla, había sido demasiado vivo para que dejara de lanzar alguna chispa la casi apagada hoguera; y en 1879 reanimóse otra vez, y presentóse tan amenazadora, que por un momento llegaron a vaticinar grandes males los más optimistas. Afortunadamente los brillantes resultados de la primera campaña no se malograron. El general D. Ramón Blanco, que mandaba en Cuba, desplegó tanta diligencia y tacto, que consiguió dominar aquel gravísimo peligro Nuestros soldados consolidaron con su proverbial abnegación la obra de la paz, y la campaña de 1879-80 fué un nuevo timbre de gloria para nuestras armas, y para el general que las dirigió. «La terminación de esta campaña, como la de 1876-78, son dos sucesos, dice un escritor militar que tomó parte en ellas, que deben colocarse á la altura de los más grandes que registran los pueblos, y tengo la convicción de que si todavía la patria no se ha dado cuenta de su magnitud, la historia no los olvidará, y desprovista de pasiones, los analizará con detenimiento, y fijará en sus páginas los nombres de Martínez Campos, Jovellar y Blanco, enseñando á las generaciones sucesivas que á ellos debe España la conservación de Cuba.» La desastrosa guerra sostenida en ella desde 1868 á 1878 costó á la Metrópoli 140,000 hombres y 700 millones de pesos fuertes.

Mientras las armas españolas se movían en la Gran Antilla, no permanecieron ociosas en el Archipiélago Filipino. En estas hermosas y codiciadas islas, las correrías de los piratas dieron lugar á algunas expediciones y á importantes triunfos, y á la par que se puso á raya su atrevimiento, fuése extendiendo el dominio español, tomándose posesión de algunos territorios y creándose nuevos gobiernos político-militares. El mando del general D. José Lemery (1860-62) señalóse muy favorablemente, no sólo en el concepto político administrativo y comercial, sino en el militar, pues durante él se reconoció la isla de Paragua, se tomó posesión de Cottabato y se escarmentó rudamente á los piratas, obteniendo sobre ellos, en 1861, un brillante triunfo en Camianes. Otros reconocimientos y expediciones se efectuaron los años siguientes, y otros choques sostuviéronse con los piratas; pero la expedición verdaderamente importante fué la organizada en 1876 por el general Malcampo. Esta expedición zarpó á principios de Febrero de la bahía de Manila, embarcada en la fragata de guerra *Carmen*, y diez vapores. Componíase de tres regimientos de infantería, dos compañías de artillería de montaña, un batallón de artillería de plaza, algunas compañías sueltas, la brigada sanitaria y compañías de obreros é ingenieros. El 8 fondearon los buques en la rada de Zamboanga, el 20 zarparon para Joló, desembarcando las tropas en su costa el 22, protegidas por los fuegos de la escuadra, y arrollando á los enemigos que trataban de oponerse á la operación. El avance prosiguió el 24, marchando nuestros soldados por el interior de los espesos bosques de la isla, y renunciando luego á esta operación á causa de los obstáculos que ofrecía el terreno. Resolvióse atacar á Joló siguiendo la playa, y al amanecer el 29 la escuadra rompió de nuevo el fuego sobre las costas, y las tropas se pusieron en movimiento. Pero el enemigo esperaba parapetado en fuertes posiciones y espesos bosques; la resistencia fué desesperada, y con decir que los españoles hallaron en una de las *cottas* ó fuertes 12 piezas de artillería, y que los joloanos se lanzaban al combate impelidos por el fanatismo religioso, comprenderáse cuán costosa fué la ocupación de Joló. Dueños de esta población nuestros soldados, hubo de procederse á fortificarla, y luchar todavía por largo tiempo con los indígenas, quienes, despreciando los mayores peligros, lanzábanse acero en mano contra las fortificaciones españolas. La lucha se prolongó todo el año 77 con ventaja para los nuestros, pero á costa de muchos sufrimientos; sin embargo, logróse terminarla gloriosamente en Julio de 1878, reconociendo el sultán de Joló la soberanía de España.

Lástima causa, por no decir vergüenza, que el dominio de España en parte del rico Archipiélago sea puramente nominal. La inercia y el descuido de nuestros gobiernos, la falta de iniciativa de algunas de las primeras autoridades allí destinadas, han envalentonado á los *dattos* ó jefes indígenas, hasta el extremo de haberse atrevido en 1885 el jefe llamado Utto a atacar el establecimiento de Cottabato, á incendiar el convento allí fundado y á causar bajas en la corta guarnición de dicho punto. Este atentado ha dado lugar á una expedición dirigida á principios del citado año por el brigadier Seriñá contra Mindanao, con objeto de castigar al rebelde Utto y defender de un modo eficaz el territorio próximo á Cottabato, comenzando por Bacat. Conócense ya en España los resultados de esta expedición, y una correspondencia de Manila, fechada á fines de 1886, da acerca de la misma las siguientes interesantes noticias:

«La ocupación de Bacat tuvo lugar en Febrero de 1886 y ha dado por resultado el alejamiento de los rebeldes del delta del río (Grande de Mindanao), y que esta comarca sea de hecho un dominio nuestro. Comenzadas las operaciones, y á poco de posesionarnos de Bacat, hubo necesidad de tomar á viva fuerza el bosque de Bahaya para evitar que los enemigos cerraran el paso interrumpiendo nuestras comunicaciones por el rio, que es de capital importancia. Siguió después la expedición de Marzo, en la que, á pesar de las dificultades enormes del terreno, fueron derrotados los moros cuantas veces intentaron oponerse á la marcha de los nuestros, produciéndoles tal pánico, que al llegar las columnas á Bacat, se presentaron los principales de Utto pidiendo en su nombre la paz y ofreciendo someterse en absoluto con tal de que se abandonase el fuerte de Bacat; pero éste es la llave de la posición y no podía abandonarse.

»La estación de lluvias, que convierte aquellas tierras en lagunas y pantanos intransitables, obligó á suspender las operaciones en grande escala, aprovechando, sin embargo, el mal tiempo en castigar y reducir a varios *dattos*, manteniendo á todos en continua alarma y reducidos á la defensiva. Esta primera parte de la campaña, que fué muy corta, porque se emplearon toda clase de medios conciliatorios antes que la fuerza, dió por resultado el que, venciendo toda clase de obstáculos, se consiguiera el objeto y fin perseguidos. Los nuevos fuertes, que servirán de garantía a nuestra dominación en Cottabato, quedaron establecidos, aunque provisionalmente; nuestras tropas atravesaron campos á que nunca habíamos llegado por tierra, y el poder y prestigio de Utto viéronse quebrantados por la ocupación de Bacat, cuya importancia conoce, y el monte y bosque de Bohaya, donde había dicho que nunca consentiría que llegasen los españoles.

»Falta, sin embargo, afirmar las nuevas posiciones y acabar el castigo de los moros, y éste es el objeto de la campaña que se prepara (1). En ella se han de encontrar, seguramente, serias resistencias, porque Utto, que sabe que su derrota significa la muerte de su poderío y fuerza y de su dominio absoluto en el río, ha levantado muchas *cottas*, las ha artillado y las defenderá á la desesperada con su gente, que es muy dura y sabe aprovechar las ventajas del terreno para batirse; pero el triunfo de nuestras armas no es dudoso: venceremos como siempre, y si después se sigue con severidad un plan fijo, el nuevo escarmiento consolidará para siempre nuestra dominación en el río Grande de Mindanao, y hará del delta un territorio español riquísimo y civilizado (2).»

---

dios de transporte, no estar hechos los centros cuando se comenzó á operar, no tener las tropas conocimiento del terreno y no haber buenas cartas topográficas.» Jiménez Castellano, Op. cit., pág. 134.

(1) *El Imparcial* del 20 de Diciembre de 1886.

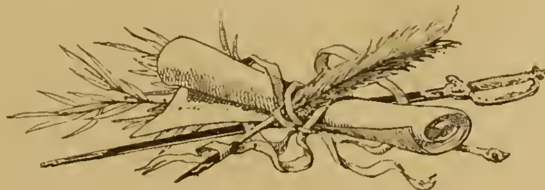
(2) Podemos consignar las siguientes noticias relativas á la expedición que se prepara para operar en Mindanao. Según una correspondencia de Manila de 15 de Noviembre de 1886, publicada por el antes citado periódico, se organizó en la siguiente forma: tres regimientos de infantería, tres compañías europeas, 200 disciplinarios, ocho piezas de batalla y dos de sitio, y algunos guardias civiles. Debían concurrir también todos los cañoneros de la armada y transportes, auxiliados por otros vapores mercantes que han sido

Estos son los hechos culminantes del período que nos hemos propuesto reseñar. El que quiera apreciarlos á fondo puede consultar la excelente obra del coronel Bernáldez: *Reseña histórica de la guerra al Sur de Filipinas desde su conquista hasta nuestros días*, y el relato histórico militar titulado *Joló*, escrito por el teniente coronel D. Pío A. de Pazos y Vela Hidalgo. Es triste consignar que no son piratas ni isleños hostiles los únicos enemigos que España tiene en aquellas apartadas regiones. La influencia extranjera viene trabajando el espíritu de los naturales, y los sucesos ocurridos en las Carolinas el año 1885 y la circunstancia de haberse encontrado provistos á los indígenas rebeldes de moderno armamento, dan á entender que importa mucho á la Metrópoli velar por la conservación de aquel hermoso Archipiélago.

Hemos terminado los ligerísimos apuntamientos, que relativos á las guerras de América nos propusimos escribir. Llegado este momento, es fuerza que lamentemos la indiferencia con que se han mirado, lo poco estudiados que han sido, y el descuido en que se tienen tan memorables hechos militares. Es cierto que en Europa parece que, en general, preocupan menos de lo que debieran las guerras de América; pero no debía suceder así en España por lo que atañe á este género de sucesos. Sin embargo, ¡qué mucho que exista este olvido respecto á las guerras sostenidas por nuestros soldados en la América española durante el primer tercio de este siglo, cuando recientemente, en la última guerra de Cuba, tan poco se sabía de ella en la Península! «En Cuba, dice un escritor soldado, sabíamos los generales, los jefes, los oficiales y los cuerpos que se distinguían en Montejurra, Somorrostro, Cantavieja, Seo de Urgel, Norte, Centro y Cataluña; mas en la Península se ignoraba todo lo nuestro. Si algún periódico de Madrid refería algún combate, algún hecho de Cuba, no ocupaba más lugar que dos líneas, cambiaba el punto ó el nombre de la persona, y todo el mundo seguía ignorando la verdad.» Y, sin embargo, ¡cuántos hechos aislados, verdaderamente heroícos, tanto más heroicos en cuanto ni la idea del renombre podía inspirarlos, se realizaron en el fondo de aquellos bosques! Para que llegara á nosotros alguna que otra noticia de ellos, era preciso que fueran de tan extraordinaria magnitud que, como el relativo á la defensa de la torre óptica de Colón, merecieran los justos y excepcionales honores que se tributaron á aquellos soldados. Pero reflexiónese lo que aquel ejército ha sufrido, considérese luego que en doce años de guerra no registra su historia un solo hecho deshonroso, y dígase si el soldado español del siglo XIX es ó no digno sucesor de aquellos veteranos que en el siglo XVI tan bien sentada dejaron la fama de nuestra infantería; y si tales guerras son menos dignas que las de este siglo de ser trasladadas al papel.

Ya hemos dicho por lo que respecta á la guerra de Cuba, cuán difícil es que en mucho tiempo se componga su historia definitiva. Sería, no obstante, de apetecer, se acometiera la empresa de referirla en detall; que los que en ella han intervenido, no desdeñaran de escribir acerca de lo que vieron é hicieron, porque sólo así se allegan los elementos para una narración completa y exacta. De las campañas que sostuvimos en otras regiones de América, poco existe, y con placer hemos abierto las páginas del libro que hace muy poco tiempo publicó el ilustre general D. José de la Gándara. Urge, pues, no fiar á la memoria hechos tan portentosos y singulares; enseñanzas provechosas, lecciones utilísimas, siquiera sean tristes. La historia militar, rama brillante de la general, puede enriquecer y hermosear á ésta con interesantísimas narraciones y nutrirla de excelentes ejemplos, que á manera de advertimientos señalen al político y al soldado certeros rumbos para el porvenir. ¡Magnífico y terrible cuadro el que esas guerras ofrecen! ¡Los restos de un colosal imperio regados en sangre por los hijos de sus dominadores; razas que reivindican su independencia, legiones de héroes que sellan con su vida la causa de la integridad de la patria!... Si al considerar los tesoros, la sangre, los sacrificios de todo género que nos ha impuesto la conservación de nuestros dominios en América, admira y asombra la vitalidad, la energía, el heroísmo de nuestra raza; la abnegación, el valor, la perseverancia de nuestros soldados; tanto más entristece el ver esterilizado el fruto de tan repetidos esfuerzos; pero cuanto obligan esa sangre española de que están regadas aquellas tierras, y esos incesantes sacrificios hechos por la nación, tanto mas imponen al político y al hombre de guerra verdaderos amantes de su patria, el deber de estudiar las elocuentes lecciones del pasado, al objeto de prevenir las contingencias de lo futuro.

contratados. Parte de estas tropas desembarcó en Zamboanga en Octubre, y el resto debía llegar á primeros de Noviembre, siguiendo luego el Gobernador general de las islas y su Estado Mayor. Mas parece que los graves inconvenientes que ofrece la estación de las lluvias (que allí se prolongan hasta Enero), retardará el comienzo de la campaña. En el momento de escribir estos párrafos, sabemos que la primera autoridad del Archipiélago, general Terreros, no ha salido todavía de Manila.





1814 1825 1835 1840 1850 1868



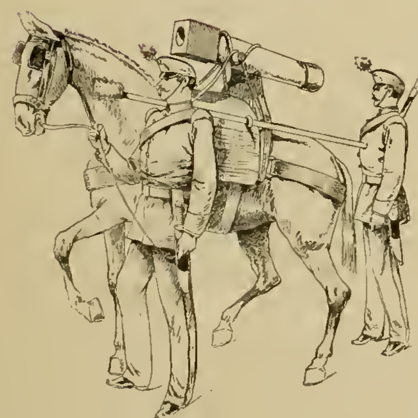
1833-40



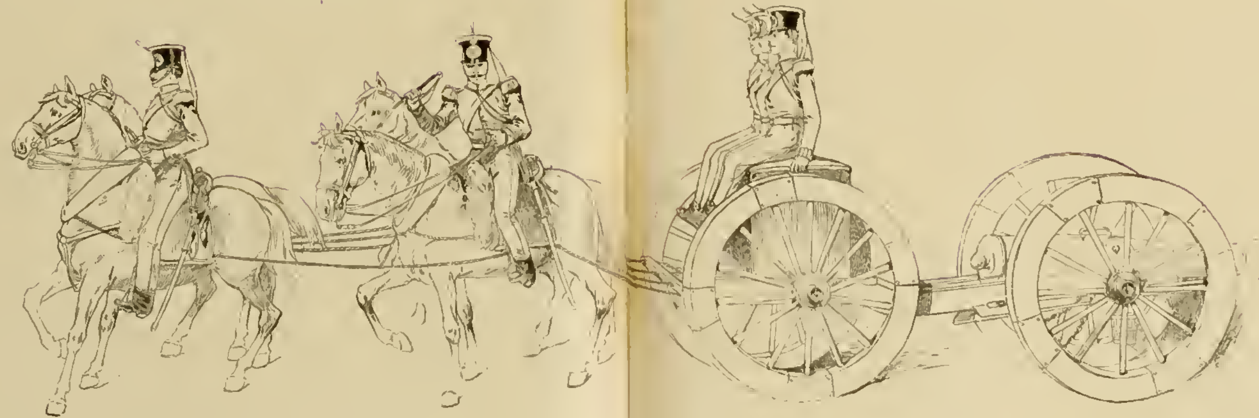
1820



1870



1870



1850



1870

EJÉRCITO ESPAÑOL EN EL SIGLO XIX — ARTILLERIA

Conclusión

Hemos llegado al término de nuestra tarea: tarea ímproba, superior a nuestras fuerzas, desproporcionada á nuestros recursos y de ruda prueba, por las contrariedades que hemos tenido que vencer. Cuatro años han transcurrido desde que apareció el primer cuaderno de esta obra; cuatro años de trabajo incesante, de lucha continua para la realización de este propósito: período relativamente breve, en verdad; pero largo si se consideran las agitaciones, los desfallecimientos, el incesante anhelo que empresas de este género originan. Hoy que las dificultades se han vencido, hoy que doblamos ya la última página de la obra, si no orgullosos de nuestro trabajo, satisfechos de verle realizado, nos anima la idea de que no ha de ser estéril y de que representa, como ya dijimos en anteriores paginas, un corto paso dado en la senda de los estudios histórico-militares. De que no han sido infructuosos nuestros sacrificios, responde el favor que nos han dispensado nuestros compañeros. La iniciativa individual en la milicia difícilmente puede realizar empresas que requieren tan grandes sacrificios materiales; y aun cuando el apoyo del público no alcance la medida de estos sacrificios, únicamente contando con él se prosiguen y terminan obras de tanta magnitud y coste.

Hechas estas salvedades, consignada esta deuda de profunda gratitud á nuestros favorecedores, sólo nos resta hacer alguna observación respecto del *Apéndice*. Consecuentes con el plan que expusimos en la *Advertencia* de la pág. 641, hemos ofrecido un bosquejo muy ligero de las guerras que España ha sostenido en este siglo; bosquejo compuesto teniendo á la vista las más importantes obras que han visto la luz tocante á las respectivas campañas, y acerca del cual nos permitiremos aquí una breve consideración. Es fácil que se nos tache de sobrado concisos, ó que se nos critique el haber omitido algún detalle de más ó menos monta, sobre todo por lo que atañe á la segunda guerra civil; pero téngase presente que la historia formal de esta guerra se halla todavía por hacer, que viven casi todos los que han tomado parte en ella y que aun se agitan violentas las pasiones que la produjeron, lo que dificulta en gran manera el trabajo, sobre todo cuando en este trabajo no puede hacerse una detenida crítica. No tanto, sin embargo, á estas causas, como á la necesidad de poner un límite prudente a nuestra obra y á la índole de ella, responde la concisión que en estas últimas páginas se advierte. El lector puede, sin embargo, formarse idea de dicha guerra, apreciar con rapidez sus distintas fases y recordar con facilidad los hechos más culminantes, y otra cosa no apetecíamos nosotros. No podemos decir lo propio de las guerras de América y especialmente de la última de Cuba, por las razones que hemos expuesto en las líneas que encabezan el artículo correspondiente á ellas; pero concretándonos á todas las demás, sí debemos consignar que hemos procurado ser en lo posible fieles y exactos, y que si algo falta en estos apuntes, no será sin duda alguna con propósito deliberado de oscurecer méritos ajenos.

Cuanto á la ilustración de la citada guerra civil, hemos luchado con el inconveniente de encerrar en doce páginas planos, vistas, episodios, tipos militares y retratos, y para vencerle nos hemos concretado a intercalar varios magníficos dibujos de Pellicer y de Cusachs, y en dos láminas sueltas los retratos de algunos de los generales que han figurado en este período. Lamentamos que no haya sido posible reproducir todos los retratos de los que en ella tomaron parte, pero esto hubiera dado excesivas proporciones á la ilustración de tan cortas páginas; y por lo mismo juzgamos oportuno consagrar aquí un recuerdo a ilustres generales que combatieron con suma bizarría en el Norte, Centro y Cataluña. Ruiz Dana, Contreras, Delatre, Nicolao, Gamir, Araoz, Acellana, Baile, Lasso, Ciria, Cuenca, Picazo, Monleón, Cathalán, Albornoz, Arrando, Weyler, Dabán, Cirlot, Esteban, Cañás, Mola y Martínez, Macías, Arroquia, Minguella, Fajardo y otros de igual é inferior graduación merecen un recuerdo por parte de cuantos combatieron á sus órdenes, Algunos de estos valientes bajaron ya al sepulcro, otros figuran aún en el Estado Mayor general de nuestro ejército; a aquéllos y éstos se debe en gran parte el éxito conseguido, la terminación de la guerra fratricida. Y no cabe menor gloria á los que en Cuba lucharon con igual denuedo y derramaron su sangre en defensa de la integridad de la patria: Balmaseda, Pueyo, Burriel, Armiñana, Boniche, Morales, Pieltain, Cassola, Polavieja, Riquelme, Pando y otros militares españoles.

Dada esta explicación, próxima ya á doblarse la última página del Museo Militar, seríamos injustos si no consignáramos cuánto ha contribuído al buen desempeño de esta obra la cooperación del distinguido dibujante D. Pedro Eriz, y el grabador don José Thomás, á quienes en su mayor parte corresponde la ilustración de la misma; é injustos seríamos también si dejáramos de tributar un recuerdo á la memoria del editor D. Evaristo Ullastres, fallecido precisamente cuando el Museo estaba próximo á terminarse. No pudo ver realizado el fruto de sus afanes y de sus sacrificios, ni pudimos nosotros soñar que la última página de esta obra concluyera con esta triste manifestación. ¡Descanse en paz!

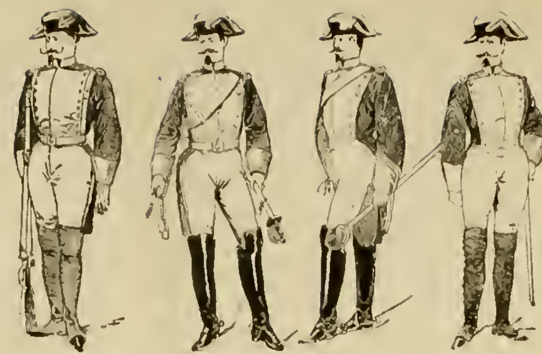
FIN DEL TOMO TERCERO Y DE LA OBRA




1850



1876



1876



1850



1850



1876



1876



1876



1876



1876



1876



1876

EJÉRCITO ESPAÑOL EN EL SIGLO XIX — GUARDIA CIVIL, ALABARDEROS, ARTILLERÍA, CAZADORES É INGENIEROS

M. Soler, Editor

ÍNDICE

DE LOS ESTUDIOS QUE COMPRENDE EL TOMO TERCERO



ILUSTRACIONES



PAUTA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS DEL TOMO TERCERO

NOTA.—El orden de las signaturas 60 y 61 está alterado, como puede verse por la foleación. Debe, pues, ponerse la 61 antes de la 60.

AUTORES

de los grabados cuyos facsímiles figuran en esta obra

Durero — Van-Dyck — Burgemair — Ostendorff — Muelich
Guldemundt — Cranach — Sebadl Behaim — Ghein
Matham — Callot — Hogenberg — Leclerc — Chatillon — Edelinck
Ertinger — Hooghe — Iode — Lommelin
Paul Pontius — Wostermann — Rucholle — Vischer — Simoneau
Duchier — Meyssens — Dolendo — Harrewyn — Hopper

ARTISTAS

que han tomado parte en la ilustración de la misma

Amado — Audet — Canibell — Carrasco
Cusachs — Eriz — Génova — Moliné — Pahissa — Pellicer (D. José Luis)
Puiggarí (D. José)
Ross (D. Paciano) — Serra y Pausas — Vázquez — Vilardell

GRABADORES

Thomas — Joarizti y Mariezcurrena — Meissenbach



FE DE ERRATAS

Pág.	Línea	Dice	Debe decir
13	1 y 2	D. Juan de Mendoza	D. Francisco de Mendoza
29	15	mas	muy
64	18	el de la	la de la
142	lámina	conde de Fuentes	conde de Fontaine
143	17	famoso particular	particular
144	39	3 ——— 3	3 ——— 2
415	4 y 5	linterna	linterna ó cuchara
479	29	Nepturno	Neptuno
»	30	Scipioni	Escipión
491	49	despertó	levantó
647	grabado	Plano de la batalla de Bailén	Teatro de las operaciones que precedieron á la batalla de Bailén
661	grabado	Batalla de Albuera	Campo de batalla de la Albuera
661	60	Chicapuerca	Chicapierna
661	65	»	»
662	6	»	»
668	15	Mayo de 814	Mayo de 1814
702	25	basílica de Atocha	Templo de las Salesas
740	lámina	D. Melchor Pardo	D. Miguel A. Espina

Advertencia al encuadernador

El orden de las signaturas 60 y 61 está alterado, como puede verse por la foleación. Debe, pues, ponerse la 61 antes de la 60.



